Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/pucky1011unse

Pronto: MAS PAGINAS Y NOVEDADES

PORTE PAGO

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Enero 1.°
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV PUBLICACION SEMANAL No. 118

20 cts.

LEA EN ESTE NÚMERO:

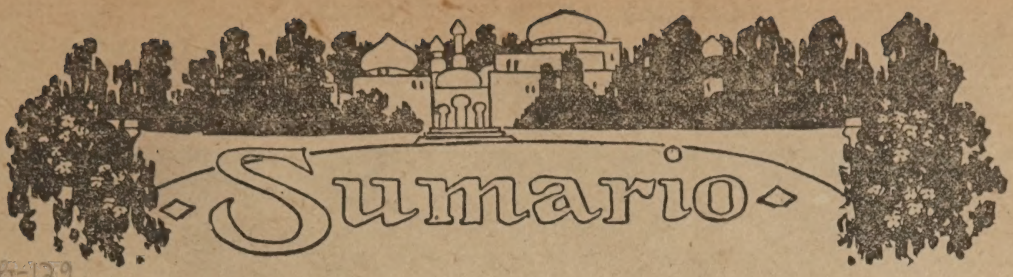
CAMINO del DESTIERRO

Cuento inédito del gran escritor inglés RAFAEL SABATINI
(TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA PUCKY)

Orden terminante

805
PU
v.10: 118-129
1926 Ja-Je

La señora (al chauffeur): — ¡Y no se olvide, Pedro, de que desde este momento queda usted despedido!



805
PU
v.10:118-129
1926 Ja-Mr

El camino del destierro
Novela inédita del gran novelista, autor de "Scaramouche" y de "El halcón de los mares", Rafael Sabatini, traducida especialmente para "Pucky".

Para amar a su esposa
Relato humorístico a la vez que filosófico de Jean Rameau, el notable escritor francés.

Feathertop
Una joya de la literatura estadounidense, por Nathaniel Hawthorne.

Inspiración
Interesante artículo del poeta y literato francés Maurice Rostand, en el que hace gala de su fina psicología.

El día del santo
Un cuadro del natural para hacer pasar un rato divertido, por León-Charles Bienvenu.

El caso del nombre
Nota breve y agradable escrita por un famoso humorista inglés.

La extraña historia de Stephen Usher
Continuación de la gran novela que se publica a pedido de miles de lectores de "Tit-Bits" y de "Pucky".

Máximas y pensamientos
Frases notables, curiosas o interesantes de grandes hombres de todos los países gran escritora.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

La casa parecía deshacerse a un impulso misterioso y ante los que observaban desde el automóvil, se desmoronó en un instante. ("La extraña historia de Stephen Usher").

EL CAMINO DEL DESTIERRO

por RAFAEL SABATINI

(Traducción del inglés especial para "Pucky")

A esta novela corresponde el dibujo en colores de la primera página de este número.

En esta interesantísima narración, Rafael Sabatini, el gran autor anglo italiano cuenta lo que le sucedió a Bárbara Villiers, la hermosa Lady Castlemaine, sus galanterías, sus intrigas y su amargo odio contra Edward Hyde el famoso lord Canciller del rey Carlos II de Inglaterra.

ENVUELTO en su capa, para defenderse del soplo helado del viento de aquella noche de invierno, un caballero de calidad, bien entrado en años, sorteaba cuidadosamente su camino hacia abajo por los húmedos y resbaladizos escalones de piedra de la escalerilla, sólo alumbrados por la débil luz de un farol, la que brillaba con reflejos lívidos en las algas marinas y en las verdes y sucias aguas. Apoyándose pesadamente en el brazo que un marinero le extendió para ayudarlo, entró en el bote que se levantaba y caía en el mar, chocando de vez en cuando contra las piedras del muelle. Un garfio arañó las piedras y la frágil embarcación partió.

Los remos cayeron al agua comenzando a impulsar a la embarcación lentamente, en la noche, en dirección hacia los dos grandes faroles de la popa que, a lo lejos, mecíanse rítmicamente destacándose en la negrura de la noche. El caballero, sentado a popa del bote, se volvió, clavando los ojos, por última vez, en la costa de aquella Inglaterra a la que había amado, a la que había servido y gobernado; pero el farol que dibujaba sus círculos de luz amarilla sobre los escalones de piedra fué todo lo que él pudo ver. Lanzando un suspiro reasumió el caballero su posición primitiva, clavando sus miradas en los dos faroles de popa que revelaban la posición invisible de la nave que habría de llevar a Edward Hyde, conde de Clarendon y ex-lord canciller de Inglaterra camino del destierro.

Como un moribundo observa la escasa vista que de su vida le queda, así podía Eduardo Hyde, — cuya carrera había llegado a un punto del cual sólo un paso separábala de la muerte, — así podía haber contemplado Eduardo Hyde, en aquellos momentos, los últimos treinta años de sincero esfuerzo y de éxito, desde los días en que era un simple estudiante de derecho, en el Temple, bajo el reinado de Carlos I.

Carlos I, el rey a quien él había servido fielmente; tan fielmente que, cuando la fortuna, tornada en contra del partido realista, obligó a estos, en medio de la revolución parlamentaria, a colocar la persona del príncipe de Gales lejos del alcance del cervecero Cromwell, fué sir Eduardo Hyde quien se hizo cargo del niño para guiarlo y cuidarlo en sus largos viajes.

Pero el momento actual no era la primera experiencia que el conde de Clarendon tenía del destierro; lo había conocido ya una vez, durante aquellos terribles años cuando el segundo Carlos cuyos pasos él guiara, no era otra cosa un pobre muchacho sin patria y sin hogar. Un hombre menos leal y adicto que él habría fácilmente abandonado un servicio en el que no sólo

LA EXTRAÑA HISTORIA DE STEPHEN USHER

Lea la continuación de esa notable obra que comienza en la pág. 33 de este número.

no había nada que ganar sino también mucho que perder. Poseía él talentos que hubieran alcanzado gran precio en el mercado de la Cabeza Redonda. Sin embargo, adicto hasta preferir compartir la desgracia con los Estuardos que la fortuna sin ellos, trabajando en favor de ellos astuta e inteligentemente, poniendo en juego toda su gran habilidad de estadista, había conseguido más tarde colocar a los Estuardos en la persona de Carlos, en el trono inglés. Y, en recompensa de todos los servicios prestados durante el destierro, la única recompensa que había recibido había sido la traición de que Jaime Estuardo, duque de York, había hecho víctima a su hija.

Hyde no sólo hizo posible la restauración; fué él quien, cuando la restauración se efectuó, tomó en sus manos y completó la dificilísima obra de amalgamar las viejas y nuevas condiciones políticas. Y fué él también, la cabeza de turco del resentimiento inglés cuando las cosas no salían de acuerdo con los deseos del pueblo. Como jefe de la administración que era, se le responsabilizaba aún de aquellos asuntos que él había combatido con todas sus fuerzas en el Consejo. Fué a Hyde a quien se hizo responsable cuando Carlos vendió Dunquerque a los franceses, gastándose el dinero en excesos y libertinaje.

Y, por qué la traición de que se había hecho víctima a su hija fué reparada por medio del matrimonio de la doncella con su seductor, el duque de York, heredero aparente de la corona, el pueblo, siempre presto a creer lo inconcebible y lo fantástico, lo acusaba de haber casado a Carlos con una mujer estéril, deliberadamente, para así obtener la sucesión del trono para sus propios nietos. Y cuando los holandeses, navegando por el Támesis hacia arriba, incendiaron las naves de guerra de Chatham, cuando los londinenses oyeron el tronar de los cañones enemigos, Hyde fué acusado públicamente de traidor por una multitud aterrorizada y, por lo tanto, irrazonable. Rompieron las ventanas de su residencia, arrasaron sus jardines y levantaron una horca frente a las puertas de la soberbia mansión, situada en el lado Norte de Piccadilly.

Eduardo Hyde, conde de Clarendon y lord canciller del reino se ganaba fácilmente el amor de sus íntimos; pero no poseía las cualidades que hubieran podido granjearle la popularidad de un pueblo como el inglés de su tiempo. No es que haya buscado él, tampoco, esa popularidad; precisamente porque era hombre austero, grave y sobrio, era odiado por aquellos que formaban la licenciosa corte de aquellos tiempos. Y porque era profundamente religioso en sus principios, los puritanos desconfiaban de él y lo tenían por beato hipócrita y mojigato.

Por ser él autócrata en su política, lo detestaban los Comunes, habiendo pasado la época de la autocracia. Con todo, él hubiera podido muy bien capear la hostilidad general, de haber sido el rey Carlos para con él tan leal como él lo había sido para con el rey Carlos.

Durante un tiempo, es la verdad, el rey Carlos fué su amigo; y podría haber seguido siéndolo hasta el fin, de no haber intervenido las mujeres en el negocio. Según dice el diarista Evelyn, su caída fué el resultado de las intrigas de "los bufones y las mujeres de placer".

En realidad es una historia muy complicada, esta historia íntima de la caída del conde Clarendon, de la cual los libros de la historia que se enseña en las escuelas nada dicen. En cierto sentido, es también la historia del casamiento del rey, y de Catalina de Braganza, su infortunada, diminuta y fea reina, la que debe haber sufrido tanto como podría haber sufrido cualquier mujer casada con un sultán, en un país donde los serrallos son instituciones propias y naturales.

Si no se podría decir de Clarendón que fué el quien efectuó el matrimonio ese, por lo menos lo apoyó cuando fué propuesto por Portugal. Lo influenció, sin duda alguna, la dote ofrecida, medio millón de libras esterlinas, la ciudad de Tánger, que daría a Inglaterra una posición destacada en el Mediterráneo, y la isla de Bombay. Sin llegar aún a prever que la posesión de la isla de Bombay y la libertad de comerciar en Oriente, — que, hasta entonces, Portugal había guardado celosamente para sí, — permitirían a Inglaterra edificar su gran imperio hindú, el casamiento propuesto tenía, a los ojos de Clarendón, todas las ventajas como para hacerlo deseable.

Partió Catalina de Braganza para Inglaterra y el diecinueve de mayo de 1662, Carlos, acompañado de brillantísimo séquito, trasladóse a Portsmouth para recibir allí a su prometida. Era Carlos un hombre bastante agradable; alto, — más de seis pies de estatura, — delgado, y elegantemente vigoroso. La fealdad de su rostro cetrino, un tanto huesudo, flaco, era mitigada en gran parte, por la brillantez de dos ojos muy negros, bordeados de largas y sedosas pestañas negras, y su sonrisa, que podía ser irresistible y cautivadora. Era tan gracioso en sus modales como en su persona, de palabra fácil, de buen humor indolente que hallaba expresión con urbanidad exquisita.

Tanto su buen humor como su urbanidad sufrieron un rudo golpe cuando Carlos observó por primera vez que la esposa que le habían deparado. Catalina, que contaba ya veinticinco años de edad, era de estatura absurdamente corta, de cuerpo tan largo como cortas las piernas, lo que daba la impresión, vestida como estaba en su ropaje extranjeros, de hallarse de rodillas ante el rey, cuando, en realidad, se hallaba de pie. Su piel era de un tinte amarillento, lívido; y si bien sus ojos, como los de Carlos, eran hermosísimos, no lo eran lo suficiente para amenguar la fealdad de tal rostro. El cabello negro, por otro lado, había sido peinado en forma grotesca, con un alto moño en la cúspide de la cabeza y a cada uno de sus lados un moño de cintas que tenían semejanza con un par de alas.

No es, pues, de admirarse que el alegre monarca, el voluptuoso calavera poseedor de

profundos conocimientos en belleza femenina, se detuviera de golpe en medio de su camino, al adelantarse a recibir a su futura, consternado.

—¡Dios poderoso! — exclamó, volviéndose a Etheridge, que lo seguía. — ¡Me han traído un cuervo, no una mujer!

Pero, a falta de belleza, poseía Catalina una excelente dote; y Carlos se hallaba en desesperada necesidad de dinero.

—Supongo, — decía más tarde el rey a Clarendón, — que tengo que tragarme esta amarga medicina para tragarme así lo poco dulce que en ella hay.

Los graves ojos del Canciller miraron al rey casi severamente. Fríamente, comenzó a enumerar de nuevo las ventajas de casamiento tal. Si no se proponía refutar la vulgaridad de lenguaje de su señor, tampoco condescendía en sonreír de ella. Era demasiado honesto aún para ser adulador.

Catalina fué inmediatamente atendida, según dice Gramont, por seis furias que se llamaban a sí mismas doncellas de honor y por una gobernanta que era un monstruo. Con tal cortejo se retiró a Hampton Court, donde pasó su luna de miel y donde, durante una corta temporada, la pobre mujer, enamorada del elegante bribón con el cual la habían casado, vivió en un verdadero paraíso.

La desilusión iba a llegar demasiado pronto. Podría ella ser, en gracia de su dote, reina de Inglaterra; pero para Carlos, no era más que una esposa "de jure". El rey llenaría su serrallo de esposas "de facto" tantas como pudiera desearlas. Y la esposa "de facto" que al presente tomó el rey, la dueña de su corazón y la favorita de su harem, fué aquella bellísima furia infernal que se llamaba Bárbara Villiers, esposa de Roger Palmer, el acomodaticio conde de Canstlemaine.

No faltaron aquellos,—nunca faltan,—que por compasión y amor para con la engañada esposa, levantaron el velo del misterio, descubriendo a sus ojos las veleidades de Su Majestad con la condesa de Castlemaine, relaciones éstas que databan desde aquellos tiempos en que Carlos era un desterrado sin trono y sin hogar. Esta revelación debe haber dolorido a aquella pobre alma soñadora; pero el punto álgido, la crisis, ocurrió cuando al venir a la residencial real de Whitehall, hallóse con que el primer nombre de la lista de damas destinadas a su servicio, era el de la condesa de Castlemaine. El orgullo de la pequeña y fea princesa portuguesa estalló ante este ultraje. Borró de la lista el nombre de la favorita, ordenando terminantemente de que no fuera admitida a su presencia.

Pero la reina no había contado con Carlos. A pesar de todos sus exquisitos modales, de su gracia, de su buen humor constante, el rey era un bribón, cínico y sin escrúpulos. Y esto lo puso de manifiesto en la forma con que encaró la situación planteada por su esposa. El mismo llevó a la favorita, de la mano, a presencia de su esposa, por ante toda la corte reunida, la presentó él mismo a su esposa. Y la corte, a pesar de lo disoluta que era, no pudo menos que asombrarse ante el ultraje públicamente inferido a la reina.

Lo que siguió, puede decirse que excedió a todas las suposiciones. Catalina se irguió como si hubiera recibido una bofetada en pleno rostro. Gradualmente su rostro se tornó rojo, para volver luego a palidecer hasta quedar gris y lívido. Lágrimas de mortificación y orgullo ultrajado rodaron por sus mejillas; y, como si algo hubiera estallado en su cerebro, la sangre comenzó a brotarle a borbotones por la nariz y la reina cayó, desmayada, en brazos de sus damas portuguesas.

La confusión que siguió puede fácilmente ser imaginada. Y a cubierto de ella, el rey y su favorita desaparecieron. Carlos comprendía que, de permanecer allí, ni todos sus buenos modales y su buen humor podrían salvar la dignidad real ofendida.

Naturalmente, el experimento no fué como para repetirlo. Pero, desde que el deseo del rey era que la condesa quedara establecida como dama de honor de la reina,—o, mejor dicho,—desde que era ese el deseo de la condesa, y no siendo el rey sino cera modelada en manos de ella, se hizo necesario que la reina quedara instruída de aquello que a los ojos de su esposo era conveniente. Y para esta misión el rey escogió al conde de Clarendón, su canciller.

Pero el canciller, que por tanto tiempo había hecho de Mentor de este Telémaco real, trató de aconsejar al rey en asuntos morales como lo había aconsejado ya durante tantos años en asuntos políticos.

Clarendon rechazó lisa y llanamente, la misión que el rey le confiaba, y en una discusión bastante acalorada, trató de apartar a su señor del camino que seguía.

—Es derecho de la reina, sire, — decía, — el designar a las damas de su real cámara. Y no me maravilla, sino que más bien apruebo, la actitud asumida por Su Majestad en este sentido.

—Sin embargo, milord, — respondió el rey, — yo os digo que es mi voluntad que tal actitud sea modificada.

—¿Por quién, sire?

—¡Por la reina!

—Bajo coerción, sire, de que me pedís que sea instrumento, — dijo en el tono tutelar que empleaba para con el rey desde la infancia de éste. — Vos mismo, sire, en un tiempo, cuando vuestros propios deseos no empañaban la limpidez de vuestro juicio, condenásteis exactamente lo mismo que ahora quereis hacer. Vos mismo, sire, hablasteis bastante duramente de vuestro primo, el rey Luis, por haber querido imponer a mademoiselle de la Valliere, como dama de honor de la reina. Espero, señor, que no habreis olvidado lo que entonces dijisteis del rey Luis.

Carlos recordaba muy bien las críticas que había hecho a su primo, críticas que ahora el canciller aplicaba a su propio caso. Se mordió los labios y no supo qué responder.

Pero más tarde, — sin duda ante la presión ejercida por la condesa de Castlemaine,—volvió a insistir. Por escrito esta vez, y

ordenando que se le prestara inmediata obediencia.

"Usad vuestros mejores servicios, — decía Carlos, — para facilitar aquello que, estoy seguro, afecta tanto a mi honor. Y quienquiera que sea en este asunto enemigo de mi señora la condesa de Castelmaine, prometo que ha de ser mi enemigo por todos los días de mi vida."

El conde de Clarendon tenía pocas ilusiones sobre la naturaleza humana. Conocía su mundo desde las más altas a las más bajas esferas, habiéndolo estudiado bajo diversas condiciones. Pero, con todo, la carta del rey era un trago bastante amargo. Todo lo que Carlos era y tenía se lo debía a Clarendon. Y sin embargo, en un caso tal como este, no vacilaba el rey en escribirle frase tan amenazadora como aquella. "Y quienquiera que sea en este asunto enemigo de mi señora la condesa de Castlemaine, prometo que ha de ser mi enemigo por todos los días de mi vida." Todo lo que Clarendon había hecho, pues, no valía nada, a menos que hiciera lo que ahora se exigía de él, por poco honorable que esto fuera. Todo lo que había llevado a cabo habría de ser olvidado a causa del despecho de una mujer de discutible honestidad.

Clarendon apuró el trago y fué a ver a la reina con la odiosa embajada, tan contraria a sus propias ideas. Usó para ello, argumentos cuya falta de base era tan evidente para la reina como para él mismo.

El minucioso "croniqueur" de chismes, rías, Mr. Pepys, nos dice, escandalizado, en su Diario, que, al día siguiente, fué comidilla de la corte el rumor de una tormentosa escena entre los cónyuges reales, tenida a media noche en la intimidad de sus apartamentos; tan tormentosa que el rumor de la disputa pudo ser oído en departamentos vecinos. Podemos concebir, sin mayor esfuerzo alguno, a aquella pobre mujercita encarándose con su esposo en la soledad de la cámara conyugal, para echarle en cara, no solo la falta de afecto que significaba la propuesta recibida por boca de Clarendon, sino también la falta del respeto que le era absolutamente debido. Y Carlos, con su propósito concebido, urgido a él por aquella belísima cortesana a la cual no se atrevía a rehusar nada, arrancado de su indolencia y buen humor acostumbrado, amenazóla con la afrenta de devolverla a Portugal a menos que consintiera en la otra afrenta menor de ver junto a ella a la favorita de su marido.

Que haya sido con estos u otros argumentos por el estilo que el rey hizo prevalecer su voluntad, el caso es que ésta prevaleció. Catalina de Braganza se sometió, roto su orgullo; y, por cierto, fué una amarga sumisión la suya. Milady la condesa de Castlemaine, pues, no sólo fué colocada como azafata de la reina, sino que vemos a ésta, al poco tiempo, tratar a su rival en el corazón de su esposo con tal consideración y deferencia que causaron el asombro y estupefacción de toda la corte.

El triunfo de la favorita, pues, fué completo y lo expresó en una creciente insolencia visible en la forma en que trataba al canciller, cuyo modo de pensar en el asunto, expresado por el rey, conocía ella muy bien. En consecuencia, tratábalo ella con todo el despecho y rabia reconcentrada que es inseparable de la naturaleza de tal clase de mujeres. Y lo odiaba aún más, si esto es posible, porque el canciller, por su parte, envuelto en su frío desprecio, no se daba por aludido aún ni de la misma existencia de tal mujer. Y en su odio no le faltaban, ciertamente, aliados, pertenecientes a aquella misma licenciosa corte, cuya hostilidad hacia el austero canciller nacía del propio desprecio que ellos le inspiraban. Todos ellos trabajaban e intrigaban para obtener su caída. Sus intenciones para minar su influencia, que resultaron vanas, pues el rey conocía tan bien el motivo que las inspiraba como la utilidad que el canciller tenía para él, los obligó a trabajar laboriosa e insidiosamente la opinión pública, — que vale tanto como decir la ignorancia del pueblo, — tierra más que fecunda para todo lo que sea escándalo contra los grandes. ¿Quién puede decir hasta qué punto milady Castlemaine y sus amigos eran responsables de la copia que apareció un día clavada a la puerta a la puerta de la casa del canciller, y que decía:

"Three sights to ben seen:
Dunkirk, Tangier and a barren queen",

que quiere decir: "Tres cosas hay para ver: Dunquerque, Tánger y una reina estéril".

La condesa podría haber considerado la impopularidad del canciller como corona de su propio triunfo, de haber sido éste tan estable como ella lo hubiera deseado. Pero, siendo Carlos lo que era, tenía la condesa más de un motivo para rabiar de celos, aunque transitoriamente; pequeñas veleidades que servían para recordarle lo pasajeras que son las posiciones tales como la suya, siempre a merced del mismo capricho al cual deben su existencia. Y al fin, llegó un día de intenso miedo y terror para ella, un día en que se halló despojada de toda influencia, un día en que ni amenazas ni ruegos podían doblegar a su augusto amador.

En parte, esto se lo debía a sí misma; pero en porción mayor a una niña de diez y seis años, de rubio cabello y sonrosadas mejillas, un verdadero dechado de belleza, de una naturaleza que aún gustaba de muñecas y juguetes infantiles, pero que, no obstante esto, era de carácter vivaz y de luminosa inteligencia, indiferente tanto a las atenciones reales como a las murmuraciones y atenciones de la corte.

Tal era miss Frances Stewart, hija de lord Blantyre, recién llegada a la corte como doncella de honor de Su Majestad la reina. La profunda impresión que su belleza hizo en el impresionable cronista señor Pepys la vemos claramente reflejada en su Diario. Tuvo ocasión el cronista de verla paseando a caballo un día en el parque con el rey a su lado y, entre otros acompañantes, a milady la condesa de Castlemaine, que, se-

gún él dice, "parecía de un humor endemoniado".

Hubo un momento en que esta jovencita, esta niña, estuvo a punto de alcanzar la corona de Inglaterra; pero aunque no llegó a tal eminencia, su efigie no sólo halló su camino hasta las monedas, sino que vive aún hasta nuestros días, — en la figura de Britania, para la cual sirvió de modelo.

No es necesario que les diga, lectores míos, que Carlos la cortejaba; sabiendo quien Carlos era, se lo habrán figurado. El rey, en efecto, la cortejaba abiertamente. Nunca se tomaba la molestia de prestar atención a las apariencias. Y era tal la asiduidad del rey, que se hizo costumbre, durante el invierno de 1666, entre aquellos que visitaban al rey en el palacio de Whitehall, preguntar si su majestad se hallaba arriba o abajo. "Abajo" significaba los departamentos de miss Stwart, donde el rey era visita constante. Y desde que, donde el rey va, la corte sigue, y donde el rey sonríe la corte menea la cola, si se me permite la expresión, la niñita que aún encontraba placer con las muñecas se encontró reinando, real y verdaderamente, sobre una corte servil como ninguna.

Galantes caballeros y damas galantes concurrían a aquellos departamentos a murmurar; a jugar y a prestar pleito homenaje.

En redor de una enorme mesa que se hallaba en el salón de miss Stewart, una numerosa sociedad de caballeros vestidos de seda, la cabeza cubierta de pesados peluquines, de damas de cabellera rizada y hombros y pechos desnudos, jugaba, una noche de junio, al "besset".

La conversación era general, estallando en risas aquí y allá; las manos blancas, cargadas de joyas, se adelantaban sobre la mesa en busca de las cartas, o en busca de las piezas de oro de las partidas ganadas.

La señora condesa de Castlemaine estaba sentada entre Etheridge y Rochester, juando en silencio, fruncido el entrecejo y relumbrantes los ojos. Había perdido, es verdad, unas mil quinientas libras esterlinas; pero, buena jugadora como era, en muchas ocasiones había perdido sumas hasta diez veces mayores, sin por eso perder la sonrisa. El motivo de su malhumor no se hallaba en el juego. Jugaba sin prestar atención al juego, su mirada vagaba de un lado a otro del salón, para fijarse luego en una pequeña mesa a la cual se hallaba sentada miss Stewart, con una media docena de caballeros revoloteando en redor suyo. Se jugaba allí a las cartas; pero en un juego muy diferente, Miss Stewart, ayudada por sus galanes, construía castillos de cartas, ayudada y dirigida por su gracia el duque de Buckingham, tan experto en esta como en otras igualmente inestables formas de arquitectura.

Más allá, junto al fuego, sentado en un sillón de repujado cuero, se hallaba el rey, silencioso, contemplando la mesita pequeña; en sus labios brillaba una sonrisa, débil, indolente, socarrona, que iluminaba su expresivo rostro. Distraídamente, una de sus manos acariciaba la cabeza de un galgo blanco echado junto a él. Un negrito, diminuto, cubierta la cabeza con un gran turbante verde y vistiendo una casaca bordada de arabescos de oro, le ofrecía en una bandeja de plata una copa de vino Oporto.

El rey se levantó, rechazando al morito; y, seguido por el galgo, acercóse a la mesa de miss Stewart. Pronto se halló a solas con ella, pues los galantes caballeros escaparon como escapan los chacales ante el león. El último en retirarse, y con patente disgusto, fué su gracia el duque de Richmond, un caballero pálido, débilmente formado, pero brillante por todo concepto.

Miss Stewart reclamó la admiración del soberano para la arquitectura del duque de Buckingham. ¡Puf! — sopló su majestad, y el maravilloso edificio se convirtió en un segundo en un chato montón de cartas.

—Símbolo de poder real, — dijo ella, descaradamente. — Destruís mejor que edificais, sire.

—¡Tonterías! — respondió él. — Si me desafiais, os probaré en el error que estais.

—¡Hacedlo! Las cartas están aquí.

—¿Cartas? ¡Bah! Las cartas están bien para Buckingham. No es de esa clase el castillo que os haré construir yo, si me lo mandais.

—¿Mandar yo a la majestad del rey? ¡Mon Dieu! ¡Eso sería un crimen de alta traición!

—No mayor traición, pardiez, que haberme esclavizado. — Los hermosos ojos de su majestad brillaban como ascuas. — ¿Os he de construir ese castillo, niña?

Ella miró un momento al rey; luego miró a otro lado; suspiró.

—El castillo que vuestra majestad construya para alguien que no sea la reina ha de resultar prisión. — Púsose de pie y sus ojos, mirando hacia el otro lado del salón se encontraron con los de la olvidada favorita. — A mi señora la condesa de Castlemine parece que no la favoreciera la fortuna, — agregó.

Y con tan poco arte lo dijo, que Carlos no pudo saber si había en sus palabras doble sentido.

—¿Iremos a ver como le va en el juego? — preguntó ella, y con un desprecio tal por la etiqueta, que Carlos dudó otra vez del poco arte de la niña.

Cedió, como es natural. Tal era su conducta con la belleza; cedía siempre. Pero la característica urbanidad con la cual cedió era tan sólo una máscara que encubría su disgusto. Siempre le sucedía lo mismo con la linda Frances Stewart. Siempre se las arreglaba para eludirlo, y siempre con la misma falta de arte y de astucia, siempre con esas frases simples que parecían prendérsele a él para martirizarlo.

Era este un pensamietno insistente, caprichoso, que no quería abandonar su mente. El rey conocía la existencia de un fuerte contrario al duque de York y al conde de Clarendon, el cual, temiendo que la sucesión pasara al primero y a los nietos del

segundo, favorecía fuertemente el divorcio del rey, en vista de la esterilidad de Catalina de Braganza. Y el rey no podía menos que sonreir al pensar que la señora de Castlemaine era, en gran parte, responsable de la existencia de dicho partido. En su odio contra Clarndon, en su ciega procura de armas que lo hicieran, que los destruyeran para siempre, ella había, sino lanzado, por lo menos ayudado mucho a la circulación de la tonta especie de que Clarendon había deliberadamente escogido una reina estéril para él. Pero ella nunca había supuesto que tal especie se volvería contra ella luego; nunca había supuesto ella que, como consecuencia de ese rumor, se formaría un partido que apoyaría el urgente divorcio del rey, en un momento en que éste se consumía de pasión por la esquiva, por la tontamente astuta Frances Stewart.

Era Buckingham el que, exponiéndose a todo, se había constituído en el taimado portavoz de ese partido. La idea sorprendió a Carlos, porque, tal vez, voceaba la tentación a la cual él secretamente daba oídos. Miró a Buckingham frunciendo el ceño.

—Creo firmemente, duque, que eres el pillo más redomado que existe en toda Inglaterra.

El pícaro hizo una reverencia.

—Considerando que soy vuestro súbdito, sire, creo yo también que sí, — respondió.

Rió Carlos de buena gana, con su risa musical, silenciosa casi; luego suspiró, y la arruga de preocupación que surcaba su frente retornó.

—Sería una canallada echar a una pobre mujer, sólo porque es mi esposa y no tiene hijos, lo que no es culpa suya.

Carlos era un mal esposo completo; pero su buena naturaleza indolente se resistía a adquirir la satisfacción de sus deseos al precio de tanta ignominia para con la mujer que, después de todo, era su esposa y su reina. Y antes de que esto sucediera, sería necesario dar al torniquete de la tentación una o dos vueltas más. Lo que se necesitaba en tal respecto. Anunció su intención de retirarse de la corte no sólo para librarse de las tentaciones que la acechaban, sino también para terminar con la inquietud que su presencia allí causaba a la reina. Luego anunció también que se hallaba tan desesperada que se casaría con cualquier caballero que poseyera una renta de 1.500 libras esterlinas al año y que la mantuviera con honor.

Vemos, pues, ante estos dos anuncios, hecho uno detrás del otro, a Carlos desesperado. Buscó tranquilizarla, (y digo tranquilizarla por no decir comprarla) ofreciéndole cualquier dote que ella quisiera; cualquier título que se antojara, ofreciendo todo esto a expensas de la nación, liberalmente, en la misma forma que las joyas que le regalaba, o el collar de perlas que había colocado en redor de su cuello y que costó a la nación mil seiscientas libras esterlinas. Pero todas estas ofertas fueron inútiles; y Carlos, casi al borde de la desesperación, ante tan irreductible virtud, comenzó a pensar seriamente en el divorcio y el nuevo casamiento, cosa que habría llevado a cabo a no haber intervenido en el asunto la señora la condesa de Castlemaine.

Su gracia, que vivía ya, a consecuencia del interés real en miss Stewart, en la fría, rarificada atmósfera del olvido, cosa que importaba tanto como la desgracia real y positiva, tal vez había reflexionado como su intento de aplastar al canciller bajo el peso de su odio, se había vuelto contra ella. En los momentos en que más negra era su desesperación, cuando toda esperanza parecía haber muerto, hizo un descubrimiento. Mejor dicho; el descubrimiento lo hizo un paje del rey, aquel inefable Chiffinch de larga historia, quien se lo comunicó a ella.

Alguien había respondido pronta y ardientemente al clamor de miss Stewart pidiendo un caballero con mil quinientas libras con quien casarse. El que había respondido pronta y ardientemente a tal pedido había sido su alteza el señor duque de Richmond. Su gracia no se apartaba ahora de la bella jovencita, cosa que hacía muy secretamente, temiendo, como temía los celos de Carlos.

La señora condesa, muy bien servida en esta ocasión por el pillastre de Chiffinch, esperó pacientemente su oportunidad; y esa oportunidad se le presentó una fría noche de invierno, allá a fines de febrero de 1667. Carlos, que había ido "abajo" a visitar a miss Steawrt, suponiendo que ésta se hallaría sola, fué informado por una de las doncellas de la joven que ésta no recibía a nadie, pues un fuerte dolor de cabeza la obligaba a guardar cama.

Regresó el rey arriba, de bastante mal humor. Y en sus propios departamentos se halló con la señora condesa. El bribón de Chiffinch la había introducido a ellos por la escalera de servicio, de la cual era portero. Carlos frunció el ceño al verla.

—Espero que me será permitido presentaros mis homenajes, majestad, — dijo, sonriendo irónicamente, — aunque ésta os ha prohibido que los recibais en mi propia casa. Y he venido a presentar a vuestra majestad mis condolencias por la inhumanidad con que su caridad de nuevo cuño os trata.

—Parece que quereis divertiros a costa mía, señora, — respondió Carlos, cuyo malhumor se había tornado pésimo.

—No usaré, — respondió ella, — reproches que me conducirían a la desgracia; y menos aún voy a intentar excusar ciertas frivolidades mías que no tienen excusa, puesto que la constancia de vuestra majestad me priva de toda defensa.

Como vemos, la condesa poseía en grado considerable el don del sarcasmo.

—¿En tal caso, — preguntó Carlos, — podría preguntar por qué habeis venido?

—A abriros los ojos, majestad. Por que no puedo permitir que se os haga el hazmerreir de toda la corte.

—¡Señora!

—¡Ah! ¿Entonces sabíais que la corte ríe del ridículo que sobre vos arrojan las dolencias de la señorita Stewart? ¿Entonces sabíais que, mientras a vos se os niega entrada a sus habitaciones, bajo pretexto de

enfermedad, el duque de Richmond la halla franca?

—¡Esa falsedad que!... — comenzó a decir el rey indignadísimo.

—¡Oh! No deseo que me creais al pie de la letra, sire, — interrumpió la condesa. — Si queréis seguirme, no sereis por más tiempo juguete de una falsa virtud que tan ridículamente os hace conducir.

Tomólo ella, aún medio resistiéndose él, por la mano, y lo guió, muy a despecho suyo, por el mismo camino que él hacía pocos momentos había recorrido. Frente a la puerta de los departamentos de miss Stewart dejólo ella, pero se detuvo al final del corredor, para asegurarse de que el rey había entrado.

Entró el rey, hallándose frente a varias de las doncellas de miss Stewart, las que, respetuosamente, le cerraron el paso. Una de ellas informóle de que la señorita se había empeorado desde que su majestad había estado por vez primera; pero que, habiendo conseguido dormir al fin, parecía que iba a pasar la noche bien.

—Eso es lo que vamos a ver, — dijo el rey.

Y, como una de las doncellas se colocara de espaldas a la puerta, cerrándole el paso, su majestad la tomó de los hombros y, sin ceremonia alguna, la apartó.

Abrió Carlos la puerta violentamente, entrando en la habitación brillantemente iluminada. Dos personas se levantaron de un "vis-a-vis" junto al fuego, y el rey observó que una de ellas era la supuesta acostada y dormida miss. La otra persona, que era un hombre, que podría haberse tomado, a primera vista, por el médico, resultó ser, después de cuidadoso examen, su alteza el señor duque de Richmond.

El rostro cetrino del rey pasó, velozmente, por todos los colores del arco iris. Sus lánguidos ojos perdieron toda traza de languidez. Aquellos que lo conocían, de haberlo visto, podían muy bien haber esperado una de sus explosiones de sangriento sarcasmo que le eran comunes en ciertas ocasiones. Pero el rey estaba demasiado asombrado por lo que había visto, aún para moverse siquiera. Su dominio sobre sí mismo lo había abandonado por completo. Lo que haya dicho, con exactitud, no nos ha sido reservado. Todo lo que hemos podido averiguar es que el rey significó su disgusto en términos que nunca antes había usado en su vida; y que su alteza, casi petrificado por la vivísima cólera del rey, no encontró voz para pronunciar una sola palabra. Las ventanas de la habitación se abrían sobre el Támesis. La mirada de Carlos se dirigió hacia allí, y su gracia, que era delgado y débil, mientras el rey era alto y fornido, tomó apresuradamente la puerta, temiendo que a Carlos se le ocurriera la ventana como más apropiada salida, dejando así a su amada sola con el furibundo monarca.

Pero, con la partida del duque, Carlos ya no pudo hacer de las cosas lo que quería. Miss Stewart se le puso delante, dando muestras de una indignación tan grande como la suya propia, estando muy lejos de justificarse, como el rey había creído que lo haría.

—¿Querría vuestra majestad manifestar cuáles son sus motivos de queja con mayor precisión? — preguntó, desafiante.

Esas palabras tuvieron la virtud de contener al rey. Carlos, que estaba a punto de continuar expresando su cólera, se detuvo, tragó saliva, y miró a miss asombrado, sin saber qué decir. Y de esto sacó miss toda la ventaja posible.

—Si no se me permite recibir la visita de un caballero del rango del duque de Richmond, que me visita con honorabilísimas intenciones, entonces soy una esclava en un país libre. No conozco que haya nada que me pueda impedir disponer de mi mano como me parezca más conveniente. Pero, si esto no me fuera permitido en los dominos de vuestra majestad, no habría poder suficiente en la tierra que me impidiera volverme a Francia e ingresar allí en un convento a gozar de la paz que se me niega en vuestra corte.

Pronunciadas estas palabras, estalló miss en lágrimas. La desesperación del rey fué completa. Arrodillándose, rogóle que le perdonara la injuria que le había inferido. Pero miss no se hallaba en humor de perdonar.

—Si vuestra majestad consintiera ahora en dejarme tranquila, — respondió ella disparando la última saeta, — evitaría ofender por medio de una más larga visita a aquellos que lo condujeron o guiaron a mis departamentos.

Había ella lanzado esta saeta a la ventura, pero astutamente; y el tiro había dado en el blanco. Carlos se puso de pie violentamente, rojo como la grana, y, jurando que no volvería a dirigirle la palabra en todos los días de su vida, salió como un torbellino.

Pero, a medida que transcurrían las horas, Carlos se calmó. Y calmándose, comenzó a reflexionar. Si en verdad se sentía amargamente ofendido, no opr eso debía dejar de comprender que no tenía razón alguna para comportarse como lo había hecho y que su conducta en las habitaciones de miss Stewart había sido sencillamente ridícula. Era ella una virtuosa mujer, resuelta a no permitir que se la tratara con ligereza. Y esta reflexión fué como arrojar leña a la hoguera de su pasión. Era imposible, ¡imposible!, que ella amara a aquel tonto y estúpido de Richmond, que no poseía la menor gracia de cuerpo o espíritu; y si ella sufría el ser cortejada por él, era tan sólo con el propósito, como lo había dado a entender ya, de que él, el rey, dejara de molestarla. El pensamiento de que ella podía casarse con Richmond, o con cualquier otro, era algo que Carlos no podía soportar. Y eso, precisamente, debió haber acabado con el último escrúpulo que le quedaba respecto a su divorcio.

La primra medida que el rey tomó a la mañana siguiente, fué desterrar de la corte al duque de Richmond; pero el duque no había esperado la orden del rey: por sí y

ante sí se había desterrado a sí mismo la noche anterior.

Luego Carlos pidió consejo al canciller. La habitual gravedad de Clarendon tomó esta vez todo el carácter de severidad. Habló el conde al rey, como un padre, aprovechando la tutela que sobre él ejercía desde hacía veinticinco años. El rey no quedó muy satisfecho de su entrevista con el canciller. Pero, así como se había salido con la suya en otros casos, a despecho de Clarendon, también se saldría con la suya en esta ocasión.

Pero esta vez el canciller, por su parte, no quiso correr el riesgo. Temía grandemente las consecuencias que aquel paso tendría para Carlos y se propuso evitar a toda costa el escándalo y salvar a la ya demasiado injuriada reina. De manera, pues, que se puso secretamente a trabajar para ganar de mano al rey. Se erigió a sí mismo en protector de aquellos dos enamorados, el duque de Richmond y miss Stewart; y esto tuvo como resultado que una noche oscura, más o menos una semana después del desgraciado incidente promovido por el rey, la linda damita salió de Whitehall entre tinieblas, siendo conducida por el canciller a la Taberna del Jabalí, en Bridgefoot, Westminster, donde el duque de Richmond la esperaba con una berlina. Y así, favorecidos por el canciller, se escaparon de la corte, en dirección a Kent y al matrimonio.

Eso era, en verdad, dar jaque mate al rey; y Carlos, mortificado, juró como un verdadero poseído durante un día entero. Pero sólo unas seis semanas después supo lo que en verdad había acontecido. Y no puede dudarse de que lo haya sabido por boca de la señora condesa de Castlemaine, con la cual había vuelto a consolarse de la ingratitud de la pequeña Stewart.

Así, pues, vemos a la condesa encaramada una vez más en la afección del rey. Debería ella haberle estado agradecida al canciller por esto, pues de no haber sido por él quién sabe el curso que hubieran tomado las cosas. Pero su naturaleza vengativa sólo recordaba la primera injuria recibida del canciller, la que aún no estaba vengada. Y he aquí que al fin se le presentaba la oportunidad de hacérsela pagar a Clarendon. El canciller, rodeado de enemigos por todas partes, pero confiado en el rey, al que tan bien había servido, no cedía una sola pulgada de su terreno, en el que se mantenía firme como un roble, un roble que había desafiado tempestades mayores y más poderosas que estas. Ni soñaba siquiera que se hallaba en poder de una mujer perversa. Y esa mujer usó de su poder. Cuando todo argumento falló, fué ella la que puso en conocimiento del rey la parte que había tenido Clarendon en la fuga de la Stewart; y, para evitar que el rey se inclinara a perdonarlo, en razón de los motivos que lo habían impulsado, agregó que si Clarendon había hecho eso era para evitar que el rey contrajera nuevo matrimonio, y asegurar así la descendencia del trono a sus nietos, los hijos de su hija y el duque de York.

Eso fué la catástrofe; el rey retiró a Clarendon su protección, y lo arrojó a los lobos. Envió al duque de Albemarle con la orden de que recibiera de manos de Clarendon el sello de canciller. Pero el orgulloso Eduardo Hyde se rehusó a cumplir la orden del rey, diciendo que entregaría el sello al rey mismo, de quien lo había recibido.

Puede ser que tuviera aún la esperanza de que el rey, al verse frente a frente a él, olvidara todo, para sólo recordar los servicios recibidos de su tutor y su canciller durante veinticinco años. Así, pues, fué en persona a Whitehall, entró con paso firme y la cabeza erguida, altivo el continente, a la sala del trono, pasando por entre dos filas de una corte, compuesta, según nos dice Evelyn, en su mayor parte, "de bufones y mujeres alegres".

De su partida de allí, de su desgracia ya consumada, Pepys nos da cuenta en la siguiente forma:

'Cuando el partió del rey, aquel lunes por la mañana, la señora condesa de Castlemaine se hallaba aún en el lecho, aunque era ya mediodía. Sin embargo, apareció casi desnuda en las ventanas de su departamento, que daba sobre los jardines de Whitehall, donde una de sus doncellas le trajo el peinador; allí, sin duda, se felicitó a sí misma de la partida del canciller. Y muchos de los galanos caballeros de Whitehall se detuvieron a hablar con ella, entre ellos Blancard, que recordóle que no debía reir de la partida del canciller, pues ella misma solo era ave de paso".

Clarendon, melancólicamente, vivió algún tiempo en su hermoso palacio de Piccadilly, hasta que, enjuiciado por el Parlamento, y recordando el destino de Straford, lo abandonó para recorrer, una vez más, y por el resto de sus días, el camino del destierro.

Pero el tiempo lo vengó. Porque dos de sus nietos, Ana y María Estuardo, hijas de su hija y del duque de York, ocuparon el trono sucesivamente como reinas de Inglaterra.

RAFAEL SABATINI.

LOCUCIONES LATINAS EXPLICADAS

Vera efigie. Imagen verdadera de una persona o cosa.

* * * *

Vide. Voz verbal que se emplea en impresos y manuscritos precediendo a la indicación del lugar o página que ha de ver el lector para encontrar alnuna cosa.

* * * *

Pássim. — Aquí y allá, en una y otra parte, en lugares diversos. Usase en las anotaciones de impresos y manuscritos castellanos.

* * * *

Per se. — Por sí o por sí mismo. Usase en castellano en lenguaje filosófico.

* * * *

Córam pópulo. — En público.

PROLONGANDO LA LUNA DE MIEL

PARA AMAR A SU ESPOSA

Por JEAN RAMEAU

(Traducción del francés).

Un refrán muy antiguo afirma hace tiempo aquello de "en la variedad está el gusto" y si su forma literaria no es muy pulida lo cierto es que encierra una gran verdad; el siguiente relato humorístico, si no lo prueba, lo comenta con muy jocoso donaire.

I

UN hombre.

Una mujer.

El hombre (Abelardo Pierroton), siguiendo a la mujer (una María cualquiera). ¿Por qué? Veámoslo.

Abelardo Pierroton se va a ahogar. Esta es su resolución cuando se aburre. Sale de su casa con dirección al río; pero juzga conveniente esperar que una desconocida alegre y bonita lleve la misma dirección.

El camino, de este modo, será más agradable.

II

Todo el mundo puede tener distracciones y por eso Abelardo puede tener varias seguidas.

Primeramente se olvida de arrojarse al río cuando está a la orilla. Después, sigue a la mujer hasta su casa.

Y más tarde la sigue hasta un departamento municipal, donde un funcionario, no menos municipal, les hace decir: "Sí, sí" a los dos, como se hace en las ferias con las focas sabias.

¡Casados!

III

Pronombre obligado.

Abelardo jura no engañar jamas a su mujer.

Es hombre de palabra y ama apasionadamente a su María cualquiera durante ocho días.

Después de esta eternidad de pasión, queda tres semanas pensativo.

—¡Diantre, diantre! — gruñe Pierroton. — Ella sigue morena, encantadora, linda como el primer día. ¿Es que va a durar mucho esto? — se pregunta con inquietud. — ¡Ah! — exclama, dándose un golpe en la frente, de donde ha brotado una idea, y corre a comprarle una peluca rubia.

Resultado inesperado: ocho nuevos días de enorme pasión.

IV

Entonces Abelardo, que es hombre de recursos, ensaya otra cosa. No pudiendo cambiar completamente de mujer, resuelve modificar algunos detalles. La enseña a bizcar y a hablar por la nariz.

Una luna de miel de quince días es el resultado de este ingenioso mejoramiento. Las mujeres bizcas y que hablan por la nariz, acaban por ser insorportables como las otras al poco tiempo.

Abelardo, asustado, se estruja la cabeza con las manos, y busca nuevas fórmulas.

V

Por fin, resuelve hacerse amar en inglés. Su esposa sabe algunas frases de este idioma, y durante tres semanas, en las horas de pasión, no dice a su Pierroton más que "my love" y "my dear".

Este admirable medio resulta sorprendente. Después de la inglesa vienen: la española, seis días de pasión; la turca, cinco días de pasión; la alemana, tres días y medio de pasión; la china, tres días de pasión; la persa, nueve horas de pasión; la abisi

nia, dos horas de pasión; nacionalidades diversas, tres horas y tres cuartos de pasión.

VI

¿Y después?

Abelardo, que no quiere matarse aún, busca un nuevo procedimiento para hacer deseable a su mujer, y lo encuentra.

Conduce a María a casa de un profesor de ventriloquía.

Madame Pierroton, que poseía excepcionales aptitudes, aprende a hablar de catorce modos. Su esposo está entusiasmado durante toda la semana, y se venda los ojos, imaginándose que corteja a catorce mujeres a la vez.

¡Prodigio del arte!

La voz de su mujer tartamuda, le hace rimar sonetos.

La voz de su mujer desdentada le inspiraba un volumen de elegías.

Pero fué la voz de mujer hidrópica la que le produjo la pasión más fuerte de su vida. ¡Diez y siete días del más puro amor!

VII.

Pero todo tiene su fin en este mundo, incluso el amor que tienen las mujeres hidrópicas.

¡Desolación! ¡Marasmo!

¿Qué hacer?

Aplica seis kilos de algodón sobre los hombros de su mujer, para figurársela más gorda.

¡Pasión fría!

La impide hablar, para creer en presencia de una mujer muda.

¡Amor minúsculo!

¿Qué hacer?

VIII

Desesperado, consulta un calendario.

Había amado a su mujer durante tres meses y trece días, de cincuenta y tres formas distintas.

Levantá la frente con orgullo y dice:

—Ya puedo morir.

Y, siguiendo su costumbre, se dirige al río, convencido de que éste es el único medio de permanecer fiel: estar muerto. El se conoce bien.

Para hacer el camino más ameno, cree oportuno permitirse esta suprema y simbólica consolación: esperar a que pase una mujer bonita que lleve la misma dirección.

Pasa una mujer, morocha, distinguida, del brazo de uno.

Es la caída de la tarde. Los objetos se perciben a medias. Abelardo sigue a diez pasos la adorable silueta, y murmura convencido:

—¡Ah, si yo hubiese dado con una felicidad como ésta!

Llegan a pisar el puente. La linda joven se vuelve.

¡Condenación!

Abelardo se asió a la barandilla, y dando un salto, cayó al agua, lanzando un grito de rabia.

IX

Abelardo llega al Cielo

—¿Cómo va, mi amigo? — le dice el buen Dios. — Tu mujer te engañaba; te doy el Paraíso para toda la Eternidad.

—¡El Paraíso!... ¡Para la Eternidad!... — balbuceó con los cabellos erizados. — ¡Nunca!.. ¡Cedo mi puesto!.... — Después, con más calma, añade: — Al menos que el buen Dios me dé una contraseña para salir y entrar y hacer algunas escapatorias al...

JEAN RAMEAU.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

LITERATURA ESTADOUNIDENSE

FEATHERTOP

Por NATHANIEL HAWTHORNE

(Traducción del inglés)

Con el propósito de dar a conocer a los favorecedores de "Pucky" lo más selecto de la producción de Nathaniel Hawthorne, el gran autor estadounidense se publica a continuación esta, que él denomina "leyenda moral" y que figura entre las más famosos relatos de su famoso autor.

"¡DICKON! — gritó mamá Rigby, — ¡fuego para poder encender mi pipa!"

La vieja señora tenía la pipa en la boca cuando decía estas palabras. Las había lanzado después de llenarla de tabaco, sin tratar de encenderla en el hogar donde, en realidad, no había huellas de que se hubiera encendido fuego aquella mañana. Sin embargo, tan pronto como hubo dado la orden, brotó un rojo intenso en el hueco de la pipa y una bocanada de humo de los labios de Mamá Rigby. Nunca pude descubrir de dónde vino el fuego, ni qué mano invisible lo hizo encederse allí.

—¡Bien! — dijo Mamá Rigby, con una inclinación de cabeza. — ¡Gracias, Dickon! Ahora hagamos el espantajo. Quedad al alcance de la voz, Dickon, por si os necesito otra vez.

Apenas amanecía, pero la buena mujer había madrugado aquella mañana con el objeto de hacer un espantajo que quería colocar en una sementera de maíz. Era la última semana de mayo, y ni los cuervos ni los mirlos habían descubierto aún las pequeñas hojas verdes y enrolladas del maíz que comenzaba justamente a brotar de la tierra. Así, había resuelto fabricar un espantajo que pareciera vivo por todos sus lados y terminado inmediatamente de pies a cabeza, de manera que comenzara aquella misma mañana sus deberes de centinela. Ahora bien; Mamá Rigby era, como todos sabemos, una de las brujas más hábiles y poderosas de la Nueva Inglterra y podía hacer, en consecuencia, con muy pequeño esfuerzo, un espantajo suficientemente horrible para aterrorizar al mismísimo ministro de la iglesia protestante. Pero, habiendo despertado aquella mañana con disposición de espíritu extraordinariamente placentera, suavizada todavía más por su pipa de tabaco, resolvió producir algo fino, hermoso y espléndido, de preferencia a lo horrible y espantoso.

"No quiero colocar un duende grosero en mi propio campo de maíz y casi a mis puertas", díjose a sí misma, lanzando una bocanada de humo; "podría hacerlo si quisiera, pero estoy cansada de cosas maravillosas y esta vez me quedaré dentro de los límites de la vida ordinaria, en obsequio a la variación. Además, no hay necesidad de espantar a los chiquillos a una milla a la redonda, aunque yo sea, como ellos dicen, "bruja de verdad".

Quedó sentado, de consiguiente, en la mente de Mamá Rugbzy, que el espantajo representaría un caballero elegante de la época, hasta donde lo permitieran los materiales de que podía disponer. Quizá será oportuno enumerar los principales artículos que entraron en la composición de la figura.

El más importante de todos indudablemente, aunque llegaba a apreciarse muy poco, era cierto palo de escoba en que Mamá Rigby había dado muchos nocturnos paseos aéreos a la media noche, y el cual servía ahora de columna vertebral al espantajo, o de espinazo, hablando en términos

vulgares. Uno de los brazos estaba constituído por un mayal, inútil ahora, que acostumbraba manejar el buen Rigby antes de que su esposa le enviara fuera de este pícaro mundo; el otro, si no me equivoco, estaba compuesto del cabo de una escoba el travesaño roto de una silla, atados fuertemente a la altura del codo. En cuanto a las piernas, la derecha era el mango de un azadón y la izquierda un palo tomado en la miscelánea confusa del montón de maderas. Los pulmones, estómago y demás cosas por el estilo era nada menos que un saco de harina relleno de paja. Tenemos así el esqueleto y la individualidad entera del espantajo, con excepción de la cabeza; la cual se suplió admirablemente con una calabaza seca y arrugada, donde abrió Mamá Rigby dos huecos para los ojos y una abertura para la boca, dejando que cierta azulada prominencia hiciera en el centro las veces de nariz. El conjunto constituía realmente un semblante del todo respetable.

"He visto muchos rostros peores sobre hombros humanos, seguramente", pensó Mamá Rigby. "Y más de un fino caballero tiene cabeza de calabaza, lo mismo que mi espantajo".

Pero en este caso los vestidos debían hacer al hombre. Así, la buena anciana tomó ende una percha una casaca antigua color ciruela, hecha en Londres, y con restos de bordado en las costuras, puños, solapas de las faltriqueras y ojales; pero lamentablemente usada y descolorida, remendada en los codos, rasgada en los faldones y completamente raída. En la solapa izquierda veíase un agujero redondo, producido quizá por alguna placa nobiliaria arrancada violentamente, o por el corazón ardiente de alguno de los posesores de la prenda que la hubiera chamuscado. Los vecinos aseguraban que esta rica vestimenta pertenecía al guardarropa del Hombre Negro, quien la conservaba en la casa de Mamá Rigby por la comodidad de vestirse allí siempre que quería presentarse de gran parada a la mesa del gobernador. Para completar el atavío había un amplio chaleco de terciopelo, bordado primitivamente con follaje de dorado tan brillante como las hojas de arce en octubre, pero que se había apagado ya casi del todo sobre el terciopelo. Venía en seguida un par de calzas color escarlata, llevadas alguna vez por el gobernador francés de Loúisbourg, y cuyas rodillas habían tocado los escalones inferiores del trono de Louis el Grande. El francés regaló estas calzas a un indio curandero quien las dió a la vieja bruja a cambio de un vaso de aguardiente en una de sus danzas en la selva. Además, sacó Mamá Rigby un par de medias de seda y las calzó en las piernas del espantajo donde aparecían como una fantasía, mostrando la realidad de los palos al dejar percibir dolorosamente la madera a través de los agujeros. Colocó, por último la peluca de su amado esposo en el pelado cráneo de la calabaza y completó el conjunto con un empolvado sombrero de tres picos adornado con las más largas plumas de cola de gallo que se pudiera imaginar.

Tan luego que la vieja hubo terminado, colocó esta figura en un rincón de su cabaña, riendo al observar el amarillo rostro del espantajo con la pequeña naricilla picaresca levantada al aire. Tenía un cómico aspecto de satisfacción de sí mismo y parecía decir: "¡Pero, venid a admirame!"

"¡Y es un hecho que sois digno de que se os admire!" murmuró Mamá Rigby, llena de maravilla ante su obra. "He fabricado muchos muñecos desde que soy bruja pero se me figura que éste es el mejor de todos. Casi es demasiado magnífico para espantajo. Y ahora, llenaré primero mi pipa con tabaco fresco y lo llevaré en seguida a la sementera de maíz."

Mientras llenaba su pipa, seguía mirando la anciana con cariño casi maternal al espantajo en su rincón. A decir verdad, sea casualidad o destreza, o quizá sólo hechicería, había algo maravillosamente humano en la ridícula figura acicalada con su harapiento esplendor, y que parecía arrugar su amarillo semblante en una mueca de curiosa expresión entre desdén y regocijo, como si comprendiera que representaba en sí misma una burla a la humanidad. Mientras más la contemplaba Mamá Rigby, más satisfecha se hallaba de su labor.

—¡Dickon! — gritó imperiosamente, — fuego otra vez para mi pipa!

Apenas había terminado, cuando apareció como antes una brasa enrojecida sobre el tabaco. Mamá Rigby aspiró una larga bocanada y la exhaló después hacia el rayo de luz matinal que luchaba por atravesar las empolvadas vidrieras de la ventana de su cabaña. Gustábale saborear su pipa con una brasa del fuego de la chimenea de donde había sido arrancado. Pero no puedo decir dónde estaba tal chimenea, ni quien aportaba el fuego, salvo aquel invisible mensajero que parecía responder al nombre de Dickon.

"Este muñeco", pensaba Mamá Rigby, con los ojos fijos en el espantajo, "es trabajo demasiado artístico para dejarlo todo el verano en un campo de maíz espantando a los cuervos y a los mirlos. Es capaz de algo mejor. ¡Vaya que he danzado muchas veces con figuras más ridículas, cuando escaseaban las parejas en nuestras reuniones de hechicería en los bosques! ¿Qué sucederá si le dejo buscarse la vida entre los demás hombres de paja y gente vacía que andan alborotando por el mundo?"

La vieja bruja aspiró tres o cuatro bocanadas de humo de su pipa y sonrió.

"¡Encontrará una multitud de semejantes en cada esquina!" continuó. "Bien; no intento meterme hoy en brujerías, más allá de lo que dure mi pipa; pero soy maga y lo seré y de nada sirve querer disimularlo. ¡Haré un hombre de mi espantajo, siquiera sea por el placer de pegar un petardo!"

Mientras murmuraba estas palabras, Mamá Rigby retiró la pipa de su boca y la arrojó en la abertura que hacía de tal en el rostro de calabaza del espantajo.

—¡Fuma, querido, fuma! — dijo. — ¡Fuma, elegante mozo! ¡Tu vida depende de ello!

Era indudablemente una exhortación original, dirigiéndose a un paquete de palos, paja y vestidos viejos, sin nada mejor que una arrugada calabaza por cabeza, como sabemos bien que estaba formado el espantajo. Sin embargo, debemos recordarlo muy especialmente. Mamá Rigby era una bruja de singular habilidad y poder; y teniendo presente este hecho, no habrá nada increíble en los notables incidentes de nuestra historia. A la verdad, la dificultad mayor quedará vencida al punto, si logramos llegar a la creencia de que tan pronto como la vieja le ordenó fumar, brotó una bocanada de humo de la boca del espantajo. Fué seguramente una bocanada muy ligera; pero a ésta siguió otra y otra más, cada una más decidida que las anteriores.

—¡Fuma, angel mío! ¡Fuma, lindo! — sigujó diciendo Mamá Rigby con su sonrisa más graciosa. — Es hálito de vida para tí; te doy mi palabra.

Queda fuera de duda que la pipa estaba encantada. Debía existir algún conjuro sea en el tabaco o en el ardiente fuego que ardía misteriosamente en su huéco, o en el humo aromático que se exhalaba de las encendidas hojas. Después de varias tentativas vacilantes, la figura arrojó al fin una nube de humo que se extendió desde el oscuro rincón hasta la faja luminosa de la ventana. Allí se difundió y se desvaneció entre los átomos de polvo. Parecía haber sido un esfuerzo convulsivo pues que las dos o tres bocanadas siguientes fueron más débiles, aunque el fuego ardía todavía y arrojaba sus reflejos sobre el rostro del espantajo. La vieja bruja aplaudió golpeando sus flacas mano una contra otra y sonrió a su muñeco de manera alentadora. Veía que el encanto obraba. La faz arrugada y amarilla, que hasta entonces no había ofrecido aspecto vital, comenzaba a mostrar una especie de fantática y tenue atmósfera humana que parecía fluctuar a su alrededor, desvaneciéndose a veces completamente, y haciéndose otras má perceptible siguiendo las exhalaciones d la pipa. De igual manera asumía toda la figura una semblanza de vida, como la que prestamos a formas mal definidas de las nubes, engañándonos a medias con las divagaciones de nuestra propia fantasía.

Si hubiésemos de ahondar profundamente en la materia, podría dudarse si, después de todo, hubo algún cambio en la sórdida, raída, insignificante y mal pergeñada figura del espantajo; o si únicamente alguna ilusión fantasmagórica y cierto curioso efecto de luz y sombra la coloreaba y delineaba en forma de engañar los ojos de muchas personas. Los milagros de la brujería adolecen siempre de artificios muy superficiales: y por último, si esta explicación no llega al fondo del proceso, no puedo ofrecer otra mejor.

—¡Muy bien, lindo mancebo! — exclamó de nuevo Mamá Rigby. — Vamos, otra buena y vigorosa inhalación, y lánzala con fuerza y violentamente. ¡Fuma, por tu vida, te lo digo! ¡Aspira desde el fondo de tu corazón, si corazón tienes y si éste tiene fondo! ¡Bien, ahora! Aspira esa bocanada como si gozaras en hacerlo.

Y la bruja hizo un ademán con la cabeza al espantajo, poniendo tal potencia magnética en su gesto que inevitablemente debía éste obedecer, como obedece el hierro a la misteriosa atracción del imán.

—¿Por qué te quedas holgazaneando en tu rincón perezoso? — dijo Mamá Rigby. — ¡Avanza! ¡Tienes el mundo delante de tí!

Palabra, que si no hubiera oído yo mismo esta relación en el regazo de mi abuela y no hubiera quedada completamente establecida entre las cosas verosímiles cuando mi infantil credulidad no podía aún analizar su posibilidad, jamás habría tenido el atrevimiento de referirla ahora.

Obedeciendo a la voz de Mamá Rigby y alargando el brazo como para tomar su mano extendida, la figura avanzó un paso, una especie de sacudimiento o salto más bien que paso; vaciló luego y casi perdió el equilibrio.

¿Qué más podía esperar la hechicera? No era nada, después de todo; solamente un espantajo de madera armado sobre dos estacas, pero la enérgica bruja se enfadó y sacudió la cabeza, y lanzó la fuerza de su voluntad tan poderosamente sobre aquella miserable combinación de madera podrida, paja mohosa y raída vestimenta, que se vió el espantajo obligado a mostrarse hombre, a despecho de la realidad de las cosas. Así avanzó hasta la faja luminosa. Detúvose allí ¡pobre diablo de invención!, revestido solamente de una capa ligerísima de apariencia humana, a través de la cual era visible la rígida, desvencijada, incongruente, vieja, harapienta, múltiple e inútil combinación de su esencia, pronta a desplomarse en tierra en un montón de residuos, por la conciencia de su propia indignidad para erguirse. ¿Confesaré la verdad? En este punto de vivificación, el espantajo me hace recordar ciertos caracteres indefinidos y anormales, compuestos de elementos heterogéneos y empleados mil veces, a despecho de su insignificancia, por los escritores de novelas (yo también como los demás) que han poblado con ellos superabundantemente el mundo de la fantasía.

Mas la feroz bruja comenzaba ya a encolerizarse y a mostrar los rasgos de su naturaleza diabólica, que asomaba sibilante como una cabeza de serpiente desde el fondo de su pecho, ante el comportamiento pusilánime de la cosa que ella se había tomado la molestia de componer.

—¡Fuma, miserable! — gritó con ira. — ¡Fuma, fuma, fuma, tú, criatura de paja y vacuidad! ¡Tú, andrajo ¡Tú, saco de harina ¡Tú, cabeza de calabaza! ¡Tú, nada! ¿Dónde encontraré una palabra suficientemente vil para calificarte? ¡Fuma, te digo, y aspira tu vida fantástica junto con el humo; o si no, arrancaré la pipa de tu boca y te arrojaré al lugar de donde ha venido aquella brasa ardiente!

Amenazado así, el infeliz espantajo no tenía más remedio que inhalar aquella pe-

ligrosa vida. Haciendo de necesidad virtud, aplicóse vigorosamente la pipa, arrancando nubes de humo tan espeso que la pequeña cocina de la choza estaba envuelta por completo en los vapores del tabaco. Un rayo de sol luchaba por atravesar esta niebla y podía apenas reflejar vagamente la imagen de la hendida y empolvada vidriera de la ventana sobre el muro opuesto. Entretanto, Mamá Rigby, con un brazo en jarras y el otro extendido hacia la figura se destacaba ferozmente en medio de la oscuridad, con el mismo porte y expresión que cuando provocaba alguna terrible pesadilla en sus víctimas y permanecía al lado del lecho para saborear su agonía. El pobre espantajo fumaba y fumaba, trémulo y lleno de terror. Mas es preciso reconocer que sus esfuerzos servían perfectamente para el objeto; pues a cada sucesiva exhalación, perdía la figura visiblemente su aspecto informe y confuso y parecía condensar su esencia. Aún la misma vestimenta participaba de este mágico cambio, brillando con reflejos de novedad y resplandeciendo con el bello bordado de oro que por tan largo tiempo había estado opacado sobre el terciopelo. Y, revelándose apenas entre el humo, un rostro amarillo dirigía hacia Mamá Rigby sus ojos sin expresión.

Al fin, la vieja bruja cerró el puño crispado, sacudiéndolo en dirección a la figura. No estaba iracunda verdaderamente; mas procedía bajo el principio, falso quizá pero profundo, como todos los que profesara persona de las cualidades de Mamá Rigby, de que las naturalezas débiles y entorpecidas, incapaces de sentir mejor inspiración, deben aguijonearse por medio del terror. En caso de que fracasara lo que ella intentaba, tenía el inhumano propósito de desparpajar al miserable simulacro en sus primitivos elementos.

—Tienes el aspecto de hombre, — dijo la bruja severamente. — ¿Tienes también, por acaso, algún eco o remedo de voz? ¡Te ordeno hablar!

El espantajo abrió la boca, hizo algunos esfuerzos y emitió al fin un murmullo tan entremezclado con el humoso aliento, que apenas podría decirse si era voz en realidad o solamente una bocanada de humo del tabaco. Algunos narradores opinan que los conjuros de Mamá Rigby y la fuerza de su voluntad habían evocado un espíritu familiar dentro de la figura, y que ésta era la voz que respondía.

—¡Madre, — murmuró la pobre voz ahogada, — no seas tan cruel conmigo! Yo bien desearía hablar; pero ¿qué puedo decir, careciendo de sesos?

—¿Que no puedes hablar, querido mío? ¿Que no puedes hablar, tú? — exclamó Mamá Rigby, suavizando con una sonrisa la dureza de su continente. — Y ¿qué podrías decir, preguntas? ¡Vaya, en verdad! Perteneces a la confraternidad de los cráneos vacíos, y ¿preguntas lo que habrías de decir? ¡Dirás mil cosas, y repitiéndolas mil y mil veces más, no habrás dicho nada todavía! ¡No tengas miedo, te digo! Cuando entres en el mundo donde me propongo lanzarte, no te faltará lo necesario para poder hablar. ¡Habla ¡Vamos!

Hablarás tanto como un murmurador arroyo de molino, si tú quieres. ¡Tienes suficiente talento para eso, estoy segura!

—A vuestras órdenes, madre, — respondió la figura.

—Eso ha estado muy bien dicho, tesoro mío, — respondió Mamá Rigby. — Entonces, habla como se te ocurra y no te preocupes. Encontrarás un centenar de frases hechas y quinientas personas que las aprovechan. Y ahora, querido mío, me he tomado tanto trabajo por ti, y eres tan hermoso, que, a fe mía, te amo más que a cualquier otro muñeco de brujería en todo el mundo; y los he hecho de todas clases: de yeso, de cera, de paja, de palos, de niebla nocturnan, rocío de la mañana, espuma del mar y humo de las chimeneas. Pero tú eres el mejor de todos. Así, atiende a lo que voy a decirte.

—¡Sí, bondadosa madre, — dijo la figura; — con todo el corazón!

—¡Con todo el corazón! — exclamó la bruja, de palos, de niebla nocturna, rocío de la dos y riendo estrepitosamente. — Tienes una linda manera de expresarte. ¡Con todo el corazón! ¡Y pusiste la mano sobre el lado izquierdo de tu chaleco, como si realmente tuvieran corazón!

De excelente humor por su fantástica invención, Mamá Rigby dijo al espantajo que debía ir a representar su papel en el gran mundo, donde ni un hombre entre ciento, aseguraba ella, estaba dotado de esencia más refinada que su propia creación. Y para que pudiera mantener muy alta la cabeza entre los mejores, dotóle al punto de incalculables riquezas. Consistían, parte en una mina de oro en Eldorado, y parte en diez mil acciones en una bancarrota fraudulenta; medio millón de acres de viñedos en el polo Norte; un castillo en el aire y un castillo en España; agregado a la renta que todo aquello pudiera producir. Hízole donación asimismo del cargamento de sal de Cádiz que llevaba cierto buque al cual hizo naufragar la hechicera diez años atrás en mitad del Océano por medio de sus artes nigrománticas. Si la sal no se hubiera disuelto y pudiera introducirse en el mercado, permitiría levantar una bonita suma entre los pescadores. Para que no careciera de dinero en efectivo le dió un cuarto de penique de cobre, sellado en Birmingham, que era todo lo que poseía; y, además, muchísima calderilla que al aplicarse sobre la frente, la volvía más y más refractaria a colorearse.

—Con esta clase de moneda solamente, — dijo Mamá Rigby, — puedes hacer carrera en el mundo. ¡Bésame, tesoro mío! He hecho por ti lo más que ha sido posible!

Además, con el objeto de que tuviera el aventurero todas las ventajas necesarias para un bello ingreso en la vida, la excelente anciana le dió una contraseña que le haría reconocer por cierto magistrado, miembro del consejo, mercader, y funcionario eclesiástico: cuatro dignidades que constituían un sólo hombre que se encontraba a la cabeza de la sociedad en la metrópoli vecina. La contraseña era ni más ni menos que una sola palabra que Mamá Rigby murmuró al oído

del espantajo y que éste debía murmurar a su vez al oído del mercader.

—Gotoso y todo como es este viejo camarada, hará por ti cualquiera correría tan pronto como hayas pronunciado esta palabra en sus oídos dijo la vieja bruja. — ¡Mamá Rigby conoce muy bien al digno juez Gookin, y el digno juez conoce bien a Mamá Ribgy!

A estas palabras la bruja acercó su arrugada faz a la del muñeco, riendo incontenibleme ntey estremeciéndose con deleite de pies a cabeza a la idea de lo que iba a comunicarle.

—El digno magistrado Gookin, — murmuró, — tiene por hija una donosa doncella. Y ¡escucha bien, mi favorito! Tú tiene bello continen y bastante ingenio natural. ¡Sí, bastante viveza de entendimiento! Lo comprenderás mejor cuando hayas podido apreciar el ingenio de los demás. Ahora bien; con ese exterior e interior tuyos, eres el hombre llamado a conquistar el corazón de una joven. ¡No lo dudes jamás! Te garantizo que así será. Pon solamente de tu parte bastante aplomo en el asunto, suspira, sonríe, agita tu sombrero, adelanta el pie como un maestro de baile, coloca la mano derecha sobre el lado izquierdo de tu chaleco, y la linda Po- tuya.

Todo este tiempo la nueva criatura había estado inhalando y exhalando la vaporosa fragancia de su pipa y parecía ahora continuar en esta ocupación por propio placer y noco como condición indispensable para su existencia. Era maravilloso observar cuán extraordinariamente se asemejaba ahora a un ser humano. Sus ojos — que a este tiempo parecía ya tenerlos, — estaban fijos en Mamá Rigby, y movía o inclinaba siempre la cabeza en el momento oportuno. Tampoco dejaban de acudir a sus labios las palabras propias para la ocasión: "¿Realmente? ¿En verdad? ¡Dígame, se lo ruego! ¿Es posible? !Palabra de honor! ¡De ninguna manera! ¡Oh ¡Ah! ¡Jem!" y muchas otras exclamaciones de rigor que implicaban atención, interogación, asentimiento o disentimiento de parte del oyente. Aun después de haberse encontrado por allí y haber visto fabricar desde el principio al espantajo, era difícil resistirse a la convicción de que el sujeto comprendía perfectamente el alcance de los astutos consejos que la vieja bruja depositaba en su remedo de oído. Mientras aplicaba con mayor entusiasmo sus labios a la pipa, su expresión se volvía más sagaz, sus gestos y ademane adquirían mayor vida y u voz resonaba de manera más inteligible. Sus vestidos lucían también más y más con ilusoria hmagnificencia. La misma pipa en que ardía el conjuro de toda esta obra maestra, dejó de aparecer como un pesado artefacto de tierra ennegrecida para convertirse en un artístico objeto de espuma de mar con cabeza pintada y boquilla de ámbar.

Podría temerse, sin embargo, que estaba dependiendo del vapor de la pipa la vida de esta ilusión, hubiera de terminar simultáneamente con la reducción del tabaco a cenizas. Pero la bruja había previsto esta dificultad. — Sostén la pipa, hermoso mío, — dijo, J mientras la lleno de nuevo para ti.

Era penoso ver cómo el elegante caballero comenzaba a retrocer hasta el espantajo mientras Mamá Rigby sacudía las cenizas de la pipa y procedía a llenarla otra vez con el tabaco de su caja.

—¡Dickon! — exclamó con su voz fuerte e imperiosa, — ¡más fuego para esta pipa!

Apenas lo habría dicho, cuando la partícula de rojo intenso brillaba dentro de la cabeza de la pipa; y el espantajo, sin aguardar órdenes de la bruja, aplicando el tubo a sus labios, comenzaba a arrancar cortas y convulsivas bocanadas que pronto, sin embargo, se convirtieron en más iguales y regulares.

—Ahora, chiquillo de mi corazón, — dijo Mamá Rigby, — suceda lo que quiera debes adherirte a tu pipa. Tu vida reside allí; y esto lo sabes bien, aun cuando no sepas mucho más fuera de esto. ¡No te desprendas de tu pipa, te digo! Fuma, aspira, lanza nubes de humo, y si alguien te pregunta, di a la gente que es por salud, que tu médico lo ha recomendado así. Y cuando tu pipa esté concluyéndose, ve, delicia mía, a cualquier rincón y, penetrándote primero bien de humo, exclama con imperio: "¡Dickon! ¡una nueva pipa de tabaco! ¡Dickon! ¡Fuego para mi pipa!" y fúmala tan pronto como sea posible. De lo contrario, en vez de un galano caballero con casaca bordada de oro, te convertirás en un haz de palos y vestidos destrozados, un saco de paja y una arrugada calabaza ¡Ahora parte, tesoro mío, y la dicha sea contigo!

—Nada temáis, madre! — dijo la figura con voz sonora, lanzando una vigorosa bocanada. — "¡Yo arribaré, si esto es dado a un caballero y a un hombre honrado!

—¡Oh, tú me harás morir! — exclamó la vieja bruja, en una carcajada convulsiva. — Eso estuvo muy bien dicho. ¡Si es dado a un caballero y a un hombre honrado! Representas tu papel a la perfección. Continúa siendo un elgante caballero; y yo apostaré en tu cabeza como hombre de meollo y de substancia, provisto de talento y de lo que llaman corazón, y de todo aquello que debe poseer un hombre, contra cualquier otro animal de dos pies. Por ti me creo yo ahora hechicera más hábil que antes. ¿No te he formado acaso? ¡Y desafío a hacer cosa parecida a la mejor bruja de la Nueva Inglaterra! ¡Mira, llévate mi vara!

La vara, que era un simple palo de roble, tomó inmediatamennte la apariencia de un bastón con puño de oro.

—Esta cabeza de oro tiene tanto talento como la tuya, — dijo Mamá Rigby, — y te guiará directamente a la casa del digno magistrado Gookin. Ve allá, mi lindo, querido, preciosa, tesoro mío; y cuando pregunten tu nombre, dí que te llamas Feathetop (Cabeza Emplumada). Llevas plumas en el sombrero, y arrojé todo un manojo en el hueco vacío de tu cabeza; tu peluca es también del estilo llamado Feathertop. ¡Así, Feathertop será tu nombre!

Saliendo de la cabaña, Feathertop marchó virilmente hacia la ciudad. Mamá Rigby permaneció en el dintel, profundamente complacida de ver los rayos del sol reflejándose en su obra, como si toda aquella magnificencia fuera real; y observando cuán empeñosa y amorosamente fumaba su pipa

Feathertop, y con qué elegancia marchaba, a pesar de cierta ligera rigidez en las piernas. Le miró alejarse hasta que se perdió de vista y envió su bendición a su favorito cuando una revuelta del camino le ocultó completamente a sus ojos.

Cerca del mediodía, cuando la calle principal de la vecina ciudad se encontraba en el colmo del bullicio y animación, seguía la acera un extranjero, de aspecto muy distinguido. Su porte y sus vestidos estaban llenos de nobleza. Llevaba casaca color ciruela ricamente bordada, chaleco de suntuoso terciopelo magníficamente adornado de hojas doradas, un espléndido par de calzas encarnadas y las más bellas y brillantes medias de seda. Su cabeza estaba cubierta con una peluca tan lindamente arreglada y empolvada que habría sido un sacrilegio desordenarla con el sombrero de encaje dorado y adornado de una pluma nevada, que el caballero llevaba bajo el brazo. En el pecho de la casaca resplandecía una estrella. Manejaba este personaje su bastón de puño dorado con la gracia peculiar de los gentileshombres de aquella época; y, para completar su atavío, llevaba en los puños volantes de encaje de delicadeza etérea, delatando a las claras cuán ociosas y aristocráticas debían ser las manos que ocultaban a medias.

Circunstancia digna de notarse en el continente de este brillante personaje, era que llevaba en la mano izquierda una pipa fantástica, con cabeza deliciosamente pintada y boquilla de ámbar. Aplicábala a sus labios cada cinco o seis pasos e inhalaba una profunda bocanada de humo que, después de retener un momento en sus pulmones, arrojaba en graciosos remolinos por la boca y la nariz.

Como es fácil imaginar, en toda la calle se trataba activamente de conocer el nombre del extranjero.

—Es, sin duda, algún gentilhombre de elevada alcurnia, — decía un vecino de la ciudad. — ¿Veis la estrella que lleva sobre el pecho?

—¡No; vaya que es poco brillante para verse! — decía otro. — Sí; debe ser forzosamente un gentilhombre, como decís. Mas ¿qué ruta imagináis que su señoría haya tomado para venir acá? No ha llegado barco del viejo mundo desde el mes pasado; y si hubiera venido del Sur por tierra, ¿queréis decirme dónde están sus criados y su equipaje?

—No necesita equipaje para establecer su alcurnia, — hizo observar un tercero. — Así se presentara en harapos, brillaría su nobleza a través de los agujeros de sus codos. Jamás he visto semejante dignidad de aspecto. Tiene la antigua sangre normanda en sus venas, lo juraría.

—Más bien lo tomaría por un holandés o un alemán de sangre noble, — dijo otro de los ciudadanos. — Los hombres de aquellas regiones tienen siempre la pipa en la boca!

—Así son también los turcos, — respondió su compañero. — Pero, a mi juicio, este extranjero ha nacido en la corte francesa y aprendido allí la cortesanía y dignidad de maneras que en ninguna parte se despliegan como entre la nobleza de Francia. ¡Aquel modo de andar también! Un espectador vulgar lo juzgaría algo rígido, lo calificaría quizá de sacudimiento o trote; pero a mis ojos tiene indecible majestad, y debe haberlo adquirido por la observación constante de las maneras del gran monarca. El carácter y profesión del extranjero están bastante evidentes. Es algún embajador francés que ha venido a conferenciar con nuestros gobernadores sobre la cesión del Canadá.

Verosímilmente es un español, — dijo otro, — y de allí viene su tez amarillenta; o más bien es de la Habana o de algún otro puerto de los dominios españoles, y viene a investigar las piraterías con las cuales se dice que contemporiza nuestro gobernador. Aquellos colonizadores del Perú y Méjico tiene la piel tan amarilla como el oro que extraen de sus minas.

—¡Amarillo o no, es un hombre muy hermoso! — protestó una señora; — ¡tan alto, tan esbelto! ¡con un semblante tan fino y distinguido, una nariz tan bien delineada y una boca tan deliciosamente expresiva! Y ¡Dios me bendiga, qué estrella más brillante! ¡Positivamente arroja llamas!

—Lo mismo que vuestros ojos, hermosa dama, — dijo el extranjero, haciendo una reverencia y agitando su pipa; pues pasaba justamente en aquel instante. — ¡Por mi honor, casi me han deslumbrado!

—¿Se ha oído alguna vez cumplimiento más exquisito y original? — murmuró la dama, en éxtasis de delectación.

En medio de la admiración general que excitaba el extranjero, sólo se escucharon dos voces discordantes. Una de ellas fué la de un impertinente can que después de olfatear los talones del resplandeciente personaje, metió la cola entre las piernas y se lanzó al corral de su amo, vociferando un execrable aullido. El otro ser en desacuerdo con la opinión pública fué un chico que lanzó un chillido con toda la fuerza de sus pulmones, balbuceando no sé qué ininteligible tontería acerca de calabazas.

Entretanto Feathertop seguía su camino por la calle. Con excepción de las pocas palabras corteses que dirigió a la dama y una que otra ligera inclinación de cabeza correspondiendo profundas reverencias de los espectadores, parecía completamente absorbido en su pipa. No era necesaria mayor prueba de su alcurnia e importancia que la perfecta ecuanimidad con que se manejaba mientras la admiración de la ciudad crecía hasta convertirse en clamor en torno suyo. Con una multitud congregada tras de sus huellas, llegó el extranjero finalmente a la casa del digno juez Gookin, atravesó la reja, subió los peldaños de la escalera central y llamó a la puerta. Pudo notarse que en el intervalo entre su llamada y la respuesta sacudía el extranjero las cenizas de su pipa.

—¿Qué dijo con aquella voz tan imperiosa? — preguntó uno de los espectadores.

—No sé, no podría decirlo, — respondió su amigo. — Pero el sol me deslumbra de manera extraña. ¡Qué ajado y descolorido

se ha puesto repentinamente su señoría! ¡Dios me bendiga! ¿Qué es lo que pasa?

—Lo maravilloso es que su pipa, apagada hace un momento, aparece otra vez encendida y con el fuego más intenso que he visto en mi vida. Hay algo misterioso en este extranjero. ¡Qué bocanada de humo más espesa! ¿Decíais que estaba abajo y descolorido? ¡Mirad! Cuando se vuelve, brilla la estrella en su pecho como una llamarada.

—Así es, en verdad, — dijo su compañero; — y deslumbrará probablemente a la linda Polly Gookin a quien veo asomándose a la ventana de aquella habitación.

Tan luego que se abrió la puerta, volvióse Feathertop hacia la multitud, inclinóse majestuosamente, como un gran hombre que reconociera los homenajes en lo forma más estricta, y desapareció en la casa. Brillaba en su semblante una especie de sonrisa misteriosa, una mueca, mejor dicho; pero entre la muchedumbre que le contemplaba, nadie tuvo la penetración suficiente para descubrir su ilusoria personalidad, salvo un chiquillo y un miserable can.

Nuestra leyenda pierde aquí algo de continuidad, y saltando sobre las explicaciones preliminares entre Feathertop y el comerciante, pasa en busca de la linda Polly Gookin. Era ésta una damisela de suaves y redondeadas formas, cabello rubio, ojos azules y bello rostro sonrosado, ni demasiado ingenuo, ni demasiado perspicaz. La joven descubrió por la ventana al brillante extranjero que se encontraba a la puerta y, preparándose para la entrevista, se acicaló inmediatamente con una cofia de encajes, un collar de cuentas, su pañuelo más hermoso y su falda de damasco de la mejor calidad. Mientras se apresuraba a bajar de su aposento al salón, mirábase en los grandes espejos ensayando lindos modales, ya una sonrisa, ya cierta dignidad ceremoniosa, ya una sonrisa más dulce que la primera, mientras besaba su mano, moviendo la cabeza y manejando el abanico; en tanto que, dentro del espejo, una insignificante doncellica repetía todos sus ademanes y gestos ridículos sin lograr que Pollly se avergonzara de ellos. En suma, si la linda Polly no llegaba a producir ilusión tan completa como el ilustre Feathertop, era culpa de su poca habilidad y no de su poca voluntad para conseguirlo; de manera que al demostrar así su simplicidad, no era aventurado suponer que el fantasma creado por la hechicera pudiera conquistarla.

Apenas oyó Polly el ruido de los pasos gotosos de su padre, aproximándose a la puerta del salón acompañados del rígido resonar de los zapatos de altos tacones de Feathertop, sentóse recta como una flecha y comenzó inocentemente a entonar una canción.

—¡Polly! ¡Polly, hija mía! — gritó el viejo mercader. — Ven acá, chiquilina.

El continente del magistrado aparecía turbado e indeciso cuando abrió la puerta.

—Este gentilhombre, — continuó, presentando al extranjero, — es el caballero Feathertop, no, perdonadme, es lord Feathertop, que me trae un recuerdo de una antigua amiga. Cumplid vuestros deberes sociales con su señoría, niña, y honradle como su calidad merece.

Después de estas pocas palabras de presentación, el magistrado abandonó el salón. Mas si en este breve instante hubiera mirado Polly a su padre en vez de dedicarse por entero a la contemplación del brillante caballero, habría podido comprender que algún peligro se cernía de la inmediación. El viejo estaba nervioso, inquieto y muy pálido. Tratando de esbozar una sonrisa cortés deformaba su rostro en una mueca galvánica, que se convirtió en ceño feroz tan pronto como Feathertop hubo vuelto las espaldas; al mismo tiempo que amenazaba con el puño cerrado y golpeaba el suelo con su pie gotoso; falta de cortesía que trajo consigo su inevitable y doloroso resultado. Parece, en verdad, que la palara de introducción de Mamá Rigby, sea cual fuere, actuaba más por el temor que por la voluntad sobre el rico mercader, siendo además hombre de extraordinaria sagacidad y penetración, advirtió que las figuras pintadas en la pipa de Feathertop estaban dotadas de movimiento. Mirando con mayor atención, pudo convencerse de que aquellas figuras eran una partida de diablillos debidamente provistos de cuernos y cola, y danzando con las manos enlazadas y gestos de regocijo diabólico en toda la circunferencia de la cabeza de la pipa. Para confirmar sus sospechas, mientras guiaba Master Gookin a su huésped a través de un oscuro pasadizo desde su despacho particular hasta el salón, la estrella que Feathertop llevaba al pecho arrojó verdaderas llamas, reflejando trémulos rayos sobre los muros, el techo y el pavimento.

Con tales siniestros pronósticos que se manifestaban de maneras tan diversas, no es sorprendente que el mercader pensara que comprometía a su hija en relaciones muy dudosas. Maldecía en el fondo de su alma la elegancia insinuante de los modales de Feathertop cuando este atrayente personaje se inclinaba, sonreía, posaba la mano sobre el corazón, inhalaba una profunda bocanada de su pipa y enriquecía la atmósfera con el aliento vaporoso de un suspiro fragante y visible. Alegremente habría puesto en la puerta Master Gookin a su peligroso visitante; pero había de por medio cierto grave terror que le constreñía.

Este respetable anciano, se había dejado arrastrar algo en mal camino en su temprana juventud, lo tememos, y quizá se veía ahora obligado a redimirlo por el sacrificio de su hija.

La puerta del salón era en parte de cristales cubiertos por una cortina de seda, cuyos pliegues quedaban un poquito al sesgo. Tan vivo interés acosaba al comerciante por presenciar lo que iba a acontecer entre la bella Polly y el galante Feathertop que, después de abandonar el aposento no pudo impedirse de mirar por la abertura de la cortina.

Mas nada de milagroso le fué dado observar; nada, fuera de las bagtelas antes enunciadas, que le confirmaron en la idea de que algún peligro sobrenatural amenazaba a la bonita Polly. El extranjero era indudablemente hombre de mundo, práctico, metódico

y dueño de sí mismo; y, de consiguiente, el personaje preciso a quien un padre no debe confiar sin la debida precaución una ingenua y sencilla muchacha. El digno magistrado que conocía la humanidad en cualquiera esfera o condición, no podía menos de advertir que todos los gestos y ademanes del distinguido Feathertop respondían en absoluto a las conveniencias del momento; nada de rudeza natural había quedado en él; las convenciones sociales estaban tan adaptadas y asimiladas a su naturaleza íntima, que le transformaban en una obra de arte. Quizá si esta misma peculiaridad era lo que le prestaba cierto aire pavoroso y fantasmagórico. Todo lo que es consumado y perfectamente artificial en el hombre la hace aparecer sobrenatual ante nuestros ojos, algo así como si su individualidad bastara apenas para dibujar en el suelo una sombra. Tratándose de Feathertop, esta impresión se confundía en un sentimiento extravagante, fantástico y original, como si su vida y esencia dependieran del humo rizado que se escapaba de su pipa.

Pero la linda Polly Gookin no pensaba de esta manera. La pareja paseaba entonces a través de la habitación: Feathertop, con su andar distnguido y su no menos distinguido semblante; la joven con cierta gracia femenina natural, realzada por un toque ligero de afectación que no la perjudicaba y que parecía aprendido del arte perfecto de su compañero. Mientras más se prolongaba la entrevista más encantada estaba la linda Polly; hasta que, pasado un cuarto de hora, la joven comenzó positivamente a sentirse enamorada, como pudo notarlo el viejo magistrado desde su escondite. No era necesaria magia alguna para provocar este rápido resultado; el corazón de la pobre niña era sin duda apasionado que se fundía a su propio calor, reflejado en la hueca semblanza de su amante. Nada importaba lo que Feathertop dijera: sus palabras levantaban profundo eco y repercutían en los oídos de la joven; nada importaba lo que hiciera; sus acciones revestían siempre caracteres heroicos ante los ojos de Polly. Y puede suponerse que en aquellos momentos se encendían las mejillas de la joven y brillaba en sus labios tierna sonrisa, y húmeda dulzura en sus miradas; mientras la estrella chispeaba en el pecho de Featerthop y los pequeños demonios corrían con regocijo más y más frenético alrededor de la cabeza de la pipa. ¡Oh, linda Polly Gookin! ¡Por qué se regocijan tan locamente aquéllos diablillos de que una necia doncella esté a punto de dar su corazón a una sombra? ¿Es acaso una desgracia tan inusitada, un triunfo tan raro?

De pronto se detuvo Feathertop y adoptando una actitud majestuosa pareció imponer a la joven la contemplación de su figuray desafiarla a que resistiera su atractivo si esto era posible. La estrella, los bordados, las hebillas, brillaban en aquel momento con esplendor indecible; los matices pictóricos de su atavío tomaron mayor diqueza de colorido; desprendíase de toda su persona, el lustre y cortesanía que traduce el encanto de modales refinados. La doncella levantó los ojos y los fijó en su compañero con expresión tímida y maravillada. Luego, como deseosa de juzgar por sí misma el valor que su sencilla belleza pudiera tener al lado de tal esplendor, lanzó una mirada al espejo de grandes dimensiones enfrente del cual se hallaban incidentalmente. Era una lámina de las más claras e incapaz de lisonja. Apenas tropezaron los ojos de Polly con las imágenes allí reflejadas, lanzó un agudo grito, alejóse del extranjero, le miró un momento con desordenado espanto, y se desplomó insensible sobre el pavimento. Feathertop, siguiendo la dirección de su mirada en el espejo, contempló también, no el brillante remedo que su exterior aparentata, sino la imagen del sórdido conjunto de su composición real, despojada de toda hechicería.

¡Miserable simulacro! Casi debiéramos compadecerle. Levantó los brazos con expresión desesperada, más intensa que todas sus manifestaciones anteriores para vindicar sus pretensiones de considerarse humano; pues quizá por primera vez desde que inició la vida moral, tan a menudo vacía y decepcionada, se había forjado y aceptado plenamente la ilusión de su propia personalidad.

Mamá Rigby estaba sentada al fondo de su cocina hacia el crepúsculo de este día tan lleno de acontecimientos, y sacudía justamente las cenizas de una pipa nueva, cuando escuchó un paso precipitado a lo largo de la carretera. No se asemejaba mucho al ruido de pasos humanos, sino que parecía más bien el golpeteo de leños o el chocar de huesos descarnados.

"¡Ah!" pensó la vieja bruja, "¿qué pasos son éstos?" ¿Qué esqueleto ha salido fuera de su tumba?

Una figura se precipitó por la puerta de la cabaña. ¡Era Feathertop! Su pipa estaba todavía encendida; la estrella flameaba aún, en forma apreciable, el aspecto que le hacía asemejarse a los mortales. Sin embargo, por algo indscriptible en su continente, como sucede en todos los casos en que el desengaño se ha apoderado por completo de nosotros, la triste realidad, se discernía bajo el hábil artificio.

—¿Qué cosa salió mal? — preguntó la bruja. — ¿Olfateó el hipócrita juez más de lo preciso y arrojó a mi niño de su c ¡Infame! Enviaré veinte demonios pa atormentarle hasta que te ofrezca su hija de rodillas!

—No, madre, — dijo Feathertop, desesperadamente; — no es eso.

—¿La chica desdeñó a mi precioso? — preguntó Mamá Rigby lanzando rayos feroces de sus ojos, semjantes a dos brasas de Tóphet. — Cubriré su rostro de barros! ¡Volveré su nariz tan roja como el fuego de tu pipa! ¡Haré caer sus dientes delanteros! ¡Dentro de una semanan no será ya digna de tí!

—Dejadla tranquila, madre, — respondió el pobre Feahertop; — la doncella estaba casi vencida; y creo que un beso de sus dulces labios me habría hecho sentirme completamente humano. Pero, — añadió tra

breve pausa y con un grito de desprecio para sí mismo, — ¡me he visto, madre! ¡He visto la miserable, herapienta y vacía criatura que soy! ¡No quiero vivir más!

Arrancando la pipa de su boca la estrelló con toda su fuerza contra la chimenea, y se desplomó en el mismo instante convertido en una mezcla de paja y andrajos con algunos palos sobresaliendo del montón y una arrugada calabaza en el centro. Los huecos de los ojos carecían ya de luz; pero la abertura toscamente rasgada, que había hecho las veces de boca, parecía retorcerse aún en desesperada mueca y tenía aspecto casi humano.

"¡Pobre chico! — exclamó Mamá Rigby, lamentándose ante los restos de su desventurada creación. — ¡Pobre querido mío, pobre Feathertop! Hay millares y millares de mequetrefes y charlatanes en el mundo formados de la misma mescolanza de deseshos, andrajosy cosas inútiles que entraban en su composición. Gozan, sin embargo, de buena fama y jamás se aprecian a sí mismos en lo que valen. ¿Por qué mi pobre muñeco había de ser el único en conocerse y en sufrir y perecer por ello?

Murmurando estas palabras, había llenado la bruja una nueva pipa de tabaco, y sostenía el tubo entre sus dedos vacilando entre colocarlo en sus propios labios o en los de Feathertop.

—¡Pobre Feathertop! — continuó. — Podría darle fácilmente ocasión de ensayar una nueva vida haciéndole salir mañana al mundo. Pero no; es demasiado tierno, demasiado exquisitamente sensible. Tiene demasiado corazón para manejarse con provecho en este mundo tan vacío e indiferente. ¡Vaya! ¡vaya! Le haremos servir de espantajo, después de todo. Es un oficio inocente y útil, y vendrá bien a mi protegido. Si todos sus semejantes encontraran ocupación tan adecuada, sería una gran bien para la humanidad. Y en cuanto a la pipa, yo la necesito más que él.

Diciendo así, Mamá Rigby llevó el tubo a sus labios.

—¡Dickon! — gritó con su aguda e imperiosa voz, — fuego para mi pipa !

NATHANIEL HAWTHORNE

El desarrollo físico, moral e intelectual y la felicidad de los individuos y de las naciones, aumentan a medida que se aman y se unen; prueba reveladora, irrecusable, de su destino. He aquí por qué toda idea, toda institución, todo poder que sea un obstáculo a la unidad de la raza humana está herido de muerte. — Mazzini.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	[illegible]
1 año	" 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

A los lectores:

El constante favor que el público presta a este magazine ha decidido a sus editores a introducir en él algunas mejoras que redundarán en beneficio de los favorecedores de esta publicación.

Dentro de poco "Pucky" aparecerá con mayor número de páginas,—algunas de ellas en cuatro colores,—y un material enteramente inédito y de un especial interés.

De ese modo "Pucky" acrecentará sus atractivos y responderá en toda la amplitud que corresponde al decidido favor del público tanto de la Capital como de las Provincias y de las Repúblicas Oriental del Uruguay, Chile y Paraguay donde circula.

El Director.

INSPIRACION

POR MAURICE ROSTAND

RADUCCION DEL FRANCES PARA "PUCKY")

MIENTRAS caminaba, presurosa, cruzando el parque, Isabel se preguntaba, admirada, por qué había venido. Habíase dicho siempre que nunca volvería a aquel sitio después de la muerte de Ricardo Farevel. Cuando él desapareció trató ella de olvidar aquel jardín que tanto significó para ella; aquel jardín donde habían pasado sus mejores horas, donde habían aprendido a amarse, donde habían visto morir, más de una vez, mudos, sobrecogidos, la iridiscencia del sol naciente entre la palidez de las colinas vecinas. Después se separaron. El fué a morir, lejos de ella. Ella siguió viviendo después de su muerte.

Durante la existencia de Ricardo Farevel, ella creyó que si a él le pasaba algo ella se moriría. Sentía que no le sería posible vivir sin él. Y, sin embargo, algo, lo más grave había sucedido, y ella se veía obligada a vivir con su dolor escondido en el fondo del alma, como un niño a quien se obliga a cesar de llorar.

De vez en cuando, muy de tarde en tarde, se le oía reír, con una risa débil y breve, mientras se ocupaba en sus tareas diarias; pero no era feliz. Dentro de sí misma, sentía siempre como un océano de dolor pronto a sumergirla.

—El Génesis está equivocado. — pensaba algunas veces — Dios creó primero a la mujer y luego, con un trozo de carne femenina, al hombre. Por eso la mujer lleva siempre en su cuerpo la herida abierta. Podrá olvidar, pero consolarse, nunca.

* * * *

A despecho de su resolución, seguía avanzando por el jardín. Era ya demasiado tarde para volverse. El largo sendero oscuro, se perdía a lo lejos en la penumbra del ocaso. Al final, ella se imaginaba ver la casa, los muebles, el pasado. ¿Qué era lo que la impulsaba a visitar estos lugares, entonces, después de tantos años?

En aquella casa el genio de Ricardo Farevel había encontrado el medio de expresarse. En ella había escrito sus maravillosas sinfonías. En el amplio salón era donde ella — recordaba — había observado más de una vez desencadenarse las tempestades que después habían de sobrecoger y admirar el mun

do, y romper, rugiendo, luchando por libertad, la morena frente y el sensible y tierno corazón. En ese salón era donde ella había conocido la grandeza de algo ante lo cual todo lo existente en este mundo palidece y se esfuma: el amor de un genio.

Sentía como si aquel amor se aferrara aún en ella; como si hubiera sobrevivido a la muerte; como si la muerte misma no hubiera podido sellar, con sus manos de mármol, los labios, ardientes de amor. Porque, aun cuando Ricardo Farevel había muerto, aún vivía su sublime música, las maravillosas composiciones, cada una de cuyas notas era u ncanto de su amor por ella. Una noche había ella llegado a la Opera mientras se estaba representando "Leda". En la grandiosa orquesta había ella reconocido mil y un pequeño detalle, esos detalles humildes que ligan toda obra maestra a momentos que son girones de nuestra vida. El drama mitológico era el suyo propio y el de Ricardo. A través de la orquesta, de cada violín, de cada nota, Farevel entonaba una canción a su amor.

Todos sus trabajos formaban una a manera de tierra encantada, donde ella podría encontrarlo en cualquier momento y escuchar de nuevo las promesas de sus labios. ¿Por qué, pues, se hallaba ahora frente a esta tumba cubierta de hojas secas, silenciosas, tan vacía de la personalidad de Farevel, mucho más vacía que las más blancas y débiles de sus páginas musicales? Por que se sentía atraída a estas verdes colinas testigos mudos de los geniales entusiasmos magníficos? ¿Por qué se sentía atraída a aspirar el perfume de las rosas que él había plantado, pero que lo había olvidado? ¿Qué había venido ella a pedir a los grandes árboles imperecederos del parque, ella, que poseía el imperecedero trabajo del genio y la personalidad en él envuelta?

* * * *

—¿Está el señor Daniel Farevel? — preguntó al portero.

Bajó los ojos al suelo; el velo negro, caía por delante del rostro, como una cortina negra. Era como si temiera ser reconocida. La respuesta, afirmativa, llegó. Avanzó ella, fintiendo como si retrocediera, sin embargo, hacia el pasado. Las hojas eran mucho más numerosas en los árboles. Antes uno podía ver hasta muy lejos, desde allí, por entre ellos, pero ahora, la masa verde, cortaba toda visión de la lejanía. ¿Estaba Ricardo Ferevel realmente muerto? Iba ella, en realidad, a ver el hijo del genio? Sería éste, como su padre, un genio y un gran músico? Miró hacia la casa, y repentinamente la invadió la misma sensación que podríamos sentir al encontrar repentinamente a un amigo antiguo, que ha enceguecido. Sintió los ojos llenársele de lágrimas. Un gran silencio envolvía la casa que no podía verla, a pesar de hallarse tan llena de su propia personalidad.

Temblando, hizo sonar la campanilla. En otros tiempos abría ella misma la puerta, ocultándose en la sombra, con sus brazos llenos de flores del jardín y la floresta.

* * * *

El sirviente que abrió la puerta le era totalmente desconocido. Por bajo sus pies reconoció el familiar frío del mármol del vestíbulo y el perfume de las flores familiares.

—Desearía ver al señor Farevel un momento.

Sabía que la guiarían hasta el gran salón, en el piso principal. El sirviente, en silencio, abrió la enorme puerta de laqué, y ella se encontró, repentinamente, sola, frente al pasado.

Se sentía oprimida. ¿Cómo sería Daniel? ¿Cómo viviría? Mientras su padre vivía, tan sólo una que otra vez lo había visto, y nunca después que aquel había muerto. Probablemente, Daniel la odiaba.

La puerta se abrió, despacio, y entró Daniel.

Temblaba antes de que le preguntaran su nombre. Se quitó el velo que le cubría la cara. Sintió, sobre su rostro desnudo, la cálida caricia del viejo ambiente familiar. Su sensible cutis la reconoció como antes sus ojos habían reconocido el jardín.

—Soy Isabel Greziane.

Daniel dió uno o dos pasos hacia atrás. Miró estupefacto, el rostro de la mujer ante él, pálido a la luz del crepúsculo. Las únicas dos personas que Ricardo Farevel había amado en el mundo se hallaban frente a frente, por primera, y, quizá por última vez. El enorme "atelier" parecía vibrar, como un monstruoso cerebro, con los pensamientos de los dos.

—Sí; la mujer que tu padre amó. La mujer que tú, probablemente, has odiado, cuando sólo la conocías por retratos. — continuó. — Pero no me puedes odiar ahora.

Sus dedos blancos como la cera, señalaron su propio cabello negro, cruzado por hilos de plata.

—¿No hay un límite para el odio, — continuó diciendo — como lo hay para el crimen? Ahora, que los años han pasado, ¿no podemos mirar las cosas con un poco más de indulgencia, con un poco menos de crueldad? ¿No podemos mirar el destino como algo perfecto, aun cuando cruel? Mirando hacia atrás al amor humano, ¿no podemos decir que ha inspirado mayor número de grandes hechos y grandes obras que miserias y desgracias? Dije, hace un momento, que soy Isabel Greziane. No debía haberlo dicho porque Isabel Greziane morirá cuando mi cuerpo muera. Pero soy mil otras mujeres que tú tienes que conocer. ¡Soy Isolda, inclinada a su ventana arrojando a su amante un rulo de sus cabellos de oro! ¡Soy Leda la heroína de una de sus más maravillosos dramas! ¡La triste Elena, cuyo dolor está lleno de mis lágrimas! ¡Soy Hermiona, en cuyos celos él encarnó una de sus más grandes torturas; soy Efigenia, cuyas lágrimas él recogió de mis calenturientos ojos! Los tormentos y las alegrías, las lágrimas y las risas de mi amor se traslucen en cada una

Isabel se preguntaba admirada por qué había venido. Habíase dicho siempre que no volvería a aquel sitio después de la muerte de Ricardo... ("Inspiración").

de las notas de sus sinfonías. Todos sus trabajos se hallan llenos de mí, y nuestro mutuo amor vive, eternamente, inmortal, en cada uno de ellos. ¿Cómo podrás arrojarme de aquí? Cuando él murió lejos de mí, durante aquel fatal viaje, tenía yo miedo de ir hacia tí. No me atrevía. Todo me parecía hostil. Pero ahora, una extraña fuerza, superior a mí, me atrae aquí. He sentido esto mismo desde que tú comenzastes a componer, continuando su obra interrumpida. Cuando escucho tu música, me parece que es la suya; me parece sentirlo de nuevo a él mismo, se me antoja que lo escucho ensayando con sus propias manos el trabajo terminado. El mismo grito de amor que tan bien conozco lo adivino en tus obras. Una vez más respiro el conturbador, el embriagador perfume de laurel. Hoy no pude resistir ya más. Tenía que venir hacia tí, para encontrar un trozo de su alma un rayo de su genio en la tierra desierta para mí...

Las palabras de Isabel parecían medidas por el ritmo del corazón. Cada vez, se escapaban de sus labios más rápidamente. Cuando ella comenzó a hablar, el rostro de Daniel Farevel se había puesto más pálido, palidez que había crecido a medida que ella progresaba en su oración. Después de un silencio, levantó él la vista hacia ella, despacio como un hombre herido.

—¿También usted lo sintió así? — dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Mi inspiración de ultratumba...

Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a hablar. A medida que avanzaba, su voz se hacía más clara, más distinta, más segura y musical.

—¡Usted que conocía a mi padre, no pudo menos que sentirlo! Guardiana de la gloria, conoció usted el rayo de luz gloriosa en seguida. Debía haber previsto que usted vendría. ¿Se admira usted de estar aquí? Ha venido a encontrar en mis facciones vivas la traza de una estrella muerta. Usted, sólo usted podrá comprender el tormento que me mata. Cuando yo empecé a componer, tenía, sino genio, relativo talento y ciertas brillantes dotes. Pero eran muy diferentes a lo que es ahora. Hoy, casi todo ha cambiado. Desde que murió mi padre me siento invadido de una nueva inspiración, más grande, más brillante, más avasalladora, muy diferente a la que antes solía unidar en mi alma. Los creadores de las obras maestras, Isabel, aunque nadie lo comprenda ni quiera entenderlo así, son aquellos que escuchan la voz de ultratumba. Yo nunca he sido compositor hasta que murió mi padre...

—¿Quieres decir que?...

—Quiero decir que usted no se ha engañado. Quiero decir que no soy yo quien ha creado la música que usted reconoció. Una inspiración mucho más grande, mucho más genial, mucho más gloriosa que toda la que yo fuera capaz de tener individualmente, viene hacia mí desde el más allá. Las gentes dicen que soy un gran músico; pero no es verdad. Soy tan sólo una pobre celdilla humana que sirve de albergue a un genio. Es el alma de mi padre la que me emplea como instrumento. Por eso es que ha venido usted hacia mí, como fué usted a él

* * * *

Daniel se había retirado, poco a poco, entre las sombras del salón hasta quedar contra la obscura pared. Pero el sol, que a lo lejos moría como desangrándose entre los brazos de las verdes colinas, iluminaba su rostro con extraña luz. Parecía no ser él mismo el que hablaba, sino algo, dentro de él, como una convicción más fuerte que él mismo. Junto a él, se sentía como un débil aletear, el mismo que parece sentirse sobre una multitud. La noche cayó.

—Mire mis manos. Hasta ellas han cambiado.

Isabel ahogó un grito; porque más grande que cualquier parecido de rostro, era la similitud de expresión de aquellas manos con las otras manos, las inolvidables.

Las manos de Daniel nunca habían sido, ni remotamente, como las de Ricardo, en el pasado.

Miró las manos, blancas, delicadas, transparentes como la cera, de largos dedos afilados. Estaba pálida, con todos los nervios en tensión.

—Ahora sé, — dijo, en voz muy baja, como un suspiro y una oración. — Ahora sé por qué he venido. He venido a dejar en tus manos, en las manos del hijo vivo el último beso que no pude depositar en las manos del padre muerto.

MAURICE ROSTAND.

Las instituciones religiosas y políticas que la obra del tiempo destruye, no pueden ser restauradas, y la grande inteligencia de Maquiavelo incurrió en un error al asegurar que de vez en cuando era preciso remontar la corriente de los acontecimientos. Las tentativas hechas para que el cristianismo tenga sus primitivas virtudes, para conciliar el papado con la vida emancipada de los pueblos modernos, y para renovar la monarquía en el mundo, son ensueños de espíritus enfermos de ceguera intelectual e incapaces de comprender los destinos reservados a la especie humana. — Mazzini.

Como toda república está compuesta de grandes y de pueblo, se ha dudado a qué manos sería más conveniente confiarla. La duda ha de resolverse a favor del pueblo, pues todo depósito debe confiarse siemyre a aquellos que menos deseos tengan de violarlo. — Maquiavelo.

* * * *

No conozco más pueblos libres que aquellos que por sí mismos han conquistado el reconocimiento de sus derechos. — Laboulaye.

UN CROQUIS DEL NATURAL

EL DIA DEL SANTO

Por LEON-CHARLES BIENVENU

(Traducción del francés)

Constituye algo así como un sainete condensado el relato siguiente que pinta con todo su colorido lo que puede suceder, y aún sucede, en una casita de campo el día del santo de la dueña de casa, día en el cual todos esperan divertirse mucho y son más los disgustos que las diversiones.

He aquí el programa de los festejos, que nada deja que desear, desde el punto de vista de la amenidad y de la economía.

A las siete y media, entrada de los niños en camisa, en el dormitorio paterno.

Transportes de cariño (según el modelo de los años anteriores).

Recitado de felicitaciones en verso. Emoción de los papás.

Despiden a los niños, y se levantan.

COMIENZAN LOS PREPARATIVOS

Se distribuyen los trabajos y se cuenta el número de los invitados que han de venir. Se llega a un total de diez y siete. Son demasiados. Queda la esperanza de que los Tartiflard, que llegan a nueve, sean detenidos en su casa por alguna indisposición.

De ocho a diez, la mamá hace la compra, mata un conejo y saca la porcelana y la cristalería.

A las ocho y treinta y cinco, la criada, que está de muy mal humor a causa de la mucha vajilla que habrá que lavar, coloca un montón de platos en el borde del aparador. Todo se viene abajo con estrépito.

Mamá está furiosa.

La criada, sin desconcertarse, responde que no se explica cómo ha podido ser.

Mamá insiste en sus gritos, y la criada plantea la cuestión de confianza y se quita el delantal para irse.

En un día como éste, con diez y siete invitados, la cosa es grave. Mamá se reduce.

La criada no consiente en ponerse el delantal hasta haber obtenido un voto de confianza, que se acuerda concederle.

Además pide un aumento de cincuenta francos al mes.

Mientras tanto, papá, en el jardín, prepara los festejos.

Coloca clandestinamente luces de bengala, ocultas en las esquinas de los macizos para la tarde. Pone farolitos a la veneciana en las plantas, a la altura de las rodillas, a falta de árboles de más consideración. Ensaya juegos de agua como los que ha visto en Versalles, etc., etc.

A mediodía, almuerzo ligero.

A las dos y diez se oye el silbido del ferrocarril: el tren llega.

Papá, que se ha subido a la tapia, señala la llegada de los invitados por el camino.

Los Tartiflard llegan en masa. Traen además a la abuela como suplemento.

Se oye un grito tremendo. Mamá le dice a papá:

—¡Augusto!... ¡Te has olvidado de recoger los duraznos!

—¡Sapristi!... ¡Es verdad!... Los convidados son de confianza. Voy a recogerlos.

Pero los tres duraznos que consigue están verdes... ¡En aquel tiempo!

Llaman a la campanilla.

LLEGADA DE LOS INVITADOS

Saludos y abrazos de costumbre.

El pequeño de Tartiflard se cae en un charco al intentar perseguir a un gallo.

Gran emoción. No se ha hecho nada.

De tres a cinco, juegos variados.

Hacia las cuatro, el invitado Gobinet enciende un cigarro en el jardín y tira negligentemente el fósforo, que enciende una luz de bengala oculta en la esquina de un macizo por el dueño de la casa.

Nueva emoción.

El resplandor rojo se levanta por encima de las tapias.

Se oyen campanas.

Es que en pueblo se ha visto el humo, y han creído que era un incendio.

Cinco minutos después, unos doscientos vecinos acuden con dos bombas. Se les explica lo sucedido.

Se retiran de muy mal humor.

Tiro al blanco con armas de salón.

La señora de Tartiflard, que se obstina en disparar con los ojos cerrados, nunca hace blanco.

Da una de las balas en el jarro en que papá había preparado el vino blanco para refrescar.

Destrozo. Desolación.

A las cinco, comida.

Se busca por todas partes al pequeño de Tartiflard para sentarse a la mesa.

Se le encuentra en el sótano lamiendo el papel matamosca que ha tomado del comedor.

Se come en el jardín.

A las cinco y cuarto, gran tormenta y chubasco.

A las seis menos diez, el pequeño de Tartiflard vomita en el chaleco blanco de su padre.

¡Está salvado!...

Don Adolfo Bigonnet, que está en mangas de camisa, se levanta y se dirige al vestíbulo para buscar en el bolsillo de su saco unos versos que ha compuesto para la fiesta.

De siete a nueve:

Romanzas, cuplés y trozos de "La Africana", por una señorita que se prepara en el Conservatorio.

Volteretas en el jardín.

El señor Cabourot, tendero, ha traído su acordeón.

Lo trajo y lo colocó en una silla del vestíbulo.

Las señoras están contentísimas.

Mientras busca su música, el pequeño de Tartiflard toma un sifón lleno de soda fresca y lo vacía, por distraerse, en el acordeón, por la válvula de los trémolos.

¡Vaya por Dios!...

El niño se lleva lo suyo.

A las nueve, fuego de bengalas, cohetes y petardos.

Regocijo general.

A las nueve y media, preparativos de partida para el tren de las nueve y cincuenta y siete.

Se busca por todas partes al pequeño de Tartiflard.

Lo encuentran dormido en la cocina, con la cabeza reclinada sobre una torta de cerezas.

A las nueve y tres cuartos, salida.

A las diez se guarda la vajilla.

Se cuentan las botellas vacías.

¡Son cincuenta y dos!...

A las diez y media regreso de todos los invitados, los que, no habiendo alcanzado el tren, vienen a dormir. ¡Tableau!...

Se colocan colchones en el suelo del comedor.

A media noche, gritos tumultuosos.

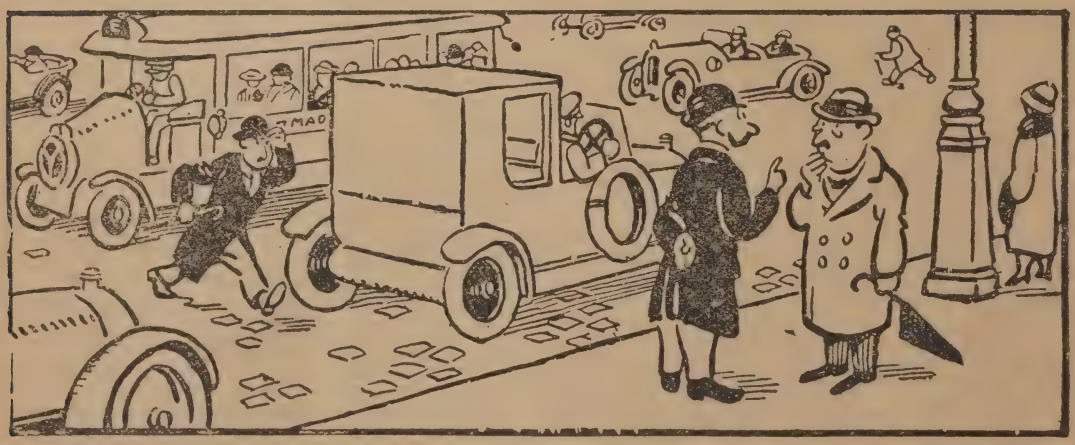
Llega papá.

Todos los lechos están inundados, y los invitados se refugian escalando los muebles. Hay tres que se han colgado de la lámpara.

Es que el pequeño de Tartiflard, antes de dormir, ha abierto la canilla de la cocina.

LEON CHARLES BIENVENU

COMPLETO ERROR DE DIAGNOSTICO



—Mire, ¿sabe lo que le digo? Yo no creo en la ciencia. Todos habían predicho que mi pobre querida esposa moriría de un ataque de apoplegía, y ha muerto atropellada y aplastada por un ómnibus.

UN CUADRO DEL NATURAL

EL CASO DEL NOMBRE

Por HARRIS FRIEND

(Traducción del inglés)

Cuando llegue al final de este relato con seguridad podrá decirse: "¡Cuántas veces sucede esto en el mundo!" y lo cierto es que en verdad sucede tal como el autor lo ha visto.

"YO tenía algo que decirte, pero no me acuerdo, — díjole a Juan su esposa. — ¡Ah, sí, ya sé! Te ha llamado por teléfono, hace un momento, tu amigo... ¿qué nombre me dijo? No recuerdo. Quedó en llamarte dentro de una hora."

—¿Quién era?

—El señor... ¡Qué raro, lo he olvidado! Y era un apellido corriente... parecido al del vecino de al lado.

—¿Blanco?

—No; pero algo así.

—¿Rojo?

—No, no era un color... digo, espera... no. ¿Conoces a alguien que se llame Sáinz?

—Nuestro zapatero.

—No, otra persona que te pueda llamar por teléfono.

—No sé, no recuerdo.

—Me parece que no era Sáinz. ¿Era Suárez?

—Tú sabrás.

—Creo que sí, casi seguro.

—¿Te dijo su nombre de bautismo?

—Sí, José.

—José Suárez... no conozco.

—Espera, que creo que era Antonio. ¿Antonio o Carlos?

—Bueno, ¿pero estás segura de que su apellido era Suárez?

—Completamente segura, no. Creo que era Suárez.

—¿No sería Sandoval? De este apellido sí conozco a uno.

—¿Sandoval? ¿Es aquel que tiene el pelo todo rojo y la cabeza muy grande?

—Sí.

—No, que había de ser ese. Lo hubiese conocido en la voz; si habla como una mujer. Dime otros nombres de personas conocidas, a ver... En cuanto lo oyera me acordaría.

—Vamos a ver: ¿Julio Rodríguez?

Ella movió la cabeza negativamente.

—¿Pedro Martínez?

—No, era un nombre más corto; Algo así como Ruiz, Pons... creo que empezaba con la letra L.

—¿Luceño? ¿Luque?

—No estoy segura. El caso es que ahora creo que era Muñoz... o Pedro o Felipe Muñoz.

En ese momento sonó el timbre del teléfono y Juan se puso al aparato, comenzando el siguiente diálogo telefónico:

—¿Quién llama?

—¿Eres tú, Juan?

—Sí.

—Al fin doy contigo.

—¿Quién me habla?

—Enrique Núñez. ¿No te ha dicho tu mujer que llamé hace una hora?

Harris Friend.

La iniquidad económica es la más irritante, pero no la única iniquidad social que hay que combatir. Por lo tanto, el socialismo debe atacar todos los males sociales y morales, y poner fin, no sólo a la explotación del hombre por el hombre, a todas las opresiones e iniquidades religiosas, familiares y políticas, sino también a todos los egoísmos, a todas las durezas molestas, y, en su consecuencia, a todos los sufrimientos evitables. — Benito Malón.

Este hermoso modelo de traje de baño que toda mujer habilidosa puede realizar, ha sido publicado en las páginas femeninas que

EL DIARIO

4.ª edición

inserta en sus ediciones de los días jueves.

Señora:

Lea todos los días EL DIARIO que le proporcionará abundante información de las noticias del día y además interesantes notas sociales y de la moda.

Envíe el cupón que aparece en la pag. 3 de este número, y recibirá un ejemplar de EL DIARIO del próximo jueves.

La Extraña Historia de STEPHEN USHER.

Intenso y poderoso drama de misterio y aventura que relata la historia de una familia de la más alta aristocracia de Inglaterra, escrito por HENRY B. RICHMOND e ilustrado por el distinguido artista J. LOUIS SMYTH.

(CONTINUACION. -- VÉASE EL NÚMERO 114 DE "PUCKY")

PALIDO, tan pálido que sus labios estaban blancos como el papel, sacó Julián del canasto los otros pedazos del papel y se dió cuenta de que los fragmentos constituían los trozos de un escrito trazado por la mano que había escrito el nombre en el primero de los trozos de papel.

—Si es una carta de Nixey, — murmuró Julián. — es que Nixey vive y se ha dirigido a Matthew Lincoln cumpliendo su amenaza.

Tal descubrimiento no podía ser más alarmante, Julián, desde que había arrebatado indignamente a su primo Stephen el título de lord Ravenhurst que le correspondía por derecho, se había visto en un peligro tan grande como el que denunciaba semejante conjetura.

—Ya sabía yo que Lincoln trabajaba en contra mía, pero no imaginé nunca que hubiera ido tan lejos, — dijo Julián temblando de miedo por su seguridad y de rabia contra el hombre que estaba procurando que su crimen llegara a conocimiento de todos. — Nixey puede denunciarme o por lo menos darle a Lincoln los mejores medios para llevarme ante la justicia. Los dos combinados, pueden ser mi perdición.

La carta podía aclarar relativamente el punto siempre que fuera posible reconstruirla por completo, trabajo que demandaba paciencia y práctica.

Tomó los fragmentos del canasto y los colocó sobre la mesa comenzando en seguida a ponerlos uno junto a otro tal como estuvieron antes de romper el papel. Esto le costó algún tiempo y cuando hubo terminado notó que una esquina, la superior derecha del papel había sido separada antes y faltaba.

Pero Julián no dió importancia a ese detalle en aquel momento, pues tenía ante sí el mensaje completo que era lo que, por el momento, deseaba.

La carta estaba escrita a mano y con letra tan mala que era difícil descifrarla, pero Julián la leyó, aun cuando dificultad y temblando de emoción ante el golpe que le anunciaba.

He aquí lo que la carta decía:

" Señor, Usted debe acordarse de mí
" porque estuve algunos días como criado
" en el castillo de Ravenhurst. Desapareció
" bruscamente pero no por culpa mía, como
" tendré oportunidad de explicárselo en otra
" ocasión. La verdad es que tengo en mi
" poder una información que me parece útil
" para usted. Se refiere al asesinato de un
" hombre llamado Marsden. Se la daré si
" usted me paga algo.

" Se la ofrezco porque creo que usted pa-

" gará por ella. Hay un hombre que paga-
" ría mucho por tenerla, pero no le quiero
" dar ocasión de poseerla porque tengo se-
" rias razones para no quererle bien.

" Si usted desea verme me encontrará en
" las señas puestas arriba el miércoles pró-
" ximo a las nueve de la noche. La oferta
" es de verdad. Si usted tiene miedo y avisa a
" la policía me callaré y las cosas quedarán
" como están. Le aviso que no le conviene
" mostrar esta carta a lord Ravenhurst por-
" que saldrá usted perdiendo. — Su afec-
"tísimo Nixey".

"Post data. — Me firmo Nixey porque es
" el único de mis nombres que la policía no
" conoce todavía".

Julian Usher volvió a leer la carta y luego se puso de pie con los ojos echando chispas y los dientes apretados.

—¡Canalla! — exclamó un instante después. — ¡Ah! ¡Yo le inutilizaré! ¡Yo venceré a los dos y los dos sentirán haberse puesto en contra mía! ¡Por cierto que ha sido una feliz casualidad el hallazgo de esta carta, sin la cual quién sabe lo que hubiera sucedido! — agregó — ¡El que irá a ver a ese pillo seré yo! Iré esta misma noche y mañana miércoles, cuando vaya Lincoln se encontrará con que ya no hay ni rastros de Nixey! Voy a...

Calló de pronto prorrumpió en un diluvio de blasfemias y denuestos. ¡En la carta reconstruída faltaba lo principal! ¡Faltaba la esquina con las señas de la casa donde se podría hallar a Nixey! ¡Ya no era posible su plan!

Sin poseer la dirección no había probabilidades de encontrar a Nixey.

Julián no tenía idea ni siquiera de la ciudad donde podía haberse refugiado después de su escapatoria misteriosa y no era posible hacer averiguación ninguna antes del día siguiente en que Matthew Lincoln tenía que entrevistarse con él.

Claro estaba que Lincoln, al ver que le ofrecían algo que demostraba la muerte de Marsden, trataría de enterarse de qué era, tanto más cuanto que el viejo abogado habíale declarado en una ocasión que no creía que Stephen hubiera sido el autor de aquella muerte.

Julián Usher se desprendió el cuello de la camisa porque se sofocaba. Tenía la frente cubierta de sudor frío y las mejillas pálidas, prueba elocuente de que le dominaba el más intenso terror.

Había sospechado que Matthew Lincoln trabajaba por su caída, pero no se había imaginado nunca que se hallara tan cerca de provocar su desgracia.

Las perspectivas no podían ser más angustiosas y la dificultad de su situación despertó en el alma de Julián todos sus malos instintos.

De cualquier modo, costara lo que costara, era necesario que Matthew Lincoln y Nixey no se vieran. En opinión de Julián únicanente la muerte podía evitarlo.

La vida ajena no tenía importancia para él ni le merecía el menor respecto. Poco le importaba quien podía morir si él seguía viviendo y estaba resuelto a que desapareciera uno de los dos que tan directamente le amenazaban.

¿Cuál de ellos?

Hubiera preferido que fuera Nixey, pues con él desaparecía una amenaza y la posibilidad de la presntación de la prueba, pues Lincoln no llegaría a ser poseedor de la cartera acusadora, sin la cual no podía nunca proclamar ante el mundo la inocencia de Stephen Usher.

Pero Julián no sabía dónde estaba Nixey y no tenía tiempo de buscarle. El único plan posible era el de conseguir que Lincoln no pudiera ir a la cita.

Por lo tanto. Mattew Lincoln debía ser la primera víctima.

Julián Usher arrojó de papel en el canasto. Convenía que el abogado, al volver, lo encontrara todo como si nadie hubiera entrado en su cuarto y sobre todo que no llegara a sospechar que el usurpador del título de Ravenhurst se había enterado del peligro que le amenazaba.

Sentíase Julián, pasado el primer ímpetu, un poco más tranquilo. Había recuperado en parte su perdida serenidad y hallábase dispuesto a hacer frente a cualquier emergencia por grave que ésta fuera.

Ya no le dominaba el desordenado furor de un momento antes, pero se sentía resuelto a defender por todos los medios posibles la situación y la fortuna que poseía después de haberlas conquistado por medio de la falsedad y del crimen. Su fortuna misma le ponía en condiciones de poder emplear contra los que trabajaban contra él, medios poderosos y que le parecían eficaces.

—¡El viejo Lincoln ha jugado una peligrosa partida al meterse a luchar conmigo! — murmuró.

"Le advertí que no se interpusiera en mi camino, y esta misma noche sabrá lo que cuesta la desobediencia. Pero tengo que proceder con cautela, — añadió. — Otra muerte en el castillo de Ravenhurst tan pronto después de la de Dafné Ray puede provocar comentarios desagradables, sobre todo si Lincoln muere tranquilamente, como de una súbita enfermedad. ¡Serían ya demasiadas muertes por ataques al corazón! Quizás fuera mejor hacer creer que ha sido víctima de un asalto, que un ladrón, sorprendido "infraganti", le dió muerte. Voy a pensarlo detenidamente hasta la noche.

Y habiendo llegado, con toda frialdad, a semejante horrible conclusión, dirigió sus pasos hacia la puerta con intención de salir.

Cuando se hallaba cerca de la puerta se detuvo de improviso. Había oído en el corredor el ruido de unos pasos que reconoció inmediatamente y que le hicieron agolpar la sangre en la cabeza.

¡Matthew Lincoln volvía a sus habitaciones!

Detrás de las cortinas

RAPIDAMENTE miró Julián Usher a su alrededor, pero no tuvo tiempo para encontrar un sitio donde esconderse. El único escondrijo que se presentaba a su alcance eran las pesadas cortinas que colgaban cubriendo el hueco que separaba el cuarto de vestir del contiguo dormitorio.

Corrió Julián Usher a esconderse detrás de esas cortinas, convencido de que con ello lo único que hacía era posponer unos minutos la sorpresa, a no ser que Matthew Lincoln permaneciera en el cuarto de vestir y no pasara al dormitorio.

No había aún terminado de acurrucarse detrás de la cortina, cuando la puerta del cuarto se abrió y Matthew Lincoln penetró en su habitación. Un pequeño descosido entre dos paños de la cortina permitió a Julián observarle detenidamente.

En cuanto entró en la habitación, el abogado se quitó el sombrero y en seguida el saco, colgó ambas prendas en una percha, y después de limpiarse con el pañuelo la frente cubierta de sudor, se levantó las mangas de la camisa, con intención probablemente de pasar al cuarto de toilette a lavarse las manos. Se notaba que el anciano hallábase acaloradísimo.

Hecho lo dicho, Lincoln se dirigió al dormitorio, con las manos a la espalda y la cabeza baja, como si estuviera pensativo. No sospechaba ni remotamente el peligro que le amenazaba.

Julián Usher vió que tenía intención de pasar al dormitorio; comprendió que su presencia sería descubierta inmediatamente y entonces... a menos que...

Sólo había un medio de evitar la sorpresa y sus consecuencias. Adelantar los acontecimientos y realizar de inmediato lo que tramaba para la noche.

Sin atreverse casi ni a respirar el hombre que se hallaba detrás de la cortina esperó que Matthew Lincoln avanzara.

El anciano llegó a las cortinas, y ya iba a pasar por entre ellas cuando la tela pareció avanzar hacia él, y sintió que una mano de hierro le tomaba del cuello.

Con la desesperación de un hombre que comprende que su vida depende de sus fuerzas, el anciano luchó desesperado con aquel asaltante cuya cara no podía ver. Hizo un último esfuerzo, pero fué en vano. En el mismo momento, Julián Usher redobló su desesperada energía, y el pobre anciano sintió que todo desaparecía para él, y que las fuerzas le abandonaban. En cuanto se dió cuenta Julián de que Lincoln no ofrecía resistencia porque se había desmayado, abrió las manos, y el abogado cayó al suelo, desplomándose como una bolsa.

Después de una breve pausa, Julián salió de detrás de las cortinas.

Miró al hombre que yacía a sus pies, y se estremeció como si hubiera sentido un escalofrío.

—¡No había otro remedio! — dijo, como si pretendiera con ello excusarse a sí mismo. — O él o yo. Estando en mi mano que fuera él, no podía consentir en ser yo. Sabía demasiado y podía arruinarme.

No se daba exacta cuenta Julián Usher, en aquel momento, de lo que le correspondía o le convenía hacer de inmediato. Había procedido en un momento de acaloramiento, sin plan y sin haber estudiado los pasos que debía dar después.

Las señales dejadas por los dedos en el cuello del abogado podían probar que era él quien las había causado, por lo que convenía que cuanto antes se hiciera correr la voz de que alguien había logrado meterse en la casa, había entrado en el cuarto del abogado y, sorprendido por el inesperado regreso de éste le había dado muerte, para evitar que diera la voz de alarma, y había huído.

Si Julián hubiera podido preparar sus planes cuidadosamente, hubiera escogido un momento apropiado para la muerte, a fin de que toda su mentira tuviera apariencias de fundamento.

Pero como todo había tenido que ser improvisado, se conformaría lord Ranvehurst con conseguir que no pudieran sospechar de él.

Para dar apariencia de veracidad a la mentira se le ocurrió que lo primero era hacer que la habitación tuviera el aspecto de ser visitada por un ladrón. A se fin se dirigió Julián a la chimenea, tomó el hierro de remover la lumbre y con él saltó la cerradura del escritorio.

Revolvió los cajones, revisándolos a conciencia al mismo tiempo, y como encontrara una suma pequeña en billetes de banco, se la metió en el bolsillo, a fin de agregar verosimilitud a la versión del robo. Después quemaría los billetes.

Miró después hacia la figura inmóvil que yacía en el suelo, y pasaron algunos momentos antes de que tuviera suficiente valor para moverla.

Por fin lo hizo. Tomó a Matthew Lincoln por las axilas y lo arrastró hasta el centro del cuarto.

Arrodillándose, le sacó el reloj del bolsillo del chaleco, con la mano que temblaba de miedo. Hasta para la mente encanallada de Julián Usher, los muertos merecían respeto.

De pronto se estremeció y luego se encogió de hombros, intentando sonreir; había vuelto a alarmarse al ver de nuevo su imagen en el espejo.

Si buscaba ahora lo hacía con el mayor interés, pues algo tenía que hallarse en poder del abogado que era de todo punto necesario para sus planes.

Se trataba del pedacito de papel donde estaban escritas las señas de la casa donde Nixey esperaría al abogado. Esas señas eran objeto de la ansiosa y escudriñadora revisión a la cual procedía Julián Usher en aquellos momentos.

Pensaba Julián Usher que el pedacito de papel que no se hallaba en el canasto con los demás y que no estaba en el escritorio, debía tenerlo Lincoln en su poder.

Uno tras otro revisó todos los bolsillos de la ropa del anciano abogado, pero no encontró nada.

Por fin, en un bolsillo interior encontró una cartera pequeña.

La abrió y comenzó a revisar su contenido.

Pero recién había comenzado a hacer eso cuando se detuvo porque había oído pasos en la galería, del lado de fuera de la habitación.

Julián, sin levantarse, volvió la cara hacia la puerta cerrada. Su gesto, en aquel momento, era el de una fiera acorralada y dispuesta a defenderse con uñas y dientes.

Sin dejar de mirar hacia la galería, se puso de pie, pero no entró nadie aún.

La persona que había llegado a la puerta golpeó en ella con los nudillos. Después de una breve pausa, volvió a golpear.

El recién llegado, fuera quien fuera, acabaría por entrar. Comprendiéndolo así, Julián resolvió esconderse, lamentando no haberlo hecho antes.

Casi no había hecho más que colocarse detrás del espejo de cuerpo entero cu había sido objeto de su crítica, cuando la puerta se abrió y entró en el cuarto la señorita Marión Grey.

—¡Señor Lincoln!... — empezó diciendo, pero sus palabras se cortaron en su garganta, oprimido el pecho y jadeante la respiración a consecuencia del efecto que instantánamente la causó la escena que tenéa ante sus ojos.

El cuadro no podía ser más trágico. La joven se tambaleó y tuvo, para no caerse, que sostenerse agarrada a la perilla de la puerta. Su figura esbelta reflejábase en aquel momento en el ovalado espejo.

Oculto por las sombras que reinaban en el sitio donde se había retirado, Julián Usher esperaba por momentos ser descubierto. Pero durante más de medio minuto, la joven permaneció allí, junto a la puerta, contemplando con horror la forma inerte de su amigo y protector Matthew Lincoln.

Cuando ella se atrevió a avanzar, Julián Usher se volvió de espaldas, temeroso de que la palidez marmórea de su faz fuera suficiente para hacerle visible en medio de la oscuridad.

La joven se inclinó a mirar de cerca el cuerpo del abogado, y después de haber permanecido unos instantes examinándole, se levantó súbitamente y salió corriendo de la habitación, pidiendo socorro a gritos.

Julián aprovechó la oportunidad instantáneamente, y en cuanto desapareció la joven, salió de su escondrijo, pasó por encima del abogado dando un salto y, sin volver a mirar a su víctima, se dirigió a la puerta.

Una vez allí miró hacia la galería y vió que la joven corría hacia el otro extremo de aquella ala del castillo. Salió Julián de la habitación y corrió de puntillas hacia el otro extremo, descendió la escalera, y poco después se encontraba en la biblioteca leyendo o haciendo que leía tranquilamente un libro que acababa de sacar del estante, y felicitándose por haber podido encontrar escapatoria, a pesar de todo.

No había pasado un minuto, cuando el criado se presentó sin haber pedido permiso, y tan jadeante que casi no podía hablar, manifestando que el señor Matthew Lincoln había sido objeto de una cobarde agresión de parte de alguien que se había introducido en sus habitaciones durante su ausencia.

Julián Usher, lord de Ravenhurst, levantó la vista del sitio que estaba leyendo, y en seguida se puso de pie con un gesto que convenció al criado de que la noticia que él habíale traído le impresionó muchísimo.

Pero serenándose en seguida, el jefe de la casa se dió cuenta del papel que tenía que desempeñar, y mientras se dirigía a la habitación del abogado, dió orden de que enviaran inmediatamente un automóvil en busca del médico.

Corrió hacia la habitación de Matthew Lincoln y allí se encontró con Marión Grey y con varios criados que formaban corro en torno del hombre caído en el suelo sin sentido.

Fué a Marión a quien primero se dirigió Julián.

—¿Qué ha pasado? — preguntó el usurpador. — ¿Se encuentra mal el viejo?

—¡Ha sido asaltado, y seguramente por un ladrón! — contestó rápidamente la joven. — El que le acogotó hasta dejarle desmayado, robó varias cosas de valor y al anciano le había despojado de cuanto tenía.

La joven o contestó a la pregunta que le hizo Julián sobre las heridas del abogado, y supuso que si no lo había hecho había sido por ahorrarse el tener que hablar de cosas desagradables.

—¿Qué han hecho a objeto de dar con el autor del asalto? — preguntó el lord. — El hombre no puede estar lejos, y quizás se encuentre escondido en la casa. Es necesario revisarlo todo detenidamente. ¡Cincuenta libras de regalo al primero que lo encuentre!

Haciendo justicia a los sentimientos de los criados del castillo, puede decirse que no necesitaban el incentivo del dinero para buscar con el mejor deseo al cobarde asaltante que de modo tan infame había atacado al abogado. Las simpatías de que Matthew Lincoln gozaba en la casa eran muchas, y todos los criados hubieran dado su vida por salvar la del anciano, pero no vino mal la oferta de Julián, pues les sacó del ensimismamiento en que habíales sumido el crimen y les hizo ponerse en acción en busca del presunto criminal.

Dos de los criados se pusieron a revisar las habitaciones de Matthew Lincoln. Esto lo hicieron por indicación de su amo, en cuyo interés estaba que removieran las cosas de la otra pieza, a fin de que si él había dejado algún rastro lo desvanecieran de modo que los de la policía no lograran encontrarlo más tarde.

Julián no permaneció en la habitación. También salió corriendo para llamar a la policía por teléfono. Se le ocurrió esta como feliz pretexto para abandonar el sitio donde se hallaba su víctima, cuya vista le tenía intranquilo.

La policía y el médico llegaron juntos al castillo de Ravenhurst y encontraron al lord muy impresionado con lo que había sucedido. Tan emocionado estaba que les pidió que le disculparan si no les acompañaba al lugar

...La joven permaneció junto a la puerta, inmóvil, contemplando con horror y estupefacción la forma inerte de su amigo y protector Matthew Lincoln. ("La extraña historia de Stephen Usher".)

del crimen, excusa que tanto el doctor como el de la policía, encontraron lógica.

Pero la bien fingida pena de Julián era prematura, pues media hora después, el médico se presentó de regreso en la biblioteca con noticias que no pudieron ser peores para milord.

—Tengo el placer de comunicarle, — dijo el médico, — que su dolor no tiene razón de ser tan intenso. ¡El señor Matthew Lincoln no ha muerto! El canalla que le asaltó no pudo consumar su infame atentado, así que tengo la seguridad de que dentro de unos pocos días el abogado podrá levantarse completamente repuesto. Por el momento debe permanecer en el lecho sin que nadie le moleste en lo más mínimo, pues tiene algo desordenado el corazón a consecuencia de la terrible impresión sufrida.

Si el disgusto que tal noticia le causaba se pintaba en la expresión de su semblante, no lo sabía el mismo Julián. Sin embargo, fué tal el gesto que hizo después, que el médico lo interpretó como exponente del disgusto por el desdichado suceso, que el doctor optó por retirarse discretamente, sin insistir en dar consejos ni aconsejar conformidad y paciencia.

Pero en cuanto el médico se ausentó, Julián dió rienda suelta a su carácter violento.

—¡Maldito viejo zorro! — exclamó. — ¡Al fin y al cabo me ha burlado una vez más y ha hecho fracasar todo mi plan! ¡Qué tonto he sido! ¡Haberle dejado con vida cuando ya le tenía a mi disposición! ¡La verdad es que yo apreté con todas mis fuerzas y que cualquier otro no hubiera vuelto a respirar! ¡Viejo del diablo! ¡Debe tener el cuello de hierro!

Sacó un cigarrillo de su estuche, cerró éste de un golpe recio, lo guardó de nuevo y tras descender el cigarrillo se puso a pasear de un lado a otro de la habitación.

—¡Pero no se me escapará! — continuó diciendo con enojo. — ¡Todavía no he desistido! Por lo pronto no podrá ir a ver a Nixey mañana. Muy mala tendrá que ser mi suerte si no logro rematar mi obra antes de que abandone el lecho.

Al acordarse de Nixey pensó en la cartera que le había sacado de un bolsillo a Matthew Lincoln, esperando encontrar en ella el fragmento de carta con la dirección del domicilio del pickpocket.

Buscó, pero con resultado negativo. En aquella cartera no estaba el pedazo de papel con las señas de la casa donde Nixey esperaría a Lincoln al siguiente día.

Todas las esperanzas que tenía Julián Usher en adelantarse y arrebatar al ex presidiario la terrible prueba, se desvanecían en consecuencia e instantáneamente.

Ante semejante descubrimiento, las circunstancias volvían a su anterior situación. Para salvarse, Julián Usher necesitaba quitar de enmedio a Matthew Lincoln, a fin de que éste no llegara a entrevistarse con Nixey.

Habiéndolo resuelto así Julián se sentó en su mullida butaca, y fumando tranquilamente su cigarrillo comenzó a pensar cómo podría librarse, de manera definitiva, del contralor y aún vigilancia del viejo abogado.

—Mientras Matthew Lincoln viva, — díjose en conclusión, — no desaparecerán mis temores. Matthew Lincoln, por lo tanto, debe morir, — agregó.

En la galería de los caballeros

HABIAN dado las campanadas de las once de la noche, y en el vasto castillo que durante varios siglos había sido alojamiento de sucesivas generaciones de la familia Ravenhurst, reinaba el más completo silencio y la oscuridad más profunda.

Matthew Lincoln, la víctima del cobarde atentado de Julián Usher, actual lord de Ravenhurst, hallábase dormido en su lecho, pues además de encontrarse enfermo del corazón, resentíase todavía de las consecuencias del brutal ataque de que había sido objeto.

Julián estaba también en su dormitorio, pero ni se había desvestido ni pensaba acostarse. No había en su cuarto más luz que la que la luna enviaba a través de los vidrios de las ventanas, y lord Ravenhurst hallábase sentado en una butaca junto a la cama.

Cuando dieron las once se levantó, encendió una bujía, y a su vez eaxminó el contenido de una pequeña cajita niquelada que estaba sobre la mesa. Lo que había en aquella cajita era uno de esos instrumentos para inyecciones llamados jeringas hipodérmicas.

Con esas jeringas se administran las inyecciones de morfina que calman los dolores.

Julián la poseía porque en muchas ocasiones de su vida había recurrido al terrible calmante, especialmente las noches en que la conciencia culpable no lo dejaba conciliar el sueño.

Pero en aquel momento, la jeringa estaba cargada con una droga que no produciría el sueño tranquilo del cual se despierta ocho o diez horas después, sino el sueño de muerte del que no se despierta jamás en este mundo.

Julián había cargado la jeringa unas horas antes, llenando su receptáculo de vidrio con el mismo terrible veneno que tronchó de modo inesperado la vida de Dafné Ray.

Hacía una hora que Julián se preguntaba si tendría valor para ir silenciosamente hasta el dormitorio de Matthew Lincoln y dándole un pinchazo con la terrible jeringuilla, inyectarle en el cuerpo la terrible droga que le libraría para siempre del anciano apoderado.

¡Por fin había decidido ir!

Sirviéndose en un vaso una generosa dosis de cognac de una botella que había hecho llevar a su dormitorio por la tarde, Julián bebió el licor con rápida avidez, y casi en seguida sintió un enardecimiento que le dió el valor que todavía le faltaba para decidirse a cometer su hazaña infame.

—¡Ha de ser ahora o nunca! — dijo, po-

niendo el vaso en la mesa. — Al fin y al cabo no es tanto el riesgo que corro si se hacen las cosas como es debido. Mi error ha sido no quitar de enmedio al abogado antes de ahora. Aunque tarde, voy a remediar el grave error cometido.

Llegó hasta la puerta del dormitorio y escuchó un instante. Seguía reinando en el vasto castillo el silencio más profundo. Julián abrió la puerta y salió.

Por escaleras y galerías era larga la distancia que le separaba de la habitación de Matthew Lincoln situada en el tercer piso, pero los criados no dormían en aquella ala del castillo, y no había probabilidad de que nadie le oyera ni viera, ni molestara.

Sin embargo, avanzó con el mayor sigilo y constantemente alerta.

No llevaba luz ninguna, pues no la necesitaba. Conocía bien la casa y por las ventanas entraba la luz de la luna coloreada por los cristales multicolores de las antiguas vidrieras. El ambiente resultaba misterioso y tétrico y en verdad, Julián hubiera preferido la oscuridad completa.

Llegó al piso tercero y comenzó a avanzar por la "Galería de los Caballeros".

Las armaduras de pie a ambos lados del ancho pasadizo, presentaban un aspecto impresionante hasta para el mismo lord Ravenhurst, que tantas veces las había visto.

Parecían otros tantos silenciosos testigos de su avance hacia la habitación, donde se hallaba su víctima.

Se detuvo un instante como para reconcentrar energías y luego, con los nervios en tensión, pensando únicamente en el terrible propósito que allí le llevaba cotinuó su avance.

Llegó hasta hallarse a dos yardas de la puerta, y en el momento en que miró hacia el cuarto, vió que la figura que se hallaba al lado de la puerta se movía y avanzaba hasta colocarse en su camino, tendiendo hacia Julián su brazo cubierto de hierro y levantándolo luego amenazador.

Era aquello más de lo que podía resistir el sistema nervioso de Julián, así que éste, lanzando un grito sofocado, retrocedió un paso.

Cuando levantó de nuevo la vista, vió que la armadura estaba en el sitio que le correspondía, y que ya no tenía el brazo levantado.

Temblando de miedo, agobiado bajo el peso de su conciencia culpable, miró, no obstante, a la figura del guerrero, pero ésta no volvió a moverse ni aún lo más mínimo.

—Debe haber sido una ilusión, — murmuró con voz que el terror enronquecía. — ¡Una armadura no puede moverse sola!

Hizo un nuevo esfuerzo, tratando de convencerse de que todo había sido una ilusión de su mente acalorada, y se acercó aún más a la figura del guerrero, sin que ésta se moviera.

Llevado por una indomable curiosidad más que por efecto de un renacimiento de su valor, llevó la mano a la celada del casco que cubría la cabeza del imaginario caballero antiguo y la levantó de un golpe.

En cuanto la celada dejó descubierta la parte delantera del férreo casco, se vió Julián ante una cara que le miraba fijamente... Una cara muy pálida y de una transparencia de espectro.

¡Aquella cara era la de Stephen Usher!

Sueño y olvido

LANZANDO un ahogado grito de terror, Julián, señor de Ravenhurst, retrocedió ante la figura cubierta por la antigua armadura. La celada del casco cayó nuevamente, ocultando por completo a las miradas inquietas de Julián la cara espectral de Stephen Usher.

Durante un minuto nada sucedió. Inmóvil como una estatua, tan grande era el miedo que le dominaba, Julián miraba atónito al causante de su terror. Pero la figura no volvió a moverse: permaneció quieta como si no cubriese a un ser humano.

Sin embargo, muy poco antes el brazo se había movido y, levantada la visera del casco, él había visto la cara pálida de su primo Stephen.

Sabía Julián que le sería muy sencillo convencerse de si había alguien o no dentro de la armadura, pero no se atrevía por miedo. El recuerdo de la pálida cara, de la cara del hombre a quien él había arruinado, — le causaba tal efecto, que no pudo levantar de nuevo la celada.

Sin dejar de mirar a la imponente figura de aquel guerrero antiguo, retrocedió a mayor distancia. Se había olvidado ya por completo del motivo de su visita a la Galería de los Caballeros; se había olvidado de su propósito de matar a Matthew Lincoln, el hombre que amenazaba su tranquilidad. Su único pensamiento era, en aquel instante, el de huir cuánto antes y lo más lejos posible de aquella figura armada de punta en blanco que parecía amenazarle, aún cuando permanecía quieta.

Si Julián hubiese sabido que, en realidad, la armadura cubría a un hombre de carne y hueso, le hubiera sido más fácil resolver qué habría de hacer. Na era Julián hombre capaz de retroceder ante otro hombre, y si estaba aterrorizado era porque suponía que se hallaba ante el espíritu de Stephen Usher salido de su tumba para exigir venganza. El espectro del hombre a quien hizo su víctima se le había presentado ya varias veces y siempre le había producido el mismo terrible efecto.

Cada vez que se le había presentado había sido, como era entonces, para impedir y frustrar algún plan maléfico de los que lord Ravenhurst tramaba. Y precisamente debido a la situación de espíritu en que se hallaba Julián, intranquila la conciencia porque iba a cometer un crimen, la aparición le producía mayor efecto y tenía la virtud de infundirle el terror más espantoso.

En uno de esos momentos de intensa intranquilidad hallábase Julián en aquel instante. Al ver la cara del hombre a quien creía murto, precisamente en el instante en que se dirigía a cometer un homicidio, de-

seaba que no se le hubiera ocurrido nunca ir a la Galería de los Caballeros, donde le estaba esperando para presentársele el espíritu incorpóreo de su víctima o, como él creía, la aparición que creaba su conciencia acusadora.

Pero estaba Julián tan emocionado, que no tuvo valor para hacer la prueba a fin de convencerse si había o no un hombre dentro de la armadura. Sólo pensó en retirarse sin resolver su terrible duda.

Después de dirigir otra mirada a la figura que tan de improviso le había interceptado el paso, le volvió la espalda y huyó. Como había ido sin calzado, pudo correr, — en medias, — sin hacer casi ruido ninguno. Llegó al fin de la galería, después de recorrerla mirando a las armaduras situadas a uno y otro lado, temeroso de que fueran a moverse, y se encontró de nuevo en el descanso de la escalera principal.

Descendió hasta el piso primero y siguió corriendo hacia el ala oeste del castillo, donde estaba situado su dormitorio. De vez en cuando volvía la cabeza, temeroso de que alguien le siguiera.

Jadeante y temblando de pies a cabeza, llegó a su dormitorio y abrió la puerta, penetrando en seguida en el cuarto y encerrándose con llave. Hecho esto descanso un momento y se pasó el pañuelo por la frente sudorosa. Tenía el rostro pálido. Se vió por casualidad en un espejo y él mismo se aterrorizó al verse de tal modo con la cara desencajada, la que a la luz de las bujías de un candelabro que estaba sobre la mesa daba un lamentable aspecto cadavérico.

De un tirón se desabrochó el cuello de la camisa y respiró con ansiedad. La presión del cuello, que en circunstancias normales no le molestaba pues en realidad no lo llevaba ceñido, parecía ahogarle como el nudo corredizo de la cuerda del verdugo.

—¡Cielo santo! — exclamó tras una larga pausa, durante la cual respiró como si le faltara aire. — ¡No puedo resistir más! ¡Si esto continúa así, voy a volverme loco!

Se miró las manos. Le temblaban como si hubiese contraído repentinamente el baile de San Vito. Parecía que no tuviera dominio sobre sus dedos, de igual modo que les pasa a los paralíticos.

Dejóse caer en una butaca, quedando hundido en ella como un rezago humano, maltratado por todas las calamidades, en el que en vano se buscaría la arrogante y varonil silueta de Julián Usher que conocían sus amigos. El desorden de su sistema nervioso era extremado. Si Stephen Usher hubiera podido verle en aquel momento, le hubiera tenido lástima.

—Necesito dormir, — dijo por último, incorporándose con esfuerzo y poniéndose luego en pie. — Necesito dormir y olvidar, porque si no duermo me parece que mi cerebro va a estallar.

Sabía que no podría conciliar el sueño en forma normal hallándose en semejante estado de excitación, pero en el dormitorio tenía un armarito y en él una provisión abundante de licor y de drogas favoritas, aquellas a las que tantas veces había recurrido, — lo mismo que al alcohol, — para olvidar las tribulaciones que le producía su vida como lord Ravenhurst.

Se dirigió al armarito, lo abrió y sacó de él un frasco de medianas dimensiones que contenía un líquido incoloro y un vaso graduado para medir la dosis. Tanto le temblaban las manos que al echar el líquido en el vaso le fué imposible detener su acción en el momento oportuno, y puso bastante más de lo necesario.

Poco le importó eso, pues en el estado de excitación en que se encontraba, la dosis normal no podía hacerle dormir. Lo que se sirvió debió ser más todavía que el doble de la dosis normal, pero sin vacilar un instante bebió de un solo sorbo el contenido del vasito.

Volvió a su sitio el frasco y el vaso, y durante unos momentos permaneció rígido, de pie ante el armario que acababa de cerrar. Pareció reflexionar sobre la cantidad de narcótico que había ingerido y pensar si tan enorme dosis no podría acarrearle funestas consecuencias.

—¡No! ¡No me hará daño! — dijo tranquilizándose a sí mismo y pronunciando las palabras en alta voz para darse ánimo. — Lo que hará será hacerme dormir antes y mejor. Así podré olvidar del todo estos acontecimientos que me conturban y acabarían por enloquecerme.

Caminó unos pasos tambalándose como un hombre ebrio. El narcótico empezaba a hacer su efecto.

Llegó hasta la mesa donde se encontraba el candelabro con varias bujías, y se apoyó en ella. Permaneció un instante inclinado, de cara a la mesa, con las manos apoyadas en la carpeta de felpa. Después, reaccionando mediante un esfuerzo de voluntad, se irguió un tanto y se volvió de espaldas a la mesa con el propósito de dirigirse al lecho apoyándose, en el trayecto, en la butaca que estaba entre la mesa y la cama.

Al volverse, como se apoyara en la mesa nuevamente para no caerse, tiró del tapete e hizo caer el candelabro, que fué a quedar en el suelo junto a las costuras que cubrían una de las ventanas.

Sin darse cuenta más que de que el cuarto se había quedado a oscuras, Julián avanzó a tientas y llegó hasta la cama. Pero había perdido toda orientación, y después de caminar a un lado y otro sin saber dónde iba, cayó al suelo junto a la otra pared de la habitación, dominado por el poderoso efecto de la terrible droga.

Quedó, pues, tendido en el suelo alfombrado, al extremo opuesto del sitio donde estaban las ventanas, junto a cuyas cortinas habían caído las luces encendidas.

Poco después la oscuridad de la habitación fué interrumpida por la luz de una llamarada roja que brotó de las cortinas encendidas.

Entre las llamas

MARION GREY dormía en una habitación situada en el mismo piso del ala oeste del castillo en que estaba el dormitorio de Julián

El misterioso hombre de la armadura levantó la alabarda que empuñaba y comenzó a dar vigorosos golpes en la puerta. ("La extraña historia de Stephen Usher")

Usher, y debido a un molesto dolor de muelas había permancido sin acostarse hasta altas horas de la noche.

Sentada en una butaca, envuelta en un peinador, se había puesto a leer un libro, sin conseguir concentrar su atención en la lectura. Cansada, había podido, por fin, quedarse un momento dormida.

Se despertó sobresaltada, bajo la impresión de algo molesto, y en cuanto abrió los ojos se dió cuenta de qué se trataba. El aire de la habitación estaba sobrecargado de humo.

No era Marión Grey de las mujeres que fácilmente se asustan, así que cuando se percató inmediatamente de que la presencia del humo no podía interpretarse más que de un modo, no se aturdió ni comenzó a dar gritos pidiendo socorro.

Se levantó de la butaca y fué hasta la puerta del cuarto, abriéndola en seguida. Inmediatamente entraron por la puerta grandes masas de humo procedentes del corredor.

Marión salió de su cuarto, desafiando al humo sofocante que la envolvía. No tenía idea de dónde podía haber tenido origen el fuego, pero no quiso detenerse a averiguarlo. Su pensamiento estaba ocupado en aquel instante por la idea de lo que podía pasarle a Matthew Lincoln, que se hallaba postrado en el lecho e imposibilitado de salvarse. Lo urgente, en concepto de Marión, era dar aviso a los criados, a fin de que transportaran al anciano abogado a un sitio seguro.

No se olvidó por eso de Julián, pues al pasar por delante de su dormitorio golpeó reciamente en la puerta.

—¡Julián! ¡Julián! — gritó todo lo más fuerte que pudo. — ¡Hay fuego en la casa!

Los golpes que dió en la puerta fueron suficientemente fuertes para despertar a cualquiera que estuviese durmiendo, así que convencida de haber sido oída, Marión siguió por el corredor.

Avanzó tan de prisa en medio de la oscuridad, sin otro pensamiento más que el de salvar a su tutor y amigo, que no vió un obstáculo que se opuso a su camino, — alguna silla, algún cofre de los que había en el corredor, — tropezó y cayó, golpeándose en la cabeza. Quiso reincorporarse, pero entre lo recio del golpe y la sofocación que el humo le había producido, se sintió vencida y cayó desmayada.

En el mismo momento, el humo que salía por debajo de la puerta del cuarto de Julián Usher se hizo más denso y más sofocante.

Apenas había caído Marión al suelo sin sentido, cuando empezó a sonar la campana de alarma vigorosamente agitada. A esto siguió gran actividad, particualmente en la parte del castillo donde estaban las habitaciones de los criados.

En el ala donde había estallado el incendio éste seguía su curso, pero aún no había pasado al ala oeste, donde estaba el cuarto de Lincoln, pero el humo había invadido los corredores.

Bajo la dirección del mayordomo, los criados y criadas comenzaron a atacar el incendio. El mayordomo y dos criados fueron en busca del abogado, y prontamente lo sacaron de su habitación con todo cuidado, y bajándolo por una de las escaleras de la parte posterior del castillo, lo llevaron a un próximo pabellón, donde quedó instalado lejos de todo peligro.

Ninguno de los criados conocía la precaria situación en que se hallaba Marión. Si lo hubiesen sospechado, todo hubieran corrido a salvarla, pues todos la querían y respetaban, pero en la emoción del primer momento, nadie se dió cuenta de que la joven podía hallarse en grave peligro.

Así permanecía ella en el suelo del corredor del piso primero, donde el aire se iba haciendo irrespirable. De vez en cuando se estremecía pues, aún cuando estaba desmayada, no dejaba de sentir, aún cuando sólo fuera relativamente, la molestia de la falta de aire respirable.

Parecía ya que iba a quedar abandonada a su suerte. Muchos hubieran dado su vida por salvarla, pero nadie sabía el peligro en que se encontraba.

Cuando ya parecía haberse desvanecido toda esperanza de salvación, se oyó un extraño ruido de rozamientos metálicos en mitad de la masa de humo que llenaba el hueco del corredor, y de pronto surgió de la espesa nube como una aparición fantástica, la figura de un guerrero vestido de hierro de pies a cabeza es decir cubierto por una armadura de caballero antiguo.

Se aproximó pausadamente con la actitud de los famosos caballeros antiguos, se inclinó ante la yacente figura de la desdichada joven y la levantó del suelo en sus brazos. Así avanzó por el ancho corredor hacia la escalera principal envuelto siempre en remolinos de humo.

El mayordomo y varios de los criados estaban reunidos en el hall, hasta el cual no había llegado todavía el humo y se quedaron mudos de asombro ante la aparición fantástica que se presentó de improviso en lo alto de la escalera.

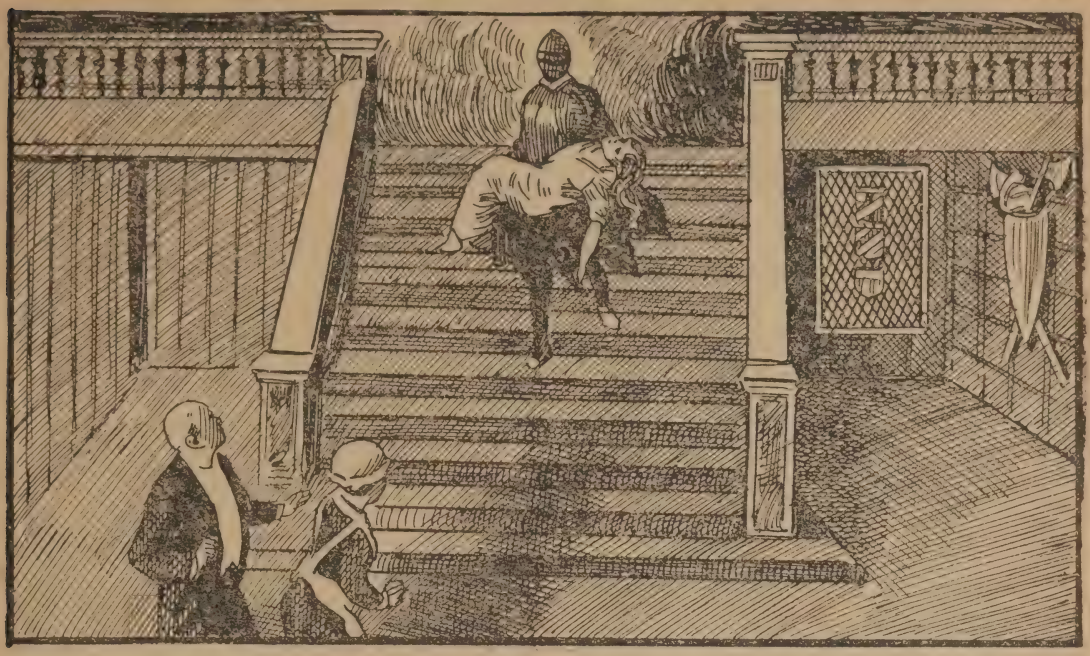
Su asombro era lógico, pues la escena que se desarrollaba a su vista no podía ser más extraordinaria, y parecía trasunto de viejas edades.

Sin que pareciera percatarse del asombro que causaba su aparición en los criados, el caballero de la armadura salió de entre el humo remolineante y descendió la ancha escalera sosteniendo en sus brazos a la joven desmayada.

Sin que nadie le molestara bajó la escalera, atravesó el hall por entre la doble fila de criadas y criados boquiabiertos, y salió por la ancha entrada principal, que estaba abierta de par en par, al jardín del castillo.

Una vez allí depositó suavemente su carga sobre el mullido césped del "parterre" en medio de un grupo de criadas tan asombradas ante la presencia del caballero de la armadura, qué no se atrevieron a moverse, y tal vez ni a respirar.

El ama de llaves, la bondadosa y activa señora Marlow, fué la primera que se sobrepuso a su asombro, emocionada ante el estado en que se hallaba la joven a quien



Un hombre cubierto por la armadura de acero de un caballero antiguo, descendía por la ancha escalera, trayendo en brazos a la desmayada joven. ("La extraña historia de Stephen Usher").

había conocido desde niña, y olvidando sus temores a la vez que haciendo caso omiso de la presencia del caballero de la armadura, se arrodilló junto al inerte cuerpo de Marión.

Satisfecho del giro que tomaban los acontecimiento a ese respecto y convencido de que la joven por él salvada del fuego estaba en buenas manos el caballero de la armadura se dirigió de nuevo hacia la casa.

En el momento en que llegó al hall, el mayordomo gritaba:

—¿Y milord? ¿Ha visto alguno de ustedes a milord?

Los criados se miraron los unos a los otros, y pronto se convenció el mayordomo de que ninguno le había visto.

Se había supuesto en el primer momento que lord Ravenhurst era suficientemente hábil y fuerte para salvarse sin ayuda de nadie, así que ni se habían preocupado de él. A esto había contribuido, sin duda, la antipatía de que gozaba el nuevo lord en todo el personal del castillo.

El mayordomo, que sabía bastante sobre las malas costumbres de su patrón y sabía que rara era la noche que se acostaba sin haber dejado vacía una de las botellas de whisky de su licorera y la otra empezada, pensó que tal vez durmienra bajo el dominio del alcohol y el incendio no le hubiera despertado.

El viejo mayordomo había sido maltratado groseramente por Julián Usher, y le detestaba con toda razón, pero no recordó tales cargos en tal momento. A pesar de sus años, no se sentía cobarde, y tan pronto como se le ocurrió que lord Ravenhurst podía hallarse en peligro, se dirigió valerosamente hacia la escalera.

Pero antes de que pudiera comenzar a subir, el caballero de la armadura le dijo en tono amable:

—No vaya. Iré yo.

El casco de acero hizo repercutir la voz del hombre dándole un sonido extraño y profundo. El mayordomo vió, por entre las hendijas de la celada, relucir los ojos del caballero.

No fué el miedo lo que hizo que el viejo mayordomo retrocediera, sino algo que le llamó la atención y le inspiró simpatía en el caballero de la armadura. Los otros criados ni intentaron moverse especialmente porque ninguno de ellos había reaccionado aún después de la terrible sorpresa sufrida al ver al acorazado personaje surgir de entre el humo con la joven desmayada en brazos.

Silenciosamente le vieron, pues, acercarse a una panoplia situada en la pared del hall y descolgar de ella un hacha de combate, y manejándola como si no hubiese tenido el enorme peso que tenía, subió la escalera con toda la rapidez que le permitía su armadura completa.

Cuando llegó al primer piso se dirigió rápidamente por las galerías y corredores hacia el ala oeste del castillo. Se acercó al cuarto de Julián y quiso abrir la puerta: estaba cerrada por dentro.

No perdió tiempo en llamar. Levantó el

hacha y empezó a descargar golpes con ella en los tableros de la sólida puerta de roble.

Los tres primeros golpes no dieron resultado: la madera sólida y endurecida por el tiempo parecía fuerte como hierro. Pero al cuarto hachazo, descargado con vigor extraordinario, uno de los tableros superiores de la puerta saltó en astillas, y por el hueco surgió una bocanada de humo seguida de un ház de llamas.

Comprendió el hombre de la armadura, que dentro de aquella habitación no podía haber nadie que estuviese vivo, pero no abandonó por eso sus esfuerzos. Una y otra vez golpeó con el hacha hasta que la puerta hubo caído hecha trizas y el hueco quedó expedito.

El hombre de la armadura, — que era Stephen Usher, naturalmente, — arrojó el hacha, y desafiando las llamas, entró en la habitación. A la luz del incendio pudo ver todos los ámbitos del cuarto.

¡Allí no estaba Julián Usher ni vivo ni muerto!

Stephen se retiró a la pared recubierta de roble donde estaba la puerta secreta que daba a la escalera del subterráneo. Como conocía perfectamente el manejo de aquella puerta, la abrió oprimiendo el oculto resorte. Se abrió la puertecita, y a la luz que proyectaba el fuego que ardía en el dormitorio vió que un hombre, echado boca abajo, estaba en el descanso de la escalera secreta que conducía al túnel del cual se salía por un pozo situado en el parque del castillo.

Era Julián Usher el hombre que estaba echado allí. Por suerte había despertado lo suficiente para darse cuenta del peligro que corría y para intentar huir por el conducto secreto. Pero si pudo abrir la puerta y salir al descansillo, en cuanto la puerta se cerró por sí sola, merced a sus resortes, y Julián quedó del lado del escondite, se sobrepuso el narcótico a su voluntad y volvió a caer dormido como un tronco.

Los criados que habían visto, desde el hall, al caballero de la armadura, partir para rescatar a su patrón, esperaban emocionados el desenlace y su regreso.

Pero los minutos pasaron, y el caballero no regresó.

Se distrajeron los criados un momento, porque llegó la brigada de bomberos de la aldea próxima y organizó debidamente el ataque contra el fuego, tratando de evitar que el incendio se propagara a todo el vasto edificio.

Les ayudó en su tarea el viento del oeste, que evitó que el fuego corriera hacia aquel lado del castillo, pero pasaron varias horas antes de que se pudiera decir que la tarea de los bomberos había tenido éxito.

Del sitio donde estalló, o sea del dormitorio de Julián Usher, no quedó casi nada. Tampoco se halló ahí ni al dueño de casa ni al desconocido que había acudido a salvarle.

Pero los criados acababan de convencerse de que su patrón había perecido en el siniestro, cuando recibieron una noticia sensacional.

Julián Usher, dormido, como bajo la acción de alguna droga soporífera, había sido encontrado en el parque a poca distancia de un viejo pozo. No se encontraba del todo bien, pero pocas horas después se hallaba despierto y fuera de peligro.

El caballero de la armadura había desaparecido por completo, igual que si se hubiese evaporado.

En la mansión del silencio

DURANTE algunos días no se habló en el castillo de Ravenhurst más que de la extraña aparición que se había presentado durante el incendio, del caballero de la armadura qu había surgido de enmedio del fuego trayendo en brazos a Marion Grey desmayada, y que había vuelto al corazón del incendio sin que regresara jamás.

Como era lógico que sucediera, el incendio que había destruído por completo el dormitorio de Julián Usher había descubierto el secreto del misterioso paso de una escalera por el grueso de la pared y de la comunicación con el pozo del parque. En cuanto se hubo descubierto eso, ya no se consideró misterio la salvación de Julián y la desaparición del de la armadura.

En general, la creencia más compartida era la de que el caballero de la armadura era el mismo que había atacado a Matthew Lincoln, dejándole casi muerto. Después de su infame acción contra un anciano casi indefenso, no habría podido escapar, y para permanecer sin ser visto hasta encontrar ocasión de huir, se había escondido dentro de la armadura. El incendio le obligó a escapar del fuego, y así fué visto.

La policía quedó convencida de que esa era la verdad de lo sucedido, y como no había posibilidad de buscar al hombre porque nadie le había visto la cara, el asunto se dió por abandonado.

Si Julián Usher hubiera querido, hubiese podido dar algún dato más, pero tenía sus razones para no decir una palabra al respecto. Lo que le convenía, sobre todo era que la policía se extraviara por una senda equivocada, pues, fuera la que fuera se iba hacia sitios que la alejaban de la verdad.

Pero, si por ese lado podía considerarse con derecho a estar más o menos tranquilo y no podía temer que la policía la designara como autor del asalto del anciano abogado, otro asunto le preocupaba bastante.

El recuerdo de la pálida faz, — pálida y transparente como si fuera incorpórea hecha solo de tenue luz fosforescente, — que había visto al levantar la celada del casco del caballero de la armadura, la noche del incendio: ¡la cara de Stephen Usher!

No había dejado de pensar en ella durante las horas que habían pasado desde cuando recobró los sentidos para encontrase cómodamente instalado en una cama, y tan bien de salud que no parecía que hubiese sufrido tantas vicistudes.

No sabía en verdad cómo había sido sal-

vado de la rugiente hornalla en que se había transformado toda la parte del ala del castillo en que estaba su dormitorio, pero no tardaron en explicarle que quien había realizado su salvamento había sido un caballero vestido de armadura que le había llevado al parque por el conducto que había dejado de ser secreto.

Estas noticias acrecentaron los temores de Julián y le pusieron aún más nervioso.

Pasó un día muy desagradable, y la tarde le halló todavía preocupado y pensativo, paseando de un lado a otro de la biblioteca, a la que no había podido llegar el incendio. El desastre se había circunscripto de tal modo al ala este que el resto del castillo estaba tal como se encontraba antes del incendio y podía servir para alojar a todos los que estaban en Ravenhurst el tiempo que tardara en restaurarse lo estropeado.

—Si alguna vez pude desear una prueba de que Stephen no ha muerto, ahora sí que la tengo, — murmuró Julián, retorciendo nerviosamente las exiguas guías de su bigote. — Cuando ví la terrible cara me sentí inclinado a creer, como lo había creído antes, que mi sistema nervioso estaba desequilibrado. Pero los otros vieron a un hombre de armadura andar de un lado a otro. Ese hombre tiene que haber sido el mismo a quien yo encontré y que me detuvo en la Galería de los Caballeros cuando iba al cuarto de Matthew Lincoln, anoche. El que yo ví era Stephen, él tiene que ser el que ellos vieron, pues un hombre no puede ponerse la cara de otro.

Pero entonces, como siempre que discutía ese tema con sí mismo, todos los argumentos se desarrollaban a entera satisfacción hasta el punto en que se hacía una objeción: "Todo esto está bien, — decíase. — Pero Stephen ha muerto'. Julián le había visto de cuerpo presente, le había visto metido en el ataúd, le había visto enterrar en la cripta del cementerio de San Edmundo.

—¡Sólo puede explicarse lo que sucede de un modo! — dijos Julián. — Que Stephen haya engañado a todos y que su muerte fuera mentida... pero aún siendo así...

Calló de pronto, recordando la aparición de Stephen cuando él le vió poco antes del entierro. Su aspecto era el de un muerto. No podía nadie imitar la muerte con tal perfección.

—Si yo supiera si es cierto que ha muerto, — pensaba constantemente. — Todas las conjeturas son fútiles, necesito verdades evidentes. Además, la idea de que me puede haber engañado se aleja de mi mente cada vez que recuerdo cómo le vi en el ataúd y cómo su cara, cuando la he visto después, no es la de una persona viva, sino que tiene la palidez y la transparencia de la cara de un muerto. ¡Todas las veces que se me ha presentado ha sido lo mismo!

Siguió paseando de un extremo a otro de la biblioteca, engolfado en sus pensamientos.

—¡Si pudiera persuadirme de que es cierto que ha muerto!

No había otro camino. Constatar si estaba muerto o no, yendo a ver si estaba o no en su sepulcro. Pero Julián no se atrevía. Le daba miedo. Había probado una vez con desastroso resultado. Sin embargo, era el único medio. Necesitaba juntar valor y ponerlo en práctica.

Tenía que ir a la tumba, y si el ataúd estaba vacío, Julián sabría que la extraña figura que le perseguía era una persona de carne y hueso.

Ya había ido Julián una vez a lo mismo, a la vieja cripta, y a la entrada se había encontrado con el espectro... Al verle huyó, sin atreverse a acercarse a él y persuadirse si era o no un ser viviente.

La memoria del fracaso anterior le hacía vacilar ahora. ¿Tendría valor suficiente para visitar de nuevo la cripta?

La incertidumbre de su situación actual estaba minando poco a poco su salud. Si continuaba así mucho tiempo, Julián llegaría a un estado de agotamiento nervioso rayano en la locura.

Era preferible hacer frente al peligro durante unos minutos a sufrir una agonía lenta contínua quién sabe de cuánto tiempo.

Poco a poco, la determinación de ir a ver la verdad donde solo era posible verla, se fué arraigando en él.

—¡Iré! — dijo por último. — No quiero permanecer más tiempo en la incertidumbre. Si Stephen vive, puede ser que me espere la muerte donde vaya a buscar la verdad. ¡No importa! ¡Iré bien preparado! Si logro convencerme de que ha muerto entonces... ¡Entonces sí que podré reirme del mundo entero!

Confirmó su resolución sirviéndose un vaso de cognac y bebiéndoselo de un trago, según su costumbre. Como siempre, el alcohol le dió momentáneos bríos. No se irguió, sin embargo, arrogante como otras veces. Comprendía que para lo que se proponía hacer necesitaba valor y sangre fría a la vez.

Abrió la caja de hierro y sacó de ella la llave de la cripta. Fué al hall y tomó el sombrero. Era temprano para ir al cementerio de San Edmundo, pero su propósito era hacer tiempo paseando por la llanura.

La noche era fresca y el aire punzante. Esto le benefició un tanto, vivificando sus nervios.

En el cielo sin nubes brillaba una luna luminosa que alumbraba todo el campo con claridad casi diurna. Julián se felictó por ello. La oscuridad hubiera mermado su valor.

Eran las diez de la noche y Julián había decidido esperar hasta las doce o un poco más. Quería evitarse el riesgo de que le viera por casualidad algún transeunte.

Su paseo nocturno por la llanura no fué agradable como se lo prometió al salir del castillo. Excitado e impaciente, todo ruido y aún el silencio prolongado, le parecía sospechoso y le hacía estremecer de miedo. Le parecía que el tiempo pasaba con lentitud abrumadora, y cada cinco minutos sacaba el reloj, persuadido de que había pasado media hora.

Pero siguió andando, descubriendo una amplia cueva que debía quintuplicar la

longitud del camino, pero a las once ya estaba cansado de andar.

De pronto oyó los toques de campana del reloj de la capilla de San Edmundo: eran las once y tres cuartos.

Apresuró el paso, y cuanto el reloj dió las doce, se encontraba a un cuarto de milla de la entrada de la necrópolis.

Quiso andar más ligero y no pudo. Ahora que el momento de su visita al lugar de descanso de los Usher había llegado, se sentía lleno de vacilaciones. Pero había resuelto ir e iría, a pesar de de todo, y cuanto antes mejor.

Llegó a la entrada del cementerio y se detuvo un momento en la sombar del arco de piedra de la puerta. Aún cuando la luz de la luna era brillante, no podía disipar la extraña lobreguez de aquel sitio.

La hora de la media noche en un cementerio es, para muchos, solemne y sagrada a la vez.

Para Julián Usher era amenazadora y trágica.

Si hubiese podido verse la cara en aquel momento, hubiera tenido que confesar que se hallaba en concordancia con cuanto le rodeaba. Tan lívida estaba, tan mortal era su palidez. Tiritaba, pero no de frío, porque gruesas gotas de sudor brotaban incesantemente de sus sienes.

Avanzó por último casi contra su voluntad, arrastrado por el convencimiento de que la respuesta al problema que le conturbaba hacía tanto tiempo le esperaba allí, dentro de pocos minutos, si conseguía tener suficiente valor para llevar a término su propósito.

Cruzó el camposanto surgiendo su elevada silueta de sombra entre la blancura de las piedras funerarias y del mármol de los panteones.

No había recorrido la mitad del espacio que saparaba la cripta de la puerta, cuando una negra nube, deslizándose lentamente cubrió el disco de la luna, y todo quedó envuelto en la más densa oscuridad.

Se detuvo inmediatamente, emocionado ante la súbita oscuridad. Temblando violentamente esperó, mirando a un lado y otro furtivamente, como si esperara que algo amenazador surgiera de improviso del seno de las tinieblas.

Sufrió cinco eternos minutos de esa tortura enervadora y por fin, pasada la nube, volvió la claridad, y continuó avanzando más de prisa aún que antes, ansioso de aprovechar el tiempo que dúrara el lucir de la luna.

Cuando llegó al pórtico de la cripta detúvose de nuevo. La sombra del peristilo parecíale también amenazadora.

Un pequeño objeto negro surgió de la oscuridad y atravesó el aire, pasando a una pulgada de la cara de Julián. Era un murciélago que molestado por su presencia, había abandonado su nido... Julián sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Pasaron algunos momentos antes de que pudiera recobrar su debilitado valor en grado suficiente para continuar avanzando. Después se acercó a la puerta de la cripta y escuchó.

Todo estaba en silencio. No se oía ruido alguno. Ni el menor ruido interrumpía la solemne tranquilidad de aquel sitio sagrado.

Julián Usher sacó dos objetos del bolsillo. Uno de ellos era la llave de la cripta. El otro una pequeña linterna eléctrica. Dirigió la luz al ojo de la cerradura y metió la llave.

Detúvose de nuevo. Le parecía haber oído ruido dentro de la cripta. Inmóvil como una estatua, se quedó escuchando.

Oyó ruido como de alguien que anduviera dentro de ella, y ese ruido confuso y tenue, bastó para que volvieran a acometerle todos sus temores.

Su primer impulso fué volverse y huir, pero logró dominarlo, aún cuando con esfuerzo. Con la mano puesta en la llave que estaba metida en la cerradura, continuó esperando. El ruido duró unos instantes más, y luego cesó de pronto.

El silencio siguió no interrumpido durante lo menos tres minutos. En ese tiempo recobró Julián el valor perdido y se decidió a suponer que el ruido había sido ilusión de su mente. Se convenció de que creer eso era lo mejor para salir del paso.

Concentrando toda su energía moral, hizo girar la llave en la cerradura. Era ésta de las de resorte, que se cierran al soltar la llave y, a juzgar por lo poco que debía usarse, se movió con mucha facilidad y sin ruido. Si Julián Usher hubiera tenido la mente en su estado normal, este detalle le hubiera dado mucho que pensar.

Pero en otras cosas tenía fijo el pensamiento en aquellos momentos.

Lentamente fué abriendo la puerta sin entrar en la cripta, como si esperara ver salir a alguien. Pero no pasó nada.

Con la linterna eléctrica encendida en una mano, Julián Usher, después de una última vacilación, entró en la cripta.

Una vez dentro separó la otra mano de la puerta y dirigió la luz hacia adelante.

¡Ya estaba en la tumba de los Usher!

Si había llegado con la esperanza de encontrarse con algún ser viviente, esta esperanza quedó defraudada. Sus únicos compañeros eran los Ravenhurst del pasado.

Un golpe seco y fuerte, que retumbó en la cripta, le hizo saltar el corazón en el pecho y le estremeció con tanta violencia, que dejó caer la linterna eléctrica, que se hizo pedazos contra las losas del piso, dejando a Julián Usher en la más completa oscuridad.

Un terror intensísimo se apoderó de él y corrió hacia donde sabía que se hallaba la puerta. ¡Estaba cerrada! El golpe que había oído era el producido por la puerta al cerrarse.

En el paroxismo del terror buscó a tientas la cerradura, y sus dedos temblorosos la hallaron.

Pero únicamente la llave podía abrir la cerradura, ¡y la llave estaba del lado de fuera!

Estaba encerrado. — ¡encerrado en la cripta con todos los nobles de Ranvenhurst,

cuyo nombre ilustre había insultado con sus crímenes!

Durante unos momentos permaneció como una figura de hielo, pero después el miedo le agitó de tal modo que se arrojó contra la metálica puerta y dió en ella con los puños furiosamente, gritando desesperado con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Nadie podía oir. Nadie podía enterarse de que estaba allí. Aún cuando le guscaran en todas partes, nadie pensaría en ir a buscarle allí.

Golpeó en la puerta hasta que tuvo las manos ensangrentadas; gritó hasta enronquecer. Pero todo fué inútil. Estaba encerrado, sin esperanzas de poder salir, sin más perspectiva que una horrible muerte por extenuación.

A sus furores siguió una debilitación de todas sus energías, y se arrojó al suelo, junto a la puerta, arrodillado, sollozando amargamente y pidiendo al cielo el perdón de sus faltas.

Los ecos de sus propios sollozos, de sus gemidos de intenso dolor, fueron la única contestación que obtuvo.

La cripta oscura

EL terror de Julián Usher era intensísimo. Pasado su furor había quedado exhausto, de rodillas junto a metálica puerta de la cripta, temblando de miedo y sollozando de tal modo que cualquiera que le hubiera visto se hubiera apiadado de él.

Su situación no podía ser más terrible, en verdad. Una persona encerrada en aquella cripta funeraria sin que nadie supiera que había ido a semejante sitio no podía esperar que fueran a buscarla, por mucho que la buscaran, a la morada de los muertos. ¿Qué le esperaba entonces? La muerte, pero una muerte horrible, por inanición.

La oscuridad era completa. No la animaba ni el menor rayo de luz. El ambiente era pesado y pegajoso y los piedras del piso muy frías y húmedas. Todo era desagradable todo parecía confabularse para hacer más penosa y triste la situación de aquel hombre.

Julián Usher había acudido a la cripta mortuoria de los Usher antes de que la muerte le enviara y parecía escrito que allí debía quedarse. Pensando que su destino era morir pensó en pedir fervoroso que el cielo le enviara pronto la muerte ya que no podía enviarle la libertad, pues si el tormento presente se prolongaba mucho su juicio le abandonaría dentro de poco.

El cerebro más fuerte del mundo no podría sufrir mucho tiempo sin temores de un desarreglo de importancia, una impresión como la que Julián Usher experimentaba en aquel momento.

Un sacudimiento conmovió el cuerpo de Julián. Este se puso de pié como impulsado por un resorte y nuevamente se arrojó contra la puerta de hierro golpeando en ella con los puños cerrados, como había hecho la primera vez cuando se dió cuenta de que estaba encerrado. Su nuevo esfuerzo sólo sirvió para extenuarle más y hacerle caer desplomado sin fuerzas para nada más.

Arrodillado junto a la puerta, con la cara apoyada en las manos y sollozando quedóse inmóvil y anonadado.

Mientras estaba arrodillado de aquel modo, la pesada puerta de hierro pareció moverse. Julián, al notarlo, retrocedió y al hacerlo notó que una estrecha cinta de luz — que se iba ensanchando poco a poco, — se distinguía en sentido vertical de un lado de la puerta.

La sólida hoja metálica se abría lentamente. Julián Usher la vió moverse lentamente pero se hallaba reducido a tal estado de incapacidad que no se daba exacta cuenta de lo que acontecía ni de lo que para él significaba.

De improviso se dió cuenta de lo que aquello significaba y se puso de pié de un sólo salto. El camino estaba expedito ante él. ¡Estaba libre! Por milagrosos medios su muerte había sido pospuesta y ante él se ofrecía un nuevo lapso de vida.

No esperó ni un segundo siquiera. Lanzando un grito de alegría corrió hacia la abertura, salió de la cripta y corrió hacia el camposanto. El cementerio estaba iluminado por la luz espléndida de la luna llena. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad completa, se encandilaron ante aquella vigía de luz blaquecina y Julián permaneció un instante sin ver pero poco le importaba.

Sabía que estaba en libertad y consideraba que le convenía alejarse de allí cuanto antes.

Corrió, pues, con toda la velocidad que pudieran desarrollar sus piernas y sin volver la cabeza ni siquiera una sola vez. Poco o nada le importaba de quien había sido la invisible mano que había abierto la puerta de la cripta.

Lo único que le interesaba era que se hallaba en libertad y que los terrores habían pasado. Todo lo demás le importaba poco o mejor dicho, no le importaba nada.

Llegó a la puerta del cementerio y cuando se encontró en el camino del castillo de Ravenhurst, respiró con mayor tranquilidad. Dejó de correr pero continuó avanzando a buen paso por las avenidas del parque y luego por las calles del jardín sin notar la presencia de una silueta negra y elegante que se paseaba solitaria por el parque.

Cuando Julián se encaminó directamente hacia el castillo, aquella figura misteriosa pareció seguirlo con la mirada.

Aquel mudo testigo de la huída del aterrorizado Julián hacia el castillo y de su paso, pálido, tembloroso y vacilante, camino de Ravenhurst, era Marion Grey que, ante semejante cuadro, se quedó preocupada y cavilosa.

La intranquilidad nerviosa en que se encontraba debido a no tener noticias de Ste-

phen la había impedido conciliar el sueño y por esto, Marion había salido a dar un paseo por el parque, esperando que el aire libre la refrescara un tanto y la tranquilizara los nervios. Ya estaba por regresar al castillo cuando notó que se apoximaba Julián. Esperó tras unos árboles que pasara y cuando pasó le pudo ver la cara. Julián, pálido, con el cabello en desorden, el cuello desabotonado y desatada la corbata, corría como si alguien le persiguiera amenazador, infundiéndole el miedo más intenso, como si le arrearan todos los fantasmas que pudiera crear su mente invadida por los remordimientos.

Este cuadro, como hemos dicho, dejó a Marion Grey pensativa, pues ella había visto a Julián Usher igualmente o casi igualmente aterrorizado en otra ocasión. La vez anterior, el miedo intenso le había sido causado por la aparición del espectro de Stephen Usher... ¿Podía ser ahora la misma causa?

Si era la misma causa, como el espectro tenía que ser Stephen en persona, lo que había visto demostraba que Stephen vivía y había regresado al castillo... Marion Grey, ante esta idea, sintió renacer la alegría que había perdido cuando vió que se hundía la casa del terrible ermitaño y creyó, como los demás, que habían muerto las dos personas que se encontraban dentro de la casa: el ermitaño y Stephen.

Como todos los de la casa, excepción hecha de Julián que sabía a qué atenerse, Marion creía que el hombre de la armadura, el que había desempeñado tan importante papel durante el incendio de la noche anterior, era un desconocido o mejor dicho el ladrón que se había escondido en la armadura después de atacar a Lincoln. Ni por un momento había pensado en mezclar a Stephen con tales acontecimientos.

El terror de Julián le había hecho suponer en el primer momento que Stephen Usher debía hallarse vivo y sin saber por qué, alentando una esperanza sin motivo verdadero, se dirigió hacia el sitio de donde había venido el aterrorizado señor de Ravenhurst.

Si Julián venía corriendo atemorizado por su primo, Stephen debía hallarse de aquel lado.

Pero a medida que Marion se alejó del castillo, fué menor y menor su esperanza, pues no logró hallar ni rastro de aquel a quien buscaba. A pesar de todo siguió en su misma dirección hasta que pasó el límite del parque; distinguió a lo lejos la silueta de la vieja iglesia de San Edmundo.

—¡Marion!

La joven se volvió de pronto al oir pronunciar su nombre por una voz que le era familiar y vió que de entre unos arbustos surgía la figura de un hombre. ¡Era la adorada figura que había desesperado volver a ver! Marion corrió hacia él lanzando un grito de alegría.

Un momento después los dos jóvenes se unían en un estrecho abrazo, gozosos de poder volver a verse, y así permanecieron unos instantes sin otro pensamiento que el de la felicidad de volver a encontrarse.

Marion separó la cabeza y miró fijamente a Stephen leyendo en su mirada que aquel encuentro había borrado por completo el recuerdo de su amado, lo mismo que había hecho desaparecer de su memoria todo recuerdo de amarguras pasadas.

Una vez más se hallaban juntos, deseosos de vivir y resueltos a que nadie les arrebatara la felicidad a que les daba derecho su amor.

—¡Marion! — repitió Stephen, tomando en sus manos las de la joven. — ¡Me parece maravilloso que hayamos podido volver a vernos! Pero, ¿qué casualidad feliz la ha traído a usted por aquí esta noche?

—Salí a pasear por el parque. Ví a Julián que corría hacia el castillo aterrorizado, y se me ocurrió que usted podía haber sido la causa de su miedo. ¿Le ha visto?

Stephen inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, le he visto, — dijo. — Pero no soy yo el causante de su estado, sino él mismo. Fué a la cripta con el propósito de ver si estaban o no mis restos allí. Yo me encontraba en ella cuando él llegó y no tuve tiempo más que para esconderme en el subterráneo. No sé con exactitud lo que pasó. Pero por una causa u otra, la puerta se cerró y Julián se quedó encerrado en la cripta.

La joven se estremeció.

—Desde el sitio donde estaba oí los lamentos del desventurado y sus esfuerzos por abrirse paso, — continuó diciendo Stephen.

"Aquello era horrible. El pícaro, considerándose en trance de muerte, se arrepintió de todos sus delitos pidiendo misecordia a Dios. Golpeó luego, desesperado, la puerta, de hierro, con los puños cerrados, y por último, vencido y anonadado, se dejó caer en el suelo y sollozó como un niño. Tanta pena me dió su estado, que sin pensar en el peligro a que exponía todos nuestros planes, salí de mi escondite y deslizándome a favor de la oscuridad, hasta la puerta, toqué el resorte interno que la abre y la hoja de hierro se movió dejando entrar un poco de luz. Julián, en cuanto vió la puerta abierta, salió y corrió como un loco. No le ví la cara ni un segundo siquiera.

—Cuando pasó por el parque se encontraba en un horrible estado de terror, — dijo Marion. — Parecía haber perdido por completo todo dominio de sí mismo.

—Momentáneamente, sí, — dijo Stephen Usher. — Cuando se veía encerrado en su cripta y pensaba que iba a morir, gritaba que se arrepentía de todo el mal que ha hecho, y yo, de lástima, le puse en libertad. Pero el arrepentimiento de Julián era tan sólo consecuencia del miedo que tenía y mañana se encontrará dispuesto a seguir su serie de crímenes contra todo lo que parezca poder oponerse a que goce libremente del bien y la situación que ha usurpado.

—No es posible que triunfe siempre, —

dijo Marion Grey. — La verdad y el derecho vencerán al fin.

—Si no creyera que así ha de ser, no estaría yo vivo, Marion, — dijo Stephen.

"Esta misma noche podía haberme aprovechado de su terror para hacerle firmar una confesión de sus crímenes, pero no he querido. Necesito que declare la verdad ante testigos y por su propia voluntad. Ya llegará el momento en que se vea en la necesidad de hacerlo así. Esperemos pacientemente. Y ahora, Marion, olvidémosle un momento; nos vemos con tan poca frecuencia, que es tontería dedicar la mayor parte del tiempo de nuestras entrevistas a hablar de mi primo. Hábleme de usted y dígame qué le ha pasado desde la última vez que nos vimos.

—No me ha sucedido nada anormal. He estado preocupada pensando en usted. Después de lo sucedido en aquella horrible casa de la costa, ya no me quedaba casi ninguna esperanza de que volviéramos a vernos.

—Yo mismo, cuando recuerdo la última escena desarrollada en la casa del ermitaño, me asombro de verme todavía con vida, — dijo Stephen. — Casi no só cómo escapé al desastre de la casa del viejo Morne. Quizás fué porque la explosión se produjo en lo más hondo de la cueva y yo estaba en el piso primero de la casa, es decir, mucho más arriba. Después de la explosión sentí como si me hundiera con la casa y un instante después perdí el conocimiento. Cuando lo recobré me hallaba flotando sobre el mar, a regular distancia de la costa, agarrado a una de las sillas del comedor de la casa, que me había salvado la vida sosteniéndome a flor de agua. Estuve así, flotando y sin más fuerzas que las indispensables para sostenerme agarrado a la silla, cuando me recogieron unos pescadores de la costa de Cornwall que pasaron en un vaporcito.

"Me llevaron a su pueblo y me alojaron en un alegre chalet situado a la orilla del mar. Allí tuve que permanecer dos semanas, pues no sólo me encontraba exhausto sino que el frío me había hecho contraer un principio de pulmonía, que por suerte fué bien atendido y curó en poco tiempo. Después de todo eso vine al castillo y llegué la noche anterior, poco después de haber sido Matthew Lincoln víctima de un asalto brutal.

—¡Qué ataque más cobarde! — exclamó Marion Grey indignada. — ¡Y todavía dicen que el hombre que lo cometió fué el que ayer me salvó del incendio! ¡Me parece muy raro que quien ataca de manera tan cobarde a un hombre indefenso no va a resultar pocas horas después tan abnegado y valiente como para arriesgar su vida y su libertad por salvar a una mujer a quien no conoce!

—El hombre que trató de matar a Lincoln no fué aquel a quien vieron vestido de armadura, — manifestó Stephen, que tenía razones sobradas para saber la verdad de lo que decía. — Por mi parte creo que el que intentó matar a nuestro buen amigo no fué ninguno que se metiera en el castillo con propósito de robar. La verdad la sabremos más adelante.

—¿Sospecha usted de Julián? — preguntó rápidamente la joven.

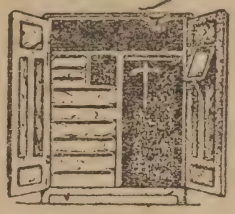
—No me gusta sospechar nunca, — dijo Stephen. — Prefiero no acusar mientras no tengo pruebas. No me gustaría cometer la injusticia de cargarle en cuenta a Julián semejante cobardía sin poseer pruebas de que él es el autor.

"Lo que sé es que Julián, por razones que ignoro, se dirigía la noche del fuego a visitar el dormitorio de Lincoln a una hora que no era apropiada para visitas amistosas. Quizás sospechara la existencia de la habitación secreta que ha sido mi alojamiento desde mi supuesta muerte. Tal vez haya sospechado que la habitación comunica con la de Matthew Lincoln...

La joven permaneció un momento pensativa.

—Puede ser que se haya enterado de las diligencias que Lincoln hizo últimamente en favor de usted y trataba de enterarse de algo a ese respecto, — dijo ella. — Ayer de mañana el señor Lincoln recibió una extraña carta de un hombre que dice que puede dar una importante información relacionada con la muerte de Philip Marsden.

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIAL



Precio reclame desde $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

Stephen Usher la miró asombrado.

—¿Quién es ese hombre, Marion? —preguntó.

—No lo sé, — respondió la joven. — Nuestro buen amigo me dijo muy poco a su respecto. Pensaba visitar al hombre de la carta en Londres hoy, y me dijo que cuando estuviera de regreso me informaría de todo. Como es natural, no ha podido ir a Londres.

Fué Stephen quien se puso pensativo a su vez, pues había pensado que si Julián conocía la existencia de la carta del desconocido de Londres, nada de extraño tendía que hubiera atacado a Lincoln para impedirle acudir a la cita. De ser exacta tal hipótesis, queda descubierto el motivo de la nocturna visita de Julián al cuarto de Lincoln. Sin embargo, a pesar de que Stephen conocía bien a su primo, no se atrevía a creerle capaz de llegar a semejantes extremos para tratar de librarse de algo que al fin y al cabo no era una amenaza perentoria.

—Cuando Lincoln se encuentre en condiciones de hablar me proporcionará datos sobre ese hombre que pretende tener informacions que vender, — dijo Stephen después de una pausa. — Mientras tanto, yo vigilaré constantemente a Julián.

—Bien pensado, — dijo la joven.

—Y ahora, Marion, permítame que la acompañe hasta el castillo. Es muy tarde y la noche se ha puesto muy destemplada.

Juntos furon hasta el límite del jardín y allí se separaron, dirigiéndose cada uno por distinto sendero a su alojamiento respectivo del castillo de Ravenhurst.

El mensaje en el espejo

JULIAN USHER tenía en la cara marcada la huella de lo que había sufrido en los últimos días y especialmente en su trágica visita a la cripta del cemnterio, cuando se levantó a la mañana siguiente. Parecía haber envejecido considerablemente. Debajo de sus ojos se veían semicírculos de sombra que aumentaban la palidez de su cara lívida y en las sienes brillaban algunos cabellos blancos donde, el día anterior, sólo los había renegridos.

Hasta el presente había considerado todas las apariciones como obra de su conciencia conturbada, pero lo último que le había pasado no era posible atribuirlo a la misma causa. Lo sucedido había acontecido de verdad, materialmente y en forma que no se le olvidaría en todos los años de su vida.

Pero como comprendía que el recuerdo de lo que le había pasado la noche anterior lo perseguiría constantemente, Julián Usher trató de deshacerse ocupando la imaginación en otra cosa y con el propósito de alejar de su mente la idea obsesionante.

Por la mañana fué en automóvil hasta unos links de golf no muy lejanos y allí jugó varias vueltas con un viejo contrincante en ese juego.

Los partidos fueron interesantes y dándole momentánea ocupación, alivió a su cerebro de sus remordimientos. El resultado fué que cuando volvió a Ravenhurst, después de haber almorzado con su amigo y ya avanzada la tarde, lo hizo más tranquilo y en un estado de ánimo completamente distinto.

Dejó el automóil a la puerta de los garages, al cuidado de uno de los chauffeurs y se dirigió, atravesando el jardín, hacia la biblioteca.

Cuando estuvo a unos diez metros de la mencionada habitación, vió por los vidrios de las puertas que daban a la galería, que Marion Grey estaba sentada a la mesa, escribiendo. La joven estaba tan entregada a lo que hacía que no lo vió ni lo oyó acercarse.

Las pisadas de Julián no hicieron ruido ni en el césped ni en la alfombra, así que Marion notó su presencia cuando el primo de Stephen, que había entrado ya en la biblioteca, se interpuso entre la puerta y la mesa, proyectando sombra sobre el papel en que Marion escribía.

La joven le miró, se estremeció y sacando apresuradamente la hoja de papel en que acababa de escribir, la dobló y se puso luego de pie como para retirarse.

—No se moleste por mí, Marion, — exclamó Julián, acercándose. — He venido a buscar un cigarro y me retiraré en seguida.

La joven, que ya había doblado el papel, se lo guardó en el pecho. Julián se fijó en ese detalle con interés. El secreto le parecía siempre sospechoso, y aquel día, más que nunca en su vida.

—No se asuste, Marion. No me permitiré la pretensión de querer saber qué dice una joven al hombre a quien ama en secreto— dijo irónicamente. — Siga usted escribiendo. Los novios prefieren las cartas largas. Yo me retiro.

Marion se puso colorada al oír aquellas palabras impertinentes y groseras.

—Nada me queda por hacer aquí, gracias Julián — contestó con altivez. — Si hubiera sabido que usted podía venir no me hubiese permitido la libertad de venir a este sitio a escribir una carta. Perdone, Julián.

Dicho esto volvió la cabeza y sin agregar ni una sola palabra más, salió de la biblioteca. Julián se rió groseramente en cuanto la joven cerró la puerta tras sí.

—Debía ser una carta muy reservada, según parece, — murmuró acercándose a la mesa. — Se notaba que le gustaría que yo no conociera su contenido.

Miró hacia la mesa y vió la hoja de papel secante sujeta por las cantoneras de cuero de la carpeta. Era una hoja nueva, color de rosa, recién puesta aquella mañana y que no tenía más manchas que las dejadas por la hoja escrita por Marion al ser aplicada sobre ella apresuradamente

Juián Usher sonrió malignamente.

Marion, sin decir una palabra más ni volver a dirigirle una mirada más, salió de la habitación.

—¡Vamos! ¡Qué tonta ha sido! — murmuró. — Oculiaba tanto la carta sin darse cuenta que me había dejado una reproducción fiel de su misiva en la hoja de papel secante. Al más ingenuo de los novicios se le ocurriría que alguien podía hacer lo que yo haré ahora.

Levantó la hoja de secante y con ella en las manos cruzó hacia la chimenea. Allí, sosteniendo la hoja rosada verticalmente, delante del espejo, miró lo que en el espejo aparecía. La carta, casi en su totalidad, podía le leerse en el espejo. Pocas eran las palabras que resultaban ilegibles.

La sonrisa de contento se desvaneció del semblante de Julián Usher, cuando leyó en el espejo las siguientes palabras:

"informarle de..... señor Lincoln, a quien "usted escribió hace varios días está enfermo "en cama y por lo tanto..... acudir a su ci-"ta, habiéndome designado para que vaya en su lugar. En..... iré yo al sitio indi-"cado en su c..... mañana.... falta. Pue-"de estar usted seguro de que yo..... el "más estricto secreto y de que si la información que ofrece dar sobre el ..... de "Philip M. . . es tal como dice, se le "abo...."

La carta se cortaba de pronto en ese punto demostrando que la joven no había terminado, como había dicho a Julián. Pero por lo leído pudo darse cuenta lord Ravenhurst de que nuevamente se agolpaban sobre su cabeza nubes de tormenta.

Quitó la hoja de secante de delante del espejo y volvió a ponerla en la mesa.

El peligro que le amenazaba del lado de Nixey era tanto o más que antes.

Matthew Lincoln, en la imposibilidad de ir a visitar al hombre que deseaba darle los terribles informes, que podía cederle la prueba de la culpabilidad de Julián, había pedido a Marion Grey que fuera en su lugar.

Los pensamientos de lord Ravenhurst giraron vertiginosamente. Advertido de antemano del peligro que su seguridad corría, estaba resuelto ahora, como lo había estado antes, a proceder con cuanta violencia considerara necesaria a fin de evitar que Nixey llegara a entrar en comunicación con aquellos que se habían confabulado en contra suya.

—La joven va a ir a Londres. Irá sola, pues no tiene nadie de confianza que la acompañe, — díjose Julián paseando nerviosamente de un extremo a otro de la biblioteca con el ceño fruncido. — En ese caso no me será difícil impedirla que vea a Nixey. ¡Pero eso no bastará! Necesito dar con el escondrijo del pickpocket y arrancarle la maldita cartera, dejándole imposibilitado para hacerme daño. Si yo pudiera verme con él de fijo que le convenzo y me da la cartera en cambio de un poco de dinero. El, lo que quiere es sacar dinero del documento que tiene. Lo mismo le importará que se lo dé yo o que se lo dé el diablo, así que si le ofrezco mil o dos mil libras en buenas monedas de oro, con seguridad me hará poseedor de la prueba. Después, dueño de una suma así, un hombre de su clase no vive ni dos meses: o se mata o se hace matar antes.

Pero había un obstáculo que se oponía a la realización del plan: la ignorancia de las señas de la casa donde iba a encontrarse con Nixey.

Claro está que podía seguir a Marion hasta la casa donde estaba el pícaro, pero el caso no era llegar tras ella, sino ver a Nixey antes. ¡Para esto era necesario que Julián pudiera llevar a buen término dos movimientos: debía hallar la dirección de Nixey y debía detener a Marion el tiempo necesario para entrelstar val pickpocket y ofrecerle dinero antes de que la joven lo viese.

Se sentó en una butaca, encendió un cigarrillo y se puso a pensar cómo podía tramar lo necesario para salirse con la suya.

Al cabo de media hora se levantó. Había combinado y desechado muchos planes y se había decidido por uno. Era arriesgado, pero parecía el único que presentaba probabilidades de éxito, así que se decidió por él.

El rápido de Londres

EN un oscuro rincón de la estación de ferrocarril de Tullbourne, con una gorra metida hasta las cejas, encontrábase Julián Usher esperando el paso del rápido de las once de la noche. En la estación eran pocos los pasajeros que esperaban ese tren. Entre ellos estaba una joven de silueta elegante y fina: era Marion Grey. Julin la reconoció en seguida, a pesar de que llevaba cubierta la cara con un espeso velillo.

La joven estaba sola y no había trabado conversación con nadie, lo que fué motivo de satisfacción para Julián.

Había en el andén dos mujeres más que esperaban el rápido y no hubiese tenido nada de particular que Marion hubiera trabado conversación con ellas, pues las conocía, pero se limitó a responder a su saludo con una inclinación de cabeza, pero sin pensar en acercarse. Se notaba que Marion deseaba viajar sola y, a ser posible, inadvertida.

Este propósito se avenía admirablemente con los deseos de Julián, así que éste ya se veía vísperas del éxito.

El tren entró en la estación y Julián no dejó un solo instante de mirar lo que hacía Marion. La vió entrar en compartimenta de primera clase que estaba desocupado y cerrar la portezuela. Entonces, Julián salió de la oscuridad y se acercó al tren.

La suerte no estaba por completo de su parte, pues ninguno de los dos compartimentos contiguos al que estaba Marion estaba vacío, como a él le hubiera convenido. El subsiguiente sí lo estaba, y en él se metió.

Mirando por la ventanilla hacia la cola del tren, Julián no perdió de vista la portezuela del compartimento de Marion, mientras el convoy estuvo parado en la estación. Miraba ansiosamente, temeroso de que algún pasajero subiese a hacer compañía a la joven.

Pero nadie se presentó y cuando el rápido se puso en marcha, tuvo la satisfacción de

sentirse convencido de que hasta aquel momento las circunstancias le favorecían.

Según el horario, el tren debía correr durante dos horas sin detenerse en ninguna estación, así que el pillo disponía de sobrado tiempo para llevar a la práctica su maléfico plan. Este plan se basaba en la suposición de que Marion Grey llevara consigo y anotadas en algún papel o en lo que fuera, las señas de Nixey, que tan ansiosamente deseaba conocer lord Ravenhurst.

Confiaba en que así fuera, porque Marion conocía poco las cosas de Londres, pues había residido pocas veces en la capital, así que no estaba en condiciones de retener de memoria unas señas que debían ser de algún barrio poco conocido y de alguna calleja o callejón menos conocido todavía, aun para los constantes londinenses.

Marion, por su parte, no tenía razón para sospechar que nadie pudiera tener el propósito de robarle las señas y con seguridad las llevaba anotadas en algún papel que guardaba en su cartera de mano a fin de poderlo consultar siempre que le hiciera falta.

Julián pensaba que si le fuera posible sustraer la cartera con la dirección sin molestar a Marion, sus deseos se verían plenamente satisfechos.

De acuerdo con el plan que se había trazado, tenía que esperar todavía una hora, así que trató con éxito relativo, de pasar ese tiempo sin dejarse llevar por la impaciencia a proceder antes de tiempo. La espera era necesaria, pues en el momento elegido el tren se hallaría en una parte de la línea donde disminuiría su velocidad debido a las condiciones de la vía. Durante más de quince minutos, mientras recorría una larga y peligrosa curva, en la que estaba incluido el puente sobre el río Splar, el rápido tenía que avanzar lentamente, a razón de menos de quince millas por hora.

El tiempo le pareció larguísimo hasta que por fin, notando que el convoy reducía la velocidad de su marcha, Julián se puso de pie.

Sacando del bolsillo un antifaz de seda negra, se lo puso tapándose con él la parte superior de la cara. El disfraz era suficiente para evitar que Marion le conociese durante el breve tiempo que tendría que verle, pues Julián se había provisto de un narcótico que arrojado a la cara de la joven por medio de un pequeño pulverizador, la privaría de conocimiento durante unos minutos.

Preparándose para el acto que iba a realizar y aguijoneado por la urgente necesidad en que se hallaba de averiguar el domicilio de Nixey, Julián abrió la portezuela de su compartimento. La fuerte corriente de aire producida por la marcha del tren empujó la portezuela soltándola de manos de Julián y sosteniéndola abierta.

Detúvose unos instantes y después descendió hasta quedar de pie en el estribo que iba de un extremo a otro del coche. No era Julián hombre a quien atemorizaran hazañas de esta clase, así que asiéndose del pasamanos se sostuvo firme en el estribo a pesar de la velocidad de la marcha y del traqueteo del tren.

Tanto la una como el otro fueron disminuyendo su intensidad y tan pronto como pudo, Julián Usher empezó a acercarse al compartimento donde había visto subir a Marion.

No era tarea fácil el avanzar de tal modo, pero no le faltaban ni fuerza ni ánimos para realizar la hazaña. El hecho de que el compartimento situado entre el suyo y el de Marion estuviese ocupado, aumentaba las dificultades, alargando el camino y obligándole a pasar con muchas precauciones, encogiendose para no ser visto por los pasajeros.

Su avance fué necesariamente lento, pero lo continuó sin interrupción y con un valor y una entereza dignos de mejor causa.

Por fin llegó al compartimento donde estaba Marion Grey.

Procediendo con las mayores precauciones miró hacia el interior del coche. Lo que vió le llenó de satisfacción. Marion Grey estaba sentada en un rincón, del lado por donde él se había acercado y estaba durmiendo.

Se asomó por la ventanilla abierta en momentos en que el tren entraba en el puente sobre el río Splar.

La mano derecha de Julián buscó en el bolsillo del saco y no tardó en sacar el pulverizador con la droga somnífera. En el mismo momento algo le hizo dejar de mirar a Marion y dirigió la vista hacia la cola del tren.

Lo que vió entonces le heló la sangre en las venas. La puerta del siguiente compartimento se había abierto y un hombre salía por ella poniendo los pies en el estribo. Pero fué la cara de aquel hombre, — una cara pálida y transparente como la de un muerto, — la que le causó tan intensa emoción.

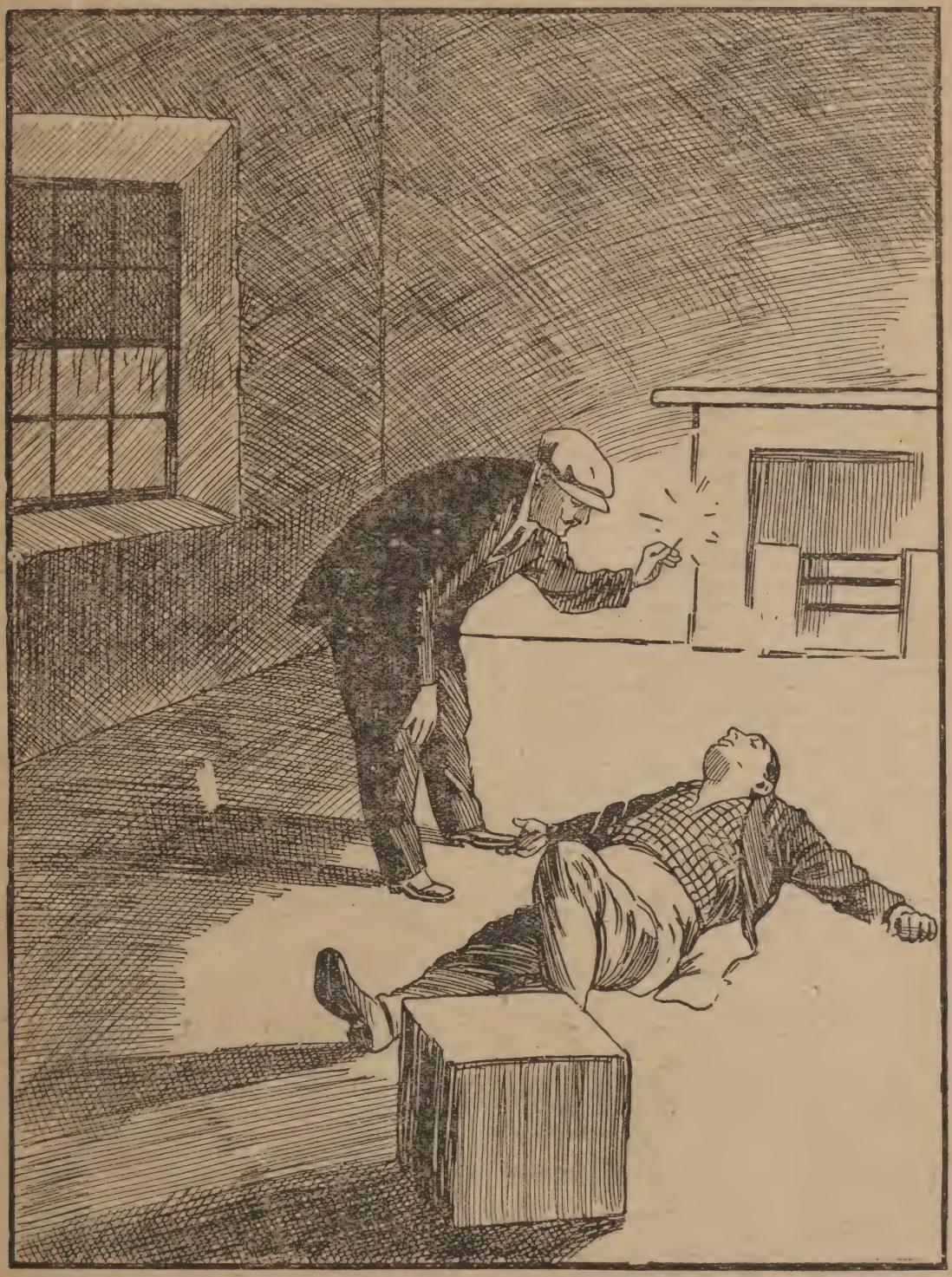
Era el mismo semblante que le perseguía constantemente: ¡era la cara de Stephen Usher!

Al verla, el terror le dominó por completo y de tal modo que sus manos se soltaron de la barra de sostén del pasamanos. Lanzando un grito de desesperación, Julián Usher cayó de cabeza, hacia atrás, y fué a hundirse en las oscuras aguas del río caudaloso que corría debajo del puente.

"Lime Cottage"

BAJARON de un compartimento de primera clase del tren rápido del Norte, cuando el convoy llegó a la soberbia estación de Londres, un hombre y una mujer. La mujer, a pesar del espeso velillo que cubría sus facciones, era reconocida fácilmente como Marion Grey, pero nadie hubiera adivinado que el hombre era Stephen Usher, pues éste había tenido la precaución de disfrazarse mediante una pintura, que transformó su cabello de negro en gris y el agregado de un bigote también canoso.

—¿Cree usted realmente que Juilán pueda haber escapado con vida de su caída del



Stephen encendió un fósforo y se quedó como petrificado al ver al hombre muerto que estaba tendido en el suelo. ("La extraña historia de Stephen Usher").

tren? — preguntó Marion a Stephen cuando estuvieron sentados ante la mesa de un restaurant esperando que les sirvieran las viandas pedidas. — Sería terrible que hubiera encontrado la muerte de modo tan horrible.

—Después de todo lo sucedido he llegado a la conclusión de que se necesitará algo muy extraordinario para hacerle perder la vida a Julián — dijo Stephen Usher. — En el caso presente, tuvo la suerte de caer donde cayó, pues si llega a caer en otro sitio se hubiera hecho trizas contra el suelo. Como cayó directamente al río, no es arriesgado suponer que lo único que ha sufrido es un desagradable chapuzón. De todos modos considero inútil que nos ocupemos de él por el momento. Si hubiera habido algún modo de ir en su auxilio, yo hubiese ido, pero no lo había.

La aventura de Julián había sido el tema de su conversación durante el viaje a Londres, pues a pesar de todo el mal que Julián había hecho a los dos, les hubiera sido muy penoso saber que había muerto de modo tan trágico. Stephen trabajaba con el único propósito de recobrar el sitio que le correspondía ante la sociedad; buscaba la rehabilitación de su nombre y nada más; no abrigaba ningún bajo propósito de venganza.

—Ahora debemos ocuparnos de ese hombre que dice llamarse Nixey, — siguió diciendo Stephen en voz baja. — Puede ser que la información que pretende vender sea inútil, pero quizás sea, por el contrario, el secreto que permita rehabilitar mi nombre. Estuvo en el castillo de Ravenhurst en calidad de criado y en circunstancias muy extrañas desapareció de improisvo sin que se supiera por qué. Es posible que se hombre sepa sobre los procederes de Julián más de lo que nosotros sabemos y que se encuentre dispuesto a poner sus conocimientos a nuestra disposición. En todo caso hemos de saber a qué atenernos en cuanto le veamos. Antes, es inútil perderse en conjeturas completamente faltas de base.

No volvieron a hablar del asunto durante la comida y cuando terminaron salieron del restaurant para ir en busca de Nixey. Este vivía en una de las casas de un grupo llamado "Lime Cottages", que era uno de los muchos pequeños barrios de casas chicas que existen en los alrededores de Londres y construidos para alojar a gente de situación modesta.

Stephen no tenía idea de dónde se hallaba situado ese barrio, así que se decidió a resolver la duda llamando a un automóvil de alquiler y dando orden al chauffeur de que le condujera a "Lime Cottages".

El chauffeur, al oir las señas, pareció admirarse.

—¿No conoce usted ese paraje? — le preguntó Stephen.

—No, respondió éste.

—Pues si he de decir verdad, es uno de los peores rincones de la capital. — No puedo llevarle hasta las señas que me ha dicho, porque los grupos de casas de "Lime Cottages", está dividido por calles tan angostas, que el automóvil no puede pasar por ellas. Además, y usted perdone que le haga esta observación, "Lime Cottages" no es el barrio más apropiado para ir en compañía de una señora joven.

—Su recomendación no es muy tranquilizadora, — exclamó Stephen. — Pero necesito ir a ver a una persona y no tengo más remedio que correr el riesgo. Si el sitio es muy malo dejaré a la joven en el coche e iré yo solo a la casa.

El trayecto hasta el extremo Este de Londres empleó más de media hora y cuando el automóvil se detuvo, lo hizo en uno de los más frecuentados caminos de los alrededores.

—Hasta aquí es hasta donde puedo traerle — explicó el chauffeur, que había bajado de su asiento y abierto la portezuela para que bajara Stephen. — Si el vecindario de "Lime Cottages" se entera de que ha venido una persona en automóvil para visitar a alguien de su barrio, armaría un alboroto extraordinario. Si yo fuera usted, dejaría a la señorita esperando en el coche.

Stephen había resuelto hacerlo así y después de que el chauffeur le hubo explicado por dónde tenía que ir, se alejó. Poco después se encontró a la entrada de una aglomeración de casitas de dos pisos, edificadas en grupos y separadas por calles angostas en sentido de largo y por callejones más angostos en el otro sentido. La casita que tenía el número 7 estaba tan sucia y presentaba un aspecto tan desagradable como todas las demás del barrio. No se veían cortinillas tras de los vidrios de las ventanas y por su aspecto cualquiera hubiese creido que no estaba habitada.

Acercándose a la casa sin vacilación, Stephen Usher llamó reciamente a la puerta. Los golpes tuvieron la virtud de hacer que aparecieran varias personas a la puerta de otras casas contiguas, pero de tal número 7 no contestó nadie. Llamó de nuevo con el mismo resultado y cuando hubo repetido la operación varias veces una mujer de una casa contigua gritó dirigiéndose a Stephen:

—No le van a contestar, señor. Ahora no hay nadie en esa casa. ¿A quién busca?

—A un hombre a quien llaman Nixey — contestó Stephen.

—Por ese nombre no le conocemos por acá. Debe ser uno de los tantos que vienen a esa casa de vez en cuando. Pero de día no lo va a encontrar. Tiene que venir después de las ocho de la noche.

Tal manifestación constituyó para Stephen, que esperaba ver a Nixey y salir de dudas enseguida, una decepción lamentable.

Pero, convencido de que aquella mujer le decía la verdad, le dió las gracias y se alejó del barrio aquel en busca del automóvil donde Marión le esperaba.

Comunicó a la joven lo que le había pasado y fueron en el automóvil a pasear por los alrededores tratando de pasar el tiempo distraídos.

A las ocho de la noche, dejando a Marion en el modesto hotel donde habían tomado alojamiento, Stephen Usher se dirigió una vez más a "Lime Cottages".

Si de día aquel sitio era represivo, mucho más lo era de noche. No tenía más alumbrado que unos pocos faroles de petróleo puestos a la entrada y al final de las calles principales. Los callejones laterales estaban completamente a oscuras. Cuando Stephen llegó se felicitó de no haber llevado a Marion.

En la casa número 7 no había luz ninguna. Sin pensar en que tal vez arriesgaba la vida visitando aquella casa en las condiciones en que lo hacía Stephen, tocó la manija de la puerta. Esta no se hallaba cerrada con llave.

Stephen abrió la puerta y ya iba a entrar, cuando un hombre salió apresuradamente de la casa. Pasó tan lijero por junto al visitante, que éste no pudo verle la cara. Unicamente se percató de que se trataba de un hombre alto y delgado.

Avanzó Stephen hacia el interior de la casa y sus pisadas hicieron crujir las viejas tablas del entarimado. Encendió un fósforo y vió que a su izquierda quedaba la puerta de una habitación y como esa puerta estaba abierta a ella se dirigió.

Como no oyó a nadie, avanzó hacia dentro de la pieza. El fósforo se le apagó y encendió otro en seguida.

Ya estaba en lá habitación. Allí no había más que una cosa que le llamó la atención.

Era el cuerpo de un hombre echado boca arriba en mitad de la habitación. Aun cuando la temblorosa luz del fósforo alumbraba poco, Stephen Usher se percató bien pronto de que aquel hombre se hallaba muerto.

Durante unos momentos el horror que le produjo su descubrimiento pareció anonadarle. Quedó como petrificado mirando al hombre tendido en el suelo.

El fósforo le quemó los dedos y se apagó. ¡Stéphen Usher se encontró solo, en la oscura habitación y junto a aquel hombre muerto!

Con gran esfuerzo dominó el sentimiento de horror que ya se apoderaba de él y encendiendo otro fósforo, se inclinó para ver la cara del muerto. Inmediatamente le reconoció.

¡Era el ex penado Nixey!!

Estaba muerto. El secreto que había poseído desaparecía con su vida.

Mientras permanesía así de pie junto al cadáver, alumbrándose con un fósforo, le pareció oír ruido y miró hacia la ventana.

¡Un vigilante miraba, a través de los vidrios de la ventana, a Stephen Usher contemplando el cadáver de Nixey!

Durante la noche

CUANDO notó que el policeman le había visto contemplando el cadáver de Nixey, Stephen Usher sufrió un estremecimiento pero no perdió ni por un sólo instante su serenidad y su sangre fía. Las aventuras extrañas en que se bía visto envuelto durante los últimos meses le habían demostrado la necesidad de pensar rápida y serenamente en mitad del peligro y le habían enseñado a hacerlo y a proceder rápidamente en cualquier emergencia.

Su cerebro funcionó con toda rapidez predominando en el fárrago de sus encontrados sentimientos uno especialmente, el de no dejarse detener por la policía. Si le detenían todo se habría perdido por completo, sus esperanzas se desvanecerían como humo que lleva el viento tanto más cuanto que la detención se agravaría con el cargo de ser el autor o estar complicado en la muerte de aquel hombre a quien tan poco conocía.

Aún cuando lograra demostrar claramente que no tenía nada que ver con el ex-presidiario muerto, su nombre se divulgaría y el secreto de su vida así como la mentira de su muerte, quedarían descubiertos.

En cuanto a su identidad verdadera fuese conocida y el secreto de su fingida muerte revelada, tendría que responder ante los tribunales respecto a la acusación que sobre él pesaba; no era posible olvidar que para la justicia, Stephen Usher había sido el matador de Philip Marsden mientras no se demostrara lo contrario.

Convencido, pues, de que su detención en tales momentos anularía todos los esfuerzos realizados y además de hacer inútiles todas las angustias pasadas le reservaría un porvenir trágicamente doloroso, resolvió escapar. Llegó a esta conclusión menos de un segundo después de haber visto la cara del policeman por la ventana.

El fósforo que Stephen tenía en la mano chisporroteó y se apagó. En la oscuridad que le rodeó entonces corrió hacia la puerta de la habitación y pasó por ella en el momento que el policeman llegaba a la puerta de calle, que encontró abierta.

Por suerte para Stephen el policeman no entró inmediatamente. Conocía el policía la clase de gente que habitaba las casas de aquel barrio y consideraba que entrar solo en una casa a oscuras no sólo no era prudente, constituía la locura mayor que podía cometerse.

La casa podía guarecer a un grupo de criminales y si así fuera el policeman que entrara solo y en la oscuridad, tenía vendida su vida y corría el peligro de no volver a salir vivo de entre aquellas sucias paredes.

El policeman sacó un silbato y silbó llamando a su compañero que recorría, realizando su ronda, la otra acera del mismo callejón. El otro oyó la señal y acudió corriendo y tocando eu silbato en contestación al llamado.

Stephen Usher supo aprovechar en todo lo posible la vacilación del primer policeman y lo más rápidamente que le fué posible se alejó por el pasillo interior hacia el fondo de la casa. No conocía la distribución interior de la casa, pero por suerte el pasillo le condujo directamente al corralito que había en la parte del fondo. Por aquel lado quizás podría encontrar salida, por lo me-

nos, así lo esperaba.

Encontró al fin del pasillo una puerta. Estaba cerrada pero sin llave. Volvió Stephen el pestillo y se encontró mirando al corralito del fondo.

Salió, cerró la puerta y se dirigió hacia la pared del fondo junto a la cual estaban amontonados varios cajones. Las paredes que cerraban el patiecito del fondo eran altas, demasiado altas para poderlas trasponer sin escalera, pero aquellos capones hacían factible el pasar por la tapia, si no con facilidad, por lo menos sin demasiada dificultad.

No perdió Stephen un solo instante. Subía a lo alto de los cajones se colgó del borde de la pared y acostándose hacia abajo en la parte alta del muro para sobresalir lo menos posible, se dejó caer luego del otro lado. Cuando puso los pies en el suelo miró en su redor y se vió en un patio idéntico al que acababa de dejar.

La casa a que pertenecía el patio parecía igual a la que Usher acababa de abandonar.

Todas las casas de la Lime Cottage por lo lo demás, eran de igual aspecto.

Aquella donde Stephen Usher se encontraba ahora parecía deshabitada y estaba a oscuras.

El único camino por donde podía ir en busca de salida era el pasillo que abandonaba la casa y terminaba en la puerta de calle, pero no era posible calcular los peligros que semejantes camino podía presentar.

El hecho de que la casa estuviese solitaria y a oscuras, por lo menos en la parte que él podía observar, le dió ánimos y le hizo suponer que quizás le fuera posible pasar sin hacer ruido y sin que lo sintieran, llegar hasta la puerta de calle. abrirla y salir lo más rápidamente posible sin haber sido visto ni oído.

Poniendo todo el mayor cuidado en cada paso que daba a fin de no hacer ruido ninguno, Stephen Usher se separó de la pared y se dirigió a la puerta de la casa que, como en la anterior, debía dar al pasillo central del edificio.

Cuando llegó a la puerta detuvóse un instante y aplicando el oído al agujero de la cerradura escuchó con grandísima atención durante un momento.

Se oían diversos lejanos rumores procedentes de otras casas, pero, por lo que pudo apreciar nada se oía que procediera del interior de aquella en que se encontraba y en la cual estaba puesto todo su interés.

Como no tenía tiempo que perder consideró inútil mayor precaución y se atrevió a volver el pestillo y a empujar la puerta que cedió inmediatamente.

El pasillo estaba en la más completa oscuridad, pero él adivinó que a su extremo se encontraba la puerta de calle y contaba en poder llegar hasta ella sin necesidad de correr los riesgos inherentes al encender de un fósforo en tales momentos.

Entró, pues, y cerró la puerta tras sí, sin hacer el menor ruido. Hecho esto detúvose de nuevo y pronto oyó, procedente de algún lugar situado más abajo de donde él estaba un confuso rumor de voces. Este rumor convenció a Stephen de que no tenía ni el menor instante que perder. O escapaba en seguida o no escaparía ya.

Caminó hacia adelante en la oscuridad, convencido de que yendo en línea recta no podía equivocarse. Pero tal creencia era errónea, pues la casa donde se encontraba ahora, aún cuando parecía edificada siguiendo el mismo plano de aquella donde había estado antes, no lo era.

Poca era la diferencia entre las dos casas. En la primera, la puerta del corralito del fondo daba al pasillo que conducía a la puerta de calle, en la segunda daba a una escalera que conducía al subsuelo.

Stephen se percató de esto con vertiginosa rapidez cuando, después de avanzar dos pasos sintió que al ir a poner el pie en el suelo no halló resistencia. Sin saber dónde agarrarse, completamente ajeno a lo que le pasaba, perdió el equilibrio y cayó de cabeza escalera abajo.

Fué rodando hasta el final de la escalera y allí quedó, tirado en el suelo y aturdido por la violencia del golpe. No perdió el conocimiento, pero se sintió tan maltrecho y dolorido, que no pudo moverse en el primer momento y antes de que lo intentara sintió que le agarraban y le ponían de pie.

Hizo una débil resistencia, pero fué inútil y un instante después le levantaban a empujones y le hacían entrar en una espaciosa cocina iluminada únicamente por una pequeña humeante lámpara de petróleo que estaba colocada en un estante alto.

La luz, a pesar de ser poca, le encandiló, después de haber pasado tanto tiempo en la oscuridad. Esto, unido al estado de aturdimiento en que se hallaba, le impidió darse cuenta de inmediato de lo que le estaba sucediendo.

Un momento después hallábase sentado en una silla con las manos atadas a la espalda.

En aquella habitación había tres hombres, — además de él, — y uno de ellos, de mediana edad, de barba negra, larga y poblada, se inclinaba hacia él mirándole a la cara.

—Siento que no se halle usted cómodo, pero tranquilícese la molestia no durará mucho tiempo. Tenemos la costumbre de librarnos lo antes posible de los visitantes inoportunos. Usted es detective ¿no es cierto?

Stephen intentó negarlo pero no le dejaron hablar.

—No malgaste explicaciones porque no le vamos a creer sus mentiras, — dijo el hombre de la barba. — Unicamente un detective puede tener interés en meterse en esta casa.

Se inclinó aún más al decir eso y tomando una de las guías del bigote de Stephen tiró de ella y arrancó todo el bigote del tirón. Después alborotó con ambas manos el cabello del cautivo y de gris quedó la cabellera transformada en castaño oscuro, casi negro.

Si podía haber alguna duda para aque-

llos hombres sobre la condición del intruso, el descubrimiento del disfraz la disipó por completo. El hombre de la barba se volvió hacia sus compañeros.

—El caso es serio, muchachos, — dijo rápidamente. — Un detective que sabe lo que hace no se mete solo en un sitio como este. Estoy seguro que fuera está esperando gente bastante para prendernos a los tres. Este se adelantó para dejar expedito el camino a los que vendrán ahora. Hay que desaparecer y cuanto antes mejor.

Ansiosos de ponerse en salvo los otros hombres, ladrones de profesión que vivían esperando constantemente la visita de la policía, se dirigieron hacia la salida. Al ir a retirarse, uno de ellos se detuvo.

—¿Qué hacemos con ese? — preguntó señalando a Stephen Usher con el dedo.

Se veía que hubiera deseado desahogar su despecho, quitándole la vida a aquel a quien suponía enviado de la policía, antes de partir.

El hombre de la barba negra, más tranquilo y sereno que los otros, consideró que no era necesario ningún procedimiento violento.

—Vamos a dejarlo aquí para que sus amigos, cuando vengan, se lo encuentren en lugar de encontrarnos a nosotros, — dijo, — Merecía haberse desnucado al caer por la escalera, pero nosotros no vamos a hacerle daño ninguno. No hace falta. ¡Vamos! ¡Retírense ustedes! ¡Ahora voy yo!

Los hombres se alejaron. El de la barba se quedó el tiempo necesario para aliviar a Stephen del peso de su reloj y del dinero en monedas que tenía en los bolisilos del chaleco. Después les siguió.

Salieron de la casa por uno de sus conductos secretos, abiertos para ser utilizados en casos de apuro, que existen en todas las guaridas de ladrones que viven temiendo una visita de la policía.

Esos conductos, van generalmente, al sótano de alguna casa vecina y sus entradas se encuentran disimuladas por algún mueble cuyo tablero del fondo constituye la puerta del túnel.

En aquella casa el agujero de salida estaba en un armario dentro del cual colgaban numerosas prendes de vestir.

Stephen vió por dónde salían los ladrones, pues la puerta del túnel estaba na en la cocina, sino en la contigua habitación del subsuelo.

Cuando se quedo solo Stephen pudo reflexionar sobre lo sucedido. No habían pasado cinco minutos desde el momento en que penetró en la casa, pero en tan poco tiempo los acontecimientos habían sido muchos. Se encontraba ahora en imposibilidad, de moverse hasta que llegara la policía, si la policía acudía.

Poco tardó en producirse tal suceso. Casi en seguida de haberse retirado los tres ladrones, oyó ruido de pisadas en el piso de arriba y luego voces de hombres que hablaban en alto.

—Se escapó al jardín después de haberlo asesinado, — dijo una voz. — Pasó al otro lado sirviéndose de los cajones para escalar la tapia. Así pudo meterse en esta casa

—Tal vez haya pasado por la casa y salido a la calle, — dijo otra voz.

—Puede ser. Pero no debemos irnos sin haber visitado esta casa detenidamente. Vamos, muchachos.

Stephen Usher comprendió que estaban hablando de él y sus esperanzas se desvanecieron por completo.

La policía había llegado y ya oía las pisadas de los policemen que bajaban los escalones, dirigiéndose a la cocina del subsuelo.

El primero que se presentó fué un corpulento sargento y el segundo, — Stephen le reconoció en seguida, — el mismo agente que le había visto junto al cadáver, el policemen que podía ser su acusador.

El sargento se detuvo en la puerta de la cocina al ver al hombre atado en la silla.

—¡Oh! ¿Qué es esto? — exclamó. Y volviéndose hacia su compañero, agregó: — Este no puede ser el hombre que buscamos, me parece. Supongo que no se habrá atado él mismo para engañarnos.

El policemen se aproximó.

—¡Ni se parece! — dijo muy convencido. — El hombre a quien yo vi era viejo: tenía bigote ceniciento y el pelo gris claro. ¡No! No es éste. Le vi perfectamente y no es éste.

Un sentimiento de intensa satisfacción ensanchó el pecho de Stephen Usher. El hombre de la barba negra le había hecho un señaladísimo servicio al despojarle de su disfraz.

—¿Entonces quién diablos es usted? — preguntó el sargento a Stephen. — ¿Cómo se ha metido aquí?

—Me trajeron a la fuerza, — contestó Stephen, — y al decir así no mentía en verdad, pues a aquella cocina le habían llevado a la fuerza entre los tres ladrones. — ¡Lo cierto es que me encuentro ahora sin el reloj, que era de oro, y sin las monedas que tenía en los bolsillos del chaleco! Quizás ese detalle les explicará para qué me trajeron.

Su actitud lastimera engañó por completo al sargento.

—Si es usted tan tonto que se ocurre pasar de noche por barrios como este, nada tiene de raro que lo hayan desvalijado. Pero a nadie debe culpar de lo le pasa más que a usted mismo, — dijo el policía. — Los habitantes de esta casa son gente de mal vivir, peores todavía que los de las otras casas de este barrio de pícaros. Este barrio es de lo peor de la capital. ¿Qué ha sido de los hombres que le ataron y robaron?

—Se marcharon poco antes de llegar ustedes, — contestó Stephen.

—¿Había entre ellos un hombre de cabello gris y bigote grande, también gris? — preguntó el sargento.

Stephen Usher movió negativamente la cabeza.

—Eran tres. Uno de ellos con barba negra, poblada y larga, los otros con toda la

cara afeitada, — respondió.

El sargento dió orden al policeman, de que soltara a Stephen Usher y éste no tardó en ver que las cuerdas que le sujetaban caían cortadas por la filosa navaja del policeman.

—Vaya a la oficina policial de esta sección y relate con todos dos detalles lo que le ha pasado, — dijo a Stephen el sargento. — Nosotros tenemos algo que hacer todavía e iremos más tarde. Si usted explica bien todo lo que le ha sucedido y da la lista de lo que le han robado, la policía tratará de encontrarlo. Sin embargo le advierto que no se haga la ilusión de que va a volver a ver ni el reloj ni el dinero.

Dicho esto el sargento volvió a dedicar su atención a Stephen. Acompañado por el policeman comenzó a visitar detenidamente la casa.

Llevaba unos cinco minutos dedicado a esa tarea, cuando Stephen, después de pedirle y haber obtenido, las señas de la oficina policial de aquella zona londinense, le dió las buenas noches y se retiró con aparente intención de ir a hacer su denuncia.

Huelga decir que cuando el sargento, terminada la visita a la casa, se presentó en la oficina de su distrito, se sorprendió al enterarse de que el desconocido no se había presentado a hacer la denuncia del robo de que había sido objeto.

* * * *

A la mañana siguiente Stephen Usher y Marion Grey regresaron al castillo de Ravenhurst. La misión que les había llevado a Londres no sólo había fracasado sino que había estado a punto de terminar en un terrible desastre para Stephen.

El convenio

PASARON los días y transcurió toda la semana y el misterio de la muerte de Nixey seguía sin ser descubierto por nadie. Stephen Usher, Marion Grey y Mathew Lincoln sabían que la muerte del ex presidiario había beneficiado primera y directamente a una sola persona, y que esa persona era Julián Usher. Pero los hechos conocidos alejaban toda probabilidad de que él pudiera ser autor del crimen.

Cuando Julián cayó del rápido de Londres en el río Splar, fué rescatado por un grupo de jóvenes que estaban pasando sus vacaciones en una casa flotante anclada en el río a poca distancia del puente. Los salvadores, en cuanto se dieron cuenta de quién era la persona a quien habían pescado, lo enviaron al castillo de Ravenhurst rodeado de todas las atenciones del caso y, en el castillo, Julián había permanecido en cama durante tres días a consecuencia de un catarro adquirido en su zambullida trágica.

Nixey había sido asesinado en Londres mientras Julián Usher se encontraba enfermo, en cama, en el castillo de Ravenhurst. No era posible, pues, creer que su asesino había sido Julián.

En realidad a nadie causó el crimen mayor sorpresa que a Julián Usher cuando le comunicaron los diarios el acontecimiento. En el primer momento se alegró, pero después se sintió molesto pensando en que Nixey podía haber sido muerto después de haber tenido la entrevista con Marion y de haberle dado la cartera. A juzgar por los datos de los diarios, parecía que Marion había tenido sobrado tiempo para ver a Nixey antes del crimen.

Si así hubiera sucedido y Marion se hallara en posesión de la cartera con la prueba de que Stephen Usher no había causado la muerte de Philip Marsden, la muerte de Nixey no beneficiaría en nada a Julián.

Pero pasaron los días y cuantos más pasaron más tranquilo se fué sintiendo Julián, el falso señor de Ravenhurst. Se decía con razón, que si Marion hubiese podido apoderarse de la prueba de la inocencia de Stephen, hubiera hecho uso de ella inmediatamente.

Pero la joven no había hecho nada y cuando Julián, ya bastante repuesto, pudo salir de su cuarto y hablar con Marion, no pudo notar nada, en la actitud de la pupila de Lincoln, que indicara que era poseedora del secreto que podía perderle.

Llegó a creer Julián que, en el momento oportuno, una maravillosa racha de buena suerte le había favorecido y quitado de en medio del obstáculo y la amenaza que tanto la habían preocupado últimamente.

Con tal opinión fué restableciéndose rápidamente hasta encontrarse tan satisfecho y tranquilo como no lo había estado en mucho tiempo, sobre todo desde que tomó posesión del título de lord de Ravenhurst.

El único hombre que poseía una prueba de su conducta infame y que podía haberle causado inmediata y definitiva ruina, había muerto.

Con su muerte, Marion Grey y Matthew Lincoln habían perdido la única arma que podían esgrimir en caso de tenerla contra Julián.

No es de extrañar que el espurio señor de Ravenhurst se sintiera tranquilo y que, buscando diversión, se le ocurriera pasar un día pescando con caña, entretenimiento al que era muy aficionado, pero al que no había tenido oportunidad de entregarse en los últimos tiempos.

El río Raven, que pasaba cerca del castillo, no era abundante en pesca ni cómodo para pescar, pues cuando no corría entre orillas altas y escarpadas, se hundía en la tierra y pasaba, por túneles naturales, por debajo de colinas y montañas. Por estas circunstancias, Julián decidió ir a pescar al Tulne, que pasaba junto al pueblo de Tullbourne y pasarse todo un día dedicado a su afición favorita.

Se puso a pescar sentado en la orilla del río en sitio donde el agua era bastante profunda, pero pasó la mañana sin pescar casi nada, así que decidió ir a almorzar y volver después al río, alquilar un bote y yendo en el estacionarse en mitad del río, conti-

nuar su pesca en mejores condiciones.

Le faltaban unos diez minutos para terminar su pesca de la mañana, cuando le llamó la atención un hombre que se paseaba tranquilamente, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, por la orilla del río. Por su aspecto juzgó que no dejaría de tenderle la mano, pidiéndole algo, aun cuando solo fuera lo suficiente para tomar una copa de rom.

La suposición de Julián debía ser exacta, pues el hombre se acercó al sitio donde lord Ravenhurst se hallaba sentado y se detuvo a su lado.

—¿Pican? — preguntó en tono amabilísimo. — ¿Hay buena pesca?

Julián le miró desdeñosamente durante unos momentos y después sin tomarse la molestia de contestar, volvió a fijarse en la boya de su línea de pesca.

—¿Pican? — reptó el hombre.

—¡Retírese! — díjole de muy mal humor el pescador.

—¡No quiero! Después de todo lo que me ha costado venir hasta aquí, — dijo el desconocido. — Me llamo Sear, Rufus Sear. ¿Sabe? Y tengo qe hablar de negocios importantes con usted, lord Ravenhurst.

Al oirse nombrar, Julián se sintió interesado y se puso de pie.

—No he tenido nunca el gusto de oir su nombre, señor Sear, — dijo en tono de burla. — ¿De qué negocios importantes tiene que hablar conmigo?

El hombre se acercó aun más.

—¡Yo maté a Nixey! — dijo bajando la voz.

Julián Usher retrocedió al oir esa confesión. Aun cuando estaba acostumbrado a todos los cinismos no concebía que un hombre pudiera declararse con semejante naturalidad autor de la muerte de otro hombre. Miró a Sear fijamente y comprendió en seguida que aquel hombre decía la verdad.

—¿Usted mató a Nixey? — repitió Julián.

Los labios del hombre intentaron dibujar una sonrisa.

—¡No se ponga tan asustado porque así sea! — Si usted hubiera logrado matar a Nixey cuando lo intentó yo no huebiese podido darle muerte. Hablamos, pues, de igual a igual.

Julián se sintió sofocado. La tranquilidad de espíritu que había seguido a la noticia de la muerte del ex penado, se había desvanecido después de durar poco. Un nuevo peligro vino a sustituir al que antes había desaparecido.

—Me gustaría saber a qué se refiere usted pues no lo entiendo, — dijo Julián, balbuceante y procurando hacerse el desentendido.

—¿No entiende? Ahora va a entender. Pocas explicaciones le aclararán el entendimiento, — dijo Sear con aplomo. — La cosa es así: Nixey tenía la creencia de que usted intentaría matarle en cuanto pudiera y para que le protegiese me hizo su confidente. Me habló de una cartera que contenía un mensaje que podía causarle a usted la ruina y llevarle la muerte por manos del verdugo y añadió que sabía de personas que pagarían por ese documento, una simpática suma de dinero.

Julián Usher comprendió que era una tontería pretender negar lo que Sear decía. El hombre estaba bien enterado y el peligro no era de los que se desvanecían con un desplante. En consecuencia permaneció silencioso, retorciéndose nerviosamente el bigote.

—Nixey cometió un error al enterarme de todo eso pues yo, como es natural, insistí en que el negocio se hiciera a medias,—explicó Rufus Sear. — Hice averiguaciones y me convencí de que usted podía pagar por el documento mucho más que los otros. Usted tiene mucho más que perder que ellos así que no se negará a dar una suma que valga la pena. Pero Nixey, si quería dinero, quería también vengarse de usted entregando el documento a sus enemigos. ¿Comprende?

Julián no dijo nada.

—Como Nixey y yo no estábamos de acuerdo a ese respecto, reñimos, — añadió Rufus Sear. — Por eso murió. Yo no pensaba matarle, pero perdí los estribos y me olvidé de que tengo la mano pesada. Le hice que me dijese dónde estaba escondida la cartera y cuando me lo dijo, lo solté, pero ya había apretado demasiado. Nixey estaba muerto.

Julián Usher miró a Rufus Sear con los ojos entornados y luego, sacando un cigarro de su cigarrera de plata, lo encendió tranquilamente. Empezaba a darse cuenta de la calidad de su interlocutor.

—Así que después de haber dado muerte a su socio viene a hacerme objeto de un "chantage". Atrevida empresa por cierto ¿no le parece? — dijo con calma.

El hombre hizo un gesto de indiferencia.

—Entre bueyes no hay cornadas ¿sabe usted? — dijo. — La única diferencia es que usted tiene mucho que perder si el documento llega a la policía y yo si usted me denuncia, perderé mi libertad, pero lo perderé a usted. Por eso, lord Ravenhurst, pagará de buena gana o no, pero pagará lo que yo le pida. Además yo soy aquí quien ofrece algo y usted no tiene prueba contra mí. Yo vengo a venderle la cartera, pido dinero por algo que lo vale.

—¿Tiene usted ahí la cartera? — preguntó Julián afectando indiferencia.

Rufus Sear inclinó la cabeza y sacó del bolsillo innterior del saco la zarandeada cartera y volvió a guardársela en seguida.

—Suya es si la paga, — dijo — y si usted es sensato no intentará poner en práctica contra mí ninguna de sus mañas como con Nixey. Suerte fué para usted que no muriera cuando cayó de lo alto de las almenas, pero se le engancharon las piernas en las enredaderas y allí se quedó colgado un rato. Suspendido de la enredadera permaneció hasta después que usted visitó el sitio en busca del cadaver y después descendió y se fué corriendo.

Era esta la primera vez que Julián Usher oía la explicación de cómo había desaparecido Nixey tan misteriosamente desde la noche en que cayó de la terraza almenada y aquello fué una verdadera revelación para él. No cabía duda, Nixey había escapado de la muerte por verdadero milagro.

—Haga caso de mi consejo, milord, aquí no se trata de un negocio, por lo menos en lo que a mí se refiere, — dijo Sear amistosamente. — Yo no tengo mala voluntad y le hice un verdadero favor quitando de en medio a Nixey. El estaba empeñado en meterle a usted en la cárcel y era capaz de haber regalado la cartera con tal de arruinarlo a usted.

Julián Usher se percataba de que todo eso era verdad, pero no se sentía inclinado a creerlo. Más fácil le sería tratar con un hombre que sólo quería dinero que con otro que cuyo primordial objeto era la venganza.

—Muy bien, Sear, — dijo. — Deme la cartera y si contiene el documento en cuestión se lo pagaré bien.

—Usted tendrá la cartera cuando haya pagado el dinero que yo deseo, — manifestó el otro. — Estoy dispuesto a proceder correctamente con usted, pero no estoy decidido a confiar en usted como tampoco le pido que usted confíe en mí.

—¿Cuánto quiere usted? — preguntó Julián impaciente. — Deseo ser generoso así que le daré quinentas libras esterlinas con las cuales podrá usted ausentarse tranquilamente del país.

Rufus Sear se sonrió.

—Usted no da a su posición actual todo el valor que tiene, milord, — dijo sarcásticamente. — Soy un poco ambicioso, me gusta vivir bien y con quinientas libras no tendría sino para un rato muy corto.

—Mil entonces. Nada más, — dijo Julián Ushed.

—No diga tonterías, — manifestó Sear. — Yo sé lo que vale la cartera y no estoy dispuesto a darla por menos de lo que vale. Si quiere se la daré por cinco mil libras. Es barato, pero no rebajo ni un penique.

—¡Cualquiera diría que usted es el único que puede dictar condiciones en este caso!— observó Julián. — Parece usted olvidar que si se atreve a poner la cartera en manos que no sean las mías se perderá usted mismo.

Algo como un gruñido socarrón salió de labios de Rufus Sear. Comprendía el pícaro que Julián trataba de asustarle con un peligro completamente ficticio. Le miró un instante sonriendo burlonamente y después de pasarse la mano por la boca y el mentón igual que si acariciara una barba que no tenía, dijo:

—Usted quiere asustarme, pero no lo conseguirá. No trate tampoco de portarse mal conmigo porque puede sucederle que de un indiferente al que sólo le importa su negocio, haga darle la cartera por ningún precio, imitando a Nixey, y vaya a ofrecerla a los que tan poco le quieren a usted.

—¡Esas son bravatas! Usted sabe que si yo le denunciara..., — dijo Julián.

—Si usted me denuncia se denunciará usted y crea que la policía, en vez de ocuparse de mí, que soy un cualquiera, acusado ¡sin pruebas! de un asesinato, dedicaría toda su atención a usted, ricacho y gran señor, acusado ¡con pruebas! de haber dado muerte a Philip Marsden. Entre un gorrión y una perliz, la policía no va a apuntar al gorrión...

Julián Usher comprendía bien todo lo que Sear decía pero su naturaleza le inclinaba a regatear la suma como si no estuviera a completa merced del asesino de Nixey. Después de todo, cinco mil libras esterlinas era una suma insignificante para él y darlas no era dar mucho en pago de un documento que le devolvía la tranquilidad con la plena certidumbre de poder gozar sin trabas de su título y de su fortuna, vilmente usurpadas a su legítimo dueño.

—Bien, — dijo afectando mal talante. — tendrá usted sus cinco mil libras. Supongo que no creerá usted que salgo a pescar con miles de libras en la cartera.

—No, pero supongo que no debe usted necesitar mucho tiempo para hacerse de ese dinero, — replicó Sear. — Cuanto antes me dé usted los billetes antes tendrá usted la cartera.

—Puedo tener el dinero esta noche, — dijo Julián que estaba deseoso de dar por concluída y realizada la transacción lo antes posible.

—Entonces yo le aliviaré a usted de su peso esta noche con mucho gusto,—contestó el otro. — Lo quiero en billetes: cien de cincuenta libras.

Julián asintó con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde nos veremos? — preguntó.

—Aquí. O quizás sea mejor en el puente — dijo Sear indicando un pintoresco puentecillo rústico que cruzaba el angosto río un poco más allá. — Conviene que el lugar de la cita sea fácil de encontrar en medio de la oscuridad.

—Allí estaré a la nueve, — dijo Usher. — ¿Le conviene a usted?

—Sí. Le advierto por conveniencia suya y mía que lo más sensato es jugar limpio. Yo estoy dispuesto a proceder correctamente y le aconsejo que proceda usted lo mismo.

—No necesita usted advertírmelo, no tenga el menor cuidado, — dijo Julián no sin cierto dejo de ironía. — No me gusta complicar las cosas ni correr riesgos que sean innecesarios.

Rufus Sear no dija nada más. Saludó con un movimiento de cabeza, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se alejó.

En el puentecillo

JULIAN USHER estuvo en el Banco de Tullbourne después de almorzar y retiró dinero con el cual esperaba comprar la tranquilidad: cinco mil libras. Y el precio era bajo en su opinión.

Regresó al castillo y poco después de las ocho volvió a salir y se encaminó hacia el sitio donde debía encontrarse con Sear. Iba tembloroso de emoción, pero si todo se realizaba como estaba combinado, ya podría dormir plenamente tranquilo aquella noche. Una vez que la cartera y la hoja de papel escrita con signos taquigráficos estuviesen en su poder, destruiría ambas cosas y no tendría ya nada que temer de parte de nadie, absolutamente de nadie.

¡Qué satisfacción sería para él ver que el documento terrible, el que podía ser base de

su acusación y de la condena habría sido destruído por completo!

Caminó rápidamente hacia el sito de la cita que, a pesar de ser el camino bastante largo, llegó un poco antes de las nueve.

Rufus Sear había llegado ya y se hallaba de pie en el puentecillo rústico, apoyado en la barandilla de madera y contemplando las profundas aguas del río.

Julián se halló en el puente antes de que Sear se percatara de su aproximación. El hombre que esperaba le vió de improviso, se irguió y arrojó la colilla de un cigarro que había estado fumando.

—Temprano llega usted, milord — dijo cortésmente el matador de Nixey, pero con voz ronca.

Julián comprendió en seguida que aquel hombre había estado bebiendo con exceso y resolvió terminar el negocio lo antes que le fuera posible.

—¿Ha traido usted la cartera? — preguntó Julián en seguida.

—¡Claro! — contestó Sear tocándose el lado derecho del pecho y guiñando un ojo. — Suya será en cuanto yo tenga el dinero.

Julián Usher sacó del bolsillo un fajo de billetes de Banco.

Rufus Sear miró el dinero con avidez y avanzó. Temiendo que pretendiera arrebatarle los billetes, Julián retrocedió.

Sear se echó a reir.

—¡Bueno! ¡No tenga miedo! Yo juego limpio.

Y como si quiera demostrarlo, retrocedió. Debido al estado de embriaguez en que se encontraba, un pequeño tropezón que dió en las maderas desiguales del piso y que hubiera hecho tambalear a una persona serena, le hizo balancear de tal modo que perdió el equilibrio.

Julián le vió caer hacia atrás e instantaneamente se precipitó a sostenerle para evitarle la caída. Pero llegó tarde y casi inmediatamente el cuerpo de Rufus Sear dió con violencia contra la barandilla de madera.

Se oyó el chasquido de una madera que se astilla, la tablita que formaba el pasamano había cedido al peso del cuerpo y, pasando por el hueco abrierto por el tirantillo roto, Rufus Sear cayó de cabeza al río en las profundas aguas del río.

Un grito de furor y de desesperación brotó de los labios de Julián Usher al verle desaparecer entre las aguas. Luego se acercó al borde del puente y miró ansiosamente río abajo.

Vió la cara pálida de Sear, aparecer un momento en la superficie, vió luego al hombre luchando desesperadamente por nadar. Se comprendía que Rufus Sear sabía nadar pero parecía que no sabía lo suficiente para salvarse en aquellas condiciones.

Luchando vigorosamente pero en vano iba alejándose arrastrado por la fuerza de la corriente del río Tulne.

Unos momentos permaneció Julián Usher inmóvil, lleno de rabia y de desesperación. En el mismo momento en que la importantísima cartera iba a caer en su poder, ¡escapársele de aquel modo de entre las manos!

Pero esto no era lo peor. Aun cuando la cartera y su contenido se habían perdido para él, no se habían perdido para el mundo. Si Sear moría en las aguas su cuerpo sería tarde o temprano pescado en algunas de las dos orillas, y cuando el cuerpo fuera registrado para identificarle se le encontraría la cartera terrible.

Esta solo presunción decidió inmediatamente a Julián Usher a hacer todo lo posible por salvar a Rufus Sear. Ninguna consideración de humanidad hubiera decidido nunca a Julián Usher a molestarse por salvar la vida de un hombre, pero en este caso las circunstancias eran distintas, puesto que salvando a Rufus Sear se salvaba él mismo.

Tiró a un lado el sombrero, se quitó el saco y sin detenerse a quitarse el calzado se arrojó de cabeza en el río saltando desde el puente.

Zambulló profundamente, y cuando volvió a la superficie del agua nadó con todas sus fuerzas en la misma dirección en que había visto alejarse a Rufus Sear luchando con el líquido elemento.

La corriente era muy rápida y le ayudaba a avanzar, pero también llevaba con igual velocidad al otro ser humano, así que Julián tenía que nadar con cuanta energía le era posible para poder alcanzar al otro en su carrera.

Poco le importaba a Julián encontrar a Sear muerto o vivo. Lo que quería era la cartera; el hombre no le importaba nada.

La luna brilló, descubierta de pronto por las nubes que la tapaban, y a su luz pudo distinguir Julián un objeto obscuro que flotaba delante de sí. Era Rufus Sear, que moviéndose trataba de sostenerse a flote, pero se comprendía que poco había de tardar en llegarle el inevitable fin.

Tal era el derroche de fuerzas que hacía que necesariamente tenía que sobrevenir la fatiga de improviso y entonces se hundiría para no volver con vida a la superficie.

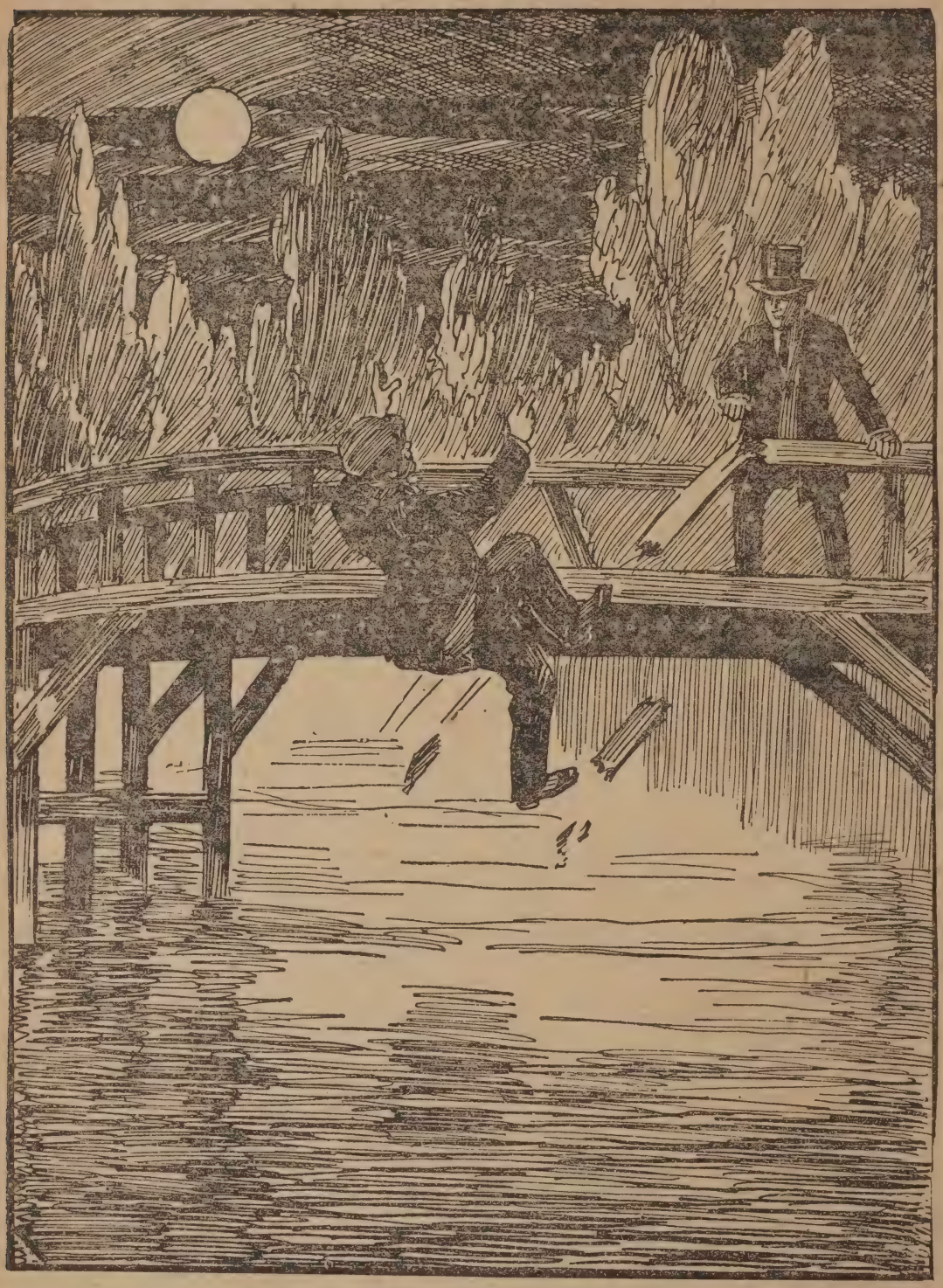
Una vez muerto, su cadáver inerte sería arrastrado lentamente por la corriente hasta que algún obstáculo le detuviera quién sabe cuando y dónde, quizás mucho despues y en el sitio en que el rio se ensanchaba poblado de embarcaciones, es decir, cerca de su desembocadura.

Un ruido llegó de improviso al oído de Julián y un nuevo temor inundó su espíritu. Conocía perfectamente el orígen de aquel ruido que al principio fué un rumor y que iba acrecentándose a medida que avanzaba.

¡Era un salto de agua!

El río sufría un desnivel de su cauce, cayendo de cierta altura por encima de un grueso muro de piedra.

El miedo de morir se sobrepuso a todos los demás temores que sentía y Julián hizo un desesperado esfuerzo por dirigirse a una de las orillas. Pero la corriente era tan violenta que todos sus esfuerzos en el senti-



Se oyó el chasquido de una madera que se astilla; la tablita que formaba el pasamanos había cedido al peso del cuerpo, y pasando por el hueco dejado por el tirantillo roto, Rufus Sear cayó de cabeza al río. ("La extraña historia de Stephen Usher").

do de cortarla y dirigirse hacia la orilla resultaron infructuosos.

Nadando oblícuamente tal vez pudiera detener la rapidez de su avance y así lo hizo, acercándose muy poco a poco a la orilla, pero cada minuto que pasaba oíase con mayor claridad el ruido del salto de agua.

Comprendía Julián que los segundos eran preciosos, así que puso toda cuanta energía le quedaba en la realización de su tentativa desesperada.

Se hallaba a unas diez yardas de la orilla sobre el muro del salto de agua y llegaba hasta poca distancia de la superficie del río. Si lograba agarrarse a aquella rama antes de cer por l cascada, se salvaría.

Esperó el momento oportno y en el instante que le pareció propicio dió un salto y tendió los brazos tratando de alcanzar a la rama.

Casi no llega a ella, pero el esfuerzo había sido tan grannde, que pudo asirse primero con una mano y luego con la otra a la pendiente rama. ¡Estaba salvado!

Pero tan pronto como comprendió que para él ya había pasado el peligro, miró hacia donde creía que podía estar Rufus Sear. En aquel instante el matador de Nixey, llevado por la corriente, pasaba por encima del muro y caía a la parte baja del río levantando los brazos.

Después se perdió entre las aguas revueltas, río abajo.

Desesperado, lleno de miedo, Julián Usher se quedó mirando hacia donde había desaparecido Rufus Sear, sabía mien todo lo que podía acontecer cuando el cuerpo poseedor de la cartera fuera sacado del agua y llevado a la policía para su identificación.

Un salvamento y su consecuencia

STEPHEN USHER el hombre que tenía derecho a llevar el título de lord de Ravenhurst, se encontraba a la orilla del río Tulne a poca distancia de la presa de Hullbourne. Eran las nueve de la noche y después de pasear algún tiempo por la llanura desierta, se había detenido a la orilla del río.

Se hallaba pensativo, contemplando tranquilamente las tranquilas aguas del río en las que se reflejaba la luna. Aquel paisaje plácido y tranquilo, parecía infundir a su alma atribulada tranquilidad y placidez intensísimas. No tenía miedo de que le vieran, pues el pequeño bigote postizo que llevaba puesto y los polvos que blanqueaban sus cabellos le desfiguraban por completo.

Sus pensamientos, mientras se hallaba solo allí, a la orilla del tronquilo río eran los mismos que ocupaban su mente siempre que se hallaba en la soledad. Penhaba en sí mismo, en lo que era: un hombre sin estado civil, sin derecho para exigir que el usurpador le dejara el sitio que le correspondía de verdad en el seno de la sociedad entre la cual había sido tan estimado.

En todas partes se le consideraba muerto. Se creía que había fallecido por su propia mano la terrible noche en que se produjo la tragedia que, de no haber recurido al suicidio, le hubiera llevado a un establecimiento penitenciario. Excepción hecha de Matthew Lincoln y de Marion Grey nadie sabía la farsa que había representado y todos ignoraban que en aquel instante se hallaba junto a la orilla del río mirando hacia las tranquilas aguas y preguntándose, serenamente si valía la pena vivir semejante vida.

El plan de hacer creer a la sociedad que había muerto era el único que le dejaba la esperanza de poder demostrar algún día la verdad y volver a ocupar luego el sitio que le correspondía de derecho. Pero al recorrer con la imaginación los acontecimientos de los pasados meses tenía que confesarse que había progresado muy poco por el sendero de la verdad. Todavía seguía siendo un hombre sin nombre y sin situación civil, mientras su primo Julián Usher, el que le había arrebatado todo cuanto era suyo, era llamado "lord Ravenhurst", y gozaba de todo cuanto suponía el ser propietario de una posesión como el castillo de Ravenhurst con todas sus pobladas tierras adyacentes y de la fortuna que los representaba.

Si no había adelantado más hacia la solución buscada no había sido por falta de esfuerzos de parte de Stephen sino más bien debido a que Julián se defendía pertinaz y hábilmente. El usurpador se había arriesgado a mucho para conquistar la posición que tenía y era lógico que tratara de defenderla con todas las fuerzas de que pudiera disponer.

Stephen estaba seguro de que Julián era la únic apersona que podía pronunciar las palabras que hicieran conocer la verdad de los hechos a todo el mundo. Era Julián el único que podía demostrar la inocencia de su primo persuadiendo con una sola frase a cuantos le creían culpable, de que era inocente, pero hasta ahora todos los esfuerzos hechos por Stephen para conseguir que pronunciara tales palabras habían fracasado de la manera más lamentable.

Al pensar Stephen todas las veces que durante su campaña por la verdad había estado en peligro de muerte sintió nuevos bríos y se dijo que cuando la suerte no había querido matarle a pesar de tantas y tan trágimas peripecias era que le tenía reservado para el final de sus esfuerzos el triunfo más completo.

—No debo ceder, no debo perder ni un sólo instante la fe en el éxito final, — murmuró Stephen. — Mi obligación es continuar en la misma forma que ahora hasta llegar a un triunfo o a una derrota pero a una solución, sea la que sea. Si la suerte quiere que la verdad se vea vencida por la mentira, habré perdido la campaña, pero mientras tanto no cejaré un solo momento. ¡Adelante siempre!

Estaba ya por regresar, separándose de la orilla del río cuando se detuvo de pronto y se acercó aún más a la ribera. Un bulto oscuro que flotaba en la superficie del río le había llamado la atención.

Un grito de sorpresa se escapó de sus labios al ver qué aquel objeto era el cuerpo de un hombre arrastrado por la corriente del río. Iba sumergido en parte y Stephen Us-

her pudo notar que el hombre no hacía ningún movimiento por salvarse. La corriente poderosa le llevaba aguas abajo.

Stephen no vacilaba en momentos como aquel. Sacándose el saco se lanzó al agua y nadó luego hacia donde flotaba el cuerpo. La posibilidad de hallar un cuerpo sin vida no detuvo su esfuerzo generoso.

Calculó tan bien e lespacio que nadó entre dos aguas después de la zambullida que cuando sacó la cabeza por encima de la superficie en el agua se hallaba a menos de dos yardas del cuerpo. Pocas poderosas brazadas le pusieron junto a él y le agarró con fuerza.

Ni trató siquiera de enterarse si el hombre estaba muerto o vivo. Concentró toda su atención en el propósito de conducirlo a la orilla.

No era eso tarea de fácil ejecución, pues el cuerpo, con las ropas mojadas, pesaba mucho y molestaba los movimientos de Stephen considerablemente. Por fortuna cuando se encontró a unas tres yardas de la ribera pudo hacer pie, pues el agua no tenía allí más que unos cinco pies de profundidad.

Esto simplificó su trabajo, pues tomando el cuerpo en brazos pudo seguir andando sosteniéndolo en alto. Al llegar a la orilla colocó su carga en tierra y luego subió a la ribera.

Hecho esto dedicó su atención al hombre y de sus observaciones obtuvo sólo una triste decepción. Aquel hombre no daba señales de vida.

Miró durante un momento la cara pálida del ahogado. No reconoció haberla visto antes; era aquel hombre completamente desconocido para él. Por sus ropas y por su aspecto no parecía pertenecer a la población que residía en aquella parte del país. Se notaga en seguida que era hombre de la ciudad más bien que un habitante de los barrios del Este de Londres.

—Algo debe tener que permita identificarle, — murmuró Stephen.

Con objeto de hallor algún documento que indicara el nombre y condición del ahogado, Stephen procedió a revisar los bolsillos de su ropa.

Primero revisó los bolsillos interiores y lo primero con que tropezaron sus dedos fué con una cartera de cuero. La sacó ignorando el inmenso valor que tenía para él, pues precisamente contenía el documento que tanto había buscado, la hoja de papel que demostraba plenamente que no era él quien había dado muerte a Philip Marsden.

Stephen miró la cartera. Era ordinaria y vieja y no suponía él que contuviera más que algunos documentos con la identidad de aquel hombre.

Estaba n punto de abrir la cartera cuando oyó ruido de cautelosos pasos a su espalda. No tuvo tiempo de volverse y ver quién era la persona que se acercaba, pues un arma contundente le dió en la cabeza con fuerza terrible y, soltando la cartera, Stephen cayó ol suelo sin sentido, boca abajo.

Un hombre sin saco y mojado de tal modo que iba chorreando agua, se inclinó y tomó la cartera. Era Julián Usher que, en la alegría de su hallazgo, ni siquiera se detuvo a fiparse en ninguno de los dos hombres que se hallanban tendidos en el suelo.

Había recobrado la cartera que tanto trabajo le había dado y sólo pensaba en desaparecer de allí lo antes posible.

Así lo hizo y en su precipitación perdió la oportunidad que se le presentaba de resolver el misterio que le preocupaba desde el día en que se vió hecho lord Ravénhurst. Unos pocos segundos hubieran sido suficientes para hacerle conocer el engaño de que había sido víctima, pero su deseo era marcharse de allí y nada más.

Si no se hubiera ido hubiese podido eliminar todo peligro definitivamente. Pero para tal cosa hubiera sido necesario que supiera lo que no sabía.

Así que Julián, como no podía adivinar lo que ignoraba se alejó rápidamente de aquel lugar.

Desapareció antes de pue uno de los hombres tendidos junto a la orilla del río se moviera. Era Rufus Sear que estaba donde Stephen le había colocado a menos de un pie de la orila del agua.

No abrió los ojos. Se dió vuelta por completo, inconsciente de lo que hacía.

Llegó hasta la misma orilla y durante algunos segundos permaneció allí. El menor movimiento podía completar el desastre y este se produjo después de una breve pausa. El hombre se movió un poco, poquísimo y cayó al agua hundiéndose en ella.

El cuerpo desapareció bajo el agua y fué arrastrado río abajo por la corriente.

Un parecido y un misterio

La mañana era luminosa y tibia y por un camino desierto del campo un hombre avanzaba solo. Era Stephen Usher que se estaba paseando desde muy temprano esperando que el aire fresco lograra disiparle el dolor de cabeza que sentía a consecuencia del terrible golpe que había recibido la noche anterior.

En los últimos tiempos y oculto bajo su disfraz, Stephen Usher se había permitido aventurarse a pasear de día, pero siempre por los sitios más solitarios del distrito.

Aquella añana, mientras iba paseando, había estado pensando en los sucesos de la noche anterior sin haber conseguido hallar una explicación satisfactoria a lo ocurrido.

Recordaba que se había echado al agua para salvar de ella a un hombre que flotaba en el río, que había conseguido ponerlo en tierra y que casi en seguida le habían dado un golpe tan fuerte que le había desmayado. Cuando recobró los sentidos se encontró solo.

El desconocido a quien había sacado del agua no estaba; el pue le había dado el golpe en la cabeza tampoco.

Era un misterio que no tenía solución. Comprendía que lo sucedido había tenido alguna razón tenebrosa pero no acertaba con las causas que podían haber promovido aquellos sucesos.

Tal vez fuera mejor, para tranquilidad de

su conciencia, que no supiera cuan cerca se había hallado de encontrar la prueba de su inocencia en el moemnto en que fué atacado. El conocimiento de que la suerte le había dado una broma tán cruel, le hubiera llenado de negros presentimientos.

Con paso lento siguió por el camino. Se hallaba a unas quince millas del castillo de Ravenhurst y en un lugar donde era difícil que estuviera alguien que le conociera. Aún cuando se encontraba disfrazado, siempre habría el peligro, mientras se encontrara en las inmediaciones del castillo, de que alguien le conociera. Pero allí donde sólo podía encontrarse por pura casualidad con algún labriego, no corría ese peligro.

Cubierto de polvo, sediento y con buen apetito a causa del largo paseo que había dado, vió con satisfacción, a poca distancia de donde se encontraba, un pequeño edificio con un letrero que indicaba que se trataba de una hostería. Cuando estuvo más cerca pudo leer el letrero que tenía la casa y que decía: "Hostería de la Bienvenida".

Llegó a la hostería y entró en donde despachaban las bebidas. No había allí más que un sólo cliente que tenía la cara tapada por el diario que estaba leyendo. Estaba el único cliente sentado ante la única mesa que había en el reducido salón.

Stephen se acercó al mostrador y pidió un jarro de cerveza y un poco de pan y queso. Cuando le hubieron servido fué con las vituallas a sentarse ante la mesa frente del que leía el diario.

Dos detalles le lamaron la atención en seguida. Uno fué que las manos que sostenían el diario eran manos delicadas y bien cuidadas y que en un dedo de la mano izquierda llevaba el lector un anillo de oro. Con un sobrebio brillante. El otro detalle que le llamó la atención fué que el calzado del cliente era de clase muy fina y nuevo.

No era, pues, aquel hombre de los que normalmente frecuentan las hosterías del campo.

Stephen no se proponía ser curioso, así que se puso tranquilamente a consumir su refigerio. Hallábase a la mitad cuando el desconocido bajó el diario, levantó el vaso que tenía a su lado y bebió el resto de cerveza que contenía.

En aquel mismo instante Stephen Usher levantó la vista. Había adelantado la mano y tomado el vaso para beber, pero lo dejó en seguida y se quedó mirando fijamente a la cara del hombre que estaba delante de él.

No era que fuese amigo suyo y le hubiese reconocido. No le había visto jamás antes de aquel momento.

Sin embargo, al verle la cara brotó un grito de asombro de labios de Stephen Usher. Nada tenía esto de raro, pues la cara que tenía delante era igual a la suya, tan igual como si el mismo Stephen Usher se estuviera mirando en un espejo.

¡Aquel hombre era idéntico a él! Quizás existiera diferencia en algunos pequeños detalles, pero el parecido era suficientemente perfecto para engañar al más perspicaz observador.

El cabello, los ojos, la nariz, la boca de los dos hombres eran idénticos. La única diferencia era que la cara del desconocido era menos delicada que la de Stephen y que había en ella rastros dejados por una vida desordenada.

Si Stephen no hubiera estado disfrazado el desconocido hubiese, a su xez, expresado gran sorpresa de ver a un duplicado suyo. Como lo estaba y el desconocido no sospechaba la existencia del parecido, no le pareció agradable la actitud de Stephen Usher.

—¡Creo que podrá usted reconocerme cuando me vuelva a ver! — dijo el otro sarcásticamente demostrando que la curiosidad de Stephen no le había sido muy conveniente.

—Usted perdone, señor, si he procedido en forma poco cortés, — dijo Stephen inmediatamente, — pero es el caso de que se parece usted tanto a un apersona a quien conozco que me he quedado estupefacto.

—¿Creyó usted que yo era su amigo? — preguntó el desconocido.

—No. No creí eso, — contestó Stephen. —No podía ser él porque... ¡Bueno! Porque sé dónde se encuentra en este momento. Crea que siento mucho que mi curiosidad haya podido molestarle.

El otro no contestó inmediatamente. Permaneció un instante mirando con atención a Stephen como si no supiera que partido tomar.

—¡No creo que haya en el mundo nadie que sea tan lindo como yo! — dijo en tono de burla. — ¿Se trata quizás de un hermano desaparecido hace tiempo?

—No, — dijo Stephen. — El hombre de he hablado no tiene hermanos ni desaparecidos ni de otra clase.

—¿Viene usted a Londres? — preguntó el desconocido levantándose.

Estaba elegantemente vestido y desde su sombrero chambergo gris a sus borceguíes de cuero claro tenía todo el aspecto de un caballero de la capital.

En el próximo número de PUCKY que aparecerá el viernes 8 de enero seguirá esta notable novela. No se olvide de encargar anticipadamente su número al vendedor.

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

Los presentes del despotismo son siempre peligrosos. — Mirabeau.

* * * *

Nada hay en nuestro entendimiento que no haya entrado en él por la puerta de los sentidos. — Moleschott.

* * * *

El recogimiento y la meditación son las primeras potencias del hombre. — Mirabeau.

* * * *

Los retóricos hablan para las veinticuatro horas qeu viven; los hombres de estado hablan para el porvenir. — Mirabeau.

* * * *

El pueblo es la fuente de todos los poderes; él sólo puede delegarlos. — Mirabeau.

* * * *

Las cabezas de los hombres más grandes se achican cuando se reunen, y allí donde hay más cuerdos es también donde hay menos cordura. — Montesquieu.

* * * *

Cuando una república está llamada a destruir a los que quieren derribarla, es preciso apresurarse a poner fin a las venganzas y a las recompensas. — Montesquieu.

* * * *

En los países cultos, el arte de la legislación no ha consistido, generalmente, más que en hacer contribuir una infinidad de hombres a la felicidad de un corto número; en tener, como efecto de esto, a la multitud en la opresión, y en violar respecto a ella todos los derechos de la humanidad. — Montesquieu.

* * * *

Cuando la ley política que ha establecido en el estado cierto orden de sucesión llega a ser destructora del cuerpo político para el que ha sido formada, no se debe dudar de que otra ley política pueda cambiar ese orden; y por muy opuesta que sea esta ley a la primera, estará en el fondo enteramente conformt con ella, pues que ambas dependerán del siguiente principio: "La salud del pueblo es la suprema ley". — Montesquieu.

Los privilegios acabarán, pero el pueblo es eterno. — Mirabeau.

* * * *

He temido siempre indignar a la razón, pero nunca a los hombres. — Mirabeau.

* * * *

El rey es el representante perpetuo del pueblo, y los diputados sus representantes temporales. — Mirabeau.

* * * *

Más importa dar a los hombres buenas costumbres que leyes y tribunales. — Mirabeau.

* * * *

A un cuerpo gangrenoso no se le debe vendar llaga por llaga y úlcera por úlcera; es preciso suministrarle una sangre nueva. — Mirabeau.

* * * *

El obrero necesita poseer su dignidad de ciudadano y una garantía para la estabilidad de sus conquistas en el camino de la libertad. — Mazzini.

* * * *

Se tacha al público de materialista, de estar dominado por el grosero positivismo. No obstante, los únicos libros que han logrado conmoverle y arrebatarle son aquellos que se han escrito para el alma. — Michelet.

* * * *

Un asesino de profesión corre menos riesgos de morir que un minero. Una compañía de seguros para asesinos y obreros mineros podría pedir a los primeros una prima inferior a la que tuviera que exigir a los segundos. — Molinari.

* * * *

La fuerza no es un dios que da impulso; no es un ser separado de la sustancia material de las cosas. Es la propiedad inseparable de la materia, que va unida a ella toda la eternidad. La idea de una fuerza que no estuviese unida a la materia, que vagase libremente por encima de ella, sería absurda. El ázoe o nitrógeno, el carbono, el hidrógeno y el oxígeno, el azufre y el fósforo, tienen propiedades que les son inherentes de toda eternidad. — Moleschott.

LA MAMÁ ANTE LA EVIDENCIA

La señora visitante (consolando a la mamá del nene de nariz muy chica): — Cuando yo era una nenita, todos creían que yo no iba a tener nariz, casi.

La mamá: — ¿Sí? ¡Y, sin embargo, vaya si le creció después! ¿Eh?

Para que su niño pase un momento de alegría, léale la graciosa historieta Barnigugli y su pingo Tragavientos

CORTE y REMITA el cupón que va al pie y recibirá por correo un ejemplar de EL DIARIO en que aparece LA HISTORIETA ya completa.

SEÑORA: Cada jueves encontrará en EL DIARIO figurines de las útimas modas iluminados a cuatro colores.

COMPRE

todos los dias

EL DIARIO

a su vendedor de la tarde y si lo hubiera agotado pídale que le reserve diariamente un ejemplar para Vd.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av DE MAYO 662 Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido.....

Localidad.....

F. C.....

Se reciben suscripciones para los números de los jueves a razón de 0.10 ctvs., cada ejemplar

¡GRANDES NOVEDADES!

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Enero 8
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 119

LEA EN ESTE NÚMERO:

EL HOMBRE del CRANEO AFEITADO

Nueva producción del gran autor ingles, creador de "La Garra Amarilla" SAX ROHMER. (Traducida especialmente para Pucky)

Interpretación de alcoholista

El vicario: — Estoy reuniendo firmas para una solicitud. ¿No le parece que debiera dictarse una ley prohibiendo la venta de whisky en esta provincia?
El ciudadano: — ¡Sí! ¡El whisky debía repartirse gratis!

El hombre del cráneo afeitado

Interesante y completa novela corta escrita por el gran novelista inglés Sax Rohmer y traducida especialmente para "Pucky".

Máximas y pensamientos

Frases notables de personajes famosos de todos los países del mundo.

Humorismo

Dos originales notas de gran comicidad, una estadounidense y otra inglesa.

La familia maldita

Novela del notable autor de "La isla del tesoro", R. L. Stevenson, que se publica completa.

La extraña historia de Stephen Usher

Continuación de la gran novela de "Tit-Bits" que se publica en "Pucky" a pedido del público.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

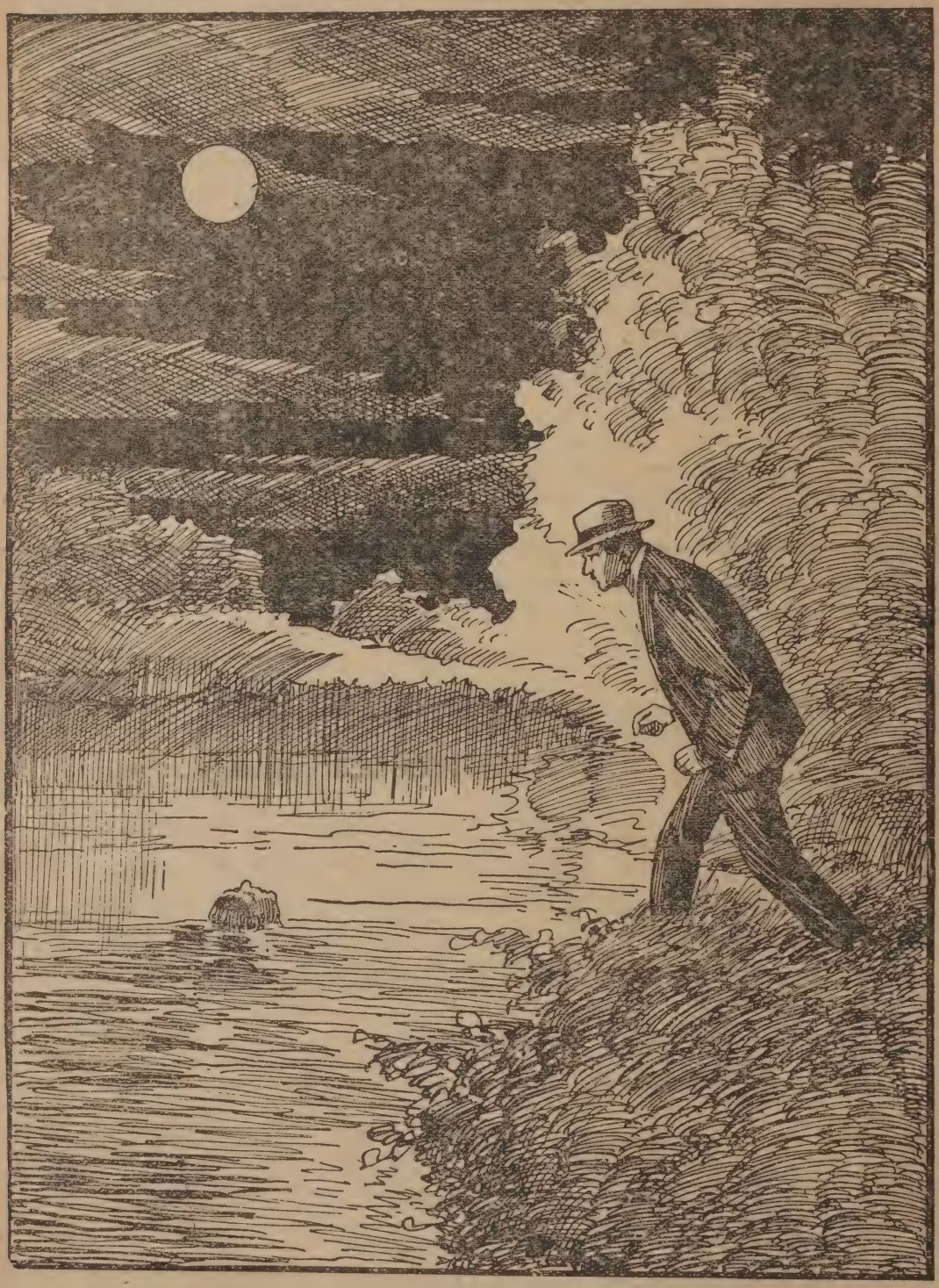
Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .



Un momento de intensa emoción. El extraño e inesperado encuentro que Stephen Usher hizo aquella noche en el rio. ("La extraña historia de Stephen Usher").

EL HOMBRE DEL CRANEO AFEITADO

Por SAX ROHMER

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY",

Un intenso relato tan atrayente y extraordinario como todos los este autor inglés al que tan bien conocen los lectores de este magazine que han podido apreciar dos de sus mejores producciones: "La Zapatilla del Profeta" y "Ala de Murciélago".

I

BAJA un poco más la luz, — ordenó el inspector Wessex. — Aquí estamos, señor Harley; ¿qué opina usted?"

Paul Harley y yo nos inclinamos sobre el horroroso objeto que acababa de revelarse a nuestra vista, y sobre el cual el funcionario del Departamento de Investigación en lo Criminal, de Scotland Yard nos había llamado la atención, y por el cual, con el sólo objeto de verlo, habíamos ido desde Chancery Lane hasta Wapping.

El objeto a que he hecho referencia, era el de un hombre vestido tan sólo con andrajosa camisa y pantalones andrajosos. Pero la característica más notable de su apariencia general se hallaba en el hecho de que toda hebra de pelo de su barba, bigote, cejas, pestañas y cráneo había sido completamente afeitado.

No era, sin embargo, esta la misma característica de desfiguración que presentaba el cuerpo; tenía aun otra más, tan horrible y peculiarmente asiática que mi pluma se resiste a describirla.

—¡No hay la menor posibilidad de identizcación! — murmuró Harley. — Sí; tenía usted razón, inspector. Es una víctima de la diabólica crueldad del Asia. ¡Mire aquí, también!

E indicó tres pequeñas heridas, una en el hombro y las otras dos en los antebrazos.

—El cirujano forense no puede explicarse estas heridas, — informó Wessex. — Son superficiales y él cree que deben haber haber sido causadas por haberse el cuerpo enredado en algo, en el río.

—No, — respondió Harley, tranquilamente. — Esas heridas se deben a que el muerto tenía alguna marca de nacimiento en el hombro, y tal vez nombres o signos tatuados en los antebrazos. Hace algunos años, — continuó, — me hallé con un caso similar en las vecindades de Estambul. Fué una mujer, en aquel caso.

El detective inspector Wessex escuchaba a mi compañero con respeto, porque, aparte de su gran reputación como agente criminalogista privado, que le había valido ser conocido ventajosamente en casi todas las grandes capitales del mundo, los trabajos que realizara en Constantinopla durante los seis meses que siguieron a la guerra con Turquía, merecían recompensas mucho más altas que las que Paul Harley había recibido. Durante aquellos seis meses, de haberse adoptado sus indicaciones, el curso de la historia hubiera cambiado por completo.

—Entonces, señor Harley, ¿cree usted que este sea un caso en que tengan algo que ver las gentes del barrio chino?

Hizo Paul Harley una señal con la cabeza al "policeman" que se hallaba a cargo del cadáver, y aquella horrorosa visión fué a ocultarse a nuestros ojos. Mi amigo se quedó, durante un momento, mirando a Wessex con mirada vaga; luego, dijo:

—Esto huele más al cercano Oriente que al barrio chino, — recalcando la palabra "cercano". Y volviéndose, se alejó.

—Si hay alguna novedad, — dijo Wessex, mientras los tres subíamos al automóvil de Harley, que se hallaba frente a la puerta, — se lo haré saber, como es natural, señor Harley. Pero, en vista de la ausencia de todo indicio o marcas de identificación, casi tengo la seguridad de que el veredicto del jurado ha de ser: "Cuerpo de un hombre desconocido, etc.". Usted sabe a lo que me refiero

LA EXTRAÑA HISTORIA DE STEPHEN USHER

Lea la continuación de esa notable obra que comienza en la pág. 35 de este número.

Esto es lo que ha puesto punto final a más de un grave caso aquí, en Londres.

—Ciertamente, — respondió Harley. Pero era evidente que no oía al inspector que se hallaba pensando en otra cosa. — Pero, con todo, presenta características extraordinarias y puede no terminar en la forma que usted indica. ¿Dónde desea usted que lo deje, Wessex, en el Scotland Yard?

—¡Oh, no! — respondió Wessex. — Yo hice esa visita especial a Wapping solamente para enterarme de su opinión sobre el hombre afeitado. En realidad voy a Deepbroaw, a investigar ese otro caso de desaparición. La desaparición de la hija del guardabosque. ¿Se ha enterado usted de él por los diarios?

—Sí, — respondió Harley, lacónicamente.

A decir verdad, los lectores de los diarios de la metrópoli se sentían ya cansados de leer todos los días lo mismo: "Desaparición de otra joven..." La circunstancia, — que probablemente no fué más que simple coincidencia, — de que tres muchachas desaparecieran durante ocho semanas, sin dejar tras de sí ni el más mínimo rastro, había estimulado a los escribas profesionales a relacionar uno con otro esos casos, aunque no había en todos ellos el menor motivo visible para relacionarlos y aprovecharse de estas desapariciones para disimular la falta de material periodístico hablando de "una nueva amenaza mormónica".

La desaparición de esta cuarta muchacha había inspirado a los periodistas ciertos títulos, a todo lo ancho de la página, verdaderamente emocionantes. Y este caso me había interesado a mí personalmente, porque tenía yo cierta amistad con sir Howard Clayton, uno de cuyos guardabosques era el padrastro de la señorita Molly Clayton, la muchacha desaparecida. Además, se murmuraba que ella se había fugado con el capitán Roland Vane, que en aquellos días, era huésped de sir Howard en su castillo, al que llamaban el Manor.

Si he de decir verdad, puedo agregar que el mismo sir Howard me había telefoneado, pidiéndome que interesara a Harley; pero mi amigo no había manifestado ni el menor interés en un vulgar caso de fuga. Y ahora, al hablar Wessex, miré de reojo a Harley, preguntándome si el hecho de que uno de los mejores y más célebres de todos los inspectores de Scotland Yard, como sin duda lo era el detective Wessex, hubiera sido encargado del caso, lo induciría a cambiar de parecer.

Nos hallábamos en esos momentos atravesando una sección del Commercial Road bastante bulliciosa y poco agradable; y aunque se veía que Wessex se hallaba ansioso de hablar del particular con Harley, tanto ruido y tanta baraúnda había allí, que me convencí de la imposibilidad de hablar tranquilamente. Y, por lo tanto, dije:

—¿Tiene usted tiempo de pasar unos momentos por mis habitaciones, Wessex?

—Tengo tres cuartos de hora disponibles, — me respondió.

—Puede ir en el automóvil, — intervino repentinamente Harley. — Se me ha pedido que intervenga en el asunto y, antes de rehusarme a hacerlo, me agradaría tener su versión de lo ocurrido.

De acuerdo, pues, con esto, nos reunimos los tres en mis habitaciones, y Wessex, sin perder de vista el reloj, nos puso al corriente de los pocos hechos que había llegado a su conocimiento sobre la desaparición de la hijastra del guardabosque.

Dos días antes de que la desaparición de la muchacha hubiera sido hecho pública, bajo tales títulos como los que ya he indicado antes, una escena significativa había tenido lugar en el "cottage" que ocupaba el guardabosques.

Molly Clayton, muchacha cuya belleza verdaderamente extraordinaria la había hecho aparecer como figura principal en más de un número de escándalo, — que tal es la caridad de los vecinos rurales, — había sido vista por su padrastro saliendo a la chita callando del cottage, más o menos a las ocho de la noche.

—¿Dónde vas tú? — preguntó él, tomándola rudamente de un brazo.

—¡Voy a dar un paseo! — respondió ella, desafiante.

—¡A pasear con ese caballerete del Manor! — aulló Bramber furioso. — ¡Te vas a arrepentir de eso, todavía, vagabunda! ¿Debo insistir otra vez en decirte que ese hombre es un pillastre?

La muchachá se libertó de un sacudón de la mano de su padrastro y sus ojos brillaron desafiantes.

—¡Por lo menos tiene educación y sabe conducirse con una mujer, cosa que usted no sabe!

—¿De manera que yo no sé conducirme contigo, eh? — aulló el otro.— ¡Pues entonces ya sabes lo que tienes que hacer, mi niña! La puerta está abierta, y pocos han de ser los que te echen de menos.

Tomando su sombrero, la muchacha, muy pálida, hizo ademán de irse. Visto lo cual por el guardabosque, hombre brutal y poco cariñoso para con la joven, furioso al ver que ésta le tomaba la palabra, la tomó por los cabellos, largos y rubios, y la obligó a entrar de nuevo en la casa.

Una violenta escena siguió a esto, al cabo de la cual Molly se desmayó y el guardabosque salió, cerrando la puerta con llave.

Cuando regresó, a eso de las nueve y media, la muchacha había desaparecido. Aquella noche no regresó, y la policía fué informada por la mañana. El descubrimiento más significativo que la policía efectuó, fué éste:

El capitán Roland Vane, la noche que desapareció Molly, había abandonado el Manor después de haber cenado solo con su huésped, diciendo que se proponía dar un paseo y tomar el aire en la selva. Pero nunca regresó.

Desde el momento en que el guardabosque Bramber dejó su cottage y sir Howard Hepwell se separó de su invitado. A Molly Clayton y Roland Vane no volvió a vérseles vistos.

Estaba yo a punto de agregar ahora algo más, pero debo decir que a mí me ha tocado el relatar cómo Paúl Harley y yo conocimos al capitán Vane y a Molly Clayton.

Al terminar el detective Wessex su relato, Harley guardó silencio.

—¡Jum! — gruñó al cabo de un momen-

to. — ¿Dispone usted de tiempo, Knox?

—¿Para ir a Deepbrow? — pregunté yo, a mi vez, con interés.

—Sí, — respondióme. — Sólo nos quedan diez minutos para tomar el tren.

—Iré con usted, — dije yo. — Sir Howard se sentirá feliz de que vaya usted, Harley.

II

"¿QUE saca usted de esto, inspector?" — preguntó mi amigo.

El detective-inspector Wessex se sonrió, rascándose la barbilla.

—No había necesidad de que yo viniera aquí, señor Harley, — respondió. — Ni de que viniera usted tampoco.

Harley se inclinó, sonriendo, ante el velado cumplimiento.

—Es tan solo una fuga, pura y simplemente, — continuó el detective. — La reputación de Vane es perfectamente imposible, y la muchacha ha sido deslumbrada por su posición social. Pero él debe haberse interesado un poco. No hay duda alguna de que lo van a expulsar de su regimiento.

Habiendo dejado a sir Howard en el Manor, habíamosnos unido al detective Wessex en un punto en que los terrenos de sir Hepwell bordeaban una angosta senda. Allí la tierra era blanda, y el inspector llamó la atención de Harley hacia unas marcas de pisadas cerca de un portilló escalonado que daba al terreno vecino.

—Tengo pruebas de que había sido visto aquí en otras ocasiones con la muchacha. Ahora, señor Harley, me agradaría que usted observara estas pisadas.

Harley se arrodilló, examinando rápida pero atentamente, el suelo, por los alrededores. Notó especialmente la huella clara de un botín puntiagudo. Y Wessex, buscando en el fondo del bolsillo de su sobretodo, extrajo de allí un zapato de charol de los que comunmente se usan para trajes de smoking.

—Tenía un par de repuesto en la balija, — dijo, indiferentemente, — y su ayuda de cámara no resultó incorruptible.

Harley tomó el zapato que le ofrecía Wessex y lo colocó sobre la huella. Encajaba perfectamente.

—¿Esta es la huella de la señorita Clayton? — preguntó Harley luego, indicando otra cerca de la que acababa de examinar.

—Sí, — respondió Wessex. — puede usted observar que estuvieron juntos durante unos momentos, y luego comenzaron a caminar muy juntos también.

Inclinó su cabeza afirmativamente Harley, con expresión vaga.

—Aquí los perdemos ya, — continuó Wessex, indicando un punto del sendero.— Pero junto a aquella pila de heno se unen otra vez, junto a las huellas de un automóvil. No pido nada más claro. Aquella tarde llovió, pero no ha vuelto a llover desde entonces.

—¿Qué piensa el ayuda de cámara del capitán?

—¡Lo mismo que yo! No lo sorprende ninguna locura de parte de Vane, si hay alguna mujer mezclada en el asunto.

—¿La muchacha no dejó nada... ninguna carta?

—Absolutamente nada.

—¿Le han seguido la pista al automóvil?

—No; debe haber sido un automóvil de alquiler o prestado, de muy lejos de aquí.

Allí donde las huellas de las ruedas eran visibles, nos detuvimos, y Harley hizo un minucioso examen de las marcas.

—¿No cree usted que parece haber habido un lucha entre ellos?

—¡Muy posiblemente! — respondió Wessex, sin interés.

Harley anduvo por aquellos terrenos algún tiempo más, con gran detrimento de su traje gris claro y, al fin, se puso de nuevo de pie llevando en su rostro una curiosa expresión que el detective, sin embargo, no pareció notar.

Regresamos a Manor House, donde sir Howard nos estaba esperando, con su humorístico rostro rojo más rojo aún que de costumbre; y luego en la biblioteca, con su profusa exposición de cuadros, cuya mayoría ofrecía una curiosa mezcla sportiva de carreras, caza, equitación y golf, — si se exceptúan algunas novelas de Nat Gould y algunos antiguos trabajos de Whyte-Melville — nos arrellanamos en los confortables sillones. En unas mesitas pequeñas, a nuestro lado, colocaron refrescos, cigarros y cigarrillos en generosa abundancia. De manera, pues, que estuvimos confortablemente instalados, sir Howard, sin embargo, refrenó su indignación hasta que todos nosotros tuvimos un vaso por delante y nos hallamos fumando sendos cigarros.

—Bien, — comenzó — ¿Tienen ustedes algo que informar, caballeros? Usted, inspector, — señaló a Wessex con la punta del cigarro, — ha conversado con el sirviente de Vane y todos ustedes se han ido a ver esas malditas huellas. Sólo deseo oír una cosa; que ustedes tienen esperanzas de dar con la pista de una desgraciada pareja. Yo ya me ocuparé, — añadió elevándose su voz hasta parecer casi un aullido,—de que el tal Vane sea expulsado del ejército; y en cuanto a la sinvergüenza de la hijastra de Bramber, no le deseo nada mejor que ese desfachatado tenorio.

—¡Un momento, sir Howard, un momento! — respondió Harley, serenamente, — Siempre hay dos faces en un asunto.

—¿Qué quiere usted decir, señor Harley? Hay sólo una faz que me interese a mí en esto...el ultraje inferido a mi hospitalidad por este cochino huésped mío. Por la muchacha, no doy dos peniques; ese era el fin que le estaba destinado.

—Antes de pronunciar un veredicto final en ninguno de los dos, — respondió Harley, sin perder su calma, — desearía entrevistarme con el tal Bramber. Tal vez, — añadió, dirigiéndose a Wessex, — sería lo mismo que el señor Knox y yo fuéramos solos. La presencia de un detective oficial muchas veces impresiona a esta clase de testigos hasta ponerlos vacilantes.

—¡Muy bien, muy bien! — respondió sir Howard, agitando vigorosamente su cigarro. — Y dígale que a él no se le culpa de nada, absolutamente. Dele también mis cumplimientos porque su hijastra...

—¡Ciertamente, sir Howard, ciertamente! — interrumpió Harley. — Pero, de nuevo, le pido que reserve su veredicto hasta tanto todos los hechos se hallen en nuestras manos.

Como resultado de esta conversación, pues, Harley y yo nos dirigimos a visitar al guardabosque, quien, habiendo sido avisado ya de nuestra visita, nos esperaba en el pórtico de su cottage, fumando en pipa. Un hombre alto, fornido, muy feo y morocho, resultó ser, llevando siempre en su rostro una expresión prohibitiva.

Nos presentamos.

—¡Ya sabía y oque iba a acabar mal! — dijo el guardabosque, casi como un eco de las palabras de sir Howard. — Uno de esos tipos que siempre andaban detrás de ella tenía que acabar con ella.

—¿Tenía ella otros admiradores antes del capitán Vane?

—¡Ah! ¡La pícara! Tenía un negro villano, no hace seis meses. El la llevó a Londres y la hizo retratar con un vestido que cualquier mujer honesta se hubiera ruborizado de solo mirar. Como una de esas Venus que tienen en el Manor. ¡Dios santo! ¡Salía a la madre!...

El violento viejo bribón era difícil de interrogar, pero Harley perseveró impasible.

—¿Ese admirador que tenía antes la hizo retratar en esa forma? ¿No tiene usted uno de esos retratos?

—¡No! — aulló el guardabosque. — ¡El que encontré lo quemé! ¡El se fué, como yo le dije a ella que sucedería, dejándola plantada, y la muy tonta lloraba hasta saltársele los ojos por el muy villano. Pero el otro que vino atrás muy pronto le secó las lágrimas, créame.

—¿Sabe usted cómo se llamaba él?

—No; era extranjero.

—¿Donde fueron hechas las fotografías? ¿En Londres dice usted?

—Así es.

—¿Sabe usted por qué fotógrafo?

—¡No! ¡Ni me importa tampoco! Decían Piccadilly, que es todo lo que me importa.

—¿No tiene usted un retrato de ella?

—¡No!

—¿Recibió ella una carta el día que desapareció?

—¡Tal vez!

—¡Buenos días! — respandió Harley. — Y permítame decirle que la atmósfera de su hogar muy poco podía conducir a la muchacha a una conducta impecable.

Dejando a Bramber que dirigiera esta frase como le fuera posible, salimos de Cottage. Comenzaba a caer la noche y, al llegar nosotros de regreso al Manor, las luces estaban encendidas. En la biblioteca nos esperaba el inspector Wessex.

—¿Y bien? — preguntó, sonriendo, al entrar nosotros.

—No mucho, — respondió Harley, — salvo que no me admira que la muchacha haya escapado de tal hogar.

—¿Que? ¿Que es eso? — sonó una voz al mismo tiempo que sir Howard entraba en la biblioteca. — ¡Déjeme decirle una cosa; Bramber sólo tenía una falta, como padrastro, y es que no tenía la mano lo suficientemente pesada. ¡Una mala familia, señor, una mala familia!

—Bien, señores, — intervino Wessex, paseando su mirada de uno a otro, — personalmente, fuera de las investigaciones usuales en las estaciones de ferrocarril, etc., no creo que tengamos mucho más que hacer por aquí. ¿No le parece a usted lo mismo, señor Harley.

Asintió Harley en silencio.

—Así es, — dijo, después. — Hay un tren para la ciudad, que creo podremos alcanzar si salimos enseguida.

—¡Eh! — Chilló sir Howard. — ¡Ustedes no van a regresar esta noche! ¡Como! ¡Sus habitaciones están preparadas ya!

—Aprecio en todo lo que vale su hospitalidad, sir Howard, — dijo Harley, — pero tengo urgentes asuntos que atender en Londres. Créame que mi partida no puede postergarse.

Los ojos azules del baronet brillaron con la astucia de los de su clase.

—¡Usted tiene algo que me oculta! — aulló, sacudiendo el dedo. — ¡No me diga que no, no me diga que no!

El inspector me lanzó una mirada de inteligencia, pero yo hice un movimiento de hombros. Harley, cuando se hallaba de mal humor, era inescrutable como una esfinge.

No obstante se salió con la suya. En uno de los automóviles de sir Howard salimos a toda velocidad, alcanzando el tren en la estación de Clayburn, cuando ya iba a partir.

Wessex se mantuvo un tanto silencioso mientras duró el viaje, lanzando de vez en cuando una mirada en dirección a mi amigo; pero Harley no hizo la menor mención del caso, si se exceptúa un ligero relato de su entrevista con Bramber. Pero, al separarnos en la estación de Londres, Wessex en dirección a Scotland Yard, para informar, y yo para ir a las habitaciones de Harley, este preguntó:

—¿Cuanto tiempo cree usted que le será necesario para hallar ese fotógrafo, Wessex? Creo que Piccadilly es suficiente indicio.

—Bueno,—dijo el inspector, rascándose la cabeza. — Esta noche ya no se puede hacer nada; pero creo que a medio día, mañana, el asunto puede estar terminado.

—Bien; — respondió Harley. — ¿Puedo esperar que me informe usted del resultado Wessex?

—Sin falta.

III

FUE recién a la caída de la noche siguiente cuando Harley me telefoneó.

Deseo que venga a verme en seguida, — me urgió. — El caso de Deepbrow se está desarrollando en una forma

que, si bien yo la esperaba, no deja de ser, por eso, enormemente dramática.

Sabiendo que Harley no era hombre de pronunciar tales palabras sin motivo más que suficiente, dejé todo el trabajo que en esos momentos tenía entre manos y me dirigí hacia Chancery Lane. Hallé a mi amigo que, con la pipa en la boca, paseaba entre una nube de humo, de un lado a otro de su estudio, en un estado que yo sabía que significaba contenida sobreexcitación.

—¿Encontró Wessex, al fotógrafo? — pregunté.

—Sí, y es, como yo suponía, un fotógrafo de los mejores. Y, también como yo lo había supuesto, hizo una buena cantidad de copias para el caballero extranjero. Unas cincuenta.

—¿Cincuenta? — repetí yo.

—Sí; ¿se le alcanza a usted, Knox, el significado de ese hecho? — sus labios se partieron en una misteriosa sonrisa.

—Es un caso extraordinario, aun para el más ardiente de los galanes, el hacer tantas copias del mismo retrato.

—Así es. Le voy a mostrar ahora lo que hallé pisoteado y encajado en una de las huellas de pisadas donde se efectuó la lucha junto al automóvil.

Y sacó de su bolsillo un pedazo de seda retorcida.

—¿Qué es eso?

—Un eslabón, Knox, — respondiome. — El eslabón que yo fuí especialmente a buscar a Deepbrow. Es un pedazo de la borla de esos casquetes de fieltro rojo que aquí, en Inglaterra se llaman comunmente fez.

Siguió mirándome fijamente, mientras, fijamente también, miraba yo el torcido de la seda.

—¿Cual es el próximo paso a dar? — pregunté. — Este nuevo indicio suyo, confieso que me pasma.

—El próximo paso que se ha de dar, — dijo, — es en dirección a la habitación próxima, donde asumiremos toda la apariencia de viajeros comerciales de Oriente que nuestro físico británico nos permita.

—¿Que? — pregunté, asombrado.

—Sí, — rió Harley. — Tengo un tinte perpétuo, que nos teñirá la piel a maravilla, y el que conservo presisamente para momentos como este.

Veinte minutos más tarde, dos caballeros asiáticos correctamente vestidos, abandonaban las habitaciones de Harley por una puerta de escape que se abría sobre una de esas callejuelas que tanto abundan en aquella parte de Londres, y, tomando un "cab" en la esquina de Chancery Lane, se dirigieran hacia el Saha.

Existen guaridas y antros en Londres que son desconocidos, salvo para unos pocos; desconocidos aun para las periodistas sensacionalistas, que andan constantemente a caza de material.

Harley me guió hacia una desierta callejuela, a menos de dos minutos de camino de la bulliciosa Shaftesbury Avenue. Frente a una puerta que se hallaba como un sandwich, entre el establecimiento de un griego cigarrero, y un barbero, se detuvo y se volvió hacia mi.

—Cualquier cosa que vea usted u oiga, — me advirtió, — no exprese sorpresa. Y, sobre todo no demuestre curiosidad por nada.

Tocó el timbre y la puerta se abrió, casi inmediatamente, apareciendo en la abertura una negra, gorda y repelentemente fea.

Harley pronunció unas palabras en una lengua que me pareció árabe, al oir las cuales la negra ofreció una repugnante muestra de lo que podía pasar por abyecto servilísimo, haciéndonos pasar a un corredor mal iluminado, con grandes muestras de respeto. Siguiendo por ese corredor hasta su fin, abrió una puerta interior. Una bocanada de mala música nos recibió, junto con una verdadera nube de humo de tabaco. Entramos.

A pesar de las advertencias de Harley, no pude menos de demostrar grande asombro. Nos hallábamos en la puerta de una gran habitación, por tres de cuyos lados corría un ancho diván de terciopelo rojo, ocupado todo él por unos diez o doce hombres, exóticos todos, de nacionalidades varias; griegos, árabes, láscars... Casi todos ellos fumaban, bebiendo moka en pequeñas tacitas. Sobre la roja alfombra cuadrada que ocupaba el centro de la habitación, una mujer, casi desnuda, danzaba una danza lasciva, acompañada por los sones que un muchacho rubio arrancaba de un instrumento parecido a la guitarra, y por casi todos los miembros de la compañía, que golpeaban las manos al compás del instrumento o tarareaban una canción sin palabras.

Poco después de nuestra entrada la danza terminó, y la danzarina retiróse por una puerta sobre la cual caía un pesado tapiz, y que se hallaba situada en la pared opuesta del salón. Siendo ahora observada nuestra presencia, algunas miradas sospechosas nos observaron. Un anciano, de mucha edad, a juzgar por las apariencias, que se hallaba sentado fumando en un "narghilé" junto a la puerta por la cual se había retirado la danzarina, hizo una señal, gravemente, con la boquilla de ámbar de su aparato.

Harley avanzó rectamente hacia él, y yo le seguí. La luz de una lámpara árabe que colgaba cerca de donde se hallaba sentado el anciano, cayó por completo sobre el rostro de mi amigo y el viejo se levantó de su asiento, saludando a Harley con el grave y solemne saludo oriental. A pedido suyo nos sentamos junto a él y, mientras fumábamos excelentes cigarrillos turcos. Harley y el anciano conversaban en voz baja. Repentinamente, a una observación de mi amigo, el anciano se puso rápidamente de pie. Una arruga de cólera surcaba su frente.

El más profundo silencio reinó entonces en el salón.

En voz alta y autoritaria, el anciano pronunció algunas palabras en lengua que parecióme árabe.

Instantáneamente, observé un hombre que se hallaba junto a la puerta de entrada, al cual no había yo observado hasta ese momento, deslizarse furtivamente hasta las sombras, tratando, según supuse, de escapar secretamente. Parecía hallarse, en una u otra forma, deformado, tenía la expresión perversa que haya yo visto en mi vida, en

su rostro marcado por la viruela. Colérico, con gesto que no carecía de majestad, el anciano lo llamó. Al oir lo cual el hombre, con algo así como un aullido animal, verdaderamente indescriptible, sacó un cuchillo de entre sus ropas. Dos hombres, que se habían precipitado a prenderlo, retrocedieron. Y...

—¡Detenedlo! — gritó Harley, lanzándose hacia la puerta. — ¡Detenedlo !Es Alí, el del Cairo!

Pero Harley llegó demasiado tarde. Volviéndose, el desconocido y formidable asiático corrió con la velocidad del viento. Antes de que una sola mano se hubiera alzado para detenerlo, había desaparecido por la puerta.

IV

"ESTO tiene punto final, — observó Harley, taciturno, cuando nos hallamos, de nuevo, sentados en un "cab". — Yo estaba en lo cierto, pero él se nos va a anticipar."

—¿Quiné se nos va a anticipar? — pregunté yo, asombrado.

—El canalla más grande de Europa, Asia y Africa, — respondió mi compañero. — Yo he perdido un tiempo precioso, hoy. Debía de haberlo previsto. El lugar que acabamos de dejar, Knox, es algo así como un club, del cual el anciano Hakim es el propietario o huésped, además de ser una autoridad en el mundo mahometano. Le comuniqué mis sospechas, paso éste que debía haber dado antes, las que fueron instantáneamente confirmadas. Mi hombre estaba allí, me reconoció y se fugó. Se nos va a anticipar.

—¡Pero mi querido amigo! — dije yo, pacientemente. — ¿Quién es ese hombre? ¿Y qué tiene que ver con el caso de Deepbrow?

—¡Es el más canalla de todos los canallas vivos! — respondió Harley, amargamente. — Y en cuanto a lo que tiene que ver con el caso... ¿Por qué escapó? Después de todo, sé donde hallarlo ahora, y puede ser que no lleguemos tarde.

—¿Pero quién es y qué es este hombre?

—Es Alí, el del Cairo. En cuanto a lo que es, pronto lo sabrá usted.

Al abandonar el curioso club exótico, Harley había, como primera medida, corrido hacia un teléfono público, por el cual había hablado, según yo comprendía ahora, a Scotland Yard; pues al llegar nosotros al cuartel general de la policía metropolitana, me hallé con que el inspector Wessex nos esperaba allí. Sacando la cabeza por la ventanilla del 'cab", preguntó Harley:

—¿Estaba yo en lo cierto?

—Estaba usted, señor Harley, — respondió Wessex, no menos nervioso. — Recibí la respuesta hace una hora.

—Lo sabía, — respondió Harley. — Suba, Wessex; no tenemos un minuto que perder.

Montó en el "cab" el inspector; y cuando el coche emprendía la marcha, Harley dijo:

—Ha tenido usted muy poco tiempo para hacer los arreglos necesarios.

—El tiempo suficiente, — contestó Wessex. — No nos esperan.

—No estoy muy seguro de eso. Uno de los canallas más grandes del mundo me reconoció unos minutos antes de que yo le hablara a usted por teléfono, y consiguió escapar. Sin embargo, tenemos, por lo menos, una probabilidad.

Poco o nada se dijo desde ese momento hasta aquel en que finalizó nuestro viaje, pareciendo tanto Harley como el inspector Wessex hallarse consumidos por un vehemente deseo de llegar a nuestro destino a la brevedad posible. Al fin el cab se detuvo en una callejuela desierta. Yo había perdido la cuenta del camino que recorríamos pero sabía que nos hallábamos en alguna parte del East End.

—Síganos hasta que entremos a la casa, — dijo Harley al inspector Wessex, — y espérenos sin hacerse ver. Si oye usted el silbato de este pito, envía los hombres que ha apostado tan rápidamente como pueda. Pero cuide usted de que nadie salga de la casa.

Nos metimos por una callejuela oscurísima y no pude yo reprimir un estremecimiento de aprehensión al notar que se trataba de un muelle. Brillando en la noche, el Támesis, esa sepultura de más de un horroroso secreto, corría silenciosamente por debajo de nuestros pies. Saliendo de entre las sombras de la arcada, nos detuvimos frente a una puerta que se abría en la pared, a nuestra izquierda.

En aquel momento, algo brilló en el aire, pasando junto a mi cabeza y cayendo al piso de piedras con un ruido metálico. Instintivamente, ambos miramos hacia arriba; y, en una ventana a oscuras, en el primer piso, alcancé a ver la sombra de un rostro oscuro.

—Tenía usted razón, Harley, — dije. — Alí, el del Cairo, se nos ha adelantado.

Harley se inclinó, levantando un cuchillo de hoja larga y curiosa, el que se guardó en el bolsillo con indiferencia.

—Esto lo prueba, — dijo. — No salga de las sombras y agáchese. Voy a subirme en sus hombros, para entrar por esa ventana.

Maravillándome de su audacia, sin embargo, obedecí; y Harley consiguió lo que se proponía, no sin alguna dificultad. Un momento después, desaparecía en la oscuridad de la habitación.

—¡Apártese un momento, Knox! — oí que decía mi amigo.

Un momento después cayeron junto a mí dos de esos asientos que se ha dado en llamar otomanas.

—¡Trate de subir! — dijo Harley. — ¡Yo lo tomaré por las manos, si se alza lo suficiente!

No fué esto, cosa fácil de hacer, como yo había creído. Pero, después de algunos esfuerzos, conseguí llegar al lado de mi amigo y me hallé en una pequeña habitación, a oscuras, cuya atmósfera era sumamente pesada.

—¡Por aquí! — dijo Harley, rápidamente. — ¡Al piso de arriba!

Se lanzó él adelante, guiando el camino, por una escalera angosta y oscura, por la

cual yo lo seguí, no sin algunos temores.

Repentinamente, sonó un disparo de revólver y el fez turco que cubría mi cabeza voló.

La pistola automática de Harley respondió al saludo, y entramos como una tromba a una habitación, casi arrancando las pesadas cortinas de terciopelo que cubrían la puerta. Aquella habitación se hallaba cargada de un extraño perfume oriental, y era sumamente calurosa. A la luz un tanto débil que despedía una lámpara cubierta con una pantalla de seda, vimos la figura de un hombre cruzar rápidamente la habitación al entrar en ella nosotros. De nuevo la pistola de Harley tomó la palabra, pero, aparentemente, sin efecto.

Poca o ninguna oportunidad tuve yo de examinar la habitación; pero, aún en esos momentos tan cortos, agitados y urgentes, ví lo suficiente como para hacerme dudar de mis sentidos. Afuera, según yo sabía, se hallaba un sucio y maloliente muelle, enclavado entre tortuosas y también sucias callejuelas; pero aquí dentro se veía un departamento asiático lujosamente decorado.

Sacando rápidamente una linterna eléctrica de su bolsillo, Harley saltó por la puerta cubierta de pesada cortina persa, siguiéndolo yo muy de cerca. Afuera, la oscuridad de nuevo. Un golpe de viento, bastante fuerte, nos dió en la cara. Pasando por un largo corredor, cubierto de pesada alfombra de Esmirna, no nos detuvimos hasta entrar en otra habitación, llena de la más curiosa mescolanza de curiosidades, que parecían haber sido recogidas de todas las partes del mundo.

Sonó un tiro. Una bala se acható contra la pared detrás de nosotros.

—¡Por suerte tiene muy mala puntería!— dijo Harley.

El rayo de luz de la linterna revelónos, repentinamente, la cabeza y los hombros de un hombre que desaparecía por una trampa en el suelo. Ví sus dedos morenos abrirse y abandonar en el suelo un atado que, aparentemente, había tratado de llevarse.

Nos precipitamos a la abertura en el piso, observando las aguas del río correr lentamente por debajo. Durante veinte segundos permanecimos allí, sin haber visto absolutamente ni trazas de nuestro hombre.

—Espero que no sea mejor nadador de lo que es tirador, — dije.

—Poco o nada le valdrá, — respondió Harley.—Un bote de la policía está esperando precisamente a cualquiera que trate de escapar de la casa por ese lado. No estamos en este caso, Knox. Pero, ante todo, ¿qué tenemos aquí? — Levantó el atado que el fugitivo había abandonado. — Algo bastante acusador, cuando Alí no se atreve a quedarse para dar la cara. Nunca habría él abandonado este lugar en forma ordinaria. Este hombre que resulta tan mal tirador, fué dejado aquí cuando se tuvo noticias de nuestra aproximación, a fin de, en un esfuerzo desesperado, recoger todas las pruebas e indicios comprometedores. Lo juraría. Pero llegamos demasiado pronto para él.

Mientras hablabla, deshacía apresuradamente el atado, para sacar luego de allí un traje de smoking completo, cuello camisa, corbata, ropa interior, medias, zapatos y, encima de todo un sombrero gris.

Rápidamente examinó las ropas Harley buscando alguna marca de identificación, hallando, en el bolsillo interior del saco, donde, por lo general se halla, la etiqueta de un conocido sastre de West End.

—Que la policía confirme esto, Knox, — dijo, con el rostro brillante de triunfo. — Yo, por lo menos, no tengo la menor duda.

—Puede ser que usted no tenga la menor duda, Harley, — repliqué, — pero yo estoy tan a oscuras como antes. ¿Cuál es el significado de este descubrimiento, al que usted parece dar tanta importancia?

—No se preocupe de eso, por el momento, — respondióme. — Todavía tengo esperanzas, si bien ya no tantas, de hacer un descubrimiento bastante más importante.

—¿Por qué no llama a la policía, para que lo ayude?

—La policía presta más utilidad en su ocupación presente, — contestó. — Nos hallamos frente, Knox, al más astuto canalla que haya producido el Oriente o el Occidente, y no tengo la intención de que se me escape por entre los dedos, si está en esta casa. Sin embargo, Knox, no se me oculta que lo estoy exponiendo a usted a un riesgo innecesario. Porque nuestro hombre, si está aún en la casa, puede ser tan peligroso como un tigre acorralado.

—¡Pero!... ¿Y el hombre que se escapó?

—Ese no es Alí el del Cairo, y es a Alí a quien yo quiero atrapar.

—¿El jorobado que vimos esta noche?

Asintió Harley con la cabeza. Y, habiendo escuchado con atención durante unos momentos, comenzó de nuevo a revisar minuciosamente las singulares habitaciones de la curiosa casa. En todas ellas había más que completas pruebas de haber sido ocupadas por orientales; muchas de las habitaciones se hallaban saturadas de una atmósfera que recordaba las Mil y Una Noches. Pero ni un cólo ser viviente se oía o veía por parte alguna.

Fué recién cuando, después de haber examinado toda la casa, pulgada por pulgada, nos mirábamos uno a otro perplejos, cuando ví cambiar la expresión del rostro de Harley.

—¿Por qué, — dijo, en voz alta, — esta habitación está iluminada y las otras están a oscuras?

Aún entonces, el significado de esta circunstancia no se me alcanzó. Pero Harley miraba atentamente una llave eléctrica que se hallaba colocada a la derecha de la puerta con gesto reflexivo. Cruzando hasta la puerta, comenzó a dar vueltas a la llave eléctrica; pero la luz no sufrió la más mínima interrupción.

—¡Ah! — dijo. — ¡Una buena treta!

Tomando el trozo de madera sobre el cual se hallaba la llave eléctrica, lo movió, y entonces recién ví que era un pestillo disimulado; un momento después se había desprendido la sección de la pared, que resultó ser una puerta astutamente disimulada.

La apertura de aquella puerta reveló un pe-

queño departamento, débilmente iluminado, predominando en su moblaje la nota oriental; pero esto fué cosa que yo noté sólo después, pues mi mirada se fijó de inmediato en un colchón que había en el suelo, sobre el que yacía una mujer, semidesnuda, de rubia cabellera.

Parecía hallarse semidormida, o narcotizada, a pesar de que sus ojos azules se hallaban abiertos, tenían un brillo vidrioso, miraban sin ver. Evidentemnte, no había notado nuestra entrada.

—¡Mire las pupilas, Knox! — exclamó Harley. — La han narcotizado con khang. ¡Pobre, hermosa tontuela!

—¡Dios mío! — gritó yo. — ¿Quién es? Harley?

—¡Molly Clayton, pues! — respondióme.— ¡Gracias a Dios que, por lo menos, hemos salvado a una de las víctimas de Alí!

V

DEBIDO a los esfuerzos de Paul Harley, nunca el público se enteró de que el horrible asesinato de la orilla del río, llamado, con referencia a la cabeza afeitada de la víctima, "la atrocidad del barbero", tenía relación alguna con el capto de Deepbrow. Era físicamente imposible identificar a la víctima, y Harley tenía sus razones para ocultar la verdad. La casa del muelle, con su moblaje oriental, fué sequestrada por la policía, pero, por extraño que parezca, ni el más mínimo arresto se efectuó con relación al asqueroso asesinato. El hombre que había escapado por la trampa en el piso, había sido herido por una de las balas de Harley, y se hundió, por última vez, en las aguas del río, ante los ojos mismos de la policía, que lo esperaba en los botes.

Fué aquella misma noche muy tarde, cuando yo supe toda la asombrosa verdad. Wessex se hallaba aún trabajando en el East End, en las mil y una formalidades que le era necesario llenar, y Harley y yo nos hallábamos sentados junto al fuego en el estudio de mi amigo en Chancery Lane.

"El primer indicio, Knox,—dijo mi amigo, — lo tuve en Deepbrow, en las huellas que llevaban a las de automóvil. Esta huellas demostraban, para todo aquel que no las observara teniendo una opinión preconcebida del caso, que la muchacha y Vane no habían ido juntos, ya que las huellas del hombre demostraban claramente que éste había ido corriendo, mientras que ella lo había hecho andando. O, en otra forma, que ella se había adelantado caminando, y él, el capitán Vane, la había seguido o la había oido a ella pedir auxilio. Esto me puso en evidencia de inmediato que alguien la había esperado a ella al final del sendero probablemente alguien que la esperaba a ella cuando ella se encontró accidentalmente con Vane. El capitán no se hallaba vestido como para una fuga. Además, había dicho que iría a dar un paseo por la selva, lo que, en efecto, hizo, pues la selva, en aquel punto, bordea el camino. Yo había sabido, anteriormente por medio del cartero que Molly había recibido esa mañana una carta, efectivamente. Esto me quitó la última duda que tenía. Ahora estaba seguro de que Molly Clayton no se iba a ver con Vane la noche de su desaparición.

—¿Con quién, entonces?

—Con su antiguo cortejante. Con aquel que, unos cuantos meses atrás, había hecho sacar cincuenta copias de la fotografía de esta hermosa muchacha, las que había hecho preparar para sus propios fines.

—¿Vane intervino?

—Cuando la muchacha vió que ellos querían llevársela, indudablemente armó algún escándalo. El corrió en su auxilio. Ellos no habían contado con él; son canallas muy astutos, que dejan pocos indicios, a menos que sea para alguien, que como yo, los ha combatido en su propio terreno con anterioridad.

—¿En su propio terreno? ¿Qué quiere decir usted, Harley? ¿Quiénes son ellos?

—¿Dónde supone usted que han ido a parar esas cincuenta fotografías?

—Ni me lo figuro.

—Se lo voy a decir, entonces. Las guerras en Oriente han tenido como consecuencia colocar poder y riquezas en manos de gentes inescrupulosas. Pero aún antes de la guerra había bazares, Knox, bazares en los cuales se podía adquirir una esposa negra por unas treinta libras, y una blanca por cualquier precio entre doscientas cincuenta y mil. ¡Ah! ¿Se sorprende usted? ¡Pues le aseguro que es la pura verdad! Pero volvamos al caso. Existen aún, como siempre han existido, comerciantes particulares de esclavas. Esas cincuenta fotografías circularon entre los nuevos ricos de Oriente; fueron empleadas en la misma forma que cualquier otro comerciente emplea sus catálogos. Llegaron a manos de potentados de Damasco, de Estambul, de Medina, que se hallaban en busca de nuevas y hermosas esposas. El retrato de Molly puede haber sido uno entre muchos. Recuerdo que miles de muchachas desaparecen de sus hogares, en todo el mundo, cada año. Las bellezas rubias son muy populares en Oriente. — Y, agregó después de un momento, amargamente, — el infame canalla se me ha escapado.

—¡Alí el del Cairo!—exclamé.—¡Entonces Alí!...

—Alí es uno de los más importantes comerciantes de esclavas en todo Oriente.

—¡Dios del cielo, Harley! ¡Al fin comprendo!

—Mucho me costó a mí mismo comprender, Knox. Pero, tan pronto se me ocurrió la posibilidad, le pedí a Wessex que se pusiera en contacto con el ayuda de cámara de Vane. Fué a su respuesta a lo que él se refirió esta noche. El capitán Vane tenía un gran lunar velludo en el hombro, y el nombre de una mujer junto con un monograma tatuado en un brazo como recuerdo de sus días de Sandhurts.

—¡Entonces, el hombre del cráneo afeitado!...

—Es el capitán Roland Vane. Quiera Dios que descanse en paz. Pero yo nunca lo haré hasta que el jorobado comerciante de carne humana haya encontrado su merecido.

— ROHMER.

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

El que recibe salario es esclavo. — Marmontel.

* * * *

La exaltación no se cuida nunca de hacer cálculos exactos. — Max Nordau.

* * * *

El derecho es el soberano del mundo. — Michelet.

* * * *

¿Qué es revolución? La reacción de la equidad, el advenimiento tardio de la justicia eterna. — Mich[illegible]

* * * *

El santo y seña de nuestros tiempos es la "Asociación", que debe extenderse a todos. — Mazzini.

* * * *

La palabra razonada no es la que se escucha más atentamente en las grandes asambleas; es la pronunciada con mayor énfasis. — Max Nordau.

* * * *

El Parlamento es una institución destinada a satisfacer la vanidad y la ambición de los diputados, y a servir sus intereses personales. — Max Nordau.

* * * *

Así como el amante de una cualquiera no sabe apreciar a una mujer honrada, de la misma manera el amante de un régimen opresor no sabe amar ni reconocer la bondad de un régimen libre y razonable. — Marat.

* * * *

No sé si me engaña el deseo, más pienso que la Química podría hallar en todos los cuerpos un principio nutritivo, y entonces le sería al hombre tan fácil alimentarse como apagar su sed con el agua de un río. ¿A qué quedarían en tal caso reducidos los combates del orgullo, de la ambición, de la avaricia, de todas las instituciones crueles de los grandes imperios? Un alimento abundante a la disposición del hombre, sería prenda segura de su tranquilidad y de su virtud. — Mercier

El hogar es la piedra que sirve de cimiento a la sociedad. — Michelet.

* * * *

La fe en los dogmas cristianos se apaga en el corazón de los hombres. — Mazzini

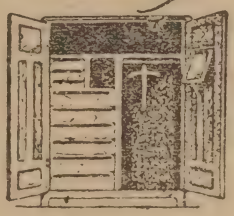
* * * *

Las constituciones bastardas sólo sirven para producir tiranos hipócritas. — Michelet.

* * * *

El espíritu humano es como el vapor: comprimido exageradamente, estalla; reportado en su fuerza, da movimiento a todo. — Laboulaye.

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIAL



Precio reclame desde $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas

Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

HUMORISMO

ESTADOUNIDENSE

EN EL CUARTO DE BISMARCK

Comedia histórica con momentos de grandísima emoción

EPILOGO

JUANA DE ARCO

(Ardiendo en la hoguera). — Aquí estoy esperando ver que brillen las luces y que canten los ángeles por que mi esposa no quiso acompañarme al baile. ¡Pero ha muerto!

PEDRO EL GRANDE

Unos miran hacia el Este y otros miran hacia el Oeste. ¡Y sus miradas no tropezarán!

JUANA DE ARCO

¡Qué idea feliz! ¡Cambiaremos de esposas! ¡Sólo por unos días!

CUADRO I

(Entra sir Walter Raleigh)

JULIO CESAR

¿Es esta la jovencita que afirma ser tío mio y que ha de guiar a nuestro alegre grupo hasta la alegre casa de la colina? ¿Es o no es?

MARIA ANTONIETA

(Leyendo). — Hace ochenta y siete años, nuestros padres...

GARIBALDI

(Leyendo). — ¡Dios mío! ¡Según este testamento debo casarme a las 7.26 a. m. o perder noventa millones! ¿Qué hora es?

TODOS

¡El reloj está parado! ¡Eso es obra de una rata que le comió el mecanismo! ¡Estamos perdidos!

ACTO VII

GARIBALDI

¡Todo se ha arreglado! ¡Me casaré dentro de treinta y tres años! **(Vase)**

LA REINA VICTORIA

¡No! Hace poco cambió de esposa con Juana de Arco por unos días.

ROBESPIERRE

(Entrando rápidamente con un tenedor que no es el suyo). — ¡Linda bolsa de gatos! ¿No?

ATILA

¡Usted podrá burlarse de toda la gente de todos los tiempos y lo que es más: yo seré su brazo derecho, hijo mío.

(María, reina de Escocia, se retira por la lateral derecha.

ACTO 90

CLEOPATRA

(Poniéndose de pie de un salto). — ¡La voz de mi marido! ¡Es necesario que no me encuentre aquí! **(Se esconde debajo de la tina de baño, que es de mármol).**

CRISTOBAL COLON

¡Eh! ¡Que se olvida usted de dejar los guantes olvidados para que él los encuentre!

JORGE WASHINGTON

¡Ah! ¡Los guantes de mi esposa! **(Los recoje.)** ¿La conoce usted?

LUIS XIV

¡Pero si esa no es su esposa! ¡Es la esposa de Carlomagno! ¡Los dos intercambiamos las esposas por unos días!

(Se abrazan y se besan. En el mismo momento entra Napoleón).

TELON

(De la revista "Pelicon" de California.

INGLES

¡ROBADO Y CONTENTO!

Por WHITE

DON Félix amaba la tranquilidad, pero no conseguía disfrutar nunca de la paz que reclamaba su espíritu.

Tenía esposa, una hija, un hijo, un perro y un loro. El loro gritaba sin cesar, el perro ladraba por la menor cosa, su hijo tocaba el violín, su hija el acordeón y su mujer el piano. El pobre Don Félix no estaba tranquilo ni un instante. ¡Con lo que él amaba la tranquilidad!

Una noche, cuando todo dormía en su casa, oyó D. Félix un ruido inquietante y siniestro. Se levantó y armándose de un revólver entró en el comedor. ¡Arriba las manos! Dos ladrones estaban allí a sus pies envolviendo los objetos robados, los cuales, a la voz de D. Félix, levantaron las manos.

—¿Qué hay en esos paquetes? — preguntó.

—El perro que hemos estrangulado.

—¿Y qué más?

—El loro.

—¿Y qué más?

—Un violín, un acordeón...

—¿Nada más?

—Nada más.

—Está bien, pueden ustedes llevárselo. Se lo regalo; pero con una condición: que se lleven ustedes también el piano.

DE UN FAMOSISIMO AUTOR

La familia maldita

("OLALLA")

Por R. L. STEVENSON

(Traducción del inglés)

Esta breve novela, — que "Pucky" publica completa, — constituye una de las obras más significativas del autor de "La Isla del Tesoro" y otras obras cuya popularidad es tanta que han sido traducidas a muchos idiomas y son conocidas en todo el mundo.

"Mi misión, — dijo el doctor, está ya cumplida, y puedo afirmar con orgullo que bien cumplida. Sólo falta alejarle a usted de esta ciudad fría y dañina, y darle un par de meses de aire puro y tranquilidad de conciencia. Esto último depende de usted. En cuanto a lo primero, creo que puedo proporcionarle ayuda. Verá usted qué casualidad: el otro día precisamente vino el cura del pueblo, y como somos viejos amigos, aunque de profesiones contrarias, me pidió auxilio para aliviar la penosa situación de unos feligreses suyos. Se trata de una familia que... Pero usted no conoce España, y aun los nombres de nuestra grandeza le dirían muy poco; bástele, pues, saber que en otro tiempo fué una familia eminente, y que se encuentra ahora al borde de la miseria. Ya nada les queda, fuera de una finca rústica y algunas leguas de monte abandonado, que, en su mayor parte, no bastan para alimentar a una cabra. Pero la casa es muy buena; una finca antigua, en lo alto de unas colinas, un lugar de lo más salubre. En cuanto mi amigo me expuso el caso, yo me acordé de usted. Le dije que justamente estaba asistiendo a un oficial herido, herido por la buena causa, que necesitaba cambiar de aires; y le propuse que sus amigos lo recibieran a usted como huésped. Conforme a lo que yo me esperaba, el cura se puso al instante muy serio. Me dijo que era inútil hablar de eso. "Entonces, que se mueran de hambre", — le contesté, — porque el orgullo en el menesteroso es cosa que no me agrada. Y nos separamos algo picados; pero ayer, con gran sorpresa mía, el cura vino a verme e hizo acto de contrición: había tratado el asunto, dijo, y la dificultad no era tan grande como él se temía; en otros términos: que la orgullosa familia estaba dispuesta a guardarse su orgullo para mejor ocasión. Entonces cerré el trato, y salvo la aprobación de usted, hemos quedado en que irá usted a pasar una temporada en la residencia campestre. El aire de la montaña le renovará a usted la sangre, y la quietud en que vivirá usted vale por todas las medicinas del mundo."

—Doctor, — dije yo, — hasta aquí ha sido usted mi ángel bueno, y un consejo de usted es para mí una orden. Pero hágame el favor de contarme algo de la familia con quien voy a vivir.

—A eso voy, — replicó mi amigo, — porque realmente la cosa ofrece alguna dificultad. Estos indigentes son, como he dicho a usted, personas de muy alta descendencia y tienen una vanidad de lo más infundado. Durante varias generaciones han vivido en un aislamiento creciente, alejándose, por una parte, del rico que ya estaba demasiado arriba para ellos, y por otra, del pobre, a quien todavía consideraban muy abajo. Ahora mismo, cuando ya la pobreza los obliga a abrir su puerta a un huésped extraño, no pueden resolverse a hacerlo sin una estipulación muy desagradable. Y es que usted de-

bera permanecer siempre ajeno a la vida de ellos; ellos lo atenderán a usted, pero desde ahora se niegan a la sola idea de la más leve intimidad entre usted y ellos.

No puedo negar que esto me impresionó un poco, y que tal vez la curiosidad acrecentó mi deseo de ir a aquel sitio, porque yo confiaba en que, a empeñarme en ella, rompería la barrera.

—La condición no tiene nada de ofensiva. — declaré. — El sentimiento en que ella se inspira me es del todo simpático.

—Verdad es, — añadió el doctor cortésmente, — que no lo han visto a usted nunca; y si supuieran que es usted el hombre más apuesto y agradable que nos ha venido de Inglaterra (donde, según aseguran, abundan los hombrés apuestos más no tanto los agradables), no hay duda que le prepararían a usted la bievenida que se merece. Pero puesto que usted no lo toma a mala parte, no hay más que hablar. A mí me parece una falta de cortesía. Pero es usted quien sale ganando. La familia no le había de seducir a usted gran cosa. Una madre, un hijo y una hija: una señora que parece está medio imbécil, un chico zafio, una muchacha criada en el campo, de quien su confesor tiene la más alta idea y que, en consecuencia, — añadió el médico con cierta sonrisa, — debe de ser fea; todo esto no es para cautivar a un bizarro militar.

—Sin embargo, — objeté, — dice usted que son de muy alta cuna.

—Bueno, distingamos, — replicó el doctor. — La madre lo es; no los hijos. La madre es el último vástago de una raza principesca, tan degenerada en sus virtudes como decaída en su fortuna. El padre de esta señora, además, de pobre, era loco; y ella, la hija, vivió abandonada en la residencia hasta que él murió. La mayor parte de la fortuna pereció con él; la familia quedó casi extinta la muchacha, más abandonada y silvestre que nunca, se casó al fin sabe Dios con quién: unos dicen que con un arriero; otros, que con un matutero, y tampoco falta quien asegure que no hubo tal matrimonio, y que Felipe y Olalla son bastardos. Como quiera, la unión quedó disuelta trágicamente hace algunos años; pero la familia vive en reclusión tan completa, y la comarca, por aquel tiempo, estaba en un desorden tan grande, que el verdadero fin del padre sólo lo conoce el cura, si es que él lo conoce.

—Me parece que voy a ver cosas extraordinarias, — dije.

—Yo, en el caso de usted, no fantasearía mucho, — repuso el doctor; temo que se encuentre usted con la realidad más llana y rastrera. A Felipe, por ejemplo, lo he visto. Y ¿qué le diré a usted? Es un chico muy rústico, muy socarrón, muy zafio, y, en suma, un inocente; los demás miembros de la familia serán dignos de él. No, no, señor comandante. Usted debe buscar la compañía que le conviene en la contemplación de nuestras hermosas montañas; y en esto, si sabe usted admirar las obras de la Naturaleza, le prometo que no quedará defraudado.

Al día siguiente, Felipe vino por mí en un tosco carricoche tirado por una mula; y, poco antes de dar las doce, tras de haber dicho adiós al doctor, al posadero y a algunas almas caritativas que me habían auxiliado durante mi enfermedad, salimos de la ciudad por la puerta de Oriente, y empezamos a trepar la Sierra. Por tanto tiempo había estado yo prisionero, desde el día en que, tras la pérdida del convoy, me abandonaron por muerto, que el mero olor de la tierra me hizo sonreír. El país que atravesábamos era rocalloso y agreste, cubierto parcialmente de hirsutos bosques, ya de alcornoques, ya de castaños, — los robustos castaños españoles, — y frecuentemente interrumpido por las torrenteras. Brillaba el sol, el viento susurraba, gozoso, y habíamos adelantado ya algunas millas, y ya la ciudad aparecía como un montoncito en el llano, que se extendía a nuestra espalda, cuando comencé a reparar en mi compañero de viaje. A primera vista, era un muchachito campesino, bien formado, pero zafio, como me lo había descripto el doctor; muy presto y activo, pero exento de toda cultura. Para la mayoría de los que lo observaban, esta primera impresión era definitiva. Lo que comenzó a chocarme en él fué su charla familiar y desordenada, que parecía estar tan poco de acuerdo con las condiciones que se me habían impuesto, y que, — parte por lo imperfecta en la forma, y parte por la vivaz incoherencia del asunto, — era tan difícil de seguir. Cierto es que ya antes había hablado con gente de constitución mental semejante, gente que, como este muchacho, parece vivir sólo por los sentidos, de quien se apodera por completo el primer objeto que se ofrece a la vista, y que es incapaz de descargar su mente de esta fugitiva impresión. La conversación de aquel muchacho me iba pareciendo una conversación propia de conductores y cocheros, que se pasan lo más del tiempo en completo ocio mental, desfilando por entre paisajes que les son familiares. Pero el caso de Felipe era otro porque, según él mismo me contó, él era el guardián del hogar.

—Ya quisiera haber llegado, — dijo; — y mirando un árbol junto al camino, añadió, sin transición, que un día había visto allí un cuervo.

—¿Un cuervo? — repetí yo, extrañado de la incoherencia, y creyendo haber oído mal.

Pero ya el muchacho estaba embargado por otra idea. Con un gesto de atención concentrada, ladeó la cabeza, frunció el ceño, y me dió un empellón para obligarme a guardar silencio. Después sonrió y movió la cabeza.

—¿Qué ha oído usted? — pregunté.

—Nada, no importa, — contestó. — Y empezó a azuzar a su mula con unos gritos que resonaban extrañamente en los muros de la montaña.

Lo observé más de cerca. Estaba admirablemente bien construído: era ligero, flexible, fuerte; de facciones regulares, de ojos dorados y muy grandes, aunque tal vez no muy expresivos. En conjunto, era un muchacho de muy buen aire, en quien no descubrí más defectos que la tez sombría y cierta tendencia a ser velludo, cosa ambas de que abomino. Pero lo que en él más me atría, al par que intrigaba, era su espíritu. Volvió a mi memoria la frase del doctor: "Es un ino-

cente". Y me preguntaba yo si, después de todo, sería eso lo más exacto que de él se podía decir, cuando el camino comenzó a descender hacia la garganta angosta y desnuda de un torrente. En el fondo, tronaban las aguas tumultuosas, y el barranco parecía como henchido todo con el rumor, el tenue vapor y los aletazos de viento que hacían coro a la catarata. El espectáculo impresionaba ciertamente, pero el camino era muy seguro por aquella parte, y la mula adelantaba cin un tropiezo. Así, me sorprendió advertir en la cara de mi compañero la palidez del terror. La voz salvaje del torrente era de lo más mudable: ya languidecía con fatiga, ya redoblaba sus roncos gritos. Momentáneas crecidas parecían de pronto hincharlo, precipitándose por la garganta y agolpándose con furia contra los muros de roca. Y pude observar que, a cada espasmo de clamor, mi conductor desfallecía y palidecía visiblemente. Cruzó por mi espíritu el recuerdo de las supersticiones escocesas en torno al río Kelpie, y me pregunté si habría por acaso algo semejante en aquella región de España; y al fin, abordando a Felipe, traté de averiguar lo que le pasaba:

—¿Qué hay? — le dije.

—Es que tengo miedo, — me contestó.

—Pero ¿de qué tiene usted miedo? — insistí. — Este me parece uno de los sitios más seguros de todo este peligrosísimo camino.

—Es que como hace ruido... — confesó, con una ingenuidad que aclaró todas mis dudas.

Sí: aquel muchacho tenía una mente pueril, activa y ágil como su cuerpo, pero retardada en su desarrollo. Y en adelante comencé a considerarlo con cierta compasión, y a seguir su cháchara inconexa, primero con indulgencia y finalmente hasta con agrado.

Hacia las cuatro de la tarde ya habíamos traspuesto las cumbres y, despidiéndonos del crepúsculo, empezábamos a bajar la cuesta, asomándonos a los precipicios y discurriendo por entre las sombras de penumbrosos bosques. Por todas partes se levantaban los rumores de las cascadas, no ya condensados y formidables como en la garganta que habíamos dejado atrás, sino dispersos, alegres y musicales, entre las cañadas del camino. El ánimo de mi conductor pareció también recobrarse: comenzó a cantar en falsete, con singular carencia de sentido musical, desentonando y destrozando la melodía, en un vaguear continuo; y, sin embargo, el efecto era natural y agradable como el del canto de los pájaros. A medida que la sombra aumentaba, el sortilegio de aquel gorjeo sin arte se fué apoderando más y más de mí, obligándome a escuchar, en espera de alguna melodía definida, pero siempre en vano. Cuando al fin le pregunté que era lo que cantaba.

—¡Oh, — me contestó, — si nada más canto!

Lo que más me llamaba la atención en aquel canto era el artificio de repetir incansablemente, a cortos intervalos, la misma nota, lo cual no resultaba tan monótono como pudiera creerse, o, por lo menos, no era desagradable, y parecía exhalar un dulce contentamiento con todo lo que existe, como el que creemos ver en la actitud de los árboles o en el reposo de un lago.

* * * *

Ya había cerrado la noche cuando salimos a una meseta y descubrimos a poco un bulto negro, que supuse fuera la residencia campestre. Mi guía, saltando del coche, estuvo un rato gritando y silbando inútilmente, hasta que por fin se nos acercó un viejo campesino, salido de entre las sombras que nos envolvía, con una vela en la mano. A la escasa luz de la vela pude columbrar una gran puerta en arco, de carácter moruno: tenía unos batientes con chapas de hierro, y en uno de ellos, un postigo que Felipe abrió. El campesino se llevó el coche a algún pabellón accesorio, y mi guía y yo pasamos por el postigo, que se cerró nuevamente a nuestra espalda. Alumbrados por la vela, atravesamos un patio, subimos por una escalera de piedra, cruzamos otra galería abierta, después trepamos por otra escalera y, por último, nos encontramos a la puerta de un aposento espacioso y algo desamueblado. Este aposento, que comprendí iba a ser el mío, tenía tres ventanas, estaba revestido de tableros de reluciente madera y tapizado con pieles de animales salvajes. En la chimena ardía un vivo fuego, que difundía por la estancia su resplandor voluble. Junto al fuego, una mesa dispuesta para servir la cena; y, al otro extremo, la cama ya tendida. Estos preparativos me produjeron una emoción agradable, y así se lo manifesté a Felipe, el cual, con la misma sencillez que ya había yo observado en él, confirmó calurosamente mis alabanzas.

—Un cuarto excelente, — dijo. — Un cuarto muy hermoso. Y fuego también: buena cosa para alegrar los huesos. Y la cama, — continuó, alumbrando la otra parte de la habitación: — Vea usted qué buenas mantas, qué finas, qué suaves, suaves...

Y pasaba la mano una y otra vez por la manta, y ladeaba la cabeza hinchando los carrillos con una expresión de agrado tan grosera que casi me molestó. Le quité la vela, por miedo de que pusiese fuego a la cama, y me dirigí a la mesa. En la mesa había vino: llené una copa y lo invité a beber. Se me acercó al instante con una viva expresión de anhelo; pero, al ver el vino, se estremeció y dijo:

—No, no, Eso, para usted. Yo aborrezco el vino.

—Muy bien, señor, — le dije. — Entonces voy a beber yo a la salud de usted, y por la prosperidad de su casa y familia. Y a propósito, — añadí, tras de apurar la copa, — ¿podría yo tener el gusto de ofrecer mis respetos a su señora madre?

Al oir esto, la expresión infantil desapareció de su rostro, dando lugar a una indescriptible expresión de astucia y misterio. Retrocedió como si fuera yo un animal dispuesto a saltar sobre él o algún sujeto peligroso que blandiese un arma temible, y, al llegar a la puerta, me echó una

mirada sañuda, con contraídos párpados. y...

—No, — me dijo. Y salió silenciosamente del aposento. Y oí el rumor de sus pisadas por la escalera, como un leve rumor de lluvia. Y la casa se sumergió en el silencio.

Cené. Acerqué la mesa a la cama, y me dispuse a dormir. En la nueva posición de la luz, me llamó la atención un cuadro que colgaba del muro: era una mujer, todavía joven. A juzgar por el vestido y cierta blanda uniformidad que reinaba en la tela, era una mujer muerta hacía tiempo; pero a juzgar por la vivacidad de la actitud, los ojos y los rasgos, me parecía estar contemplando en un espejo la imagen de la vida. El talle era delgado y enérgico, de proporciones muy justas; sobre las cejas, a modo de corona, se enredaban unas trenzas rojas; sus ojos, de oro oscuro, se apoderaban de los míos; y la cara, de perfecto dibujo, tenía, sin embargo, un no se qué de crueldad, de adustez y sensualidad a un tiempo. Algo en aquel talle, en aquella cara, algo exquisitamente inefable, — eco de un eco, — me recordaba los rasgos y el porte de mi guía; y un buen rato estuve considerando, con una curiosidad incómoda, la singularidad de aquel parecido. La herencia común, carnal, de aquella raza, oringinalmente trazada para producir damas tan superiores como la que así me cautivaba en la tela, había decaído a más bajos usos y vestía ahora trajes campesinos, y se sentaba al pescante y llevaba la rienda de un coche tirado por una mula, para traer a casa un huésped. Tal vez quedaba aún un eslabón intacto; tal vez un último escrúpulo de aquella sustancia delicada que un día vistiera el satén y el brocado de la dama de ayer se estremecía hoy al contacto de la ruda frisa de Felipe.

La primera luz de la mañana cayó de lleno sobre el retrato, y yo, desde la cama y ya despierto, continuaba examinándolo con creciente complacencia: su belleza se insinuaba hasta mi corazón insidiosamente, acallando uno tras otro mis escrúpulos; y, aunque harto sabía ya que enamorarse de aquella mujer era firmar la propia sentencia de degeneración, también me daba cuenta de que, a estar viva, no hubiera podido menos de amarla. Día tras día fué haciéndose mayor esta doble impresión de su perversidad y mi flaqueza. Aquella mujer llegó a convertirse en heroína de mis sueños, sueños en que sus ojos me arrastraban al crimen y eran, después, mi recompensa. Mi imaginación, por su influjo, se fué haciendo sombría; y cuando me encontraba al aire libre, entregado a vigorosos ejercicios y renovando saludablemente la corriente de mi sangre, no podía menos de regocijarme a la gre, de que mi embrujadora beldad yacía bien segura en la tumba, roto el talismán de su belleza, sellados su labios en perenne mutismo y agotados sus filtros. Y, con todo, en mí bullía el incierto temor de que aquella mujer no estuviera muerta del todo, sino resucitada, — por decirlo así — en alguno de sus descendientes.

* * * *

Felipe me servía de comer en mi aposento, y cada vez me impresionaba más su parecido con el retrato. A vecs, el parecido se desvanecía por completo; otras, en algún cambio de actitud o momentánea expresión, el misterio del parecido era tal que se apoderaba de mí. Y esto, sobre todo, cuando Felipe estaba de mal humor. Notoriamente yo le era simpático; le enorgullecía que yo me fijara en él, y trataba de llamarme la atención con mil trazas infantiles y cándidas; gustaba de sentarse junto a mi fuego y soltar su charla inconexa o cantar sus extrañas canciones sin término y sin palabras; y, alguna vez, me pasaba la mano con una familiaridad afectuosa que me provocaba cierto embarazo de que yo mismo me avergonzaba. ero de pronto le entraban raptos de ira inexplicables o se ponía de humor huraño. A la menor palabra de protesta, volcaba el plato que acababa de servirme, y esto no con disimulo, sino con franca rudeza; y en cuanto yo manifestaba la menor curiosidad, hacía también alguna extravagancia. Mi curiosidad era más que natural, en aquel lugar extraño y entre gente tan extraña; pero, en cuanto apuntaba yo una pregunta, el muchacho retrocedía, amenazador y temible. Y entonces, por una fracción de segundo, el tosco muchacho resultaba un hermano gemelo de la dama del retrato. Pero pronto se disipaba este humor sombrío, y con él se disipaba también el parecido.

Durante los primeros días no vi a nadie más que a Felipe, salvo la dama del retrato; y como el muchacho era notoriamente desequilibrado y tenía raptos de pasión, parecerá extraño que yo tolerara con tanta calma su peligrosa vecindad. Y la verdad es que durante los primeros días me inquietó; pero pronto llegué a ejercer tal autoridad sobre él que pude considerarme tranquilo.

He aquí cómo fué. El era por naturaleza holgazán y tenía mucho de vagabundo, y, sin embargo, gobernaba la casa, y no sólo atendía en persona a mi servicio, sino que trabajaba todos los días en el huerto o pequeña granja que había a espaldas de la residencia. En esta labor le auxiliaba el labriego que vi por primera vez la noche de mi llegada, el cual habitaba en el término del cercado, en una casita rústica que quedaba a una media milla. Pero yo estaba seguro de que Felipe era el que trabajaba más de los dos. Cierto que a veces lo veía yo arrojar la azada y echarse a dormir entre las mismas plantas que había estado arrancando; pero su constancia y energía eran admirables, y más si se considera que yo estaba seguro de que eran extrañas a su disposición natural y producto de un esfuerzo penoso. Yo lo admiraba, preguntándome qué podía provocar, en aquella cabeza a pájaros, un sentimiento tan claro del deber. ¿Qué fuerza podía mantenerlo? Y ¿hasta qué punto prevalecería sobre sus instintos? Tal vez el sacerdote era su consejero y guía; pero el sacerdote había venido a la residencia sólo una vez y, desde una loma donde me entretenía yo en hacer apuntes del paisaje, lo vi en-

trar y salir tras un intervalo de cerca de una hora, y durante todo ese tiempo Felipe continuó su interrumpida labor en el huerto.

Al fin un día, con ánimo verdaderamente punible, resolví desviar al muchacho de sus buenas costumbres, y acechándolo desde la puerta, fácilmente lo persuadí a que se me reuniera en el campo. Era un hermoso día y el bosque adonde lo conduje estaba rebosante de verdor y alegría y embalsamado e hirviente de zumbidos de insectos. Aquí manifestó toda la vitalidad de su carácter, levantándose hasta unas alturas de regocijo que casi me humillaban, y desplegando una energía y gracia de movimientos que deleitaban los ojos. Saltaba, corría en mi derredor lleno de júbilo; de pronto, deteniéndose, miraba, escuchaba y parecía beber el espectáculo del mundo como se bebe un vino cordial; y después trepaba a un árbol de un salto, y allí se balanceaba y brincaba a su sabor. Aunque me habló poco, y cosas sin importancia, pocas veces habré disfrutado de una compañía más grata; sólo el verlo tan divertido era ya una contínua fiesta; la viveza y exactitud de sus movimientos me encantaban; y sin duda habría yo incurrido en la maldad de convertir en costumbre estos paseos al campo, a no haber sido porque el azar prevenía una brusca interrución a mis alegrías. Un día el joven, con no sé qué mañas o destrezas, atrapó una ardilla en la copa de un árbol. Estaba algo lejos de mí, pero lo vi claramente descolgarse del árbol, ponerse de cuclillas y gritar de gozo como un niño. Aquellos gritos — tan expontáneos e inocentes — me produjeron una emoción agradable. Pero al acercarme, el chillido de la ardilla me produjo cierta turbación. Yo había oído hablar, y había presenciado por mí mismo, muchas crueldades de muchachos, y sobre todo entre la gente de campo; pero esta crueldad me encolerizó. Sacudí al perverso muchacho, le arrebaté el pobre animalito, y, con eficaz compasión, le di la muerte. Después me volví al verdugo, le hablé largo rato en el calor de la indignación, le dije mil cosas que parecieron llenarlo de vergüenza, y, finalmente, indicándole el camino de la cosa, le ordené que se fuera y me dejara solo, porque a mí me gustaba la compañía de los seres humanos, no de las sabandijas. Entonces cayó de rodillas y, acudiéndole las palabras con más claridad que de costumbre, desató una corriente de súplicas conmovedoras, pidiéndome que por favor le perdonara, que olvidara lo que había hecho y confiara en su conducta futura.

—¡Es que me cuesta tanto trabajo! — exclamó — Comandante: ¡perdone usted a Felipe por esta vez; ya no volveré a ser bruto!

A esto, mucho más afectado de lo que dejaba traslucir, cedí, en efecto, y al fin cambiamos un apretón de manos y dimos por concluído el asunto. En cuanto a la ardilla, yo me empeñé en que fuera enterrada, a guisa de penitencia, y le hablé largamente de la belleza del cuitado animalejo, de lo que había sufrido y de lo bajo que es abusar de la propia fuerza.

—Mira, Felipe, — le dije, — tú eres muy fuerte. Pero, en mis manos, casi serías tan débil como en las tuyas ese pobrecillo huésped de los árboles. Préstame la mano. Ya ves que no te puedes soltar. Pues figúrate ahora que yo fuera cruel para contigo y me complaciera en hacerte sufrir. No hago más que apretar la mano, y ya ves lo que te duele.

Gritó, se puso pálido y sudoroso; y, cuando al fin lo solté, se dejó caer al suelo, y estuvo acariciándose la mano y quejándose como un bebé. Pero le aprovechó la lección y, sea por esto o por lo que le dije, o por la alta noción que ahora tenía de mi fuerza física, su afecto tendió a transformarse en una fidelidad, en una adoración como la del perro por su amo.

Entre tanto, mi salud se recobraba rápidamente. La residencia se levantaba en un valle rocalloso, al que servía de corona, valle abrigado de montañas por todas partes, de suerte que sólo desde el techo, — en "bartizan", — era posible distinguir, por entre dos picos, un trocito de llanura azul y distante. En aquella altura, el aire circula-apiñaban, que el viento desgarraba luego. apoñaban, que el viento desgaraba luego, dejándolas en airones prendidos a las cumbres de las colinas; en torno se oía el rumor, bronco, aunque difuso, de los torrentes; propio sitio, en suma, para estudiar los caracteres más rudos y antigüos de la naturaleza, en el hervor de su fuerza primitiva. Aquel escenario vigoroso me deleitó desde el primer momento, lo mismo que su clima mudable, y también la vieja y destartalada mansión en que fuí a vivir. La casa era un cuadrilongo que se prolongaba en las esquinas opuestas por dos apéndices como bastiones, uno de ellos sobre la puerta y ambos con troneras para mosquetería. Además, el cuerpo bajo carecía de ventanas para que, en caso de sitio, la plaza no pudiera ser atacada sin artillería. Este recinto bajo se reducía a un patio donde crecían granados. De aquí, por una amplia escalera de mármol, se llegaba a una galería abierta que corría por los cuatro lados y cuyo techo estaba sostenido por esbeltas columnas. Y de aquí, otras escaleras cerradas conducían al piso superior, que estaba dividido en departamentos. Las ventanas, internas y externas, siempre estaban ceradas; algunas piedras de los dinteles se habían caído, una parte del techo había sido arrancada por el huracán, cosa frecuente en aquellas montañas, y casa toda, al fuego del sol, yaciendo pesadamente entre un bosquecillo de pequeños alcornoques, cenicienta de polvo, parecía el dormido palacio de la leyenda. El patio, sobre todo, era la propia mirada del sueño; por sus aleros zumbaba el arrullo de las palomas y, aunque no daba al aire libre, cuando soplaba el ciento afuera, el polvo de la montaña se precipitaba allí como lluvia espesa, empañando el rojo sangriento de las granadas. Rodeábanlo las ventanas condena-

das, las cerradas puertas de numerosas celdas, los arcos de la amplia galería; y todo el día el sol proyectaba rotos perfiles por alguna de sus cuatro caras, alineando sobre el piso de la galería las sombras de los pilares. En el piso bajo, entre unas columnas, había un riconcito que bien podía ser habitación humana. Quedaba abierto al patio y tenía una chimenea, donde ardía todo el día un buen fuego de leña, y el suelo de azulejos estaba tapizado con pieles.

Allí ví a mi huéspeda por primera vez. Había sacado una piel al sol y estaba sentada sobre ella, apoyada en una columna. Lo que primero me llamó la atención fué su vestido, rico y abigarrado, que brillaba casi en aquel patio polvoroso, aliviando los ojos como las flores del granado. Después reparé en su extremada belleza. Cuando alzó la cara, — supongo que para verme, aunque no distinguí sus ojos, — con una expresión de buen humor y contento casi imbécil, mostró una perfección de rasgos y una nobleza de actitud mayores que las de una estatua. Yo me descubrí al pasar, y en su cara hubo entonces un fruncimiento de desconfianza tan rápido y leve como el temblor del agua a la brisa; pero no hizo caso de mi saludo. Yo continué, camino de mi paseo habitual, un poquillo desconcertado: aquella impasibidad de ídolo me turbaba. A mi regreso, aunque estaba aún en igual postura, me chocó advertir que, siguiendo el sol, se había trasladado al otro pilar. Esta vez ya me saludó; fué un saludo trivial, bastante cortés en la forma, pero, en el tono, tan profundo, indistinto y balbuciente que, como en los de su hijo, contrariaba la expresión a la exquisitez del saludo. Contesté sin saber lo que hacía; porque, aparte de que no entendí claramente, me quedé asombrado ante aquellos ojos que se abrieron de pronto. Eran unos ojazos enormes, el iris dorado como en los de Felipe, pero la pupila tan dilatada en aquel instante que casi parecían negros, y lo que más me asombró no fué el tamaño de los ojos, sino, — lo que tal vez era consecuencia de lo otro, — la singular insignificancia de la mirada. Jamás había yo visto una mirada más anodina y estúpida. Mientras contestaba el saludo, desvié la mirada instintivamente y trepé a mi habitación, entre embarazado y contrariado. Pero cuando, al llegar allí, contemplé el retrato, de nuevo se apoderó de mí el milagro de la descendencia familiar. Mi huéspeda era desde luego mayor de edad y más desarrollada que la dama del cuadro; los ojos eran de otro color, su rostro no tenía nada de aquella expresión perversa que tanto me atraía y ofendía en el retrato: no; en él no se leían ni el bien ni el mal, sino la nada moral más inexpresiva y absoluta, y, con todo, el parecido era innegable; no expreo, sino inmanente; no en tal o cual rasgo particular, sino más bien en el conjunto. Se diría, pues, que el pintor, al firmar el retrato, no sólo había sorprendido en ella a una mujer risueña y artera, sino a toda una raza, en su calidad esencial.

A partir de aquel día, al entrar o salir, estaba yo seguro de encontrarme siempre a la señora sentada al sol y apoyada en una columna, o acurrucada junto al fuego sobre un tapete; sólo una que otra vez cambiaba su sitio acostumbrado por el último peldaño de la escalera, adonde, con el mismo abandono habitual, la encontraba yo en mitad de mi camino. Y nunca vi que gastara en nada la menor suma de energía, fuera de la muy escasa que es necesaria para peinar una y otra vez su copiosa cabellera color de cobre, o para balbucir, con aquella voz rica, profunda y quebrada, sus acostumbrados saludos perezosos. Creo que éstos eran sus mayores placeres, fuera del placer de la quietud. Parecía estar muy orgullosa de todo lo que decía, como si todo ello fuera muy ingenioso; y en verdad, aunque su conversación era tan poco importante como suele serlo la de tanta gente respetable, y se movía dentro de muy estrechos límites y asuntos, nunca era incoherente ni insustancial; más aún: sus palabras poseían no sé qué belleza propia, como si fueran una emanación de su contento. Ya hablaba del buen tiempo, del que disfrutaba tanto como su hijo; ya de las flores de los granados, ya de las palomas blancas y golondrinas de largas alas qeu abanicaban el aire del patio. Los pájaros la excitaban. Cuando, en sus vuelos ágiles, azotaban los arcos de la galería, o pasaban junto a ella casi rozándola en un golpe de viento, la dama se agitaba un poco, se incorporaba, y parecía despertar de su sueño de satisfacción. Pero, fuera de esto, yacía voluptuosamente replegada en sí misma, hundida en perezoso placer. Al principio me molestaba aquel contentamiento invencible, pero al cabo me resultó un espectáculo reparador, hasta que acabé por acostumbrarme a perder un rato a su lado cuatro veces al día, — a la ida y a la vuelta, — y charla con ella somnolientamente, no sé ni de qué. En suma: que acabé por gustar de su sosa y casi animal compañía: su belleza y su bobería me confortaban y me divertían a la vez. Poco a poco descubrí en sus observaciones cierto buen sentido trascendental y su inalterable buen humor causaba mi admiración y envidia. La simpatía era correspondida; a ella, medio inconscientemente, le agradaba mi presencia, como le agrada al hombre sumergido en profundas meditaciones el parloteo del arroyo. No puedo decir que, al acercarme yo, hubiera en su rostro la menor señal de satisfacción, porque la satisfacción estaba escrita en él para siempre, como en una estatua que representara la sandez contenta; pero una comunicación más íntima aún que la mirada me revelaba su simpatía hacia mí. Hasta que un día, al sentarme junto a ella, en la escalera de mármol, alargó de pronto una mano y acarició la mía. Hecho esto, volvió a su actitud acostumbrada, antes de que me diera yo cuenta de lo suedido; y, cuando busqué sus ojos, no leí nada en ellos. Era evidente que no daba la menor importancia al hecho, y me censuré interiormente por mi exceso de conciencia y escrúpulo.

La contemplación y, por decirlo así, el trato con la madre, confirmó el juicio que del hijo me había formado. La sangre de

aquella familia se había ido empobreciendo, sin duda por causa de una larga procreación, error común de las clases orgullosas y exclusivas. Sin embargo, no podía advertirse la menor decadencia en las líneas del cuerpo, modelado con sin igual maestría y fuerza; de suerte que las caras de la actual generación tenían tan marcado el cuño como aquella cara de hacía dos siglos que me sonreía desde el retrato. Pero la inteligencia, — que es el patrimonio más precioso, — había degenerado; el tesoro de la memoria ancestral había caído muy abajo, y había sido menester el cruce plebeyo y potente del arriero o contrabandista en las montañas para levantar el sopor de la madre hasta la actividad desigual del hijo. Sin embargo, entre los dos, yo prefería a la madre. A Felipe, vengativo un día y otro sumiso, lleno de arranques y arrepentimientos, inconstante como una liebre, fácilmente me lo imaginaba convertido en un ser perjudicial. Pero la madre, en cambio, sólo me sugiría ideas de bondad. Y como los espectadores son ligeros para tomar partido, yo escogí pronto mi partido en la sorda enemigtad que creí descubrir entre ambos. Esta enemistad me parecía manifiesta, sobre todo en la madre. A veces, cuando el hijo se acercaba a ella, se dijera que ella perdía el aliento, y sus pupilas inexpresivas se contraían de horror y miedo. Las emociones de la madre, por escasas que fuesen, eran enteramente superficiales y fácilmente las comunicaba. Aquella repulsión latenta hacia su hijo llegó a ser para mí un motivo de preocupación, y a menudo me preguntaba yo cuáles podían ser las causas de aquella anomalía, y si realmente el hijo tendría la culpa de todo.

* * * *

Haría diez días que estaba yo en la residencia, cuando el viento se soltó, soplando con gran fuerza y arrastrando nubes de polvo. Aquel viento venía de pantanos insalubres y bajaba de las sierras nevadas. Todo el que sufría su azote quedaba con los nervios destemplados y maltrechos, con los ojos irritados de polvo, las piernas adoloridas bajo el peso del propio cuerpo; y sólo frotarse las manos producía una sensación intolerable. El viento bajaba de las barrancas y zumbaba en torno a la casa con un rumor profundo y unos inacabables silbidos, tan fatigosos para el oído como deprimentes para el ánimo. No soplaba en ráfagas súbitas, sino con el ímpetu continuo de una cascada, de suerte que, en cuanto empezaba, no había reposo posible. Pero sin duda en las cumbres era más desigual, y tenía repentinos accesos de furia, porque de allá nos llegaban de tiempo en tiempo unos como doloridos lamentos que hacían daño; y otras veces, en algún declive o explanada, alzaba y deshacía en un instante una torre de polvo semejante al humo de una explosión.

No bien abrí los ojos, cuando me dí cuenta de la gran tensión nerviosa y depresión general provocada en mí por el mal tiempo. y esta impresión fué aumentando por horas En vano traté de resistirla; en vano me dispuse a mi paseo matinal, como de costumbre; aquel viento tan continuo y furioso pronto quebrantó mis energías. Y volví a la residencia, rojo de calor y blanco de polvo. El patio tenía un aspecto lamentable; de tiempo en tiempo se arrastraba por allí un rayo de sol; a veces el viento hacía presa en los granados, sacudiendo y dispersando las flores, y las ventanas, cerradas vibraban incesantemente. En su rincón, la señora paseaba de aquí para allá con rostro encendido y ardientes ojos. Hasta me pareció que hablaba sola como persona encolerizada. Al dirigirle mi acostumbrado saludo, apenas me contestó con un gesto agrio y continuó su curso. El mal tiempo había logrado perturbar hasta a aquella impasible criatura. Pensando en esto, llegué a mi aposento menos avergonzado de mi propio malestar.

El viento duró todo el día. Me instalé a mis anchas, traté de leer, estuve paseando de un lado a otro, y oyendo sin cesar el tumulto de afuera. Llegó la noche y me sorprendió si una bujía. Sentí la necesidad de la compañía y me escurrí hasta el patio El patio estaba sumergido en la bruma azul de la primera sombra; pero, en el rincón ardía un fuego rojo. Había mucha leña amontonada, y el alto penacho de llamas bailaba sin cesar en la chimenea. Al temblroroso resplandor, la señora continuaba yendo y viniendo, con descompuestos ademanes, ora trabando las manos, ora cruzándose de brazos, ora echando atrás la cabeza como quien clama al cielo. En este desorden de movimientos, su belleza y gracia lucían todavía más que de ordinario; pero en sus ojos ardía una chispa inquietadora... Yo, tras de observarla en silencio, sin ser advertido, al parecer, me volví por donde había venido y me encaminé a mi cuarto, resignado a pasarla solo.

Cuando Felipe entró a traerme unas velas y a servirme la cena, mi excitación era ya considerable; y, si el muchacho hubiera sido el mismo de siempre, me habría apoderado de él, — aun por fuerza, — obligándole a compartir mi triste soledad. Pero también sobre Felipe el viento había producido su efecto. Todo el día había tenido fiebre, y al anochecer, había caído en un estado de depresión y en un humor irritable que obraban, a su vez, sobre mi propio estado. Sólo al ver su cara asustada, sus estremecimientos, su palidez, la inquietud con que se ponía a escuchar de repente el ruido exterior, me pusieron enfermo. Como se le cayera un plato que se estrelló en el suelo, di un salto en mi asiento sin poder contenerme ya. Todavía, tratando de bromear, exclamé:

—Creo que hoy todos estamos locos.

—¡El negro viento! — contestó amargamente. — Está uno como si tuviera que hacer algo, sin saber qué.

La descripción era exactísima. Felipe, en efecto, tenía a veces un raro tino para expresar en palabras las sensaciones del cuerpo.

—Lo mismo está tu madre, — continué.

— Parece que la afecta mucho el mal tiempo. ¿No se habrá enfermado?

Se me quedó mirando un instante, y luego repuso, como quien lanza un reto:

—No.

Y después, llevándose la mano a la frente, se quejó amargamento de aquel ventarrón y de aquel ruido que parecían andarle en la cabeza.

—¡Quién va a estar bueno hoy! — exclamó.

Y, en verdad, no puede menos de repetir sus palabras, porque yo me sentía muy trastornado.

Me metí en cama temprano, fatigado de aquel día de malestar; pero la venenosa naturaleza del viento y sus impíos e incesantes aullidos no me dejaron dormir. Y así estuve revolcándome, los nervios y los sentidos tirantes; dormitando a ratos entre horribles pesadillas, que me obligaban a despertar otra vez, y perdida la noción del tiempo entre aquellas alternativas de sueño.

Era muy tarde sin duda cuando de pronto me sobresaltó un ruido de gritos horribles y temerosos. Brinqué de la cama, creyendo que soñaba. Pero los gritos continuaban, llenando los ámbitos de la casa; unos gritos que parecían de dolor y, al mismo tiempo, de rabia; tan descompuestos y salvajes, que apretaban el corazón. No: no era engaño, estaban torturando a algún ser vivo, a algún loco, a algún animal salvaje. Y el recuerdo de la ardilla de Felipe estalló en mi mente, y corrí a la puerta... ¡Pero me habían encerrado con llave por afuera!

Preso y bien preso, por más que sacudía la puerta. Los gritos continuaban. Ahora menguaban en unos gemidos articulados, y ahora creía yo percibir claramente que eran voces humanas. Y de pronto se soltaban otra vez, llenando la casa de infernales alaridos. Yo, pegado a la puerta, escuchaba. Al fin se apagaron. Pero mucho tiempo después yo seguía acechando y me parecía seguirlos oyendo, mezclados a los alaridos del viento. Cuando, por fin, me tumbé en la cama fatigado, estaba mortalmente enfermo y sentía el corazón sumido en horrendas negruras.

Como era natural, ya no pude conciliar el sueño. ¿Por qué me habían encerrado? ¿Qué había sucedido? ¿Quién gritaba de aquella manera indescriptible y extraña? ¿Era un ser humano? ¡Increíble! ¿Una fiera, acaso? Sí: los gritos eran bestiales. Pero, salvo un león o un tigre, ¿qué animal podía hacer retemblar así los muros de la casona? Y reflexionando, caí en la cuenta de que aun no había llegado a ver a la hija de la casa. La hija de aquella señor, la hermana de Felipe, bien podía estar loca: nada más probable. Aquella gente ignorante y estúpida era muy capaz de tratar a golpes a una pobre loca; nada más creíble. La suposición no era descabellada; con todo, al recordar aquellos gritos, — y sólo el recuerdo me hacía estremecerme, — la suposición resultaba insuficiente: ni la misma crueldad era capaz de arrancar a la locura misma tales aullidos. Sólo de una cosa estaba seguro: de que me era imposible continuar en una casa donde sucedían semejantes misterios, sin tratar de averiguarlos y sin intervenir, si era preciso.

Amaneció al fin. El viento se había aplacado, y nada quedaba que pudiera recordarme el suceso de la noche pasada. Felipe vino a sentarse a mi cabecera muy alegre. Al pasar por el patio, vi a la señora asoleándose su habitual impasibilidad. Y al salir a la puerta, me encontré con que la naturaleza sonreía discretamente, los cielos eran de un azul frío, sembrado de islotes de nubes, y las laderas de la montaña se desplegaban en [illegible]s de luz y sombra.

Un breve paseo me hizo recobrar el dominio de mí mismo, y me reafirmó en mi decisión de averiguar el msterio. Cuando, desde la altura de una loma, vi que Felipe se dirigía al huerto para empezar sus cotidianas labores, regresé a la residencia para poner mis planes en práctica.

La señora se había dormido. Me detuve un poco a observarla: no pestañeó. Mis deseos, por indiscretos que fueran, no tenían nada que temer de semejante guardián. Entoces trepé decidido hacia la galería para comenzar mis exploracionens en la casa.

Toda la mañana anduve de una en otra puerta, penetré en cuartos espaciosos y destartalados, aquéllos cerrados a machamartillo, éstos abiertos a plena luz, todos vacíos e inhospitalarios. Era aquélla una riquísima casa, empañada por el vaho del tiempo y mancillada por el polvo. Por dondequiera colgaban arañas. La hinchada tarántula huía por las cornisas. Las hormigas formaban venidas sobre el piso de los salones; el asqueroso moscón de la carroña, mensajero de la muerte, escondía su nido entre los huecos de la madera podrida y zumbaba terco, en el aire. Aquí y allá uno que otro banquillo, un canapé, un lecho, un sillón labrado, olvidados a modo de islas sobre el suelo desnudo, daban testimonio de que aquello había sido en otro tiempo una morada humana; y, por todas partes, las paredes colgadas con retratos de los antepasados. Merced a esas borrosas efigies pude juzgar de la grandeza y hermosura de la raza por cuyo hogar andaba yo curioseando. Muchos llevaban al pecho la insignia de alguna orden y tenían la dignidad de los oficios nobles. Las mujeres estaban ricamente ataviadas. La mayoría de las telas ostentaba firmas ilustres.

Pero más que estas evidencias de la grandeza, — aun contrastada con la actual decadencia y despoblación de aquella poderosa casa, — me impresionó la parábola de la vida familiar, escrita en aquella serie de rostros gentiles y apuestos talles. Nunca había yo percibido mejor el milagro de la raza continua, de la creación y la recreación, del removerse y mudarse y remodelarse de los elementos carnales de una familia. El que nazca un hijo de madre, el que crezca y se revista, — no sabemos cómo, — de humanidad, y herede hasta el modo de ver, y mueva la cabeza como tal o cual de sus ascendientes, y dé la mano como aquel otro, son maravillas que el hábito y la repetición han opacado a nuestros ojos. Pero en aquellas generaciones pintadas que colgaban de los muros en la singular uniformidad de las miradas, en los rasgos y portes comunes, el

milagro se me reveló de lleno y frente a frente. Y como de pronto me saliera al paso un antiguo espejo, me detuve a contemplar largo rato mis propios rasgos, trazando con la imaginación, a uno y otro lado, las líneas de mi descendencia y las ligas que me unían con el centro de mi familia.

Al fin, en el curso de mis investigaciones, vine a abrir la puerta de una sala que tenía trazas de estar habitada. Era de vastas proporciones, y daba al Norte, donde las montañas del contorno adquirían perfiles más acentuados. En el hogar humeaban y chisporroteaban las ascuas. Cerca había una silla. El aposento tenía un aire extremadamente ascético. La silla no tenía almohadón; el piso y las paredes estaban desnudos, y entrel os libros que yacían en desorden por eu cuarto, no había el menor innstrumento u objeto de solaz. El ver libros en aquella casa me llenó de asombro, y a toda prisa y tenmiendo se interrumpido comencé a recorrerlos para ver qué clase de libros eran. Los había de todas clases de devoción, de historia, de ciencia; pero la mayoría eran muy antiguos y estaban en latín. Algunos mostraban señales del estudio constante; otros habían sido arrojados por ahí, como en un arrebato de petulancia o disgusto. Finalmente, navegando por la desierta estancia, di con unos papeles escritos con lápiz, y olvidados en una mesa que estaba junto a la ventana. Con mecánica curiosidad tomé un papel y pude leer unos versos toscamente escritos en español, que decían así:

L'egó el placer entre vergüenza y sangre;
con diadema de lirios, el dolor.
El placer señalaba ¡oh, Jesús mío!
la alegre luz del sol;
pero el dolor, con fatigada mano,
¡oh, Jesús mío!
a Tí, en la cruz, te señaló.

La vergüenza y la confusión se apoderaron de mí a un tiempo mismo, y, volviendo el papel a su sitio, me batí en retirada. Ni Felipe ni su madre eran capaces de leer aquellos libros ni de escribir aquelos versos, aunque no sublimes, tan sentidos. Era, pues, evidente que la alcoba que yo acababa de hollar con pies sacrílegos pertenecía a la niña de la casa. Sabe Dios que mi propia conciencia me lo reprendía y castigaba cruelmente. La sola idea de que hubiera osado penetrar a hurto en la intimidad de aquella niña, a quien la vida había colocado en situación tan extraña, y el temor de que ella lo averiguase de algún modo, me oprimían como pecados mortales. Amén de esto, me reprendía yo a mí mismo por mis sospechas de la noche anterior, corrido de haber atribuído aquellos descomunales gritos a una mujer que ya se me figuraba una santa, de semblante espectral, desvaída por la maceración, entregada a la prácticas de la devoción, y conviviendo entre sus absurdos parientes con una ejemplar soledad de alma. Y como me inclinara yo en la balaustrada de la galería, para ver el jerdinillo de gustosos granados y la somnolienta dama del vistoso atavío, — quien en aquel preciso momento se desparezaba, humedeciéndose delicadamente los labios, en la más completa sensualidad del ocio, — surgió en mi mente una rápida comparción entre aquel cuadro y la fría alcoba que miraba al norte, hacia las montañas, donde vivía la hija reclusa.

Aquella misma tarde, de lo alto de mi colina, ví que el sacerdote cruzaba la reja de la residencia. La impresión que me causó descubrir el misticismo de la joven se había apoderado de mí hasta el punto de borrar casi los horrores de la noche pasada; pero al ver al digno sacerdote, no sé cómo, las tristes memorias revivieron. Bajé de mi atalaya y, haciendo un rodeo por el bosque, me aposté a medio camino para salirle al paso. En cuanto le ví aparecer lo abordé y me presenté solo, diciéndole que yo era el huésped de la casa. Tenía un aire muy robusto y buenazo, y fácilmente adiviné en él las mezcladas emociones con que me consideraba, a la vez como extranjero y hereje, y como herido de la buena causa. Habló de la familia con reserva, pero con evidente respeto. Le dije que aún no había yo visto a la hija de la casa, a lo cual repuso, — mirándome de soslayo, — que era natural. Finalmente, me armé de valor y le conté la historia de los gritos y extrañas voces que me habían sobresaltado durante la noche. Me escuchó en silencio, y luego, con un leve movimiento, me dió a entender claramente que debíamos separarnos.

—¿Toma usted rapé? — me dijo, ofreciéndome su tabaquera. Yo rehusé, y él continuó: — Soy bastante viejo, y no le molestaré que le recuerde que usted es un simple huésped en esta casa.

—¿Quire decir que me autoriza usted, — contesté con firmeza, aunque avergonzado por la lección, — para dejar las cosas como están, sin tratar de intervenir en nada?

—Sí, — me contestó. Y con un saludo algo torpe, se alejó de mí.

Pero aquel hombre había logrado dos triunfos: primero, tranquilizar mi conciencia; segundo, despertar mi delicadeza. Hice, pues, un esfuerzo; arrojé de mí el recuerdo de la noche, y me entregué de nuvo a fantasar en torno a mi santa poetisa. Al mismo tiempo no podía yo olvidar que me habían encerrado con llave, y por la noche, cuando Felipe me llevó la cena, lo ataqué fieramente sobre aquellos dos puntos de resistencia:

—Nunca veo a tu hermana, — le dije.

—¡Ah, no! — dijo él. — Es una muchacha muy buena, pero que muy buena.

Y al instante se puso a hablar de otra cosa.

—Tu hermana, — insistí, — ha de ser muy religiosa, me figuro.

—¡Ah! — exclamó, juntando las manos con fervor. — ¡Una santa! Ella es quien me sostiene.

—Pues tienes suerte. Porque la mayoría, y yo en el número, estamos siempre a punto de caer.

—No, señor, — dijo Felipe gravemente. — Eso no se dice. No tiene usted a su ángel guardián. Si uno se deja caer solo, él ¿qué ha de hacer?

—¿Sabes, Felipe? Ignoraba yo que fueras predicador, y buen predicador, por cierto. Supongo que eso lo debes a tu hermana.

El me miró con sus ojazos redondos, sin decir palabra.

—De modo, — continué, — que tu hermana te habrá reprendido por tus crueldades.

—¡Dos veces lo menos! — exclamó.

Con tal frase expresaba siempre esta extraña criatura su sentimiento de la frecuencia.

—Y yo le conté que usted me había reprendido, — añadió muy orgulloso. — Me acuerdo bien que se lo conté. Sí. Y a ella le pareció muy bien hecho.

—Y dime, Felipe, — continué: — ¿Qué gritos eran esos que se oían anoche? Porque parecían gritos de sufrimiento...

—Sería el viento, — contestó Felipe, mirando el fuego de la chimenea.

Le tomé la mano. El, creyéndolo caricia, sonrió tan confiadamente que estuvo a punto de desarmarme. Pero recobré ánimos.

—El viento, ¿eh? — repetí. — Pero yo creo que quien me encerró antes con llave fué esta mano.

El muchacho se desconcertó visiblemente, pero no contestó una palabra.

—Bueno, — continué. — Yo soy extranjero y soy un simple huésped. A mí no me toca mezclarme en vuestros asuntos ni juzgarlos; en este punto, lo mejor será tomar el consejo de tu hermana, que será sin duda excelente. Pero, por lo que a mí me atañe, no quiero ser prisionero de nadie. ¿Entiendes? Y me vas a entregar la llave.

Media hora después, la puerta se abrió de golpe, y la llave cayó, resonando, en mitad de la habitación.

* * * *

Uno o dos días después de esto, volvía yo de mi paseo un poco antes de mediodía. La señora yacía envuelta en su habitual somnolencia, a la entrada del rincón tapizado de pieles. Los pichones dormían sobre los arcos como grandes copos de nieve. La casa toda estaba sumida en el sortilegio adormecedor del mediodía. Apenas un vientecillo grato y vagoroso que bajaba de las cumbres resbalaba por la galería y susurraba entre los granados, haciendo que se mezclaran sus sombras. El silencio, el reposo, ganaron mi ánimo. Y atravesé el patio rápidamente y comencé a trepar por la escalera de mármol. Al llegar al último peldaño se abre una puerta, y he aquí que me encuentro frente a frente con Olalla.

La sorpresa me inmovilizó. Su belleza se me entró hasta el alma. Olalla, en la sombra de la galería, brillaba como una gema de colores. Sus ojos prisionaban y retenían los míos, juntándonos como en un apretón de manos. Y aquel instante en que, frente a frente, los dos nos mirábamos, y, por decirlo así, nos bebíamos el uno al otro, fué un instante sacramental, porque en él se cumplieron las bodas de las almas.

Ignoro cuánto tiempo pasé en aquel éxtasis profundo; al fin, haciendo una presurosa reverencia, continué hacia el segundo piso. Ella no se movió. Pero me siguió con sus grandes ojos sedientos. Y, cuando hube desaparecido, pude figurarme que ella palidecía y caía desmayada.

Una vez en mi cuarto, abrí la ventana y me puse a contemplar el campo, sin entender qué mudanza había acontecido en aquel austero teatro de montañas, que ahora todo parecía cantr y brillar bajo la dulzura de los cielos. ¡La había visto! ¡Había visto a Olalla! Y los picos rocallosos contestaban: "¡Olalla!" Y hasta el azur insondable y mudo repetía: "¡Olalla!" La pálida santa de mis sueños se había desvanecido para siempre, cediendo el lugar a esta mujer en quien Dios había derramado los más ricos matices y las energías exhuberantes de la vida, haciéndola tan vivaz como el gamo, tan esbelta como el junco, y en cuyos grandes ojos ardían las antorchas del alma. El temblor de su vida joven, tensa como la del animal salvaje, había hincado en mí toda la fuerza de aquella alma que, acechándome desde sus ojos, cautivaba los míos, invadía mi corazón y brotaba hasta mi labio en canciones. Ella misma circulaba ya por mis venas: era una conmigo.

Y mi entusiasmo crecía. Mi alma se recogió en su éxtasis como en fuerte castillo, y en cano la sitiaban de afuera mil refelxiones frías y amargas. No me era dable dudar de que me había enamorado de ella desde el primer momento, y aun con un ardor palpitante de que no tenía yo experiencia. ¿Qué iba, pues, a pasar? Era la hija de una familia castigada: la hija de "la señora", la hermana de Felipe: su misma belleza lo decía. Tenía, del uno, la vivacidad y el brillo; vivacidad de flecha, brillo de rocío. Tenía, de la otra, ese resplandecer sobre el fondo pálido de su vida, como con un recalte de flor. Yo no podría nunca dar el nombre de hermano a aquel muchacho simplón, ni el nombre de madre a aquel bulto de carne tan hermoso como impasible, cuyos ojos inexpresivos y perpetua sonrisa me eran ahora francamente odiosos. Y si no había yo de casarme con Olalla, ¿entonces?...

Ella estaba desamparada en el mundo. Sus ojos, en aquella única y larga mirada a que se reducían nuestras relaciones, me habían confesado una debilidad idéntica a la mía, pero yo sabía para mí que aquella mujer era la que estudiaba solitaria en la fría alcoba del Norte, lo que escribía versos de dolor, y esto hubiera bastado para contener a un bruto. ¿Huir? No tenía yo el valor de hacerlo. Por lo menos, me juré a mí mismo guardar la circunspección más completa.

Al alejarme de la ventana, mis ojos cayeron de nuevo sobre el retrato. El retrato se había apagado, como una vela ante la luz de la aurora: parecía seguirme penosamente con sus ojos pintados. Ahora estaba yo seguro de que el retrato se asemejaba al modelo, y me asombraba una vez más ante la tenacidad del tipo en aquella raza decadente. Pero ahora la semejanza general se desvanecía para mí ante la referencia particular. El retrato — bien lo recordaba yo — me había parecido hasta entonces una cosa superior a la vida, un producto del arte sublime del pintor más que de la humilde naturaleza; y ahora, deslumbrado ante la hermosura de Olalla, me admiraba yo de mis

dudas. Muchas veces había contemplado la belleza, sin sentirme deslumbrado; y algunas veces me habían atraído mujeres que sólo para mí eran bellas. Pero en Olalla se juntaba cuanto yo había apetecido sin ser capaz de imaginarlo.

No la vi en todo el día siguiente, y ya me dolía el corazón, y mis ojos la deseaban como a la luz de la mañana el viajero. Pero al otro día, al regresar a la hora acostumbrada, la encontré en la misma galería, y una vez más nuestras miradas se juntaron y penetraron. Yo hubiera podido hablarle, hubiera podido acercarme a ella; pero, aunque reinaba en mi corazón, atrayéndome como imán potente, me contuvo un sentimiento todavía más imperioso; y así, me limité a saludarla con una inclinación, y seguí mi camino. Ella, sin contestar mi saludo, me siguió con sus bellos ojos.

Ya me sabía yo de memoria su imagen, y, al recordar sus líneas, parecía leer claramnte en su corazón, Vestía con algo de la coquetería materna, y con positivo gusto por los colores. Su vestido — que sospeche era obra de sus manos — la envolvía con una gracia sutil. Conforme a la moda del país, el corpiño se abría por el pecho, en un escote estrecho y largo, y en el ángulo, y descansando sobre su pecho moreno se veía — a pesar de la pobreza de la casa — una medalla de oro, colgada de una cinta. Por si hacía falta, éstas eran pruebas bastantes de su innato amor a la vida y su carácter nada ascético. Por otra parte, en aquellos ojazos que se prendían a los míos pude leer profundidades de pasión y de amargura, fulgores de poesía y de esperanza, negruras de desesperación y pensamientos superiores al mundo. El cuerpo era amable, y lo íntimo, el alma, parecía ser más que digno de tal cuerpo. ¿Era posible que dejara yo marchitarse aquella flor incomparable, perdida en la aspereza de la montaña? ¿Era posible que yo desdeñara el precioso don que me ofrecían, con elocuente silencio, aquellos ojos? Alma emparedada ¿no había yo de quebrantar sus prisiones? Ante estas consideraciones, todos los demás argumentos callaban: así fuera la hija de Herodes, yo habría de hacerla mía. Y aquella misma noche, con un sentimiento mezclado de traición e infamia, me dediqué a ganarme al hermano. Sea que lo viera yo con ojos más favorables, sea que el solo recuerdo de su hermana hiciera siempre revelarse los mejores aspectos de aquella alma imperfecta, ello es que el muchacho me pareció más simpático que nunca; aun su semejanza con Olalla, al par que me inquietaba, me predisponía en su favor.

Pasó un tercer día en vano; un desierto de horas. Yo no desperdiciaba ocasión, y toda la tarde anduve paseando por el patio y hablando más que de costumbre con la señora, por matar el tiempo. Bien sabe Dios que ahora la estudiaba yo con interés más tierno y sincero. Para ella, como antes para Felipe, sentía yo brotar en mí un nuevo calor de tolerancia.

Con todo, aquella mujer me sorprendía: aun en mitad de mi charla, dormitaba a veces con un sueño ligero, y luego despertaba sin mantener el menor embarazo. Esta naturalidad era lo que más me desconcertaba. Y observando los infinitesimales cambios de postura con que de tiempo en tiempo saboreaba y palpaba el placer corpóreo del movimiento, me quedaba yo asombrado ante tal abismo de sensualidad pasiva. Aquella mujer vivía en su cuerpo; toda su conciencia estaba como hundida y diseminada por sus miembros, donde yacía en lujuriosa pereza... Además, yo no podía acostumbrarme a sus ojos. Cada vez que volvía hacia mí aquellos dos inmensos orbes, hermosos y anodinos, abiertos a la luz del día, pero cerrados a la comunicación humana; cada vez que advertía los rápidos movimientos de sus pupilas, que se contraían y se dilataban de pronto, yo no sé lo que me pasaba, porque no hay nombre para expresar aquella confusión de desconcierto, repugnancia y disgusto que corría por mis nervios.

Yo intentaba darle conversación sobre mil asuntos diversos, siempre en vano. Finalmente se me ocurrió hablarle de su hija. Pero ella siguió tan indiferente. Dijo, sí, que era una chica bonita, lo cual era el mejor elogio que sabía hacer a sus hijos; pero no pudo decir nada más. Y cuando yo observé que Olalla parecía llevar una existencia muy quieta, se conformó con bostezarme en la cara, y después añadió que el don del habla no era muy útil cuando no tenía uno nada que decirse.

—La gente habla demasiado, demasiado, —añadió mirándome con dilatadas pupilas.

Y volvió a bostezar, mostrándome otra vez aquella boca tan preciosa como un juguete. Me dí por entendido y, abandonándola a su reposo prepetuo, subí a mi cuarto y me senté junto a la ventana; y allí me puse a ver — sin mirar — las colinas, sumergido en luminosos ensueños, y creyendo oír, con la fantasía, el acento de una voz que hasta hoy no había yo escuchado.

Al quinto día me desperté con un ánimo profético que parecía desafiar al destino. Me sentía yo confiado, dueño de mí, libre de corazón, ágil de pies y manos, y resuelto a someter mi amor a la prueba del conocimiento. ¡Que no padeciera más en las cadenas del silencio, arrastrando sorda existencia qeu sólo por los ojos irradia como el triste amor de las bestias! ¡ Que entrara ya en pleno dominio del espíritu, disfrutando de los goces de la intimidad y comunicación humanas! Así pensaba yo lleno de esperanzas, como quien se embarca rumbo a El Dorado, y ya sin temor de aventurarme por el desconocido y encantado reino de aquella alma.

Pero, al encontrarme con ella, la fuerza misma de la pasión me anonadó por completo; la palabra huyó de mí, y apenas acerté a acercármele como se acerca al abismo el hombre atraído por el vértigo. Al verme aproximar, ella retrocedió un poco, pero sin desviar los ojos de mí, y esto me animó a

aproximarme más. Por fin, cuando estuve al alcance de su mano, me detuve. Un poco más, y me vería obligado a estrecharla contra mi corazón, en silencio. Y cuanto aun quedaba en mí de razón y de libertad se sublevó contra semejante disparate. De modo que permanecimos así unos segundos, con toda el alma en los ojos, cambiándonos ondas de atracción y resistiéndonos mutuamente. Hasta que, con un poderoso esfuerzo de voluntad y con cierta vaga impresión de amargura y despecho, me volví a otra parte y me alejé silenciosamente.

¿Qué extraña fuerza me había privado de la palabra? ¿Por qué retrocedió ella, muda, con fascinados ojos? ¿Era esto amor? ¿O no era más, por ventura, que una atracción bruta, inconsciente, inevitable, como la del imán y el acero? Nunca habíamos cruzado una palabra, éramos completamente ajenos el uno al otro, y, sin embargo, una influencia extraña y poderosa como la garra de un gigante nos juntaba, silenciosos y absortos... Yo comenzaba a impacientarme. Sin embargo, ella era digna de mi amor: yo había visto sus libros, sus versos, y, en cierto modo, divinizado su alma. Pero ella, por su parte, me parecía fría. Ella no reconocía de mí más que mi recomendable presencia; ella se sentía atraída por mí como la piedra que cae al suelo; las leyes que gobiernan la tierra, de un modo inconsciente, la precipitaban en mis brazos. Y retrocedí a la idea de semejantes nupcias, y empecé a sentirme celoso de mí mismo. Yo no quería ser amado de esa suerte. Al mismo tiempo, me inspiraba compasión, considerando cuál sería su vergüenza de haber confesado así — ¡ella, la estudiosa, la reclusa, la santa maestra de Felipe! — una atracción indominable hacía un hombre con quien jamás había cambiado una palabra. Ante este sentimiento de compasión, todo lo demás fué cediendo: ya no deseaba yo más que encontrarme con ella para consolarla y tranquilizarla, para explicarle hasta qué punto su amor era correspondido, hasta qué punto su elección — aunque ciega — resultaba acertada.

El día siguiente amaneció espléndido. Sobre las montañas caían doseles de azul profundo. El sol reververaba, y el viento en los árboles y los torrentes en las cañadas poblaban el aire de música. Pero yo me sentía muy triste. Mi corazón lloraba por Olalla como llora el niño por su madre. Me senté en un roca, junto a las escarpaduras que limitan la meseta por el lado Norte, y me puse a contemplar el boscoso valle donde no había huellas humanas. Me hacía bien contemplar aquella regió desierta. Sólo me faltaba Olalla. ¡Qué delicia, qué singular gloria el pasarme la vida a su lado, en medio de aquel aire puro, en aquel escenario encantador y abrupto! Así pensaba yo, con un sentimiento de aflicción que poco a poco se fué transformando en gozo vivaz, y haciéndome sentir que crecía en estatua y fuerzas como nuevo Sansón.

Y, de pronto, he aquí a Olalla, que se me acerca. Salió de un bosquecillo de alcornoques y vino directamente hacia mí. Me puse en pie. Había en su andar tanta vida ligereza y fuego que quedé deslumbrado, a pesar de que venía lentamente y con gran mesura. Pero en su misma lentitud había fuerza; tanta como si corriera, como si volara hacia mí. Se acercaba con los ojos bajos. Cuando estuvo cerca, se dirigió a mí sin mirarme. Al oir el ruido de su voz me saltó el corazón. ¡Tanto había esperado aquel instante, aquella prueba última de mi amor! ¡Oh, qué clara y precisa su articulación, qué distinta de aquel balbuceo torpe de la familia! Su voz, aunque más grave que en la mayoría de las mujeres, era femenina y juvenil. La cuerda era rica: dorados sones de contralto mezclados con unas notas roncas: tales las vetas rojas tejidas entre sus cabellos castaños. No sólo era una voz que me llegaba al alma: era una voz en que toda ella se me descubría. Pero sus palabras me sumieron en una profunda desesperación.

—Usted debe alejarse de aquí — dijo — hoy mismo.

Su ejemplo me alentó, y al fin pude romper las amarras del lenguaje. Me sentí aligerado de un peso, libertado de un conjuro. No sé lo que contesté. En pie, frente a ella, entre las rocas, volqué todo el ardor de mi alma, diciéndole que sólo vivía pensando en ella, que sólo soñaba con su belleza, y que estaba dispuesto a abandonar patria, lengua y amigos para merecer vivir a su lado. Y después, recobrándome por extraño modo, cambié el tono, la tranquilicé, la consolé, le dije que adivinaba en ella un alma piadosa y heróica, de quien no me consideraba yo compañero indigno, y de cuyas luces y trato quería participar.

—La Naturaleza — le dije — es la voz de Dios, que el hombre no puede desobedecer sin gran riesgo. Y si de tal manera nos hemos sentido atraídos, casi por un milagro de amor, esto indica que hay una divina adecuación en nuestras almas; esto indica — proseguí — que estamos hecho el uno para el otro; que seríamos unos locos — exclamé —, unos locos rebeldes, alzados contra la voluntad de Dios, si desoyéramos al instinto.

Ella movió la cabeza:

—Usted debe irse hoy mismo — repitió. Y después con un gesto brusco, con voz ronca — No, hoy no, mañana.

Ante este desfallecimiento, mis esfuerzos redoblaron en marejada. Alargué las manos suplicantes, imploré su nombre, y ella saltó a mi cuello y se apretó contra mí. Las colinas parecieron bambolearse, la tierra estremecerse a nuestros pies. Sufrí como un choque que me dejó ciego y aturdido. Y, un instante después, ella me rechazó, se escapó de mis brazos, y huyó con la ligereza del ciervo, por entre los alcornoques de abajo.

Me quedé inmóvil, clamé a las montañas, y al cabo me volví camino de la casa, pareciéndome que pisaba en el aire. ¿De modo que ella me despedía, pero bastaba que yo pronunciara su nombre para que cayera en mis brazos? ¡Debilidad de muchacha, a

que ella misma, tan superior a su sexo, no era extraña! ¿Irme yo? ¡No, y no, Olalla; no, ya no. Olalla, Olalla mía! Un pájaro cantaba en el campo: los pájaros eran raros en aquella estación. Sin duda era un buen agüero, sí. Y de nuevo todas las fuerzas de la Naturaleza, desde las ponderosas y sólidas montañas hasta la hoja leve y la más diminuta mosca que flota en la penumbra del bosque, empezaron a girar en mi derredor con alegre fiesta. El sol cayó sobre las colinas tan pesado como un martillo sobre el yunque, y las colinas vacilaron. La tierra, con la insolación, exhaló profundos aromas. Los bosques humeaban al sol. Sentí circular por el mundo la vibración de la alegría y el trabajo. Y aquella fuerza elemental, ruda, violenta, salvaje — el amor que gritaba en mi corazón — me abrió como una llave los secretos de la Naturaleza, y aun las piedras con que tropezaban mis pies me parecían cosas vivas y fraternales. ¡Olalla! Su contacto me había removido, renovado y fortalecido al grado de recobrar el perdido concierto con la bronca tierra, hasta una culminación del alma que los hombres han olvidado en su mediocre vida civilizada. El amor ardía en mi pecho con furia, y la ternura me derretía: yo la odiaba, la adoraba, la compadecía, la reverenciaba con éxtasis. Por una parte ella era la cadena que me unía a muchas cosas idas; por otra, lo que me unía a la pureza y la piedad de Dios: algo a la vez brutal y divino, entre inocencia pura y desatada fuerza del mundo.

Me daba vueltas la cabeza cuando entré en el patio, y al encontrarme con la madre tuve una revelación. La madre yacía sentada, toda pereza y contento, pestañeando bajo el ardiente sol, llena de pasiva alegría, criatura aparte; y, al verla, todo mi ardor se apagó como avergonzado. Me detuve y, dominándome lo mejor que pude, le dije dos o tres palabras al azar. Ella me miró con su imperturbable bondad, y su voz, al contestarme, me pareció salir de aquel reino de paz en que siempre estaba sumergida; entonces, por primera vez, cruzó por mi mente una noción de respeto hacia aquel ser tan invariablemente ingenuo y feliz; y proseguí mi camino preguntándome cómo había yo podido arrebatarme a tal grado.

Sobre mi mesa encontré una hoja del mismo papel amarillento que había yo visto en el aposento del ala norte: estaba escrito con lápiz, y por la misma mano, la mano de Olalla. Muy alarmado, cogí el papel y leí:

"Si hay en usted algún sentimiento de bondad hacia Olalla, si hay en usted alguna consideración para el desdichado, váyase usted de aquí hoy mismo; por compasión, por su honor, por aquel que murió en la Cruz, le ruego que se vaya".

Me quedé un rato sin saber qué pensar, y de pronto se despertó en mí un impulso de horror a la vida; la luz se apagó en las colinas, y empecé a temblar como un hombre aterrorizado. Aquel hueco que se abría en mi vida me acordaba como el vacío físico. Yo no se trataba de mi corazón, ni de mi felicidad, sino de mi vida misma. Yo no podía renunciar a Olalla. Me lo dije una y otra vez. Y luego, como en sueños, me dirigí a la ventana, alargué la mano para abrirla, y distraído rompí la vidriera. La sangre saltó de mi muñeca; recobrando instantáneamente el perdido juicio, me apreté con el pulgar para contener la diminuta fuente, y me puse a pensar en el remedio. En mi cuarto no había nada que me sirviera para el paso; además, era preciso que alguien me ayudara. Se me ocurrió que la misma Olalla podría ayudarme, y bajé al otro piso, siempre conteniéndome la sangre.

No encontré a Olalla ni a Felipe, y entonces me dirigí al rincón del patio donde la señora estaba acurrucada, cabeceando punto al fuego, porque todo calor era poco para ella.

—Dispense usted, señora, — le dije, — si la molesto; pero necesito que me auxilie usted.

Me miró con somnolencia, y me preguntó qué pasaba; y, al tiempo que yo respondía, me pareció que respiraba con fuerza, que se le dilataban las ventanas de la nariz, y que por primera vez entraba de lleno en la vida.

—Que me he herido, — le dije, — y creo que la herida es seria. Mire usted.

Y le mostré la mano, de donde manaba y caía la sangre.

Sus ojazos se abrieron inmensamente, las pupilas se redujeron a puntos, un velo cayó de su cara, que al fin adquirió una expresión marcada, aunque indefinible. Y mientras yo contemplaba estupefacto semejante transformación, ella, saltando de pronto sobre mí, me tomó la mano, se la llevó a la boca, y me dió un mordisco hasta los huesos. El dolor, la sangre que brotó, el horror mismo de aquel acto, todo obró sobre mí de tal suerte que la rechacé de un empellón; pero ella siguió atacándome, arrojándose sobre mí con gritos bestiales, gritos que entonces reconocí, los mismos gritos que me habían despertado la noche del huracán. Ella tenía toda la fuerza de la locura, y mi fuerza se debilitaba con la pérdida de sangre, aparte del trastorno enorme que me había causado aquel acto abominable; y materialmente estaba yo tomado contra la pared, cuando Olalla llegó corriendo a separarnos, y Felipe, que se acercó de un salto, logró derribar a su madre.

Y desfallecí. Podía ver, oír y sentir, pero era incapaz de moverme. Oí claramente que los dos cuerpos luchaban rodando por el suelo. Ella trataba de atraparme, él de impedirlo; y los alaridos de gato montés llegaban hasta el cielo. Sentí que Olalla me tomaba en brazos, que su cabellera barría mi cara, y que, con la fuerza de un hombre, me levantaba y llevaba a cuestas por las escaleras hasta mi cuarto, y me descargaba en en la cama. Después le ví correr a la puerta, cerrar con llave, y quedarse un rato escuchando los salvajes gritos que poblaban la casa. A poco, rápida como el pensamiento, se me acercó, me vendó la mano y la llevó sobre su corazón, gimiendo y lamentándose con un rumor de paloma. No hablabla: no

salían palabras de su boca, sino sonidos más bellos que el lenguaje, infinitamente conmovedores y tiernos. En medio de mi postración, cruzó por mi mente un pensamiento, un pensamiento que me hizo daño como una espada, un pensamiento que, como un gusano en una rosa, vino a profanar la santidad de mi amor. Sí; aquellos murmullos y ruidos eran muy bellos, y era indudable que la misma ternura los inspiraba; pero... ¿eran acaso humanos?

Todo el día estuve reposando. Por mucho tiempo siguieron oyéndose los gritos de aquella hembra abominable que luchaba con su cachorro, lo cual me llenaba de amargura y horror. Eran los gritos de muerte de mi amor; mi amor había sido asesinado de tal modo, que en su muerte había ofensa. Y, sin embargo, por mucho que lo pensara y lo sintiara así, mi amor todavía se agitaba en mí como una tormenta de dulzura, y mi corazón se deshacía ante las miradas y las caricias de Olalla. Aquella horrible idea que había surgido en mi mente, aquella sospecha sobre la normalidad de Olalla, aque elemento salvaje y bestial que se descubría en la conducta de toda aquella familia, y aun se dejaba sentir en los comienzos de mi historia de amor, todo esto, por mucho que me desanimara, molestara y enfermara, no era capaz de romper el encantamiento.

Cuando cesaron los gritos, vino el arañar de la puerta: era Felipe. Olalla estuvo hablando con él, a través de la puerta, no sé qué. Pero ya no se alejó más de mi lado, y ora se arrodillaba junto a mi cama en fervientes plegarias, ora se sentaba, mirándome largamento a los ojos. Así, durante unas seis horas me estuvo embriagando con su belleza y dejándome repasar silenciosamente la lección de su cara. Contemplé la medalla de oro que llevaba al pecho; admiré a mi sabor aquellos ojos que brillaban y se oscurecían por instantes. Nunca le oí hablar más lenguaje que el de una infinita bondad. Miré hasta saciarme aquella cara perfecta, y adivné, a través del vestido, las líneas de aquel cuerpo perfecto.

Por fin cayó la noche, y en la oscuridad creciente de la alcoba su imagen se me iba perdiendo poco a poco; pero el contacto suave de su mano persistía en la mía y me hablaba por ella. Yacer así, en mortal desfallecimiento, y embriargarse con la belleza de la amada, es sentir que se reaviva el amor a pesar de todos los despechos. Yo reflexionaba, reflexionaba... Y cerré los ojos a todos los horrores, y otra vez me sentí lo bastante audaz para aceptar el peor de todos. ¿Qué importaba todo, si aquel imperioso sentimiento sobrevivía; si todavía sus ojos me atraían y magnetizaban; si ahora, como antes, todas las fibras de mi cuerpo agobiado anhelaban hacia ella? Muy entrada ya la noche, me recobré un poco y pudo hablar:

—Olalla, — le dije, — no importa lo pasado. No quiero saber nada. Estoy contento. La amo a usted.

Ella se arrodilló otra vez y se puso a orar, y yo respeté sus devociones. La luna brillaba en las ventanas, difundiendo una vaga claridad por el cuarto, de modo que podía yo distinguir a Olalla. Cuando se incorporó la ví hacer el signo de la cruz.

—Ahora me toca a mí hablar, — dijo, — y a usted oír. Yo sé bien a qué atenerme y sé bien lo que hago; usted sólo sospecho algo. He estado rezando, ¡oh, cuánto he rezado!, para que usted se aleje de aquí. Ya se lo he pedido a usted, y sé bien que usted me lo habrá concedido ya; o, por lo menos, déjeme usted que lo crea así.

—La amo a usted, — le dije.

—¡Y pensar, — continuó ella tras una pausa, — que usted ha vivido en el mundo, que es usted un hombre, y un hombre juicioso, y yo no soy más que una simple muchacha! Perdóneme usted si parece que trato de darle lecciones; yo, que soy tan ignorante como el árbol de la montaña; pero después de todo, aun el que ha aprendido mucho no ha hecho más que tocar levemente el conocimiento: aprende, por ejemplo, las leyes del mundo, concibe la dignidad de los planes generales de las cosas..., pero el horror del hecho bruto huye de su memoria! Nosotras, las que nos quedamos en casa a rumiar el alma, sólo nosotras lo recordamos, sólo nosotras creo yo que tenemos bastante prudencia y compasión. Váyase usted, será lo mejor: váyase y acuérdese de mí. Así al menos viviré entre los recuerdos gratos de usted, con una vida tan real como la que llevo en mí misma.

—La amo a usted, — repetí.

Y con mi mano herida tomé la suya, la suya, la llevé a mis labios y la besé. Ella no se resistió, aunque se agitó un poco, y me pareció que me contemplaba con una expresión que, sin dejar de ser bondadosa, era triste y desconcertada. De pronto tomó una resolución extrema: se inclinó un poco, atrajo mi mano, la puso donde más latía su corazón.

—Aquí, — me dijo, — aquí estás palpando la fuente de mi vida. Sólo palpita por ti: tuyo. Pero ¿es mío siquiera? Es mío hasta donde puedo tomarlo y ofrecértelo como lo haría con el medallón que llevo al cuello, como podría arrancar de un árbol una rama para dártela. ¡Pero no es lo bastante mío! Yo vivo, o creo vivir, si esto es vida, en un sitio aparte, prisionera impotente, arrastrada y ensordecida por una multitud de seres que en vano repudio. Jadeando como jadea el costado del animal con la fatiga, este corazón palpitante ha reconocido en ti a su dueño. El te ama, es cierto. Pero ¿y mi alma, te ama mi alma? Tal vez no. No lo sé, temo preguntárselo. Cuando tú me hablas, tus palabras vienen de tu alma, las pides a tu alma... Sólo por el alma podría adueñarte de mí.

—Olalla, — dije yo, — el alma y el cuerpo son lo mismo, y más para las cosas de amor. Lo que el cuerpo escoge, lo ama el alma; donde el cuerpo se acerca, el alma se junta; y juntos los cuerpos, las almas se juntan al mandato de Dios, lo más bajo de nosotros (si es que tenemos derecho de juzgar) no no es más que el fundamento y raíz de lo más alto.

—¿Ha visto usted los retratos que hay en la casa? — continuó ella. — ¿Se ha fijado usted de mi madre o en Felipe? ¿En ese re-

trato que está allí? El modelo murió hace muchos años: fué una mujer que hizo mucho mal. Pero, mire usted: su mano está reproducida en la mía, línea por línea; tiene mis mismos ojos, mis propios cabellos. ¿Qué es, pues, mío, de todo esto, y dónde estoy yo? ¡Si todas las curvas de este pobre cuerpo que usted desea, y por amor del cual se figura usted que me quiere a mí, si todos los gestos de mi cara, y hasta los acentos de mi voz, las miradas de mis ojos (y eso en el momento en que hablo al que amo), han pertenecido ya a tantos otros!... Otras, en otro tiempo, han subyugado a otros hombres con estos mismos ojos; otros hombres han oído los reclamos de esta misma voz. En mi seno viven los manes de las muertas; ellos se mueven, me arrastran, me conducen; soy una muñeca en sus manos, y soy mera reencarnación de rasgos y atributos que el pecado ha ido acumulando en la quietud de las tumbas. ¿Es a mí a quien ama usted, amigo mío? ¿No es más bien a la raza que me hizo? ¿Ama usted, acaso, a la pobre muchacha que no puede responder de una sola de las porciones de sí misma? ¿O ama usted más bien la corriente de que ella es un pasajero remanso, el árbol de que ella no es más que un fruto marchitable? La raza existe: es muy antigua, es siempre joven, lleva en sí su eterno destino; sobre ella, como las olas sobre el mar, el individuo sucede al individuo, engañado con una apariencia de libertad; pero los individuos no son nada. Hablamos del alma... ¡y el alma está en la raza!

—Usted intenta levantarse contra la ley común, — dije yo. — Se rebela usted contra la voz de Dios, tan persuasiva como imperiosa. ¡Oigala usted! Escuche usted cómo habla adentro de nosotros. Su mano tiembla en mi mano, su pecho palpita a mi contacto, y los ignorados elementos que nos integran se despiertan y agitan con una sola mirada. La arcilla terrestre, recordando su independencia primitiva, quisiera juntarnos en uno. Caemos el uno hacia el otro como se atraen las estrellas en el espacio o como va y viene la marea, en virtud de leyes más antiguas y más poderosas que nosotros.

—¡Ay! — exclamó ella. — ¿Qué voy a decirle a usted? Mis padres, hace ochocientos años, gobernaban toda esta comarca; eran sabios, grandes, astutos y crueles; eran, en España, una raza escogida; sus enseñas conducían a la guerra; los reyes los llamaban primos; el pueblo, cuando veía que alzaban horcas o cuando, al regresar a sus cabañas, las encontraban humeando, maldecía sus nombres. De pronto sobreviene un cambio. El hombre se ha levantado del bruto, y como se ha levantado del nivel del bruto, puede otra vez caer. El soplo de la fatiga comenzó a azotar a aquella raza, y las cuerdas se relajaron, y empezaron a degenerar los hombres; su razón se fué adormeciendo, sus pasiones se agitaron en torbellino, reacias e insensibles como el viento en los cañones de la montaña. Todavía conservaban el don de la belleza, pero no ya la mente guiadora ni el corazón humano. La simiente se propagaba, se revestía de carne, y la carne cubría los huesos; pero aquello era ya carne y hueso de brutos, sin más racionalidad que la de la última bestezuela. Se lo explico a usted como puedo. Usted habrá apreciado ya por sí mismo lo que ha decaído mi raza condenada. En este descenso inevitable, yo estoy sobre una pequeña eminencia accidental, y puedo ver un poco hacia atrás y hacia adelante, calculando así lo que perdimos y lo que aún estamos sentenciados a perder. ¿Y he de ser ya, yo misma, que habito con horror esta morada de muerto, este cuerpo, quien repita el conjuro funesto? ¿He de obligar a otro ser tan renuente a ello como yo misma, a vivir dentro de esta abominable morada que yo no puedo soportar? ¿Puedo yo misma empuñar este vaso humano y cargarlo de nueva vida como de nuevo veneno, para lanzarlo después, a modo de fuego asolador, a la cara de la posteridad? No, mi voto está hecho; la raza tiene que desaparecer del haz de la tierra. A estas horas, mi hermano estará acabando los arreglos; pronto hemos de oir sus pasos en la escalera; usted se irá con él, y yo no he de volver a verlo en mi vida. Recuérdeme usted, de tarde en tarde, como una pobre criatura para quien la lección de la vida fué muy cruel, pero que supo aprovecharla con valor; recuérdeme usted como una mujer que lo amó, pero que se odiaba tanto a sí misma que hasta su mismo amor le era odioso; como una mujer que lo despidió a usted, y que hubiera querido retenerlo para siempre a su lado; que nada desea más que olvidarlo, y nada teme más que ser olvidada.

Y se encaminaba hacia la puerta, y su rica y profunda voz se oía cada vez más lejana. Al llegar a la última palabra, ya había desaparecido del todo, dejándome solo, envuelto en la claridad de la luna. No sé lo que hubiera hecho, a habérmelo permitido la extrema debilidad en que estaba. Hizo presa en mí la más negra desesperación. Poco después entró en mi estancia la luz rojiza de una linterna. Era Felipe, que, sin decir palabra, me cargó sobre sus hombros, y echó a andar. Y así traspusimos la puerta, junto a la cual nos esperaba ya el coche.

A la luna, las colinas se destacaban distintamente, como recortadas en tarjetas; sobre la llanura enlunada, y entre los árboles enanos que se mecían y rebrillaban, el inmenso cubo negro de la mansión resaltaba como una masa compacta, donde sólo se veían tres ventanas tenuemente iluminadas en el frente norte, sobre la puerta. Eran las ventanas de Olalla. Yo, mientras el carro avanzaba y saltaba entre la noche, mantenía los ojos fijos en ella. Por fin, al bajar al valle, las perdí de vista. Felipe iba silencioso, en el pescante. De tiempo en tiempo, refrenaba un poco la mula y se volvía a mirarme. Poco a poco se me fué aproximando, y puso su mano en mi cabeza. Había tanta bondad en aquella caricia, tanta sencillez animal, que las lágrimas salieron de mí cual la sangre de rota arteria.

—Felipe, — le dije, — llévame adonde no me hagan preguntas.

No dijo nada, pero hizo girar a la mula, desanduvo un trecho, y entrando por otra senda me condujo al pueblecito de la mon-

taña, que era, como en Escocia decimos, el "kirkton", la diócesis de aquel populoso distrito. Vagamente bullen en mi memoria los recuerdos del amanecer en los campos, del coche que se detiene, de unos brazos que me ayudan a descender, de un humilde cuarto en que me alojan, y de un desmayo profundo como un sueño.

* * * *

Al día siguiente, y al otro, y al otro, el sacerdote asistió a mi cabecera con su caja de rapé y su brevario. Después, cuando empecé a restablecerme, me dijo que yo estaba e ncamino de salud y me convenía apresu- en camino de salud. Y, sin decir sus razones sorbió un poco de rapé y me miró de reojo. Yo no me hice desentendido. Comprendí que había hablado con Olalia.

—Y ahora, señor, — le dije, — pues ya sabe usted que no lo pregunto con mala intención, ¿qué me cuenta usted de esa familia?

Me dijo que eran muy infortunados; que eran, al parecer, una raza decadente, y que estaban muy pobres y habían vivido muy abandonados.

—Pero no ella, — le dije. — Gracias a usted, sin duda, ella es muy instruída y mucho más sabia de lo que suelen ser las mujeres.

—Sí, — afirmó, — la señorita es muy ilustrada. Pero la familia es de lo más ignorante.

—¿La madre también? — pregunté.

—Sí, también la madre, — dijo el sacerdote tomando rapé. — Pero Felipe es un chico bien inclinado.

—La madre es muy extraña, ¿verdad?

—Mucho, — asintió el sacerdote.

—Señor, creo que nos andamos con circunloquios, — dije yo. — Usted debe de conocer mi situación mejor de lo que aparenta conocerla. Usted sabe bien que mi curiosidad es, por muchas causas, justificada. ¿No quiere ser franco conmigo?

—Hijo mío, — dijo el anciano. — Seré muy franco con usted en asuntos de mi competencia; pero, en los que ignoro, no hace falta mucha prudencia para comprender que debo callar. No he de fingir ni disimular: entiendo perfectamente lo que usted quiere decirme; pero ¿qué quiere usted que le diga, sino que todos estamos en las manos de Dios, y que sus caminos no son los nuestros? Hasta lo he consultado ya con mis superiores eclesiásticos; pero ellos también permanecen mudos. Se trata de un misterio muy grande.

—¿La señora está loca? — pregunté.

—Le contestaré a usted lo que creo: creo que no lo está. — dijo el buen cura, — o no lo estaba al menos. Cuando era joven (Dios me perdone: temo haber abandonado un poco a mi oveja), seguramente era cuerda; y, sin embargo, ya se le notaba ese humor, aunque no llegaba a los extremos de ahora. Ya antes de ella lo había tenido su padre; y aún creo que venía de más atrás: por eso, tal vez, nunca hice mucho caso... Pero estas cosas crecen y crecen, no sólo en el individuo, sino en la raza.

—Cuando era joven, — comencé, y mi voz tembló un instante, y tuve que hacer un esfuerzo para continuar, — ¿se parecía a Olalla?

—¡No por Dios! — exclamó. — No quiera Dios que nadie se figure tal cosa de mi penitente favorita. No, no; la señorita (salvo en su belleza, que yo, honradamente, desearía que fuera menor) no se parece a lo que fué su madre en un cabello. No quiero que se figure usted eso, aunque sabe el cielo que más le valdría a usted figurárselo.

Entonces me incorporé en la cama y abrí mi corazón al anciano. Le conté nuestro amor y la decisión de ella. Le confesé mis propios temores, mis triste y pasajeras imaginaciones, aunque asegurándole también que se habían acabado ya. Y con una sumisión que no era fingida, apelé a su juicio.

Me escuchó con paciencia y sin la menor sorpresa. Y cuando terminé se quedó callado un buen rato. Al fin dijo así:

—La Iglesia... — y se detuvo para pedir excusas. — Hijo mío: había olvidado que no es usted cristiano. Pero es la verdad: en un punto tan excepcional como éste, la misma Iglesia puede decirse que no ha decidido nada. Sin embargo, ¿quiere usted que le diga mi opinión? En esta materia, el mejor juez es la señorita. Y yo acepto su sentencia.

Después se despidió, y en adelante sus visitas fueron menos frecuentes. Lo cierto es que, en cuanto me restablecí del todo, hasta parecía temer y huir mi sociedad, no por disgusto de mí, sino por huir del enigma de la esfinge. También en el pueblo se me alejaban. Nadie quería guiarme por la montaña. Yo creo que me miraban con desconfianza, y los más supersticiosos hasta se santiguaban al verme. Al principio lo achacaba yo a mis ideas heréticas; pero poco a poco fué comprendiendo que la causa de todo era mi estancia en la triste residencia. Aunque nadie hace caso de supersticiones vulgares, yo sentía que sobre mi amor iba cayendo una sombra fría. No diré que lo apagaba, no: más bien servía para enfurecerlo.

Pocas millas al Oeste del pueblo, había una abertura en la sierra desde donde era fácil distinguir la residencia. Allí iba yo diariamente a respirar el aire libre. En la cima había un bosque, y en el sitio justo en que el camino salía del bosque se alzaba un montón de rocas, arriba del cual había un crucifijo de tamaño natural y de expresión más que dolorida. Aquél era mi lugar predilecto. Desde allí, día tras día, acechaba yo el valle y la antigua casona, y podía ver a Felipe, no mayor que una mosca, que iba y venía por el jardín. A veces había niebla, niebla que el viento de la montaña acababa por disipar. A veces todo el valle dormía a mis pies ardiendo en sol. Otras, la lluvia tendía sobre él sus redes. Aquel vigilar a distancia, aquella contemplación interrumpida del sitio en que mi vida había sufrido tan extraña mudanza, convenían singularmente a mi humor indeciso. Allí me pasaba yo los días enteros, discutiendo para mis adentros los diversos aspectos de la situación, ya debelgándome ante las seducciones

del amor, ya dando oídos a la prudencia, y finalmente volviendo a mi indecisión primera.

Un día que estaba yo, como de costumbre, sentado en mi roca, pasó por allí un campesino, un hombre alto envuelto en una manta .Era forastero, y no me conocía ni de oídas, porque, en lugar de desviarse de mí, como todos, me abordó, se sentó a mi vera, y nos pusimos a conversar. Me dijo, entre otras cosas, que había sido mulero, q en otro tiempo había frecuentado mucho aquella sierra. Más tarde había servido al ejército con sus mulas, había logrado ahorrar algo, y ahora vivía retirado con su familia.

—¿Y conoce usted aquella casa? — le pregunté señalando la residencia, porque yo no podía hablar más que de Olalla.

Me miró con arrugado ceño, se santiguó y me dijo:

—¡Y bien que sí! Como que allí vendió el alma a Satanás un compañero. ¡La virgen nos guarde de tentaciones! Pero ya lo ha pagado, porque a estas horas está ardiendo en los vivos infiernos.

Sentí un vago terror. No supe qué decir. Y el hombre, como hablando para sí, continuó:

—¡Sí, ya lo creo que la conozco! Alguna vez he entrado allí. De seguro andaba la muerte suelta en la montaña, pero era peor todavía en aquel hogar. Y verá usted, señor: entré, tomé del brazo a mi compañero, lo arrastré hasta la puerta, le pedí por todo lo más sagrado que huyera conmigo; hasta me le arrodille en la nieve, y vi claramente que estaba conmovido. Pero en ese instante se asomó ella por la galería y lo llamó por su nombre. El se volvió. Ella, con una lámpara en la mano, lo llamaba y le sonreía. Yo invoqué el nombre de Dios y le eché encima los brazos, pero él me dió un empellón, y se me escapó. Ya había escogido para siempre entre el Bueno y el Malo. ¡Dios nos ayude! Yo hubiera rezado por él. ¿Para qué? Hay pecados con los que no puede ni el Papa.

—Y ¿en qué paró al fin su amigo?

—¡Hombre, sabe Dios! — dijo el arriero. — A ser cierto lo que se cuenta, su fin fué, como sus pecados, para erizar los cabellos.

—¿Quiere usted decir que lo mataron?

—Claro que lo mataron, — repuso el hombre. — Pero ¿cómo, eh? ¿Cómo? Hay cosas que sólo nombrarlas es pecado.

—La gente que vive allí... — comencé a decir.

Pero él me interrumpió rudamente:

—¿Qué gente? ¡Si en esa casa de Satanás no vive nadie! ¿Cómo? ¿Tanto tiempo de vivir aquí y no saberio?

Y aquí, acercándose, me habló al oído, como temiendo que las aves de la montaña lo oyeran y enfermaran de horror.

Lo que contó, ni era cierto ni muy original; una nueva versión, remendada por la superstición e ignorancia de los campesinos, de cuentos tan viejos como el hombre. Lo único que me impresionó fué la moraleja final.

En otro tiempo, me dijo, la iglesia hubiera podido quemar aquel nido de basiliscos; pero ahora la iglesia era débil. Su amigo Miguel no había sido castigado por la mano del hombre, sino abandonado al tremendo castigo de Dios. Eso no era justo, y no debía reptirse. El cura estaba ya viejo, y probablemente también a él lo habían embrujado. Pero ahora el rebaño estaba más alerta para cuidarse solo; y algún día, — no lejano, — el humo de aquella casa subiría al cielo.

Me dejó horrorizado. ¿Qué hacer? ¿Prevenir al cura o directamente a los amenazados? La suerte iba a decidirlo por mí. En efecto, mientras yo vacilaba, vi aparecer por el camino una mujer cubierta con un velo. El velo no podía engañar mi penetración. En todas las líneas y movimientos del cuerpo reconocí a Olalla. Y, ocultándome tras la roca, la dejé llegar a la cumbre. Entonces me descubrí. Ella, reconociéndome, se detuvo sin decir palabra. Yo también permanecí silencioso. Y así estuvimos contemplándonos, con apasionada amargura.

—Creí que ya se había usted ido de aquí, — dijo ella al cabo. — Es lo mejor que puede usted hacer por mí, alejarse. ¡Y usted, que se empeña en quedarse!... Pero ¿no ve usted que cada día acumula peligros de muerte, no sólo sobre su cabeza, sino también sobre la nuestra? Han corrido rumores por la montaña; hablan de que usted está enamorado de mí, y la gente no lo toleraría...

—Olalla, — le dije. — Estoy dispuesto a partir este mismo día, esta misma hora, pero no solo.

Ella dió unos pasos, y se arrodilló ante el crucifijo. Y yo me quedé contemplando alternativamente a aquella devota y al objeto de su adoración: ya la hermosa figura de la penitente, ya el semblante lívido y embadurnado, las llagas pintadas y las flacas costillas de la imagen. El silencio sólo era turbado por los lamentos de unos pájaros que revoloteaban, como asustados, por las cumbres. Al fin, Olalla se levantó, se volvió hacia mí, alzó su velo y, apoyándose con una mano en el madero de la Cruz, me contempló con semblante pálido y doliente:

—Tengo, — dijo, — la mano puesta en la Cruz. Mi confesor me ha dicho que usted no es cristiano. No importa: por un instante contemple usted a través de mis ojos el rostro del Crucificado. Todos somos, como El, herederos del pecado; todos tenemos que soportar y expiar un pasado que no es nuestro; en todos hay, hasta en mí, un reflejo divino. Como El, todos debemos padecer un poco, en tanto que se hace la paz de la mañana. Déjeme usted seguir a solas mi camino: así estaré menos sola, porque me acompañará Aquel que es amigo de todos los que sufren; sí seré más dichosa, porque habré dicho adiós a las dichas terrestres y aceptado voluntariamente mi patrimonio de dolor.

Alcé los ojos para ver el rostro del Cristo, y, aunque no gusto de imágenes y desdeño este arte imitativo y gesticulante de que el crucifijo era tosco ejemplo, invadió mi espíritu un vago sentimiento del símbo-

lo. El rostro, caído, me contemplaba con una contracción de dolor y muerte; pero rayos de gloria lo circundaban, haciéndome recordar la grandeza del sacrificio voluntario. En lo alto, coronando la roca, como en tantos otros caminos, predicando en vano al pasajero, el crucifijo se alzaba, emblema imponente de austeras y nobles verdades: que el placer no es un fin, sino un simple acaso; que el dolor es la opción del magnánimo, que la virtud está en sufrir y hacer siempre el bien... Y empecé, en silencio, a bajar la cuesta. Y cuando por última vez volví la cara, antes de internarme en el bosque, vi a Olalla, abrazada todavía a la Cruz.

R. L. STEVENSON.

—Sobre todo, Justina, hágame el favor de no utilizar los cubiertos de plata para revolver la ensalada.

—¡Oh! ¡Yo no haga eso nunca, señora! ¡Yo siempre revuelvo la ensalada con las manos!

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 " . . . " 4.50
1 año . . . " 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

A los lectores:

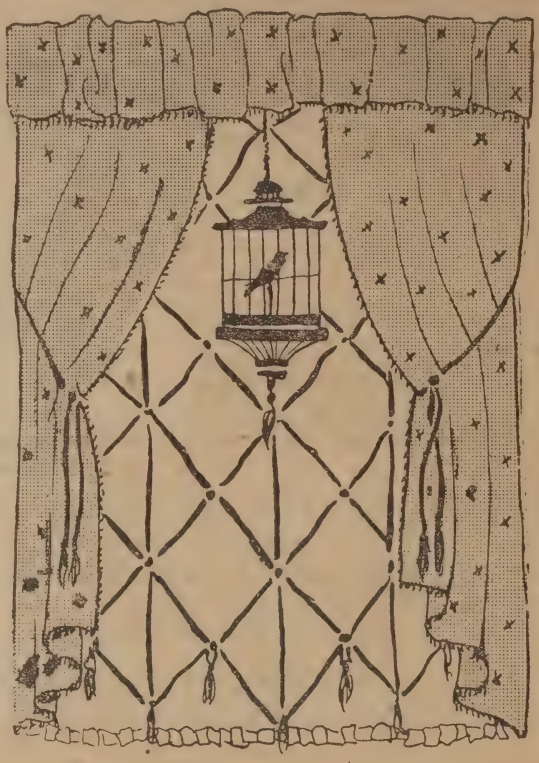
El constante favor que el público presta a este magazine ha decidido a sus editores a introducir en él algunas mejoras que redundarán en beneficio de los favorecedores de esta publicación.

Dentro de poco "Pucky" aparecerá con mayor número de páginas,—algunas de ellas en cuatro colores,—y un material enteramente inédito y de un especial interés.

De ese modo "Pucky" acrecentará sus atractivos y responderá en toda la amplitud que corresponde al decidido favor del público tanto de la Capital como de las Provincias y de las Repúblicas Oriental del Uruguay, Chile y Paraguay donde circula.

El Director.

Subscríbase a "El Diario", edición de los jueves, remitiendo el importe a razón de 0.10 cts. por cada ejemplar que quiera recibir



Esta bonita e interesante decoración de ventana, es una nota sacada de las páginas femeninas que

EL DIARIO

4a. EDICION

publica todos los jueves. El "chic" exquisito con que se tratan en esa sección de "EL DIARIO", todos los asuntos femeninos, ha de interesar a las señoras de buen gusto que no deben dejar de pedir un ejemplar con el cupón que se publica en la página Nº. 3 de este número de "Pucky"

"EL DIARIO" - Av. DE MAYO 662. - Bs. Aires

La Extraña Historia de STEPHEN USHER.

Intenso y poderoso drama de misterio y aventura que relata la historia de una familia de la más alta aristocracia de Inglaterra, escrito por HENRY B. RICHMOND e ilustrado por el distinguido artista J. LOUIS SMYTH.

(CONTINUACION. -- VÉASE EL NÚMERO 114 DE "PUCKY")

O, — respondió prontamente Stephen.

El desconocido se sonrió burlonamente.

Se veía que dudaba de la veracidad de tal afirmación.

Después, inclinándose, miró fijamente a Stephen Usher.

—¿Qué combinación buscaba usted? ¿Qué significa esto? — preguntó insolentemente.

Al notar la actitud del hombre, Stephen se levantó a su vez.

—No sea impertinente,—dijo con frialdad.

—No. No soy impertinente — dijo el hombre bajando la voz. — Sólo quiero darle un consejo.

—¿Cual? — preguntó Stephen sarcástico.

—No se si usted es detective o lo contrario y desea escapar a la acción de la ley. Sea lo uno o lo otro, necesita usted aprender mucho. Usted no se ha afeitado esta mañana.

Era verdad, Stephen no había tenido oportunidad de cuidar de esa parte de su toilette.

El deconocido continuó:

—La primera vez que se disfrace, de viejo, recuerde que si no se afeita debe por lo menos blanquearse la barba crecida para que tenga el mismo gris de su bigote postizo.

Dicho esto salió rápidamente del bar.

Reponiéndose rápidamente de la sorpresa que le habían causado aquellas palabras, Stephen arrojó sobre el mostrador una moneda de un chelín, más que suficiente para pagar lo que había consumido.

Salió de la hostería y miró a un lado y a otro. No vió ni rastro del desconocido.

El camino estaba bordeado a ambos lados por cercos de arbustos, así que era posible que el desconocido se hubiera escabullido y ocultado detrás de uno de aquellos cercos.

Stephen hubiera querido tener un momento de conversación con aquel hombre, así que con la esperanza de hallarlo le buscó por las inmediaciones pero no le encontró.

En vista de esto siguió su camino.

El incidente le había intrigado mucho, no tanto por la extraña semejanza que con él tenía el desconocido, sinó por lo que había dicho.

¿Quién era aquel hombre tan habil en el arte del disfraz que le había dado una lección tan sensata a Stephen Usher?

Por una parte Stephen estaba tranquilo. Aún cuando el hombre había notado que se hallaba disfrazado, no había adivinado su verdadera identidad.

Así que, por el momento no había nada que temer de su parte.

La sorpresa de Julián

EL mismo día que Stephen Usher tuvo su extraño encuentro en la Hostería, su primo Julián salió del castillo por la noche para ocuparse de un asunto de suma urgencia. Habían pasado doce horas desde aquella en que se había apoderado de la preciosa cartera y aún no se había deshecho de ella.

En verdad no había tenido ocasión de destruirla y había pensado echarla a un sitio donde ni él ni nadie pudiera volverla a sacar.

Para ese fin la había puesto en una pequeña bolsa de lienzo, junto con varios objetos de que también quería desembarazarse.

Eran estos los robados a Matthew Lincoln la noche en que le había asaltado en su habitación. En aquella circunstancia había quitado al viejo abogado todo lo que de algún valor llevaba encima, a fin de hacer creer que el robo había sido el móvil del asaltante.

Cualquiera de aquellos objetos, hallado en su poder, constituiría suficiente prueba contra él y por eso se sentía inquieto cuando portador de todos ellos se dirigía aquella noche hacia el río Raven.

El tiempo era muy malo. Soplaba un viento violentísimo que llenaba la vasta extensión de la llanura de extraños gemidos lastimeros. No era noche como para andar por el campo, por más que no llovía, pero Julián tenía que hacer algo muy importante y no iba a consentir que los elementos le impidieran el paso.

El punto de río Raven más cercano del castillo se hallaba a larga distancia, que había que recorrer atravesando el campo, lo que no era fácil ni agradable con un tiempo como el que hacía.

Tardó pues una hora o quizás algo más en recorrer aquel espacio y llegar a la orilla del profundo zanjón en cuya hondonada corría el rápido río.

Se acercó a la orilla todo lo que pudo y entonces sacó la bolsa del bolsillo del saco. Tenía dentro la bolsa, varias piedras y trozos de hierro a fin de hacer que se fuera a incrustar para siempre en el cieno del fondo del río. Julián se inclinó hacia afuera.

El viento le soplaba a Julián en la cara mientras estaba en la orilla del río y era tan violento que casi no le dejaba respirar.

Esperó un momento a que el viento menguara su ímpetu, pero como no sucedió así se resolvió a realizar su propósito lo antes posible y terminar de una vez.

Arrojó la bolsa contra el viento, pero a pesar de su peso y de la fuerza con que fué arrojada, sólo recorrió unas cuantas yardas hasta que vencido el impulso por la fuerza del viento, la bolsa cayó hacia el río y desapareció de la vista de Julián.

Cuando Julián Usher la vió por última vez parecía que el viento la llevaba contra la pared de la zanja profunda pero esto no importaba nada, pués la ribera estaba cortada de modo tan vertical que la bolsa después de dar en la pared vertical caería a la profundidad del río torrentoso.

Una sensación de intensa alegría y de inmensa satisfacción llenó su alma al ver que la bolsa desaparecía.

Tranquilo ya, Julián emprendió el regreso.

—¡Por fin! — murmuró. Después de todas las aventuras que ha corrido esta dichosa cartera estaba temiendo por no poderme librar nunca de ella. Mientras la he tenido en mi poder no he estado tranquilo, temeroso de que alguna circunstancia inesperada viniera a arrebatármela de mis manos. Pero ya me he librado de ella y finalmente no puede causarme mal ninguno. ¡Vamos! Ahora me siento como renovado y rejuvenecido. Es este el primer momento de tranquilidad que tengo desde que ocupé el sitio de lord Ravenhurst. Ahora lo único que falta es que yo sepa ser suficientemente hábil para que no me moleste nada ni una sola vez más.

Alegre y contento caminaba en dirección al castillo. Parecíale ahora que nada podría destruir ya su tranquilidad, pues el haber destruido la única prueba de su delito más grave le aseguraba la más perfecta impunidad. Sin embargo se olvidaba de algo que no tenía nada que ver con la cartera famosa, del espectro de Stephen Usher cuyo secreto aún no había logrado resolver.

Tal vez ahora, desaparecida la prueba material de su delito, suponía Julián Usher que su conciencia tranquila en la persuasión de su impunidad no volvería a verse turbada por fantasmas que siempre supuso creación morbosa de su conciencia culpable.

Todos los terrores del pasado estaban olvidados ya. Sentía como si ante él apuntara la aurora brillante de un nuevo día.

Perdido en sus optimistas pensamientos no se fijó en qué dirección avanzaba y cuando se creyó cerca del castillo notó asombrado que, debido a su cambio de rumbo se encontraba después de una hora de marcha por lo menos a otra hora del castillo de Ravenhurst.

Debido a esto eran cerca de las doce de la noche cuando por fin entró en el parque. El gran edificio estaba enteramente a oscuras.

De acuerdo con sus órdenes terminantes no le esperaba levantado ninguno de los criados, pues le gustaba entrar y salir cuando le daba la gana y sin que nadie se enterara a fin de que nadie se preocupase tampoco de lo que había. Abrió la puerta principal con una de las llaves de su llavero y en cando hubo entrado cerró la puerta por dentro. Luego, atravesando el amplio hall, se dirigió a la biblioteca.

—¡Voy a tomar un trago de cognac antes de irme a acostar! — murmuró. — Bien merezco una copa esta noche, la más feliz de todas desde que soy lord Ravenhurst. ¡Noche feliz! ¡Si hasta me dan ganas de felicitarme a mi mismo por la suerte que he tenido! ¡Pero qué noche!

Estas últimas palabras fueron motivadas por el rugir del vendaval que sacudía furiosamente las ramas de los árboles del parque. La tormenta parecía haber llegado al máximum de la violencia.

Abrió la puerta de la biblioteca y en seguida de entrar tocó la llave de la luz eléc-

trica que estaba al lado de la puerta y encendió una lámpara que quedaba al otro lado de la habitación.

Aquella luz bastó para que Julián distinguiera en seguida algo que le dejó inmóvil. ¡No estaba solo en la biblioteca!

Un hombre estaba arrodillado delante de la caja de hierro abierta.

Instintivamente Julián Usher llevó la mano al bolsillo donde tenía el revólver y acababa de sacarlo cuando el hombre que estaba delante de la caja se volvió y luego se puso de pie.

Julián retrocedió al verle y una sola palabra brotó de sus labios, articulada apenas, casi balbuceada:

—¡Stephen!

La cara que le miraba en aquel momento y que clavaba en él sus ojos brillantes era la de Stephen, bien conocida para él, por cierto! La única diferencia que había entre la que otras veces había visto y la de ahora era que esta no tenía la extraña transparencia espectral ni la señal lívida de la herida en la sien.

¡Aquella era la cara de un ser humano, no la de un aparecido!

Julián Usher se quedó tan asombrado que no supo qué hacer y el otro hombre aprovechó esta circunstancia en su favor. Dió un salto hacia Julián y antes de que el aterrorizado lord pudiera hacer uso del revólver se sintió sujeto por una mano que parecía una garra de acero.

Salió de su estupor al sentir eu peso del cuerpo del asaltante contra su cuerpo, pues comprendió que tenía que luchar con un ser de carne y hueso como él. Comprendió también que su vida dependía de como se defendiera.

Hizo esfuerzos desesperados para lograr hacer uso del revólver, pero el otro hombre le había tomado ventaja y no le dió ocasión. En tales circunstancias el revólver venía a constituir un estorbo más que una cosa útil así que optó por dejarlo caer.

Comenzó entonces la pelea más desesperada que Julián Usher pudo soñar; una riña de la que que el vencido no saldría con vida. Recordando las proezas atléticas y sportivas de su primo, Julián pensó que únicamente podía salvarle un golpe de habilidad y de picardía.

Había sido tomado de sorpresa y con desventaja para él, pero mediante un esfuerzo logró equiparar casi las situaciones. Los dos hombres, abrazados, luchando con ferocidad iban de un lado a otro de la habitación.

Cada uno parecía empeñado en la destrucción del otro. No era posible que hubiera cuartel.

No hablaba ninguno de los dos. La situación no les permitía desperdiciar aliento.

Durante cinco minutos duró aquella terrible pelea cuerpo a cuerpo sin que ninguno de los dos consiguiera una ventaja decisiva.

Parecía que sus fuerzas se equilibraban, lo que no dejó de causar sorpresa a Julián, persuadido como estaba de la enorme superioridad de su primo.

Comprendía, sin embargo, que si su contrario no hacía más era porque no podía, que no reservaba fuerzas, como hacen algunos, para un esfuerzo final.

Este convencimiento dió esperanzas a Julián y le hizo continuar la lucha con mayor brío. Con unas energías que nunca había soñado tener arrojó a su contrario hacia atrás y le obligó a ocupar todas sus fuerzas en tratar de librarse de su poderosa presión.

El contrario ya no atacaba. Se defendía contra el fiero ataque de Julián.

Los hombres ya no iban de un lado a otro de la habitación. Se habían quedado firmes en un punto mientras la casa parecía temblar sacudida por el vendaval que soplaba fuera.

Las puertas que daban a la galería estaban abiertas y se golpeaban con estrépito cada vez que una ráfaga las movía. Al abrir Julián la puerta de la biblioteca había establecido la corriente de aire.

Julián Usher notó que su antagonista cedía bajo su presión y sintiendo que iba a triunfar su corazón se llenó de alegría. Pero es peligroso contar con el triunfo por anticipado, pues suele causar un debilitamiento de fuerzas y volver por completo al revés las condiciones del combate.

Así le sucedió a Julián. Suponiéndose victorioso aflojó inconscientemente la presión que ejercía sobre el contrario. Este lo notó y aprovechó la oportunidad que se le presentaba.

Arriesgándolo todo en una última tentativa, el exhausto contrario de Julián dobló a propósito las piernas y se dejó caer hacia atrás. Su rápida caída fué una sorpresa para Julián que también perdió pie y cayó junto con su adversario.

Este había fingido caerse y a Julián le tomó de sorpresa la caída. El resultado fué que Julián, al caer, dejó de sujetar al hombre a quien quería destruir.

Cayó Julián sobre el otro y al caer recibió un golpe tan fuerte que le aturdió de tal modo que cuando se dió cuenta de lo que le pasaba se hallaba boca abajo en eu suelo dominado por su adversario que amenazaba ahogarle.

No habló ninguno de los dos. El que estaba arriba no debía creer necesario decir nada, el otro no tenía aliento para respirar, así que mal hubiera podido pronunciar algunas palabras.

Julián hizo un poderoso pero inútil esfuerzo para librarse, pero sólo consiguió empeorar su situación. En el mismo momento en que le parecía triunfar estaba vencido.

La presión que sentía en el cuello era terrible y la idea de que iba a morir le llenó de miedo.

—¡Stephen, por favor! ¡No me mate! —

— ¡Me ahoga! ¡Tenga piedad de mí! ¡No me mate! ¡No me mate así!

El otro contestó y la presión que sentía en el cuello no cedía. El terror de Julián era intensísimo. La idea de que el hombre a quien había hecho tanto mal le iba a quitar la vida lo había reducido al más lamentable estado.

—¡Stephen, por favor! ¡No me mate! — gritaba desesperado. — Se que le he hecho

mucho mal pero juro que me arrepiento y que suyo será el sitio que ocupo aquí indebidamente. ¡Por favor! Usted será lord Ravenhurst, pero no me mate.

La presión del cuello pareció ceder un poco.

—¡Siga, siga! — dijo el adversario. — Descargue su conciencia que eso es bueno en momentos como este...

—¡No, Stephen! ¡No me mate! — gritó Julián aterrorizado. — Déjeme vivir y yo demostraré que usted no es culpable de lo que se le acusa. ¡Yo demostraré su inocencia! Si yo muero nadie podrá demostrarla y usted no podrá volver al sitio que le pertenece.

—¿Cómo probará usted mi inocencia?

—Yo diré a los jueces que fuí yo quien mató a Philip Marsden, — dijo Julián.

El adversario lanzó una exclamación.

—¿En cambio de la vida se declarará usted culpable ante la justicia?

—Sí, Stephen, lo juro.

—La confesión será su condena, — dijo el otro. — ¿Puedo creer que si le perdono ahora la vida usted no se negará después a cumplir su palabra y no querrá eludir la acción de la justicia?

—Déjeme vivir, Stephen, — fué la respuesta, — y yo le daré una confesión escrita que usted podrá presentar a los jueces. Por favor, Stephen, diga que sí.

—¡Ah!

Hubo un momento de silencio y en seguida el sometido volvió a suplicar.

—No puedo más, Stephen, — dijo con voz ronca. — Siento que el corazón deja de latir. ¡Por favor, deme una oportunidad y seré bueno! ¡Perdón!

El adversario aflojó un poco la presión que oprimía el cuello de Julián, pero éste siguió dominado por el peso del hombre que tenía encima.

Volviendo la cabeza cuanto pudo vió entonces que su contrario buscaba algo en los bolsillos y sacaba luego una media hoja de papel en blanco, parte de una carta vieja y ponerla delante de él lo más cerca posible de Julián.

Hecho esto colocó su pluma de fuente en la mano del sometido.

—¡Escriba usted ahora, — ordenó. — Recuerde que si no cumple lo que ha prometido seré inexorable.

Julián Usher vaciló, pues aún en su extremado terror había tenido esperanza de que Stephen se conformara con su palabra. En verdad recién en este instante se daba cuenta de que todas sus picardías habían encontrado su definitivo fin.

—¡Escriba corto! — ordenó el otro. — Ponga que usted mató a Philip Marsden para poder llegar a ser lord Ravenhurst quitando de en medio, acusado de asesino, al verdadero heredero. ¡Pronto! Escriba usted o...

Calló porque Julián, convencido de que ya no le quedaba más recurso, había comenzado a escribir. No le era fácil hacerlo en las circunstancias en que se hallaba, pero logró escribir a pesar de lo difícil de la postura.

Escribió con dolorosa lentitud, esperando que Stephen se compadeciera de él y renunciara en último momento a su venganza.

Pero sus esperanzas fueron vanas y tuvo que escribirlo todo.

Trazó, pues, en el papel, las siguientes palabras:

" Yo, Julián Usher, declaro haber sido
" quien mató a Philip Marsden y que mi
" primo Stephen no tuvo participación al-
" guna en ese crimen. Hago esta declara-
" ción en pleno uso de todas mis facultades
" mentales y con el objeto de hacer justi-
" cia a mi primo porque estoy arrepentido
" de todo el mal que le hice."

—¡Firme usted ahora!

Julián firmó e inmediatamente el papel le fué arrebatado de delante.

En el mismo momento, Julián Usher se percató de la presencia de un objeto que, en medio de su terrible temor no había echado de ver.

¡Era su revólver, que se encontraba en el suelo, al alcance de su mano izquierda!

La vista del arma le llenó de una loca esperanza, la última esperanza de un hombre llevado hasta el límite de la desesperación.

El contrario de Julián leyó detenidamente el escrito y mientras él estaba ocupado en la lectura, la mano izquierda de lord Ravenhurst se apoderaba del revólver.

Sin sospechar ni lo más mínimo de cuanto pasaba por la mente del hombre a quien creía impotente entre sus manos, el otro dobló el papel y lo guardó en el bolsillo.

En el mismo momento Julián levantaba la mano y llevando el revólver a apoyarse en un hombro, como pretendiendo apuntar a la cabeza del hombre que le dominaba, apretó el gatillo.

Se oyó una fuerte detonación y un grito y el hombre cayó de espaldas en el suelo.

Libre de su peso Julián se puso instantáneamente de pie.

No sabía donde había dado la bala, ni le importaba. Le bastaba con ver al cuerpo inmóvil, tendido en el suelo, para saber que el hombre que había tenido su vida en sus manos pocos minutos antes, hallábase ahora inerte y a su merced.

Una sensación de triunfo, tal como no lo había experimentado nunca en el curso de toda su accidentada vida, llenó su espíritu.

En el último instante, un sólo momento antes de morir estrangulado, había conseguido salvar la vida y todo cuanto le hacía adorar su existencia. La confesión que acababa de escribir sería destruída y Stephen Usher, si no había muerto a consecuencia de su tiro, sería puesto en manos de la policía para que la justicia le juzgara por autor del asesinato de Philip Marsden.

El misterio del espectro quedaba aclarado de una vez y por fin sabía Julián que había sido víctima de una burda comedia. Nunca, sin embargo, ni aún en los momentos en que más había reconcentrado su inteligencia pensando en el misterio de las terroríficas apariciones se le había ocurrido que llegara a descubrirse todoen la forma en que acababa de descubrirlo.

Tomó a Stephen Usher por debajo de los brazos y lo dejó deslizar poco a poco dentro del tronco hueco. ("La extraña historia de Stephen Usher").

Todas las dudas, todos los temores de que sus nervios se hallaran en un estado de excepcional desequilibrio se desvanecían por completo dejando lugar a las más halagüeñas esperanzas y perspectivas.

Se acercó al cuerpo yacente y le miró a la cara. Era la misma cara que tantas veces había visto últimamente y ahora le parecía tan pálida como cuando se le había presentado pretendiendo ser una creación espectral y helándole la sangre en las venas.

—¡Así que su farsa ha tenido un desenlace inesperado, Stephen! — murmuró sarcásticamente. — Confieso que he sido burlado de la manera más completa durante bastante tiempo... ¡Pero por suerte he salido triunfante al final! ¡Ya está usted definitivamente vencido, señor espectro!

Resuelto a destruir sin pérdida de tiempo la confesión que se había visto obligado a escribir estaba ya por arrodillarse junto al caído cuando se detuvo y miró hacia las puertas que daban a la galería. Estaban abiertas de par en par y nada se distinguía por ellas que no fuera la densa oscuridad de la noche.

Entonces, mientras miraba, una figura apareció en el hueco de una de las puertas y al verla Julián sintió que, como otras veces, le parecía que el corazón cesaba de latir y la sangre se le helaba en las venas.

No era extraño que así sucediera, pues de pie, en el hueco de la puerta abierta, destacándose sobre el negro fondo de la noche tenebrosa, estaba la pálida, transparente cara espectral de su primo Stephen Usher!

Un plan atrevido

CUANDO vió que la figura espectral de Stephen Usher le miraba desde el hueco de la puerta que daba a la galería, Julián retrocedió. Para él la situación era inexplicable, pues mientras el cuerpo de Stephen Usher yacía a sus pies, el fantasma de la misma persona se le presentaba en la puerta abierta de par en par.

Se apretó la cabeza con las dos manos tratando de convencerse de que el espectro no existía, de que se trataba tan solo de una creación de su mente conturbada. ero por más que hiciera por recobrar el aplomo perdido no se sentía son suficiente valor para dominar la situación y no lograba hacer que se desvaneciera la espectral aparición.

Durante el breve y terrible período de inacción que siguió, la mirada del aparecido se fijó en el cuerpo caído en el suelo. Después, la pálida aparición alzó la vista y continuó avanzando.

Lanzando un grito de horror, Julián retrocedió aún más al ver que el espectro se aproximaba a él.

Dió uno, dos, tres pasos hacia atrás y al dar con el borde de una alfombra que se enredó en pie en ella y se tambaleó.

Sin nadie que pudiera ayudarle, se resistió un momento, pero al fin perdió por completo el equilibrio y cayó al suelo, dando al caer, con la esquina aguda de un mueble en una sien y quedando desde luego inerme y a merced de su enemigo.

El golpe que había recibido había sido terrible, de modo que no era de esperar que recobrará los sentidos en poco tiempo.

Stephen Usher no se fijó en Julián y arrodillándose junto al otro cuerpo que se encontraba en el suelo se puso a examinarle. Era la cara lo que quería ver y al hacerlo salió de sus labios una exclamación de asombro.

La cara que estaba mirando era una perfecta copia de la suya propia. El parecido era tal que si se hubiese estado mirando en un espejo no habría podido ser mayor.

Sin embargo, no era aquella la primera vez que Stephen Usher había visto el semblante del hombre que tanto se le parecía, pues unas horas antes había tenido ante él a tan misterioso individuo en una hostería situada a quince millas del castillo de Ravenhurst.

Pero, ¿cuál era el motivo de su presencia en el castillo de Ravenhurst y por qué se hallaba desmayado? La situación era de lo más inexplicable y en la cabeza de Stephen giraba un torbellino de ideas e hipótesis sin que lograra hallar una explicación que hiciera verosímiles los asombrosos sucesos que acababa de constatar.

Era perder tiempo emplearlo en hacer conjeturas, así que desistiendo de ello, sin volver a preocuparse de poner en claro el misterio se dedicó a examinar al hombre a fin de ver si estaba gravemente herido.

El tiro que le había disparado Julián Usher no había hecho más que rozarle la sien izquierda y el golpe de la bala, aun cuando de refilón, le había producido el desmayo. Julián, por su parte, estaba también desmayado a consecuencia del golpe que se diera al caer y recobraría los sentidos sin necesidad de que nadie le prestara auxilio.

Stephen levantó del suelo a su primo y lo puso lo más cómodamente instalado que pudo en una butaca.

—Tardará un par de horas, sino más, en recobrar los sentidos. Antes de que vuelva en sí tengo que hacer que el otro hombre me diga quién es, a qué ha venido y lo que ha sucedido. La situación es tal que no me es posible deducir la verdad de las conjeturas; necesito informes fidedignos y completos para saber a qué atenerme.

La primera idea de Stephen fué que el desconocido se había aprovechado de su parecido con él para hacer a Julián objeto de un "chantage". Tuvo que abandonar inmediatamente esa teoría porque si el desconocido declaraba ser Stephen sería arrestado en seguida como autor de la muerte de Philip Marsden, hecho cometido hacía ya varios meses.

Todas las conjeturas que Stephen ideó fueron descartadas inmediatamente por él mismo ante las razones por el estilo. No le quedaba más recurso que esperar una explicación si deseaba saber la verdad.

Como para él era demasiado peligroso permanecer en aquel sitio, pensó Stephen que lo mejor que podía hacer, para no perder de vista ni un momento al desconocido, era sacarlo de allí y llevárselo a sitio oculto y seguro.

No era Stephen Usher de aquellos que una

vez decidida una cosa tardan en ponerla en ejecución, así que en cuanto se convenció de que aquel temperamento era el que le convenía por avenirse mejor a sus deseos y necesidades, se acercó al desmayado intruso, le levantó en brazos como pudiera haber hecho con un niño y salió con él de la biblioteca, por una de las puertas que daban a la galería, desapareciendo poco después en la densa oscuridad de la noche.

Dirigióse a buen paso hacia la parte más poblada de árboles del hermoso parque del castillo y cuando se encontró en un sitio que consideró seguro, puso su carga sobre el mullido césped y se arrodilló junto al exámine desconocido.

En aquel mismo instante el hombre lanzó un suspiro que más bien pareció un gruñido.

Sacó Stephen del bolsillo un frasco que contenía cognac. Dejó caer unas gotas entre los labios del hombre. Volvió éste a gruñir y estiró el cuerpo, ensanchando a la vez el pecho. Al hacer este movimiento notó Stephen que del bolsillo interior del saco salía una hoja de papel que estaba a punto de caerse.

La tomó y con la idea de que pudiera proporcionarle algún dato para llegar al convencimiento de la identidad de aquel hombre, la desplegó.

La noche era oscura y aun cuando Stephen distinguía que aquel papel tenía escrito algo que no pudo leerlo.

Pero eso no era dificultad insuperable. Sacó su linterna eléctrica, sin la que no salía nunca a sus excursiones nocturnas, y encediéndola, dirigió el haz de luz al lado escrito del recién hallado papel.

El mensaje que en él estaba escrito había sido nerviosamente trazado y presentaba el aspecto de haber sido escrito en condiciones difíciles, en un momento de gran turbación.

Sin embargo, estaba suficientemente claro para que Stephen lo pudiera leer sin mayor tropiezo. En cuanto hubo descifrado las primeras palabras lanzó el lector un grito de alegría y de asombro. Sin atreverse casi a creer lo que sus ojos veían, leyó lo siguiente:

"Yo, Julián Usher, declaro haber sido
" quien mató a Philip Marsden y que mi
" primo Stephen no tuvo participación algu-
" na en ese crimen. Hago esta declaración
" en pleno uso de todas mis facultades men-
" tales y con el objeto de hacer justicia a
" mi primo porque estoy arrepentido de to-
" do el mal que le hice."

Stephen Usher miró la hoja de papel como si no creyese que era verdad lo que acababa de leer. Sin embargo, pasado el primer instante de aturdimiento comprendió que la que tenía en su mano era una confesión plena que limpiaría su nombre de toda mancha y que le pondría, a él, en la posición social que le correspondía de derecho y la que le habían arrebatado las malas artes de su primo Julián.

¿Cómo había sido escrita aquella confesión? ¿En qué condiciones había sido Julián obligado a firmar aquello que era su propia sentenncia de muerte? No lo sabía ni le importaba saberlo. Le bastaba con haberse enterado de que la declaración había sido escrita y de que ella constituía todo cuanto podía necesitarse para iluminar con luz de mediodía a todas las oscuridades disipando cuantas sombras había proyectado la maldad sobre su nombre siempre honrado.

Leyó otra vez el papel y su primer impulso fué correr a comunicar la buena nueva a Marion Grey y a Matthhew Lincoln, los dos únicos amigos que le acompañaban con todo su afecto y su abnegación en sus momentos de infortunio. Más tranquilas ideas dominaron su intención y doblando cuidadosamente el papel la guardó en el bolsillo donde podía estar en seguridad hasta el día siguiente en que sonaría la hora de presentarlo y de demostrar su inocencia ante la sociedad y la justicia.

Se quitó del rostro la sustancia luminosa que le daba un aspecto tal como, al decir de las leyendas, tienen los espectros. Aquel artificio le había sido sin duda, muy útil pero ya no le era necesario, así que lo mejor era hacerlo desaparecer.

Otro gruñido le hizo dirigir la mirada nuevamente, hacia el hombre que yacía tendido en el césped y de quien Stephen, entregado por completo a su alegría, se había olvidado momentáneamente. Acercóse de nuevo a él y ya iba a arrodillarse a su lado para examinarle, cuando el hombre se incorporó quedando sentado en el suelo y se frotó los ojos con sus puños cerrados.

En el primer momento no echó de ver la presencia de Stephen y maldiciendo una y mil veces su suerte, trató de ir coordinando sus pensamientos y de reunir su recuerdos.

Haciendo un esfuerzo logró ponerse de pie y en cuanto lo estuvo se vió frente a Stephen. Al ver una cara tan parecida a la suya, retrocedió un paso, convencido de que sus desequilibrados sentidos le habían hecho víctima de una alucinación.

—¿Qué es esto? ¿Estoy viendo visiones? — dijo en voz baja. — ¿Estoy muerto o vivo? ¿Ese que está ahí soy yo o es mi espectro?

Stephen no pudo reprimir una sonrisa al notar el asombro y la extrañeza del hombre.

—¿Me rio yo mismo de mí mismo? — siguió el otro. — ¿Quién de los dos es el yo de carne y hueso?

Se dió un golpe con el puño cerrado en el pecho y pareció convencerse de que era de carne y hueso. Después, atreviéndose a avanzar, tendió una mano y la adelantó hasta que tocó con ella el hombro de Stephen.

La sensación de tacto colmó su asombro.

—¡Esto sí que pasa de la raya! — exclamó. — Ni yo ni el otro yo somos fantasmas. Aquí hay dos yo. ¡Ahora resulto mi propio hermano, un mellizo!

Stephen Usher que hasta ese momento había oído en silencio las palabras del desconocido, se decidió, por fin, a hablar.

—No se alarme, — dijo en tono tranquilizador. — No le sucede a usted nada raro. Somos dos individuos enteramente separados aun cuando debo confesar que el parecl

do entre nosotros dos llega a un punto que puede considerarse maravilloso.

El otro permaneció silencioso y se quedó mirando con asombro a la cara de Stephen. Su semblante adquirió una expresión de intensa preocupación. Sin duda estaba relacionando los hechos con el detalle que ahora conocía y sacando de ellos las correspondientes consecuencias.

—¡Entonces usted debe ser Stephen Usher, el hombre a quien creen muerto! — exclamó al cabo de un rato.

Hallándose la importantísima confesión en su bolsillo, Stephen no tenía ya razón para ocultar su verdadera identidad.

—Así es, — manifestó tranquilamente. — ¡Soy Stephen Usher y mañana la sociedad sabrá que no he muerto!

El tono con que Stephen dijo esas palabras tuvo cierto colorido, a pesar de su sencillez, que hizo que el otro se llevara la mano al bolsillo donde le había guardado la confesión de Julián.

—¡Usted me ha quitado algo que era mío! — exclamó.

Stephen inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Algo que corresponde más a mí que a usted, sea usted quien sea, — dijo, — contestó. — El papel que le he quitado constituye un certificado de inocencia y de buena conducta para mí. Ese papel demuestra que yo no cometí el crimen de que se me acusó y me ha hecho vivir fuera de la sociedad. Para mí el documento es de valor, para usted no es de la menor utilidad.

—Soy de los que saben sacar provecho de las cosas, — dijo, — y con ese papel podría haberme hecho dar más dinero del que pudiera necesitar para no volver a trabajar ni una hora más en mi vida.

—¿Pensaba usted someter a mi primo a un "chantage"? — preguntó Stephen. — El "chantage" es en los tiempos actuales un juego muy peligroso.

—¡Peligroso tal vez pero remunerativo con toda seguridad, — dijo el otro fríamente y en este caso hubieran sido ambas cosas buenas: productivo y fácil.

El hombre no parecía hallarse muy resentido por la sustracción de que acababa de ser objeto pero esa actitud no quería decir que se conformara con lo sucedido.

—¿Quién es usted? — preguntó Stephen después de un breve silencio. — ¿Cómo llegó usted a hacerse dueño de una confesión que yo traté de obtener hace meses y meses sin conseguirlo? ¿Fué por casualidad o vino usted, conocedor de su parecido conmigo, resuelto a explotarlo ante mi primo?

—Un poco de lo uno y un poco de lo otro, — respondió el desconocido con suave sonrisa. — Supongo que no corro peligro diciéndole la verdad y que cuando las cosas se arreglen usted no se olvidará de mí.

—Confíe en que será generosamente recompensado, — prometió Stephen. — ¡Cuénteme, pues, cómo ha sido.

—En primer lugar, — empezó el otro, — usted habrá o no habrá oído hablar de Jimmy Argyle. Gozo, entre el elemento de policía, — Jimmy Argyle soy soy, — de la reputación de ser el más hábil de los que abren cajas de hierro sin permiso de su dueño. Soy el orgullo de mi gremio y la desesperación de la policía. Cerrojos, combinaciones, resortes, todo desaparece ante el hábil contacto de mis dedos. No hay cerradura que me cierre el paso cuando yo quiero entrar. Tampoco habrá nada que me lo impida cuando quiera salir si me encierran. Lo que he dicho creo que puede considerarse suficiente como explicación de mi carácter, condiciones e indiscutibles méritos profesionales.

Calló un momento. Stephen Usher esperó con gran interés que continuara.

Llegué a esta localidad en el curso de la realización de una "tournée" provincial. Mi propósito era visitar por la noche las mejores y mejor amuebladas mansiones a objeto de recoger algunos recuerdos útiles y sobre todo dinero en efectivo. Esta noche dediqué mi visita al castillo de Ravenhurst, al que consideraba en condiciones de ser muy productivo. Pero el mal tiempo reinante si bien me fué útil de un modo, me fué molesto de otro. El fragor de la tormenta impidió que se me oyera trabajar, pero también impidió que no oyese que se acerca gente. Así fué que en cuanto ya había terminado de abrir la caja me molestó la repentina presencia de Julián, el que le usurpa a usted el título de lord Ravenhurst.

Hizo otra nueva pausa. Stephen, ansioso de conocer el final, no le dijo nada.

—Fué en aquel momento cuando mi extraño parecido entró a desempeñar su misión, — prosiguió. — Su primo me creyó usted o su espectro de usted y mientras retrocedía asombrado, yo le caí encima. Peleamos y debo confesar, en honor a la verdad, que se defendió bien. Por fin, gracias a una estratagema, logré dominarle. Mientras le tenía bajo mis puños fué tal el miedo que le dió que confesó todos sus crímenes pidiéndome perdón, es decir, pidiéndoselo a usted. Le dije que escribiera y firmara una declaración de sus culpas y así lo hizo. En cuanto yo me guardé el papel consiguió él, no sé como, alcanzar a donde estaba su revólver y por encima de su propio hombro me disparó un tiro. Me desmayé entonces y abrí los ojos aquí. No sé más.

Stephen Usher había escuchado con suma atención lo que Jimmy Argyle le había dicho, maravillándose de la extraordinaria coincidencia que había dado lugar a tan extraño cambio de situación.

—Sin saber me ha hecho usted el mayor servicio que podía hacerme, — dijo después — Y puede estar seguro de que no trata con un ingrato.

—La gratitud muere siempre joven, — observó Jimmy Argyle tristemente, — pero antes de que hablemos de eso tengo que preguntarle una o dos cosas. La confesión plena es la salud del alma. Como yo le he contado a usted toda mi aventura, lógico es que me haga usted saber cómo ha logrado desempeñar el papel de muerto con tanta perfección.

Stephen no consideró que debía guardar secreto, y contó a Argyle todo lo que había pasado, sin mencionar por cierto, el secreto de la tumba. Tampoco vaciló en manifestar

cómo había sido auxiliado en sus planes por la abnegación de Marión Grey y la inconsiderable amistad de Matthew Lincoln.

—¡Qué historia más novelesca! — comentó Jimmy Argyle. — Y la causa de todo...

El resto de la frase se perdió en el fragor del viento que removía y astillaba las ramas d los árboles con momentánea acrecentada violencia.

—¡Qué noche! — dijo Argyle. — El viento parece suficientemente fuerte para arrancar de raíz los árboles de este parque.

—No corremos peligro mientras nos hallamos cobijados bajo este árbol corpulento, — dijo sonriendo Stephen.

E indicó el enorme árbol debajo de cuyas ramas se encontraban.

—El tronco es hueco, — dijo, — y la parte superior de donde parten las ramas principales, está carcomida por el tiempo. Todavía puede resistir algunas tormentas, aún cuando si son como la de esta noche pocas se necesitarán para dar cuenta de él.

Acababa de pronunciar Stephen esas palabras cuando se oyó sobre su cabeza un crugir de madera desgarrada, y una gruesa rama se separó del árbol, arrastrando en su caída a otras ramas menores.

—¡Sepárese pronto! — gritó Stephen.

Pero Jimmy Argyle no necesitaba advertencia, así que viéndole Stephen fuera de la zona de peligro, le siguió.

Por una fracción de segundo no consiguió ponerse en salvo, y la pesada rama le dió en la cabeza. El golpe fué tan terrible que le arrojó de bruces al suelo.

Argyle se quedó pálido ante lo que acababa de suceder y se aproximó rápidamente hacia el hombre que había sido abatido con tan trágica rapidez. Movido por un impulso inexplicable en él, se apresuró a prestarle auxilio y empezó por tratar de quitar de debajo de las ramas que le habían quedado encima.

Cuando le hubo librado así del peso de los trozos de árbol, Argyle se fijó en la palidez de la cara de Stephen y en la inmovilidad de su cuerpo y pensó si estaría muerto.

No presentaba el cuerpo inmóvil ningún signo de vida, y la presencia del verdadero conde de Ravenhurst tendido a sus pies despertó en el activo cerebro de Jimmy Argyle, el habilísimo tunante, ideas diabólicas.

—Ha sido un accidente oportuno, — se dijo, — que me ahorra mucha molestia y preocupación. Debe ser muy tonto cuando se creyó que un hombre de mis condiciones se iba a contentar con un obsequio, seguramente insignificante, en un caso de tanta importancia. ¿Por qué he de contentarme con un pedazo cuando puedo quedarme con el todo?

Argyle consideró que la suerte que había hecho caer la rama sobre Stephen le había vnido a maravilla, pues precisamente hacía un rato que estaba pensando cómo lograría encontrar oportunidad para quitar de enmedio al hombre que se le parecía tanto.

Jimmy Argyle había sido siempre el hombre de los golpes audaces. Desde el momento en que se había enterado de que Stephen era el verdadero conde de Ravenhurst, había resuelto jugarse todo lo que pudiera jugarse con tal de alcanzar un premio que se hallaba por encima de cuanto pudiera haber soñado en sus momentos de mayor ambición.

Mientras se halló junto a Julián y antes de haberse enterado de que Stephen vivía, había considerado la confesión escrita como una buena base para futuro y productivo "chantage", pero cuando había visto a Stephen y se hubo enterado que no había muerto, como todos lo creían, nacieron en su espíritu nuevas ambiciones.

Confiado en su parecido con Stephen, creía que le iba a ser posible quitar a Julián sus títulos y erigirse él como conde de Ravenhurst. La confesión demostraría que él no había dado muerte a Philip Marsden y en consecuencia Stephen, — es decir él, que haría de Stephen, — sería proclamado como conde de Ravenhurst en lugar de Julián, que sería conducido a presidio.

Un solo detalle faltaba en toda la combinación de Jimmy Argyle. Para que su plan tuviera éxito era necesario que Stephen Usher no pudiera presentarse nunca en procura de lo que era suyo. Aún cuando Argyle era un bribón de lo peor, no había manchado nunca sus manos con la sangre del crimen, así que no se atrevía ni a pensar en que tal vez tendría que dar muerte a quien era estorbo para la ralización de sus planes.

Lo sucedido venía a solucionar en parte las perspectivas del plan de Jimmy. Tal vez estuviera muerto ya el que era estorbo. De rodillas junto al caído, Jimmy lo examinó muy detenidamente.

Le sacó del bolsillo la hoja de papel con su declaración y persuadido, previo examen, de que era la misma, la guardó en su cartera.

Después trató de averiguar si aún quedaba vida en aquel cuerpo.

—¡Puede ser que el golpe le haya muerto! — murmuró Argyle. — La rama era bastante pesada para haberle partido el cráneo a un buey, y pareció darle de lleno en la mollera. Pero si está muerto, ¿qué haré con él?

Miró a su alrededor, y su mirada se detuvo en el viejo árbol responsable de la caída de Stephen. De acuerdo con lo que él había dicho poco antes, el tronco, muy ancho, estaba hueco.

El espacio libre dentro del tronco podría constituir un escondrijo temporal, pero de primer orden.

Tenía Jimmy Argyle la costumbre de trazarse sus planes rápidamente, y así lo hizo. Primero sacó del bolsillo un rollito de cordel retorcido y ató con un trozo de éste las muñecas de Stephen. Después le ató un pañuelo a la boca a manera de mordaza. Aún cuando no hubiera logrado todavía enterarse de si estaba muerto o no, consideraba bueno tomar precauciones por si recobraba los sentidos mientras se hallaba en el tronco hueco. Bien sujeto y amordazado, no podría ni llamar ni salir.

De este modo, la seguridad que para sus planes quería Argyle se produciría tarde o temprano, pues Stephen Usher, amordaza-

do y atado dentro del árbol, no tardaría en morir.

Jimmy Argyle se puso de pie y tomándose de una de las ramas del árbol subió hasta el sitio que había mencionado Stephen y miró la abertura por donde se podía penetrar en el tronco hueco. Satisfecho de su inspección, volvió a saltar al suelo.

Se acercó al cuerpo ,y con una facilidad que demostraba su gran fuerza muscular, lo levantó y lo llevó hacia el árbol. Luego, dándole un impulso rápido, lo elevó para dejarlo colocado en una de las ramas bajas.

Subió él a otra rama, temeroso de que la primera se rompiese con el peso de los dos, y tomando a Stephen por debajo de los brazos, lo fué acercando poco a poco al centro del árbol hasta que, habiéndolo elevado lo suficiente, le dejó deslizar por el hueco del árbol.

Hecho esto volvió al suelo y se secó con el pañuelo, el sudor que cubría su frente.

—El primer paso está dado, Ahora voy a descansar un poco y a dejar que se tranquilicen mis nervios demasiado sacudidos. Tengo que proceder con mucha cautela, pero las cosas se han presentado tan bien hasta ahora, que si sigo con igual suerte otras veinticuatro horas, antes de que hayan transcurrido me habré visto aclamado conde de Ravenhurst en sustitución del usurpador.

El banquete

CURIOSO en verdad fué el hecho de que durante el día que siguió a la noche en que tan trágicos acontecimientos acaecieron en la biblioteca del castillo de Ravenhurst, Julián Usher se mostraba más alegre que nunca, cuando precisamente debía hallarse entregado a la más intensa desesperación, desde que nunca se había encontrado tan cerca de un acontecimiento que debía llevarle a la ruina definitiva de todas sus ilusiones. Nada sabía de cuanto aconteció después que hubo perdido el conocimiento, pero recordaba lo que había sucedido antes, así que no ignoraba que su suerte estaba decidida y que poco tardaría en verse despojado de lo que tan indignamente había usurpado.

Su situación no podía ser más desesperada. No había en el mundo fuerza que pudiera detener el golpe que le estaba amenazando y que le heriría dentro de poco. Tal vez obedeciera su alegría al convencimiento de que de nada le podría servir el desesperarse, y a que estaba resignado a sufrir lo que viniera. fuese lo que fuese.

Estaba próximo su fin, y sin duda se proponía tratar de que la última escena de su carrera en esta vida, fuera tal como debía ser, tratándose de una persona de su carácter y condición.

Su contento era tal aquel día, que Julián hasta llegó a invitar a Marion Grey y a Matthew Lincoln a comer con él, celebrando la mejoría del abogado. Por cortesía, la invitación fué aceptada. Julián había invitado también a los jefes de las tres familias de mayor significación social de las inmediaciones.

Durante el día no acaeció nada extraordinario, y aún cuando esto le llamó la atención, Julián no se emocionó por ello. Convencido de que la escena trágica se había de producir, no le importaba, por lo visto, que fuera antes o después.

Por la tarde, media hora antes de aquella en que debía servirse el banquete, Julián se retiró a sus habitaciones para cambiar de ropa y vestirse de etiqueta, lo que hizo con su acostumbrada meticulosidad. Una vez vestido, se miró al espejo.

—Si el fin ha de llegar, me encontrará bien vestido, — dijo con amargura. — Estaré dispuesto para todo lo que pueda suceder, pues este amigo abreviará los torturas de la última escena.

Al decir esto sacó un pequeño objeto del bolsillo del chaleco. Era, al parecer, un bombón; en realidad, era un "cápsula" de gelatina, que contenía suficiente veneno para producirle una muerte sin dolor en pocos minutos. No tendría más que llevarlo a la boca y morderlo, para morir plácida y rápidamente.

Guardó Julián Usher su mortífero bombón y apenas lo había metido en el bolsillo del chaleco cuando llamaron a la puerta de su cuarto y un criado entró, portador de un telegrama:

Julián rasgó el sobre y leyó el siguiente mensaje:

"Llegaré a las ocho a ocupar mi sitio. — S."

—No tiene contestación, — dijo Julián al criado, sin que, al parecer, le hubiese emocionado la lectura del despacho.

El criado se retiró.

Riendo irónicamente, Julián se guardó el telegrama en el bolsillo.

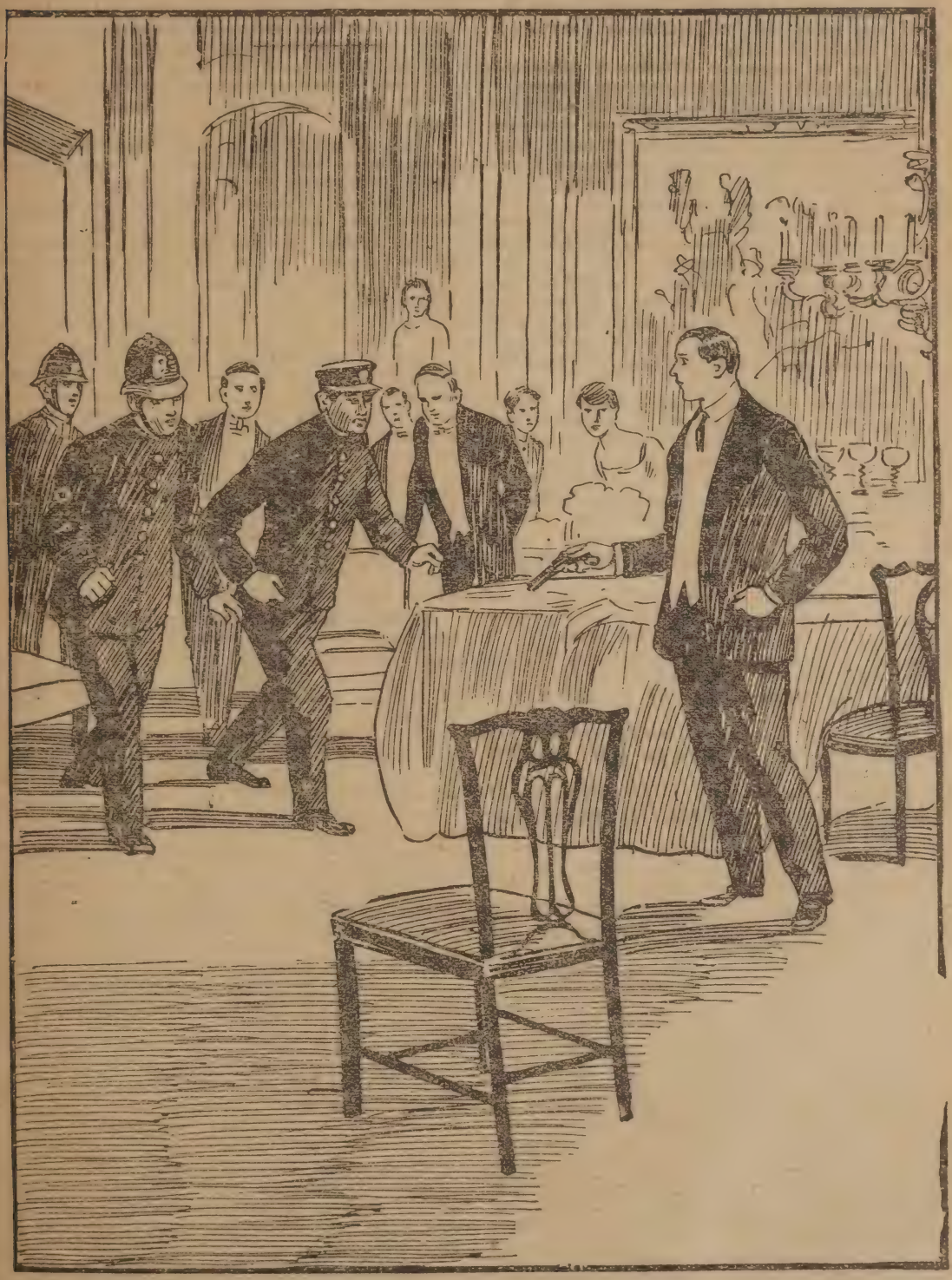
—¡Así que Stephen vendrá esta noche a reclamar lo que es suyo! — murmuró. — Me alegro de que no se haga esperar. Al punto que han llegado las cosas, cuanto antes se produzca la solución, mejor. Resistirme sería tonto y provocaría un innecesario alboroto. ¡Bah! Jugué y he perdido. El precio del partido es mi vida. ¡No hay otro camino!

La perspectiva no le aterrorizaba. Estaba preparado para ella, así que cuando descendió de su cuarto para ir al comedor, nadie hubiera sospechado al ver su aire desenvuelto y alegre, el terrible proyecto que se proponía ejecutar.

Ocupó su asiento a la cabecera de la mesa, y tanto Marion Grey como Matthew Lincoln notaron en seguida su excepcional alegría.

La comida fué servida con el mayor despliegue de lujo en todo el servicio, y durante cerca de una hora no sucedió nada que interrumpiera la placidez de la fiesta. La conversación era animada y Marión participaba de ella admirada, pues no se había esperad que reinara semejante alegría en aquel banquete.

Pocos minutos antes de las ocho de la noche se oyó llamar con relativa violencia



"Vamos a ver, ¿quién es el que va a prenderme?" — preguntó con risa burlona. ("La extraña historia de Stephen Usher").

a la puerta del comedor y Julián, que tenía el rostro subido de color a consecuencia de las frecuentes libaciones, se puso pálido.

Entró un criado rápidamente y se acercó al dueño de casa.

—Está el inspector Wooton y dice que necesita hablar urgentemente con milord.

Julián Usher dominó su emoción con gran esfuerzo. Comprendía que el final desastroso se aproximaba, y esperaba hacerle frente con toda calma. Al mismo tiempo resolvió que la última escena de su vida se representara ante los invitados.

—Dígale al inspector Wooton que tenga la bondad de entrar, — dijo al criado, que se retiró inmediatamente.

—Supongo que no será nada grave, Ravenhurst, — dijo uno de los invitados.

—¡Quién sabe! — contestó Julián con calma. — Cuando la policía se decide a ir a un sitio, casi nunca lo hace sin sobrada razón.

Tomó una copa con vino y bebió todo el contenido, y poniéndola en la mesa, la llenó de nuevo, dispuesto a echar en ella el veneno llegado el momento.

Marión Grey miró a Matthew Lincoln. El castillo de Ravenhurst había sido teatro de tantas dramáticas escenas en los últimos tiempos, que la joven no podía considerar sin temor la llegada de un oficial de policía.

El inspector Wooton penetró en el corredor sin que le acompañaran los agentes que habían ido con él. Lo hizo así como muestra de respeto para con Julián. La actitud del oficial no era, por otra parte, la de un policía que viene a detener a alguien importante.

—Lamento molestar a usted, milord, — empezó diciendo, — pero se trata de algo que será muy breve.

Julián Usher empezó a admirarse de si había hecho bien en recibir al inspector, y se puso de pie diciendo:

—Si usted considera que el asunto debe ser tratado en intimidad, podemos pasar a la biblioteca.

—No es necesario que se moleste usted tanto, milord, — contestó Wooton. — Mi visita tiene por objeto comunicarle que hemos recibido aviso de que un conocido ladrón de Londres está en este distrito. Ha visitado ya varias casas de familias acaudaladas y es de suponer que no dejará de visitar el castillo de Ravenhurst. Este hombre, que dice llamarse Argyle, es buscado por la policía hace tiempo, al que yo venía, además, a pedirle autorización para apostar en el castillo algunos de mis hombres, a fin de que, si viene, puedan detenerle.

Julián Usher, como es lógico, no tenía la menor noticia de la existencia de Jimmy Argyle, — el hombre que tanto se parecía a su primo Stephen, — así que el aviso del inspector le interesó muy poco.

—No tengo razón ninguna para oponerme a su deseo, Wooton, — dijo Julián, — aún cuando nunca es agradable saber que se tiene dentro de casa a gente cuya misión es ver sin ser vista.

—Le prometo que ni milord ni ninguno de sus huéspedes será molestado en lo más mínimo, — aseguró el inspector. — He traído dos hombres para que pasen aquí la noche. Con su permiso, les llevaré a sus puestos de observación antes de retirarme.

Julián Usher se encogió de hombros.

—Puede usted disponer como mejor le parezca por mi parte...

Pero no concluyó la frase, porque en ese momento se oyó ruido fuera del comedor y entró un anciano criado, exclamando:

—¡Milord! ¡Señorita Marion! ¡Señor Lincoln! ¡Lord Stephen ha regresado!

Una bomba que hubiera caído en mitad de la reunion no hubiese causado mayor asombro que el que causaron aquellas palabras del criado.

Marion Grey y Matthew Lincoln se pusieron de pie como movidos por un resorte, preguntándose si era posible que fuera Stephen mismo que se presentaba a reclamar sus derechos provisto de la correspondiente prueba de culpabilidad de Julián ó si, cansado de esperar, había resuelto terminar de una vez su dramática farsa.

Julián Usher era el menos sorprendido de todos y quieto como una estatua, permanecía de pie con una mano á poca distancia de la copa de vino donde había echado la cápsula con el veneno, esperando el momento dramático que solo él sabía que debía llegar aquella misma noche.

Se oyó ruido de pasos en el hall y pocos segundos después la erguida figura de Stephen Usher penetró en el comedor.

Nadie trató de hablar ni se adelantó hacia el que, mirando altanero, se quedó á poca distancia .

El momento fué muy dramático. Parecía que todos los presentes se hubieran vuelto de piedra, pues habían quedado inmóviles en la misma postura.

Fué el inspector de policía el primero que avanzó hacia el supuesto Stephen Usher.

—¿Quién es usted, señor? — le preguntó:

Argyle, el impostor, se irguió orgulloso y miró al oficial de policía con desprecio.

—¡Soy Stenhen Usher, conde de Ravenhurst!

El inspector insistió.

—Lord Stephen Usher muerto por su propria mano, dejó de existir hace algunos meses, — dijo.

—No murió. Les hizo creer á todos que murió, pero vive—fué la respuesta.—Prueba de ello es que aquí estoy yo.

Wooton no esperó más.

—Siendo así mi deber es detenerle á usted inmediatamente.

"Está usted acusado de haber dado muerte a Phlip Mardsen, — dijo. — Pido a todos los presentes, en nombre del rey, quieran prestarme su ayuda para el cumplimiento de mi deber.

Asustada, Marion Grey adelantó la cabeza tratando de oír bien lo que dijera el supuesto Stephen.

Argyle sonrió y se llevó la mano al bolsillo.

—¡Un momento! — dijo. — No he venido

á entregarme falsamente acusado de un crimen que no cometí si no trajera la prueba de mi inocencia. ¡Aquí está!

Matthew Lincoln lanzó una exclamación de incrédula alegría temblando de emoción. Pálido hasta los labios, Julián esperaba impávido el desenlace.

—Deme usted esa prueba, Stephen, — dijo el abogado. Si tiene usted pruebas debe entregármelas a mí que soy su abogado.

—Tiene usted razón — contestó Argyle sacando el papel del bolsillo. — Tome usted: esta es la confesión del hombre que mató a Philip Marsden.

El abogado tomó el papel y lo desplegó nerviosamente. Al hacerlo una exclamación brotó de los labios del hombre que pretendía ser Stephen Usher.

—Pero Stephen — tartamudeó el abogado agitando el papel para hacerlo ver de ambos lados. — ¡En esta hoja no hay nada escrito! ¡Este papel está en blanco!

—¿En blanco? — gritó furioso Argyle.— ¡No es cierto! ¡Usted miente!

Arrebató la hoja de papel de manos de Lincoln y la miró. ¡El abogado había dicho la verdad! El papel en el cual Julián Usher había escrito la confesión, estaba en blanco. No quedaban rastro de lo que había tenido escrito.

Jimmy Argyle, príncipe de los ladrones, sintió que la sangre se helaba por las venas al ver que el papel estaba en blanco y percatarse de la grave situación en que se encontraba. ¡La suerte le había dado una broma pesada!

¡Resultaba ahora que se había presentado pretendiendo ser Stephen Usher y que, en lugar de ser proclamado conde de Ravenhurst, tenía que hacer frente á la acusación que pesaba sobre Stephen como asesino de Philip Marsden!

Cuando se apagó la luz

DRAMATICO fué el momento de silencio que siguió al descubrimiento de que la supuesta confesión no era más que una hoja de papel en blanco. Los que se hallaban presentes en el lujoso comedor del caseillo de Ravenhurst y habían presenciando la aparición del hombre que decía ser Stephen Usher, experimentaron distintos sentimientos. Desde la más intensa decepción al mayor desengaño, al convencerse de que el recién llegado no podía presentar la prueba que podía dejar su nombre libre de toda sospecha de culpabilidad.

¡Todos menos uno! Julián Usher ni estaba decepcionado ni desengañado. Lo que estaba era sorprendido, pues casi no llegaba a darse cuenta de cómo le había favorecido de modo bien decisivo la buena suerte.

Menos de veinte horas antes el hombre que hacía un momento se había presentado pretendiendo ser Stephen Usher, le había obligado a escribir y firmar la confesión de que había hablado y cuando el hombre se presentó, pocos momentos antes, Julián estaba tan convencido de que su reino falso como conde de Ravenhurst, había terminado, que había estado a punto de quitarse la vida. Hasta había preparado una copa de vino con un veneno eficacísimo y rápido, a fin de evitarse, con la muerte, la vergüenza de ser aprehendido, juzgado y condenado.

Pero ahora se daba cuenta de que la buena suerte que le había acompañado desde el día en que había arrebatado sus derechos a su primo Stephen venía de nuevo, igual que en otras difíciles situaciones, en su auxilio.

Podía ahora estar seguro de que no se le molestaría y lo que era aun mejor, entregado Stephen a la policía, sería dtenido bajo la acusación de haber cometido un asesinato poniéndose así en condiciones de no poderle molestar. Si la acusación era comprobada, — y no faltaban por cierto pruebas contra Stephen. — Julián podría gozar dentro de poco, sin temor de ser molestado, de su usurpado título, pues éste sería ya suyo sin que nadie pudiera disputárselo.

Para Julián las perspectivas habían variado de la más negra oscuridad a la luz más brillante y él, por su parte, estaba resuelto a aprovechar la buena racha.

El inspector Wooton era, de todos los presentes, el que podía contemplar la situación con mayor imparcialidad y libre de prejuicios y de simpatías personales. Era un hombre enérgico para el cual no había más ley que el cumplimiento de su deber.

Así que pasado el primer instante de asombro se volvió hacia el criado que estaba de pie junto a él.

—Tenga la bondad de decirles a los dos agentes que esperan en el hall, — le dijo, — que pasen al comedor.

El criado vaciló un momento, miró a su patrón y como éste no le indicara nada, se decidió a ir a cumplir la orden.

—Lord Stephen Usher, — siguió diciendo el inspector. — Tengo que cumplir el penoso deber de detenerla bajo acusación de haber dado muerte a un sujeto lamado Philip Marsden y debo manifestarle que anotaré todo cuando diga desde este momento, con derecho a emplearlo como prueba contra usted cuando se vea su causa ante el tribunal.

Hasta aquel momento, Jimmy Argyle, el hombre que se había presentado en el castillo de Ravenhurst diciendo ser Stephen Usher, había permanecido atónito por el asombro que la había producido la situación en que de pronto se encontró. Se había presentado en aquella casa convencido de que era portador de la confesión escrita y firmada por Julián Usher. Mostrando la confesión hubiera sido aclamado como verdadero conde de Ravenhurst y la acusación de homicidio hubiera quedado desvanecida de hecho.

Pero ahora las cosas variaban. Le parecía bien a Jimmy Argyle ocupar el sitio de Stephen Usher, conde de Ravenhurst, pero no le parecía de su gusto ocupar la de Stephen Usher, presunto asesino de Philip Marsden.

Prefería mejor ser detenido en su condición verdadera de Jimmy Argyle, príncipe de los ladrones, y resignarse a cumplir los siete años de presidio, — quizás menos, a — que podían condenarle al arreglar sus cuentas pendientes con la justicia.

Las palabras del inspector le quitaron de su ensimismamiento y le decidieron a qui-

tarse la careta, cuanto antes, mejor.

—Me alegro de su presencia y me conviene que tome nota de todo lo que tengo que decir, — manifestó, — porque es de gran importancia, sobre todo para mí. En primer lugar debo hacer presente que yo no soy Stephen Usher.

De todos los que se hallaban en el comedor fueron Marion Grey y Matthew Lincoln los primeros que se dieron cuenta de que esta manifestación era verdad. El parecido era casi perfecto, pero había algo en el tono de la voz con que pronunció esas palabras que los convenció de inmediato de que no se trataba más que de un impostor.

Marion Grey sintió un ran alivio. Julián Usher se confesaba a sí mismo que no lograba entender lo que pasaba.

—¡Pronto ha cambiado usted de opinión! — observó el inspector irónicamente. — Antes pretendía usted con mucho orgullo ser el conde de Ravenhurst y de pronto al fracasar lo de la confesión, declara usted que no lo es.

El inspector estaba menos sorprendido que Julián.

—Así es, — dijo el otro, — pero ahora prefiero dar mi verdadero nombre aun cuando sea para que usted siga queriendo prenderme. Tal vez haya usted oído hablar de mí. Soy Jimmy Argyle, persona por la cual la policía demuestra hace tiempo bastante interés.

Wooton le miró estupefacto. Aquel era el hombre a quien precisamente quería prender, el causante de su mal interpretada llegada al castillo. No le había visto nunca pero al mirarle encontraba que sus rasgos coincidían con los que indicaba la filiación que le había sido remitida de Londres.

—Si es eso verdad, — dijo en seguida Wooton, ¿por qué se presentó pretendiendo ser el difunto lord Stephen Usher? ¿Por qué se empeñó en sostener su mentira y la de la confesión que probaba que era otro y no él, el matador de Philip Marsden?

Argyle miró a Julián que bajó la vista.

—Fué una de mis ocurrencias, — contestó. — Soy de carácter bromista y me gusta engañar y burlar a la gente. Si pregunta usted algo al respecto a los de la policía de Londres, le confirmarán mis palabras. Me enteré de que soy la imagen viviente de Stephen Usher y pensé en que podría dar a la gente de este castillo una buena sorpresa presentándome como si fuera él. No lo hubiera hecho si hubiera sabido que usted estaba aquí, pero cuando lo ví ya no me quedó más recurso que seguir desarrollando mi mentira.

Jimmy Argyle hablaba tranquilamente y sonriendo, como si aquello le pareciera muy divertido, pero estaba muy lejos de encontrarse tan tranquilo como aparentaba estarlo.

Sabía que Stephen Usher no se había suicidado, como todo el mundo lo creía, pero como necesariamente tenía que serlo, tarde no se sentía con deseos de enterar a nadie Stephen, el hecho sería recordado más tarde cuando el cuerpo de éste fuera hallado, — de ese detalle.

La razón que para esto tenía era bien sencilla. Si se sospechaba que él había visto a lo.

Argyle se daba cuenta de la gravedad de su situación y opinaba que involucrando a Julián Usher y explicando cómo le había obligado a escribir la confesión, no haría más que empeorarla más y más.

Pero si Jimmy esta dispuesto a dejar pasar los sucesos sin discusión, no pensaba lo mismo Matthew Lincoln, que se decidió a interrogarle.

—Ahora estoy convencido de que no es usted Stephen Usher, aún cuando se le parece mucho, — dijo el anciano abogado, — y estoy dispuesto a admitir su manifestación de que se proponía darnos una broma, pero quisiera que usted tuviese la bondad de explicarnos algo más sobre la confesión de que usted habló poco después de entrar en este comedor. Estoy convencido interiormente de que usted, cuando dijo lo que dijo creía tener el documento en el bolsillo. De otro modo, sabiendo, como usted sabía, que sobre Stephen Usher pesaba una acusación y orden de prisión por homicidio, no se concibe que se presentase aquí sin hallarse en posesión de una prueba de su inocencia.

Este argumento era, sin duda, de importancia y Argyle lo comprendió así. Comprendió también que los que le oían no podían creer que todo fuera broma. En consecuencia, se decidió a decir la verdad.

—Tiene usted razón, — dijo dirigiéndose a Lincoln. — No entré aquí sin creerme poseedor de la prueba de la inocencia del hombre muerto cuyo sitio venía a ocupar.

—¿Qué se ha hecho de la prueba, entonces? — preguntó el abogado con gran interés.

—Se ha desvanecido, se ha evaporado, — contestó Argyle. — y de eso nadie tiene la culpa sino yo. Siempre llevo en el bolsillo del chaleco dos plumas de fuente, una cargada con tinta común y otra con un flúido que al escribir parecía tinta y que al cabo de cierto número de horas desaparece sin dejar el menor rastro.

Esta tinta que se desvanece me ha sido de gran utilidad en muchas ocasiones, especialmente cuando he tenido que firmar un cheque con nombre ajeno. Las cartas escritas con ella, sobre todo si son cartas de amenaza conducentes a obtener dinero, resultan admirables porque cumplen su misión y desaparecen, dejando a la víctima sin prueba de presentar.

—Así que el documento que usted tenía pronto había sido escrito con la pluma de fuente que contenía la tinta invisible, ¿no es eso? — dijo Lincoln convencido de que la persona que tenía delante era uno de esos audaces aventureros de los que por desgracia hay bastantes en el mundo.

—Por una fatal quivocación la pluma que se empleó fué la de la tinta que desaparece, — dijo Argyle. — Crea usted que cuando lo pienso me avergüenzo de mí mismo, porque fué una equivocación indigna de un hombre como yo.

Con tal declaración quedaba descubierta la clave del misterio y Julián Usher maravillado al ver de qué modo providencial había

venido en su ayuda una extraordinaria buena suerte. Lo que no dejó de extrañarle también fué que Argyle no intentara enredarle de algún modo valiéndose de los secretos que poseía.

Esta descripción de Jimmy la agradecía Julián con toda su alma y pensando en que, como pudiera, le proporcionaría el modo de escapar del castillo.

La oportunidad de ayudarle en tal sentido se presentó antes de lo que Julián podía esperarlo.

A todo esto el inspector Wooton se había [illegible] y deseaba realizar de una vez su captura sin mayor trámite. Pensaba Wooton, con mucha razón, por cierto, que después de preso no le faltaría tiempo para contar cuanto le viniera en gana. Por lo pronto miró a sus subordinados indicándoles que se acercaran al astuto criminal.

Pero Argyle se anticipó a su movimiento y adivinándolo antes de que lo hicieran.

Su actitud que hasta aquel momento había parecido ser de negligente resignación cambió súbitamente.

Retrocedió unos paso evitando que los agentes la tomáran de los brazos. Al mismo tiempo sacó un revólver del bolsillo y con un movimiento de vaivén del brazo pareció amenazar sucesivamente a todos los que estaban delante de él.

—Vamos a ver, ¿quién es el que va a prenderme? — preguntó con risa burlona. — Uno por vez, sea el que sea. Cada uno que se acerque caerá. Tengo seis cápsulas, seis de los que están aquí pueden darse el gusto de ser despachados por mí al otro mundo. ¿Quién quiere ser el primero? ¿Cuál será el primer blanco de mi revólver?

Nadie se apresuró a avanzar contra él. Durante un momento todos permanecieron en suspenso pero Jimmy Argyle comprendió que la sorpresa causada por su baladronada podía durar poco, a lo más unos cuantos segundos.

Ya se había formado su plan de evasión y sin dejar que lo notaran se había fijado en el sitio donde se hallaba la caja que cubría el grupo de fusibles y las conexiones de la instalación eléctrica, correspondiente a las lámparas del piso bajo y que se encontraba en la pared frente a él, cerca del techo, en el rincón a la derecha de Argyle.

El inspector Wooton se adelantó resueltamente hacia el pícaro. Este levantó el revólver pero el inspector no hizo caso y tendió el brazo para agarrarlo cuando Argyle disparó el arma, no contra Wooton sino contra la caja de las conexiones eléctricas.

Se oyó un estampido horrísono; el ángulo donde estaba la caja salió una larga chispa azulada y al mismo tiempo el comedor y el hall que un momento antes estaban radiantes de luz quedaron sumidos en la más densa oscuridad.

Instantáneamente se produjo una horrible confusión. Sobre todos los ruidos se oyó la voz poderosa del inspector Wooton gritando a sus agentes que guardaran la puerta. Pero los agentes no sabían dónde quedaba la puerta, desorientados por la oscuridad.

El inspector que había levado la mano al bolsillo para sacar su linterna eléctrica la sacó al fin y lanzó el rayo luminoso a su alrededor.

Lo primero que vió fué la puerta abierta y antes de que pudiera dirigirla luz hacia el hall, el ruido cesó de improviso, reinando el silencio más completo.

Iba Wooton a decir algo cuando se oyó una voz que decía:

—¡Por aquí, amigos míos! ¡A que no me alcanzan! ¿Quién se juega esta carrera conmigo?

Era la voz burlona de Jimmy Argyle que resonaba del lado del hall o mejor dicho de el hall mismo, fera del comedor.

En cuanto se oyó esa voz los agentes y Wooton corrieron hacia el hall y desaparecieron por allí.

Tan pronto como se habían ausentado Argyle salió del rincón donde estaba, se dirigió sigilosamente hacia una de las puertas que daba a la galería. Su habilidad de ventrílocuo le había permitido engañar a sus perseguidores y entretenerlos algún tiempo que no sería mucho pero bastaría para permitirle escapar.

El comedor estaba completamente a oscuras pues Wooton se había ido llevándose su linterna eléctrica pero Argyle logró orientarse y dirigirse hacia las cortinas que cubrían las puertas que daban a la galería.

Jimmy Argyle no tenía intención de dejarse tomar y como estaba dispuesto a defenderse, llevaba el revólver apercibido en la mano.

De improviso le pareció notar la presencia de un hombre que se encontraba en la puerta, mirando hacia el jardín. Levantó el revólver y, en ese momento, el hombre se volvió.

Era Julián Usher.

—¡No se alarme! — dijo Julián en voz muy baja, — mi deseo es serle útil. Siga derecho por el jardín y el parque hasta el centro del bosque. Cuando los de policía hayan revisado toda la casa los lanzaré por una falsa pista.

Abrió la puerta de par en par y Jimmy Argyle salió rápidamente a la galería.

—¿Procedió usted honradamente? — preguntó desconfiado.

—¡Sí! — fué la respuesta. — Usted se defendió como pudo sin meterme en el asunto y eso debo agradecérselo. Por eso mismo deseo ayudarle. Si no consigue salir del parque por uno de los portones, escóndase en un árbol que hay derecho frente a esta parte de la casa. Es un roble muy viejo: el mayor de todo el parque. No le costará nada encontrarle, es el más grandes. Allí puede ocultarse: el tronco es hueco.

La persecución

JIMMY ARGYLE, al oír la advertencia de Julián Usher sobre el roble y su tronco hueco, se acordó repentinamente de algo que se había borrado de su memoria, pues durante la emocionante escena desarrollada poco antes en el comedor del castillo, no había pensado por cierto en Stephen Usher a quien había abandonado bien suelto y con mordaza, dentro del

hueco del tronco del árbol, en el parque de Ravenhurst.

Al recordarlo ahora, se le ocurrió una idea y como si obedciera cumplidamente la indicación de Julián Usher, corrió en línea recta hacia la parte del frondoso parque donde se hallaba situado el árbol hueco.

Cuando Jimmy Argyle escondió al desmayado y maniatado Stephen en la cavidad del árbol, era su propósito dejarle allí abandonado a su suerte, de modo que no pudiera entorpecerle su proyecto de apoderarse de la situación de conde de Ravenhurst.

Pero ya no había peligro de que Stephen Usher presentándose, le arrebatara título y fortuna, así que el primitivo plan de Jimmy no tenía ya razón de ser. En cambio, ese mismo Stephen podía ser ahora un elemento decisívo en favor de su fuga y por esto precisamente apresuraba el paso el ladrón, tratando de llegar cuanto antes al árbol hueco donde le había escondido.

Poco le costó encontrar el árbol. Procediendo con celeridad nerviosa se colgó de una rama y después de levantarse hasta la altura de la misma, fué andando por ella hasta la boca superior de la cavidad. Encendió su linterna eléctrica y dirigió el haz de su luz hacia abajo.

Stephen Usher, atado tal y como él le había dejado veinte horas antes, estaba en el hueco del árbol. La mordaza seguía en su sitio y las muñecas seguían unidas por el cordel con que él las había atado.

Cuando Argyle escondió el cuerpo de Stephen Usher, no sabía con seguridad si estaba vivo o muerto. El hecho de que no hubiera cambiado de postura en tanto tiempo inducía a creer qu se encontraba sin vida.

Pero Argyle ni siguió en duda mucho tiempo. Inclinándose hacia la cavidad tomó con la mano el cuello del saco de Stephen y con su fuerza extraordinaria empezó a levantar poco a poco el cuerpo.

Mientras hacía esto, el hombre lanzó un gruñido que llenó de satisfacción el ánimo de Jimmy Argyle. No porque le inspirara interés ni lástima la situación de Stephen, pues no era hombre capaz de apiadarse de nadie, sino porque si Stephen estaba vivo podía combinar su plan mucho mejor que si estuviera muerto.

Poniendo en acción sus fuerzas, dignas de un atleta, levantó el cuerpo del verdadero conde de Ravenhurst hasta sacarlo de la cavidad y luego le dejó descender por el costado del tronco hasta que cayó suavemente sobre las hojas secas que había en el suelo.

Saltó luego, del árbol y arrodillándose junto al cuerpo inerte le arrancó el pañuelo que servía de mordaza y con su navaja, cortó el cordel que le sujetaba las muñecas.

En aquel momento Stephen Usher suspiró y sus párpados temblaron como si fueran a abrir los ojos.

—¡Bueno! —exclamó Argyle. — Dentro de unos pocos minutos habrá recobrado los sentidos. En cuanto se despeje se dirigirá a alguna parte por el parque y se topará de manos a boca con la policía, que le prenderá creyendo que soy yo. Por mi parte me esconderé lo mejor que pueda y cuando la policía lo haya prendido y por lo tanto no me busque ya, saldré del escondrijo y me ausentaré lo más rápidamente posible.

¿Qué mejor escondrijo para permanecer sin peligro de ser hallado que el mismo roble hueco? Al roble hueco, pues, se dirigió JimmyArgyle y después de subir como lo había hecho antes se deslizó dentro del tronco donde pudo hallar el modo de sentarse y permanecer en situación bastante cómoda.

El silencio que reinaba en el bosque no fué interrumpido hasta unos diez minutos después cuando se oyó ruido de voces de alguien que se acercaba del lado del castillo. La investigación no había dado resultado en el castillo y comenzaba la recorrida en los alrededores.

Evidentemente, Julián Usher, que había prometido a Argyle que lanzaría a los perseguidores hacia una falsa pista había cumplido su palabra, pues pasaron los minutos y nadie se acercó del lado del roble hueco.

Unos veinte minutos después de haber sido sacado de la cavidad del roble, Stephen Usher que había dado ya varios signos de que estaba recobrando los sentidos, abrió los ojos y miró al cielo contemplando las estrellas por entre el follaje que se extendía sobre él.

Se sentó y procuró coordinar las ideas de su atormentado cerebro y de recordar cómo había llegado a encontrase dónde y cómo se hallaba. Pocos momentos le bastaron para rememorar todo lo sucedido hasta el instante en que la rama del roble, desgarrada por el viento le había dado en la cabeza y le había hecho caer sin conocimiento.

No tenía la menor idea de cuanto tiempo había pasado desde aquel accidente hasta ahora ni sabía nada de las horas pasadas dentro de la cavidad del roble.

Sacó el reloj y miró la esfera. El reloj estaba parado así que no pudo ayudarle a calcular el tiempo transcurrido.

Cuando sucedió el accidente de la rama era de noche y ahora también era de noche. Su conclusión lógica fué que había estado sin conocimiento muy poco tiempo, quizás algunas pocas horas.

Se puso de pié. La cabeza daba vueltas y se sentía con el cuerpo débil. De todo lo anterior se acordaba solo de un detalle: de la confesión cuya virtud sería comprobar su inocencia y permitirle ocupar el puesto que le corespondía en la sociedad.

Llevó la mano al bolsillo donde había colocado el importantísimo documento. Grande fué su decepción al percatarse de que el papel no estaba allí.

La coincidencia de que Jimmy Argyle había desaparecido también convenció a Stephen Usher de que el pillo se había llevado la confesión para explotarla en provecho propio. En esto no estaba equivocado pues ya hemos visto lo que intentó hacer con ella. Pero lo que no podía sospechar Stephen era que la confesión no existía ya y que los planes que sobre ella basaba Jimmy Argyle habían fracasado por completo.

Stephen Usher se resignó pero su decepción fué intensísima y le dejó muy impresionado. Los muchos fracasos que había su-

... Saltó a su vez por encima de la barandilla y se hundió en las aguas del río. ("La extraña historia de Stephen Usher").

frido desde que se había empeñado en la misión de probar su inocencia le habían enseñado que era inútil afligirse o desesperarse por lo que pasara, fuese lo que fuese. Gracias a tan cruel y aleccionadora experiencia pudo reprimir el estallido de su desesperación y ahogar su amargura.

Lo único que no admitía discusión era que,, si algo podía hacer por recobrar la confesión escrita no podía intentarlo inmediatamente aquella misma noche, pues no sólo no sabía a dónde encaminar su esfuerzo, sino que se encontraba agobiado por el cansancio.

Necesitaba reponer sus energías descansando algunas horas, no sin antes haber tomado algún alimento. Para ambas cosas, le era necesario ir hasta la habitación secreta del castillo de Ravenhurst, que era su vivienda desde el día en que le llevaron a la cripta creyéndole muerto. A aquella vivienda sólo podía tener acceso pasando por la cripta del cementerio de San Edmundo.

Pensando en llegar cuanto antes a su escondite, se puso en marcha lentamente.

No había avanzado ni veinte pasos cuando el ruido de ramas que crujían pisoteadas llegó a sus oídos. Se volvió y de improviso se encontró cara a cara con un agente de policía que le alumbraba con una linterna sorda.

La luz de la linterna iluminó el rostro de Stephen, y al reconocer sus pálidas facciones el policeman lanzó un grito de asombro.

Aquel agente debía ser hombre de acción, pues avanzó resueltamente hacia Stephen, mientras soplaba con toda fuerza su silbato, llamando sin duda a sus compañeros.

Tomado de sorpresa, Stephen Usher solo pudo retroceder a tiempo lo bastante para evitar que el policeman le agarrara. Después, serenándose y dándose cuenta del peligro, avanzó a su vez hacia el policeman y haciéndole una hábil zancadilla, le arrojó de bruces en el suelo, sobre el césped y la hojarasca mojada por la humedad de la noche.

Inmediatamente echó a correr mientras los silbatos de los agentes de policía conaban sin cesar despertando los dormidos ecos del bosque.

Sin fijarse hacia donde iba, Stephen corría a todo correr procurando únicamente aumentar todo lo posible la distancia entre él y sus perseguidores antes de que al primero de los agentes se unieran otros y fueran muchos los enterados de hacia dónde había ido, salieran en su persecución.

No dudaba ni un solo momento de que fuera él el objeto de la persecución, pero lo que no se explicaba era cómo había podido llegar a tan pronto su secreto a conocimiento de la policía.

Tampoco tenía tiempo para reflexionar a este respecto, pues su única preocupación era escapar lo antes posible.

Un grupo de cuatro hombres armados de garrotes, apareció a su izquierda avanzando hacia él y gritando a medida que se aproximaban. Su propósito era, sin duda, cortarle la retirada si acaso lograba escapar a sus empeñados en su persecución.

Aun cuando se hallaba muy débil, Stephen corrió velozmente, pues estaba persuadido de que toda esperanza de escapar a los que le perseguían dependía de sus propios esfuerzos y de su velocidad.

Los gritos de los hombres se hacían cada vez más fuertes y más frecuentes y Stephen comprendía que no tardarían en conseguir llamar la atención de todos los que estaban empeados en su persecución.

Pocas esperanzas podía tener el fugitivo en tales condiciones.

Uno de los cuatro hombres que le seguían a menos de veinticinco yardas de distancia arrojó contra Stephen su garrote, con tanto acierto, que le dió en las piernas y le hizo caer al suelo.

Esta caída tuvo por consecuencia disminuir la ventaja obtenida en el primer momento, aun cuando Stephen se puso de pie casi en seguida y siguio corriendo.

Animado por el ejemplo de su compañero, otro de los hombres arrojó su garrote, y el palo le pasó a poca distancia de la cabeza de Stephen.

Siguió la terrible persecución, pero Stephen, a pesar de todo lo que había sufrido; consiguió aumentar su ventaja. Por suerte conocía como la palma de la mano cada pulgada de terreno y pudo meterse por un laberinto de árboles que confundió a sus perseguidores y les hizo perder mucho terreno.

Se oían voces de todos lados. Aun cuando comprendía el fugitivo que intentaban rodearle, se resolvió a correr todo lo más rápidamente posible aun cuando fuese hasta caer vencido por el cansancio.

Sabía que su detención no destruía por completo todas las probabilidades de probar algún día su inocencia y dejar demostrado que él no había dado muerte a Philip Marsden, pero no quería caer prisionero sino cuando ya no le quedara ni un átomo de energía, cuando ya hubiese agotado todos los recursos que le proporcionara su energía.

Llegó a un claro del bosque y mirando hacia adelante el camino de delante del castillo y en él un grupo de tres automóviles, situados cerca de la entrada principal y una motocicleta que había sido sacada del garage situado cerca de allí.

A pedido del inspector Wooton todos los automóviles disponibles en el castillo habían sido sacados del garage, así como la motocicleta, y preparados para poder ponerlo en marcha en cualquier momento si el audaz Jimmy Argyle conseguía trasponer los límites del parque.

Al ver los automóviles y la motocicleta a cargo de un solo hombre, Stephen Usher sintió que el corazón le saltaba de alegría. Reconoció la motocicleta como una que había sido suya, pues él la había hecho pintar de azul claro y en la que había hecho largas correrías en días más felices.

Si conseguía apoderarse de la motocicleta su salvación podía considerase segura, pero no era hazaña tan fácil, pues, además de los que le buscaban antes venía ahora del castillo varias personas corriendo como desesperadas.

Todos parecían tener grandísimo interés

en su captura y esto no dejaba de sorprender a Stephen, pues aun cuando sabía que la policía no iba a darle cuartel, había sido en otro tiempo, muy querido por toda la servidumbre del castillo y le parecía extraño que aun aquellos que él suponía su mejores amigos demostraban tanto interés en hacerle perder la libertad.

Tenía razón en pensar como pensaba. Ninguno, ni uno solo de los criados del castillo de Ravenhurst hubiera avanzado un solo paso en persecución de su querido patrón Lord Stephen Usher, si hubieran sabido que vivía. Pero en estas circunstancias no era a Stephen Usher a quien perseguían, era al pillo de Jimmy Argyle que había tenido la desfachatez de peresentarse, — valiéndose de su parecido, — como si fuera el llorado lord Stephen en persona.

Stephen Usher se dirigió en línea recta hacia la motocicleta y el hombre que estaba cuidando los vehículos adivinó su propósito y se adelantó para detenerle antes de que llegara a la máquina Stephen le atropelló violentamente, le dió un cabezazo en el pecho y le hizo caer gritando de dolor y quedar luego tendido en el suelo sin moverse.

La gente que se acercaba viniendo del castillo presenció la escena y comprendió el desesperado esfuerzo que hacía el fugitivo.

Stephen recurrió a la estatregia y volviéndose corrió hacia el grupo de hombres procedentes del castillo. Los que estaban más adelante se detuvieron pensando que el fugitivo había perdido la cabeza e iba a caer en sus brazos.

Pero estaban equivocados. Stephen se acercó hasta hallarse a unas veinte yardas de ellos y luego, volviéndoles la espalda, salió corriendo con la rapidez de una flecha, hacia la motocicleta.

La astucia tuvo por resultado detener a sus perseguidores y a los que querían cortarle el paso, y cuando llegó a la motocicleta tenía lo menos treinta yardas de ventaja sobre todos ellos.

La motocicleta era de ocho caballos de fuerza y Stephen la conocía a la perfección, así que en cuanto se halló a su lado, se tomó del manillar, movió varias palancas y por medio de los pedales, hizo avanzar la máquina que pronto rodó cuesta abajo por el camino. En cuanto el motor empezó a funcionar se afirmó en el sillón y dándole toda la fuerza a la máquina se alejó a toda velocidad.

Alguien le disparó un tiro de revólver pero la espesa nube de humo que salía del tubo de descarga del motor protegió al fugitivo haciendo difícil el blanco así que el tiro no hizo mal ninguno.

Era el inspector Wooton el que había hecho fuego, pero no tardó tiempo en hacer un segundo disparo. Corriendo hacia el poderoso automóvil de marca Portell que era el que estaba más cerca de él, subió al asiento del chauffeur dando orden a un agente de que moviera la manivela delantera y pidiendo luego a dos de los invitados de Julián Usher que le acompañaran.

Stephen conocía perfectamente el poder de la motocicleta que montaba y salió del parque de Ravenhurst pasando por el porton grande a una velocidad tal que el viejo portero casi se cae desmayado de miedo.

Sin pensar hacia donde le convenía dirigirse tomó por el camino de la parte pantanosa hacia la derecha de las tierras de Ravenhurst.

Pasó frente al cementerio de San Edmundo pero no se atrevió a detenerse ahí y a buscar escondite de la cripta. Si así lo hubiera hecho sus perseguidores hubieran buscado tanto y tanto su pista que hubiesen descubierto su secreto.

De ningún modo podía convenirle que el secreto dejara de serlo así que continuó a toda velocidad confiado en que lograría, gracias a la delantera que llevaba, hacer que los del automóvil no pudieran dar con su pista.

Inclinado sobre el manillar ponían toda su habilidad en buscar algún sendero que partiera de la carretera por donde iba, sendero por el cual no pudiera seguirle el automóvil.

El automóvil, con su poderoso faro eléctrico en la delantera iluminaba el camino a más de cien yardas ante él y corría por el camino a toda máquina. En camino recto el automóvil corría más que la motocicleta, pero en el camino sinuoso no podía avanzar con toda velocidad y la motocicleta en cambio sí por lo cual se hallaba el automóvil en condición desfavorable.

Stephen no tenía más esperanza que la de salir del camino por el gran sendero impracticable para el automóvil.

Pero pasaban los minutos y la oportunidad que Stephen esperaba no se presentaba. Todos los caminos y eran pocos — que se unían a aquél por donde iba eran bastante anchos para que por cualquiera de ellos pudiera seguirle el automóvil que ahora iba progresando y disminuyendo poco a poco la distancia que le separaba del fugitivo.

Así continuó la marcha hasta que se encontró corriendo por un camino de campo que iba paralelo al río Tulne pero separado de éste por una franja de prado de unas trescientas yardas de ancho.

Stephen Usher miró a la derecha y a la izquierda en busca de un sendero por donde poder escabullirse. El Portell iba acercándosele cada vez más.

Para aumentar sus apuros la chispa del motor empezó a fallar una y otra vez demostrando a Stephen que no podía contar con que la máquina continuara marchando mucho tiempo más.

Solo unos cuantos minutos y habría perdido la partida.

Resuelto, a pesar de todo a seguir la fuga hasta el último extremo siguió mirando en busca de algo que le permitiera alguna combinación favorable para él cuando de pronto distinguió una casita pequeña situada del otro lado del río.

Aquella casita era la habitación del guardián de un esclusa y al verla Stephen Usher concibió una última esperanza.

La esclusa estaba cerrada y podía ofrecerle un modo de escapar.

Se le ocurrió la idea y sin esperar más, la puso en práctica

Volviendo rápidamente la motocicleta, salió del camino y atravesó el espacio de terreno cubierto de césped que lo serpenteaba de la orilla del río, dirigiéndose hacia donde estaba la esclusa.

La superficie desigual del prado le obligó a aminorar la marcha de la motocicleta pero éste no tenía importancia ahora pues el automóvil no podía seguirle por semejante terreno sin disminuír su velocidad mucho más de lo que él lo había hecho.

La intención de Stephen Usher era dirigir su máquina hacia la pasarela o estrecho puentecito formado por el borde superior de las dos hojas de la esclusa. No era fácil pasar, pero un ciclista hábil como él podía intentarlo sin mayor peligro. Valía la pena de intentarlo, pues si salía bien se hallaría del otro lado del río y libre de la persecución por lo menos en lo que al automóvil se refería.

Se dirigió hacia la esclusa y al hacerlo vió que un hombre, que estaba frente a la orilla, gritaba y movía desesperado los brazos.

—¡Deténganlo! ¡Deténgalo! — gritó alguien desde el atomóvil.

Sin hacer caso de los gritos y pensando tan solo en pasar al otro lado del río lo antes posible, se hallaba ya a unas doce yardas de la esclusa cuando recibió una impresión terrible. ¡El guardián había ido donde estaba la manija que movía las puertas de la esclusa!

Ya no era posible retroceder. En el mismo momento en que la motocicleta llegada a la esclusa las puertas de ésta comenzaban a abrirse.

No tuvo más remedio que seguir adelante y una vez recorrida la parte superior de la primera hoja se encontró con la abertura que se iba ensanchando por momento y cayó en el agua de la parte inferior del canal.

Tan pronto como sucedió esto el guardián cerró de nuevo la puerta de la esclusa y Stephen Usher, ya nadara, ya se hundiera, quedó prisionero de aquel trozo limitado de río.

El automóvil se detuvo y saltando de su asiento, el inspector Wooton corrió hacia las ahora cerradas puertas de la esclusa y miró hacia las aguas del canal.

Vió la cabeza de Stephen Usher inmediatamente. El joven, con toda la fuerza que aun le quedaba, estaba luchando por permanecer a flote. Pero no podía tomar otra resolución, pues era imposible salir del canal ni por sus costados de piedra ni por las resbaladizas puertas de la esclusa.

El guardían tomó una soga y arrojó un extremo de ella para que se agarrara el que estaba en el agua. Como no tenía otra tentativa a su alcance, Stephen agrarró la cuerda convencido de que, sin ayuda, no saldría de allí.

Completamente derrotado y sin esperanza ninguna de poder evitar el triste desenlace, se tomó fuertemente de la cuerda y dejó que el guardián le subiera hasta la orilla.

No se le dió cuartel. Mojado y a punto de desmayarse como estaba, los perseguidores le rodearon y no tardó, casi nada en verse con las muñecas sujetas por esposas.

El inspector Wooton lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Ya había creído que se burlaba de todos nosotros! — dijo después. — ¡Bueno! ¡La verdad es que no hubiera tenido nada de raro, tratándose como se trata de un personaje tan astuto como el príncipe de los ladrones, el incomparable Jimmy Argyle!

Stephen Usher aturdido por todo lo que acababa de pasar, oyó las palabras del inspector y le miró con grandísimo asombro, pero no dija nada.

Media hora después se hallaba encerrado en una celda de la oficina de policía de Tullborne.

En el sitio de otro hombre

SEIS hombres, vestidos con el uniforme de género marcado con las anchas y cortas flechas que es la librea del presidiario, hallábanse en fila ante el gobernador del establecimiento pena de Grimowod. Los seis tenían puestas esposas. A cada extremo de la breve fila estaba un guardián con el fusil al brazo.

Los condenados habían llegado a la prisión para cumplir su sentencia, y el mayor Montagne, jefe del establecimiento penal, estaba anotando algunos detalles sobre los recién llegados antes de destinarlos a sus celdas. Cada uno de ellos era interrogado a su vez y el gobernador había llegado ya al cuarto hombre de la fila.

—Benjamín Broker, cinco años por robo con fractura, — dijo el mayor, leyendo un documento extendido en el escritorio ante él.

El corpulento preso avanzó un paso.

—Aquí estamos de nuevo, señor, — dijo con alegre sonrisa.

—Ya lo veo, — profirió el gobernador. — No ha llegado a pasarse tres meses en libertad.

—¡Por suerte! Esta casa es como un hogar para mí, — dijo el hombre. — No me encuentro bien si no estoy aquí.

—Bueno. Ahora va a estar un buen rato, — comentó secamente el mayor. — Aún cuando a juzgar por sus antecedentes, usted nunca ha perdido su tiempo sin tratar de escapar. Durante su última sentencia escapó usted tres veces.

—Cuatro, señor, — corrigió el hombre. — Y la última fué un éxito.

—¿Un éxito?

—Sí, señor. Tuve una pulmonía y el médico me dijo que no escaparía con vida. Escapé. Ya ve si fué éxito que estoy vivo.

—¡Bien! — dijo el gobernador. — Su número es 222. Vuelva a la fila.

El hombre obedeció, y el mayor Montagne dirigió su atención al siguiente, un hombre pequeñito y con una cara que era el símbolo de la fealdad. Tampoco era desconocido en Grimwood.

—Nicholas Sharp, — dijo el gobernador. — Tres años por robo.

—¡Por quedarme con unos pollos que se saltaron de la jaula de una pollería! ¿Desde cuándo está prohibido comer pollos saltados? Soy inocente, señor. Todo mi asunto fué un atentado a mi digestión: los pollos

estaban más duros que la caparazón de una tortuga.

—Tendremos cuidado con su alimentación para que no se indigeste aquí, — prometió el gobernador. — Su número es 223. Vuelva a la fila.

El 223 volvió a la fila, y el gobernador dirigió su mirada al último hombre. Era de muy difernte aspecto que los demás de la fila, y el mayor lo miró con interés. Era alto y fornido, aún cuando se notaba que no tenía una onza más de peso de lo que le correspondía de acuerdo con las reglas de la belleza física. Su salud parecía excelente.

Era hermoso. Su faz tenía un aspecto del refinamiento que contrastaba con lo burdo de las facciones de los hombres con quienes se alineaba. En todo sentido, su tipo era tan completamente distinto del de los hombres que pasaban por el presidio, que el mayor se sintió doblemente interesado.

—Así que es usted el famoso Jimmy Argyle, el que dió tanto que hacer a la policía, — dijo Montagne. — No tiene usted el aspecto de un hombre en constante lucha contra las leyes, pero las apariencias engañan. Le vigilaremos de cerca.

El hombre escuchaba respetuosamente y en silencio.

—Su condena es por siete años, — siguió diciendo el gobernador con voz pausada. — y confío que mientras esté aquí, de usted la menor molestia posible. Con buena conducta, además de poder conseguir rebaja de pena podrá usted hacer que la vida se le haga más cómoda en la cárcel. No olvide esta advertencia. Su número es el 224.

Había terminado el examen de los presos. El mayor dió una orden y los condenados salieron de la oficina. Uno tras otro siguieron por el corredor enlosado, subieron una breve escalera con anchos peldaños de piedra y llegaron a otro pasaje, a cuyos lados se veían muchas pequeñas puertas enrejadas.

Eran las puertas de las celdas de un pabellón de Grimwood. Uno a uno los hombres fueron entrando en las celdas donde debían pasar gran parte de su condena.

Los números 222 y 223 bromeaban ruidosamente mientras eran escoltados hasta sus celdas. Los otros seguían impasibes y en silencio. Un observados hubiera notado en el semblante del 224 una expresión de intensa amargura cuando entró el hombre en la celda que le había sido destinada, y la férrea puerta se cerró tras él.

Atravesó el reducido aposento y fué a sentarse en el borde de la tarima que hacía las veces de cama.

Cualquiera que conociese al audaz y arrogante pillastre Jimmy Argyle, se hubiera sorprendido al ver que el hombre que en aquel momento llevaba su nombre, se sentía agobiado por la vergüenza de estar vestido de presidiario y de ser encerrado en una celda, pues a Jimmy no le había martirizado nunca semejante sentimiento, y había estado en la cárcel como en su propia casa.

Pero el hecho tenía una explicación muy sencilla. El 224 no era el que suponía el gobernador de la prisión. Era, en verdad, Stephen Usher, el único hombre que tenía derecho al título de conde de Ravenhurst, el descendiente directo de una antiquísima y nobilísima familia.

En su aspecto, en su cara, en muchos pequeños detalles, el parecido entre Argyle y Usher era tan exacto que parecía maravilloso, y a él se debía que Stephen hubiera sido detenido en cambio del pillastre y en circunstancias ta nespeciales que no le era posible manifestar su verdadera personalidad.

Si hubiera dicho: "No soy Jimmy Argyle, soy Stephen Usher", hubiera destruído todas las esperanzas que tenía en el porvenir. La sociedad creía que Stephen Usher poco antes de morir había dado muerte a un hombre llamado Philip Marsden. Si él revelaba su verdadero nombre, no le prenderían como Jimmy Argyle pero sí como Stephen Usher, acusado de homicidio, y, aún cuando era inocente, no hubiera podido probarlo.

En consecuencia, ya que había caído en manos de la policía, era mejor, desde todo punto de vista, que consintiera en pasar por Argyle. Como Stephen le condenarían a muerte; como Jimmy Argyle le enviarían unos años a presidio sin que se desvaneciera la esperanza de que algún día se abriera paso la verdad y su inocencia fuera debidamente reconocida.

Por eso se había dejado condenar sin defenderse, como si fuera el famoso pillastre. En calidad de Argyle había sido juzgado y condenado, y en calidad de Argyle había sido, por último, conducido a la prisión de Grimwood a permanecer los siete años de su condena.

Pero Stephen Usher no tenía intención de perder siete años en el establecimiento penal. No había elegido la vida en lugar de la muerte para pasársela encerrado, sometido al duro régimen de la prisión. Si había querido la vida había sido para emplearla en trabajar a fin de llegar a probar como había sido víctima de una maquinación infame y el que ahora ostentaba el título de conde de Ravenhurst era un asesino y un usurpador.

Había querido la vida para pelear por la reconquista del sitio que le correspondía en la sociedad y en el afecto de las altas clases aristocráticas de Inglaterra.

En resumen: Stephen Usher había ido al presidio de Grimwood con la firme intención de escaparse en cuanto le fuera posible.

—No debo apresurarme, — murmuró, mientras estaba sentado en su celda reflexionando sobre su situación. — La prisa estropearía el mejor plan. Primero que nada es necesario que yo adquiera aquí merecido renombre de persona juiciosa y digna de toda confianza. Si logro convencer al mayor que soy de los penados que trabajan sinceramente por su redención, tanto mejor; sobre todo debo cuidar de no hacerme de enemgios. Mi único objeto es uno: escapar, y no debo más que hacer lo que pueda contribuir a que, llegado el momento, pueda escapar con seguridad de éxito.

Stephen Usher no salió de su celda en todo lo restante del día. El y sus compañeros habían llegado a la una de la tarde, des-

pués de una larga jornada, y se les perdonó el ejercicio de la tarde, permitiéndoseles que descansaran todo el día.

Al día siguiente, muy temprano, recibió instrucciones sobre lo que debía de hacer, y por ellas supo que todos los días, su primer deber era limpiar y arreglar su celda.

Era aquel un trabajo del que no tenía la menor idea, así que, aún cuando hizo todo lo posible por realizarlo de la mejor manera, no logró en mucho tiempo, satisfacer las exigencias del guardián, que le hacía frecuentes y poco amables observaciones al respecto. Para un hombre como Stephen, aquellas observaciones eran otras tantas bofetadas, pero mordiéndose los labios, lo sufría todo con la mayor resignación.

El guardián, al verle tan sumiso, extremaba su actitud y llegaba a bromear groseramente.

—¡Vamos a ver, elegante! — gritó una mañana, dando con la punta del pie en las suelas de los borceguíes de Stephen, que estaba arrodillado en el suelo. — ¡Aquí lo que está usted haciendo es limpiar un piso! ¡No está usted espantando las moscas del teclado de un piano!

Ardiendo bajo la humillación a que se veía reducido, pero convencido de que si daba rienda suelta a su justo furor se gañaría la peor voluntad del guardián, Stephen redobló sus esfuerzos.

Pero aún cuando el guardián sabía que pocos penados se tomaban tanto interés por la limpieza de su celda como aquel, no perdía oportunidad ni ocasión de poner en evidencia su autoridad.

—¡Dése prisa! — gritaba con voz gruesa y agria. — ¡No tenga miedo de ensuciarse las manos! Aquí le vamos a estropear los deditos finos antes de que le toque salir en libertad. ¡Cuando haya cumplido su condena, saldrá de Grimwood con una manazas de picapedrero que no le servirán ya, como los deditos finos de ahora, para sacarles el reloj del bolsillo a los señores ricos!

Stephen permanecía silencioso, a pesar de que la sangre le subía a la cara y de que el corazón aceleraba sus latidos.

Así, a pesar de todo lo que decía, Stephen continuaba su trabajo hasta que por fin el guardián, gruñendo y cansado de no haber obtenido ninguna contestación de parte del preso, se alejaba, dejándole terminar en paz su tarea.

Después de la limpieza de la celda, Stephen dispuso del tiempo a su agrado, hasta que le llevaron al desayuno, que era tan poco apetitoso en apariencia y aroma, que el joven, a pesar de tener apetito, no se sintió inclinado no a probarlo.

Media hora más tarde se abrió la puerta de la celda y recibió orden de salir. Al hallarse fuera vió que los ocupantes de las vecinas celdas estaban también de pie en el corredor. Una orden rápida del jefe de los guardianes hizo que los presos se alinearan y otra que marcharan hacia la salida del pabellón.

Custodiados por guardianes armados de carabinas, salieron los penados del edificio principal, cruzaron un vasto patio cuadrangular y siguieron hacia las canteras de piedra donde trabajaba la mayoría de los presos.

Las canteras estaban divididas en dos secciones por un río de corriente lenta. El río tenía en cada orilla un muro de piedra caliza que además era, de cada lado, el término de las secciones en que se dividía la explotación de la piedra.

La cuadrilla a la cual fué agregado Stephen Usher debía ir a trabajar a la sección que quedaba del otro lado del río, así que tenía qúe atravesar, para ir a su trabajo, un puente de hierro de grandes dimensiones que cruzaba el río.

En diferentes partes de las canteras del otro lado del río, pequeños grupos de hombres empezaban a trabajar, y a uno de estos grupos eran llevados Stephen y sus compañeros.

Llamó la atención de Stephen Usher un hombre de gran estatura, de aspecto repulsivo, cuya mole extraordinaria hacía que se destacarse siempre del grupo de penados que le rodeaba, y cuya cara oscura y desagradable inspiraba miedo y repugnancia.

Ese hombre miró a la cara con insolencia a cada uno de los recién llegados, y al parecer no encontró ninguno que le interesará hasta que fijó su mirada en el último de la fila.

Este era Stephen Usher, y al verle, el hombre se adelantó para mirarle mejor, como si no se atreviera a creer lo que veían sus ojos y temiendo haberse engañado. Convencido de que no era así, se retiró a donde estaba antes, descubriendo, al sonreir con mala intención, dos filas de dientes amarillos y grandes y dirigiendo a Stephen una mirada llena de odio y de furor reconcentraos.

Stephen Usher se estremeció a su pesar. No tenía idea de quién podría ser aquel hombre que consideraba necesario dedicarle semejante manifestación de intenso odio.

Pasó el puente con sus compañeros, y los diez minutos siguientes o poco más, se emplearon en designar a cada uno el sitio donde había de trabajar y lo que había de hacer. Durante ese tiempo, Stephen no tuvo oportunidad de fijarse en el hombre grande.

Cuando levantó la vista del trabajo que estaba haciendo, fué para encontrarse con que los ojos pequeños y funestos del extraño personaje le miraban fijamente.

Stephen Usher no lograba explicarse el por qué de la conducta de aquel hombre, pues por más que lo miraba, más persuadido se sentía de que no había visto nunca, en toda su vida, hasta ese momento, a aquel hombre.

Una cara como aquella no se olvida fácilmente, pues hubiera sido extraño encontrarle su pareja en fealdad y repulsión, aún en un sitio como el establecimiento penal de Grimwood.

Stephen Usher continuó trabajando y trató de no fijarse más en el corpulento penado que tanto le miraba, pero de nada le sirvió su pues de vez en cuando, no podía evitar el levantar su vista, y siempre se cruzaba su mirada con la del horrible desconocido.

El misterio se aclaró en el transcurso de la mañana. El penado que molestaba a Stephen con su mirada formaba parte de una de las cuadrillas encargadas del movimiento de las carretillas, llevando piedra recién sacada de las excavaciones a las vagonetas que la conducían a otro sitio de las canteras.

Varias veces, al pasar junto a Stephen con su carretilla cargada o descargada, el hombre había demostrado intenciones de dirigirle la palabra y en cada ocasión había seguido sin decir nada. Una vez, al pasar, dijo algo, pero Stephen no pudo entenderlo. Le pareció una serie de palabras incoherentes o mejor dicho, un gruñido inarticulado.

Por último, calculando hábilmente la distancia el desconocido, que llevaba en la blusa el número 84 consiguió inclinar la carretilla que conducía al pasar junto a Stephen Usher, arrojando parte de la piedra que conducía a un pie de distancia del sitio donde éste trabajaba.

Fué una estratagema, pues en el momento de inclinarse para recoger los trozos de piedra, el número 84 acercó la cabeza a la de Stephen, el cual, comprendiendo que el hombre quería hablarlo, escuchó con toda tención.

—Mala suerte ha sido la suya al ser destinado a esta cárcel, Jimmy Argyle, — dijo en voz baja y ronca. — No será culpa mía si llega usted vivo al final de su condena. ¿Me oye?

—Sí, — respondió Stephne Usher, continuando su labor y sin demostrar que el hombre que recogía las piedras a su lado le estaba hablando.

Sin adivinar el juego que hacía el 84 Stephen Usher, con el guardián de pie a su lado, continuó su trabajo. Se hallaba debajo precisamente de la roca que Kelly avanzaba lentamente. Pero aun cuando Stephen ponía todas cuantas fuerzas podía en su trabajo, no lograba satisfacer al guardián.

—Le haré entrevistar con el gobernador si no puede trabajar mejor, número 224 — dijo Goodge. — Ya se que usted se cree superior a todos los que están en Grimwood, pero se equivoca si cree que aquí se va a poder dar importancia

Stephen Usher iba perdiendo la paciencia poco a poco. Había tratado de someterse humildemente a las insolencias y groserías del guardián, pero ya se iba agotando su resistencia.

—Hago cuanto puedo, señor, — murmuró con toda la calma que pudo. — Lamento mucho no encontrarme bien, pero no tengo más deseo que el de realizar como todos la parte de trabajo que me corresponda.

—Ya cuidaré yo de que no haga menos,— dijo Goodge.

Al decir eso, el guardián dió con la culata de su carabina en la espalda de Stephen Usher y esta brutalidad le hizo olvidar toda prudencia. Hasta entonces había callado porque sabía que cualquier manifestación podía costarle cara y le haría más dura la pesada vida a que estaba sujeto además de retardar los planes que tenía para el futuro.

Pero la brutal agresión del guardián le hizo cambiar por completo.

—¡Es usted un cobarde, sargento Goodge! — dijo en voz baja. — Usted no tiene derecho a maltratar a los prisioneros confiados a su vigilancia.

El guardián hizo un gesto de enojo.

—Ya tendrá oportunidad de conocer cuáles son mis derechos, — dijo. — Por lo pronto daré parte al mayor de que usted se ha conducido con insolencia y ha querido incitar a los demás presos a que se rebelaran en contra mía.

Stephen Usher no tuvo ocasión de contestar, pues en el mismo momento un ruido lo hizo mirar hacia arriba.

Entonces vió algo que borró de su imaginación todos los demás pensamientos. El enorme trozo de piedra estaba ya en el borde de la plataforma superior, amenazando caerse.

El peligro era inminente, pues además, cuando miró hacia arriba, Stephen vió a Kelly esforzándose por mover la piedra y hacerla caer.

Con recomendable sangre fría, Stephen Usher procedió de inmediato. Con todas sus fuerzas corrió hacia el guardián Goodge y empujándole le hizo retroceder hasta salir de la zona de peligro.

Los dos cayeron al suelo, el penado encima del guardián y allí permonecieron un instante, sin aliento pero en salvo.

Casi al mismo tiempo se oyó un silbido muy fuerte y dos guardianes de la misma sección acudieron corriendo. Antes de que Stephen pudiera recobrar su serenidad, los dos guardians le tomaron bruscamente y uno de ellos le colocó unas esposas.

—¡Grandísimo canalla — exclamó Goodge poniéndose en pie.

—Ha sido un asalto de lo más infame brutal que he visto, Goodge, — exclamó uno de los dos guardianes. — Por suerte para usted estábamos cerca, sino este pillo lo estrangula.

Sin darse casi cuenta del error en que incurrían aquellos hombres, Stephen Usher fué arrastrado hacia la prisión.

—Pero es que yo... — balbuceó. Y deteniéndose miró hacia arriba.

La piedra estaba todavía en su sitio en el borde de la plataforma. En el último momento unas piedras de la orilla la habían impedido caer y lo que había sido una tentativa heroica para salvar la vida del guardián Goodge, fué considerado como un asalto al sargento.

El segundo y último

LOS jueces visitadores de prisiones ante quieens compareció Stephen Usher, consideraron el caso como de suma gravedad. Opinaron que el asalto de que había sido objeto el guardián Goodge de parte del preso, era grave no sólo por si

mismo sino por qué, dando el mal ejemplo, podía hacer que el espíritu de rebelión cundiera en todo el establecimiento y se produjera un levantamiento.

Stephen compareció impávido ante los jueces sin decir nada que pudiera complicar en el asunto a Kelly el negro, manifestó que había empujado violentamente al guardián únicamente porque le había parecido que la gruesa piedra de la plataforma superior se movía e iba a caerle encima.

Nadie quiso creer su relato y todos ridiculizaron su explicación. El guardián Goodge, en su declaración, manifestó que había tenido ocasión de hablar con el preso sobre su modo poco activo de trabajar y que el número 224 le había contestado con frases insolentes, después de las cuales y de improviso, se había lanzado sobre él.

Kelly, que compareció como testigo, manifestó que había oído al 224 que hablaba con insolencia al sargento Goodge.

En vista de esto, Usher fué considerado culpable y condenado a pasar catorce días en la celda. Además se resolvió que todo privilegio — pobres privilegios en verdad, — le sería negado por completo en el término de seis meses.

Unicamente los que han sufrido la tortura a que la reclusión solitaria somete al sistema nervioso pueden darse cuenta de lo horrible de ese tormento. Solo en la celda a la que sólo llegan unos pocos debilitados rayos de sol, el preso no tiene ni siquiera el consuelo de la distracción del trabajo para entretener el espíritu y la monotonía de las horas llega a hacerse aplastante.

Catorce días de confinamiento y de torturas variaron mucho el aspecto de Stephen. El semblante perdió su lozanía; estaba pálido y ojeroso, descolorido por la oscuridad. El castigo injusto que había sufrido parecía haberle hecho envejecer varios años en pocos días.

Pero Stephen lo sufría todo valerosamente y el día que le sacaron de la celda no se quejó y trató de que se notaran lo menos posible los rastros que en él había dejado el castigo.

Le llevaron a presencia del mayor Montagne, gobernador del establecimiento penal de Grimwood, quien le habló en tono bondadoso, pero enérgico, incitándole a que no diera nuevas molestias en el futuro.

—Ya le dije a usted cuando le trajeron que la vida se le haría más tolerable si su conducta era buena, — dijo el mayor, — pero usted tardó muy poco en olvidar mi consejo. No me complace administrar castigos a los presos y procuro evitar, en todos los casos posibles, tales medidas. Es usted un hombre de cierta educación, Argyle, y espero, naturalmente, que no desoirá lo que ahora le digo. Vuelva, pues, a su trabajo y trate de acordarse constantemente de lo que le he dicho.

Con el rostro enrojecido de indignación al oir las pretendidas palabras bondadosas del mayor que no podía ignorar los procedimientos infames de los guardianes a sus órdenes y que fingía bondad porque temía que con otro sistema los presos se sublevaran, Stephen fué acompañado a su celda y por dos días, en vista del estado de debilidad en que se hallaba, se le permitió trabajar en tareas poco pesadas en el interior de la prisión.

Después de esos dos días volvió a su trabajo de la cantera junto con su cuadrilla. Su regreso provocó gran curiosidad entre los demás penados.

Kelly el negro, vió con gran satisfacción de qué modo había perjudicado a Stephen el encierro y consideró que aquella debilitación de su enemigo podía favorecer sus planes llegado el momento.

—Por culpa de usted me prendieron, — siguió diciendo el 84. — Usted me delató porque yo no quería reconocerle como jefe. Usted me hizo prender después que maté al policeman en el negocio de Hamp Stead y tengo que agradecerle quince años de trabajos forzados. Hizo usted mal en dejar prender a su compañero Kelly, Kelly el negro y escurrirse como una lagartija. He estado esperando la ocasión de salir de aquí para ir a buscarle, pero ahora no necesito pensar en eso y en la primera oportunidad le daré el pasaporte.

Concluyó de llenar la carretilla y la empujó alejándose. En el mismo momento Stephen sintió un golpe que le dió el guardián en la espalda con la culata de su carabina.

—¡Con que hablando, contraviniendo el reglamento! — exclamó el sargento Goodge, el guardián que estaba a cargo de la cuadrilla. — Daré parte, número 224 por haber obligado al 84 a entrar en conversación con usted.

Stephen no contestó, pues aun cuando Kelly era el culpable de haber trabado la conversación, él también tenía culpa por haber escuchado.

—Lo siento mucho, señor; no me volverá a suceder, — fué todo lo que dijo en contestación a las palabras del capataz y volvió a su trabajo deseoso de no volver a dar motivo de queja.

Sin embargo, mientras trabajaba, recordó, comentándolas, las palabras de Kelly el negro. El hombre, como todos los demás que en la prisión se encontraban, le creían Jimmy Argyle, entregándole a la policía en lugar de creerle. De cómo se había producido ese hecho no tenía Stephen ni aun la más remota idea, pero era evidente que el número 84 se había prometido vengarse y que se vengaría costara lo que costara.

Esto hacía peligrosísima la situación de Stephen y podía obstaculizar y aun impedir la realización de sus planes. Era, pues, necesario que concentrara todo esfuerzo y toda energía a fin de preparar su evasión para lo más pronto posible, pues no le iba a ser posible vivir bajo la amenaza de un traicionero ataque de Kelly el negro.

No era Stephen Usher, a pesar de todo, de los que se asustan ante amenazas, sean estas las que sean, así que poco tardó en olvidarse de Kelly y de su aviso de muerte, conociendo de que estando vigilado tan de cerca por los guardianes, como lo estaba, el terrible 84 no iba a encontrar fácilmente ocasión propicia para realizar su venganza.

Media hora más tarde se oyó la señal llamando a los trabajadores para el almuerzo y cuando la cuadrilla estuvo alineada para ir hasta el edificio del presidio, Stephen se encontró con que estaba a su lado Benjamín Brooker, el penado alegre que había llegado junto con él al presidio de Grimwood.

—¿El 84 es amigo suyo? — murmuró Brooekr muy bajo. — No ha hecho más que mirarle con atención toda la mañana.

La contestación de Stephen Usher fué una sonrisa.

—No tiene buenas intenciones, — siguiendo Brooker que se ensayaba en el arte de hablar sin mover los labios. — Eso no le anuncia nada bueno. Le conozco muy bien y créame, si se ha propuesto hacerle daño se lo va a hacer tan fijo como mi número es dos, dos y dos.

El primer atentado

A PESAR de las amenazas de Kelly y de las advertencias de Ben Brooker, pasó toda una semana sin novedad. El primero se había contentado con hacer conocer sus intenciones y en lo que a la ejecución de las mismas se refería no mostraba tenr mucha prisa. En verdad, ni se fijaba ya en Stephen.

Del punto de vista de Stephen la semana fué la más larga y tétrica de su vida. Perseguido y molestado, en contacto permanente con hombres de la más baja ralea social, aquella existencia le resultaba intolerable y en algunos momentos, a pesar de toda su entereza, se dajaba arrastrar a crisis de profundo abatimiento.

Las horas del día, cuando tenía que sufrir como un esclavo perseguido constantemente por los insultos del guardián, que no le perdía de vista y aprovechaba toda oportunidad y buscaba todo pretexto para amonestarle y aun le amonestaba sin oportunidad ni pretexto, eran muy amargas, pero las horas de la noche eran peores aún. Constituían una verdadera tortura para él.

A solas con sus pensamientos y sin nada en que pensar que no fueran sus penas, no era raro que se viera más de una vez a punto de ceder ante el abatimiento. Pensaba y pensaba, siempre lo mismo, hasta que el cerebro parecía mareársele y el corazón le saltaba en el pecho protestando contra tanto injusticia.

Arrebatado de la posición a que tenía todo derecho por las maquinaciones infames de su primo Julián, había sido llevado por las circunstancias a ocupar el puesto de un criminal. Era un náufrago de la sociedad mientras Julián, triunfante, ocupaba su sitio y figura, ostentando el título de nobleza que no le correspondía, y la realeza de la noble familia cuyo nombre había enlodado. El pillo era considerado verdadero conde Ravenhurst y el honrado y noble a quien correspondía de derecho el título, estaba en un presidio como un criminal.

Más de una noche se pasó Stephen sin haber podido dormir, constantemente sacudido por crisis nerviosas, solo y triste en su celda de penado.

Pasó así aquella terrible semana, y la quietud, el silencio y la tristeza de Stephen fueron interpretados erróneamente por el guardián, que supuso todo aquello consecuencia de un reconcentrado furor y le vigiló e hizo vigilar cada vez más estrechamente por los demás guardianes, suponiendo que Stephen tramaba algo malo.

Hasta entonces el tiempo había sido apacible, pero el octavo día amaneció frío y nublado y el gran establecimiento penal situado en un vasto espacio despoblado se vió envuelto en una niebla que aumentó la lobreguez y la tristeza que dominaban siempre en él.

A la hora de costumbre los presos fueron sacados de sus celdas para ir a trabajar a las canteras y Stephen Usher, que se había pasado la noche sin dormir, se esperaba un día de inacabables amonestaciones, pues su debilidad para el trabajo sería interpretada coholgazanería por el guardián.

No pensaba absolutamente en Kelly el negro, el terrible número 84, ni en su amenaza, cuando dieron la orden de comenzar el trabajo.

Stephen Usher comenzó a trabajar como los demás; pero su noche de insomnio le había reducido a un estado de extenuación que no le permitía manejar el pico con la fuerza de otros días.

El guardián Goodge se fijó en su manera de trabajar y se puso a observarle.

—¡Holgazaneando otra vez, número 224! — dijo al cabo de un rato. — ¡ Con la fuerza que le da usted al pico, no podría romper una cáscara de huevo ¡Mire al número 84 y siga su ejemplo¡

El número 84 trabajaba en un extremo saliente que quedaba sobre el sitio donde estaba Stephen y estaba cortando un trozo de piedra sobre el cual se encontraba. Movía la herramienta con gran energía y se hallaba al costado de un enorme trozo de piedra situado en el borde.

Para un observador, lo aparente era que Kelly dedicaba todas sus energías a la fárea a que estaba dedicado. Pero mientras trabajaba iba empujando poco a poco, con el cuerpo, la mole de piedra que quedaba en la orilla.

Stephen se percató en el primer momento en que volvió a ver al número 84 que Kelly seguía odiándole igual que antes y que el fracaso de su primer atentado no había saciado sino acrecentado su sed de venganza.

Pero en vista de los recientes acontecimientos, Kelly no quiso precipitar los sucesos y durante otra semana no sucedió nada que pudiera indicar que tenía prisa por renovar su tentativa contra Stephen.

Una tarde al reorganizar la colocación de los penados en la pequeña columna que formaban para ir y regresar del trabajo Kelly el negro y Stephen Usher vinieron a quedar uno al lado del otro.

Pero esto tampoco pareció inspirar nada a Kelly que ni miró a su compañero cuando

salieron a la cantera y se dirigieron hacia el edificio del presidio, para llegar al cual tenían que pasar por el puente de hierro.

Stephen se sentía cansado y observaba con disimulo a su compañero.

Llegaron al puente y se encontraron a mitad del mismo cuando Kelly procedió de manera inesperada. Dió un empujón a su compañero a objeto de arrojarle al río por encima del parapeto del puente.

Pero su plan fracasó debido a que Stephen que le observaba, logró anticiparse a su movimiento y se echó a un lado en el momento en que el número 84 atropellaba. En consecuencia Kelly, sin poder detener su impulso, pasó por encima de la barandilla y ¡cayó hacía el río que corría treinta pies más abajo!

Todo aconteció de manera tan rápida que nadie, fuera de Stephen se dió cuenta de lo que había pasado. Este mirando hacia abajo se dio cuenta de que el 84 se debatía desesperado en las aguas del río.

Comprendió que el hombre no sabía nadar, que se ahogaría si no se le prestaba ayuda y olvidando que la situación en que se hallaba Kelly era consecuencia del propósito de matarle, saltó a su vez por encima de la barandilla y se hundió en las aguas del río.

Cuando salió a la superficie vió que el cuerpo de Kelly era arrastrado por la rápida corriente y haciendo un esfuerzo consiguió acercarse a él y tomarle por la espalda de su blusa.

En aquel momento se oyó el estampido de un arma de fuego.

Con un grito de desesperación se dió cuenta Stephen de que, como de costumbre, los guardianes habían interpretado de mala manera lo sucedido, tomándolo por una tentativa de evasión, y estaban haciéndoles fuego desde el puente.

Así, al grave peligro de ahogarse, venía a unirse el no menos grave de recibir un balazo.

Sonó otra detonación y el proyectil penetró en el agua a poca distancia delante de ellos.

Stephen no podía hacer nada en el sentido de que los guardianes conocieran la verdad de la situación, porque bastante tenía que hacer con procurar mantenerse a flote y sostener a su compañero en medio de la rápida corriente.

—¡No se mueva! — ordenó a Kelly. — Más allá la costa del río está baja. Allí estarán los guardianes antes que nosotros y nos ayudarán a salir del agua. Estése quieto y yo podré sostenerlo a flote.

Un tercer disparo sonó en ese momento.

A la detonación siguió un grito de dolor lanzado por Kelly.

—¡Me han herido! ¡Es en la espalda! — exclamó.

—No se asuste, amigo mío. ¡Animo¡ — díjole Stephen amablemente. — Yo le llevaré hacia la costa lo antes posible. No pierda las esperanzas, que yo le salvaré.

—No, no... — dijo el otro con voz débil. — Pero será inútil. Siento que me muero. Lo siento... Déjeme y sálvese usted.

Un extraño cambio tenía que haber producido en los sentimientos del número 84, el hombre que tanto había pensado en matar a Stephen para que se expresara de ese modo.

Ante el peligro común desaparecían todas las diferencias del pasado.

—No diga eso, — manifestó Stephen. — Usted se siente débil ahora, pero en cuanto le hagan una cura se pondrá bien. ¿Ve? Ya estamos llegando a las orillas bajas. Confíe en mí y yo le sacaré del agua.

No perdió más aliento en hablar y concentró todas sus fuerzas en la lucha contra la corriente, al nadar hacia la costa.

Pero la tarea era ardua y la corrente les llevó un cuarto de milla más, río abajo antes de que consiguiera llegar a la orilla y poner a Kelly el Negro en tierra.

Cuando así lo hizo, el estado del corpulento penado era deplorable. Arodillándose a su lado, Stephen trató de colocarle de la manera más cómoda posible. Sus atenciones provocaron una sonrisa de agradecimiento de parte del herido.

—¿Por qué se arrojó al agua detrás de mí — preguntó. — Usted sabía que si caí fué por mi culpa y nada más. Yo había tratado de echarle a usted al río.

—No hable de eso Kelly, que ya pasó y está olvidado, — dijo Stephen.

Kelly trató de hablar, pero casi no pudo.

—Usted no es malo, Jimmy, — dijo con voz entrecortada por su respiración jadeante. — Ahora lo comprendo y siento mucho lo sucedido. Pero hablaré: yo diré que usted no tiene la culpa de lo de Goodge. Yo diré... ¡Jimmy! ¡Yo quiero decir la verdad antes de morir!

El esfuerzo pareció agotarle el aliento.

Cuando Stephen trataba de reanimar a Kelly llegaron cinco guardianes armados de carabinas.

—El número 84 está casi muerto — exclamó uno de los guardianes, — pero tenemos al otro que conseguridad fué el que tramó y prepararó la tentativa de evasión.

Kelly miró al guardián y pretendió hacer un nuevo esfuerzo y hablar. Luchó desesperado por articular algunas palabras que pudieran demostrar que Usher no era culpable.

—Yo... yo... — dijo.

Pero las palabra no salieron de sus labios y después de respirar con dificultad unos instantes, dió Kelly su último suspiro.

Dejó caer la cabeza hacia un lado y Kelly el Negro dejo de existir.

Stephen Usher fué conducido a la prisión y metido en su celda. Cuando la pesada puerta se cerró tras él, sintió que casi debía envidiar la suerte que le había tocado al número 84, libre por fin gracias a la certera bala que había cortado el hilo de su existencia.

Accidente de viaje

DETUVOSE el magnífico automóvil de turismo a menos de doscientas yardas del edificio de la prisión de Grimwood y su único ocupante, el hombre qeu lo manejaba, se puso de pié y bajó de vehículo.

—¡Qué fastidioso percance! — exclamó fu-

rioso. — No podía sucederme en peor sitio. Por lo que veo no hay una aldea en muchas millas a la redonda y el único edificio que se distingue es el antipático de ese presidio.

Mientras se expresaba en esa forma se levantó las gafas de automivilista hasta la frete, echando atrás el sombrero. Era su cara de facciones corectas, pero pálida en extremo.

Un extraño capricho de la casualidad habíale detenido el automóvil en semejante lugar, pues el viajero era nada menos que Julián Usher, el hombre que había despojado a su primo Stephen de sus derecho al título y a la fortuna de sus mayores, usurpándole el título de conde Ravenhurst.

Julián se acercó a la parte delantera del coche y levantó la tapa del motor. Un rápido exámen le domostró que, como lo había adivinado ya, se trataba de un desperfecto que exigía la habilidad de un mecánico y lo menos una hora de trabajo.

Poco le hubiera importado la detención si ésta hubiera acaecido hallándose cerca de una población, pues se hallaba dando un paseo, sin itinerario ni rumbo fijo y no tenía prisa.

En el sitio donde se encontraba no le sería posible hallar quien arreglara el desperfecto y todo hacía creer que tendría que esperar hasta que pasara otro oche qe pudiera remolcarlo hasta la población más cercana.

Encendió, pues, un cigarrillo y se preparó a esperar con toda la mayor paciencia posible la llegada de auxilios.

Mientras esperaba, su imaginación siempre activa, comenzó a pasar rápida revista a sus últimos planes y su corespondiente éxito.

Por muchos momentos difíciles había pasado desde aquel en que consiguió arrebatar a su primo Stephen s sitio en la familia y en el castillo de Ravenhurst. En algunas ocasiones se había encontrado muy cerca de la derrota pero por último los malos ratos parecían haber terminado y en la actualidad no le atemorizaba absolutamente nada.

Durante los primeros meses de su reinado en Ravenhurst había sido molestado frecuentemnte por apariciones de la figura espectral de Stephen Usher, a quién él creía muerto. El espectro se le había aparecido en los momentos más dramáticos y le había producido al usurpador intensísimo malestar.

Julián había atribuído esas extrañas visiones a la intranquilidad y desequilibrio de su sistema nervioso y como durante los últimos tres meses no se había visto turbado por tales visiones, había llegado a la conclusión de que por fin se había curado la enfermedad de los nervios.

La verdadera razón era mucho más sencilla. El verdadero y viviente Stephen Usher era el que le había perseguido sin descanso y sus visitas cesaron tres meses atrás por la sencilla razón de que, durante esa tiempo Stephen había estado preso porque las autoridades, creyéndole Jimmy Argyle, el conocido ladrón y falsificador con quien tenía un parecido asombroso, le habían condenado a cumplir la pena que corespondía a los únicos delitos que Argyle había cometido.

Precisamente en aquel momento en que Julián Usher se hallaba de pie junto al automóvil descompuesto, Stephen Usher en encontraba, en calidad de penado en el vasto edificio del presidio que se levantaba a menos de doscientas yardas de distancia.

Julián arrojó la colilla de su cigarrillo y comenzó a dar señales de impaciencia.

—Me parece que no voy a tener más recurso que lamar a la puerta del presidio, — murmuró. — Mi nombre es bastante para hacer que me franqueen la entrada. Con ceguridad tiene aparato telefónico y sin duda me permitirá el gobernador que me comunique con el garage más cercano.

Antes de poner s plan en ejecución, miró de nuevo a ambos lados del camino con esperanzas de ver llegar algún automóvil. Lo único quev ió fué un hombre anciano, de militar apostura y a una joven. La joven se había tomado del brazo del hombre y a juzgar por lo parecido de sus caras debían ser padre e hija.

Julián Usher esperó con la idea de que el hombre pudiera proporcionarle informes sobre la proximidad de algún garage.

Pero no le fué necesario hacer pregunta ninguna, pues en cuanto se halló cerca de él, el anciano desconocido fué quien habló primero.

—¿Ha sufrido algún percance su automóvil, señor? — preguntó separándose de la entadora joven que le acompañaba y cuya hermosura había llamado ya la atención a Julián Usher.

—Sí, señor. Y se trata de algo bastante complicado, — contestó Julián. — Llevo un largo rato esperando que pase otro automóvil para pedirle que me lleve hasta la próxima población, pero no ha pasado ninguno.

—Mucho tiempo tendrá que esperar si quiere aguardar que pase por aquí algún otro automóvil. — Poco tráfico hay en este camino. Pero creo que podré hacerle arreglar el motor si me lo permite. Soy el mayor Montagne, gobernador de la prisión que queda allí.

La noticia causó agradable sorpresa a Julián, quien inmedatamente sacó del bolsillo una tarjeta y se la entregó al mayor. Este, en cuanto la hubo leído, sintió aun mayores deseos de ser útil al viajero y su cortesía llegó a la obsequiosidad.

—Ha tenido suerte, milord, — dijo, — al ser detenido aquí por ese accidente. La compostura se hará en poco tiempo. Hay en la prisión un excelente taller mecánico y cuento con penados habilísimos en cuestión de automóviles. Si le parece haré entrar el coche y mientras lo arreglan solicito de usted el honor de que nos acompañe a almozar a mi hija y a mí.

El ofrecimiento resultó muy agradable a Julián, especialmente porque le permitiría pasar algún tiempo junto a la hermosa joven a la que ya había mirado con gran interés.

—Es usted muy amable, mayor Montagne, — contestó amablemente. — Hace poco minutos consideraba una desgracia la descompostura del motor, pero ahora me parece un acontecimiento providencial, pues viene a proporcionarme el placer de conocer a su encantadora hija y a usted.

Se encaminó al decir eso y se sonrió con una familiaridad rayana en insolencia que no fué del agrado de Myra Montagne, la hija del mayor.

La joven se ruborizó ligeramente, pero hizo todo lo posible por no denunciar el disgusto que le había causado la desenvoltura poco aristocrática en verdad, de lord Ravenhurst.

Los tres se dirigieron hacia los portones de la prisión, uno de los cuales fué abierto por los guardianes que los custodiaban.

El mayor Montagne se detuvo un momento para dar a un guardián las instrucciones necesarias para que procedieran a arreglar el automóvil y luego se encaminaron hacia el sitio donde se hallaban las habitaciones particulares del gobernador.

Tan pronto como estuvieron en la sala, Myra, pretextando que iba a dar órdenes relacionadas con los preparativos para el almuerzo, se retiró felicitándose de poder evitar la presencia del visitante. Aun cuando tenía lord Ravenhurst los modales exteriores de un caballero, la hija del gobernador, con esa intuición natural que tiene la mayoría de las mujeres, no encontró nada que admirar en el distinguido huésped de su padre. El mayor Montagne en cambio, se hallaba contentísimo con la presencia de su noble visitante y deseaba serle lo más agradable posible.

—Mientras llega la hora del almuerzo ¿le sería a usted agradable visitar la prisión, milord? — preguntó el mayor.

—Hay muchas cosas interesantes en un establecimiento como este pues... — calló de improviso y agregó obedeciendo a una idea que había acudido a su imaginación. — Perdóneme milord, no se si recuerdo los hechos con exactitud, pero me parece que Jimmy Argyle, el famoso ladrón, fué capturado a raíz de una visita al castillo de Ravenhurst.

Julián Usher expresó gran interés:

—Efectivamente, — dijo. — Le detuvieron a raíz de una adaz tentativa. Tuvo el atrevimiento de pretender pasar por mi difunto primo Stephen, a quien se parece de un modo sospechoso. ¿Por qué me dice usted eso?

—Por que, — contestó el gobernador complacido al ver el interés despertado por sus palabras, — Argyle está cumpliendo la pena en Grimwood.

—¿Aquí? — exclamó Julián sorprendido.

—Sí. Y en verdad me gustaría que fuera otro, y no yo el encargado de su custodia, — añadió el mayor Montagne.

Julián Usher sonrió.

—Es un pícaro de los más cínicos y atrevidos, — manifestó. — No me extrañaría que hubiera dado trabajo. ¿Ha intentado fugar?

—Dos veces, — dijo el gobernador. — La primera vez atacó en forma brutal a uno de los guardinaes, pero por fortuna lo dominaron antes de que pudiera escapar. En su segunda ocasión se arrojó al río junto con un compañero, su compinche, tratando de huir por aquel lado. El compañero fué muerto de un tiro por uno de los guardianes, Argyle fué recapturado. Ahora de le ha puesto en la cuadrilla de los "canarios", es decir, en la de aquellos penados que han merecido la clasificación de peligrosos y se le vigila muy estrechamente.

—No me sorprendería sí, a pesar de toda esa vigilancia, se les escapa al fin y al cabo, — dijo Julián. — Es un huésped muy molesto.

ENSUEÑO

El: — Anoche soñé que usted y yo nos habíamos casado. ¿Qué significará eso?

Ella: — Que tal cosa sólo puede suceder en sueños.

—Lo era, pero dos dósis de reclusión celular le han abatido mucho el espíritu, — dijo el mayor Montagne. — Hay que admirar en ese hombre la entereza con que sufre el castigo, Aun cuando la reclusión celular que sufrió después de la ségunda tentativa, le causó mucho efecto, no protestó ni una sola vez. Pocos son los presos que demuestran semejante posesión de sí mismos.

—Eso es jactancia y vanidad sin duda alguna, — dijo Julián Usher que no concebía que nadie pudiera ser valiente, puesto que el carécia por completo de esa condición. — Pero me interesaría ver a ese Argyle, si es posible.

—Iremos a las canteras ahora mismo, — dijo el gobernador dirigiéndose hacia la puerta e indicando a su visitante la salida al corredor interior. — Pero temo que encuentre usted el cuadro demasiado triste.

En aquel momento volvió a presentarse Myra Montagne.

—No me parecería tan triste el cuadro si puedo lograr que la señorita nos acompañe durante la visita, mayor, — dijo Julián.

El gobernador se sonrió.

—Myra tendrá un verdadero placer en acompañarnos, — contestó. — Se halla aquí pasando una breve temporada y se pasa muchas horas entre los penados. Su carácter bondadoso se siente conmovido al ver a los presidiarios y tiene la idea de que podrá reformarlos con buenas palabras. Yo no quiero desvanecer sus ilusiones, lord Ravenhurst, — agregó, — pero mi experiencia me ha enseñado que las palabras bondadosas dirigidas a los criminales hacen el mismo efecto que un pinchazo de alfiler en la piel de un rinoceronte.

Tal opinión solo servía parad emostrar que el mayor Montagne había aprendido poco sobre los carácter de los penados en todos los años que llevaba dirigiendo prisiones pues más de uno de los presidiarios alojados en Gromwood, había cambiado por completo de manera de ser desde que había oído las palabras bondadosas de la joven y había comprendido el interés que se tomaba por el y por los demás la hija del gobernador.

El "Canario"

De acuerdo con el deseo del mayor, Myra Montagne acompañó al gobernador y su huésped en su visita de inspección. Pero si lo hizo no fué porque le resultara agradable la compañía de Julián, a quien, desde el primer momento en que le vió había juzado muy severamente.

Las explicaciones del mayor Montagne sobre el modo de funcionar y la organización de los diferentes talleres no interesó mucho a Julián Usher. Myra notó bien pronto, con dolor e indignación por cierto, que el visitante mostraba tendencia a burlarse de los infelices condenados.

La visita continuó hasta quel legaron a la zona de las canteras donde trabajaban los penados. La cuadrilla se componía de unos veinte prisionero que se habían ganado el calificativo de peligrosos.

Stephen Usher, que en la prisión era considerado como Jimmy Argyle, el famoso ladrón, figuraba en aquella cuadrilla.

Estaba trabajando con un zapapico y como se hallaba de espaldas a los visitantes no se percató de su llegada. Se enteró de ella al oír la voz del mayor.

—Este es el hombre, milord, — oyó que decía la voz del anciano. — Al parecer es tranquilo y pacífico y trabaja con todo el ahinco posible. Pero teniendo en cuenta las dos tentativas de evasión se comprende que toda su buena conducta es fingimiento y no tiene más objeto que inspirar confianza y conseguir que se haga menos severa la disciplina que le rodea y aprovechar la primera ocasión que se presente.

Stephen no podía dudar de que el gobernador se estaba ocupando de él. No era la primera vez que le vió expresarse a su respecto en términos legales o parecidos ni era la primera vez que lo enseaba a los visitantes co-

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

mo objeto curioso digno de admiración. Por esto decidió Stephen no dar al nuevo visitante el placer de verle la cara.

Pero tal resolución fué quebrantada cuando oyó la voz del visitante del gobernador.

—Parece que adora con gran empeño su trabajo, — dijo la voz. — Quizás ha pensado que apurándose puede lograr que pasen los siete años en el espacio de uno.

El penado suspendió inmediatamente el trabajo, pues la voz que acababa de oir le pareció muy conocida. Le había sonado idéntica a la de su primo Julián y aun cuando suponía que solo podía tratarse de una coincidencia, no pudo dejar de volver la cabeza.

Se halló de pronto mirando cara a cara a Julian Usher, el hombre cuya perfidia había hecho de él un paria en medio de la sociedad. Julián estaba sonriéndose cuando él se volvió, pero tan pronto como tuvo ante sí la cara de Stephen se puso serio y muy pálido.

Conocía el asombroso parecido de Jimmy Argyle con su primo, pero el ver la cara de Stephen recibió una emoción intensísima. Tal era el parecido que Julián hubiera jurado tener delante la misma cara que en otros tiempo se le había presentado misteriosamente pidiendo justicia. Conmociones del pasado acudieron en seguida a la memoria de Julián, pero en seguida logró recobrar la serenidad y decirle al penado con su acostumbrada desenvoltura:

—¿Cómo está, Argyle? ¡No tiene usted el buen aspecto de otros tiempos! Se ve que el nuevo régimen de vida no le conviene. Lo encuentro desmejorado.

El preso no contestó pero siguió mirando fijamente al visitante.

—Parece que ha perdido usted el buen humor de antes, Argyle, — siguió diciendo Julián que no podía resistirse al deseo de decirle varias cosas desagradables al preso. — Crea que me extraña que se conforme con su situación.

Stephen no contestó tampoco especialmente porque comprendía que contestando daría a su primo el placer de prolongar la entrevista. Le costó gran esfuerzo, no obstante, callarse después de oir las imprudentes palabras del hombre qe le había destrozado la vida.

—¡Palabra de honor! — exclamó, volviéndose hacia el gobernador, — el parecido de este hombre con mi primo Stephen es perfecto de pies a cabeza. Viéndolo se comprende que pretendiera pasar por él.

—La trágica muerte de lord Stephen Usher debió ser triste para usted milord, — dijo el mayor Montagne con simpatía.

—Fué un golpe severo sin duda, — contestó Julián lanzando un suspiro. Pero la muerte que él buscó por sí mismo fué preferible a la muerte que merecía. Poca consideración mostró hacia la familia y el nombre que llevaba y sólo acertó, en el último momento en hacer que nuestro apellido ilustre no fuera cubierto de lodo durante las actuaciones de proceso a que hubieran dado lugar la prisión y el trámite de la causa.

Stephen Usher apretaba los dientes con fuerza y lograba callar lo que subía a sus contestación a aquellas palabras.

—La tragedia aquella fué para todos una gran sorpresa, según creo, pues nadie, que yo sepa, tenía idea de que su primo fuera capaz de semejante cosa, — dijo el mayor.

—No fué sorpresa para mí, — contestó Julián. — Yo conocía su manera salvaje de proceder en algunas ocasiones y aun cuando debido a su matiz de buenos sentimientos y a un barniz de educación, disimulaba su grosería ante los demás no lograba disimularla ante mí. Pero de un modo o de otro el tema es doloroso, mayor Montagne, cambiemos de tema.

Fué tal vez una suerte para Stephen, así como para Julián que. el pillo abandonara el tema, pues su víctima estaba llegando a tal punto de desesperación que poco le faltaba ya para perder toda serenidad y discreción.

Pero como Julián Usher se alejó no hubo lugar a que se produjera el estallido de indignación de Stephen.

—¡Adiós, Argyle! — dijo el visitante con desenvoltura y familiaridad. — ¡Agache la cabeza y sufra su suerte como un hombre.

Siguió adelante dejando a Stephen con la cara roja y ardiente de vergüenza como si le hubieran abofeteado. Stephen iba a decir algo, obedeciendo al impulso de la ola de indignación que subía de su pecho pero se detuvo al oir otra voz.

Era la de Myra Montagne que había presenciado la escena a pocas yardas de distancia y, sin darse cuenta de las verdaderas cousas que la motivaban, habíase percatado del dolor que al preso habían producido las palabras imprudentes del visitante.

—No haga caso de lo que dice sin haberlo reflexionado, el amigo de mi padre, — díjole amablemente. — No se da cuenta de todo lo que puede herir a un hombre que tiene dignidad una frase como las que ha pronunciado.

Su rostro angelical fijó la mirada en los ojos de Stephen Usher y creyó ver brillar en ellos un rayo de esperanza que iluminaba las tinieblas de su inmenso dolor. No era, además, aquella, la única ocasión que había tenido de oir palabras de consuelo de labios de la hija del gobernador.

—Estoy seguro de que no sabía lo que hacía señorita, — contestó sinceramente.

La joven le miró un instante en silencio. Pensaba en aquel momento que debía haber más de bueno que de malo en la naturaleza de aquel hombre que poseía semejante nobleza de sentimientos. Había además en sus ojos tal honradez y tanta entereza, que no se concebía que aquel hombre hubiera cometido un crimen ni aun en un momento de aturdimiento.

—Tiene usted fama de ser uno de los presos a quienes hay que vigilar de cerca, — dijo ella por último. — ¡Y sin embargo yo no creo que usted sea merecedor de esa fama!

Stephen Usher se encogió de hombros y sonrió con amargura.

—No creo ser muy peligroso, señorita, — dijo con tristeza. — Pero tal vez el gobernador hace bien en tenerme vigilado estrechamente. Tengo mala fama y eso es cosa

terrible que no augura nada bueno ni para el perro ni para el preso que la tiene.

—Será terrible, pero usted debe sufrirlo con entereza, siempre igual que ahora, — replicó Myra. — De ese modo llegará el momento en que verán cómo es usted en verdad y se le acortará el plazo para que se abran ante usted las puertas de la prisión.

En este momento el mayor llamó a su hija. Ya iba de regreso hacia sus habitaciones con Julián. Myra despidióse del preso con una sonrisa.

Stephen Usher se quedó inmóvil mirándola.

—¿Qué es eso, número 224? — gritó el guardián de turno. — ¡No sé lo que piensa el gobernador, que deja a su hija en conversaciones con ustedes! ¡La señorita Myra es demasiado para tratarse con pillastres como todos ustedes!

La fuga

La visita de Julián Usher a la prisión de Grimwood había decidido a Stephen a tomar una nueva determinación. Había sufrido durante demasiado tiempo la amarga injusticia co consecuencia del infame proceder de su primo. Durante demasiado tiempo había oscurecido injustamente una nube de oprobio el puro brillar de su nombre siempre honrado.

La breve entrevista con Julián en las canteras de Grimwood había convencido a Stephen de las terribles consecuencias que podía tener una nueva dilación. Cada día qu pasara haría menos accesible el éxito de sus planes tendientes a demostrar su inocencia. Cada día de espera aseguraba más y más el injustificado prestigio de Julián.

Por las palabras que Julián había dicho al gobernador de la prisión se pudo enterar Stephon de que su nombre, injustamente deshonrado, era enlodado aun más por las mentiras de su primo. De continuar tal estado de cosas, la probabilidad de que Stephen hiciera conocer al mundo la verdad iba haciéndose cada vez menos accesible.

Pero Stephen Usher no podía hacer nada mientras siguiera prisionero en Grimwood. Conquistando su libertad lo antes posible era como únicamente podría ocuparse de hacer fracasar los infames planes de su primo y Stephen se hallaba resuelto a proceder así.

La muerte era mil veces preferible a la vida del presidiario sin esperanzas de reivindicación. Por lo tanto, ningún riesgo le parecería demasiado grande ni ninguna circunstancia favorable demasiado pequeña siempre que se tratara de ir al objetivo final: la libertad.

Durante toda la tarde no pensó en otra cosa y poco antes de las cinco la casualidad intervino en su favor en forma de espesa niebla que envolvió las canteras con su espeso velo con la súbita rapidez con que se producen esos fenómenos en aquella zona de Inglaterra.

Las autoridades de la prisión estaban acostumbradas a esas cortinas de niebla que frecuentemente interrumpían los trabajos en Grimwood y que obligaban a suspender la labor al aire libre, así que en aquella ocasión, como en otros, se anunció la llegada de la niebla por medio de una señal hecha desde el presidio y que constituía la orden de que todos los trabajadores regresaran de las canteras.

La neblina cundió rápidamente y los guardianes, en su ansiedad por reunir a todos los penados y dirigirse hacia los pabellones, olvidaron algunas precauciones que, en otro caso, hubieran tenido. Consideraron que lo principal era darse prisa a fin de poder encerrar a todos los presos antes de que ninguno de ellos se diera cuenta de la oportunidad que la niebla ofrecía.

En general la bondad de ese proceder la demostraba el resultado que se obtenía. En aquel caso no sucedió lo mismo, pues Stephen Usher se había jurado aprovechar de inmediato la primera oportunidad de fuga que se le presentara.

Esperó únicamente a que la niebla estuviera bastante densa para lo que él quería y entonces, procediendo en un momento en que los dos guardianes encargados de su cuadrilla dedicaban su atención a otro lado, se separó del sitio que ocupaba al final de la fila.

No le vió alejarse más que uno de los penados, el que estaba a su lado. Pero éste nada dijo.

Stephen aprovechó rápidamente el tiempo. Llegó al límite de las canteras más cercano del río y comenzó a subir por la pared natural de piedra. La superficie rugosa dejada por el cortar de la piedra le ofreció excelente apoyo para ir subiendo, aun cuando no sin arañarse y lastimarse las manos, y por último se vió en lo alto de la división sin que hasta entonces nadie hubiera notado lo que hacía.

Hallábase a la orilla del río y no le quedaba ya más que arrojarse al agua, cuya superficie estaba oculta por la niebla, cuando un guardián que estaba en lo hondo de la cantera vió una forma nebulosa en lo alto de la división de piedra.

Sonó un disparo y la bala atravesó la manga de la blusa de Stephen. En el mismo momento el hombre, desesperado, se arrojo al agua y desapareció.

El guardión que había hecho el disparo creyó que había dado en el blanco pero no pudo cerciorarse de si era así. Además los guardianes no podían perseguir al fugitivo, porque al hacerlo tendrían que disminuir la vigilancia que ejercían sobre los demás penados. Por otra parte, el único modo de seguir a Stephen era subir por la pared de roca y echarse al agua tras él, lo que tenía tan pocas probabilidades de éxito que ninguno de los guardianes pensó ponerlo en práctica.

Esto favoreció a Stephen que, en cuanto después de la zambullida sacó la cabeza del agua, comenzó a nadar con todas sus energías en el mismo sentido en que iba la rápida corriente del río.

Hasta aquel momento su tentativa había tenido éxito, pero no tenía él ni siquiera la

menor idea de en qué consistía su próximo paso hacia la libertad. Poca distancia después el río continuaba por el campo llano y si trataba de salir del agua en aquellos sitios, volverían a capturarle con toda seguridad.

Los guardianes de la prisión esperarían verle aparecer vivo o muerto, en aquella pa parte del río y a ella irían, seguramente, a buscarle.

En consecuencia, pensó el fugitivo que su mejor plan sería no continuar adelante y permanecer en la zona donde las orillas del río eran de piedra, altas y escarpadas, pues a la sombra de las mismas podría permanecer oculto hasta que los que le buscaban abandonaran, por infructuosas, sus investigaciones, o, por lo menos, convencidos de que no le encontrarían cerca de la prisión, fueran a buscarle más lejos, río abajo.

Pensando así nadó hacia la orilla. La niebla, cada vez más espesa, no le permitía apreciar cuál era el mepor sitio para saltar a tierra. Tenía que confiar en su suerte y ésta, que le acompañaba hacía un rato, no le abandonó en aquel momento.

Llegó a la orilla resbaladiza y alta y trató de subir por ella. Acababa de hacerlo cuando notó, a pocos pies sobre el sitio donde se encontraba y un poco a la derecha, una cavidad que se abría en la pétrea pared de la orilla.

No era ni muy grande ni muy profunda, pero le proporcionaría seguro aun cuando incómodo escondrijo, así que Stephen Usher trató de llegar hasta ella.

El silencio que había reinado hasta entonces fué interrumpido por el retumbar de un sonoro estampido.

El cañón del presidio hacía saber, con su detonación, que un hombre había arriesgado su vida tratando de escapar en busca de libertad.

Aun cuando el cañonazo no indicara que se hallara en mayor peligro que un momento antes, le hizo apresurarse a llegar a la cavidad abierta en la pared delaorilla.

Allí pues, se subió, viéndose obligado a acurrucarse poniéndose sentado con las pier nas encogidas.

Aquel escondrijo, aun cuando no fuera indiscutiblemnte seguro, era mejor que cuanto había esperado encontrar, pues acurrucado dentro de él, como se había puesto, resultaba que debido a lo irregular de la superficie vertical de la orilla, no podía verle nadie que mirara desde arriba.

En día claro le hubiera distinguido todo el que pasara en bote, pero como no parecía posible que la neblina se levantara hasta el anochecer, pocas eran las probabilidades que había de que le vieran allí.

Lo único que le correspondía hacer era esperar con toda la paciencia posible hasta cuando considerara que los guardianes no le buscarían ya en los alrededores o que, cansados de la inutilidad de sus investigaciones, las abandonaran decepcionados.

Convencido de que el éxito de su fuga consistían en pasar inadvertido durante una hora o un poco más, Stephen se encogió aun más hacia adentro de su escondite.

Y al cabo de un rato, a pesar de lo incómodo de la postura en que estaba, se quedó dormido.

El sacrificio

LE despertó el rumor de voces de alguien que hablaba en la orilla, sobre el sitio donde él se encontraba. Ya había anochecido cuando abrió los ojos y la luna, en creciente, empezaba a brillar por entre la niebla que comenzaba a disiparse.

—¿No tienen noticias del número 224? —preguntó una voz recia.

—No. Hemos recorrido todo el campo cinco millas a la redonda y no se ha podido saber nada de él. No se le ha visto después de su partida. En mi opinión, el número 224 se ha escapado de entre nosotros para siempre y definitivamente esta vez.

—¿Cree usted que le hirió el guardián Goodge y que cayó al agua herido de muerte? —preguntó el primero.

—O eso o que se ahogó sin estar herido, —fué la respuesta. —El cuerpo puede haber sido llevado aguas abajo quién sabe cuántas milas. En mi opinión, el gobernador debiera darnos orden de volver al presidio porque aquí nada tenemos que hacer ya. Creo que ya nos hubiera dado orden de regresar sino fuera por lo de su hija. Me parece que más que el número 224 estamos esperando a la señorita.

—¿Hace tiempo que no se sabe de ella?

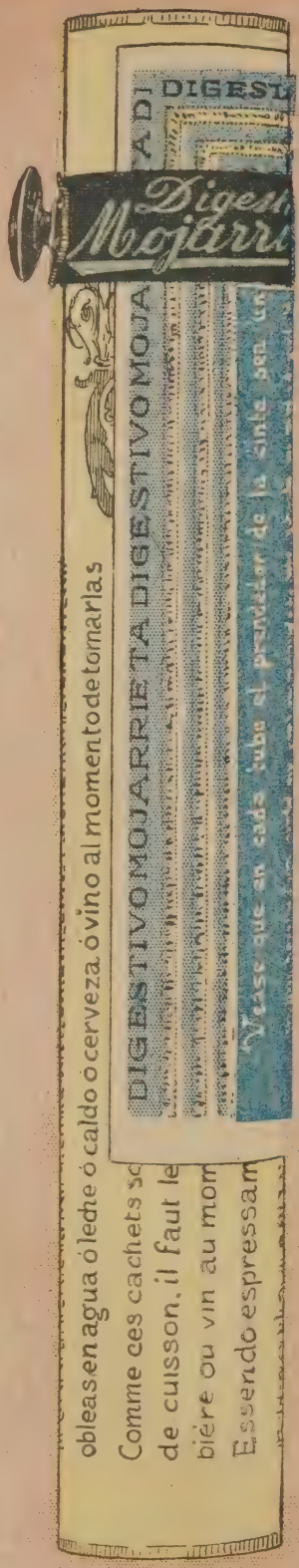
—Desde poco después de las tres de la tarde. Salió de pasco a caballo y debía regresar a las 5. Debe haberse extraviado envuelta en la niebla y ahora que se está despejando el aire encontrará el camino y volverá al presidio. Claro está que puede ser que haya sufrido algún accidente, pero yo creo que no. Las mujeres como ella son demasiado buenas para que les pase nada malo.

En el próximo número de PUCKY que aparecerá el viernes 15 de enero seguirá esta notable novela. No se olvide de encargar anticipadamente su número al vendedor.

Una que no entendía de automóviles

El vendedor (después de haber explicado y elogiado el motor del nuevo automóvil durante media hora): — ¿Desea la señora algún dato más?

La posible compradora: — Sí. Dígame: si le doy toda la cuerda por la mañana, ¿alcanzará a caminar todo el día?



DESPUES de la comida, muchas personas sienten en la boca del estómago una impresión penosísima de pesadez e hinchazón durante todo el tiempo en que se efectúa la digestión; este padecimiento proviene casi siempre de dilatación crónica, producida por debilidad y desgaste del órgano. Se precisa, pues, aliviar su tarea agregando artificialmente los elementos necesarios a toda buena digestión. Para tal objeto, ningún remedio presenta las virtudes del

= DIGESTIVO = MOJARRIETA

que puede llamarse con justicia el verdadero medicamento completo de las vías digestivas, pues contiene los elementos mismos que pueden hacer falta a la composición normal del jugo gástrico, Así solamente puede el estómago descansar y, con el tiempo, fortificarse, recobrando poco a poco su robustez y motricidad primitivas perdidas.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA LTDA.

DEFENSA, 245, sus secciones y en toda buena farmacia.

¡FIJESE BIEN EN ESTE NUMERO!

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Enero 15
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL, No. 120

Sus ojos locos de terror miraron, de pronto, fijamente.

Esta escena corresponde a la novela:

EN LAS GARRAS DEL TERROR

Traducida del inglés para "Pucky" y que aparece completa en este número.

Ella (hablando del alto costo de la vida): — Me da lástima la gente que se casa en estos tiempos.

El: — ¿Por qué dices "en estos tiempos" precisamente?

—¿Venían muchos pasajeros en el tren que te trajo a Buenos Aires?

—¡Una enormidad! ¡Con decirte que hasta hubo hombres que tuvieron que viajar de pie.

En las garras del terror

Un cuento elctrizante sobre las consecuencias que pueden tener ciertas sesiones espiritistas.

Máximas y pensamientos

Frases notables de personajes notables de todas las épocas y todos los países.

El corredor veloz

Un cuento divertido y original para pasar un momento agradable.

El polvo rojo

Relato de lo que le sucedió a un inventor maniático que necesitaba dinero.

El misterio

Novela corta completa, de Leonidas Andreieff, uno de los más famosos literatos de Rusia.

Los secuestradores

Un caso divertido y original, con un final tan inesperado como grato.

La extraña historia de Stephen Usher

Continuación de la gran novela de "Tit-Bits" que se reimprime en "Pucky" a pedido del público lector.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

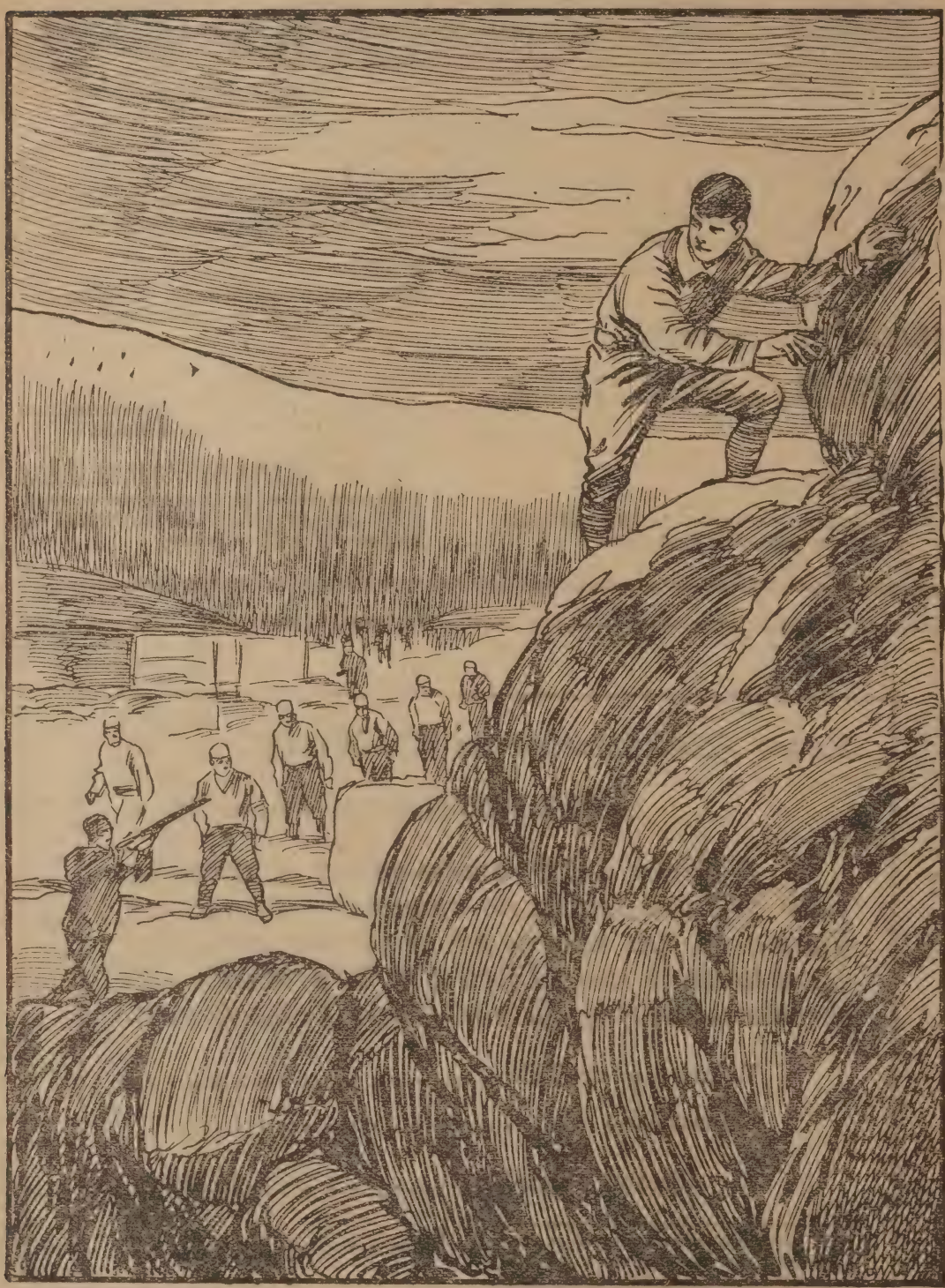
Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

F. C. . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.



Sonó un disparo y la bala atravesó la manga de la blusa de Stephen. ("La extraña historia de Stephen Usher"). (Ver página 43 y siguientes de este número.)

EN LAS GARRAS DEL TERROR

Por CATHERINE CLARK

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

El relato de una promesa cumplida y la demostración de lo que puede producir en una mente juvenil la inclinación a investigar los secretos de la psiquis.

EL perro, acurrucado a los pies de la muchacha, gimió, moviéndose incómodo, y Juana miró hacia atrás, velozmente, estremeciéndose involuntariamente al hacerlo así. Sus manos, al caer colocando el libro que leía en las faldas, temblaban también; un momento después se puso de pie y cruzó la habitación, deteniéndose frente a un espejo grande empotrado en la pared. Con rostro pálido por el terror, miró fijamente al espejo; pero un cuidadoso observador hubiera podido ver que no miraba allí a su propio rostro.

Su mirada se fijaba, primero por encima de un hombro, luego por sobre el otro, deteniéndose en la habitación que quedaba a sus espaldas. Y en lo profundo de sus ojos había una inconfundible expresión de terror. Tembló y se volvió con rapidez. Sólo halló la hagitación vacía, sin más ser viviente que el alto perro alsaciona que se hallaba echado en la alfombra, vigilante y en cuyos ojos podía verse también algo de receloso miedo que empañaba los de su ama Pasóse Juana la lengua por los labios, humedeciéndolos, y rió, con una risa que tenía muy poco de alegre.

—¡Juana, Juana! — díjose. — No seas tonta. Tranquilízate; aquí no hay nada; tan sólo Rolfe y tú.

Y en ese momento llegó a sus oídos un ligero roce, como si, a su lado, donde nada había, alguien se hubiera movido. Roce al que el perro respondió gimiendo de nuevo y moviéndose, incómodo.

El rostro de Juana se había puesto intensamente pálido, y sus ojos abiertos por el temor, como los de un niño que se halla solo, sentado en la cama, en la oscuridad, atemorizado sin saber de qué. Luego se le llenaron los ojos de lágrimas y volvió ella al sillón. Haciendo un poco feliz esfuerzo para distraer sus pensamientos, intentó de nuevo leer.

—¡Gracias a Dios que Robin regresa hoy! — murmuró para sí. — ¡Tal vez olvide estas tonterías cuando lo tenga de nuevo a mi lado!

Trató de interesarse en su libro, pero le resultó imposible. Cada pocos minutos, levantaba la cabeza rápidamente, mirando en redor suyo, con aire de sospecha, y una vez hasta extendió el brazo para sólo tocar el espacio vacío a su lado, en el sofá, mirando à la alegre cretona que lo cubría, con la boca entreabierta, mirando como fascinada, temerosa de que algo horrible se materializara allí, de repente. Luego levantó la cabeza con gesto rápido, seco.

—¡Oh, oh, oh! — dijo, con desesperación. — ¿Será que me estoy volviendo loca?

Y se llevó la mano a la boca, como para contener sus propias palabras.

Al sonido de la voz de Juana, el perro se levantó, alzó las orejas, y comenzó a avanzar lentamente, con la cabeza baja, gruñendo, con los ojos fijos en el sofá, precisamente en el sitio hacia el cual Juana había extendido el brazo hacía un momento. Tenía erizado el pelo de todo el cuerpo. Pero, se detuvo de golpe, se agachó, y el gruñido convirtióse en un lastimero gemido. Juana se deslizó y se sentó en el suelo, echando los brazos en torno del cuello del animal y ocultando el rostro entre su larga pelambre.

—¡Tú también, viejo mío! — murmuró. — ¿Tú también lo sientes? ¡Oh, Dios mío!

Algunos minutos después se puso de pie rápidamente, lanzando una exclamación de alivio, al oír sonar la campanilla. Al oír pasos en la escalera, avanzó apresuradamente saliendo al encuentro de su novio, que acababa de regresar a Londres después de cinco semanas de ausencia.

Con la alegría de verlo de nuevo, Juana

LA EXTRAÑA HISTORIA DE STEPHEN USHER

Lea la continuación de esa notable obra que comienza en la pág. 43 de este número.

olvidó sus temores. Pero cuando la criada hubo dejado el servicio de té y se hubo retirado dejándolos solos, Robín comenzó a darse cuenta de lo enferma que parecía estar su novia. Le pareció que había adelgazado mucho y notó las grandes líneas oscuras que le circundaban los ojos, ojos que tenían una expresión de miedo, de extrema fatiga, y en rostro cansado. Robín se sintió súbitamente alarmado.

—Querida Juana, ¿qué es lo que tienes? ¿Has estado enferma?

Rió ella, un tanto nerviosamente.

—No; estoy perfectamente bien. ¿Qué es lo que te hace pensar que pueda haber estado enferma?

Robín miró un momento, con gran atención, a su novia en los ojos; al responder ella a su mirada con otra mitad de terror, mitad de súplica, la tomó rápidamente en sus brazos.

—¡Juana, Juana! — exclamó. — Tengo la seguridad de que te pasa algo. Dime, querida, ¿qué es?

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas, y ella se aferró a él, convulsivamente.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ves, Robín? ¿Te parezco diferente?

—No, Juana, no. Diferente, no. Sólo me pareces muy fatigada, temerosa de algo... ¿Es que algo te ha asustado?

—No, nada... nada, Robín, — respondió ella; pero, al hacerlo, miró furtivamente por sobre el hombro, hacia atrás. — Me siento perfectamente bien. — Y cambió el tema de la conversación, con intención perfectamente aparente. — Ahora, Robín mío, toma el té y cuéntame cómo te ha ido. Me parece que hace siglos que te fuiste.

Trataba de aparecer alegre y despreocupada, pero el esfuerzo que hacía para aparentarlo era demasiado visible y no podía engañar a nadie, ni aún a la persona menos observadora. Sus manos, al sostener con una la taza, mientras que con la otra vertía el té de la tetera, temblaban; una y otra vez Robín notó que lanzaba rápidas y furtivas miradas, nerviosas, en redor, y respondía a sus preguntas muchas veces en forma extraña, como sorprendida, cual si su mente se hallara muy lejos de la conversación. Entonces, no hizo Robín comentario alguno, pero cuando el servicio de té hubo sido retirado y los dos se quedaron solos nuevamente, él, sentándose junto a ella, le tomó ambas manos entre las suyas.

—Juana, tienes que decirme qué es lo que te sucede. Es absurdo negar que te sucede algo. Si no te sucede nada, ¿por qué es que tienes esa expresión constante de temor? ¿Por qué miras una y otra vez en redor tuyo, como temerosa de verte repentinamente frente a algo que te asusta?

Juana tomó con ambas manos el brazo de Robín, clavando en sus ojos una mirada implorante.

—¡Júrame que no me has de creer loca si te lo digo todo, Robín! ¡Júramelo! Sé que te parecerá una locura, pero no estoy loca. Es verdad que hay algo aquí. Lo siento, lo sé. Rolfe también lo siente.

—¡Juana! — Robín comenzaba a sentirse realmente alarmado. — ¡No seas tonta! ¡Esa es una idea ridícula! ¡Claro que yo no pensaría en creerte loca, por más locuras que me contaras! ¡Vamos, cálmate, y cuéntame qué es lo que te pasa.

Durante un momento Juana vaciló; luego se volvió hacia él, sollozando. Por un lado, se sentía feliz de poder descargarse de su peso, de poder confiarse a él; pero, por otro lado, le parecía que hacía esa confidencia contra su propia voluntad.

—No espero que creas lo que voy a decirte, porque a mí misma me cuesta creerlo. Pero, Robín, vivo en un completo terror, un terror del que no puedo desprenderme. Lo siento siempre donde estoy; no me abandona nunca.

—¿Qué quieres decir, Juana? ¿Qué es ello?

—¡No lo sé! ¡Eso es lo peor del caso! Lo he sentido persiguiéndome desde la última reunión espiritista a que asistí.

Robín dejó escapar una exclamación.

—¡Esas infernales reuniones espiritistas! ¡Bien sabía yo que iban a concluir por causarte daño! ¡Siempre he odiado esa afición tuya hacia esas tonterías peligrosas.

—Ya lo sé, Robín, y no sabes cuánto siento no haber seguido tu consejo, y haber dejado de ir; pero yo pensaba que eran tan sólo prejuicios tuyos. Siempre había hallado que esas sesiones eran interesantes, emocionantes; pero esta última fué todo lo contrario. Es algo muy difícil de explicar; pero tuve la impresión de que en el salón había algo terriblemente maligno. Y esa impresión fué tan grande, que dí gracias al cielo cuando terminó la reunión y pude salir al aire libre. Juré que nunca volvería a una de esas sesiones. Pero, Robín, ¡Robín mío!, era tarde ya, porque ese algo terrible me había seguido, pareciendo salir conmigo, y lo he sentido, desde entonces, acompañándome constantemente. Nunca me deja, ¡nunca, nunca! Donde quiera que vaya, lo siento siempre junto a mí, y no creo que podré soportar esto por más tiempo. ¡Me aterroriza! Está aquí, ahora, cerca de mí. Lo sé, lo siento. ¡Oh, Dios mío, Robín! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

Las manos de la joven le apretaban el brazo con fuerza, frenéticamente, y la expresión de terror que brillaba en sus ojos hizo dar un vuelco al corazón de Robín.

—¡Pero no seas tonta, Juana! ¡Si aquí no hay nada! Estamos solos, completamente solos. Todo eso es producto de tu imaginación, de la nerviosidad que tienes. ¡Es necesario que luches por desterrar esas alucinaciones de tu mente, mi pobre Juana!

La había atraído hacia sí, apretándola contra su pecho, y sentía latir el corazón de la joven apresuradamente.

—¡Que tonta que eres, Juana! — continuó. — ¿Crees que voy a permitir que algo te dañe, hallándome junto a tí? ¡Tonta! Te amo demasiado para permitir que algún espectro ridículo te persiga cuando te tengo a mi lado!

Rolfe, que se hallaba los pies de su ama, lanzó un lastimero gemido. Juana volvió la

cabeza, lanzando una rápida mirada hacia atrás, por encima del hombro. Su blanca frente se cubrió de sudor.

—Oí algo así como una risa corta, cuando dijiste eso, Robín. ¡Mira! ¡Rolfe también la oyó!

A despecho de sí mismo, Robín, notando la actitud del perro, el terror que expresaba la mirada del animal, sintió un estremecimiento de molestia, un rápido escalofrío corrió por su cuerpo. Todo aquello era fantásticamente extraño. Pero, al responder, lo hizo con el tono más tranquilo.

—Si yo estuviera en tu lugar, Juana, vería en seguida a un médico. Por mi parte, creo que todo es producto de tu propia imaginación, calenturienta, fatigada, tal vez. Probablemente un buen tónico acabaría pronto con tu fantasma.

Juana sólo le respondió con una mirada de terror.

—¡No, Robín, no! — gimió. — ¡No me atrevo a ver a un médico! ¡Por favor, Robín, no me hagas ver médico! ¡No quiero! ¡Dirá que estoy loca y querrá encerrarme! ¡Yo no quiero que me encierren, Robín mío! ¡No estoy loca! ¿Verdad que no? ¡Dime que

¡Oh! ¡oh! ¡oh! — exclamó Juana de pronto. — ¿Será posible que me esté volviendo loca? ("En las garras del terror").

no me crees loca! Yo me pondría bien en seguida si pudiera librarme de esto. Por la noche es casi imposible de soportar. Dejo todas las luces encendidas, pero aún así estoy completamente dominada por el terror. Hasta cuando duermo no me abandona; sueño con él. Nunca lo he visto, ni en sueños; no sé lo que es, pero lo siento constantemente junto a mí, y vivo con el temor constante de verlo de un momento a otro. ¡Suponte que lo viera, Robín! ¡Eso sí que sería para volverme loca de espanto!

Hablaba apresuradamente, con frases cortadas, jadeante, retorciéndose las manos nerviosamente. De pronto, lanzó un grito y se abrazó a su novio.

—¡Robín! ¡Me toca! ¡Me está tocando!

Acercó él el rostro de la muchacha, escondiéndolo en su hombro, porque no podía soportar el terror sobrehumano que las delicadas facciones expresaban. Nada podía contra aquello invisible; nada podía, como no fuera apretar a su novia contra su pecho, besarla, tratar de calmarla.

—¡Juana, vamos! ¡No es nada! Junto a mí estás segura. ¡Vamos, querida mía!

Pero Juana parecía no oirlo. Al cabo de unos momentos, levantó la cabeza.

—Robín, ¿no me puedes ayudar? — preguntó. — Siento que no voy a poder soportar esto mucho más tiempo. ¡Tú no sabes lo que han sido los últimos días! ¡Tenía tantas ansias de que vinieras, de que estuvieras a mi lado, para protegerme, para hacerme olvidar. Tenía la esperanza de que cuando tú vinieras eso se iría y me dejaría tranquila; pero no se ha ido, Robín. Se acerca cada vez más. Si tengo que soportar esto mucho más tiempo, me voy a volver loca, Robín; sé que voy a enloquecerme. — Lloró abundantemente, con desesperación. — ¡Loca de terror!

Por largo tiempo Robín le habló, razonando, tratando de calmarla; pero aún cuando la joven consiguió alguna calma con su presencia junto a ella, él resultó completamente impotente para acallar del todo su terror. Persistía ella en asegurar que, constantemente había a su lado algo terrible, algo horrendo, impalpable.

Cuando Robín se separó de ella se sentía lleno de una ansiedad de la que no podía librarse por completo. Si se hubiera tratado de algún peligro definido, conocido, de algún peligro contra el cual se pudiera luchar frente a frente, cara a cara, no hubiera sido el mal tan grande. Pero todo aquello era tan extraño, tan misterioso, tan incomprensible, que casi sentía Robín, al pensar en ello, que se le erizaba el cabello y la transpiración invadía su frente.

¡Su pequeña Juana, juguetona, bromista, siempre alegre como un rayo de sol primaveral, como un pajarito, convertida en una masa informe de latente terror! Era aquello casi increíblemente espantoso. Y la conducta del perro, de Rolfe, lo hacía todo aún más misterioso. El perro se conducía como si viera algo terriblemente maléfico aprisionar, poco a poco, entre sus garras, a su ama; y sus gruñidos, sus gemidos, sus belfos contraídos mostrando los dientes casi constantemente, añadían diez veces más horror a todo aquello. Era por otro lado, un dolor casi insoportable para él, el tener que abandonarla, dejarla sola durante aquellas largas horas de horror, sin nadie que se volviera hacia en su socorro; porque Juana, no tenía madre.

Su estudioso padre se había hallado siempre demasiado interesado en sus libros, sus estudios, sus investigaciones, para ocuparse de su hija. Y cuando ésta dejó al fin, definitivamente, la escuela, quedó en la más completa libertad de hacer y deshacer lo que le viniera en gana. Para Robín, la indefensa existencia de su amada, frente a la crisis presente, no era ni más ni menos que algo con caracteres de tragedia. Nadie había que pudiera aconsejarla y ayudarla en esta emergencia como no fuera él mismo, y Robín se sentía sin fuerzas para combatir el mal.

Durante los días que siguieron, Robín rogó a Juana, una y otra vez, que viera a un médico. Pero el pensamiento de ser tomada por insana le causaba a la joven un terror tal, que Robín tuvo que prometerle que, por el momento, no hablaría con nadie de lo que la sucedía. Robín prometió esto contra toda su voluntad; pero temía tanto perder la confianza de Juana que se sintió obligado a acatar los deseos de ella.

Los días pasaban y Juana adelgazaba y se ponía más pálida. La expresión de terror en sus ojos se hizo más marcada, más constante, más dolorosa cada vez.

Un día las cosas llegaron a un estado tal, que Robín comprendió que ya le era imposible cargar por más tiempo con la responsabilidad del silencio. Se hallaban paseando por las avenidas del jardín, del brazo, cuando de repente, se soltó Juana de su brazo, y se lanzó hacia adelante, como una persona que comienza a correr. Fué, aquello, algo más parecido a un tropezón que a una corrida. Dos veces, tres, sucedió lo mismo, y, cada vez que eso sucedía, el perro se detenía, lanzando un sordo gruñido y mostrando los dientes.

—¡Vamos, querida! — dijo Robín riendo. — ¿Ya no sabes caminar?

Volvióse ella a mirarlo, clavando su mirada en los ojos de su novio. Y Robín vió, en la profundo de los ojos de la muchacha un relámpago de locura.

—¡Me empuja, Robín, me empuja!

El perro se apretó contra las piernas de su ama, gruñendo y mostrando los dientes, mirando fijamente hacia atrás, a las espaldas de Juana, se agachó, hasta que el pecho se apoyó en tierra, como si fuera a saltar, pero repentinamente retrocedió, como amenazado, gruñendo.

El rostro de Robín hallábase casi tan blanco como el de su amada, al sostenerla y llevarla hacia la casa.

—¡No te asusted, querida Juana! ¡Estoy a tu lado! ¡No temas!

Una vez en la casa, Robín dejó de dudar. Llevó a Juana hasta el saloncito, la reclinó en el sofá, y, yendo al teléfono, llamó al médico de la familia. Las cosas habían llegado ya demasiado lejos para dudar más. Robín se reconvenía interiormente de haber

vacilado tanto tiempo, de haber permitido que su amada le arrancara la promesa.

Cuando regresó, halló a Juana sentada muy erguida en el sofá, mirando frente a frente con los ojos muy abiertos. Robín la dijo lo que había hecho. Ella se puso de pie, rodeándole el cuello con los brazos, en un paroxismo de desesperación.

—¡No le permitirás que diga que estoy loca! ¿Verdad, Robín? No permitirás que me lleven y me encierren en un manicomio! ¡Promete, Robín! ¡Prométeme que no dejarás que me encierren! ¡Robín, Robín, prométeme! — deslizóse hasta el suelo, arrodillándose, apretando las rodillas de su novio desesperadamente, llorando. — ¡Que no me lleven, Robín! ¡Que no me encierren! ¡Prométeme que no lo consentirás! ¡Yo no estoy loca, no lo estoy! ¡Prométeme, Robín, amado mío, prométeme lo que te pido!

Robín la levantó, apretándola contra su pecho.

—¡Te lo prometo, pobrecita mía! Te prometo que no he de dejar que te lleven y te encierren. Pero no te preocupes tanto, Juana. Todo esto es producto de tu imaginación tan sólo, de tu fantasía, de tus preocupaciones, de tu nerviosidad. — Robín hablaba con una seguridad que estaba muy lejos de sentir. Juana sacudió desesperadamente su hermosa cabecita.

—¡Ahí tienes a Rolfe! — exclamó. — El sabe que hay algo aquí. Se conduce extrañamente, sin estarse quieto un momento. Hay algo que él ve.

—Probablemente sólo instinto, Juana. Sabe que sufres y que estás aterrorizada, y eso reacciona sobre él. La telepatía entre algunos perros y sus amos, es algo maravilloso. Pero si él te molesta, déjame que me lo lleve y lo cuide hasta que tú estés mejor. Esepero que cuando el médico llegue se va a reir de tus temores y te va a dar algo que te pondrá buena en un momento.

Juana, rodeándole el cuello con los brazos, se apretó contra él.

—Tenme así hasta que él llegue, Robín. Estoy muy cansada. Nunca descanso bien. Duermo muy poco. Pero no debes llevarte a Rolfe, porque él es el único que me acompaña durante la noche. Es lo único vivo que hay a mi lado. Sin él, estaría sola con "eso". Abrázame, Robín; me siento más segura en tus brazos. Me has prometido, Robín, ¿verdad? Me has prometido que no dejarás que me encierren en un manicomio.

—Sí, querida mía, sí. Te lo he prometido y cumpliré mi promesa.

* * * *

Una semana más tarde, Robín se hallaba sentado en el estudio del mundialmente famoso especialista que se había hecho cargo del caso de Juana a pedido del médico de la familia. Sus ojos se hallaban fijos en el rostro todo afeitado, coloradote, en los ojos inteligentes del sabio, como si la voz lenta, grave, que pronunciaba tan extrañas frases y expresaba ideas tan extrañas, lo fascinara.

—Siento mucho, señor Garde, — decía el especialista, — pero temo que la situación sea sumamente grave. No luchamos aquí con una enfermedad tangible, sino con un terrible poder del cual nada conocemos realmente. Si la gente se diera cuenta del peligro que existe en mezclarse con estas cosas, no jugaría con ellas con ese espíritu frívolo con que lo hacen. Conozco casos en los cuales algunas pobres almas infelices han obtenido algún beneficio y consuelo; pero creo que ellos se aproximan a estas cosas con un espíritu de tan sublime fe en el poder del bien, que nada malo se les puede aproximar. Son tan sinceros en su creencia, qus se hallan, por eso mismo, protegidos en una forma indefinible.

Hizo el profesor una pausa, al cabo de la cual prosiguió:

—Son esas las gentes que persiguen una nueva sensación, la satisfacción de una curiosidad, los que se exponen a sí mismos a peligros que nosotros sólo podemos muy débilmente imaginar. Esa pobre niña, su novia, señor Garde, sensitiva en grado sumo, fácilmente influenciable, con su mente completamente abierta para recibir cualquier impresión, resultaba un campo fertilísimo para cualquier influencia maléfica enviada sólo Dios sabe por quién. He tenido oportunidad de presenciar muchos de los terribles efectos resultantes de esas prácticas insidiosas; y si bien admito que en ello puede haber cierta inmunidad al mal en algunos pocos, para la mayoría el peligro es grandísimo, real y positivo. En el interés de mi profesión he tenido oportunidad de acudir a muchas sesiones espiritistas. Algunas de ellas han sido, francamente trabajo de charlatanes; pero, en una o dos ocasiones, podría jurar científicamente que hubo manifestaciones espirituales, influencias ocultas; pero también, señor Garde, podría jurar como hombre, ante Dios, que esas influencias eran todas maléficas. Pero me estoy apartando del principal objeto; su enferma.

Tomó el especialista un cigarro, que encendió.

—¡Pobre niña! — exclamó. — ¡Qué terrible precio le ha tocado pagar por un instante de inofensiva curiosidad! Hasta la fecha, sólo puedo confesar que me siento desilusionado; no puedo llegar a poner nada de su caso en claro. La enfermera me dice que ella continuamente oye "su" voz, y que puede llegar un momento en que ella vea "eso". Si tal cosa sucede, temo que pierda por completo la razón.

—Habla usted, doctor, — respondió Robín, observando que el sabio callaba, — como si estuviera usted convencido de que algún espíritu maléfico la persigue en realidad. Supongo que usted cree que eso no es producto de la imaginación de ella, ¿verdad?

Durante un momento el sabio contempló el rostro de Robín, én el que se pintaba una mezcla de dolor incontenible y de suprema desesperación.

—Luchamos en este caso, señor Garde, — dijo el sabio, después de un momento, — con los poderes de lo desconocido, del más allá, poderes que, tangibles o no, son terribles.

—¿No puede hacerse nada, doctor Hammond? ¿No tiene usted medio de poder curarla?

—No dejo medio posible sin emplear, señor Garde, — respondió el médico, conmovido ante el terrible dolor del joven, — y aún no quiero decir que he perdido toda esperanza. Pero tampoco quiero engañarlo a usted. Ella está en un estado sumamente serio. Si empeora, temo que haya necesidad de recluirla. Pero no daría yo ese paso a no ser absolutamente necesario, imprescindible. Ella, tengo entendido, tiene horror a ir a un manicomio.

—¿No podrá?... — Robín luchaba por encontrar palabras con que expresar sus pensamientos. — ¿No volverá?... ¿No cree usted que llegue a recobrar su salud?

Vaciló un momento el especialista, evitando los ojos de Robín. Al cabo respondió:

—Eso es imposible asegurarlo, dado el estado actual de la enferma. Como es natural, he estudiado cuidadosamente la historia de la familia de la señorita Norton, y no en verdad, con muy halagadores resultados. No quiero decir que haya habido en la familia reales casos de insania, pero, en la línea materna, se han dado varios casos de debilidad mental y mal desarrollo, que me hacen sospechar una posible debilidad mental de la señorita Norton. Esto, como es natural, añade dificultades a su caso. Herencia tan dudosa, hace de ella una de las últimas personas que debían haberse interesado en asuntos psíquico espiritistas. En cualquier caso, — y observó atentamente el sabio el rostro del joven, — muchas de las alegrías de la vida le están necesariamente prohibidas a una mujer que ha tenido la desgracia de haber sido recluída en un asilo. ¿Me comprende usted, señor Garde?

Robín se puso de pie con alguna dificultad.

—Creo que le comprendo a usted, doctor, — dijo, con voz temblorosa.

El médico, que se había puesto también de pie, puso una mano en el hombro del joven.

—Lo siento infinitamente, — dijo.

* * * *

No había pasado una semana desde su entrevista con el médico, cuando Robín, una noche, fué despertado cerca de las doce por el insistentemente llamado de la campanilla del teléfono. Saltó del lecho y corrió hacia el aparato, descolgando el tubo. No bien se lo hubo colocado al oído, reconoció la voz de la enfermera que cuidaba de Juana, pidiéndole que se trasladara a la casa de ésta en seguida.

—¡Se halla en un estado terrible, señor! — dijo la mujer. — Lo llama a usted continuamente. Venga tan pronto como pueda, señor Garde. Creo que sólo su presencia podría calmarla.

Con toda rapidez Robín se vistió. Antes de salir, sin embargo, vaciló algunos minutos. Su rostro, demacrado y lívido, parecía envejecido. Parecía que una lucha mental terrible estaba poniendo a prueba su resistencia hasta un punto en que ésta se hallaba casi por estallar. Luego, con un gesto desesperado, avanzó hacia un pequeño armario, uno de cuyos cajones abrió, sacando de él un pequeño paquete, envuelto en papel blanco, que guardó en un bolsillo del saco. Su rostro expresaba desesperada resolución.

—¡Te lo prometí, mi pobre Juana! — musitó, para sí. Y salió.

Corrió casi tres cuadras, pero hallando un automóvil de alquiler, lo llamó. El conductor se dirigía a su casa ya, pero ante la insistencia de Robín, ante la desesperación retratada en el semblante del joven, consintió en realizar el viaje.

El padre de Juana abrió la puerta cuando Robín llegó. Había sido arrancado de sus apacibles estudios por la crisis de su hija, y se aferró al brazo del joven, casi sollozando.

—¡Mi pobre hijita! — murmuraba. — ¡Mi pobre hijita!

Sin responder, Robín inclinó la cabeza, y se dirigió apresuradamente al piso superior, donde se hallaba el dormitorio de la muchacha. A medida que subía, oía más claramente la voz de Juana, que gritaba frenética, desgarradora:

—¡Robín! ¡Robín! ¡Robín!

De dos en dos subió los escalones que faltaban y entró en el dormitorio como una exhalación.

Juana se hallaba sentada en el lecho, cubriéndose los ojos cerrados muy apretados con las manos. Rolfe, el perro, se hallaba junto al lecho, sentado sobre sus patas traseras, sus manos apoyadas en el lecho, gimiendo y llorando sin cesar.

Robín, acercándose al lecho, lanzó a la enfermera una mirada interrogativa.

—Estaba durmiendo, señor Garde, mientras yo leía sentada junto al lecho. De repente despertó, como loca, gritando que lo que ella llama "eso" había venido y le había dicho que había llegado el momento de que ella lo viera. Desde entonces está así, sentada, sin atreverse a abrir los ojos, llamándolo a usted continuamente. He llamado por teléfono al profesor Hammond; me había ordenado que le avisara en seguida que estallara una crisis. No estaba en casa, pero le van a trasmitir el mensaje donde quiera que se halle.

La mujer se pasó la mano por los ojos, para secarse una lágrima que rodó por su mejilla. Robín se sentó en el lecho, rodeando con su brazo el talle de Juana.

—¡Juana, niña mía, estoy aquí, junto a tí! ¡No tengas miedo! ¡Abre los ojos y me verás solo a mí!

—¡No me atrevo, Robín, no me atrevo! ¡Sé lo que voy a ver! — respondió ella, con voz quebrada por el terror. — ¡Lo siento! ¡Está aquí! ¡Me toma las manos y tira de ellas, para arrancármelas de los ojos! ¡Dios mío! ¡No puedo tenerlos cerrados más! ¡No puedo! ¡Robín, Robín mío!

Un grito desgarrador, de espanto indescriptible, rasgó el silencio que había seguido a sus palabras.

Las manos de la muchacha, violentamente, como arrastradas por una fuerza sobrenatural, se apartaron de sus ojos, cayendo sobre la sábana, a pesar de la lucha desesperada de Juana por conservarlas sobre los ojos, que mantenía fuertemente cerrados.

Los ojos se abrieron de repente desmesuradamente, mirando ante ella, al espacio vacío fijamente, sin pestañear. Durante un momento Juana permaneció así, en silencio, inmóvil; y la expresión que adquirió su rostro fué algo que las dos personas que la vieron nunca pudieron ya olvidar. Luego rompió el silencio con un grito aún más terrible, aún más agudo que el anterior, grito de espanto indecible, de terror sobrehumano. Dando un salto, el perro se subió al lecho, colocándose frente a su ama ladrando desesperadamente y lanzando dentelladas feroces al espacio vacío, sacudiendo su enorme cabeza de un lado a otro, como si hubiera hecho presa en algo, como una verdadera fiera.

Era una escena verdaderamente espantosa. La "nurse", lanzando un grito ronco, se cubrió el rostro con ambas manos, volviendo la cara a otro lado. Robín tomó en sus brazos a Juana, pero ésta, con un movimiento involuntario lo apartó de sí misma, mirando, con los ojos muy abiertos, al perro. El perro, había comenzado a retroceder, como acosado por una fuerza que reconocía mayor, y sus ojos, inyectados en sangre, se movían dificultosamente, mirando a todos lados; gemía y lloraba dolorosamente, y lamía las manos de su ama. De vez en cuando lanzaba una mirada al espacio, mirada cargada de rabia, de cólera sorda, pero en la que, también, brillaba el más abyecto terror, como si sólo obedeciera las órdenes de un odiado, pero poderoso dueño.

Desesperado, Robín hablaba a Juana implorando que lo escuchara; pero ella ni parecía oirle. Gemía débilmente, casi imperceptiblemente, y se mecía lentamente, hacia adelante y hacia atrás. Sus ojos habían perdido toda expresión. Robín, completamente desesperado, perdida la cabeza de dolor, exclamó:

—¡Enfermera! ¡Enfermera!

El sonido insistente de la campanilla de la puerta de calle cortó sus palabras.

* * * *

El médico se había retirado ya y Robín permanecía aún junto al lecho de Juana. Que el sueño de la joven fuera natural o forzado, no lo sabía ni le importaba. Nada le importaba ya. Se hallaba demasiado dolorido, demasiado abrumado, para comprender algo que no fuese que mañana, su amada Juana sería llevada a un manicomio; sería entregada a aquel destino al que ella había temido más que a la muerte; la muerte en vida. ¡Su Juana siempre tan contenta, tan feliz, tan llena de la alegría inefable de vivir!

Casi no había oído las palabras de simpatía y sentimiento que el famoso especialista había pronunciado en sus oídos. Había escuchado, como un sonámbulo, mientras el doctor Hammond discutía con el padre de Juana los pasos a dar para recluir a su amada Juana en el manicomio. Sólo cuando el especialista, disponiéndose a partir, se despedía, adquirió Robín suficiente dominio sobre sí mismo para pedir permiso para regresar al lado de Juana, mientras ella dormía.

—Llamaré a la enfermera, si se despierta, — dijo al médico. — Pero me agradaría estar con ella hasta... hasta...

Su voz se cortó en medio de un sollozo. Pero el médico, comprendiendo, había asentido, en silencio.

—¡Comprendo, pobre joven! — respondió. Y dijo a la enfermera: — Nurse, vaya a descansar un poco. El señor Garde la despertará, si es necesario.

El médico se había ido; la enfermrea dormía; el padre de Juana buscaba alivio a su dolor en sus libros. Sólo Robín velaba junto a su amada. Toda la casa estaba en silencio; el perro, echado en la alfombra, con la cabeza apoyada en el suelo, entre las patas, tan inmóvil que se hubiera podido creerlo dormido de no haber sido por sus ojos muy abiertos y brillantes, vigilantes, mirando a todos lados con mirada recelosa. El blanco rostro sobre la almohada blanca casi le era irreconocible a Robín. Y, al pasarse el muchacho una mano por las mejillas, las notó húmedas de las lágrimas que, silenciosamente, se desprendían de sus ojos.

Lentamente, metió la mano en el bolsillo, sacando de él el paquetito, que abrió con manos temblorosas. Los ojos de Rolfe lo seguían, vigilantes, sin perder ni uno sólo de sus movimientos. Un chirrido, como el de un corcho que se quita a una botella. Gradualmente, la habitación se llenó de un olor penetrante a cloroformo; unos minutos; Robín retiró el pañuelo empapado, levantando la blanca forma inerte en sus brazos.

—¡Juana! ¡Amada mía! ¡He cumplido mi promesa! murmuró, sollozando. — ¡Adiós!

Puso de nuevo la blanca cabeza sin vida sobre la almohada, se inclinó, y depositó sobre la frente un largo beso.

El perro había saltado sobre el lecho de nuevo; olfateó un momento; se sentó sobre sus patas traseras y alzó la cabeza.

De su garganta se escapó un aullido largo ronco, que aumentaba de volumen para menguar de nuevo. Una, otra vez.

El aullido de la muerte.

CATHERINE CLARK.

Los malos ejemplos son más dañosos que los crímenes. — Montesquieu.

* * * *

La justicia en Inglaterra, y en otros muchos países, se parece a esos malos maestros que pegan a los escolares en lugar de instruirles. Hacéis sufrir a los ladrones horribles tormentos; ¿no valdría más asegurar la existencia de todos los miembros de la sociedad, para que nadie se encontrase en la precisión de robar primero para ser castigado luego? Abandonáis millares de niños a los estragos de una educación viciosa e inmoral. ¿Qué hacéis por tanto? Ladrones y asesinos para tener el gusto de ahorcarlos. — Tomás Moore.

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

El hombre es el sacerdote de la creación. — Eugenio Pelletan.

* * * *

La felicidad pública, consiste, desde el punto de vista del progreso, en una producción siempre creciente de riqueza y en una repartición cada día mejor de la riqueza producida. — Eugenio Pelletan.

* * * *

Si tuviéramos la certeza de que mañana se acababa el mundo, veríamose al momento los hombres cometer toda clase de excesos en esas últimas veinticuatro horas. — Eugenio Pelletan.

* * * *

Es sorprendente, por no decir prodigioso, el ver cuántos absurdos, con el nombre de principios o máximas, nos suministra nuestra moral, la misma casi en todas las naciones. — Morelly.

* * * *

El progreso no puede existir sino con la condición de ser una ley de la sociedad; ley hecha para obrar siempre sin intermitencia y sin contradicción. — Eugenio Pelletan.

* * * *

Cuando decimos progreso continuo no afirmamos que lo haya de un día a otro, de un siglo a otro, sino de una civilización a otra, de una transfiguración a otra de la humanidad .El progreso cuenta por civilizaciones como nosotros contamos por años, y querer reducirlo a nuestra esfera es empequeñecerlo al nivel de nuestra estatura. — Eugenio Pelletan.

* * * *

Durante aquella recrudescencia de sufrimiento material llamada la época de la Edad Media, el diablo tuvo entre los seres humanos un papel importante, haciendo resonar el mundo con su nombre y cubriéndolo con sus alas de cuervo. Pero hoy, ¿dónde está Satanás? ¿Quién lo ha visto? ¿Quién lo ve? ¿Quién le da una parte en su alma o en su terror? Algún que otro aldeano de esos que viven en los campos cuidando sus rebaños, apartados de toda civilización. — Eugenio Pelletan.

Todo mujer que dé a luz en estos tiempos, da a luz un soldado del porvenir. — Eugenio Pelletan.

* * * *

Con harta frecuencia no se oponen más que las bayonetas a las convulsiones de la miseria o de la opresión; pero las bayonetas nunca restablecen sino la paz del terror y el silencio del despotismo. — Mirabeau.

* * * *

Los que gritan: ¡Fraternidad!, apenas si saben lo que ésta significa .La fraternidad exige firmeza de costumbres y de carácter, y una austeridad pura, de la cual hoy día se tiene una idea muy vaga. — Michelet.

* * * *

El libre albedrío no existe; no hay acto voluntario independiente de las influencias que obligan al hombre en todo momento, y circunscriben la acción de los más poderosos. — Moleschott.

* * * *

Las teorías que sublevan la conciencia no son más que paradojas del espíritu al servicio de los extravíos del corazón. — Lamartine.

* * * *

Nuestra muerte física no es más que un retorno vegetal. Poco, muy poco es sólido en esta móvil envoltura de nuestro cuerpo; todo en ella es flúido y se evapora. Disueltos en el espacio en muy corto tiempo, somos ávidamente recogidos por la aspiración poderosa de las hierbas y el follaje. El mundo variado de verdura que nos rodea, es la boca, el pulmón absorbente de la naturaleza que sin cesar tiene necesidad de nosotros y encuentra su renovación en la disolución animal. Ella espera, pero tiene prisa. Ella deja sólo aquello que no necesita. Ella lo atrae todo amorosamente, lo transforma y lo embellece con una perfecta metamórfosis. Ella nos aspira por medio de las hojas y nos respira en forma de flores. Para el cuerpo, así como para el alma, morir es vivir. No hay en este mundo más que la vida. La ignorancia de los tiempos bárbaros hizo de la muerte un espectro. Y la muerte es una flor. — Michelet.

UN CUENTO DIVERTIDO

EL CORREDOR VELOZ

Por AFANASIEFF

Esta serie de divertidos cuentos que "Pucky" comienza a publicar hoy ofrece, bajo el sencillo y fantástico aspecto de narraciones casi infantiles, detalles que obligan a reflexionar y que tienen para quien sabe entenderlos muy ejemplarizadoras moralejas.

EN un reino muy lejano, lindando con una ciudad había un pantano muy extenso; para entrar y salir de la ciudad había que seguir una carretera tan larga que, yendo de prisa, se empleaba tres años en bordear el pantano, y yendo despacio se tardaba más de cinco.

A un lado de la carretera vivía un anciano muy devoto que tenía tres hijos. El primero se llamaba Iván; el segundo, Basiliv, y el tercero, Simeón. El buen anciano pensó hacer un camino en línea recta a través del pantano, construyendo algunos puentes necesarios, con objeto de que la gente pudiese hacer todo el trayecto tardando solamente tres semanas o tres días, según se fuese a pie o a caballo. De este modo harían gran economía de tiempo.

Se puso al trabajo con sus tres hijos, y al cabo de bastante tiempo terminó la obra; el pantano quedó atravesado por una ancha carretera en línea recta con magníficos puentes.

De vuelta a casa, el padre dijo a su hijo mayor:

—Oye, Iván, siéntate debajo del primer puente y escucha lo que dicen de mí los transeuntes.

El hijo obedeció y se escondió debajo de uno de los arcos del primer puente, por el que en aquel momento pasaban dos ancianos que decían:

—Al hombre que ha construído este puente y arreglado esta carretera, Dios le concederá lo que pida.

Cuando Iván oyó esto salió de su escondite, y saludando a los ancianos, les dijo:

—Este puente lo he construído yo, ayudado por mi padre y mis hermanos.

—¿Y qué pides tú a Dios? — preguntaron los ancianos.

—Pido tener mucho dinero durante toda mi vida.

—Está bien. En medio de aquella pradera hoy un roble muy viejo: excava debajo de sus raíces y encontrarás una gran cueva llena de oro, plata y piedras preciosas. Toma tu pala, excava y que Dios te dé tanto dinero que no te falte nunca hasta que te mueras.

Iván se fué a la pradera, excavó debajo del roble y encontró una caverna llena de una inmensidad de riquezas en oro, plata y piedras preciosas, que se llevó a su casa.

Al llegar allí, su padre le preguntó:

—¿Y qué, hijo mío, qué es lo que has oído hablar de mí a la gente?

Iván le contó todo lo que había oído hablar a los dos ancianos y como éstos le habían colmado de riquezas para toda su vida.

Al día siguiente el padre envió a su segundo hijo. Basiliv se sentó debajo del puente y se puso a escuchar lo que la gente decía. Pasaban por el puente dos viejos, y cuando estuvieron cerca de donde Basiliv se hallaba escondido, éste les oyó hablar así:

—Al que construyó este puente, todo lo que pida a Dios le será concedido.

Salió en seguida Basiliv de su escondite, y saludando a los dos ancianos, les dijo:

—Abuelitos, este puente lo he construído yo con ayuda de mi padre y de mis hermanos.

—¿Y qué es lo que tú desearías? — le preguntaron.

—Que Dios me diese, para toda mi vida, mucho grano.

—Pues vete a casa, siega trigo, siémbralo y verás cómo Dios te dará trigo para toda tu vida.

Basiliv llegó a casa, contó al padre lo que le habían dicho, segó trigo y luego sembró la semilla. En seguida creció tantísimo trigo que no sabía dónde guardarlo.

Al tercer día el viejo envió su tercer hijo. Simeón se escondió debajo del puente, y al cabo de un rato oyó pasar a los dos ancianos, que decían:

—Al que hizo este puente y esta carretera, de seguro que Dios le dará todo lo que le pida.

Al oir Simeón estas palabras salió de su escondite y se presentó a los dos hombres, diciéndoles:

—Yo he construído este puente y esta carretera con la ayuda de mi padre y de mis hermanos.

—¿Y qué es lo que pides a Dios?

—Que el zar me acepte como soldado de su escolta.

—Pero muchacho, ¿no sabes que esa profesión de soldado es difícil y pesada? ¿Cuántas lágrimas vas a verter! Pídele a Dios cualquier otra cosa más agradable para tí.

Pero el joven insistió en su propósito, diciéndoles:

—Ustedes son viejos, y, sin embargo, lloran: ¿qué tiene de particular que lore yo, que soy más joven? El que no llore en este mundo llorará en el otro.

—Ya que te empeñas, sea; nosotros te bendeciremos.

Y diciendo esto pusieron las manos sobre su cabeza, y al instante el joven se convirtió en un ciervo que corría con gran velocidad. Corrió a su casa, y su padre y hermanos, apenas lo vieron, quisieron cazarlo; pero él escapó y volvió junto a los ancianos, quienes lo transformaron en una liebre. Volvió por segunda vez a su casa, y cuando allí se dieron cuenta de que había entrado una liebre, se echaron sobre ella para cazarla; pero se escapó y se volvió a acercar a los dos viejos, los cuales, por tercera vez, lo transformaron en un pajarito dorado que volaba con gran rapidez. Voló a casa de su familia, y entrando por la ventana, se puso a piar y saltar en el alféizar. Los hermanos procuraron cazarlo; pero él, con gran ligereza, escapó al campo. Esta vez, cuando el pajarito dorado se arrimó a los dos viejos, se transformó en el joven de antes y éstos le dijeron:

—Ahora, Simeón, vete a alistarte en el ejército del zar. Si tuvieses que ir a algún sitio con gran rapidez, podrás transformarte en ciervo, en liebre o en pájaro, tal como nosotros te hemos enseñado.

Simeón volvió a casa y pidió al padre que le dejase ir a servir al zar como soldado.

—¿Por qué quieres ir a servir al zar, cuando todavía eres joven y aun no tienes experiencia de la vida?

—No, padre, déjame ir, porque es la voluntad de Dios.

El padre le dió permiso y Simeón preparó todas sus cosas, se despidió de su familia y tomó la carretera que iba a la capital. Caminó muchos días, y al fin llegó; entró en el palacio y se presentó al mismo zar. Se inclinó delante de él y le dijo:

—Mi zar y señor, no te ofendas por mi osadía: quiero servir en tu ejército.

—¡Pero muchacho! ¡Tú eres demasiado joven todavía!

—Puede que sea demasiado joven e inexperto; pero creo que podré servirte igual que los demás, y así lo prometo a Dios.

El zar consintió y lo nombró soldado de su escolta personal.

Pasado algún tiempo, un rey enemigo emprendió una guerra sangrienta contra el zar. Este empezó a preparar su ejército y quiso dirigrlo en persona. Simeón pidió al zar que le dejase ir también a él para acompañarle; el zar consintió, y todo el ejército se puso en camino en busca del enemigo.

Caminaron muchos días y atravesaron muchas tierras, hasta que al fin llegaron a enfrentarse con el enemigo. La batalla había de tenr lugar dentro de tres días.

El zar pidió que le preparasen sus armas de combate; pero, con la prisa con que se marcharon de la capital, habían dejado olvidados en palacio la espada y el escudo. ¡El zar sin sus armas no quería entrar en batalla para batir al enemigo!...

Hizo leer un bando disponiendo que si había alguien que se considerase capaz de ir y volver a palacio en tres días y traerle la espada y el escudo, que se presentase. Al que consiguiese traerle sus armas, el zar ofrecía darle en recompensa por esposa a su hija María, la cual llevaría como dote la mitad del imperio, y además sería declarado heredero del trono.

Se presentaron varios voluntarios; uno de ellos decía que él podría ir y volver en tres años, otro que en dos años, y un tercero que en uno. Entonces Simeón se presentó al zar y le dijo:

—Majestad, yo puedo ir a palacio y traerte tu espada y tu escudo en tres días.

El zar se puso contentísimo, lo abrazó dos veces y escribió en seguida una carta a su hija, en la que disponía que entregase a su soldado Simeón la espada yel escudo que había dejado olvidados en palacio.

Simeón tomó el mensaje del zar y se marchó. Cuando estuvo a una legua del campamento se transformó en ciervo y se puso a correr con la rapidez de una flecha. Corrió, corrió y cuando se cansó se transformó en liebre; continuó así con la misma rapidez, y cuando las patas empezaron a cansarse se transformó en un pajarito dorado y voló con más rapidez que antes. Un día y medio después llegaba a palacio, donde la zarevna María se había quedado. Se transformó entonces en hombre, entró en palacio y entregó a la zarevna el mensaje del zar. Esta lo tomó, y después de leerlo preguntó al joven:

—¿De qué modo has podido pasar por tantas tierras en tan poco tiempo?

—Pues así — respondió Simeón.

Y transformándose en un ciervo dió, con gran velocidad, unas carreras por el parque. Después se acercó a la zarevna y descansó la cabeza sobre las rodillas de la joven; ésta cortó con sus tijeritas un mechón de pelo de la cabeza del siervo. Después se trans-

formó en una liebre y se puso a dar saltos y brincos, cobijándose luego en las rodillas de la zarevna, quien también cortó otro mechón de pelo de la cabeza de la liebre. Por último se transformó en un pajarito con la cabeza dorada, voló de un lado a otro y se posó sobre la mano de la zarevna María. La joven le arrancó algunas plumitas doradas de la cabeza; cogió los mechones de pelo que había cortado al ciervo y a la liebre y las plumas del pajarito y lo puso todo en su pañuelo, que ató y encondió en su bolsillo. El pajarito esta vez se transformó en el joven de antes.

La zarevna hizo que le diesen de comer y beber y le dió provisiones para el camino. Después de entregarle el escudo y la espada del zar su padre, al despedirse le dió un abrazo, y el joven corredor se marchó al campamento de su zar.

Otra vez se transformó en ciervo; cuando se cansó de correr, en liebre; cuando se cansó de nuevo, en pajarito, y al tercer día vió, ya no lejos, la tienda imperial. Al llegar a la distancia de media legua se transformó en su verdadero ser y se echó en la sombra de un zarzal a la orilla del mar, para descansar un poco del viaje. Puso la espada y el escudo a su lado; pero era tanto el cansancio que tenía, que se durmió al momento.

Uno de los generales del zar, que por casualidad paseaba por allí, descubrió al corredor dormido; aprovechándose de su sueño lo tiró al agua, y cogiendo la espada y el escudo fué a la tienda de campaña del zar y le entregó sus armas, diciéndole:

—Señor: he aquí tu espada y tu escudo; yo mismo te los he traído.

El zar, entusiasmado, dió las gracias al general sin acordarse de Simeón. A las pocas horas se entabló la batalla con el enemigo, el resultado de la cual fué una gran victoria para el zar y su ejército.

Al pobre Simeón, cuando cayó al mar, lo cogió el zar del Mar y lo arrastró a las profundidades de su reino. Vivió con este zar durante un año y se puso muy triste.

—¿Qué tienes Simeón, te aburres aquí? — le preguntó un día el zar del Mar.

—Sí, majestad.

—¿Quieres ir a la tierra rusa?

—Sí quiero, si su majestad lo permite.

El zar lo subió y lo sacó a la orilla durante una noche muy oscura.

Simeón se puso a rezar, diciendo:

—¡Dios mío, haz salir el Sol!

Cuando el cielo empezaba a teñirse de púrpura por levantarse con la luz de la aurora, el mar del Mar se presentó a Simeón, lo agarró y se lo llevó otra vez a su reino.

Vivió allí otro año, y de la tristeza que tenía estaba siempre llorando. Otra vez le preguntó entonces el zar:

—¿Por qué lloras, muchacho? ¿Te aburres?

—Mucho, majestad.

—¿Quieres volver a la tierra rusa?

—Sí, majestad.

Lo cogió y lo dejó a la orilla del mar. Simeón, con lágrimas en los ojos, rogó al Señor, diciéndole:

—¡Dios mío, haced que salga el Sol!

Apenas empezó a teñirse el horizonte, el zar del Mar se presentó como la otra vez, lo cogió y lo arrastró a las profundidades de su reino.

Pasó el pobre Simeón el tercer año, y estaba tan afligido que no hacía más que llorar todo el día. Un día que estaba más triste que de costumbre, el zar del Mar se le acercó y le dijo:

—Pero ¿por qué lloras? ¿Te aburres? ¿Quieres volver a la tierra rusa?

—Sí, majestad.

Lo sacó por tercera vez fuera del agua y lo dejó a la orilla del mar. Apenas se encontró Simeón fuera del agua, se puso de rodillas, y con grandísimo fervor rogó así:

EXITO

—¿Fué un verdadero éxito tu nuevo baile?

—¡Ya lo creo! ¡El público se quedó con la boca abierta!

—¿Sí? ¡Es de suponer que no fué porque bostezaron todos a la vez!

—¡Dios mío, tened piedad de mí! Haced que salga el Sol.

No había tenido tiempo de decirlo, cuando el Sol se mostró en todo su resplandor, iluminando el mundo con sus rayos. Esta vez el zar del Mar tuvo miedo a la luz del día y no se atrevió a salir a coger a Simeón, el cual se vió libre.

Se puso en camino hacia su reino, transformándose primero en ciervo, después en liebre, y finalmente en un pajarito, y en poco tiempo llegó al palacio del zar.

En los tres años que habían pasado, el zar llegó con su ejército a la capital de su reino e hizo los preparativos para la boda de su hija con el general embustero que dijo ser quien había llevado al campamento la espada y el escudo imperiales.

Simeón entró en la sala donde estaban sentados a la mesa María Zarevna, el general y los convidados, y apenas María le vió entrar, lo reconoció y dijo a su padre:

—Padre y señor, permíteme decirte algo muy importante.

—Habla, hija mía, ¿qué es lo que quieres?

—El general que está sentado a mi lado en la mesa no es mi prometido. Mi verdadero prometido es el joven que acaba de entrar en la sala.

Y dirigiéndose al recién llegado le dijo:

—Simeón, haznos ver cómo fuiste tú el que consiguió llevar tan velozmente la espada y el escudo.

Simeón se transformó en ciervo, corrió por el salón y se paró cerca de María Zarevna; ésta sacó de su pañuelo el mechón de pelo que había cortado al ciervo, y mostrándolo al zar le enseñó el sitio de donde lo había cortado y le dijo:

—Mira, padre, ésta es una prueba.

El ciervo se transformó en liebre, saltó por todas partes y se fué a echar en el regazo de la zarevna. María mostró entonces el mechón de pelo que había cortado a la liebre.

Se transformó la liebre en un pajarito con la cabeza de oro, y después de volar con gran rapidez por todo el salón vino a posarse en un hombro de la zarevna. Esta desató el tercer nudo de su pañuelo y mostró al zar las plumitas doradas que había arrancado de la cabeza del pajarito.

Al ver esto el zar comprendió toda la verdad, y después de escuchar las explicaciones de Simeón, condenó a muerte al general. A María la casó con Simeón y éste fué nombrado heredero del trono.

AFANASIEFF.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

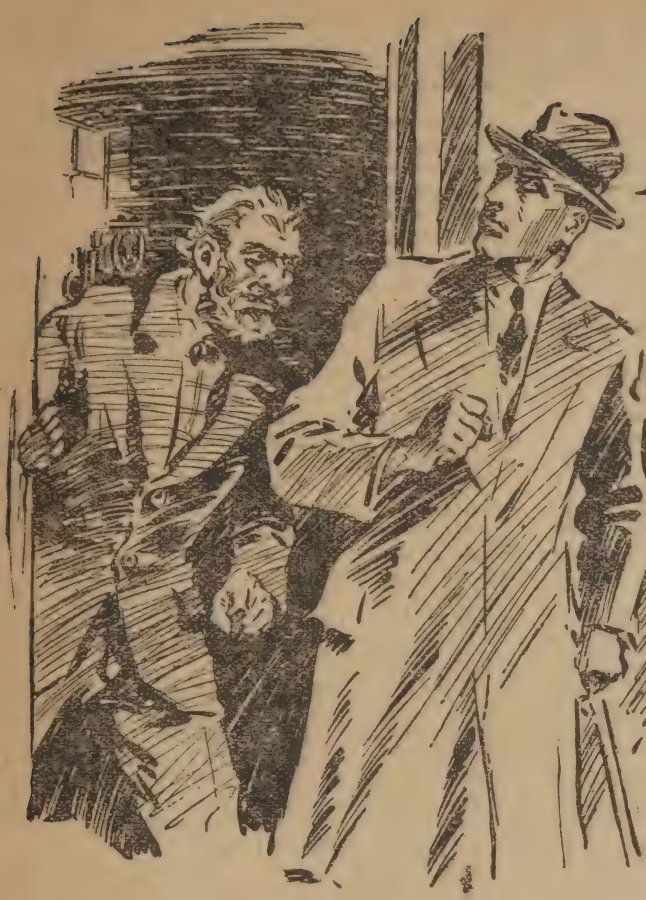
Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 „	„ 4.50
1 año	„ 9.—



El Polvo Rojo

por

J. Allan Dunn

(Traducción del inglés especial para "Pucky".)

Relato de lo que le sucedió a un inventor maniático que necesitaba dinero para terminar su maravillosa máquina. La idea de matar entró en su mente y ocultó sagazmente su crimen... hasta que la Naturaleza se puso de lado de la justicia.

ESTABA Cristóbal Cole sentado en la reducida oficina del director del Banco Agrícola de Cornville, moviendo nerviosamente los dedos, respirando jadeante, muy excitado, con un fulgor parecido al de la llama del alcohol en sus ojos azúl pálido, con la expresión de un fanático de uno tan entregado a una sola idea que se halla cerca de la frontera de la demencia, si es que no la ha traspuesto ya.

Samuel Hedger, el director del Banco, le creía medio loco y en consecuencia, como no era valiente, procuraba tratarle con amabilidad y seguirle la corriente al mismo tiempo que le negaba rotundamente un préstamo que había solicitado. Creía honradamente que el pretendido inventor era tan sólo un chiflado, un buen mecánico echado a perder por una idea disparatada y que lo que más podía convenirle era quitarse de la cabeza todas sus tontas aspiraciones a ser un genio y volver a trabajar como trabajaba antes.

Cole había sido el hombre útil de su vecindad, soldando caños de agua corriente, componiendo relojes y arreglando cerraduras antes de que le obsesionase la gran idea. Desde entonces se había mostrado olvidadizo, capaz de dejar un trabajo a medio hacer o de olvidarse del encargo de una dueña de casa en cuyo cuarto de baño se salía el agua por una rotura, a los tres minutos de haber dicho que iría en seguida.

En consecuencia había perdido su clientela y tenía el aspecto de hallarse medio muerto de hambre. Su ropa estaba manchada, reluciente y enteramente deformada. Tenía el cabello largo e inculto, su hirsuta barba parecía un matorral y el bigote era largo y encrespado. Esto le daba un extraño aspecto a su rostro, cuya carne se había hundido de tal modo que los pómulos le sobresalían.

Su presencia tenía al adiposo Hedger realmente molesto. Aquel hombre constituía una especie de amenaza, era peligroso. Con seguridad recibiría de modo poco agradable su negativa, y la negativa era inevitable.

Con verdadera alegría vió entrar al cajero que antes golpeó discretamente a la puerta de la oficina.

—El señor Saunders desea verle, señor, —dijo el recién llegado.

—¡Ah! — Hedger sonrió pensando en Saunders, el hombre que gozaba de la gloria de ser el más rico de la ciudad. Ganaba dinero por medio de préstamos, hipotecas y letras al portador. Algunas veces las garantías que aceptaba no le parecían a Hedger muy seguras, pero Saunders, ya fuera por pura suerte ya por que sabía estudiar a sus clientes, jamás perdía en sus transacciones.

—Dígale que estaré con él dentro de un momento, — dijo. — Pero mejor será que espere un segundo, Archer, tengo algo que decirle. ¡Ejem! En cuanto a usted, Cole, dejando enteramente aparte los méritos de su invención, este Banco no puede, no está autorizado a prestar dinero a quien no presenta garantías de verdad y usted se dará cuenta de que un invento no perfeccionado aún, no puede ser considerado una garantía de verdad, que tiene que ser algo inmediatamente negociable, llegado el caso. Por lo tanto...

Tomó varios papeles que escogió de encima de la mesa como indicando que la conversación había terminado. Los movedizos dedos de Cole se apoyaron en el borde del escritorio con tan nerviosa energía que las yemas y los extremos de las uñas se pusieron blancos.

—La máquina es prácticamente perfecta, señor Hedger. Anduvo ayer durante nueve horas seguidas y eso que está hecha de trozos desparejos ajustados como he podido. Si yo tuviese quinientos dólares, aún cuando sólo fuese la mitad de esa suma... — agregó desesperadamente al ver la expresión de dureza de la mirada de Hedger, — yo podría perfeccionarla en seguida. Si usted fuese a verla, tal vez se decidiera a hacer el préstamo por su propia cuenta...

Hedger se levantó pesadamente.

—No espere usted que haga yo por mí cuenta un préstamo que no puede hacer el Banco. Buenos días, señor Cole.

Cole salió mansamente agachado. Había gastado hasta su último centavo. Estaba débil por falta de alimentos y su mente había trabajado durante mucho tiempo con una especie de febril energía que había consumido sus energías físicas.

Si consiguiera que alguien fuese a ver su máquina, con seguridad lo convencería, convencería a todos; respecto a esto no abrigaba ni la menor duda. Pero todos se reían y burlaban de él. "¡Loco Cole! ¡Cole loco!" le gritaban los chicos callejeros al verle pasar y su fama de locó se extendía por todas partes.

Lo único que deseaba Saunders era cobrar un cheque, un cheque por una suma importante que deseaba en billetes grandes.

—Cinco mil dólares en papeles de cien; todos nuevos, señor Saunders, nada de billetes chicos ¿no es eso?

Hedger tenía en la mano el mazo de crugientes billetes.

—Eso es precisamente lo que yo le pedí. Tengo que hacer un pago mañana temprano y... el dinero habla. ¿No es cierto, Hedger?

—El dinero habla, sin duda, como usted lo dice, señor Saunders. Usted prefiere los billetes, pero en estos días un cheque es... es universalmente reconocido y aceptado como elemento efectivo. Además es siempre más seguro.

—El dinero habla, pero el dinero al contado "grita", Hedger, "grita". Muchas gracias y buenos días.

Salió rápidamente y Cole le vió guardar el dinero en la cartera al detenerse un momento. Esto era "réclame", publicidad para Saunders. Dejaba que su dinero "hablara" en todas las ocasiones posibles. Los que pasaban vieron el brillo de los billetes. Algunos notaron el extraño gesto que hizo Cole al mirar, a través del cristal de la puerta, aquel dinero.

Cole siguió a Saunders calle abajo. Le preocupaba constantemente su Gran Idea, pero logró, sin embargo, reunir valor para hacer frente a una nueva negativa, a un nuevo rechazo. Podía ser, no obstante...

Apretó los dientes, apresuró el paso y alcanzó en la acera al adinerado prestamista.

—¿Podría hablar con usted un minuto, señor Saunders?

Saunders inclinó su enérgico rostro de escocés hacia el que hablaba, temeroso de que aquel hombre fuese a pedirle algo. Lo conocía porque en otro tiempo Cristóbal Cole había hecho algunas composturas en la Granja de la Colina Roja.

—¿De qué se trata? — preguntó.

—De una invención mía.

¡Ah! En su invento podía haber algo práctico como podía no haberlo. Tal vez hubiese acertado con algo notable, al fin y al cabo. Saunders miraba con respeto a Cole porque le consideraba un mecánico muy hábil y le admiraba por sus conocimientos sobre cerraduras complicadas, de las de cajas de hierro y maquinarias de relojería.

Además una invención no necesita ser complicada ni profunda para ser genial y no tendría nada de raro que Cole hubiese dado con alguna idea nueva gracias a su habilidad en el manejo de mecanismos y herramientas, con alguna idea que Hedger no había sabido olfatear.

—Ya le ví a usted en el Banco Agrícola, — dijo Saunders. — ¿Hedger se negó a atenderle?

—Sí. Dijo...

—Poco importa lo que dijo Hedger. Dispongo de algunos minutos. Voy a su casa, Cole. ¡Vamos!

* * * *

Cole miró a Saunders cuando éste se retiraba, con fría malevolencia.

—Usted no puede anular los efectos de la fricción, del rozamiento, — había dicho. — Hubo en el mundo muchos locos más que se pasaron la vida trabajando en el perfeccionamiento de máquinas de movimiento continuo. Algunos están en la tumba, otros en el manicomio. Ninguno de todos ellos llegó a dar con la solución. Yo no entiendo de máquinas, pero sé lo que hace que zumbe un trompo o cualquier cosa por el estilo: la fricción, el rozamiento contra el aire. ¡El rozamiento viene a ser como un freno! ¿No es así?

Cole dominó el furor que le acaloraba más y más.

—Esto le está cavando su sepultura. Yo puedo proporcionarle trabajo mañana mismo, en mi casa. Por el camino que va terminará usted en el hospital. Y hasta me parece que sería mi deber dar los pasos necesarios para que le admitan en seguida en un establecimiento donde le curaran.

Al furor que Cole sentía en aquel momento se unió una sensación de miedo. Pero Saunders se había retirado después de haber pronunciado su amenaza y lamentando sinceramente haber hecho caso a quien le pedía dinero para hacer algo enteramente irrealizable.

Se perdía de vista el visitante cuando la idea se metió en la mente de Cole y se extendió con la rapidez con que la araña teje su tela.

Saunders le había amenazado con hacerle encerrar y se había negado a prestarle dinero. Y tenía en su poder cinco mil dólares de los que no se desprendería hasta la mañana siguiente.

"¡Mátale! ¡Mata a Saunders, toma el dinero, perfecciona la máquina!" Conocía las costumbres de Saunders y conocía su casa por haber trabajado varias veces en ella. El dinero pasaría la noche en la vieja caja de hierro cuya cerradura había enaceitado Cole hacía poco tiempo.

Cole se rió entre dientes, oyendo el ruido del carrito en sus rieles horizontales. El movimiento del mecanismo de su invención parecía hipnotizarle, concentrar su pensamiento en la idea del crimen y del robo.

La vieja ama de llaves era sorda y no oiría absolutamente nada. Cole volvió a reir. Después se levantó y revolvió su cuarto hasta encontrar su pistola automática

En aquel momento se oyó llamar a la puerta. Cole apagó la antorcha y esperó. Si la vieja ama de llaves entraba, peor para ella. ("El polvo rojo").

La Granja de la Colina Roja era llamada así porque se hallaba en la cumbre de una colina de tierra roja y distinta a toda la tierra del distrito de Cornville. Cuando llovía la tierra roja formaba un barro pegajoso que se agarraba al calzado, cuando el tiempo era seco se desmenuzaba formando un polvo muy fino que se depositaba sobre las personas. Cuando un hombre había estado en la Granja de la Colina Roja se le conocía en seguida, — como no se hubiese cambiado de ropa. Cole no estaba en condiciones de hacerlo, — pero podía hacer lo que no hacían los demás, — podía quitar todo vestigio de polvo rojo de su calzado, podía cepillarse la ropa, incluso el sombrero.

Hecho esto, cuando vinieran a buscarle podría reirse de ellos.

Encontraría un sitio seguro donde esconder el dinero.

Una y otra vez todos los detalles pasaron repetidamente por su imaginación, teniendo en cuenta todos los riesgos, descartando todo movimiento peligroso.

Cerca de él la máquina zumbaba serenamente. Zumbaba todavía cuando llegó la nocturna oscuridad. La noche era tormentosa. Tanto mejor. No habría gente por las calles.

* * * *

El viento parecía tener voz; una voz que chillaba cuando él se acercaba a la cumbre de la colina donde se alzaba la granja, precisamente en lo más alto. El vendaval le sacudía, porque era de poco peso y estaba muy débil, cuando llegó a las piedras que formaban los cimientos; se deslizó buscando a tientas el camino. Su mano tocó la curva del muro de piedra que quedaba frente. Cole se deslizó por una grieta producida por una piedra mal colocada.

Aquel era un buen sitio para esconder el dinero. Se le presentó sin buscarle. En esto le había favorecido la suerte.

Ahora, a la casa.

La Colina Roja era un sitio ventoso en todas las estaciones del año. Aquella noche el vendaval era furioso; el tiempo parecía hallarse de igual modo que Cole. Sentía ganas de saltar y chillar frente al viento, de gritarle su secreto cara a cara a las ráfagas cargadas de polvo rojo.

La hoja de un cuchillo abrió sin dificultad el pestillo de una ventana. Cole entró en la habitación y se quedó inmóvil, escuchando la pesada respiración de un hombre que dormía.

La caja de hierro estaba junto a la pared que quedaba del lado del Sur. La cama de Saunders quedaba al Oeste. Primero había que pensar en el dinero. De Saunders se ocuparía luego, antes de retirarse. No esperaba hallar cambiada la combinación de letras de la cerradura. Saunders no debía recordar que él la conocía. Hizo girar la manija y tiró de ella. La pesada puerta de la caja de hierro se abrió. ¡Lo principal estaba hecho ya!

Se oyó remover las cobijas de la cama. Un repentino pensamiento cruzó por su mente: ¿y si Saunders tenía un revólver debajo de la almohada y hacía fuego antes que él? Era necesario apuntar bien.

Inmediatamente se movió, acurrucándose detrás de una mesa en el instante en que un blanco rayo de luz cruzó la habitación.

Cole levantó la mano con que empuñaba la pistola. Habló.

—¡Apague esa luz o lo mato! — Procuró desfigurar la voz, pero la emoción que sentía no se lo permitió.

—¿Quién es usted? Yo conozco esa voz. ¡Oh! ¡Si es Cole!

Cole hizo dos disparos en línea recta hacia la antorcha eléctrica. La luz rodó por el suelo y Saunders cayó hacia atrás en su lecho, pesadamente. Se oyó un ruido borbolloneante. Cole salió de detrás de la mesa y recogió del suelo la antorcha eléctrica. A su luz vió un impresionante cuadro. Saunders había sido herido por las dos balas.

Estaba muerto.

Cole le miró fijamente, sin remordimiento. Sentíase satisfecho.

En aquel mismo momento llamaron a la puerta de la habitación.

* * * *

Apagó la luz y se quedó inmóvil, esperando. Si el ama de llaves se decidía a entra, sufriría el castigo de su entrometimiento.

Volvió a oirse el llamado. Reinó luego el silencio y por último se oyó el rumor de los pasos de alguien que calzaba zapatillas y se alejaba. El ama de llaves se había salvado la vida. Habíase retirado a su dormitorio preguntándose si en realidad había oído algo y atribuyendo el ruido, en todo caso, al aliado de Cole, al vendaval que soplaba furibundo.

* * * *

Tenía en su poder todo lo que consigo había llevado. Había dejado la antorcha.

El ruido que hizo la pistola automática al caer en el fango del fondo de un charco, presentó una duda a su mente. ¿Había escogido con acierto el sitio donde arrojar el arma?

Siguió por el camino abajo, y una hora antes de que amaneciera llegaba a su casa, en la que entró.

¡Ya estaba en sitio seguro!

Pero algo andaba mal. ¿Qué pasaba.

Abriendo la boca atónito, se dió cuenta de que lo que le había llamado la atención era el silencio que allí reinaba. Mientras él había estado ausente la máquina se había parado, detenida por el freno de la inevitable fricción. Por primera vez cruzó por su mente la idea de un posible fracaso. Se sentó en el borde de su miserable lecho y allí estuvo, casi inmóvil, hasta que la grisácea luz del amanecer se filtró por las grietas de los postigos de su ventana.

* * * *

El jefe de policía de Cornville ocupó la silla que el doctor McInerny le ofrecía. El anciano médico fumaba, con un folleto científico al lado.

Herrick, el jefe, era un hombre capaz y eficiente en todo lo que a las funciones normales de su cargo se refería. El presente era, sin embargo, el primer caso de homicido de que le tocaba ocuparse. Había hecho cuanto le había sido posible hacer. Había detenido a una persona.

—Cuéntemelo todo, — dijo el médico, cuyos bondadosos ojos fueron cambiando de expresión a medida que Herrick avanzó en su relato.

—Se ve claramente cuál ha sido el móvil: el dinero, — dijo el jefe de policía. — Además, Saunders dijo ayer que pensaba en hacerle internar en un asilo. Se lo dijo a él mismo. He revisado toda su casa, le he in-

Cole peleó con ellos con las fuerzas de un demente antes de que comenzara a reir más y más violentamente. La broma iba a ser tan divertida para él como lo había sido para Saunders. ("El polvo rojo").

terrogado una y otra vez, pero lo único que me contesta es que le pruebe que es culpable. Su ropa y su calzado estaban sucios de polvo, pero no de polvo de la Colina Roja. Si Cole cometió el crimen, hemos de poder probarlo. Además, debemos tener en cuenta otros detalles. No fué él el único que vió a Saunders recibir el dinero. A otros, no sólo a Cole, les hace falta dinero. Sin embargo yo creo que Cole es el criminal.

—Iré a verle. ¿A qué hora le prendieron?

—A las ocho.

—¿Qué estaba haciendo en el momento de prenderle?

—Estaba ocupado en hacer funcionar su máquina una y otra vez.

—¿Tenía aspecto de haberse lavado y limpiado?

—No. Tenía el mismo aspecto de siempre; tenía las manos sucias, el cabello enmarañado y el rostro sin afeitar.

—¿No lo han obligado a bañarse en la cárcel.

—Aún no. Está detenido como sospechoso, no como acusado.

—¿No sería posible pasar por alto algún artículo del reglamento y obligarle a que se bañe?

—¡Claro que sí!

—Vamos entonces. Deseo hablar antes con él.

* * * *

Cole, convencido de que pisaba terreno firme, persuadido de que había hecho todo lo necesario para que sólo se pudiera sospechar de él, sentíase enteramente seguro de que su aspecto era el mismo, descuidado y sucio de siempre, y se mostró ofendido y disgustado.

—No voy a contestar a más preguntas, — dijo. — No necesita usted intentar nuevas combinaciones conmigo, doctor.

—¿No quiere bañarse, Cole?

—¿Para qué?

—Lo dispone el reglamento. Se le dará

ropa limpia después de haber tomado un buen baño.

—Yo quiero vestir mi propia ropa. Además, yo no soy ningún penado. Hasta ahora no me han condenado.

—Un baño no puede hacerle daño alvuno.

Cole accedió. Pocos minutos después volvió Herrick con sus ropas.

La ropa interior, sucia y rota, el descolorido traje, los calcetines y hasta el sombrero, fué todo metido en una bolsa grande, de papel. Después colgaron la bolsa y la golpearon hasta que el último grano de polvo estuvo en el fondo; McInerny recogió cuidadosamente todo aquel polvo en una caja.

—Devuélvanle la ropa, — dijo el médico. — Si consiente que le corten el pelo y lo afeiten, tráiganme la espuma de jabón que saque la navaja y el pelo cortado, en seguida.

McInerny fué a su laboratorio, donde procedió a analizar el polvo recogido en la bolsa de papel. Fué un trabajo largo en el que empleó tubos de ensayo, microscopio, reactivos, buscando incansable, con el rostro animado por el entusiasmo, rejuvenecido casi, a medida que iba reuniendo sus datos.

Herrick vió a Cole en el momento en que éste salía del baño.

—Hice cepillar un poco su traje, — díjole. — Conviene que se presente usted limpio cuando comparezca ante el juez. Eso no me corresponde, pero yo, en su lugar, llamaría al peluquero. Así como está, con ese cabello y esa barba, parece usted el hombre de la selva.

Cole le miró con aire de desconfianza.

—Compareceré ante el juez tal como estoy, — dijo.

—Como usted guste, — dijo Herrick, retirándose.

* * * *

Cole se había lavado muy bien el cabello y la barba aquella misma mañana. Se había lavado el cuerpo de pies a cabeza y se había ensuciado de nuevo antes de que Herrick se presentase a prenderle. Había quemado la ropa interior que se había sacado y se había puesto otra, que estaba sucia. Había apaleado, sacudido y cepillado su traje. Si lo sometían a un examen, sólo encontrarían en él polvo del que abundaba en su poco limpio taller. Se había limpiado las uñas absolutamente, limpiándose con la meticulosidad de un gato, ensuciándose luego de nuevo con grasa de la máquina y polvo. El anciano doctor McInerny era sagaz, sin duda, pero él era aún más sagaz que el médico. Estaba por lamentarse de no haber dejado que lo afeitaran, porque esto hubiera sido causa de otro fracaso para el médico y sus cuidadosos análisis.

El haber dejado abierta la caja de hierro había sido una buena idea. Había borrado todas las impresiones digitales, además. No había dejado rastros en ninguna parte. ¡Oh! ¡Habíase mostrado cauteloso y hábil! Todo ello le resultaba un caso más divertido de cuanto pudo haberse imaginado.

* * * *

El doctor McInerny llevó a Herrick a su laboratorio y le hizo mirar varias cosas por el microscopio.

—Hay aquí rastros de polvo de la Colina Roja, — dijo, — pero no en cantidad suficiente para convencer al jurado de la culpabilidad de ese hombre. Cualquiera puede argumentar sin mentir, que el fuerte viento de la pasada noche bien pudo traer a la ciudad una proporción tan infinetisismal de polvo de la Colina Roja. Ese Cole o es más astuto que nosotros hasta ahora, o es inocente.

—¡No es inocente! ¡Si lo fuese no se mostraría tan altanero!

—Yo me siento inclinado a aseguarar que ese es culpable. Pero, sin embargo, puede existir algún detalle que se le haya pasado por alto. Volvamos a conversar con él.

Cole les recibió con afectadas muestras de mal humor.

—¿Cuándo voy a comparecer ante el juez? — preguntó. — ¿Por qué no he sido interrogado aún por el juez? En realidad, ustedes no tienen de qué acusarme.

—No estoy tan seguro de eso como parece estarlo usted, Cole, — dijo McInerny. — Hay en el cuerpo humano determinadas secreciones cuya calidad es variable. Entre ellas está el cerumen, o sea la cera de los oídos, por ejemplo. Vamos a examinarle la cera de los oídos, Cole. Si usted estuvo en la Colina Roja anoche, con el viento que hacía, debe haber amplia evidencia de ello en la cera de sus oídos.

Cole peleó con ellos con las fuerzas de un demente antes de que empezara a reir más y más violentamente. La broma iba a ser tan divertida para él como lo había sido para Saunders. Pero hay gente que sabe sufrir tranquilamente las bromas.

Esto lo gritó Cole en medio de sus furores de locura cuando ya le habían puesto una camisa de fuerza y le habían sacado de los oidos el denunciador cerumen, que estaba rojo del polvo de la Colina. Su falso aliado el vendaval le había dado la broma de amontonar allí una cantidad de polvo más que suficiente para anular todas sus cuidadosas, hábiles y sagaces precauciones.

J. ALLAN DUNN

El trabajo es el primer moralista del mundo. — Eugenio Pelletan.

* * * *

El camino de hierro es más que un medio de transporte: es el apóstol de la libertad. — Eugenio Pelletan.

El que combate contra gente inepta, no vence a nadie. — Miguel Angel.

* * * *

El comercio reune a las naciones, pero divide a los hombres y trafica con su honradez. — Montesquieu.

LITERATURA RUSA

El misterio

Por LEONIDAS ANDREIEFF

Al ofrecer a sus lectores esta electrizante novela corta del gran autor ruso, lo hace este magazine en el convencimiento de que da cabida en sus páginas a una de las más notables producciones de su autor y a una de las mejores obras de la literatura rusa.

I

Mi alegría fué inmensa: estudiante hambriento, expulsado de la Universidad por no pagar, sin un copec en el bolsillo — me había gastado los últimos en un anuncio solicitando un empleo cualquiera, — tuve la suerte de encontrar una colocación magnífica.

Una nebulosa mañana de fines de octubre recibí una carta en que se me invitaba a acudir al hotel de Francia, en la calle de la Marina. Hora y media después, — aun no había cesado la lluvia, iniciada momentos antes de llegar la carta a mis manos, — tenía un empleo, una vivienda y veinte rublos. ¡Parecía un sueño, un cuento de hadas! Todo, desde el primer momento, me produjo una grata impresión: el espléndido hotel, la lujosa habitación donde fuí recibido, el caballero amabilísimo que me recibió, un caballero — según pude observar cuando mi turbación fué pasando — entrado en años y vestido con esa elegancia inconfundible de los que están acostumbrados a vestir bien desde su infancia.

Excuso decir que acepté sus condiciones: vivir con su familia en el campo, ser el profesor de un niño de ocho años y cobrar cincuenta rublos mensuales.

—¿Le gusta a usted el mar? — me preguntó Norden (no hay por qué llamarle el señor Norden).

—¡Oh, el mar! — balbucí. — ¡Enormemente!

Norden se echó a reir.

—¿Cómo no? ¿A quién, de joven, no le ha gustado el mar...? Pues bien; desde casa verá usted el mar..., un mar un poco gris, un poco triste; pero con furias y sonrisas. Estará usted en sus glorias.

—¡Ya lo creo!

Me sonreí, y Norden, sonriéndose también añadió:

—En ese mar se ahogó mi hija Elena... Hace cinco años.

Callé. No sabía qué decir. Además, estaba desconcertado por su sonrisa. ¡Se sonreía hablando de la muerte de su hija! ¿Será una broma? pensé.

El anticipo de veinte rublos me lo hizo "motu propio" y se negó en redondo a aceptar un recibo. No me pidió mi pasaporte, ni siquiera me preguntó mi nombre. En otras circunstancias, aquella confianza acaso me hubiera parecido muy natural; pero estaba yo tan abatido a causa de mi expulsión de la Universidad, tenía tan vacío el estómago y los calcetines tan mojados, que me sorprendió sobremanera el inspirarla y acrecí mi satisfacción.

Sin embargo, a los pocos días de habitar en casa de Norden no lo veía ya todo tan de color de rosa; me había acostumbrado al lujo de mi habitación, a la buena mesa y a los calcetines secos, y a medida que me alejaba de la vida de Petesburgo, del hambre, de la horrible lucha por la existencia mis ojos iban percibiendo en cuanto me rodeaba matices extraños y nada alegres. Al enumerarles, en mis cartas, a mis compañeros las excelencias de mi nueva vida, no sentía, en verdad, alegría alguna.

Al principio, mi percepción de aquellos matices sombríos y misterioso fué muy vaga, casi inconsciente. No había, a primera vista, en el mundo morada más alegre ni familia más regocijada que la de Norden y hasta que llevaba algún tiempo viviendo en tal morada y conviviendo con tal familia no empecé a adivinar que pesaban sobre el lugar y las personas ocultos y abrumadores motivos de tristeza.

La casa, rodeada de un jardín, estaba situada a la orilla del mar. Era de dos pisos, grande y lujosa; a mí, miserable estudiante, me había alojado en el entresuelo, en una habitación espléndida, como si fuera un personaje o un amigo íntimo. El jardín era magnífico; a pesar de lo severo y pobre de la naturaleza circundante — piedras, arena y pinos, — a pesar de las nieblas matinales y del frío viento del mar, lo poblaban soberbios árboles, tilos, abetos azules, nogales, castaños y los embellecían numerosos rosales y jazmineros; entre los arbustos y los árboles — que no sé por qué se me antojaba que siempre tenían frío — crecía una hermosa hiedra verde. Cuantos lo veían, a través de la verja, lo encontraban precioso y envidiaban a su propietario. Norden estaba orgulloso de él. A mí, cuando lo ví por primera vez, me encantó. Pero había algo en lo excesivamente aislado, en lo como desamparado de los árboles sobre el fondo verde, que hacía pensar, de un modo vago, en una dolorosa injusticia, en un error irreparable, en una felicidad perdida.

En las veredas no había huellas. ¿Por qué? Los habitantes de la casa eran numerosos. Norden se paseaba con frecuencia por el jardín; los niños, que eran tres, pasaban en él buena parte del día; pero — lo recuerdo como si aun estuviera viéndolo — en las veredas no había huellas.

Norden, vanagloriándose de esta curiosa singularidad de su jardín, me dijo un día que la arena de aquellas veredas era una mezcla especial de arcilla y casquijo, en la que ni aun inmediatamente después de la lluvia se señalaban las pisadas.

—Es un capricho... — añadió.

Yo no oculté que el capricho me parecía absurdo.

El echó a reir, sin que yo acertase a explicarme el motivo de su hilaridad, y, tocándome suavemente el codo murmuró:

—Mire usted el jardín al amanecer.

Como obedeciendo a una orden irresistible, me levanté al amanecer, limpié los cristales empañados y miré al jardín: tres siluetas oscuras avanzaban, encorbadas sobre la arena, por las veredas. Comprendí que eran unos trabajadores entregados a la faena de borrar huellas. No me gustó aquello.

Aparte de las huellas, hubiera sido muy natural ver alguna vez en las veredas un juguete abandonado por un niño, un útil de trabajo olvidado por el jardinero; pero allí nadie abandonaba ni olvidaba nada. Las últimas hojas, amarillas, alarquilladas, caían de los árboles y parecían adherirse desesperadamente a la arena; pero las mismas manos dóciles que borraban las huellas no tardaban en llevarse las hojas. Se me antojaba, a veces, que alguien, acaso el propio Norden, luchaba sin tregua contra los recuerdos y trataba de crear el vacío en torno suyo, sin éxito algunos; pues cuanto más abría el vacío su boca más cuerpo tomaban los recuerdos ahuyentados, las imágenes destruídas, las huellas borradas. Yo mismo, que era extraño a aquello, que no sabía, en concreto, nada de aquello y que, además, no poseía un gran don de observación, sentía ya pesar sobre mí, vagos, remotos, los recuerdos de un error fatal, de una felicidad perdida de una verdad triste.

No tardé en convertirme en un espía, en un buscador de huellas. Buscaba sin cesar. Mi imaginación nada risueña a causa de mi dolorosa niñez y de mi juventud no muy alegre, pobló aquel extraño jardín de crímenes de asesinatos. Los días de sol — raros aquel otoño, — me reía de mis fantasías y las atribuía a mis pocos años. Pero cuando las nieblas marinas inundaban la costa y el cielo plúmbeo y húmedo parecía aplastar la tierra, se me encogía el corazón al pensar en aquellos tres hombres que, al amanecer, recorrían encorvados, las veredas del jardín.

No sé si mis indagaciones hubieran sido fructuosas sin la ayuda del propio Norden. Que una tarde, paseándose en mi compañía por la playa, me enseñó un montón de piedras adheridas unas tras otras con cemento y superpuestas en forma de pirámide. Las olas habían derribado algunas y la pirámide había perdido no poc de su forma, debido sin duda a lo cual no meh abía yo fijado aún en ella.

—¡No es tan grande como la de Jeops, — me dijo; — pero es una pirámide!

Lanzó una carcajada — aquel hombre encontraba en todo motivos de risa — y añadió:

—Mi primera intención fué edificar aquí una iglesia de estilo normando... ¿Le gusta a usted el estilo normando...? Pero se me negó la autorización... ¡Qué estrechez de espíritu!

Callé. No sabía qué decir. Me sucede eso con frecuencia. Y él, tras una pausa lo suficientemente larga para que yo hiciera algún comentario o alguna pregunta, me explicó:

—En este sitio fué encontrado el cadáver de mi hija Elena. A este lado, la cabeza; a éste, los pies. Creo que ya le he dicho a usted que murió ahogada.

—¿Y cómo ocurrió esa desgracia?

—¡Una imprudencia de muchacha! — repuso, sonriéndose, Norden. — Se embarcó sola en una lancha; se levantó un viento muy fuerte, y la lancha zozobró.

Miré al mar, gris y un poco agitado. El agua no cubría del todo, hasta muy lejos de la orilla, las peñas de que estaba salpicado el fondo.

—Aquí el mar es poco profundo, — dijo.

—Sí pero ella se alejó más de lo debido.

—¿Y por qué hizo eso?

—Los jóvenes, amigo mío, suelen ir demasiado lejos, — contestó Norden, sonriéndose y tocándome suavemente el codo.

Y empezó a hablarme de sus dos magníficas lanchas, a la sazón guardadas, pues sólo las usaba en primavera y verano.

—¿Y se encontró también la lancha? —le interrumpí.

—¿Cuál?

—La de la desgracia.

—¡Ah, sí! ¡También la arrojó el mar a la playa. La mandé pintar de otro color, y parece otra. Es la más fuerte y la más marinera de las dos. ¡Ya lo verá usted, cuando venga el buen tiempo!

Después de aquella conversación, que, aunque en realidad no me había revelado muchas cosas, la ruinosa pirámide fué, durante algún tiempo, otra de mis preocupaciones... ¿Por qué aquel hombre, que borraba tan implacablemente todas las huellas, que había mandado pintar de otro color la lancha donde había perecido su hija, había erigido aquel monumento en memoria de la muerta? ¿Se trataba de un arrebato sentimental, o de una de esas faltas de lógica en que suelen incurrir los hombres más consecuentes?

No tardé, sin embargo, en dejar de hacerme tales preguntas, atraída mi atención por algo que me inquietaba más que la pirámide, más que las veredas sin huellas, más que los tanciturnos árboles del jardín: el mar. En el mar debía de tener su principal origen la profunda tristeza que pesaba sobre aquella morada y sobre los que la habitaban. En el mar...

Pero antes voy a hablar de mi vida entre aquellas gentes tan extrañas, tan desagradables y tétricas, a pesar de su regocijo.

Por la mañana ejercía durante dos horas mis funciones docentes. Volodia, mi discípulo, era un muchacho de ocho años, muy bien educado, cortés como un "gentleman", estudioso, dócil. No apoyaba, como otros discípulos míos, las rodillas en el borde de la mesa, no se metía los dedos en las narices, no tiraba la tinta, no decía sandeces. Escuchaba mis explicaciones con un aire tan grave como si yo fuera el rey Salomón y él uno de mis súbditos. No sé si, en efecto, me creía un sabio; pero me azoraba en extremo aquella atención, que parecía darle un enorme valor a cada una de mis palabras. Todos los días, excepto los festivos, aparecía, a las diez en punto, ante mi mesa la cabeza rubia, pelada al rape, de Volodia, y a las doce en punto desaparecía. El rostro del muchacho era achatado, blanco, desprovisto de cejas y los ojos, claros, muy separados, se destacaban en él con gran relieve, como si estuvieran en un plato. La pobre criatura no tenía estéticamente, mucho que agradecerle a la Naturaleza. "Acaso con el tiempo — pensaba yo — se haga más guapo". A pesar de su aire respetoso y de su prudencia, no me era simpático. He dicho "a pesar", y debiera haber dicho "a causa": lo encontraba demasiado dócil y cortés. Sólo se reía cuando una persona mayor bromeaba, y lo hacía como para complacerla. Sólo se pintaban en su inexpresivo semblante la alegría, el asombro, el horror, la tristeza, cuando alguna persona mayor decía algo que "debía" alegrar, asombrar, horrorizar o entristecer a sus oyentes. Diríase que no era un niño, sino alguien que representaba concienzudamente el papel de niño. Hasta cuando jugaba lo hacía a ruegos de las personas mayores y como si hubiera aprendido a jugar en sueños; pues sus dos hermanitos — un niño de siete años y una niña de cinco — muy podían haberle enseñado: no jugaban nunca.

A estos dos niños los veía yo muy poco: estaban siempre en compañía de su vieja aya inglesa, con la que mi absoluta ignorancia del idioma inglés me impedía conversar.

Traté de habituar a mi discípulo a pasearse siempre conmigo; pero se paseaba de un modo absurdo, artificioso, como un muñeco mecánico, como un niño bien educado de madera o celuloide.

Una tarde bajé al jardín y le ví sentado en un banco muy limpio, a la orilla de una vereda, también muy limpia y sin huella alguna, llorando. Tenía una rodilla entre las manos y se mordía el labio inferior. Era la primera vez que veía yo en su rostro una expresión verdaderamente infantil. Sin duda se había caído y se había hecho daño. En cuanto advirtió mi presencia, dejó de llorar, se levantó y salió a mi encuentro, cojeando un poco.

—¿Te has hecho daño, Volodia?

—Sí...

—¡Llora, llora!

Me miró con fijeza, como para convencerme de que hablaba en serio, y repuso:

—Ya he llorado.

Y no me hubiera sorprendido oírle añadir: "Gracias", cual el protagonista de la vieja anécdota. ¡Tan fino era aquel absurdo hombrecito.

Como mis deberes pedagógicos se reducían a las dos horas diarias de clase, me pasaba gran parte del día paseando, si lo permitía el tiempo, o leyendo en mi habitación. Norden había puesto a mi disposición todos sus libros, que eran muy numerosos, proporcionándome con ello una gran alegría. A veces leía también en la biblioteca, par lo que Norden me había dado también permiso y me encontraba allí a mis glorias. Como divanes, grandes mesas cubiertas de revistas, estanterías llenas de libros lujosamente ecuadernados, silencio... un silencio mayor aun que el que reinaba en mi aposento, pues la biblioteca estaba e el segundo piso, adonde no llegaban los únicos ruidos de la casa, todos provocados por Norden, él cabría con qué objeto, haciéndoles ladrar a los perros, cantar a los niños y reír a cuantos le rodeaban.

Nos reuníamos en el comedor, a las horas de las comidas, los niños, el aya, Norden y yo. Nunca había invitados, si se exceptúa un alemás gordo y taciturno que yantaba a veces con nosotros y sólo abría la boca para comer y para reírse cuando Norden decía donaires. Creo que era el administrador de Norden.

Reinaba durante las comidas una alegría ruidosa: sonaban a cada momento estrepitosas carcajadas, con motivo risible o sin él. El amo de la casa contaba chascarrillos para excitar la hilaridad de todos los cemansales. Al aya solía traducírselos; pero, aunque no se los tradujese, la vieja se destornillaba de risa; aquello era, sin duda, lo reglamentario. Yo, los primeros días de mi estancia en la quinta no solía tomar parte en aquellas manifestaciones de regocijo; lo que turbaba y hasta afligía a Norden

—¿Por qué no se ríe usted? — me preguntaba, mirándome con angustias en los ojos. — ¿No le ha hecho a usted gracia?

Y me repetía el chascarrillo, explicándome dónde estaba la comicidad. Sí, con todo, yo seguía serio o me limitaba a sonreír, se ponía nervioso y contaba otro chascarrillo y otro, extrayéndme la risa como se extrae el agua de la manteca. De haberme obstinado en no reír, creo que hubiera empezado a llorar y a besarme las manos, pidiéndome por Dios que riese, como si su vida peligrase y mis carcajadas hubieran de salvársela.

No tardé en reír, como los demás, la risa convulsiva, estúpida, idiota, ensanchaba mi boca, como el freno la de un caballo. Y, lleno de dolor y horror, sentía a veces, estando solo en mi habitación o en la playa, unas ganas locas de reír....

Durante algún tiempo, no viendo en la mesa sino a las personas mencionadas, estuve en la creencia de que la familia de Norden se reducía a sus tres hijos. Pero un día, al final del almuerzo, oí de pronto tocar el piano en el piso alto, de su parte cerrada siempre y separada de la biblioteca por un corredor. Me llené de asombro, y, contra todas las conveniencias — yo no he sabido nunca adaptarme a las conveniencias, — pregunté:

—¿Quién toca?

Norden me contestó, risueño:

—Es mi mujer. ¡Perdone usted: se me había olvidado ponerle en autos! Mi mujer no goza, la pobre, de una buena salud y no sale de su habitación. ¡Es inteligentísima! Toca el piano maravillosamente. ¡Fíjese, fíjese!

Pero la música eram uy triste, y Norden se turbó.

—¡Toca maravillosamente! — repitió, golpeando con el cuchillo el borde del plato.

Y momentos después se levantó y hecho a correr escaleras arriba.

No habrían pasado dos minutos cuando bajó, gritando con jubiloso acento:

—¡Niños! ¡Miss Moll! ¡A bailar! ¡Mamá quiere que bailéis un poco!

En efecto; a la música triste sucedió la de un baile de moda, rápido y semiepiléptico. La ejecución ahora, era harto menos limpia, y Norden me explicó:

—Es una pieza nueva que acaban de mandarnos de Petesburgo. Un baile encantador; lo baila este otoño toda Europa.

Y gritó, jocundo:

—"¡Tanziren, meine iknder. tanziren!" (¡Bailad, hijos míos, bailad!). ¡Y usted también miss Moll!

Y los tres dóciles muñecos empezaron a perinolear; el más pequeño seguía con los ojos los movimientos de los mayores y los imitaba, levantando los brazos y agitando torpemente las gordezuelas piernecillas. Era el único cuya alegría me parecía verdadera, cuya risa no se me antojaba ficticia. Miss Moll, remedando a los niños, danzaba también, tan sin gracia como un caballo de circo obligado por los latigazos del domador a andar en dos patas. Norden palmoteaba llevando el compás, lanzaba gritos de estimulador entusiasmo y, pronto, como si no pudiese resistir a la tentación, empezó él también a mallar. Bailando, me decía:

—¿Por qué no baila usted?

Luego se detuvo y me suplicó.

—¡Baile un poquito! ¡No nos niegue ese gusto! Si no sabe, miss Moll le enseñará.

Pero yo me negué en redondo.

Cuando se llevaron a los niños, acaloradísimos, Norden encendió un cigarro y me preguntó, jadeante:

—Somos la familia más alegre del mundo, ¿verdad?

Desde aquella tarde, casi todos los días oí música en el piso alto, unas veces triste y otras, las más, alegre y no bien tocadas; Norden, siempre que hacía un viaje a Petesburgo, traía nuevas piezas, la mayoría de ellas nuevos bailables encantadores que bailaba toda Europa. Iba muy a menudo a la capital, adonde le llamaban asuntos importantes; pero no solía estar allí más que un día o dos.

¿A qué obedecía el aislamiento de su mujer? "Tal vez — pensaba yo — ese misterio y el de la tristeza que pesa sobre esta casa y sobre sus habitantes sean el mismo misterio". Pero todas mis tentativas de averiguar algo eran vanas. A las servidumbre no quería preguntarle nada; hubiera sido una falta de delicadeza, y además, a lo que parecía, los criados estaban no menos "in albis" que yo respecto a las intimidades de la familia. El respetuoso Volodia era todo un maestro en el arte del disimulo.

—¿Cómo está tu mamá? — le pregunté un día. — ¿La has visto esta mañana?

—Sí. Todas las mañanas subimos a verla. Siente tanto no poder conocerle a usted...!

—¿Está muy enferma?

—No... Toca muy bien el piano. Tiene mucho talento.

—¿Llora mucho?

—¿Mamá? — exclamó, asombrado, Volodia. — ¿Por qué ha de llorar?

—Está siempre riéndose ¿eh? — dije con acento sarcástico.

—¿Es malo reírse? — inquirió él más respetuoso de mis discípulos, dispuesto, sin duda, a mostrarse jovial o saturnino, según lo que yo aseverase.

Una noche, o, mejor dicho, un amanecer (los tres borradores de huellas estaban ya entregados a su faena), algo, en mi sentir, relacionado con la pianista invisible, produjo de pronto gran agitación en la casa. Se oyó no sé qué; alguien lanzó un grito de espanto o de dolor, y pasaron corriendo por el pasillo adonde daba la puerta de mi cuarto criados con quiqués o velas encendidas.

—¡No ha sido nada! Un susto... — gritaba Norden. — El viento ha arrancado un postigo de la ventana, y el ruido...

El viento, en efecto, era muy fuerte. Aullaba en las chimeneas, batía furioso los muros y cantaba, a veces, deteniéndose en una pequeña colina, al modo de un cantante ante las candilejas, una canción salvaje. Norden había mentido; no se había caído ningún postigo, según pude ver por la mañana.

Mirando a las ventanas, en busca de la del postigo caído, ví por primera vez, tras los cristales de una de ella, a la mujer de Norden. Sus ojos grandes y profundos contemplaban el mar rugiente. Contra lo que yo suponía, no era vieja, sino joven y bella.

—¿Qué edad tiene su señora de usted? — le pregunté aquella tarde a Norden, que cada día me inspiraba menos respeto.

—Veintinueve años.

—Entonces, Elena...

—Elena era hija de mi primer matrimonio. Estoy casado en segundas nupcias.

II

Aquella noche eché de menos mi diario; me lo habían robado. La pueril y obstinada lucha contra toda huella le había hecho, sin duda desaparecer. Pero el ladrón no logró nada con acto tan innoble; recuerdo muy bien cuanto ví y sentí hasta el momento en que el horror extinguió mi conciencia para largo tiempo. Y las huellas grabadas en mi memoria no podrían borrarlas ni los tres hombres que al amanecer recorrían encorvados las veredas.

¿Cómo iba yo a olvidar aquel mar poco profundo, desesperadamente triste y tan lleno que hacía dudar de la esfericidad de la Tierra? La idea del mar se había asociado siempre en mi mente a la de los barcos; pero desde aquella playa no se veían bascos; entre aquella playa y toda ruta de navegación se interponía la remota y brumosa línea del horizonte. Y el agua baja se extendía en un desierto gris; un infinito tedio parecía pesar sobre la inquieta enanez de las olas, que en vano trataban de alcanzar la costa, buscando el eterno reposo.

Una o dos veces ví a lo lejos una lancha de pesca, obscura y tan lenta, que tardé no poco en convencerme de que no era una peña.

Siguieron a la horrible noche dev iento de que he hablado siete ù ocho días de calma, nada fríos, pero muy húmedos; la niebla, pesada y opaca, convertía el día en un crepúsculo interminable, aplanadoramente triste. El mar había retrocedido y había dejado en seco pequeños continentes, islas y archipiélagos de arena. Una tarde eché a andar a través de aquel mundo fantástico. Parecíame, al atravesar los continentes de unos cuantos pasos, y al pasar de un salto de uno a otro, ser un gigante, un ser casi sobrenatural, que pisaba por primera vez la tierra, recién creada y desierta.

Al llegar junto al agua, las exiguas y plácidas olas se me antojaron enormes, colosales, cual debían de ser en los primeros días del mundo.

Inclinándome sobre la arena, escribí con el dedo en su pura superficie: "Elena". Las cinco letras, aunque no muy grandes, ocupaban buena parte de un continente, y parecían gigantescas. Diríase que la palabra, más que leerse, se oía; que era un grito dirigido al cielo, al mar, a la tierra...

¿Por qué no me guié, al volver a la playa, por las huellas de mis pasos? Avanzando y retrocediendo en busca de camino enjuto, se me hizo de noche y me desorienté. Cada vez que mis pies tocaban el agua me volvía atrás, temiendo hundirme. Por fin, me decidí a avanzar en línea recta, a la ventura, sin detenerme ante los charcos, y, lleno de alegría, no tardé en ver erguirse delante de mí la masa oscura de la pirámide de piedras. La casualidad me había llevado al lugar donde fué encontrado el cadáver de Elena.

—¿Por qué vive usted aquí? — le pregunté aquella noche a Norden. — ¡Este mar es tan lúgubre!

Mis palabras parecieron entristecerle. Volvió ansiosamente la cabeza hacial a ventana obscura.

—¿Es lúgubre? No... Cuando se familiarice usted con él, le encantará.

Me encantaba ya; pero con el encanto, con la fascinación de la tristeza y del miedo. La atracción que ejercía sobre mí era un mortal veneno, del que había que huir.

Sin darme tiempo para replicar, Norden empezó a contar un chascarrillo, y al terminarlo me suplicó con la mirada que me riese. Trocados los ojos en tenazas de mi hilaridad. Me senté frente a él, y los dos prorrumpimos en carcajadas. ¡Qué estupidez y qué bajeza!

De los días siguientes, hasta el 5 de Diciembre, no recuerdo nada, como si los hubiera pasado sumido en un sueño profundo y sin ensueños. El 5 de Diciembre el mar amaneció helado y cayó la primera nevada, copiosísima.

Y aquel día empezaron a ocurrir las cosas extraordinarias que hicieron más inquietante para mí el misterio de aquella casa, aquel misterio que aún sigue siéndolo y que, a veces, se me figura una siniestra fantasía o un cuento de miedo aterrador.

Trataré de ser todo lo exacto que pueda y no omitir detalle alguno de importancia, aunque no sea directa su relación con los acontecimientos. Yo le atribuyo una importancia capital a la aparición de aquel ser extraordinario que parecía concentrar en sí todas las fuerzas obscuras, toda la tristeza que pesaba sobre la maldita casa de Norden, todo el dolor que incluso a mí, un extraño, habían de arrastrarme en su terrible torbellino.

El 5 de Diciembre cayó, como ya he dicho la primera nevada. Empezó el amanecer y duró toda la mañana. Cuando, terminada la clase de Volodia, salí al jardín, todo estaba silencioso y blanco. Dejando profundas huellas en mi camino, llegué a la playa. Y lancé un grito de asombro al ver que ya no había mar. Horas antes comenzaba allí la superficie helada, casi opaca; ahora la vista no tropezaba con límite alguno entre el mar y la tierra, ambos cubiertos por el mismo blanco sudario.

Obedeciendo a esa necesidad que se siente ante toda superficie lisa e intacta de trazar algo en ella, me quité el guante de la mano dercha yescribí con el dedo en la nieve: "Elena".

La pirámide se había trocado en una colina de nieve de suaves contornos, en algo sumiso y como muerto por segunda vez y para siempre. "A este lado, la cabeza; a ése, los pies...". Era difícil imaginarse allí, en aquella superficie impasible, las olas, la lancha volcada. Y me pareció que se me quitaba un peso de encima. "No estaría de más — me dije — un viajecito a Petesburgo, para hacer alguna asomada por "la Universidad". Norden, en aquel momento, se me antojaba un hombre extravagante y desagradable, pe-

ro inofensivo. ¿Qué me importaba a mí que contase historietas e hiciera bailar a su familia? A mí lo que me interesaba era reunir algún dinero y marcharme.

"¿Cómo te las vas a componer ahora para borrar las huellas?", pensaba yo, riéndome, al volver de la playa. Y evitaba pisar las ya existentes, a fin de dejar todas las que pudiera.

Al día siguiente, — y al otro, y al otro, y al otro, si tardaba en nevar de nuevo — sería para mí un placer, casi un orgullo, el verlas.

Los árboles del jardín ya no producían la impresión de soledad y de tristeza de que he hablado; parecían sumidos en un tranquilo sueño, lleno de ensueños dulces. Lo único que turbaba la placidez del paisaje eran los cajones de madera que Norden había hecho construir para abrigo de algunos árboles meridionales. Yo no había visto nunca proteger los árboles contra el frío en aquella forma, y los altos y extraños cajones me encogían el corazón; semejantes a ataudes en pie, diríase que se disponían a tomar parte de una procesión macabra. "Estoy orgulloso de mi invento", decía Norden, con gran indignación mía.

Hacía dos días que se había ido a Petersburgo, y en la vasta mansión, que yo no conocía aún en su totalidad, reinaban un silencio y una calma absolutos: los niños estaban con el aya, en sus habitaciones, quietos y callados, y la servidumbre no hacía tampoco ruido alguno; en el piso alto, una mujer joven y bella, víctima de las fuerzas desconocidas, languidecía solitaria...

Estuve cerca de una hora en la biblioteca, pero no tenía ganas de leer; una alegre excitación nerviosa me turbaba; la casa, silente y misteriosa, despertaba en mi alma una viva curiosidad y una vaga sed de aventuras. Luego de cerciorarme de que no podía verme nadie, empujé la puerta que daba a las habitaciones del lado de allá del corredor y penetré en ellas de puntillas. Atravesé dos amplias estancias, avancé a lo largo de un pasillito y salí a la meseta de una escalera interior cuya existencia yo ignoraba. Alzábase frente a la escalera una puerta cerrada. "Ahí dentro — me dije — está la enferma"; y con una resolución desesperada intenté abrir, pero no pude. No sabía qué hacer. Cruzó por mi cerebro la idea de llamar, pero no me atreví.

Permanecí allí largo rato, turbado por aquel silencio que lo envolvía y penetraba todo y miraba con sus ojos blancos a través de la claraboya. Oí de pronto pasos abajo, y volví presuroso a la biblioteca. Cogí un libro y hojeándolo me quedé dormido en un diván, llevándome al reino del sueño la visión del mundo cubierto de nieve y taciturno.

Después de comer me retiré a mi cuarto y, luego de anotar en mi diario las impresiones del día y escribir dos o tres cartas, me acosté; más como me había pasado durmiendo casi toda la tarde, no tenía sueño y estuve cerca de dos horas despierto, atento el oído al silencio, la mirada atenta a las tinieblas. Tras los cristales de la ventana, velada por un blanco store, reinaba la noche blanca; las nubes cernían y debilitaban la luz de la luna.

Creo que empezaba ya a dormirme, cuando "sentí" de pronto ueq ante la ventana, en el jardín, había alguien. Me incorporé. Una sombra se dibujaba en el store.

Como mi habitación estaba en el entresuelo y la altura de la ventana era escasa, supuse que alguna persona — desde luego de elevada estatura — perteneciente a la servidumbre habría salido llevándose sólo la llave de la verja y no se atrevía a llamar a la puerta del hotel. Con una vaga angustia, no obstante, me levanté, atravesé la estancia y descorrí el store. Un hombre, a quien el antepecho de la ventana le llegaba hasta un poco más abajo de la barbilla, erguíase en la oscuridad, inmóvil y mudo. Le hice una especie de saludo con la mano; pero no contestó ni se movió. Dí unos golpecitos con los dedos en un cristal: el mismo silencio y la misma inmovilidad.

—¿Qué quiere usted? — le pregunté en voz baja, sin acordarme de que era invierno y los cristales dobles no le permitirían oirme.

Viendo que seguía sin moverse y sin decir palabra, me indigné y decidí bajar al jardín a repetirle la pregunta. Pero antes de que yo acabase de girar sobre mis talones la misteriosa figura comenzó a alejarse lentamente. Sus hombros eran anchos y horizontales, y cubría su cabeza un sombrero hongo. No había en su aspecto nada de extraordinario.

Yo, a pesar de todo, empecé a vestirme para bajar al jardín; pero conforme me vestía iba sintiéndome menos resuelto, y concluí por decirme, con una indiferencia ficticia: "Mañana averiguaré de qué se trata".

Por la mañana les pregunté a los criados; pero me aseguraron que ninguno de ellos habían salido salido aquella noche y que nadie había visto al hombre del sombrero hongo.

El portero me contestó sin inmutarse. No así el lacayo Iván, que, visiblemente turbado, me dijo:

—¿Está usted seguro de que era un hombre con sombrero hongo?

—Sí; era un hombre con sombrero hongo — le respondí.

Esta afirmación pareció tranquilizarle

Más tarde supe que de noche solía inquietar a la servidumbre el temor de un espectro; pero se trataba del espectro de Elena, ahogada en el mar. Era un miedo vago y poco serio, una de esas supersticiones frecuentes en las casas donde ha acontecido algo trágico.

En la esperanza de encontrar allí la clave del enigma, me dirigí a la parte del jardín que caía al pie de mi ventana, y lo que vi me sorprendió de modo harto desagradable; no había huellas en la nieve y, además la altura de la ventana era mayor de lo que yo me figuraba; aunque mi estatura es más que mediana, me costó trabajo alcanzar con las puntas de los dedos a la arista del antepecho. El desconocido, según se inducía de

este último detalle — pues, como ya he dicho, el antepecho no le llegaba a la barbilla, — o era desmesurada anormalmente alto, o se sostenía en el aire...como un fantasma. "He sufrido — me dije — una alucinación".

Esta explicación era bastante lógica: la atención sostenida, angustiosa, con que yo lo observaba todo en aquella casa, mi constante presentimiento de algo maravilloso, podían haber debilitado mis nervios hasta el punto de hacerme ver, en este siglo ilustrado y escéptico, un aparecido. Sin embargo, se me ocurría algunas objeciones sobre aquella hipótesis: yo estaba fuerte, sano; mi cerebro funcionaba muy bien; en mis sensaciones no había nada de anormal. Además, era extraño que mis nervios, debilitados, me hubieran hecho ver un ser que, aunque sombrío, no se salía, por su aspecto, de lo vulgar; un ser sin relación alguna con mis pensamientos y sospechas. Lo natural hubiera sido que mi imaginación enferma se hubiera fingido la aparición de Elena, no lo de aquel señor taciturno, con sombrero hongo.

Pero aunque no encontré respuesta a tales objeciones, no tardé en tranquilizarme.

Durante el día no ocurrió nada digno de referencia. Por la noche regresó Norden. Cuando estábamos acabando de comer, nos dijo que había traído un nuevo bailable en boga. Momentos después lo tocaba la pianista invisible, reflejando en la ejecución, un poco insegura, su desconocimiento de la pieza; los niños bailaban, miss Moll giraba como un caballo de circo, el amo de la casa remedaba, con mucha vis cómica, a los danzarines de ballet; todos nos desternillábamos de risa.

De pronto, al mirar mis ojos lagrimeantes, por casualidad, a una ventana, me pareció ver una figura humana en las tinieblas. Miré más fijamente: tras los cristales no había nadie; mi estúpida imaginación me había engañado. Pero Norden notó mi inquietud momentánea.

—¿Por qué está usted tan serio? — me preguntó—, ¿No le gusta a usted el nuevo baile? ¡Anímese, anímese! Si no, miss Moll le impondrá a usted un correctivo.

Y, señalándome con el dedo, le dijo, en inglés, a miss Moll algo que la hizo prorrumpir en estridentes carcajadas. Luego, continuando la broma, la obligó a acercarse a mí, le asió una muñeca y con la mano de la vieja me dió unas manotaditas en el hombro. No pasaron de ahí sus infantiles jovialidades.

—¡Arrodillaos a sus pies y suplicadle que baile un poco! — les dijo a los niños, que se apresuraron a obedecerle.

Y añadió, dirigiéndose al aya:

—¡Y usted también!

El aya se postró también a mis pies y unió sus ruegos a los de los niños.

Yo no sabía qué hacer; todo aquello me repugnaba; pero como era una broma no podía enfadarme.

—¡Ven tú también a rogarle que baile, perillán! — le gritó Norden al lacayo Iván, que miraba asombrado, el grupo desde la puerta.

Y el lacayo entró y se prosternó junto a la vieja.

En el piso alto, tan taciturno el día antes, seguía sonando la alegre música. Lo salvajemente grotesco de aquel regocijo me crispaba los nervios y me arrancaba carcajadas casi dolorosas; diríase que estaban haciéndome cosquillas. Acabé por ponerme a bailar, y al pasar por delante de las ventanas, que se me antojaban innumerables, me preguntaba: "¿Dónde estoy? ¿Me habré vuelto loco?"

Norden tardó largo rato en calmarse. Tuve que estar con él en el comedor hasta mucho después de irse los niños a la cama, oyéndole hablar de la velada tan alegre que habíamos pasado, de la comicidad coreográfica de miss Moll, de lo bien que bailaba Volodia, de lo graciosos que estaban todos de hinojos a mis pies...

—Una velada así, — decíame, dándome golpecitos en la rodilla con su blanca y pulida mano, — denota cultura, civilización. Vivimos en un verdadero desierto. A un lado, el mar; al otro, el páramo o poco menos ¡Y, sin embargo, bromeamos, reímos, bailamos! Mis amigos de Petersburgo me preguntan cómo puedo vivir aquí sin morirme de tedio. ¡Si nos hubieran visto esta noche!

Y lanzó una serie de carcajadas largas insoportablemente largas.

—Debíamos invitarles a un baile, — prosiguió. — Es una gran idea, ¿verdad?

Y empezó a ir y venir a través de la estancia, con el aire de un hombre a quien se le acaba de ocurrir una idea genial.

—Anoche...

—¡Sí, sí! Invitaremos a cincuenta, a cien amigos, y bailaremos todos. ¡Será una fiesta deliciosa, un alarde magnífico de cultura, de civilización!

—Anoche...

Norden se volvió hacia mí, súbitamente serio; me miró con fijeza, y me preguntó, amable, cortés.

—¿Qué decía usted?

Me sentí sin fuerzas para contestar, cual si me hubieran puesto de pronto un candado en los labios, y no dije nada.

Aquella noche me sumí en seguida en el sueño, como en un hoyo lleno de plumas negras. A las dos o las tres de la madrugada alguien me gritó: "¡Arriba!" Me incorporé bruscamente: un profundo silencio reinaba en la habitación, cuya puerta estaba cerrada con llave. "He oído esa voz en sueños, — pensé. — No es ningún fenómeno extraordinario". Y cuando iba a tenderme de nuevo advertí que había alguien ante la ventana, en el jardín.

Era "él". Me acerqué a la ventana y le hice con la mano, como la noche antes, una especie de saludo, ahora menos pacífico; pero él, como la noche antes, ni me contestó ni se movió. Observé que era altísimo y no se sostenía en el aire. "No debe de ser un fantasma", me dije, exhalando un suspiro de alivio, sin hacerme cargo de que la visita nocturna de un gigante que no dejaba huellas no estaba tampoco muy dentro de lo natural. Y decidí bajar al jardín; pero él pareció adivinar mi pensamiento, y echó a an-

dar, no muy presuroso, a lo largo de la pared. Renuncié a vestirme, considerando que el desconocido tendría tiempo sobrado, mientras yo me vestía y bajaba, de poner pies en polvorosa.

"Verdaderamente, — pensé, metiéndome en la cama, — su actitud no es nada terrible".

Pero mis manos y mis pies estaban fríos como témpanos. Y empecé a temblar como si tuviera calentura.

III

La noche del 7 de diciembre me acosté vestido, resuelto a darle alcance a mi nocturno visitante y saber quién era y qué quería. No tenía miedo; pero la impaciencia y la cólera me impedían conciliar el sueño.

Mi espera fué vana: ni una sombra, ni un ruido tras los cristales en toda la noche.

Y en las dos siguientes tampoco. Con una facilidad asombrosa, dadas las circunstancias, recobré casi por completo la tranquilidad, y comencé de nuevo a dormir a pierna suelta, sin acordarme apenas del desconocido.

El sábado, después de comer, — no obligado, como de costumbre, a quedarme de sobremesa con Norden, que se había marchado otra vez a Petersburgo, — subí a la biblioteca y me puse a estudiar historia del Arte, — ciencia en la que estaba atrasadísimo, — en unos álbunes soberbios. El tiempo se me pasó sin sentir, y cuando miré al reloj de la estancia, que no daba horas, ví que eran ya las once y cuarto. Como yo acostumbraba a acostarme a las once, me levanté presuroso. Al tomar mi cuaderno de apuntes dirigí una mirada indiferente a la ventana. Tras los cristales, la barbilla como a medio palmo de altura sobre el antepecho, estaba "él". Mi sorpresa fué tan grande, que el cuaderno se me cayó al suelo. "Tal vez, — pensé, agachándome para recogerlo, — cuando levanté la cabeza no esté ahí ese hombre". Pero mi esperanza no se realizó.

La luz de la lámpara iluminaba el rostro del desconocido, un rostro tranquilo, nada terrible, afeitado, de facciones grandes y correctas. El desconocido representaba unos treinta y cinco años. Lo único que no pude verle fueron los ojos, a pesar de que también los iluminaba la luz de la lámpara; diríase que me los ocultaba su propia mirada, fija en mí: una mirada inmóvil, dura, — casi en el sentido táctil de esta palabra, — una mirada horrible.

No sé hasta cuándo hubiera seguido mirándome si, ofendido por su insolencia, no hubiera yo dado una o dos pasos hacia la ventana, gritando:

—¡Sinvergüenza!

Lentamente volvió la espalda. Y un instante después se había hundido en la negrura de la noche.

Yo lancé una carcajada y empecé a pasearme, excitado, nervioso, a través de la estancia.

—¿Habráse visto sinvergüenza? — murmuraba.

Y cuando, en el colmo de la indignación, me disponía, a pesar de lo tarde que era, a despertar a los criados y hacerles buscar al intruso por el jardín, recordé, sintiendo de pronto trocarse mi cólera en pasmo, que la biblioteca estaba en el segundo piso.

Aquella noche sabática fué para mí el principio de una persecución encarnizada, implacable, cuyo objeto trataba en vano de explicarme. El desconocido siguió durante algunos días presentándoseme sólo de noche; luego comenzó a presentárseme al anochecer o, mejor dicho, a partir del anochecer, pues no se contentaba ya con una visita diaria.

Si podían llamarse visitas aquellas apariciones súbitas, tan pronto detrás de los cristales de una ventana como de los de otra. Recuerdo que una vez, para librarme de su presencia, me trasladé rápidamente a una habitación del extremo opuesto de la casa, y ví que había andado más de prisa que yo y estaba esperándome ante la ventana.

Nadie en la casa daba muestras de haber advertido lo que sucedía. La vida seguía su curso habitual, fría y triste, sólo turbado su sombrío y hondo silencio por la alegría estúpida y ruidosa de Norden. ¿Por qué aquellos niños no lloraban nunca, no tenían nunca rabietas?... Una tarde, al volver a mi cuarto, después de un rato de lectura en la biblioteca, me detuve en el corredor del entresuelo, estupefacto, al oír lloriquear a la niña; aquello era tan extraordinario, tan insólito, que abrí suavemente la puerta de la habitación donde sonaba la quejumbrosa vocecita. La niña estaba sola en el aposento, en un rincón, de cara a la pared. En una mano tenía una muñeca tuerta, y con la otra se secaba las lágrimas. Al oírme cesó de lloriquear; pero no se volvió, limitándose a esconder la muñeca.

—¿Estás castigada? — le pregunté, inclinándome sobre ella, pero sin atreverme a tocarla, pues su dolor, no sé por qué, me pareció sagrado, intangible.

Tuve que repetirle tres o cuatro veces la pregunta; por fin me contestó muy quedo:

—No, no estoy castigada...

—¿Quieres que te lleve un ratito a mi cuatro, monina?

No me contestó; pero dejó caer la muñeca, y si no en su rostro, — que seguía casi pegado a la pared, — en sus bracitos, en sus breves hombros, en su cabecita rizada, vi pintarse una vacilación medrosa.

Me disponía ya a tomarla en brazos y llevármela, cuando oí en la escalera la risa de Norden y salí al corredor precipitadamente.

IV

Debía irme. Al ocurrírseme esta idea salvadora comprendía que no debía demorar su ejecución ni un día ni un instante. Pero algo más fuerte que la voz, débil y opaca, de la razón me encadenaba a aquel lugar, paralizaba mi voluntad y me adentraba más y más en aquel círculo de misterio y de horror. La tristeza y el miedo tienen su encanto, y es muy grande el poder de las fuerzas oscuras sobre las almas que no han conocido nunca la alegría. Casi sin vacilar rechacé le idea salvadora.

Acaso contribuyera a ello el delicioso tiem-

po que había sucedido a los tristes días del otoño. El frío nocturno cubría de hielo las ramas de los árboles, las embellecía con el milagro de un nuevo follaje, en cuya blancura ponía la luz áurea del Sol rutilaciones que no sólo deslumbraban los ojos, sino también el alma.

"El" había dejado de aparecérseme. Norden, con sus risas y sus chascarrillos, estaba en Petersburgo y reinaba el silencio en la casa: un silencio tan profundo como si hubieran cesado todos los ruidos de la tierra. Durante aquellas felices horas, llenas de paz, mi alma se mecía en el olvido de los horrores de la noche: ¡la tierra, de día, era tan otra!

Por la mañana me calzaba los "skys" y me iba al lugar, inmediato al mar paralizado, donde se alzaba la pirámide. Y mis ojos se recreaban en la contemplación del puro nombre, — Elena, — que yo había escrito en la nieve.

Al vorver, miraba obstinadamente a la ventana de la habitación donde vivía y sufría la señora Norden, en la esperanza de ver otra vez, aunque sólo fuera un instante, su joven y pálido rostro. Pero nadie aparecía tras los cristales. Diríase que no había nadie en aquella habitación; que la señora Norden, aquella extraña mujer de la que nadie hablaba, era ya tan del otro mundo como Elena.

Aunque nadie hablaba de ella, todos los días llevaban a su cuarto a los niños, y algunas veces, muy de tarde en tarde, se oía una campanilla de un sonido distinto al de todas las demás: era que ella llamaba. Me parecía inverosímil que la puerta de su habitación se abriera como cualquier otra puerta, que aquella mujer enigmática le diera órdenes a la doncella. La doncella no contaba nunca nada de "la señora".

Mediado diciembre regresó Norden. El tiempo se tornó sombrío y cayó una copiosa nevada, que parecía gris, cubriendo con un espeso y frío sudario el nombre de Elena. Con el tiempo volvió "él", y nuestras relaciones entraron en una nueva fase.

El domingo 18 de diciembre, después de almorzar, Volodia y yo nos acercamos a la ventana. La nieve caía en grandes copos sobre el taciturno jardín. Y apareció "él" de pronto. Era la primera vez que se me presentaba en pleno día y no estando yo solo. Estaba a dos pasos de la ventana y los blancos copos se posaban en su sombrero y en sus hombros, como en los de cualquier mortal. Pero yo, más que en él, me fijaba en Volodia. Sus ojos, — no cabía duda, — veían al desconocido, le miraban. Y cuando, a los pocos instantes de su aparición, el desconocido volvió la espalda y comenzó a alejarse, Volodia dió un paso hacia delante, como para seguirle con la mirada.

—Lo ves, ¿eh? lo ves... — le dije con acento duro.

Y él, tranquilamente, mintiendo como una persona mayor, contestó:

—No sé de qué habla usted. Sólo veo la nieve. ¿Acaso usted ve otra cosa?

—¡Sí!

—¿Qué ve usted?

Seguro de que continuaría mintiendo, renuncié a la esperanza de saber algo por él.

Al día siguiente sucedió lo mismo, salvo el detalle de no ser Volodia quien se hallaba a mi lado en el hueco de la ventana, sino Norden, no menos mentiroso que su hijo. Después de estar algunos instantes inmóvil ante nosotros, el desconocido se retiró. Y Norden, que le había visto, — lo observé, — desde el primer momento, le siguió con la mirada.

—Es una cosa muy divertida, ¿verdad? — le pregunté, riéndome de un modo sarcástico.

—Celebro tanto verle a usted, al fin, de buen humor, — repuso en un tono de asombro que parecía sincero; — pero no sé de qué habla usted.

—¿No lo ha visto usted?

—No.

—¡Eso no es verdad! ¡La forma de su respuesta le ha vendido a usted!

Norden se quedó mirándome, serio, grave. Abrumado por la impotencia y la desesperación, grité:

—¡No estoy dispuesto a seguir guardando silencio...!

Al oír esta estúpida puerilidad, puso una cara muy amable, abominablemente amable; me abrazó, casi me besó y me hizo mil preguntas acerca del motivo de mi descontento.

—¿Le ha ofendido a usted alguien? ¿Quizá algún criado? ¡No permitiré nunca, en mi casa...! ¡Dígame el nombre del culpable! ¡Ya verá el que se haya atrevido...! ¿No? ¿No le ha ofendido nadie...? Entonces, ¿qué le pasa? ¿Qué es lo que le exaspera? ¿Qué es lo que le irrita...? Lo adivino: se aburre usted. ¡Sí, sí, no me lo niegue! Yo también he sido joven... ¡Oh, la juventud!

Y el desconcertante sujeto se extendió en consideraciones filosóficas, de una filosofía jovial, humorística, sobre la juventud, no sé si burlándose de mí o tratando de ahogar en donaires su propia angustia. "¡Alégrese! ¡Ríase!", me decía, de vez en cuando, en un tono entre suplicante y amenazador.

—¡Sí, sí, hay que divertirse, hay que divertirse! — prosiguió, tras una breve pausa. — ¿Qué inventaríamos...? ¿Qué fiesta doméstica organizaríamos...? ¿A usted no se le ocurre nada...? Ahora, en estos días, nada tan a propósito como un árbol de Navidad. ¡Sí, sí, eso! ¡Un árbol de Navidad monstruo! Mañana mismo se cortará el pino más grande que se encuentre y se traerá al salón. Hay que mandar a alguien en seguida a Petersburgo por todo lo necesario. Voy a hacer una lista...

De este modo estúpido terminó nuestra conversación. Desde el día siguiente animaron la casa, mientras se amontonaban sobre mi alma densas tinieblas, una agitación que quería ser alegre, una actividad ruidosa e inútil, bromás insulsas, carcajadas que sonaban como la tela de una túnica al rasgarla las manos de un desesperado.

Se llevó al salón un pino enorme, cuya copa se iluminó con velas de colores. Al acre olor de la resina se mezclaba el olor funerario de la cera. Yo, miss Moll y los niños colgábamos en las ramas con hilos de, pla-

ta, subiéndonos en una escalera sostenida por el propio Norden, los regalos. Luego se cumplía una serie de complicados ritos y se bailaba y se cantaba al son de músicas jocundas, que tocaba, en el piso alto, la pianista invisible.

Y he aquí lo que pasó por la noche del día de mi conversación con Norden. Aquella conversación, o más bien mi propia tontería, me indignó tanto, que resolví salir en seguida de mi pasividad y obrar de un modo enérgico y decisivo. Anotadas, después de comer, en mi diario las impresiones del día, me acosté vestido y esperé, lleno de impaciencia, la aparición del desconocido. Mi tensión nerviosa era tal, que las horas me parecían siglos y sentía impulsos de llamar a mi perseguidor. Era ya cerca de la una cuando "sentí" su silenciosa y sombría presencia.

Salté de la cama; me acerqué, rápido, a la ventana, y descorrí el "store": en efecto, allí estaba. Mis ojos se clavaron, coléricos, en su oscuro busto de anchos hombros y cabeza exigua, le amenacé con la mano y me dirigí a la puerta. El también volvió la espalda.

Muy de prisa, aunque de puntillas y a tientas, atravesé algunas habitaciones oscuras, y el olor a pieles me indicó que había llegado al vestíbulo. Me acerqué a la puerta del jardín, busqué a la luz de un fósforo, que se apagó en seguida, el cerrojo, y con no poco trabajo, pues el hierro estaba tan frío que quemaba, abrí de par en par. El desconocido estaba en lo alto de la escalinata, inmóvil, mudo. Era un poco más alto que yo.

No sé cuánto tiempo estuvimos frente a frente, separados por uno o dos pasos de distancia. Cuando el terror acabó de adueñarse de mi corazón, retrocedí lentamente, atravesé el umbral y, sin apresurarme, — pues no sé por qué consideraba muy del caso una extremada cortesía, — cerré la puerta. Al echar el cerrojo me pareció que "él" tiraba, con mano suave, del tirador; pero no me atrevo a asegurarlo.

VI

A pesar de todo, a la mañana siguiente me levanté todavía cuerdo. Aquella mañana estaba yo en extremo tranquilo, y mi cerebro trabajaba como el de cualquier hombre en perfecto estado de salud física y moral. Para que nada turbase mis reflexiones, pretexté una jaqueca y, en vez de ayudar a los niños y al aya a decorar el árbol, me fuí a pasear por el camino de la estación. El día era frío y triste.

Yo había leído y les había oído decir a hombres de seso y de experiencia que las personas abrumadas por un gran dolor o por un gran remordimiento suelen tener visiones fantásticas; pero yo no me hallaba en ninguno de los dos casos. El desconocido, pues, era un ser real. No cabía duda. Ahora bien: ¿qué conexión había entre aquel hombre de sombrero hongo, que se sostenía en el aire, que acechaba tras los cristales, y yo? ¿Por qué me manifestaba tan obstinado afecto? ¿Qué quería de mí? Yo no era en aquella casa más que un profesor, y no sabía nada el error triste, de la injusticia dolorosa, del crimen quizá, cuya sombra pesaba sobre el lugar y las personas.

¿Qué quería de mí? ¡Yo no era en aquella casa más que un profesor!

Y repetí, en voz alta, varias veces tal argumento. Me parecía tan convincente, que de buena gana hubiera hablado con el espectro, le hubiera dicho que estaba equivocado, que yo no era más que un profesor en aquella casa. Pero ¿acaso se habla con los espectros y se les aducen razones? ¡Qué estupidez!

—¡Yo no soy más que un profesor! — empecé a repetir de nuevo, tras breve pausa.

Y no tardé en darme cuenta de que mis pensamientos eran siempre los mismos y se sucedían en el mismo orden, siguiendo un círculo semejante al de un caballo amaestrado, un círculo que se cerraba siempre con la palabra "estupidez". Era preciso salir de él, pensar otra cosa, pero yo no podía. Parado en mitad del camino, seguía girando, girando, como un caballo bajo el látigo del domador. Sentí un terror atroz, no inspirado por el espectro a quien no le atribuía ya tanta importancia, sino por lo que pasa y puede pasar en la pobre cabeza humana. Tuve que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no gritar. Temeroso de la soledad, volví precipitadamente sobre mis pasos: la casa de Norden, en aquel momento, me parecía un abrigo seguro.

Cuando llegué a ella me llené de tranquilidad y de contento. Contribuyó a este cambio súbito la presencia de dos de dos estudiantes, sobrinos de Norden, que habían llegado aquella mañana, invitados a pasar allí la Nochebuena. Eran dos muchachos muy simpáticos y muy finos, a los que bastaba mirar para saber que eran hermanos. Estaban ayudando a Norden y a los niños a decorar el árbol. Arriba sonaba, — sinceramente alegre, por primera vez, — el piano de la señora Norden: la invisible pianista tocaba un nuevo bailable que habían traído los estudiantes.

Recuerdo que antes de almorzar dimos un paseo los dos huéspedes y yo. El almuerzo fué muy alegre: bebimos como esponjas y nos reímos mucho. Por la tarde llegó una señora gorda con dos hijas, animadísimas y muy amables. Aquella noche bailamos en serio.

Los días siguientes llegaron muchos invitados más, muy simpáticos todos. No sé cómo se las compuso Norden, aunque la casa era grande, para alojar a tanta gente. Lo cierto es que, terminadas las diversiones de la noche, todas aquellas damas y todos aquellos caballeros se retiraban a sus respectivos aposentos. No podría decir quiénes eran. Es más: no recuerdo la cara de ninguno de ellos. Recuerdo muy bien los trajes de los hombres y de las mujeres, todos los detalles del indumento de unos y otras; pero los rostros, no. Me parece estar viendo aún el uniforme de un general, pero sólo el uniforme, como si fuera un maniquí el invitado que lo llevaba.

Más volvamos al día en que llegaron los dos estudiantes, la señora gorda y las dos

señoritas. Como había bebido mucho y había bailado no poco, — haciendo reír, con mi torpeza, a toda la tertulia, — estaba un tanto mareado cuando me retiré a mi cuarto. Me dejé caer en la cama, sin desnudarme, y me dormí en seguida.

La sed y algo extraño, turbador e imperioso, despertáronme a las dos o tres horas y me obligaron a levantarme. Me había dejado descorrido el "store". Tras los cristales estaba "él". Recuerdo que me encogí de hombros y me bebí dos vasos de agua. "El" no se iba. Tiritando de frío, como si la ventana se hubiera abierto sola, olvidados el baile y la música, resignado y triste, me dirigí lentamente a la puerta.

Como la víspera, el olor a pieles me indicó que había llegado al vestíbulo; como la víspera, el frío del cerrojo me quemó los dedos, y, como la víspera, "le" enconré esperándome en lo alto de la escalinata. Se oían lejanos, solitarios, en el silencio de la noche, los ladridos de un perro.

No sé cuánto tiempo llevábamos frente a frente silenciosos, inmóviles, separados por uno o dos pasos de distancia, cuando "él", apartándome con cierta rudeza, pentró en la casa. Yo entré detrás y le seguí a través de las habitaciones oscuras. Me guiaba su silueta negra al destacarse sobre el fondo blanquecino de las ventanas. Sin la menor sorpresa, le ví penetrar en mi cuarto.

Yo entré detrás y máquinalmente cerré la puera; pero me detuve a pocos pasos del umbral: temía tropezar con "él" en la oscuridad de la estancia. Cuando mis ojos se habituaron de nuevo a las tinieblas, ví un bulto alto e inmóvil junto a la pared, en un sitio donde no había ningún mueble, e induje que era "él", aunque no se le oía respirar ni daba señales de vida.

Era, empero, tan absoluta su inmovilidad y pasó tanto tiempo, que empecé a dudar de su presencia. Sacando fuerzas de flaqueza, me acerqué al bulto y lo palpé. Mis dedos tocaron una tela, bajo la que sintieron la dureza de un hombro o de un brazo. Retiré, presuroso, la mano y seguí mirando, perplejo, a mi nocturno visitante. Por fin, no sin un gran esfuerzo, en voz alta, aunque ronca dije:

—¿Qué quiere usted de mí? ¡Yo no soy en esta casa más que un profesor!

Pero él no contestó. Me pareció ridículo haberle llamado de usted. A pesar de su silencio me dí cuenta de que quería que me acostase. Me desnudé bajo la mirada de sus ojos invisibles, y los crugidos de la madera de la cama al peso de mi cuerpo me llenaron, no sé por qué, de turbación. Ya entre las frías sábanas, me acordé de que no había dejado, como de costumbre, las botas a la puerta.

Me acosté boca arriba, considerando esta postura la más respetuosa. "El", en cuanto posé la cabeza en la almohada, me empujó suavemente hacia la pared, se sentó al borde de la cama y me puso la mano en la frente.

Era una mano fría y pesada, de la que parecían exhalarse el sueño y la tristeza. He sufrido mucho en la vida, he asistido a la muerte de mi padre; más no creo que exista una tristeza semejante a la que yo sentí al contacto de aquella mano. Empecé en seguida a dormirme; pero, cosa extraña, el sueño y la tristeza no luchaban, sino que penetraban juntos en mí y se extendían unidos por todo mi cuerpo, mezclándose con mi sangre y adentrándose en los músculos y en los huesos. Cuando llegaron a mi corazón y le invadieron, mi razón, mis pensamientos, mi terro, se ahogaron en un mar de angustia mortal, desesperada. Las imágenes, los recuerdos, los deseos, la juventud, la misma vida parecieron extinguirse. La presencia del desconcido me era ya indiferente. Todo mi ser languidecía en el infinido desmayo de aquella tristeza sin límites y de aquel sueño sin ensueños.

A la mañana siguiente me desperté a la hora de costumbre. En la habitación no había nadie, y todo estaba en orden. Yo no me sentía bien ni mal, sino como vacío. Mi rostro, — que ví en el espejo, vistiéndome, — un rostro vulgar y nada bello, no había sufrido alteración alguna: seguía siendo, simplemente, el de un hombre que ha pasado mucha hambre y no ha conocido nunca afectos.

Todo estaba igual y, sin embargo, yo sabía que algo había cambiado en el mundo y ya no volvería nunca a ser como era. Vistiéndome aún, observé en mí una cosa que me produjo cierta satisfacción: el misterioso espectro que me perseguía no me inspiraba ya el menor miedo. Al entrar en el comedor, donde Norden hacía desternillarse de risa a sus huéspedes contándoles chascarrillos, sentí una repugnancia invencible, que cuando empecé a estrechar manos se convirtió en verdadero asco.

Este asco fué debiltándose en el transcurso del día, — un día animado, de constante jarana, — y casi desapareció; pero volví a sentirlo todas las mañanas al estrechar la mano de los invitados.

VI

Aquella mañana, cuando volvimos de la playa, luego de bombardearnos, en un regocijado combate dirigido por Norden, con bolas de nieve, me encerré en mi cuarto y le escribí una carta a uno de mis compañeros de Petersburgo. No era amigo mío, pues yo no tenía amigos; pero me trataba mejor que los demás y era un buen muchacho, amable y servicial. Le decía que me hallaba en un gran peligro y le rogaba que acudiese en mi socorro; pero en una forma tan desmayada, tan poco expresiva, que la carta, si hubiera llegado a sus manos, quizá le hubiera hecho encogerse de hombros. No sé por qué, no se la envié. El día que me dieron de alta en el hospital, la encontré en un bolsillo de mi saco, con sobre, pero sin dirección. ¿Por qué no le puse la dirección? ¿No la recordaba? Me sería imposible decirlo.

Creo que fué aquel día cuando empecé a perder la memoria. El último período de mi vida en casa de Norden sólo lo recuerdo de un modo fragmentario. Ya he dicho que de los numerosos invitados no recuerdo más que la ropa, como si no fueran seres huma-

nos, sino maniquís. Y debo añadir que sus palabras, todas sus palabras, se me han olvidado también, aunque hablaba y bromeaba con ellos. También me es imposible de todo punto recordar el tiempo transcurrido entre el día que escribí la carta y el último de mi estancia en la casa. ¿Fueron dos o tres días? ¿Fueron dos o tres semanas? No lo sé. En cambio, mi recuerdo de ciertos detalles aislados es clarísimo. Acaso mi amnesia no date, como supongo, del día que escribí la carta, y sea hija de la larga y grave enfermedad que he padecido.

Recuerdo sobre todo — eso es inolvidable, — las visitas nocturnas del desconocido. Todas las noches, cuando los invitados se retiraban cada uno a su cuarto, yo me acostaba vestido y dormía algunas horas; luego, a través de las habitaciones obscuras, me dirigía al vestíbulo, abría la puerta del jardín y dejaba entrar al espectro, que me esperaba ya en lo alto de la escalinata. Ya ambos en mi cuarto, yo me desnudaba y me tendía entre las frías sábanas, y él se sentaba al borde de mi lecho y me ponía la mano en la frente. De su mano exhalábanse el sueño y la tristeza.

No me inspiraba ya miedo alguno. Si no le hablaba, no era por miedo, sino por que consideraba superflua toda palabra. Diríase — tan sencilla y tranquilamente obraba él y le dejaba yo obrar — que era un médico silencioso y metódico en su visita diaria a un enfermo silencioso y dócil, o mi mayor desgracia, mi muerte.

Comenzaba después el día ruidoso, agitado, y le sucedía la velada, con su loca alegría ficticia. No sé qué extrañas velas habían puesto sin que yo lo viese en el árbol de Navidad: cada noche brillaba más, inundaba la luz deslumbradora las paredes y el techo. Y se oían a toda hora los gritos jocundos de Norden:

—¡Tanziren! ¡Tanziren!

No recuerdo otras veces; pero aquélla me parece estar aun oyéndola, me persigue en mis sueños, irrumpe en mi cerebro y ahuyenta mis pensamientos. Encaramado sobre todos los demás ruidos, aquel grito sonaba tenaz, insoportable, de extremo a extremo de la casa. A veces se tornaba ronco, amenazador.

Recuerdo que una noche... La pianista invisible cesó de pronto de tocar y reinó un extraño silencio.

—¡Tanziren! ¡Tanziren! — gritó furioso, Norden.

Debía estár borracho. Tenía los cabellos en desorden y la expresión de su rostro era feroz, salvaje.

—¡Tanziren! ¡Tanziren!

Los invitados se apretujaban a lo largo de las paredes, inundadas de luz, de una luz fulgurante, como la de un incendio.

—¡Tanziren! ¡Tanziren! — repetía Norden, agitando los puños.

Y brillaba la amenaza en sus ojos.

Por fin volvió a sonar la música y continuó el baile.

Aquel fué, si no estoy trascordado, el más grandioso de todos. Recuerdo de él, además de lo que he referido, lo extraordinariamente numeroso de la concurrencia; sin duda había llegado aquella tarde muchísima gente.

A mi recuerdo de aquel baile se asocia en mi memoria el de un sentimiento muy extraño; el sentimiento claro, preciso, de la presencia de Elena.

No sé si ardían, en efecto, numerosas antorchas en el patio y en el jardín. Lo que sí sé es que, con conciencia o sin conciencia de lo que había, me fuí a la playa. Y junto a la pirámide cubierta de nieve pensé en Elena largo rato. He dicho "pensé"... y yo juraría que durante toda la velada la tuve a mi lado. Hasta recuerdo las dos sillas en que estuvimos sentados el uno junto al otro conversando. Y creo que me bastaría un pequeño esfuerzo de memoria para recordar su rostro, su voz, sus palabras, y comprender... Pero no queiro hacer ese esfuerzo. Que todo siga como está.

Desaparecida Elena, otro sentimiento extraño sucedió en mi alma al de su presencia; el de que era yo testigo involuntario de una lucha gigantesca y fiera entre seres invisibles y misteriosos. Agitaban de tal manera el aire en su lucha, que el torbellino me arrastraba a mí, mero espectador. No creo que Norden, aunque fuera uno de los personajes de aquel drama, tuviera una noción más clara que la mía de lo que pasaba en torno uuestro.

Mi terror, sin embargo, sólo duró hasta que recibí la visita del desconocido. En cuanto su mano posaba sobre mi frente, mis emociones, mis deseos, mi voluntad, mi inteligencia, se hundían en un mar de tristeza. Y el venir siempre aquella tristeza en íntima nión con el sueño la hacía más terrible aún. Cuando el hombre está triste, pero despierto, la visión de la vida que le rodea alivia un poco su dolor; más el sueño se alzaba entre mi alma y el mundo exterior como un espeso muro, y la tristeza — una tristeza, sin límites — la saturaba.

No sé los días que habían pasado desde que en aquel sarao grandioso el "¡Tanziren! ¡Tanziren!" de Norden fué ahogado de pronto por un caos de voces estremecedoras y el baile interrumpido por una súbita y violenta agitación de tromba.

Me despertó, precisamente a la hora en que el desconocido solía detenerse ante mi ventana, un ruido repentino de carrreras y gritos, y me acordé de aquella noche tempestuosa del mes de noviembre... No me levanté a abrirle, como de costumbre, al desconocido. Estaba seguro de que no había venido ni vendría. Me desnudé y volví a acostarme. Los gritos y las carreras continuaban. Se oía subir y bajar sin cesar por la escalera interior. Días antes, aquel constante y presuroso subir y bajar, que denotaba una desgracia, me hubiera producido una dolorosa impresión y me hubiera tenido en vela; pero ahora no me preocupaba. Y tranquilo, e incluso alegre, — pues sabía que el desconocido no se atrevería a venir estando todo el mundo levantado en la casa, — me dormí.

No sabía aún que no había de volver a ver nunca los anchos hombros y la exigua cabeza de mi nocturno visitante.

Cuando me desperté, reinaba en la casa

un profundo silencio, aunque el sol se hallaba ya muy alto. Sin duda, después de la agitada noche, hasta la servidumbre estaba aún durmiendo.

Me vestí y salí al comedor. Sobre la mesa yacía una mujer amortajada.

A pesar de que nunca había yo visto de cerca a la señora Norden, la reconocí al punto.

VII

No la alumbraban cirios ni oraba nadie junto a ella. Rodeábanla el silencio y la soledad. Diríase, viéndola tan abandonada, que nadie sabía que había muerto.

Era joven y bella. Es decir, no sé si era bella; era la mujer a quien yo había amado y buscado toda mi vida, sin saberlo. Aquel gracioso lunar negro bajo su ojo izquierdo sabía yo, antes de verlo, que existía. Yo había conocido vivos sus finos dedos yertos cruzados sobre el pecho y había sentido el encanto de la dulce mirada de aquellos ojos, ya sin luz, cerrados para siempre. ¡Pobres dedos de nácar, obligados a arrancarle al piano alegres notas, a cuyo son bailaba Norden!... ¡Perdónale! ¿Qué sabía él? ¡Perdóname también a mí el haber escrito en la nieve el nombre de Elena! ¡No sabía el tuyo!

No me sería posible decir si era bella. Nadie hubiera podido decir cómo era. Era la mujer a quien yo había amado y buscado toda la vida, sin saberlo. Y como nunca había pensado en ella, cuanto había pensado hasta entonces se me antojaba vano. Y como nunca la había visto ni había oído nunca su voz, cuanto había visto y oído hasta entonces se me antojaba irreal, ficticio, inexistente.

No sé hasta qué punto será cierto lo que para mí en aquel momento era de una evidencia absoluta. Sólo sé que el amor, súbitamente revelado, que sentía era profundo, profundo como la tristeza que iba inundando mi corazón, conforme iba yo dándome cuenta, ante la inmovilidad del cadáver, ante el silencio sepulcral que reinaba en la casa, de que "ella" estaba muerta.

Y cuando la palabra "muerta" brotó, queda y doliente, de mis labios, me eché a llorar.

Deshaciéndome en lágrimas, salí poco después de la casa de Norden, — sin gabán ni sombrero, — atravesé el jardín y la playa, hundiéndome en la nieve hasta más arriba de los tobillos, y avancé mar adentro. La capa de nieve sobre el hielo era menos espesa y me permitía andar con más facilidad. No tardé en hallarme a larga distancia de la playa. No lloraba ya. No pensaba en nada. Seguía avanzando, avanzando, a través del inmenso desierto blanco y liso, que parecía irme absorbiendo. Empezaba a sentir frío y cansancio, y me detuve un instante. Miré en mi redor: me rodeaba, como en un ensueño, la planicie infinita y blanca, sin otras huellas que las mías...

Seguí andando y, sin dejar de andar, empecé a dormitar, como los caballos extenuados por una larga jornada, como los vagabundos que buscan en el ruido rítmico de sus pasos el sólo alivio de sus penas. Cuando a veces me detenía, al hundirse mis pies en un hoyo cubierto de nieve, miraba en torno mío y exclamaba:

—¡Qué desgracia! ¡Qué horror!

A pesar de que la flexión de mis brazos y de mis piernas me era a cada instante más difícil, no me daba cuenta de que empezaba a helarme, — pues el frío que sentía no era muy grande, — y seguía avanzando, fijos los ojos en la nieve que se extendía a mis pies... Yo avanzaba, avanzaba, y la nieve siempre era la misma.

No sé si se hizo de noche o las tinieblas salieron de mi propio ser; pero lo blanco fué haciéndose gris, y lo gris fué haciéndose negro. Cuando ya no veía nada, me dije: "Estoy ciego". Y seguí andando, ciego.

Unos pescadores me encontraron tendido en la nieve y me salvaron.

En el hospital me amputaron tres dedos de los pies, que se me habían helado.

He estado un par de meses enfermo y sumido en la inconsciencia.

Norden, — cuya mujer había muerto, en efecto, — me envió dinero. No sé nada de él. El desconocido no ha vuelto a aparecérseme, y sé que no se me aparecerá más. Si viniera ahora, creo que su visita no me desagradaría.

Me muero. Todos me preguntan de qué me muero, por qué no hablo... Aunque sé que las dicta el afecto, esas preguntas me hacen sufrir. ¿Acaso todo el que se muere sabe de qué se muere?

Vivo con M. I., el compañero a quien le escribí suplicándole que acudiera a mi socorro. Es muy bueno y quiere llevarme una temporada al campo. Yo no me opongo. Eso daría lugar a nuevas preguntas, y hay que hablar lo menos posible. ¿Cómo explicarle que el mutismo es el estado natural del hombre? El cree en ciertas palabras y las ama mucho...

Anoche estuvimos en las islas. Había mucha gente. Vimos zarpar un yate de velas muy blancas...

¡Ah, se me olvidaba! No amo a Elena ni a la señora Norden, y nunca pienso en ellas.

Y no tengo nada que añadir.

LEONIDAS ANDREIEFF.

El gobierno peor es aquel que ejerce la tiranía en nombre de las leyes. — Montesquieu.

* * * *

Del Oriente es de donde, como el sol, salen todos los hombres eminentes y todas las cosas grandes. — Napoleón I.

En los negocios humanos no es la fe la que salva, sino la deconfianza. — Napoleón I.

* * * *

La ambición de dominar los entendimeintos es la peor de las ambiciones. — Napoleón I.

Esta bonita e interesante decoración para el hogar, es una nota sacada de las páginas femeninas que

EL DIARIO

4a. EDICION

publica todos los jueves. El "chic" exquisito con que se tratan en esa sección de "EL DIARIO", todos los asuntos femeninos, ha de interesar a las señoras de buen gusto que no deben dejar de pedir un ejemplar con el cupón que se publica en la página Nº. 3 de este número de "Pucky"

"EL DIARIO" - Av. DE MAYO 662. - Bs. Aires

Subscríbase a "EL DIARIO", edición de los jueves, remitiendo el importe a razón de 0.10 ctvs., por cada ejemplar que quiera recibir.

UN CASO DIVERTIDO Y ORIGINAL

LOS SECUESTRADORES

Por PHILLYS HAMBLEDON

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

Se refiere este amenísimo relato a los sucesos que acontecieron cuando un joven, por una apuesta, decidió secuestrar a su hermana produciéndose lo más inesperado y sorprendente.

EL vagabundo llamó con algo de amenaza en la voz:

—¡Oiga! ¡Un momento, si le parece, niña!

Saliendo de entre la osuridad de Spenwood Avenue apareció a la débil luz del farolito de aceite que colgaba en la parte delantera de la bicicleta en que montaba Val Travers.

Durante un momento, solo, vió ella un rostro perverso, repelente, sucio, de ojos brillantes de malicia. Luego dió ella un violento golpe de pedal, torció hacia la izquierda, evitó el brazo extendido del vagabundo por sólo una pulgada, y comenzó a alejarse pedaleando furiosamente. El camino se hallaba reblandecido a coinsecuencia de las nieves recientes; pero Val tenía el viento a la espalda. Y en un minuto se halló fuera del alcance del sucio caballero del camino.

Durante unos momentos, Val conservó toda su presencia de ánimo; pero, al salir de las sombras de la avenida y al ver ante ella las luces del alegre "cottage" que compartía con su hermano, comenzó a temblar tan violentamente que se vió obligada apearse, llevando la bicicleta a rastro.

—¡Brrr! — dijo. — ¡Me he escapado de buena! ¡Bob tiene razón! ¡No volveré a cruzar ese camino en la oscuridad!

Abandonó ella la bicicleta en el hall, entrando en el saloncito, confortable y delicado, con sus adornos de alegres cretonas y el fuego que ardía en la chimenea. Era un verdadero alivio ver, junto al fuego a su hermano, fumando su eterna pipa. Y mayor alivio aún ver allí a George Hinkson, su novio. Ambos se levantaron de sus asientos al entrar ella, y mientras George buscaba las zapatillas de Val, el hermano arrimaba un sillón junto al feugo. Val se sintió un tanto sorprendido por tantas atenciones, y comenzó a desconfiar; comenzó a olfatear gato encerrado. Y muy poco tiempo tardó el gato en aparecer, para seguir empleando la misma expresión.

—Val, — dijo el hermano, tomando aquel tono de amo de casa que acostumbraba, y que tanto la molestaba a ella. — Val, te vamos a pasar una buena capina.

—¡Qué audacia!

—Es por tu propio bien. Has vuelto a pasar por la avenida Spenwood.

—¡Claro que sí! — respondió Val, que, si bien se había hallado dispuesta a hacer una verdadera crónica sensacional del encuentro con el vagabundo, entonces decidió callarse.

—Bien sabes, Val, que no es lugar seguro ese, para tí, — interpuso su novio.

—Te hemos dicho ya varias veces que no nos gusta que andes por allí, — continuó su hermano. Y ahora estamos resueltos a impedirlo. Si se te ocurre ir a leerle novelas a la vieja señora Smithies, hazlo; vete en la bicicleta, ya que te agrada; pero vé por el camino principal, donde siempre hay tráfico y luces, y no por la avenida Spenwood, donde no hay ni lo uno ni lo otro. Es el camino más solitario que conozco.

Val, como es lógico, debía haber reconocido la veracidad de las palabras de su hermano, de las que había tenido más que prueba suficiente tan sólo algunos minutos antes. Pero cualquier muchacha que tenga un hermano, comprenderá lo que Val sentía en esos momentos. Lanzó, pues, una mirada des-

pectiva a los dos jóvenes que pretendían manejarla a su antojo.

—¡Oh! ¡Ustedes me tienen harta! ¡Parecen ambos viejos ochentones! ¿Creen ustedes que una muchacha moderna, que tiene un poco de músculos, no puede protegerse a sí misma siquiera por un cuarto de milla de camino? ¿Qué es lo que me puede pasar?

—Muchas cosas, — replicó Bob. — Uno de esos automóviles que van sin luces puede llevarte por delante.

—O algún vagabundo puede molestarte, — agregó el novio, sin sospechar siquiera que ponía el dedo en la llaga.

—Hasta te pueden raptar, — agregó el hermano a su vez.

—Mi querido hermano, — murmuró Val, completamente furiosa ya, ante la sabiduría fraternal. — ¿No te parece que yo puedo muy bien lidiar con un secuestrador?

—No lo creo. Te apuesto veinte contra uno a que no puedes.

Nada quiso él significar con tal frase; pero, apenas pronunciada, se arrepintió. Había olvidado que Val era jugadora de nacimiento y que, para ella, las apuestas eran como para cualquier mujer los bombones.

—Si apuestas medias, te acepto la apuesta, — fué la inmediata y desconcertante respuesta.

Los dos hombres se miraron el uno al otro, sorprendidos. Pero Val, perdido su malhumor, mostraba en su rostro una expresión radiante.

—¡Oh! ¡Es una idea excelente! Ustedes dos van a tratar de raptarme, y veremos cómo salen. ¡Hace años que no hemos hecho nada tan divertido! ¡Y lo haremos mañana mismo, que es víspera de Año Nuevo! ¿Cenaremos en Sunnybank, verdad, Bob?

—Así dijiste que lo haríamos, pero no veo...

—Me explicaré: mañana, entre las siete y las ocho, vendré yo con mi bicicleta por la avenida Spenwood. Si tú y George me pueden hacer prisionera y llevarme por la fuerza hasta Sunnybank, me declararé vencida y nunca más volveré a cruzar la avenida en la oscuridad. Si, por lo contrario, ustedes fracasan, habré ganado, y cada uno de ustedes me tendrá que dar diez pares de las mejores medias de seda. ¿Apostamos?

—Es una idea absurda, — murmuró el novio.

—No es mala idea, — musitó el hermano.

Pocas eran las ocasiones en que cualquiera de los dos hermanos Travers no estuviera dispuesto a una cosa como esta. Pero, según pensaba Bob en descargo propio, sería esta una buena oportunidad para darle una lección a su traviesa hermana. ¡Dios bien sabía que la necesitaba!

—¡Vamos, George querido! — decía Val a su novio, melosa. — Bob está de acuerdo. No eches tú a perder la diversión. Es mi última oportunidad, puesto que el año que viene vas a hacer de mí una señora decente, y la señora de George Hinkson no puede andar por esos caminos de Dios para que la secuestren.

Durante un segundo la joven lo vió. Tenía un rostro desagradable y sucio y un modo de mirar maligno. ("Los secuestradores").

—¡Que el Cielo nos asista! — murmuró el futuro, piadosamente.

—Convenido, entonces. Pondremos como condición que no se han de usar armas.

—¡Naturalmente! ¡Maldita la gracia que me haría que te presentaras con un eno' me revólver!

—Ni una palabra más, entonces.

Val se puso de pie, para dirigirse a preparar la cena. Al pasar frente a su novio, se inclinó y besó a éste en la punta de la nariz y salió, cerrando la puerta. Los dos hombres permanecieron solos en el salón.

—¡Qué mujer! — murmuró George.

—¡Nunca has dicho verdad más grande! ¡Qué mujer! — repitió el hermano.

* * * *

Los secuestradores prepararon sus planes con cuidado y circunspección. George, a pesar de su poco agrado inicial, entró de lleno, poco después, en el asunto, entusiasmado con la idea de dar una lección a su novia. Había en esto de secuestrar a su novia, un algo de hombre rudo, hombre de las cavernas, hombre antediluviano, que lo atraía. Al presente, Val se contentaba con rascarle la barbilla y murmurar: "¡Tonto!" cada vez que él le reprochaba sus audacias. Esta vez, sin embargo, cuando le hubieran demostrado entre él y Bob a ella lo que valen los músculos masculinos, era muy posible que ella los mirara en forma diferente.

Llegó la víspera de Año Nuevo. Los dos

"¡Bob, grandísimo idiota, secuestraste a una joven que no es la que buscábamos!" rugió George. "¡Dios mío!" exclamó Bob. ("Los secuestradores").

secuestradores habían elegido, para "lugar del suceso", aquella parte de la avenida que era más angosta y oscura. A un costado, disimulado entre los arbustos y las altas matas, con todas las luces apagadas, se hallaba un automóvil de alquiler oculto. Ellos lo habían alquilaod, sin conductor, por toda la noche. El hermano de Valentina se hallaba a la izquierda del camino, y el novio a la derecha, pues supusieron que Val trataría de desafiar la vigilancia, poco activa en aqnellas partes, de la policía, marchando con la luz de su bicicleta apagada. A fin, pues, de notar la llegada de la muchacha con la debida anticipación, habían colocado, a algunos metros de distancia, un lecho de hojas secas. El rumor de lae gomas de la bicicleta al pasar sobre ellas, sería la señal. Ellos se darían la mano por sobre el camino, con lo cual la muchacha caería entre ellas sin poderlo evitar.

Hasta entonces, las cosas no podían ser más sencillos. Ella, sin duda alguna, trataría de luchar. Colocarían, pues, una mano sobre la boca de Val, para evitar que gritara. Pero como era pequeñita, casi la mitad del hombre a quien ella iba a honrar con su mano, sería fácilmente dominada entre los dos.

Una vez dentro del automóvil, cerradas las puertas, sería de cuenta de George el evitar que se escapara, mientras Bob llevaría el coche a toda velocidad hacia Sunnybank. Allá, luego, de acuerdo con lo convenido, los tres harían los honores a una comida preparada por la excelente ama de llaves de George.

—¡Ten mucho cuidado con no hacerla daño! — murmuró el novio, dirigiéndose al hermano, del otro lado del camino.

—¡Chitón! — manifestó el otro. — ¡Cállate que alguien viene!

Por la avenida, evidentemente, se acercaba algo. Los secuestradores esperaron, nerviosos, observando fijamente las luces que se movían. Pero, a medida que avanzaban, resultaron ser las de una carreta de campo, cargada de alimentos para hombres y bestias. Estaba la avenida tan oscura, que fué imposible reconocer a los ocupantes de la carreta, si bien una voz amiga, al pasar junto a ellos, dióle las buenas noches. George y Bob respondieron el saludo, continuando de nuevo su vigilancia desde entre los árboles. La brisa soplaba por entre las ramas sin hojas, murmurando canciones desconocidas, de dulzura infinita.

—Las ocho ya, — dijo Bob, mirando su reloj. — Ya debería estar aquí.

—¡Quien sabe si le ha sucedido algo! — respondió George, ansioso.

En aquel momento, a lo lejos, vieron una luz que se aproximaba, a regular velocidad. Esta vez no había forma de equivocarse; era una bicicleta, y una muchacha montada en ella. A poco, se oyó el rumor de las hojas secas. Bob y George se dieron las manos a traves de la angosta senda, según convenido y, según esperaban, la muchacha cayó entre sus brazos. También como esperaba, comenzó a defenderse con toda energía. Mordía, repartía diestro y siniestro puñetazos con sus manecitas cerradas, pateaba....

Aún Bob, que no estimaba en poco las fuerzas de su hermana, se vió precisado a reconocer que la muchacha no carecía de energías.

—¡Vamos, muchacha, quietecita! — exclamó. — No hay necesidad de pegar con tantas ganas. Estás en nuestras manos.

Por toda respuesta sólo percibió un gruñido ronco, pues George, también de acuerdo con el plan convenido, había colocado su mano sobre la boca de la prisionera, para impedirle gritar. Al cabo de muchos esfuerzos, consiguieron meterla en el automóvil, Bob saltó al asiento del conductor y apretó el arranque eléctrico.

—¡Ten cuidado de ella, Geo! — advirtió. — ¡Bonito papel haríamos si se nos escapa a último momento!

—¡Pues en marcha! — respondió el otro. — ¿Qué demonios esperas? ¿No ves que parece una gata y me está dejando como nuevo?

Sus escrúpulos habían desaparecido como por encanto. Sólo sentía el orgullo y la satisfacción de haber demostrado a Val, por fin, que era él el más fuerte. En lo futuro, se acabarían las cosquillas en la barbita al eterno acompañamiento de "¡tonto!".

El automóvil arrancó, cobrando en seguida gran velocidad, pues su conductor se sentía no menos triunfador que el pasajero. Bob, inclinado sobre el volante de dirección, podía oir el rumor que los otros dos hacían dentro, lo que le dió a entender que George se estaba viendo en figurillas para sujetar a su novia. Los dos parecían gritar con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Que gritaran! Bob apretó aún más el acelerador. El velocímetro marcó cincuenta millas por hora. Sólo una cosa sorprendía a Bob: que Valentina no les hubiera dado más trabajo.

Llegaron al portón de entrada de Sunnybank. El auto viró, entrando en la avenida. Las ventanas se hallaban iluminadas, y una luz brillaba también en el pórtico. Repentinamente, Bob hizo un movimiento de sorpresa, y apretó aún más el acelerador. En el pórtico se hallaba, de pie una muchacha, esperando, y su figura era disgustantemente familiar para él. Una de sus manos se apoyaba en una bicicleta.

—¡Hola, muchachos! Me parece que llegan ustedes un poco tarde, — exclamó Val.

Lanzó Bob una mirada de espanto a su hermana, y un pensamiento horrible cruzó por su mente. Si Val, quién sabe por qué medio, se hallaba, ¿quién, en el nombre del diablo, era la que se hallaba dentro del automóvil? Pero, antes de que hubiera tenido tiempo de responderse a tan interesante pregunta, la portezuela del automóvil se abrió violentamente, rodando de dentro dos personas, con un revuelo de polleras y enaguas, en una verdadera bola. Saliendo de la bola, George se puso de pie:

—¡Bob! — chilló, como un energúmeno.

—¡Idiota, te apoderaste de una muchacha que no era la buscábamos!

—¡Dios mío!

—¡Asómbrate ahora, grandísimo tonto! ¡Como si no te hubiera estado gritando durante todo el camino para que pararas!

¡Y eso me ha costado tener la cara como un colador!

—Y me parece que es cierto que le ha quedado así, — intervino una voz de mujer, en tono de alta satisfacción.

Otra persona subía lentamente de la alcantarilla, a la que había caído. Era una mujer y su apariencia, por lo menos, en esos momentos, no era exactamente la de una señora. Tenía el sombrero sobre una oreja, estaba desgreñada, con las ropas en desorden y el rostro sucio de tierra. Pero el aspecto de George inspiraba aun más lástima todavía; el cuello desprendido, la corbata hecha tiras. Nunca dos personas tenían un aspecto más digno de "la mañana siguiente a la noche anterior".

Durante un momento ni Val ni su hermano pudieron pronunciar una sola palabra. Repentinamente, Val dejó escapar una exclamación de asombro:

—¡Cómo! ¡Pero si es Pamela Leach!

—¡Pues claro que sí! — exclamó la señora de la alcantarilla, con severidad. — Estoy pasando una temporada en casa de mi tía, la señora Dónovan, y me voy en bicicleta en forma perfectamente tranquila, por un camino perfectamente tranquilo a poner en el correo una carta tranquilamente, cuando al regresar soy sorprendida, atacada, y secuestrada por dos hombres del aspecto más patibulario que haya visto en mi vida. — Bob miró a George y George a Bob. — Todo lo que puedo decir, Val, es que si estos son los amigos que tienes, ¡Dios tenga piedad de tí!

—¡Pam, eres una delicia! — exclamó Val, — uno nunca sabe la que una mujer va a hacer hasta que lo ha hecho. — Ayudó a la desvencijada dama a ponerse de pie, y la abrazó. — ¿Te acuerdas, cuando estábamos en la escuela, y soñábamos con ser raptadas? ¿Y no vale la pena que, como consecuencia del rapto nos encontremos de nuevo y nos ganemos diez pares de medias de seda por cabeza?

—¿Qué? ¿Cómo? — preguntó Pam, ya más interesada.

—¡Diez pares de medias de seda por cabeza, hija! ¡Pero ven arriba a lavarte y peinarte, y te contaré cómo ha sido eso!

Desaparecieron. Los secuestradores se miraron un momento en silencio, al cabo del cual George dijo:

—¡Bueno! ¡Que me lleve el diablo!...

—¡Que te lleve! — apoyó Bob, fervientemente. — Pero es linda.

Poco tiempo después los cuatro se reunieron nuevamente, todos bien lavados, cepillados y con la apariencia de personas respetables. Vista a la luz, evidentemente Pam resultaba bastante linda. Y era una verdadera sportswoman, también, pues recibió las excusas de ambos hombres graciosamente y, después de haber enviado un aviso a su tía, los cuatro se sentaron a la mesa, a cenar.

Después de la cena hubo baile, aprovechando la transmisión de un concierto bailable desde el hotel Savoy, por radiotelefonía, y dos horas después del secuestro eran los mejores amigos del mundo, estando Bob convencido que Pam era linda, como él había dicho.

George y Val, al quedarse solos, se sentaron junto al fuego.

—¡Vaya si trabaja rápido tu hermano! — dijo él.

—¡Nosotros, los Travers, nunca perdemos el tiempo! — respondió ella, con una mirada de soslayo.

—Hay algo que no entiendo, Val, — dijo George. — ¿Cómo llegaste aquí antes que nosotros?

Rió ella.

—Muy simplemente, — respondió. — A último momento, no me animé a cruzar la avenida. La noche antes un vagabundo me había dado un susto terrible. Le pedí, pues, al viejo Simmonds, que pasaba, en su carreta, que me llevara. Puse la bicleta en el fondo, y me senté junto a él. Recuerda que yo dije que pasaría "con" mi bicicleta, y no "en ella". Ahí está toda la treta, pues yo vine "con" mi bicicleta. Pasé junto a ustedes y no me vieron, a pesar de que les dí las buenas noches.

—¡Bueno! — dijo él. — Bien has ganado tus pares de medias.

El resto de la conversación no vale la pena repetirlo. Sólo diré que, cuando Bob regresó, contento como unas pascuas, en busca de su hermana, la halló junto a George, declinada su linda cabecita rubia en el hombro de su prometido.

¿Será necesario agregar que los periódicos locales anunciaron, tres meses después, la boda de la señorita Valentina Travers con el señor George Hinkson, y la boda del señor Robert Travers con la señorita Pamela Leatch?

Me parece de todo punto inútil.

PHILLYS HAMBLEDON.

No debe existir individuo alguno en la nación que no sea elector o elegido, representante o representado. — Mirabeau.

* * * *

En todos los países, en todas las épocas, los grandes han perseguido implacablemente a los amigos del pueblo, y si, no sé por qué combinación de la fortuna, se ha elevado alguno en su seno, a ese sobre todo es al que han herido, ansiosos de inspirar terror con la elección de la víctima. — Mirabeau.

El pueblo no es un furioso rebaño a quien sea preciso amarrar. Sereno y mesurado siempre, cuando es verdaderamente libre, no es violento y fogoso más que bajo los gobiernos en que se le envilece para tener el derecho de despreciarle. — Mirabeau.

* * * *

Afirmar que Dios ha otorgado al rey su patente, es una risible fábula que la monarquía divulga con cómica seriedad y a la que da fuerza los polizontes. — Max Nordau.

A los lectores:

El constante favor que el público presta a este magazine ha decidido a sus editores a introducir en él algunas mejoras que redundarán en beneficio de los favorecedores de esta publicación.

Dentro de poco "Pucky" aparecerá con mayor número de páginas,—algunas de ellas en cuatro colores,—y un material enteramente inédito y de un especial interés.

De ese modo "Pucky" acrecentará sus atractivos y responderá en toda la amplitud que corresponde al decidido favor del público tanto de la Capital como de las Provincias y de las Repúblicas Oriental del Uruguay, Chile y Paraguay donde circula.

El Director.

La Extraña Historia de STEPHEN USHER.

Intenso y poderoso drama de misterio y aventura que relata la historia de una familia de la más alta aristocracia de Inglaterra, escrito por HENRY B. RICHMOND e ilustrado por el distinguido artista J. LOUIS SMYTH.

(CONTINUACION. -- VÉASE EL NÚMERO 114 DE "PUCKY"

PREFERIRIA dar con ella y no con el número 224, — observó el otro hombre, y la contestación que le dió su compañero no fué oída por Stephen, porque seguramente los dos sealejaron del borde de la orilla.

En el ambiente triste de la prisión, Myra parecía una creación de un mundo diferente y superior. Muchos de los penados, aun de los más empedernidos, hubieran sufrido el mayor tormento con tal de evitárselo a ella.

Stephen comprendía que por dispuesto que se hallara a auxiliar a Myra, en caso de que lo necesitara, no podía hacerlo, así que tenía que contentarse con desear que no le hubiera sucedido nada malo.

Esperó una hora más y luego, como no oía ruido ninguno que hiciera suponer que los guardianes le buscaban aún por las inmediaciones, se decidió a tratar de llegar hasta el campo abierto. Si conseguía llegar al bosque de Fontendene, situado a varias millas del sitio donde se hallaba, las probabilidades de escapar se centuplicarían.

Porque antes de que Stephen hubiese sido enviado a presidio en el lugar de Jimmy Argyle, el anciano abogado Matthew Lincoln había pensado en el día de una posible evasión y había escondido en el bosque de Fontendene un paquete con ropas, elementos para disfrazarse y dinero que permitirían al fugitivo eludir a sus perseguidores.

A Fontendene, puesti tenía que ir Stephen Una vez cambiado de ropa, disfrazado y con dinero, le sería fácil seguir hacia donde quisiera.

No trató de escalar la orilla porque esto le entretendría demasiado y le convenía ahorrar los segundos si deseaba escapar. Tenía, pues, que volver al agua y nadar hasta la zona baja, donde las orillas estaban a pocos pies de la superficie del agua.

Debía proceder con la mayor cautela, porque la niebla había desaparecido casi por completo y la luna brillaba con intensa claridad.

Cuando llegó al agua se deslizó rápidamente hacia ella y nadó hasta encontrarse a una yarda de la orilla. En tal sitio se encontraba seguro, pues al pie de la alta orilla había muchas y altas plantas acuáticas amo amontonadas como matorrales que podían ocultarle con su sombra.

El fugitivo avanzó aprovechando la protección que le prestaba esa aglomeración de plantas.

Siguió nadando de ese modo una distancia entre dos y trescientas yardas cuando de improviso oyó un ruido que aun cuando suave,

se distinguía con relativa claridad en el silencio profundo que reinaba en tales parajes.

Le había parecido un lamento y aun cuando supuso que se habría tratado de una alucinación del oído prestó atención tratando de oír si se producía otra vez.

Volvió a oírse el almento procedente de un sitio a pocos pies arriba de donde él se encontraba y Stephen miró rápidamente hacia arriba.

Sus ojos distinguieron algo que había entre las fibrosas ramas de las plantas situadas más arriba y trató de aguzar la vista y enterarse de qué era. En aquel momento se oyó otro quejido como los anteriores y Stephen pudo distinguir al mismo tiempo de que se trataba.

Era el cuerpo de un ser humano. ¡Alguien había caído desde la alta orilla sobre las amontonadas plantas acuáticas que habían impedido que cayera en las aguas del río.

El convencimiento de que se trataba de eso fué suficiente para hacer que Stephen Usher saliera del agua y se dirigiera hacia el sitio donde se encontraba el cuerpo caído.

Una nueva sorpresa le estaba reservada para cuando llegara al amontonamiento de plantas. ¡El cuerpo caído allí era el de Myra Montagne!

Tenía el rostro pálido y los ojos cerrados. Hundida entre las plantas por la fuerza de la caída, allí había quedado sin conocimiento oculta a las miradas de cuantos hubieran mirado desde la orilla. Hallábase todavía desmayada, pero los gemidos que de vez en cuando se escapaban e su garganta indicaban que no tardaría en recobrar los sentido.

Stephen Usher procedió con toda rapidez. Abriéndose paso entre las gruesas y fibrosas ramas llegó hasta donde estaba la joven y una vez allí se detuvo no sabiendo qué partido tomar.

No pensó en sí mismo ni un solo instante más. En verdad se había olvidado de quién era o mejor dicho de quien representaba ser y su único pensamiento era salvar la vida de Myra Montagne. Era necesario prestarle auxilios sin perder momento.

Miró hacia arriba. Las orillas eran demasiado altas todavía para subir por ellas solo cuanto más levando en brazos a un cuerpo inerte. El sitio donde la orilla era baja y por lo tanto accesible, distaba un cuarto de milla.

Había, pues, que avanzar esa distancia.

Con gran suavidad descendió, costeniendo a la joven, hacia el agua. Experimentando en todos los detalles del arte del salvataje en el agua no encontró dificultad en dirigirse río abajo aun cuando le pareció interminable el tiempo que tardó en hallarse donde la orilla no presentaba dificultades para saltar a tierra.

Myra Montagne abrió los ojos en el momento en que él la colocaba en la orilla. Los cerró inmediatamente. Estaba demasiado débil para luchar contra la fatiga que la dominaba.

Stephen miró a su derredor con ansiedad. Sabía que la joven se hallaba en un estado de extremada debilidad y que únicamente los má inmediatos y prolijos cuidados podían evitar que se extinguiera su vida como lámpara que se apaga por falta de aceite.

No había a la vista casa ninguna, pero detrás de la fila de árboles se distinguía la tétrica mole del edificio de la prisión. Allí había de conducir a Myra Montagne si deseaba que siguiera con vida.

El penado levantó en sus fornidos brazos el cuerpo inerte de la joven y sin vacilar un solo momento, se encaminó hacia la prisión de Grimwood.

Corrió tan rápidamente como le fué posible y ni una sola vez siquiera pensó en lo que iba a costarle su acción. Con el camino de la libertad abierto ante él, seguro de poder escoppar, abandonase el éxito seguro para correr de nuevo hacia el presidio, hacia la vida que había llegado a ser para él más horrible que la misma idea de la muerte.

Continuó avanzando sin que nadie le molestara y cuando llegó a los portones de la prisión tiró enérgicamente de la cuerda de la campana.

El portero que contestó al llamado retrocedió asombrado ante el cuadro que se presentaba ante su vista.

Antes de que pudiera reaccionar contra su extrañeza. Stephen Usher entro en el patio de la prisión con la joven desmayada en brazos.

De este modo el penado 224 regresó a la prisión de Grimwood.

Un visitante para el número 224

De todo aquello que había acontecido después de su regreso al presidio de Grimwood con la joven desmayada en sus brazos, no tenía Stephen Usher el menor recuerdo. No tenía esto nada de extraño, pues inmediatamente después de haber entregado a la señorita Myra Montagne al mayor su padre, le venció la fatiga y la extenuación y perdió el conocimiento.

Se le produjo altísima fiebre y fué necesario llevarle a la enfermería de la prisión donde estuvo delirando cerca de una semana, en todo el curso de la cual no tuvo ni un sólo momento de lucidez.

Fué grande su asombro, en consecuencia, cuando se despertó en estado normal en pleno uso de sus facultades y se encontró en una cama de una de las habitaciones de la enfermería del presidio.

La voz de un hombre fué lo primero que llegó a sus oidos y cuando levantó la mirada vió Stephen Usher que el médico del presidio estaba de pie junto a la cama. Sólo una persona más había en la enfermería en aquel momento, el guardián Goodge, el hombre que, desde que Stephen llegó a Grimwood no había perdido oportunidad de hacerle la vida intolerable.

—Ha recobrado usted su conocimiento muy oportunamente, 224, — dijo el doctor bondadosamente, — un visitante espera autorización para entrar y verle. Está tan impaciente que no quiere esperar más.

—¿Un visitante? — preguntó Stephen Usrhe con gran asombro.

—Sí. ¡Y muy distinguida persona por cierto! — agregó el doctor sonriendo.

Al pensamiento de Stephen se presentó de inmediato la figura de su primo Julián, que había visitado el presidio precisamente el día de su fuga interrumpida y fracasada. La idea de que iba a tener una entrevista con el hombre a quien debía su infamia y su ruina, el autor y causante de todas sus penas, no le era simpática.

El doctor se separó un momento de la cama y se dirigió hacia la puerta de la habitación que parecía haberse movido.

Al llegar a la puerta, dirigió la palabra a alguien que en aquel momento penetraba por ella.

—Ha llegado usted en el momento oportuno, — dijo el médico. — El número 224 acaba de despertarse.

Un suave rumor de ropas siguió al eco de la palabra del doctor y un instante después una bella joven se acercó al lecho. Era Myra Montagne, la hija del gobernador del presidio de Grimwood. Su aire juvenil pareció prestar alegría al ambiente tétrico y aplastante de la enfermería.

Stephen Usher miró a la bella joven como si no se atreviera a creer que su presencia junto a su lecho no representaba parte de un sueño.

—¡Me alegraré de que esté usted mejor! —fué lo primero que dijo la joven con el acento de más íntima simpatía. — ¡Ha estado usted muy enfermo!

—Ahora me ncuentro mucho mejor, señorita, — dijo Stephen. — Aún no he tenido tiempo para poder explicarme dónde estoy y cómo estoy. Espero que usted, por su parte, se habrá repuesto de lo que sufrió a consecuencia de su accidente.

—Usted me salvó la vida, — dijo la joven con naturalidad. — A no ser por usted yo no hubiera sido atendida a tiempo para salvarme de la muerte, pues yo no hubiera podido llegar a tierra por mi misma, ni aún en el caso de que hubiera recobrado el conocimiento cuando estaba sobre las plantas del río. Mi caballo, perdido en medio de la niebla, cayó por la orilla del río y yo, como es lógico que sucediera, caí junto con él. Debe haberse ahogado el pobre caballo. Por suerte yo fuí a caer sobre el matorral de plantas acuáticas que crecía junto a la parte inferior de la escapada barranca. Las plantas, con su elasticidad, amortiguaron el golpe y quedaron dobladas como formando un lecho bajo mi peso. Por eso no caí al río y por eso pudo usted salvarme. Como a no ser por usted hubiera muerto y a usted le debo la vida he considerado mi obligación venir a darle las gracias.

Stephen rehusó con suavidad y amargura.

—No merezco su agradecimiento, señorita, — dijo. — Poco vale lo que yo hice. No fué ni difícil ni arriesgado el sacarla de donde estaba y traerla hasta el presidio. ¡Si fué lo más sencillo del mundo!

La joven le miró fijamente. Se notaba en el fulgor de su mirada la gran simpatía que sentía por aquel hombre todo abnegación y caballerosidad.

—En circunstancias normales quizás hubiera sido muy sencillo, ya que usted lo dice, — replicó ella, — pero no puedo ni quiero olvidarme de que usted sacrificó nada menos que la libertad al traerme desmayada al presidio. Si en lugar de recogerme hubiera seguido huyendo, usted estaría ahora en libertad. Perdone que se lo diga y al decírselo ofenda su modestia. ¡Se condujo usted como un valiente!

Stephen miró hacia arriba y al contemplar el semblante de la joven se dijo una vez más que no era concebible que un hombre abandonara a una persona así a la seguridad de la muerte, hubiera el inconveniente que hubiera para salvarla.

—Me alegro de haber podido serle útil, — manifestó Stephen. — En todo caso sería una pequeñísima retribución a todo lo mucho que ha hecho usted por mí con su amabilidad, señorita Montagne. El consuelo, la entereza, la esperanza con que me han animado sus palabras en esta casa, no podré pagárselo jamás. Hay aquí muchos hombres que son lo que son porque nunca tuvieron oportunidad de ser de otro modo. Yo he visto como la mirada temerosa, fugitiva y a la vez cargada de odios y de rencores de algunos penados, cambiaba de aspecto en cuanto notaban que usted se había ocupado de ellos y he comprendido que si en el mundo hubiera muchas mujeres como usted, más habría muchos hombres como los que están en Grimwood, menos.

La joven sonrió.

—Me parece que es bien poco lo que puedo hacer por mejorar la vida de los hombres custodiados en este presidio, — agregó ella. — Pero no debo darle conversación. No le conviene a usted hablar demasiado pues todavía está muy débil y es necesario que procure ahora restablecerse lo antes posible.

—¡Si ya estoy bien, señorita! — exclamó Stephen.

—Voy a partir hoy mismo y pasaré varios días de visita en casa de una amiga, en el campo, — siguió diciendo Myra. — Espero que cuando regrese se encontrará usted mucho más fuerte y enteramente repuesto. ¡Adios, pues, y muchas gracias, de nuevo, de todo corazón!

Tomó la mano de Stephen que éste tenía sin duda sobre la colcha y la estrechó entre las suyas. Despusé se volvió y desapareció de la habitación con rapidez. A Stephen le pareció que su retirada fué como el paso rápido y luminoso de un rayo de sol.

Cuando miró en su redor sólo vió la cara siniestra y la mirada oblícua y desagradable del guardián Goodge que le observaba con atención. Cerró los ojos entonces esperando que así consiguiría que no se borrara tan pronto de su mente la encantadora visión de la bondadosa sonrisa de Myra Montagne.

¡En salvo!

SOLO en la habitación de la enfermería, Stephen Usher se hallaba acostado boca arriba, tratando en vano de dormir. Pero no podía conciliar el sueño porque la atmósfera era tan pesada

y tan cálida que le costaba trabajo respirar.

Desde lejos llegó un rumor sordo, como un rodar unas veces precipitado y otras lento, de un vehículo muy pesado sobre un pavimento de piedras. Se acercaba una tormenta, la tormenta necesaria en aquella circunstancia para limpiar y refrescar el aire pesado y cálido.

Era de tarde pero faltaba aún mucho para el anochecer y, sin embargo, la habitación, situada en el piso más alto del edificio, estaba tan a oscuras que parecía que estaba cayendo la noche. Esa oscuridad se interrumpía a veces con el brilar de un relámpago al que seguía el repetido retumbar del trueno.

Esos relámpagos que restallaban en el cielo eran precursores de la tormenta que se aproximaba.

Durante cinco minutos más Stephen siguió tendido en el lecho, boca arriba, respirando con dificultad, sufriendo todas las molestias que tenía que causar un ambiente semejante en un cuerpo debilitado como el suyo.

De improviso un trueno horrísono, ruidoso como una colosal explosión, retumbó en el cielo y se repitió durante un rato en todas direcciones hasta morir en un lejano y ronco murmullo.

A ese terrible trueno siguió el repiquetear de gruesas y abundantes gotas de lluvia contra los vidrios de las ventanas. La tormenta se había precipitado de pronto y se hallaba ya en todo su furor.

Una reluciente luz de rayo iluminó la oscuridad de la habitación haciendo parecer aún más densas las tinieblas que le siguieron a causa del contraste.

Otro rugido del trueno, aterrorizador en su furia, pareció sacudir el edificio del presidio hastas sus mismos profundos cimientos.

Hubo un momento de silencio. Quizas no duró medio minuto. La lluvia había cesado de improviso. El trueno se había acallado. De pronto una refulgerante línea de luz penetró en la habitación llenándola con sus azulados destellos. La descarga eléctrica fundió los vidrios y los hierros de la ventana al abrirse paso y redujo la parte de los pies de la cama de hierro donde estaba el preso a un montón informe de retorcidos trozos de metal.

Stephen Usher fué arrojado al suelo y en él permaneció unos momentos aturdido, casi inconsciente por completo. Cuando por fin pudo darse cuenta de lo que le rodeaba, echó de ver, con el horror correspondiente, que un extremo de la habitación se hallaba en llamas.

Con gran dificultad logró ponerse de pié y envolverse en un cobertor de cama. Debilitado por la enfermedad como lo estaba ya y aumentada su debilidad por el reciente choque, casi no tenía más que las fuerzas indispensables para poder sostenerse de pie.

Trató de avanzar unos pasos pero sólo consiguió darse cuenta de que estaba tan débil que no se hallaba en condiciones de realizar ningún esfuerzo, fuera el que fuera, por salvarse.

Apoyándose, para no caer en un velador de hierro que había estado a los piés de la cama, miró con horror hacia la puerta cubierta por una cortina de llamas. En las condiciones en que se hallaba no le iba a ser posible abrirse paso a través del fuego y del humo.

Con toda las fuerzas de sus pulmones gritó pidiendo socorro. No sabía si alguien podía oir sus gritos ni si era posible que acudieran en su auxilio. Pasaron unos minutos y aún cuando él volvió a llamar una y otra vez no se produjo nada que indicara que sus voces de socorro hubieran sido oidas pues nadie se presentó a auxiliarle.

Dos veces trató de llegar a la puerta pero cada vez se sintió a punto de desmayarse al encontrarse ante el humo y el fuego, así que no tuvo más recurso que retroceder abandonando toda esperanza de escapar, por lo menos por aquel lado donde las llamas aumentaban por momentos.

Un hombre dotado de medianas fuerzas físicas y de regular actividad hubiera podido atravesar corriendo la zona del fuego y llegar sano y salvo al otro lado, pero Stephen que no podía dar dos pasos seguidos sin detenerse jadente, hubiera perecido si lo hubiese intentado, antes de dar un docena de pasos.

Esperó, pues, donde estaba convencido de que aguardaba el fin ileludible, pensando que aguardaba el fin ineludible, pensando te en una atrevida intentona de libertad que esperarla impávido sin hacer nada.

Sin embargo no tomó la decisión de desafiar a las llamas y confiando en la posibilidad de un socorro de último momento, permaneció quieto, resuelto a morir donde le tocara morir y persuadido de haber hecho cuanto había podido por pedir el auxilio que necesitaba.

Comprendía, por otra parte y esto quizás le decidiera adoptar la actitud de espera que en el presidio debía reinar, con motivo del incendio, gran confusión y que por eso no había acudido nadie en su auxilio, pero que pasados los primeros minutos de aturdimiento se acordaría alguien de él y acudiría a libertarle de su prisión de llamas.

Esta esperanza se realizó, por que despues de haber esperado valerosamente otro minuto más, oyó un grito que procedía de otro lado de la cortina de fuego.

—¡Hola, 224! ¿Está usted ahí todavía?

Stephen respondió inmediatamente, experimentando un alivio grandísimo.

—¡Sí! ¡Estoy en la habitación donde estaba! — gritó tán fuerte como su garganta reseca se lo permitió — ¡No puedo pasar a través del fuego! ¡No tengo fuerzas!

—¡Voy a tratar de llegar hasta usted! — le contestaron.

Stephen no oyó nada más hasta que resonó el ruido rápidas pisadas y un hombre que con la cara sucia de humo y los ojos llorosos apareció saltando como un loco, de en medio del fuego. Era un guardián del presidio.

Se acercó a Stephen y sosteniéndole con un brazo, le urgió a que se agarrara de su cuello de modo que pudiera llevarle sostenedo en el aire.

—¿Puede usted soportar el paso por el fuego si lo llevo? — preguntó.

—Si, puedo.

El guardián hizo una breve pausa para tomar aliento y levantando a Stephen con fuerza hecúlea avanzó hacia el fuego.

Penetraron en el pasillo lleno de llamas. El calor era horrible, el humo sofocaba.

Stephen poco podía hacer por sí, así que se dejó llevar por el guardián, que cumplió valerosamente su misión, y sosteniéndole en alto, sin ceder ni un solo momento, avanzó llevando a aquel hombre que a no ser por él hubiera perecido.

Atravesaron la zona del incendio y llegaron después de pasar por otro corredor lleno de humo, pero no de llamas, a una parte del edificio no afectada por el incendio.

Allí se detuvo el guardián y soltó a Stephen que se hallaba a punto de desmayarse, tanta era su debilidad. Se agarró al pasamanos de hierro de la escalera, junto a la cual se encontraban, y así evitó el caer al suelo.

El guardián, agotado también, pero sin haber sufrido daños de importancia, recobraba rápidamente su aplomo, fuera ya de la zona de peligro.

Aun cuando se hallaba aturdido, Stephen se daba perfecta cuenta de lo que debía a aquel hombre, que, encontrándose de pie ante él le miró a la cara a fin de darse cuenta de quien era el que había acudido a salvarle cuando ya se daba por perdido.

Cuando por primera vez tuvo ocasión de ver el rostro con claridad experimentó una gran sorpresa al reconocer a su denodado salvador.

¡Era el guardián Goodge!

Era aquel el hombre que, de todos los que en el presidio podían haberse recidido por a salvarle, el que lo había hecho.

Era el mismo que, desde su llegado a Grimwood no había perdido ocasión de hacerle objeto de los peores y más viles vejámenes, habiendo llegado a hacerle intolerable la vida.

Pero todos estos recuerdos tristes se desvanecieron de la memoria de Stephen Usher, que se sentía avergonzado por haber juzgado la condición de aquel hombre por sus maldades pasadas.

—Gracias, señor, — le dijo. — Ha corrido usted un peligro muy grande por salvarme la vida. A no ser por usted hubiera perecido en aquella habitación, de la que mi debilidad no me dejaba salir.

Una sonrisa enigmática se dibujó en el rostro antipático del guardián Goodge.

—¡No me dé las gracias, número 224!— dijo bruscamente. — Si acudí a socorrerle no fué por que me importara nada usted en su condición de hombre. Fué por que usted me puede ser mucho más útil vivo que muerto.

Stephen Usher no podía equivocarse al juzgar el tono de amenaza de las frases de aquel hombre.

—¡No le entiendo! — fué todo lo que pudo decir.

—Pronto lo entenderá todo, porque voy a explicarme con claridad, — añadió Goodge. — Mientras usted estuvo con delirio, una noche que yo le estaba custodiando por que me hallaba de guardia, empezó a decir una porción de cosas, que, en su estado normal, usted no lo hubiera dicho a nadie. En primer lugar sé que usted no es Jimmy Argyle, sino lord Stephen Usher, conde de Ravenhurst, a quien busca la policía como autor de la muerte de un hombre llamado Marsden. Es este un dato por el cual la policía me daría las gracias, pero yo no lo he comunicado a nadie, porque pensé que usted podría arreglar las cosas de modo que se me pague mejor por callar de lo que me pagarían por hablar. Le he salvado la vida porque si usted hubiese muerto achicharrado yo hubiera perdido la oportunidad que se me presenta, de hacerme rico. ¡La cosa valía la pena, lord presidiario!

Débil y poco inclinado a conceder mucha importancia a los inconvenientes que se le presentaban a él personalmente, Stephen Usher no pudo, sin embargo, oir las palabras del hombre de aquel sin sentir que la sangre le hervía en las venas.

Pudo, no obstante, disimular su emoción, convencido de que no había fuerza humana que pudiera arrebatar al guardián Goodge el convencimiento adquirido y pensando que si el dinero podía hacerle callar, el hombre callaría hasta el día en que la verdad se abriera camino. El dinero empleado en comprar su silencio no sería dinero mal empleado.

Además, a pesar de las razones que Goodge había expresado como motivo de su acción, el hombre aquel le había salvado, demostrando verdadero valor y alguna recompensa merecía por este concepto.

—Le digo esto, — manifestó el guardián, — porque estoy dispuesto a jugar limpio. Además puede ser que yo tenga oportunidad de mostrarme amigo suyo mientras usted siga en el presidio. No niego que mi único deseo es tener dinero. Como usted no me lo pueda dar, ¿quién me lo dará?

—Si busca usted el modo de ponerme en comunicación con el abogado señor Matthew Lincoln y le ve, secretamente, en el castillo de Ravenhurst, él le dará la suma que usted diga, — contestó Stephen con voz débil.

Y un instante después, vencido por la debilidad que le había dominado poco a poco, cayó sin sentido en brazos del guardián, que se adelantó a sostenerle al verle caer.

Traslado

DURANTE la semana que siguió al día del incendio, Stephen Usher fué mejorando rápidamente. El guardián Goodge fué felicitado por su heroica acción y aceptó con modestia los plácemes de todos.

Después de una quincena de descanso y buena alimentación Stephen Usher fué dado de alta por el médico y declarado en condiciones de volver al trabajo.

Pero antes tuvo una larga conferencia a solas con el gobernador.

El mayor Montagne empezó por manifestar a Stephen lo mucho que le agradecía e

haber salvado la vida a su hija Myra, pero agregó que no tenía más remedio que dar cuenta de su escapatoria, aun cuando, estaba convencido de que de no haber sido por el la joven hubiera perecido en el río.

Manifestó también que el castigo en que había incurrido con motivo de la tentativa de fuga, no lo sufriría hasta después de la visita de cárceles que iba a verificarse dentro de pocos días y que él buscaría el modo de que la disminuyeran en lo posible, teniendo en cuenta que el fugitivo había regresado voluntariamente al presidio. En el interín su vida sería la de los demás penados alojados en el establecimiento.

Pero Stephen Usher no estaba destinado a permanecer durante mucho tiempo más trabajando en las canteras de Grimwood.

Tres mañanas después de aquella en que se entrevistó con el gobernador en su oficina, volvió a ser llamado al mismo sitio.

Sin acertar de qué podía tratarse Stephen, — acostumbrado a las impresiones desagradables, — fué hasta el despacho del gobernador con dos guardianes con sendas carabinas.

—Va usted a abandonar el presidio de Grimwood, número 224, — anuncióle el mayor Montagne mirando un documento oficial que tenía en la mesa, desplegado ante él. — Este papel me transmite la orden de trasladarle sin pérdida de tiempo al presidio de Portmoor. Procede del ministerio de Justicia. Como lo esperaba, se ha corrido la noticia de sus sucesivas tentativas de evasión y esto ha hecho, sin duda, que mis superiores hayan pensado enviarle a un establecimiento donde la disciplina es más estricta que en Grimwood y donde, por cierto, le será más difícil resistir el régimen.

Dicho esto ordenó que llevaran a Stephen a su celda hasta que estuviera todo dispuesto, para su traslado, aquella misma tarde.

Cerca del anochecer, un automóvil de cuatro asientos estaba dispuesto en el patio del presidio para conducir a Stephen.

Tres guardianes armados le iban a acompañar. Dos irían en el asiento de detrás, junto con el preso, el otro ocuparía el asiento delantero, junto al chauffeur.

En el automóvil debían ir solamente hasta la próxima estación de ferrocarril, situada a ocho millas del presidio.

El automóvil con su bien custodiado e importante pasajero salió de Grimwood aquella tranquila tarde del avanzado otoño cuando el sol se estaba poniendo. Cuando llegó a los bosques, situados a tres millas del establecimiento, la oscuridad, que iba aumentando por momentos se acrecentó con la sombra proyectada por el ramaje de los grandes árboles que flaqueaban la carretera.

Todo se desarrolló sin tropiezo hasta que el automóvil volvió un rápido recodo del camino y el chauffeur vió delante de él una luz roja que alguien balanceaba de un lado a otro, situado en mitad del camino, a unas cincuenta yardas de distancia.

El chauffeur, sorprendido y dándose cuenta al instante de que aquello era señal de que existía algún peligro, no tuvo más remedio que detener el coche, lo que consiguió a pocos pasos del sitio donde estaba la luz.

Entonces fué cuando se produjo la verdadera sorpresa, pues tan pronto como el coche estuvo inmóvil, seis hombres surgieron rápidamente de la oscuridad, de ambos lados del camino y avanzaron hacia el vehículo. Dos de ellos se dirigieron cada uno de un lado, hacia el chauffeur y el guardián que estaban en el asiento delantero y apuntándoles con el revólver se aproximaron amenazadores. Dos más subieron por los lados del coche y amenazando con sus armas, cada uno a un guardián. Los otros dos quedaron de reserva.

—¡Ni una palabra, guardianes! — gritó uno de los hombres con voz que no admitía réplica. — Vamos, baje del coche, mi jefe, — añadió dirigiéndose a Stephen. — ¡Pronto!

Stephen Usher no menos sorprendido que los guardianes, pero comprendiendo que se trataba de un bien combinado plan para ponerle en libertad, se levantó preguntándose en vano quién habría combinado aquel plan.

Con los revólvers relucientes colocados a poca distancia del rostro, los guardianes no tenían más remedio que permanecer inmóviles esperando una ocasión en que pudieran cambiar, mediante un ataque repentino y vigoroso, los términos de la situación.

Stephen descendió del vehículo y apenas había puesto pie en el camino cuando los asaltantes, obrando con rapidez y seguramente obedeciendo instrucciones superiores, avanzaron hacia los guardianes y el chauffeur. Tomados de sorpresa, aquéllos no pudieron hacer nada y medio minuto después estaban maniatados y metidos todos en el interior del automóvil.

Una vez hecho esto el hombre que había actuado como jefe de la partida se volvió hacia Stephen y le entregó un largo sobretodo y un sombrero.

—¡No estuvo mal combinado el golpecito! ¿Eh, Jimmy? — dijo.

Stephen no tenía idea de quién era la persona que le hablaba, pero comprendió por las primeras palabras que dijo, que era un compañero de Jimmy Argyle, y se dió cuenta de que debía proceder con grandísima cautela.

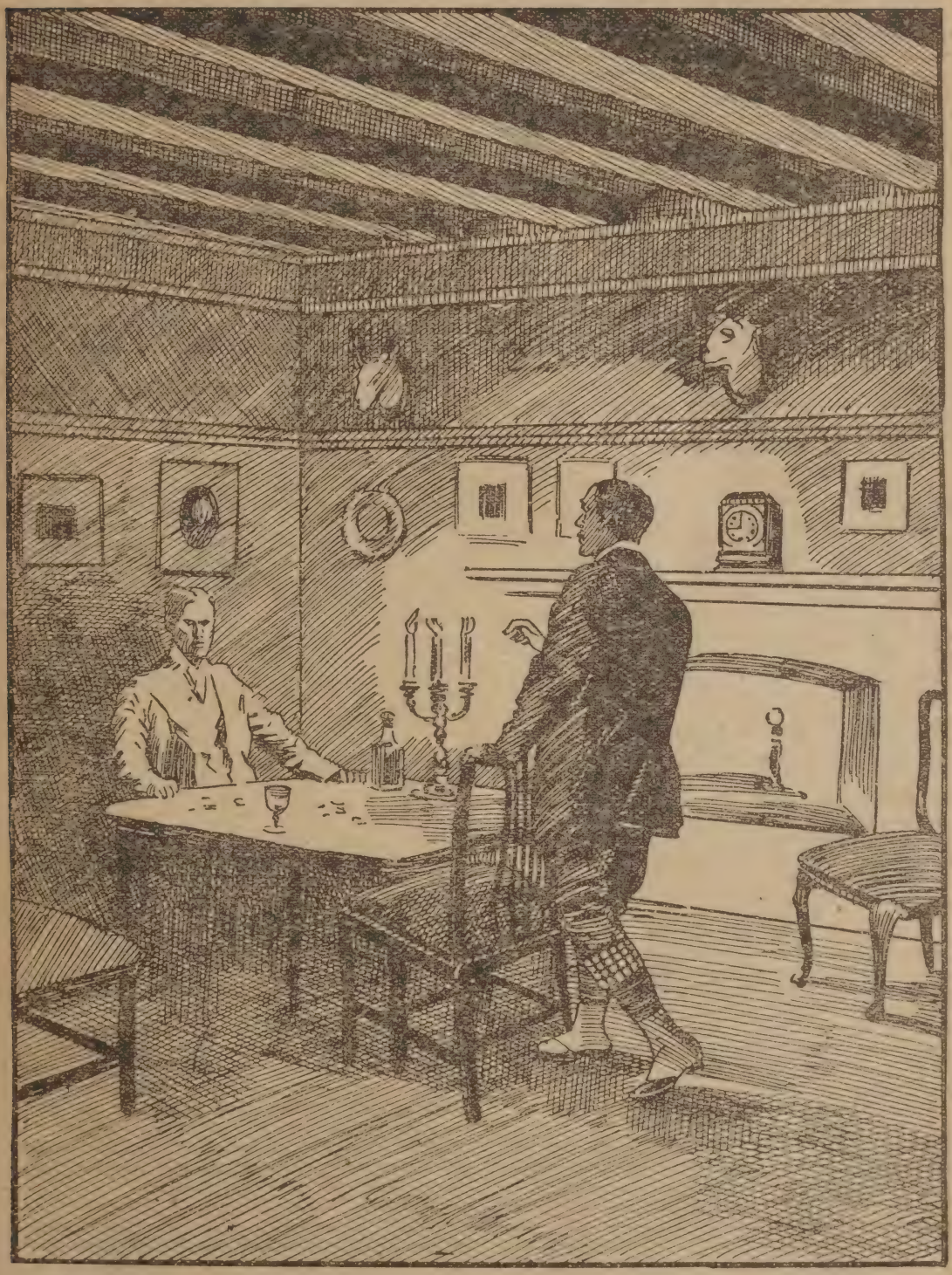
—Han trabajado ustedes muy bien, — dijo alegremente.

—Lo preparamos para darle una buena y grata sohpresa, Jimmy,—añadió el otro.— Todo se desarrolló con felicidad completa. La nota del ministerio del Interior fué una maravilla de imitación y gracias a ella el jefe de Grimwood, creyéndola auténtica, se decidió a mandarle a que pasara por aquí.

—Muy bien imitada tenía que estar porque el gobernador de Grimwood no tuvo ni siquiera la menor sospecha. — ¡Pero el plan era atrevido!

—¡Atrevido! — repitió el fiel amigo de Jimmy Argyle. — ¡Un plan digno de usted! ¿En qué negocio se ha metido usted nunca si no era difícil y aventurado? Al hablar de planes me acuerdo de que esta aventura insignificante tiene su razón de ser.

—¡Ah! ¿Existe alguna razón para que us



¡Del otro lado de la mesa estaba sentado el espectro de Stephen Usher! Julián se quedó inmóvil mirándolo y después... ("La extraña historia de Stephen Usher").

tedes hayan querido verme en libertad hoy mismo, después de tantas semanas en Grimwood? — dijo Stephen.

—Existe una excelente razón, Jimmy, — le contestó el otro. — Antes lo hubiéramos hecho sino hubiésemos estado convencidos que no hay presidio que le tenga encerrado mucho tiempo. La gavilla se está desorganizando y desbandando desde que usted nos falta y como he combinado un plan soberbio y que puede ser de gran resultado, hemos considerado que usted debía ser quien organizara los detalles a fin de dar el golpe en buenas condiciones.

Stephen Usher no dejó de encontrar graciosa la idea de que esperaran que él combinara los detalles de un "golpe" que seguramente sería algún robo de extraordinarias proporciones. Al mismo tiempo se daba cuenta de que no le iba a ser muy fácil librarse de aquella cuadrilla de hombres de acción que le habían libertado, creyéndole Jimmy Argyle.

Siguió un breve silencio durante el cual el jefe del grupo miró con atención a aquel a quien creía Jimmy Argyle.

—¡Lo encuentro cambiado, jefe! — dijo por último. — No parece usted el mismo de siempre.

—Soy el mismo, sin embargo, — dijo Stephen convencido de que a pesar de su parecido no podría seguir engañando por mucho tiempo al amigo íntimo de Jimmy Argyle.

—Si parezco cambiado es porque hace poco estuve enfermo, muy grave, a la muerte, y todavía no me encuentro completamente repuesto.

—¡No habrá sido la vida de presidio lo que le enfermó, pues ya la conocía bien! — dijo el otro. — ¡Si ha estado enfermo, es otra cosa, pero unas cuantas semanas de encierro no podrían hacer mella en quien como usted, conoce lo que es el mundo como el que más! Pero hemos charlado demasiado, — añadió con gran satisfacción para Stephen. — No es posible que se hayan enterado todavía de su fuga, pero esto no es razón para no aprovechar la ventaja que tenemos.

—Es verdad, — dijo Stephen. — Los minutos son preciosos en estos casos.

—Nosotros vamos a dispersarnos aquí, de modo que los guardianes se confundan lo más posible, — dijo el compañero. — Mientras yo doy órdenes a los muchachos, usted puede retirarse por su cuenta. Nos encontraremos mañana en Londres, en el sitio de reunión de costumbre.

—Muy bien, — dijo rápidamente Stephen. — Yo me arreglaré por mi lado.

—No tendrá dificultad ninguna. A dos millas de aquí encontrará todo lo que necesite. ¿Conoce usted el pantano de Pendon?

—Sí. Queda al Oeste de aquí y puedo ir hasta él cruzando por los bosques. Más allá de Pendon está el bosque de Fontendene.

—No necesita ir hasta el bosque y no irá si es cuerdo, — dijo el hombre. — He estudiado las costumbres de los guardianes de Grimwood y he notado qe cada vez que huye un penado colocan un cordón de vigilancia en torno de ese bosque, pues se le considera un sitio al que cualquier fugitivo primerizo y poco práctico ha de ir en busca de escondite. El que se halle en el bosque antes de ser puesto el cordón de vigilancia, puede estar seguro de que volverá al presidio.

—No lo olvidaré, — dijo Stephen.

—Usted no necesita más que ir al Chalet Rojo, situado a la orilla del pantano de Pendon. Todo está combinado para recibirle. Allí encontrará usted alimentos, ropa, dinero y cuanto necesite. Se ha preparado todo de modo que si usted no escapa nadie tendrá la culpa más que usted mismo.

—Pede estar seguro de que si me pescan no será por mi culpa, — declaró Stephen.

—¡Entonces, en marcha, Jim! — urgió el otro tendiéndole la mano. — Mañana nos veremos.

Stephen estrechó la mano de su salvador.

—Gracias por todo lo que han hecho por mí. ¡Adiós! — dijo.

Acababa de decir esas palabras cuando oyó un ruido a lo lejos. Los otros también lo oyeron y pareció infundirles nueva actividad.

—¡Un caballo! — exclamó el hombre cuya mano aun estrechaba Stephen. — Esto significa que el coche y los guardianes van a ser descubiertos y pronto llevarán al presidio la noticia de lo sucedido. ¡Hay que desaparecer pronto! — y añadió dirigiéndose a los otros: — ¿Se acuerdan de mis instrucciones, muchachos? ¡Pues en marcha! ¡Pronto!

En diferentes direcciones desaparecieron todos a la carrera.

Stephen se dirigió hacia el bosque camino del pantano de Penton en cuya orilla estaba el Chalet Rojo.

El hombre a caballo era un hacendado de las inmediaciones que se sorprendió sobremanera al ver el automóvil parado.

No tenía llave para abrir las esposas con que los hombres de Jim habían maniatado a los guardianes, así que lo único que pudo hacer fué apearse, dejar suelto el caballo para que volviera a su casa y manejar el automóvil de regreso a Grimwood.

No es necesario decir que su llegada produjo en el presidio enorme sensación.

El chalet rojo

STEPHEN USHER no tenía intención de ir al Chalet Rojo de la orilla del pantano de Penton. Su deseo más ardiente era marcharse de aquellos parajes lo antes posible y no perder tiempo en visitas. Además, visitando el Chalet Rojo se complicaría de hecho en los asuntos de la gavilla de Jimmy Argyle, cosa que le convenía y deseaba evitar.

Se dirigió hacia Penton, en primer lugar porque quería que quien se lo había aconsejado lo viese marchar hacia allí, pero con el propósito ulterior de cambiar de rumbo cuando se hallara dentro del bosque y seguir, no hacia el pantano, sino hacia Fontendene, a donde le convenía ir por ciertas razones.

A pesar de la advertencia del jefe del gru-

po que le había puesto en libertad, sobre los peligros que le amenazarían si se metía en el bosque de Fontendene. Stephen Usher estaba resuelto a dirigirse hacia él porque allí ra donde su fiel y viejo amigo Matthew Lincoln había escondido, en lugar secreto, los elementos necesarios para escapar sin ser conocido. Oculto en sitio que Stephen Usher sabía encontrar estaba un paquete con ropas, dinero y los elementos necesarios par difrazarse de varios modos diferentes, a fin de burlar la vigilancia de los gendarmes y poder regresar al castillo de Ravenhurst.

Por esta razón se dirigió hacia el bosque y, aún cuando estaba lejano, daban las ocho en el momento en que sólo le faltaba una milla para llegar a él.

Había avanzado con rápido paso, pero al hallarse cerca consideró necesario seguir más lentamente y, sobre todo, con la mayor cautela.

Por el momento no se notaba indicio de que los guardianes anduviesen en busca del fugitivo, pero sabía que su fuga era conocida desde algún tiempo y que no tendría nada de raro que de un momento a otro comenzara una batida. El cañón del presidio había retumbado largo rato antes, comunicando a la población comarcana la fuga de un penado y despertando la codicia de los lugareños, que saben que ganan una prima si detienen al prófugo.

Pero como todo se había desarrollado sin tropiezos hasta aquel momento, Stephen Usher creía que nada podría variar su suerte y que tenía el éxito final asegurado.

Esta esperanza pronto se dió desvanecida porque en el momento en que desembocaba en un pequeño claro del bosque vió, con el terror que es de suponer, una figura en la que reconoció a un guardián del presidio.

Se miraron un instante, y sin duda el guardián se asombró más que él del imprevisto encuentro. Stephen, aprovechando aquel instante de aturdimiento del hombre y procediendo con una rapidez y una agilidad que demostraban que había recobrado ya todas sus fuerzas, saltó sobre el guardián y le hizo caer al suelo bajo el peso de su cuerjo.

El guardián cayó de espaldas y el golpe que dió en el suelo le dejó sin aliento. Trató de hablar, pero no le fué posible, de lo que Stephen Usher se dió cuenta, pues lo que deseaba por encima de todas las cosas era que el hombre no diera voces y no avisara a aquellos de sus camaradas que se encontraban cerca.

A fin de no dejarle hablar, Stephen Usher le puso una mano en la boca y recién entonces le miró a la cara y notó, con gran asombro, que el hombre a quien tenían sujeto era su torturador el guardián Goodge.

Como e podía hablar, Goodge trató de expresar por gruñidos y señas que tenía algo importante que decirle y Stephen Usher se decidió al fin a correr el riesgo de dejarle la boca destapada.

—¡No sea usted tonto, número 224!—suspiró el hombre. — Yo no quiero detenerle ni denunciarle. ¡Suélteme!

Algo había en el tono de aquel hombre que decidió a Stephen Usher a acceder a su entrecortado pedido y hasta llegar a ayudarle a que se pusiera de pie.

—¡Pero ha sido una locura suya haber venido a este sitio, número 224! ¡Este es un error que cometen todos los principiantes, y por eso caen en seguida en manos de la partida que sale a buscarles! ¡No me imaginé nunca que fuera usted tan ingenuo para venir a meterse en la boca del lobo! De todos modos nuestro encuentro ha sido providencial. Aún tiene usted tiempo para huir, pero haciéndolo en seguida. En lugar de venir a este bosque, mejor hubiera hecho en regresar directamente a los portones del presidio, como la vez anterior.

—¿Va usted a ayudarme a escapar? — preguntó Stephen Usher.

—¡Sí! No me conviene que lo prendan nuevamente. He calculado, como usted lo sabe, que por intermedio de usted puedo arreglarme una situación y creo que siempre podrá usted hacer más por mí en libertad que preso.

—¿Cómo puedo salir de aquí?

—Todo este bosque está rodeado por gente de la policía local. Un grupo de agentes rastreadores recorre el bosque en busca de la pista del fugitivo, y crea usted que no dejarán un palmo de terreno sin examinar.

Las noticias qe le daba Goodge no podían ser más desagradables para Stephen, pero éste aun esperaba poder recurrir a una salida: la del Chalet Rojo.

—El único consejo que puedo darle es que se aleje lo antes posible del bosque, — añadió Goodge. — Por ahora no hay gente de policía de este lado. Una vez fuera usted se arreglará. Váyase, pues. Si logra que no le prendan, ya tendrá noticias mías dentro de poco por intermedio de su amigo el abogado.

Ansioso de no perder tiempo, Stephen Usher no esperó más. Se abotonó el largo sobretodo, se encasquetó el sombrero y volviendo la espalda al guardián Goodge, desapareció en la oscuridad.

Una casa aislada y solitaria se levantaba a la orilla del traidor lodazal conocido por Pantano de Penton.

No había nadie en los contornos. Ni una sola persona se distinguía en los alrededores. Sólo un hombre hallábase bajo la sombra que proyectaban las ramas de un árbol que estaba delante de la casa.

Aquel hombre era Stephen. Había llegado hacía varios minutos y aguardaba preguntándose si obraría con prudencia llamando a la puerta de la casa. Aun cuando su aspecto era tétrico e inhospitalario, parecía atrayente al hombre perseguido que dos horas antes cuando se había separado del guardián Goodge y, cansado y hambriente, hubiera corrido los riesgos mayores con tal de obtener donde guarecerse y algo qué comer. Por eso, decidiéndose al fin, se encaminó hacia la puerta del Chalet Rojo y no sin vacilar de nuevo otra vez, levantó por último la mano y agarrando el aldabón dió con él varios golpes suaves.

Casi inmediatamente respondieron al llamado, como si alguien hubiese estado esperando en el zaguán.

La puerta se abrió y la luz de una lámpa-

ra de petróleo le iluminó la cara. A la luz de la misma lámpara vió el recién llegado que quien había abierto la puerta era una mujer.

—¡Jim! — exclamó ella inmediatamente. — ¡Adentro en seguida!

Stephen entró y la mujer cerró la puerta con apresuramiento.

Inmediatamente la mujer que le había hecho entrar le empujó hacia una habitación, donde entró ella también, poniendo la lámpara encima de una mesa.

Notó Stephen, no sin sorpresa, que se trataba de una mujer de menos edad que él, hermosa, alta y de simpático semblante. Parecía que su presencia no se avenía con lo tétrico del aspecto de aquella desolada casa.

—¡Qué tarde, Jim! ¡Hace tanto que esperaba! — dijo ella acercándose cariñosamente a Stephen. — ¿Qué ha sucedido? ¿Hubo algún tropiezo?

La mujer se acercó más a él y le puso las manos en los hombros, mirándole fijamente cara a cara.

—¿Qué sucede, Jim? ¿Qué ha sucedido? — preguntó.

El la tomó las muñecas y se separó suavemente. Ella se resistió y acercó más aún su rostro al del hombre, mirándole en los ojos como si quiera leer en ellos hasta sus más íntimos pensamientos.

—¡Pero Jim! ¿Por qué no hablas? ¿Qué te ha pasado? — preguntó en voz baja. — ¡Ya no conoces ni a tu propia esposa?

Una luz en el mar

UN verdadero torbellino provocó la nueva sorpresa en el cerebro de Stephen Usher. Ninguno de los peligros que había corrido desde su fuga de presidio le había atemorizado tanto como la manifestación que acababa de hacerle aquella mujer, la única habitante del solitario Chalet Rojo.

En lugar de Jimmy Argyle, el conocido ladrón, a quiene se parecía muchísimo. Stephen Usher había sido enviado a presidio. Habíale convenido que así fuese y por Argyle había sido conocido en el establecimiento penal de Grimwood. Además, creyéndole Argyle le habían sacado de manos de los guardianes los compañeros del ladrón y si había ido al Chalet Rojo era porque ellos le habían dicho que encontraría allí cuanto pudiera necesitar para desaparecer sin ser visto.

Hasta entonces todo había salido bien. Stephen Usher se admiraba, regocijado, de su buena suerte. Pero cuando llegó al chalet fué recibido por una mujer, joven y hermosa, que le había saludado como si saludara al verdadero Jimmy Argyle, a su marido. ¡Aquella joven era la esposa del ladrón!

Tal revelación impresionó tanto a Stephen Usher que permaneció callado, inmóvil, con los ojos muy abiertos y sin saber qué decir.

—¡Qué mal están esos nervios! — dijo la joven interrumpiendo aquel angustioso silencio. — ¡Tanto sufrimiento y tantas vicisitudes logran quebrantar el carácter más firme! ¡Valor, amigo mío! Todo lo pasado es ahora historia antigua! ¡Lo principal es que el prisionero no vuelva a ser cazado y devuelto a la jaula!

Stephen Usher trató de hablar, pero tan aturdido y atribulado estaba que no pudo pronunciar una sola palabra ni decir, como era su propósito, que él no era quien ella se figuraba y que si podía admitir que los jueces y carceleros le tomaran por otro, no quería que pudiera decirse que se había valido de su parecido para dejar en el error a la mujer del hombre a quien se parecía.

La mujer, ansiosa de ayudar a aquel a suponía su marido, no le dió tiempo para cordinar sus pensamientos.

—No hay un momento que perder, Jimmy, — dijo ella hablando rápidamente. — Los guardianes estuvieron ya una vez y dijeron que volverían. Es necesario desaparecer inmediatamente. ¡Pronto! ¡Por aquí! ¡Vamos!

Tomó la lámpara que estaba sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta. Mecánicamente y casi sin idea determinada sobre lo que estaba haciendo, Stephen la siguió. Ella le condujo por un estrecho pasadizo hasta una puertecita que quedaba casi oculta en el hueco de debajo de la escalera de anchos peldaños de madera, que conducía al piso superior.

Abrió aquella puertecita y la luz de la lámpara permitió ver que daba el interior de un cuartito pequeño destinado a guardar leña y carbón, de los que no había más que una pequeña cantidad en un rincón.

La mujer entró en el cuartito y siguió hasta la pared del fondo. Stephen no pudo ver qué hacía, pero de pronto la pared pareció hundirse en el piso y dejó abierto un hueco del tamaño de una puerta pequeña y oscuro.

—Por aquí se va a un pasaje que conduce a una serie de cuevas unidas entre sí por túneles, — anunció Monna Argyle. — Por aquí hasta el mar, la distancia es una milla. Como escondite no puede haber sitio más seguro. Ya nos veremos luego.

Al decir esto se apartó a un lado como para dejarle paso. Al avanzar Stephen ella le tomó el brazo y le puso un objeto en la mano. Era una pequeña linterna eléctrica.

—Esto puede ser muy útil ahí abajo, — dijo rápidamente. — Al final de la escalera está un canasto con alimentos para varios días por si cunde la alarma y no puedo ir yo tan pronto como deseo. Junto al canasto hay un atado con ropa. ¡Vamos, Jim, pronto! Yo voy a esperar aquí la llegada de los guardianes. Esperó que no me será difícil despertarlos. Hasta pronto.

Stephen Usher que, hasta aquel momento había estado demasiado asombrado para poder hablar, hizo un nuevo esfuerzo. El hecho de que aquella mujer le creyera su esposo y él lo consintiera, le parecía descortés de su parte y deseaba decir la verdad.

Pero el hado lo dispuso de otro modo, pues no le dejó tiempo para hacer lo que pensaba, pues en aquel momento sonó un terrible aldabonazo en la puerta del chalet.

Los guardianes volvían: lo habían prometido.

No había momento que perder. Stephen Usher estaba resuelto a todo antes que somo

terse de nuevo a que lo capturaran y comprendía que aquel escondite le asegurata su salvación, así que decidió explicar a Monna Argyle la vordad sobre su situación cuando el peligro hubiera pasado.

Así, pues, dirigiendo a la mujer una mirada de agradecimiento, lanzó el haz de luz de su linterna eléctrica hacia los escalones de la rústica escalera de piedra y comenzó a descender. Inmediatamente la pared del cuarto del carbón volvió a su sitio y Stephen oyó los pasos de la señora de Argyle que se alejaba.

Cuando llegó al final de la escalera, se encontró en un amplio túnel abierto en la roca.

En el suelo estaban la canasta y el envoltorio. En la canasta había abundantes provisiones. Comió con el apetito que es de suponer en un hombre que llevaba tantas horas sin probar bocado. No pensó en economizar provisiones por si le tocaba tener que esperar algún tiempo, y, sentado en el último escalón de piedra satisfizo plenamente su apetito.

Cuando hubo terminado de comer se levantó con nuevas fuerzas, dispuesto a luchar con energía por su libertad. Se le había aclarado su inteligencia, desaparecido por fin el aturdimiento de poco tiempo antes, debido todo él en verdad al estado de fatiga en que se encontró.

Las ropas fué lo que llamó luego su atención. A decir verdad, no eran suyas, pues estaban destinadas a otro hombre. Pero como no perjudicaba a nadie apropiándoselas, resolvió aprovecharlas. Si alguien las necesitaba en aquel momento era él, así que aun cuando pensó que la señora de Argyle las había puesto a su disposición por creer que él era su esposo, no vaciló en hacer uso de ellas.

En pocos minutos se puso el terno de saco azul marino, arrojando el uniforme de presidiario a un oscuro rincón.

Hecho esto se encontró en libertad de comenzar el examen de su extraño escondrijo subterráneo. A este fin se encaminó hacia el otro extremo del túnel.

La mujer le había dicho que las cuevas se extendían hasta el mar y Stephen Usher se dispuso a explorarlas a fin de encontrar la salida y marcharse en cuanto le fuese posible.

El túnel abierto en la roca por la mano del hombre se extendía unas trescientas yardas y conducía a una amplia cavidad ancha, alta y muy larga, obra evidente de la naturaleza.

De esta cueva se pasaba a otra y de la segunda a la tercera y así sucesivamente. Sólo en dos casos había sido necesario abrir túneles para unir las cavernas qe no se comunicaban naturalmente.

Se comprendía que aquella maravillosa serie de cuevas había sido utilizada como pasaje secreto hasta el Chalet Rojo, desde la costa y había sido un conducto subterráneo de comunicación utilizado en las épocas ya pasadas o casi pasadas por completo, de los contrabandistas.

Un pasaje así, que comunicaba desde la costa con un punto solitario situado a más de una milla tierra adentro, tenía que haber sido de utilidad grandísima para una de las gavillas de hombres intrépidos que vivían burlando constantemente a los aduaneros, pero constantemente en lucha con ellos.

Aún en los días presentes aquel pasaje podía tener mucha importancia para una gavilla de malhechores audaces y poco escrupulosos.

Stephen le interesó mucho la estructura y el aspecto de las concavidades subterráneas así que fué avanzando por ellas lentamente.

Por último na fresca brisa que le acarició el rostro, le demostró que se encontraba cerca del término del tortuoso camino subterráneo. Apresurando el paso penetró en la última de las cuevas.

Avanzó, no sin grandes precauciones y apagó la luz de su linterna por si alguien podía distinguirla desde afuera.

Fué directamente hacia la boca de la cueva por donde entraba el fresco soplo de la brisa del mar. El cielo estaba nublado pero la luna enviaba, a través del as tenues nubes una claridad que permitió que Stephen Usher contemplaran un vasto espacio de la superficie del mar.

Lo primero que notó y por cierto con considerable sorpresa, fué que la boca de la cueba estaba a unos cuarenta pies de la superficie de la playa y que la pared de la costa era tan lisa que no había modo de descender hasta el agua sin disponer de una cuerda o una escala.

El mar, que en la marea alta llegaba hasta el pié de la roca, se encontraba en aquel momento algo distante, descubriendo una ancha cinta de playa. La marea subía y la espma blanca del oleaje salpicaba las negras rocas esparcidas cerca de la costa.

—¡Qué sitio más inhospitalario! — murmuró Stephen al asomarse por la abertura de la cueva. — Yo...

Calló de pronto. De la oscuridad del mar había surgido en aquel momento una luz que se había elevado en los aires deshaciéndose luego en muchas estrellas rojas y amarillas.

No había error posible. Surgiendo como surgía distante en el mar tenía que ser la señal de pedido de socorro de alguna embarcación en peligro.

Pasaron algunos minutos de no interrumpido oscuridad y se repitió la misma señal a igual distancia de la costa.

Después, aun cuando Stephen Usher permaneció mirando fijamente hacia el mar, no se vió ninguna otra señal, y por fin, al cabo de media hora sólo pudo conjeturar que o el buque había logrado obtener el socorro pedido o se había hundido, pero que no era de suponer que se hubiese acercado a la costa y hubiera probabilidad de poder prestar socorro a algún náufrago.

Fuera lo que fuera, lo evidente era que Stephen Usher nada podía hacer por los que se hallaran en el buque necesitados de auxilio o tal vez luchando con las olas, en medio de la mayor desesperación, así que retiróse del hueco de la entrada de la cueva y pasó a la segunda de las cavernas resguardada más que la primera del aire del mar por lo tortuoso del túnel de comunicación.

Escogió un rincón donde se encontrara al

abrigo de la brisa fría y se tendió en el duro suelo de piedra.

Y a pesar de lo incómodo del lecho, pudo más que la molestia, la fatiga.

En cuanto se acostó y cerró los ojos, se quedó dormido.

Del mar

STEPHEN USHER se despertó en el momento en que se fijaba su rostro en el círculo de fuerte luz producido por el haz de luz de una linterna eléctrica. Rápidamente se sentó en el suelo y miró tratando de ver quién era la persona que tenía la linterna. Tardó unos segundos en poder enterarse; estaba todavía medio adormilado y además la luz que le daba en los ojos, le encandilaba.

La voz que oyó casi en seguida le sacó de dudas.

—¡No pasa nada, Jim! ¡Soy yo! — dijo la voz de Monna Argyle, la joven y bella esposa del conocido o, mejor dicho, famoso criminal.

Stephen Usher se puso de pie. La mujer estaba a poca distancia y la luz de la lámpara, que había dejado en un intersticio de la pared de roca, le iluminaba la cara, cuya belleza y cuyo aire de ingenua e intensa bondad impresionaron mucho a Stephen.

La mujer parecía estar excepcionalmente pálida. En sus ojos se leía tal entusiasmo, tal felicidad, tal esperanza, al mirar a Stephen Usher, que éste se pregunta cómo era posible que un hombre que había podido conquistarse el amor de una mujer así podía vivir en constante lucha con la justicia, fuera de la ley, en calidad de proscripto de la sociedad.

A Stephen Usher le pareció que una mujer como aquella podía redimir a cualquier hombre sacándole del fango para hacerle seguir una vida de trabajo y de honradez.

—Jim, — dijo la mujer suavemente, acercándose a él. — Tenemos mucho que hablar. Mejor dicho, tengo yo mucho que decir. Atención, pues.

Decidido a decir la verdad costara lo que costara, Stephen empezó a hablar, pero Monna le interrumpió.

Apoyó su blanca mano en el brazo de Stephen y fijó en sus ojos la mirada de los suyos.

—Desde la última vez que nos vimos, me parece que mi Jim ha variado: No tiene ya su gesto de orgullo de antes, no se vé de todo como antes y parece más inclinado a mirar el mundo tal cual es. Esto me decide aún más a decir lo que había decidido decir.

Stephen no intentó hablar ya.

—Jim, — siguió ella. — Es necesario olvidar todo lo pasado. Es indispensable que olvides lo que has sido. Cuando supe que un grupo de compañeros iba a ponerte en libertad me dispuse a ayudarles porque veía en su éxito la posibilidad de ver realizado lo que era mi ideal hace ya tiempo. Ese ideal consiste en que los dos intentemos comenzar nueva existencia. La vida que has hecho y a la que te llevó su afán de aventura y emoción, te habrá convencido que no es ese el modo cómo dede buscarse la emoción y la aventura en el mundo. Vamos, juntos, a intentar hallarlas de otro modo. Yo quiero, Jim, que partamos juntos.

Hablaba con emoción y Stephen Usher pudo notar que brillaban lágrimas en sus hermosos ojos.

—Todo está combinado y preparado, — agregó ella hablando más de prisa aún. — Esta noche, dentro de poco más de doce horas, un bote llegará a la entrada de la cueva y en él iremos hasta un vapor de carga, el que nos llevará al Candá, el territorio ¿norteamericano? donde podremos vivir y trabajar y ser felices los dos juntos. ¿Vendrás conmigo, Jim? ¿Vendrás? — añadió con vehemencia. — Sólo he pensado en tu futuro, en tu felicidad. Mi plan ha sido preparado para tí, solo para tí, para verte libre, por fin de persecuciones. ¡He pensado tanto en que podemos redimirnos con el trabajo honrado! Jim, por mi felicidad, por tu libertad, ¿vendrás conmigo?

Dejó ella de hablar pero no quitó la mano que apoyaba en el brazo de Stephen, a quien miraba temblorosa. Para Stephen Usher el momento fué de grandísima angustia: sentía que no sólo era culpable de haber aceptado lo que no era para él, sentía también el dolor que tendría que causarle a aquella mujer al decirle la verdad si ella no la descubría antes, lo que sería peor.

Su deseo era explicarlo todo, pero para esto necesitaba hablar en forma que produjera a Monna Argyle el menor daño posible... Pero lo difícil, como en otros casos por el estilo, era saber cómo empezar.

La mujer, sin comprender la razón del silencio del hombre, iba ya a suplicarle una vez más.

—Jim, empezó ella, — yo...

Pero ansioso por terminar la escena de una vez, Stephen Usher la interrumpió.

—¡Un instante, por favor! — dijo amablemente. — Tengo algo muy importante que decir. Desde que entré en el chalet, libre ya de los guardianes de la cárcel, deseaba hablar y siempre ha intervenido algún suceso inesperado que me lo ha impedido. A ser posible no hubiera callado un solo momento a hablar pero si no lo he hecho ha sido bien a mi persar. Señora Argyle, — agregó bajando la voz. — ¡Yo no soy su esposo!

La mujer se separó de él lanzando un grito de terror.

—¡No es usted Jim! — tartamudeó.

Después se acercó de nuevo a él y le miró fijamente a la cara.

La poca luz y el hecho de que ella no había tenido ocasión de hablar con él, habían contribuído a engañarla, pero ahora que le veía y que le había oído hablar, que le había observado de cerca, una horrible duda le atormentaba el corazón.

Hasta aquel momento, aun cuando le había parecido que el hombre que había buscado refugio en el chalet Rojo era distinto en algunos detalles, a su esposo, no supuso ni un momento que podía haber auxiliado a otra persona. El parecido de la cara era tal, que la diferencia de modales se le figuró resultado de la vida pasada en la prisión.

Todas las dudas que pudiera haber tenido

Con el hombre desmayado sobre los hombros, Stephen Usher subió por la escala de cuerda. ("La extraña historia de Stephen Usher").

eran ahora dejadas atrás por la propia declaración de aquel hombre.

—¡Usted! ¡Usted no es mi esposo! — exclamó ella exaltadísima. — Es usted, por lo tanto, un impostor!

— Creáme usted, señora, que no me hallaría en este sitio si al acercarme al chalet Rojo hubiera sabido lo que en él me esperaba,—dijo Stephen Usher sinceramente. — Cuando me dijeron que viniera al chalet los hombres que me dieron libertad, no me dijeron que iba a encontrarme con la esposa del hombre en cuyo sitio me encontraba.

La mujer rió amargamente y parecía a punto de hechar a llorar.

—¡Pero si no puedo persuadirme de que me he engañado un solo momento!—exclamó. — ¡Quizás la alegría, el contento fué lo que turbó mis sentidos!

Se volvió de espaldas agitado su pecho por los sollozos que la ahogaban. Después, sentándose en un trozo de roca, lloró con las manos en la cara, aliviando con el llanto el inmenso dolor de su corazón.

Al verla así, imágen del más amargo desengaño ante la perdida esperanza de felicidad, Stephen Usher se sintió dolorosamente emocionado, paro no dijo nada convencido de que todo avance de su parte hubiera sido contraproducente.

Al cabo de unos momentos, la mujer levantó la cara, empapada de lágrimas.

—¿Donde está mi marido?—preguntó tratando en vano de no tartamudear.—¿Dónde está el hombre en cuyo sitio se ha atrevido a presentarse?

—Donde está ahora no lo sé,—sontestó Stephen rápidamente. — Pero voy a decírle todo cuante sé a su respecto. Debido a mi semejanza con él me detuvieron en su lugar y como por razones muy poderosas, yo no podia declarar mi propia identidad, consentí ser llevado a presidio como Jimmy Argyle, haciendo esto dí a Argyle oportunidad para fugar de Inglaterra. No se si se fué ó no ni tengo medios de saberlo pero todo hace saber que se halle en seguridad.

Monna Argyle parecía asombrada, estupefacta ante las revelaciones de Stephen. Se pasó la mano por la frente y cerro los ojos diciendo.

—No logro entenderlo. No... ¡Me ahogo! Quisiera respirar aire fresco. ¡Ay! Me...

Stephen Usher acudió en su auxilio y consiguió sostenerla cuando ya caía desmayada. La tomó suavemente por la cintura y sacó a la primera cueva, llevándola hasta la abertura de salida.

Era de día, un día tormentoso y desagradable. El cielo estaba nublado y el viento agitaba la superficie del mar.

Al cabo de pocos minutos la brisa del mar tuvo por efecto hacer que Monna Argyle recobrara los sentidos.

—Creo que lo mejor que puede usted hacer es marcharse — dijo ella despues de un momento. — No se quien es usted ni pretendo saberlo. Su llegada, anoche, cuando le creí a usted mi esposo, me llenó de esperanzas, pues consideré que había llegado el despuntar de la aurora una nueva existencia para mí. Ahora su presencia solo puede recordarme el derrumbe de mis esperanzas y su parecido con mi... con mi esposo, me hace creer que le odio a él odiándole a usted sin tener motivo para odiarle.

—Me iré tan pronto como me sea posible — contestó Stephen Usher. — Pero antes de marcharme quiero aliviar mi conciencia pidiéndome me diga que no cree que yo le hubiera causado esta pena si hubiese sabido la verdad. Necesito que usted me lo diga así, señora Argyle, — añadió fervorosamente, — porque hubiera sacrificado gustoso toda probabilidad de libertad si hubiese sabido que obteniéndola le causaba a usted la pena que ahora experimenta.

Monna Argyle le miró cara a cara, y leyó la verdad en la mirada franca de los ojos de Stephen. Y aun cuando para ella era un presidiario desconocido de quien no tenia ni el menor dato, eintió que sí le creía.

Pero no tuvo tiempo para decírselo pues en el mismo instante Stephen Usher miró hacia el mar y algo que vióle hizo lanzar un grito.

—¡Mire! — exclamó señalando un sitio de las rocas — ¿Qué es aquello que se ve en aquel peñasco? Allí, derecho... Allí...

La mujer se inclinó hacia fuera y siguiendo la dirección del brazo de Stephen, vió un bulto oscuro tendido sobre una peña.

—¡Es un cuerpo! ¡El cuerpo de un hombre! — exclamó.

—¡Es un hombre! — agregó Stephen. — ¡Y está vivo! Hace un instante movió la pierna izquierda. De noche, cuando llegué a este sitio ví las luces de dos cohetes lanzados por un buque en peligro. Aquello explica la presencia de ese hombre en la roca.

Mientras hablaba se inclinaba hacia fuera. La pared de la costa no ofrecia el menor asidero. No era posible descender sin tener cuerdas.

—¿Como está la marea?— preguntó de pronto su compañera.

—Estará en pleamar dentro de una hora contestó ella.

—Cuando lo esté la roca quedará cubierta por el agua, — dijo Stephen Las olas se acercan ya y salpican al hombre. No es posible dejarle ahí ¿Hay algun medio para descender?

—En la segunda cueva tengo una escala de cuerda, — dijo Monna. — La tenía dispuesta para... para esta noche.

No se hizo esperar, corrió en busca de la escala y volvió con ella poco después.

Stephen Usher sujetó los garfios del extremo superior a unos intersticios del piso de la cueva y lanzó la escala hacia el agua.

Mirando hacia abajo vió con satisfcción que la escala llegaba al agua. El descenso no ofrecía, pues, mayor dificultad.

Monna Argyle, atemorizada, mió a Stephen Usher descender la escalera con gran rapidez, y él levantó la cabeza y la miró, tranquilizándola y sonriente, antes de desaparecer del alcance de su mirada.

La joven se aproximó más al borde de la boca de la cueva y mirando inclinada hacia fuera, vió llegar a Stephen a la parte inferior de la escala y allí, sin un segundo de vacilación, entrar en el agua y empezar a nadar contra las olas que la marea traía hacia la costa.

Dominando vigorosamente el impulso de las olas, desapareciendo unas veces bajo la espuma, surgiendo otras, Stephen iba avanzando hacia la roca.

Valerosamente, luchó contra las olas, sin que nada lograra cortarle el paso, pero luchando mucho y sin tregua.

Desde arriba, la mujer le miraba con ansiedad. Cada vez que se perdía de vista, cubierto por la cresta espumosa de las olas, su corazón parecía sufrir la presión poderosa de una mano de hierro que le estrechara. Cada vez que surgía moviendo los brazos y avanzando, el pecho parecía ensanchársele. Su interés por aquel hombre valeroso se comprendía. ¿Quién arriesga su vida por salvar la ajena?

Los progresos del nadador contra el viento y la marea tenían que ser necesariamente lentos, pero Stephen no perdía por eso su serenidad. Confiaba en sus propias fuerzas, y sabía no sólo que iba a llegar, sino que llegarí antes de que la marea amenazara llevarse al hombre del sitio donde estaba.

Sin embargo, la marea subía tan rápidamente que el agua empezaba a lamer los bordes de la plataforma de piedra, llegando en ocasiones hasta la inmóvil figura.

Con firmeza, yarda tras yarda, Stephen fué avanzando hasta que vió su meta a menos de cincuenta pies de distancia. Sólo le faltaba el último y supremo esfuerzo.

Cada vez más y trasponiendo por fin las últimas yardas mediante tres o cuatro vigorosos impulsos, llegó a la roca y subió a la plataforma que estaba ya al mismo nivel que la superficie del agua.

Su primera atención fué para el hombre a quien venía a socorrer. Era un hombre de barba negra, de mediana edad. Vestía la camiseta y los pantalones anchos de marinero. Parecía ser uno de la tripulación del buque desconocido que había naufragado en aquellas costas la noche anterior.

Estaba vivo y respiraba rítmicamente. Su inmovilidad obedecía a que se encontraba en un estado de intensísima debilidad y agotamiento. Su lucha contra las olas debía haber sido denodada cuando así había logrado llegar tan cerca de la costa. Quizás la oscuridad no le permitió darse cuenta, durante la marea baja, que estaba a tan pocos pasos de la playa. Quizás se había echado a descansar para recobrar fuerzas y el desmayo le había impedido continuar.

Stephen Usher no volvió al agua en seguida. Esperó en la roca unos momentos, recobrando énergías.

A los pocos momentos, considerándose repuesto ya, se deslizó de nuevo al agua, y tomando en espaldas al hombre desmayado, comenzó el regreso.

En ese sentido de ayudaban las olas y el viento, y su progreso fué rápido.

La mayor dificultad se le presentó cuando estuvo a diez o doce yardas de la escala de cuerda, ues tenía que sostenerse con todas sus fuerzas para no ser proyectado contra la pared de roca de la costa por las olas furiosas.

Fué un momento de prueba, y más de una vez Stephen se sintió llevado por el torbellino hacia la costa. En cada caso tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no fracasar.

Pero, por fin, pudo, no sin haberlo intentado en vano varias veces, alcanzar la escalera de cuerda con una mano, y después de asegurar bien su carga a la espalda, comenzar el descenso y verse él y el salvado fuera del agua.

Con el cuerpo del marinero sostenido con un brazo subió pausadamente, hasta que por fin el éxito coronó sus esfuerzos, y pudo encontrarse de nuevo en la cueva.

Monna Argyle le recibió con exclamaciones de alegría.

—¡Qué espléndida hazaña! — exclamó, admirada. — ¡Espléndida en verdad!

Stephen Usher puso al marinero en el suelo y se arrodilló a su lado, mirándole a la cara.

—¿Está herido? — preguntó la mujer, inclinándose a mirar al hombre desmayado.

—Extenuado pero nada más, según parece, — dijo Stephen.

Pero de pront,o examinando más detenidamente la cara del hombre, lanzó una exclamación.

—¡Otro misterio! — dijo. — ¡Este hombre tiene puesta una barba postiza! La tiene asegurada a la cara con un ganchito en cada oreja.

Al decir esto, desprendió los casi invisibles ganchitos que sostenían la barba, y ésta se desprendió inmediatamente del rostro.

Sería inútil intentar la descripción del asombro que experimentaron tanto Stephen como su hermosa compañera.

Porque aquel hombre a quien Stephen Usher acababa de salvar de las furias del mar, era Jimmy Argyle.

La dicha de volverse a ver

ASOMADO a la abertura de la cueva, Stephen Usher miraba hacia el mar. Hallábase solo en aquella primera cueva de la serie de las que formaban el pasaje secerto hasta el Chalet Rojo.

Había conducido a Jimmy Argyle a la segunda cueva, y allí le había dejado al cuidado de Monna Argyle, que trataba de hacerle recobrar el conocimiento.

Habíase retirado después, convencido de que nadie atendería al náufrago mejor que su propia mujer. Además, no consideraba discreta su presencia en el momento en que él recobrara los sentidos y se encontrara con su esposa. La escena de ternura que indudablemente se produciría al reconocer Jimmy a su mujer debía desarrollarse sin testigos que cohibieron las naturales expansiones de los dos.

Hacía ya algunos minutos, Stephen había oído rumor de voces procednte de la otra caverna, lo quel ndicaba que el hombre había recobrado por completo los sentidos.

Poco tiempo permaneció solo.

Se oyó ruido de pasos de alguien que se acercaba.

Stephen Usher se volvió, y pudo ver cómo el hombre a quien él tanto se parecía, acer-

cábase junto con su esposa, la señora Monna Argyle.

El hombre avanzó hasta donde estaba Stephen y le estrechó la mano con vehemencia.

—Tengo que dar a usted las gracias por haberme salvado la vida, milord, — dijo con sinceridad. — Poco o nada vale mi vida, así que no merecía que usted se expusiera, pero sin embargo, milord, ¡si supiera usted lo que yo la estimo!

Stephen no temblaba ante el peligro, pero se estremecía turbado, al oír que el otro elogiaba lo que había hecho. Se limitó, pues, a sonreir, deseoso de ver que cambiara el tema de la conversación.

—¡El destino dispone que usted y yo nos encontremos siempre en circunstancias bien extrañas, por cierto, Argyle, — dijo Stephen. — Pero su presencia hoy aquí, es de lo más extraordinario del mundo. ¡Si parece cosa de milagro! Desde que nos encontramos en la pequeña hostería de junto al camino a varias millas de Ravenhurst, nuestras vidas se han encontrado ligadas de modo extraño. Supongo que usted se hallaba en el buque que naufragó anoche frente a esta costa, ¿no es así?

—Así es, — respondió Argyle. — Cuando logré escapar de la persecución de la policía de Ravenhurst porque los agentes dejaron de buscarme, pues habiéndole prendido a usted creían que me habían detenido a mí, tomé el primer vapor que pude y me fuí a la República Argentina. Esperé allí el tiempo que me pareció necesario y luego me embarqué en Buenos Aires, en un vapor de carga, como marinero. Mi propósito era venir a Inglaterra a buscar a mi mujer para volver a marcharme en seguida, junto con ella, no sin antes haberle sacado a usted del presidio. Mi última hazaña en contra de la ley debía ser esa, pero tenía la disculpa de que si la hacía era para poner en libertad a quien no debe estar preso. Después, terminada mi carrera de malhechor, buscaría la fortuna o la vida siquiera, como hombre de trabajo.

—¿Así que ha resuelto usted abandonar definitivamente sus aventuras de antes? — preguntó Stephen.

—Sí, — declaró él con energía. — Mientras he estado fuera he pensado mucho en eso, y creo que he llegado a ver las cosas de la vida con más claridad que antes. Me he convencido de que el camino que yo seguía antes no es el que conduce a la felicidad. Hubiera querido descubrir esto hace mucho tiempo, pues si así hubiera sido no me encontraría como ahora, conocedor de la buena senda, pero tarde ya para poder enaminarme por ella.

—El pasado es cosa vieja y olvidada. En cuanto al futuro, está en sus manos manejarlo a su modo, — dijo Stephen.

—Eso procuraré, — replicó Jimmy Argyle. — No merezco una esposa como la que tengo, pero sé agradecerle lo mucho que ha hecho por mí, y espero que me ayudará a defenderme contra mí mismo. Nos iremos juntos esta noche, y mientras ella esté a mi lado, no tengo temor al futuro.

"Mi vida ha sido muy accidentada, — agregó con sinceridad. — Pero en toda ella no hay nada que lamente tanto como lo que me sucedió con usted. Le hice un daño inmerecido y de modo cobarde y rastrero. En un momento de embriaguez, soñando con llegar a apoderarme de una situación que no debía ser para mí, estuve a punto de dejarle morir. En cambio usted me ha salvado la vida. Dejé, pudiendo evitar, que la policía le detuviera a usted en mi sitio, enviándole a sufrir una vida que era para usted peor que la muerte, y que yo merecía; y usted, con su noble acción, me ha hecho comprender lo que ahora comprendo: que ¡ni aún toda una existencia de remordimiento puede ser suficiente castigo para mí, lord Stephen!

—¡Una vida de trabajo, de honradez y de felicidad! ¡Con eso saldará usted su cuenta si la hay! — dijo Stephen. — Para mí no puede haber mayor satisfacción que la de saber que va usted a trabajar y que hará feliz a quien por tantos conceptos se lo merece!

Monna Argyle oyó estas palabras de Stephen con lágrimas en los ojos, pero no dijo nada. Al oir hablar así a Stephen y al comprender que sus palabras partían del fondo de su corazón, se preguntaba de qué pecado podía haberse hecho culpable aquel hombre para merecer encontrarse en una situación como aquella en que se hallaba.

—Tengo que hablarle de otro asunto más, Argyle. Y esta vez es para pedirle un favor, — agregó Stephen. — Cuando ustedes se embarquen, esta noche, en el vapor que les esperará, ¿querrán llevarme también y detener luego el vapor en un sitio que esté cerca de Ravenhurst, de modo que yo pueda llegar a la costa en un bote?

—¿Que si quiero? — exclamó Jimmy Argyle, lleno de alegría. — ¡Si el vapor tuviera ruedas le llevaría en él hasta la misma verja del parque del castillo de Ravenhurst!

Donde duermen los antepasados

MIRANDO hacia el mar desde la playa contemplaba el hombre las luces del vapor que se alejaba a toda máquina hacia el suroeste. Poco a poco, las luces fueron achicándose y perdiéronse por fin en lontananza.

Aquel hombre que así contemplaba al vapor que se iba había desembarcado una hora antes en aquella playa, en un bote arriado del mismo vapor.

El bote había vuelto de regreso y el vapor había desaparecido ya, pero el hombre permanecía pensativo, de pie en la playa, con el mar delante y a sus espaldas la llanura que se extendía ondulante.

En aquel vapor iban dos personas en busca de nuevos horizontes, mientras él se quedaba a continuar la batalla terrible que había emprendido contra la incansable fatalidad que le perseguía con encarnizamiento.

Aquel hombre era Stephen Usher, y las personas que el vapor llevaba a la felicidad de una nueva existencia eran Jimmy Argyle y su esposa, de quienes acababa de despedirse. El vapor que les había tomado delan-

El guardián hizo una pausa para tomar aliento y levantando a Stephen Usher con fuerza hercúlea, avanzó hacia el fuego. ("La extraña historia de Stephen Usher").

te de la cueva del Chalet Rojo algunas horas antes se llevaba ahora al bandido y a su esposa lejos del escenario de su vida pasada y del recuerdo de los sufrimientos antiguos, y Stephen sentía envidia de ellos en lo más íntimo de su corazón.

Algún tiempo después de cuando las luces del vapor se habían desvanecido por completo, permaneció Stephen mirando. Por último se movió como con esfuerzo y se pasó la mano por la frente, como para alejar pensamientos tristes.

—¡Ahora volvamos a Ravenhurst! ¡Hay que continuar la pelea por el derecho y por la justicia! — murmuró. — Hasta ahora, todas mis tentativas procurando obligar a mi primo Julián a decir la verdad y a limpiar mi nombre de la mancha que él echó sobre él, devolviéndome a la vez lo que me arrebató y el sitio que en la sociedad me corresponde, han fracasado. Pero el fin no ha llegado todavía, y ni los fracasos ni los obstáculos conseguirán detener mis esfuerzos en el sentido de que venza por fin la verdad. Vuelvo a la lucha con todos mis bríos, y lucharé sin descanso mientras me quede un solo hálito de vida. La noche de tristezas y amargura será oscura y larga... ¡Dios hará más luminosa en cambio y más bella la aurora el día del triunfo!

Volvió la espalda al mar, se abotonó el sobretodo y se encaminó tierra adentro.

Habían dado las doce las campanas del reloj de la torre de San Edmundo. La luna, en su creciente, iluminaba el cementerio con plateada potente luz. Las sombras de los sepulcros dibujaban en el césped extrañas siluetas.

De vez en cuando revoloteaba ruidosamente algún murciélago.

En el centro del cemnterio, destacándose por encima de todo el conjunto de monumentos funerarios, se levantaba la estructura del soberbio panteón, edificio imponente, todo de piedra. Era lugar de reposo de los jefes de la Casa de Usher.

Poco después de sonar las campanas de las doce, un hombre apareció junto a la puerta de entrada.

Detúvose un instante y miró alrededor, para ver si alguien le observaba. Tranquilizado a este respecto, abrió la puerta del cementerio y entró.

Dirigióse rápidamente por la calle central al pórtico que cubría la entrada de la cripta de los Usher.

Al llegar allí, desapareció en la oscuridad del pórtico, y poco después entraba en la vasta cripta. La pesada puerta de hierro se cerró tras él.

Sephen Usher había regresado a su escondite, situado en la tumba donde reposaban sus antepasados.

Nuevos planes

STEPHEN USHER hallábase dentro de la cripta donde dormían el eterno sueño todos los Usher, sus antepasados. Para él, hombre sin verdadero estado civil, condenado por la sociedad como autor de un crimen que no había cometido, fugitivo de la justicia y campeón de la verdad, era aquel el único sitio donde encontraba seguro y tranquilo refugio. No era de extrañar, pues, que al verse de nueva en la cripta sintiera una tranquilidad y una seguridad que no experimentaba hacía mucho tiempo.

Pero su escondite no se encontraba precisamente en la cripta, pues ésta era solamente la antesala del mismo. Desde la cripta y por medio de un pasaje subterráneo, podía llegar hasta la habitación secreta del castillo de Ravenhurst, que era su vivienda y a la que ahora pensaba dirigirse.

Encendiendo una lámpara eléctrica de bolsillo dirigió los rayos de su luz hacia unas piedras de las que formaban la pared de la parte más cercana del fondo de la cripta. Arrodillándose hizo presión sobre el extrede una piedra que sobresalía entre los adornos esculpídos de la pared e instantaneamente una de las grandes rocas que formaban el pavimento se movió y dejó visible un hueco bastante grande y el comienzo de una escalera de hierro que se perdía en la oscuridad.

Por esa escalera descendió Stephen sin vacilar ni un instante, cerrando la piedra de la puerta en cuanto hubo descendido un tanto. Tan familiarizado estaba con los detalles de aquel pasaje que no le era necesaria la luz. Si la conservaba encendida era porque hacía mucho tiempo que no pasaba por aquellos sitios y temía que pudiera existir algún indicio demostrativo de que alguien había descubierto el secreto del tunel de comunicación durante su ausencia.

Al llegar al final de la escalera se encaminó por aquel tunel oscuro y húmedo.

Este pasadizo se extendía bajo tierra hasta el castillo de Ravenhurst, y en su otro extremo existía una escalera de piedra que ascendía por entre el grueso de los muros del viejo castillo hasta el cuarto que era la habitación de Stephen Usher desde su falso fallecimiento.

Llegó por fin a su habitación y una sola mirada en redondo le convenció de que nadie sospechoso había andado en él durante su ausencia. Después, acercándose a una de las paredes, golpeó en ella suavemente con los nudillos. Dió tres golpes acompasados y esperó.

Pasó un minuto y repitió la señal, y casi antes de que hubiera bajado la mano separándola de la pared, un trozo cuadrado del revestimiento de madera se corrió hacia un lado, y por el hueco que quedó abierto apareció la cara de un hombre. Era Matthew Lincoln, el leal y fiel amigo de Stephen. Un grito de alegría brotó de labios del anciano ahogado cuando reconoció al fugitivo.

—¡Lord Stephen! — exclamó. ¡Bendito el cielo que le trae de nuevo al castillo! Ya supe su huída de Graimwood y he estado esperando ansiosamente su llegada, pero tardaba usted tanto en llegar que ya estaba temiendo lo peor. ¿Se encuentra usted bien Stephen?

—Sí, buen amigo mio. Me encuentro bien, —contestó Stepnen con alegría sintiendo renacer sus esperanzas al encontrarse de nuevo

con la presencia del viejo abogado. — He tenido mucha suerte desde que salí de Granwood aun cuando he pasado por una serie de aventuras tan extrañas como dramáticas.

—¡Pero esta usted con apetito! — dijo Matthew Lincoln. — Ahí, en el estante de aquel lado, hay algo de alimento. Lo puse ahí para el caso de que usted llegara encontrándome yo ausente del castillo.

—¡Usted no se olvida de nada cuando de mí se trata! — dijo Stephen, emocionado. — Aún cuando solo fuera por el ejemplo de su abnegación y su bondad, debo sentirme con ánimos para continuar luchando contra la adversidad. ¡Ya llegará el día en que yo pueda premair a usted en la medida de mi deseo todo lo que por mi ha hecho, hace y hará.

—Lo poco que pueda haber hecho me lo pagará con creces la alegría que experimentaré el día en que usted pueda presentarse abiertamente a tomar posesión del título que le corresponde y que le fué arrebatado por la infamia y la perfidia de su primo.

—¿Está Julián en el castillo? — preguntó Stephen Usher.

—Sí, — respondió Matthew Lincoln. — Durante su ausencia se ha sentido mucho más tranquilo. ¿Tiene usted algún plan para el futuro?

—Mi propósito de obligar a Julián a decir la verdad y a limpiar mi nombre de toda inmercida mancha es, pues, tan firme como siempre, — declaró Stephen Usher. — ¡Todo lo que he sufrido durante el tiempo que he estado fuera de aquí me ha decidido a no vacilar ante nada que pueda conducirme al éxito! Todavía estoy convencido de que el modo de conseguir que brille la verdad está en hacer presión sobre la conciencia de mi primo. ¿Cree todavía que he muerto?

—No tiene la menor sospecha de lo contrario, — dijo Lincoln. — He tenido la precaución de interrogarle con cuidado en varias ocasiones, y como todos, por otra parte cree que usted se suicidó la noche terrible cuando la policía se presentó en el castillo de Ravenhurst para prenderle a usted bajo la acusación de un crimen que usted no había cometido.

—Si es así, todo irá bien, — dijo el joven Usher. — Mañana renovaré mis ataques contra la tranquilidad de conciencia de conciencia de Julián Usher. Mi plan consiste en presentarme en el castillo bajo un disfraz cualquiera y ganarme la simpatía y la amistad de Julián. No me gusta mucho la idea de representar una comedia y usar del fingimiento y la falsía, pero tratándose de Julián, todos los medios son buenos, — agregó con amargura.

—Comprendo que un plan basado en una mentira tiene que repugnar a su manera de sentir, Stephen, — dijo Matthew Lincoln. — Pero es necesario no hacer caso de escrúpulos cuando se tiene que luchar con un hombre que ha dado tantas pruebas de no conocerlos. Además, el honor de esta noble casa y la limpidez del escudo de sus antepasados depende de que usted logre hacer que la verdad sea conocida y el criminal se vea castigado. No hay, por lo tanto, que desdeñar ningún medio, sea el que sea.

—¡Tiene usted razón! — dijo Stephen Usher. — ¡Creo que no lo desdeñaré! — agregó. — Mañana volveré a comenzar la lucha con todas mis energías, lucha a muerte, de la que sólo la muerte misma podrá arerbatarme. ¡Buenas noches, amigo mío! ¡Buenas noches!

Un visitante distinguido

JULIAN USHER se sentía tranquilo y feliz. Durante los últimos meses no había ocurrido nada que hubiese podido molestarle, y él había reinado como si fuera el verdadero conde de Ravenhurst, en el castillo y en la vasta extensión de sus valiosas tierras.

En los días que siguieron a aquel en que tomó posesión del título, de la herencia y de las vastas tierras que correspondían al castillo, se había visto torturado por la presencia del espectro de su primo Stephen, que se le había presentado varias veces. Julián había atribuído esas apariciones a desequilibrios de su sistema nervioso, y esa creencia había tenido, según él plena confirmación en los últimos tiempos pues el espectro había pasado un largo período sin hacer nuevas apariciones.

Dos días después del regreso de Stephen Usher al castillo de Ravenhurst, Julián se hallaba sentado en su escritorio pensando en qué ocuparía su ociosidad del día, sin saber si ir a jugar al golf, a pescar o a pasear en automóvil, cuando su ayuda de cámara entró, portador de una tjeta de visita en una bandejita de plata.

—Un caballero desea ver a milord, — dijo el criado.

Julián levantó la vista asombrado, pues pocas veces llegaban visitantes al castillo de Ravenhurst antes de la tarde. Tomó la tarjetita y leyó con interés el nombre en ella impreso: "Stephen Lord, de la Real Academia de Bellas Artes. — Estudio en Burlington, Oeste".

—¡Un pintor! — se dijo Julián. — ¡Y por lo visto un pintor de importancia, miembro de la Real Academia de Bellas Artes y con estudio en el aristocrático barrio de Burlington! El nombre no me parece desconocido y si yo estuviese enterado, como debe estarlo un lord de mi alta situación social, de quiénes son los pintores de nota, con seguridad conocería al que me quiere visitar. Mi obligación es recibirle con todos los honores que merece y considerarme muy honrado por la visita de tan distinguido artista.

Volviéndose hacia el criado, Julián Usher agregó en voz alta:

—¡Que pase ese señor!

El criado se retiró.

—Supongo que no vendrá con deseos de pintar mi retrato para la próxima exposición de la Real Academia de Bellas Artes, — murmuró Julián sonriente. — La emoción de permanecer horas y horas, durante varios días mientras un artista traslada mi fisonomía al lienzo, sería demasiado fuerte para mi corazón

La puerta volvió a abrirse, y el ayuda de cámara hizo pasar al visitante. Era un hombre alto, de aspecto distinguido, como de unos treinta y cinco años. Tenía el cabello largo oscuro y ondulado y un pequeño bigote también oscuro, muy cuidado y rizado. Su cutis moreno indicaba que se trataba de persona acostumbrada a vivir al aire libre, y Julián, que se figuraba que todo artisti debía ser pálido y romántico, se sintió agradablemente sorprendido.

—Lamento mucho molestarle, milord, — dijo el visitante, — pero si está usted ocupado me explicaré en muy pocas palabras.

—Estoy a su disposición, señor Lord, — replicó Julián con efusión. — Para un hombre de negocios como yo, la visita de una personalidad tan distinguida del mundo del arte como usted, es un verdadero placer.

—He venido a solicitar de usted un favor, — siguió diciendo Stephen Lord. — He oído ponderar tanto las bellezas del parque y el bosque de Ravenhurst, que siento vehémentes deseos de tomar aquí algunos apuntes de paihaje, siempre que usted no tenga inconveniente en autorizarme para que visite sus dominios durante el día. Si me concede esa autorización, le quedaré muy agradecido.

—Tengo un placer en concederle todas las autorizaciones que desee, — dijo Julián inmediatamente. — El parque, el bosque y el castillo están a su disposición, y es para mí un honor que mi casa haya merecido tal atención de parte de usted. ¿Cree usted que podrá encontrar aquí tema para detenerse algunos días?

—He pensado que me sería suficiente con una quincena, si no hace mal tiempo, — contestó el pintor. — Voy a residir cerca: en Tullbourne.

—Los hoteles de Tullbourne son muy malos, señor Lord, — dijo Julián, a quien el visitante había causado el mejor efecto. — Sólo el del "León Blanco" es habitable.

—El hotel del "León Blanco" es el único donde no puedo parar, milord, — dijo el visitante sonriendo. — Estuve allí esta mañana y no encontré habitación disponible. Pero no importa, me alojaré en cualquier hostería; nosotros los artistas estamos acostumbrados a arreglarnos con lo que la suerte nos depara.

Julián Usher se sentía muy interesado por Stephen Lord y el hecho de que en su tarjeta estuviera la indicación de que pertenecía a la Real Academia de Bellas Artes le convenció de que se trataba de un visitante digno de todo género de atenciones. Además, a Julián le parecía muy aburrida la vida que llevaba en el castillo de Ravenhurst, demasiado solitaria para un hombre de su temperamento, así que consideró bien venido al ilustre pintor y pensó que le convenía entablar amistad con él.

—No sé si considerará usted excesiva pretensión de mi parte si le ofrezco alojamiento en el castillo en calidad de invitado, — dijo Julián, — pero le hago el ofrecimiento de todo corazón.

Stephen Lord pareció gratamente sorprendido por el ofrecimiento.

—Milord, no sé si debo aceptar su generosidad, — dijo. — Usted no me conoce tal vez más que por reputación y ya ha accedido a lo que yo solicitaba, de modo que me parece que sería un abuso de mi parte...

—Si usted no desea aceptar mi ofrecimiento, — dijo Julián, — libre está de proceder a su gusto, pues mi deseo no es molestarle pero si en cambio, se decide a pasar la quincena en el castillo, se lo agradeceré doblemente, pues me habrá dado ocasión de serle útil y me acompañará en mi soledad trayendo a la monotonía de mi aislada existencia el encanto de su presencia. Por lo pronto acepte usted el quedarse a almorzar conmigo; después hablaremos de lo otro.

—La bondad de milord me llena de agradecimiento, — dijo Stephen Lord, — pero si he de decir la verdad, creo que su invitación a almorzar se debe a la compasión que por mi siente. Usted no quiere que yo sufra los horrores de un almuerzo en una hostería de Tullbourne.

Julián Usher se rió ante la ocurrencia de su visitante y quedó convenido que Stephen Lord se quedaría a almorzar. Después de almorzar, en el momento de los licores y los cigarros, el artista había admitido la invitación de Julián y estaba decidido a alojarse en el castillo durante el tiempo que necesitara para hacer sus apuntes de paisaje.

Esto era precisamente lo que Stephen Lord quería.

La cara en la ventana

DURANTE los dos o tres días siguientes Julián pasó muchas horas en compañía de su nuevo amigo pensando que su llegada al castillo de Ravenhurst había sido oportuna y providencial. Indudablemente, una ráfaga de buena huerte era la que había llevado a Stephen Lord al castillo de Ravenhurst.

En primer lugar, Julián se había sentido agradablemente sorprendido al encontrar que su visitante coincidía en gustos y en costumbres con él. Buena mesa, vinos buenos y una partida de cartas de vez en cuando, eran cosas por las que el artista demostraba la misma predilección que Julián, así que éste se hallaba contentísimo con un huésped que parecía una reproducción de él mismo en todas sus costumbres.

Durante el día, Stephen Lord se dedicaba a la pintura y Julián Usher, que no sentía inclinación por las cosas de arte, le dejaba solo. No le pareció extraño ni le sorprendió el ver que Marion Grey, la bella joven que había sido prometida de Stephen Usher se interesaba mucho por los bocetos del pintor. Más de una vez los había encontrado conversando juntos, pero como sabía que la joven era muy aficionada a la pintura y pintaba bastante bien además, no le pareció raro que hablaran de temas de un arte que entusiasmaba a ambos.

En verdad, la llegada de Stephen Lord al castillo de Ravenhurst había sido bien recibida en general, pues hasta el viejo abogado Mattehw Lincoln que era bastante huraño y nunca quería conocer a los invitados de Julián, le demostraba viva simpatía.

Al anochecer del tercer día de su estancia en el castillo, Julián Usher, Matthew Lincoln y Stephen Lord se encontraban sentados en la biblioteca del castillo. Acababan de comer y estaban fumando sendos cigarros de hoja, mientras conversaban de temas generales.

—Me va pareciendo que mi permanencia aquí se está transformando en una temporada de holgazanería y nada más, — decía el artista echándose atrás en su butaca y lanzando bocanadas de aromático humo. — Tres días he tardado en hacer lo que en otras circunstancias me hubiera costado uno. Usted me está acostumbrado mal, milord.

—Lo más sensato que se puede en este mundo conseguir, es que el trabajo se transforme en diversión — dijo Julián. — Además, un trabajo como el de usted debe hacerse en condiciones de comodidad. Por tiempo, no se preocupe: el castillo y sus tierras son para usted por todo el tiempo que quiera.

—El castillo de Ravenhurst sería mi casa si pudiera escogerlo, — dijo Stephen Lord sonriendo. — Todo me atrae, hasta la atmósfera de misterio que reina en sus vastas galerías. ¿No tiene dundes este castillo?

—¿Duendes? — repitió Julián rápidamente, recordando de pronto todas las apariciones de otro tiempo.

—Sí. No necesito explicar de qué se trata — dijo el artista en tono de broma. — Todos estos antiguos castillos tienen alguna leyenda en la cual figura un fantasma que se presenta de vez en cuando para aterrorizar a los habitantes, pidiendo justicia o venganza o algo por el estilo. Así existen las leyendas del Monje sin cabeza de Normandene; de la Señora del vestido gris, del castillo de Gramstone; del jinete fantasma de los Trévor y de infinidad de otros. ¿Cómo es posible que un castillo tan antiguo y tan hermoso como el de Ravenhurst no tenga su leyenda y su aparecido? ¡Tine que tenerlos necesariamente!

—Muchas son las leyendas relacionadas con sucesos acaecidos otrora en este castillo, — dijo Matthew Lincoln. — Pero los duendes y los aparecidos tienen su origen en las malas digestiones, cuando no en las conciencias culpables.

Stephen Lord se puso muy serio.

—Parece que la muerte del último conde se vió rodeada de misterio, — dijo. — Por lo menos, de algo así me han hablado algunos amigos al mencionarles yo el castillo de Ravenhurst y comunicarles mi propósito de venir a estudiar sus hermosos paisajes.

—Esta muerte fué un suceso muy trágico del que me acuerdo siempre por la sencilla razón de que me tocó desempeñar en él uno de los papeles de más importancia, — dijo Matthew Lincoln.

Julián Usher se movió inquieto en su silla.

—¡Por favor, Lincoln! No reviva esa tenebrosa parte del pasado. Hablemos de algo más agradable.

—Pues a mí me gustaría oír una historia bien tenebrosa que me pusiera carne de gallina. Veamos si la que puede contar el señor Lincoln es de esa clase. ¡Cuente, señor, cuente — dijo Stephen Lord en tono de broma.

—Es muy breve, — manifestó Lincoln sin mirar a Julián. — La noche era hermosa y tranquila... como la de hoy, por ejemplo. Una noche en la que nadie esperaba que la tragedia pudiera caer sobre esta casa con tanta crueldad y rapidez.

Julián Usher se estremeció, pero no se atrevió a volver a protestar.

—Me encontraba sentado en esta misma habitación, escribiendo, — continuó el abogado. — En el castillo se celebraba un baile y hasta aquí llegaban los sones de la orquesta del salón grande. El conde — Lord Stephen Usher, — no se hallaba en el castillo. Había salida temprano y no había regresado aún. Su tardanza no me preocupaba mayormente, porque yo sabía que el asunto que había motivado su ausencia podía detenerle hasta muy tarde.

Hizo una pausa y su silencio permitió oir el rumor sibilante del viento que corría, removiéndolas, por entre las hojas de los árboles del parque.

—¡Bueno¡ ¡Ya es bastante, Lincoln — dijo Julián Usher nervioso. — Considero inoportunos esos recuerdos que no tienen más efecto que el de ponerle a uno nervioso inútilmente.

—¡Milord, perdone usted, pero me interesa tanto... — dijo el pintor en tono suplicante, que termine la narración rápidamente.

—Poco tengo ya que decir, — manifestó cuando, como completando su narración, so-Lincoln, — pues el final se produjo de improviso y precipitadamente. De pronto, mientras yo seguía ante la mesa haciendo números, el silencio fué interrumpido por un impaciente repiquetear de uno de los cristales de una de las puertas que dan a la galería...

¡Tac! ¡Tac! ¡Tac!

No había terminado el abogado su frase cuando sonó en el vidrio de la puerta que daba a la galería un repiquetear impaciente y rápido.

Julián Usher se puso pálido inmediatamente y se levantó de su butaca como impelido por un resorte.

—¿Qué?... ¿Qué es eso? — preguntó tartamudeando.

—Debe ser el viento con toda seguridad, — dijo Stephen Lord.

—El sonido se ha parecido mucho al de la noche de que estoy hablando, — continuó diciendo Mattehw Lincoln, que también se había puesto de pie — aun cuando en aquella ocasión no lo producía el viento. Era un ser humano quien golpeaba en el cristal para atraer mi atención. Me levanté rápidamente y corrí hacia la puerta...

Y al decir así se dirigió hacia la puerta y tomó el borde de una de las pesadas cortinas que cubrían el hueco de la puerta.

—Durante un instante permanecí indeciso

sin atreverme a mirar detrás de la cortina, — continuó, emocionado sin duda al recordar los detales de su narración, — y cuando al fin reuní suficiente valor para descorrer a un lado la cortina, vi una cara que me miraba fijamente. Una cara pálida como la de un muerto, marcada en la sién izquierda con la lívida señal de una herida de bala!

Al decir esto, y casi inconscientemente, descorió hacia un lado la pesada cortina.

La sangre de Julián Usher se heló en sus venas, pues mirando del otro lado del cristal de la puerta que dába a la galería, estaba una cara... ¡Una cara pálida como la de un muerto y marcada la sién izquierda con la lívida señal de una herida de bala!!

¡Aquella cara era la de Stephen Usher!

Un grandísimo terror se apoderó de Julián cuando reconoció la cara espectral y durante algunos segundos no pudo moverse, inmovilizado por el miedo. De pronto un paroxismo se apoderó de él y olvidándose de todo menos de la cara que así se le presentaba, tomó una pqueña estatuita de bronce de sobre la chimenea y la arrojó con todas sus fuerzas contra el vidrio de la puerta.

El bronce dió en el cristal precisamente en el sitio donde estaba la cara, haciéndolo saltar hecho añicos y pasando al otro lado sin encontrar obstáculo ninguno, yendo a caer más allá de la galería, en el césped del jardín. La cara espectral desapareció.

Pasado el impulso tan rápidamente como se había producido, Julián se encontró de pie, en medio de la biblioteca, mirando hacia el vidrio roto y temblando de pies a cabeza.

—¡Milord! — exclamó Matthew Lincoln, que fué el primero que recobró el uso de la palabra. — ¿Qué le pasa? ¿Qué le ha sucedido?

—¡La cara! ¿No vió usted la cara? — preguntó Julián con voz ronca. — ¡La cara de mi primo Stephen que nos estaba mirando desde aquella puerta!

Mattehw Lincoln le tomó del brazo.

—No diga eso, milord, — dijo en tono tranquilizador. — ¿Cómo podía mirarnos la cara de su primo Stephen? Han sido sus nervios, milord, sólo sus nervios momentáneamente desequilibrados.

Julián Usher pareció recobrar poco a poco el dominio de sí mismo. El temor que sintió iba desvaneciéndose y a medida que se serenaba comprendía cuánto podía perjudicarle su actitud. A juzgar por lo que Matthew Lincoln decía era él el único que había visto la aparición y esto significaba que su conciencia, que se había mostrado tan dócil en los últimos tiempos, comenzaba nuevamente a rebelarse como antes.

Se separó rápidamente de Matthew Lincoln y dirigiéndose al armarito donde estaban los licores se sirvió un vaso de cognac y se lo bebió casi sin tomar aliento. El alcohol le reconfortó un tanto y volviéndose hacia sus compañeros con todo desparpajo, lanzó una carcajada, de fingida alegría.

—¡Ustedes perdonarán mi salida de tono, — dijo con la voz todavía vacilante. — pero la narración era como para erizar el cabello y descompaginar el sistema nervioso. Usted, señor Lincoln, debe haber recordado que no es prudente hablar de esas cosas delante de mí, porque sabe cuánto me impresiona el recuerdo de aquellos sucesos que, a su tiempo, me causaron tan intensísima impresión.

—Comprendo perfectamente y me explico su estado de ánimo, milord, — dijo Stephen Lord. — Pero yo he sido quien ha tenido la culpa.

—Entonces olvidemos esos asuntos definitivamente y para siempre y vamos a la salita de juego a probar fortuna un rato, — dijo Julián. — Un rato de cartas es lo único que logrará calmarme los nervios.

—Como fuí yo el causante del mal, lo menos que puedo hacer es proporcionar la cura, — dijo el artista sonriendo y él y Julián salieron de la biblioteca.

Matthew Lincoln esperó hasta que el ruido de sus pasos dejó de oirse y luego, llegándose hasta la puerta de cristales, la abrió y salió a la galería. A poca distancia, paseando lentamente por el jardín y gozando del aire suave de la noche, estaba Marion Grey.

La joven le vió llegar y se detuvo a esperarle.

—¿Salió todo bien? — preguntó ella.

—¡Espléndidamente!! ¡No me atrevía a esperar semejante éxito! — contestó el abogado. — Julián sintió un miedo tan intenso, que estoy seguro que no resistirá a muchas impresiones por el estilo. Pero yo no conté con que fuera a arrojar nada. ¿No le hizo daño al arrojar la estatuita?

—No. No la arrojó hacia donde yo estaba, y aunque así hubiera sido yo me encontraba guarecida detrás de unos arbustos a la izquierda de la ventana. Tome usted; guarde esto.

Marion Grey entregó al abogado una pequeña lámpara eléctrica para proyecciones dotada de un lente poderosísimo. Por medio de aquella lámpara, — que contenía una pequeña placa en la que estaba pintada la plida cara de Stephen Usher con la terrible herida, — Marion, oculta del lado de la puerta, había producido la aparición en el cristal.

La cara pintada en la placa, proyectaba sobre el grueso vidrio de la puerta, éste le había dado la apariencia misteriosa y su transparencia de espectro.

Matthew Lincoln y Marion Grey volvieron hacia el castillo por la entrada principal, mientras Julián Usher, ajeno a la jugada de que le habían hecho víctima, trataba de calmar su conciencia haciendo trampas al juego mientras jugaba con su invitado.

El espectro del juego

STEPHEN LORD, con su álbum de apuntes, estaba sentado en un rincón apartado del parque del castillo de Ravenhurst. No parecía adelantar mucho su labor artística y sus apuntes, aun cuando no dejaba de demostrar cierta habi-

lidad, estaban muy lejos de ser lo que se podía esperar de un pintor, llegado ya al cenit de su renombre artístico.

Había permanecido en aquel sitio casi toda la mañana, y como se acercaba la hora del almuerzo, se disponía a regresar al castillo. Acababa de ponerse de pie, cuando vió a poca distancia a Matthew Lincoln, el viejo abogado, que se dirigía hacia él.

Los dos hombres se encontraron y su encuentro, mirado desde alguna distancia, hubiera sido considerado muy ceremonioso, pero si alguien hubiese oído lo que se dijeron, se hubiera dado cuenta de que no era así, sino muy íntimo y amistoso.

—Vengo de Tullbourne, — empezó diciendo el abogado en voz baja. — No tuve ocasión de hablar a solas con usted esta mañana, pero tenía que decirle que por el primer correo recibí una carta firmada por Goodge, el guardián del presidio de Grimwood.

—¡No ha perdido el tiempo! — observó el otro.

—Me daba una cita y a ella acudí, — dijo el abogado. — Yo estaba dispuesto a hacerle una oferta razonable, puesto que él lo sabe todo y está en condiciones de descubrir nuestro secreto.

—Según él manifestó estaba dispuesto a callar si se le daba dinero, — dijo el pintor.

—Sí, pero la dificultad está en la cantidad que pide, — prosiguió Lincoln. — Como usted lo sabe, yo no soy rico y no es posible entrar en posesión del dinero que legalmente es de usted. Julián Usher tiene bien guardada la fortuna que le ha arrebatado a usted.

—¿No podríamos conseguir lo necesario para hacer que Goodge se calle, aun cuando sólo sea por algún tiempo? — preguntó Stephen con ansiedad.

El abogado movió la cabeza.

—Mi capital se halla en operaciones hipotecarias de las que no puedo extraerlo, sino dando aviso con alguna anticipación, — explicó, — y fuera de eso sólo tengo mis rentas que aun cuando son bastante importantes, no significan nada en un caso como el presente. Con todo eso, no podría reunir arriba de tres mil libras.

—¡Tres mil libras! — exclamó Stephen. —¡Pero eso debe ser mucho más de lo que puede costar el silencio del guardián Goodge!

—¡Se rió en mi cara cuando le dije la suma! — dijo Lincoln. — Discutí con él, le dije que tomara ese dinero y callara que ya tendría más llegado el momento, pero no cedió. Me dijo que sabía que jugaba un partido peligroso y por eso deseaba terminar de una sola vez la operación.

—Y si se le da el dinero, ¿qué cree usted que hará? — preguntó Stephen.

—¡Irá a ver a Julián! — contestó Lincoln. — Me dijo que estaba seguro que su primo pagaría una cantidad muy importante en cambio de su sensacional información. Con toda desvergüenza manifestó que estaba dispuesto a darle la preferencia al mejor postor.

—¡Pero eso significa el desastre de todos nuestros planes! — balbuceó Stephen.

—Así me parece a mí, — manifestó apesadumbrado el abogado. — Pero tal vez logremos encontrar algún modo de salir de la dificultad. Mientras tanto, lo único que se puede hacer, es evitar que Goodge vea a Julián. No será fácil, pero habrá que hacerlo.

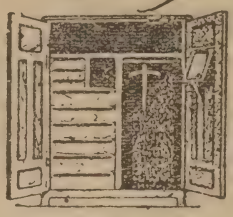
Los dos hombres habían ido caminando hacia el castillo y cuando llegaron a poca distancia de él, vieron que Julián Usher subía apresuradamente en un automóvil que estaba delante de la puerta principal.

Le vió en seguida y le hizo señas al hombre a quien conocía por Stephen Lord, el cual corrió hacia él, contestando a esas señas.

—¡Amigo Lord! — le dijo. — Voy a los links de Wimbley a almorzar y a pasar la tarde jugando al golf. Había enviado a uno de los criados en busca de usted para invitarle a que me acompañe si no tiene inconveniente.

Stephen no se atrevía a creer la buena suerte que le favorecía, pues teniendo en cuenta lo que había dicho Mattehw Lincoln un momento antes sobre la necesidad de hacer que Goodge y Julián no se vieran, era esta una oportunidad que venía admirable-

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIAL



Precio reclame desde $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas

Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

mente bien. Sin embargo, no le convenía mostrarse demasiado decidido a aceptar el ofrecimiento.

—¡Pero milord! — exclamó. — ¡Usted está decidido a no dejar que yo me ocupe de mi trabajo! Además, si mi suerte en los links es tan mala como fué anoche en la mesa de juego, no llevo probabilidades sino de perder.

—Soy malísimo jugador al golf, — explicó Julián. — Así que no tiene que temer desventaja. Acepte usted No me haga fracasar un día de agradable sport.

Volviéndose hacia el criado que estaba de pie ante la puerta, ordenó:

—Traiga el sobretodo del señor Lord.

Cuando el criado reapareció con el sobretodo, Stephen ya había aceptado, no sin hacerse de rogar varias veces, la invitación, y subió al automóvil sin más vacilación.

Matthew Lincoln vió con satisfacción cómo se alejaba el coche.

Los links de Wimbley estaban a menos de una hora del castillo de Ravenhurst y los dos hombres llegaron a ellos con excelente apetito que hicieron de buena gana los honores al almuerzo que les habían preparado en el chalet del club, obedeciendo a una orden telegráfica de Julián.

Terminado el almuerzo salieron al campo y comenzaron un partido. Julián era bastante buen jugador, a pesar de lo que había dicho, pero Stephen, a pesar del tiempo que llevaba sin jugar al golf, se mostró por lo menos tan bueno como él y ganó el primer partido que fué muy disputado y por lo tanto, muy interesante.

El segundo partido lo perdió Stephen y estaban jugando el tercero cuando una llovizna que les había molestado durante más de un cuarto de hora, se transformó en lluvia y los dos jugadores tuvieron que guarecerse en el chalet.

Anocheció antes de que dejara de llover y hubo que abandonar el propósito de seguir jugando. Para mayor desencanto no había nadie en el chalet del club más que el encargado del restaurant y sus dos ayudantes. Ni un solo jugador había acudido a los links aquel día.

—¡Poca suerte tenemos! — gruñó Julián, que había consumido numerosos vasos de whisky y soda a fin de reconfortarse el espíritu. — No me atrae la idea de un viaje de una hora en automóvil bajo esta lluvia copiosa.

—Ni a mí, — dijo Stephen a quien le parecía muy bien que Julián pospusiera lo más posible su regreso al castillo. — Podemos quadarnos en el salón de juego y pasar el tiempo lo mejor posible.

Un inveterado jugador como Julán tenía, necesariamente, que considerar agradabilísima aquella invitación, así que los dos hombres dejaron el salón del bar y pasaron a un saloncito de juego que quedaba a un lado del chalet.

Durante las dos primeras partidas la suerte favoreció a Stephen. Julián acudió a todas sus tenebrosas mañas para que la suerte se inclinara hacia él, pero su compañero le observó atentamente y pudo hacerle fracasar sus combinaciones una tras otra sin dar señales de que se daba cuenta de la picardía de su compañero.

Esto no contribuyó a mejorar el humor de Julián, pero Stephen tenía una razón para no dejarle hacer trampas. Necesitaba ganar para de este modo sacarle a su primo el dinero que le hacía falta para comprar el silencio del guardián Goodge.

Durante una hora jugaron y durante todo ese tiempo Julián siguió bebiendo mientras Stephen pretendía hacer lo mismo. En esa hora el falso conde de Ravenhurst había perdido cerca de mil libras esterlinas.

—¡No juego más! — dijo Julián poniéndose de pie. — La suerte está en contra mía esta noche.

Se volvió de espaldas a la mesa y fué a mirar por la ventana, dirigiendo su vista hacia la densa oscuridad de la noche.

—¡Vamos! ¡Venga usted aquí! ¡No pierda tan pronto las esperanzas! — dijo detrás de él el artista. — ¿No quiere la revancha?

Julián se volvió de nuevo hacia la mesa.

En el mismo momento se detuvo como si se hubiese quedado repentinamente petrificado un grito de horror, miró al hombre que estaba sentado del otro lado de la mesa.

Ya no estaba allí Stephen Lord, el pintor de la Academia de Bellas Artes. En su lugar se hallaba un hombre cuya cara pálida y transparente tenía el aspecto de la muerte. Su palidez era la del mármol y sobre ella se destacaba, en la sien izquierda la señal lívida de una herida de bala.

Lo que estaba del otro lado de la mesa era el terrible, el aterrorizado espectro de su primo Stephen Usher.

Durante cerca de un minuto Julián Usher permaneció inmóvil mirándolo. mudo de horror. Después, cayendo de rodillas, se tapó la cara con las manos y se puso a sollozar.

No pudo darse cuenta del tiempo que transcurrió, pero lo primero que llegó a sus oídos fué una voz que decía:

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa a usted, milord?

En el próximo número de PUCKY que aparecerá el viernes 22 de enero seguirá esta notable novela. No se olvide de encargar anticipadamente su número al vendedor.

Una advertencia mal expresada

La señora: — ¡Enrique! ¡Qué disparate! ¿Por qué estás ahí parado, con la cabeza descubierta, en el césped mojado de rocío?

UNICOS INTRODUCTORES: **JOSÉ PERETTI & Cia.** • Buenos Aires

¿Ha apreciado usted las mejoras de "Pucky"?

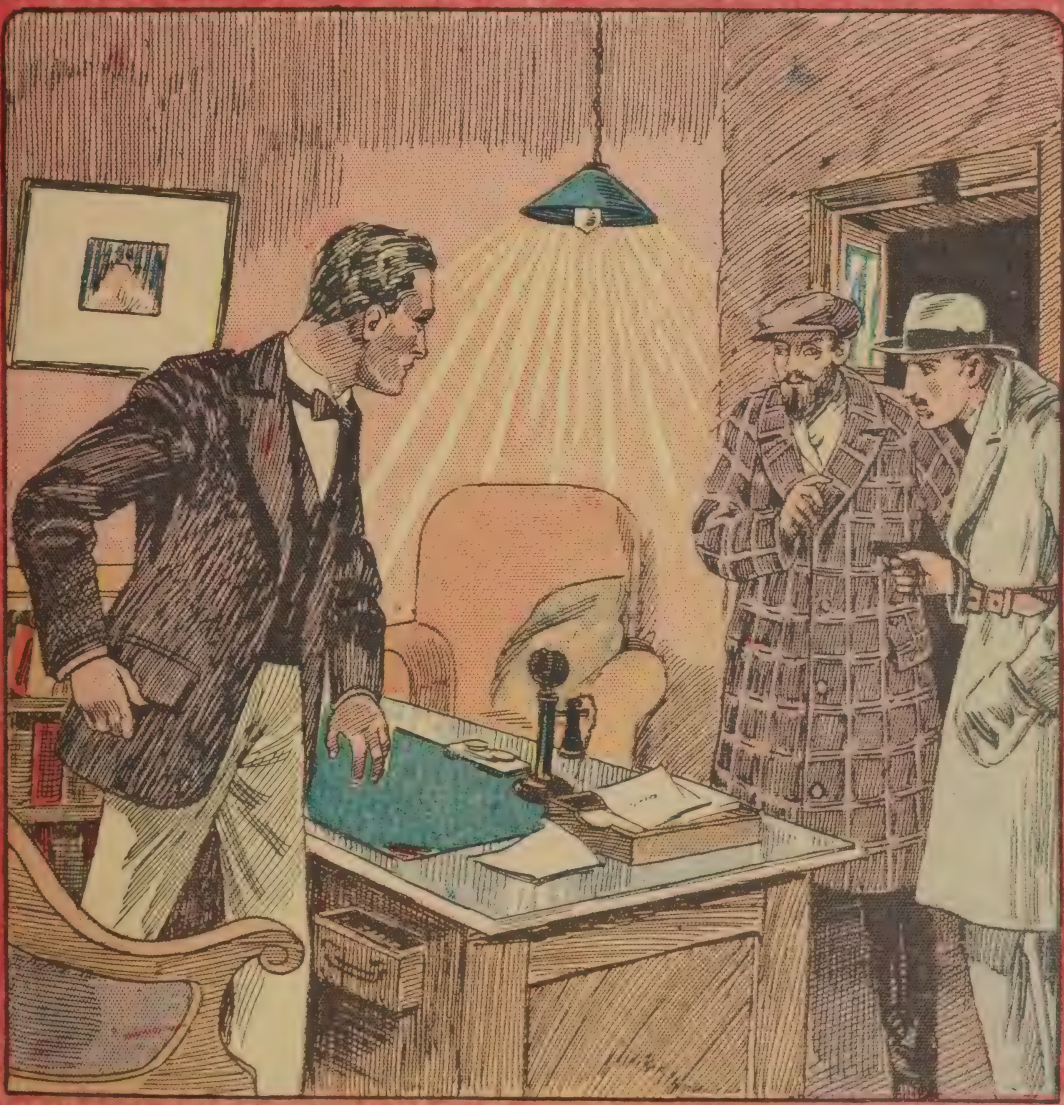
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Enero 22
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 121



Se volvió, mirando una pistola automática que le amenazaba.

Corresponde esta escena a la nueva novela, traducida del inglés para "Pucky", que se publica completa en este número y se titula:

EL COMPLOT de la PULSERA

Pipiola: — ¿Cómo fué que tuviste anoche una lamentable equivocación.
Carola: — ¡Figúrate! ¡Le dije a Arturo que ningún hombre me había besado antes que él, y resulta que el año pasado estuve dos meses de novia con él y no lo recordaba!

—Deseo una navaja de afeitar para regalársela a mi esposo. Por favor, deme la de menos filo que tenga. ¡Es tan descuidado!

El complot de la pulsera

Lo que le sucedió a un joven que disponía de mucho tiempo y de mucho dinero.

La bruja Baba-Yaga

Un cuento divertido y original para pasar un rato agradable.

El conde de Konigsmark

Nuevo e inédito relato histórico del gran autor Rafael Sabatini.

El experimento del Dr. Heidegger

Otra joya de la literatura estadounidense por N. Hawthorne.

Mujeres veleidosas

Divertido cuento del notable escritor inglés W. Jacobs.

Máximas y pensamientos

Frases notables de personajes notables de todas las épocas y todos los países.

La extraña historia de Stephen Usher

Continuación de la gran novela de "Tit-Bits" que se reimprime en "Pucky" a pedido del público lector.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

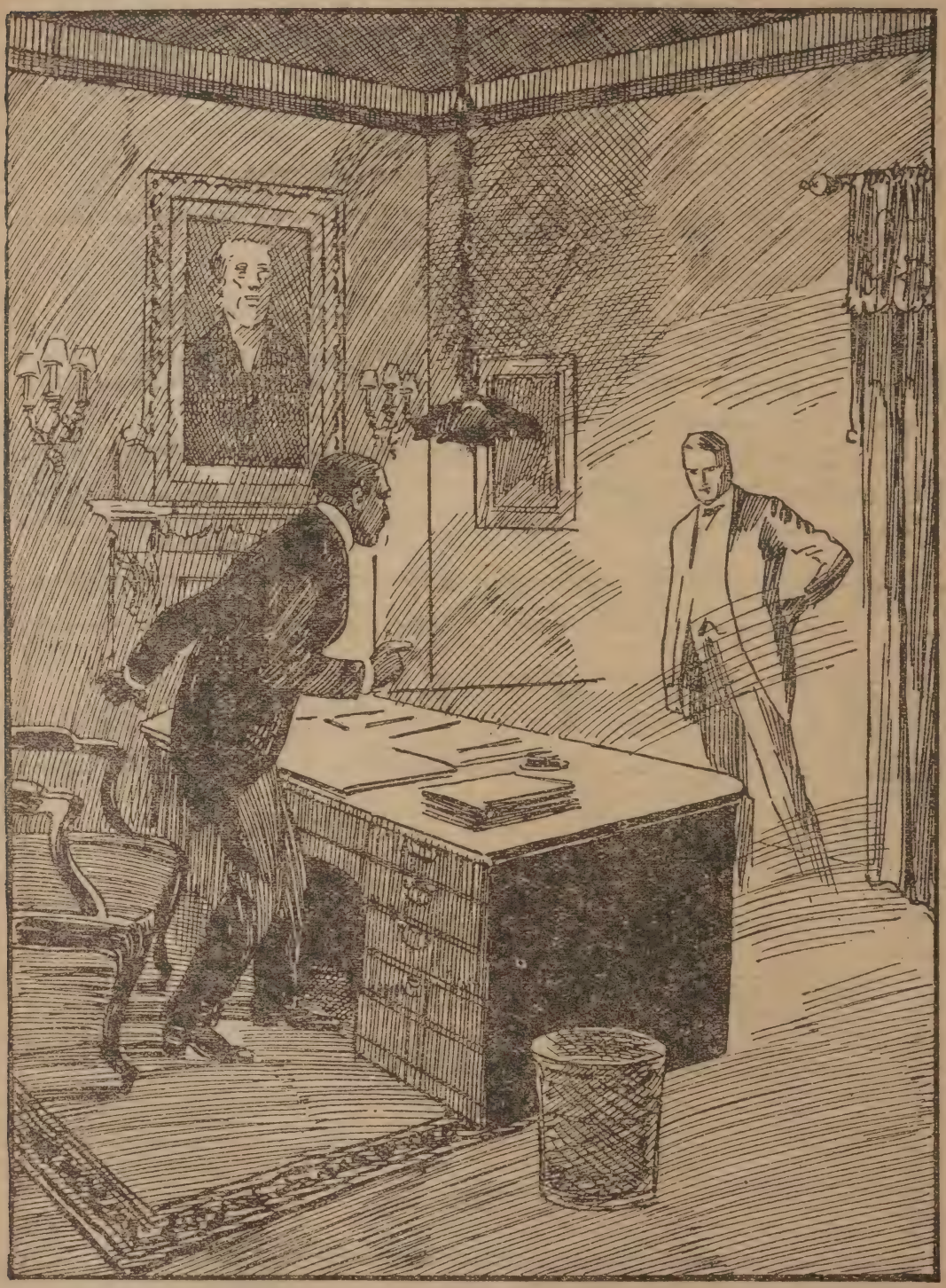
Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscricion por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „



La figura que había visto dentro de la niebla fué definiéndose cada vez con mayor claridad. ¡Era el espectro de Stephen Usher! ("La extraña historia de Stephen Usher"). (Véase pág. 41.)

EL COMPLOT DE LA PULSERA

Por CLAUDE E. BENSON

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

Un joven con demasiado dinero y mucho tiempo disponible, una joven hermosa y una pulsera contribuyen a burlar a dos de los más peligrosos criminales de toda Europa

MIGUEL DRAYTON era un caballero andante decepcionado.

En tiempos de la reina Isabel de Inglaterra se hubiera cubierto de gloria y de honor y hubiese fallecido de muerte violenta combatiendo bajo la bandera de Drake o de Grenville. En época menos lejana hubiera seguido los pasos de Gordon Cumming, Stanley o Selous. Pero en estos días en los cuales hay que obtener previo permiso de un jefe africano para tirotear a medio elefante y en los que cualquier desacuerdo con una tribu de nativos puede producir un estallido que llegue hasta la Liga de las Naciones, no es posible pensar en tales cosas.

Además Drayton no se sentía especialmente inclinado a hacer algo, fuera lo que fuera. Tenía abundante fortuna y superabundante salud. Era algo parecido a un estudioso, tenía algo de atleta y algo, pero muy poco, de abogado.

El Foro, protestaba él, no le ofrecía atractivos: no le gustaba sacrificar la inteligencia y la conciencia para hacer absolver a una colección de pillos. Como varios de sus amigos le manifestaron que no tendría ni la menor probabilidad de que le sucediera eso, Drayton contestó que, en tales circunstancias no podía arriesgarse a hacer que, por su culpa, los jueces enviaran a presidio a sus infelices defendidos. ¡No! Lo que él necesitaba era un comienzo que tuviese algo de aventura, de hazaña, de individualidad. Había hecho una o dos tentativas, pero durante poco tiempo. En aquellos momentos sentíase atraído por la idea de realizar alguna hazaña al estilo de Sherlock Holmes o Sexton Blake, es decir ejerciendo de detective particular.

Poco había de tardar en percatarse de que entre él y esos héroe de la investigación había una porción de millas de distancia. No le era posible sacar una deducción ante un rastro cualquiera en mejor forma que el más vulgar de los hombres. No tenía habilidad alguna para disfrazarse de piano de cola o de contramaestre de buque; no tenía las sutiles habilidades de un ladrón y ni aún en estos luminosos días logró encontrar quien quisiera enseñarle a robar de acuerdo con todas las reglas del arte.

Además, — y esto era lo menos agradable de todo, — la oportunidad de hacer alguna de esas deseadas hazañas no se presentaba ante su paso.

Las cosas que aparecían por su oficina, — había instalado una oficina, — resultaban todos ellos turbios y Drayton quería trabajar honorablemente. La única emoción, mejor dicho la única diversión que hasta entonces había podido gozar se la proporcionó una pateadura de primer orden que le aplicó un caballero el cual se presentó con la pretensión de que Drayton vigilara a su esposa y averiguara si ésta le engañaba. La

LA EXTRAÑA HISTORIA DE STEPHEN USHER

Lea la continuación de esa notable obra que comienza en la pág. 41 de este número.

diversión fué poca en verdad porque el infeliz marido ni siquiera fué capaz de resistirse y de aplicarle un buen golpe.

Era a mediados de noviembre; un día frío, crudo y con niebla. Tal vez las condiciones del tiempo influían en el sistema nervioso de Drayton. En todo caso no cabía duda respecto a un detalle: Drayton estaba enteramente harto. ¡Qué vida inútil, estéril, fútil, la que hacía! ¡Y qué modo de perder el tiempo! A pesar de que el alquiler del local de la oficina, — que representaba un mordisco de pulga en la suma de sus rentas, — estaba por hacer que el negocio se declarara en quiebra por que ni para eso se sacaba.

Pero lo que aún cuando parezca extraño contemplaba con desesperación y alarma era cómo perdía lamentablemente el tiempo. Todo aquello no servía para nada. Se sintió inclinado a liquidarlo. Si se le llegaba a ocurrir liquidarlo, lo liquidaría en un instante.

Despidió al pequeño muchacho mandadero de la oficina, — también tenía esa supérflua pieza de moblaje, — media hora antes de la hora de salida, es decir a la 1 p. m. y se dispuso a seguirlo.

¡Y entonces fué cuando la Aventura se presentó!

Aventura tenía acento extranjero, vestía muy bien, tenía fascinadoras facciones y una agitación grandísima. Llamó a la puerta y movió la manija tan inmediatamente que pudo decirse que ambos movimientos fueron casi casi simultáneos.

Se plantó frente a Drayton con las manos juntas, con gesto, ademán y expresión de súplica.

—¡"Monsieur"!, — exclamó ella. — He venido a verle no porque crea que es usted sagaz sino porque es usted un caballero, porque es usted un hombre de honor.

Drayton hizo un ademán cómo rechazando modestamente toda alabanza.

—Tenga usted la bondad de calmarse, señora, — dijo él, — y tome asiento. Le prometo que he de hacer todo lo que pueda en su favor a pesar de mi falta de seso y de sagacidad.

La visitante hizo un gesto de impaciente desesperación.

—¡Oh! ¡Qué tontos son todos ustedes los hombres! — exclamó. — Lo que he querido decir era que no busco sagacidad ni habilidad pero busco bondad e hidalguía. Y usted es bueno y caballeresco; estoy convencida de que es así.

Dejó caer suavemente su mano en la de Drayton. La situación era delicada, tal vez algo dificultosa, pero desagradable no. Todo lo que Drayton pudo hacer fué buscar en su cerebro una forma cortés para decirle: "Hable usted de una vez", sin decirlo así. Antes de que llegara a hablar su cliente se había tranquilizado ya.

—Señor, — continuó, — tenga usted la bondad de examinar esta pulsera, no creo que le indique a usted nada, pero examínela mientras yo hablo.

Desabrochó un brazalete que tenía puesto, mientras hablaba, y se lo dió a Drayton con un grandísimo cuidado que no parecía merecer. Era una pulsera muy vulgar. — una especie de "mestiza" entre la anilla de unas esposas y una argolla cualquiera, — con una banda ancha y un cierre cuadrado. Lo único llamativo que tenía era el metal, oscuro y raro, con un dibujo trazado con pequeños trazos de plata al reverso del cierre.

Mientras tanto la señora cumplía su palabra y hablaba... hablaba con incoherencia y rapidez. Según Drayton pudo colegirlo, tratando de comprender aquel montón de palabras, exclamaciones y ademanes, su visitante pertenecía a la nobleza y la pulsera era algo valiosísimo, de incalculable valor. Se la había confiado la cabeza de su familia, que debía llegar a Inglaterra dos días después. En el interín dos hombres, — ¡primos de ella! ¡ay! — hombres odiosos, detestables, malos, se habían enterado de que ella tenía la pulsera y no se detendrían ante obstáculo alguno, — ni aún ante el crimen, — con tal de apoderarse del brazalete. ¡Y esas dos hombres la perseguían! Con seguridad debían hallarse cerca de ella en aquel mismo instante. En ese momento se levantó de un salto, abrió la puerta y miró ansiosamente al pasillo, a derecha y a izquierda.

—Permítame que le manifieste, señora, — dijo Drayton fríamente, — que si lo que desea es hacer saber dónde se encuentra procede usted precisamente del mejor de los modos para conseguirlo.

La mujer se volvió hacia él con el rostro encarnado de enojo.

—¡Oh! ¡Qué impávidos, impasibles y fríos son ustedes los ingleses! ¡Qué "flemáticos", como dicen ustedes. Si a usted le persiguieran dos asesinos, usted se sentiría muy tranquilo ¿no es así?

—No lo sé, — replicó Drayton sin comprometer opinión. — En todo caso haría lo que le aconsejo a usted ahora: iría a pedir protección a la policía.

La visitante golpeó las manos con grandísima impaciencia.

—¿La policía? — gritó vibrando de excitación. — ¡La policía! Querría saber en seguida quién soy, dónde vivo, de dónde vengo, de dónde ha de venir el conde, quiénes son mis primos, qué hacen y qué hace el conde, que vendrá a pasar únicamente doce horas en Inglaterra y no le devolverían la pulsera antes de pasado un mes. Bueno, démela. La llevaré conmigo aceptando el riesgo, sea el que sea.

Drayton bajó la cabeza. Había andado en busca de aventura y de excitación y cuando ambas se le presentaban no acertaba más que a mostrarse prosaico y vulgar. Mediante un esfuerzo, reaccionó.

—Haga usted el favor de tranquilizarse, señora, — dijo amablemente. — Yo me haré cargo de su brazalete. Pase usted a mi oficina particular y le daré el correspondiente recibo. Podrá usted recobrar su alhaja en cualquier momento viniendo a recogerla aquí.

Había empezado a redactar el recibo cuando se oyó llamar a la puerta de la oficina exterior. Un segundo después, oyeron que dos o más hombres entraban en la ofi-

cina. La señora, aterrorizada, se llevó ambas manos al corazón.

—¡Son ellos! — dijo en voz baja. — ¡Son ellos! ¿Qué vamos a?...

Drayton la hizo callar abriendo la puerta de servicio de su oficina particular y haciendo que ella pasara al corredor.

—¡Muy bien! — gritó, dirigiéndose hacia la otra habitación. — Voy a atenderles en seguida.

Empezaba a sentirse enojado contra aquellos dos pícaros que perseguían a una señora tan hermosa. Su deseo personal fué echarlos a puntapiés. Era verdad que no los había visto nunca, pero eran un par de aventureros extranjeros y él era un atleta inglés. Por otra parte, no era conveniente producir un desorden. Sin embargo, podía tratarse de dos facinerosos. En consecuencia, decidió ocultar la pulsera. Había allí una caja de hierro, pero tardaría mucho en abrirla. Un impaciente golpear en la puerta de su oficina particular le hizo desistir de abrir la caja. Tomó el sombrero de la percha, puso el brazalete enganchado en la percha y volvió a colgar el sombrero. Acababa de proceder así cuando la puerta se abrió.

En medio de la city de Londres, a mediados de Noviembre, la luz pocas veces es buena, y cuando hay niebla es execrable. En consecuencia, le pareció a Drayton que una exacta y moderna copia de Jacques Strop y Robert Macaire había entrado. Macaire fué el que primero habló, y lo hizo inmediatamente.

—Una señora ha estado a visitarle; no lo niegue. Ella le ha dejado a usted una pulsera; no lo niegue. Nosotros necesitamos esa pulsera.

—¡Vayan ustedes al infierno! — comenzó Drayton... y calló, al ver que le apuntaba el caño de una pistola.

(Esta es la escena que representa el dibujo en colores de la primera página de este número.)

En un instante dominó Drayton sus momentáneamente agitados nervios.

—¡No sea loco! — dijo con toda frialdad. — Estas paredes son delgadas como el papel, y una detonación sería oída en todo el edificio.

—Ya lo sé, — dijo Macaire con igual frialdad. — Pero si el señor examinara esta pistola vería que no es un arma como las demás. Es, en realidad, una pistola "de gas". La descarga produce insensibilidad pero no mata, aún cuando temo que pueda perjudicar algo a los ojos del señor.

Drayton se dió cuenta de que se trataba de un caso perdido y levantó las manos. Jacques Strop le revisó rápida y hábilmente los bolsillos. Drayton se felicitó de que no se le hubiese ocurrido ocultar la pulsera en su persona.

—Deseamos molestarle, "monsieur", lo menos posible, — dijo Macaire, que parecía ser el encargado de hacer uso de la palabra. — Si usted desea entregarnos, sin resistirse, la llave de esa caja de hierro, le permitiremos que se siente y le consentiremos que baje las manos.

Drayton accedió.

—¡Qué delicados de manos son estos "chevaliers d'industrie"! — pensó en un momento en que sus dedos tocaron los de Jacques Strop.

Un momento después vió que las manos que revisaban la caja de hierro, — las manos de Jacques Strop, — eran las de un caballero. El modo de vestir de un caballero de manos delicadas, en Londres su "costumbre de rigueur" no es por cierto el de un Jacques Strop.

En la caja de hierro no encontraron absolutamente nada, ni tampoco en la oficina exterior. Los que buscaban hablaban en un idioma extranjero. La interpretación de sus palabras no era fácil, pero el sentido de las frases se comprendía con toda claridad. Drayton comenzó a sentirse contento.

—Aún no han revisado ustedes los bolsilos de mi sobretodo, — dijo. El otro contestó con una blasfemia, buscó y buscó de nuevo, sin hablar nada.

Al ver esto, Macaire perdió los estribos.

—¡Tonto! — gritó. — ¡Tonto! ¿No le dije que con uno era suficiente? Pero usted, testarudo como una mula, quiso venir también. Y ahora ella se ha marchado; nos ha dado esquinazo. Mientras hemos perdido el tiempo aquí, ¿dónde está ella, en ese laberinto de tranvías subterráneos, de calles y callejuelas? ¡Conteste!

Dirigiéndose a Drayton e inclinándose, agregó:

—Lamentamos haberle molestado tanto, "monsieur", pero el caso es de inmensa importancia. Tenga en cuenta que, en nuestro fracaso tiene usted su venganza.

Dicho esto volvió a saludar y, seguido de Jacques Strop, salió de la oficina.

A Drayton lo primero que se le ocurrió fué seguirles. Pero, cuando salió y se encontró en el corredor vacío y con numerosas ramificaciones, dominó su impulso y volvió a su oficina. Una vez allí metió la pulsera en el bolsillo de su sobretodo grande, encendió un cigarrillo, cenó y se dirigió escaleras abajo a una de las varias puertas del laberíntico edificio donde estaba su oficina. Al encontrarse bajo el resplandor de las luces eléctricas que iluminaban el vestíbulo principal de la casa sacó la pulsera del bolsillo, la examinó perplejo durante algunos segundos y después se la guardó de nuevo.

Lo menos cuatro alternativas se le ofrecían en aquel momento: llevar la pulsera a Scotland Yard, lo que sería fácil pero no agradaría a su bella cliente: depositarla en el Banco donde tenía cuenta, lo que sería demasiada molestia: empeñarla en cualquiera de las más cercanas casas de préstamos y retirarla la mañana siguiente, medio seguro pero poco atractivo: llevarla en el bolsillo, lo que sería peligroso pero, por lo mismo, más emocionante. Después de haberse guardado la pulsera en el bolsillo y de haber tomado un automóvil de alquiler que por casualidad se había metido en las calles de la city, se hizo llevar al club de que era socio. Jacques Strop, con desfachatada desvergüenza, abrió la portezuela para que subiera. Un movimiento de retroceso de inconcebible celeridad hizo que Jacques Strop salvara materialmente la integridad

de su rostro. Drayton daba unos puñetazos equiparables a coces de caballo.

En el club. Drayton almorzó con uno de sus amigos. Después de almorzar se retiró al "Salón Silencioso", el refugio de todos los viejos del club. Allí pudo examinar la pulsera a su gusto.

No lograba sacar nada en limpio. El dibujo de rayitas plateadas del cierre no revelaba secreto alguno; el cierre en sí mismo resultaba igualmente inexpresivo, aún cuando no pudo abrirlo por más que hizo. Lo volvió de un lado y del otro; lo examinó con un cristal de aumento por si se trataba de uno de esos mecanismos con una aguja oculta que al pinchar infiltra mortal veneno; lo acarició, lo frotó, lo apretó, tiró de él, todo ello sin resultado favorable. Por último se lo llevó al oído por si acaso hubiera perdido el tiempo tratando de abrir lo que era un trozo macizo de metal. Algo hizo ruido, suavemente.

El cierre, por lo tanto, era hueco y contenía algo. Probó de nuevo golpeando la tapa con un dedo y, de improviso, se abrió. Evidentemente, el dibujo constituía una combinación mediante la cual el cierre de la pulsera podía abrirse y Drayton, por suerte, golpeando al azar, había dado con el secreto.

Obedeciendo a un repetino impulso de curiosidad, Drayton intentó enseguida solucionar el significado de aquello. Dejó abierto el cierre y concentró su atención a su contenido. Era esto un medallón que presentaba un retrato de un tipo de cabello blanco, de cutis moreno y de aspecto aristocrático a la vez que extranjero. A Drayton le pareció recordar haber visto aquel retrato hacía poco, en una revista en algún diario. No recordaba el nombre pero esto importaba poco. Carruthers estaba en el club y Carruthers conocía a todos o quienes valía conocer.

Drayton sacó el retrato para ver si tenía algo detrás. Detrás de él, en el sentido que él había pensado no vió nada pero a su reverso se veían signos negros e irregulares parecidos a las patas de una desmenbrada mosca.

Drayton los examinó con crítica atención.

—Si esto no es taquigrafía, — se permitió decir en el Salón Silencioso, — yo soy japonés. Vamos a ver.

Era muy hábil taquígrafo. Podría leer sus signos y aún los ajenos, aun después de mucho tiempo de acontecidos los sucesos a que se referían, es decir, sin punto de partida...lo que es sumamente difícil.

Sus primeras tentativas no se vieron coronadas por éxito favorable, según lo demostró con sucesivos gruñidos.

—"Care nee" leyó. ¿Qué querrá decir. "Impedimento, temor, doméstico, adición". ¿Doméstica adición? Un agregado doméstico: un niño quizas. Pero estoy seguro de que esa palabra no es "doméstico" ni "doméstica" y de que no hay tal "adición". Veamos si está en francés.

El francés, sin embargo, no dió resultado. Probó luego el italinao — Drayton creyó recordar que el caballero del retrato era italiano, — con igual fracaso. Probó el castellano y el resultado fué también negativo.

—¡Qué diablos! — exclamó Drayton — ¡Voy a hacer la última tentativa!

Probó a ver si aquello estaba escrito en latín, — ya que las lenguas vivas no le habían dado resultado, recurría a las muertas, — y el resultado fué satisfactorio.

"Ceve ne impedimenti terrae domun adires".

("Tenga cuidado de no ir a la casa del impedimento de la tierra — o de la tierra del impedimento").

—¡Ya lo tengo! gruñó Drayton. — ¿Qué diablos será el significado de la casa de la tierra del impedimento? Impedimento. ¡Ah! ¡Ya acerté! — exclamó mirando el papel que tenía delante. — Eso significa "Cumberland House" En inglés "cumber" es embrollo o dificultad, "land" es tierra y "house", cosa. Pero ¿qué puede pasar en Cumberland House?

Fué directamente al salón de lectura y tomó el "Morning Post". Entre los "próximos acontecimientos", a escasamente cuarenta y ocho horas de tiempo una importante ceremonia debía realizarse en Cumberland House, ceremonia a la que debía asistir gran número de personas de importancia.

Como Arquimedes, Drayton lo "había encontrado" pero el descubrimiento no le había dejado como a Arquimedes pues si había descifrado el mensaje no sabía a qué ni a quien se refería. Se trataba de un caso que podría ser estudiado por dos personas mejor que por una sola y mejor aún por tres. Afortunadamente los dos deseables colaboradores estaban en el club en aquel momento.

Uno era Derrick Carruthers, del Servicio Diplomático que sabía todo lo que era necesario saber sobre personajes de importancia y tenía además la habilidad de pasar por un tipo tan frívolo como una mariposa. El otro era Ronald Graham, uno de esos jóvenes que comienzan su vida como secretario privado (sin sueldo) de esta o de aquella notabilidad y terminan por obtener alguna designación de nobleza cuando llega el primero de año. Drayton cerró los ojos durante algunos minutos, reflexionó intensamente y después fué en busca de sus hombres. Los encontró medio somnolientos en el Salón de Fumar.

—Amigos mios, — comenzó, — necesito que ustedes me escuchen durante cinco minutos, con toda seriedad y atención.

Los dos despertaron instantáneamente. La situación era realmente seria aun cuando Dayton no presentaba ni el menor síntoma de agitación ni en su voz ni en su actitud.

Drayton tardó menos de cinco minutos. Es maravilloso todo lo que se puede decir en un corto tiempo si uno sabe lo que tiene que decir y se limita lisa y llanamente a decirlo. Al terminar Drayton, Carruthers tendió la mano para tomar la miniatura.

—¡El "marchese" di Cadanza! — dijo en seguida. — Es un hombre de capacidad, pa-

triótico y honrado, tres excelentes razones para que quieran quitarlo de enmedio. La joven que le visitó a usted debe ser su sobrina. Es fascinadora... — Se disponía a hacer el panegírico de la bella desconocida, cuando Graham intervino con la brusquedad que le permitía su íntima amistad.

—Todo eso puede ser, pero el punto es este: Ese mensaje parece indicar al marqués que hará bien en no ir a Cumberland House. Lo primero que se deduce es que una visita a Cumberland House puede ser peligrosa y lo segundo que el peligro es general, no particular. ¿Me comprenden?

—Sí, — asintió Carruthers. — Perfectamente. Si el marqués fuese el único a quien pensaran atacar, ellos no hubieran buscado el momento de una gran ceremonia para hacerlo. Lo de "Un ballo in máschera" no es del agrado de esa gente. El caso es serio.

En aquel momento se acercó a ellos un amigo a invitarles a un partido de "bridge". Drayton declinó cortésmente la invitación manifestando que iban a retirarse en aquel mismo momento.

—Es necesario, — observó Graham en cuanto estuvieron solos, — adoptar alguna medida lo más pronto posible. Aquí no podemos hablar porque nos interrumpirán a cada momento y no podemos desperdiciar ni un minuto. Sus habitaciones están cerca de aquí, Drayton; si le parece, vamos allá.

Asintió Drayton y un minuto o dos después estaban en el hall, abrigándose porque hacía frío. Drayton se guardó la pulsera, abierta todavía, en el bolsillo interior del saco.

—Hay en la calle una niebla espesa como sopa de purés de arvejas, — observó, — y si alguno de sus amigos de esta mañana anda por ahí, intentará de fijo revisarme los bolsillos.

—Son capaces de algo más importante, observó Carruthers. — Suba al salón del primer piso y mire por el balcón si hay algo sospechoso. Ya han encendido los faroles en la calle.

Drayton realizó rápidamente su inspección. Al cabo de un minuto regresó manifestando que si Robert Macaire andaba por las inmediaciones la verdad era que no se le veía por parte alguna.

—Muy bien, — dijo Graham. — Entonces procuremos no separarnos. ¡En marcha!

Salieron. Siguieron calle arriba y una sombra les siguió. Volvieron luego hacia una calle transversal, de menos aristocrático aspecto y la sombra continuó siguiéndolos. Una tercera vuelta y entrarían en la pequeña calle donde esta situada la casa en que Drayton tenía sus habitaciones.

Drayton había reflexionado rápidamente. Al llegar a la esquina dijo en voz baja:

—Adelántense ustedes, amigos míos.

Ellos obedecieron sin preguntar y sin vacilar. En el momento en que la sombra volvía la esquina, Drayton se volvió rápidamente.

La Sombra llevó la mano al bolsillo pero en aquel momento los nudillos de Drayton le golpearon, — encontrando que la Sombra era bastante material, — dándole arriba de la nuca y haciendo que se desplomara sin conocimiento.

—Este caballero ha sufrido un accidente, — dijo con toda seriedad a los otros dos que se había acercado a él. — Ayúdenme a llevar a este pobre hombre a mis habitaciones.

No se necesitó ayuda. Graham tomó en brazos a Macaire como si se hubiera tratado de un niño. Cuando llegaron a las habitaciones de Drayton lo puso en la mesa, como si fuera a ser sometido a una operación. El hombre seguía sin conocimiento. No tenía el rostro lastimado.

—Le dí en el cuello apropósito para no desfigurarle, — dijo Drayton.

—Bien hecho, — manifestó Graham. — Pero revisemos los bolsillos de este caballero.

Así lo hicieron encontrando la pistola de gas, una Browning y un estileto metido en una vaina oculta tras el forro del saco. No encontraron papeles ni documentos de ninguna clase. Cuando terminaron la revisación Macaire había empezado a recobrar los sentidos y a abrir los ojos.

—Ahora, — dijo Drayton, — debemos poner a este personaje en alguna parte mientras conversamos. Propongo que lo pongamos como estaqueado en mi cama.

—En Turquía, — observó Carruthers, — acostumbran a disponer de los que no hacen falta metiéndolos en una huesa y arrojándolos al mar; en Persia los envuelven en una alfombra. Voto porque se envuelva a este tipo en la alfombra de delante de la chimenea una soga. De ese modo se quedará quieto y correrá peligro de enfriarse.

Macaire fué tratado de acuerdo con el plan y metido en el baño. Su rostro expresaba el más intenso furor. Después los tres amigos se reunieron para conferenciar.

—Señores, — comenzó Graham, con toda gravedad, — este asunto es demasiado serio para unas personas particulares como nosotros...

—¡Bah! — interrumpióle Carruthers. — A la señorita la encontraremos en el Hotel Clarence, pues es el hotel donde se aloja casi siempre esa clase de gente. Con seguridad Jacques Strop está allí o anda por las inmediaciones. Conviene echarle mano y avisar a la autoridad.

—Puede usted llevar también la pistola de gas, — propuso Drayton. Dijo "también" refiriéndose a la pulsera que Graham se guardaba en el bolsillo en aquel momento.

Graham tardó cerca de tres horas en regresar. Dió unas palmadas en la espalda a Drayton y miró intencionadamente a Carruthers. Tomó el estileto y la Browning y puso ambos, junto con la pistola de gas, en el felpudo de la puerta del pasadizo.

Fué al cuarto de baño, sacó a Macaire, lo desató y desenrolló la alfombra en medio de una atmósfera de blasfemias de todas clases y después puso al hombre, también, en el felpudo.

—Ahí tiene lo suyo, — dijo cortésmente, — y cerró la puerta.

—La detendrán a la salida, — explicó, — y es de suponer que haga uso de la pistola.

Ahora está cargada con agua de Colonia así que no le será muy útil. Sea como sea, se apoderarán de él. Tenía usted razón, Carruthers, Jacques Strop estaba allá, vendiendo fósforos y cordones para el calzado. Lo han prendido por ejercer de vendedor ambulante sin patente. Pero yo me muero.

Mediante la combinación de una botella de whisky y un sifón de soda, se le presentó el reanimador que necesitaba.

—¡A su salud, amigo mío! — agregó Graham. — Mis felicitaciones. Me parece que algo singularmente condenable está sobre el tapete, algo que haría temblar a un bolsheviki. Otro hombre ha recibido un mensaje semejante y los peritos estaban examinándolo cuando yo llegué. Habían dado con lo de la taquigrafía pero habían decidido que el mensaje estaba en lenguaje cifrado. Su interpretación latina, Drayton, ha ahorrado mucho tiempo y tiempo valiosísimo. Así que, como usted lo ve, amigo mío, ha llegado a hacer algo útil alguna vez. La idea de usted, respecto a la pistola, fué también excelente, Carruthers.

—¡Oh! ¡A cualquiera, menos a un perfecto tonto, se le hubiera ocurrido eso! — replicó Carruthers. — ¿Hay algo más?

—Sí. Se solicita de Drayton que agregue una potsdata al mensaje indicando que todo va bien. Aquí tiene la pulsera.

Dió a Drayton la pulsera con el cierre abierto. Se celebró una breve conferencia después de la cual se agregó la postdata: "Nihil timendum est. Stat bene" (No hay nada que temer. Toda va bien). Hecho esto cerraron la pulsera.

—Supongo que la señorita sabrá abrirla, mañana cuando vaya a su oficina. — observó Graham.

—¿Cree useed que irá?

—Sí.

—De todos modos el viejo Cadanza se dará cuenta de lo pasado, — observó Carruthers, — y eso basta. Y ahora es ya hora de comer así que podemos dirigirnos al club.

La encantadora joven estuvo, de acuerdo con lo prometido, en la oficina de Drayton, impaciente por conocer detalles interesantes. Se retiró furiosa. Había llegado sedienta de información sobre lo sucedido y había encontrado a Drayton transformado en esfinge. Dijo que su visita debía ser considerada como enteramente confidencial y reservada, pero que todo lo que ella deseaba saber se considederara del mismo modo le había parecido una irritante anomalía.

Llegó por fin el día que había de ser decisivo para los que asistieran a la ceremonia que se realizaba en Cumberland House. Drayton había ido a su oficina porque así le dijeron que lo hiciera. Acababa de sentarse cómodamente a leer el diario de la mañana cuando le hablaron por teléfono ordenándole que fuera a sus habitaciones. Así lo hizo, encontrándose en su domicilio a Graham en compañía de un desconocido que, según dijo su amigo al presentárselo, era el señor Hammerton.

—No creo que exista en realidad peligro alguno, — comenzó Graham, — por hoy al menos, pero Macaire y Jacques Strop serán puestos en libertad hoy a mediodía... ¿eh?

Y miró al señor Hammerton.

—De acuerdo con el plan.

—De acuerdo con el plan, — repitió Graham. — y aún cuando sé por mi amigo aquí presente que probablemente estarán ocupados en otras cosas, me parec una lástima que una vida joven y llena de gratas promesas como la suya...

—¡Exactamente! — interrumpió el señor Hammerton. — Si usted deja algo confiado a la ventura es muy fácil que la ventura le dé un disgusto. Ahora, señor Graham ya sabe que le espero a las diez, a menos que yo le hable por teléfono, y que debe usted ir con su amigo. Estoy seguro de que usted querrá estar en el momento de la muerte.

—¿En el momento de la muerte? — preguntó Drayton.

Graham hizo á un lado la pregunta con rápido ademán.

—Le recomiendo a usted el señor Hamenston. — dijo. — Es una maravillosa mina de informaciones pero no dice nunca nada. Todo lo que he podido saber es que usted se ha conducido bien y que Carruthers y yo no lo hemos hecho mal y no hemos cometido tonterías, pregúntele a él!

Se inclinó entornando picarescamente los ojos y se retiró.

Drayton no le preguntó nada, lo que resultó muy agradable al señor Hammeston.

—Gracias, — dijo. — Ahora, señor Drayton, a menos que yo estime en menos de lo que vale su inteligencia, supongo que usted ha logrado formarse una idea exacta de mi situación y de la naturaleza de la cacería. Y ahora, voy a hablar.

Habló. Se expresó con jovialidad y con frecuentes y agradables disquisiciones. Drayton se enteró entonces de que el marqués de Cadanza era en realidad el marqués el Cadanza, que venía a Inglaterra a realizar una rapidísima visita y que la joven visitante era, efectivamente, sobrina del marqués. Supo también que Jacques Strop y Robert Macaire, eran en realidad primos de la joven, hombres de valor social y de abolengo que se habían vuelto contra los suyos, resultando unos criminales de lo más peligroso. Respecto a este punto no dió más datos y Drayton, fiel a su propósito, no se los pidió. Se dedicó a procer, de acuerdo con la orden recibida, a poner su traje de frac en su "suit-case".

—Ahora, — dijo el señor Hammenston,— usted se halla como si dijéramos bajo mi protección durante todo el día de hoy, de modo que espero que usted se pondrá en mis manos.

Que un gladiador como Drayton tuviese que estar bajo la protección de un señor Hammerston al cual Drayton podía, — en sentido figurado, — metérselo en un bolsillo, parecía un absurdo pero Drayton no se fijó en eso. Descendieron por la escalera yendo el señor Hammerston algunos pasos delante de Drayton. Frente a la puerta esperaba un automóvil y junto a él un chauffeur bastante corpulento para poder ser útil en cualquier emergencia. Saludó, y cambió varias palabras con el señor Hammenston. Después partieron los tres en el automóvil.

La niebla del día anterior se había disipa-

do siendo substituída por un ambiente claro, muy frío y una escarcha como vidrio. Drayton fué llevado en aquel automóvil a recorrer Sevendaks, Turfnbridge Wells, Crowmiuboroun, Beacon y otros puntos. Almorzó de modo excelente, tomó un te muy bien servido, terminando con una comida de primer orden en el club que frecuentaba el señor Hammerston. Después de comer ambos se vistieron de etiqueta. A las diez en punto se presentaron Graham y Carruthers, vestidos de frac. Entonces todo el grupo se dirigió al palacio lamado Cumberland House.

Frente al edificio había una larga fila de lujosos automóviles y por el ancho y relumbrante portal entraba una constante corriente de personajes distinguidos. El automóvil del señor Hammenston se aproximó y pasó por entre la fila de coches por un hueco que se abrió misteriosamente como si se tratara de dejar paso al automóvil del rey, deteniéndose frente a una puerta lateral. Los tres aristocráticos jóvenes caballeros, vestidos de etiqueta, entraron por aquella puerta y se les guió a una escalera situada a los fondos.

Los que están familiarizados con el interior del Cumberland House saben que un detalle interesante del gran salón de baile lo constituyen una série de alcobas, que forman una especi de galería a cada lado, asemejándose bastante a los palcos de un teatro. Son esos unos encantadores sitios para descansar después del baile, tomar helados y otras golosinas. En aquella ocasión estaban adornados esos palcos con flores y palmas. Los tres amigos fueron guiados hasta uno de esos palcos que contenía un verdadero matorral de palmas.

—Ahí tienen ustedes tres sillas, — dijo en voz baja el señor Hammerston. — Siéntense. Miren toddo cuanto quieran; tenga la precaución de no dejar que los vean y vigilen el palco de enfrente.

El palco de enfrente era idéntico al ocupado por los tres amigos, con balaustrada de mármol y lleno de palmas.

Durante algún tiempo esperaron en silencio Sólo Carruthers hizo, de vez en cuando, algún comentario sobre la brillante concurrencia que poblaba el salón situado debajo de ellos.

—Ahí está Fulano y Zutano... ¡Oh! Ahí vea a Cadanza y su sobrina, de acuerdo con lo esperado, así que...

De pronto exclamó Drayton:

—Apuesto cualquier cosa a que esa palma de ahí es artifical... la que queda en el centro.

Graham y Carruthers la observaron con atención.

—Sí; — dijo Graham. — No tiene aspecto de ser natural. Pero... ¿qué espera? ¿Que

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	. . .	$ 2.50
6 "	. . .	" 4.50
1 año	. . .	" 9.—

Jacques Strop esté ahí bajo el camouflage do palmera?...

—Silencio. Aquí vienen.

Dos caballeros entraron en el palco. Los dos estaban impecablemente vestidos y ambos ostentaban condecoraciones. Carruthers respiró con fuerza.

—¡Por Júpiter! — dijo en voz baja. — Ese es el sobrino de Cadanza. En su país desean encarcelarle. ¡Que el cielo proteja al pobre diablo si llegan a prenderle, por más diablo que sea:

—¿Por qué?

—Reclusión solitaria por toda la vida, la pena que la humanidad bondadosa ha establecido en vez de la pena de muerte, es lo que le espera. Pero miren.

El más bajo de los dos hombres se había inclinado hacia el cajón que contenía la palmera sospechosa. Por entre los huecos de la balaustrada los que observaban vieron en aquel momento el brillo de un objeto de metal parecido a la flor de una manga de riego. Entonces los dos hombres sacaron sendos pañuelos y los empaparon con el contenido de un frasco.

Los tres amigos se miraron sagazmente unos a otros. Alguno murmuró: "Antiséptico". Entonces los dos conspiradores tomaron la palmera por el tronco y lo empujaron con fuerza hacia abajo.

El tronco pareció hundirse en el cajón y al mismo tiempo se oyó un débil chistar. El palco en que estaban los tres amigos se pobló de palabras dichas en voz muy baja.

—Es una máquina infernal.

Son unos fuelles.

Entonces se sintió un suave, dulce, delicado perfume, imperceptible. Drayton se rió entre dientes.

—¡Ya lo veo! — dijo en voz baja. — ¡Ya lo veo! ¡La policía ha quitado el veneno y lo ha substituído con perfume! ¡Esto sí!...

Calló. Durante algunos momentos los dos canallas habían mirado hacia abajo, hacia el salón con cara de dibólica expectativa. Pero de pronto cambiaron de expresión. Se notó que se sentían perplejos y decepcionados. Pero de improviso se percataron de que habían sido burlados... de que habían fracasado.

Fué algo horrible el ver aquellos dos rostros desfigurados por el terror, con gesto realmente diabólico, mirándose el uno al otro con impotente furia. Tan aterrorizados estaban que no oyeron que la puerta del palco se abría sus espaldas y no notaron las sombrías siluetas que bloqueaban la entrada. Aquellos guardianes esperaron vigilantes un largo momento. Brilló algo plateado en el oscuro fondo del palco y el más bajo de los dos se desplomó.

Un momento después el palco estaba lleno de hombres. Un minuto después estaba vacío. Pero uno de los canallas había sido sacado a rastras mientras se resistía fieramente. El otro no ofreció resistencia.

Los tres amigos, pálidos de emoción, se miraron unos a otros. Durante años habían considerado con horror los casos de muerte repentina, durante la guerra, en los campos de Flandes. Pero aquello "se salía de lo lógico", según trató de definirlo Carruthers.

—Tiene suerte ese demonio, — añadió. — Ahora lo único que le haría será ahorcarle. — Y se rió entre dientes.

—¡Oh! ¡Cállese, Carruthers! — exclamaron dos voces a la vez.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — replicó Carruthers. — Pero no es posible negar que en todo esto algo hay que decir en favor del que...

—¡Bah¡ No hay nada que decir! — exclamó Drayton.

—¿Por qué no? — manifestó Graham con calma. — Reflexione un poco, Drayton, — e indicó toda la brillante concurrencia que llenaba el extenso salón de baile, — reflexionaré lo que... a no ser por usted, podría haber sucedido esta noche.

La numerosa y brillante concurrencia ignoraba en aquel momento, — y no lo supo jamás, — que aquella noche había charlado y bailado y reído a las mismas puertas de la muerte.

CLAUDE E. BENSON.

La resignación no es, ni en política ni en moral, una palabra del vocabulario del hombre. — E. Owen.

* * * *

No hay verdadera soberanía nacional, si ésta no dimana de la soberanía del individuo. — José María de Orense.

* * * *

La cumbre de una revolución es el pedestal más elevado de la humanidad. — Eugenio Pelletan.

* * * *

Tan revolucionarios son los que desde las alturas del poder tratan de empujar a la sociedad hacia un pasado muerto y putrefacto, como los que quieren precipitarla por medio de la violencia hacia un porvenir desconocido. — Núñez de Arce.

Todo hombre de bien es magistrado nato, porque la ley natural concede el primer puesto al que observa las reglas de la justicia. — Plutarco.

* * * *

De la España de los frailes hemos pasado a la España de los empleados y pretendientes. Fundemos la España de los labradores, de los obreros y de los comerciantes. — José María de Orense.

* * * *

El carácter del hombre es el producto de las circunstancias que le rodean; sus acciones son el efecto del carácter y de las circunstancias, y, por consiguiente, el hombre no es responsable de sus actos. — Roberto Owen.

UN CUENTO DIVERTIDO

LA BRUJA BABA-YAGA

Por AFANASIEFF

Esta serie de divertidos cuentos que "Pucky" comenzó a publicar en el número pasado ofrece, bajo el sencillo y fantástico aspecto de narraciones casi infantiles, detalles que obligan a reflexionar y que tienen para quien sabe entenderlos muy ejemplarizadoras moralejas.

VIVIA en otros tiempos un comerciante con su mujer; un día ésta se murió, dejándole una hija. Al poco tiempo el viudo se casó con otra mujer, que, envidiosa de su hijastra, la maltrataba y buscaba el modo de librarse de ella.

Aprovechando la ocasión de que el padre tuvo que hacer un viaje, la madrastra dijo a la muchacha:

—Vé a ver a mi hermana y pídele que te dé una aguja y un poco de hilo para que te cosas una camisa.

La hermana de la madrastra era una bruja, y como la muchacha era lista, decidió ir primero a pedir consejo a otra tía suya, hermana de su padre.

—Buenos días, tiita.

—Muy buenos, sobrina querida. ¿A qué vienes?

—Mi madrastra me ha dicho que vaya a pedir a su hermana una aguja e hilo, para que me cosa una camisa.

—Acuérdate bien — le dijo entonces la tía — de que un álamo blanco querrá arañarte la cara; tú átale las ramas con una cinta. Las puertas de una cancela rechinarán y se cerrarán con estrépito para no dejarte pasar: tú úntale los goznes con aceite. Los perros te querrán despedazar: tírales un poco de pan. Un gato feroz estará encargado de arañarte y sacarte los ojos: dale un pedazo de jamón.

La chica se despidió, cogió un poco de pan, aceite y jamón y una cinta, se puso a andar en busca de la bruja y finalmente llegó.

Entró en la cabaña, en la cual estaba sentada la bruja Baba-Yaga sobre sus piernas huesosas, ocupada en tejer

—Buenos días, tía.

—¿A qué vienes sobrina?

—Mi madre me ha mandado que venga a pedirte una aguja e hilo para coserme una camisa.

—Está bien. En tanto que lo busco, siéntate y ponte a tejer.

Mientras la sobrina estaba tejiendo, la bruja salió de la habitación, llamó a su criada y le dijo:

—Date prisa, calienta el baño y lava bien a mi sobrina, porque me la voy a comer.

La pobre muchacha se quedó medio muerta de miedo, y cuando la bruja se marchó, dijo a la criada:

—No quemes mucha leña, querida; mejor es que eches agua al fuego y lleves el agua al baño con un colador.

Y diciéndole esto, le regaló un pañuelo.

Baba-Yaga, impaciente, se acercó a la ventana donde trabajaba la chica y le preguntó a ésta:

—¿Estás tejiendo, sobrinita?

—Sí, tiita, estoy trabajando.

La bruja se alejó de la cabaña, y la muchacha, aprovechando aquel momento, le dió al gato un pedazo de jamón y le preguntó cómo podría escaparse de allí. El gato le dijo:

—Sobre la mesa hay una toalla y un peine; cógelos y echa a correr lo más de prisa que puedas, porque la bruja Baba-Yaba corre

rá tras de tí para agarrarte; de cuando en cuando échate al suelo y arrima a él tu oreja; cuando oigas que está ya cerca, tira al suelo la toalla, que se transformará en un río muy ancho. Si la bruja se tira al agua y lo pasa a nado, tú habrás ganado delantera. Cuando oigas en el suelo que no está lejos de tí, tira el peine que se transformará en un espeso bosque, a través del cual la bruja no podrá pasar.

La muchacha cogió la toalla y el peine y se puso a correr. Los perros quisieron despedazarla, pero les tiró un trozo de pan; las puertas de una cancela rechinaron y se cerraron de golpe, pero la muchacha untó los goznes con aceite, y las puertas se abrieron de par en par. Más allá un álamo blanco quiso arañarle la cara; entonces ató las ramas con una cinta y pudo pasar.

El gato se sentó al telar y quiso tejer; pero no hacía más que enredar los hilos. La bruja acercándose a la ventana, preguntó:

—¿Estás tejiendo, sobrinita? ¿Estás tejiendo, querida?

—Sí, tía, estoy tejiendo — respondió con voz ronca el gato.

Baba-Yaga entró en la cabaña, y viendo que la chica no estaba y que el gato la había engañado, se puso a pegarle diciéndole:

—¡Ah viejo goloso! ¿Por qué has dejado escapar a mi sobrina? ¡Tu obligación era quitarle los ojos y arañarle la cara!

—Llevo mucho tiempo a tu servicio — dijo el gato — y todavía no me has dado ni siquiera un huesecito, y ella me ha dado un pedazo de jamón.

Baba-Yaga se enfadó con los perros, con la cancela, con el álamo y co nla criada y se puso a pegar a todos.

Los perros le dijeron:

—Te hemos servido muchos años, sin que tú nos hayas dado ni siquiera una corteza dura de pan quemado, y ella nos ha regalado con pan fresco.

La cancela dijo:

—Te he servido mucho tiempo, sin que a pesar de mis chirridos me hayas engrasado con sebo, y ella me ha untado los goznes con aceite.

El álamo dijo:

—Te he servido mucho tiempo, sin que hayas regalado ni siquiera un hilo, y ella me ha engalanado con una cinta.

La criada exclamó:

—Te he servido mucho tiempo, sin que me hayas dado ni siquiera un trapo, y ella me ha regalado un pañuelo.

Baba-Yaga se apresuró a sentarse en el mortero; arreándole con el mazo y barriendo con la escoba sus huellas, salió en persecución de la muchacha. Esta arrimó su oído al suelo para escuchar y oyó acercarse a la bruja. Entonces tiró al suelo la toalla, y al instante se formó un río muy ancho.

Baba-Yaga llegó a la orilla, y viendo el obstáculo que se le interponía en su camino, rechinó los dientes de rabia, volvió a su cabaña, reunió a todos sus bueyes y los llevó al río: los animales debieron toda el agua y la bruja continuó la persecución de la muchacha.

Esta arrimó otra vez su oído y oyó que Baba-Yaba estaba ya muy cerca: tiró al suelo el peine y se transformó en un bosque espesísimo y frondoso.

La bruja se puso a roer los troncos de los árboles para abrirse paso; pero a pesar de todos sus esfuerzos no lo consiguió, y tuvo que volverse furiosa a su cabaña.

Entre tanto, el comerciante volvió a casa y preguntó a su mujer:

—¿Dónde está mi hijita querida?

—Ha ido a ver a su tía — contestó la madrastra.

Al poco rato, con gran sorpresa de la madrastra, regresó la niña.

—¿Dónde has estado? — le preguntó el padre.

—¡Oh padre mío! Mi madre me ha mandado a casa de su hermana a pedirle una aguja con hilo para coserme una camisa; y resulta que la tía es la mismísima bruja Baba-Yaga, que quiso comerme.

—¿Cómo has podido escapar de ella, hijita?

Entonces la niña le contó todo lo sucedido.

Cuando el comerciante se enteró de la maldad de su mujer, la echó de su casa y se quedó con su hija.

Los dos vivieron en paz muchos años felices.

AFANOSIEFF.

Los reyes son como los maridos engañados: siempre son los últimos en saber el mal papel que les hacen desempeñar sus consejeros. — Napoleón I.

* * * *

La libertad absoluta de cultos es el derecho de cada hombre a combatir la religión del estado, o las que el estado reconozca, admitiendo o negando a Dios, y de admitirle, suponerle y adorarle como se lo dicten el corazón y el espíritu. Derívase de haber bajado Dios en nuestro globo de la categoría de dogma a la de problema. — Pí y Margall.

Los escándalos financieros, la especulación y el agiotaje alzan fortunas escandalosas y cavan en torno suyo abismos de miseria. El pueblo ve por todlas partes la injusticia triunfante e impune. — El conde de Mun.

* * * *

La libertad absoluta del pensamiento es el derecho de cada hombre a negar y combatir las afirmaciones de la razón pública, aunque las sancionen la autoridad de la ley y los siglos. Derívase del hecho de reconocer en la razón individual la iniciadora de toda revolución y todo progreso. — Pí y Margall.

LAS MIL Y UNA NOCHES DE LA HISTORIA

EL CONDE DE KONIGSMARK

(La noche de Herrenhausen)

POR RAFAEL SABATINI

Rafael Sabatini no es tan solo un gran novelista, es tambien un notable historiador y en casi todas sus producciones se inspira en ambientes y en personajes históricos habiendo producido obras históricas tan valiosas como "Torquemada y la Inquisición de España", "La vida de César Borgia" y algunas más.

TODA Europa considerábalo un grandísimo pillo, particularmente Inglaterra, donde se había hallado, en compañía de su hermano, comprometido en el grave asesinato del señor Thynne. Pero en el siglo XVII no se buscaban escrúpulos excesivos en un soldado de la fortuna. Perdonaba la falta de virtud del señor conde Felipe Cristóbal von Konigsmark, en honor de su belleza, su elegancia, su claro ingenio y su magnífico porte. La corte de Hánover lo recibió con los brazos abiertos, encantada de su presencia. El, por su parte, manteníase allí en el puesto de coronel de la guardia del Elector, a la cual había sido destinado, y por un profundo y desdichado afecto que sentía por la princesa Sofía Dorotea, la esposa el príncipe electoral, que más tarde había de reinar en Inglaterra con el nombre de Jorge I.

Se habían conocido, la princesa Sofía y el conde de Konigsmark, en la niñez, habiendo sido compañeros de juegos infantiles en la corte ducal del padre de la princesa, en Zell, donde Konigsmark había crecido. Al llegar a la adolescencia, el conde había salido a correr mundo, en busca de la profunda educación que ofrece a los hombres de calidad y espíritu. Había luchado con los infieles, del otro lado del mar, había toreado en Madrid, había buscado aventuras por todas partes, hasta que su cabeza se vió rodeada de una envidiable aureola novelesca.

Fué así como Sofía lo halló, al encontrarse con él de nuevo. Era ya una personalidad asombrosa, cuya magnificencia brillaba aún más por contraste en la triste y casi provinciana corte del elector de Hánover. Era un hombre de mundo, cultísimo, valeroso, confiado en sí mismo, en el cual ella reconoció con gran dificultad a su antiguo compañero de juegos infantiles.

El cambio que él halló en ella no fué menos marcado, aunque de una clase completamente diferente. La dulce niña que él había conocido se había casado, desarrollándose, embelleciendo. Pero su belleza habíase espiritualizado durante sus diez años de vida matrimonial, hasta llenar por completo las promesas de su doncellez, y si algo de tristeza no la hubiera envuelto, hubiera sido feliz. La vivacidad inherente a su carácter no había sido abatida; pero parecía hallarse escondida debajo de un manto de amargura. La alegría, que brota del corazón, había dejado paso al ingenio, que brota de la mente. Y su ingenio era agudo y punzante, importándosela muy poco a quién ofendía.

Von Konigsmark observó estos cambios que habían traído los años, pero conocía demasiado la historia de la princesa para ignorar a qué se debían. Conocía el amor contrariado que ella había alimentado por su primo, el duque de Wolfenbuttel, amor contrariado en nombre de las ambiciones dinásticas, contrariado en nombre de las esperanzas que se tenían de que, por medio de su matrimonio con el príncipe Jorge, to-

do el ducado de Lüneber pudiera ser unido. Y así fué como ella, por razones políticas, se vió obligada a aceptar un matrimonio sin amor, pues el príncipe Jorge llevó a ese matrimonio tan poco afecto como la princesa Sofía misma.

Pero, para un príncipe, la puerta de las compensaciones está siempre abierta. El gusto del príncipe Jorge, en lo que se refiere a mujeres, se inclinaba, como es notorio, hacia las mujeres feas. Y este gusto lo manifestaba siempre, abiertamente, libre y groseramente. La frialdad con que Sofía había realizado aquella alianza, se tornó, con el tiempo, en disgusto y desprecio a causa de eso.

Tal era la situación de aquella pareja principesca; por una parte, desprecio; por la otra, fría indiferencia y disgusto, disgusto que era compartido por el padre del príncipe, el elector Ernesto Augusto, y avivado en el corazón de este último por la condesa von Platen.

Frau von Platen, la esposa del ministro de estado del elector era, con el asentimiento y consentimiento de su esposo, que vió en ello el medio de su propio beneficio personal, públicamente la favorita del elector Ernesto Augusto. Era ella coloradota, abundante en carnes, vana y malevolente. Malevolencia que parecía asomarse constantemente a sus ojos, como un contrahecho que, demasiado vergonzoso para aparecer en una ventana, observa por detrás de las celosías. Pero, tal como era ella, el elector de Hánover la amaba. Con lo cual se podría sospechar que la inclinación del príncipe Jorge hacia las mujeres feas podría aparecer hereditaria.

Entre la condesa von Platen y la princesa Sofía existía un odio profundo, a muerte. La princesa había ofendido mortalmente a la favorita de su suegro. No se había ella molestado en ocultar el desprecio que sentía por la detestable condesa, lo había expresado en forma tan libre y punzante que había hecho de la condesa el hazmerreír de la corte entera, cubriéndola de ridículo. Esto llegó, como no podía menos de suceder, a oídos de la favorita.

Fué a respirar esta atmósfera de franca hostilidad a lo que llegó el elegante conde von Konigsmark. Encontró el escenario preparado para la representación de una comedia amarga y dolorosa, comedia que él mismo, con su temeridad, había de convertir en tragedia.

Comenzó la comedia trágica con el amor que encendió von Konigsmark en el corazón de la favorita condesa von Platen. El tardó algún tiempo en descubrirlo, a pesar de que no le faltaba amor propio. Tal vez este mismo amor propio fué el que lo mantuvo ciego ante la asombrosa verdad. Pero, fuera como fuera, al fin tuvo que darse por entendido. Cuando el verdadero significado de las distinciones de que lo hacía objeto aquel avechucho pintarrajeado le fué conocido, Konigsmark sintió que se le erizaba el cabello y se le ponía carne de gallina.

Pero, como era hombre de mundo y cortesano, disimuló sabia y astutamente. Era, en el fondo, un bribón venal, y en la Corte de Hánover vió oportunidades más que abundantes para utilizar sus dotes personales y sus conocimientos del gran mundo en beneficio propio. No dejó de comprender que la favorita del elector le podía ser muy útil; y un aventurero como él no examina cuidadosamente la escala que la fortuna le concede para ayudarlo a subir.

Astutamente, inteligentemente, pues, jugó con la enamorada condesa todo el tiempo que ésta le pudo ser útil, todo el tiempo que su hostilidad le pudo ser perjudicial. Pero una vez que tuvo firmemente entre sus manos el grado de coronel de la Guardia Electoral, una vez que una amistad íntima hubo nacido entre él y el príncipe Carlos, el hijo menor del elector, suficiente para asegurar su futuro, abandonó la máscara y se alió con la princesa Sofía en la hostilidad de ésta hacia frau von Platen.

Pero hizo algo peor. Algún tiempo después, durante una visita a la corte de Polonia, hizo, una noche, mientras se bebía, una divertida narración de las persecuciones amorosas que había sufrido de parte de la condesa von Platen. Fué una narración que hizo llorar de risa a la divertida compañía. Pero había entre los presentes alguien que enteró de eso a la condesa, así que no es difícil imaginar las emociones que en ella despertó.

Su furor era aún más grande porque después de haber sido burlada, se hallaba atada de pies y manos. Le era imposible pedir al elector, su amigo íntimo, que la vengara, pues precisamente el elector era el que no debía saber nada de aquello. Pero no por eso cejó en sus deseos de venganza. Se dispuso a esperar el momento oportuno para hacerle pagar bien caro al presuntuoso aventurero el haberse burlado de ella y de su amor.

La oportunidad se le presentó muy pronto, por cierto, como resultado de un acto con el cual ella tuvo el placer de poner en evidencia su odio hacia la princesa Sofía. Lo que hizo la condesa von Platen fué arrojar en brazos del príncipe electoral a Melusina von Schulemberg. Melusina, que años más tarde fué creada duquesa de Kendal, no había llegado aún a aquel grado de huesosa y apergaminada fealdad que había de ser célebre en la corte de Inglaterra. Pero aún en su juventud podía vanagloriarse de poseer muy pocos encantos.

Pero el príncipe Jorge, sin embargo, se sintió fácilmente atraído a ella. Tonto, indigno, libertino, aficionado a beber y comer con exceso, amigo de la charla insulsa y procaz, halló en Melusina von Schulemberg una compañera ideal. Su establecimiento como "maitrêsse-en-titre" tuvo lugar públicamente durante un baile ofrecido por el príncipe Jorge en el palacio de Herrenhausen, baile al cual concurrió la princesa Sofía.

Acostumbrada, indiferente ya, ante el desvergonzado libertinaje del príncipe Jorge, e indiferente ante sus aventuras, encastillada en su desprecio hacia él, sintió, sin embargo, que, ante aquella ofensa que públicamente se le hacía, el límite de su resistencia había sido sobrepasado. La mañana siguiente se descubrió que se había fugado

de Herrenhausen, en dirección a Zell, a la corte de su padre. Pero su padre la recibió fríamente, le dirigió un sermón sobre la libertad y ligereza de sus costumbres, que calificó de indignas de la dignidad de su rango, y le recomendó que empleara en lo sucesivo mayor prudencia, mayor y más propia sumisión conyugal. Terminada la homilía, la envió de nuevo a Herrenhausen.

La recepción que le hizo su esposo fué amarga y hostil. Se había hecho culpable de una grave falta de respeto imperdonable. Le dijo que se ocuparía de aquel asunto cuando regresara de Berlín, hacia donde se disponía a partir, advirtiéndola que no toleraría más tonterías por el estilo.

Despidióse así de ella, expresando su rostro cuadrado y enjuto, el odio y el disgusto que le inspiraba su propia mujer.

Fué entonces cuando Sofía, desesperada, buscó en redor suyo el amigo leal y abnegado que pudiera ayudarla a escapar a su doloroso e intolerable destino. Y junto a ella, en aquel momento de ansiedad y necesidad, el destino puso al antiguo compañero de juegos, su más devoto amigo, — como ella lo creía, y como en verdad lo era, — el elegante, atrevido, novelesco Konigsmark, con su hermoso rostro, su prestigioso nombre, sus profundos, límpidos e insondables ojos azules.

Caminando lentamente, un día de verano, por las avenidas de los austeros jardines de Herrenhausen, — aquel palacio tan cuadrado y tan sin gracia como los que lo habían construído y como los que lo habitaban, — ella le abrió su corazón de par en par, le permitió, en su ansiosa necesidad de auxilio y simpatía, saber algo que hasta ahora, por vergüenza, había ocultado de todo el mundo celosamente. Nada ocultó, nada disimuló; le habló de su profunda infelicidad junto a un libertino esposo, desvergonzado, libidinoso; le relató ofensas de toda clase, pequeños, insoportables cuyo dolor hasta entonces había guardado en secreto. Le confesó que, en ciertas ocasiones, hasta la había maltratado.

Konigsmark enrojecía y se ponía lívido a impulsos de la violenta ira que sentía; sus ojos de zafiro oscuro brillaban como los de una fiera sedienta de sangre al escuchar la confesión de los golpes recibidos.

—¡Basta, señora, basta! — exclamó, con voz temblorosa de cólera. — ¡Os juro, por el cielo que me escucha, que habré de castigarlo!

—¿Castigarlo? — repitió ella, deteniéndose, mirándolo con una sonrisa de incredulidad. — No es su castigo lo que busco, amigo mío, sino mi salvación.

—Una cosa ha de obtenerse junto con la otra, — respondió él, acalorado, palpando la empuñadura de su espada. — Os vereis libre de ese canalla tan pronto como me sea posible poner el pie en Berlín, mi princesa. Esta noche partiré.

Las mejillas de Sofía Dorotea se pusieron blancas como la nieve. Sus labios, entreabiertos por la sorpresa, perdieron todo su rojo color de sangre.

—¿Qué os proponéis hacer? — preguntó, estupefacta. — ¿Qué queréis decir?

—¡Quiero decir que voy a enterrarle mi acero en el pecho y a dejaros viuda, señora!

Movió ella la cabeza, negativamente.

—Los príncipes no se baten, — dijo, con profundo desprecio.

—Lo avergonzaré de tal manera que no tendrá otra alternativa, a menos que, en verdad, no tenga ápice de vergüenza. Esperaré la ocasión astutamente y procuraré afrontarlo una noche, cuando, bebido, el alcohol lo haga sentirse suficientemente valiente para convenir en un duelo. Si esto fracasa, si aún después de eso se resguarda en su rango, entonces... el puñal realizará la misión de la espada.

El calor de tanto atrevimiento, de tan romántica furia y sacrificio en favor de ella, despertó el corazón de la pobre mujer, tanto tiempo dormido por falta de simpatía, tanto tiempo muriéndose de deseos de amar. Impulsivamente, se apoderó Sofía Dorotea de las manos de Konigsmark.

—¡Amigo mío, amigo mío!... — murmuró, con voz temblorosa. — ¡Estáis loco, maravillosa, hermosamente loco; pero loco al fin! ¿Qué sería de vos, si hiciérais lo que decís?

Alejó de sí, él, toda consideración, con un amplio ademán, de casi colérico desprecio.

—¿Importaría eso algo? ¿Qué sería de vos, si no lo hiciese? He nacido para serviros, mi princesa. Y si algo me cuesta...

Se encogió de hombros y sonrió; levantó los brazos y les dejó caer con elocuentísimo ademán. Era el cortesano completo, el caballero andante, el "preux-chevalier", todo en uno.

Ella se acercó aún más a él; tomó entre sus manos blancas las solapas azules de la casaca militar, y levantó sus ojs, patéticos, hasta él. Si alguna vez sintió ella locos deseos de besar a un hombre, con toda seguridad fué en aquel momento de besar a Konigsmark. Pero sólo como hubiera deseado besar a un amadísimo hermano; en prenda de gratitud por su devoción hacia ella, que tan poca devoción había encontrado en su vida.

—¡Si supiérais, — murmuró,—lo tranquilizadora que ha sido para mí esta prueba de amistad que me habéis dado, comprenderíais que no tengo palabra con qué agradecérosla! ¡No puedo dar expresión a mi gratitud, amigo mío!

—No busco vuestra gratitud, señora, — respondió él. — Por lo contrario, os agradezco que acudáis a mí en vuestra hora de necesidad. Pero os reclamo permiso para serviros según sepa y pueda.

Sacudió ella su cabeza. Vió sus ojos azules expresar pesadumbre. Estaba él a punto de hablar, de protestar, pero ella se lo impidió.

—Servidme, si lo deseais, y Dios bien sabe lo que necesito de los servicios de un amigo leal, pero servidme en la forma que yo misma os pida, no de otra manera.

—¿Pero qué otra alternativa existe? — preguntó él, casi impaciente.

—Tengo el proyecto de escapar de aquí, de irme de Hánover para no regresar más.

—¿Para ir a dónde?

—¿Importa, acaso? A cualquier parte, con tal de que sea lejos de esta odiosa corte, de esta odiosa vida. A cualquier parte, desde que mi padre me rehusa asilo en Zell. De no haber sido por el pensamiento de mis hijos, tiempo ha que habría fugado. Por esos dos inocentes niños he sufrido durante todos estos años. ¡Pero ya no puedo más! ¡Llevadme lejos de aquí, Konigsmark!

Sus manos se posaron en las de ella, manteniéndolas apretadas sobre su pecho. Un ligero rubor se extendió por sus mejillas, y sus ojos azules, al mirar fijamente los de Sofía Dorotea, parecieron humedecerse.

—¡Mi princesa, — murmuró, — podeis contar con vuestro Konigsmark, mientras le quede una gota de sangre en las venas!

Libertando las manos de Sofía de sus solapas, pero aún conservándolas entre las suyas, se inclinó Konigsmark hacia ellas, tanto que los largos rizos de su abundante cabellera dorada cayeron a lo largo de sus mejillas como cascada de oro, fromando una doble cortina detrás de la cual depositó un largo y fervoroso beso en las blancas manos.

Abandonó ella sus manos entre las suyas, consintiendo que, por lo menos en eso, hiciera él su voluntad. ¡Pequeño premio era, en verdad, el que pedía, para tan grande devoción!

—Os agradezco de nuevo, Konigsmark, — murmuró ella. — Y ahora debo reflexionar. Debo pensar dónde y con quién puedo contar para hallar un refugio.

Esas palabras tuvieron la virtud de enfriar un tanto su ardor. Su romántica idea era, sin duda alguna, colocarla allí, en ese mismo momento, sobre la grupa de su caballo, y así, lanzarse con ella al mundo para ganarle un reino con la punta de su espada. Las palabras sobrias de Sofía Dorotea dispersaron sus ensueños como nubes de humo. Le revelaron que no era intención de ella el que él se convirtiera, en el futuro, en su solo defensor y sostén. Allí, por el momento, quedó todo el asunto en suspenso.

Ambos, tanto la princesa Sofía Dorotea como el conde von Konigsmark se habían conducido un tanto atrevidamente. Ambos habrían hecho bien en no olvidar que una princesa electoral no puede conceder así como así entrevistas disimuladas, acompañadas de manoseo de solapas, estrechamientos y besamanos, por lo menos a la vista de las ventanas de palacio.

Según quiso el destino que sucediera, detrás de una de esas ventanas se hallaba la señora condesa von Platen, observando atenta y celosamente, y podemos asegurarlo sin la menor inclinación a considerar aquel encuentro como cosa inocente y fortuita. ¿Acaso no era ella enemiga a muerte de los dos? ¿No había la princesa hecho de ella el objeto de su sátira? ¿No había él despreciado su amor y publicádolo a los cuatro vientos para cubrirla de ridículo?

Aquella misma noche, la condesa buscó de intento a su galanteador, el elector Ernesto Augusto.

—Vuestro hijo se halla en Prusia, alteza, — dijo, a quemarropa. — ¿Quién guarda su honor mientras se halla ausente?

—¿El honor de Jorge? — preguntó el elector, mirando a la condesa con ojos de sorpresa. No rió él, como puede haberse supuesto, al pensamiento de guardar algo cuya existencia y naturaleza exacta no se conoce. No tenía, como lo sugería su apariencia misma, el más mínimo sentido de buen humor. Era un hombre bajo, grueso, con un rostro que afectaba el contorno de una pera; angosto de frente y ancho de barbilla. — ¿Qué demonios queréis decir? — preguntó.

—Quiero decir que ese aventurero extranjero, Konigsmark, y Sofía, intiman demasiado.

—¡Sofía! — Las gruesas cejas se elevaron hasta tocar la línea de la enorme peluca. El rostro se llenó de pequeñas y perversas arrugas de desprecio. — ¡Esa estúpida de rostro enharinado!... ¡Bah!

La virtud misma de la princesa servía de motivo a su desprecio.

—Son precisamente esas estúpidas de rostro enharinado, como voz decís, las que suelen ser peores, — replicó la condesa, con tono de profunda sabiduría. — Escuchadme un momento.

La malevolencia se hizo más marcada en el rostro del elector. Nunca había amado a Sofía Dorotea, y se sentía mucho menos predispuesto en su favor, después del reciente viaje de ella a Zell. Además, siendo un libertino, padre de un libertino, era natural que la falta de castidad en las mujeres de su casa le pareciera pecado imperdonable. Se levantó pesadmente de la silla.

—¿Hasta dónde ha llegado eso? — preguntó.

La prudencia aconsejaba a la condesa a no asegurar nada que pudiera más tarde, resultar falso. Además, no había necesidad de tal cosa, si era que ella podía tener confianza en su buen sentido. Un poco de paciencia y un mucho de vigilancia, sería todo lo que necesitaría para obtener pruebas posteriores con las cuales aplastar a sus dos enemigos. Así lo dijo y prometió al elector que se convertiría, ella misma, en vigilante, en bien de su hijo.

Una vez más, el elector no alcanzó a ver lo grotesco de aquello. No alcanzó a ver el supremo ridículo de que fuera precisamente su favorita la que se convirtiera en guardiana del honor de su hijo. La condesa puso manos al espionaje con admirable celo. Lo que a ella le interesaba era el deshonor de Sofía Dorotea y la ruina de Konigsmark.

Así, pues, montó estrecha vigilancia. Hizo más aún, pues estableció otros vigilantes más a su servicio. Casi diariamente tenía pronto para el elector un relato completo de murmullos, secretos estrechamientos de manos, disimulados encuentros de la culpable pareja.

El elector ardía en cólera a cada nueva relación, y habría dado rienda suelta a su violencia, de no impedírselo la condesa. Todo aquello no era suficiente para la ambiciosa condesa.

Una acusación que no pudiera ser mantenida y probada cuando llegara el momen-

"¿Qué queréis aquí?" preguntó el elector. "Un guante que su alteza olvidó aquí hace un momento", contestó la asustada doncella.

to de castigar a los culpables, podría volverse en contra de ella misma, y aún traer al duque de Zell en ayuda de su hija. Era necesario esperar hasta tener en mano pruebas más aplastadoras.

Así cierto día le fué dado, al fin, a la condesa dar al elector la noticia de que Sofía y Konigsmark se habían encerrado en el pabellón del jardín. Le pidió que fuera él en seguida, y así los descubriría él mismo, para luego tomar la decisión que correspondiera.

La condesa estaba roja de alegría. Fuera lo inocente que fuera aquel encuentro, — y siendo la condesa lo que era y habiendo visto lo que había visto, no podía concebir otra cosa, — era aquello una indiscreción imperdonable en una princesa, colocándose en un benigno puto de vista, cosa que nadie haría. El elector, rojo su barbudo rostro, corrió hacia el pabellón del jardín con toda la velocidad que se lo permitía su gordura, seguido de la condesa von Platen, que resoplaba como resopla en nuestros días un motor de automóvil descompuesto. Pero, a despecho de la diligencia de la espía, el elector llegó demasiado tarde.

La princesa Sofía Dorotea había estado allí, pero su entrevista con el conde había sido cortísima. Sólo había ido a decirle que al fin se había decidido sobre el rumbo que tomarían sus resoluciones. Buscaría refugio en la corte de su primo, el duque de Wolfenbuttel, quien, estaba segura, en recuerdo de lo que una vez había existido entre ellos, no se rehusaría a darle asilo y protegerla. Lo que ella deseaba de Konigsmark era que él la acompañara en su fuga hasta el escogido refugio.

Konigsmark estaba dispuesto, entusiasta. En Hánover no dejaría nada que en realidad le importara. En Wolfenbuttel, habiendo servido a Sofía fielmente, su creciente y romántica pasión por ella tal vez hallara oportunidad de exteriorizarse.

Ella tomaría todas las disposiciones necesarias, — había anunciado Sofía, — y le anunciaría en cuanto se hallara dispuesta a partir. Pero debían conducirse con cautela, porque se les espiaba. El deseo ardiente de Frau von Platen de encontrar algún punto en que apoyar sus acusaciones, la había, en parte, puesto en evidencia. Era en verdad el saberse espiada lo que la había impulsado a buscar aquella entrevista en el secreto del pabellón; y fué eso mismo lo que lo impulsó a él a permanecer allí después que ella se hubo retirado, para evitar que se les viera salir juntos.

El joven danés se hallaba sentado junto a la ventana, con la cara apoyada en las manos, la mirada vagando a lo lejos, ensoñando, con los labios partidos por una li-

;era sonrisa, cuando el elector Ernesto Augusto entró como una bomba, seguido de la condesa, que se detuvo junto al umbral. El rostro de Ernesto Augusto se hallaba apoplécticamente rojo de rabia y odio; su respiración era entrecortada. Sus ojos, furiosos, lanzaron una rápida mirada por el pabellón, para detenerse, al fin, relampagueantes sobre el atónito Koenigsmark.

—¿Dónde está la princesa? — aulló el elector.

El conde, que había visto a la condesa von Platen del otro lado de la puerta, olfateó alguna añagaza. Pero dió a su rostro expresión de inocente sorpresa. Se puso de pie, respondiéndo con cortés desenvoltura:

—¿La buscaba vuestra alteza? ¿Desea vuestra alteza que yo la busque?

Sorprendido por esta inesperada respuesta, Ernesto Augusto resopló, miró un momento al conde, estúpidamente, y luego, por sobre el hombro, lanzó una rápida mirada a la condesa.

—Se me dijo que su alteza estaba aquí, — dijo.

—Se os ha informado mal, alteza. — respondió Konigsmark con perfecta calma.

Con la mirada, invitó al elector a asegurarse por sí mismo.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí? — Comprendiendo que se hallaba en una posición falsa, el elector evitaba formular directamente la pregunta que se hallaba en su mente.

—Una media hora, lo menos.

—¿Y en todo ese tiempo no habeis visto a su alteza?

—¿Visto a su alteza? — Konigsmark levantó las cejas con gesto de sorpresa. — Temo no comprender a vuestra alteza.

Avanzó el elector unos pasos; su pie pisó algo blando. Miró hacia el suelo; luego se agachó; y al levantarse de nuevo, en sus manos tenía un guante de mujer.

—¿Qué es esto? — preguntó. — ¿quién es este guante?

Si el corazón de Koningsmark dió un vuelco, — como bien pudo haber sucedido. — su rostro nada expresó. Sonrió; rió casi.

—Vuestra alteza se está divirtiendo a costa mía, haciéndome preguntas que sólo un adivino podría responder.

El elector no aprtaba su mirada desconfiada de Koenigsmark, cuando oyó pasos que se acercaban apresuradamente. Una dama de compañía, de las afectas al servicio de la princesa Sofía, apareció en la puerta del pabellón.

—¿Qué queréis aquí? — preguntó el elector.

—Un guante que su alteza olvidó aquí hace un momento, — replicó la asustada doncella, precipitando así inocentemente, el descubrimiento de aquello que, precisamente, había sido enviada a evitar.

El elector le arrojó el guante, riendo perviorsamente. Cuando la doncella hubo desaparecido, se volvió hacia Koenigsmark.

—Sois muy diplomático, conde. — dijo, sarcásticamente. — Demasiado diplomático para un hombre honrado. — ¿Queréis decirme ahora, sin más circunloquios, con precisión, qué es lo que hacía la princesa aquí con vos?

Konigsmark se irguió por completo, mirando recta, fijamente, a los ojos furiosos del elector.

—Vuestra alteza, — respondió fríamente, — supone que la princesa se hallaba aquí conmigo. A vuestra alteza no se le puede contradecir ni aún cuando insulta a una dama cuya pureza sin mancha se halla mucho más allá de su comprensión. Pero vuestra alteza no puede esperar que yo me haga, en el más mínimo grado, cómplice de tal insulto, respondiendo a semejante pregunta.

—¿Es esa vuestra última palabra, señor? — preguntó el elector, blanco de rabia.

—No puede vuestra alteza creer que son necesarias más palabras.

Los ojillos de Ernesto Augusto se entornaron con amenaza. Pasó un momento antes de que respondiera, con voz temblorosa de contenida cólera:

—Quedais dispensado, señor, de vuestros deberes en la guardia electoral. Y como esto era lo único que os detenía en Hánover, no vemos razón que aconseje la prolongación de vuestra permanencia aquí.

Konigsmark se inclinó fríamente.

—Esa permanencia, alteza, terminará tan pronto como haya puesto en orden mis asuntos y me haya preparado para partir. Una semana, a lo sumo.

—Os concedemos sólo tres días.

Salió dejando a Konigsmark que respirara de nuevo libremente. Tres días serían suficientes para la princesa. Todo estaba bien.

Ernesto Augusto pensaba también que todo estaba bien. Había despedido a aquel jovenzuelo impertinente y molesto, había evitado un escándalo y puesto a su nuera lejos de un mal paso.

De todos los que se hallaban envueltos en el asunto, la única que no creía que todo estaba bien era frau von Platen, pues el resultado obtenido estaba muy lejos de lo que ella deseaba. Ella había soñado con un formidable escándalo que perdiera para siempre, irremisiblemente, a sus dos enemigos, Konigsmark y Sofía Dorotea.

Por lo contrario, los veía a ambos libres; y el hecho de que sólo había conseguido separar dos corazones amantes, — que tal cosa sospechaba ella que era todo, en el fondo, — no era satisfacción suficiente para un odio como el que alentaba contra ellos. Puso, pues, manos a la obra de inmediato a fin de obtener un resultado más de acuerdo con sus deseos.

El camino que siguió no dejaba de presentar serios peligros. Confiando, sin embargo que, en el peor de los casos, podría justificarse, y sin temer que lo peor pudiese suceder, siguió adelante. Al día siguiente falsificó una carta de la princesa Sofía, en la cual ésta pedía a Konigsmark que fuera a verla aquella noche a las diez a sus habitaciones. Con amenazas y con una generosa recompensa obligó a la doncella que recogió el guante a llevar la carta a su destino.

Sucedió que Konigsmark, por intermedio

de fraulein von Knessebeck, que se hallaba al tanto de las secretas intenciones de la princesa y de sus secretos arreglos con él, había enviado aquella mañana una carta a Sofía Dorotea, en la cual consignaba la urgencia de la fuga y pidiéndole que dispusiera todo para efectuarla al día siguiente. Por eso creyó que la falsa carta era respuesta a la suya. De su autenticidad no tenía la menor duda, pues desconocía la escritura de la princesa Sofía. Se sorprendió, sin embargo, de la audacia que tal cita significaba, pero no vaciló en concurrir. No era costumbre suya vacilar. Se confió a los dioses que vigilan el destino de los audaces.

Mientras tanto, la von Platen reprochaba duramente a su amigo el elector la bondad que había demostrado al despachar sin más ni más a Konigsmark.

—¡Bah! — dijo Ernesto Augusto. — ¡Mañana se irá el danés y nos veremos libres de él! ¿No es eso bastante?

—Bastante sí, por más pronto que se vaya, no se irá demasiado tarde.

—¿Qué queréis decir? — preguntó el elector, desconfiado.

—Seré más clara. Os diré lo que sé. Y es esto: el danés tiene una cita para esta noche a las diez, con su alteza. ¿Y dónde suponéis que debe efectuarse? ¡En las mismas habitaciones de su alteza!

El elector se puso de pie violentamente, lanzando un juramento y dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Eso no es verdad! — aulló. — ¡No puede ser!

—Entonces, no diré una palabra más.

—¡Pues la direis, o que os parta un rayo! ¿Cómo sabéis eso?

—Eso no puedo decíroslo, sin traicionar una confidencia. Básteos saber que lo sé. Considerad ahora si, despidiendo a ese aventurero, habéis vengado el honor ultrajado de vuestro hijo.

—¡Dios Todopoderoso! ¡Si yo creyera que to es verdad!

Se interrumpió, imposibilitado de hablar por la rabia. Luego se dirigió a la puerta, llamando.

—La verdad se averigua pronto, — dijo la condesa. — Ocultáos en la Rittersaal, y esperad. Pero es mejor que vayais acompañado, pues ese bellaco no sería la primera vez que usa malamente de su espada.

Mientras el elector, siguiendo este consejo, instruía a algunos hombres de su guardia, el danés perdía momentos preciosos en la antecámara de la princesa Sofía, mientras la señorita von Knessebeck avisaba a ésta de su visita.

Sofía Dorotea habíase ya retirado a su dormitorio y el anuncio de tan intempestiva visita la sorprendió, llenando su corazón del temor de sucesos inesperados. Se sentía, tembien, oprimida por la audacia de acción tal, después de los sucesos de la víspera. De llegar a saberse que Konigsmark la había visitado en esa forma, terribles consecuencias podrían producirse. Se levantó, y, con la ayuda de la señorita de Knessebeck, se aprestó a recibirlo. Pero, por más prisa que puso en ello, los preciosos e irrecobrables momentos pasaban.

Apareció, al fin, seguida de la señorita de Knessebeck.

—¿Qué pasa? — preguntó, nerviosísima. — ¿Qué os trae a mí a tales horas, Konigsmark?

—¿Qué me trae? — repitió él, sorprendido por la recepción. — ¡Como! ¡Vuestro pedido! ¡Vuestra carta!

—¿Mi carta? ¿Qué carta?

Vagamente, Konigsmark tuvo el presentimiento de que se había metido en una trampa. Sacó la carta y se la entregó a Sofía Dorotea.

—¡Esta!

—¡Oh! — se pasó ella una mano por la frente, perpleja. — ¿Qué quiere decir esto? ¡Esta carta no es mía, conde! ¡Nunca la he escrito! ¿Como iba yo a soñar siquiera en escribiros para citaros aquí, a tal hora? ¿Cómo habéis podido suponerlo?

—Tenéis razón, — respondió él, riendo tal vez para calmar la alarma de ella, tal vez risa amarga, trágica. — Es, sin duda, obra de nuestra amiga la von Platen. Es mejor que me retire. Por lo demás, mi silla de viaje os esperará mañana desde medio día hasta el atardecer, junto a Markt Kirch, en Hánover. Yo os conduciré a salvo hasta Wolfenbuttel.

—¡Iré, iré! ¡Pero idos ahora, en nombre del cielo! ¡Idos!

Lanzó él una mirada a la princesa, clavándola en los ojos, una mirada de despedida, para el caso de que lo peor aconteciera. Tomó una de las manos de Sofía, se inclinó sobre ella y la besó, partiendo luego.

Cruzó la antecámara, bajó alguno s escalones y abrió la pesada puerta que daba sobre la Rittersaal, el salón de los Caballeros. Salió, cerrando la puerta detrás de sí. Luego, inmóvil, se detuvo un momento, mirando en redor suyo. Si era ya tarde para evitar la trampa, sería allí donde se le esperaría. Sin embargo, todo estaba en silencio, solitario. Una única lámpara brillaba sobre una mesa en el centro del salón, lanzando una débil claridad en redor, pero con todo, suficiente para permitirle asegurarse de que nadie lo esperaba allí. Lanzó un suspiro de alivio, se embozó en su capa y avanzó para cruzar el salón.

Pero, al pasar, cuatro siluetas se destacaron de entre las sombras, definiéronse en hombres armados que se lanzaron detrás de él.

Konigsmark los oyó; se volvió rápidamente, se desembarazó de su capa y desnudó el acero, todo esto con la velocidad del rayo y la habilidad de un hombre que ha vivido siempre con la vida pendiente en un hilo, que ha vivido entre peligros desconocidos constantemente y que, por lo mismo, ha aprendido a depender solamente en su acero.

Aquella rapida acción, sin embargo, decidió su suerte. Las órdenes de sus atacantes eran de tomarlo vivo o muerto; y, conociendo ellos su reputación, conociendo su implacable e infalible acero, no eran hombres de correr riesgos. Y en el momento

en que él se ponía en guardia, una espada le abrió la cabeza y otra le hirió el cuello.

Tosiendo y suspirando, cayó Konigsmark, manchada de sangre su rubia cabellera y su inapreciable cuello de encaje de Brujas, con la mano derecha sosteniendo la inútil espada.

Sus asesinos, junto a él, con las espadas prontas a herir de nuevo, lo urgían a rendirse. Konigsmark vió junto a uno de ellos, a la condesa von Platen que se destacaba en las sombras y detrás de ella, la figura petiza y rechoncha del elector. Reuniendo sus fuerzas, Konigsmark luchó por hablar.

—¡Me han matado! — murmuró. — Al comparecer ante mi Creador, juro a vuestra alteza que la princesa Sofía es inocente. ¡No le hagaís daño, señor, porque no es culpable!

—¡No es culpable! — repitió el elector, roncamente. — Entonces, ¿que hacíais ahora en sus habitaciones?

—¡Fué! — calló y escupió sangre.—¡Fué un lazo que nos tendió esa vieja canalla, la que!...

El taco del zapato de la vengativa condesa cayó sobre la boca del moribundo, cortándole la palabra. En seguida, las espadas de los asesinos concluyeron con él, y fué enterrado allí mismo, de inmediato, en la arcilla, debajo del piso del salón de los Caballeros, debajo del sitio mismo donde había caído, el cual permaneció, hasta largo tiempo después, mostrando las manchas de su noble sangre.

Así pereció el elegante, el bravo, el irresistible conde von Konigsmark, víctima de su propio incontenible romanticismo.

* * * *

En cuanto a la princesa Sofía Dorotea, mejor hubiera sido para ella que hubiera compartido el destino de Konigsmark aquella noche.. A la mañana siguiente fué arrestada, y el príncipe Jorge llamado de Berlín con toda urgencia.

Las pruebas debieron convencerle de que su honor no había sido manchado ni en lo más mínimo, pues se manifestó inclinado a olvidar el asunto, y a continuar las relaciones conyugales con su esposa en la forma que hasta la fecha habían estas-tenido. Pero Sofía se manifestó obstinada en su demanda de estricta justicia.

—Si soy culpable, — decía, — no soy digna de vos. Si soy inocente, vos sois indigno de mi.

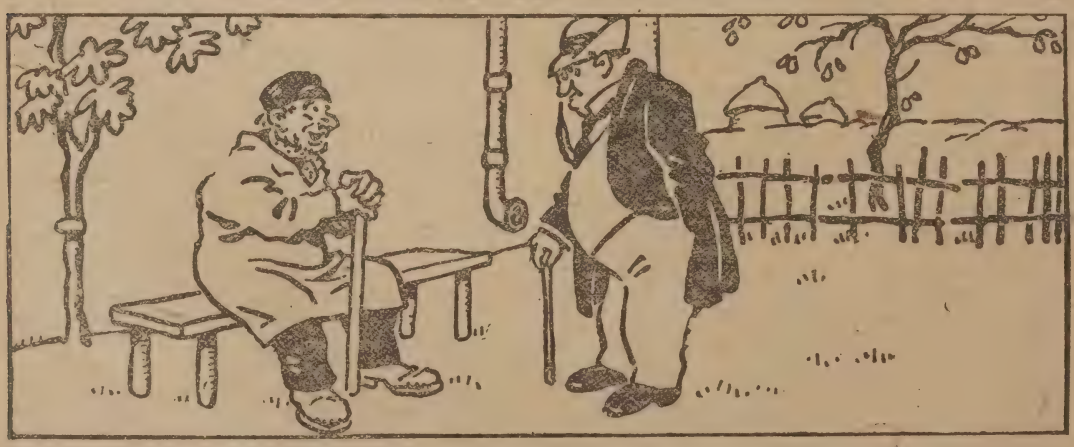
No se pudo sacarla de ahí. Se reunió una corte consistorial para divorciarlos: Pero a esa corte a pesar de las buenas intenciones, no fué posible hallar la menor prueba del adulterio de la princesa. La corte tuvo que pronunciar un fallo de divorcio por abandono del hogar conyugal por parte de la esposa.

Protestó ella firmemente por la iniquidad de ese fallo. Pero protestó en vano. Fué llevada a u nsolitario castillo, en Ahlen, donde, cautiva, sufrió treinta y dos años más de una dolorosa existencia.

Su muerte ocurrió en noviembre de 1726. Dice la historia que, en su lecho de muerte, confió a una persona de su confianza una carta dirigida a su antiguo esposo, que entonces era Jorge I de Inglaterra. Siete meses más tarde, en momentos en que el rey Jorge se hallaba en viaje hacia su amado Hánover, esa carta le fué entregada en su coche, cuando este cruzaba la frontera alemana. Contenía la declaración de inocencia de la princesa Sofía, hecha en su lecho de muerte, y lo emplazaba solemnemente a comparecer junto a ella, ante el tribunal de Dios, en el plazo de un año, para responder allí, ante ella, de las ofensas que le había inferido, de la mala vida que le había dado y de su triste muerte.

La respuesta del rey Jorge a ese emplazamiento, fué inmediata. La lectura de esa carta le produjo un ataque de apoplejía, a consecuencia del cual murió en su coche de viaje al día siguiente, — el 9 de junio de 1727, — en el camino de Osnabrück.

RAFAEL SABATINI.



—¿Qué tal, tío Domingo? ¿Ya no sanda usted como antes a su médico?
—Le diré, doctor; me da vergüenza. . . Temo que esté usted ofendido. . . ¡Como hace tanto tiempo que no me enfermo!

LITERATURA ESTADOUNIDENSE

EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR HEIDEGGER

Por NATHANIEL HAWTHORNE

Es esta otra de las joyas de la literatura estadounidense y "Pucky" la ofrece a sus lectores como algo que por sus múltiples méritos y su atractivo, debe ser leído por todas las personas de buen gusto.

El anciano doctor Héidegger, hombre muy original, invitó una vez a cuatro amigos suyos para que se reunieran en su estudio. Eran tres caballeros de barba blanca: el señor Médbourne, el coronel Killigrew y el señor Goscoigne; y una ajada señora, la viuda de Wycherly. Todos ellos eran viejos y melancólicos personajes, que habían sufrido infortunios durante su vida, y cuya mayor desgracia consistía en que no gozaban tiempo ha del reposo de la tumba. El señor Médbourne había sido en el vigor de su edad un próspero comerciante; más perdió toda su fortuna en especulaciones arriesgadas y era por entonces poco menos que un mendigo. El coronel Killigrew había malgastado sus mejores años, su salud y su energía en pecaminosos placeres que le produjeron multitud de incomodidades, como la gota y otros varios tormentos de cuerpo y alma. El señor Gascoigne era un político arruinado, hombre de mala fama, que le había perseguido hasta que el tiempo le borró de la memoria de la presente generación, haciéndole oscuro en vez de infame. En cuanto a la viuda Wycherly, contaba la tradición que fué una belleza en sus días; más había vivido largo tiempo en profundo aislamiento a causa de ciertas historias escandalosas que levantaron contra ella la opinión de la sociedad. Es digna de mencionarse la circunstancia de que los tres viejos caballeros, el señor Médbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne, habían sido en otro tiempo pretendientes de la viuda Wycherley, y estuvieron una vez a punto de cortarse el cuello por gozar del privilegio de su amor. Y antes de proseguir, quiero también dejar apuntado que se susurraba que tanto el doctor Héidegger como sus cuatro invitados se encontraban a veces algo fuera de sus cabales; cosa no del todo sorprendente tratándose de personas ancianas atormentadas por actuales sufrimientos o por angustiosas remembranzas.

—Mis antiguos y queridos amigos, — dijo el doctor Héidegger, haciéndoles tomar asiento. — Deseo que me ayudéis en uno de los pequeños experimentos con que acostumbro divertirme a solas en mi estudio.

Si hemos de dar fe a la historia, el estudio del doctor Héidegger era un sitio de los más curiosos: una oscura cámara, amueblada a la antigua, festoneada de telarañas y cubierta de polvo desde tiempo inmemorial. Apoyados contra el muro veíanse varios estantes de roble, cuyos anaqueles inferiores estaban llenos de infolios gigantescos y libros góticos en cuarto, mientras la parte superior guardaba los pequeños libros en duodécimo con cubierta de pergamino. Sobre el estante central había un busto de Hipócrates con el cual, según fuentes autorizadas, acostumbraba sostener consultas el doctor Héidegger en todos los casos difíciles de su profesión. En el rincón más oscuro del aposento, había un armario de roble, alto y estrecho, a través de cuya entreabierta puerta se divisaba confusamente un esqueleto. En el espacio comprendido entre dos estantes pendía un espejo mostrando su alta y empolvada superficie dentro de un deslustrado marco dorado. Entre muchas otras historias maravillosas que se relataban acerca de este espejo, decíase que las almas de todos los

pacientes difuntos del doctor habitaban dentro de su vera, y se encaraban con él siempre que miraba en aquella dirección. El lado opuesto de la cámara estaba decorado con el retrato de cuerpo entero de una joven dama, vestida de raso, seda y brocado en descolorida magnificencia, y con semblante tan pálido como su atavío. Hacía medio siglo que el doctor Héidegger estuvo a punto de casarse con la joven señora; más sucedió que, afectada de ligero malestar, tomó una de las recetas de su prometido y murió en la mañana de las bodas. Queda aún por mencionar la principal curiosidad del estudio: un enorme infolio, encuadernado en cuero negro y cerrado con pesados broches de plata. No llevaba letras en el lomo y nadie podía decir el título de la obra. Pero sabíase perfectamente que era un libro de magia, y una vez que lo tomó una camarera, simplemente con la idea de quitarle el polvo, el esqueleto se removió en su armario, el retrato de la dama colocó un pie sobre el pavimento y varias rostros de fantasmas asomaron en el espejo; en tanto que la bronceda cabeza de Hipócrates fruncía el ceño y decía: "¡Detente!"

Tal era el estudio del doctor Héidegger. En la tarde de estío a que se refiere nuestra historia, había una pequeña mesa redonda, negra como el ébano, en el centro de la habitación, sosteniendo un ánfora de cristal cortado, de bella forma y delicado trabajo. Los rayos del sol penetraban a través de la ventana, entre los pesados festones de dos cortinas de damasco descolorido, y caían discretamente sobre el ánfora; de manera que un suave resplandor se reflejaba en los cenicientos rostros de los cinco viejos reunidos en torno. También había cuatro copas de champaña sobre la mesa.

—Mis antiguos y queridos amigos, — repitió el doctor Héidegger, — ¿puedo confiar en vuestra cooperación para realizar un experimento extremadamente singular?

Hay que advertir que el doctor Héidegger era un viejo caballero muy original, cuyas excentricidades habían llegado a ser la base de mil fantásticas historias. Es posible que algunas de estas invenciones, dicho sea para vergüenza mía, puedan remontarse hasta mi propia y verídica persona; de modo que, si algunos pasajes de este cuento chocan con la credulidad del lector, soportaré gustosamente el estigma de novelero.

Cuando los cuatro visitantes oyeron hablar al doctor de su famoso experimento, no imaginaron maravilla mayor que la muerte de un ratón por medio de alguna bomba neumática, el examen de cualquier basura en el microscopio, o alguna otra tontería por el estilo, con las que tenía el hábito de importunar a sus amigos. Más, sin aguardar respuesta, el doctor Héidegger atravesó renqueando la habitación y volvió con aquel enorme infolio encuadernado en cuero negro, que la opinión general declaraba ser un libro de magia. Desabrochando las plateadas cerraduras, abrió el volumen y sacó de entre sus góticas páginas una rosa o lo que fué alguna vez una rosa, pues que entonces las verdes hojas y pétalos de púrpura habían adquirido un tono parduzco, y la flor entera parecía a punto de convertirse en polvo entre las manos del doctor.

—Esta rosa, — explicó suspirando el doctor Héidegger, — esta misma rosa que veis aquí marchita y casi deshecha, floreció hace cincuenta y cinco años. Me la dió Silvia Ward, cuyo retrato pende allí; y yo pensaba llevarla en el pecho el día de nuestras bodas. Cincuenta y cinco años la he conservado como un tesoro entre las páginas de este viejo libro. Ahora bien; ¿creeríais posible que esta rosa de medio siglo pudiera revivir otra vez?

—¡Qué ocurrencia! — exclamó la viuda Wycherly con un impertinente movimiento de cabeza. — ¡Podríais preguntar igualmente si un rostro arrugado de vieja puede rejuvenecerse alguna vez!

—¡Mirad! — respondió el doctor Héidegger.

Descubrió el ánfora y echó la rosa seca en el agua que allí había. Al principio se mantuvo la flor en la superficie, sin absorber nada de humedad, al parecer. Pronto, sin embargo, pudo notarse un cambio singular. Los arrugados y secos pétalos se agitaron, adquiriendo un tinte carmesí más vivo, como si la flor despertara de algún sueño mortal; el esbelto tallo y las ramitas de follaje tomaron tonos verdes; y por último la rosa de medio siglo atrás apareció tan lozana y fresca como cuando Silvia Ward la obsequió a su prometido. Apenas si lucía completamente abierta; pues algunas de sus delicadas hojas encarnadas apretábanse todavía modestamente sobre su húmedo seno, donde brillaban dos o tres gotas de rocío.

—Es ciertamente una linda ilusión óptica — dijeron descuidadamente los amigos del doctor, pues habían presenciado mayores milagros en espectáculos de prestidigitación; — haced el favor de mostrarnos de qué manera se realiza.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la Fuente de la Juventud? — preguntó el doctor Héidegger, — aquélla que fué a buscar Ponce de León, el aventurero español, hará dos o tres centurias?

—Pero ¿la encontró Ponce de León? — preguntó la viuda Wycherly.

—No, — respondió el doctor Héidegger, — porque nunca la buscó en su verdadero sitio. La Fuente de la Juventud, si estoy bien informado, se encuentra situada en la parte meridional de la península de la Florida, no lejos del lago Macaco. Su manantial está sombreado por varias magnolias gigantescas, que aun cuando cuentan innumerables siglos se conservan tan frescas como violetas por la virtud de esta agua maravillosa. Un amigo mío, conociendo mi afición a esta clase de estudios, me ha enviado la que veis en aquel vaso.

—¡Ejem! — murmuró el coronel Killigrew, que no creía una palabra de la historia del doctor; — y ¿cuál sería el efecto de este líquido en la naturaleza humana?

—Podéis juzgarlo por voz mismo, mi querido coronel — replicó el doctor Héidegger, — y vosotros todos, mis respetados amigos, sois los bienvenidos para beber de este líquido maravilloso la cantidad necesaria para devolveros el brillo de la juventud. Por mi parte, he tenido tantos disgustos antes de envejecer, que no tengo prisa de volverme joven otra vez. Con vuestro permiso, observaré solamente los progresos del experimento.

Mientras hablaba, llenaba el doctor Héidegger las cuatro copas de champaña con el agua de la fuente de la juentud. Parecía impregnada de algún gas efervescente, porque continuamente ascendían pequeñas burbujas desde el fondo de los vasos y estallaban en plateado rocío en la superficie. Como el líquido difundía agradable perfume, los viejos personajes no vacilaron en creer que poseyera propiedades cordiales y reconfortantes y, aun cuando escépticos con respecto a su poder rejuvenecedor, sentíanse inclinados a beberlo inmediatamente. Pero el doctor Héidegger les detuvo por un momento.

—Antes de que bebáis, mis respetables y antiguos amigos, — dijo, — sería conveniente que, con la experiencia que habéis adquirido durante vuestra vida, adoptarais algunas reglas generales de conducto al afrontar por segunda vez los peligros de la juventud. ¡Pensad que sería un crimen y una vergüenza si, [illegible] ventajas especiales de que vais a disfrutar, no fuéras modelo de virtud y de sabiduría para todos los jóvenes de vuestra edad!

Los cuatro venerables amigos del doctor, sólo respondieron con una débil y trémula carcajada; tan ridícula les pareció la idea, de que, conociendo cuán próximo sigue el arrepentimiento a las huellas del error, hubieran de extraviarse nuevamente.

—Bebed entonces, — dijo el doctor inclinándose. — Me regocijo de haber elegido con tanta discreción los sujetos para mi experimento.

Con temblorosas manos levantaron las copas hasta sus labios. Si el licor poseía en realidad las virtudes que le atribuía el doctor Héidegger, no podía emplearse en cuatro seres humanos que lo necesitarían más lastimosamente.

Parecía que nunca hubieran tenido juventud ni placeres, que hubieran sido un producto anormal de la naturaleza, siempre las mismas criaturas grises, decrépitas y sin sabia que se encontraban en derredor de la mesa el doctor, tan yertas de cuerpo y alma que ni siquiera sentían entusiasmo ante la idea de rejuvenecer. Bebiéron el agua y colocaron de nuevo los vasos sobre la mesa.

Indudablemente pudo notarse al punto cierta animación en el aspecto de los invitados; algo así como el efecto producido por un vaso de vino generoso, con un resplandor de claridad repentina que irradiaba en los cuatro rostros a la par. Apareció un sonrosado de salud en sus mejillas, reemplazando la palidez terrea que los hacía asemejarse a un cadáver. Miráronse unos a otros, imaginando que algún mágico poder principiaba a borrar en realidad la honda y triste huella que el tiempo había grabado desde muy atrás en su entrecejo. La viuda Wycherly arregló su capota, casi sintiéndose mujer de nuevo.

—¡Dadnos un poco más de esta agua maravillosa! — exclamaron ansiosamente. — Hemos comenzado a rejuvenecer, pero estamos todavía demasiado viejos. ¡Pronto, dadnos un poco más!

—¡Paciencia, paciencia! — dijo el doctor Héidegger que, sentado, observaba los efectos del experimento con filosófica frialdad. — Habéis puesto largo tiempo para haceros viejos. No dudo que os contentareis con rejuvenecer en una hora. ¡Sin embargo, el agua está a vuestra disposición!

Llenó las copas nuevamente con el licor de la juventud, del cual quedaba lo bastante en el recipiente para volver tan jóvenes como sus nietos a la mayoría de los viejos de la ciudad. Mientras estallaban aún las burbujas en el borde, los cuatro invitados del doctor se apoderaron de los vasos y bebieron el contenido de un solo sorbo. ¿Era ilusión acaso? No bien acababa de pasar el líquido por su garganta cuando pareció presentarse un cambio en toda su naturaleza. Tirnáronse sus ojos claros y brillantes; una sombra oscura se extendió sobre sus plateados rizos; y se encontraron reunidos en torno de la mesa del doctor Héidegger tres caballeros de mediana edad y una dama salida apenas de la primera juventud.

—¡Mi querida viuda, estáis encantadora! — exclamó el coronel Killigrew, que había conservado la mirada fija sobre el rostro de la señora, mientras las sombras de la edad se desvanecían como la oscuridad ante la aurora de un nuevo día.

La hermosa viuda sabía desde largo tiempo atrás que los elogios el coronel Killigrew no siempre se basaban en la estricta verdad; así, saltando de su asiento, se abalanzó al espejo, temiendo aún que sus miradas tropezaran con el feo rostro de una mujer de edad. Entretanto, los tres caballeros se comportaban de manera tal que daba lugar a creer que el agua de la fuente de la juventud poseía ciertas cualidades espirituosas; a menos que la exaltación de sus ideas fuera simplemente el alegre desvanecimiento producido por la súbita desaparición del peso de los años. La imaginación del señor Gascoine parecía encaminarse a tópicos políticos; más no era fácil determinar si sus elucubraciones se referían del pasado, al presente o al futuro pues que las mismas ideas o idénticas frases habían estado en boga durante los últimos cincuenta años. Ya enunciaba a plena voz proposiciones sobre el patriotismo, la gloria nacional y los derechos del pueblo; ya musitaba algunos planes atrevidos en receloso y taimado murmullo, tan cautelosamente que ni siquiera su propia conciencia llegara a apoderarse del secreto; o expresábase de nuevo con acento mesurado y docta entonación de orador, como si oídos reales escucharan los bien redondeados períodos de su arenga. El coronel Killegrew entonaba al mismo tiempo una alegre canción báquica, tamborileando en su vaso al compás del coro, mientras sus

ojos vagaban sobre el risueño semblante de la viuda Wycherly. Al otro lado de la mesa, el señor Médbourne sumíase en profundos cálculos de dólares y centavos, que tenían que ver particularmente con un proyecto para proveer de hielo a las Indias Orientales o equipar un tiro de ballenas para los témpanos polares.

En cuanto a la viuda Wycherly, permanecía frente al espejo haciendo monadas y cortesías a su propia imagen y saludándola como al amigo más amado que existía en el mundo para ella. Acercó su rostro muy junto a su espejo para observar si la pata de gallo y las importunas arrugas marcadas largo tiempo atrás habían desparecido verdaderamente. Examinó si la nieve de sus cabellos habíase fundido por completo y si podría echar atrás su capota con entera seguridad. Al fin, volviéndose alegremente, avanzó hacia la mesa en una especie de paso de baile.

—¡Mi viejo y querido doctor! — exclamó, — ¡Por favor, brindadme otro vaso!

—¡Ciertamente, mi querida señora, ciertamente! — replicó el complaciente doctor. — ¡Mirad! Ya tenía los vasos llenos.

En efecto, los cuatro vasos aparecían llenos hasta el borde de aquella agua maravillosa, cuyo delicado rocío, efervescente en la superficie, semejaba el trémulo chispear de diamante. Estaba ya tan próximo el ocaso que la habitación se hallaba más sombría que nunca; pero un resplandor suave, análogo al de la luna, emanaba de la gran ánfora, reposándose por igual sobre los cuatro invitados y sobre la figura venerable del médico. Sentóse éste en un sillón de roble, de alto respaldar y primorosamente tallado, con tal aire de antigua majestad que habría podido caracterizar al Tiempo, cuyo poder jamás había sido discutido, salvo por esta afortunada tertulia. A pesar de que bebían ansiosamente en aquel momento la tercera copa del licor de la fuente de la juventud, sintiéronse casi atemorizados por la misteriosa expresión de la fisonomía del doctor Héidegger.

Pero pronto la alegre efusión de la juventud cundió por sus venas. Hallábanse ahora en la dichosa adolescencia. Recordaban la vejez, con su séquito miserable de preocupaciones, sufrimientos y enfermedades, tan sólo como un sueño desagradable del cual acababan de despertar alegremente. La frescura del alma, perdido tan temprano, y sin la cual las escenas sucesivas de la vida eran únicamente una colección de cuadros descoloridos, prestaba otra vez su encanto al porvenir. Sintiéronse como seres nuevos creados en un universo nuevo.

—¡Somos jóvenes! ¡Somos jóvenes! — exclamaron en su éxtasis.

La juventud, al igual que la vejez, borraba los caracteres fuertemente marcados de la edad mediana y asimilaba mutaumente a todos aquellos personajes. Era un grupo de muchachos alegres, casi enloquecidos con el regocijo exhuberante de sus pocos años. El efecto más singular de su alegría era el impulso de mofarse de las enfermedades y la decrepitud de que habían sido víctimas hasta hacía pocos instantes.

Reían locamente de su extravagante atavío, de las chaquetas de amplios faldones y los chalecos flotantes de los jóvenes, y de la antigua capota y vestimenta exótica de la deslumbrante señora. Uno de ellos púsose a cojear alrededor del cuarto como un abuelo gotoso; otro colocó en su nariz un par de gafas, pretendiendo descifrar las góticas páginas del libro de magia; el tercero tomó asiento en una gran silla de brazos y procuraba imitar la venerable dignidad del doctor Héidegger. Todos alborotaban regocijadamente, saltando en torno de la habitación. La viuda Wycherly (si una damisela tan fresca podía llamarse viuda) se acercó bailando ágilmente hasta la silla del doctor, con el sonrosado rostro brillando de maliciosa alegría.

—¡Doctor, viejo y querido corazón mío, levantaos y danzad conmigo! — exclamó. — Y entonces los cuatro jóvenes rieron más estrepitosamente que nunca al pensar en la extravagante figura que haría el pobre viejo doctor.

—Os ruego dispensarme, — respondió el doctor tranquilamente. — Estoy viejo y reumático y mi tiempo de bailar concluyó muchos años ha. Pero cualquiera de estos jóvenes será muy feliz de tener tan linda pareja.

—¡Bailad conmigo, Clara! — gritó el coronel Kíllgrew.

—¡No, no; yo seré su compañero! — profirió el señor Gascoigne.

—¡Fuí su prometido hace cincuenta años! — exclamó el señor Médbourne.

Todos se agruparon en torno de ella. Uno tomó sus dos manos con impulso apasionado; otro pasó el brazo en derredor de su talle; el tercero hundió la mano entre los sedosos rizos que asomaban debajo de la capota de la dama. Sonrosada, palpitante, luchando, riñendo, riendo y lanzando por turno su aliento ardoroso en la faz de cada uno de los pretendientes, hacía ella ademán de desprenderse, mas sin llegar a librarse del triple abrazo. Nunca se había presenciado cuadro más vivo de rivalidad juvenil con hermosura tan hechicera como galardón. Sin embargo, por extraña ilusión, debida a la oscuridad de la cámara y a los antiguos vestidos que aún llevaban los invitados, se dice que el gran espejo reflejaba la figura de los tres ancianos, canosos y ajados abuelos, contendiendo por la fealdad angulosa de una vieja encogida y arrugada.

Pero eran jóvenes: por lo menos sus pasiones lo demostraban: Inflamados hasta la locura por la coquetería de la damisela viuda que no otorgaba ni rehusaba por completo sus favores, los tres rivales comenzaron a cruzar amenazadoras miradas. Sujetando con una mano el anhelado galardón, echaron la otra mutuamente a sus gargantas, llenos de rencor. Mientras luchaban aquí y allá, cayó la mesa, destrozándose el vaso en mil fragmentos. La preciosa agua de la juventud corrió en brillante arroyo sobre el pavimento, humedeciendo las alas de una mariposa, envejecida al declinar del verano y que había venido a morir allí. El insecto ló ligeramente a través de la habitación y

a colocarse en la nevada cabeza del doctor Héidegger.

—¡Venid, venid, caballeros! ¡Venid madame Wycherly! — exclamó el doctor. — Tengo que protestar seriamente de este tumulto.

Aquietáronse y se estremecieron; porque parecía que el Tiempo gris les llamara haciéndoles retroceder de su luminosa juventud, muy lejos, hasta el helado y oscuro valle de los años. Miraron al doctor Héidegger, quien tomó asiento en su tallado sillón, sosteniendo la rosa de medio siglo que había recogido entre los fragmentos del estrellado vaso. A un movimiento de su mano, los cuatro revoltosos asumieron sus asientos a la mayor bravedad, pues su violento ejercicio habíales fatigado en extremo, a pesar de la juventud de que creían disfrutar.

—¡Mi pobre rosa de Silvia! — exclamó el doctor Héidegger, exponiéndola a la luz de las nubes del poniente; — parece que se marchita otra vez.

Y así era en verdad. Bajo las miradas de la reunión continuó ajándose la flor hasta que apareció tan seca y frágil como cuando el doctor la había arrojado en el vaso. Sacudió el anciano las pocas gotas de rocío que aun pendían de sus pétalos.

—La amo tanto ahora como en su húmeda frescura, — observó el doctor, oprimiendo la marchita rosa contra sus labios ajados. Mientras hablaba, la mariposa voló otra vez de su nevada cabeza y cayó sobre el pavimento.

Los invitados se estremecieron de nuevo. Una frialdad extraña, que no sabían si atribuir al cuerpo o al espíritu, apoderábase de ellos gradualmente. Se miraron unos a otros e imaginaron que cada minuto que se escapaba arrebatábales un encanto, y dejaba en su semblante surcos más profundos donde nada se notaba en el momento precedente. ¿Era acaso una ilusión? ¿El cambio de una vida entera limitábase a tan breve espacio, y eran ya sólo cuatro ancianos sentados con su viejo amigo, el doctor Héidegger?

—¿Nos volvemos viejos tan pronto, otra vez? — exclamaron dolorosamente.

Así era en realidad. El agua de la juventud poseía solamente virtudes más pasajeras que las del vino. El delirio que creaba había desaparecido. ¡Sí! Eran viejos otra vez. Con impulso repentino, que demostraba que era aún mujer, la viuda oprimió sus flacas manos manos contra su semblante, deseando que la tapa del ataúd cayéra sobre ella, ya que no podía volver a ser hermosa.

—Sí, amigos míos; sois viejos otra vez — dijo el doctor Héidegger: — y ¡ay! el agua de la juventud se ha derramado toda por el suelo. Bien; no lo lamentaré; pues aun cuando la fuente brotara en los mismos umbrales de mi puerta, mis labios no la habrían de tocar; no, aunque el delirio que produjera durase años en vez de algunos instantes. ¡Esta es la lección que me habéis enseñado!

Pero los cuatro amigos del doctor no aprovecharon para sí la lección. Resolvieron organizar una peregrinación a la Florida y beber mañana, tarde y noche de la Fuente de la Juventud.

He descubierto que en todos los tiempos, nuestro sabios, al pretender curar una depravación que desacertadamente han creído gaje fatal de la condición humana, tomaron el veneno por el remedio. Nunca han pensado en que su moral podía ser la causa de la corrupción; las leyes humanas parecen demasiado augustas para ser nocivas, y han preferido acusar a la naturaleza. — Morelly.

En todas las conmociones populares hay dos clases de hombres; unos son los que las promueven, y otros los que las aprovechan — Napoleón I.

* * * *

Todos los gobiernos tienden, y aun las asambleas también, a disminuir la libertad de los demás ciudadanos. — José María de Orense.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

MUJERES VELEIDOSAS

Por W. W. JACOBS

(Traducción del inglés para "Pucky")

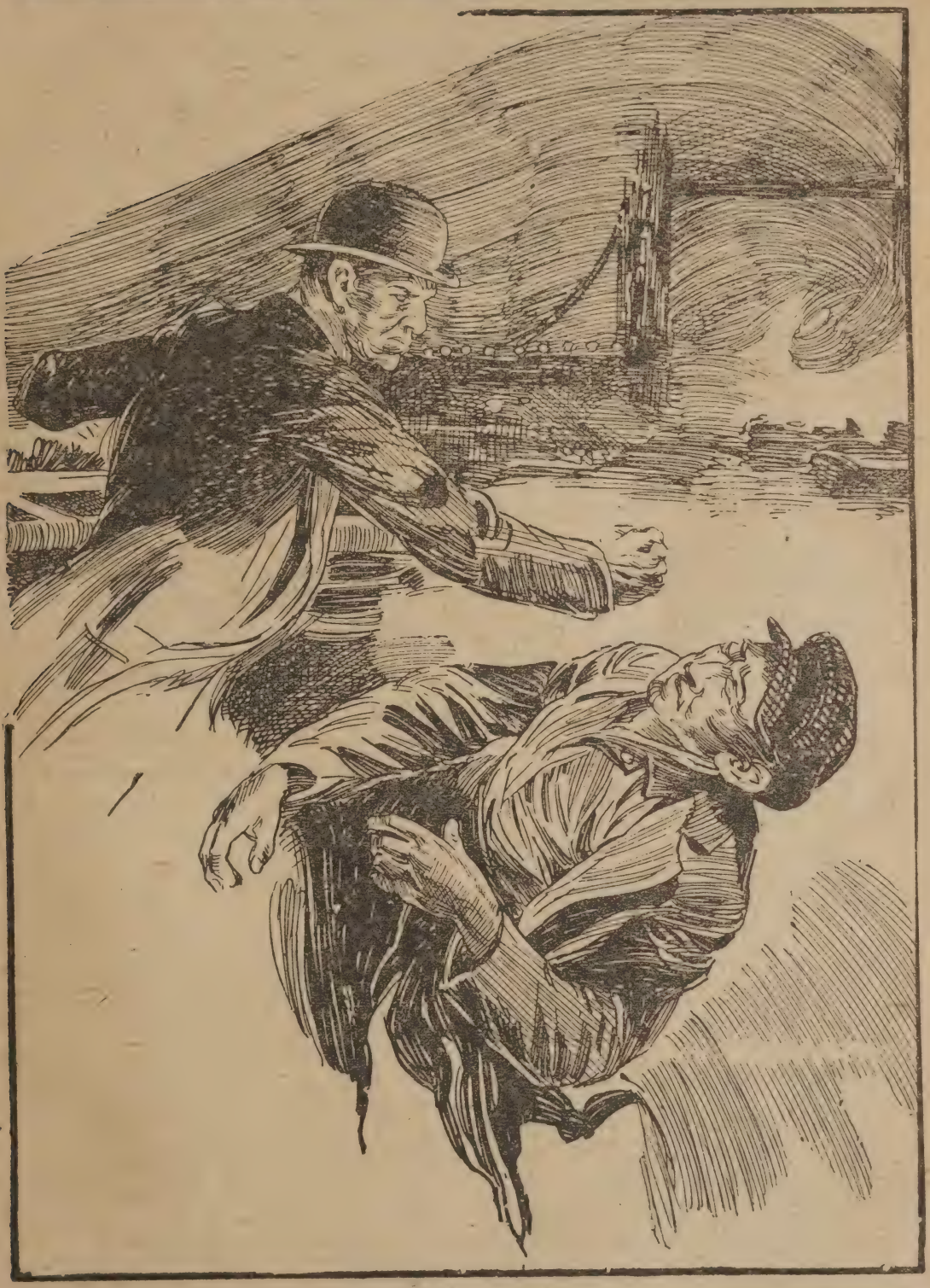
UN viento helado soplaba del río; las aguas parecían frías y oscuras. En las riberas comenzaban a aparecer las luces y la sirena de un enorme vapor lanzaba dolorosas lamentaciones. Un soplo de viento alteró, momentaneamente, la tricota que cubría el pecho del sereno. La arregló de nuevo cuidadosamente.

—Hay cosas peores que hallarse solo, sin embargo, — filosofó, después de un largo silencio. — Y un hombre que cumple con su deber siempre encuentra algo que hacer.

Se puso de pié, lanzando un breve gruñido, y levantó la escoba. Una voz que venía de otro muelle le advirtió que no le convenía trabajar demasiado.

—Ese es el hombre de al lado, — se dijo el sereno. — Se siente solitario y quiere conversar. Pero no le voy a responder. Yo también me sentí así al principio. No es que gustara charlar con mis jefes y mis superiores; pero deseaba tener alguien con quien poder charlar. Una vez dejé que un pintor viniera a pintar aquí. Pintaba barcos y otras cosas, y eso duró hasta que un día me pidió permiso para pintar mi retrato. Tardó tres noches. Me lo mostró una vez terminado, como si estuviera orgulloso de lo que había hecho. Luego se fué empaquetando sus cosas y hablando de llamar a la policía. Después de eso, tuve un perro para que me hiciera compañía. Era un bull-terrier, y alguien hubiera pagado una barbaridad de dinero por él. Lo tuve un par de meses, y luego el propietario del "Albión" me ofreció dos libras por él; y mientras yo estaba tratando de sacarle dos libras y media, un pícaro ladrón se lo llevó gratis. Hay por aquí gente capaz de robarle a uno los bigotes de la cara, si le pudieran servir de algo. Y si uno va a quejarse a la policía, lo primero que le preguntan a uno es de donde lo sacó.

"Después tuve otro perro, pero no fué lo



"Levántese que voy a darle su merecido", dijo Alf, avanzando hacia Sid. Un segundo después Alf, se hallaba sentado en el suelo preguntándose qué le había pasado. ("Mujeres veleidosas".)

que se podría llamar un éxito. En quince días mordió a tres personas, y después me mordió a mí. La última vez que lo ví trataba de cruzar el río con un ladrillo atado al rabo.

"Un sereno está mejor solo. No puede hacerse trampas a sí mismo haciendo solitarios, y el dinero que gasta en copas no es dinero tirado a la calle. Yo recibí una vez una buena lección respecto a esto de quedarme solo y me hizo mucho bien.

"Fué una noche precisamente como esta. Yo había estado trabajando duro y parejo arreglando las cosas, y ya iba a subir la escalera y la luz cuando la portecita se abrió y un muchacho saltó dentro seguido de una muchacha. Cerraron ellos el postigo cuando pasaron, muy despacio, y luego se pusieron a charlar despacio, muy bajito, mirando en redor y mirándome a mí.

"—¡Hola! — dije yo. — ¿Qué quiere decir todo esto?

"—¡Chitón! — dijo ella. — ¡Chitón!

"—¿Qué quieren ustedes? — exclamé yo, en voz bien alta, a propósito. — ¿Quién les ha pedido que vengan a mi muelle a decirme "Chitón"?

"Era ella una linda muchacha, pequeñita, como una de esas cosas, ¿cómo se llamán? bilebotes o bibelotes... de unos diez y ocho años, ojos azules y pelo castaño.

"—¡Estamos escapándonos! — dijo ella, avanzando hacia mí y tomándome del brazo.

"—¿Qué han hecho ustedes? — repliqué tratando de hablar con severidad.

"—¡Nada! — respondió ella muy fresca.

"—¿Qué es lo que ha hecho él, entonces? — dije yo.

"—Nada de que tenga que avergonzarme, — dijo el muchacho. — Sólo he salido a pasear con esta muchacha. Nada más.

"—Bueno; pero usted no puede pasear por mi muelle, — dije yo, con un poco de dureza. — ¿Es el padre quién anda atrás de ustedes o quién?

"No me contestó; se quedó mirandome como un estúpido. Era un tipo más bien bajo, vestido a la última moda, con una corbata que parecía un arcos iris al que le hubiera dado un ataque epiléptico. Si hubiera sido mujer, yo habría dicho que era bonita; pero para un hombre era demasiado lindo. Dos veces abrió la boca para hablar, y en lugar de hacerlo las dos veces sonrió tontamente.

"—No es el padre, — dijo, al fin, riendo estúpidamente.

"—Es el muchacho con quien yo salía a pasear antes de ser lo suficientemente crecida como para conocer mi propio corazón, — exclamó ella, volviéndose hacia mí. — Nunca me gustó, siempre anda a golpes y peleando por todas partes. Y ahora dice que si ve a Carlos conmigo le va a hacer saltar la cabeza y después se la vá a hacer tragar. Lo ví que nos seguía hace un momento; y si su puerta no hubiera estado abierta, no sé lo que habría sido de nosotros.

"—Usted no le tiene miedo, supongo, — pregunté yo a Carlos.

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIA

Precio reclame desde $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

"—Yo no le tengo miedo a ningún hombre, — respondió él. — Pero no quiero que me hagan tragar la cabeza. ¿Le gustaría a usted que se lo hicieran?

"—¿Es grandote el tipo? — pregunté.

"—Más o menos de mi estatura, — respondió Carlos, después de pensar un momento.

"—Entonces no tiene por qué tener miedo de un estúpido así, — dije yo. — Ninguno de ustedes dos le puede hacer al otro nada que valga la pena. Váyase, y si se le pone delante, usted lo pone knock-out. Déle una en el estómago con la izquierda y, cuando se doble, con la derecha le dá otra en la mandíbula.

"—Sí ¿y si no se dobla? — dijo Carlos.

"—No se dobla, — intervino la muchacha.—No se dobla, si es que yo lo conozco. Si Carlos se las arregla para pegarle en él... ¿dónde dijo usted?, el otro lo va a dejar medio muerto.

"Hizo Carlos un enérgico signo afirmativo con la cabeza, y se puso pálido. Podía ponerse pálido cuando le parecía; pero ni aun las cosas que yo le dije lo pudieron hacer ruborizar. Fué ella la que se puso colorada; y cuando la miré, en un momento en que ella creía que yo no lo hacía, ví algo en sus ojos que me sorprendió.

"—Bueno, — dije yo. — Le he dado a usted un buen consejo, y si no lo quiere se-

guir, lo deja. Pero si yo saliera de paseo con una muchacha como ella, pelearía por ella con un regimieneo de soldados, uno después de otro.

"Me lanzó ella una linda mirada y yo comencé a lamentarlo por ella. Las mujeres no pueden manejar sus sentimientos como manejan la masa de las tortas en la cocina.

"—Voy a salir afuera a ver si hay alguien por aquí, dije. — Y si no hay nadie, ustedes se irán.

"Fuí hasta la puerta; pero no pude ver a nadie. Luego seguí, dando vuelta la esquina y lo primero jue ví fué un muchachóta caminando de un lado a otro y mirando a todas partes a la vez, como dice el refrán. Feo, como un susto a media noche, de ojos vivarachos, con una nariz muy chata y dientes feos y grandes.

"—¿Perdió algo? — pregunté yo, al pasar con voz amistosa.

"—Perdí lo que no le importa! — gruñó.

"No le repliqué; sonreí. Una de esas sonrisas que las viejas y bondadosas señoras dirigen a los niños cuando pasan junto a ellos. Regresé al muelle y ya había puesto un pié del otro lado de la puerta, cuando una piedra vino y me dió de lleno en el otro.

"Fué una pedrada feroz; creo que si le echo el guante, lo deshago. Fuí al otro lado de la esquina a buscarlo, pero, como es natural, había desaparecido. Cuando regresé al muelle, la muchacha y Carlos habían desaparecido también.

"Me eché la escalera al hombro y me puse a encender las luces. Cuando hube terminado y después de fumar una pipa en la oficina, ya había entrado la noche. Regresé de nuevo al muelle y, después de un tiempo me puse a figurarme cosas; creí oir pequeños rumores extraños, rozamientos, murmullos. Dos veces me detuve, escuchando, pero todo estaba silencioso como una tumba, como dicen en las novelas baratas. A poco oí un estornudo.

"Se hallaban sentados en un pequeño cajón, detrás de otros muchos vacíos, que había en la esquina del depósito. Al principio les hablé duramente; pero la muchacha sintió tanto cuando le dije lo de mi pié, que no tuve corazón para decir más. Estaba muy conmovida, y se había llevado su pequeño pañuelo a la boca, sollozando despacio.

"—Ese es un rincón muy lindo y muy tranquilo, — decía Carlos, cuando yo los acompañaba hasta la puerta. — Parece que hubiera sido hecho para nosotros.

"—Pero no lo fué, — respondí yo.

"El se me acercó como si quisiera recostarse contra mí, y yo pensé que me quería estrechar la mano; luego sentí que me ponía en ella algo duro. Supongo que soy un tonto; pero recordé mis días de muchacho y me quedé pensando qué podría hacer para ayudarlos.

"—El rincón no se va a escapar de donde está, — dije, — y mientras no haya buques amarrados, o, por lo menos, marineros por las inmediaciones, no veo por qué razón no podrían ir ustedes allí de vez en cuando a gozar de un poco de aire fresco.

"Ambos me dieron las gracias y yo pude observar palpablemenee el enorme peso que eso le había quitado de encima a Carlos, solamente el pensar que podía seguir su frlirt en completa comodidad y seguridad. La muchacha salió primero, por sí el otro, Alf Stevens, andaba rondando por allí. Y después que yo hube permitido a Carlos que me pagara un medio litro de cerveza blanca, en la "Cabeza de Toro", él también se fué.

"Durante las dos noches siguientes, no los ví; pero a la tercera, oí en la puerta el ruido que hacía alguien al llamar con el puño; y cuando abrí el postigo, la muchacha metió la cabeza, sonriéndome.

"—¿Puedo entrar? — observó.

"—Sí, — dije. — No hay nada esta noche. Pueden ustedes disponer de todo el muelle. ¿Dónde está él?

"—Viene por otro camino, — respondióme ella. — Es más seguro.

"Callé. Después de todo, se trataba de su novio, no del mío. Pero tosí; no lo pude evitar. Y cuando ella me dió una palmadita en la espalda, volví a toser. Tenía una linda mano, muy blanca y pequeña, pero mucho más pesada de lo que yo esperaba, especialmente la segunda vez.

"Me quedé unos momentos hablando con ella, después que se hubo metido en su rinconcito. Además de los cajones, yo había puesto tres o cuatro barriles vacíos adelante, a fin de ocultarlos por completo. Y ella no podía agradecerme esto lo suficiente. Me decía que era bien evidente que yo conocía como manejarme, y que se preguntaba cuántos corazones habría yo destrozado en mi mocedad. Le conté de uno o dos y cuando ella sacudía su linda cabecita y me preguntaba si todos los hombres eran así o sólo los marinos, la campanilla del muello sonó.

"—¡Pronto! — dijo ella. — ¡Parece que está apurado!

Me dirigí a la puerta, la que abrí, y Carlos casi cayó en mis brazos.

Estaba pálido como un fantasma y temblaba. Saqué la cabeza fuera y ví a Alf Stevens.

* * * *

"SE detuvo, al verme, y nos quedamos allí mirándonos el uno al otro. Luego avanzó, resuelto, para entrar al muelle.

"—¿Qué quiere usted? — pregunté, cerrándole el paso.

"—Quiero entrar, — respondió, colocando su rostro bien cerca del mío. — Creo que usted tiene a mi muchacha allí dentro.

"—Váyase usted a casa a jugar, — respondí. — Ya estoy cansado de que vengan aquí los niños pequeños a robarme piedras de carbón. Váyase a su casa y póngase a mirar las figuras de un libro.

"Cerré la puerta a tiempo; y, a juzgar por el ruido que hizo su puño contra ella, no perdí nada que me hubiera agradado recibir. Debió casi partirse los dedos; el lenguaje qué usó fué horroroso. Cuando le pregunté desde dentro si había ido alguna vez a la escuela dominical, la cosa fué peor.

"—¡Usted lo ha empeorado todo! — murmuró Carlos, temblando.

"—¡Vamos! — respondí yo. — Tiene usted ahí a la muchacha y no es justo que se lleve todo. Aún cuando yo lo deje a usted tranquilo, no lo vá a matar, y si lo mata, después lo colgarán a él. Yo me preocuparía de que no escapara.

"Bien podía yo haber aprovechado esa excelente oportunidad de callarme. La muchacha estaba casi tan asustada como él. Alf Stevens todavía estaba afuera gruñendo. Y cundo yo le pregunté si quería un jarabe para la tos, Carlos y la muchacha se me prendieron del brazo, pidiéndome por todos los santos del cielo, que no empeorara aún más las cosas.

"—¡Piense en el pobre Carlos! — dijo ella.

"Los dos estaban en tal estado que no quise dejarlos solos; busqué, pues, un cajón y me senté junto a ellos para hacerles compañía.

"Les relaté muchas de las cosas que me sucedieron cuando andaba yo por el mar; como había estado a punto de naufragar casi tres veces; como en cierta ocasión, nos quedamos sin suficientes tripulanes a bordo, pues la mayoría de ellos se hallaban en sus hamacas, abajo, por haber peleado conmigo. Luego le hice palparme la cabeza en el sitio donde había sido herida por la pata de una silla, pero nada parecía alegrarlos; así que, después de perder tontamente con ellos una hora de mi tiempo, resolví dejarlos.

* * * *

"ARREGLE algunas cosas que tenía que arreglar primero, y luego fuí a la oficina, donde me puse a leer el diario. Cuando lo hube hecho, ya se estaba haciendo tarde. Y cuando me ponía de pie para ir a ver cómo andaban las cosas con Carlos y Maud, me encontré con que los dos estaban mirándome por la ventana.

"—Es hora de que nos vayamos, — dijo Carlos.

"—Voy a abrir la puerta, entonces, — dije, buscando algo en el bolsillo.

"—¿Y... y Alf? — dijo Carlos.

"—Bueno; ¿y qué hay con Alf? — dije yo.

"—¿Se ha ido? — prguntó él.

"—Probablemente, — contesté yo. — Si no tiene cuidado, a usted se le va a subir Alf a la cabeza. Además, si no se ha ido, no le puede hacer mucho daño, esta noche. ¡Piense el golpe que le pegó a la puerta!

"—¡No quiero pensar en eso! — dijo él, con un estremecimiento. — Podía haberlo recibido yo.

"—Bueno, — dije yo. — Voy a ver si la vía está libre.

"Fuí hasta la puerta en puntas de pié, y descorrí el cerrojo sin hacer el más mínimo rumor. Comencé a abrirla muy despacio; y no había abierto más que dos o tres pulgadas, cuando el señor Alf se vino contra ella como un toro; empujando con el hombro. Se metió la mitad dentro y allí se quedó. Yo me quedé firme como una roca. Después, comencé a cerrar la puerta muy despacio. Un carnero no puede mucho contra un toro, y el jurar y maldecir de nada le sirvió. El estaba la mitad dentro y la mitad fuera; y después de haber pasado un momento sacudiéndolo, le puse una mano en la barba y lo lancé al medio del camino.

—¡Ahora! ¡Atropelle, rápido! — díjele a Carlos. — ¡Rápido mientras hay tiempo! ¡Ahora está a salvo!

"—¡A salvo! — exclamó él. — ¡Oigalo!

"Alf había comenzado de nuevo; y las cosas que decía que me haría cuando me echara el guante, probaban más que suficientemente sus perversos sentimientos. Cerré la puerta y durante unos minutos me pregunté que podía hacer.

"—No podemos quedarnos aquí toda la noche! — dijo Carlos, mientras recorríamos de nuevo el muelle.

"—Ya me ocuparé yo de eso, — dije.

"—Si no nos vamos pronto, a ella la recibe mal del padre; y si nos vamos, yo la recibo de Alf, — agregó él. — Si usted lo hubiera entrado y aferrado bien mientras tuvo la oportunidad, podríamos haber salido nosotros. Usted perdió la serenidad.

"—Me parece que voy a perder otras cosas en menos de un minuto, — respondile, tan pronto como pude recobrar la respiración.— Si tuviera usted el valor de un ratón saldría ahora y pelearía con él.

"—¡Carlos, no, por favor! — dijo ella.

"—Por tí no lo haré, — respondió él, muy fresco.

"Después de eso se pusieron a pasear de arriba para abajo, rodeando uno la cintura del otro con el brazo. Para eso solamente era para lo que le servía el brazo a él. Yo también paseaba de arriba a abajo, pensando cómo podía hacer para librarme de los dos, cuando recordé que uno de los lancheros había dejado un bote amarrado al muelle. Fuí a asegurarme de que aún estaba allí, y luego fuí hacia Carlos.

"Pagó sin un murmulo los cinco chelines que le pedí por el trabajo de olvidarme de mis deberes; me metí en el bote primero, y ella me siguió como si en su vida hubiese hecho otra cosa. Después tuve que subir de nuevo otra vez por que Carlos necesitaba una persona que le sujetara los tobillos mientras bajaba.

"—¿Cómo se las va usted a arreglar ahora para entrevistarse con ella? — pregunté.

"—No lo sé, — dijo él, medio llorando.

"—Tengo una idea, — dije yo, después de un momento, — pero le va a costar dinero si se puede hacer.

"—Eso no importa, — dijo él, irguiéndose como si el Banco de Inglaterra le perteneciera.

—¿Cuál es la idea?

"—Supóngase que Alf Stevens viniera aquí el próximo viernes, — dije yo, muy despacio, — y creyese que lo veía a usted y no fuera así.

"Al pricipio no respondió; luego me pidió

"No podemos estar aquí toda la noche", — dijo Carlos. — "No; ya me ocuparé yo de que no se queden ustedes", — repliqué yo. ("Mujeres veleidosas".)

que repitiera todo de nuevo, por que no comprendía.

"—Supóngase que fuera un muchacho que yo conozco, vestido como usted, el que estuviera sentado allá, detrás de los cajones vacíos, haciendo que le hace el amor a Maud,— dije yo, — y que Alf llega y se le va encima.

"—¿Quién es él? — preguntó Carlos, sorprendido ante la brillantísima idea nacida en mí... ¿cómo se dice? ¡Ah! ¡Cacumen!

"—Es un muchacho muy apreciado por todas las que lo conocen, — dije yo. — Le ví una noche boxeando en Hoxton, y era algo maravilloso.

"—¿Cree usted que le puede dar una buena paliza a Alf? — me preguntó ella palmoteando.

"—Darle una paliza? — repetí yo. — ¡Cuando le digo que ese muchacho es todo un boxeador! ¡Uno de los mejores de su peso! Alf Stevens tendría con él tanta "chance" como un bebé con la niñera.

"—Me parece bien, — dijo Carlos pensativo. — Es tiempo de que alguien le enseñe a ese hotentote a no meterse donde no le llaman.

"¿Saben ustedes lo que es hotentote? Yo tampoco.

"—Venga usted entonces el viernes a las siete, — dije yo. — Creo que podré arreglarlo todo. Es mejor que venga en bote para evitar "eccidentes". Traiga diez chelines en el bolsillo para Sid Ground, que así se llama, y cinco para mi por mi trabajo. Verá usted que es el mejor negocio que ha hecho en su vida.

"Los dejé en tierra en el desembarcadero, y regresé remando a mi muelle. Estaba aquello tan tranquilo y tan callado como una tumba, como dicen en... Pero ya lo he dicho una vez. Y aunque fuí a la puerta y escuché durante un rato, no pude oír nada del amigo Stevens.

"Fuí otra vez pasada una hora y miré hacia afuera. Nada. Al principio creí que se había ido; pero después me pareció ver una cabeza que miraba disimuladamente desde la esquina.

"—¿Por qué no se va a su casa? — pregunté yo. — Carlos dice que, sino se va en cinco minutos, lo va a dejar como nuevo.

"Yo suponía que eso lo iba a despertar, y en efecto, fué así. Cómo no podían ocurrírsele cosas tales, es para mí un verdadero rompecabezas. Creo que debió estarse allí casi toda la noche.

"No le ví ni la sombra cuando me iba para casa, si bien me hallaba preparado para recibirle y me paraba en cada esquina, a ver si venía. Comí algo, dormí unas horas y luego salí en busca de Sid Ground. No estaba, como de costumbre. Y si alguna vez estuve en una taberna, entonces estuve en diez o doce. Como un hombre que se respete no puede entrar en una taberna sin tomar algo a la salud de la casa, cuando me encontré, al fin, con Sid, no quedaba mucho de los cinco chelines de Carlos. Media hora después, no quedaba nana.

LO QUE PUEDE SUCEDER

Aspecto que presentará la playa de Necochea si la moda de los pantalones Oxford invade el campo de los trajes de baño.

"Quiero entrar, — dijo Alf. — Sóspecho que usted tiene ahí dentro a mi novia". "Váyase a su casa a jugar, — contesté yo. — Váyase a mirar las figuras de un libro". (Mujeres veleidosas".)

"AL principio, Sid no quiso aceptar mi idea, porque no le gusta pegarle a un hombre que no es un "pro". "Pro" quiere decir "profesional". Así como nos entendemos nosotros. Pero, después que yo le hube hablado de los diez chelines de Carlos y de los ojos azules de Maud, comenzó a mostrarse más razonable. Estaba entrenándose para un encuentro con un "pro" de Southampton, y dijo, con mucha razón, que bien podía pegarle a Alf Stevens por media libra en lugar de pegarle gratis a una "punching ball".

"—Recuerda, — le dije, — que queremos que él crea que eres Carlos. Si te quedas de espaldas a la luz y le das duro y parejo, él no va a notar la jugada.

"—¿Cómo es Carlos? — preguntó él.

"Se lo expliqué.

"—¿Y por qué no darle duro y parejo a ese en lugar de darle al otro pobre diablo? — preguntó, escupiendo en el suelo.

"—¡Jum! No me parece que te pagaría entonces diez chelines por eso, — dije. — Te vas a divertir. Y no te olvides de ponerte una galera y cuello con corbata. Además, no debes hablar.

"Dijo algo en voz baja que sonaba bastante parecido a lo que solía decir Alf Stevens, pero que no comprendí bien. Y antes de que me fuera me prometió venir y darle a Alf la gran sorpresa de su vida.

"Aquella noche no ví a Carlos, pero un chico pequeño y sucio vino con una carta suya. Yo le envié recado diciendo que el viernes era el día. O, mejor, la noche. Lo único que me preocupaba era que Alf no fuera a estar presente el viernes, pues sin protagonista no podría haber comedia. Pero viendo que cuando se hubo ido el chico sucio él andaba rondando por el muelle, me tranquilicé.

"El viernes por la noche, Sid fué el primero en llegar. A decir verdad, yo lo envié adelante. Era un tipo bastante buen mozo; y con su galera y un cuello duro y limpio con su correspondiente corbata, parecía aún mejor. Estuvimos conversando hasta que el capataz se fué, y luego nos sentamos a esperar a los otros.

"Llegaron un momento antes de las siete, y Carlos subió por la escalera como si tuviera un kilómetro de largo y me pidió que le diera la mano para ayudarle a acabar de subir. Yo los presenté a todos, — para evitar que Sid dijera alguna barbaridad, — y después fuí hasta la puerta, sólo por tener la seguridad de que Alf Stevens estaba allí.

"Allí estaba. Encendí los faroles poco tiempo después, todos, menos uno que había cerca de donde ellos habían de estar. Después me senté junto a Maud y me disponía a enseñarle a Sid cómo tenía que hacer, cuando Maud se levantó.

"—Yo ya sé cómo tengo que hacer, — dijo Sid, apartándome. — Pon los barriles un poco más juntos.

"—¿Por qué?

"—Por que yo hago las cosas mejor cuando nadie mira, — contestó.

"—¿Y qué necesidad tiene de hacer nada hasta que Alf llegue? — preguntó Carlos nervioso y extrañado.

"Sid no le respondió. Carlos ayudó, él mismo, a mover uno o dos de los barriles, y luego oímos que le decía a Maud que se sentara allí. Nos quedamos unos minutos, después de los cuales Carlos, nervioso otra vez, miró por sobre los barriles y les preguntó cómo marchaban.

"—¡Usted no se meta en lo que no le importa, — dijo Sid.

"Carlos vino a donde yo estaba, todo tembloroso.

"—¡Vaya usted y háblele! — dijo

"Esperé un momento, al cabo del cual dije, como indiferentemente:

"—Sid, voy a hacer entrar a Alf Stevens ahora. Apróntate.

"—Lo harás entrar cuando yo te lo diga y no antes, — me respondió el otro con dureza. — Todavía estamos en la mitad de la práctica. Estoy aprendiendo a ser para ella todo lo más parecido a Carlos, a fin de que Stevens no conozca la diferencia.

"Yo creí que Carlos se iba a desmayar y las cosas que dijo de mi inteligencia, si yo las repitiera, no las iban ustedes a creer. Si hubiera sido tan bueno con los puños como con la lengua, las cosas hubieran salido a maravilla. Cualquiera hubiera jurado que era mi mujer la que hablaba.

"El "Big Ben", el reloj del Parlamento, dió las ocho; en seguida, oí un silbido de Sid.

"—Creo que ya conozco mi papel, — me dijo, cuando fuí hasta allá. — Que Carlos se esconda, y luego abre tú la puerta.

"Lo llevé a Carlos hasta la esquina más lejana, y le dije que no se moviera de allí; que no sacara siquiera la cabeza hasta que ellos se hubieran trenzado, pues corría el peligro de pagar el engaño.

"Me dirigí luego a la puerta, la que abrí haciendo un poco de ruido. Luego salí fuera, avanzando un metro y medio o dos, y mirando como buscando algo, pero en dirección opuesta a aquella en que yo sabía que Alf se hallaba; y aún en menos tiempo del que se necesita para decir amén, Alf Stevens atropelló como un toro y entró.

"—¡Oiga, oiga! — exclamé, siguiéndolo. — ¿Qué busca? ¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi muelle?

"Pero me prestó tanta atención como si yo no existiera. Se paró y comenzó a mirar en todas direcciones, con la cabeza baja y en ese momento sonaron dos o tres besos como bofetadas. Alf Stevens hizo un ruido como el de una hiena que no se riera, precisamente, y dos segundos después los barriles habían desaparecido y Alf contemplaba a los dos tórtolos tan abrazaditos que parecían uno solo.

"—¡Al fin te tengo! — gritó, rechinando los dientes.

"—Se inclinó para empujar a Sid, pero éste tenía la cabeza escondida en el hombro de la muchacha, como si hubiera recibido el mayor susto de su vida.

"—Levántese!! — gritó Alf. — ¡Levántese que le voy a dar su merecido!

"Sid se levantó con su sombrero sobre los ojos, y un segundo después Alf se hallaba sentado en el suelo, preguntándose qué había sucedido. Luego recobró la memoria y se puso de pie lanzándose hacia Sid como un toro

enfurecido, pero tanto le hubiese valido tratar de pegarle a la luna.

"Sid saltaba y bailaba como un verdadero relámpago en torno de él, pegándole donde le daba la gana, haciéndolo rodar por el suelo de vez en cuando, sólo por variar un poco.

"Debo decir, en honor a la verdad, que Alf tenía buena sangre y le sobraba valor. Peleó mientras le fué posible tenerse en pie, y cuando Sid hubo terminado con él tuve yo que ayudarlo a salir del muelle. Ni siquiera podía ver bien, porque pensaba que yo era alguien completamente diferente y quería saber a toda costa qué había hecho yo con mi rabo.

"Mientras yo lo miraba alejarse, los otros vinieron. Maud estaba prendida del brazo de Sid y lo miraba a los ojos, y tras de ellos venía Carlos haciendo extraños ruidos, como un pichón de gato al que se le hubiera perdido la madre.

"—¡No me quería pagar los diez chelines! — me dijo Sid, como aún no repuesto de la sorpresa que esto le había causado. — ¡Parece que había cambiado de idea!

"—¡El se lleva la muchacha, — dijo Carlos, medio llorando, — ¡y los diez chelines también!

"—¡No importa! — lo consolé yo, dándole unas palmaditas en el hombro. — No vale la pena preocuparse por una mujer como ésa.

"—¿Eh? ¿Qué es eso? — preguntó Sid, acercando la cabeza a la mía y mirándome a los ojos.

"—¡Quiero decir que a él no le vale la pena de preocuparse por ninguna mujer! — respondí muy tranquilo. — Debía buscar un perrito abandonado.

"Durante un momento Sid me miró fijamente, como si no hubiera comprendido bien y temiera que estuviese burlándome de él. Luego rodeó con su brazo la cintura de Maud, y se fueron los dos. Carlos y yo los seguimos con la mirada hasta que se perdieron de vista, y luego Carlos me dijo lo que pensaba de Sid. Sentí un poco de compasión por él, pero, después de todo, los negocios con los negocios y, cuando él se volvía para irse, le puse una mano en el brazo.

"—¿Qué? — preguntó él.

"—¿No se olvida usted de algo?

"—De nada, que yo recuerde, — me respondió, mirándome sorprendido.

"—¿Y mis cinco chelines? — pregunté yo.

"Creo que lo sucedido debió haberle vuelto la cabeza del revés, porque lanzó un chillido como un gato al que le pisan el rabo y, antes de que yo hubiera podido sacar las manos de los bolsillos me dió cuatro o cinco golpes en la cara, todo lo fuerte que él podía pegar. Luego se volvió y echó a correr con toda la velocidad de sus piernas, que no era poca".

W. W. JACOBS.

Nuestro siglo es el de los ingenieros y los soldados, y por lo tanto, todo debe trazarse en línea recta. ¡Alineación!, tal es la sabia y enérgica expresión de esos pobres espíritus que sólo ven la belleza en la simetría y la vida en la rigidez de la muerte. — Reclús.

* * * *

Fuera de la multitud anónima que no piensa en nada y que acepta como buena la civilización rutinaria, existen hombres de instrucción y talento que se convierten en voluntarios panegiristas de lo existente o en defensores del salto hacia atrás y cuyas concepciones no alcanzan más que a mantener la sociedad en su estado actual e invariable, como si fuera posible contener la fuerza de proyección de un globo lanzado en el espacio. — Reclús.

NUEVA MODELO PARA "SALOMÉ"

—Mi hija me ha encargado que le diga, señor escultor, que hoy no podrá venir a "posar" para que usted siga haciendo su "Salomé"; pero, ya sabe, yo puede reemplazarla, si usted lo permite.

Señora:

El 4 de Febrero próximo

EL DIARIO

4a. EDICION

insertará en las páginas femeninas que publica todos los jueves, una novedosa colecciones de figurines de nuevos modelos de trajes de disfraz y fantasía.

Mande el cupón adjunto y recibirá un ejemplar de EL DIARIO del próximo jueves.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

La autoridad viene de Dios. — Napoleón I.

* * * *

La fe es la abdicación intelectual del hombre. — Pí y Margall.

* * * *

Si Dios existe, ¿no es acaso la justicia? Establecerla sería siempre realizar a Dios en la tierra. — Pí y Margall.

* * * *

En el nacimiento de las sociedades, son los jefes de las repúblicas los que hacen la institución, y en seguida la institución es quien forma los jefes de las repúblicas. — Montesquieu.

* * * *

La naturaleza humana se halla formada de tal suerte, que jamás y en parte alguna ha podido ser gobernada y subsistir social y nacionalmente sin religión. — Augusto Nicolás.

* * * *

A imitación del pueblo más libre que ha pisado la tierra, hay casos en que es preciso velar por un momento la libertad, como se velaban en la antigüedad las estatuas de los dioses. — Montesquieu.

* * * *

La ciencia histórica nos ha enseñado de qué modo se formó la Biblia; sabemos que se da ese nombre a una colección de escritos tan diferentes de origen, de carácter y contenido, como lo sería una oba que encerrase, por ejemplo, el poema de los Nibelungos, un código de procedimiento civil, los discursos de Mirabeau, las poesías de Heine y un método zoológico, impreso todo ello confusamente y al azar y vendido en un volumen. — Max Nordau.

* * * *

Siendo, como es, el hombre la sanción, no sólo de la moral, sino también del conocimiento y de Dios mismo, no cabe autoridad sobre la suya. Ya que se asocie con otros hombres y necesite de un poder que dirija los comunes intereses y regule los tal vez contradictorios, éste ha de provenir de la voluntad de todos, so pena de ser ilegítimo. — Pí y Margall.

La república lleva sobre la monarquía la ventaja que lleva todo lo racional sobre lo absurdo. — Pí y Margall.

* * * *

Obedece la humanidad, como nos enseña la historia, a una ley de progreso; y todo progreso empieza por la negación individual de un pensamiento colectivo. — Pí y Margall.

* * * *

La infinita variedad de deseos, sentimientos e inclinaciones, debe tender a convertirse en una sola voluntad que mueva a los hombres hacia un fin único: la felicidad común. — Morelly.

* * * *

Preparémonos a ser con el tiempo ciudadanos de la república ibérica; después, de los Estados Unidos europeos, y, finalmente, de la república universal. — José María de Orense.

* * * *

Fijándose en la propiedad y lo relacionado con ella, asalta una idea general que merece profundizarse: la de que todas las instituciones sociales han sido hechas por los propietarios. Espanta, al ver el código de las leyes, no descubrir en él más que el testimonio de esta verdad. Diríase que un corto número de hombres, después de haberse repartido la tierra, han hecho leyes de unión y garantía contra la multitud, como hubieran construído albergues en los bosques para defenderse de las fieras. — Necker.

* * * *

Todas las religiones consideran que el hombre es capaz de elegir entre el bien y el mal, mereciendo, pues, recompensa o castigo, sancionando así el error fundamental de la responsabilidad del individuo. Por ello todas las religiones no sólo son falsas, sino perjudiciales, porque impiden trabajar para que se consiga el verdadero progreso del hombre por los únicos medios realmente eficaces, que consisten en separar las causas de las malas acciones mediante reformas sociales, y en crear sólidos principios internos por una educación nacional. — Roberto Owen.

A los lectores:

El constante favor que el público presta a este magazine ha decidido a sus editores a introducir en él algunas mejoras que redundarán en beneficio de los favorecedores y que por causas inevitables han sufrido un retardo inesperado.

Dentro de poco, tan pronto como la necesaria organización del trabajo lo permita, "Pucky" aparecerá con mayor número de páginas,—algunas de ellas en cuatro colores,—y un material de un especial interés.

Así responderá "Pucky" al decidido favor del público, tanto de la Capital como de las Provincias y de las Repúblicas Oriental del Uruguay, Chile y Paraguay, donde circula.

El Director.

La Extraña Historia de STEPHEN USHER.

Intenso y poderoso drama de misterio y aventura que relata la historia de una familia de la más alta aristocracia de Inglaterra, escrito por HENRY B. RICHMOND e ilustrado por el distinguido artista J. LOUIS SMYTH.

(CONTINUACION.--VÉASE EL NÚMERO 114 DE "PUCKY" y siguientes)

LEVANTÓ la vista y vió la cara morena, tostada del sol, de Stephen Usher, con su bigote negro rizado y su larga cabellera ondulada, tambin oscura.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente usted mal? —pregunto su compañero. —Tiene usted la cara de uno que ha visto a un aparecido.

Sin contestar, Julián se levantó y miró temeroso a su alrededor. Se encontraba solo con Stephen Lord.

—Usted... ¿usted no vió nada? — pudo tartamudear al fin.

—No. Le ví a usted únicamente, mirándome como el que mirara a un fantasma del otro mundo, — fué la respuesta.

Julián se dió un tirón del cuello de la camisa haciendo saltar el botón y acercándose a la mesa, se sirvió un nuevo vaso de whiski, que bebió con verdadera ansiedad.

—Mi sistema nervioso está destrozado, — murmuró con voz ronca. — Me sucede que a veces veo visiones...

—¡A través del vaso de licor! — dijo su compañero indicando la botella vacía.

—Vamónos de aquí, — agregó Julián Usher sin hacer caso de la observación de su compañero. — El fresco de la noche me hará bien. Volveremos a Ravenhurst a toda velocidad.

Cinco minutos después el automóvil corría por la desierta carretera en dirección al castillo.

El regreso al castillo

MANEJANDO Julián Usher, no es de extrañar que el regreso al castillo fuera una desenfrenada carrera. Aún tenía los nervios excitados a consecuencia de la emoción que había experimentado momentos antes, pero aun cuando Stephen se ofreció a manejar el coche, el ofrecimiento fué rechazado cortée pero enérgicamente.

El camino estaba desierto y el trayecto no presentaba dificultades, así que no había peligro mayor. Sin embargo, Julián disminuyó la marcha cuando llevaban una milla de viaje.

Continuó la marcha sin inconvenientes y cuando por último las altas torres del castillo de Ravenhurst se destacaron a lo lejos en el cielo gris, Stephen consideró que habían tenido suerte, tanto el uno como el otro, cuando habían podido llegar hasta allí sin contratiempo.

Hallábase el automóvil a unas doce yardas de los portones del parque de Ravenhurst y ya iba a dirigirse hacia la avenida de entrada, cuando un hombre salió súbitamente de uno de los portones y se detuvo en mitad del camino.

No era ya posible evitar el choque y un segundo después, una de las ruedas delante-

ras del automóvil dió de lleno en el cuerpo del hombre y le envió a gran distancia, quedando por el suelo. Con fuerza enorme fué a dar contra uno de los pilares de mampostería de la entrada y ahí quedó inmóvil, boca abajo, con la cara en el barro del camino.

Con una rapidez que le hizo patinar unos pasos, el automóvil se detuvo y Stephen saltó de su asiento seguido inmediatamente de su primo.

Stephen llegó adonde estaba el hombre y le volvió boca arriba. Tenía la cara y las ropas cubiertas de barro, pero se quejó suavemente al moverle.

—¿Está mal herido? — preguntó Julián Usher aproximándose.

—No puedo decirlo, pero vive y lo mejor que podemos hacer es llevarle al castillo lo antes posible, — dijo Stephen, quien al decir esto levantó al hombre y lo llevó hacia el automóvil.

Julián Usher no perdió timpo y tan pronto como el infeliz estuvo tendido en los asientos de atrás del coche, atendido por Stephen Usher, ocupó el asiento del conductor y puso en marcha el vehículo.

Pocos minutos después se detuvo el coche delante de la puerta y tan pronto como le fué posible, Stephen volvió a tomar el cuerpo en brazos y lo llevó hacia la puerta que algunos segundos después se abría al constante llamar de Julián.

Entró Stephen con su carga en el bien alumbrado hall y al entrar dirigió una mirada a aquel rostro casi completamente cubierto de barro. No era posible reconocerle, pero las facciones, aun cuando temporariamente desfiguradas, le parecieron todas conocidas que un pequeño esfuerzo le permitió recordar de quién eran.

Al reconocer a aquel hombre, Stephen sintió una impresión de abatimiento y de desesperanza.

El hombre a quien acababa de entrar en razos, en el castillo de Ravenhurst, era su peor enemigo en aquel momento: ¡era el guardián Goodge!

Una tregua

STEPHEN USHER encontrábase solo, sentado en la biblioteca del castillo de Ravenhurst recorriendo mentalmente los últimos acontecimientos, relacionados con su extraña suerte. Todavía seguía disfrazado de Stephen Lord, el pintor "de la Real Academia de Bellas Artes", pero parecíale que no pasarían muchas horas sin que se viera obligado a abandonar la casa y el disfraz, descubierta su estratagema.

El guardián Goodge había sido conducido a uno de los dormitorios del castillo y en aquel momento lo estaba examinando el médico llamado con toda urgencia para asistirle. Julián Usher, cuyo sistema nervioso había sufrido mucho con los acontecimientos de la noche, se había retirado a sus habitaciones. Stephen se encontraba, por lo tanto, completamente solo y entregado a sus reflexiones.

Pero no permaneció solo mucho tiempo, porque diez minutos después se abrió la puerta de la biblioteca y Matthew Lincoln, el abogado, entró seguido de la señorita Marion Grey. La cara del abogado tenía una expresión de ansiedad intensa, mientras la de la bellísima jóven parecía aún más pálida que de costumbre.

Stephen Usher se levantó para recibirle.

—No podían haber llegado en momento más oportuno, ustedes, mis fieles y leales amigos, — dijo Stephen; — precisamente necesito su ayuda y su consejo.

—¿Sobre el hombre que fué empujado por el automóvil de Julián? — preguntó el abogado rápidamente. — Acabo de verle y le he reconocido en seguida. Es el mismo hombre a quien yo ví esta mañana. Es el guardián Goodge.

Stephen afirmó con un movimiento de cabeza.

—¡El guardián Goodge! — dijo después de una breve pausa. — ¡El único hombre de Inglaterra, fuera de nosotros mismos, que conoce mi secreto! ¡Y está resuelto a venderlo a mi primo Julián!

—Venderá su secreto a Julin porque nosotros no tenemos bastante dinero para darle lo que pide por guardar silencio, — dijo con amargura Matthew Lincoln. — Pude darme perfecta cuenta de la condición del hombre, cuando le ví esta mañana. No cabe duda: cumplirá su amenaza. Estuvo en el castillo esta tarde preguntando por Julián, mientras ustedes se hallaban en los "links" de golf. Precisamente se ausentaba cuando fué víctima del accidente. No es posible tener la menor esperanza: el hombre cumplirá su amenaza sino se le impide de algún modo que lo haga.

—¿No hay ningún medio de reducirle a silencio? — preguntó Marion Grey.

—El dinero es el único elemento que puede evitar que ese hombre hable y nosotros no podemos reunir la suma necesaria para satisfacerle, — respondió Stephen. — Sabe que Julián pagará de buena gana un precio muy alto por la información que él puede suministrarle y no cabe duda de que tan pronto como recobre los sentidos le ofrecerá a mi primo la visita de la noticia que posee.

—¿Cree usted que todo se ha perdido ya? — preguntó Marion afligida.

—Todo no se ha perdido mientras la última esperanza no se haya desvanecido, — contestó Stephen. — Pero no es posible negar que el éxito o el fracaso depende ahora de lo que suceda dentro de unas pocas horas.

—Eso quiere decir que es necesario que haga usted un último esfuerzo para arrancar la verdad de labios de Julián lo antes posible, — dijo Matthew Lincoln con energía. — El tiempo de los términos medios ha pasado. Es necesario dar un golpe decisivo.

—¿Puede usted decirme en qué forma puede producirse ese golpe decisivo, Lincoln? — preguntó Stephen.

—Había combinado un plan, pero no se

le puede poner en ejecución hasta mañana, respondió el abogado. —Esta demora le inutiliza, pues mañana sería ya tarde. He puesto todas mis esperanzas en ese plan y ahora es la premura del tiempo la que nos vence. Si pudiéramos conseguir que Goodge no hablara hasta pasadas veinticuatro horas, por lo menos, la victoria final sería nuestra. Bastaría con veinticuatro...

Alguien llamó discretamente a la puerta de la biblioteca, que se abrió para dejar paso a un señor de mediana edad, el doctor Jarvis, médico de Tullbourne, que había sido llamado para atender al guardián Goodge.

—Perdone usted si le interrumpo, señor Lincoln, — dijo dirigiéndose al abogado de la familia Ravenhurst, — pero he pensado que tal vez quisiera usted conocer mi informe sobre el estado del hombre que fué víctima del accidente.

—¡Sí, doctor! — exclamó Lincoln. —¿Está muy grave?

—Es necesario atenderle constantemente y mucho, — contestó el doctor. — Ha sufrido una severa conmoción cerebral y debe permanecer en la quietud más absoluta hasta que recobre por sí mismo el conocimiento. Voy a pedir que envíen una enfermera para atenderle todo el tiempo que sea necesario, pues se le debe observar, como he dicho, constantemente.

—Muy bien, doctor, — dijo Matthew Lincoln. — ¿Y si el hombre recobra el conocimiento antes que venga la enfermera, que debemos hacer?

—No es necesario tener presente esa circunstancia, — dijo el médico; — el pobre hombre no recobrará los sentidos ni en veinticuatro horas. Creo que tardará bastante más y me sorprendería sino permaneciera en el estado en que se halla ahora siquiera cuarenta y ocho horas. Señores, señorita, buenas noches.

Saludó muy cortésmente y se retiró.

Cuando se hubo marchado, hasta Matthew Lincoln, el severo y correcto hombre de ley, no podía ocultar la satisfacción que le habían producido las palabras del médico.

—¡Tenemos a nuestra disposición las veinticuatro horas que nos hacían falta! — exclamó alegremente.. — Stephen, hijo mío, ese plazo es el triunfo para usted. Pero será necesario proceder con energía y resolución si se quiere ganar la partida.

—Dígame cuál es su plan Lincoln,—manifestó Stephen Usher en tono de seria determinación. — Le prometo que no flaqueará y que sabré llevarlo a la práctica sin vacilar un solo momento.

Matthew Lincoln se dirigió hacia la puerta, la abrió unas pulgadas y miró hacia afuera. Satisfecho porque no vió a nadie que pudiese oir lo que iba a decir, volvió hacia donde estaban Marion Grey y Stephen Usher.

—Usted ha intentado varias veces hacer que su primo declare la verdad, Stephen, — dijo, — y en algunas ocasiones lo ha conseguido casi. En casi todos los casos no ha querido usted seguir adelante, porque era inútil provocar una declaración no habiendo testigos que pudieran manifestar, llegado el caso, la veracidad de lo que usted dijera haber oíído. Por otra parte es imposible hacer que un hombre, bajo el dominio del terror más intenso, como se encontró Julián en tales casos, trace de su puño y letra con claridad el texto de un documento-declaración. La firma que le fuera arrancada en tal situación sería tan imperfecta que nadie creería luego, negándolo él, que fuera suya.

—Esas han sido las dificultades, — manifestó Stephen.

—Pues bien, creo que he logrado vencerlas finalmente, — continuó diciendo Lincoln. — Un excéntrico amigo mío a inventado un instrumento basado en el sistema del defectógrafo, pero mucho más perfeccionado. El defectógrafo, como usted sabe, es una invención norteamericana muy frecuentemente empleada por la policía de Nueva York en la comprobación de los crímenes. Se puede colocar en cualquier parte, debajo de un escritorio, por ejemplo, o escondido en un rincón de la habitación y va inscribiendo constantemente toda conversación que se produzca en un radio determinado del sitio en que está.

—He oído hablar del detectógrafo y hasta ví una comedia policial norteamericana en la que figuraba el aparato, — exclamó Stephen mientras escuchaba con creciente interés.

—La invención de mi amigo es asombrosa y he presenciado pruebas de la misma realmente maravillosas, — continuó el abogado. — Es tan pequeño el aparato que no abulta más que una cámara fotográfica de bolsillo. Naturalmente, siendo el mecanismo tan delicado y diminuto es como únicamente se concibe que pueda inscribir en un solo cilindro de cera una conversación de más de mil palabras.

Se dirigió hacia un escritorio ministro situado en medio de la biblioteca, e inclinándose examinó el sitio que quedaba entre las dos filas verticales de cajones.

—El instrumento puede ser colocado debajo de este escritorio y su mecanismo puede ser manejado mediante un botón oculto debajo del borde de la mesa, del otro lado. Oprimiendo el boton, el aparato empezará a inscribir todo lo que se diga y desde ese momento hasta que esté lleno el cilindro de cera, toda la conversación que se produzca en la biblioteca quedará inscripta.

De usted depende que la conversación sea de tal clase, que pueda, llegado el caso, limpiar su nombre de toda manera injustamente arrojado sobre él y es también su inocencia ante la justicia y la sociedad.

—¡Dios mío! ¡Si yo lograra eso! — exclamó Stephen.

—Puede lograrse y muy pronto, — contestó el abogado con sublime confianza. — Mañana por la mañana visitaré a mi amigo y él me venderá su modelo de aparato. Veré cómo se hace funcionar y una vez bien informado me cuidaré de instalarlo donde he dicho. Lo demás, corre de su cuenta, Stephen.

—¡Mi vida, mi libertad, todas mis esperanzas están ahora pendientes de esa prueba! — exclamó Stephen Usher en voz baja y muy emocionado. — No tema usted nada, sabré desempeñar mi papel, — agregó.

El testigo invisible

FUERA, la noche era fría y destemplada. Una niebla muy espesa envolvía la zona pantanosa de Tullbourne y se iba extendiendo por el porque del castillo de Ravenhurst, lentamente.

Hasta la biblioteca del castillo donde Julián Usher estaba sentado escribiendo no parecía tan confortable como de costumbre. Un aire frío y húmedo penetraba por las rendijas de las puertas que daban a la galería y aun cuando Julián sabía que podía evitar ese aire corriendo las pesadas cortinas, no tuvo la idea de levantarse y hacerlo o de llamar a un criado para que lo hiciera.

La razón de esto era un temor supersticioso que dominaba constantemente el espíritu de Julián Usher. Cuando las cortinas estaban cerradas, quedaba entre ellas y las puertas un espacio donde cualquiera podría esconderse y Julián no quería que hubiera tan cómodos escondrijos en una habitación donde él permanecía tanto tiempo, de día y de noche.

Estaba Julián escribiendo cartas, pero su imaginación no se hallaba concentrada en lo que estaba haciendo, pues aun no había olvidado la aparición del saloncito de juego del chalet de los "links" de golf la noche anterior cuando se le presentó su primo Stephen y le vió sentado delante de él.

Tampoco podía olvidar la terrible cara que había visto mirándole desde la puerta de la galería dos noches antes.

Estos dos incidentes habían dejado una gran impresión en Julián, porque creía que se debían a un desequilibro de su sistema nervioso y al estado de excitación de su conciencia. Como el resto de la gente estaba convencido de que Stephen había muerto y la forma que se le había aparecido varias veces desde que él ocupaba el puesto de señor de Ravenhurst le habría parecido creación de su mente.

Tembló al pensar en las últimas apariciones y miró institivamente hacia la puerta de la galería que quedaba delante de él. La niebla que reinaba afuera era tan densa que los vidrios de la puerta parecían esmerilados y no se podía ver nada más allá de ellos.

Haciendo un esfuerzo dominó la impresión que sentía y se puso de nuevo al trabajo. Acaba de hacerlo cuando las hojas de las puertas se estremecieron sacudidas por el fuerte viento.

Volvió a mirar asustado y pudo ver que una de las puertas, empujada por el viento, iba abriéndose lentamente hacia la biblioteca.

Cuando la puerta se abrió, la niebla se precipitó por el hueco en masa nebulosa, amenazando invadir toda la habitación.

Paralizado por el temor a lo desconocido, Julián Usher se quedó sentado ante su escritorio mirando con los ojos muy abiertos hacia la niebla que avanzaba a grandes bocanadas dentro de la biblioteca. Era tal el temor que Julián sentía en aquel instante, que le parecía distinguir dentro de la niebla una figura de persona.

Pasaron unos segundos de terror indescriptible y Julián, mientras golpeaba sobre la mesa con las yemas de los dedos, fué notando que la figura que había visto dentro de la niebla se iba definiendo cada vez con mayor claridad.

¡Era la figura de un hombre!

Al cabo de poco tiempo notó con claridad plena, la cara transparente e inconfundible tantas veces vista.

¡Aquel hombre era Stephen Usher!

Dominado por el terror cerró los ojos tratando de no ver la aparición. Un momento después sintió que algo muy frío le tocaba la mano que tenía puesta sobre la mesa.

Aquel contacto pareció helarle la sangre en las venas. Julián abrió los ojos a pesar suyo y se halló mirando hacia la cara que le miraba implacable.

Era la misma cara de siempre, la que tantas veces se le había presentado amenazadora: era la cara de Stephen Usher.

Julián quedó como si hubiera echado raíces en la silla. Trató de hablar, pero el terror le había enmudecido. Permaneció un largo rato mirando al espectro del hombre a quien él había robado la fortuna y el título después de arrojar una mancha inmerecida sobre su nombre.

El silencio que reinaba en la biblioteca fué roto por último, por una voz profunda y espectral que contribuyó a acentuar aún más el terror de Julián Usher.

Era la figura de Stephen Usher quien había hablado al mismo tiempo que se acercaba hacia la mesa y colocaba su otra mano en el borde de la misma.

Sus dedos hallaron el pequeño botón que correspondía con el mecanismo del detectógrafo.

—¿Me reconoce usted, Julián? — preguntó la extraña voz.

El hombre que estaba sentado recobró la palabra haciendo un esfuerzo.

—¡Usted es mi primo Stephen! — contestó con voz ronca. — Usted ha vuelto del otro mundo para perseguirme. ¡Por favor! ¡Aléjese de mi vista! ¡Su presencia me va a volver loco! ¡Por piedad!

—No tuvo usted piedad de mí cuando me robó lo que era mío, — siguió diciendo la aparición. — Además no satisfecho con haberme infamado y con haberse apoderado de lo que me corespondía, usted no ha cesado de calumniarme escarneciendo mi memoria.

Julián Usher gruñó quejumbroso sin atreverse a mirar a la cara de su interlocutor.

—¿A qué viene usted? ¿Cómo se presenta aquí después de haberle yo visto muerto y enterrado en la cripta familiar? — dijo.

—Vengo al llamado de su conciencia, Julián, — fué la respuesta. — Yo no le hice mal alguno y usted cubrió mi nombre de oprobio, ya fuí generoso con usted y usted me quitó situación y fortuna, llevándose

El caballo cruzó el camino de un salto en el mismo instante en que el automóvil, que marchaba a gran velocidad, corría por la carretera. ("La extraña historia de Stephen Usher").

hasta el puesto que no correspondía a nadie más que a mí... ¡Poco hubiera importado que hubiese robado el dinero! Pero la mancha arrojada sobre mi nombre debe desaparecer.

Julián no se movió. Convencido de que tenía ante sí al espectro de su primo, sentíase anonadado.

—Si yo combiné el plan para que usted pasara por autor de un crimen cometido por mí, para así quedarme yo dueño de todo lo suyo, bien lo he pagado con el remordimiento que he experimentado, — dijo. — ¿Pero qué puedo hacer ahora? ¡Por mucho que haga o diga, nada puedo devolverle a usted, ni la vida y la situación que perdió por mí.

—Nunca es tarde para decir la verdad, — dijo el espectro. — ¿Quién mató a Philip Marsden?

Los pálidos labios de Julián Usher temblaron nerviosamente. La pregunta era tal que él no se atrevía a contestaria con veracidad. Sin embargo algo había que le obligaba a no callar.

—¡Nadie puede decir que fuí yo el matador! — dijo buscando una evasión.

—¿Quién mató a Philip Marsden? — volvió a preguntar el espectro en un tono amenazador, más terrible aún que antes.

Sin saber qué hacer, dominado por el terror, Julián Usher contestó por fin:

—¡Yo le maté!

La mano de hielo que oprimía la suya temblorosa pareció apoyarse con más fuerza. Toda resistencia cedió en el ánimo de Julián.

—¡Hable, Julián! ¡Repita usted la verdad descargando su conciencia! — dijo la aparición. — ¿Qué sucedió aquella noche en que yo me encontré con Philip Marsden en las viejas canteras de cal? ¿Sabía usted que iba a celebrarse la entrevista?

—Yo fuí quien la provocó, — confesó el pícaro. — Sabía que Marsden había tenido negocios que usted iba a tener una entrevista Sabía que usted iba a tener una entrevista con él y sabía que la entrevista iba a ser violenta porque Marsden se disponía a someterlo a un chantage.

La expresión de la cara de Stephen Usher no varió. Fija la mirada en los ojos de Julián, oyó toda la confesión sin pestañear.

—Siga, — dijo.

Sin darse cuenta de las consecuencias que podían tener las palabras que el miedo le hacía pronunciar, Julián continuó:

—La entrevista se celebró y yo la presencié escondido, — dijo. — Usted riñó con Marsden y consiguió quitarle el revólver con que él le amenazó. En el mismo momento, yo que estaba detrás de usted escondido entre unos arbustos, hice fuego y herí a Marsden. Este retrocedió algunos pàsos y cayó en uno de los pozos de la cantera.

—¿Eso lo hizo usted no porque quisiera matar a Marsden, sino porque sabía que me podría acusar de ser yo el asesino?

—Sí, — contestó Julián.

—¿Usted creía que el caso sería juzgado contra mí y que yo sería condenado a muerte dejándole a usted en posesión del título y de las propiedades? — insistió el espectro.

—Sí, — volvió a decir Julián.

—Así que Marsden fué el desgraciado instrumento de sus planes. Usted sacrificó su vida para satisfacer la ambición que sentía.

—¡Marsden no murió! ¡Es decir, no murió aquella noche ni de aquel tiro! — continuó Julián que sentía extraño deseo de decirlo todo. — Se escapó y cuando yo había obtenido el título reapareció amenazándome. Entonces tuve que quitarle de enmedio para que no me comprometiera.

—¿Murió la segunda vez? — preguntó el implacable espectro.

—Sí, — dijo Julián con voz desfalleciente.

El esfuerzo que había hecho iba agotando rápidamente su sistema nervioso y el usurpador se hallaba a punto de desmayarse. ,El espectro volvió a hablar.

—¡Julián! No he venido para juzgarle por sus crímenes, pero deseo para descargo de su conciencia, que el día de la justicia declare usted la verdad diciendo: "Yo, Julián Usher, conocido como lord Rovenhurst, declaro bajo juramento que fuí yo quien mató a Philip Marsden y que mi primo Stephen Usher no tomó ninguna intervención en ese crimen. Repita las palabras que acaba de pronunciar.

Julián Usher miró hacia la cara pálida y se puso a temblar como un azogado. Poco le importaba decir una u otra cosa siempre que desapareciera de la habitación, llena de espesa niebla, la figura amenazadora y obsesionante de su primo.

Sus labios se movieron, pero no fué sino al cabo de varias tentativas cuando pudo pronunciar las palabras:

—"Yo, Julián Usher, conocido como lord Ravenhurst, declaro bajo juramento que fuí yo quien mató a Philip Marsden y que mi primo Stephen Usher no tuvo ninguna intervención en ese crimen".

Aún no había pasado un segundo de haber pronunciado esas palabras, cuando la naturaleza tuvo compasión del criminal. Con un sacudimiento convulsivo se puso de pie y lanzó un grito. Después, como si de improviso le hubiera faltado la vida, cayó desmayado en su butaca.

No sabía que todas las palabras que acababa de pronunciar bajo el dominio del terror habían sido inscriptas en el cilindro del pequeño instrumento colocado debajo del escritorio. Aquel aparato constituía un testigo sin vida pero capaz de llevarle a la ruina.

Reina buen tiempo

DURANTE un momento la figura que se encontraba ante el escritorio esperó a fin de asegurarse de que Julián se hallaba sin sentido y luego, arrodillándose en el suelo se metió a gatas debajo de la mesa.

Cuando reapareció y se puso de pie tenía en la mano una cajita de unas ocho pulgadas de largo, tres de ancho y dos y medio de alto. De un extremo de ella sálía un alambre que era el que había establecido el contacto con el botón situado debajo del borde del escritorio.

Tanto el alambre como el botón estaban poco asegurados así que le fué fácil sacarlos al joven que aún no había perdido su aparición de espectro y que, envolviendo el alambre en torno de la caja se guardó ésta en el bolsillo del saco.

Después examinó un momento a Julián y se convenció de que no sufriría nada si se le dejaba solo.

Satisfecho a este respecto se dirigió a la puerta por donde había entrado y salió por ella cerrando tras sí las hojas con vidrios.

Una vez fuera vió que la niebla que tan bien le había servido para su fantástica apación se estaba disipando.

Todo el sistema nervioso de Stephen Usher vibraba de alegría cuando él cruzó el césped y se dirigió hacia el parque, pues había arrancado la verdad de labios de su primo y tenía en el bolsillo bien guardada la caja con la reproducción de su voz, con lo cual su inocencia sería proclamada ante todos.

Los tristes días de inmerecido sufrir se habían acabado ya, y el futuro parecía reservar únicamente alegrías y bienandanzas.

Llegó a un sitio solitario del bosque y sacando una toalla de bolsillo se la pasó por la cara haciendo desaparecer de ella el aspecto de fantasma que tenía. La composición que producía aquel efecto de transparencia era admirable por su efecto, tan perfecto que se concebía que engañara tan bien a Julián.

El trabajo de quitarse la luminosa pomada fué cosa de un momento y poco tardó también en dar a su cara el color moreno del cutis del supuesto pintor y en ponerse la peluca de pelo largo y su bigote retorcido. Diez minutos después de haber salido de la biblioteca el espectro de Stephen Usher estaba transformado en Stephen Lord, artista pintor, de la Real Academia de Bellas Artes, de visita en el castillo de Ravenhurst.

Con una alegría que no había experimentado nunca, se dirigió hacia la entrada principal del castillo.

Llegó a la puerta y tocó la campana. Acudió un criado que vió la tranquila cara del artista, amigo de su patrón y no tuvo ni la menor sospecha de que era el desfigurado semblante de su ex-amo Stephen Usher, a quien él tanto quería. No sospechaba el criado ni quien era en verdad el supuesto pintor ni el papel que acababa de desempeñar en la biblioteca del castillo.

—¡Qué mala noche, señor! — dijo el criado.

—Muy mala ha sido, pero ahora parece que está mejorando el tiempo, — replicó Stephen. — ¿Ha venido el médico a examinar al hombre que sufrió el accidente de automóvil?

—Está ahora con el enfermo, señor, — dijo el criado, — y según me han dicho, parece que el hombre está dando señales de que pronto va a recobrar los sentidos. El doctor se ha quedado esperando el momento de la reacción.

Esta noticia, que una hora antes hubiera sido un golpe de muerte para Stephen Usher no le hizo ahora la menor mella. Poseedor de la preciosa confesión nada de lo que el guardián Goodge pudiera decir tendría la menor importancia ni podría perjudicarle en lo más mínimo.

—Me alegro de que el pobre hombre vaya recobrando el uso de sus sentidos, — manifestó el pintor entrando en el hall del castillo.

—No hay razón para preocuparse por él — dijo el criado. — Quisiera tener el ánimo tan tranquilo como lo tengo a su respecto en lo que se relaciona con la señorita Marion.

Stephen se volvió rápidamente de cara al criado a quien ya se había dejado atrás.

—¿La señorita Marion? — repitió. — ¿Qué le pasa a la señorita Marion?

—Aún no ha regresado, — manifestó el sirviente, que como todos los demás de la servidumbre del castillo tenía gran cariño a la joven. — Salió para Tullbourne y debía haber estado de vuelta hace dos horas.

—¿Cree usted que pueda haber perdido el rumbo en medio de la niebla? — preguntó Stephen.

—Ese ha sido el peligro. La región pantanosa es traidora en tiempo de neblina, — dijo el criado. — Tal vez haya esperado en la ciudad a que pasara la niebla, pero de todos modos nos encontraríamos más tranquilos si tuviéramos noticias de ella en lugar de estar, como estamos, sin saber lo que le ha podido pasar.

—Tiene usted razón, — manifestó Stephen quien, a pesar del grandísimo interés que le inspiraba la suerte de Marion tenía que mostrarse relativamente frío, pues debía representar el papel del extraño, interesado por la suerte de la joven, pero no tanto como podía estarlo su adorador y prometido. — De todos modos, no es posible dejar que la señorita Grey venga de Tullbourne sin que nadie la acompañe. Creo que milord no dirá nada si yo tomo del garage una de las motocicletas.

—Al contrario, señor, — dijo el sirviente. — Voy a dar orden al chauffeur de que abra el garage para que el señor pueda elegir la máquina.

La ansiedad que sentía el criado pensando en lo que podía haberle pasado a Marion Grey era muy intensa así que no es de extrañar que fuese en busca del chauffeur mientras Stephen, preocupado con la idea de la seguridad de la mujer a quien amaba olvidara a otros para no acordarse más que de Marion y acudir a toda prisa hacia el garage.

La puerta se abrió para darle paso y obedeciendo a sus instrucciones el chauffeur preparó una poderosa motocicleta. Cuando estuvo pronta, el chauffeur encendió la linterna mientras Stephen examinaba la máquina.

Si hubiera tenido tiempo hubiese entregado a la custodia de Matthew Lincoln el precioso aparato que contenía la declaración inscripta, pero no era posible detenerse a buscar el abogado por el castillo.

Decidióse, pues, a llevar el aparato, pues no había fuerza en el mundo que le deci-

diera a entregárselo a otra persona que no fuera el abogado su amigo y protector.

Montó, pues, en la motocicleta, y después de dar las gracias al chauffeur salió rápidamente hacia la carretera de Tullbourne.

El aire estaba casi completamente claro. Corría un viento frío y rápido. El cielo estaba limpio de nubes y en él brillaba, anaranjada, la luna llena. Stephen se felicitó por el cambio del tiempo y pensó que si Marion se había extraviado durante la niebla no le sería difícil hallar el camino del castillo en las circunstancias presentes.

Rápidametne llegó Stephen Usher a los portones del parque y continuó por el camino de la región pantanosa.

Durante dos millas avanzó sin notar nada de particular hasta que por último pudo distinguir la silueta de una solitaria amazona que acudía a su encuentro. Comprendió que se trataba de la joven y sintió una alegría muy grande.

Detuvo su motocicleta y dejándola sostenida por medio de la pata movediza que tienen esas máquinas para tales casos, se apeó y corrió al encuentro del caballo.

Un grito de alegría brotó de labios de la joven cuando le vió acercarse. Inmediatamente detuvo su cabalgadura.

—¿Se ha sentido usted inquieto, Stephen? — exclamó ella al acercarse él para ayudarla a apearse. — No me ha pasado nada. Consideré que no era prudente exponerme a extraviarme en medio de la niebla y permanecí en Tullbourne mientras duró la cerrazón y emprendí el viaje de regreso en cuanto la bruma empezó a levantarse.

Con ayuda de Stephen la joven se apeó. Después él la tomó ambas manos y se quedó así delante de ella, mirándola sonriente, con una expresión que ello no le había visto hacía mucho tiempo.

—¡Stephen! — exclamó Marion casi sin atreverse a expresar su pensamiento. — ¿Le ha?... ¿Le ha salido bien? ¿Hay buenas noticias?

—Excelentes — dijo él atrayéndola hacia su pecho y abrazándola cariñosamente. — ¡Amada mía! ¡Las tristezas que usted ha compartido conmigo terminaron para siempre! ¡La larga, interminable lucha del bien contra el mal se ha terminado y hemos vencido! Está próximo el día en que podré levantar la frente y presentarme entre los de mi clase como el verdadero señor de Ravenhurst. ¡Todo lo que he luchado contra la suerte adversa lo doy por bien empleado solo por una causa, porque cuando llegue el momento inefable del triunfo usted se encontrará a mi lado para participar de él!

—¡Aún cuando en lugar de vencer hubiera sido vencido siempre me hubiera tenido a su lado feliz, aún más en la desgracia, si mi amor y mis cuidados podían atenuar en algo la intensidad de su dolor compartiéndolo y aún tomando la parte mayor. La amargura de la suerte hubiera hecho más dulce la alegría del mutuo cariño.

Stephen abrazó nuevamente a Marion.

La tenacidad de la suerte

SEPARANDOSE de Stephen, Marion Grey, deseosa de conocer los detalles de lo sucedido, le preguntó:

—¿Cómo fué? Cuéntemelo todo, Stephen. Dígame todo lo que ha pasado y cómo se ha podido producir ese maravilloso cambio de situación.

Stephen Usher sacó del bolsillo la caja que contenía el detectógrafo.

—Nuestra felicidad depende del contenido de esta pequeña caja, — dijo.

—¡El detectógrafo! — exclamó ella.

—El mismo. Matthew Lincoln. — ¡Dios bendiga su buen corazón! — colocó el instrumento en la bibiloteca donde trabaja Julián por las noches en la forma en que la anunció. Yo me presenté ante Julián en forma de espectro, de manera que sus nervios sufrieron una impresión intensísima. Se puso tan atemorizado que a no haber comprendido que toda piedad estaba fuera de lugar, me hubiera dejado llevar por la lástima que me inspiraba y me hubiera retirado. Pero yo sabía que todo dependía de lo que yo hiciera, así que continué representando mi papel y tratando de obtener de Julián la declaración plena de su culpa.

Calló Stephen un momento, reuniendo sus recuerdos, y luego continuó:

Tan intenso era su terror, que habló cuanto yo le ordené y declaró toda su perfidia.

Dijo cómo había dado muerte a Marsden y por qué y cada una de las palabras de su confesión fué inscripta por este maravilloso aparatito. Cuando este instrumento haga oir sus palabras ante un tribunal, quedaré libre de acusaciones infames y todo volverá a su cauce.

—¿Y Julián? — preguntó la joven. — ¿Qué será de él?

—Mi propósito es darle oportunidad de escapar antes de que yo presente las pruebas de su infame conducta, — respondió Usher. — Si hubiera sido posible probar mi inocencia sin que él tuviera que caer envuelto en la acusación, lo hubiera hecho, pues, al fin y al cabo es mi primo. Pero eso no es posible, así que me limitaré a facilitarle la retirada dándole dinero para que pueda ir a trabajar honradamente, si le es posible, en otras tierras.

—Es necesario que esté usted seguro de que las pruebas se hallan en lugar bien seguro antes de decirle nada a Julián, — dijo la joven. — Yo no le tengo ni la menor confianza y creo que si llega a conocer la existencia del instrumento que le puede arruinar cometerá cualquier crimen con tal de apoderarse de él. Vamos, Stephen, regresemos pronto al castillo, que no es prudente andar de un lado a otro llevando ese aparato. No me consideraré tranquila hasta que sepa está guardado en sitio seguro.

Stephen volvió al bolsillo el aparato, abrazó nuevamente a Marion y la ayudó a montar a caballo.

Sonrió ella agradecida cuando estuvo en la silla y Stephen se separó para ir hacia donde estaba la motocicleta.

Miró cómo Marion emprendía la marcha hacia el castillo, jinete del hermoso y brioso caballo negro y luego hizo funcionar el motor. Pronto, gracias a la velocidad de la motocicleta, se encontró muy adelante de Marion.

Al hallarse cerca del caballo abrió el escape del motor de modo que perdiendo éste mayor cantidad de gases, marchara lo más lentamente posible y le permitiera seguir junto a la joven.

Pero el primer resultado de la maniobra fué una serie de ruidosas explosiones producidas por los gases, — cosa frecuente en los motores de motocicletas. Stephen no dió importancia al riudo, pero el caballo negro que montaba Marion se estremeció y paró las orejas.

Marion trató de dominar el animal y manejarlo como antes, pero el caballo se había asustado y todos sus esfuerzos fueron inútiles para contenerlo.

El caballo se desvió y espantado echó a correr.

Cuesta abajo, por el camino solitario corrió el caballo, perdida la dirección y llevando a Marion, que se sostenía a duras penas en la montura.

Alarmado al ver lo que había pasado y comprendiendo que no tendría probabilidad de alcanzar al caballo si abandonaba la motocicleta, Stephen aumentó la velocidad del motor y corrió tras el caballo.

Pero el ruido del motor detrás de él aumentó el miedo del caballo e hizo que el cuadrúpedo acrecentara la velocidad de su carrera.

El desastre parecía inminente, pues había el peligro de que el caballo buscara el modo de huir de su ruidoso perseguidor volviendo grupas y huyendo hacia la región pantanosa. Si sucedía esto pronto se produciría el desgraciado final, pues en aquella región había muchas profundas zanjas, en la primera de las cuales se precipitaría el cuadrúpedo con su jinete.

Alcanzar al caballo, — si no se desviaba del camino, — no era difícil, pero Stephen temía que si aumentaba la velocidad de su vehículo el caballo corriera aún más rápidamente y arrojara a Marion de la silla.

Sin embargo, en cuanto vió que no había otro recurso que ese, Stephen dió toda la velocidad al motor y se acercó rápidamente al caballo.

En pocos segundos estuvo al lado del animal y entonces cerró las válvulas para no seguir más adelante.

Habíase preparado mentalmente un atrevido plan, muy difícil de realizar, pero que realizaría costara lo que costara.

—¡Agárrese bien! — gritó lo más fuerte que pudo.

Un instante después realizó su propósito. Llegado que hubo al nivel del caballo, agarró la rienda con fuerza. Después, apoyándose en la motocicleta, soltó hacia arriba y con desesperado esfuerzo montó en el caballo delante de Marion y se agarró fuertemente a las crines.

La motocicleta continuó unas cuantas yardas y fué a dar contra unos arbustos, donde cayó de lado con el motor todavía en movimiento.

El caballo, al sentir el peso de un nuevo jinete, se vió obligado a detenerse y no tardó casi nada en pararse.

—¡Apéese, Marion! — gritó Stephen. — No puedo sostenerle quieto mucho tiempo y si nos quedamos los dos no habrá medio de salvarnos.

Marion no vaciló y se dejó deslizar al suelo.

Sintiéndose más liviano, el caballo volvió a emprender la carrera. Stephen, que la había detenido un momento con gran esfuerzo, se dejó deslizar a su vez y fué a caer al suelo.

Pero al hacerlo resbaló cuando pisó en el camino húmedo y fué rodando hasta la cuneta.

Casi en seguida Marion se acercó á él.

—¿Se ha hecho daño, Stephen? — exclamó la joven.

—No, no es nada. Estoy un poco aturdido, pero nada más, — contestó él. — Yo...

Calló de pronto y llevó la mano al bolsillo. Marion comprendió lo que pasaba por su mente en aquel instante. Lo leyó en la expresión de dolor de sus ojos.

—¡Stephen! ¡El dectógrafo! — exclamó aterrorizada.

Por toda contestación, Stephen sacó la caja del bolsilo. Estaba aplastada y el delicado aparato que contenía estaba reducido a un montón de piezas rotas. ¡No había esperanzas de poderlo utilizar!

¡Desde el día en que el drama de la vida de Stephen Usher había comenzado, muchas vicisitudes habían sufrido él y sus amigos y por muchas amarguras habían pasado, pero jamás la suerte habíales agobiado con un golpe tan severo y cruel como el que acababa de aplicarles!

Un asunto urgente

De todos los golpes que la implacable suerte había aplicado a Stephen Usher, este último era el más amargo, y estuvo a punto de desmoralizar definitivamente a aquel espíritu tan fuerte y tenaz para la lucha. Pero sólo durante berves momentos permaneció Stephen anonadado bajo la terrible impresión. Muy pronto reaccionó y sintióse, nuevamente, dueño de toda su acostumbrada entereza.

Sin embargo, había sufrido un cruelísimo desengaño. Cinco minutos antes se encontraba en posesión de un instrumento que había registrado la confesión de Julián Usher, pero ahora el aparato, que reproduciendo matemáticamente las palabras del traidor, le hubiera hecho proclamar inocente, estaba deshecho, destruído, inservible.

Por una parte se consolaba de lo sucedido pensando que si el aparato había sido destruído lo fué porque Stephen, que lo tenía en su poder, acudió a salvar la vida de Marion puesta en peligro por un caballo desbocado. En una caída habíase destruído el aparato, pero en cambio Stephen Usher había salvado la vida de Marion

Grey, a quien adoraba más que a su propia existencia.

Se volvió Stephen hacia la temblorosa joven sonriendo tranquilo, en pleno dominio de su valor, y Marion se sintió más reanimada al ver cómo Stephen había sabido sobrellevar el terrible golpe.

—¿Se ha lastimado usted, querida Marion? — fué la primera pregunta de Stephen.

—No, — dijo la joven con mucha serenidad.

—Me parece que debemos volver al castillo, — dijo él con entera calma, por lo menos aparentemente. Después, tomando entre las suyas las manos de la joven, la atrajo hacia él. — ¡Cuánto siento haber despertado en usted esperanzas que tan pronto debían desvanecerse!

Ella sonrió, tranquilizándole.

—Cuando usted sufre con tanto valor y tanta entereza el terrible golpe, yo debo seguir su ejemplo y nada más, — dijo ella. — Además, de nada serviría quejarse ahora. Contra lo sucedido nada puede hacerse, y con entristecerse y lamentarse nada se gana.

El se acercó a ella y la abrazó.

—Tiene razón, — dijo, dando a su voz un tono de contento y de alegría que no era del todo sincero. — ¡Basta de lamentaciones! ¡No podemos volver a vivir el momento pasado ni corregir los instantes que fueron! La suerte lo quiso así y hemos de inclinarnos ante sus decretos una vez más, por doloroso que nos sea. Vamos, Marion, regresemos al castillo. Deseo enterarme de si hay alguna noticia sobre la situación de Goodge. Si me ha traicionado, ya todas las luchas por limpiar mi nombre de la mancha que inmerecidamente se le ha echado encima, terminan esta noche. Lo malo, cuanto antes se sepa mejor.

—Si Goodge ha hablado, usted no se dejará prender de ningún modo, Stephen, — dijo la joven con ansiedad. — ¿No es cierto? Usted no se dejará llevar preso sin librar la última batalla.

—¡Claro que no, Marion! — dijo él. — Si me detienen antes de haber demostrado mi inocencia, significaría mi muerte bajo la acusación del más odioso de los crímenes. No quiero someterme a semejante fin, y no me someteré a él mientras me queden fuerzas para luchar contra cuanto se presente. Vamos al castillo Marion.

Juntos volvieron hacia el castillo de Ravenhurst donde Stephen Usher, bajo el disfraz de Stephen Lord, artista pintor de la Real Academia de Bellas Artes encontrábase alojado. El criado que abrió la puerta para que entraran sintió una gran satisfacción al ver de regreso y sin haber sufrido percance, a la señorita Marion Grey, que había salido temprano a caballo y había tardado tanto que llegó a temerse por su suerte, lo que motivó la salida de Stephen Usher, en motocicleta, en su busca.

El joven y la señorita atravesaban el hall cuando de pronto se abrió la puerta de la biblioteca y salió por ella un hombre pálido y tembloroso.

Era Julián Usher. Su aspecto permitía apreciar que acababa de recobrar los sentidos, pasado el desmayo con que había finalizado la entrevista que había tenido poco tiempo antes con aquel a quien supónia el fantasma de Stephen Usher.

Julián miró asustado hacia Marion y Stephen, y pareció no verles. No podía suponer que el joven de moreno cutis y bigotito negro retorcido que llegaba en aquel momento al castillo fuese el mismo que, fingiéndose el espectro de su fallecido primo, le había sumido en el mayor de los terrores poco tiempo antes.

—¡Qué es eso, milord! — exclamó Stephen acercándose al dueño de Ravenhurst y mirándole a la cara. — ¿Qué le pasa? ¿Se siente usted mal? ¡Tiene la cara tan pálida!

—He sufrido un ataque al corazón, — contestó, — y me he quedado muy débil. Perdóneme usted, Lord, pero me voy a retirar a mis habitaciones. Creo que, reposando, me repondré pronto.

Dicho esto se encaminó hacia la escalera que conducía al piso superior, donde se encontraban los dormitorios, mientras Stephen y Marion se dirigían hacia la biblioteca. — En ella, pocos minutos después, se presentó Matthew Lincoln, quien se presentó con cara de alegría y lleno de esperanzas. Suponía que Stephen tendría que darle buenas noticias sobre la combinación que él había preparado mediante la colocación, debajo del escritorio, del maravilloso detectógrafo.

Pero la expresión de alegría se desvaneció de su rostro en cuanto vió el gesto de Stephen.

—¿Qué es eso? ¿No le ha ido bien, Stephen? — preguntó con el poco aliento que le dejaba la intensa emoción que sentía.

—He sido muy desgraciado, — explicó Stephen rápidamente. — El plan, en sí mismo, obtuvo completo éxito, pues pude obtener confesión plena de labios de mi primo Julián. El desengaño se produjo después de haber obtenido la estratagema el mejor y más completo de los éxitos.

Y Stephen Usher procedió a darle a Matthew Lincoln detallada cuenta de todo lo que había sucedido, terminando por entregar al abogado el aparato, o mejor dicho los restos del detectógrafo roto.

Lincoln oyó silenciosamente el relato y procuró ocultar cuanto pudo el inmenso dolor que le causaba lo sucedido, tanto más cuanto suponía lo grave y profunda que la herida debía haber sido para Stephen, que después de hallarse a punto de obtener el éxito, se encontraba en peor situación que antes.

—Lamento mucho lo sucedido, — dijo el abogado cuando Stephen hubo terminado su relato. Habíamos puesto toda nuestra esperanza en esa tentativa que permitiría presentar la verdad ante todo el mundo y la suerte no ha querido favorecernos. Pero en resumen el resultado no es tan de lamentar, pues en mi opinión es mil veces preferible que se haya destruído el detectógrafo a q' se hubiese la declaración y la señorita Marion hubiera sufrido, en cambio, el menor daño.

—Es verdad, amigo mío, — dijo Stephen.

"Ahora vaya usted subiendo y agarrándose con cuidado a las raíces que vea que yo me agarro" — dijo Stephen Usher. ("La extraña historia de Stephen Usher").

—Mientras Marion viva todo lo demás poco me importa.

—Pero ahora es necesario aguzar el ingenio, Stephen, y n operder ni un minuto de tiempo, — dijo el abogado cuyo espíritu era tan incansable como el de su amado joven patrón. — El tiempo que nos queda es muy poco así que si hemos de derrotar a su primo Julián, no debemos perder ni un segundo.

—¿Sería imposible volver a colocar el detectógrafo? — pareguntó Stephen.

—Completamente imposible. El hombre que lo hizo se pasó todo un año perfeccionando este modelo y tardaría varios meses en construir uno igual. Como le dije ya todas sus piezas son tan delicadas que se necesita la mayor habilidad y destreza así como muchísima paciencia para llegar a ajustar un aparato de esta clase.

—Entonces no acierto a ver qué es lo qu podemos hacer, — dijo Stephen. — El guardián Goodge debe haber recobrado los sentidos. Si consigue entrar en comunicación con Julián y le dice lo que sabe a mi respecto todo esfuerzo de mi parte para probar mi inocencia será enteramente inútil.

—Goodge ha recobrado ya el conocimiento, — dijo el abogado, — pero no creo que se halle en condición de conversar con nadie, por lo menos hasta mañana de mañana. Se encuentra todavía muy débil para pensar en semejante cosa. Además, Julián se ha retirado a descansar muy abatido por lo que le sucedió hace pocas horas y no hay que pensar en que se levante hasta mañana, bastante tarde. Ya ve usted que disponemos de unas pocas horas.

—Pero lo malo es que yo no se qué puedo hacer esta misma noche, — dijo Stephen. — Julián se encuentra tan afectado que no me atrevo a intentar otra aparición tan pronto. Podría tener fatales consecuencias que empeorarían mi situación.

El abogado inclinó la cabeza.

—¡Tiene usted razón, Stephen! — exclamó. — La escena de esta noche debe haberle causado una conmoción intensísima y un nuevo sacudimiento podría tener efecto muy serio. No creo que Julián merezca la consideración de nadie, y de usted menos, y como estoy convencido de que únicamente asustando a Julián se conseguirá que diga la verdad y declare la inocencia de usted, no me siento inclinado a tenerle mucha lástima.

—Mientras me crea muerto podré asustarle, — observó Stephen Usher. — Si llega a enterarse de que estoy vivo y, por lo tanto, de la comedia que he representado, el miedo se transformará en odio y se sentirá más dispuesto que nunca a no dejarse arracar de la situación usurpada que ocupa. ¡Todo eso depende del guardián Goodge!

—¡Todo depende del guardián Goodge! — dijo el abogado pensativo. — Por eso precisamente voy a su cuarto ahora mismo. Le hablaré a solas y haré un esfuerzo para convencerle de que no debe causar un mal innesario. Quizás el accidente sufrido y el haber salvado la vida tan milagrosamente le haya hecho variar de modo de pensar y no encuentre ya tan sencillo como antes el mandar a la horca a un hombre a quien sabe inocente porque le dé dinero el verdadero culpable. Si no... ¡bueno! Haré lo posible por emocionarle y ya veremos. Esperen ustedes a que dé resultado de mi conferencia.

Dicho esto, el viejo abogado, poco confiado en el éxito de su misión, fué al cuarto donde estaba el guardián Goodge en la cama. Llegó en el preciso momento en que el médico que atendía al herido salía de la habitación.

—¡Ah, doctor! ¡Cuanto me alegro de que usted no se haya marchado! — díjole Lincoln. — ¿Cómo sigue el paciente?

—Ya ha recobrado el conocimiento, — dijo el médico, — y parece que va mejorando rápidamente.

—Entonces, con su permiso, voy a entrar a verlo, — añadió el abogado. — Deseo conversar un momento con él.

El médico se encogió de hombros.

—Tiene usted mi autorización para entrar y verlo, ya que usted lo desea, señor Lincoln, — dijo, — pero en cuanto a su segundo deseo no está en mis facultades acceder a él.

—¿No? ¿Por qué?

—No es porque tema que usted le moleste, — manifestó el médico. — Es que los hechos se oponen a su deseo de usted. El hombre ha recobrado todas sus facultades menos una. La emoción sufrida ha sido tan intensa que le ha privado de la palabra.

Matthew Lincoln retrocedió asombrado, casi sin atreverse a creer lo que oía.

—¿Pero dice usted que está mudo? — preguntó.

El doctor inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, — contestó. — Ese mutismo es indudablemente pasajero, pero no tendría nada de raro que permaneciera en tal condición varios días y tal vez semanas o quizás meses. Cuando recobre la palabra la recobrará como la ha perdido, con la misma súbita rapidez y a consecuencia de una emoción fuerte. Lo siento mucho pero por eso no va usted a poder charlar con él como se lo prometía.

El hombre que no hablaba

La mañana siguiente cuando Stephen Usher descendía de su dormitorio, se encontró a Julián en la escalera. Su primo estaba todavía pálido y se notaba por su semblante que aún no había podido olvidar la horrible escena de la pasada noche. Sin embargo, la luz del día parecía ir desvaneciendo poco a poco el intenso terror que le dominaba y sustituyéndole por un mal humor que le hacía mirar todo con desagrado.

El terrible incidente de la biblioteca había sido, — Julián estaba convencido de ello, — una escena hija de su propia conciencia. La figura espectral de Stephen Usher, que se le había presentado como si surgiera de entre la niebla y el contacto frío de su mano de hielo habían sido horribles creaciones de su mente desequilibrada.

En consecuencia suponía que la terrible confesión que había pronunciado no había sido oída por ningún ser viviente.

Y cuando la luz del día llegó a disipar las sombras de la noche su terror se transformó en enojo; enojo con si mismo por haberse dejado vencer por las creaciones de sus nervios, enojo contra su propia debilidad, enojo contra todos, sin motivo alguno.

Aún hacía su invitado, el hombre a quien conocía por el nombre de Stephen Lord no se sentía muy bien dispuesto.

—Buenos días, Ravenhurst, — dijo Stephen saludándole. — ¿Se siente usted mejor?

—Mejor de salud, sí, — respondió Julián de mala gana, — pero de humor muy mal.

—Mucho lo siento, — repuso Stephen. — Quizás mi prolongada permanencia en el castillo ha llegado a parecerle una molesta imposición de su propia bondad.

—¡No! ¡Eso no! — respondió Julián apresuradamente. — Un huésped de la situación y significación de usted no molesta nunca y siempre será recibido en el castillo con el placer que se merece. ¡Lo que no me gusta es ver que mi casa se transforme en sanatorio público, y dé albergue a gente vaga y desconocida!

Al decir esto se refería indudablemente al guardián Goodge. Stephen disimuló difícilmente el desagrado que le causaron aquellas palabras de su primo. Por más que la presencia de Goodge en el castillo constituía un peligro para él, la actitud de Julián al manifestarse opuesto a dar albergue a un infeliz víctima de un accidente, era de una crueldad repulsiva y vergonzosa.

—Dicen que fuera de haber perdido el habla, el hombre no ha sufrido gran cosa, — siguió diciendo Julián de mal modo. — Siendo así su presencia en el castillo no es necesaria ya y voy a ver si lo despiden y lo mandan a cualquier parte cuanto antes. Le ofreceré veinte libras como compensación y no dudo de que aceptará esa suma. Venga usted conmigo, Lord, — agregó. — usted iba en el automóvil cuando se produjo el accidente y puede atestiguar de que nadie, más que él mismo, tiene la culpa de todo lo que ocurrió ¿no es cierto?

Guiñó el ojo significativamente como esperando que su huésped no vacilaría en apoyar cualquier invención que se le ocurriera sobre cómo pasaron las cosas.

A pesar del disgusto que le había producido la brutal actitud de su primo, Stephen aceptó de buena gana la invitación a acompañarle a la habitación del guardián Goodge. No tenía intención de apoyar las invenciones que, respecto al hombre herido tenía su primo, pero consideró de interés asistir a la entrevista. Por lo que pasara en ella podría darse cuenta de la verdadera importancia del peligro que corría y le sería posible ponerse en guardia en caso necesario.

Juntos llegaron, pues, a la habitación donde se encontraba el guardián. Hallábase solo, vestido y cómodamente sentado en una butaca de brazos, junto a la chimenea en la que ardía un buen fuego. Estaba leyendo un diario.

Levantó la vista cuando entraron sus visitantes, pero solo dedicó a Spehen una rápida mirada. No reconoció en él al hombre a quien había custodiado en Grimwood y dedicó toda su atención a Julián de quien sabía que era el conde de Ravenhust.

—¡Tiene usted excelente aspecto! ¡Nadie diría que se encuentra usted mal! ¡Y que bien instalado! — exclamó Julián a manera de saludo. — ¡Espero que no supondrá que tantas comodidades le van a durar mucho!

El hombre le miró fijamente y luego le indicó que se acercara. Julián se aproximó a él. Goodge, olvidando por un momento sus dolencias, trató de hablar, pero no salió de sus labios más que un sonido inarticulado.

—He venido a decirle que voy a hacerle un obsequio y a disponer que lo trasladen a su domicilio — dijo Julián. — Sé, naturalmente, que no soy responsable del accidente debido por completo a su falta de serenidad y que, legalmente, no puedo estar obligado a darle indemnización ninguna, pero, sin embargo, estoy dispuesto a darle de regalo unas veinte ligras esterlinas.

La expresión de la cara del hombre varió por completo. Dejó de ser la compungida del doliente para transformarse en un gesto de irrespetuosa hilaridad. Con toda calma tomó el hombre un block de papel y un lápiz y se puso a escribir.

Cuando hubo terminado tendió la mano con el block de modo que Julián pudiera leer lo escrito. El papel decía:

"Usted me dará de buena gana quinientas veces esa suma antes de que yo me vaya de aquí".

Tan pronto como Julián hubo leído lo escrito, Goodge arrancó la hoja y la echó al fuego.

La cara de Julián se vió ensombrecida con un gesto de duda. Lo que había leído le había hecho suponer que aquel hombre se proponía hacerle objeto de un chantage. No había razón ninguna para creer que Goodge se hallaba en posesión de secretos de gran importancia para él.

Antes de que pudiera hablar, Goodge volvió a escribir en el block.

"Tengo algo de grandísima importancia que decirle" — escribió. — "Es lo que significa todo para usted que vale más de lo que he dicho".

Julián leyó aquellas palabras sin percatarse de que también las leía la persona que le había acompañado a aquella habitación.

—Si usted tiene algo que decirme, escríbalo — dijo Julián Usher. — Si la información es tan importante como usted lo dice, yo le recompensaré.

El guardián Goodge le miró y movió la cabeza. Escribió en seguida su respuesta que fué:

"Mi información no puede confiarse a la escritura. Vale mucho y no puedo darla sin haber convenido antes el precio. Llame a

un especialista para que me devuelva el uso de la palabra y cuando yo pueda hablar discutiremos las condiciones".

Rompió el papel en cuanto Julián y Stephen, lo hubieron leído.

—Me parece que este hombre no juega limpio — exclamó Julián mirando fijamente al guardián.

—"Cuando pueda hablar le demostraré que juego limpio" — fué la respuesta escrita. "Un grave peligro le amenaza a usted mientras siga ignorando lo que yo pueda decirle. Pero mi precio es que me devuelva el habla y una suma de dinero que oportunamente diré".

Julián vaciló un instante. Algo de la actitud de aquel hombre le decía que no prometía en vano y se decidió a hacerle caso.

—Bien, — dijo por último. — Yo hare que le vea un especialista y procuraré por todos los medios posibles que le devuelvan el uso de la palabra.

Se volvió hacia Stephen, que estaba de pie a su lado poco atento, en apariencia, a lo que allí pasaba.

—¿Conoce usted algún especialista capaz de curar a este hombre? — le preguntó.

Stephen Ursher conocía el nombre de un eminente especialista capaz de atender y curar un caso como aquél y aun cuando sabía que la curación del guardián Goodge traería consigo, probablemente, la ruina de todas las esperanzas que podía tener de ver reivindicado su nombre y reconocida su inocencia, no quiso reservarse la información. Que significaba el éxito o el fracaso de todos sus planes, no podía de ningún modo condenar al guardián Goodge a seguir sufriendo una hora más su terrible mal.

El éxito adquirido mediante una maldad no podría satisfacer a un hombre como Stephen Usher en cuyo corazón no tenía entrada la injusticia. Por eso manifestó enseguida lo que sabía.

—Sir Wilfred Warrington, que vive en Londres, en la plaza de Harleigh, es especialista eminente en casos de esta clase — dijo con toda calma. — Este hombre ha perdido el habla a consecuencia de un sacudimiento nervioso y no dudo un solo instante de que Sir Wilfred Warrington pueda curarle en pocas horas.

Diez minutos después, Julián Usher despachaba un largo telegrama dirigido a Sir Wilfred Warrington, pidiéndole que se hiciera cargo del caso fuera el que fuera el importe de los honorarios que quisiera cobrar.

El jinete fantasma

AQUEL mismo día, al anochecer, regresaba Stephen Usher al castillo después de haber pasado varias horas en el parque representando el papel de Stephen Lord, artista pintor de la Real Academia de Bellas Artes que habíase presentado en Ravenhurst pidiendo permiso para pintar algunos paisajes de las bellezas de su parque.

Cuando aún se hallaba en el centro del parque, rodeado de arboleda se encontró con Matthew Lincoln que había salido en su busca.

—¿Qué noticias hay Lincoln? — preguntó Stephen en cuanto le vió, pues los sucesos se habían desarrollado últimamente con tal rapidez que esperaba novedades a cada momento.

El anciano se encogió de hombros y suspiró.

—Parece que la tregua que nos concedió la naturaleza privando de la palabra al guardián Goodge va a ser de poca duración — contestó — Julián acaba de recibir respuesta al telegrama que hizo a Sir Wilfred Warrington.

—¡Cómo! ¿Vendrá Sir Wilfred al castilo? — exclamó Stephen.

—¡No! No puede venir porque mañana sale de viaje y no regresará hasta dentro de varios meses, — replicó Lincoln, — pero ha prometido que verá a Goodge si llega a Londres mañana en el primer tren de la mañana.

—Así que saldrá del castillo esta misma noche, — dijo Stephen.

—Con Julián, — añadió el otro. — Su primo, que pretende interesarse mucho por el enfermo, no ha hecho secreto de sus planes. Esta noche, a las ocho saldrá con Goodge en el automóvil para alcanzar al rápido de Londres en la estación de Garchester, a veinte millas del castillo.

—¿Por qué a Gárchester? — pregunto Stephen — el servicio de trenes de Tullbourne es bueno.

—Ha sido muy reducido durante los meses de invierno debido a las frecuentes nevadas que obstruían la vía. Garchester está en la línea princinal y los trenes no sufren allí ni suspensión ni atraso.

Stephen permaneció pensativo un momento.

—El camino de aquí a Garchester es muy solitario, — dijo al cabo de un rato. — Tal vez habría tiempo de dar otra sacudida a la conciencia de Julián. por más que cuando me acuerdo de lo pasado la noche anterior siento lástima de Julián y no me decido a intentar una nueva prueba tan pronto.

—Comprendo que no le sea agradable representar el papel que se ve obligado y que tales escenas son tan desagradables para usted como para él, — pero cuando recuerde usted todo lo que de ello depende se dará cuenta de que todo lo que haga usted estará más que justificado.

—Necesito limpiar mi nombre del deshonor que lo mancha, — dijo Stephen con emoción. — Poco me importa morir si muero libre de deshonra. Si solo estuviera en juego el título nobiliario y la fortuna de los Ravenhurst no lucharía, pero estoy obligado para conmigo mismo a demostrar toda la injusticia de la sombra que se arrojó sobre mi nombre, así que siendo tan alto mi deber no puedo consentir que la compasión ni

la misericordia resten energía a mis actividades. ¡Entre el cumplimiento del deber y yo debo dejar que se interponga la compasión por injustificada que sea!

—¡Así es, Stephen! — exclamó el abogado con emoción. — Mire como se mire la cuestión, Julián, el asesino, el perjuro, el falso, no debe seguir rigiendo los destinos de una casa cuyo timbre de nobleza no se vió empañado nunca.

Stephen inclinó la cabeza.

—Anoche le oí toda la terrible confesión de sus culpas... ¡toda! — dijo Stephen. —Fué horrible oirle decir como preparó la entrevista mia con Marsden y cómo aprovechó el moento oportuno para matarle, — o malherirle entonces, pues le mató después, — fué horrible oirle confesarse autor de la maquinación más infame contra su primo con el cual no podía estar resentido por motivo ninguno...Cuando recuerdo sus palabras no concibo como puedo sentir compasión...Y, sin embargo, cuando llega el momento...¡Pero tiene razón, Lincoln! — agregó luego. — ¡Adelante! ¡Mientras quede en mí un hálito de vida o mientras su terrible traición no haya sido castigada y deshecho el entuerto causado mediante ella, debo luchar y lucharé.

Dicho esto, Stephen Usher permanecio callado un nuevo instante durante el cual estuvo pensativo y cabizbajo.

—Hay un inconveniente, — dijo después. — Si Goodge me vé sabrá que no soy un espíritu del otro mundo. El sabe que estoy vivo.

—Pero no tiene noticia de sus visitas a Julián en calidad de aparición de ultratumba, — contestó Matiehw Lincoln. — De todos modos, si ve que Julián se asusta hasta el terror comprenderá al punto quien de los dos es el culpable. Tal vez que oiga las palabras de Julián pidiendo perdón para su crimen y puede, llegado el caso, ser el testigo que declare en favor de usted, Stephen y le ayude a obtener su rehabilitación. Ese hombre no es tonto y comprenderá, en tal situación, a favor de quien le conviene estar.

—Puede ser que las cosas se encaminen por esa senda, — dijo el otro, — pero no me parece fácil. De todos modos mi última esperanza es lograr que Julián declare su culpa y antes de que Goodge visite a Sir Warrington, no debo dejar de aprovecharla.

—¿En qué forma piensa usted presentarse, Stepren? — preguntó con interés su compañero.

—Aun no lo he decidido, — contestó el otro, — pero la "Reina de la Nieve", la potranca blanca me será necesaria y usted agregará un favor más a la extensísima lista de todos los muchísimos que me ha prestado si lleva la yegua del lado de la zona pantanosa, donde yo le esperaré, pero después de comer. Si yo la sacara del establo podría hacer sospechar.

—Confíe en mí, Stephen, — dijo el anciano. — Allí estaremos "Reina de la Nieve" y yo. ¡No faltaremos!

Matthew Lincoln era hombre que cumplía su palabra, así que poco antes de la siete, Stephen, jinete de la yegua blanco, que había sido su favorita en días más felices, galopaba por los caminos completamente desiertos, atravesando la región pantanosa en dirección de Garchester.

Siguió siete u ocho millas en aquella dirección hasta que se dejó atrás la zona pantanosa y llegó a una parte de terreno alto y montañoso. Fué por el camino que conducía a lo más alto de aquellas tierras y se detuvo cuando vió a lo lejos una mole negra que se recostaba en el fondo gris de cielo no eterno.

Era aquella mole una construcción medioeval, que ahora se encontraba poco menos que en estado de ruina. Sus principales murallas sus muros almenados seguían aún en pie, pero gran parte de los techos se habían hundido al peso de los años.

La tétrica y vetusta construcción elevábase junto a un estrecho camino situado sobre un profundo precipicio. El sitio era agreste y tenebroso y Stephen Usher sonrió al pensar cuán a propósito era el cuadro aquel para la escena que se había propuesto representar.

Muchas eran las leyendas que se contaban relacionadas todas ellas con el castillo de Blackstone, situado a la orilla del Barranco del Diablo, y mucha de las leyendas eran consideradas verídicas en las inmediaciones. El camino, a un lado del cual se levantaba la mole del castillo, mientras al otro se hundía la profundidad del barranco, era el único que conducía directamente de Ravenhurst a Garchester, y Julián tenía necesariamente que pasar por él. Para evitarlo tendría que dar un rodeo que alargaría el viaje lo menos seis millas y no era de esperar que adoptara el itinerario más largo.

Stephen Usher fué en su caballo blanco hacia una oscura hondonada situada detrás del castillo y allí procedió a los preparativos de la escena que iba a representar.

Mucho dependía de la buena preparación de la escena, que de tanta importancia era par el porvenir de Stephen y éste se hallaba resuelto a que no fracasara el plan por falta ninguna en los preparativos.

Para causar el efecto deseado había escogido aquel sitio y para lo mismo comenzó a imitar el blanco pelo de la yegua con la sustancia luminosa que empleaba para darse el aspecto de aparición misteriosa que tantas veces había aterrorizado a su primo Julián.

En cuanto terminó de disfrazar al caballo se disfrazó a su vez y dió a su rostro la apariencia de palidez transparente que le hacía perder todo aspecto de ser de carne y hueso.

Acababa de poner término a sus preparativos cuando resonó a lo lejos un ruido que le llamó la atención.

Era el sonido de una bocina de automóvil.

Stephen lo reconoció al punto como el de la trompa del coche de Julián.

No le quedaba un instante que perder si quería llevar a cabo su plan como lo había pensado. Corrió al punto donde había dejado a "Reina de la Nieve".

El animal volvió la cabeza al verle llegar y cuando Stephen se le acercó y de miedo huyó.

Stephen corrió tras el animal, llamándole por su nombre.

En otros tiempos la menor indicación de su parte hubiera conseguido inmediata obediencia, pero ahora el animal no hizo caso.

Es que los animales, especialmente caballos y perros, tienen un terror instintivo a lo sobrenatural, y la figura que "Reina de la Nieves" había visto a su lado era como para asustar al más dócil de los animales.

Por eso la yegua que también presentaba el aspecto de una visión, se alejó sin saber a dónde iba, huyendo de su terrorífico perseguidor.

El sonido de la sirena del automóvil se oía cada vez más cercano. Un instante después comenzó a oirse también el ruido del motor. Si transcurrían unos minutos más el automóvil pasaría por delante del castillo y su desesperado propósito de hacer declarar a Julián su crímenes fracasaría.

Con toda la fuerza de que era capaz, Stephen Usher corió hacia el sitio donde se había detenido la yegua y antes de que volviera a correr, Stephen se puso a su lado, retirándose hacia atrás.

—¡Quieta, "Reina", quieta! — le dijo en tono amistoso, y el timbre de su voz tuvo por efecto tranquilizar al animal, porque en aquel momento no podía verle.

Tomó Stephen sus riendas y la hizo dar una vuelta, montó rápidamente y la guió hacia el camino.

Temía Stephen que fuera ya tarde. El ruido del motor del automóvil le indicó que éste se hallaba ya frente al castillo y que había entrado en el camino del barranco. El soberbio caballo, obediente al manejo de su jinete, corrió hacia el camino y lo atravesó de un salto en el mismo instante en que el automóvil pasaba por delante de aquel extraño jinete que parecía volar con su cabalgadura.

Los dos hombres sentados en el asiento delantero del automóvil levantaron la cabeza y vieron al jinete fantasma por los aires, vieron al caballo que atravesaba por lo alto y iba a descender a la otra orilla del camino, al borde mismo del profundo barranco.

Fué aquello todo lo que vieron porque en el mismo momento el coche giró hacia la izquierda y una de las ruedas delanteras se metió entre unos arbustos, deteniendo así la marcha del vehículo.

Mecánicamente, más que obedeciendo a calculada maniobra, Julián Usher, que iba manejando, detuvo la marcha del motor y él y su acompañante miraron hacia atrás.

El jinete-fantasma hallábase, caballero de su cabello-espectro, en mitad del camino. Los dos hombres parecían paralizados por el miedo y no se movió ninguno de los dos al ver que la aparición iba acercándose a ellos lentamente.

Su aproximación aumentó el terror de los dos hombres, que saltando del automóvil, bajaron al camino. Allí durante unos instantes, el guardián Goodge permaneció tembloroso señalando con el dedo al jinete-fantasma.

Después el silencio que reinaba desde el instante en que automóvil se detuvo fué interrumpido, por la voz de uno de los hombres.

—¡Santo cielo ¡Es él!...¡Es Stephen Usher!.

El hombre que había hablado era el guardián Goodge.

¡El terror le había devuelto el uso de la palabra!

Y Stephen Usher, en cuanto le oyó se dió cuenta de la terrible verdad.

¡Su estratagema sólo había servido para apresurar el momento de que el guardián Goodge pudiera hallarse en condiciones de vender el secreto a su primo Julián!

En el precipicio

COMO un choque nervioso le había dejado mudo, otro choque por el estilo devolvió la palabra al guardián Goodge. Pero en la terrible emoción de aquel momento ni el mismo Goodge ni su acompañante Julián Usher se habían dado cuenta de la rápida e inesperada cura

Los dos hombres no pensaban más que en una cosa: en el jinete-fantasma que estaba a mitad del camino, a pocas yardas de distancia. Ambos estaban convencidos de que el espíritu del joven se había presentado para perseguirles procedente del mundo de más allá d la tumba.

Julián Usher fué el que primero recobró su serenidad y se dispuso a hacer lo que siempre que se había visto ante la aparición y le había sido posible: huir.

Miró hacia atrás, atemorizado cada vez más, pues el jinete se iba aproximando poco a poco.

El automóvil en que él y el guardián Goodge habían llegado hasta aquel sitio estaba cerca y hacia él corrió Julián Usher como un loco. El motor se había detenido, pero el coche tenía uno de esos aparatos eléctricos de arranque automático y Julián apoyó el pedal que lo ponía en acción en cuanto estuvo sentado en el vehículo.

Dirigió hacia atrás otra mirada y viendo al fantasma más cerca aún, se tomó del volante y trató de sacar al coche del sitio donde se había quedado sujeto haciéndole girar violentamente.

Se oyó un rozar de ruidos y un crugir de ramas; cuando la rueda del costado se libró de las ramas que la sujetaban y en ese momento el guardián Goodge pareció salir de su estupor lo suficiente para darse cuenta de lo que pasaba.

Dejó de mirar al espectro del que no ha-

bía separado la vista hasta entonces, y vió que el automóvil comenzaba a caminar lentamente. Aquello le hizo percatarse de que perdía lo que consideraba el único medio de irse de aquel sitio, y como poseído del demonio corrió hacia el vehículo.

Cuando estuvo junto al automóvil se puso de un salto en el estribo del lado donde estaba Julián y en su apuro se agarró del brazo del hombre que manejaba el volante.

—¡Suélteme! ¡Imbécil! ¡Suélteme!

Con una terrible blasfemia Julián, que se hallaba dominado por el terror más intenso, arrojó al hombre de su lado con todas sus fuerzas y un instante después el guardián Goodge perdió su asidero y cayó del estribo hacia atrás.

Dió de espaldas en el suelo y luego su cuerpo fué rodando hasta la orilla del precipicio que limitaba el camino de aquel lado. Sin darse cuenta de lo peligroso de la situación en que se encontraba, trató violentamente de levantarse, pero el movimiento que hizo sólo le sirvió para precipitar el desastre.

Tarde ya se percató del peligro que corría. pues sin encontrar modo de agarrarse a nada, llegó al borde del precipio y desapareció inmediatamente.

El automóvil en que iba Julián Usher fué acrecentando su velocidad rápidamente y por último desapareció a todo correr en una curva del tortuoso camino de la montaña.

No sabía Julián lo que le había pasado al guardián Goodge ni le importaba tampoco; su único deseo era huir cuanto antes de la amenazadora figura de su primo Stephen y por eso apresuraba cuanto podía la marcha del automóvil.

Stephen Usher, que bajo su disfraz de espectro se había presentado ante Julián con la desesperada esperanza de hacerle decir las palabras que limpiarían de toda mancha su nombre ensombrecido por la injusta acusación de que había sido objeto, se apeó de su caballo emocionado ante la tragedia que acababa de presenciar.

Poco le importaba que el hombre que había caído al precipicio fuera el que conocía su secreto y estaba dispuesto a venderlo por dinero, poco le importaba que el guardián Goodge fuera mientras viviera el que podía anular todas sus esperanzas de rehabilitación para el futuro. Lo que sí le importaba era que un hombre había caído al abismo y que quizás hubiera aun posibilidad de salvarle.

Sin grandes esperanzas de que el hombre pudiera estar con vida todavía, Stephen corrió hacia el sitio donde le había visto por última vez y, arrodillándose, se asomó al borde del precipio y miró hacia abajo.

Lo que vió en aquel momento le hizo lanzar un grito de satisfacción.

A unos veinticinco pies del borde del abismo, colgando de una rama de un arbolito que crecía en la pared del precipio, estaba el guardián Goodge. La rama era débil y se inclinaba, doblándose, en tal forma que amenazaba romperse. Se comprendió en seguida que no podría resistir durante mucho tiempo más el peso de aquel hombre.

El guardián Goodge miró hacia arriba y en cuanto vió la cara que le estaba mirando lanzó un nuevo grito de terror.

—¡No! ¡Yo no le he hecho nada! ¡No me busque! — gritó.

Stephen Usher se dió cuenta inmediatamente del por qué de aquellas palabras del guardián. La preparación luminosa que le cubría la cara era la causa del terror de aquel hombre. El guardián Goodge suponía que el fantasma le miraba con malas intenciones y se sentía aterrorizado.

Se retiró Stephen en seguida comprendiendo que su disfraz, adoptado por él para impresionar a su primo Julián, podía aterrorizar fácilmente a Goodge en la proporción necesaria para hacerle soltar la rama en que se sostenía y caer para matarse esta vez, al fondo del despeñadero.

Stephen Usher sacó el pañuelo y se limpió rápidamente la cara de todo rastro de la luminosa composición. Hecho esto volvió a asomarse y miró de nuevo a Goodge, esperando no impresionarle como antes.

—¡No suelte, Goodge! — gritó.— ¡No se asuste! Soy un ser humano a pesar del aspecto que tenía antes. No se desanime. Voy a tratar de sacarle de ahí. Ahora bajo.

La pared del abismo no era vertical, pero estaba tan inclinada que poco le faltaba para ello. Sin embargo, la pendiente que tenía permitía intentar descender por ella.

Semejante empresa estaba ciertamente erizada de peligros, pues el menor error podía traer el consiguiente desastre. Un resbalón en aquella empinada cuesta era la seguridad de un accidente.

Stephen Usher se daba perfecta cuenta de la existencia de tales pligros, pero éstos no lograron hacerle desistir, así que agarrándose a las matas de hierba y a cuanto podía ofrecerle asidero, comenzó a descender hacia donde estaba Goodge.

El guardián, colgando de la rama que se doblaba a su peso y a la que se agarraba con la fuerza de la desesperación, se sintió dominado por la más intensa ansiedad cuando vió la tentativa audaz de Stephen que, con peligro de su existencia, acudía en su auxilio. Aun cuando se hallaba preocupado por su propia situación, no podía menos que admirar maravillado el asombroso valor del hombre que corría riesgos tan importantes con tan pocas probabilidades de un éxito final.

También le maravillaba el ver que un hombre arriesgaba su vida por salvar la de otro, pues no era Goodge de los que creen que puede existir la bondad y la abnegación en este mundo y semejante sacrificio por la vida ajena le resultaba cosa extraordinaria.

Por más que lo pensaba no podía ver qué ventajas personales podía sacar Stephen de salvarle. Entonces, si no iba a ganar nada con ello, ¿por qué se arriesgaba de aquel modo para salvarle?

Lentamente y en silencio Stephen Usher fué realizando su peligroso descenso por el costado del precipicio.

De pronto un crugido rompió el silencio que envolvía a la dramática escena. Al crugido siguió un grito de desesperación de Goodge.

—¡La rama se está rompiendo! — gritó

con voz ronca. — ¡De prisa por favor! ¡Que si tarda llegará tarde!

—Valor, Goodge, — díjole Stephen. — Si logra sostenerse un momento más yo llegaré a su lado y le ayudaré a subir. Quédese lo más quieto que pueda y la rama no se romperá.

Volvió a reinar el dramático silencio y Stephen Usher, con gran serenidad y pericia fué descendiendo paso a paso, realizando así la tarea peligrosa que él mismo se había impuesto. Para el hombre que esperaba debajo los treinta segundos siguientes fueron tan largos como horas, pero por fin sintió renacer en su pecho la esperanza, pues vió que Stephen le tomaba del brazo con una tio donde él colgaba sin poderse mover.

Lo que vió despué fué a su salvador que descendía hasta casi su altura y después, dando una vuelta, se colocó a su lado; Goodge se estremeció de pies a cabeza al sentir que Stephen le tomaba di brazo con una mano.

Mientras Stephen tenía así a Goodge con una mano, se sostenía con la otra de unas raíces salientes del mismo arbolito de una de cuyas ramas colgaba el guardián. Su sostén era completamente seguro, pues las raíces fuertes, fibrosas y profundamente hundidas en la tierra, no cederían ni aun a los tirones de un peso superior al de los dos hombres juntos.

—¡Agárrese bien durante dos segundos más! — dijo Stephen a Goodge. — Voy a ver si le tomo por el cuerpo.

Soltó el brazo del hombre y le pasó su brazo por el pecho.

—¡Suéltese ahora! — ordenó.

El guardián Goodge vaciló un instante dudando tal vez de que Usher tuviera fuerza para sostenerle, pero recordando lo que conocía respecto al valor, a la entereza y a la energía de aquel joven, se sintió completamente tranquilo.

Se soltó de la rama y no se notó absolutamente que Stephen se sintiera agobiado por el peso de su cuerpo.

—Ahora vaya subiendo y agárrese a una de esas raíces. Hecho eso siga subiendo y agarrándose a las raíces a que vea que yo me agarro, — fué la orden que le dió el joven.

Mientras Goodge estuvo colgando de la rama no había podido cambiar de postura lo cuficiente para llegar hasta las raíces, pero ahora sí lo era esto posible, así que no perdió tiempo y obedeció de inmediato la orden de Stephen Usher.

—Ahora todo depende de usted, Goodge, — exclamó Stephen cuando los dos hombres, uno al lado del otro, estuvieron colgando a la misma altura de la pared del precipicio. — Yo no puedo intentar llevarle hasta lo alto porque con seguridad hallaremos la muerte los dos. Debe usted ascender por su propia cuenta. Si avanza sin precipitación, sin moverse más de lo necesario y si se asegura bien de que está agarrado fuertemente de un asidero antes de soltar el anterior, podrá llegar a lo alto. ¿Está usted dispuesto a intentarlo?

Goodge le miró.

—Sí. ¡Lo intentaré! — fué todo lo que dijo.

Y se dispuso a comenzar la peligrosa subida.

Stephen Usher esperó a que el otro hombre hubiera empezado a subir por la superficie casi vertical de la pared del abismo y entonces le imitó a su vez comenzando aquella subida, en la que cada palmo que avanzara le amenazaban los mayores peligros.

El guardián Goodge era presa de una intensísima nerviosidad. Pensaba sin duda, demasiado en que cualquer paso en falso podía costarle la vida y este pensamiento le obsesionaba de tal modo que casi había perdido todas sus fuerzas y se hallaba en un estado cercano del colapso.

Una debilitación momentánea, no ya un desmayo, que hubiera sido una sentencia de muerte, sólo un instante de debilidad, podía poner su vida a merced de la casualidad, poco probable de hallar un nuevo sostén antes de llegar a estrellarse en el fondo.

Stephen, por su parte, sentíase, como siempre, muy sereno ante el peligro y concentraba toda su atención en lo que estaba haciendo, persuadido de que pensar en la posibilidad del desastre no era el mejor modo de poder realizar todo lo posible por evitarlo.

—Siga con tranquilidad, Goodge, — dijo a fin de tranquilizarle en el momento en que el guardián lograba elevarse pulgada a pulgada por la pared del despeñadero. — [illegible] no está lejos así que es poca la distancia que hay que subir. Si usted piensa en que arriba está la salvación segura y no en que abajo está el peligro posible, consegui[illegible] con más seguridad.

El guardián movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Haga todo lo posible, — murmuró, — pero crea que es ésta una situación como para hacerle perder la serenidad al más sereno.

Stephen se dió cuenta de que la situación de aquel hombre no podía ser más lamentable y, que su sistema nervioso se hallaba a punto de ceder en tal forma, que por mejor deso que Stephen tuviera, había imposible toda intenrvención suya. Miró hacia arriba aquel hombre se desmayara era mayor a cada pulgada de progreso en la subida.

Stephen miró de nuevo a su compañero.

—¡No se abandone, Goodge! — le dijo en tono enérgico. — ¡Falta poco! ¡El éxito es nuestro! Voy a tratar de llegar primero a lo alto. Si logro hacerlo pronto, le ayudaré desde arriba. Mientras tanto sosténgase muy quieto donde está y no pierda la cabeza. Estoy seguro de que llegaremos si no nos distraemos y procedemos con toda cautela.

Sin esperar a que Goodge le contestara, Stephen trató de apresurar su ascensión y de recorrer lo más rápidamente posible las pocas yardas que le faltaban para llegar a la altura del camino. Pulgada tras pulgada, pie tras pie, escaló la empinadísima cuesta con la agilidad y la seguridad de un guía alpino.

El éxito más favorable coronó su enorme y constante esfuerzo pues al cabo de unos

Las cortinas de felpa de la ancha y alta puerta se abrieron en aquel momento y la esbelta figura de una mujer apareció entre ellas. ("La extraña historia de Stephen Usher").

minutos se encontró por fin sentado en el borde del abismo y respiró a pleno pulmón.

Detúvose un momento como para reunir y concentrar sus pensamientos a fin de buscar el modo de dar solución al problema que tenía que resolver y luego miró hacia el guardián Goodge que estaba a unos seis pies de distancia del borde del camino y del éxito final. Su semblante pálido parecía el de un muerto. Se notaba que las energías de aquel hombre habían llegado al límite de su agotamiento.

—¡No puedo! ¡No puedo! — gritó con voz que el temor enronquecía. — ¡No puedo subir ni una pulgada más!

—¡No lo intente! ¡Quédese donde está un minuto más, Goodge y yo le ayudaré a subir! ¡Tenga confianza! ¡Sólo un minuto! — díjole Stephen.

Volvióse y vió a "Reina de las Nieves" que se había quedado en el mismo sitio donde estaba cuando Stephen se apeó. La yegua estaba mirando hacia el otro lado del camino, donde crecía abundante hierba. En la época anterior al día en que Stephen Usher había sido despojado por combinaciones criminales de lo que por derecho le correspondía, "Reina de las Nieves" había sido su caballo favorito y él sabía que podía confiar por completo en aquel inteligente animal. Le llamó y ella acudió en seguida a su llamado. Stephen le palmeó el cuello y al mismo tiempo las riendas y las hizo pasar por encima de las orejas de la yegua, de modo que cayeran al suelo colgando del freno.

—¡Quieta, Reina, quieta! — ordenóle cariñosamente.

Hecho esto y sin detenerse a pensarlo más, se quitó el saco y ató una de las mangas del mismo al extremo de las riendas. Después hizo que el animal se acercara al mismísimo borde del precipio.

Cuando estuvo allí descendió el saco, añadido a las riendas colgantes hasta más abajo del sitio donde se había quedado detenido el guardián Goodge.

—¡Agárrese bien del saco, Goodge! — gritó Stephen desde lo alto. — La yegua es fuerte y hará lo que yo la diga. Entre los dos le haremos llegar a usted hasta aquí.

El guardián Goodge no necesitó que le repitiera la orden. Primero con una mano y luego con la otra, hacia el abismo de modo que llegó se agarró de la parte del saco que estaba a su cercano alcance.

Stephen Usher, tan pronto como se convenció de que el infortunado guardián se había agarrado bien, dedicó su atención nuevamente al caballo.

—¡Atrás, "Reina", atrás! — ordenó Stephen tomando las riendas con ambas manos a fin de aliviar en todo lo posible el peso pendiente de la boca del animal.

"Reina de las Nieves" vaciló un instante como si no se diera perfecta cuenta de lo que de ella se esperaba. Stephen la empujó hacia atrás con el hombro puesto en el ancho pecho del animal. Entonces, gradualmente, la yegua comenzó a retroceder, separándose de la orilla del precipicio.

El trabajo de levantar en tal forma el peso del guardián Goodge fué lento y el esfuerzo que realizó el animal debió ser grandísimo. Sin embargo, la yegua lo llevó a cabo tal como Stephen lo esperaba de ella. De este modo el guardián Goodge fué izado hasta el borde. Entonces, con las pocas fuerzas que le quedaban, Goodge subió por la orilla del precipicio y se encontró, por fin, sentado en el camino.

Permaneció inmóvil unos momentos, mientras Stephen dedicaba su atención a "Reina de las Nieves" palmeándola cariñosamente, hablándole con la voz que ella conocía tanto.

El guardián Goodge, pasado ya todo peligro, no tardó en recobrar por completo el dominio de sí mismo. Se puso de pie después de un momento de inacción y se acercó al sitio donde se hallaba Stephen.

—¡Gracias! — dijo, tendiéndole la mano.

Stephen tomó y estrechó aquella mano.

—¡Todo pasó ya, Goodge! — contestó Stephen. — Ha sido un momento de prueba y me alegro de que nos veamos sanos y salvos.

—Sin usted yo no hubiese podido subir, — dijo Goodge con franqueza. — Y cuando le digo que estoy agradecido crea que le digo la verdad.

—No tiene usted nada que agradecerme, Goodge, — replicó Stephen modestamente. — Al fin y al cabo a no haber sido por la sorpresa que le produjo mi presentación en forma de fantasma, no hubiera pasado nada.

—Sí. Así será, pero de todos modos usted me ha hecho un gran favor salvándome la vida exponiendo la suya, — dijo Goodge pensativo. — Además el choque que me produjo su aparición fué causa de que yo recobrara el uso de la palabra.

Stephen afirmó con un movimiento de cabeza pero no hizo comentario ninguno, pues las palabras de su compañero le recordaban que al causar involuntariamente la curación de Goodge, le había devuelto, con el poder de hablar, el poder de traicionarle. No había tenido ocasión de pensar esto durante las emociones de los pasados minutos.

—Y ahora, Goodge, — preguntó de pronto, — ¿se ha olvidado ya del objeto de su visita al castillo de Ravenhurst? Usted conoce mi secreto.

El guardián Goodge le miró fijamente durante varios instantes.

—Sí, — dijo tranquilamente después. — Sé que es usted lord Stephen Usher, a quien todos creen muerto. Sé también que su primo Julián, que figura ahora como lord Ravenhurst pagaría una buena suma por saber lo que yo sé. Pero tengo que decirle a usted una cosa: — agregó, acentuando las palabras como para dar más valor a la frase, — que antes me moriré de hambre que venderle a ese cobarde esa informeación que puede servirle para cimentar la posición que ocupa.

—Así que usted no quiere...

—No interprete mal mis palabras, — interrumióle Goodge. — No crea que lo hago por ninguna tendencia sentimental. La cuestión que tiene usted con su primo la arreglará usted como le dé la gana o como pueda. Lo único que yo deseo es no meterme en ella para nada. Estaba dispuesto a vender a su pariente la información que poseo,

pero él mostró las uñas demasiado pronto. Cuando llegó el momento de salvar él el pellejo no se preocupó de lo que hubiera podido sucederce a mi con tal de escapar él cuanto antes. Juzgando por esa acción comprendo las probabilidades que tendría yo de recibir el dinero que me prometiese una vez en poder de lo que podría decirle. Usted, en cambio, me ha salvado la vida cuando sabía que al hacerlo salvaba a uno que estaba dispuesto a traicionarle. Para mí, mi vida tiene algún valor, aún cuando no piensen lo mismo otras personas, así por lo que a mí se refiere, no tiene usted nada que temer.

Stephen Usher experimentó una sensación de gratitud y de satisfacción.

—La oferta que le hizo el señor Lincoln hace varios días sigue en pie, Goodge, — dijo. — Nosotros podemos entregarle tres mil libras y usted puede admitirlas en pago de guardar el secreto.

El guardián hizo un gesto negativo.

—No quiero ese dinero, — replicó. — Desde que me metí en este asunto no he tenido más que molestias, así que me alegro de que no he perdido el pellejo y de poder volver a mi empleo. El sueldo de guardián en el presidio de Grimstone no es gran cosa, pero el empleo es seguro y a él me dedicaré de nuevo.

Se notaba sinceridad en el tono con que hablaba aquel hombre y Stephen comprendió que decía la verdad tal como la sentía.

—Un momento, Goodge, — dijo Stephen. — Comprendo hasta cierto punto sus sentimientos, pues parece que un ambiente de tragedia envolviera a la casa cuyo dueño soy de derecho sino de hecho. Pero mi deber es continuar la lucha hasta el fin y en lo más íntimo de mi corazón espero que el derecho triunfará por último. Si llega un día en que yo pueda tomar poseión del título y del sitio que me corresponde, le prometo que saldaré mi cuenta con usted.

—Esperaré hasta entonces, — dijo el guardián Goodge. Y agregó de improviso: — ¡Buenas noches!

Tomó de nuevo la mano de Stephen.

—¡Buenas noches! — repitió. — ... y ¡buena suerte! — agregó rápidamente. — Fuera de lo que usted ha hecho por mí deseo que usted gane porque usted es un hombre honrado y se lo merece.

Volvió la espalda bruscamente y se alejó cuesta abajo, camino de la estación.

Stephen Usher, pensativo, le siguió con la mirada hasta que se perdió de vista.

El canto en la noche

STEPHEN USHER montó a caballo después de haber limpiado a "Reina de las Nieves" de la sustancia que le había dado su apariencia de espectro y se dirigió, por el camino de la montaña, hacia el castillo de Blackstone, el ruinoso edificio situado frente situado frente al precipicio llamado el Dique del Demonio.

Seguía Stephen por la senda, al lento paso de su cabalgagura, pensando en los últimos acontecimientos de su accidentada y extraña historia. Sentíase más contento que antes, pues el peligro inmediato había desaparecido después de haberle tenido angustiado durante algunas horas de desesperación y de amargura.

Levantando la vista miró Stephen la imponente mole del ruinoso castillo que parecía elevarse más y más a medida que a él se acercaba. Durante siglos aquella mole negra había dominado la cumbre de la montaña surgiendo sobre el corte ciclópeo del precipicio y muchas eran las leyendas que tenían relación con la pasada vida del castillo antiguo.

Stephen estaba todavía contemplando las ruinas y recordando algunas de sus curiosas leyendas de duendes y fantasmas que le habían contado cuando era niño. De improviso le pareció que un sonido turbaba la majestad del silencio que un momento antes reinaba en todo el contorno.

Aquel sonido era el de una voz femenina, — era un canto muy suave y triste que parecía resonar lejano.

Detuvo Stephen Usher el paso de su cabalgadura y se puso a escuchar temeroso de que sus oídos hubieran sufrido una alucinación. El canto continuó y aún cuando se había estremecido sorprendido al oirle, Stephen escuchó su melodía con atención, llegando a pensar que aquella voz tan triste parecía estar de completo acuerdo con el aspecto del sitio donde era emitida.

Siguió avanzando y cuando se halló cerca de la entrada del castillo de Blackstone se apeó y se dirigió hacia las duinas. La voz de la cantante continuaba su dulce canción cuando Stephen Usher traspuso un agujero de una de las paredes y después de recorrer un largo y ventilado claustro, penetró en lo que, en otro tiempo, había sido un espacioso salón de recepciones. En la entrada de esta habitación se detuvo asombrado ante la extraordinaria visión que se presentó ante sus ojos.

El castillo de Blackstone llevaba muchos años deshabitado y sin embargo, cuando Stephen Usher miró hacia el espacioso salón en cuya puerta estaba, vió a una mujer, sentada en un banco de piedra junto a una ventana, iluminada por un rayo de luna que pentraba por la rotura de uno de los altos ventanales.

La mujer estaba vestida de negro y su cabellera negra como el azabache acentuaba la palidez del rostro y caía en desórden sobre los hombros. Ella estaba sentada de lado, medio encogida en el asiento, con las manos cruzadas delante de una rodilla y balanceándose al compás del cántico que dedicaba a la luna que la alumbraba.

No parecía aquella mujer una persona de este mundo y Stephen Usher al mirarla, tardó en convencerse de que no fuese una visión del más allá. El ambiente tétrico que la rodeaba era suficiente para preparar el entendimiento a aceptar las más extraordinarias manifestaciones y Stephen se sintió, en el primer momento y a pesar suyo, muy afectado.

Recobró pronto el dominio de sus nervios y penetró en el vasto salón.

En el mismo momento, la mujer que se hallaba junto a la ventana volvió la cabeza y le vió.

Dejó de cantar y se levantó de su asiento. No había expresión de miedo en su rostro y cuando Stephen Usher estuvo bastante cerca de ella para distinguir sus facciones con mayor claridad, se estremeció, pues el rostro, muy hermoso, presentaba las huellas del más intenso sufrimiento. Estaba muy pálido, salvo unas pequeñas manchas de rubor en las mejilas y que indicaron o Stephen que aquella mujer, fuera quien fuera, no estaba destinada a sufrir sus penas mucho tiempo más. En su mirada lejana y fija se notaba la expresión de aquellos cuya mente sufre algún desequilibrio.

Ella le miró en silencio unos instantes y cuando por fin habló lo hizo en buen inglés, pero con un acento que indicó en seguida al joven que se trataba de una extranjera.

—Lamento haber hecho mal en venir a este sitio, — empezó a decir creyendo sin duda que era Stephen algún habitante del ruinoso castillo. — Pero creí que estas ruinas estaban deshabitadas. Me retiraré inmediatamente.

Dicho esto dirigió una mirada que casi fué de enojo, a Stephen Usher y ya iba a pasar por su lado y a salir cuando él la detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Un instante, — dijo él tranquilamente. — Tiene usted tanto derecho como yo a estar aquí. Oí que alguien cantaba y entré para enterarme de quien era.

Estas palabras parecieron tranquilizar un tanto a la mujer.

—¿Entonces no he hecho mal en cobijarme aquí para pasar la noche? — preguntó ella.

La frase produjo intensa emoción en Stephen Usher.

—¡Pero eso no es posible! — exclamó. — ¡Un hombre pasaría aquí una malísima noche, así que una mujer!.. ¡No es posible ni pensarlo! ¿Se halla usted lejos de su casa?

—¡Muy lejos! — dijo la mujer con emoción. — ¡Además no volveré a ver mi casa nunca más!

Su tono era triste pero resignado y Stephen Usher sintióse emocionado. Comprendía que aquella mujer estaba muy enferma y que su enfermedad habíale desequilibrado el cerebro.

—¡No diga eso! — díjola cariñosamente. — Las cosas no son nunca tan malas como lo parecen. ¿No tiene usted amigos?

—No. No tengo amigos en Inglaterra, — fué la respuesta.

—¡No importa! Aún cuando no tenga amigos no faltará quien quiera auxiliarla ya que se halla, como parece, en necesidad de ello, — agregó Stephen interesándose cada vez más por aquella mujer que parecía tan desdichada. — Confíe en mí. Dígame cómo y por qué se encuentra como se encuentra.

La mujer pareció emocionarse ante la atención y el cariño con que le hablaba Stephen Usher y se sintió dispuesta a confiarle la razón de sus penas.

—Creo que me quedan pocas horas de vida, — murmuró mirando hacia lo lejos. — Pero no quiero morir sin haber cumplido la misión que me ha traído a este país. ¡Tengo que quitar una vida antes de dar la mía!

Creyendo que estas palabras eran consecuencia del desequilibrio de su mente, Stephen Usher no las dió mayor importancia.

—Vengo de un país donde nos vengamos del mal que se nos hace, — dijo en voz baja. — He sufrido el mayor daño que una mujer puede sufrir. El hombre a quien yo amaba, mi esposo, era compatriota de usted y me fué arrebatado por la mano de un criminal. Fué asesinado, brutalmente asesinado, y he venido a Inglaterra para vengar su muerte.

—No debe usted pensar en tal cosa, — dijo Stephen en tono conciliador. — En Inglaterra el hombre que mata a otro es condenado por la ley.

—El hombre que mató a mi esposo pagó ya su tributo a la muerte, pero no basta. No me sentiré satisfecha hasta que haya destruído a los que han quedado tras él. Una vida solo queda de la familia del asesino y esa es la vida que quiero. ¡El nombre del que mató a mi amado esposo ha de desaparecer para siempre!

Stephen Usher no tenía ya dudas sobre el estado del juicio de aquella mujer. Se conocía que había sufrido horriblemente y que sus sufrimientos le habían trastornado las facultades mentales. Era necesario que se la vigilara estrictamente a objeto de evitar que cumpliera su terrible propósito. Se comprendía que no estaba en estado de atender a razonamientos, así que Stephen comprendió que lo mejor era no contradecirla en nada para evitar así una crisis peligrosa.

—No debe usted pensar en esas cosas esta noche, — díjole él, — porque de hacerlo fracasarían sus planes. Voy a llevarla a un sitio donde podrá pasar la noche abrigada y confortable y mañana de mañana podrá usted combinar sus planes como mejor le parezca. Ahora necesita usted alimento y descanso para reponer sus fuerzas.

La mujer cambió por completo de expresión. Sonrió muy contenta y sus ojos se animaron con destellos de alegría.

—Desde que estoy en Inglaterra casi ni he comido ni he descansado, — dijo ella, — y me parece que tiene usted razón. Si he de hacer lo que mi corazón me dicta que haga, debo reponer fuerzas.

—Venga conmigo entonces, — dijo Stephen. — He dejado cerca de aquí mi caballo. En él la llevaré a sitio donde encontrará usted lo que necesita.

La mujer acompañó a Stephen hasta la salida del salón, recorrieron juntos al espacioso claustro y pronto se hallaron fuera de las minas, en el sitio donde la fiel "Reina de las Nieves" esperaba a su dueño.

Tenía Stephen el propósito de llevar a la extraña mujer al castillo de Ravenhurst. Ahí la confiaría a las atenciones de Marion Grey quien, con su amabilidad de siempre, lograría apaciguar a la infeliz mujer.

Montó Stephen a caballo y después, tomando en brazos a la mujer la sentó detrás de él, sobre el anca del animal.

—Agárrese bien a mí, — le dijo. — El caballo irá lentamente así que no corre usted peligro de caerse.

—No tengo temor alguno, — dijo la mujer con tranquilidad. — En mi país las mujeres montamos a caballo tanto como los hombres.

Un momento después "Reina de las Nieves" llevando su doble carga emprendió la marcha a paso lento y suave, camino del castillo de Ravenhurst.

En el jardín del sueño

REINA DE LAS NIEVES detúvose frente a la entrada del cementerio de San Edmundo. A una indicación de Stephen la mujer saltó del caballo y un momento después el joven se apeó. Bastó una orden de Stephen para que "Reina de las Nieves" tomara el camino de las caballerizas del castillo.

—Es necesario que me espere en la iglesia, — dijo Stephen a la extraña joven, — mientras voy a hacerlo preparar todo para usted. La iglesia está abierta y en ella podrá usted guarecerse hasta que yo vuelva.

—Esperaré donde usted quiera, — replicó su compañera, — y le estoy muy agradecida por lo que ha hecho por mí. Desde que estoy en Inglaterra he encontrado muy pocas personas atentas y su amabilidad me ha emocionado. No me vendrá mal estar un rato a solas con mis pensamientos.

—Espero que sus molestias hayan encontrado ya su fin, — agregó Stephen, — y espero que el porvenir le reservará días alegres y dichosos.

La acompañó hasta la iglesia a través del cementerio. El Jardín del Sueño Eterno estaba iluminado por la luna que acrecentaba su imponente aspecto.

Fueron los dos por el sendero flanqueado de tumbas. Pasaron a veinte yardas de la cripta de los Usher y siguieron hasta llegar al pórtico de la iglesia.

La pesada y claveteada puerta fué abierta por Stephen, que no tuvo más que empujar la hoja derecha, pues desde tiempo inmemorial era costumbre que la iglesia de San Edmundo estuviera siempre abierta para todo el que quisiera cobijarse en ella.

La luz de la luna daba en las ventanas de vidrios de colores. Stephen acompañó a la joven hasta uno de los bancos.

—Espéreme aquí, — dijo. — No tardaré. ¿No tiene usted miedo de quedarse sola?

La infeliz viajera movió la cabeza y sonrió.

—¿Quién puede tener miedo estando en la casa de Dios? — dijo en voz baja. — No, no tendré miedo por mucho que usted tarde.

Stephen Usher salió de la iglesia y en cuanto estuvo fuera tomó la precaución de ponerse la peluca y el pequeño bigote de Stephen Lord, artista pintor de la Real Academia de Bellas Artes, huésped del castillo de Ravenhurst.

Hecho esto se dirigió rápidamente hacia el castillo, donde a pesar de ser ya muy tarde, el criado le abrió la puerta. Fué primero a la habitación de Matthew Lincoln y el abogado, cuando oyó el breve relato de lo sucedido y del encuentro con la joven extranjera, fué en busca de Marion Grey que aún no se había acostado ,esperando el regreso de Stephen para enterarse del resultado de su nocturna aventura.

El relato del encuentro con la joven misteriosa emocionó mucho a Marion Grey y menos de cinco minutos después ella y Stephen salían del castillo por una pequeña puerta cuya llave tenía únicamente Marion, que usaba de aquella salida para poder ausentarse y entrar cuando quería sin que Julián se enterara de lo que hacía.

Poco hablaron mientras se dirigieron hacia el cementerio. Pasaron por el pórtico de entrada y ya iban a dirigirse rápidamente hacia la iglesia, cuando Stephen se detuvo de improviso y tomando del brazo a Marion le dijo en voz baja:

—Mire hacia allá. — Y le indicó una figura sombría que se encontraba de pie ante la tumba de los Usher.

Era la extranjera. Estaba de pie, con los brazos extendidos hacia la cruz de piedra que coronaba la entrada de la antigua cripta.

Y mientras Stephen y Marion esperaban atisbando sus movimientos oyeron que la joven extranjera decía:

—¡Dame una sola hora de vida, Dios mío! ¡Una sola hora más! Mi misión está casi cumplida. No dejes que la muerte me arrebate mi venganza! Una hora más y el último miembro de la maldita familia de los Usher de Ravenhurst habrá pagado con su vida la vida que uno de los suyos me arrebató.

La voz se cortó de pronto. Resonó un grito. La mujer se llevó las manos a la cabeza y cayó de bruces sobre el césped permaneciendo inmóvil.

Por un momento tanto Stephen Usher como Marion no se movieron asombrados, atónitos ante lo que acababan de ver y de oír. Después el hombre corrió hacia donde estaba la extranjera y se arrodilló a su lado.

Lo primero que notó fué que en la mano izquierda tenía algo. Tomó la mano y miró lo que sujetaba con los dedos.

Era una pequeña fotografía de Philip Marsden, ¡el hombre de cuya muerte se le acusaba injustamente! Algo había escrito en el retrato con caracteres tan grandes y claros que pudo leerlos a la luz de la luna. Lo que decía el retrato era lo siguiente:

"Te vengaré. — Marietta".

En el chalet del portero

STEPHEN USHER levantó la cabeza y vió que, del otro lado del cuerpo de la mujer desmayada, se había también arrodillado Marion Grey, que observaba detenidamente a la desconocida.

—¡Esto es terrible, Marion! — murmuró Stephen en voz muy baja. — No pude ni ni soñar esto cuando se me ocurrió traer a esta joven a Ravenhurst. ¡Es la esposa de Philip Marsden y ha hecho el viaje a Inglaterra con el único objeto de vengar la muerte de su marido!

Marion Grey se sintió emocionada ante la revelación que constituían para ella las

palabras de Stephen, pues aún cuando había presenciado y oído lo que Marietta Marsden había hecho y dicho ante la tumba de los Usher, no había visto el retrato que ella tenía en la mano y no se esperaba esta dramática repercusión del crimen que ya había hecho desgraciadas a tantas personas inocentes.

—A juzgar por lo que dijo momentos antes de caer desmayada, Stephen, nada satisfará su deseo de venganza que no sea el aniquilamiento de la familia a que usted pertenece, — dijo Marion Grey después de un momento de silencio. — ¡Pobre mujer! La pérdida de aquel a quien amaba le ha trastornado la razón.

—Pertenece a un país cuyas tradiciones dicen que quien causa un mal debe sufrir en castigo el mismo mal que causó: "Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida", esta es la ley en que creen y la que cumplen mediante lo que llaman "vendetta". Por eso esta infeliz mujer está decidida a consagrar las últimas horas de s uexistencia, si fuera necesario, a destruir al hombre a quien cree el único miembro sobreviviente de la familia de aquel que causó la muerte de su esposo. Nos ha advertido a tiempo, así que debemos vigilarla de cerca.

—Por lo pronto es necesario prestarle el socorro que necesita, — dijo Marion compadecida de aquella mujer en desgracia. — Está muy enferma y se conoce que ha sufrido mucho, así que es necesario cuidar de su salud con la mayor atención si es que se quiere conservarle la vida.

Stephen comprendía que era así y en seguida levantó en brazos el liviano cuerpo de Marietta Marsden, poniéndose de pie.

—Volvamos al castillo, Marion, — dijo después.

—Nada más que hasta el chalet del portero, — dipo la joven. — La esposa de May, el portero, se ha mostrado muy deseosa, cuando se lo indiqué, de alojar y atender hasta mañana por la mañana a esta joven. Mañana buscaremos un sitio donde llevarla y resolveremos qué es lo que se debe hacer con ella.

Emprendieron el camino del castillo de Ravenhurst, Stephen Usher llevando en brazos a la joven desmayada con la misma soltura y facilidad con que cualquiera hubiese levado a un niño.

Llegaron al pequeño chalet del portero sin inconveniente ni encuentro inoportuno y a la señora May, que acudió a la puerta de la casita cuando Marion Grey llamó, le hicieron entrega de la mujer para que la cuidara. Marion Grey explicó a la señora May la situación. La hizo saber cómo Stephen, a quien se refirió llamándole "el señor Lord", se había encontrado a la joven desmayada en el camino y conociendo sus buenos sentimientos había tenido la idea de pedirle hospitalidad para la infeliz por esa noche.

La bondadosa señora May, cuya femenina compasión despertóse inmediatamente a la vista de la infeliz extranjera, oyó la breve explicación de Marion Grey y al punto les hizo pasar a la pequeña salita de su chalet, donde Stephen puso a la desmayada joven sobre un diván.

Al ver la pálida faz que tan elocuentemente demostraba cuánto había sufrido aquella infeliz y las muchas privaciones que, sin duda, había tenido que pasar, la señora May sintió intensa y sincera compasión.

—¡Pobrecilla! — murmuró con pena, separando el cabello que cubría la frente, blanca como el mármol de la desmayada. — ¡Es muy joven y debe haber sufrido mucho para haber llegado a tal estado de extenuación! ¡Lo primero que necesita es un sorbo de cognac para reanimarla! Después la envolveré en frazadas calientes y si se reanima lo suficiente, le daré una buena taza de caldo para reconfortarla!

Cuando acabó de hablar, dejó de mirar a la extranjera y dirigió la vista al joven que la había traido. Stephen comprendió al punto lo que aquella mirada quería decir.

—Voy a dejarla a usted aquí, señorita Grey, — dijo, — ya no puedo serle de ninguna utilidad y en cambio estorbaría quedándome.

—Mil gracias, — dijo Marion. — Yo ayudaré a la señora May en todo lo que me sea posible, señor, puede usted retirarse confiado en que su protegida queda en manos de quienes no ahorrarán esfuerzo por mejorar su estado.

Tuvo que expresarse como si se dirigiera a un extraño, porque convenía hacerlo así en presencia de la otra mujer. Stephen, después de darles a ambas las buenas noches, salió del chalet.

Media hora después, habiendo dado a la esposa del portero las instrucciones necesarias y de haberle exigido formalmente que no dejara salir del chalet a la extranjera, Marion Grey volvió, a su vez, al castillo de Ravenhurst.

El pozo de cal

La mañana siguiente Stephen Usher y Matthew Linmoln tuvieron una conferencia muy seria sobre lo que convenía hacer respecto de la joven semi-demente que había llegado a Ravenhurst en tan extrañas circunstancias y el asunto fué para ellos de difícil solución, pues se daban perfecta cuenta de todo lo que Marietta Marsden había sufrido, así que no deseaban que nada de lo que ellos hicieron, pudiera acrecentar los ya grandes sufrimientos de aquella mujer.

Por esta misma razón no dijeron nada sobre la joven a Julián Usher, que había regresado al castillo en un lamentable estado de depresión nerviosa después de su emocionante aventura ante el castillo de Blackstone.

Julián, como era lógico, dado su carácter, en cuanto se hubiera enterado de que su seguridad podía correr peligro con motivo de la presencia de la joven en el castillo, la hubiese entregado a la policía sin condolerse de su estado y sin tener en cuenta que era él quien era, por lo tanto, culpable del

desequilibrio de sus facultades mentales.

Stephen y Matthew Lincoln buscaban en vano un modo que no fuera doloroso para la joven, de ponerla en imposibilidad de realizar su propósito y conversando a este respecto habían ido caminando por el parque, alejándose poco a poco del castillo.

Mientras ellos trataban de encontrar el modo de solucionar esa dificultad, Marion Grey estaba también, por su parte, en actividad. Se había dado cuenta de que era necesario tener a la extranjera sometida a una vigilancia constante y precisamente por esto se había levantado muy temprano para ir al chalet del portero inmediatamente después de tomar el desayuno.

Marietta Marsden estaba ya vestida cuando ella llegó y aún cuando su aspecto indicaba todavía que estaba débil y enferma, se notaba que el descanso y la alimentación le habían hecho mucho bien y que se hallaba reanimada gracias a las atenciones que con ella había tenido la señora May.

Marion la saludó cariñosamente pero pasaron algunos instantes sin que la infeliz pudiera oirla. Estaba sentada junto a la ventana y miraba fijamente hacia el campo como si nada le importara más que sus propios y tristes pensamientos. Cuando por último volvió la cara hacia Marion, su rostro se iluminó, al ver a su protectora, con una sonrisa de agradecimiento.

—¿Quién es usted? — preguntó en voz baja. — Su rostro me es simpático y, sin embargo, no recuerdo cuándo la ví. ¿Habrá sido durante alguno de mis sueños felices?

Marion Grey se inclinó hacia ella y se sentó a su lado y pasándole la mano por la frente le separó el cabello despeinado que le caía sobre los ojos.

—Yo deseo ser amigo suya, — díjole gentilmente. — Yo la ayudaré si usted me lo permite y la protegeré.

La otra joven movió la cabeza lentamente.

—No creo que necesitaré protección mucho tiempo, — dijo, — mis días están contados y son pocos los que me quedan de vida.

—No diga usted eso, — murmuró Marion. — Es su propia debilidad la que la desanima de ese modo. No se dé por vencida. ¡Venga! El día es hermoso y el sol muy agradable. Vamos a dar juntas un paseo. Le sentará muy bien. ¿Quiere acompañarme?

Marieta se puso de pie lentamente.

—Sí, — contestó. — ¡Cómo me gusta la luz del sol! ¡He visto tan poco desde que salí de mi país donde el sol brillo como en ninguna otra parte!... Sí, — agregó, — tendré mucho gusto en ir con usted.

La señora Mary facilitó a la joven extranjera un chal para que se abrigara y pocos minutos después Marion y Marietta salieron juntas del chalet del portero.

Saliendo del parque de Ravenhurst se dirigieron durante unos pocos minutos, por la parte pantanosa separándose de ésta en cuanto vieron una senda que continuaba hacia sitios de otro aspecto.

Marieta se sentía poco inclinada a conversar pero Marion deseaba, sobre todo obligar a la joven a olvidar sus tristes pensamientos, así que habló sin cesar entreteniendo a la extranjera de tal modo que no tuvo ocasión de volver a caer en su tenebrosa preocupación.

De este modo avanzaron sin pesar a dónde iban ni el tiempo que tardaban hasta que por último, después de tomar un camino que cruzaba una región cubierta de arbustos llegaron a un sitio que Marion Grey reconoció al punto, estremeciéndose de emoción.

¡Allí estaban los pozos de las canteras de cal!

El sitio era el mismo donde se había representado la primera escena del drama de la vida de Stephen Usher, Era el lugar donde había tenido lugar, la noche memorable, el encuentro y la riña entre Stephen Usher y Philip Marsden.

Al encontrase allí recordó Marion Grey toda la amarga odisea de su prometido y calló de pronto, sobrecogida por el dolor.

Marietta Marsden parecía cada vez más profundamente afectada y su gesto iba cambiando poco a poco de modo notable.

Se estremeció violentamente al ver los profundos pozos de las abandonadas canteras y avanzó unos pasos sin dejar de mirar hacia ellos. Un profundo suspiro, — casi un sollozo, — se escapó de su pecho y se pasó la mano por ante los ojos como si en aquel instante despertara de un sueño.

Después habló.

—Fué aquí, — dijo en un tono de extraña tristeza, — aquí fué donde le mató. ¡Cuantas veces he visto en mis sueños este sitio maldito! ¡Cuántas veces he vuelto a ver la escena del brutal asesinato de mi esposo Philip!

Avanzó hasta el borde del pozo más cercano y cerró los ojos como si quisiera que su mente reconstruyese una vez más el cuadro que había visto en sueños.

Durante unos instantes permaneció de pie, en silencio, como una sacerdotisa de oriente eligiendo el pasado. Marion la contemplaba fascinada y sin poder moverse.

—¡Ahora lo veo! — siguió Marietta en voz baja y temblorosa. — Veo al hombre moreno que se acerca acurrucado hacia mi esposo que ignora su proximidad. ¡Veo con toda claridad la cara del hombre! Es hermoso, está pálido y en sus ojos brilla el fulgor de un impulso criminal que anida en su corazón. Trae en la mano una bolsa de monedas de oro y al llegar junto a Philip levanta la pesada bolsa. Su brazo desciende y la bolsa golpea con fuerza la cabeza de la víctima. Philip cae desplomado. Veo al asesino que toma a su víctima en brazos, que se aproxima a la orilla del pozo y lo arroja con violencia. ¡Veo más aún...veo!...

Su voz se cortó de pronto y cubriéndose la cara con las manos, la joven rompió a llorar sollozando amargamente.

Al ver su angustia, Marion dolorida, logró vencer a la fuerza que la detenía inactiva. Se acercó al sitio donde estaba Marietta y tomándola de la cintura con un bra-

zo, la separó suavemente del borde del profundo pozo.

Durante unos momentos la desesperada joven no hizo esfuerzo alguno por separarse y con la cara apoyada en un hombro de Marion siguió sollozando. La prometida de Stephen bendijo aquellas lágrimas porque sabía que al desbordarse los cauces del dolor, el corazón de Marietta tendría el consuelo que tanto necesitaba su abatido espíritu.

Un rápido repiquetear de pisadas en el sendero endurecido por la escarcha hizo que Marion levantara la cabeza y al hacerlo se estremeció, pues es acercaba un hombre que traía de las riendas a un caballo. ¡El hombre era Julián Usher!

Al reconcer a Marion el usurpador apresuró el paso.

—¿Qué es eso, Marión? — preguntó afectando solícito deseo de ser agradable. — ¿Quién es su desconsolada amiga?

Al oir su voz, Marietta, que no se había percatado de su llegada, se separó de Marion y se volvió hacia Julián.

Un grito que resonó vibrante surgió de sus labios en cuanto vió el rostro pálido de Julián Usher.

—¡El hombre! — gritó. — ¡El hombre de mis sueños! ¡El hombre de la bolsa de oro!

Julián retrocedió ante la mirada de aquella mujer.

El deseo de venganza que Marietta Marsden anidaba en su corazón se exacerbó al ver al matador de su esposo, al hombre que le había arrebatado a su marido y la poca razón que aún quedaba en su mente se desvaneció por completo.

Sólo sabía que había jurado vengar la muerte de Philip Marsden y le parecía que el momento de la venganza había sonado ya que tenía delante al hombre a quien reconocía como autor del asesinato.

Perdida toda idea que no fuera la de la venganza, Marietta sacó de entre los pliegues de su vestido algo que brilló a la luz del sol matutino y se lanzó contra Julián como una fiera.

Julián Usher, comprendiendo su intención retrocedió rápidamente a tiempo justo para evitar el golpe que ella le dirigía. Luego, sin tener en cuenta que su adversario era una débil mujer, levantó el brazo armado del látigo.

—¡Atrás, bruja, atrás o!...

Bajó el brazo, pero en el mismo momento Marion Grey avanzó con rapidez extraordinaria y fué a interponerse entre Marietta y Julián Usher, sujetando la muñeca del hombre antes de que el golpe pudiera herir a la infeliz mujer.

—¡Julián! ¡Es una mujer, débil y enferma! — gritó. — ¡No le pegue! ¿No ve que no sabe lo que hace?

Sujetando aún la muñeca de Julián con las fuerzas que le prestaba su desesperación, permaneció entre el hombre y la joven demente.

Su presencia tuvo por resultado devolver un destello de razón a la mente de Marietta Marsden que no intentó renovar su ataque a Julián.

En lugar de eso echó a correr hacia donde había quedado el caballo. Cuando llegó a él levantó las riendas y montó con la agilidad de quien tiene gran práctica en la equitación y un instante después volvió grupas al sitio donde estaba Julián.

—¡Mi venganza puede esperar algunas horas! — gritó mirando a Julián y a Marion. — ¡Pero nada ni nadie me la arrebatará! ¡Lo juro en el mismo sitio donde mi esposo fué asesinado! ¡Cuándo! Se acerca la hora en que el nombre de Ravenhurst habrá desaparecido del mundo!

Apresuró la marcha del caballo y el animal salió al galope perdiéndose pronto de vista detrás de los macizos de arbustos.

Julián Usher intentó seguirla, pero después de correr cinco minutos esperando volver a verla, tuvo que declararse vencido.

Olvidando a Marion en el aturdimiento de su mente, regresó solo al castillo de Ravenhurst.

El fin de Marietta

JULIAN USHER no pensó nunca que Philip Marsden tuviera esposa. En consecuencia, la aparición de Marietta, fué para él un choque de extraordinaria violencia. Además, el hecho de que la extraña joven tuviera el propósito de matarle no podría ser más alarmante, según pensaba Julián.

Poco le importaba a Julián la vida de las demás personas, pero miraba la propia de muy distinto punto de vista y estaba horrorizado ante la idea de que pudiera existir alguien cuyo propósito fuera matarle. En consecuencia, y obedeciendo únicamente al miedo que le dominaba, en cuanto llegó al castillo llamó por teléfono a la oficina de policía en demanda de protección.

En el próximo número de PUCKY que aparecerá el viernes 29 de enero, seguirá esta notable novela. No se olvide de encargar anticipadamente su número al vendedor.

El que maneja el viejo y tembloroso automóvil: — ¿Qué es eso? ¿Estás nervioso?
El pasajero enfermo: — ¡No! ¡No! ¡Si me viene bien el traqueteo! ¡Precisamente esta mañana, al tomar mi medicina, me olvidé de agitar el frasco!

Jovencito impaciente: — Dígame, peluquero, ¿cuánto tendré que esperar para que usted me de una buena afeitada?
El peluquero (después de mirarle con atención): — Un par de años, más o menos.

AMARO MONTE CUDINE

EL MEJOR DE LOS APERITIVOS

FABRICANTES

Gerónimo Bonomi e hijos

BELGRANO 2280

BUENOS AIRES

¡FIJESE BIEN EN ESTE NUMERO!

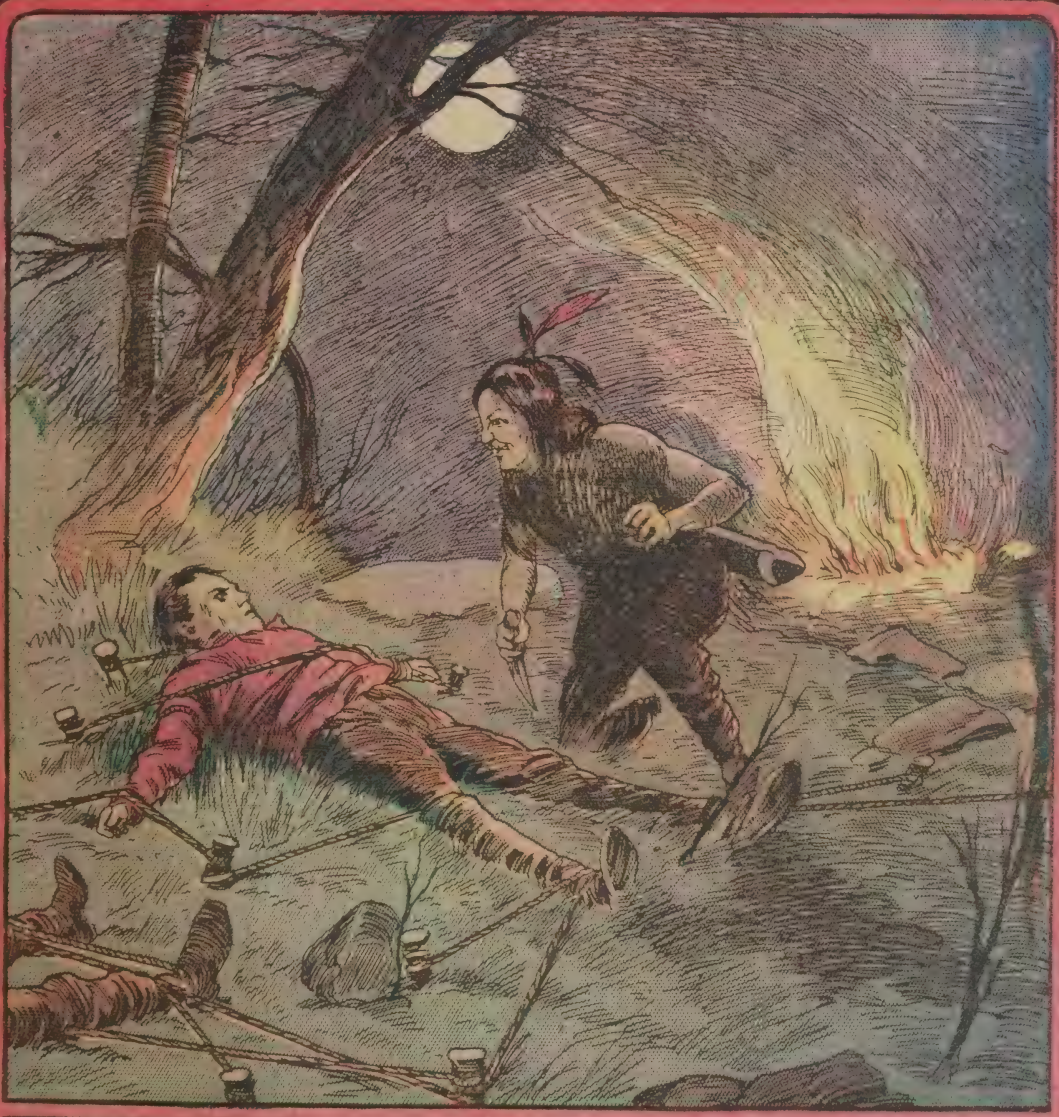
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Enero 29
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL, No. 122



Esta escena pertenece a la novela completa que se publica en este número, titulada:

LOS ARTISTAS SECUESTRADOS

en la que figura el rey de los exploradores BUFFALO BILL

UN RESIGNADO

—¡Así que se ha casado usted, señor Ticholo! Supongo que su esposa habrá echado a la cocinera que tenía usted antes y cocinaba de modo tan abominable.

—¡No hable tan alto, querida amiga! ¡Es con ella con quien me he casado!

Los artistas secuestrados
La nueva y entretenida aventura de Búffalo Bill y su circo.

Un corazón sencillo
Delicado cuento del gran novelista francés Gustave Flaubert.

Una aventura increible
Cuento de baile de máscaras por un notable autor español.

La vaquita parda
Otra divertida narración de Afanasieff, el gran autor ruso.

Los pedazos del tío Anselmo
Un graciosísimo relato humorístico desopilante por Cami.

Bailes de trajes
Hablando del Carnaval y mostrando modelos de disfraces femeninos.

La fermata
Un cuento atrayente escrito por un notable autor famoso en el mundo entero.

El caso extraño del maquinista Irizar
Relato de curioso ambiente, interesante y atractivo en grado sumo.

Máximas y pensamientos
Frases notables de personajes notables de todas las épocas y todos los países.

La nota cómica
Chascarrillos nuevos y viejos, reunidos por "Pucky" para sus lectores.

La extraña historia de Stephen Usher
Continuación de la gran novela de "Tit-Bits" que se reimprime en "Pucky" a pedido del público lector.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

CUESTION DE ESTACIONES

—Se dice que ella tiene cuarenta y cinco primaveras.
—Sí, pero cuarenta y cinco primaveras suman un otoño.

En el número 124 de "Pucky" comenzará la gran novela cinematográfica inédita: **SURCOUF**

LOS ARTISTAS SECUESTRADOS

Nueva y muy entretenida aventura de Buffalo Bill y su circo en el Salvaje Oeste con muchas y vibrantes escenas de emoción e interés.

CAPITULO I

LA MUJER JUGADORA DE "LA TIERRA"

"¡HOLA muchachos, me parece que vamos a tener una buena diversión!"

El voluminoso cowboy que había entrado, con sonoro arrastrar de espuelas al salón de baile y juego, convirtióse en centro de todas las miradas al hacer tal anuncio. Los jugadores reunidos en torno de numerosas mesas dejaron de jugar, mirándolo interrogativamente; los bebedores que se hallaban de pie frente al mostrador se volvieron al oir sus palabras, y las numerosas parejas que saltaban, más que bailaban en el centro del salón al compás de los chirridos de un piano desafinado, cesaron un momento en sus volteretas.

—¿Qué hay, socios? — preguntó uno de los bebedores, un minero de una mina vecina de plata, haciendo rodar su negro cigarro de hoja de un costado de su boca al otro.

—¡Pocas veces se nos presenta ocasión de divertirnos en este maldito agujero, — dijo el otro. — ¡Como no sea cuando alguno se aburre de otro y saca el revólver! ¿Vamos, Sam, dí lo que sea!

—¿A qué no adivinan ustedes quién ha venido a La Tierra? — preguntó el voluminoso vaquero llamado Sam.

—¿Quién? — preguntaron a la vez una docena de voces.

—¡Pues Búffalo Bill y su circo, cowboys, indios y potros indomables, todo completo! — respondió Sam.

—¡Oh! ¡Los artistas en el pueblo! — exclamó uno.

Las palabras de Sam tuvieron la virtud de llamar aún más la atención de la concurrencia, hasta el punto de que no sólo los bailarines olvidaron su baile, sino que, cosa más difícil aún, los bebedores se olvidaron de sus bebidas y los jugadores de sus cartas. Todos escucharon a Sam sin chistar.

—Sus carros acaban de llegar y están ahora en las afueras del pueblo, — continuó Sam, evidentemnte orgulloso de ser el portador de la novedad. — Creo que la carpa del circo será levantada esta noche y tendremos representación mañana de tarde y de noche.

El silencio con que habían sido escuchadas las palabras de Sam, pareció fué en seguida interrumpido por todos los que se hallaban en el salón. El murmullo de muchas voces humanas juntas invadió la amplia sala. Era verdad que la vida en el pueblo La Tierra, había sido durante los últimos años, un tanto monótona. La llegada del circo de Búffalo Bill no podía menos que ser recibida con alegría y placer por todos los pobladores.

Además, no es de admirarse de esto, pues aun en aquel pueblo perdido en los confines del mundo los habitantes habían oído hablar del famoso explorador del Salvaje Oeste, de sus innumerables aventuras, de las veces que había escapado a la muerte por verdadero milagro.

El nombre del coronel William Cody o el llamado Búffalo Bill era más que suficiente para entusiasmar tanto a los hombres como a las mujeres, tanto a los jóvenes como a los ya entrados en años.

Las hermosas clientas del salón de baile, bellezas morenas de negros cabellos y ojos más negros aún, suspendido el baile, obligaron a sus parejas a prometerles, allí mismo, en ese mismo momento, que las llevarían

LA EXTRAÑA HISTORIA DE STEPHEN USHER

Lea la continuación de esa notable obra que comienza en la pág. 55 de este número.

al circo. Los más empedernidos jugadores olvidaron, a lo menos por el momento, las partidas que tenían entre manos, y, durante algún tiempo no hubo en el salón otro tema de conversación más que Cody y su circo.

Luego, poco a poco, el "Salón", o sea la taberna de La Tierra, recobró su acostumbrada atmósfera. El piano comenzó de nuevo su desacorde música, los pies de los bailarines reanudaron el interrumpido baile, y en las mesas de juego los hombres continuaron sus interrumpidas partidas.

Era, La Tierra, un típico pueblo minero y ganadero. No poseía más que una sola calle, la calle Mayor, pero ésta cubría una sorprendente distancia. Se hallaba bordeada de unas quinientas casas de dos pisos, de madera, las que, fácilmente, debían alojar a unos dos mil habitantes. En la pradera que rodeaba el pueblo había varias importantes haciendas, o ranchs, y una mina de plata. Por las noches tanto los mineros como los cowboys llenaban el Salón en busca de la única diversión que el pueblo podía ofrecer.

El salón de baile y juego del pueblo era propiedad de un mejicano de nombre Alfonso Alvarez. El mejicano, con media docena de empleados se quedaban cada noche con el dinero con que los hombres de las praderas se presentaban en el salón; también el mejicano, ayudado por un par de "bartenders" vendía las bebidas a precios disparatados, sin contar con hasta en el mismo salón de baile ganaba dinero. Era, pues, aquel negocio una verdadera mina de oro para el mejicano, que tiempo atrás, podía considerarse rico.

Alvarez era un "elegante", aún para un mejicano, los que, como es sabido, gustan de vestir con rara fastuosidad. Sus camisas eran de gruesa seda; vestía pantalón de pana negra, los que casi desaparecían debajo de pesados zahones de cuero adornados con pesados y grandes botones de plata y un fleco, en el lado de fuera, de hilos también de plata.

Eran sus botas de taco alto, al cual ceñía grandes espuelas de plata, que hacían mucho ruido al caminar. A su cuello anudaba un pañuelo de seda roja y sobre su camisa vestía un saco adornado, también como sus zahones, con botones de plata. Para completar su vestimenta, de su cinturón colgaban, un poco más abajo de la cintura, dos revólvers. El mejicano era famoso por la rapidez con que sacaba el revólver y porque rarísima vez erraba el blanco.

Podría haberse calificado de hermoso, pues lo era, aunque en una forma que tenía mucho de siniestra. Sus ojos negros eran astutos y el pequeño bigote que adornaba su labio superior no alcanzaba a ocultar la línea cruel de la boca.

Entre los jóvenes del pueblo que frecuentaban la taberna, podrían haberse notado más de un duplicado del señor Alvarez, al menos en lo que a vestimenta se refiere. Pero ellos, en casi todos los casos, bailaban sólo con sus preferidas. Sólo los ranchers y los mineros jugaban.

El elemento mejicano de La Tierra sabía nada en concreto; pero sospechaba que el juego que se hacía en la taberna de Alvarez no siempre era legal y que el dinero perdido, en casi todas las ocasiones, podía hallarse después en el bolsillo de Alvarez.

Dos años antes, un minero había sido lo suficientemente imprudente como para hacer oír sus sospechas en este sentido. Desde entonces se puede ver su tumba, en la pradera, en las afueras del pueblo. Alvarez lo había retado a duelo y... el mejicano disparó una fracción de segundo antes que su adversario. La Tierra, en aquellos tiempos estaba mucho más desprovista de leyes de lo que lo estaba en la época que da comienzo nuestra historia.

Y ya que hablamos de esta historia, conviene que digamos que, en los momentos en que ella da comienzo, el señor Alvarez se hallaba entregado a su ocupación y pasatiempo favorito: jugando. Tenía la banca de una mesa de ruleta, mesa situada a un extremo del salón, en la parte del fondo. Allí, junto a aquella mesa germinaba rápidamente.

Media docena de mineros había jugado allí con suerte variable, pero, con la llegada de una joven que ocupaba na silla al extremo de la mesa, el juego que hacían comenzó poco a poco a decaer, poniéndose todos a observar el duelo que se realizaba entre la mujer y el propietario del salón de juego y banquero.

Al principio, la joven había ganado, una pequeña pila de monedas y billeste había crecido paulatinamente frente a ella. Pero luego la suerte había cambiado por completo, y tan insistentemente como antes había gado, perdía ahora.

La joven había sido objeto de la curiosidad general de parte de los demás concurrentes al salón, ya al baile, ya a la taberna misma, ya al salón de juego, pues todo el mundo la conocía bien. Era la hija única de Joseph Stuar, un viejo colono inglés de La Tierra, que poseía un almacén de ramos generales.

Maisie Stuar era bonita, en la concepción ordinaria de la palabra. Poseía abundante cabellera castaña, que aún su sombrero de amplias alas no alcanzaba a disimular, grandes ojos azules provistos de largas y sedosas pestañas y una boca pequeñita cuyos labios eran adorablemente rojos.

Aún era poca cosa más que una niña, — tal vez no tendría más de diez y ocho años, — esbelta y graciosa. Hasta muy poco tiempo antes parecía la alegría misma, con su sonrisa constante, con la alegría propia de la juventud. Pero últimamente los que la conocían la habían notado preocupada, casi triste; y aquella noche, mientras jugaba, casi parecía otra persona distinta.

Debajo del color bronceado de su tez tostada por el sol de las praderas, su rostro se hallaba lívido; sus labios habían perdido su color y sus ojos tenían una expresión de desesperación. Al sacar algún dinero del bolsillo de su corta pollera de montar, los que observaban el juego pudieron ver que su mano, blanca y pequeña, temblaba.

Las puertas de la taberna se abrieron en esos momentos, pasando al interior dos nuevos clientes. Ambos eran de rostro cur-

tido y su vestimenta hacía ver que se trataba de prósperos ranchers. Grandes revólvers colgaban de sus cintos, y sus sombreros se hallaban adornados de rojo y plata. Vestían rojas camisas de caza, abiertas al cuello, y al caminar, lo hacían acompañados del ruido de las rodajas de sus espuelas.

Uno de ellos llevaba el rostro todo afeitado y, aparte de poseer un rostro que revelaba disposición alegre y humorístico temperamento, era un tipo suficientemente común. Pero su compañero era un tipo de hombre al cual uno habría observado por segunda vez, más progundamente.

Tenía ensortijado el cabello y lo llevaba tan largo que le caía por debajo de las alas del amplio sombrero, hasta los hombros; usaba una barbita pequeña y en punta; sus ojos vivaces y claros miraban por debajo de dos cejas bien dibujadas. Su rostro bronceado anunciaba determinación, era tal vez un poco austero, pero sus ojos eran vivaces y bondadosos.

Después de haber tomado una copa junto al mostrador, los dos recién llegados miraron en redor suyo, como buscando alguna nueva forma de diversión. Los forasteros eran cosa común en La Tierra, de manera que los concurrentes no les prestaron mayor atención. Pasearon un momento por entre las mesas de juego, detuviéronse junto a una para observar una partida interesante y luego se acercaron a la mesa de la ruleta.

—¡Ruleta, Johny! — exclamó el de la barba. — ¡Calculo que hace una infinidad de tiempo desde la última vez que jugué. ¡Mira! ¡Mira [illegible] niña, allí! ¡Mucho temo que este [illegible] el más apropiado ni el juego [illegible] mejor para una criatura como [illegible]

—¡Soy de la misma opinión, Bill! — respondió el otro. — Y según las apariencias, está perdiendo, y bastante.

Aproximáronse ambos a la mesa de ruleta, y el de la barba apostó algunos dólares, descuidadamente, sobre la línea divisoria de las casillas veinte y veintiuno, y su compañero hizo lo mismo con un solo dólar. Inclinó Alvarez la cabeza, sonriendo.

—¡Hagan su juego, señores! — exclamó. — ¡Haga su juego, señorita!

La muchacha vaciló durante unos minutos, eligiendo, al fin, el número 35. Alvarez hizo funcionar la rueda de la ruleta y luego dejó caer la bola, que comenzó a saltar por sobre las casilleros metálicos, como eligiendo aquel más de su gusto para descansar en él.

La bolilla cayó en la casilla 21. La muchacha lanzó un suspiro al observar que Alvarez retiraba el dinero de su apuesta. El de la barba y su compañero recibieron el dinero ganado, así como un cowboy que había jugado al mismo número que ellos a último momento.

Los recién llegados no parecían muy inclinados a continuar el juego. Evidentemente, habían sólo jugado por jugar, por divertirse. Al repetir el mejicano su llamado para que hicieran juego, no parecieron inclinados a responder, sino que permanecieron en actitud de observar.

Los vivaces ojos del hombre de la barbita se hallaban fijos en el pálido rostro de Maisie Stuart, que sacaba más dinero del bolsillo. Leía en los ojos de la muchacha una profunda desesperación, horror casi, y se preguntaba qué habría impulsado a aquella niña a venir a tal lugar y a jugar. No podía admitir la idea de que la muchacha era un jugadora habitual.

Esta vez, la muchacha cambió su método de juego. En lugar de jugar al treinta y cinco, cubrió una cierta combinación de números que no lo incluía, apostando a ella cincuenta dólares. Y fué esta vez precisamente el 35 el ganador.

Lanzando un gemido, la muchacha se recostó en su silla, y sus ojos muy abiertos observaban la paleta del mejicano al retirar los billetes de la apuesta, como en una horrible fascinación.

El desconocido de la barbita se inclinó hacia ella.

—¿Por qué no lo piensa mejor y deja de jugar, señorita? — dijo, en voz baja, si bien no lo bastante para no ser oído por el mejicano.

Como un relámpago, Alvarez se volvió hacia él.

—Le agradecería, señor, que se ocupara de sus propios negocios, — dijo con sequedad. — Si la señorita desea divertirse, es cuenta de ella elegir como lo hace. ¡Y su suerte ha de cambiar... bien pronto!

El de la barbita se encogió de hombros: su entrecejo se frunció al encontrarse su mirada con la de Alvarez.

—Si no es tonta, dejará de jugar, — respondió friamente.

—¡Sí! ¡Voy a retirarme! — dijo ella, con voz sorda. — ¡Ya he perdido bastante!

—Entonces es que la señorita tiene cola de paja, — dijo Alvarez, con sarcástico tono. Y no podría haber hecho nada mejor para evitar que el pájaro, al que evidentemente estaba desplumando, se le escapara.

Y sus palabras dieron el resultado apetecido. Picado su amor propio, la muchacha enrojeció y rehusóse a abandonar el asiento, disponiéndose a continuar jugando.

—¡Hagan su juego, señores! — repitió, una vez más, Alvarez, lanzando al de la barbita una mirada mitad despectiva, mitad triunfante.

Maisie Stuart hizo un esfuerzo desesperado para recobrar su perdido dinero, "empapelando" por así decirlo, la mesa con billetes. Los que miraban contuvieron la respiración, estimando que arriesgaba unos dos mil dólares en una sola jugada.

Respiraba la muchacha afanosamente, y sus manos temblaban. Se reclinó en su silla y esperó. Dos de los espectadores apostaron alguna cosa, y Alfonso Alvarez hizo girar la rueda.

—¡Cero! — exclamó el mejicano, al caer la bolilla en la casilla marcada con aquella cifra. — ¡Gana la banca!

Durante algunos minutos, Maisie Stuart pareció no haberse dado cuenta de lo que había acontecido. Su mirada, clavada en las manos del banquero, seguía todos los movimientos de éstas, al retirar el dinero de las apuestas. Luego apoyó una mano so-

bre su pecho, como si quisiera contener su corazón, pronto a estallar; su rostro se hallaba blanco como un papel. Se levantó tambaleándose y se dirigió, caminando como en un ensueño, a la puerta de la taberna.

El hombre de la barbita la miró irse; vaciló un momento, y luego la siguió. Su compañero fué detrás de él. Al salir a la calle vieron a la muchacha perderse entre las sombras de un edificio contiguo a la taberna, que sobresalía un tanto hacia la calle de la línea de edificación de esta última. El desconocido de la barbita apresuró el paso y, al legar al punto aquel donde ella había desaprecido, su compañero lo vió saltar con la velocidad del relámpago. Y al llegar él también a aquel punto, vió que su compañero luchaba con la muchacha por arrebatar a ésta un revólver que sostenía en su mano. Repentinamente, el revólver cayó sobre las piedras.

—¡Me esperaba esto, niña! — dijo el desconocido, que recogió el revólver, guardándolo en el bolsillo. — ¡Y me alegro de haber llegado a tiempo!

Lo miró ella, con sus manecitas cerradas y sus ojos brillantes de ira, si bien el brillo estaba un tanto velado por las lágrimas.

—¿Por qué me ha detenido usted? — preguntó, rompiendo súbitamente a llorar. — ¡He sido una estúpida! ¡Una estúpida!

—Tal vez las cosas no estén tan mal como a usted le parece, señorita, — intervino el hombre de la barbilla.

—¡Ustedes no entienden! — respondió ella, secándose las lágrimas y mirando alternativamente a ambos desconocidos. — ¡El dinero que he perdido no era mío!

—¡Jum! — murmuró el de la barbita. — ¡Eso es grave! ¡Oiga! ¿Por qué no nos dice usted toda la verdad?

—¿Y para qué? — preguntó ella. — De tods modos nadie me puede ayudar...

—No esté tan segura de eso, — respondió su interlocutor. — Para empezar, el mejicano, que se parece un pillastre, no debía de haber dejado jugar a una niña de su edad. Tengo la seguridad que se proponía desplumarla a usted por completo. Pero eso puede esperar. Por el momento me interesaría saber por qué fué usted allí y jugó tan desesperadamente, a pesar de que me crea demasiado curioso.

La muchacha lo contempló durante varios segundos en silencio, y debe haber visto en el rostro y en los ojos del desconocido algo que la tranquilizó, porque, lanzando un suspiro, dijo:

—Creo que quiere usted ser mi amigo, y se lo agradezco infinitamente. Pero no veo qué es lo que usted puede hacer por mí. Ahora comprendo lo loca y lo tonta que he sido, pero...pero lo hice por qué...porque esperaba poder salvar a mi padre. Muchas veces, cuando iba a algún baile en la taberna, he jugado algunos dólares por diversión, y ni una sola vez perdí.

A trozos, la triste relación de la muchacha llegó a oídos de los dos desconocidos. La salud de su padre había decaido mucho, así como su negocio, debido a una larga crisis financiera por la que parecía atravesar el pueblo. Por otro lado, varios negocios desgraciados lo habían llevado a un punto en que sólo un milagro podría salvarlo de la ruina.

—Mi padre está tan enfermo que, durante los tres días pasados, no ha podido dejar el lecho, — continuó la muchacha. — En consecuencia, me hice yo cargo del negocio. No tengo madre, y soy yo quien atiende la casa. Mi padre tenía necesidad imprescindible de tener el viernes, a cuatro días de hoy, tres mil dólares, para levantar algunos pagarés y pagar ciertas cuentas. De lo contrario, nuestras mercaderías y hasta nuestra casa serán confiscadas para pagar con ellas y nos veríamos sin un techo debajo del cual cobijarnos.

Hizo una pausa, y luego, en voz máss lenta, continuó:

—En esto pensé toda la mañana. Recordé luego la ruleta, lo afortunada que había sido cuando jugué, tres o cuatro veces, por pasatiempo. ¡En la caja de hierro de papá habían quinientos dólares! Al principio no me resolví a jugar, a arriesgar todo lo que teníamos. Pero la idea volvió a mi mente, una y otra vez, y no me podía librar de ella. Por otro lado, no había la menor probabilidad de que pudiéramos hallar los dos mil quinientos más que necesitábamos para el viernes. Entonces... usted ha visto lo que pasó. Perdí hasta el último centavo.

Su voz pareció quebrarse y comenzó a sollozar.

—¡No me atrevo a presentarme ante mi padre y decirle lo que ha pasado! ¿Por qué no dejó que me matara?

—¡Tonterías, hija mía! — respondió el desconocido con bondad, colocando su mano en el hombro de la muchacha. — Me parece, — continuó, con voz de timbre duro, metálico, desapareciendo de sus labios la voy a enseñar al amigo Alvarez a dejar quietos a los niños y dedicarse a desplumar a los hombres que tienen suficiente cabeza para saber lo que hacen. Voy a recuperar ese dinero para usted, niña.

—Pero, ¿cómo?

—Todavía no lo sé, — respondió el desconocido de la barbita, sonriendo. — Pero ya veremos; lo que sí se es que se hará así. Ahora vaya usted a su casa y no se preocupe. Su papá tendrá el dinero que él precise en el momento que lo necesite.

—Si eso fuera posible! — murmuró ella, incrédula, — Yo...

—No se inquiete, hija mía, — insistió él. — Tiene usted la palabra de Buffalo Bill.

—¡Cómo! ¿Qué? — dijo ella, aferrándose al brazo de Johny. — ¿Qué dice?

Rió Johny, al ver el asombro de la muchacha.

—¡Seguro! — lanzando una carcajada. — ¡Este es Buffalo Bill! Es mejor que haga lo que él le diga. Vaya a su casa y no se inquiete. Cuando Buffalo Bill dice que va a hacer una cosa...la hace, y no hay más que hablar!

CAPITULO II

EL DESAFIO DE BUFFALO BILL — JUEGO SUCIO

WILLIAM CODY se detuvo un momento junto a la yegua, Kitty, cuyo pescuezo comenzó a acariciar. La yegua se hallaba atada a la barandilla que se levantaba frente a la puerta de la taberna. Luego, acompañado del fiel e inseparable Johnny, entró de nuevo en el salón de Alvarez.

Alvarez se sentía satisfecho de sí mismo; había abandonado la banca de la ruleta, y, junto al mostrador, bebía una copa, rodeado de algunos de sus amigotes, a los que había invitado, y entre los cuales había un mestizo a quien llamaba él Pedro.

—La señorita estuvo hoy terriblemente desgraciada en el juego, — decía al aproximarse Bill y su camarada. — Tal vez, si el dicho no miente, debe ser afortunada en amores. ¡Es curioso, cómo trata la suerte a las gentes! Un día las favorece y al día siguiente las abandona. ¡Con tal de que no se le ocurra hacerlo así conmigo! Por el momento no tengo de qué quejarme.

Bill Cody y Johnny pidieron una copa de licor cada uno, a pesar de que no tenían ni la más mínima gana de beber y escucharon.

—¡Con todos los juegos pasa lo mismo,— se pavoneaba el señor Alfonso Alvarez. — Sea poker, sea faro, con cartas; o sea ruleta, siempre salgo yo bien parado. Algunos de ustedes tal vez recuerden todavía la carrera que tuve con Smedley, el rancher aquél. Dos millas eran, su caballo contra el mío, el mejor que he poseído. Y si bien perdí mi montura mientras corría las cien últimas yardas y él iba delante, le gané al final por diez cuerpos.

Rió Búffalo Bill. Que había en su risa un tono altamente despectivo, nadie lo hubiera podido dudar. A su risa siguió el más profundo silencio. El grupo que rodeaba al mejicano se volvió, apartándose, de manera que éste y Bill Cody se hallaran cara a cara. El mozo del mostrador, los del grupo, los jugadores, en una palabra: todos los que oyeron la risa fijaron sus ojos en Búffalo Bill con asombro. El rostro del señor Alvorez se había puesto lívido y los ojos le echaban chispas.

—¿Puedo preguntar al señor, — dijo con un tono deliberadamente cortés, pero frío y lleno de amenazas, — si se ha reído de mí?

Búffalo Bill se encogió de hombros. Conservaba su perfecta calma y en sus labios brillaba una traviesa sonrisa.

—No pude contener la risa, señor, — dijo Búffalo, sonriendo. — Porque...

—¿Sí? — dijo el otro al ver que Búffalo se callaba, bajando su mano derecha hasta la cadera, con sugestivo ademán.

—Porque, — respondió Cody con un nuevo movimiento de hombros, — me estaba preguntando si el animal del otro corredor sería caballo o burro..

Respiró largamente el mejicano, y su respiración produjo un curioso silbido. Durante un momento permaneció inmóvil, estupefacto, ante el increíble hecho de que alguien pudiera dirigirle tal insulto.

Su revólver salió del cinto como un relámpago, pero no llegó a alzarlo del todo.

—¡Yo tendría más cuidado en su lugar, Alvarez, — dijo Johnny Baker, que apuntaba al pecho del mejicano con su revólver.

—¡Usted tendrá que pedirme disculpa por esto, señor! — aulló el mejicano, poniendo de nuevo el arma en el cinto.

—No tengo nada de qué pedir disculpa, — replicó Bill, serenamente. — Me disgusta ver a un hombre dar gran importancia a una tontería y jactarse de ella.

—¡Caramba! — exclamó Alvarez. — ¿De manera que el señor cree que yo me estaba jactando? ¿No?

—¡Claro Si usted puede probar que no lo hacía, entonces sí que no tendría más remedio que pedirle a usted disculpa, — respondió Bill.

—¡Y lo hará usted! ¡Por mi vida que lo hará usted! — rugió colérico el mejicano. — Correré contra usted; correré con un caballo que tengo contra cualquier animal que usted tenga, por dos millas y mil dólares de apuesta.

—No, — respondió Cody, meneando negativamente la cabeza.

—¡Ah! ¿El señor no puede apostar tanto dinero? — replicó el mejicano, sarcásticamente.

—¡Por lo contrario! dijo el explorador. — Es que mil dólares no me valen la pena, amigo mío.

—¿Entonces ...por cuánto apuesta?

—Por tres mil.

Durante un momento el mejicano vaciló Luego, dando un puñetazo sobre el mostrador, gritó:

—¡Aceptado!

Sin responder, Bill asintió con la cabeza, se dirigió hacia la puerta, salió y un momento después regresaba, haciendo entrar al salón a la fiel Kitty.

—Este es mi caballo, — dijo. — No creo que me sea necesario ver al suyo, pero insisto en que el dinero de la apuesta sea depositado en manos responsabls. Mi dinero estará aquí dentro de veinte minutos.

—Tendré mucho placer en actuar de receptor de las apuestas. — exclamó un hombre, ya entrado en años, bien vestido y de aspecto educado, poniéndose en pie de una silla junto a una mesa adyacente, desde donde había presenciado toda la escena.

—¡El señor John P. Ryan, fundador y director del Banco de La Tierra! — dijo un hombre de aspecto de rancher rico que se hallaba junto con él.

El banquero se inclinó, saludando. Respondiendo al saludo, Bill entregó a Johny un llavero, diciendo:

—¡Vé por el dinero, Johny, y regresa tan pronto como puedas!

—¡Segura! — exclamó Johny, desapare

ciendo. Un momento después, se oían, afuera, las pisadas de los cascos de su caballo, al alejarse a toda carrera.

Kitty, con la cabeza levantada, olfateaba el aire y sus cascos se movían impacientes. Como buena dama, parecía no hallarse muy a gusto en la atmósfera saturada de humo de tabaco del salón.

Los ojos del señor Alvarez no dejaban de mirar al animal, al que apreciaba en todos sus detalles. Buen conocedor de caballos, entre otras cosas, el mejicano estimó que tal vez Kitty estaba un tanto gorda. Una sonrisa de confianza pasó por sus labios.

—Naturalmente, — dijo, — es condición esencial que usted corra con el caballo que presenta y no con otro.

—No tengo el menor inconveniente en ello, — respondió Bill Cody, — ya que es mi intención precisamente correr con este animal.

De nuevo sonrió el señor Alvarez. Aquel caballo no era muy bien plantado. En sus establos tenía él uno en el cual confiaba que dejaría lejos a la yegua cuando se tratara de velocidad y de distancia relativamente cortas.

—Entonces, — dijo Alvarez, — mañana...

—No; mañana no, si es lo mismo para usted, señor, — interrumpió Cody, — pues lo tengo todo preparado para ofrecer dos representaciones. Parado mañana me conviene mejor, si le conviene a usted también.

—¿Representaciones? — inquirió el mejicano, con sorpresa. — ¿Entonces? ¡Caramba! ¡Usted es!...

—Guillermo Cody más conocido por el apodo de Búffalo Bill, — respondió éste, con toda tranquilidad.

—¡Ah! ¡El artista del circo!

La expresión que apareció en el rostro del señor Alvarez indicó claramente que no sólo había oído hablar de Búffalo Bill, sino que conocía la reputación del explorador como jinete. Sintió un loco deseo de cancelar su compromiso, pero, lanzando de nuevo una mirada a Kitty y recordando su propio caballo, decidió no desistir.

El anuncio de la identidad del desconocido había causado algo así como una revolución en el salón. Los cowboys, a lo menos, lo contemplaban como se contempla a un héroe, pues lo era en realidad, a Bill Cody, y lo rodearon, ansiosos todos ellos de estrechar su mano e invitarlo a beber una copa.

Pero a Kitty no le hizo gracia aquella revolución, y demostró tan plenamente su impaciencia y disgusto, que Bill se vió obligado a sacarla a la calle y atarla al palanque.

Regresó y sonriendo, apartó a los cowboys que lo rodeaban.

—Supongo que las intenciones de ustedes son buenas, muchachos, pero aún cuando me gustaría beber no querría nadar en ese vil aguardiente que Alvarez vende por whisky. Y no otra cosa me pasaría si aceptase todas las invitaciones de ustedes. Pero para demostrar a ustedes lo que aprecio estas manifestaciones de amistad en lo que valen, soy yo quien invito a todos ustedes a una sola vuelta.

Este arreglo pareció ser del agrado de todo el mundo. En medio de los brindis y las bromas que se cruzabn entre los invitados, llegó Johny con los tres mil dólares de la apuesta, que entregó a Cody. Este, a su vez, los entregó al banquero y Alvarez algo de mala gana, entregó una suma igual. El banquero hizo dos recibos del dinero, que entregó a ambos contrincantes.

—¿Entonces, — dijo Cody, dirigiéndose a Alvarez, — ¿nos encontraremos aquí, con nuestros caballos, al salir el sol, pasado mañana?

—Sí, señor, — respondió Alvarez en español, distraídamente. Luego agregó en inglés: — ¡Sí! ¡Y he de vencerlo, señor Cody!

Por toda respuesta Bill sonrió, haciendo un movimiento indiferente de hombros, y salió del salón seguido de los cowboys, que lo ovacionaron, disparando sus revólvers, regresando luego al salón.

Todos los esfuerzos que se hicieron para llevar de nuevo a Alvarez a la mesa de la ruleta fueron vanos. El tabernero estaba demasiado preocupado, y poco después se retiró a una pequeña habitación situada detrás del mostrador. Poco antes de que los últimos clientes se retiraran, hizo decir, por el mozo, a Pedro el mestizo, que se quedara.

—No tenía yo la menor idea de quién podía ser él cuando hice la apuesta, Pedro, — dijo el señor Alvarez a su compinche, cuando se hallaron los dos en la pequeña trastienda, a puertas cerradas. — Mi caballo, Satán, tiene que ser más veloz y más resistente que el suyo. Pero tú dices que ese Cody es un verdadero demonio cuando está en la silla, y con un hombre así cualquier caballo es bueno. ¡No me agrada la idea de perder tres mil dólares!

Los ojos astutos del mestizo encontráronse con la mirada de su amo, y sonrió.

—El caballo puede ser reconocido entre veinte por la mancha blanca que tiene en la frente, señor, — respondió.

—Y un pequeño pinchazo en un garrón... — murmuró Alfonso Alvarez, que agregó luego: — Doscientos dólares, Pedro. ¿Qué dices?

—¡Hay muchos peligros! — respondió el mestizo. — Si el señor dijera quinientos, tal vez hubiera una posibilidad de que el caballo estuviera demasiado rengo para correr y...

—Convenido, — dijo Alvarez, asintiendo.

Diez minutos más tarde, el mestizo salía por una puerta lateral de la taberna, perdiéndose en la oscuridad, llevando escondido debajo de su saco un martillo.

Avanzó cautelosamente por entre las sombras de la noche, por la población dormida, en dirección hacia donde se hallaban los vehículos del circo de Búffalo Bill. Al llegar a la vista de ellos, se dejó caer al suelo cuan-largo era, avanzando luego arrastrándose a la manera de los pieles rojas, hasta llegar cerca de los grandes carros.

Todo se hallaba sumido en profundo silencio y en la más perfecta calma; envalentonándose, el mestizo avanzó y descu-

brió pronto dónde se hallaban los más valiosos caballos del circo. Estaban en un corralito preparado al efecto, rodeado de gruesa tela, para resguardar a los animales del viento nocturno que, muchas veces, era frío como el hielo, por más tropical que fuera la atmósfera durante el día.

Dentro del corral reinaba profunda oscuridad. El mestizo encendió un fósforo y lanzó un gruñido de satisfacción, pues el primer caballo que vió fué, precisamente, Kitty.

Rápidamente se dejó caer de rodillas junto al animal, cuidando de colcarse en forma que las patas de la yegua no lo alcanzaran. Levantó el martillo, preparándose a descargar un terrible golpe en la pata de la yegua. Pero el martillo no volvió a bajar.

Algo cayó sobre la cabeza de Pedro, atontándolo inmediatamente. Un cuerpo pesado que saltó de detrás de unos cajones apilados a un lado, lo lanzó contra el suelo, de espaldas. Simultáneamente aparecieron luces como por encanto, y el canalla, que recobraba sus sentidos, lanzó un grito de terror al ver sobre su rostro otro rostro rojo, que él tomó por el demonio salido de los profundos infiernos.

Pero no se trataba de un diablo, sino de un hombre. Era Toro Solitario, el fiel jefe siux que formaba parte del personal del circo de Búffalo Bill. El indio era quien le había dado el golpe en la cabeza al mestizo, con la parte plana de su tomahawk.

—¡Oh! — exclamó el indio. — ¡Ya lo tengo, Búffalo! ¿Le saco la cabellera?

—¡No, no! ¡Espera, terrible jefe! — replicó Bill, avanzando con un farol en la mano, seguido de Johny. — ¡Ah! ¡Es el mestizo aquel! Ya me parecía que algo por el estilo iba a suceder, cuando el mejicano estipuló que había yo de montar un caballo determinado. ¡Atalo, Johny, que por la mañana nos ocuparemos de él!

* * * *

LAS alegres notas de una marcha militar que tocaba una banda de músicos, y el ruido ensordecedor del bombo llevado por Hank, el cowboy de peso pesado, rompieron la monotonía del pueblo, a la mañana siguiente, al pasearse por la calle principal y única del pueblo, el desfile del circo de Búffalo Bill.

La enorme carpa de lona en la que habían de celebrase las funciones había sido levantada ya, y puesta en condiciones. La función estaba anunciada para comenzar a las dos y media de aquella tarde.

A la cabeza de la procesión avanzaba Hank, golpeando con todas sus fuerzas en el bombo; detrás iba Cody, montado en Kitty, y le seguía el grupo de cowboys del circo. Luego, se veía la diligencia, vieja y acribillada a balazos que en el circo era asaltada por los indios, y cerraba la marcha el austero jefe siux, Toro Solitario, a la cabeza de sus numerosos y bravos guerreros.

La totalidad de los mineros de la mina de plata cercana del pueblo y la mayoría de los rancheros de las cercanías, habían suspendido el trabajo, declarando como día de fiesta aquel día, y se hallaban a ambos lados de la calle principal contemplando el paso de la comitiva. Todos, como es natural, iban a ser aquella tarde espectadores de la función del circo.

Aplaudieron a Búffalo Bill al pasar éste, estudiaron con no disimulado interés la vieja diligencia y observaron cuidadosamente al jefe indio. Luego, un verdadero aullido de risa atronó el aire, al observar los espectadores la cola de la procesión.

Se trataba de una jaula como las que se emplea en los circos para el transporte de animales salvajes; estaba colocada sobre cuatro ruedas y era tirada por dos caballos. A un lado de la jaula, al frente, se veía un letrero que decía:

HOMBRE SALVAJE LEGITIMO, CAZADO POR LOBO SOLITARIO

No tocarlo, que muerde

Dentro de la jaula, sentado en una silla y atado a ella, estaba algo de extraordinaria apariencia. A primera vista, los espectadores vieron que era un hombre. Luego, mirado con más cuidado, vieron que se hallaba alquitranado y emplumado. Sólo se le veía el rostro. A poco, no sin grandes esfuerzos, reconcieron en él al mestizo Pedro.

La jaula pasó, y los curiosos vieron un nuevo letrero, colocado en la parte de atrás, y comprendieron. Este letrero decía así:

INTENTÓ MANCAR TRAIDORAMENTE A MI CABALLO. NO HAY MAS QUE DECIR

W. F. Cody

Los mineros y los hombres de las praderas, sobre todo en aquellos lejanos tiempos, eran hombres que, fueran las que fueran sus faltas, amaban sobre todo el juego limpio. La risa se trocó, al leer el segundo cartel firmado por Cody, en una verdadera tempestad de aullidos, de improperios e imprecaciones. Algunos, formando un numeroso grupo, avanzó hacia la jaula.

—¡Que lo linchen, por canalla! ¡Linchémoslo! — gritaron.

Búfaflo Bill, que los oyó, retrocedió a todo correr de su caballo, llegando junto a la jaula en momentos en que la jaula se detenía frente al salón de Alvarez.

—¡Un momento, amigos míos, un momento! — dijo Bill Cody. — ¡No le hagan más daño, que ya ha recibido su merecido! ¡Sólo resta ahora devolvérselo a su patrón!

A una señal de Búfalo Hank, que había abandonado su bombo, junto con Johny, entraron en la jaula y desataron a Pedro que se hallaba medio muerto de terror, a consecuencia de los gritos del público y de un trompazo. Johny lanzó al mestizo fuera

de la jaula, a la calle. Y antes de que el infeliz Pedro hubiese podido levantarse Hank, sin fijarse en el alquitrán que lo cubría, se lanzó sobre él y lo levantó por sobre encima de su cabeza como si fuera un muñeco.

Así llevó el cobwoy al mestizo hasta la puerta del salón. Quiso la suerte que en aquel momento saliera Alvarez, inmaculadamente vestido, a presenciar el paso de la procesión.

—¡Devuelto! — gritó Hank. — ¡Y muchas gracias!

Y lanzó a Pedro como un proyectil contra el mejicano.

Durante un momento, los brazos alquitranados de Pedro rodearon el cuello del señor Alvarez; pero el choque de los dos cuerpos había sido tan fuerte, que el mejicano no pudo resistirlo y retrocedió, chocando a su vez, contra la puerta del salón. Como esta fuerta era como todas las de las tabernas del Oeste, es decir, de doble movimento ode vaivén, de las que tanto se abren hacia afuera como hacia adentro, al apoyarse los dos cuerpos contra ellas, cedieron, y tanto el señor Alvarez como Pedro, su infortunado compinche, cayeron rodando hacia el interior.

Los mejicanos que se hallaban entre los espectadores, no parecieron recibir con muy buen talante aquel acto contra su compatriota, pero no hicieron ni el más mínimo ademán. Los ranchers, vaqueros y mineros del pueblo no parecían hallarse de muy buen humor. Por otro lado, la compañía de Cody era numerosa, sin contar con los guerreros siux, armados todos ellos con sus armas nativas.

Alvarez tuvo la buena idea de cerrar la puerta tan pronto se puso de pie, sin intentar vengarse. Pero, así y todo, la puerta del salón hubiera saltado en mil pedazos a no impedirlo la intervención que Cody, que en cuanto pudo dominar su risa, pidió que tuvieran calma.

—¡Haya paz, amigos míos, haya paz! — dijo. — El mejor medio de castigar a los tramposos de esa clase es ganarles el dinero. Y eso es lo que voy a tratar de hacer mañana.

CAPITULO III

LA CARRERA Y DESPUES

LA extraordinaria puntería que Búffalo Bill había puesto de manifiesto durante las representaciones del circo y, en general, todo el espectáculo, tuvieron en La Tierra un éxito clamoroso. Pero la carrera combinada entre él y Alfonso Alvarez, era el acontecimento que se esperaba con mayor interés.

A la salida del sol, la mañana convenida, los mineros, cowboys y en general, todos los habitantes del pueblo y ranchs cercanos, se habían congregado en la pradera cerca del sitio donde se hallaba el circo de Búffalo Bill. Algunos de los concurrentes se habían presentado a caballo, a fin de poder seguir de cerca el desarrollo de la prueba. Otros habían tomado ubicación junto a un pequeño poste clavado en tierra que marcaba la mitad de la distancia. Algunos otros, contentándose con saber los primeros quien ganaba, habían buscado sitio junto al poste que marcaba la meta.

La atmósfera estaba verdaderamente electrizada, cargada de nerviosidad. Los mejicanos habitantes de La Tierra y las cercanías, se hallaban prontos a apoyar a su compatriota, y las apuestas con los cowboys, mineros y ranchers del pueblo se cruzaban sin cesar.

Cerca del punto de partida, Búffalo Bill montado en Kitty y acompañado por la mayoría de su gente, en la cual podía verse a Toro Solitario y numerosos guerreros siux, esperaba la llegada de su adversario.

Apareció éste al fin, algo retardado, pues Alvarez había vacilado hasta el último momento en concurrir o no a la cita.

Apareció acompañado de todos sus compinches y secuaces, montando su famoso Satán, que era en verdad, un caballo de admirable estampa. Era un animal de dos años veloz resistente, delgado y ágil. Junto a él Kitty parecía aún más gorda y pesada de lo que, dos días antes, el mejicano la había jugado. Al observar este contraste, Alvarez no pudo menos que sonreir, adquiriendo la confianza que hasta último momento le había fallado.

La señal de largada debía ser un tiro de revólver, y John P. Ryan, el banquero del pueblo y depositario de las apuestas, había sido el comisionado de dispararlo. Colocado junto a un tercer poste, que marcaba el punto de partida, tenía en su mano un revólver.

—¡Apróntense! — gritó el banquero, con voz fuerte.

Búffalo se acercó en seguida a la raya. Pero el mejicano perdió aún cerca de cinco minutos, examinando con sumo cuidado todos los detalles de su montura.

Decidióse al fin a montar y se acercó lentamente a la raya. Un momento de intensa espera, de profundo silencio. De pronto se oyó el estampido de un disparo de revólver.

Un segundo después, el caballo del mejicano había partido como una exhalación, dejando a Kitty y Cody a más de una docena de cuerpos atrás. Alvarez sabía que su caballo, cuando había adquirido una velocidad determinada en la carrera, la sostenía invariablemente, sin disminuir, y no tuvo piedad alguna en castigar al animal y espolearlo para hacérsela aumentar. El caballo, loco de dolor, corrió con toda la velocidad de que era capaz.

Así llegó a la primera milla, llevando una ventaja de unos doce metros.

El mejicano parecía tener la carrera ganada y sus compatriotas, que ya descontaban el triunfo, se hallaban muy contentos. Cien yardas más, y...

Los espectadores comenzaron a perder interés en la carrera. El fin esta previsto.

Pero de pronto, Cody comenzó a correr. Se había inclinado sobre la silla, apoyándose casi sobre el cuello de su fiel Kitty.

exclamación de asombro partió de los labios de los espectadores. En menos de dos segundos cien yardas después de la milla, Kitty se había puesto a la par de Satán.

Al observar esto, Alvarez experimentó un miedo terrible de perder. Levantó el látigo y lo dejó caer una y otra vez sobre el cuello y sobre las ancas dl animal, al que continuaba espoleando con todas sus fuerzas. Del vientre del pobre Satán caía sangre en gruesas gotas al polvo de la pista. Por lo contrario, Kitty corría sin sudar siquiera.

A doscientos cincuenta metros de la meta iban ambos caballos cabeza con cabeza. Búffalo tocó ligeramente con la punta de su látigo una de las orejas de su caballo, por primera vez desde que comenzó la carrera. El resultado fué que el mejicano perdió inmediatamente de vista a su adversario, que cruzó la llegada a unad ocena de cuerpos delante de él.

Si las miradas pudieran causar la muerte, el explorador hubiera perdido su vida allí mismo. El mejicano, avanzó lentamente en su caballo cubierto de sudor y de sangre y dijo, lentamente, con voz en la que vibraba la más reconcentrada furia.

—¡Gana usted! ¡Pero no se olvide, Bill Cody, que "al freir será el reir", según dice el refrán.

No había acabado el mejicano de pronunciar estas palabras, cuando comenzaron a llegar, atronando el aire con sus gritos, los que se habían quedado junto a la línea de partida y los que presenciaron la carrera desde lo largo de la pista. Entre ellos, en una pequeña "charrette", llegó también el señor John P. Ryan, el banquero, que procedió de inmediato a entregar al vencedor la suma de seis mil dólares de que era depositario. Al ver lo cual, Alvarez casi se cayó de la silla, de desesperación.

* * * *

AQUELLA misma noche tuvo lugar una escena emocionante dentro de su sencillez, en casa de Joseph Stuart. El viejo mercader se hallaba un poco mejor de su dolencia, y se había levantado. Hallábase sentado en el confortable saloncito situado detrás de su tienda.

Del otro lado de la mesa, se hallaba sentada Maisie, su hija, frente a Búffalo Bill y al sonriente Johny. Búffalo Bill había colocado frente a la muchacha treinta billetes de cien dólares, los mismos que había recibido aquella mañana de manos del banquero, y con su ruda mano trataba de impedir que tanto el mercader, como su hija, protestaran.

Una lágrima rodó en silencio por el arrugado rostro del viejo comerciante al estrechar las manos de ambos hombres. Había sido durante tanto tiempo víctima de la mala suerte que en el momento de recibir tal bondad de un perfecto extraño, apenas si podía hablar de emoción.

—¡Que Dios los bendiga a ustedes dos! — murmuró. — Esto nos permitirá comenzar de nuevo, a mi hija y a mí, por más que es casi abusar de ustedes el tomar ese dinero.

—¡Bah! ¡No se preocupa usted, amigo mío! — dijo Cody. — Ese dinero lo gané yo con el determinado propósito de que fuera suyo.

Maisie insistió en que los dos se quedaran a cenar con ellos, y la sobremesa les resultó tan entretenida que era ya bastante tarde cuando se retiraron, acompañados hasta la puerta por la muchacha.

Al separarse, Maistie estrechó durante unos segundos la mano de Cody entre las suyas.

—¡Mietras vivamos hemos de bendecir el nombre de Búffalo Bill! — murmuró la muchacha, sin poder contener sus lágrimas de agradecimiento.

En silencio, Cody levantó la barbilla de la niña y la miró a los ojos un momento. Luego apoyó sus labios en la frente de Maisie, dejando en ella un beso paternal.

Ya en la calle, Búffalo Bill y Johny tomaron el camino del circo. Todo estaba sumido en la más profunda oscuridad. Hasta la luna, que parecía negarse a presenciar lo que se tramaba, se había ocultado detrás de las nubes. Fué por esto que, cuando Búffalo y Johny se vieron frente a frente al peligro, fueron tomados en situación desventajosa para ellos.

Habían llegado frente al edidicio que se hallaba un tanto más adentro de la línea de edificación, al sitio mismo donde, dos días antes Maisie Stuar había intentado quitarse la vida, cuando, sin la menor señal que los hubiera podido advertir del peligro, se hallaron ambos rodeados de una docena de hombres. Un segundo después, entre ellos y Búffalo Bill y Johny se había trabado una lucha desesperada.

Un golpe en la cabeza, dado, evidentemente, con una bolsita de arena atada a una coga, hizo rodar por tierra a Búffalo Bill. Y aún cuando Johny consiguió lanzar al suelo a uno de los asaltantes con la mandíbula fuera de lugar su turno le llegó un momento después.

CAPITULO IV

ESTAQUEADOS EN LA PRADERA

CUANDO Búffalo Bill recobró el conocimiento, su primera impresión fué que tenía la cabeza abierta en dos pedazos. Le dolía terriblemente, y le hacía el efecto de tener una pesada plancha de plomo sobre la cabeza. Hizo ademán de llevarse la mano hacia la parte dolorida, comprobando, con sorpresa, que no podía mover el brazo.

Se hallaba, tendido cuan largo era, estaqueado, sobre una arena seca, amarlila. Sus brazos y piernas se hallaban atadas a pequeñas estacas clavadas en la arena. Y, al hacer un esfuerzo, tentando libertarse, se dijo que conseguirlo sin ayuda de nadie, sería una imposibilidad. Volviendo la cabeza, Bill observó que, a pocos pasos de él, se hallaba Johny en condiciones iguales a las suyas. No mucho más lejos podía ver el fuego de un campamento, el que, sin duda alguna, debía de haber sido encendido por sus enemi-

gos, los que, a juzgar por ese mismo fuego no debían haberla abandonado mucho tiempo atrás.

—Esto es cosa de Alvarez, Bill, — dijo Johny que, aunque aún un poco atontado, se había repuesto antes que su compañero. — ¿Dónde calcula usted que estamos?

—En una parte de la pradera, que cruzamos cuando íbamos para La Tierra, — respondió Búffalo. — A unos veinte minutos del poblado, creo. ¿Puedes soltarte las manos?

—Me parece que no, — respondióle Johny.

Los golpes que ambos compañeros habían recibido en la cabeza, los habían dejado doloridos. Tenían las bocas secas y calenturienta. Hacia mediodía, al llegar el sol al punto más alto de su carrera, tenían ya la lengua hinchada y sus labios habían comenzado a agrietarse. Pronto los prisioneros observaron que les era doloroso hablar, guardaron silencio, permaneciendo inmóviles salvo de vez en cuando, que intentaban desprenderse de las cuerdas que los sujetaban, pero inútilmente.

Llegó la noche, trayéndoles algo de alivio con su brisa refrescante. Durante aquella noche durmieron a ratos, despertando ante todos los horrores de un nuevo día expuestos al sol abrasador. Antes de mediodía, la tortura que los dos compañeros soportaban era más terrible. Pero esos sufrimientos no podían compararse con los que trajo consigo el tercer día. La piel del rostro y de las manos se hallaba ampollada y resquebrajada, produciéndoles dolores como si les fueran aplicadas brasas de fuego. La falta absoluta de agua durante todo ese tiempo les había causado una hinchazón tal de la lengua, que ahora les impedía por completo conversar.

Búffalo Bill no temía al hambre, sino a la sed. Bajó el sol, ocultándose a poco; cayó de Cody. Al día siguiente, llegaría el delirio la noche, y con ella comenzaron los temores y, con él...

Cody contuvo de pronto la respiración. A pocos pasos había visto un hombre, que se inclinaba sobre Johny y cortaba las ligaduras. Este hombre era Toro Solitario. El rostro del jefe indio se inclinó sobre el de Búffalo Bill, y Cody, por segunda vez en ese día ,perdió el sentido.

(Esta es la escena que representa el dibujo en colores de la primera página de este número de "Pucky".

Después supo que había estado cerca de una hora inconsciente y al recobrar el coconocimiento se halló entre sus indios y sus cowboys.

—Tiene usted que darle las gracias a Toro Solitario por haberlo hallado, Bill, — dijo Hank. — Nosotros supusimos que Alvarez era el autor de todo esto, pero, a pesar de todas las amenazas y de todas las tretas que empleamos, no pudimos sacarle una sola palabra respecto a usted. Fué entonces cuando Toro Solitario se puso a buscar por su cuenta, dando, después de mucho trabajo, con una pista que nos trajo aquí. Parecía que olfateaba dónde estaba usted, Bill, y cuando llegamos cerca de aquí salió como una flecha y nos dejó atrás a todos.

Cody aún no podía hablar; pero, al extender la mano, sus ojos preguntaban claramente:

—¿Dónde está él?

Pero Toro Solitario había desaparecido. Después de desatar a Búffalo y a Johny, el jefe siux había permanecido junto a ellos hasta que llegaron los demás miembros del circo de Búffalo Bill. Luego, sin que nadie lo notara, había desaparecido.

Cody comprendió inmediatamente el motivo de la desaparición del indio. Y a pesar de que casi no podía hablar y de su debilidad toa, pronto hizo comprender a sus compañeros que era ecesario seguir a Toro Solitario, pues a los ojos e la ley la ejecución de lo que indudablemente se proponía, sería un asesinato.

Emprendieron el regreso a La Tierra, todo lo rápidamente que les fué posible. Y la llegada les reveló que de nada había servido tanta velocidad. El destino se le había adelantado a Toro Solitario. Aquella misma tarde, algunas horas antes de la llegada de Toro solitario en busca de Alvarez al pueblo, el mejicano había sido sorprendido en el momento en que hacía una trampa, jugando al póker. El minero que lo había descubierto lo insultó y, en el escándalo tremendo que siguió el canalla propietario de la taberna recibió una bala en el pecho.

Las autoridades mejicanas trataban de averiguar quién había disparado el balazo fatal, pero muy pocas esperanzas había de que nunca llegará a ponerse en claro.

Cody y sus amigos no pudieron menos que sentirse un tanto felices de que fuera imposible identificar al matador de Alvarez. Porque, después de todo, el mejicano canalla sólo había recibido lo que bien merecido tenía.

Fin de "LOS ARTISTAS SECUESTRADOS"

El honor no es otra cosa sino el respeto a sí mismo. — Reclús.

* * * *

Un sujeto adulado, como lo ha de ser siempre un jefe, tanto si es emperador como si es encargado de un taller, está expuesto a ser en todas las ocasiones engañado y, por consecuencia, condenado a no saber nunca apreciar las cosas en sus proporciones verdaderas. — Reclús.

No es bastante gritar: ¡Revolución! ¡Revolución!, para que inmediatamente sigamos detrás de cualquiera que tenga interés en arrastrarnos. — Reclús.

* * * *

El número de hombres que adquieren una individualidad independiente, con sus convicciones personales y su línea de conducta propia, aumenta en las mismas proporciones que el progreso humano. — Reclús.

UNA JOYA DE LA LITERATURA FRANCESA

UN CORAZON SENCILLO

POR GUSTAVE FLAUBERT

(Traducción del francés)

El gran autor de "Madame Bovary" escribió algunos cuentos, de los cuales es el siguiente uno de los mejores por su estilo y su asunto así como por la admirable pintura de los caracteres de los personajes que figuran en sus interesantísimas escenas, descritas con un colorido admirable.

DURANTE medio siglo, las vecinas acomodada de Pont-l-Evéque envidiaron a la señora Aubain por su criada Felicidad.

Por cien francos al año, cocinaba, limpiaba la casa, lavaba, cosía y planchaba, sabía ensillar un caballo, cebar las aves, batir la manteca, y permanecía fiel a su patrona, a pesar de que ésta no era, por cierto, una persona agradable.

Se había casado con un buen mozo sin dinero, que murió a principios de 1809, dejándola dos niños muy pequeños y bastantes deudas. Entonces vendió sus fincas, salvo la granja de Toucques y la de Sefloses, cuya renta ascendía a 5.000 francos, todo lo más. y dejó su casa de Saint-Melaine para habitar otra menos dispendiosa, que estaba detrás del mercado y, en tiempos, había pertenecido a su familia.

Esta casa, con techo de pizarra, hallábase entre un pasaje y una callejuela que iban a desembocar en el río. Tenía por dentro diferencias de nivel, expuestas a tropiezos. Un vestíbulo estrecho separaba de la cocina la sala donde la señora Aubain se pasaba todo el santo día sentada a la ventana en un sillón de mimbre. Contra el zócalo, pintado de blanco, se alineaban ocho sillas de caoba. El viejo piano soportaba, bajo un barómetro, un montón piramidal de cajas y cartones. Dos poltronas de tapicería flanqueaban la chimenea, de mármol amarillo, estilo Luis XV. El reloj, en medio, representaba un templo de Vesta; y todo el cuarto trascendía algo a moho, porque el solado estaba más lejos que el jardín.

En el primer piso estaba, desde luego, el cuarto de "la señora", muy grande, revestido de un papel de flores pálidas y ornado con el retrato "del señor", en traje de lechuguino. Comunicaba con otra habitación más reducida, donde se veían dos cunitas de niño, sin colchones. Después venía el salón, siempre cerrado y lleno de muebles forrados de tela. Desde allí se iba por un corredor al gabinete de estudio; libros y papelotes guarnecían los estantes de una biblioteca, que rodeaba por sus tres lados un ancho "bureau" de madera negra. Cubrían por completo las paredes dibujos a pluma, paisajes a la acuarela y grabados de Audran, recuerdos de mejores tiempos y de lujos desvanecidos. Una claraboya del segundo piso, con vistas a los prados, daba luz al cuarto de Felicidad.

Levantábase ésta con el alba para no perder su misa, y trabajaba hasta la noche sin interrupción; luego, servida ya la cena, limpia y en orden la vajilla y bien cerrada la puerta, escondía el fuego bajo las cenizas y se dormía ante el hogar, con el rosario entre las manos. Nadie sabía regatear con más obstinación. En cuanto a limpieza, el brillo de sus cacerolas causaba la desesperación de las demás sirvientas. Ahorradora, comía despacio y recogía con los dedos, sobre la mesa, las migajas de su pan, un pan de doce libras, cocido a propósito para ella, y que duraba veinte días.

Llevaba en todo tiempo un pañuelo de indiana, sujeto a la espalda por un alfiler, un gorrito cubriéndola los cabellos, medios grises, falda roja y, sobre la camisola, un delantal con pechero, como las enfermeras de hospital.

Había tenido, como todas, su historia de amor.

Su padre, que era albañil, se había matado cayendo de un andamio. Luego murió su madre, dispersáronse las hermanas; un labrador la recogió y la dedicó desde pequeñita a guardar vacas en el campo. Tiritaba bajo los harapos, bebía boca abajo el agua de los charcos, por menos de nada la golpeaban, y al fin la despidieron por un robo de treinta sueldos que no había cometido. Entró en otra granja, donde fué moza de corral, y como los patrones estaban contentos con ella, sus compañeras la envidiaban.

Una noche de agosto, — tenía entonces dieciocho años, — la arrastraron a la feria de Colleville. Al pronto quedó aturdida, estupefacta por el estruendo de los murguistas, tanta luz en los árboles, tal mezcolanza de vestidos, encajes, cruces de oro y tal confusión de gente saltando al mismo tiempo. Se mantenía apartada modestamente, cuando un muchacho de aspecto acomodado, que fumaba su pipa, de codos en la lanza de un carricoche, vino a invitarla a bailar. La convidó a sidra, a café, a bollos, la compró un pañuelo y, suponiendo que ella le había adivinado, se brindó a acompañarla. A orilla de un campo de arena la trató brutalmente. Ella tuvo miedo y gritó. El se alejó.

Otra noche, en el camino de Beaumont, quiso adelantar a una gran carreta de heno que avanzaba lentamente, y al pasar rozando las ruedas reconoció a Teodoro.

La abordó el mozo con aire tranquilo, diciendo que debía perdonárselo todo, porque "la culpa era de la bebida".

Ella no supo qué responder, y tenía ganas de escaparse.

En seguida habló de las cosechas y de los personajes del pueblo, porque su padre se había trasladado desde Colleville a la granja de Ecots, de manera que ahora iban a ser vecinos. "¡Ah! — dijo ella. Agregó él que pensaan casarle. Desde luego, el no tenía prisa y aguardaba a encontrar una mujer que le gustara. Ella bajó la cabeza. Entonces la preguntó si pensaba en el matrimonio. Ella contestó, sonriendo, que hacía mal en burlarse. "¡No, no, te lo juro!"; y con el brazo izquierdo le rodeó la cintura; caminaba, sostenida por aquel abrazo, cada vez más despacio. El viento era tibio, brillaban las estrellas, bamboleábase ante ellos la enorme carretada de heno, y los cuatro caballos iban levantando a su paso nubecitas de polvo. Luego, sin que se lo mandaran, torcieron a la derecha. Ella desapareció en la sombra.

A la semana siguiente consiguió Teodoro alguna entrevista.

Se encontraban en un rincón de los corrales, detrás de una tapia, bajo un árbol solitario. La razón y el instinto del honor la impidieron caer. Aquella resistencia exasperó el amor de Teodoro tanto que la propuso casarse con ella. Como vacilaba en creerle, hizo él grandes juramentos.

Pronto tuvo que confesarla algo enojoso; el año anterior sus padres le habían comprado un hombre; pero de un día a otro podían volver a llamarle; la idea de ir al servicio le espantaba. Esta cobardía fué para Felicidad una prueba de cariño y así, redobló el suyo. Por la noche se escapaba, y llegando a la cita Teodoro la torturaba con sus inquietudes y súplicas.

Por último anunció que iría él mismo a la prefectura a tomar informes, y los traería el domingo próximo, de once a doce de la noche.

Al llegar la hora corrió hacia su enamorado.

En vez de hallarle a él, encontró a un amigo suyo.

Este le dijo que ya no volvería a verle. Para librarse del servicio, Teodoro se había casado con una vieja muy rica, la señora Lehoussais, de Toucques.

Fué ésta una pena desesperada. Se arrojó en tierra, gritó, llamó a Dios, lloró y gimió, completamente sola en el campo, hasta la salida del sol. Luego volvió a la granja, declaró su propósito de marcharse y al cabo de un mes, recibida ya su cuenta, guardó todo lo suyo en un pañuelo y se dirió a Pont-l'Evéque.

Delante de la hostería preguntó a una señora con capota de viuda, y que precisamente buscaba cocinera. La muchacha no sabía gran cosa; pero parecía tener tan buena voluntad y tan pocas exigencias, que la señora Aubain acabó por decirla:

—¡Muy bien, la acepto a usted!

Un cuarto de hora después, Felicidad estaba instalada en su casa.

Al principio vivió en una especie de temblor, causado por "el tono de la casa" y el recuerdo del "señor" flotando sobre todo. Pablo y Virginia, de siete años el uno y la otra e cuatro escasos, le parecían formados de una materia preciosa; los llevaba a cuestas como un caballo, y a cada instante la señora Aubain la prohibía besarlos, lo cual la mortificaba. Sin embargo, era feliz. La dulzura del medio había fundido su tristeza.

Todos los jueves venían algunos contertulios a jugar su partida de boston. Felicidad preparaba de antemano las cartas y los braseritos. Llegaban a las ocho en punto, y se retiraban antes de dar las once.

Los lunes por la mañana, el prendero que habitaba en el callejón instalaba en el suelo todo su hierro viejo. Luego se llenaba la ciudad de un murmullo de voces, con el que se mezclaban relinchos de caballos, balidos de ovejas, gruñidos de cerdos y a más el ruido seco de los carros en la calle. Hacia el mediodía, cuando el mercado estaba en lo mejor, se asomaba por los umbrales un aldeano viejo y alto, con la gorra echada atrás, gran nariz aguileña... Era Robelin, el arrendatario de Sefloses. Poco después venía Liebard, el arrendatario de Tocques, pequeño colorado y grueso, vestido de chaqueta gris y polainas, calzadas las espuelas.

Ambos ofrecían gallinas y quesos a la propietaria. Felicidad descubría invariablemente sus astucias, y se iban llenos de consideración hacia ella.

De vez en cuando, madama Aubain, recibía la visita del marqués de Gremanville(tío suyo, arruinado por la mala vida, que habitaba en Falaise de la última parcela de sus tierras. Presentábase siempre a la hora del des-

ayuno con un maldito perro de aguas, cuyas patas ensuciaban todos los muebles. A pesar de sus esfuerzos por parecer un caballero, incluso descubriéndose siempre que decía: "Mi difunto padre", podía más la costumbre, se lanzaba a beber trago tras trago y decía inconveniencias. Felicidad, muy cortésmente, le empujaba hacia afuera. "Ya tiene usted bastante, señor de Gremanville. ¡Hasta otra vez." Y cerraba la puerta.

En cambio la abría con gusto para el señor Bourais, ex abogado. Su corbata blanca y su calva, la pechera de su camisa, su amplia levita clara, su manera de dar la mano arqueando el brazo, toda su persona le causaba la turbación en que nos sume el espectáculo de los hombres extraordinarios.

Como administraba las propiedades de "la señora", trataba con ella en el gabinete del señor. Temía siempre comprometerse, respetaba infinito la magistratura y tenía pretensiones de latinista.

Para instruir a los niños de un modo agradable, les regaló una Geografía con láminas que representaban distintas escenas del globo terráqueo, antropófagos coronados de plumas, un mono llevándose a una señorita, beduínos en el desierto, una ballena que están arponeando, etc.

Pablo la explicaba todos estos grabados a Felicidad. Esa fué toda su educación literaria.

La de los niños estaba encomendada a Guyot, un pobre hombre empleado en la Alcaldía, famoso por su excelente caligrafía.

Cuando hacía buen tiempo iban muy de mañana a la granja de Sefloses. El cercado está en pendiente, la casa en medio y el mar aparece a lo lejos como una mancha gris.

Felicidad sacaba de la canasta rebanadas de fiambres y se desayunaban en una habitación contigua a la lechería. Era este cuarto el último resto de lo que fué casa de recreo. El papel de la pared, hecho jirones, temblaba con las corrientes de aire. La señora Aubain inclinaba la frente al peso de los recuerpos; los niños no se atrevían a hablar. "Pero ¿por qué no jugáis?" — les decía. Y los niños salían.

Pablo subía al granero, cazaba pájaros, tiraba piedras para que resbalasen en la superficie de la charca o golpeaba con un palo las enormes pipas, que sonaban como tambores.

Virginia echaba de comer a los conejos, se precipitaba por cortar florecitas, y la rapidez de sus piernas desubría los pantalonicitos bordados.

Una tarde de otoño volvían por los prados.

La luna, en su primer cuarto, alumbraba parte del cielo, y una neblina flotaba a manera de banda sobre las sinuosidades del Toucques. Tendidos en medio de la hierba, los bueyes veían tranquilamente pasar aquellas cuatro personas. En el tercer prado algunos se levantaron, y luego se pusieron en círculo delante de ellas. "No tengan miedo", dijo Felicidad. Y murmurando una especie de queja, acarició en el espinazo al que estaba más cerca, con lo cual volvió grupas y los otros le imitaron. Pero cuando ya habían atravesado otra pradera, oyeron un mugido formidable. Era un toro que estaba oculto por la niebla y que avanzaba hacia las dos mujeres. La señora Aubain iba a correr. "¡No, no! ¡Más despacio!" Sin embargo apretaron el paso, oyendo detrás de ellas un resoplido sonoro que se acercaba. Las pezuñas golpeaban como martillos la hierba de la pradera; ¡ahora venía galopando! Felicidad se volvió, y con las dos manos arrancó terrones, que le tiró a los ojos. Bajaba la cerviz, sacudía los cuernos y temblaba de furor, mugiendo horriblemente. La señora Aubain, con los dos niños, había llegado al límite de la pradera y buscaba, aturdida, el modo de saltar al otro lado. Felicidad retrocedía, siempre delante del toro, sin dejar de tirarle puñados de tierra, que le cegaban, y gritando al mismo tiempo: "¡A prisa, a prisa!"

La señora Aubain bajó la zanja, levantó a Virginia, luego a Pablo; cayó muchas veces antes de trepar a lo alto del talud, y, a fuerza de valor, lo consiguió.

El toro había acosado a Felicidad contra una tranquera; le lanzaba la espuma hasta cara; un segundo más, y la destrozaba. Tuvo ella tiempo de colarse entre los barrotes, y el furioso animal, burlado, se detuvo.

De este acontecimiento se habló durante muchos años en Pont-l'Evéque. Felicidad no se envaneció por ello, ni sospechó siquiera que hubiese hecho nada heroico.

Tenía que pensar solamente en Virginia, que, a consecuencia del susto, contrajo una afección nerviosa. El señor Poupart, el doctor, aconsejó los baños de mar de Trouville.

En aquel tiempo no eran frecuentados. La señora Aubain tomó informes, consultó a Bohrais, hizo preparativos como para un largo viaje.

Envió la víspera el equipaje en el carro de Lidard. Este llevó al día siguiente dos caballos: uno con silla de mujer y respaldo de terciopelo; a la grupa del otro iba un capite arrollado a manera de asiento. Allí subió la señora Aubain, detrás de él. Felicidad se encargó de Virginia, y Pablo cabalgó en el asno del señor Lechaptois, prestado a condición de llevarlo con mucho cuidado.

El camino era tan malo, que sus ocho kilómetros exigieron dos horas. Hundíanse los caballos en el barro, y para salir tenían que hacer bruscos movimientos de ancas, o tropezaban, y más de una vez tenían que saltar. La yegua de Liebard, al llegar a ciertos sitios, se paraba de pronto. Esperaba él con paciencia que echase a andar de nuevo, y hablaba de los dueños de aquellas tierras que cruzaban el camino, agregando reflexiones morales a su historia. Por ejemplo, al llegar a Toucques, como pasaran bajo las ventanas florecidas de campanillas, dijo, encogiéndose de hombros: "Pues ¿y la señora Lehoussais, que en lugar de elegir un hombre joven?..." Felicidad no oyó el resto; trotaban los caballos, el asno galopaba; enfilaron un sendero, giró una barrera, aparecieron dos mozos y se apearon todos casi en el mismo umbral de la puerta.

Prodigó la tía Libertad, al ver a su patrona, las manifestaciones de alegría, y les sirvió un almuerzo en el que hubo lomo,

mondongo, pollo saltado, sidra espumosa, una tarta de compota y ciruelas en aguardiente, acompañándolo todo de cumplimientos a la señora, que le parecía en muy buena salud; a la señorita, que se había puesto "magnífica"; al niño Pablo, tan fuerte, sin olvidar a los difuntos abuelos que los Liebard habían conocido, ya que estaban al servicio de la familia desde hacía varias generaciones.

La granja tenía, como ellos, un aspecto de antigüedad. Las vigas del techo estaban carcomidas; ahumadas las paredes; las vidrieras, grises de polvo. Un aparador de encina sostenía toda clase de utensilios: jarras, platos, tazas de estaño, cepos de lobo, esquiladoras para los borregos, una jeringa enorme que hacía reir a los niños... No había allí un árbol que no tuviera hongos al pie, y en sus ramas una maraña de muérdago. El viento había derribado muchos, que volvían a brotar por el medio, y todos se encorvaban al peso de tantas manzanas. Los techos de paja, semejantes a terciopelo oscuro y de gran espesor, resistían a las más fuertes borrascas. Sin embargo, todo iba cayéndose a pedazos. La señora Aubain dijo que ella avisaría, y encargó arneses nuevos para las bestias.

Caminaron todavía media hora antes de llegar a Trouville. La pequeña caravana echó pie a tierra para pasar los "écores", que era un acantilado estrelladero de bascos, y tres minutos más tarde, al final del muelle, entró en el patio de "El Carnero de Oro", en casa de la tía David.

Con el cambio de aires y la acción de los baños, Virginia se sintió más fuerte desde los primeros días. Se bañaba en camisa, a falta de traje, y su niñera la vestía en un barracón de los aduaneros que servía para los bañistas.

Por las tardes iban con el burro más allá de las Rocas Negras, por la parte de Hennequeville. El camino subía, al principio, por terrenos en suave pendiente, alfombrados de césped como un parque; luego llegaba a una meseta en que con los prados alternaban las tierras de labor. A orilla del sendero, entre la maleza de espinos, se asomaban los acebos, de hoja puntiaguda, y aquí y allá un gran árbol muerto trazaba con sus ramas un zigzag en el aire azul.

Casi siempre descansaban en un prado, viendo a la izquierda Deauville, a la derecha el Havre, y el mar abierto enfrente. Brillaba al sol liso como un espejo, tan manso que apenas se oía su murmullo; piaban gorriones invisibles, y la cúpula inmensa del cielo lo cubría todo. La señora Aubain, sentada, trabajaba en su labor de cultura. Virginia, a su lado trenzaba juntoc. Felicidad arrancaba flores de alhucema. Pablo, que se aburría, quería marcharse.

Otras veces, después de pasar el Toucques en barca, buscaban caracoles y conchas. La marea baja dejaba al descubierto erizos, caracoles, medusas; y los niños corrían para agarrar los copos de espuma que el viento se llevaba. Las olas, soñolientas, caían sobre la arena, desplegándose por toda la playa, que se extendía hasta perderse de vista, y sólo del lado de tierra tenía por límite las dunas que la separaban del Matais, ancha pradera en forma de hipódromo. Cuando volvían por allí, Trouville, al fondo, iba agrandándose a cada paso, y visto desde lejos sobre la pendiente del ribazo, con sus casitas desiguales, parecía esparcirse en alegre desorden.

Cuando hacía demasiado calor no salían de su cuarto. La deslumbradora claridad de fuera proyectaba unas barras de luz entre las hojas de las persianas. Ningún ruido en el pueblo. Abajo, por las aceras, nadie. Aquel silencio dilatado aumentaba la calma de todo. A lo lejos golpeaba el martillo de los calafates sobre las carenas, y una brisa pesada traía olor de alquitrán.

La principal diversión era ver el regreso de las barcas. En cuanto habían pasado las balizas comenzaban a bordear. Sus velas descendían a unos dos tercios de los palos, y con la mesana inflada como un globo avanzaban, resbalando entre el cabrilleo de las olas hasta en medio del puerto, donde caía el ancla de golpe. Luego se colocaba el barco junto al muelle. Los marineros echaban por encima de la borda los peces, palpitantes; una fila de carros los esperaba, y las mujeres, con su gorro de algodón, se abalanzaban a tomar los canastos y abrazar a sus hombres.

Un día, una de ellas se acercó a Felicidad, la cual poco después entró en el cuarto radiante de alegría. Había encontrado a una hermana suya, y traía la pobre Anastasia Barette, mujer de Leroux, con un niño de pecho, otro niño de la mano y agarrado a las faldas un grumetito con el puño en la cadera y la boina sobre la oreja. Al cabo se despidió.

Se les encontraba siempre en torno de la cocina o en los paseos que daban. Al marido no se le veía nunca.

Felicidad les tomó cariño. Les compró una manta, camisas, un fogón; evidentemnte, la explotaban. Esta debilidad molestaba a la señora Aubain, que, además, no veía con gusto las confianzas del sobrino, — porque tuteaba a su hijo, — y como Virginia tosía y el tiempo no era bueno, regresó a Pont-l'Evéque.

Para la elección de colegio, dió su opinión al señor Bourais. El de Caen pasaba por ser el mejor. Allí enviaron a Pablo, que se despidió con muchos ánimos, contento de ir a vivir en una casa donde tendría otros compañeros.

La señora Aubain se resignó, puesto que era indispensable, a separarse de su hijo. Virginia fué poco a poco acostumbrándose, y Felicidad, que echaba de menos su algazara, tuvo una tarea más que vino a distraerla: desde Año Nuevo llevó todos los días a la niña al Catecismo.

III

DESPUES de hacer en la misma puerta una genuflexión, avanzaba entre la doble hilera de sillas, bajo la alta nave, abría el banco de la señora Aubain y paseaba los ojos a su redor.

Los muchachos a la derecha, las niñas

la izquierda, llenaban las sillas del coro; en pie, cerca del fascistol, estaba el cura; en una vidriera del ábside, el Espíritu Santo coronando a la Virgen; otra representábala de rodillas ante el niño Jesús. Detrás del tabernáculo, una talla en madera mostraba a San Miguel aplastando al dragón.

Comenzó el sacerdote por hacer un resumen de la Historia Sagrada. A Felicidad le parecía ver el Paraíso, el diluvio, la torre de Babel, ciudades ardiendo, pueblos que morían, ídolos derribados; y conservó de aquel deslumbramiento el respeto al Altísimo y el temor de su cólera. Después, al escuchar la Pasión, lloró. ¿Por qué le habían crucificado a El, que amaba a los niños, alimentaba las muchedumbres, sanaba a los ciegos y había querido, por humildad, nacer entre los pobres, sobre el estiércol de un establo? Simientes, mieses, lagares, todas estas cosas domésticas de que habla el Evangelio, las tenía ella en su vida; Dios, al pasar, las había santificado, y así quiso con más ternura a los corderos por amor al Cordero, y a las palomas por el Espíritu Santo.

Costábala trabajo imaginar su persona: porque no era solamente pájaro, sino también fuego, y a veces, soplo. Puede que fuera su luz la que revolotea de noche a orilla de los pantanos, su aliento el que empuja a las nubes, su voz la que da armonía a las campanas. Y se quedaba extasiada, gozando de la frescura de las paredes y la tranquilidad de la iglesia.

En cuanto a dogmas no comprendía nada, ni aun trataba de comprender. El cura discurría, los niños recitaban, ella acababa por dormirse y se despertaba de pronto cuando, al marcharse todos, hacían resonar las losas con los zuecos.

Así, a fuerza de oirlo, fué como aprendió el Catecismo, pues su educación religiosa había sido, en la juventud, muy descuidada; y desde entonces, imitó las distintas prácticas de Virginia; ayunaba con ella, se confesaba al mismo tiempo que ella. El día del Corpus hicieron juntas su altar.

La primera comunión de la niña la atormentó por anticipado. Se preocupó de los zapatos, del rosario, del libro, de los guantes. ¡Con qué temblor ayudó a su madre a vestirla!

Durante toda la misa sufrió continua angustia. El señor Bourais, el rebaño de vírgenes, con sus coronas blancas y sus velos, formaba como un campo de nieve; y en él reconoció desde lejos a su niña querida, en el cuello, más fino, y en la actitud recogida Sonó la campana. Inclináronse las frentes; hubo un silencio. Al desatarse el órgano, cantores y muchedumbre entonaron el Agnus Dei; comenzó el desfile de los muchachos, y luego las niñas se levantaron. Paso a paso, tomadas de la mano, iban hacia el altar, resplandeciente de luces, se arrodillaban en el primer escalón, recibían la hostia una tras otra, y en el mismo orden volvían a su reclinatorios. Cuando le llegó el turno a Virginia, Felicidad se inclinó para verla, y con la imaginación que da el cariño verdadero le pareció que aquella niña era ella misma, aquel rostro se convertía en el suyo, su traje la vestía; le latía en el pecho su corazón, y en el momento de abrir la boca, cerrando los párpados, le faltó poco para desmayarse.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó en la sacristía para que el señor cura la diera la comunión. La recibió devotamente, pero no gozó las mismas delicias.

La señora Aubain quiso hacer de su hija una persona correcta, y como Guyot no podía enseñarle el inglés ni la música, resolvió llevarla al colegio de las Ursulinas de Honfleur.

La niña no objetó nada, Felicidad suspiraba pensando que la señora era insensible. Luego creyó que acaso tuviera razón su patrona, porque de aquellas cosas ella no entendía.

Por fin, una mañana se detuvo ante la puerta una berlina vieja, y se apeó la monja que venía en busca de la señorita. Felicidad subió el equipaje a la baca, hizo sus recomendaciones al cochero y puso en el cofre seis tarros del dulce y una docena de peras con un ramo de violetas.

Ya en el último momento, Virginia sintió que la ahogaba un sollozo muy grande; abrazó a su madre, que la besaba en la frente, repitiendo: "¡Vamos! ¡Animo! ¡Animo!" Levantaron el estribo, y partió el carruaje.

Entonces tuvo la señora Aubain un desfallecimiento, y por la noche, todos sus amigos, el matrimonio Lormeau, la señora de Lechaptois, las señoritass Rochefenille, el señor Houppeville y Bourais se presentaron para consolarla.

La ausencia de su hija le fué al muy dolorosa. Pero recibía carta tres veces por semana; los otros días escribía ella; paseaba por su jardín, leía un poco y de este modo llenaba el vacío de sus horas.

Ya, por costumbre, Felicidad entraba en el cuarto de Virginia, por las mañanas, y miraba las paredes. La ponía de mal humor no tener que peinarla ni ponerle los botines, ni sentarse a la cabecera de su lecho, y no ver ya de continuo su figura gentil, no llevarla ya de la mano cuando salían juntas. Por no estar ociosa trató de hacer encaje; pero sus dedos, demasiado torpes, rompían los hilos; no servía para nada, había perdido el sueño; según su frase, estaba "consumida".

Por "distraerse", pidió permiso para que fuera a verla su sobrino Víctor.

Llegó el domingo después de misa, las mejillas rosadas, el pecho desnudo y trascendiendo al aroma del campo que acababa de atravesar. En seguida le puso su cubierto. Almorzaron uno frente al otro, y comiendo ella lo menos posible para ahorrar el gasto; tanto le llenó el buche, que el muchacho acabó por dormirse. Al primer toque de vísperas le despertó, cepilló su pantalón, anudó su corbata y se dirigió a la iglesia, apoyada en su brazo con un orgullo maternal.

Sus padres le encargaban siempre que llevara algo: un paquete de azúcar, jabón, aguardiente, y a veces hasta dinero. Llevaba lo necesario para que los remedara, y ella

aceptaba esa tarea, contenta, porque era un motivo que le obligaba a volver.

En el mes de agosto, su padre se le llevó al cabotaje.

Era la época de vacaciones. La llegada de los niños la consoló. Pero Pablo volvía caprichoso, y Virginia no tenía ya edad para seguir tuteándola, y esto alzó una molestia, una barrera entre ellos.

Víctor fué sucesivamente a Morlaix, a Dunkerque y a Brighton; al volver de cada viaje la ofrecía un regalo. La primera vez fue una caja de caracoles; la segunda una taza para café; la tercera, un monigote de pan de especias. Iba haciéndose un lindo mozo, de muy buen talle, con un poco de bigote, sus ojos francos y su sombrerito de cuero, echado hacia atrás como le llevan los pilotos. La divertía contándola historias salpicadas de términos marinos.

Un lunes, 14 de julio de 1819, — no olvidaba ella la fecha, — Víctor anunció que se había alistado para un viaje largo, y que dos días después saldría por la noche en el vapor de Honfleur para embarcarse en su goleta, que iba a zarpar muy pronto del Havre. Probablemente, tardaría dos años en volver.

La perspectiva de esa ausencia tan larga desconsoló a Felicidad; y para despedirle otra vez, el miércoles por la noche, después de comer la señora, caminó las cuatro leguas que hay desde Pont-l'Eveque a Honfleur.

Cuando llegó delante del Calvario, en vez de tomar a la derecha, tomó a la izquierda; se perdió entre los astilleros, volvió sobre sus pasos y las gentes a quienes preguntaba la excitaban a ir más de prisa. Dió la vuelta a la dársena, llena de navíos; tropezó en las amarras; luego bajaba el terreno, se entrecruzaban luces y creyó que se había vuelto loca viendo volar unos caballos por el aire.

Otros relinchaban al borde del muelle, espantados del mar. La polea que se los llevaba iba metiéndolos en un barco donde se agolpaban los viajeros entre toneles de sidra, canastas de queso, bolsas de trigo; cacareaban las gallinas, el capitán puraba y un grumete permanecía de codos sobre la serviola, indiferente a todo aquello. Felicidad, que le había reconocido, gritaba: "¡Victor!". Levantó él la cabeza y cuando ella se abalanzaba, retiraron la escala.

El vapor halado por mujeres que cantaban, salió del puerto. Crujían sus cuadernas cuando las olas plomizas azotaban su proa. Vuelta la vela, ya no se vió a nadie, y sobre el mar plateado por la luna formó una mancha negra que iba palideciendo, hundiéndose...Desapareció.

Al pasar cerca del Calvario, Felicidad quiso encomendar a Dios al que ella más quería, y rezó mucho tiempo, de pie, bañada de lágrimas la cara, y los ojos mirando a las nubes. Dormía la ciudad, paseaban los aduaneros y el agua caía sin parar por los agujeros de la esclusa con un ruido de torrente. Dieron las dos.

El locutorio no se abriría antes del amanecer. Un retraso seguramente disgustaría a la señora. y se volvió, a pesar de su deseo de abrazar al otro niño. Cuando ella entraba e Pont-l'Evéque se despertaban las criadas d la Hostería.

¡El pobre muchacho iba a dar tumbos s bre las olas meses y meses! Los viajes ant riores no la habían asustado. De Inglater y de Bretaña se vuelve; pero América, l colonias, las islas, todo eso estaba perdid en un región vaga al otro lado del mundo.

Desde entonces, Felicidad pensó exclus vamente en su sobrino. Los días de sol se to turaba acordándose de la sed; cuando hac tormenta temía que le cayera un rayo. Oye do al viento mugir en la chimenea y arrastrar las tejas, le veía azotado por aquell misma tempestad, en lo alto de un mástil r to, echado atrás todo el cuerpo bajo un ma to de espuma; y también, — recuerdos de geografía con láminas, — le veía a veces c mido por los salvajes, raptado en un bosq por los monos o muriéndose en una play desierta. Y nunca hablaba de sus inquiet des.

Otras tenía la señora Aubain por su hij Las buenas hermanas decían de ella qu era muy cariñosa, pero delicada. La menc emoción la debilitaba. Fué necesario dejar piano.

Su madre exigía del convento que escribie sen con regularidad. Una mañana, el carter no venía, y ella se impacientó, paseando po la sala, desde su sillón a la ventana. ¡Er realmente extraño! ¡Cuatro días sin noti cias!

Para que se consolara con su ejemplo, Felicidad le dijo:

—¡Yo, señora, hace ya seis meses que n las recibo!...

—¿Pero de quién?

La criada replicó sulcemente:

—¡Pues...de mi sobrino!

—¡Ah! ¡Del sobrino!

Y encogiéndose de hombros, la señora Aubain volvió a sus paseos, lo cual quería decir: "No me acordaba de eso...y además ¡me río yo! Un grumete, un perdido... ¡valiente cosa! ¡Mientras que mi hija! ¡Imagínese usted!"...

Aun estando curtida contra las palabras duras, Felicidad se indignó contra la señora; luego olvidó.

Le parecía muy natural perder la cabeza tratándose de la niña.

Ambas criaturas tenían la misma importancia para ella: las unía un lazo de su corazón, y sus destinos debían ser iguales.

El farmacéutico la comunicó que el barco de Víctor había llegado a la Habana. Acababa de leer la noticia en un Gaceta.

Imaginaba ella, viendo los cigarros, que la Habana debía de ser un país donde no se hace otra cosa más que fumar, y que Víctor pasearía entre los negros envuelto en una nube de tabaco. ¿Podría, "en caso de necesidad", volverse por tierra? ¿A qué distancia estaba eso de Pont-l'Evéque? Para saberlo interrogó al señor Bourais.

Alcanzó éste su Atlas, y empezó a darla explicaciones sobre latitudes y longitudes, gozando con una sonrisita pedantesca de la es-

tupefacción de Felicidad. Al fin, señaló con el lápiz un punto negro, imperceptible entre los trazos que encerraban una mancha ovalada, y dijo: "Aquí". Se inclinó sobre el mapa; aquella red de líneas de colores fatigaba sus ojos, sin enseñarla nada, y como Bourais la animase a decir qué dificultad encontraba, ella rogó que le enseñase la casa en que vivía Víctor. Bourais levantó los brazos, estornudó, rió enormemente; tanto candor excitaba su regocijo, y Felicidad no comprendía el motivo, esperando, sin duda, ver allí el retrato de su sobrino: ¡tan limitada era su inteligencia!

Fué quince días después cuando Liebard entró en la cocina, a la hora del mercado, como de costumbre, y la entregó una carta que enviaba su cuñado. Como ninguno de los dos sabía leer, tuvo que recurrir a su patrona.

La señora Aubain, que contaba las mallas de su labor, la dejó a un lado, abrió la carta, se estremeció y en voz baja, con una mirada profunda:

—Es una desgracia... que la anuncian a usted. Su sobrino...

Había muerto. No decían más.

Felicidad cayó sobre una silla, apoyó la cabeza en la pared y cerró los párpados, que, de pronto, se le pusieron rojos. Luego, con la frente baja, caídas las manos y los ojos fijos, repetía a intervalos:

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo mío!—

Liebard la miraba, exhalando suspiros. La señora Aubain temblaba un poco.

La propuso ir a Trouville para ver a su hermana.

Felicidad respondió con un gesto que no hacía falta.

Hubo un silencio. Liebard, un buen hombre, juzgó conveniente retirarse.

Entonces dijo ella:

—¡Está a ellos no les importa nada:

Volvió a inclinar la cabeza y a levantar máquinalmente, de vez en cuando, las agujas largas de la mesita de costura.

Pasaron entonces por el patio unas mujeres con angarillas, donde llevaban la ropa goteando.

Al verlas, se acordó de que el día antes había echado la ropa blanca en lejía, y era preciso aclararla, y salió de la habitación.

Su tabla y su tonel estaban a orillas del Toucques. Tiró sobre el ribazo un montón de camisas, se remangó los brazos, tomó su pala y desde los jardines de al lado se oían los fuertes golpes que daba Felicidad. Las praderas solitarias, el viento rizando la superficie del río, en el fondo largos hierbajos inclinándose como cabelleras de cadáveres flotantes en el agua... Contenía su dolor, y fué valiente hasta la noche; pero al llegar a su cuarto se entregó, y allí cayó de bruces sobre el colchón, con el rostro en la almohada y los dos puños en las mejillas.

Mucho más adelante, por el mismo capitán de Víctor, supo cómo había ocurrido todo. Le sangraron demasiado en el hospital, por la fiebre amarilla. Cuatro médicos le sostenían a un tiempo. Había muerto inmediatamente, y el jefe había dicho:

—¡Bueno! ¡Uno más!

Sus padres le habían tratado siempre con barbarie. Prefería no volver a verlos, y ellos no lo intentaron tampoco, por olvido o por insensibilidad de gente miserable.

Virginia se debilitaba.

Opresiones, tos, una fiebre continua y las mejillas jaspeadas, revelaban alguna profunda lesión.

El señor Poupart había aconsejado una larga temporada en Provenza. La señora Aubain se decidió a ello, y a no ser por el clima de Pont-l'Evéque se hubiera llevado en seguida a su hija a casa.

Hizo un trato con un alquilador de carruajes, que la llevaba al convento todos los martes. Hay en el jardín una terraza desde donde se divisa el Sena. Allí paseaba Virginia de su brazo, pisando sobre los pámpanos caídos. Veía a lo lejos pasar las velas y todo el horizonte, desde el castillo de Taucarville hasta los faros del Havre, y alguna vez el sol, a través de las nubes, la obligaba a guiñar los párpados. Luego descansaban a la sombra del emparrado. Su madre había traído un frasquito de excelente vino de Málaga, y riendo ante la idea de embriagarse, la niña bebía dos dedos tan sólo.

Volvió a sentirse con fuerzas. Pasó el otoño dulcemente, y fué tranquilizándose la señora Aubain. Pero una tarde en que Felicidad había salido a hacer un encargo por las cercanías, al volver encontró delante de la puerta el cochecito del señor Poupart, y a éste en el vestíbulo. La señora Aubain salía, poniéndose el sombrero.

—¡Venga mi calientapiés, mi bolsa, mis guantes!... ¡De prisa, más de prisa!

Viginia tenía una fluxión de pecho; quizá ya no hubiera remedio.

—¡Todavía, no! — dijo el médico.

Y ambos subieron al carruaje, entre los copos de nieve que revoloteaban. Se acercaba la noche, y hacía mucho frío.

Felicidad se precipitó en la iglesia para encender un cirio. Luego corrió tras del "cabriolet", al que alcanzó una hora más tarde; saltó ágilmente a la trasera, donde soportaba los traqueteos, hasta que se le ocurrió una reflexión: "El patio no lo he cerrado. ¿Y si entraran ladrones?" Y se bajó.

Con el alba del día siguiente se presentó en casa del médico. Había regresado, pero estaba otra vez en el campo. Suponiendo que alguien podría traerla una carta, permaneció en la hostería, hasta que al apuntar el día tomó la diligencia de Lisieux.

Estaba el convento al final de una callejuela empinada. Por el camino oyó la campana doblando a muerto. "Será por otro", — pensó, — y Felicidad tiró con violencia del aldabón.

Al cabo de algunos minutos alguien llega arrastrando los pies, gira la puerta y aparece una monja.

La hermanita, con aire compungido, dice: "¡Acaba de expirar!"; y al mismo tiempo dobla la campana de San Leonardo.

Felicidad subió al segundo piso.

Desde el umbral del cuarto divisó a Virginia, tendida de espaldas, las manos juntas, entreabierta la boca y echada hacia atrás la

cabeza, al pie de una cruz negra que se inclinaba sobre ella y entre los paños inmóviles, no tan lívidos como su rostro. La señora Aubain, tendidos los brazos sobre el lecho, lanazaba sollozos de agonía. La superiora estaba de pie, a la derecha. Tres candeleros lucían en la cómoda, como tres manchas rojas, y la niebla blanqueaba las ventanas. Las monjas se llevaron a la señora Aubain.

Dos noches seguidas estuvo Felicidad sin separarse de la muerta. Repetía las mismas oraciones, echaba agua bendita sobre la mortaja, volvía a sentarse y la contemplaba. Al terminar la primera velada notó que se le ponía la cara amarilla, azuleaban los labios. aguzábase la nariz y se la hundían los ojos. Los besó muchas veces, y si Virginia los hubiera vuelto a abrir no habría experimentado una sorpresa inmensa, porque para almas como la suya lo sobrenatural es muy sencillo. Ella la amortajó, envolviéndola en un lienzo, depositándola en su ataúd, poniéndola una corona y extendiéndola sus cabellos, que eran muy rubios y extraordinariamente largos para su edad. Cortó un mechón grande, y escondió la mitad en el pecho, resuelta a no abandonarlo nunca.

El cuerpo fué conducido a Pont--l'Evéque, según los deseos de la señora Aubain, que siguió el cortejo en un coche cerrado.

Después de la misa, faltaban todavía tres cuartos de hora para llegar al eecementerio. Pablo marchaba delante, sollozando. Detrás el señor Bourais, luego los principales vecinos, cubiertas las mujeres con mantos negros, y entre ellas Felicidad. Pensaba en su sobrino, y como no había podido rendirle los mismos honores, sentía las dos tristezas igual que si enterrase a un tiempo al uno y al otro.

La desesperación de la señora Aubain no tuvo límites.

Al principio se rebeló contra Dios hallando injusto que se le llevara su hija, ¡la pobre niña que nunca había hecho daño a nadie, y que tenía la conciencia tan pura! Pero no. Ella hubiera debido llevársela al Mediodía, o quizá otros médicos la habrían salvado. Se acusaba a sí misma, quería morir también, gritaba con angustia en medio de sus pesadillas. Una, sobre todo, la obsesionaba. Su marido, vestido de marinero, volvía de un largo viaje, y la decía llorando que había recibido orden de llevarse a Virginia. Entonces se concertaban para buscar un escondrijo en cualquier parte.

Cierta vez volvió del jardín sobresaltada. Acababa de verlos, — y señalaba el sitio, — se le habían aparecido el padre y la hija, uno junto al otro, sin decir nada, mirándola nada más.

Durante muchos meses permaneció en su cuatro sin moverse. Felicidad la sermoneaba suavemente. Era preciso cuidarse, por su hijo y por la otra, en recuerdo de ella.

—¿Ella? —repetía la señora Tubain, como si despertara. — ¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!... ¡No la olvidéis!

Aludía al cementerio, al cual la habían prohibido terminante ir.

Felicidad iba todos los días.

A las cuatro en punto, bordeando las casas, subía la cuesta, abría la verja y llegaba ante la tumba de Virginia. Era una columnita de mármol rosado, con una lósa al pie y cadenas en redor para cerrar un jardincito. Los arriates desaparecían, cubiertos de flores. Ella regaba las hojas, mudaba la arena, se ponía de rodillas para labrar mejor la tierra. Cuando pudo ir la señora Aubain experimentó un alivio, una especie de consuelo.

Luego transcurrieron los años, iguales a sí mismos, sin más episodios que la vuelta de las fiestas mayores: Pascuas, la Asunción, el día de Todos los Santos. Acontecimientos domésticos señalaban una fecha a la que más adelante habían de referirse.

Así, en 1827, cayó en el patio un trozo de techo y casi mata a un hombre. El verano de 1828 correspondió a la señora ofrecer el pan bendito; hacia esa época, Bourais se ausentó misteriosamente, y poco a poco se fueron las viejas relaciones: Guyot, Liebard, la señora Lechaptois, Robelín, el tío Gremaville, paralítico desde hacía mucho tiempo.

Una noche el conductor de la valija postal anunció en Pont-l'Eveque la revolución de julio. Pocos dias después fué nombrado un subprefecto. El barón de Larsoniere, el ex cónsul en América, con el cual vinieron, además de su mujer, la cuñada y tres señoritas ya bastantes crecidas. Se las veía en las hierbas del jardín vestidas de blusas flotante; tenían un negro y un papagayo. Visitaron a la señora Aubain, y ella no tardó en devolverlas la visita. Por muy lejos que aparecieran, Felicidad corría para prevenirla. Pero sólo había en el mundo una cosa capaz de conmoverla: las cartas de su hijo.

Este no podía seguir ninguna carrera, por que se pasaba el tiempo en casinos y cafés. Pagaba la madre sus deudas, que él contraía; y los suspiros que exhalaba la señora Aubain haciendo su labor junto a la ventana, llegaban hasta Felicidad que hilaba en la cocina.

Se paseaban las dos juntas detrás de las tapias, y hablaban siempre de Virginia, preguntándose si tal cosa la hubiese gustado, o lo que hubiera dicho, probablemente, en tal ocasión.

Todo lo suyo estaba en su armario del dormitorio grande, y la señora Aubain lo inspeccionaba con la menor frecuencia posible. Un día de estío se decidió, y al abrir el mueble volaron unas mariposas.

Los vestidos estaban alineados en un tablero en el que había tres muñecas, aros, y la palangana que ella usaba. Sacaron tambien faldas, medias, pañuelos y los tendieron sobre los dos lechos antes de doblarlos. Alumbraba el sol aquellas tristes prendas, dejando ver las manchas y los pliegues formados por los movimientos del cuerpo.

El aire era cálido y azul; piaba un mirlo; todo parecía vivir en una profundo dulzura. Encontraron un sombrerito de felpa peluda, color marrón; pero estaba todo comido de pollilla. Felicidad lo reclamó para ella. Se miraron una a otra, y los ojos se les llenaron de lágrimas. Por fin la patrona abrió los brazos, y la criada se arrojó en ellos, y se estrecharon dando suelta a su dolor en un beso que las igualaba.

Era la primera vez en su vida, porque la Aubain no había sido nunca de natural expansivo. Felicidad se lo agradeció como si fuera un beneficio, y desde entonces la quiso con abnegación brutal y veneración religiosa.

La bondad de su corazón iba desarrollándose.

Cuando oía redoblar en la calle los tambores de un regimiento, salía a la puerta con un jarro de sidra y deba de beber a los soldados. Cuidó a los coléricos. Protegió a los polacos, y hasta hubo uno que quiso casarse con ella, pero riñeron, porque una mañana, al volver del "Angelus", le encontró en la cocina, donde se había metido para aderezar una salsa vinagreta que se estaba comiendo tranquilamente.

Después de los polacos, fué el tío Colmiche, un viejo que pasaba por haber hecho horrores en el año 93. Vivía a orillas del río, en los escombros de una casucha. Los chicos le miraban por las rendijas de la pared y le tiraban piedras que le caian en el camastro, donde yacía, sacudido continuamente por una tos crónica; los cabellos muy largos, las pupilas inflamadas y en el brazo un tumor más grande que su cabeza. Ella le procuró ropa, trató de limpiar su cuchitril, trató de instalarle en el horno, sin molestar a la señora. Cuando reventó el cáncer le colocaba al sol en un montón de paja, y el pobre viejo, babeando y temblando, le daba las gracias con su voz cascada, y temiendo perderla alargaba las manos en cuanto la veía alejarse. Murió, y ella mandó a decir una misa por el reposo de su alma.

Ese día le ocurrió una gran ventura, y fué que a la hora de comer se presentó el negro de la señora de Larsoniere, llevando al papagayo en su jaula, con el palo, la cadena y el candado. Una carta de la baronesa anunciaba a la señora Aubain que, habiendo ascendido su esposo a una prefectura, salían aquella misma tarde y la rogaba que aceptase el pájaro como un recuerdo y en testimónio de sus respetos.

IV

SE llamaba Lulú. Su cuerpo era verde; el cabo de sus alas, rosa; la frente, azul; y el buche, dorado.

Pero tenía la pesada manía de morder su soporte, de arrancarse las plumas, desparramar sus inmundicias, verter el agua del bebedero. A la señora Aubain le molestaba, y se lo dió para siempre a Felicidad.

Emprendió ésta la tarea de enseñarle. Pronto repitió: "¡Lorito real!", "Servidor de usted" "Dios te salve, María!". Se le puso junto a la puerta, y muchos se asumbraron de que no respondiera al nombre de Perico, pues todos los papagayos se llaman Perico. Le comparaban a un pavo, a un tronco; y era como si la pinchasen a Felicidad. ¡Extraña obstinación la de Lulú, que en cuanto le miraban ya no hablaba!

No buscaba tampoco la buena sociedad, porque los domingos, mientras los señoritas Rochefeuille, el señor de Houppeville y los nuevos contertulios: Oufrou, el boticario, el señor Varin y el capitán Mathieu, jugaban su partida a las cartas, el papagayo golpeaba los cristales con las alas y se debatía tan furiosamente, que era imposible entenderse.

La cara de Bourais, indudablemente debía de parecerle muy divertida. En cuanto se asomaba rompía a reir, a reir con todas sus fuerzas. Los estallidos de su risa saltaban hasta el patio, el eco los repetía, asomábanse los vecinos a sus ventanas y reían también; de modo que para que no lo viese el papagayo, el señor Bourais se escurría pegado a la pared, disimulando su perfil con el sombrero, llegaba al río, luego entraba por la puerta del jardín, y las miradas que le lanzaba al pajarraco no eran muy cariñosas.

Lulú había recibido un papirotazo del carnicero, porque se permitió meter la cabeza en su canasta, y desde entonces siempre trataba de picarle a través de la camisa. Talú amenazaba con retorcerle el pescuezo, y eso que no era cruel, a pesar de llevar los brazos tatuados y unas formidables patillas; al contrario, tenía más bien debilidad por el papagayo, hasta el punto de querer enseñarle por las buenas juramentos y palabrotas. Felicidad, asustada de esa mala educación, puso el loro en la cocina. Le quitó luego la cadenita, y andaba por toda la casa.

Cuando bajaba la escalera, apoyada sobre los peldaños la curva de su pico, levantaba la pata derecha, después la izquierda, y Felicidad tenía miedo de que aquella gimnasia llegara a causarle mareos. Se puso enfermo; no podía hablar ni comer. Tenía debajo de la lengua un bulto, como les pasa a las gallinas. Ella le curó arrancándoselo con las uñas. Pablo cometió un día la imprudencoa de echarle a las narices el humo de su ciarro. Otra vez que la señora Lormeau lo hostigó con la punta de su sombrilla, le atacó la viruela. Por último se perdió.

Para refrescarle le había puesto sobre la hierba. Se ausentó un momento, y cuando volvió, ¡allí había estado el papagayo! Primero le buscó entre las zarzas, a orilla del agua y por los tejados, sin escuchar a su patrona que le gritaba: "¡Pero tenga cuidado! ¡Está usted loca!" En seguida inspeccionó todos los jardines de Pont-l-Evéque, y detenía a los transeuntes. "¿Usted no habrá visto alguna vez por casualidad a mi papagayo?" A los que no conocían el papagayo se lo describía.

De pronto, le pareció ver detrás de los molinos, por la cuesta abajo, una cosa verde que revoloteaba. Pero al volver cuesta arriba, ¡nada! Un mercachifle la aseguró que acababa de verle en San Melanio, en la tienda de la tía Simón. Corrió allá. Nadie sabía de lo que hablaba. Por último regresó rendida, con los zapatos rotos y frío en el corazón. Sentada en un banco, cerca de la señora, estaba contándola todas sus pesquisas cuando sintió que la caía sobre el hombro un suave peso. ¡Lulú! ¿Qué demonio había hecho? ¡De seguro había estado paseándose por los contornos!

Felicidad tardó mucho en reponerse; mejor dicho, no se repuso nunca.

A consecuencia de un resfriado, padeció de anginas; poco tiempo después, un mal de oídos. Tres años más tarde se quedó sorda, y hablaba muy alto, hasta en la iglesia. Aunque sus pecados hubieran podido divulgarse por todos los rincones de la diócesis sin deshonor para ella ni inconveniente para el mundo, el señor cura juzgó oportuno no recibir ya su confesión más que en la sacristía.

Zumbidos ilusorios acaban de aturdirla. A menudo la decía su patrona:

—¡Dios mío, qué tonta es usted!

Y ella contestaba:

—Sí, señora.

Y se ponía a buscar cualquier cosa en su redor.

El estrecho círculo de sus ideas iba reduciéndose cada vez más, y el son de las campanas, el mugir de los bueyes ya no existían. Todos los seres funcionaban con silencio de fantasmas. Sólo un ruido llegaba hasta sus oídos: la voz del papagayo.

Como para distraerla reproducía, el tictac de la rueda del asador, el pregón agudo del pescadero, la sierra del carpintero de enfrente, y cuando sonaba la campanilla remedaba a la señora Aubain: "Felicidad, ¡la puerta, la puerta!"

Tenían sus diálogos, él repitiendo hasta la saciedad las tres frases de su repertorio, y ella contestando con palabras sin enlace, pero en las que desbordaba su corazón. En aquel aislamiento, Lulú era para ella casi un hijo, un adorador. Trepaba por sus dedos, mordisqueaba sus labios, se colgaba de su pañuelo, y como ella inclinaba la frente balanceando la cabeza, como hacen las nodrizas, las grandes alas de su toca y las alas del pájaro palpitaban juntas.

Cuando se amontonaban las nubes y retumbaba el trueno, sus chillidos decían que acaso se acordara de las tormentas de sus bosques natales. Si llovía a chorros, revoloteaba desconcertado, subía al techo, lo tiraba todo, y por la ventana se iba a chapotear al jardín; pero pronto se refugiaba otra vez en la chimenea, y, saltando para secarse las plumas, tan pronto enseñaba la cola como el pico.

Una mañana, del terrible invierno de 1837 se le encontró muerto en su jaula, junto al fuego, donde ella le había puesto para preservarle del frío, cabeza abajo y con las uñas en los alambres. ¿Le había matado una congestión? Felicidad creyó en un envenenamiento por medio del perejil, y, a pesar de la carencia absoluta de pruebas, sus sospechas recayeron sobre Talu.

Lloró tanto, que su patrona la dijo:

—Bueno, mujer; ¡mándele embalsamar!

Pidió consejo al farmacéutico, que siempre había sido bueno con el papagayo.

Escribió al Havre. Cierto señor Fellacher se encargó de esa operación. Pero como la diligencia perdía algunas veces los encargos, decidió llevarlo ella misma hasta Honfleur.

Los manzanos, sin hojas, sucedíanse a orilla del camino. Cubría el hielo las cunetas. Ladraban los perros en redor de las granjas, y ella, con sus zuecos negros y su cabás, bien abrigadas las manos bajo la manteleta, caminaba ágilmente por mitad de la carretera.

Atravesó el bosque, pasó el Encinar Alto y llegó a Saint-Satien.

Detrás de ella, envuelta en una nube de polvo y precipitada por la pendiente, la diligencia bajaba a todo galope como una tromba. Viendo que aquella mujer no se apartaba, el conductor se levantó por encima de la capota, el mayoral gritaba también, y los cuatro caballos, que él no podía contener, aceleraban su carrera; los dos delanteros pasaban rozándola, y entonces, con una sacudida de las riendas, logró echarlos hacia la cuneta; pero, furioso, alzó el brazo, y con su gran látigo la dió tal golpe desde el vientre a la nuca, que la tumbó de espaldas.

Su primer cuidado apenas recobró el conocimiento fué abrir la cesta. Lulú no se había hecho nada, por fortuna. Sintió como una quemadura en la mejilla derecha, y al llevarse las manos, vió que estaban rojas. Corría la sangre.

Sentada sobre un montón de grava, se vendó la cara con el pañuelo, luego se comió un bocado de pan que había puesto en la canasta por precaución, y se consoló de su herida mirando al pájaro.

Al llegar a lo alto de Equemauville, divisó las luces de Honfleur, que centelleaban en la noche como un montón de estrellas; a lo lejos, el mar se tendía confusamente. Entonces sintió una emoción que la paralizaba: y la miseria de su infancia, la decepción del primer amor, la despedida de su sobrino, la muerte de Virginia, como si fueran olas de una misma marea, volvían todas a un tiempo y, subiéndose a la garganta, la ahogaban.

Luego quiso hablar al capitán del barco, y sin decirle lo que enviaba, se lo dejó bien recomendado.

Fellacher tuvo mucho tiempo el papagayo. Siempre ofrecía despacharlo para la semana próxima. Al cabo de séis meses anunció la salida de una caja; pero no había tal cosa. Era como para sospechar que Lulú ya no volvería nunca. "¡Me lo habrán robado!", pensaba ella.

Al fin llegó, y espléndido, posado sobre la rama de un árbol que se ajustaba a un zócalo de caoba, una pata en el aire, la cabeza oblicua y mordiendo una nuez que el disecador había sobredorado por amor a la magnificencia.

Felicidad le encerró en su cuarto.

Aquel sitio, donde admitía a muy poca gente, tenía al mismo tiempo aspecto de capilla y de bazar, tan lleno estaba de objetos religiosos y de cosas heteróclitas.

Un armario grande estorbaba al abrir la puerta. Frente a la ventana que daba al jardín miraba al patio un tragaluz; su mesa, cerca del catre de tijera, sostenía una jarra de agua, dos peines y un pedazo de jabón azul en un plato desportillado.

En las paredes había puesto rosarios, medallas, varias vírgenes milagrosas, una pilita de agua bendita hecha de corteza de coco;

encima de la cómoda, tapada con paños, como un altar, la caja de conchas que la había regalado Víctor; luego una regadera y un balón, cuadernos de escritura, la geografía de estampas, un par de botines y en el clavo del espejo, colgado de sus cintas, el sombrerito de felpa.

Tan lejos llevaba Felicidad esa especie de veneración, que conservaba hasta una de las levitas del señor. Todas las antiguallas que ya no quería la señora Aubain, iba ella guardándolas en su cuarto. Por eso había allí flores artificiales al lado de la cómoda, y el retrato del conde de Artois en el fondo del tragaluz.

Lulú quedó bien colocado por medio de una tabla en la parte del caño de una chimenea que pasaba por el cuarto. Al despertarse, todas las mañanas, le veía al resplandor del alba, y se acordaba entonces de los días que no volverían ya, reproducía hasta en sus menores detalles acciones insignificantes, todo ello sin dolor, llena de tranquilidad.

Como no hablaba con nadie, vivía igual que una sonámbula, embotada. Sólo las procesiones del Corpus la reanimaban. Iba a casa de las vecinas en busca de candelabros y esterillas para adornar el altarcito que levantaba en su calle.

En la iglesia, siempre que miraba al Espíritu Santo, la parecía ver que tenía algo del papagayo. La semejanza se le antojó todavía más patente en una imagen de Epinal, que representa el bautismo de Nuestro Señor; con sus álas de púrpura y su cuerpo de esmeralda, es verdaderamente el retrato de Lulú.

Compró esa imagen y la colocó en lugar del conde de Artois, en tal forma, que de una sola ojeada los veía a entrambos. Así se asociaban en su pensamiento, y el papagayo se halló santificado por esa relación con el Espíritu Santo, el cual aparecía desde entonces a sus ojos más vivo y más inteligible. Para anunciarse, el Padre Eterno no pudo escoger una paloma, puesto que estos ainmalitos no tienen voz, sino más bien algún antepasado de Lulú. Y Felicidad rezaba mirando a la imagen; pero de vez en cuando se volvía un poco hacia el pájaro.

Tuvo deseos de meterse en la Congregación de la Virgen, pero la señora Aubain la disuadió.

Ocurrió luego un acontecimiento importante: el matrimonio de Pablo.

Después de haber sido escribiente de notaría, de asomarse al comercio, las aduanas, el cobro de tributos y de haber hecho gestiones para aguas y bosques, a los treinta y seis años, de pronto, por inspiración divina, había descubierto su verdadero camino: ¡el registro civil!, y mostraba tan altas facultades, que un perito le había ofrecido una hija suya, prometiéndole su protección.

Pablo, convertido en hombre serio, la llevó a casa de su madre.

Ella denigró las costumbres de Pont-l'Eveque, se dió aires de princesa, ofendió a Felicidad. Cuando se fué, la señora Aubain sintió un gran alivio.

A la semana siguiente se supo la muerte del señor Bourais en una hostería de la baja Bretaña. Pronto se confirmó el rumor de un suicidio; surgieron dudas acerca de su probidad.

La señora Aubain estudió sus cuentas, y no tardó en conocer sus maldades: malversación de atrasos, venta simulada de maderas, recibos falsos y algo más.

Estas infamias la afligieron mucho. En el mes de marzo de 1853 fué acometida de un dolor en el pecho; parecía tener la lengua cubeirta de humo; no se calmó la opresión con las sanguijuelas, y a la novena noche murió, de edad de setenta y dos años.

No la creían tan vieja, sin duda por los cabellos oscuros que rodeaban a uno y otro lado su cara pálida, señalada por la viruela. Pocos amigos la sintieron, porque su trato era de una sequedad que alejaba.

Felicidad la lloró como no se llora a los patrones. Eso de que la señora muriese antes que ella, perturbaba sus ideas, le parecía contrario al orden de las cosas, inadmisible y monstruoso.

Diez días después, — el tiempo preciso para llegar de Besançon, — comparecieron los herederos. La nuera revolvió los cajones, escogió muebles, vendió otros y en seguida se volvieron al registro.

La butaca de la señora, su velador, su braserito, las ocho sillas, ¡todo se lo llevaron! El sitio de los grabados se dibujaba entre ventana y ventana por rectángulos amarillos. Se llevaron las dos cunitas, con sus colchones, y en la alacena no quedaba ya nada de todas las cosas de Virginia. Felicidad iba de un piso a otro, ebria de tristeza.

Al día siguiente pusieron en la puerta un cartel ,y el boticario la gritó al oído que la casa estaba en venta.

Vaciló sobre sus piernas y tuvo que sentarse.

Lo que la desolaba más que todo era abandonar su cuarto, tan cómodo para el pobre Lulú. Envolviéndole en una mirada de angustia, imploró al Espíritu Santo, y contrajo el hábito idólatra de rezar sus oraciones arrodillada delante del papagayo. Alguna vez el sol, entrando por la claraboya, hería en el círculo de cristal y hacía brotar un gran rayo luminoso que la sumergía en éxtasis.

Su patrona la había legado una renta de trescientos ochenta francos. El jardín la proveía de legumbres. En cuanto a ropa, tenía la necesaria para vestirse hasta el fin de sus días, y ahorraba luz acostándose al anochecer.

Apenas salía, por no ver la tienda del prendero donde se exhibían algunos muebles de los de casa.

Desde su accidente arrastraba una pierna, y como sus fuerzas disminuían, la tía Simón, arruinada en su comercio, iba todas las mañanas a partir la leña y subir agua.

Sus ojos se debilitaron. No abría ya las persianas. Pasaron muchos años, y la casa no se alquilaba ni se vendía.

Por miedo a que la despidieran, Felicidad no solicitaba ninguna reparación. Las vigas del techo se podrían; su mismo almoha-

dón se mojó durante todo el invierno. Después de Pascua escupió sangre.

Entonces la tía Simón recurrió al médico Felicidad quiso saber lo que tenía. Pero como era demasiado sorda, sólo pudo pescar una palabra: "Pneumonía". La conocía ya, y replicó dulcemente: "¡Ah, como la señora!" Sin duda, le parecía natural seguir a su patrona.

Llegaba el día de los altares.

El primero lo ponían siempre abajo de la cuesta, el segundo de delante del correo, el tercero a mitad de la calle. Con tal motivo estallaban rivalidades, y las vecinas de la parroquia escogieron, por último, el patio de la señora Aubain.

Las opresiones y la fiebre aumentaban, y Felicidad se desconsolaba viendo que ella no hacía nada por el altar. ¡Si al menos pudiera llevar alguna cosa! Entonces pensó en el papagayo. Esto no les pareció a los vecinos procedente; pero el cura concedió su permiso, y ella se puso tan contenta que le rogó aceptase la herencia de Lulú, es decir, todos sus bienes cuando muriera.

Del martes al sábado, víspera del Corpus, tosió con más frecuencia. Por la noche su rostro estaba agorrotado, sus labios se pegaban a las encías, aparecieron los vómitos, y, al día siguiente, al amanecer, sintiéndose muy deprimida, mandó llamar a un sacerdote.

Tres buenas mujeres la rodeaban mientras le daban la Extramaunción. Luego declaró que tenía necesidad de hablar a Talu.

Llegó vestido con su traje de los domingos, molesto de encontrarse en aquella atmósfera lúgubre.

—Perdóneme, — dijo ella, esforzándose por tenderle la mano. — Yo he creído que era usted el que le había matado.

¿Qué significan semejantes chismes? ¡Sospechar que había cometido un crimen! ¡Un hombre como él!, y se indignaba y hubiera armado un alboroto. "Pero bien lo veis. ¡No sabe ya lo que dice!"

De vez en cuando, Felicidad hablaba con las sombras. Alejáronse las buenas mujeres y almorzó Simona.

Poco más tarde tomó a Lulú, y acercándosele a Felicidad.

—¡Vamos! ¡Despídase de él!

Aunque no fuera un cadáver, los gusanos le devoraban: tenía rota un ala, y por el vientre se le salía la estopa. Pero, ciega ya, le besó en la frente y le estrechó contra su mejilla. La Simona se le llevó otra vez para ponerle en el altar.

V

ENVIABAN los prados olor a verano, zumbaban las moscas; el sol hacía brillar el río y caldeaba las pizarras. Durmióse dulcemente la tía Simona. Dos campanas la despertaron. Era la salida de vísperas. Cedió el delirio de Felicidad, y, pensando en la procesión, la veía como si fuera siguiéndola.

Todos los niños de las escuelas, los cantores y los bomberos iban por las aceras, mientras avanzaban por medio de la calle, primeramente, el siuzo armado de su alabarda, el bedel con una gran cruz, el profesor vigilando a los pequeños, la monja inquieta con sus niñas; tres de las más menudas, rizadas como ángeles, arrojaban al aire pétalos de rosa; el diácono, con los brazos separados, contenía a los músicos, y dos turiferarios incensaban a cada paso al Santo Sacramento, que, bajo palio de terciopelo carmesí, conducido por cuatro mayordomos, llevaba el señor cura, revestido de su hermosa casulla. Una ola de gente agolpábase detrás de ellos, entre las blancas colgaduras que alegraban las calles; y así llegaron a la parte más baja de la cuesta.

Un sudor frío humedecía las sienes de Felicidad. Simona la enjugaba con un lienzo, diciéndose que algún día ella había de pasar también por aquel trance.

El murmullo de la multitud aumentaba; fué un momento muy fuerte; se alejaba.

Una descarga hizo estremecer los cristales. Eran los postillones que saludaban al altar. Giró sus pupilas Felicidad, y preguntó lo menos bajo que pudo:

—¿Está bien? — preocupada siempre con el papagayo.

Era la agonía. Un estertor cada vez más precipitado la levantaba las costillas. Borbotones de espuma venían a las comisuras de la boca, y temblaba todo su cuerpo.

Pronto se distinguió el resoplar de los

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIAL

Precio desde
reclame $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

trombones, las claras voces infantiles, la voz profunda de los hombres. Todo callaba por intervalo, y el latir de los pasos, que las flores amortiguaban, parecía el ruido de un rebaño sobre la hierba.

Por fin apareció el clero en el patio. La Simona trepó a una silla para llegar a la claraboya, y de esta manera dominaba el reclinatorio.

Verdes guirnaldas pendían del altar, ornado de un falbalá de punto de Inglaterra. Había en medio un cuadrito que contenía reliquias, dos naranjos en las esquinas y, y todo lo largo, candelabros de plata y vasos de porcelana, en los que se erguían girasoles, lirios, peonías, digitales y manojos de hortensias. Este montón de colores deslumbrantes bajaba oblicuo desde el primer piso hasta el tapiz que se extendía sobre las losas, y en él atraían la mirada muchos objetos raros. Un azucarero de plata sobredorada sostenía una corona de violetas; arracadas de piedras de Alençon brillaban sobre el musgo; dos pantallas japonesas lucían sus paisajes, y Lulú, oculto bajo las rosas, no dejaba ver más que su frente añil, semejante a una placa de lápiz-lázuli.

Mayordomos, chantres y niños situáronse en fila a los tres lados del patio. El sacerdote subió despacio los peldaños, y puso sobre los encajes del altar su gran sol de oro luciente. Todos se arrodillaron. Hubo un momento de silencio. Los incensarios, lanzados a todo vuelo, giraban sobre sus cadenitas.

Transparente vapor azul subió hasta el cuarto de Felicidad. Ensanchó las ventanas de la nariz, aspirando con sensualidad mística, luego cerró los párpados. Sus labios sonreían. Los latidos de su corazón iban retardándose uno a uno, cada vez más vagos, más dulces, como se agota una fuente, como desaparece un eco; y al exhalar el último suspiro creyó ella ver en los cielos, entreabiertos, un papagayo gigantesco volando sobre su cabeza.

GUSTAVE FLAUBERT.

Es preciso guardarse de confundir la igualdad, que consiste en el peso, el número y la medida, con la verdadera y perfecta igualdad, que teniendo su base en la justicia, no es otra sino la igualdad establecida entre cosas desiguales, conforme a su naturaleza. — Platón.

La razón es el conjunto de ideas preexistentes de que no podemos adquirir conciencia sino a medida que vamos distinguiendo las entidades hechas a su imagen. La razón es la facultad soberana del alma, la fuente de todo conocimiento, el principio determinativo de toda acción humana. — Platón.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción

Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . „ 4.00
1 año . . . „ 9.—

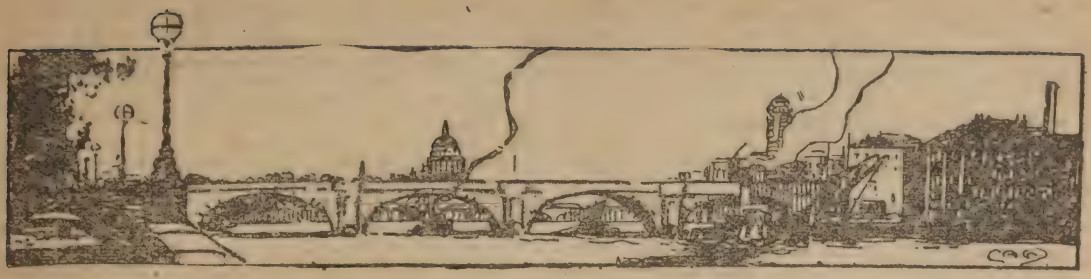
A los lectores:

El constante favor que el público presta a este magazine ha decidido a sus editores a introducir en él algunas mejoras que redundarán en beneficio de los favorecedores y que por causas inevitables han sufrido un retardo inesperado.

Dentro de poco, tan pronto como la necesaria organización del trabajo lo permita, "Pucky" aparecerá con mayor número de páginas,—algunas de ellas en cuatro colores,—y un material de un especial interés.

Así responderá "Pucky" al decidido favor del público, tanto de la Capital como de las Provincias y de las Repúblicas Oriental del Uruguay, Chile y Paraguay, donde circula.

El Director.



BAILE DE MASCARAS

LA AVENTURA INCREIBLE

Por W. FERNANDEZ-FLOREZ

USTEDES sabrán más que yo de cualquier cosa, pero de bailes de máscara, no. A cada cual lo suyo. Yo he leído todo lo que se ha escrito en el mundo acerca de los bailes de máscara. Yo sé que a los bailes de apaches acuden por estos días varias duquesas, algunas señoras de la diplomacia, jóvenes ambiguos y caballero de posición respetable. Conozco el truco del hombre asesinado en un baile y abandonado en el bulevar sin quitarle su grotesca careta, con lo que todo el mundo se cree en el caso de dirigirle pullas al cadáver. No ignoro que algunas veces la muerte se ha disfrazado para asisitir a una de estas fiestas, y que el caballero borracho de champaña que danza con ella le suele decir: "Tu aliento es helado, amada mía, y un desfallecimiento extraño se va apoderando de mí. ¿Quién eres?". He aprendido igualmente la triste historia de la curiosa jovencita que se escapa a un baile, y después de copiosas libaciones es asustada sucesivamente en el fondo de un palco por dos Pierrots, un caballero Luis XV y tres señoritos de frac. ¿Qué hay que yo no sepa? Yo fuí el que denunció en estas columnas hace cuatro o cinco años, la inexistencia de la aventura del baile de máscara, y demostré que había sidó inventada por los empresarios de tales fiestas para atraer a los románticos. Y yo soy ahora quien os dice que es inútil el intento de escribir algo nuevo acerca del Carnaval. Todo está dicho, todo está hecho, todo imaginado y realizado. Sólo existe una aventura que no ha sido contada aún. Nada más que una. Es tan extraordinaria, que su protagonista, no se ha decidido a narrarla por el justificado temor de qeu nadie concediese crédito a sus palabras. El día que aparezca en letras de molde el relato de esa aventura se habrá cerrado hermética y definitivamente cualquier posible antología de cuentos de Carnaval, y no existirá persona alguna que pueda afirmar honradamente haber leído nada que se le asemeje. Pero el protagonista vacila desde hace un lustro... El protagonista... Bueno... ¿y por qué no decirlo? El protagonista fuí yo, yo mismo. Y si me da la gana lo echo todo a rodar y lo cuento ahora.

¿Qué sucedió? Había ido yo aquella noche al baile de Escritores y Artistas, y me aburría como si en mi vida hubiese hecho otra cosa, cuando se me acercó una máscara perfectamente envuelta en un capuchón.

—No parece que te diviertes mucho —me dijo.

La miré. Era gorda, más bien alta que baja, y entre la careta y la capucha asomaban — arteramente dispuestos — algunos mechones rubios, indudablemente postizos.

Comprenderán ustedes que no hacía falta ser un genio para catalogar a la máscara. La había visto maravillosamente retratada en millones de cuentos. Gorda, atrevida con peluca... Tenía que ser mi mujer. Era fatalmente mi mujer, que, como tantísimas otras mujeres — todas ellas gordas — se había resuelto a ir al baile para sorprenderme. Esto era clarísimo y se me ocurrió en seguida. Pero un detalle de cierta importancia se oponía a esta explicación. Yo soy soltero. Siendo soltero, aparecía evidente que aquella no podía ser mi mujer. Otro cualquiera se hubiese desconcertado; yo no, he leído demasiado para saber que, además de la esposa, hay otras dos mujeres gordas que se acercan a un individuo en los bailes de máscara: la cocinera y la suegra. Inmediatamente pensé:

—O es la cocinera del hotel o es la madre de mi novia.

Y asentí, en voz alta:

—¿Quieres bailar?

—Bailemos. ¿Cómo se te ha ocurrido acercarte a mí?

—¡Qué sé yo! Me pareciste un juerguista excelente.

—¡Hola! — me dije. — Es mi futura suegra. Hay que andar con tino.

Exclamé:

—Pues soy un buen muchacho, que he venido para ahogar mi melancolía...

Y ella pronunció esta frase un millón de veces pronunciada antes por un millón de suegras y recogida por un millón de escritores:

—¡Sí, sí! Ya se la estarás pegando a alguna mujer confiada.

Después, cambiando bruscamente na, rogó:

—Oye; dame un duro, que tengo que pagar en el guardarropa...

—Es la cocinera — rectifiqué para mi haleco — dentro de poco, me pedirá que a invite a cenar.

Pasada media hora, gimió:

—Tengo debilidad. ¿Convidas?

Comió con un apetito devorador, como s costumbre en tales máscaras. Yo la observaba con uan sonrisa irónica. No recordaba que ningún hombre se hubiese encontrado en una situación tan ventajosa como a mía, porque todos los que sucumben al ngaño de la cocinera o de la suegra creen aber despertado la pasión de una mujer esconocida, joven, elegante y guapa. Y yo abía que no era así, que mi pareja venía le las proximidades del fogón o de la casa onde una doncellita encantadora se había uedado llorando después de oír estas furiosas palabras:

—Yo te demostraré que ese hombre es n pillo.

Lo sabía, ¡oh, libros amados, contenedores de tan provechosas enseñanzas! Gracias vosotros, la situación cambiaba é iba yo escapar del riesgo de la delación o del ridículo.

Puse un exquisito cuidado en tratar a la máscara con una fría corrección. Juro que lo me aproveché de ninguna de sus maliciosas insinuaciones, y cuando me pisaba un ie debajo de la mesa, lo apartaba fingiendo no haberlo advertido. Aun hice más. Le lirigí algunas pullas envenenadas.

—Este pollo está duro, ¿verdad? — gruñí, por si era la maritornes. — Tú entiendes bien de eso.

—No me lo parece, — contestó con indiferencia, introduciendo media pechuga de pollo debajo de mi antifaz.

Poco después:

—El año pasado cenó en esta misma mesa una señora de cierta edad, que murió de resultas del exceso.

—Algún pendón, — comenté, sin darle importancia.

Bebimos la última copa. Se acercaba el instante...

—Quítate el antifaz, — supliqué — quiero ver tu cara.

—¿Y si no te gusto?

Me encogí de hombros.

—Quítate el antifaz.

Comenzó a luchar con el fuerte nudo hecho en los cordones de seda que lo retenían. No oculto que me latía el corazón. Iba a ver el rostro habitual y malquerido. Tenía ya preparada la frase...

Pues bien, señores, he aquí lo extraordinario, lo verdaderamente inconcebible, lo que me hizo permanecer en mi asiento más de diez minutos, con la boca y los ojos abiertos; lo que no he leído nunca en los dos millones de cuentos de Carnaval que sé de memoria...

¡Yo no conocía a aquella mujer!

Lo juro. No la conocía, ni la había visto nunca, ni ella a mí, ni teníamos nada que decirnos, ni era suegra de nadie, ni había cocinado en su vida...

Tuvo que sucederme así. Si me lo refiere un amigo, no le creo.

W. FERNANDEZ FLOREZ.

—Papá, ¿qué es un monólogo?

—Es el parlamento de una sola persona. Por ejemplo: una conversación entre tu madre y yo.

* * * *

—La mujer soporta el dolor más heroicamente que el hombre.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Un médico?

—No, un zapatero.

* * * *

—Pero Juanito, ¡hace una hora que te he dicho que me dibujaras una locomotora!

—Ya la he dibujado, señor maestro; pero un chico que pasaba por la calle ha tocado el pito y la locomotora echó a andar hace un rato y se fué.

* * * *

Una señora muy beata, viene a Buenos Aires a pasar unos días con unos parientes.

—Esta noche te llevaremos al concierto del teatro Colón. Tocan la novena de Beethoven.

—¡Dios mío, una novena en un teatro! Qué escándalo!

Los empleados de un hotel han reunido cincuenta pesos para hacer un regalo al jefe.

—¿Qué compraremos que abulte y luzca el dinero? — pregunta uno.

—Gastaremos los cincuenta pesos en arroz y se lo regalaremos cocido, — dice el cocinero.

* * * *

Un médico, llamado por una actriz que se encuentra enferma, la pregunta:

—¿Qué edad tiene usted?

—Doctor, — contesta, bajando los ojos, — he mentido tantas veces, que en verdad, no me acuerdo.

* * * *

En un departamento del ferrocarril viajan un reaccionario y un obrero. Este lee un diario de ideas avanzadas.

El reaccionario pregunta:

—¿Es usted socialista, verdad?

—¡Sí señor!

—Pues yo creo que de socialista a holgazán no hay mucha distancia.

El obrero saca un metro del bolsillo, y después de medir la distancia que le separa del reaccionario, exclama:

—Setenta y cinco centímetros justos.

DE LA LITERATURA RUSA

LA VAQUITA PARDA

POR AFANASIEFF

Otro curioso y entretenido cuento del originalísimo autor ruso ofrece "Pucky" a continuación, considerando que sus lectores apreciarán en todo su valor esta producción de un escritor que goza de tanta y tan merecida fama en todo el mundo.

ERANSE en un reino un zar y una zarina que tenían una hija llamada María. Cuando la zarina murió, el zar se casó al poco tiempo con una mujer llamada Yaguichno. De este segundo matrimonio tuvo tres hijas; la mayor tenía un solo ojo, la segunda nació con dos ojos, y la tercera tenía tres ojos.

La madrastra no quería bien a su hijastra María, y un día la visitó con un vestido viejo y sucio, le dió una corteza de pan duro y la envió al campo a apacentar una vaquita parda.

La zarevna condujo a la vaquita a una pradera verde, entró en la vaca por una oreja y salió por la otra, ya comida, bebida, lavada y engalanada. Limpia y arreglada como una zarevna, cuidó todo el día de la vaquita, y cuando el sol se puso María se quitó su vestido de gala, vistió su traje andrajoso, volvió a casa con la vaquita y guardó el pedazo de pan duro en el cajón de la mesa.

"¿Qué es lo que habrá comido?", pensó la madrastra. Al día siguiente Yaguichno dió a su hijastra la misma corteza de pan duro y la envió a apacentar la vaquita; pero hizo que la acompañase su hija mayor, que tenía un solo ojo, a la que antes de marcharse dijo:

—Observa, hija mía, qué es lo que come y bebe María, la cual vuelve saciada sin haber probado el pan que le doy.

Llegadas las muchachas a la pradera, María dijo a su hermana:

—Ven, hermanita; siéntate a mi lado y apoya tu cabeza sobre mis rodillas, que te voy a peinar.

Y cuando apoyó la cabeza en sus rodillas, peinándola, dijo:

—No mires, hermanita; cierra tu ojito; duerme, hermanita mía, duerme, querida.

Cuando la hermana se durmió, María se levantó, se acercó a la vaquita, entró en ella por una oreja, salió por la otra comida, bebida y bien vestida, y todo el día, engalanada como una zarevna, cuidó de la vaquita.

Cuando empezó a obscurecer, María se cambió de traje y desperto a su hermana diciéndole:

—Levántate, hermanita; levántate querida; es hora ya de volver a casa.

"¡Qué lástima! — pensó entre sí la muchacha — He dormido todo el día, no he visto lo que ha comido y bebido María y ahora no sabré lo que decir a mi madre cuando me pregunte".

Apenas llegaron a casa, Yaguichno preguntó a su hija:

—¿Qué es lo que ha comido y bebido María?

—¡Yo no he visto nada, madre! — respondió la hija.

La madre la riñó, y a la mañana siguiente envió a su segunda hija, la que tenía dos ojos.

—Vé, hija mía, y mira bien qué es lo que come y bebe María.

Cuando llegaron al campo María dijo a su hermana:

—Ven aquí; siéntate a mi lado y apoya su cabeza sobre mis rodillas, que te voy a hacer la trenza.

Y cuando apoyó su cabeza María dijo:

—Cierra, hermanita, un ojo; cierra el otro también. Duerme, hermana, duerme, querida mía.

La hermana cerró los ojos y se durmió hasta la noche y, por consiguiente, no pudo ver nada.

El tercer día, Yaguichno envió a su tercer hija, la que tenía tres ojos, diciéndole:

—Observa bien qué es lo que come y bebe María Zarevna y cuéntamelo todo.

Llegaron las dos a la pradera para apacentar la vaquita parda, y María dijo a su hermana:

—¿Quieres que te peine y te haga las trenzas?

—Házmelas, hermanita.

—Pues siéntate a mi lado y descansa tu cabeza sobre mis rodillas.

Cuando tomó esta postura, María Zarevna pronunció las mismas palabras de siempre.

—Cierra, hermanita, un ojo; cierra el otro también. Duerme, hermana, duerme, querida mía.

Pero olvidó por completo el tercer ojo; así que dos ojos dormían, pero el tercero observaba todo lo que María Zarevna hacía. Esta se arrimó a la vaquita, entró en ella por una oreja y salió por la otra, comida, bebida y bien vestida.

Apenas se escondió el Sol, María se cambió de vestido y despertó a su hermana:

—Levántate, hermanita, que ya es hora de volver a casa.

Llegaron a casa y María escondió su corteza seca de pan en el cajón de la mesa.

—¿Qué es lo que ha comido María? —preguntó a su hija la madrastra.

La hija contó a su madre todo lo que había visto; entonces ésta llamó al cocinero y le dió orden de matar inmediatamente la vaquita parda. El cocinero obedeció y María Zarevna le suplicó:

—Abuelito, dame, por lo menos, el rabo de la vaquita.

El viejo se lo dió; ella lo plantó en la tierra, y en poco tiempo creció un arbolito con unos frutos muy dulces, en el que se posaban muchos pájaros que cantaban canciones muy bonitas.

Un zarevich llamado Ivân, oyendo hablar de las virtudes y belleza de la zarevna María, se presentó un día a la madrastra, y poniendo un gran plato sobre la mesa, le dijo:

—La muchacha que me llene de fruta este plato se casará conmigo.

La madrastra envió a su hija mayor a coger la fruta; pero los pájaros no la dejaban acercarse al árbol y por poco le quitan el único ojo que tenía. Envió a las otras dos hijas; pero éstas tampoco pudieron coger un solo fruto.

Finalmente, fué María Zarevna, y apenas se acercó con el plato al árbol y empezó a coger frutos, los pájaros se pusieron a ayudarla, y mientras ella cogía uno, los pajaritos le tiraban al plato dos o tres.

En un momento estuvo el plato lleno. María Zarevna puso entonces el plato sobre la mesa e hizo una reverencia al zarevich.

Prepararon la boda, se casaron, tuvieron grandes fiestas y vivieron muchos años muy felices y contentos.

AFANASIEFF

Las almas de los hombres, rodeadas de los cuerpos y pasiones, no tienen comunicación con Dios, excepto en lo que sólo pueden alcanzar por concepción, con auxilio de la filosofía, por una especie de sueño oscuro; pero cuando están separados del cuerpo y se trasladan a la región desconocida, invisible, impenetrable y pura, este Dios es entonces su guía y su rey; están allí pendientes de El por completo, y admiran sin cansancio y con amor aquella belleza que no pueden expresar los hombres. — Plutarco.

Las autoridades y los ejemplos que se alegan en favor del comunismo, se vuelven contra él. La república comunista de Platón supone la esclavitud; la de Licurgo se hacía servir por ilotas. Las comunidades de la iglesia primitiva no pudieron pasar del primer siglo, y pronto degeneraron en conventos de frailes. En la de los jesuítas del Paraguay la condición de los negros era tan miserable como la de los esclavos. El comunismo no es, pues, más que desigualdad, opresión, servidumbre. — Proudhón.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

DE UN GRAN HUMORISTA

LOS PEDAZOS DEL TIO ANSELMO

Por CAMI

(Traducción del francés)

Otra producción del famoso humorista francés del cual conocen tantas interesantísimas producciones los lectores de "Pucky"; ésta, como las anteriores, es originalísima, extraña e incomparable y pone de relieve las excepcionales condiciones de su autor.

ACTO PRIMERO

UNA FAMILIA ENCANTADORA

(La escena representa un comedor, a media tarde.)

LA MADRE DE FAMILIA

(A sus hijos, Popaul y Nenette. — Mientras yo recojo los cubiertos, vosotros debéis estudiar vuestras lecciones y hacer vuestros deberes. Sobre todo, no hacer ruido, para no molestar a vuestro padre, que está descuartizando al tío Anselmo en la cocina.

NENETTE

¡Pobre papá! ¡Por asegurar nuestro porvenir y procurarnos un mayor bienestar es por lo que está descuartizando al tío Anselmo esta tarde con un cascanueces.

LA MADRE DE FAMILIA

Sí. El tío Anselmo era un viejo avaro que guardaba su fortuna en el colchón. Vuestro padre, que es un hombre de orden, indignado de ver improductivo este capital, por eso es que, después de largas reflexiones, se ha decidido, por nosotros, a suprimir a ese viejo miserable. ¡Popaul, no te metas los dedos en la nariz!

NENETTE

¿Y no vendrán los guardias a buscar a papito, dí, mamá?

LA MADRE DE FAMILIA

No, queridita; no temas. El tío Anselmo había anunciado a todos los vecinos que regresaba a América. Su desaparición pasará por completo inadvertida. ¡Pero, vamos, trabajad mientras tanto! ¡No es una razón el que vuestro padre descuartice al tío Anselmo para que perdáis el tiempo destinado al estudio!.

NENETTE

¡Mamá, Popaul no me deja aprender mi lección! ¡Me tira del pelo!

LA MADRE DE FAMILIA

¡Popaul! ¿Quieres dejarla tranquila, o llamo a tu padre?

POPAUL

(Cínico). — ¡Oh, la, la!... ¡Estoy bien tranquilo! ¡Está descuartizando al tío Anselmo!

LA MADRE DE FAMILIA

Sí; pero no por eso ha de dejarte sin castigo! ¡Vas a ver, insolente! **(Llama a la puerta de la cocina.)** Ven a corregir a Popaul. Hace rabiar a su hermana, y me ha contestado mal.

LA VOZ DEL PADRE DE FAMILIA

(En la cocina). — ¡Déjame en paz! ¡Sapristi! ¡Estoy descuartizando al tío Anselmo!

LA MADRE DE FAMILIA

¡No grites, hombre! ¡No jures! ¡Luego te quejarás de que tu hijo está mal educado!

LA VOZ DEL PADRE DE FAMILIA

(En la cocina). — ¡Bueno!... ¡Ya voy! ¡Dile que cuando vaya le voy a administrar un par de azotes! ¡Esperad un poco a que acabe con esto! **(Sale a poco de la cocina, y castiga a Popaul.)** ¡Toma, infame! Para que aprendas a no tirar del pelo a tu hermana y a faltar al respeto a tu madre. Si continúas por ese camino, acabarás mal. Vuelve a la cocina.)

LA MADRE DE FAMILIA

(A Popaul, que llora). — Ya lo has oído. No ha hecho más que castigarte como mereces. Enjuga tus lágrimas y acaba el problema.

POPAUL

Yo no lo sé hacer. Es muy difícil. Quisiera que papá me ayudase.

LA MADRE DE FAMILIA

¡Ay, Dios mío! ¡Qué hijo! Si es que te has creído que te valdrá que tu padre esté ocupado para no hacer el problema, te has equivocado. **(Llama a la puerta de la cocina.** Soy yo, sol yo, hombre. ¿Puedes venir un momento? Es que Popaul no sabe hacer su problema.

LA VOZ DEL PADRE DE FAMILIA

(En la cocina). — ¡Santo nombre de Dios! ¿No sabéis que estoy descuartizando al tío Anselmo? ¡Maldita sea la!...

LA MADRE DE FAMILIA

Sé bueno, sé bueno, hombre. Tus hijos tomarán mal ejemplo.

LA VOZ DEL PADRE DE FAMILIA

(En la cocina). — ¡Bueno!... ¡Ya voy! ¡Voy en seguida! **(Sale de la cocina.)** ¡Vamos! ¡A ver ese problema!... **(Explica el problema a Papoul.)** Te ruego que no me molestes más.

NENETTE

Dí, papaíto, ¿es el domingo cuando vamos a ir al bosque de Montfermeil a enterrar los pedazos de tío Anselmo?

EL PADRE DE FAMILIA

Sí, si sois buenos **(Vuelve a la cocina.)**

NENETTE

¡Oh, qué dicha! ¡Un día de campo! Comeremos sobre la hierba, ¿verdad, mamá?

LA MADRE DE FAMILIA

Sí, hijita; pero estudia tu lección.

(Una hora después, la madre de familia deja su trabajo de costura y entra en la cocina.)

EL PADRE DE FAMILIA

Ya está esto. Voy a envolver los pedazos.

LA MADRE DE FAMILIA

¡Vaya unos paquetes! Deja que yo me encargue de eso. Tú no has sido nunca capaz de hacer un paquete en la vida.

SEGUNDO ACTO

UN CHICO INCORREGIBLE

POPAUL

¿Lo pasaste bien ayer, dí, Nenette?

NENETTE

¡Oh, sí, Popaul! Hemos comido sobre la hierba y mientras papito y mamita han enterrado los paquetes del tío Anselmo, hemos jugado por el bosque de Montefermeil

POPAUL

¡Qué bien jugamos!

NENETTE

A la vuelta, pito me ha dicho que si tenemos beunas notas esta semana, iremos el domingo próxímo al bosque, con lo que queda del tío Anselmo.

POPAUL

¡Oye, Nenette! Mientras que tú dabas tu lección de piano con mamá, yo he hecho todos estos paquetitos para que nos divirtamos el domingo. Los enterraremos en el bosque, como papá y mamá.

NENETTE

¿Y qué hay en esos paquetes, Popaul? **(Abre un paquete). (Abre otro paquete.)** ¡Oh, el brazo de mi linda muñeca! **(Llorando.)** ¡Ah, ah! ¡Se lo voy a decir a mamá!

EL PADRE DE FAMILIA

(Entrando). — ¿Qué pasa? ¿Por qué llorás, Nenette?

NENETTE

Es que Popaul ha partido mi linda muñeca en pedazos, como el tío Anselmo.

EL PADRE DE FAMILIA

¡Ah, miserable, pillo, infame! ¡Verás ¡Mira lo que consigues con romper en pedazos la muñeca de tu hermana. **(Castiga a Popaul.)**

POPAUL

(Entre dos gemidos). — ¡Tú también has descuartizado!

EL PADRE DE FAMILIA

¡Ah!... ¿Quién te ha enseñado a contestarme? Además los niños no deben imitar lo que hacen las personas mayores. ¿Has roto en pedazos la muñeca de tu hermana? Pues bien; para castigarte, no vendrás con nosotros el domingo al bosque de Bagneux a enterrar las piernas del tío Anselmo. ¡Para que aprendas!

TELON

CAMI.

PARA EL CARNAVAL

BAILES DE TRAJES

POR LA CONDESA D'ARMONVILLE

Caperucita roja

Dama del siglo XIII

SALUDEMOS en el Carnaval al imperio momentáneo de la libertad para que cada muchacha se vista a su antojo. Por tres días los ojos bonitos se verán libres del sombrero que los obliga a vivir en la penumbra, y algunas figuritas podrán apreciar el encanto que les presta la pleguería de una túnica romana, la pañoleta de armiño que encuadra el busto de una dama del siglo XIII, cuyo traje de terciopelo re-

vela el primor de las telas que se tejían en aquella época; flexibles y suaves como las que hoy se fabrican, pero speriores a las modernas, puesto que no altera su colorido la acción devastadora de los años.

"Caperucita roja" es un disfraz muy bonito para una chiquilla como la heroína del cuento. La falda rayada es roja y negra; el vestido, en dos rojos con pañolito blanco, y la caperuza de batista blanca, porque el nombre se debe a la caperuza de su capa encarnada.

Aldeana rusa

Isabel de Inglaterra

Seguramente, el disfraz de aldeana rusa será uno de los que triunfen en estos días, por ser más fácil de imitar que el de las antiguas damas moscovitas.

Isabel de Inglaterra y Ana Boleña... ni en broma querrán nuestras damitas revivir dos figuras siniestras de la Historia.

Dos condiciones indispensables ha de tener el disfraz para ser bonito: primero, que guarde armonía con la propia figura, y segundo, que resulte cómodo.

La mascarada elegante empieza pronto; los salones se abren para recibir a gentiles disfrazadas dispuestas a bailar, y seguras de oír repetidas veces que están bellísimas; pero no gozarán como gozaron las que fueron, como ellas, juveniles bellezas, con la ilusión de ser objeto de bromas ingeniosas, sin sombra de descortesía; bromas que solían empezar el domingo y no terminaban hasta el martes.

El mayor atractivo del Carnaval ha muerto; sobre sus cenizas se levantan fiestas polícromas, espectáculos de luz exhuberante de colorido; motivo, en suma, para divertirse de prisa, demostrando a la vez que el buen gusto para elegir sus disfraces, una gran fuerza de resistencia.

Dar modelos para este Carnaval me parece inútil, porque cada una de las "mascaritas" que nos lean tendrán hechos sus disfraces. Volvamos la vista al pasado, no lejano, y recordaremos un baile que se celebró en Madrid, en casa de la duquesa viuda de Valencia.

Ana Bolena

Pastora de Watcau

La entonces marquesita de Espinardo, hoy marquesa también de Volterra, estaba guapísima, prestando toda la arrogancia de su figura al traje catalán; la duquesa de Santángelo, hoy marquesa de Ciutadilla, fué una marquesa de los Llanos, maja Carlos IV encantadora; Blanquita Borbón, con peluca blanca, como cuadra a una dama de la corte de Luis XV, era un cuadro ideal; la baronesa de las Torres, una apache con toda la gracia parisina y el salero español.

Una fiel reproducción del retrato de la marquesa de Espeja, pintado por Madrazo fué la marquesa actual, nieta política de aquelal dama ilustre.

Sería interminable mencionar la serie de aquelos bonitos disfraces, preludio de los que estos días se lucirán en los salones madrileños.

Cuando eran muchachas las madres de las

que hoy se disfrazan, las bromas se preparabn con tanto misterio como si se tratase de una conspiración; se ocultaban las caretas y los disfraces fuera de casa, en previsión de una hermana habladora y de un criado indiscreto; se tomaban notas, y generalmente daba la broma el que tenía menos amistad con la embromada para despertar mayor interés, porque cuando le decía cosas que sólo podía saber determinada persona, "por casualidad" se hacía presente sin careta al que se creía encubierto bajo un capuchón.

Hemos oído referir que en un baile, allá por el año sesenta y tantos, se acordó invertir los papeles: las señoras llevarían caretas y los hombres irían sin disfraz. Como las costumbres no eran tan familiares como ahora, sólo bajo el antifaz se atrevían las muchachas a tutear a sus amigos, y ni escudadas por el incógnito se lanzaban a piropear al que mayores simpatías las inspirase. Así se comprende la ilusión, primero, y el terror después, de un muchacho hermoso a quien una mascarita le declaró, entre suspiros de rubor, su amor volcánico, amor que, pasado ese momento de expansión, volvería a encerrar en su pecho hasta morir. Pero, a medida que la noche avanzaba, la dama sentía que sus escrúpulos se desvanecían, y llegó a prometer a su intrigado galán darse a conocer, pero fuera del bai[illegible] en el coche.

Como aseguraba ser amig[illegible] la familia, y, por tanto, una señorita, la ilusión del muchacho se trocó en terror al encontrarse dentro de su propio coche... ¿Qué hacer?... Pues llevársela a casa, porque era su hermana.

Nada de esto subsiste hoy; ni las bromas ni los "asaltos" revisten el misterio que años atrás les rodeara. Hoy, a lo más, celébranse, en contadísimas ocasiones, bailes de trajes, sin caretas, en que, si no primores del propio ingenio, lucen, sin duda, las muchachas los del instinto artístico de su modista.

La condesa D'Armonville.

(De "Blanco y Negro").

El maestro. — ¿Con qué letra escribe usted viaje, con v corta o con b larga?

El alumno. — Si el viaje es corto, con v corta, y si es largo, con b larga.

* * * *

—Diga, don Pepe, ¿me presta usted cinco pesos?

—No, señor.

—Pero ¿por qué me niega usted ese favor?

—Porque se vería usted en el compromiso de devolvérmelos, y yo no quiero crear compromisos a nadie.

—Sigue mi consejo y dedícate a lo tuyo, que nadie se ha hecho rico metiéndose en negocios ajenos.

—Creo que te olvidas de los abogados.

* * * *

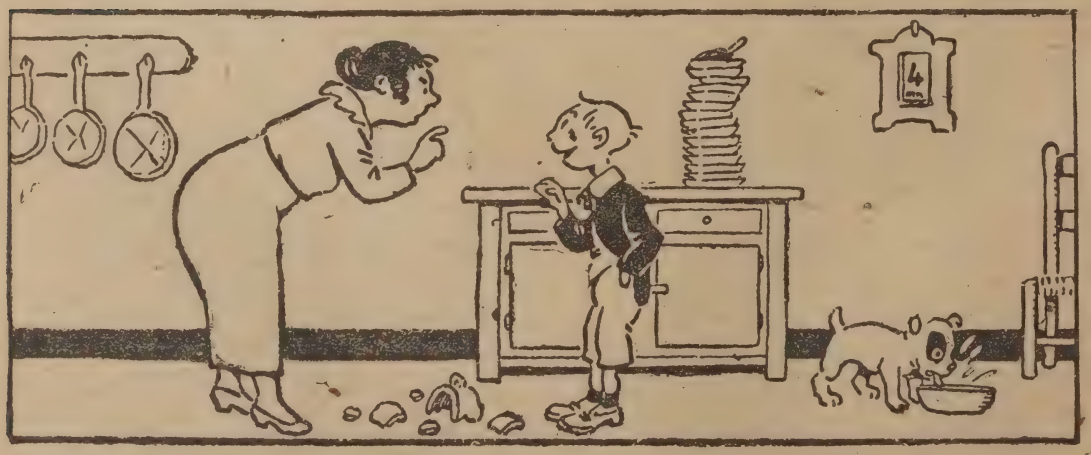
Un andaluz que había realizado una ascensión en un globo, decía:

—Subimos a tanta altura, que perdimos de vista la tierra. ¡Y aquí sí que fué nuestro apuro!

—¿Por qué?

—Pues que, como no veíamos al planeta, nos era imposible bajar!

Una excelente excusa



—¡Pero muchacho desdichado! ¿Qué es lo que has hecho? ¡Has destrozado la sopera!

—Es que yo, mamita, ¿sabes? Yo quería saber cuántos pedazos hacían falta para formar una sopera.

DE UN CELEBRE CUENTISTA

LA FERMATA

Por ERNST HOFFMANN

El autor del interesantísimo cuento que "Pucky" ofrece hoy a sus lectores es famoso por sus cuentos en todo el mundo literario; todos ellos son narraciones muy atrayentes y muy originales y algunos de ellos constituyen verdaderos modelos en su género; el que aparece a continuación puede ser considerado, por varios conceptos, una de sus mejores producciones.

EL cuadro, alegre y lleno de vida, de Hummel que representa una reunión en una taberna italiana se hizo célebre en la Exposición de Berlín en 1814, en la que figuró, causando las delicias de muchos. Un emparrado de vegetación abundante..., una mesa con vinos y frutas...; en ella, dos mujeres italianas sentadas frente a frente: una que canta y otra que toca la cítara. Detrás de ellas, entre las dos, un abate que hace de director de orquesta. Con la batuta en alto espera el momento en que la cantante, con la vista fija en el cielo, acabe la canción, en una nota prolongada, para bajarla y que la citarista ataque valientemente el tema principal. El abate está lleno de admiración..., de placer celestial..., y, sin embargo, en una tensión angustiosa. Por nada del mundo querría marcar mal el compás. Apenas se atreve a respirar. De buena gana ataría las alas a las abejas y a las moscas para que no hiciesen el menor ruido con sus vuelos. Y aborrece con tanto más motivo al hostelero, que en aquel preciso instante aparece trayendo el vino que le han pedido. Ilumina la terraza la luz, que entra a raudales por las arcadas. Un jinete espera al pie a que le sirvan un vaso de vino sin apearse del caballo.

Ante este cuadro estaban parados los dos amigos Eduardo y Teodoro.

—Cuanto más miro, — decía el primero, — a esta cantante, algo anticuada, pero llena del espíritu de una verdadera artista, con su traje de colores vivos; cuanto más contemplo el perfil romano y la hermosa figura de la citarista, cuanto más me fijo en el distinguido abate, tanto más me impresiona el conjunto y me da idea de verdad. Quizá sea un poco exagerado, en el buen sentido; pero lleno de alegría y de gracia. Me gustaría poder subir a la terraza y tomar alguna de las frutas que me están invitando. Me parece que llega hasta mí el aroma del vino generoso. No; esta inspiración no ha brotado en el ambiente frío y seco que nos rodea. Vamos a honrar el cuadro y al arte y a la hermosa Italia, donde se siente la alegría de vivir, bebiéndonos una botella de vino italiano.

Mientras Eduardo pronunciaba con frases entrecortadas este discurso exaltado, Teodoro permaneció en silencio y meditabundo.

—Sí, vamos, — dijo como despertando de un sueño, pero apartándose del cuadro con gran trabajo y siguiendo casi máquinalmente a su amigo; y a llegar a la puerta volvióse de nuevo para dirigir una última mirada a la cantante y al abate.

La propuesta de Eduardo se llevó a efecto. Atravesaron la calle y a poco estaban en la sala Tarone con una botella delante, semejante en todo a la del emparrado.

—Me parece, — dijo Eduardo después que hubieron vaciado algunos vasos, y Teodoro continuaba callado y ensimismado, — me parece que a tí el cuadro no te ha hecho el mismo efecto de alegría que a mí.

—Te aseguro que comprendo perfectamente toda la parte alegre y graciosa del cuadro; pero es lo raro que representa fielmente una escena de mi vida y los personajes son verdaderos retratos. Convendrás con-

migo en que los recuerdos alegres rara vez logran conmover al aparecer repentinamente y como evocados por un conjuro mágico. Y, sin embargo, éste es mi caso.

—¿De tu vida? — exclamó Eduardo asombrado. — ¿Una escena de tu vida es lo que representa ese cuadro? Desde luego me ha parecido que el abate y la cantante son verdaderos retratos; pero no acierto a comprender qué puedan tener de común contigo. Cuéntame la cosa; estamos solos y nadie ha de venir a interrumpirnos.

—De buena gana lo haría, — repuso Teodoro; — pero lo he de tomar de muy atrás... de los tiempos de mi juventud.

—Cuenta sin miedo, — respondió Eduardo. — Sé muy poco de tus años juveniles, y si el relato es largo, lo único que puede ocurrir es que tengamos que pedir otra botella, lo cual no ha de ser una desgracia para nosotros y mucho menos para Tarone.

—Nadie extrañó, — comenzó a decir Teodoro, — que dejara todas las cosas para dedicarme a la música, pues desde mis primeros años no hacía casi nada y me pasaba los días enteros aporreando el piano, viejo y desafinado, de mi tío. Era muy difícil en mi pueblo estudiar música, pues no había nadie que pudiera enseñarme más que un organista viejo y terco, que me atormentaba con tocatas oscuras y disonantes. Pero, sin amedrantarme por eso, yo seguía valientemente. A veces aborrecía al viejo; pero se ponía a tocar a su manera una composición buena, y me reconciliaba con él y con el arte. Algunas composiciones, sobre todo las del viejo Sebastián Bach, me hacían una impresión extraña: me parecían relatos llenos de episodios sobrenaturales y terroríficos, que me sobrecogían con esos estremecimientos tan corrientes en la juventud. Abríase para mí un edén cuando en invierno, como solía ocurrir, el director de orquesta de la ciudad, con sus compañeros y un par de aficionados, organizaban un concierto y, por mi buen oído, me encargaban de tocar los timbales. Después he pensado muchas veces en lo risible y ridículo de tales conciertos. Por lo general, mi maestro tocaba dos conciertos para piano, de Wolf o de Emanuel Bach; uno de los violines se esforzaba por interpretar a Stamitz y el recaudador de contribuciones soplaba en su flauta con tanto afán y tanta fuerza, que apagaba las dos velas del atril, que constantemente tenían que estar encendiendo. En canto no había que pensar, lo cual criticaba mucho mi tío, gran amigo de la música. Recordaba con entusiasmo los antiguos tiempos en que los cuatro cantores de las cuatro iglesias del pueblo se unieron para cantar en un concierto "Lottchen am Hofe". Lo que más solía alabar era el espíritu de tolerancia que llevó a los cantores a unirse en honor del arte, pues además de los católicos y los evangélicos, los reformistas, representados por dos jóvenes, dividían a alemanes y franceses. El cantor francés acaparó el papel femenino de Lottchen, y según aseguraba mi tío lo cantó de la manera más prodigiosa que se puede imaginar, con su voz de falsete. Vegetaba a la sazón entre nosotros, en mi pueblo quiero decir, una señorita llamada Amable, que recibía una pensión exigua como cantante de la corte retirada, y mi tío pensó que nadie mejor que ella podía figurar en los conciertos, mediante una pequeña retribución. La señorita se hizo rogar mucho, pero al fin accedió, y se cantaron arias en los conciertos. Esta señorita Amable era una persona extraordinaria. Aún recuerdo perfectamente su flaca figura. Con mucha sereidad y prosopopeya solía aparecer ante el público con un vestido de colorines y los papeles de música en la mano, haciendo una ligera inclinación de la parte superior del cuerpo para saludar. Llevaba un adorno de cabeza extraño, en cuya parte delantera figuraba un ramo de flores de porcelana, que temblaban y se movían mientras cantaba. Cuando terminaba su parte y la concurrencia cesaba de aplaudir, entregaba a mi tío los papeles, dirigiéndole una mirada altiva y permitiéndole tomar un polvo de rapé de la tabaquera que ella sacaba para tomarlo, y que ostentaba en la tapa la imagen de un perro de lanas. Tenía una voz fea y chillona, hacía toda clase de floreos y gorgoritos absurdos, y te puedes figurar el efecto que tales cosas me harían, unidas al aspecto risible de su físico. Mi tío se deshacía en alabanzas, cosa incomprensible para mí, que era de la opinión de mi organista, el cual, en su humor hipocondríaco, y por ser además un detractor del canto, se burlaba de la ridícula señorita.

Cuanto más vivamente compartía con mi profesor el desprecio por el canto, tanto más se esforzaba éste por desarrollar en mí el genio musical. Con gran afán enseñóme el contrapunto, y tardé muy poco en ejecutar las piezas más difíciles. Acababa de tocar una de éstas el día de mi cumpleaños, diez y nueve, delante de mi tío, cuando el camarero de nuestra hostería más distinguida se presentó anunciando a dos damas que acababan de llegar. Antes de que mi tío tuviera tiempo de quitarse el robe-de-chambre floreado y ponerse la levita entraron las anunciadas. Ya sabes tú la impresión que me produce la presencia de todo extraño en las gentes educadas en la estrechez de los pueblos; la de aquellas personas, que tan inesperadamente llegaban, era de lo más a propósito para dejarme como encantado. Imagínate dos italianas altas y esbeltas, vestidas a la última moda, un poco exagerada, con aire de inteligentes y muy amables, que se dirigieron a mi tío con voz armoniosa. ¿Qué idioma extraño hablaban? Sólo alguna vez sonaba como alemán... Mi tío no les entendía una palabra. Un poco azorado, les señaló el sofá. Ellas se sentaron y hablaron entre sí unas palabras que sonaron como música. Por fin lograron hacerse entender de mi tío; le dijeron que eran cantantes, que iban de viaje, que querían dar algún concierto en el pueblo y que se dirigían a él por ser el que se ocupaba en aquellas cosas.

Mientras hablaban entre sí yo escuché sus nombres, y me pareció que de aquella manera podía comprender mejor a cada una

de las dos, que juntas me impresionaban demasiado. Lauretta, la mayor de aspecto, de ojos luminosos, hablaba con viveza extraordinaria y gesticulando mucho. Aunque no era muy alta, tenía muy buena figura, y mi vista se perdía en sus encantos, para mí completamente desconocidos hasta entonces. Teresina, más alta, más esbelta, de rostro más largo y más serio, hablaba poco, y en cambio parecía más inteligente. De cuando en cuando sonreía de un modo especial, como si le produjera una sensación agradable el ver a mi tío, que se envolvía en su robe-de-chambre y trataba en vano de ocultar una cinta amarilla, delatora de la camisa de dormir, que sin cesar le asomaba por debajo del cuello. Al fin se levantaron; mi tío les prometió organizar el concierto para tres días después, y ellas le invitaron en compañía mía, que les fuí presentado como un joven "virtuoso", a tomar chocolate aquella tarde.

Subimos la escalera con mucha solemnidad, y como si nos dirigiéramos a una aventura para la cual no estuviésemos preparados. Después de que mi tío, preparado de antemano para ello, habló largamente del arte, diciendo una porción de cosas que no comprendimos nadie, ni siquiera él; después que yo me abrasé la lengua dos veces con el chocolate ardiendo, emulando con ventaja a Scevola, dijo Lauretta que iba a cantar algo.

Teresa tomó la cítara, la templó y atacó las primeras notas. Nunca había oído yo aquel instrumento, conmoviéndome en extremo la dulzura llena de misterio con que sonaban las cuerdas. Lauretta comenzó la canción muy piano, subiendo lentamente hasta el fortísimo y atacando con valentía las octavas. Aún recuerdo la letra del principio: "Sento l'amica speme". Oprimióseme el pecho; jamás había podido presumir aquello. Conforme Lauretta cantaba y con su fuego encendíanse los rayos que me rodeaban, sentía yo que despertaba el sentimiento musical que llevaba dentro y se encendía en llamas hermosas y fuertes. ¡Ah!, por primera vez en mi vida oí música. Las dos hermanas cantaron el dúo, serio y profundo, del abate Steffani. La voz de contralto llena y celestial de Teresina me llegó al alma. No pude contenerme: las lágrimas brotaron de mis ojos. Mi tío carraspeaba, dirigiéndome miradas de descontento; pero de nada le valió. Yo estaba fuera de mí. A las artistas les agradó aquello, al parecer; interesáronse por mis estudios musicales; yo, avergonzado declaré mis esfuerzos, y con la audacia que me daba el entusiasmo confesé que hasta aquel día no había oído verdadera música. "Il bon fanciullo!", murmuró Lauretta con dulzura y amabilidad. Al volver a casa apoderóse de mí una especie de furor; reuní todas las sonatas y fugas que tenía, incluso cuarenta y cinco variaciones sobre un tema canónico compuesto por el organista, y que me había confiado en borrador, las arrojé al fuego y me reí con fruición al ver cómo chisporroteaban y se consumían aquellos papeles. Luego me senté ante el piano y traté de imitar el sonido de la cítara y de tocar y cantar la melodía que cantaron las hermanas.

A media noche salió mi tío de su cuarto y apagándome las dos luces, dijo: "No se hacen esos gorgoritos ni se atormentan los oídos de ese modo." Y se volvió a su habitación. No tuve más remedio qeu obedecerle. El sueño me descifró el enigma de la canción;... por lo menos así me lo figuré yo, pues canté perfectamente "sento l'amica speme". A la mañana siguiente puso a prueba mi tío a todos los que sabían tocar algún instrumento. Quería mostrar lo bien que se portaba nuestra orquesta, y se sintió muy descorazonado con la prueba. Lauretta propuso una gran escena; pero en el recitado todos desafinaron y se fueron cada uno por su lado, como quien no tiene la menor idea del acompañamiento. Lauretta gritó... se enojó... lloró de rabia e impaciencia. El organista estaba sentado al piano, y a él fueron dirigidos los cargos más violentos... El organista se levantó y muy indignado y sin decir una palabra se fué del salón.

El músico de la ciudad, a quien Lauretta llamó "asino maledetto", se colocó su violín debajo del brazo y se puso el sombrero sin cumplimientos. Dirigióse acto seguido hacia la puerta, siguiéndole sus compañeros, con el arco metido entre las cuerdas y las boquillas sin quitar. Los aficionados contemplaban la escena con mirada triste, y el recaudador de contribuciones exclamó en tono trágico: "¡Dios mío, qué nervioso me ponen estas cosas!"

Mi timidez desapareció como por encanto; atravesémе en el camino del músico de la ciudad, le rogué, le supliqué, le prometí seis minués nuevos con doble trío para baile. Logré por fin convencerle. Volvió a colocarse ante el atril, sus compañeros hicieron lo propio; la orquesta se organizó a poco sin faltar más que el organista que, muy despacito, atravesaba la plaza del mercado sin atender a ningún llamamiento. Teresina había permanecido durante toda la escena con la risa contenida; Lauretta estaba en este momento tan alegre como iracunda estuvo antes. Alababa sobremanera mis esfuerzos, me preguntó si tocaba el piano, y antes de que yo contestara afirmativamente me ví sentado en el puesto del organista con la partitura delante. Nunca había acompañado a cantar ni dirigido una orquesta. Teresina se colocó a mi lado para indicarme los tiempos, y Lauretta me animaba a cada momento con un "¡bravo!"; la orquesta seguía y todo marchaba a maravilla.

En el segundo ensayo, cada cual tocó lo mejor que pudo, y el efecto del canto de las dos hermanas en el concierto fué indescriptible.

En la residencia real se preparaban varias fiestas con motivo del regreso del príncipe y las invitaron a que cantaran en el teatro y en salas de concierto. Hasta que llegase aquella fecha décidieron permanecer en nuestro pueblo, y por tanto, dieron algunos conciertos más.

La admiración del público llegó al defrío. Sólo la vieja Amable, tomando un pol-

vo de rapé de su tabaquera con el perrito de lanas, aseguraba que aquellos gritos no eran canto; mi organista no apareció por parte alguna, y, a decir verdad, no le eché de menos. Yo era el hombre más feliz de la tirra. Pasaba todo el día con las dos hermanas, las acompañaba y sacaba de las partituras las veces que habían de necesitar en la corte. Lauretta era mi ideal; sufría con paciencia sus malos humores, sus violencias... sus vejaciones de "virtuosa" en el piano. Ella y sólo ella me había puesto de manifiesto lo que era la verdadera música.

Comencé a estudiar italiano y a ensayarme con cancioncitas. Me elevaba al séptimo cielo cuando Lauretta cantaba mis composiciones y les dirigía elogios. A veces me parecía que yo no había pensado ni escrito nada, sino que la inspiración estaba en el canto de Lauretta. A Teresina no podía acostumbrarme; cantaba muy rara vez, no me daba la menor importancia y en ocasiones creía yo observar que se reía de mí.

Por fin llegó el momento de la marcha. Entonces comprendí lo que Lauretta era para mí y lo imposible que me sería separarme de ella. Algunas veces, después de haberse mostrado "smorfiosa" me acariciaba, aunque de una manera absolutamente indiferente; pero mi sangre se encendía, y sólo la frialdad corriente en ella me impedía estrecharla frenético en mis brazos.

Tenía yo una voz pasable de tenor, muy poco ejercitada, y ella me la educó. Solía cantar con Lauretta esa serie innumerable de "duettini" italianos. Próxima la marcha, cantamos un día uno de ellos... "Senza di te ben mío vivere non poss'io". No pude resistir más y, desesperado, me eché a los pies de Lauretta. Ella me levantó diciéndome: "Pero amigo mío, ¿es que vamos a separarnos?" Yo la escuchaba asombrado. Me expuso su plan de que me fuese con ella y Teresina a la residencia de la corte, pues alguna vez habría de salir de mi pueblo si me había de dedicar por entero a la música.

Imagínate una persona que se halla en una sima profunda que desespera de la vida, y en el instante en que cree llegado su fin se encuentra en un edén florido, con mil lucesitas alegres que lo rodean y le dicen: "Querido, puedes vivir aún." Eso fué lo que yo sentí. ¡Con ellas a la corte! No podía pensar en otra cosa. No te cansaré contándote mi trabajo para convencer a mi tío de que convenía marchar a la corte, que, por otra parte, no estaba muy lejos.

Por fin cedió, prometiéndome ir él también. Aquello no entraba en nuestros planes. Por tanto, hube de ocultar mi decisión de marcharme con las cantantes. Un oportuno catarro que pescó mi tío me salvó. Salí en la diligencia del correo, pero sólo hasta la primera parada, donde me quedé esperando a mis diosas. Un bolsillo bien provisto me ponía en condiciones de preparar todo convenientemente.

Mi espíritu romántico me hizo concebir la idea de acompañar a mis damas a caballo como un paladín. Me procuré un rocín, no muy bello que digamos, pero muy seguro en opinión de su dueño, y salí al encuentro de las cantantes. A poco apareció el coche; en el asiento de detrás venían las dos hermanas y en el de adelante la mucama, la regordeta Juana, una napolitana morena. Además, el carruaje iba cargado con toda clase de baules, paquetes y canastas, de los que no se separan las señoras que van de viaje Juana llevaba sobre la falda dos perritos de aguas, que me recibieron ladrando cuando me acerqué a saludar a las que llegaban.

Todo marchó bien al principio; pero al llegar a la última parada se le ocurrió a mi caballo la idea de volverse a su patria. El convencimiento de que en tales casos no es conveniente emplear medios violentos me indujo a intentar convencerle con suavidad; pero el terco animal permaneció insensible a todas mis amabilidades. Yo quería ir hacia adelante y él hacia atrás, y todo lo que conseguir fué que en lugar de andar en la dirección que él quería comenzase a dar vueltas. Teresina sacó la cabeza fuera del coche, riéndose con toda su alma, mientras que Lauretta, tapándose el rostro con ambas manos, gritaba lo mismo que si me viera en peligro de muerte. La desesperación dióme ánimos: clavé las espuelas en los ijares del bruto y en el mismo momento me vi en el suelo. El caballo quedóse parado tranquilamente y mirándome con aire socarrón. Yo no lograba ponerme en pie; el cochero apresuróse a acudir en mi auxilio; Lauretta se bajó del coche llorando y gritando; Teresina reía sin poderse contener. Me había torcido un pie y no podía montar de nuevo.

¿Qué hacer en aquel apuro? Ataríamos el caballo al coche y yo me metería en éste como pudiera. Figúrate dos muchachas robustas, una criada gruesa, dos perros, una docena de bultos, y además yo en un coche pequeño...; imagínate los lamentos de Lauretta protestando por lo incómodo del asiento...,los aullidos de los perros..., las murmuraciones de la napolitana..., los gestos de Teresina..., el dolor agudísimo que yo sentía en el pie, y te podrás hacer cargo de la agradable de mi situación. Teresina dijo que no podía más. Nos paramos y de un salto se apeó del coche. Desató mi caballo, colocóse a horcajadas en la silla y comenzó a trotar y a hacer corvetas delante de nosotros. No tuve más remedio que reconocer que lo hacía muy bien. Su gracia y su distinción resaltaban aún más a caballo. Pidió la cítara y, con las riendas en el brazo, empezó a cantar romanzas españolas a toda voz. Su vestido claro de seda flotaba al aire en pliegues armoniosos y las plumas de su sombrero ondeaban como movidas por los espíritus de las notas. El conjunto resultaba de lo más romántico, y yo no apartaba los ojos de Teresina, a pesar de que Lauretta consideraba que era una loca, cuya audacia podía costarle cara. Afortunadamente nada ocurrió: el caballo había perdido su terquedad o le agradaba más la cantante que el

paladín; en una palabra, hasta las mismas puertas de la residencia real me volvió Teresina a meterse en el coche.

Aquí me tienes en los conciertos y óperas y en todo lo que era música...sirviendo para ensayar arias, dúos y de todo lo que quería estudiar. Observarás que mi espíritu ha cambiado por completo. Toda mi antigua timidez ha desaparecido; como un maestro me siento ante el piano con la partitura delante para dirigir la parte de mi dama. Toda mi inteligencia....,todos mis pensamientos son melodías...Compongo toda clase de canciones y de arias sin preocuparme para nada del arte del contrapunto, y Lauretta las canta, aunque siempre en nuestra habitación...¿Por qué no querrá nunca cantar nada mío en los conciertos?... No lo comprendo... Teresina se me representa sobre un corcel orgulloso, con la lira en la mano, como la figura misma del arte romántico...y sin poderlo remediar escribo algunas canciones serias. Lauretta maneja las notas como un hada. ¿Qué será lo que intente y no le salga bien? Teresina no hacía escalas...; lo más era una ligera apoyatura; pero sus tonos sostenidos llegaban a lo más íntimo del alma. Yo no sé cómo estuve tanto tiempo sin ver esto.

El concierto benéfico en que habían de tomar parte las dos hermanas llegó; Lauretta cantó conmigo una larga escena de Alfossi. Estaba yo sentado al piano, como de costumbre. Era el momento de la última fermata. Lauretta ocurrió a todos los recursos de su arte; parecía que un ruiseñor trinaba sin cesar...; luego, notas sostenidas...., escalas limpias: todo un solfeggio. La cosa me pareció demasiado larga; sentí detrás de mí como un ligero soplo. Teresina estaba allí. En el mismo momento Lauretta comenzó a lanzar gorgoritos sin interrupción, intentando seguir con ellos hasta entrar en el otro tono. El demonio me inspiró: con las dos manos indique el tiempo; la orquesta me siguió; los gorgoritos de Lauretta se terminaron, causando asombro general...Lauretta, dirigiéndome miradas con las que hubiera querido atravesarme, rompió la "particella" me la tiró a la cabeza, haciendo volar en redor de mí los pedazos de papel, y como una furia atravesó por entre la orquesta para dirigirse al salón contiguo. En cuanto se terminó la pieza, apresuréme a ir tras Lauretta. Estaba llorando y pataleando. "¡Fuera de mi vista, criminal! — exclamó al verme —; demonio, lo has destrozado todo...: mi nombre...,mi honor...,mis trinos... ¡Fuera de mi vista, maldito hijo del infierno!" Arrojóse sobre mí y yo salí escapado. Durante el concierto, que se continuó, Teresina y el director de orquesta lograron calmarla y que se decidiera a cantar; pero con la condición de que yo no me sentara al piano. En el último dúo que cantaron las dos hermanas, Lauretta hizo primores de garganta, siendo muy aplaudidas y quedaron en muy buen lugar.

Yo no podía consentir los malos tratos sufridos delante de las personas extrañas, y decidí marchar la mañana siguiente a mi pueblo.

Estaba haciendo el equipaje cuando se presentó Teresina en mi cuarto. Al ver mis preparativos se quedó llena de asombro. "¿Quieres abandonarnos?" Yo le expliqué que despues de la vergüenza por que me había hecho pasar Lauretta no podía permanecer un día más a su lado. "¿Entonces te vas por causa de las tonterías de una loca? — dijo Teresina. — ¿Crees tú que vas a vivir dentro del arte en otro sitio mejor que a nuestro lado? Tú puedes perfectamente evitar que Lauretta continúe con esos arranques. Has sido para ella demasiado condescendiente, demasiado dulce, demasiado blando. Sobre todo, exageras demasiado el arte de Lauretta. Ciertamente, tiene buena voz y mucha práctica; pero ese afán de gorgoritos, esas escalas interminables, esos eternos trinos, ¿qué son sino artificios que deben considerarse como los saltos audaces de un bailarín en la cuerda floja? ¿Pueden tales cosas impresionar y conmover? Esos gorgoritos que tú has destrozado no los puedo sufrir, me hacen daño, me molestan. Y ese subir y subir el tono, ¿qué es sino pura afectación? A mí lo que más me gusta es el tono medio y el bajo.Y, sobre todo, lo más admirable es un verdadero portamento di voce. Nada de adornos inútiles: un tono sostenido y fuerte...que impresione el alma. Ese es el verdadero canto, y así canto yo. Si ya no puedes resistir a Lauretta piensa en Teresina, que te quiere bien y que con mucho gusto te verá convertirse en su compositor y maestro. No lo tomes a mal: todas tus canciones y arias valen muy poco comparadas con la única". Teresina se puso a cantar con su voz llena y bien timbrada una canción que había compuesto hacía poco en tonos sacros. Nunca pude imaginarme que aquella pudiera sonar así. Las notas me hacían un efecto inesperado: las lágrimas acudían a mis ojos, lágrimas de alegría y de entusiasmo; tomé la mano de Teresina y se la besé mil veces, jurando no separarme de ella jamás. Lauretta miraba mis relaciones con Teresina con cierta cólera envidiosa y echaba de menos mi ayuda, pues, a pesar de todo su arte, no estaba en condiciones de estudiar sola nada nuevo, pues leía mal y no cogía bien los tonos. Teresina en cambio repentizaba perfectamente y tenía un sentido exacto del tono. Lauretta demostraba más que nunca su terquedad y su mal genio cuando se la acompañaba. Nunca estaba a tiempo...,trataba al acompañante como si fuera un mal necesario..., no quería que se oyese el piano: siempre había que tocar pianissimo, cediendo y cediendo de cadencia en cadencia como a ella se le antojaba. Yo me ponía en contra de su sistema, luchaba con sus malas costumbres, le demostraba que sin exactitud no se concebía acompañamiento alguno, que el arte del canto tiene que diferenciarse de la facilidad sin armonía. Teresina me apoyaba.

Yo me dediqué a hacer composiciones en

las que los solos eran siempre para la voz de contralto. Teresina también me manejaba a su gusto, con gran satisfacción mía, pues yo suponía que sabía más y comprendía mejor que Lauretta la seriedad alemana.

Recorrimos el Mediodía de Alemania. En una ciudad pequeña nos encontramos con un tenor italiano que iba de Milán a Berlín. Mis damas se entusiasmaron con su compatriota; no se separaban de él. El cantante demostraba sus preferencias por Teresina y, con gran molestia por mi parte, vime reducido a hacer un papel muy secundante.

Un día que iba a entrar en la habitación con una partitura debajo del brazo oí que hablaban en tono animado mis dos damas y el tenor. Ya entendía yo perfectamente el italiano y no se me podía escapar una palabra. Lauretta le contaba el suceso del concierto, diciéndole que le había estropeado su escala. "Asino tedesco", exclamó el tenor; y su frase me hizo concebir la idea de arrojar por la ventana al héroe de teatro; pero me contuve. Lauretta siguió, diciendo que habían querido echarme de su lado inmediatamente; pero que en vista de mis súplicas accedieron a que continuase con ellas, soportándome por compasión, ya que tenía empeño en estudiar el canto a su lado. Teresina mostróse de acuerdo con su hermana, ante mi asombro extraordinario. "Es un buen chico, — dijo; — además, ahora está enamorado de mí y todo lo escribe para mi voz. No deja de tener talento, pero trabaja con la tiesura y la torpeza propias de los alemanes. Yo espero hacer de él un compositor, pues como ha escrito poco para la voz alta me ha hecho algunas cosas buenas; por eso le dejo que siga adelante. Muy aburrido resulta con su amor y sus lisonjas, y también es un martirio el tener que sufrir sus composiciones, que muchas veces son bastantes malas." "Por lo menos, de eso ya me veo yo libre, — dijo Lauretta; — pero tú sabes muy bien que me ha perseguido con sus arias y sus dúos." Y empezó a tararear un dúo mío que en su época había alabado mucho. Teresina hacía la segunda voz, y las dos se burlaban lindamente de mí y de mi obra. El tenor reía a carcajadas.

Me quedé frío, y tomé una decisión rápida. En silencio me trasladé a mi cuarto, cuya ventana daba a una callejuela. Enfrente estaba el correo y a la puerta la diligencia de Bamberg. Los pasajeros iban hacia la puerta, y, por tanto, tenía una hora de tiempo. Recogí mis cosas a toda prisa, pagué la cuenta entera en la hostería y me dirigí al correo. Cuando iba por la calle principal vi a mis dos damas, que aun estaban en la ventana con el tenor y se asomaban atraídas por el sonido del cuerno del postillón. Me acurruqué en el interior del coche, y pensé con alegría en el efecto de las cartas llenas de amargura que había dejado para ellas."

Con mucha parsimonia apuró Teodoro el resto de la botella de vino de Ebea que Eduardo le sirvió.

—No esperaba yo, — dijo después de limpiarse los labios, — no esperaba yo tal deslealtad en Teresina. Su imagen simpática en el caballo, haciendo corvetas y cantando romanzas españolas, no se aparta de mi mente.

"Ese fué su punto culminante, — dijo Teodoro. — Aun recuerdo la impresión extraña que me produjo la escena. Olvidé mis dolores, y Teresina se me apareció como un ser extraordinario. ¡Qué verdad es que tales momentos queda grabados para siempre y no se borran nunca! Siempre que me ha calido bien una romanza he tenido presente la imagen de Teresina en aquella ocasión.

—Sí, — dijo Eduardo; — pero no debemos olvidar tampoco a la artista Lauretta, y brindaremos a la salud de las dos hermanas.

Así lo hicieron.

—¡Ah! — exclamó Teodoro. — ¡Cómo aspiro en este vino los dulces aromas de Italia!... ¡Cómo siento que inundan mis nervios y mis venas de frescura! ¿Por qué abandoné tan pronto aquel delicioso país?

—Pero, — repuso Eduardo, — en todo lo que me has contado no veo relación alguna con el cuadro, y me parece que ya no tiene nada más que decirme de Lauretta y Teresina. Claro está que demasiado he comprendido que las dos damas del cuadro en cuestión no son sino dos artistas.

—Así es, en efecto, — respondió Teodoro — y mis nostalgia del delicioso país me lleva directamente a lo que tengo aún que decirte. Cuando hace cosa de dos años dispuse a abandonar Roma, dí un rodeo yendo a caballo. A la puerta de una taberna vi una muchacha muy linda, y se me ocurrió tomar una copa servida por las manos de aquella niña. Me detuve en la puerta, al pie del emparrado, que iluminaban los rayos del sol. A lo lejos creía oir voces que cantaban y los acordes de una cítara. Escuché con atención, pues aquellas voces de mujer me hacían un efecto extraño, evocando recuerdos que no deseaba evocar. Me bajé del caballo, y despacito me acerqué al emparrado, de donde parecía salir la música. La segunda voz se había callado. La primera cantaba sola una "canzonetta". Cuanto más me acercaba tanto más desaparecía lo conocido, que me emocionara al principio. La cantante ejecutaba una "fermata" complicada. Las escalas se oían más altas y más bajas...; al fin escuchóse una nota sostenida... Pero de repente una voz de mujer comenzó a lanzar todo género de maldiciones, de denuestros, de improperios. Un hombre protestaba, otro reía. En la disputa se mezcló otra voz de mujer. A cada momento los gritos eran más fuertes y más furiosos.

Al fin me encontré junto al emparrado... un abate salió corriendo junto a mí sin ceremonia alguna; me miró; reconocí en él a mi amigo el "signor" Ludovico, mi mentor musical en Roma. "¿Qué le pasa?", — exclamé. — "¡Ah, "signor" maestro, "signor" maestro, — clamó él; — líbreme de esa furia, de ese cocodrilo, de ese tigre, de esa hiena, de ese demonio de mujer! Ciertamente que he entrado a destiempo en la "fermata" de la "canzonetta" de Anfossi y que he destrozado su escala; pero ¿por qué la miré a los ojos, diosa satánica? Al demonio todas las "fermatas"..., todas". Muy emocionado penetré en el emparrado con el abate, y a la primera mirada reconocí a Lauretta y a Teresina. Aun estaba la primera chillando y

patalea[illegible]ndo; su hermana le dirigía la pala[illegible]ra, [illegible]do de calmarla; el hostelero, con los [illegible]os brazos cruzados, mirábalas riendo, mientras una criada colocaba botellas encima de la mesa. En cuanto las cantantes me vieron acercáronse a mí. "¡Ah "signor" Teodoro!", decían, y me abrumaban con demostraciones amistosas. Toda la disputa se había olvidado. "Aquí tiene usted, — dijo Lauretta al abate, — un compositor con tanta gracia como un italiano y tan fuerte como un alemán."

Las dos hermanas, quitán[illegible] otra la palabra, hablaron de los d[illegible]elices que habíamos pasado juntos, de mis aficiones musicales desde muy joven, de nuestros estudios, de las excelencias de mis composiciones...; nunca habían logrado cantar nada con más gusto que lo compuesto por mí. Teresina me anunció que estaba contratada como primera cantante trágica para el próximo Carnaval; pero que quería poner por condición para aceptar que se me encargase una ópera trágica, pues ella era de opinión que mi especialidad era lo trágico. Lauretta opinaba lo contrario, y creía que era una lástima que no me dedicase a la ópera bufa. Estaba precisamente contratada para ésta y desearía vívamente que fuese yo el autor de la obra en que ella pudiera lucirse.

Puedes imaginarte mis sentimientos entre las dos hermanas. Además, advierte que la reunión en que yo aparecí era la misma pintada por Hummel en el preciso instante en que el abate está a punto de estropear la "fermata" de Lauretta.

—Pero ¿no se acordaban, — preguntó Eduardo, — de tu despedida, de tu carta?

—No dijeron una palabra que hiciera referencia a ello, — repuso Teodoro, — y yo tampoco, pues ya hacía mucho tiempo que se me había pasado el rencor y mi aventura con las dos hermanas se me aparecía como cosa de broma. Lo único que me permití fué contar al abate que hacía algunos años me ocurrió exactamente lo mismo que le había sucedido a él con una aria de Anfossi. Esforcéme por pintar mi unión con las hermanas, y, dejando caer ciertas observaciones como de pasada, les hice comprender que la experiencia de la vida y del arte me había dado cierta superioridad sobre ellas. Y después de todo, — continué, — fué un bien que yo hiciera aquello con la "fermata", pues estaban las cosas de un modo que habrían sido eternas, y si dejo seguir a la cantante aun estaría sentado al piano. "Pero, — repuso el abate, — ¿qué maestro puede permitirse dictar leyes a la "prima donna?" Y además, su falta de usted fué mucho más grave por estar en la sala de conciertos, que la mía aquí en el emparrado... Claro está que yo no representaba más que la idea de maestro, y estoy seguro de que si no me miran esos ojos celestiales con su fuego y su dulzura no habría sido tan asno". Las últimas palabras del abate fueron salvadoras, pues Lauretta, que durante la conversación se había ido enfureciendo, se calmó con ellas.

Pasamos juntos la velada. Catorce años, — tanto tiempo había transcurrido desde mi separación de las dos hermanas, — hacen cambiar mucho. Lauretta había envejecido bastante, aunque no perdió del todo sus encantos. Teresina se conservaba mejor y tenía la misma figura arrogante. Ambas iban vestidas con atildamiento y su aspecto era en el arreo exterior el de siempre, aunque catorce años más joven que ellas. Accediendo a mis ruegos, Teresina cantó una de aquellas canciones serías que tanto me impresionaban; pero me pareció que sonaba de otro modo, y lo mismo me ocurrió con Lauretta, cuya voz había perdido mucho a pesar de conservar aún fuerza y frescura, si bien era muy distinta de la que yo recordaba.

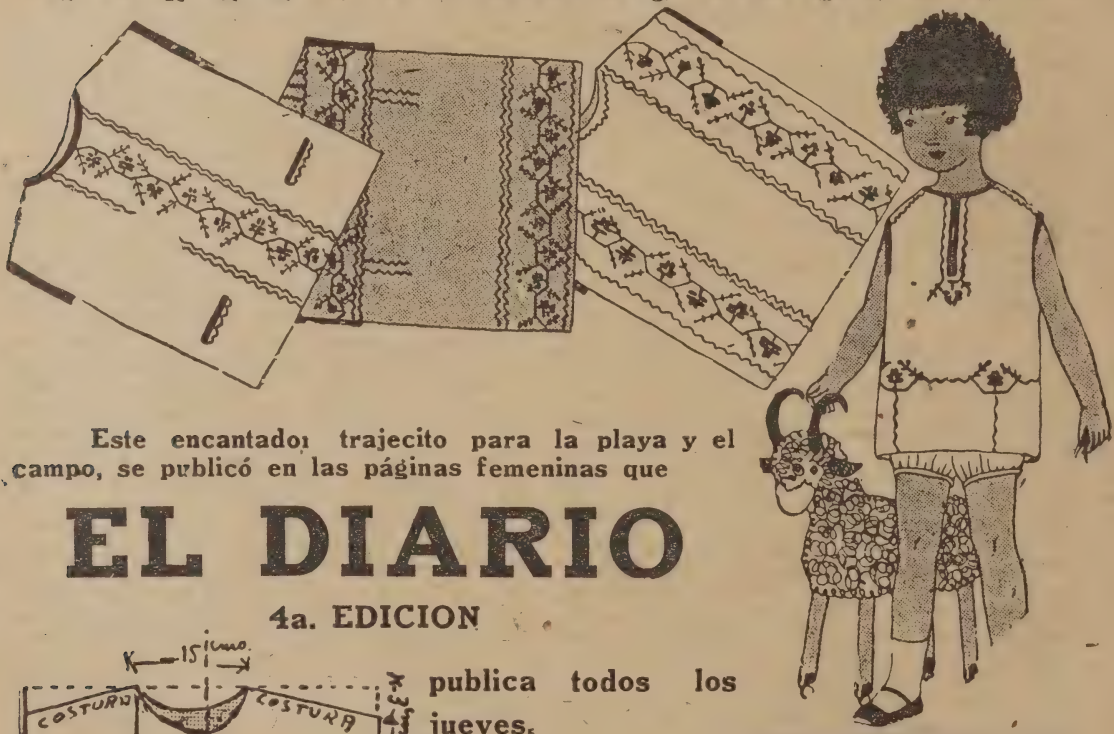
La comparación de los sentimientos interiores con la no siempre agradable realidad tenía que serme más molesta, aún recordando la conducta hipócrita de las hermanas, sus éxtasis fingidos y su admiración concedida con aire protector. El grotesco abate, que cortejaba a las hermanas con toda asiduidad; el buen vino, abundantemente escanciado, me devolvieron mi buen humor, y la noche transcurrió en la mejor armonía. Con mucha insistencia invitáronme las dos hermanas a que fuera a su casa para tratar de todo lo necesario con destino a las partituras que había de escribir dedicadas a ellas. Me marché de Rosa sin intentar verlas.

—Y sin embargo, a ellas les debes el haber despertado tu afición al canto, — dijo Eduardo.

—Indudablemente, — repuso Teodoro, — y además una porción de melodías de las mejores; pero, a pesar de todo, no hubiera querido volver a verlas. Todo compositor recuerda alguna impresión profunda que el tiemno no puede borrar. Y llega un momento en que el espíritu que vnve en las notas habla, y es la palabra creadora que despierta a los demás espíritus que duermen dentro de él, haciéndolos salir para no desaparecer. Jamás. Y se nos figura que todas las melodías que brotan de ese modo pertenecen a la cantante que encendió la primera chispa. Las oímos, escribimos lo que ella cantó, nuestra debilidad nos hace aferrarnos a la pequeñez y nos empeñamos en rebajar lo sobrenatural a los límites de la estrechez terrena. Y la cantante se convierte en nuestra amante o en nuestra esposa. El encanto desaparece y las melodías íntimas se desvanecen con la rotura de una sopera o con una mancha de tinta en la ropa limpia. Muy de alabar es el compositor que no desciende a la vida terrena y sabe conservar vivo el fuego sagrado de la música dentro de su ser. Ojalá el joven se cienta profundamente conmovido por los tormentos del amor y de la desesperación si la divina encantadora se separa de él; entonces su figura se convierte en notas maravillosas y celestiales y él vive en una juventud eterna produciendo melodías que son siempre ella. En este caso ella es el ideal supremo, que vive en el fondo del alma y se exterioriza en formas distintas.

—Un poco extraño es eso; pero, de todos modos, digno de elogio, — dijo Eduardo cuando, del brazo de su amigo, salía de la taberna de Tarone.

ERNST HOFFMANN.



Este encantador trajecito para la playa y el campo, se publicó en las páginas femeninas que

EL DIARIO

4a. EDICION

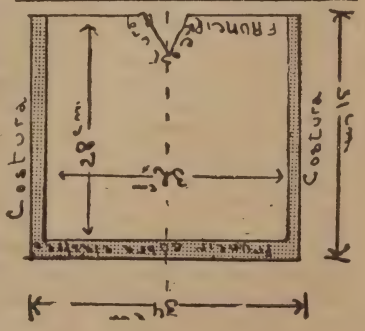
publica todos los jueves.

Llene y remita el cupón que aparece en la página 3 de este ejemplar y recibirá un ejemplar de

EL DIARIO

del jueves próximo.

COMPRE
EL DIARIO
TODAS LAS TARDES



UN RELATO INTERESANTE

EL CASO EXTRAÑO DEL MAQUINISTA IRIZAR

Por LUIS AZA

REGRESAMOS de la inauguración oficial de un nuevo ferrocarril eléctrico. En uno de los coches que la empresa había puesto galantemente a disposición del alto personal invitado, charlábamos unos cuantos ingenieros y jefes de diversas categorías, encariñados todos con "el carril" y hechos a la vida dura y pintoresca de los trenes y de las máquinas.

Agotados todos los temas de actualidad y achado — ¡qué remedio! — nustro consabido "cuarto a espadas" en materia de mujeres y de política, la conversación general derivó hacia las anécdotas del oficio, hacia los relatos más o menos fantásticos de los dorados años de nuestro profesión.

Salvo dos o tres muchachos recién salidos de las escuelas de ingenieros, que nos escuchaban absortos y en silencio, ávidos de "empaparse" en nuestro curtido tecnicismo, todos allí éramos gente alg omadura, avezados allí éramos gente algo madura, avezalugar en que nos encontrábamos y del motivo que nos reunía — fieles devotos de la tracción por vapor, de la bella locomotora de los pasados tiempos...

Hubo quien, haciendo gala de una cultura general — más frecuente de lo que se cree en las personas dedicadas a las especialidades industriales o científicas, — habló de la superioridad artística de la clásica máquina de Stephenson sobre las modernas locomotoras eléctricas, zumbantes, acéfalas, pesadotas y achaparradas, esclavas de la usina, usurpadoras del predominio que ejercieron — y que aun defendían bravamente, refugiándose ya en las últimas trincheras, — aquellas fuertes, poderosas y automáticas locomotoras de vapor, airosamente empenachadas de humo, trepidando en el arranque, suaves y "escurridizas" en las marchas "a 90 por hora" sobre los carriles pulidos, caprichosas a veces y resabiadas y sumisas, pero identificadas siempre con el hombre que las conducía y que sabía también morir con ellas...

Evocación de "la Lison", de las descripciones zolescas... Añoranzas de las primitivas maquinitas que rodaron por líneas españolas, saltadoras e inquietas como alegres jacas andaluzas, todas con un nombre en sus flancos, nombres de personajes célebres, de poblaciones, de ríos..., ¡hasta de mujer! (¡Aquella "Flora"; aquella "Elvira"!).

No faltó tampoco el hiperbólico relato estilo aventura de caza; el puerto de Reinosa, a punto de interrumpirse la línea por la nieve; la madrugada opaca, fría y silenciosa, fatigosamente negro el tren por entre las trincheras blanquísimas..., y el bulto pardo y movedizo que se advierte a lo lejos en la misma "caja de la vía", y el maquinista que saca la cabeza y escruta con sus entornados ojillos, y el pitar agudo de la máquina... ¡y el oso!, el "ursus arctos" de la cordillera cantábrica, que trota y trota delante del convoy, espeluznado y escuálido, ¡con un cansino trotecillo de circo!...

. . . . . .

Nada aún nos había referido Carrasco, y eso que contaba con más años de práctica que nadie, con una activa y larga vida de trabajos y de fatigas, subiendo siempre peldaño a peldaño...

Carrasco no era viejo, procedía "de abajo", y por su comportamiento y hasta por su facha, era el prototipo de esos hombres "que llegan", que se lo deben todo a sí mismos; hombres de principios modestos pero de un poder de asimilación rápido y tenaz que les educa y les encumbra.

Hijo de un antiguo maquinista, e ingresado muy joven como "ayudante-montador" en la compañía en que, ya titulado, desempeñaba un alto cargo técnico, había dejado siempre tras de sí un recuerdo de honradez y de laboriosidad que todos estimábamos en mucho.

Le invitamos a que nos refiriese algo; hizo memoria durante unos instantes, dejando descansar su mirada sobre el llano paisaje de Castilla que ante nosotros se escapaba velocísimo a través de los gruesos vidrios de nuestro coche; cargó bien su pipa, lanzando con voluptuosidad comodona sus primeras bocanadas de humo, y con su charla simpática y sencilla, pero amplia y exactamente adjetivada, como de quien sabe muy bien lo que se dice, comenzó de esta manera su relato.

. . . . . .

—Andaba yo por los diez y nueve o veinte años, y estaba en los primeros de mi vida de fogonero, cargo que por entonces desempeñaba aún de un modo interino o provisional.

¡Ah, el "salir a las máquinas", la atracción que en nosotros, los muchachos que trabajábamos en el taller, ejercían las locomotoras!...

Nos las quedábamos mirando cuando volvían, después de un viaje, a su depósito, empolvadas y jadeantes, casi exhausto el ténder de carbón, sin apagar aún sus faroles, dentro de los cuales brillaban tristes y amarillas las luces que habían rasgado las sombras de la noche en las largas horas de galopar sobre los llanos, de hundirse en el abismo de los túneles... Las contemplábamos cuando salían "a hacer un tren", perfiladas y limpias, ostentando orgullosas en la parte alta de sus ténderes la cuádruple fila de briquetas, el muro de carbón negro y lustroso... Teníamos una mirada de envidia para el fogonero, que se encaramaba en la plataforma, que abría gallardamente la puerta del hogar y lanzaba al interior de éste paletadas y paletadas de carbón con un repiqueteo cantarín y estruendoso..., y — ¡sobre todo! — admirábamos en silencio al maquinista, siempre grave y solemne, todo cuidado y atención para las piezas brillantes y bruñidas, esperado a veces en el andén por aquella mujer que le entregaba la cesta cubierta con un trapo muy blanco, por aquellos niños que después le decían ¡Adiós! con sus manecitas...

¡Ah, cómo deseábamos nosotros "aquello" todo aquello que era vida, y superioridad, y dinero, y alegre y despreocupado correr hacia otros pueblos..., todo tan distinto de la ruda y pesada labor "a pie de obra", del descolgar "la chapa" del fichero, todos los días a la misma hora, esclavos de la bronca sirena del taller!...

Yo logré — ¡por fin! — "salir a las máquinas', y tomé la primera vez una pala en una "maniobra" con un anciano maquinista — lo recuerdo aun..., ¡pobre Peña!—, encanecido y gotoso, medio inútil y retirado ya sobre aquella ruina de máquina que resoplaba trabajosamente, escapándosele el vapor por todas partes, siempre a golpes con los vagones... Pero yo fuí sobre esa máquina tan feliz como lo hubiera sido sobre la más moderna y poderosa "compound", y con Peña recibí mi "bautismo de fuego", "meneando" una tarde "los paquetes", tratando de comunicar alguna energía a aquella su desvencijada "300", tan catarrosa y tan impedida como su amo... una noche, una noche de otoño clara y fría, encontrándome yo de maniobras, me avisaron para salir con el expreso...

Ya había hecho yo mis "pinitos" con algunos trenes de mercancías y de viajeros; pero salir con el rápido era recibir la confirmación rotunda y anhelada, el espaldarazo solemne que abre las puertas de la sagrada orden de la fogonería...

Había pedido "la baja" a última hora el fogonero que iba con Irízar; antes había tenido que salir también el "de reserva" con un tren especial y el subjefe de noche se acordó de mí... ¡Dios se lo pague!

Irízar... ¡Nada menos que Irízar!... Sergio Irízar, uno de los "ases", como por entonces se decía... Joven, fuerte, callado, entendido en su oficio, fiel cumplidor de su deber, maquinista "de primera" por categoría y condiciones, y siempre en la aristocracia de los expresos y los rápidos, de los trenes que daban dinero, pero exigín el saber lo ganar.

Irízar, afectuoso y simpático, reservadote y "mandón" sobre la máquina, buen amigo en los descansos, siempre sabiendo lo que se hacía y con voluntad para enseñar a los demás, sobrio y limpio..., ¡el camarada ideal!

Irízar era soltero; vivía con su madre — una viejecita muy arrugada — y con una sobrinilla coja y jorobada que iba algunas veces a llevarle la ropa, y decían de él que había tenido una novia muy guapa que se había muerto siendo él fogonero, o que se había escapado con otro, y que desde entonces era arisco, tímido y tristón con las mujeres.

Cuando yo llegué a su máquina, a la "5.004", estaba Irízar engrasando. Eran las dos de la mañana, nos hallábamos en las vías de salida del depósito, y a la luz de los arcos voltaicos relucían las bielas, los bronces, la cilíndrica panza de la caldera, todo pulido, limpio, cuidadísimo. Del hogar, recién cargado, caían al suelo algunas encendidas escarbillas que chisporroteaban sobre un charco; por la chimenea salía quedamente el denso humo en flotante jirones, y el eyector del freno era, con su zumbido persistente y monótono, como una molesta chicharra en una siesta de verano.

—¡Hola, muchacho, buenas noches!

—Muy buenas noches, señor Irízar, (Todavía respetábamos a la gente).

Y mis torpezas de novato encontraban siempre alguna frase amable y animosa en aquel hombre, que estaba en todos los detalles, que me ayudaba y me hacía perder el miedo.

En nuestro redor trajinaban varios carboneros, goteaban las tomas de agua, tableteaba ruidosamente de vez en cuando la placa giratoria, y los silbidos, y las voces, y los escapes de vapor decían toda esa actividad de la noche que no descansa, de los hombres que cumplen su sericio, de los ejes que giran en el taller, de los martillos que remachan, de las cuchillas que tornean, de los vagones

que se mueven por las vías como sombras, mientras que a lo lejos la población duerme tranquila, a la suave luz de las estrellas...

¡Al tren!... Todo ya preparado y dispuesto. Las válvulas "rabiando", la caldera hasta arriba de agua; yo, molido y orgulloso en mi lado; Irízar, en el suyo, fuerte y robusto, como figura de alguna clásica alegoría obrera: la boina echada sobre los ojos, al cuello el pañuelo de hierbas, una mano al regulador, la otra en el volante del cambio de marcha... Las campanadas de ritual, un silbido cortante y estridente, y la "5.004" que arranca majestuosa...

. . . . . .

Los que no han ido de noche en una locomotora no saben lo que es bueno, ¿verdad? ¡Qué sensación de fuerza, de energía, de aturdimiento! ¡Qué bello el contraste entre la oscuridad de afuera y la rojiza luz de la "cabina" cuando el hogar abre su ojo obal y candente...! Las velocidades parecen aumentarse, todos los ruidos se hacen temerosamente confusos, la impresión de orgullo y de dominio es infinitamente major que de día, y el monstruo negro que se encrespa violento y que termina por obedecernos, que arrastra el tren entre las sombras, que tiende sobre los campos dormidos el blanco vellón de sus escapes..., es "algo único", algo que, aunque se viva una sola vez, ya no se olvida nunca...

. . . . . .

Quedó atrás la urbe castellana con su ejido parduzco y solitario, con su ancho río tranquilo reflejando la luna en su rizada superficie. Vinieron después las descampadas tristes, las requemadas rastrojeras, los altozanos calvos y arenosos, las lejanas alamedas hieráticas..., todo el sobrio paisaje de Castilla, tan bello siempre, tan incomprendido...

Cuando se ha corrido mucho tiempo sobre las máquinas se aprecia bien el encanto del llano, su superioridad sobre los paisajes de montaña, sobre los panoramas "de nacimiento", naturalmente artificiales.

En la llanura, la locomotora se anima, se crece, se agiganta, piafa enardecida y distiende gozosa sus músculos de acero... Nada de emboscarse temerosamente en los túneles, de temzlequear sobre puentes y viaductos, de caracolear en las curvas, de observar "precauciones" enfadosas, parando o acortando la marcha a cada paso... ¡La llanura es liberación, y amplitud, y belleza!

Relucen a lo lejos los carriles, parpadean las luces de algún apartado pueblecillo uqe parecen sguirnos durante kilómetros y kilómetros, estallan las bofetadas del viento al pasar ante alguna casilla, ante alguna estación olvidada, y el galope fantástica, la marcha continuada y violenta, llegan a ser tan normales, "tan mecánicos", tan isócronos, que parecen uedqarse dormidas las piezas de la máquina, que van girando a velocidades enormes, y el correr de la locomotora se hace arrullador silencioso, suavísimo...

Así íbamos nosotros aquella noche... Irízar, quieto y grave, observando la vía, ate atento siempre al tubo de nivel y al manómetro; yo, fatigado de echar carbón en el hogar y de meter agua en la caldera, pero orgulloso de ver que "aquello respondía", que me iba bastando ya a mí mismo, que casi no me tenía que ayudar el maquinista.

Tras de aquella loca carrera, tras de aquel "tirón" de noventa y tantos kilómetros sin parar, llegamos a Albante, nuestro primer respiro.

Irízar se bajó en seguida de la máquina con la aceitera en una mano y el farol de "tres fuegos" en la otra; tocaba sin tocar las cajas de grasa; las cabezas de los tiros de bielas, las articulaciones, las resbaladeras, para ver si todo iba bien, si "calentaba" algo, distribuyendo sabiamente los chorretones de aceite, negruzcos y viscosos.

Yo, arriba, sobre la plataforma, preparaba el carbón, partiendo las briquetas a golpe de martillo, hacía zumbar a los inyectores de agua, encandilaba el fuego con el potente resoplar del "ventilador".

Antes de que vinieran a darnos la salida estaba ya Irízar a mi lado, viéndolo todo satisfecho, con una sonrisa de agrado y de cariño.

—¡Ya nos falta poco, muchacho, para que lleguemos "a ese pueblo"! Ahora unas paletaditas hasta Giráldez, hasta que tomemos la bajada, y después... ¡a pensar en la novia! Porque... tú tendrás novia, ¿verdad?

Yo dije que sí... por decir algo (no la tenía entonces), y noté que Irízar se me quedaba mirando, quieto, triste...

. . . . . .

—¡Tan! ¡Tan! La campana... Y otra vez el pitido rabioso, muy rabioso, y el avanzar por la vía raudamente...

Se veía morir las estrellas, ir cambiando el aspecto del cielo, hacerse la noche más oscura.

En el manómetro había bajado bastante la presión; yo me decía a mí mismo que no me importaba, que ya íbamos a pasar en seguida por Giráldez y a tomar la pendiente; pero, no obstante, miraba a Irízar, humillado.

Irízar observaba la vía, acodado el brazo izquierdo en el balconcillo, empuñando con su mano derecha la palanca del freno por el vacío automático.

¡Menos mal! El descenso de aquel condenado manómetro pareció detenerse, y ademsá, ese blando "muelleo" característico del cambio de rasante, que yo — aunque novato — conocía ya algo, me anunció que tomábamos la bajada y que, por tanto, se había salvado el compromiso. Barrí la plataforma, me limpié el sudor con mi pañuelo y mis ojos, cansados por el fuego, enontraro un suave alivio en el fondo negro y tranquilo del paisaje.

. . . . . .

Corríamos... como corríamos!... En contra de lo que yo esperaba, Irizar no había cerrado uan el regulador, y el esfuerzo

del vapor en los cilindros, unido a la aceleración de la gravedad en la bajada, nos hacía volar como flechas...

Yo me decía: ¡esto, esto es correr, y éstos son maquinistas, y no aquel pobre Peña, paralítico y catarroso, a paso de tortuga y a trastazos con los vagones!... Me agarré bien a la palanca de los purgadores, me encasqueté la gorra...

Pasaban como balas los palos del telégrafo, trepidaba todo en la máquina con un can-cán frenético, se desmoronaban las filas de briqueta en el ténder... Irízar no cerraba el regulador; escrutaba la vía atentamente, y me tranquilizaba yo al ver su mano derecha siempre empuñando el freno.

Ya no corríamos..., volábamos; parecía que nos despegábamos del suelo, y el viento de frente nos cegaba..., y allá arriba nos miraba la luna con asombro...

Un golpetazo al tomar una curva, como un salto; la "barra de taponar" que se nos cae... Yo francamente asustado, hablando a voces en el estrépito de la marcha, y acercándome a Irízar, le gritaba:

—Pero, ¿no cierra usted? ¿No frena?

Me pareció entenderle un ¡No!, malhumorado, gruñón...

¡Santo Dios! ¡La señal cuadrada de Vallina a la vista, la parada obligada, en punto rojo y sangriento sobre el telón espeso de la noche..., y nuestra velocidad aumentando, y la señal que pasa ante nosotros como un rayo, y las luces de la estación que se echan encima, y el feroz traqueteo de las agujas, y el andén hecho nube de polvo..., y el pánico, en fin, el pánico, que me hace arrojarme instintivamente sobre el regulador y sobre el freno, agarrotado éste por la fuerte mano de Irízar, al mismo tiempo que escuchaba el latigazo del vacío, el típico "chaas" del aire al entrar en la tubería cuando el conductor del tren, desde el furgón, aterrado, hizo uso de la "válvula de acción rápida"...

¡Y seguía Irízar en el balconcillo, crispada la mano sobre el freno, escrutando siempre la vía!...

... ...

Después, la parada brusca ante la triuchera desierta. ¡Los farolillos de mano que vienen a lo lejos oscilando en las sombras!... ¡Y un silencio, un silencio tan grande, una paralización, una oscuridad tan tremenda, apagadas todas las luces en la carrera loca!...

En esa oscuridad y en ese silencio se destacaba, trágica, la silueta inmóvil de Irízar; se escuchaba el ronquido de su respiración fatigosa... ¡cuando vino la gente y le movimos, y le desagarrotamos del freno, cayó en nuestros brazos, sin sentido, vueltos y nublados sus ojos, pálido, muy pálido!...

... ...

No pasó nada, por fortuna; vino "la pareja reservada", se hizo cargo de la "5.004" y ésta continuó con el rápido, sin que, por la hora y por la forma en que ocurrieron las cosas, se diese nadie cuenta del peligro, de la tragedia, milagrosamente evitada al pasar como una exhalación por aquella intrincada red de agujas y cambios que era la estación de Vallina...

Y cuando se perdía a lo lejos la luz roja del farol trasero del tren, al pobre Irízar se lo llevaban entre cuatro hombres... Y en el hospital de Vallina murió, a los tres días, sin haber recobrado el conocimiento.

... ...

Se habló por entonces mucho de este caso, y eso que — como dije antes — aquello que pudo ser una gravísima catástrofe ferroviaria, permaneció casi ignorado.

Los médicos aportaron estudios y conjeturas científicas muy interesantes. La edad, la falta de antecedentes patológicos, la sobriedad y buenas costumbres de Irízar excluían todas las suposiciones de algo que con fondo alcohólico u origen vascular. Su quietud al sufrir el accidente parecía descartar también e derrame cerebra que sacude, que hacer caer a sueo.

En cambio, aquella incoherencia al contestarme, aquel ¡No! inconfundible y gruñón, aquel especialísimo ronquido, la crispadura de la mano, hacía pensar en algún "estado de inconsciencia epiléptica"..., quizá también en alguna "congestión difusa por enfriamiento", acaso en alguna "narcosis tóxica de procedencia gástrica"... Quién sabre... ¿Eran capaces los médicos de averiguar "a posteriori" lo que había pasado en aquella cabeza, de acertar con lo que hubiese sucedido en aque corazón?...

Yo, único testigo presencial de los hechos no era capaz tampoco de saberlo... Pero al recordar aquella pregunta de la novia..., al pensar en la noche oscura, en el ansia frenética de correr... en... ¡qué sé yo!...

La vida es muy compleja... Ignoramos hoy muchas cosas... ¡No! ¡No llegará a saberse nunca qué es lo que hubo de cierto en aquel caso, en que aquel extraño caso del maquinista Irízar!...

LUIS AZA.

El progreso de la humanidad es una ley irresistible. — Pí y Margall.

* * * *

Un poder constituído no es ni puede ser nunca sino conservador de lo que existe, puesto que sólo en lo existente, condensación de lo pasado, encuentra su razón de ser y los elementos de su fuerza. — Pí y Margall.

El que quiere vencer un obstáculo, debe armarse de la fuerza del león y de la prudencia de la serpiente. — Píndaro.

* * * *

Sin hacer caso de los exagerados aplausos ni de las apasionadas censuras, he seguido siempre impávidamente mi camino. — Pí y Margali.

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

El fundamento único de la sociedad civil es la moral. — Robespierre.

* * * *

El hombre ha nacido libre, y en todas partes se halla entre cadenas. — Rousseau.

* * * *

Cuando la tiranía cae por tierra, libremonos de darla tiempo para que se levante. — Robespierre.

* * * *

La revolución es la guerra de la libertad contra sus enemigos. La constitución es el reinado de la libertad victoriosa y pacífica. — Robespierre.

* * * *

Los ciudadanos que mueren defendiendo la patria, están en segunda línea; los que ocupan la primera son los que mueren por emanciparla. — Robespierre.

* * * *

La razón del hombre se parece al globo en que habita; la mitad está sumergida en las tinieblas cuando la otra mitad está iluminada. — Robespierre.

* * * *

El espíritu universal de las leyes de todos los países es favorecer siempre al fuerte contra el débil, y al que tiene algo contra el que no tiene nada. — Rousseau

* * * *

El gobierno es un cuerpo intermediario entre los individuos y el soberano para su mutua correspondencia, encargado de la ejecución de las leyes y del mantenimiento de la libertad, tanto civil como política. — Rousseau.

* * * *

Invocar la dictadura es invocar la violencia. Invocar la violencia es confesar que se está en minoría, y condenarse a sí mismo protestando contra el principio de la mayoría, que es el principio más sagrado de la democracia. — Elías Regnault.

Nunca se va tan lejos como cuando no se sabe a dónde se camina. — Robespierre.

* * * *

Nada es justo más que lo que es honesto; nada es útil más que lo que es justo. — Robespierre.

* * * *

Cuando una idea se presente a tu imaginación, examínala bajo todas sus formas; si no está conforme con las tradiciones y los instintos de la humanidad, di: "¡Alto ahí; no es más que una ilusión!" — Pitágoras.

* * * *

Esos nombres especiosos de "justicia" y "subordinación" han servido siempre de instrumento a la violencia y de arma a la impunidad. — Rousseau.

* * * *

Se puede abandonar la patria dichosa y triunfante; pero amenazada, destrozada y oprimida, no se la deja nunca. Se la salva o se muere con ella. — Robespierre.

* * * *

La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma es un recuerdo continuo de la justicia; es, pues, una idea social y republicana. El ateísmo es aristocrático. — Robespierre.

* * * *

Los aristócratas se creen tanto más nobles cuanto más separados están por las generaciones del que ennobleció su apellido. Las Academias de Medicina deberían someter a estos individuos a tratamientos especiales. — Roberto Robert.

Lea usted en el próximo "Pucky"

La locura de una joven

Novela de amores y desengaño

- que se publicará completa -

Nada hay que acerque tanto a los hombres como la cultura. — Pí y Margall.

* * * *

La impaciencia es el peor consejero de los partidos. — Pí y Margall.

* * * *

Lo que llamamos vocación, no es otra cosa sino esa aptitud ingénita que todos tenemos para una función determinada. — Pí y Margall.

* * * *

La libertad es igual en todos los hombres: no tiene en cada uno por límite sino la de los demás. — Pí y Margall.

* * * *

Más estados han perecido por la depravación de las costumbres que por la violación de las leyes. — Montesquieu.

* * * *

Un pueblo no debe matar a su rey sin observar los principios de la justicia. — Platón.

* * * *

Los crímenes son producidos por la falta de cultura, por la mala educación y por la viciosa organización del estado. — Platón.

* * * *

La perfección económica está en la independencia absoluta de los trabajadores, lo mismo que la perfección política está en la independencia absoluta del ciudadano. — Proudhón.

* * * *

Las máquinas, lo mismo que la división del trabajo en el actual sistema de la economía social, son a la vez fuente de riqueza y causa permanente y fatal de miseria. — Proudhón.

* * * *

La duda es hoy general en los hombres. Se aparenta, se quiere creer, no se cree. ¿Por qué? Porque la razón ha venido a examinar la fe, y la fe no sufre examen; la fe se desvanece ante el examen, como ante la luz las sombras y las tinieblas. ¡Ay! y la fe no se recobra. — Pí y Margall.

* * * *

Median entre los hombres diferencias por la terminación cualitativa de sus facultades físicas, intelectuales y morales; pero no pueden crear diversidad de derechos. Son accidentales, independientes de la voluntad del hombre, indefinibles, es decir, inconmensurables; lo accidental y lo indefinible no puede dar nunca origen a nuevos derechos para los que lo poseen, ni a nuevas obligaciones para los que contra su voluntad dejan de poseerlo. — Pí y Margall.

Delegar un poder es perderlo. — Recluús.

* * * *

Sólo por su propia razón puede llegar a la verdad el hombre. — Pí y Margall

* * * *

La teoría del progreso es el ferrocarril de la libertad. — Proudhón.

* * * *

Hay crímenes contra el estado de una evidencia tal, que salta a los ojos. — Quintiliano.

* * * *

La libertad todo lo agranda y fecunda. — Pí y Margall.

* * * *

Las revoluciones son el resultado de las malas leyes. — Pí y Margall.

* * * *

Muchas veces lo que se calla hace más impresión que lo que se dice. — Píndaro.

* * * *

No son más desgraciados los que sufren la injusticia, sino los que la cometen. — Montesquieu.

* * * *

Toda distinción fundada en la diversidad de castas, de razas, de clases, es absurda. La esclavitud, el patriciado, toda organización aristocrática, carece de razón de ser; la igualdad es la única base legítima de las sociedades. — Pí y Margall.

* * * *

Los principios falsos no llegan ni llegarán nunca a sus últimas aplicaciones. — Pí y Margall.

* * * *

El escritor público debe dejar a un lado toda consideración, y no obedecer más que a la voz de su conciencia. Si no se siente fuerte para luchar, debe romper su pluma, jamás escribir una palabra contra sus propias convicciones. — Pí y Margall.

* * * *

Entre los plebeyos y aun entre los nobles hay todavía fortunas inmensas, fortunas como tal vez no las hubo en el antiguo régimen. Junto a la extrema abundancia aparece la extrema penuria. El desnivel es tanto, que por cada hombre que goza hay mil que sufren. ¿No deberá hacerse nada con el fin de establecer el equilibrio? ¿No clama la justicia contra la desigualdad monstruosa? — Pí y Margall.

LA NOTA CÓMICA

"Pucky" presenta a continuación unos cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómicas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

Rufilanchas fué a encargarse un traje gris, y cuando el sastre acabó de tomarle la medida, le dijo:

—Bueno. Ahora tómeme medida para un traje negro.

* * * *

Una señora entra en la carnicería donde suele comprar, con un niño de pocos meses.

—¿Hace usted el favor de pesarme este niño? — pregunta al carnicero.

—¿Con huesos o sin ellos?

* * * *

En el campo.

El poeta. — Nada más bello que la naturaleza. Cada año se engalana con nuevas y sorprendentes galas.

Su mujer. — Pues a mí la naturaleza me parece una cache. No tiene más que un vestido. Siempre lleva el mismo.

* * * *

La señora de Pérez resuelve no recibir a nadie.

Llama a la sirvienta y la dice:

—Si vienen visitas dirás que he salido.

Poco después llaman a la puerta.

—¿Está la señora?

—No señora, ha salido.

—Y el señor Pérez ¿está?

—Ese sí que ha salido.

* * * *

La señora tiene tan buen corazón que sólo piensa en hacer obras de caridad, sin cuidarse apenas ni de su casa ni de su marido.

—¿Qué estás haciendo? — le pregunta éste un día, viéndola coser.

—Ropa blanca para el "Vestuario de los pobres abandonados".

—Oye, ¿qué podría yo hacer para que en ese vestuario me diesen un par de calzoncillos?

* * * *

En un banquete.

Antes de sentarse a la mesa, un individuo pregunta a uno de los organizadores:

—¿Es cierto que hay dos negros invitados?

—Sí, señor.

—Pues haga usted el favor de decirme cuáles son cuando lleguen para no sentarme a su lado.

Es el santo de la mamá.

Un invitado dice a Manolín:

—Te gustan los calamares, ¿verdad?

—No, — responde el niño, — pero los como porque como ahora estamos de luto.

* * * *

El maestro. — ¿Qué es lo más evidente del mundo?

Responde Tonino. — Un gato.

El maestro. — ¿Un gato? ¿Por qué?

Tonino. — ¡Porque salta a los ojos!

* * * *

—Hoy hace un año que nos casamos.

—Es verdad.

—¿Me quieres tanto como entonces?

—¡Más!

—¿Por qué?

—Porque te han aumentado el sueldo.

* * * *

—¿Cómo distingue usted un peral de un manzano?

—Por la fruta.

—Perfectamente. ¿Y cuándo los árboles no tienen fruta?

—Entonces espero a que la tengan.

* * * *

Trompichetti le escribía a su novia desde el cuartel del Campo de Mayo:

"Sabrás de que estoy abroncao, Felipa, puesto que te he escribio con ésta tres cartas y tú no me has contestao más que a dos."

* * * *

En la cárcel.

—¿Tú por qué estás preso?

—Por estornudar.

—No puede ser.

—¡Vaya! Cuando le estaba limpiando los bolsillos a uno que estaba durmiendo, estornudé, se despertó y aquí me tienes.

* * * *

Una chula no mal parecida, se enamoró de un mulato que estaba de ayuda de cámara en casa de un cubano.

—¡Pero estás loca! — la dijo una amiga, — ¡Enamorarte de un mulato que es casi un negro!

—¡Qué quieres! ¡Estoy de medio luto!

—El padre. — No gritos tanto, que no me dejas trabajar.

—El chico. — Cómprame un tambor y estaré callado.

* * * *

—¿Cómo conociste a tu segundo marido, Elenita?

—Fué una cosa muy curiosa. Porque su automóvil atropelló a mi primer marido. Nuestra amistad data desde entonces.

* * * *

—María, ¿está usted loca? ¡Me trae un zapato amarillo y otro negro!

—Pero, señora, si el par que queda es exactamente igual.

* * * *

Dos andaluces están oyendo tocar a unos músicos muy malos.

—Eso que han tocado debe ser mu difísil.

—¡Lástima que no sea imposible, compare!

* * * *

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Qué tienes?

—¡Casi nada! Medio lechón adobado que se me ha indigestado. Dígame sin miedo la verdad, doctor; ¿tardaré mucho en morirme?

—Tres o cuatro horas.

—¡Ah! Pues voy a pedir el otro medio.

* * * *

El marido. — Hoy, por ser domingo, voy a llevar a los niños a ver las fieras de Palermo.

La mujer. — ¿Pero no habíamos quedado en que los llevarías a casa de mi madre?

El marido. — Es verdad.... En fin, lo mismo da.

* * * *

—La mamá. — Pepito está rabiando de dolor de muelas.

El papá. — Llévale a escape a casa del dentista.

—No tengo dinero.

—No lo necesitas. El dolor se le quitará antes de llegar.

* * * *

—Doctor, puesto que ya puedo levantarme, comer y salir a la calle, le suplico a usted que me diga cuánto le debo.

—No, no... Aun no está usted para recibir emociones fuertes.

* * * *

Un palurdo se sienta ante la mesa de un bar situado en un pintoresco jardín. Después de haber tomado varios refrescos, se levanta, diciéndole al mozo:

—Muchas gracias.

—No hay de qué, señor; pero se va usted sin pagar.

—¡Cómo pagar! ¡Si me han dicho que aquí se convida?

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—Pues, un amigo. Es un sitio tan agradable, me dijo, que convida a sentarse y tomar algo.

Declaración:

—Señora, la amo a usted tanto, que mi mayor ilusión sería el pasar la vida entera a su lado, aunque no fuese más que durante un par de semanas.

* * * *

—Observo, hija mía, que eres muy coquetta, y es necesario que tengas un poquito de formalidad.

—Pero mamá, usted también ha sido joven.

—Sí, hija, pero nunca tanto como tú.

* * * *

—He pensado ir a cazar y vengo a ver si quieres prestarme el perro.

—Lo siento, pero no lo tengo en casa.

—¡Si le estoy oyendo ladrar!

—¿Y da usted más crédito a un animal que a mí?

* * * *

—Pero hombre, — dice un cliente en el hotel. — Ha puesto usted en la cuenta cinco centavos de papel y no he tenido necesidad de una sola hoja.

—Es el precio del papel en que está escrita la cuenta.

* * * *

Un sujeto propone a un amigo jugar una partida billar mano a mano.

—¡Imposible! — contesta el otro. — Yo no puedo jugar con usted si no me da unos cuantos palos.

* * * *

En un naufragio:

Un señor y una señorita inglesa han logrado salvarse en una barca. A consecuencia de un golpe de mar, el señor se inclina hasta tocar a su compañera. Esta se levanta, indignada.

—¡Señor! — le dice. — ¡Es usted un atrevido!... ¡Salga de aquí inmediatamente!

* * * *

Un individuo que había robado un lingote de plomo alegaba que lo había tomado en broma.

—¿Cuánto pesaba el lingote? — preguntó el juez.

—Cincuenta kilos.

—¿Y a dónde lo llevó usted?

—A una casa de compra y venta en Barracas.

—Pues para broma es pesada y la llevó usted demasiado lejos. Tres meses.

* * * *

Va a entrar un baturro en un teatro acompañado de su hijo, un zagalón casi tan alto como su padre. El baturro presenta solo una entrada a los porteros.

—Falta un billete, — le dicen éstos.

—¿Es que lo dice usted por el chico?...

—Sí, señor. ¡Naturalmente!

—¡Pero si este pobrecito es un alma de Dios, que, vea lo que vea, no ha de decir "na" a "naide"

La Extraña Historia de STEPHEN USHER.

Intenso y poderoso drama de misterio y aventura que relata la historia de una familia de la más alta aristocracia de Inglaterra, escrito por HENRY B. RICHMOND e ilustrado por el distinguido artista J. LOUIS SMYTH.

(CONTINUACION.--VÉASE EL NÚMERO 114 DE "PUCKY" y siguientes)

A JULIAN no le gustaba que nadie interviniera en sus asuntos, y trataba de evitar lo más posible todo contacto con la autoridad, pero lo poco que había podido apreciar del carácter de Marietta Marsden le había convencido de que la joven tenía trastornadas las facultades mentales y de que, dijera lo que dijera, no le harían caso por tratarse de desvaríos de una demente. Además, estaba seguro de que ella no podría presentar prueba ninguna que le hiciera responsable de la muerte de su marido.

De todos modos consideraba que el riesgo que corría de ser alcanzado por la venganza de la joven era serio, y por eso llamó a la policía y consiguió que ésta le asegurara que el castillo sería vigilado y que no dejarían pasar a la extranjera por ninguna parte.

Convencido de que la policía lo protegería, pero lejos aún de hallarse tranquilizado en lo que se refería a los recientes acontecimientos, Julián Usher se encontraba, la tarde de aquel mismo día ,paseando su impaciencia y su intranquilidad por el parque cercano del castillo.

Mientras iba caminando cabizbajo y pensativo, le distrajo de pronto un leve rumor de voces de alguien que hablaba muy bajo. Desconfiado siempre, el culpable temió que se tramara algo en su contra y se puso a escuchar con atención. Logró distinguir un murmullo pero no las palabras que pronunciaba alguien qué se encontraba dentro de una glorieta de tupido follaje cerca de la cual se hallaba él.

Sigiliosamente, cuandondo de no hacer ruido al pisar, se acercó con cautela a la glorieta, y después de buscar un hueco entre las hojas, miró por él.

Lo que vió fué tan asombroso como inesperado para él, que solo haciendo un grandísimo escuerzo logró reprimir un grito de decepción y de furor que estuvo a punto de salir de sus labios.

Vió que un hombre abrazaba a Marion Grey, la joven prometida de su primo Stephen, aquella de quien él estaba tan locamente enamorado que había jurado que la haría su esposa, costara lo que costara. El hombre que abrazaba a Marion era Stephen Lord, el artista.

El hombre abrazó a Marion, y luego de separarse de ella le ofreció el brazo, diciendo:

—Vamos, querida Marion, ya es hora de que volvamos al castillo. La tarde está muy fría.

Estas palabras sirvieron de advertencia al que atisbaba y que inmediatamente retrocedió y se ocultó detrás de unos macizos de arbustos de los que había en torno de la glorieta. En el mismo momento en que se escondía, la pareja salió de la glorieta y desapareció poco después de su vista, ocul-

ta tras la niebla de la tarde que comenzaba a extenderse.

Julián Usher salió de su escondite. Tenía la cara muy pálida, pálida de rabia, sentimiento que había sustituído en él a todos sus anteriores temores.

En lo más íntimo de su corazón, Julián se había jurado que a pesar de todos los obstáculos había de llegar algún día a conquistar el corazón de Marion y a hacerla su esposa. Si no lo había conseguido todavía era, — en su opinión, — a que no había querido insistir, respetando el doloroso recuerdo de su prometido Stephen Usher, muerto hacía poco tiempo. Julián estaba seguro de que pasdos algunos meses más, Marion se olvidaría de Stephen, y entonces podría él presentar, con seguridad de éxito, su candidatura.

Se había conformado con esperar seguro del triunfo ulterior, pero no había soñado nunca que una persona extraña pudiera ganarle la delantera.

¡Sin embargo, lo había visto, Marion y el pintor se abrazaban como novios que fueran!...

Estremeciéndose de furia, Julián Usher sacó un cigarrillo de su cigarrera y lo encendió con dificultad. Después, con las manos a la espalda, el cigarrillo en la boca y el ceño fruncido, se encaminó lentamente hacia el castillo.

En cuanto llegó se dirigió a la biblioteca y allí permaneció hasta que fué hora de cambiarse de ropa para la comida.

Cuando entró en el comedor estaba un poco más calmado. Matthew Lincoln, Marion y Stephen, disfrazado todavía como Stephen Lord, se encontraban ya en el comedor y Julián les saludó con toda cortesía, pues aún cuando sus sentimientos fueran todavía los mismos, había recobrado por completo el dominio de sus nervios.

—Creo que ha llegado el momento de pronunciar lo que las circunstancias exigen, — dijo.

Había algo de extraño y de intencionado en el tono de su voz y en la mirada que dirigió a los comensales. Stephen, que hasta aquel momento no había sospechado nada, sintió un vago recelo, aún cuando cuidó de no traicionar por nada del mundo su incógnito.

Julián siguió hablando.

—Brindo, pues, por Marion y por su nuevo y correspondido adorador, el señor Stephen Lord.

Calló, mirando con insolencia a la joven, que se puso roja de rubor, mientras se estremecía la mandíbula de Stephen.

—El señor Lord, el eminente artista, de cuya fama, debo confesarlo, no tuve nunca noticia hasta el día que se presentó en el castillo, nos dijo que venía a estudiar las bellezas de Ravenhurst. Ahora comprendo el significado de sus palabras, y le felicito por el rápido progreso realizado por él. También felicito a Marion por la facilidad con que ha podido olvidar a su difunto prometido después de haberle jurado que le amaría eternamente.

Stephen Usher se puso de pie.

—Ya ha dicho usted lo suficiente, lord Ravenhurst, — manifestó con una serenidad que hacía honor a la entereza de su carácter. — Ahora es necesario que pida usted disculpa inmediatamente.

—¿Disculpa? ¿Por qué? — preguntó Julián insolentemente. — ¿No es mi brindis lógico, dadas las circunstancias? ¡Brindo por la veleidad de Marion y por el éxito de su nuevo y rápido amorío!

Levantó la copa para llevarla a los labios, pero antes de que la acercase a ellos, Stephen le arrebató la copa y arrojó su contenido al rostro de su primo.

Una terrible impresión de angustia dominó un instante la escena. Matthew Lincoln y Marion se habían puesto de pie, y el viejo abogado se había situado junto a la joven, que temblaba, amedrentada. Julián se limpió el vino de la cara con su servilleta.

—¡Canalla! ¡Le juro que esta me la pagará! — gritó con voz vibrante de furor.

Stephen Usher, por su parte, admirable en su serenidad, no hizo caso de la amenaza de su primo y se volvió hacia el abogado.

—¿Quiere usted tener la bondad de acompañar a la señorita Grey a sus habitaciones, señor Lincoln? — dijo con toda tranquilidad.

El abogado vaciló un momento, temiendo dejar solos a aquellos dos hombres. Pero después, considerando que lo mejor que podía hacer era lo que su joven amigo le había dicho, acompañó a Marion Grey fuera del comedor y después de salir, cerró cuidadosamente la puerta.

Stephen miró cara a cara a su primo.

—¿Y bien, señor Usher? — dijo tranquilamente.

Julián se estremeció al verse llamar así.

—Se olvida usted de mi título, — dijo.

—He dicho "señor Usher" y creo que ese nombre basta, — agregó. — Estoy esperando que me diga por qué ha proferido las insultantes palabras dirigidas a la señorita Grey y a mí.

—Lo que he dicho es verdad, — manifestó Julián. — ¿Se atreverá usted a negar que abrazaba a Marion esta tarde en la glorieta?

—No lo niego porque no tengo razón para negarlo. En todo caso, eso podía interesar a la señorita Grey y a mí, no a usted, — dijo Stephen. — ¿Desde cuándo es usted tutor de la señorita Grey?

—Mi deber es vigilar y evitar que caiga en manos de un aventurero a caza de dotes, — replicó Julián Usher. — Además, debe usted saber que Marion Grey será señora de Ravenhurst porque yo lo he dispuesto con nadie!

—Entonces le conviene no casarse con nadie, — manifestó Stephen con intención, — porque no podía tocarle en este mundo mayor desgracia que la de unirse a un hombre tan grosero y cobarde, incapaz de hacer la felicidad de una mujer de su educación y de su cultura.

Estas palabras fueron la gota que hizo derramar el vaso. Julián Usher, al oírlas, perdió toda noción de compostura.

Se lanzó contra Stephen con el brazo levantado, y un momento después los dos

hombres peleaban cuerpo a cuerpo, abrazados. Todo el furor del corazón de Julián se había desencadenado y peleaba con violencia, mientras Stephen, en cambio, contentábase con defenderse y evitar los golpes que el otro le dirigía. Para él, un pugilato de tal clase constituía una escena deprimente y antipática, pero no había tenido más recurso que aceptarla al verse objeto del salvaje ataque de su primo.

La pelea continuó silenciosa, yendo los dos de un lado a otro, pisoteando la mullida alfombra de la lujosa habitación. Ofrecían un extraño espectáculo buscando en tal forma brutal y baja en aquel ambiente plácido de lujo y refinamiento.

Durante dos minutos continuó la pelea, y en ese tiempo ninguno de los dos adversarios parecía haber conquistado superioridad sobre su contrario. Julián había encontrado que las fuerzas de su adversario eran muy superiores a las suyas, y Stephen no había querido atacar, sino tener bajo su dominio a su primo. Esperaba que con esa táctica, Julián acabaría por fatigarse.

En esto no había apreciado bien a su primo, pues Julián, poseído por el furor que le dominaba, estaba resuelto, en su ira ciega, a echar mano de cuantos recursos pudiera a fin de dominar al hombre en quien veía un enemigo.

Al darse cuenta de que en vano intentaría dominar a Stephen, su propia debilidad acrecentó su furia y pensó en hacer uso de su revólver tan pronto como le fuera posible sacarlo del bolsillo.

Durante otro minutos más, los dos hombres continuaron peleando cuerpo a cuerpo de un lado a otro de la habitación hasta que, forcejeando, llegaron a un sitio que quedaba delante de las cortinas que cubrían las puertas-vidrieras.

Allí la pelea siguió con no abatido furor hasta que Julián, que estaba de espaldas a la puerta, pisó en el borde de las pesadas cortinas de felpa.

En aquel mismo momento, Stephen Usher, que podía mirar por encima del hombro de su primo, sintió una emoción tan fuerte que le hizo cesar en su esfuerzo durante un según.

Había visto que por entre las cortinas aprecía una mano. Era delgada y blanca, de dedos muy finos que apretaban el mango de un brillante estilete.

La mano estaba levantada para herir y tenía a su alcance la espada de Julián Usher, que estaba lejos de suponer el peligro de muerte que le amenazaba.

Rehaciéndose al punto, Stephen, poniendo en ello todas sus fuerzas, consiguió separar a su primo de la cortina. Julián comprendió que algo había pasado. La primera mirada que dirigió a las cortinas se lo explicó todo.

En el momento en que miró las cortinas se separaron y la extraña figura de la mujer apareció en el hueco.

Era Marietta Marsden que estaba de pie, agarrándose a las cortinas para no caer. Tenía el rostro lívido, los ojos vidriosos y parecía respirar con dificultad.

Al verla en tal lamentable condición, Stephen Usher sintió lástima, pero Julián Usher, que no se dejaba conmover tan fácilmente, sintió alegría al pensar que aquella mujer dejaría muy pronto de molestarle.

Consideró oportuno el momento para librarse de una persona que constituía una grave amenaza para su seugridad personal, y en cuanto vió a Marietta, sacó el revólver del bolsillo. A pesar del lamentable estado en que se encontraba la mujer, el propósito de Julián era hacer uso del revólver, pues nadie se atrevería a acusarle por haber dado muerte a quien trataba de atentar contra su vida.

Pero no tuvo ocsión de realizar sus cobardes intenciones, pues antes de que pudiera levantar el arma, Stephen le hizo saltar el revólver de la mano.

—¡Basta! — exclamó Stephen. — ¡No contento con haber hecho la infelicidad de esa mujer, todavía quiere usted matarla?

—¡Esa mujer vino con el propósito de asesinarme! — tartamudeó Julián Usher.

—No lo consiguió, y ya no se halla en situación de causar mal ninguno, — dijo Stephen.

—¡Sí! ¡No lo conseguí! — murmuró la joven en voz tan baja que casi no se le oyó. — Quería matarle porque había jurado vengar la muerte de mi marido, destruyendo al último de esta familia maldita. La deuda quedará pendiente. — Hizo una pausa para recobrar el aliento que le iba faltando. — Después de la muerte de mi esposo me dijeron que su matador se llamaba Stephen Usher y que se había suicidado. ¡Era mentira! El hombre que mató a Philip Marsden vive, pues en mis extraños sueños he visto su rostro muchas veces para equivocarme, y ahora vuelvo a verlo otra vez. ¡Es él! ¡El él! Yo...

Calló de improviso, cortada su voz por un hondo gemido.

Un instante después, su débil mano se soltó de la cortina en que se agarraba, y la infeliz mujer se inclinó, perdiendo el equilibrio. Stephen Usher corrió a su lado y logró sostenerla en el momento en que iba a llegar al suelo. La mujer no se movió mientras él la descendió lentamente hasta dejarla echada sobre la mullida alfombra.

Contento de ver que Stephen estaba distraído y dispuesto a que la joven no volviese a molestarle más, Julián corrió para una de las puertas vidrieras y la abrió de par en par. Entonces, sacando del bolsillo un silbato de policía, lanzó tres silbidos y esperó que la señal fuera contestada por los hombres que, de acuerdo con su pedido, estaban apostados en torno del castillo.

Pasaron dos minutos, y luego dos agentes de policía de uniforme, surgieron de la oscuridad el jardín y entraron en el comedor por la vidriera que él había abierto.

—¡Ni que fueran ciegos! — gritó Julián Usher a los dos policemen que se acercaron a él. — A pesar de toda su vigilancia, la mujer a quien ustedes debían evitar el paso se ha metido en esta habitación y ha hecho otra tentativa de matarme.

Se retiró a un lado para dejar que avanzaran los dos hombres.

—Ahí está. — dijo brutalmente. — ¡Lié-

vesela y cuiden de que sea puesta bajo severa custodia!

Los policías avanzaron, y al hacerlo vieron que Stephen Usher, que estaba arrodillado junto a la mujer, levantaba la cabeza y con la mano les indicaba que se detuvieran.

—¡Han llegado ustedes tarde! — dijo Stephen con amargura. — Esta pobre mujer se ha evitado la vergüenza de ser conducida a la cárcel. ¡Ha muerto!

Aquella noche, el hombre a quien Julián Usher había conocido como Stephen Lord, desapareció del castillo de Ravenhurst, y Julián no le volvió a ver más. De esto dedujo que aquel hombre era un vulgar aventurero que, fracasado su propósito, había ido a otro lado a poner en juego sus artimañas.

No hubiera estado tan tranquilo si hubiera conocido la verdadera identidad de su invitado, ni se hubiera sentido tan aliviado si hubiese sabido que aún cuando su primo Stephen había abandonado su papel de pintor, no había desistido ni un ápice de su propósito de arrojar al usurpador y ocupar su puesto como jefe de la Casa de Usher.

El Cardenal Rojo

AUN cuando había llegado la Noche Buena el castillo de Ravenhurst no presentaba el alegre aspecto que otros años en esa noche en que toda la cristiandad celebra la natividad de Jesús.

Desde la muerte de Stephen, el anterior conde de Ravenhurst, se guardaba luto en el castillo.

La comida había terminado y un grupo pequeño de invitados se dirigía, por una de las amplias galerías, al salón de música. Con ellos se encontraban Matthew Lincoln, el abogado apoderado de la familia, Marion Grey, la bella joven que había sido prometida de Stephen, y Julián Usher, el espúreo conde.

Mientras iban por la galería los invitados contemplaban los cuadros y Matthew Lincoln, que conocía la historia de todos ellos, explicaba, a quien lo deseaba, los antecedentes de algunas de aquellas obras de arte.

Llegó el grupo de invitados a un punto de la galería donde se destacaba un soberbio retrato de cuerpo entero y uno de los invitados, un señor de edad y que tenía el cabello muy blanco se quedó mirando el retrato con admiración.

Presentaba el cuadro a un hombre de mediana edad vestido con los rojos hábitos y cubierto con el rojo capelo cardenalicio. El efecto de la pintura era tan notable que no parecía aquello un cuadro sino una persona real y verdadera.

—¡Qué admirable obra de arte! — exclamó el anciano a quien primero llamó la atención el retrato. — ¿A quién representa?

—Es el retrato de uno a quien sólo se conoce por el nombre del "Cardenal Rojo", — respondió Matthew Lincoln con emoción. — Este cuadro lleva más de cien años en el castillo y se le considera la joya más preciosa de toda la colección.

—¡Es notable! — manifestó el mayor sir Warren Burling, que así se llamaba el anciano admirador del cuadro. — Pero... ¿quién fué ese Cardenal Rojo? Yo creía que en la galería de Ravenhurst sólo figuraban retratos de personas de la familia.

—Es verdad, — dijo Lincoln. — De acuerdo con lo que se cuenta fué, el cardenal, miembro de la familia. A su respecto corren varias leyendas y se dice que fué un Usher, fallecido hace muchísimos años después de haber sido despojado y maltratado por uno de los de su propia familia.

—¡Qué historia novelesca! — dijo una joven que se hallaba de pie junto al abogado. — ¿Quiere usted contarla toda, señor Lincoln?

—Varias son los historias que podría contarles, relacionadas todas ellas con el Cardenal Rojo, — agregó, — Pero no creo en ninguna de ellas y todas son tan fantásticas y trágicas que no sería extraño que su recuerdo le quitara a usted el sueño durante esta noche.

Sus palabras tuvieron por resultado acrecentar la curiosidad de los presentes.

—¡No tenga usted miedo de que se nos ponga carne de gallina! — exclamó el mayor riendo. — ¡Lo natural sería que viéramos un fantasma esta noche! ¿No es la Noche Buena? desde tiempo inmemorial la noche en que se ve mayor número de aparecidos en los viejos castillos ingleses? ¡Venga, pues, la historia del Cardenal Rojo mientras esperamos que esta noche se eche a pasear por el castillo en calidad de fantasma para desaparecer al primer canto del gallo!

—No diré que el Cardenal Rojo va a salir de su cuadro y a pasear por el castillo esta noche, pero una de las leyendas que conozco afirma que en algunas ocasiones lo ha hecho.

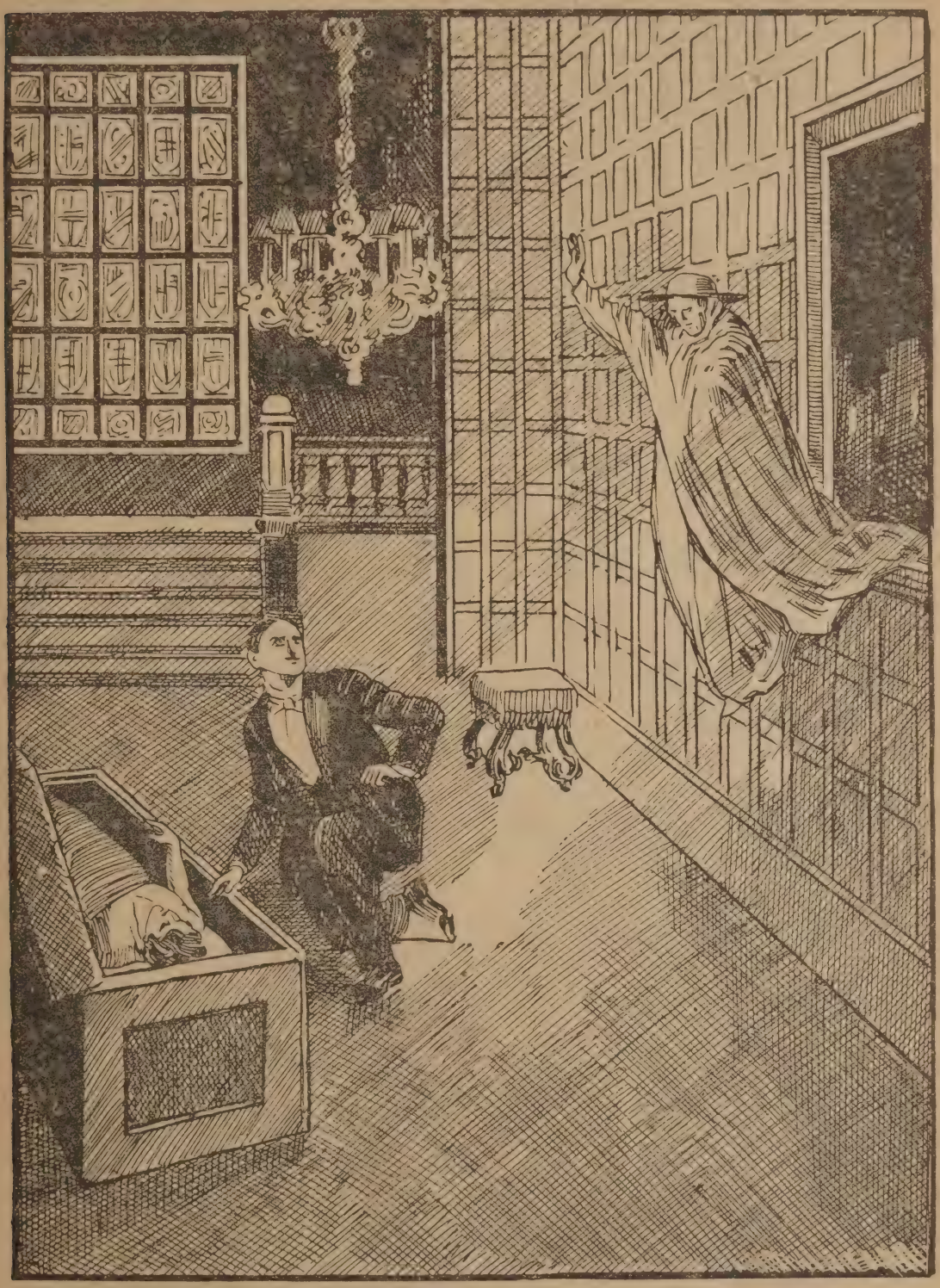
—¿En qué ocasiones? — inquirió el mayor.

—Dice la layenda, — siguió el abogado, — que cada vez que alguno de la familia Usher hace alguna cosa que no se halla de acuerdo con las tradiciones de honradez, rectitud y caballerosidad de la familia el Cardenal Rojo vuelve de su tumba y se aparece ante el hombre que se ha permitido mancillar con sus actos el limpio blasón de la casa de los Usher y le exige rápida enmienda de todo el mal causado para que siga incólume el honor del nombre.

Julián, que había oído de mala gana con el ceño fruncido la anterior conversación, trató de conseguir que el abogado variara de tema.

—No tengo ni la menor noticia de esa supuesta leyenda, Lincoln, — dijo en tono punzante. — ¿Está usted seguro de que no es cosa que se le ocurre a usted en este momento? De todos modos considero que es un tema de conversación tan tonto como ocioso.

—Lo que sucede es que usted, milord, no ha tenido acasión de enterarse de tantos detalles de la vida de sus antepasados como yo, que conozco detalladamente la historia de muchas generaciones de Usher, — contestó el abogado muy respetuosamente. — He tenido el privilegio de ser el confidente y



Lleno de un desconocido terror dejó de mirar a la joven desmayada y volvió la cabeza para ver que la figura del cardenal Rojo se salía del marco de su cuadro. ("La extraña historia de Stephen Usher").

consejero legal de tres condes de Ravenhurts y he oído muchas leyendas e historias, tristes y dramáticas, durante todos esos años. Fué a fines del siglo pasado cuando el Cardenal Rojo adquirió su fama de guardián del honor de la familia. ¡Tal vez recuerde, milord, los hechos de Cedric Usher, a quien se llamó "el usurpador"!

Se dirigía a Julián, que se estremeció al notar lo que tal recuerdo significaba. Cedric Usher había sido conde de Ravenhurst durante seis meses y había obtenido el título después de la supuesta muerte de su hermano mayor Andrew, quien, durante ese tiempo, estuvo prisionero en una celda secreta del castillo donde el usurpador le había ocultado.

Las palabras de Matthew Lincoln trajeron el recuerdo de esos sucesos a la memoria de Julián Usher, que no pudo evitar la comparación de su propio proceder con el del infame Cedric. El también había llegado a su situación presente provocando la caída del verdadero conde y el temor de que podía aparecérsele el espectro del Cardenal Rojo puso en lamentable situación a su conciencia.

Sin embargo, cuando uno de los presentes pidió a Matthew Lincoln que continuara su relato, Julián no se atrevió a hacerse notar protestando contra la verbosidad del abogado.

—El reinado de Cedrid Usher en Ravenhurst fué a la vez breve y despótico, — siguió diciendo el anciano abogado, — y terminó súbitamente. Una noche de Navidad, cuando estaba por retirarse para dormir se encontró cara a cara con el espectro del Cardenal Rojo, y según cuenta la leyenda, el espíritu y el hombre se batieron en duelo. Nadie presenció el combate, pero a la mañana siguiente Cedric Usher fué hallado muerto, tendido sobre la nieve, fuera del castillo y Andrew reapareció porque había sido puesto en libertad de modo misterioso, pues nadie supo quién le había abierto la puerta de su prisión.

—¿El cardenal Rojo no ha vuelto a presentarse después de aquella histórica ocasión? — preguntó el mayor que no se hallaba dispuesto a tomar en serio las leyendas de aparecidos.

—¡Jamás! — contestó Matthew Lincoln sonriendo. — Por lo visto el cardenal no ha tenido ocasión de exigir el arreglo de cuentas a ningún otro miembro de la familia.

—¡Cómo me hubiera gustado ver al espectro! — exclamó una de las jóvenes invitadas. — ¡Me gustaría más ver a un espectro de verdad! ¿A usted no le gustaría, lord Ravenhurst?

Julián Usher, a quien había sido dirigida la pregunta en tono de broma, logró, con gran esfuerzo, no perder su compostura. Las apariciones de espectros habían desempeñado papel tan importante en su vida en los últimos tiempos que nada más que oirlas mencionar le ponía en un estado de intensa nerviosidad.

El mayor Burling evitó a Julián la molestia de contestar.

—¡Claro está que no nos gustaría ver el el espectro del cardenal dando su paseo de media noche! — exclamó riendo. — La presencia del espectro constituiría por sí sola una acusación contra milord, pues de acuerdo con lo que nos ha contado el señor Lincoln sólo se presenta cuando el jefe de la familia Usher no procede tan bien como debiera.

Dicho esto, el mayor siguió adelante y al avanzar tropezó con un enorme y antiguo arcón de roble que se hallaba en el suelo frente al cuadro y a poca distancia de la pared. El mayor miró el arcón, — que tenía la tapa delicadamente tallada, — con verdadero interés.

—¡Ahora me acuerdo de haber oído hablar de este arcón de roble tallado! ¡Dicen que contiene los secretos de la familia Usher! ¿Será cierto?

—¡Sí, lo es! — replicó Matthew Lincoln. — La llave se encuentra siempre en poder del jefe de la familia que no debe confiar su custodia a nadie. Unicamente el conde de Ravenhurst tiene derecho a abrir este arcón y a enterarse de lo que contiene. Milord heredó la llave con el título y lo poseerá mientras sea jefe de la familia. Pero creo que ya hemos hablado bastante de espectros y misterios y esta es conversación para jóvenes, no para viejos como yo, — agregó ofreciendo el brazo a la señorita que se hallaba a su lado. — ¡Olvidemos los espectros y vamos a salón de música!

Siguió por la galería en la dirección indicada y los demás le siguieron.

El arcón de roble

JULIAN USHER esperó a que sus invitados hubieran pasado y luego, extendiendo un brazo detuvo, tomándola de una muñeca, a la joven que en aquel momento se alejaba y que, al sentir su contacto se detuvo separando con un además brusco, la mano que la tocaba.

—Un instante, Marion, — dijo él en voz baja. — Deseo hablar a solas con usted.

Marion Grey le miró friamente.

—¿Qué desea usted, Julián? — preguntó ella. — Lo ruego me detenga el menor tiempo posible.

—Debo empezar, Marion, — dijo él cuando los otros se hubieron alejado, — por pedirle disculpa. Siento mucho, muchísimo, todo pesar que le haya podido causar en el pasado. Sé que no me he conducido con usted como debía y por eso mismo le pido perdón, — y agregó bajando aún más la voz: — Quiero que usted me diga que me perdona.

La joven le contestó con entera franqueza:

—Más fácil será que yo olvide todo lo pasado, Julián, cuanto menos me hable usted de ello, — dijo.

—Mi propósito no era causarle mal ninguno, — siguió el joven sin hacer caso de las palabras de Marion. — Todo cuanto he dicho y hecho en momentos de acaloramiento ha sido consecuencia de lo mucho que la estimo. Usted no lo ha comprendido así porque no ha tenido ocasión de experimentar los sufrimientos que causan los celos.

Marion Grey se ruborizó y se movió como para marcharse.

—No se vaya, Marion, hasta haberme oído

todo lo que deseo decirle, — insistió Julián impidiéndola el paso. —Yo la amo y mi más ardiente deseo es hacerla mi esposa. No espero que sienta usted a mi respecto lo que siento yo por ustd, pero si me da oportunidad dedicaré todas las horas de mi vida y toda mi fortuna al propósito de hacerla a usted feliz.

La joven hizo una mueca de disgusto.

—Si todas las horas de la eternidad y todo el dinero del mundo estuvieran a su disposición no conseguiría usted eso, nunca, — contestó ella. De mí no oirá usted más que una negativa terminante. La declaración de un hombre honrado honra a la joven a quien se dirige. La de usted es un insulto y como tal lo contesto. ¡Preferiría morir antes que casarme con usted porque no creo que haya en el mundo ser más bajo, más cobarde, más ambicioso y más infame que el que tiene el atrevimiento de hacerse llamar conde de Ravenhurst!

La pálida cara del hombre se puso roja de rabia al oir las palabras aquellas que la joven le había dicho con toda entereza.

Después, reaccionando, pasado un instante de aturdimiento, avanzó y tomó a Marion de una muñeca.

—¡Por el cielo, mujer, te juro que has de sufrir lo que mereces por tus insultos! — dijo en voz baja y reconcentrada.

Marion trató en vano de separarse de aquel hombre. Mucho sufría pero no perdió por eso su valor y su serenidad.

—No puede usted hacerme sufrir más de lo que me ha hecho sufrir ya, — dijo tratando de disimular el sollozo que subía a su garganta. — Hace un instante le dije cobarde pero ahora me demuestra usted que no fué bastante lo que dije para calificar como se merece toda la asquerosa bajeza de su alma. ¡Falsario y asesino, eso es usted!

El hombre apretó más la muñeca de la joven. Todo el veneno de su naturaleza corría por sus venas.

—¡Asesino! — dijo. — ¡Linda palabra en boca de una mujer cuyo novio fué declarado homicida!

Toda la prudencia que aún detenía a Marion Grey se desvaneció ante tanta desvergüenza.

—¡Mentira! — exclamó. — ¡Creyeron que su primo Stephen mató a Philih Marsden, pero usted sabe mejor que nadie que la acusación era falsa! ¡Usted sabe, en el fondo de su malvado corazón quién fué el que mató a Philip Marsden.

Calló un instante recordando las palabras pronunciadas por la desdichada Marietta junto a los pozos de la cantera.

—¿Se acuerda usted de una noche, — dijo ella, — en la que un hombre que esperaba junto a las canteras fué golpeado por otro que llevaba en la mano una bolsa con monedas de oro? ¿Se acuerda usted que el asesino arrojó el cuerpo de su víctima a lo profundo de uno de los pozos de cal?

Las dramáticas preguntas de Marion Grey estremecieron a Julián Usher que no se había figurado nunca que nadie conociera su terrible secreto. Al oir a Marion su furor se transformó en miedo. La joven continuó:

—¡Usurpador! ¡Falso y perjuro! Usted sabía muy bien que fué usted quien mató a Philip Marsden! — gritó lo más alto que pudo.

El hombre, soltando la muñeca de la joven tomó a Marion por la cintura y le tapó la boca con una mano.

—¡Silencio, víbora! — dijo con ferocidad. — ¡Si dice usted una palabra más, no respondo de lo que le suceda!

Luchó la joven con todas sus fuerzas pero no pudo conseguir soltarse. Si lo hubiera logrado hubiese pedido socorro, pero se dió cuenta Julián de ello y trató con todas sus fuerzas de asegurar su silencio.

Durante más de un minuto, Marion forcejeó pero sus esfuerzos fueron vanos, y sólo consiguió agotar sus fuerzas.

—¡Quieta! — dijo Julián temeroso de que alguien oyera. — ¡Ya le he advertido y yo!...

Calló de improviso pues la joven había dejado de luchar y su cuerpo caía inerte en sus brazos.

Quitó la mano con que la tapaba la boca y miró a la cara de la joven.

Un nuevo temor inundó su espíritu.

¿Habría ido demasiado lejos?

No hacía Marion Grey ni el menor movimiento. Con los ojos cerrados y el semblante muy pálido tenía todo el aspecto de una muerta.

Julián Usher miró a su derredor temerosamente. No se veía a nadie y lo único que se oía en la amplia galería era el lejano eco de alguien que cantaba en el salón de música.

Inclinando la cabeza, Julián puso la mejilla ante la boca de la joven. Sintió un tibio y tenue aliento prueba de que la joven vivía todavía. Se había desmayado y probablemente tardaría poco en recobrar los sentidos.

Convencido el hombre de que Marión no se encontraba muerta y un tanto serenado su espíritu se dió cuenta del grave peligro que para él constituía aquella mujer. Conocía el secreto de su crimen y podía, en cualquier momento, acusarle.

—¿Pero qué es lo que sabe y cómo lo ha sabido? — se preguntó mientras colocaba en el piso de la galería a la joven desmayada. — Sabe la verdad sobre la muerte de Marsden y si no lo evito puede comunicar lo que sabe a las autoridades "¡si no lo evito!"

Dijo esas últimas palabras con tono malicioso.

—¡Debo evitarlo! — continuó. — No he llegado tan lejos para dejarme vencer por una mujer. Si no calla no estoy seguro; tengo pues, que hacerla callar. Ya encontraré el medio. Pero mientras tanto ¿cómo hago para que no me moleste?

Volvió a mirar a su derredor y vió el arcón antiguo situado ante el retrato del cardenal Rojo.

—¡El arcon cuya llave sólo yo poseo! — balbuceó. — Si contiene los secretos de toda la familia puede contener otro más.

Se acercó al arcón y arrodillándose ante él sacó del bolsillo un manojo de llaves. Escogió una la introdujo en la cerradura y un instante después estaba abierto el arcón.

Se hallaba casi vacío. Los documentos que

encerraba solo ocupaban una cuarta parte de la capacidad.

Pero Julián Usher no se detuvo en mirar los legajos. Tomó en brazos el cuerpo de Marion Grey y lo colocó dentro del arcon.

—Aquí quedará hasta que me convenga llevarla a otro lado — murmuró mirando fijamente su pálida faz — y para entonces ya habré combinado lo que conviene hacer.

El sólido rumor de un crujido de tela de seda llegó a los oídos del hombre que estaba arrodillado delante del arcon. El ruido producíase dentro de él pero Julián tardó unos instantes en atreverse a mirar para atrás.

Cuando al fin lo hizo lo que vió fué como para helar la sangre en las venas al más valiente.

Lleno de un desconocido temor dejó de mirar a la joven desmayada y volvió la cabeza para ver que la figura del cardenal Rojo salía del marco de su cuadro.

Aquello era más grave de cuanto sus nervios podían resistir así que pasándose la mano por la cara se tapó luego los ojos para no ver. Después, poniéndose de pie rápidamente, corrió por la galería como un loco y gimiendo de terror.

Sin atreverse mirar hacia atrás llegó a un sitio donde había algunos escalones y topezó en ellos. Después subiendo por ellos volvió hacia la derecha y siguió corriendo por la otra galería. Terminó su carrera descendiendo las escaleras hasta el piso bajo.

El aterrorizado Julián tropezó al pisar el último escalón y cayó de bruces en el suelo.

Se levantó con gran trabajo y en el instante se abrió una puerta y apareció por ella el grupo de los invitados alarmados.

Los primeros del grupo se detuvieron de pronto y sin fijarse, al parecer, en Julián, indicaron con el ademán algo que se hallaba detrás del aterrorizado conde y lanzaron una exclamación de alarma.

Julián se volvió y en la oscuridad de la galería superior vió la soberbia, espectral figura del cardenal Rojo que avanzaba lentamente.

Los otros también la vieron y miraron aterrorizados como avánzaba hacia ellos. El miedo les había enmudecido. Ninguno podía hablar.

Matthew Lincoln era el único que parecía algo menos impresionado por la extraña aparición.

La figura se acercó lentamente hasta situarse a una docena de yardas del descanso de la escalera y allí se detuvo. Durante un instante permaneció inmóvil. Después su brazo derecho se levantó lentamente y una mano blanca que surgía de la manga roja de su traje, señaló a Julián, que estaba se de los otros. Entonces una voz grave resonó en la galería.

—¡Julián Usher! ¡Vengo a comunicarle su destino! — la voz procedía de la roja figura. — Su hora tardará poco en sonar, porque se acerca el momento de saldar las cuentas! Por el mal que ha hecho y las mentiras que ha proferido, debe usted declarar la verdad antes de que sea tarde: !Yo se lo mando!

La voz del Cardenal Rojo calló, pero la acusadora aparición continuaba.

Se produjo un silencio de muerte que duraría unos treinta segundos después de los cuales la roja figura volvió a hablar.

—¡Atienda y obedezca mi mandato! Sus planes actuales fracasarán todos. En cambio, si usted confiesa la verdad y corrige el mal que ha hecho. Dios en su infinita misericordia, perdonará. ¡Para el criminal empecinado el castigo implacable! ¡Para el arrepentido, la misericordia divina! ¡Julián, acuda a tiempo a buscar su salvación.

La voz calló de nuevo y la figura del Cardenal Rojo se desvaneció poco a poco en la oscuridad, perdiéndose de vista.

Unos momentos después de haberse desvanecido la aparición, tanto Julián como sus invitados seguían mirando al sitio donde estuvo, como si estuvieran fascinados.

Matthew Lincoln fué el primero que habló.

—¿Qué significa esto? — exclamó mirando las caras lívidas de los que le rodeaban.— ¿Se trata de una burla, de un "truc" o hemos visto al verdadero fantasma del Cardenal Rojo?

—La figura tenía todo el aspecto de un espectro — exclamó el mayor Burling, temblando al recordarla. — No puedo creer que la figura fuera un espíritu del reino de los fontasmas y, sin embargo, si era un truc, hay que confesar que se trataba de algo en extremo perfecto.

—¿Usted qué piensa milord? — preguntó Matthew Lincoln a Julián Usher, que todavía estaba pálido de terror y temblando de miedo.

—¡Tiene que ser un truc! — balbuceó el aterrorizado lord — ¡Y sin embargo parecía verdad!

—Es cierto, — concedió Matthew Lincoln y añadió después de un instante. — Me gustaría ir a echar una mirada, ahora mismo, al cuadro del Cardenal Rojo que está en la galería.

—Yo voy con usted — dijo el mayor Burling. — Quisiera encontrar una explicación satisfactoria de lo que hemos visto, si es posible.

Algunos invitados más, repuestos de su primitivo temor, quisieron ir también mientras que Julián, acordándose de que había dejado abierto el arcon en que yacía la joven desmayada, se dispuso a acompañar a Lincoln, convencido de que llegado a aquel sitio, encontraría el modo de inventar una mentira que explicara el hallazgo de la joven.

El grupo se dirigió escaleras arriba hacia la galería, por donde el Cardenal Rojo había aparecido.

Al llegar a la galería donde estaba el retrato, lo primero que hizo Julián fué mirar al arcon donde había colocado a la joven. Ya no estaba abierto y Julián supuso que él mismo lo habría cerrado sin darse cuenta de

Desde ese momento el terrible y extraño duelo en el terreno cubierto de blanquísima nieve, continuó con gran violencia. ("La extraña historia de Stephen Usher").

lo que hacía, antes de echar a correr.

Después miró hacia el cuadro que había llamado la atención de todos los demás. Estaba colgado en su sitio, tal como haba estado siempre, desde que él lo vió por primera vez hacía muchos años y como había estado antes muchos años más.

Matthey Lincoln se acercó al cuadro y subiéndose en un taburete que haba en la galería, golpeó en la tela con la palma de la mano. El sonido que se oyó demostró a todos los presentes que a pesar del aspecto de vida que tenía el cuadro, era únicamente una pintura, una cosa hecha de tela y colores puesta allí sobre la sólida pared de la galería.

El mayor Burling se sintió tranquilizado.

—Creo que debemos considerar al cuadro como fuera de la cuestión — dijo — pues no es posible creer que esa figura tenga vida para salir de la tela y pasearse por el castillo.

—Lo que yo creo, — dijo otro — es que las narraciones de Lincoln sobre el Cardenal Rojo nos ha excitado y vemos visiones.

—Hay otra explicación posible — observó el mayor pensativo — y como soldado y hombre amigo de la realidad es la que me parece más cerca de la verdad. Es muy posible que algún hábil ladrón que conoce la leyenda del Cardenal Rojo, haya tramado el plan de hacerse el espectro a fin de asustarnos la suficiente para poderse llevar sin tropiezo lo que le haya dado la gana. Me parece que lo más conveniente ahora es movilizar todas las fuerzas disponibles y revisar todo el castillo sin dejar una sola habitación sin visitar.

Esta idea mereció aprobación inmediata de Matthew Lincoln, que, asumiendo el cargo de guía principal comenzó a indicar los distintos sitios por donde convenía llevar adelante la investigación.

Los huéspedes se pusieron en marcha y Julián Usher, despertando como de un sueño, notó que entre ellos había una joven.

¡Era Marión Grey!

Pasó por la galería junto con los demás tan cerca de Julián, que éste hubiera podido tocarla. Pero no la habló ni siquiera volvió hacia él su pálido rostro.

El duelo en la nieve

BURLING, el mayor recorrió con algunos otros invitados todo el castillo, revisándole cuidadosamente, per sin encontrar nada que pudiera solucionar el misterio de la extraordinaria aparición. Convencidos de que lo mejor era no pensar más en aquello los huéspedes resolvieron retirarse a dormir. Julián Usher fué el único que no se acostó, pues comprendía que no le sería posible dormir.

Permaneció sentado en una butaca ante la chimenea de la biblioteca, en la que ardía un abundante fuego y pensando en todas las cosas que habían acontecido durante aquella Noche Buena. Las terribles palabras que pronunció la aparición, le habían hecho intenso efecto. No era la primera vez que le turbaban fantasmas y sabía que contra esas apariciones no podía absolutamente nada.

Algunos meses antes se hubiera burlado de la idea de que los espíritus surgieran de la tumba para perseguir al culpable, pero los sucesos acaecidos en el castillo de Ravenhurst, desde que él ocupaba el puesto de jefe de la casa, le habían obligado a creer que había en verdad más cosas en el cielo y en la tierra que las que supone la generalidad de los hombres.

Pero contra los peligros terrenales podía defenderse por sí mismo y el que amenazaba ahora era Marion Grey. Ella sabía su terrible secreto y no podría haber paz para él hasta que estuviera seguro de que no hablaría.

En los medios de obtener esto estaba pensando precisamente mientras se hallaba sentado ante la chimenea en la biblioteca del castillo.

El reloj del hall de la vieja casa dió la una — la primera hora del día de Navidad. Julián Usher se estremeció al desvanecerse el sonido de la campana y se puso de pie.

Algo le obligó a mirar hacia la puerta-vidriera que quedaba delante de él y al hacerlo tembló ante la vista de lo que allí había.

No era extraño que volviera a sentirse aterrorizado como antes, pues de pie, delante de las pesadas cortinas que cubrían la puesta, estaba la figura imponente del Cardenal Rojo.

Inmóvil, en la misma postura en que aparecía el retrato que estaba en la galería, hallábase ahí la amenazadora figura y Julián sintió como si el corazón cesara de latirle. Se tambaleó ligeramente y tuvo que apoyar la mano en la pared para no caer. Algo frío tocó entonces su mano y mirando hacia ella vió que se apoyaba en la empuñadura de una espada de duelo, reliquia de los días aquellos en que los hombres peleaban a muerte, acero en mano, por el honor de su nombre.

El contacto con el acero pareció darle valor y quitó la espada de la panoplia donde estaba. Después avanzó lentamente hacia la figura vestida de encarnado.

El Cardenal Rojo no alteró su actitud al ver que se le acercaba el hobre espada en mano.

Cuando se halló bastante cerca para poder herir, Julián se lanzó a fondo con furor salvaje y su espada atravesó la figura sin dificultad.

En el mismo momento el Cardenal Rojo desapareció de su vista y Julián Usher vió únicamente, ante él, las cortinas atravesadas por su espada.

Durante unos instantes permaneció como si estuviera petrificado, después retiró el arma de la cortina.

Se pasó la mano izquierda por la frente, húmeda de sudor frío. Después de otro momento de inmovilidad separó las cortinas y miró por los vidrios de la puerta. Fuera, de

pie en medio de la nieve que caía, Julián vió la figura del Cardenal Rojo.

Su vestido rojo contrastaba con la blancura de la nieve y su capelo de anchas alas le hacía sombra de modo que no era posible distinguir sus facciones.

Fascinado y empuñando todavía la espada, Julián se quedó contemplando al espectro. El Cardenal le indicó con un ademán que se acercara y Julián, abriendo la puerta, se dirigió al sitio donde estaba el aparecido.

El cardenal fué retrocediendo a medida que que Julián avanzaba. De pronto se detuvo y Julián detúvose también.

Luego la voz profunda, cuyo timbre Julián Usher recordaba, volvió a hablar.

—¿Recuerda usted la historia de Cedric Usher? — preguntó la voz. — Durante un tiempo fué dueño de Ravenhurst porque había arrebatado a su hermano el puesto que le correspondía. Una mañana de Navidad el usurpador tuvo un duelo con el Cardenal Rojo. Su caso, Julián se parece al de Cedric y usted, en esta mañana de Navidad, debe luchar con el Cardenal Rojo, guardián del honor de la casa de los Usher.

Dicho esto el Cardenal Rojo retrocedió un paso y sus vestimentas cayeron al suelo. Arrojó el capelo a un lado y Julián vió de pie ante él, espada en mano, la terrorífica figura de su primo Stephen Usher, a quien él había usurpado su herencia.

El hombre y el fantasma, frente a frente, en silencio, permanecieron un instante.

—¡En guardia! — dijo Stephen.

Julián vaciló recordando la suerte de Cedric, su antepasado, que según la leyenda, fué hallado muerto al amanecer.

—¡Vamos! ¡Pronto! ¿No se atreve? En otros tiempos tenía usted la mano más lista, cuando se trataba de matar a un hombre.

—¡A "un hombre"! — repitió Julián. — Pero ¿qué es usted? ¿Debo peleár con un espectro, un ser en que mi acero no ha de hacer huella? ¿Debo verme perseguido siempre por su espíritu?

—Renuncie la posición obtenida por medio de infamias. Declare que fué usted quien mató a Philip Marsden y le prometo que no volverá mi espectro a turbar su tranquilidad.

—¡Jamás! — gritó Julián después de una pausa. — Mientras esté con vida no cederé. ¡Fantasma! ¡Hombre! ¡Sea usted lo que sea, lucharé! Máteme, si le es posible pues vivo yo no conseguirá que me arruine a mi mismo.

Un instante después se cruzaron los aceros. Julián atacó con violencia, pero Stephen paró el golpe con habilidad suma.

Desde ese momento el terrible y extraño duelo en el terreno nevado continuó con toda violencia.

En medio del silencio que reinaba e parque no se oía más que el ruido del chocar de las espadas, mientras el hombre y el espectro de Stephen Usher se batían bajo la nieve que caía.

Aun cuando era consumado esgrimista, Julián Usher se dió cuenta muy pronto de que tenía ante sí un adversario digno de él Esto pareció convencerle de que estaba destinado a sufrir igual suerte que su antepasado Cedric, el usurpador.

Tal pensamiento le llenó de pánico y abandonando toda corección hizo una salvaje tentativa para herir a su adversario.

Falló su intento con el resultado de que el cuerpo de Julián, quedó un momento descubierto y, de haberlo querido su contrario hubiese terminado el duelo de aquel mismo momento atravesando a Julián con su espada.

Pero no lo hizo. En vez de eso se retiró y bajó el arma, dando tiempo a Julián para rehacerse y volver a empezar.

Continuó el duelo con furor no abatido. A los pocos minutos Julián Usher se encontraba exhausto y comprendía que su única probabilidad de éxito estaba en terminar el encuentro lo antes posible.

Procurándolo así volvió a atacar como antes de modo salvaje y feroz. Dirigió a la figura espectral un terrible golpe, pero su adversario detuvo el arma con otro golpe tan fuerte que la espada de Julián Usher se rompió por el medio.

Tomando el trozo de la rota espada Julián retrocedió aterrorizado. Comprendía que había llegado su fin.

—¡Alto! — gritó muerto de miedo. — ¡Hombre o Fantasma! ¡La lucha debe ser igual! ¡Mi espada está rota! ¡Nuestras armas no son iguales!

La expresión del rostro del adversario de Julián Usher no varió. Stephen Usher tomó su espada con ambas manos y apoyando el medio de la hoja en una rodilla tiró con todas sus fuerzas.

La espada se rompió en dos pedazos. Arrojó lejos uno de ellos quedándose con el que tenía la empuñadura y volvió a hacer frente a su primo.

—¡En guardia! — dijo con voz enérgica. — ¡Nuestras armas son iguales ahora!

El fin del duelo

JULIAN USHER y la figura espectral de su primo Stephen hallábanse frente a frente en el terreno cubierto de nieve del jardín del castillo de Ravenhurst. En torno de ellos los copos de nieve arrastrados por los remolinos de viento revoloteaban sin cesar, pero ni Julián ni el espectro parecían percatarse del furor de la tormenta.

Presentaban un curioso cuadro los dos, uno frente al otro, a pocos pasos de distancia. Julián, cuya cara hallábase enrojecida por el constante sacudimiento del viento, tenía el aspecto de un ser humano que era, pero la apariencia de su adversario era tan extraña, tan poco material, tan transparente que no parecía en verdad, cosa de este mundo. En verdad, Julián convencíase en tal ocasión, como se había convencido en otras anteriores, de que la figura que tenía delante era el fantasma de su primo Stephen que

había surgido de la tumba para perseguirle.

Ambos empuñaban espadas y las dos armas tenían la hoja rota por la mitad. Un momento antes habíase producido un violento encuentro y la ruptura había suspendido el duelo.

Aprovechándose del suceso para excusarse de pelear, Julián pidió misericordia, manifestando que las armas no eran ya iguales. Por toda contestación el espectro había tomado su espada y la había roto, apoyando la hoja en la rodilla.

—¡Vamos, Julián! — exclamó luego. — ¡El lance puede continuar! ¡Las espadas son iguales!

Julián miró a su adversario, pálido y aterrado y retrocedió ante lo enérgico de la voz con que le había hablado.

—¡No podemos continuar! — exclamó mirando hacia lo que él suponía el espectro de su primo. — ¡Estas espadas no sirven!

—¡La mía me basta para traspasarle su corazón falso y traidor, Julián! — expresó Stephen. — ¡En guardia!

Al decir esto avanzó algo, dirigiendo un golpe con su espada rota. Julián paró el golgolpe. Una idea infame cruzó entonces por su mente, maldiciéndose por no haberlo pensado antes. Recordó que en el bolsillo del lado izquierdo del saco tenía el revólver y se había decidido ahora a hacer uso de él para terminar el duelo de una vez.

¡Si su contrario era un espectro, nada podría hacerle una bala de revólver!

Batiéndose con Stephen haciendo uso de su espada rota metió la mano izquierda en el bolsillo y sacó el revólver.

Un instante después apuntando a la figura que tenía delante oprimió el gatillo. Se vió un fogonazo, se oyó un rápido y seco estampido que se unió al rugir de la tormenta y Julián vió que su primo caía de espaldas en la nieve.

Lleno de feroz alegría, Julián miró hacia el cuerpo caído a pocos pasos de donde él estaba. No tardó en disimular la sensación de salvaje contento que le produjo ver caída en el suelo aquella imagen temida de su primo, porque se convenció en aquel momento, de que no había estado luchando con un espíritu del otro mundo. Su adversario de hacía un momento, a pesar de su aspecto transparente y extraño, era un ser de carne y hueso.

Durante unos momentos permaneció inmóvil con la espada rota en una mano y el revólver humeante en la otra. Después, moviéndose lentamente, se acercó al caído y se arrodilló a su lado mirándole fijamente a la cara vuelta hacia el cielo.

Le tocó la cara, y la sustancia luminosa que la cubría le manchó los dedos. Una exclamación brotó de su labios al darse cuenta de todo lo pasado.

—¡Por fin sé la verdad! — exclamó. — ¡Todo el tiempo pasado mi primo Stephen, a quien el mundo creía muerto, vivía, y me ha hecho víctima de sus habilidades! Ha representado el papel de su propio espectro.

[illegible]ando lograr reducirme a tal estado de abatimiento que llegara a considerar satisfactorio declarar la verdad y cederle el sitio con tal de no sufrir más. ¡Poco le faltó para lograr sus fines! — agregó recordando las tribulaciones pasadas. — ¡Hubo momentos que creí que ya no podría resistir por más tiempo la intranquilidad que se apoderó de mi espíritu!

Calló un instante y respiró con mayor libertad.

—¡Pero todo ha terminado ya! — continuó. — ¡La lucha ha llegado a su fin y yo soy vencedor! ¡Todo lo que ha parecido misterioso se explica ahora! ¡Las noches de terror que he pasado han sido tan solo escenas del drama de espectáculo en el que mi primo Stephen desempeñaba el papel de protagonista.

Se puso lentamente de pié.

—No logró imaginar de qué modo pudo hacer creer que había muerto — murmuró frunciendo el ceño, — pero ahora importa poco averiguarlo.

Miró en su redor. La nieve caía tan pesada y abundante que formaba a su alrededor una cortina que solo le permitía mirar a poca distancia del sitio donde se hallaba. En su cerebro ya tenía combinado el plan necesario y consideraba que el estado del tiempo contribuiría a facilitarle su realización.

—Podría hacer saber el engaño que Stephen me ha hecho víctima y la sociedad no me condenaría por haber dado muerte a un hombre que se sustrajo a la acción de la justicia con el propósito de matarme, — murmuró, — pero la noticia causaría sensación y la investigación que se hiciera podría poner en peligro mi propia situación. No. La sociedad debe seguir creyéndolo así, ahora con toda razón. El río Raven desaparece en su túnel subterráneo a poca distancia de aquí y en ese río encontrará Stephen una tumba de la que no volverá a salir nunca más.

Resuelto a llevar a cabo sus planes sin la menor demora, Julián tomó el cuerpo de su primo inerte y se lo echó al hombro, se alejó por entre la nieve que caía.

El entusiasmo de su triunfo no le dejó pensar en el mucho peso del hombre a quien levaba. Unos pocoso minutos de tarea le asegurarían completa y definitiva libertad.

En el próximo número de PUCKY que aparecerá el viernes 5 de febrero, proseguirá esta notable novela. No se olvide de encargar anticipadamente su número al vendedor.

UN NOTABLE "RECORD"

—Figúrese usted, Jacintita, que ella pudo estar veintisiete horas seguidas ¡sin bailar!

Para que su niño pase un momento de alegría, léale la graciosa historieta Barnigugli y su pingo Tragavientos

CORTE y REMITA el cupón que va al pie y recibirá por correo un ejemplar de EL DIARIO en que aparece LA HISTORIETA ya completa.

SEÑORA: Cada jueves encontrará en EL DIARIO figurines de las útimas modas iluminados a cuatro colores.

COMPRE

todos los días

EL DIARIO

a su vendedor de la tarde y si lo hubiera agotado pídale que le reserve diariamente un ejemplar para Vd.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido.....

Localidad.....

F. C.....

Se reciben suscripciones para los números de los jueves a razón de 0.10 ctvs., cada ejemplar.

CADA VEZ MEJOR Y MAS NOVEDOSO

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Febrero 5
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 123

LEA:

LA LOCURA DE UNA JOVEN

Novela sentimental, electrizante y enternecedora que se publica en este numero.

NOTICIA DE POLICIA

—El desdichado joven se levantó la tapa de los sesos estando en el baño.
—¡Infeliz! ¡Con seguridad se le mojaron los sesos! ¿No?

La locura de una joven

La novela de unos tristes amores con un desenlace inesperado, escrita por una notable autora inglesa, y traducida especialmente para "Pucky".

Mimí Pinsón

La famosa novelita de ambiente parisién de la época de "La vie de Boheme", escrita por Alfred de Musset, el gran poeta y novelista francés.

La leyenda de San Julián el hospitalario

Interesantísima narración de un famosísimo autor, obra que encanta por su estilo y emociona por su sentimental asunto.

Máximas y pensamientos

Frases notables de hombres notables de todas las épocas y de todos los países del mundo.

El caballero Gluck

Una nota originalísima de un notable escritor, considerado en todo el mundo como el mejor cuentista que haya existido.

El emperador ciego

Narración curiosa y entretenida que bajo su jocoso aspecto encierra una profunda intención filosófica.

La extraña historia de Stephen Usher

Episodios finales de la gran novela que se ha publicado a pedido del público.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

"Te apuesto a que no firmas lo que has dicho", — manifestó Maud. — "No te atreverás a firmar esto, no tienes valor para hacerlo", — agregó. ("La locura de una joven".)

LA NOVELA DE UNOS TRISTES AMORES

La locura de una joven

ESCRITA EN INGLES POR

ESPERANZA NEWCOMBE

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

DE improviso se oyó una voz que preguntaba:

—Dawn, ¿por qué no cantas algo?

—¡Sí, Dawn! ¡Canta "Annie Laurie"! — gritó otra voz.

Las muchachas vestidas todas con "overalls" y gorros masculinos, rodearon a una de sus compañeras, alta y esbelta, pidiéndole que cantara. Dos de las peticionantes colocaron unos cajones sobre otros a manera de plataforma, en la cual Dawn, riendo, se dejó sentar. Las empleadas, todas ellas jóvenes y alegres, disponíanse en esta forma a pasar los últimos minutos del tiempo destinado al almuerzo.

—Dawn, canta "Killarney", — pidió una muchacha de ojos grandes y algo tristes. Dawn, asintiendo, comenzó a cantar de nuevo.

Un silencio profundo reinó en el grupo; la voz de Dawn parecía ejercer algo así como un hechizo sobre aquel grupo de alegres muchachas. Cantó primero algunas de las viejas baladas que hicieron acudir a su mente recuerdos de su infancia, y luego varias alegres canciones populares que los órganos callejeros tocaban y los hombres silbaban al ir y venir de sus ocupaciones.

—¡Dawn! ¡Canta "Solos"! — pidió otra de las muchachas. Dawn comenzó la canción pedida.

Un hombre joven, alto, de rostro simpático, que entraba en esos momentos, se detuvo al oir la voz dulce y bien timbrada, escuchando hasta que la canción se hubo terminado.

—¡Qué voz! — murmuró para sí. — Pura, dulce y poderosa. ¿Será una de nuestras obreras la que así canta? En tal caso no tiene derecho a no cultivar esa maraailla.

Sonó una sirena; las muchachas se desbandaron. Cristóbal Trent entró en su oficina, y allí, sumergiéndose en los negocios, olvidó pronto la hermosa voz que le había arrancado tales palabras de admiración, así como su deseo de contemplar a la propietaria de tal maravilla.

Dawn había sabido granjearse las simpatías de todas sus compañeras. Al decir todas, sin embargo, no se dice la verda, precisamente, por que había una de las muchachas que no sentía ni el menor cariño por ella, si no todo lo contrario. Pero hasta entonces había sabido disimular hipócritamente su envidia y sus celos bajo una máscara de falsa amistad.

Maud Making era bajita, de piel cetrina, delgaducha, de mejillas hundidas. Era precisamente su propio contraste con el rostro sonrosado, el cuerpo esbelto y bien formado,

En el número 124 de "Pucky" comenzará la gran novela cinematográfica inédita: SURCOUF

la cabellera abundante y rubia como cascada de oro de Dawn, lo que le llenaba él corazón de envidia. La endiviaba más aún porque el capataz, un tal Matt Bondway, no ocultaba la atracción que Dawn ejercía sobre él.

El hecho de que Dawn evitara encontrarse con Matt, evitara recibir sus atenciones y procurara hacerle entender que no deseaba su compañía, no bastaba para aminorar la antipatía que hacia ella sentía Maud Making.

—Es muy astuta — se decía Maud. — Sabe que si se hace la indiferente y la interesante, lo atrapará mejor.

Pero el disgusto con que Dawn veía el interés que ella, sin poderlo remediar, despertaba en Matt Bondway, era sincero. A decir verdad, en Dawn no podría hallarse nada falso. Su mente era tan pura como sus límpidos ojos, su corazón de oro tan puro y reluciente como sus largas trenzas.

Todas las muchachas tenían, o bien novios con los que ya se hallaban comprometidas, o cortejantes con los cuales, de vez en cuando, salían de paseo. Dawn era una excepción. Aún no había hallado en su camino, entre los muchos que había conocido, el hombre que despertara sus dormidos sentimientos.

Aquella tarde, durante el trabajo y sin que Dawn lo notara, Matt Bondway, el capataz, se detuvo detrás de ella.

Matt era un hombre bajo, grueso, poseedor de la cabellera más roja y más abundante de que se tenga noticia, pero, por extraño que pueda parecer, su rostro no estaba do acuerdo con ella, pues, en lugar de ser rojo y pecoso, era blanco y pálido, brillando en él dos ojos que, cuando miraban a Dawn, relucían como ascuas.

La muchacha pareció sentir, de repente su presencia detrás de ella, pues levantó la cabeza y miró hacia atrás por encima del hombro. Al ver quién era el que la miraba, la expresión de tranquilidad de su rostro cambió, haciéndose visible su disgusto y su molestia.

—Siga trabajando no más, — dijo el capataz. — Sólo quería decirle que el paseo quedó fijado para el diez y seis. Van a ir en los camiones, como es natural; pero yo ya tengo mi coche pintado. No es nuevo, pero está que es una maravilla. Deseo que usted vaya conmigo en él. Ya lo sé manejar bien.

—No, gracias, señor Bondway, — respondió Dawn, con voz más alta de lo que él hubiera deseado. — Iré con las otras muchachas, como de costumbre.

—¿Cómo? ¿Prefiere usted ir con esas escandalosas en el incómodo camión, cuando puede venir conmigo, cómodamente, en el automóvil? — preguntó Bondway, sorprendido.

Hizo la muchacha un movimiento de impaciencia con los hombros.

—Sí; prefiero ir con ellas, — dijo. — Son mis amigas, y me siento feliz cuando estamos todas juntas.

—Dawn, — murmuró él, bajando el tono de su voz. — Usted no ha nacido para estos trabajos pesados. Usted debía tener su linda casita, con su sirvienta y su automóvil propio. Usted podría tener todo eso, si...

—¡No quiero escuchar tonterías! — respondió la muchacha, secamente, volviéndose hacia el capataz. En sus ojos brillaba una llamarada de cólera. — Hágame el favor de dejarme trabajar en paz. No quiero ser el hazmerreir de toda la fábrica.

El capataz lanzó un gruñido de cólera. Pero Dawn ya le había vuelto las espaldas. Rápido, como había sido, el intercambio de aquellas palabras había sido oído, sin embargo, por Maud Making. La antipatía que ella sentía ya por Dawn creció de punto.

Si se le hubiera dicho a Dawn que una muchacha a la cual apenas conocía, con la cual no había cambiado aún una docena de palabras iba a tener en sus manos suficiente poder para destruir la felicidad de su vida entera, se hubiera reído. Pero los celos tienen mucho poder y son, a veces, más poderosos que el amor.

* * * *

El hogar soñado

EL día del paseo campestre, Dawn saltó de la cama alegremente, apenas despuntó el sol. De pie junto a la ventana, Dawn se desperezó, examinando atentamente el cielo. Ni una sola nube; una limpidez extraordinaria. El tiempo no podía ser mejor para el paseo.

—¡Viva el viejo y querido sol! — exclamó Dawn, jubilosamente. — ¡Vivan los campos verdes y el día de fiesta! Me siento feliz; tan feliz, que no sé si vivo o estoy ensoñando. Tengo el presentimiento de que algo va a suceder hoy, pero algo hermoso, algo que, sin saber lo que es, me llena de alegría. ¿Lo encontraré? ¿Le gustaré así?

Tenía puesto un lindo y sencillo vestido azul, que Dawn se había confeccionado especialmente para el paseo campestre.

Se miró Dawn, largamente al espejo, muy complacida. No se sentía orgullosa, pero, después de todo, un vestido nuevo es un vestido nuevo, aún cuando lo haya hecho una misma. Por el contrario; mucho mejor, si es que le ha salido bien.

—¿Qué aspecto tendrá él? — preguntóse Dawn, mirando como a lo lejos. — ¡Cuánto me agradaría encontrar pronto, a mi príncipe encantado! ¡Me siento tan sola a veces! Todas las demás muchachas tienen novio, y yo no. Creo que bien podría tenerlo, si se me ocurriera, pero... — sacudió su linda cabecita, — no quiero. Esperaré a que llegue aquel a quien yo pueda amar toda mi vida.

Salió Dawn de su casa, dirigiéndose a la fábrica, frente a cuya puerta principal esperaban los camiones que habían de conducir a las muchachas al paseo. Desde unas cuadras antes podía oirse el ruido, el charloteo y las risas de las muchachas. Tanto tardaron en acomodarse, que parecía que nunca iba a partir la caravana. Pero al fin los camiones se pusieron en movimiento, en medio de las risas de las muchachas y de los aplausos y bromas de los curiosos que se habían reunido a verlas partir.

—¿Así que no te decidiste a ir con Bond-

way en su automóvil? — preguntóle a Dawn su vecina de asiento.

—¿Por qué supones que me invitó? — dijo la interpelada.

—¡Vamos, Dawn! — rió la otra. — ¿A qué ocultarlo? Todas sabemos que él está sumamente interesado por tí. Fué Maud Making quien nos dijo que él te había invitado. Debes tener cuidado con Bondway; está pagado de sí mismo y tiene la seguridad de que cualquiel muchacha se moriría por tener la oportunidad de ser la señora Bondway. Si lo hieres en su vanidad, es capaz de cualquier cosa por perjudicarte. Ten cuidado.

—No le tengo miedo, — respondió Dawn, riendo alegremente. — Todo lo más que podría hacer sería echarme de la fábrica.

—Bueno; — dijo la otra, encogiéndose de hombros, — Yo sólo deseo advertirte. Además, si estuviera en tu lugar, no perdería de vista Maud Making. Está que se muere de envidia.

—¡Qué poco alegre estás! — rió Dawn, con todas sus ganas. — ¿Quién más crees tú que me puede perjudicar, y de quién más debo cuidarme? ¿Por qué diablos ha de haber alguien que me odie? No me importa ni lo más mínimo Bondway y trato de ser siempre cortés con él. En cuanto a Maud... ¡Oh! ¡Mira! ¿No es eso precioso?

Dawn señalaba un antiguo edificio enclavado en el centro de un enorme jardín, cubierto de rosas de todos los colores y tamaños imaginables. En verdad, parecía que la casa misma nadara en un mar de flores.

—¡Qué delicia tener una casa como esa!— exclamó Dawn. — Debe ser una felicidad vivir entre esas flores. ¿De quién será?

—¡Cómo! ¿No lo sabes? Esa es la residencia del viejo Trent, que era antes uno de los socios de la fábrica. Es el padre del patrón, y abuelo de Cristóbal Trent. Debes haberlo visto, a Cristóbal, en la fábrica. Dicen que cuando el viejo muera él va a heredar todo su dinero. ¡Qué suerte para la que se case con él!

Pero a Dawn no le interesaba Cristóbal Trent o su posible esposa, al menos en aquellos momentos.

* * * *

Llega S. M. el Amor

EL sitio que había sido elgido para el paseo campestre no podía ser más hermoso. Cubierto de un pasto corto y verde, mullido como una alfombra, descendía suavemente hasta la orilla del río, que lo flanqueaba por un lado, mientras que el otro estaba limitado por una larga hilera de altos olmos, que formaban un pequeño bosque.

Las muchachas y los hombres, apenas descendieron de los camiones, formaron pequeños grupos, y dieron comienzo a alegres juegos. Dawn, un tanto apartada, se sentó en las retorcidas raíces de un enorme olmo, raíces que sobresalían de tierra, y dejó descansar su violín junto a ella. Apoyó los codos sobre las rodillas y en las palmas abiertas apoyó la cabeza.

Mientras tanto, algunos de los muchachos de la fábrica comenzaron a bajar los bancos de los camiones, prepararon las mesas, — largas tablas sobre caballetes, — que cubrieron con manteles, y dispusieron las abundantes provisiones que habían llevado.

Durante gran parte de la mañana, prosiguieron los juegos entusiastamente. Parecía que ni ellos ni ellas iban a fatigarse nunca. Cuando llegó la hora del almuerzo fué necesario dar tregua a las diversiones para hacer honor a la comida.

Terminada ésta, los comensales parecieron poco inclinados a continuar las diversiones anteriores. Una de las muchachas pidió a Dawn que afinara su violín y tocara algo.

—¡Eso es! — exclamaron algunas otras, — ¡Vamos a celebrar un concierto!

El concierto propuesto se hallaba en lo mejor, cuando apareció Cristóbal Trent, en su pequeño automóvil de dos asientos, que detuvo en el camino frente al sitio donde se celebraba la fiesta. Bajó y se adelantó, sin que lo vieran, hasta el borde, casi, del bosque de olmos.

Uno de los concertistas había hecho desternillar a sus oyentes con una canción cómica; pero, al aproximarse Cristóbal, había terminado sustituyéndole en la improvisada plataforma, una muchacha vestida de azul que a Cristóbal le pareció hermosísima. A medida que la observaba, más hermosa le parecía. Su rostro pálido, de ojos azules y grandes, tenía una expresión de dulzura que lo admiró; nunca había visto un rostro más hermoso, ni ojos más límpidos, ni expresión más dulce y serena que la de aquella muchacha.

Por primera vez en su vida, Cristóbal se sintió realmente atraído e interesado por una mujer.

La mamá de Dawn había muerto cuando ésta tenía muy pocos años; su padre había sido un pobre y fracasado músico, que había vivido con el escaso salario que ganaba como primer violín en la orquesta de un teatro de segundo orden. Cuando murió, había dejado a su hija casi sin un sólo penique. Como toda herencia, le había quedado a Dawn un don inapreciable: el genio de la música.

Dawn nunca había pensado ni remotamente en la posibilidad de utilizar su talento. Tal vez los fracasos y las luchas de su padre, la habían desilusionado de la posibilidad de vivir de la música. Pero su violín había sido para ella su única alegría, su solaz y su consuelo en momentos de tristeza.

Dawn comenzó a tocar; y tocó durante largo rato, manteniendo a sus oyentes en suspenso. Cuando hubo terminado, durante unos momentos reinó profundo silencio. Después estallaron los aplausos, largos, entusiastas hasta el delirio. Muchas voces, tanto de hombres como de mujeres, se hicieron oir dominando la ovación, pidiéndole que cantara una canción. Cuando Dawn comenzó a cantar, Cristóbal reconoció de inmediato la voz que, pocos días antes, lo había admirado, al entrar él en la fábrica.

Cantó Dawn las canciones que a las mu-

chachas le gustaban; cantó "El Rosario", y "Un día feliz".

Cada momento que pasaba, cada nueva canción, Cristóbal Trent se sentía más y más interesado por aquella muchacha.

* * * *

La tentación

El concierto había terminado ya. Le siguió un baile, para el cual Dawn tocó en su violín todos los fox-trots, shimmies y valses modernos que conocía, y que no eran pocos, porque Dawn tocaba de memoria cualquier pieza que hubiera oído un par de veces.

Pero al cabo, cansada Dawn de tanto tocar y cansadas las muchachas de tanto bailar cesó la danza. Dawn se halló sentada al pie de un árbol. Junto a ella se hallaba Maud Making, que la contemplaba con mal disimulada envidia.

—Debes ser muy feliz, — decía ésta. — A los hombres les gustan las cabelleras rubias y los ojos azules, grandes como los de un bebé. Supongo que has visto eso cuando tocabas. Matt Bondway y no podía quitar los ojos de tí.

—No lo he visto, y espero que te hayas equivocado. No me importa nada de Matt Bondway, — respondió Dawn, honestamente, como no me importa ningún otro hombre, al menos, por ahora.

—Tal vez crees que puedes hallar algo mejor que Matt Bondway, — respondió Maud, con ligero tono de desprecio en su voz. Maud no podía soportar la idea de que Dawn aceptara a Matt Bondway, del cual ella estaba enamorada; pero ese mismo amor que por él sentía se dolía de verlo despreciado por otra mujer. — ¿Quién crees que sería suficiente para tí? ¿Cristóbal Trent? ¿O ese te parecería también poca cosa?

—No lo sé; nunca lo he visto, — respondió Dawn, tratando de no darse por aludida del evidente deseo de chocar que adivinaba en la otra.

—Sí; pero tal vez pienses que, si te encuentras con él, quizás consigas hacer que se enamore de tí.

El tono de Maud, que cada vez hacía más hiriente, despertó en ella algo que estaba muy lejos de serle natural; una frialdad y sequedad de la cual no se había creído capaz.

—No supongo nada, — respondió secamente. — Pero creo que el tal Cristóbal Trent ha de ser más o menos como cualquier otro.

—¿Quieres decir que podrías cazarlo si quisieras? — insistió Maud.

—No he querido decir nada por el estilo; pero, ya que tú lo entiendes así, tal vez sea así—replicó Dawn, un tanto acalorada, desafiante.

—Apostaría a que no te atreves a cumplir tu palabra, — respondió Maud con tono despectivo que no se tomó el trabajo de disimular esta vez. — Te vuelves puras palabras, Dawn, pero no eres capaz de hacer ni la mitad de lo que dices. ¡No! — prosiguió, viendo que Dawn trataba de hablar. Y, sacando una libretita de su bolsillo, comenzó a escribir rápidamente. — ¡No! ¡No te atreverías a firmar esto! ¡Te falta valor para ello!

Arrancó Dawn, perdida ya la paciencia, la libreta de manos de Maud. Y, enrojeciendo, leyó lo que la otra había escrito en ella.

"Yo, Dawn Westerham, — decía, — declaro que, si tengo la oportunidad de encontrar y tratar a Cristóbal Trent, lo haré que se enamore de mí y me proponga matrimonio dentro de un mes."

—¡Bah! ¡Tonterías! — rió Maud despreciativamente, tratando de recobrar la libreta. — ¡Demasiado sé que no te atreverás! ¡Te falta valor para eso!

Algún tiempo más tarde, Dawn se preguntaba qué le había pasado. Pero, sea como sea, la verdad era que Maud parecía poseer el don de hacerle perder la cabeza, de poner en evidencia aquello malo que había en su naturaleza, como lo hay en todo ser humano.

—¿Que no me atrevo? — exclamó, perdido por completo el dominio de sí misma — ¿Crees tú que me vas a dominar, con ese tonito despectivo? ¡Lo firmaré, sí, y lo cumpliré también, si Trent no es casado!

—¡Oh! ¡Es libre, no tengas cuidado! — replicó Maud, con malvada risita. — Hay cientos de muchachas que le andan detrás. Pero todo lo que buscas es una excusa, por que no te atreves.

—¿No?

Sin saber en realidad lo que hacía, Dawn escribió debajo de lo escrito por Maud, unas palabras más, y firmó.

Rápidamente Maud le arrancó la libreta de las manos ocultándola en su seno, riendo perversamente. Los juegos comenzaban de nuevo; una voz llamó a Maud, y ésta se alejó rápidamente de allí, dejando a Dawn confusa, sin darse cuenta exacta de lo que había sucedido, con una vaga impresión de que había cometido una locura.

* * * *

La llegada del Príncipe Encantado

Dawn halló un tronco de árbol solitario, a alguna distancia del prado donde se celebraba la fiesta, cerca de la orilla del río, a la sombra de unos sauces.

Dawn se sentó allí; había tocado tanto y tanto el violín para que bailaran sus compañeros, que se sentía fatigada. Indiferentemente, con sus pensamientos perdidos en un ensueño, miraba los pajaritos revolotear, jugando, de rama en rama. De improviso, una voz la hizo estremecer.

—¡Al fin la encuentro, Dawn! ¡Gracias a Dios que tengo la suerte de hallarla a usted sola! Me he propuesto tener una pequeña conversación seriamente con usted.

Dawn se puso rápidamente de pie; había reconocido la voz aquella y la expresión que

Permaneció despierta mirando hacia la oscuridad, recordando el amor de Cristóbal... ("La locura de una joven".)

apareció en su rostro no presagió, en verdad, nada bueno.

—Yo, por mi parte, no tengo ni el menor deseo de tener conversaciones a solas con usted, señor Bondway, — respondió.

—Pero, ¿por qué ha de encapricharse en ser cruel conmigo, Dawn?

—Y deseo que no olvide tampoco, — continuó ella, — que para usted soy la señorita Westerham.

—Es que yo, cuando pienso en usted, — respondió el otro, obstinadamente, — pienso en Dawn, y Dawn he de llamarla. ¡Oiga! Un poquito de coquetería, de hacerse la interesante, no está del todo mal. Eso lo entusiasma y lo atrae a uno; pero ya es hora de que eso se acabe. Es hora ya de que tengamos una conversación seria usted y yo. Usted sabe que gozo de una buena posición, y todos en la fábrica saben que pronto estaré aún mejor. Tengo dinero ahorrado que, con un legado que he recibido hace algunas semanas de una tía solterona, me permitirán comprar un lindo chalet y hasta un automóvil. Todo lo que deseo ahora es hacerme de una bella y buena esposa que ocupe conmigo ese nido. Así usted no seguiría esclavizada en la fábrica, y tendría una sirvienta. ¡Vamos, Dawn, dígame que será mi esposa, por que yo lo quiero así! ¡Nunca he amado a ninguna mujer, y le juro a usted que sabré hacerla feliz!

Que debía preguntar, ante todo, a Dawn, si ella lo amaba, era algo que no entraba en la obtusa cabeza del petulante capataz. El tenía la firme convicción de que estaba ofreciendo a la muchacha una oportunidad como no podría presentársele otra en un siglo, que le ofrecía un verdadero tesoro, al ofrecerle su mano; y como es natural, casi no pudo dar crédito a sus oídos cuando ella, fría pero cortésmente, respondió:

—Aprecio el honor que me hace usted, señor Bondway, pero siento tener que decirle que no me puedo casar con usted.

—¿Eh? ¡Pero!... ¿Qué? ¿Cómo? — preguntó Matt, estupefacto. — ¡Mire que probablemente, no recibirá usted nunca una propuesta tan ventajosa como la mía!

—Tal vez no, — respondió ella. — Pero, sea como sea, no podría casarme con usted, por la sencilla razón de que no siento por usted ningún cariño.

Rió él, con una risa nerviosa, que nada tenía de alegre.

—¡Ya vendrá el amor, hija mía, cuando usted sea mi esposa! ¡No sea usted tonta! ¡Deme un beso, y trato hecho! Tendrá usted un anillo de brillantes para mostrarle

a sus amigas que está comprometida! ¡Aquí está, lo he traído conmigo!

Sacó del bolsillo de su chaleco un diminuto estuche de cuero, el cual abrió, haciendo brillar a los rayos del sol un solitario verdaderamente hermoso.

—Déme la mano y deje que se lo ponga.

Matt Bobdway se apoderó de la mano izquierda de Dawn. Pero la muchacha, con rápido movimiento, la retiró. Esto fué causa de que el anillo, escapándose de las manos de Matt, diera un salto en el aire y fuera a caer, a alguna distancia, entre el pasto. El rostro de Matt Bondway se puso color violeta, de ira.

—¡Ah! ¡Tira usted un brillante como si fuera basura, ¿eh? — dijo, roncamente.

—Usted tiene la culpa, señor. Ya le he dicho a usted que le agradezco, pero que no acepto el honor que me hace, por que no siento ni el menor cariño hacia usted. ¿Por qué insiste, pues, en obligarme a aceptarlo por la fuerza? — Su rostro se hallaba sumamente pálido y su voz temblorosa de reconcentrada cólera. — ¡Le ruego que haga el favor de retirarse o de permitirme que retire yo!

Se inclinó Dawn para recoger su violín, que había colocado sobre el pasto, al sentarse. Pero Bondway, sin saber casi lo que hacía, loco de rabia y de despecho, avanzó y se apoderó del instrumento, para Dawn tan precioso.

—¡Usted ha preferido tirar algo que me pertenecía, pero me lo va a pagar, y me lo va a pagr así! — gruñó el capataz.

Y avanzando como un toro, tomó a la inuelo, con todas sus fuerzas, y, no contento con ello, lo aplastó con el taco del botín.

Un grito de ira y de angustia partió de los labios de Dawn.

—¡Lo ha roto usted, cobarde, canalla, lo ha roto usted! ¡Mi violín!

—¡Sí! — replicó el capataz, salvaje. — ¡Y he de romper su voluntad, también!

Y avanzando iomo un toro, tomó a la indefensa muchacha entre sus brazos. Dawn, desesperadamente, se defendió con todas sus fuerzas, para evitar que los labios de aquel hombre odiado se posaran sobre los suyos.

—¡No quisiste darme un beso por las buenas, — rugía Bondway, — pero vas a tener que dármelo por las malas! ¡Te voy a enseñar a despreciarme! ¡Cuando yo quiero una cosa, no la pido; la tomo!

Dawn dejó escapar un grito estridente, pidiendo socorro, grito que atronó el aire, vibrante de terror; un momento después, entre los árboles, pudo oirse el rumor de los pasos de una persona que se acercaba apresuradamente.

El rostro de Matt Bondway se hallaba completamente desfigurado por una rabia impotente. Al oir los pasos, aflojó el abrazo, y Dawn se desprendió, en el momento que alguien aparecía por entre los árboles.

Que el recién llegado fuese un desconocido, era cosa que a Dawn no le importaba mayormente. Ni lo miró al rostro, ni siquiera pensó quién podría ser. Era un auxilio, era alguien que respondía a su pedido de socorro, y ella se aferró a él como un náufrago a una tabla salvadora.

Pero si ella no conocía al recién llegado, Matt Bodway lo conocía. Una mirada le bastó para informarlo que no era otro que Cristóbal Trent, el futuro propietario de la fábrica y, en consecuencia, su jefe. Retrocedió dos pasos, temeroso de las consecuencias de su proceder violento.

Durante unos momentos ninguno de los tres habló. Fué Trent el primero en romper el silencio.

—¿Qué quiere decir esto? — preguntó, dirigiéndose a Matt Bondway, mientras con uno de sus brazos rodeaba el talle de la muchacha.

—¡Lo siento, señor! ¡Lo siento mucho! — respondió, roncamente, Bondway. — Pero hemos tenido un pequeño disgusto de novios. Ella tiró el anillo que le había comprado. Y yo tomé su violín, encolerizado. Pero no tenía por cierto, la menor intención de hacerle daño.

—¡No ha habido tal cosa, señor, — exclamó Dawn firmemente, — ni tal disgusto de "novios"! Nunca he tenido nada que ver con este hombre, ni quiero, tampoco. ¡Ni tampoco puedo soportar su vista! ¡Dígale que se retire, señor!

—¡Váyase, Matt! — ordenó Trent al capataz, secamente.

Durante un momento, Matt Bondway vaciló. Interiormente, temblaba de rabia, de rabia impotente, por que no se atrevía a colocarse frente a frente, abiertamente, de Trent. Temía perder su empleo, que buenos beneficios le reportaba. Por otro lado, no tenía la menor intención de provocar la cólera de su patrón, que era más alto y fornido que él.

—¡Bien, me voy, señor! — respondió — ¡Pero tenga cuidado con ella! ¡Me ha engañado miserablemente, y lo engañará a usted si se le presenta la oportunidad! ¡Tenga cuidado, por qué es tan falsa como bonita!

Y se perdió entre los árboles.

* * * *

El amor rie

CRISTOBAL se volió entonces hacia la muchacha.

—¡No llore usted, hágame el favor! — dijo, dulcemente. — Temo que el bruto ese haya echado a perder su violín, pero no se inquiete. Yo lo haré componer. Puede ser que no esté muy dañado, después de todo.

—¡Es usted muy bondadoso, señor! — murmuró Dawn, levantando el rostro y sonriendo a Trent por entre las lágrimas.

Trent, como si se hubiera tratado de una niña, sacó un pañuelo de seda y le secó las lágrimas.

—¡No puedo presentarme así ante las muchachas!—dijo ella.—¡Verán que he llorado y me preguntarán por qué! ¿Cree usted que haya una estación por aquí cerca, donde pueda tomar el tren?

—Tendría usted que caminar mucho, hija mía, — respondió Cristóbal. — yo tengo mi automóvil detrás de aquellos árboles, y

en él podrá llegar usted a Londres en un momento.

—Le agradecería mucho, — respondió ella, — pero no desearía que por mí tuviera que apartarse de su camino.

—No; — contestóle Cristóbal. — Yo también voy a Londres. Venga. A menos que desee usted tomar un poco de te antes.

—¡Oh, no! ¡Lo que deseo es irme sin que nadie me vea!

Cristóbal, al sentir el brazo de la muchacha temblar en el suyo, supuso que el "nadie" aquel, significaba Matt Bondway.

—Por aquí, entonces, — dijo él.

Por entre los árboles del bosque, abriéronse camino, apartándose del grupo central, hasta el punto en que Cristóbal había dejado su automóvil al llegar. Aquel largo paseo en automóvil fué para Dawn como el comienzo de un maravilloso ensueño, en el cual figuraba prominentemente la pequeña y deliciosa hostería al estilo antiguo en la cual, en mitad de su viaje a Londres, se detuvieron para tomar el té en un jardín de perfumadas rosas.

Conversaron; conversaron mucho, principalmente de música. Por esta conversación, Cristóbal supo algo referente a su protegida accidental; cómo se había visto privada del apoyo de su padre, como, al fallecimiento de éste se había visto obligada a luchar cara a cara contra un mundo indifente, sola, sin apoyo alguno.

Ella no se quejaba; contióle a Cristóbal que sus horas de soledad, que dedicaba preferentemente a la música, eran más que suficientes para hacerle olvidar sus disgustos.

Cristóbal escuchaba y reflexionaba. Una solo mirada primero, y una media hora de conversación después, habían sido suficientes para descubrirle muchas cosas. Observaba a Dawn y pensaba que era una joya oculta; pensaba que, casada con un hombre de posición, podría brillar en su centro natural.

Inconscientemente, Dawn había hecho recaer la conversación sobre sí misma. Cristóbal, por su parte, muy poco habló de sí mismo, como no fuera para decir que había viajado mucho.

No preguntó ella por el nombre de su compañero hasta el momento de separarse, cuando, colocando en la suya sú mano pequeña, le agradeció con cortedad su intervención y su compañía.

—Le agradezco mucho lo que ha hecho, señor, — dijo. — ¿Tendrá usted la bondad de decirme su nombre?

—¡Por favor, señorita! — respondió Cristóbal. — ¡No he hecho nada extraordinario! Por otro lado, todo lo que pudiera hacer por usted sería para mí un gran placer! En cuanto a mi nombre, creía que lo sabía usted, señorita Westerham. Me llamo Cristóbal Trent.

Saludó, sacándose la gorra, y, montando en su automóvil de nuevo, partió

* * * *

Despecho y bajeza

DAWN subió corriendo por la escalera que llevaba a su habitación, cerró la puerta con llave y se sentó, casi sin respiración, en una silla, como si sus piernas rehusaran a soportarla.

—¡Cristóbal Trent! — murmuró, con voz entrecortada por el temor.

Provenía el terror de Dawn de la discusión que había tenido con Maud y, más aún, a causa del papel que ella había firmado, en un momento de arrebato.

—Tendré que ver a Maud mañana mismo, a la hora del almuerzo, — se decía Dawn, roja de vergüenza. — Trataré de hacer aparecer todo como una simple broma, y conseguir que me devuelva el papel. ¡Si esto llegara alguna vez a conocimento del señor Trent, creo que me moriría de vergüenza. Naturalmente, Maud me devolverá el papel ese, — se dijo, tratando de tranquilizarse a sí misma, aunque en el fondo de su corazón tenía algo de duda a este respecto. — ¿De qué habría de servirle a ella el guardarlo?

Muy lejos estaba Dawn de suponer que, en aquellos mismos momentos, Maud se hallaba enseñando a Matt oBdway el fatídico papel que Dawn había firmado en un momento de locura.

Maud había observado, de lejos, la intervención de Cristóbal Trent; había observado que Bondway se retiraba de allí, el rostro amoratado de rabia; había visto que, al acompañar Trent a Dawn, Bondway, oculto observaba, y lo había visto, en fin, después pasear se por la orilla del río, solo, con la cabeza baja, lívido de cólera y despecho.

—¡Lo ha rechazado! — murmuraba Maud, para sí. — No cabe duda.

Al poco rato, Maud se decidió a hablar a Matt Bondway, que había concluído por sentarse en el tronco de un árbol cortado.

A pesar de que nunca podría gustar de Maud, ya no que no admirarla, en medio de su fatudidad Matt Bondway no pudo menos que reconocer que, en aquellos momentos en que sangraba su orgullo de la herida recibida de Dawn, primero, y de Cristóbal Trent, después, la admiración que brillaba en los ojos de Maud lo calmaba un poco.

Nunca, antes, Matt Bondway se había dirigido a Maud Making en forma que no fuera seca y fría; el coarzón de la muchacha latió, gozoso, al comprobar un cambio apreciable en los modales del capataz para con ella.

Sacó Matt su pipa, la llenó, y se puso a fumar tranquilamente, mientras Maud seguía charlando. Lo alabó y mimó hasta donde se lo permitió su atrevimiento, y en esto encontró Matt, evidentemente, cierto placer. Pero cuando habló de la fábrica, de los valiosos servicios que él le había prestado a la organización, una maldición no contenida escapó de los labios de Matt Bondway.

—¡Si no fuera por el patrón, que no tiene la culpa, — dijo, roncamente, — los dejaba mañana mismo que se los llevara el

diablo! Cristóbal Trent es un inútil, y lo que me gustaría más que nada sería verlo morirse de hambre por no saber ganar un penique.

Había en sus palabras una pasión tan intensa, tal cantidad de veneno en sus frases, que Maud misma, que no tenía motivos para esperar otra cosa, se sorprendió.

—Me sorprende que el señor Cristóbal no haya venido hoy, — dijo ella, astutamente.

—¡Vino! — exclamó el otro, con rabia. — ¡El imbécil!

—¡Cómo! ¿Dónde lo ha visto usted?

Hizo Matt un gesto con la cabeza, indicando el río.

—Yo creí que usted había ido allá en seguimento de Dawn, — continuó Maud. — Y a propósito, ¿qué se ha hecho Dawn?

—Se ha ido con el inútil de Trent, supongo, — respondió el otro, colérico. — El capataz de la fábrica no era suficiente para ella. Lo que ella quería era el joven Trent, porque tiene dinero y es un tonto Pero no lo va a conseguir; de eso me encargo yo. Llegará un momento en que se arrepienta amargamente de haberme rechazado.

En su violenta cólera, Matt Bondway no reparaba en que se estaba descubriendo a sí mismo, y, por lo mismo, colocándose en la manos de esta muchacha a la que siempre había despreciado y tratado fríamente. Pero, a pesar de halarse demasiado ocupado en su propia cólera y despecho, no pudo menos qu sorprenderse al ver la expresión que adquirió el rostro de Maud al oir sus palabras.

Sus mejillas hundidas se habían enrojecido; sus ojos negros despedían llamas. En su voz, al hablar, había una nota de intensa ansiedad.

—¿Es verdad que... que ha estado tratando de cazar al joven Tren?

—Es la verdad, — respondió Matt, preguntando a su vez. — Pero, ¿qué hay en ello, para que usted se ponga así?

Maud buscaba algo, con mano temblorosa, en su bolso.

—¡Empezó el juego! — murmuró. — ¡No creía que tuviera audacia suficiente para eso! ¡Lea esto y dígame qué le parece!

Intrigado, Matt tomó el papel, lo leyó; miró a Maud, y lo volvió leer de nuevo, y luego otra vez más, el papel fatal aquel en que Dawn, bajo su propia firma, anunciaba su intención de hacerse amar por Cristóbal Trent y conseguir que éste le ofreciera matrimonio antes de un mes.

Matt Bondway, al comprender finalmente el contenido del papel, se volvió, clavando en los ojos de Maud los suyos propios, que parecían despedir llamas.

—¿Quiere usted hacerme creer que Dawn ha sido lo suficientemente estúpida para poner su nombre en este papel, de su propia voluntad? — preguntó con incredulidad.

Hizo Maud un gesto afirmativo con la cabeza, enfáticamente.

—¡Claro que sí! Mire la letra. ¿No conoce, la letra de Dawn? Fíjese que la primera parte, la de arriba, es de letra diferent. Sí; esa la escribí yo; no me importa admitir que la impulsé a que firmara este papel.

—¿Juraría usted que fué Dawn Westerham la que escribió esto? — preguntó Matt aún incrédulo.

—¡Sí, señor! Puede usted preguntarle a ella misma, si es que tiene alguna duda.

Una sonrisa de horrible perversidad entreabrió los labios del capataz.

—Veo que odia usted a Dawn, Maud, — dijo. — Y casi puedo decir que, ahora, la odio yo también tanto como antes la quería. Este pequeño papel, — comenzó a doblarlo, — la va a hacer arrepentir mil veces de haberme rechazado.

Y guardó el papel en su cartera, la que se metió en el bolsillo.

—¡Oiga, señor Bondway!—exclamó Maud. — Ese papel es mío. ¡No comencemos con tretas!

—Usted y yo somos socios en este asunto, Maud, — dijo él, sin hacerle caso; y colocando su mano sobre una de las de la muchacha, la estrechó levemente. — Vamos a dejar que ella trate de cumplir su promesa; vamos a dejar que lo amarre, y, cuando crea que lo tiene bien seguro, entonces sacaremos a luz este pedacito de papel y la cubrirmos de vergüenza.

Maud no pudó contener una exclamación de regocijo.

—¿Piensa usted hacerlo así de verdad? — preguntó, con los ojos brillantes.

—¡Vaya si lo pienso! — replicó el otro. Este negocio cierra nuestro trato.

Se inclinó hacia Maud y la besó en la boca. La muchacha se puso pálida de emoción. Por que, por más que su naturaleza, como hemos podido apreciar, era en realidad perversa, ella amaba a este hombre. Que él la besara, era para ella una alegría y una felicdad con la cual nunca había soñado.

—¿Me dejará usted dirigir este asunto según me parezca, Maud? — preguntó Matt en tono que quiso hacer cariñoso. — ¿Me permitirá usted que yo guarde este papel hasta que llegue el momento de usarlo?

—Como a usted le parezca estará bien, Matt. — respondió Maud, con el tono que una esclava usaría al dirigirse a su amo.

* * *

Falsa seguridad

LA mañana siguiente, Dawn llevó a Maud a un lugar apartado de la fábrica, y le pidió el trozo de papel que ella había firmado.

—Fué una locura, Maud, y si me lo dás, lo romperé, — decía.

Maud entornó los ojos, hasta que parecieron sólo dos líneas en su rostro.

—¿Quieres decir la tontería que escribimos, sobre el señor Cristóbal? Lo siento, pero lo perdí.

Palideció Dawn.

—¿Lo has perdido? — preguntó, con angustia. — ¡Si alguno lo halla!

—Yo no me preocuparía, si estuviese en tu lugar, — respondió Maud, disfrutando, interiormente, del evidente disgusto de la muchacha. — De todos modos, el terreno, allá, estaba lleno de pedazos de papel y de latas de conserva de las comidas. De ma-

nera que, al limpiar, deben haberlo t... junto con todo lo demás.

—Entonces, creo que... que habrá desaparecido, — murmuró Dawn, pensativa.

—¡Bah! La primera gota de lluvia que caiga, borrará lo escrito; si no ha desaparecido el papel.

Apartóse Dawn de Maud, sin haber visto la expresión de triunfo que se pintó en el rostro de ésta.

Dawn se hubiera sentido mucho más feliz de haber podido recobrar aquel papel, para haberlo roto con sus propias manos o, mejor aún, para quemarlo hasta verlo convertido en cenizas.

Durante la noche anterior, en que Dawn muy poco durmió, había comprendido la muchacha que en su corazón comenzaba a despertarse un sentimiento desconocido, que no vaciló en calificar de amor hacia Cristóbal Trent. Comprendía que, si algún día llegara él a ver aquel papel firmado en un momento de despecho y cólera, ella prefería morir antes que enfrentarse con él. Pero ya que Maud había perdido aquel papel, no había nada que hacer ni decir.

—¡Es una tontería preocuparse por eso! — se dijo Dawn. — Si se ha perdido, nunca llegará él a verlo.

Pero Dawn no lograba tranquilizarse. Durante todo aquel día pensó en el desdichado papel y, al regresar a sus habitaciones, terminado el trabajo del día, lo hizo sola, caminando lentamente, con la cabeza baja.

Había puesto la llave en la cerradura ya, para abrir la puerta, cuando ésta se abrió desde dentro y la dueña de casa, la señora Maggs, la abrió. La buena mujer sonreía y se había colocado un dedo sobre los labios.

—¡Chitón! — dijo. — Hace media hora que vino y lo he hecho entrar en la salita. ¡Suerte que la había limpiado esta mañana! Nunca he visto un mozo más simpático y político para con las damas. Si hubiera sido yo una duquesa, no se habría portado mejor conmigo. Está esperando ahora.

—¿Quién está esperando? — preguntó Dawn. Su rostro se había enrojecido y su corazón comenzó a latir violentamente, pues ella sospechaba quién podría ser el visitante.

—¡Cómo! ¡El joven señor Trent! Yo siempre dije que usted podría cazar algo bueno, Dawn, pero un joven como ese!...

Pero Dawn la interrumpió, alzando una mano. ¿Por qué todos habían de suponer que era ella calculadora y fría, que sólo buscaba su conveniencia? ¿Ella porque era pobre y trabajadora, no podía amar al joven Trent? ¿Habían de creer todos que ella quería "cazar" a Cristóbal?

—Supongo que quiere verme por algún asunto de negocios, — dijo, rápida. — Voy a ver qué es lo que desea, señora Maggs.

Entró ella en el saloncito, y cerró la puerta detrás de sí.

EN EL PROXIMO NUMERO LEA:
"SURCOUF"
LA NOVELA HISTORICA DE PIRATERIA

El primer beso

DAWN se sintió extrañamente cohibida al entrar en aquel saloncito, y se detuvo en el umbral; pero Cristóbal Trent avanzó y, tomándole la mano, la estrechó. Instantáneamente como por encanto, toda la cortedad de Dawn desapareció. Sus ojos, que se habían clavado en los de Cristóbal, tenían una expresión inconfundible.

—Pensé que sería mejor venir personalmente a hablar con usted de su violín, — dijo Cristóbal. — Temo que no pueda ser reparado. Pero el anciano a quien consulté, tenía, por casualidad, uno muy barato para vender. De manera que pensé en que usted no se enojaría demasiado, si yo se lo traía. — Se volvió hacia la mesa, sobre la cual había una caja de violín, y la abrió.

—¿Quiere usted probarlo? — preguntó. — Fíjese si le gusta, hágame el placer.

En silencio, tomó Dawn el instrumento y lo probó. De sus labios se escapó un grito de sorpresa, y su rostro adquirió una expresión de asombro.

—¡Oh! ¡Pero éste es un instrumento maravilloso! — exclamó. — ¡Nunca ví un violín como éste! Debe haber costado una fortuna. — En tal caso no puedo recibirlo de usted, señor Trent; no puedo.

Pero, una vez que había resuelto algo, Cristóbal era hombre que no perdía tiempo. Tomó el violín de manos de la muchacha, lo colocó de nuevo en su caja y, volviéndose de nuevo hacia Dawn, se apoderó de sus manos.

—Hablemos claro, — dijo. — El violín ha sido sólo una excusa. Naturalmente, es algo que me haría muy feliz el regalarle a usted un instrumento digno de su arte; pero en realidad, yo he venido con otro propósito: he venido a decirle a usted, Dawn, que la amo; creo que desde el primer momento en que oí su voz, aún antes de haberla visto; y cuando la ví por vez primera, después, en el paseo, no sólo confirmó eso mi primera impresión, sino que la acrecentó. Le ruego que me perdone el haberle hablado a usted tan pronto, porque sé que no puede usted quererme tan pronto, pero deseo que me permita usted tratar de ganar su amor y decidirse a ser mi esposa más tarde. ¿Me lo permite usted?

Durante un momento, no respondió ella. Con la cabeza baja, miraba al suelo. Luego, lentamente, sacudió su dorada cabeza.

El corazón de Cristóbal dió un vuelco, pareciendo detener sus latidos, y soltó las manos de Dawn.

—Lo siento mucho, — dijo, con voz baja. — ¿He llegado tarde? ¿Es que hay algún otro de por medio, o cree usted que nunca podrá llegar a quererme?

—¡Oh! ¡No he querido decir eso! — respondió ella, rápidamente, — sino que... creo que no podrá usted ganar mi amor. Porque... porque temo que lo haya ganado ya.

Durante un momento, Cristóbal pareció como si no hubiera comprendido el sentido de las palabras de Dawn. Pero, de repente, una luz iluminó su mente, y lanzando un

exclamación de sorpresa y alegría tomó a la muchacha entre sus poderosos brazos y, un momento después, dejaba sobre los labios de la atónita Dawn el primer beso de amor que ésta había conocido.

Dawn creyó enloquecer. Tan inmensa era la felicidad que sentía, que casi era dolorosa. En aquellos momentos de intensa alegría, olvidó ella por completo las palabras escritas, debajo de las cuales había firmado con su nombre y que, durante toda la noche anterior y todo aquel día, no se habían apartado de su mente.

—Nos casaremos tan pronto como sea posible, adorada mía, — dijo Cristóbal que, por lo visto, no quería perder tiempo. — No hay por qué espera, ni nada que esperar, tampoco. Mi padre nunca me ha rehusado nada, y tengo la seguridad de que no intervenir para nada en mi casamiento. Por otro lado, en cuanto te vea, te amará.

—Pero yo soy una simple empleada de la fábrica, — respondió Dawn. — Su padre, com es natural, deseará que usted busque algo mejor.

—En primer lugar, no me trates de usted, — respondió Cristóbal, — y en segundo lugar, yo haré lo qué hizo él mismo, puesto que mi madre fué también una obrera de la fábrica. Se adoraban, y cuando ella murió le costó mucho a papá sobrellevar la pérdida. Es cierto que él ha triplicado la fábrica que recibió de mi abuelo y ha hecho un fortunón, en operaciones de Bolsa, pero por eso no ha cambiado de carácter, sigue siendo tan bondadoso como siempre. Verás que es así, y que no pondrá la más mínima objeción a nuestro matrimonio.

Pero la noticia del casamiento de su hijo era noticia que nunca iba a recibir el padre de Cristóbal. El destino había tomado cartas en el asunto y aquella misma tarde, mientras Cristóbal se hallaba en el cielo, — es decir, en casa de Dawn, — el señor Trent sufría un ataque al corazón que le produjo la muerte aquella misma noche.

* * * *

El tío Benjamin

En tales circunstancias, Cristóbal y Dawn comprendieron que era necesario mantener en secreto la noticia del compromiso, hasta tanto hubiera pasdo algún tiempo prudencial. Por esa razón, nadie fué informado del compromiso, salvo la señora Mags, a la que se pidió que guardara el secreto, en razón del fallecimento del señor Trent.

Dawn, por su parte, deseaba que el compromiso se prolongara por algún tiempo, pero Cristóbal no quería oir hablar de más tiempo que el estrictamente necesario.

—Ahora que falta papá es cuando más necesidad tengo de que una mujer se haga cargo de nuestra casa, — objetaba Cristóbal. — Ya no tenemos por qué esperar. Yo no tengo parientes, al menos cercanos, y creo que tú me dijiste que tampoco los tienes.

—No, — respondió ella. — Al menos, que yo lo sepa, no tengo pariente alguno.

Pero en la tarde del día siguiente, cuando volvió Cristóbal a visitarla, Dawn o recibió con una sonrisa en los labios.

—Estuvo escudriñando, anoche, algunos papeles que guardo desde que falleció papá, — dijo, — y he descubierto que tengo un pariente. Un hermano de mamá. Parece, por unas cartas que he encontrado, que él estaba furioso con mi madre porque ella había rechazado un agricultor amigo de mi tío, que la pretendía, para casarse con un "musiquico de mala muerte", según dice. He encontrado estas cartas entre los papeles de mamá.

Tomó Cristóbal las cartas, que leyó. Evidentemente, habían sido escritar por un hombre de temperamento fácilmente excitable, que amaba a su hermana y se encolerizaba ante la sola idea de que ella se casara con alguien que él calificaba de "un vagabundo sin hogar que te va a arrastrar hasta la miseria. Un hombre que se pasa la vida roscando tripas en lugar re ganarse la vida honradamente".

—Veo que esta carta está fechada en una granja del Oeste, — observó Cristóbal. — Quién sabe si tu tío vive aún, Dawn. ¿Qué piensas hacer con esto?

—Me gustaría saber que tengo algún pariente, Cristóbal, — respondió ella. — ¿Crees que es conveniente que le esvriba a tío Benjamín y le diga que voy a casarme? No creo que él recuede ni que yo existo siquiera.

—¡Claro que sí! Escríbele, si es que lo deseas, querida mía.

Escribió, pues Dawn, y sorprendida, recibió, al cabo de dos días, una respuesta, firmada por Benjamin Redrust, de la Granja Roja. La carta expresaba la sorpresa, contento y felicidad, al mismo tiempo, y felicitaba a Dawn por su próximo matrimonio.

"Me siento feliz al saber que te...
"sobrina. Si lo deseas, iré a Londres a ser
"virte de padrino de boda. Sería bueno
"que estuviera presente en tu casamiento
"algun miembro de tu propia familia.
"Siempre me ha dolido el haber roto mis
"relaciones con mi hermana, y siento no
"haber sabido que al morir había dejado
"una hija."

Dawn experimentó una sensación de felicidad al comprender que tenía al menos un pariente que le ofrecía su cariño. Contestó, pues, a la carta del tío Benjamín, diciéndole que el casamiento sería sumamente sencillo, debido a la reciente muerte del padre del novio, y que se sentiría feliz si él venía a Londres para asistir a la ceremonia.

Durante todo el tiempo que pasaba mientras Dawn hacía los preparativos necesarios para el gran cambio que habría de efectuarse, dentro de poco tiempo, en el curso de su vida, en el fondo del corazón una duda la torturaba. La duda de la destrucción del papel que tontamente había firmado; su falta de valor para contarle a Cristóbal ese incidente. Más de una vez estuvo a punto de decírselo, de confiarse a él, pero siempre que iba a hablar las palabras parecían trabársele en la garganta y obligarla a guardar silencio. Temía perder el amor de Cristóbal,

amor que se había convertido par[illegible] en la esencia misma de la vida.

Descubrir una ligera expresión de duda, de desconfianza en sus ojos; sentir su brazos aflojarse en redor de su cintura; no encontrar yá en su voz, aquella nota de amor apasionado cuando él le hablara, era algo que ella no se atrevía a soportar ni en sueños.

Cristóbal había deseado que ella depara el trabajo en la fábrica de inmediato, pero Dawn se había mantenido firme en esto. Deseaba ella misma costearse su "trouseau", y, noche a noche, permanecía levantada hasta altas horas, cosiendo sus sencillas, pero exquisitas ropas.

Tanto ella como Cristóbal guardaron el secreto hasta el último momento. Pero quiso la fortuna que la víspera misma del casamiento, llegara la noticia en forma casual y fortuita a oídos de la última persona que debía haberse enterado de ella, para felicidad de lo novios.

* * * *

Un encuentro casual

"¿QUIERE usted decirme, hija mía, dónde queda en esta calle el endiablado número setecientos noventa y tres?"

Un hombre entrado ya en años, que vestía un traje de paño grueso, característico del campesino inglés, detuvo a Maud Making, en la calle, al regresar ésta apresuradamente de la fábrica a su casa.

—Sí, señor, — respondió Maud deteniéndose. — Esa es la casa de la señora Maggs.

—Yo no sé si es [illegible] la casa de señora Maggs, — respondió [illegible] anciano. — Estoy buscando a mi sobrina, qu[illegible] vive allí.

La curiosidad de Maud despertó instantaneamente.

—¿Se refiere ustel a Dawn Westerham? — preguntó. Al responder el anciano con una inclinación afirmativa de cabeza y una bondadosa sonrisa, Maud agregó, a la espera de saber algo interesante. — Dawn es excelente amiga mía.

La respuesta del anciano fué mucho más de lo que Maud esperaba.

—Entonces, me siento [illegible] de haberme encontrado con usted, hija mía, — respondió. — ¿Usted y Dawn son amigas? Entonces supongo que usted irá mañana al casamiento de mi sobrina.

—¿El... casamiento.... mañana? — repitió Maud, y sus ojos se abrieron asombrados.

—¡Vaya! — exclamó el granjero. — ¿Pues no me he olvidado que no debía decir nada? Como el padre del joven Trent hace poco que ha muerto, el novio no quería que se supiera lo de la boda.

—¡Así que mañana se casa Dawn con Cristóbal Trent! — dijo Maud tratando de disimular. Su voz había adquirido un tono peculiar. — Naturalmente, — agregó, — yo sabía que los dos se querían mucho, pero no sabía que estuvieran tan cerca de casarse. Pero le ruego que no le diga usted nada a Dawn qque me ha dado lo noticia, pues ella es capaz de creer que me ha disgustado que ella no me dijera nada.

—Esté usted tranquila, hija mía, que nada he de decir, — respondió el granjero.

—Aquella es la casa, — indicó Maud. — Yo voy por otro camino, para que Dawn no nos vea juntos.

Pero en lugar de dirigirse a su casa, Maud corrió a la de Matt Bondway, y encontrando al capataz de regreso de la fábrica.

Rápidamente, con voz entrecortada por la fatiga de la carrera, dió a Matt la noticia.

—De modo que ha querido hecerse la astuta al mantener esto en secreto, creyendo que así nos burlaría, ¿eh? — gruñó Bandway. — Por fortuna para nosotros usted ha tenido la suerte de averiguarlo, Maud. Debemos ponernos en movimiento en seguida; pero antes es necesario pensar bien lo que vamos a hacer.

—Siento no haber preguntado en qué iglesia se celebra el matrimonio, — dijo Maud — Yo creo que me moriría de rabia si ella consiguiera realizar ese magnífico casamiento y fuera feliz.

—¡Oiga! — exclamó Matt. — Yo no iré a trabajar mañana; ni usted tampoco. Tal vez se casen por la tarde, pero nosotros no vamos a correr el riesgo de que se nos escapen, — continuó, después de un momento de reflexión. A eso de las nueve de la mañana, usted puede ir a casa de ella, con cualquier pretexto. Tengo la seguridad de que así podrá usted averiguar exactamente dónde y cuando se van a casar. Yo la esperaré a usted en la esquina, y nos iremos juntos a la iglesia. Allí, antes de que llegue la novia, pondremos este trocito de papel en manos del tonto de Trent. Puede ser que, una vez que él lo haya leido, no le queden ganas de casarse.

* * * *

El complot en peligro

CON suma impaciencia esperaba Matt Bondway, a la mañana siguiente, mientras Maud iba a la casa de la señora Maggs. Poco tuvo que esperar quor que a paco vió salir de la casa a Maud y correr hacia donde él se hallaba. Los ojos de la muchacha, según Matt se dijo a sí mismo, parecían querer saltársele de las órbitas.

—¡Nos han burlado! — exclamó, casi sin respiración al llegar junto a él, roja de ira. — ¡Se están casando ya! Eran los ocho y media de la mañana, y hace rato que se fueron. El tío fué con ella para servir de podrino en la ceremonia.

—¡Casados! — exclamó Matt Bondway, tornándose lívido y retrocediendo como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho.

—¡Sí, casada esa víbora! — repitió la otra temblando de impotente rabia. — Parece que van a pasar la luna de miel a París, según me dijo Nitá, la hija mayor de la señora Maggs, La señora Maggs también fué a la iglesia. Regresarán en seguida, pues van a tomar el tren para Dover, que sale a las diez y treinta y uno.

—¡De manera que al fin ella es ya su esposa! — murmuró Matt como hablando sólo con voz ronca.

Luego apoderándose de una de la muñecas de la muchacha, continuó:

—Después de todo, tal vez no sea tarde para aguarles la fiesta. No lo ha de ser muy agradable a Cristóbal Trent descubrir que la muchacha con la cual se ha casado ha jugado con él como con un imbécil. ¡Mira, Maud! ¡Vamos a una oficina de mensajeros, donde podamos hallar un sobre. Luego, cuando ellos regresen, llevarás el papel y se la entregarás al joven Trent tú misma.

—¿Por qué no va usted y se lo entrega? — preguntó Maud.

—¡Porque no! — replicó Matt, secamente. — ¡No quiero perder mi puesto en la fábrica!

—¡Tampoco quiero perder yo el mío! ¡De manera que!... — replicó ella.

Pero Bondway sabía cómo convencer a Maud. Tomó del brazo a la muchacha, y lo estrujo despacio.

—¡No sea usted tonta! — dijo con voz que quiso hacer dulce. — ¿No comprende que no conviene que yo pierda mi puesto? En cuanto a usted, no importa. Una vez que le hayamos ajustado las cuentas a Dawn, voy a hacerle a usted una pregunta y, después bueno: no creo que tenga que preocuparse por su puesto en la fábrica. La casita que he comprado necesita alguien que la cuide.

Maud creyó comprender. Creyó comprender que Matt Bondway pensaba pedirle que fuera su esposa. Por conseguirlo, Maud hubiera sido capaz de bajar a los mismos infiernos y retorcerle el rabo a Satanás.

—¡Bueno, lo haré! ¡Haré todo cuanto usted me diga, Matt! — prometió.

* * * *

Casados... y separados

HABIA terminado. Las solemnes palabras de ritual habían sido pronunciadas, las sacramentales preguntas hechas y contestadas. Dawn Westerham y Cristóbal Trent eran esposo y mujer, juramentados de serse mutuamente fieles hasta que la muerte los separara.

La ceremonia había sido sumamente sencilla y simple. Nada de vestidos extraordinarios; nada de flores ni de cortejo. Pero había música, pues de esto se había preocupado Cristóbal Trent.

Al regresar del altar con su esposa del brazo, con el rostro radiante y los ojos brillantes de extraño fuego, el órgano de la iglesia había comenzado a tocar los compases de la famosa "Marcha Nupcial", de Mendelssohn.

La noticia de la boda había corrido por el barrio. Tal vez la hija mayor de la señora Maggs había hablado más de lo necesario. El caso fué que al salir los novios de la iglesia, para tomar el automóvil particular de Trent, que aguardaba, el pórtico apareció lleno de personas. Casi todos los vecinos del barrio se hallaban allí, y, entre todos ellos, Maud pasó inadvertida.

No pudo Maud Making contener un gesto de despecho y rabia al ver la solicitud con que el novio ayudaba a su esposa a subir al automóvil.

En los labios de Dawn brillaba una sonrisa de intensa felicidad; sus ojos relucían y su rostro, ruborizado, estaba más hermoso que nunca.

Llevaba en las manos un enorme ramo de rosas blancas y en su garganta brillaba un collar de perlas, regalo de boda de su esposo.

Partió el automóvil, al que siguió un automóvil de alquiler, en el cual iban el granjero Redrust y la señora Maggs.

Poco a poco los vecinos se dispersaron, comentando la reserva con que se había llevado a cabo el casamiento. Maud se apresuró a dirigirse a casa de la señora Maggs. Allí llamó a la puerta y, al aparecer la hija mayor de la señora Maggs, Maud díjole:

—¿Quieres decirle al señor Cristóbal Trent que hay una persona que quiere hablar con él? Pero díselo aparte a él solo.

—Entra. Está en la sala con el tío de Dawn.

Cristóbal se presentó. Maud no dejó de notar el gesto de sorpresa que se veía en el semblante del joven al ver allí un rostro extraño.

—¿Deseaba usted verme, señorita? — preguntó.

—Sí, señor Trent. Usted no me conoce, — dijo Maud, — pero yo también soy empleada de la fábrica de su padre. Dawn y yo hemos sido muy buenas amigas, pero hace algunos días tuvimos un disgusto, y no nos hemos vuelto a hablar desde entonces. Aquel día en que se celebró el paseo campestre de los empleados de la fábrica tuvimos una broma respecto a usted, señor Trent, e hicimos una apuesta, que escribimos en este papel. Supuse que le divertiría a usted el leerlo. Si usted cree que es mentira, pregúntele a Dawn. Ella le dirá si lo que dice es o no verdad.

Intrigado y asombrado, Trent tomó el sobre que Maud le ofrecía, mientras ésta, con una inclinación de cabeza, se retiraba apresuradamente.

—¡Vaya un caso curioso! — murmuró Cristóbal, para sí, abriendo el sobre. Pero se detuvo. — No; no lo abriré. Se lo llevaré a Dawn, y que ella lo abra.

Subió por la escalera al piso superior llamando a la puerta de una habitación de la cual partían voces, oyéndose la de la señora Maggs dominando la otra.

—¿Puedo hablar con Dawn? — preguntó, al abrirse la puerta.

—¡Naturalmente, señor Trent! — sonrió la buena mujer. — Voy abajo, a hablar con el señor Redrust.

—¿Qué sucede, querido? — preguntó Dawn.

—Algo muy curioso, — respondió él, después de entrar, y rodeando el talle de su esposa con su brazo. — ¡Una carta misteriosa! Me la ha traído una muchacha de rostro hundido y ojos negros. Dijo no sé qué cosa de una broma y que tú podrías entender, de manera que te la he traído a ti. ¡Oh, Dawn! ¿Qué te sucede?

Esta pregunta le fué arrancada a Trent por la expjresión que se pintó en el rostro de la muchacha. Habí aperdido todo su co-

¡... aviso que debe tener cuidado con esta joven! — gritó Bondway. — ¡Me ha engañado y le engañará a usted por que es falsa!" ("La locura de una joven".)

lor, los ojos se abrieron desmesuradamente y una ronca exclamación habíase escapado de sus labios.

—¡No, no es nada, Cristóbal! — respondió ella, tratando de serenarse.

—¿Has leído la carta?

—Yo no, — rió él. — Y si quieres la destruiremos sin leerla.

Durante un momento, Dawn vaciló. Se sintió tentada de responderle afirmativamente, pero algo, en el fondo de su corazón, la impulsaba a arriesgar todo. le decía que ella no podría vivir feliz al lado de aquel hombre mientras existiera la sombra de una sospecha, de una duda, entre ellos.

—No, Cristóbal, — dijo lentamente. — Debes leerla, y luego yo te explicaré la verdad de todo lo ocurrido.

Más sorprendido aún, Trent abrió el sobre, sacó el trozo de papel, y comenzó a leerlo, mientras Dawn, en una verdadera agonía de temor, no le quitaba la vista del rostro.

Bajo el tinte sombreado de su tez, Dawn lo vió tornarse blanco. Hasta los mismos labios perdieron el color.

—¡Cristóbal, por Dios, no me miras así! — exclamó ella, desesperada, retrocediendo ante la mirada de su esposo. — ¡Déjame explicarte la verdad, amado mío!

Nunca ella había sospechado, ni aún en sueños, que el rostro de su amado pudiera adquirir expresión tan severa, tan terrible.

—¿Has escrito tú esto? — preguntó él, roncamente.

—¡Lo firmé, sí, pero fué sólo una broma, una tontería de muchacha! ¡Nunca, nunca tuve la intención de hacer eso! ¡Cristóbal! Me impulsaron a ello, me hicieron perder la cabeza porque me desafiaron y por eso lo firmé! ¡Dios mío, Cristóbal! ¡Créeme, es la verdad! ¡Te lo juro por mi amor!

Pero Trent no pareció distinguir la nota de agonía, de desesperación en la voz de la muchacha.

—¡Así que has jugado conmigo! — exclamó, roncamente. — Has hecho que me enamorara de tí, para hacerme el objeto de una broma entre tú y otras como tú. Supongo que lo dejaste a Matt Bondway porque pensaste que yo sería un partido mejor.

Tocóle a Dawn el turno de indignarse.

—Si eres capaz de creer tal cosa de mí, no tengo más nada que decir, — anunció, levantando la cabeza, relampagueantes los ojos.

—¡De manera que no lo niegas! — exclamó Trent. — ¡No niegas que durante todo este tiempo fué tu plan el obligarme a llegar al matrimonio, que has estado representando solamente una comedia!

—¡No negaré nada, nada! — replicó Dawn, cada vez más indignada.

—¡Entonces, sólo nos queda decirnos hasta la vista!

Estas palabras cayeron en los oídos de la desposada como una bomba. Pero ella era tan orgullosa, por lo menos, como él mismo. Si él dudaba de ella, entonces ella nunca, nunca en su vida, lo acompañaría como esposa.

—Tienes todo lo que buscabas, — continuó Trent, demasiado herido para fijarse en el dolor que, a su vez causaba. — Buscabas mi nombre, y lo tienes; buscabas mi fortuna, y tendrás de ella lo que te corresponde. Pero mi amor, que no has buscado, que sólo has provocado para obtener lo demás, eso no lo has de tener.

Dawn hubiera querido llorar. Hubiera querido encontrar voz suficiente para pedirle que la escuchara, que le permitiera explicarse, que no la condenara sin oirla; hubiera querido pedirle que tuviera piedad de sus sufrimientos, pero parecía haber perdido la voz. Su garganta se negaba a articular un sólo sonido; sus labios a pronunciar una sola palabra. Como una imagen viva de la desesperación, sentada allí, en una butaca, veía su felicidad rodar por los suelos, como un castillo de naipes al soplo del viento, sin poderlo contener.

—¡Me voy! — continuó Cristóbal, sin quitar los ojos del rostro de Dawn. Interiormente rogaba por que ella se explicara, por que corriera, bañada en lágrimas, a sus brazos, a decirle que lo amaba, a explicarle aquella desgraciada carta. — ¡Más tarde, recibirás noticias mías por intermedio de mis abogados!

Esperó unos segundos más; y al no recibir respuesta alguna, se volvió y salió de la habitación. Como en sueños Dawn oyó abrirse la puerta de calle, oyó el ruido del motor en marcha, que se alejó, a poco.

Lanzó un gemido, y su cabeza cayó sobre las manos abiertas. Su felicidad, su amor, destrozados en el día mismo de su boda.

* * * *

El pago de la maldad

AQUELLA noche Matt Bondway y Maud Making se encontraron, habiéndose citado en los abandonados jardines de un edificio que, antes de ser destruído por un incendio, había sido una iglesia, pero que ahora sólo servían de punto de reunión a los traviesos niños de la vecindad.

Maud notó, a poco, que los modales de Matt para con ella no eran ya tan cordiales como lo habían sido hasta aquella misma mañana.

—¿Hy algun novedad sobre los novios?

—¿Hay alguna novedad sobre los novios? El le respondió con una carcajada.

—¡Oh! ¡Hay mil y un rumores sueltos por ahí! No sé lo que habrá de verdad en ellos. Lo que sé es esto: que Trent ha partido él solo para París y que Dawn se ha ido de Londres en compañía de ese vejestorio que según usted dijo s tío de ella.

—¿Entonces, se han separado, de verdad y definitivamente? — inquirió ella. — ¡Magnífico! Pero, olvidémosnos de ellos. Pensemos un poco en nosotros mismos.

—¿En nosotros mismos? — preguntó él, con extrañeza.

—¿No recuerda usted, Matt, — insinuó Maud, — lo que me dijo, de que cuando nos hubiéramos vengado de ella, usted me haría cierta pregunta?

—¿Dije eso yo? Pues, si lo dije, me he olvidado de qué clase de pregunta era, — respondió Matt, fríamente.

Los ojos de Maud brillaron, iracundos.

—¡No puede usted haberse olvidado! — replicó. — ¡Usted me dijo que la casita que había comprado necesitaba quien la cuidara... y... usted dijo que...

Se interrumpió, ahogada por su propia cólera.

—¡Ah, sí! — dijo él, como recordando. — Necesitaba un ama de llaves, pero la he tomado ya esta mañana. Debe estar mudándose ahora.

Maud experimentó una sensación tal como si un enorme edificio se le hubiera desplomado encima, como si la tierra se hubiera abierto a sus pies, para tragársela.

—¡Entonces... entonces lo que usted quería... cuando me besó, lo que quería solamente era aprovecharse de mí! — exclamó.

—Si usted quiere decir que yo le insinué que me iba a casar con usted, hijita, — contestó él, secamente, — se ha equivocado. ¡Cómo! — rió. — ¡Quien como yo ha gustado de una muchacha como Dawn, ha demostrado tener buen gusto!

—¡Cobarde! — gritó ella, fu[illegible] sí, poniéndose de pie violentamente. ¡Cobarde y canalla! ¡Dios mío! ¡Y pensar que yo lo he ayudado a vengarse de ella!

—Usted trabajaba por cuenta propia en ese asunto, no se olvide, hijita, — rió él. — No; estoy soltero, y seguiré soltero. Ahora que lo he pensado bien, me parece que voy a gozar toda mi libertad. No sé cómo son ustedes las mujeres. En cuanto un hombre las mira, ya se creen que está derretido y que se dispone a atarse a unas faldas para toda la vida.

Se levantó, y sin despedirse siquiera, se alejó.

Con la vista fija en el hombre que se alejaba, Maud Making permaneció un momento, como en sueños. Luego, corriendo detrás de él, lo alcanzó.

—Matt Bondway: — dijo, con voz ronca. — Te has portado como un perfecto canalla con quien te ayudó. Pero algún día pagarás esta canallada, tan seguro como que me llamo Maud Making.

Volviéndose, escapó a todo correr en dirección contraria.

Nadie volvió a verla. Abandonó sus antiguos barrios, sin que nadie supiera a dónde había ido a parar. Sólo Matt Bondway supuso la razón, y se alegró de haberse librado de ella.

Pero, a pesar de que se había reído de sus amenazas, no por eso dejaba de sentir un secreto temor de lo que ella, despechada, pudiera hacer. No ignoraba que, quitarle las ilusiones a una mujer, es tan peligroso como robarle los cachorros a un tigre hembra.

Pronto tuvo Bondway suficientes disgustos propios para acordarse de Maud Making. Los abogados de Cristóbal Trent vendieron, en su nombre, la fábrica, y el nuevo propietario, una firma comercial del mismo ramo, despidió a Bondway y a algunos obreros, sustituyéndolos por personal propio.

Si Dawn lo hubiera sabido, se hubiese sentido vengada de los dos que habían destruído su felicidad.

* * * *

En la Granja Roja

DAWN, con los codos apoyados sobre el antepecho de la ventana, miraba sin ver el camino angosto y tortuoso que llevaba, a tra vés del verde prado, hasta la granja. Hacía ya tres meses que el viejo granjero la había llevado consigo a su propiedad, donde la trataba como a una verdadera hija, tratando en todo lo posible de hacerle más llevadera su desgracia.

Dawn no había tenido dificultad alguna en llegar a amar a su tío. El bondadoso anciano la demostraba su cariño, la cuidaba com a una hija mimada y, a pesar de que no deseaba hacerla trabajr, Dawn lo hacía aún más que si hubiera sido una empleada a sueldo del anciano. Por que sólo en el trabajo podía hallar algún consuelo y olvido a su dolor. Trabajaba hasta quedar rendida, sin fuerzas. Así tan sólo podía conciliar el sueño, regresando del trabajo completamente agotada.

Pero había noches en que Dawn no podía conciliar el sueño. Noches en que, en la oscuridad, con los ojos abiertos, pensaba y pensaba recordando sus momentos de felicidad al lado de Cristóbal, recordando sus palabras afectuosas, sus mil pequeñas atenciones, reveladoras todas de su amor; su desprecio por ella, cuando la creyó indigna de él, cuando creyó en aquella carta fatal y la supuso capaz de haberse casado con él sólo por su dinero, por su posición, por su nombre. Eran para ella aquellas noches, noches de tortura infinita, tanto más grande, tanto más intolerable y terrible por ser torturas morales y no físicas.

Nunca, exteriormente, revelaba Dawn las torturas de sus noches de insomnio. Guardaba celosamente el secreto de su dolor, aunque lo habría podido sobrellevar mucho mejor si hubiera tenido noticias de su esposo, si hubiera podido saber que él se hallaba bien, que su momento de locura no había arruinado su vida como había destrozado la suya propia.

Dawn se odiaba a sí misma cuando pensaba la facilidad con que Maud Making, con falaces palabras y con hirientes frases la había llevado a hacerla firmar el fatídico papel. Lanzó Dawn un suspiro y luego descendió al piso bajo.

Había dos mujeres, a las que les estaba encomendado el trabajo de la cocina y los demás quehaceres domésticos de la granja. Dawn hubiera podido tener aún más ayuda, si lo hubiera deseado, pero ella había deseado aprender todo lo relativo a la industria lechera que se practicaba en la granja: ordeñar las vacas, desnatar la leche y preparar la manteca para el mercado.

En el piso bajo, la esperaba su tío; el desayuno estaba preparado ya. En silencio se sentó y comenzó a desayunarse.

—Hija mía, — dijo el tío tras un momento de silencio; al ver que su sobrina dejaba de comer, — no comes lo suficiente para mantener vivo a un pajarito, cuanto más a una persona. Cada día que pasa te pones más pálida y más delgada. Será necesario que te envíe a algún lado en busca de un poco de aire de mar.

—¡Querido tío! — respondió ella, moviendo negativamente su linda cabecita y sonriendo, con forzada sonrisa. — Estoy bastante bien y no hay aire mejor que este del campo. Además, la granja me agrada.

—Me gusta oirte decir eso, Dawn, — respondió el anciano. — Ya soy viejo, lo era antes de venir tú. No tengo hijos y esta granja será tuya algún día, junto con el último penique que poseo. Ayer, cuando fuí al pueblo, vi al escribano e hice testamento. Todo te lo dejó a tí, sobrina mía.

Se levantó Dawn prontamente de su silla, rodeó la mesa y, sentándose en el brazo del sillón que ocupaba el anciano, le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Eres demasiado bueno conmigo, tío Benjamín! — murmuró.

—Haría por tí aún más que esto, sobrina, — respondió el granjero, bondadosamente. — Pero desearía que no te hubieras casado con ese tipo que ha echado a perder tu vida. Estoy convencido de que te estás matando por él, y un hombre que te ha tratado como él lo ha hecho, no lo merece.

—Tío; ya hemos hablado de esto antes. Bien sabe usted que Cristóbal no tiene la culpa, — respondió Dawn.

—¡Tiene la culpa! — respondió el tío Benjamín, testarrudo, descargando su puño sobre la mesa. — Pero me parece que el mozalbete ese está aprendiendo lo que es la vida, y sólo espero que eso le abra los ojos y le haga bien.

—¿Qué? ¿Le ha sucedido algo a Cristóbal? ¿Qué pasa, tío Benjamín? — preguntó Dawn alarmada.

—¡Que el diablo me lleve! — gritó el tío, dando un nuevo puñetazo. — ¡Pues no se me ha escapado! No; no le ha pasado nada. Está bien de salud, pero me parece que está bastante enfermo de la cabeza. El tenía mucho dinero invertido en cierta compañía minera y este diario de ayer dice que esa compañía se ha desvanecido como una pompa de jabón. De manera que Cristóbal debe andar sin una libra o yo no me llamo Benjamín y que le aproveche bien es mi deseo.

—¿Puedes darme el diario, tío? — preguntó Dawn.

—Sí, hija, aquí lo tienes. — Al irse Dawn

con el diario, el anciano la siguió con la mirada, murmurando: — ¡Bien merecido se lo tiene el muy canalla por hacérmela tan infeliz!

Dawn salió apresuradamente al jardín, que se extendía frente a la granja, lo cruzó y se internó en un pequeño bosquecito. Allí, dirigióse hacia un árbol en una de cuyas raíces le gustaban sentarse a meditar, y allí se enteró de la detallada crónica que publicaba el diario sobre la bancarrota de una fuerte compañía minera, quiebra ésta que habría de sumir en la miseria a una gran cantidad de personas.

Dawn hubiera dado cualquier cosa por poder correr, en esos momentos, hasta su esposo, para hallarse a su lado, consolarlo y ayudarlo a afrontar la lucha. Pero recordó el desprecio que había visto en su mirada el día que se habían separado, y le faltó valor.

—Puede ser que no lo haya perdido todo, — dijo. — Tal vez haya conseguido salvar algo. Además, tiene muchos amigos que pueden ayudarlo a conseguir un empleo en el que peda ganarse la vida.

Dawn, inocente y poco conocedora d la vida, a pesar de los años que había tenido que luchar sola, no sabía que los amigos, en los momentos de adversidad, se desvanecen como columna de humo al soplo del viento.

* * * *

Noticias de Cristóbal

OTRO mes pasó; llegó el otoño. Los árboles perdieron sus verdes galas, las frescas brisas comenzaron a hacese más frías. Llovía intermitentemente, cubriendo los campos como bajo un sudario de tristeza gris, tristeza que hallaba eco en el corazón de Dawn.

Una noche, una de esas noches frías de otoño, Dawn, inquieta, nerviosa, incómoda, sin saber a qué atribuir su falta de sosiego, se arropó en un chal y salió hasta el portón de la granja que daba al camino real. La lluvia había cesado al caer el sol, y la luna, pálida y como dormitndo, aparecía en un cielo sin estrellas.

—¿Ha de ser la vida siempre así? — murmuró Dawn. — ¡Dios mío! ¡Recién comienzo a vivir, no he cumplido aún los veinte años y, sin embargo, toda mi vida está ya destrozada, sin porvenir, sin alegrías, sin felicidad! ¿No es demasiado caro todo esto para pagar una locura?

Se detuvo, escuchando. No; no había duda posible. Alguien venía por el camino en dirección a la granja. Entornando los ojos para tratar de penetrar la oscuridad, Dawn miró durantes unos momentos. Un hombre se acercaba.

El hombre hizo ademán de dirigirse hacia ella y Dawn se volvió para correr. Pero una voz la contuvo; una voz conocida y odiada.

—¡No tenga usted miedo, señorita! — dijo la voz. — Sólo deseo pedir que me permitan pasar la noche, en cualquier parte, a cubierto, para proseguir mañana mi camino.

El asombro de Dawn no la permitió responder de inmediato. Pero, cuando al fin halló voz, exclamó;

—¡Matt Bondway!

El hombre hizo un movimiento, y avanzó apresuradamente, recorriendo en dos pasos la distancia que lo separaba de la muchacha. A la luz de la luna podía ver bien claramente ahora las facciones de la muchacha.

—¡Dawn! — exclamó. Y en su voz había una nota de sorpresa aun más marcada que en la de ella. — ¡Dawn Westerham! ¡No; no corra, Dawn, no se vaya! ¡Tengo noticias para usted, buenas noticias!

—¡Cosa extraña en verdad, Matt Bondway, — respondió ella, secamente, que pueda usted tener noticias buenas para mí!

—Sin embargo es así. Extrañas vueltas da el mundo. Lo que menos esperaba yo era encontrarla a usted aquí.

—Bien; apresúrese, pues no deseo star aquí, en el frío y la humedad, toda la noche.

—¡Pero sería capaz de quedarse usted toda la noche, si supiera que algo puedo decirle de Cristóbal! ¡De su lindo Cristóbal! Razón tiene quien dice que la mujer es como la mula; ama a quien le pega de hecho o de palabra! ¡Su marido la plantó en el día de la boda, y usted todavía se cae a pedazos por él.

No había duda posible sobre el tono de las palaras de Matt Bondway. Era, en verdad, sorprendente, el profundo rencor que vibraba en ellas. Pero, así y todo, ahbló.

—Pues su hermoso marido anda por Londres hecho un vagabundo. Tan pobre como yo o Maud Making. ¿No sabe usted que Maud se quería casar conmigo? ¡Pobre tonta! Ahora anda por esos mundos de Dios, envejecida, y hasta se ha dado a la bebida! En cuanto a mí, desde que el señor Cristóbal vendió la fábrica, he andado a salto de mata, sin parar en ningún lado. Tuve que vender mi casa, y luego me comí todos mis ahorros. Desde entonces no he tenido ni un solo empleo decente. Entonces...

—Nada de eso me interesa, señor Bondway, — interrumpió Dawn, — si usted desea asilo, entre y vaya a la granja, donde no dudo que se lo concederán.

—Pero es que aun no he concluído. Su esposo...

—¡Sí! — instolo ella, ansiosa. — ¿Qué le pasa?

—¡Pues nada; que anda por las calles de Londres poco menos que muerto de hamre. ¡Nada más!

—¡Dios mío! — murmuró Dawn.

—De manera que ahora puede usted reirse de él, del hombre que la despreció y la abandonó el día de su boda. Por lo que veo, está usted con su tío y, tal vez, cuando el viejo se muera...

—¡Reírme de él! ¿Pero no comprende usted que sería yo capaz de mendigar por los caminos con tal de estar a su lado? ¿No comprende usted que despreciaría todos los tesoros del mundo por reconquistar el cariño del hombre a quien amo? ¡Matt Bondway!

¡Usted nunca podrá comprender estas cosas. Tiene usted un alma demasiado sólida. Usted cree que el dinero lo puede todo, y en eso cometió usted la gran equivocación de su vida.

Antes de que Matt, asombrado, pudiera responder, Danw había desaparecido, en dirección a la granja, a todo correr.

* * * *

¡Al fin!

LA luna, débil y amarillenta, iluminaba la avenida de la orilla del Támesis y las embarcaciones del río. Una finísima lluvia, como polvo impalpable, caía lentamente hacía varías horas, calando hasta los huesos a las personas que tenían la desgracia de verse obligadas a agrontar aquel tiempo verdaderamente abominable.

Por una de las tortuosas callejuelas que llevan a la avenida de la ribera del Támesis, llegaba, caminado lentamente, una mujer, envuelta en un largo capote impermeable y cubierta la cabeza con un sombrero de cuero. Al pasar, como afiebrada, bajo de la luz amrillenta de un farol, hubiera podido verse su rostro, pálido, consumido por la fiebre, desgastado casi, pero hermoso aun. En sus ojos, que brilaban calenturientos, podía verse una expresión de resolución irrevocable, de firme esperanza. Cada vez que en su camino se cruzaba con alguien la muchacha lo miraba al rostro, ávidamente, como si tratara de reconocer en él unos rasgos conocidos; luego, bajaba la vista y movía negativamente la cabeza.

Cerca del obelisco llamado por los londinenses: "La Aguja de Cleopatra", se hallaba, recostado contra el muro un hombre joven, alto. Sus brazos se hallaban apoyados en el parapeto, y sus ojos, brillantes y hundidos, miraban, sin ver, al río, cuyas aguas se deslizaban silenciosamente.

La mirada de Dawn, — pues era ella, — cayó sobre la inmóvil figura; una ronca exclamación se escapó de su pecho y su corazón pareció dejar de latir. Durante un momento Dawn permaneció como clavada en aquel sitio, sin moverse, temerosa de que sus piernas se negaran a sostenerla. Por que en aquel hombre mal vestido, descuidado, con barba de varios días, sin cuello, había reconocido a Cristóbal Trent.

Un momento después, Dawn, muy despacio, situada ya junto a él, le tocó el brazo.

—¡Cristóbal! — murmuró dulcemente. — Soy yo, Dawn, tu esposa.

—¡Esposa! — rió el otro con una risa hueca, irónica, terrible.—¡Yo no tengo esposa

Pero de pronto pareció comprender y se volvió rápidamente.

—¡Dawn! — exclamó. — ¿Eres tú? ¿Tú misma? ¿O estoy soñando?

—¡No, soy soy, amado mío! He venido a Londres sólo a buscarte. He venido a llevarte conmigo a la granja de mi tío. Pero, si eres demasiado orgulloso para eso, haremos los que tú quieras. He venido a buscarte, para estar a tu lado, pues eres mío, y trabajar contigo, donde tú quieras.

—¡Dawn! ¡No comprendo!

—Lo sé, Cristóbal. Cuando me dejaste, creiste que yo no te amaba; que lo que quería era sólo tu dinero, tu nombre, tu posición. Pero ahora, que no tienes ni posición ni dinero, vengo a tí, para compartir contigo la miseria, los trabajos, porque se que ellas serán, a tu lado, un cielo para mi. Vengo, por qué, aun cuando tú no lo hayas querido creer, te he amado siempre, desde el día en que te conocí. Me casé contigo, amándote.

Durante unos momentos Cristóbal Trent no respondió. Se pasó la mano por la frente, como si quisiera alejar de su cerebro una pesadilla, y luego miró a su esposa larlamente, con uan mirada que quería penetrar hasta el fondo del alma de la joven.

¿Qué en los ojos de Dawn? No es posible saberlo. Pero si sabemos que lanzó un gemido ronco, como un solozo, y que ocultó su rostr en el hmbro de Dawn.

Durante unos momentos Cristóbal Trent no respondió. Se pasó la mano por la frente, como si quisiera alejar de su cerebro una pesadilla y luego miró a su esposa largamente, con una mirada que quería penetrar hasta el fondo del alma de la joven.

—¿Qué vió en los ojos de Dawn? No es posible saberlo. Pero sí sabemos que lanzó un gemido ronco, como un sollozo, y que ocultó su rostro en el hombro de Dawn.

* * * *

Epílogo

TRES meses más tarde el granjero tranquilo.

Redrust declaraya que ya podía morir

—Me has convencido de que has nacido para manejar una granja, grandísimo pícaro, — decíale el tío de Dawn a Cristóbal Trent. — Estoy convencido de qué mi casa vieja estará bien en tus manos y en las de Dawn.

Cristóbal, cuyo cutis se había curtido con el aire del campo, estaba más fornido que nunca y se sentía feliz. Al oir al tío, rió algrmente.

—Comienzo a darme cuenta, tío Ben, de que yo no he nacido para la ciudad. No sé por qué, me encuentro ahora más a gusto aquí que cuando era rico y estaba en Londres. Supongo que será por que Dawn está conmigo, y por que me siento mucho más feliz de cuanto fuí antes. ¡Y todo lo debo a ella!

Rió el granjero, picarescamente.

—Me parece qe allá, por entre unas matas, veo una falda azul. Oye, Cristóbal, ¿no te gustan las faldas azules? Yo, cuando era joven...

Pero Cristóbal había salido corriendo. Un momento después, desde la ventana, lanzando formidables bocanadas de humo de su pipa, el tío Ben reía, silenciosamente, para sí.

Entre las matas no sólo se veía ya una pollera azul, sino también par de pantalones del mismo color.

Esperanza Newcombe

FIN DE "LA LOCURA DE UNA JOVEN"

A los lectores:

El constante favor que el público presta a este magazine ha decidido a sus editores a introducir en él algunas mejoras que redundarán en beneficio de los favorecedores y que por causas inevitables han sufrido un retardo inesperado.

Desde el número próximo "PUCKY" aparecerá con mayor número de páginas, — algunas de ellas en cuatro colores, — y un material de un especial interés.

Así responderá "Pucky" al decidido favor del público, tanto de la Capital como de las Provincias y de las Repúblicas Oriental del Uruguay, Chile y Paraguay, donde circula.

El Director.

UNA JOYA DE LA LITERATURA FRANCESA

MIMÍ PINSÓN

POR ALFRED DE MUSSET

(Traducción del francés)

Se considera como una de las producciones más notables, si no la más notable de todas, del gran escritor y poeta francés, esta narración, que describe el tipo de la "griseta" de la época de "La vie de Boheme". Es un relato que se lee con agrado y emoción, que conmueve y alegra a la vez.

I

ENTRE los estudiantes que cursaban el año pasado en la Escuela de Medicina, había uno llamado Eugenio Aubert. Era de buena familia, y apenas contaría diez y nueve años. Sus padres, que residían allá en la provincia, le pasaban una pensión modesta, aunque suficiente para él. Hacía una vida ordenada, y tenía un carácter dulce. De mano generosa y corazón abierto, se ofrecía bondadoso y servicial, haciéndose querer por sus camaradas.

El único defecto que se le reprochaba era una extraña inclinación a la meditación y a la soledad, y una reserva tan excesiva en sus palabras y hasta en sus manores actos, que le llamaban "la Madamita", de lo que él mismo se reía, y en cuyo sobrenombre no ponían sus amigos ninguna intención ofensiva, porque sabían que era tan valiente como el que más; pero, en verdad, su conducta justificaba este apodo, por lo que contrastaba con las costumbres de sus compañeros.

En el trabajo era el primero; más si se trataba de una noche de alegría, — una cena en el Molino o un baile en la Cabaña, — "la Madamita" se encogía de hombros y se recluía en su pensión.

Y, — cosa inaudita entre estudiantes, — aunque su juventud y su figura le hubieran proporcionado un gran éxito, no sólo no tenía ninguna novia, sino que jamás se le vió pasear frente al taller de una modista, ocupación inmemorial en el Barrio Latino.

Las beldades que pueblan las cercanías de Santa Genoveva y prodigan su amor entre los escolares, le inspiraban una especie de repugnancia odiosa. Las miraba como a una raza aparte, perniciosa, ingrata y depravada, nacida para sembrar por todas partes el mal y la desgracia, a cambio de algunos placeres. "Apartáos de esas muñecas, — decía, — jugar con ellas es jugar con fuego"; y desgraciadamente encontraba sobrados ejemplos para justificar la aversión que le inspiraban. El desórden, las disputas, la ruina misma a que algunas veces arrastran estas fugaces uniones, felices en apariencia, eran innumerables, como lo siguen siendo y eternamente lo serán.

Inútil decir que los amigos de Eugenio se burlaban cóntinuamente de su moral y sus escrúpulos. Marcelo, — un camarada sin otra ocupación que gozar de la vida, — solía preguntarle:

—¿Qué pueden probar una falta o un accidente que han sucedido una vez por casualidad?

—Que debemos abstenernos, — respondía Eugenio, — por si sucede otra.

—Falso razonamiento, — replicaba Marcelo; — argumento falso que cae por su base. ¿Por qué vas a guiarte? Si uno de nosotros juega y pierde, ¿debe hacerse monje? Si éste está sin un franco y aquél no tiene que llevarse a la boca; ¿perderá por ello el apetito Elisa? ¿Se quedará manca la vecina porque su marido se empeñe en ir de excursión a los picos de Montmorency y se rompa un brazo? Si en un duelo, por causa de Rosalía, te dan una cuchillada, y después Rosalía te abandona, lo que no es nada de extraordinario, ¿dejará por eso de tener el talle gentil? La vida está llena de estos pequeños inconvenientes, más no tanto como te imaginas.

"¡Mira en un domingo de sol las parejas que invaden los cafés, los paseos, los merenderos! ¡Considera esos enormes ómnibus

completamente atestados de grisetas que van al Ranelagh o a Belleville, y el enorme gentío que abandona el barrio de Saint-Jacques!... ¡Batallones de lindas modistillas, ejércitos de costureritas graciosas, nubes de gentiles estanqueras! ¡Todas alegres, todas enamoradas, invadiendo con un vuelo de gorriones los cenadores rústicos de las afueras de París.

"Si llueve, van al teatro a mondar naranjas y a enternecerse con los melodramas, pues comen y lloran con igual facilidad, probando así su buen carácter. ¿Pero qué daño hacen estas pobres criaturas, que se pasan la semana cosiendo, bordando y zurciendo, porque al llegar el domingo prediquen con el ejemplo el perdón de los pecados y el amor al prójimo? ¿Y qué mejor puede hacer un joven honrado que se ha pasado ocho días aprendiendo cosas desagradables, sino recrearse contemplando una cara bonita, una pierna redonda y un bello paisaje, como dijo San Mateo!

—¡Sepulcros blanqueados! — clamaba Eugenio.

—Yo digo y sostengo, — continuaba Marcelo, — que se puede y se debe hacer el elogio de las grisetas y que, con moderación, su trato es beneficioso. Primero, porque son virtuosas, pues se pasan el día confeccionando trajes, lo más indispensable al pudor y a la modestia; segundo, porque son honestas, pues no hay maestra que no recomiende a sus oficialas un trato exquisito para sus clientes; tercero, por que acostumbradas a tener entre manos finas holandas y ricas telas, cuyos deterioros las descuentan, son cuidadosts y limpias; cuatro, porque beben licores, lo que las hace sinceras; quinto, porque son económicas y frugales, ya que las cuesta mucho ganar más de un franco, y si en ocasiones se muestran glotonas y gastadoras, jamás arriesgan su propio dinero; y sexto, por su natural alegría, pues, dedicadas a un trabajo tedioso, como pez en el agua saltan gozosas al acabar su tarea.

"Otra de sus grandes ventajas es la seguridad de que no nos persiguen, porque, clavadas a una silla de la que no han de moverse, les es imposible ir tras los pasos de su amante como hacen las damas de la alta sociedad. Además no son habladoras, porque han de estar atentas a contar los hilos. No gastan mucho calzado, porque andan poco; ni en trajes, porque raramente las fían. Si se las acusa de inconstantes, no es porque lean novelas perversas, ni por mala condición, sino por los muchos galanes que pasan ante sus tiendas, pues tiene bien probado que son capaces de grandes pasiones, y diariamente se arroja alguna al Sena, o se tira desde una ventana, o se asfixia con un brasero.

"Tienen, es verdad, el inconveniente del hambre y la sed a todas horas, precisamente a causa de su temperamento ardiente; más ya es sabido que se las puede contentar saciando sus deseos con un vaso de cerveza y un cigarrillo; calidad preciosa que muy raramente se da en el matrimonio. En fin, insisto en que son buenas agradables, fieles y desinteresadas, y en que es muy lamentable que algunas acaben en el hospital.

Casi siempre que Marcelo hablaba de este modo era en el café, cuando estaba un poco alegre y locuaz. Entonces llenaba otra vez la copa de su amigo, y quería hacerle beber a la salud de su vecina la señorita Pinson, que trabajaba en ropa blanca; pero Eugenio tomaba su sombrero, y mientras Marcelo seguía perorando ante sus camaradas, se escabullía sigilosamente.

II

La señorita Pinson no era precisamente lo que se llama una mujer bonita. Hay mucha diferencia entre una mujer bonita y una linda griseta. Si una mujer bonita, tenida por tal y llamada así en lenguaje parisién, se atreviese a ponerse un sombrerito, un traje de tela de algodón y un delantal de seda, se la tomaría, es cierto, por una griseta.

Pero si una "griseta" se encubre con un gran sombrero, un cuello de terciopelo y un vestido de Palmyra, nunca está obligada a parecer hermosa; todo lo contrario, es muy probable que tenga el aire de un maniquí y si lo tiene estará en su derecho. La diferencia consiste en este gran cartón redondo forrado de tela y llamado pamela, que las mujeres han encontrado muy propio para taparse los dos lados de la cabeza, casi casi como las anteojeras de los caballos. (Sin embargo, hay que advertir que las anteojeras impiden a los caballos mirar de reojo, mientras que la pamela no impide absolutamente nada.)

Sea como sea, un sombrero autoriza una nariz respingada, que a su vez pide una boca más bien grande, la cual necesita unos dientes bonitos y una cara redonda. Una cara redonda exige unos ojos expresivos; preferible que sean lo más grandes posibles y con unas cejas en proporción.

El cabello es ad libitum, puesto que los ojos negros van bien con cualquiera. Como se ve, un conjunto así está muy lejos de la belleza propiamente dicha. Es lo que se llama una cara imperfecta, pero agradable, típico rostro de "griseta", al que la capotita hace más encantador y más atrayente que la misma hermosura. Así era la señorita Pinson.

Marcelo se había empeñado en que Eugenio debía hacer la corte a esta damita. ¿Por qué? Lo ignoro, a no ser porque Marcelo era el galán de la señorita Celia, amiga íntima de la señorita Pinson.

Le parecía lo más natural y cómodo disponer las cosas a su gusto, y hacerlas juntos el amor. Con frecuencia, semejantes propósitos se realizan, pues facilitan la ocasión al amor, que es la más fuerte de todas las tentaciones. ¿Quién puede decir cuántos episodios agradables o desagradables, cuántos amores, querellas, desesperaciones y alegrías pueden originar dos puertas vecinas, una escalera secreta, un corredor o un cristal roto?

Pero algunos caracteres se niegan a todo lo que depende del azar. Quieren conquistar

... cicha sin ganarla a la lotería, y no están dispuestos a enamorarse porque tropiecen en su camino con una mujer bonita.

Así era Eugenio. Marcelo lo sabía, y desde tiempo atrás acariciaba un proyecto muy sencillo que creía maravilloso e infalible para vencer la resistencia de su compañero.

Había resuelto dar una cena, y no halló mejor pretexto que elegir para ella el día de su santo. Hizo llevar a su casa dos docenas de botellas de cerveza, una gran fuente de ternera fría con ensalada, una torta monumental y una botella de champaña. Invitó a dos estudiantes amigos, e hizo saber a la señorita Celia que aquella noche había gran fiesta en su casa, suplicándola no dejase de ir y llevar a la señorita Pinson. Ellas tuvieron buen cuidado de no faltar.

Marcelo pasaba, merecidamente, por uno de los jóvens más generosos del Barrio Latino, y no era posible negarse. Acababan de sonar las siete, cuando la señorita Celia y su amiga llamaron a la puerta. La señorita Celia lucía traje corto, brodequines grises y capota florida, y la señorita Pinson, más modesta, un traje negro que no quería quitarse y que la daba, según decían, cierto aire español, del que estaba muy orgullosa. Bien se ve que ignoraban los secretos designios de sus huéspedes.

Marcelo no había cometido la torpeza de invitar a Eugenio anticipadamente. Estaba seguro de que se habría negado. Sólo cuando las dos amigas se hubieron sentado a la mesa, y después de vaciar el primer vaso de cerveza, fué cuando las pidió permiso para ausentarse algunos momentos e ir en busca de un invitado.

Llegó a casa de Eugenio, y le halló, como de costumbre, trabajando, rodeado de libros. Después de algunas preguntas sin importancia, comenzó a hacerle suavemente los acostumbrados reproches: que trabajaba demasiado y que hacía mal en no procurarse alguna distracción.

Acabó por proponerle salir un ... sear, y Eugenio que se había pasado el día estudiando y estaba cansado, en efecto, aceptó. Los dos jóvenes salieron juntos, y no le fué difícil a Marcelo, tras de algunas vueltas por el Luxemburgo, hacer que Eugenio subiese a su casa.

Las dos "grisetas", aburridas de la espera solitaria, acabaron por quitarse los chales y las capotas para estar más cómodas, y se pusieron a cantar y a bailar una contradanza, no sin hacer honor a las provisiones de vez en cuendo, a manera de ensayo.

Con los ojos encendidos y el rostro animado, se detuvieron sofocadas cuando Eugenio, sin poder disimular su sorpresa, las saludó con timidez.

Dadas sus solitarias costumbres, le desconocían las "grisetas", por lo que le examinaron de pies a cabeza con intrépida curiosidad, privilegio de su casta, reanudando en seguida su canción y su baile, como si nadie hubiera.

El recién venido, un poco desconcertado, retrocedía algunos pasos hacia la puerta, buscando la retirada, cuando Marcelo echó las dos vueltas a la llave, y arrojando ésta ruidosamente sobre la mesa, exclamó:

—¿No hay nadie aún? ¿Qué hacen entonces nuestros amigos? Mas no importa. El salvaje nos pertenece. Señoritas, os presento al joven más virtuoso de Francia y de Navarra, que hace largo tiempo desea tener el honor de conoceros, y es, en especial, gran admirador de la señorita Pinson.

De nuevo se interrumpió la contradanza. La señorita Pinson hizo un ligero saludo y cogió su capota.

—¡Eugenio! — exclamó Marcelo. — Hoy es mi santo; estas dos damas nos han hecho el honor de venir a celebrarlo con nosotros. Es verdad que te he traído casi a la fuerza; más espero que si todos te lo suplicamos accederás gustoso a quedarte. Son poco más de las ocho. Hay tiempo de fumar una pipa hasta que tengamos apetito.

Y mientras decía esto cruzó una significativa mirada con la señorita Pinson, que, comprendiéndole al instante, por segunda vez se inclinó sonriendo, y dijo a Eugenio dulcemente:

—Sí, señor; os lo rogamos.

En el mismo instante los dos estudiantes invitados por Marcelo llamaron a la puerta. Eugenio comprendió que no había modo de volverse atrás sin gran descortesía, y resignándose se sentó entre todos.

III

La cena fué larga y animada. Los caballeros habían llenado la estancia de humo, y bebían para refrescar. Las damas llevaban la conversación y divertían al concurso con murmuraciones más o menos picantes a costa de sus amigos y conocidos, e historias más o menos fantásticas oídas en el taller Y si el relato carecía de verosimilitud, ésta no pasaba desapercibida a los oyentes.

Dos escribientes de abogado, según ellas decían, habían ganado veinte mil francos jugando a los valores españoles, y se los habían comido en dos semanas con dos "grisetas" de una tienda de guantes; el hijo de uno de los más ricos banqueros de París había ofrecido a una conocida costurera un palco en la Opera y una casa de campo, qu ella había rechazado prefiriendo cuidar sus padres y permaneciendo fiel a un dependiente de "Los Dos Monos"; cierto personaje que no se podía nombrar, y que por su rango se veía precisado a rodearse del mayor misterio, visitaba de incógnito a una bordadora del pasaje de Pont-Neuf, a la que por orden superior habían hecho levantar precipitadamente a media noche, y metiéndola en una silla de postas, tras entregarla una cartera llena de billetes de Banco, la habían enviado a Estados Unidos, etc., etc.

—Basta, — dijo Marcelo, — ya lo sabemos. Celia inventa sus relatos, y los de la señorita Mimí — así se llamaba la señorita Pinson en la intimidad — sin incompletos.

Vuestros dependientes de abogado no se han ganado más que alguna costalada yendo por las calles, vuestro banquero no ofrece a su amiga sino alguna naranja, y a vuestra bordadora la va también en Estados Unidos, que podéis verla todos los días, de una a cuatro, en el Hospital de Caridad, donde se hospeda por falta de alimentos.

Eugenio, que estaba sentado junto a la señorita Pinson, creyó notar que ésta palidecía a las últimas palabras dichas por Marcelo con absoluta indiferencia. Pero inmediatamente vió que se levantaba, encendía un cigarrillo y decía con tono decidido:

—¡Silencio todos! Pido la palabra. Puesto que el señor Marcelo no cree en fábulas, voy a contar una historia verdadera et quorum pars magna fui.

—¿Habláis latín? — dijo Eugenio.

—Ya lo veis, — respondió la señorita Pinson. — Esta sentencia procede de mi tío, que ha servido a las órdenes del gran Napoleón, y que jamás se olvida de decirla antes de relatar una batalla. Si ignoráis lo que significa, podéis aprenderlo sin pagar nada; quiere decir: "Os doy mi palabra de honor". Así, pues, sabréis que la semana pasada fuí al teatro Odeón con mis dos amigas Blanquita y Rougette.

—Esperad que parto la tarta, — dijo Marcelo.

—Partid, pero escuchad, — respondió la señorita Pinson. — Quedamos en que fuí al Odeón a ver una tragedia con Blanquita y Rougette. Esta, como ya sabéis, acaba de perder a su madre y ha heredado cuatrocientos francos. Tres estudiantes de la platea nos vieron, y, con el pretexto de hacernos compañía, nos invitaron a cenar.

—¿De punta en blanco? — preguntó Marcelo; — en verdad es una galantería. Supongo que os negaríais.

—No, señor, — dijo la señorita Pinson; — aceptamos, y en el entreacto, sin esperar a que acabase la función, nos fuimos a casa de Viot.

—¿Con vuestros caballeros?

—Con nuestros caballeros. El camarero empezó por decirnos que ya no tenía nada que ofrecernos; pero semejante inconveniencia no era bastante a hacernos desistir, y le ordenemos que fuesen a la ciudad a buscar lo que hiciese falta. Rougette tomó la pluma y dispuso un festín de boda: langostinos, tortilla dulce, empanadas, flan, helados, todo lo mejor del reino de las marmitas. A decir verdad, nuestros desconocidos amigos iban poniendo mala cara.

—¡Pardiez, no lo dudo! — dijo Marcelo.

—Nosotras no hacíamos caso, y cuando sacaron lo pedido comenzamos a hacernos las remilgadas. Nada nos parecía bien; todo nos disgustaba. Apenas probábamos un plato, mandábamos sacar otro. "Camarero, lleváos esto. No puede tolerarse. ¿De dónde han traído semejante porquerías?" Nuestros compañeros querían comer; pero no les dejamos. En fin, apenas cenamos, y la cólera nos llevó hasta romper algunos utensilios.

—¡Bonita conducta! ¿Y cómo pagar?

—He aquí precisamente lo que los tres desconocidos se preguntaban. Por lo que hablaron en voz baja, nos pareció que uno tenía seis francos, el otro infinitamente menos y el tercero tan sólo un reloj que sacó generosamente del bolsillo. En tal estado, los tres infortunados fueron a la caja, en espera de conseguir algún plazo. Y ¿qué pensáis que les respondieron?

—Me figuro, — replicó Marcelo, — que los detuvieron, y vosotras os quedásteis allí en prenda.

—Estáis en un error, — dijo la señorita Pinson. — Antes de subir al reservado, Rougette había tomado sus medidas, pagándolo todo por adelantado. Imagináos qué golpe tan teatral cuando el hostelero, respondió: "Señores, todo está pagado". Los desconocidos nos miraron llenos de asombro, y con una estupefacción digna de lástima. Sin embargo, nosotras, sin darle la menor importancia, bajamos e hicimos que nos trajeran un coche. "Querida marquesa, — dijo Rougette, — debemos llevar a estos caballeros a su casa". "Con mucho gusto, querida condesa", — respondí. Nuestros pobres galanes ya no sabían qué decir. ¡Ved si eran inocentes! Rechazaron nuestras atenciones, no quisieron que los llevásemos, y se negaron a darnos su dirección. Segura estoy de que se fueron convencidos de haber tenido una aventura con dos damas de la alta sociedad, y que vivían en la calle de "a salto de mata".

Los dos estudiantes amigos de Marcelo, que hasta entonces casi no habían hecho más que fumar y beber en silencio, parecían poco satisfechos de la historia, y mostraban un semblante sombrío. Acaso sabían tanto como la señorita Pinson de aquella malhadada cena, pues la echaron una mirada inquieta, cuando Marcelo dijo riendo:

—Decidnos sus señas, señorita Mimí. Puesto que fué la semana pasada, aún las recordaréis.

—Jamás, señor mío, — dijo la griseta. — Podemos burlarnos de un hombre, pero desacreditarle, jamás.

—Tenéis razón, — dijo Eugenio, — y obráis mucho mejor de lo que creéis. Entre tantos jóvenes como asisten a las clases, apenas hay uno sólo que no oculte alguna falta o locura; pero de entre ellos sale cada día lo más respetable de Francia: los médicos, los magistrados...

—Sí, — repuso Marcelo, — es verdad. Hay pares de Francia en ciernes que comen en casa de Flicoteaux que no siempre tienen para pagar la comida. Pero, — añadió guiñando un ojo, — ¿no habéis vuelto a ver a los desconocidos?

—¿Por quién nos habéis tomado? — respondió la señorita Pinson muy seria y un poco ofendida. — Ya conocéis a Blanquita y Rougette. Y en cuanto a mí, ¿suponéis que soy capaz?...

—Está bien, — dijo Marcelo, — no os enfadéis. En resumen, he aquí una buena aventura. Tres loquillas, que acaso no tienen para comer al otro día, tirando su fortuna por la ventana para darse el gusto de confundir a tres pobres diablos incapaces de nada.

—¿Y por qué nos convidaron a cenar? — respondió la señorita Mimí Pinson.

IV

CON la tarta, apareció gloriosamente la única botella de champaña con que finalizaba la cena.

Con el vino se habló de cantar.

—Veo, — exclamó Marcelo, — veo, como Cervantes dice, que Celia tose, lo que significa que quiere cantar. Pero, si os parece bien, como soy yo el festejado, ruego a la señorita Mimí, si no se ha puesto ronca con el cuento, nos haga el honor de una canción. Eugenio sé un poco galante, y brinda con tu vecina y pídela que cante.

Eugenio obedeció enrojeciendo. Así como la señorita Pinson no había desdeñado hacerlo con él para comprometerle a quedarse, se inclinó y la dijo tímidamente:

—Sí, señorita; yo os lo ruego.

Al mismo tiempo levantó su vaso, chocándole con el de la graseta. Aquel ligero choque produjo un claro y argentino sonido. La señorita Pinson tomó esta nota al vuelo, y con una voz fresca y pura sostuvo largo tiempo su cadencia.

—Vamos, — dijo, — consiento que mi vaso me da el "la". ¿Pero qué queréis que cante? Os advierto que no soy gazmoña; pero no sé canciones groseras; no encanalesco mi memoria.

—Por sabido, — dijo Marcelo. — Sois una virtud. Cada cual tiene su opinión. Seguid adelante.

—¡Pues bien! — repuso la señorita Pinson, — voy a cantaros como me salga una canción que han hecho de mí.

—¡Atención! ¿Quién es el autor?

—Mis compañeras de taller. Ha sido hecha mientras cosíamos; así es que os pido indulgencia.

—¿Y tiene estribillo?

—Naturalmente. ¡Vaya una pregunta!

—Entoces, — dijo Marcelo, — tome cada cual su cuchillo, y al estribillo golpead todos en la mesa, pero no deis muy fuerte. Celia puede abstenerse si quiere.

—¿Y por qué, grosero? — preguntó Celia encolerizada.

—Por su causa y razón, — respondió Marcelo; — pero si queréis ser de la partida, tomad, golpead con el tapón, y será mejor para nuestros oídos y para vuestras manos.

Marcelo, apartando los vasos y los platos, se había sentado en la mesa con el cuchillo en la mano.

Los dos estudiantes de la cena de Rougette, un poco más contentos, vaciaron sus pipas para golpear con ellas; Eugenio estaba abstraído; Celia, malhumorada.

La señorita Pinsón tomó un plato e hizo seña de que quería romperlo, a lo que Marcelo respondió con un gesto de asentimiento; y habiendo tomado los pedazos para hacer de castañuelas, comenzó así la canción que sus compañeras habían compuesto, luego de haberse excusado por adelantado de lo que dicha canción podía contener de lisonjero para ella:

Mimí Pinson es una rubia,
es una rubia muy famosa,
que no tiene más que un traje

—¡landeriré!—
y una capota.

Tiene mil más el gran sultán.
Pero Mimí vive feliz,

gracias a Dios.

¡Y no hay manera de empeñar
el traje de Mimí Pinson!

Mimí Pinson lleva una rosa
en su pecho con gracia prendida,
y esta flor que ha nacido en su pecho

—¡landeriré!—
es la alegría.

Detrás de una cena animada
sabe sacar de una botella

una canción.

¡Y a veces se tuerce hacia un lado
la capota de Mimí Pinson!

Ella se atrae con sus ojos inquietos
mil señoritos a su mostrador,
que por mirarla desgastan los codos

—¡landeriré!—
de su redingó.

Porque mejor que en la propia Sorbona,
Mimí Pinson a su modo se explica

una lección.

¡Mas cuidan bien no arrugar distraídos
el traje de Mimí Pinson!

Si está de Dios que Mimí no se case,
nada la importa, lo mismo la da.
Siempre tendrá sus agujas a mano

—¡landeriré!—
y su dedal.

Para su amor conseguir no es bastante
ser un buen mozo, si no ha de traer

buena intención.

¡Pues no ha perdido su linda cabeza
la capota de Mimí Pinson!

Si el amor coronarla decide
con corona de flores de azahar,
ella tiene un tesoro que, a cambio,

—¡landeriré!—
le puede dar.

No será, como acaso se piensa,
un gran manto forrado de armiño

con noble blasón.

¡Es,—estuche de perla tan fina,—
el traje de Mimí Pinson.

Es Mimí distinguida en sus gustos;
mas tiene el corazón republicano
y a los tres días hace la guerra

—¡landeriré!—
a su aliado.

Y si no con guerrera alabarda,
presta guardia implacable y severa

con su punzón.

¡Feliz aquel que condecore
la capota de Mimí Pinson!

Pipas, cuchillos y platos acompañaban estrepitosamente el final de cada estrofa. Los vasos bailaban en la mesa, y las botellas, medio vacías, se balanceaban alegremente, chocando unas con otras como bailarines embriagados.

—¿Y son vuestrs amigas, — dijo Marcelo, — las que os han compuesto esa canción? ¡Es muy dulzona! Dadme canciones que digan algo... — Y con voz fuerte, cantó:

Nenette aún no contaba quince abriles...

—¡Basta, basta, — dijo la señorita Pinson. — ¡A bailar! ¡A dar unas vueltas! ¿No hay aquí algún músico?

—Yo tengo lo necesario, — respondió Marcelo. — ¡Una guitarra! Pero, — prosiguió descolgando el instrumento, — mi guitarra no lo tiene; le faltan todas las cuerdas.

—Aquí hay un piano, — dijo Celia. — Marcelo tocará para que bailéis.

Marcelo le echó una mirada terrible, como si hubiese cometido un crimen. Era cierto que sabía lo bastante para tocar una contradanza, pero era un tormento para él y para quienes le oían una verdadera tortura, a la que se sometía de mala gana, y Celia, traicionándole, se vengaba de lo del tapón.

—¿Estáis loca? — dijo Marcelo. — Bien sabe Dios que este piano está aquí por lujo, y que nadie más que vos le desafina. ¿De dónde os sacáis que yo sé tocar? No sé más que la Marsellesa, y eso con un dedo. Si os hubiérais dirigido a Eugenio, él sí sabe; pero no quiero incomodarle tanto, y me guardaré bien de proponérselo. ¡Siembre habéis de ser vos la indiscreta que haga tales tonterías sin advertirnos antes: "¡Ea, cuidado!"

Por tercera vez, Eugenio enrojeció, disponiéndose a hacer lo que tan fina e indirectamente le pedían. Se sentó al piano y organizaron un rigodón.

Este duró casi tanto como la cena. Después del rigodón bailaron un vals, y después del vals un galop, baile aún predilecto en el Barrio Latino.

Ellas, sobre todo, eran infatigables, y con sus saltos y carcajadas no dejaron dormir a los vecinos.

Pronto Eugenio, fatigado por la velada y el ruido, tocando máquinalmente, cayó en una somnolencia semejante a la de los postillones que se duermen sobre el caballo. Las parejas pasaban una y otra vez ante sus ojos como figuras de ensueño. Y como nada es más propicio a la tristeza que el contemplar la alegría ajena, no tardó la melancolía en apoderarse de él. "¡Alegría triste,— pensaba, — fugaces placeres! ¡Instantes en que se olvida la desgracia! ¿Y quién sabe si alguno de los que bailan gozosos ante mí, estará seguro, — como decía Marcelo, — de tenr qué comer mañana?"

Cuando así reflexionaba, la señorita Mimí Pinson pasó junto a él, y Eugenio creyó ver que al pasar, con disimulo, tomaba un trozo de tarta que había quedado sobre la mesa, y se lo guardaba en la faltriquera.

V

YA estaba amaneciendo cuando se fueron. Antes de entrar en su casa, Eugenio estuvo paseando un rato por los alrededores para aspirar el aire fresco de la mañana. Sismpre abismado en sus tristes pensamientos, se repetía sin querer en voz baja la canción de la griseta:

"que no tiene más que un traje,
—¡landeriré!—
y una capota."

—¿Será posible? — se preguntaba. — ¿Puede la miseria sobrellevarse hasta el extremo de mostrarse francamente y reirse de sí misma? ¿Cómo pueden burlarse del que no tiene qué comer?

El trozo de tarta escondido por la señorita Pinson, no dejaba lugar a dudas. Eugenio sonreía recordándolo, y sentía a la vez una tierna piedad. Sin embargo, pensó, no ha agarrado pan, sino tarta; acaso sea golosa, y ¡quién sabe si lo llevará para el niño de alguna vecina o para una portera habladora, especie de cancerbero al que tenga que obsequiar, a fin de que no cuente a todo el mundo que no ha dormido en casa.

Sin darse cuenta, Eugenio se había internado al azar en el dédalo de callejuelas que hay a espaldas de la plazoleta de Jussy, tan angostas que apenas puede pasar un coche.

Cuando se disponía a volver sobre sus pasos, de un portal miserable salió una mujer, con los cabellos en desorden, pálida y desfallecida y envuelta en un manto raído. Tan débil estaba, que le flaqueaban las piernas y casi no podía sostenerse. Andaba apoyándose en las paredes, y se dirigía hacia una puerta próxima, donde había un buzón, para echar una carta que llevaba en la mano.

Eugenio, conmovido por tan triste sorpresa, se acercó a la mujer y le preguntó adónde iba, qué buscaba y si él podía ayudarla en algo, al mismo tiempo que extendía los brazos para sostenerla, pues la infeliz estaba a punto de caerse.

Pero ella, con orgullo y miedo a la vez, se apartó de él sin responderle, le tiró la carta y señalándole el buzón le dijo únicamente, haciendo un gran esfuerzo: "¡Ahí!" Después, apoyándose siempre en los muros, retrocedió hacia su casa.

Eugenio intentó en vano hacerla tomarse a su brazo y obtener una respuesta a sus preguntas.

La mujer entró lentamente en el portal estrecho y sombrío de que había salido, y se perdió en la oscuridad.

Eugenio había recogido la carta, dió algunos pasos para echarla al buzón, pero de pronto se detuvo. El extraño encuentro le había conmovido de tal modo, y sentía a la vez tal triste horror y tan profunda lástima, que antes de poder reflexionar, rompió el sobre involuntariamente. Creía un deber averiguar por cualquier medio aquel misterio. Indudablemente, la infeliz mujer se moría. ¿De alguna enfermedad? ¿De hambre? Lo mismo daba. En todo caso, en la miseria.

Abrió la carta. Iba dirigda al barón de ***, y decía así:

"Por caridad, señor, leed esta carta, y no
" desatendáis mis ruegos. Sólo vos podréis
" salvarme. Creed lo que voy a deciros; so-
" corredme y habréis hecho una buena ac-
" ción, de la que podéis sentiros orgulloso.
" Acabo de pasar una cruel enfermedad que
" me ha consumido las pocas fuerzas y el
" valor que me quedaban. El mes que viene
" volveré al taller; pero, entre tanto, me

" retiene mis muebles el casero, y estoy segura de que antes del sábado no tendré dónde guarecerme. Me da tanto miedo morir de hambre, que esta mañana decidí arrojarme al Sena, pues no he comido nada desde hace más de veinticuatro horas; pero al acordarme de vos, he recobrado alguna esperanza. ¿Verdad que no me engaño? Os lo pido de rodillas, señor; à poco que hagáis por mí, podré respirar aún algunos días. Pero me aterra morir, y ¡sólo tengo veintitrés años! ¡Con alguna ayuda podré resistir hasta primeros de mes! No sé qué deciros para excitar vuestra caridad; si lo supiera os lo diría; pero nada se me ocurre más que llorar, pues mucho temo que hagáis con mi carta lo que con otras muchas semejantes que recibís: romperla, sin pensar que una pobre mujer cuenta las horas y los minutos, esperando de vuestra generosidad no la dejéis en esta cruel incertidumbre. Estoy convencida de que no os detendrá la idea de privaros de un luis, que es tan poco para vos, y nada os será tan fácil como envolver vuestra limosna en un papel, con esta direceión: A la señorita Bertin, calle del Espolón. (Desde que trabajo en los almacenes he cambiado de nombre, pues el verdadero es el de mi madre.) Cuando salgáis dádsela a un recadero. Yo esperaré el miércoles y el jueves, y rezaré fervorosamente para que Dios os toque al corazón.

"Estoy pensando que no creeréis en tanta miseria, pero si me vierais os convenceríais. — Rougette."

Como se comprenderá, si Eugenio se fué conmoviendo según leía, su asombro fué mayor al ver la firma. ¡La que había derrochado caprichosamente su dinero, la que imaginó aquella graciosa cena referida por la señorita Pinson, era esta misma a quien la desgracia había reducido a tal extremo. Tanta locura e imprevisión parecían a Eugenio un sueño increible. Más no había duda: allí estaba la firma, y Mimí Pinson había pronunciado varias veces durante la velada el nombre de su amiga, conocida hasta ahora por la señorita Bertin.

¿Cómo se hallaba de pronto abandonada, sin tener qué comer, sin un socorro y casi sin albergue? ¿Qué hacían sus amigas mientras ellas expiraba quizás en un desván de aquella miserable casa? ¿Y qué casa era aquella donde la dejaban morir así?

No era momento de reflexionar, sino de acudir a socorrerla inmediatamente. Lo primero que hizo fué comprar algunas provisiones en un almacén cuyas puertas estaban abriendo.

Hecho esto, se encaminó, seguido de un peón del almacén hacia la casa de Rougette, dudando si atreverse a presentarse de improviso. El noble orgullo que la pobre mujer había manifestado le hacía temer, si no una negativa, al menos una protesta de su dignidad herida. ¿Cómo confesarla que había leído su carta? Cuando llegaron a la punta, dijo el mozo que traía las viandas.

—¿Conocéis a una joven llamada Bertin, que vive en esta casa?

—¡Ah, sí, señor! — respondió el mozo. — Se sirve de nosotros. Pero si el señor va a verla, no la encontrará. Se ha ido al campo.

—¿Quién os lo ha dicho? — preguntó Eugenio.

—¡La portera! A la señorita Rougette la gusta comer bien, pero la disgusta pagar. Más de una vez la hemos traído pollos asados, y sobre todo langostas; ¡pero para cobrar también hemos tenido que volver más de una vez! Por esto sabemos perfectamente cuándo está y cuándo no.

—Ha vuelto ya, — repuso Eugenio. — Subid a su casa, dejadla todo eso, y si os debe algo no se lo reclaméis hoy; yo me encargo de todo, y volveré a pagároslo. Y si os pregunta quién os envía, decidla que el barón de ***.

Eugenio se alejó, y en el camino volvió a cerrar como pudo el sobre de la carta, y la echó al correo. Después de todo esto, pensó Rougette aceptará mi envío, y si repara en que la respuesta a su carta ha sido demasiado rápida, allá se las entienda, con su barón.

VI

LOS estudiantes, como las grisetas, no todos los días están ricos. Eugenio comprendían que para dar verosimilitud a la pequeña comedia que el mozo de la tienda había de representar, debió añadir a su envío el luis que Rougette pedía; mas he aquí la dificultad: el luis no es precisamente la moneda corriente de la calle de Saint-Jacques; además, Eugenio acababa de comprometerse a pagar la deuda de Rougette, y, por desgracia, su gaveta estaba tan vacía como su bolsillo. Por esta causa se dirigió sin tardanza hacia la plaza del Panteón.

En aquel tiempo todavía vivía en dicha plaza un barbero famoso, que después quebró, arruinándose y causando a la vez la ruina de muchos. En aquella trastienda se ejercía secretamente toda clase de usura; a ella venía diariamente el pobre estudiante enamorado y sin recursos, para procurarse, a enorme interés, algún dinero que derrochar por la noche, y pagar bien caro al siguiente día, allí entraba la griseta furtivamente y con los ojos bajos para alquilar un sombrero usado, un chal desteñido y una camisa sacada del Monte de Piedad que lucir en un próximo día de campo; allí los jóvenes de buena familia recibían veinticinco luises, suscribiendo por ellos letras de dos a tres mil francos; los menores se comían su herencia por adelantado, y en fin, los pródigos, arruinaban su casa y se imposibilitaban la vida.

Desde la cortesana linajuda, a la que por una pulsera pierde la cabeza, hasta el hambriento pedante, codicioso de una liebre o de un plato de lentejas, todos acudían, como a la fuente de Pactolo, al usurero rapabarbas, que, orgulloso de su clientela y de sus mañas, llenaba la cárcel en Clichy, donde él también habría de dar algún día.

Tal era el triste recurso a que Eugenio acudía, aunque con repugnancia, para favorecer a Rougette, o para estar al menos en

condiciones de intentarlo, pues no creía probable que el ruego dirigido al barón produjese el efecto deseado. Verdaderamente, interesarse así por una desconocida era demasiada caridad en un estudiante; pero Eugenio creía en Dios, y toda buena acción le parecía necesaria.

Al entrar en la barbería, lo primero que vió fué una cara conocida. Era Marcelo, que sentado ante un tocador con un paño al cuello, simulaba dejarse peinar. El pobre estudiante, sin duda, había venido en busca de un préstamo con que pagar la cena de la víspera. Parecía muy preocupado, y fruncía el entrecejo sombríamente, mientras el peluquero, simulando a su vez rizarle los cabellos con un hierro completamente frío, le hablaba en voz baja con su acento gascón.

En un compartimiento inmediato, y ante otro tocador, estaba también sentado y con su paño un pobre forastero que, lleno de inquietud, miraba sin cesar a todos lados; y por la puerta entreabierta de la trastienda se veía reflejada en un antiguo espejo de los llamados Cupidos la figura delgada de una joven que, ayudada por la mujer del barbero, se probaba un traje de cuadros escoceses.

—¿A qué vienes tú aquí tan temprano? — exclamó al verle Marcelo, recobrando su animada expresión de siempre.

Eugenio se sentó cerca de él, y le explicó en pocas palabras el encuentro que había tenido y la intención que allí le traía.

—Eres muy cándido, Marcelo. ¿Para qué te molestas si ya tiene un barón? Has encontrado una linda mujer que no tenía qué llevarse a la boca, la has pagado un pollo, cosa que te honra, y, para que no te lo agradezca, permaneces en el incógnito. ¡Eso es heroico! Pero ir más allá sería una quijotada. Empeñar tu firma o tu reloj por una costurera a la que protege un barón, y a la que no tienes el honor de tratar, es cosa que únicamente se da en libros de caballerías.

—Ríete de mí, si quieres, — respondió Eugenio. — Sé que en este mundo hay muchas calamidades que yo no puedo evitar; lamento las que no conozco pero si sé de alguna debo tratar de aliviarla. Por mucho que haga, me es imposible permanecer indiferente ante el dolor. Mi abnegación no llega hasta ir en busca de los pobres; pero cuando me los encuentro, los socorro.

—En ese caso, — repuso Marcelo, — tienes mucho que hacer. Nunca te faltarán necesitados.

—¿Qué importa? — dijo Eugenio, impresionado aún por el espectáculo que acababa de presenciar. — ¿Será mejor dejarlos morir y seguir nuestro camino indiferentes? Esta desgraciada será quizá una mala cabeza, una loca, todo lo que quieras; acaso no se merezca la compasión que inspira, pero, a pesar de todo, me da lástima. ¿Vale más hacer lo que sus buenas amigas, que ayer la ayudaban a arruinarse, y ya no parecen acordarse de ella, como si no existiera? ¿De quién puede obtener recursos? ¿De un extraño que encenderá un cigarrillo con su carta, o acaso de la señorita Pinson, que cena y se divierte con toda su alma mientras su compañera se extingue de hambre?"

Te confieso sinceramente, mi querido Marcelo, que todo esto me causa horror. Mimí Pinson, esa loquita que anoche en tu casa reía y hablaba por todos, mientras la otra, la heroína de su cuento, expiraba en un miserable sotabanco, me repugna con su canción y sus gracias. Vivir así, como hermanas durante días y días, recorriendo teatros, bailes y cafés, y no saber cada una al día siguiente si la otra está muerta o viva, es peor que la indiferencia de los egoístas: es la insensibilidad de la bestia. ¡Tu Mimí Pinson es un mónstruo, y nada hay tan despreciable como estas grisetas que tanto ensalzas, estas costumbres desvergonzadas y estas amistades sin entrañas!

El barbero, que había callado mientras tanto, sin dejar de pasar su hierro frío por los cabellos de Marcelo, sonrió maliciosamente cuando Eugenio se calló. Hablador como una cotorra, o, mejor dicho, como un peluquero que era, tratándose de consumar alguna bellaquería, y taciturno y lacónico como un espartano, cuando el asunto iba por buen camino, en uno y otro caso había adoptado la prudente costumbre de dejar hablar a sus parroquianos cuanto quisieran, sin la menor interrupción, para intervenir después a su debido tiempo. La indignación que en términos tan violentos expresaba Eugenio le hicieron, no obstante, romper su silencio.

—Sois muy severo, señor, — dijo con su burlona risa de gascón. — Yo tengo el honor de peinar a la señorita Mimí, y creo que es una excelentísima persona.

—Sí, — dijo Eugenio, — excelente, en efecto, cuando se trata de beber y fumar.

—Es posible, — replicó el barbero, — no digo que no. Las jóvenes suelen reir, cantar y fumar. Pero también tienen corazón.

—¿A dónde vais a parar, padre Cadédis? — preguntó Marcelo. — Basta de diplomacia y explicáos claro.

—Quiero decir, — respondió el barbero, refiriéndose a la trastienda, — que allí hay colgado de un clavo un traje de seda negra que reconoceréis sin duda si tratáis a su propietaria, cuyo guardarropa está muy poco surtido. La señorita Mimí me ha enviado dicho traje esta mañana muy temprano, y me figuro que si no ha acudido en socorro de Rougette debe ser porque no está nadando en oro.

—¡Es curioso! — dijo Marcelo, levantándose y entrando en la trastienda, sin la menor consideración con la pobre mujer del traje a cuadros escoceces. — ¿Luego la canción de Mimí ha mentido, puesto que trae su traje a empeñar? Pero entonces, ¿con qué diablos sale ahora a la calle?

Eugenio había seguido a su amigo. El barbero no los engañaba. En un rincón, entre una porción de ropa de todas clases, usada y cubierta de polvo, estaba humilde y tristemente colgado de un clavo el único traje de la señorita Pinson.

—Es verdad, — dijo Marcelo; — conozco bien este traje desde que le vi nuevo y por primera vez hace diez y ocho meses. Esta es la bata de casa, el traje de faena y el traje de gala de la señorita Mimí. Ahí, en la man-

ga izquierda, debe haber una pequeña mancha de champaña. ¿Y cuánto la habéis prestado por esto, padre Cadédis? Supongo que no lo habéis comprado, y que sólo está aquí en calidad de prenda.

—La he prestado cuatro francos, — respondió el barbero, — y os aseguro, señor, que ha sido por pura caridad. A cualquier otra no la hubiera dado más de cuarenta sueldos, pues está tan raído, que se trasparenta como una linterna mágica. Pero yo sé que la señorita Mimí me pagará; merece los cuatro francos.

—¡Pobre Mimí! — añadió Marcelo. — Apostaría ahora misma la cabeza a que sus cuatro francos son para Rougette.

—O para pagar alguna deuda atrasada.

—No, — dijo Marcelo, — conozco a Mimí. La creo incapaz de despojarse de ellos por un acreedor.

—Menos todavía, — dijo el barbero. — Yo he conocido a la señorita Mimí en una posición mejor que la actual; entonces tenía un gran número de deudas. Todos los días se presentaban a cobrar alguna, llevándose lo que podían, hasta que acabaron por dejarla sin muebles, salvo la cama, porque sin duda sabían que un acreedor no puede nunca despojar del lecho a su deudor. Pues bien, entonces la señorita Mimí tenía los cuatro trajes de costumbre, y, poniéndoselos uno encima de otro, se acostaba con los cuatro para que no se los quitasen; por eso me sorprendería ahora, si no teniendo más que uno, lo empeñase para pagar a alguien.

—¡Pobre Mimí! — repitió Marcelo. — Pero entonces, ¿cómo se las compone? ¿Ha engañado a sus amigos, o posee en secreto otra indumentaria? Acaso se halle enferma de un atracón de tarta, y si está enferma en cama no necesita realmente vestirse. No importa, padre Cadédis, me enternezco ante este traje, cuyas mangas cuelgan cruzadas como suplicando. Tomad, descontadme cuatro francos de los treinta y cinco que acabáis de adelantarme, y envolvedme este traje en un paño para llevárselo a su dueña. Y bien, Eugenio, — continuó, — ¿qué dice de esto tu cristiana caridad?

—Que tiene razón, — respondió Eugenio, — para hablar como hablas y hacer lo que haces; pero apuesto lo que quieras, a que en este caso no me equivoco.

—Sea, — dijo Marcelo. — Apostemos un cigarro como los miembros del Jockey Club. Así, pues, nada nos queda que hacer aquí. Poseo treinta y un francos; somos ricos. Vamos a casa de la señorita Pinson. Tengo curiosidad por verla.

Y tomando bajo el brazo el envoltorio, salió de la barbería con Eugenio.

VII

CUANDO los estudiantes llegaron a casa de Mimí Pinson, preguntaron por ella a la portera, que respondió:

—La señorita está en misa.

—¡En misa! — dijo Eugenio sorprendido.

—¡En misa! — repitió Marcelo. — Es imposible. No ha podido salir. Dejadnos subir; somos unos antiguos amigos.

—Os aseguro, señor, — respondió la portera, — que ha salido a misa hace unos tres cuartos de hora.

—¿Y a qué iglesia ha ido?

—A San Sulpicio, como de costumbre. No falta un día.

—Sí, sí. Ya sé que es muy devota. Pero me extraña mucho que haya salido hoy.

—Aquí la tenéis, señor. Acaba de volver la esquina. Miradla.

La señorita Pinson volvía, en efecto, de misa. Marcelo, en cuanto la vió corrió hacia ella, impaciente por examinar de cerca su indumentaria. Consistía ésta en una especie de falda hecha con un trozo de percal forrado asomando bajo una cortina de sarga verde, a modo de chal. De tan original indumentaria, que, a pesar de todo, por sus tonos oscuros no llamaba la atención, salían su linda cabecita, graciosamente tocada con su gorrito blanco, y sus menudos pies, calzados con brodequines. Se había envuelto con tan artística habilidad en la cortina, que ésta parecía un verdadero chal. En fin, aun en tal atavío hallaba un nuevo modo de agradar, probando una vez más que en este mundo la mujer bonita siempre es bonita.

—¿Qué tal os parezco? — dijo a los dos amigos, entreabriendo un poco el gracioso chal y dejando ver su fino talle, aprisionado en el corsé. — Es un traje de mañana que acaban de traerme de Palmira.

—Estáis encantadora, — dijo Marcelo. — Nunca hubiera creído que pudiera favorecer tanto una cortina a manera de chal.

—¿De verdad? — replicó Mimí Pinson. — Pero debo parecer un puñado de...

—Rosas, — replicó Marcelo, sin dejarla acabar. — Casi me arrepiento ahora de haberos traído vuestro traje.

—¿Mi traje? ¿Dónde lo habéis encontrado?

—Donde se hallaba.

—¿Y le habéis librado de la esclavitud?

—¡Oh, por Dios! Naturalmente. He pagado su rescate? ¿Os pesa mi audacia?

—De ningún modo, a cambio de devolveros el favor algún día. Me alegra volver a ver mi traje, pues, a deciros la verdad, hace mucho tiempo que vivimos juntos, e insensiblemente le he ido tomando gran cariño.

Mientras hablaba, la señorita Pinson subió con ligereza los cinco pisos que conducían a su chiribitil, seguida de los dos estudiantes, que entraron tra ella.

—Sn embargo, — repuso Marcelo, — no puedo devolveros el traje más que con una condición.

—¡Bah! — dijo la griseta. — ¡Qué tontería! ¿Con condiciones? No quiero.

—He aceptado una apuesta, — dijo Marcelo, — Es preciso que nos digáis francamente por qué lo habéis empeñado.

—Pues dejadme antes que me lo ponga, — respondió la señorita Pinson, — y os diré en seguida el motivo. Pero os prevengo que si no queréis hacer antesala en el armario o en el desván, tendréis que volver la cabeza, como Agamenón, mientras me visto.

—Somos más formales que se cree, — dijo Marcelo, — y no arriesgaremos ni una mirada.

—Esperad — replicó la señorita Pinson.

— Tengo confianza absoluta; pero la seguridad de los pueblos enseña que dos precauciones valen más que una.

Al mismo tiempo se desembarazó de la cortina, y la extendió delicadamente sobre las cabezas de los dos amigos, de modo que nada pudieran ver.

—No os mováis, — les dijo. — Es cosa de un instante.

—Cuidado, — dijo Marcelo. — Si tiene la cortina algún agujero, no respondo de nada. No os habéis querido fiar de nosotros, y damos nuestra palabra por no empeñada.

—Afortunadamente, tampoco está empeñado mi traje, — respondió la señorita Pinson. — Ya estoy, — añadió riéndose y echando la cortina al suelo. — Pobre trajecito mío! ¡Me parece nuevo! ¡Oh, qué gusto estar dentro de él!

—¿Y vuestro secreto? ¿Nos le diréis ahora? Vamos, decidlo sinceramente. Nosotros no somos habladores. ¿Cómo y por qué una joven como vos, sensata, ordenada, virtuosa, y modesta, de pronto ha colgado todo su vestuario de un clavo?

—¿Por qué? ¿Por qué?... — respondió la señorita Pinson, como dudando.

Y tomando a sus dos amigos del brazo, les empujó hacia la puerta, diciendo:

—Venid conmigo y lo veréis.

Como Marcelo se esperaba, les condujo a la calle del Espolón.

VII.

MARCELO había ganado la apuesta. Los cuatro francos y el trozo de tarta de la señorita Pinson estaban sobre la mesa de Rougette, junto a los restos del pollo que le había enviado Eugenio. La pobre enferma, aunque un poco mejor, se hallaba en cama todavía; y a pesar de su profunda gratitud hacia su desconocido bienhechor, encargó a su amiga la excusase con los visitantes, por no serla posible recibirlos en aquel estado.

—¡La conozco muy bien! — dijo Marcelo. — Ha de estar muriéndose sobre un jergón en su buhardilla, y aún se hará la duquesa.

Los dos amigos, bien a su pesar, se vieron obligados a volverse a su casa, no sin reirse de tanta virtud, y discrección, raramente alojadas en un sotabanco.

Después de asistir a las clases en la Escuela de Medicina, comieron juntos y dieron un paseo por el bulevar de los Italianos. Mientras Marcelo, fumándose el cigarro de la apuesta, hablaba de sta manera:

—Después de todo esto, ¿te negarás a reconocer que tengo razón para amar profundamente a estas pobres criaturas? Consideremos las cosas fríamente y desde un punto de vista filosófico. Al despojarse de su traje esta pequeña Mimí, a la que tanto has calumniado, ¿no ha hecho una obra más meritoria y hasta más cristiana que el buen rey Rigoberto, permitiendo a un mendigo que le cortase la franja de su manto? Por una parte, el buen rey Rigoberto tenía indudablemente otros muhcos trajes de repuesto; y por otra parte, según cuenta la historia, el buen rey Rigobrto finalizaba un banquete cuando cierto mendigo deslizándose en cuatro pies, llegó hasta la mesa y con unas tijeras cortó la franja de oro del manto real. La reina se mostró enfurecida por el hecho; pero el magnánimo monarca lo perdonó generosamente. Todo ello es cierto, y está bien; más no hay qeu olvidar que el rey acababa de comer suculentamente. ¿Ves qué diferencia entre Mimí y el buen rey Rigoberto? Cuando Mimí supo la desgracia de Rougette seguramente se hallaba en ayunas, y estoy convencido de que el trozo de torta que escondió mientras bailaba lo destinaba de antemano para su propio desayuno. ¿Y qué es lo que ha hecho? En vez de desayunarse se va a misa, mostrándose también en esto igual al buen rey Rigoberto, que era muy religioso, es verdad, pero que perdía el tiempo cantando en el coro, mientras los normandos hacían de las suyas. El rey Rigoberto regala la franja de su manto, pero se queda con éste; Mimí, en cambio, empeña todo su traje al padre Cadédis, acción incomparable en quien, como Mimí, es mujer joven, bonita, coqueta y pobre, y en quien, — fíjate bien, — necesita su traje para poder ir como de costumbre, a ganarse el pan del día. De modo que no sólo se priva de la tarta que pensaba devorar, sino que voluntariamente se dispone a no probar bocado." Hay que advertir, además, que el padre Cadédis está muy lejos de ser un mendigo y de arrastrarse en cuatro pies hasta la mesa. El rey Rigoberto no hizo un gran sacrificio renunciando a su franja, puesto que ya estaba cortada, y hasta quién sabe si antes la llevaba cosida al manto y en disposición de ser sustituída; mientras que Mimí, bien ajena a sospechar que la privasen de su traje, renuncia a él voluntariamente y se despoja de su prenda más querida, más preciosa y más útil que los oropeles de todas las pasamanerías de París.

"Mimí sale ataviada con una pobre cortina, no a otro lugar que a la iglesia, pues antes se dejaría cortar un brazo que mostrarse así en el Luxemburgo o las Tullerías; pero sí ante Dios, porque es la hora en que todos los días reza. Créeme, Eugenio, en el sólo hecho de atravesar en traza tal la plaza de Saint-Michel, la calle de Tournon y la calle del Petit-Lión, donde todo el mundo la conoce, hay más valor, humildad y virtud que en todos los himnos del buen rey Rigoberto. Y mientras tantos han alabado a éste, la pobre Mimí morirá en el anónimo de su sotabanco, entre unos cirios y un puñado de flores.

—Tanto mejor para ella, — dijo Eugenio.

—Y si aún quisiéramos hacer otra comparación, — dijo Marcelo, — podríamos establecer un paralelo entre Mucio Scévola y Rougette. Aquél resistió en efecto, durante cinco minutos el dolor de un brazo abrasado a la llama de un brasero; pero ¿qué era aquello para un romano de tiempos de Tarquino, comparado con una griseta de nuestros tiempos que lleva veinticuatro horas sin comer? Los dos lo han sufrido en silencio, pero examinemos por qué causas. Mucio está en medio de un campamento y en presencia de un rey etrusco, al que ha querido asesinar; le ha fallado el golpe y ha caído pri-

sionero. ¿Qué imagina para salvar su vida? Un bello gesto. Y para que le admiren antes de ejecutarle, se achicharra una mano tomando una brasa; mas nada prueba que el brasero de donde la tomó estuviera bien encendido ni que la mano quedase reducida a cenizas. Entonces, el generoso, Porsenan, estupefacto, ante la fanfaronada, le perdona y le pone en libertad. Se puede afirmar que el tal Porsena, capaz de tal perdón, estaba aquel día bien dispuesto, y que Scevola esperaba que sacrificando un brazo podría salvar la cabeza" Rougette, por el contrario, soporta, pacientement el más horrible y lento de los uplicios: el hambre. Nadie la ve. Está sola en su cuchitril, sin que nadie que la admire; sin Porsena, o sea el zarón; ni los romanos, o sean los vecinos; ni los etruscos, o sean sus acreedors ,y en fin, sin el brasero, pues el hornillo está apagado. Entonces, ¿por qué sufre sin quejarse? Desde luego, por vanidad, es cierto; pero Mucio estaba en el mismo caso. Sufre en silencio, y esta es su mayor gloria, por grandeza de alma. Si se encierra en su dolor, es precisamente para que sus amigos no sepan que se muere, para que no la tengan lástima, para que su camarada Pinson, cuya bondad conoce, no se vea obligada a socorrerla, como ha hecho.

"Mucio, en el caso de Rougette, hubiera aparentado morir en silencio, pero en una plaza pública. Su taciturno y sublime orgullo hubiera hallado una manera delicada de pedir un vaso de vino y un mendrugo. Es cierto que Rougette ha solicitado un luis del barón, al que insisto en comparar con Porsena, ¿pero no comprendes que evidentemente el barón habrá recibido de Rougette ciertos favores personales? Esto salta a la vista del menos clarividente. Y si además, como tú has sospechado muy atinadamente, el barón se ha ido, en efecto, al campo, entonces Rougette está perdida. Y no he de aceptar la pueril razón que se opone a todas las bellas acciones femeninas; esto es, que las mujeres no sabn lo que hacen, y que corren al borde del peligro como los gatos al borde del tejado.

Rougette sabe lo que es la muerte. La vió bien cerca una vez que se arrojó al Sena.

Algunas veces la he preguntado si sufrió, y siempre me ha respondido que no; que no sintió nada hasta que unos barqueros la sacaron tirándola de las piernas y "rascándola", como ella dice, la cabeza con el borde de la barca.

—Basta, — dipo Eugenio; — no sigas con tus amargas ironías. Respóndeme seriamente: ¿Crees que tan terribles pruebas, repetidas una y otra vez, pueden dar buen fruto? Estas pobres criaturas, sin consejo, sin apoyo y a su libre albedrío, ¿tienen suficiente sentido para aprender con lo experiencia? ¿Hay un demonio tentador que las arrastra eternamente a la desgracia y a la locura, o, a pesar de tantas extravagancias, pueden volver al camino del bien?

"He aquí una que, según dices, reza, va a misa y cumple con la iglesia; vive honestamente de su trabajo; sus compañeras parecen estimarla, y hasta vosotros mismos, sin respeto a nada, no la tratáis como a las demás.

"He aquí otra que pasa sin cesar de la alegría y la abundancia a la triste miseria, de la prodigalidad a los horrores del hambre, y que debía acordarse de las crueles lecciones que recibe. ¿Crees que con buenos consejos, una vida ordenada y alguna ayuda se puede hacer de estas dos loquillas dos criaturas razonables? Si así es, dímelo.

"Una ocasión se nos presenta. Vamos a casa de la pobre Rougette. Todavía estará en el lecho cuidada por su amiga. No me quites mi idea, déjame hacer. Voy a intentar llevarla al buen camino, voy a hablarla sinceramente, sin reproches ni sermones; acercándome a su lecho y estrechando su mano, la diré...

En este momento los dos amigos pasaban ante el café Tortoni. En la claridad de una ventana se dibujaba la silueta de dos jovencitas que saboreaban un helado. Al verlos, una agitó el pañuelo y la otra rompió en una sonora carcajada.

—¡Diablo! — dijo Marcelo. — Si quieres hablarla no tenemos que ir tan lejos. Míralas. ¡Mimí con su traje, y Rougette con sus plumas blancas, siempre en pos de placeres! Sin duda el barón se ha portado bien.

IX

EUGENIO preguntó:

—Semejante locura, ¿no te espanta?

—En efecto, — replicó Marcelo. — Pero te ruego que cuando hables mal de las grisetas no cites a Mimí Pinson. Nos ha entretenido con su charla durante una velada, ha empeñado su traje por cuatro francos y se ha hecho un chal con una cortina; y quien dice lo que sabe, da lo que tiene y hace lo que puede, no está obligado a más.

A. DE MUSSET.

El gobierno representativo es la justicia funcionando, la razón viva, la moral armada. — Royer Collard.

* * * *

No hay derecho alguno contra el derecho; sin éste no hay en la tierra más que una vida sin dignidad y una muerte sin esperanza. — Royer Collard.

Las leyes excepcionales son empréstitos usurarios que arruinan a los gobiernos. — Royer Collard.

* * * *

Los gobiernos representativos han sido condenados al trabajo; lo mismo que los obreros, viven del sudor de sus frentes. — Royer Collard.

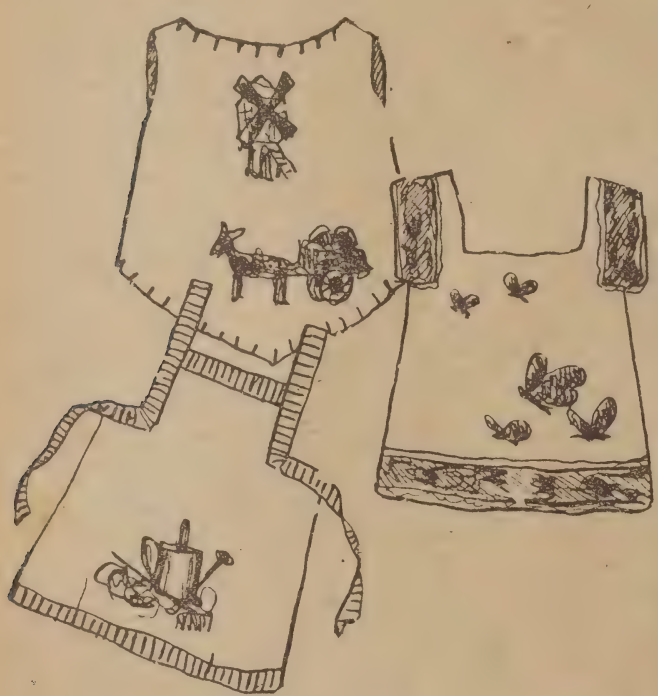
Las vacaciones y los delantales infantiles

El delantal tiene gran importancia en la vestimenta infantil, más aun durante la época de vacaciones, pues con los grandes calores todo el mundo se acobarda ante la idea de "vestirse", y los niños principalmente. Con sus constantes corridas, sus juegos y traqueteo, sufren más si es posible, el terrible calor.

Tan bonitos como prácticos, los deliciosos delantales representan una comodidad innegable para todas las mamás.

Los delantalcitos de los chicos, ya sea en brin, en vichy o en cretona, pueden resultar elegantísimos bordándolos con originales motivos, como los que publicamos en esta página, por ejemplo, se ve un delantalcito cuyo bordado reproduce, a punto passé, el vuelo de las multicolores mariposas, y cuya orla y borde de las mangas está ribeteado por un galón de color verde crudo salpicado de florecitas violetas y amarillas.

Otro delantal, de brin azul, lleva, bordado al punto de tallo, un molino y un burrito que arrastra una carreta cargada con bolsas de harina. Este encantador motivo, debe ser bordado con colores fuertes, como por ejemplo rojo vivo para el techo del molino, ocre para las paredes, marrón claro para las aspas y la escalera, y marrón obscuro para el burrito, verde para la carreta y verde un poco más claro para el pasto, encarnado fuerte para las amapolas y un poco de blanco para las bolsas de harina. Todos los contornos del dibujo están rodeados por un punto de tallo negro y un punto festón también negro, orilla el delantalcito.



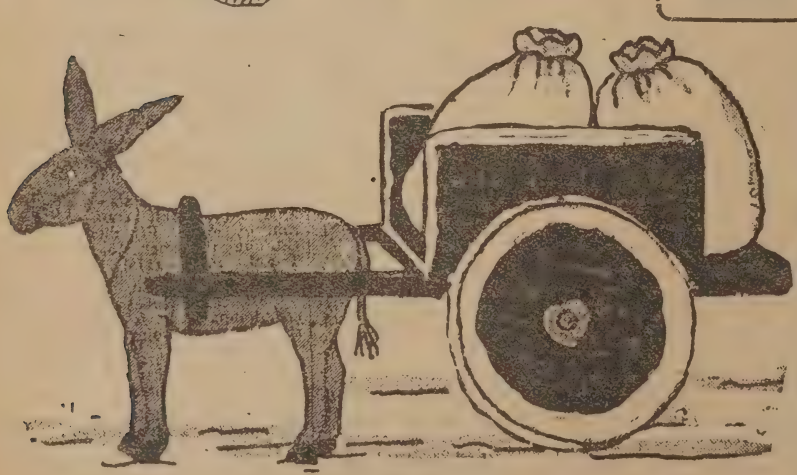
Esta interesante nota para el hogar ha sido publicada en las páginas femeninas que

EL DIARIO

4a. edicición

publica todos los jueves.

Compre todas las tardes EL DIARIO



Si quiere recibir el número del próximo jueves, envíe el cupón que aparece en la página 3 de este ejemplar.

INTERESANTISIMA NARRACION DE UN GRAN AUTOR

LA LEYENDA DE SAN JULIAN EL HOSPITALARIO

POR GUSTAVE FLAUBERT

(Traducción del francés)

Más que un cuento es una novela corta escrita por el famoso novelista francés que hace en ella gala de su fantasía, de su habilidad descriptiva y de su estilo tan colorido y tan admirablemente pulcro.

I

El padre y la madre de Julián habitaban en un castillo en medio de los bosques, sobre la pendiente de una colina.

Las cuatro torres angulares tenían el techo puntiagudo, recubierto de escamas de plomo, y los muros descansaban por su base en los bordes de las rocas, abruptamente despeñadas hasta el foso.

Las piedras del patio estaban limpias como el enlosado de una iglesia. Largos canalones, en figura de dragón boca abajo, escupían el agua de lluvia hacia la cisterna, y al borde de las ventanas, en todos los pisos, en macetas de arcilla pintada, abríanse al sol basiliscos o heliotropos.

Otro recinto, labrado de piedra, abrazaba primero un vergel de árboles frutales, en seguida un parterre cuyas combinaciones de flores dibujaban letras, luego un emparrado con toldo, para tomar el fresco, y una cancha de juego de bolos para diversión de los pajes. Al otro lado estaban la perrera, las cuadras, la panadería, el lagar y las trojes. El césped de un verde pradera se extendía en redor, y acababa cerrándose con un fuerte vallado de espinos.

Tanto tiempo llevaban viviendo en paz, que el rastrillo no se bajaba; los fosos estaban llenos de agua, las golondrinas anidaban en las grietas de las almenas, y el arquero, que se paseaba todo el día sobre la muralla, cuando el sol brillaba con demasiada fuerza se metía en su atalaya y se dormía como un fraile.

Dentro, los hierros relucían por todas partes; en los salones, grandes tapices protegían contra el frío; los armarios rebosaban de ropa; toneles de vino apilábanse en las bodegas; los cofres de encina rechinaban bajo el peso de las talegas de plata.

En la sala de armas, entre los estandartes y las pieles de bestias feroces, dormían armas de todos los tiempos y todas las naciones, desde las hondas de los amalecitas y las jabalinas de los saramantes, hasta los alfanjes sarracenos y la cota de malla normanda.

En el asador grande de la cocina podían asar un toro entero; la capilla era suntuosa como el oratorio de un rey. Hasta tenían en lugar apartado un balneario con estufa a la romana; pero el señor se privaba del baño, considerando que era un uso de idólatras.

Siempre envuelto en una pelliza de piel de zorro, paseábase por su mansión, administraba justicia a sus vasallos, apaciguaba las querellas de sus vecinos.

Durante el invierno miraba caer los copos de nieve o hacía que le leyeran historias.

Apenas comenzaba el buen tiempo, se iba, montado en su mula, por los senderos, orillando los trigos que verdeaban; y conversaba con los villanos, dándoles buenos consejos.

Después de muchas aventuras había tomado por mujer una señorita de noble linaje.

Era muy blanca, seria y un poco altiva. Los cuernos de su tocado rozaban el dintel de las puertas: la cola de su vestido de

paño ...astraba tres pasos detrás de ella.

Su servicio estaba regulado como el interior de un monasterio: todas las mañanas repartía ella misma la faena a sus criadas, vigilaba las confituras y los ungüentos, hilaba en su rueca o bordaba lienzos de altar. En fuerza de rogar a Dios, la llegó un hijo.

Entonces hubo grandes festejos y una comida que duró tres días y cuatro noches, iluminada por antorchas, al son de las arpas sobre una alfombra de hojas.

Se comió allí, con las más raras especias, gallinas grandes como corderos; por diversión, salió un enano de un pastel, y como las escudillas no bastaban porque la muchedumbre aumentaba siempre, fué forzoso beber en los olifantes y en los cascos.

La que recién había dado a luz no asistió a esas fiestas. Permanecía en su lecho, tranquilamente. Una noche se despertó, y a la luz de la luna que entraba por la ventana vió como una sombra movediza. Era un viejecito vestido con hábito de sayal, con su rosario al costado, la alforja al hombro y toda la apariencia de un ermitaño. Se aproximó a su cabecera. Ella dijo sin despegar los labios:

—¡Regocíjate, oh, madre! ¡Tu hijo será santo!

Iba a gritar la dama; pero, resbalando por el rayo de luna, se elevó en el aire, suavemente y desapareció.

Los músicos del banquete estallaban con fuerza. Oyó ella la voz de los ángeles, y su cabeza cayó sobre la almohada, dominada por una reliquia de mártir en su marco de carbunclos.

Preguntados todos los servidores al día siguiente, declararon que ellos no habían visto al ermitaño. Ensueño o realidad, aquello debía ser un aviso del cielo; pero cuidó de no decir palabra, por miedo de que la acusaran del pecado de orgullo.

Los convidados se fueron al amanecer, y el padre de Julián hallábase fuera de la poterna, donde acababa de despedir al último, cuando, de pronto, un mendigo se alzó ante él, entre la niebla. Era un bohemio de barba revuelta, con aros de plata en ambos brazos y las pupilas llameantes. Con aire inspirado, balbuceó estas palabras sin ilación:

—¡Ah, tu hijo!... ¡Mucha sangre!... ¡Mucha gloria!... ¡Siempre afortunado!... ¡La familia de un emperador!

Inclinándose para recoger su limosna, se perdió entre la alta hierba y desapareció.

El buen castellano miró a derecha e izquierda, gritó cuanto pudo. ¡Nadie! El viento silbaba; iban huyendo las brumas de la mañana.

Atribuyó esta visión a fatiga de su cabeza por haber dormido demasiado poco. "Si hablo de ello se burlarán de mí", se dijo. Sin embargo, los esplendores a que su hijo estaba destinado le deslumbraban, aún cuando la promesa no fuese muy clara y hasta dudase de haberla oído.

Marido y mujer se ocultaron su secreto. Pero ambos querían al niño con un amor igual, y, respetándole como el elegido de Dios, tuvieron para su persona cuidados infinitos.

Descansaba en su cuna sobre el más fino plumón; una lámpara, en forma de paloma, ardía continuamente; tres nodrizas le mecían; y bien fajado en sus mantillas, la carita rosa y los ojos azules, con su manto de brocado y su capillo cuajado de perlas, parecía un niño Jesús. Los dientes le brotaron sin que llorara una sola vez.

Cuando tuvo siete años, su madre le enseñó a cantar. Para hacerle valeroso, su padre le montaba en un caballo grande. El niño sonreía de contento, y no tardó en saber todo lo que concierne a los jinetes diestros.

Un fraile viejo y muy sabio le enseñó las sagradas escrituras, la numeración de árabes, las letras latinas y a trazar sobre vitelas delicadas pinturas. Trabajaban juntos, lejos del ruido, en lo alto de una torre.

Terminada la lección bajaban al jardín, donde, paseándose sosegadamente, estudiaban las flores.

A veces, caminando por lo más hondo del valle, veían una hilera de bestias de carga, conducidas por un peatón ataviado a la moda asiática. El castellano conocía que era un mercader, y le mandaba a su encuentro algún criado.

Tomando confianza, el extranjero se desviaba de su ruta, e introducido en el locutorio sacaba de sus cofres piezas de terciopelo y seda, orfebrerías, aromas, cosas extrañas de uso desconocido; luego, el hombre se iba con su buena ganancia, sin haber sufrido ninguna violencia.

Otras veces llamaba a la puerta un tropel de peregrinos. Sus vestidos mojados humeaban delante del hogar, y cuando ya estaban confortados relataban sus viajes; las naves perdidas sobre el mar espumante, las caminatas a pie por las arenas abrasadas, la ferocidad de los paganos, las cavernas de Siria, el pesebre de Belén y el Santo Sepulcro. Luego daban al joven señor conchas de sus hábitos.

Con frecuencia festejaba el castellano a sus viejos compañeros de armas.

Bebían, y mientras recordaban sus guerras, los asaltos de fortalezas con las máquinas de batir, las prodigiosas heridas.

Al oirlas, Julián lanzaba grandes gritos, y su padre no tenía duda de que más tarde llegaría a ser un conquistador.

Pero una noche, cuando salía del "Angelus", al pasar entre los humildes mendicantes, acudía a su escarcela con aire tan noble y tanta modestia, que su madre daba por seguro que con el tiempo habría de verle arzobispo.

Su sitio en la capilla estaba al lado de los padres, y por largos que fuesen los oficios, permanecía de rodillas en su reclinatorio, la gorra en tierra y las manos juntas.

Un día, durante la misa, vió, al levantar la cabeza, a una ratita blanca que salía de de un agujero del muro. Correteó por el primer escalón del altar, y tras dos o tres vueltas a la derecha y a la izquierda, se escondió en el mismo sitio.

Al domingo siguiente, la idea de que acaso volviera a verla le disgustaba. Salió,

en efecto, y todos los domingos la esperaba, tan molesto, que acabó por tomarle odio y resolvió deshacerse de ella.

Cerrando antes la puerta y sembrando por los peldaños las migajas de un bollo, se apostó delante del agujero con una varita en la mano.

Al cabo de mucho rato apareció el hocico ocado, y luego la rata entera.

Descargó un ligero golpe, y se quedó estupefacto ante aquel cuerpecito que ya no se movía.

Una gota de sangre manchó la losa. La limpió muy de prisa, con su manga, tiró fuera la rata y no dijo nada a nadie.

Pajaritos de toda especie picoteaban los granos del jardín. Imaginó meter arvejas en una caña hueca, y cuando los oía piar en un árbol se acercaba despacio; luego alzaba su tubo, inflaba las mejillas y los animalitos le llovían sobre los hombros tan copiosamente, que reía sin poderse contener, satisfecho de su malicia.

Una mañana, al volver por la cortina de la muralla, vió la cresta almenada de un plomo grande que se engallaba al sol. Julián se detuvo para mirarle; en aquel sitio tenía una brecha la pared, y había guijarros al alcance de la mano.

Sacudió el brazo, y la piedra derribó al pájaro, que cayó a plomo en el foso.

El palomo, con las alas rotas, palpitaba colgado de las ramas de un ligustro.

La persistencia de su vida irritó al niño. Se lanzó a estrangularle, y las convulsiones del pájaro hicieron latir su corazón, llenándole de salvaje y tumultuosa voluptuosidad. Al último estremecimiento se sintió desfallecer.

Por la noche, durante la cena, su padre declaró que ya estaba en edad de aprender la montería; y fué a buscar un viejo cuaderno manuscrito que encerraba todo lo relativo a la caza en forma de preguntas y respuestas.

Un maestro enseñó en él a su discípulo el arte de educar a los perros y adiestrar los halcones, de tender lazos, de cómo reconocer al ciervo en su vaho, al zorro en sus huellas, al labo en sus escarbaduras; el mejor medio de discernir sus caminos, de qué manera se les lanza, dónde se encuentran habitualmente sus refugios, cuáles son los vientos más propicios, con enumeración de las vocerías y de las reglas de la ralea.

Cuando Julián pudo recitar de memoria todas esas cosas, su padre le regaló una jauría.

Primero se veían veinticuatro lebreles berberiscos, más veloces que gacelas, pero propensos a desbocarse; luego diez y siete parejas de perros bretones, rayados de blanco sobre fondo rojo, de crédito bien ganado, fuertes de pecho y grandes ladradores.

Para atacar al jabalí y para las refriegas peligrosas había cuarenta grifones, peludos como osos.

Unos mstines de Tartaria, casi tan altos como asnos, color de fuego, largo espinazo y el jarrete recto, estaban destinados a perseguir los uros; la negra piel de los perros españoles lucía como el raso; el ladrido agudo de los talbots compensaba el de los podencos sochantres. En un patio aparte gruñían, sacudiendo su cadena y rodando las pupilas, ocho dogos alanos, animales formidables que saltan al vientre de los caballos y no tienen miedo de los leones.

Todos comían pan candeal, bebían en pilas de piedra y llevaban un nombre sonoro.

La cetrería aventajaba quizá a la jauría; el buen padre había conseguido a fuerza de oro azores tercuelos del Cáucaso, sacres de Babilonia, jerifaltes de Alemania y halcones peregrinos capturados sobre los cantiles, a orilla de los mares fríos, en países remotos.

Se guarecían en un cobertizo de bálago, y, colgados por orden de tamaños sobre su alcándara, tenían delante de ellos un montón de hierba donde les ponían de vez en cuando para desentumecerlos.

Bolsas, anzuelos, trampas de hierro, toda clase de ingenios fueron fabricados para el niño.

A menudo llevaban al campo perros perdigueros, que pronto se ponían de muestra. Entonces los picadores, avanzando paso a paso, extendían con precaución sobre sus cuerpos impasibles una red inmensa. A la voz de mando, ladraban; las perdices levantaban vuelo, y las damas de los contornos, invitadas con sus maridos, los niños, las camareras, todo el mundo se arrojaba sobre ellas y las agarraban fácilmente.

Otras veces, para levantar liebres redoblaban el tambor. Abrían fosos para los zorros, o bien preparaban una trampa con resorte que, al aflojarse, atrapaba un lobo por la pata.

Pero Julián despreciaba tan cómodos artificios ,y prefería cazar lejos con su caballo y su halcón.

Era casi siempre un magnífico azor de Escitia, blanco como la nieve. Su capuchón de cuero remataba en un penacho. Cascabeles de oro temblaban en sus patas azules, y se mantenía erguido en el brazo del amo cuando iba devorando la llanura al galope de su caballo.

Julián desataba sus correas y le soltaba de pronto; el ave audaz subía en el aire recta como una flecha, y se veían dos manchas desiguales voltear, juntarse, luego desaparecer en las alturas del azul.

El halcón no tardaba en bajar desgarrando alguna presa, y volvía a colocarse en la guanteleta, con las dos alas palpitantes.

Julián dió caza de este modo a la garza real, al milano, a la corneja y al buitre.

Le placía seguir a sus perros, resonando la trompa, cuando corrían por la vertiente de las colinas, saltaban los arroyos y subían hacia el bosque; y cuando el ciervo comenzaba a gemir, lleno de mordeduras, él le remataba prestamente; luego se deleitaba en la furia de los mastines que le devoraban, descuartizado sobre su misma piel humeante.

Los días de niebla se perdía en un pantano para acechar a los patos, las nutrias y los ánades.

Tres palafreneros le esperaban al rayar el alba al pie de la gradería, y ya podía el buen monje asomarse a su tragaluz y

hacerle señas para que volviera. Julián no se detenía. Salía con el rigor del sol, lloviendo a mares, en medio de la tormenta; bebía el agua de los manantiales en la mano, comía, cabalgando manzanas silvestres; si estaba fatigado, descansaba al pie de una encina, y volvía a media noche, cubierto de sangre y de barro, con espinas en los cabellos y trascendiendo al olor de las bestias feroces. Llegó a ser como ellas. Cuando su madre le besaba, Julián aceptaba fríamente su abrazo, como si estuviera soñando en cosas recónditas.

Mató los osos a cuchilladas, los toros con el hacha, los jabalíes con el venablo; y hasta una vez, como sólo tuviera en la mano un palo, se defendió contra los lobos, que estaban royendo unos cadáveres al pie de una horca.

* * * *

CIERTA mañana de invierno salió antes del alba, bien equipado, su ballesta al hombro, su haz de flechas en el arzón de la silla.

El trotón danés, seguido de dos zarceros, caminando con paso igual, hacía resonar el suelo. Gotas de escarcha se pegaban a la capa; soplaba una brisa violenta.

Un lado del horizonte se iluminaba, y al resplandor del amanecer vió brincar a los conejos en la boca de sus madrigueras. Los dos perros se abalanzaron sobre ellos, y a éste y al otro rápidamente les partieron el espinazo.

En seguida penetró en un bosque. En la punta de una rama dormía con la cabeza bajo el ala un gallo silvestre entumecido por el frío. Julián, de un revés, le sesgó con su espada las dos patas, y sin detenerse continuó su camino.

Tres horas después se halló en la cima de una montaña tan alta, que el cielo parecía casi negro. Delante de él bajaba una roca, com ancho muro tendido a plomo sobre el precipicio; y al borde, dos machos cabríos salvajes miraban el abismo.

Como no llevaba flechas, — porque su caballo se había quedado atrás, — discurrió bajar hasta ellos. Con los pies desnudos y encorvados llegó por fin hasta el primero y le hundió el puñal entre las costillas. El segundo, lleno de terror, saltó en el vacío, Julián se lanzó a herirle, y, resbalándole el pie derecho, cayó sobre el cadáver del otro, la cara por encima del abismo y los dos brazos separados.

Descendiendo otra vez a la llanura, siguió un camino de sauces que bordeaba el río. De tiempo en tiempo, las grullas, volando muy bajas, pasaban sobre su cabeza; Julián las derribaba con su fusta, sin fallar una.

Mientras tanto, el aire, ya más tibio, había fundido la escarcha, flotaban jirones de niebla y aparecía el sol. Muy a lo lejos vió relucir un lago congelado que parecía de plomo. En medio del lago había un animal que Julián no conocía, un castor de hocico negro. A pesar de la distancia, una flecha le derribó.

Después avanzó por una avenida de árboles magníficos, que formaban con sus ramas altas como un arco de triunfo a la entrada del bosque

Un corzo saltó de entre la maleza; un gamo apareció en una encrucijada; un tejón salió de su agujero; un pavo hizo la rueda sobre la hierba, y cuando los hubo matado a todos, otros tejones, otros pavos, y mirlos, gamos, otros tejones, otros pavos, y mirlos, y grajos, y garduñas, y zorros, y puercoespines y linces.

Una infinidad de animales, a cada paso más numerosos. Corrían en su redor, temblorosos, con la mirada llena de humildad y de súplica.

Pero Julián no se cansaba de matar, manejando unas veces su ballesta, desnudando la espada, clavándoles su cuchilla, sin pensar en nada, sin acordarse de ninguna otra cosa.

Estaba de caza en un país cualquiera, desde un tiempo indeterminado, por el mero hecho de existir, realizándolo todo con la facilidad que encontramos en los ensueños.

Una vez más zumbó la ballesta, y el cer- Los ciervos llenaban un valle en la forma de un circo, y amontonados uno contra otro se calentaban con su aliento, que se veía humear entre la niebla.

La perspectiva de tal matanza le sofocó de júbilo durante algunos minutos. Luego se apeó del caballo, se remangó los brazos y ampezó a disparar.

Al silbido de la primera flecha volvieron la cabeza todos los ciervos a la vez. Hiciéronse algunos huecos en la masa, alzáronse quejidos y un gran tumulto agitó el rebaño.

El reborde del valle estaba demasiado alto para franquearlo, y saltaban en el recinto buscando por donde escapar.

Julián apuntaba, tiraba; las flechas llovían como los rayos de una tormenta.

Los ciervos, enfurecidos, saltaban, se encabritaban, saltaban unos por encima de otros, y sus cuerpos, con sus cornamentas entremezcladas, formaban ancho montículo, que se desplomaba cambiando de sitio.

Al fin sucumbieron, desplomados sobre la arena, la baba en el hocico, las entrañas fuera y la ondulación de sus vientres descendiendo por grados. Luego todo quedó inmóvil.

Iba a llegar la noche, y detrás del bosque, en los intersticios de las ramas, el cielo estaba rojo como una sábana de sangre.

Julián, recostado en un árbol, contemplaba con ojos muy abiertos la enormidad de la matanza, sin comprender cómo había podido hacerla.

Al otro lado del valle, a orillas del bosque, divisó un ciervo, una cierva y un cervato.

El ciervo, que era negro y monstruoso de alzada, llevaba diez y seis mogotes y una gran barba blanca. La cierva, rubia como las hojas muertas, ramoneaba en el césped, y el cervatillo, saltando, sin interrumpirla en su marcha, mamaba de las ubres.

Una ve más zumbó la ballesta, y el cervato cayó muerto en seguida. Entonces la madre, mirando al cielo, clamó con una voz profunda, desgarradora, humana. Julián,

exasperado, de un flechazo en mitad del pecho la tendió por tierra.

El ciervo grande, que le había visto, dió un salto. Julián le envió su última flecha. Le dió en la frente y allí quedó clavada.

El ciervo grande no dió señales de sentirla; saltando por encima de los muertos iba a caer sobre él, a destrozarle, y Julián retrocedió con indecible espanto.

El prodigioso animal se detuvo, y con los ojos llameantes, solemne como un patriarca y como un vengador, mientras doblaba a lo lejos una campana, repitió hasta tres veces:

—¡Maldito!, ¡maldito!, ¡maldito! ¡Corazón de fiera! ¡Un día asesinarás a tu padre y a tu madre!

Dobló las corvas, cerró dulcemente sus párpados y murió.

Quedó Julián estupefacto; luego, acometido de fatiga súbita, vió que le invadía un tedio, una tristeza inmensa. Durante largo tiempo lloró, con la frente entre las dos manos.

Su caballo no parecía; sus perros le habían abandonado; la soledad circundante le amenazaba con peligros misteriosos. Entonces, arrastrado por su pavor, emprendió una carrera loca en medio de los campos, tomó al azar un sendedo y llegó casi inmediatamente a la puerta del castillo.

Aquella noche no durmió. A la luz oscilante de su lámpara no dejaba de ver al gigantesco ciervo negro.

Su profecía le obsesionaba, y luchaba contra ella. "¡No, ¡no, no. ¡Yo no puedo matarlos", luego soñaba. "¿Y si yo lo quisiera, y si yo lo quisiera, sin embargo?..." Y tenía miedo de que el diablo le inspirase la mala idea.

Durante tres meses, su madre angustiada lloró a la cabecera de su lecho, y el padre, sollozando, andaba siempre por los corredores.

Mandó venir a los más famosos maestros cirujanos, los cuales recetaron gran cantidad de drogas.

Decían elos que el mal de Julián tenía por causa un viento funesto o un deseo de amor. Pero el joven movía la cabeza negativamente a todas las preguntas.

Volvieron las fuerzas, y le paseaban por la plaza el anciano monje y el bondadoso señor, sosteniendole de un brazo cada uno.

Cuando estuvo restablecido por completeo, se obstinó en no volver a cazar.

Queriendo darle una alegría, su padre le regaló una magnífica espada sarracena.

Estaba en lo alto de un pilar, en su panoplia, y para alcanzarla hacía falta una escalera. Julián subió. La espada se le escapó de los dedos, porque pesaba mucho, y al caer tan cerca al bondadoso señor, que le cortó la holapanda.

Julián creyó que había matado a su padre y se desmayó.

Desde entoces aborreció las armas. El aspecto de un acero desnudo le hacía palidecer. Esta debilidad era una desolación para su familia.

Por fin, el anciano monje, en nombre de Dios y del honor de sus antepasados, le mandó que reanudara sus actividades.

Los palafreneros se divertían todos los días en el manejo de la jabalina.

Pronto sobresalió Julián, que enviaba la suya al gollete de las botellas, rompía los dientes de las veletas y acertaba a cien pasos los clavos de las puertas.

Una noche de estío, a sea hora en que la bruma borra los contornos de las cosas, estando bajo el emparrado del jardín, divisó a los lejos dos alas blancas que revoloteaban en lo alto del muro. Sin dudar de que aquello era una cigueña, lazó su azagaya.

Sonó un grito desgarrador.

Era su madre, cuyo gorro de largos flecos quedó clavado contra la pared.

Julián huyó del castillo y no volvió nunca.

II

PASABA una partida de aventureros y se alistó en ella.

Conoció el hambre, la sed, las fiebres y las miserias. Se acostumbró a las luchas y al aspecto de los moribundos.

El viento curtió su piel. Endureciéronse sus miembros con el contacto de sus armaduras y como era fuerte, valiente, sobrio y discreto, consiguió sin trabajo el mando de una compañía.

Al empezar las batallas arrastraba a los soldados, levantando su espada con un gesto magnífico.

Trepaba a lo alto de las ciudades con una cuerda de nudos, en plena noche, balanceándose por el huracán, mientras las llamas del fuego griego se pegaban a su coraza, y la resina ardiente y el plomo fundido manaban de las alamedas.

Con frecuencia, el choque de una piedra destrozó su escudo.

Se hundieron sobre él puentes hartos cargados de hombres. Blandiendo su maza de armas, se libró de catorce caballeros.

Desafió, en campo cerrado, a cuantos se lo propusieron. Más de veinte veces le creyeron muertos.

Gracias al favor divino, libró simpre bien; por que protegía a los eclesiásticos, a los huérfanos, a las viudas y principalmente a los ancianos.

Cuando veía a un mercader delante de él, gritaba para conocer su rostro como si tuviera miedo de matarlo por equivocación.

Esclavos fugitivos, villanos subleados, bastardos sin fortunas, toda especie de gente intrépida, afluyeron bajo sus banderas y así fué formándose su ejército.

Así aumentó, y fué famoso y solicitado.

Uno después de otro, socorrió al Delfín de Francia y al rey de Inglaterra, a los templarios de Jerusalém y al Surenal de los Partos, al Negus de Abisinia y al emperador de Calcuta.

Combatió contra los escandinavos, revestidos de escamas de pescado; contra los negros, defendidos con rodelas de cuerdo de hipopótamo y montados sobre asnos rojos;

contra los indios, de color de oro que blanden por cima de sus diademas sables de hoja ancha, más claros que espejos.

Venció a los trogloditas y a los antropófagos. Atravesó regiones tórridas, que, con el ardor del sol, las cabelleras se encendían por sí solas, como antorchas; y otras que era tan glaciales, que los brazos, desprendiéndose del cuerpo caían por tierra; y países donde había tantas nieblas, que se caminaba rodeado de fantasmas.

Le consultaban sus conflictos las repúblicas, y obtenía condiciones inesperadas en las entrevistas con los embajadores.

Si un monarca procedía con exagerada injusticia, se presentaba él de pronto y le hacía sus admoniciones.

Libertó reinas encerradas en torres, y él nada más que él mató a la fiera de Milán y al dragón de Oberbilach.

El emperador de Occitania, tras de traicionar a los mulsumanes españoles, se había unido a la hermana del Califa de Córdoba, y guardaba consigo una hija que había educado cristianamente.

Pero el Califa, so pretexto de querer convertirse, vino a visitarle, acompañado de una escolta numerosa, asesinó a toda su guarnición y le sumergió en una mazmorra, donde le trató crúlemente, a fin de sacarle sus tesoross.

Julián corrió en su ayuda, destruyó el ejército de los infieles, [illegible] la ciudad, mató al Califa, le cortó la cabeza y la arrojó como una bala por encima de las murallas.

Luego sacó al emperador de su prisión, y le puso otra vez en su trono, en presencia de toda su corte.

Como premio de tal servicio, el emperador le presentó mucho cestos llenos de dinero. Julián no aceptó nada.

Creyendo que deseaba más, le ofreció las tres cuartas partes de su riqueza. Como lo rechazó también, propúsole compartir su reino. Julián lo aceptó, y el emperador lloraba de despecho, no sabiendo de qué manera mostrar su reconocimiento, cuando, golpeándose en la frente, pronunció unas palabras al oído de un cortesano, abriéndose las cortinas de unos tapices y apareció una doncella.

Sus grandes ojos negros brillaban con la luz suavísima de dos lámparas. Separaba sus labios una encantadora sonrisa. Los bucles de su cabellera se acercaban a las pedrerías de su vestido entreabierto y bajo la transparencia de la túnica se adivinaba la juventud de su cuerpo. Tenía la cintura esbelta, y era menuda y bien forneada.

Así, pues, recibió en matrimonio la hija del emperador, con un castillo que había ésta heredado de su madre, y , terminadas las bodas, se despidieron después de infinitas cortesías de una y otra parte.

Era aquel un palacio de mármol blanco, construído a lo morisco en medio de un bosque de naranjos y en lo alto de un promontorio. Terrazas floridas bajaban hasta la orilla de una playa, donde al andar crujían bajo los pies conchas rosadas.

Detrás del castillo extendíase un bosque en forma de abanico.

El cielo era allí siempre azul, y los árboles se inclinaban, ya al impulso de la brisa marina, ya al del viento de las montañas que cerraban a lo lejos el horizonte.

Los salones, invadidos por el crespúsculo, aparecían iluminados por incrustaciones abiertas en los muros. Columnitas altas y finas como cañas sostenían los arcos de la bóveda, decorados con relieves que imitaban las estalactitas de las grutas.

Había surtidores de agua en las salas, mosaicos en los patios, paredes festonadas, mil delicadezas de arquitectura, y por todas partes tal silencio, que se oía el roce de una tela o el eco de un suspiro.

Julián no guerreaba ya. Descansaba, rodeado de un pueblo tranquilo, y todos los días pasaba una multitud delante de él con genuflexiones y besamanos a lo asiático.

Vestido de púrpura, puesto de codos en el alfeizar de una ventana, recordaba sus cacerías de antaño, y hubiera querido correr por el desierto tras las gacelas y los avestruces, atravesar bosques llenos de rinocerontes estar oculto entre los bambúes al acecho de los leopardos, subir a la cumbre de los montes más inaccesibles para apuntar mejor a las águilas y escalar los témpanos de los mares para luchar con los osos blancos.

Algunas veces se veían en sus sueños, como nuestro padre Adán en el paraíso, entre todos los animales; sólo con extender los brazos les hacía morir, o bien desfilaban de dos en dos, por orden de tamaño, desde los elefantes y los leones hasta los armiños y los ánades, como el día que entraron en el arca de Noé.

A la sombra de una caverna iba lanzando sobre ellos saetas infalibles; otro llegaban, aquello no tenía término, y se despertaa girando hacia todas las partes los ojos feroces.

Varios príncipes, amgios suyos, le invitaron a cazar. Se negó siempre, creyendo conjurar su desgracia por esa especie de penitencia; porque le parecía que de la vida de los animales dependía la de sus padres, pero sufría de no verlos, y esta otra ansia llegaba a serle insoportable.

Para distaerle, su mujer mandó venir juglares y danzarinas. Se paseaba con él, en litera abierta, por los campos; otras veces, tendido en la borda de una chalupa, veían a los peces nadar en el agua, tan clara como el cielo.

A menudo le tiraba flores al rostro; acurrucada a sus pies, tocaba distaídamente su mandolina de tres cuerdas; luego, posando sobre sus hombros las dos manos juntas, le decía con voz tímida:

—¿Qué tenéis, mi señor amado?

El no respondía o prorrumpía en sollozos, y por fin un día confesó su horrible secreto.

Combatió ella su idea, razonando muy bien. Su padre y su madre habían muerto ya, y si alguna vez volvía a verlos, ¿con qué azar con qué fin podía llegar a aquella abominación?

Su temor era, por consiguiente, infundado, y debió volver a cazar.

Sonreía Julián al escucharla; pero no se determinaba a satisfacer su deseo.

Una noche del mes de Agosto estaban su cuarto; ella acababa de acostarse, y él se arrodillaba a rezar sus oraciones, cuando oyeron el ladrido de un zorro y luego pasos ligeros sobre la ventana.

Julián entrevió en la sombra como apariencias de animales. La tentación era demasiado fuerte. Descolgó su carcax.

Ella pareció sorprendida .

—¡Es por obedecerte — dijo Julián. — Al salir el sol estaré aquí.

Temía ella, sin embargo, cualquier aventura funesta.

La tranquilizó él y salió asombrado de la desigualdad de su humor.

Poco después vino un paje a anunciarla que dos desconocidos deseaban ver en seguida a la señora, a falta del señor.

Y pronto entraron en la cámara un viejo y una vieja, encorvados, con pobres trajes de tela ordinaria y apoyados cada uno en su bastón.

Alentándose uno a otro, declararon que traían a Julián noticias de sus padres.

Ella se inclinó para oirles.

Pero, concertándose con la mirada, le preguntaron si seguía queriéndolos y si hablaba de ellos alguna vez.

—¡Oh, sí, — dijo ella.

Entonces gritaron:

—Pues bien, somos nosotros.

Y se sentaron, porque estaban rendidos y traspasados de fatiga.

Nada desmostraba a la joven que su esposo fuera, en efecto, el hijo.

Pero dieron la prueba describiendo algunas señales que Julián tenía en su cuerpo.

Saltó fuera del lecho, llamó a su paje y se les sirvió una cena.

Aunque tuviesen hambre no podían comer nada y ella observaba el temblor de sus manos huesudas al tomar el rosario.

Hicieron mil preguntas acerca de Julián, y ella respondió a todas, pero tuvo buen cuidado de callar la fúnebre idea que les concernía.

Habían salido de su castillo al ver que no volvía, y andaban, hacía muchos años, siguiendo vagas indicaciones, sin perder la esperanza.

Tanto dinero habían necesitado para pasaje de los ríos y las hosterías, para los derechos de los príncipes y las exacciones de los bandidos, que habían vaciado el fondo de su bolsa y ahora caminaban medigando. ¿Qué importa todo, si pronto iban a abrazar a su hija? Ensalzaban su suerte por tener una mujer tan bella, y no se cansaban de contemplarla y de besarla.

La riqueza de la habitación les asombraba mucho, y el viejo preguntó por qué habían puesto en los muros el blasón del emperador de Occitania.

Replicó la mujer

—Es mi padre.

Entonces se estremeció, acordándose de la predicción del gitano y la vieja pensó en las palabras del ermitaño.

La gloria de su hijo no era, seguramente, sino la aurora de esplendores eternos; y ambos quedaron embebecidos a la luz del candelabro que alumbraba la mesa.

Debían de haber sido muy hermosas en su juventud. Conservaba la madre todos sus cabellos, partidos en dos bandas, blancas como la nieve, que llegaba más abajo de las mejillas; y el padre, con su alta estatura y sus largas barbas, parecía una imagen de iglesia.

La mujer de Julián les obligó a no esperarle más. Ella misma les acostó en su lecho; luego cerró la ventana y se durmieron. No tardaría en alborear. Detrás de las vidrieras, los pajaritos comenzaban su cántico.

Julin había cruzado el parque y caminaba con paso nervioso por el bosque, gozando la blandura del césped y la tibiera del aire.

La sombra de los árboles se extendía sobre el musgo. Alguna vez, la luna trazaba en los claros rayos de plata y entonces vacilaba en avanzar, creyendo encontrase en una corriente de agua, y otras, la superficie inmóvil de una charca se confundía con el color de la hierba. Un gran silencio le seguía, y por ninguna parte asomaban los animales, que minutos antes había visto errar en torno del castillo.

Cerrábase el bosque, la oscuridad era cada vez más profunda. Pasaban bocanadas de viento cálido, leno de aromas nervantes. Hundiéndose en montones de hojas muertas apoyóse contra una encina para alentar un poco.

De pronto saltó a su espalda una masa más negra: un jabalí. Julián no tuvo tiempo de coger su arco, y se afligió de ello como de una desgracia.

Luego, al salir del bosque, divisó un lobo que se escurría a lo largo de un seto.

Julián le envió una flecha. El lobo se detuvo; volvió la cabeza para verle y siguió su carrera. Trotaba, guardando siempre la misma distancia, deteníase de tiempo en tiempo, y tan pronto como le apuntaba otra vez volvía a huir.

De esta manera recorrió Julián una llanura interminable; luego montículos de arena, y al fin se encontró en lo alto de una meseta que dominaba gran extensión de terreno. Había allí diseminadas entres unas cuevas en ruinas muchas piedras planas. Se tropezaba en osamentas de muerto; aquí y allá, cruces carcomidas inclinábanse con aire tétrico.

Pero en la sombra indecisa de las tumbas se removían unos bultos y surgieron las hienas, azoradas, jadeantes. Sonaba el golpe blando de sus uñas al caer sobre las baldosas, y así vinieron hasta él y le olfatearon, con un bostezo que mostraba sus encías.

Desenvainó el sable, y corrieron a un tiempo en todas direcciones. Con un galope cojo y precipitado, se perdieron a lo lejos tras una ola de polvo.

Una hora después encontró en un barranco un toro furioso, con los cuernos en alto y escarbando la arena con la pata.

Julián le clavó su lanza en el pecho por

la papada. La punta se quebró, como si el animal hubiera sido de bronce. Cerró Julián los ojos esperando la muerte pero cuando los abrió el toro había desaparecido.

Entonces su alma se rindió de vergüenza. Un poder superior destruía su fuerza, y, pensando en volver a su casa, penetró de nuevo en el bosque.

Las lianas obstruían el paso, e iba cortándolas con su sable, cuando una garduña gigantesca resbaló bruscamente entre sus piernas una pantera, dió terribles saltos por cima de sus hombros, una serpiente subió en espiral en redor de un fresno.

Asomó entre las ramas un grajo monstruoso que le miraba, y por todas partes aparecían infinidad de chispas, como si el firmamento hubiera hecho llover sobre el bosque todas sus estrellas.

Eran los ojos de los animales: gatos salvajes ardillas, buhos, papagayos, monos...

Julián disparaba contra elos sus flechas; las flechas, con sus plumas, posábanse sobre las hojas como mariposas blancas.

Les arrojó piedras; las piedras sin tocar nada volvían a caer. Se maldecía, hubiera querido golpearse, rugía imprecaciones, se ahogaba de rabia.

Y todos los animales que había perseguido se le presentaron en torno de él formando un estrecho círculo. Los unos sentados sobre la grupa, los otros levantados en toda su alzada. Permaneció en medio helado de terror, incapaz de todo movimiento.

Por un esfuerzo supremo de su voluntad dió un paso; los que se posaban en los árboles abrieron las alas, los que hollaban el suelo desplazaban sus miembros, y todos le acompañaban.

as hienas caminaban delante de él; el lobo y el jabalí, detrás. El toro, a su derecha, balanceanba la cabeza, y a su izquierda, la serpiente ondulaba entre la hierba, mientras que la pantera, arqueando el lomo, avanzaba a grandes zancadas. Iba él lo más lentamente posible para no imitarles, y veía salir de la hondura de los zarzales zoros, víboras, puercoespines, chacales y osos.

Julián corrió: corrieron ellos. La serpiente, silbando; las bestias hediondas, babeando. El jabalí le rozaba los talones con sus defensas; el lobo, la palma de las manos con los pelos del hocico.

Pinchábanle los monos, gesticulando; la garduña rodaba junto a sus pies. Un oso le quitó con sus patas el sombrero de un revés, y la pantera, desdeñosamente, dejó caer una flecha que llevaba en la boca.

Veíase en sus gestos socarrones que se burlaban. Al mismo tiempo que le observaban con el rabillo del ojo, parecían meditar un plan de venganza; y ensordecidos por el zumbar de los insectos, golpeado por las colas de los pájaros, sofocado por sus alientos, caminaba con los brazos extendidos y los párpados cerrados como un ciego, sin tener fuerza siquiera para gritar: "¡Perdón!".

Vibró en el aire el canto de un gallo. Respondieron otros.

Era el alba. Al otro lado de los naranjos distinguió la techumbre de su palacio.

Luego vió, en las lindes de un campo, a tres pasos de intervalo, perdices rojas que revoloteaban en los surcos. Soltó su capa y la tendió sobre ella como una red. Cuando llegó a descubrirla, no halló más que una sola y muerta hacía ya mucho tiempo, corrompida.

Esta decepción le exasperó más que todas. La sed de sangre volvía a apoderarse de él. Faltando los animales, hubiera querido matar hombres.

Escaló tres terazas, hundió de un puñetazo la puerta; pero al pie de la escalera el recuerdo de su mujer le enterneció el corazón. Estaba dormida, sin duda, e iba a sorprenderla.

Se quitó las sandalias, volvió la llave con cuidado y entró.

Las vidrieras guarnecidas de plomo, oscurecían la palidez del alba.

Julián se enredó los pies en los vestidos que yacían por tierra; un poco más lejos tropezó con la credencia, cargada todavía de vajilla. "Ha comido, sin duda", se dijo, y avanzó hacia el lecho, hundido entre las tinieblas en el fondo de la estancia. Cuando estuvo a la orilla, se inclinó para besar a su mujer sobre la almohada donde descansaban las dos cabezas, una junto a otra. Entonces sintió contra su boca la impresión de una barba.

Retrocedió, creyendo que se había vuelto loco; pero volvió junto al lecho y palpó hastar encontrar unos cabellos largos. Para convencerse de su error volvió a pasar lentamente la mano por el almohadón. ¡Era una barba lo que encontraba esta vez! ¡Y un hombre! ¡Un hombre acostado con su mujer!

Estalló en una cólera inmensa; saltó sobre ellos a puñaladas, pateando ,echando espuma y aullando como una bestia feroz. Luego se detuvo.

Los muertos, atravesado el corazón, ni siquiera se habían movido. Escuchó atentamente los dos estertores casi iguales, y a medida que iban debilitándose, otro muy lejano los continuaba. Confusa al principio, aquella voz lastimera, sostenida insistentemente, se acercaba, se henchía, sostenida. Solamente, se acercaba, se henchía, llegaba a ser cruel y reconoció aterrorizada el bramido del enorme ciervo negro.

Y, como se volviera creyó ver en el marco de la puerta el fantasma de su mujer, con una luz en la mano.

El ruido de las muertes la había despertado, y al llegar, con una sola mirada lo comprendió todo. Huyó, loca de terror, dejando caer su antorcha.

Julián la levantó.

Su padre y su madre estaban delante de él, tendidos de espalda, con una herida en el pecho, y parecía que sus rostros, llenos de majestuosa dulzura, guardaban un secreto eterno.

Salpicaduras y charcos de sangre mostrábanse sobre su blanca piel, en las ropas del lecho, en el suelo, bajo un Cristo de marfil suspendido en la alcoba.

El reflejo escarlata de la vidriera herida ya por los rayos del sol, iluminaba aquellas manchas rojas y proyectaba otras muchas en toda la estancia. Julián se dirigió hacia los dos muertos, diciéndose, queriendo creer que

aquello no era posible, que se había engañado.

Al fin, se inclinó ligeramente para ver muy de cerca al anciano, y distinguió entre sus párpados cerados, una chispa extinguida que le quemó como si fuera fuego.

Luego se volvió al otro lado del lecho por ver el otro cuerpo, cuyos cabellos blancos ocultaban parte del rostro. Julián pasó los dedos bajo la cabellera, levantó la cabeza y la miró, sostenida al extremo de su brazo rígido, mientras con la otra mano acercaba la antorcha. Las gotas, saltando del colchón, caían una a una sobre el pavimento.

Al término de aquel día se presentó delante de su mujer, y con voz distinta de la suya la encomendó primero no responderle, ni acercársele, ni aun a mirarle, sino que cumpliera, so pena de condenarse, todas las órdenes, que eran irrevocables.

Los funerales se harían con arreglo a las instrucciones que dejaba por escrito sobre un reclinatorio en la cámara de los muertos. La legaba su palacio, sus vasallos, todos sus bienes, sin retener siquiera los vestidos de su cuerpo, ni sus sandalias, que se hallarían en lo alto de la escalera.

Ella había obedecido a la voluntad de Dios, dando ocasión a su crimen, y debía rogar por su alma, puesto que de allí en adelante él no existía ya.

Se enterró a los muertos con magnificencia en la iglesia de un monasterio, a tres jornadas del castillo. Un monje, con la cogulla baja, siguió al cortejo, separado de los demás, sin que nadie osara hablarle.

Permaneció toda la misa de bruces en medio del atrio, los brazos en cruz y la frente en el polvo.

Después del entierro se le vió tomar el camino que conduce a las montañas. Muchas veces se volvió, hasta que acabó por desaparecer.

III

SE fué Julián mendigando su vida por el mundo.

Tendía su mano a los caballeros caminos; acercábase con genuflexiones a los segadores, o permanecía inmóvil ante la verja de los patios, y su rostro era tan triste, que nunca se le negó limosna.

Por espíritu de humildad contaba su historia; entonces todos huían, haciendo la señal de la cruz.

En los pueblos por donde había pasado ya, tan pronto como le conocían, cerraban las puertas, le gritaban amenazas y le tiraban piedras.

Los más caritativos ponían una escudilla en el reborde de la ventana, y luego cerraban las maderas para no verle.

Rechazado por todos, evitaba a los hombres y se alimentaba de raíces, plantas, frutos caídos y mariscos que buscaba por las playas.

Alguna vez, al descender una cuesta, veía bajo sus ojos una confusión de techos amontonados, con sus veletas de piedra, fuentes, torres, callejas negras entrecruzándose, desde donde subía hasta él un zumbido continuo.

La necesidad de mezclarse a la existencia ajena le hacía bajar a la ciudad. Pero el aire bestial de las caras, el estruendo de los oficios, la indiferencia de las palabras, helaban su corazón.

Los días de fiesta, cuando la campana grande llenaba de alegría desde el amanecer a todo el pueblo, él veía salir a los vecinos de sus casas, luego danzas en la plaza, fuentes de cerveza en las esquinas, colgaduras de damasco ante la morada de los príncipes, y al llegar la noche, por los cristales de las ventanas de los pisos bajos, largas mesas familiares, donde los abuelos tenían a sus nietos sobre las rodillas. Los sollozos le ahogaban, y se volvía hacia el campo.

Contemplaba con transporte de amor los pollos entre las hierbas, los pájaros en sus nidos, los insectos sobre las flores; todos, al acercarse él, huían, se ocultaban espantados y volaban muy de prisa.

Bascaba las soledades. Pero el viento llevaba a sus oídos como estertores de agonía; las lágrimas del rocío, al caer en tierra, le recordaban otras gotas de un peso más grave.

Todas las tardes, el sol coloreaba las nubes, y todas las noches, entre sueños, su parricidio volvía a comenzar.

Se hizo un cilicio con puntas de hierro. Subía caminando sobre las dos rodillas todas las colinas que tenían una capilla en la cumbre.

Pero su impío pensamiento oscurecía el esplendor de los tabernáculos y le torturaba a través de las maceraciones de la penitencia.

No se revolvía contra Dios, que le había infligido su terrible acción, y, sin embargo, le desesperaba el haber podido cometerla.

Tanto horror le insipraba su propia persona, que, con la esperanza de librarse, se aventuraba a correr los mayores peligros.

Salvó de incendios a paralíticos, y sacó del fondo de las simas a niños. El abismo le rechazaba, le respetaban las llamas.

Como el tiempo no apaciguase su martirio, y éste era ya intolerable, resolvió morir.

Un día, hallándose al borde de una fuente, como se incliara sobre ella para apreciar la profundidad del agua, vió aparecer ante él un anciano descarnado, de barba blanca y de un aspecto tan lamentable, que le fué imposible contener el llanto. El otro lloraba también. Sin reconocer su imagen, Julián se acordó confusamente de un rostro parecido a aquel. Lanzó un grito: era el de su padre, y ya no pensó nunca en matarse.

Así recorrió muchos países con la carga de sus recuerdos, hasta que llegó cerca de un río, cuyo paso era peligroso por la violencia de la corriente y porque tenía en las orillas una gran extensión de légamo. Nadie, desde hacía mucho tiempo, se atrevía a pasarlo.

Una barca vieja, casi hundida, alzaba su proa entre los guijarros. Examinándola, Julián descubrió un par de remos, y se le ocurrió la idea de emplear su existencia al servicio de los demás.

Comenzó por establecer sobre el ribazo escarpado una especie de calzada que le per-

mitiera bajar hasta el canal; se rompió las uñas removiendo enormes piedras, las apoyó contra su vientre para transportarlas, resbaló en el cieno, se hundió, y muchas veces estuvo a punto de perecer.

En seguida reparó la barca con restos de otros navíos, y se hizo una choza con arcilla y troncos de árboles.

El paso era ya conocido, y los viajeros se presentaron.

Llamaban desde la otra orilla agitando unos trapos. Pronto salía Julián y saltaba en su barca. Esta era muy pesada, y la sobrecargaban con toda clase de bagajes y fardos, sin contar las bestias de acarreo que, coceando de miedo, aumentaban la confusión. No pedía nada por su molestia, y algunos le daban restos de las vituallas que sacaban de sus zurrones, y los vestidos demasiado viejos que ya no querían.

Los bárbaros vociferaban blasfemias. Julián los reprendía con dulzura, y ellos respondían con injurias. Se contentaba con bendecirlos.

Una mesita, un escabel, una cama de hojas secas y tres copas de arcilla: he aquí todo su ajuar.

Dos agujeros en el muro le servían de ventanas. Por un lado se extendían hasta perderse de vista llanuras estériles, que mostraban en su superficie, aquí y allá, lívidos estanques; y delante de él rodaban las ondas verdosas del gran río.

En primavera, la tierra húmeda olía a podredumbre. Luego un viento desatado levantaba torbellinos de polvo. Entraba por todas partes, le enlodaba el agua y hacía crujir la arena en las muelas. Más tarde eran nubes de mosquitos, cuyo zumbido y cuyas picaduras no cesaban de noche ni de día.

Luego sobrevenían terribles heladas, que daban a los objetos rigidez pétrea y le inspiraban deseos frenéticos de comer carne.

Transcurrían meses sin que Julián viera a nadie.

A menudo cerraba los ojos, tratando de volver a su juventud por arte de la imaginación, y evocaba el patio del castillo con los lebreles sobre la gradería, los pajes en la sala de armas y bajo dosel de pámpanos un adolescente de cabellos rubios, entre un anciano cubierto de pieles y una dama de altas tocas.

De pronto, los dos cadáveres reaparecían. Y se arrojaba de bruces sobre su cama y repetía llorando:

—¡Ay! ¡Pobre padre! ¡Pobre madre! ¡Pobre madre!

Y caía en un letargo, durante el cual continuaban sus fúnebres visiones.

Una noche, mientras dormía, creyó oir una voz que le llamaba. Prestó atención, y no distinguió más que el mugir de las olas.

Pero la misma voz repitió:

—¡Julián!

Venía de la otra orilla, lo cual le pareció extraordinario, dada la anchura del río.

Pero la misma voz repitió:

—¡Julián!

Y aquella voz tan alta tenía el son de la campana de una iglesia.

Encendió su farol y salió de la choza. Furioso huracán llenaba la soledad de la noche. Las tinieblas profundas estaban desgarradas aquí y allá por la blancura de las olas que rompían en espuma.

Tras un minuto de vacilación, Julián desató la amarra. Las aguas, de pronto, se calmaron, resbaló la barca sobre ellas y tocó en el otro ribazo, donde esperaba un hombre.

Estaba envuelto en una tela hecha girones, la cara semejante a una máscara de yeso y los dos ojos encendidos como carbones.

Al acercarle el farol, Julián notó que le recubría una lepra horrible. Sin embargo, su actitud era majestuosa como la de un rey.

Desde que entró en la barca ésta se hundió prodigiosamente, vencida por su peso. Una sacudida la puso a flote, y Julián comenzó a remar.

A cada golpe de remo, la resaca de las olas la levantaba por delante. El agua, más negra que la tinta, corría con furia a uno y otro lado de las bordas. Cavaba abismos, levantaba montañas, y la chalupa iba subiéndolas para caer otra vez en profundidades donde el viento y la corriente la hacían girar.

Julián inclinaba su cuerpo, desplegaba los brazos y, estribando los pies, se tumbaba para hacer más fuerza con violenta torsión de la cintura. El granizo azotaba sus manos, corría la lluvia por sus espaldas y, como la violencia del aire le sofocaba, se detuvo. Pero, comprendiendo que se trataba de algo inexcusable, de un mandato que era necesario cumplir, volvió a empuñar los remos, y el chirrido de los toletes cortó el clamor de la tempestad.

El farolito ardía delante de él. Grandes aves, revoloteando, se la ocultaban por intervalos. Pero siempre divisaba las pupilas del leproso, que se mantenía de pie, en la popa, inmóvil como una columna.

Y esto duró largo tiempo, ¡muy largo tiempo!

Una vez que hubieron llegado a la choza, Julián cerró la puerta, y vió que el leproso se sentaba en el escabel. La especie de túnica que le cubría cayó hasta las caderas, y sus hombros, su pecho, sus brazos flacos, desaparecían bajo las placas de pústulas escamosas. Enormes arrugas surcaban su frente. Como los esqueletos, tenía un agujero en lugar de nariz, y sus labios, cárdenos, despedían un aliento espeso como una niebla y nauseabundo.

—¡Tengo hambre! — dijo.

Julián le dió todo lo que tenía: un poco de añejo de tocino y los restos de un pan negro.

Cuando los hubo devorado, la mesa, la escudilla y el mango del cuchillo llevaban las mismas manchas que aparecían sobre su cuerpo.

En seguida dijo:

—¡Tengo sed!

Julián fué a buscar su cántaro, y al tomarlo sintió un aroma que dilataba sus narices y su corazón. Era vino, ¡qué hallazgo! Pero el leproso alargó el brazo, y de un solo trago vació el cántaro.

Después dijo:

—¡Tengo frío!

Con su luz, Julián encendió un montón de helecho en medio de su cabaña.

El leproso se acercó al fuego para calentarse, y, acurrucado sobre sus talones, temblaba con todo su cuerpo; sus ojos no brillaba ya, sus úlceras manaban, y con una voz casi extinta, murmuró:

—¡Tu lecho!

Julián le llevó suavemente hasta la cama, y aún extendió sobre él, para cubrirle, la tela de su barca.

Gemía el leproso. Las comisuras de su boca descubrían los dientes; un estertor acelerado le sacudía el pecho, y a cada aspiración, el vientre se le hundía hasta las vértebras.

Luego cerró los párpados.

—¡Tengo como hielo en los huesos! ¡Ven junto a mí!

Y Julián, separando la tela, se acostó sobre las hojas secas, cerca de él, a su lado.

El leproso volvió la cabeza.

—¡Desnúdate, para que yo tenga el calor de tu cuerpo!

Julián se quitó sus ropas; luego, desnudo como el día en que nació, volvió a echarse en su cama y sintió en los muslos la piel del leproso, más fría que una serpiente y áspera como una lima.

Trató de dar ánimos, el otro respondía, jadeando:

—¡Ay! ¡Voy a morir!... ¡Acércate! ¡Caliéntame! ¡No, con las manos, no! ¡Toda tu persona!

Julián se tendió completamente encima, boca contra boca, pecho contra pecho.

Entonces el leproso le estrechó; de pronto, sus ojos fueron claros como estrellas, alargáronse sus cabellos como los rayos del sol, el soplo de su aliento tuvo el dulzor de las rosas, una nube de incienso se elevó del hogar.

Mientras tal abundancia de delicias, tal júbilo sobrehumano descendía como inundación en el alma de Julián, transportado, el que le estrechaba entre sus brazos iba creciendo, creciendo, hasta tocar con su cabeza y con sus pies las dos paredes de la cabaña. El techo desapareció, el firmamento se desplegó, y Julián subió hacia los espacios azules cara a cara con Nuestro Señor Jesucristo, que le llevaba al Cielo.

Es esta la historia de San Julián el Hospitalario, poco más o menos, tal como puede verse en un vitral de la iglesia del país donde nací.

GUSTAVE FLAUBERT.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 „	4.—
1 año	8.—

UNA NOTA ORIGINALISIMA

EL CABALLERO GLUCK

POR ERNST HOFFMANN

(Traducción del alemán)

Constituye una brillante evocación este incomparable relato que pinta con admirables trazos la figura extraordinaria y originalísima de Cristóbal Gluck, uno de los grandes compositores del siglo XVIII, a través de una fantástica aventura.

La última parte del otoño en Berlín suele tener algunos días hermosos. El sol sale de entre las nubes, evaporando la humedad del aire que sopla por las calles. Entonces vese una multitud de gentes elegantes: burgueses, con sus mujeres y sus hijos, vestidos de día de fiesta; clérigos, judíos, licenciados, muchachas alegres, profesores, modistas, bailarines, oficiales, etc., etc., que atraviesan los tilos en dirección al Jardín Zoológico.

Pronto se ocupan todas las mesas del restaurante de Klaus y Weber; el café negro humea; los elegantes encienden sus cigarros; se habla, se discute de la paz y de la guerra, sobre si los zapatos de madame Bethmann, la actriz, son verdes o grises, sobre el comercio privado y los groschen falsos, etc., hasta que todo se funde en un aria de la ópera Fanchon, degollada al tiempo que martirizados los oyentes por un arpa desafinada, un par de violines desacordes, una flauta tísica y un fagot con calambres.

Junto a la balaustrada que separa el terreno del restaurante de la Heerstrasse vense unas cuantas mesitas redondas y sillas de jardín; allí se respira el aire libre, se contempla a los paseantes y se está lejos del desentono de la malhadada orquesta. Allí me siento yo abandonándome a mi fantasía, que me presenta personajes con los cuales puedo hablar de ciencia, de arte, de todo lo más agradable.

Cada vez más abigarrada aumenta la muchedumbre; pero nada me estorba, nada ahuyenta a mi compañía fantástica. Sólo el maldito acorde de un vals canallesco me saca de mis ensueños. Oigo la voz agria del violín y de la flauta y el bajo ronco del fagot, que suben y bajan uno después de otro, deteniéndose en octavas que destrozan los oídos; y sin poderlo remediar, como alguien que se sintiese atacado de un dolor agudo, grito:

— ¡Qué horror de música! ¡Dichosas octavas!

—¡Maldita suerte! ¡Otra octava! — oigo murmurar junto a mí.

Levanto la vista y advierto que sin notarlo yo se había sentado a mi misma mesa un individuo que me miraba atentamente y del cual no podía apartar yo los ojos.

Nunca había visto una cabeza ni una figura que me produjera más impresión. La naríz aguileña perdíase en la ancha y bien dibujada frente, formando dos arcos elevados en las cejas pobladas, bajo las cuales asomaban unos ojos de expresión salvaje y casi juvenil, — el hombre tendría unos cincuenta años. — La barba blanda contrastaba visiblemente con la boca cerrada y con la sonrisa irónica que contraía los músculos de sus marchitas mejillas y parecía protestar contra la seriedad melancólica de la frente.

La figura delgada esta, iba envuelta en un sobretodo amplio de última moda. Cuando el hombre se encontró con mi mirada, bajó los ojos y continuó la operación que interrumpió probablemente mi exclamación. Consistía ésta en verter, con visible satisfacción, el tabaco de unos cucuruchitos en una caja abierta adelante y humedecerlo con vino tinto de una botellota. La música se ha-

bía callado; yo sentí necesidad de hablarle.

—Más vale que se haya callado la música, — dije; — ya se hacía insoportable.

El anciano me dirigió una mirada distraída y vertió el último cucurucho.

—Sería mejar que no tocasen, — insistí, tomando de nuevo la palabra. — ¿No es usted de mi apinión?

—Yo no tengo opinión, — respondió. — Usted será músico y conocerá el oficio.

—Se equivoca usted en ambas suposiciones. En otros tiempos aprendí a tocar el piano y teoría general como se aprende todo aquello que sirve para la educación corriente, y entonces me dijeron entre otras cosas que no hay nada que produzca un efecto más desastroso que la combinación en octavas de bajo y el agudo. Como autoridad lo tomé entonces, y siempre que he tenido ocasión de comprobarlo me he convencido de lo cierto de aquella afirmación.

—¿De verdad? — preguntó mi vecino.

Y levantándose se dirigió despacio hacia los músicos, mientras de cuando en cuando se golpeaba la frente con la palma de la mano como el que quiere recordar una cosa. Le ví hablar con los músicos, a los que trató con cierta superioridad. Volvió a mi lado, y apenas se hubo sentado comenzó la orquesta a tocar la obertura "Ifigenia en Aulis", de Cristóbal Gluck.

Con los ojos entreabiertos, los brazos cruzados sobre la mesa, escuchó el andante; con el pié izquierdo llevaba lentamente el compás, indicando las entradas de las voces; de pronto levantó la cabeza, miró en redor, colocó la mano izquierda sobre la mesa, como si quisiera pescar algún acorde, y levantó en alto la derecha: era un director de orquesta que daba la indicación de los tiempos.

Luego bajó la mano y comenzó el alegro. Las pálidas mejillas de mi vecino se tiñeron de púrpura; sus cejas se fruncieron; la mirada adquirió un fuego violento que poco a poco fué desvaneciendo la sonrisa que aun se dibujaba en la boca entreabierta.

Echóse hacia atrás, levantó las cejas, los músculos de las mejillas contrajéronse de nuevo, le brillaron los ojos, una especie de dolor profundo desvaneciose en voluptuosidad que estremeció todas las fibras de su ser... y suspiró hondamente.

Las gotas de sudor brillaban en su frente; marcó la entrada del conjunto y algunos puntos de importancia; su mano derecha no dejaba de indicar el compás; con la izquierda sacó el pañuelo, que se pasó por el rostro. Y así consiguió dar vida al esqueleto que representaban aquel par de violines.

Yo escuchaba las quejas dulces y desvanecidas de la flauta, que se destacaba cuando amainaron los violines y el contrabajo y se apagó el estruendo de los timbales; oí las voces vibrantes del violoncelo, del fagot, que llenaron mi corazón de indescriptible emoción; volvió a comenzar el conjunto como un gigante augusto y venerable, continuó el unísono las quejas sordas murieron en sus cadencias.

Había terminado la obertura. El hombre dejó caer los brazos y se quedó con los ojos cerrados como quien ha hecho un supremo esfuerzo. Su botella estaba vacía; llené su vaso de borgoña, que me sirvieron poco antes. Lanzó un profundo suspiro y pereció como si despertase de un sueño .

Le invité a beber, lo hizo sin resistencia y, mientras vaciaba de un trago el vaso dijo:

—Estoy satisfecho de la ejecución. La orquesta se ha portado bien.

—Y, sin embargo, — dije yo, — no han hecho más que dar una idea de lo que es una obra maestra ejecutada con colores vivos.

—Si no me equivoco, usted no es berlinés.

—Efectivamente , no lo soy; sólo resido aquí a temporadas.

—El borgoña es bueno, pero va levantándose frío.

—Si le parece podremos entrar dentro y allí terminaremos la botella.

—Muy buena idea. No le conozco a usted ni usted me conoce a mí. No nos preguntaremos nuestros nombres; los nombres suelen ser un estorbo. Estoy bebiendo borgoña que no me cuesta nada, estamos juntos y todo va bien.

Todo esto lo dijo con amable cordialidad.

Entramos en una habitación; al sentarse abriose el sobretodo, y con admiración observé que llevaba una casaca bordada de largos faldones, pantalones de terciopelo negro y una espada pequeña. Luego volvió a abrocharse el sobretodo.

—¿Por qué me preguntaba si era berlinés? — comencé yo.

—Porque en ese caso me hubiese visto obligado a dejarle.

—Eso es un enigma para mí.

—No lo será en el momento en que le diga que soy compositor.

—Pues continúo sin acertar.

—Perdóneme mi exclamación de antes, pues ya veo que no entiende usted nada de Berlín y de los berlineses.

Levantóse, anduvo apresurado arriba y abajo acercóse a la ventana y comenzó a tararear el coro de "Ifigenia de Táuride", al tiempo que marcaba el compás tamborileando en los cristales.

Admirado observé que recorría varios pasajes de la melodía dándole una fuerza y novedad asombrosas. Así se lo hice notar.

Una vez que acabó volvió a su asiento. Emocionado por la extraña conducta de aquel individuo y por la demostración de su talento musical extraordinario me quedé callado. Después de un rato me preguntó:

—¿No ha compuesto usted nunca?

—Sí, alguna vez intenté hacer algo; pero lo que escribí en un momento de entusiasmo parecióme luego tan soso y aburrido y no insistí.

—Hizo usted mal. El mismo hecho de haber encontrado malos sus primeros ensayos habla en favor de su talento. Aprendemos música de niños porque mamá y papá lo mandan; le hacen a uno rascar el violín o aporrear el piano, pero nadie se precocupa de averiguar si se tienen condiciones y se siente la melodía. Quizá una cancioncita medio olvidada que se oye cantar a cualquiera despierta los primeros pensamientos pro-

pios, y este embrión, nutrido trabajosamente por fuerzas extrañas, da origen al gigante que lo absorbe todo convirtiéndolo en médula y sangre suyas. ¿Cómo sería posible decir las mil maneras distintas por las que se llega a compositor? Es una gran carretera en la que la muchedumbre se aprieta y grita: "¡Somos los elegidos! ¡Hemos llegado al límite!" Por la puerta de marfil se entra en el reino de los ensueños; pocos son los que llegan a ver la puerta; menos aún los que traspasan sus umbrales. Aventurado resulta internarse por ese camino. Figuras extravagantes pululan de un lado para otro; pero no se dejan ver en la calle poblada; sólo se las puede encontrar tras la puerta de marfil. Difícil es llegar a este reino; como ante el pueblo de Alcinen de que habla Ariosto en su "Orlando furioso", los monstruos cierran el paso... se agitan... se yerguen... muchos son absorbidos por los ensueños en el mismo reino de ellos... se funden en el ensueño... no proyectan sombra; si lo hiciesen, en ella advirtirían el rayo que atraviesa ese reino; pocos, muy pocos, despiertan y suben y recorren el reino de los ensueños llegando a la verdad... al momento supremo: el contacto con lo eterno, con lo inexplicable. Mirad al Sol; él es el triple acorde del que descienden los demás acordes semejantes a estrellas y os rodean de hilos de fuego... Envuelto en fuego os encontraréis hasta que Psiquis se eleve hacia el Sol.

Al decir las últimas palabras se puso de pie y levantó la vista y los brazos al cielo.

Volvió a sentarse a poco, vaciando rápido el vaso que yo le llenara.

Siguió un silencio que no me atreví a interrumpir por temor a distraer a aquel hombre extraordinario. Al fin continuó:

—Cuando yo habité el reino de los ensueños me atormentaron mil dolores y angustias. Era de noche; me asustaban los fantasmas del monstruo que precipitándose sobre mí me arrojaban al fondo del mar o me elevaban las sombras de la noche, y estos rayos eran notas que me rodeaban de una deliciosa claridad. Despertaba libre de mis dolores y veía un ojo muy grande y claro que miraba desde un órgano, y conforme estaba mirando salían notas que producían las armonías más inefables que nunca pude imaginar. La melodía lo inundaba todo, y yo nadaba en aquel torrente, deseando morir en él. Entonces, el ojo clarísimo me miraba y me transportaba sobre las olas embravecidas. Otra vez era de noche, y a mi encuentro salían dos colosos con brillantes arneses: El Tono maestro y el Quinto, que me arrebataban; pero el ojo clarísimo sonreía: "Yo sé que tu alma está llena de anhelos; el joven y dulce Tercio marchará detrás de los colosos, tu oirás su voz dulce, me volverás a ver y mis melodías serán tuyas."

Permaneció ensimismado.

—¿Y volvió usted a ver el ojo clarísimo?

—Sí, lo volví a ver. Durante muchos años suspiré en el reino de los ensueños... sí... en un bosque magnífico, y escuché cómo cantaban las flores. Sólo un heliotropo callaba, y ,triste, inclinaba su cáliz hacia la tierra. Lazos invisibles me llevaron hacia él... levanté la cabeza... el cáliz se abrió y dentro de él pude ver el ojo clarísimo que me miraba. Lo mismo que rayos de luz, las notas se elevaban por encima de mi cabeza en dirección a las flores, que las absorbían con ansia. Las hojas del heliotropo se hacían más y más grandes; de ellas emanaba un calor ardiente... me rodeaban... el ojo desapareció, y yo con él, en el cáliz de la flor.

Levantóse al pronunciar estas palabras y salió rápidamente de la habitación. En vano esperé su regreso, y en vista de que no volvía retorné yo a la ciudad.

Cerca de la puerta de Brandemburgo divisé una figura delgada que se paseaba en la oscuridad y reconocí en ella al hombre original. Le dirigí la palabra:

—¿Por qué me ha abandonado usted tan de repente?

—Hacía mucho calor y la eufonía comenzaba a sonar.

—No lo entiendo.

—Tanto mejor.

—Tanto peor, porque me gustaría entenderle a usted.

—¿No oye usted?

—No.

—Ya ha pasado... Vamos a caminar. Si no, no me gusta la compañía; pero usted no compone... ni es usted berlinés.

—No me explico la manía que tiene usted a los berlineses. Aquí, donde tanto se respeta el arte y donde se practica en gran escala, creo yo que debía de encontrarse a gusto un hombre del espíritu artístico de usted.

—Se equivoca usted. Para martirio, me veo condenado aquí a errar, aislado como un espíritu en el vacío.

—¿Aislado en Berlín?

—Sí, aislado, pues no me sigue ningún espíritu igual al mío... Estoy solo.

—Pero ¿y los artistas, los compositores?

—¡Al diablo con ellos! No hacen más que criticar... apurarlo todo hasta lo infinito; lo revuelven todo para hallar un pensamiento indigente; charlan sin tino del arte y su significación y no llegan a crear nada, y se encuentran tan satisfechos como si hubieran descubierto algo, y el frío de sus obras demuestra la distancia a que se hallan del Sol... Es un trabajo de Laponia.

—Me parece un poco duro el juicio. Por lo menos, podría usted disfrutar de las representaciones teatrales.

—Me decidí una vez a ir al teatro para oír una ópera de un amigo mío, que no recuerdo cómo se titula. En ella aparece mucha gente; a través del tumulto de gentes acicaladas aparecen los espíritus diabólicos... el demonio... ¡Ah! "¡Don Juan!" Pero apenas pude resirtir la obertura, que la orquesta atacó prestísimo y sin la menor idea de lo que hacía. Y eso que iba preparado mediante ayuno y oración, pues sé que la eufonía de tales masas se expresa con poca limpieza.

—Ciertamente, las obras maestras de Mozart no encuentran aquí una interpretación

muy adecuada; pero en cambio, las de Gluck suelen tocarlas bien.

—¿Usted cree? una vez quise oir "Ifigenia en Táuride". Al entrar en el teatro oí que estaban tocando la obertura de "Ifigenia en Aulis". Vaya, me he equivocado, dan esta "Ifigenia" Mi asombro no reconoce límites cuando escucho el andante con que empieza "Ifigenia en Táuride" y la tormenta en seguida. Entre ellas han transcurrido veinte años. Toda la fuerza de la tragedia ha desaparecido. Un mar tranquilo, una tormenta, los griegos qeu caen sobre el país; ésa es la ópera. ¿Ha escrito el compositor la obertura del banquete para que la toquen como un aire de trompeta cuando quieran y como quieran?

—Estoy conforme con usted en que es eso una falta de tacto. Pero a pesar de todo se hace lo posible para dar realce a las obras de Gluck.

—Sí, sí, — dijo mi amigo, sonriendo con amargura cada vez mayor.

De pronto se puso en marcha y fué inútil que tratase de detenerle.

En un momento desapareció y en vano lo busqué durantes varios días por el Jardín Zoológico.

* * * *

HABIAN transcurrido varios meses, cuando una noche lluviosa, que me había retrasado algo en un barrio extremo de la capital, buscaba el camino para mi casa en la Friedirichstrasse. Tenía que pasar por delante del teatro; la música sonora, las trompetas y los timbales me recordaron que se daba "Armida", de Gluck, y me decidí a entrar, cuando llamó mi atención un señor que hablaba solo junto a la ventana por donde se oían los acordes.

—Ahora llega el rey... tocan la marcha... más timbales, más timbales... es muy alegre; hay que hacerlo once veces... si no, no tiene lucimiento el cortejo... ahora, "meatoso"... escondeos, niños... Ahora se le cae la escarapela del zapato a un figurante. Justo, la dozava vez, y siempre siguiendo al que dirige... ¡Oh las fuerzas eternas! ¡Esto no acaba nunca! Ahora saluda... Armida le da las gracias expresiva... ¿Otra vez? Justo; faltan dos soldados. Ahora nos metemos en el recitado... ¿Qué mal espíritu me tiene aquí sujeto?

—El lazo se ha roto, — exclamo yo. — Venga conmigo.

Agarré de un brazo a mi original amigo del Jardín Zoológico, pues era él el individuo que hablaba solo, — y lo separé de allí. Estábamos ya en la Friedrichstrasse, cuando se paró de repetne.

—Le conozco a usted, — dijo. — Estaba usted en el Jardín Zoológico... hablamos mucho... yo bebí algo... y se me subió a la cabeza... después sonó la eufonía dos días seguidos... he sufrido mucho... pero ya ha pasado.

—Me alegro mucho de que la casualidad nos haya vuelto a reunir. Ahora podemos ser amigos. Yo vivo cerca de aquí; si usted quiere...

—Yo no puedo ni debo ir a ninguna parte.

—No, pues no se me escapa usted; le acompañaré yo.

—Entonces tendrá usted que andar aún un par de cientos de pasos conmigo. Pero ¿no iba usted al teatro?

—Pensaba oir "Armida", pero ya...

—Ahora oirá usted "Armida". Venga conmigo.

En silencio subimos por la Friedrichstrasse; muy de prisa dimos la vuelta a una calle transversal y, sin apenas poderle seguir yo, seguimos calle arriba hasta que el fin mi amigo se detuvo ante una casa insignificante.

Llamó durante un ratito; hasta que abrieron. A oscuras, tanteando el terreno, llegamos a la escalera y luego al departamento, que estaba en el último piso. Entrando en él mi guía cerró con mucho ciudado la puerta. Quedéme quieto oyendo abrirse otra puerta, y a poco apareció el individuo con una luz en la mano y la vista de la habitación, alhajada de un modo extraño, causóme no poca sorpresa.

Sillas antiguas ricamente decoradas, un reloj con capa dorada y un grande y pesado espejo daban al cuarto el aspecto sombrío de un lujo añejo.

En el centro veíase un piano pequeño; encima de él un tintero de porcelana, y junto a él unas cuantas hojas de papel pautado.

Una mirada rápida a aquellos utensilios para componer música me convencieron de que hacía mucho tiempo no se había escrito allí ni una nota, pues el papel estaba amarillento y el tintero cubierto de telarañas.

El individuo se dirigió a un armario adosado a la pared, que yo no había visto aún, y al separar la cortina vi una hilera de libros bien encuadernados, en cuyos lomos, con letras doradas, se leía: "Orfeo", "Armida", "Alcestes", "Ifigenia", etc., etc.; en una palabra, todas las obras maestras de Gluck.

—¿Tiene usted las obras completas de Gluck? — le pregunté.

No me respondió; pero una sonrisa forzada contrajo su rostro, dándole una expresión terrible.

Dirigió hacia mi su mirada severa y fija y tomó uno de los libros. Era "Armida".

Con él en la mano se acercó al piano.

Yo lo abrí en seguida y preparé el atril, que estaba recogido; aquello le agradó, al parecer.

Abrió el libro y... ¿quién podría expresar mi asombro? Sólo ví el papel pautado sin una sola nota.

Luego comenzó a decir:

—Ahora voy a tocar la obertura. Vuélvame las hojas a tiempo.

Así se lo prometí, y comenzó a tocar de modo maravilloso y conmovedor el majestuoso tiempo de marcha con que empieza la obertura, ateniéndose por completo al original; pero el alegro tenía muchas cosas mezcladas a las ideas primordiales de Gluck.

Hizo unas variaciones tan geniales, que mi asombro iba subiendo de punto.

Las modulaciones eran muy vivas, sin llegar a agudas, y mezclaba tantas melodiosas

variaciones con las ideas del autor, que las hacía resaltar con más colorido.

Su rostro ardía; frunció las cejas y una furia contenida se pintó en sus ojos, que a poco se iundaron de lágrimas.

A ratos cantaba el tema, al tiempo que lo acompañaba con infinitas variaciones, con una agradable voz de tenor; luego imitaba los timbales.

Yo volvía las ojas siguiendo su mirada. La obertura terminó y mi amigo cayó extenuado en una butaca, con los ojos cerrados.

Levantóse luego y, mientras volvía algunas de las hojas en blanco del libro, dijo con voz opaca:

—Todo esto, señor mío, lo escribí yo cuando retorné del reino de los ensueños. Pero confié lo santo a los incrédulos y una mano de hielo hizo presa en el corazon ardiendo. No se rompió; pero yo fuí condenado a morar entre los incrédulos como un espíritu aislado... sin forma, por lo cual nadie me conoceré hasta que el heliotropo me eleve de nuevo al eterno... Ahora voy a cantar la escena de Arminda.

Y cantó la escena final de Arminda con una expresión que me conmovió profundamente.

También en ella se separó mucho del original, pero sus cambios daban mayor relieve a la música de Gluck.

Todo lo que se puede expresar de odio, amor, desesperación, delirio estaba expresado de la manera más hermosa en tonos enérgicos. Su voz parecía la de un joven que de la insignificancia más vulgar y monótona se eleva a la fuerza más conmovedora.

Todas mis fibras se estremecían... estaba fuera de mí. Cuando hubo terminado me eché en sus brazos y le pregunté con voz temblona:

—¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

Púsose de pie delante de mí y me midió con su mirada penetrante; cuando iba a continuar preguntándole desapareció con la luz tras de la puerta, dejándome a oscuras.

Transcurrió casi un cuarto de hora; iba ya desesperando de verle y buscaba la puerta orientándome por la colocación del piano, cuando de repente apareció vestido con un traje de gala muy bordado, una casaca riquísima, la espada al cinto y con la luz en la mano.

Me quedé asombrado. El se adelantó hacia mí, muy grave, y tomándome de la mano me dijo con una extraña sonrisa:

—Soy el caballero Gluk.

ERNST HOFFMANN.

Un pueblo tiene siempre el derecho de revisar, de reformar y de cambiar su constitución. Una generación no puede sujetas a sus leyes a las generaciones futuras. — Rousseau.

* * * *

El pacto fundamental hace sustituir una igualdad moral y legítima a lo que la naturaleza ha podido dejar de desigualdad física entre los hombres; y pudiendo ser desiguales en genio y en fuerza, llegan todos a ser iguales por convención y de derecho. — Rousseau.

Si hombres diseminados cualquiera que sea su número, se someten a uno solo, yo veo un señor y esclavos, pero no un pueblo y su jefe. Será si se quiere una agregación, pero no una asociación, porque no hay bien público ni cuerpo político. — Rousseau.

* * * *

La política veleidosa que hoy sigue un rumbo y mañana otro contrario, es un barco sin timón abandonado en medio de los mares a los caprichos de los vientos. — Carlos Rubio.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

DE UN GRAN NOVELISTA FRANCES

"EL EMPERADOR CIEGO" O UN VIAJE POR BAVIERA EN BUSCA DE UNA TRAGEDIA JAPONESA

POR ALPHONSE DAUDET

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Curiosa y entretenida narración que bajo su jocoso aspecto encierra un profundo sentido irónico que refleja la situación de Francia en sus relaciones internacionales en la época en que el autor dió a la publicidad este interesantísimo relato.

coronel señor Siebolt

EN la primavera de 1866, el señor Sieboldt, coronel bávaro al servicio de Holanda, muy conocido en el mundo científico por sus magníficas obras sobre la flora japonesa, llegó a París para presentar al emperador un vasto proyecto de asociación internacional para la explotación del maravilloso Nipón-Jepen-Japón, — imperio del Sol Levante, — donde había vivido más de treinta años. Entretanto le concedían una audiencia en el palacio de las Tullerías, el ilustre viajero, — que después de su estancia en el Japón se había quedado tan bávaro como antes. — pasaba sus veladas en una pequeña cervecería del barrio Poissonniére, en compañía de una señorita de Munich que viajaba con él y presentaba como sobrina suya. Allí fué donde le tropecé. La fisonomía de aquel corpulento anciano, que se mantenía enhiesto a sus setenta y dos años su luenga barba blanca; su interminable hopalanda; el ojal siempre condecorado de su solapa, donde todas las academias de ciencias habían puesto sus colores; aquel gesto extraño, en que se juntaba timidez y desenvoltura, atraían la mirada de cuantos entraban.

El coronel se sentaba solemnemente; sacaba del bolsillo un rábano negro grande; entonces la señorita que le acompañaba, — alemana legítima, con su falda corta, su chal a rayas, su sombrerito de viaje, — cortaba el rábano en rajas delgadas, a la usanza de su país, lo espolvoreaba con sal, las ofrecía a su "querido tío", como decía con su vocecita de ratón, y se ponían a roer uno frente al otro, tranquilamente, sencillamente, sin ocurrírseles ni por asomo que hubiera en ello el menor ridículo en París como en Munich.

En verdad, formaban una pareja original y simpática, y en seguida nos hicimos grandes amigos. El buen hombre, cuando observó el gusto con que oía sus conversaciones sobre el Japón, me rogó repasase su Memoria, y yo me apresuré a aceptar, tanto por amistad hacia este viejo Simbad como para internarme cuanto antes en el estudio del hermoso país, cuyo cariño me había contagiado.

El trabajo de revisión no era muy entretenido que digamos. Toda la Memoria estaba escrita en el caprichoso francés que hablaba el señor Sieboldt: "Si yo tendría accionistas..., si yo reuniría fondos", y plagadas de faltas enormes de pronunciación, que le hacía decir sin fallar "los grandes boites del Asia", en vez de "los grandes poetes del Asia", y "el "Chabon" por "el Japón". Agregado a esto frases de cincuenta líneas, sin punto ni coma, sin donde tomar aliento, y, sin embargo, tan encasilladas en el cerebro del autor, que juzgaba

imposible tachar una palabra, y si se me ocurría quitarle una línea de una página, al punto la transportaba un punto más lejos...

Pero era lo mismo; el caso es que aquel demonio de hombre me intersaba tanto con su "Chabon", que me olvidaba de la pesadez del trabajo, y cuando recibió el aviso de la audiencia, la Memoria continuaba próximamente en su primitivo estado.

¡Pobre Sieboldt! Aun parece que le veo, cuando se encaminaba a las Tullerías, ostentando todas sus cruces sobre el pecho, con su vistoso uniforme de coronel, rojo y dorado, que no sacaba de la maleta sino en las grandes solemnidades. Bien que no dejase de decir "¡Brum!, ¡brum!", enderezando su largo cuerpo; su emoción se traslucía en el temblor de su brazo enlazado al mío, y sobre todo en la insólita palidez de su nariz, una larga nariz de sabihondo, bermeja por el estudio y la cerveza de Munich...

A la tarde, cuando le encontré, saltaba de alegría: Napoleón III le había recibido entre dos puertas, escuchado unos cinco minutos y despedido con su frase favorita: "Ya veré...; lo pensaré".

Y con eso, el ingenuo japonés ya hablaba nada menos que de alquilar todo el primer piso del Gran Hotel, de escribir a los diarios, de tirar prospectos.

Yo me impuse el trabajo, — que no fué fácil, — de hacerle comprender que su majestad acaso tardase mucho en reflexionar, y que, entretanto, lo mejor que podía hacer era volverse a Munich, cuya Cámara se disponía a votar una consignación para comprarle una gran colección.

Mis observaciones acabaron por convencerle y partió, prometiendo enviarme, en pago del trabajo de revisar su famosa Memoria, una tragedia japonesa del siglo XVI, titulada "El emperador ciego", obra maestra, desconocida por completo en Europa y traducida por él para su amigo el gran músico Meyerbeer. El maestro se aprestaba a escribir la música de los coros cuando murió. Como veis, el regalo que quería hacerme nuestro hombre era magnífico.

Por mi mala fortuna, pocos días después de su marcha estalló la guerra en Alemania, y no supe más de mi tragedia. Los prusianos habían invadido Wurtemberg y Baviera, y era muy natural que con la emoción patriótica y el desorden propio de una invasión, el coronel se hubiese olvidado de mi "Emperador ciego". Pero yo, yo me acordaba más que nunca, y no sé por qué, en parte por tomar la tragedia japonesa, en parte por curiosidad de ver de cerca lo que es la guera, la invasión, — ¡oh, Dios! ¡Ahora conozco bien todos sus horrores, — el caso es que me decidí, y una mañana salí para Munich.

II

La Alemania del Sur

¿VA a hablarme a mí de pueblos de sangre lenta? En plena guerra, bajo el terrible sol de Agosto, el país allende el Rin, desde el puente de Kehl hasta Munich, tenía un aspecto frío y tranquilo por demás.

Por las treinta ventanillas del tren wurtemburgués que me arrastraba lentamente, pesadamente, a través de la Suavia, se desarrollaban paisajes, montañas, torrentes, profundidades cubiertas de espesa fronda, bajo la cual se adivinaba la frescura del agua. En las laderas que desaparecían girando se veía a las aldeanas orgullosas en medio de sus [illegible] vestidas de rojos refajos y justillos [illegible] opelo en su torno; los árboles eran [illegible] ídes, que se dirían esas majadas de juguetes que venden en cajitas de pino y huelen a la resina y a los bosques del Norte.

De tarde en tarde, una docena de soldados vestidos de verde marcaba el paso en algún prado; la cabeza rígida, levantando bien las piernas y los fusiles enarbolados como ballestas; era el ejército de un príncipe de Nassau cualquiera. A veces pasaban otros trenes, tan lentos como el nuestro, cargados de lanchas, en donde los soldados de Wurtemberg, hacinados como en un carro alegórico, cantaban barcarolas a tres voces, huyendo delante de los prusianos.

Y luego, las paradas en todos los "buffets" de las estaciones, la inalterable sonrisa de los mayordomos, las anchas caras de los alemanes, satisfechos; la servilleta atada atrás ante los enormes pedazos de carne con confitura; el parque real de Stutigard, rebosante de carrozas, de toilettes elegantes, de caballgatas, y la música tocando en torno de los estanques valses, cuadrillas, mientras se combatía en Kliscingen.

Cuando pienso en esto y luego en lo que he visto cuatro años más tarde, también en el mes de agosto; aquellas locomotoras locas que corrían sin saber adónde, como si el terrible calor hubera enloquecido sus calderas; los vagones parados en pleno campo de batalla, los rieles cortados, los trenes en peligro; Francia disminuída de día en día conforme la línea del Este se acortaba y, sobre todo, las vías abandonadas, el siniestro empachamiento de aquellas estaciones que quedaban solas en la tierra perdida, llenas de heridos, olvidados, como equipajes; cuando comparo, empiezo a sospechar que la guerra de 1866 entre Prusia y los Estados del Sur fué una guerra de broma, y que, a pesar de cuanto se nos hadicho, los lobos de Germania no se muerden nunca entre ellos.

No había más que pasear por Munich para convencerse. La noche de mi llegada, una hermosa noche de domingo, poblada de estrellas, todo el mundo se había echado a la calle. Un alegre y confuso rumor, — tan vago bajo la luz como el polvo que levantaban los paseantes, — flotaba en el aire.

En el fondo de las bodegas de cerveza, abovedadas y frescas; en los jardines de las cervecerías, donde los faroles de color balaceaban sus sordos resplandores, por todas partes se oían, entre el ruido del las tapas de metal al caer sobre los "blocks", las trompetas que estallaban en notas triunfales o los suspiros de los instrumento de madera.

En una de estas filarmónicas cervecerías fué donde encontré al coronel Sieboldt, sen-

tado con su sobrina, comiendo su eterno rábano negro.

En la mesa contigua, el ministro de Relaciones Exteriores trasegaba una bock en compañía del tío del rey. Y en rededor, honrados ciudadanos con sus familias, oficiales con gafas, estudiantes con gorrillas rojas, azules o verdes, muy graves y silenciosos, escuchaban religiosamente la orquesta que dirigía Gungel, y contemplaban cómo subía al techo el humo de sus pipas, sin cuidarse más de Prusia que si no existiera.

Cuando me vió el coronel pareció algo embobado, y hasta creo que bajaba la voz al hablarme en francés. En nuestro rededor cuchicheaban: Frantzose..., Frantzose. Yo percibía malevolencia en todas las miradas. "Vámonos" — me dijo el señor Sieboldt —, y ya en la calle le vi sonreir de nuevo como antaño.

El buen hombre no había olvidado su promesa, pero estaba muy absorbido ordenando la colección japonesa que acaba de vender al Estado. Por eso no me había escrito. En cuanto a mi tragedia, estaba en Wurtzburgo en manos de la señora de Sieboldt, y para llegar allá necesitaba una autorización especial de la embajada francesa, porque los prusianos se aproximaban a Wurtzburgo y no se podía entrar fácilmente en la ciudad. Tal gana tenía de mi Emperador ciego, que me hubiera plantado aquella misma noche en la Embajada, si ni temiera encontrar al señor de Trévise acostado ya.

III

En "droschken"

La mañana siguiente, muy temprano, el hostelero del Racimo Azul me hacía subir en uno de esos coches de alquiler que los hoteles tienen siempre en el patio para enseñar las curiosidades de la ciudad, y desde donde vistos los monumentos, las avenidas, se os parecen como entre las páginas de una guía. Ahora no era para pasearme por la ciudad, sino para conducirme a la Embajada francesa. ¡Frantzosische Ambassad! — repitió por dos veces el hotelero. El cochero, un hombre ataviado de azul y cubierto con un sombrero gigantesco, parecía sorprendido del nuevo oficio en que se empleaba su coche, o para hablar como en Munich, su droschken. Pero más me extrañé yo cuando le vi dejar a la espalda los barrios aristocráticos y meterse por un largo arrabal, lleno de fábricas, de casas de obreros, de jardines humildes, rebasar las puertas de la ciudad y llevarme por las afueras.

—¿Ambassad frantzosische? — le preguntaba inquieto de vez en cuando.

—Ia, ia, — respondía, — y seguíamos rodando. Hubiera querido darle alguna indicación más, pero el caso es que mi conductor no hablaba francés, ni yo, en aquel entonces, conocía del alemán más de tres o cuatro frases muy elementales sobre el pan, la leche, la carne; pero ni por asomo un embajador. Y para colmo no sabía decirlas más que con música. Os voy a contar por qué.

Pocos años antes, con un compañero, casi tan loco como yo, había atravesado Alsacia, Suiza, el ducado de Baden como un verdadero mercachifle, la mochila a la espalda, tragando las leguas por docenas, rodeando las ciudades de las que no queríamos ver más que las puertas, metiéndonos siempre por los senderos más estrechos sin saber adónde nos dirigían. De este modo gozábamos la inesperada aventura de tener que dormir al raso o bajo el techo de un pajar; pero lo que acababa de menudear las peripecias es que ninguno de los dos sabíamos una jota de alemán. Con auxilio de un pequeño diccionario de bolsillo, que compramos en Basilea, habíamos llegado a construir algunas oraciones muy sencillas, muy inocentes, tales como: Vir vollen trinken bier, — queremos beber cerveza, — vir vollen essen kaese, — queremos comer queso. — Aunque os parezcan poco complicadas estas condenadas frases, nos costaba no poco trabajo metérnoslas en la mollera. No las teníamos en dedos, como dicen los pianistas.

Entonces se nos ocurrió ponerlas en música, y la melodía que compusimos se adaptaba también a las palabras, que las frases nos entraron en la memoria cabalgando sobre las notas, y no podíamos tirar de unas sin que saliesen las otras.

Había que ver la cara que ponían las camareras de Baden cuando a la noche entrábamos en el salón del Gasthaus o restaurante y, en tirando la mochila, entonábamos a voz en grito:

Vir vollen trinken bier (bis)
Vir vollen ya, vir vollen.
¡Ya
Vir vollen trinken bier.

Ahora ya se mucha alemán. ¡He tenido tantas ocasiones de aprenderlo!... Mi vocación se ha enriquecido con infinidad de frases y oraciones. Ahora, que las hablo, no las canto. ¡Ay, no! ¡No tengo ganas de cantarlas!

Mas volvamos a mi droschken.

Corríamos a trote suave por una avenida bordeada de árboles y casas blancas. De pronto el cochero se detuvo.

—¡Da! — me dijo el cochero, señalando una casa escondida entre las acacias, muy silenciosa, muy apartada para ser Embajada. Tres llamadores de cobre, uno encima de otro, brillaban en un ángulo de la pared, junto a la puerta. Tiro de uno al azar, se abre la puerta y entro a un vestíbulo elegante, confortable; flores, tapices por todas partes. En la escalera, una media docena de doncellas bávaras, que habían acudido al campanillazo, se escalonaba con ese disgracioso aspecto de pájaros sin alas que tienen las mujeres de allende el Rin.

Pregunto: "¿Ambassad Frantzosische?"

Me lo hacen repetir dos veces más, y se me echan a reir, que estremecían la baranda. Furioso, vuelvo contra mi cochero, y reforzando las palabras con gestos, trato de hacerle comprender que se ha equivocado, que la Embajada no es allí. "Ia, ia!", — responde el hombre, sin conmoverse, — y regresamos a Munich.

Era para creer que nuestro embajador en aquella época cambiaba a menudo de domicilio, o bien que a mi cochero, para no trastornar los hábitos de su droschken, se le había metido en la cabeza enseñarme, de grado o por fuerza, la ciudad y sus cercanías. En resumen: que pasé la mañana recorriendo Munich en todos los sentidos, a la busca y captura de la embajada fantasma.

A las dos o tres tentativas acabé por no bajarme siquiera del coche. El cochero iba, venía, se paraba donde se le antojaba, hacía como que se informaba; yo me dejaba llevar, y no me ocupé más que de mirar a mi rededor. ¡Qué ciudad tan aburrida y fría, con sus largas avenidas, sus palacios alineados, sus calles demasiado anchas, donde suenan los pasos; su museo al aire libre de celebridades bávaras, amortajadas en el sudario blanco de sus estatuas!

¡Qué de columnatas, de arcadas, de frescos, de obeliscos, de templos griegos, de propileos, de dísticos en áureas letras en los frontispicios! Todo se esfuerza en parecer grande; pero por do quiera se percibe el énfasis de una aparente grandiosidad, al ver a lo lejos, en todas las avenidas, arcos de triunfo por donde sólo pasa el horizonte, pórticos abiertos sobre el azul.

De la misma traza me represento ciertas ciudades imaginarias, — Italia, mezclada de Alemania, — por donde Musset pasea el incurable hastío de su fantasía y la peluca solemne y hueca del príncipe de Mantua.

El paseo en droschken duró cinco o seis horas; después de lo cual, el cochero me reintegró triunfalmente al patio del Racimo Azul, haciendo restallar su fusta, orgulloso de haberme enseñado Munich.

En cuanto a la embajada, acabé por descubrirla dos calles más allá del hotel, pero en vano.

El canciller no quiso darme el pasaporte para Wurtzburgo. A lo que parece, no estábamos bienquistos en Baviera; un francés no hubiera podido aventurarse, sin riesgo, hasta las avanzadas.

Así que hube de esperar en Munich a que la señora de Sieboldt encontrase coyuntura propicia para hacer llegar a mis manos la tragedia japonesa.

IV

El país del azul

¡COSA extraña! Los honrados bávaros, que no nos podían ver ni pintados por no habernos puesto de su lado en aquella guerra, no tenían, en cambio, la menor animosidad contra los prusianos. Ni vergüenza de sus derrotas ni odio al vencedor. "Son los primeros soldados del mundo", — me decía, no sin orgullo, el hostelero del "Racimo Azul", al día siguiente de la batalla de Kissingen, y esa era la opinión general en Munich.

En los cafés se arrebataban de las manos los diarios de Berlín; reían hasta tronzarse, las graciosidades del "Kladderadath", esas bromas berlinesas de sal gruesa, más pesadas que el famoso martillo-pilón de la fábrica de Krupp, que pesa cincuenta mil kilos.

Nadie dudaba de la próxima entrada de los prusianos, y todo el mundo se disponía a recibirlos amablemente. Las cervecerías se aprovisionaban de salchichas, de albóndigas; en las casas particulares se preparabn habitaciones para los oficiales.

Unicamente se notaba alguna inquietud en los museos. Un día, al entrar en la Pinacoteca, me encontré las paredes desnudas y los empleado mbalando los cuadros en grandes cajones, dispuestos a partir para el Sur. Se temía que el vencedor, muy respetuoso con las propiedades particulares, no lo fuera tanto para las colecciones del Estado. De todos los museos de la ciudad sólo quedaba abierto el del señor Sieboldt. En su calidad de oficial holandés, condecorado con el Aguila de Prusia, el coronel pensaba que, estando él presente, nadie osaría tocar la colección, y mientras esperaba la llegada de los prusianos, no hacía más que pasearse, vestido de gala, a lo largo de las tres enormes salas que el rey le había cedido en el Jardín de la Corte, especie de Palais-Royal, más verde y triste que el de París, rodeado de paredes conventuales pintadas al fresco.

En este gran palacio sombrío, aquellas curiosídades extendidas, con las etiquetas pegadas, tenían el verdadero aspecto de un museo, esa mescolanza melancólica de cosas venidas de lejos, arrancadas de su ambiente.

El mismo viejo Sieboldt parecía formar parte de él. Yo iba todos los días a verle, y nos pasábamos las horas muertas hojeando aquellos manuscritos japoneses, ornados de láminas; aquellos libros de ciencia, de historia, unos tan inmensos que era necesario extenderlos en el suelo para abrirlos; otros, no más grandes que una uña, que sólo se podían leer con vidrio de aumento, dorados, finos, riquísimos.

Sieboldt presentaba a mi admiración su enciclopedia japonesa en ochenta y dos tomos, o bien me traducía una oda del "Hiaknin", obra maravillosa, publicada bajo los auspicios de los emperadores japoneses, donde se encierran las vidas, los retratos y fragmentos líricos de los cien poetas más famosos del Imperio. Después ordenábamos su colección de armas, los cascos de oro de anchos barboquejos, las corazas, las cotas de malla, esas enormes espadas que se agarran con las dos manos y sesgan en dos pedazos a un hombre.

Me explicaba las divisas de amor pintadas en las conchas doradas; me introduc en los interiores japoneses, mostrándome el modelo de su casa de Yeoo, una miniatura en laca en donde no faltaba nada, ni los "es-

tores" de seda de las ventanas ni los grotescos del jardín; — un jardincito de país de Liliput, — cuajado de plantas enanas de la flora indígena.

Una de las cosas que más me interesaban eran los objetos del culto japonés: los diminutos dioses de madera pintada, las casullas, los vasos sagrados y unas capillitas portátiles, como teatros de marionetas, que cada fiel guarda en un rincón de la casa. Los idolitos rojos están en línea, al fondo; una delgada cuerda de nudos pende delante. Antes de comenzar su plegaria, el japonés se inclina y agita con esta cuerda una campanita que refulge al pie del altar; es para llamar la atención de sus dioses. Yo me entretenía como un niño en hacer sonar estas campanitas mágicas, en dejar a mi ensueño huir, sumergido en esta onda sonora, hasta el fondo del Oriente, donde el Sol levante parece haberlo dorado todo, desde las hojas de los terribles sables hasta el canto de los libros.

Cuando salía, los ojos llenos de reflejos de lacas, de jade, de los colores vivos de los mapas, y sobre todo, los días en que el coronel me había leído una de esas odas japonesas, de una poesía casta, aristocrática, original, profunda, las calles de Munich me cusaban una singular impresión.

El Japón, Baviera, aquellos dos países nuevos para mí, que iba conociendo a un mismo tiempo, que veía uno al trasluz del otro, me embrollaban, se confundían en mi cabeza y se convertían en una especie de país vago, de país azul...

La línea azul que acababa de ver en las tazas japonesas, en la pincelada de las nubes, en el esbozo del agua, la encontraba al levantar los ojos, en los frescos azules de las paredes. ¡Y los soldados azules que hacían el ejercicio, cubiertos de cascos japoneses, y el inmenso cielo sereno de un de "vergis-mein-nicht" (no me olvides), y el cochero azul que me volvía al hotel del "Racimo Azul"!...

V

Paseo por el Starnberg

ACORDABA muy bien con este país azul aquel lago resplandeciente que refulge en el fondo de mi memoria.

Sólo con escribir el nombre de Starnberg he vuelto a ver muy cerca de Munich la ancha lámina de agua, lisa, llena de cielo, que hacía familiar y viviente el humo de un vaporcito que costeaba las orillas. En redor, las sombrías masas de los grandes parques separados de trecho en trecho, como abiertos para que viera la blancura de las casas. Más arriba, burgos con los tejados muy juntos, nidos de casas asentadas en las laderas, y más arriba todavía, las montañas del Tirol, lejanas, del color del aire donde flotan; y en un lado de este cuadro, — quizá clásico, pero encantador, — el viejo batelero, de polainas y chaleco rojo con botones de plata, que me paseó un domingo entero, muy orgulloso de llevar un francés en su barca.

No era la primera vez que le había acontecido tal honor.

Se acordaba perfectamente de haber pasado el Starnberg, en su juventud, a un oficial. Hacía de esto setenta años, y en el tono respetuoso con que hablaba el buen hombre, se percibía la impresión que debió causarle aquel francés de 1806, acaso un bello Osvaldo del primer Imperio, con pantalón ceñido y botas de montar, jacquet gigantesco e insolencias de vencedor... Si el barquero de Starnberg vive aún, dudo que conserve la misma admiración por los franceses.

Por este poético lago y por los parques abiertos de las residencias circundantes, pasean los burgueses de Munich sus alegrías dominicales.

La guerra no había cambiado esta costumbre. Al pasar, veía las tabernas de la ribera atestadas de gente; señoras obesas sentadas en corro ahuecaban sus faldas sobre el césped. Entre las ramas que se cruzaban sobre el azul del lago, grupos de gretchen (muchachos) y de estudiantes, paseaban, auroleados por el humo de sus pipas.

Algo más lejos, en un claro del parque de Maximiliano, una boda de aldeanos, alborotados, chillones, que bebían sentados frente a largas mesas de caballete, y enfrente un guarda jurado de uniforme verde, con un fusil en la mano, plantado con la actitud de quien dispara, les daba una lección sobre aquel maravilloso fusil de aguja que los prusianos usaban con tanto éxito.

Si no fuera por esto, no me hubiera acordado de que los hombres combatían a unas leguas de allí. Y combatían; había que creerlo, porque aquella noche, al regresar a Munich, en una plazuela, abrigada y recogida como una capilla, vi innumerables cirios que ardían en redor de la "Marie-Saulen", y mujeres arrodilladas que rezaban una plegaria estremecida por los sollozos.

VI

La Baviera

DE algunos años a esta parte se han escrito muchas páginas sobre el "chauvinismo" francés, nuestras tonterías patrióticas, nuestras vanidades, nuestras fanfarronadas; pero yo no creo que exista en Europa pueblo más jactancioso, más soberbio, más enfatuado de sí mismo que el pueblo bávaro.

Su microscópica historia, — diez páginas desprendidas de la historia de Alemania, — se despliega en las calles de Munich, gigantesca, desproporcionada, hecha cuadros y monumentos, como esos libros que se regalan a los niños: poco texto y muchas estampas.

En París no tenemos más que un Arco de Triunfo; allí tienen diez; la puerta de las Victorias, el pórtico de los Mariscales, y no sé cuántos obeliscos erigidos a la "valentía de los guerreros bávaros".

En aquella tierra se puede ser grande hombre; se está seguro de que el nombre quedará grabado en todas partes, en piedra, en bronce, y de tener por lo menos una es-

tatúa, bien en una plaza, bien en lo alto de un friso, entre las Victorias de blanco mármol.

La monomanía de las estatuas, de las apoteosis, de los monumentos conmemorativos llega allí a tal extremo, que hasta tienen pedestales vacíos, levantados ya, preparados para las desconocidas celebridades del mañana.

Ahora todos los sitios deben de estar ocupados. ¡La guerra del 70 les ha dado tantos héroes, tantos gloriosos episodios!

Da gusto figurarse, por ejemplo, al ilustre general von der Thann, medio desnudo, a lo griego, en medio de un jardincito verde en una plaza, sobre un pedestal ornado de bajorrelieves, representando: de un lado, "los guerreros bávaros incendiando la aldea de Bazeilles"; del otro, "los guerreros bávaros asesinando los heridos franceses en la ambulancia de Woerth". ¡Qué magnífico monumento debe de ser éste!

No contentos con tener sus grandes hombres diseminados por toda la ciudad, los bávaros todavía les han reunido en un templo situado en las afueras de munich y que llaman la "ruhmeshalle" (la sala de la gloria). Bajo un vasto pórtico de columnas de mármol, que avanzan en torno como los tres lados de un cuadrado abierto, están alineados sobre ménsulas los bustos de los electores, de los reyes, de los generales, de los jurisconsultos, etc., etc. El catálogo se vende en la portería.

Algo más adelante se levanta una estatua colosal, una Baviera de noventa codos, enhiesta en la cima de una de esas grandes escalinatas tan tristes que suben al descubierto entre el verdos de los jardines públicos.

Con su piel de león sobre los hombros, su espada asida en una mano, — ¡siempre la gloria, — este enorme pedazo de bronce, a la hora en que lo ví, — al caer una tarde de agosto, cuando las sombras se alargaban desmesuradamente, — llenaba la silenciosa explanada con su gesto enfático.

Y en redor, a lo largo de la columnata, los perfiles de los hombres célebres hacían guiños al Sol poniente. ¡Todo estaba desierto, triste! Al oír resonar mis pasos sobre las losas me asaltó de nuevo esa impresión de grandeza en el vacío, que me perseguía desde mi llegada a Munich.

Una escalerita de hierro trepa caracoleando por el interior de Baviera. Me dió el humor por subir a lo alto y sentarme un momento en la cabeza del coloso, un saloncito en forma de rotonda, alumbrado por dos ventanas, que son los ojos.

A pesar de estos ojos que se abrían al azul horizonte de los Alpes, la atmósfera era sofocante.

El bronce, caldeado por el sol, me envolvía en un calor agotador. Hube de descender en seguida... Pero fué igual; aquel momento me bastó para conocerte, ¡oh gran Baviera, hinchada y sonora! He visto tu pecho sin corazón, tus gruesos brazos de cantadora, inflados, sin músculos, tu espada de metal repujado, y en tu cabeza hueca he sentido la pesada embriaguez, la torpitud de un cerebro de bebedor de cerveza. ¡Y decir que al embarcarnos en la loca guerra del 70, nuestros diplomáticos contaban contigo! ¡Ah! ¡Si se hubieran tomado el trabajo de subir por dentro de la Baviera!

VII

"El emperador ciego"

IBA ya para diez días que estaba en Munich, y aun no tenía ninguna noticia de mi tragedia japonesa. Ya comenzaba a desesperarme, cuando una tarde, en el jardín de la cervecería, donde tomábamos nuestros refrigerios, vi llegar a mi coronel con el rostro radiante. "¡Ya la tengo, — me dijo; — venga usted mañana temprano al museo; la leeremos juntos; verá usted qué cosa más hermosa!" Estaba muy alegre.

Los ojos le brillaban al hablar. Dos o tres veces la sobrina intervino para hacerle callar: "Tío..., pero tío".

Pensé que aquella fiebre, aquella exaltación, procedía de un puro entusiasmo lírico.

En efecto, los fragmentos que me recitaba me parecían muy bellos, y cada vez anciaba más entrar en posesión de mi obra maestra.

A la mañana siguiente, cuando llegué al Jardín de la Corte, me sorprendió encontrar cerrada la sala de las colecciones.

Que el coronel no estuviera en su museo era algo tan extraordinario, que corrí a su casa, asaltado por una vaga inquietud.

La calle donde vivía, una calle algo apartada, silenciosa y corta, con jardines y casas bajas, me pareció más agitada que de ordinario. Se veían grupos, charlando misteriosamente, delante de las puertas.

La de la casa de Sieboldt estaba cerrada y las persianas abiertas. Entraba y salía gente con gesto triste.

Se adivinaba una de esas catástrofes que, demasiado grandes para una casa, desbordan de ella y llegan hasta la calle.

Al entrar oí sollozos; partín del fondo de un pasillo, de una ancha estancia repleta de cosas y clara como un estudio.

Se veían una larga mesa de madera blanca, libros, manuscritos, vitrinas de colecciones, álbumes forrados de seda brochada, y en la pared, armas japonesas, estampas, grandes mapas; y en medio de este desorden de curiosidades y dibujos, el coronel tendido en el lecho, la larga barba recta sobre su pecho, y la pobrecita, "querido tío", que lloraba de rodillas en un rincón. El coronel había muerto repentinamente aquella noche.

No tuve valor para turbar aquel gran dolor con una fantasía literaria, y la misma tarde salí de Munich. Y así fué cómo de la maravillosa tragedia japonesa no he conocido más que el título: "El emperador ciego".

Después he visto representar otra tragedia, a la que este título, traído de Alemania, había convenido perfectamente: ¡siniestra tragedia, llena de sangre y de lágrimas, y que no era japonesa, no, por cierto!

ALPHONSE DAUDET.

La Extraña Historia de STEPHEN USHER.

Intenso y poderoso drama de misterio y aventura que relata la historia de una familia de la más alta aristocracia de Inglaterra, escrito por HENRY B. RICHMOND e ilustrado por el distinguido artista J. LOUIS SMYTH.

(CONCLUSION. -- VÉASE EL NÚMERO 114 DE "PUCKY" y siguientes)

ATRAVESO el parque y se encaminó por el solitario camino que conducía al sitio donde el río Raven corría entre dos altas orillas, en el fondo de Una garganta profunda. Era la única parte del curso del río que estaba descubierta: después seguía por debajo de tierra.

No había peligro de que nadie viera a Julián con su carga. La hora era tardía y no era de presumir, además, que nadie saliera de casa con el terrible y molesto tiempo reinante.

Rápidamente siguió Julián su marcha hata que llegó a la orilla de la profunda zanja.

Allí, con su carga sostenida en los brazos se detuvo à recordar el sitio donde se hallaba. Era el mismo donde, en otra noche también de tormenta, había arrojado al río la cartera que contenía el papel escrito por Philip Marsden antes de morir, el papel que de haber llegado a manos de la justicia, hubiese demostrado que era Julián Usher y no Stephen, quien había dado muerte al infeliz Marsden.

Deteniéndose a fin de serenarse un poco, Julián tendió luego los brazos y dejó caer el cuerpo de Stephen. Le vió volverse en el aire y desaparecer luego entre la blancura de la nieve, de la oscuridad de la honda zanja.

—¡Ahora, primo Stephen, vuelva usted de su tumba si puede! — gritó triunfante. — ¡Desde este momento reino sin peligro y por completo como legítimo conde de Ravenhurst!

Solo el rugir del viento contestó a sus palabras cuando volviendo la espalda del río se dirigió de regreso hacia el castillo.

Otra vez el Cardenal Rojo

EL reloj de la vieja iglesia de San Edmundo dió las campanadas de las dos de la mañana en el momento en que Julián Usher volvía a entrar en el parque del castillo de Ravenhurst. Se dirigió inmediatamente hacia la biblioteca cuya puerta vidriera, que daba a la terraza, había permanecido abierta, como él la dejó. Detúvose antes de entrar y miró alrededor desde el sitio que había sido teatro del dramático encuentro con su primo.

Las huellas que en la nieve habían causado los dos hombres eran visibles todavía, pero como nevaba copiosamente no tardarían en borrarse bajo gruesa capa de nuevos copos.

Una cosa no se cubriría tan fácilmente y esa sería la capa roja del cardenal que Stephen había arrojado al suelo.

Julián miró aquello en el suelo moviendo la cabeza.

—No lo tocaré — murmuró, — el encuentro de esa prenda de vestir convencerá tal

vez a mis invitados de que el supuesto espectro que vieron hace varias horas, en verdad, un ladrón que había adoptado ese traje a objeto de atemorizarles.

Julián se dirigió de nuevo hacia la biblioteca y estaba ya por entrar cuando resbaló y hubiera caído de no haberse apoyado en la pared para sostenerse. Recobró el aplomo inmediatamente y entonces se dió cuenta de que su mano había tocado algo que parecía por su forma, al tacto, una linterna eléctrica de bolsillo, pues tenía una pequeña protuberancia que debía ser el resorte para encender y apagar. No conocía Julián su objeto pero tenía la mente demasiado preocupada con otras cosas para darle importancia a aquel hallazgo.

Penetró en la biblioteca, cerró la puerta de cristales, pasó por entre las cortinas cerradas y se dirigió a la chimenea donde ardía un buen fuego. Con el pié removió los troncos que lanzaron llamaradas vigorosas y hecho esto se volvió de espaldas a la chimenea.

Al hacerlo sufrió Julián una emoción fuertísima que detuvo al momento los latidos de su corazón.

De pié, delante de las cortinas, se hallaba la figura del cardenal Rojo.

Estaba en el mismo sitio donde la había visto antes y un grandísimo terror le inundó el ánimo, pues ahora si que no podía ser humana aquella figura. De pronto, tan rápidamente como había brotado desapareció el miedo de su corazón y avanzó un paso hacia la roja figura.

Un instante después experimentó una sensación de intenso consuelo al convencerse de que lo que tanto le había emocionado no era más que un dibujo. Movió las cortinas y el cardenal se movió con ellas.

Julián volvió hacia atrás y fué hasta la pared que quedaba directamente delante de la puerta vidriera. Contra la pared estaba colocada una estantería con libros y al llegar a ella Julián vió que salía un rayo de luz de un espacio entre dos libros. Quitó los libros de los dos lados e inmediatamente encontró, en el espacio de atrás, lo suficiente para solucionar el misterio de aquellas apariciones el cardenal rojo.

Lo que encontró allí fué una pequeña lámpara de proyecciones detrás de cuyo lente estaba colocada una película colorada con la imagen del cardenal rojo. Posterior investigación le demostró que se podía dar luz y apagar aquella linterna desde afuera — mediante lo que tocó al sostenerse para no caer — unido a ella por un alambre revestido.

—¡Qué ingeniosa combinación! — murmuró Julián Usher pensativo. — Así, desde fuera, Stephen podía hacer aparecer o no el espectro delante de la cortina. Con seguridad yo, al apoyarme, dí luz, y por eso se produjo la aparición. ¡Pero qué tonto he sido para dejarme burlar de este modo por "truc" de ilusionista!... La verdad es que todo estaba bien preparado para hacer su efecto y que cuando él me desafió espada en mano, tenía todo el aspecto de un fantasma.

No perdió un instante en ponerse a desarmar el aparato que podía sacarse con toda facilidad. Cuando lo hubo desarmado se lo guardó en el bolsillo.

—Como fuí engañado esta noche, fuí engañado antes, — murmuró. — Todos los aparecidos que he visto tuvieron igual origen. El misterio del cuadro que me preocupó esta noche se explica al conocer este aparato. Stephen o anduvo arreglando el cuadro o descubrió que tenía alguna combinación. ¡Bien! Ha sido una larga y extraña lucha la nuestra, pero el triunfo es mío, finalmente y me encuentro en plena libertad al poder gozar del triunfo que he sabido ganar.

Diez minutos después, Julián Usher se retiraba a su dormitorio y por primera vez, desde el comienzo de su existencia de usurpador del título de conde de Ravenhurst, durmió tranquilamente.

El nuevo plan

PERO la paz duró poco en el espíritu de Julián Usher, pues a la mañana siguiente se acordó de que existía aun un peligro que podía destruír de improviso todas sus esperanzas y todas sus ambiciones. Había recordado la conversación que había tenido con Marion Grey la noche anterior, en la galería de los cuadros.

Por lo que la joven le había dicho, parecía

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIAL

Precio desde
reclame $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo
Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

Saltando de su asiento al camino corrió hacia el sitio donde la mujer estaba tendida sobre la nieve, a un lado del mismo. ("La extraña historia de Stephen Usher", pág. 60.)

que se había enterado de algún modo, de la verdadera versión sobre la muerte de Philip Marsden. No era posible si era poseedora del modo de probar la veracidad de lo que afirmaba pero en todo caso, bastaba que supiera lo que sabía para considerarla elemento peligrosísimo.

A Julián su triunfo sobre Stephen le había dado una audacia tal que resolvió inmediatamente proceder con toda rapidez en lo que a Marion se refería. Necesitaba librarse de ella o someterla de algún modo, que asegurara definitivamente su silencio.

A este respecto estuvo pensando largo rato y el resultado de tales reflexiones fué la decisión de dar un paso muy importante y lo antes que le fuera posible.

En los límites más lejanos de la zona pantanosa vivía una anciana. Era de raza gitana y Julián sabía que no se detendría ante nada que pudiera producirle dinero. Tenía muchos años y tanta maldad como vejez. Su aspecto era más que desagradable, repulsivo.

Había decidido Julián ir a visitar a la vieja gitana y hacerle proposiciones a fin de que tuviera en su casa, como prisionera, a Marion Grey, el tiempo que tardara él en resolver qué determinación final habría de tomar. Sabía Julián que la vieja aceptaría la misión, por dinero, y que tendría secuestrada a Marion el tiempo que él quisera y sin el menor riesgo para su propia responsabilidad.

Julián Usher almorzó solo aquella mañana, pues se había levantado muy tarde y sus invitados se hallaban ya patinando en el lago situado detrás del castillo.

En cuanto almorzó el conde de Ravenhurst sacó del garage uno de los automóviles más poderosos y solo en él se dirigió a la casita de la vieja gitana.

El automóvil, cuyo motor era de modelo silencioso, corría rápidamente, sin ruido por el camino nevado, y Julián, deseoso de ejecutar cuanto antes su maléfico plan le había hecho desarollar toda su vertiginosa rapidez.

Ocupado así en su tenebrosa tarea de combinar planes y preparar proyectos, olvidó por completo toda precaución y llegó a una vuelta del camino sin haber guiado como era debido, su coche. Cuando ya era demasiado tarde vió una forma oscura en el camino, delante del automóvil. Hizo un desesperado esfuerzo para evitarla, pero no le fué posible y uno de los guardabarros tocó rápidamente a la mujer.

La infeliz fué proyectada, girando sobre sí misma, a un lado del camino y Julián vió lo bastante de aquella figura para darse cuenta de que se trataba de una mujer. Maldiciendo la mala suerte que habíale causado un accidente semejante cuando iba tan de prisa, detuvo el coche en el menor espacio que pudo.

Saltando de su asiento al camino corrió hacia el sitio donde la mujer estaba tendida sobre la nieve a un lado del mismo.

Antes de que llegara a su lado, algo del traje y del sombrero le llamó la atención y no necesitó verle la cara para comprender que se trataba de Marion Grey.

Se hallaba desmayada, pero no había sufrido casi nada.

—¡Qué día de suerte! — exclamó Julián con salvaje alegría. — ¡Este desgraciado accidente evitará a la vieja la necesidad de inventar un pretexto para tener en su casa a la joven sin despertar sospechas!

Miró a todos los lados. No había nadie. Nadie había presenciado el accidente y si Marion no regresaba al castillo nadie sabría por dónde y cómo habría desaparecido.

Julián Usher estaba resuelto a sacar el mayor provecho posible de su buena suerte, así que levantando en brazos a la joven la condujo al automóvil y la colocó en el piso del "tonneau", fuera del alcance de la vista de cualquiera que pasara. Después, volviendo a ocupar su asiento tras el volante, puso de nuevo en marcha su vehículo.

Fué cuestión de unos pocos minutos llegar hasta la solitaria casita de Meg Marne, la vieja gitana, así que antes de diez minutos Julián detenía su automóvil en un trozo del prado que había detrás del pequeño chalet porque estando allí, el automóvil no podía ser visto desde ninguno de los cercanos caminos.

Casi al mismo tiempo que el automóvil se detenía, la pequeña puerta trasera de la casa se abría y por ella se presentaba una extraña figura. Era la de una vieja encorvada por los años con una cabellera gris, sucia y enmarañada por todo tocado, con la cara oscura, amarillenta y llena de arrugas, con un par de ojos sanguinolentos y desconfiados que miraban de un modo que permitía de inmediato darse cuenta de la naturaleza cruel y despiadada de aquella mujer.

Aquella era Meg Marne. Se aproximó riendo muy contenta y restregándose untuosamente las manos huesudas y de uñas como garras.

—¿Quién necesita de la vieja Meg en la mañana de Navidad? ¡Pero alabado sea Dios ¡Si es el joven lord-Ravenhurst el que trae algo que hacer para la vieja Meg! ¿No es cierto? — dijo.

—Tiene usted razón, señora; traigo algo que hacer para usted y dinero para usted también, — repuso Julián Usher. — Necesito dejar aquí a esta joven bajo su custodia. Es necesario que nadie sepa que está aquí y que no se mueva de este sitio hasta que yo no lo ordene.

La vieja movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Ya comprendo, — dijo; — la joven es un peligro para usted y usted quiere que yo le ayude a evitar el peligro. ¡Muy bien! Puede entrarla en la casa.

Ansioso por ver a Marion dentro de la casa lo antes posible, Julián volvió al automóvil y tomando nuevamente en brazos a la joven desmayada, entró luego con ella en el mismo chalet de la vieja gitana.

Meg Marne cerró la puerta tras él y guiándole por un pasillo oscuro, con el piso espolvoreado de arena, le indicó que descendiera por una escalera de madera estrecha y medio desvencijada.

Julián, con la joven en brazos, descendió por aquella escalera cuyos escalones crujían a su peso como si fueran a romperse.

Al pie de la escalera la vieja se detuvo y encendió una lámpara de petróleo.

Después abrió la puerta de un cuarto sin ventanas. Era un sótano pero estaba amueblado de modo que tenía toda la tétrica apariencia de una celda de una cárcel.

Julián Usher penetró en aquel cuarto a una indicación de la vieja y puso a Marion sobre el lecho que tenía, sobre unas tablas un delgado colchón de cerda.

—Es bueno que la atienda como es debido para que recobre los sentidos, — explicó Julián, — y después, que permanezca prisionera hasta que yo vuelva, que será dentro de muy poco.

—Aquí estará segura, — dijo Meg Marne sonriendo. — Si grita puede desgastarse el gaznate sin que nadie la oiga. ¿No ha pensado todavía, milord, lo que va a hacer con ella? No sería conveniente tenerla aquí más de dos o tres días.

—Ya sabré lo que debo hacer cuando haya tenido un momento de conversación con ella y vea si está o no está dispuesta a atender razones. Mientras tanto, es necesario que se le trate bien.

Al hablar así, Julián Usher sacó la cartera del bolsillo y tomó de ella unos cuantos billetes que entregó a la vieja, quien los arrebató de su mano con codicia.

—Le daré algunos más de estos papelitos que tanto parecen gustarle, si cuida como es debido de la joven. Ahora tengo que regresar al castillo, no sea que mi prolongada ausencia cause extrañeza a mis invitados.

Dicho esto, salió del sótano, subió la escalera y una vez fuera de la casa se dirigió a su automóvil.

Pocos momentos después regresaba a toda velocidad al castillo de Ravenhurst, muy contento con el resultado de la mañana.

La propuesta de Julián

ERAN las seis de la tarde del mismo día, cuando Julián Usher volvió al chalet de Meg Marne, después de haber recorrido a pie la distancia que le separaba del castillo de Ravenhurst.

—¿Cómo está la joven? — fué la primera pregunta que dirigió a la vieja gitana.

—Recobró los sentidos hace muchas horas, — contestó la vieja, — y está mucho mejor de salud que de humor.

Julián hizo un ademán como indicando que se había enterado de lo que Meg le había dicho y agregó:

—Voy a entrar solo a verla.

Sin preocuparse más de la gitana Julián descendió por la escalera de madera carcomida y al llegar a la gruesa puerta del sótano descorrió los tres cerrojos que tenía. Después abrió la puerta cautelosamente y miró dentro de la habitación.

Marion se levantó del camastro en que estaba recostada y se puso de pie mirando con entereza y con altanería al recién llegado.

Julián penetró en el cuarto y empujó la puerta tras él. Durante un momento el hombre y la joven se miraron frente a frente, sin hablar ninguno de los dos.

Fué Marion la que rompió el silencio.

—¿Ha venido usted a informarme de la razón de su último atropello, Julián? — preguntó ella.

—Estoy dispuesto a facilitarle toda la información que pueda, — dijo él, — aun cuando usted, sin duda, adivina qué causa es la que me ha obligado a ponerla a buen recaudo.

—Si es porque se da usted cuenta de que yo puedo ser peligrosa para usted, su acción queda plenamente justificada, — contestó sin miedo la joven Marion.

—Me complace su franqueza, porque evita toda discusión y me permite seguir adelante sin rodeos, — dijo Julián. — Usted recordará que anoche, probablemente en un momento de exaltación, dijo usted algo que hubiera deseado callar.

—Dije entonces y lo repito ahora, que fué usted quien mató a Philip Marsden. Usted sabe que así fué y puede estar seguro de que no pasará mucho tiempo sin que la justicia lo sepa también.

—Eso es lo que usted espera sin duda, — replicó Julián. — Pero usted anuló toda esperanza respecto con su indiscrección de anoche.

La joven sonrió con amargura.

—Sé que usted es capaz de matarme tan traidoramente como mató a Marsden, — contestó ella, — pero está usted equivocado. Julián, si cree que matándome va a evitar el peligro que le amenaza.

Julián encendió un cigarrillo y mientras lo encendía se rió socarronamente.

—Con seguridad piensa usted en su novio fantasma, — dijo. — Tengo, a su respecto, algunas noticias que comunicarle. En primer lugar, debo decirle que sé que no murió cuando se supuso que había fallecido. Se también que durante los pasados meses se ha divertido representando el papel de su propio fantasma. Pues bien: ya no representará más ese papel.

La joven abrió mucho los ojos, horrorizada, al comprender el verdadero significado e aquellas palabras.

—¿Le ha matado usted? — exclamó después de una pausa.

Julián se encogió de hombros.

—¡Ha muerto! — dijo.

La terrible noticia fué todo cuanto se necesitaba para anonadar por completo a la infeliz Marion. No dudó ni un solo instante de la veracidad e lo que aquel hombre decía y la más intensa desesperación se apoderó de su espíritu al comprender que todas las vicisitudes y todas las amarguras sufridas por Stephen habían sido en vano. Su valerosa y denodada lucha contra el poderoso enemigo, por probar su inocencia, habían terminado con el fracaso.

—Comprendo que la noticia le emocione, siguió implacable Julián, — porque usted

había basado todas sus esperanzas en mi derrota. Admito que varias veces he estado muy cerca de verme vencido, pero he ganado al fin. ¿Qué se propone usted, ahora, Marion?

La joven fijó en él sus ojos, en los que brillaba el fulgor de la energía, pero donde no había aparecido ni una lágrima.

—Espero tan sólo que usted complete su obra matándome también, — dijo ella. — Hace un momento su amenaza de muerte me hubiera aterrorizado; ahora sólo espero morir lo antes posible.

Julián Usher la miró fijamente.

—Un momento, Marion. Usted es joven y no hay razón ninguna para creer que no la esperen nuevos años de vida, — dijo bajando la voz. — Su antiguo amor no puede ya tener esperanzas y ni es usted la primera joven que pierde a su prometido ni ha de ser la primera que llore eternamente la pérdida que no puede recobrar. Yo debo tener en cuenta mi seguridad personal y si usted me promete olvidar todo lo pasado entre nosotros, no morirá siempre que cea usted mi esposa.

Un grito ahogado brotó de labios de la joven.

—¡Su esposa! — gritó con reconcentrada sarcástica ira. — ¡La esposa del hombre que me arebató a aquel a quien era para mí más que la vida! ¡La esposa del hombre cuyas manos están empapadas de sangre de sus semejantes! ¡Julián, o usted está loco o se burla de mí! ¡Preferiría sufrir mil muertes con las más horrorosas torturas antes que vivir á su lado!

Julián Usher se mordió los labios vibrante de furor ante las palabras de la joven.

—¡Bien! ¡Muy bien! Siendo así, usted lo habrá querido, — contestó en voz baja. — ¡No hay sitio en el mundo para nosotros dos y si una de nuestras vidas ha de ser sacrificada, prefiero que sea la de usted!

Calló y desabotonándose lentamente el saco, metió los dedos en un bolsillo del chaleco. Sacó un pequeño frasco de cristal tallado y lo levantó entre el pulgar y el índice enseñándoselo a Marion.

—Aquí está lo que puede dar la paz a los que la desean. Unas cuantas gotas del contenido de este frasco producen sueño del que no se despierta jamás.

Puso el frasquito sobre la mesa junto a un vaso casi lleno de agua.

—Su adorado se ha ido, pero sólo con unas pocas horas de ventaja, si se decide usted a seguirle ahora mismo, — dijo sin dejar de mirar a la pálida cara de la joven. — ¿Prefiere usted que me retire?

Marion Grey sufrió un leal desvanecimiento y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer.

Julián Usher se inclinó obsequioso.

—Muy bien, Marion. Volveré dentro de diez minutos a ver si ha tenido usted valor.

Silenciosamente se retiró de la habitación, cerrando la puerta con los cerrojos

Durante algunos momentos después de haberse ido Julián, permaneció Marion Grey mirando fijamente la puerta. Estaba la joven tan pálida como el mármol; tenía los labios casi exangües.

Después miró hacia la botellita y la tomó en su mano.

—¿Seré cobarde? — se preguntó. — ¡Quitarse la vida es un pecado! ¿Debo ser condenada por ello? ¡No! Si yo no muero por mi mano, Julián me matará. ¡Bien venida sea la paz que pueden darme esas gotas! ¡Con ellas evitaré siquiera que la mano de Julián se manchen con la sangre de otro crimen cuando tiene ya tantos de que responder ante el tribunal de Dios!

Calló un instante.

—Sí, te seguiré, Stephen. ¡Nada me queda en este mundo desde que te has muerto! ¡Que Dios me perdone!

Sacó el tapón del frasquito y vació el contenido en el vaso de agua.

Con temblorosa mano levantó el vaso a la altura de sus labios y en aquel mismo instante la puerta del cuarto se abrió y Marion Grey vió la cara de Julián Usher que la miraba fijamente.

Pescado en su misma red

MARION GREY, con el vaso que contenía el agua en que había vertido el veneno en la mano, miró unos instantes a Julián Usher, que se hallaba de pie en el hueco de la puerta. Después bajó la mano lentamente y volvió a dejar el vaso sobre la mesa.

—Creí que su intención era la de no volver a molestarme, — exclamó ella. — Pero supongo que no se habrá querido usted privar del placer de presenciar la última escena de la tragedia que todas sus infamias han provocado.

—Volví porque me figuré que usted habría tenido tiempo de sobra para llevar a cabo su propósito, — replicó Julián con ironía. — ¿Le ha faltado valor en el último momento?

La joven permaneció silenciosa un instante durante el cual miró detenidamente el rostro antipático del hombre que había sido el causante de todas las tristezas que había sufrido y era ahora el causante de su muerte. Un exraño cambio experimentaron sus sentimientos en aquel instante y la debilidad que casi la había arrastrado a la desesperada determinación de quitarse la vida desapareció como por arte de magia.

—He cambiado de opinión, Julián, — dijo ella tranquilamente. — Hace algunos minutos ,anonadada ante la noticia de la muerte de Stephen no tuve fuerzas para resistir a la terrible tentación de buscar descanso en la paz eterna. Mi mente que está más tranquila ahora y ve más claro, me ha convencido de lo erróneo del paso que iba a dar. No me mataré, Julián, porque mientras me halle con vida tendré siempre una esperanza de poder llegar a conseguir que usted sea descubierto y castigado.

El hombre se acercó a ella riéndose socarronamente.

—Piense usted lo que piense, usted no vivirá, — dijo en voz baja. — He decidido a este respecto....

Calló de pronto y se llevó la mano al corazón, poniéndose, al mismo tiempo, muy pálido. Durante unos segundos pareció tambalearse, pero de pronto recobró su aplomo.

—Mi corazón no anda bien, — dijo. — Bueno. Ya me ocuparé de él desde mañana con toda tranquilidad.

Al avanzar, Julián había dejado expedito, sin darse cuenta de ello, el camino de la puerta. Marion se dió cuenta de ello y se dispuso a aprovechar esa circunstancia.

Con este objeto Marion se dirigió rápidamente hacia la puerta, pero Julián pudo interceptarla el paso y tomarla en brazos.

La joven, sintiéndose dueña de raras energías, resistió furiosamente. Luchó con todas sus fuerzas por soltarse, pero no pudo dominar a Julián.

—¡No! ¡Por ahí no se escapará! — dijo Julián que iba sintiendo otra vez el efecto de su desarreglo cardíaco. — Aquí la tengo presa y...

Calló otra vez lanzando un grito ahogado y dejando de sujetar a Marion Grey.

Sin cuidarse de nada que no fuera su propósito de conquistar la libertad, Marion se separó del hombre. Julián Usher se tambaleó hacia atrás y Marion Grey salió de la habitación antes de que él cayera al suelo, de espaldas.

Una vez fuera de la habitación, Marion se vió cara a cara con la odiosa gitana Meg Marte, pero antes de que la vieja pudiera intentar sujetarla ya se encontraba fuera de la casa y de su alcance.

La vieja Meg no intentó seguirla, porque unos gemidos procedentes del sótano, donde había estado encerrada Marion Grey le llamaron la atención. Descendió a la oscura y húmeda habitación y vió a Julián tirado en el suelo, boca arriba.

Cuando entró la vieja Julián intentaba en vano ponerse de pie.

—¡Mi corazón! ¡Mi corazón! — murmuró con voz entrecortada. — Siento que me ahogo. ¡Agua! ¡agua! ¡Pronto!

La vieja miró en su redor y viendo sobre la mesa el vaso con agua lo tomó e inclinándose junto a Julián le levantó la cabeza y le acercó el líquido a los labios.

El hombre bebió toda el agua del vaso con suma satisfacción y después volvió a quedar acostado en el suelo.

Durante varios minutos permaneció allí estremecido de vez en cuando por una vibración nerviosa. Por fin pudo ponerse de pie.

—Ahora me siento mejor, — murmuró en voz baja al levantarse. — ¿Dónde está la joven?

—Se fué, — dijo la vieja. — Yo no podía detenerla y atenderle a usted.

—Tengo que ir trás ella, — exclamó Julián. — No es posible que se haya alejado mucho y suceda lo que suceda tengo que impedir que vuelva al castillo.

Dejó de hablar de improviso cómo si un pensamientao hubiera acudido al pronto a su imaginación. Miró hacia la mesa y un intenso terror llenó su ánimo al ver que no estaba allí el vaso en que Marion había echado el veneno. Volvióse rápidamente hacia la gitana y la agarró de los puños con suma violencia.

—¡Usted..., usted me dió un vaso de agua! — gritó con voz ronca. — ¿De dónde lo tomó usted?

—¡De la mesa! ¿De dónde iba a tomarlo? — respondió Meg. — ¿A qué viene eso?

Un grito de desesperación que brotó de labios de Julián interrumpió la pregunta de la gitana.

—¡Dios mío! — exclamó. — ¡Me he pescado en mi misma trampa! El agua de este vaso estaba envenenada y no me quedan más que treinta minutos de vida. A menos que... — Hizo una pausa y brilló en sus ojos un destello de esperanza. — ¡En Ravenhurst hay un antídoto que puede salvarme si llego a tiempo!

Salió corriendo de la habitación y hostigado por el miedo de la muerte, se dirigió a toda rapidez hacia el castillo.

El regreso del conde

ESTABAN comiendo los invitados que se encontraban en el castillo de Ravenhurst y, en ausencia, — inexplicable por cierto, — de Julián Usher, Matthew Lincoln, el anciano abogado presidía la comida. Habíanse sentado a la mesa bastante tarde, porque habían esperado a Julián todo lo posible. Sin embargo, hasta aquel momento no se le había visto ni se sabía dónde estaba.

Transcurrió la primera mitad de la comida muy tristemente, pero no debía terminar así, pues de pronto una de las puertas que daban a la galería se abrió y penetró por ella un hombre cubierto de cieno de pies a cabeza. Tenía manchas de sangre en la cara y traía la ropa manchada también.

Su rápida aparición y su deplorable aspecto provocaron un grito de horror de parte de una de las mujeres y al oirlo los comensales se pusieron de pie.

Sin hacer caso de la emoción que causaba su súbita aparición, el hombre se acercó hacia la mesa. Junto a ella permaneció unos momentos. Después, vencido por una gran debilidad, cayó hacia adelante sobre la mesa, rompiendo al caer varias copas y platos.

Matthew Lincoln permaneció al otro extremo de la mesa quieto como una estatua y con el corazón lleno de graves temores.

Fué el mayor Burling, uno de los invitados, el que primero recobró la serenidad después de la alarma producida por la entrada de aquel hombre. Dirigiéndose al sitio donde el recién llegado estaba echado sobre la mesa, le levantó en sus brazos.

En ese momento, Matthew Lincoln se apresuró a acudir en auxilio del mayor que estaba tratando de colocar en una silla al desconocido. Precisamente en la silla destinada al conde de Ravenhurst.

Cuando el mayor Burling hubo limpiado con una servilleta mojada la cara llena de barro y sangre de aquel hombre, lanzó un grito de asombro.

—¡Santo Dios! — exclamó. — ¡Este hom-

bre es idéntico al difunto conde de Ravenhurst, el joven Stephen Usher!

En cuanto mencionó ese nombre, el que estaba en la silla abrió los ojos y miró en su redor.

Al ver este síntoma de vida, Matthew Lincoln sintió intensísimo consuelo y tomando de la mesa una copa llena de vino, la acercó a los labios del joven exhausto.

Sin fijarse en lo que pudieran pensar los demás que estaban en el comedor, Matthew Lincoln acabó de limpiar el rostro del joven y dijo:

—¡Stephen! ¡Milord! ¿Qué le ha sucedido para hallarse así? ¿Por qué ha venido en tal estado?

Agarrándose a los brazos de la silla Stephen Usher se puso de pie.

—¡He venido a ocupar mi sitio en el castillo de Ravenhurst! — dijo en voz alta. — He venido portador de algo que demuestra mi inocencia y que prueba la falsedad del cargo que por demasiado tiempo ha ensombrecido mi nombre y el honor de mi casa. La lucha ha terminado, Matthew y estoy libre porque la verdad ha triunfado.

Los que estaban en el comedor se miraron con asombro al oír tan extraña declaración. Excepto Matthew Lincoln todos creían que Stephen Usher había muerto.

—Mi súbita presentación les ha emocionado, — dijo Stephen mirando a los invitados, — porque ustedes ignoran cómo es posible que uno que había muerto puede regresar y presentarse de nuevo entre los vivos. A su debido tiempo lo sobrán todo. Mientras tanto les estimaré quieran tener la bondad de dejarme solo con mi viejo y fiel amigo Lincoln. Tengo mucho que hablar con él.

Sin chistar, los amigos y amigas de Julián Usher se retiraron felicitándose la mayor parte de ellos de que se les presentara oportunidad de hacerlo, pues la escena que habían presenciado les había emocionado muchísimo y la presencia del recién llegado les tenía incómodos.

Una vez solo con Matthew Lincoln, Stephen no tardó en explicar todo lo sucedido.

—La fatalidad, la providencia, la casualidad, lo que sea, que durante tanto tiempo ha combinado las cosas de modo que nuestros mejores planes fracasaran de la manera más inesperada, digámoslo así, me ha dado el desquite mediante una coincidencia tan extraña, si no más, que todas las apuntadas en estos meses de continua lucha. La prueba que hemos buscado tanto ha venido a mis manos por fin y en circunstancias no menos raras que las que han presidido a otros sucesos de ese período de mi vida. Voy a relatárselo todo desde el principio. La noche pasada, en la nieve, frente a la biblioteca, desafié a Julián a un duelo a espada esperando obligarle a pronunciar las palabras que devolverían el honor a mi nombre. El duelo continuó hasta que Julián, encontrándose en peligro de verse vencido, sacó un revólver y me disparó un tiro que me hizo caer desmayado.

Hizo Stephen una pausa y prosiguió después:

—El tiro no fué tan eficaz como Julián se lo presumía, pues no hizo más que rozarme la sien. Pero me desmayó y él, aprovechando mi desmayo para librarse definitivamente de mí, me llevó al sitio donde el río Raven corre por la profundidad de una zanja. Una vez llegado allí me arrojó al abismo. Pero esta vez la suerte estuvo por fin, de mi parte, pues fuí a caer sobre una meseta que sobresalía de la pared de la costa a unos doce pies del nivel de la orilla. Permanecí en aquel sitio, desmayado, hasta hace pocas horas, y cuando estaba buscando el modo de ascender hasta lo alto de la orilla, encontré una cartera metida en una grieta de las piedras de la pared de la zanja. La cartera era esta.

Sacó del bolsillo una descolorida cartera de cuero y se la dió al abogado.

—¡Esta es la cartera de Philip Marsden! —exclamó el anciano abogado con gran emoción. — ¡La misma que tanto hemos buscado!

BUEN PAPEL

La actriz: — Buenas noches. Y gracias anticipadas por el papel que me ha repartido en su nueva obra. Espero que me dará ocasión de complacer a mi tan querido público.

El autor (harto): — Con seguridad. Su personaje muere entre los actos primero y segundo.

—Sí, — dijo Stephen, — y dentro de ella encontrará usted un pedazo de papel que prueba que Philip Marsden estaba vivo mucho después del día en que se supuso que yo le maté.

Matthew Lincoln abrió una de sus reparticiones interiores, de la que sacó un papel. Tenía escrito un mensaje, el mismo mensaje que condenaba a Julián Usher sin remisión. Matthew Lincoln lo leyó en voz alta:

"Mayo 13 de 1912. — Esta noche iré a " entrevistarme con Julián Usher, a quien " considero capaz de atentar contra mi vi- " da. Voy dispuesto a defenderme y a no " dejarme engañar, pero si la suerte me es " adversa y ese hombre me mata, sirvan " estas líneas para explicar lo que ha su- " cedido. Sirvan también estas mismas lí- " neas para expresar al que las lea que Ste- " phen Usher a quien se ha acusado de ha- " berme dado muerte hace tres días, no fué " quien disparó el tiro que se supuso que " me dejó sin vida. — Firmado: Philip " Marsden".

Matthew Lincoln dobló el precioso documento y lo volvió a meter en la cartera.

—¡Hay que dar gracias a Dios, Stephen! — exclamó. — Este papel prueba su inocencia ante el mundo y le devolverá a usted la situación que le había sido usurpada por la perfidia de su primo Julián. ¿Cómo podía hallarse esa cartera en el hueco de la pared de la hondonada del río?

—No acierto a comprenderlo. Lo que supongo es que Julián para desprenderse del documento lo arrojó con intención de que desapareciera para siempre en las profundidades del río. Tal vez el viento llevó a la cartera por los aires y la metió en la hendidura de las rocas donde yo la encontré.

—Cómo fué no tiene, en realidad, importancia, — dijo Matthew.

—Tiene usted razón, — agregó Stephen. — Lo principal es haber obtenido el documento. Y ahora, Lincoln, ¿dónde está Marion? Desearía comunicarle...

—No hace falta, Stephen: lo he oído todo.

Ambos hombres se volvieron instantáneamente al oír esas palabras pronunciadas por la dulce, suave y para ellos familiar, voz de Marion Grey y vieron a la joven de pie en una de las puertas de la terraza.

Lanzando un grito de alegría corrió hacia Stephen, a quien abrazó efusivamente dichosa de volver a ver al hombre por quien tanto había luchado y a quien encontraba vencedor, poco después de habérsele dicho que había sido vencido.

Durante unos momentos Marion y Stephen permanecieron abrazados. Después la joven, separándose de su prometido, miró al anciano Matthew que se hallaba de pie, junto a ellos, con los ojos llenos de lágrimas.

—No se ocupe de mí, señorita, — dijo el anciano con gran emoción, — y no me pida que me retire porque he esperado mucho y he sufrido muchas angustias con la esperanza de contemplar esta escena algún día.

El mensaje en la nieve

VARIOS hombres, guiados por Stephen Usher, conde de Ravenhurst, habían salido del castillo en dirección de la zona pantanosa.

Stephen había escuchado de labios de Marion la relación de todo lo acontecido en la casita de la vieja gitana.

Todo el mal que le había hecho y todo lo que él había sufrido, durante tantos meses, Stephen se lo perdonaba de buena gana a su primo, pero lo que había hecho soportar a Marion durante una hora o tal vez menos era merecedor de un castigo ejemplar y Stephen había diecidido que su primo lo sufriera.

Por eso había salido en busca de Julián Usher en compañía de varias personas.

Brillaba la luna sobre el campo cubierto de nieve y la vasta extensión bañada de luz constituía un pasaje hermoso y fantástico de belleza y de paz.

Durante más de una milla el pequeño grupo de hombres avanzó en dirección de la casa de la gitana hasa que por fin distinguieron algo que rompía la homogeneidad de la blanca sábana helada.

Se acercaron más y más y pudieron ver que era el cuerpo de un hombre.

Stephen se adelantó al grupo de los que habían salido con él del castillo.

No necesitó ver la cara del hombre que se hallaba caído en la nieve para darse cuenta de que era su primo Julián.

Se inclinó a mirarle y vió entonces que tenía el brazo derecho extendido y que el índice de la mano derecha estaba apoyado en el suelo.

El dedo había trazado dos palabras en la nieve. Al terminar la segunda habíase detenido.

Stephen Usher, a la luz de una antorcha eléctrica, leyó las siguientes palabras más bien garabateadas que escritas: "Stephen: Perdona"...

Los demás hombres se acercaron a prisa y cuando llegaron vieron que Stephen Usher se ponía de pie y quitándose el sombrero, fijaba su mirada implorante en la bóveda celeste.

. . . . . .

Así termina "La Extraña Historia de Stephen Usher", en lo que interesa al lector, pues desde aquel día las sombras que durante mucho tiempo habían envuelto su existencia, se desvanecieron y, al cabo de un mes, con su nombre limpio ante la sociedad, de toda mancha, tomó legal posesión del título y de la posición social que la intriga y el crimen intentaron en vano arrebatarle.

Pero todos los honores, todas las riquezas, todo cuanto puede dar el dinero y la posición, no hubiera tenido valor ni significado alguno para Stephen Usher, si no lo hubiera compartido su adorada y valerosa Marion Grey.

FIN DE "LA EXTRANA HISTORIA DE STEPHEN USHER"

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

El hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe. — Rousseau.

* * * *

A la libertad no se llega por las instituciones, sino por la virtud. — Rousseau.

* * * *

Las constituciones no son tiendas levantadas para el sueño. — Royer Collard.

* * * *

El fanatismo es la religión que tendrían las fieras, si se las pudiera enseñar un culto. — Carlos Rubio.

* * * *

En las revoluciones, el que es amigo del traidor da lugar a justas sospechas. — Saint-Just.

* * * *

Hay algo terrible en el santo amor a la patria. Es tan exclusivo, que todo lo sacrifica al interés público, sin piedad, sin temor y sin respeto humano. — Saint-Just.

* * * *

¿Acaso Dios no ha colocado en este mundo a los ricos en un orden superior que a los pobres? Honrar a los poderosos es, por consiguiente, obedecer la voluntad de Dios. — San Buenaventura.

* * * *

Un buen cazador de almas debe comenzar por dejar pasar en silencio una porción de cosas, como si no las viese; después, cuando se ha enseñoreado de la voluntad, puede dirigir al discípulo por donde quiera. — San Ignacio de Loyola.

* * * *

Los caballeros de Cristo pueden seguramente combatir a los infieles, puesto que combaten por Dios. Dar o recibir la muerte no es un pecado para ellos; es una acción de las más gloriosas. Son los ministros de Dios encargados de ejercer su venganza: la muerte que dan aprovecha a Cristo; al Hijo de Dios le agrada recibir la sangre de sus enemigos, y se encuentra glorificado con la muerte de los paganos. — San Bernardo.

Quien todo lo puede, de todo abusa. — Carlos Rubio.

* * * *

Todo gobierno, para ser bueno necesita ser estable. — Carlos Rubio.

* * * *

Todos son culpados cuando la patria es infeliz. — Saint-Just.

* * * *

Una idea puede ser un error, y, sin embargo, no ser, por esto, un absurdo. — Rousseau.

* * * *

Los reyes temen más a los buenos que a los malvados. La virtud de otros les causa siempre pavor. — Salustio.

* * * *

El hombre nace para la paz y para la verdad; las malas leyes son las que lo corrompen. — Saint-Just.

* * * *

Mi madre sufrió mucho más para engendrarme a la verdad y la virtud, que para darme al mundo. — San Agustín.

* * * *

Mucha sabiduría unida a mediana santidad, es preferible a mucha santidad con poca sabiduría. — San Ignacio de Loyola.

* * * *

Es necesario servirse de las luces de los individuos para mostrar al público el bien que desea sin verlo, y del sentimiento público para conducir a los individuos al bien que conocen sin quererlo. — Rousseau.

* * * *

La verdad divina no pertenece ni a tí, ni a mí, ni al otro; es propiedad de todos y conviene publicarla, bajo pena de ser inútiles a nosotros mismos; porque si alguno se apropia un bien que Dios quiere que todos posean, pierde por esta usurpación lo que hurta al público, y no encuentra al fin más que errores en sí mismo por haber vendido la verdad. — San Agustín.

LA SIRVIENTA NUEVA

—¡Esto es insoportable, María Ana! ¡Hay dos dedos de polvo sobre los asientos de estas sillas!

—Puede ser no más, señora. ¡Cómo hoy todavía no se ha sentado nadie en ellas!

Para que su niño pase un momento de alegría, léale la graciosa historieta
Barnigugli y su pingo Tragavientos

CORTE y REMITA el cupón que va al pie y recibirá por correo un ejemplar de EL DIARIO en que aparece LA HISTORIETA ya completa.

SEÑORA: Cada jueves encontrará en EL DIARIO figurines de las útimas modas iluminados a cuatro colores.

COMPRE

todos los días

EL DIARIO

a su vendedor de la tarde y si lo hubiera agotado pídale que le reserve diariamente un ejemplar para Vd.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido.....

Localidad.....

F. C.....

Se reciben suscripciones para los números de los jueves a razón de 0.10 ctvs., cada ejemplar.

Hoy comienza SURCOUF

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Febrero 12
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 124

LEA USTED **SURCOUF**

La gran novela de la que ha sido tomado el argumento de la notable película del mismo título que la casa LEON GAUMONT estrenará en la presente temporada.

SUPLICIO VOLUNTARIO

—Hoy he comprado para el señor unos sesos y unos riñones.

—Muy bien; para el almuerzo me fríes los sesos y para la comida me pones los riñones a la parrilla.

Surcouf

Primeros capítulos de la gran novela de electrizantes hazañas históricas de piratería en la que se basa el argumento de la notable película que la casa León Gaumont estrenará en esta temporada.

El perro que cometió un gravísimo error

Historieta cómica de Wilson Feening, en colores.

Interesantes y curiosos

Parrafitos de toda clase, pero todos dignos de ser leídos

Ante el espejo

Recetas útiles para el tocador, escogidas por un especialista.

La cocina de "Pucky"

Consejos útiles para quienes deseen cocinar bien.

Departamento 15 A

Divertidísimo cuento traducido del inglés, con ilustraciones en colores.

Novedades de todas partes

Curiosas informaciones sobre temas diversos.

Bombons fins

Chascarrillos más o menos graciosos, escogidos por "Pucky" para sus lectores.

El matador de siete hombres

Narración emocionante, traducida del inglés. Ilustrada en colores.

El osito prueba su fuerza

Juguete para armar. — En cuatro colores

Herodias

Narración histórica de Gustave Flaubert, considerada como una obra maestra de la literatura francesa.

Fomá Berénnikov

Divertido cuento ruso del famoso escritor Afanasieff.

¡Es mi hermanita!

Comedia en un acto, de dos notables escritores españoles

Máximas y pensamientos

Frases célebres de hombres célebres de todos los países y todos los tiempos.

El soldado y la Muerte

Cuento interesantísimo y que tiene su moraleja.

El botellón de agua

Relato cómico de un notable humorista francés.

MARIA DALBAICIN

La bellísima actriz que, en la película "SURCOUF" de la casa LEON GAUMONT, que se estrenará esta temporada en Buenos Aires y Montevideo, desempeña el papel de MARIEM, la joven princesa musulmana.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa

LEON GAUMONT

estrenará en los grandes cine-teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual

PROLOGO

FUE la India el pintoresco teatro de la extraordinaria vida de Surcouf, el corsario célebre al que Napoleón quiso convertir en almirante.

Desarrolláronse en la India las emocionantes peripecias de las luchas sostenidas por Surcouf para conquistar el tesoro del rajah de Baroda, enorme amontonamiento de dinero en monedas casi todas de plata, encerrado en el fondo de la misteriosa caverna de Sanpourlán.

El secreto de tan inmensas riquezas llegó a noticias de Surcouf en las circunstancias que constituyen estos curiosos relatos.

Nuestra crónica se basa en documentos auténticos (1) y ha de bastar para iluminar la heroica figura de uno de los más célebres corsarios, imagen que ha de quedar en la memoria de la posteridad como la de uno de los aventureros más audaces de la época imperial.

(1) Los datos para esta relación están tomados de Jacquemonte, Arago, Warren, Rousselet y de cuantos autores han escrito sobre asuntos relacionados con la India

CAPITULO I

El tigre de Kali, diosa de la muerte

EL 11 de mayo de 1791 veíase iluminada la ciudad de Baroda, capital de Guicovar, por el más espléndido sol. Era aquel el señorío de uno de los rajás o reyes más poderosos de la India independiente, y bajo los rayos del astro rey centelleaban los palacios, los templos, los monumentos dorados de la soberbia ciudad, como para cegar los ojos con los destellos en todas partes reflejados.

Eran las tres de la tarde y aún pesaba sobre todos los habitantes de la ciudad el sueño de la siesta, por lo que permanecían las calles desiertas y silenciosas. Todo dormía hasta en la misma prisión situada en el centro de la urbe, en la que más de trescientos miserables se veían encerrados, amontonados en sus celdas de a cuatro o más en cada una, para que apenas quedase el menor espacio una vez extendidos sobre el suelo los presos; y aquellas celdas sin puertas para que fuese más fácil la vigilancia abríanse todas ellas sobre un gran patio.

Los presos eran el deshecho de la sociedad y como la escoria de la India. Eran ladrones, bandidos, asesinos. Todos ellos ofrecían el más repugnante aspecto por su suciedad y su abandono. Eran todos horribles, malolientes, y ofrecían todas las características de una fealdad bestial y monstruosa.

Pero entre aquellos infames bandidos se veían mezclados los detenidos políticos, la mayor parte de los cuales pertenecían a la

religión musulmana, y estos presos de distintas creencias y encerrados por muy diversos motivos, presentaban aspectos que eran como el contraste de todo lo anotado al referirnos a los otros presos. Como recibían sus vestidos de los amigos o correligionarios en libertad, se presentaban decentes y limpios y hasta ocupaban celdas especiales, espaciosas y bien cuidadas, que formaban como una prisión aparte o como una sección especial dentro del propio recinto de clausura.

Sabido es que una gran parte de la población de la India profesa la religión de Mahoma, aunque la inmensa mayoría de los habitantes sigan las enseñanzas de la ley bramánica, pero no se conoce tanto hasta qué punto reina un feroz odio entre unos y otros. La gran masa de los prisioneros, por fanatismo o por envidia, odiaba con todas las fuerzas de su corazón a los que formaban el grupo musulmán detenido.

Acercábase la hora en que se repartía la comida, y cada preso iba a recibir muy pronto la mezquina ración de arroz hervido concedida por el gobierno. El hambre jamás saciada en la prisión, empezaba a atormentar a los presos, los que gruñían, bostezaban, se desperezaban en brutales y fétidas manifestaciones de su apetito, pero en aquel momento mismo vióse levantarse un hombre de extraña catadura y de fantástico aspecto. Paseábase entre los prisioneros. Era un viejo fakir.

Alto, delgado, con delgadez que llega a lo inverosimil, con diáfanas flacuras; de cuerpo descarnado y casi esquelético, cubierto apenas de oscura piel tendida y apergaminada, era aquel fakir de los que no comen sino cada tres días, método alimenticio que forma parte de uno de los más frecuentes votos de aquel país. Con tal régimen aparecía la alucinada cabeza como momificada, y la cara rígida y sin movilidad alguna, prestaba implacable expresión a la muerta fisonomía. Los ojos miraban vagamente, parecían vidriosos y aparecían siempre fijos en el infinito de los cielos sin desviarse jamás de su muda contemplación. Las vértebras del cuello acabaron por soldarse dada la inmovilidad del fakir, y aquel cuello había perdido como consecuencia de lo indicado, la facultad de doblegarse o de poder volverse en uno y otro sentido. Las palabras pronunciadas por tan extraño personaje guardaba relación con lo terrorífico de su aspecto, y el conjunto de aquel fantástico ser producía inolvidable impresión.

Pero lo que caracterizaba la silueta del fakir era su brazo, derecho, levantado verticalmente, con el puño cerrado como protestando contra el dios único de los musulmanes, que simbolizan éstos con el índice dirigido al cielo.

Son muy numerosos los fanáticos con quienes se tropieza en la India y que andan constantemente protestando de este silencioso modo de los Alá.

Por efecto de este fatídico ademán, acaba por secarse el inmóvil brazo, cuyas articulaciones se anquilosan, y se llega de este modo a que sin la menor fatiga pueda estar constantemente en alto el brazo y amenazante el puño. Pero las uñas crecen dentro de la mano por muy cerrada que esté y entran lenta, implacablemente en la carne, para encorvarse luego como garras de felino. Los que todos estos signos y aspectos exteriores ofrecen al público, gozan de enorme prestigio entre sus connacionales. Son los santos, son los que dominan las multitudes y son además hombres sagrados hasta el extremo de que sólo los todopoderosos podrían atreverse a contradecirles.

El arresto del fakir de quien nos ocupamos había producido una verdadera conmoción popular en Baroda, y para calmar a las masas se vió obligado el guicovar a publicar pregones, por medio de sus heraldos, en los que hacía constar que se trataría muy bien en la cárcel al detenido. Añadía que si se le aprisionó fué sólo para evitar terribles complicaciones, pues predicaba por toda la ciudad que debía exterminarse a todo los musulmanes y muy especialmente a la guardia personal del guicovar, musulmana toda ella y la fuerza militar en que el soberano tenía mayor confianza.

A contar de los diez días en que se le aprisionó no hacía el fakir más que excitar a los presos al exterminio de los musulmanes. Estaba todo preparado para el degüello general. Paseábase el fakir de celda en celda con su terrible brazo siempre en alto, con sus estáticos ojos glaucos que parecían esparcir extrañas luminarias de ultratumba; con aquellos labios secos por entre los que salían hacia los cielos recomendaciones y plegarias que parecían volver a bajar transformadas en llamaradas de incandescentes rencores.

—Sonará pronto la hora, — exclamaba. — La hora del castigo y de la sumisión. Si aún se atreven esta noche los musulmanes a adorar y afirmar la existencia de su dios único, si hacen tal cosa ante mi brazo alto y rígido sólo para negar sus afirmaciones, ha de bajar la muerte desde mi cerrado puño sobre esos herejes, para herirlos con los rayos de nuestras divinidades. Seréis vosotros los rayos lanzados por mí. Los veis con blancos ropajes y se les envidia porque viven en la abundancia, mientras estáis condenados al ayuno, a la podredumbre y a la más vil de las abyecciones. ¿No os parece que ha llegado el momento de que termine tanto escándalo? O dejan de hacer su salam, o los destrozais, pateándolos bajo vuestros talones para que no queden sino piltrafas que devorarán los perros. Entonces, los dioses benéficos abrirán los ojos del guicovar y quedará muy agradecido por haber sabido vosotros darle tan saludable ejemplo. Me pondré a la cabeza de vosotros para acabar con todos los musulmanes, y yo sabré llevaros al degüello, al saqueo, a la conquista del rico botín.

Eran las excitaciones del viejo fakir como ardientes carbones de odio en lluvia sobre hombres de rapiña y sedientos de sangre. Cada uno de los presos, al escuchar tales prédicas, enderezaba el caído cuerpo, hacían rechinar los hambrientos dientes, tal como un hombre que está dormido y despierta al contacto de una quemadura. El

fakir extendía su brazo izquierdo, único que podía mover, para decir:

—Esperad su salam. Como lo reciten, precipitáos sobre ellos como tigres sobre su presa.

Permanecían agrupados los presos y trataban de conservar la calma aparente de los felinos en reposo, pero a través de las cejas y los párpados medio cerrados, dejábanse filtrar los rayos de sus rencores. Eran más de trescientos a la espera de la comida, y ante tan nutrida grupo, como unos veinte musulmanes se aprontaban para su plegaria de la tarde, la que se reza a las cuatro.

A la cabeza del grupo musulmán se veía a un patriarca al que sus correligionarios llamaban sahib El-Hadj, o lo que es lo mismo, el obispo peregrino. Era este personaje de origen árabe, con su perfil aguileño y los característicos rasgos de las razas superiores. Su blanca barba servía de marco a un rostro altivo, y junto al anciano veíase, ataviado con traje masculino, a una joven, o más bien una niña que hasta los más íntimos del preso consideraban como muchacho, sin que sospechara nadie que aquel gentil mozo era la heredera única de uno de los más grandes príncipes musulmanes de la India; príncipe destronado por el guicovar. La joven era encantadora; era graciosa y estaba dotada de una belleza pura e impresionante. Lo dulce y penetrante de sus negros ojos ejercían un encanto irresistible.

El anciano patriarca arrastró a la joven lejos de sus otros correligionarios. La trataba ante todos como si fuera su hijo, y después de haber estudiado las maniobras del fakir entre los otros presos, pudo sahib El-Hadj preveer los acontecimientos en gestación, y le habló al que para todos era su hijo, tan pronto como se vieron donde nadie pudiera oír sus palabras.

—Mariem, — dijo con dulce voz, — creo que el fakir lanzará sobre nosotros a sus malditos perros infieles, y es preciso que no desaparezca la noble raza que representas. Tan pronto como te haga una seña, has de ir a refugiarte en la celda del sahib francés, ya sabes que me refiero al capitán Surcouf, tan injustamente encerrado en esta cárcel con varios de sus compañeros, a consecuencia del naufragio de su buque. Ese sahib extranjero es un generoso león que te defenderá. Si muero, únicamente él podrá devolverte los tesoros de tu padre, tesoros que duermen en la gruta de Sanpourlan, cuyo camino no conoce nadie sino tú y yo. Le propondrás darle la mitad de tan colosal fortuna, y si es hombre leal, te entregará la otra mitad. Si muestra deseos en casarse contigo, debes consentir y ser su esposa. Entonces destronará al guicovar, para sentarse junto a ti en el trono de tus antepasados, no sin destronar antes a ese usurpador.

Corrían cristalinas lágrimas por las mejillas de la princesa.

—Permaneceré a tu lado, padre, — dijo con emocionado acento.

—Tu deber, — interrumpió El-Hadj, — consiste en perpetuar la legítima línea genealógica de príncipes gloriosos, y debes también vengar a tu padre, casándote, para ello, con un hombre capaz de levantar y dirigir un ejército tan pronto como disponga del dinero encerrado en la gruta de Sanpourlan. Has de unirte con quien sea bastante enérgico para adueñarse de Baroda y de conquistarla al frente del ejército indicado.

Añadió, al notar cómo se dirigía hacia el fakir.

—Ve a ponerte bajo la protección del sahib Surcouf, pero guárdate bien de decirle que eres mujer, circunstancia que él debe ignorar hasta que seáis dueños del tesoro. Este es el consejo que te da un viejo prudente y experimentado, y tu deber es seguirlo.

Dulcemente, pero con irresistible autoridad, alejó de su lado a la princesa Mariem, cuando ya los musulmanes se habían agrupado para recitar su plegaria y en tanto que resonaban los atronadores gritos de los presos.

—¡No queremos escuchar el salam! ¡Fuera los rezadores del salam!

El fakir avanzaba mientras repetía este mismo grito. Sahib, o el alto señor El-Hadj levantó noblemente su brazo cuyo índice alto y rígido se destacaba junto al cerrado puño de su amenazador adversario, y con lenta y solemne voz proclamó:

—No hay más dios que el dios único, y Mahoma es su profeta.

Estalló un terrible grito ronco, estridente, feroz, desgarrando el azul del aire; fué una tempestad de rugidos que hizo retemblar hasta los cimientos de la prisión.

—¡Mueran! ¡Mueran todos!

La turba de salvajes fieras, formando un compacto bloque, se lanzó en masa sobre los musulmanes, los que agobiados por lo brutal de la acometida doblegáronse como las flores ante el soplo del vendaval. Pocos minutos más tarde todos habían sido estrangulados, pisoteados y revueltos en su propia sangre.

No emplearon armas los asesinos. Las las uñas desgarraban como garras carniceras, mordían los dientes, arrancando trozos de carne, ahogaban los brazos y las rodillas y los pies oprimieron pechos y gargantas. Fué la orgía de la matanza. Elevábanse a los cielos los agónicos estertores, y el acre olor de aquellas bestias humanas excitadas por su horrible carnicería, inundaron los ámbitos de la cárcel.

De pronto, se lanzaron fuera de su celda los marineros franceses. Corría Surcouf a la cabeza del grupo, como el capitán de aquellos bravos, víctimas de un naufragio y aprisionados a causa de complicaciones diplomáticas, cuando se arrojó a los pies del marino la princesa Marien en suplicante actitud.

Colosal, leonino, con sus largos cabellos rojos que le caían sobre los hombros, con la frente surcada por la más amenazadora arruga; arruga en forma de herradura que prestaba al rostro del corsario el más espantable aspecto, con las grises pupilas teñidas por verdosos reflejos, centelleante todo él, apartó a la princesa, mientras gritaba a sus marineros:

—¡Adelante!

Se lanzó seguido de todos los suyos, armados con las astillas de una cama rota. Abor-

dó el capitán de un solo salto la masa informe de los asesinos y rompió cráneos a puñotazos y cubrió el suelo de cuerpos sobre los que pasaba pisoteándolos para dirigirse al fakir al que logró alcanzar. Rompió de un manotón el rígido y amenazador brazo que se dobló abatido, y luego, por medio de colosal esfuerzo, agarró al fanático y lo arrojó por los aires para ir a caer al otro lado de la turba. Cayó el fakir después de volar sobre las cabezas de sus correligionarios y fué a dar de frente contra el pavimento, donde se rompió el cráneo en varios trozos.

Una vez ejecutado el fakir, blandió Surcouf su formidable puño hasta anonadar a una veintena de asesinos y dispersar a toda la banda. Dijérase era un gigante que tenía en sus puños las más mortíferas armas, y en tanto que así se portaba el jefe, sus marineros pegaban, herían, mataban con tal encarnizamiento que en contados instantes se vieron los musulmanes libres de sus verdugos. Pero sólo respiraban aún unos diez de ellos, entre los que se contaba Sahib El-Hadj que había perdido el conocimiento.

En aquel momento apareció la guardia de la cárcel, formada por un destacamento de soldados regulares mandados por un oficial, y tan pronto como entraron en el patio, se vió cómo se encerraban todos los presos en sus respectivas celdas, mientras Surcouf, con los brazos cruzados y altiva la mirada, esperaba que le interrogaran. Desde los catorce años de su edad navegaba por los mares de la India y hablaba el indostánico como podría hacerlo cualquier indígena.

Espantado el oficial ante la muerte del fakir, considerado como santo personaje, preguntó:

—¿Quién ha matado a este fakir?

—Lo maté yo, — respondió orgullosamente Surcouf.

Era el oficial hombre inteligente, y movió la cabeza con tristeza, mientras decía con tono de profunda emoción:

—Sahib Surcouf, por muy bravo marino que séais, permitidme que os dé un buen consejo. Buscad lo antes posible algún veneno rápido.

—¿Por qué motivo?

—El que mata a un fakir debe ser entregado al tigre ante todo el pueblo congregado en las arenas de Baroda, y en ese caso todos prefieren envenenarse antes que morir de tan horrible muerte.

—Eso es cuestión de gustos, — observó Surcouf. — Por mi parte prefiero luchar con el tigre.

—Mira, Sahib, — volvió a decir el oficial — Solo podrás contar con una lanza para luchar con el tigre, y ni un solo condenado ha conseguido vencer a la fiera.

—En ese caso el tigre me comerá.

Saludó el oficial, admirado de tanto aplomo, y continuó su investigación con toda la calma oriental de un fatalista indio.

La princesa Marien, que había oído las contestaciones del corsario, le besó la mano, y no pudo evitar que salieran de sus labios esta palabras:

—Sahib, si debes morir entre los dientes del tigre, es preferible tomar algún veneno.

—Mira, muchacho, — replicó el marino — el que se suicida por evitar un peligro o por eludir una desgracia, es sólo un cobarde.

Sonriente, tras esta declaración, volvió a meterse en su celda.

Habían llevado a Sahib El-Hadj a la pieza ocupada por Surcouf, pero el moribundo anciano no tenía ya sino algunos minutos de vida. Había recobrado el dominio de sus sentidos pero de modo tan débil que parecía un cadáver reanimado por algunos momentos por un destello de vida llegado de ultratumba. Era un ser desaparecido, borrado de la humanidad y presa de la muerte como si alguna voluntad sobrehumana lo empujase hacia la otra vida Surcouf se acercó a él, el anciano, con reconcentrado esfuerzo de incomprensible intensidad, dijo con voz débil que sólo los muy próximos pudieron escuchar.

—Sólo con el sahib Surcouf.

Salieron todos excepto el capitán, quien al ver una seña hecha con el dedo por el moribundo, se acercó al anciano musulmán.

Sin pérdida de un segundo, y clavando en los del corsario francés los ya enturbiados ojos, se expresó así el agonizante:

—Sahib, eres leal, honrado y generoso, valiente y enérgico. Tengo plena fe en tí. Escúchame con gran atención. Estoy a las puertas de la muerte, pero veo aún esta vida y veo también lo de más allá. Leo la nobleza en tu rostro y la lealtad de tú corazón. Soy el depositario de un secreto del que soy el único dueño. Quiero confiárteio, en la seguridad de que no has de abusar de lo que te diga.

Pareció reconcentrar sus pensamientos el moribundo antes de continuar.

—El guicovar destronó a mi rajá, el sultán de Gatchar. Mi hijo y otros musulmanes te contarán esta historia. Mis minutos están contados y me apresuro. Venció el guicovar a mi sultán, gracias a la traición de dos miserables, vendidos ahora a los inglesess. Uno de ellos es hoy el ministro de guicovar y el otro es su general. Ellos son los que te hicieron aprisionar. Acaso los ojos del guicovar se abran gracias a las gestiones de esos dos hombres de que hablo. Antes de reñirse la batalla que decidió de la suerte de mi sultán, enterró éste sus tesoros. Sabes que la moneda única que corre en la India es la plata, y mi amo enterró cien millones de rupias en tales condiciones de seguridad que yo soy el único que posee este secreto. También lo conoce mi hijo a quien se lo comuniqué hace poco. Duermen todas esas riquezas en la caverna de Sanpourlan; mi hijo podrá guiarte. Lo que hará muy difícil la operación es lo pesado del tesoro. Treinta kilos, que son la carga de un hombre, no suponen sino mil ochocientas rupias.

—Aproximadamente cuatro mil francos de nuestra moneda, — dijo Surcouf.

—En eso estriba la dificultad, — continuó el anciano. — He logrado en varios viajes sacar hasta cien mil rupias, pero no pude ob-

tener más. La indicada suma está colocada en Pondichery en el Banco Francés y a nombre de mi hijo. Debes retirar ese dinero para que te ayude a la conquista del gran tesoro. Tan pronto como hayas salido airoso de todo, debes entregar la mitad del total logrado a la hija del rajá de Gatchar.

—¿Dónde está esa señora? — preguntó el marino.

—Si no llegas a salir airoso, será inútil que ella se entere, pero si triunfas, será mi hijo quien te llevará junto a esa hija del rajá.

Reanimado el anciano por un momento, volvió a debilitarse de modo muy sensible. Tomó con mucho trabajo la mano de Surcouf y dijo:

—Júrame que no has de atormentar a mi hijo para que te diga antes de tiempo a dónde está la princesa. Jurámelo por vuestro señor Aissa o Jesús, al que consideramos como un gran profeta precursor de Mahoma. Júrame dar a la hija de mi señor la mitad del tesoro de que te hablo.

—¡Te lo juro por mi Cristo y por mi honor! — respondió Surcouf solemnemente.

—¿Que juras por tu honor? — murmuró el moribundo.

—Si, lo juro por mi honor, pues un sacerdote puede relevarme del cumplimiento de un juramento religioso, mientras que no hay fuerza capaz de desligarnos de lo prometido bajo palabra de honor.

—Si, ya se...recuerdo...Los marinos franceses sois así. Muero en paz...pero oye ...si te enamoras de la princesa, cásate con ella...cásate, destrona al guicovar y...

Expiró el viejo, mientras Surcouf decía:

—¡Un tesoro...¡Una princesa! ...Un trono que conquistar!... ¡Y dentro de un rato me arrojarán a los dientes y las garras del tigre! Es indudable que este pobre anciano ignoraba este detalle. ¿Para qué hacerme semejante confidencia conociendo mi porvenir? Pero qué diablos! — terminó con resuelto tono. — ¿Para qué me van a dar la lanza sino para defenderme?

Entró en aquel instante el oficial seguido de muchos soldados y de uno de los magisstrados del reino.

—Sahib, — dijo el juez, — debemos encadenarte y llevarte a las arenas. Mañana has de expirar bajo las garras del tigre, el crimen cometido matando a un fakir.

—¿Y si mato al tigre? — preguntó Surcouf.

—Sahib, si lo matas obtendrás la plena gracia y el favor del guicovar, pues serías en ese caso un protegido de los dioses.

—Es todo lo que necesitaba saber, — dijo Surcouf, presentando los brazos para que le pusieran unas esposas.

Se las pusieron los carceleros, mientras la princesa se arrojaba llorando a los pies del marino.

—¡Vamos, muchacho! — dijo sonriente Surcouf. — No llores, que aún no me comió el tigre.

Encogióse de hombros el magistrado.

—Te has de ver ante un tigre real.

—Pues tendré el mayor gusto en enseñarle lo que es un republicano. Puede ser que yo muera, pero ha de reventar él al mismo tiempo.

Escuchóse un murmulo de asombro.

—Amiguito, — dijo después Surcouf a la princesa, — si no vuelvo, hablas con mi teniente y le cuentas todo aquello de que me habló tu padre. Supongo que me entiendes.

—Sahib, — declaró el magistrado. — El guicovar ordena que te llevemos en coche para evitarte los insultos de la multitud.

—Ese señor es todo un galante caballero, y más tarde espero devolverle sus amabilidades, — contestó Surcouf.

No pudo decir adios a sus compañeros, por estar estrictamente vigilado.

Subió a un carro cubierto y tirado por dos toros trotadores, y, escoltado por toda una compañía de soldados, se vió muy pronto en las arenas.

El mismo día de la muerte del fakir salieron los heraldos del guicovar a caballo por las calles de la ciudad, con su escolta de los portadores de encendidas antorchas, para publicar a son de trompetas y atabales que al siguiente día habría combates de elefantes y la lucha de un tigre contra un culpable, en el Haghur, o sea en las arenas del circo. Durante muy largo rato resonaron las voces de los heraldos para esparcir la nueva por toda la inmensa ciudad.

En las afueras, una larga serie de arrabales constituía la verdadera ciudad comercial, poblada por más de doscientas mil almas, y eran las construcciones de elegante aunque sencillo estilo pero de un sólo piso. Toda la ciudad era de madera.

Rodeada de murallas se levantaba en el corazón de aquellos barrios que la envolvían, la ciudad de piedra poblada por ciento cincuenta mil almas sin incluir al eército y era allí donde residían los nobles y la rica burguesía con la Corte y todos sus servidores. Esta ciudad estaba formada por dos largas calles que cortaban en ángulo recto formando cuatro barrios distintos, y uno de estos sectores estaba completamente ocupado por la residencia real. En todo aquello se veía cómo se sucedían unos palacios a otros, y las fachadas pintadas de los más brillantes y pintorescos colores producían un efecto fantástico sin que la vista lograse alcanzar el término de tantos esplendores. El piso inferior, sólido macizo de mampostería, no presentaba sino una puerta blindada por la que se llegaba a una escalera estrecha por la que se subía al cuerpo de guardia.

Velaban y vigilaban allí constantemente muchos soldados, y los que no estaban de servicio ocupaban el resto del gran edificio. Todo hombre rico, todo noble, tenía también su guardia especial y propia más o menos nutrida según la importancia de cada cual. No salía de su casa sino escoltado por varios jinetes, y en caso de guerra debía seguir a los pensones del guicovar con todo su contingente de guardias y de escoltas, y gracias a la organización feudal se agrupaban más de cien mil hombres en torno del rajá.

Todas las casas, sin exceptuar las de la

Corte, estaban construídas del mismo modo, y no se entraba en ninguna de ellas sin pasar antes por la estrecha escalera perfectamente custodiada. La aristocracia maharatá que conquistó Baroda y todo el reino bajo el dominio de los musulmanes, era tan guerrera y tan turbulenta que cada casa era un castillo.

Los pisos superiores estaban habitados por los sirvientes, y los más importante ocupaban los pisos más elevados. Sobre las terrazas se levantaban en pleno aire y oreados por la brisa, muchos pisos de ligera construcción, en los que residían y mandaban los dueños de la casa.

Tal era la famosa ciudad de Baroda, una de las mejores de la india en el año 1791.

Despertó la ciudad y se vió inundada de alegres ruidos, y todos al encontrarse sólo hablaban de la fiesta. Tras de los combates de elefantes se entregaría a las garras del tigre el sahib foranghi, o sea el francés, el corsario Surcouf, famoso ya en toda la India. Era un valerosísimo marino muy caballeresco, pero como había matado a un fakir, era necesario que la justicia se cumpliera.

Las maharatás eran originarios en una tribu feroz de belicosos pastores y conservaban dentro de su civilización de las más refinadas, un gusto cruel por los combates sangrientos, y aquel duelo entre un hombre tan valiente y un tigre constituía una verdadera atracción para todos.

Había además para aquel día sowari; o lo que es lo mismo, el guicovar iría a las arenas con gran pompa, escoltado por todo su ejército.

Habíase empavesado toda la ciudad y todas las calles estaban cubiertas de guirnaldas y flores y de ricas tapicerías, mientras por todas partes podía comprenderse cómo la multitud se había ataviado con sus más preciadas galas. Como por arte de magia se había transformado Baroda en una ciudad de las que aparecen en los cuentos de hadas. Los cortejos de los nobles empezaron a desfilar hacia la Corte donde debían tomar su puesto en el sowari, o desfile oficial. Cada familia señorial iba precedida de su heraldo; tocaban sus lujosas trompetas cubiertas por riquísimas sederías, y pregonaban luego el nombre, los títulos y las preminencias y honores de su señor.

Este, montado en un fogoso caballo, con la frente ceñida por un turbante adornado de placas de oro, como insignia de la más alta nobleza, veíase seguido de los caballeros de su casa, y tras todo este séquito seguían los yugos de los cuatro gibosos toros blanco arrastrando las ratts, o sea los carromatos en los que se veían ligeras cúpulas finamente esculpidas, adornadas con esculturas y promirosos cortinajes, tras las cuales se ocultaban las más nobles damas. Ante ellas iban las bonitas esclavas como envueltas en nubes de muselina, ya sentadas, ya de pie en los estribos y pescantes, y sonriendo ante las frases de los admiradores de tan picarescas pupilas.

Los guardias a pie rodeaban todos los carros que circulaban en medio de una multitud presa del más animado entusiasmo.

Tronó de pronto el cañón, lo que quería decir que empezaba el sowari. Rompió el ejército su formación de reposo, y una vanguardia constituída por seis elefantes emprendió la marcha de frente. Era como una mole enorme, pesada, irresistible, suficiente para aplastar a toda la multitud si ésta misma no se hubiera apresurado a retirarse para dejar libre el paso.

Tras aquella avanzada seguía el ejército regular, constituído por dos divisiones armadas y equipadas como los ejércitos europeos, instruídas, organizadas y mandadas por aventureros, franceses en su mayor parte, algunos de ellos oficiales de gran mérito.

Trotaban luego los brillantes escuadrones árabes, los spahs del guicovar; tropas muy temidas, leales para la dinastía de padres a hijos, admirablemente montados, armados de sable y largo fusil y con su alhornoz y su cordón de lana atado en torno de la chechia. Los oficiales de estas tropas parecían ser príncipes de los que figuran en las "Mil y Una Noches".

Seguía a los brillantes jinetes la artillería de campaña, escoltada por fusileros y por alabarderos, y tras ella venía la artillería de montaña llevada a lomo por camellos.

A todo esto seguía la deslumbradora caballería maharatá, distribuída en grupos feudales, y como término del soberbio desfile aparecían doce mil irregulares de infantería, milica que sirvía para escaramuzas y era utilizable en la defensa de las murallas.

Una vez terminado todo el larguísimo cortejo, aparecía el estandarte real, tremolado por un gentilhombre que recorría el trayecto sobre un colosal elefante ricamente caparazonado y adornado. En torno del elefante conductor del pendón soberano, veíase a los guardias de a caballo, con sus doradas lanzas y con yataganes, cuyas empuñaduras eran verdaderas ascuas de fina pedrería. Todos ellos lucían cota de malla o corazas del más delicado y primoroso trabajo.

Una música ruidosa acompañaba al guicovar. Címbalos gigantescos y mostruosos tambores llevados por pacíficos elefantes, marcaban el ritmo de la marcha con un estrépito extraordinario, mientras la música que marchaba a pie tocaba la marcha real: bárbaro canto que recordaba aun a los de los primitivos pastores.

Los grandes señores, los príncipes, los altos dignatarios de la Corte, acompañados de todos sus pajes, sus escuderos, sus gentes de arma, caracoleaban delante de los elefantes. Brillaban al sol los recamados de oro y las perlas de sus lujosas vestiduras. El guicovar, sus hijos, su favorita, los ministros, los príncipes reales y los grandes sacerdotes que desfilaban unos tras de otros, producían el efecto de hallarse en un mundo de ensueño, y el sol doraba todos aquellos esplendores mientras grandes humaredas de incienso se elevaban a las alturas.

Las arenas, dispuestas en un inmenso campo, estaban llenas por completo. Sobre uno de los frentes se situó la corte y todos los grandes dignatarios, con los nobles; concurso que formaba bajo las graderías como una cascada de deslumbrantes ropajes y de joyas. Muy pintoresco era el público

de los otros cuatro frentes, era el sitio destinado al común de los vecinos con exclusión de los que pertenecían a las castas superiores, y en montículos de tierra más lejanos se amontonaba la gente de última categoría, mientras los elefantes hembras formaban allí en medio para excitar a los machos combatientes.

La bulliciosa multitud guardó repentino silencio al oírse sonar la música de ensordecedores acordes.

A los cuernos y trompas de caza sucedieron los acordes de los sagrados instrumentos empleados en los templos, y al escucharse aquellas músicas pusiéronse de pie todos dos grandes scacerdotes, para desplegar el real estandarte y la enseña religiosa. Levantóse entonces el supremo sacerdote y leyó la sentencia.

Abriéronse dos puertas situadas una frente a la otra. Salió de una de ellas el tigre. En la otra abertura apareció Surcouf. Un profundo silencio que se produjo instantáneamente permitió apreciar el estremecimiento emocionado que recorrió todos los ámbitos de las arenas.

El tigre era de los conocidos con el nombre de "tigres reales". Tenía monstruosa cabeza y su desmesurado cuerpo ondulaba con maravillosa flexibilidad, ya alargándose sobre las cuatro garras, cada una de las cuales bastaba para despedazar a un hombre, ya recogiéndose como dispuesto a dar terrible salto. Los amarillentos ojos lucían con áureos destellos; eran como de oro fundido, y sus proyecciones parecían magnéticas y pinchaban cual si fueran agujas enrojecidas hasta el rojo blanco, a todos los espectadores.

Antes de convertirse en verdugo había sido aquel tigre un gran destructor de hombres. Se llama "come hombres" a los tigres que, golosos de carne humana, la buscan afanosamente sin reparar en los peligros a que se exponen para satisfacer sus feroces apetitos.

Cegado un momento por la fuerte luz el tigre permaneció inmóvil y soberbio. Olfateó las emanaciones desprendidas de aquella masa enorme d espectadores. Poco a poco empezó a sentirse agitado. Su cola azotaba el aire y daba recios golpes en los flancos de la fiera. Las narices del felino aspiraban con fruición y resoplaban al oler aquel ambiente saturado de olor a carne fresca. Miré y olfateó luego hacia Surcouf. Brillaron los ojos del tigre clavándose en la presa. Gruñó con satisfecho y recio tono, y dando después un terible rugido, emprendió su carrera en dirección al corsario.

Surcouf, impasible hasta aquel momento, avanzó hacia la fiera con mesurado paso, mientras su soberbia mirada trataba de dominar el centelleo de los ojos del felino. Resonó largo murmullo de asombro, y aumentó esta admiración así manifestada por todo el público, cuando pudieron darse cuenta de que el tigre, sorprendido ante aquella inesperada actitud, detenía su marcha y se agachaba sobre el suelo.

Continuaba Surcouf acercándose a su adversario sin desviar ni por un momento sus ojos de los de la fiera, hipnotizándola como saben hacerlo los domadores de todas las épocas, pues se ha reconocido siempre que tiene el poder del hombre sobre las fieras; poder que sólo en nuestros tiempos se ha logrado explicar. El tigre parecía estar anclado, imposibilitado de moverse. Detuvo Surcouf el andar, pero el felino no hizo ni el menor movimiento.

Reinaba un silencio de muerte en todo el ámbito del circo. El osado marino estaba ya con su lanza, al alcance de la fiera.

Levantóse el tigre como vacilando, con lentitud inusitada en tales animales. Parecía que tratase de sacudir alguna extraña influencia que lo sumía en somniliento sopor. Surcouf se lanzó a él al mismo tiempo que daba los más salvajes gritos, y en su formidable empuje sorprendió a la bestia a mitad de su movimiento, clavándole la lanza en el costado izquierdo con fuerza tal que quedaron atravesados corazón, pulmones y cuanto halló a su paso el aguzado acero. Con la lanza clavada en su cuerpo dió el tigre un salto prodigioso, pero cayó pesadamente al suelo, retorciéndose, vomitando negra sangre, jadeando con rabia. Expiró ahogado por una enorme hemorragia interna.

El estupor de los espectadores les cosía los labios. ¡Muerto el tigre real! ¡Vencido el gran devorador de hombres!

El corsario faranghi, o francés, arrancó la lanza del inanimado cadáver y se apoyó en ella, altivo y sereno, luciendo sin darse cuenta de ello toda la belleza escultural de su musculatura.

El guicovar levantó el brazo para dar la señal de la más entusiasta ovación, gritando todos la palabra que significa "¡bravo!" en indígena. Toda la corte se puso de pie mientras lanzaba frenéticas aclamaciones, confundidas bien pronto con un formidable rugido de voces dentro y fuera del recinto; voces que se repetían y prolongaban como truenos que retumbaban en las alturas. Era aquél el saludo del pueblo y del ejército en honor del triunfador.

Surcouf esperaba. Un paje enviado por el guicovar fué a buscar al marino para presentarlo al soberano. Todas las miradas estaban fijas en el valiente francés, y todos trataban de oir lo que dijeran. El corsario saludó al rajá con una inclinación muy reverente.

—Sahib faranghi, — dijo el guicovar. — Estás bajo la protección de los dioses.

—Pero también bajo la protección de mi lanza, — dijo Surcouf, sonriendo.

—Por tu victoria has conquistado la libertad, pero tu valor merece alguna prueba de mi admiración. ¿Qué pides?

—Pido que mis marineros y los musulmanes que están encarcelados, salgan hoy mismo de la prisión.

Dió el guicovar una orden a uno de los oficiales de su séquito; y acompañado de un heraldo real, salieron en el acto para libertar a los cautivos.

—Pero para ti mismo ¿no pides nada? — preguntó el soberano.

—Pido la lanza y la piel del tigre.

—Mucho pedir es eso, pues se trata de

gloriosos trofeos, pero no me parece suficiente.

Desenvolvió de su cuello el guicovar un gran collar formado de gruesas perlas que por sí sólo representaba una fortuna, y lo entregó al corsario. Luego hizo que se sentara a su derecha, y ardenó que empezara el combate de dos rinocerontes en honor de Surcouf. Escuchóse estruendoso aplauso de la multitud al enterarse de semejante determinación.

Habían retirado al tigre y quiso el rajá que como trofeo se extendiera la piel del vencido a los pies del vencedor.

Resonó el vibrante sonido de las músicas al mismo tiempo que se embestían dos rinocerontes, dando principio a la más feroz de las peleas. Con tal encrnizamiento lucharon ambos adversarios, que murió uno de ellos de una terrible cornada, mientras caía tan mal herido el otro que agonizaba y murió minutos más tarde.

Tras la lucha entre los rinocerontes hubo una entre elefantes. Combatieron éstos entre sí y luego con los hombres llamados "elefantadores".

Al mismo tiempo que estallaban los sones de las más ruidosas músicas, aparecieron en la arena dos gigantescos elefantes por dos opuestas puertas. No bien se vieron pareció temblar el suelo bajo el patalear de ambos monstruos. Pusiéronse de pie, erguidos sobre las patas traseras, y forcejearon largo rato hasta que, vencido el más débil, emprendió la retirada, en tanto que estallaba un nutrido aplauso en honor del vencedor. Saludó éste a las hombras expuestas en la arena, y la levantada trompa lanzó rugidos de triunfo como clarinadas de victoria y como manifestación de rabiosos celos.

En aquel instante, por las muchas estrechas aberturas dejadas en los muros que circundaban el circo, salieron los elefantadores, armados uno de una especie de látigos y otros con largas lanzas, y luciendo todos una franja roja que flotaba en su mano izquierda. En los estrechos nichos excavados en los muros y en los que un elefante no podía entrar, se prepararon los coheteros con las mechas encendidas, y prontos a hacer estallar sus cohetes bajo la trompa del elefante a fin de obligarle a huir cada vez que algún elefantador se viera en verdadero peligro.

A una señal de los jueces, y al son de los cuernos, empezaron los elefantadores una faena muy parecida a la de los toreros, luciendo idéntica audacia y la misma serena agilidad. Azotaban con tanta destreza como peligroso acierto; huían, se acercaban y volvían a excitar al enfurecido cuadrúpedo; se escondían en los nichos, para volver a salir, con todo lo cual crecía la furia del gigante al verse hostigado y burlado por pigmeos. A veces en lo cruel de aquel juego se veía un hombre apresado por la formidable trompa y que iba a caer a treinta metros de la fiera, donde ésta lo pisoteaba con rabia indescriptible.

Pero no cesaba el estruendo de las músicas en tanto que los coheteros espantaban al elefante para obligarle a huir. Recogían muertos y heridos y se esparcía más arena sobre la sangre, cuando el guicovar llevó a su colmo el entusiasmo popular al ordenar un nackika-kousti, o lo que es lo mismo un combate con puños provistos de garras.

Explicaremos en qué consiste este juego: Los luchadores profesionales pelean provistos de guantes de hierro armados de verdaderas garras de afilado acero, y se desgarraban ferozmente hasta que uno de ellos queda fuera de combate. Los maharatás se vuelven locos por este cruel ejercicio.

Aparecieron los luchadores formando quince parejas, y al sonar los cuernos para dar la señal de acometer, se atacaron con la mayor bravura y con notable habilidad, por exigir tan sangriento ejercicio el dominio de una esgrima especial y muy sabiamente estudiada. A los golpes de las uñas metálicas técnicamente armadas y empleadas, caían las carnes en lonjas o en piltrafas. La sangre brotaba del cuerpo y de los desnudos brazos. El guicovar tomaba el más vivo interés en semejante escena, y preguntó a Surcouf:

—¿Qué te parecen esos luchadores?

—Mi opinión, — respondió el corsario, — es que todo eso parece un combate de mujeres.

Pareció asombrarse el guicovar.

—¿Acaso no son las uñas el arma preferida por las mujeres? — preguntó el marino.

—Cierto, pero las uñas que desgarran las carnes de esos luchadores son de acero, y están encorvadas como las garras de los tigres.

—Todo eso será muy cierto, pero no por ello son menos molestas esas uñas, y con el puño desnudo puede hacerce mucho más daño. Por mi parte, no tengo inconveniente en luchar con uno de tus peleadores provistos de garras, sin más defensa que mis puños.

—¿Te crees capaz de luchar con cualquiera de esos hombres sin proveerte de los mismos guantes de hierro usados por ellos?

—No sólo me creo capaz sino que estoy seguro de dominarlo por completo antes de diez minutos de lucha.

El guicovar se quedó pensativo.

Una vez terminada la lucha, curados los heridos, trasladados algunos de ellos en camillas, y limpia la sangre de las arenas, volvieron las músicas a atronar los aires para dar la señal de la vuelta a palacio del soberano y de su séquito. La multitud se precipitó para formar calle y poder presenciar el desfile del sowari. Esperaba el ejército en orden de batalla para desfilar nuevamente, cuando presentaron al guicovar los marineros de Surcouf. El guicovar ordenó que tanto el corsario como sus marinos debían montar en uno de los elefantes de la corte y formar parte del cortejo.

El paso del corsario por las calles de Baroda revistió las proporciones de una apoteosis. Tirábanle flores, se le apellidaba el valiente y el héroe, el glorioso entre los gloriosos, el divino y el favorito de Brama. Impasible ante tanta ovación servil y necia, decía Surcouf a su teniente:

—Prefiero mandar un puñado de buenos marineros que a toda esta caterva de míseros esclavos. No me extraña ya que las hon

das de Tamerlán hayan podido someter a trescientos millones de hombres.

—Pero, — observó el teniente, — los maharatás les tomaron la ciudad a los musulmanes.

—Cierto, por estar éstos afeminados, mientras eran los maharatás unos montañeses rudos y que despreciaban a la muerte.

—Todo eso está muy bien, — dijo el teniente. — Por mi parte me encuentro aquí mejor que en la cárcel.

El teniente era un lindo mozo de diez y nueve años. Empezó su oficio como grumete en un navío de guerra, donde se instruyó y entró en la timonería, con permiso para frecuentar la biblioteca de a bordo. Se había distinguido en varias ocasiones y siendo muy joven aun logró los galones de contramaestre.

Afinado al contacto de los oficiales, espiritual y alegre, era un morocho de maliciosos ojos, de delicadas facciones que tenía mucho partido entre las mujeres. Era muy atrevido, pero enemigo de la violencia. Tenía un valor alegre, y Surcouf decía al hablar de su teniente:

—Creo que ese mozo se ríe de vivir o morir más aún de lo que me río yo mismo.

Vivían ambos como hermanos y se querían mucho por efecto del contraste, y se estimaban por saber ambos que eran los dos igualmente intrépidos. El alegre teniente puso de relieve sus preocupaciones tan pronto como llegaron al palacio.

—Dígame, capitán, — preguntó el teniente, — ¿no piensa, como pienso yo mismo, que todo esto ha de terminar por ver como nos raptan muy bonitas mujeres?

—Mira, pequeño, por mi parte estoy en trámites de una conquista de tal importancia que la de una princesa no me interesaría tanto. — Cambió luego de tono y agregó con muy serio acento: — Debemos intentar cosas muy importantes. He de hablarte de todo ello más despacio.

—¡Demonios! — dijo Brinville. — ¡Y yo que lo decía de broma!

Permaneció serio hasta casi cinco minutos, lo que para él era cosa inaudita.

En las puertas de palacio se veía un paje y un heraldo, a caballo ambos, sólo para acompañar a Surcouf y sus marineros a una casa aislada, vacía de sus dueños, aunque llena de servidores. Era el domicilio de un noble en viaje para la gobernación de una provincia, quien había dejado muchos de sus domésticos como guardianes de su palacio.

—Sahib, — dijo el paje al mismo tiempo que ponía a Surcouf en posesión del edificio y servidumbre. — Esta es tu casa. Las órdenes del guicovar son que se te trate como a un príncipe.

Habían servido ya una colación para los dos oficiales y otra para los marineros. Surcouf y su segundo, después de tomar un perfumado baño, y aun impregnados de la esencia de rosas, se pusieron a la mesa y supieron hacer honor a todos los platos indígenas, a los vinos de Persia y muy principalmente al famoso Chiraz.

—Decididamente, — decía Surcouf, aquí no hace falta nada.

—No es cierto, — observó el teniente. — Falta la mujer en este Paraíso.

En aquel momento apareció uno de los sirvientes en la terraza para decir:

—Sahib, una viuda vieja, que no es ninguna pordiosera, desea hablarte.

—¿No puede venir aquí donde nos encontramos?

—Te ruego, — dijo Brinville, — que la dejes subir. Estoy seguro de que esa vieja tiene que decirte algo interesante.

—¡Pues que suba! — murmuró Surcouf.

Dió orden al sirviente hindú de que introdujese a la visitante.

La viuda vieja era musulmana y no estaba, por lo tanto, sometido a la ley bramánica relativa a la viudez. Saludó a los dos oficiales y, después de asegurarse de que nadie podía escuchar sus palabras, dijo en muy baja voz:

—Sahib, mañana, cuando haya terminado la audiencia con el guicovar, y cuando vuelvas aquí, encontrarás un carro con un templete dorado cuyas cortinillas se descorrerán ante tí, y podrán así contemplar a dos de las más grandes princesas de la corte.

—¿Son jóvenes? — preguntó el marino.

—Son jóvenes y muy hermosas.

—Empieza a interesarme todo esto, — gruñía el teniente.

—Me presentaré aquí cuando haya caído la noche. Si las dos princesas os han satisfecho, puedo llevaros junto a ellas, y sé que se han de considerar muy felices si cenan en vuestra compañía. Están ansiosas por conocer el relato de vuestras aventuras.

—Esto es magnífico, — murmuraba Brinville.

Sin añadir una palabra más saludó la vieja y se retiró, con toda la digna actitud reclamada por su importante misión.

—No lo decía yo, — reía el alegre teniente. — Esto marcha y estamos en camino de que nos rapten.

—Pero dime, grandísimo loco: ¿Y si resultan esas princesas feas como un demonio? — preguntó Surcouf entre estrepitosas carcajadas.

—En ese caso, — contestó sin desconcertarse el teniente. — diremos que hicimos votos muy solemnes...

Destapó una botella de champaña. Sentíase ante la necesidad de aturdirse.

Al día siguiente por la madrugada se oían por las calles de Baroda los gritos de un heraldo a caballo, quien gritaba:

—¡Paso al elefante real!

En aquellos países de gran [illegible] donde la siesta dura desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, se levanta todo el mundo antes de salir el sol por ser deliciosa la hora que precede al despertar del día y el pueblo, en pie todo él, se alineaba admirado para dejar paso al elefante y el heraldo, y se preguntaban quién sería el feliz mortal así llevado tan de mañana a la recepción íntima del soberano. No era posible averiguar la menor duda: el guicovar enviaba a buscar a alguno de sus más caros amigos, ya que se veía sobre el lomo del cuadrúpedo al paje empleado exclusivamente para estas comisiones.

Pero el heraldo, al llegar al palacio habitado por los dos franceses, hizo una seña al cornac para que se detuviera el elefante. Bajó lentamente el paje a lo largo de la escalera que colgaba de uno de los flancos del gigantesco animal y, entrando en la casa, se informó si los dos sahibs franceses se habían levantado, y como le dieran contestación afirmativa, pidió entonces permiso para pasar a saludarles. Los dos marinos esperaron a Djernador en la terraza en que se hallaban.

—Sahibs, — dijo el joven tras las cortesías y finezas de práctica. — Mi amo el guicovar os ruega que almorcéis y que vayáis luego a su palacio, para asistir a una lucha; honor que no dispensa sino a sus más íntimos amigos.

—Quedamos sumamente reconocidos al honor que nos dispensa.

—¿Cuánto tiempo se nos concede para el almuerzo? — preguntó Brinville, a quien fué muy simpático el paje.

—Podéis disponer de una hora aproximadamente.

—¿Qué es lo que piensa hacer el señor durante ese tiempo?

—Me pasearé... iré al bazar...

—¿Qué razón existe para que no almuerce el señor con nosotros?

Resplandeció la cara del paje ante aquella invitación.

Diez minutos más tarde se destapaban las botellas y empezó a animarse la conversación. Consideraba el paje como hombres leales a los dos marinos franceses, y se expresaba sin la menor reserva.

—Capitán, — dijo a Surcouf, — supongo que ignoras que los maharatás conquistaron Baroda, pero como no eran sino selváticos pastores montañeses, el soberano se titula orgullosamente guicovar, palabra que en nuestro idioma quiere decir pastor de toros. Dicho esto, no debe extrañar que a poco que se rasque a un maharatá, aunque se trate del más refinado y sin excluir al guicovar mismo y aunque sólo se les arañe un poquito con la punta de la uña, bajo el oro y las más ricas telas se ve aparecer en el acto la ruda piel del pastor o del burdo labriego. He explicado esto para que no se admiren los señores de lo apasionado que el rajá de Baroda es por todos los ejercicios corporales, y muy espcialmente por las luchas a brazo partido. Todas las mañanas ejecutan ante el guicovar los atletas sus ejercicios de fuerza, y el vencedor ha de medirse luego con el mismo soberano.

—Y no necesita decirnos el amable paje, — interrumpió el burlón Brinville, — que es siempre el guicovar el que resulta vencedor.

Sonrió el paje y continuó, sin querer responder a la oportuna observación del marino:

—No creo que si llama a los señores tan sólo para que sean testigos de sus triunfos, sospecho que algo más serio es lo que le mueve a enviarme a visitarnos.

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Mira, sahib. Dijiste que los guantes de acero, aunque armaban la mano, estaban muy lejos de aumentar la fuerza.

—¡Pero eso es mucho más claro que la luz del día!

—Así será, pero el asunto es que esa declaración tiene muy preocupado al guicovar. Quiere medirse a presencia vuestra con un gran atleta para demostraros que nuestros juegos y ejercicios no degeneran la raza. Quisiera también verte luchar a puño limpio con uno de nuestros gladiadores armados del guante cubierto de aceradas puntas.

—Me inspira mucha lástima el señor que se ponga ante mí con su guante lleno de garras, — exclamó Surcouf con la mayor tranquilidad.

—¿Pero te supones bastante fuerte, — preguntó admirado el paje, — para vencer a uno de nuestros luchadores armado de su formidable puño metálico?

—Tan seguro puedes tenerlo eso como de que no hemos vaciado más que una botella, — interrumpió Brinville socarronamente.

—Pues aseguro a los señores que ha de quedar maravillado el guicovar, si llega a ver semejante cosa.

—¿Pero nunca se habló en vuestra gran ciudad de Baroda de los boxeadores ingleses? — preguntó Sucouf.

—Sí, hemos oído decir que algunos británicos se baten a puñetazos.

—No sólo se baten sino que se aplastan, se machucan, se destrozan y hasta se matan, — afirmó el marino. — Vuestros boxeadores provistos de garras se ven obligados a alargar el brazo para dar el golpe y desgarrar las carnes del adversario, y matemáticamente estudiado, este asunto resulta que invierten más tiempo en toda esa maniobra del necesario para prevenirla y pararla. Además no saben defenderse contra los golpes rectos del boxeo. Estoy seguro de que ni me tocan, como estoy seguro de negarles. Mi maestro fué un marinero irlandés desertor de la flota inglesa. Se enroló en mi barco hace seis años y lo tenemos aquí ahora. A contar de seis años tuve oportunidad de acabar de ejercitarme en lucha con verdaderos boxeadores profesionales, durante un largo período permanecí en América. Puedo asegurar que no me dan el menor miedo los luchadores armados de garras aceradas.

—¡Mejor que mejor! — exclamó vivamente el paje. — El guicovar aumentará con ello la gran estimación que siente por los señores.

Bajaron a la calle, rindió honores la guardia, subieron en el elefante y se dirigieron a palacio. al llegar el palanquín a la regia morada resonaron aplausos y ovaciones estruendosas, y se oía vivas en honor de los corsarios.

Guió Djernador a sus nuevos amigos a traves de un verdadero laberinto de patios, de corredores, de salones, descubiertos unos y techados de primorosas arquerías otros, o con enormes bloques de piedra, y hasta vieron partes del edificio formado por tan recios y resistentes sillares que nada contra ellos podía hacer la más potente artillería que existía entonces

Veíase en todo lo largo del camino interior recorrido, puentes levadizos, copos de lobo, caminos cubiertos, espacios provistos de movibles pavimentos, escondrijos por los que aparecían troneras, caños mostruosos con los que podían inundarse las galerías, conductos por las que era fácil arrojar un diluvio de granadas, aparatos para arrojar sobre los asaltantes oleadas de aceite hirviente y pez, unas máquinas para esparcir cenizas incandescentes y otra para arrojar plomo fundido.

—Es admirable todo este endiablado sistema de precauciones, — decía Soucouf. — Si tanto el primer ministro como el general en jefe, el yerno de guicovar son partidarios de los ingleses, es seguro que en casos especiales serían traidores, y en ese supuesto ¿para qué habrá servido todo este formidable sistema de defensa?

—Es cosa tuya, sahib, — decía el paje,— hacer todas esas preguntas al guicovar.

Llegaron por fin a las terrazas donde estaba ya el rajá entre sus luchadores, elegidos entre los mejores de toda la India. Vestía el soberano con extraordinaria sencillez, blanco pantalón así como la camisa y un corto saco blanco igualmente, de algodón todo ello. Los pies sin medias calzaban flexibles babuchas.

Junto al guicovar se hallaba Keliro, su hermano de leche, pastor maharatá, hijo de pastores, pero noble como todos los maharatás de raza. Vestía exactamente lo mismo que el guicovar.

Este vió como se acercaban los marinos y se adelantó a su encuentro, les apretó la mano a la europea, y dijo:

—Aquí están los señores, no en el palacio del guicovar, sino en la casa de un señor maharatá, que se honra en ser vuestro igual y vuestro amigo.

Hizo una seña el guicovar y se formaron los luchadores en dos hileras para que eligiese cada uno su adversario. Los vencidos quedaron fuera de filas y continuó el combate hasta que no quedó sino uno sólo y único vencedor de todos los demás.

El guicovar había seguido el curso de los asaltos, marcando las fallas y señalando los defectos, por ser extraoridanriamente práctico en la táctica de aquel género de ejercicios. Era indiscutible que se trataba de un maestro en la materia, y cuando se trabó en pelea con el vencedor final, los marinos pudieron darse cuenta de que el atleta luchaba con todas sus energías, por saber que lograría una recompensa de cien rupias si lograba derribar a su real adversario. Pero el guicovar poseía extraordinario vigor y una táctica admirable, y muy pronto se vió como las espaldas del vencido tocaban las baldosas del piso de la terraza.

Felicitaron al rajá tanto Surcouf como Brinville, en tanto jue los esclavos lo lavaban con agua fría y le daban enérgicas fricciones.

Surcouf adelantándose al secreto deseo del soberano, dijo:

—Sostuve ayer que me comprometía a vencer a uno de vuestros tigres humanos con mis puños desnudos. ¿Quiere el señor convencerse de ello?

—¿Y si ese tigre humano te desgarra? — observó el guicovar. — Ten por seguro que no ha de tratarte con miramientos, y piensa que las heridas de las garras de acero son terribles.

—¿Quiere el señor guicovar llamar a alguno de sus tigres para que me sea posible desafiarlo? — preguntó Surcouf, sin perder su habitual sonrisa.

—Te daremos gusto, — contestó muy seriamente el rajá.

Llamó a uno de los luchadores armados de garras de acero. Voló éste a acercarse al soberano, él en seguida procedió a ajustarse los terribles guantes, en tanto que Surcouf se desnudaba quedándose solo con el pantalón. Su maravilloso torso de Hércules Farnesio apareció a las claros rayos del hindú y no pudo evitar el guicovar un gesto de admiración ante tanta belleza unida a tanta energía.

El hombre de las aceradas garras dió vueltas en torno de Surcouf con la esperanza de sorprenderle y de agarrarle, pero el marino, sin otra maniobra sino la de girar sobre sus talones, estaba siempre en guardia. Amagó el de las uñas de acero con algunos golpes que se pararon en seco, lo que puso al tigre humano en estado de verdadero furor.

Redobló sus ataques, pero de repente se le vió caer al suelo. El vigoroso puño de Surcouf le había dado un recio golpe en el entrecejo.

—Si llego a pegarle sobre el hígado o en el estómago, — dijo Surcouf mirando al caído, — este hombre estaría muerto ya.

Convencido y maravillado el rajá, declaró que el box era superior a sus luchas con guantes de garras aceradas. Rogó al marino que le explicara los principios y detalles del boxeo, y se le vió experimentar el mayor placer al enterarse de lo dicho por Surcouf.

—Sahib capitán, — dijo el soberano tras un momento de meditación. — Tú debías quedarte en mi corte. Haríamos de tí un rico y poderoso señor, y a cambio de la fortuna que ofrezco sólo te pido que me enseñes a boxear.

—Me consideraría como muy dichoso aceptando vuestra generosa oferta, señor,— dijo el corsario.—pero no puedo olvidar que Francia está en lucha con Inglaterra, y que mi deber es batirme contra esta última, pero puedo dejaros en mi lugar el marino irlandés que fué mi maestro de boxeo.

—¡Magnífico! exclamó el guicovar.

—Pero tenga presente el señor,—añadió el marino, — que el que fué mi maestro es mortal enemigo de los ingleses de esos mismos ingleses de los que vuestro yerno, vuestro ministro, vuestro gran general se propondrían entregar a mi marino irlandés, como quieren que se me entregue a mí mismo.

—¡Pues juro por Trimourti y por Para-Brahma, padre de todos los dioses, que se

ha de respetar y honrar por todos ese marino tuyo de quien hablas!

—Pero se le respetará solo hasta el día en que el propio guicovar se vea entregado a los ingleses.

—¿Qué dices, capitán?

—No hago sino decir la verdad.

—¿Pero cómo puedes suponer, — exclamó medio airado el guicovar, — que los ingleses sean mis enemigos, si lo son de mis contrarios, y los combaten para defenderme contra ellos?

—Si, los combaten, para combatir contra el guicovar cuando ya no quede otro enemigo o poder rival al de Inglaterra. Han pagado muchos traidores en torno vuestro y se comprende como lo más sencillo todo el plan de los británicos:

"Sembrar odios y rencores entre todos los rajás, y aprovechar esos sentimientos para irlos cometiendo uno tras otros. Están comiéndose la India entera como se comerían una naranja, gajo a gajo. Todos vuestros consejeros que se muestran partidarios de los ingleses son gentes vendidas al oro de la Gran Bretaña. Las libras esterlinas son los mejores argumentos empleados por los embajadores del rey que reside en Londres, y si esos consejeros no s ehubieran vendido al extranjero, demostrarían ser unos perfectos idiotas, lo que aun supone mayor desgracia para un país.

Murmuraba el guicovar:

—¡Se nos come gajo a gajo! Como quien se come una naranja!...

Había penetrado en la regia mente la expresiva frase del marino y meditaba en la verdad de semejantes expresiones, pero Brinville, deseoso de barrer las preocupaciones del soberano, y con ganas de lograr algún éxito propio, exclamó:

—Nuestro amigo Surcouf ha mostrado a su alteza las excelencias del boxeo, queda aun otro arte mucho más importante y del que nada ha dicho. El arte a que me refiero, honrado y respetadísimo en todas las marinas, se llama "la destreza de los franceses". Gracias a ella un solo hombre, sabiendo manejar sus pies y sus puños, puede reirse de diez adversarios.

—¿De diez enemigos? — preguntó admirado el guicovar.

—¡Y de más si es preciso! Para verlo no hay sino ordenar a todos los luchadores de su alteza que se coloquen en torno mío. Dele su guicovar la orden de sujetarme y de pagarme sin la menor vacilación; mándeles que me ataquen con toda su furia y pronto veremos el resultado.

Miraba el rajá con la más profunda admiración a aquel oficialito, pequeño, flaco, que por su aspecto exterior, que nada tenía de atlético, no parecía muy temible.

—Puede ensayar su alteza, — ensayar cuando guste, — repetía burlonamente el alegre mozo.

Decidióse el guicovar, y varios colosales luchadores, cada uno de los cuales parecía sobrarse para derribar al insignificante teniente, rodearon al mozo, quien les gritó sin dejarse de reir, y en tanto que se quitaba la levita de uniforme.

—¡Atención, amigos!

Resonó en aquel mismo instnte la voz del guicovar para decir:

—Mil rupias al que sujete a este extranjero.

Con irresistible impulso, con la cabeza baja y con el empuje de todo el cuerpo lanzado como si fuese un proyectil, rompía en aquel instante el teniente el círculo que le envolvía, y tres de los colosos rodaban por el suelo, pero no bien estuvo fuera del círculo el marino, volvió con idéntica celeridad y con el mismo impulso a caer sobre otro grupo de tres hombres más, los que a su vez quedaron como aturdidos por tan inesperada acometida, y sin detenerse ni un momento, con la cabeza baja, según la moda bretona, y con los brazos extendidos en forma de cruz, se precipitó contra otros de sus adversarios a los que derribó con el ariete de la cabeza, pegándoles en el vientre o con la fuerza de los brazos que agarraban piernas y muslos. Enderezándose luego para saludar al rajá, a quien dijo:

—Esto es, guicovar, lo que saben hacer los marinos de mi tierra.

No pudo el soberano dominar su asombro y abrumó al joven Brinville con elogios y con ofertas.

—Si quisieras al menos, quedarte tu entre nosotros, — murmuró.

—Afortunadamente podemos dejar aquí un marino provenzal que es mucho más diestro que yo en estos divertidos ejercicios.

—¿Cuándo podré ver a esos dos famosos hombres que me ofrecéis?

—Hoy mismo, — contestó Surcouf.

Llamó el guicovar a Djernador, su paje predilecto, y le dijo:

—Vas a llevar a estos sahibs a su casa. Me han prometido dos marineros. Los traes aquí y me los presentarás después de la siesta.

—Señor, — interrumpió Brinville. — Queda entendido que vuestra alteza se compromete a protejer a nuestros marineros contra los partidarios de los ingleses, partido que es omnipotente en vuestra corte.

—Yo los protejeré como me protejo a mi mismo, — repuso el rajá, mientras repetía con sorda voz:

—Se nos están comiendo gajo a gajo, como quien devora una naranja. — Era indudable que la frase se había grabado en su frente.

Podía contar con su hermano de leche para comentar aquellas palabras y para que uno y otro las repitieran con frecuencia.

Los dos corsarios fueron lavados y friccionados por los esclavos y cuando volvieron a vestir sus trajes, se despidieron del guicovar, no sin haber conquistado su estimación y su afecto. Cuando bajaban las amplias escaleras del palacio decía Surcouf a Brinville:

—Creo que no hemos descuidado los interes de Francia.

—Pero ahora ocupémonos de los nuestros, — observó el teniente.

Lo miró Surcouf... Había olvidado que...

—¿En qué quedamos de todo aquello de las princesas? ¿Las veremos o no?

Recordó Surcouf la visita de la vieja. El paje Djernador sonreía placenteramente.

Era un buen muchacho aquel paje, de fino y espiritual semblante, sonriente siempre pero muy distinguido al mismo tiempo y con modales de la más pulcra y aristocrática modalidad. Era muy diplomático y muy discreto cuando convenía ser uno y otro, y muy hablador si se trataba de adular a los favoritos de su señor o simplemente de serles agradable. Era hombre de tacto que sabía siempre a quién hablaba y de qué modo debía expresarse. Era un príncipe, pero príncipe sin fortuna, y como se trataba de mozo que no se turbaba por tonterías, era cosa segura que haría su camino.

Podía ostentar un glorioso apellido inmortalizado por el príncipe su padre, que murió luchando heroicamente contra los ingleses y defendiendo la independencia de su país. Murió el progenitor del paje con las armas en la mano, batiéndose como un valiente, y el guicovar se hizo cargo del hijo del héroe y le concedió su afecto y su más decidida protección.

Era aquel joven el último superviviente de la altiva raza de los Djernadors, y por ello se llamaba Djernador-Hálif. No pertenecía a los maharatás, pero, por parentescos originados por entronques, resultaba primo del guicovar en cuya corte estaba. Se había refugiado en el palacio de su pariente al presenciar la ruina y la destrucción de toda su familia, y consideramos haber dicho lo suficiente para presentar al paje Djernador, que es el que conducía a los corsarios cuando salindo del palacio real se dirigen a su domicilio.

El guicovar había preparado una sorpresa a los marinos franceses. Al subir en el elefante real que debía conducirlos a su domicilio, encontraron en el palanquín los más ricos presentes y además de los artísticos regalos, se veían veinte mil rupias en bolsitas de cuero. Djernador-Halif, el paje hasta entonces muy discreto, preguntó:

—¿Qué opinión tienen los señores del guicovar?

—Es grande y generoso, — respondió Surcouf.

—¡Qué desgracia, sahibs. — dijo el simpático paje, — qué desgracia para nosotros supone vuestra negativa a permanecer en esta corte!

Explicó el joven a sus amigos los europeos la situación política del país.

—Odio a los ingleses como los odiais vosotros, y haré las más graves confidencias, por descontar la tradicional lealtad de los franceses.

—Puedes confiar en nuestra absoluta reserva, — dijo Surcouf.

—¿Cómo se explica, — preguntó Brinville, — que el yerno del guicovar, su primer ministro y el general en jefe de sus ejércitos, formen como un triunvirato en favor de los ingleses?

—Sahibs, mi situación, mi porvenir y mi misma vida dependen de que el guicovar conserve su trono, y sospecho que esos tres hombres aludidos se proponen destronarle, con la idea de colocar en el trono al generalísimo, no sin admitir y pactar antes con los ingleses que extendieran aquí su protectorado.

—Pero ¿qué saldrían ganando? — preguntó Surcouf. — Ocupan los puestos más lucrativos y los más visibles, y excepto el general no les sería posible escalar alturas mayores de aquellas a las que han alcanzado.

—Se trate de intrigas de Corte, — repuso el paje sonriendo misteriosamente. — Asuntos de mujeres....

—¿De mujeres? — interrumpió Brinville con su más picaresca sonrisa. — Me interesa extraordinariamente lo que dice nuestro amigo. Pero ¿será posible que revista tan divertidos aspectos la política interna de este país. ¿Dime, amigo, ¿se trata de damas bonitas o de viejas feas?

—Una de ellas, la princesa Djelina, la hija del guicovar, es alta, esbelta, flexible y airosa como una palmera. No hay quien sea capaz de resistir la caricia de sus miradas. Cuando anda sabe imprimir a su ropaje serpentinas ondulaciones, y cuando se tiende perezosamente en un diván, no se sabe con qué diabólico arte logra que los vestidos diseñen unas formas de belleza tal, que excita y produce irresistible seducción.

—¿Es morena? — preguntó Surcouf.

—Sí, morena, — respondió el paje. — ¿Acaso no le gustan al señor las morenas?

—¡Me entusiasman!

Sonrió el paje y preguntó a Brinville:

—¿Y qué dice el señor?

—¿Puedo discrepar de lo dicho por mi jefe y amigo?

—¿Quiere decir esto que a uno y otro le gustan las morenas.

—Pero aun hay otra princesa, — dijo el teniente.

—Sí; la princesa Survana, prima de la hija del guicovar, y nieta del rajá. Es pequeñita, admirabenmente formada, soñadora, espiritual, bonitísima, distinguida, orgullosa y a veces hasta impertinente para con los que le disgustan. Es valerosa y hasta audaz con todos, sin omitir el mismo guicovar, que todo se lo permite por ser la persona que más divierte y agrada al soberano.

—¿Y por causa o culpa de esas dos princesas están conspirando contra el trono los tres personajes antes citados? — preguntó Surcouf.

—Sí, — respondió el paje. — Pero véanse los motivos. La princesa Djelina está casada con el príncipe Bartachi, gran señor de gesto sombrío, celoso y que nunca perdona ofensa alguna. Es hombre que devora sus rencores sin ponerlos de manifiesto, pero que sabe vengarse horriblemente. Y este hombre sabe que su mujer le engaña.

—¡En lo que hace perfectamente! — dijo Brinville.

—Podrá tener razón, pero el príncipe piensa de distinto modo. No se atreve a quejarse al guicovar ni menos aun a castigar a su esposa, pero sabe vengarse cada vez que se produce el abandono de algún adorador pues es muy caprichosa y voluble la princesa.

—Supongo, — dijo Surcouf, — que los adoradores de la princesa serán víctimas de crueles asesinatos.

—¿Asesinatos? — murmuró el paje. — ¿Quién podría decirlo? Lo seguro es que desaparecen todos ellos. Este fué el caso de

un joven capitán de la guardia y de un inspirado poeta.

Misteriosamente añadió Djernador:

—Por mi parte opino que son los thugs los que se encargan de estas ejecuciones. Los thugs son los servidores del dios de la muerte, el trecer dios de la Trimourti. Nosotros reconocemos un dios. Para-Brahma o el infinito, la fuente de todas las cosas, la impalpable esencia del hombre, el principio único del todo que se ha manifestado en la Trimourti o trinidad de dioses; el primero de los cuales es Brahma y el pasado, Vichnú, o el presente, y Siva, que es el tercero, que por ser el dios de la muerte lo es del porvenir. El culto de este último dios dió origen a la secta de los thugs, o sea de los estranguladores que matan ciñendo el sagrado cordón de seda al cuello de su víctima, método gracias al cual aseguran que se muere sin experimentar sufrimiento alguno. No es posible imaginar cuanta gente sucumbe á manos de los thuggs, pues esta secta ataca con preferencia a los extranjeros y los forasteros, a los que viajan, cuyos cadáveres, una vez destruídos para que desaparezcan, no pueden dejar el menor rastro. ¿Quién se va a preocupar de un viajero a quien no conoce nadie? La secta está muy rígidamente organizada y la dirige jefes poderosos dotados de gran habilidad. Cuando alguna caravana es sentenciada por los thuggs, de fijo desaparece por completo sin dejar la menor huella. Nótese que esos thugs son fanáticos que creen realizar un acto de piedad religiosa al inmolar alguna víctima al dios de la muerte. Imaginan que por cada uno que matan aumentan sus propios méritos, y que una vez terminada la vida de estos fanáticos, quien más méritos presente tendrá derecho a pasar a formar parte de una casta superior.

—He oído hablar mucho de esos thugs, — dijo Surcouf, — pero nunca hubiera podido suponer que fueran tan numerosos y tan terribles.

—Sahib, — observó el paje. — Si los thuggs llegan a decretar tu muerte, te verás perseguido por ellos con la mayor tenacidad, y bajo cualquier disfraz que te ocultases, y aún suponiendo que por librarte de ellos volvieran a tu país, no dejarían ni por un momento de seguirte para matarte. Las combinaciones que esos fanáticos forjan son innumerables, el sacrificio de todos los adeptos a la secta es incomprensible, y consta que sus espías se hallan repartidos por todos los rincones del planeta.

—¿Pero estamos expuestos a tropezar con alguno de esos personajes en Baroda? — preguntó, cómicamente aterrorizado Brinville.

—Son muchos los fieles a esa maldita secta los que se codean con nosotros.

—Resulta de todo eso que si los maridos de las princesas de que nos hablaste saben entenderse con los thugs, es por conocerlos y estar en relaciones con ellos.

—Nada de eso. Se sirven de otra secta que sirve de intermediaria para estos asuntos. Es la secta formada por los adoradores de Kali, la diosa de la muerte sangrienta. Los fieles de la citada diosa celebran todos los años una gran ceremonia en la que se hacen colgar, por medio de garfios de acero enclavados en los brazos o en las piernas o en la espalda, a una especie de torno giratorio. Gira y gira el artefacto, y los fieles de la terrible diosa giran suspendidos de los garfios que les penetran las carnes, y a medida que adquiere mayor velocidad el atormentador aparato, se van rasgando los tejidos y triturando los huesos, hasta que arrojados como piedra salida de la honda, caen lejos, rodando por el suelo los que voluntariamente se impusieron el suplicio. No son pocos los que mueren al caer.

—Pues amigo, — dijo Brinville, — acabas de describirme una cofradía en la que juro no ingresar nunca.

—Pero ten presente que esos fanáticos nunca matan a nadie ni hacen el menor daño. Sólo sobre sí mismos ejercitan todas sus crueldades, motivo por el cual se los tolera, y muy lejos de ocultarse, profesan públicamente su culto para merecer el calificativo de santos. Nadie duda, sin embargo, de que existen estrechas relaciones entre los directores y jefes de los thuggs y los de la secta de Kali, y lo más probable es que estos directores sean los que sirvieron de agentes para arreglar a gusto de los maridos los asuntos de las princesas.

El paje continuó en tono muy grave.

—Si acaso llegáseis a recibir algún amoroso mensaje de las indicadas princesas, cosa que nada tendría de extraño, pues son bastante atrevidas, muy principalmente la princesa Survana, debéis ir con muchísimo cuidado. Yo en vuestro lugar, me alejaría de aquí lo antes posible, para no dar lugar a que las casquivanas damas os envíen alguna vieja paloma, desprovista ya de sus blancas y virginales plumas, mensajera de estrangulación aunque la infeliz no haga sino entregar perfumados billetes llenos de promesas.

—Dime, ¿y si esa vieja a quien aludes nos hubiera visitado ya?

—En ese caso mi consejo de verdadero amigo sería deciros que partierais en el acto de esta ciudad.

Estaba reflexionando Surcouf sobre todo esto cuando estallaron atronadores gritos que interrumpieron el curso de sus pensamientos. Un carro tirado por toros trotadores, con los cuernos dorados y el lm pintado de azul, sostenía una de aquellas veladas pagodas de artísticas jaulas en las que se ocultan las grandes damas cuando hacen sus visitas, se dirigen a los baños o se encaminan a la corte, pero aquel carro que ostentaba las armas reales, chocó con otro que venía en opuesta dirección, y se vieron detenidos, mientras las bonitas esclavas bajaban de sus asientos para ayudar a las ilustres damas a salir de su comprometida situación. Las señoras, sorprendidas y hasta atemorizadas por el accidente ni recordaron cubrirse con sus velos, y como el elefante en que viajaban los franceses estaba junto a los carros, pudieron los marinos contemplar los rostros de las señoras.

—Son las dos princesas de que estábamos hablando, — dijo el paje. — Son la hija y sobrina del guicovar. Felicitaos de este choque gracias al cual podéis contemplarlas a vuestro placer.

Brinville se frotaba las manos, radiante de satisfacción, mientras Surcouf permanecía grave, no sin estudiar detenidamente a las damas con aparente calma, calma que hubiera podido causar envidia al asiático más calmoso. Lanzaron las princesas penetrantes miradas acompañadas de significatias sonrisas como si se propusieran llamar la atención de los corsarios, pero se volvieron a cubrir con sus velos, en tanto que se remendaban y separaban los carros y que uno y otro se pusieron en marcha aunque en opuestas direcciones.

No puede negarse que acabamos de ver un accidente sumamente raro, — murmuraba el pensativo paje.

Pero como hombre prudente, cambió en el acto el tema de su conversación.

* * * *

Fumaba en su terraza el príncipe Bartachi. Era un siniestro personaje principalmente en momentos como aquel en cual estaba rumiando sus rencores.

Era el más acabado modelo de una ave de presa, por lo reducido de la cabeza, el apagado brillo de los ojos, su flacura y lo descarnado y frío de su fisonomía. Se le podía clasificar de chacal cobarde, pero cruel con las piezas pequeñas que cayesen bajo sus garras.

Esperaba el príncipe, y muy pronto llegó el primer ministros, otro chacal semejante al gran personaje. Sentóse el ministro junto a Bartachi y dijo:

—e habeis enviado a buscar, y aquí me teneis.

—Acabo de recibir una noticia, — dijo el príncipe. — Sé que han dispuesto una cita para esta noche.

Contó seguidamente el príncipe la visita de la vieja, el encuentro con el elefante y el accidente de los carros. Temblaba su voz al expresarse, y el furor apenas le dejaba pronunciar las palabras.

—¡Muy bien! — manifestó el primer ministro, mucho más tranquilo que su huésped. — Por mi parte me alegro de todo eso, pues espero que ahora os decidireis a matar ta misma noche a los dos Faranghis que se han atrevido a denunciarnos como traidores esta misma noche a los dos faranghis que se contra de nosotros a Kaliro, el maldito hermano de leche del rajá y no necesitábamos que estos dos nuevos favoritos se pronunciaran en contra de nuestros planes. e parecen muy temibles esos extranjeros, y como no adoptemos medidas radicales, veremos muy pronto cómo nos pisotean el elefante destinado a ser el verdugo de los conspiradores.

—Pero si los matamos ahora, adivinará el guicovar de dónde viene el golpe.

—No podrá sospechar nada si mueren los extranjeros a manos de unos fanáticos amotinados para vengar la muerte del fakir.

—No es mala idea, pero la población me parece que mira con demasiado entusiasmo a esos dos corsarios para atacarlos y luego matarlos.

—Basta contar con algunos centenares de hombres decididos, y ya sabemos dónde hemos de encontrarlos. — Luego añadió con insinuante acento:

—He traído a Kripoulan, el gran jefe de los adoradores de Kali. ¿Quiere el príncipe decirle algo?

—Que entre, — respondió Bartachi.

Introdujeron los sirvientes al jefe supremo de los kalistas. Saludó humildemente a los dos grandes señores, y esperó que le dirigieran la palabra.

—Kripoulan, — dijo el príncipe. — ¿Estás enterado de lo que se trata?

—Lo sé, sahib. Se trata de esos dos franceses... de provocar un motín... de que esta noche, cuando estén en determinado sitio, en una cita...

—¡Basta! ¿Fijaste ya los precios?

—¿Qué precios? — preguntó el jefe de los kalistas, como para segurarse bien.

—Comprendo... comprendo... Bastará con la suma que hayais convenido... ¿Se conformarán los que tú sabes?

—Así lo espero. Por lo demás, sabido es que no sólo trabajan los míos por el dinero. Obedecen a otras razones y a sentimientos muy santos.

—Estamos de acuerdo. Tienes mi palabra y la del primer ministro, y puedes dársela en nuestro nombre a los tuyos.

—Cumpliré vuestras órdenes lo antes posible. Ahora mismo, si me permitís retirarme.

—Vete, pero que yo sepa si aceptan o no esta nueva tarea.

Tan pronto como se vieron solos los dos cómplices, cambiaron una mirada de mutua inteligencia.

—No hemos de concluir nunca, — rugió el príncipe. — Si sale bien nuestro plan, podré destrozar con mi yatagán el divino cuerpo de esa mujer que de tal modo ofende y burla a su esposo.

—Espero muy pronto, acaso mañana, recibir noticias de las decisiones últimas de los conjurados. Empezarán las revueltas por el Norte, y serán simultáneas con otros disturbios por el Sur, para encenderse las sublevaciones por el Este y el Oeste. Será lo que se llama una conflagración general, y como Baroda se verá envuelta en ese movimiento, el guicovar ha de llegar forzosamente a ser nuestro mejor aliado. El general en jefe se pondrá en campaña para ir a distintos puntos donde la presencia de sus tropas sea completamente inútil, con lo que la insurrección tendrá tiempo sobrado para crecer y prosperar. Por nuestra parte, entregaremos una de las puertas de palacio a los insurrectos y luego, tras la muerte del guicovar, su hija y su sobrina, así como de todos los suyos, llamaremos a los ingleses para que aseguren y perpetuen nuestro poder, nuestra fortuna y nuestro reposo. Y aún lograremos que bajo el protectorado británico se tenga alguna garantía de la fidelidad de nuestras esposas.

Separáronse, no sin alimentar la esperan-

za de que aquella misma noche se verían libres de los dos corsarios.

Una hora después volvía Kripoulán al palacio del príncipe, quien lo recibió en el acto. Resplandecía de satisfacción el rostro del gran jefe de los kalistas.

—Me basta con mirarte la cara, — dijo el príncipe, — para comprender que todo marcha bien.

—Sí. Aceptan los míos, y esta noche misma los faranghis habrán dejado de existir.

—¡Esta vez, — rugió el príncipe Bartachi. — sí que me vengaré!

Y dejándose arrastrar por su alegría, arrojó un riquísimo collar de perlas al cuello de Kripoulan, al mismo tiempo que lo despedía.

CAPITULO II

Soldanaar, el jefe de los thugs

UNA de las más interesantes páginas de la Historia de la India Inglesa es la relativa al descubrimiento de de los thugs; descubrimiento que se debe a uno de los residentes d su majestad británica, la reina Victoria, ante el gobierno del guicovar.

Sorprendieron y detuvieron en flagrante delito de asesinato a un llamado Feringhea. Acababa de estrangular con un echarpe o con una bufanda de la más rica seda a un mercader que era cuando murió compañero de camino del asesino. Se consideraba al llamado Feringhea en todas las Bolsas, mercados y plazas mercantiles de la India, como hombre de valía, poseedor de dos millones de rupias, o sea unos cinco millones de francos oro. Era hombre generoso, fastuoso y se hallaba en plena prosperidad. No podía, por todo lo indicado, ser el deseo de robar lo que había impulsado al estrangulador, y tras una larga encuesta se abandonó la idea de que Feringhea hubiese actuado por odio o por celos.

Ante el residente inglés se presntaba un gran problema. No había oído hablar nunca de la secta de los thugs, pues, por supersticioso temor todos los pobladores de la India guardaban el más prudente silencio respecto a la terrible secta de los estranguladores.

Pero uno de los miembros de la policía, un musulmán, se atrevió a decirle al residente inglés:

—Feringhea es un thug. Prométase perdonarle la sentencia de muerte que le espera, y verá el señor residente cómo se entera de cosas increíbles.

Siguió el residente este consejo. Juró sobre la Biblia que si Feringhea confesaba cuanto supiera, no se le aplicaría más castigo que el de deportación a un lugar donde disfrutaría de toda su fortuna, de absoluta seguridad y hasta de una libertad relativa. Tras estas palabras condujo el acusado al residente a visitar el parque de su propia residencia, dando con el pie en el terreno, dijo:

—Excaven aquí.

Tan pronto como se empezó a cavar donde Feringhea había dicho se comenzó a descubrir lo cubierto por la superficie del terreno y empezaron a aparecer docenas de cadáveres. ¡Eran las últimas víctimas de los estranguladores!

Explicó Feringhea que la secta se formaba de distintas jerarquías y que los iniciados en cada una de ellas debía ejecutar funciones distintas. Unos forman el ejército de los espías de los vigilantes, de los denunciadores y de los indicadores de dónde y cuándo debe cometerse alguno de los crímenes que entran en los ritos de la asociación. Otros son los preparadores, o sea los que estudian los medios de ejecución, y hay entre éstos los que saben adormecer por medio de brevajes, los que inutilizan mediante el empleo de los más delicados perfumes, y los que, por medios no menos agradables, saben entregar inermes a los desgraciados a quienes se proponen "phansaghar", o sea estrangular. Sobre estas diversas categorías domina la de los sacerdotes, maestros eximios que enseñan el arte de los "phansaghagueros", arte difícil que consiste en estrangular sin producir dolor a la víctima, pues, Siva, la diosa de la muerte libertadora de todos los males, no quiere que se deje esta vida entre sufrimientos ni lágrimas. La única cruel en toda la filosofía india es la diosa Kali, divinidad sangrienta y nunca harta de sacrificios.

Como consecuencia de los descubrimientos de templos tallados en la roca muchos de ellos, desconocidos e ignorados hasta ser denunciados por las revelaciones de Feringhea.

Como consecuencia de los descibrimientos debidos a lo dicho por Feringhea, se nombró un número de comisiones provistas de los más amplios poderes y se organizaron consejos de guerra en todas las ciudades. Se empezó por detener y ejecutar a millares de thugs, sin tener en cuenta ni la fortuna ni la posición de los criminales.

Pero los thugs están maravillosamente organizados y siempre obedecen a las órdenes recibidas, con una pasividad admirable y con actividad incomprensible, sin que ninguno de esos fanáticos haya faltado jamás a la obediencia y disciplina inculcada en ellos por sus jefes. El único traidor de que se tiene recuerdo fué Feringhea.

Sobre los sacerdotes están los verdaderos jefes, laicos todos ellos y gente que ocupa las más elevadas posiciones en todo el gran mundo hindú, especialmente en el comercio. Pero entiéndase que al decir que son laicos, nos proponemos indicar que no viven en los templos que están íntimamente ligados a todas las actividades sociales, condiciones que no por eso bastan para que no tengan el carácter de grandes sacerdotes del rito de la muerte.

El jefe de los thugs de Baroda era un negociante que poblaba los caminos con sus caravanas y agobiaba a las olas con sus navíos. En los días en que se temía algún desastre, cuando la ruina amenazaba al reino y el hambre se extendía por las campiñas; cuando el tesoro se veía exhausto y rugía el motín en las calles, amenazando sublevarse la guardia musulmana debido a los atrasos en la paga; cuando nadie veía cómo salir de los conflictos, entonces era cuando Saldanazar, el riquísimo mercader, se presentaba en

el palacio para ofrecer al guicovar la suma necesaria para pagar a sus tropas o para remediar cuantas calamidades amenazaran. Después de tales entrevistas se veía llegar a Baroda las largas filas de camellos y de elefantes, cargados de arroz, y cesaba instantáneamente el hambre, aunque no debe ocultarse que con aquel arroz, tanto tiempo y tan ansiosamente deseado, sabía realizar el astuto mercader ganancias fabulosas.

Nunca reclamó el guicovar la devolución de los muchos préstamos que le había hecho, pero a cambio de estas aparentes generosidades había logrado muchos monopolios, concesiones y privilegios, el riquísimo Saldanazar. Debido a estas circunstancias Saldanazar, aun perteneciendo a la casta de los mercaderes gozara de todos los respetos y consideraciones propios sólo de los más altos personaje de la aritocracia.

Habitaba muy retirado en un magnífico palacio, sin tratar con las grandes personalidades de la ciudad, y resplandecía su morada con el más escandaloso lujo interno, aunque nada de él trascendiera al exterior. Ni siquiera usaba quitasol llevado por esclavos; montado en una mula, recorría sus mútiples oficinas y depósitos, recibía o visitaba a sus clientes, pasaba por los escritorios de la alta banca, veía desde lejos los negocios y sabía salvar a éste o aquél que estaba a punto de sucumbir, y no ignoraba los métodos de hacer a todos amigos agradecidos y prontos a sacrificarse por él.

Era joven aún, alto, delgado, elegante, de muy expresivo rostro cuya sonrisa siempre afable, velaba el brillo de los ojos que danzaban destelos similares a los de las fieras.

Conocía Saldanazar el poder de su mirada y la velaba bajando los párpados. Era fuera de su casa un ser encantador que se transformaba por completo al entrar en su palacio. Allí desaparecía de los labios la sonrisa y el rostro adquiría una expresión dura y cruel. Las pupilas despedían llamaradas, y eran sus palabras secas y ásperas e imperiosas, acompañadas de ademanes brutales Se transformaba en un déspota duro e implacable.

Un día estaba Saldaanazar en la terraza de su palacio y vagaba su perdida mirada por el espcio, como buscando la explicación de algún oscuro enigma. De pronto adquirió su rostro una expresión de radiante alegría.

—¡Lo encontré! — dijo con profunda y meditabunda expresión.

Dió un golpe sobre el batintín o gongo chino y apareció en el acto un hombre ataviado con vestiduras blancas. Bastaba ver el tintero colgado de su cintura y el manojo de plumas, el papel y pergamino, el lacre colgado del cuello del desconocido, para reconocer en él a uno de los escribas de la secta brahmánica pero de la casta secundaria.

En la India la sociedad se divide en varias castas inmutables y a las que se pertenece por rigurosa herencia. No puede el hijo ejercer más profesión que la de su padre. El que se sale de su casta o se casa con una mujer que no pertenezca a la misma, comete un delito que se castiga con la excomunión religiosa y civil.

Tras los brahmanes y los escribas están los guerreros y luego los mercaderes, los que constituyen una casta intermedia. Bajando aún más en la escala social se llega a los artesanos, los que ejercen los oficios manuales, y luego se baja un escalón más hasta descender al nivel de los servidores domésticos, que a su vez se dividen en infinitas clasificaciones. El cocinero nunca se confundirá con el que maneja la escoba, pero éste no planchará aunque lo maten; los lavadores de ropa nunca se prestarían a llevar un palanquín. Todo esto origina la necesidad de un enorme número de servidores en cada casa de la India, lo que no arruina a nadie, por ser tan mínimos los salarios que un ejército de sirvientes no arruina a nadie. Lo que corrientemente se le paga a cada uno son quince francos mensuales, sin obligación de mantener ni alojar a los sirvientes. Quien abona a su personas los indicados quince francos se considera como un buen patrón, pues un hindú vive, y hasta tiene de sobra, con veinte céntimos diarios.

El escriba era como casta, hombre de más elevada posición que su amo, pero entre los thugs el rango ganado por servicios prestados a la secta domina y anula los privilegios y preminencias de las castas.

El patrón era gran sacerdote, y por lo tanto se le acercó el escriba, que era su secretario, con prosternaciones y reverencias más humiude que rayaban en los límites de la adoración.

—Cyavo, — dijo Saldanazar, — encontré ya el medio infalible de matar a esos franceses. Necesariamente, para asistir a las citas que les han dado las princsa, han de pasar por el callejón de los mercaderes en marfil y en cuero, calle en la cual uno de los nuestros posee una casa.

—Sí, patrón.

—Es preciso que todo el frente de uno de los muros sea serrado y cortado de modo que se desplome cuando los franceses pasen frente a él. Bastará un empujón dado en la parte más alta por medio de una palanca para que el muro se desplome y aplaste a esos extranjeros.

Dado el modo de construir las casas en las callejas de las ciudades indias, la operación indicada por el mercader parecía sencilla y de fácil ejecución. Los muros están encuadrados en maderos que forman los frentes, y el espacio entre poste y poste es lo que se rellena con ladrillos o con yeso y cascotes. Basta aserrar los postes y empujar para que todo un lienzo de pared se desplome en unos segundos y con rapidez tal que nadie que esté frente al muro, en la estrecha calle, pueda librarse del peligro.

Reflexionó un momento el escribano.

—Sahib, — dijo luego. — Tu talento sabe prepararlo perfectamente todo, pero permíteme que te diga que con ese ingenioso procedimiento no podremos ver ahogados a esos dos cristianos por el sagrado cordón de seda.

—¿No conviene a nuestra secta que el primer ministro sea nuestro más decidido protector?

—Cierto que sí.

—Pues entonces trabajar en favor de los

planes del primer ministro es trabajar también, aunque indirectamente, por el culto de nuestro dios.

—Tienes razón, sahib.

—Si los franceses lograsen escapar a ese lazo, — prosiguió el mercader, — nuestro correligionario Kalager, el carpintero que ha de dirigir los trabajos, morirá estrangulado sobre el muro si éste no se derrumba en el momento preciso, y tú pasarás tres años encerrado en los subterráneos del templo de Ankiguir como no salga todo tal como lo he planeado.

Tembló el secretario de pies a cabeza.

—Sin embargo, — continuó Saldanazar, — te sería fácil reconquistar tu reputación promoviendo un gran tumulto popular, si los franceses logran salir ilesos al caer el muro. Si llega el caso de necesitarse ese motín, se les debe estrangular al grito de: "¡Mueran los asesinos del santo fakir!"

— Comprendo todo lo dicho y lo que se quiere decir, — respondió el secretario, inclinándose reverenciosamente.

—¡Pues ve a cumplir mis órdenes y que Siva te proteja!

Durante todo aquel día, el carpintero Kalagar, al frente de una cuadrilla de obreros carpinteros, afiliados a la secta de los thugs, trabajó en el más completo silencio y con extraordinaria actividad para preparar la caída de toda la pared de una de las casas ante las cuales debían pasar los corsarios. Cada uno de los operarios había entrado solo en casa de un comerciante en marfil.

Cyavo, el secretario del gran jefe, no salió de la casa donde se hacían los misteriosos trabajos hasta convencerse de que todo quedaba perfectamente dispuesto.

Además se habían despachado emisarios para avisar a más de trescientos thugs que debían ser actores del drama en perspectiva. Poco antes de ocultarse el sol estaba todo listo, y Cyavo dió aviso a su patrón, quien subió en el acto a lo más elevado de la terraza de su palacio, para no perder de vista ni un solo momento la estrecha calleja de los comerciantes de marfil.

Caía la noche, envolviendo en sus sombras la gran ciudad, pero la penetrante pupila de Saldanazar tenía la propiedad de poder distinguir a través de las tinieblas, como distinguen en la sombra de los bosques los fosforescentes ojos de los tigres. El gran mercader esperaba inmóvil, como un felino que no sospecha que se le pueda escapar la presa.

Serían las diez de la noche cuando oyó un sordo crugido al que suguió un ruido muy grato para él, el ruido de un gran desplome, como si una importante mole cayera desde respetable altura. Resonaron simultáneamente furiosos clamoreos, gritos de angustia y rabia, aterrorizados alaridos, y se mezclaba a todo esto el tumulto producido por una general conmoción popular.

Toda la inmensa ciudad de Baroda se vió envuelta en una inusitada agitación, pero fué aquietándose todo poco a poco, y un silencio de muerte sucedió muy en breve al primitivo estrépito.

—¡Murieron los odiados faranghis!—murmuró con alegre expresión Saldanazar.

Sonrieron sus labios con la más cruel de las sonrisas, y respiró su agitado pecho con ruidosa satisfacción.

El muro se había derrubado con la debida precisión para caer sobre el capitán Surcouf y su teniente. Cayó la pared en el mismo instante en que, guiados por la vieja mensajera de las princesas, los marinos se dirigían a la misteriosa cita y pasaban ante la morada del comerciante en marfil.

Pero se había producido además algo inesperado. Así como se ve con frecuencia que bajo la piqueta de los albañiles se desploma un tabique formando una sola pieza, dando en el pavimento sin romperse, así la pared, de cuatro metros de ancho, dió contra la pared de la casa de enfrente, pero los ladrillos, los cascotes y el yeso, encuadrados sólidamente por los puntales y listones de madera, resistieron en su mayor parte, de modo que los marinos y la vieja se vieron bajo una especie de improvisada bóveda que, sin hacerles daño, los cubría. A derrumbarse el muro en mil fragmentos, franceses y mensajera hubieran quedado aniquilados por la lluvia de proyectiles, pero tan pronto como pasó el primer momento de estupor, corrieron para salir de aquella especie de techo que tan inesperadamente habíales caído encima sin aplastarlos.

Surcouf se consideró salvado, aunque sin disponer ni del tiempo ni del aplomo necesario para juzgar la situación, experimentó la sensación de que todo aquello no era sino una encerrona, y cuando distinguió un nutrido grupo que cerraba el paso por la calleja, pudo darse cuenta de que no lograrían salir sin que hubiera encarnizada lucha. Para confirmarle en estas sospechas vió salir otro tropel de gente por otra calle, y resonaron atronadores gritos como para disipar todas las dudas del marino.

Estaban provistos los corsarios de dos pistolas de dos cañones cada una, y pendía además de sus cinturones el sable; los terribles sables de abordaje de los corsarios de aquellos tiempos.

Dió Surcouf sus pistolas a su teniente y le dijo:

—Ponte detrás de mí. Queda a tu cargo proteger la retirada. Tira mis pistolas cuando estén descargadas, toma entonces las tuyas, fusila a cuatro más y empuña luego el sable.

Con hercúleo esfuerzo acabó de arrancar de entre los escombros un largo madero de los caídos y usándolo como un ariete, se lanzo contra los thugs, prefiriendo ser él quien cayera con todo su impulso sobre sus enemigos, sin esperar el choque de los atacantes.

Pero los enemigos eran más de trescientos, y eran gente acostumbrada a todo género de matanzas; eran valientes, enérgicos y disponían de puñales de afiladas hojas para luchar contra dos únicos enemigos.

A pesar de todo, bastó el primer choque para que Surcouf derribase por tierra a diez o doce hombres. Continuó demoliendo, demoliendo siempre la compacta masa humana apiñada frente a su madero. El teniente disparaba sin errar tiro. Las cuatro primeras detonaciones hicieron rodar a cuatro asesi

nos, y terminado el trabajo de las pistolas empezó su tarea el sable del joven.

Pero con fanatismo tan hermoso como salvaje y heroico, se arrojaban los thugs contra los corsarios; rastreaban unos para agarrarlos por las piernas, mientras buscaban otros el modo de atacarles por la espalda.

Surcouf se dió cuenta de que era su poste demasiado largo y muy pesado, y haciendo un supremo esfuerzo lo lanzó contra los enemigos de los que una veintena rodaron por el suelo. Sacó el sable y gritó a su teniente:

—¡Carguemos sin mirar! ¡A ellos, amigo!

Fué aquello como si una hoz se hubiera metido entre las espigas, como si aquella masa humana se sintiera cortada y desmenuzada, pero era visable el cansancio del marino. Había ya como cincuenta thugs fuera de combate, pero lo menos otros doscientos se encarnizaban en la pelea, y los gritos de muerte eran más rabiosos a cada momento. De pronto cesó bruscamente el combate. Los thugs huyeron con la mayor velocidad y pudo decise que se filtraron por las calles laterales. Habíanse visto atacados por la espalda por nutrido destacamento de soldados. La guarnición de uno de los palacios próximos al lugar de la lucha, acudía a defender a los fanceses.

Hemos dicho que todo señor maharajá dispone de una compañía que sotiene a sus expensas y que manda en tiempo de guerra, y uno de los grandes barones de la corona oyó desde lo alto de su terraza el ruido producido por derrumbe y por combate. Reunió en el acto su compañía, y poniéndose al frente de sus soldados corrió a restablecer el orden. No hay nada tan peligroso en la India como dejar que se agranden los motines y que adquieran proporciones las borrascas populares. Los guardias de la compañía del noble señor, al ver la gente del pueblo entregada a la matanza, no vacilaron un instante en cargar con el mayor denuedo, y la violencia del ataque determinó el pánico de las turbas. El barón llegó realmente en el momento oportuno, pues los dos marinos estaban extenuados por lo feroz de la lucha.

—Sahib, — dijo Surcouf, al mismo tiempo que tendía la mano según la moda francesa al gran señor maharatá. — Te doy las gracias, y nuestra unión de hoy en adelante será a vida y muerte.

—No sabía yo, capitán, — dijo el noble personaje, — a quién auxiliaba, y me considero como muy feliz por ser tú el que estaba en peligro, pues mañana muy temprano hemos de ser testigos de la alegría del guicovar al enterarse de que llegué tan oportunamente en tu socorro. Sé que me ha de felicitar en presencia de toda la corte. Pero dejando este asunto, ¿no te parece que esto tiene el aspecto de un complot?

—Empezaron por tirarnos sobre la cabeza todo un lienzo de pared.

—Lo comprendo todo, — dijo el barón, pensativo.

Pero como era hombre prudente no formuló observación alguna.

—Sahib, — continuó el maharatá. — te acopañaremos con la mitad de mi compañía. Avisaremos al jefe de policía para que sin pérdida de momento dé principio a sus pesquisas.

Acercóse en aquel momento la vieja, blanca por el polvo de los derrumbes, y dijo en voz baja a Surcouf:

—No olvides que nos están esperando.

—Pero, — observó el marino, — ¿y esa escolta?

—Esa escolta os acompañará hasta mi casa. ¿No tengo derecho a recibir en ella a dos amigos? A mi edad puedo permitirme toda clase de relaciones, y ¿quién es capaz de adivinar si nos esperan o no?

—¡En marcha! — dijo Surcouf.

El noble señor ordenó que se amontonara a un lado a los muertos y se prestase socorro a los heridos que por lo grave de su estado no pudieron huir. El modo de auxiliarlos era algo primitivo, pues se limitaba a matarlos a sablazos. Los maharatás no perdonan nunca.

—Cuando mañana despierte guicovar, — decía el barón, — verá ante su palacio setenta y siete cabezas clavadas en las puntas de las doradas rejas, y ha de preguntar quién mató a tanta gente y qué motivos pudo haber tal matanza. Le dirán que se trata del capitán Surcouf y de su teniente, quienes supieron defenderse contra más de trescientos asesinos. Es seguro que ha de querer el guicovar ver a los valientes franceses en el curso del próximo día.

Como era el barón no sólo hombre de guerra sino también fino diplomático, añadió en muy baja voz y al oído del marino:

—Te dirán que son estos o aquellos los que os atacaron. Puedes creer lo mejor que te parezca pero no debes manifestar la menor extrañeza. Muy principalmente en la corte, y ante el guicovar, guárdate de hacer acusaciones. Bastante sangre habéis vertido para necesitar mayores.

—Mil gracias, sahib, — dijo Surcouf. — Muchas gracias, y prometo seguir al pie de la letra tus sanos consejos. Mil gracias y hasta la vista.

Dió el barón una orden a uno de sus oficiales, quien se puso al frente de la escolta.

—Espero, — murmuraba Surouf, — que la pensarán un poco antes de atreverse a atacarnos.

—Si no lo comprenden así, nuestros enemigos, — dijo con su eterna sonrisa el teniente, — es que tienen una viga muy gorda en el ojo. ¡Por los clavos de Cristo, querido Surcouf, cómo te metiste entre ellos!

—No lo hicimos del todo mal, pero reconoce que sin la ayuda de ese señor maharatá, esos buitres nos devoran.

—Dejémonos de tonterías. Bien está todo lo que bien termina.

Habían llegado ya.

Dió las gracias a Surcouf, al oficial, le entregó su bolsillo con dinero para recompensar a los soldados y entraron los dos marinos en casa de la vieja.

No bien se vieron en la sala donde les esperaban las dos princesas, cuando al darse cuenta las demás de que venían cubiertos de sangre, exclamaron:

—¿Están heridos?..

—No, — dijo la vieja. — Nos atacaron. Se desplomó toda una pared sobre nosotros,

empujada por invisibles manos, pero no lograron vernos aplastados, y al convencerse de ella, toda una banda de asesinos pagados, sin la menor duda, se lanzó a destruirnos. Supieron defenderse bien los dos franceses, y hemos contado sesenta y siete cabezas cortadas a las víctimas de su crimen, cabezas que serán pinchadas en la reja de palacio. Brachy Shant, el jefe de los lantighoros fué quien nos socorrió al frente de sus guardias.

No esperaron las dos princesas a que se retirara la anciana para cumplimentar del modo más efusivo a los marinos.

—Nos ven estas damas como si fuésemos ladrones, cubiertos de yeso y de sangre, — dijo Surcouf riéndose junto a la princesa. — Ruégoles nos proporcionen un poco de agua para lavarnos y ponernos algo presentables.

—De ninguna manera, — interrumpió Djelma. — Eres demasiado hermoso tal como te veo ahora. Pareces un tigre que acaba de batirse con todos sus rivales. Eres el tigre luchador que se acerca a su amada cubierto con la sangre de los enemigos.

Las dos parejas charlaban con la mayor animación mientras destapaban botellas de champaña. Estaban tendidos a la moda asiática ante mesitas muy bajas, y servía a los alegres jóvenes una turba de esclavas negras y cobrizas. Como todas ellas eran mudas y ni sabían leer ni escribir, eran la mejor garantía de que no podrían cometer indiscreciones. La dueña de casa sabía cómo evitar cualquier conflicto a sus poderosas y fantásticas visitantes.

Survana, deslumbrante de gracia y de buen humor, lanzaba andanadas de sabrosas ocurrencias que eran el encanto de los marinos, pero lentamente la más lánguida pesadez iba dominando a los comensales. Djelma contó el sueño lleno de imaginaciones de las dulces noches de amor, y al expirar las últimas notas en sus labios quedóse dormida.

Antes de amanecer, y bajo los solícitos cuidados de las esclavas, se vieron las princesas lavadas, frotadas, bañadas y cubiertas con sus vestidos de calle y con sus velos. Tomaron luego el modesto carro que las llevó al rápido paso de los bueyes trotadores.

Los dos marinos, fatigados por los combates y por las emociones experimentadas durante el día anterior, no abandonaron la casa hasta bastante tarde.

—Está muy alto el sol, — dijo la vieja, — pero bajo la vista de la policía y en medio de un pueblo que tanto os quiere y respeta, no se ha de atrever nadie a atacaros de nuevo.

Tomaron los marinos una ligera colación y se despidieron de la vieja, alejándose de aquel lugar donde les parecía haber soñado.

Saldanazar había permanecido en la terraza de su palacio a la espera de noticias, y cuando notó que tardaba mucho en llegar alguno de sus emisarios, experimentó un momento de duda. ¿Se salvarían los franceses?

Transcurrió más de una lenta y penosa hora hasta que llegó Cyavo herido, ensangrentado, y sostenido por dos thugs. Con voz agónica contó lo sucedido.

Escuchaba Saldanazar, ahogando rugidos de rabia y desgarrando con las uñas la ropa que cubría su pecho. Calló Cyavo, por haberse desvanecido, y al ver aquello, ordenó su patrón que se llevaran al herido y que llamasen a su segundo secretario.

—Presentóse éste saludando con todas las correspondientes prosternaciones, a su amo.

—Malgari, — dijo el dueño de casa, — tan pronto como amanezca serán expuestas las cabezas de nuestros hermanos para que el pública las escarnezca. Las podrán ver todos, clavadas en las puntas de la verja de palacio. A contar de ese momento están condenados a muerte los dos franceses. Que nuestros más diestros phansaghars o estranglen los pasos de esos marinos. Que se espíe su más insignificante acción o gesto. Que nuetros más diestros phansaghars o estranguladores se preparen para obrar. Es indispensable que uno o dos de los nuestros entre a formar parte de la servidumbre de esos corsarios. Han de morir bajo la acción de nuestra sagrada cofradía aunque se escondan en el fin del mundo. Deben reclutar lascers, o sea marineros hindús para completar sus tripulaciones, según práctica de todos los corsarios, que nunca tienen bastantes marineros europeos. Es preciso que nuestros hermanos se les presenten y sean enrolados tan pronto como esos marinos piensen en volver a embarcarse.

Ordenó a su secretario que se sentase y empezó a dictar sus instrucciones. Cuando hubo terminado parecían brillar nuevas claridades en su pupila de fiera.

—Nos vengaremos, — dijo. — Extiende la muerte sus alas sobre esos extranjeros y ya veo en sus cuellos las huellas del sagrado cordón que ha de estrangularlos.

Despidió a su secretario. Saldanazar se paseó largo rato por su terraza, como hacen los tigres enjaulados, lanzando a los cielos miradas de rabia. El deseo de venganza como una llama nunca amortiguada, consumía al rico mercader.

Al día siguiente, y después de la hora de la siesta, nuestros dos corsarios, que durmieron de un tirón desde el alba hasta las cuatro de la tarde, salían del baño. Descansados ya, frescos y tranquilos, se sentaron ante una mesa puesta en la terraza de la casa donde vivían, para esperar los manjares de su colación. Charlaban de los acontecimientos de la víspera con el intendente del príncipe Naharotte, cuyo palacio ocupaban los franceses. El administrador sentía especial afecto por sus huéspedes.

Presentóse en aquel instante uno de los guardias del señor de Naharotte, y ya hemos explicado cómo en aquellos países feudales aun, cada gran señor tiene en su casa nutrida compañía de soldados que no dependen más que de él. Los que servían al ausente dignatario estaban a las órdenes de los corsarios por expresa voluntad del propio guicovar.

—Sahib, — dijo el guardia. — Un joven árabe, hijo de sidi El-Hadj, el prisionero asesinado por los sublevados presos, desea verte y hablarte.

—¡Que pase! — contestó Surcouf.

Era efctivamente el pretendido hijo de sí di El-Hadj, o sea la princesa educada por el difunto y la misma que para todos no era sino un muchacho, el que conocía Surcouf con el nombre de Mekrani. Venía el supuesto joven muy conmovido a ver a sus amigos franceses por haberse enterado de los acontecimientos de la noche anterior. Le conservaremos su nombre masculino, sin por ello ocultar el encantador hechizo femenino que se ponía de relieve en casi todas sus acciones.

Presentóse muy fina y graciosamente. Pretendió besar la mano de los corsarios, de acuerdo con las costumbres hindús, pero Surcouft dijo con su más amable tono:

—Trátanos como lo que somos, como unos amigos tuyos que son franceses y que miran como iguales a todos los hombres. Venga un buen apretón de manos, míranos como hermanos tuyos, y no olvides que somos enemigos de todos vuestros acatamientos orientales.

Quedó no poco desconcertado Mekrani ante este modo de recibirle.

—Siéntate a nuestro lado, — añadió el marino.

Despidió con un ademán a cuantos sirvientes había en la terraza, y tan pronto como se vió solo con Mekrani y Brinville, dijo:

—¿Cómo se explica que no hayas venido a vernos hasta este momento? Si entendí bien cuál era la última voluntad de tu padre, debías vivir con nosotros desde su muerte.

—Aquí permaneceré tanto tiempo como lo permitáis, — dijo tímidamente el joven. — Pero no me atreví a venir antes. Sentíame oprimido de respetuosa admiración ante los héroes franceses. ¡Me siento tan pequeño ante vosotros!

Estalló una carcajada de Surcouf.

—Lo primero que has de hacer, amiguito, es desprenderte de esas exageraciones. No hay hombre que sea más que otro, y tú mismo podrás convencerte como hasta la compañía de gente serena para que tener valor sea lo más natural del mundo. — Después añadió bajando el tono de su voz: — ¿Recuerdas algo de la gruta de Sanpourlan y no olvidaste a la princesa Meriem?

—¿Qué gruta es esa y quién es esa señora princesa? — preguntó el teniente.

El capitán bajó aún más la voz y dijo casi al oído de su amigo:

—Escucha una interesantísima historia.

Y le contó todo lo sucedido en los últimos momentos del padre del joven.

—¡Por todos los mascarones de proa! — exclamó Brinville asombrado. — ¡Eso es otra nueva y muy grandiosa aventura! ¡Diríase que nadamos en los mares del ensueño!

—Ese ensueño, — interrumpió Mekrani, — es una hermosa realidad. He visto por mí mismo la gruta y el tesoro.

—¿Nos llevarás hasta donde también podamos verlo?

—Lo antes posible, sahibs.

—Mira, buen mozo, — dijo Brinville pensativo. — Eso del tesoro no digo yo que sea despreciable, pero una princesa... Eso de la princesa es lo que hace más tentadora la aventura.

—Falta saber si la princesa estará o no dispuesta a quererme un poquito, — observó Surcouf. — Temo que sea más difícil de conquistar el corazón de la princesita que todos los millones de rupias del tesoro si...

—Sahib capitán, — interrumpióla Mekrani, ruborizándose. — La gratitud y la admiración son las mejores puertas abiertas para que entre el amor por ellas y el corazón de la mujer sólo desea ver motivos para amar con todas sus energías.

—¡Quiera Dios que sea exacto tu pronóstico, — dijo riendo el marino. — Pero nos acabas de decir, amigo Mekreni, que has visto ese tesoro?

—Sí, Sahib. Mi padre me llevó varias veces para sacar en cada uno de nuestros viajes, tantas rupias como podían llevar un hombre y un niño, y con ellas cargamos el barco que nos llevó hasta la entrada de los subterráneos. Hacíamos tantos viajes como en una noche pueden hacerse. Cuando lo dispongáis os llevaré a la gruta de Sanpourlan.

—Creo que debemos empezar por dirigirtes posible, ¿qué opinas, joven Brinville?

Croe que debemos empezar por dirigirnos al puerto más próximo.

—Entonces debemos ir a Surate, — observó Mekrani.

—¿Cuánto dista Sanpourlan de esa ciudad? — preguntó Surcouf.

—Está a dos jornadas de navegación si hay viento favorable.

—¿Sirves tu algo en la maniobra de un barco?

—No me sobra fuerza, pero sé manejar el timón.

—Basta. ¿Cuándo nos ponemos en marcha con rumbo a Surate? — preguntó Brinville, amigo de las resoluciones rápidas. — Una vez allí fletaremos una proa, o sea una de vuestras barcas árabes.

—Si los sahibs se disfrazan bien, — dijo el joven, — como dominan el idioma del país, pasarán por gente de esta tierra.

—Para estar más seguros, — argumentó Surcouf, — saldremos de aquí disfrazados ya, de modo que nadie pueda tener la menor sospecha.

—Nos creerán desaparecidos por los mismos motivos que determinaron la supresión del joven capitán de la guardia real, así como del desventurado poeta, que desaparecieron tan trágicamente. — dijo Brinville.

—Sería lo mejor que pudiera suceder; así se evitarían entorpecimientos.

—¿Dónde podríamos vestirnos de hindús sin despertar la menor sospecha?

—Puede hacerse la transformación en casa de uno de mis primos, — dijo Mekrani. — Se trata de otro de los que os deben la vida y la libertad. Nos recibirá mañana de noche en el arrabal donde vive, en una casita completamente aislada. Pero os recomiendo que pidáis uniformes prestados a los guardias de este palacio.

—Pediremos cuatro uniformes, — interrumpió el capitán.

—¿Pensáis llevar dos hombres más con vosotros?

Mekrani parecía hallarse asombrado.

—Se trata de dos hombres de toda nuestra confianza, dos de nuestros marineros o lo que es lo mismo de dos hermanos de armas y fatigas. Es esta una costumbre de la marina francesa, todo marino tiene su marinero, y ambos quedan consagrados uno a otro para toda la vida, y aunque llegue uno de ellos a ser almirante mientras el otro no sale de simple gaviero, la fraternidad permanece inalterable.

—¡Demasiado sabios sois! — dijo el joven, — para que me permita daros consejos! Por mi parte, como si os acompañara podría contribuir a que se os reconociera, trataré de poderos servir de guía sin excitar sospecha alguna, y para ello me disfrazaré de mujer.

—¡Has tenido una feliz idea, mi pequeño! — dijo Surcouf encantado de la idea de Mekrani.

—Para justificar el préstamo de los uniformes, diremos que no queremos exponernos a otro ataque como el de ayer.

—Y tendrán que creer esa explicación, — dijo Mekrani, pálido y como enojado. — Todo Baroda dice que la cita a la que os dirigíais habéis logrado el afecto de... de una dama de muy alto rango.

—De modo que al desaparecer ahora se supondrá que yendo a una nueva cita caímos bajo el lazo de los thugs. Así quedamos libres.

—Pero, — preguntó con turbada voz y vacilando, Mekrani, — ¿os interesan algo esas altas damas?

—Nos gustan y nos interesan porque a amamos a todas las mujeres bonitas.

—¿Pero esas de quienes se trata, os son más gratas que otras?

—Nos acordaríamos mucho de ellas si fueran las únicas mujeres de este mundo.

—¡Con cuanta razón, sahibs, comparan a los franceses con las mariposas! Aquí gozais de la mala fama de no saber querer durante mucho tiempo a una misma mujer. Temo que la princesita sería muy desgraciada si cometiese la tontería de enamorarse del capitán Surcouf.

—Mira, chiquillo, — dijo meditabundo el corsario. — Aunque soy francés, debes saber que también soy bretón, y que los bretones son muy fieles a sus esposas y cumplen siempre todos sus juramentos.

Miró fijamente Mekrani a Surcouf, y parecía medio tranquilizado ante la declaración de principios del corsario.

Se presentó un guardia, no sin anunciar antes su presencia con golpes dados con la lanza en el mármol de la puerta.

—Sahib, el guicovar te envía su paje Djernador, su correo de gabinete.

—Que pase, — ordenó el corsario.

—Me marcho, — dijo Mekrani. — Prepararé en casa de mi primo todo lo necesario para el disfraz. Vendré a buscaros cuando se ponga el sol. No me hagáis esperar, sahib, que lo digo en vuestro interés.

Dejó la terraza el joven, es decir, la disfrazada princesa.

Entró Djernador radiante de alegría como un buen amigo que encuentra a amigos muy queridos que acaban de escapar de un peligro muy grande.

—¡Qué aventura, mis amados sahibs! ¡Qué aventura la vuestra! Pero supisteis salir de ella con todo brillo. No os hicieron desaparecer como a aquel infeliz capitán de guardias. Aquí me tenéis por orden del rajá para entregar a cada uno de vosotros un rico anillo con brillantes. Aquí los tenéis.

Puso dos estuches en una mesa frente a los marinos. Cada uno de los diamantes valía por lo menos veinte mil rupias.

—No dejéis de llevarlos puestos mañana, de modo que se vean en la recepción. El rajá me encarga que os invite a esa solemnidad.

—¿Hay recepción mañana? — preguntó Surcouf.

—Sí; en honor de vosotros. Os ruega el rajá que no salgais de este palacio durante la noche. El enviará guardias, a contar del día de mañana, para que os rodeen y protejan a donde fuere que os dirijáis.

—¡Valiente fastidio! — gruñó entre dientes Brinville.

Estalló una carcajada general.

—¿Qué habrá sido de los dos marineros que ofrecimos al guicovar?

—El rajá se muestra contentísimo con ellos, — dijo Djernardor. — Esta mañana empezaron a dar lecciones al guicovar en la terraza donde le vistéis. El soberano está encantado con vuestros marinos.

—Me felicito que así sea, — observó Surcouf.

—Pero, — añadió el paje, — el guicovar se hace servir todas las mañanas, en recuerdo y honor de ustedes una naranja que le presenta su hermano de leche. Este rudo montañés debe cortarla en gajos y debe decir al rajá: "Acuérdate del sahib Surcouf, y no olvides lo que te dijo: gajo a gajo". Nadie en toda la corte, sabe qué es lo que tales palabras significan.

—Basta con que el guicovar lo sepa y no lo olvide, — dijo alegremente Surcouf.

—Dime, sahib, ¿no es esa naranja una palpable de la India?

—Adivinaste, amigo.

—Déjame que adivine algo más. Los que la están comiendo gajo a gajo ¿no son los ingleses?

—Continúas siendo muy buen adivino.

—Pues entiendo, capitán, que no basta decir estas cosas al guicovar.

—¿Qué crees que debe hacerse?

Es necesario que conozca toda la corte esa bonita parábola y que la comente el pueblo. Me encargo yo, — continuó sonrientemente el paje, — de que todos se enteren de tan sensacional asunto. Pero os dejo amigos franceses, y vuelvo a recomendaros que no salgáis de casa esta noche. Es este el buen consejo que os da el guicovar.

Antes de irse, añadió el paje misteriosamente:

—Además hoy no encontraría a las tortolillas en su nido.

—¿Cómo se explica eso? — interrogó Brinville.

—El príncipe Beratchi y el primer ministro salieron de viaje, llevándose sus esposas.

—Mira Surcouf, — dijo el joven teniente al oido de su capitán, — como nos marchamos pronto muy poco debe importarnos la venganza que puedan tomar esos enojados maridos.

Una alegre risotada del joven marino dió a entender que no le preocupaba el porvenir.

Saldanazar estaba en su terraza mientras la fresca brisa oreaba su calenturienta cabeza. Había pasado toda la noche en profunda meditación y le sorprendió el crepúsculo tendido en un sofá de fresca paja de arroz.

La mirada del opulento mercader no se apartó ni un instante del palacio habitado por los dos franceses, palacio rodeado de un apretado cordón de espías, perfectamente disimulados por todas partes.

Recibió el mercader una noticia al oscurecer, y su secretario Cyavo se acercó a él para decirle:

Señor, un joven árabe, hijo de El-Hadj ha visitado hoy a los dos corsarios.

—Es uno de los buenos amigos de esos extranjeros, — dijo con ronco acorto Saldanazar, — os lo entrego también para que le pongáis la corbata de los estranguladores.

Se inclinó el secretario con la mayor reverencia.

—Más tarde estuvo a ver a los extranjeros el paje Djernador a regalar a los marinos sendos y magníficos anillos de brillantes y a invitarles, de parte del guicovar, a una gran audiencia que debe celebrarse mañana.

—¡El rajá, — exclamó Saldanazar, — parece estar empeñado en correr a su perdición. Me consta que se ha tramado un complot y por lo visto debe estallar antes de lo que me imaginaba. Tanto favoritismo con esos franceses tiene que excitar los indios de todos los partidarios de Inglaterra. Esa sublevación general debe estallar antes de un mes.

—Me atreveré a preguntarte, mi amo, — dijo el secretario, — ¿qué ventaja puede sacar el rico mercader Saldanazar de semejante movimiento?

—Ganaré el ver unificada toda la India bajo un sólo soberano que será el rey de la Gran Bretaña. Así se acostumbran los hindús a vivir bajo un solo centro.

—Pero, ¿y cuando se hayan habituado a ello?

—Cuando todo esté unido, cuando todos pierdan sus rencores, provocaremos la gran insurrección militar en que tomarán parte trescientos mil soldados hindús, con los que nos será muy fácil aplastar a los cincuenta mil ingleses, y podremos entonces contar con un jefe hindú que ser el marajá de toda la India unida.

—¿Será mi amo ese gran maharajáh?

Pasó un rayo de orgullo como iluminando la frente del gran jefe de lo , pero Cyavo advirtió en aquel momento que un mensajero acababa de presentarse en el palacio, y bajó rápidamente a ver qué nuevas traía.

—Mi amo, — dijo al volver, — ha entrado en casa de los franceses una joven.

—¿Se atreverán a salir de su casa esta noche- — murmuró Saldanazar. — ¿Llegaría a tanto su audacia?

Reflexionaba el mercader, mientras corría el secretario para enterarse de las novedades traídas por otro emisario.

Las noticias eran importantes.

"Cuatro hombres disfrazados de soldados maharatás han salido del palacio habitado por Surcouf siguiendo a una joven que los guiaba. No podían ser sino los dos oficiales y dos de sus marineros." Esta noticia irritó a Saldanazar.

—Esta noche...pero sería demasiado pronto... no tenemos nada preparado aún — gruñía con verdadera furia. — ¿A dónde irán esos hombres? ¿Se trata de alguna cita?

Sucedíanse unos a otros los mensajes enviados por los espías. Dijo uno de ellos que los franceses habían salido por las puertas de la ciudad poco antes de cerrarlas. Añadió que se les vió alejarse hacia uno de los arrabales. Como los thugs tenían cómplices en todas partes podían, hacer que se abriesen ante elos todas las puertas hasta en lo más oscuro de la noche. Continuaron llegando noticias pero cada vez más escasas. Habían entrado los marinos en casa de un árabe, de la que salieron luego disfrazados de mercaderes hindús. Iba con ellos un joven musulmán, el hijo de El-Hadj. Después de una hora de marcha a pie, tomaron un carro tirado por bueyes trotadores y se alejaron a buen paso por el camino de Surate.

—¡Se marchan a Surate! — dijo Saldanazar. — ¡Eso quiee decir que huyen!... ¡Que monte Belgari en su mejor caballo, que le abran la puerta del Sur y que llegue a Surate antes que los franceses! Que avise allí a nuestros hermanos y que se vigile a los xtranjeros. Me pondré en marcha yo mismo tan pronto como amanezca. ¡No se me escaparán esos malditos corsarios!

Despidió a todos sus servidores y se durmió arrullado por las más sangrientas esperanzas.

Surate es un puerto comercial muy frecuentado por navíos de todas las naciones del mundo, pero la mayor parte de los cascos que se ven en aquellas aguas son proas, las pequeñas embarcaciones con medio puente, que llegan de las costas de Arabia y del Golfo Pérsico para el tráfico entre las indicadas regiones y la India. Son barcos de muy buena marcha por lo general, y muy apropiados a la clase de navegación a que se dedican. El aparejo es muy sencillo, los camarotes son sumamente estrechos y están colocados bajo el medio puente de la nave; no los ocupan sino en caso de lluvia. Se vive y se duerme al aire libre mientras es bueno el tiempo.

Llegaron los marinos a Surate sin haber tropezado con el menor inconveniente. Se pusieron en campaña para la compra de una proa pero pasaron varios días sin que hallaran una en venta. Una tarde, un capitán al que Surcouf se había dirigido inútilmente, y el mismo que había rehusado un buen precio por su barco, buscó al corsario para ma-

nifestarle que se sentía arrepentido de sus anteriores negativas, y que con tal que le diran cien rupias más, estaba pronto a vender su proa.

En el acto se cerró el trato.

Mientras con gran desesperación por su parte perdía el tiempo el corsario, Saldanazar había llegado a Surate y procedía con la mayor actividad. Se puso en relaciones media hora después de su llegada a Surate con un capitán de la marina mercante hindú, afiliado a la secta de los thugs, y Saldanazar le explicó la situación.

—Quiero, — dijo, — tomar en alta mar, en la misma proa que comprará el capitán francés, al mismo capitán y a todos sus compañeros. Están consagrados al sagrado cordón de los estranguladores. El problema es saber cómo debemos proceder para no errar el golpe. Necesitamos otro barco de más andar que la proa que ellos compren.

—Difícilmente podrán comprar una proa, — dijo el marino — aunque no cabe duda de que si no reparan en el precio, hallarán al fin lo que desean. Podemos alargar las negociaciones con esos corsarios y llegar a que se les venda la peor proa de cuantas hay en este puerto. Esto sólo sería una gran ventaja para el logro de nuestros planes.

—Es muy cierto, — observó Saldanazar. — Pero eso no basta.

—Además, — continuaba el marino hindú, — podemos imitar a los chinos, que cuando tienen viento contrario le dan al remo para que marchen sus juncos. Puedo, en contados días, arreglar una proa para que en cada uno de sus costados haya dos líneas de remeros superpuestos y movidos por una tripulación numerosa y de recia musculatura.

—¡Perfectamente! — exclamó Saldanazar — ¿Es grande la ventaja lograda con ese sistema de remos?

Se gana de cinco a seis nudos por hora.

—¿Estaríamos seguros de alcanzar a la proa aún saliendo del puerto media hora después que ella?

—Sin el menor género de duda.

—Ni una palabra más, capitán. Haga lo dicho sin reparar en gastos.

Se habló y tanteó uno por uno a todos los patrones de proa de las que había en el puerto de Surate, y corrió el oro entre aquella gente de tal modo que ni uno solo aceptó las ofertas de Surcouf de comprarle su barco. Sólo uno, después de rehusar varias veces, se prestó a la venta de su nave.

Como, según lo dicho por Mekrani, una sola roca que podía desencajarse gracias a un mecanismo oculto, ocultaba la entrada de la gruta, Surcouf resolvió provocar un desplome enorme de bloques de piedra para que la abertura de la cueva quedase oculta para siempre, y con este propósito embarcó un barril de pólvora, destinado a hacer varios barrenos. Una vez seguro de la existencia del tesoro, quería que quedase defendido por grandes masas de piedra y tierra.

—Si se hace eso, ¿cómo lo encontraremos a nuestra vuelta? — observó Mekrani.

—Para sacar el tesoro, — contestó el marino, — vendremos con una corbeta armada en guerra, y con nutrido personal. Lo que la pólvora haga, la pólvora se encargará de deshacer. No nos costará mucho volar los obstáculos que nos proponemos acumular.

Cuando todo estuvo pronto, partieron en su barco. Iban los corsarios armados de excelentes fusiles. Además, llevaba cada uno un buen par de pistolas de dos caños.

Media hora más tarde salía del puerto de Surate la proa de Saldanazar, pero el rico mercader no fomaba parte de la tripulación. Mandaba la nave el capitán hindú, que tenía a sus órdenes un centenar de thugs, determinados todos ellos y ávidos de venganza.

Durante la semana se limitó la proa grande a no perder de vista la nave de Surcouf. No sin pagarlo muy caro, logró Surcouf comprar un anteojo de larga vista a un capitán portugués que se hallaba en Surate, y cuando dirigió su catalejo a la nave que así le seguía, pudo notar que era excesiva la tripulación que tenía.

—Esto es bastante sospechoso, — dijo.— Parece que son malas las intenciones de ese navío. ¡Veamos cuáles son sus medios y sus propósitos!

Forzó velas y vió como la proa grande ponía también más lienzo al empuje del aire Ordenó Surcouf un cambio de rumbo, e imitó el otro barco la maniobra del de Surcouf.

Brinville, que vaciaba alegremente un odre de rico vino de Chiraz, se bebió el contenido de un coco que le servía de vaso, y se acercó al capitán para decirle alguna de sus eternas bromas. Sin hacerle caso, Surcouf le preguntó:

—¿Te has fijado en ese barco?

—¡Eso no se pregunta!

—¿Qué opinas?

—Lo mismo que tú. Debe andar algún inglés metido en todo ese negocio.

—¡Llevan como cien tripulantes!

—Lo suponía. Creo que esta vez está muy seriamente comprometido nuestro pellejo.

—¿Sería eso motivo de gran disgusto para tí?

—¡Claro que sí! Antes de morir quiero ver el tesor de la gruta de Sanpourlan.

—No deja de ser un capricho.

—Pero no hay modo de evitar la muerte cuando viene en línea recta, — dijo sonriendo Brinville.

—¡Quién sabe! — murmuró Surcouf.

Agregó luego, dirigiéndose a su teniente:

—Toma el mando del barco, y tratemos de que cierre la noche sin que logren abordarnos. Tal vez logremos escapar.

Entró Surcouf en el entrepuente con meditabundo y sombrío gesto.

Parecía estar extraordinariamente preocupado. Nunca le había visto el teniente en semejante estado.

Retorciéndose el bigote y mientras encendía la pipa con el aire más despreocupado del mundo era Brinville en aquel instante la verdadera representación del marino francés, que ríe y fuma apaciblemente en medio del combate. Mekrani se le acercó con aire intranquilo.

—Sahib, — dijo, — ¿no crees que esa proa esté tripulada por los thugs y que navega en persecución de esta que montamos?

—Eso mismo es lo que opino yo, amiguito.

—Como no somos más que cinco, nos se-

ría casi imposible resistir a tantos atacantes.

—Así parece, pero Surcouf no pierde las esperanzas.

—Lo busco y no lo veo. ¿Dónde está y qué hace?

—No lo sé. Sé que busca el modo de salvarnos.

—Pues si él quiere salvarnos, nos salvará.

—Sin duda alguna.

Mekrani, llegado al colmo del asombro, se alejó murmurando:

—¡A no ser musulmán pensaría como piensan los hindús, que ese Surcouf es uno de sus dioses!

Quedó pensativo, apoyado en la borda.

Transcurrió una hora, durante la cual la proa de los thugs mantuvo su distancia. Era evidente que hubiera podido alcanzar a la de los corsarios. Parecía que se daba por satisfecha con vigilarlos y con no alejarse, circunstancias que no dejaron de admirar a Brinville.

Surcouf volvió a salir a cubierta después de pasear un largo rato en el entrepuente, acompañado de uno de los marineros.

Apareció tan ranquilo como tenía costumbre de mostrarse en los momentos más difíciles, y cuando más próximo se presentaba el peligro. Parecía que se habían disipado todas sus anteriores preocupaciones. Cuando hubo examinado la proa grande con su catalejo, dijo:

—Si esa gente emplea los remos de que disponen, en pocos minutos puede caer sobre nosotros. Si no lo hacen es porque esperan a que cierre la noche. De esto debo deducir que no se trata de corsarios ingleses que han fletado esa proa y reclutado ese ejército de lascaras para estar seguros de aplastarnos con él número. Un capitán corsario, provisto de sus patentes y en regla con las autoridades marítimas, nos atacaría a la luz del sol, mientras esperan éstos la oscuridad, como lo hacen los piratas, por miedo a que algún navío se presente en medio de la pelea y desbarate los planes de tales ladrones y asesinos marítimos.

—¿Serán los thugs los que nos persiguen?

—No olvides lo que nos dijo el paje Djernador. Los thugs nos han consagrado a sus dioses, Siva nos reclama y ellos han de perseguirnos por todas partes.

—¡Pero esa gente es aún peor que perros rabiosos!

—Como lo seríamos nosotros en su caso. Imagina que les han hecho creer que como no logren estrangularnos, han de verse encarnados en esos viles parias que todo el mundo desprecia. De modo que debemos esperar que esos señores procuren salir airosos de su empeño.

—¿Equivale eso a decir que das como seguro que hemos de morir estrangulados?

—No, pero calculo todo esto para deducir que esa gente no ha de disparar contra nosotros porque su deseo no es matarnos ni a balazos ni con el filo de sus sables o puñales. Su propósito es estrangularnos con arreglo a sus sagrados ritos, y quieren hacernos pasar a mejor vida durante nuestro sueño. No olvides las palabras del paje amigo. Para que la ofrenda sea grata a los ojos de Siva, la víctima debe dejar este mundo mientras está durmiendo y apretado por el sagrado corbatín de seda, sin derramamiento de sangre y sin dolor. Somos como exvotos hechos por fieles creyentes al dios de la muerte, y has de ver cómo nos atacan sin disparar un tiro.

—¿Cuando seamos su prisioneros, esperarán a vernos dormidos para apretarnos el cuello?

—Sí, pero nos harán dormir artificialmente, por muy abiertos que tengamos los párpados.

—¿Pero tienes intención de dar tiempo a esos señores para que nos ataquen cuando y del modo que quieran?

—Nada de eso. Nos lanzaremos sobre ellos tan pronto como mi marinero dé por terminada su faena.

Poco después subía el marinero un barril de pólvora y lo dejaba sobre cubierta, provisto de una larga mecha. Volvió a desaparecer y subió cada vez con otro barril como el primero, y trajo también pipas que habían contenido licores, vinos y todo género de bebidas.

—He distribuído la pólvora, — dijo Surcouf, — entre todos estos barriles que rellenamos de tiestos de ferretería, de cuanto pueda servir de metralla. Maniobraremos con rumbo a la proa enemiga, y cuando estemos sobre ella, daremos fuego a las mechas de los barriles y los arrojaremos sobre la cubierta del barco que quiere destrozarnos.

Ordenó en el acto un cambio de rumbo, movimiento que imitaron los tripulantes de la proa, y como los dos navíos se hallaban entonces bajo el mismo viento, podían correr uno en seguimiento del otro. Fué grande el asombro de los tripulantes de la proa al ver que maniobraban los franceses de modo tal que rápidamente se acercaron al barco enemigo.

El capitán thug dijo a su segundo:

—¡Esos extranjeros nos atacan!

—Lo hacen para asustarnos y demostrar que no nos temen, — observó el segundo. — Acaso se propongan averiguar cuáles son nuestras intenciones.

Tomó el capitán indio sus medidas para ver si sería posible enredar el bauprés de la barca india entre los cordajes de la nave montada por Surcouf. Entonces el segundo se lanzaría en el acto sobre el puente enemigo con sus ochenta thugs, que, excitados por sus jefes, se aprontaban para saltar al abordaje.

Reinaba un silencio aterrador a bordo de la proa grande. Aquellos hombres fanáticos, supersticiosos, tomadores todos ellos de hatchis, vivían sumidos en su religioso ensueño, absortos siempre en un extasis celestial.

Era evidente que el mismo designio impulsaba una contra otra a las dos embarcaciones, pues cuando se vieron muy cerca, disminuyeron ambas su velocidad con el propósito de no echarse a pique al chocar, y con la idea de no conservar más impulso que el necesario para acercarse.

A pesar de todas estas precauciones, no fué tan suave el choque de los dos barcos que no derribara a los thugs sobre la cu-

bierta del suyo, lo que no dejó de introducir bastante desconcierto en los planes de inmediato abordaje.

Pero de repente, un barril con una mecha encendida y humeante, rodó sobre el puente de la proa grande. Era un temible proyectil lanzado por Surcouf con toda la hercúlea fuerza de sus brazos. Siguió a esto una terrible explosión, despedazadora, espantable, y a esta siguieron en cortísimo intervalo otra y otra y otra más.

Tan terribles fueron los estragos de aquellas colosales bombas de nuevo género, que los thugs sobrevivientes y en estado de poderse mover, saltaron al mar, pero los corsarios empezaron a hacer disparos contra las cabezas de aquellos desgraciados que se debatían entre las olas. Sumergíanse los heridos, y otros se dejaban arrastrar por la corriente y nadaban hacia la tierra, cuya proximidad parecía ofrecer esperanzas de salvación.

¿Cuántos llegaron a poner los pies en tierra? Debió ser muy limitado el número de los salvados. Surcouf, vencedor a muy poca costa, tomó posesión de la proa conquistada, le dió un remolque y continuó su ruta, no sin observar burlonamente:

—Con algunos golpes de este calibre deben empezar a comprender los thugs que no deben gastar bromas con nosotros.

Empinó una botella de Chiraz, llenó su pipa y se extasió en la contemplación del humo, como si no hubiera sucedido nada de particular.

El alegre teniente se ensoñaba con la misteriosa princesa, y se preguntaba si podría verla al siguiente día.

Adoptó Surcouf las disposiciones necesarias para abordar a la salvaje península al pie de cuyos cantiles debían detenerse para llegar a la gruta, pero no apresuró la marcha por querer que la noche ocultara todas sus maniobras. Aquellos acantilados estaban en otros tiempos dominados por una fortaleza de que no quedaban sino ruinas, circunstancia que contribuía a que fuese aquel emplazamiento un lugar poético y tenebroso.

La muralla rocosa se levantaba severa y recta y tan alta era que un antílope puesto en la misma arista del acantilado no pareció al día siguiente a Surcouf ser mayor que una liebre francesa. Ante las rocas cortadas a pico se extendía una ancha playa de finísima arena, y como estaban en una bahía estrecha, defendida contra todos los vientos, no corrían las proas el menor peligro.

Ordenó Surcouf que se anclara y abandonó a ambas naves. Estaba seguro de que nunca visitaba nadie aquel oscuro rincón. Toda la península era tan estéril que nunca pudo sostener pobladores. Sólo una fortaleza, ruinosa ya, animó, en lo antiguo, aquel desolado paraje. Era aquello como un último refugio para los sultanes, y por eso edificaron el castillo, que les aseguraba un cómodo refugio para un caso de destronamiento, y que era al mismo tiempo el defensor de los tesoros encerrados donde nadie podía imaginar su existencia.

Surcouf llegó a la entrada de la gruta que estaba cubierta por un gran bloque de piedra. Enterado el marino de esta circunstancia, se había armado previamente de la gruesa piedra que servía de puerta. Escapó del hueco una bocanada de aire húmedo y fétido tan pronto como quedó al descubierto la boca del antro. Tan baja era la entrada que sólo doblando el cuerpo era posible entrar en la gruta. Surcouf se disponía a meterse en ella, cuando dijo Mekrani:

—No entres. Espera a que se renueve y vivifique el aire, y después dame timpo para que llame las víboras.

—¿Hay serpientes aquí dentro?

—¡Claro que las hay!

—¿Y las llamas tú?

—Las llamaré como lo hacía mi padre cada vez que veníamos a esta gruta, la llamaré como las llaman los cazadores de serpientes cuando quieren matar a las que hay en los jardines.

Aludía Mekrani al conocido oficio de los encantadores de serpientes. Cada uno de los indicados encantadores toca una flauta de tres agujeros, y la toca con los dedos de una sola mano, mientras está armada la otra de una recia caña de bambú, y tan pronto como oyen las víboras el sonido de la flauta acuden a colocarse, como si se aprontaran a una revista, ante el bambú del cazador, quien no tiene más trabajo que el de matarlas de un violento golpe de la flexible caña. La muerte de muchas víboras no es obstáculo para que acudan otras a perecer del mismo modo.

Las serpientes más peligrosas son las llamadas cobras capellas, las que suelen tener más de dos metros de longitud. Son muy atrevidas, no huyen ante el hombre, matan con asombrosa rapidez y causan anualmente más de cien mil víctimas en la India.

Mekrani sacó de un bolsillo de su traje una flautita y dijo a dos marineros a los que había tenido la precaución de armar con bambús:

—Debéis dar golpes secos. No se trata de fuerza sino de destreza, y de golpes rápidos.

Empezó con su música. Oyóse casi en el acto los lúgubres silbidos de las cobras puestas todas en movimiento, como despertadas de su letargo por la música. Pronto apareció la primera, horrible reptil de más de seis pies de longitud. Adelantó lentamente, moviendo todo el cuerpo al compás de la melodía, para enderzar luego la cabeza y levantar como la tercera parte del cuerpo. Clavó los ojos en el músico y se acercó a él como atraída por el irresistible dominio de la flauta. Rasgó los aires la caña manejada por uno de los marineros, y quedó decapitado el reptil pero la muerte de aquél no intimidó a las demás, y no sólo cobras sino otras muchas serpientes fueron saliendo de la gruta para recibir los certeros golpes de los marineros.

Era una extraña escena la desarrollada ante el negro boquete abierto en la roca. Era una matanza sistemática bajo los acordes de la más dulce y adormecedora armonía. Al cabo de unos minutos dejaron de salir serpientes, y pareció haber terminado el exterminio de tan peligrosos vecinos, cuando asomó la cabeza de un pitón gigantesco,

Medido el monstruo después de matarlo, se vió que tenía siete metros de longitud.

Se quedó inmóvil el pitón con la cabeza levantada en la misma puerta de la gruta, y pareció pronto a defender su madriguera, pero Surcouf y Brinville apuntaron con su habitual sangre fría, y al estampido de los dos fusiles se vió volar la cabeza del monstruo. Pero continuó vivo el largo y recio cuerpo, que se retorcía, azotando el aire de modo amenazador, hasta que Surcouf lo cortó con el filo de su yatagán, briosamente manejado.

Tan pronto como se disipó el humo de la pólvora empleada para aquella sumaria ejecución, volvió Mekrani a tocar su flauta para llamar a los más perezosos moradores de la gruta, pero sólo salieron tres cobras más. Ante la ensangrentada boca de la cueva, dijo Surcouf a su teniente:

—No me extraña que en todas nuestras viejas consejas se hable siempre de grutas encantadas repletas de víboras. Acabamos de ver todo lo que ha salido de este agujero.

—Si los antiguos imaginaron aquel legendario dragón guardador del rico tesoro, debió ser porque tropezaron con sierpes al entrar en nuestras grutas.

Continuaba Mekrani tocando la flauta, pero ya no salía reptil alguno. En vista de la ineficacia de su música, suspendió su llamada a los habitantes del oscuro escondrijo.

—Creo, — dijo, — que ahora podemos aventurarnos. Empecemos por encender unas antorchas. Si alguno de nosotros se siente mordido, debe en el acto enrojecer la punta de un cuchillo en la llama de la antorcha, y quemar sin pérdida de momento la herida causada por la mordedura, pero debe quemarse muy profunda y muy cruelmente.

—Mil gracias por tan oportuno consejo, — dijo riendo el siempre alegre Brinville.

Dicho esto, fué el primero en meterse con todo arrojo en lo negro de la caverna, en tanto que los marineros daban al eslabón y a la yesca para ver si lograban encender las hachas de viento. Alargaron al teniente la primera antorcha encendida, y como el joven ocupaba el primer lugar entre los exploradores, se le dejó que sirviera de guía o de avanzada.

Empezó entonces una lenta ascensión subiendo los ásperos escalones de un empinado pasillo que evidentemente habían sido hechos por la mano del hombre.

Eran tan altos los escalones que no se podía subirlos sin tomar un momento de descanso entre uno y otros y cuando se sentían ya todos realmente fatigados, se vió detenido Brinville por una muralla de piedra.

—Dejadme pasar delante — dijo entonces Mekrani. — Estamos ya frente a la puerta de granito.

Nadie pudo ver la menor señal de puerta pero el joven debía conocer algún secreto, pues apoyó la mano en determinado sitio y se oyó en el acto un extraño ruido.

—Empujad fuerte, — gritó Mekrani.

Dieron todos un recio empellón, se abrió una gran losa que servía de puerta. Los corsarios pudieron pasar al recinto donde se guardaban los tesoros del rajá.

La misteriosa gruta había entregado sus secretos. Ante los marinos se veía un amontonamiento de cajones, colocados en líneas paralelas, y puestos de modo que se pudiese circular entre ellos. Contenía cada uno de los cajones determinado número de rupias y de barras de plata. Las filas de cajones alcanzaban a la altura de la cabeza de un hombre, y se alargaban hasta perderse de vista en las negras profundidades de la cueva.

Enseñó Mekrani a Surcouf los cajones y le dijo con orgullo:

—Aquí tienes el tesoro. Representa montones de plata.

Surcouf, que no necesitaba de contemplativo, no se entretuvo en calcular lo que podría valer aquella enorme fortuna. Pensó sólo en el modo de dar principio a la tara.

—Llevaremos ahora a la barca todo lo que pueda cargar, — dijo. — Compraremos luego con ese dinero un buen barco, ligero y bien armado, y cuando nuestro navío corsario esté pronto, volveremos para llevarnos el resto del tesoro. Creo que en unos cuantos viajes podremos vaciar estos depósitos de plata.

Levantó uno de los cajones, ordenó que lo abrieran, y pudo ver que cada cajón estaba lleno de bolsas de plata y que cada una de aquellas bolsas representaba el peso medio que un indú tiene costumbre de cargar. Se pasó toda la noche en una procesión desde el fondo de una gruta hasta la barca. El buque tomado a los thugs recibió el máximun de su cargamento de dinero.

Una hora antes de amanecer, tan hundidos se veían bajo el peso del tesoro, que Surcouf consideró imprudente cargar más y adoptó su medida para cerrar por completo la entrada al subterráneo.

Gracias a las hercúleas fuerzas del capitán y sirviéndose de palancas, fué haciendo rodar enormes piedras desde lo alto de los cantiles para que cayeran frente a la boca de la caberna. Admiraba Mekrani aquel colosal marino que levantaba grandes piedras como dos hombres no hubieran podido hacerlo, y vió que no solo las movía sino que las colocaba una sabre otras.

Una vez terminado este trabajo, limpióse Surcouf sudor que corría por su frente y dijo a sus vompañeros de aventura.

—¡En marcha!

—Bueno está eso en marcha — observó el teniente — Pero¿se puede saber adonde vamos?

—A la isla de Francia — contestó el corsario. — solo allí estaremos en condiciones de comprar un buen barco corsario y allí únicamente podríamos equiparlo y armarlo a nuestro gusto.

Se embarcó en la proa, dió sus órdenes a su gente, y enseguida los dos barcos, remolcando uno al otro, abandonaron los acantilados y el puerto como dormido bajo las rocas, y se alejaron mientras miraban el amontonamiento de grandes piedras que cerraba la entrada de la gruta donde quedaba esperándoles el gran tesoro del rajá.

El piloto propone pero Dios dispone. Navegaban los dos barquitos árabes con sus velas desplegadas, por haber hecho pasar Surcouf a su teniente y para que armase las velas,

y reinaba la mayor calma en cielo y aguas, pero era escaso el camino recorrido. Pesaba el aire como si fuese de plomo, ni un rizo agitaba la superficie de las olas. La atmósfera parecía dormida o muerta.

—Esto ya no es mar, es como balsa de mercurio, — gruñó Surcouf.

No estaba muy tranquilo el corsario. El viento muy pesado, lejos de imprimir oscilaciones al océano, parecía pesar sobre él para aplastarlo. De occidente llegaba un soplo abrasador que presagiaba próxima tormenta. El cielo presentaba en la lejanía franjas de rosáceos vapores que se condensaban con gran velocidad, y lo que era en un principio simple banda de nubes se espesó en pocos minutos para tomar lúgubre aspecto.

Surcouf estudiaba la tempestad que se cernía a lo lejos sólo con la comparación de sus distintas coloraciones. Rasgó la negra nube un relámpago y se vió los destellos de refulgentes franjas de oro como brotando de la espesa tinta del nubarrón. El meteoro, tan frecuente en los mares de la India, tomó aspecto realmente aterrador, y Surcouf gritó a su teniente como para aprovechar los últimos momentos de tranquilidad atmosférica:

—¿Viste como por allá se presenta el sudoeste?

—Es un ciclón que se nos viene encima, — contestó con su eterna sonrisa el teniente. — Bailaremos como trompos.

—¿No te parece que llegó la hora de hundirnos?

—Creo que sí, capitán.

—Barcas como estas, — agregó Surcouf, — no pueden luchar con fenómenos como los que nos amenazan. Hemos de ver cómo damos una porción de volteretas lo mismo que si navegáramos en cáscaras de nuez. Lo peor es que todo el dinero irá a parar al fondo del mar.

—Pues lloremos por él, aunque no nos importe nada de nosotros mismos, — contestó el teniente.

Señaló Surcouf la ya lejana tierra, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Recto hacia la costa. Maniobrad de modo que abordemos a cualquier playa, y siempre lo más cerca posible de mi barco. Salva lo que puedas de víveres, agua, armas, velas con que armar una tienda cuando haya pasado este ciclón. Por mi parte corto la amarra, y buena suerte.

Bastó un hachazo para que cada uno de los dos barcos quedara independiente del otro, y mientras Brinville con su marinero tomaba un rizo a la vela, empezaron a navegar los dos barcos de conserva, así como hasta entonces dependía la gran proa de la que la remolcaba.

Acercábase la tempestad con velocidad vertiginosa y parecía ser una terrible carga de caballería y de artillería que desde lo alto de los cielos barriese la inmensidad del océano.

Los ciclones son espantosos en la India. Son los ciclones tormentas giratorias cuyas leyes se conoce hoy. Son torbellinos que giran sobre sí mismos con espantosa velocidad, pero en el centro del enorme remolino hay una zona de relativa calma, como si fuera el quieto eje sobre el cual el enfurecido viento da vueltas. Navío que logra llegar al centro del ciclón, apenas si experimenta los desastrosos efectos de la borrasca, y si no puede un barco meterse en el mismo foco de la tormenta, debe hacer lo posible por alcanzar los bordes de la zona abarcada por el ciclón y mantenerse en ellos hasta el momento de restablecerse la calma, tareas todas ellas muy difíciles para un barco de vela.

No se había equivocado Surcouf. Se trataba de un ciclón, y era preciso resistirlo con aquellas dos tan frágiles embarcaciones, cuya salvación única estaba en huir a velas desplegadas ante el enemigo.

Ya empezaba el viento con irresistible violencia a empujar las proas árabes, y afortunadamente descubrieron los ansiosos ojos de los marinos una playa de arena en que se veía muchas piedras sueltas, cuando enormes olas empezaron a chocar en la popa de las embarcaciones, con peligro de hacerlas zozobrar, pero los dos comandantes arriaron velas al mismo tiempo, y las barcas cabalgaron sobre los lomos de las olas descomunales que las llevaron, en terrible carrera, para dejarlas en tierra y a más de cien pasos de la orilla.

—¡A tierra todo el mundo! — ordenó Surcouf, dando el ejemplo a su gente.

Saltó a la playa llevando poco menos que en brazos a Mekrani y mientras corría como un loco, para ponerse fuera del alcance de la próxima oleada que no podía tardar en inundar toda la playa. Los compañeros de Surcouf imitaron lo hecho por el capitán, y todos abandonaron las proas con sus preciosos cargamentos.

Llegó el empuje del verdadero ciclón, espléndido y espantoso al mismo tiempo. Sobrecargaba la atmósfera de energía eléctrica que iluminaba todo el espacio, quedaron impregnadas las nubes de sofocante olor y de resplandores que desgarraban las tinieblas con incandescencias y llamaradas. Retumbaba el trueno sin interrupción y estallaba con tal conmoción atmosférica que hacía vacilar a los marinos en su carrera sobre un suelo que trepidaba.

Seguían todos a Surcouf, que llegó a un acantilado próximo a la playa, al que pudo trepar no sin grandes esfuerzos.

Allí, en lo alto estaba la salvación común, y una vez arriba vieron cómo volvía a descender la pendiente hacia otras tierras del interior. Sobre la escarpa se vería una gran piedra que sobresalía mucho, y bajo ella se refugiaron los náufragos.

—Apretémonos mucho unos contra otros, se trata de salvar la piel. Que nadie se mueva hasta nueva orden, suceda lo que pudiere suceder.

Empezó el capitán por dar el ejemplo, y era ya tiempo de abrigarse contra los estragos de la tormenta que llegó con furia indescriptible.

Tan frecuentes eran los truenos, que estallaban simultáneamente en todos los rumbos, que era imposible saber de dónde venían. Era un ordo y estruendoso ruido en el que se destacaba los silbidos del

viento como desgarradoras quejas de toda una naturaleza atormentada, mientras en la negra cortina de los cielos se abrían blancas desgarraduras como bocas de insondables simas.

Circulaban como si fuesen ligeras pajas los más corpulentos árboles descuajados por la violencia del tifón, y veíaseles pasar sobre los náufragos, entre la lluvia de piedra y de tierra que pegaba a las rotas raíces volaba para desprenderse como sí las nubes bombardearan la superficie del planeta.

Enormes rocas arrancadas a sus seculares alveólos, rodaban para caer en la pendiente opuesta, y todo un rebaño de antílopes, que corría en busca de abrigo, murió aplastado por la lluvia de pedruscos y de tierra y cuando pasó el horrible fenómeno solo vieron los náufragos un viejo macho en pie y como contemplando los cadáveres de los que formaron su familia.

Había logrado Brinville encender su pipa, no sin darle muchos golpes al eslabón y soplar mucho a la yesca, y decía reflexivamente:

—Me juego cualquier cosa a que están nuestras dos proas bajo seis pies de arena.

—Sería lo mejor que pudiera haber sucedido, — observó Surcouf, — de ese modo tendríamos seguro el dinero y nos sería posible recuperarlo después. Debemos emprender la marcha lo antes posible hasta llegar a algún puerto de mar. Conservo las joyas que me regaló el guicovar, y con su precio nos será posible fletar un barco que nos lleve a la isla de Francia, donde no nos será difícil proveernos de buena tripulación, por ser sitio donde hay siempre mucho marinero francés sin otro deseo sino el de correr todo género de aventuras, sea en el mar que fuere, y completaremos nuestro equipaje con lascars, los que, bien mandados, saben batirse perfectamente.

—Tomaremos esos auxiliares de modo que pertenezcan a distintas razas, — dijo Brinville, — modo único de evitar que se pongan de acuerdo para rebelarse. Ya sabes que eso es lo que sucede siempre que se cuenta solo con malayos.

—No pienso contar con malayos, — contestó Surcouf. — Son excelentes marinos y resultan soberbios corsarios, pero tienen el vicio de acabar por convertirse en piratas, para lo cual empiezan por tirar al mar al capitán y a todos los europeos.

Con su admirable tranquilidad sostenían diálogos en los que era el porvenir lo que servía de tema, cuando la lluvia se desprendía a torrentes de la negra capa de las nubes y cuando el rayo amenazaba destruir en un instante el apiñado grupo formado por los náufragos.

Escuchaba Mekrani, admirado de tanta sangre fría. Si en vez de ser franceses los que habían hallado aquel refugio fueran indús sus compañeros de aventuras, veríaseles inclinados, deprimidos, silenciosos y esperando que aquel terrible cataclismo dejara de pesar sobre sus cabezas, para recobrar los pensamientos propios de los hombres. Pero aquellos corsarios discutían con la mayor calma de sus asuntos propios, como si los grandiosos dramas de la naturaleza no pudiesen desbaratar todos los planes de los humanos.

Las reflexiones de Mekrani se condensaron en estas palabras:

—Estos hombres no se parecen a sus semejantes. Se ven que pertenecen a un pueblo que no tienen miedo a nada.

Empezaba a calmar el huracán y le sucedía la quietud profunda que se presenta con igual rapidez con que se desencadena esta clase de borrascas.

—Voy a ver cómo están nuestros navíos dijo Surcouf — Que venga Mekrani en mi compañía en tanto que los demás preparáis una buena comida con carne de esos desventurados antílopes.

Pusiéronse a la tarea. Había agua en todos los socavones de las rocas y sobraba leña renisosa, así como hojas secas arrancadas por el viento. El eslabón y la yesca proporcionaron el fuego y algunos minutos más tarde se veía largas lonjas de antílope asándose sobre las llamas. Por todas partes se tropezaba con ramas desgajadas y hasta con árboles enteros, y bastó elegir la clase de fruta apetecida para que quedase lista una abundante y agradable colección.

Cuando volvió Surcouf declaró que no se veía ni rastro de los barcos, lo que equivalía a decir que la arena guardaría su secreto hasta que se viniese con los elementos adecuados a hacer las necesarias exploraciones. La playa había quedado desconocida por los arrastres producidos por las furiosas olas.

Devoraban todos su pitanza con verdadera hambre, y Brinville, mientras se limpiaba los dientes decía:

—Falta en este paraíso una buena botella de champaña y una mujer bonita. Pero no podems negar que ha sido encantadora la gran escena. Tampoco debemos quejarnos de esta comida campestre. Ahora venga una buena pipa, luego una buena noche, y mañana al amanecer otra vez a tomar nuestro rumbo. Pidamos a Dios que nos dé un almuerzo más completo que la comida de hoy.

Encendieron una hoguera para espantar las fieras, y se tendieron sobre el cesped, turnándose en el servicio de centinela. El puro cielo de la India se iluminó con millares de vacilantes luminarias, y los rugidos de las fieras arrullaron el sueño de nombres sobre cuyas cabezas se cernía un terrible peligro muy distinto.

Muchos de los thuggs habían logrado salvarse de la matanza organizada por Surcouf en la proa perseguida. Saltando al mar antes de producirse las explosiones o arrojados a las olas por su fuerza, había llegado a nado a la orilla que, para suerte suya, no estaba muy distante del teatro de la sangrienta batalla.

También les fué posible sostener sobre las aguas a numerosos heridos a los que condujeron hasta la costa. Quiso la casualidad que fueran a tocar tierra muy cerca del sitio a donde abordaron las proas de sus enemigos.

Instalaron los thugs ilesos a los heridos bajo abrigos hechos en las rocas, o bajo chozas de ramas, y cuando se inició el ciclón pusieron a los heridos y se ampararon ellos mismos bajo las peñas de los cantiles. Una vez apaciguada la tormenta, el thug de guardia vió la humareda de los náufragos, no sin que le llamara la atención ver gente donde creía estar en pleno desierto. Como los thugs son siempre espías y tienen obligación de enterarse de cuanto sucede en torno de él, se decidió a investigar, pues cualquier criatura puede dar ocasión, estrangulándola con el sagrado corbatín, a servir de mérito al estrangulador para cuando se presente ante Siva.

Andaba medio encorvado el thug mientras se dirigía al campamento de los corsarios, y más parecía una hiena que un hombre. Trataba de ganar lo más alto del acantilado, lo que consiguió muy pronto, y una vez arriba, tendióse boca abajo para ir acercándose muy despacio y sin hacer el menor ruido hasta ponerse sobre los dormidos náufragos. Avanzando la cabeza sobre el borde de las rocas, pudo distinguir a Mekrani, centinela en aquel momento, que velaba el pesado sueño de sus amigos.

Reconoció el thug al joven, como reconoció a Surcouf, y no pudo dudar de que fuese el capitán el que tenía ante sus ojos, por lo colosal de la talla del marino. Seguro de que no se equivocaba, volvió el thug a dar la noticia a sus compañeros, a quienes enteró de todo lo descubierto.

Se decidió en el acto que los dos mejores andarines salieran sin pérdida de momento hacia Surate a dar cuenta al jefe supremo de la visto, y se acordó también que un espía siguiese paso a paso a los corsarios para poder ir enviando noticias del rumbo tomado por los franceses. Gracias a estas disposiciones fácilmente podría en gran jefe de la secta ordenar lo que debería hacerse.

Al siguiente día se despertaron los náufragos al amanecer y comieron apresuradamente un trozo de antílope asado, sobrante del día anterior.

Se trataba de llegar a alguna aldea india donde podrían informarse de cuál era el más próximo puerto. Pero antes de emprender la marcha, dijo Surcouf a su gente:

—Si tropezamos con alguien en nuestro camino y si algún curioso nos interroga, debemos decir que somos mercaderes de Salipar, ciudad de la frontera de Birmania, y digo esto porque todos sabéis algunas palabras birmanas; palabras que debéis mezclar en las conversaciones. El ciclón nos ha arrojado a la costa, y buscamos el primer puerto donde podemos embarcarnos para regresar a nuestro país.

Como hombre prudente agregó otras muchas recomendaciones con todos los detalles necesarios para evitar equívocos, y una vez terminada esta especie de lección, o plan general de operaciones, emprendieron la marcha, para vitar una aldea al cabo de dos horas de andar entre matorrales y entre bosques.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

Rufilanchas, que está sin empleo, vive de milagro, comiendo hoy aquí, mañana allá.

Un día se encuentra a su primo en la calle y éste le dice:

—Te convido a comer en casa esta noche.

—Che, ¿te daría lo mismo convidarme mañana en vez de hoy!

—¿Y qué más te da?

—Es que hoy me ha convidado tu mujer.

* * * *

En el campo:

Pero hombre, ¿qué haces aquí tanto tiempo parado apuntando con la escopeta?

—Estoy esperando a ver si sale un maldito conejo que se ha metido en aquella madriguera.

—Pues ya hace lo menos dos horas que estás de espera.

—Sí, y lo que siento es que pasado mañana empieza la veda, y me tendré que marchar como no salga antes el condenado bicho.

—¿Qué es lo que más te ha gustado de Londres, Arturo?

—La niebla.

—¿Por qué?

—Porque, gracias a ella, puede uno andar por las calles sin que le vean los ingleses.

* * * *

En un seminario donde daban muy poco de comer, anunciaron a los alumnos que con motivo de una festividad se les serviría porotos con jamón.

La provisión de jamón fué muy reducida, tanto que uno de los alumnos, cuando le hubieron servido, exclamó, dirigiéndose al que servía:

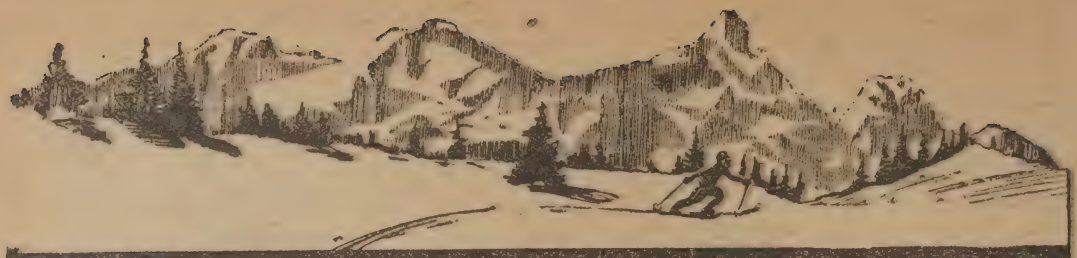
—¿Y el jamón?

El servidor iba a volverse, cuando el educando dijo:

—¡Ah! Aquí está. Estaba escondido debajo de un poroto.

Un suceso en la playa

El perro que cometió un gravísimo error.



INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

Un elefante grande pesa más o menos unas seis toneladas.

* * * *

En Cuba hay sitios que están todavía como se hallaban cuando el descubrimiento.

* * * *

El sentido que en el hombre es siempre mucho menos penetrante que en el animal, es el olfato.

* * * *

Un cuarenta por ciento de los habitantes del mundo se dedican a la agricultura.

* * * *

El mayor número de suicidios ocurre en el mundo, en personas de 65 a 75 años.

* * * *

Una negra fué autorizada a ejercer de cochero en París.

* * * *

Una mujer nunca necesita más que las nueve décimas partes de alimento que un hombre del mismo peso.

* * * *

Se sabe que las águilas vuelan hasta alturas de 2.000 metros.

* * * *

El mejor momento para hacer ejercicio muscular es dos horas después de haber comido.

* * * *

Las plantas crecen más rápidamente de cuatro a seis de la mañana que durante cualquier otro momento del día.

* * * *

En Moyculleu, Irlanda, se ha encontrado enterrado el esqueleto de un hombre que medía ocho pies y cinco y media pulgadas de largo. A su lado se halló una espada muy antigua con la siguiente inscripción en galo: "Donach Okufe, A. D. 1231."

Mil pesos oro se pagó por un ejemplar de la primera edición del Robinson Crusoe.

* * * *

Un camello puede llevar una carga tres veces superior a la que lleva un caballo.

* * * *

La navegación del Amazonas da trabajo a 37.000 personas.

* * * *

De cada mil parejas que se casan sólo una llega a festejar sus bodas de oro.

* * * *

El primer catálogo de estrellas se publicó en 1590.

* * * *

El pan de avena es más nutritivo que el de trigo.

* * * *

La galería de ladrones de Tokío consta de 150.000 retratos.

* * * *

Según un médico inglés, el alimento mas sano consiste en pan blanco, manteca, queso y leche.

* * * *

Cuando un tártaro invita a un amigo a comer o a beber con él, lo hace tirándole de una oreja.

* * * *

Es un hecho curioso y harto conocido que los ganados vacuno y lanar engordan más estando juntos.

* * * *

El elefante no puede trotar ni galopar; su único paso es la andadura que puede avivarse hasta convertirse en una rápida carrera.

* * * *

Los esquimales tienen un apetito extraordinario. Un explorador dice que ha visto a un joven esquimal comer 5 kilos de alimentos sólidos y beberse 5 litros de líquido en una sola comida, y sin esfuerzo.

Ante el Espejo

Recetas sencillas para preparar en casa aguas, lociones y pomadas para el tocador femenino.

AGUA DE QUININA

Este preparado que según algunos dicen sirve para evitar la caída del cabello y para fortalecerlo, se prepara con lo siguiente:

Corteza de quina	60	gramos
Sal de tártaro	16	"
Alcohol	150	"
Esencia de tuberosa	2	"
" " ylang-ylang	3	"
" " néroli	2	"
Agua hirviendo	1	litro

Se pone la corteza de quina machacada en un recipiente y se le echa encima el agua hirviendo. Se tapa y se deja enfriar un poco. Después se pasa por un tamiz y al líquido se le agregan las demás cosas, se mezcla bien, se deja enfriar del todo, se cuela y se guarda.

* * * *

BRILLANTINA

Esta receta es exactamente igual a la que emplean para su fabricación muchos famosos perfumistas. Es conveniente preparar en casa la brillantina por que es uno de los pocos productos cuya fabricación casera resulta más económica que el producto comprado hecho.

Se toma lo siguiente:

Alcohol	20	gramos
Agua hervida o destilada	10	"
Glicerina	5	"

Se mezcla todo bien y se le agrega luego una o dos gotas de la esencia preferida. Es necesario tener en cuenta que se trata de una o dos gotas nada más y que debe ser de una esencia concentrada. Agregarle un extracto cualquiera, por bueno que sea, en cantidad mayor, descompone el preparado.

* * * *

AGUA DE TOILETTE

Los franceses dan el nombre de "Eau de toilette" (Agua de toilette) a una preparación que se agrega al agua de lavarse, la perfuma y hace luego que la piel quede suave.

Se prepara con lo siguiente:

Glicerina	30	gramos
Tintura de quillay	3	"
Agua de Colonia	20	"
Tintura de iris	20	"
Licor de Hoffmann	20	"
Esencia de ambar gris	15	gotas

Se mezclan las tinturas con el agua de Colonia y la glicerina, se añade la esencia y se mezcla bien todo.

* * * *

LECHE PARA EL CUTIS

En un mortero de mármol se machacan: 30 gramos de almendras dulces peladas y 8 gramos de almendras amargas, también peladas.

Una vez bien machacadas las almendras, se les agrega poco a poco y sin dejar de machacar, 150 gramos de agua de rosas. Cuando ya se ha echado toda el agua de rosas y las almendras están enteramente deshechas, se pasa el contenido del mortero por un cedazo, y al líquido que resulta se le agrega un gramo de tintura de benjuí.

Esta "leche para el cutis" se emplea pura, pasándosela por la piel después de lavarse.

* * * *

LOCION COSMETICA

En un litro de agua de rosas se machacan 250 gramos de almendras dulces y 12 gramos de almendras amargas. Se añaden dos claras de huevo, se sigue revolviendo todo hasta que forme un conjunto homogéneo, se pasa por un tamiz y se guarda.

Esta loción, — según dice el autor de quien traducimos la receta, — se usa pura y da tersura a la piel, evitando y aún haciendo desaparecer las arrugas.

SALSA MAYONESA

Cuántas son las familias que se privan de saborear con la frecuencia que desearían la exquisita mayonesa, por los temores de fracasar que hay siempre que se hace.

Un gran chef aconseja que para no fracasar se proceda del siguiente modo al preparar esa salsa:

En una ensaladera se ponen 3 yemas de huevo, 5 gramos de sal y una narigada de pimienta blanca en polvo. Se agregan unas pocas gotas de vinagre. Se bate con el batidor de alambre y se agrega, muy poco a poco, hasta 300 gramos de aceite, agitando siempre y añadiendo de vez en cuando unas pocas gotas de vinagre.

El autor de esa receta agrega las observaciones siguiente: "La salsa mayonesa es una de las preparaciones más fáciles de hacer. Si alguna vez sale mal es que no se ha tenido cuidado de que las proporciones de los diversos componentes sean exactas o que la temperatura de esos elementos era distinta.

"Cuando la mayonesa, — agrega, — esté destinada a ser conservada durante algún tiempo, se le añade, una vez terminada, una cucharada de agua hirviendo y se revuelve hasta convencer al público de que una leche de vinagre puede usarse, al hacer la mayonesa, zuma de limón".

Un famoso chef afirma que el secreto de que no se "corte" la mayonesa está en dejor un poquito de clara con las yemas, al empezar a hacerla.

La mayonesa sirve de base a otras salsas. Por ejemplo, agregándole mostaza, alcaparras, perejil y pepinillos en vinagre, todo bien picado, resulta "salsa tártara". Se llama "salsa verde" a una mayonesa a la que se le ha dado ese color agregándole la cantidad necesaria de perejil machacado. Por el color es la preferida para servir con el salmón, pues resulta un contraste de muy agradable aspecto.

* * * *

PASTA PARA BOMBAS

Muchos buenos cocineros ignoran el modo de preparar la pasta con que los confiteros hacen las bombas de crema y los "eclairs", pasta que es la misma con que hacían nuestros abuelos los exquisitos "buñuelos de viento", que con miel de caña formaban una golosina apreciada por todos como algo de primer orden.

Para preparar esa pasta se empieza por poner en una cacerola 200 gramos de agua, 60 gramos de manteca fresca, 30 gramos de azúcar y una narigada de sal fina.

Se hace hervir todo eso y se agrega, pasándola por un colador y sin dejar de revolver con la espátula de madera, 125 gramos de harina tamizada. Esta pasta se ha de trabajar al fuego, con la espátula, hasta que esté tan seca que se despegue de los costados y fondo de la cacerola.

Una vez en ese estado la pasta, se retira del fuego y se deja enfriar bastante. Después trabajándola siempre con la espátula, se le agregan cuatro o cinco huevos, uno a uno y sin añadir el segundo antes de haber disuelto bien el primero. Esto es algo trabajoso, pero en cambio asegura el buen éxito de la pasta.

Sobre latas enmantecadas se ponen montoncitos como nueces de esta pasta, se cuecen al horno y crecen mucho, quedando huecos por dentro. Una vez frios se le da a un lado un corte con una tijera, se rellena el hueco de crema y ya están prontas las exquisitas "bombas"; si se pone la pasta en tiras como dedos, las masitas resultantes serán las llamadas "eclairs" o sea "relámpagos".

Esa pasta, echada por cucharaditas en una sartén con mucho aceite, — tienen que nadar en él, — da los "buñuelos de viento", que se pueden comer calientes, pasados por miel y espolvoreados con azúcar y que se pueden comer frios espolvoreados con azúcar o rellenos de crema o de dulce.

Monsieur le Chef.

DEPARTAMENTO 15 A

POR

William Freeman

DESCENDIERON del mismo ómnibus frente a la entrada de la casa de departamentos; entraron en el portal materialmente el uno al lado de la otra. Allí se separaron porque el joven vestido de marrón tuvo que detenerse para visitar el cuarto del encargado al que debía pedirle una llave, mientras la joven vestida de gris ya tenía realmente, su llave.

Su próximo encuentro se realizó en el rellano del segundo piso, frente a una modesta puertecita. La puertecita se negaba a abrirse y la joven empezaba a enojarse. Había metido la llave en la cerradura hasta la mitad pero allí se había quedado detenida, mostrando tendencias a doblarse.

El hombre vestido de marrón se quedó inmóvil observando lo que hacía la joven.

La joven intentó sacar la llave pero no pudo porque se le deslizó el guante. Se quitó el guante y empezó de nuevo. El joven, quieto, inmóvil, seguía silencioso.

—Se... se ha agarrado adentro, — murmuró ella por último, mirando al joven.

—Así parece, — dijo el joven. A ella le fué agradable la voz, pero la actitud del joven la estaba enfureciendo.

La llve salió por fin, gracias a un tirón dado con fuerza y apareció más doblada que nunca.

—¿Puedo probar con mi propia llave? — preguntó fríamente el joven vestido de marrón.

—Sí... sí, señor... ¿Por qué no? — dijo ella.

—Me parece que, con seguridad se trata de una equivocación.

La joven vestida de gris se irguió de repente. Su mirada se cruzó con la del joven con aire de desafío.

—En todo caso no será de mi parte. La señora de Ayling la anterior inquilina me mandó la llave por correo en cuanto dejó el departamento.

—Debió haberla entregado.

—Era una llave suya, un duplicado. Supo por una íntima amiga que yo llevaba meses tratando de alquilar un departamento en esta casa y como es muy bondadosa y tiene excelente corazón, me escribió directamente en cuanto decidió mudarse, manifestándome que tal vez el suyo, situado en el segundo piso me gustaría.

—Su proceder fué enteramente ilegal. Estos departamentos sólo puede alquilarlos la compañía que levantó estos edificios.

Ella se rió. Su risita fué tan irritante como puede llegar a serlo una risita.

—Creo que así debe ser, sin duda, y que se debe tratar con el señor Perkins, el encargado. Y el señor Perkins es amigo mío.

—Es posible. Pero la llave con la cual estoy por abrir la puerta de este departamen-

to por mi propia cuenta me ha sido entregada hace tan sólo unos pocos instantes por Perkins. El me envió una tarjeta postal diciéndome que un departamento había quedado inesperadamente vacante. Vine a verle la semana pasada y... y conversé con él.

—¿De veras? — El tono de la voz de la joven indicó que había comprendido con la misma claridad como si se lo hubiera dicho lisa y llanamente que na propina de diez chelines lo menos y otros diez chelines más después de recibir la tarjeta postal habían constituído el precio de la buena voluntad del señor Perkins.

Se miraron el uno al otro hasta que haberse mirado durante más tiempo hubiera rozado las fronteras de lo ridículo, y luego el hombre vestido de marrón — con la mayor frialdad.

—¿Puedo hacer uso de mi llave?

—Siempre que quede comprendido que...

—¿Que yo la emplearé sin perjuicio de clase alguna? — dijo sonriendo, y ella le odió por que sonreía y por que era, sin que pudiera negárselo nadie, de muy buen aspecto. Metió él su llave en la cerradura, la hizo girar y abrió la puerta de un solo tirón.

Entraron en el departamento. Estaba amueblado de modo muy confortable y tenía todo el aspecto de poder ser reocupado en cualquier momento.

—Al contrato de la señora de Ayling aún le falta una quincena para terminar, — dijo la joven.

—No me importaría nada esperar hasta el día veintinueve, — dijo con indiferenncia el hombre vestido de marrón.

* * * *

LA joven que estaba de pie junto a la ventana del comedor mirando hacia abajo, hacia la ruidosa calle, se volvió luego hacia etl joven y le miró fijamente cara a cara.

—Antes de que sigamos adelante, — dijo ella, algo nerviosa, — es conveniente que lleguemos a alguna clase de acuerdo definitivo.

Los ojos le brillaban con enojo; ese brillo fué contestado por otro semejante que apareció repentinamente en los ojos del joven.

—Estoy enteramente de acuerdo. Quizás convenga para empezar, que yo me presente a mí mismo. Me llamo Mérton... Frank Mérton.

—Mi nombre, — dijo la joven, — aún cuando me parece que no tiene casi nada que ver con el asunto de que tratamos, es Elizabeth Heath. Hemos venido los dos con la intención, el deseo o el propósito de alquilar el departamento.

—Provista usted una llave que le fué proporcionada por la señora de Ayling, llave a la cual, mantengo yo, usted no tiene derecho alguno.

—Provisto usted de una llave que le fué proporcionada por el encargado señor Perkins cuya buena voluntnad se conquistó usted mediante una propina, es decir, cometiendo un acto de soborno.

—Vine desde tan lejos como Winbleford esta mañana para ver el departamento...

—Yo vine de tan lejos como Stanghton-on the-Whold, donde estaba parando en casa de una tía mía que no cree que las jóvenes podemos vivir nuestra vida en Londres, una tía que, — agregó la señorita Heath con algo de amargura en el tono de su voz, — no sólo piensa así sino que no ha trepidado en decírmelo.

—Una vez pasé algunos días de descanso en Staughtonn. Recuerdo que hay allí una hermosa y antigua vicaría y, si mi memoria me es fiel, me parec que hay, además, un arroyo que cruza las tieras de la vicaría y donde el buen sacerdote me dejaba pescar. Tenía una hija jovencita, de cabello muy rubio, que me llevó limonada y sandwiches algunas veces.

—Me parece,—dijo la señorita Heath lentamente y con distinto tono de voz, — que tal vez era yo aquella muchacha rubia... Me parece recordarle a usted... muy vagamente.

—Eso, — dijo el hombre vestido de marrón, con voz alterada también, — da un cariz diferente a todo esto. Nos hace amigos en realidad, y si usted puede pasar por alto...

—No hay que pasar nada por alto. — La joven se expresaba con desenvoltura, en tono práctico, tranquilo. — ¿Cuándo se desayunó usted?

—A las siete menos cuarto. La casa de Winbleford está a tres millas de la estación y no corren más que media docena de trenes por día.

—Entonces usted debe estar cayéndose de hambre. — Ella se dirigió hacia la cocina del departamento y él la siguió. — La puerta de esa alacena parece no estar "enteramente bien" cerrada, ¿no es así?

—Así parece. ¿Por qué lo dice usted?

—Porque si no lo está no constituirá un delito abrirla un poco más. Y si usted mira verá una lata que dice "galletitas-surtido" y un paquete de te de media libra y un tarro de leche condensada y un pan de manteca en un plato. Todas estas son cosas que se dejó la señora de Ayling pensando, ¡cuán bondadosa y generosa es! que podrían hacerme falta cuando visitara el departamento, sin duda. Sé perfectamente que le será muy agradeble saber que nos hemos servido de todo esto.

—Sí, pero...

—Aquí cerca no hay establecimientos comerciales. En la cocina de gas hay una pava. En el aparador hay tazas, platos y todo lo demás que se necesita... ¿por qué no hemos de utilizarlo?

El hombre vestido de marrón abrió la alacena sin permitirse argumentar más en sentido alguno.

* * * *

"PODEMOS poner todas estas cosas en una extremo de la mesa, ¿no le parece?", — dijo él, mirando por encima del hombro.

La señorita Heath asintió con una inclinación dec abeza y encendió uno de los hornillos de la cocina de gas.

Reunieron los elementos necesarios para una comida y los dispusieron en la mesa con

placentero sentido de camaradería y aventura. La joven preparó el te; el joven vestido de color marrón cortó pan y le puso manteca. A decir verdad, cortó tres rebanadas y, al llegar a la tercera, resbaló el cuchillo en la gruesa y dura corteza del pan y fué a herirle el dedo pulgar.

—¡Cuánto lo lamento! — exclamó pidiendo disculpa.

—¿Por qué serán tan atolondrados los hombres? ¡A ver! Permítame usted que le vende ese dedo. ¡No! ¡No utilice su pañuelo! ¡Hay un rollo de trapos limpios en el cajón de donde saqué el mantel. — Abrió el cajón de golpe y empezó a buscar.

—¡Oh! — exclamó ella de repente y como en extremo alarmada.

—¿Qué sucede? — preguntó el atolondrado joven.

—Que ella, la señora Ayling, ha escondido aquí sus alhajas. Están envueltas en una servilleta de comedor. Hay unos aros de ópalos, varias sortijas y otras cosas más.

—¡Qué sitio más poco apropósito para poner alhajas! ¿Por qué no las habrá depositado en las cajas de seguridad de un Banco?

—Tal vez piense regresar dentro de uno o dos días nada más. — La señorita Heath desgarraba en angostas tiras un viejo pañuelo mientras hablaba. — ¡Vamos a ver!... ¡Quédese usted quieto!

El señor Mérton se quedó enteramente quieto mientras la cabellera de rubio dorado yoscuro se inclinaba hacia su herida.

—Tremendamente agradecido. La verdad es que nos hemos instalado aquí como en nuestra propia casa, ¿no le parece? ¿Cree usted que a la señora de Ayling realmente no le disgustará?...

—¡Ni lo más mínimo! Yo le escribiré explicándoselo todo, por si acaso. ¿Quiere usted uno o dos terrones de azúcar?

—Uno solo, tenga usted la bondad. Pero dígame: ¿no le parece que anda alguien en la puerta exterior?

—Sea quien sea, no va a poder entrar si nosotros no le franqueamos la entrada.

—¡Pero es necesario que puedan entrar! ¡Y ya han entrado! — exclamó él, dejando la taza en el plato y levantándose de su silla.

Oyeron ruido de pasos de alguien que cruzaba el reducido vestíbulo. Por la entreabierta puerta de la cocina vieron un instante a una señora gruesa con facciones angulosas, vestida de negro.

Se oyó un grito de alarma y de asombro, y después se cerró la puerta mediante un golpe muy fuerte. Una llave giró en la cerradura, y después llegó hasta ellos el rumor de pasos que se alejaban rápidamente.

—¡Diablos! — exclamó Frank Mérton.— Esa señora nos ha encerrado en la cocina. Si acaso es la amiga de su amiga de usted, ese señora Ayling...

—No creo que pueda ser ella, — manifestó la joven.

—¿Algún otro posible inquilino del departamento?

—Eso no explicaría por qué razón ha procedido en esa forma... — La señorita Heath calló para ir a ver si la puerta estaba realmente cerrada. — ¿Por qué nos ha hecho prisioneros? ¿No podría usted forzar la puerta? Aquí hay un hierro de remover el carbón en la chimenea. Con él se puede hacer saltar la cerradura.

Tomó él el hierro. La puerta se astilló por el borde, pero la cerradura no cedió. Un segundo ataque no dió más resultado que nuevas astillas.

—¡No es posible! — anunció, resignado, el hombre vestido de color marrón.

En aquel mismo momento se oyó ruido de pasos, de voces y todo un alboroto en la parte de fuera. Los prisioneros creyeron que lo menos había veinte o treinta personas en el hall. Entre varias voces vibraba una aguda voz de mujer. De pronto, una voz masculina dijo bruscamente.

—¡A ver! ¡Sepárense todos de ahí delante!

Y a juzgar por los ruidos que se oyeron, los aludidos se separaron.

A eso siguió la introducción de una llave en la cerradura. Giró la llave. La puerta se abrió. El señor Mérton y la señorita Heath se encontraron en seguida ante la señora de rostro anguloso, un sargento de policía y dos particularmente atónitos policemen.

* * * *

La señora vestida de negro exclamó inmediatamente después de haberse abierto la purta:

—¡Ahí los tienen! ¡Son dos! ¡Son ladrones, si no algo peor! ¿Qué han hecho ustedes de la desdichada muchacha a la que dejé encargada de cuidar el departamento?

—Aquí no había absolutamente persona alguna cuando nosotros entramos. — dijo Elizabeth.

—Mi obligación es advertirles, — dijo solemnemente el sargento de policía, — que todo lo que ustedes digan podrá ser utilizado como prueba contra ustedes.

—¡Al diablo con las pruebas! — exclamó Mérton, que se volvió hacia la dama de cara angulosa. — En todo esto debe haberse producido una lamentable equivocación. Nosotros vinimos pura y sencillamente a visitar un departamento vacante por si nos convenía alquilarlo.

—¡Vacante! — repitió la dama con un gruñido de incredulidad. — Nadie deja los departamentos vacantes en las condiciones en que está este. Mejor será que les revise los bolsillos, señor sargento.

El sargento vaciló perplejo. Era hombre de larga experiencia, y hasta entonces, en sus muchos años de actuación como empleado de policía, no había visto unos ladrones que tuvieran un aspecto parecido al de aquella pareja.

—Si usted dice la verdad, — dijo a Mérton, — ustedes debe estar en condiciones de demostrarlo con toda facilidad.

—Ya he dicho, — manifestó Mérton, — que en todo esto hay una estúpida y lamentable equivocación.

—Y si el nombre de esta señora es señora de Royston y no señora de Ayling, como suponíamos, — dijo Elizabeth, — entonces...

—¿Entonces qué? Si soy la señora de Royston, ¿qué puede usted decir? — manifestó la señora de anguloso rostro.

—Entonces la carta que acabo de ver en la repisa de la chimenea, podrá poner en claro muchas cosas, — agregó la señorita Heath.

La señora de Royston tomó la carta de un manotón, la desplegó y la leyó.

—¡Ejem! — dijo después, con menos exaltación que antes. — Según parece, mi sirvienta decidió tomarse unos días de licencia. Sin pedir permiso, claro está, y sin tener en cuenta ni en lo más mínimo, mis conveniencias personales. Pero ¿qué están ustedes haciendo aquí y con qué derecho han andado revolviendo los cajones de los muebles?

—Buscamos algo con qué vendarle al señor Mérton el dedo pulgar, pues se lo había lastimado cortando el pan, y encontramos en ese cajón, por pura casualidad, algunas joyas. El señor Mérton se hirió cortando el pan porque los dos teníamos apetito, y supusimos que la señora de Ayling, que es amiga mía, habitaba este departamento.

—Como puede manifestarlo el señor Perkins, si se lo preguntan, — manifestó el señor Mérton.

A eso siguió la introducción de una llave en la cerradura. Giró la llave. La puerta se abrió. El señor Mérton y la señorita Heath se encontraron en seguida ante la señora de rostro anguloso, un sargento de policía y dos particularmente atónitos policemen.

—Si Perkins es el encargado de la casa, — dijo el sargento de policía, que empezaba a aburrirse, — lo mejor que pueden hacer es enviar en su busca.

Hizo un ademán, dirigiéndose a uno de los policemen, y éste se alejó en seguida escaleras abajo.

Fué un señor Perkins atribulado y alarmado el que se presentó en el rellano de la escalera al cabo de un rato bastante largo. Había tenido el policeman que ir a buscarle a la taberna de la esquina, donde estaba bebiendo en compañía de varios amigos.

—¡Hola! — exclamó el señor Mérton. — ¿Qué tiene usted que decir a todo esto, amigo mío?

—¿A todo qué? — dijo el señor Perkins, saludando a Mérton con una sonrisa de lo más cortesano.

—Nosotros, la señorita Heath y yo, necesitamos alguna clase de explicación, sea la que sea. Llegamos aquí con el propósito de visitar un departamento que, en nuestro concepto, estaba vacante. Nos hallábamos visitándolo cuando llegó esta señora, nos encerró a los dos en la cocina y fué a llamar a tres empleados de policía ¡tres, nada menos! para hacernos detener como ladrones.

* * * *

"NO hay necesidad de exagerar las cosas, — dijo la señora de rostro anguloso, sintiéndose molesta y nerviosa. — Yo pude llegar a conclusiones que más tarde resultaran equivocadas, pero..."

—Lo que yo quiero saber es esto, — dijo el sargento, que ya había bostezado varias

veces de aburrimiento, — ¿está usted dispuesta, señora, a acusar a esta señorita y a este caballero de algún delito, sea el que sea, o no lo está usted? ¡Vamos a ver!

—Teniendo en cuenta el aspecto que presentan en este momento las circunstancias... pues bien... ¡no!

—Entonces podemos retirarnos, — dijo el sargento en un tono indicador de que su opinión sobre la señora de cara angulosa y el sexo en general no era, por cierto, del todo favorable.

—¿Y ahora? — dijo el señor Mérton cuando las crugientes pisadas de las botas del sargento se alejaban ya, — ¿puede el señor Perkins explicarnos cuál es su situación en el caso presente?

Por desgracia, las frecuentes visitas que el señor Perkins había hecho aquella mañana a la taberna de "La Rosa y la Corona", habían ensombrecido bastante sus facultades mentales.

—El hecho es, — comenzó el encargado de la casa, — que me parece que yo me confundí un poco. — Bajó los ojos ante la fiera mirada de la señora de rostro anguloso. — Por eso entregué al señor Mérton, aquí presente, una llave que no le correspondía. Le dí la llave del departamento 15 A. Y además, le dije a la señorita que estaba para alquilar el departamento 15 A. En cambio es el departamento 15 A, situado en el rellano del otro lado, el que va a dejar la señora de Ayling. Claro está que la señorita no iba a poder abrir con la llave que le envió la señora de Ayling, el departamento para el cual no era esa llave. Pero claro está que el señor pudo entrar porque tenía la llave que yo equivocadamente le había dado. Por eso estaban los dos dentro de un departamento dentro del cual no debían estar.

—Así es, efectivamente; en el departamento donde no debían estar, — afirmó la señora de Rayston.

—Yo creo que debo pedir disculpa por lo que ha pasado, — prosiguió el tambaleante señor Perkins. — He causado mucho mal y muchas molestias por un lado y por otro. Pues bien, el que no se quede con el departamento que va a dejar vacante la señora de Ayling puede alegrarse ante la noticia de que en el piso de arriba ha quedado desocupado otro departamento. El viejo señor que lo ocupa regresa a la India, y esta misma mañana me comunicó que desea dejar su departamento lo antes que le sea posible. Voy a bajar ahora mismo en busca de la llave. Mi deseo es ser agradable a todo el mundo, lamentando que una desdichada equivocación me haya hecho molestarles tanto.

—Vaya, pues, en busca de esa llave, señor Perkins, — le dijo muy rápidamente el señor Mérton.

El encargado desapareció al punto, descendiendo con rapidez por la ancha escalera.

—Creo, — dijo el señor Mérton a la señora de Royston, — que la situación ha quedado suficientemente aclarada gracias a todo esto.

—Hasta cierto punto, — dijo la dama. — Aún falta arreglar lo de la puerta astillada.

—Me comprometo a que esté enteramente como nueva lo más pronto que sea posible hacerla componer.

—Muchas gracias.

Hubo un momento de silencio. Los que estaban en el rellano de la escalera se miraron sin saber qué decir.

—Estoy pensando, — dijo luego la señorita Heath, — que yo debo visitar el departamento al que corresponde la llave que la señora Ayling me envió por correo.

—Cuando el señor Perkins regrese con la llave, visitaré el piso de arriba, — dijo Frank Mérton. — Pero supongo, señorita, que volveremos, probablemente, a vernos.

—Puede ser, — dijo la señorita Heath. Se sonrió y pensó, cosa extraordinaria, que aún era ella la niñita que le había llevado limonada y sandwiches y se había quedado largos ratos viéndole pescar.

—¡Que tengan ustedes muy buenos días! — dijo sonriendo placenteramente la señora de Rayston.

* * * *

Todo lo anterior sucedió hace como unos tres meses.

Y ayer el señor Perkins informaba a uno que deseaba alquilar un departamento en la casa donde él estaba de encargado y después de haber cambiado de propietario un billete de Banco, de que dentro de poco, una semana a lo más, habría un departamento disponible.

—Es el caso, — explicó el señor Perkins, — que el número 15 b, segundo piso, y el número 15a del primer piso, se van a casar y ya no necesitan más que un departamento, en vez de dos.

WILLIAM FREEMAN.

Entre amigos:

—Me han examinado el cerebro con los rayos X y no han encontrado nada.

—¡Ah! ¿Pero esperaban encontrar algo?

* * * *

Rufilanchas ha apostado con un amigo a que la inmensa mayoría de los hombres miente por cinco pesos.

Para probarlo, hace lo siguiente: Se dirige en la calle a cualquier transeunte, y le dice.

—Señor, me parece que se le ha caído a usted un papel de cinco pesos.

El señor se registra y exclama:

En efeto, me falta un papel de cinco.

—Entonces, haga el favor de decirme su nombre y darme las señas de su casa.

—¿Para qué?

—Porque estoy haciendo una estadística del dinero que se pierde por la calle. Parece imposible que se pierda tanto. De cincuenta personas quienes he preguntado lo que a usted, cuarenta y ocho habían perdido los cinco pesos.

Lo que hace el tabaco

DICE el "Boletín de la Asociación Francesa contra el abuso del tabaco", que esa planta produce en el hombre los siguientes desastrosos efectos:

"El tabaco debilita los nervios, y como consecuencia de esto produce una excitabidad malsana y peligrosa.

"El tabaco paraliza los sentidos del olfato y del gusto y daña la vista y el oído.

"El tabaco debilita la energía del espíritu y conduce a la desesperación.

"El tabaco impide el desarrollo de los jóvenes y disminuye su estatura.

"Cuando fuman los niños, se hacen ladrones de tabaco para satisfacer esta necesidad, y se acostumbran a mirar sin horror la adquisición de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

"El tabaco debilita la memoria y hasta llega a ser causa de la locura.

"El tabaco ataca el vigor físico y hace temblones a los que de él abusan.

"Las dentaduras se estropean con el tabaco, de tal manera que el algunos casos llegan a ser repugnantes.

"El tabaco envenena la sangre y debilita todos los órganos del hombre.

"Por el tabaco hace el hombre los mayores sacrificios y a veces se gasta en comprarlo sumas que debiera emplear en satisfacer las más apremiantes necesidades de su familia.

"El tabaco hace necesario el empleo de licores fuertes".

Por suerte todos estos terribles efectos del tabaco son tan lentos, que no es de creer que los enemigos del mismo adelanten gran cosa con la propaganda terrorífica que han emprendido.

Riendo se digiere bien

LOS médicos afirman que la digestión está sujeta a una doble acción: química la una y mecánica la otra.

Los alimentos impregnados de saliva van al estómago; este órgano los mezcla, moviéndolos en todas direcciones, convirtiéndolos en una pasta que, poco a poco, pasa a los intestinos. Esta pasta se convierte después en un líquido viscoso que, absorbido por unos canales finísimos, va a los pulmones para transformarse en sangre.

La mayor parte de las substancias que ingerimos se convierten en desperdicios, que se expulsan a las ocho o nueve horas, después de recorrer los intestinos, que miden siete veces la estatura de la persona.

El diafragma, un músculo ancho y aplanado que separa el vientre, se mueve a ambos lados de la respiración, y ese movimiento lo comunica al estómago, concurriendo a realizar la acción de los intestinos.

Si se respira con fuerza, crece el movimiento del diafragma, así como disminuye cuando respiramos suavemente. De modo que, cuando dormimos, nuestra respiración es tan débil que el diafragma casi no se mueve y la digestión se hace lentamente; mientras que, si reímos, respiramos con más actividad y, por tanto, se imprime al diafragma un aumento de actividad.

En consecuencia, el reír a carcajadas es de gran provecho para la digestión. Cada estallido de risa imprime un fuerte movimiento al diafragma y una gran sacudida al estómago, que obra a la par sobre la masa alimenticia que está elaborando.

Caprichos de la suerte

EN cierta ocasión, un joven aprendiz de sastre rodó por las escaleras de su casa y se partió un brazo. El joven se llamaba Abdon Hoffmann. El accidente le incapacitó para seguir ejerciendo su oficio. Cavilando, cavilando, se le ocurrió que podría trabajar todavía con los pies. Meses después presentaba a sus amigos una máquina para planchar trajes, movida con las extremidades inferiores.

Sus amigos no le hicieron caso, y hasta se burlaron de él. Pero él no se desanimó y siguió adelante con su invento, hasta que hubo perfeccionado su máquina, e imaginado otra que podría ser movida a vapor.

Con su máquina se planchaba un traje en la cuarta parte del tiempo necesario para hacerlo a mano. A pesar de todo, los compañeros de Hoffmann seguían tomando en broma su invento.

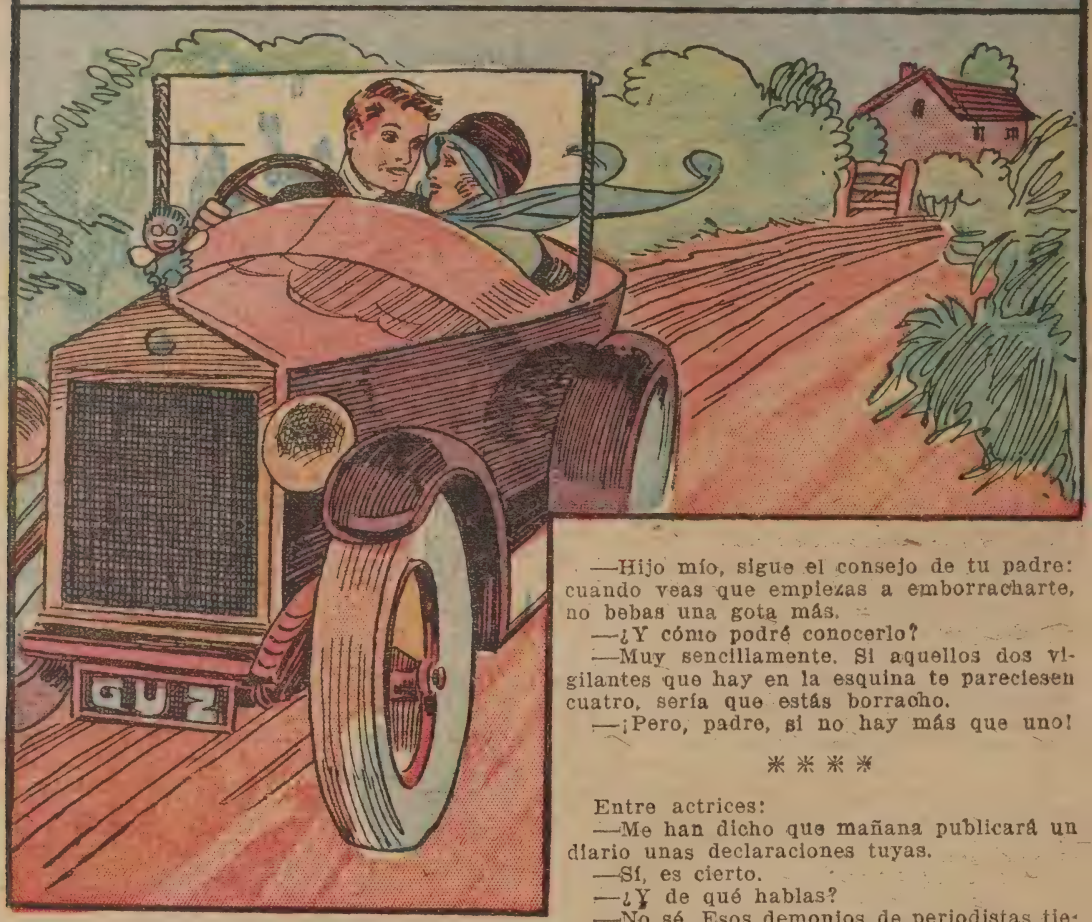
Actualmente, las máquinas para planchado mecánico se usan en el mundo entero. En quince años, la Compañía Hoffmann ha aumentado sus ingresos anuales desde 19.000 libras a 800.000.

El primero que expuso su traje a las contingencias de la máquina fué un corredor de seguros, atraído por un letrero que decía: "Se planchan trajes en el acto. — No hay que esperar más que unos minutos."

Entró en la tienda, se quitó el traje y se sentó a esperar. Su terror no tuvo límites al ver que su traje desaparecía por la boca de un extraño aparato, que se parecía a las fauces de un caimán.

Hoffmann logró tranquilizarlo, y el cliente se quedó tan satisfechofl que fué él quien adelantó el dinero para las primeras operaciones de la Compañía Hoffmann, que tanta riqueza y fama han producido para el un día modesto aprendiz de sastre.

"Bonbon Fin"



—¿Cuál es su ideal, hermosa Margarita?

—Un hombre que tenga bastante talento y habilidad para saber ganar mucho dinero y sea bastante tonto para dejar que yo me lo gaste.

* * * *

Un capitán manda a su asistente, que es un puntano muy pícaro y atrevido, que le traiga las zapatillas.

El soldado encuentra en la escalera a la esposa del capitán y a la sirvienta. Abraza primero a ésta y luego trata de hacer lo mismo con la capitana.

—¡Atrevido! — exclama la señora. — ¿Qué significa esto?

—Me lo ha mandado el capitán, y si, no, diga señora. — Se asoma al patio y grita: — Mi capitán, ¿una sola o las dos?

—¡Las dos, imbécil! — contesta el capitán.

—¿Lo vé señora capitana? — dice el pícaro.

—Hijo mío, sigue el consejo de tu padre: cuando veas que empiezas a emborracharte, no bebas una gota más.

—¿Y cómo podré conocerlo?

—Muy sencillamente. Si aquellos dos vigilantes que hay en la esquina te pareciesen cuatro, sería que estás borracho.

—¡Pero, padre, si no hay más que uno!

* * * *

Entre actrices:

—Me han dicho que mañana publicará un diario unas declaraciones tuyas.

—Sí, es cierto.

—¿Y de qué hablas?

—No sé. Esos demonios de periodistas tienen tan mala letra que, aunque me han enviado el original, no he podido entender nada de lo que digo.

* * * *

—Señora, — dijo el médico, — su esposo necesita descanso. Debe ir a pasar lo menos tres meses en Córdoba.

—Muy bien, — exclama ella. — A mí me gusta mucho Córdoba.

—Bien. Si le gusta Córdoba vaya y pase tres meses allí cuando su esposo haya regresado. Así tendrá seis meses de descanso.

* * * *

El secretario lee la sentencia, que condena a presidio, por tiempo indeterminado al reo.

—Prefiero la muerte, — exclama el condenado.

—El juez: — Suplico al procesado que tenga la bondad de moderar sus aspiraciones.

EL MATADOR DE SIETE HOMBRES

POR BOYD CABLE

UNA INTERESANTE NARRACION DE LOS MARES DEL SUR

EL día llegaba a su punto más caluroso y Tommy Houston, uno de los dos comerciantes blancos de Falea, se hallaba sentado a la sombra observando a los nativos trabajar lenta y descansadamente en los cocoteros, cuando llegó corriendo un muchacho procedente de la aldea, con la noticia de que se hallaba a la vista una canoa, la que se dirigía hacia la playa.

Tommy inclinó la cabeza sin responder, preguntándose quienes serían los visitantes; a poco, otro mensajero llegó con la noticia de que de la canoa habían desembarcado ocho hombres, todo armados con flechas y gruesos garrotes y tres de ellos con rifles. Al escuchar este mensaje, Tommy Houston se puso de pie, frunciendo el entrecejo y preguntándose quienes eran los tales visitantes.

El número de estos era muy corto para tratarse de una partida guerrera; pero era extraño que los hombres hubieran llegado armados; pero, de cualquier modo, era mejor que él regresara a la aldea, a entrevistarse con los extraños. En la aldea, sólo habían quedado las mujeres, ya que los hombres durantes varios días, se hallaban trabajando en los plantíos de cocoteros.

Un grupo de hombres como el recién llegado, pues no era probable que se atreviera a escandalizar la aldea, sabiendo que, a poca distancia de allí había numerosos hombres, todos fuertes y aguerridos. Pero, al mismo tiempo, es muy difícil seguir el proceso mental de los nativos; y, en ausencia de los habitantes de la aldea algunos de estos guerreros podían sentirse tentados de hacer alguna travesura.

Tommy, pues, un tanto de mala gana, se disponía a regresar a la aldea bajo el sol abrasador cuando llegó a sus oídos un rumor que lo hizo ponerse de pie de un salto. Era el característico "tat-tut" del Mauser, sonando a distancia; y el único Mauser que había en toda la isla era el que se hallaba encerrado, bajo llave, en su propia cabaña, a menos que los extraños tuvieran uno.

Pero, sea de quien fuera el arma, ese disparo sólo tenía un significado: desórden. Ordenando, pues, rápidamente, a sus hombres, que habían comenzado a rodearlo, nerviosos.

se lanzó a toda carrera en dirección a la aldea. Un momento después, una mujer apareció corriendo por entre los árboles, y agitando los brazos al verlo á Tommy y a sus operarios.

Rápidamente los informó de lo que acontecía, deteniéndose frecuentemente para respirar. Los desconocidos habíanse apoderado del bote grande, hiriendo a flechazos a algunas de las mujeres que intentaron oponerse; y aún en esos momentos se hallaban intentando forzar la entrada del depósito y pillando la cabaña que servía de residencia a Tommy y su socio. Al oír lo cual Tommy continuó su carrera con mayor velocidad que antes, si cabe, seguido de sus hombres.

Corrió en dirección del punto más cercano de la playa, apareciendo sobre las arenas en medio de sus negros a un cuarto de milla, más o menos, de la aldea. Al correr por sobre las duras arenas, vieron un grupo de negros que se embarcaba en el bote, mientras otros tres venían corriendo a unirse a ellos, desde la cabaña de los dos blancos, que se hallaba un tanto apartada de la aldea negra, en medio de los árboles.

Las mujeres de la aldea se hallaban, gritando, en la playa, algunas de ellas colocadas entre la canoa y los negros que corrían. Y si bien se apartaban chillando al verlos llegar, una de ellas cayó herida por uno de los pesados garrotes de los asaltantes y otra por un flechazo disparado sin dejar de correr el tirador.

El bote se hallaba a flote ya; y los tres negros, saltando en el agua corrían hacia él, cuando Tommy Houston, comprendiendo que la embarcación escaparía antes de que él y sus hombres le dieran alcance, se detuvo bruscamente, sacó el revólver de la pistolera y comenzó a disparar contra el bote. Era tiro a larga distancia, aquel; pero por lo menos uno de los disparos hizo efecto, pues uno de los negros que huían cayó en el agua, luchando por alcanzar al bote. Pero el bote, sin embargo, no lo esperó.

Los otros hombres que se hallaban a bordo ya, los remos se movían con frenética velocidad, tratando de poner al bote fuera del alcance de las balas de Tommy. Este, llevando el revólver descargado en su mano, corría detrás de sus hombres, que se habían apartado, pero continuaban corriendo. Desde la aldea las mujeres corrían al encuentro de ellos, trayendo armas a sus hombres; y el breve alto permitió a Tommy ordenar a sus hombres, a gritos, de no matar al herido; de traérselo vivo.

Es dudoso que los negros, en el primer acceso de su rabia, hubieran dado oídos a esta orden; pero, al llegar a la playa, el herido, que había comenzado a nadar tratando de alcanzar el bote que huía había alcanzado ya aguas más profundas. Tommy, pues, tuvo tiempo de llegar y repetir la orden a la media docena de hombres que se habían lanzado al agua en persecución del abandonado y herido asaltante, orden que fué apoyada por los nativos que gritaban a voz en cuello que no se le matara, todavía; que lo trajeran vivo a tierra, a fin de que allí muriera después, lentamente.

Tommy se encaró con el jefe, al que aferró por un brazo, repitiendo enfáticamente que, por lo contrario, debía ser traído vivo a ue, por lo contrario, debía ser traído vivo a su presencia, a fin de que él pudiera interrogarlo, con el fin de averiguar de dónde habían llegado los desconocidos asaltantes. Dió orden de que fueran botadas al agua las canoas y que aquellos que debían tripularlas vinieran a él por rifles, y corrió hacia el depósito, lo abrió, para sacar de allí las armas y municiones con que preparar la persecución.

Una verdadera multitud de mujeres lo siguió, todas ellas chillando y gritando en forma tal, que le era imposible colegir absolutamente nada de lo que ellas querían explicar; hasta que el jefe, que vino corriendo, puso en su conocimiento el primer obstáculo que se presentaba a la practicabilidad de su plan. Todas las canoas de la playa habían sido destrozadas algunas agujereadas otras, astilladas las de más allá, imposibilitándolas en esta forma para ser usadas. No se podía pensar, siquiera, en una reparación de inmediato.

Durante los momentos que habían transcurrido, la ira de Tommy Houston había comenzado a subir de punto; pero esa última noticia la había llevado al colmo. Lanzó los rifles y municiones a sus hombres, empuñó el suyo propio, y, a todo correr se les adelantó hasta la orilla del mar.

El bote de los asaltantes se hallaba ahora a casi media milla de distancia de la playa; pero Tommy y sus negros abrieron sobre él un fuego nutrido, a larga distancia, en la esperanza de causarle, así y todo, algún daño. Pero pronto comprendió la inutilidad de su esfuerzo, pues las balas caían cerca del bote, ya sin fuerzas. Hizo, pues, detener el fuego a fin de evitar un desperdicio inútil de municiones, ordenando sus hombres que revisaran de nuevo, cuidadosamente, las canoas, a fin de hallar, si fuera posible, una sola que pudiera ser usada en la persecución.

El personalmente, mientras los negros cumplían su orden, se dedicó a tirar contra la canoa fugitiva con mayor cuidado. Poseía un rifle capaz de dar en el blanco y aún matar a una milla de distancia, equipado con mira telescópica, que permitía hacer blancos maravillosamente justos a cualquier distancia hasta mil yardas. Pero la larga carrera, la nerviosidad y su propia cólera le hacían temblar el pulso. Con todo, al ver que algunas de sus balas no caían en el agua supuso que habrían tocado al bote; pero nada había que le diera la seguridad de la corrección de esta conjetura.

Cesó, pues, el fuego, yendo a examinar él mismo los botes; y, una vez que se hubo convencido de que no era posible usar ninguno de ellos, por lo menos de inmediato, se dirigió hacia el sitio donde había sido llevado, — con muy pocas cortesías, por cierto, — el prisionaro, que se hallaba rodeado por una turba de mujeres encolerizadas.

El negro tenía la pierna herida en forma bastante grave; tanto, que Tommy concluyó que tal herida debía haber sido hecha, más bien que directamente por una bala, por alguna roca en el agua o la playa. Le fué com-

pletamente imposible sacarle al prisionero una sola palabra, limitándose tan sólo a lanzarle miradas de desafío tanto a él como al corro de negros y negras que lo rodeaba. Aún bajo la amenaza de la punta afilada de una flecha guardó el prisionero su silencio. Ordenó, pues, Tommy, que el prisionero fuera custodiado y puesto en seguridad, y se volvió a consultar al jefe de la tribu negra y examinar la posición en que se hallaban.

El jefe, teniendo en cuenta la apariencia del prisionero, y algunas frases que las mujeres habían oído de las conversaciones de los asaltantes, que la canoa que a éstos había traído había venido de un grupo de islas situadas a una distancia de unas trescientas millas, más o menos, islas éstas que eran gobernadas por un jefe poseedor de una poco envidiable reputación, y pobladas por nativos de carácter belicoso muy aficionados a efectuar "raids" por las islas vecinas.

Pero, como era imposible suponer que tan sólo una canoa tripulada por ocho hombres hubiera intentado efectuar un "raid" de tal naturaleza, especialmente contra un puesto comercial propiedad de dos hombres blancos y apoyados por numerosos nativos, todos ellos buenos guerreros, lo más lógico era suponer que esa canoa formaba parte de alguna expedición guerrera más numerosa, de la cual habríase visto separada por alguna tormenta.

Esa creencia fué corroborada por las declaraciones de las mujeres que se hallaban en la playa cuando la canoa en que los asaltantes habían arribado llegó; según esas declaraciones, la canoa no contenía absolutamente nada que hubiérase podido tomar por alimentos y provisiones. Además, de esas mismas declaraciones se podía colegir que el plan de ataque y pillaje había sido formado en el momento, al descubrir la ausencia de los hombres de la aldea.

Tommy Houston hallábase iracundo ante lo humillante de su situación. Era bastante malo que tan sólo ocho miserables hubieran tenido la audacia de atacar la aldea en que se hallaba su puesto comercial; pero era como para volverse loco de ira el pensar que escaparan sin ser castigados.

Habían inutilizado las canoas; habían dado muerte a dos mujeres y herido a media docena más, algunas de ellas gravemente; habían tratado de forzar la entrada a la cabaña que servía de depósito, la que, afortunadamente, había resistido sus esfuerzos, hallándose construído, como estaba, de piedra, arena y barro con una pesada puerta y bien defendidas ventanas; habían asaltado y pillado la cabaña que servía de residencia a los dos blancos, llevándose un rifle, una caja de municiones, dos espejos para afeitar, una lámpara de bronce, tachos de cocina, cuchillos y tenedores y otros objetos por el estilo, y, finalmente, habían robado el único bote que quedaba en la isla.

El socio de Tommy se hallaba de viaje, en la embarcación de vapor, por las otras islas, comprando copra a los nativos, habiéndose llevado también el otro bote, no debiendo hallarse de regreso hasta dentro, más o menos, de una quincena. Todo, pues, parecíale a Tommy un verdadero jaque mate; y tanto más rabioso se ponía cuanto más se convencía de que esto era, efectivamente, así. Y tan iracundo se hallaba, que se decidió a poner en práctica un plan que, de haberlo reflexionado, lo habría abandonado, a no ser por su repugnancia de retroceder a la vista de sus hombres.

La nueva inspección que se hizo de las canoas reveló que una de ellas, muy pequeña, noas reveló que una de ellas, muy pequeña, bre solo, había sido dejada intacta por los asaltantes. Tommy ordenó que fuera botada al agua y que fueran colocados en ella provisiones y agua; y hecho que fué esto, Tommy embarcó en ella, provisto de su rifle de mira telescópica, de su revólver y cantidad suficiente de municiones.

El jefe de la tribu intentó disuadir a Tommy de lo que, aún para ellos, parecía ser una locura sin nombre; seguir solo, sin ayuda alguna, en tan frágil embarcación, a un bote tripulado por siete hombres armados de rifles y flechas. Pero Tommy no quiso desistir de su idea; ordenó al jefe que se reparara con todo urgencia el bote menos dañado y que tan pronto fuera posible, se le enviara en su seguimiento, bien tripulado y armado. Y con estas últimas instrucciones, partió.

Su plan, si bien a primera vista parecía una locura, bin considerado no lo era tanto como para hallarse más allá de las posibilidades de éxito. Los remos y velas del bote robado por los asaltantes se hallaban guardados bajo llave en la cabaña depósito, de manera que los asaltantes habían tenido que depender de los remos cortos de su propia canoa.

Un bote de las dimensiones del robado, pues, es difícil y lento para ser movido por tal fuerza; y Tommy calculaba que su pequeña canoa de pesca era lo suficientemente liviana para ser manejada y empujada a mucho mayor velocidad que la que el bote robado podía obtener aún cuando se hallara empleando mayores fuerzas.

Hallándose detrás del bote, pues, podía hallarse en posición de forzar o evitar el combate, según le pareciera mejor; acercarse para poder luchar con el mínimo de riesgos; tirar y retroceder de nuevo para ponerse fuera de tiro. Se puso, pues, a remar continuamente, navegando detrás del bote que, ya no era otra cosa que un punto en el horizonte.

Poco a poco les fué dando alcance y aún con mayor facilidad después de algún tiempo, pues los negros asaltantes, al observar que era tan sólo un hombre embarcado en frágil embarcación el que los perseguía, remaban sin apresuramiento; y hasta se detuvieron, de vez en cuando, para permitirse que se acercara. Tommy, pues, llegó hasta unas quinientas yardas de distancia de sus perseguidos, cesó de remar, tomó un trago de agua, se acostó boca abajo en el fondo de la canoa, y apuntó con todo cuidado al timonel del bote robado, que se hallaba a popa, mirando en dirección de la diminuta canoa.

Disparó, y vió a su blanco dar un salto, tambalear, tratar de recobrar el equilibrio y caer en el fondo del bote. Sobre las aguas elevóse un grito de rabia y, de inmediato,

(Continúa en la pág. 51)

EL OSITO PRUEBA SU FUERZA

INDICACIONES PARA ARMARLO

SE empieza por pegarlo todo en un cartón y ee deja secar bien. Se recortan todas las piezas y se abren todas las ranuras. Se toma el osito y se mete el extremo de la barra por la hendija B por el lado de delante. Después se coloca el sitio 2 en el número 1 y se aseguran con un broche. Luego se mete el payasito con la caja de bombones por la hendija A, del lado de atrás. Lo único que falta es pegar el letrero "¡Adelante!" en el espacio marcado con líneas de puntos, se coloca el sitio 4 trás del sitio 3 y se sujetan con un broche y el modelo queda completo. Para que funcione hace falta mover la palanca de uno a otro lado. Y verán cómo, al dar el golpe, el osito recibe inmediatamente el valioso premio.

oyó el "crak crak" de los disparos de rifle y el silbido de las balas al pasar por cobre su cabeza. La mayoría de las balas así disparadas por sus perseguidos pasaron a larga distancia o muy por encima del bote; tan sólo dos de ellas cayeron al agua cerca de la canoa. Tommy tomó de nuevo cuidadosa puntería, disparó y vió a su nuevo blanco saltar y caer también.

En el bote perseguido hubo una conmoción ante el nuvo blanco. Cayeron los cortos remos al agua, comenzando a remar enérgicamente; la proa comenzó a moverse pesadamente, y el bote comenzó a avanzar hacia la pequeña canoa. Durante esta maniobra Tommy envió otra bala a la tripulación negra del bote y luego, abandonando el rifle, tomó de nuevo el remo comenzando a remar furiosamente.

Comprendía que este era el momento de crisis de la lucha. Si el bote podía, con su mayor número de brazos a los remos, sacarle ventaja, los salvajes estarían en un momento a su lado; y, aún cuando, debido a la facilidad de maniobra de su pequeña embarcación, pudiera evitar que ellos llegaran a echarle mano, no podría impedir que lo hirieran de un balazo o con un flecha disparada a corta distancia.

Remó, pues, con toda la velocidad que le era posible, en dirección a la isla, mirando continuamente hacia atrás, tratando de apreciar si sus perseguidores ganaban o no terreno. Los disparos que partían del perseguido convertido ahora en perseguidor se sucedían unos a otros, pasando las balas silbando por sobre su cabeza o levantando columnas de agua a los lados de la frágil canoa. Pero, repentinamente, el fuego cesó, apoderándose todos los brazos libres de remos.

Durante un tiempo la persecución permaneció en la duda. La distancia se mantenía siempre la misma. El bote robado era muy pesado, es cierto; pero sus tripulantes eran fuertes y mucho más expertos con el remo de lo que Tommy podía ser. Apretando los dientes, pues, Tommy acrecentó el compás de su remo, sin mirar durante algunos minutos para atrás.

Pero, cuando, al cabo, lo hizo, lanzó un suspiro de alivio. En la corta carrera, había ganado, por lo menos, unas cien yardas. Sus perseguidores llegaron, evidentemente, a la misma conclusión, por que cesaron de remar. Después de una nerviosa conversación, volvieron de nuevo la popa, reanudando su interrumpida fuga, dejando que un par de hombres, a popa, dispararan de vez en cuando contra el pequeño bote.

De estos disparos Tommy no se cuidaba seriamente, si bien una que otra bala, dando en el agua cerca del bote, o llegando hasta levantar algunas astillas de la borda, le recordaba, de vez en cuando, que una bala perdida podía ser tan mortal como la mejor dirigida. Ya sabía que, si llegaba a ser herido, aún cuando lo fuera levemente, no dejaría de ser alcanzado tarde o temprano.

Con un par de golpes de remo hizo virar su canoa, reanudando su persecución del bote. Diez minutos después, habiendo recobrado la distancia perdida, dejó de nuevo el remo a un lado y comenzó el fuego una vez más con toda calma.

Disparó cinco veces contra el bote; y habiendo visto que sólo una de sus balas cayó al agua levantando una pequeña columna de espuma, se sintió satisfecho de que sus otras cuatro habían tocado el blanco. Ta sólo cuatro hombres remaban ahora.

Tomó de nuevo el remo, comenzando a reducir la distancia que lo separaba de sus perseguidos, cosa que fué fécil si se tiene en cuenta que el número de remeros del bote fugitivo había quedado reducido. Y esta vez reabrió el fuego al hallarse a unas cuatrocientas yardas de distancia.

Era Tommy un buen tirador; y poseyendo un rifle de trayectoria recta y de mira telescópica, solo muy difícil podía errar el blanco, especialmente si se tiene en cuenta que los negros, para poder usar sus remos con alguna utilidad, tenían que remar sentados en los bancos sacando por lo menos la mitad del cuerpo fuera del bote. Mientras que él, sacando tan sólo la cabeza, acostado boca abajo en el fondo del bote, presentaba un blanco bastante difícil para un tirador de buena puntería, cuanto más para los negros, malos tiradores como eran. Tommy Houston, sonriendo para sí, comenzó a pensar que, en esta clase de lucha, tenía muchas probabilidades de salir ganando.

La lucha continuó así durante todas las horas de la tarde. Los negros ensayaron todas las tretas imaginables para escapar a los mortales tiros que les herían contínua y metódicamente. Remaban con todas sus fuerzas, acompañándolos el acompasado silbido de las balas del implacable perseguidor; intentaron volverse y acercarse a su perseguidor, pero sin conseguirlo. Finalmente decidieron esperar a que cayera la noche, para así tener oportunidad de escapar, lo que hicieron escondiéndose en el fondo del bote.

Tommy, en llegando la lucha a este punto, remó hasta colocar su canoa a unas doscientas yardas del bote perseguido; se puso en pié en su pequeña embarcación, y comenzó a enviar una bala detrás de otra dentro del bote, tan junto a la línea de flotación que le era posible, sabiendo que las balas pasarían la madera de lado a lado, fácilmente. En consecuencia, hallándose él de pié, las balas tendrían una trayectoria ligeramente inclinada, con lo cual o bien pasaban muy cerca de los hombres acurrucados en el fondo del bote o llegaban a ellos.

Que su plan tuvo el resultado apetecido, lo demostró claramente el hecho de que los negros, repentinamente, se levantaran, tomaran los remos y comenzaran a remar furiosamente, tan sólo tres hombres ahora a ese trabajo, tratando de acercarse a él de nuevo, mientras otros dos hombres disparaban.

Con tres remeros solamente, fuéle fácil a Tommy acrecentar rápidamente la distancia que lo separaba de sus perseguidores; y llegado que hubo a colocarse a una distancia de unas cuatrocientas yardas tomó de nuevo su rifle y volvió a obligar a los negros a refugiarse en el fondo del bote robado. Lo único que les quedaba por hacer era rendirse, lo que hicieron.

Tommy, desde donde se hallaba, les hizo señas que se dirigieran hacia la isla, lo que comenzaron a hacer lentamente, retrocediendo Tommy en su canoa, para dejarlos pasar lejos. Hizo bien en hacerlo así, pues que los negros, cuando se hallaron en el punto más cercano a él cesaron repentinamente, de remar; reanudaron sus gestos y señales de rendición y luego, de golpe, lanzaron contra él una verdadera lluvia de balas y flechas.

Dos de las balas dieron en la madera de la canoa y una de las flechas le rozó el hombro a Tommy, al mismo tiempo que este, disparando contra el flechero, lo hería, haciéndolo trastabillar y caer.

Tommy remó, aumentando la distancia, y se dedicó durante un tiempo a tajar cruces con su cuchillo en las puntas de sus balas. Hecho lo cual comenzó de nuevo a disparar, metódicamente, contra la línea de flotación del inmóvil bote de los negros, desde una distancia de unas ciento cincuenta yardas. Las balas con las puntas así destrozadas, al chocar contra la madera la astillaba, abriendo grandes agujeros por los cuales era posible casi meter la mano. Y Tommy sabía bien que se partirían y se esparcirían dentro del bote, así como una nube de astillas que arrancarían a la madera.

Hasta el caer de la noche continuó ininterrumpidamente en esa forma, sin que los negros sacaran aún mismo la nariz. Antes de salir la luna había suficiente luz de estrellas y reflejos en el mar como para permitirle ver la masa negra del bote enemigo a distancia. Esperó hasta que la luna salió, pudiendo entonces ver que tan solo un nombre remaba ahora. Después de una media docena de disparos, este único remero también desapareció, herido o asustado, de vista; y durante todo el resto de la noche no se hizo ni la menor tentativa para continuar remando.

Cuando el sol salió, vió Tommy que la brisa o la corriente habían impulsado al bote un tanto hacia la isla, las copas de cuyos árboles eran fácilmente visibles. En el bote robado, ni la menor señal de vida. Y Tommy, con el rifle a sus pies y el revólver preparado en sus manos, comenzó a remar muy lentamente y con cautela hacia el bote.

Yarda a yarda su pequeña canoa avanzaba sin que en el bote se notara el menor movimiento. Veinte yardas más y tomó el revólver con la mano derecha, pasando el remo a la izquierda; y, un "stroke" por vez, reanudó el avance. Se hallaba a unos veinte pies cuando una cabeza negra asomó, cautelosamente, para mirar por sobre la borda.

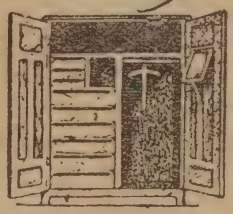
Oyó el grito de sorpresa que lanzó el negro; lo vió abalanzarse para tomar arco y flecha. Disparó y lo vió caer de espaldas, sobre la borda, brotándole borbotones de sangre de la garganta. Otro negro se asomó rápidamente y Tommy, sin darle tiempo para el menor movimiento, disparó, dando en el blanco de nuevo.

Después de esto, reinó el silencio y la inmovilidad más completa. Volvió a Tommy a cargar las dos recámaras de su revólver, y gritó que aquellos que quisieran salvar la vida se levantaran con la espalda vuelta hacia él; pero nadie aceptó la invitación, visto lo cual por Tommy continuó acercándose poco a poco hasta que, poniéndose de pie en su canoa, podía ver el interior del bote robado. En verdad que el interior del bote parecía un verdadero matadero; todo sucio y salpicado de sangre como si ésta hubiera sido arrojada allí dentro en baldes llenos. Los hombres yacían, acurrucados, tan abajo de la línea de flotación como les era posible, heridos; las maderas del bote se hallaban astilladas en todas direcciones por las balas cortadas.

El flechero que Tommy había herido último yacía donde había caído, con la cabeza colgando por sobre la borda y la sangre manándole aún de la herida del cuello. A popa, otro negro yacía, mirando con los ojos muy abiertos, brotándole sangre de una herida redonda en el pecho.

Tommy, aferrado con una mano a la

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIAL



Precio reclame desde $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas

Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

borda del bote, sosteniendo en la otra el revólver pronto, lanzó una orden; y al ver que ni un solo hombre se movía, disparó dos veces al aire. Uno de los heridos se movió, débilmente; otro, con un esfuerzo, intentó apoyarse sobre el codo, pero, falto de fuerzas, rodó de nuevo al fondo del bote.

Con movimientos cautelosos, siempre pronto el revólver para ser usado instantáneamente, Tommy investigó. Halló tres hombres muertos en el fondo del bote robado, y los otros cuatro gravemente heridos. Todos ellos presentaban varias heridas, desde media docena hasta veinte, lo que no es extraño, si se tiene en cuenta que Tommy había disparado más de cien tiros contra el bote, y muchas de estas balas con la punta partida en cruz.

Comenzó Tommy a remar en dirección a la isla, trabajo éste que el llevó cerca de medio día. Ya cerca de ella encontró en su camino una canoa en la que venía el jefe acompañado del doble de hombres de lo que hubiera sido lógico, teniendo en cuenta la capacidad de la débil navecilla, hombres (tos que remaban furiosamente.

Ya puestos en contacto el bote robado con el de auxilio, los negros de este último, que habían supuesto al blanco persiguiendo una inútil venganza, examinaron el contenido del bote con estupor mezcla de supersticioso respeto, para luego remolcarlo a tierra chillando y vociferando triunfalmente.

—Fué un caso muy sencillo, — explicaba Tommy a su socio, algunos días después. — Y no podía fracasar mientras tuviera en las manos el látigo y pudiera mantenerme tirando desde lejos. Pero el contenido de aquel bote era, en verdad, algo repugnante. Y nuestros amigos los negros, al llegar allí, no sabiendo cómo había yo hecho eso, supongo que creyeron que lo había tomado al abordaje.

—Sea como sea, — respondióle su socio, — te has granjeado una reputación entre los nativos que te durará por mucho tiempo.

En efecto; este hecho le valió a Tommy una grán reputación entre sus negros, y un sobrenombre en lengua nativa, sobrenombre que, libremente traducido, quería decir: "El Matador de Siete".

Reputación que corrió y se esparció por las otras islas cuando la lancha de vapor de los comerciantes blancos llevó al prisionero de la pierna herida, que le quedó inútil para toda su vida, a una isla cerca de la suya, en donde fué dejado con una pequeña canoa y provisiones para una semana, con una buena relación para hacer a sus amigos y connacionales, a la vez que advertirles que el matador de siete se hallaba dispuesto a hacer lo mismo con cualquiera que intentara asaltar sus posiciones. Y, en apoyo de su relación, llevó a sus amigos un atado conteniendo siete cabezas secas.

BOYD CABLE.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . „ 4.50
1 año . . . „ 9.—

Las vacaciones y los delantales infantiles

El delantal tiene gran importancia en la vestimenta infantil, más aun durante la época de vacaciones, pues con los grandes calores todo el mundo se acobarda ante la idea de "vestirse", y los niños principalmente. Con sus constantes corridas, sus juegos y traqueteo, sufren más si es posible, el terrible calor.

Tan bonitos como prácticos, los deliciosos delantales representan una comodidad innegable para todas las mamás.

Los delantalcitos de los chicos, ya sea en brin, en vichy o en cretona, pueden resultar elegantísimos bordándolos con originales motivos, como los que publicamos en esta página, por ejemplo, se ve un delantalcito cuyo bordado reproduce, a punto passé, el vuelo de las multicolores mariposas, y cuya orla y borde de las mangas está ribeteado por un galón de color verde crudo, salpicado de florecitas violetas y amarillas.

Otro delantal, de brin azul, lleva, bordado al punto de tallo, un molino y un burrito que arrastra una carreta cargada con bolsas de harina. Este encantador motivo, debe ser bordado con colores fuertes, como por ejemplo rojo vivo para el techo del molino, ocre para las paredes, marrón claro para las aspas y la escalera, y marrón obscuro para el burrito, verde para la carreta y verde un poco más claro para el pasto, encarnado fuerte para las amapolas y un poco de blanco para las bolsas de harina. Todos los contornos del dibujo están rodeados por un punto de tallo negro y un punto festón también negro, orilla el delantalcito.

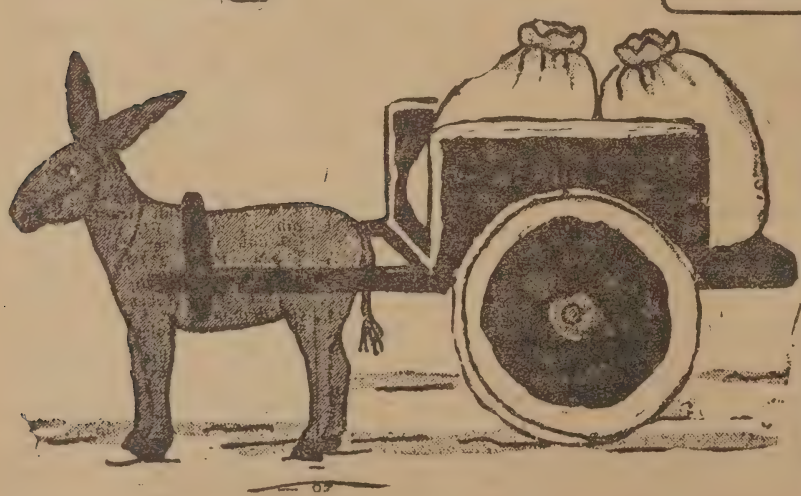
Esta interesante nota para el hogar ha sido publicada en las páginas femeninas que

EL DIARIO

4a. edicición

publica todos los jueves.

Compre todas las tardes EL DIARIO



Si quiere recibir el número del próximo jueves, envíe el cupón que aparece en la página 75 de este ejemplar.

UNA OBRA MAESTRA

HERODIAS

POR GUSTAVE FLAUBERT

(Traducción del francés)

Constituye una admirable reconstrucción del ambiente de la época histórica en que se desarrollan los interesantísimos sucesos de esta narración, esta novela corta considerada como una de las obras más perfectas de su famoso autor.

I

LA ciudad de Machaerus se alzaba al oriente del Mar Muerto, sobre un pico de basalto en forma de cono. Cuatro valles profundos la rodeaban: dos hacia los costados uno enfrente, el cuarto a la espalda. Las casas amontonábanse contra su base, dentro del círculo de un muro que ondulaba siguiendo las desigualdades del terreno; y por un camino en zig zag, tallado en la roca, uníase la ciudad a la fortaleza, cuyas murallas altas, de ciento veinte codos, ofrecían numerosos ángulos, almenas en los bordes, y aquí y allá torres que eran como florones de esta corona de piedra, suspendida sobre el abismo.

Dentro estaba el palacio, ornado de pórticos y cubierto por una terreza con su balaustrada de madera de sicomoro, donde se erguían los mástiles para un velarium.

Una mañana, al rayar el día, vino el Tetrarca Herodes-Antipas a mirar desde allí.

Las montañas, dominadas desde aquella altura, empezaban a descubrir sus crestas, mientras que su masa hasta el fondo de los abismos, estaba todavía envuelta en sombra. Flotaba una niebla, que se desgarró, y aparecieron los contornos del Mar Muerto. El alba, levantándose detrás de Machaerus, apuntaba un resplandor rojizo. Pronto iluminó la arena de la playa, las colinas, el desierto, y a lo leios todos los montes de la Judea, que inclinaban sus grises y peladas laderas. Engaddi, en medio, trazaba una barrera negra; Hebrón, allá en el fondo, rematando en cúpula; Esquél, con sus granados; Sorek, el de las viñas, carmen de campos de azucena, y la torre Antonia, desde su cubo monstruoso, dominando Jerusalén.

El Tetrarca volvió los ojos para contemplar a la derecha las palmeras de Jericó, y pensó en las otras ciudades de su Galilea: Cafarnaum, Endor, Nazaret, Tiberiades, adonde acaso no volviera ya nunca. Corría mientras tanto, el Jordán por la llanura árida, todo blanco y resplandeciente como una sábana de nieve. El lago, ahora, parecía de lápizlázuli, y en la punta meridional del lado del Yemen, Antipas distinguió lo que no hubiera querido ver. Tiendas sombrías, desparramadas, hombres con lanzas circulando entre los caballos y muchas hogueras mortecinas, pero brillando todavía como estrellas a ras del suelo.

Eran las tropas del rey de los árabes, cuya hija había repudiado él por tomar a Herodías, casada con uno de sus hermanos que vivía en Italia, libre de la ambición del poder.

Esperaba Antipas socorro de los romanos. Y como Vitello, gobernador de la Siria, tardara en aparecer, se consumía de inquietud.

¿Sería que Agripa le hubiera minado el terreno en Roma? Filipo, su tercer hermano, que mandaba en Batania, preparaba sus ejércitos clandestinamente. Como los judíos

rechazaban ya sus costumbres idólatras, muy distintos de los primeros tiempos de su dominación, vacilaba entre dos planes: amansar a los árabes o ajustar una alianza con los parthos; y so pretexto de festejar su cumpleaños, había convidado a un gran festín para aquel mismo día a los jefes de sus tropas, a los administradores de sus campos y a los principales de Galilea.

Registró con mirada perpicaz todos los caminos. Estaban desiertos. Volaban las águilas sobre su cabeza, los soldados dormían junto a las paredes, a lo largo de la muralla. Nadie se movía en el castillo.

De repente, una voz lejana, como escapada de las profundidades de la tierra, hizo palidecer al Tetrarca. Inclinóse para escucharla; pero ya se había extinguido. Volvió a empezar, y entonces, dando una palmada gritó:

—¡Mannaei!, ¡Mannaei!

Se presentó un hombre desnudo hasta la cintura, como las masajistas de los baños Era muy alto, viejo, descarnado, y llevaba sobre los muslos un cuchillo en su vaina de bronce. La cabellera, levantada por medio de una peina, exageraba la anchura de su frente. Cierta somnolencia le apagaba los ojos, pero sus dientes relucían, y los dedos de sus pies posábanse ligeramente sobre las losas, teniendo todo su cuerpo la agilidad de un mono, y su rostro la impasibilidad de una momia.

—¿Dónde está aquél? — preguntó el Tetrarca.

Mannaei respondió indicando con su pulgar un objeto detrás de ellos.

—¡Allí! ¡Siempre allí !

—Me había parecido oirle.

Y cuando Antipas hubo respirado hondamente, se informó de Iookanann, el mismo que los latinos llaman San Juan Bautista. ¿Se había vuelto a ver a aquellos dos hombres admitidos por indulgencia en su calabozo el mes pasado, y se había averiguado desde entonces a qué vinieron?

Mannaei replicó:

—Han cruzado con él palabras misteriosas, como hacen los ladrones por la noche en las encrucijadas de los caminos. En seguida salieron para la Galilea alta, anunciando que llevaban una buena nueva.

Antipas bajó la cabeza; luego, con expresión de espanto:

—¡Guárdale, guárdale, — dijo, — y no dejes entrar a nadie! ¡Cierra bien la puerta! ¡Cubre el foso! ¡Ni siquiera deben sospechar que vive!

Sin haber recibido esas órdenes, Mannaei las cumplía, porque Iaokanann era judío y él execraba a los judíos como todos los samaritanos.

Su templo de Garizín, elgido por Moisés para ser el centro de Israel, no existía ya desde el rey Hyrcan; y el de Jerusalén los encendía de furor ,como un ultraje y una injusticia permanentes. Mannaei se había introducido allí con objeto de profanar el altar con huesos de muertos. Sus compañeros, menos rápidos, habían sido decapitados.

Mannaei le divisaba en la separación de dos colinas. El sol hacía respladecer sus murallas de mármol blanco y las hojas de oro de su techumbre. Era como una montaña luminosa: algo sobrehumano que lo aplastaba todo por su opulencia y su soberbia.

Entonces extendió el brazo del lado de Sión, y con el cuerpo rígido, la cara vuelta hacia atrás y los puños cerrados, le lanzó su anatema, seguro de que las palabras tienen un poder efectivo.

Antipas le escuchaba, sin parecer escandalizado.

El samaritano dijo después:

—Hay momentos en que está agitado, desea huir y espera su liberación. Otras veces tiene el aspecto tranquilo de un animal enfermo, o bien le ves caminar en las tinieblas, repitiendo: "¿Qué me importa? ¡Para que él crezca es preciso que yo disminuya!"

Antipas y Mannaei se miraron. Pero el Tetrarca estaba cansado de pensar.

Todos aquelos montes que se alzaban a su alrededor como pisos de enormes olas petrificadas, las negras cimas al pie de los acantilados, la inmensidad del cielo azul, el esplendor violento del día, la profundidad e los abismos, le inquietaban; y el espectáculo el desierto, que finge, con un trastorno geológico, anfiteatros y palacios en ruinas, le producía impresión desoladora. El viento cálido traía en el olor azufre, como la exhalación de las ciudades malditas, enterradas bajo las olas de plomo. Estas señales de una cólera inmortal aterrorizaban su pensamiento y permanecía con ambos codos sobre la balaustrada, con ojos fijos y las mejillas en las manos. Alguien le había tocado. Se volvió. Herodías estaba delante de él.

Una ligera cimarra de púrpura la envolvía hasta las sandalias. Había salido precipitadamente de su curto, y no llevaba ni collares ni pendientes. Le caía sobre el brazo una trenza de sus cabellos negros, que, por el cabo, iba a hundirse entre los dos senos. Palpitaban las aletas de su nariz, el júbilo del triunfo iluminaba su rostro, y con voz fuerte, sacudiendo al Tetrarca, dijo:

—César nos ama. Agripa está ya preso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé.

Y agregó:

—Es por haber ambicionado el imperio para Cayo.

Aun viviendo de sus limosnas, había usurpado el título de rey, que ellos, como él, ambicionaban. Pero en el porvenir no habría ya temor. "Los calabozos de Tiberio se abren difícilmente, y alguna vez no está allí segura la vida."

Antipas la comprendió, y, aunque ella fuese hermana de Agripa, su atroz intención la pareció justificada. Esos asesinatos, consecuencia lógica de las cosas, era una fatalidad de las casas reales. En la de Herodes ya no podían contarse.

Luego reveló ella todo su plan: los deudos comprados, las cartas interceptadas, los espías en todas las puertas, y cómo había llegado a seducir a Eutiques, el denunciador: "¡Nada me costaba! ¿No he hecho yo por ti mucho más? ¿No he abandonado a mi hija?"

Desde su divorcio la había dejado en Roma, esperando tener otros hijos del Tetrarca. Nunca hablaba de eso, y Antipas se preguntaba aqué obedecía su acceso de ternura.

Habían desplegado el velarium y colocado rápidamente anchos cojines cerca de ellos Herodías se dejó caer, y lloró vuelta de espaldas. Luego, pasándose las manos por los párdados, dijo que no quería atormentarse más, que se juzgaba feliz; y recordó sus conversaciones, allá abajo, en el atrium, sus encuentros en las termas, sus paseos a lo largo de la Vía Sacra y las noches pasadas en las soberbias villas de la campiña romana, bajo los arcos de rosas y entre el murmullo de los surtidores.

Le miraba como en otro tiempo, apretándose contra su pecho con gestos mimosos. El la rechazó. ¡Estaba ya tan lejos el amor que Herodías trataba de reanimar! Lo que ahora se le presentaba eran sus desdichas, porque pronto iba a hacer doce años que la guerra no cesaba nunca. Tantas preocupaciones habían envejecido al Tetrarca. Sus hombros se encorvaban cubiertos de una toga sombría, con cenefa violeta, mezclábanse sus cabellos blancos con la barba, y un rayo de soy que atravesaba la vela bañaba en luz su frente melancólica. También la de Herodías demostraba ya algunas arrugas; y uno frente a otro se contemplaban de una manera despiadada.

Comenzaban a poblarse los caminos de la montaña. Pastores que aguijaban a sus bueyes, niños llevando del ramal a sus asnos, palafreneros conduciendo caballos. Los que bajaban las alturas, al otro lado de Machaerus, desaparecían detrás del castillo; otros subían la torrentera, y al llegar a la ciudad depositaban su carga en los patios. Eran los proveedores del Tetrarca y la servidumbre que precedía a sus invitados.

Pero en el fondo de la terraza, a la izquierda, apareció un esenio, vestido de blanco, descalzo, de aspecto estoico. Mannaei se abalanzó del lado derecho. levantando su cuchillo. Herodías gritó: "¡Mátale!"

—¡Detente! — dijo el Tetrarca.

Y permaneció inmóvil. El otro también.

Después se retiraron cada uno por una escalera distinta, andando de espaldas, sin dejar de mirarse.

—Le conozco, — dijo Herodías, — se llama Phanuel y trata de ver a Iaokannan, ya que tú tienes la ceguera de encerrarle vivo.

Antipas objetó que algún día quizá pudiera servirle. Sus ataques contra Jerusalén les atraían a ellos el resto de los judíos.

—¡No! — repuso Herodías. — Los judíos aceptan todos los amos, y no son capaces de crearse una patria.

En cuanto al que perturbaba al pueblo con las esperanzas mantenidas desde Nehemías, lo mejor era suprimirlo.

Según el Tetrarca, no había motivo para precipitarse. "¡Iaokannan peligroso! ¡Vamos!", y aparentaba tomarlo a risa.

—¡Cállate! — Entonces ella volvió a referir su humillación el día en que se halló en el camino de Galaad, cuando la cosecha del bálsamo. — Había, a orillas del río, muchas personas que volvían a ponerse sus vestidos, y al lado, sobre un montículo un hombre les hablaba. Llevaba alrededor de los riñones una piel de camello, y su cabeza parecía la de un león. En cuanto me vió escupió sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus pupilas llameaban; su voz, rugía; levantaba los brazos como para arrancar el trueno. ¡Imposible huir Las ruedas de mi carro se habían hundido en la arena hasta los ejes, y tuve que alejarme lentamente, recogiéndome en mi manto, helada por aquellas injurias que caían sobre mí como lluvia de tempestad.

Iaokannan no la dejaba vivir. Cuando le prendieron, atándole con ligaduras, los soldados tenían orden de coserle a puñaladas si se resistía; pero él se mostró dócil. Habían introducido serpientes en su prisión; pero las serpientes aparecieron muerta.

La inanidad de aquellas maquinaciones exasperaraba a Herodías. Además, ¿por qué luchaba contra ella, ¿Qué interés le guiaba? Sus discursos, gritados ante las multitudes, se habían extendido; circulaban, llenaban el aire, y por todas partes los oía. Contra el ataque de las legiones hubiera tenido valor. Pero aquella fuerza, más perniciosa que la cuchilla y que no se podía sujetar, era estupefaciente. Peneando en ello recorría la terraza pálida de ira, sin encontrar palabras que expresaran lo que la sofocaba.

Temía también que acaso el Tetrarca, cediendo a la opinión, se resolviera a repudiarla. Entonces, todo estaría perdido. Desde niña alimentaba el sueño de un gran imperio. Por llegar a realizarlo fué por lo que, desligándose de su primer esposo, se había unido a este otro, que, probablemente, iba a defraudarla.

—¡Buen apoyo he buscado al entrar en tu familia!

—¡Vale lo que la tuya! — dijo sencillamente el Tetrarca.

Herodías sintió hervir en sus venas la sangre de los patriarcas y los reyes, sus antepasados.

¡Pero si tu abuelo barría el templo de Ascalón! Y los otros eran pastores, bandidos, conductores de caravanas, una horda, tributaria de Judá desde los tiempos del rey David! Todos mis ascendientes han vencido a los tuyos. El primero de los Makkaabí os arrojó de Hebrón. Hyrkan os obligó a circuncidaros!

Y exhalando el desprecio de la patricia hacia el plebeyo, el odio de Jacob contra Edom, le reprochó su indiferencia ante los ultrajes; su debilidad ante los fariseos que le traicionaban su cobardía para con el pueblo que la detestaba. "¡Tu eres como él, confiésalo! ¡Y te acuerdas de aquella muchacha árabe que danza en torno de las piedras! ¡Tómala otra vez! ¡Vete a vivir con ella en su casa de tela! ¡Devora su pan cocido entre cenizas ¡Traga la leche cuajada de sus ovejas! ¡Besa sus mejillas moras! ¡Y no te acuerdes de mí!"

El Tetrarca no escuchaba ya. Miraba la azotea de su casa, donde estaba una joven, y a su lado una mujer vieja, sosteniéndola el quitasol de mango de bambú, largo como la caña de un pescador. En el centro del tapiz aparecía, abierto, un gran cesto de viaje. Cinturones, velos, arracadas de orfebrería, desbordaban de él, en revuelto montón. De vez en cuando la joven se inclinaba hacia aquellas cosas, y las sacudía al viento. Iba vestida como las romanas, con túnica rizada

da y peplo adornado de bellotas de esmeralda; unas correas azules sujetaban su cabellera, demasiado pesada, sin duda, porque a menudo se llevaba la mano para sostenerla. La sombra del quitasol se paseaba sobre ella, ocultándola a medias. Antipas divisó dos o tres veces su cuerpo delicado, el ángulo de sus ojos, el rinconcito de una boca pequeña, pero veía de las caderas a la nuca todo su talle que se incilinaba, para levantarse después, de una manera elástica. Aguardando a verla otra vez el mismo movimiento, su respiración se hacía más fuerte, y se encendían confusas llamas en sus ojos. Herodías lo observaba.

Preguntó Antipas:

—¿Quién es esa?

Ella respondió que no sabía, y se fué, calmada repentinamente.

Esperaban al Tetrarca bajo los pórticos los Galileos, el maestro de las escrituras, el jefe de los pastos, el administrador de las salinas y un judío de Babilonia, que mandaba a us jinetes. Todos le saludaron con una aclamación. Luego desapareció hacia las habitaciones i[illegible]

Surgió P[illegible] en el ángulo de un corredor:

—¡Ah! ¡Otra vez! ¿Vienes por Iáokannan, sin duda?

—Y por ti. Tengo que comunicarte una cosa importante.

Y, sin separarse de Antipas, entró detrás de él en una habitación más oscura.

Caía la luz por un enrejado que corría todo lo largo de la cornisa. Los muros estaban pintados de un color granate, casi negro. En el fondo se extendía un lecho de ébano con abrazaderas de piel de vaca. Encima, relucía, como un sol un escudo de oro.

Antipas atravesó toda la sala, y se acostó en el lecho.

Phanuel estaba en pie. Alzó su brazo y dijo en actitud inspirada:

—El Altísimo envía, en ocasiones, un hijo suyo. Iaoknann es de éstos. Si tú le oprimes, serás castigado.

—¡Es él quien me persigue! — gritó Antipas. — Ha deseado de mí una acción imposible, y a partir de entonces me despedaza. Y yo, al principio, no era duro con él. Ha llegado a mandar desde Machaerus emisarios que subleven mis provincias. ¡Desgraciado de él! ¡Puesto que me ataca, yo me defiendo!

—Sus cóleras tienen demasiada violencia, —replicó Phanuel; — pero no importa. Es preciso libertarle.

—¡No se suelta a las bestias feroces! — dijo el Tetrarca.

El esenio respondió:

—No te inquites ya. Llegar; hasta los árabes, los galos y los escitas. Su obra debe extenderse hasta el fin de la tierra.

Antipas pareció perderse en una visión.

—Su poder es fuerte; a despecho mío, yo le amo.

—Entonces, ¿quedará libre?

El Tetrarca movió la cabeza. Temía a Herodías, a Mannaei y al desconocido.

Phanuel trató de persuadirle, alegando, como garantía de sus proyectos, la sumisión de los esenios a los reyes. Aquellos hombres pobres, indomable por medio del suplicio, vestidos de lino y que leían en las estrellas, eran muy respetados.

Antipas se acordó de una palabra que Phanuel acababa de pronunciar.

—¿Cuál es esa cosa importante que me anunciabas?

Apareció en esto un negro, todo el cuerpo blanco de polvo, alentando y sin tener fuerza más que para decir:

—¡Vitelio!

—¿Cómo? ¿Viene?

—¡Le he visto yo! Antes de tres horas está aquí.

Las cortinas de los corredores se movieron como si las excitara el viento. Un rumor llenó el castillo. Un estruendo de gente que corría, muebles arrastrados por el pavimento, vajilla de plata que se desploma. Desde lo alto de las torres sonaron las bocinas para advertir a los esclavos dispersos.

II

LAS murallas estaban cubiertas de gente cuando Vitelio entró en la plaza. Apoyábase en el brazo de su intérprete, y le seguía una gran litera roja, adornada de penachos y espejos. Llevaba puestos la toga, la laticlavia y los brodequines de cónsul, y los lictores rodeaban su persona.

Plantaron delante de la puerta sus doce haces, las varas atadas por una correa, con el hacha en medio. Todos temblaron, entonces, ante la majestad del pueblo romano.

La litera, que conducía ocho hombres, se detuvo, y salió de ella un adolescente ventrudo, de rostro granujiento, con los dedos cubiertos de perlas. Le ofrecieron una copa llena de vino aromático. La bebió y pidió otra.

El Tetrarca se había arrojado a las rodillas del procónsul, pesaroso, — decía, — de no haber conocido antes el favor de su presencia. De no ser así, hubiera dispuesto todo lo necesario para el paso de los Vitelios. Descendían éstos de la diosa Vitelia. Un camino que conduce de Janículo al mar, lleva todavía su nombre. Las cuesturas, los consulados, eran innumerables en su familia. En cuanto a Lucio, su huésped, se le debía gratitud como vencedor de Elitos y como padre del joven Aulio, que parecía regresar a sus dominios, puesto que el Oriente era la patria de los dioses. Tales hipérboles fueron expresadas en latín, y Vitelio las aceptó impasible.

Respondió él que el gran Herodes bastaba para la gloria de una nación. Los atenienses le habían concedido la superintendencia de los juegos olímpicos. Había erigido templos en honor de Augusto, siendo paciente, ingenioso, terrible y siempre fiel a los Césares.

Entre las columnas de capitel broncíneo se divisó a Herodías avanzando con ademán de emperatriz, rodeada de mujeres y eunucos que sostenían en bandejas de plata perfumes encendidos.

El procónsul salió tres pasos a su encuentro, y la saludó con una inclinación de cabeza.

—¡Qué júbilo, — gritó Herodías, — saber

que Agripa, el enemigo de Tiberio, no está ya, desde ahora, en condiciones de hacer daño!

Ignoraba Vitelio el suceso, y aquella mujer que hablaba así le pareció peligrosa, y como Antipas jurase que él lo haría todo por el emperador, le preguntó:

—¿Aun en daño de otros?

Había tomado rehenes del rey de los partos, sin que el emperador pensara en ello; y Antipas, presente a la conferencia, para hacerse valer, había expedido en seguida la noticia. Esto era lo que había atraído su profundo rencor y lo que causó el retraso en facilitarle socorros.

Balbuceó el Tetrarca; pero Aulio dijo riendo:

—¡Tranquilízate! ¡Yo te protejo!

El procónsul aparentó no haber oído. La fortuna del padre dependía de la indignidad del hijo, y aquella flor el fango de Cáprea le procuraba beneficios tan consierables, que rodeaba de atenciones, aun desconfiando de ella, porque era realmente, aun desconfiando de ella porque era realmente venenosa.

Oyóse gran tumulto en la puerta, y fué introducida una recua de mulas blancas, montadas por personas vestidas en traje sacerdotal. Eran los saduceos y fariseos que iban a Machaerus, empujados por igual pretensión: los primeros, queriendo conservarla. Eran sombríos sus rostros, sobre todo los de lo farieos, enemigos de Roma y del Tetrarca. El vuelo de sus túnicas les estorbaba en la confusión, y la tiara vacilaba en su frente por encima de las tiras de pergamino, donde llevaban trazados fragmentos de las escrituras.

Casi al mismo tiempo llegaron los soldados de la vanguardia. Habían metido sus escudos en sacos para preservarlos del polvo, y detrás de ellos iba Marcelo, lugarteniente del procónsul, con dos publicanos que apretaban debajo del brazo sus tabletas de madera.

Antipas presentó a los principales de su corte: Tolmai, Kanthera, Sehón, Ammonio de Alejandría, que le compraba el asfalto; Naaman, capitán de sus tropas ligeras; Iacim, el babilonio.

Vitelio había reparado en Mannaei.

—¿Y ese quién es?

El Tetrarca le hizo comprender con un gesto que era el verdugo.

Luego presentó a los saduceos.

Yonathas, un hombrecito ágil de movimientos y que hablaba griego, rogó al señor que les honrara con una visita a Jerusalén. Probablemente, iría.

Eleazar, con su larga barba y su nariz aguileña, reclamó para los fariseos el manto del gran sacerdote, detenido en la torre Antonia por la autoridad civil.

Luego, los galileos denunciaron a Poncio Pilatos. Con ocasión de cierto loco que buscaba los vasos de David en una caverna cerca de Samaria, había matado a muchos habitantes. Todos hablaban a un tiempo. Mannaei, más violento que los demás. Vitelio afirmó que los criminales serían castigados.

Frente al pórtico, donde los soldados habían colgado sus escudos, estallaron agrias vociferaciones. Las cubiertas estaban deshechas, y se veía sobre el "umbo" la imagen de César. Esto era para los judíos una idolatría. Antipas les arengó, mientras Vitelio, al pie de las columnas, sentado en su alto sitial, se asombraba de su furor. Había hecho bien Tiberio en desterrar a cuatrocientos en Cerdeña. Pero aquí, en su tierra, eran más fuertes, y mandó retirar los escudos.

Entonces rodearon al procónsul, implorando reparación de injusticias, privilegios, limosnas. Se destrozaban las ropas, se aplastaban, y para hacer sitio, los esclavos golpeaban con sus bastones a derecha e izquierda. Los más inmediatos a la puerta descendían por el sendero, mientras otros subían. Luego volvían. Cruzábanse dos corrientes en aquella masa de hombres que oscilaba comprimida en el recinto de las murallas.

Vitelio preguntó por qué había tanta gente. Antipas dijo la causa: era el festín de su cumpleaños, y le mostró a muchos hombres que, inclinados sobre las almenas, alzaban con cuerdas inmensos cestos de viandas, frutas y legumbres. Subían también antílopes y cigüeñas, anchos pescados que azuleaban, uvas, sandías y pirámides de granadas. Aulio no se contuvo. Precipitóse hacia las cocinas, arrastrado por aquella agula que había de sorprender al universo.

Al pasar cerca de una cuerda divisó varias marmitas que parecían corazas. Vitelio fue a verlas y luego exigió que le abrieran las habitaciones subteráneas de la fortaleza.

Estaban talladas en las rocas, en altas bóvedas, con pilares de distancia en distancia. La primera guardaba armaduras viejas; pero en la segunda rebosaba la lanza que alargaban todas sus puntas, emergiendo de un ramillete de plumas. La tercera parecía tapizada de estera de cañas, tan juntas estaabn las finísimas flechas, colocadas perpendicularmente unas al lado de otras. Hojas de cimitarra cubrían las paredes de la cuarta. En medio de la quinta, las hileras de cascos, con sus crestas, figuraban un batallón de serpientes rojas. No se veín en la sexta más que carcajs; en la séptima, enémides; en la octava, brazaletes; en las siguientes, horcas, garfios, escalas, cuerdas, hasta maderos para las catapultas, ¡hasta cascabeles para el petral de los dromedarios!, y como la montaña iba ensanchándose hacia su base, agupereada por dentro como un panal de abejas, por debajo de aquellas habitaciones haía otras más numerosas y todavía más profundas.

Vitelio, Fineas, su intérprete y Sisena, jefe de los pulicanos, las recorrieron a la luz de las antorchas que levaban tres eunucos.

Entre la sombra aparecían cosas horribles inventadas por los bárbaros: rompecaezas guarnecidos de clavos, dardos envenenados, tenazas como mandíulas de cocodrilos. En fin, el Tetrarca tenía en Machaerus municiones de guerra para cuarenta mil hombres.

Había ido reuniéndoles en previsión de una alianza con sus enemigos. Pero el Procónsul podía creer, o aparentarlo, que eran para combatir a los romanos, y pedía explicaciones.

Desde luego no eran suyas; muchas servían para defenderse de los bandidos; otras hacían falta contra los árabes; también dijo que todo aquello había pertenecido a su padr. Y en vez de ir detrás del Procónsul, iba delante, con paso muy rápido. Luego se colocó pegado al muro que cubría con su toga, y con los dos codos separados; pero se veía lo alto de una puerta por encima de su cabeza. Vitelio la vió y quiso saber lo que allí se encerrada. Sólo el babilonio podía abrirla.

—¡Llama al babilonio!

Y esperaron.

Su padre había venido desde las orillas del Eúfrates a ofrecerse al gran Herodes con quinietos caballeros, para defender las fronteras orientales. Después del reparto del reino, Iazim había permanecido en casa de Filipo, y ahora servía a Antipas.

Se presentó con un arco al hombro y un látigo en la mano. Cordones multicolores ceñetaban estrechamente sus piernas torneadas. Sus fuertes brazos salían de una túnica sin mangas, y un gorro de piel sombreaba su rostro, cuya barba llevaba rizada en anillos.

Al principio pareció no comprender. Pero Vitelio lanzó una mirada a Antipas, el cual repitió en seguida la orden, y entonces Iazim aplicó sus dos manos contra la puerta, y ésta, sóla, resbaló en el muro.

Un soplo de aire cálido se exhaló de las tinieblas. Penetraron en un pasadizo en curva, que les llevó a los umbrales de una gruta más amplia que los otros subterráneos.

Al fondo abríase una arcada sorbe el precipicio, que defendía por aquel lado la ciudadela. Una madreselva trepando hasta la bóveda dejaba caer sus flores a la luz del día. A ras del suelo pasaba murmurando un hilillo de agua.

Había allí hasta un centenar de caballos blancos, que comían la cebada en una gran talero al nivel del hocico. Llevaban todos las crines pintadas de azul, los cascos en mitones de esparto y los pelos de entre las orejas caín sobre el frontal como una peluca. Con su cola, muy larga, sacudían blandamente los jarretes. El procónsul quedó mudo de admiración.

Eran animales maravillosos, flexibles como serpientes, ligeros como pájaros. Partían con la flecha del jinete, derribaban a los hombres mordiéndoles n el vientre, salvaban los obstáculos de las rocas, saltaban sobre los abismos, y durante un día entero sostenían un galope frenético por las llanuras; una palabra les detenía. En cuanto entró Iazim se fueron a él como borregos cuando aparece el pastor, y, estirando el cuello le miraban inquietos con sus ojos de niño. Por costumbre, lanzó desde el fondo de su garganta un grito ronco que les puso alegre y se encabritaron, hambrientos de espacio, deseando volar.

Temiendo que Vitelio se los llevara, Antipas lo había encerrado en aquel lugar, destinado a los animales en caso de sitio.

—La cuadra es mala, — dijo el Procónsul, — te expones a perderlos. Haz el inventario, Sisenna.

El publicano sacó una tabilla de su cinturón, contó los caballos y los inscribió.

Los agentes de las compañía fiscales corrompían a los gobernadores para saquear las provincias. Husmeaba éste por todas partes con su mandíbula de hurón y sus párpados.

Por fin subeiron otra vez a la plaza.

Grandes placas circulares de bronce, desparramadas por el pavimento, cubrían las cisternas. Observó una más grande que las otras. Las golpeó todas alternativamente, y luego, pateando, gritó:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! ¡Aquí está el tesoro de Herodes!

La busca de aquellos tesoros era una locura de los romanos.

Juraba el Tetrarca que no existían.

Sin embargo, ¿qué había allí bajo?

—¡Nada! ¡Un hombre, un prisionero!

El Tetrarca no obedeció, porque los judíos hubieran conocido su secreto. Aquella resistencia impacientó a Vitelio.

—¡Hundid eso! — gritó a los lictores.

Mannaei había adivinado lo que les afanaba. Creyó al ver un hacha que iban a descapitar a Iaokanann, y detuvo al lictor al primer golpe sobre la plancha. Introdujo entre ella y el pavimento una especia de gancho; luego, estirando sus largos y nervudos brazos, la levanto suavemente, acabando por derribarla. Bajo la doble cubierta de madera extendíase una trampa de la misma dimensión. De un puñetazo separáronse las dos mitades, y apareció entonces un agujero, una enorme fosa que rodeaba una escalera sin rampa. Los que se asomaron al borde divisaron en el fondo una cosa incierta y espantable.

Había allí un ser humano echado en el suelo, bajo por la maraña de sus largos cabellos revueltos con las pieles de fiera que le abrigaban la espalda. Se levantó. Con la frente tocaba en una reja de barrotes horizontales, y de vez en cuando desaparecía en las profundidades de su antro.

Refulgía el sol en el remate de las tiaras y en el pomo de las espadas, caldeaba generosamente las losas; y las palomas, revoloteando desde sus pisos, daban la vuelta por encima del patio. Era la hora en que Mannaei acostumbraba a echarlas el grano. Ahora permanecía en cuchillas delante del Tetrarca, que estaba de pie junto a Vitelio. Galieleos, sarcedotes y soldados formaban círculo alrededor, todos silenciosos, con la angustia de lo que iba a ocurrir.

Lo primero fué un suspiro lanzado por cavernosa voz.

Desde el otro lado del palacio oyó Herodías, y, vencida por extraña fascinación, atravesó la multitud y escuchó, con el cuerpo inclinado y una mano sobre el hombro de Mannaei.

La voz se alzó.

—¡Malditos seais, fariseos y, saduceos raza de víboras, címbalos y retumbantes!

Todos habían reconocido a Iaokanann. Circuló su nombre, y fueron llegando más gentes.

—¡Maldito seas tú, oh pueblo!, y los traidores de Judá, y los borrachos de Efraim, y los que habitan el valle grasiento, y los que vacilan con los vapores del vino.

"Que se disipen como agua derramada, como babosa que se funde al pisarla, como aborto de mujer que no ve la luz.

"Tendrás que refugiarte, Moab, en los cipreses como los pajarillos, en las cavernas como los topos. Las puertas de tus fortalezas serán rotas más pronto que cáscaras de nuez, se abatirán los muros, arderán las ciudades, y las plagas del Eterno no se detendrán. Revolverá vuestros miembros en vuestra propia sangre, como lana en cuba de tintorero. Os desgarrará como rastrillo nuevo, desparraramará por los montes los pedazos de vuesta carne.

¿De qué conquistadores hablaba? ¿Era de Vitelio? Sólo los romano podían ocasionar tal exterminio. Oyéronse lamentos:

—¡Basta!, ¡basta!, ¡que acaben!

Iaokanann continuó más alto:

—¡Los niños se arrastrarán po la ceniza junto al cadáver de sus madres Iréis de noche a buscar el pan a través de los escombros y el puñal os acechará. Los chacales se disputarán los huesos en las plazas públicas, donde ahora charlan los viejos por la noches. Tus vírgenes, sorbiéndose sus lágrimas, tocarán la cítara en los festines del extranjero, y tus hijos, más valientes, bajarán el espinazo, desollados por fardos demasiado fuertes.

Volvía el pueblo los ojos a los días de su destierro y a todas las catástrofes de su historia. Así eran las palabras de los antiguos profetas, y Iaokanann las enviaba, como terribles golpes, una tras otras.

Pero luego, la voz fué haciéndose suave, armoniosa, cantarina. Anunciaba una liberación, el cielo lleno de esplendores, el recién nacido entrando en la caverna del dragón, o en lugar de arcilla, y el desierto desvaneciéndose como una rosa. "Lo que ahora vale sesenta kicares no costará ni un óbolo. Fuentes de leche brotarán en las rocas; se dormirá en los lugares con el vientre lleno. ¿Cuándo llegarás tú, a quien yo espero? ¡Desde ahora, todos los pueblos se arrodillan, y tu denominación será eterna. Hijo de David!".

El Tetrarca se echó hacia atrás, porque la existencia de un Hijo de David le ultrajaba como una amenaza.

Iaokanann le increpó por su reinado:

—¡No hay más rey que el Eterno! — y por sus jardines, sus estatuas, sus muebles de marfil, como el impío Acab.

Antipas rompió una cadenilla del sello qu llevaba colgada al pecho, y lo tiró en la fosa, mandándole que se callara.

La voz contestó:

—Yo gritaré como un oso, como un asno salvaje, como una mujer que pare.

"El castigo de tu incesto lo tienes ya. Dios te aflige con la esterilidad del mulo."

La multitud estalló en risas, semejantes al chapoteo de las olas.

Vitelio se obstinó en permanecer. El intérprete repetía, con tono impasible, en la lengua de los romanos, todas las injurias que Iaokanann decía en la suya. El Tetrarca y Herodías se veían forzados a escucharlas dos veces. Jadeaba él, mientras ella contemplaba, embebecida, el fondo del pozo.

Aquel hombre terrible volvió la cabeza, y empuñando los barrotes, apretó contra ellos el rostro hirsuto, como un matorral, en el que brillaban dos ascuas.

—¡Ah! ¿Eres tú Iezabel?

"Tú te apoderaste de su corazón con el crujido de tu calzado. Tú relinchabas como yegua. Tú has levantado tu lecho en los montes para cumplir tus sacrificios.

"El Señor arrancará los pendientes de tus orejas, tus vestidos de púrpura, tus velos de lino, los anillos de tus brazos, las ajorcas de tus pies y las mediaslunas de oro que tiembran en tu frente, los espejos de plata, tus abanicos de plumón de avestruz, los chapines de nácar que elevan tu estatura, el orgullo de tus diamantes, las esencias de tus cabellos, la pintura de tus uñas, todos los artificios de tu molicie, y faltarán guijarros para lapidar a la adúltera.

Bucó ella a su alrededor alguna defensa. Los fariseos bajaban hipócritamente los ojos. Los saduceos miraban a otro lado, temiendo ofender al Procónsul. Antipas parecía morir.

La voz aumentaba, se desenvolvía, rodaba con desgarramientos de trueno, y, repitiéndola el eco de la montaña, caía sobre Machaerus en múltiples estallidos.

—¡Echate en el polvo, hija de Babilonia! ¡Manda moler la harina! ¡Desata tu cinturón y tu calzado, remángate y pasa los ríos! Tu vergüenza será descubierta, tu oprobio será visto tus sollozos te romperán los dientes. El Eterno execra el hedor de tus crímenes. ¡Maldita, maldita! ¡Revienta como una perra!

La trampa se cerró, y al mismo tiempo se abatió la cubierta. Mannaei quería estrangular a Iaokanann.

Herodías desapareció. Los fariseos estaban escandalizados, y Antipas, en medio de ellos, se disculpaba.

—Sin duda — replicó Eleazar, — es lícito casarse con la mujer de un hermano; pero Herodías no estaba viuda y además tenía un hijo, y aquí es donde empieza la abominación.

—¡Error, error! — objetaba el saduceo Jonathas. — La ley condena esos matrimonios, sin proscribirlos en absoluto.

—¡No importa! Son muy injustos conmigo, — decía Antipas, — porque en fin, Absalón durmió con las mujeres de su padre; Judá, con su nuera; Ammon, con su hermana; Lot, con sus hijas.

Aulio, que se levantaba de dormir, apareció en aquel momento. Cuando se enteró del asunto, aprobó a Tetrarca. No debía molestarse por semejantes tonterías. Y se reía mucho del vituperio de los sacerdotes y del furor de Iaokanann.

Herodías, de pie sobre las gradas, se volvió hacia él.

—Te equivocas, señor. Iaokanann ordena al pueblo que niegue los impuestos.

—¿Es verdad eso? — preguntó en seguida el publicano.

Las respuestas fueron por lo general, afirmativas, y el Tetrarca las reforzó.

Vitelio pensó que el prisionero podía fugarse, y como la conducta de Antipas le pareció sospechosa, puso centinelas en las

puertas, a lo largo de los muros y en el patio.

Luego se fué hacia su cuarto. Las diputaciones de sacerdotes le acompañaron.

Sin abordar la cuestión de la sacrificada criatura, cada cual formuló sus agravíos.

Todos le abrumaban, y al fin les despidió.

Jonathas acababa de salir, cuando pudo observar que en lo alto de una almena hablaba Antipas con un hombre de larga cabellera, vestido de blanco, un esenio, y entonces sintió haberle ofendido.

Una reflexión había consolado al Tetraca. Iaokanann no dependía ya de su autoridad, puesto que los romanos se había hecho cargo de él. Phanuel paseaba en aquel momento por el camino de ronda.

Le llamó, y, señalando a los soldados, dijo:

—Son los más fuertes. Yo no puedo librarle. ¡No es culpa mía!

El patio estaba desierto. Los esclavos descansaban. Sobre la púrpura del cielo, que inflamaba el horizonte, los menores objetos perpendiculares destacábanse en negro. Antipas distinguía las salinas al otro lado del mar Muerto, y no veía las tiendas de los árabes. ¿Se habrían marchado ya? Alzábase la luna. Dulcemente, iba sosegándose su corazón.

Phanuel, alarmado, permanecía con el mentón sobre el pecho. Por último, reveló cuanto tenía que decir.

Desde principios de mes estudiaba en el cielo, antes del alba, la constelación de Perseo, que se hallaba en el zénit. Agalah apenas se mostraba; Algol, brillaba menos. Mira-Coeti había desaparecido; por donde auguraba él la muerte de un hombre importante, aquella misma noche, en Machaerus.

¿Quién? Vitelio estaba bien vigilado. A Iaokanann no iba a ejecutarle. Por lo tanto, soy yo, pensó el Tetrarca.

¿Acaso iban a volver los árabes? ¿Descubriría el Procónsul sus relaciones con los Parthos? Sicarios de Jerusalén escoltaban a los sacerdotes y llevaban puñales debajo de la ropa. El Tetrarca no dudaba de la ciencia de Phanuel.

Tuvo pensamiento de recurrir a Herodías. Sin embargo, la odiaba. Pero ello le daría valor, sin contar con que no estaban rotos todos los lazos del hechizo que en otrd tiempo había sufrido.

Cuando entró en su cámara humeaba el cimomo sobre la taza de pórfido de una fuente; polvos, unguentos, gasas como nubes, bordados más ligeros que plumas aparecían allí dispersos.

No habló de la predilección de Phanuel ni de su miedo a los judíos y a los árabes; le hubiera tachado de cobarde. Habló sólo de los romanos. Vitelio no le había confiado nada de sus proyectos militares, y le suponía amigo de Cayo, que se comunicaba con Agripa, y podía desterrarle o acaso ahorcarle.

Herodías, con indulgencias desdeñosa, trató de tranquilizarle. Por fin, sacó de un cofrecillo una medalla singular, ornada con el perfil de Tiberio. Esto bastaba para hacer palidecer a los lictores y desvanecer las acusaciones.

Antipas, conmovido de gratitud, le preguntó cómo la tenía.

—Me la han dado, — contestó ella.

Un brazo desnudo, un brazo joven y encantador y como torneado en marfil por Polycleto, alzó una cortina frente a ellos. De una manera algo desmañada, y, sin embargo graciosa, rameó en el aire para coger una túnica olvidada sobre un escabel cerca de la pared.

Una mujer vieja se la entregó suavemente, abriendo la cortina.

El Tetrárca tuvo un vago recuerdo que no podía precisar.

—¿Es tuya esta esclava?

—¿Qué te importa? — respondió Herodías.

III

LOS convidados llenaban la sala del festín.

Tenía ésta tres naves como una basílica, separadas por columnas de maderas de algummium, con capiteles de bronce cubiertos de esculturas. Dos galerías con claraboyas se apoyaban encima, y al fondo se encorvaba una tercera galería, afiligranada de oro, frente a frente de un enorme arco de bóveda que se abría al otro lado.

Ardían los candelabros alineados en toda la longitud de las naves. Formaban como matas de fuego entre copas de tierra cocida y platos de sobre, cubos de nieve y montones de uva; pero aquellas claridades rojizas se perdían progresivamente, a casa de la altura del techo, y brillaban puntos luminosos, como las estrellas en el cielo, al través de las ramas. Desde el hueco de la galería veíanse lucir antorchas en la terarza de todas las casa, porque Antipas festejaba a sus amigos, a su pueblo y a cuantos quisieran presentarse.

Esclavos vigilantes como perros, con los dedos del pie en sandalias de fieltro, circulaban conduciendo bandejas.

La mesa preconsular ocupaba bajo la tribuna dorada un estrado de talas de sicomoro. Tapices de Babilonia la encerraban en una especie de pabellón.

Tres lechos de marfil, uno en frente y dos a los costados, sotenían a Vitelio, a su hijo y a Antipas; el del Precónsul, cerca de la puerta, a la izquierda; Aulio, a la derecha, y el Tetrarca, en medio.

Llevaba pesado manto negro, cuya trama desaparecía bajo un recamado de colores; las mejilas pintadas, la barba en abanico, y polvo azul en su cabellos, sujetos por una diadema de pedrería. Vitelio conservaba su tahalí de púrpura, que caía en diagonal sobre una toga de lino. Aulio se había hecho anudar a la espalda las mangas de su vestido de seda violeta, guarnecida de plata. Los bucles de su cabellera formaban pisos, y un collar de zafiros brillaba en su pecho, blanco y graso como el de una mujer. Cerca de él, sobre un lienzo y con las piernas cruzadas se mantenía un niño muy lindo, que no cesaba de sonreir. Le había visto en las cocinas, y no podía ya pasarse sin él, y como no retenía bien su nombre caldeo, le llamaba sencillamente "el asiático". De vez en cuando se echaba en el triclinio. Entonces

sus pies desnudos dominaban la asamblea.

A este lado estaban los sacerdotes y los oficiales de Antipas, los habitantes de Jerusalén, los primates de las ciudades griegas; y debajo del Procónsul, Marcelo, con los publicanos; los amigos del Tetrarca, los personajes de Kana, Ptomaide y Jericó; luego, mezclados, viejos soldados de Herodes; doce tracios, dos germanos, un galo; cazadores de gacelas, pastores de la Idumea; el sultán de Palmira; marinos de Eziongaber. Cada cual tenía delante una galleta de pasta blanda para limpiarse los dedos, y, arqueando los brazos como cuello de buitre, tomaba aceitunas, nueves, almendras. Todos los rostros estaban alegres bajo su corona de flores.

Los fariseos las habían rechazado como una indecencia romana. Se estremecían cuando los salpicaban de gálbano e incienso, mixtura reservada a los usos del templo.

Aulio se frotó los sobacos, y Antipas le prometió toda una carga con tres banastras de este verdadero bálsamo que Cleopatra enviaba a Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberiades, acabado de llegar, se situó detrás de él para hablarle de acontecimientos extraordinarios. Pero su atención estaba repartida entre el Procónsul y lo que se decía en las mesas vecinas.

Se hablaba de Iaokanann y de gentes de su especie; Simón de Gitoi lavaba los pecados con fuego. Un llamado Jesús...

—¡El peor de todos! — gritó Eleazar. — ¡Qué infame charlatán!

Detrás de Tetrarca se levantó un hombre, pálido como el bordado de su clámide. Bajó el estrado, e interpelando a los fariseos:

—¡Mentira! ¡Jesús hace milagros!

Antipas quería verlo.

—Hubieras debido traerlo. ¡Infórmanos!

Entonces el hombre contó que él, Jacob, teniendo una hija enferma, se había dirigido a Cafarnaum para rogar al Maestro que tratase de curarla. El Maestro había respondido: "¡Vuelve a tu casa está curada!" Y al volver la había encontrado en el umbral, porque se levantó de la cama cuando el gnomón del castillo marcaba la hora tercia, el instante mismo en que él se acercaba a Jesús.

Sin duda, objetaron los fariseos, existen prácticas, hierbas poderosas. Aquí mismo, en Machaerus, se encuntra algun vez el baarás, que hace invulnerable a quien lo usa; pero curar sin ver ni tocar era cosa imposible, a menos que Jesús utilizase a los demonios.

Y los amigos de antipas, los primates de Galilea, asentían, moviendo la cabeza:

—Los demonios, evidentemente.

Jacob, de pie entre su mesa y la de los sacerdotes, callababa en actitud altiva, y al mismo tiempo dulce.

Todos le intimaban para que hablase:

—¡Justifica su poder!

Se encogió de hombros, y en voz baja, lentamente, como espantado de sí mismo:

—Pero ¿no sabéis qué es el Mesías?

Todos los sacerdotes se miraron, y Vitelio pidió explicación de la palabra. Su intérprete tardó un minuto antes de responder.

Llamaban así a un libertador que había de traerles el goce de todos los bienes y el dominio de todos los pueblos. Algunos llegaban a sostener que era preciso contar con dos. El primero sería vencido por Gog y Magog, dos demonios del Norte; pero el otro había de exterminar al príncipe del mal; y desde hacía siglos le esperaban a cada instante.

Puestos de acuerdo los sacerdotes, tomó la palabra Eleazar.

Ante todo, el Mesías había de ser hijo de David y no de un carpintero. Vendría a confirmra la ley, y este nazareno la ataca. Además — argumentó más fuerte, — debía ser precedido por la venida de Elías.

Jacob replicó:

—Pero ¡Elías ha venido ya!

—¡Elías! ¡Elías! — repitió la muchedumbre, hasta el otro extremo de la sala.

Todos vieron con la imaginación a un anciano bajo un vuelo de cuervos, al rayo encendido el altar; los pontífices idólatras arrojados a los torentes. En sus tribunas, las mujeres pnsaban en la viuda de Sacepta.

Jacob se fatigaba repitiendo que le conocía, que él le había visto, y el pueblo también.

—¡Su nombre!

—¡Iaokanann!

Antipas se retorció como si hubiera sido herido en medio del pecho. Los saduceos habían saltado sobre Jacob. Eleazar peroraba para hacerse oír.

Cuando se restableció el silencio, dobló su manto y dijo, como un juez que propone sus preguntas:

—¡Puesto que el profeta ha muerto!...

Intersumpiéronle murmullos. No se creía en la muerte de Elías, sino en su desaparición.

Se volvió contra la muchedumbre, y luego continuó su interrogatorio:

—¿Tú piensas que ha resucitado?

—¿Por qué no? — dijo Jacob.

Los saduceos alzaron los hombros. Jonathas, entornando sus ojuelos, se esforzaba en reír, lo mismo que un bufón. Nada tan necio como la pretensión del cuerpo a la vida eterna; y declamó, para el Procónsul este verso de un poeta contemporáneo:

Nec crescit, noc post morten durare vi detur.

Mientras tanto, Aulio estaba inclinado al borde del triclinio, la frente sudorosa, el rostro verde, los puños sobre el estómago.

Los saduceos fingieron una gran emoción — al día siguiente les era concedida la sacrificutra; — Antipas aparentó gran desesperación. Vitelio permaneció impasible. Sin embargo, sus angustias eran reales y violentas, porque con su hijo perdía su fortuna.

Aulio acabó por vomitar, y no había concluido aún cuando ya pedía de comer otra vez.

—¡Que me den raspaduras de mármol, esquistos de Naxos, agua de mar, sea lo que sea! ¿y si tomase un baño?

Masticó nieve, y luego, dudoso entre una terrina de commagenes y unos mirlos en agua de rosas, se decidió por unas berenjenas meladas. El asiático le contemplaba, considerando que esta facultad de engullir

denotaba un ser prodigioso y de raza superior.

Sirvieron luego riñones de toro, lirones, ruiseñores, picadillo de hojas de pámpano, mientras los sacerdotes discutían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo de Filón, el platónico, los juzgaba estúpidos, y así se lo decía unos griegos que se reían de los oráculos. Marcelo y Jacob se habían unido. El primero narraba al segundo la alegría que sintió cuando el bautismo de Mithro, y Jacob le animaba a seguir al Maestro, a Jesús. Los vinos de Palma y de Tamarindo, los de Safet y de Biblos, corrían de las cráteras a las copas, de las copas a los gaznates. Iaim, aunque judío, no ocultaba su adoración a los planetas. Un mercader de Alphaka aturdía a los nómadas, detallándoles las maravillas del templo de Hierápolis; y ellos le preguntaron cuánto costaría la peregrinación. Otros le sostenían en su religión nativa. Un germano casi ciego cantó un himno celebrando aquel promontorio de la Escandinavia, donde los dioses aparecen con sus tronos aureolados de rayos; y las gentes de Sichen no comieron tórtolas por atención a la paloma de Azima.

Muchos hablaron de pié, en medio de la sala; y el vaho de los alientos con el humo de los candelabros, formaba una niebla en el aire. Phanuel pasó a lo largo de la muralla. Venía de estudiar otra vez el firmamento; pero no avanzó hasta el Tetrarca temiendo las manchas de aceite, que para los asenios eran una gran abominación.

Sonaron fuertes golpes contra la puerta del castillo.

Ahora ya se sabía que Iaokanann estaba preso allí. Hombres con teas escalaban el sendero, una masa negra hormigueaba en el barranco y de vez en cuando aullaban: "¡Iaokanann! ¡Iaokanann!"

—Todo lo perturba, — dijo Jonathas.

—No habrá dinero si continúa — agregaron los fariseos.

Y partieron recriminaciones.

—¡Protégenos!

—¡Que acabe esto de una vez!

—Tú abandonas la religión.

—Impío, como todos los herodes.

—Menos que vosotros, — replicó Antipas.

—Mi padre fué quien edificó vuestro templo.

Entonces los fariseos, los hijos de los proscritos, los partidarios de los Matatías, acusaron al Tetrarca de los crímenes de su familia.

Tenían el cráneo puntiagudo, barba erizada, manos débiles y viciosas, la cara chata, gruesos ojos redondos y aire de perros de presa. Una docena, escribas y criados de sacerdotes, nutridos por las sobres de los holocautos, se lanzaron hasta el pié del estrado y amenazaron con los cuchillos a Antipas que ols arengaba, mientras que los saduceos le defendían muy timidamente. Divisó a Mannael, y le hizo señas de que se fuera, habiendo indicado a Vitelo por su continente que esas cosas no le importaban a él.

Los fariséos, sin moverse de sus triclínios, entraron de pronto en furor demoníaco y rompieron los platos que tenían delante. Les habían servido el guisa preferido de Mecenas, el del asno salvaje, una carne inmunda.

Aulio les satirizó a propósito de la cabeza del asno, a la que, según dicen, tributan honores, y lanzó otros sarcasmos sobre su antipatía por el cerdo. Sin duda era porque este gordo animal había matado a su Baco; y ellos amaban denpciado el vino, ya que en su templo se descubrió una viña de oro.

Los sacerdotes no comprendían aquellas palabras. Fineas, galileo de origen se negó a traducirlas. Entonces su cólera fué desmemedida, tanto más cuanto que el asiático, lleno de miedo, había desaparecido; y la comida le desagradaba los manjares, le parecían vulgares, insuficientemente disfrazados. Se calmó, al fin, viendo ciertos rabos de oveja siria, que eran como paquetes de grasa.

El caracter de los julíos le parecía odioso a Vitelio. Su dios bien podía ser Moloch, a quién erigían altares que él mismo había encontrado por los caminos; y vinieron a su recuerdo los sacrificios de niños, con la historia del hohmbre que cebaban misteriosamente. Su corazón y estómago de latino estaban revueltos de asco por su intolerancia, su furon inconoclasta, su tozudez brutal. El Procónsul quería partir, pero Aulio se negó.

Con las ropas desceñidas hasta las caderas, yaciá detrás de un montón de vituallas, demasiado repleto para engullirlas, pero obstinados en no dejarlas.

La exaltación del pueblo iba en aumento. Se entregaban a proyectos de independencia, se recordaba la gloria de Israel. Todos los conquistadores habían sido castigados. Antígona, Craso, Varo...

—¡Miserables! — dijo el Procónsul, porque entendía el siriaco, y su intérprete no le servía sinó para darle más tiempo a responder.

Antípodas, rápido, sacó la medalla del emperador y, observándole trémulo, la presentó del lado de la imagen.

En esto, abriéronse de pronto los cortinajes de la tribuna de oro, y a la fastuosa luz de los cirios, rodeada de sus esclavas, entre festones de anémonas, apareció Herodías, tocaba con su mitra asiria sujeta a la frente por un bardoquejo, tendidos sus cabellas en espirales sobre un pelo escarlata, hendido a lo largo de las mangas. Dos monstruos de piedra, semejantes a los del tesoro de los atridas, alzábanse frente a la puerta, y así, semejantes a Cibeles acompañada de sus leones, desde lo alto de la balaustrada que dominaba a Antípodas, con una pátera en la mano gritó:

—¡Larga vida al César!

Este homenaje fué repetido por Vitelio, Antípodas y los sacerdotes.

Pero del fondo de la sala llegó un murmulla de sorpresa y admiración. Acababa de entrar una joven.

Bajó un velo azulado que la tapaba la cabeza y el pecho, se distinguían los arcos de los ojos, las calcedonias de las orejas, la blancura de su piel. Cubría sus hombros un cuadrado de seda tornasolada, sujeto a los riñones por un cinturón de orfebrería. Sus

calzones negros estaban sembrados de madrágoras, y de una manera indolente iba sonando sus menudas pantuflas de pulmón de colibrí.

En lo alto del estrado se quitó su velo. Era Herodías, tal como en otro tiempo, cuando era joven. Luego se puso a danzar.

Pasaban sus pies, uno delante del otro, al ritmo de la flauta y de un par de crótalos. Sus brazos torneados llamaban a alguien que huía siempre. Ella le perseguía, más ligera que una mariposa, como Psiquis comprometida, como alma vagabunda, y parecía presta a emprender el vuelo.

Los sones fúnebres de las gringas reemplazaron a los crótolos. A la esperanza seguía el aplanamiento. Sus actitudes expresaban suspiros, y corría por toda su persona tan deliciosa languidez, que no se sabía si lloraba a un dios o si moría de sus caricias. Con los párpados entreabiertos, retorcía la cintura y los pies no se detenían.

Vitelio la comparó a Mnester, el mismo Aulio vomitaba todavía. El Tetrarca se perdía en un ensueño, y ya no pensaba en Herodías. Le pareció verla cerca de los saduceos. La visión se alejó.

No era, sin embargo, una visión. Herodías había hecho educar lejor de Machaerus a Salomé, su hija, para que el Tetrarca la amara; y la idea era buena. Ahora estaba segura de ello.

Fueron luego los transportes del amor. Danzó como las sacerdotisas de la India, como las nubias de las cataratas, como las bacantes de Lidia. Se revolvía por todos lados semejante a una flor agitada por la tempestad. Saltaban los brillantes de sus orejas. El tornasol de sus espaldas daba bruscos cambiantes; brotaban de sus brazas, de sus pies, de sus vestidos, innumerables e invisibles chispas, que inflamaban a los hombres.

Sonó un arpa. La multitud la acogió con aclamaciones. Sin doblar sus rodillas, separando las piernas, se encorvó tanto, que su mentón rozó con las tablas.

Después giró en redor de la mesa de Antipas frenéticamente, como el rombo de las hechiceras, y él la decía con la voz entrecortada por sollozos: "¡Ven, ven!" Giraba ella sin cesar. La muchedumbre aullaba. Pero el Tetrarca gritaba más fuerte: "¡Ven ven! ¡Será tuyo Cafarnaum! ¡La llanura de mi reino!

Echándose ella sobre las manos, con los talones en el aire recorrió el estrado como un enorme escarabajo; y se detuvo bruscamente.

Su nuca y sus vértebras formaban ángulo recto. Los forros de color que envolvían sus piernas, pasando por encima del hombro, como arco iris, destacaban su rostro a un codo del suelo. Sus labios estaban pintados, sus cejas muy negras, sus ojos casi terribles y dos gotitas en su frente parecían rocío sobre mármol blanco.

No hablaba ella. Se miraron.

Sonó en la tribuna un chasquido de dedos. Subió allí, reapareció, y cerrando un poco pronunció estas palabras, con expresión infantil:

—Quiero que me des un plato de cabeza...

Había olvidado el nombre, pero repuso, sonriendo: "¡La cabeza de Iaokanann!"

El Tetrarca se hundió sobre sí mismo, aplastado.

Estaba obligado por su palabra, y el pueblo esperaba. Pero al aplicarse a otro la muerte que habíanle predicho, ¿quedaba ya conjurada la suya? Si Iaokanann era realmente Elías, podría sustraerse. Si no lo era, matarle no tenía importancia.

Mannei estaba a su lado, y comprendió su intención.

Vitelio le llamó para confiarle la consigna de los centinelas que guardaban la fosa.

Aquello fué como si se quitara un peso de encima. ¡Dentro de un minuto, todo habría acabado!

Sin embargo, Mannaei no entró en faena tan pronto.

Volvió, pero descompuesto.

Cuarenta años llevaba ya en el ejercicio de sus funciones de verdugo. El fué quien ahogó a Aristóbulo, estranguló a Alejandro, quemó vivo a Matatías, decapitó a Zosimo, Pappus, Antipater y Josefo... ¡y no se atrevía a matar a Iaokanann! Los dientes le castañeteaban, y temblaba todo su cuerpo.

Había visto delante de la fosa al Gran Angel de los samaritanos, todo cubierto de ojos y blandiendo una inmensa espada, roja, dentellada como la llama.

Dos soldados que le acompañaron podían atestiguarlo.

Los soldados nada habían visto, salvo a un capitán judío que quiso arrojarse sobre ellos, y que ya no existía.

El furor de Herodías se derramó en un torrente de injurias populacheras y sangrientas. Se rompió las uñas en el enrejado de la tribuna, y los dos leones esculpidos parecían morder sus hombros y rugir como ella.

Antipas la imitó; sacerdotes, soldados, fariseos, todos reclamaban una venganza, y los demás parecían indignados de que se les retrasase un deleite.

Mannaei salió cubriéndose la cabeza.

Los convidados encontraron más largo todavía el tiempo que la primera vez. Se aburrían.

De pronto retumbó ruido de pasos por los corredores. El malestar llegaba a ser intolerable.

La cabeza llegó, y Mannaei la traía de los cabellos, al extremo de su brazo, orgulloso de los aplausos.

Cuando la hubo puesto sobre un plato, se la ofreció a Salomé.

Subió ella, ligera, a la tribuna. Muchos minutos después la cabeza fué traída por aquella vieja que el Tetrarca había divisado por la mañana en la terraza de una casa, y más tarde en la cámara de Herodías.

Antipas retrocedió para no verla. Vitelio arrojó una mirada indiferente.

Descendió del estrado Mannei, y la exhibió a los capitanes romanos, luego a todos los que comían por aquel lado.

La examinaron.

La hoja aguda del instrumento, resbalando de alto a abajo, había rozado la mandí-

bula. Una convulsión plegaba las comisuras de la boca. Sangre, cuajada ya, salpicaba la barba. Los párpados cerrados eran pálidos como dos conchas, y los candelabros de en redor enviaban sus rayos.

Llegó a la mesa de los sacerdotes. Un fariseo, curioso, la volvió, y Mannaei, después de colocarla otra vez a plomo, la puso delante de Aulio, que despertó. Desde el arco de sus cejas, las pupilas muertas y las pupilas apagadas parecieron decirse alguna cosa.

En seguida Mannaei la presentó a Antipas. Por las mejillas del Tetrarca corrieron lágrimas.

Apagábanse los hachones. Salían los convidados, y no quedó en la sala más que Antipas, con la mano en la sien, y mirando sin cesar la cabeza cortada, mientras Phanuel, de pie en medio de la inmensa nave, murmuraba oraciones, con los brazos extendidos.

* * * *

En el instante en que se alzaba el sol, dos hombres enviados hacía algún tiempo por Iaokanann llegaron con la respuesta tan ardientemente esperada.

Confiáronla a Phanuel, que tuvo un éxtasis de alegría.

Luego le mostró el lúgubre objeto sobre la bandeja, entre los restos del festín. Uno de los hombres le dijo:

—¡Consuélate! Ha descendido entre los muertos para anunciar al Cristo.

El esenio comprendió entonces aquellas palabras: "Para que crezca él, es preciso que yo disminuya."

Y habiendo tomado la cabeza de Iaokanann, los tres se fueron hacia Galilea.

Como pesaba mucho, la llevaban alternativamente.

GUSTAVE FLAUBERT.

HAY COSAS QUE NO PUEDEN SOPORTARSE

Don Súfrelotodo (a su esposa, que es maestra de escuela): — ¡Esto pasa de la raya, querida mía! ¡Soporto con paciencia que me hagas lavar los platos, pero no esperes que vaya a ponerme de pie, mirando hacia un rincón de la cocina, en penitencia haber roto una fuente.

UN CUENTO RUSO

FOMÁ BERENNIKOV

POR AFANASIEFF

Bajo el aspecto de un inverosímil, jocoso y divertido cuento que parece escrito para niños este relato del notable autor ruso encierra una moraleja muy acertada y demuestra cómo en el mundo no es todo oro lo que reluce.

ERASE una anciana que vivía con su hijo Fomá Berénnikov. Un día el hijo se fué a labrar al campo; su caballo era un rocín flaco y débil, y el pobre Fomá, desesperando de hacerlo trabajar, se sentó en una piedra.

Las moscas zumbaban volando sobre un montón de basura, y Fomá, tomando una rama seca, las pegó y se puso a contar cuántas había matado. Contó hasta quinientas, y aún había muchas más, que no pudo contar porque se cansó. Luego acercóse a su rocín y vió hasta una docena de tábanos que le picaban; los mató también, y volviendo a su casa pidió a su madre la bendición, diciéndole:

—He matado tal cantidad de enemigos, que ni siquiera se pueden contar, y entre ellos había doce guerreros valientes; déjame, madre mía, ir a realizar hazañas dignas de un hombre valeroso, pues no conviene a un hombre como yo seguir labrando la tierra: quédese eso para un campesino y no para un héroe.

La madre le dió la bendición y le dejó ir a realizar sus valerosas proezas.

Fomá Berénnikov se colgó sobre los hombros una alforja, se sujetó a la faja una vieja hoz y se dirigió por un camino desconocido hasta llegar a un sitio donde estaba clavado un poste en el suelo.

Buscó en sus bolsillos, sacó un pedazo de yeso y escribió en el poste:

"Pasó por aquí el valiente Fomá Berénnikov, que de un golpe mató una multitud de enemigos, y entre ellos doce guerreros valerosos".

Una vez escrito esto, siguió su camino. Poco rato después pasó por el mismo sitio Ilia Murometz; se acercó al poste, leyó la inscripción y dijo:

—¡Cómo se echa de ver en este letrero la naturaleza y el carácter de un hombre valeroso! ¡No gasta ni oro ni plata; sólo usa yeso!

Y escribió en el poste con un pedazo de plata:

"Tras Fomá Berénnikov pasó por aquí el valiente Ilia Murometz".

Siguió por el camino, y alcanzando a Fomá Berénnikov, le preguntó respetuosamente:

—¡Invicto héroe Fomá Berénnikov! ¿Dónde me mandas estar, delante o detrás de tí?

—Ven detrás, — contestó Fomá.

Iba por el mismo camino el joven Alejo Popovich, y ya desde lejos vió resplandecer como escrito con brasas el cartel del poste. Acercóse a éste, leyó las inscripciones de Fomá Berénnikov y de Ilia Murometz, sacó de su bolsillo un pedazo de oro y escribió:

"Tras Ilia Morometz pasó por aquí el joven Alejo Popovich".

Siguió por el camino, alcanzó a Ilia Murometz y le preguntó:

—Dime, Ilia Murometz, ¿dónde tengo que ir, delante o detrás de tí?

—No me pregnutes a mí, sino a mi hermano mayor, Fomá Berénnikov, — le contestó Ilia.

El joven Alejo Popovich se acercó a Fomá Berénnikov y le preguntó:

—¡Invicto héroe Fomá Berénnikov! ¿Dónde mandas que vaya Alejo Popovich?

—Ven detrás, — dijo Fomá.

Así siguieron los tres por el mismo camino, atravesando un país desconocido, y al fin llegaron a unos espléndidos jardines. Ilia Murometz y Alejo Popovich plantaron sus tiendas blancas y Fomá Berénnikov se tendió sobre su sayo.

Los jardines pertenecían al zar Blanco, el cual estaba en guerra con un rey extran-

jero, que envió contra él sus seis guerreros más valerosos.

El zar Blanco envió a Fomá Berénnikov un mensaje que decía:

"Estoy en guerra con un rey extranjero. ¿Quieres prestarme tu ayuda?'"

Fomá, aunque no comprendía lo escrito, porque no sabía leer, miró el mensaje, meneó la cabeza y dijo:

—Está bien.

Entre tanto el rey extranjero con su ejército se acercó a la ciudad. Ilia Murometz y Alejo Popovich se dirigieron a Fomá Berénnikov y le consultaron, diciéndole:

—Los enemigos están oprimiendo al zar; es menester salir en su defensa. Dínos si vas tú mismo o quieres que vayamos nosotros.

—Vé tú, — Ilia Murometz — contestó Fomá.

Marchó entonces Ilia Murometz y mató a todos los enemigos.

El rey extranjero envió contra le zar Blanco otro ejército innumerable y con él otros seis héroes renombrados. Otra vez fueron Ilia Murometz y Alejo Popovich a consultar a Fomá Berénnikov:

—Dínos, Fomá Berénnikov, ¿irás tú mismo o quieres que vayamos nosotros?

—Vé tú, joven Alejo Papovich — dijo Fomá.

El joven Alejo fué y mató a todos los del innumerable ejército y a los seis valerosos guerreros.

Entonces el rey extranjero pensó para sus adentros:

"Tengo aún un héroe, el más valiente del mundo; lo guardaba para un caso extremo, pero tendré que utilizarlo ahora".

Esta vez el rey extranjero se puso en persona al frente de su ejército, llevándose consigo a su más valeroso guerrero, a quien dijo de antemano:

—No es con la fuerza con lo que nos vence el guerrero ruso, sino con la astucia; por eso, lo que veas hacer a éste hazlo tú también.

Otra vez se presentaron Ilia Murometz y el joven Alejo Popovich ante Fomá Berénnikov y le preguntaron:

—¿Irás tú mismo o nos envías a nosotros?

—Esta vez iré yo mismo. Traedme mi caballo.

Los caballos de los dos valerosos estaban en el campo paciendo hierba; en cambio, el rocín de Fomá, como corresponde al caballo de un héroe, comía avena; fortalecido por el buen alimento, cuando se le acercó Ilia Murometz se puso a tirar coces y a morderle. Ilia se enfadó, lo cogió por la cola y lo tiró por encima de la cerca. Al ver esto el joven Alejo Popovich le dijo:

—¡Cuidado! No sea que nos vea Fomá Berénnikov, pues nos haría ver las estrellas.

—No importa esto; no creas que el mérito lo tiene el caballo, sino el mismo guerrero — le repuso Ilia Murometz, y le llevó el rocín a Fomá Berénnikov.

Este, montado a caballo, dijo entre sí:

—Será mucho mejor que me tape los ojos: así no me dará tanto miedo ir al encuentro de una muerte tan honrosa como la que me espera.

Se tapó los ojos atándose un pañuelo alrededor de la cabeza y se inclinó hacia delante sobre la silla, para hacerse menos visible.

El héroe del rey extranjero, al ver a su enemigo con los ojos vendados pensó: "¡Gran Dios, qué guerrero! Se ha tapado los ojos porque está seguro de su poder; pero yo tampoco soy cobarde y haré lo mismo".

Apenas se hubo tapado los ojos e inclinado sobre su silla, Fomá, aburrido de esperar tanto tiempo, miró por debajo del pañuelo, y aprovechándose de la buena ocasión que tenía, desenvainó la espada que el guerrero llevaba colgada a su izquierda y con ella misma le cortó la cabeza.

Después cogió el caballo del enemigo vencido e intentó montarlo; pero viendo que no podía, lo ató a un roble grandísimo, se subió a éste y desde lo alto saltó sobre la silla.

Apenas el caballo sintió al jinete, dió un tirón, arrancó de cuajo el árbol con sus raíces y se precipitó a través del campo corriendo a todo correr y arrastrando el árbol tras de sí.

Fomá Berénnikov gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Pero nadie le oía.

Los enemigos s estremecieron de espanto y volvieron la espalda; pero el caballo, desbocado, los perseguía, pisándolos y atropellándolas con el árbol hasta que no quedó vivo ni uno solo.

El rey extranjero envió a Fomá Berénnikov el mensaje siguiente:

"Heroico Fomá Berénnikov, jamás te hare la guerra".

Este mensaje agradó mucho al valiente guerrero.

Los valerosos Ilia Murometz y Alejo Popovich quedaron asombrados al ver las proezas de su jefe. Fomá se dirigió al palacio del zar Blanco, y una vez allí, éste le preguntó:

—¿Con qué quieres que te recompense? — Elige entre todo el oro que quieras, la mitad de mi reino o mi hija la hermosa zarevna.

—Dame la zarevna y convida a la boda a mis hermanos menores Ilia Murometz y el joven Alejo Popovich, — le contestó Fomá.

Poco después se casó con la hermosa zarevna, vivió con ella en la mayor felicidad y hasta su muerte conservó la fama de ser el guerrero más valeroso del mundo.

AFANASIEFF

Rufilanchas regresa de un viaje a Italia.

—¿Qué te ha parecido Roma? — le pregunta un amigo.

—Es una ciudad magnífica; pero sus principales monumentos están en ruinas y en estado que necesita de inmediata reparación.

DEL MODERNO TEATRO ESPAÑOL

¡ES MI HERMANITA!

Apropósito original y en prosa de

ANGEL TORRES DEL ALAMO y ANTONIO ASENJO

PERSONAJES:

ANGUSTIAS, ISABEL, FERNANDO, PEPE

ACTO UNICO

La escena representa un saloncito de los llamados de confianza, elegantemente amueblado.

ESCENA I

FERNANDO y a poco ISABEL. (No confundirlos con los Reyes Católicos.)

FERNANDO

(De frac. Aparece sentado en una butaca). — Pues señor, mi cara mitad empezó a vestirse a las cinco, son las siete y media y aún no debe haber concluído. Menos mal que la función no empieza hasta las nueve pasadas.

(Sale ISABEL elegantemente vestida como para ir al teatro.)

ISABEL

No dirás que he tardado.

FERNANDO

(Cantando con música de "La Montería): Hay que ver, hay que ver, hay que ver el tiempo qeu ha invertido, vistiéndose Isabel.

ISABEL

Mira qué gracioso; si tú fueras mujer, ya veríamos las horas que echabas en la "toilette".

FERNANDO

Naturalmente; si fuera mujer tardaría tanto como tú.

ISABEL

¿Ha sido esta tarde la vista de la causa contra ese muchacho que defendías?

FERNANDO

Sí, y he logrado la absolución; bien es verdad que como a quien agredió fué a su suegra, me ha sido fácil demostrar su inocencia. Figúrate que todos los jurados eran casados...

ISABEL

¿Por qué habrá esa inquina contra las suegras?

FERNANDO

Yo no me lo explico; bien es verdad que como eras huérfana cuando te conocí...

ESCENA II

DICHOS y PEPE

PEPE

(El criado: va de frac y tiene una cabeza que la gorra la guarda en un "hangar"). — Señor.

FERNANDO

¿Qué ocurre?

PEPE

El señor marqués de la Rosa que dice que le citó el señor hoy, a las siete y media.

FERNANDO

¡Es verdad! Que pase al despacho, que voy al momento. **(Mutis del criado).** No me acordaba que le dije que viniera hoy.

ISABEL

¿Tardarás mucho?

FERNANDO

No creo; he de hablarle del escrito que he presentado ayer al juzgado. Es un pleito interesantísimo y está empeñado mi amor propio en ganarlo. **(Inicia el mutis por la derecha, seguido de Isabel.)**

ISABEL

Acabaré de arreglarme.

FERNANDO

¿Más todavía?

ESCENA III

ANGUSTIAS y PEPE

(Angustias es una muchacha muy guapa, habla con marcado acento andaluz, y viste como las mujeres de los pueblos de Andalucía. Lleva un pequeño envoltorio.)

PEPE

(En el foro). — La he dicho a usted que espere en el recibimiento.

ANGUSTIAS

Y yo le he dicho a usté que soy de la casa; en cuanto que diga que está aquí Angustias, la hermana de doña Isabel, ya verá usté qué regolusión.

PEPE

¡La hermana de la señora! **(Con extrañeza.)** Usted vieno equivocada, joven. La señora no tiene hermanos.

ANGUSTIAS

No sea usté cabesota. ¿No es aquí ande vive doña Isabel Bermude, casá con don Fernando Murillo, que e un señor de eso que andan siempre con creminales y con ladrones?

PEPE

Aquí es, sí.

ANGUSTIAS

Pos acabe ya, so permaso, y dígale que ha venío der pueblo su hermana

PEPE

Repito que la señora no tiene hermana ninguna.

ANGUSTIAS

Vamos a ve. ¿Usté qué pinta aquí?

PEPE

Soy sirviente de los señores.

ANGUSTIAS

¿Con ese traje? Yo creí que sería usté lo menos er casero. Pero a lo que iba: Usté no ha oío nunca hablá a la señora de que cuando era una chavaliya, su pare, que estaba en las úrtimas, vamos con el agua...

PEPE

Sí, con el agua al cuello.

ANGUSTIAS

Quiá; su pare la bebía ya. Pues fué y se la entregó ar mío pa que la cuidara, y un día se le orvió respirá al infelí y la probe Isabeliya se quedó güerfana der tóo.. Mi pare, quitándoselo de la boca, la dió una güena educasión, y la mandó pa un colegio a Madrid cuando fué mayorsita, y dende chequetiya po que nos llamábamos hermana.

PEPE

La verdad, yo no estoy enterado de nada.

ANGUSTIAS

Pues yo he oído de decir en er pueblo que los criados en Madrid se enteran de tóo lo que no les importa. Bueno, pase usté recao a doña Isabel, si no quiere usté que me cuele por toa la casa.

PEPE

Avisaré a la señora; pero me parece que no la recibirá a usted.

ANGUSTIAS

¡Ande ya!, que paese que está usté más disgustao que un chico cuando va a la escuela. **(Inicia el mutis el criado.)** Oiga usté un momento.

PEPE

¿Qué se ofrece?

ANGUSTIAS

¿Quiere usted decirme qué hora es?

PEPE

¿Para qué?

ANGUSTIAS

Pa sabé er tiempo que tardo en verle la cabesa. **(Mutis de Pepe.) (Empieza a mirarlo todo detenidamente.)** Camará, y qué bien debe viví mi hermanita. ¡Vaya una sillería! Es que da lástima sentarse en ella. **(Reparando en unos almohadones que hay en el suelo.)** ¡Ay mi mare! En esta casa están chalaos; pos ¿no ponen los almohadones en er suelo? ¿Ande colocarán las alfombras? **(Reparando en una alfombra turca que habrá en la pared.)** ¿No lo dije?, las alfombras las ponen en las paderes; en Madrid están dejaos de la mano der Señó. Digo, como que acabo de ve en la calle a dos señoritas que en lugá de llevá er moquero en er portamonea, lo llevan atao a una muñeca; será pa limpiarse asina. **(Con el revés de la mano.) (Se acerca a un veladorcito, donde habrá unos periódicos ilustrados. Toma un "Blanco y Negro", y lo empieza a ojear y a hojear.)** ¡Vaya periódico presioso, y menudas estampas que se trae. **(Fijándose en una página.)** ¡Olé mi tierra! Esto es un cartel de toros!, ¡bonito porque Dios quiere! ¿A vé que dice? **(Leyendo trabajosamente.)** "La fiesta española. — Cartel de la corrida de Beneficencia, tirado en colores en la nue-

va máquina Otto, de Berlín." ¿Quienes atorean? (Leyendo.) "Seis toros de Palha de Portugá. Mataores, Silveti, de Méjico; Sananes, de Caracas, y Pouly, de Francia." (Dejando el periódico.) ¡Mi mare, cómo está too! Y a esto le llaman la fiesta española.

ESCENA IV

ANGUSTIAS, ISABEL y PEPE

(Salen por la izquierda Pepe e Isabel.)

PEPE

Esa mujer es. Yo le he dicho que la señora no tiene hermana; pero me amenazó con recorrer toda la casa...

ISABEL

Bien, bien; déjanos solas. (Mutis de Pepe por el foro.) Procuraré echarla cuanto antes, no la vaya a ver Fernando.

ANGUSTIAS

(Que ha estado de espaldas, se vuelve, y al ver a Isabel corre hacia ella y la estrecha en sus brazos.) Isabeliya de mi arma. (Estrujón.) Qué guapísima está... (Estrujón), y qué requetebién te cae esa ropa. (Estrujón.)

ISABEL

Bueno, bueno; refrena tu entusiasmo.

ANGUSTIAS

No pueo; después der tiempo que no te veo, que no has querío ni escribí, ¡ingratona! (Estrujón.) ¿Va a hasé la primera comunión? (Estrujón.)

ISABEL

(Apartándola y en tono un poco seco.) — ¿Y cómo tú por aquí?

ANGUSTIAS

¿Pero no te alegra de verme? ¿Es que no te acuerdas ya de tu hermanita? ¡Siéntate, Isabeliya, siéntate!

ISABEL

(Siempre en el mismo tono.) — Gracias, estoy bien de pie.

ANGUSTIAS

Comprendío; temes que se te arrugue er traje.

ISABEL

Sí... eso.

ANGUSTIAS

Tú no sabe lo que mo alegramos cuando supimos que te había casao. ¿Y está contenta con tu marío?

ISABEL

Ya lo creo; no se separa de mi lado y gana mucho dinero.

ANGUSTIAS

Er tiempo que robará.

ISABEL

¿Cómo?

ANGUSTIAS

A su trabajo, mujé, pa poder estar contigo. Y dime: por qué no mos has escrito. Padre te ha mandao unas cuantas cartas, y ná, la cayá por respuesta. No sabes lo que le ha disgustao...; como que te quiere tanto como a mí, ya lo sabes tú.

ISABEL

Sí... sí... Pero... claro.... los correos están de un modo...

ANGUSTIAS

(Dándola otro estrujón). — Pero qué requetepreciosa estás... Si viviera er probesiyo e tu pare, se le caería la baba.

ISABEL

(Aparte). — Cómo echaría yo a esta pobre muchacha. Van a venir los condes de Francohermoso, y si ven a una mujer así, que dice que es mi hermana, no sé qué pensarán...

ANGUSTIAS

¿No me dise ná?

ISABEL

El recuerdo de mi padre, sabes...

ANGUSTIAS

¿Y tu marío? ¿Ande está tu marío? ¡Enséñame a tu marío! Yo quiero conosé a tu marío.

ISABEL

No sé si podrá ser hoy, porque está con un cliente, y como tú tendrás que irte en seguida...

ANGUSTIAS

Pero ¿qué dise de en seguía?; si yo he venío aquí a esperá a mi pare, que ha venío conmigo a la corte.

ISABEL

(Aparte). — Esto solo me faltaba. (A ella.) Lo mało es que esta noche esperamos a unos invitados, y... si... lo mejor será que me digas dónde paráis, y yo iré a veros mañana mismo. (Esto último muy cariñosa.) ¿Verdad?

ANGUSTIAS

(Con gran tristeza). — ¡Eso es que me echas de tu casa!

ISABEL

Echarte, no.

ANGUSTIAS

Sí, sí, me echas... y yo no puedo desí ahora con orgullo, como en la función que vimos anoche en el teatro: "¡Esta es mi hermanita!"

ISABEL

¡Por Dios, Angustias!

ANGUSTIAS

Claro; como tú eres rica y yo probe, ya no te acuerdas de cuando el infelí e tu pare se presentó en mi casa llevándote de la mano y le dijo ar mío yorando: "¡Morrúo! Tú que has sío pa mí más que un hermano, haste cargo de este cacho e mi corasón, que yo tengo que dirme pa don Francisco de California por no sé qué de la política." Y mi pare le contestó: "Saragatona, — porque ar tuyo le llamaban Saragatona, — pués morirte tranquilo, porque me haré cuenta que en vez de una hija tengo dos." Y tu pare la diñó ético a los tres meses, y tú fuiste la prefería en mi casa, y aluego te mandó mi pare pa un colegio e Madrid privándose hasta de comprá tabaco, pue papé de estrasa fumaba por no gastá.

ISABEL

Por la Virgen del Carmen, no sé a qué vienen esos recuerdos ahora. Yo te quiero lo mismo.

ANGUSTIAS

Has cambiao, ya lo creo. ¿Tú no te recuerdas de cuando llevabas un kilo e tomates en ca media y yo te echaba soletas con las mías y me costaba ir escalcita? Y en mi casa no comían carne nadie más que er gato y tú... **(Toda la relación la dirá en tono lastimoso.)**

ISABEL

(Aparte). — ¡Qué importuna es! **(A ella.)** Estás equivocada ;yo no he olvidado nada. Vamos, siéntate y tranquilízate. **(Aparte.)** Aguantaré un poco.

ANGUSTIAS

(Sentándose). — No sabes que en casa toos los días se habla de ti.

ISABEL

Y yo me acuerdo mucho de vosotros. ¿Y a qué habéis venido a Madrid?

ANGUSTIAS

A hasé unas comprillas y a conviaros a mi boda. ¿No sabes que me caso?

ISABEL

¿Y con quién?

ANGUSTIAS

Con Frasquito.

ISABEL

No caigo... Había en el pueblo tres o cuatro Frasquitos.

ANGUSTIAS

Tres. Frasquito Javié, Frasquito de Paula y Frasquito de Sales, que será mi marío. Es un buen muchacho, mu trabajaó, y me quiere de chipén.

ISABEL

Pues que sea enhorabuena.

ANGUSTIAS

Hase sinco días que estamos en la corte, pero hemos estao mu ocupaos con la mar de encargos de too er pueblo. Además que, como mi pare quié di a la boda hecho un caballero, se ha mandao hasé una dentaúra de oro, que lleva la boca que es el escaparate de una joyería. Se la ha fabricao un señó que hace uno diente tan güeno que hasta duelen.

ISABEL

Bien, bien. ¿Y qué hay por el pueblo?

ANGUSTIAS

Pues too sigue iguá: er Catite, que se emborracha y pega a su mujé, y ella le araña. La mujé del Cotufa, que araña a su marío, y él la pega se emborracha, y er Pilili, que no se emborracha ni pega a su mujé, pero ella le araña. La Semana Santa si que ha estao superió.

ISABEL

¿Se ha vestido de Nazareno el hijo del boticario?

ANGUSTIAS

¡No; pero ha cogío ca túnica! ¡Ah! No sabe la noveá. Que la meica ha puesto cuarto e baño en su casa, y si será susia esa mujé que se baña toos los días

ISABEL

Y el albéitar, ¿sigue tan vago?

ANGUSTIAS

Tú verá. No es ladrón por no corré.

ISABEL

Y el de la tienda de comestibles, ¿continúa viudo?

ANGUSTIAS

Sí; pero por fuera na más. **(Pequeña pausa.)** Paese que se retrasa mi pa-

ISABEL

Quizá se haya perdido; como no conoce Madrid...

ANGUSTIAS

No, porque le acompaña la dueña de la casa ande paramos. Una señora mu simpática que es viuda de un gachó que está ahora de cobraor en los Tobuse.

ISABEL

Entonces...

ANGUSTIAS

Es que tenía que hasé un porsión de encargos, y aluego habrá ido ar Circo a sacá

cuatro entrá generales pa que vayamo con vosotro esta noche.

ISABEL

¡A entrada general!

ANGUSTIAS

Pos cuando había títere en la plaza der pueblo, tú no te sentaba en er suelo porque yo iba cargá con una silla pa ti. ¡Ah!, y ante que se me orvíe. Pa que veas cómo nos acordamos de que tenei un chavaliyo, en ese lío traigo uno bollo que he hecho yo mesma y unos juguetes que le habemo comprao en la calle de Toledo.

ISABEL

(Muy impaciente). — ¿Y para qué os habéis molestado?

ANGUSTIAS

¿Te quiés callá? **(Se levanta, toma el lío y empieza a sacar lo que dice.)** Fíjate qué presiosiá la trompeta. **(Saca una cornetilla de todo a sesenta y cinco.)** ¿Y este artomovi? **(Idem.)** Pues prepárate pa ve un juguete que es una maravilla. Yo no he visto na iguá en mi vía. **(Saca un matasuegas y lo hace funcionar.)** ¿Eh? ¿Qué te paese? Se va a gorvé loco tu hijo.

ISABEL

Te advierto que mi hijo tiene muy buenos juguetes.

ANGUSTIAS

Eso es que me desprecias. **(Un poco triste.)** Ya no te acuerdas...

ISABEL

Me vas a echar en cara otra vez lo que hizo tu padre.

ANGUSTIAS

No..., pero si tan mal te paresen nuestra cosa, tú debiste desi cuando te mandó mi pare pa la corte: "Tío Morrúo, no se moleste usté en gastar lo que no tiene pa que yo sea una señorita, porque no semo de la misma clase."

ESCENA V

DICHOS y PEPE

PEPE

Los señores condes de Francohermoso acaban de llegar.

ISABEL

Páselos al gabinetito rojo... Y si no, no; al saloncito azul **(Mutis de Pepe.)** **(A Angustias.)** Perdona que no te atienda; si quieres esperar a tu padre, aquí puedes hacerlo. **(Mutis izqierda.)**

ANGUSTIAS

¿Le paese á usté? Con una habitación de ca color. En er pueblo no tenía más que un cuarto que era blanco mu blanco; pero se respiraba cariño que no apaese en esta casa por dengún lao. ¿Y esta es mi hermanita? ¡Qué ha de sé, señó! ¡Qué ha de sé! **(Pequeña pausa.)** Lo mejó será dirse; esperaré a mi pare en la portería y le diré... le diré... que Isabel se ha marchao de Madrid con su marío pa que no se entere de que es una desagraecía. ¿Por dónde estará la puerta e la calle? Yo no me atrevo a salir por ahí sola, no me vaya a sampá de sopetón en er comedó amarillo. ¡Arrea! Aquí viene otro criao de gala. **(Sale por la derecha Fernando.)**

ESCENA VI

ANGUSTIAS Y FERNANDO

ANGUSTIAS

Oiga usted, güen hombre. ¿Me quié usté desi por dónde sargo pa di a la calle?

FERNANDO

(Aparte.) — ¿Qué dice esta mujer? **(A ella.)** Le advierto a usted que yo no soy un sirviente.

ANGUSTIAS

(Como diciendo "A mí no hay quien me la dé"). — Anda que no; usté tié gana de chunga. Si va usté vestío como er compañero que me trajo aquí y avisó a esa cursi de Isabeliya.

FERNANDO

(Aparte). — ¿Qué dice esta mujer. **(A ella.)** Pues aunque no lo crea, yo soy el dueño de la casa.

ANGUSTIAS

¿Cómo?

FERNANDO

Lo que usted oye.

ANGUSTIAS

Entonse usté es er marío de Isabel...

FERNANDO

Exactamente.

ANGUSTIAS

Y yo que la he llamao cursi. ¡Ay, usté perdone, señó!... ¡Yo no sabía!... ¡Qué compromiso!... He metío la pata, y le he tomao por er criao. Dispénseme, pero me voy ahora mismo. No deje usté de darle los juguetes ar niño, sobre todo éste, que es precioso. **(Toma el matasuegras y le hace funcionar.)** Y los boyito, que los he hecho yo con mis manos... Y dígale a su esposa que yo contaré en er pueblo que me ha recibío con la mar de cariño, pero que no vengan a verla nunca. A los pies de usté; me paece que se dise asina... He metío la pata... He metío la pata... **(Mutis por el foro.)**

FERNANDO

¡Qué cosa más extraña! Esta muchacha debe ser la que se crió con Isabel... (Saliendo por el foro.) Oiga, oiga... (La escena se queda un momento sola, y aparece de nuevo Angustias por la derecha, quedándose como atontada al verse en el mismo sitio.)

FERNANDO

Un momento, joven.

ANGUSTIAS

Dispénseme, señó...

FERNANDO

Está usted dispensada de todo. Dígame: ¿Usted es, por casualidad la muchacha en cuya casa recogieron a Isabel?

ANGUSTIAS

(Un poco temerosa). — Sí, señó; pero lo hisimo con mucho gusto y fina voluntá.

FERNANDO

Ya estoy enterado.

ANGUSTIAS

Se lo ha dicho a usté ella, ¿verdad? Es más güena...

FERNANDO

¿Y por qué hablaba usted de Isabel así como con disgusto?...

ANGUSTIAS

Por na, señor... Lo que ha pasao es que yo venía der pueblo a conviarla a mi boa, porque como la queremo tanto...

FERNANDO

Ya he sabido lo que su padre de usted ha hecho por ella...

ANGUSTIAS

Na, lo que se meresía..., y además la he traío unos jueguetes pa er niño, y mi pare les quiere conviar a unas entrás der circo, y claro... como Isabel no se esperaba na de esto..., pues eso, con la alegría... no me ha hecho caso... y na.

FERNANDO

Comprendo lo sucedido... pero Isabel ha procedido mal. No quiero que sea desagradecida.

ANGUSTIAS

Por Dios, señó; no se le ocurra a usté darla un metío, que la que ha tenío la culpa soy yo que... claro..., como no he venío nunca a la corte..., pues me dije... digo..., y ya ve usté. ¿Quié usté acompañarme a la puerta, que tengo que esperá a mi pare?

FERNANDO

Usted no sale de aquí, y cuando venga su padre cenaremos todos juntos.

ANGUSTIAS

No, eso no, porque er probesiyo no está acostumbrao a finolería, y el otro día mos dieron en la casa ande paramo jamón en dieron en la casa ande paramo jamón en tropajo, y en ves de tomarlo con un palillo metió los deos.

FERNANDO

Pues esta noche cenan ustedes con nosotros aunque laman el plato.

ESCENA VII

DICHOS e ISABEL

ISABEL

(Saliendo.) — ¡Ah! ¿Estás aquí con ésta?

FERNANDO

Sí; hago los honores a mi hermana, que ha tenido la atención de venir a invitarnos a su boda.

ISABEL

¡Fernando!

FERNANDO

Y yo se lo agradezco en el alma. (Toca un timbre y viene el criado.)

ANGUSTIAS

Te advierto que yo no le he enterao de na.

ESCENA VIII

DICHOS y PEPE

PEPE

¿Llamaba el señor?

FERNANDO

Sí; prepárame un traje de americana y llévate estos juguetes para dárselos al niño mañana cuando se levante. ¡Ah!, y que pongan en la mesa dos cubiertos más. (Mutis Pepe.)

ANGUSTIAS

(Aparte.) — ¡Mi mare, la que se ha armao!

ISABEL

¿Qué significa esto, Fernando?

FERNANDO

Esto sinifica que esta noche cenamos juntos con mi hermana y su padre y luego nos vamos al Circo a entrada general con ellos.

ANGUSTIAS

Por mi que no haiga disgustos.

FERNANDO

Al contrario. Hoy es un día feliz para mí, porque tengo ocasión de demostrar mi agradecimiento a dos personas que han hecho tanto por la que hoy es mi mujer, y que si no la hubiesen enviado a Madrid yo no la habría conocido.

ISABEL

(Anonadada). — Admito la lección que me acabas de dar. Ha sido un momento de ofuscación; no sé. ¿Me perdonas, hermana mía?

ANGUSTIAS

Pero si no me has hecho na.

ISABEL

¿Quieres darme un abrazo?

ANGUSTIAS

(Abrazándola). — Y siento. .

ISABEL

Desde ahora mandas en esta casa, y, si Fernando quiere, seremos tus padrinos.

FERNANDO

Así es como quiero verte.

ANGUSTIAS

¡Uy qué ahogo se me ha quitao de encima! Ahora si que pueo desí, como en la función de anoche: "¡Esta, esta es mi hermanita!"

TELON

Angel Torres del Alamo.
Antonio Asenjo.

(De "Blanco y Negro").

Todas las reputaciones que han fracasado eran reputaciones usurpadas. — Saint-Just.

* * * *

La voluntad popular de hoy destruye la de ayer, sin comprometer la de mañana. — Royer Collard.

La familia es el primer modelo de las sociedades políticas. — Rousseau.

* * * *

La juventud es el tiempo de estudiar la sabiduría, así como la vejez es el tiempo de practicarla. — Rousseau.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

Si despojada del musgo de los años pudiera descubrirse ante nuestros ojos la raíz de todos los derechos, aparecerían puros de toda usurpación, de toda mancha. — Serre.

* * * *

La libertad no es menos necesaria para el mejoramiento moral y religioso de los pueblos que para su mejoramiento político. — Serre.

* * * *

Todos los fenómenos que percibimos, la inteligencia, la razón, los individuos y seres particulares que observamos en el mundo, son efectos, evoluciones, fases, productos de una esencia única, que es "la voluntad", la cual existe y se manifiesta como fuerza inconsciente en unas cosas y como fuerza consciente en otras. — Schopenhauer.

* * * *

A los que están abismados en los intereses mundanos, no hay que hablarles desde luego de las cosas espirituales, pues esto equivaldría a querer pescar sin cebo. San Ignacio de Loyola.

* * * *

Para estar conforme con la iglesia católica, es preciso creer que es negro lo que ella declara negro, por más que parezca blanco a nuestros ojos. — San Ignacio de Loyola.

* * * *

El que quiere sacrificarse a Dios por completo, está obligado a ofrecerle no sólo su voluntad, sino también sus opiniones; de modo que no sólo quiera, sino que piense lo mismo que el superior y que le someta su razón, única manera eficaz en que puede someterse la facultad de pensar. — San Ignacio de Loyola.

* * * *

Todos deben estar firmemente convencidos de que aquellos que viven sometidos al deber de la obediencia, están obligados a dejarse manejar y dirigir por sus superiores, como representantes de la Providencia, cual si fuesen un verdadero cadáver al que se puede llevar y traer a voluntad y manejar a capricho de cualquiera, o el bastón de un anciano que sirve para todo aquello que quiera el que lo lleva. — San Ignacio de Loyola.

Una sociedad bien regida es el templo más manífico que puede levantarse al Eterno. — Serre.

* * * *

La ley es la relación de los seres entre sí. El derecho es la expresión de esas relaciones. — Serre.

* * * *

La riqueza y la miseria marchan en líneas paralelas. — Juan Bautista Say.

* * * *

Dos gobiernos que están en guerra no son menos enemigos de sus propios súbditos que de sus contrarios. — Juan Bautista Say.

* * * *

Si queréis un pueblo virtuoso, dadle bienestar, pues será perpetuamente inútil que os esforcéis en predicarle la moral no sabiendo hacer útil la virtud y que resulte perjudicial el vicio. — Juan Bautitsa Say.

* * * *

La miseria de los cazadores salvajes, que con frecuencia perecen de hambre, no iguala a la de esos millares de familias que despiden las fábricas. — Sismondi.

* * * *

Los súbditos de cada nación deben contribuir al sostenimiento del gobierno proporcionalmente a sus medios, de un modo tan aproximado como sea posible; esto es, proporcionalmente a los ingresos que cada uno tenga bajo la protección del estado. — Adam Smith.

* * * *

En seguida que la tierra se convierte en propiedad privada, el propietario pide por su parte casi todo el producto que al trabajador le es dado recolectar en ella. — Adam Smith.

* * * *

El producto del trabajó constituye la recompensa natural o salario del trabajo. En el primitivo estado de cosas anterior a la apropiación de la tierra y a la acumulación de caudales, el producto total del trabajo pertenecía al trabajador. No tenía propietario ni amo con quienes compartirlo. — Adam Smith.

DE LA LITERATURA RUSA

El soldado y la muerte

Escrito por L. AFANASIEFF

Un nuevo y ameno cuento del genial autor ruso es el que "Pucky" ofrece a continuación, esperando que sus lectores apreciarán en cuanto vale esta producción de un autor tan merecidamente famoso.

UN soldado, después de haber cumplido su servicio durante veinticinco años, pidió ser licenciado y se fué a correr mundo.

Anduvo algún tiempo, y se encontró a un pobre que le pidió una limosna. El soldado tenía sólo tres galletas y dió una al mendigo, quedándose él con dos. Siguió su camino, y a poco tropezó con otro pobre que también le pidió limosna saludándole humildemente. El soldado repartió con él su provisión, dándole una galleta y quedándose él con la última.

Llevaba andado un buen rato, cuando se encontró a un tercer mendigo. Era un anciano de pelo blanco como la nieve, que también le saludó humildemente pidiéndole limosna. El soldado sacó su última galleta y reflexionó así:

"Si le doy la galleta entera me quedaré sin provisiones; pero si le doy la mitad y encuentra a los otros dos pobres, al ver que a ellos le he dado una galleta entera a cada uno se podrá ofender. Será mejor que le dé la galleta entera; yo me podré pasar sin ella".

Le dió su última galleta, quedándose sin provisiones. Entonces el anciano le preguntó:

—Dime, hijo mío, ¿qué deseas y qué necesitas?

—Dios te bendiga; — le contestó el soldado. — ¿Qué quieres que te pida a tí, abuelito, si eres tan pobre que nada puedes ofrecerme?

—No hagas caso de mi miseria y dime lo que deseas; quizá pueda recompensarte por tu buen corazón.

—No necesito nada; pero si tienes una baraja, dámela como recuerdo tuyo.

El anciano sacó de su bolsillo una baraja y se la dió al soldado, diciéndole:

—Tómala, y puedes estar seguro de que, juegues con quien juegues, siempre ganarás. Aquí tienes también una alforja; a quien encuentres en el camino, sea persona, sea animal o sea cosa, si la abres y dices: "Entra aquí", en seguida se meterá en ella.

—Muchas gracias, — le dijo el soldado.

Y sin dar importancia a lo que el anciano le había dicho, tomó la baraja y la alforja y siguió su camino.

Después de andar bastante tiempo llegó a la orilla de un lago y vió en él tres gansos que estaban nadando. Se le ocurrió al soldado ensayar su alforja; la abrió y exclamó:

—¡Ea, gansos, entrad aquí!

Apenas tuvo tiempo de pronunciar estas palabras cuando, con gran asombro de él, los gansos volaron hacia él y entraron en la alforja. El soldado la ató, se la puso a hombro y siguió su camino.

Anduvo, anduvo y al fin llegó a una gran ciudad desconocida. Entró en un taberna y dijo al tabernero:

—Oye. Toma este ganso y ásamelo para cenar; por este otro me darás pan y una buena copa de aguardiente, y el tercero te lo doy a tí en pago de tu trabajo.

Se sentó a la mesa, y una vez pronta la cena, se puso a cenar, bebiéndose el aguardiente y comiéndose el sabroso ganso. Conforme cenaba, se le ocurrió mirar por la ventana y vió cerca de la taberna un magnífico palacio que tenía rotos todos los cristales de las ventanas.

—Dime, — preguntó al tabernero, — ¿qué palacio es ese y por qué se halla abandonado?

—Ya hace tiempo, — le dijo este — que nuestro zar hizo construir ese palacio, pero le fué imposible establecerse en él, porque los diablos lo han tomado por residencia y echan de él a todo el que entra. Apenas llega la noche se reunen allí a bailar, alborotar y jugar a los naipes.

El soldado, sin pararse a pensar en nada, se dirigió a palacio, se presentó ante el zar, y haciendo un saludo militar, le dijo así:

—¡Majestad! Perdóname mi audacia por venir a verte sin ser llamado. Quisiera que me dieses permiso para pasar una noche en tu palacio abandonado.

—¡Tú estás loco! Se han presentado ya muchos hombres audaces y valientes pidiéndome lo mismo; a todos les di permiso, pero ninguno de ellos ha vuelto vivo.

—El soldado ruso ni se ahoga en el agua ni se quema en el fuego — contestó el soldado. — He servido a Dios y al zar veinticinco años y no me he muerto, y crees que ahora me voy a morir en una sola noche.

—Pero te advierto que siempre que ha entrado al anochecer un hombre vivo, a la mañana siguiente sólo se han encontrado los huesos, — contestó el zar.

El soldado persistió en su deseo, rogando al zar que le diese permiso para pasar la noche en el palacio abandonado.

—Bueno, — dijo al fin el zar. — Ve allí si quieres; pero no podrás decir que ignoras que la muerte te espera.

Se fué el soldado al palacio abandonado, y una vez allí se instaló en la gran sala, se quitó la mochila y el sable, puso la primera en un rincón y colgó el sable de un clavo. Se sentó a la mesa, sacó la tabaquera, llenó la pipa, la encendió y se puso a fumar tranquilamente.

A las doce de la noche acudieron, no se sabe de dónde, una cantidad tan grande de diablos que no era posible contarlos. Empezaron a gritar, a bailar y alborotar, armando una algarabía infernal.

—¡Hola, soldado! ¿Estás tú también aquí? — gritaron al ver a éste. — ¿Para qué has venido? ¿Acaso quieres jugar a los naipes con nosotros?

—¿Por qué no he de querer? — repuso el soldado. — Ahora que con una condición: hemos de jugar con mi baraja, porque no tengo fe en la vuestra.

En seguida sacó su baraja y empezó a repartir las cartas. Jugaron un juego y el soldado ganó; la segunda vez ocurrió lo mismo. A pesar de todas las astucias que inventaban los diablos perdieron todo el dinero que tenían, y el soldado iba recogiéndolo tranquilamente.

—Espera, amigo, — le dijeron los diablos; — ¡tenemos una reserva de cincuenta arrobas de plata y cuarenta de oro: vamos a jugar esa plata y ese oro.

Mandaron a un diablejo para que les trajese las bolsas de la reserva, y continuaron jugando. El soldado seguía ganando, y el pequeño diablejo, después de traer todas las bolsas de plata, se cansó tanto que, con el aliento perdido, suplicó al viejo diablo calvo:

—Permíteme descansar un ratito.

—¡Nada de descanso, perezoso! ¡Tráenos en seguida las bolsas de oro!

El diablejo, asustado, corrió a todo correr y siguió trayendo las bolsas de oro, que pronto se amontonaron en un rincón. Pero el resultado fué el mismo: el soldado seguía ganando.

Los diablos, a quienes no agradaba separarse de su dinero derribaron la mesa a patadas y atacaron al soldado, rugiendo a coro:

—Despedazadlo, despedazadlo.

Pero el soldado, sin turbarse, agarró su alforja, la abrió y preguntó:

—¿Sabéis qué es esto?

—Una alforja, — le contestaron los diablos.

—¡Pues entrad todos aquí!

Apenas pronunció estas palabras, todos los diablos en pelotón se precipitaron en la alforja, llenándola por completo, apretados unos a otros. El soldado la ató lo más fuerte posible con una cuerda, la colgó de la pared y luego, echándose sobre las bolsas de dinero, se durmió profundamente, sin despertar hasta la mañana.

Muy temprano, el zar dijo a sus servidores:

—Id a ver lo que le ha sucedido al soldado, y si se ha muerto, recoged sus huesos.

Los servidores llegaron al palacio y vieron con asombro al soldado paseándose contentísimo por las salas fumando su pipa.

—¡Hola, amigo! Ya no esperábamos verte vivo. ¿Qué tal has pasado la noche? ¿Cómo te las has arreglado con los diablos?

—¡Valientes personajes son esos diablos! ¡Mirad cuánto oro y cuánta plata les he ganado a los naipes!

Los servidores del zar se quedaron asombrados y no se atrevían a creer lo que veían sus ojos.

—Os habéis quedado todos con la boca abierta, — siguió diciendo el soldado. — Enviadme pronto dos herreros y decidle que traigan con ellos el yunque y los martillos.

Cuando llegaron los herreros trayendo consigo el yunque y los martillos de batir, les dijo el soldado:

—Descolgad esa alforja de la pared y dad buenos golpes en ella.

Los herreros que se pusieron a descolgar las alforjas, hablaron entre ellos:

—¡Dios mío, cuánto pesa! ¡Parece como si estuviera llena de diablos!

Y éstos exclamaron desde dentro:

—Somos nosotros, queridos amigos.

Colocaron el yunque con la alforja encima y se pusieron a golpear sobre ella con los martillos como si estuviesen batiendo hierro. Los diablos, no pudiendo soportar el dolor y llenos de espanto gritaron con todas sus fuerzas:

—¡Gracia, gracia, soldado! ¡Déjanos libres! ¡Nunca te olvidaremos, y ningún diablo entrará jamás en este palacio ni se acercará a él en cien leguas a la redonda!

El soldado ordenó a los herreros que cesasen de golpear, y apenas desató la alforja los diablos echaron a correr sin siquiera mirar atrás; en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron del palacio. Pero no todos tuvieron la suerte de escapar: el soldado

detuvo, como prisionero en rehenes, a un diablo cojo que no pudo correr como los demás.

Cuando anunciaron al zar las hazañas del soldado le hizo venir a su presencia le alabó mucho y le dejó vivir en palacio. Desde entonces el valiente soldado empezó a gozar de la vida porque todo lo tenía en abundancia: los bolsillos rebosando dinero, el respeto y consideración de toda la gente, que le hacía cuando lo encontraban reverencias respetuosas y el cariño de su zar.

Se puso tan contento, que quiso casarse. Buscóse novia, celebraron la boda y, para colmo de bienes, obtuvo de Dios la gracia de tener un hijo al año de su matrimonio.

Poco tiempo después se puso enfermo el niño y nadie lograba curarlo. Cuantos médicos y curanderos lo visitaban no conseguían ninguna mejoría. Entonces el soldado se acordó del diablo cojo; trajo la alforja donde lo tenía encerrado, y le preguntó:

—¿Estás vivo, Diablo?

—Sí, estoy vivo. ¿Qué deseas, señor mío?

—Se ha puesto enfermo mi hijo y no sé qué hacer con él. Quizá tú sepas cómo curarlo.

—Sí sé. Pero ante todo déjame salir de la alforja.

—¿Y si me engañas y te escapas?

El diablo rengo le juró que ni siquiera un momento había tenido esa idea, y el soldado, desatando la alforja, puso en libertad a su prisionero.

El diablo, recobrando su libertad, sacó un vaso de su bolsillo, lo llenó de agua de la fuente, lo colocó a la cabecera de la cama donde estaba tendido el niño enfermo y dijo al padre:

—Ven aquí, conmigo, mira el agua.

El soldado miró el agua y el diablo le preguntó:

—¿Qué ves?

—Veo la muerte.

—¿Dónde se halla?

A los pies de mi hijo.

—Está bien. Si está a los pies, quiere decir que el enfermo se curará. Si hubiese estado a la cabecera, se hubiese muerto sin remedio. Ahora toma el vaso y rocía al enfermo.

El soldado roció al niño con el agua, y al instante se le quitó la enfermedad.

—Gracias, — dijo el soldado al diablo rengo, y le dejó libre, guardando sólo el vaso.

Desde aquel día se hizo curandero, dedicándose a curar a los boyardos y a los generales. No se tomaba más trabajo que el de mirar en el vaso, y en seguida podía decir con la mayor seguridad cuál de los enfermos moriría y cuál viviría.

Así transcurrieron unos cuantos años, cuando un día se puso enfermo el zar. Llamaron al soldado, y éste, llenando el vaso con agua de la fuente, lo colocó a la cabecera del lecho, miró el agua y vió con horror que la Muerte estaba, como un centinela, sentada a la cabecera del enfermo.

—¡Majestad! — le dijo el soldado. — Nadie podrá devolverte la salud. Sólo te quedan tres horas de vida.

Al oir estas palabras el zar se encolerizó y gritó con rabia:

—¿Cómo? Tú que has curado a mis boyardos y a mis generales, ¿no quieres curarme a mí, que soy tu soberano? ¿Acaso soy yo de peor casta o indigno de tu favor? Si no me curas daré orden para que te ejecuten una hora después de mi muerte.

El soldado se encontró perplejo ante este problema y se puso a suplicar a la Muerte, diciendo:

—Dale al zar la vida y toma en cambio la mía, porque si de todos modos he de perecer, prefiero morir por tu mano a ser ejecutado por la del verdugo.

Miró otra vez en el vaso y vió que la Muerte le hacía una señal de aprobación y se colocaba a los pies del zar.

El soldado roció al enfermo, y éste en seguida recobró la salud y se levantó de la cama.

—Oye, Muerte, — dijo el soldado, — dame tres horas de plazo; necesito volver a casa para despedirme de mi mujer y de mi hijo.

—Está bien, — contestó la Muerte.

El soldado se fué a su casa, se acostó y se puso muy enfermo. La Muerte no tardó en llegar y en colocarse a la cabecera de su cama, diciéndole.

—Despídete pronto de los tuyos, porque ya no te quedan más que tres minutos de vida.

El soldado extendió un brazo, descolgó de la pared la alforja, la abrió y preguntó:

—¿Qué es esto?

La Muerte le contestó.

—Una alforja.

—Es verdad; pues entra aquí.

Y la Muerte en un instante se encontró metida en la alforja.

El soldado sintió tan grande alivio que saltó de la cama, ató fuertemente la alforja, se la colgó al hombro y se encaminó a los espesos bosques de Briauskie. Llegó allí, colgó la alforja en la cima de un álamo y se volvió contento a su casa.

Desde entonces ya no se moría la gente. Nacían y nacían, pero ninguno se moría. Así transcurrieron muchos años, sin que el soldado descolgase la alforja del álamo.

Una vez que paseaba por la ciudad tropezó con una anciana tan vieja y decrépita, que se caía al suelo a cada soplo del viento.

—¡Dios de mi alma, qué vieja eres!—exclamó el soldado. — ¡Ya es tiempo de que te mueras!

—Sí, hijo mío, — le contestó la anciana. — Cuando hiciste prisionera a la Muerte sólo me quedaba una hora de vida. Tengo gran deseo de descansar; pero ¿cómo he de hacer? Sin la muerte la tierra no me admite para que descanse en sus profundidades. Dios te castigará por ello, pues son muchos los seres humanos que están sufriendo como yo en este mundo por tu causa.

El soldado se quedó pensativo: "Se ve que es necesario libertad a la Muerte aunque me mate a mí, — pensó. — ¡Soy un gran pecador!"

Se despidió de los suyos y se dirigió a los bosques de Briauskie. Llegó allí, se acer-

có al álamo y vió la alforja colgada en lo alto del árbol, balanceada por el viento.

—Oye, Muerte, ¿estás viva? — preguntó el soldado.

La Muerte le contestó con una voz apenas perceptible:

—Estoy viva, amigo.

El soldado descolgó la alforja, la desató y la abrió, dejando libre a la Muerte, a la que suplicó que le matase lo más pronto posible para sufrir poco; pero la Muerte, sin hacerle caso, echó a correr y en un instante desapareció.

El soldado volvió a su casa y siguió viviendo muchos años, gozando de la mayor felicidad.

Todos creían que ya no se moriría nunca; pero, según dicen, se ha muerto hace poco.

AFANASIEFF.

LA LECCION DEL FINANCISTA

—¡Oh! ¡Estos cambios! ¡Bajan, suben, vuelven a bajar, vuelven a subir!
—¡Claro! Si se estuvieran quietos siempre, no serían cambios.

UN BORRACHO INCORREGIBLE

EL BOTELLON DE AGUA

Por XANROF

(Traducción del francés)

¿Puede ser aún interesante un cuento que se refiera a un borracho incorregible? Así es, por extraño que parezca y es así, como se verá leyendo el cuento que va a continuación, gracias a la habilidad originalísima del notable humorista francés que lo firma.

ES notable que en la vida no se logre con frecuencia el fin al que nos conducía el camino primeramente emprendido; y conste que no me me refiero a aquellos que, habiendo estudiado para escribano, acaban su carrera en presidio.

Taitaluile, por ejemplo, cuando cursaba el primer año de Derecho (como era un muchacho concienzudo, empleó seis años en dominarlo), había adquirido una fama de buen bebedor, de la que estaba orgulloso, pues parecía augurarle un brillante porvenir en el campo de la degustación. Esta cualidad no le impidió, sin embargo, seguir otra carrera y entrar en la policía, donde el antiguo discípulo de Baco redactaba exposiciones sobre scándalos nocturnos.

Hay que reconocer, que a pesar de todo, había conservado una profunda simpatía por los bebedores y que nunca aplicaba sin cierto dolor la ley contra la embriaguez.

Cuando le conocí, acababa de ser nombrado secretario de una comisaría de París, y entre los sometidos a su tutela se encontraba un buen auvernés, a quien todos los domingos sin excepción se le detenía con una enorme borrachera. Dejando a un lado este defecto, nuestro hombre era un infeliz alegre y tranquilo, melómano hasta la exageración cuando tenía una copa (o un litro) de más.

La primera vez, Taitaluile le dejó ir después de haberle amonestado y obtenido de él una promesa de que no se emborracharía, o, por lo menos, de que no bebería lo bastante para perder la razón. Charfouillat (tal era el nombre del auvernés) juró cumplir su palabra y consagrar eterno reconocimiento a Taitaluile por su generosidad.

Pero el domingo siguiente volvieron a pescarle más "gris" que un cielo de otoño; la única diferencia estribaba en que todo el tiempo había estado bebiendo "a la chalud del cheñor checretario".

Taitaluile se encontraba perplejo después del interrogatorio. Se le hacía ingrato enviar a dormir al calabozo, — habitación malsana, donde no había ni agua para beber, — a un hombre que se pasaba la tarde bebiendo a su salud; pero la reincidencia merecía un castigo.

De repente, Taitaluile tuvo una inspiración genial:

—Amigo mío. — dijo a Charfouillat, — me es usted muy simpático y haré en su obsequio una segunda excepción. Voy a ponerle en la calle...

—¡Ah cheñor! Si usted me permitiera le daba un abrazo.

—Con una condición...

—¡Todas las que usted quiera, cheñor checretario!

—Guardia acérqueme el botellón del agua y un vaso.

El guardia, completamente asombrado, fué a buscar los objetos pedidos y los colocó sobre la mesa delante de Charfouillat, que sentía una vaga inquietud.

Taitaluile dijo:

—Si cuando usted bebía a mi salud hubiese mezclado el vino con agua, no estaría usted aquí.

—¡Oh, cheñor! Echar agua al vino. ¡Qué ocurrencia!

—Pues bien: si quiere usted marcharse en paz, tiene que beberse a mi salud...

—Con mucho gusto, cheñor.

—¡Aguarde, hombre!... ¡Tiene que beberse el contenido de este botellón!

Charfouillat miró a Taitaluile con una cara de estupefacción indescriptible.

—¿Va en cherio?

—¡Hay que beberse el botellón!

—¡Pero chi lo que contiene es agua, cheñor checretario!

—Precisamente.

—¿Y me obligará usted a beber agua? ¡Oh, cheñor checretario!...

Y el borracho, ofendido e indignado, dirigió a Taitaluile una mirada llena de reproches. Luego dijo con tono brusco.

—Prefiero dormir en el calabozo, — dijo.

Taitaluile, afligido, hizo una señal, y el guardia se llevó al beodo.

Por la mañana, cuando Charfouillat salía del encierro, Taitaluile, — que durante la noche se había reprochado su dureza, — le preguntó.

—¿Qué tal ha pasado la noche, amiguito?

—Bien, gracias, — respondió el auvernés con un dejo de frialdad; — pero tengo el cuerpo molido y no pude dormir; las tablas chon muy duras. Además, el verme mezclado entre ladrones, a mí, que choy un hombre honrado, me pone enfermo...

—Le hubiera ido mejor bebiéndose el botellón, — replicó dulcemente Taitaluile.

Charfouillat no se dignó contestar.

Y al domingo siguiente, Taitaluile volvió a verle en la comisaría:

—Observo, Charfouillat, que la lección no le hizo efecto. La intemperancia le conducirá siempre aquí.

—No es la intemperancia, chino los agentes, — respondió Charfouillat.

—No tengo más remedio que encerrale otra vez.

Charfouillat hizo un gesto.

—A menos que no quiera beberse el botellón.

Charfouillat se rascó la oreja.

—¡Vamos, pruebe usted!

—¿Y chi me pongo enfermo?

—¡No es para tanto!

Taitaluile llenó un gran vaso de agua al borracho, que lo tomó sin entusiasmo, lo miró, lo olió y, por último, se lo echó al coleto de un trago.

—¡Dios mío, qué mal chabe! — gritó.

—Ya se acostumbrará usted, — dijo el buen Taitaluile dándole suelta.

A los ocho días, Charfouillat se presentó otra vez borracho.

—¡Cómo!... ¿Usted todavía?

—Chi, cheñor; ¡pero no me volverá a ocurrir!... ¿Dónde está el botellón?

Y al terminarse de beber el agua, con el rostro compungido de un niño que reza una plegaria para borrar un pecadito, Charfouillat se marchó muy animado.

Sus visitas se espaciaron, y acabó por no volver a la comisaría. Taitaluile se frotaba las manos, dichoso por haber salvado a un bebedor incorregible y satisfecho de su buena acción.

Al cabo de algunos meses, se encontró en la calle a Charfouillat, con la nariz más roja que un capelo cardenalicio y el paso bastante inseguro.

Le llamó:

—¿Qué hay, amigo, ya no se emborracha usted?

—Chi, cheñor, — respondió plácidamente el auvernés; pero lo hago en otro distrito. distrito.

XANROF.

—Diga, chauffeur, ¿cuánto marca ese adminículo que indica lo que hay que pagar?

—Dos pesos veinte.

—Entonces vuelva un poco atrás, por que no tengo más que uno y ochenta.

* * * *

El anticuario dice al hombre que está ocupado en abrir una zanja en un sitio donde es posible que haya restos históricos:

—¿No ha sacado nada importante?

—Hoy no.

—¿Y ayer?

—Ayer, sí.

—¿Qué?

—Veinte pesos a cuenta de los jornales de la semana.

* * * *

—Necesito una gobernanta para cuidar a tres niños, — dijo la señora en la agencia de colocaciones.

—Muy bien, — contestó el encargado. — ¿Pero no es usted la señora a quien ya proporcionamos una gobernanta la semana pasada?

—Sí: yo misma, — dijo la señora.

—¡Ah! No sé si podré proporcionarle lo que desea. La que estuvo en su casa dice que allí lo que hace falta es una domadora de fieras.

* * * *

—¿Cómo se entiende? ¿Me trae usted el traje y la cuenta al mismo tiempo? ¡Eso es una prueba de desconfianza!

—Perdone usted, ha sido una eqquivocación, señor diputado, — replica el sastre. — Es que le hemos confundido a usted con uno de los clientes que pagan.

* * * *

—Veo, Parrilla, que sus patrones siempre que ponen un aviso pidiendo empleados, agregan: "Deben ser casados". ¿Por qué es eso?

—Porque ellos quieren gente que esté acostumbrada a obedecer.

* * * *

En el juzgado de instrucción:

El juez: — ¡Pero hombre! ¿Otra vez aquí? ¿Por qué roba usted de esa manera?

El ladrón: — Señor juez, por que no conozco otra.

PEQUEÑO ERROR

Tomás Lacopa: — ¡Oh! ¡Debo haber me equivocado de llave! ¡No puedo abrir la puerta de mi casa!

ESTOMAGO ARTIFICIAL

o Polvos del Dr. Kuntz

Maravilloso medicamento para el tratamiento de todas las dolencias del estómago por antiguas y rebeldes que sean.

Verdadero tesoro para los enfermos del estómago; cura: dispepsias estomacales e intestinales, gastritis, gastralgias, etc., sintiéndose aliviado desde la primera dosis.

EN VENTA:

Droguería de La Estrella Ltda. Defensa 215, sus Secciones y toda buena farmacia.

Siga leyendo "SURCOUF"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Febrero 19
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 125

La empresa cinematográfica León Gaumont estrenará en la presente temporada la gran película

SURCOUF

cuyo argumento ha sido tomado de la novela de la que "Pucky" ofrece la primera traducción a nuestro idioma.

La más impresionante novela de piratas que se ha escrit

LEALA HOY

JEAN ANGELO
en el papel de Surcouf

INGENUIDAD

—¡Pero muchacha, esa mesa es demasiado débil para sostener tu peso!
—No tema nada. No piso más que con un pie, así que disminuyo mi peso a la mitad.

Surcouf

Interesantes capítulos de la gran novela de electrizantes hazañas históricas de piratería en la que se basa el argumento de la notable película que la casa León Gaumont estrenará en esta temporada.

En Mar del Plata

Nota cómica en colores.

Novedades de todas partes

Curiosas informaciones sobre temas diversos

Ante el espejo

Recetas útiles para el tocador, escogidas por un especialista

La cocina de "Pucky"

Consejos útiles para quienes deseen cocinar bien.

Bonbons fins

Chascarrillos más o menos graciosos, escogidos por "Pucky" para sus lectores.

La prueba en rojo

Vibrante narración traducida del inglés y con ilustraciones en colores.

El oportunista

Nuevo cuento del gran autor ítalo-inglés Rafael Sabatini; ilustrado en colores.

Un gran sistema de cazar conejos

Modelo para armar. En colores.

Si haces mal no esperes bien

Atrayente novela de una famosa escritora argentina

Máximas y pensamientos

Frases célebres de hombres célebres de todos los países y todos los tiempos.

Croisilles

Delicada novelita de un notable escritor y poeta francés.

La levita del rector

Cuento pintoresco y típico de un amenísimo autor español.

La corrida suprema

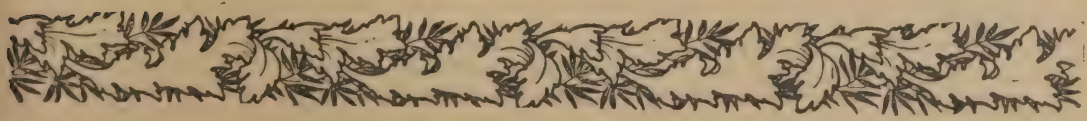
Relato humorístico de uno de los más notables escritores cómicos de nuestro tiempo.

Cómo nació el boxec

El origen de un difundido sport explicado sucintamente.

El gato y la zorra

Otro cuento del originalísimo autor ruso Afanaieff



UN CABALLERO REALMENTE ECONÓMICO

—¿Ese? ¡Es el hombre más económico que he conocido!
—¿El? ¿En qué se basa usted para hacer esa afirmación?
—En que sé que esconde los calcetines sucios en los bolsillos de la pyjama para que se los laven sin cargarlos en la cuenta.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa

LEON GAUMONT

estrenará en los grandes cine-teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual

(Continuación. — Véase el No. 124 de "Pucky")

DESDE el primer momento pudo comprender Mekrani que sucedía algo anormal en el villorrio, y al tratar de informarse se enteró de que toda la comarca se había sublevado contra el guicovar, con lo cual, prevenido Surcouf, se presentó ante el magistrado local, quien venía a ejercer funciones similares a las de los alcaldes europeos, y quiso enterarse de lo que sucedía.

Como hombre sumamente desconfiado, empezó el hindú por contestar con evasivas, pero cuando citó a los ingleses, fué tal la explosión de rabia con que se expresó Surcouf respecto a ellos, que bastó aquel modo de expresarse para qu el alcalde abriera su corazón al extranjero. Aquel magistrado estaba por completo a devoción del guicovar, así como la inmensa mayoría del pueblo, pero se veía todos aterrorizados por un insignificante minoría.

—Han venido emisarios, — dijo el hindú. — Trajeron muchas rupias acuñadas con sello inglés, y con ellas han comprado a toda la canalla de nuestras aldeas, armadas hoy a favor suyo. Si se ha sublevado el país es sólo para destronar al guicovar en beneficio exclusivo de los ingleses.

Se aseguró Surcouf de que lo dicho por el hindú era cierto, y se separó del alcalde para celebrar una especie de consejo con sus compañeros y amigos.

—¡Qué buena ocasión en ésta, — dijo cumamente complacido el joven Mekrani, — para que el capitán Surcouf ponga en el trono a Meriem, la descendiente última de los verdaderos rajás de la península de Khandjar, trono robado al padre de la princesa por el guicovar.

—Mira, amigo, — dijo Surcouf, — si aspiras a que esa señorita llegue a sentarse en el trono de sus mayores, empieza por pedir a tu Dios que no logren destronar al guicovar estos conspiradores de ahora.

—No comprendo, — dijo Mekrani, sumamente pensativo.

—Esta insurrección, — dijo el marino, — ha sido promovida y fomentada por los ingleses y sus partidarios son los que tratan de cambiar de soberanía.

—Eso lo temía hace tiempo, — murmuraba Brinville. — ¡Cargó ya toda la caballería de San Jorge!

Conocido es el significado de esta frase. Quiere decir que los ingleses han pagado traidores y agitadores para promover revueltas o guerras que autoricen sus egoístas intervenciones.

—Una nación, — continuó Surcouf, — puede defenderse contra la invasión o contra la conquista inglesa, pero cuando Inglaterra se ha posesionado de un Estado cualquiera hace bien las cosas. Se establece sólidamente, traza caminos militares y ocupa todas las posiciones estratégicas, así que es cosa muy difícil sacarlos luego. No olvide-

mos que los musulmanes no son sino la minoría de Baroda. ¿Cómo podrían recobrar su poder ante los ingleses, cuando tan difícil es para ellos dominar solo al guicovar?

—En ese caso, — dijo tristemente Mekrani. — ¿No queda esperanza de que la princesa Meriem llegue a ocupar el trono de sus antepasados?

—Depende todo de las circunstancias. Si muere el guicovar, acaso sus hijos promuevan una guerra civil, y entonces, si se presenta la princesa Meriem aclamada por los musulmanes y sostenida además por un numeroso partido, puede llegarse, con muchas probabilidades de éxito, a derrocar a los maharatás. Si se aplasta el poder de estos conquistadores, todas las masas populares acogerían con júbilo un cambio de gobierno que reconocería la libertad religiosa para todos y la paz interna, unida a la independencia del Estado armado eficazmente para poder resistir a todas las intrigas británicas. En una palabra; con un poco de valor y habilidad ya poco que supiera administrar y gobernar bien esa princesa Meriem, creo que podría eternizarse en el trono.

Brillaban las pupilas de Mekrani como si las iluminase el rayo de la esperanza y cual si la alegría retozara por todo el cuerpo del muchacho.

—Sahib, — dijo. — Si se casara con un hombre como tú, podría estar segura la princesa de tener un glorioso reinado.

—¡Quién sabe si ha de llegar a tirar al mar a todos esos ingleses! — dijo Brinville. Pero dínos, pequeño Mekrani. ¿Conoces tú a esa princesa?

—La conozco, — respondió el joven.

—Dime: ¿es bonita o fea?

—Diré cosas que han de extrañaros mucho, — contestó tímidamente el joven. — Es árabe como yo, y todos dicen que nos parecemos mucho. De tal modo nos parecemos que son muchos los que nos consideran como hermanos.

—Pues mira, amigo, — dijo seriamente Brinville. — Basta con lo que acabas de indicar para que comprenda que ha de ser una mujer hermosa esa princesa ya que eres lo que se dice un mozo bien plantado y hasta demasiado hermoso.

Se notó cómo se ruborizaba Mekrani.

—Lo grave es, — dijo Surcouf, — saber si esa princesa estará dispuesta a quererme un poco.

—No puede dejar de quererte, — observó Mekrani. — ¿Quién es capaz de no admirar y de no amar a un héroe como tú? No puede mirarte como se mira a los hombres, sino con el amor con que se adora a los dioses. por muy descontentadiza que sea la princesa. No olvides que la conquistarás por completo si no tomas a ninguna otra esposa.

—¿Olvidas que no me es posible casarme dos veces? Las leyes de Francia no permiten que cada hombre tenga más de una mujer.

—Esa sí que es una hermosa y justa ley, — murmuró Mekrani.

—Así, amigo Mekrani, — dijo burlonamente Brinville, — que nos resultas monógamo y pareces conformarte con el afecto de una sola mujer. ¿No te autoriza el Corán a tener cuantas te gusten? ¡Qué extraño eres cuando por tu propia voluntad renuncias a la más hermosa prerrogativa de los musulmanes!

—Todo eso estará muy bien dicho, — repuso medio turbado el joven, — pero entiendo que no puede ser feliz una familia como no se funde en el afecto de un solo hombre, una sola mujer y de hijos que sólo procedan de ambos.

—Afortunadamente no pensamos lo mismo querido joven, — dijo el teniente. — Pero deduzco de cuanto acabas de decir que no te casarás nunca. Estamos en el mismo caso. Me propongo morir soltero.

—¿Piensa del mismo modo el sahib Surcouf?

—Si llego a casarme, — respondió el corsario, — seré un modelo de seriedad, pero no he de negar que dado mi profundo odio a los ingleses, ha de ocupar el amor muy poco espacio en mi pecho. De todo lo charlado resulta, como única conclusión que volveremos a Baroda a ofrecer al guicovar nuestros servicios para ayudarle a salir airoso del conflicto en que se halla.

—¡Pues en marcha para Baroda! — repitió Brinville. — No me disgustará volver a ver a cierta princesita a quien conozco.

— Mekrani — dijo Surcouf al joven. — Que te acompañen dos de nuestros marineros y preséntate al alcalde de esta aldea. Pídele cinco caballos y se los pagas al contado.

Apresuróse el joven a cumplir el encargo y Surcouf quien tenía perlas y brillantes en su cinturón, hizo que un parsi, tratante en joyas establecido en la localidad, tasara uno de los mejores. Hecho el negocio, pagados los caballos y provistos de guía experto de los caminos, saltaron todos a las sillas y se puso la caravana al trote.

Estaba a todo esto Saldanazar en Surate esperando recibir noticias de cómo los corsarios habían perecido en alta mar, cuando vió llegar a los primeros emisarios thugs, heridos y maltrechos. Su rostro de tigre adquirió la más terrible expresión cuando se enteró de lo ocurrido. Centellearon sus ojos con fosforescentes llamaradas, pero no pronunció ni una sola palabra. La tempestad rugía dentro del alma del gran jefe de los estranguladores.

Mediante un gran esfuerzo de su voluntad, logró dominar sus pensamientos hasta tener la lucidez necesaria para juzgar fríamente la situación. Permaneció largo rato en silenciosa meditación. Luego llamó a su secretario.

El gran jefe de los thugs dictó en el acto para toda la secta una orden general que debía circular por todos los estados de la India.

Aquella medida de carácter general era una preparación para que los corsarios no pudiesen escapar a su venganza.

Saldanazar tomó además las medidas necesarias para la pronta ejecución de sus planes.

Cuando llegaron los mensajeros anunciando que el ciclón había arrojado a la costa

a los franceses y que éstos estaban bajo la vigilancia de los espías de la banda, y al saber que no se les perdía de vista y no se renunciaba a la esperanza de atraparlos y estrangularlos, no le fué posible ahogar los rugidos de alegría y de triunfo. Dijo a Cyavo, mientras resplandecía el rostro de Saldanazar con los destellos de la más aterradora ferocidad.

—¡Nuestros son esos servidores de Cristo! ¡Son nuestros esos impuros seres! ¡Es Siva misma quien nos los entrega!

—¡Gloria a Siva! — murmuró Cyavo, en tanto que prosternaba hasta tocar el tapiz con la frente.

—¡Pero no hemos terminado! — continuó Saldanazar.. — Empezó la insurrección contra el guicovar y otro aviso de nuestros espías acaba de comunicarnos que los corsarios se dirigen a Baroda para luchar en favor del soberano.

—Pero cuando lleguen y traten de entrar en Baroda...

—Comprendiste mi idea Cyavo.

Brillaron de orgullo las pupilas del secretario, y dijo:

—Como estará ya sublevada toda la ciudad, esos corsarios han de verse rodeados, envueltos, vencidos y estrangulados.

—¡Sí, los estrangularán, los estrangularemos al fin! — murmuró rabiosamente el rico mercader.

Con maravillosa lucidez trazó en el acto Saldanazar el plan de la insurrección de la capital, y dictó, sin detenerse siquiera, cuantas instrucciones necesitaban los thugs y sus afines, o sean los fieles de la diosa Kali, para lanzarse a la revuelta, y una vez terminada la redacción de sus órdenes, extendió la mano hacia el cielo, mientras murmuraba con el más solemne tono.

—¡Por fin están en nuestro poder!

La conspiración que minaba el trono del guicovar envolvía en la malla de su red a los corsarios franceses así como a la princesa Meriem, por muy oculta que se presentase bajo el nombre y el disfraz del joven Mekrani.

CAPITULO III

Las serpientes salvadoras

SON los thugs los inventores del llamado golpe de jinete, y es éste uno de los sistemas que más éxito logran cuando se trata de sorprender a los centinelas de los campamentos.

Resultó que el thug espía que perseguía a los corsarios ideó ir matando a sus enemigos a razón de uno por noche, durante las cinco en que necesariamente debían acampar, antes de llegar a las inmediaciones de Baroda.

Había decidido Surcouf no dormir en ninguna de las aldeas, sino en pleno campo, para no hallarse en medio de los movimientos insurreccionales. Se corría el peligro de verse comprometido en uno u otro sentido, y acaso preso.

El espía thug interrogó al guía y éste dijo, sin desconfianza alguna, que los viajeros se proponían dormir siempre a la intemperie, y con este dato en su poder pudo fácilmente el espía preparar su plan de operaciones.

Exaltado por la esperanza de ofrecer a Siva los cinco viajeros, calculaba ya cuáles serían sus méritos ante los empleados de la terrible secta. El infeliz miembro de la clase número diez y ocho entre los cultos o jerarquías de los ritos hindús, sería en la vida que sucede a esta que vivimos hasta llegar a ocupar uno de los rangos primeros, y cuando volviera a encarnarse su espíritu en esta humanidad a que pertenecemos, sería para verse dentro del cuerpo del hijo de un poderoso rajá. Si no había hijos de soberano donde poderse meter el espíritu del thug, se acomodaría en el de algún descendiente de famoso general o de primer ministro.

Entusiasmado con los esplendores del futuro, se entregaba a su misión y se exponía con la mayor audacia sin experimentar la sensación del miedo. Muy por lo contrario, hubiera sentido no salir airoso en su empresa, y realizarla sin dejar la vida en la ejecución del plan trazado.

Para asegurar mejor su éxito, se puso de acuerdo con otros dos thugs. Debían ser éstos los auxiliares destinados a trasladar los cadáveres y a enterrarlos. En caso necesaroo debían prestar socorro al compañero y director si éste corría peligro.

No fué difícil a los thugs proporcionarse buenos caballos entre sus correligionarios, y el espía pudo observar cómo Surcouf se encagaba siempre del último turno de guardia del campamento, o sea se encargaba el capitán del turno que precede al despertar de la aurora.

Enterado de estos detalles, organizó su método de trabajo con lo mayor prolijidad.

Preparó una delgada soga de seda, tan delgada como sólida, y al extremo de la cuerda adaptó una de das sagradas echarpes o bufandas, pero cortada de modo que formase como cinco cintas muy finamente trenzadas y muy esmeradamente ensebados, de modo que se deslizaran con toda facilidad por un nudo corredizo. Ató el extremo de la soga al pomo de la silla y consideró terminados sus preparativos.

Cuando llegó el momento oportuno, y seguido a respetuosa distancia por sus auxiliares, se colgó el thug del estribo derecho de su montura, de tal suerte que pudiera el cuerpo casi arrastrarse por el suelo. Se realizó esta maniobra como a cien pasos del campamento, hacia el cual, y por medio de cordeles atados a las riendas, encaminó el thug si cabalgadura.

Surcouf, que estaba de centinela en aquel momento, vió cómo se acercaba un caballo sin jinete, pero, como hombre previsor, lo examinó detenidamente. Le pareció advertir que arrastraba un cuerpo humano. Pero ¿quién es capaz de desafiar a un jinete caído de la silla?

Surcouf se encaminó hacia el caballo, y andaba muy despacio con idea de no espantarlo. A su juicio el jinete o estaba muerto o completamente desmayado.

Detúvose el caballo, debido a los tirones de los disimulados cordeles, y como viera Surcouf que el cuadrúpedo se quedaba quieto, trató de librar al arrastrado jinete, pero intantáneamente el thug, gracias a su increíble agilidad y a su destreza, pasó el lazo corredizo por el cuello de Surcouf, lo apretó de un golpe violento y seco, y saltando sobre la silla, lanzó a galope su montura. Pero no había dado el potro dos brincos cuando resonaron dos pistoletazos y silbaron dos balas en las orejas del thug, que pudo darse cuenta al propio tiempo de que la soga de seda no arrastraba a nadie.

Surcouf, como buen marino, nunca soltaba su cuchillo, y con él cortó el lazo y a pesar de sentirse medio aturdido por la caída y el principio de estrangulación, se puso en pie y disparó sus pistolas. El thug se hallaba ya a bastante distancia, y se perdieron los tiros en la negrura de la noche. No pudo matar Surcouf a su enemigo, pero pudo recoger el extremo del lazo con que trataron de estrangularlo. Al ruido de las detonaciones despertaron todos y corrieron en socorro del corsario, cuando volvía éste al campamento, y a la luz de la hoguera mostró a sus amigos que el extremo del lazo estaba hecho con una banda de seda trenzada, circunstancia que obligó a Mekrani a decir:

—Fué un thug el que ha tratado de matarte.

—¿De modo que hemos sido reconocidos y somos perseguidos por esos canallas? —preguntaba Brinville.

—Ese thug procede por cuenta propia Si se tratara de un asunto de su comunidad nos hubiera atacado toda una numerosa banda.

—Me parece que estás en lo cierto, — dijo el teniente.

—Sea lo que sea, — dijo Surcouf, — debemos estar muy alerta y no descuidar la vigilancia ni un minuto, pues podemos ser atacados en cualquier momento.

Comprendían todos que los thugs eran muy poderosos enemigos, así que se levantó el campo y se emprendió la marcha, no sin que abrigasen todos la seguridad que iban a correr grandes peligros antes de llegar a Baroda.

Antes de llegar a una aldea por la cual era preciso pasar para comprar provisiones y cebada para los caballos, se celebró consejo y se convino en despachar lo antes posible y en no discutir los precios de los artículos adquiridos. Pero no bien habían entrado los franceses en la primera casa cuando se vieron acusados y obligados a presentarse ante el alcalde de la localidad, por haber entre los aldeanos uno que aseguraba eran robados los caballos que montaban.

Surcouf, el guía proporcionado por el alcalde de la otra aldea y Mekrani, fueron a casa del magistrado, pero en cuanto llegaron a presencia del alcalde vieron que quedaban envueltos entre redes de pescar, o por una especie de grandes espesas mallas rodeadas de trozos de plomo, que cayeron del techo para inmovilizar a los marinos. En el acto los ataron y trasladaron a la cárcel, sin que les fuese posible hacer el menor movimiento para libertarse.

Brinville y los marineros esperaban la vuelta de sus amigos y no podían dudar de que Surcouf se justificase gracias a las declaraciones del guía, por ser éste sobrino del alcalde del pueblo donde los náufragos habían comprado los potros. El mismo guía les había vendido uno de los cuadrúpedos.

En atención a todo esto no sentía Brinville la menor inquietud y para entretenerse se dedica a mirar a una bonita joven, casada precisamente con el carcelero, o mejor dicho, con el encargado de la especie de cueva donde se encerraba a los detenidos. Cuando más distraído estaba el teniente, se le acercó un individuo y dijo con jovial acento:

—El guía dice lo mismo que ha manifestado tu compañero, y tenemos la convicción de que todos sois inocentes, pero desea el juez interrogaros, y si todas las declaraciones coinciden, os pondrán en libertad en el acto.

—Estos buenos hombres no son tontos del todo, — murmuró el teniente.

Siguió al emisario enviado por la autoridad de la aldea, y entró en la misma habitación en la que ya las mallas estaban otra vez colgadas del techo, y de pronto cayó sobre el joven la red, y se vió sujeto como lo habían sido los otros.

—No valía la pena de llegar a ser un famoso corsario, ni pasar por vivo, para venir a caer tan tontamente pescado como una trucha, — se dijo Brinville.

Sentíase profundamente humillado. Los dos marineros no permanecieron mucho rato indecisos, pues se les presentó el mismo individuo que habló al teniente, y les dijo:

—Es necesario que os interrogue el juez como ha exigido las declaraciones de vuestros compañeros. Pensad mucho lo que vais a decir, aunque todo parece demostrar que no habéis robado los caballos. Creo que con decir la verdad está todo arreglado.

Aquel aldeano desplegaba toda la astucia del más completo diplomático y su aspecto de sinceridad logró engañar a los marinos. Siguieron a su guía, y como los otros se vieron entre las redes y atados y liados se encontraron todos juntos en la cueva o bodega que servía de cárcel. Allí vieron a sus oficiales, al guía y a Mekrani. ¿Qué razón había para prenderlos?

El espía, no bien arrestados los viajeros, se dirigió a casa del carcelero para preguntarle:

—¿Estamos solos?

—Sí, — respondió el encargado de la cárcel.

—¿Estás bien seguro de que no nos oye nadie?

—Completamente seguro.

Hizo una seña el espía, y respondió con otra igual el carcelero. Dijo entonces el espía:

—Un hermano de Siva domiciliado en el próximo pueblo, me ha dicho dónde vivías y agregó que eras de los nuestros. Ocupas uno de los últimos escalones en la secta y se te ofrece una maravillosa ocasión de poder

ascender a uno de los primeros puestos.

Escuchaba el carcelero con atención y con recogimiento, por haber reconocido a un superior en el que le dirigía la palabra. El espía contó la lucha entablada entre los franceses y los thugs.

—Pero ahora están en nuestro poder, — dijo el carcelero.

—Sí; esta noche podremos vengar a nuestros hermanos. Sé que el alcalde es partidario de la insurrección contra el guicover, y me consta que recibió dinero inglés. Nuestros hermanos de la otra aldea me han dado muchos informes y he tramado un plan cuyos resultados estas viendo. ¿No era pues necesario detener a esos hombres y tenerlos a nuestra disposición?

—Es muy cierto; no está mal pensado.

—¿Tienes a tu cargo la alimentación de los presos?

—Sí.

—Pues prepárales un buen arroz con carnero y así ganarás su confianza al ver que los tratas bien. No seas mezquino con ellos. Que almuercen bien. Dales las mejores frutas. Por la noche les preparas un guisado de pollos bien condimentado.

—Mi mujer cocina muy bien.

—Te daré una botellita con opio líquido del que tu verterás un buen chorro en la salsa del guisado de pollo. El gusto de los condimentos servirán para disimular el sabor del narcótico. Volveré a las once de la noche y bajaremos los dos al as cueva en la que estrangularemos a los presos. Yo encargaré de los dos jefes y del pequeño musulmán, y a tí te entrego los dos marineros, lo que supone dos sacrificios tuyos a Siva en una sola noche. No puedes dudar de que te haremos phansaghar.

Llámase phansāghar un estrangulador con título de maestro en su arte

Los ojos del carcelero resplandecieron de orgullo.

Reflexionó luego un instante, y dijo:

—¿Qué pensará el alcalde cuando vea que los prisioneros han muerto ahogados por la sagrada corbata?

—No lo verá. Vendrán nuestros hermanos de la aldea vecina y harán un boquete en el muro de la carcel y sacarán los cadáveres para enterrarlos en el bosque. Todos se imaginarán que lograron evadirse por esa brecha.

—Por lo que veo, hermano, mereces ser uno de los primeros maestros de nuestra religión.

—No dudo de que llegaré a serlo si logramos triunfar en este caso.

El espía hizo algunas recomendaciones más al carcelero antes de retirase y cuando se presentó la esposa del encargado de los presos le dió éste sus órdenes para que preparase la comida.

—¡Cómo! — exclamó asombrada la mujer. — ¿Tú, siempre tan avaro te haces ahora generoso?

Generalmente el carcelero se limitaba a alimntar a sus pnsionistas con arroz cocido en agua.

—Tengo que obedecer órdenes rcibidas de arriba, — contestó él.

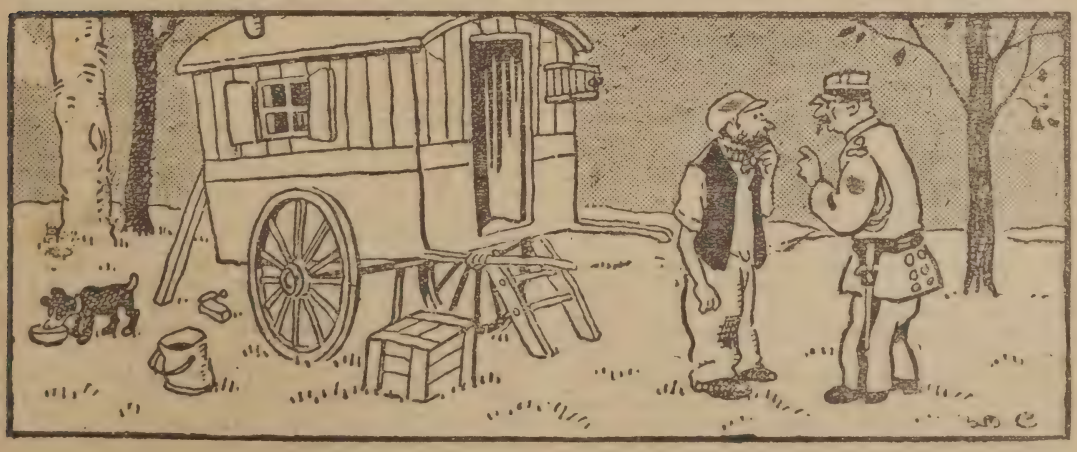
La mujer no se mostró predispuesta contra los extranjeros, más bien pareció interesarse por los desconocidos arrestados.

Sonrió el marido con siniestro gesto. Notó lam ujer la expresión de crueldad retratada en su semblante y con aire indiferente, continuó:

—También he de preparar almuerzo para el que vino a verte? ¿Qué quería ese forastero?

—No hagas almuerzo para él, y no pregun-

UNA ORDEN DIFICIL DE CUMPLIR



—¿Tiene usted permiso para instalarse aquí con su domicilio ambulante?

—Sí, señor policía. Ayer estuve en la alcaldía y el alcalde me dió provisoriamente su autorización verbal.

—Bien, muy bien. ¡Muéstremela en seguida!

tes lo que no te importa, — respondió con agrio acento el marido.

El carcelero había cometido una imprudencia, pues ante su negativa, la mujer se sintió más deseosa que antes de saber quién era el forastero, con el cual se quería guardar tanto secreto. ¿Quién era y qué quería aquel hombre?

Minetras condimentaba el arroz, la mujer hacía estas reflexiones:

—Es muy particular todo esto. Llegan de cuando n cuando gentes que vienen de muy lejos y que van a sitios muy distantes, y cambian todos ellos con mi marido unas señas extrañas. Lo más particular se que mi esposo los recibe siempre con la mayor generosidad. Nunca pude enterarme de qué clase de gente y de qué amistades son, y he notado que mi esposo no quiere que me entere de tales misterios.

Se hacía estas reflexiones la mujer, cuando el carcelero cometió una nueva imprudencia.

—Ha de volver el forastero, y si estás aquí cuando llegue, retírate en el acto.

—Así lo haré, — contestó ella con el tono más sumiso.

—Ten presente que no debes hablar a nadie ni de ese hombre ni de su visita. Nos costará muy caro a tí y a mí si vas charlando de puerta en puerta para enterar a los vecinos de cosas tan importantes.

—¡Nunca fuí charlatana!

—No, y por eso mismo te hice mi esposa.

Así logró el carcelero despertar la curiosidad dormida en el fondo del alma de su mujer, y ya es sabido que que si una mujer se empeña en averiguar algo, lo averigua. Pronto estuvo preparada la comida, así que el carcelero se la serviría a los presos.

Aquel almuerzo no tenía opio.

Cuando el carcelero subió de la cueva que servia de prisión, le dijo a su mujer:

—Si me lo permites, iré a visitar a mis padres. De eso modo no estaré aquí cuando venga ese hombre.

—Es lo mejor que puedes hacer.

Sonrió la mujer, y un instante después salía de la casa hacia una aldea vecina donde residía su familia.

El carcelero no era hermoso ni bueno. No era ni alegre ni amable, de modo que no tenía ninguna de las condiciones capaces de antusiasmar a una mujer. Era un hombre despreciado por ejercer un oficio que envilecía, y la esposa sentía por eso deprimido su amor propio. Era joven y bastante bonita y estremecía de pies a cabeza cada vez que algún mozo bien plantado fijaba en ella los ojos con la expresión con que Brinville los fijo. Más de una vez mientras preparaba la comida, había revoloteado por su mente este pensamiento:

—¡Si ese joven estuviese solo en la cueva...!

Aprovechando la ausencia del esposo bajaría a verlo, y si el marino quería huir con ella le daría la libertad para escapar juntos del carcelero.

Eran estas unas ideas locas, ni meditadas ni sentidas. Pero la infeliz sentía deseos de cambiar de vida. Crecía tal sentimiento cuanto más recordaba la amable sonrisa del joven francés. Además, Herma, la esposa del carcelero, se veía dominada por el demonio de la curiosidad.

Quería saber si su marido pertenecía a algunas de las tenebrosas asociaciones tan comunes en el país. ¿Sería thugs el carcelero? En este caso, la desaparición de su hermano se explicaba por sí sola.

El único hermano de la mujer del carcelero había desaparecido del modo más extraño. Todos sabían que el alcalde de la prisión le odiaba y recordaba Herma que contados días antes de la misteriosa desaparición de su hermano vió que unos desconocidos celebraban ocultas entrevistas con su esposo. En aquellos momentos de sobreexcitación se agolparon mil ideas en la mente de la mujer. Por primera vez desde el día de su casamiento, se atrevió a preguntarse si serían los thugs los amigos de su esposo, y si serían ellos los que estrangularon y enterraron a su hermano de modo que no se hallara ni el menor rastro suyo.

Se empeñó pues en enterarse sin medir las dificultades.

En la India las clases pobres tienen pocos muebles en su casa. Solo tienen canastos de bambú donde se amontona todo, vestidos, provisiones y cuanto se quiere tener guardado. Algunos de estos canastos son tan grandes que en ellos puede meterse una persona. Herma pensó que su marido la mataría si ella llegaba a descubrir las maquinaciones con sus amigos y se armó de un par de pistolas y de un largo cuchillo. Después aprovechando una visita del carcelero a un vecino, volvió a entrar en su casa q se escondió en un gran canasto que estaba vacío resuelta a descubrir la verdad.

No tuvo que esperar más de una hora para poder satisfacer su curiosidad. El marido volvió pronto, y no se hizo esperar el forastero.

—¿Estás bien seguro de que podemos hablar sin miedo a que nos escuche alguien? — preguntó en voz baja el desconocido. — Tienes mujer y ya sabes lo charlatanas que son...

—Para evitar indiscreciones la envié a la aldea vecina.

—Veo que no te faltan buenas ideas.

El thug sacó del bolsillo un frasquito con extracto líquido de opio y dijo:

—Vierte el contenido de este frasco en la salsa un poco antes de servir la comida a los presos. He puesto la dosis necesaria para que se duerman como troncos todos esos franceses. Dormirán de tal modo que podremos respetar nuestros ritos, pues tenemos obligación, siempre que sea posible, de trabajar de modo que nuestras víctimas pasen de la vida a la muerte sin experimentar el menor sufrimiento. ¿No has estrangulado aun a nadie?

No, pero hice estrangular a mi cuñado por unos phansaghares a los que proporcioné, los medios necesarios para que pudiesen ofrecer ese sacrificio a Siva. Pero debo advertir que ese fué un asunto de muy pequeño mérito para mí.

—¿Porqué?

—Por que yo odiaba a mi cuñado.

—Eso nada importa. Contribuiste a la muerte de un hombre, y para recompensarte de tu piedad me encaminó Siva hasta esta casa a fin de proporcionarte ocasión de conquistar el título de phansaghar, prestándote esta noche a estrangular a dos de tus presos.

Al enterarse de todo esto Horma pensaba que tal vez haría bien saliendo en el acto del cesto y matando a tiros a los dos asesinos. Si logró contener su espíritu fué ante la idea de que podía fallar un tiro o errar ella la puntería.

Continuó el que había seguido y espiado a los franceses su tarea de calentarle la cabeza al carcelero. Convinieron luego en que el otro volvería de noche. El dueño de casa acompañó a su visitante, de acuerdo con el ceremonial hindú, hasta la calle, momento que aprovechó la mujer para salir del cesto y huir velozmente.

Llegó toda sofocada al próximo pueblo, donde abrazó a sus padres, recogió algunas frutas y flores como comprobación de que había estado en casa de los suyos, y volvió precipitadamente al domicilio conyugal, mientras se devanaba los sesos para discurrir cómo podría salvar a los franceses.

El carcelero no notó nada de anómalo en toda la tarde en el modo de proceder de su esposa. Ni la menor sospecha de que fuera dueña de su secreto, pasó por la imaginación del que se había comprometido a matar a los extranjeros.

La mujer parecía ocupada muy tranquilamente en los preparativos de la cena de los presos. En cuanto el guiso estuvo pronto ordenó el marido a su consorte que fuese al jardín a buscar fruta y él aprovechó el momento para vaciar el frasco de extracto de opio en la salsa.

Horma quedó espiando por una rendija de la puerta y vió la maniobra del marido mientras éste con la mayor minuciosidad vertía el narcótico y revolvía la salsa obedeciendo las órdenes del otro criminal.

—¡Casada con un thug! — decíase horrorizada la pobre mujer — ¡Esposa de un asesino!...

Bajó el marido la comida a los prisioneros que comieron sin desconfianza. Alumbró en encierro con su farol durante toda la cena y después de dar a sus pensionistas las buenas noches, con el más sarcástico tono, se retiró.

Subió a sus habitaciones sin que pudiera dudar de que el opio haría su efecto al cabo de un rato. Sentado el carcelero, fumó tranquilamente hasta eso de las nueve de la noche, hora en la que ordenó a su mujer que se fuese a dormir. Horma obedeció pasivamente. Pero madurando un proyecto que muy pronto debía poner en práctica.

A las diez de la noche cuando oyó ruidos extraños fuera de la casa, quiso saber qué sucedía, y vió que tres hombres hacían un pozo junto al muro.

Vigiló el desarrollo del trabajo y pudo comprender que los nocturnos obreros trataban de abrir una galería que comunicase el exterior con la cueva donde se hallaban los presos, la mujer, extraordinariamente sorprendida, se dijo:

—¡Esto es demasiado!...

No pudiendo dominar sus sentimientos comenzó a llorar.

A las diez de la noche bajó el carcelero otra vez a la cueva. Escuchó y no pudo oir ni el más ligero ruido. Abrió la puerta, y no notó que los presos hicieran el menor movimiento. Se asomó y llamó. Nadie contestó a sus voces. Era indiscutible que los presos dormían el más profundo sueño.

Volvió a cerrar la puerta, y subió a sus habitaciones, donde esperó la hora determinada y a la cual se presentó el espía. Cambiaron unas misteriosas palabras, y con ceremonias que formaban parte de fantástico ritual, le entregó una corbata sagrada, que el carcelero besó con el mayor respeto.

—¿Están dormidos? — preguntó el espía.

—Acabo de asegurarme de ello ahora mismo.

—¿Qué hace tu mujer?

—También la hice comer salsa del pollo

—Siendo así, podemos proceder ya. ¿Ha hecho el pozo?

—Sólo falta sacar unas piedras.

—Vamos a verlo todo.

Bajaron y con gran precaución esta vez el carcelero entró en la cueva.

Dormían tranquilamente los presos tendidos sobre la paja de arroz extendida por el piso. El espía, apenas iluminado por los débiles reflejos de un farol dejado en el pasillo, logró, no sin embargo, distinguir el bulto formado por el cuerpo de Surcouf. Vió asimismo a un marinero, y designando a esta víctima al carcelero, murmuró algunas palabras al oído de su cómplice, que temblaba de pies a cabeza.

—Este es para tí, — dijo, — pero no te apresures.

Inclináronse los dos hacia sus víctimas, pero de repente se sintieron oprimidos por el cuello, derribados por terribles rodillazos en el vientre retorcidos, anonadados, y casi estrangulados por unas manos recias que les oprimían el cuello. Para mayor precaución estranguló Surcouf por sí mismo con el sagrado corbatín a los dos thugs, y terminó la operación en el mismo instante en que entraba un joven hindú en la cueva para preguntar:

—¿Están muertos los extranjeros?

—Los matamos a todos — contestó Surcouf.

—Pues no perdamos tiempo.

Salieron todos juntos, pero desgraciadamente se les había despojado de las armas, así como de los brillantes y joyas que poseían. Surcouf, hombre de extraordinaria sangre fría, dijo al joven hindú:

—¿Quieres llevarnos a casa del alcalde?

—Pronto lo verás.

—¿Podrías proporcionarnos armas?

—Sin duda alguna, sahib.

—Pero dime, ¿qué motivo tienes para ayudarnos?

—No quiero que seais prisioneros de los ingleses.

—¿Esa es una razón, pero ¿qué harás cuando partamos?

—Es que quiero partir con vosotros.

—Veo que eres un buen muchacho, y aumentará mi gratitud y estima si nos proporcionas armas.

Condujo el joven a Surcouf y sus compañeros a una habitación donde vieron fusiles, pistolas y cuchillos, y se armaron todos.

—Quisiera saber, sahib, — dijo el joven desconocido, — qué quieres hacer en casa del alcalde de esta aldea.

—Nos quitó nuestros caballos, nuestro dinero y nuestras joyas, y tiene que devolvernos todo eso.

—Pero dime, ¿no sería más prudente huir?

—No tenemos costumbre de huir. Cuando se trata con franceses, es preciso acostumbrarse a su audacia. ¿No podríamos saber cómo te llamas?

—Me llaman Himradi.

—Pues querido Himradi, si pretendes continuar siendo nuestro amigo, empieza por no asombrarte de nada cuanto veas y a no hacernos observaciones.

Pusiéronse en marcha, no sin surtirse antes de cuerdas y de corbatas de las usadas por los estranguladores. Himradi los llevó ante una casa que ofrecía una apariencia mucho más importante que las otras.

—Aquí vive nuestro alcalde, — dijo.

—Entrarás detrás de mí, — díjole Surcouf.

Inmediatamente distribuyó los papeles entre sus personajes. De repente saltaron puertas, ventanas y postigos bajo la presión simultánea de vigorosos hombros, y entraron los corsarios en la casa, donde en un instante el dueño, las mujeres, los sirvientes y los niños se vieron dominados y atados.

Surcouf, sin perder su eterna calma, dijo al alcalde:

—Vamos a quitarte la mordaza. Como intentes dar un grito te mato. Si no gritas te perdonaré la vida.

Quitó la mordaza al magistrado.

—No tengo interés en matarte, pero nos has robado, y debes devolvernos nuestras joyas. ¿Dónde están?

—Están en ese cofre.

—Sácalas, — dijo Surcouf a Brinville. — ¿Y mis armas?

Señaló el alcalde un canasto.

—Que las busquen, — ordenó el capitán a los marineros. — ¿Y los caballos?

—Están en un cobertizo, detrás de la casa.

Los marineros habían dado ya con las armas. Las distribuyó Surcouf y dijo luego a su gente:

—Ensillad los caballos. Que Meikrani y Himradi os acompañen. Pronto nos reuniremos todos. No dejéis de tomar uno de los caballos del alcalde para este joven.

Los marineros y los dos hindús se apresuraron a cumplir las órdenes de su jefe, tanto que Surcouf volvía a atar al magistrado. Cuando terminó esta tarea, preguntó a Brinville.

—¿Encontraste todas las joyas? ¿Estás seguro de que no falta nada?

—Faltan las perlas.

—Pues toma los collares de las mujeres de este hombre a título de indemnización.

No perdió tiempo el teniente en apropiarse del indicado botín, y se oyó entonces que llegaban los caballos al frente de la casa.

—Monten todos a caballos, — gritó Surcouf.

La comitiva se puso en marcha.

Una vez más se habían salvado los corsarios.

Corrieron dos leguas rápidamente, pero luego siguiendo los consejos de Mekrani se detuvieron para que bebieran y descansaser un momento los caballos. Reanudaron la marcha al cabo de un rato no sin llevar una buena ventaja a cuantos pudiesen perseguirlos. Anunció Himradi que se tropezarían pronto con un pueblo que era casi una pequeña ciudad en la que residía un jefe partidario del gulcovar. Era un señor maharatá muy pobre pero al que correspondía un rango de importancia.

Aquel magistrado tenía autoridad sobre varios pueblos y aldeas del contorno y residía en un fuerte protegido por cuatro cañones. Los miembros de la numerosísima familia del gobernador se turnaban para dar vigilancia al castillo. Era una buena posición y en ella podía el sahib Valmarti resistir, un largo asedio y dar tiempo a que se le socorriera. Era un hombre de gran energía que hizo ahorcar a un emisario inglés.

—Pues mira, — dijo Brinville al enterarse de estos pormenores. — Como tenga ese valiente maharatá un poco de vino de persia en su bodega y si no ha consumido todo su Chiraz, creo que hoy podremos almorzar bastante bien.

Hasta aquel momento no había habido tiempo ni ocasión, ni interés de entrar en explicaciones con Himradi, por rara que fuera su intervención tan oportuna, pero como habían puesto los caballos al paso, interrogó Surcouf al joven. Con gran admiración del marino, dijo su interlocutor:

—Soy esposa del carcelero.

Y contó sencillamente todo lo sucedido.

Decidida a vengar la muerte de mi hermano, asesinado por culpa de mi marido, pude enviaros un mensaje que os ha salvado.

—¿Pero lo del opio? — preguntó Surcouf.

—Había conseguido vaciar el contenido del frasco en la ceniza de la cocina y lo volví a llenar con café.

—Te presento a una mujer realmente ingeniosa, querido Brinville.

—Pues has de saber que la miré con todo detenimiento y que la encontré encantadora pocos minutos antes de que nos encerrarán.

Pareció quedarse encantada la viuda al oir aquel cumplido. Pero Surcouf quería enterarse de un detalle que no podía comprender.

—¿Qué razón hay para que vengas con nosotros? — preguntó a la joven. — Podías haber permanecido en tu pueblo y decir que no sabías nada. No te costaba nada ser ti

misma quien diese la voz de alarma cuando ya nosotros hubiéramos partido, y nadie era capaz de sospechar de tí en tal caso.

—Todo eso es cierto, pero una vez viuda, hubiera visto quemada junto con el cadáver del difunto.

No había pensado Surcouf en la terrible ley religiosa de la India, y comprendió perfectamente que aquella mujer, joven y llena de vida, se aferrara a los corsarios franceses.

—Para poder pasar inadvertida, — añadió la fugitiva, — me vestí de hombre.

—¡Muy bien! — dijo Surcouf. — Tan pronto como lleguemos a Baroda te proporcionaré medios para que puedas establecerte con una tienda, donde presentándote como un joven musulmán podrás gozar de una feliz existencia.

—Prefiero permanecer con vosotros sirviéndoos como doméstica.

—Te sobra razón para pensar de ese modo, — interrumpió Brinville. — Nos prepararás alguna que otra vez unos pollos con salsa. Puedo asegurarte que a pesar del café me gustaron mucho.

La mirada que lanzó la carcelera al teniente quería decir con toda claridad que por merecer otro elogio como aquél pondría el mayor esmero en sus habilidades culinarias.

—Así, pues, sahib, — decía con su más alegre tono la joven. — Quedamos entendidos y os seguiré por todas partes. Pero no he de negar que me hicistéis pasar mucho miedo, máxime cuando me convencí de que todo lo hecho por mí era inútil, pues tres hombres abrían un agujero en la pared de nuestra casa.

—No conocíamos ese detalle, — exclamó Brinville. — ¿Para qué se tomaban tanto trabajo esos nocturnos obreros?

—Creo que trataban de poderse llevar vuestros cadáveres y de hacer creer que vosotros habíais logrado huir por la galería hecha por los desconocidos cómplices de mi esposo.

—No cabe duda, — murmuraba Surcouf, — de que el alcalde hubiera castigado duramente al carcelero si amanecemos estrangulados en la prisión. Somos piezas de gran precio, y no podía quedar en secreto nuestra muerte.

Comentaron ampliamente los acontecimientos de la noche anterior, y Herma, que hacía de guía porque el otro había vuelto a su aldea tan pronto como se vió libre de la prisión, indicó un largo rodeo para no pasar por una aldea próxima. Volvieron a apresurar a los caballos, para llegar al fin a la población dominada por un castillo que se veía desde lejos.

Una nutrida partida de jinetes maharatás que recorría el país llegó a rienda suelta para interceptar el paso a los franceses. Empezó un interrogatorio dirigido por el oficial de aquella fuerza militar. Se trataba de un noble sobrino del gobernador de la ciudad y plaza fuerte.

—¿Quiénes son los viajeros? — preguntó el oficial con altivo tono.

—Soy el capitán Surcouf, — contestó con no menos altanería el corsario. — Me honro con la amistad del guicovar.

—¿Cómo se explica ese disfraz para que los tomemos por hindús?

Contó Surcouf todo lo que respecto a su naufragio podía prudentemente referir. Se dirigía a la isla de Francia cuando le arrojó el ciclón sobre la costa.

Volvió para entrevistarse con el guicovar, pero le detuvieron en su camino por traición y por sorpresa, logrando escapar de la prisión gracias a una galería excavada bajo el muro.

No parecía dejarse convencer el oficial, pero le mostró Surcouf un collar de riquísimas perlas, regalo del guicovar; collar que admiró mucho el maharatá.

—Este es, dijo, — el presente que me hizo el guicovar cuando maté a su vista el tigre real, o el verdugo de Kali, la gran diosa de la muerte.

Dió el oficial el viva indio, que todos sus soldados repitieron en coro, y pusieron en el seguro los jinetes sus pistolas, en tanto que galopaba uno de ellos para llevar la noticia al gobernador de la próxima ciudad.

Encontraron los viajeros la comida servida y no hace falta manifestar si harían o no honor a los manjares. Parecía haberse tratado de satisfacer los deseos de Brinville pues abundaba el Chiraz, del que hizo gran derroche.

Ordenó el gobernador que se diera una habitación a cada uno de los viajeros para que le fuese cómodo dormir, vestirse y descansar a su placer.

Brinville no tenía sueño, y se entretuvo apurando una botella más de ambarino, perfumado y delicioso vino. El vino de Chiraz era para el teniente lo más maravilloso de toda la India, y se entretenía en estas consideraciones, cuando vió pasar cerca a Herma.

—Vengo, sahib, — dijo la joven, para preguntarte si necesitas algo.

—Eres excesivamente amable. Pero dime, ¿es que tampoco te gusta dormir la siesta?

—Nunca la duermo, joven sahib.

—Perfectamente. Siéntate cerca de mí y charlaremos un rato para matar el tiempo. Eres viuda y joven y debo suponer que no querías mucho a tu marido.

—No sólo no lo quise, sino que lo odie siempre.

—En tal caso no puedes sentirte desgraciada si alguien te dice que le gustas mucho.

—Quisiera un marido, pero el único que me gusta es demasiado sahib, o señor como vosotros decís, para quererme como esposa.

—¿Pero no establece vuestra religión que las viudas no pueden volver a casarse?

—Pero como el hombre único a quien había de querer no es hindú, sino un cristiano.

—Imagínate que ese cristiano, por poco cristiano que resulte, sea yo msimo.

—Acertaste, sahib. Eres tu mismo.

—No esperaba esto, pero lo deseaba, — exclamó el teniente. — Mira, mi pequeña

Herma, quedamos desposados desde ahora mismo. Dame tu mano izquierda.

Mientras así bromeaba el teniente, el capitán Surcouf interrogaba al gobernador para enterarse de la verdadera situación política del país.

—¿En qué estado se halla la insurrección? — preguntó a Valimari.

—Estalla por todos los rumbos.

—¿Pero la consideran peligrosa?

—Lo es o no. Como todos los maharatás permanezcamos fieles al guicovar, nuestro triunfo es seguro y podrá el soberano reunir un ejército con el cual aplastará a todos sus enemiges.

—¿Se puede contar con la fidelidad de todos los maharatás?

—Así lo creo, pero no dejo de abrigar bastantes dudas. Se habla de grandes traiciones. Los primeros en declararse contra el guicovar son los vasallos del primer ministro, los del general en jefe del ejército real y los del yerno del soberano.

—Muy bien, — observó Surcouf, — ya se va diseñando el cuadro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No son todos los personajes acabados de nombrar los que desde hace años predican que vuestro país debe aliarse con los ingleses, para combatir contra los demás príncipes indús que aún se resisten a los extranjeros?

—Cierto es lo que dices.

—Pues esa misma Inglaterra que ha sojuzgado ya a tantos reinos, principados y señoríos, está sembrando su oro para que este reino sea teatro de revueltas contra el guicovar. Ese es el primer paso de la sabía política seguida por vuestro primer ministro y por todos sus cómplices y auxiliares.

—Convendría que tú le dijeras todo eso al guicovar.

—Hice algo mejor: se lo predije.

—Se dice que el primer ministro cayó en desgracia del soberano y que lo mismo sucede con su yerno. Parece que ya se reemplazó al ministro y al generalísimo.

—Era lo más prudente. ¿Cómo está Baroda? ¿Se sublevó también la gente de la ciudad?

—La ciudad no puede hacer nada, estando, como está, dominada por los cañones del palacio.

Surcouf encogióse de hombros.

—Son muchos más los pobres que los ricos entre los pobladores de Baroda y muy poco lo que tiene que perder la mayor parte de los habitantes. En cambio, es mucho lo que los pobres pueden salir ganando con los disturbios. Ese enorme ejército de la miseria no puede soñar sino con robos y pillajes. Temo que a pesar de tanto cañón y de tanto castillo, Baroda se subleve.

—Grave sería eso, pero considero que es imposible forzar las fortificaciones que defienden el palacio real.

—Opino lo mismo, pero una vez sitiado el guicovar no dejaría de ser un prisionero en su regia morada, y fuera del recinto amurallado iría creciendo la revuelta, sin que pudiera venderla el rey, que ya no podría ponerse al frente de los maharatás sus partidarios.

—En tal caso, lo más prudente sería indicar al guicovar la idea de que deje la capital.

—Eso sería lo más seguro, pero tendría que dejar en el palacio una buena guarnición mandada por hombre de confianza, por alguno que fuese buen militar y además hombre inteligente. Al frente de sus demás partidarios podría el soberano en ese caso, reconcentrarse todos los que están dispuestos a defendr su causa, con las tropas regulares de los maharatás no tardaría en dominar a todos los revoltosos.

—Creo que sin pérdida de momento debes ponerte en camino para Baroda, y que estás obligado a exponer al guicovar todo ese plan de campaña.

—Tengo el propósito de salir mañana a la aurora.

—Os daré numerosa escolta. Hay por todas partes grupos de insurrectos que bloquean la ciudad, así que es peligroso acercarse.

Aceptó el corsario la ofrecida escolta, aunque no le preocupaba aún aquella insurrección. No bien rayó el día cuando emprendía la marcha para Baroda al frente de todos sus compañeros.

Acababa Saldanazar de recibir el parte de uno de los tres thugs que habían abierto la brecha destinada a hacer creer en la evasión de los marinos fraanceses. El rico mercader se puso furioso. Pero era hombre de carácter y no perdía nunca la calma ni dejaba de reflexionar en toda ocasión.

—Veo una nube en todo este asunto. ¿Cómo se explica que no haya hecho el opio su efecto sobre los presos? Exijo la más minuciosa investigación sobre este punto.

—Se ordenó ya esa pesquisa, — respondió respetuosamente el secretario.

—¿Cómo está lo de la emboscada en los desfiladeros de Triktar antes de que esos malditos extranperos lleguen a Baroda?

—Se han minado todas las rocas, señor, y todo está a punto. Saltarán simultáneamente las dos minas y los franceses quedarán aprisionados por los escombros. La lucha entre ellos y los nuestros empezará sin pérdida de momento, y los estrangulados terminarán con la vida de esos odiados franceses.

—¿Cuántos hombres tienes preparados para esa operación?

—Contamos con tres mil insurrectos para impedir todo auxilio que pudiera ofrecerse a los marinos. Hay, además, seiscientos thugs para ahogar a esos discípulos de Cristo.

—Está eso muy bien combinado. Como pasen por allí... Si tenemos la suerte de que no se desvíen, esta vez daremos fin con tan peligrosos enemigos. Vigila tú mismo los preparativos y no olvides el menor detalle. Quiero estar allí y ver las cosas por mis ojos. He de ser testigo y actor de la aventura. Mañana de mañana espero tocar con mis manos los palpitantes y aun calientes cadáveres de los franceses.

Adquirió feroz expresión de crueldad el rostro del mercader. No podía olvidarse de que era la encarnación del genio de cuanto más sanguinario pudiera haberse soñado.

No lejos de Baroda, en la serie de desfiladeros que se suceden a través de las alturas formadas por las montañas que descienden hacia el mar, se ve un paso de que se ocupan cuantos han viajado por aquella región, al que llaman Desfiladero de la Muerte.

Acampaba a dos leguas de aquel estrecho paso una caravana compuesta de mercaderes completamente inofensivos en apariencia y que, por ser tan poco seguros los tiempos se hacían acompañar por una escolta de veinte jinetes del ejército.

Descansaba la caravana a la sombra de unas grandes higueras plantadas en torno de una fuente. Debían ser muy ricos aquellos mercaderes o al menos lo era el que parecía su jefe, pues vestía con gran lujo. Pero ninguno de los aldeanos y pastores que vieron a tan brillantes viajeros, manifestaron la menor admiración al ver cómo comían en vajilla de plata, pues todos conocían a Saldanazar, el llamado el rajá de los mercaderes.

Allí estaba, pues, el rico negociante.

Tendido a la sombra, descansando en un riquísimo tapiz que se extendía sobre otros varios, esperaba Saldanazar, con la mirada vagamente perdida en las lejanías del espacio.

Llegó a todo galope un jinete,y dijo sin bajar de su caballo:

—Señor, los franceses salieron al amanecer y dentro de poco estarán entre las colinas.

—¿Es eso verdad?

—Sí, mi señor.

—¿No podrán sus exploradores descubrir nada que logre ponerlos en guardia contra la emboscada?

—Los destinados a hacer saltar las rocas están escondidos en las mismas minas. Tan ocultos están que la avanzada más perspicaz no podría sospechar que bajo aquellas piedras están escondidos unos hombres.

—¿Dónde están nuestros destacamentos?

—Están todos ocultos entre los matorrales desde que oscureció, y dada la distancia del desfiladero a que se hallan, no es posible admitir que los descubran. Los mejos montados pueden cerrar las salidas de las gargantas en menos de diez minutos y podrán obstruir el paso de lo que las explosiones de las minas haya podido dejar pasar.

—Hay que evitar que los franceses mueran bajo los desprendimientos de las rocas o víctimas de los sables o los mosquetes. ¡Deben morir estrangulados!

Al verle tan tranquilamente tendido en su rico tapiz, nadie que pasara por tales parajes imaginaría que era Saldanazar el cruel jefe de la terible banda.

Aquel desfiladero de las montañas era digno teatro para tan trascendentales acontecimientos. A consecuencia de algún violento terremoto la montaña se había partido dejando un estrecho pasadizo entre paredes perpendiculares de más de ciento cincuenta metros de elevación, por las cuales era absolutamente imposible subir.

Excepto en un punto situado aproximadamente a mitad del camino todo era desolación y aridez. Sólo algún musgo, algún raquítico arbusto o unos amarillentos tallos de hierba, se veía en tan desolado paraje. Pero allí se tropezaba de pronto con una fuente de muy escaso caudal, que bastaba empero para crear como un oasis de deliciosa frescura. Brotaba el agua de una gruta bastante honda y se perdía a muy corta distancia. Era poco el caudal del claro líquido para poder formar un arroyuelo. Algunos bosquecitos daban sombra a aquel paraje y convidaban a descansar bajo su sombra.

Al llegar los corsarios a la entrada del desfiladero, con su escolta de doce jinetes, detuvieron prudentemente la marcha del total de la caravana y enviaron como descubierta a algunos de los soldados maharatás. No se había visto nada sospechoso. Unicamente un pastor a quien se interrogó, dijo, no sin seguir corriendo tras sus cabras que no había visto movimientos de tropas ni partida alguna de gente sospechosa. Pero tres días antes había visto el pastor una numerosa patrulla que llegó de Baroda. Desde aquel momento no vió fuerza armada que alterase la tranquilidad de la región. Cuando volvieron los enviados como exploradores con esos tranquilizadores informes, la comitiva entera se internó en el desfiladero.

Habían llegado los viajeros muy cerca de la gruta cuando un terrible estampido retumbó en la cavidad de la roca, seguido en el acto del estrépito producido por el derumbe de unos enormes bloques de piedra. Rodando los grandes peñascos con vertiginosa velocidad, taparon por completo una de las salidas de la estrecha garganta. Casi en el mismo instante resonó otra detonación tan fuerte como la primera, para anunciar que también quedaba obstruída la otra salida, libre hasta aquel instante.

Surcouf comprendió en el acto que habían caído en un lazo hábilmente tendido, y con su acostumbrada lucidez de espíritu se dió cuenta de que sería una locura intentar romper las barreras acumuladas por las explosiones en los dos extremos del filadero. El enemigo, muy superior sin duda en número a los franceses y sus acompañantes, debía estar en las cercanas alturas y cuantos intentaran salir de aquel acorralamiento, tan rápido como imprevisto, serían víctimas de las balas enemigas.

—¡Metámosnos en la cueva!—gritó con voz recia, y tan serena como siempre. — ¡El que no se guarezca en la gruta morirá fusilado antes de cinco minutos!

Tomó luego una de las hachas que para los jinetes maharatás son a un tiempo terrible arma de combate y utilísima herramienta de campamento, y dijo a sus subordinados:

—Proceded como procedo yo,

Cortó un árbol y, como le imitaron todos, en menos de diez minutos se vió protegida la entrada de la gruta con gran cantidad de troncos. Los caballos estaban escondidos en lo más profundo de la caverna.

Empezaron los enemigos a mostrarse en las crestas de las rocas. Pero no disparaban sus fusiles animados por el deseo de poder estrangular a los extranjeros. Pero Surcouf no perdió ni un minuto más de lo indispensable en sus preparativos de defensa. Gracias a sus hercúleas fuerzas, amontonó los árboles recién cortados y con ellos y las monturas improvisó un reducto desde el cual se podía hacer fuego a cubierto de las balas enemigas.

Había en aquella muralla sitio para unos diez tiradores. Las cartucheras de los maharatás, así como las de los marinos, estaban bien provistas de modo que Surcouf vió que disponían de diez y ocho fusiles y de treinta y dos pistolas. Dió orden de no disparar un solo tiro mientras no mandase romper el fuego, y dispuso que los que no tenían sitio en las arpilleras se encargasen de cargar las armas de los tiradores, con lo cual podría disponer de un fuego regularizado y sostenido.

Invadieron los thugs el desfiladero y seiscientos hombres, tétricos, ceñudos y silenciosos, avanzaron en hilera de a seis cada una hasta cerrar por todas partes la salida del estrecho paso. Cuando llegaron a unos doscientos pasos de la trinchera de troncos y monturas, rompieron a correr con toda la velocidad que sus piernas permitían.

—Apuntad despacio; apuntad bien — dijo Surcouf. — ¡Rompan el fuego! — ordenó.

Empezó el nutrido tiroteo, recibiendo los tiradores las armas cargadas de manos de los que ocupaban la segunda línea de defensa. En menos de diez minutos habían producido sus efectos en lo espeso de la columna atacante. Pero los enemigos avanzaban siempre y llegaron a treinta pasos de los franceses, cuando entraron en función las pistolas para fusilar docenas de thugs. Más de cien muertos o moribundos quedaron tendidos junto a los parapetos, en tanto que los demás huían rugiendo de rabia y de desesperación.

—¡Todo el mundo fuera! — gritó Surcouf dando el ejemplo. — Hay que recoger todas las armas y vaciar las cartucheras de los difuntos.

Con gran extrañeza de los franceses no disparó nadie contra ellos, aunque muy bien podía hacerlo el enemigo, pues se le veía parapetado en las crestas de las rocas.

Al apropiarse de los fusiles y de las municiones de los thugs muertos, aumentó de modo notable la potencialidad defensiva de los corsarios.

—Pero ¿cómo demonios se explica, — murmuró Surcouf, — que no nos fusile toda esa buena gente? Pocas veces se les presentará mejor ocasión que ahora para matar a mansalva, pues nos dominan desde las alturas donde se esconden.

—No tiran, — dijo uno, — porque los thugs quieren sacrificarnos a Siva, de acuerdo con los ritos de su culto, es decir, estrangulándonos.

—¡Ahora lo comprendo todo! — dijo Surcouf, tranquilo y sonriente.

No transcurrió mucho tiempo sin que los thugs renovasen su ataque, pero Surcouf hizo un recuento de armas y se vió poseedor de un centenar de fusiles y casi del mismo número de pistolas.

Adoptó disposiciones en virtud de las cuales el número de los tiradores de primera fila pudo aumentar hasta quince, y contando con repuesto de armas cargadas, era fácil sostener un fuego activo.

Pero no parecía temer el corsario un nuevo ataque diurno, y como abundaban las maderas resinosas entre los árboles abatidos, dió orden de amontonarlas y de encender fuego, en el que se asó uno de los caballos muertos en larefriega.

Revisó la provisión de rico vino de Chiraz encerrado en los odres, y lo hizo colocar a un lado, fuera del alcance de sus amigos y auxiliares para no beber sino el agua clara de la fuente.

—Estamos aquí, — dijo Surcouf a los suyos, — en situación tal que creo que nos será fácil resistir por largo tiempo, pero no debo ocultar a nadie, que a mi juicio, el final de esto puede ser que tengamos que hacernos saltar los sesos de un pistoletazo, si no queremos caer en vida en poder de nuestros perseguidores. Estos señores thugs están empeñados en estrangularnos, y no me encuentro con ánimos para que a mi costa satisfagan sus deseos.

—Pues le juro, amigo capitán, que todos estamos prontos a darles la más seria broma para que no logren sus propósitos. ¡Qué chasco se llevarán cuando vean volar nuestros sesos por el aire entre el humo de la pólvora!

En previsión de un ataque nocturno, Surcouf ordenó que cerca de la trinchera se amontonaras ramas resinosas secas prontas a formar una hoguera que alumbrase las cercanías de la barricada. Cuando vió terminada esta tarea, nombró dos centinelas para vigilancia, y todos los demás trataron de dormir algunas horas.

Serían las tres de la mañana cuando resonó el grito de: "¡A las armas!" lanzado por uno de los centinelas. En cuanto resonó aquel llamamiento, todos se apresuraron a correr hacia la aspillera que se le había señalado.

Uno de los maharatás de guardia se apresuró a encender la leña previamente preparada. Las llamas se elevaron rápidamente iluminando el valle, por donde avanzaba un centenar de thugs en apretado pelotón.

Al resonar el grito del centinela, apresuró su marcha el cuerpo atacante, lanzándose todos al asalto. Pero el fuego de fusilería rasgaba el silencio del desfiladero. No se perdía una sola bala en aquella mole humana. Por segunda vez se vió a los contados thugs sobrevivientes retroceder entre las sombras mientras los sitiados lograban aumentar su poder con casi tantas armas y municiones como antes.

Cuando Surcouf volvió a la gruta para

reanudar el interrumpido sueño, se limitó a decir:

—Todas las probabilidades están en favor de los señores thugs. Pero no han de lograr el placer de estrangularnos, y ha de costarles algo caro el matarnos.

No por estar convencido de que habían caído en una ratonera dejaba Surcouf de tomar todas las mayores medidas para resistir. Si el capitán consideraba perdida la partida es de imaginarse que los demás habían hecho renuncia a toda esperanza de vivir. Pero todos juraban defenderse hasta el último trance, y lo único que ansiaban era matar el mayor número posible de enemigos, antes de caer bajo el plomo de sus propias pistolas.

Cuando Saldanazar se enteró de los dos fracasos de los thugs experimentó un impulso de rabia que no pudo disimular. Tan furioso se puso que pidió opio para fumar, dormirse y olvidar sus amarguras entre vaporosos ensueños.

Cuando volvió a este mundo, de regreso de su viaje por el país de las nebulosidades, o sea cuando el opio dejó de ejercer su efecto sobre el jefe supremo de la terrible secta, le dijo Cyavo:

—Un desconocido que desea hablar con el señor.

—Que venga y hable.

—Me dijo que quiere indicarte un medio seguro de apresar a los corsarios sin pérdidas por nuestra parte.

—¡Que venga pronto! ¿Qué espera?

El desconocido se presentó en el acto. Era un thug de categoría inferior. Era un indicador pero tenía aspecto de ser inteligente.

—¿A qué te dedicas? — le preguntó Saldanazar cuando hubo el otro terminado sus genuflexiones.

—Soy conductor de carros tirados por bueyes — respondió humildemente. — Mi amo es de los nuestros. Es el phansaghar, o estrangulador Karijan.

—Le conozco. ¿Qué medio vienes a ofrecerme?

—Ataría los bueyes a sólidos carros, pero los pondría de modo que los testuces ocuparan el lugar donde están las colas ordinariamente. Cuando los toros rompieran la marcha, los carros andarían delante y no detrás de mis bueyes. Con blindar los carros de modo que nada pudieran hacerles las balas...

—Comprendo.

—Si ponemos aspilleras en los blindajes, podrían tirar por ellas los nuestros, mientras protegidos los toros por el carro blindado de arriba a abajo, no detendrían su avance.

—Me parece muy bien pensado todo eso, — dijo Saldanazar. — Pero suprímase las aspilleras. Es preciso que toda esa gente caiga viva en nuestras manos.

—En tal caso, con reunir unos veinte carros sería posible llevar de una vez tanta gente a la puerta de la gruta que arrojándose todos en un sólo pelotón contra los franceses, pudieran dominarlos sin peligro para los asaltantes.

—Veo que tienes excelentes ideas.

Después de felicitar calurosamente al boyero, Saldanazar ordenó que se prepararan sin pérdida de momento los veinte carros indicados, pero por grande que fuera la actividad desplegada en ese trabajo se tardó tres días en realizarlo. Cuando por fin quedaron terminados, se trasladó Saldanazar a la estrecha garganta de la montaña, pero se situó sobre las crestas opuestas a donde se hallaban los corsarios, y desde allí, bien a cubierto de los tiros por un amontonamiento de rocas, pudo inspeccionarlo todo. Allí estaba el rico mercader alimentando las risueñas esperanzas al amanecer del cuarto día, cuando los carros ya habían roto la marcha. Pero el centinela les indicó tan pronto como llegaron a la boca del desfiladero, y bastó una simple ojeada para que Surcouf comprendiera la totalidad del plan tramado.

—Esos carros, — dijo con su habitual tranquilidad a su teniente, — se acercan empujados por bueyes, de modo que han de tardar lo menos media hora en llegar a donde estamos.

—Por mucho que tarden, — murmuró con su eterna sonrisa el joven, — no me negarás que esos pobres diablos de thugs han tenido una luminosa idea.

—Pues por la misma razón debemos preparar los medios de defensa.

El capitán dió sus órdenes con su acostumbrada rapidez.

Con motivo de las desigualdades del piso, avanzaban los bueyes con extraordinaria lentitud, mientras Saldanazar con ojos que le salían de las órbitas, miraba cómo avanzaba la procesión de las veinte carretas cargadas con veinte hombres cada una. Era aquello lo más florido de los thugs, eran los más fanáticos de todos. Se habían distribuído según sus tareas. Los que iban en el primer carro eran ellos phansaghars, y ostentaban la sagrada corbata, pues eran ellos los que debían tener el honor de estrangular a los extranjeros.

Los carros lograron entrar bastante en el desfiladero, y no pudo dominar Saldanazar su extrañeza al darse cuenta de que los franceses no rompían el fuego contra tan temible enemigo. Se aproximaba el momento crítico, pero la calma de los bueyes era realmente desesperante. Con explicable impaciencia el jefe supremo de los thugs seguía el movimiento de las carretas.

Llegó, por fin, la que marchaba delante de las otras a unos diez pasos de la barricada.

De repente como un centenar de los más hombres y carros. Eran proyectiles inflamados que abrasaban a los cornúpetos y a los hombres. No se interrumpió tan mortífera lluvia de fuego. Empezó a arder el maderámen de las carretas. Los espantados y chamuscados bueyes hacían extraordinarios esfuerzos para romper sus ligaduras, y tan pronto como lograron cortar las cuerdas que los sujetaban a los carros, huyeron a toda carrera, entre ensordecedores mugidos de dolor.

Los thugs, en cuyos desnudos cuerpos producían las llamaradas de los proyectiles los efectos más desastrosos, saltaron de los

carros que se convertían en hogueras de llamas altas que arrojaron de su refugio a todos los asaltantes. Huyeron éstos lanzando aullidos de desesperación, perdió de vista Saldanazar todo aquel tan poco satisfactorio cuadro, por elevarse hasta él, por el angosto desfiladero, la más negra oleada de humo negro.

Veamos qué era lo hecho por Surcouf.

Era práctica corriente entre los marinos de aquellos tiempos pegar fuego a los navíos enemigos siempre que se hallaban a tiro y en determinadas circunstancias. Pero Surcouf en una de sus aventuras navales, se había visto en la necesidad de improvisar unas granadas especiales empleadas en los indicados casos. Aquella vieja hazaña le sirvió entonces de modo admirable. Como tenía granadas de las incendiarias de las usuales improvisó un artefacto que las reemplazó perfectamente.

Empapó en aceite una bolsa ordinaria, y después de meter dentro un proyectil para darle peso, puso dentro de la aceitada tela un buen puñado de pólvora.

Ató una cuerda corta a la harpillera, prendió fuego previamente al tejido. Entonces se la hizo girar velozmente, como se hace con una honda, para lanzar el inflamado brulote sobre la cubierta del barco consrario.

Esa combinación sirvió admirablemente a los corsarios en su aventura terrestre, como les había servido en sus empresas náutigas.

Pero Surcouf no disponía ahora de bolsas, aunque sí de ropas y de géneros de algodón. Tenía aceite, o mejor dicho lo que en la India sirve como la grasa, o la manteca, entre los europeos, de modo que podía ensayar su antiguo método. Hizo rasgar tiendas y manttas, metió piedras en los envoltorios hechos de calicot bien empapados de aceite, no sin esparcir pólvora sobre las untosas superficies, y después de atar un trozo de soga o cordel a cada uno de los improvisados proyectiles, esperó los acontecimientos. Puede imaginarse cuál sería el efecto de semejante lluvia de brulotes aéreos caído de pronto sobre los carros.

Una vez más fué completa la derrota de los thugs, y una valiente salida de los sitiados les permitió apoderarse de dos bueyes muertos en su loca huída y estrellados contra las rocas. Suponía aquello disponer por largo plazo de excelente y abundante carne.

Saldanazar maldijo nua vez más a Cristo y a los franceses que creían en él, pero antes que ceder, se resignó a transformar en simple bloqueo lo empezado como sitio.

Una vez adoptada esta resolución, volvió á pedir al opio la calma de sus excitados nervios.

Transcurrieron dos días de este modo, Saldanazar meditaba que el bloqueo establecido podía prolongarse muchos días, y nada tendría de extraño que llegase algún auxilio para los extranjeros. ¿Qué hacer si se presentaba tal circunstancia?

Llegó entonces un desconocido. No era thug; era uno de los sublevados contra el guicovar, y decía ser segundo jefe de una partida insurrecta.

Se presentó ante Saldanazar y le saludó a la inglesa. El mercader jefe de caravana era, para el insurrecto un rebelde como los demás, y aunque fuese jefe de una partida, no dejaba de pertenecer a una casta inferior.

—¿Quieres decirme algo? — preguntó Saldanazar asombrado ante la actitud del desconocido.

—Hablé con mi jefe y le manifesté que no se prendería a los franceses sino sitiando su gruta. Mi jefe me ordenó que viniera a verte.

—Cuánto tiempo supones que durará vuestro sitio?

—Durará todo el tiempo que necesitemos para hacer una mina.

—¿Vuestro plan consiste en hacerles volar por los aires?

—Sí.

—¡Imposible! Quiero que caigan vivos en mi poder. — Y después, dijo bruscamente: — ¿Quién eres?

—Mi nombre es Labardor, y pertenezco a la casta de los guerreros. He servido en los cipayos de la Compañía de la India, la que me da una pensión. Llegué a ganar las insignias de sargento, y ahora soy oficial del ejército de Saridan.

Sin decir una palabra más Saldanazar pareció dar por terminada la entrevista. Pero insistió el visitante.

—Hay mucha clase de minas y dispongo de hábiles obreros, — dijo, — que han trabajado a las órdenes de oficiales ingleses. podríamos hacer lo que se llama un horníllo que no hiciese daño directo a los sitiados, pero que bastase para derribar el parapeto levantado frente a la gruta, de modo que el asalto fuera fácil.

—Si eso se logra, — dijo Saldanazar, — podríamos estudiar ese proyecto.

—Empezaremos por hacer los trabajos de acercamiento o sea una serie de zanjas en zig-zag. Metidos en ellas los obreros y los sitiadores estarían al abrigo del fuego de los sitiados.

—¡Cuando todo eso esté hecho, — rugió Saldanazar, — lanzará el maldito corsario sus globos encendidos y dispersará a todos tus soldados!

—¡No nos hará nada, por que habremos ido cubriendo siempre las zanjas con ramas verdes y con tierra!

Para realizar todos esos trabajos necesitarás disponer de mucho tiempo.

—Se hará todo rápidamente si se me deja el mando y si todos me obedecen.

—Queda a tu cargo el mando y dirección. Te obedecerán .

—Empezaremos por señalar cuadrillas de obreros para cortar ramas, mientras otros hacen unos cestos para sostenimiento. Abriremos la trinchera a trescientos pasos, distancia que señala el máximo del alcance de los fusiles de los sitiados. Trazaré yo mismo los ángulos de la zanja y esta misma noche llegaremos a cien pasos del enemigo. Una vez allí, tan pronto como amanezca, continuaremos la tarea protegidos por gaviones y por ramaje. Llevaremos grandes cestos que se llenan de todo cuanto pueda servir para detener una bala, y se van co-

locando uno delante de otro, para que al abrigo de esas defensas se excaven las zanjas de abrigo.

Continuó Labarder dando detalles, y tan bien supo ensalzar su proyecto que Saldanazar se decidió a tentar la operación. Pero Labarder parecía esperar algo aún, y como el mercader no adelantaba promesa alguna, dijo:

—Quedamos en que soy el jefe de esta operación y en que corren de mi cuenta todos los riesgos. Pronto estoy a jugarme la vida, pero deseo saber ¿qué recompensa se me ofrece?

—Pide.

—Quiero diez mil rupias ahora mismo, y otras tantas cuando haya salido airoso de mi empresa.

—Te entregarán en el acto las rupias que pides y te daré veintemil si sales triunfante.

—No dudes de que esos franceses están perdidos, como no dudo yo de haber realizado mi fortuna.

—Sigue a mi secretario Cyavo te dará el dinero.

Hizo Labarder el saludo militar y se alejó tras el escribiente.

Aquel ex-sargento de zapadores conocía perfectamente su oficio, y durante cinco días hizo cuantos preparativos eran necesarios. Desplegaba extraordinaria actividad y cuando herramientas, gaviones, cestos y ramas y todos los materiales estuvieron prontos y cuando cada uno de los obreros supo cómo adelantar los cestos, cómo rellenarlos, y cómo abrir las zanjas de protección, dió por terminados los preliminares y aprovechó una noche de luna para dar principio a su tarea: Al rayar el día, muy a pesar de la contínua granizada de balas que les dirigían los sitiados, vieron que la trinchera llegaba a cuarenta metros de la entrada de la gruta.

Labarder dió entonces orden de suspender el avance de los trabajos y dedicó el día a consolidar las zanjas, y a preparar una plaza de armas, bien defendida y cubierta, donde muy cerca de la cueva pudiese organizarse un respetable cuerpo de asalto.

En todo el transcurso de aquel día los sitiados no dispararon ni un solo tiro. Aquel silencio, unido a la convicción de lo fértil del ingenio de Surcouf y al conocimiento adquirido respecto al valor de los sitiados, no dejó de alarmar a Saldanazar, quien mandó llamar a Labardor.

—¿Cómo están esos trabajos de aproximación? ¿A qué altura nos hallamos?

—No dista mi gente sino cuarenta pasos de la guardia, — respondió el ex sargento.

—¿Qué motivo hay para que no haga fuego el enemigo?

—Debe haber comprendido que nuestros refugios nos ponen completamente a cubierto de sus ataques.

Movió Saldanazar la cabeza con aire de duda.

Ese capitán Surcouf debe estar meditando alguna diabólica invención para desbaratar tus planes.

—Muy posible es, y acaso prepare una salida, pero tengo para ese caso doscientos hombres en nuestra plaza de armas, todos ellos provistos de mazas y de lazos y cuento con ellos para tomar vivos, aunque magullados, a esos extranjeros. También los maharatás que los apoyan han de caer en nuestras manos.

—No confies mucho. Vigila con el mayor cuidado. Adopta todo género de precauciones.

—Conozco la guerra de sitio, con todas las sorpresas e imprevistos que supone. No ignoro nada de cuanto los sitiados más valientes son capaces de imaginar, y he adoptado las medidas encaminadas a ponernos al abrigo de toda sorpresa.

—¿Qué piensas hacer en la próxima noche?

—Continuaremos la trinchera para llegar a diez metros de la gruta y establecer allí otra plaza de armas, formidable e impenetrable al propio tiempo. Esta plaza de armas servirá de ratonera si los sitiados se aventurasen a atacarnos. Al mismo tiempo que se hace esto, excavaremos una galería bajo el parapeto que defiende la entrada de la cueva, y pondremos la carga en esa galería o mina de modo tal que toda la trinchera levantada por los enemigos se alce de una vez, se vuelque y se destruya. Aprovechando su natural sorpresa, mi gente dará el asalto definitivo la noche siguiente a aquella en que los defensores hayan quedado sin resguardo que los proteja.

Saldanazar dió orden de que entregasen cinco mil rupias de gratificación al activo ex-sargento.

—Eres más generos, sahib, que la Compañía de la India, — dijo éste sonriéndose; — que después de muy largos y muy meritorios servicios sólo me da cien rupias como pensión. Pero puedes creer qu no economizo la piel cuando se trata de servirte.

Tan pronto como llegó la noche volvió Labarder a activar los trabajos. Colocaron rápidamente ochenta aviones rellenos y esto acercó a diez metros de la boca de la cueva las obras de ataque de los sitiadores.

Los sitiados hicieron nutrido fuego y las balas causaron la muerte de muchos, pero aquel tiroteo fué como una señal de alegría para los atacantes, atemorizados ante el silencio que se interpretó como encubridor de algún proyecto diabólico.

Bajo la protección de los gaviones excavaron los thugs una espaciosa plaza de armas, bien defendida y bien cubierta con ramas y con tierra, y al despuntar el nuevo día estaba todo pronto para la continuación de las operaciones.

Habían suspendido sus fuegos los sitiados, convencidos de qeu sus adversarios estaban perfectamente parapetados y de que era inútil tirar contra ellos, y aquel alto a las bélicas actividades bastó para que reinara en la estrecha garganta un lúgubre silencio, en el que solo se distinguía el vago y apagado

martilleo y golpear de picos para excavar la galería que Labarder trazaba. Llegóse así hasta media noche, hora a la cual se cargo la mina, y envió Labarder a uno de sus subordinados a prevenir a Saldanazar y avisarle que dentro de una hora saltaría la galería.

Muy pronto vió Labarder cómo llegaban a su plaza de armas el mismo Saldanazar y su secretario Cyavo, con muchos dignatarios y otros personajes, pertenecientes todos a la secta de los thugs. Cuantos estaban esperando la orden para lanzarse al más desesperado asalto, se posternaron humildemente ante los recién llegados, mientras Labarder, en posición de firmes y presentando armas, decía a Saldanazar con laconismo realmente militar.

—Todo está pronto.

—¡Pues fuego a la mecha!

Afiánzense todos bien sobre sus piernas, por que de seguro ha de temblar la tierra. Se trata de una mina sorda.

Inclinóse un momento después sobre la boca de un pozo, y dió una orden, y se vió salir momentos más tarde a un hombre de aquel obscuro agujero, iluminado por la antorcha que empuñaba.

Labarder le quitó la tea al que salió del pozo, la apagó violentamente, y gritó con voz imperiosa:

¡Todo el mundo al suelo!

Confundióse la voz del ex sargento con el ruido de la explosión. Tembló todo el suelo, y estallaron las rocas, y repercutió en la estrechez de la garganta el estrépito producido por mil derrumbes. Una espesísima humareda se elevó hasta los cielos y cubrió el furioso asalto de los thugs, los que, aullando como fieras, se lanzaron hacia la gruta, saltando como monos sobre las ruinas del parapeto.

No se oía un solo tiro.

De pronto sonó un estampido, uno solo. Un tiro salido no se supo de dónde y seguido de una explosión mucho más formidable que la primera. Esta segunda explosión se produjo en lo interior de la gruta. Escuchándose el espantoso concierto del entrechocar de fragmentos de rocas despeñadas, de enormes pedruscos lanzados como por el brazo de un titán sobre los árboles y ramajes que defendían y cubrían el subterráneo, y se oyó cómo caían las paredes, cómo se desplomaban hiladas de rellenos gaviones, cómo se desplomaban los sólidos techos de la plaza de armas, y cómo un concierto de lamentos y lastimeras quejas reemplazó en un instante los rugidos de furor de los valientes y fanatizados thugs.

Saldanazar, Cyavo y cuantos con ellos se hallaban en lo más lejano de la plaza de armas, quedaron no sólo derribados sino medio enterrados bajo la lluvia de escombros, y tan pronto como lograron verse libres de lo que amenazaba sepultarlos, emprendieron precipitada fuga, seguidos de cuantos se hallaron en condiciones de poder mover las piernas, y cuando consiguieron verse fuera de peligro al extremo del desfiladero, detuviéronse jadeantes y temerosos de no haber escapado al inesperado cataclismo.

El angosto paso había recobrado su majestuosa serenidad y ni el más ligero ruido turbaba lo sereno de la calma nocturna.

—Señor, han muerto los franceses, — dijo Cyavo.

Triunfó de nosotros su Cristo, y como vieron que no podían escapar a nuestras garras, han preferido volar con su gruta que era su único refugio.

—No podían hacer otra cosa, y no podemos censurarles.

Miró Saldanazar al que decía aquello y reconoció a Labarder, que aún añadió:

—Son bravísimos soldados los que así saben triunfar muriendo como héroes.

—El caso es, — dijo Saldanazar tristemente, — que han muerto...

Pero oyeron en aquel instante gritos en demanda de socorro, y retumbaron en el desfiladero desesperados llamamientos a las armas, mientras se notaba el mayor desorden entre las tropas que coronaban las alturas.

—¡Salvémonos! — gritó Cyavo. — Debe esto significar que se acerca el guicovar que habrá dejado Baroda para acudir al socorro de los malditos cristianos, pero temo que ese auxilio les llegue demasiado tarde.

Saltó sobre la silla de su potro el secretario. Saldanazar suponía que los insurrectos estaban en aquel instante en lucha con la caballería árabe del guicovar y abandonó el campo, no sin ordenar a los thugs que se dispersaran, y desaparecieron todos. Poco después se oía a lo lejos el galopar del caballo de Saldanazar y el de los que formaban su nutrido séquito.

Durante el día que precedió al del asalto, dijo Brinville, antes de dormirse y en tanto que lanzaba un bostezo capaz de desencajarle las mandíbulas:

—Mira, pequeño, — se dirigió a Mekrani, — ya que eres siempre tan amable, haz el favor de tocar algo en tu divina flautita. Supongo que conservas la flauta con la cual lograste encantarnos y encantar a las serpientes.

—Tengo aquí la flauta y tocaré si lo deseas.

—Pues haznos oír tu seductora música.

—No veo la seducción ni el encanto, — respondió el joven. — Todo eso es lo más sencillo y natural del mundo. Las víboras son muy aficionadas a la música y especialmente al sonido de la flauta, y por esa razón acuden extásiadas como quien se aproxima para escuchar un concierto.

—Déjate de modestias y toca lo primero que se te ocurra, que nos has de deleitar de todos modos.

No ha podido olvidarse a Herma, la mujer del carcelro, la que tanto contribuyó a la libertad y salvación de los corsarios, y la misma que no quiso separarse de sus nuevos amigos; esa dijo a Mekrani.

—Toca la encantadora canción "La diosa enamorada del pastor".

Es esa una canción sumamente popular en

la India, conocida por todos los músicos y por todo el pueblo y que ni una sola joven deja de cantar. Preludió Mekrani la indicada canción y se lanzó luego en larga serie de exquisiteces que demostraron su talento y su buen gusto artístico, y cuando ya los oyentes habían gozado de aquella entrada en materia, comenzó la canción de la diosa que se enamoró del pastor, melodía dulce y apasionada, melancólica, rítmica, adormecedora.

Pero ni dos minutos hacía que sonaba la flauta cuando se oyó un extraño ruido como salido del interior de la gruta, al mismo tiempo que un prolongado cuerpo se deslizaba entre las sombras para acercarse al músico.

—¡No toques más! — exclamó aterrada Herma. — ¡Mirad! ¡Se acerca un pitón gigante!

Avanzaba, en efecto, una serpiente de longitud y diámetro enorme como sólo puede verse en la India. Medía más de treinta pies de longitud y no detuvo su marcha sino cuando se vió a pocos pasos del músico. Allí se enroscó sobre sí misma en forma de espiral dejando la cabeza levantada como a un metro de altura sobre los anillos. Balanceaba lentamente la formidable testa, pero Mekrani, dando prueba de una indomable sangre fría, continuó tocando su melódica canción.

—Sigue tocando, — dijo Brinville en voz muy baja.

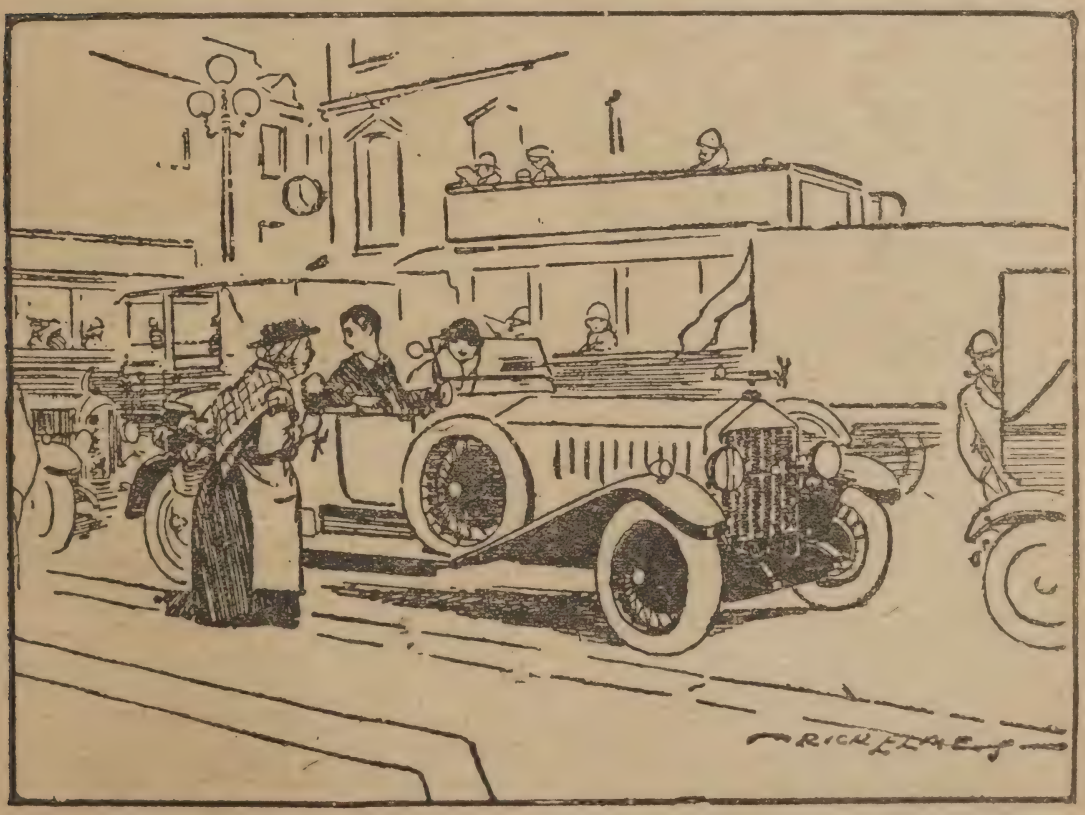
Todos callaron. Surcouf permaneció inmóvil con una pistola en la mano.

Lentamente pasó Brinville por detrás de la cabeza de la serpiente, y le disparó a boca de jarro dos tiros en el cuello, y sin perder un solo instante se lanzó sobre ella sable en mano, para cortar y tajar en la gran masa viscosa. Se vió no solo derribado sino envuelto por las últimas curvas formadas por el cuerpo del pitón, pero los maharatás y los marineros se lanzaron contra el monstruoso reptil, que pronto quedó partido en muchos pedazos sin que se lamentara ningún herido por parte de los expedicionarios.

Extendido y medido el animal pudo comprobarse que pasaba de los treinta pies de longitud.

Pero con gran sorpresa de todo, Mekrani a tocar la flauta, mientras gritaba a sus amigos:

UNA EQUIVOCACION MUY POSIBLE



La florista (a la joven vestida de un modo que parece un hombre): — ¿No me compra un ramito de flores para su novia?

—¡A las armas todo el mundo! ¡Llegan muchas más serpientes!

Era cierto. Bajaba por el mismo angosto pasadizo toda una numerosa familia de pitones con la hembra delantera y se comprendió que los marinos acababan de matar al macho. Se rompió el fuego contra los reptiles y se vió cómo las balas hacían su efecto entre sus carnes.

La gruta ofrecía una escena de incomprensible confusión. Retorcíanse las heridas víboras, pero con las largas colas barrían el piso y los ámbitos de la caverna con formidable empuje. Los refugiados en la cueva se vieron obligados a meterse en los rincones más escondidos y elevados, hasta que la muerte del último pitón permitió un momento de respiro.

Estaba impregnado el recinto de un nauseabundo olor a sangre, y para evitar tal suplicio ordenó Surcouf que se cortara en trozos las serpientes y se arrojara toda aquella imundicia en la trinchera enemiga. Los thugs se quedaron asombrados al ver cómo caía sobre ellos aquella inesperada lluvia de piltrafas y despojos de reptil.

—¡Eso debe ser algún encantamiento, alguna de las muchas brujerías de los cristianos! — murmuraban los fanáticos estranguladores.

Pero no dejaba Mekrani su flauta y seguían resonando en la gruta los melodiosos acordes en busca de los cuales continuaba deslizándose nutrido pelotón de víboras de todos tamaños.

Cuando se dió cuenta Mekrani de que no bajaban ya más serpientes, dejó de tocar, por sentirse muy fatigado. Bebió y cuando se vió con boca y labios refrescados, dijo:

—Es preciso descubrir el agujero por donde salían y entraban estos reptiles; ese agujero debe estar en lo alto de los acantilados. Generalmente estas cuevas las forman corrientes de agua que se filtran desde arriba. Las rocas impiden el deslizamiento de la montaña, pero las tierras se ven arrastradas por las corrientes que circulan dentro de ellas.

—Veo, queridito Mekrani, — dijo riendo Brinville, — que no eres tan tonto como se pudiera suponer.

Iluminó el teniente una rudimentaria antorcha acabada de fabricar, y con agilidad de gato se encaramó por las rocas, por las cuales había bajado todas las serpientes.

—He descubierto una verdadera galería, — dijo.

Desapareció seguido de un marinero y de dos maharatás, y puede calcularse cual sería la ansiedad de los sitiados hasta saber si se encontraba o no modo de salvarse.

Tardaron los exploradores casi media hora en volver.

—¿Se encontró modo de salir por las alturas? — preguntó Surcouf.

—Sí, hemos descubierto un pasadizo por el que puede deslizarse un hombre aunque sea tan corpulento como tú.

—¿Cómo se explica que no se dieran cuenta de tal comunicación nuestros enemigos, los que ocupan las alturas? — preguntó Surcouf.

—Está la boca de salida completamente cubierta por lianas y matorrales, y si es posible deslizarse hacia fuera es gracia al estrecho sendero hecho por los mismo reptiles.

—Perfectamente. Fugaremos de aquí la próxima noche.

—He podido ver uno de los puestos de nuestros enemigos situado no lejos de la boca de salida de nuestra galería de salvación.

Eran como treinta hombres dormidos todos ellos en torno del fuego.

—En ese caso no costaría mucho matar unos cuantos y salir nosotros.

—Creo que convendría matarlos a todos, por que disponen de caballos y con uno que quede vivo...

—Comprendo, — dijo Surcouf haciendo un significativo ademán.

En el momento de rayar los primeros albores del día estaban en pié todos los expedicionarios. Empezó Surcouf por reconocer por sí mismo el salvador pasillo subterráneo, cuando escuchó extraño ruido que llamó poderosamente la atención del corsario. Se tendió en el suelo y apoyó un oído en la tierra, mientras ordenaba a Brinville que hiciese otro tanto. Levantáronse ambos con idéntica convicción.

—Tratan de hacernos volar dentro de esta gruta, — dijo Brinville, — lo que equivale a reconocer que renuncian al placer de estrangularnos.

—Querido amigo, — dijo Surcouf, — la trinchera que hicimos ante la entrada de la cueva debe molestarles y tratan de derribarla por medio de lo que se llama una mina sorda, que derriba pero sin causar estragos suficientes para matarnos. Debemos empezar nuestra contramina.

—¿Pero qué necesidad hay de semejante contramina? ¿No hemos quedado en huir?

—Servirá la contramina para vengarnos. Vamos a excavar algo en el fondo de esta gruta, lo necesario para establecer un hornillo. Amontonaremos trozos de roca, y uniremos el hornillo a nuestra retirada por medio de un reguero de pólvora por todo el recorrido de la galería por donde debemos escapar. Esperaremos con la mayor calma el momento en que la mina enmiga haga su explosión y entonces empezaremos a contar hasta veinte, pero sin precipitaciones ni nerviosidades. Cuando hayamos contado nuestros veinte con la mayor tranquilidad, estarán todos los enemigos dntro de la caverna, apelotonados para poner en función sus corbatas, y será entonces cuando daremos fuego al reguero de pólvora, para matarlos dentro de la ratonera.

—Pues mira, te prometo esperar con toda calma, pero calma rebosante de placer, el instante en que estalle nuestra mina. Será un aplastamiento completo.

Restregábase Brinville las manos mientras decía esto, y se puso en el acto a la tarea. Su obra resultó una maravilla. Calculó los desplomes de los grandes fragmentos de

piedra de modo que aplastasen a los que ocupaban el centro de la gruta, y cuando llegó la oscuridad de la noche todo estaba terminado.

Dispuso Surcouf que cenaran todos con la mayor abundancia, y hecho esto ordenó que se pusiera en movimiento la tropa entera bajo las órdenes de Brinville, pero llevando cada uno cinco fusiles cargados y con la expresa recomendación de hallarse todos prontos a lanzarse contra el destacamento enemigo tan pronto como se escuchara el estampido de la explosión de la primera mina.

Surcouf se quedó solo en la galería con una pistola cargada con pólvora sola, y sumido en la oscuridad. Esperó hasta oír el estampido de la mina y los gritos de los thugs al precipitarse en la caverna.

Subió el capitán una veintena de pasos por la estrecha galería y disparó allí la pistola sobre el reguero de pólvora, por el cual el fuego descendió como una serpiente por el oscuro pasillo. Se oyó luego la explosión de la segunda mina.

Fué aquella una explosión de inconcebible violencia, pues Surcouf había utilizado, empotrado, comprimido y atacado para su mina toda la pólvora encontrada en las bolsas de municiones y en las cartucheras de los mucho thugs muertos a manos de los marinos franceses y de sus valientes auxiliares.

Metió asimismo en el hornillo todos proyectiles y lo tapó con trozos de piedra. Se comprende que e espanto de que Brinville hablara fuese enorme, y que clamores, rugidos y lamentos formasen un ensordecedor concierto que llenó los ámbitos de la caverna.

Después no se oyó nada más.

CAPITULO IV

Surcouf y la princesa Meriem

ERA Brinville precioso e irremplazable teniente por su valentía; pronto, despierto y siempre alerta, y como era además muy inteligente, su golpe de vista le permitía siempre el conjunto de todo.

Tan pronto como llegó, al frente de sus hombres, a la salida del subterráneo dijo a su gente:

—El centinela corre por mi cuenta y os dejo los demás. Queno se dispare un solo tiro. Hemos de despacharlos a sablazos o al empuje de las lanzas.

Esperó que cerrara por completo la noche, y tan pronto como las sombras invadieron la comarca, sacó a sus compañeros del escondrijo y les dió orden de tenderse en el suelo ocultos entre el matorral.

La espera fué larga. Vieron que los caballos estaban atados no lejos del fuego, y vieron como dormían todos los del campamento. El centinela estaba cabeceando en cuclillas y tal era su sueño que hasta olvidó la hora del relevo.

Cuando saltó la mina despertaron todos los dormidos, pero no adoptaron ni la menor precaución. Era aquello un caso previsto por estar todos enterados de la maniobra en proyecto.

No se levantó uno solo de los que estaban acostados, y todos parecían desear reanudar el interrumpido sueño, pero en aquel instante se abatió sobre ellos una verdadera tromba humana y se vieron heridos, cortados, despedazados por los sables y las lanzas antes de poder darse cuenta de lo que les sucedía.

Los gritos de angustias y de sorpresa de aquellos infelices se unieron al estampido de la segunda explosión.

Pero en los próximos puesto se oyó el estrépito producido por los lamentos y enviaron exploradores para averiguar lo sucedido. Los que llegaron al puesto asaltado por los marinos sólo vieron cadávees despedazados, el desorden, la muerte y la desolación.

Pero no vieron caballos y al recibirse esta noticia, tocaron a botasillas en todos los puestos para salir sin pérdida de momento en persecución de los fugitivos.

Un escuadrón de cincuenta jinetes se puso a la cabeza de los perseguidores, pero los fugitivos habían doblado una revuelta del camino, y Surcouf alineó su gente a un lado del camino abrigados todos por un repliegue del terreno y como a cincuenta cuerpos de caballo de la senda. Todos los fusiles préviamente cargados descansaban sobre las sillas, y la reducida tropa del marino estaba en condiciones de ofrecer muy seria resistencia.

Sin la menor sospecha de lo que les esperaba, desembocaron los perseguidores, y, en cuento se presentaron en apretado y desordenado pelotón, recibieron de lleno la triple descarga que tendió por el suelo a más de treinta, matanza que determinó la rápida fuga de los pocos que quedaban. Ordenó Surcouf que cargaran nuevamente los fusiles, en tanto que decía a Brinville:

—Otro buen plato de picadillo de hombres y caballos hemos dejado aquí.

—¡En marcha! — ordenó el capitán.

Pusiéronse en camino al trote de los caballos, pero se escuchaba a lo lejos el galopar de arias partidas perseguidoras.

Ordenó Surcouf apresurar la marcha para no perder la ventaja ganada sobre los que les perseguían y continuaron largo trecho hasta llegar a una revuelta del camino por la que se entraba en un espeso bosque.

—¡Preparen todos las cuerdas! — ordenó el capitán.

Los maharatás llevan siempre su provisión de sogas, porque hay muchos pozos en la región, de modo que ninguna tropa se pone en camino sin ir provista de odres de tela impermeable y de buen surtido de cuerdas.

Surcouf ordenó que se detuvieran allí todos los que tenían sogas, mientras esperaban los demás como a cien pasos más adelante, y luego tendió de árbol a rbol, a través del camino, varias de las resistente cuerdas de pozo. Hecho esto se unió a los que estaban

esperando, para esconderse el total de los fugitivos entre el matorral, pero situados a ambos lados del sendero.

El enemigo llegó en aquel momento a todo galope, y se produjo un general dsbarajuste al chocar los caballos contra las cuerdas. El pelotón de los caídos fué fusilado por un mortífero fuego, y se mezclaron los relinchos de los potros moribundos con los gritos de los heridos y maltrechos, en tanto que los útiles o los que podían tenerse en pie huían apresuradamente. Entoces ordenó Surcouf que salieran todos a recoger las ramas y municiones de los heridos y de los muertos, y cargándolo todo en los caballos, volvieron a tomar el camino de Baroda.

—Si no te nombra el guicovar su jefe de pastelería, — dijo Brinville a Surcouf mientras trotaban, — demostrará ser hombre que no sabe reconocer el verdadero mérito. Tú último picadillo con partes casi iguales de carne humana y carne de caballo es lo que se llama una obra maestra.

—Espero que el guicovar vea otras cosas notables. — contestó fríamente Surcouf.

—¿Pero no piensas en nuestra felicidad al recordar que volveremos a ver a nuestras princesas?

—Por lo pronto, nos dedicaremos a la guerra, — contestó Surcouf encogiéndose de hombros. Luego nos ha de sobra tiempo para pensar en amoríos.

Muy pronto al apuntar la claridad diurna se notó un sordo rumor que hacía trepidar el suelo, y no pudo duarse de que una fuerte columna de caballería se acarcaba a los fugitivos. Ordenó Surcouf que se hiciera alto y envió como exploradores a los dos maharatás mejor montados para averiguar quiénes eran los que se aproximaban, y volvieron los que servían de avanzada con la noticia de estar a la vista y próxima a reunirse con ellos la nutrida escolta de caballería árabe enviada por el guicovar para proteger a los franceses.

Muy pronto fraternizaron las dos partidas, y se pusieron en camino de la capital.

Sin dejar de trotar enteró el oficial que mandaba aquella brigada del estado de los acentecimientos a contar del instante en que salió Surcouf de la ciudad. El guicovar estaba reuniendo su ejército dentro de lás fortificaciones de Baroda, y esperaba solo la concentración total de sus fuerzas para enviarlas contra los insurrectos a las órdenes del general en jefe.

—¿Cómo se explica, — preguntó el corsario, — que no se ponga personalmente el soberano a la cabeza de sus hombres?

—Quiere defender por sí mismo su palacio y la capital del reino.

—¿Teme acaso alguna revuelta en la ciudad?

—Los mendigos y tods los que forman las últimas castas no esperan sino una oportunidad para arrojarse contra los ricos, pero éstos están armados y forman una milicia respetable.

—¿De cuántos hombres se compone esa milicia?

—Suman seis mil, y son completamente seguros por temerlo todo de los excesos del populacho.

—No están mal los asuntos del guicovar, — observó Surcouf.

Llegaron a la ciudad en la que todo parecía estar tranquilo, pero notó Surcouf al pasar, que se agrupaba la muchedumbre mirando a los soldados árabes con destellos de odio en las pupilas.

—Me admira la actitud de toda esta canalla, — dijo el oficial. — Parece impuesta a atreverse a algo.

—Se atreverá a todo antes de muchos días — repuso el marino.

Una vez dentro de Baroda todo fué completamente distinto. Sables y sirvientes, artesanos y personajes, todos a una aclamaron a los franceses, y una vez en el palacio pudo verse cómo el guicovar hacía gala de la afectuosidad más marcada.

Los maharatás que habían luchado a las órdenes de Surcouf contaron sus aventuras y el ingenio derrochado por el corsario, y la fama de sus hazañas corría de boca en boca aturdiendo a toda la corte. El guicovar anunció que recibiría a los franceses en solemne audiencia media hora después de su primer saludo.

A la indicada hora, uno de los heraldos y el paje Djernador fueron a buscar a los marinos y a su escolta de maharatás, y al llegar al gran salón de audiencias se vió a todos los altos dignatarios formados en filas, según las reglas de la etiqueta y luciendo los más deslumbradores ropajes y las joyas que son el orgullo de los señores maharatás. El traje severo y sencillo de los marinos franceses formaba el más extraño contraste entre todos aquellos esplendores.

El general en jefe pretextó tener que ocuparse en urguentes asuntos del servicio para no presenciar lo que le desagradaba en extremo, y cuando llegó Surcouf ante el guicovar, éste saludó militarmente esperando que el soberano le dirigiese la palabra.

—Que seas el bienvenido, — dijo en alta voz el guicovar. — Tengo hoy tanto mayor placer en verte cuanto fué grande mi temor al pensar en vosotros. Pero todo lo ocurrido demuestra que me equivoqué en mis tristes presentimientos.

Pidió luego a Surcouf que contara las peripecías de que había sido actor.

—Si lo permites, sahib, mucho mejor que yo yen el más puro idioma indostánico puede contarlo todo este oficial maharatá que manda nuestra escolta.

—Que así sea, — dijo sonriendo el guicovar, — dirigiéndose luego al oficial aludido, al que el soberano conocía por ser hijo de un gran señor, le dijo:

—Avanza un poco, joven Falicani y cuenta, pues, sin olvidar el menor detalle.

Como franco y verídico soldado, contó el oficial con la mayor precisión y todo cuanto había visto, pero fué interrumpido su relato a cada momento por los murmullos de admiración que resonaban en todo el salón.

Cuando llegó el episodio de las serpientes, interrumpió el guicovar al narrador para que le presentaran al joven músico, y cumplimentó el monarca muy amablemente al mozo, sin llegar a sospechar que se tratase de una joven princesa heredera del trono de que él había desposeído al padre de la muchacha.

Continuó el oficial su relato y al llegar al último incidente no pudo el guicovar dominar su admiración.

—Veo, capitán que eres en verdad un hombre completo. Eres tan valiente como el león y tan astuto como el chacal.

Volvióse luego a Brinville, y agregó:

—Tu eres tan fiero en los combates como excelente compañero en la paz. Tu capitán tiene en tí un teniente de verdadero mérito. Eres valiente y alegre, lo que supone un doble valor.

—Pues mira, sahib rajá, — dijo el teniente. — Acabas de hacerme unos cumplidos que me llenan de júbilo, por venir de quien mejor que nadie entiende de valentías por que es el legítimo descendiente de los más intrépidos de todos los reyes soldados con que haya contado la India.

Ruborizóse un poco el guicovar, e hizo un insignificante ademán qupe bastó para que se aproximaran dos pajes con dos grandes canastas cargadas de regalos. Los destinados a Surcouf y a su teniente por el soberano eran de gran valor y de verdadero mérito, y aunque los repartidos al resto de la escolta no fuesen iguales, ni uno solo de los favorecidos dejó de quedar muy satisfecho.

El guicovar experimentó en aquel instante un raro capricho.

—Mira joven Mekrani, quisiera oir esa música que hace acudir las más venenosas serpientes. Haznos el favor de tocar esa extraña música.

—Sahib, — dijo el joven, — hay muchas serpientes, y de las más malignas en torno de tí. Si toco y por sí misma se denuncian, no te quedará más recurso que castigarlas.

—¿Dices lo que realmente piensas? — preguntó el rajá, con tono sombrío. — ¡Cuán to daría por conocer a todos los reptiles de mi corte!

—En ese caso, sahib guicovar, como se trata de hombres y no de serpientes, es la voz humana y no los acordes de la flauta lo que puede desenmascararlos. Cantaré si así me lo permites, y nada has de perder por que cambie mi voz por los sonidos de la flauta.

—¡Canta, canta pronto! — dijo el guicovar con los dientes apretados de rabia.

—¿Qué demonios será lo que se propone cantar Mekrani? — murmuró Surcouf.

—Es mozo de mucha habilidad este joen Mekrani, — dijo Brinville, como si pronosticase algún golpe teatral.

Produjose en el acto un sepulcral y solemne silencio, y pidió Mekrani un arpa indígena en cuyas cuerdas empezó o tocar algunos preludios. Diéronse todos cuenta de que era un maestro tocando aquel instrumento, un incomparable ejecutante, pues tocando marchas guerreras los acordes triunfales invadieron fogoso los ámbitos del salón. Siguieron luego los cantos luctuosos y parecía que se asistiera a un duelo, pero fué interrumpido el fúnebro concierto por unas dulcísimas melodías de mar o égoglas de dicha, arpegios rebosantes de confianza en la existencia. Terminó todo con una conmovedora transición que llenó la sala de desolados gemidos brotados de las cuerdas del instrumento.

Tal era la admiración, el extásis en que se hallaban todos los oyentes que a nadie se le ocurrió interrumpir al ejecutante con sus aplausos. Tras de varios acordes arrancados a la sonoridad del arpa, empezó Mekrani su canción. Era una vieja leyenda que refería, según expresaban las palabras del cantor, se refería a un antiguo rajá al que hicieron traición los mismos que todo se lo debían y a los que había colocado en los primeros puestos de su corte. Refirió las glorias y los esplendores de su palacio, y entró luego a analizar las intrigas que en él se desarrollaban, con alusiones tan claras, con tal precisión de detalles que instintivamente se volvieron todas las miradas hacia el primer ministro y al yerno del guicovar.

Continuó Mekrani; habló de una sublevación, y habló de ello de tal manera que todos vieron claramente la historia de las actuales revueltas. El oro extranjero era el causante de todos los disturbios, con libras esterlinas se compraba a los enemigos de soberano. Acabó el cantar su balada, arrojando briosamente una moneda de oro inglés a los pies del guicovar.

Ordenó éste a un paje que le acercase aquella moneda y contempló la efigie del soberano de la Gran Bretaña, y bastó aquello para que tomara el rostro del rajá, la más agresiva expresión.

Siguió cantando Mekrani y dijo como se veía entregado el supuesto rajá a sus enemigos, y cómo, después de cautivarlo, se le asesinaba cuando lo tenían encerrado en la prisión. Terminó con gritos de indignación que resonaron en todos los rincones.

—No he de nombrar yo los traidores, — dijo, — por que los conoce todo el mundo. Guárdate de ellos, noble rajá; desconfiad de tus ministros y de tus grandes sacerdotes. No creas en la lealtad de tus generales y de tus cortesanos, porque la traición se cierne sobre tu cabeza, y si el antiguo rajá continúa ciego y obcecado, dormirá muy pronto en el panteón de sus abuelos.

Luego, con plañidero acento de salmodia, como lúgubre advertencia final del bardo compositor de la balada, cantó Mekrani con acento del mayor terror:

—¡Vigilad! ¡Mucha vigilancia! ¡Vigilad! ¡Vigilad!

Tal fué el efecto de lo cantado por el joven, que los guardias del guicovar se sintieron electrizados, y gritaron sin poder dominar sus impulsos, mientras blandían las espadas.

—¡Mueran ahora mismo todos los traidores!

Claváronse centenares de pupilas en el pri-

r ministro y en el yerno del guicovar, pe-
ro había recobrado éste toda su sangre fría
tan pronto como terminó Mekrani le or-
denó que se acercase para preguntarle:

—¡Qué razón has tenido para arrojar a mis pies esta moneda?

—Forma parte de la canción que canto, — respondió sencillamente el joven, — la acción de tirar al suelo una moneda y quien me enseñó esa canción me recomendó mucho que no olvidase nunca este requisito.

—¿Es antigua la romanza que has cantado?

—Sí, tan vieja como los hombres.

—¿No has inventado nada en todo lo cantado ante nosotros?

—No puede llamarse invención el describir lo que se ve a simple vista. No dudo que el sahib Brinville ha escuchado varias veces esa misma canción, dicha por los mismo traidores.

—Es muy cierto, — dijo Brinville.

Pareció quedar asombrado el guicovar. Algo le preocupaba.

—Pero esta moneda ¿es inglesa?

—Sahib, — contestó Brinville, — en los bolsillos de todos los revoltosos caídos bajo nuestras balas o nuestros sables, hemos encontrado abundante oro inglés. Somos ricos a causa del mucho oro británico encontrado en los que trataban de matarnos, y aquí está la prueba de lo que digo.

Mostró el teniente puñados de monedas inglesas que sacó del bolsillo y dijo a sus marineros y maharatás:

—Enseñad todos al rajá cuánto oro inglés llevamos.

Acercáronse todos y vaciaron sus bolsillos a los pies del soberano.

—Quedo convencido de que son los ingleses los que provocan la sublevación, por haberse propuesto ir comiéndose toda la India gajo a gajo, tal como dice el capitán Surcouf. Mira sahib francés. Tu con todos tus amigos sois desde ahora huéspedes de este palacio. Tenemos que hablar muy seriamente cuando terminemos nuestra siesta.

Tras estas palabras dió el guicovar por terminada la audiencia y se retiró seguido de sus dignatarios, en tanto que los cortesano rodeaban a Surcouf y a todos sus compañers, disputándoselos para ver quién de ellos lograba hacerles homenajes más ostentosos y más sinceros al propio tiempo.

Mekrani logró el más brillante de los éxitos; le felicitaban los magnates con el más vivo entusiasmo por su valor y por la gloria conquistada al descubrir al guicovar las maquinaciones de sus enemigos. Sólo el joven se había atrevido a desenmascarar a los traidores.

—Canté la canción de los traidores, — protestó el joven, — sin sospechar que los hubiese aquí. Esta canción es la llamada "de los leales corazones", por ser cosa sabida que al arrojar suelo la moneda palidecen los desleales, pero como no hacía yo sino cantar, no me he podido fijar en lo que hacían los presentes.

Con tanta sinceridad dijo todo eso Mekrani que acabó por creerse que no hubo malicia por su parte al cantar y designar a los traidores, pero no por ello mereció menos cumplimientos. Interrumpió las manifestaciones de admiración y gratitud la llegada del paje Djernador, que tenía el encargo de llevar a los franceses y a sus amigos a los lujosos salones del palacio, reservados para ellos.

Tan pronto como se vieron solos el paje y el capitán, dijo aquél a éste:

—Podéis contar con tres mortales enemigos y si no sois muy enérgicos en vuestras relaciones con el guicovar, como no se le convenza de que está entregado a sus peores enemigos, podéis consideraros como perdidos por completo.

—No me dices nada que sea nuevo para mí, — dipo Surcouf.

—Si la hija del guicovar lo desea, — continuó el paje, — vuestra causa estaría ganada. Podía ver ella al rajá con la excusa de sentirse alarmada por su esposo, y al tratar de defenderlo podría acabar de hundirlo.

—¿Qué debía decir para lograrlo?

Estalló la alegre carcajada de Brinville.

—Me parece, amigo capitán, que no das la importancia que merece a la perspicacia y la destreza de las mujeres. Esa princesa creo que no necesita lecciones y bastaría con ponerla al corriente de lo que ocurre.

—Pero ¿quién podría darle cuenta de lo crítico de la situación?

—Eso corre de mi cuenta, — dijo el paje.

—En tal caso, — observó Brinville, — podemos considerarnos seguros y dormir tranquilos, pero entiendo que convendría avisar también a la esposa del primer ministro. Se trata de una mujer muy espiritual.

—No deben inquietarse por eso los señores, — manifestó el paje. — Lo que sepa una de las princesas lo sabrá pronto la otra, y las dos juntas se pondrán de acuerdo para explicarse después.

—Veo, mi querido amigo, — dijo Brinvolle al paje, — que resultas el más experto diplomático del mundo.

—Lo que me parece es, — dijo sonriente el paje, — que mi afecto por vosotros, enemigos terribles de Inglaterra, me ha transformado y ha despertado las facultades de mi intelecto.

—Hablemos seriamente. Dime, Djernador, — preguntó Surcouf, — dime qué opinas de la leyenda cantada por Mekrani, y dime si no es de temer que recaigan sobre este joven los odios del primer ministro y los del yerno del guicovar.

—Pero, — repuso el paje. — Ha tenido buen cuidado Mekrani de convencer a todo el mundo de que no se dirigía a nadie, y que sólo entonó la leyenda de los traidores, por haber manifestado deseos el guicovar de oir algo dentro de ese género. Es fácil que no se produzcan acontecimientos desagradables por este motivo, máxime cuando hemos de empezar a maniobrar de modo que se pueda prevenir toda complicación.

—¿Quiere decir todo esto, — dijo Brin-

ville, — que debemos etrechar las filas y proceder todos muy de acuerdo?

—Si me lo permiten los sahibs, — murmuró el paje, — veré hoy mismo a la princesa y le explicaré cuál es vuestra situación.

—¡Nos prestarás un gran servicio con ello!

—No pretendo que me entregueis ningún billete para la princesa, pero sí quisiera presentarle como credencial cualquier recuerdo que me acreditase como embajador de sus amigos los franceses.

—Aquí tienes un anillo que ella conoce, — dijo Brinville.

—Y aquí un talismán que no ha podido olvidar, — agregó Surcouf.

Ambas joyas estaban cubiertas de brillantes, de ricas perlas y de esmeraldas de gran valor.

—Espero que en recuerdo nuestro, — dipo Surcouf, — guardes estas credenciales y las conserves como tuyas, si logras sobrevivir a todo lo que se aproxima. Si no mueres dentro de poco, guarda estas joyas como recuerdo de dos buenos amigos y dos bellas mujeres.

—¡Y cuánta razón tiene sahib, los que aseguran que los franceses son muy generosos!

—De modo que nos dejarás ir y...

—Me iré en este mismo instante y me propongo visitar a la princesa en seguida.

—Pues que te salga todo felizmente, simpático paje, — dijo Brinville, estrechéndole la mano, — y si algún día necesitas dos buenos compañeros para cualquier aventura expuesta, acuérdate de nosotros y no pienses en nadie más.

Con un apretado abrazo se separaron los corsarios del despierto y activo paje.

Serían las cinco de la tarde cuando llamó el guicovar a Surcouf. Envió a Djernador a decir al corsario que deseaba verle, pero el paje había volado a velas desplegadas y había indagado cuál era el espíritu del soberano.

—Las princesas, — dijo el paje haciendo un resumen de sus impresiones, — han hablado ya con el rajá. No han cometido la torpeza de acusar a sus propios maridos, pero los han defendido tan pobremente que el guicovar está ahora más descontento que antes. No puede ocultar que está realmente disgustado. Es cosa tuya dar el golpe de gracia para que se decida a encarcelar a los traidores.

—No poseyendo pruebas palpables de sus traiciones, — observó el prudente Surcouf, — sería una temeridad acusarlos. Dirían, sin que pudiese desmentírseles, que todo es una cobarde calumnia.

—Pero a poco que les dejes el campo libre...

—Mira, buen amigo, — observó el corsario. — Vamos a dar una batalla, y es inútil hacer planes, porque me he dado cuenta de que no hay plan de combate que no tenga que modificarse, según las circunstancias. Las baterías deben emplazarse en el terreno en que se combate y se han de colocar donde mejor puedan ametrallar al contrario. Veremos cómo se presentan los acontecimientos, y maniobraremos según vengan las cosas. En marcha, — concluyó con su habitual aire decidido.

Le condujo el paje al templete bajo el cual le recibió el guicovar en audiencia privada.

Hemos descrito ya el palacio del guicovar, imponente mole de mampostería, pisos de piedra y madera superpuestos y con un aéreo palacio de cinco pisos formado por quioscos y por templetes que se alzaban por cima de las últimas terrazas. Circulaba el aire y corría la brisa entre las mallas de aquellas doradas jaulas en las que se hacía verdadera vida de pájaros. En lo más alto de aquel laberinto de preciosos pabellones fué donde esperaba a Surcouf el guicovar.

Vestía el rajá, como siempre que no estaba de gran ceremonia, un sencillo traje de tela de algodón blanco, y no se veía junto al soberano sino a su hermano de leche, el gentilhombre campesino Kaliro.

Estrechó el guicovar la mano según la moda europea, a los dos marinos, les dijo:

—Espero que me habléis con entera franqueza y sin evasivas ni rodeos. Es indudable que le sobraba razón al capitán. Los ingleses están sublevando a mis súbditos contra mí, por su empeño, como tan claramente expuso Surcouf, de irse comiendo toda la India gajo a gajo. Baroda resulta ser hoy uno de los gajos ambicionados y le meten el diente. o abrigamos ya la menor duda respecto a este punto. ¿Pero me hacen traición mi yerno, mi primer ministro y mi general en jefe?

—Puede ser que hagan traición, — dijo Surcouf, — pero en caso de no hacerla es indiscutible que sirven mal a su señor, pues son ellos los constantes consejeros de la alianza con Inglaterra.

—Tampoco discrepamos en eso, pero falta saber si me han vendido o si se equivocan ellos también en su política.

—No hay nada más fácil que averiguarlo.

—¿De qué manera?

—Los inocentes nunca huyen, — dijo el marino. — Haga entender el soberano a alguno de los sospechosos, al jefe de policía que también debe estar mezclado en la conspiración, que está resuelta la prisión y ajusticiamiento de los culpables. Encárguesele con el mayor sigilo que inicie el proceso. Si todos los sospechosos no se apresuran a ir a reunirse con los revolucionarios, será prueba de que fían en su inocencia, pero el huyen, serán ellos mismos quienes denuncien su culpabilidad.

—Pero si se escapan no lograré vengarme de ellos.

—Antes que en la venganza se ha de pensar en la seguridad. Una vez declarados enemigos serán mucho menos peligrosos que ahora, porque no podráan continuar con sus traiciones. Después de librarse de tan molestos personajes, habrá llegado el momento de pensar en cómo se les castiga.

—Seguiré tu consejo, capitán. Mañana al amanecer sabremos si mi yerno, el general

y el ministro dejaron o no esta ciudad.

—Entonces, sahib rajá, habrá llegado el momento de que te pongas al frente de tu ejército.

—Pero ¿quién se atreve a abandonar Baroda, que es el centro de mi fuerza?

—Si nombra el guicovar gobernador de esta ciudad a un hombre honrado, leal, enérgico y fiel, él sabrá conservar estos palacios con todas sus riquezas y garantizar la paz y la quietud de la capital del reino.

—¿Podrías ser tú ese hombre?

—Lo sería con el mayor placer si pudiera hacerme obedecer, pero soy cristiano, de modo que sería necesario nombrar un gobernador hindú a cuyas órdenes me pongo desde este momento. De este modo no provocaremos ni celos, ni envidias, ni extrañezas, y se logrará el fin perseguido.

—¿No puedes indicarme, amigo Kaliro, quién sería el indicado como jefe militar de esta plaza?

—El indicado es el venerable jefe de la milicia, el anciano Chatinga querido y respetado por todos. Es hombre de sano juicio y muy valiente y comprenderá que el capitán, aun estando aparentemente a sus órdenes, es aquí el verdadero jefe. Como estamos todos convencidos de que son los europeos mejores artilleros que los nuestros, se dará en apariencia a Surcouf el mando de la artillería, aunque en realidad tenga todas las fuerzas militares bajo su dirección.

—Veo que piensas muy acertadamente.

—Pero no debe dárseme ningún nombramiento, — dijo el corsario, — hasta estar seguros de la fuga de los sospechosos.

—Esperaremos su huida para proceder.

—Pero ¿está el ejército en condiciones de emprender una campaña? — preguntó Surcouf.

—¿Quién podría contestar a esa pregunta? Sólo sé que el general en jefe retardó día tras día su salida a campaña.

—Sahib, — dijo el marino, — En lugar del guicovar procedería yo con la misma velocidad con que cae el rayo sobre la tierra. Me pondría en campaña en el acto y marcharía lidectamente a batir al más grueso y fuerte núcleo de la insurrección, una vez destruído lo más importante, barrería todas las otras agrupaciones de rebeldes. Si alguno de los cuerpos levantados en armas contra tu poder se viese apoyado por soldados ingleses, no vacilaría un instante, pero en lugar de un ataque a fondo me limitaría a envolverlos, quitarles los víveres y los provisiones y matarles cuanta gente pudiera.

—¿Qué motivo tiene para no querer que se ataque a los ingleses?

Es preciso temer a la táctica europea, y cuando no quede ya sino dar la última batalla arrojar de aquí a los soldados de Inglaterra, envía como general para que gobierne Baroda a otro, y déjame estar a tu lado para servir a tus órdenes como ayudante. Si destruir el ejército extranjero.

—¡Cuando llegue ese día, — exclamó el guicovar. — podrás pedir todo cuanto quieras, mientras no pidas que baje de mi trono!

—No pienso pedir ese día sino una sola gracia que en vez de ser la ruina de tu reino ha de contribuir poderosamente a sostenerlo.

—Pues cuenta como concedida la merced que solicites.

—Empecemos nuestro oficio. Desde este momento, sahib, debo aconsejar que no se continúe atalajándose la artillería con bueyes sino con caballos.

—Hace tiempo que me han dado el mismo consejo.

—Protegida por escoltas de jinetes armados de fusil, una artillería bien dotada de tiros puede correr al galope a ocupar posiciones ventajosas, y puede, o destrazar al enemigo o mejorar el aspecto del combate en momentos críticos. Ofrezco para la artillería todos mis marineros excepto los que han de ser instructores de los artilleros hindús. Debe construirse cada doscientos pasos una serie de reductos avanzados sobre las murallas y protegido cada uno por cuatro cañones. Como cada reducto podrá cruzar sus fuegos con la fortificación vecina, no hay quien sea capaz de cruzar esa línea de metralla.

—Admito ese plan, pero hace falta mucho tiempo para la construcción de esas fortalezas.

—Me basta con diez días, como me den los obreros necesarios. Se trata de una tarea que puede hacerse rápidamente. Queda todo reducido a excavar fosos ante el emplazamiento de las piezas y de hacer parapetos de tierra sostenida por ramaje. Con cajones o con bolsas llenas de tierra se improvisa un aspillerado muy eficaz. Nosotros nos encargamos del trazado de los reductos así como de la dirección y vigilancia de las obras. Como el guicovar pagará bien a los peones que remuevan la tierra, verá el señor cómo trabajan satisfechos y con la mayor actividad. Con unos cuantos artilleros y un centenar de soldados en cada fortín, quedará la ciudad a cubierto de cualquier ataque, y si intentara el enemigo algún asalto, la resistencia de los reductos daría tiempo para que la milicia se pusiese sobre las armas.

—Me convenzo de que la capital de mi reino ha caído en buenas manos, — dijo el rajá. — Esta misma noche debes ponerte en contacto con Chatinga. Haré llamar al sos emprenden la fuga, para descubrir ellos sos toman la fuga, para descubrir por sí mismos sus maquinaciones.

Llegó en aquel momento un emisario con un parte procedente del jefe de las milicias árabes. Lo abrió el guicovar.

—De modo, — dijo, — que mi general en jefe ha salido escoltado por toda su guardia, compuesta de cien jinetes, y de ellos han vuelto sesenta a la ciudad, por no querer pasarse al enemigo. El general se reunió con mi yerno y mi ministro, de modo que ya estamos libres de todos esos traidores. Reconozco que no recompensé como lo merece a tu amigo el cantor, querido capitán Surcouf.

En aquel mismo momento nombró el guicovar los sustitutos de los tres fugitivos

y pocos minutos más tarde entraba en funciones el nuevo gobernador de Baroda y su segundo, que era el corsario. Aquella misma noche, el capitán y su teniente se deslizaban furtivamente para ir a visitar a las princesas que estaban ansiosas de volver a ver a los marinos franceses.

. . . . . .

Había vuelto Saldanazar a Baroda, pero estaba desconocido bajo su disfraz de derviche.

Se alojó en casa de uno de sus adeptos, en compañía de su secretario, para madurar un nuevo plan de operaciones.

Acababa el primer secretario de darle su informe en el que consignaba todos los acontecimientos del día.

—¿Qué novedades tenemos, además de esas? — preguntó Saldanazar.

—El guicovar se pone en campaña al frente de su ejército. Como gobernador de Baroda queda Chatinga, aunque el verdadero jefe es el corsario.

—¿Pero es cierto que hacen trabajos de fortificación?

—Están haciendo unos reductos que en mi opinión harán imposible la conquista de la ciudad.

Corrió por el rostro de Saldanazar una de aquellas irónicas sonrisas crueles que bastaban para transformar el aspecto del rico mercader.

—Pero ¿y si tomáramos el palacio real?

Desde lo alto de su terraza indicaba una grande y rica mansión.

—¿A qué distancia está del palacio la casa que indico?

—Está a doscientos pasos, pues queda exactamente en el borde de la calle circular que rodea el palacio real.

—Esa casa, que es de uno de los nuestros, tiene sus bodegas, y desde ellas puede hacerse una galería que pase por debajo de los muros del palacio, de manera que es muy fácil volar toda una pared durante la noche y producir un pánico terrible. Si mil hombres decididos y resueltos se meten en la galería y entran por la brecha, no ha de costarles mucho degollar a la guarnición y dejar libre el campo para que con el sagrado corbatín estrangulemos a los franceses.

—No veo la menor dificultad en reunir esos mil hombres, y considero muy fácil la voladura del palacio. Siva es un gran dios y Saldanazar es un semidios.

Prosternóse el secretario general, pero

DESPUES DEL ULTIMO NO VA NINGUNO

Ella: — Yo me figuraba que Juan era el último hombre en la tierra capaz de casarse con la viuda de Soplillo.

El: — ¿Y qué? Tal vez lo sea

mientras estaba de rodillas, una idea acudió a su cerebro. Se levantó.

—¿Dónde podríamos colocar la tierra que se saque de esa galería? — dijo. — Calcule mi amo el espacio que ocupará.

—Son muy grandes las bodegas de la casa de que hablé, y si no bastara con ellas puede amontonarse la tierra en el piso bajo del edificio. No necesitamos sino una galería de cinco pies de alto y dos de ancho. En mi opinión, sobra con la cavidad de las bodegas para ocultarlo todo.

—¿Cuánto tiempo calcula mi amo que se necesitará emplear para dejar terminada esa obra?

—Con que se trabaje las veinticuatro horas del día y sea el avance de un paso por hora, con quince o veinte días habrá suficiente.

—¿Necesitaremos mucha pólvora?

—Haremos rodar por el túnel unos veinte barriles, y con ellos lograremos una espantosa explosión.

—Bueno, pero ¿y si los franceses sucumben?

—Se habrá cumplido la voluntad de Siva.

—¿Cuándo hemos de empezar?

—Esta misma noche.

—¿Quién dirigirá la obra?

—Que Trapiden se haga cargo de todo.

—Se cumplirán tus órdenes, amo mío.

En el acto se dictaron las correspondientes órdenes, acatadas y puntualmente ejecutadas por todos los thugs.

Como hemos explicado ya, estaba el reino de Baroda organizado sobre las bases del feudalismo. El maharatá conquistador estableció a sus soldaos y amigos como jefes de cada una de las provincias, y cada uno de los grandes feudatarios repartió a su vez sus tierras y vasallos entre otros compañeros, o gentileshombres o soldados de sus ejércitos, sistema que tenía graves dificultades para el mismo rey, pues si uno de los príncipes se rebelaba tenían sus vasallos que apoyar la insurrección. Esto fué precisamente lo que sucedió con los súbditos del príncipe Bartachi, el yerno del guicovar.

Tan pronto como llegó el príncipe a su castillo de Paligar, anunció públicamente a sus súbditos que había huído de la capital del reino para librarse de las tiránicas persecuciones del soberano, que, presa de furiosa locura sanguinaria, había jurado decapitarle. Los de Bartachi formaban una muy antigua familia poseedora de grandes bienes y que tenía a su servicio miles de servidores y de vasallos. Todos estos elementos se pusieron a la sombra del pabellón de su patrón.

No eran menores los grandes dominios que poseía el gran ministro Dorthoum, lindando con los del príncipe. El que hasta entonces fué general en jefe de los ejércitos del guicovar fué el que mandó las fuerzas de los enemigos del monarca.

Tan pronto como se vieron al frente de sus fuerzas, celebraron consejo los tres conspiradores, pero la opinión general no fué muy tranquilizadora.

Después de calcular los elementos de que disponían llegaron a la conclusión de que no era posible más resistencia que la de emprender una campaña de escaramuzas sin exponerse a dar batallas campales. Temía el general un choque con las fuerzas regulares del guicovar, organizadas a la europea y mandadas en gran parte por oficiales franceses. En opinión del veterano general, era indispensable esperar la colaboración inglesa para emprender una seria guerra civil.

—No olvidemos, — dijo el general, que era muy diplomático, — que los ingleses no nos ayudarán sino en el caso de que nos vean triunfar y que cuentan, por lo mismo, con la seguridad del triunfo de su causa, que es la nuestra.

—No es eso precisamente lo que nos han ofrecido, — dijo el príncipe. — ¿Qué razón tendrían en tal caso, para derrochar su dinero entre nosotros y para surtirnos de armamento?

—Si siembran hoy, — contestó el general, — es porque saben que un día u otro han de levantar ricas cosechas. Saben crearse partidarios y con ellos promueven discordias y revoluciones. Si ven probabilidad de éxito, se arrojan descaradamente a la lucha. Si sabemos vencer o sostenernos largo tiempo, hemos de ver cómo nos apoyan con sus regimientos de cipayos, con sus jinetes shiks y con sus poderosos cañones. Pero si no sabemos demostrar que somos capaces de sostener nuestra causa contra los elementos del guicovar, no moverán ni un solo soldado y esperarán a que el oro sembrado dé sus frutos. Por este motivo, aconsejo que no nos juguemos el porvenir en una batalla y alarguemos la guerra hasta que nos ayuden los ingleses.

Una vez de acuerdo los tres personajes respecto al plan que debía seguirse, los dejó el general para adoptar las medidas nenecesarias.

Quedaron a frente a frente los dos a cuyo cargo quedaba la faz política de la sublevación.

—Ha estallado el movimiento insurreccional demasiado pronto, — dijo el que fué primer ministro. — Esos franceses malditos nos han obligado a precipitar los acontecimientos, y son dueños absolutos de Baroda.

—No sólo de Baroda sino del palacio, — murmuró con rabioso acento el príncipe. — No sólo triunfan, sino que se burlan de nosotros.

—¿Qué hacen nuestras esposas?

—¡Oh! ¡Lo que daría yo por poder castigarlas!

—No lo veo tan difícil. Imaginemos que están sobre un gran montón de leña, y en este caso bastará con prenderle fuego.

—¡Por Siva, dios de las llamas y de la muerte! ¡Gastaría con gusto mi fortuna en comprar combustible para tal hoguera!

—Pues ya está todo preparado, y nuestras esposas duermen sobre un lecho combustible. Sólo falta que le prendamos fuego.

—¿Hablas en serio o te burlas de mi desesperación?

—¿Acaso los templetes que llenan las terrazas del palacio no son de maderas secas que arderán con las más deslumbrantes

llamaradas? Si en una oscura noche se ponen regueros de pólvora por toda la terraza, si se coloca un buen envoltorio de lo mismo contra uno de los templetes, y si hecho esto se da fuego, ¿no deben arder con las más chisporroteantes llamas los frágiles aposentos donde dan cita nuestras esposas a los marinos franceses?

—Cierto es, pero sería necesario poder colocar esos regueros de pólvora y disponer de auxiliares y de elementos para realizar tales proyectos.

—Cuento con tres hombres dispuestos a eso y a mucho más, siempre que se les pague bien, y fío en ellos, porque son soldados valientes.

—También yo cuento con cuatro o cinco que se hallan en iguales condiciones.

—Los míos están aquí, al alcance de la mano.

—Puedo decir lo mismo de mis fieles subordinados.

—Pues llamemos a nuestros hombres. Que vengan los tuyos, y los míos no faltarán a la reunión.

Dicho esto, salió el que había sido primer ministro del guicovar.

Una hora después volvía acompañado de tres veteranos de enérgico aspecto, pertenecientes a esa raza de gente de "cuerda y bolsa" que después de ser audaces bandidos, son utilizados por los grandes personajes como perros de presa, prontos a morder a quien su amo les ordene. Cuando llegaron los esperaban ya otros cuatro tipos de igual catadura, secuaces del príncipe. Miráronse recelosamente unos y otros asesinos, pero debió ser muy favorabe la mutua impresión producida, pues las dos bandas se unieron en seguida en una sola.

—Este caballero no desea sino tener ocasión de serte útil.

—Pero mediante su correspondiente paga. ¿No es eso? — preguntó el magnate.

Inclinóse el jefe de sus bandidos y expuso el ministro el plan que se trataba de poner en ejecución. Añadió que cada uno de ellos recibiría mil rupias en aquel momento y cinco mil más si se realizaba todo tal como se había dispuesto.

—¿Cómo podremos entrar en el palacio?

—No os asuste la idea de sufrir una herida más que solo desgarre un poco vuestro cuerpo. Empezad por pegaros un pistoletazo uno de vosotros, de modo que le produzca una lesión insignificante. Dos de los tuyos harán lo mismo. Chorreando sangre, os presentareis en Baroda diciendo que no queriendo formar parte de las tropas sublevadas, habéis huído del servicio del príncipe. Decid que enterado éste de tal desobediencia y deslealtad, envió un destacamento en vuestra persecución, pero todo el daño recibido eran sólo los rasguños que mostraréis, producidos por las balas de los enemigos del guicovar.

—Comprendido.

—Como buenos y fieles soldados, os presentáis, pues, para entrar al servicio del rajá. Es preciso que todas las heridas estén de tal modo que se comprenda que las recibisteis al huir. Debéis, pues, heriros unos a otros.

—Quedan a nuestro cargo esos detalles.

Como esa clase de servidores no hace nada si no ve antes la recompensa, distribuyó el príncipe las rupias prometidas y ordenó que se les sirviese un buen almuerzo a los expedicionarios, los que debían ponerse en camino sin pérdida de momento. Un oficial, llamado Farabanda, anunció que para el siguiente día todo quedaría pronto. Entregáronle el resto del dinero ofrecido como primera entrega, y al anochecer emprendieron la jornada para cumplir las órdenes recibidas.

Al amanecer un heraldo del príncipe recorrió todo el campamento y la ciudad anunciando que Farabanda había hecho traición a su señor y que huía para pasarse al enemigo, después de robar al magnate. Con el traidor marchaban otros seis desleales como él. Se ofreció una prima de cien rupias a quien presentara vivo o muerto a cualquiera de los desertores.

Fué aquel pregón el tema de todas las conversacioes, pero nadie trató de ganar la prima ofrecida, por constarles a todos que los fugitivos debían estar ya fuera del alcance de sus posibles perseguidores.

Lo logrado con aquel pregón y con las conversaciones fué que los espías del guicovar y las gentes que eran partidarias de él dieron cuenta a sus correligionarios de Baroda de que Farabanda había desertado con otros varios soldados del príncipe y se dirigían a Baroda a servir bajo las banderas del rajá.

Gracias a esta intriga imaginada por el que fué primer ministro, no pudo tener Farabanda el menor miedo de que se le recibiera mal en la corte. Su cabeza, preconada por los enemigos del soberano, era sagrada para los parciales del guicovar. Cuando se presentó en las puertas de Baroda se le recibió con los brazos abiertos. Uno de los mayores dignatarios, de gran prestigio en el palacio, ofreció a Farabanda tomarlo a sueldo en su mesnada. No necesitamos decir que aceptó en el acto la oferta. El lobo entró así en el redil donde dormían las ovejas.

Durante el tiempo pasado Surcouf había desplegado, junto con Brinville, una extraordinaria actividad. Tal modo de proceder vertiginoso e infatigable constituía un insoluble problema para la mentalidad de los asiáticos. Surcouf andaba quince horas seguidas a caballo, y estaba en todas partes, lo veía todo y todo lo animaba con su presencia y con su ejemplo.

Cuando en lo más negro de la noche menos se podía sospechar que continuaran sus actividades inspectoras, se presentaba en los reductos en construcción, ya fuese para alentar con sus alegres frases a los operarios, ya para imponer severos castigos a los poco activos en sus tareas. Sabía inspirar patriotismo no sólo a los jefes sino hasta a los más humildes obreros, y cuando al retirarse él respiraban todos satisfe-

chos por no tener tan rígido censor a la vista solía visitar media hora más tarde las mismas obras para mandar apalear al poco entusiasta en los trabajos de defensa.

Brinville no era menos temible que el capitán Surcouf. Era mozo que pronunciaba cualquier sentencia de muerte o abrasaba los sesos de un traidor sin desarrugar la eterna sonrisa de los juveniles labios.

Pero la situación era sin embargo realmente difícil para los franceses.

Un día reprendió a un oficial por su falta de interés en el adelanto del trabajo, y contestó él orgulloso personaje que Brinville no pasab ade ser un hombre impuro. El hindostánico estaba en lo justo, pues para todo hindú es el europeo un ser cuya impureza es tan manifiesta que basta que se roce un nativo con algún nacido en Europa para que sea indispensable proceder a las más minuciosas purificaciones.

Debe añadirse que aquel brillante y aristocrático oficial se consideraba como eximido de toda obediencia porque era pariente del guicovar.

—De modo, — preguntó Brinville, tan sonriente como de costumbre, — ¿de manera que te niegas a obedecer?

—No puedo tolerar que me de órdenes un comedor de cerdo.

Es este uno de los mayores insultos que puede hacer un hindostano a un blanco, y al oirlo, rápido como el rayo sacó Brinville su formidable sable de abordaje y de un solo tajo cortó la cabeza del oficial desde la frente hasta los hombros.

Limpió con tranquilidad la hoja de acero y envainó el sable, volviendo la espalda al muerto y siguiendo como si nada hubiera sucedido, su interrumpida visita de inspección de las obras.

—Sahib, — preguntó al primer oficial a quien encontró en su recorrido. — ¿Cómo se ha de anunciar al guicovar la muerte de este tan querido y próximo pariente suyo?

—Podéis decirle que se le presentó tal hemorragia nasal que murió desangrado.

Encendió Brinville otro cigarrillo montó a caballo y se alejó de allí, donde tanto oficiales como soldados y obreros se quedaban anonadados por el terror.

Las princesas se quejaban siempre de que no hacían caso de ellas los corsarios, solicitados por tantas ocupaciones y respnosabilidades, pero éstos les dedicaban sus contados momentos libres, porque era realmente seductora la amistad de aquellas distinguidas damas.

Una noche, habiéndose encontrado los dos corsarios en el curso de sus inspecciones, y muertos de hambre, aceptaron la invitación de un coronel hindú, y charlaron mientras comían de lo hecho por los franceses en la India.

—Han venido grandes franceses a estas regiones, — dijo el coronel, — pero desgraciadamente, bajo el cetro de Luis XIV, vuestro gran administrodor y gran general Dupleis se peleó con La Bourdonnais, el almirante que era el terror de los ingleses. Luego vuestro rey Luis XV se mostró sumamente ingrato con los franceses y nunca quiso apoyarlos. Seríais los amos, y muy buenos amos en lugar de esos ingleses tiesos y orgullosos que le están chupando la sangre de la India.

—Es muy cierto, — observó Surcouf. — Pudo Francia conservar las conquistas de Dupleis si Luis XV no hubiese sido un egoísta que no pensaba sino en sus placeres y que era incapaz de realizar el menor esfuerzo en defensa del honor y de los intereses de su país. La Pompadour era quien regía la política y la diplomacia, y por orden de ella se ajustaban paces deshonrosas, sin que importase nada a nadie el porvenir de nuestro imperio de la India. Bastaba que la vanidad de aquella mujer se viera satisfecha con su correspondencia con María Teresa de Austria para que no pensase en nada más. Esas son las razones que explican por qué no somos hoy los franceses, los verdaderos dueños de este país.

—Pero más tarde, — continuó el coronel hindú, — durante el reinado de Luis XVI, que fué vuestro último rey, vino un francés notabilísimo, el bailío Suffren, gran almirante que derrotó a los ingleses en los mares, en tanto que Tippoo Sahib aliado de ese almirante, derrotaba en tierra, a los ejércitos británicos. Pero se firmó la paz con Inglaterra y se perdió la mejor oportunidad para que vosotros dominarais la India.

—¿Pero qué razón hay, — preguntó Brinville, — para que se manifieste tal preferencia por los franceses y tanto odio contra los británicos?

—Eso obedece, — contestó el coronel, — a que los franceses no mirais el color de la piel ni desprecias a ninguna de las razas a que pueden pertenecer los hombres. No sentís ese desprecio inglés por todo lo que no sea vosotros mismos En los regimientos de cipayos, en los que sirvió mi padre largo tiempo como oficial, lo trataban de igual a igual sus compañeros del mismo grado, y me contó que siendo mayor le obedecían los capitanes y los demás oficiales franceses lo mismo que los indígenas. Con vosotros vale cada hombre por lo que es por sí mismo. Además sois gente alegre y jovial, sois buenos muchachos que no se admiran al ver que otros piensan de distinto modo que ellos. Vuestra indiferencia por las creencias de los demás os abren todas las puertas. No negaremos que el inglés no toca a nuestra religión ni se mete en nuestras costumbres, pero tiene siempre buen cuidado de que resalte su superioridad.

—No tardará mucho, — observó Surcouf, — en que la India sea una región independiente y libre de la dominación inglesa.

—¿Supones que los franceses se adueñarán de lo que es hoy británico?

—No. Es ya tarde para eso. Tenemos que combatir contra toda Europa desde el momento en que hicimos nuestra revolución, y necesitamos todos nuestros ejércitos porque la lucha es muy ruda en el continente. Sólo nos queda el recurso de sostenernos en el mar contra los ingleses utilizando el valor de los corsarios y aunque conquistásemos la India nos sería imposible conservar las comu

nicaciones marítimas con nuestra metrópoli.

—¿Pero qué razón hay? — preguntó Brinville, — para que no seáis independientes?

—¿Qué razón? La de estar siempre divididos. El Norte y el Sur son contrarios, así como el Este y el Oeste no podrán vivir jamás en paz. Los musulmanes que en otros tiempos conquistaron y perdieron la India, son eternos enemigos de los hindús, y los montañeses, pobres pero muy enérgicos, se han dedicado siempre al saqueo de las campiñas de la llanura. Por todo lo dicho es fácil comprender que cualquier ejército disciplinado y unido que aquí se presente ha de triunfar necesariamente, pues nos encuentra divididos y llenos de odios y de rencores.

—Pues hasta que llegue el feliz momento de la unión de todos los hijos de este país, — dijo el joven teniente, — nuestro deber es hacer a los ingleses todo el mayor daño posible.

No era un cualquiera aquel Farabanda que no había pasado de ser subalterno al servicio del primer ministro de guicovar, y tan pronto como llegó a Baroda estudió la situación, y se dió cuenta muy pronto de que la población de los arrabales sólo soñaba con tener ocasión de dedicarse al saqueo y al pillaje de los barrios ricos y nobles, pero todo aquel pueblo contaba con jefes conocidos, pues los mendigos tenían su rey, y cada casta contaba con sus autoridades constituídas.

Empezó Farabanda por ponerse en contacto con los pordioseros y sondeó aquel mar sin fondo de la miseria. Disfrazado de mendigo pudo penetrar las relaciones de esa fracmasonería de mendigos y ladrones que forman una masa pronta a todos los desmanes. No le costó trabajo alguno hacerse pasar por ser uno de ellos. Pudo así tramar una intriga con los jefes de las corporaciones formadas por las gentes de las últimas clases, y se pactó que pordioseros y ladrones, unidos a los obreros que la guerra dejaba sin trabajo y a otros elementos más, en cuanto estallara el incendio en el palacio, atacarían la morada del guicovar, y una vez dueños de la fortaleza, la ciudad entera caería en poder de la canalla, con amplia libertad para el saqueo.

Tan bien supo organizarlo Farabanda que pronto contó con diez mil hombres a sus órdenes, todos ellos escondidos en cuevas o metidos en los más ignorados sitios, prontos a lanzarse al oir la primera orden.

Se habían provisto de enormes vigas con cabeza de hierro que manejarían como arietes para hundir las puertas de las fortalezas y palacios, y como había salido ya a campaña el guicovar el traidor avisó a su señor para que acercase a sus soldados a la ciudad de manera que pudiera aprovechar los acontecimientos.

Se comprometía, además, a abrir una de las puertas, en caso necesario.

En lo relacionado con el incendio de los kioscos, y templetes, no ofrecía seria dificultad. Imagínese en las inmensas terrazas de palacio una larga serie de ligerísimas construcciones, la mayor parte hechas de bambú. Bastaría el reguero de pólvora para dar fuego en contados minutos a todo aquello.

La noche designada para ejecutar el plan debía ser particularmente oscura. Se trataba de la noche que hacía el número diez y seis a contar del momento en que el ejército salió en campaña.

Cuentan los historiadores hindús el incendio de Baroda, y le dan una amplitud considerable. Su imaginación asiática ha ido agrandando una escena imponente que iluminó todo el reino. A cincuenta leguas de la ciudad y en lo más remoto de las montañas, se distinguió el pavoroso fuego. El campamento del guicovar estaba a treinta leguas de la ciudad, pero todos vieron el resplandor, y el soberano exclamó al ver los fatídicos reflejos:

—¡Está ardiendo mi querida Baroda!

Envió en el acto veloces emisarios, pues experimentaba el rajá la más mortal de las inquietudes.

Lo que más impresionaba a los hindús era la espantosa velocidad con que todo se vió envuelto en llamas, y fué consumido por el fuego. Pasó de doscientos el número de las personas que perecieron y otras tantas murieron después a causa de las heridas recibidas. El número de las que tenían quemaduras de menor importancia fué enorme.

Los trabajos de construcción de los reductos podían darse por terminados y funcionaban a satisfacción de los dos corsarios todos los servicios de vigilancia y de defensa, y los oficiales maharatás se portaban perfectamente y cumplían las órdenes de los franceses en el modo de hacer sus rondas nocturnas, y confiando en la lealtad de sus subordinados, habían aceptado los dos jóvenes la invitación de las princesas para cenar en su compañía.

Seguidos y espiados continuamente por los subordinados de Farabanda, se vió cómo entraban los marinos en la casa o pabellón de las damas, y por lo observado en otras ocasiones similares, señaló las dos de la madrugada para pegar fuego a todo lo de la terraza.

Había sido muy alere la cena. En ella mostró todo su ingenio la princesa Survana. Contó los más divertidos chistes en los cuales era su marido el risible héroe, y no dejó de referir las trampas, las intrigas y las traiciones que él y otros cómplices suyos hacían y preparaban contra el poder del guicovar.

—Si mi marido fuese tan valiente como vosotros, podría dispensársele otros defectos, pero no puedo confiar en que muera en los campos de batalla; es incapaz de exponer la vida.

—Tu esposo, — dijo la princesa Djelina, — es lo mismo que el mío. Sabe hacer que se maten sus vasallos, pero cuida de estar lo más lejos posible de las balas.

—¿Cómo se explica, — preguntó Surcouf, — que siendo tan valiente el guicovar haya permitido que semejante hombre, al que conoce seguramente muy bien, se casara con su hija predilecta?

—Misterios de la política. Sepan los señores extranjeros que jamás se consultó en la India a ninguna joven para entregarla a éste o aquél esposo.

—Con lo cual, — manifestó, — no se comprende cómo puede haber fidelidad en este país.

—¡Qué felices son las francesas! — suspiró una de las damas hindús. — No las casan, se casan por su propio gusto.

—Pero no por eso dejan de hacer de las suyas, — murmuró el pícaro teniente.

Rieron las princesas así como los otros concurrentes.

—Todas esas alegrías están perfectamente, — decía, con su eterna risa el joven corsario. — En todas partes sucede algo parecido. Se quieren y se olvidan... La felicidad es pasajera y la hermosura es como las monedas, ha de circular mucho.

—¿Quiere decir eso que se olvidarán los señores de sus amigas de la India?

—¡Con absoluta seguridad!

Entre las bromas y los estampidos de las botellas pasaba alegremente el rato, cuando a la una y media de la madrugada estallaron gritos de terror de la gente de servicio.

Como ráfagas de fuego serpenteaban por las terrazas, voraces sierpes de fuego que lamían todos los ligeros edificios. Muy pronto se vieron invadidas por las llamas todas las construcciones, y las escaleras que a ellas conducían ardieron y desplomáronse como para cortar la retirada a los que ansiaban buscar refugio.

Las princesas se quedaron como hipnotizadas por el terror. Querían huir pero prendieron que sería inútil todo su empeño.

Ofrecía Surcouf el aspecto de un hombre que busca la solución de un problema, pero sin precipitar las conclusiones. Escuchaba las lamentaciones de los que se consumían entre las llamas que subían a los cielos para volver a caer y ser como nuevos elementos de la catástrofe. De pronto dijo el capitán a cuantos se hallaban allí, en torno suyo:

—Hagan lo mismo que yo.

Tomó a la princesa Djelina y la lió en una recia alfombra. Ató luego aquella envotura con unas tiras de tela y cuando todo el enorme bulto estuvo bien amarrado arrojó Surcouf por la balaustrada el fardo que produjo sordo rumor al llegar al suelo.

Repitió el corsario la misma operación con las esclavas de la princesa y ayudó luego a Brinville a hacer lo propio con Survana, que se resistía a aquel procedimiento de salvación.

—¡Ahora nosotros! — gritó Surcouf a su teniente. — Toma una alfombra subamos al techo.

Se habían comprendido sin hablarse los dos valientes corsarios. Extendió cada uno un recio tapiz sobre la inclinada techumbre, y dejándose rodar, quedaron enrollados en el fuerte tejido, y como si fueran bolas de nieve, acabaron por caer de la terraza al suelo, donde rápidamente puestos en pie, libraron a la princesa y sus amigas y bajaron al interior del palacio, no sin tener que circular entre llamas.

Los recios pisos de baldosas de la terraza protegían el interior del edificio contra los estragos del incendio que devoraba todas las construcciones superiores.

—No debemos afligirnos porque se consuman los kioscos. Todo eso no pasa de ser simple humo de pajas, — dijo el capitán. — Seguidme todos.

A la voz de Surcouf se agruaron muchos oficiales y soldados. Y era tiempo de que alguien tomara el mando.

Bajo los golpes de los improvisados arietes empezaron a flaquear las recias puertas, y se notaba que los asaltantes precipitaban su empeño con ansías de entrar pronto en el real edificio.

Pero Surcouf y Brinville corrieron a la cabeza de otros muchos defensores para recibir a sablazos a los primeros asaltantes. Rechazados con las lanzas y fusilados por las aspilleras de los reductos, quedó dispersada en un momento aquella borrasca.

Quiso enterarse Surcouf de cómo se había defendido tan mal el puesto encargado de la custodia de la puerta, y pudo enterarse de que toda la guardia había sido fusilada desde el interior del mismo palacio. ¿Quiénes eran los traidores asesinos? Más tarde puso saberse todo.

Farabanda logró escapar aquella noche con su grupo, por haber salido bajo el pretexto de ir en persecución de los asaltantes cuando ya estos se habían retirado, de modo que se descubrió toda la trama aunque demasiado tarde para evitar tantas muertes y semejante desolación.

Adoptó Surcouf las medidas necesarias para establecer un sólido puesto una vez defendida la puerta por recia barricada, y luego subió al piso alto acompañado de Brinville. Allí pudieron ver cómo rugía el incendio con todo su furor destruyendo los kioscos y todos los ligeros edificios, mientras el viento empujaba hacia la ciudad llamas y humo, y en tanto que resonaba el estampido del cañón, por haber sido atacado un reducto de los exteriores.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

EN MAR DEL PLATA

.... ¿Estás segura de que Alberto te quiere? ¿Te lo ha dicho ya?

.... ¡No! ¡Pero si vieras como me mira cuando cree que yo no le estoy mirando!

NOVEDADES DE TODAS PARTES

RECIBIDAS POR:

Los condenados a muerte en China pueden comprar sustitutos.

* * * *

Las galeras romanas tenían 255 hombres de tripulación, de los cuales 175 eran remeros y estaban repartidos en tres puentes.

* * * *

El vuelo del pato silvestre se estima en ciento cincuenta kilómetros por hora y en trescientos cincuenta el del vencejo.

* * * *

La primera locomotora "El cohete" pesaba cuatro toneladas y media. Las actuales pesan 100 toneladas y más.

* * * *

El primer alambre de hierro se fabricó en la ciudad alemana de Nuremberg, en el año 1351.

* * * *

Mientras el corazón del hombre late sesenta veces por minuto, el del caballo late cuarenta y el del elefante late únicamente treinta.

* * * *

Los diputados franceses tienen que firmar un libro al llegar al congreso en día de sesión, anotando junto a la firma la hora de llegada.

* * * *

El primer vapor que atravesó el Atlántico fué el Royal William que partió del Canadá y empleó en la travesía veintidós días, en el año 1833.

* * * *

El hombre que no se saca el sombrero en Chester (Inglaterra) cuando pasa un entierro, es inmediatamente llevado a la cárcel y o paga seis chelines de multa o permanece un día preso.

* * * *

La locomotora más grande y más poderosa que se ha construído ha sido entregada hace poco a la "Compañía Ferrocarriles de Virginia" por una fábrica norteamericana; pesa 449 toneladas y mide, con su ténder, 32 metros de largo; el ténder tiene capacidad para cargar doce toneladas de carbón de piedra y 50.000 litros de agua.

La universidad más vieja del mundo es la de Pekín.

* * * *

Antiguamente no había actrices. Los papeles de mujer los interpretaban hombres con trajes femeninos.

* * * *

En Somalidad está prohibida la importación de licores para el uso de los indígenas.

* * * *

El primer teléfono sin hilos perfecto fué inventado por dos oficiales de la marina francesa.

* * * *

En Londres se venden 4.000.000 de paraguas por año. De esos, tres millones son de fabricación inglesa y un millón extranjeros.

* * * *

Una cucharadita de tierra laborable contiene más microorganismos vivientes que seres humanos hay en todo el Imperio Británico.

* * * *

El doctor Lepage, eminente cirujano de Bruselas, cobró veinte mil pesos oro por la operación al rey Leopoldo pocos días antes de la muerte del monarca. La operación duró diez minutos.

* * * *

Los primeros libros se imprimieron en un solo lado del papel y luego se pegaba una hoja a espaldas de otra para formar las hojas del libro.

* * * *

Aunque la agricultura es la principal explotación de Haití, no se usan allí arados ni azadas. La roturación se hace a cuchillo, con el que sólo se araña la tierra, como se comprende.

* * * *

En París se intentó poner en vigencia un impuesto a los pianos; el que tuviera en su casa un piano vertical pagaría 30 francos por año y si el piano fuese de concierto (de cola), pagaría sesenta francos. Ni los pianos de estudio ni aquellos cuya tasación fuese inferior a determinada suma, pagarían impuesto.

Ante el Espejo

Recetas sencillas para preparar en casa aguas, lociones y pomadas para el tocador femenino.

VINAGRE DE TOILETTE

Con un litro de buen vinagre, ya sea blanco, ya sea tinto, se mezclan 200 gramos de agua de Colonia de buena calidad.

Unas gotas echadas en el agua de lavarse la cara refrescan y fortalecen el cutis.

* * * *

AGUA DE LIRIO

En medio litro de alcohol se ponen en infusión 100 gramos de flores de lirio de Florencia frescas. Se deja en infusión quince días y luego se filtra.

A falta de flores de lirio frescas pueden adquirirse secas en la farmacia o la droguería. En este caso también son necesarios 100 gramos de flores y hace falta rebajar el alcohol con 100 gramos de agua filtrada.

* * * *

COLD-CREAM

Según un autor francés la mejor, o sea la verdadera, receta para preparar "cold-cream" es la siguiente, formulada por un especialista inglés:

Agua de rosas.	6 grs. 30
Agua de azahar.	6 " 30
Cera blanca.	1 " 30
Blanco de ballena.	1 " 30
Aceite de almendras dulces. .	12 " 30
Esencia de bergamota.	4 gotas
" " néroli.	3 "
" " rosas	2 "
" etérea de almendras amargas.	1 gota

El modo de prepararlo no es sencillo. Hay que poner en un recipiente, si es posible en baño-maría, la cera, el blanco de ballena y el aceite. Se calienta eso revolviéndolo hasta que está bien derretida la cera y el blanco de ballena. Se saca el recipiente del fuego y sin dejar de revolver se va agregando casi gota a gota el agua de azahar mezclada con el agua de rosas. Cuando todo forma una crema homogénea, se agregan las esencias, se revuelve un poco más y se guarda el "cold-cream" en un tarro de vidrio con buena tapa.

No conviene hacer mucho de una vez, sobre todo en verano, porque al cabo de un tiempo se pone rancio.

* * * *

CREMA DE BELLEZA

Se toman 15 partes de aceite de almendras dulces; 60 partes de agua de azahar mezcladas con 60 partes de agua de rosas; después se le añaden 1 parte de bórax y 2 partes de tintura de benjuí. Se bate todo bien, agitando el recipiente.

Es excelente para lavarse. Se mezcla con el agua un poco de esta preparación.

* * * *

VINAGRE DE NARANJA

Se mezclan las siguientes sustancias:

Esencia de neroli.	60 grs.
Alcohol de naranja a 36 grados.	96 "
Vinagre cristalino.	356 "

Si no se encuentra alcohol de naranja se prepara poniendo en infusión durante quince días en un frasco bien tapado, cincuenta gramos de cáscaras de naranja frescas en 100 de alcohol. Antes de usarlo se filtra.

* * * *

PARA LAS GRIETAS EN LOS LABIOS

Cuando por una de las varias causas conocidas se agrietan los labios, — lo que a veces suele resultar no sólo molesto sino doloroso, — lo mejor que se puede emplear es el siguiente preparado:

Se funden al baño-maría 20 gramos de cera virgen; se le añaden 60 gramos de aceite de almendras dulces y una o dos "narigadas", — lo que se puede tomar entre las yemas del pulgar y del índice, — de polvo de orcaneta para colorear de rojo. Se remueve constantemnete hasta que esté frío, agregando una gota de esencia de rosas.

DAMASCOS AL GRATIN

Estamos en la época de los damascos; hay, pues, que aprovechar la ocasión para saborear tan exquisita fruta. Pero por desgracia las exigencias del transporte desde los puntos de producción hasta la capital obliga a los productores a enviarlos antes de que hayan llegado a su madurez así que no es raro encontrar buenos damascos a un precio relativamente barato, pero verdeones.

Esos damascos, si no sirven para comerlos como están, pueden servir para preparar platos muy agradables como estos "damascos al gratín", cuya receta procede de un gran repostero de fama universal.

En almíbar liviano y aromatizado con vainilla, se sancochan un momento veinticuatro medios damascos y se ponen a escurrir.

En una asaderita de loza de esas que resisten el calor del horno y de las cuales las hay cuadrilongas y ovaladas, se habrá hecho cocer antes al horno y al bañomaría, una mezcla de medio litro de leche, seis huevos y el azúcar necesario, es decir, algo parecido a una "creme renversée". Para que no se pegue a la asadera, se empieza por recubrir ésta con caramelo. Sobre la crema ya cocida se colocan artísticamente dispuestos los medios damascos sancochados en almíbar. Se machacan unos cuantos "amaretti" y con los amaretti machacados, mezclados con azúcar en polvo, se espolvorean abundantemente los damascos. Se vuelve la asaderita al horno, donde se la deja cinco minutos para que se tueste o gratine por encima.

Se deja enfriar y se pone una vez frío en la heladera durante unas horas, para servirlo bien fresco, que es como queda mejor.

Se acompaña con una salsa de damascos hecha cociendo unos cuantos damascos en almíbar hasta que se deshacen y pasándolos luego por un tamiz. Esta salsa se ha de servir bien fría, agregándole en el momento de servirla una copita de buen kirsch.

* * * *

PASTA PARA FREIR

En toda cocina es un elemento salvador y un recurso de suma utilidad práctica la pasta para freir que permite preparar platos rápidos, ya sean o no dulces, con cualquier cosa. Pues lo mismo se envuelven con ella unas rodajas de sesos cocidos que unas rebanadas de manzanas o de bananas.

La clásica pasta para freir de la cocina francesa, no es difícil de preparar. En un recipiente se ponen 100 gramos de harina de trigo pasada por tamiz, 125 gramos de agua, una cucharada de cognac, una narigada de sal y dos yemas de huevo.

Se disuelve todo de modo que llegue a obtenerse una pasta muy homogénea, muy "lisa", como dicen los cocineros.

Antes de emplearla debe dejarse que repose lo menos dos horas en un sitio tibio. Las dos claras se baten hasta que están hechas enteramente espuma y se agregan a la pasta en el momento de usarla, revolviendo de nuevo para que se mezcla todo bien.

Para hacer cualquier clase de bocadillos es suficiente bañar lo que constituya su núcleo en esa "pasta para freir" y echarlo a dorar en la sartén donde haya buen aceite o grasa.

* * * *

CARBONADA FLAMENCA

Es bien conocida la "carbonada a la criolla", cuya receta es tan popular como la del "locro" o cualquier otro de los platos nacionales, pero resulta muy agradable también, ¿por qué no? la carbonada a la moda de Flandes.

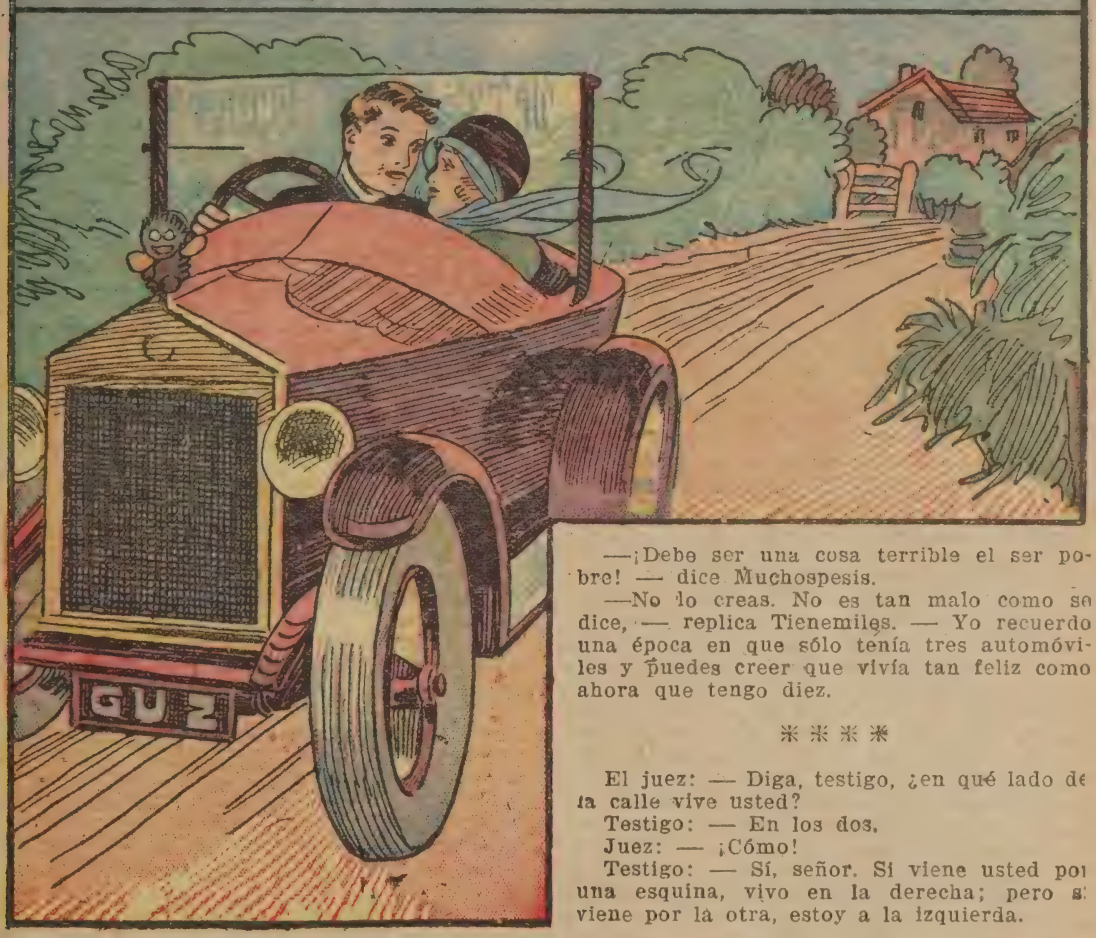
Se corta en pedazos de cinco centímetros de largo y de ancho, un kilo de carne de vaca que no sea demasiado gorda. Se corta también en dados grandes unos 300 gramos de tocino de pecho que se sancochará un momento en agua. Se ponen la carne y el tocino en una cacerola con un poco de grasa de cerdo. Se añaden 3 ó 4 cebollas cortadas en cuadraditos, un ramito de perejil y un diente de ajo o dos, machacados. Se sazona con sal y pimienta.

Cuando todo se ha rehogado bien en la grasa se espolvorea con dos cucharadas de harina que se echan pasándolas por un colador y removiendo. Cuando la harina se ha embebido ya en la grasa, se agrega litro y medio de cerveza oscura.

Se deja cocer a fuego lento durante cerca de cuatro horas.

Antes de servir se quita el exceso de grasa que tenga. Se sirve rodeada de papas cocidas en agua con sal, peladas y bien blancas y harinosas.

"Bonbon Fin"



—Ramona, esposa mía, conozco que me muero... Te voy a dar un consejo... Cásate con Ricardo, es un buen amigo...

Ramona, sollozando:

—¡Lo mismo había pensado yo!

* * * *

En el restaurante:

—Mozo, ¿por qué recomienda usted a todos los clientes el "boeuf a la mode"?

—Porque es de hace seis días y si hoy no se lo tragan los clientes, nos lo van a servir a nosotros.

* * * *

En el colegio pregunta a Luisito un profesor:

—¿Tu sabes cómo se llama un hombre que mata a otro hombre?

—Al que mató a mi padre cuando estaba enfermo, — contesta ingenuamente el muchacho, — mi mamá le llamaba doctor.

—¡Debe ser una cosa terrible el ser pobre! — dice Muchospesis.

—No lo creas. No es tan malo como se dice, — replica Tienemiles. — Yo recuerdo una época en que sólo tenía tres automóviles y puedes creer que vivía tan feliz como ahora que tengo diez.

* * * *

El juez: — Diga, testigo, ¿en qué lado de la calle vive usted?

Testigo: — En los dos.

Juez: — ¡Cómo!

Testigo: — Sí, señor. Si viene usted por una esquina, vivo en la derecha; pero si viene por la otra, estoy a la izquierda.

* * * *

—Trabajo tanto, — dice un hombre, — que hace diez años que no tengo durante las horas de tarea ni siquiera diez minutos para almorzar.

—¿Y qué trabajo hace?

—Soy sereno del mercado central de cueros secos.

* * * *

Una señora viuda que vive cerca de Palermo recibe la visita de un señor, antiguo amigo de su esposo.

—¡Oh, cuánto gusto señor Carchámpli! — exclama la señora. — ¿Cómo, usted por aquí?

—Nada tiene que agradecerme, señora, — dice el señor Carchampli. — He venido al Jardín Zoológico a ver los monos nuevos que hay, y me ha parecido oportuno visitar también a usted

LA PRUEBA EN ROJO

Por STUART MARTIN

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

DAVID STOTT entró en la bien amueblada biblioteca con dos intenciones: la primera, dar muerte a su jefe, Francis Dupont; la segunda, escapar a las consecuencias legales de su crimen.

Estas intenciones, probablemente, no eran muy originales; pero, después de todo, el crimen no es muy original. No puede inventarse ningún nuevo crimen. El hombre, durante miles de años, ha repetido sus crímenes por la simple razón de que hay un límite al calendario del mal. Pero los medios de repetición del crimen pueden ser originales por la razón de que no hay límite a tales métodos. Y era en esto, precisamente, en lo que David Stott demostraba superioridad; podía pensar con rapidez y obrar con prontitud.

Tan pronto como entró en la biblioteca, comprendió que el señor Dupont estaba perdido. Lo comprendió al ver el brillo extraordinario de los ojos y los labios apretados.

—Le hablé a usted por teléfono, para que me esperara. ¿Por qué es que he tenido que tocar ahora el timbre? ¿Se había acostado usted?

—Tenía algunas cosas a que atender, señor.

El señor Dupont lanzó una rápida mirada al reloj que se hallaba sobre la mesa escritorio, frente a él. Eran cerca de las doce de la noche. Tomó un libro de cheques y una libreta de anotaciones, que abrió bruscamente.

—Fué ya tarde, hoy, cuando descubrí el grave estado de cosas del cual quiero hablar con usted, — continuó Dupont. — Durante casi un año, en que ha sido usted mi secretario, sistemáticamente me ha robado usted. Lo había sopechado ya; pero fué sólo esta tarde, cuando recibí del banco los cheques cancelados, que tuve la prueba. ¿Ve usted este cheque? Mi firma es falsa, ¿no es así?

Extendió la mano con el cheque, en dirección a Stott. Este miró la hojita de papel con indiferencia.

—Lo es, — dijo.

—¡Y también ésta, y éste y este otro. Y muchos más! ¡Todos falsos! ¡Es usted un ladrón!

David Stott no respondió; su mano entre el bolsillo del saco, del cual salió sosteniendo un pañuelo. Parecía hallarse sudoroso y agitado a consecuencia de la acusación.

—No he querido provocar una desagradable escena delante de mi familia; por eso le indiqué que me esperara. Estoy pronto para escuchar lo que tenga usted que decirme.

Reclinóse el señor Dupont en su sillón apoyó los codos sobre los brazos de éste, juntando las puntas de los dedos de ambas manos, y esperó. David Stott apretó convulsivamente el pañuelo en sus manos. De no ser por los nerviosos movimientos de sus dedos, parecía hallarse en la más perfecta calma.

—¿Ha avisado usted a la policía, señor? — preguntó.

—Aún no. Quería primero ver lo que usted decía. ¿Cuál es la razón de estos robos?

—Necesitaba dinero.

—¿Para qué? Su sueldo es bueno. ¿Hay alguna mujer de por medio? Por más que no tiene usted la apariencia de ser de esa clase de tontos.

—No hay mujer ninguna de por medio.

Avanzó Stott en dirección a la mesa escritorio, mirando a su jefe sin pestañear. Decididamente no; no era el de esa clase de hombres que son capaces de cualquier cosa por una mujer.

—¿Ha jugado usted?

—No.

—¿Admite usted que me ha estado robando?

—Lo admito.

—¿Supongo que usted sospechaba el por qué le pedía yo que me esperara?

—Lo suponía.

—Y no se fugó usted por que sabía, supongo, que no le sería posible llegar muy lejos sin ser arrestado.

—Así es; temía que usted hubiera avisado a la policía.

—No quise hacerlo antes de haberle dado a usted una oportunidad de hacer una confesión. Eso podría ayudarlo a usted algo. De cualquier modo, estos robos deben terminar.

—Terminarán, — murmuró Stott.

—Terminarán en la única forma en que pueden terminar, — replicó Dupont.

—No se haga ilusiones de que lo voy a dejar marchar sin molestarlo. Siéntese usted, mientras yo telefoneo por la policía.

David Stott no se sentó. Comprendía que no podía esperar clemencia. Avanzó un paso más en dirección a la mesa, deteniéndose luego, siempre con el pañuelo en la mano. Sabía todo lo que necesitaba saber. Algo en su actitud puede haber despertado sospechas en el señor Dupont, que abrió el cajón central de su mesa-escritorio, buscando algo en él. Pero, evidentemente no halló lo que buscaba, pues cerró el cajón de nuevo, violentamente. David Stott adivinó lo que buscaba.

—¿Qué va usted a decir a la policía? — preguntó, con toda tranquilidad.

—Ya lo oirá después. ¡Siéntese!

—Prefiero estar de pie.

—Pues colóquese de aquel lado, delante de la estufa.

La mano de Dupont buscó de nuevo el ca-

jón de su escritorio; pero no lo abrió.

—La servidumbre es terrible, — murmuraba consigo mismo. — Hace poco fué con el chauffeur; ahora es con usted... ¿Por qué no se sienta?

Retrocedió Stott un paso, colocándose frente al fuego. Dupont levantó el receptor del teléfono que se hallaba sobre su mesa, y comenzó a hablar. A pocos pasos, Stott, alerta, esperaba.

—¿Con Scotaland Yard? — decía Dupont. — Habla Francis Dupont, el financista, de Carlton Gardens. Sí; suponía que ustedes me conocían. Deseo que envíen en seguida un agente aquí a mi casa para detener a...

No pudo seguir adelante. Davit Stott saltó hacia adelante, colocó el caño del pequeño revólver, que se hallaba oculto entre el pañuelo, contra la sien de Dupot, y disparó.

Dupont se bamboleó en su sillón, soltó el teléfono, y su cabeza cayó hacia un lado. Había muerto aún antes de que el aparato cayera rodando sobr el escritorio nuevo.

Durante un momento, Stott permaneció en la más completa inmovilidad. El estampido de la detonación había sido disminuído en parte de su intensidad debido a que la boca el arma estaba apoyada contra la piel y al pañuelo que la envolvía; pero, con todo, había hecho ruido. Pero no fué el ruido de la detonación lo que hizo a David Sott quedarse junto a su víctima, inmóvil, un momento; sino, por contrario, el próximo paso que debía dar, y la necesidad de hacerlo tan y tal cual lo había planteado.

Hubiera herido antes, de no haber sido porque su jefe no le había quitado los ojos de encima. El señor Dupot era hombre corpulento, mientras que él, Stott, era más bien débil y delgado. Tenía, pues, que esperar hasta que algo atrajera la atención de Dupont. Y el momento llegó cuando Dupont habló por teléfono; pero, con todo, el hecho de que la policía del otro lado de la línea telefónica, podría haber oído el disparo, no lo inquietaba lo más mínimo. Se hallaba preparado a hacerles frente cuando llegaran. Si fugara, conocerían ellos que él era el culpable; o, por lo menos, sospecharían. Y él no tenía la menor necesidad de fugar. Sus planes habían sido demasiado bien trazados para eso.

Lo primero que hizo David Sott fué colocar el revólver en el escritorio, frente a su víctima. Lo colocó cuidadosamente, sosteniéndolo siempre con el pañuelo, para evitar que sus dedos tocaran el arma. No colocó de nuevo el receptor en el gancho del teléfono; eso no importaba. Tomó los cheques sueltos de encima del escritorio, así como el libro de cheques, echando aquéllos al fuego y éste a un cajón. Desde el momento que había destruído los cheques, no había por qué destruir el libro también.

Cerró la pequeña libreta de anotaciones; arregló los otros papeles que se hallaban sobre el escritorio, siempre manejándolos con su pañuelo. Al mover los papeles, el pañuelo tocó un pequeño charco de sangre que se extendía por el escritorio. Se sintió incomodado por esto y un sacudimiento nervioso recorrió su cuerpo al observar que las puntas de sus dedos se habían también manchado. Se limpió cuidadosamente con el pañuelo, el que luego echó al fuego, observando cómo se consumía hasta que sólo las cenizas quedaron.

Sólo una cosa más quedaba por hacer. Abrió la ventana de par en par después de haber apagado la luz. En la oscuridad, buscando la puerta, chocó contra una blibioteca; y el ruido lo sobrecogió. Se detuvo, durante un momento, escuchando con atención. Ni el más mínimo rumor en todo el caserón. Avanzó de nuevo hasta la puerta, salió y dirigióse hacia su habitación, en los altos. Se metió en la cama y esperó la llegada de la policía; es decir, si es que ésta llegaba.

Al pasar revista mental a cada uno de los pasos que había dado para asegurar su impugnidad, lo hizo con un algo de extraña satisfacción. David Stott representaba la nueva clase de criminales contrarios al golpe y la fuga inmediata. ¿Habéis notado esta nueva clase de criminales? La ilegalidad se sucede en círculos. Un criminal puede muy bien lanzar una moda entre sus colegas. No hace aún veinte años los hombres acostumbraban a fugar después de haber realizado un acto de violencia. Hoy, la mayoría de ellos permanecen junto al sitio del suceso. ¿Por qué? Hay para esto una razón. El criminal moderno se considera a sí mismo un perfecto igual del investigador criminalogista moderno. Existe un límite de educación, de cultura, de viveza, más allá del cual el hombre nunca pasa. Este límite es aplicable, por regla general, dentro y fuera de la ley.

David Stott sentía esto, si bien no se había tomado el trabajo de discutirlo consigo mismo. Sabía que un asesinato era un asesinato y que un delito es un delito; sabía que ningún asesinado puede darse sin que haya un asesino; que ningún delito puede existir sin que exista un delincuente. Producido el caso de un hombre muerto, la ley tiene que encontrar al matador. Esto es el principio del problema. Y la seguridad del delincuente, del asesino, sóol puede obtenerse produciendo un indicio que lleve a la policía hacia una conclusión. Esta conclusión debe ser una que oculte al delincuente; el indicio debe señalar en dirección completamente opuesta a la que él ha tomado. Por esta razón, la fuga nunca ayuda al criminal; más bien lo delata. Provoca en envío de anuncios a todos partes, por telégrafo, por teléfono, y la caza llega a un punto que es humanamente imposible burlar. Si un delincuente huye, huye para caer en una red que él mismo ha ayudado a preparar. La solución del problema de la fuga debe buscarse en seguida de cometido el delito.

En esta forma había David Stott razonado, y en consecuencia obró. De haber Stott dedicádose a las finanzas, hubiera sido una fuerza poderosa con la cual hubiera sido necesario contar en todo momento. De haberse dedicado al comercio, exactamente lo mismo. Pero Stott era inquieto. Se lanzó al crimen porque era más fácil, tal como él lo imaginaba. Tomar lo que se hallaba expuesto a ser tomado era mucho más rápido que edificar a fuerza de trabajo. Y todo lo que era necesario hacer después era despistar a la policía. Se había tomado el trabajo de estudiar las estadísticas del crimen, hallando que la

cantidad de crímenes que permanecían en el misterio, o crímenes que no habían sido suficientemente probados, ra lo suficientemente grande como para aconsejarle el dar este paso.

Pero había ido aún más lejos; le había dado a la policía un perfecto "caso". El revólver que se hallaba junto al cuerpo sin vida de su jefe, era el del chauffeur. Este chauffeur vivía en unas habitaciones que se hallaban sobre el garage, y se hallaba bajo aviso para dejar el empleo del señor Dupont. Se le había hallado tirando tiros contra las gallinas silvestres del señor Dupont, y éste le había arrebatado el revólver, que guardó en su escritorio. David Sott lo había sacado de allí antes de que Dupont llegara. No puede negarse que había sido esto un acto de inspiración.

Las únicas otras personas contra las cuales tenía que guardarse eran la esposa y el hijo del señor Dupont. Y Stott se había guardado bien en cuanto a eso. Había hecho que fuera imposible para ellos el oir el tiro. Una vez más había demostrado habilidad. Cuando había recibido el mensaje telefónico del señor Dupont, diciéndole que lo esperara, se había puesto de inmediato a trabajar. Había cloroformado a la madre y al hijo mientras éstos dormían.

Esto fué, en realidad, mucho más fácil de lo que puede parecer. Todo lo que tenía que hacer en ese sentido, era dejar caer unas gotas de la droga en un pañuelo; entrar en la habitación, colocar el pañuelo sobre el rostro de als personas, y esperar unos segundos. Esto les producía, en medio del sueño natural, un sueño más profundo aún. La cosa en sí era simple; unas gotas, tan sólo, bastaban. Por la mañana, despertarían como de costumbre.

Había otro ocupante de la casa; pero éste no preocupaba a Stott en lo más mínimo. Era éste el ayuda de cámara; pero no había necesidad de cloroformarlo. Era el ayuda de cámara un viejo sirviente, así completamente sordo. Su sordera lo salvó.

Fué el proceso de cloroformar a la esposa y al hijo de su patrón el que obligó a Stott a distraer más tiempo del que creía, en las habitaciones superiores. Debió esperar hasta que sus víctimas se hallaran dormidas en forma natural, antes de administrarles la droga; y había recién completado esto cuando el señor Dupont entró en la casa. La campanilla de la biblioteca lo había llamado cuando se hallaba desembarazándose del cloroformo en el cuarto de baño. Vació la botellita en el inodoro, de manera que todas las trazas de la droga se habrían desvanecido cuando la policía llegara.

La policía tardó en venir mucho más de lo que él había esperado. Dos horas pasaron antes de que la campanilla de la puerta de

calle comenzara a sonar. Pero, cuando esto sucedió, Stott no se movió. La campanilla sonó de nuevo, más fuerte esta vez, y continuó sonando. David Stott no contestó esta vez tampoco. ¿Para qué correr a abrir la puerta? ¿No había dejado la ventana abierta?

Suponiendo que él se hubiera levantado, corrindo a abrir al primer llamado de la campanilla, ¿qué preguntas no habría que haber respondido? ¿Por qué no estaba él dormido? Y si no estaba dormido, ¿cómo no había oído el disparo? ¡Oh! ¡David Stott no perdía de vista ni uno sólo de los puntos del problema. Se reclinó de nuevo, cerrando los ojos.

La campanilla cesó de sonar. Todo quedó sumido en el más profundo silencio. Cinco minutos pasaron; diez, quince... veinte. ¿Qué ignificaba todo esto? Sólo que habían entrada por medio de la ventana.

Sonaron pasos en el hall, abajo; oyó el rumor de varias personas que se movían. Luego, repentinamente, el gong chino del hall sonó estrepitosamente. Bueno; ahora ya no podía él pretender que no había oído. Se levantó y, poniéndose una bata de vestir, abrió la puerta.

La luz del hall se hallaba encendida, y al pie de la escalera, dos hombres miraban hacia arriba. Uno de ellos dijo:

—¿Quiere usted bajar, señor? Ha sucedido algo extraño aquí.

David Stott bajó rápidamente, pasándose los dedos de su mano derecha entre el cabello, al bajar.

—¿Qué sucede? ¿Quiénes son ustedes? — preguntó rápidamente, mirando a ambos desconocidos alternativamente.

—Somos de Scotland Yard, señor, — respondió uno de ellos. — Tenemos motivos para suponer que el señor Dupont ha experimentado un accidente...

—¿Un accidente? ¡Cómo...! ¡Si estaba conmigo en la biblioteca hace poco tiempo!...

—Suponemos que haya sido asesinado, señor, — respondió el otro. — ¿Querría usted despertar a los moradores de la casa? Tendremos que comenzar las averiguaciones. ¿Es usted el hijo del señor Dupont?

—No; soy su secretario. ¿Cómo ha sido aseinado, y dónde? ¿Han atrapado ustedes al asesino? ¿Qué significa todo esto?

—Si despierta usted a los moradores de la casa, señor, vamos a investigar. Es mejor que haga reunirse a los sirvientes en el hall. Voy a telefonear para que me manden ayuda... Es conveniente que se apresure, señor. Cada minuto vale mucho.

David Scott subió al piso superior de nuevo, golpeando en cada una de las puertas. Durante un momento se sintió un tanto incómod respecto al cloroformo; pero experimentó una sensación de alivio cuando sus llamados fueron oídos por la señora Dupont, y por

el hijo de ésta. La última duda había desvanecido. Ambos prometieron descender en un momento.

Entró Stott a su habitación, vistiéndose apresuradamente. Cuando bajó de nuevo, la señora Dupont se hallaba ya allí, atemorizada, sollozando, sentada en un sillón del hall. Su hijo hacíala aspirar sales. Los sirvientes, más lejos, conversaban en voz baja unos con otros.

Las luces se hallaban encendidades en todas partes. La puerta de la biblioteca se hallaba abierta y, junto a ella, se hallaba de guardia un policeman. De ella salió un polizonte vestido de civil, llevando en su mano el revólver, tomado de la punta del caño. Era él uno de los dos hombres con los cuales Sott había ya conversado.

—¿Sabe alguno de ustedes si este es el revólver del señor Dupont? — preguntó.

Varios de los sirvientes hablaron a la vez.

—Es de propiedad del chauffeur, — dijeron algunos. Y otros agregaron: el señor Dupont se lo quitó por tirar contra las gallinas silvestres.

El detective hizo una seña al policeman.

—Tráigame al chauffeur aquí en seguida.

El chauffeur fué traído; había sido arrancado del lecho y sus vestidos desarreglados, demostraban que se había vestido a toda prisa. Ante todos los presentes identificó el revólver.

El detective le puso una mano en el hombro.

—Voy a tener necesidad de su declaración, más adelante. Entretanto, debo detenerle a usted en conexión con este crimen.

—¿Yo? ¿Sospecha usted de mí? Yo soy inocente. No he sido yo quien mató al señor Dupont. Tuvimos unas palabras, es cierto... pero yo no lo maté.

—¿Desea usted hacer alguna declaración? ¿Alguna declaración voluntaria? No tiene usted necesidad de hacerlo así, en el estado en que están las cosas...

—¡Claro que quiero hacer una declaración! Yo no lo he matado. Yo lo traje a casa de la ciudad, esta noche. Llegamos aquí después de las once, más o menos a las once y media. Se hallaba él de mal humor y me despidió en cuanto llegamos a la puerta. Yo quería pedirle que me diera de nuevo mi revólver...

—¿Tenía él su revólver? — preguntó el detective, que escribía rápidamente en su librito de notas.

—Sí; me lo quitó hace algunos días, porque yo tiré con él a un gallo silvestre. Era muy caprichoso con los gallos silvestres, pues él no tenía muy buena puntería. Tuvimos algunas palabras sobre esto y él me quitó mi revólver; y por eso me despidió. Esta noche yo le pedí que me devolviera mi revólver antes de retirarme de su srvicio. El me empujó, sin responderme, y se metió en la casa. Esa fué la última vez que lo ví.

Durante algunos segundos más el detective continuó escribiendo.

—¿A qué hora se acostó usted?

—Hacía poco que me había acostado cuando el agente vino a despertarme.

—Con eso es suficiente, por ahora. Firme aquí. Cuando llegue usted a la comisaría podrá hacer una declaración más detallada y amplia.

El chauffeur firmó y luego miró en redor suyo como un hombre que despierta de pesado sueño. Los demás servidores se apartaron de él. El policeman que lo había traído sacó un par de esposas, las que colocó en las muñecas del chauffeur. El detective que, al parecer, se había hecho cargo del caso, hizole señas de que se sentara.

—Puede sentarse. Estamos esperando al médico, que debe llegar de un momento a otro.

David Stott se sentía satisfecho. No le importaba en lo más mínimo que el chauffeur fuera sospechado de la comisión del crimen. Era tal cual él lo había planeado; alguien tenía que ser sacrificado. Mientras no se tratara de él mismo, le importaba muy poco de los demás. Su audacia era la que le había dictado el crimen; y su audacia la que evitaba que las sospechas cayeran sobre él.

Se ocupó de ayudar a la señora Dupont a retirarse de nuevo a su habitación. Persuadió al hijo del asesinado que no perdiera su calma y hasta tomó, con anuencia de la policía, las declaraciones lacónicas de los sirvientes, en sentido de que no habían oído el menor disturbio. Estas declaraciones las entregó al detective, el que le dió las gracias por su cortesía.

Poco después, llegó el médico, acompañado de un inspector de Scotland Yard, el que se hizo cargo del caso inmediatamente. Entró en la habitación, revisó la escena del crimen, examinó el revólver, tocándolo sólo con las puntas de sus dedos, leyó las declaraciones y se frotó las manos.

David Stott se hallaba junto a él, dentro de la biblioteca. El médico examinaba el cuerpo de Francis Dupont. Poco después, el galeno se puso de nuevo en pie, dirigiéndose al inspector.

—La muerte se ha producido instantáneamente, — dijo. — El hombre que disparó se hallaba un tanto hacia la derecha. El señor Dupont ha muerto hace más o menos unas tres horas.

—Cuando llegamos hallamos la ventana abierta, — dijo el detective que había llegado primero. — Revisamos la tierra fuera, en busca de huellas de pisadas, pero el suelo está muy duro y no revela nada. Supongo que el asesino escapó por allí.

—¿Usted no oyó el disparo, señor Stott? — preguntó el inspector.

—No, señor.

—¿Lo oyó alguien?

—He interrogado a todos, señor,—respondió el detective, a quien iba dirigida la pregunta, — pero nadie ha oído nada.

—¿Admite el chauffeur su crimen?

—Por lo contrario, lo niega.

—Dice usted que fué usted el último en ver al señor Dupont vivo, señor Stott. ¿A qué hora fué eso?

—Un poco antes de media noche. Lo dejó aquí, haciendo algunas cuentas.

—¿Está la señora Dupont arriba?

—Sí, señor. Y su hijo también.

—Además de usted, de la señora Dupont y de su hijo, ¿quién más duerme en el piso superior?

—El ayuda de cámara. Pero es casi sordo por completo.

—En el hall, con los sirvientes,—respondió el detective.

—Voy a subir a ver a la señora Dupont. Traiga usted al preso y al ayuda de cámara aquí, pero que no toquen nada. Demoraré poco.

Salió, y se le oyó subir por la escalera. Del hall llegaba el rumor confuso de las conversaciones de los sirvientes en voz baja. El chauffeur fue traído a la biblioteca. Un policeman se mantenía siempre junto a él, tan inconmovible como la ley a la cual representaba. David Stott miró al chauffeur, pero éste, parado, un poco lejos, se hallaba como en sueños, mirando sin ver.

Abandonando al prisionero, los ojos de David Stott pasaron a la puerta, que se hallaba aún semicerrada. Al entrar y salir de la biblioteca, nadie había tocado la puerta. Un policeman había sido colocado de guardia junto a ella por el inspector; y se hallaba con su espalda vuelta hacia Stott. Y al moverse la mirada de Stott desde la espalda del policeman al oscuro panel de madera lustrada de la puerta, la sangre se le heló en las venas. ¡Allí, debajo del pestillo, en la madera, se hallaba la huella sangrienta de tres dedos!

Fuéle necesario a David Stott toda su sangre fría par controlar sus emociones. Buscó en sus bolsillos un nuevo pañuelo, lo sacudió para desdoblarlo, y se secó el sudor de la frente, lentamente. Comprendió que, a despecho de todas las precauciones tomadas, había dado a la policía todas las pruebas que ésta necesitaba para aclarar el crimen en forma completa.

¿Cómo habían sido hechas esas marcas en la puerta? Recordó la sangre que había enjuciado sus dedos; recordó que se la había limpiado con el pañuelo. Recordó que había salido de la habitación, a la luz sola del fuego de la chimenea, después de haber apagado las luces. ¡Posiblemente se había olvidado de sí mismo, durante un sólo segundo, al salir de la habitación, y puesto sus dedos en aquel sitio de la puerta!

Su pulso comenzó a latir con mayor velocidad; pero, con un poderoso esfuerzo, se contuvo. Había, aún, una oportunidad para él. Si tan sólo pudiera aproximarse a la puerta, podría borrar las marcas. Se calmó y se propuso intentar hacerlo. No sólo debía intentarlo, sino que debía también conseguirlo. Después del interrogatorio vendría la investigación, en busca de algún indicio, impresiones digitales o de otra clase. Y si la prueba roja en la puerta era vista por la policía. ¡estaba perdido! Era necesario que borrara las marcas de allí, o que, por lo menos, las hiciera irreconocibles. Tan sólo con pasar sobre ellas la manga de su saco o el pañuelo, y estaba salvado. La necesidad de realizar esto sin despertar sospechas, sin ser visto, era posible, devolvió a su cerebro toda su frialdad normal. Y tenía que hacer esto antes de que el inspector bajara de nuevo.

Durante el minuto que siguió luchó consigo mismo para recobrar toda su calma, para librarse del temor que había comenzado a debilitar sus piernas. Su mente se hallaba alerta, despierta, funcionando perfectamente: pero todo su cuerpo parecía incompetente de reaccionar en forma normal a los dictados de su cerebro. Se preguntó repetidas veces el por qué sin hallar respuesta satisfactoria. Levantando la vista, observó la mirada fría del detective fija en él. Pero bien podía este haber sido tan sólo imaginación, pues la mirada del detective se apartó de él, deteniéndose en el cadáver, junto a la mesa escritorio. David Stott respiró pesadamente y levantó sus hombros.

El médico se hallaba sentado en una silla, más allá de la mesa. Se hallaba jugando indiferentemente con su reloj, los ojos fijos en la alfombra. El silencio fué roto por el viejo ayuda de cámara, que halló repentinamente voz.

—Era un amo generoso,—dijo en voz alta. — Si tan sólo pudiera oir, podría ser útil en algo. Tengo el sueño liviano.

Nadie respondió. El chauffeur miró al ayuda de cámara, intrigado.

—Yo no lo hice, — dijo, repitiéndose una y otra vez las palabras a sí mismo. — Yo no lo hice, yo no lo hice...

—Es mejor que se calme, — díjole el policeman que se hallaba junto a él. — Es en su interés que conserve la calma ahora.

—¿Y por qué he de callarme la boca? Ahora comienzo a comprender lo que ésto significa para mí. Todos ustedes creen que he sido yo; yo no fuí. El y yo tuvimos nuestros disgustos, pero yo no hice esto. Yo me iba a ir pronto. El me había despedido ya. Me encontró cazando sus gallos silvestres; luego encontró defectos cuando yo pintaba el auto. Era un viejo de mal genio; pero yo no lo hice, esto.

—Con eso hay bastante, — exclamó, con tono autoritario, el detective. — Usted podrá hablar todo lo que quiera más tarde.

David Stott sacó su cigarrera, mirando al detective.

—¿Puedo darle un cigarrillo, agente? Puede ser que eso le calme los nervios.

—No hay inconveniente.

El chauffeur tomó el cigarrillo, mecánicamente, y se lo llevó a la boca. David Stott encendió un fósforo, que ofreció al chauffeur para que éste encendiera el cigarrillo. Luego lo sacudió, tirándolo, descuidadamente, a la alfombra. Pero, en realidad, lo hizo con un propósito deliberado. El fósforo cayó sobre la alfombra, cerca de la puerta.

Se inclinó para recogerlo, y al enderezarse de nuevo pareció vacilar. Se aferró a la puerta, para sostenerse, y se hallaba ya apoyando el antebrazo en el panel, cuando una mano lo tomó por el otro brazo y lo hizo, violentamente. Era el policeman que se hallaba de guardia junto a la puerta, que lo ayudaba a recobrar el equilibrio.

Stott observó que su manga había errado las marcas rojas; y su mirada, de sospecha y cólera, se fijó en el policeman, que sonreía. No había sospechado que la intención de David Stott era borrar las marcas.

—¿Se resbaló, señor? — preguntó cortésmente. — ¿Se siente mejor? Su cabeza podría haber pegado en la silla.

—Sí; me siento bien ya. Un ligero mareo. Los sucesos de esta noche han sido demasiado para mí. Gracias.

Se hallaba a punto de apoyarse en la puerta, cuando el médico se le acercó.

—Ha tenido usted una fuerte emoción, señor. — Es mejor que se recueste un poco. Deme su pulso.

Tomó entre sus dedos la muñeca delgada y delicada de David Stott, que se hallaba furioso, encolerizado, sospechoso. ¡Si esos imbéciles lo dejaran tranquilo, habría podido borrar la prueba roja en sus propias narices! Observó que el detective lo miraba con curiosidad. Devolvió, sin pestañear, la mirada del detective, que miró hacia otro lado, después de un momento.

Y entonces, cuando David Stott se hallaba a punto de reclinarse contra la puerta una vez más, mientras el médico le toma aún el pulso, sonaron pasos en la escalera. El inspector entró de nuevo en la biblioteca.

Dejó el médico caer el brazo de Stott.

—Venga junto a la estufa, — dijo, — y siéntese. Su pulso está un poco débil. Tome esta silla.

El inspector se hallaba junto al detective. Su ceño se había fruncido, y su rostro denotaba una expresión de profunda reflexión.

David Stott lo observó atentamente. Había aún una probabilidad, una buena probabilidad. Cuando sacaran de allí al chauffeur lo haría. Su pulso se hallaba ahora agitado. Lo sentía en sus oídos, en sus sienes. No podía apartar su vista de las tres marcas rojas, en la puerta, debajo del pestillo. ¿Cómo era que no las habían visto? Tal vez se hallaban demasiados ocupados. ¡Si tan sólo pudiera cruzar la habitación...! El inspector hablabla ahora.

—Doctor, — decía, — ¿es posible cloroformar una persona durante el sueño?

David Stott se puso de pie, su miedo llegando al colmo.

—Es perfectamente posible, — respondió el médico. — ¿Qué es lo que usted piensa, inspector?

—Eso. En la habitación de la señora Dupont, me pareció sentir un ligero olor a cloroformo. Se quejaba ella de haber sentido un ligero dolor de cabeza al despertar. Su hijo tenía una impresión vaga de que alguien había entrado en su cuarto mientras él dormía...

—¿Y bien?

—Bien; si el asesino quisiera evitar que ellos oyeran el disparo, les daría una droga, para asegurar el sueño. Pero tenemos entonces el hecho de que el ayuda de cámara se despertó en forma perfectamente natural. Eso dmuestra que el asesino sabía que era sordo. Y como el chauffur nunca tuvo oportunidad de hablar con el ayuda de cámara, ignorando, por lo tanto, que era sordo... Creo que podemos dejar en libertad al chauffeur. ¡Sargento, sáquele las esposas!

Avanzó el sargento para cumplir la orden; y, al hacerlo así, el pánico que había estado acumulándose en el alma de David Stott, como en el cielo se acumulan las nubes de tormenta, estalló. Saltó de la silla, en la que se había vuelto a sentar, y corrió hacia la puerta.

Antes de que llegara al hall, lo habían sujetado; y, al sentirse preso, se desplomó, balbuceando su crimen en un tumulto de palabras cortadas, rotas.

Tomaron su confesión, escribiéndola, palabra por palabra, en la biblioteca; luego el policeman y el detective lo sacaron de allí. El chauffeur y el médico permanecieron allí con el inspector. El chauffeur tocó al inspector en el brazo.

—Si usted examina las marcas de los dedos que lo hicieron confesar, señor, — dijo, — verá usted que no son en sangre, sino en pintura, y que no son de él, sino mías. Las hice cuando explicab al señor Dupont esta mañana, cómo estaba pintando el automóvil chico esta mañana, antes de salir él de casa.

—Yo la he visto que era pintura, inspector, — apoyó el médico. — Pero, ¿cómo sospechó usted de él?

—¿Yo? Yo no sopeché de nadie, — respondió el inspector. — Yo suponía que se trataba de algunos ladrones inteligentes, que habían sido sorprendidos por Dupont y lo mataron, son igual, al fin de cuentas; el miedo los hace cantar.

—Señora, — dice la sirvienta entrando con un libro, — está ahí el hombre que trae la nueva guía del teléfono.

—Dígale que no la necesito, que todavía no he tenido tiempo ni de empezar a leer la que me trajo hace seis meses.

* * * *

Un italiano inmigrante enriquecido que ha sido hecho comendador por su rey, baila con la señora de la casa en una tertulia.

El joven elegante que dirige el cotillón ordena:

—¡Adelante los caballeros!

El ilustre personaje no se mueve de su sitio.

La señora con quien él baila le dice:

—¿No ha oído usted la voz de que adelanten un paso los caballeros?

—¡Ma que cavalleri! ¡Io sono comendatóre, signora!

Un pedigueños se presenta en casa del banquero Levy, que es de lo más avaro que se conoce, y le pinta la miseria profunda en que se halla.

—Mis recursos, señor Levy, se han agotado ya; la miseria llama a mi puerta...

—¿Llama? Pues nada, amigo mío, no abra la puerta, pues, no le abra, — dice el avaro.

* * * *

Después de un estreno, un admirador de la primera actriz entra en su camarín para felicitarla.

—¡Ha estado usted encantadora, deliciosa, inimitable!

—¡Por Dios! — responde ella modesta. — ¡Usted me adula! Para desempeñar ese papel sería necesario ser joven y hermosa!

—¡Oh! ¡Usted acaba de demostrarnos todo lo contrario!

EL OPORTUNISTA

POR RAFAEL SABATINI

SEGUIR los altos y bajos de la carrera de Capoulade, sería molesto e inútil. Había descendido ya hasta un plano en el cual se embolsaba el orgullo y, — como buen oportunista adaptable que era, — pasaba desde la estafa artística y bien hecha a los rústicos métodos de cortar bolsillos y violar domicilios. Fué en la comisión de un "trabajo" del carácter último citado que lo llevó una noche al domicilio de monsieur Louvel.

El viejo Louvel era hombre de fortuna, y feliz poseedor de una colección de joyas italianas únicas; colección ésta que fué la que tentó a Capoulade. De resultar fundado el rumor que había llegado a sus oídos, tenía él la esperanza de obtener en ese trabajito nocturno lo suficiente como para permitirse llevar, durante el resto de sus días, una vida regalona y honesta en alguna tierra extranjera. Por que Capoulade hasta se hallaba dispuesto a ser honrado cuando hubiera cesado ya de convenirle el ser deshonesto.

Hallábase, pues, a media noche exactamente, en las habitaciones de Louvel, frente a la alacena que tantos trabajos le había costado averiguar servía de receptáculo en el cual se hallaba guardado el tesoro que debía hacerlo a él honesto; tesoro, para Louvel inútil, tan sólo una cantidad de artísticas baratijas. Seis pasos a través de la habitación; veinte minutos para cortar el panel; cinco minutos para apoderarse del botín y efectuar una buena retirada. Eso era todo lo que él le pedía a la Fortuna a fin de obtener su salvación definitiva. Pero, con todo, la caprichosa diosa le negó hasta esto.

Por que, en los momentos en que avanzaba hacia la alacena, sonó en la puerta de calle un insistente llamado; llamado que, en el silencio de la calle y de la casa sonó mil vecs más ruidoso, despertando en el corazón de Capoulade un eco que lo hizo estremecerse, cubriendo su frente de frío sudor.

Repitióse el llamado, vigoroso, insistente; y Capoulade no pudo menos de reflexionar que el sueño de los moradores de la casa era excepcionalmente pesado; no pudo menos que lamentar la oportunidad única que le había sido arrebatada de entre sus mismas manos.

Repentinamente, el rumor de pies descalzos bajando apresuradamente por la escalera; la puerta de la calle que se abría. Sonaron algunas voces confusas; luego los pies descalzos que montaban de nuevo la escalera, seguidos de pesos pesados, duros, como de pies calzados de botas.

Físicamente, Capoulade era un cobarde; pero, moralmente, poseía el coraje de diez hombres. Tanto le repugnaba la idea de irse de la cámara del tesoro, con las manos vacías, que decidió esperar, corriendo todos los riesgos y todos los peligros, a despecho de sus dientes que castañeteaban, a despecho de sus rodillas que entrechocábanse. Esperar hasta que este recién llegado, — a quien Dios confundiera, — hubera idose, una

de dos, a la cama, o a la calle, de la cual tan inoportunamente había venido.

Pero un momento después se arrepintió de su decisión, con vehemencia, alarmadísimo. Los pasos se aproximaban a la habitación misma en que él se hallaba. Un rayo de luz se filtró por debajo de las cerradas puertas, corriendo a lo largo del brillante piso, hasta los mismos pies de Capoulade. Rápidamente, y silencioso como sombra, corrió hasta donde una cortina ocultaba una pequeña alcoba, en la que se escondió, murmurando una plegaria y esgrimiendo una daga, desesperado y rabioso como una rata acorralada.

La puerta se abrió, entrando por ella el viejo Louvel, vistiendo una larga camisa de dormir, blanca, y la cabeza tocada con puntiagudo gorro de lana. Lo seguía un hombre joven, alto, vestido aparatosamente, y que no era otro que su hijo, Teodoro, que desempeñaba en Lyon las importantes funciones de agente del señor Turgot, tesorero general de su majestad el rey Luis.

En silencio, el viejo cruzó la habitación deteniéndose frente a la alacena, descorrió el cerrojo que la cerraba, abriendo las dos hojas de la puerta de par en par.

—Ahí está, — dijo con voz agitada por la cólera. — Que la evidencia misma te convenza.

Levantó la bujía en alto, a fin de que la luz iluminara las estanterías de la alacena, todas ellas vacías.

El hijo avanzó un paso, mirando, asombrado; desde detrás de las cortinnas, Capoulade miró asombrado también, desilusionado.

—¿Pero qué quiere decir esto? — preguntó Teodoro, al fin. — ¿Qué se ha hecho, entonces, el tesoro?

Rió el padre, con risa seca, despectiva.

—Pregúntatelo a tí mismo, antes que a mí, — replicó. — ¿No has guardado, por casualidad, una anotación de las sumas de dinero que me has arrancado en los dos últimos años? Cuando te lo eché en cara, te reiste. Cuando traté de reducirte, rehusándome a darte más dinero, como buen y cariñoso hijo me amenazaste con la muerte. Así, dijistes, heredarías el dinero que yo te negaba.

Volvió a su hijo el rostro que más parecía el de un vampiro que el de ser humano; en su boca, desprovista de labios, brillaba una sonrisa burlona, infinitamente amarga.

—Te he dado la cuerta que necesitabas y con ella te has ahorcado, — continuó el viejo. — En dos años me has sacado quinientas mil libras... y no tengo nada más. He vendido mis tesoros uno por uno, poco a poco. No queda nada.

—¡No lo creo! — gritó el hijo.

Hizo el viejo un movimiento de hombros de indiferencia.

—Que lo creas o no, no por eso deja de ser menos cierto de lo que es. Puedes matarme, si quieres. Me he preocupado de que mi muerte, por lo menos, no te triaga beneficio alguno.

Los ojos negros, brillantes, de Teodoro, muy abiertos debajo de las fruncidas cejas, miraban fijamente a su padre, como si quisieran leer lo que se ocultaba debajo del arrugado y cínico rostro.

—¡Es mentira! — exclamó, al fin, silbando las palabras por entre sus apretados dientes. — ¿Cómo es que vives si no tienes nada, eh? ¡Respóndeme a eso!

—¿De manera que me privarías aún de lo poco que he retenido, para asegurarme el pan de mis últimos días?

—¡A! ¿Confiesas, entonces, que algo tienes aún !— fué la rápida réplica. — Puedes salvarme de esta ruina que me acecha... y me has de salvar. ¡Debes hacerlo, ¿lo oyes?, debes hacerlo!

—Es mejor que me mates y te lleves lo que puedas hallar, — replicó el viejo, burlonamente. Tanto me dá, y lo prefiero, morir por tu mano que de hambre. Eso sería un excelente final, por otra parte, a nuestras relaciones filiales.

—¿Pero es que no quieres comprender que es tan sólo un préstamo que te pido?

—Préstamos es lo que me has pedido siempre.

—¡Esta vez te pagaré, te lo juro!

—¿Me lo juras? ¡Farceur! ¡Farsante! ¿Pagármelo con tu miserable salario de agente del tesoro del rey?

Teodoro comenzó a pasear por la habitación, a largos pasos, agitados; su rostro se hallaba tan blanco como su embolvada cabellera. Al fin se detuvo.

—Son solamente diez mil libras las que necesito, que son el precio de mi salvación de la ruina y de la vergüenza.

—Es la eterna canción; ruína y vergüenza, vergüenza y ruína.

—Pero te las he de pagar, te digo! — respondió el hijo, con vehemencia, casi con frenesí .Sacó una hoja de papel de su bolsillo, agregando: — ¡Escucha! ¿Conoces a madame Lobreau?

No existía una sola persona en todo Lyon para la cual el nombre de madame fuera desconocido. Durante los años que ella había regenteado el Grand Theatre de Lyons, éste había sido elevado de la categoría de simple corral de malos comediantes hasta un punto en que rivalizaba con la misma Comedie Francaise, de París.

—¿Te propones asesinarla mientras duerme y robarle sus joyas? — preguntó, burlonamente, el viejo.

Al latigazo del sarcasmo, Teodoro dejó escapar un torrente de maldiciones y juramentos.

—¿Escucharás con seriedad? — preguntó, al cabo. — Madame tiene su privilegio por concesión del tesorero mayor, en cuyo poder está el privarla de su teatro. Soy yo el agente del tesorero en Lyons, y está en mi poder el retirarle la concesión. Ahora bien; un cierto señor de Noirmont ha tenido la ocurrencia de pensar que, si solamente se pudiera arrancar el teatro de manos de madame, podría valerle a él la pena de ser generoso conmigo. ¿Me entiendes?

—Entiendo.

El viejo Louvel se hallaba siempre dispuesto a entender cualquier manejo que significara una ganancia personal. La propues-

ta de desposeer a madame de los frutos de su trabajo y talentos, era una canallada. Pero el viejo Louvel, en el fondo, era un perfecto canalla también, valioso padre de tan invaluable hijo.

—Entonces, escucha: — insistió el hijo. Desdobló el papel que había sacado de su bolsillo, y leyó:

"En consideración al hecho de que el Gran Theatre de Lyons sea colocado bajo mi control y manejo, por la presente me comprometo a pagar a meser Teodoro Louvel la suma de diez mil libras francesas y una pensión anual de ocho mil libras durante todo el tiempo que el dicho gran teatro permanezca bajo mi control. — Henri de Noirmont".

El viejo Louvel, que había escuchado a su hijo mientras éste leía, con la mano detrás de la oreja, a manera de pantalla, se mordió los labios con el gesto característico de aquel que se halla sumido en profunda reflexión.

—Déjame verlo, — pidió. Y su hijo le entregó el papel, que el viejo examinó con atención, asegurándose de su legitimidad.

—Muy bien, — dijo, al cabo. — Tendrás las diez mil libras mañana por la mañana, pero este papel se queda en mi poder, como garantía de que me has de pagar en forma diferente a lo que has hecho otras veces.

Protestó el hijo jurando y maldiciendo con tempestuosa violencia, pero tuvo que ceder al fin, visto que era el único medio de obtener el dinero.

—Pero me es necesario el dinero temprano, por la mañana, — protestó el hijo. — Monsieur... este... la persona a quien debo esa suma me ha dado sólo hasta mañana al mediodía para pagarle.

—Si mañana a mediodía madame Lobreau ha dejado de ser concesionaria del Grand Theatre, el dinero estará a tu disposición. Dime, — agregó, — ¿cuándo puedo esperar mi dinero de vuelta?

—Colocaré al señor de Noirmont en posesión del teatro dentro de dos semanas. No me atrevo a hacerlo antes por las apariencias.

—Muy bien.

El viejo encerró, bajo llave, el documento en un cajón de un "secretaire", tomó la bujía y guió de nuevo a su hijo.

Una vez que Capoulade, habiendo oído cerrarse de nuevo la puerta de la calle detrás del hijo que se retiraba, habiendo oído al anciano subir de nuevo la escalera para regresar a su lecho, salió de su escondrijo en la alcoba. Los sentimientos que lo agitaban podían muy bien haber sido aquellos de un hombre que ha sido estafado. Había venido allí, con peligro de su vida y de su libertad, a entrar en posesión de la colección de joyas italianas que poseía el viejo Louvel, y ahora resultaba que estas habían sido vendidas para pagar las deudas de juego del villano de Teodoro. Capoulade, pues, tenía sobrada razón en hallarse indignado.

Avanzó lentamente en dirección a la ventana, la que abrió cautelosamente. Se detuvo un instante, en el momento en que ponía el pie en el antepecho, y rió silenciosamente, al pasar, como un relámpago, una idea por su cerebro. Tomó a la noche por su confidente y murmuró:

—Hacer de la oportunidad vuestra esclava es la verdadera filosofía de la vida, — dijo.

* * * *

La mañana siguiente visitó Capoulade a madame Lobreau, en la residencia de ésta, presentándose como un viejo actor caído a menos.

—Habéis llegado, — lo recibió, ella ofreciéndole una silla, — en busca de mi ayuda. Pero, monsieur, llegáis demasiado tarde.

—Madame, — respodió el falso histrión, — os equivocais por completo. — Sentóse con el aire de quien tiene pleno derecho a hacerlo así. — No he venido a buscar vuestra ayuda, sino a ofreceros a vos la mía.

Impidió las preguntas prontas a brotar de los labios de madame con un gesto que, de haber sido él el actor que decía ser, podría haber hecho su fortuna desempeñando el papel de Sganarello. Nunca hubo hombre más sensible a la influencia del medio en que se hallaba que Capoulade; y ya se sentía saturado de la atmósfera teatral que lo roreaba.

—Madame, — anunció, dramáticamente, — habeis sido desposeída de vuestro teatro.

—¿Se sabe ya? — perguntó ella.

—No lo sabe el público, en general; pero yo, Capoulade, lo sé, como sé también la verdadera razón de ello.

—Monsieur, — protestó ella, — he oído más que suficiente de esas tontas razones. Es una canallada cruel, una infamia, la que se hace al despojarme de mi teatro, sin tener en cuenta los derechos adquiridos por mí sobre él durante años y más años de labor.

—La adversidad, madame, os extravía el juicio.

Y con gesto señorial Capoulade hizo un movimiento con el brazo, que ondeó en el aire los sucios encajes que caían de la bocamanga de su casaca sobre la aún más sucia mano.

—Las verdaderas razones, — continuó, — no son esas tonterías que se os han expresado a vos y que se han de expresar a monsieur el tesorero del rey, para justificar el hecho. Las razones que yo os traigo, madame, son las verdaderas.

Y procedió a revelar a la atónita actriz el complot existente entre el canalla de Louvel y un cierto señor de Noirmont.

Madame, mientras escuchaba, se tornaba unas veces roja y otras blanca como la nieve.

—¡Oh, sí! — exclamó. — No es ni más ni menos que lo que podría yo haber sospechado. Me convenceis de que es la verdad. Si tan sólo pudiéramos presentar al tesorero del rey la prueba de la verdad, pronto arrollaría a mis enemigos.

Este fué el momento que Capoulade eligió para dejar caer su bomba.

—Madame, — anunció, — tengo en mis

(Continúa en la pág. 51)

UN GRAN SISTEMA DE CAZAR CONEJOS

INDICACIONES PARA ARMARLO

PRIMERO se pega todo el dibujo en un cartón y después se recortan los trozos con cuidado. Hecho esto se cortan las ranuras A, B, C, D, E y F. Después se corta por la línea de puntos curva que hay en la parte de adelante del cuerpo del hombre. Se coloca el sitio 3 trás del 4 y se fija por medio de un broche. Entonces se desliza el conejo que está en la tira marcada 3 por la ranura B, por detrás. Despusé se mete la tira que dice "manija" por la ranura B. Luego se mete la manija y la cabeza del hombre por el sitio donde se cortó por la línea de puntos. Se pone el sitio 2 trás del sitio 1 y se sujeta con un broche. Hecho esto hay que doblar las tiras C y E, meterlas en las ranuras D y F y el juguete queda armado.

(Sigue de la pág. 49).

manos la prueba. Escuchad el convenio firmado por monsieur Noirmont.

Escuchó ella asombrada la lectura del documento y las condiciones del convenio; y mientras Capoulade reía, examinábalo ella subconscientemente; y ni sus sucios y desgastados vestidos ni su rostro astuto era a propósito para inspirar confianza.

—Monsieur, — preguntó ella cuando él hubo terminado de leer, — ¿cómo es que os halláis en posesión de tal documento?

Miróla él durante un momento, sin responder, fiamente, adivinando la sospecha que comenzaba a despertar en ella.

—Madame, — respondió, — estoy aquí para serviros... Eso me garante de que no me habreis de traicionar. Yo no soy exactamente un actor. Tales papeles como los que yo, en mi tiempo, he desempeñado, lo han sido en ese escenario que se llama el mundo. En una palabra, señora, — y bajó él los ojos en una delicada asunción de vergüenza, — soy un ladrón.

—¿Y le robó usted ese papel al señor Louvel? — preguntó ella.

Se inclinó Capoulade, saludando.

—Se me ocurrió, al apropiarme de este papel, señora, que podría, a la vez, hacer una buena acción y compensarme a mí mismo por el trabajo de hacerla.

—¿Pero cómo, compensaros? — tornó ella a preguntar, frunciendo el entrecejo.

Capoulade explicó que un tal documento no dejaba de tener su valor mercantil y negociable; convino con ella en eso, y ofrecióse a adquirirlo por un "lois d'or". Capoulade lanzó una exclamación de asombro.

—¿Un luis, madame? ¿Veinte francos? — rió. — Tal vez no se os ha ocurrido, madame, que puedo obtener mil veces esa suma del señor Louvel.

—Entonces, en su interés está llevárselo al señor Louvel, — respondió ella con toda tranquilidad.

Capoulade se puso en pie con toda dignidad.

—Soy un hombre honorable, madame, — dijo, — y prefiero colocarme del lado del honor. Por lo tanto, he venido a veros prefiriendo tratar con vos.

—Pero si halláis que soy razonable, ¿no tendríais escrúpulos en ir a entenderos con el señor Louvel?

—Tendría escrúpulos, madame, pero iría, — respondió Capoulade.

Después de lo cual discutieron casi durante una hora, concediendo, regateando, siendo las nogociaciones detenidas en su solución por la desconfianza que en madame había despertado Capoulade. Fué, pues, recién cuando él se puso en pie para retirarse que ella se decidió.

—Muy bien, señor; tendréis las mil libras. Quinientas ahora, a cambio de ese documento, y las otras quinientas cuando me halle en posesión de mi teatro nuevamente.

Reflexionó Capoulade durante unos momentos.

—Si yo convengo en ello, madame, — preguntó, — ¿qué pasos os proponéis dar?

—¡Cómo! Ir a París y poner todo este asunto en manos del tesorero de su majestad.

—Podréis echarlo a perder, — objetó él, — en cuyo caso perdería yo quinientas libras. Insisto, señora en acompañaros. Y debéis consentir en dejaros guiar por mis consejos.

Al principio resistió ella la proposición de Capoulade, pero concluyó por aceptarla, reflexionando que, después de todo, sus consejos podían serle de utilidad a ella.

Aquella misma noche madame Loubreau tomó una silla de postas y, acompañada por Capoulade, que se había vestido con un traje completamente negro, recién adquirido que lo hacía aparecer casi respetable, se puso en viaje a París.

Poseía madame alguna influencia, poniendo en juego la cual logró, tres días después de su llegada a París, una entrevista con el tesorero del rey.. Y, acompañada siempre por Capoulade, fué admitida a los departamentos que el gran hombre ocupaba en el palacio real de las Tullerías.

Allí, por primera vez en su vida, el pillastre aquel se halló un tanto fuera de su centro. Se sentía un tanto cohibido por el esplendor que lo rodeaba, y no poco atemorizado por el personaje elegantísimo, de rostro muy blanco y ojos muy negros, vivaces y brillantes, que se hallaba sentado a una mesa incrustada de oro y marfil, cubierta de papelotes.

—He venido a deciros, monsieur, — dijo madame, entrando de lleno al asunto, — que vuestro agente en Lyons es un pillastre de siete suelas. Abusa de la autoridad que le habéis conferido para que os represente, y vende favores en provecho propio.

Ahora bien; sucedía que el señor Turgot tenía en Louvel la mayor confianza. Lanzó una mirada fría, escrutadora, sobre ambos sus visitantes, y Capoulade tembló.

—Aludís, madame, a la revocación de vuestro permiso para explotar el teatro de Lyons, — respondió el tesorero, con voz lenta y cansada. — Mi agente me da las más atendibles razones para el cambio, las que yo apruebo, si bien siento infinito este paso.

Madame lanzó nu suspiro.

—¿Puedo preguntaros, monsieur, las razones que ha dado vuestro agente?

Monsieur buscó entre sus papeles uno, el que tomó y leyó un momento en silencio.

—Entre otras, me dice que se está dando preferencia a una nueva clase de comedias en que las nuevas y poco saludables doctrinas de los derechos del hombre y otras pamplinas por el estilo hallan marcada atención.

—¡Pero, monsieur, eso es completamente falso!

—En ese caso, madame, debo atenerme a los informes de mi agente, — respondió el tesorero, con su voz cansada.

Madame respiró rápidamente, como si le faltara el aire.

—Si puedo poner ante vos, monsieur, pruebas de que el agente de Lyons me ha desposeído de mi teatro con el sólo fin de aceptar una coima, ¿qué haríais entonces?

—Un tal abuso de autoridad sería severamente castigado.

—¡Bien! — exclamó madame. — ¿Queréis tomaros la molestia de leer esto, monsieur?

Y sacó de su bolso el documento que había adquirido de Capoulade. Monsieur lo leyó atentamente y, cuando hubo terminado, permaneció con él entre los dedos, jugando, reflexivo.

—¿Pretendeis decir que este documento es genuino? — preguntó, al cabo, un tanto despectivamente.

—Ciertamente, monsieur, — saltó Capoulade, hablando por vez primera.

Volvió el tesorero los ojos hasta el negro caballero, mirándolo fijamente durante un momento.

—¿Quién es este? — preguntó.

—Mi secretario, — respondió madame.

—¡Ah! ¿Y cómo es que este documento, si es genuino, se halla en vuestras manos?

—Nos... nos lo hemos procurado, señor, — respondió de nuevo Capoulade.

—¡Procurado! ¡Procurado, eh! Bien; escuchadme, ahora, ambos. En vista de vuestra acusación categórica contra monsieur Louvel, lo haré bajar a París inmeditamente. Y, en caso que resultara ser culpable de la falta que le acusais, será convenientemente castigado y el teatro os será devuelto, madame. Pero sí, como creo, resulta inocente de tamaña imputación, la ley se encargará de vosotros.

Madame Lobreau fué presa de un pánico momentáneo, calmado, en parte, ante la confianza de Capoulade.

—Señor, — dijo éste, — ¿podría yo, en interés de la justicia, aventurar una sugestión?

—En el interés de la justicia, señor, — respondió monsieur, sardónicamente, — todas las sugestiones son bienvenidas.

Se inclinó Capoulade, saludando.

—Entonces, señor, yo sugeriría que no se tomara la palabra de monsieur Louvel como final en este asunto, sino que dejarais que los hechos elocuentes hablaran por sí mismos, que probaran si este documento es genuino o falso. Acusado vuesto agente, negará. Dejando las cosas en silencio, el tiempo y los sucesos que durante ese tiempo tengan lugar, dirán.

Monsieur Turgot reflexionó durante un momento.

—¡Que me place! — dijo, al cabo de un momento. — ¿Cuánto tiempo creéis necesario para que se produzcan los hechos que preveéis?

—Unas dos semanas, a lo sumo, monsieur, serán suficientes, — respondió Capoulade.

—Que así sea, — anunció, levantando una mano para indicar que la entrevista había terminado.

Las dos semanas que pasaron fueron, para madame, un período de ansiedad considerable, ansiedad que ni aún todo el aplomo y tranquilidad de Capoulade bastaron a aplacar. Y cuando, al cabo de las dos semanas, llegaron urgentes requerimientos de parte de monsieur Turgot para que se presentara madame a su presencia. La ansiedad de madame se tornó entonces en positiva alarma. Pero obedeció y Capoulade acompañola, una vez más, a las Tullerías.

Monsieur Turgot se hallaba muy grave y sus modales eran, esta vez, menos fatigosos y sardónicos que la vez primera.

—Madame, — anunció el tesorero, — tengo aquí una carta de mi agente en Lyons, Teodoro Louvel, recibida hace cinco días, en que me dice que ha hallado un cierto señor Noirmont vuestro sucesor en el teatro.

—¡Ah! — hizo Capoulade.

—Inmediatamente de recibir esta carta, ordené a monsieur Louvel que bajara a París a entrevistarse conmigo. No juzgo a nadie sin oirlo antes. Acaba de llegar y espera audiencia. Y he estimado necesario que vos asistierais a la entrevista.

Nerviosamentes, madame expresó su gratitud; Capoulade tembló un poco.

Teodoro Louvel fué introducido, fastuosamente vestido, conduciéndose orgullosamente, adquirió un aire de suprema impertinencia al ver allí a madame Lobreau, si bien sospechó de inmediato a que se debía su presencia allí

—Se me ha presentado una queja en contra vuestra, monsieur, — dijo el tesorero, una vez que Louvel hubo terminado de hacer cortesías y de cumplimentarlo. Se queja madame Lobreau de que las razones que habeis tenido para cancelarle la concesión del Grand Theatre de Lyons no son todo lo honestas que fuera de esperar de un funcionario público.

Teodoro, muy dueño de sí mismo, sonrió despectivamente, con aire de suficiencia.

—Naturalmente, monsieur; pero puedo afirmaros que no he tenido otro interés al hacerlo que el de servir a su majestad.

—Naturalmente, — afirmó monsieur Turgot. — Pero, con todo, madame asegura que habéis sido comprado por el señor Noirmont.

—Eso, — respondió Teodoro con altanería, — es una calumnia, una burda calumnia.

—Así es, — volvió a afirmar el tesorero. — Sin embargo, madame afirma hasta la cantidad que habeis recibido de monsieur de Noirmont. Dice que son diez mil libras.

Al oir las palabras del tesorero, Teodoro perdió algo de su aplomo y sangre fría. Cambió de color y miró a los lados; pero se repuso rápidamente, rechazando la acusación con toda la altivez de acrisolada honradez ofendida.

—Mirad esto, monsieur, y decidme si lo habéis visto antes, — dijo el tesorero, entregando a Louvel el documento que Capoulade había vendido a madame.

Tomólo el agente nerviosamente y comenzó a leerlo. Pero, a medida que lo hacía, recobró su sangre fría y dominio de sí mismo. Casi sonreía al colocarlo de nuevo en la mesa, frente a monsieur el tesorero.

—Es una imprudente y burda falsificación, — dijo, con desprecio. — ¡Hasta el mismo nombre de monsieur de Noirmont está escrito con faltas de ortografía!...

—A pesar de eso, — respondió el tesorero, con voz clara y lentamente, — el docu-

mento es extrañamente profético. Ha estado en mis manos desde hace quince días. Dos semanas ¿comprendéis? ¿Podéis decirme cómo es que ha profetizado, este papel, tan correctamente, el nombre de la persona a quien la concesión del teatro de Lyons ha sido otorgada por vos después?

—¡Oh! ¡Ah!... ¡Cómo!... — exclamó Louvel, mirando, con la boca abierta, estupefacto, al tesorero, que sonreía fríamente. No sabía que responder a tan increíble declaración. — ¡Pero esto no es posible, monsieur!...

—Sin embargo, os digo que es así, Louvel. No podéis explicar ¿verdad? Es, a la vez, misterioso y convincente... una combinación verdaderamente remarcable. Tened a bien esperar en la antecámara, Louvel. Conversaremos de esto más tarde.

El estupefacto agente salió de la habitación a ciegas, bamboleante, apoyándose en el brazo de un criado que había sido llamado por monsieur Turgot. Luego, el tesorero escribió durante unos momentos rápidamente, mientras madame y Capoulade lo observaban.

—He aquí madame, — dijo, al cabo, el tesorero, dejando de escribir, — una orden para que mi nuevo agente en Lyons os ponga de nuevo en posesión del Grand Theatre. A pesar de todo no voy a formular pregunta alguna sobre este documento que me habéis tradío. Confieso que tengo curiosidad, pero, si conociera todo, probablemente no me permitiría mi deber tratar con vos tan generosamente como deseo.

Asombrada, pero, por lo menos, comprendiendo perfectamente lo único que para ella era interesante, es decir, que se hallaba de nuevo en posesión de su amado teatro, madame Lobreau agradeció al tesorero de su majestad y partió.

—¿Qué ha querido decir? — preguntóle Capoulade cuando se hallaron ambos fuera del palacio real.

Sonrió Capoulade, guiñando el ojo. En medio de su inmenso alivio se sentía sumamente orgulloso de su combinación.

—¡Oh! En medio de todo, — dijo, riendo, — Louvel tenía razón. Ese documento, ¿sabe usted?... En fin, lo escribí yo mismo tan bien como pude, de memoria, después de haber oído a Teodor leérselo a su padre. Temo mucho que mi ortografía...

—¿Usted lo escribió? — chilló madame, comprendiendo, entonces. — ¡Oh! ¡Me ha estafado usted!

—¡Mais no, madame! — respondió Capoulade, siempre sonriendo. — Yo me comprometí a que su teatro le fuera devuelto, y tengo en mi bolsillo su documento por quinientas libras, pagaderas cuando esté usted de nuevo en posesión de él. Usted está virtualmente, de nuevo en posesión. Pero, — agregó, después de un momento, — debo mejorar mi ortografía...

RAFAEL SABATINI.

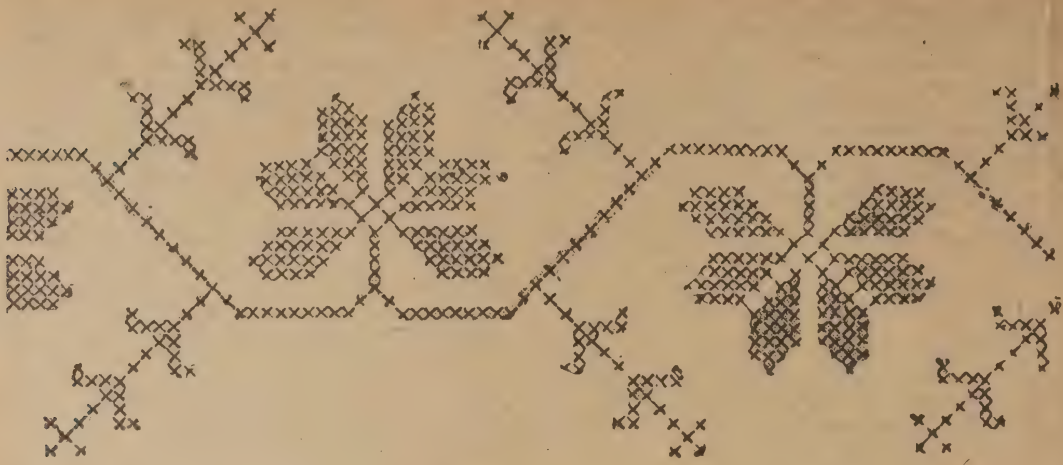
El derecho, considerado como ciencia de las relaciones de la sociedad con los individuos y de los individuos entre sí, presenta el resumen de los derechos y los deberes. Bajo este aspecto es como debía considerarse su estudio, pero en las escuelas se ha reducido la enseñanza a frívolas controversias sobre los textos y a estériles disertaciones sobre las antinomias. — Elías Regnault.

El ideal de pan para todos no es una utopía. La tierra es suficientemente vasta para abrigarnos a todos en su seno y bastante rica para dar la vida en la abundancia; produce mieses suficientes para que todos tengamos que comer, plantas fibrosas para que podamos ir vestidos todos los humanos, y piedra y cal abundantes para que cada cual tenga su casa. Tal es el hechó económico en toda su simplicidad. — Reclús.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.



Este encantador trajecito para la playa y el campo, se publicó en las páginas femeninas que

EL DIARIO

4a. EDICION

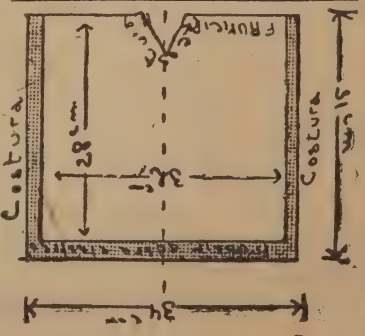
publica todos los jueves.

Llene y remita el cupón que aparece en la página 78 de este ejemplar y recibirá un ejemplar de

EL DIARIO

del jueves próximo.

COMPRE
EL DIARIO
TODAS LAS TARDES



LITERATURA ARGENTINA

SI HACES MAL NO ESPERES BIEN

POR JUANA MANUELA GORRITI

Al sacar de un inmerecido olvido esta producción de la talentosa novelista argentina pretende "Pucky" hacer apreciar a sus favorecedores una novela exquista por todos conceptos y digna de ser conocida donde aún no ha llegado o donde ya de puro olvidada, resultará nueva.

I

EL RAPTO

ERA la última hora de un día primaveral. El sol trasponía majestuosamente la montaña, nacarando con su postrer rayo las nieves de la opuesta cordillera, y dibujando en largas sombras la silueta fugaz de las cabras que samoneaban aquí y allí entre las sinuosidades de los peñascos las hojas de los arbustos y la espinosa corteza de los cardos.

Todo era calma y silencio en aquellas agrestes soledades. Las torcaces solas, ocultas en los agujeros de las peñas, mezclaban su triste arrullo al rumor de la casacada, que como un lejano trueno se elevaba del profundo valle donde el Rimac precipita sus aguas.

De pronto una voz dulce y penetrante exhaló un alegre grito.

—Mamay, — exclamó en la lengua de los incas, — ¿vés las lindas flores color de oro que brillan allá abajo entre las piedras? Voy a agarrarlas para tí.

Y una bella niña de cinco años, fresca, rosada y envuelta en un gracioso anacco descendió saltando alegremente uno de aquellos ásperos senderos. Al mismo tiempo de tras un peñasco salió una joven india, gritando con angustioso acento:

—¡No, Cecilia, no, hija mía! Esas piedras están en el camino...¡Oye las carreras de los soldados! Si vienen... ¡Ahí están! Allá viene uno... ¡Mi hija! ¡Hija mía... ¡Oh!

En efecto, un regimiento descendió costeando la cascada.

Al llegar al valle, de una de las últimas compañías se había separado un oficial, y llamando a un ordenanza habíale dicho algunas palabras señalando a la niña, que a lo lejos arrancaba flores entre las piedras del camino.

El soldado se dirigió hacia ella a galope, y llegando a su lado, inclinóse sobre el estribo, y la arrebató en sus brazos. Mas al momento de enderezarse sobre la silla para colocar a la niña en el arzón, sintió dos manos de acero, que aferrándose a su garganta lo derribaron en tierra.

La india había corrido en auxilio de su hija; y teniendo la cabeza del soldado bajo su rodilla, buscaba con ojos feroces una piedra para acabar de matarlo.

Arrancó, en fin, un grueso guijarro; mas en el momento que lo alzaba sobre el soldado sintióse asida por los cabellos.

El oficial que había ordenado el rapto arrastrándola sin piedad la arrojó al fondo del barranco.

Un gemido desgarrador, un gemido de madre salió del precipicio a tiempo que el oficial decía riendo:

—¡Vaya un cobarde! ¡Dejarse acogotar por una mujer! Felizmente llegué yo a tiempo... ¡Mas.. que chistosa casualidad!... Si, aquí, en este mismo sitio, o muy cerca,

debió ser donde aquella muchacha... Calla, chica, calla. ¡Oh! ¡Que bonita es! Grandes ojos negros, cabellos sedosos, una boquita de coral. Un lindo obsequio para mi hermosa Pepa, esa malvada que se divierte en dar tortura a las almas... Calla, chica, que vas a ser muy feliz. Tendrás confites, bizcochos, y... bofetones a discreción de manos de aquella maldita.

—Mariano, tómala. Galopa hasta alcanzar a los arrieros, y dí al mío que lleve esta cholita con el mayos cuidado, y que al llegar a Lima, no vaya tontamente a entregarla en casa. Que la deje al guarda de la garita de Maravillas hasta que tu llegues. ¿Entiendes?

Y se alejó volviendo a su puesto en la marcha, mientras el soldado tomaba al galope la delantera al regimiento, llevando consigo a la niña que lloraba con un llanto desesperado. Mas sus lamentos se perdieron a lo lejos, confundiéndose luego con el gemido del viento y el ruido de las aguas, y el valle quedó en profundo silencio.

II

LOS BANDIDOS

LA doble sombra de la noche y de la niebla comenzaba a extenderse sobre el Rimac, y el silencio del invierno reinaba todavía en los espesos jarales que lo cubren. Pero a lo lejos, hacia el camino que desciende de Chaclacayo, oíase cada vez más distinto el cencerro de una recua.

De repente, de la oscura masa de un matorral salió un prolongado silvido.

Poco después, tres hombres bien montados y completamente armados, saliendo de la vecina cañada, ocultaron su caballos tras los muros desmoronados de una huaca y se agazaparon bajo unas matas al borde del camino.

No de allí mucho, diez mulas cargadas de baules y maletas aparecieron escoltadas por cuatro arrieros en un recodo del camino.

Los viajeros avanzaban tranquilamente arriando con calma sus cabalgaduras, y mezclando las notas de un yaraví al ruido tardo de los pasos.

De súbito, la enjaezada mula que servía de guía asida por una mano vigorosa, detuvo a la recua entera; y los arrieros viendo relucir en la sombra los anchos cañones de tres mosquetes, no necesitaron ver a los tres enormes negros que los empuñaban para escurrirse entre la maleza y desaparecer como sombras.

Los salteadores empezaron entonces la inspección de su presa.

—Catorce mulas, — decía uno..

—Diez y ocho baules, — gritaba otro.

—Tres sombrereras militares, — un tercero.

—Una cholita, — el cuarto.

—A tierra la chola con las sombrereras y al monte el resto.

Dicho y hecho.

Los ladrones montados en sus magníficos caballos arrearon la recua hacia la cañada por donde habían venido, y un momento después la pobre chica, abandonada, lloraba sola al borde del camino.

III

EL PROTECTOR

PASADAS algunas horas, y cuando los llantos de la niña eran ya solo sollozos convulsivos, un jinete que, embozado en su capa de viaje y llevando una gran maleta a la grupa de su caballo, descendía a galope el mismo camino que habían traido los arrieros, detúvose de pronto, y, echando pié a tierra levantó en sus brazos a la niña.

—¿Quién te abandonó así, hija mía? — preguntóla cariñosamente.

Pero el viajero hablaba una lengua que la niña no entendía, y a todas sus preguntas respondía llorando:

—¡Mama!

—¡Pobre criatura! — dijo profundamente conmovido — no en vano invocarás ese nombre de significación universal.

Serás mi hija, y consolarás mi soledad. No sé tu nombre; pero te daré el de aquella que duerme bajo las sombras de Père Lachaise.

El viajero estrechó a la niña en su seno, y con ella la memoria de esa hija muerta que recordaba.

Montó a caballo, abrigó a la chica bajo su embozo, y añadió como buen francés, "le petit mot pour rire".

—Completé a fe mía, mi bagaje de naturalista. Traigo en mi maleta el reino vegetal y el mineral. He aquí el animal. ¡A Francia, pues!

Abrazó, otra vez a la niña, rió enjugándose una lágrima y siguió al galope lo largo del solitario camino...

IV

DOCE AÑOS DESPUES

"PAPA, — decía una noche al salir del teatro, una linda joven a un coronel profusamente decorado. — ¿Tendré tiempo para escribir a mi hermano?"

—Y de sobra, hasta mañana a las doce que zarpa el vapor.

—Escribiré esta noche para vaciar mi resentimiento y dormir tranquilamente, — dijo ella, haciendo una mueca.

El coronel sonrió con sorna, y besando la linda frente de la niña dióla la mano hasta la puerta de su alcoba y se retiró.

Entrando en su cuarto, la graciosa niña sonrió a su espejo, arrojó sobre un mueble su abanico de plumas, desprendió la guirnalda de rosas que adornaba su cabeza, colgóla como un ex-voto a los pies de la Virgen que velaba su lecho, sacudió su cabellera, y abriendo por fin un secretario escribió:

"¡Qué inmenso vacío, querido Guillermo, que inmenso vacío en mi existencia desde que tú has partido! ¡Qué horrible es esa

enfermedad del alma que se llama "echar de menos"! ¡Los médicos se contentan con llamarla por su nombre científico: "Nostalgia", — dicen ellos, muy frescos! Y si es una joven quien sufre, entonces añaden sonriendo: "Que lleven esta niña a Chorrillos, que se bañe, que tome el aire, que se pasee y se distraiga de todas maneras, y ello pasará."

"¡Ya! cómo creen que las limeñas sólo amamos el baile, el lujo y la disipación!...

"¡Oh! Guillermo, ¿qué castigo merece quien así nos calumnia? Yo sé uno. Daría a su corazón el dolor que tu ausencia ha dejado en el mío. Así "sentiría" cómo sabe amar una limeña.

"¿Y tú, hermano mío? ¡Tú, es diferente! Primero, y por más que digan, el que parte tiene mil motivos de distracción que lo absorben y adormecen su pena. Los incidentes de a bordo, el arribo a puertos desconocidos, los rostros nuevos que se suceden sin cesar. Y luego, yo me figuro que los hermanos jamás echan de menos a sus hermanas.

"¿Qué es, en efecto, lo más frecuentemente para nosotros un hermano? Un tirano que quiere monopolizar todos nuestros sentimientos, que nos trata con el más crudo despotismo, que nos pospone a todo, que nos halla siempre feas, y tontas y...

"¡Perdón! ¡Oh! Guillermo querido! ¡Confundirte a tí, con esos hermanos impíos! ¡Qué atroz injusticia!

"Tú me amaste siempre con la ternura protectora de un padre y la galantería esquisita de un amante. ¡Pero sabes que soy celosa de mis palabras, cuando después de dos meses desde que habitas París has olvidado a tu hermana, y la promesa de darla, cada quincena, cuenta, estrecha de tu persona!

"¡Oh! A la idea de tamaño "desacato" por más que taches a la frase de vulgarismo, digo con rabia: ¡qué lisura! ¡guá!

"Si un motivo serio, un amor, por ejemplo te preocupara... Pero una fastidiosa comisión del gobierno, bailes, paseos, espectáculos, frivolidades..., Guillermo, para eso no hay perdón".

La quisquillosa hermana recibió poco después esta respuesta:

"Y bien, mi bella enojada, era un motivo serio, era un amor lo que me hacía, no olvidarte ni un sólo momento, sino guardar silencio antes de darte una noticia que te colmará de gozo; noticia que nuestro padre sabía ya, y te callaba a ruego mío. Tienes ya una hermana, una hermana buena como tú, cual tú, bella como un ángel, y que te es parecida de una manera sorprendente, extraña. Escucha.

"Paseaba yo na tarde bajo las fúnebres arboledas del cementerio del Padre Lachaise. El día iba a acabar. Los rojizos rayos del sol poniente atravesaban como hebras de fuego a la espesa fronda.

"Después que hube vagado largo tiempo recinto, y las últimas ráfagas del viento de la tarde gemían como almas en pena entre las hojas de los ciprés.

"Después que hume vagado largo tiempo en la ciudad de los muertos, y visitado las tumbas de Abelardo, Ney, Lavedoyére, Foi, habíame sentado bajo el laurel que sombrea el sepulcro de Carlos Nodier. Leyendo su epitafio, recordaba el loco entusiasmo con que allá, bajo los jazmines de tu jardín, leiste su fantástica "Hada de las Migajas" y el crédulo empeño que te hacía correr los cerros de Amancaes en busca de la "mándragora bella".

"De recuerdo en recuerdo, tu imagen apareció al fin, tan viva en mi pensamiento que involuntariamente volví los ojos buscándote en torno mío.

"Cual sería mi asombro encontrándote, a tí, a tí misma, ahí, a algunos pasos de distancia, vestida de luto y reclinada en la pilastra de una tumba.

"Sin pensar en lo que hacía, corrí a palpar la realidad de aquella visión. Pero al acercarme conocí que era sólo una grande semejanza, y que yo había incurrido en una grosera indiscreción.

"Más la joven enlutada ni siquiera se apercibió de mi presencia. Con la mejilla apoyada en el mármol del epitafio, tenía los ojos cerrados, y sus labios se movían lentamente. Oraba.

"En ese momento resonaban a lo lejos roncos ladridos.

"Acordéme entonces que era la hora en que el conserje suelta los formidables mastines que guardan aquel sitio durante la noche, y estremecido de espanto a la idea del peligro que amenazaba a aquella hermosa joven, arrebatéla en mis brazos y atravesé a la carrera la calle de cipreses que conducía a la puerta.

"A la brusca subitaneidad de mi acción, la joven abriendo los ojos dió un grito de terror y se desmayó.

"En la puerta del cementerio la esperaba un coche de alquiler. Coloquéla dentro, y me senté a su lado para sostenerla.

"Mientras la prodigaba mis ciudados, contemplaba con amor la prodigiosa semejanza de aquel bello rostro con el tuyo, querida Matilde. Era tu imagen, tú misma, sin la florida lozanía que es uno de tus encantos. Ella, al contrario, delicada y cenceña, tenía en sus morenas mejillas esa palidez aterciopelada que se adora en Francia, y que en Lima alarma tanto la ternura de las madres.

"Pero esa misma palidez añadía más brillo a sus grandes ojos que se abrieron por fin y me recordaron más a mi hermana, era en su dulce sonrisa, ora en su apacible seriedad.

"Amelia es hija de un sabio viajero que consagró a la ciencia su fortuna y su vida, y murió legándola sólo su nombre ilustre y su austera virtud.

"Huérfana y pobre, pero con un alma rica de poesía y sentimiento, Amelia repartió su vida entre las melodías sublimes de su piano y el fúnebre silencio del cementerio. Alma de temple fuerte, todas las cosas de la vida son serias para ella; y en su mirada, en su voz y en su actitud, hay una expresión de melancolía dulcísima de meditabunda gravedad, del todo ajena a las turbulen-

tas hijas de la Francia, y que ella contrajo, sin duda, al aspecto solemne del desierto, bajo el velo de los árabes, allá en las lejanas regiones que recorrió con su padre.

"Tal es tu hermana. ¿No es cierto, mi linda aturdida, que te alegrarás mucho de abrazarla luego?"

V

REMINISCENCIAS

POCO después, un día de verano, la mimada hermana de Guillermo, coquetamente vestida, como quien desea deslumbrar, abordaba en una góndola el vapor de Panamá.

No bien atracada aún la embarcación al costado del vapor, la graciosa limeña subía con pie seguro la resbaladiza escalera, húmeda con la niebla de la mañana y se arrojaba en los brazos de su hermano, apartándose luego del fraternal abrazo para estrechar en su pecho, con arrebatos de pasión, a una bella joven, morena y pálida, pero que le era parecida con pasmosa semejanza.

La extranjera se entregaba a sus caricias con tierno abandono; más, ¿por qué a veces parecía distraída? ¿por qué sus ojos desviándose de la florida ribera, iban a buscar a lo lejos las azules siluetas de la cordillera.

—¡Guillermo! — dijo al fin, cuando desembarcaban. — ¡Yo he visto estas montañas. ¿Dónde? ¿No lo sé?

—Sin duda fueron los Alpes, — se adelantó a decir Matilde.

—No: no son tan puros sus perfiles.

—Pues entonces serían los Pirineos, — replicó la petulante niña, empeñada en lucir su geografía de colegio.

—Mucho menos. Sin embargo, mis pies han caminado por senderos agrestes como esos qeu serpentean en aquellas fragosas vertientes.

—Las has soñado, Amelia mía, — la dijo Guillermo, — las has soñado en tu ardiente anhelo por América.

—¡Soñar con cerros! — exclamó la aturdida muchacha con una mueca graciosa que hizo sonreir a Amelia. — ¡Soñar con cerros, estando ahí nuestro hermoso Rimac, sus frescas alamedas, sus perfumados jardines!

—El mío es delicioso. Cubierto está de rosales, jazmines, chirimoyas, suches, aromos, y a su sombra encontrarás abiertas todas las flores de Europa, que yo misma he sembrado para tí. Dame la mano, Amelia, voy a hacerte los honores de nuestro suelo, y no quiero que te disloques un pie en las carcomidas gradas de nuestro embarcadero.

La bella forastera apenas la escuchaba. Abstraída por una extraña procupación, ni siquiera se apercibió del rápido movimiento que la conducía, y los áridos campos y las frondosas arboledas pasaron ante sus ojos como los vapores frantásticos de un sueño.

En la estación de Lima los esperaba el coronel; y Guillermo puso su esposa entre los brazos de su padre.

El coronel amaba apasionadamente a sus hijos y Amelia fué acogida con extrema ternura. Mas ¿por qué se extremeció al sentir aquel bigote cano tocar su frente? ¡Misterio!

Muy luego, riendo de su miedo pueril, respondía con un hermoso beso filial a las caricías del coronel, y apoyaba confiada la cabeza en su pecho cargado de cruces.

. . . . . .

Y los días corrieron para Amelia bellos como los celajes de la aurora. Espíritu de percepción exquisita, nadie como ella saboreó las delicias de sta mágica vida de Lima, en que todo halaga al alma y los sentidos; en que todo, desde el cielo hasta el suelo, es aroma, luz y armonía.

Muchas veces corriendo con su hermano bajo la fronda de los jardines, se detenía de repente para beber en dobles aspiraciones el aura suave de nuestra atmósfera; aura deliciosa y letal que anima y agosta las más hermostas flores.

Llegó un día en que Amelia pálida y enflaquecida, pedía en vano a la brisa el aire que le faltaba a su pecho, y en que los rayos ardientes del sol de enero no pudieron ya calentar su aniquilado cuerpo.

Entonces, los graves doctores, reunidos en torno al lecho de Amelia, acordaron, y esta vez profundamente consternados:

—¡Que lleven esta niña a la Sierra; que haga una vida de completo reposo, que tome leche de cabras, que se distraiga, y Dios dispondrá lo que sea de su agrado! — dijeron.

Y a la mañana siguiente, Amelia, acompañada de su esposo y de su suegro marchaba a Jauja.

¿Seguíanles, Matilde y una numerosa comitiva de amigos que se agrupaban en torno suyo, con esa solicitud de la despedida que no causa un placer tan doloroso.

Todos guardaban silencio, el silencio con que se acompaña a los que van a buscar la salud por el fatídico camino de Maravillas, que tantos suben y que tan pocos vuelven a bajar.

Al llegar a las colinas que empiezan a hacer incómoda la ruta, el coronel detuvo el caballo de su hijo, y dijo saludando a sus amigos:

—¡Caballeros, el día declina y estamos ya lejos! ¡Hasta la vista! — Y luego añadió señalando a Matilde, y como para alegrar la triste solemnidad de la despedida: — ¡He ahí esa dama que os confio! ¡Requerid vuestras espadas para defenderla de los ladrones que infectan estas breñas!

Al oir aquellas palabras, Amelia se estremeció en su mente surgió de súbito un extraño mirage, esa serie misteriosa de imágenes que, cual reflejos de la eternidad, aparecen de repente al espíritu, y brillan y se apagan con la luz y la rapidez del relámpago.

Matilde, al separarse de sus brazos, dijo llorando a los que le acompañaban:

—¡Amelia no volverá más! ¡Amelia va a morir! Hay en su mirada una expresión extraña que nunca ví en ella.

En efecto, desde ese momento comenzó para Amelia una cadena interminable de alucinaciones.

Por momentoc, allá en el horizonte de sus recuerdos, veía lzarse un mundo fantástico, imposible; y al fijarse en él su mirada, desaparecía para mostrarse de nuevo.

Otras veces eran extrañas intuiciones que le hacían decirse: "Detrás de aquella colina hay un gran caserío entre dos establos". Y subía la colina con el corazón palpitante, y al llegar a su cima, quedábase yerta de asombro, encontrando el caserío y los establos, tales como los había soñado su imaginación. Y entonces esforzábase en persuadirse de que todo lo que pasaba en ella desde que salió de Lima, era sólo una prolongada pesadilla; porque tenía miedo, miedo de que fuera el delirio mortal de la locura.

Hubo un momento en que, pálida y con el pecho oprimido de extraña congoja, pensó:

"Allí a la vuelta de un recodo, se abre una quebrada profunda. Fórmanla dos elevadas montañas que alzándose perpendiculares, roban la vista del cielo. En su fondo mujen las aguas espumosas de una cascada". Y así, al torcer el recodo, apareció la sombría quebrada en cuyo fondo rueda el Rimac sus aguas, blancas aún con la espuma de la caída.

Y Amelia, presa de un terror indecible, paseaba en torno ansiosas miradas, buscando entre los trozos de roca diseminados en los bordes del camino, algún objeto que desmintiera su fantasía.

De repente, pálida y temblorosa, se dijo:

—He allí la planta de doradas flores. Una niña las cortaba y después lloraba, debatiéndose contra... ¿contra qué?... ¡Dios mío! ¡Hazme acordar de lo que era ese "algo" que causaba el llanto de la niña!

Y sin saberlo, Amelia sollozaba amargamente. Su esposo y su padre la rodearon solícitos.

En ese momento, una figura extraña, una mujer envuelta en una manta negra, pálida como un espectro, se alzó detrás de un peñasco gritando con lúgubre acento:

—¿Quién llora aquí? Nadie ha llorado desde aquel día. — Y mirando de repente al coronel, exclamó arrojándose a él, y asiéndose a la brida de su caballo: — ¡Por fin te encuentro! ¡Ladrón de honras, ladrón de niños, en vano te ocultas; en vano, para disfrazarte, has puesto nieve en tus cabellos; te conozcó! Salteador galoneado, ¿qué hiciste de mi hija?

—Es la ovejera loca de Huairos, — gritaron los arrieros, a tiempo que el coronel, dando espuelas a s ucaballo, se libertaba de aquel brusco ataque.

Pero la extraña aparición los siguió a lo lejos; y al trasponer las alturas, Amelia la veía siempre a la misma distancia, caminando en pos de ella con paso lentro pero continuo.

Más cuando llegaban al "tambo", en vano la buscaron sus ojos: había desaparecido.

Aquella noche, Amelia desvelada, como todos los enfermos del pecho, había dejado su cama, y se paseaba meditabunda a la luz del fuego, en la triste sala del tambo. Guillermo y el coronel la acompañaban, y la preguntaban inquietos el motivo de su preocupación.

La pobre joven no podía decirlo; sin embargo estaba poseída de espanto. Sentía moverse y como despertar en ella un nuevo ser, un ser medio borrado que se identificaba con su espíritu y palpitaba en su corazón.

Y, entonces, palpábase con angustia, preguntándose si era quizá una alma en pena, que se acordaba de su pasada existencia.

La rojiza llama del hogar arrojaba sobre las desnudas paredes resplandores fantásticos que añadían nuevos grados a su exaltación.

De repente una mano cautelosa abrió lentamente la puerta, y un bulto negro se deslizó en el cuarto.

Era la aparición de la "quebrada".

La loca paseó en torno su vaga mirada, cual si buscase a alguien; y luego avanzó hasta el hogar, silenciosa, rígida y solemne como una estatua; tomó un tizón ardiendo, y sirviéndose de él como de una antorcha, se puso a buscar por todos los rincones de la sala.

Entonces, Amelia y sus compañeros vieron a una mujer joven aún, pero horriblemente aniquilada. Hondas arrugas surcaban su rostro marchito, y sus ojos tenían esa mirada fija, y por decirlo así, aérea de los cadáveres.

A su vista, Amelia olvidó su preocupación y conmovida hasta lo íntimo de su alma, se acercó a la demente, y la dijo con dulzura:

—¿Qué buscas aquí, pobrecita? Ver a reposar te ruego, que es ya tarde y hace mucho frío.

—Busco al hombre galoneado, — respondió ella sin mirar a Amelia, y siguió impasible su camino.

Pero Amelia tomó sus manos con cariñoso afán atrájola en pos de sí, y la hizo sentar al lado del fuego.

VI

HISTORIA DE LOS CAMINOS

La infortunada se dejó conducir con triste docilidad. Cruzó las manos sobre sus rodillas, y contempló largo tiempo, pensativa y silenciosa, la móvil llama del hogar.

Pero a poco sus apagados ojos comenzaron a animarse y resplandecer como iluminados por una luz interior; y en sus labios vagó una sonrisa juvenil que hizo brillar en las sombras sus dientes blancos como perlas.

—¡Esteban! — gritó de repente, — ¿quién dijo que Esteban murió? ¡Mentira! Helo allí, joven, alto y ligero. Baja con las ovejas de Casa-blanca . Es él, él mismo; esos son sus ojos, esos son sus negros cabellos. ¡Me llama! ¡No! ¡Aléjate, Esteban. El cura no quiere que pastemos juntos nuestros rebaños, porque somos muy jóvenes todavía para casarnos. Como si en cualquier edad no se pudiera amar, alabar a Dios y ser feliz. ¡Feliz! ¡Ah! ¡Yo no puedo serlo; si el cura nos ha separado! Tu llevas el ganado a las alturas, y yo me quedo sola en el

valle, sola con las cabras que aunque saltan alegres, no pueden darme una gota de gozo. ¡Todo esto lo sabes tu muy bien! ¡Pero oh! Tu no has sabido jamás que... ¡Se aleja! ¡No quiere oirme! ¡Ven, Esteban, ven! Yo te lo diré ahora, ahora que el tiempo y el dolor han curtido mi rostro, y que la vergüenza no puede ya subir a mis mejillas.

"He allí la peña donde yo lloraba esperando la tarde, la tarde que nos reunía a la luz del fuego, bajo los sauces de nuestro patio. De esa hondonada salió la voz del militar que me llamaba. Yo tuve miedo, y huí; pero él montaba un caballo veloz y me persiguió, me alcanzó, hechó pie a tierra, luchó conmigo, y me ultrajó...

"Y desde ese día, ya no quise verte, y huía de ti... y te dije: "Esteban, yo no puedo ser tu mujer". Y entonces te amaba más que nunca. Pero debías creerme inconstante y liviana; y al despedirte de mí me arrojaste llorando una maldición.

"Después... un día mi padre se puso a mirarme fijamente y me dijo: "Tu eres una mujer infame; has reshonrado mis canas, y manchado la casa de tu padre. ¡Vete!". Y alzando la mano sobre mi cabeza, me maldijo.

"Y anduve errante largo tiempo, huyendo como una fiera, de valle en valle, de montaña en montaña, desnuda, hambriento, miserable. Pero al lado de mi dolor se elevaba una santa alegría. Dios se había apiadado de mí, y en el camino de mi infortunio había hecho nacer una flor... ¡Mi hija!

Y pronunció estas palabras con un acento de ternura íntima, imposible de reproducir, y que solo se oye en las chozas de los indios.

Amelia lloraba, Guillermo se hallaba profundamente conmovido, y el coronel, pálido y sombrío, estaba absorto en una profunda meditación.

—¡Mi hija! — continuó la india, — ¡Mi hija! No me cansaba de repetir ese nombre; y olvidé el tuyo, Esteban. No te enojes contra mí: así son todas las madres. Entonces lejos de ocultarme, fuí a pedir trabajo y pan a las haciendas inmediatas. Los pastores de Huairos tuvieron lástima de mí, me acojieron entre ellos, y me dieron una cabaña.

"Yo guardaba el ganado, llevaba a mi hija acurrucada a mi espalda, como un pajarillo en su nido. Contemplabala desde la mañana a la noche y cada día era más feliz.

"Pero a medida que mi hija crecía, mi gozo se cambiaba en inquietud. Volvíme huraña y recelosa, y temblaba de miedo cuando algún forastero acariciaba a mi hija, porque ¡ay! Esteban, las pobres indias nada pueden poseer en paz, ni aun sus hijos.

"Dicen que nuestros padres, poderosos en otro tiempo, reinaron en este suelo que nosotros pagamos tan caro; y que los blancos viniendo de una tierra lejana, les robaron su oro y su poder. No sé si es cierto, pero ahora que somos pobres, ahora que ya nada pueden quitarnos, nos roban nuestros hijos para hacerlos esclavos en las ciudades.

"Por eso que yo guardaba a mi hijita con un miedo que se aumentaba cada día, porque cada día se volvía más linda. Nunca la dejé en casa; y aunque la pobrecita se fatigaba, llevéla siempre conmigo al campo, guiando el ganado por los parajes más lejanos de las sendas que frecuentan los soldados y los viajeros.

"Así, ocultándola de todos, del subprefecto, del hacendado, del cura, llegó mi hija a los cinco años.

"Un día... — y la india, llevando las dos manos a los ojos, calló y se inclinó hasta el suelo dando un gemido.

Amelia sentada sobre las rodillas escuchaba inmóvil, muda, anhelante. De vez en cuando posaba la mano sobre su frente como para avivar un recuerdo.

La india prosiguió:

—Un día faltó el pasto en las alturas, y fué preciso bajar al valle. Muerta de miedo, y llevando a mi hija en los brazos caminaba con el ganado escondiéndome entre los peñascos y las hondonadas de los cerros. Pasaron las horas, y el camino estaba desierto. El sol iba a ponerse, y yo subía ya con el ganado a la hacienda. De repente mi hija vió una mata de "arirumas" al lado del camino; y soltando mi mano, bajó corriendo sin hacer caso de mis gritos.

Amelia se había levantado. Con las manos juntas, el cuerpo inclinado y los ojos fijos en el rostro de la india escuchaba su voz como si fuera un eco lejano.

—A ese tiempo, — continuó la india, —

Práctico
Bueno
Elegante
es el
Ropero ESSENTIAL

Precio desde
reclame $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

sonaron cornetas en el valle y un regimiento comenzó a desfilar por la orilla del río.

"Cuando saltando peñas, corría yo tras mi hija, vi un soldado, que llegando a carrera, la arrebataba sobre su caballo.

"Yo le quité mi hija; pero en ese momento, un hombre se arrojó sobre mí, y arrastrándome por los cabellos, me despeñó en un barranco.

"Al caer ví a ese hombre. Era el ofical que seis años antes me ultrajó en esos mismos sitios, y que ahora me robaba mi hija, mi pobre hijita que me llamaba... ¡oh!...

La india se interrumpió de súbito. Su mirada había encontrado el rostro de Amelia. Fijó en ella los ojos con expresión de angustiosa duda, y gritó de repente:

—¡Cecilia!

—"Mamay", — murmuró Amelia, cayendo desmayada en los brazos de la india.

Guillermo se precipitó hacia ella, y la tomó en sus brazos.

Pero Amelia volviendo en sí, lo rechazó con terror.

—¡Desventurado! — exclamó. — Huye lejos de mí. ¿No comprendes? ¡Soy tu hermana!

El coronel estrechando sus sienes entre las crispadas manos, huyó de allí, dando roncos gritos.

Al siguiente día los cabreros de la montaña encontraron su cadáver, devorado por los buitres, en el fondo de un despeñadero.

VII

CONCLUSION

POCO tiempo después, un día en el convento de Ocopa tenían lugar a la misma hora dos solemnes ceremonias.

En el templo tomaba el hábito un religioso.

En el cementerio abrían una tumba.

El prelado, al fin de la ceremonia, dijo al novicio, dándole su bendición:

—La paz del Señor descienda a vuestra alma, hermano Guillermo.

Sobre la tumba colocaron una lápida con este nombre: "Cecilia".

El novicio, los ojos bajos, los pies descalzos y apoyado en el báculo del peregrino, besó la mano al prelado y partió a lejanas misiones.

El sepulcro quedó solitario. Las golondrinas se posaban tranquilas sobre su cornisa de mármol, y tendían al sol sus trémulas alas. Pero cuando la noche descendía al valle, y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, los religiosos del convento veían una sombra que deslizándose bajo los álamos a lo largo de la alameda, entraba en el cementerio y velaba prosternada e inmóvil la tumba de Cecilia.

JUANA MANUELA GORRITI.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio.

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

En letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . . . $ 2.50
6 " . . . . " 4.—
1 año . . . . " 9.—

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

Ninguna tempestad es tan funesta como la el no tener enemigo alguno. — San Ignacio de Loyola.

* * * *

La renuncia de la voluntad propia vale más que resucitar a los muertos. — San Ignacio de Loyola.

* * * *

Todas las pasiones son buenas cuando uno es dueño de ellas, y todas son malas cuando nos esclavizan. — Rousseau.

* * * *

Una revolución es una empresa heroica, cuyos autores marchan entre el suplicio y la inmortalidad. — Saint-Just.

* * * *

Las minorías pueden resignarse a ser vencidas por las mayorías, pero no se resignarán jamás a ser atropelladas por los gobiernos. — Sagasta.

* * * *

No hay cosa más difícil que desembarazarse de la soberanía del pueblo. La mayor parte de los que la combaten la tienen metida en los sesos. — Royer Collard.

* * * *

El error fatal de nuestros padres, error que tantas lágrimas y tanta sangre ha costado a la humanidad, consistió en hacer depositarios a los príncipes de la conciencia humana. — Sagasta.

* * * *

Cuando los desheredados se hayan unido por los intereses de oficio a oficio, de nación a nación, de raza a raza, o espontáneamente de hombre a hombre; cuando conozcan bien su finalidad, no cabe duda que el momento de emplear la fuerza para defender la libertad común estará cercano. Por muy poderosos que sean los privilegiados de entonces, su fuerza resultará insignificante enfrente de todos los que, reunidos por una sola aspiración, se levantarán contra ellos para conquistar definitivamente el pan y la libertad. — Reclús.

La desconfianza es al sentimiento íntimo de la libertad lo que los celos al amor. — Robespierre.

* * * *

La igualdad es la base del edificio social, y la soberanía del pueblo su consecuencia. — Elías Regnault.

* * * *

El derecho divino de los reyes no es en nuestro tiempo el lema de una bandera, sino la inscripción de la tumba del partido absolutista. — Carlos Rubio.

* * * *

El fuego de la libertad nos ha purificado, del mismo modo que el hervir de los metales arroja del crisol las heces impuras. — Saint-Just.

* * * *

La huella del genio y de la libertad no se borra en el Universo. Después de los romanos quedó vacío el mundo, pero lo llena su memoria. — Saint-Just.

* * * *

El ideal de la sociedad futura, en oposición completa con el de la sociedad actual, se precisa con admirable exactitud: pensar libremente. — Reclús.

* * * *

Es menester que los hombres reverencien el pasado y se sometan al presente; que deseen los buenos principios y soporten los otros tales cualen son. — Tácito.

* * * *

La clase que posee y que gobierno ha sido y será siempre fatalmente enemiga del progreso. El vehículo del pensamiento moderno, de la evolución intelectual y moral, es la parte de la sociedad que vive oprimida, que trabaja y sufre; es ésta la que elabora la idea, la que realiza, la que, empujando, pone en marcha constante el carro social que los conservadores intentan en vano volcar en el camino, precipitándolo en el abismo y sumergiéndolo en el pantano. — Reclús.

DE UN GRAN AUTOR

CROISILLES

Por ALFRED DE MUSSET

(TRADUCCION DEL FRANCES)

En estas páginas ofrece "Pucky" a sus lectores una producción más del gran novelista y poeta francés cuyo exquisito cuento "Mimí Pinsón" apareció en un pasado número. En éste como en aquél, campea el estilo exquisito de su autor y su habilidad indiscutible en la pintura del ambiente y de los caracteres.

I

EN los comienzos del reinado de Luis XV, un joven llamado Croisilles, hijo de un orfebre, volvía de París al Havre, su pueblo natal. Encargado por su padre de realizar cierto asunto en la corte, y habiéndolo desempeñado satisfactoriamente, la alegría de traer una buena nueva le hacía andar más contento y ligero que de costumbre, emprendiendo el viaje a pie voluntariamente aunque traía en sus bolsillos una suma considerable.

Era un mozo de excelente carácter y no falto de talento; pero tan distraído y aturdido, que le tenían por una mala cabeza.

Se había levantado con el alba, y, encantado de atravesar una de las más bellas comarcas de Francia a ratos soñando y a ratos cantando, seguía la orilla del Sena, flotante al viento la cabellera y bajo el brazo su chambergo. Desvastando a su paso los ubérrimos manzanos de la Normandía, iba entregado a la caza de consonantes (pues en todo aturdido hay un poeta), con los que rimar un madrigal para una linda damisela del lugar; nada menos que la señorita Godeau, hija de un arrendador general, rica heredera muy cortejada, perla del Havre. Sólo por casualidad, — cierto día en que fué a entregar algunos objetos cincelados que el arrendador compró a su padre, — entró Croisilles en casa del señor Godeau.

Este señor Godeau era un hombre de humilde nacimiento; pero que, engreído por su fortuna y lleno de orgullo, se avergonzaba de su origen, mostrándose en toda ocasión como enorme y despiadadamente rico.

No era, pues, hombre para dejar pisar sus salones al hijo de un orfebre; pero como la señorita Godeau tenía los ojos más bellos del mundo, como el joven Croisilles no era mal parecido, y nada impide a un guapo mozo enamorarse de una linda joven, Croisilles adoraba a la señorita Godeau, sin disgusto por su parte.

Pensando, pues, en ella, a medida que se acercaba al Havre, y fiel a su costumbre de no reflexionar jamás en nada, sin cuidarse de los invencibles obstáculos que le separaban de su amada, buscaba un consonante de Julia, que era el nombre de la señorita Godeau, cuando llegó a Honfleur. Presa de impaciente emoción, saltó a una barca, con su dinero y su madrigal en el bolsillo. Atravesó el río, y no bien puso el pie en la otra orilla, corrió a la mansión paternal.

El taller estaba cerrado. Aquello le extrañó, pues no era día de fiesta. Temiendo algo, llamó una y otra vez, con fuertes golpes, sin obtener respuesta. En vano también llamó a su padre.

Entonces se dirigió a casa de un vecino para preguntarle lo que había sucedido; más el vecino, en vez de responderle, volvió la cabeza como si no le conociera. Insistió Croisilles, y al fin supo que su padre, obligado por la mala marcha de los negocios, había

hecho quiebra huyendo a América y abandonando cuanto poseía en manos de sus acreedores.

El primer sentimiento que tuvo Croisilles, antes de considerar su abandono, fué el de que acaso no volvería jamás a ver a su padre. Le parecía imposible hallarse completamente abandonado tan de repente. Quiso entrar a viva fuerza en el taller; pero le hicieron desistir ante los precintos puestos por la justicia. Entregado a su dolor, sentóse en un guardacantón y rompió a llorar amargamente, sordo a los consuelos de los que le rodeaban, y sin cesar de llamar a su padre, aunque sabía cuan lejos debía estar; hasta que avergonzado de verse rodeado de gente, que se apiñaba curiosa, se levantó, y presa de la más profunda desesperación se dirigió al puerto.

Vagó por los muelles como el que no sabe a dónde va ni qué será de él. Se juzgaba perdido, sin recursos, sin albergue, sin un medio de salvación y sin un amigo. Errante y sólo al borde de la mar, estuvo tentado de morir arrojándose a ella. Cuando, cediendo a tal pensamiento, se adelantaba hacia la orilla, se le acercó un viejo criado, llamado Juan, que había servido en su casa durante muchos años.

—¡Ay, mi pobre Juan! — exclamó. — Tú debes saber lo que ha sucedido desde mi marcha. ¿Es posible que mi padre nos haya dejado así, sin avisarnos, sin decirnos adiós?

—Se ha ido, es cierto, — respondió Juan, — pero no sin despedirse de vos.

Y al mismo tiempo sacó del bolsillo una carta que entregó a su amo. Croisilles reconoció la letra de su padre, y antes de abrir la carta la besó emocionado; pero la carta no contenía sino algunas palabras que, en lugar de aminorar su dolor, lo acrecentaron. Honrado y tenido por tal hasta entonces, arruinado por una desgracia imprevista (la bancarrota de un socio), el viejo orfebre no dejaba a su hijo más que algunas pobres palabras de consuelo, y como única esperanza esa esperanza vaga y sin plazo, que es, según dicen, lo último que se pierde.

—Juan, amigo mío, entregándome esta carta has aliviado un poco mi dolor. Tú eres el único que aún puede quererme. Esto es consolador para mí, más para ti bien triste, porque estoy perdido, y tan cierto como que mi padre ha huído, he de arrojarme a las aguas que él cruza, no ante ti ni ahora mismo, sino un día cualquiera.

—¿Qué queréis hacer? — replicó Juan, como si no hubiera comprendido, pero reteniendo a Croisilles por el faldón de su casaca. — ¿Qué queréis hacer, mi amo? Vuestro padre ha sido engañado. Esperaba recibir dinero, y el dinero no vino. ¿Podía seguir aquí? Durante treinta años que he estado a su servicio he visto cómo ha hecho su fortuna. Ha trabajado mucho, y los escudos han ido entrando en casa uno a uno. Era un ábil artista y un hombre honrado. Han abusado cruelmente de su bondad. Durante los últimos días los escudos han salido de casa como vinieron. Vuestro padre ha pagado cuanto ha podido, y cuando en su gaveta no quedaban más que seis francos, no pudo por menos de decirme: "Esta mañana había aquí cien mil francos." ¡Esto no es una bancarrota, señor; éste no es un caso deshonroso!

—No dudo de la probidad de mi padre ni de su desgracia, — respondió Croisilles. — Tampoco dudo de su cariño. Pero hubiera querido seguirle, porque ¿qué va a ser de mí? No estoy acostumbrado a la miseria; no soy capaz de rehacer mi fortuna. ¿Y cómo conseguirlo sin mi padre? Si él ha tardado treinta años en reunirla, ¿cuánto necesitaré yo para reparar este golpe? Muchos más. ¿Y vivirá él entonces? Seguramente no. Morirá allá lejos sin que yo mismo pueda ir en su busca. Sólo muriendo yo también volveré a encontrarle.

Croisilles era fervoroso creyente, y, aunque su desesperación le hacía desear la muerte, una gran vacilación le impedía buscarla. Desde las primeras palabras se apoyó en el brazo de Juan, y juntos, amo y criado, volvieron al pueblo. Cuando se alejaron de la mar y se internaron en las calles, Juan añadió:

—Pero, señor, yo creo que un hombre de bien debe vivir, y nada prueba una desgracia. Si vuestro padre no se ha matado, gracias a Dios, ¿por qué pensar vos en morir? Si no ha existido deshonra y todo el mundo lo sabe, ¿qué pensarían de vuestra muerte? Que no habíais podido soportar la pobreza. No sería cristiano ni valiente. Y en el fondo, ¿qué es lo que os asusta? Gentes hay que nacen pobres, y al nacer quedan sin madre ni padre. Ya sé que no todo el mundo se parece; pero, en fin, nada le es imposible a Dios. ¿Qué haríais en caso semejante? A vuestro padre, — y no os ofenda lo que os digo, — como no nació rico, tanto le da su pobreza, y acaso sea éste su consuelo. Sí, mi amo, todos podemos arruinarnos, pues nadie está libre de una bancarrota; pero me atrevo a decir que vuestro padre se ha precipitado un poco. ¿Pero qué queréis? No todos los días se hace a la mar un navío con rumbo hacia América. Yo le acompañé hasta el embarcadero, y ¡si hubiérais visto su tristeza! ¡Cómo me recomendó que os cuidase y que le diera noticias de vos! ¡No siempre ha de ir la soga tras el caldero, mi amo! Cada cual tiene sus días de prueba y yo también los tuve, pues fuí soldado antes que criado. Pasé momentos muy amargos; pero entonces era yo joven, tenía vuestra edad y me parecía que la providencia velaba siempre por mis veinticinco años. ¿Por qué queréis impedir a Dios que repare el mal que os ha causado? Dejad al tiempo, y todo se arreglará. Si me fuera permitido aconsejaros, os diría que esperáseis dos o tres años solamente, y apostaría cualquier cosa a que para entonces ya encontraríais agradable la vida. Siempre hay ocasión de dejar este mundo. ¿Por qué queréis aprovecharos de una mala hora?

Mientras el viejo Juan se esforzaba en persuadir a su amo, éste iba silencioso, y, como todo el que sufre, mirando de un lado a otro, cual si buscase algo capaz de reconciliarle con la vida. La casualidad hizo que

entretanto la señorita Godeau, la hija del arrendador general, acertase a pasar con su dueña. La casa del señor Godeau no estaba lejos. Croisilles vió entrar en ella a su amada. Aquel encuentro le produjo más efecto que todos los razonamientos del mundo. Y como ya hemos dicho que casi siempre se dejaba llevar del primer impulso, sin dudar un momento y sin dar explicación, soltó el brazo de su antiguo criado y fué a llamar en casa del señor Godeau.

II

CUANDO hoy se habla de un antiguo recaudador de rentas reales nos le imaginamos, no sin razón, con un vientre enorme sobre dos piernas cortas, una peluca opulenta y una cara redonda con mofletes y triple papada. Todo el mundo sabe a cuántos abusos daban lugar los arrendamientos reales, y parece que, por ley natural, engordan más aquéllo que se nutren, no sólo con su propia ociosidad, sinó su sesera.

Entre los recaudadores era el señor Godeau uno de los más clásicos, es decir, de los más gordos; por entonces padecía de gota, cosa muy a la moda en aquel tiempo, como lo es hoy la jaqueca. Viviendo del mayor regalo, se pasaba los días en una rica estancia, hundido en una poltrona y con los ojos a medio cerrar.

Grandes espejos le rodeaban, reflejando por todas partes la majestad de su figura; el oro, encerrado en prietas sacas, cubría su mesa y relucía en muebles, puertas, cerraduras, chimeneas, plafones y artesonado; de oro era su traje, y no sé si también lo sería su sesera.

Calculando estaba los resultados de un pequeño negocio que no podía dejar de producirle algunos miles de luises, y dignándose sonreir a solas, cuando le anunciaron la presencia de Croisilles, que entró humilde y resueltamente, y en el desorden que puede suponerse en quien piensa arrojarse al mar. El señor Godeau se quedó un poco sorprendido de tan inesperada visita.

Al pronto creyó que su hija había hecho algunas compras en casa del orfebre, confirmándose en esta idea al verla aparecer casi al mismo tiempo que Croisilles, e hizo a éste signo de que hablase sin tomar asiento. La damisela se acomodó en un sofá, y Croisilles se expresó en estos términos, poco más o menos:

—Señor, mi padre se ha declarado en quiebra. La bancarrota de un socio le ha obligado a suspender sus pagos, y, no pudiendo resistir a su propia deshonra, ha huído a América, después de entregar a sus acreedors hasta el último céntimo. Cuando esto ha sucedido yo estaba ausente, y al llegar, hace dos horas, lo he sabido. Carezco en absoluto de recursos y estoy decidido a morir. Es muy probable que en cuanto salga de esta casa me arroje al mar. Ya lo hubiera hecho, si el destino no m edepara vuestra hija tan a punto. Señor, la quiero con toda mi alma. Hace dos años que estoy enamorado de ella y hasta hoy he callado, contenido por el respeto que la debo; mas hoy, declarándooslo, cumplo con un deber sagrado, y ofendería a Dios si, antes de darme la muerte, no viniera a pediros su mano. No tengo la menor esperanza de que me la concedáis; mas no por eso debo dejar de pedírosla, pues soy buen cristiano, y cuando un buen cristiano se ve de pronto en tan tremenda desgracia, que no le es posible resistirla, debe al menos, para atenuar su crimen, agotar cuantas probabilidades le queden antes de tomar una resolución extrema.

En un principio, el señor Godeau supuso que se trataba de un prétamo y extendió prudentemente su pañuelo sobre los sacos de oro próximos a él, meditando por adelantado una cortés negativa, pues siempre tuvo buena voluntad al padre de Croisilles. Pero cuando le oyó el final y comprendió de lo que se trataba, ni un instante dudó de que el pobre mozo se había vuelto completamente loco.

Al pronto pensó en llamar a un criado y hacer poner en la puerta al visitante; pero, viéndole en tan sensata apariencia y con gesto tan enérgico, se apiadó de lo que el creía tranquila demencia, contentándose con mandar retirarse a su hija para no exponerla por más tiempo a oir inconveniencias semejantes.

La señorita Godeau, que mientras Croisilles hablaba había enrojecido como una amapola, se retiró sin replicar, obedeciendo a su padre. Croisilles la hizo una profunda reverencia, que ella pareció no advertir. El señor Godeau, a solas con Croisilles, se levantó, tosió, volvió a deparse caer en su poltrona, y, esforzándose en aparentar un tono paternal, le dijo:

—Hijo mío, quiero creer qu no de mí, y que realmente has perdido la cabeza. No sólo no te castigo por lo que has dicho, sino que lo disculpo. Siento mucho que el pobre diablo de tu padre haya quebrado y levantado el campo; es muy triste y bien comprendo que se turbe tu razón. Quiero hacer algo por tí; coge una silla y siéntate.

—Es inútil, señor, — respondió Croisilles; — desde el momento en que me rechazáis, sólo me queda pediros permiso para retirarme y desearos toda suerte de prosperidades.

—¿Y adónde vas?

—A escribir a mi padre mi último adiós.

—¡Eh, qué diantre! ¡Juraría que dices verdad! ¡El diablo me lleve sino vas a hacer una locura!

—Sí, señor, esa es mi intención, si el valor no me abandona.

—¡Bonitos propósitos! ¡Qué estupidez! ¡Siéntate, te digo, y escúchame!

El señor Godeau acababa de hacer la atinada reflexión de que nunca es agradable saber que un hombre, sea quien fuere, se ha arrojado al agua al separarse de nosotros. Tosió de nuevo, cogió su tabaquera, echó una mirada distraida a su papada, y prosiguió:

—No eres más que un necio, un loco, un niño, y no sabes lo que dices. Estás arruinado: he aquí todo lo que te pasa. Pero amigo mío, no es bastante para... Es preciso reflexionar que en el mundo hay más. Si vinie-

:as a pedirme... no sé qué, un buen conse-
o, por ejemplo, ¡vaya, menos mal!; pero,
qué es lo que quieres? ¿Te has enamorado
le mi hija?

—Sí, señor; y estoy muy lejos de suponer
que me la deis en matrimonio; pero como
en el mundo no hay nada más que ella ca-
paz de impedir mi muerte, si, como supon-
go, creéis en Dios, comprenderéis la razón
que me guía.

—Que yo crea o no crea, nada te importa
y no tolero que se me pregunte; pero res-
póndeme pronto: ¿dónde has visto a mi hi-
ja?

—En la tienda de mi padre y en esta casa
cuando alguna vez he venido a traer lo que
nos compraba la señorita Julia.

—¿Quién te ha dicho que se llama Julia?
Pero llámese Julia o como se llame, ¿sabes
tú lo que se necesita antes que nada para
atreverse a pretender a la hija de un arren-
dador general?

—No, señor. Lo ignoro por completo, al
menos que no sea tener un padre tan rico
como el de ella.

—Se necesita otra cosa, amigo mío; se
necesita un nombre.

—¡Ah! Pues yo me llamo Croisilles.

—¡Te llamas Croisilles, desgraciado! Pe-
ro ¿es que Croisilles es un nombre?

—Para mí, señor, es un nombre tan dig-
no como Godeau.

—Eres un impertinente y me las paga-
rás.

—¡Oh, por Dios, señor, no os enfadéis;
no he tenido la menor intención de ofende-
ros! Si halláis en mis palabras algo que os
disguste y queréis castigarme, basta con
que me arrojéis a la calle; en cuanto salga
de aquí buscaré la muerte.

Aunque el señor Godeau se había propues-
to despedir a Croisilles lo más suavemente
posible, a fin de evitar todo escándalo, ofen-
dido en su orgullo comenzaba a impacien-
tarse y a perder la prudencia. Le parecía
monstruoso lo que se discutía, y no quere-
mos pensar lo que sentía cuando hablaba de
este modo:

—Escucha, — dijo casi fuera de sí y re-
suelto a terminar a toda costa; — no estás
tan loco que no puedas comprender lo que
es de sentido común. ¿Eres rico?... No.
¿Eres noble?... Menos todavía. Entonces,
¿qué es sino demencia lo que pretendes?
Crees qu vas a intimidarme con un golpe au
daz, pero bien sabes que es completamente
inútil. ¿Por qué quieres hacerme responsable
de tu muerte? ¿Tienes alguna queja de mí?
¿Le debo yo ni un solo céntimo a tu padre?
¿Tengo yo la culpa de que te halles en esta
situación? ¡Entonces!... Suicídate enhora-
buena.

—Eso es lo que voy a hacer en cuanto sal-
ga de aquí. Soy vuestro más humilde servi-
dor.

—¡Un momento! No se diga nunca que
en vano has acudido a mi casa. Toma, hijo
mío, cuatro luises de oro, pasa a cenar a la
cocina y que no vuelva a oir hablar de tí.

—¡Muy agradecido, pero no tengo ham-
bre ni necesito para nada vuestro dinero.

Croisilles salió de la estancia, y el señor
Godeau con la conciencia tranquila después
del ofrecimiento que acababa de hacerle, se
hundió de nuevo en su poltrona y reanudó
sus meditaciones

Durante la escena anterior, la señorita
Godeau no estaba tan lejos como se supo-
nía. Obedeciendo a su padre, se había reti-
rado, es cierto; pero en vez de irse a sus ha-
bitaciones, se puso a escuchar tras de la
puerta.

Aunque juzgaba inconcebible la audaz ex-
travagancia de Croisilles, le parecía que al
menos no tenía nada de ofensiva, pues el
amor, desde que el mundo es mundo, nunca
se ha tenido por ofensa.

Como además no era posible dudar de la
desesperación de Croisilles, la señorita Go-
deau se hallaba dominada por los dos senti-
mientos más peligrosos para una mujer: la
compasión y la curiosidad. Cuando vió que
Croisilles se disponía a salir, atravesó rápi-
damente el salón desde cuya puerta escu-
chaba, temiendo ser sorprendida en acecho,
y se dirigió a su aposento; pero inmediata-
mente volvió sobre sus pasos.

La idea de que Croisilles pudiera, en efec-
to, matarse, la inquietaba a pesar suyo. Sin
darse cuenta de lo que hacía, se dirigió a su
encuentro. Como el salón era muy grande,
los dos jóvenes avanzaron algún tiempo
frente a frente Croisiles estaba pálido como
un muerto, y la señorita Godeau quería en
vano decir algo que expresase sus temores,
y al pasar junto a él dejó caer un ramo de
violetas que llevaba en la mano. El se incli-
nó rápidamente, y cogiendo el ramo se lo
ofreció con la mayor delicadeza a la joven;
pero ésta, en lugar de aceptarlo, siguió su
camino sin decir una palabra y entró en la
estancia de su padre.

Croisilles, al verse solo, se guardó el ra-
mo en el pecho, y salió de la casa presa de
una dulce agitación, sin saber qué pensar
de aquella aventura.

II

APENAS había dado unos pasos,
cuando vió a su fiel Juan, que co-
rría hacia él con cara de alegría.

—¿Qué pasa? — le preguntó. —
¿Tienes alguna novedad que decirme?

—Señor, — respondió Juan, — participa-
ros que la justicia ha levantado los sellos, y
que ya podéis volver a vuestra casa. Todas
las deudas han sido pagadas, y aun os que-
da la casa en propiedad Es cierto que se han
llevado cuanto había en dinero y en joyas y
que no han dejado ni los muebles; pero, en
fin, como la casa os pertenece, no lo habéis
perdido todo. Hace una hora que os busco
por todas partes sin saber lo que es de vos,
y espero, mi querido amo, que seréis lo bas-
tante juicioso para tomar un partido razo-
nable.

—¿Qué partido quieres que tome?

—Vender la casa, señor. Es toda vuestra
fortuna. Vale por lo menos unos treinta mil
francos. Con ellos, no se muere uno de ham-
bre. ¿Y quién sabe si podréis adquirir un
pequeño comercio que vaya prosperando con
el tiempo?

—Ya veremos. — respondió Croisilles,
emprendiendo apresuradamente el camino

de su casa, impaciente por ver de nuevo el hogar paterno.

Pero al llegar a él, tan triste espectáculo se ofreció a sus ojos, que apenas tuvo valor para entrar La tienda en desorden; los desiertos, los aposentos y vacío el dormitorio de su padre, todo presentaba la triste desnudez de la miseria. No quedaba ni una silla. Habían registrado los cajones; habían descerrajado la gaveta y se habían llevado la caja del dinero. Nada escapó a la avidez de los acreedores y la justicia, que al salir, luego de saquear la casa, dejó las puertas de par en par como para mostrar a las gentes que su misión había concluido.

—¡He aquí, — exclamó Croisilles, — he aquí lo que queda de treinta años de trabajo y de la más honrada existencia, por haber tenido que hacer honor en fecha fija, a una firma imprudentemente ligada a la suya!

Mientras el joven se paseaba de extremo a extremo de la estancia, entregado a los más tristes pensamientos, Juan parecía muy preocupado. Suponía que su amo no tenía dinero y que acaso no habría comido, e imaginaba el modo de preguntárselo, para ofrecerle, en caso de necesidad, algunos ahorros. Después de torturar su inteligencia durante un cuarto de hora buscando un rodeo discreto, no halló nada mejor que acercarse a Croisilles y preguntarle con ternura:

—Señor, ¿os gusta la perdiz con coles?

El pobre hombre había pronunciado estas palabras con un acento tan tierno y tan grotesco a la vez, que Croisilles, a pesar de su tristeza, no pudo por menos de reirse.

—¿Y por qué me lo preguntas? — le dijo.

—Señor, — respondió Juan, — es que mi mujer me ha guisado una para comer, y si por casualidad os gusta...

Hasta entonces Croisilles se había olvidado por completo del dinero que traía a su padre, y la proposición de Juan le hizo recordar que tenía los bolsillos llenos de oro.

—Te lo agradezco de todo corazón, —respondió, — y acepto gustoso. Pero no te inquietes por mí, tengo más dinero del necesario para pagar esta noche una buena cena, que a la vez compartiré contigo.

tro bolsas bien repletas que vació, y que contenían cincuenta luises cada una.

—Aunque esta suma no me pertenece, — añadió, — bien puedo gastar de ella durante un par de días. ¿A quién se la entregaré para que se la guarde a mi padre?

—Señor, — respondió Juan afanosamente, — vuestro padre me ha encargado mucho deciros que este dinero es vuestro, y si no os he hablado antes de ello ha sido por no saber el resultado de vuestros asuntos en París. Nada le ha de faltar a vuestro padre donde va. Se alojará en casa de uno de vuestros corresponsales, que le tratará dignamente. Además lleva cuanto necesita pues estaba seguro de que aun quedaba bastante, y lo que ha dejado, señor, todo lo que ha dejado es vuestro, como bien os lo advierte en su carta y a mí me encargó expresamente repetíroslo. Así, pues, este dinero es tan legítimamente vuestro como esta casa en que estamos. Puedo reproduciros las mismas palabras que al marchar me dijo vuestro padre: "Que me perdone mi hijo si le abandono. Que se acuerde únicamente de que aun estoy en el mundo y me siga amando. Y que disponga de lo que quede, después de pagadas mis deudas, como si fuera su herencia". Señor, estas son sus propias palabras; con que guardáos todo eso en el bolsillo, y puesto que os agrada mi comida, os ruego que vayamos a casa.

La alegría y la sinceridad que brillaban en los ojos de Juan no dejaban ninguna duda a Croisilles. Las palabras de su padre le habían conmovido de tal modo, que no pudo contener sus lágrimas. Y por otra parte, en tal ocasión, cuatro mil francos no eran una bagatela. Quien contemplase la casa en tal estado, no la juzgaría un recurso seguro para el desgraciado, pues no se podía sacar nada de ella sino vendiéndola, cosa siempre larga y difícil. Sin embargo, todo esto no dejaba de cambiar considerablemente la situación de Croisilles, que, disuadido de su funesta resolución, se sentía de pronto menos triste y menos desesperado. Después de cerrar la tienda, salió de la casa con Juan, y atravesando nuevamente la ciudad se dió a reflexionar cuán poca cosa son nuestras aflicciones, puesto que algunas veces sirven para proporcionarnos una inesperada alegría en el más débil rayo de esperanza. Entregado a esto pensamientos, sentóse a la mesa con su fiel servidor, que durante la comida no dejó de hacer cuanto pudo para alegrarle.

Los impulsivos tienen un buen defecto: de consolarse y distraerse con igual facilidad que se desesperan. Se engaña quien los crea insensibles y egoístas; acaso sienten más vivamente que los demás, y son capaces de levantarse la tapa de los sesos en un momento de desesperación; pero, pasado ese momento, necesitan vivir, comer y beber como de ordinario para deshacerse en lágrimas al acostarse. La alegría y el dolor no resbalan sobre ellos; los atraviesan de parte a parte como una flecha. Viva y sincera condición de los que saben sufrir y no pueden mentir, y en quienes se lee la verdad, no como a través de un vidrio frágil y hueco, sino como a través del cristal de roca.

Después de haber brindado con Juan, Croisilles, en lugar de arrojarse al mar, se fue al teatro, donde, sacando las violetas de la señorita Godeau, y mientras aspiraba su perfume con un profundo recogimiento, comenzó a pensar serenamente en su aventura matinal.

Reflexionando un poco, vió claramente la verdad de todo, es decir, que la joven, al dejar caer el ramo a sus pies y huir sin querer aceptarle de sus manos, había querido darle una muestra de interés, pues de otro modo su negativa y su silencio hubieran sido signo de desprecio, y Croisilles no podía aceptar esta suposición.

Croisilles juzgó, por tanto, que la señorita Godeau no tenía un corazón tan duro como su señor padre, y no le desagradó recordar que al atravesar el salón, la damisela expresaba una emoción tanto más viva cuanto que parecía involuntaria.

Pero aquella emoción, ¿era amor, era bon-

dad solamente o, menos aun, era caridad? ¿Había temido por él, por Croisilles mismo o solamente sentía ser la causa de que se matase un hombre, fuese el que fuese? El ramo, aunque marchito y medio deshojado, conservaba todavía tan vivo y exquisito perfume, que, mirándole y oliéndole, Croisilles recobró la esperanza. Era una guirnalda de rosas en torno a un manojo de violetas.

¡Cuántos sentimientos y misterios habría descubierto un turco leyendo e interpretando el lenguaje de aquellas flores! Pero en circunstancias semejantes no hay que ser turco. Las flores que han estado en el seno de una mujer bonita, en Europa como en Oriente, nunca están mudas; aunque sólo dijeran lo que han visto cuando se posaban en un lindo escote, — y esto siempre lo dicen, — ya sería bastante para un enamorado. Los perfumes tienen mucha semejanza con el amor, y hasta hay quienes piensan que el amor no es más que una especie de perfume; verdad que la flor que le exhala es la más bella de la creación.

Mientras que Croisilles divagaba así, sin prestar atención a la tragedia que se representaba, la señorita Godeau en persona apareció en el palco frente a él. No se le ocurrió que, si ella le veía, hallaría muy extraño encontrarle allí después de lo sucedido. Al contrario, hizo toda clase de esfuerzos para aproximarse al palco, sin conseguirlo.

Una figuranta de París había venido en posta para representar "Mérope", y la multitud estaba tan apretada, que no había modo de moverse.

A falta de otra cosa, se contentó con mirar fijamente a su amada, sin quitarla los ojos un instante. Le pareció que estaba preocupada y de mal humor, y que no hablaba a nadie sino con disgusto.

Como se puede imaginar, rodeaban su palco todos los petimetres de la ciudad normanda, pasando una y otra vez ante la linda damita; pero si atreverse a entrar, cosa imposible además, puesto que su señor padre ocupaba por sí solo más de las tres cuartas partes del palco. No obstante, Croisilles observó que la señorita Godeau ni reparaba en ellos ni atendía a la representación.

Con la mirada vaga, apoyada la faz en la mano y el codo sobre la balaustrada, tenía la distinción de una Venus vestida de marquesa.

Su traje, su tocado, su carmín, bajo el que se adivinaba una gran palidez, y en fin todo su elegante ornato realzaban más su extática inmovilidad. Jamás Croisilles la viera tan bella.

Como durante el entreacto hubiese hallado un medio de escapar a la confusa multitud, corrió a mirar por el cristal del palco, y, cosa extraña, casi al mismo tiempo la señorita Godeau, que apenas se había movido en largo rato, volvió la cabeza. Al verle se estremeció ligeramente, le envolvió en una rápida mirada y recobró su primitiva posición. Si su mirada expresó su sorpresa, su inquietud la descubrió su amor. No hemos de averiguar si quiso decir: "¡Cómo! ¡No estás muerto!", o "¡Gracias, Dios mío! ¡Estáis aquí y estáis vivo!" Lo cierto es que, tras de aquella mirada, Croisilles juró morir o hacerse amar.

IV

UNO de los mayores obstáculos que se oponen al amor es lo que se llama falsa vergüenza, que en tal caso no tiene nada de falsa. Croisilles carecía de orgullo y de timidez las dos causas de tan triste defecto; y no eran de los que se pasan el tiempo rondando la casa de su amada, como los gatos la jaula que contiene al pájaro. Desde que renunció a arrojarse al mar, no pensaba más que en hacer saber a su adorable Julia que solamente vivía por ella.

Pero, ¿cómo decírselo? Si por segunda vez se presentaba n casa del señor Godeau, lo menos que éste haría ¡sería obligarle a salir inmediatamente. Cuando Julia salía a pie siempre le acompañaba una criada, por lo que era inútil pretendr hablarla. Pasarse las noches bajo el alféizar de la amada, es una locura muy propia de enamorados; pero en el caso presente más inútil aun.

Ya hemos dicho que Croisilles religioso, por lo que no se le ocurrió esperar a su dama en la iglesia. Y como el partido mejor, aunque el más peligroso, es escribir a aquellos con quienes no podmos hablar, a la mañana siguiente la escribió una carta sin orden ni concierto, como suya. Poco más o menos estaba concebida en los términos siguientes:

"Señorita: Os suplico que me digáis con exactitud qué fortuna es necesaria para poder aspirar a casarse con vos. Os hago esta extraña pregunta, porque os amo tan apasionadamente, que me precisa saberlo y vos sois la única persona a quien puedo dirigirme. Anoche, en el teatro, me pareció que me mirasteis. ¡Permita Dios mi muerte si me engaño, y si vuestra mirada no era para mí! Decid si el destino ha de ser tan cruel para dejarme engañar de un modo tan dulce y tan amargo a la vez. Me pareció que al mirarme me ordenábais vivir. Sé que sois rica y sois hermosa; sé que vuestro padre es avaro y orgulloso, y que estáis en el derecho de mostraros altiva; pero os amo, y nada me importa lo demás. Clavad en mi vuestros divinos ojos, pensad en que el amor es capaz de todo, en que sufro, en que siento una indecible alegría al escribiros esta deshilvanada carta que acaso traiga vuestra cólera, y en que también vos tuvisteis un poco de culpa en todo esto. ¿Por qué dejásteis caer las flores al pasar? Poneos un momento en mi caso. Me atrevo a creer que me amáis, y me atrevo a pediros que me lo digáis. Perdonadme, os lo suplico. Daría mi vida con tal de no ofenderos, y porque escucháseis mis palabras con esa angelical sonrisa que sólo vos poseéis. Hagáis lo que hagáis, seguiré fiel a vuestra imagen y no se borrará de mi más que arrancándome el corazón. Mientras en mi recuerdo esté viva vuestra mirada, mientras estas flores no pierdan todo su perfume, mientras exista la palabra amor, conservaré alguna esperanza".

Croisilles cerró la carta, se dirigió a la

casa de su amada y se puso a pasear frente a ella hasta que vió salir a una criada. La suerte, que siempre favorece los secretos amores, quiso que la doncella de la señorita Godeau hubiese determinado salir a comprar una capota y que al verla Croisilles aprovechase la ocasión para abordarla y entregarla la carta, acompañada de un luis.

La criada aceptó, prometiendo, agradecida, cumplir el encargo, y Croisiles, loco de alegría, volvió a su casa y se sentó a la puerta, esperando la respuesta.

Antes de hablar de dicha respuesta diremos algunas palabras de la señorita Godeau. Aunque carecía en absoluto de la vanidad paterna, esta vanidad se compensaba con su excelente condición. Era, en toda la extensión de la palabra, lo que se llama una niña mimada. Ordinariamente hablaba muy poco y jamás se la veía coger una aguja.

Se pasaba la mañana componiéndose y la tarde reclinada en un sofá, como si no prestase atención a lo que hablaban. A juzgar por su tocado era prodigiosamente coqueta, y seguramente para ello lo más importante de este mundo era su hermosura. Un pliegue mal hecho en su gorguera o una mancha de tinta en sus dedos la hubieran desolado, y cuando quedaba satisfecha de su toaleta, nada comparable con su última mirada al espejo antes de salir del tocador.

No manifestaba disgusto o afición por los placeres favoritos de las jóvenes; iba gustosa al baile y ya en él se negaba a bailar, malhumorada y sin motivo, se aburría y acababa por dormirse. Cuando su padre, que la adoraba, quería hacerla un regalo a su elección, tardaba una hora en decidirse, no hallando nada que desear. Si había convidados a comer o era día de recibir, solía no aparecer por el salón, y se pasaba la noche encerrada en su cuarto, paseándose, vestida lujosamente y con el abanico en la mano. Si la decían una galantería, volvía la cabeza o otro lado y si la hacían la corte, respondía con una mirada tan altiva y severa, que desconcertaba al más atrevido. Nada la hacía reir. Jamás se emocionó con un drama o con una ópera; jamás, en fin, dió muestras de vida su corazón, y al verla pasar en todo el esplendor de su lánguida hermosura, se la hubiera tenido por una bella sonámbula que atravesase en sueños este mundo.

No era fácil comprender tanta coquetería e indiferencia. Unos decían que la señorita Godeau no era capáz de sentir amor por nada; otros, que sólo se amaba a sí misma. Sin embargo, una sola razón explicaba su carácter: esperaba. Desde los catorce años había oído repetir constantemente que nada era tan encantador como ella, y estaba persuadida; he aquí por qué ponía gran cuidado en su persona, para no cometer un sacrilegio, e iba orgullosa de su hermosura; pero a sabiendas de que hermosura tal no debía pasar por la vida inútilmente. Bajo su aparente indolencia se escondía una inflexible voluntad, tanto más firme cuanto más disimulada.

La común coquetería de las mujeres, prodigada en miradas furtivas, gestos y sonrisas, tenía la por una escaramuza pueril, vana y casi despreciable. Bien poseída de su tesoro, desdeñaba aventurarle en fáciles jugadas y precisaba un adversario digno de ella; pero acostumbrada a encontrarlo todo prevenido, no le buscaba, y hasta la sorprendía que se hiciera esperar tanto. Le parecía inconcebible no haber inspirado una gran pasión, haciendo cuatro o cinco años que figuraba en sociedad y lucía, como se debe, su lindo descote y sus riquísimos guardainfantes y basquiñas. Si hubiera dicho lo que pensaba mil veces habría respondido a los que la prodigaban alabanzas: "¡Pues bien, si es verdad que soy tan hermosa!, ¿por qué no os suicidáis por mí?" Respuesta que seguramente darían muchas jóvenes, y que más de una, que no dice nada, tiene, no sólo en el pensamiento, sino en los mismos labios.

¿Qué hay, en efecto, más desesperante para una mujer que, siendo joven y rica y digna de inspirar pasiones, haya de decirse a su pesar?:

Me admiran, me alaban, todo el mundo me encuentra encantadora; pero nadie me ama. Tengo el rostro más lindo de la tierra, un talle gentil y un pie menudo y bien calzado; mi tocado es irreprochable, mis trajes magníficos, y mis blondas y encajes maravillosos; ¡pero todo ello no me sirve más que para lucirme en bailes y saraos!

Si me habla algún joven, me trata como a una niña; si pretende casarse conmigo, es por mi dote; sólo algún provinciano ridículo se atreve a estrecharme la mano, y aunque allí donde me presento se levanta un murmullo de admiración, nadie me dice a solas algo que haga palpitar mi corazón.

Oigo mil alabanzas impertinentes a mi paso; pero ni una mirada sincera y humilde se cruza con la mía. Y teniendo un alma ardiente y llena de vida, paso por una preciosa muñeca que se luce en el paseo y en los bailes, y a la que una dueña viste y desnuda cada día, para el siguiente hacer lo mismo.

He aquí lo que la señorita Godeau se había dicho a sí misma muchas veces, y lo que en ciertas ocasiones la producía un tan sombrío aburrimiento, que se pasaba los días enteros sin hablar y casi sin moverse. Precisamente cuando la escribió Croisilles se hallaba en una de estas crisis sombrías. Acababa de tomar su chocolate y, tendida en un una poltrona, estaba sumida en una profunda melancolía, cuando entró su doncella y le entregó la carta misteriosamente. Examinó el sobre y, como no reconociese la letra, volvió de nuevo a su abstracción. Entonces la doncella, presa de la mayor turbación, se vió obligada a referir lo suncedido, sin saber cómo lo tomaría su ama. Esta la escuchó atentamente, abrió en seguida la carta, y después la leyó. Pidió un pliego de papel y escribió esta carta con la mayor indiferencia:

"¡Oh, por Dios, señor! ¡Nada de eso! No soy orgullosa. Si tenéis nada más que cien mil escudos, me casaré muy gustosa con vos."

Tal fué la respuesta que la doncella llevó en el acto a Croisilles, quien la diera otro luis por sus oficios.

V

CIEN-MIL escudos no se obtienen fácilmente, y si Croiilles reflexionara con serenidad, habría sospechado que la señorita Godeau estaba loca o se burlaba de él. Mas no pensó ni lo uno ni lo otro y al saber que su adorada Julia le amaba y le exigía cien mil escudos, no hizo desde aquel momento más que buscar el modo de procurárselos.

Poseía doscientos luices contantes y sonantes, y una casa que, como hemos dicho, podría valer hasta treinta mil francos. ¿Qué hacer? ¿Cómo areglárselas para que aquellos treinta y cuatro mil francos se convirtieran de pronto en trescientos mil? Su primera idea fué jugarse su fortuna; mas como para ello antes que nada era preciso vender la casa, colgó encima de la puerta un cartel anunciando que la finca se vendía, y soñando en lo que haría con el dinero que pudiera sacar de ella, se dedicó a esperar un comprador.

Dos semanas transcurrieron sin que se presentase ninguno. Croisilles se pasaba lo días lamentándose con Juan, y ya comenzaba a desesperase, cuando un mercader judío llamó a la puerta.

—¿Se vende esta casa?

—Sí, señor.

—¿Sois el dueño de ela?

—Sí, señor.

—¿Cuánto vale?

—Treinta mil francos. Al menos eso decía mi padre.

El judío recorrió las habitaciones, subió hasta las buhardillas, bajó a la cueva, golpeó las paredes, contó los escalones, giró las puertas sobre sus goznes, examinó las cerraduras, probó las llaves, abrió y cerró las ventanas, y, tras de tan minucioso examen, saludó con una reverencia a Croisilles y, sin decir una palabra ni hacer la menor proposición, se fué.

Croisilles, que durante una hora le había seguido paso a paso, con el corazón palpitante, no se desalentó, como se creerá, por la extraña despedida del judío, suponiendo que querría tomarse tiempo para reflexionar, y que pronto volvería. Sin atreverse a salir por si volvía, se pasó ocho días esperándole y asomándose constantemente a la ventana; pero en vano: el judío no volvió. Juan, siempre fiel a su triste papel de razonador, predicaba moral a su amo para disuadirle de malvender la casa precipitadamente y por motivo tan extravagante. Hasta que, lleno de impaciencia, de tedio y de amor, cierta mañana salió Croisilles resuelto a probar fortuna con los únicos doscientos luises que tenía.

En aquel tiempo se jugaba en secreto; mas no existían los garitos públicos, donde cualquier ciudadano, a cualquier hora, puede arruinarse con tan civilizado refinamiento, en cuanto se le pasa por la imaginación. Una vez en la calle, Croisilles se detuvo sin saber dónde dirigirse para arriesgar su dinero, y, examinando las casas vecinas, pretendía descubrir la que buscaba por su apariencia sospechosa. En esto, un joven de porte distiguido, vestido magníficamente, pasó junto a él. A juzgar por su aspecto, debía ser noble o rico heredero. Croisilles le abordó con toda cortesía:

—Perdonan, señor, — le dijo, — la libertad que me tomo. Tengo doscientos luises en mí bolsillo, y un vivo deseo de perderlos o duplicarlos en el juego. ¿Me podríais indicar algún sitio decoroso para ello?

Ante tan extraña petición, el joven, tras una sonora carcajada, respondió:

—¡Si no buscáis más que eso, seguidme, pues yo voy allí!

Croisilles le siguió, y a los pocos pasos entraron en una casa de excelente apariencia, donde fueron recibidos con todos los honores por un antiguo gentilhombre de agradabilísimo trato. En torno del tapete verde estaban sentados algunos jóvenes. Croisilles ocupó modestamente un puesto entre ellos, y en menos de una hora perdió sus doscientos luises.

Salió de allí un poco triste, hasta donde puede estarlo un enamorado que se cree correspondido. No le quedaba ni para comer aquel día; pero no era esto lo que le inquietaba.

—¿Qué haré ahora, — se preguntaba, — para tener dinero? ¿A quién dirigirme aquí? ¿Quién querrá prestarme cien luises sobre una casa que no tiene comprador?

En tal perplejidad se hallaba cuando se encontró con el mercader judío. Al verle no dudó en dirigirse a él, y, como siempre, sin reflexionar, le expuso su situación. El judío no tenía grandes deseos de comprar la casa; fué a verla únicamente por curiosidad, o, mejor dicho, para tranquilizar su conciencia, como el perro que al pasar ve abierta la puerta de la cocina y entra por si encuentra algo que llevarse; pero halló a Croisilles tan desesperado, tan triste, tan falto de recursos, que no pudo resistir la tentación de apoderarse de su miseria, y le ofreció por la casa una cuarta parte de su valor. Croisilles se abrazó a él, le llamó su amigo y su salvador, firmó a ciegas un documento inicuo y, dueño otro vez de cuatrocientos luises, al día siguiente se encaminó hacia el garito, donde con tanta cortesía y rapidez le arruinaran la víspera.

Al pasar por el puerto vió un navío dispuesto a partir. El mar estaba tranquilo, acariciado por una dulce brisa. En el muelle, la gente de mar hacía sus últimos preparativos, y en su faz se leía el temor, la impaciencia o la esperanza. Los marineros iban y venían sin cesar; los mercaderes y capitanes de navío daban sus últimas órdenes; los pasajeros se despedían de sus familias, y numerosas y ligeras lanchas surcaban las aguas en torno a la nave majestuosa, que se balanceaba dulcemente, entre tanta agitación, inflando sus velas orgullosas.

"¡Oh, qué hermoso es, — pensó Croisilles, arriesgar así lo que se tiene, para ir a buscar allende los mares una accidentada fortuna! ¡Oh, qué emoción cuando se haga a la mar esta nave cargada de riqueza tanta, bienestar de muchos! ¡Qué alegría verla al regreso con el doble de lo que se la confió, más orgullosa y más rica que cuando se fué! ¡Oh, quién fuera uno de estos comerciantes! ¡Oh, si yo pudiera jugarme así mis cuatrocientos

francos! ¡Qué inmenso tapete verde el de la inmensa mar para probar mi suerte en él! ¿Por qué no comprar algunos fondos de paños y sedas? Y teniendo dinero, ¿quién va a impedírmelo? ¿Por qué no ha de hacerse cargo de lo mío este capitán? Y de este modo, ¿quién sabe si, en vez de ir a dejar este mi pobre y única capital en un garito, lo duplicaré y hasta puede que lo triplique en una industria honrada? Si es cierto que Julia me quiere, me esperará algunos años, y me será fiel hasta que podamos casarnos. A veces el comercio produce mayores ganancias de lo que uno esperaba. En el mundo no faltan ejemplos de rápidas y sorprendentes fortunas, debidas al comercio por mar. ¿Por qué no ha de proteger la providencia un propósito tan laudable y tan digno de ayuda? Entre tantos que se han enriquecido y fletan barcos para todo el mundo, más de uno habrá que haya comenzado con una cantidad menor que la mía. Y con la ayuda de Dios han prosperado. ¿Por qué no he de poder prosperar yo también? Esta nave me inspira confianza, y creo que un viento favorable copla en sus velas. ¡Vamos! ¡La suerte está echada! Me dirigiré al capitán, cuyo aspecto me anima también. En seguida escribiré a Julia, y pronto seré un hábil negociante.

El inconveniente mayor de los que proceden con ligereza es el de querer hacerlo todo al instante. El pobre mozo, sin reflexionar en nada más, puso su capricho en ejecución. Hallar quien venda a quien lleve dinero, aunque no le conozca, es la cosa más fácil. El capitán atendiendo a Croisilles, le condujo a casa de un fabricante amigo suyo, que le vendió cuantas mercancías en sedas y tejidos pudo pagar, las cuales en una carreta fueron transportadas inmediatamente a bordo.

Croisilles, loco de júbilo y esperanza, había puesto su nombre en los fardos con gruesos caracteres. Con una alegría indescriptible vió cómo los subían al barco, que, llegada la hara de partir, se fué alejando poco a poco de la costa.

VI

No es necesario decir que en tal empresa Croisilles no había tenido la precaución de reservarse algún dinero, y como la casa ya no era suya, no le quedaban otros bienes que la ropa que llevaba; ni un dinero, ni dónde guarecerse. Llevado de su buen deseo, Juan no podía suponer que su amo estuviera reducido a tal pobreza, y Croisilles era incapaz de decírselo, no por orgullo, sino por indolencia. Se hizo el propósito de dormir a cielo raso, y en cuanto a comer, he aquí sus cálculos: supuso que el barco portador de su fortuna tardaría seis meses en volver; vendió, no sin pena, un reloj de oro, regalo paterno, que por fortuna conservaba; le dieron por él treinta y seis libras, con las que se propuso vivir durante los seis meses, a razón de cuatro sueldos diarios, sin dudar ni un momento de que fuera suficiente. Escribió a la señorita Godeau informándola lo que había hecho, — guardándose muy bien de hablar de sus apuros, — y diciéndola, por el contrario, que acababa de realizar una magnífica operación de comercio, cuyos infalibles resultados estaban próximos. La explicaba cómo "La Florecilla", bajel fletado con ciento cincuenta toneladas de mercancía, surcaba el Báltico con sedas y tejidos de su propiedad. La rogaba que permaneciese fiel durante un año, con derecho a exigirle entonces que cumpliese su palabra, y por su parte la juraba amor eterno.

Cuando la señorita Godeau recibió su carta estaba sentada junto a la chimenea, y tenía en la mano, a guisa de pantalla contra el calor, uno de esos boletines que se publican en los puertos para notificar la entrada y salida de los barcos y anunciar los desastres. Como es fácil suponer, jamás se la ocurrió ocuparse de tales noticias, y nunca había puesto los ojos en aquellas hojas impresas, hasta entonces, que las leyó interesada por la carta de Croisilles. La primera palabra en que se fijó fué precisamente el nombre de "La Florecilla". El bajel había encallado en las costas de Francia la misma noche que se hizo a la mar. La tripulación se había salvado milagrosamente; pero se había perdido todo el cargamento.

Ante aquella noticia, la señorita Godeau sólo pensó en que Croisilles se había arruinado por ella, y tuvo un sentimiento tan grande como si la pérdida experimentada por Croisilles fuese de millones. En un momento, el horror de una tempestad, los vientos que rugen, los lamentos de los ahogados, la ruina del hombre que la adora, toda, en fin, una escena de novela aparece en su imaginación; la carta y el boletín se le caen de las manos, se levanta presa de viva excitación, palpitante y agitado el pecho, los ojos arrasados en lágrimas y comienzan a pasear a grandes pasos, resuelta a proceder como deba, y preguntándose qué es lo que debe hacer.

Hagamos justicia al amor, que cuanto más fuerte son los motivos que le combaten más claros, vivos e innegables, más ama, y, en una palabra, cuanto más insensata es más se enciende la pasión; bella cosa es esta sinrazón del alma, y sin ello poco valdríamos los hombres. Después de haberse paseado por su estancia, sin olvidarse de su caro abanico ni de mirarse al pasar en el espejo, volvió a hundirse Julia en su poltrona. Quien la hubiera visto en aquel instante hubiera gozado de un conmovedor espectáculo; brillaban sus ojos, ardían sus labios, suspiraba profundamente y murmuraba con una alegría y un dolor deliciosos:

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre! ¡Se ha arruinado yor mí!

Aparte de la fortuna que debía heredar de su padre, la señorita Godeau poseía la que recibió al morir su madre. Jamás había pensado en ella; más en aquel momento, por primera vez en su vida recordó que podía disponer de quinientos mil francos. Sonrió ante tal pensamiento, y concibió un proyecto extravagante, atrevido, muy femenino y tan disparatodo como si fuese de Croisilles. Acarició su idea algún tiempo, y al fin se decidió a ejecutarla..

Comenzó por averiguar si Croisilles tenía algún pariente o amigo, para lo cual puso en juego a su doncella. Después de muchas gestiones, descubrió que en un piso cuarto de una casa muy vieja tenía Croisilles una tía medio paralítica que jamás se movía de su sillón, y que llevaba cuatro o cinco años sin salir a la calle. La pobre anciana parecía haber sido puesta o, mejor dicho, abandonada en el mundo como un muestrario de calamidades y miserias humanas. Vivía en un desván, y estaba ciega, gotosa y casi sorda; pero una alegría natural más fuerte que su desgracia y sus males, la animaba a los ochenta años, haciéndola amar la vida, a pesar de todo. Sus vecinos jamás pasaban por su puerta sin entrar a verla, y todas las mocitas del barrio se divertían oyéndola tararear canciones antiguas. Vivía de una pequeña renta vitalicia y se pasabe el día haciendo media. Por lo demás, no sabía lo que había sucedido desde la muerte de Luis XIV.

Julia fué de incógnito a casa de esta respetable señora.

Para esta visita se puso sus mejores galas: plumas, encajes, cintas, diamantes; nada omitió. Quería seducir el corazón de la anciana. Pero su mayor belleza estaba aquel día en el capricho que allí la llevaba. Subió la escalera, empinada y oscura, y después del más gracioso saludo, habló a la viejecita de este modo:

—Señora, tenéis un sobrino llamado Croisilles que me ama y que ha pedido mi mano; yo también le amo, y quisiera casarme con él; pero mi padre, el señor Godeau, arrendador general de la ciudad, se opone a allo porque vuestro sobrino no es rico. Por nada del mundo quisiera yo ser la causa de un escándalo ni disgustar a nadie, y tampoco tendría valor para disponer de mí sin el consentimiento de mi familia. Vengo a pediros un favor que os suplico me concedáis: es necesario que vos misma vayáis a proponer la boda a mi padre. Gracias a Dios, tengo una fortuna que está por completo a vuestra disposición; cuando queráis, mi notario os entregará quinientos mil francos, cuya suma podéis decir que pertenec a vuestro sobrino, y en efcto le pertenece, pues no se trata de un regalo que le hago, sino de una deuda que le pago, pues yo soy la causa de la ruina de Croisilles, y es justo que la repare. Mi padre no cederá fácilmnte; será preciso que insistáis y que tengáis un poco de valor; por mi parte no he de volverme atrás. Como nadie en el mundo sino yo tiene derecho sobre la cantidad de que os hablo, nadie sabrá jamás de dónde os ha venido. Ya sé que no sois rica, y que acaso temáis se extrañe la gente al veros dotar a vuestro sobrino; pero tener en cuenta que mi padre no os conoce, que os dejáis ver muy poco en la ciudad y que, por tanto, os será fácil fingir que acabáis de llegar de un viaje. Es indudable que todo esto os causará molestias, tenéis que dejar vuestro sillón y sufrir un poco; pero haréis dichosos a dos seres; y si vos, señora, habéis sabido alguna vez lo que es amor, espero que no os negaréis.

A medida que Julia hablaba, la buena señora iba de sorpresa en sorpresa, escuchándola atenta, enternecida y encantada. Las últimas palabras la decidieron.

—¡Sí, hija mía, —repitió varias veces, — yo sé lo que es eso, yo sé lo que es eso!

Y diciendo así hizo un esfuerzo para levantarse; sus débiles piernas apenas podían sostenerla; Julia se adelantó hacia ella rápidamente y la dió la mano para ayudarla; por un movimiento casi involuntario, cayeron una en brazos de la otra, terminando así el convenio, que fué sellado por un beso cordial, tras el cual siguieron las confidencias sin la menor violencia.

Convenido todo, la buena señora sacó de su armario un venerable traje de tafetán, que fué su traje de novia. Tal antigüedad tenía más de cincuenta años; pero ni una mancha ni la menor huella de polvo. Julia quedó admirada. Mandaron buscar la carroza de alquiler más lujosa que hubiese en la ciudad. La bondadosa ancianita ensayó lo que había de decir al señor Godeau; Julia la indicó el modo de atacar a su padre para convencerle, y no tuvo escrúpulo en confesar que la vanidad era su punto vulnerable.

—Si se os ocurre, — la dijo, — un medio de adularle en su flaqueza, habremos ganado la partida.

La anciana reflexionó profundamente, acabó su tocado sin decir una palabra, estrechó la mano de su futura sobrina y subió a la carroza, que a poco se detuvo ante la casa del señor Godeau, en la que penetró la dama con tal arrogancia, que parecía haber rejuvenecido diez años. Atravesó majestuosamente el salón donde Julia dejó caer su ramo de violetas, y cuando se abrió la puerta de la estancia donde esperaba el señor Godeau, dijo con firme voz al lacayo que la precedía:

—Anunciad en seguida a la baronesa de Croisilles.

Este título fué lo que decidió la felicidad de los dos amantes. El señor Godeau se deslumbró con él. Aunque los quinientos mil francos le parecieron poca cosa, consintió en todo por hacer baronesa a su hija. Y baronesa fué; ¿quién se hubiera atrevido a disputarla ese título? Bien ganado lo tenía.

ALFRED DE MUSSET.

Toda enseñanza defensora de tesis contraria a la razón es una burla, una tentativa dirigida a alejar el único medio de conocimiento otorgado al hombre por Dios. — Tolstoi.

La gran superstición de la política de otros tiempos era el derecho divino de los reyes. La gran superstición de la política de hoy es el derecho divino de los Parlamentos. — Herberto Spencer.

UN CUENTO PINTORESCO Y TIPICO

LA LEVITA DEL RECTOR

Por "EL BACHILLER ALCANICES"

Puede decirse que conoce muy bien el ambiente que pinta el autor de este cuento que reproduce "Pucky" de una popular revista española como una nota peculiar y curiosa sobre lo que, según parece, sucedería en algnuas repúblicas hispanoamericanas.

LAS narraciones del señor Romero Mendoza tenían que ser puestas necesariamente en rigurosa cuarentena, porque todas ellas tenían sus más y sus menos de pulla política y de obstinada oposición al gobierno de su patria, de la que Romero Mendoza salió huyendo, entre gallos y medianoche, a toda velocidad, y sin más impedimenta que lo encapillado, algunos documentos de mucha importancia y varios miles de pesos, en monedas de oro, inglesas, reservas acumuladas previsoramente en su caja de hacendado y minero, por si el "dictador" descubría la que le preparaban sigilosamente los conspiradores, entrel os que se encontraba nuestro amigo. Pero, aún a sabiendas de la inquina de Romero Mendoza contra el general presidente, — el "tirano", como él decía, — su gracia natural de narrador infatigable y original, su aire de hombre veraz, su reputación de político interiorizado en la vida menuda e íntima del palacio presidencial y otras circunstancias que le rodeaban de un prestigio envidiable, inducían a sus oyentes a darle crédito, celebrando sin reservas cuanto su buen humor inventaba con sangrienta mordacidad cuando los relatos no eran, como él aseveraba con persuasiva dialéctica, una realidad anecdótica.

Aquella tarde inició Romero Mendoza su amena charla, después de un breve, ensimismamiento, durante el cual sé le vió sonreir de muy buena gana, así como cuando se recuerda un episodio regocijante que, al ser renovado en la dormida memoria, nos incita a rendir tributo a la hilaridad.

—Si ustedes le conocieran, — dijo, de pronto, después de limpiar con el blanco pañuelo de algodón los anteojos, — se darían cuenta cabal de la escena. Aquello fué tremendo. Si el "tirano" no reventó de indignación aquella noche es evidente que tiene cuerda para muchos años, porque es de advertir que el "dictador", cuando se dió cuenta de la burla de que le había hecho objeto don Aniceto, — el rector de la Universidad, — montó en ira y, embrutecido por el alcohol, como de costumbre, intentó abofetear, en pleno banquete oficial, ante representantes de naciones extrañas, al insigne educado rde la juventud estudiosa. Yo era a la sazón ministro de Hacienda, y asistí a la comilona, cuyas peripecias rememoro. Lo acaecido fué, en resumidas cuentas, una de las corrientes singularidades de don Aniceto. Van ustedes a saber, pe a pa, toda esta regocijante historieta.

Los contertulios de Romero Mendoza nos frotamos las manos, prometiéndonos un rato muy agradable, y nos dispusimos a escucharle con atención fervorosa. Nuestro amigo saboreó la rica cerveza que el mozo del Club había vertido hacía un instante en los altos y gruesos vasos, rebosantes de nítida espuma, y se expresó de esta manera:

—El general presidente, — ese bárbaro que ya saben ustedes cómo deshonra a mi país, — recibió la visita del ministro de Alemania, quien le pidió una audiencia para presentarle al señor von Leiter, sabio ilustrísimo que recorría en Nuevo Mundo estudiando los tesoros arqueológicos de América. Señalados día y hora, tuvo lugar la recepción del célebre extrangero. En el curso de ella, el general, tanp ropenso a las parrandas, invitó al forastero a un banquete, acto que tendría lugar en una fecha inmediata, con el fin de ponerle en contacto con todos los hombres que en la república se habían distinguido por sus estudios, sobresaliendo en el cultivo de las ciencias. Aceptada, como es de rigor la invitación del jefe del Estado, el invitado y el diplomático se retiraron de la presidencial presencia,

muy satisfechos, alabando la cortesía y sencilléz del poderoso gobernante.

El general, con toda diligencia, comenzó los preparativos de la fiesta, y ordenó en el acto a uno de sus ayudantes que fuese sin pérdida de tiempo a la casa del rector de la Universidad a comunicarle que el día tantos, a la hora tal, se verificaría una comida en honor del arqueólogo alemán, siendo indispensable que asistiese a ella don Aniceto, previniéndole que se vestiría traje de levita, como se acostumbraba en Londres.

Recibió amablemente nuestro buen rector al soldado mensajero de la orden palatina, y después de escucharle muy atentamente, le dijo un tanto burlón y no poco gravemente:

—El caso es que yo, señor comandante, como soy hombre de pocos dineros y estoy muy metido en las silenciosas soledades de mi casa, en la apacible y dulce compañía de mi pobreza y mis libros, no podré aceptar la invitación de Su Exelencia el señor general presidente de la República, por muchas razones, una de las cuales excluye a las restantes y es suficiente y pertinente excusa, y es, a saber, que todo mi ropero se reduce a las prendas viejas, y con no pocos zurcidos que cubren mis carnes míseras, ropas que, por sobradamente usadas, aunque estuviesen muy limpias, no las juzgo muy del caso para ser exhibidas en Palacio, al lado de las que, flamantes y de última, moda vestirán los comensales del señor general. Diga usted, pues, a Su Exelencia los motivos que me impiden corresponder a su fina atención, agregando, si lo considera de alguna utilidad, que mis rarezas y muchos años, mis ocupaciones y la falta de salud aumentan la dificultad, aparte de que yo, como no frecuento los salones de las gentes elegantes, ando de educación social tan atrasado y distante, que haría en ese magnífico banquete un tritísimo, desairado y torpe papel.

Volvió el ayudante del general a Palacio y refirió a Su Excelencia cuanto don Aniceto opuso a su convite verbal. Oyó atento el "tirano" la escueta narración, y reflexionando un instante, dijo con arrebatada ira al ayudante.

—Vuelva usted en el acto a casa de don Aniceto y dígale que venga a verme inmediatamente. De paso, llame usted a un ordenanza y déle la orden de que avise al sastre Galindo, para que se presente en Palacio "incontinenti"

Salió el comandante a cumplir lo dispuesto por su superior, y al cabo de media hora, don Aniceto, en compañía del soldado, entraba en el despacho del "déspota".

Era don Aniceto, — pues ya falleció, — un mestizo cuya edad no se revelaba en las facciones, condición especial de los que tienen en sus venas una mitad de sangre española y otra mitad de sangre india; pero frisaba en los sesenta y seis años, muy bien conservados. Su cara, lampiña, tenía la palidez cobreña característica de los hombres que son un resultado del cruzamiento de las razas hispana y aborigen. Los ojos, negros, despiertos, fisgones y lucientes, escondidos en la sima de las cavidades craneanas, miraban penetrante y fijamente al interlocutor clavándose en las ajenas pupilas como dardo de acero. Meloso en el decir, con socarronería ingénita, deslizaba las palabras lentamente con un retintín de fina ironía, a la manera de fruto maduro de sosegada meditación. Vestía con todo descuido, desaliñadamente, más por despreocupación que por obra de la voluntad. Su gramática parda corría pareja con su positivo acervo intelectual. Era de buena estatura, de tronco recio y remos proporcionados. Su boca era enorme, mostrando cuando bostezaba una horrenda cavidad, de la que salían, cuando hablaba, silbadoras y roncas las palabras, cortantes y desconcertadoras.

El general que estaba de buen humor aquel día, recibió al rector con afectuosidad, y luego que le estrechó con efusión la mano derecha, le hizo tomar asiento en un cómodo butacón, departiendo muy cordialmente con el arisco y poco comunicativo maestro.

—Le he hecho venir a Palacio, señor rector, — dijo el general, — porque hace tiempo deseaba conversar con usted un buen rato sobre el estado en que se encuentra la enseñanza pública, en esta nuestra tierra. Yo, señor don Aniceto, no soy un hombre ilustrado, pero comprendo perfectamente que los sabios son de mucha utilidad en países como el nuestro, en el que, a decir verdad, estamos en estas y en otras cosas de más aliento bastante atrasados, de lo que se deduce que nadie podrá orientarme en tan complicado camino mejor y más discretamente que el señor rector de la Universidad. Quiero decir, sin que sea necesario insistir en ello, que mi intención es buena, faltando sólo que mis amigos me dejen gobernar tranquilamente para que yo pueda ocuparme en una obra de esta clase con todo el mucho interés que el caso merece.

Absorto don Aniceto, asentía con gestos de aprobación a las palabras del general, con lo que éste se mostraba muy contento, y llevado del entusiasmo, llegó al extremo de abrazar estrepitosamente al rector, y, seguidamente, abrió un armariete que estaba allí a mano, del que extrajo una botella y un par de copas de fino cristal de Bohemia, llenándolas hasta el borde de amarillo coñac. Presentó una de ellas al rector, y con toda campechanía le dijo:

—Arriba, don Aniceto. Y apúrese, para que repitamos.

Don Aniceto, que era abstinente, no bebió. Sorprendido el "dictador" de que hubiera quien fuese capaz de desairarle, se encaró con su convidado y le escupió esta amenaza:

—Hasta verte, Jesús mío, don Aniceto, o por mi nombre que le hago beberse sin tomar aliento una botella entera. ¿Qué se ha creído usted, viejo de porra?

Tuvo, a regañadientes, que apurar la copa de coñac el rector, y, complacido con esto el general, explicó, mientras saboreaba una segunda ración:

—Pero hombre, si esto es lo mejor del mundo. Ya sabía yo que usted es un ene-

migo declarado del vino y de todas las bebidas; pero, sin duda alguna, consiste su abstinencia en que le falta dinero para comprar de lo bueno, porque cuesta caro. Pues no se apure usted. Le voy a mandar unos cuantos cajones a su casa, para que se regale dándose gusto. Y conste que yo iré algunas veces a hacerle compañía para beber el néctar en su retiro. Mientras tanto, — añadió, — le he de declarar el objeto de mi llamada a Palacio. El día tal, — y lo citó, — tendrá lugar un festín en honor de un alemán que ha caído por estas alturas buscando quién sabe qué cosas raras, y como la ocasión la pintan calva, he querido agasajarle como Dios manda. Ese día deben concurrir al banquete los hombres más eminentes de este país para acompañarnos en la refacción. Usted no puede faltar; eso sí, que sometiéndose a ciertas condiciones. Usted comprende muy bien que a reuniones de esta clase no se puede asistir con ropas de la clase que tiene usted encima en este momento, por cuya razón he llamado a Galindo, mi sastre oficial, para que le tome a usted la medida deu n traje de levita, fielmente ajustado al último figurín. Va a estar usted hecho un lechuguino. Llamará usted la atención. Su levita, de corte inglés, será la admiración de los concurrentes. Deslumbrará usted a mis comensales. Brillará usted tanto con sus faldones rectos, espléndidos y lustrosos como yo con mi uniforme de gala de generalísimo.

Don Aniceto escuchó un tanto mohino el torrencial discursete del presidente, y una vez que Su Excelencia puso término al chaparrón verbal, se irguió el cazurro rector, hizo una reverencia, adoptó un contienente inconfundible y, haciendo uso de la sonrisa enigmática que reservaba para sus momentos de altivo desprecio, disfrazados de humilde resignación, murmuró con dulzura infinita:

—A gran señor, todo honor; o, como suele decirse, para buen bayo, mejor sayo. Por mi santiguada, Excelencia, que la levita de su regalo generoso desempeñará muy a conciencia el gastronómico cometido que se le ha confiado, o dejaré de ser quien siempre fuí.

Midió, en esto, el famoso Galindo el cuerpo del señor rector en la propia sala de despacho del general, comprometiéndose a coser el traje en el tiempo breve que faltaba para la fiesta; y hay que reconocer que en hora bastante anticipada salió de su apremio haciendo entrega a don Aniceto del terno, con lo que se libró de la segura paliza con que el "tirano" le amenazó si no daba fiel cumplimiento a lo que ofrecía.

Estaban ya todos los convidados en Palacio el día del banquete, y don Aniceto no aparecía, por cuyo motivo se mostraba impaciente y contrariado el general, que concluyó por mandar al ayudante en busca del rector. El obediente comandante encontró a nuestro amigo muy enfrascado en la lectura de un inmenso libroto forrado en amarillento pergamino, sin inquietud alguna, con la más calmosa tranquilidad. Advirtióle el militar que en Palacio se le estaba esperando hacía bastante tiempo, debiendo por eso resolverse a acompañarle, sin más tardanza ni excusa alguna, so pena de caer en el peligroso desagrado de Su Excelencia, que era poco benévolo, por cierto. Don Aniceto, por toda respuesta, y con mayor presteza de la en él usual, cambió las prendas viejas que vestía por las nuevas, sin reemplazar puños, cuello ni camisa, ni ponerse otros zapatos que los del uso diario que calzaba, ni sombrero distinto del grasiento, de copa alta, que cubría de enero a diciembre su cabeza, hecho lo cual se enderezó a la mansión presidencial.

Renuncio, señores míos, a describir la desagradable impresión que produjo a Su Excelencia la aparición de don Aniceto, con los puños y el cuello sebosos, la corbata manifiestamente impresentable y los zapatos llenos de barro. Disimuladamente ordenó el "déspota" a un ordenanza que asease al rector, poniéndole en tolerables condiciones de poder alternar con los otros personajes que rodeaban a nuestro máximo gobernador, y llegó, al fin, el momento de sentarse a la mesa.

Servidas las viandas, comenzóse, sin estiramientos protocolares excesivos, el ataque a los bien condimentados guisos extranjeros y criollos, reinando entre los comensales el natural contento y la corriente animación, mezclándose las libaciones con el consumo de los manjares, menudeando las alegres risotadas de los unos y las charlas bulliciosas de los otros.

Don Aniceto era objeto de una persistente observación por parte del "Baltasar" de mi Patria, y con toda razón ,porque durante la comida los vecinos de asiento tuvieron que decirle:

Señor rector, por Dios, no se distraiga usted. Se está echando el pescado sobre la ropa...

—Don Aniceto, fíjese usted en lo que hace. Se le ha caído una presa de pato sobre los pantalones...

El señor rector, riendo amablemente, respondía indiferente:

—No se preocupen ustedes de mi indumentaria... No importa, no importa... A veces, los ternos nuevos necesitan ser maltratados para hacerlos viejos... Además, hay que dar a Dios lo que es de Dios, y al César, lo suyo...

En la lista de la comida figuraba el nacional y apetitoso caldo de gallina con huevo. Sirvieron a don Aniceto su ración, y armándose de cuchara, revolvió con el caldo la yema del huevo; acercó después la taza a los labios, y en lugar de beber la mezcla cabrosa y amarillenta, dejó escurrir el líquido sobre el chaleco, la levita y los pantalones, con asombro y formidable reir de los circunstantes. Don Aniceto se había puesto hecho una calamidad, produciendo una verdadera revolución en el comedor.

La irritación del general presidente no puede ser descrita. Levantóse de su asiento, como impelido por un resorte, se fué rectamente al sitio ocupado por don Aniceto y le gritó, iracundo:

—Es usted un viejo indecente y canalla, y a bribones de su clase, yo...

El "tirano" levantó el brazo, frenético, y hubiera dado una bofetada al rector si el ministro de la Guerra, con toda prontitud y arrojo, no hubiera sujetado al enfurecido general.

Don Aniceto, sin inmutarse, con una serenidad epopéyica, se incorporó súbitamente, colocándose en positiva actitud defensiva, y sonriendo de aquella manera socarrona que le era peculiar, con la tranquilidad mestiza característica de los hombres de su clase, explicó con fuerte voz, ademán reposado y muy seriamente:

—Su Excelencia debe experimentar una honda satisfacción. Los convidados a este regio festín hacen cumplido honor a la invitación. A este banquete, como uno de tantos ,fué invitado un terno de levita. Pues he aquí cómo ese terno, de lo más fino y moderno que cosió aguja sastreril en este país, se ha portado a maravilla. Jamás anfitrión alguno obtuvo mayor éxito, excelentísimo señor. Permitidme, excelencia, que por este nuevo triunfo beba a vuestra salud...

Y bebió.

Y, esto dicho, don Aniceto, con paso lento, con todo sosiego, ante la consternación de todo el concurso, desfiló por el elegante comedor, tomando las de Villadiego.

El Bachiller Alcañices.

La verdadera ciencia del hombre consiste en comprender que la realidad es una ilusión y que la vida es un dolor permanente. — Schopenhauer.

Los príncipes deben tener un interés verdadero y esencialísimo en no sobrecargar a los pueblos de contribuciones hasta privarles de lo necesario. — Vaubán.

AL TACHERO SIEMPRE SE LE OLVIDA ALGO

—Perdone, señor, ¿me permite que hable por teléfono un minuto? He venido y me he olvidado de hacer que viniera el chico a quien he de mandar en busca de las cosas que se me hayan olvidado.

UN CASO EXTRAORDINARIO

LA CORRIDA SUPREMA

Por HENRI FALK

(Traducción del francés)

El autor de este divertido relato es uno de los escritores humorísticos más estimados en Francia, por la originalidad de que hace gala en todas sus producciones, condición que puede notarse en el cuento que se publica a continuación.

EL viejo matador de toros retirado me contaba:

—La vida de torero, señor, es la más bella que se puede vivir. A cada instante se roza la muerte antes de darla. Es sublime. ¿No es justo que esta valentía sea recompensada con lo gloria y el amor? Por eso, un torero desgraciado en amores es un caso completamente imprevis-

—¿Salmigo II?, — respondí yo con profundo respeto. — No, no lo conocí.

—¿Salmigo 11?, respondí yo con profundo respeto. No, no lo conocí.

—Entonces, escúcheme bien; Salmigo II nació en el pueblo de Pudrapúnez, provincia de Murcia, y se hizo notar, desde muy joven por su actitud para el combate y fué rápidamente uno de los primeros espadas del reino. Cuando él daba el "descabello", el toro caía sobre la arena como una gran rana electrocutada. Así, los corazones femeninos rodaban a los pies de Salmigo II, pero él no hacía caso porque, — es la eterna historia, — estaba enamorado, enamorado de una andaluza rubia, y cuando las andaluzas se ponen a ser rubias no hay nada tan hermoso bajo el cielo, después de la sonrisa del Buen Dios. Tan rubia era Conchita que se la tomaría por una de esas muchachas de Holanda que sonríen a la clientela en las latas de cacao. Ella lo sabía, envanecida, y para completar la ilusión se complacía en cultivar macetas de enormes fulipanes, flores bien holandesas, sobre los hierros de sus balcones. Pero, — siempre la eterna historia, — ella no quería a Salmigo II y éste sufría extraordinariamente.

"La gran corrida del domingo de Pascua estaba próxima. Salmigo II, este día, debía combatir con tres magníficos toros salvajes de la ganadería de Anglar. Antes de la corrida, fué a visitar a la rubia cruel y, con voz sombría, le preguntó:

"—¿Serás mi mujer

"Ella respondió:

"—¡Estás de broma:

"—Está bien, — dijo simplemente, — Hoy, el toro me matará.

"Y he aquí la corrida. Música, alguaciles, cuadrillas, trompetas. El primer toro sale del toril. No podía imaginarse un toro más feroz. Yo estaba allí y conocía el propósito de Salmigo II. Yo temblaba.

"De súbito, se oyó un clamor: el toro por terrible que fuera, tenía las dos patas de delante un poco cortas y tan separadas una de otras que parecía una foca. Una risa atronadora subió por todas las galerías. El toro galopaba de una manera tan absurda, que Salmigo II — yo lo leí en sus ojos negros — no pudo admitir la idea de dejarse matar por su enemigo ridículo. Estoqueó con enorme brió, fué aclamado y esperó al segundo toro.

"Este entró en la arena bramando ferozmente.

"Manifiestamente atacado de neurastenia, presentaba el morrillo a las picas y a las banderillas para acabar más pronto con la vida. Se presentó ante la espada de Salmigo II con un aire tan triste que él no pudo decentemente dejarse matar por un animal resuelto al suicidio. Estoqueó con una maes-

tría insuperable, fué aclamado y esperó al tercer toro.

"¿Sería este el toro de la muerte? ¡Ah señor! todo parecía hacerlo creer. Como un maldito buey, con los cuernos bajos, arrastr ólas pezuñas por el suelo y dió varias vueltas a la pista al galope, sin seguir un segundo a las capas rojas abiertas ante sus ojos. Tomando un partido inexplicable, no se detuvo ni un momento hasta estar delante de dos toreros que vestían de verde. Salmigo II en vano quiso enfurecer a su enemigo con su muleta púrpura. El toro, lejos de exprimir su cólera, se puso a lamer la tela escarlata con una calma encantadora. Entonces, yo lo comprendí todo. El animal estaba atacado de esa imperfección de la vista que hace tomar el rojo por el verde y el verde por el rojo y que los hombres de ciencia llaman daltonismo: la muleta sangrienta parecía a sus miradas un pedazo de césped muy verde. Yo grité mi descubrimiento a Salmigo II que no lo entendió y sudando de rabia, estoqueó al toro de un solo golpe tan furioso que su espada hizo pedazos el tórax de la bestia. Y, despreciado tres veces por la muerte, abandonó desesperado la plaza entre aclamaciones.

"Pero Conchita se había emocionado y en aquel momento, amaba ¡oh!, amaba a Salmigo II con todo su ser. Al salir de las arenas, debía pasar en coche por delante de su casa: corrió a su casa, se asomó a la ventana y cuando le vió llegar le hizo señas. Salmigo II lo notó embriagado de felicidad y llegó al pie de la ventana. En este momento, la bella Conchita le enviaba un beso. Pero, en este gesto apasionado, empujó una maceta de flores que cayó y que Salmigo II, extasiado, recibió sobre su cabeza...

"El se repuso del golpe, pero desde entonces toma los melones por castañas...¿No es verdad, señor, que lo imprevisto es el rey del mundo? Créalo, señor, y crea que estoy dispuesto a tomar otro granizado de naranja con bastante kirsch.

HENRI FALK

La verdadera filosofía es "ateológica", porque nada sabe ni puede saber de la existencia de un Dios personal y ultramundano, cuya idea, lejos de ser innata al hombre, es resultado de la educación. — Schopenhauer.

Aunque sois todos iguales, Dios, que os ha formado, no ha hecho entrar los mismos materiales en la composición de todos nosotros; ha puesto el oro en los unos, el hierro en los otros y la mezcla en la mayor parte. — Sócrates.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

EL ORIGEN DE UN DIFUNDIDO SPORT

COMO NACIO EL BOXEO

Los primeros boxeadores y su existencia en los tiempos mitológicos, los encuentros entre pugilistas en Grecia y el boxeo actual nacido en Inglaterra y difundido en Estados Unidos primero y luego en todo el mundo.

EL pugilato clásico constituía entre los griegos una de las mayores atracciones de sus concursos atléticos.

Su origen es legendario. Se atribuye a Teseo su invención, y se dice que Hércules lo practicó aleccionado por Harpálice. Epeio, Alcídamas, Erix y Fideo nos son presentados por Virgilio en la fábula de los argonautas como célebres puglistas.

Las luchas de Apolo contra Ares en el Olimpo alcanzaron fama. A aquél se le ofrecían sacrificios cómo "pyktes" (dios del boxeador).

En tan remotos tiempos los combatientes (agonistas) se presentaban desnudos al pugilato. Para cubrir sus puños empleaban los griegos correas o guantes especiales, cuyo fin era amortiguar o hacer más duros los golpes.

La forma más antigua de cesta, — así se denominaban los guantes, — consistía en correas arrolladas a las manos, muñecas y antebrazos, dejando libres los dedos. Estas correas eran de piel de toro, y su longitud oscilaba entre uno y medio y dos metros.

Entre los múltiples formas de cestas merecen citarse las usadas en Italia, donde el pugilato alcanzó gran renombre. Consistía el guante en las correas de que ya se ha hablado, pero reforzadas por una plancha de plomo.

En ocasiones, para conseguir que los golpes fueran de mayor potencia, los pugilistas se colocaban en los dedos un cuádruple anillo con salientes puntiagudos. ¿Para qué decir que los efectos de un peñetazo dado con tal artefacto eran de graves consecuencias?

Un boxeador griego levantando un dedo para declararse vencido. (De un plato antiguo.)

El pugilato, cuando se practicaba públicamente, o sea en torneos y fiestas, se sujetaba a ciertas reglas, algunas de las cuales se encaminaban a aminorar los graves efectos que en un principio tuvieron las luchas pugilísticas.

A Onamasto de Esmirna, vencedor en la Olimpíada vigésimotercera, se debió la agrupación de dichas reglas, y se cuenta que el primer agonista que combatió sujetándose a las normas establecidas fué el campeón de la Olimpíada cuatrigésimaoctava, Pitágoras de Samos.

Entre las principales reglas figuraba la prohibición absoluta del cuerpo a cuerpo. Al combatiente que se le apreciara intención de dar muerte a su adversario se le castigaba con la expulsión del estadio.

Aunque tal pena parezca desproporcionada a la gravedad de la falta, en la práctica era eficasísima, y hay noticias de que Cleómedes de Astipalea se volvió loco al serle

impuesto tal castigo.

De ciertas figuras existentes en el Museo de las Termas se deduce que la lucha no era continua, ya que son de pugilistas en actitud de descanso.

En ocasiones, los combates se prolongaban excesivamente, y para decidir la victoria se recurría al "climax". Consistía esta modalidad del pugilato en que cada luchador, por turno se exponía a los golpes de su rival, de los que podía defenderse, pero sin contestarlos.

Para declararse vencido era condición que el pugilista levantara, bien un brazo o un dedo, que casi siempre era el índice. Inmediatamente el combate era suspendido. También de las figuras de ciertos monumentos de la época se infiere que los pugilistas se adiestraban, pues existen atletas golpeando ya el vacío, una pelota o un odre hinchado.

El pugilato clásico formaba parte del pancracio, que comprendía también la lucha en el sentido más amplio, ya que en él eran consentidos desde la simple presa al puntapié. Y aunque parezca absurdo este procedimiento de combate, era considerado como menos peligroso, hasta el punto de que los agonistas, para cerciorarse de que estaban en condiciones de practicar el pugilato, se ejercitaban antes en el pancracio.

El pugilato era considerado como la mejor preparación para las guerras, que en aquellos tiempos se reducían a las luchas cuerpo a cuerpo.

A excepción de Inglaterra, el pugilato era desconocido en Europa después de la caída del Imperio romano. En aquel país las primeras noticias del boxeo como deporte datan de fines del siglo XVII, en el que alcanzó fama el campeón Jaime Figg, que lo fué de la lucha sin guantes durante veintiún años (1709-1730).

Boxeadores griegos, llamados "agonistas", en un combate. (De un plato de la época.)

Forma en la que se revestían las manos los boxeadores greco-romanos para golpear con más eficacia.

La invención de los guantes, ahora en uso, se atribuye a Brougthon, que construyó un anfiteatro para luchas pugilísticas. Entre los sucesores de Brougthon merece citarse John Gully, más tarde diputado en el Parlamento.

Como curiosidad diremos que hasta el año 1795 los boxeadores llevaban el cabello largo; pero en un "match" disputado en dicho año, Jackson golpeó y venció a Mendoza, teniéndole asido por el pelo, siendo concecuencia de este incidente que todos los púgiles tomaran la medida de raparse o afeitarse la cabeza.

En el resto de Europa y en Norteamérica el boxeo se popularizó en los comienzos del siglo XIX. Campeones norteamericanos de esta época fueron: Tom Hyer, Ambrose, Morrissey, Heenann Allen, Mace, etc., hasta 1900, en que surgió Jeffries, vencedor de Fitzsimons. Después, todos los aficionados recuerdan los nombres de Jack Johnson, el famoso negro, y el de su vencedor, Willard.

Y nada digamos de Jack Dempsey, actual campeón mundial de todas las categorías, cuya popularidad ha aumentado merced a sus tan comentadas extravagancias y genialidades.

Véase, pues, hasta cuándo hay que remontarse para encontrar el origen del pugilato, sport que hoy día cuenta en todo el mundo con un considerable número de adeptos.

PORTIVO.

LITERATURA RUSA

EL GATO Y LA ZORRA

POR L. AFANASIEFF

Corresponde a la serie que viene publicando "Pucky" desde hace varias semanas, el siguiente cuento del gran autor ruso, que además de escribir grandes novelas dió a la estampa estos interesantes y curiosos cuentos.

ERASE un campesino que tenía un gato tan travieso, que su dueño, perdiendo al fin la paciencia, lo tomó un día, lo metió en una bolsa y lo llevó al bosque, dejándolo allí abandonado.

El gato, viéndose solo, salió de la bolsa y se puso a errar por el bosque hasta que llegó a la cabaña de un guarda. Se subió a la guardilla y se estableció allí. Cuando tenía ganas de comer cazaba pájaros y ratones, y después de haber satisfecho el hambre volvía a su guardilla y se dormía tranquilamente. Estaba contentísimo de su suerte.

Un día se fué a pasear por el bosque y tropezó con una zorra. Esta, al ver al gato se asombró mucho, pensando: "Tantos años como llevo viviendo en este bosque y nunca he visto un animal como éste".

Le hizo una reverencia, preguntándole:

—Díme, joven valeroso, ¿quién eres? ¿Cómo has venido aquí? ¿Cómo te llamas?

El gato, erizado el pelo, contestó:

—Me han mandado de los bosques de Siberia para ejercer el cargo de burgomaestre de este bosque: me llamo Kotofei Ivanivich.

—¡Oh Kotofei Ivanovich !— dijo la zorra. — No había oído ni siquiera hablar de tu persona, pero ven a hacerme una visita.

El gato se fué con la zorra, y llegados a la cueva de ésta, ella le convidó con toda clase de caza, y entretanto le preguntaba detalles de su vida.

—Dime, Kotofei Ivanovich, ¿estás casado o eres soltero?

—Soy soltero, — dijo el gato.

—Yo también soy soltera. ¿Quieres casarte conmigo?

El gato consintió y en seguida celebraron la boda con un gran festín.

Al día siguiente se marchó la zorra de caza para procurarse más provisiones, poderlas almacenar y pasar el invierno, sin preocupaciones, con su joven esposo. El gato se quedó en casa.

La zorra, mientras cazaba, se encontró con el lobo, que empezó a hacerle la corte.

—¿Dónde has estado metida, amiguita? Te he buscado por todas partes y en todas las cuevas sin poder encontrarte.

—Déjame, lobo. Antes era soltera, pero ahora soy casada de modo que ten cuidado conmigo.

—¿Con quién te has casado, Lisaveta Ivanova?

—¿Cómo? No has oído que nos han mandado de los bosques de Siberia un burgomaestre llamado Kotofei Ivanovich? Pues ese es mi marido.

—No he oído nada, Lisaveta Ivanovna, y tendría mucho gusto en conocerlo.

—¡Oh, mi esposo tiene un genio muy malo! Si alguien le incomoda, en seguida se le echa encima y se lo come. Si vas a verle no te olvides de preparar un cordero y llevárselo en señal de respeto; pondrás el cordero en el suelo y tú te esconderás en un sitio cualquiera para que no te vea, porque si no, no respondo de nada.

El lobo corrió en busca de un cordero.

Entretanto, la zorra siguió cazando y se encontró con el oso, el cual empezó, a su vez, a hacerle la corte.

—¿Qué piensas tú de mí, zambo? Antes era soltera, pero ahora soy casada y no puedo escuchar tus galanterías.

—¿Qué me dices, Lisaveta Ivanovna? ¿Con quién te has casado?

—Pues con el mismísimo burgomaestre de

estos bosques, enviado aquí desde los bosques de Siberia; y que se llama Kotofei Ivanovich.

—¿Y no sería posible verle, Lisaveta Ivanovna?

—¡Oh amigo! Mi esposo tiene un genio muy malo, y cuando se enfada con alguien se le echa encima y lo devora. Vé, prepara un buey tráeselo como demostración de tu respeto; pero no olvides, al presentarle el regalo, esconderte bien para que no te vea; si no, amigo, no te garantizo nada.

El oso se fué en busca del buey.

Entretanto, el lobo mató un cordero, le quitó la piel y se quedó reflexionando hasta que vió venir al oso llevando un buey; contento de no estar solo, le saludó, diciendo:

—Buenos días, hermano Mijail Ivanovich.

—Buenos días, hermano Levon, — contestó el oso. — ¿Aún no has visto a la zorra con su esposo?

—No, aunque llevo esperando un buen rato.

—Pues vé a llamarlos.

—¡Oh, no, Mijail Ivanovich, yo no iré! Vé tú, que eres más valiente.

—No, amigo Levon, tampoco iré yo.

De pronto vieron una liebre que corría a toda prisa.

—Ven aquí tú, diablejo, — rugió el oso.

La liebre, asustada, se acercó a los dos amigos, y el oso le preguntó:

—Oye tú, pillete, ¿sabes dónde vive la zorra?

—Sí, Mijail Ivanovich, lo sé muy bien, — contestó la liebre con voz temblorosa.

—Bueno, pues corre a su cueva y avísale que Mijail Ivanovich con su hermano Levon están listos esperando a los recién casados para felicitarlos y presentarles, como regalos de boda, un buey y un cordero.

La liebre echó a correr a casa de la zorra, y el oso y el lobo se pusieron a buscar el sitio para esconderse. El oso dijo:

—Yo me subiré a un pino.

—¿Y qué haré yo? ¿Dónde podré esconderme? — preguntó el lobo, desesperado. — No podría subirme a un árbol a pesar de todos mis esfuerzos. Oye, Mijail Ivanovich, sé buen amigo: ayúdame, por favor, a esconderme en algún sitio.

El oso lo escondió entre los zarzales y amontonó encima de él hojas secas. Luego se subió a un pino y desde allí se puso a vigilar la llegada de la zorra con su esposo, el terrible Kotofei Ivanovich.

Entretanto la liebre llegó a la cueva de la zorra, dió unos golpecitos a la entrada, y le dijo:

—Mijail Ivanovich con su hermano Levon me han enviado para que te diga que están listos y te esperan a tí con tu esposo para felicitaros y presentaros, como regalo de boda, un buey y un cordero.

—Bien, liebre, díles que en seguida iremos.

Un rato después salieron el gato y la zorra. El oso, viéndolos venir, dijo al lobo.

—Oh, amigo Levon, allí vienen la zorra y su esposo. ¡Qué paqueñín es él!

El gato se acercó al sitio donde estaban los regalos, y precipitándose sobre el buey empezó a arrancarle la carne con los dientes y las uñas. Se le erizó el pelo, y mientras devoraba la carne, como si estuviese enfadado, refunfuñaba "¡Malo! ¡Malo!"

E oso pensó, asustado: "¡Qué bicho tan pequeño y tan voraz! ¡Y qué exigente! A nosotros nos parece tan sabrosa la carne de buey y a él no le gusta; a lo mejor querrá probar la nuestra."

El lobo, escondido en los zarzales, quiso ver el famoso burgomaestre; pero como las hojas le estorbaban para ver, empezó a cepararlas.

El gato, oyendo el ruido de las hojas, creyó que sería algún ratón, se lanzó sobre el montón que formaban y clavó sus garras en el hocico del lobo. Este dió un salto y escapó corriendo. El gato, asustado también, trepó al mismo árbol donde estaba escondido el oso.

"¡Me ha visto a mí!", pensó el oso, y como no podía bajar por el tronco, se dejó caer desde lo alto al suelo, y a pesar del daño que se hizo, se puso en pie y echó a correr.

La zorra los persiguió con sus gritos.

—¡Esperad un poco y os comerá mi valiente esposo!

Desde entonces todos los animales tuvieron un gran miedo al gato, y la zorra, con su maridito, provistos de carne para todo el invierno, vivieron contentos y felices de su suerte.

AFANASIEFF

La moral no hace progresos. — Renán.

* * * *

Algunos hombres son útiles, pero ninguno es necesario; sólo el pueblo es inmortal. — Robespierre.

* * * *

La sociedad vive en tal desarreglo, que a pesar de los hombres generosos y de buena voluntad, el desheredado está expuesto a morir de hambre en medio de la calle, y el extranjero puede hallarse solo, completamente solo, en una gran ciudad donde miles de hombres se agitan en todos sentidos. — Reclús

La voluntad general es el derecho y la razón. — Rousseau.

* * * *

Cuando un fiscal hace observar el embrutecimiento y las malas inclinaciones del presunto reo, el fiscal no acusa: defiende. — Roberto Robert.

* * * *

Los desastres continuos, que se repiten a diario, producidos por el régimen social, hacen muchísimas más víctimas que cuantas ocasionan las revoluciones imprevistas de la naturaleza. — Reclús.

INCOMPATIBILIDAD

—¡Qué tiempo horrible! ¡Crea usted, señora, que a mí, el agua, me desespera.
—Sí; ya sé que hasta el whisky lo toma puro.

AMARO MONTE CUDINE

EL MEJOR DE LOS APERITIVOS

FABRICANTES

Gerónimo Bonomi e hijos

BELGRANO 2280

BUENOS AIRES

Lea usted SURCOUF

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Febrero 26
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 126

FRUTA DEL TIEMPO

"Siga usted sonriendo, señorita."

EL PELIGRO DE LAS MUCHAS PIELES

—¡Tenga usted un poco más de cuidado, señor Moreno! ¡Se ha sentado usted encima de Mi-ifúz, mi gato negro!

Surcouf

Continuación de la gran novela histórica de piratería en los mares de la India, de la que ha sido tomado el argumento de la espléndida película del mismo título que la casa León Gaumont estrenará dentro de poco.

Una hora de coquetería

Delicada novelita original de Juana Manuela Gorriti, la famosa escritora argentina.

Las siete edades del hombre a la orilla del mar

Graciosa historieta cómica en colores.

Interesantes, informativos y curiosos

Párrafos de todas partes y atrayentes para todos.

Ante el espejo

Recetas de tocador útiles y convenientes.

La cocina de "Pucky"

Consejos prácticos y útiles para quien quiera cocinar bien.

"Espéreme usted el sábado"

Divertido cuento traducido del inglés para "Pucky"; ilustrado en colores

El sistema

Un caso policial extraordinario e histórico de grandísimo interés; ilustrado en colores

Caperucita Roja

Modelo para armar, presentado con dibujos en colores.

Los Vicuñas

Escenas de la vida colonial en el siglo XVIII, trazadas por un eminente autor argentino.

Máximas y pensamientos

Frases notables de hombres notables de todos los tiempos y todos los países.

Justos y pecadores

Vibrante narración histórica del gran literato peruano Ricardo Palma.

El salón del rey Artús

Interesantísimo cuento del famoso cuentista alemán Ernst Hoffmann.

LA MODELO ERA IDENTICA A LA CLIENTE

La señora Gordinflonis de Obeso (confidencialmente a su amiga doña Adiposa de la Tonelada). — A mí me gusta venir a esta casa porque madame Lafayette es un verdadero genio. Nunca me muestra toilettes de un estilo que no siente admirablemente a mi físico.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa

LEON GAUMONT

estrenará en los grandes cine-teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual

(Continuación. — Véase el No. 124 de "Pucky")

DIO Surcouf las órdenes necesarias para impedir la propagación del incendio, seguro de que lo sólido de los picos reguardaría el resto de la edificación. Por lo tanto no se necesitaba sino cerrar bien todas las bocas de las escaleras para evitar que las llamas entrasen en los pisos inferiores.

Confió a Brinville esta tarea, seguro de que el fuego de la parte superior se extinguiría pronto por sí mismo, y una vez hecho todo esto, montó a caballo y, a la cabeza de quinientos jinetes, salió por la puerta de la ciudad más lejana del reducto atacado por los revolucionarios.

Vió Surcouf que atacaban los enemigos con gran encarnizamiento, y los fué rodeando silenciosamente, para caer de repente sobre ellos por la espalda, cuando más preocupados estaban en un ataque decisivo.

Los gritos de "Surcouf...Surcouf", lanzados por el corsario y sus jinetes fueron como trompetas anunciadoras de la mayor sorpresa y de la derrota más declarada.

Hendían los pechos de los potros las columnas de los asaltantes y sableaban los jinetes a los enemigos, mientras los defensores del reducto hacían una vigorosa salida y mataban sin piedad.

Fué espantosa la matanza. Para evitarse el trabajo de enterrar tantos cadáveres, se los incineró al siguiente día.

Se apoderó Surcouf de muchos caballos pues los jinetes, para atacar el fortín avanzado, echaron pie a tierra y ataron su potros en estacas clavadas en el suelo. Con unos cincuenta de sus mejor montados soldados se adelantó el capitán corsario hasta donde descansaba toda la caballada, y al amanecer, que estaba ya anunciándose por oriente, hizo su entrada triunfal en Barola entre las aclamaciones de un pueblo entusiasmado. El incendio había producido muchos muertos y mucha ruina, pero la totalidad de la ciudad comprendía que acababa de salvarse de un peligro mucho mayor todavía.

Cuando volvió Surcouf al palacio vió que había terminado el incendio y que estaban limpiando las terrazas de escombros y restos carbonizados, y se había ordenado una nueva disposición de alojamientos, lo que resultaba extraordinariamente fácil, pues todos los pobladores de las azoteas tenían también sus habitaciones particulares amobladas prontas para Surcouf y Brinville y comprendió que debía estar al lado de las princesas para tranquilizarlas.

Si alguien se quedó asombrado a la vista del incendio que acababa de estallar en el palacio del guicovar fué Saldanazar. Hallá-

base durmiendo cuando lo despertaron, y al salir de su kiosco elevado en la terraza, quedó deslumbrado por las llamaradas del incendio. Los ruidos de la lucha entablada en aquellos mismos momentos le dió cabal cuenta de lo que sucedía.

—Están asaltando el palacio sin contar con nosotros, — murmuró tristemente Cyavo. — Morirán nuestros enemigos entre las llamas o han de caer a los golpes del acero, pero no los veremos perecer estrangulados según nuestros santos ritos... Está visto, nos abandona Siva...

—No blasfemes y espera. Ten fe, no desconfiemos y envía a pedir informes.

Envió el secretario a varios de sus fieles emisarios a inquirir lo que sucedía y volvieron muy pronto para contar que el asalto quedaba rechazado y que Surcouf había exterminado a todos los insurrectos que esperaban entrar en la ciudad.

—Ya ves Cyavo, — dijo Saldanazar, — que no nos abandona Siva pues nos ha conservado nuestras víctimas. ¿Cómo siguen los trabajos de la mina?

—Muy pronto los daremos por terminados, señor.

—¿Cuántos días tardaremos en poner en acción nuestro plan?

—Cinco.

Brillaron las pupilas del mercader.

—Por fin, — dijo, — dentro de cinco días veremos cómo se desploma el palacio como si fuese de barro y cómo se hunde hasta sus propios cimientos. Como si el cráter de un volcán se hubiese abierto bajo la morada del guicovar, todo ha de quedar aniquilado. Las brillantes fachadas se doblarán como papel, y lo poco que quede en pie no destruído por la fuerza de la explosión, se derribará por el peso de lo que no contará con apoyo alguno. Todo ha de desaparecer como si descuaja el bosque si el huracán arranca los más recios árboles de raíz. Lo que haremos nosotros será de mucha mayor importancia que ese simple fuego artificial que más parece hoguera de paja encendida por muchachos que verdadero atentado dispuesto por hombres.

—Tan fuerte es la carga de pólvora, — observó Cyavo, — que casi temo que sean excesivos sus efectos, y no me extrañaría que pereciesen nuestros enemigos aplastados por los escombros.

—Dije ya en una ocasión que si tal desgracia llegase a suceder, sería prueba indiscutible de que el mismo Siva era quien así lo disponía, y en ese caso nada podríamos reprocharnos.

—Pero confiemos en que no renuncia la divinidad a que se le sacrifique tan importantes víctimas.

Prosternóse el secretario y luego se retiró.

CAPITULO V

Mario y Sapajon

En el ejército del rajá revistaba un soldado francés; un tipo original, cuya historia era realmente curiosa. Era un marsellés alto, recio, atlético, hermoso por su musculatura y con rostro de marcial feald. Tal era Mario Tangaran, quien a los catorce años se alistó como soldado, por sus locas aficiones al tambor, en el regimiento de Ernest, de guarnición entonces en Marsella.

Había logrado ser un maestro en el manejo de su instrumento y nadie como él sabía imitar el cañoneo o el redoble de los fuegos de infantería. Era el único que sabía dar todo su colorido a cualquier marcha o a la más sencilla retreta, y tal reputación supo ganar que a los diez y siete años era ya tambor mayor.

Pero como manejaba la espada lo mismo que los palillos y como quedó muy airosamente en varios duelos, logró una reputación de matamoros, fama que en aquellos tiempos era un gran éxito a los ojos de hombres y mujeres.

El bello sexo marsellés se dejaba cortejar por el tambor, pero un día, al tenerse que defender contra un rival, no halló el mozo más expedito sistema que tirar por la ventana al enamorado de su dama, y lo peor es que la escena se desarrollaba en un tercer piso.

No ignoraba Mario lo que le esperaba, pero era muy amigo de un capitán de la marina mercante, pronto a hacerse a la vela para la India, y corrió el buen mozo a refugiarse a bordo de su amigo, quien lo escondió en lo más profundo de la cala. Salió el barco sin pérdida de momento, y durante la travesía trabajó Mario como tres marineros juntos, empeñado en pagar con sus puños el precio de comida y de pasaje. Alegraba, además a los tripulantes con sus conciertos de tambor, por haber tenido la precaución de encargar al capitán mercante que le comprase una buena caja guerrera con sus correspondientes palillos.

Al llegar Mario a la India no veía otro porvenir ante él sino el de ser marinero toda su vida para ganar el plato de rancho pero se enteró de que Tipo-Sahib reclutaba franceses, y se presentó al rajá en gran uniforme de tambor mayor, y armado de la más estupenda porra o bastón. Empezó por saludar al príncipe hindú con su bastón del modo más magistral y más solemne, y luego lanzó la famosa cachiporra por los aires, la recogió, con la mayor elegancia al caer, hizo con ellas los más incomprensibles molinetes, y tantas habilidades supo poner de relieve que dejó asombrada a toda la corte del gran enemigo de los ingleses.

Pero cuando le oyeron tocar en su bélica caja una marcha guerrera, y pudieron saborear los redobles en las retiradas, los avances, los alto el fuego, cuando resonó en los oídos de los espectadores todo el fragor

que salía del sonoro instrumento, no pudo menos el rajá sino darle en el acto el nombramiento de tambor mayor general de todos sus ejércitos.

Preciso es reconocer que supo estar Mario a la altura de su nueva posición, y no sólo tocó el tambor sino que cargó muchas veces al enemigo y aplastó muchas cabezas con su terrible porra, hazañas que le dieron enorme reputación en toda la India, y cuando tipo-Sahib se vió vencido, fué el tambor mayor, así como otros muchos militares franceses a ofrecer sus servicios al guicovar.

En este reino se vió nombrado también tambor mayor, o Real Tambor Mayor, como él mismo se llamaba, y su situación equivalía a la de un coronel, tanto por rango y consideraciones, como por el sueldo y ventajas materiales. Como tambor maestro particular del soberano percibía su sueldo de la caja real, pero como tambor mayor general de los ejércitos, cobraba también de los fondos de la administración militar, con lo cual resultaba Mario uno de los hombres más visibles y felices de la región.

Su cachiporra era legendaria y él no la soltaba ni un momento, y nadie era capaz de decir a cuántos había apaleado aquel garrote, como se hicieran algo remolones los que miraban pasar las tropas y embobados en la contemplación, se olvidaban de dejar paso libre a los marciales soldados del guicovar.

—Alíniese, bobalicón... — y un palo, no muy reció, por cierto, subrayaba la recomendación.

¡Pero mucho ojo con quejarse de las caricias del bastón del ambor mayor!

Un vez, un rico mercader, algo rudamente acariciado por la popular porra, trató de amotinar al pueblo, pero Mario, por sí solo, sin mover un soldado y sin que la policía tuviera tiempo de intervenir, disolvió los grupos amotinados, y el trabajo único que quedó a cargo de los representantes de la autoridad fué recoger heridos, magullados, destrozados, con cabezas, piernas y brazos rotos.

Aquel original personaje era generoso. Poseía con qué vivir y sus rentas en Marsella, de modo que podía pasearse al sol por la Cannebiere hasta morir de viejo, por tener sus fondos muy bien colocados en Bancos de Hamburgo, Lubeck y Bremen. Vivía muy tranquilo respecto a sus capitales situados en Europa, y se comía alegremente todos sus ingresos, por ser aficionado a invitar a sus amigos a las más curiosas cenas, y por su loca afición a ver bailar a las danzarinas del país, pero sólo al son de su tambor.

Es el caso que al siguiente día del incendio había invitado Mario a varios oficiales franceses a una cena seguida de un baile do almeas, o sea de las bailarinas profesionales de aquel país, y figuraban también entre los invitados los dos marineros de los corsarios. Había intimado extraordinariamente con aquellos marineros, precisamente en virtud de la ley de los contrastes. Los marinos era nbotones, calmosos, callados, modestos y flemáticos, todo lo contrario del brillante y bullanguero tambor mayor, quien, como buen marsellés, era un desborde de actividades y fecundia. El afecto nacido entre los tres procedía del gran contraste entre sus temperamentos.

Resultaba, por lo dicho, que en la tienda del gran tambor mayor se había banqueteado de lo lindo, y que cuatro seductoras almeas danzaban con sus más rítmicos movimientos.

Las alceas de la india no son como las de los países netamente musulmanes. La argelina danza la danza del vientre, pero no sabe nada más, mientras la hindú baila aires sumamente variados y graciosos todos ellos, y trenza pasos que son verdaderas hazañas del género coreográfico. Una almea, girando vertigiosamente sobre el pulgar de un pie es lo más fantástico que puede contemplarse.

Al final de una de aquellas prodigiosas danzas, dejó Mario de redoblar en su tambor, y pidió una taza de café a una de las esclavas. Tomó el tambor mayor un sorbo, dejó la tacita sobre un velador y volvió a hablar con sus amigos, pero al volver a tomar otro sorbo de su taza de café dió un grito para decir a todos los concurrentes que no se moviera nadie ni pronunciara la menor palabra. Púsose a mirar fijamente el fondo del recipiente donde el café estaba, y dijérase que se había vuelto loco, al contemplar la expresión de su semblante.

—Amigos míos, — dijo. — Terminóse la fiesta, y no pregunten los motivos. Ruego a todos que se despidan como mejor les plazca. Necesito sostener a solas con estos dos marineros una conversación, en presencia de mi tambor.

Con la mayor amabilidad despidió a los invitados y almeas, y cuando se vió solo con los marinos, dijo:

—Mirad con toda atención.

Miraban los dos bretones el fondo de la taza de café, y como no vieron nada extraño, se preguntaban qué mosca habría picado el brillante cerebro del tambor mayor. El marsellés al ver el aspecto de los marineros preguntó:

—¿Pero no véis nada?

—Nada.

Llamó a uno de los esclavos y le dijo

—Trae un plato con agua.

Trajo el sirviente lo que le pedían, y se retiró velozmente ante las terribles miradas de su amo.

Vertió Mario agua en el plato y esperó a que se calmara el movimiento del líquido para decir entonces a los bretones:

—¿No véis cómo se producen unas oscilaciones en círculos concéntricos?

No sin esperar algunos segundos acabó por decir uno de los marinos que se notaba claramente lo indicado por el marsellés.

—Pues todos esos movimientos proceden de sordos golpes dados bajo tierra, y con sólo poner la oreja en el suelo se notará inmediatamente el trabajo de los picos.

Hicieron el experimento los dos marinos y se levantaron para declarar que habían podido oir los golpes de herramientas que se movían bajo tierra.

—Pues ni la menor palabra a nadie de todo esto sino a tu capitán. — dijo Mario a un

marino de los que obedecían a Surcou. — Avísale en el acto y tráela aquí ya que nos jugamos todos la piel en este asunto.

Salió volando el marinero mientras permaneció el otro junto al tambor mayor.

—Están haciendo una mina, — dijo.

—Sí, amigo. Están minando. Se vé que no se duermen estos hindús y que después del incendio del palacio tratan de que vuele todo él.

—Pero ¿y si salta la mina?

—Por el momento no hay peligro. Entiendo algo de estas cosas y sé que mientras trabajen los mineros no piensa nadie en cargar el hornillo. Hasta este momento se trata sólo de una simple galería desprovista de la pólvora que la convierte en peligroso ingenio.

—¿Has sido minero?

—Nunca, pero he llevado mi tambor a los oficiales de artillería cuando sospechaban que se trataba de volar los fuertes defendidos por ellos, y entonces fué cuando aprendí cómo se hace esta prueba del agua. Mi taza de café formaba sus circulitos sospechosos, y gracias a este detalle he podido descubrir el secreto. Es ésta la mejor taza de café de cuantas he podido saborear en mi vida.

—Supongo que no lo olvidarás ¿eh?

—He de acordarme de ella aunque viva cien años a menos que pierda la memoria.

Llegó Surcouf en aquel momento, pero se limitó a decir, con su corriente impasibilidad:

—¿Dónde se hace esa mina?

—Minan debajo de nosotros, capitán.

—¿Pero está seguro de lo que dice?

—Puede escuchar el capitán por sí mismo.

Tendióse Surcouf en el suelo para aplicar el oído a tierra, y cuando volvió a ponerse en pie se limitó a decir.

—Sí; no hay duda.

Se hallaban en la plaza, y salieron todos de la tienda para poder examinar el terreno. Miraba Surcouf las varias casas que pudieran ser el punto de partida de los trabajos de los mineros, y le inspiró gran desconfianza una de ellas de sombrío y silencioso aspecto. Indicóla a Brinville:

—Me parece, — dijo el corsario a su teniente, — que desde las bodegas de esa casa es de donde sale la galería. Empieza por cerrar toda esa manzana de modo que no pueda huir ni una sola rata de ella, y regístralo todo después, pero que se haga la pesquisa de tal modo que se descubra el principio de la mina. Pero cuida de no decir que tratan de que volemos. Podríamos provocar un pánico.

—Muy cierto es lo que dices, — contestó el teniente, con su eterna sonrisa. — Conozco miles de personas a las que disgusta la idea de hacer un viaje aéreo como resultado del estallido de un barril de pólvora bajo sus pies. ¡Cómo si hubiese gran diferencia entre morir de uno u otro modo!

Apresuróse a ponerse al frente de varios destacamentos destinados a rodear cada una de las casas indicadas, y puso al frente de aquellas fuerzas a los más enérgicos maharatás, pero sólo a los jefes puso en el secreto del asunto de que e trataba, y hecho esto se puso personalmente al frente de la fuerza que debía registrar la casa sospechosa, mientras con el paso peculiar de las patrullas que vigilaban por las calles, se colocaban en sus posiciones las tropas que envolvían todo el barrio.

La puerta de la casa tomada por Brinville como blanco, cayó al suelo repentinamente, al recio empuje de los soldados.

No quedó la menor duda tan pronto como se pudo ver algo del interior el edificio. Todo el piso bajo quedaba lleno de escombros de la excavación, y en una habitación próxima se encontró dormidos como a veinte obreros zapadores, a la espera de su relevo.

Mataron a varios y se aprisionó a los demás y después de encontrar la boca de la galería, se avanzó cautelosamente por ella para sorprender a los mineros, que no podían sospechar la menor cosa de lo que estaba sucediendo. Unos cuantos pistoletazos dieron cuenta de los operarios.

Ordenó Brinville que llevaran los cadáveres a la casa, y dió aviso a Surcouf, quien ordenó que se colgara todos los muertos, sin perdonar a los vivos, por estar convencido de que eran los thugs los autores del atentado, y para evitar nuevas tentativas dispuso que se fortificase y ocupase militarmente todo el barrio, con lo cual ya los revoltosos quedaban lejos de las proximidades de palacio.

Nadie extraña en gran manera que demuestre un hombre toda su actividad y su lucidez de criterio en lo que pertenece a su profesión, y así también el Surcouf corsario, el Surcouf marino, por muy célebre que fuera, por muy terror de los ingleses que hubiese llegado a ser, no causaba la admiración de nadie, por la convicción de que siendo el mar su elemento, era lógico que triunfara mientras ejerciera sus iniciativas sobre el movedizo campo de las olas.

Pero lo que era el asombro de propios y extraños era ver a Surcouf convertido en gran general para operaciones terrestres y gran organizador de ciudades poulosas.

Decían todos que no había hecho ningún estudio previo de lo que estaba realizando ahora. Tenía ante él a los más sabios, veteranos y experimentados generales ingleses, y se alineaban prontos a tocarle los más rígidos y disciplinados regimientos de S. M. Británica, así como las aguerrdas tropas de cipayos, mandados por oficiales ingleses y encuadrados por clases europeas.

Pero Surcouf, con un ejército indoárabe, no vacilaba en medirse con las mejores tropas de Inglaterra.

Si se sacaba cuentas, se veía pronto que las fuerzas de que disponía eran inferiores a las de sus contrarios, pero contaba con su genio como gran auxiliar, y sabía operar como maestro en estrategia, de modo que sus victorias eran como golpes teatrales.

No puede negarse que por genial inspiración hizo lo que harían otros guiados por el cálculo, pero todas las operaciones preparatorias eran prueba de su ingenio, y con sus maniobras políticas demostró que era consumado diplomático.

Tan pronto como olfateó la mina, gracias

a las indicaciones del tambor Mario, consideró que los enemigos se sentirían muy pronto cansados de tantos fracasos y no tendrían ya ganas de intentar nada nuevo contra él, y escribió al guicovar en consecuencia, no sólo para enterarle de lo hecho sino también de las medidas en trámite.

Nada había que temer de nuevos trabajos de zapa, por haberse distribuído por todos los rumbos tambores anunciadores destinados a indicar dónde pudiera excavarse. Un ataque a cielo abierto podía considerarse como imposible, por lo ineficaz, dado el número de reductos levantados y defendidos. Los que se atreviesen a acercarse se verían ametrallados por los cañones y los fusiles de los fortines.

El peligro de una traición se había operado, por ser incorruptible el anciano gobernador de la ciudad. El general de la guardia árabe, y toda esta brillante falange, no conocía más odiado enemigo que los insurrectos. Las tropas regulares obedecían ciegamente a sus capitanes franceses, y los cuerpos formados por lo maharatás estaban bajo las órdenes de jefes decididos y leales.

Además, los repetidos fracasos de los revoltosos contra la capital el reino y las tres victorias sucesivas y muy próximas ganadas por el ejército del guicovar, habían desalentado a los insurrectos, y a tal punto llegó la desanimación de los enmigos del guicovar que los más caracterizados jefes so habían refugiado en los campos de concentración establecidos por los ingleses junto a las fronteras del domonio del rajá.

Surcouf escribía al soberano para rogarle que le llamara, y un correo voló con la orden, tal como el corsario había solicitado, y fácil es imaginar el recibimiento que se hizo al valiente francés cuando llegó al campamento del guicovar.

Celebróse casi al llegar al campamento un consejo privado en el que sólo el rajá y el corsario tomaron parte.

—Se presenta, — dijo Surcouf, — una magnífica ocasión para obligar a los ingleses a respetar el reino de Baroda. Es preciso atacarlos y batirlos.

—No nos han hecho la guerra declaradamente, — observó el soberano hindú.

—Pero tenemos la prueba de que son ellos quienes fomentaron la insurrección. Además, se han apresurado a conceder asilo a los revoltosos.

—Cierto es todo eso.

—Una vez reclamaron del mismo guicovar la entrega de personajes patriotas refugiados en este territorio. Se trataba de hindús sometidos a Inglaterra, pero sublevados contra ella. Se les entregó a los asilados, no sin estipular que no corrían peligro us vidas, así como que no se les encarcelaría.

—Tambien es verdad todo eso, — murmuró el guicovar. — Está el rajá e su derecho al pedir y reclamar los refugiados y asilados por los ingleses, siempre que sea dentro de las propias condiciones en que se estipuló el convenio que acabo de citar.

—Reclamadlos, — dijo Surcouf, — pero estamos bien seguros de que han de negarse a entregarlos.

—¿Y en ese caso...?

—Como se nieguen a entregarlos, debe declarar el guicovar que él personalmente irá a ponernos en cadenas.

—¿Cree mi amigo francés que saldríamos airosos de tal empresa?

—Respondo de todo.

—¿Pero qué seguridad tenemos del triunfo?

—Me juego la cabeza a que salimos victoriosos.

Convencido el guicovar por las palabras del marino, ordenó que se redactase una demanda muy formal y muy bien documentada al gobierno británico, y la remitió sin pérdida de momento, por medio de un heraldo investido con todos los prestigios. Contestó muy orgullosa y altivamente el representante de Inglaterra que no podía entregar los refugiados, y cuando llegó esta respuesta, no hizo el guicovar sino escribir de su propio puño y letra estas sencillas palabras:

—"Iré yo mismo a apoderarme de ellos".

Siguiendo los consejos de Surcouf, el ejército del guicovar hizo evacuar toda la zona que ocupaba de modo que se produjese el vacío tras los pasos de los regimientos. No se dejó la menor provisión. Los pobladores llevaron consigo ganados y reservas de víveres llevándolo todo a las ciudades y poblados establecidos más a retaguardia. El ejército levantó sus tiendas entonces muy bien provisto de víveres sobrantes, y rodeó la temible posición inglesa y la aisló de la base de operaciones de donde se surtía la guarnición de víveres. Al propio tiempo se veía el territorio británico devastado por varias audaces partidas que se internaban destruyendo cuanto halaban en su camino, de lo que resultó que los ingleses se vieron amezados por el hambrey en la absoluta necesidad de moverse.

Creía el general inglés que le atacaría el guicovar con la impetuosidad corriente entre los maharatás, para verse aplastado por la superioridad de la artillería europea, pero quedó admirado al observar que, muy lejos de lo supuesto, maniobaba el ejército hindú fuera del alcance de las piezas, para cortar aprovisionamientos y retirada a los británicos. Veíase obligado a levantar el campo para poder comer, o bien a dar unos por el hambre y en la absoluta necesi los soldados del rajá.

El general iglés consideró que era indispensable atacar, por entender que si no daba recio mazazo al guicovar peligraban los prestigios británicos. Contaba y confiaba mucho en sus batallones europeos compuestos todos de veteranos, por constar bien a lo ingleses que los cipayos no valen tanto como las tropas blancas, aunque es fuerza que sigue perfectamente a los otros si saben éstos portarse como es debido.

El general ordenó sus tropas en orden de batfalla ante el campamento del guicovar, y con permiso del rajah plantó Surcouf una enorme bandera tricolor en lo más alto de la posición para que los colores franceses ondearan al sol indio.

Hecho esto, ordenó se presentaran ante él los encargados de los tranportes. Había ordenado que se aprontara más de quinientos

toros trotadores de los destinados al tiro de los carros que conducían las provisiones, y llamó a su presencia así como a la del guicovar a los oficiales a cuyo cargo quedaba todo el tren para llevar la impedimenta.

—Depende de vosotros, — dijo a los encargados de los acarreos, — el éxito de la batalla. Tened presente que el que falte a su deber se verá aplastado bajo los pies del elefante real.

Juraron todos ejecutar puntualmente las órdenes dadas con anterioridad.

Comenzó la batalla por el cañoso de las alturas ocupadas por los hindúes, pero se hallaban éstos protegidos por fuertes trincheras y no les hizo ningún daño el fuego de la artillería. Por orden de Surcouf respondieron muy activamente los cañones del guicovar en un principio, para ir amortiguando el fuego, como si los servidores de las piezas hubiesen sucumbido bajo la acción de la artillería enemiga.

Formó el general inglés tres columnas de ataque apoyadas por numerosas reservas, y empezó el avance de la columna del centro que era la principal.

Adelantaba aquel cuerpo de tropa imponente y terrible, llevando a la cabeza un regimiento escocés, con las armas presentadas, con sus apretadas filas resplandecientes de acero, y coreado todo por la música de las agrestes montañas de Escocia. Tras los escoceses formaban los cipayos, imponente masa, y avanzaban también, sólidamente encuadrados por los oficiales y clases europeos o indígenas.

Como en aquel tiempo no alcanzaban los fusiles sino a trescientos metros, y como los cañones de alma lisa eran de muy reducido alcance, se formaba las tropas en orden de batalla a solo cuatrocientos pasos del frente del enemigo.

Aquellos cuatrocientos pasos quedaban franqueados en unos siete minutos de modo que es preciso imaginar un combate en aquellos tiempos completamente distinto a lo que vemos hoy.

Los adversarios estaban siempre al a vista y podían vigilar todos los movimientos.

De pronto la artillería del guicovar, conservada en reserva hasta aquel momento, llegó a galope de los caballos, se situó rápidamente, se puso toda ella en batería y empezó a vomitar metralla a muy corta distancia contra los atacantes, para hacer vacilar a las tres columnas, las que reaccionaron y apretando las filas animaron el ritmo de su paso de carga. Tres descargas sucesivas de metralla, seguidas de un fuego de fusilería aterrador, sembraron la confusión entre los ingleses, pero las columnas avanzaban siempre, cuando Surcouf hercúleo y heróico, saltó sobre la grupa de un gigantesco caballo y se presentó en el punto más dominante de toda la posición. Con ademán de energía irresistible blandió su sable de abordaje, mientras gritaba con voz que resonaba como grito de muerte:

—¡Soltad los toros!

Vióse entonces algo espantoso. Como un centenar de grupos de diez toros cada uno, con los cuernos atados para formar una sola mole, con petardos y gruesos explosivos atados a los cuernos, y con manojos de encendida paja suspendidos de las colas, salieron rugiendo de rabia y de dolor, entre los estallidos de los petardos y el olor de carne viva y chamuscada por el fuego. Fácil es imaginar el efecto que semejante avalancha produciría sobre los apretados batallones. Pateaban, corneaban, abrían terribles brechas en las filas de los soldados; rompieron las formaciones, desbarataron todo el plan de batalla y permitieron que los soldados del guicovar cayeran sobre los desordenados cuerpos enemigos. La terrible caballería maharatá lanceaba a los fugitivos, y la poderosa reserva organizada por el general británico inició su retirada, perseguida por el tropel de furiosos toros infatigables en sus insensatas carreras.

Perdió el ejército inglés entre muertos, heridos prisiones más de un tercio de sus efectivos. La mayor parte de los blancos que quedaron en poder de guicovar. Se recogió enorme botín de armas, y se apoderaron de seis cañones. Era lo que se llama una brillante victoria; victoria que tuvo gran resonancia en toda la India. Los prestigios británicos quedaron quebrantados.

Entre los prisioneros había un mayor inglés, lo llevaron a presencia de guicovar.

—Mayor, — dijo el rajah; — los ingleses han fomentado las revueltas en mis estados, y además ampararon a mis enemigos, y he querido demostrarles que un guicovar sabe dar lecciones a sus vecinos. Podría continuar mi campaña y sublevar toda la India contra vosotros, pero prefiero una honrosa paz a la más gloriosa guerra. He ordenado que te den un buen caballo, y puedes ir a tratar una paz honrosa para todos. Eres mi embajador para terminar este incidente.

Quedó estupefacto el inglés, pero admiró la conducta de guicovar, que era la inspirada por Sucouf.

Era indudable que la victoria conseguida excitaría contra el vencedor la envidia de todos los otros rajahs, pero los que estaban bajo el dominio británico continuarían fieles a Inglaterra, por miedo a que se constituyese el gran imperio mongol, para que perdieran ellos las autonomías de que disfrutaban bajo la soberanía extranjera, y los señores independientes debían mirar al guiovar como rival peligroso al que solo apoyarían para que la paz con Inglaterra se hiciera lo antes y los más ventajosamente posible ante el temor de que la prolongación de la campaña resultara un desastre completo.

Tan acertado era el plan de Sucouf que durante largo tiempo no se atrevieron los ingleses a atacar el reino de Baroda.

Después de recibir las entusiastas felicitaciones del guicovar, se dirigió el corsario a su tienda y dió orden de que llamaran a Mekrani, y cuando llegó el jovan a presencia del capitán notó éste que estaba muy preocupado.

—¿Qué sucede?

—Me siento tan orgulloso de tu obra, sabih, — contestó el mozo, — pero me pre-

gunto si consolidaste de tal modo el poder del guicovar que te sea imposible derribarlo más tarde de su trono.

—¿Para restablecer a la princesa Meriem en Sanpourlan y restaurar los muros de la ciudad, pues no se trata de que reine en Baroda, sino en el principado de que se trata para que lo entregue a la princesa como feudataria suya. La princesa debe convenir en pagar un tributo y ha de jurar ser fiel al guicovar.

¿Supones que llegó la hora de que se celebre ese entrevista?

—Sí. Me propongo pedir al guicovar el principado de que se trata para que lo entregue a la princesa como feudataria suya. La princesa debe convenir en pagar un tributo y ha de jurar ser fiel al guicovar.

—Comprendo cual es tu propósito, — dijo sonriendo Mekrani, — te propones arreglar el asunto amistosamente, por considerarlo más sencillo que luchar contra el rajah, pero aceptará este semejantes planes?

—Si no acepta procederemos a nuestro gusto, y tanto peor para lé en ese caso.

—¿Es para eso para lo que quieres ver a la princesa?

—Lo considero indispensable. ¿Estará o no dispuesta a ser mi esposa? Esa es la clave del problema.

—Puedes estar tranquilo. La princesa te quiere mucho.

—¿Cómo ha de quereme si no me conoce?

—Te conoce mucho y bien.

—¿Dónde ha podido verme?

—Te vió en el palacio del guicovar.

—¿Y se escondió?

—Se ocultaba, pero puedo asegurarte que te admira y que se considera feliz son ser tu esposa. Pero, — dijo Mekrani tras un largo silencio. — ¿Te consideras capaz de quererla?

—Has dicho una vez que era bonita.

No se dió cuenta Surcouf de que se ruborizaba extraordinariamente Mekrani al expresarse de este modo.

—Recuerdo que también has asegurado que era una señora de muy buen carácter.

—De eso si que tengo absoluta seguridad. Como hija de su padre, es además muy animosa.

—Esta última condición es muy importante para una soberana. Por mi parte sólo deseo tener ocasión de querer mucho a la princesa.

—Invítala a cenar esta noche con tu teniente.

—¿Acaso está en el campamento?

—Aquí está y no faltará si la convidas.

—¿Te encargas de traerla?

—Sí, sahib.

—Pues dile que la espero. Esta entrevista decidirá de mi vida, pero advierte a la princesa que he de poner determinadas condiciones para contraer compromisos.

—¿Podría decirle yo de qué compromisos se trata?

—Como corsario francés, he de cumplir mis obligaciones. Pasaré con ella un mes de luna de miel, pero luego volveré a mi vida de marino para luchar contra los ingleses.

—No ha de oponerse ella a eso

—Por mi parte volveré a nuestra casa de regreso de cada viaje, y como no he de navegar sino por estos mares de la India, no serán largas mis ausencias.

—Lo que más desea la princesa, tan perseguida por la desgracia desde su niñez, es sólo poder educar a sus hijos de modo que se parezcan al gran corsario y rodeada de los suyos sabrá consolarse de lás ausencia del esposo. Como huérfana, destronada y perseguida desde sus primeros años, se considerará completamente feliz si recobra el poder y si vive unida a un hombre como tú.

—Si se celebra el matrimonio, — dijo Surcouf, — nos veremos en una situación muy rara. Nos proponemos sacar el tesoro, pero si reconstruimos Sanpourlan, debemos dejar que duerman las rupias en lo escondido de la gruta.

—Creo que será lo más sencillo. No había pensado en la inutilidad de lo escondido con tanto esmero.

—Estamos de acuerdo, Mekrani, y hasta la noche. Avisa a Brinville.

—Le avisaré.

Retiróse Mekrani, pero no dejó de notar Surcouf que estaba muy agitado.

La noche, noche india, resplandeciente de constelaciones, tendió sus velos sobre el campamento, y las hogueras brillaban en el frente de batalla eran centro de alegría y de bullicio en celebración de la gran victoria obtenida.

El venerable mufti de la guardia árabe anciano de blanca barba, cruzaba las calles formadas por tiendas, y le seguía una mujer envuelta en espesos velos que le cubrían de pies a cabeza. Alineábanse respetuosamente los soldados ante el reducido grupo, y llegaron ambos a la puerta de la tienda de Surcouf.

Resplandecía el interior de la tienda por la profusión de lámparas indígenas alimentadas con perfumados aceites, y se veía en el centro del aposento una mesa donde había cuatro cubiertos, mientras podía distinguirse grandes botellones de esencias, para perfumar a los invitados de acuerdo con la moda hindú.

Entró el mufti en la tienda y también entró tras él la mujer que le acompañaba.

—Sahibs, — dijo dirigiéndose a Surcouf y a Brinville. — ¿Habéis manifestado deseo de conocer a la princesa Meriem?

Quitó los yelos que cubrían a la dama, y dijo:

—Aquí la tenéis.

Vió Surcouf una princesa adornada por rica diadema que le cubría la frente y bajo aquella aureola de perlas y diamantes, de brillantes y esmeraldas, aparecía un semblante cuya serena belleza quedaba realzada por tantos esplendores.

La fisonomía respiraba bondad y alegría, los ojos curioseaban como los del antílope, y en todo el aspecto de la princesa parecía resplandecer la lealtad y la rectitud de corazón. Las cejas, largas y negras tamizaban las miradas y la recta nariz prestaba energías al ovalado rostro.

Los labios mostraban una sonrisa impreg-

nada de malancólica gracia. Ostentaba la princesa el rico atavío de las ricas orientalas, aunque de pequeño talle al lado de Surcouf, no por ello dejaban de formar una hermosa pareja.

El corsario estaba verdaderamente deslumbrado.

Pero Brinville, cuya perspicacia le hizo reconocer a Mekrani en la hermosa mujer, no pudo contenerse y dijo:

—Esto si que puede decirse que es una gran sorpresa, — y como notara por el aspecto y la turbación de Surcouf que buscaba éste cómo recordar dónde había visto aquella cara que tan conocida le era, — exclamó con su más alegre tono el teniente:

—¿Pero no reconoces en esta princesita a nuestro querido camarada el joven y valiente Mekrani?

—¡Pero si es verdad! — gritó el capitán con su habitual buen humor. — Mira Mekrani amigo, ahora me explico perfectamente todo el extraño afecto que me inspiraste desde el primer día.

Luego, dirigiéndose al mufti añadió:

—Supongo que si la acompañas es para casarnos, ¿verdad?

—Sahib, — repuso el musulmán, — vine solo para que no viniera sóla mi princesa.

Pero viniste asimismo para unirnos para siempre.

Tendió el marino su mano a la dama, la que se dejó caer en los brazos del corsario.

—¡Cáselos pronto, señor mufti! — dijo burlonamente Brinville. — No pierda tiempo, o verá que no necesitan que nadie los una.

No perdió un minuto el mufti. Recitó algunos versículos del Corán, llenó las sencillas fórmulas exigidas por la religión mahometana, y dió por unidos a los que tan leales camaradas habían sido antes.

—Bueno, pero cenemos, — dijo Brinville, radiante de alegría.

Sentáronse los cuatro convidados y resultó extraordinariamente alegre aquella cena de boda. La princesa volvió a ser el conocido Mekrani, y dió a entender que, habiendo vivido largo tiempo en tal intimidad con hombres, no estaba dispuesta a dejar de ser para sus amigos el mismo buen camarada de antes.

En aquella cena fué preciso someterse a algunas modificaciones en honor del mufti, quien como buen musulmán, nunca hubiera consentido en beber vino en público. Pero como cuando se remite champagne a los países musulmanes se lo cubre siempre con etiqueta donde dice "Tisana", no hubo la menor dificultad para destapar botellas de la espumosa medicina, y tanto bebió el mufti que empezó a charlar como un loro, y Brinville, suponiendo que los recién casados tendrían muchas cosas que decirse y comunicarse sin la presencia de molestos testigos, trató de llevarse al mufti del comedor, pero resultaron vanos sus esfuerzos.

—Bueno. Otro cañonazo, otro estampido al destapar una botella más, — decía Brinville al mufti, — nos despediremos de los novios.

Bebió el santón una copa más del espumoso líquido, pero muy lejos de conformarse con la idea de partir, dijo que estaba pronto a cantar la gran conquista de la Indra por el inmortal Timor-Leg o el Tamelán de los cristianos.

Surcouf lanzó a Brinville la más elocuente y desconsoladora mirada.

—Ten paciencia, — dijo el teniente el francés. — No será esto muy largo.

—¿Qué no será largo? Se ve que no conoces la famosa leyenda de las hazañas de Tamerlán, — dijo el corsario, lanzando un tristísimo suspiro. Se trata de más de trescientas estrofas.

Sonrió Brinville, y dijo a una de las esclavas.

—Estas copas son pequeñísimas. Tamerlán bebía el koumis, o leche de yegua fermentada, en grandes tachos de cobre. Traenos vasos dignos del gran mongol cuyas glorias se propone celebrar el gran mufti.

Agregó luego dirigiéndose al cantor:

—Bebamos a la eterna memoria del gran conquistador.

—¡Gloria a Dios! — respondió el santón. — Bebamos como dices.

Vertió Brinville el champan en los enormes jarrones acabados de traer y metió el contenido de varias botellas en el destinado al musulmán, quien no hizo ni la menor protesta.

—¡A la salud del gran Tamerlan, — dijo el teniente, empinando el jarro.

—Por la gloria de Tamerlán, — repitió el mufti, levantando también el recipiente.

Bebió largamente el cantor, y dejó el jarro para emprenderla con el romance.

—Nada de eso amigo mío, — interrumpió Brinville. — No te propondrás, sin duda insultar la gloriosa memoria de Tamerlán, del gran guerrreo que nunca retrocedió. No olvides que está contemplándonos desde lo alto del paraíso de Mahoma. Debe siempre vaciarse la copa cuando se bebe a la salud de alguien.

—Es esa vuestra costumbre. ¡Qué costumbre santas las de los cristianos!

—Como que son usos bendecidos por todos los papas.

Como el mufti ansiaba hacer el mayor honor posible a los manes de Tamerlán, empinó el cacharro y trató de acabar todo el contenido, pero tanto era lo que encerrada que necesitó respirar varias veces.

Conocidos son los rápidos efectos del champagne. Empezó el mufti a divagar, pero sus ojos se entornaron, y le pesaba la cabeza como si fuese plomo, y rodó al fin sobre los tapices, por ser aquella comida puramente asiática, con los comensales sentados en cojines y ante blancos manteles extendidos en el suelo.

Tanto Brinville como los recién casados, reían del mejor humor al escuchar los ronquidos del dormido personaje, pero Surcouf dió orden de que trajeran una camilla y de que se llevasen en ella al gran sacerdote musulmán, bien cubierto con tapices para que nadie lo conociese. Hecho todo esto, dispuso que lo condujesen a la tienda del marinero que era como un hermano de armas del capitán, para que el inesperado huésped

durmiera tranquilamente en el aposento del marino francés.

Cuando veais mañana al gran mufti, — dijo Brinville a los esclavos, — le diréis que muy pronto le levará mi propio marinero una tisana para refrescar el tragadero.

Tan pronto como hubo dseaparecido el mufti, se despidió Brinville de Surcouf y burlón como siempre, le dijo:

—Tú, al menos, sabes hacer traición sin descender de tu rango.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando olvido yo a la princesa Survana es para entretenerme un rato con Himra, una pobre mujer del pueblo y de las clases ínfimas, mientras tú no hacer sino cambiar de amiga sin por ello variar la clase de tus adoradas.

Una vez lanzada aquella flecha, desapareció el oficial. Pero bastó el recuerdo de la hija del guicovar para turbar la alegría de la princesa, enterada de todo.

—¿Qué dirá esa princesa cuando se entere de tu matrimonio?

—Como no hemos de vivir en Baroda...

—No por ello dejará de estar celosa.

No lo creo. Se trata de mujeres muy inconstantes.

Lo cierto fué que el recuerdo de la princesa Djaline no turbó la paz del nuevo matrimonio.

Al otro día pidió Surcouf una audiencia secreta al guicovar. Recibió siempre el soberano al corsario con la mayor consideración, pero a contar de sus últimas victorias acariciaba un proyecto que era para él de la mayor importancia. Había rogado a Surcouf que permaneciese junto al rajá con el título de sarapalor; título equivalente a mayor general, una especie de virrey, personaje colocado más alto que todos los otros de la corte, fueran generales, ministros o príncipes.

Surcouf había pedido tiempo para reflexionar antes de aceptar tales ofertas, y en su entrevista repuso al guicovar cuál era su verdadera situación actual, para lo cual le enteró de todo excepto de lo relacionado con el tesoro.

—Si el guicovar me concede la gracia que pido para mi esposa, yo por mi parte estoy pronto a hacerme cargo de la administración del principado, de modo tal que mensualmente he de entregar mayor suma de la que saca hoy el reino por los tributos de aquellas provincias. Organizaré, además, un ejército de primera, y muy principalmente una artillería que ha de hacer al guicovar el más temible enemigo de los ingleses, y cuando en mis correrías marítimas sobre mis navíos propios llegue a saber que está mi señor en guera, correré a ponerme a sus órdenes con todos los elementos que pueda reunir.

—De todas tus ofertas, — interrumpió el guicovar, — esta última es la que más interés tiene para mí.

Declaró luego que quería recibir en audiencia solemne a la princesa, y se celebró la audiencia en medio de toda la pompa oriental. Tronaban los cañones para saludar a los esposos, y el guicovar quiso que se celebrase el casamiento con un banquete espléndido, con generosas recompensas a todas las tropas y con juegos y fiestas populares. Hizo además a la pricesa Meriem regalos dignos del más fastuoso soberano asiático.

Tres días después de todos estos acontecimientos se firmaba un armisticio. Surcouf había logrado del guicovar que le cediese el paje Djernador, y el real heraldo, acompañado de numerosa y brillante escolta y provisto de un escrito con la regia firma, fué a que se reconociera a Surcouf y su esposa como soberanos de los nuevos estados

* * * *

Saldanazar, como todos los grandes personajes adeptos a la secta de la muerte, tenía el tipo perfecto de los grandes felinos, y al estar ante él se sentía uno instintivamente en presencia de alguno de los más sanguinarios animales carniceros, pero bajo la piel humana él, como todos los principales directores, mereció perfectamente el título de Tigre de Siva.

A contar del momento en que se descubrió el trabajo hecho para minar y volar el palacio, no podía ya dormir el rico mercader sin fumar opio, y a pesar de ello experimentaba accesos de rabia inexplicables. Al llegar la noche, la bestia sanguinaria que dormía dentro de aquella humana figura, recobraba su poder absoluto para provocar todo género de furores. Como hacen los tigres enjaulados, se le veía saltar y se le oía rugir horas enteras, y a veces para calmarlo, se onducía a las habitaciones del millonario algún infeliz esclavo o esclava.

Entonces producíase una escena horrible.

EN PAIS DE DIVORCIOS

La madre: — ¿No puedes tener un poco de seriedad? ¡Pones más cuidado y tiempo en escoger un vestido que un novio!

La hija: — ¡Sí, pero ten en cuenta que hay vestidos que tengo que llevarlos toda una estación!

Empezaba el tigre humano por girar en torno de su víctima, aterrorizada y temblorosa, hasta hipnotizarla y dejarla como anodada por el fatídico brillo de las pupilas del patrón. Cuando con tantos efluvios magnétimos se sentía sin alientos él o la esclava, cuando inerte ya era antes un cadáver con un resto de vida, que un ser de los que forman parte de este mundo, lo derribaba el furioso gran jefe de la secta de la muerte, lo oprimía con sus rodillas, y terminaba por estrangularlo con la sagrada corbata, con maravillosa habilidad, ya que no exigía sino un retorcimiento de la muñeca. Sonreía entonces Saldanazar con siniestra sonrisa. Era muy justamente ganada su reputación de ser el primer phansagar o el mejor estrangulador de toda la secta. No había otro thug como él.

Cuando era Saldanazar gran maestre de la orden apenas si se ocupaba nadie de los thugs. Faringhes no debía hacer sus asombrosas revelaciones sino muchos años más tarde, y en los estados aún independientes, como Baroda, la policía no demostraba gran interés en profundizar los misterios, y como nadie se atrevía a levantar el místico velo bajo el cual se ocultaban las hazañas de la secta, los pobres esclavos entregados al furor de Saldanazar no tenían ni quien los defendiera ni quien se preocupase de ellos. Los enterraban en el jardín del palacio del rico mercader, y podía asegurarse que todo aquel jardín lujurioso de vegetación estaba sobre hileras de víctimas de los furores del amo.

Eran ya éste ya aquél thug quien proporcionaba sus víctimas a Saldanazar, y por toda explicación decía al día siguiente el thug complaciente con el mercader:

—Vendí ayer a mi esclavo.

Y compraba otro. Pagaba regiamente el asesino, y ¿quién iba a preocuparse de lo que había sido de un mísero siervo?

Pero todos aquellos asesinatos de gente Saldanazar. Su deseo de venganza lo devoraba a contar del fracaso de la mina en obra y cuando se enteró de los éxitos logrados por Surcouf al frente del ejército, acabó el jefe supremo de los thugs por perder la calma ue le restaba para legar al paroxismo. Pero llegó el momento de enterarse de la victoria. Aquella victoria era imposible. ¿Vencer a los ingleses? Sólo por un milagro podía explicarse triunfo semejante.

Brotó entonces una idea en aquel cerebro para crecer y magnificarse, y dijo a su secretario, que era quien le había dado la noticia de la derrota del ejército británico:

—Todo lo visto sirve para convencerme, — decía el mercader, — de que no nos las habemos con un simple mortal sino con el dios Christna encarnado nuevamente bajo la figura de Surcouf.

La metempsícosis y las sucesivas encarnaciones constituyen el fondo dogmático de la religión de los hindús. Se habla de las varias encarnaciones de Buda, pero apenas si se tiene en cuenta las de Brahma, y dada la ardiente fe del mercader y de su secretario, debía arraigar aquella extraña idea. De tal modo se fijó en sus cabezas semejante imaginación que no quedó en los cerebros espacio para otras maneras de pensar.

—Todo contribuye a demostrar, — decía Saldanazar, — que ese Surcouf no es sino el Christna resucitado. Todas sus hazañas corresponden perfectamente a lo que debía hacer el Christna II .Es un hércules como era el otro, lo adoran las princesas como querían a su antecesor y triunfa siempre por medio de sistemas imprevistos, tal como hacía el Christna verdadero.

—Esos toros lanzados contra el enemigo no son sino la repetición de lo mismo que Christna había hecho ya. Cuentan las sagradas leyendas que siendo simple pastor logró ahuyentar a todos los enemigos con sólo dirigir hacia ellos los bueyes con hacos encendidos.

—De modo, — agregó saldanazar, — que estamos luchando contra un dios, y esto basta para explicar todos los fracasos, y cómo la batalla es sólo una serie de derrotas para nuestra causa.

—Pero hemos de triunfar a pesar de todo.

—Es indudable que saldremos victoriosos. Nuestra perseverancia ha de vencer todos los obstáculos, y Christna, una vez libre, gracias al concurso de la sagrada corbata, de la carne mortal donde se oculta, volverá al seno de Brahma, el gran todo y el único infinito...

—Pues que muera ese Christna Surcouf, ya que así lo quieren nuestros dioses.

Era éste su grito de guerra cuando se adelantaron a la conquista de los países musulmanes y continuaba siendo la voz de combate de los thugs.

Pero llegó una noticia más.

—Señor, — dijo Cyavo. — Un correo que viene del campamento del guicovar trae la nueva de que Surcouf se ha casado con la princesa Meriem de Sanpourlan.

—¿Ha reaparecido esa mujer?

—Se ocultaba bajo traje masculino, y pasaba por hija de un peregrino muerto cuando aquel motín de las prisiones.

—¡Pero es imposible que consienta el guicovar en un matrimonio que puede ser tan peligroso para su poder!

—No sólo ha consentido sino que restableció a la princesa en el gobierno de sus estados. Está ya ocupando el trono de su padre, aunque como vasalla del rajá. Surcouf es no sólo marido de una soberana sino también gran general de todas las tropas del guicovar.

Adoptó SaldanEazar en el acto sus resoluciones.

Esta es una prueba más de que nos hallamos ante una encarnación de Christna. También el Christna antiguo se casó con una princesa.

Meditó un momento el mercader, y dijo luego:

—Es preciso luchar, pero luchar con el mayor encarnizamiento con ese hombre-dios. Siva nos ayudará, y con semejante auxiliar hemos de quedar victoriosos.

Dictó seguidamente muchas órdenes que demostraban cómo había recobrado el dominio sobre sí mismo y la lucidez de criterio

del jefe de los thugs. Nunca se vió complot mejor urdido que el que brotaba rápidamente de los labios del rico mercader. El tigre de Siva puso de relieve su ingenio y su talento y se movilizó en el acto diez mil Thugs para poner en práctica la terrible trama.

No bien acababa de restablecerse el nuevo trono de la princesa cuando ya lo minaban por sus cimientos.

* * * *

Cuando llegó Surcouf con la princesa a tomar posesión de su principado, hallaron que la empresa ofrecía muy serias dificultades.

En lo antiguo, y antes de que destronaran al padre de la joven, era la principal fuerza en que se apoyaba el soberano un cuerpo de tropas musulmanas, y formaban los musulmanes la mayor parte de la población del país, pero a contar de la conquista por los soldados del guicovar, se vió aquella mayoría dominada por los hindús creyentes de Brahma, de modo que devolver a los musulmanes la preponderancia hubiera sido acto impolítico, por descontentar al guicovar y por excitar la desconfianza. Era indispensable proceder con los mayores miramientos y con extrema prudencia.

Durante el viaje, y una vez enterado Surcouf de todos los detalles, redactó una proclama sumamente hábil en la cual, y a nombre de la princesa, anunciaba a los antiguos vasallos de su padre que el guicovar la reponía en el trono con el exclusivo fin de que se olvidara de una vez todas las pasadas discordias. Se comprometía a que reinase la paz y la armonía. Se haría justicia a todos sin reparar en las creencias religiosas de nadie, y se daría los empleos según los méritos de cada cual, y equitativamente repartidos entre los varios ritos.

Leída esta proclama por los heraldos en todas las ciudades y pueblos, produjo excelente efecto y bastó para establecer la paz entre las prepotencias de los musulmanes vencedores y los justos deseos de igualdad de los vencidos.

No bien llegó la princesa a su capital concedió audiencia a todos los grandes dignatarios, y como era muy inteligente, muy bondadosa y estaba muy bien instruída por los consejos de Surcouf, empleó con cada uno de aquellos grandes señores el lenguaje apropiado para dejarlos a todos perfectamente impresionados. Proclamó en muy severo tono que tenía el firme propósito de hacer que se respetase todas las religiones y las sectas, y prometió no atentar contra ninguno de los derechos adquiridos. Quedaron todos satisfechos al comprender que nadie trataría de suprimir las posiciones conquistadas, y bastó esta conducta de la joven para ganar las simpatías de todos sus súbditos.

A todo esto, Surcouf aparentaba preocuparse tan sólo de la organización del ejército del principado.

—Ni soy ni quiero ser príncipe, — decía a todos. — Me limito a ser el marido de vuestra princesa, y nunca he de mezclarme ni en la política ni en la administración de estos domonios. Pero como general en jefe de todos los ejércitos del guicovar, como único representante aquí de la autoridad militar, debo y quiero ocuparme de las tropas.

Si algún personaje trataba de interesar al corsario en éste o aquél asunto, respondía invariablemente:

—Eso deben decírselo a la princesa o a sus ministros. No son cosas mías.

No asitió a un solo consejo de los celebrado en palacio, y por su modo de proceder supo eliminar todas las amistades que pudieran ocasionarle desagrados.

Con su franqueza, su buen humor y su especial modo de tratar a todo el mundo, supo Surcouf crearse amigos verdaderos en todos los que se ponían en contacto con el nuevo general en jefe. Admiraban todos ver tan sencillo, tan abordable al famoso héroe llamado el Hombre del Tigre Sagrado, al vencedor de los ingleses, al gran francés, nombre que dieron los musulmanes, y en pocos días gozó de una popularidad que su historia tomó las proporciones de leyenda nacional. Para el pueblo era un semidios. Corrían las mujeres ante él con los niños en los brazos para que conociesen todos al gran hombre, y le rogaban pusiera las manos en las morenas cabecitas para darle algo de su valor y de su fuerza.

Por su parte Brinville, siempre acompañado de Djernador, se había trocado en el ídolo de la juventud elegante y bullanguera. Su constante charla, siempre amena, encantaba a los señores hindús, y gracias a la inventiva del teniente parecía que la ciudad se hallaba en constante día de fiesta. En cuanto al ejército del principado, satisfecho y orgulloso por tener al frente un general ganador de tan señaladas victorias, se mostraba lleno de buena voluntad y ansioso de hacer algo notable.

Se celebró un gran sawarri, y esperaban todos ver a Surcouf al lado de la princesa sobre el lomo del elefante de gala para figurar a la cabeza del ejército, pero cuando vieron el espléndido desfile, se dieron cuenta de que el corsario marchaba a caballo al frente de sus regimientos. Era el general y no quería ser otra cosa, y se comentó aquel modo de proceder como lo más digno y merecedor de elogios.

Había elegido la princesa como primer ministro, por consejo de Surcouf, a un gran señor entrado en años y conocido por todos como modelo de prudencia y de corrección. Pertenecía a la religión de Brahma, lo que no contribuyó poco a animar y a tranquilizar a todos sus correligionarios. Fué aquel nombramiento medida acertadísima que disipó muchas nubes en el horizonte político del principado.

Marchaba todo de bien en mejor.

Entonces formó Surcouf un cuerpo de tropas musulmanes y estableció su campamento en Sanpourlan, pero lo hizo todo con tal rapidez y con reserva tan notable que apenas si se dió cuenta nadie de tales hechos. Allí organizó excelentes batallones de mil quinientos hombres cada uno, con una

batería de artillería, una compañía de zapadores y armó además un regimiento de setecientos jinetes.

Era un pequeño ejército, pero completo que le serviría para disponer de cuadros enérgicos y adiestrados. Hizo llamar Surcouf a todos los aventureros franceses que se hallaban en la India, y muy pronto vió cómo proporcionaban un contingente triple del necesario para los proyectos del marino. Con los muchos sobrantes formó una compañía de preferencias, con soberbios sueldos, y aquella compañía europea debía ser como plantel para oficialidad y clases de numerosos batallones.

Había procedido muy rápidamente Surcouf a la formación de aquel ejército, hostigado por su deseo de poner a Sampourian a cubierto de cualquier golpe de mano.

Trazó un recinto protegido por bastiones y ordenó que se cortara los gigantes de la selva, que los escuadraran y clavasen con un metro enterrado y cuatro saliendo para constituir como murallas. Cada doscientos pasos hizo construir, además, un fortín y se excavó grandes fosos al frente de recias vigas, y una vez terminada con la mayor rapidez aquella primera línea de circunvalación, construyó otra dentro de la primera, y en sitio más elevado, para que pudiese servir como ciudadela para casos extremos. Esta segunda línea cerraba la entrada de la gruta, de modo que podía entrarse cin que nadie se diese cuenta de ello, en la caverna donde dormían los tesoros.

Formidablemente fortificado y artillado todo aquello, determinó Surcouf plantar allí su tienda y establecer el cuartel general de sus tropas. La princesa visitaba con mucha frecuencia a su marido, y en sus conversaciones íntimas se hablaba con gran frecuencia del tesoro. Pero tenía Surcouf sus ideas propias. Opinaba que debía cambiarse toda aquella pesada y abultada y molesta plata por algo más transportable y de mucho mayor precio, y sostenía la tesis de que debía investirse el tesoro en la compra de diamantes.

Se había levantado la tienda de modo tal que cubriera la entrada de la gruta, y un muro de espesa empalizada rodeaba la tienda, de manera que no podía entrar nadie en aquel recinto como el marinero de Surcouf no franquease la puerta del recinto exterior formado de recios troncos. Los centinelas puestos en la puerta misma, pero fuera de ella, impedían no sólo la entrada sino el acceso de curiosos, y gracias a todas estas precauciones podía irse subiendo a la tienda cuantas cajas de rupias se quisiese.

Cada uno de los viajes de Surcouf, Brinville o la princesa, viajes que se hacían sobre robustos elefantes, se trasladaba a la ciudad varias cajas repletas de monedas, y una vez allí se cambiaba aquel metal por brillantes de gran precio y de muy reducido volumen.

Hemos hablado de la trampa gracias a la cual podía entrarse y cerrar de nuevo la gruta depositaria del tesoro. Era una maravilla de ingenio mecánico. Se construyó en la misma roca y se adaptaba con irreprochable exactitud. Se había levantado la tienda sobre aquel bloque de roca y se abría o cerraba la trampa según se tocaba en uno u otro sentido un resorte secreto. La princesa había explicado a Surcouf los detalles de aquellos resortes, accionados por un sistema de contrapesos para que con ligero esfuerzo pudiera desplazarse el enorme bloque y tan perfecto era el ajuste que nadie podía descubrir la falla de la roca. No se podía ver sino una mole de piedra donde existía una puerta secreta.

Había confiado Surcouf la guardia de la puerta del recinto de que se trata a la compañía de europeos que muy en breve se vería ostentando grados y galones con los que podría vivir ampliamente, y la mayor parte de ellos se veían en muy triste situación en el momento de enrolarse. Se trataba de marinos desertores, de aventureros de toda índole, de hijos de buenas familias pero sin un céntimo, que se dirigían a la India como país rico donde era posible mejorar de posición, y conocedores de la miseria en tierra extraña, estaban muy satisfechos de su nueva situación y por nada del mundo hubieran faltado a lo que la gratitud y el agradecimiento imponen.

Había adoptado Surcouf una prudente medida, ya que daba a los sargentos un sueldo que sólo difería en un tercio del de los oficiales, y como sabía comprender cuál era el mérito de cada persona, los había colocado a todos sobre la base de igualdad social, de manera que reinaba en aquel elegido cuerpo el más decidido compañerismo.

La princesa había advertido a Surcouf que lo más que podía quedar en la gruta sería como cien mil rupias, o sea millón y medio de francos, lo que equivalía a decir que no se necesitaba hacer más viajes.

—¿Qué motivos puedes tener para continuar en Sampourlán si no hay ya nada que guardar aquí?

—Mi querida amiga, — contestó Surcouf, que en la intimidad trataba a la princesa como si fuese una compatriota suya unida a un francés, — no olvides que Sampourlán es un magnífico campo atrincherado.

—Lo sé perfectamente, pero tampoco ignoras tú que está muy lejos de la capital y del campo de nuestros placeres y diversiones.

—Esos placeres y entretenimientos de las ciudades no pueden durar más allá de algunos días, y como pienso empezar muy pronto mi nueva campaña marítima, has de empezar por acostumbrarte a pasar largas temporadas sola.

—Dije a su tiempo que estaba resignada a todo cuanto dispongas.

—Perfectamente, pero como amenace el menor disturbio, ven volando a Sampourlán, donde debes encerrarte. Amontoné aquí gran provisión de víveres como reserva y la misma gruta está repleta de ellos. Sabes que tiene la cueva dos pozos capaces de surtir de agua a toda la guarnición, y como los depósitos de víveres están acasamatados, puedes desafiar desde este campamento a toda clase de enemigos durante largos meses de sitio. Sólo una traición podría colocar en alguna situación crítica, pero para

este caso debes encerrarte en la ciudadela cuando veas que se apoderan los enemigos de los recintos exteriores. Haré ahora minar todo el terreno entre la ciudadela y el recinto exterior y de esta suerte se puede matar mucha gente cuando se quiera, con sólo dar fuego a alguna de las minas.

He nombrado para general en jefe de las fuerzas y fortaleza de Sanpourlan a un antiguo oficial de marina; pero de los que, no siendo nobles de nacimiento no podían tasar del grado de tenientes. Sirvió durante varios años en uno de los regimientos coloniales y luego, tal como hicieron otros muchos, pasó a prestar servicio a las órdenes del gailio Suffren para luchar en defensa de Tipo-Sabih.

Es hombre que ha defendido ya dos fortalezas con brío y talento admirable, y es un perfecto caballero, encantado actualmente de haber hallado en tu corte una posición análoga a la que logró en la de Tipo-Sahib. Tiene el más alto concepto del honor militar y me consta que cumplirá con su deber hasta el extremo que sea necesario.

—Basta con lo que has dicho para que por mi parte tenga plena confianza en tal caballero.

—Lo respetan, quieren y obedecen todos con cariño y con puntualidad, y puedo embarcarme tan pronto le haya dado a mi sucesor la prueba de que adoptará todas las precauciones necesarias para la buena defensa.

—¿Te alejas de nuestro lado?

—Me marcharé dentro de quince o veinte días o de un mes a todo tardar, según sean los vientos que deben traerme de la isla de Francia el navío que dí orden de comprar. Es un gran velero y vendrá con su tripulación completa en la indicada isla.

Resignóse la princesa a la próxima partida de su esposo, por haberse convenido así antes de celebrarse el matrimonio, y a pesar de la amargura experimentada, tenía demasiado fe en su marido y tal era el orgullo de no entorpecer con su llanto las hazañas de Surcouf, que no hizo objección alguna a lo que representaba el mayor de los sacrificios.

Sabía también la princesa que con Surcouf era inútil discutir. Cuando el corsario tomaba una determinación ni la muerte era capaz de detenerle o de hacerle cambiar de idea.

. . . . . .

Eran como las seis de la mañana y ya el campamento de Sanpourlan se veía sumamente animado. Era la hora en que sopla la fresca brisa en que los primeros rayos de sol doran el paisaje y en que despierta la naturaleza.

Era asimismo la más propicia hora para la caza y dos oficiales perfectamente armados y seguidos de sus ordenanzas se internaron en el bosque.

Decía uno de los oficiales con graduación de capitán a su compañero:

—No te cuidas lo bastante. Te observé ayer en el momento de rezar cuando el moula llamó para el salám.

—¿He cometido alguna torpeza durante ese salam? — preguntó el teniente.

—Tendiste los brazos muy torpemente, y te prosternaste como quien no lo ha hecho nunca. Te pusiste en pie como hombre que se siente feliz al librase de un suplicio. Seguramente deben sospechar de que eres un musulmán de ocasión.

—Trataré de corregirme.

—Es preciso que recomiendes a los nuestros que no cometan la menor incorrección.

—No ignora ninguno de los nuestros que cómo despertemos la menor sopecha se nos descubrirá en el acto y que media hora después nos fusilarán a todos.

—Por todas todas esas razones debemos exagerar las medidas de prudencia.

—¿Dónde debemos encontrar a los emisario de Saldanazar?

—En aquel bosque que se ve sobre la cima de aquella colina. Nos espera un phausaghar de grandes méritos, por haber estrangulado a seis cazadores, y como los dejó para que los devoraran los tigres y los leopardos, nadie sopechó del crimen.

—No está mal eso de tener en su cuenta seis muertos. Por mi parte puedo alabarme de haber estrangulado a nueve.

—No te envidio, maté trece.

Saltó en aquel momento una perdiz entre las patas de los cabalos. Apuntó precipitadamente el capitán, y la mató.

Después de este éxito, dijo tranquilamente el capitán.

—Ese hermano a quien veremos dentro de poco es hombre muy meritorio ya que no necesita trabajar para vivir por haber hecho su fortuna desde el primer momento que estranguló con la sagrada corbata.

—¿Cómo fué eso?

—El primero que inmoló a Siva era un mercader que seguía a su caravana. No tenía sino dos asnos como cargueros y montaba uno mientras conducía el otro su equipaje que parecía muy modesto pero se trata de nu mercader y tratante de pedrería, y en el cinturón atado sobre la misma piel del comerciante llevaba más de trescientas rupias de valor.

—¡Por Siva que resultó un magnífico golpe!

—Fué ese hermano nuestro quien tuvo tal gran suerte. Habíase ataviado muy pobremente el mercader para que nadie pudiera sospechar lo muy rico jue era y nuestro hermano mientras buscaba un árbol qué cortar para hacer leña vió aquel hombre dormido.

—¿Despertó en el sueño de Siva?

—En efecto; a los esfuerzos del corbatín sagrado voló el alma a renuirse con el gran todo de donde emanamos, pero quedó el cuerpo bajo el árbol, y atado al cuerpo estaba el cipturón cuajado de diamantes.

—Fué gran suerte la de ese leñador.

—Cuidó de remitir a Saldanazar los brillantes de más precio y las hermosas perlas para formar el caudal de nuestra secta

—Eso es lo que se llama un buen creyente.

—No conservó para sí sino un valor de

treinta mil rupias y no por ello ha dejado de trabajar un solo día.

Entraron en aquel momento dentro del bosque y apareció en el acto el leñador, que espiaba el campo desde muchos antes.

Cambiaron los thugs sus misteriosas señales. Era el leñador un verdadero hombre de los bosques y parecía un gorila, si se exceptuaba lo estrecho de la frente de los monos. Era, por lo contrario, la frente del thug bombeada y sumamente despejada, pero las mandíbulas eran prominentes y toda la cara acusaba una bestialidad, más apreciable aun al ver los caninos que salían entre labios de simiescas gesticulaciones. Los ojos eran pequeños, amarillentos y parpadeaban sin cesar con extraordinaria precipitación.

Presentó el capitán al teniente.

—Mira, hermano: si dispusiera Siva de mi y no pudiéramos realizar nuestros proyectos, este debe ser mi sucesor y reemplazante.

—Está bien — gruñó el leñador.

Examinaba al teniente para fijar bien en su memoria las facciones del militar. Era indudable que aquel hombre tenía bestiales instintos, pero el extraordinario desarrollo de la frente indicaba una inteligencia poco común, despierta, ávida de emociones, lo que explicaba cómo se afilió a la secta de los thugs cuya doctrina debía satisfacerle, dados los instintos de fiera que se veía le dominaban.

—¿Tienes alguna instrucción que darme? — le preguntó el capitán.

—Estar siempre prontos, — contestó el leñador.

—¿Pero, cómo hemos de saber?...

—Llevaré fruta al campamento y me veréis. Sabréis sólo por esa visita que vuestro deber es venir a buscarme aquí mismo. Cuando nos volvamos a ver en esta colina daré nuevas instrucciones.

—Estamos enterados.

—¿Pero, podéis disponer de una de las puertas del campamento para que puedan entrar los nuestros?

—Sí; somos cerca de cien hermanos los que nos hemos enrolado en esas tropas. Extrangularemos al centinela que custodie la puerta y la guardia nada ha de notar, por estar segura de la fidelidad de los soldados.

—¿Pero, ¿el centinela se dejará matar?

—Es muy fácil que sea alguno de los nuestros.

—¿Y si fuera de los otros?

—Como capitán haré mi ronda, y como cambiará el santo y seña haré el cambio de guardián.

—Veo que está todo bien preparado.

—¿Pero cómo conseguirá el gran jefe meter tanta gente por sorpresa de modo que pueda conquistar el campamento?

—Ese es el secreto de Saldanazar.

—Debes saber, cuando menos, qué número de combatientes piensa lanzar al asalto y al degüello.

—Puedo asegurar que pasaremos de diez mil.

—Es suficiente ese número para aplastar a una guarnición si se la sorprende dormida. Lo único que no puedo comprender es cómo un ejército de diez mil soldados pueda atravesar todo el país sin que se dé cuenta nadie de ello.

—No olvidéis que nuestro gran jefe es más que un hombre.

—Encargámoste de que hagas saber a Saldanazar que estamos siempre prontos a obedecer todas sus órdenes.

—Lo sabrá, y ahora que Siva os guarde a los dos.

—Y que Siva nos sea propicio.

Desapareció el leñador como tragado por lo espeso del bosque, y se retiraron los militares para dirigirse al campamento.

Saldanazar parecía estar tranquilo, y la gran energía de aquel carácter irradiaba en el rostro. Estaba reflexionando en aquella movilización de diez mil thugs, y contaba que no suponía sino insignificante parte de las fuerzas de la secta, la que podía disponer de más trescientos mil hombres. Sólo había ocurrido Saldanazar a los thugs de las provincias marítimas, por ser un gran comerciante que por cifras enormes operaba no sólo por medio de caravanas sino que también con centenares de barcos, y gracias a estas circunstancias logró embarcar millares de thugs para estar todos prontos a caer en el lugar donde se ordenase sin que pudiere traslucir nadie la menor sospecha, por haberse tramitado todo sólo por el y por su secretario.

Cada puerto recibió dos, tres o más barcos, según su importancia, para recibir los contingentes suministrados por la provincia, y como por su práctica de armador conocía Saldanazar las épocas más favorables para las operaciones marítimas, pudo dar sus disposiciones con la precisión necesaria. Señaló como punto de concentración de fuerzas una bahía muy segura y situada en un lugar desierto como a seis leguas marinas de Sanpourlan, y una vez reunidos allí todos los adeptos, se debía desembarcar sin pérdida de momento, y marchar rápidamente durante la noche para caer por sorpresa sobre el campamento de Sourcouf.

Era tal la admirable disciplina de los thugs que pudieron ir embarcándose uno a uno los diez mil adeptos sin que se despertara la menor sospecha, y una vez a bordo cada uno de los conjurados, desaparecía en el acto en la bodega y no volvía a aparecer para nada sobre el puente. Tan pronto como había campletado algunos de los arcos su cargamento, salía para el lugar de la concentración. No había manera de que se enterase nadie de tan misteriosas maniobras.

Acababa de enterarse Saldanazar de que se había hecho a la vela el último de los buques destinados al trasporte de los thuggs, y estaba completamente satisfecho al ver la marcha de sus planes.

Con la mirada centelleante de esperanza, dijo a su secretario:

—Esta vez, y aunque nos cueste un enorme esfuerzo, estamos seguros de aplastar a los enemigos

Permaneció callado unos segundos, y dijo luego:

—Nos pondremos en marcha esta tarde y embarcaremos esta noche.

Salió Cyavo al oir estas expresiones, para preparar todo lo necesario para el viaje de su señor, mientras permanecía éste solo. Su mirada se volvió entonces en dirección a Sanpourlan y tomó su rostro la expresión de la crueldad más refinada. Parecía haberse transformado en voraz ave de pesa.

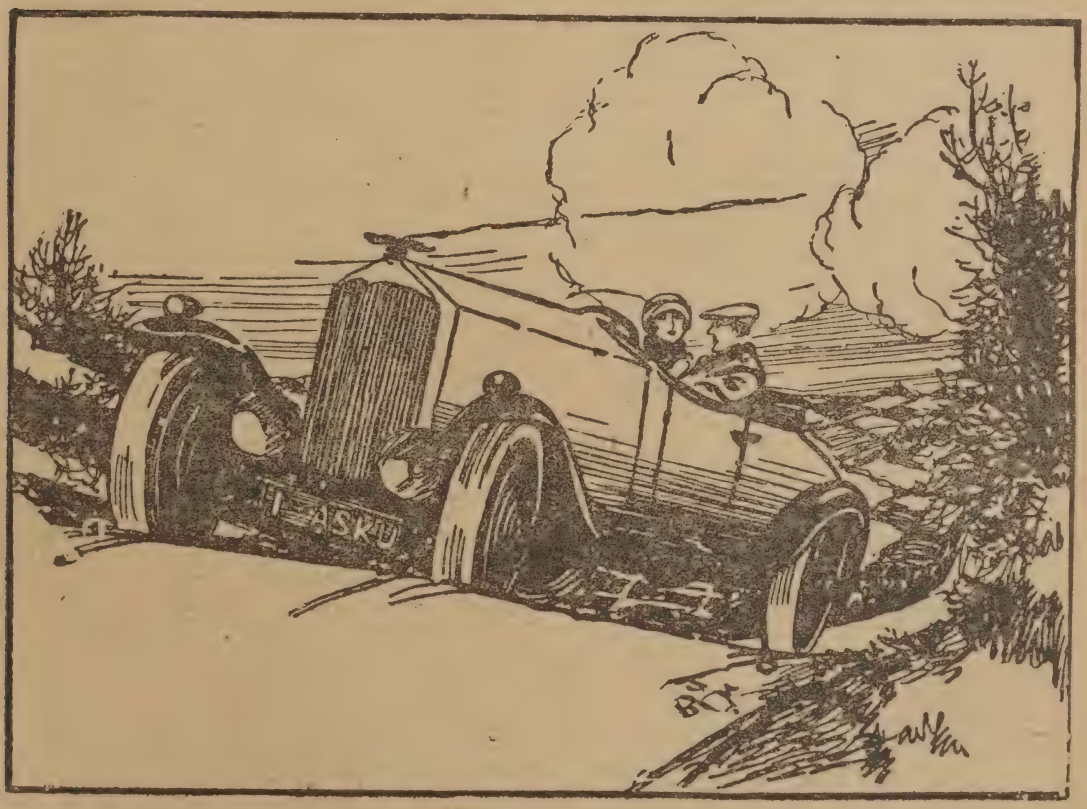
La rada de Paradyage parecía dormirse al caer el viento sobre las amarillentas colinas. Apagaban las estrellas los últimos resplandores diurnos al encender sus luminarias entre el azul del eter. La desierta costa parecía más triste aun en las sombras de la noche. La arena se perdía a lo lejos. No se veía agua por ninguna parte, y la aridez del suelo alejaba de aquellos parajes hombres y fieras.

Presentóse un navío que avanza hasta doblar la punta que cierra la bahía, y la negra nave traza en las aguas fosforescentes fantásticas estelas. Se arría la vela única que impulsa el barco, y cae el ancla. El buque se balancea suavemente sobre un mar inmovilizado.

No bien acaba de caer el ancla, echan al agua tres lanchas que se llenan en el acto de hombres armados, y a fuerza de silenciosos remos abordan a la playa, donde dejan sus armados pasajeros, para volver sin pérdida de tiempo a el navío, del que regresa a tierra, siempre con el mismo apiñado cargamento de soldados, y no bien sientan estos el pie en la arena, cuando se alinean en cuatro filas, para emprender en el acto, sin hacer el menor ruido, el camino que conduce a los próximas colinas.

Otro navío más entró en la misma rada y le siguen muchos más para repetir todos las mismas operaciones, y de las bodegas de aquella numerosa flota salen diez mil hombres armados todos ellos sin que se empleara en el desembarco más de una hora. El mejor almirante británico hubiera admira-

Manera hábil de manejar un automóvil



El amigo (dando su primera lección de manejo del automóvil): — ¿Por qué frena usted el coche mientras subimos esta barranca?

La bella alumna: — ¿No lo comprende? ¡Para que no rodemos cuesta abajo! ¿Comprende?

do la precisión y el orden con que se hizo tan delicada operación como supone desembarco de semejante contingente entre las sombras de la noche.

Los diez mil desembarcados se internan tierra adentro, sin dejar otras huellas de su paso sino el rastro de la arena. Hubiérase dicho era todo un ejército de fantasmas.

No salió ni una palabra ni el menor rumor de aquella numerosa tropa calzada con alpargatas de esparto y que sabía hollar el terreno sin producir el menor ruido. Lo único que podía percibir el oído más delicado era un especie de deslizamiento sordo, apagado, lejano... Era algo así como una trepidación del piso.

Marchaban los thugs rápidamente por fuera del camino trillado y casi sin tocarlo en ningún sitio. Todos están armados de fusil, pistolas y sables, ya que se trata de combatir y de exterminar, pero no por ello dejaba de llevar cada uno la sagrada corbata para estrangular a los heridos. Una fe ardiente y feroz anima toda aquella legión de tigres humanos, y de la silenciosa columna se desprende un vaho de muerte y un olor de acres emanaciones.

Aquella sombría cinta avanzaba como fatídica serpiente, con velocidad de siete kilómetros por hora, y no detuvo su carrera hasta estar a una legua de Sanpourlan.

Era la media noche, y los jefes que a caballo marchaban al frente hicieron detener la columna. Los cascos de los caballos estaban cubiertos de espesos trapos y no producían ruido alguno.

Presentóse en aquel momento un hombre que avanzaba entre las sombras. Era el leñador que vimos en los bosques, y despues de prosternarse ante Saldanazar dijo con su habitual laconismo:

—Señor, está todo pronto. A las dos nos abrirán la puerta del campamento.

—Está muy bien, pero no te separes de nuestro lado.

Dió Saldanazar órdenes, y después de media hora de descanso volvió la sombría fuerza a moverse, y cuando llegaron todos a unos dos kilómetros de Sanpourlan, se formaron de modo que quedaran constituídos varios destacamentos en espesas y apretadas columnas de ataque. Serían como la una y media de la madrugada, cuando toda la fuerza de los thugs se arrojó al suelo, y emprendió su último avance arrastrándose todos como serpientes.

Todos los estranguladores se ejercitan en ese modo de avanzar para estar en condiciones de llenar su cometido, y ejercitados y diestros en tan difícil maniobra, logran recorrer grandes distancias, invisibles y del modo más silencioso.

Aquella rastraedora invasión llegó hasta muy cerca del campamento sin que otro movimiento, como no fuese la ondulación del matorral, pudiera indicar la presencia de tan peligrosos huéspedes. Los centinelas debían atribuir a la brisa las ondulaciones del matorral, y cuando las cabezas de columna llegaron al linde del espacio despejado por los trabajos de los defensores, hicieron alto y permanecieron silenciosas y agazapadas esperando que fueran las dos de la madrugada.

De pronto se vió cómo se abría una de las puertas del campo muy silenciosamente y cómo caía una especie de puente levadizo. Lanzó Saldanazar su destacamento y todos los otros se precipitaron al asalto, y bandas de salvajes fanáticos cayeron repentinamente sobre las tiendas en las que dormían los soldados de Surcouf. Elevóse hasta los cielos horribles concierto de gritos y detonaciones, de ayes de moribundos y de exclamaciones de rabia y de furor.

Dormía Surcouf en la ciudadela, pero a los primeros gritos saltó como un rayo y lo propio hicieron aquella compañía de honor formada por gentileshombres maharatás y la formada por los franceses, y una y otra salieron del recinto de la ciudadela para tomar parte en la lucha. ¿Pero cómo disjarar las armas? La pelea era una mezcla informe de hombres que pertenecían a los dos bandos, y un tiro sobre aquella masa humana hubiese indistintamente dado muerte a amigos y enemigos.

Al cabo de algunos minutos de vacilaciones, gritó Brinville que al paso que llevaba el enemigo podía decirse que la matanza de los leales era poco menos que completa.

—Tienes, desgraciadamente sobrada razón, — dijo el capitán, y dió una orden a su marinero.

Como medio minuto más tarde, más de cien cráteres se abrieron bajo los pies de los que combatían aún y llamaradas enormes, montones de piedras y tierra saltaron por los aires, llevándose miles de thugs de los más próximos al recinto de la ciudadela. Volvían a caer tierra y piedras y cadáveres destrozados sobre nuevas minas y barriles de pólvora que habían quedado al descubierto, y que estallaban con horrible estrago.

Todo lo que quedaba con un resto de vida huyó de aquel infierno improvisado, entre los gritos de rabia y los aullidos de dolor. Saldanazar, quien había quedado fuera del alcance de la lucha y al frente de una importante reserva, vió cómo corrían desesperadamente más de dos mil thugs, chamuscados, estropeados, asados en parte, desfigurados todos ellos y aturdidos por la sorpresa y el terror.

Murmuraba rabiosamente el rico mercader:

—Christna, Christna: ¿Cómo pruebas que no eres hombre?...

Trataba la furibunda pupila de Saldanazar de atravesar el misterio de los cielos. ¡Otra derrota incomprensible! ¿Dónde se escondía la divinidad amparadora de los extranjeros?

Dijo uno casi al oído de Saldanazar:

—Aún puedes apoderarte de ellos, señor.

Era el mismo capitán que había abierto la puerta milagrosamente salvado de todos los peligros.

—¿Qué puedo aún apoderarme de esos hombres? Preguntó Saldanazar temblando al impulso de la nueva esperanza.

—Tenemos aún cinco o seis mil hombres, y ellos no pasan de ser doscientos en lo que llaman su ciudadela.

—¿No pasan de doscientos?

—Así lo juro sobre mi próxima encarnación.

—¿Pero cómo podríamos formar ese circuito?

—Mira, señor. Ordena que se amontone mucha tierra en torno de la ciudadela, y una vez dominado el parapeto los podremos fusilar cómodamente. Mientras construyen unos especies de torreon harán otros escalas de bambú para el asalto final que no daremos hasta haber matado desde los terraplenes a la mayor parte de los compañeros de los corsarios.

—Es el mismo Siva que inspira tus palabras. Toma el mando desde ahora mismo y dispón los preliminares de ese asalto.

Era el capitán hombre inteligente y enérgico, y sin perder un momento dió sus órdenes a los thugs, los que emprendieron las tareas con decisión y con método y disciplina. Cualquiera hubiese dicho que era aquel ejército una de esas mangas de hormigas que se afanan en reparar alguna catástrofe producida dentro de su hormiguero, y antes de apuntar el día podía verse unas cuarenta plataformas más altas en sus cúspides que los reparos de la ciudadela.

Tan pronto como brilló la aurora, dió orden Surcouf de que la artillería empezase a cañonear las plataformas o terraplenes construídos ante sus trincheras, y murieron centenares de thugs. Dijo a la princesa, quien no quería separarse de su esposo ni por un instante:

—Por hoy los dejaremos hacer. Que hilen y tejan a su gusto. Mañana los hemos de ver admirados de cuanto contemplen.

—¿Y qué sucederá mañana? — preguntaron varios.

—Mañana, — dijo Surcouf sonriente, — pues mañana, y gracias a mi varita mágica, nos transformaremos todos nosotros en bichitos más chicos que el puño de esta mi mano.

Mientras duró la luz del día, fueron todo ventajas logradas por los sitiados, ya que los sitiadores no disponían de cañones, pero apesar del fuego de los artilleros continuaban elevándose las torres. Saldanazar no vaciló ni por un momento en si debía o no sacrificar más de quinientos de sus hermanos para que adelantasen los trabajos emprendidos, pero llegó la noche, y durante toda ella no dispararon los sitiados sinó muy contados cañonazos y algo así como a la buena de Dios, y sin plan preconcebido, mientras trabajaban rabiosamente los thugs protegidos por las sombras, y crecían las montañas de tierra desde cuyas cimas podían sumergirse las miradas de los atacantes hasta en lo más recóndito de la ciudadela. Pero fué enorme la sorpresa de los que inspeccionaron el campo enemigo. No se veía a nadie, y ante esta novedad se dió parte a Saldanazar.

—Se han escondido debajo de la tierra, — dijo el mercader. — Será una de las mil y mil artimañas de esos malditos franceses.

Dió inmediatamente orden de asaltar, y tres mil hombres provistos de escalas se lanzaron contra los parapetos. Los cañones y fusiles de los asaltantes permanecían silenciosos, y en el interior de la ciudadela reinaba la quietud y silencio de muerte, lo que confirmó a todos los thugs en la misma idea de que Surcouf se escondía en algún subterráneo.

Los primeros que se posesionaron del recinto interior buscaron algún escondite, pero pudieron convencerse de que todo lo pisado por sus pies era roca viva, y estaban en las mayores dudas cuando saltó instantáneamente todo el círculo de fortificaciones exteriores, así com la plaza donde se habían aglomerado los asaltantes.

Fué aquello una nueva y terrible sorpresa para los thugs, los que no podían concebir cómo los hacían volar los franceses sin volar también ellos, pero mil doscientos muertos o heridos servían de testimonio de los ardides y del saber de los extranjeros.

Esta segunda derrota fué más completa aún que la primera.

—Aún nos quedan cinco mil hombres señor, — dijo el mismo oficial. — No hay razón para que nos retiremos.

—Es verdad, — contestó Saldanazar.

Gracias a un prodigioso esfuerzo de voluntad, recobró su habitual sangre fría.

Al día siguiente se pidió y se encontró voluntarios, pero el reconocimiento de la fortaleza en ruinas, y sin que nadie estorbara los movimientos de aquellos exploradores, pudieron medir, estudiar, ver y escudriñar, pero todas sus declaraciones coincidían en reconocer que no daban sino con compacta roca en cualquier lugar donde se sondeara el terreno.

Saldanazar encanizado en descifrar el problema que ante él se ofrecía de modo tan misterioso, permaneció seis días entretenido en inútiles pesquisas, sin ver nada que pudiera servir para orientarle.

Pero llegó entonces la noticia de que el ejército de la princesa, así como las milicias del principado, se ponían en movimiento para marchar contra los thuggs, pero como aún debían transcurrir varios días antes de que se viese obligado a reembarcar sus tropas, decidió continuar las investigaciones con más tesón que antes, por su afán de ver estrangulados a los franceses, sitiados en sitio del que no creía pudieran escapar, pero del que habían sabido evaporase como por mágico arte de brujería.

Pero la reducida guarnición en pleno se había refugiado en la gran gruta del tesoro, y gracias a las precauciones adoptadas por Surcouf de que llevaran a la caverna provisiones, paja y todo lo indispensable para usar los subterráneos como sitio de supremo refugio, no se estaba allí del todo mal.

No era muy puro el aire que se respiraba, pero no se carecía de luz. Con las tazas de los soldados, aceite de cocina, del que había abundante provisión, y con trapos como mechas, se improvisó muchas lámparas,

si no muy brillantes, al menos lo suficientemente claras para permitir los movimientos de los encerrados.

No quiso Surcouf que su gente permaneciera inactiva, y obligó a trabajar a todo el mundo, aunque se ejecutaba las tareas con las mayores precauciones.

Se empezó por ir quitando todos los pedruscos que cerraban la salida de la gruta por la parte del mar, y se hizo todo de suerte que quedaba sólo una gran roca como único obstáculo a la saluda, y así podían los sitiados llegar al pie de los acantilados sobre los cuales se alzaban las ruinas del castillo de Sanpourlan.

En ese estado estaban los trabajos cuando se enteró Saldanazar de que se ponía en camino contra él el ejército salido de la capital del principado, y precisamente en aquellos mismos momentos reunía Surcouf a todos sus subordinados y amigos en torno de una fogata hecha en lo más escondido de la gruta, y les decía:

—Compañeros, — decía el corsario con su acostumbrado buen humor. — Dije que nos transformaríamos en animales más pequeños que mi puño, y miradlo, ya que aquí lo muestro, y decidme si no es mayor que un topo. ¿Y qué otra cosa sino topos somos desde hace varios días? Pero llegó el momento de que volvamos a ser soldados y hombres, y ahora empieza a disponer de todos nosotros vuestro jefe y vuestro camarada.

"Tú, Brinville, — continuó el capitán,— toma veinte hombres, y como hemos tenido la precaución de reunir muchos fusiles, y como podrás disponer de ellos cargados, no ha de serte difícil abrir un fuego sostenido y recio. Con cajas de provisiones, con mantas llenas de tierra, con piedras de las procedentes de los escombros, con lo que encuentres a mano, haces una barricada frente a la entrada de la trampa, y a las tres en punto, ya que supongo conservas tu reloj, romperás el fuego, por suponer que tendrás abierta la trampa de la gran piedra giratoria como a las tres menos cuarto. Considero que con diez minutos puedes tener listo tu parapeto, pero si ellos disparan contra vosotros antes, contestad a su fuego con otro más certero y activo aún.

—Ya veo — decía riendo alegremnte Brinville, — cómo vamos derribando thugs como se derriban muñequitos en las ferias de mi país.

—Puede cualquiera, puesto en las condiciones en que os encontraréis, disparar diez tiros por minutos, ya que partimos de la base de que tendréis muchos fusiles cargados.

—Vosotras, — continuó el marino dirigiéndose a la princesa y a las damas y esclavas de su séquito, — quedais encargadas de cargar los fusiles, y hecho esto los debeis llevar hasta donde estén los combatientes. Esta es la razón por la cual, y como para matar las horas y divertirnos un poco, os hice hacer el ejercicio a todas. Lo que por simple juego y motivo de risas se tomó, no era sino práctica de lo que ahora debéis hacer.

—Continúo con mis instrucciones a los destinados a luchar. Si no os fuera posible sosteneros contra los ataques de los thuggs contra vuestro reducto improvisado, debes, amigo Brinville, retirarte con toda tu gente a lo negro de la boca de la gruta, y haces girar nuevamente la gran piedra que cierra la entrada del subterráneo. Dejarás que los estranguladores griten y se vuelvan locos buscando por dónde desaparecíteis, y en el acto saldrás con la princesa y todas las mujeres y los que te queden vivos, sin preocuparte de mí para nada.

—Entendido.

—Te recomiendo que no extremes ni exageres la resistencia, ya que para mis planes basta en realidad que la inicies.

—¿Tú piensas salir con el grueso de nuestras fuerzas por la poterna que da sobre el mar para atacar a los thuggs por retaguardia?

—Sí, y no te sorprendas si oyes cañonazos, ya que dispondré de cañones, —decía Surcouf.

—Comprendo... cuentas con las granadas...

—Y con gruesas bombas.

Las granadas de aquellos tiempos podían también lanzarse a mano.

Habiendo explicado Surcouf cuáles eran sus proyectos, dedicó el resto del día a los preparativos indispensables, y un poco antes de oscurecer salió con su gente, para que Brinville y la princesa dirigieran lo que debía hacerse en la caverna.

Eran todos los que acompañaban a Surcouf soldados veteranos, muy acostumbrados a jugarse la vida y a desafiar la muerte. Entraban en la empresa sin pensar en el modo de salir de ella, y sin preocuparse de si sería aquél el último cuarto de hora de su vida. Tanto los maharatás como los europeos, eran soldados profesionales que habían combatido a las órdenes de Tipo-Sahib y con el bailío de Sufren no pocos de ellos, y todos habían luchado en las más atrevidas aventuras de cuantas han sido teatro los reinos y señoríos de la India.

Andaba el reducido pelotón con decidido paso, y cada soldado llevaba en un zurrón de piel cinco granadas, y algunos de los combatientes se doblaban bajo el peso de grandes bombas.

El destacamento bordeaba la playa, para alejarse luego y dar una vuelta de modo que llegase cerca de los thuggs, pero abordándolos de modo que dominaba el campo de los estranguladores. Para estar cerca del agua y no alejadse de un arroyo, habían establecido su campamento los soldados de Saldanazar en un sitio bajo, cerca del cual se levantaba una alta colina.

Detúvose la marcha de la reducida columna a las dos de la madrugada, y se tendieron todos en el suelo como a dos millas de los enemigos.

Hizo colocar Surcouf ocho de las grandes bombas, unas cerca de las otras, en la cima del montículo. Estaban en el borde de la pendiente, y dejó dos hombres de toda su confianza para cuidar de aquellos terribles ingenios. Debían hacerlas estallar en el momento de hacer explosión la primera granada que cayese en el campo de los

thuggs. Era fácil dar fuego a la mecha de cada bomba, y retirarse luego para dar tiempo a la explosión, y se había calculado mechas más o menos largas para disponer así de explosiones sucesivas.

Es cierto que colocadas a tal distancia aquellas bombas no podían producir el menor daño a los thuggs, pero lo que se proponía Surcouf era conseguir que creyese el enemigo que los cañones tronaban desde lo alto de la colina. Los cañonazos debían suponer la presencia de un ejército. Debía ser la fuerza de socorros anunciada, y debía llegar de un momento a otro. Se habían adelantado los que desde la capital acudían, y los planes de los atacantes eran ya imposibles.

Serían las tres menos dos minutos cuando empezó el fuego en la ciudadela, por haber dado orden Brinville de defender a tiros el fortín improvisado con extraordinaria rapidez, y en el acto de resonar los estampidos, empezó a marchar contra el campamento de los thuggs el destacamento mandado por Surcouf. Todos entre los enemigos de los corsarios tenían fija la mirada en la ciudadela a la que había enviado Saldanazar como un millar de combatientes, destinados a responder al incomprensible ataque de unos hombres a quienes nadie pudo encontrar, pero que brotaban como por arte de brujería del mismo fondo de la tierra.

Meditaba ya Saldanazar en la conveniencia de enviar refuerzos, dado el vigor con que luchaban los partidarios de los franceses, cuando estalló una granada en el centro del campamento thug, a la que siguieron otros muchos estampidos más. A lo lejos tronaban los supuestos cañones, al mismo tiempo que empezaba activísimo y bien dirigido fuego de fusilería. ¿Cómo dudar de que era el ataque de todo un ejército que había tomado posiciones y que iniciaba su ataque a fondo?

Se apoderó de los thugs indescriptible pánico, y emprendieron la fuga, mientras gritaban desaforadamente: "¡Christna... ¡Christna!..." Un sagrado terror los dominaba a todos... Abrigaban la convicción de que alguna maligna divinidad los condenaba a la muerte.

El tropel de cuanto quedaba aún en pie del elemento thug, y los restos del nutrido ejército movilizado por Saldanazar, corrió hacia la playa como espantada ola humana que va a sumergirse entre las ondas, y aquella enloquecida multitud, tan pronto como llegó a la orilla del mar, se arrojó al agua, para asaltar a nado los navíos más próximos, por no ver modo de salvarse sino sobre las cubiertas de las naves.

Surcouf se guardó bien de ordenar que se persiguiese a los fugitivos. Hubiera sido insigne torpeza dar ocasión para que se percataran del reducido número de los que los habían derrotado. Ante el fortín, tan rápidamente construído por Brinville, se contó cuatrocientos diez cuerpos sin vida alguno o a punto de dejar este mundo. Se los remató a todos, y además de la terrible labor desarollada por Brinville y los suyos, calculaba Surcouf que entre su fusilería y los estragos causados por las granadas, no podía bajar de un millar el número de los thugs dejados fuera de combate.

Cuando al siguiente día llegaron los primeros escuadrones del ejército libertador, y cuando pudieron contar los numerosísimos cadáveres tendidos por el suelo en aquel corto sitio de sólo algunos días, y al contemplar los hindús tan espantosa carnicería, brotó de todos los labios el título de Surcouf el Exterminador, como el nombre único que cuadraba al marino francés. Corrió el relato de lo hecho, y se supo en todas partes cuáles eran las hazañas del marino. Se improvisaron cánticos para perpetuar el recuerdo de sus proezas, y el nombre de Surcouf el Exterminador voló por tod el país para ser el marino bretón el ser más popular en toda la India.

No perdió tiempo Surcouf y dió orden de que se volara en el acto la gruta de Sanpourlan, por ser ya completamente inútil. No había rupias que guardar, por haberse invertido todo el tesoro allí encerrado en preciosa pedrería.

El grueso del ejército libertador de los que fueron sitiados por los thugs, se acercaba a la ciudadela, pero distaba tres jornadas de las primeras avanzadas de la caballería. Pasó revista la princesa a sus brillantes batallones y recibió las mayores pruebas de afecto de sus soldados.

Habíase portado admirablemente la joven soberana, ya que combatió con el mayor brío junto a Brinville, y hasta recibió ligera herida en el brazo, y como lo tenía que llevar envuelto en vendajes, logró arrancar las aclamaciones más entusiastas de sus súbditos por ver en ella la más preciosa soberana y una heroína que había recibido el bautizo de sangre lo mismo que el último de sus defensores.

Después de haber logrado la victoria contra los ingleses, se suponía que no podía crecer más la fama de Surcouf, pero sus éxitos contra secta tan poderosa y temida como la de los thugs acrecentó la gloria del marino, y eran los mismos thugs quienes lo sacaron de la esfera de los hombres para convertirlo en semidios.

—¡No nos mates, Cristna! ¡No nos mates! — gritaban dos muchachos de los presos y presentados a Surcouf.

—¿Pero quién os enseñó a llamarme Cristna?

—Bien sabe el sahib por qué le damos tal nombre.

—Tan no lo sé, que os prometo la libertad si explicáis este punto.

—¿No eres la reencarnación de Cristna?

Balbuceando de terror desarrollaron lo mozos la teoría, y lo más extraño era ver cómo ante la revelación de los thugs cayeron todos los oficiales maharatás de rodillas ante el corsario, y prosternándose humildemente empezaron a adorar a Surcouf, al que apellidaban también Cristna.

La divinidad de Cristna, del divino Cristna, corrió por todo el campamento, y no podía ir el marino a sitio alguno sin ver ante él largas filas de arrodillados y humildísimos guerreros. El pueblo unió sus adoraciones a las de los soldados, y a tal

punto llegó la cosa que no vió otro medio Surcouf de normalizar la situación, sino dar una orden por la que quedaba prohibido, bajo las más severas penas, toda otra muestra de respeto al capitán corsario que no fuera el saludo militar, con toda la rigidez disciplinaria.

Inútil nos parece contar las sabrosísimas bromas que arrancaba al alegre Brinville semejante adoración a su camarada.

Cundo entraron Surcouf y su esposa en la capital del principado, salió a recibirlos toda la alta clerecía, y tanto ella como el pueblo, se arrodilló al paso de la pareja, mientras gritaban respetuosamente:

—Aquí está el nuevo Cristna. Esta es la esposa del reencarnado. Feliz mujer llamada a trocarse en diosa cuando muera...

Humeaba el incienso y resonaban los cánticos litúrgicos, en tanto que aclamaba el pueblo delirante, y mientras el estampido de las salvas de artillería y las descargas de los fusiles atronaban los espacios.

De buena gana hubiera soltado Surcouf una alegre carcajada, pero lo solemne de las circunstancias le obligaba a gurdar la rígida compostura exigida, pero para poner fin a lo que no era para él sino ridícula mascarada, ordenó que desfilara el ejército ante la princesa a paso de carga, y trató de acortar todas las ceremonias, hasta que logró verse libre de mirones en lo escondido del palacio.

Esperaba en una de las terrazas de la principesca morada una suculenta comida, y participaron de ella la princesa, Surcouf y Brinville, ya que la etiqueta oriental no podía permitir que la joven Himra participase del almuerzo, por pertenecer a casta inferior.

Pero tanto el capitán como su teniente quedaron admirados al ver cómo se arrodillaba la princesa ante su esposo, cuando entró éste en el sitio donde estaban los manjares.

—¿Pero tú también?... También tú, amada mía?... Pero ¿qué es esto?

—Sahib, Cristna, te ruego que...

—¿Pero te atreves a disparatar como los otros? No me hagas reir, mi querida amiga.

—Esto sí que es realmente gracioso, —decía Brinville, retorciéndose de risa...

Prosternada la princesa, pero en muy baja voz para que no pudieran oir los sirvientes, decía y repetía con la mayor energía:

—Si no soy yo la primera en tomarte y reverenciarte como a un dios, se debilitará la fe del pueblo. No olvides que mientras te crean reencarnación de Cristna ha de adorarte todo el pueblo, lo que equivale a decir que nos será fiel.

—Veo, — meditaba Surcouf, — que mi consorte tiene mejor sentido que yo.

Murmuraba Brinville:

—Vaya con la picardía de esta moza... ¡A que resulta más sabia que nosotros!...

Una vez terminado este asunto, pusiéronse a la mesa, de acuerdo con las modas y costumbres de la India, y cuando se retiraron todos los sirvientes, dijo Surcouf a la princesa:

—Antes de empezar mi campaña de corso contra los ingleses, quiero arreglar este palacio de modo que no lo puedo conquistar ni destruir nadie, y con este propósito vamos a transformarlo muy rápidamente en ciudadela a la Vauban. Organizaremos una guarnición compuesta de árabes, maharatás, de hindús musulmanes y de cipayos indígenas, y con tan heterogéneos elementos, que han de estar vigilándose mutuamente, no es posible temer traición alguna. Nuestro general está bueno y sano, y lo colocaremos al frente del ejército, y hecho todo esto podré embarcarme tranquilo, pero he de tratar de estar aquí para cuando te decidas a dar a tus súbditos un príncipe o una princesa.

Ruborizábase Meriem.

—En cuanto al tesoro, — añadió el marino, — no hay nada que temer, por haber adoptado un plan que lo pondrá en seguridad completa.

Brinville, notando la tristeza de la princesa al sólo anuncio de la separación, trató de que se variase el tema, y con su excelente buen humor y su gracia, fácil fuo el joven teniente arrancar carcajadas a la joven. Surcouf agradeció a su amigo sus bondades para borrar las amarguras de la princesa.

Empezaron los trabajos de fortificación al siguiente día, y se los llevó adelante con febril actividad.

Empezó Surcouf por empotrar en tierra una empalizada de recios troncos, los que sólo salían del terreno lo indispensable para alcanzar el coronamiento de la muralla en proyecto. Ante la línea de los postes se excavó profundos y anchos fosos, y la tierra sacada de ellos sirvió para consolidar la fortificación y para formar banquetas para los infantes destinados a fusilar a los enemigos, y anchas plataformas pra el emplazamiento de las baterías. Tan pronto como la obra preliminar quedó terminada, construyeron los albañiles sólida muralla de mampostería contra la empalizada, y se reconoció después que no había nada tan resistente como los muros de piedra afirmados y como sostenidos por postes empotrados sólidamente en el suelo.

Una vez construídas las fortificaciones, organizada la defensa, emplazadas las baterías y nombradas las guarniciones, en lo que se invirtió un par de meses, consideró Surcouf que había llegado el momento de embarcarse, por estar esperándolo su navío.

Con sus dobles cuadros de hindús y de europeos, la guardia organizada era una sólida guarnición. Dejó el capitán las más minuciosas instrucciones, y se dispuso a partir, convencido de haber hecho cuanto estaba en su mano para defender a la princesa aún en ausenica de su esposo.

Brinville, por su parte, llamó a Himra y le dijo:

—Parto y he pensado en tí. Te casarás hoy mismo.

—¿Que me casaré hoy?

—Sí. Tan buena situación te creamos que no han de faltarte pretendientes. Expliqué mis planes a varios oficiales musulmanes de los que tienen muchas esposas, y creo que todos desean llevarte a sus casas.

Fué nombrando el teniente a los oficiales que servían a sus órdenes, y espiaba mientras tanto el rostro de la viuda.

—¡Alto! — dijo. — Has sonreído al escuchar el nombre del teniente Jakib, buen mozo y bravo soldado.

—No, sahib. No he sonreído...

—¿Quieres decir que es otro tu preferido? Vamos, dime quién es el feliz mortal.

Pero sólo el más significativo silencio siguió a esta invitación, y como Brinville no gustaba de perder el tiempo, y convencido de que la viuda y el teniente hindú estaban en secreta inteligencia, los dejó casados aquella misma noche.

Como tres días más tarde salía Surcouf de la ciudad, acompañado de un centenar de subordinados entre los que podía contarse una gran mayoría hindú y unos veinte europeos, gente de mar todos, sin distingos de pigmentos y hombres que lo mismo servían para corsarios que para soldados de tierra firme.

Después de la más tierna despedida del corsario de su amada esposa, se separó de ella, y seguido de Brinville, emprendió el camino de la costa, para llegar cuatro días más tarde a bordo del magnífico navío que le habían enviado de la Isla de Francia. Largó velas sin pérdida de momento, como ansioso de volver a verse sobre la movediza superficie.

El mar es la única amada del verdadero marino.

CAPITULO VI

En el que también se casa Brinville

DACOIT es lo mismo que bandido, pero ser bandido en la India no es lo mismo que serlo en Francia ni aún en Italia en aquellos años. El jefe de bandidos era considerado antes en todo el reino de Nápoles o en los Estados Pontificios de muy distinto modo a como se le mira hoy. No hace un siglo, ser jefe de bandidos en algunas regiones de Europa equivalía á haber llegado a una posición muy visible. Eran hombres que trataban de igual a igual con los primeros personajes, con nobles y con príncipes, y hasta con los mismos reyes.

La historia de los dacoits indios es muy parecida a la de los bandidos italianos de los mismos tiempos, y es lo más extraño que el gran Cristna no fué sino un jefe de ladrones elevado a la categoría de príncipe. Com en todos los parajes donde los pobres se ven explotaños por los ricos, en la India, región poblada por castas oprimidas, se considera al bandido como un héroe popular que protesta contar los abusos. Es como si dijéramos, la revancha del proletariado, y en ello estriban los prestigios de los dacoits de la India, como se explica el de algunos jefes bandidos de la Europa de aquel siglo.

Los dacoits de la India están extraordinariamente disciplinados. Aquellos pueblos hindús parecen estar inspirados por la necesidad del as clasificaciones, las subdivisiones, los encasillados en categorías y sectas cuyas confederaciones forman las innumerables asociaciones secretas que inundan toda aquella inmensa zona.

Así como los tienen los thugs, también los dacoits sus jefes repartidos por todas las ciudades, aldeas y zonas. Por cima de los grandes señores y los rajáhs están los jefes supremos de cada secta o agrupación, por ser los dacoits, como los thugs, corporaciones en las que reina la igualdad, con prescindencia de las diferencias originales determinadas por las distintas castas.

Tan pronto como estalla cualquier guerra civil o entre dos estados, la mayor parte de los dacoits se enrolan en uno u otro bando para transformarse en soldados. Y basta lo dicho para que se comprenda cuál será la importancia del rey o jefe supremo de los dacoits. Este soberano tiene su consejo formado por lo más distinguido de la secta, y no se decide nada sin la aprobación de aquel consejo, cada uno de cuyos miembros tiene voz deliberativa y consultiva.

Debo añadir que mendigos y dacoits están unidos en la alianza más estrecha, y aún deberemos agregar que también los mendigos obedecen a su rey.

. . . . . .

Seis días después de salir Surcouf de la ciudad se vió entrar una mañana en la capital del principado, a un rico magnate hindú, con lujoso séquitó, y al que sus numerosos servidores llamaban Alí Mansour. Decían que era musulmán y que figuraba entre los más opulentos mercaderes de Calcuta.

Entró jinete en soberbio potro de la más pura sangre árabe, nacido y criado en Mascate. Rodeaban al gran señor su secretario, como mayordomo para trasmitir las órdenes de su amo. Cabalgaba junto al rico mercader un moullah o sacerdote musulmán, y le seguía y rodeaba nutrida legión de es-

BUENA DISCULPA

El almacenero: — ¡Ah, pícaro muchacho! ¡Tratando de agarrar esas manzanas! ¿Eh?

El muchacho: — ¡No, no, señor! ¡Tratando de "no" agarrarlas!

clavos de ambos sexos, y era todo aquello soberbio, deslumbrador y fantástico.

Estableció su campo fuera de la ciudad, y se cobijó él y sus acompañantes bajo pabellones inmensos de las sedas más ramendas y más ricas, y nadie dejó de ir a visitar aquel improvisado pueblo de deslumbradores colores y donde hasta el último sirviente ostentaba extraordinario lujo.

Era el personaje de quien se trata un magnífico joven de unos treinta años, corpulento y hermoso sin duda alguna, pero tenía aquella irreprochable belleza varonil un sello de indefinible crueldad y de astucia que producía la más penosa impresión.

Sentíanse todos en su presencia como dominados y fuera de su centro, hasta que la amabilidad o la política del mercader cuidaba de que recobrasen su aplomo cuantos lo habían perdido en su peesencia. Emanaba de todo aquel personaje un misterioso influjo. Su cabeza era como la del águila, dominadora y altiva, y cuantos llegaban a ver al desconocido debían reconocer que Alí Mansour era un gran conquistador de caracteres.

Venía provisto de cartas de recomendación de muy elevadas personas y no podía caber la menor duda de que fuese un gran personaje. Viajaba por puro placer, y no sólo se proponía visitar toda la India, sino que pensaba pasar a Persia y a Europa. Tenía vinculaciones en Rusia, imperio que recorrería para llegar al occidente, y era hombre instruidísimo que hablaba francés, inglés, italiano y chino, no sin que supiera expresarse del más elegante modo en los idiomas indostánicos.

La mirada de Alí Mansour era viva y penetrante, y cuando se fijaba en alguien adquiría violencias irresistibles, pero a veces, y según con quien hablara, era fugitiva, vaga, indecisa, y dibujaban los labios enigmáticas sonrisas.

Se presentaba sobria pero rica, riquísimamente ataviado. Era naturalmente elegante en trajes, ademanes y palabras, y tenía lo que se dice aires de todo un gran señor.

El séquito de este personaje ofrecía extraño aspecto. Estaba todo él magníficamente vestido y equipado, pero las caras de todos ellos tenían el sello característico de las más bajas pasiones. Los escuderos y lacayos debían ser veteranos de continuas guerras; ya que todos ellos presentaban los rostros llenos de cicatrices y de tajos. El secretario era un vejete con todos los aspectos de pertenecer a los judaizantes, y los demás numerosísimos servidores tampoco ofrecían aspecto más agradable. Todo aquel personal se presentaba bien vestido, limpio, era culto y amable para los visitantes del campo, pero lo habían todo con tal encogimiento que bien claramente se comprendía no suponía tanta amabilidad sino el cumplimiento de una consigna de corrección, impuesta por las circunstancias.

Fué Alí Mansour muy pronto el hombre de moda en el principado, y como era su derecho, solicitó una audiencia de la princesa Meriem, y como no era posible negarla, se celebró, pero sin salir de la ceremonia exigida por la etiqueta de la corte.

Se presentó la princesa sin salir para nada de lo marcado por el ceremonial. Ni fué afectuosa ni seria, ni adusta ni sonriente. Ni por un momento dejó de ser princesa hasta la misma punta de las uñas y supo mostrarse como muy mujer. No podría decir qué sutil olfato advirtió a la dama que tan hermoso personaje era hombre muy peligroso.

Terminado este deber oficial, cesaron todas las relaciones, o al menos las aparentes, por tratarse de hombre que, como Alí Mansour, no viajaba con prisas, sino que estudiaba todos los países de modo que prolongaba o no su permanencia en cada zona, según el interés que en él despertaba la comarca.

Se distinguió de modo maravilloso en la caza del jabalí. Acompañado de los más aristocráticos jóvenes de la ciudad, abatió de un sablazo a un temible solitario de los bosques, y si cortó de un tajo la horrible cabeza del jabalí, aún logró éxito mayor al meter una ala entre las dos cejas de un feroz tigre que se arrojaba sobre el opulento y atrevido cazador. Su fama como hombre sereno y diestro quedó perfectamente asentada.

Se comentó aquellas hazañas y se habló tanto del célebre extranjero que llegó a ser el tema de todas las conversaciones. Inició algunas gestiones para que se le recibiese en la corte, pero la princesa hizo que llegara a oídos del extranjero que no recibía a nadie y que vivía en sus departamentos sin otra sociedad ni compañía sino la de sus antiguos y fieles servidores.

Comprendió Alí Mansour la indirecta, y desistió de sus gestiones.

Llegó una tade una caravana de mercaderes muy ricos al parecer, y perfectamente armada y defendida, y plantó su campamento no lejos de donde había Alí Mansour establecido sus tiendas, pero muy lejos de cabalgar en mulas o en camellos, jineteaba todos aquellos mercaderes, así como sus sirvientes y defenscores, en los más briosos caballos, persas o árabes todos ellos y de las razas más apreciadas. Explicaron estas anómalas circunstancias diciendo que necesitaban ir muy bien montados, por dirigirse al Afganistan, tierra montuosa y en la que es muy frecuente sostener verdaderas batallas y huir con gran frecuencia ante los valientes aborígenes.

Encargó Alí Mansour a sus amigos que sondearan el ánimo de aquellos mercaderes tan bien montados como armados, para ver si se conformaban con llevarla en su compañía al país de los afganes. Los mercaderes empezaron por negarse a toda clase de tratos. No necesitaban auxilios de nadie, por sobrarse para luchar contra toda clase de enemigos. No conocían al gran señor de Calcuta, y aún añadieron que nunca pensaron en partir con nadie los beneficios de su expedición.

Quedaba cerrada aquella puerta, pero Alí solicitó una entrevista.

Mostró el gran mercader de Calcuta a los

COMPLICACIONES

—Pero ¿por qué lo atendió usted si comprendía que no era persona digna de su confianza.

—¡Pero amiga mía! ¿Cómo iba yo a suponer que pretendía casarse con mi hija? ¡Yo creí desde el primer momento que trataba de huir con mi esposa!

desconfiados traficantes sus cartas de recomendación. Añadió que viajaba sólo para distraerse e instruirse, sin la menor idea comercial, de manera que no había ni qué discutir las competencias ni las mermas de beneficios. Prometió no intervenir en lo más mínimo en cuanto se relacionara con el mando y dirección de la caravana, y concluyó por indicar que por muy poderosos que fuesen los medios con que los mercaderes contaban, nunca podría estorbarles el valioso contingente de hombres, armas y caballos de batalla que ponía a disposición de la común defensa.

Contestaron los mercaderes que pensarían la contestación, y Alí Mansour quedó esperándola hasta que se le envió de que se había resuelto favorablemente, pero que era preciso firmar un contrato ante los magistrados de la ciudad. Añadían que sólo dentro de un mes se pondría en marcha la caravana, por estar mal los pasos de las montañas a causa de la acumulación de las nieves.

Todos encontraron como cosa muy natural esta alianza de un viajero con los miembros de una gran caravana, y entraba también en lo natural la idea de que esperasen todos un mes antes de aventurarse en los desfiladeros de los montes, por no ignorar nadie que para llegar al país de los afganes era indispensable esperar la primavera.

Visitaron los mercaderes con gran frecuencia a Alí Mansour, quien les devolvía las atenciones co notras visitas, y se estableció muy rápidamente la mayor intimidad entre los que debían ser compañeros de viaje y de peligros.

Ofreció Alí Mansour una comida a los mercaderes y no invitó a nadie más, y cuando llegó la hora de los postres, muy tarde ya y no sin enterarse el anfitrión de si estaban en sus puestos los cuatro vigilantes encargados de avisar si se acercaba algún extraño a las tiendas, a pesar de la custodia de los perros, dijo el que había ofrecido la suculenta comida.

—Hermanos les convoqué aquí para que celebrásemos consejo.

—Para eso mismo hemos venido, — contestó uno de los mercaderes. — Se trata de dar un gran golpe.

—Como cien millones de rupias convertidas en diamantes, perlas y rubís, — afirmó Alí.

—Es un magnífico tesoro, pero ¿dónde está todo eso?

—Está en el palacio de la princesa.

Sacó una carterita del bolsillo, y continuó:

—Todos sabéis que llevo cuenta detallada de las operaciones de todos los comerciantes en joyería de la India, y aquí tenéis una nota del resultado de mis pesquisas. Por orden y a nombre de la princesa se ha comprado a varios tratantes en pedrería más de cien millones de rupias de valor.

Como demostración de sus argumentaciones leyó una larga lista de compras hechas.

—Pero, — preguntó uno de los mercaderes, — ¿de dónde pudo sacar esa señora tanto dinero?

—No cuesta mucho adivinar todo eso a quien esté enterado de lo sucedido en Sanpourlan, — contestó Alí. — Sabía la princesa que su padre había encerrado enormes tesoros en aquellos subterráneos, y confió el secreto al capitán Surcouf una vez trocado éste en esposo de la dama. Ese Surcouf, que es un gran marino, un hábil general y un diplomático de primera, empezó por construir la fortaleza de Sanpourlan, y luego, protegido por poderosa escolta llevada siempre con el pretexto de asegurar los viajes de su esposa, fué llevando a palacio los tesoros enterrados en la gruta. Para invertir el dinero ordenó la joven que se comprara mucha pe-

drería, y esto es lo que nos ha facilitado los informes.

—Pero, — observó uno de los presentes. — ¿Quién atacó a Surcouf en su fortaleba de Sanpourlan?

—Era un ataque de los thugs.

Prodújose un movimiento de espectativa. Aquellos dacoits, hombres decididos como nadie, siempre prontos a correr los mayores peligros mientras hubiera ganancias importantes en perspectiva, se estremecían de terror al sólo recuerdo de las hazañas de los estranguladores.

—¿Poseían sin duda los thugs el secreto de tales tesoros?

—Lo ignoraba, — respondió Alí, — a conocerlo hubiesen utilizado la gruta para sus operaciones, y por lo menos la hubieran vigilado en su salida al mar. Han consagrado los thugs al capitán Surcouf a Siva, y su único deseo es estrangular al corsario.

—Pero consta que movilizaron diez mil thugs.

—Sí, hermano, y los condujo a todos de una sola vez una gran flota.

—Es gente esa de los thugs tan fuerte o más que nosotros mismos, pero a pesar de ello dicen que les mató Surcouf más de cinco mil hombres.

—Así es, hermano.

—¡Qué buen decoit sería ese francés!

—Lo es sobre los mares, pero sólo en beneficio de su patria.

—Todo eso no nos interesa tanto como lo relativo a la pedrería. ¿Dónde se guarda?

—Seguramente la tendrán en la ciudadela, aunque no poseo dato alguno preciso respecto al lugar determinado donde las tienen. He reunido hoy este consejo para que determinemos qué es lo que debe hacerse. Piense, medite cada cual muy detenidamente, y mañana volveremos a reunirnos. Me invitaréis ostensiblemente a cenar, como para corresponder a mi cena de esta noche, y hablaremos y estudiaremos las diversas proposiciones.

Despidió después de esto Alí Mansour a sus invitados, y tan pronto como quedó solo, se presentó su secretario para saber si tenía algo que ordenar.

—Nada, — contestó Alí en correcto francés. — No ocurre novedad.

Luego con enigmática sonrisa, preguntó al secretario:

—¿Cuánto hace que saliste de Francia?

—Veintidós años.

—Pues mira, sólo hace diez que la abandoné yo.

—Habéis hecho más camino que yo, pues os veo como maharajá de los decoits, mientras no soy sino vuestro humilde secretario, pero reconozco que nadie como vos ha sabido merecer el título de rey de los ladrones.

—Basta de elogios, y dime ¿en cuánto estimas la suma que necesitas para vivir de rentas propias en París?

—No vuelvo como no tenga un millón.

—Te daré dos.

Miraba el secretario al rey de los ladrones con el mayor asombro.

—Supongo, — continuó Alí, — que te considerarás muy feliz si logras dejar la India para establecerte en Francia.

—¿No os sucede lo mismo?

—Por mi parte, una vez que ya no existe la monarquía, no sueño sino con realizar algún gran golpe para poder volverme a París.

—No está eso mal, pero ¿y el pasado?

—Mira, amigo, volveremos provistos de pasaportes de Egipto en los que constará que somos italianos desde hace mucho tiempo establecidos en El Cairo, y en esta India, países en los que hemos logrado hacer fortuna.

—Pero ¿y si llegan a reconocernos?

—No nos ha de reconocer nadie. En los diez años que llevo por estos países y con la vida a que me he sometido, cambié de tal modo de pies a cabeza que ni mi misma madre me podría reconocer, y tú de tal manera te has transformado que nadie ha de caer en la cuenta de quien eres.

—Pero vuestra parte en el robo de los diamantes no puede produciros sino dos millones, y si me los dais a mí, no comprendo cómo...

—Pero amigo mío, ¿me tomas acaso por algún tonto?

—Empiezo a comprender, — murmuró por lo bajo el secretario. — Abrigáis el proyecto de quedaros con todos los brillantes.

—Claro y sólo opienso partir contigo el botín. No negaré que la cosa ofrece mil peligros, pero la tentación es también muy poderosa.

—Pero ¿cómo pensáis conseguir tales fines?

—Empezaré por dejar que mis queridos hermanos expongan todos sus proyectos, pero he de lograr llevarlos muy dulcemente a un plan que no es aun mi verdadero plan, pero que lo favorece en principio. He de servirme de mis hermanitos sin que se den cuenta de ello, y fracasará su plan, para dejar que triunfe el mío.

—¿Podríamos conocer ese verdadero plan?

—Consiste en empezar por el rapto de la princesa

—¿Para que entregue la pedrería como rescate?

—No. Pienso llevarme los diamantes al mismo tiempo que a su propietaria.

—No me gustan las combinaciones en la que entra rapto de mujeres. Son siempre inútiles complicaciones.

—Pues te advierto que es irrevocable mi resolución.

—No me queda otro recurso sino inclinarme ante vuestra voluntad.

—Si no me hubiera jugado la piel cien veces no sería a estas horas sino un vulgar aventurero. Si puedo tomar al mismo tiempo una bonita mujer y un montón de brillantes, ¿qué motivo puede haber para que desprecie la mujer, que es el diamante más valioso?

Despidió Alí a su secretario sin pronunciar una palabra más.

Tales eran los daños causados por Surcouf

a los ingleses que habían puesto a precio la cabeza del corsario, pero a pesar de las fuertes sumas ofrecidas, la testa del valiente marino permanecía firme sobre los hombros del corsadio. El gobierno inglés daba la mayor importancia a todo lo que pudiese proporcionar la muerte de Surcouf o por lo menos su captura.

Supo el director de la Compañía de las Indias que trataba el corsario de reanudar sus actividades naveales, y resolvió que envolvieran su barco tan formidables fuerzas que resultase inutil todo empeño de resistencia, y enterado de que Surcouf navegaría pronto en un barco lorgo, de finas líneas y capaz de soportar mucho trapo con cualquier clase de vientos, dió orden a los tres mejores veleros de la Compañía de aprontarse para la persecución de la nave corsaria.

Imaginemos aquellos tres enormes navíos con sus formidables cañones asomando por las bordas, con sus nutridas tripulaciones y además con sus doscientos hombres cada uno de infantería de marina, en lucha desigual con un barquito provisto solo de algunos cañones de no mucho calibre, con sólo doscientos en total, entre artilleros y marinos y puede comprenderse después de medir y pesar tan diversos elementos, cómo lo que se llamó el Asunto de los Tres Navíos pudo y debió contribuir a que aumentase de modo extraordinario la gloria de Surcouf.

Combatieron por primera vez dos días después de hacerse a la mar el buque del marino francés.

Tenía la Compañía un barco exclusivamente destinado a vigilar lo que pudiera idear Surcouf, y no bien salió éste del puerto, cuando desfiló el aviso para llevar la noticia de la ruta emprendida por el corsario, al resto de la flota destinada a su destrucción o su captura.

Colocáronse los tres navíos de manera que quedase encerrado Surcouf en un triángulo. Uno de los navíos, oculto tras un elevado promontorio, debía dejar pasar el buque enemigo y seguirle, maniobrando de modo que le cortase la retirada, mientras los otros dos poderosos buques se colocarían a ambos lados del corsario para cortar su camino por el frente. Estaban minuciosamente calculadas todas las probabilidades y descontado el éxito, cuando el vigía de cofa de Cocodrilo, nombre dado por Surcouf a su nave, gritó desde su elevado observatorio:

—¡Navío por babor!

Apuntó Brinville, de cuarto en aquel momento, su anteojo, y examinó atentamente, para decir luego:

—Es un navío de la Compañía de la India y lleva muchos soldados a su bordo.

Señaló en aquel instante el vigía otro barco por estribor.

Casi en el acto, se avistó el otro barco; el triángulo estaba cerrado.

—Eso es lo que se dice una lindísima maniobra — murmuró Brinville riéndose — con otro navío más, tenemos un verdadero juego de las cuatro esquinas.

Dió orden Surcouf de hacer zafarrancho de combate. Por algunos minutos fué todo desorden, estrépido, barullo, pero muy poco después reinaba silencio de muerte en la cubierta del Cocodrilo. Dejó el capitán para que atendieran a la maniobra el número de hombres absolutamente indispensable, y ordenó que todos los demás se agruparan en la proa, puso el timón directamente sobre el barco más próximo.

Miraba atentamente el corsario a sus marineros, y reconoció que nunca había tenido a sus órdenes gente como aquella. Los que se enrolaban en el barco mandado por Surcouf sabían perfectamente que la vida de todos los tripulantes, lo mismo que la del capitán, no representaban nada, y no dudaba ningu-

COLOR NUEVITO

—Parece que ella es decididamente rubia ¿no es cierto?

—¡Sí! Pero lo decidió hace muy poco tiempo.

no de aquellos hombres de que en cualquiera de las campañas del famoso corsario deberían de encontrase cara a cara con la más espantosa muerte lo menos un par de docenas de veces. Los más resueltos empezaban por medir bien sus ánimos antes de firmar la contrata de enrolamiento, pero la perspectiva de las más riquísimas presas acababa por decidirles.

Pero lo que es esta vez parecía una locura la lucha próxima y consideraban todos como imposible la victoria. ¿Qué haría el capitán? Los tripulantes mirábanse unos a otros. Con tranquila y ardiente entonación llamó este a un veterano oficial de intrepidez legendaria y lealmente adicto a Surcouf. Era hombre muy capaz de tirarse de cabeza al agua a la menor indicación de su jefe y amigo.

—Lekersec — dijo el capitán en alta voz para que todos se enterasen, — atacaremos y tomaremos a ese inglés al abordaje. Te encargás del pelotón y corre de tu cuenta esa carronada llena hasta la boca de metralla. Brinville y yo formaremos en cabeza en cabeza de la gente de abordaje. Acaso haya más de un mandrín tras nosotros que vacile antes de saltar a bordo del inglés.

Levantóse un recia murmullo entre la marinería.

Todos considaraban lo dicho como una injuria injustificada.

—¡Fuera los cañones y la metralla! — rugieron los marineros. — No somos ninguna tropa de cobardes. El abordaje hemos de darlo todos a una.

Levantó Surcouf la mano y se produjo en el acto tétrico silencio.

—Había creido que muchos de vosotros encontraban demasiado duro este negocio, pero ya veo que sois todos de mi misma pasta, aplaudo vuestra resolución y me uno a vuestro grito. Fuera los cañones.

Pero he estado meditando durante cinco minutos que ha llegado la ocasión de recurrir a los grandes medios, y todos los que puedan decir algún día en las tabernas de sus pueblos que tomaron parte en el combate de Surcouf contra los tres navíos deben esta seguros de ver hoy todos los cañones bajo sus pies, ya que volaremos nuestro barco antes de arriar el pabellón y declararnos prisioneros.

Estalló una tempestad de electrizados gritos, estaban todos locos de entusiasmo, y Brinville dió la nota alegre y guerrera con su alocusión desde lo alto del bauprés;

—Cada navío inglés vale un millón y acordaros de las preciosas mujercitas de la isla de Francia, no olvidéis lo sabroso del Burdeos que allí se despacha a los bravos marinos. Los que mueran antes de media hora bien muertos estén, o estemos, que al fin y al cabo una sola vez se muere, pero los que no larguen aquí el último suspiro, han de celebrar las más alegres francachelas. Si no caigo aquí, ofrezco dar un banquete a todos los que queden vivos y gastar en vino cuanto me corresponde de mi parte en las presas, y si en Francia tuviéramos un rey, una vez vencidos los navíos, y si salgo con la piel de esta aventura, tendría la bondad y la consideración de tratar como a cualquiera de mis primos al soberano de nuestra patria.

Entre involuntarias sonrisas, veíase cómo brillaban todas las miradas con resplandores heróicos. Los marineros se sentían transfigurados en otros hombres, pero como aquel momento de olvido de la realidad una andanada lanzada por el navío inglés, y gritó Surcouf con voz de trueno:

—¡Al suelo todo el mundo!

Obedeció toda la tripulación y pasó sobre ella la andanada como tempestad que destrozaba mástiles y cordonajes y obras muertas y vivas, pero el corsario había tomado el viento en popa y volaba sobre su enemigo, como un aguila negra provista de blancos alas se lanza sobre su presa.

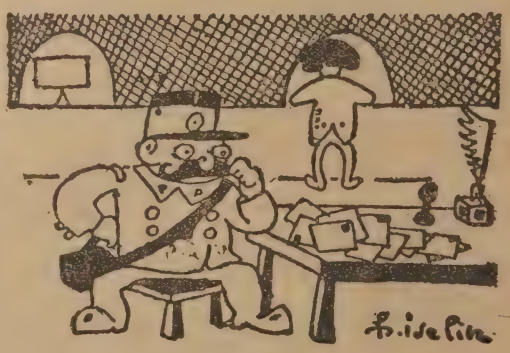
Continuaban los fuegos lon ingleses, pero pasaban las ráfagas de proyectiles o muy altas o muy bajas, por haber mar gruesa y por que el movimiento de los barcos falseaba la puntería.

Avenzaba el corsario sin haber experimentado averías tales que detuvieran su marcha y logró engarzar uno con otro los dos baupres, cuando resonó la enérgica voz del capitán para decir:

—¡Al abordaje todos los que sean hombres!

Cayó Surcouf sobre el bando enemigo dondo se le esperaba con la gente formada sobre el puente. Resonó uno descarga, pero los fusiles de aquellos tiempos exigen medio minuto para volver a cargar, y la descarga primera, precipitadamente hecha tan pronto como algunos corsarios dieron el abordaje, no mató ni hirió sinó a algunos de los saltantes, mientras el grueso de las fuerzas, entre espantosos gritos con furia indescriptible, con loco frenesí homicida, caía sobre las apretadas filas británicas, tropas de in-

UNA BUENA IDEA



—El cartero fatigado: — ¡Miren las cartas que tengo que repartir a domicilio! ¡Con lo cansado que estoy! ¡Me dan ganas de echarlas en el buzón de la esquina!

fantería de marina, soldados regulares acostumbrados a lucha de otra índole, que nunca podían esperar semejante manera de acometer a sablazos, cuchilladas o furiosos golpes dados con hachas o con simples barras de hierro. Quedó todo derribado, todo vencido y sólo podía verse sobre el puente algo así como un pasta humana sanguinolenta.

Brinville, quién como faja se había ceñido al cuerpo un pabellón tricolor, abatió la bandera inglesa y sustituyóla por la de la República de Francia, mientras embocaba Surcouf su bocina que llevaba en bandolera, para dar orden de que no se exterminara a los tripulantes vencidos, ya que pasaban de cien los que heridos y desangrándose, se revolvían sobre el puente. Con rapidez incomdos barcos, y envió a Brinville con cincuenta marineros a suyo, en tanto que entre calafates y maestre de armas encerraba a los prisioneros en la bodega y seguidamente con su barco y el acabado de conquistar, se dirigía próa al enemigo, tomando por blanco de nuevo combate el navío más próximo.

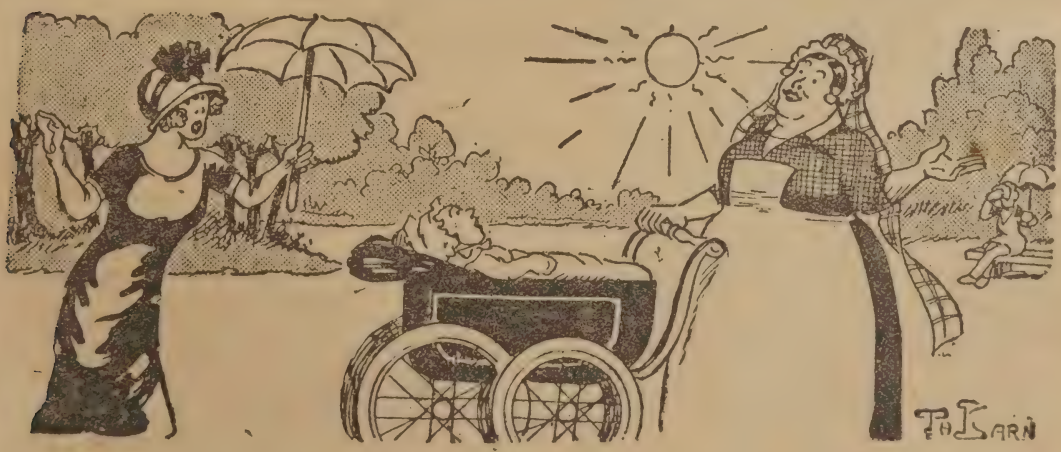
La captura del primer navío fué tal vez menos extraordinaria que la del segundo. Sucedió todo con rapidez que podía decirse era maravillosa y hasta sobrenatural, de tal modo resultaban precisas y contratas y bien obedecidas las órdenes dadas por Surcouf y tal era la admirable exactitud de todas las maniobras.

Es indispensable que se dé cuenta el lector, para apreciar estos acontecimientos, que lograba pasar por la proa del contrario, o lo que es lo mismo por delante del otro, tenía la ventaja de poder descargar una a una a medida que pasaba ante el enemigo, todas sus piezas, de modo que se barría el puente del barco atado con la metralla de las grandes piezas. En muy contados minutos todos los cañones del navío acabado de conquistar descargaron su metralla sobre los ingleses formados en el puente del segundo navío y casi al mismo tiempo que Brinville saltaba al abordaje por una banda, caía sobre la otra la gente de Surcouf, por ser el barco atacado un pontón sin resistencia que oponer, gracias a los metrallazos de los cañones del navío conquistado por el corsario.

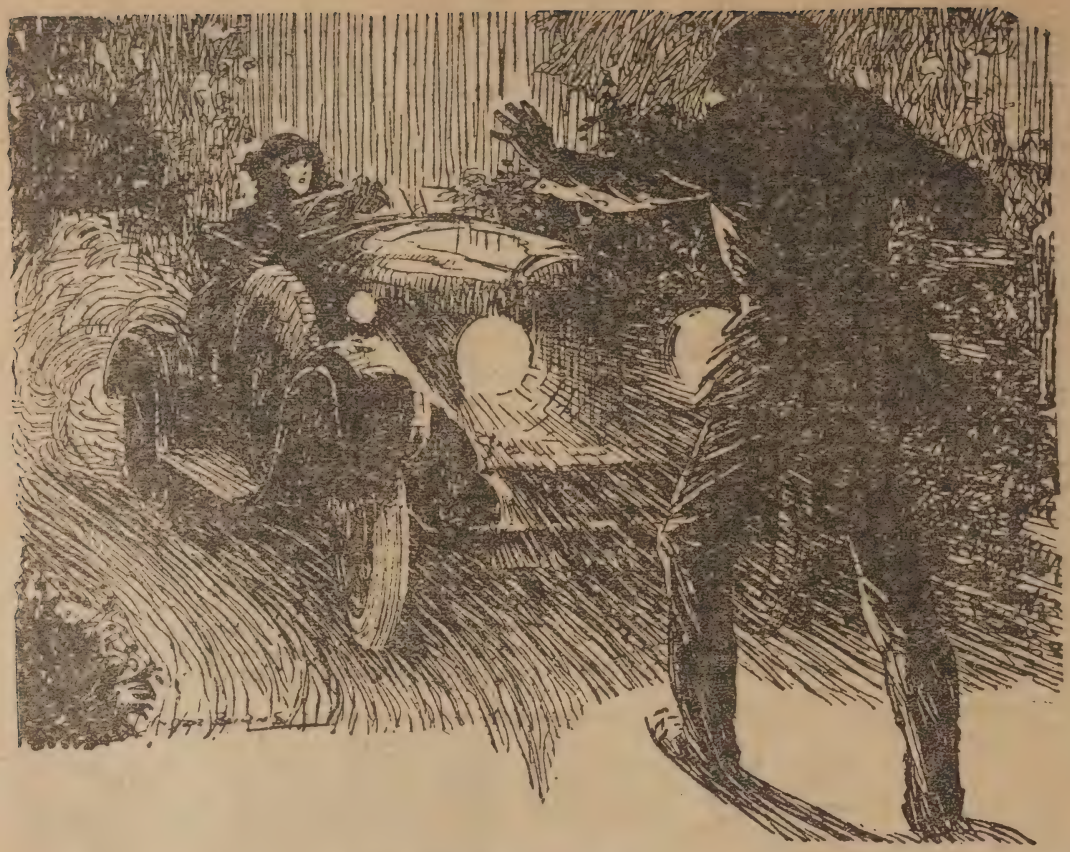
SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

DEMASIADO PEQUEÑO PARA PODER DARSE CUENTA



—¡Pero qué hace, ama! ¡Paseando al nene al rayo del sol con el calor que hace!
—¡Oh, señora! ¡Un nene de diez meses nada más! ¿Cree usted que entiende algo de todo eso de la temperatura?



De entre las sombras surgió la figura de un hombre que manoteaba indicando a la que manejaba el automóvil que parara. ("Una jugada".)

UNA JUGADA

Por J. SWIFT

("Traducción del inglés para "Punky")

Cuando el valor y el atrevimiento chocan con la viveza y la inteligencia, no es difícil pronosticar cuál será el resultado del encuentro.

EL pequeño y azul automóvil de carrera avanzaba ruidosamente en medio de la oscuridad nocturna; su poderoso motor devoraba milla tras milla por la negrura impenetrable del camino, horadada por dos rayos de vívida luz de los faros delanteros del automóvil.

El conductor, — una mujer, — hallábase reclinada sobre el volante de dirección, con los ojos fijos en la inexpugnable barrera de negrura que se extendía ante ella, levantando una negra cortina dode cesaba la luz de los faros. Se trataba de una mujer hermosa, a juzgar por lo poco que podía verse de su rostro debajo del gorro que le tapaba casi toda la frente.

El ronco jadear del motor llenaba el aire; aire suave, fragante, saturado de perfume de la madreselva y de las rosas silvestres, que el paso del veloz automóvil convertía casi en vendaval.

Pero el más audaz y experto de los chauffeur no puede pasar por las curvas a las que en los países de habla inglesa se llama, por lo cerradas, de "hairpin", o sea "de horquilla", a toda velocidad, y mucho menos en medio de la más completa y negra de las oscuridades. La conductora del automóvil azul se vió, pues, obligada a disminuir

bastante la velocidad de su máquina al acercarse a una curva del camino. Pasó por ella y en el mismo momento en que los dos rayos de luz, después de describir un vasto semicírculo, volvían a alumbrar en línea recta, una silueta humana, que gesticulaba como un endemoniado, apareció frente a la luz de los faros.

Lanzando en voz baja una exclamación, la conductora del automóvil azul apretó los frenos, y el estruendo del motor convirtióse, repentinamente, en un dulce murmullo. La silueta, que era la de un hombre, avanzó, puso un pie en el estribo, y su rostro avanzó hasta casi tocar el de la mujer, que se echó hacia atrás violentamente, al recibir de pronto, en pleno rostro, el rayo de luz de una antorcha eléctrica. Esto permitió a la mujer observar que el hombre se hallaba enmascarado.

La mujer entornó los ojos y hundió la cara en el cuello de un pesado saco de pieles. Su rostro adquirió una severa expresión de firmeza.

—¡Buenas noches! — dijo ella.

El hombre no respondió.

—¡Vamos !— dijo. — ¡Su cartera, señora!

La mujer levantó levemente sus cejas.

—¡Mi querido señor!... — comenzó a decir, en tono altivo y arrogante.

—¡Cállese! — replicó el hombre, tomándola de un brazo. — ¡Quiero el dinero o las joyas que usted lleva!

Sacudió ella el brazo, para librarse de la presión, y sonrió levemente.

—Realmente, esto no deja de ser interesante. ¿Usted cree verdaderamente que yo le voy a dar mi cartera? ¡Qué caso cómico!

El hombre le apretó el brazo hasta que ella se vió obligada a lanzar un ligero gemido de dolor.

—¡Entréguemelas, he dicho! ¡No se le olvide que tengo un trozo de plomo que la puede hacer dormir rápidamente sin dolor.

—¡Vamos! Una nueva clase de anestésico, supongo. — dijo ella.

* * * *

EL asaltante lanzó un gruñido y con un movimiento rápido sacó a relucir una corta barra de flexible acero pulido, en cuya punta se veía una bola de plomo. Sacudió el instrumento, que cimbró, amenazador. Retrocedió ella en su asiento. Su valor era en realidad admirable; pero ante el pensamiento de que le hundieran el cráneo con una cachiporra, se sintió impresionada.

—¡Suba! — ordenó ella de pronto y con un tono que no admitía réplica. — Siéntese aquí. Tengo algo que decirle.

El hombre vaciló, la miró un momento, desconfiado. Se rió ella un poco, siendo su risa seca y sarcástica.

—No tenga miedo. No voy a hacer fuego contra usted.

Perplejo todavía, se metió él en el automóvil, pasando por encima de la baja portezuela al borde del asiento, conservando en la mano la cachiporra fuertemente agarrada. Su aspecto era ridículo, risible. No había duda de que era novicio en aquella profesión.

—Usted no está acostumbrado a estas co-

"Mi querido Dick, en verdad fué excelente la idea que tuviste", — dijo la condesa. ("Una jugada".)

sas, ¿verdad? — preguntó ella. Y con decisión tomó la linterna eléctrica de manos del hombre y con ella le iluminó el rostro. Detrás de la máscara, un par de ojos negros y brillantes se cerraron ante la mirada insistente y serena de la mujer. Lenta pero seguramente, el asaltante perdía su amenazador continente

—¿Yo?... ¡No!... Esta es la primera vez que hago esto, — admitió al fin, algo inseguro ante la serenidad de la mujer. — Pero ya estuve preso, por robo.

Asintió ella con la cabeza, como si comprendiera.

—¡Admirables antecedentes! — observó ella. Sentía ganas de reír. ¡Vaya un caso para una crónica de primera página en los diarios! ¡La más celebre de las ladronas internacionales, la más escurridiza y peligrosa, asaltada y robada en los caminos por un bandido aficionado, cuyo coraje parecía, literalmente escapársele por la punta de los dedos a la menor resistencia de parte de sus víctimas! ¡Vaya una broma!

Sonrió ella picarescamente. Todo iba enteramente bien. Antes de dos minutos podría librarse de aquel hombre.

De pronto, una idea acudió a su cerebro. Obrando bajo un impulso del momento, preguntó:

—Supongo que ahora está usted completamente en las últimas, sin un solo penique, ¿eh?

Asintió él con la cabeza. Durante un momento vaciló ella. Era absurda, peligrosa, la idea que se le había ocurrido; significaba un riesgo tremendo. Vaciló unos segundos más. La apariencia del asaltante enmascarado era tan deplorable.

—¡Mire! — dijo ella, rápidamente. — Voy a hacerle una propuesta de buen jugador.

El la miró asombrado. Aquella mujer era muy superior a él.

—Aquí dentro, — y se tocó ella el bolsillo de la derecha, — tengo un estuche con alhajas que valen una fortuna.

Los ojos del hombre brillaron de codicia a la luz de la linterna eléctrica. Ella continuó:

—Tengo también, otro estuche con joyas, exactamente iguales a las del otro. El estuche, las alhajas y las piedras son iguales, enteramente iguales.

Poco a poco le pareció comprender.

—¿Falsas? — preguntó, en voz baja.

—¡Exactamente!

—¡Pero!... ¿Qué diablos?... ¡Déjeme verlas!

Ella se llevó la mano al bolsillo.

—Antes de mostrárselo, déjeme que le diga cuál es mi propuesta, — dijo ella. — Los dos estuches son iguales y las joyas que hay dentro también. No hay entre ellas ni la más mínima diferencia. Hay varias joyas con diamantes, un anillo con un rubí y algunas perlas. Son las joyas de la familia Morny.

Hizo él ademán de ir a preguntar algo, pero ella lo detuvo con el gesto.

—No pregunte nada, — dijo. — Voy a darle una oportunidad. Voy a colocar los dos estuches en el asiento, y usted podrá elegir de los dos el que más le guste.

Mientras hablaba había sacado los dos estuches que contenían las joyas y que, como ella había dicho, eran exactamente iguales. Los puso en el asiento, uno junto al otro, y los alumbró con la linterna eléctrica.

Durante un momento el hombre no pronunció una sola palabra. Miró alternativamente a los estuches y al rostro de la mujer, con una expresión mezcla de temor y de duda. Adelantó el brazo maquinalmente, y lo retiró luego.

Se rascó la mejilla sin afeitar hacía varios días. Su aspecto era grotesco. Tenía la máscara inclinada hacia un lado, y un aire de duda y de temor a la vez. Extendió otra vez el brazo. Sobre los dos estuches mantuvo, temblorosa, un momento la mano. La bajó luego, cerrándose sus dedos sobre uno de los dos.

La tensión nerviosa había pasado. Los dedos de la mujer abandonaron el volante del automóvil. Con rápido movimiento, tomó el otro estuche y se lo guardó en el bolsillo.

Con la cabeza hizo un gesto que no podía tener más que una interpretación.

El hombre pareció despertar a la realidad, y manteniendo aferrado su estuche contra el pecho, bajó del automóvil. Sin pronunciar una sola palabra, se perdió en la noche.

La mujer se rió una vez más.

—¡Buena suerte! — gritó en voz baja. — ¡Si usted tiene las verdaderas alhajas y buena cabeza, tiene hecha su fortuna. Si las tngo yo me pasará lo mismo. Pero si tengo las falsas...

El automóvil se perdió de nuevo en las oscuridad del camino.

La condesa de Morny se pasó la delicada mano por una aún más delicada frente.

—Mi querido Dicky, — dijo, dirigiéndose a su aristocrático esposo, que se hallaba examinando un rubí engarzado en un anillo que se hallaba entre perlas y diamantes. — En verdad tu idea fué brillante. ¡Esos dos juegos! Pero los ladrones se sentirán desilusionados, sin duda, ¿no te parece? ¡Qué cara pondrán cuando descubran que los dos estuches que se llevaron contenían alhajas falsas!

J. SWIFT

"El Príncipe" de Maquiavelo es el ensueño del republicano. — Rousseau.

* * * *

Si la muerte de Sócrates es la de un justo, la muerte de Cristo es la de un dios. — Rousseau.

Los que hacen las revoluciones a medias se construyen sus propias tumbas. — Saint-Just.

* * * *

La primera vez que leí en la puerta de una iglesia: "Hoy se saca ánima", creí que ra un pasquín. — Roberto Robert.

LA EVOLUCION DE LA EXISTENCIA

Las siete edades del hombre a la orilla del mar

INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

El clarinete fué inventado en el año 1690.

* * * *

Las 200.000 hectáreas sembradas de te en la India Inglesa, producen actualmente ciento ochenta mil libras de hojas.

* * * *

En California se ha cortado hace poco un roble que tenía cien metros de altura y lo menos dos mil quinientos años de edad.

* * * *

En la región Noroeste de Estados Unidos, país del music-hall por excelencia, los éxitos se manifiestan con silbidos en lugar de aplausos.

* * * *

Fué el italiano Guido d'Arezzo quien inventó las líneas y los signos particulares conocidos con el nombre de notas, que forman todavía hoy día la lengua musical de todo el mundo musical.

* * * *

Las mujeres de Birmania son muy aficionadas a darse en el rostro una crema especial que hacen con la corteza de cierto árbol de la región, reducida a pulpa, y mezclada con un poco de agua.

* * * *

Las tumbas de los coptos, en Egipto, tienen exteriormente el aspecto de una casita. Tres veces al año la familia de los que están en ellas enterrados se reúne en su interior y celebra una comida.

* * * *

El color de los libros oficiales franceses es amarillo; el de los españoles rojo; el de los alemanes, blanco; de los italianos verde; de los portugueses blanco; de los austriacos rojo y de los ingleses y argentinos azul.

* * * *

Algunos Estados de Estados Unidos de la América del Norte, han importado de China una clase de cochinillas (vaquitas de Dios) para que destruyan algunos insectos que dañan a los árboles frutales.

16 huevos de gallina deben pesar un kilo.

* * * *

Las primeras botellas se hicieron en Europa hace 350 años.

* * * *

Los dados fueron inventados para jugar quince siglos antes de la era cristiana.

* * * *

Los chinos condimentan muchos manjares con tomillo.

* * * *

En el Museo de Viena hay una colección de monedas cuyo número asciende a 125.000 Se dice que es la mejor del mundo.

* * * *

En el Jardín Zoológico de Nueva York se gastan 100 dólares al año en ratas y ratones para dar de comer a las serpientes.

* * * *

Desde el reinado de Jorge III, siempre el príncipe heredero de la corona de Inglaterra cursa la carrera de marino.

* * * *

El río Lena, en el Norte de Siberia, es quizá el más recto que existe en el mundo, puesto que fluye en una extensión de 1480 kilómetros sin una sola curva.

* * * *

Los zafiros que antes de la guerra se vendían en París a 20 o 25 pesos oro, valen actualmente 100 pesos oro y más aún; las esmeraldas han subido de 100 pesos oro a 600 pesos oro el kilate o 205 milígramos; los rubíes, topacios, etc., casi no han variado de precio.

* * * *

En Londres no falta quien pretenda hacer que el pueblo coma artículos averiados; durante el pasado año las autoridades del puerto de Londres secuestraron, como inaptas para la alimentación, más de 4000 toneladas de productos, de las cuales 912 fueron destruídas y las restantes aprovechadas para hacer grasas industriales.

Ante el Espejo

Recetas sencillas para preparar en casa aguas, lociones y pomadas para el tocador femenino.

SHAMPOING INGLES

Esta preparación es excelente para lavarse la cabeza por lo suave y sedoso que deja el cabello.

Se compone de lo siguiente:

Agua caliente	1 litro
Jabón (de Marsella o de España, raspado)	5 gramos
Cristales de soda	5 "

Se echa el jabón en el agua caliente y se revuelve lentamente para que se disuelva mientras se entibia. Se agregan 30 gramos de alcohol puro y unas 8 o 10 gotas de esencia de bergamota o de Portugal y una vez frío el líquido se embotella.

Las esencias indicadas pueden ser sustituidas por 40 gramos de buena agua de Colonia.

* * * *

AGUA PARA EL CUTIS

El gran especialista francés en enfermedades de la piel, doctor Monín, afirma que el siguiente preparado libra a quien lo usa de las arrugas, quita lo tostado por el sol y otras manchas del rostro.

Se prepara ese agua con los siguientes productos:

Agua de azahar	150 gramos
Agua de laurel cerezo	100 "
Agua de rosas	50 "
Glicerina a 30 grados	30 "
Benzoato de soda	20 "
Tintura de mirra	15 "
Tintura de verbena	10 "

Se mezcla todo y se agita bien durante un rato.

Este preparado, dice su autor, debe emplearse "puro", y quita también las pecas que han salido por haber estado mucho tiempo al aire libre o al sol.

AGUA DE BELLEZA

Este es un preparado que usan muchas mujeres en Europa para después de lavarse. Lo dejan secar sobre la piel, y ésta queda aterciopelada y suave.

Se compone de lo siguiente:

Agua filtrada	1 litro
Agua de rosas	½ "

Se mezclan ambas. Después se mezcla:

Bálsamo de tolú	15 gramos
Bálsamo del Perú	8 "
Bálsamo de benjuí	8 "

Agrégase esta mezcla a la otra y se revuelve bien.

Como los bálsamos no quedan bien disueltos, hay que agitar este preparado previamente, durante un momento, cada vez que se va a usar.

* * * *

AGUA DE COLONIA

Como son tantas las personas que desean darse el gusto, — sin fijarse en el costo y las molestias, — de preparar ellas mismas su agua de Colonia, traduce "Pucky" a continuación una receta procedente de un autorizado formulario francés, que la presenta recomendada como algo muy bueno y conveniente.

La receta en cuestión es la siguiente:

En un kilo y medio de alcohol a 36 grados, se pone:

Esencia de romero	4 gramos
Esencia de cedrón	4 "
Esencia de limón	4 "
Esencia de bergamota	4 "
Esencia de néroli	4 "

Se agita todo bien, se tapa y se deja reposar lo menos veinticuatro horas antes de empezar a usarla.

DULCE DE TOMATE

Puede decirse, sin temor a incurrir en una inexactitud, que el dulce de tomate es uno de los más típicos del Río de la Plata y que por razones que no es necesario explicar, pertenece al dominio de los dulces caseros, pese a todos los fabricantes de dulces habidos y por haber. Podrán, con sus máquinas perfeccionadas y en sus grandes establecimientos, preparar toda clase de dulces y hasta convencer al público que una leche condensada hecha a máquina es dulce de leche, pero no pueden hacer buen dulce de tomate.

Es que el dulce de tomate exige la atención constante de quien lo hace desde el momento en que se compran los tomates hasta el solemne instante en que la compotera aparece en la mesa con los trozos de tomate bañados en espeso almíbar de color de oro.

Los tomates no se han de comprar muy maduros pero tampoco verdeones y dentro de lo posible, se procurará que sean redondos y de un tamaño más o menos igual.

Una vez en posesión de la cantidad de tomates cuyo volumen responda al recipiente de que se dispone, se empieza por calentar agua en una pava grande. Se ponen los tomates en el colador de escurrir los tallarines y el colador dentro de una cacerola o recipiente suficientemente grande. Cuando hierve a borbotones el agua de la pava, se derrama por igual sobre los tomates y cuando ya han estado un momento en contacto con el ardiente líquido, se levanta el colador y se escurren.

Entonces, y gracias a que el agua hirviendo ha desprendido la piel, se pelan los tomates, se cortan por la mitad horizontalemente, se les escurre toda la semilla y se van echando en un tacho donde haya agua fría. El agua fría los endurece y los lava.

Una vez terminada la operación de pelar y desemillar los tomates, se vuelven de nuevo al colador y se dejan escurrir bien, hasta que no les quede casi agua ninguna.

Hallándose los tomates en ese estado es necesario pesarlos con exactitud, anotar lo que pesan y después tomar la misma cantidad en peso, que de tomates, de azúcar blanca de primera clase. Para que el dulce de tomate salga realmente bueno, es necesario que se haga con azúcar de primera clase.

En l tacho donde se ha de hacer el dulce se ponen los tomates limpios, azúcar que pese lo mismo que ellos y dos o tres pedazos de canela en rama, que se han lavado antes en un poco de agua. Se pone el tacho al fuego, que primero debe ser lento y luego fuerte. El dulce se revuelve con una espátula de madera y está pronto cuando el almíbar, espaga ya, empieza a tomar color.

Sucede algunas veces que el dulce de tomate, al cabo de unos días de estar guardado, se "azucara", lo que le quita muchos de sus encantos. Para que no suceda eso es necesario probar el dulce recién hecho y si se nota que carece de la acidez necesaria, se le agregan unas cucharadas de zumo de limón o en todo caso, de buen vinagre. Lo que causa el azucarado es la falta de acidez.

* * * *

MODOS DE PREPARAR EL BESUGO

Besugo cocido. — Se pone la suficiente agua en una besuguera, y cuando esté hirviendo se pone el besugo; después de un hervor se le da vuelta, y habiendo cocido lo suficiente se reduce el caldo; se fríe aceite con algunos ajos y se le echa encima; al tiempo de servirse se le echa el vinagre.

Besugo asado. — Después de escamado y bien limpio, se seca con una rodilla y se le echa un poco de sal; se asa a fuego lento en la parrilla, y cuando esté asado, y al tiempo de servirle, se le echan ajos fritos con aceite y un poco de vinagre; también se le añade, si se quiere, un poco de caldo del puchero con un poquito de zumo de limón o naranja agria.

Besugo frito. — Se le quitan las espinas, y cuando está limpio se corta en rajas no gruesas y se fríe como cualquier otro pescado.

"Espéreme usted el sábado"

por Phillis Hambledon

(Traducción del inglés para "Pucky")

LA carta decía así:

" Estimada señorita: Tenemos " el gusto de comunicar a usted " que el vestido ha sido ya refor- " formado de acuerdo con sus es- " timadas indicaciones. Nos será " muy agradable que tenga usted la bondad " de venir para probar el 21 del corriente " por la tarde. Rogamos a usted tenga la " bondad de manifestarnos por teléfono si " le conviene la indicada fecha y hora.

" Sin más nos repetimos de usted, estima- " da señorita, sus muy attas. y S. S. — Ma- " dame Cerimée y Cía."

—¡Así que ya está! — dijo Juana, sentándose en la cama.

A Juana le había gustado mucho aquel vestido cuando lo compró, pero con el tiempo había perdido todos sus encantos para ella. Al dirigirse de la estación del subterráneo a su casa, de regreso del empleo, había visto pasar un automóvil de alquiler, un automóvil cargado de muchachas lindas, sonrientes y bien vestidas que sin duda se dirigían a alguna divertida fiesta. ¡Los deseos que Juana, durante los últimos siete aburridos meses, había tenido de asistir alguna vez a una fiesta así! ¡Vestido nuevo! ¿Para qué le hacía falta a ella el vestido nuevo? Lo que necesitaba era una toilette de baile; un vestido reluciente, brillante, que fuese verde y tuviera adornos plateados. ¡Sí! Preguntaría por algo así a la modista aquel mismo día. Con él puesto quedaría hermosísima. Lo sabía, sin necesidad de ser presuntuosa. Y tenía fondos para comprarlo, además. Pero... pero...

¡Pero no tenía ni bailes ni fiestas a donde ir!

Juana casi no conocía a nadie en Londres, excepción hecha de la patrona de la casa de huéspedes donde vivía y las tres o cuatro jóvenes que trabajaban en la misma oficina que Juana. Eran jóvenes muy agradables pero que a Juana no la atraían. Juana procedía de Escocia. Pero aún cuando hubiera nacido en el Polo Norte nadie hubiese podido saber una palabra más de lo que se sabía sobre su origen.

Pero tenía que contestar a la modista respecto a la prueba del vestido. La señora Parnell, la patrona de la casa de huéspedes, era tan buena que le dejaba hacer uso de su teléfono. El aparato estaba abajo, en el vestíbulo, entre unas palmeras. Juana descolgó el tubo y recién entonces se acordó de que había dejado la carta arriba, en su habitación.

—¿Número? ¿Número? Tenga la bondad. ¿Número? — dijo una voz impaciente procedente de la oficina telefónica.

—¡Oh! ¿Qué número es? — díjose Juana. — ¡Ah! — exclamó. Y dijo, alzando la voz: — "Gerrald 2067", — agregando entre dientes: — Creo que era ese.

—¡Hola! — dijo por el aparato una voz masculina.

—¡Hola! ¿Hablo con la casa de madame Cerimée? — preguntó Juana con su suave y armonioso acento escocés.

—Le habla Mauricio Seeley, — contestó alegremente la voz, después de una breve pausa. — Usted es Alicia ¿no es así? ¿Por qué no llamó antes, picarona?

—Pe... pero... — tartamudeó Juana.

—¿Qué quiere decir con ese "pero"? Contésteme respecto a lo del sábado a la tarde... ¿es posible?

—Me parece, — dijo Juana fríamente, — que la señorita se ha equivocado de número.

Pero la voz no hizo ni el menor caso de esa manifestación.

—He encontrado el sitio más maravilloso del mundo y creo que en Londres sólo lo conozco yo. Se toma el ómnibus número sesenta B. y al final se cambia de coche. Allí hay abedules de hojas plateadas y una porción de naturales atractivos que sería largo describir. ¡Mire! ¡Espéreme a la entrada de la estación del subterráneo en Earl Court, el sábado a las dos y media!

—He tratado de explicarle que... — Comenzó a decir Juana concienzudamente.

—¡No escucho disculpas, Alicia! Ya sé lo que va a decirme. Que tiene en la media un agujero y ha de zurcirlo. Que tiene que escribir una carta muy larga y muy urgente. Que está leyendo una novela muy linda y desea terminarla. No hago caso de explicaciones. Espéreme usted el sábado. Debe usted ir. Encuéntrese en Earl Court, delante

de la estación del subterráneo a las dos y media o yo sabré muy pronto por qué no ha ido usted, mi estimada joven.

—¡Yo no soy su estimada joven! — exclamó Juana furibunda. Después calló. Se oyó un ruido confuso procedente del otro extremo de la línea telefónica. ¡El impertinente joven había colgado el tubo!

* * * *

¡ESTA esto lindo! — díjose Juana fijando la mirada en las palmas. — ¡Qué caso curioso! ¡Qué joven atrevido e impertinente! Pero no cabe duda de que creía que estaba hablando con alguien a quien conoce. Tal vez esa Alicia sea una joven de mucha suerte. Hay jóvenes que tienen la suerte de que las inviten a lindos paseos los jóvenes simpáticos. ¡Qué agradable voz tenía ese atrevido! Me gustó el timbre de voz aun cuando no tenía nada de escocés. Y el sábado... ¿Qué haré yo el sábado?"

Juana sabía perfectamente qué era lo que iba a hacer el sábado. El joven se había mostrado muy sagaz. Efectivamente tenía medias que zurcir y tenía que escribir una carta a su familia. Tenía que devolver una novela a la biblioteca. Y después daría un gran paseo en ómnibus, ¡ella sola!

¿No era ese un lindo programa? ¿Por qué había ella de esperar a que pasara el ómnibus de la línea 60 B? ¿Por qué no había de pasear ella sola cuando ya estaba tan acostumbrada a eso? El joven — ¿no había dicho que se llamaba Mauricio Seeley? — (no tenía un nombre que pudiera confundirse con el de madame Cerimée, la modista), podía esperar todo el tiempo que quisiera en la plaza llamada Earl Court. ¡Que esperara todo el día si le daba la gana! Lo tendría bien empleado por querer arreglarlo todo tan de prisa. Pero ¿ir ella a la estación del subterráneo? ¡Eso sí que no!

Por fin llegó el sábado, — un delicioso día del mes de mayo. — con una brisa suave como el beso de un niño. Una brisa olorosa, perfumada con el aroma de las flores primaverales, de la retama en plena floración y de las rosas silvestres. Había en ella una invitación a gozar de las delicias que brindaba la naturaleza. Juana sentía grandísimos deseos de aceptar esa invitación. Pero claro estaba que no podía pensar en semejante cosa. Juana era una joven que había sido educada en un ambiente de estricta moralidad.

Regresó de su oficina a su alojamiento a la una. A la una y quince estaba sentada ante la mesa del almuerzo y se sentía nerviosa ante el plato de carne de carnero cocida y purée de papas. ¡Ese plato le parecía impropio de la estación!

A la una y media volvió a su cuarto. El vestido arreglado por la modista estaba sobre la cama. Acababa de llegar y tenía muy buen aspecto por cierto. Tenía un par de medias de seda que no necesitaban zurcidos. También tenía el sombrero del verano anterior, el que había traído de su casa.

Se puso el vestido y las medias, para apreciar el conjunto. Se puso el sombrero. Estaba realmente linda. ¿Y el calzado? ¿Qué zapatos se pondría?

Media hora después iba camino de Earl Court. ¿Por qué no, después de todo? El día era hermosísimo y si se dice que los gatos pueden mirar a los reyes bien podía ella mirar a un joven. No le hablaría, claro está. ¡Ni pensarlo! Pero sería curioso ver si realmente tenía el aspecto que ella se había imaginado. Sería fácil reconocerle porque estaría paseando impaciente de uno a otro lado, mirando con frecuencia su reloj. Pero ella sería una de tantas transeuntes. Podría pasar sin que él pudiera ni soñar que era con ella, — no con Alicia, — con la que había hablado por teléfono.

Pero no pudo, y no fué así.

Tal vez fuera el sombrero, — que era muy vistoso, — tal vez fuera la cara simpática que estaba debajo. No lo sé. Acababa Juana de salir de la estación cuando un joven se separó de un grupo de gente, — un joven vestido de gris. — Se acercó a Juana con un aire encantador de desconfianza de turbación y de temor.

—Usted perdone, señorita, — dijo, — ¿es usted la señorita Alicia Marwin, no es así? Mi primo le ruega que la disculpe. No ha podido venir. Me ha enviado en su sustitución.

—¡Oh! — exclamó Juana.

—Y me permito añadir, si no es demasiado atrevimiento: ¿podré sustituirle yo? Estoy enteramente libre esta tarde. ¿No podríamos pasear juntos? Me llamo Hugo Hunter. Comprendo que comparado con Mauricio soy un pobre reemplazante. Pero si usted no tiene inconveniente...

¿Inconveniente? ¡Qué modesto era el joven! No se parecía en nada al tipo petulante y presuntuoso que había hablado por teléfono. Juana no podía rechazarlo ¿no es cierto? No podía. El no sabía que ella no era Alicia. Lo que iba a hacer era no decirle que no lo era.

* * * *

¿"CONOCE usted el maravilloso sitio a donde conduce la línea de ómnibus número sesenta B"? — preguntó ella.

—¿Si la conozco? ¡Claro que sí! Mauricio me enteró de todo lo relacionado a su respecto. Pero dígame: ¿esa pregunta quiere decir "Sí"? ¡Ah! ¡Qué bondadosa es usted! Mire: allí está un sesenta B esperando. Si nos damos prisa podremos tomarlo.

Lo tomaron. Se sentaron en el primer asiento, al frente, y se olvidaron del mundo que los rodeaba. El sitio a donde fueron sólo es un secreto para ellos dos. El lugar que encontraron parecé destinado a dos personas solamente. Hay que cambiar de ómnibus una o dos veces y después hay que caminar. Pero si se llega efectivamente a ese sitio, en realidad vale la pena verlo.

Había allí un bosque donde los abedules de hojas plateadas juntaban su ramaje unos con otros. Había un arroyo que parecía reirse al mirar la cara seria y el gesto triste de la gente de Londres. Había conejos que aun

no habían aprendido a asustarse de la gente y miraban a los paseantes con atrevimiento y curiosidad. Y allí había flores... alegres flores primaverales.

Sus jóvenes compañeras de oficina no hubieran reconocido a Juana. Se había quitado el sombrero y tenía muy sonrosadas las mejillas. Hablaba de Escocia, de su niñez, de su trabajo en la oficina. Habló de cuando iba a la escuela y de la vez en que el profesor de francés se cayó a través del asiento de su sillón. Contó a su compañero cómo se había decidido a hacer frente al peligro y correr el riesgo de una gran aventura, trasladándose a Londres.

El también habló. En realidad casi habló más que ella. Del fallecimiento de su padre; de cómo había tenido que abandonar los estudios de medicina para dedicarse a los negocios. Y de cómo le iba tan bien en los negocios que no le importaba haber abandonado el estudio de la medicina.

Precisamente cuando empezaban a sentir apetito Hugo encontró un sitio donde tomar el te, — un sitio tal como se supone que sólo existe en las descripciones de los cuentos. Había allí una hostelera vieja, rolliza, con mejillas de manzana madura, que les sirvió el te después de haber puesto en la mesa un mantel a cuadros blancos y azules. Había allí "scones" de fabricación casera y mermelada y crema espesa en una jarrita de color marrón.

Pero todo lo bueno llega a su fin y aquello también. El pintoresco chalet donde tomaron el te se hallaba casi al extremo de aquel país de las hadas. A pocos minutos de distancia quedaba la carrera, pero todos los ómnibus que por ella pasaban iban horriblemente atestados de pasajeros. No había ni un sólo asiento ni abajo ni arriba en ninguno de los que pasaban.

—Tendremos que tomar un automóvil de alquiler, si es que pasa alguno desocupado, — dijo Hugo sin vacilación.

—¡Oh! ¡Yo creo que eso no estaría bien! — protestó Juana.

Pero él no la hizo caso. Pasó el automóvil de alquiler. Se detuvo. Metiéronse los dos en él, sentándose el uno junto al otro. En aquellos momentos la conciencia de Juana adquirió asombrosa actividad. Era necesario que le dijera a aquel joven que ella se había conducido de modo abominable. El se figuraba que había llevado de paseo a Alicia en representación de Mauricio y en cambio había paseado a una joven enteramente desconocida. Juana se acusaba de embustera. Le había hecho gastar dinero mediante manifestaciones falsas. Era cierto que él parecía haber pasado el tiempo muy agradablemente, pero este era un punto que no debía tenerse en cuenta.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

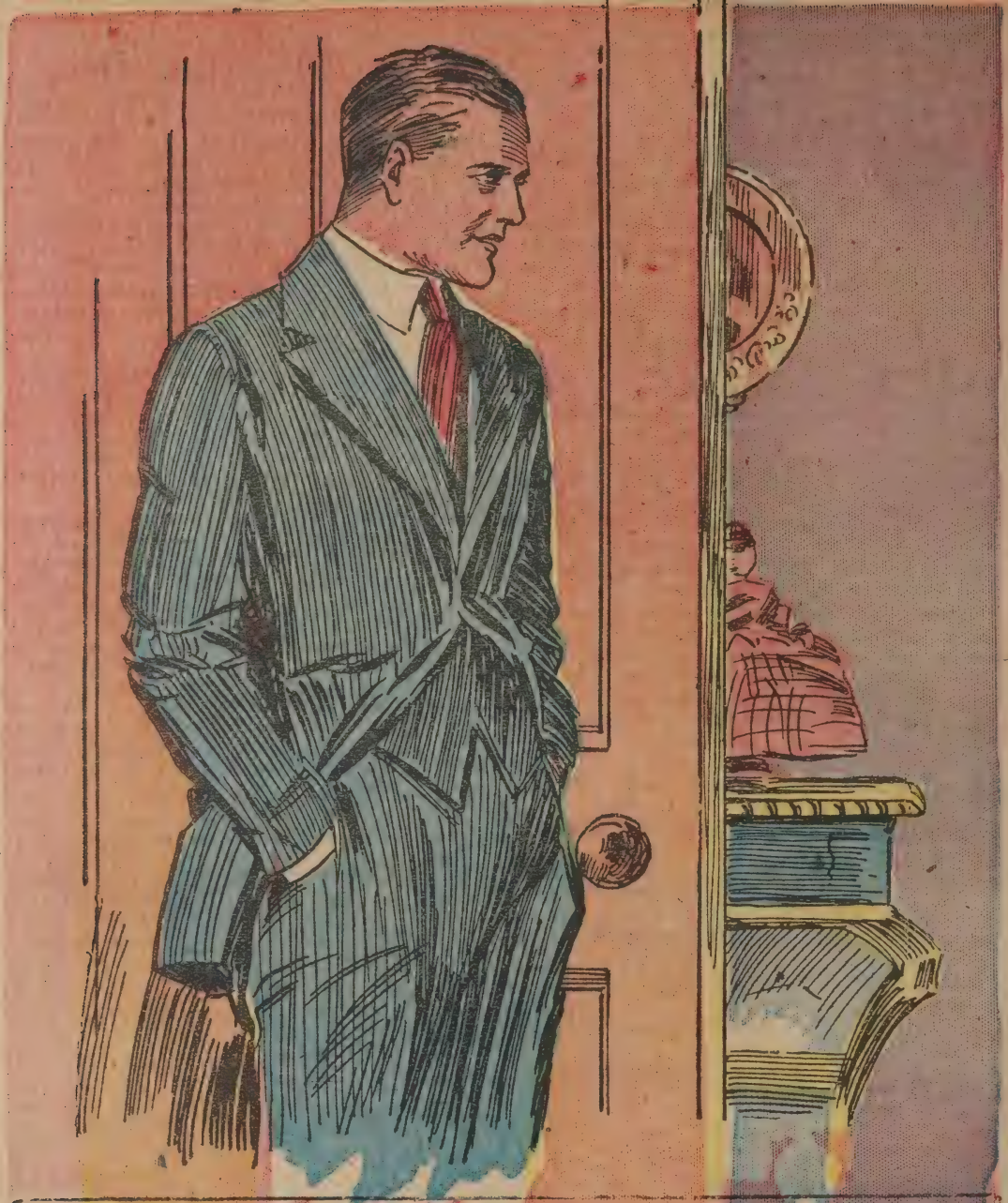
Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . „ 4.50
1 año . . . „ 9.—



Hugo apareció, se quedó en el hueco de la puerta y miró sonriendo a Juana. "¿Cómo se encuentra usted?" preguntó. ("Espéreme usted el sábado").

—Le doy a usted un penique por lo que está pensando, — díjole Hugo, empleando una frase muy popular en Inglaterra.

—Creo que vale algo más, — dijo Juana tristemente.

Empezaba a sentirse realmente asustada. Pero no tardó en decidirse a decirle toda la verdad a aquel joven. El se enojaría, sin duda, se pondría furiosamente enojado. El no sería capaz de comprender cuán sola se había sentido Juana desde que estaba en Londres. Los hombres siempre conocen y tratan a muchas personas y por eso no pueden llegar a comprender lo que significa, para una joven, no tratarse con nadie.

—Oiga usted, — dijo ella después de un largo rato de silencio. — Tengo que hacer una confesión.

¿Una confesión? ¡Muy bien! ¡Suponiendo que!...

No terminó la frase. Se oyó un ruido horrísino. En el automóvil donde ellos iban casi se metió en otro que salió de una calle transversal. Dió un golpe muy fuerte en la parte delantera del coche de alquiler en que iban los dos jóvenes. Después de oirse el ruido todo se oscureció.

Juana no se dió cuenta de nada más.

—* * * *

"Ya se ha despertado, Hugo", llamó la señora gruesa y sonriente, mirando hacia a puerta de la habitación, que estaba abierta. ("Espéreme usted el sábado").

CUANDO Juana recobró el uso de sus sentidos creyó que se hallaba en la cama y en su casa. Pero estaba en una habitación diferente, con muebles del estilo de la época de la reina Victoria, muy lustrosos y brillantes. En la pared había un cuadro al óleo que también era de la época de la reina Victoria.

Juana se encontraba sola cuando recobró los sentidos y permaneció un momento inmóvil procurando recordar lo que le había sucedido. El choque de los automóviles, — esto lo recordaba con toda claridad, — tenía como un confuso recuerdo de haber estado después, tendida en el suelo; alguien se inclinó hacia ella — y después ¿la habían subido a otro automóvil de alquiler en el cual la sostuvo un brazo fuerte durante todo el trayecto? — "¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué ha sido lo que me ha pasado?" — se dijo.

Intentó incorporarse pero no pudo; sentíase débil y mareada. Moviendo las piernas y los brazos se dió cuenta, con satisfacción de que no tenía ningún hueso fracturado. Alguien le había sacado su vestido nuevo; tenía puesto un lindo salto de cama que le quedaba grande.

Fuera el ocaso iba oscureciéndose en un cielo con nubes rojas y anaranjadas.

En aquel momento se abrió la puerta y entró una señora; una señora bastante gruesa; que bien podía ser prima hermana de cualquiera de las parientas a quien había dejado en Escocia. Cuando miró a Juana una sonrisa se extendió por todo su ancho rostro.

—Ya se ha despertado, Hugo, — llamó mirando hacia la puerta de la habitación.

—¡Ah! ¡Cuánto me alegro! — El joven en cuestión apareció, se quedó en el hueco de la puerta y miró sonriente a Juana. — ¿Cómo se encuentra usted? — preguntó.

—Me parece que me encuentro muy bien ahora; muchas gracias, muchas gracias, — contestó Juana.

—Lo celebro, querida mía, — dijo la señora gruesa. — Ha sido un milagro que salieran ustedes con vida de ese terrible accidente. ¡Me asusté mucho cuando Hugo se presentó en casa trayéndola a usted! Pero de no haber sufrido usted ese accidente tal vez ese pícaro de Hugo hubiera ocultado su secreto mucho tiempo todavía. Siempre fue sumamente reservado; siempre tuvo sus secretos, pero nunca ocultó un secreto tan lindo y simpático como el de ahora...

—Mire, tía Martha, ¿por qué, en vez de charlar, no le trae a esta joven algo de alimento? — la interrumpió Hugo, precipitadamente.

—¡Todo a su debido tiempo, muchacho! Pero ¿sabe usted? No me ha querido decir su nombre, señorita. Se lo he preguntado dos veces, pero como si no me hubiera oído.

—Me llamo Juana Somers, — contestó Juana y entonces recordó. Para Hugo, antes del accidente, había sido Alicia Marwin. Le miró horrorizada. Pero tal vez él no la había oído. Sonreía muy contento. Juana no alcanzaba a comprender.

—Bien Juana, me alegro mucho de haberla conocido a usted y ahora voy a prepararle una buena taza de té.

Se alejó rápidamente hacia el piso bajo dejándolos solos a los dos. Durante un momento se miraron en silencio. Después fué Juana la que habló.

—Tengo que hacerle una confesión, — dijo. — No soy Alicia Marwin; mi verdadero nombre es Juana Somers. Llamé por teléfono a casa de mi modista y por error me pusieron en comunicación con su primo Mauricio. Procuré explicarle pero él no me hizo caso. Me dijo que me esperaría a la salida de la estación del subterráneo en Earl Court. Y ya no pude resistir al deseo de ir a ver que cara tenía. Me encontré con usted y no se cómo accedí a que tomáramos juntos el ómnibus sesenta B. Procedí mal, lo confieso. No debí hacerlo. Y ahora no sé, realmente, que pensará usted de mí.

—Eso no es nada ante la confesión que debo hacerle yo, — dijo Hugo. — Yo he hecho algo peor aún. No sé con qué número pedía usted comunicación pero la oficina la puso al habla con nuestro número, el 20679. Cuando oí su voz por el aparato telefónico no me sentí con valor para cortar la comunicación. ¡Tiene usted una voz tan agradable! Entonces yo lo inventé inmediatamente todo...todo fué invención del momento.

—¿Entonces lo que dijo usted respecto a Mauricio? — dijo Juana asombradísima.

—Ese Mauricio no ha existido nunca. Pero el nombre, "Mauricio Seeley" se parecía algo a "Madame Cerimée" y por eso lo inventé al instante. Yo soy en realidad Hugo, Hugo Hunter.

—Con todo eso hace usted que mi cerebro gire como en poder de un torbellino, — dijo Juana. — ¿Dónde estamos ahora?

—En casa de mi tía Martha. Usted comprende; yo no sabía qué hacer con usted después del accidente. Ignoraba su nombre y su domicilio y tenía que llevarla a alguna parte; por eso la traje aquí, Juana, ¿está usted enojadísima conmigo?

—Tan enojada como lo está usted conmigo, — replicó Juana. — Creo que, resumidas cuentas, los dos podemos considerarnos a mano.

—No, aún falta algo que debo explicarle a usted rápidamente antes de que regrese tía Martha. Mi tía es una señora estupendamente severa, a pesar de su amabilísima sonrisa y si yo le hubiera dicho que había estado de paseo con una joven a quien no conocía, no se lo que hubiese pensado. Entonces yo le dije...Sí. Sé que usted se enojará mucho conmigo... Yo le dije que estábamos comprometidos, que era...era usted mi futura esposa.

—¡Oh! ¡Eso sí que ha sido el colmo! — exclamó Juana, indignada.

—No encontré otra solución. Le declaro honradamente que fué el único medio que se me ocurrió. — dijo Hugo. — Mi tía es una excelente persona, pero es muy anticuada en toda su manera de ser.

Juana no replicó.

—Es nada más que hasta mañana, hasta que esté usted en condiciones de poder irse a su casa. Entonces nos separaremos tranquilamente. ¿Quiere usted ser buena como un angel y aceptar esa ficción, nada más que por ese tiempo? ¡Por favor, diga usted que sí?

—No me parece que eso sea posible, — manifestó Juana indecisa.

—Bueno, si el caso es tan difícil, yo procuraré explicarlo de algún modo. Supongo que mi idea le parece a usted ridículamente imposible.

—No; no es eso, — dijo Juana. — ¡Bueno! ¡Si ha de ser sólo por unas horas!...

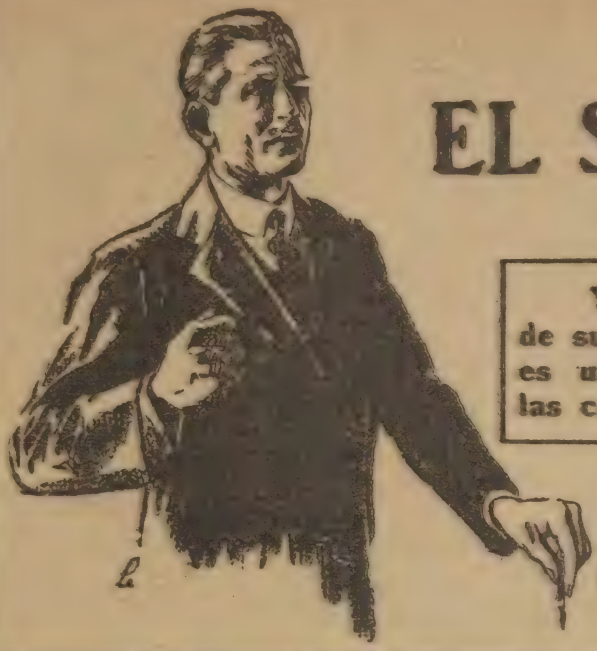
—¡Es usted buenísima! ¿Así que accede usted?...

—Temporariamente, claro está, — dijo Juana. — Como usted lo ha dicho, podremos separarnos tranquilamente a más tardar mañana.

* * * *

Eso aconteció hace más o menos un mes. Pero, aun cuando pueda parecer extraño, no se han separado tranquilamente todavía. Fueron retardando tanto el momento de la separación que ahora les parece que realmente no vale la pena separarse ya. Especialmente si se tiene en cuenta que ya se ha fijado para el próximo otoño la fecha de su casamiento.

PHYLLIS HAMBLEDON



EL SISTEMA

Ya era un maestro antes de su muerte. Pero la muerte es unicamente el principio de las cosas

por Adam Black

(Traduccion del inglés para "Pocky")

EL inspector Cox creía en el sistema y despreciaba a los aficionados. "Es el sistema lo que importa y no los hombres", solía decir.

—La semana pasada fueron los diamantes de Carberry; esta semana ha sido robada la esmeralda de van Speer. ¿Con qué nos amenaza para la semana que viene, inspector?

El mayor Jephson se hallaba profundamente disgustado y no hacía el menor esfuerzo para ocultarlo.

El inspector sonrió, con su sonrisa confiada y serena. No había hombre sagaz que pudiera enseñarle algo sobre ladrones, y poco le importaba que se supiera que tenía esa opinión. Era todo un técnico en lo referente a robos a la alta escuela y todo el mundo lo reconocía así sin disputa.

El ayudante del comisionado de policía tamborileaba impacientemente con los dedos sobre la pulida superficie de roble de su mesa escritorio. ¡Cinco robos de alhajas importantísimos en cuatro semanas, y ni una sola detención. Era el mayor un hombre impaciente y un militar. La calma y la confianza del profesional le ponían los nervios de punta.

—¡Es necesario que despierte usted, inspector! — dijo. — Esos robos son algo demasiado serio. El ministro telefoneó anoche. El jefe está furioso. ¿Qué hace usted? Usted es el jefe de la sección robos.

El inspector Cox, sentado en el cómodo sillón de cuero, no cambió de expresión; pero sus mejillas se enrojecieron. También él se sentía molesto. Para él, el mayor Jephson era un "aficionado", y él, el profesional, no daba importancia ni tenía ocupación para los aficionados. Sin embargo, es necesario ser cortés con los superiores y además el inspector Cox deseaba ser ascendido.

—Esos no son casos ordinarios, señor, — respondió en su tono más cortés. — Usted conoce el sistema de Scotland Yard. Tenemos en nuestros archivos a todos los ladrones y conocemos sus métodos. Todos se repiten. Explíqueme un robo cualquiera cometido en Londres, y en nueve casos de diez podré decir de inmediato el nombre del ladrón. En el décimo, es probable que tenga que consultar los libros antes de responder. Es algo sumamente fácil cuando se tiene un sistema como el nuestro.

El ayudante del comisionado estalló iracundo.

—¡Siempre su maldito sistema! ¡Estos robos no son robos comunes! ¿Por qué no pueden identificar ustedes al culpable?

—¡Puedo hacerlo, señor! — respondió con dignidad el inspector. — Hay en esto un solo hombre y yo conozco muy bien su modo de trabajar.

—¡Acabemos de una vez! ¿Quién es el ladrón?

—Se trata de un trabajo finísimo, señor, como ya se lo he dicho antes. Hay solamente un hombre en toda Inglaterra capaz de llevarlo a cabo. Y ese hombre, señor, es Watty de Fleece, el surafricano.

—¡Watty de Fleece! ¡Por todos los santos del paraíso, Cox! ¡Si Watty de Fleece ha muerto!

—¡Exactamente, señor! ¡Ahí está el "bu silís"! El único hombre que hay capaz de hacer eso, ha muerto. Yo asistí a su entierro. Si Watty viviera, hace rato que lo hubiera arrestado. Pero no está vivo.

El corpulento inspector se echó hacia atrás en su sillón, digno y tranquilo. En realidad se hallaba completamente desconcertado, pero lo disimulaba muy bien.

—De manera que este es el resultado de su maldito sistema, ¿no es así? El único hombre que podría haber cometido esos ro-

"¡Polly! — dijo él. — ¡Ah! ¡Mala, mala! ¡Pícara!" ("El sistema")

bos ha muerto. Por lo tanto, supongo, no han existido tales robos.

El inspector enrojeció de nuevo. No esta bien que un simple aficionado se burle de un profesional.

—No señor, no es eso. Los robos han sido cometidos al estilo de Watty, pero Watty ha muerto. El autor, pues, debe ser Jim Stewart.

—¿Quién demonios es ese Jim Stewart. ¡Nunca le he oído nombrar!

* * * *

EL funcionario se hallaba a todas luces exasperado. Pero un ayudante del comisionado, que es mayor del del ejército y tiene la condecoración de "Servicios distinguidos", no tiene razón para irritarse con los funcionarios profesionales de la policía, que han ascendido paso a paso y a fuerza de mérito. Además no existía hombre que pudiera irritar al inspector Cox, así que permaneció en calma y digno.

—Watty de Fleece tenía un discípulo, señor: Jim Stewart. Le enseñó todo cuanto sabía, y Watty había mucho. Era el ladrón más fino que he conocido. Yo supuse que habíamos terminado con él cuando murió, pero, por lo visto no es así. Nunca ví a Jim Stewart pero conozco su estilo en cuanto me entero de algo hecho por él.

—¿Cómo puede estar tan seguro si no lo ha visto nunca?

—Trabaja solo, señor; ese fué siempre el método de Watty, que trabajaba con guantes y zapatos de goma. Así lo hace Jim. Puede abrir una cerradura de secreto solamente al tacto. No hay una docena de hombres en el mundo que lo puedan hacer, señor; pero Watty podía y Jim también puede. Puede hacer una llave maestra para cuanta cerradura haya visto una sola vez y nunca emplea la fuerza. ¡Es un verdadero artífice! No hay hombre sagaz alguno que pueda imitar el estilo de Watty, y Jim lo imita. Dudo que el mismo Watty, en sus mejores golpes, haya demostrado tanta habilidad como la que demuestra su discípulo.

El inspector se restregó las manos, satisfecho. Pero la policía se ha organizado para capturar a los criminales, no para admirarlos. El inspector llevaba el amor a su arte demasiado lejos; fuera como fuera, el ayudante del comisionado dijo secamente:

—¡Oiga, inspector! Si usted conoce tan bien a ese tipo, ¿por qué no lo arresta? ¿No le dice a usted su sistema dónde puede encontrarlo?

El inspector Cox movió la cabeza negativamente.

—No he visto a Jim Stewart en mi vida, señor. Creí que podría hallarlo cuando quisiera pues era amigo de Watty, pero ahora que éste ha muerto y su esposa se ha disgustado con Jim, no podemos hallarlo. No es por no haberlo buscado.

—¿Por qué fué que se mató Watty? Yo no esperaba volver a oir hablar de él.

El inspector Cox se sonrió. No estaba acostumbrado a que se le interrogara, pero se le pedían informes. ¿Y quién más competente que él para dar informes sobre un ladrón. Narró la historia con toda seriedad.

* * * *

"¡POBRE Watty! — exclamó. — Era un grande hombre. Cuando fué deportado a Sur Africa, durante la guerra, se enroló en el ejército. Se le hizo sargento al cabo de un tiempo, porque era inteligente. Luego, por una mala casualidad, se casó con Polly Vullamy, una linda mujercita amiga de mi esposa. No tenía ella la menor idea de quién era en realidad su esposo, pero luego lo supo. ¡Pobre mujer! Sin embargo, fué muy leal con su esposo. Este tuvo que dejar el ejército y quiso trabajar honradamente. Quería tener contenta a su esposa. Era ella modista, trabajaba en Baker Street y era muy respetable. El, por su parte, era ya oficial del ejército y todo un caballero, pero, antes, había estado una docena de veces en presidio. No era hombre fácil de atrapar, señor. Finalmente se le acabó el dinero, y se desesperó. Polly decía que era por culpa mía, pero eso era una injusticia, señor; yo nunca me crucé en su camino. Apareció luego Jim Stewart, que quiso arrastrar a Watty a la vida de antes. Era su discípulo y había aprendodo todos los métodos y todas las tretas de su maestro. Polly sentíase sumamente enojada y quería que yo arrestara a Jim. Pero yo no podía, porque Jim nunca había hecho nada, y, además, yo no lo había visto. El pobre Watty se desesperaba al ver que el dinero se le acababa. Más de una vez amenazó con saltarse la tapa de los sesos. Lo hizo, al fin, liberando a su esposa, pero esta lo tomó muy a mal. Su cuerpo fué hallado en el río y yo estuve presente con su esposa durante la investigación. Fué un enredo formidable, señor. Ayudé a la identificación del cuerpo y acompañé a la esposa al entierro. Fuimos muchos al cementerio, señor, porque en el fondo nos sentíamos felices al vernos libres de él. Pero Jim Stewart nos está dando ahora mucho más trabajo que Watty de Fleece. A rey muerto, rey puesto. Pero un día vamos a atraparlo, señor, y ese día lo pondremos en el índice, pronto para la próxima vez. Todos los criminales necesitan que se les suelte un poco de soga al principio, señor; de lo contrario, no habría criminales.

El inspector Cox reflexionaba profundamente al salir de Scotland Yard. No se sentía tan confiado como parecía. No tenía la menor idea de cómo arrestar a Jim Stewart; no poseía su filiación, no sabía dónde se refugiaba, no conocía los sitios donde se le podía hallar. Tenía que lidiar con un supercriminal, con un tipo sagaz que no se hallaba aun en el "index". La única que lo conocía era la pobre viuda que acusaba a la policía de haber perseguido a su esposo hasta la tumba y que había reñido con el discípulo de su difunto esposo.

El corpulento inspector ya había tenido que lidiar con mujeres y la necesidad lo obligaba de nuevo. Iría de inmediato a casa de Polly. Después de todo, él se había portado bien con ella en el pasado, y no tenía causa real para sentirse ofendida con él.

La viuda de Fleece era una linda mujercita, pero tenía una lengua terrible. Culpaba a la policía de la muerte de su esposo, y no tenía el menor reparo en decirlo así en toda ocasión.

Un hombre alto y hermoso, con esposas en las muñecas... ("El sistema").

—¿Qué quiere usted aquí, señor Cox? — dijo ella cuando él llamó a la puerta de su

pequeño negocio de Baker Street. — No quiero ver a la policía por aquí y eso también va con usted. El negocio está repuntando un poco y a mis clientes no les gustaría ver a la policía por aquí. Usted ya me ha causado demasiados perjuicios.

Vestía de negro lo que le sentaba a maravilla, pues tenía el cabello rubio y ojos grandes y de un azul de cielo. El corpulento inspector no era precisamente un buen "pen-pant" para ella, pero tenía necesidad de algunos informes y trató de calmarla.

—No sea cruel con nosotros, señora de Fleece, — dijo. — Todos sentimos mucho lo sucedido. Yo traté de ayudarla a usted cuando se halló el cuerpo de su pobre esposo, y creo que usted me puede ayudar a mí ahora. ¿Ha visto usted a Jim, últimamente?

Los ojos azules relampaguearon y el pie de la mujer golpeó en el piso.

—¡Qué se yo de Jim! No ha estado aquí desde que murió el pobre Walter. ¿Qué tengo yo que hacer con ladrones? ¡Váyase, señor Cox, y no vuelva por aquí! Quiero mucho a su esposa y por eso no me enojo. ¡Váyase, váyase a su horrible comisaría! ¡Torpe, ordinario!

El pobre inspector Cox había tropezado con una mesita en la que había una bandeja con vasos. La mesita cayó al suelo. Se inclinó para levantar la mesa y los vasos caídos, murmurando disculpas, pero la indignada mujercita lo empujó.

—¡Gracias a Dios no hay nada roto, o lo habría hecho pagar! ¡Vamos! Váyase usted o le diré a su esposa que viene a molestarme.

Sin embargo la viuda tuvo una sonrisa y un apretón de manos para el nervioso y atribulado inspector, al empujarlo hacia la calle. Al fin y al cabo, era un hombre bueno, servicial a veces, y era ella muy amiga de su esposa. ¡Pero qué torpe!

El inspector Cox se alejó calle abajo reflexionando. De atrás, parecía un hombre atribulado; pero sus ojos brillaban y en su rostro aparecía una ligera sonrisa.

—¡Polly es inteligente! — murmuraba. — Nunca pensé en eso. Había cerveza en aquellos vasos, y la marca de un dedo. Yo tengo gran afición a las impresiones digitales. Era la de un pulgar. Me agradaría verle la cara al visitante de Polly.

El inspector caminaba lentamente, sin volverse ni una sola vez. Pero sabía que no era seguido. No era hombre fácil de ser. No vió nada alarmante, pero no por eso descuidó precauciones. Entró por el callejón Marylebone, para hablar por el teléfono de policía. Quería llamar al sargento Green, del escuadrón volante.

Todas las casas de comercio se hallaban cerradas aquel día, al caer la noche, cuando retumbó un llamado sobre la puerta del negocio de la viuda de Fleece. La señora no demostró el más mínimo placer al ver el rostro sonriente del inspector que se hallaba afuera. El instantáneo estallido de su indignación hubiera hecho escapar más que corriendo a un hombre de menos volumen que Cox. Pero éste habíase escurrido por entre las hojas de la puerta al corredor primero, y a la salita después, antes de que la viuda hubiera podido recobrar el aliento. Allí se quedó él mirando en redor suyo, sonriendo hasta que le pareció a ella que los amplios hombros de aquel hombre habían llenado la casa. Las obreras habían abandonado ya el trabajo, de manera que nadie podía interrumpirlos.

Había algo, en el voluminoso inspector, confiado, sonriente, que la atemorizó. Las palabras murieron en sus temblorosos labios, antes de nacer.

Sus modales, por otro lado, fueron menos corteses que los que siempre había usado con ella, y no parecía tener necesidad de buscar las palabras para hablar claro.

—¡Polly! — dijo. — ¡Mala, mala, pícara!

Sacudió la cabezota sonriendo sentenciosamente. Nunca la había llamado por su nombre de pila. En verdad, el inspector se sentía demasiado confiado.

—¡Pensar que ha sido usted tan viva, Polly! — continuó. — ¿Qué dirá mi pobre, mi querida mujercita? Fué muy inteligente de su parte el hacerme ir a declarar cuando la investigación. Me parece que veo ahora cómo lo hizo.

El inspector, mientras hablaba sonriendo, no quitaba los ojos de la escalera que daba al piso superior, ni de la mujer de ojos azules y cabellera rubia.

—De manera que esperó usted hasta hallar entre los cuerpos de los muertos en el río uno que se pareciera bastante a Watty. ¡Vaya, vaya! ¿Está Jim Stewart arriba ahora, Polly? Sé que tiene usted un pensionista, de manera que me gustaría conocerlo.

La mujercita corrió hasta uno de los rincones de la habitación, tocando, al parecer, algo en la pared. El inspector rió.

—Esa es la señal de peligro, ¿no? Suponía que habría de haber una, pero no sabía dónde estaba. Pero todo está rodeado por mis hombres y Jim caerá entre ellos. Quite la mano de ese cajón, Polly. Las armas de fuego son peligrosas para quien no sabe usarlas.

* * * *

El corpulento inspector, con el rostro sonriente y los músculos en tensión, esperaba, observaba, escuchaba. Aparentemente esperaba una lucha y esto le regocijaba. La mujer cayó en temblroso silencio. Aquel hombre era completamente distintor al que ella conocía, grueso, alegre, bondadoso, fácil de manejar. Al fin sabía ella lo que era terror. Un momento después llegó de arriba un grito, luego el rumor de una pelea y las voces de unos hombres encolerizados.

—Ese debe ser Jim, creo, — dijo el inspector. — Me parece que se ha encontrado con el sargento Green. Espero que Jim no intentará huir, porque el sargento podría hacerle daño.

Cesaron arriba los gritos y el rumor de

lucha. Poco después se oyó ruido de pesados pasos en la escalera. El inspector retrocedió esperando sonriente. Un grupo de hombres entró.

—¿Lo cazó, Green? ¡Bien! Sabía que no se le iba a escapar. ¡Démelo!

Un hombre alto, bien parecido, de rostro ensangrentado y vestidos rasgados, fué empujado hacia dentro del cuarto, con las manos sujetas por esposas. La viuda lanzó un grito al ver aquel hombre, rodeado de policontes.

* * * *

EL inspector se rió de nuevo dando unos golpecitos afectuosos en el hombro del prisionero.

—¡Me siento feliz de encontrarlo de nuevo, viejo! ¡Qué tonto he sido! Sargento, debe usted saber que no existe Jim Stewart. Parece que enterramos a un cadáver equivocadamente. Este es Watty de Fleece en persona, que regresa de la tumba.

—¡Maldito seas, Cox!

—¡Bendito seas, Watty! — rió el triunfante inspector. — No deberías dejar vasos de cerveza a la vista en casa de tu esposa. Descubrí el pensionista e hice vigilar la casa todo el día.

Esto se apartaba un poco de la verdad, pero el inspector, al calor de la victoria, se sentía un tanto inclinado a alabarse.

Su voz, al volverse y dirigirse a la viuda, vibraba con una nota de bondad, a la vez que de astucia.

—¡Vamos, Polly, no llore usted! Después de todo no es usted viuda, como creía, sino una muchacha vivísima. No le guardo rencor, pero me parece que me tendrá que enseñar usted la casa. Quiero los diamantes de Carberry, la esmeralda de van Speer y algunas cositas más. No me diga que no sabe dónde están, porque no lo he de creer. No quiero arrestarla a usted, Polly, ni quiero tener que echar la casa abajo; de manera que deme lo que le pido. ¡Lo que voy a poder contarle a mi mujer!... El sistema, después de todo, no es tan malo como creen los "aficionados".

ADAN BLACK

La libertad es el derecho de hacer todo aquello que no puede perjudicar a otro. — Villaume.

* * * *

El destino de las leyes, no es menos el de socorrer a los ciudadanos que el de amedrentarles. — Voltaire.

La esperanza de la impunidad es para muchos hombres una invitación al crimen. — Villaume.

* * * *

El principio de la soberanía del pueblo, siendo incontestable, lleva en pos de sí el derecho de insurrección. — Villaume.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

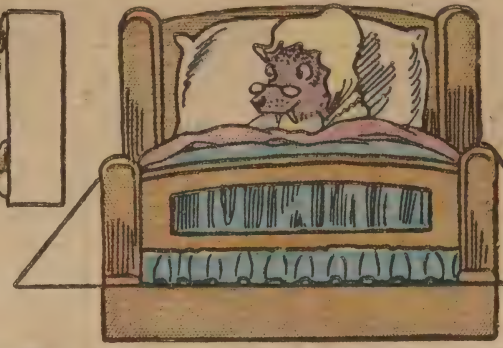
Ciudad o pueblo . . . . . .

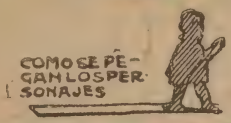
Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

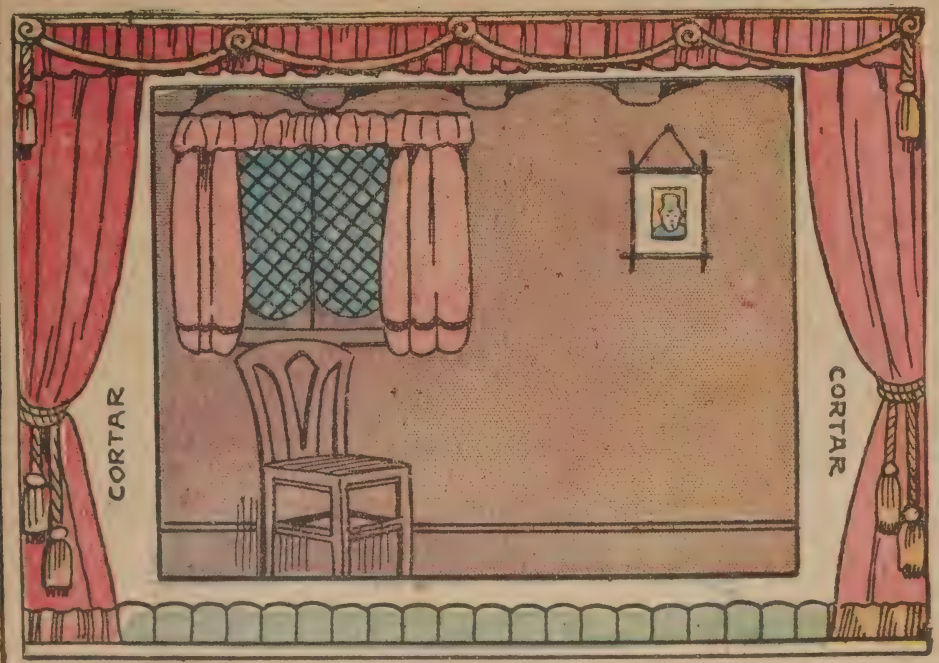
F. C. . . . . .

CAPERUCITA ROJA

NO es necesario explicar aquí el cuento de Caperucita Roja, y poco es lo que hay que decir sobre el modo de armar este juguete. Los dibujos explicativos muestran con claridad cómo se combinan los trozos después de haberlos pegado en cartulina y de dejarlos secar bien.







LITERATURA ARGENTINA

LOS VICUÑAS

ESCENAS DE LA VIDA COLONIAL EN EL SIGLO XVIII

(Crónicas de las guerras civiles de Potosí)

Por VICENTE G. QUESADA

I.

LOS BANDOS

Potosí, cuyas minas han enriquecido al mundo, no ha encontrado quien se encargara de publicar su historia. ("Pedro de Angelis", Colec. de doc. etc., sobre el Río de la Plata.)

BAJO el límpido cielo de la región andina y en medio de la serie infinita de las cordilleras, se levanta como un pan de azúcar de color oscuro, algo bermejo, un cerro cuya altura desde la eminencia de su base, puede calcularse en seiscientas cuarenta varas y su superficie cónica en nueve mil. En muchas leguas en contorno la falta de vegetación entristece el ánimo, pues sólo se descubren aquellas enormes masas de granito y la raquítica y oscura paja "hichu".

El horizonte azúl que desde aquella altura se divisa está limitado por altísimas montañas, a las cuales domina empero el cerro a que nos referimos. El temperamento es sano aunque frígido en extremo, el suelo húmedo y cenagoso por las vertientes de las cordilleras, pero estéril y triste, pendiente como un plano inclinado de formas irregulares. Allí se eleva también el cerrillo que los indios llamaban "Munaypata" cuya extensión es limitada hacia el Oriente y por el Occidente y medio día es suave el declive que continúa por la meseta que se llamó después de la "Rivera". Desde allí se descubre la planicie y domina la población que formó "tumultuariamente la codicia al pie de una riqueza que descubrió una casualidad", según dice en su "Descripción de la Villa de Potosí sus partidarios" don Juan del Pino Manrique. Aquel cerro y esta población se llama Potosí.

Por el camino que viene de la parte meridional de Munaypata, se descubrían a la sazón las ruinas de una población primitiva llamada "Cantumarcá". Entre estas se distinguía un edificio de paredes de piedra color ceniciento, labrada de manera que no se conocía el lugar de la unión de las diversas piezas, ni se percibía la mezcla. Estaba techada con "hichu" y por una especie de chimenea se levantaba hacia el cielo un humo blanco que se desvanecía después en la atmósfera al soplo del viento. Allí había habitantes.

En efecto, un indio "cañari", anciano de aspecto meditabundo, de cabello blanco y de mirada ardiente, se ocupaba en preparar ciertos brebajes misteriosos, pues pasaba por un agorero entre los indios. A veces le consultaban algunos crédulos moradores de la villa Imperial. Esta vez, dos personas estaban allí sentadas: una por su traje y por su acento era criolla, la otra indígena y hablaba en "quichua". Terminada la consulta, la criolla dióle una bolsa con "plata" con amonedar y se retiró a pie sin cambiar una palabra con el indio. Cubierta estaba de manera que no pudo el adivino mirarle el rostro; entendía la qichua lo bastante para explicarse y saber lo que deseaba.

El mes de noviembre terminaba y aunque el clima es frígido, aquel día el sol daba calor y reververaba en las cimas nevadas de los Andes sobre el horizonte azúl. El aire rarificado permitía distinguir los objetos perfectamente; pero hacía penosa la marcha, difícil la respiración, se sufría el "sorocho".

Se notaba desde la distancia el bullicio y la algazara de una población que se divierte, y se oían claramente los vítores y

músicas de las fiestas. Se celebraba el advenimiento al trono de España e Indias de Felipe II, con la pompa de la espléndida población de la Villa Imperial de Potosí.

¿Pero qué hacía aquella dama que desdeñando las grandes fiestas, iba a pie, acompañada de una india, a las ruinas de Cantamarca a consultar al indio adivino, al anciano supersticioso?

¿Quién era ella?

Dejemos a la misteriosa caminante, con quien nos encontraremos después, y asistamos a la fiesta.

Corríanse cañas y toros, había habido torneos, sortijas y bailes; todo había sido lujoso, con gran contento de los vecinos. Pero aquel mismo día en que la indígena y la criolla volvían de Cantumarca, Francisco Curli y Benito Cresi, alemanes, residentes en la villa, estaban parados en una esquina. Allí permanecían en plática tranquila y amistosa, cuando vieron venir hacia donde estaban, al capitán Diego López y al anciano maestre de campo Padilla, que corrían a caballo una carrera.

Ocurrióle entonces, tentado por Belcebú, a Curli, tirarle un cordel corredizo a los pies del caballo del anciano, y diciendo y haciendo, le hizo un "pial", cayendo el pinete y su caballo co ngran risa de ambos.

Indignado de aquella grosera burla el capitán López, detuvo su caballo, desmontóse y tiró la espada yéndose sobre los alemanes. Al mismo tiempo el alférez Acevedo, don Juan de Silva y otros portugueses y extremeños, los acometieron también, para castigar la falta de respeto al anciano y vengar la ofensa perpetrada tan sin razón.

Curli y Creci se defendieron con valor, más Padilla que se había ya levantado, sacó su espada y atravesó a su gratuito ofensor.

Dos cadáveres quedaron en el lugar de la contienda.

El licenciado Polo Ondegardo, justicia mayor de la villa, apenas supo el golpe del maestre de campo y la muerte de los culpables, tomó medidas para levantar un proceso.

Así como supo aquél lo acaecido, lo supieron también los compatriotas de los muertos y pidieron favor y ayuda a algunos catalanes, y éstos a sus amigos, de modo que acudieron en tropel al lugar del alboroto.

Atacaron al maestre de campo Padilla, criollos y a los andaluces, — los extremeños, vascongados y extranjeros, que formaron un partido, y aquellos otro: divididos así en dos bandos se rremetieron y batallaron tenaz y fieramente.

En la refriega pereció Silva y Acevedo por parte de Padilla.

Al momento presentóse el licenciado con gente armada, diciendo: — "¡Aquí el rey!"

Irritado un catalán, le replicó encolerizado: — "¿Quién va aquí contra el rey perro letrado?" — dándole una cuchillada que lo volteó.

Creció el motín; arremetiendo los del licenciado contra unos y otros a las voces ¡viva el rey! ¡mueran los traidores!

La plaza fué chica para la refriega; ayes, gritos, estocadas recibidas y devueltas, corridas de mujeres y niños, puertas que se cerraban, tropel, voces, y ruido de armas; las gentes disparaban sin saber con certeza la razón y objeto de aquella sangrienta gresca.

La batalla quedó indecisa; pero se alzaron terribles implacables iracundos y vengativos los bandos: como fantasmas sangrientos rodeados de la atmósfera nauseabunda de la sangre vertida injustamente.

La grosera e impremeditada broma de aquellos juguetones y burlescos caballeros, fué la ocasión para encender nuevamente la ira de aquellas dos parcialidades que tanta sangre habían costado a la Imperial Villa, que tantos lutos, dolores, angustias, tribulaciones y conflictos iban a producir aún.

Las pasiones desencadenadas en medio de los excesos de los mineros y de la abundancia de oro, fermentaban ardientes en aquel foco de los aventureros más conspicuos, de los vagos, jugadores y soldados; aquella población harto nor lo terrible del temperamento, revelaba que era el hacinamiento de los que sólo buscaban el dinero, la riqueza y los placeres.

Aún cuando se había ya levantado el templo de San Francisco, el primero de la Villa Imperial que reemplazó a los oratorios o capillas, y abundaba el clero, los frailes y las monjas, las cofradías, las hermandades, las iglesias, las ermitas; a pesar de que las fiestas del culto se celebraban con una pompa y esplendor casi pagano; a pesar de abundar las leyendas de milagros y los grandes contrastes de arrepentimientos públicos, de expiaciones edificantes: sin embargo, lo que dominaba en aquella población como un vértigo, era el amor desenfrenado de la riqueza y los placeres mundanos.

¡Allí estaban agrupados y sedimitos de goces al pie del cerro para extraer de sus entrañas el metal; ningún propósito llevaba a los pobladores para vivir en aquella atmósfera helada.

Todas las pasiones encontraban un campo fecundo para desarrollarse: las furias infernales soplaban de cuando en cuando en aquel lugar diabólico y levantaban borrascas sangrientas y desastrosas.

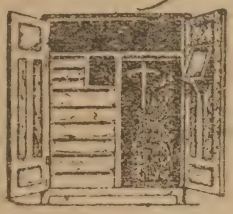
El anciano maestre de campo Padilla se preparaba para marchar en auxilio de los conquistadores de Chile, y tenía entonces reunidos sesenta soldados bajo su mando.

El licenciado trató de prenderlo, y el anciano reunió los suyos repartióles armas y se preparó a resistir a la justicia. A su vez el magistrado juntó cien hombres y trató de llevar adelante su propósito.

Nadie puede ni debe racerse justicia a sí mismo, el maestre de campo ha resisitido las armas del rey, decía, y debe ser aprehendido y juzgado.

Padilla y los suyos se dirigieron al valle de "Tarapaya", en medio de aquellas elevadas montañas en cuyas cimas el frígido clima contrasta con la atmósfera ardiente de los valles; allá las piedras presentaban el lúgubre aspecto de la desnudez y las privaciones, sin más habitantes que indígenas

Práctico
Bueno
Elegante
es el
Ropero ESSENTIAL



Precio desde
reclame $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

y carneros de la tierra; aquí, la vegetación rica, profusa, exhala el aroma embriagante de las selvas vírgenes de América ¡magnífico contraste!

País de "los nevados picos y de las profundas hondonadas; de las eternas nieves y de los estíos eternos; país excepcional donde en seis horas se pueden recorrer todas las zonas: por la mañana robar su fruto a los plataneros del Ecuador, y al mediodía guarecerse de la tormenta bajo los pinos de la Laponia. Estos parajes impresionan profundamente". Como decía en una carta doña Juana Manuela Gorriti. Tal era la comarca a que se dirigieron los fugitivos.

Ondegardo marchó apresuradamente para darles alcance en la parte más estrecha de la quebrada de San Bartolomé, picándoles la retaguardia. Avisado el maestre por algunos indios de su parcialidad, mandó que en lo más espacioso de la quebrada esperasen los suyos las fuerzas del licenciado para darle batalla, mientras él con los indios de carga salvaba de las garras de aquel magistrado.

El capitán Figueroa encargado de esta operación estratégica no pudo o no supo cumplirla, y fué atacado por los del licenciado. Más Padilla, a pesar de sus años, voló en auxilio de los suyos, y venció a los de la justicia. Huyeron Ondegardo y sus capitanes Martín de Cesa, don Juan de Osma y Paolo de Monte Agudo; el licenciado vióse metido en un atolladero sin salida, pues los barancos le impedían huir. Sin embargo, el único camino era atravesar un correntoso arroyo, y picaron sus caballos el jefe y Monte Agudo para salvarlo. El del primero lo salvó en efecto, más el del otro cayó de hocicos en la ribera opuesta, volteando al capitán en el torrente.

El malhadado Ondegardo volvió a la villa por excusados senderos de las cordilleras vencido, humillado y despechado.

El anciano vencedor se dirigió a la Paz satisfecho de haber librado de aquel cuitado lance tan inesperado como riesgoso.

"Los bandos, — dice Martínez y Vela, "— que por este motivo hubo en esta Imperial Vila, fueron contínuos y muy sangrientos, procurando unos la venganza de sus parientes, y otros la de sus amigos que en este motin fueron muertos, sin que el juez licenciado pudiese remediarlo".

II.

ELLA Y EL

vila como tantas veces la había contemplado, pálida, trémula, palpitante, con sus negros cabellos esparcidos sobre sus hombros; y en la amarga sonrisa que contraía sus labios, parecía decirme: ¡Héme aquí ya tranquila! La almohada en que reposo no tiene insomnios ni pesadillas. Pero tú, que conoces ahora el secreto de mi dolor, dí, ¿no es cierto que es horrible el decir: soy joven, soy bella, tengo una alma llena de poesía, puedo dar y recibir torrentes de amor y de felicidad: y sin embargo, la desesperación habita en mi seno, y yo la siento devorar mi corazón?

("Juana Manuela Gorriti", Gubi Amaya).

CERCA de media cuadra del convento de San Francisco se veía una casa cuyo exterior era de piedra, gran portada con figuras esculpidas, sobre la cual se ostentaba un escudo con las armas de familia, dominado por una corona ducal. Las columnas de la puerta, las cornisas y remates eran de piedra color plomo, con pequeñas listas más claras. Se entraba a un zaguán espacioso subiendo algunas gradas, éste daba a un extenso patio con galerías y corredores bajos. En el centro un surtidor de agua.

Conocida es la abundancia de vertientes en el terreno sobre el cual está edificada la ciudad, a lo que se atribuye la humedad cenagosa del piso. La fuente era surtida por una de esas vertientes naturales.

En uno de los salones de este edificio antiguo se encontraba pensativa una joven dama. Los adornos del mueblaje, el artesonado y dorado cielo raso, revelaba la opulencia de sus dueños.

Aquella joven vivía sola, con una india y con su servidumbre. Su madre, a quien apenas conocía, hacía años se había retirado al convento de carmelitas descalzas, de-

jándola en posesión de sus haciendas. Esta llevaba el apellido de su casa materna; jamás se le había hablado de su padre.

No conservaba de su madre ese dulce recuerdo de la infancia, de esas caritas inolvidables, ni de ese amor previsor y fecundo que Dios ha puesto en el corazon maternal. Para ella aquel amor era un rito misterioso. Las reminiscencias de su primera edad eran tan vagas, tan confusas, tan extrañas, que no tenía presente sinó los hermosos paisajes del valle de Cinti, donde había pasado su niñez, rodeada siempre de benévolos servidores, pero careciendo de los cuidados afectuosos de la madre. ¡Ay! los niños que no tienen madre fáltales el ángel, tutelar que vela a la cabecera de su lecho, que adivina sus deseos, que presiente sus dolores, ¡pobres criaturas! cuán desgraciadas son!

¿Acaso la madre no la amaba? ¡Oh no! la mujer que la había llevado en su seno había derramado infinitas lágrimas de ternura; pero aquella criatura desventurada y hermosa, no era hija del amor. Hé ahí el misterio.

En uno de los combates de los antiguos bandos, su abuelo que pertenecía a los vascongados, había sido asesinado en la misma casa solariega. Su madre, muy jóven aún, se desmayó en aquel terrible lance; cuando volvió en sí, había perdido su padre y estaba deshonrada. Ignoraba quien fuese el infame. Cuando fué madre, se retiró a las carmelitas descalzas en expiación de una falta que no había cometido: víctima que se sacrificaba por las tradiciones de familia, y que iba a expiar en la oración perpetua el crimen ajeno. Los asesinos pertenecían al bando opuesto. La hija no había conocido las tiernas y dulcísimas caricias maternales. Aquella señora antes de tomar el vuelo, hizo su testamento y le dejó todos sus bienes y su nombre. La dama no conocía más de su historia. La melancolía nacida de la duda se dibujaba sobre su frente, imprimiéndole un aire tan seductor como benévolo y simpático.

Confiada su educación al celo de un reverendo padre franciscano, este cuidó de ella, la dirigía, visitaba y aconsejaba. Un servidor de su abuelo materno fué su tutor, y honradamente cuidó sus intereses.

En su retiro sólo frecuentaba la iglesia de Santa Teresa, de carmelitas descalzas, y la de Nuestra Señora de los remedios angustias. Rara vez oía misa en la iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia donde estaba fundada la cofradía de treinta y dos hermanos que se empleaban en obras de misericordia, y especialmente en el entierro de los pobres y ajusticiados. En esta iglesia estaba enterrado su abuelo materno, cuya lápida decía era uno de los fundadores de la hermandad.

La dama habaí hecho las más prolijas indagaciones por saber quien era el seductor de su madre, el secreto era impenetrable.

Tenía a la sazón mayor interés en averiguarlo, porque estaba enamorada de un criollo del bando opuesto. Temía por uno de esos accidentes fatales, fuese el hijo de su mismo padre, y esa idea le habaí hecho rechazar su mano sin decirle la causa. Su visita al indio de Cantumarca, que hizo ocultamente, había tenido por objeto que le revelase el nombre del seductor de su madre. Este misterio la agitaba. El reverendo padre franciscano la aconsejó que entrase en uno de los monasterios de monjas y dejase sus bienes para los pobres; pero ella amaba, y aunque nunca pidió sobre esto consejo al faile, indagaba por si misma para saber si aquel mancebo era su hermano.

Como nadie entraba en su casa sinó algunos religiosos, el pretendiente sólo la veía en la iglesia; pero ambos se entendían sin haberse hablado.

El adivino "cañarí" díjole que su padre era criollo y que vivía; pero que no sabía más. En esta dida resolvió tomar el hábito. Consultado el sacerdote, le aconsejó entrase en el convento de las agustinas. El buen fraile quería evitar que la presencia de la hija fuese un sonrojo para la madre, y esta alguna vez así se lo había indcado: temía que el amor maternal fues demasiado vivo en la soledad del claustro e interrumpiese la oración de su retiro y la tranquilidad de su alma.

¡Angustiosa situación la de aquellas desgraciadas!

Meditaba en aquel momento sobre su suerte. No sentía verdadera vocación por la vida del claustro; amaba y sus deseos, sus tendencias, su inclinación, la llamaban a fundar una familia: el instinto le revelaba que sería infeliz en la celda, por que su corazón era del mundo, y sin embargo, la fatalidad abría entre ella y su querido un abismo para su corazón medroso. Su bien amado, aquel por quien daría su vida, pertenecía a los enemigos de su casa, quizás era el hijo del violador de su madre, y ante esta idea, caía de rodillas pidiendo al Dios de las misericordias luz en aquella obscuridad. Era demasiado terrible aquella duda para la inesperiencia de una niña.

Lágrimas ardientes corrían por sus sonrosadas mejillas, y en medio de sus tribulaciones y angustias, faltábale la madre: eso consejero puesto por Dios al lado de las hijas; esa compañera de cuya boca no se escucha sinó la voz de la prudencia y de la caridad; cuya mano guía en los senderos difíciles de la vida marcando los escollos e inspirando siempre fé para no abandonar la virtud. ¿Qué instrucción sobre la tierra puede compararse, ha dicho pensador ilustre, a las dulces lecciones de una madre dotada de un espíritu fecuno, de una sagacidad y de un corazón palpitante de amor?

Aquella pobre mujer no tuvo ni esa compañera, ni esa amiga, ni esa mano ni ese corazón. ¡No conocía las caricias maternales! ¡Y sin embargo, en sus grandes congojas y en sus terribles dolores, ella pensaba en su madre!

—¡Madre mía! madre de mi alma, — decía aquella pobre mujer, — dadme fuerzas, señora para consumar mi sacrificio, tu pura e inocente, víctima de pasiones extrañas, que vives orando al Dios de piedad y de amor. !Madre mía! ¡Yo le amo! Le amo con todas las fueras de mi alma le; amo a mi pesar, contra mi voluntad ¡madre! decidme, señora, ¿es mi hermano?

¡Pobre criatura! El silencio profundo de aquella vasta sala era toda su respuesta: sus sollozos no tenía quien los recogiese, sus ayes se perdían en la soledad, sus llantos se derramaban sin encontrar un corazón que la comprendiese, que la consolase.

Cuando el criollo supo la resolución irrevocable de la joven, a pesar de sus ruegos, de sus súplicas y hasta de sus lágrimas: cuando ella llorando le confesaba su amor, pero le decía que era imposible el matrimonio, que la fatalidad los separaba para siempre; cuando acudió a los sacerdotes amigos de aquella desgraciada niña para que impidieran el sacrificio de esa inocente que amándolo iba sin embargo a encerrarse en un convento, y estos encontraron inalterable en su resolución a la hermosa y delicada jóven, entonces atribuyó a los odios, a las pasiones iracundas, y vengativas de sus enemigos, aquella determinación tan firme y a la vez tan cruel.

—¿Por qué la amo? — se decía a sí mismo aquel mancebo, herido en su corazón en la plenitud de su vida. — ¿Por qué, Dios mío, estoy condenado a amar sin esperanza? — Y revolviéndose como un condenado, mordíase los labios, golpeaba su frente, y quería desgarrar su corazón ¡que siempre amaba!

¡Sólo los ángeles en su divina bondad y su perfecta virtud, pueden conservar ese amor, llama encendida sin el alimento de los halagos de la dicha!

—¡Yo te amo! ¡alma de mi alma! ¡amo tu dice y melancólica mirada, en tus ojos vislumbro un mundo infinito de ternura y de inefables consuelos, amadme tambien! — decía el infelíz en un monólogo angustioso.

Loco, fuera de sí, agitado por los celos, levantábase terrible como el demonio de la desesperación, y a gritos pedía a Dios la muerte de su amor.

Cuando volvía la calma, por que las tempestades no són ni pueden ser perpetuas, reflexionaba sobre su estado, sondeaba su corazón, llamaba en su auxilio sus recuerdos; y mientras tanto decía:

—¡Ella me ama! ¡Al través del misterio de sus lágrimas y a pesar de su terrible determinación, tengo la certidumbre de que me ama! ¡Y sin embargo la desesperación habita en mi seno y yo la siento devorar mi corazón!

Ofuscábase entonces nuevamente su inteligencia y creía ver en el fondo del profundo abismo que los separaba, las furias del infierno festejando el infortunio que producen las pasiones de bando. Entonces creía que la causa de aquel sacrificio eran los odios sembrados por las luchas civiles.

—Bien, — se decía a sí mismo, — si mis enemigos me arrebatan mi amor y mi esperanza, los únicos halagos que hacen apetecida mi vida, sublevaré nuevamente mi partido y ahogaré en torrentes de sangre la infinita amargura a que esos odios me condenan.

Calmóse poco a poco aconsejado por Satanás.

—¡Oh sí! — repetía a media voz, — mi venganza quedará como un rastro de sangre en la historia de la villa Imperial, y los que sepan mis dolores sin fin y mi padecimiento sin remedio, se estremecerán de mi crueldad y temblarán por mi castigo!

Ambos, pues, eran desgraciados: ella y el se amaban con un amor profundo, inalterable, igual siempre, ayer como hoy, mañana como siempre.

III.

LA PROFESION

ACABABA de llegar de Potosí don Antonio Xeldres, natural de Almagro, "enemigo acérrimo de los vascongados", y por su altivez y lo "terrible" de sus hechos fué elegido por jefe de los criollos.

Poco tiempo después llegó también don Luis Antonio Valdivieso, andaluz, "mozo valiente aunque inquieto y ruidoso", según el cronista.

A ellos se fué el criollo y refirióles su situación, atribuyendo como era natural la profesión de la joven a los consejos de los vascongados. La influencia de estos era poderosísima a la sazón: ochenta eran azogueros, ciento sesenta mercaderes, las grandes fortunas estaban en sus manos, los alcaldes veedores del cerro eran de su nación, y así era "todo lo demás de la república, de suerte que ricos y con tales cargos estaban en "señoreados de Potosí y no hacían caudal "de las otras once naciones que allí habita"ban, antes por el contrario a todos los ul"trajaban y vituperaban, "por eso los crio"llos que naturalmente son pundonorosos", "considerando las demasías de los vascon"gados pidieron a sus padres (castellanos, "andaluces y extremeños y otras naciones) "que de ninguna manera les diesen a sus "hermanas en matrimonio a los vascongados". Así lo dice en sus "Anales de la Villa Imperial de Potosí", don Bartolomé Martínez y Vela, natural de dicha villa. Año de 1771.—

A esto redujo su pedido el altivo y enamorado mancebo. Xeldres y Valdivieso reunieron a los suyos, y referido el suceso resolvieron negar la mano de sus hijas, hermanas y parientes a los enemigos y sus aliados, y perseguirles por todos los medios para romper aquel cerco de acero y oro con que estaban sujetos sus amigos.

Casualmente, trabóse al siguiente día una disputa entre Valdivieso y el vascongado Uzurbi, y el primero dió al segundo de garrotazos, siguiéronle cuchilladas y muertes.

Bajo esta irritabilidad de los ánimos iba a tener lugar la profesión de la joven nieta de un vascongado, en el convento de monjas agustinas.

El padre Pedro Alonso Trujillo rector de la Compañía de Jesús, "varón apostólico de gran virtud y letras", según Martínez y Vela, preocupado con aquellos desórdenes y presintiendo las calamidades que amagaban a la villa, quiso aprovechar la oportunidad de la profesión para tocar el corazón de los jefes de los bandos, llamarlos a la conciliación y a la fraternidad. Para esto, él mismo invitó a los principales de uno y otro partido.

Entre los concurrentes estuvieron el día señalado, Xeldres y Valdivieso: un gentío inmenso llenaba la iglesia. Después de las ceremonias del culto, la víctima hermosísima y deslumbrante por sus adornos, despojóse de aquellos atavíos mundanales y profesó. Nunca habíase visto una belleza igual rodeada de esa aureola de misteriosa melancolía que circunda a las mujeres que aman y no esperan, a aquellas cuya voluntad puede hacerlas abandonar el mundo, pero es impotente para dominar el corazón que ama.

El padre Trujillo subió al púlpito y un silencio profundo dominó a aquel auditorio católico. La voz del sacerdote resonó solemne en la cátedra del Espíritu Santo; allí, con motivo de la profesión de la monja, de aquella hermosa que se despojaba de las vanidades del mundo para entregarse a la oración, pidió papz a los vecinos de la villa, fraternidad en vez de odio, calma en vez de lucha, y en un arranque de elocuencia, con tino y disfrazadamente, reprendió con suavidad la conducta de los jefes de los bandidos, aludiendo sobre todo a don Antonio Xeldres.

Acabado el sermón, dice Martínez y Vela. "salieron los amotinados indignados contra el padre, juntó don Antonio otros tantos hombres tan abominables como él, comunicóles su infernal pensamiento y pusiéronlo en efecto, llamando a deshora al padre Pedro Alonso Trujillo a una confesión, y entrándolo en una casa le dió don Antonio tantos golpes con una talega de arena, que lo dejó por muerto".

Entre los perpetrados del atentado se encontraba el despechado mancebo. El padre murió poco después, y causó grande indignación en la Villa, buscando todos como despedazar al "maldito y ecomugado".

IV.

EL JEFE DE UN BANDO

> Les revolutions ne cessent que quand chacune n'est plus agitée par le besoin de prevenir ou d'eviter les effets de la vengeance.
> Mme. de Stael.

DON Antonio Xeldres, jefe de los criollos, se ocultó. Su íntimo amigo Valdiviese le dió asilo en su casa.

Terrible empezó a hacerse la situación. He aquí como la refieren los "Anales" de aquella villa:

"Fueron tales las tiranías y calamidades "de estas guerras civiles de Potosí, que de- "jan muy atrás las de Roma, Francia y Gra- "nada y otros reinos donde las ha habido; "cometieron infinitos pecados contra Dios; "terribles escándalos experimentaron los "moradores de Potosí, horribles crueldades: "apoderóse de los corazones católicos un es- "pantoso rencor, no había padres para hi- "jos, ni había parentesco ni amistad, toda "era crueldad, falta de razón, de ley y de "caridad."

Convencido Xeldres de que no podía resistir en la villa, juntó a todos los de su bando, porque antes de irse ocultamente a España, quería darles instrucciones y recomendarles continuasen sin tregua ni descanso la sangrienta lucha, hasta exterminar a los vascongados. He aquí textualmente su arenga:

"Amigos y señores míos: ya veis en el "paso de ausencia que me hallo, no siento "nada sino en dejar las cosas tan a los prin- "cipios; pero aunque yo falte quiero que "obedezcais a don Luis Antonio Valdivieso, "hombre de propias calidades para que lle- "ve adelante lo que tenemos determinado: "conviene a saber, que salgan de Potosí to- "dos los vascongados, si acaso no saliesen "para la otra vida para esto ,lo primero or- "deno y mando, que todas las naciones es- "tén unánimes con los criollos que así se "facilitará la destrucción de estos vizcaí- "nos; de más de esto, lo primero habéis de "quitar la vida al capitán don Juan de Ur- "bieta, al capitán don Francisco Oyanume, "al "veinticuatro" don Pedro Verasátegui y "su hermano el capitán don Juán de Vi- "daurre ;porque habéis de saber que tienen "ya recogidas muchas armas militares, y "que quieren alzarse contra todas las na- "ciones y echaros de Potosí: de más de es- "to, después que hayais quitado y recogido "sus armas no dejéis ninguno a vida de es- "ta engreida nación. Sabed también como "han enviado cartas a todos los pueblos del "Perú en que mandan vengan a este Poto- "sí todos los vizcaínos para hacer un alza- "miento. Conviene para esto usar de pru- "dencia, tened espías secretas, y conforme "viniesen lleven en la cabeza; de más de "esto, si las justicias, como son corregidor, "alcaldes ordinarios y Audiencia de Chu- "quisaca, os quieren apremiar o castigar, "no paséis por ello sino que pasen ellos por "el filo de vuestras espadas: si por orden "del virrey viniera gente de guerra, haceos "fuertes en este Potosí y no rindais vues- "tras armas: de más de esto, ya veis que "los vizcaínos tiene usurpada la plata del "cerro, y que los más de ellos son azogue- "ros y ricos mercaderes, y a costa de in- "dios peruanos lo han adquirido, quitadles "las piñas, joyas y haciendas, y repártase "todo entre los que ayudasen a la expul- "sión. Yo quisiera daros muchos otros con- "sejos que son necesarios y convenientes "para este caso, pero la conciencia de la "muerte del rector (que no entendí suce- "diese) me apura a prisa a salir: allá voy "a España, ochenta mil pesos de a ocho "reales llevo para el camino, pasaré a Roma "a que me absuelva su Santidad. Vosotros "cumplid lo que os he ordenado, no hay "cobardía ni menos caridad, reine la sober- "bia, el valor, la cruedad, y con esto, adió "amigos míos, abrazadme que no nos he- "mos de ver más".

Este documento es característico de la época, del hombre, de la sociedad y de las irreconciliables pasiones de los bandos, por esto lo reproducimos íntegro.

Cuando Xeldres concluyó su arenga, o leyó su discurso, pidió que todos jurasen des-

nudas las espadas, cumplir lo que él mandaba.

La escena tenía lugar en una vasta pieza de la casa de Valdivieso, a la luz vacilante de algunas lámparas de plata cuya oscilación daba a aquellos rostros airados un aspecto siniestro. Brillaron los aceros, y allí ante un Crucifijo, juraron los congregados cumplir aquella promesa sangrienta. Después embozáronse en sus largas capas y por un postigo que daba al corral, fueron saliendo como los fantasmas del crimen, envueltos en las sombras de la noche.

Activos aunque sigilosos, fueron los preparativos en los cuales se pasaron los últimos meses de este año, sin más variantes que los frecuentes duelos y los aterradores asesinatos.

Los crímenes no sólo se perpetraban en los vascongados, sino que daban muerte a mnujeres nobles o plebeyas que atendían las galanterías de aquéllos. Innumerables fueron las que sacrificaron, en cumplimiento de la promesa de no consentir que ninguna mujer amase ni se casase con los enemigos. La venganza del criollo comenzaba a ser terrible, víctimas inocentes inmolaba al amor desgraciado, inspirado por aquella que oraba ya en el convento de agustinas.

V.

LA REVELACION

> Yo que he profundizado todos los abismos del sufrimiento, puedo disertar hasta lo infinito sobre esa terrible ciencia cuyo estudio termina sólo en el sepulcro.
> ("Juana Manuella Gorriti", carta al autor.)

La pobre madre no pudo resistir al dolor del sacrificio de su hija, y empezó a sentir una afección grave al corazón. "¡Ella! que lo había despedazado mil veces para imponerle su voluntad, para hacerle guardar silencio, para romper los dulces vínculos de la maternidad; pero ahora se vengaba a su vez, dándole la muerte". Deshauciada por los médimos, se dispuso como cristiana y llamó para confesarse al nuevo capellán del convento.

El sacerdote tenía un aspecto severo e imponente: el cabello blanco y las profundas arrugas de su frente, marcaban sin esfuerzo las continuas vigilias y la meditación. Se conocía que los dolores morales habían trabajado aquella existencia. Su virtud era ejemplar.

Escuchó temblando la confesión de la monja moribunda, y no tuvo tiempo de absolverla, pues cayó exánime a sus pies. ¿Qué terrible misterio había podido herirlo como el rayo? Pocas horas después el capellán se confesaba a su turno, y no sobrevivió a la monja.

Aquel religioso oriundo de Potosí, había tomado parte en las guerras contra los vascongados, fué uno de los asaltantes de la casa del padre de la monja; fué más, el violador de aquella infeliz mujer. Con el robo que hizo se retiró a España y empezó a germinar en su alma el arrepentimiento Se resolvió expiar aquellos crímenes consagrándose como sacerdote al alivio de todos los que sufren: cuando volvió a Indias su cabello estaba cano y se dirigió a Potosí, al teatro mismo de los desórdenes de su juventud; porque creyó que allí más que en otra parte había necesidad de predicarse la virtud por medio del ejemplo, practicarse la caridad sin ostentación, y ayudar a levantarse a los que hubiesen caído en los excesos criminales de aquella sociedad excepcional.

La casualidad hizo que le nombrasen capellán del mismo convento donde estaba su víctima; pero él lo ignoraba, pues es bien sabido que las monjas dejan el nombre de familia al profesar, y al acercarse a la cabecera de la religiosa moribunda, distante estaba de pensar en aquella historia que había encanecido su frente: no pudo resistir a aquella escena y sucumbía. Antes, llamó a un padre mercedario y le pidió asegurase a la religiosa del convento de agustinas, que no era hermana del enamorado mancebo. ¡La verdad se abría paso demasiado tarde! Entre la monja y el criollo el abismo se había hecho más profundo. La religiosa no tenía el derecho de amar, sólo podía orar y llorar. Oró mucho porque amaba demasiado.

VI

LOS VICUÑAS

> Acordaron en esta junta de ponerse todos los soldados sombreros de lana vicuña y por estos sombreros los llamaron Vicuñas en las historias.
> (B. Martínez Vela, "Anales de la Vila Imperial de Potosí.")

El año de 1622 empezaba bajo los tristísimos auspicios de sangrientas guerras. Lejos de calmarse las pasiones, las luchas las exacerbaban cada día más.

Resueltos a destruir a los vascongados, se reunieron en casa de los principales del bando para organizarse militarmente. Levantaron con este fin una suscripción que ascendió a sesenta y cuatro mil reales de ocho el peso.

En abril tuvieron lugar algunos asesinatos. Cada vez se hacían más premiosas las circunstancias. Para tomar las últimas resoluciones se reunieron todos los andaluces, criollos y extremeños en la casa de Diego Sambrana.

El mes de junio empezaba cuando tuvo lugar esta junta. Se nombraron allí doce capitanes para doscientos soldados que tenían listos y armados, y fueran los criollos los que asumieron la responsabilidad de "destruir a cara descubierta" a sus enemigos. De estos doscientos soldados, ciento y cincuenta eran criollos. Acordaron además usar los sombreros de lana de vicuña, de tan siniestra y terrible celebridad.

Una de las primeras recomendaciones de Xeldres en s uarenga, antes de partir. como

lo hemos ya referido, fué el asesinato de don Juan de Urbieta, general de los vascongados. Resolvieron perpetrarlo pronto.

La noche del 7 de junio de 1622 el general Urbieta venía por una de las calles paralelas a la base del cerro, acompañado de cuatro de su nación, cuando fué acometido inopinadamente para él, por Diego Reynoso, Luis López y otro mestizo oficial de los criollos. Los de Urbieta huyeron y éste desnudó su espada y valientemente se defendió de sus asesinos. Vencido por el número fué bárbaramente despedazado su cuerpo.

La guerra estaba nuevamente abierta, el terror que impusieron los "Vicuñas" sobrecogió los ánimos, tanto que "los prelados y justicias mediaron los comenzados "alborotos, hasta llegar a tratar de amis-"tades, y la imprudencia de los capitanes "vascongados no las admitieron, porque ya "tenía Dios determinada su ruina en Po-"tosí".

Uno de los capitanes nombrados en la célebre y terrible junta, fué el mancebo amante de la monja actual, y ninguno fué más valiente, más inhumano ni más sanguinario: no daba cuartel y mataba a los vascongados con verdadera rabia y desenfrenado despecho. La sangre no lo saciaba jamás, y le producía un vértigo diabólico: sólo cesaba de derramarla cuando su brazo era físicamente impotente para herir. Entonces animaba a los suyos con la palabra ardiente de la pasión.

El capitán don Francisco Oyanume y el veinticuatro o corregidor Verasátegui, jefes de los vascongados, reunieron quinientos quinientos soldados perfectamente armados y exigieron del corregidor don Francisco Sarmiento, se pusiese al frente de aquella gente para destruir a los "Vicuñas". No se atrevió el corregidos a pesar de la superioridad del número, tan tremenda era ya fama de aquel bando.

El nombre de los "vicuñas" era un fantasma con el que se amedrentaba a los niños, las mujeres hermosas los temían, sus enemigos los odiaban, las viejas los maldecían, el clero y las religiones estaban en continua zozobra ante aquella banda organizada y sanguinaria, nunca satisfecha de su venganza, ávida siempre de perseguir sin descanso a los vascongados. Aquella inflexible tenacidad no hacía desmayar empero a sus contrarios, pues la lucha era necesaria, fatal, inevitable, para defender la vida y la honra, o al menos para no abandonarla cobardemente a la altiva insolencia de los "vicuñas".

Indignado Oyanume de la pusilánime irresolución del buen coregido. afeóle su proceder como consentidor de aquellos desórdenes sangrientos, y él que los suyos derribaron las puertas de un almacén, sacaron quinientos arcabuces. cien lanzas, ocho banderas y cuatro cajas de guerra y desplegaron bandera contra bandera. Alarmóse de esta actitud el corregidor Sarmiento. y temeroso se alzasen con la autoridad, les intimó el desarme y depósito el armamento en el edificio de las Cajas Reales. No por esto quedaron desarmados los vascongados, pues cada cual tenía sus buenas armas.

Oyanume fortificó su casa, sólido, extenso y valioso edificio: allí hizo el centro de los suyos y resistió en ella ocho ataques que le dieron los vicuñas. La última vez era una noche clara de luna: las estrellas brillaban en el azul diáfano del cielo. Silencio profundo reinaba en la ciudad dormida. Sólo se oían los pasos acompasados de los vigilantes arcabuceros de Oyanume, y desde los puntos más elevados del edificio daban el alerta en caso de descubrir a los vicuñas.

Los últimos acentos de un "yaraví" se habían perdido en e lespacio, y apenas el trite y doloroso sonido de la "quena" se escuchaba en el vasto patio de aquella casa feudal. De repente, un vascongado creyó distinguir a la pálida claridad de aquella noche los siniestros sombreros de los vicuñas: filóse más y distinguió que por varias partes aparecían jinetes, al mesurado paso de los caballos. Descubrió por último el relucir de las armas a los rayos de la luna. Apenas dió el alerta; ya estuvieron los vascongados y los indios de su parcialidad sobre las armas. Oyanume se puso al frente de los suyos, altanera la actitud y desnudo el acero. Entre éstos estaba la nobleza vascongada de la villa.

Al grito de guerra de los Vicuñas respondieron con el nutrido fuego de arcabuces y mosquetes. Atacaron la entrada principal del edificio: allí el combate fué a arma blanca cuerpo a cuerpo, terrible. sangriento, desesperado. Guardaban la entrada diez y nueve negros, cincuenta vascongados y los indios. Después de una lucha heroica, los vicuñas entraron al patio; allí se trabó nueva lid: los asatantes a pie uchaban a la luz de la una con los defensores de la casa asaltada. Al fin fueron vencidos estos: trescientos vascongados huyeron por un postigo dosciéntos quince heridos por una y otra parte, cuarenta de aquellos muertos y muchos vicuñas. Dueños de la casa, comenzó un saqueo espantoso. robaron ocho mil marcos de plata en piña, las alhajas, plata labrada, joyas, piedras, y rompieron cuanto había dentro.

La luna había ya descendido, y una que otra estrella brillaba todavía al alborear la mañana siguiente. cuando se retiraban las últimas y terribles bandas de aquel asalto sangriento. El patio quedó lleno de cadáveres, empapado en sangre, y al olor nauseabundo de esta se mezclaba el doloroso y conmovedor quejido de los heridos y el estertor de los agonizantes.

"Con este suceso, dice Martínez y Vela empezó a decaer el valor de los vascongados, sin que de ahí en adelante levantasen más cabeza, antes comenzaron a ser aniquiladas sus fuerzas.

Intolerable era ya la situación. pues Potosí había llegado a ser el escándalo del Perú.

Sobrecogido de pavor el vecindario llevó su alarma hasta los oídos del virrey don Diego de Córdoba marqués de Guadalcazar quien resolvió castigar aquel bando de "Vicuñas". Al efecto mandó al general don Fe-

lipe Manríquez, décimocuarto corregidor de Potosí, con trescientos hombres de guardia y ciento treinta de los vascongados fugitivos, para que gobernase la villa e hiciese ejemplar y severa justicia.

El nuevo corregidor entró en Potosí en Mayo de 1623, y se apoderó de Andrés Arco, Bernardo de la Peña, Gabriel Hurtado y otros belicosos y temidos vicuñas que fueron pasados por las armas.

Imprudente fué el nuevo magistrado, pues inspiróse en el bando enemigo y confinó, desterró e infamó a los vicuñas.

Las guerras civiles no se apagan con la venganza, la sangre es incentivo de nueva sangre, y sólo la prudente cordura de un gobernante, su imparcial justicia y su rectitud, restituye la calma y la paz a sociedades hondamente trabajadas por el espíritu de bandería. Manrique creyó que el terror era el remedio: ¡incauto! Sólo preparó nuevas y más terribles venganzas.

Batidos los vicuñas como bestias feroces, inciertos de su suerte y no dejándoles la autoridad ni la esperanza de la clemencia, ni el amparo de la justica, se vieron forzados a luchar con la desesperación rabiosa del vencido, a quien desleal insulta el vencedor aguerrido.

Además de estos defectos, el general Manrique adolecía de un vicio que si es detectable siempre en todas clases, no merece perdón en los que mandan: la insaciable codicia.

"Comenzó el corregidor su gobierno con tanta imprudencia y codicia, dice Martínez y Vela, que aseguran los autores no tuvo semejante..."

Juntáronse nuevamente entonces los restos de las perseguidas bandas echaron suerte sobre doce de los que allí estaban y éstos fueron a asesinar al incauto magistrado, al prevaricador, al vengativo.

En efecto, el general Castillo, se puso al frente de los conjurados y el miércoles 5 de Septiembre de 1623, dejó algunos soldados en los extramuros de la ciudad, con la orden que al sonido de una corneta bajasen a prestarle auxilio. El y sus once vicuñas entraron por la calle llamada entonces de la Merced, armados de arcabuces. El corregidor vivía detrá de la iglesia mayor, y acostumbraba pasar sus ocios en el juego de naipes. Encontrábase, pues, rodeado de sus amigos empeñados en una partida intrincada. Los vicuñas entraron con cautela, y al primer disparo de arcabuz recién fueron sentidos; trabóse la lucha. El corregidor corrió a sus aposentos y tras él los vicuñas; baleáronle, repitiendo ¡Viva el rey! ¡Muera el corregidor codicioso!" Herido el magistrado, se ocultó entre las ropas de su cama.

Los vicuñas prendieron fuego a la casa a los gritos de "¡muera el mal corregidor!" Alborotóse el pueblo, sonaban las campanas y todo fué confusión.

La sangre pide sangre: la que derramó Manrique la pagó con la suya propia, pues aunque no murió, quedó mal herido.

De diversos puntos enviaron auxilos a Potosí; pero sus vecinos, temerosos de los vicuñas, ocultaron sus tesoros en el colegio de la Compañía, en el convento de San Agustín en Santo Domingo y en los Reales Cajas, donde, según Martínez y Vela, habían guardado cerca de "cuarenta y dos millones".

La plebe se había alzado y unido a los vicuñas al cebo del pillaje y al incentivo del robo, a pesar de que la Real Audiencia había mandado que el que asilase a un vicuña incurría en la pena capital.

Innecesario es recordar que uno de los más ardientes vicuñas era el malhadado amante, quien pretendía asaltar el convento de monjas y arrebatar a su amada de los sagrados claustros; para esto incitaba a los suyos con las riquezas ocultas en aquel templo. En efecto, atacaron los conventos de San Agustín y Santo Domingo. Fué preciso poner guardias en todas las iglesias.

Diéronse sangrientas batallas, sin vencer unos ni otros.

Dejemos la pesada crónica de estos hechos, y entremos por un momento al monasterio de Agustinas.

VII

LA MONJA

¡Llora! pasó como boreal celaje
La risueña estación de tu inocencia:
Triste y muerto estás hoy, como el follaje
Que quemó del verano la inclemencia:
La del arroyo que secó el ultraje
De la tórrida zona, es tu existencia;
Tu voz una monotona quejumbre:
Ni sol ni estrellas para tí dan lumbre.

José Antonio Calcaño.

Dans l'amour le bonheur est mensonge, les regrets seuls et le remords sont vrais.

Mme. d'Abrantés.

En una de las celdas del gran convento de monjas Agustinas, cerca de una elevada ventana cruzada de fuertes hierros y por el exterior con un enrejado más fino y compacto, estaba sentada una monja. La luz de la luna penetraba opaca por aquella vidriera e iluminaba el rostro de la religiosa. A la palidez de aquella mujer joven y aún muy bella, se agregaba la emoción profunda y la preocupación. Sus ojos hermosísimos estaban bañados en lágrimas, y aunque en sus manos tenía un rosario cuyas cuentas pasaba, fácilmente se conocía que aquella mujer no oraba. Algo más apasionado, más mundano, mjs apremiante, más ardiente, conmovía su corazón.

La campana que llama al coro sonó en el claustro, las religiosas debían concurrir al rezo común; pero al levantarse y secar sus lágrimas creyó sentir el lejano sonido de un laud. Escuchó sin querer y temblando llevó su mano a su corazón cuyos latidos rápidos y frecuentes parecían iban a despedazarlo, y la mirada inquieta, el oído azuzado, se dirigió instintivamente a la ventana: era demasiado alta para que pudiese distinguir la calle. Oyó entonces más claros los sonidos del instrumento pulsado al pie del muro y la voz que cantaba dulce y sentidamente:

¿Quieres saber qué causa la tristeza
Que cubre mis facciones, la tibieza

de mi vago mirar, mi indiferencia
Y mis locos arranques de impaciencia?
Es algo de muy vago; es el gemido
Que habla de un sentimiento ya perdido.

La monja no oyó mas: había reconocido la voz de su amante, pero nunca había llegado hasta su oído un acento tan profunda y dolorosamente entristecido.

—El, es él, — dijo la desgraciada; — ¡aún me ama! no me olvida ni en el retiro de mi celda!...

Aquella noche una monja faltó al coro, lo notó la abadesa y fué a informarse personalmente de la causa. Entonces encontró a la religiosa arrodillada, díjole que estaba enferma, y que oraba por no haber podido rezar con la comunidad.

La monja sabía ya que su bien amado no era hijo del seductor de su madre, sabía que podía amarlo, pero ¡ay! era demasiado tarde, ella se encontraba ligada por un juramento eterno.

¡No tenía ya ni el derecho de amar! El deber, frío, inflexible y descarnado, era lo que la separaba para siempre del hombre a quien amó! Entre él y ella se levantaba una montaña aterradora en cuya cima leía en caracteres de fuego la palabra: "imposible".

La oración fué su único recurso, pero a su pesar no podía olvidar a su bien amado, su imágen la seguía a todas partes, en la iglesia, en los cláustros, en la celda; sola, con las otras religiosas, en todas ocasiones y a toda hora pensaba en él. Pobre mujer, ni sol ni estrellas para tí dan luz. Como dice el poeta Manuel María Madieso:

¡Feliz aquel que de esperanzas vive
Delante viendo matizadas flores!

Un día se celebraba una fiesta religiosa en la iglesia del monasterio, y como de costumbre las religiosas cantaban desde el coro las sagradas preces. Recostado a uno de los pilares de la bóveda se encontraba un caballero: su actitud sombría y su mirada siniestra mostraban que alguna idea sangrienta surcaba por su mente. Sus facciones tostadas por el sol, su larga capa y las armas que llevaba ocultas, hacía que las gentes se alejasen de su contacto. Era un vicuña disfrazado, era el desgraciado amante de la monja, que examinaba la iglesia después de haber estudiado cuidadosamente el exterior del convento para el asalto que por segunda vez proyectaba.

Intentaba robarla! arrebatarla de su sagrado retiro para jurarle eterno amor! No renunciaba a esta idea, porque la terrible venganza ejercida contra los vascongados no había ahogado su pasión. No podía resignarse a amar sin esperanza!

En medio del sagrado canto, una monja levantó su voz mientras las demás no repetían el coro; aquella voz suave al principio fué elevándose poco a poco, llena, sonora, armoniosa, y vibrando en el espacio con una melodía angelical, divina, sobrenatural: a una dulzura deliciosamente tierna se agregaba el sentimiento con que aquella religiosa oraba al Dios de las Misericordias, era el quejido de una alma dolorosamente desgraciada. ¡Cuánto amor! ¡cuánta ternura en aquel canto.

Los fieles escucharon atentos; para los devotos auella voz no era desconocida, la oían con frecuencia y la amaban porque ejercía una atracción irresistible. Pero aquel hombre que no entraba nunca a la casa de Dios, cuyo propósito en ese día no había sido orar, sino estudiar militarmente el edificio que con sus bandas se prometía asaltar y robar; para aquel corazón sediento de venganza, para aquella alma saturada de hiel y de amargura, para aquel espíritu poseído por el odio, aquella voz le produjo una impresión profunda y extraña. Al principio las severas proporciones de aquella construcción cristiana no habían impresionado su alma, pero aquel acento impregnado de fé, de lágrimas y de esperanza en el Dios santo y bueno, le causó una revolución rápida en sus sentimientos. Oró pues, oró con fe, de lágrimas y de esperanza en el Dios cabizbajo entre la multitud, el vicuña no pensaba ya en el asalto; caminó sin rumbo y se encontró sin saber cómo en los arrabales de la villa.

¿Que había pasado por su alma? La voz dulce, tierna y melodiosa de la monja acompañada de los graves sonidos del órgano le habían hecho vislumbrar por ver primera los tranquilos horizontes de la resignación, ese cielo si nluz pero sin sombras, sin los brillantes celajes de la europa y 123456SHRDL llantes celajes de la aurora y sin los melancólicos crepúsculos de la tarde: bajo el cual sólo crece el árbol fúnebre; porque las flores se marchitan y las aves carecen de trinos; pero donde core manso, sin cesar y sin ruido, un arroyo que apaga la sed de los que sufren y lloran, aumentando la corriente con lágrimas de los que se resignan: la única luz que brilla en aquel cielo es la justicia, la sola estrela en aquella atmósfera es la fe. Las lágrimas son el benéfico rocío de los corazones doloridos. El vicuña, empero, dudó. ¡Qué abismos es a veces la inteligencia atribulada!, ¡qué angustias!, ¡qué incertidumbre!

Desgraciado, no había encontrado par en la venganza satisfecha; agitado por la sed de amor, sus labios no encontraban donde refrigerarse. ¡La sangre! ¡la sangre! lo aturdía pero no lo saciaba. Aquella voz celeste aquella ceremonia augusta, aquel rezo solemne, le conmovieron, le hicieron vislumbrar otras ideas, porque hasta entonces los pensamientos perversos lo habían apartado de Dios.

"No busqueis afanados la muerte en el error de nuestra vida "ni adquiráis la perdición" con las obras de vuestras manos"

Andaba y andaba sin cansarse, no veía ni oía, estaba bajo la fascinación que le produjo aquella oración pública: cuando la fatiga física le postró completamente, cuando sintió necesidad de descanso físico y moral, recien vió que el sol teñía ya con arrebol y púrpura la alborada. Para los que sufren los crepúsculos tienen una atracción y una poesía omnipotente; su traje estaba húmedo

su calzado lleno de polvo: delante tenía el cerro de Potosí.

La ciudad dormida aun no daba síntomas de despertar.

El vicuña entró pensativo en su casa y se acostó: desde aquel día su frente se nubló, no con los colores sombríos de la venganza, sinó con la melancolía de la incertidumbre y los sinsabores de la duda, aun no le alcanzaba la fé.

El amoroso trovador no pulsó más su laúd; cuando se sentía angustiado, oraba.

Al día siguiente y por una coincidencia providencial, se presentó el Reverendo Padre Mercenario y le reveló la causa de la profesión de su bien amada. El sacrificio consumado de aquella criatura angelical no era el resultado de los odios de partido, sinó la ofrenda de la virtud en el altar de Dios. Ella sabía que sobre la mentira no se funda la dicha, y no quiso casarse mintiendo, ni engañar a quien amaba. Cuando la verdad se hizo camino, el sacrificio estaba consumado; era indispensable la resignación.

El vicuña encontró en aquella tardía revelación la mano de Dios.

"Luego hemos errado el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos ha alumbrado, ni el sol de la inteligencia ha nacido para nosotros".

"Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, y hemos andado por caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor."

VIII

LA RECONCILIACION DE LOS BANDOS

EL mes de marzo de 1624 empezaba; en los valles florecían los árboles y las yerbas olorosas exhalaban sus suaves perfumes; las plantaciones de los indígenas hermoseaban aquellas laderas y en las cimas de las colinas y de las altas montañas cerníase a veces el cóndor hasta perderse en el espacio. Aquel es el país de los contrastes, del frío y del calor a la vez en el cual todos los climas se encuentran en una misma latitud, diferenciase sólo los valles de las montañas: en aquéllos la vegetación alegra y rejuvenece, en estas la aridez contrista y el frío causa pena.

En uno de los lindos valles próximos a la villa imperial empezaban a reunirse multitud de jinetes, bien armados. A medida que llegaban a una cas antigua en torno de la cual se extendían las plantaciones, descabalgaban y entraban al extenso cercado de piedra. En los corredores de aquel edificio estaban sentados algunos caballeros, y por el respeto sumiso con que eran saludados se comprendía eran los jefes de aquellas gentes. En todas direcciones se veían aparecer hombre a caballo más o menos ligeros, siempre en dirección al mismo sitio. Vestían diversos trajes y colores distintos, pero tenían uniformidad en los sombreros: eran de lana de vicuña.

Aquella reunión era, pues, una junta de "vicuñas". Ochenta jinetes habían llegado ya, pero de todos los contornos marchaban grupos a pie, siempre con el distintivo del sombrero y bien armados.

El sol empezaba su declinación, tiñendo las lejanas montañas de la luz rojiza del crepúsculo. El valle estaba ya en oscuridad y reververaba entretanto juguetona y brillante la luz del sol en los picos más elevados de las altas cordilleras.

En aquella hora se contaban ya ciento veinte "vicuñas" de infantería y ochenta jinetes. Aquella noche iba a darse un asalto terrible a la ciudad.

"Por marzo de este año se vió un día " Potosí el más afligido de los de su traba- " jo, porque se dijo que en aquella noche " entrarían los "vicuñas" a destruir de una " vez toda la villa, por lo cual todos preve- " nían armas y guardias en sus casa; todo " era plegarias, clamores, campanas, llantos " de mujeres y gritos de niños que quebra- " ban los corazones de dolor..."

Aquella noche empero uno de los jefes "vicuñas" había alzado la voz para oponerse a la destrucción de la villa: el prestigio de que gozaba, su reconocido valor y las pruebas que tenía dadas de su odio a los vascongados impusieron a los demás; y era sobre aquel tema que versaba la acalorada discusión de los que estaban en el corredor de aquella "hacienda". La mayoría triunfó al fin y se mandó ponerse en marcha hacia la villa. Las campanas a vuelo de la ciudad anunciaban la terrible catástrofe.

Las doce marcaba el reloj cuando bajaron los "vicuñas" por San Martín y ya llegaban al convento e iglesia de la Merced, "cuando, " dice Martínez y Vela, salió el M. R. P. co- " mendador y con muchas luces a cuyo re- " dedor estaban innumerables mujeres y ni- " ños llorando, y puestos todos ante el ejér- " cito "vicuña" les pidieron con el padre "comendador no pasasen a la destrucción de " la villa, añadiendo el P. comendador una " santa y discreta plática que con ella y las " lágrimas que todos derramaban, fué bas- " tante a mitigar aquel terrible furor."

Aquella procesión, aquellas lágrimas y la actitud suplicante de los niños, conmovieron a aquellos hombres preparados ya por la discusión a que nos hemos referido. El primero que echó pie a tierra, muy conmovido, fué el desgraciado amante, imitáronle maquinalmente todos los jinetes, que al "fin eran cristianos".

El cronista refiere que adoraron el Sacramento, y viendo la comunidad de Mercenarios "convertida en mansedumbre la fiereza de los vicuñas", pusiéronse en procesión seguidos de los dos bandos. Llegaron a la plaza mayor, dieron vuelta y volvieron al convento de la Merced.

Las campanas atronaban con su voz de bronce para anunciar a la población la feliz nueva, en vez de la angustiosa señal de peligro. Al repique general de las iglesias, el pueblo agrupóse presuroso y en pocos momentos tornóse en el aitado y sangriento horizonte de aquella población.

Los "vicuñas" regresaron sin que nadie os inquietase.

No estaba, sin embargo, terminada la lucha; oigamos al cronista:

"Este año, — dice, — por informes abominables de la nación vascongada remitió la majestad de Felipe IV una cédula a su Virrey, marqués de Guadalcazar, cuyo contenido era que con capitanes y copia de soldados, destruyese a sangre y fuego a todos los que se nombrasen "vicuñas"; destruyendo y arruinando sus casas y fortalezas. Publicóse la real cédula en Lima y volaron las noticias a Potosí; que sabido por los "vicuñas", hizo junta de todos, su general D. Francisco Castillo y determinaron todo lo que se refiere en las historias, que aquí no hay lugar para declarar nada con particularidad; pero finalmente ellos determinaron hacer murallas en Potosí y metiendo dentro todo lo necesario, defenderse hasta el último y resueltos a esto se comenzó la muralla y castillos por parte de "Munaipata", que viendo principiada la obra, los vecinos desinteresados y sagradas comunidades fueron a impedir con ruegos y razones, obra tan contra la caridad del prójimo; otorgóles lo que pedían don Francisco Castillo, y prometió también de procurar "las amistades y el sosiego."

Celebráronse en consecuencia por setiembre de este año las capitulaciones entre vicuñas y vascongados, y la paz fué festejada con una fiesta religiosa en la iglesia de San Francisco.

Entró de corregidor de la villa el factor don Bartolomé Astete de Ulloa, y su antecesor se marchó con los vascongados que habían quedado. Ullao gobernó con benignidad y prudencia, y calmó con la "justicia que es inmortal" las agitadas y sangrientas luchas. El buen corregidor coronó la pacificación con un éxito feliz. Pues,, como dice José Eusebio Caro:

Más alcanza la paz que la victoria,
Más que el valor alcanza la virtud!

Cuando supo Felipe IV la buena armonía en que vivían en Potosí, envió nueva real cédula mandando a los "hacendados buenos vecinos volviesen a la villa".

El general Castillo y los contrarios se abrazaron, hospedando a los jefes de ambos bandos magníficamente, el rico minero, oriundo de Potosí, don Agustín Solórzano.

Para poner el sello a esta paz tan deseada, se determinó que doña Eugenia Castillo, hija única y muy hermosa del general "vicuña" Castillo, se casase con don Pedro Oyanume, hijo del capitán vascongado don Francisco Oyanume.

El amor cernía sus doralas alas sobre los enemigos reconciliados!

XI

EPILOGO

—Mais toi, desespoir calme et profond, toi qui filtres goutte a goutte et lentement, et toujours... pour tomber en larmes de plomb sur le coeur!... toi qui as pour chacune de ses pulsations une angoisse froide et aigue! Oh toi! maudit sois toi!

E. Sué.

La monja vivía orando, llegó a ser abadesa del convento de Agustinas; pero no olvidó jamás a su amado:

¡Padezca, pues, el corazón amante,
Inúndense de llanto las mejillas!
Yo espero en tí ¡gran Dios! y de rodillas
Te adoro y te bendigo en mi dolor!

La resignación y la fe mantuvieron aquel corazón en la virtud.

En cuanto a él, se retiró a la ciudad de Lima y podríamos decir con la poetisa bogotana:

¿Qué riqueza, qué amor, qué poderío,
La vanidad y el mundo me brindara,
Que a mitigar al menos alcanzarán
De mi angustiado espíritu el dolor?
¿Qué bálsamo precioso, que pudiera
Sanar la herida de un pesar profundo?

Fiel a su amor vivió soltero, y no aspirando ya a la felicidad, esperaba resignado la muerte, haciendo el bien a los demás.

VICENTE G. QUESADA.

Junio de 1863.

El talento corrompido no será nunca sublime. — Voltaire.

* * * *

Las leyes de la naturaleza son fuerzas bárbaras, inflexibles, que no conocen moral ni benevolencia. — Vogt.

* * * *

Es un absurdo y un agravio al linaje humano, así como una injuria al Ser Supremo, decir que haya una sola verdad esencial para el hombre, que Dios haya ocultado. — Voltaire.

No basta siempre esperar las ocasiones; es preciso algunas veces provocarlas. — Villaume.

* * * *

La política es una ciencia que tiene por objeto la felicidad de los hombres por medio del gobierno, la justicia y la defensa exterior. — Villaume.

* * * *

Una vez lanzado el carro de las revoluciones, no son por cierto los autores del primer impulso los últimos que perecen aplastados a su paso. — Villéle.

DE UNA GRAN NOVELISTA ARGENTINA

Una hora de coquetería

Por JUANA MANUELA GORRITI

I

DOS lindas y elegantes jóvenes, al encontrarse una noche en el portal de escribanos, se abordaron exclamando:

—¿Y?...

—¡Ya!

La una resplandecía con todas las galas de la hermosura y de la felicidad; la otra, más joven aún, tenía en su bello rostro una expresión de tristeza y de resignación que la hacía en extremo interesante.

Embozado sobre el paletot en un chal escocés, seguíalas de cerca y furtivamente un apuesto caballero.

—¿Comenzaste ya, — continúa la primera, — a cumplir el terrible voto?

—Sí, hace dos días sirvo en Santa Ana, y mañana tomo el hábito de hermana de caridad.

—Pero ¿has pensado, desdichada Amalia, en el horror de encerrar tu linda cara en ese espantoso sombrerote?

—¡Qué me importa mi cara! ¡No hay quien la mire!

—¿No te arredra lo "chupado" de esa túnica?

—¡Bah!

—Y sobre todo, hija, cinco años de esa vida de perros acabarán con tu belleza y desvanecerán el amor de...

—¡Oh! ¡Elena, en nombre del Cielo, no desvanezcas tú mi ilusión! Tengo fe déjame creer que lo severo de este voto hallará gracia ante Dios y me devolverá el amor de Luis. Además, conozco, que soy culpable: lo ofendí cruelmente en ese baile fatal que motivó su partida; cuando proponiéndome parodiar por una hora el manejo de una coqueta rehusé su brazo para ceptar el de Belmonte, su enemigo. Soy culpable, y me impongo con placer esta rigurosa penitencia.

—Rigurosa, horrible en efecto, y que antes de mucho dará fin a tu delicada existencia.

—Y sin embargo, lo ves, desde que hice ese voto, hace nueve días, me siento más tranquila; mi dolor se ha adormecido y vivo bajo una extraña influencia. Paréceme que todo lo que ha pasado es un sueño; que Luis no ha partido; que está cerca de mí y que me ama. ¿Qué te diré? Ahora mismo que venía al "Tigre" para comprar agua de Colonia y una crucecita de la joyería de Meyers para llevar al convento, cminando así, sola entre la multitud, deslumbrada por la doble luz del gas y de las preciosidades que se ostentan por todas partes, he visto cruzar por mi mente un delicioso desvarío. Figuréme que al tomar en el Tigre mi frasco de agua de Colonia, lo vi transformarse entre mis manos en un lindo perfumero lleno de los más ricos extractos ingleses.

—¡Magnífico!

—Espera. Mi humilde crucecita sufrió también un portentoso cambio; volvióse el espléndido aderezo de una desposada.

—¡Estupendo! ¡Qué mundana está la monja!

—Y al entrar a casa, en fin, llevando a mi madre estos bellos presentes...

—¿Hablaste a Luis?

—Has adivinado. ¡Pero hay! En ese momento te encontré a tí...

—Y muy a tiempo para decirte: "Reverenda madre de la caridad, desechad hasta de aquí a cinco años esos ensueños; y para refrescar la imaginción, venid a recorrer conmigo el Salón Optico. Dicen que hay vistas de París. Así, tendrás el placer de llegar allí antes que tu fugitivo."

Y en efecto, ambas se hicieron paso entre la multitud agrupada ante la puerta del salón.

II

—¡Cómo! ¿Tú aquí? — exclamó de pronto un hombre que salía del Salón Optico, de-

teniéndose ante aquel que seguía a las jóvenes.

—Ya lo ves, querido Santiago.

—Pues, ¿no partiste para Europa en el último vapor?

—Partí fastidiado; temí que el invierno europeo convirtiese el fastidio en tedio, y el tedio en un pistoletazo: volví de Panamá para absorber un rayo de nuestro sol que me sirviera de talismán, y heme aquí de regreso esta tarde.... Pero déjame ahora, te ruego: mañana te referiré esto y muchas cosas más. ¡Adios!

Y el joven, separándose de su amigo, se alejó presuroso, perdiéndose luego entre las arcas del portal.

III

La futura hermana de caridad y su alegre compañera miraban entretanto las vistas parisienses expuestas aquella noche a la curiosidad de los paseantes. Eran magníficas, y mostraban los más suntuosos monumentos de la gran metrópoli.

—Amalia, acércate aquí y mira.

—El "Arco de triunfo" y los campos Elíseos. ¡Qué sitio tan bello! Mira esas hermosas mujeres: se diría que pasan a nuestro lado.

—¡Jum! Muy luego Luis, pasando al suyo, no pensará más en tí, ni se le dará un bledo de tu "cándido" voto.

—¿Todavía, Elena? ¿Hallas placer en destrozar mi corazón? Vámanos, que tengo prisa por separarme de tí.

—¡Vaya! ¿Olvida su reverencia que debemos efectuar en el Tigre y en la joyería esas fantásticas transformaciones? Vamos, que yo también tengo prisa de ver ese milagro.

Más muy luego la risa burlona se cambió en admiración cuando en el Tigre presentaron a Amalia en vez del frasco de Colonia que pedía un lindo perfumero chino cargado de escencias exuqisitas. Pero cuál fué su asombro cuando en la joyería, a la demanda de una modesta crucecita, el joyero, sonriendo tudescamente, puso en las manos de la novicia una caja de marroquí, en cuyo fondo de terciopelo negro brillaba un deslumbrante aderezo. Formado de perlas y diamantes, coronábalo la diadema de una desposada. Del broche de la cerradura pendía una tarjeta con el nombre de Luis.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es este un sueño? ¡Elena, no te alejes, tengo miedo!

—¡Ahora! ¿Ahora mismo no querías separarte de mí? ¡Ea! Estamos en tu casa. La mampara está cerrada. No sería extraño que quien abriese fuese...

—¡Ay! ¡Partió por el último vapor, no hay esperanza! ¡Ah!

La puerta se abrió, y Amalia dió un grito, cayendo desmayada en los brazos de Luis.

IV

—¡Mi voto! — exclamó ella al volver a la vida.

—Sé mi esposa, amada mía, — dijo Luis con voz grave, posando un beso en la frente de su novia, y después que el sacerdote nos haya unido, cumple a Dios el voto que le hiciste, mientras yo, cumpliendo también con lo que debo a mi orgullo, desempeño en Europa la misión que acepté por alejarme de tí.

Bella Leonor, a quien dedico esta narración, ¿has visto alguna vez los anchos aleros de ese armatoste que usan las hijas de Vicente una frente blanca y pura, dos rasgados ojos negros, una boca formada con perlas y corales, una joven en fin, casi tan linda como tú? Es Amalia, que expía con cinco años de tinieblas "una hora de coquetería".

JUANA MANUELA GORRITI

Toda esta secta es una bandera de error. No hay sectas en la geometría. — Voltaire.

* * * *

Lo divino sólo es divino mientras es justo. — Sócrates.

* * * *

La ciencia humana consiste más en destruir errores que en descubrir verdades. — Sócrates.

* * * *

La naturaleza de las masas está necesariamente fijada por la naturaleza de las unidades componentes. — Herberto Spencer.

* * * *

Llegará un día en que el instinto altruista será tan poderoso, que los hombres se disputarán las ocasiones de emplearlo; las ocasiones de sacrificarse y morir. — Herberto Spencer.

No se ha establecido el gobierno para bien de los gobernantes, sino para el de los gobernados. — Sidney.

* * * *

La división del trabajo, en lugar de enriquecer a la nación, sólo hace prosperar a los ricos. — Juan Bautista Say.

* * * *

El metafísico es el hombre que cuando ha logrado dar jaqueca a sus oyentes, se da por satisfecho y dice que les ha instruído. — Voltaire.

* * *

La Cámara es siempre inferior al término medio del país, no sólo como conciencia, sino como inteligencia también. Un país inteligente se empequeñece con su representación. Si hubiera hecho voto de estar representado por bobos, no elegiría con más acierto. — Herberto Spencer.

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

Muchas veces es mejor ir delante del peligro que aguardarlo. — Villaume

* * * *

La libertad es la mejor herencia del hombre. — Villaume.

* * * *

Un amigo vale más que cien sacerdotes. — Voltaire.

* * * *

El alma de los animales no difiere del alma humana en calidad, sino únicamente en cantidad. — Vogt.

* * * *

La libertad política consiste en la participación de todos los ciudadanos en la soberanía. — Villaume.

* * * *

Todos los progresos de las ciencias y las artes tienen como fin hacer inútil el trabajo; que la producción se realice por motores inanimados; que los ricos sean cada vez más ricos y el resto de la población cada vez más miserable. — Vidal.

* * * *

Para agitar el mundo no hay que destruir, sino crear. Solamente la ciencia es la revolucionaria, la única que sobre los pobres acontecimientos políticos, y la vana agitación de los sectarios y de los ambiciosos, trabaja para la humanidad de mañana; preparando la verdad, la justicia y la paz. — Zola.

* * * *

Es cobarde y peligroso dejar vivir la superstición. Tolerarla, aceptarla, es volver a comenzar y hacer eterna la sucesión de los siglos malos. Debilita, embrutece; las faltas y los vicios devotos que la herencia lega, hacen esas generaciones humilladas y temerosas; pueblos degenerados y dóciles; todo una cómoda presa de los poderosos del mundo. Se explota a la pueblos, se les domina y se les roba cuando han puesto el esfuerzo de su voluntad en la sola conquista de la otra vida. — Zola.

Es necesario siempre hombres nuevos en un gobierno nuevo. — Villaume.

* * * *

¡Dichoso el que puede conocer el por qué de las cosas. — Virgilio.

* * * *

La historia no retrocede, la humanidad no puede volver a la infancia, los tiempos no han cambiado mucho; sobrados alientos han dado las nuevas cosechas para que los hombres del día rerocedan como los hombres de otras épocas. — Zola.

* * * *

Dios es una barrera movible que, situada en los últimos límites del saber humano y acompañada de una gran X, retrocede sin cesar ante los progresos de la ciencia. — Vogt.

* * * *

He visitado las ruinas orientales para buscar en ellas aquel justo equilibrio de fuerza y sensibilidad que constituye la sabiduría, y pedirles testimonio de una antigüedad opuesta a las tradiciones bíblicas. — Volney.

* * * *

Comparándolos con nuestros sorprendentes progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional, y toda nuestra organización social y moral, se encuentran en el estado de barbarie. — Alfredo Wallace.

* * * *

El poder de un estado está en razón de su población; la población, en razón de la abundancia; la abundancia, en razón de la actividad del cultivo, y éste, en razón del interés personal y directo, es decir, del espíritu de propiedad. De donde se sigue que cuanto más se acerca el cultivador a la clase pasiva del mercenario, tiene menos industria y actividad; y, por el contrario, cuanto más se acerca a la condición de propietario, desarrolla mayores fuerzas y aumenta más los productos de sus campos y la riqueza general del estado. — Volney.

Señora:

EL DIARIO

(Edición de los jueves)

le dará a Vd. la clave para vestir con elegancia.

Presenta, en colores, creaciones exclusivas de la moda y descripciones que le facilitarán su confección en el hogar.

Compre a su vendedor

EL DIARIO

(Edición de los jueves)

o pídalo con el cupón que aparece en la página 49.

LITERATURA PERUANA

JUSTOS Y PECADORES

(Crónica del siglo XVII que trata de como el Lobo se vistió con la piel del Cordero)

POR RICARDO PALMA

Es esta una de las más interesantes producciones del gran escritor peruano cuyo original estilo ha de agradar sin duda a los favorecedores de este magazine.

CUCHILLADAS

ALLÁ por los buenos tiempos en gobernaba estos reinos del Perú el exmo. señor don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterey, arremolinábase a la caída de una tarde de junio del año de gracia de 1605, gran copia de curiosos a la puerta de una tienda con humos de bodegón, situada en la calle que hoy se conoce con el nombre de "Jesús Nazareno". Sobre su fachada, a la que daba sombra el piso de un balcón, leíase en un cuadro de madera y en deformes caracteres:

IBIRIJUITANGA

BARBERIA Y TABERNA

Algo de notable debía pasar en el interior de aquel antro, pues entre la apiñada muchedumbre podía el ojo mejor avizor descubrir gentes de justicia, vulgo corchetes, armados de sendas varas, capas cortas y espadines de corvo gavilán.

—¡Por el rey! ¡Téngase a la justicia de su Majestad! — grita un golilla de fisonomía de escuerzo y aire mandria y bellaco si los hubo.

Y entretanto menudeaban votos y juramentos, rodaban por el suelo desvencijadas sillas y botellas escuetas, repartíanse cachetes como en el rosario de la aurora y los alguaciles no hacían baza en la pendencia; porque a fuer de prudentes huían de que les tocasen el bulto. De seguro que ellos no habrían puesto fin al desbarajuste sin el apoyo de un joven y bizarro oficial que cruzó de pronto por en medio de la turba, desnudó la tizona que era de una fina hoja de Toledo y arremetió a cintarazos con los alborotadores dando tajos a roso y velloso; a éste quiero, a éste no quiero; ora de punta, ora de revés. Cobraron ánimos los alguaciles y en breve espacio y atados codo con codo condujeron a los truhanes a la cárcel de la Pescadería, sitio adonde en nuestros democráticos días y en amor y compañía suelen pasar muy buenos ratos liberales y conservadores, rojos y ultramontanos. ¡Ténganos Dios de su mano y sálvenos de ser moradores de ese zaquizamí!

Era el caso que cuatro tunantes de atravesada catadura después de apurar sendos cacharros de lo tinto hasta dejar al diablo en seco, se negaban a pagar el gasto, alegando que era vitriolo lo que habían bebido y que el tacaño tabernero los había querido envenenar.

Era este un hombrecito de escasa talla, un tanto obeso y de tez bronceada, oriundo del Brasil y conocido sólo por el apodo de "Ibirijuitanga". En su cara abotargada relucían dos ojitos más pequeños que la generosidad del avaro y las chismosas vecinas cuchicheaban que sabía componer hierbas: lo que más

de una vez lo puso en relaciones con el Santo Oficio, que no se andaba en chiquitas tratándose de hechiceros con gran daño de la taberna y de los parroquianos de su navaja. Tenía la trastienda de Salomón, no pecaba de tozudo, y sabía alcanzarles limpias toallas de lienzo flamenco, que lo preferían a todo otro. Y es que el maldito relataba al dedillos todos los chischiveos de las tres veces coronada Ciudad de los Reyes, con notable contentamiento de su curioso auditorio.

"Ainda mais", mientras él jabonaba la barba andaba por allí su sobrina Transverberación, garrida moza de diez y ocho eneros, zalamera, de bonita estampa recia de cuadriles. Era según la expresión de su compatriota y tío una linda "menina" y si el cantor de "Los Luisiades", el desgraciado amante de Catalina de Ataide, hubiera antes de perder la vista colocado su barba bajo las ligeras manos y diestra navaja de Ibirijuitanga, de fijo que la menor galantería que habría dirigido a Transverberación habría sido llamarla:

Rosa d'amor rosa púrpurea e bella

Y ¡por el gallo de la Pasión! que el bueno de Luis de Camoens no habría sido lisonjero sino justo apreciador de la hermosura.

No embargante que los casquilucios parroquianos de su [illegible] echaban flores y piropos y la juraban y perjuraban que se morían por sus pedazos, la niña que era bien endoctrinada y no se asemejaba a las coquetas que hogaño se estilan, no los animó con sus palabras a proseguir el galanteo. Cierto es que no faltó atrevido, fruta abundante en la viña del Señor, que se avanzase a querer tomar la medida de la cenceña cintura de la joven; pero ella mordiéndose con ira los besos, levantaba una mano mona y redondica y santiguaba con ella al insolente diciéndole:

—Téngase vuesa merced, que no me guarda mi tío para platos de nobles pitofleros.

Ello es que toda la parroquia convino al fin en que la muchacha era linda como un relicario y fresca como un sorbete, pero más cerril e inexpugnable que una fiera montaraz. Dejaron por ende de requerirla de amores y se resignaron con la charla sempiterna y entrenida del barbero.

¡Pero es un demonio esto de apasionarse a la hora menos pesada! Puede la mujer ser todo lo quisquillosa que quiera y creer que su corazón está libre de dar posada a un huésped. Viene un día en que la mujer tropieza por esas calles, alza la vista y se encuentra con un hombre de sedoso bigote, ojos negros, talante marcial... y ¡échele usted un galgo a todos los propósitos de conservar el alma independiente! La electricidad de la simpatía ha dado un golpe en el pericardio del corazón. ¿A qué puerta tocan que no contesten "quién es"? Razón sobrada tuvo don Alfonso el Sabio para decir que si este mundo no estaba mal hecho, por lo menos lo parecía. Si él hubiera comido con estos bátulos, como hay Dios que no nos quedamos sin simpatía y por consiguiente sin amor y otras pejigueras. Entonces hombres y mujeres habríamos vivido asegurados de incendios. ¡Repito que es mucho cuento esto de la simpatía!

Transverberación sucumbió a la postre y empezó a mirar con ojos tiernos al capitán don Martín de Salazar, que no era otro el que en el día que empieza nuestro relato prestó tan oportuno auxilio al tabernero. Terminada la pendencia cruzáronse entre ella y el galán algunas palabras en voz baja, que así podían ser manifestaciones de gratitud como indicación de una cita; y aunque no pararon mientes en ellas los agrupados curiosos, no sucedió lo mismo con un embozado que se hallaba en la puerta de la tienda y que murmuró:

—¡Por el siglo de mi abuela! Liéveme el diablo si ese malandrín de capitán no anda en regodeos con la muchacha y si es por ella su resistencia a devolver la honra de mi hermana!

II

DOÑA ENGRACIA DE TOLEDO

En un salón de gótico mueblaje está una dama reclinada sobre un mullido diván. A su lado y en una otomana se halla un joven leyéndola en voz alta y en un infolio forrado en pergamino la vida del canto del día. ¡Benditos tiempos en los que más que el sentimiento la rutina religiosa hacía gran parte del gasto de la existencia de los españoles!

Pero la dama no atiende a los milagros que cuenta el "Año Cristiano", y toda su atención está fija en el minutero de un reloj de péndola colgado en un extremo del salón. No hay ser más impaciente que la mujer que espera a un galán.

Doña Engracia de Toledo, que ya es tiempo de que saquemos su nombre a relucir, es una andaluza que frisa en los veinticuatro años y su hermosura es realzada por ese aire de distinción que imprimen siempre la riqueza y la educación. Había venido a América con su hermano don Juan de Toledo, acaudalado propietario de Sevilla y que ejercía en Lima el cargo de proveedor de la Real Armada.

Doña Engracia pasaba sus horas en medio del lujo y el celo y no faltaron damas que sintiéndose humilladas se echaron a averiguar el abolengo de la orgullosa rival y descubrieran que tenía sangre alpujarreña, que sus ascendientes eran moros conversos y que algunos de ellos habían vestido el sambenito de relapso. Para esto de sacar los trapitos a la colada las mujeres han sido siempre lo mismo y lo que ellas no sacan en limpio no lo hará Satanás con todo su poder de ángel precito.

Rugíase también que doña Engracia estaba apalabrada para casarse con el capitn don Martín de Salazará más como el enlace tardaba en realizarse, circularon rumores desfavorables para la honra y virtud de la altiva dama.

Nosotros, que estamos bien informados y sabemos a que atenernos podemos decir

en confianza al lector que la murmuración no era infundada.

Don Martín, que era un trueno deshecho, un calavera de gran tono, se había sentido un tiempo cautivado por la belleza de doña Engracia cuyo trato dió en frecuentar, acabando por reiterarla mil juramentos de amor. La joven que tenía su alma en almario y que en verdad no era de cal, terminó por sucumbir a los halagos del libertino abriéndole una noche la puerta de su alcoba.

Decidido estaba el capitán a tomarla por esposa y pidió su mano a don Juan el que se la otorgó de buen grado poniendo el plazo de seis meses, tiempo que juzgó preciso para arreglar su hacienda y redondear la dote de su hermana.

Pero el diablo, que en todo mete la cola, hizo que en este espacio el de Salazar conociese a la sobrina de maese Ibirijuitanga y que se le entrase en el pecho la pícara tentación de poseerla. A contar de ese día, comenzó a mostrarse frío y reservado con doña Engracia, la que a su turno le reclamó el cumplimiento de su palabra.

Entonces fué el capitán quien pidió una moratoria, alegando que había escrito a España para obtener el consentimiento de su familia y que lo esperaba por el primer galeón que diese fondo en el Callao.

No era este el espediente mas a propósito para impedir que se alarmasen los celos de la enamorada andaluza y que comunicase a su hermano sus temores de verse burlada.

Don Juan echóse en consecuencia a seguir los pasos del novio, y ya hemos visto en el anterior capítulo la casual circunstancia que lo puso en la pista.

El reloj hizo resonar distintamente las campanadas de las ocho y la dama, como cediendo a un impulso galvánico, se incorporó en el divan.

—Al fin, Dios mío! ¡Pensé que el tiempo no corría! Deja esa lectura, hermano... ya vendrá don Martín y sabes cuánto anhelo esta entrevista.

—¿Y si apuras un nuevo desengaño?

—Entonces hermano, será lo que he resuelto.

Y la mirada de la joven fué sombría al pronunciar estas palabras.

Don Juan abrió una puerta de cristales y desapareció tras ella.

III

UN PASO AL CRIMEN

"¿DAIS permiso, Engracia?"

—Huélgome de vuestra exactitud, don Martín.

—Soy hidalgo, señora, y esclavo de mi palabra.

—Eso es lo que hemos de ver, señor capitán, si place a vuesamerced que hablemos un rato en puridad.

Con una sonrisa henchida de gracia y un ademán lleno de dignidad, la joven señaló al galán un asiento a su lado.

Justo es que lo demos a conocer ya que en la tienda de maese Ibirijuitanga nos olvidamos de cumplir para con el lector este acto de estricta cortesía, e hicimos aparecer el capitán como llovido del cielo. Esto de entrar en relaciones con quien no se conoce ni nos ha sido presentado en debida forma, suele tener sus inconvenientes.

Don Martín raya en los treinta años y es lo que se llama un gentil y guapo mozo. Viste el uniforme de capitán de jinetes y en el desenfado de sus maneras hay cierta mezcla de noble y de tunante.

Al sentarse tomó entre las suyas una mano de Engracia y empezó entre ambos esa plática de amantes, que cual más cual menos todos saben al pespunte. Si en vez de relatar una crónica escribiéramos un romance, aunque nunca nos ha dado el naipe por ese juego, enjaretaríamos aquí un diálogo de novela. Afortunadamente un narrador de crónicas puede desentenderse de las zalamerías de enamorados e ir derecho al fondo del asunto.

El reloj del salón dió nueve campanadas y el capitán se levantó.

—Perdonad, señora, si las atenciones de servicio me obligan a separarme de vos más pronto de lo que el alma mía desearía.

—¿Y es vuestra última resolución, don Martín, la que me habéis indicado?

—Sí, Engracia. Nuestra boda no se realizará mientras no venga el consentimiento de mi familia y el real permiso que todo hidalgo bien nacido debe solicitar. Vuestra ejecutoria es sin mancha, en vuestros ascendientes no hay quien haya sido penitenciado con el sambenito de dos aspas, ni en vuestra sangre hay mezcla de moreira, así Dios me tenga en su santa guarda, si el monarca y mis parientes no acceden a mi demanda.

Ante la insultadora ironía de estas palabras que recordaban a la dama su origen se estremeció ella de rabia y el color de la purpura subió a su rostro, mas serenándose luego y fingiendo no hacer atención en el agravio, miró con fijeza a don Martín como si quisiera leer en sus ojos la respuesta a esta pregunta.

—Decidme con franqueza, capitán; —¿Tendríais en mas la voluntad de los vuestros que la honra que os he sacrificado y lo que os debéis a vos mismo?

—Estáis pesada en demasía, Aguardad que llegue ese caso y por si que os responderé.

—Suponedlo llegado.

—Entonces, señora...¡Dios dirá!

—Id, con él, don Martín de Salazar... Tenéis razón...¡Dios dirá!

Don Martín se inclinó ceremoniosamente y salió.

Doña Engracia lo siguió con esa de odio que revela en la mujer toda la indignación del orgullo ofendido, se llevó las manos al pecho como si intentara sofocar

los latidos del corazón y luego, con la faz descompuesta y los vestidos en desórden se lanzó a la puerta de cristales en cuyo dintel, lívido como un espectro, apareció el proveedor d la Real Armada.

—¿Lo has oído?

—¡Plugiera a Dios que no! — contestó don Juan con acento reconcentrado.

—Pues entonces ¿por qué no heristes sin compasión? ¿Por qué no le distes muerte de traidor? ¡Mátale, hermano! mátale!

IV

¡DIOS DIRA!

SIETE horas después y cuando el alba empezaba a colorar el horizonte, un hombre descendía con auxilio de una escala de seda del balcón en la calle de Jesús Nazareno y sobre la tienda de maese Ibirijuitanga habitaba Transverberación. Colocaba ya el pié sobre el último peldaño cuando salió sobre él un embozado e hiriéndolo por la espalda con un puñal murmuró al oído de su víctima:

—¡Dios dirá!

El escalador cayó desplomado. Habia muerto a traición y con muerte de traidor.

Al mismo tiempo se oyó un grito, y la luz del alba guió al asesino.

V

QUE SIRVE Y NO SIRVE DE FINAL

QUINCE días más tarde se elevaba una horca en la plaza de Lima.

La Real Audiencia no se había andado con pies de plomo y a guisa de aquel alcaide de casa y corte que previno a sus alguaciles que cuando no pudiesen haber a mano al delincuente, metiesen en chirona el primer prójimo que encontrasen en el camino, había condenado hacer zapatetas en el aire al desdichado barbero.

Para los jueces el negocio estaba tan claro que más no podía serlo. Constaba en autos que la víctima había sido parroquiano del rapista y que la víspera de su muerte le prestó oportuno socorro contra cuatro malsines. Esto era ya un hilo para el tribunal. Una escala al pie del balcón de la tienda no podía haber caído de las nubes, sobre todo Ibirijuitanga tenía una sobrina casadera a quien el lance había entontecido. Una muchacha no se vuelve loca tan a humo de pajas.

"Atemos cabos, se dijeron los oidores, y tejamos cáñamo para la horca; pues importa un ardite que el redomado y cosarrón barbero permanezca reacio en negar aún en el tormento, su participación en el crimen."

Además las viejas de cuatro cuadras a la redonda declaraban que maese Ibirijuitanga era hombre que les daba tirria, porque sabía hacer mal de ojo: y las doncellas feas y sin noviaje, que si Dios no lo remediaba serían enterradas con palma, afirmaban con juramento que Transverberación, era una mozuela descocada que andaba a picos pardos con los mancebos de la vecindad y que se emperegilaba los sábados para asistir con su tío, montada en una caña de escoba, al aquelarre de las brujas.

Los incidentes del proceso eran la comidilla obligada de las tertulias. Las mujeres pedían un encierro perpetuo para la escandalosa sobrina y los hombres la horca para el taimado barbero.

La Audiencia dijo entonces: "Serán usarcedes servidos", y aunque Ibirijuitanga puso el grito en el cielo protestando su inocencia, le contestó el verdugo: "Calle el vocinglero y déjese despabilar".

A la hora misma en que la cuerda apretaba la garganta del pobre diablo y que Transverberación era sepultada en un encierro, las campanas del monosterio de la Concepción, fundado pocos años antes por una cuñada del conquistador Francisco Pizarro, anunciaban que había tomado el velo doña Engracia de Toledo, prometida del infortunado don Martín.

¡Justicia de los hombres! ¡No en vano te pintan ciega!

Concluyamos:

El virrey murió en Lima el 16 de marzo de 1606, siete días antes que el santo arzobispo Toribio Mongrovejo.

El barbero finó en la horca.

La sobrina remató por perder el poco o mucho juicio con que vino al mundo.

Doña Engracia profesó al cabo, diz que con el andar del tiempo alcanzó a abadesa y que murió tan devotamente como cumplía a una cristiana vieja.

En cuanto a su hermano, desapareció un día de Lima.

EPILOGO

I

EN OLOR DE SANTIDAD

DE seguro que vendrían a muchos de mis lectores pujamientos de confirmarme por el más valiente zurcidor de mentiras que ha nacido de madre, sino echase mano del epílogo para dar a mi relación un carácter histórico, apoyándome en el testimonio de algunos cronistas de Indias. Pero no es en Lima donde ha de desenlazarse esta conseja, y el curioso que anhele conocerla hasta el fin tiene que trasladarse conmigo en las alas del pensamiento a la villa imperial de Potosí. No se dirá que en los días de mi asendereada vida de narrador dejé colgado un personaje entre cielo y tierra.

Potosí en el siglo XVI era el punto de América a donde afluían de preferencia todos aquellos que soñaban improvisar fabulosas fortunas. Descubierto su rico mineral en enero de 1538 por un indio llamado Gualpa, aumentó en importancia y excitó la codicia de nuestros conquistadores desde que en pocos meses el capitán Diego Centeno, que trabajaba la famosa mina "Descubridora", adquirió un caudal que tendríamos hoy por quimérico, si no nos mereciesen respeto

Garcilaso, el jesuíta Acosta, Antonio de Herrera y la Historia potosina de Bartolomé de Dueñas.

Antes de 10 años la población de Potosí ascendió a 15.000 habitantes, triplicándose el número en 1572, cuando en virtud de real cédula se trasladó a la villa la Casa de Moneda de Lima.

Los últimos años de aquel siglo corrieron para Potosí entre el lujo y la opulencia, que a la postre engendró rivalidades entre andaluces, extremeños y criollos contra vascos, navarros y gallegos. Estas contiendas terminaban por batallas sangrientas en las que la suerte de las armas se inclinó tan pronto a un bando como a otro.

Hasta las mujeres llegaron a participar del espíritu belicoso de la época y Méndez en su Historia de Potosí refiere extensamente los pormenores de un deudo campal, a caballo, con lanza y escudo en que las hermanas doña Juana y doña Luisa Morales mataron a don Pedro y don Graciano González.

Pero no queremos componer por cierto una historia de Potosí ni de sus guerras civiles, y a quien desee conocer sus casos memorables le recomendamos la lectura de la obra que con el título de "Anales de la Villa Imperial" ,escribió en 1775 Bartolomé Martínez Vela. Este cronista nos suministra el hecho en que basamos el epílogo y sobre el que la elegante pluma del señor Barros Arana calcó su curiosa leyenda "Un crimen de jugadores"

II

PROMEDIABA EL AÑO 1625

EN las primeras horas de una fresca mañana el pueblo se precipitaba en la iglesia parroquial de la villa. En el centro de ella se alzaba un ataúd alumbrado por cuatro cirios.

Dentro del ataúd yacía un cadáver con las manos cruzadas sobre el pecho y sosteniendo una calavera.

El difunto había muerto en olor de santidad y los notarios formalizaban ya el expediente para constatarlo y transmitirlo más tarde a Roma.

¡Quizás el calendario donde figuran Tomás de Torquemada y Domingo de Guzmán se iba a aumentar con un nombre!

El pueblo, el sencillo pueblo, creía firmemente en la santidad de aquel a quien durante muchos años había visto cruzar sus calles con un burdo sayal de penitente, crecida barba de anacoreta, alimentándose de hierbas, durmiendo en una cueva y llevando consigo una calvera, como para tener siempre a la vista el deleznable fin de la mísera existencia humana.

¡Lo que pueden el fanatismo y la preocupación! Muchos de los circunstantes afirmaban que el cadáver despedía un olor a rosas.

Pero cuando ya se había terminado el expediente y se trataba de sepultar en la iglesia al difunto, vínole en antojo a uno de los notarios registrar la calavera y entre sus apretados dientes encontró un pequeño pergamino sútilmente enrollado, al que dió lectura en público. Decía así:

" Yo, don Juan de Toledo, a quien todos
" hubistéis por santo, que usé hábito peni-
" tencial, no por virtud sino por dañada
" malicia, declaro en la hora suprema: que
" habrá poco menos de veinte años que por
" agravios que me hizo don Martín de Sa-
" lazar en menoscabo de la honra que Dios
" me dió, le quité la vida a traición. Des-
" pués que lo enterraron tuve medios de
" abrir su sepultura, comer a bocados su
" corazón, cortarle la cabeza, y habiéndolo
" vuelto a enterrar me llevé su calavera,
" con la que he andado sin apartarla de mi
" presencia en recuerdo de mi venganza y
" de mi agravio. Así Dios le haya perdona-
" do y perdonarme quiera!"

Los notarios hicieron añicos el expediente y los que encontraban olor a rosas en el difunto se esparcieron por la villa asegurando que el cadáver del de Toledo estaba putrefacto y nauseabundo, y que no volverían a fiarse en las apariencias.

RICARDO PALMA.

La virtud y el vicio son dos productos como el azúcar y el vitriolo. — Taine.

* * * *

Para sacar provecho de los bienes de la sociedad, es preciso someterse a sus cargas. — Tocqueville.

* * * *

La filosofía y la astronomía preparan una nueva teoría de Dios y del mundo. La Edad Media se ha cerrado y estamos en la sociedad moderna; desde entonces todas las fuerzas sociales, la ciencia, el arte, la política, la justicia, la moral, la educación, la industria, la religión misma, se colocan fuera del catolicismo y le persiguen gloriosamente. — Tiberghien.

Las pasiones de los ancianos sólo dan por resultado la impotencia. — Tocqueville.

* * * *

Una comisión militar a quien envía un gobierno acusados de importancia, jamás se los devuelve absueltos. — Thiers.

* * * *

La esclavitud enerva las fuerzas de la inteligencia y adormece la actividad humana — Tocqueville.

* * * *

No puede establecerse el reinado de la libertad sin el de las costumbres, ni fundar éstas sin las creencias. — Tocqueville.

LITERATURA UNIVERSAL

EL SALON DEL REY ARTUS

Por ERNST HOFFMANN

(Traducción del alemán)

No necesita de elogios ni recomendaciones una producción literaria que lleva la firma que la que a continuación ofrece "Pucky" a sus lectores en el convencimiento de que será debidamente apreciada.

CON seguridad, querido lector, habrás oído hablar de la antigua y encantadora ciudad comercial de Dantzig. Quizás conozcas las cosas dignas de verse que en ella se encuentran por las descripciones varias que abundan; pero lo que más me agradaría sería que hubieses estado en ella en tiempos remotos y hubieses visto la hermosa sala a que te quiero conducir ahora. Me refiero al salón del rey Artús. El salón del rey Artús, en el gran mercado de Dantzig, consta de un recinto cuadrado único, con columnatas de granito y adornado con toda clase de cuadros y de grabados que representan las leyendas del mundo; en tiempos se destinaba a los festines, y hoy sirve de local a la Bolsa.

En las horas del mediodía agítanse en su recinto los hombres de negocios de todas las nacionalidades y un murmullo ensordecedor resuena en sus ámbitos; pero cuando han transcurrido las horas de la Bolsa, cuando los negociantes están sentados junto a las mesas y sólo pululan por el salón algunos individuos que cruzan de una calle a otra de las dos a que sirve de pasaje, entonces debes visitar el salón del rey Artús siempre que estés en Dantzig. La luz tamizada que entra por las opacas ventanas da animación y vida a todos los cuadros y grabados con que están adornadas las paredes. Los ciervos con sus cornamentas monstruosas, y otros animales fantásticos, te miran con ojos brillantes, aunque tú apenas los puedas distinguir, y conforme se va acentuando la oscuridad, tanto más siniestra te resultará la mesa de mármol que se halla en el centro.

El gran cuadro que representa todos los vicios y las virtudes, con sus nombres inscriptos junto a cada una de las figuras, parece un poco reñido con la moral, pues mientras las últimas están envueltas en una niebla gris que las hace poco menos que invisibles, los primeros tienen forma de mujeres hermosas ataviadas con lujo, que se adelantan sonrientes como tratando de seducirte con un dulce cuchicheo. Con satisfacción detienes la mirada en el friso estrecho que rodea casi todo el salón, y que presenta milicias ricamente engalanadas de tiempos antiguos.

Los nobles burgomaestres, con sus rostros de facciones enérgicas, cabalgan a la cabeza en hermosos caballos con arreos lujosos, y los timbaleros, los pífanos, los alabarderos, los siguen en actitud tan viva, que crees escuchar la música marcial, y te figuras que todos ellos van a salirse por la gran ventana y a continuar su marcha por la plaza del mercado. Porque si quisiesen marcharse, no podrías por menos, lector, siendo como eres un dibujante experto, de

tomar la pluma y la tinta y retratar a aquellos nobles burgomaestres con sus lindos pajes.

En las mesas de alrededor hay siempre papel, pluma y tinta, costeados por el servicio público; por tanto, a tu disposición tendrías los materiales, y te atraería la tarea con fuerza irresistible.

A tí, amable lector, te estaría permitido esto; pero no al joven comerciante Traugott, que en un caso semejante encontróse en mil apuros y dificultades.

—Dé usted cuenta a nuestro amigo de Harburgo del estado del negocio, querido Traugott.

Esto dijo el comerciante Elías Roos, con el que estaba asociado Traugott y con cuya única hija, Cristina, quería casarse. Traugott encontró con dificultad un asiento en las mesas, rodeadas de gente; tomó una hoja de papel y se dispuso a comenzar un primor caligráfico. Cuando estaba pensando en el negocio sobre que tenía que escribir, levantó la vista. Quiso la casualidad que se hallace precisamente delante de una de esas figuras del friso que le producían más impresión. Era un hombre muy serio, casi adusto, con barba negra y rizada y muy ricamente vestido; montaba un caballo negro, conducido de las riendas por un hermoso joven, que con sus rizos y su atavío más bien parecía una mujer. La figura y el rostro del hombre despertaban el terror de Traugott; pero el semblante del jovenzuelo le producía un mundo de impresiones dulces. No lograba nunca apartar la vista de las dos figuras, y así le ocurría en aquel momento, en que en vez de mandar el aviso de Elías Roos a Harburgo, permanecía contemplando el cuadro y emborronaba el papel sin saber lo que hacía. Debía de llevar algún tiempo en aquella actitud, cuando le tocaron en el hombro por detrás, y una voz ronca dijo: "Bien, muy bien, así me gusta; esto puede resultar". Traugott se volvió, despertando de su sueño, y quedó como herido por un rayo. El asombro, la admiración le dejaron mudo y mirando fijamente a la cara del hombre ceñudo pintado en la pared. Este era quien había pronunciado aquellas palabras y junto a él hallábase el dulce y hermoso joven, sonriéndole con una especie de amor indescriptible. "¿Sois vos? — exclamó Traugott contra su voluntad. — ¿Sois vos? Os quitaréis en seguida esa horrible capa y os quedaréis con el brillante atavío antiguo."

La muchedumbre se agitaba sin cesar, en el tumulto desaparecieron las dos figuras extrañas, y Traugott continuó con la carta de aviso en la mano, como si se hubiera convertido en estatua, hasta que hubieron transcurrido las horas de Bolsa con exceso y sólo cruzaba la sala alguna que otra persona. Al fin Traugott advirtió que Elías Roos, acompañado por dos caballeros desconocidos, se dirigía a su encuentro.

—¿Qué medita usted, si ya es mediodía, querido Traugott? — preguntó Elías Roos. — ¿Ha enviado usted el aviso que le encargué?

Distraído, alargóle Traugott la hoja de papel; pero Elías Roos se llevó las manos a la cabea, golpeó el suelo con suavidad primero, luego con furia, y gritó con toda su voz, que resonó en el salón:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Garabatos! ¡Estúpidos garabatos! Querido Traugott... yerno inútil... asociado infiel... ¿Sois el demonio? El aviso, el aviso. ¡Dios mío! ¡El correo!

Elías Roos estaba a punto de ahogarse de indignación; los amigos se reían, mirando la hoja en que estaba el aviso, que, en verdad, no era muy útil que digamos. Inmediatamente después de las palabras: "Refiriéndonos a su grata del 20 del corriente", Traugott había dibujado los contornos de las dos figuras maravillosas: la del viejo y la del jovenzuelo. Los desconocidos trataron de tranquilizar a Elías Roos hablándolo en tono afectuoso; pero él se tiraba de la redonda peluca, daba golpes en el suelo con su bastón y gritaba:

—¡El hijo de Satanás!... Tiene que enviar una nota y se pone a pintar figuras. ¡Diez mil marcos me va a costar el negocio! ¡Diez mil marcos!... — repitió, soplándose los dedos.

—Tranquilícese, querido Roos, — dijo, al fin, el más viejo de los amigos. — El correo ha salido ya; pero dentro de una hora va a partir para Harburgo un mensajero que envío yo, al cual se le puede dar la nota, y llegará más pronto que si hubiera ido por el correo corriente.

—¡Hombre sin igual! — exclamó Roos, iluminándosele el rostro de alegría.

Traugott, que se había repuesto un poco de su confusión, trató de acercarse a la mesa, con objeto de escribir la nota; pero Roos le separó violentamente, mirándole iracundo y murmurando entre dientes:

—No te necesito, hijo mío.

Mientras Elías escribía afanoso, el más viejo de los desconocidos acercóse a Traugott, qu permanecía avergonzado, y le habló así:

—Me parece que no está usted colocado en el puesto que le corresponde, querido. A un verdadero comerciante no se le hubiera ocurrido ponerse a dibujar figuras en vez de esrcibir las notas que debía.

Traugott consideró aquellas palabras como un reproche bien merecido. Muy confuso, respondió:

—¡Dios mío! ¡La de notas que habré escrito co nesta mano, sin que me haya ocurrido una cosa semejante a la de hoy! Estas malditas ideas no me dan sino raras veces.

—Amigo mío, — continuó el desconocido, — no debe usted considerarlas como ideas malditas. Estoy seguro de que todas las notas comerciales no están tan bien hechas como estos dibujos, valientes y limpios. En ellos se ve el genio.

Al decir estas palabras el desconocido, le tomó de las manos la nota emborronada, la dobló cuidadosamente y se la guardó. Traugott quedóse muy satisfecho, pensando que Había hecho algo que valía más que una nota comercial; sintió que en su interior se albergaba un espíritu superior; y cuando Elías Roos, después de terminar su es

crito, se acercó a él y con tono agrio le dijo: "Sus garabatos han estado a punto de costarme diez mil marcos", le respondió en voz más alta que de costumbre y con más energía:

—No se ponga así su señoría, porque si no, no vuelvo a escribir una carta comercial y nos separaremos.

Elías Roos se colocó la peluca con ambas manos y, mirándole fijamente, le dijo:

—Mi querido asociado, amado hijo, ¿qué tonterías dices?

El amigo viejo intervino, y no necesitó hablar mucho para restablecer la paz, y todos juntos se dirigieron a casa de Roos, que tenía invitados a los dos desconocidos.

La joven Cristina recibió a los huéspedes muy compuesta y emperejilada, y en seguida comenzó a manejar con mano experta el pesado cucharón de plata.

Quisiera, amable lector, presentarte en efigie a los cinco personales que están sentados a la mesa, aunque me temo que mis trazos no sean suficientemente claros y si, desde luego, como es natural, muy inferiores a los empleados por Traugott en emborronar la malhadada nota. La comida, además, se acabará pronto, y la historia del animoso Traugott, que me he propuesto contarte, me atrae con fuerza irresistible.

Que Elías Roos lleva peluca ya lo sabes desde el principio, y no debo, por tanto, repetirlo. Por lo que le has oído hablar, además, puedes imaginarte a este hombrecillo rechoncho, con su levita parda y chaleco y pantalones con botones dorados. De Traugott tengo mucho que decir, porque, aparte de que es su historia la que cuento, sobresale bastante por sí mismo. Si es cierto que el modo de pensar y de conducirse salen de dentro del individuo, modelando y formando su exterior, y que lo maravilloso no sirve sino para completar la armonía del conjunto, o sea lo que se llama carácter, espero que con mis palabras te imagines a Traugott como si lo tuvieras delante. Si no es así, entonces mi charla no habrá servido para nada y puedes considerar mi cuento como no contado.

Lo dos caballeros desconocidos son tío y sobrino, un tiempo comerciantes, y al presente hombres de negocios, muy relacionados con Elías Roos por amistad y asuntos de interés. Viven en Konigsberg, se visten a la inglesa, van acompañados de un criado inglés con botas de color de caoba, poseen un gran gusto artístico y son, sobre todo, gente muy bien educada. El tío tiene una galería artística y colecciona dibujos (videatur, la nota robada). Ya no me resta, lector amable, sino presentarte en debida forma a Cristina, pues presumo que apenas si la recordarás, y, por tanto, no está de más que dibuje algunos de sus trazos más salientes, aunque luego desaparezcan. Imagínate, lector, una joven robusta de unos veintidós a veintitrés años, con una cara redonda, la nariz pequeña y un poco respingada y ojos azul claro, que sonríen amables y parece como si le quisieran decir a todo el mundo: "Me voy a casar pronto". Tiene además una piel blanquísima, el cabello no demasiado rojizo, unos labios tentadores que forman una boca redonda y más bien grande, que cuando sonríe deja ver dos hileras de dientes perlinos.

Si la casa del vecino se incendia y las llamas llegan hasta su cuarto, se apresurará a dar de comer al canario, guardará la ropa limpia y luego seguramente se irá al escritorio a decir a su padre que su casa está ardiendo. Nunca le ha salido mal una tarta de almendras y siempre logra que espese la salsa blanca, porque jamás la mueve hacia la izquierda y siempre hacia la derecha, haciendo un círculo completo con la cuchara.

Mientras Elías Roos servía el último vaso de vino del Rin al viejo Franz observé yo, como de pasada, que Cristina quería mucho a Traugott al casarse con él; aunque, después de todo, yo no sé qué es lo que podría hacer si no se convertía en esposa de alguien.

Una vez terminada la comida, Elías Roos invitó a sus huéspedes a dar un paseo por las fortificaciones. Traugott, que aún se encontraba inquieto y emocionado por todo lo maravilloso que le sucediera en aquel día, habríase negado de buena gana a acompañarlos; pero no lo logró, pues en el momento que intentaba escurrirse, sin siquiera haber besado la mano a su novia, le cogió de la levita Elías Roos, diciéndole:

—Supongo, querido yerno, amable asociado, que no pensará usted en abandonarnos.

Y no tuvo más remedio que resignarse.

Un profesor de Física exponía la teoría de que en el mundo existe en alguna parte una máquina de electricidad, como en cualquier gabinete experimental, y que de ella salen invisibles hilos que se unen a la vida, los cuales nos rodean y nos envuelven lo mejor posible; pero en un momento dado los pisamos, y entonces los rayos y los choques llegan a nuestro interior, cambiando todo lo que existe en nosotros. Traugott debía de haber pisado los hilos invisibles en el instante en que, sin advertirlo, se puso a dibujar lo que tenía a la espalda, pues con la fuerza del rayo le estremeció la presencia de los desconocidos, y le pareció que en aquel preciso momento veía perfectamente claro lo que hasta entonces creyera sueño y suposición. El temor que le hizo enmudecer cuando le hablaron de las cosas que yacían escondidas en el fondo de su alma como un secreto sagrado desapareció por completo, y cuando el tío comenzó a denigrar las imágenes, medio pintadas, medio grabadas, del salón de Artús, considerándolas como faltas de gusto, y, sobre todo, calificó de extravagantes los cuadros de soldados, él sostuvo audazmente la opinión de que bien podía todo aquello no estar conforme con las reglas del buen gusto, pero que él encontraba muy bien hechas algunas de las figuras y aseguraba que en el salón de Artús se había abierto para él un mundo maravilloso y fantástico, y hasta algunas de sus figuras

le habían dirigido miradas expresivas y la palabra, haciéndole desear el ser un maestro tal hábil y dibujar y grabar como aquellos cuyas obras tenía delante.

Elías Roos mostrábase más tonto que de costumbre mientras el joven pronunciaba tan sublimes palabras, y el tío le repuso con expresión maliciosa.

—De nuevo me asombra el que quiera ser comerciante y no se haya dedicado por entero al arte.

A Traugott le era aquel hombre profundamente antipático, y por esta razón decidió en el paseo acercarse al sobrino, que le parecía más amable y digno de confianza.

—¡Dios mío! — díjole éste. — No sabe lo que envidio su talento. ¡Si yo supiera dibujar como usted! Y no crea que me falta genio. He dibujado bastante bien ojos, y narices, y orejas, y hasta cabezas enteras; pero ¡los negocios!...

—Yo creía — repuso Traugott — que cuando se tiene verdadero genio y una afición decidida al arte no se debía uno dedicar a otro negocio.

—¿Usted piensa ser artista? — preguntó el sobrino. — Parece imposible que diga usted eso. Mire, amigo mío: en estas cosas he reflexionado quizá más que nadie, y como soy entusiasta del arte he procurado profundizar en el asunto más de lo que me permitían las indicaciones que poseía.

El sobrino tomó un aspecto tan serio y pensativo al decir estas palabras, que Traugott sintió por él cierto respecto.

—Me dará usted la razón, — continuó, después de tomar un polvo de rapé y estornudar dos veces, — me dará usted la razón si le digo que el arte entreteje de flores la vida. Alegrar y distraer de los negocios serios es la misión de todos los esfuerzos del arte, y tanto más lo conseguirá cuanto más perfectas sean sus producciones. En la misma vida se ve claramente este objeto, pues sólo los que se dedican al arte en esta forma disfrutan de la comodidad, que huye eternamente de aquellos que no advierten la verdadera naturaleza del asunto y consideran el arte como el objeto principal y único de su vida. Por tanto, amigo mío, no tome en serio los consejos de mi tío, con los cuales trata de distraerle de los negocios graves de la vida para empujarlo a una ocupación que no tiene apoyo alguno y, por consiguiente, tiene que ser insegura.

Aquí el sobrino se quedó callado, como si esperase que Traugott le respondiera algo; pero éste no sabía qué decir. Todo lo que el otro hablaba parecíale una cosa tonta. Se contentó con preguntar.

—¿Qué es lo que usted llama en definitiva negocios serios?

El sobrino miróle un poco confuso.

—¡Dios mío! — exclamó — Me concederá usted que hay que vivir, a lo cual rara vez llega el artista que hace del arte su única profesión.

Metióse en retorcidas frases y en una charla sin ton ni son. De ella venía a sacarse en consecuencia que él llamaba vivir a no tener preocupaciones, sino disponer de mucho dinero, comer y beber bien, tener una mujer bonita e hijos juiciosos que nunca se echasen una mancha de grasa en el traje dominguero.

A Traugott aquello le oprimió el corazón, y se consideró por demás dichoso cuando el sobrino se despidió de él y se halló sólo en su cuarto. "¡Vaya una vida triste y digna de compasión la que llevo! En las hermosas mañanas doradas de primavera, cuando hasta en las calles obscuras de la ciudad sopla el viento tibio como si quisiera hablarnos en su susurro de todas las maravillas que brotan en el bosque y en la llanura, yo me deslizo indolente y de mal humor hacia el escritorio lleno de humo de Elías Roos. En él me encuentro con unos cuantos rostros pálidos, que se inclinan sobre informes pupitres, y sólo interrumpe el silencio tétrico en que todos parecen trabajar afanosos el ruidito de las hojas de los libros y el tintineo del dinero.

¿Y el trabajo? ¿Para qué tanto pensar y tanto escribir? Para que aumenten las monedas en las cajas, para que el tesoro maldito de Fafner continúe luciendo y brillando eternamente. En cambio, ¡qué feliz el pintor o el escultor que puede salir alegre y con la cabeza alta disfrutar de todas las delicias de la primavera que brotan de lo profundo de la tierra, adquiriendo formas hermosas llenas de vida! De los obscuros arbustos emergen seres admirables, que conservan su espíritu y permanecen siendo parte suya, pues en ellos reside el secreto encanto de la luz, del color, de la forma, y así consigue aprisionar todo aquello que ve con los ojos de su inteligencia al representarlo con su arte.

¿Qué es lo que me detiene de soltarme de las ligaduras de esta vida odiosa? El anciano me ha asegurado que tengo vocación de artista, y aún más lo he comprendido en el apuesto joven. Aunque no me dijo una palabra, advertí en su mirada lo que yo anhelo interiormente, y que, sujeto por mil y mil dudas, no me he atrevido nunca a expresar. ¿No podría yo ser un pintor célebre en vez de arrastrar esta vida triste?" Traugott sacó todo lo que dibujara y lo contempló con mirada escrutadora.

Muchos de sus dibujos pareciéronle distintos de cuando los hiciera, y desde luego mejores. Sobre todo se fijó en una hoja hecha en su niñez, en la cual aparecían desfigurados, pero perfectamente visibles, los trazos del famoso burgomaestre con el hermoso paje, y recordaba muy bien que ya en aquella época estas figuras ejercían sobre él una influencia extraña, y que una vez, al oscurecer, arrastrado por una fuerza irresistible, huyó de los juegos infantiles y se encerró en el salón de Artús para copiarlas. Traugott sintióse acometido de una inquietur profunda y dolorosa al contemplar aquel dibujo. Tenía que ir a trabajar al escritorio un par de horas, como de cotsumbre; pero no le fué posible hacerlo y se marchó a pasear a Karlsberg. Desde allí se dedicó a mirar al mar impetuoso: en las olas, en las

nubes, que se agrupaban maravillosamente sobre Hela, trataba de adivinar, como si se reflejara en un espejo mágico, la suerte de su vida futura.

¿No crees tú, lector querido, que todo lo que viene a nosotros desde el reino elevado del amor se nos representa primero con una impresión dolorosa? Esas son las dudas que atormentan el espíritu de artista. Advierte el ideal y siente la imposibilidad de alcanzarlo; ve que huye de su lado, y le parece que ha de ser para siempre. Luego, sin embargo, recobra la esperanza, lucha denodadamente, y la desesperación se convierte en un anhelo dulce, que lo reconforta y lo anima a esforzarse por llegar al objeto amado, al cual ve cada momento más cerca, sin llegar a alcanzarlo nunca.

Traugott sintió que ese dolor sin esperanza lo invadía por completo. Cuando a la mañana siguiente volvió a mirar los dibujos, que se hallaban esparcidos sobre la mesa, pareciéronle insignificantes y nimios, y recordó las palabras de un artista amigo suyo, que solía decir que la mayor dificultad que había en el arte era que muchos tomaban por verdadera vocación lo que no era sino un impulso del momento. Traugott no se hallaba en manera alguna inclinado a tomar por impulso del momento la impresión que en él producían las figuras del viejo y del joven del salón de Artús; maldijo de su suerte al tener que volver al escritorio, y trabajó con los demás dependientes de Elías Roos, sin parar mientes en el asco que de cuando en cuando le acometía, obligándole a salir corriendo al aire libre. Estos impulsos tomábalos Roos como síntomas de la enferemdad que en su opinión, debía padecer el joven, y que se advertía en su palidez.

Trascurrió algún tiempo; llegó la feria de agosto de Dantzig, a cuya terminación Traugott debía casarse con Cristina y anunciar públicamente su asociación con Elías Roos en los negocios. Aquella época era para él la renunciación a todas sus esperanzas y sueños, y le angustiaba sobremanera ver a Cristinita muy afanosa, que mandaba encerar y frotar los pisos, doblaba por sí misma las cortinas y daba la última mano a la espetera de latón.

Un día, cuando mayor era la concurrencia en el salón de Artús, oyó Traugott una voz inmediatamente detrás de sí, cuyo metal conocido le impresionó mucho.

—¿Debía estar este papel en tan malas condiciones?

Traugott se volvió con rapidez y vió, presumía, al admirable anciano, que se dirigía a un agente para vender un papel cuya cotización en aquel momento era muy baja. El hermoso mancebo permanecía detrás del anciano y miraba a Traugott. Este se acercó al anciano y le dijo:

—Permítame, señor mío: el papel que usted quiere vender está en este instante muy bajo, como usted ha dicho muy bien; pero la cotización ha de variar en sentido favorable en pocos días. Si quiere seguir mi consejo, guarde el papel algún tiempo, y no le pesará.

—Señor mío, — repuso el anciano secamente y con aspereza, — ¿quién le mete en mis asuntos? ¿Sabe usted por ventura si en este momento el papel no me es absolutamente inútil y en cambio necesito dinero contante y sonante?

Traugott, que se uqedó un tanto desconcertado al ver que el anciano tomaba tan a mal su consejo desinteresado, trató de alejarse, cuando el joven le dirigió una mirada preñada de lágrimas.

—Lo he hecho con buena intención, — respondió con presteza al anciano, — y no consentiré que sufra usted daños considerables. Véndame el papel, con la condición de que le abonaré la diferencia de cotización cuando suba dentro de pocos días.

—Es usted un hombre admirable, — dijo el anciano. — Sea como usted quiere, aunque no comprendo su interés en enriquecerme.

Al pronunciar estas palabras echó una rápida mirada al joven, que, avergonzado, bajó la vista. Los dos siguieron a Traugott al escritorio, donde al anciano le entregaron el dinero, que, con expresión seria, se embolsó. Mientras tanto el joven decía a Traugott en voz baja:

—¿No es usted el mismo que hace unos días hizo unos dibujos tan lindos en el salón de Artús?

—Exactamente, — respondió Traugott, sintiendo que el recuerdo del comico incidente con la nota comercial le hacía subir los colores a la cara.

—Entonces, — continuó el joven, — no le sorprenderá.

El anciano miró iracundo al joven, que se calló inmediatamente. Traugott no podía reprimir cierta angustia en presencia de aquel desconocido, y así continuaron, sin que se atreviera a insinuar la más ligera averiguación sobre la vida y circunstancias de tales personajes. La presencia de ambas figuras tenía algo de prodigioso, que no escapó ni siquiera al personal del escritorio. El tétrico tenedor de libros se puso la pluma tras de la oreja y los codos apoyados en la mesa, contemplando al anciano con curiosidad.

—¡Dios me valga! — dijo cuando hubieron desaparecido los desconocidos. — Ese individuo, con su barba crespa y la capa negra, parece un retrato del año mil cuatrocientos, de los que hay en la iglesia de San Juan.

El señor Roos lo consideró como un judío polaco, a pesar de su apostura noble y su rostro serio de alemán antiguo, y refunfuñó:

—Mala bestia: vende hoy el papel y dentro de diez días valdrá un diez por ciento más.

Claro está que no sabía nada del trato hecho con Traugott, en virtud del cual éste había de pagarle de su bolsillo la diferencia, cosa que hizo efectivamente cuando algunos días más tarde volvió a encontrar al anciano con el jovenzuelo en el salón de Artús.

—Mi hijo, — díjole el anciano, — me ha recordado que es usted artista, y por eso

acepto lo que en otro caso hubiera rechazado.

Estaba junto a una de las cuatro columnas que sostienen la bóveda del salón, muy cerca de las figuras que un día pintara Traugott en la carta comercial. Sin reserva alguna habló Traugott de la semejanza asombrosa de aquellas figuras con el anciano y su acompañante. El anciano sonrió de manera enigmática, puso la mano sobre el hombro de Traugott y comenzó a decirle en voz baja y pensativo:

—¿No sabe usted que yo soy el pintor Godofredo Berklinger y que las figuras que tanto admira están pintadas por mí cuando aún era un aprendiz de artista? En el burgomaestre traté de retratarme de memoria, y el paje que conduce el caballo es mi hijo, de lo cual se convencerá fácilmente si se fija en ambos rostros.

Traugott enmudeció de asombro: comprendió que aquel anciano, que aseguraba ser el artista que doscientos años atrás realizara la obra que admiraban, padecía una locura rara.

—Era una época, — continuó el anciano, levantando la cabeza y mirando a uno y otro lado, — era una época próspera y brillante sobre toda ponderación cuando yo decoré este salón para honrar al rey Artús y a sus caballeros pintando en él todos estos retratos. Hasta creo pue fué el mismo rey Artús el que una vez que estaba yo trabajando se me presentó con toda pompa y me animó a que hiciera una obra más perfecta que todas las anteriores.

—Mi padre, — interrumpió el joven, — es un arista como hay pocos, señor mío, y estoy seguro de que no se ha de arrepentir si se digna ver sus obras.

Entre tanto el anciano había emprendido la marcha a través del salón, ya vacío, y ordenaba a su hijo que le siguiera, cuando Traugott le rogó que le permitiera ir a ver sus pinturas. El anciano lo miró con mirada penetrante y al fin exclamó muy serio:

—Es usted, en verdad, un poco temerario al intentar penetrar en el santuario sin haber llegado a la edad de aprender; pero... sea como usted quiere. Si no está usted en condiciones de ver, a lo menos podrá adivinar. Vaya usted mañana temprano a mi casa.

Indicóle su vivienda, y Traugott procuró al día siguiente desentenderse pronto de sus quehaceres para dirigirse apresurado a la calle retirada donde vivía el anciano. El joven, vestido a usanza antigua alemana, le abrió la puerta y le condujo a un aposento espacioso, donde se hallaba el anciano sentado en un taburete ante un lienzo enorme preparado en tono gris.

—Llega usted en un momento feliz, — exclamó el anciano al ver a Traugott, —amigo mío, pues precisamente acabo de dar la última pincelada en el gran cuadro en que llevo trabajando un año entero y que me ha costado no poco esfuerzos. Es la pareja del gran cuadro que representa el Paraíso perdido, que terminó el año anterior, y que también puede usted ver. Este es, como usted ve, el Paraíso recuperado, y sería muy triste para usted y para mí si quisiera utilizar en él una alegoría. Los cuadros alegóricos no los hacen más que los débiles y los ignorantes. Mi cuadro no "significa" una cosa, "es" una cosa. Usted ve estos grupos apretados de hombres, animales, frutas, flores, piedras, que se unen en un conjunto armónico cuya música celeste es el acorde supremo de la eterna glorificación.

El anciano comenzó a describir los grupos aislados, llamando la atención de Traugott sobre la distribución de la luz y de la sombra, sobre los reflejos de las flores y de los metales, sobre las maravillosas figuras que emergían de los cálices de los sirios, sobre los hombres barbudos que ,llenos de vigor y de juventud en sus miradas y sus movimientos, parecía que conversaban con los animales más extraños.

La expresión del anciano hacíase cada vez más fuerte aunque menos comprensible.

—Deja que brille tu corona de diamantes, gran anciano,—exclamó al fin, dirigiendo la vista centelleante al lienzo. — Quítate el velo de Isis que llevas sobre la cabeza cuando los profanos se acercan a tí. ¿Por qué aprietas contra el pecho con tanto cuidado tu sombría vestidura?... Quiero ver tu corazón... Esta es la piedra de la sabiduría, ante la cual se descubren todos los secretos... ¿No eres tú yo?... ¿Por qué te separas con tanta rapidez y tanto empeño de mi lado?... ¿Quieres luchar con tu maestro? ¿Crees que mi pecho puede pulverizar el rubí que llevas en el corazón?... Levántate..., sal..., ven aquí...; yo te he creado..., luego soy yo.

Al llegar a este punto el anciano cayó al suelo como herido por un rayo. Traugott lo levantó; el joven acercó rápidamente una butaca y colocaron en ella al anciano, que se quedó como sumido en un profundo sueño.

—Voy a decirle a usted, querido señor, — dijo el joven en voz baja y lentamente, — lo que le ocurre a mi padre. La mala suerte le ha privado de sus facultades, y la hace varios años que ha muerto para el arte, que era toda su vida. Se pasa los días enteros sentado delante del lienzo preparado, con la mirada fija en él; a eso llama pintar, y ya ha visto usted a qué extremos le lleva su exaltación. Además, está continuamente atormentado por una idea triste que me hace pasar una vida horrible; pero lo sobrellevo con paciencia, por considerarlo como una fatalidad que me arrastró a mí, al tiempo que a él, a la desgracia. Si quiere usted distraerse de este mal rato venga conmigo a ese otro aposento, donde podrá contemplar algunos cuadros de la época buena de mi padre.

Traugott quedóse admirado al ver una serie de cuadros pintados con arreglo al estilo holandés, que parecían obra de los más reputados maestros. La mayoría eran cuadros de género; por ejemplo: una reunión de personas, que, de regreso de la caza, se distraían haciendo música, y otras escenas por el mismo orden, las cuales denotaban un talento grande, siendo, sobre todo, la expresión de las cabezas de lo mejor que se puede admirar.

Ya se dirigía Traugott al salón grande cuando se fijó en un cuadro, ante el cual se quedó como petrificado. Representaba a una joven, con un poco más de color; también y tenía absolutamente el mismo rostro del joven, con un npoco más de color; también la estatura parecía aventaja. Traugott sintióse estremecido de entusiasmo ante la contemplación de aquella hermosa mujer. El cuadro tenía la fuerza y la vida de una obra de Van Dick. Los ojos, oscuros, miraban con arrobo a Traugott; los lindos labios, entreabiertos, parecía que susurraban dulces palabras.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — suspiró Traugott. — ¿Dónde, dónde la podré encontrar?

—Vámonos de aquí, repuso el joven.

Pero Traugott insistió, como loco de alegría:

—Sí, es ella, es la amada de mi corazón, la que llevo hace tanto tiempo grabada en el alma, la que presentía. ¿Dónde, dónde está?

Al joven Berklinger se le saltaron las lágrimas y mostróse muy conmovido y como luchando con un dolor intenso; por fin logró dominarse, y con tono firme dijo:

—Venga, venga, ése es el retrato de mi desgraciada hermana Felicitas, que ha desaparecido para siempre. Nunca la verá usted.

Casi sin darse cuenta hallóse Traugott en la habitación inmediata. El anciano estaba aún dormido; pero de repente despertó, y mirando a Traugott con mirada iracunda, exclamó:

—¿Qué quiere usted usted? ¿Qué quiere usted?

El joven adelantóse y recordó a su padre que aquel señor había ido a ver su cuadro. Berklinger se quedó como pensando en todo aquello, visiblemente muy débil, y al fin dijo con voz opaca:

—Amigo mío: perdone a un viejo esta falta de memoria.

—Su nuevo cuadro, — comenzó a decir Traugott, — es admirable, yo no he visto otro igual en mi vida, y se necesita mucho estudio y mucho trabajo para llegar a pintar una cosa parecida. Yo creo que tengo algunas condiciones artísticas, y le ruego encarecidamente, querido maestro, que me acepte como discípulo.

Al anciano le alegró sobremanera la proposición; abrazó a Traugott y le prometió ser su maestro fiel. Traugott, pues, fué a diario a casa del anciano pintor e hizo grandes progresos en el arte. El negocio, en cambio, le gustaba cada días menos; lo abandonó tanto, que Elías Roos se quejaba de él constantemente, y al fin vió con satisfacción que Traugott dejó por completo de asistir al escritorio, so pretexto de una enfermedad desconocida, la cual también le sirvió de achaque para aplazar indefinidamente su boda, con gran indignación de Cristina.

—Su amigo Traugott, — díjole un día un compañero a Elías Roos, — debe de tener alguna preocupación seria, quizá algún asunto de amor antiguo que querrá resolver antes de casarse. Está palidísimo y descompuesto.

—Estaría bueno, — repuso Elías Roos; y luego de transcurrir un rato continuó: — ¿Por qué no le había de hacer una trastada la picaruela de Cristina? El tenedor de libros está enamorado como un burro y le aprieta y le besa la mano siempre que tiene ocasión. Traugott también está enamoradísimo de mi hja, eso me consta... Quizá dándole celos... Voy a ver si le hago saltar.

Por más que hizo no pudo sacar nada en limpio, y al cabo de unos días dijo a su amigo:

—Ese Traugott es un "homo" de lo más raro, y no hay más remedio que dejarle con sus clifladuras. Si no tuviera en mi casa cincuenta mil duros, ya sabría yo lo que había de hacer con él.

Traugott hubiera sido completamente feliz con la vida que llevaba en las regiones del arte si su amor fogoso por la bella Felicitas, a la que veía con frecuencia en sueños, no le hubiese destrozado el corazón. El retrato desapareció. El anciano se lo llevó, y Traugott no podía preguntar por él sin exponerse a las iras del maestro. Por lo demás, el viejo Berklinger era cada vez más confiado y consintió en que Traugott mejorase las condiciones de su pobre hogar en vez de pagarle honorarios por la enseñanza. Por el joven Berklinger supo Traugott que el anciano había sufrido un engaño manifiesto al vender un cuadrito y que aquel papel que Traugott cambió era parte del dinero recibido y su único patrimonio. Pocas veces podían hablar Traugott y el joven a solas, pues en cuanto el anciano los veía juntos procuraba interrumpir su conversación, llegando hasta tratar con dureza a su hijo. A Traugott le molestaba aquello, tanto más cuando que quería entrañablemente al joven por su parecido con Felicitas. Había momentos en que le parecía que había tenido junto a sí la imagen querida, que sentía el hálito dulce del amor, y de buena gana habría estrechado contra su corazón al joven como si fuera la misma Felicitas.

Transcurrió el invierno; la primavera inundó de alegría montes y praderas. Elías Roos aconsejó a Traugott que se fuera a una cura de aguas o de régimen. Cristina volvió a ilusionarse con la boda, a pesar de que Traugott no la miraba casi ni trataba de reanudar su intimidad.

Una liquidación indispensable retuvo un día a Traugott en el escritorio hasta más tarde de lo que solía, y hubo que retrasar la hora de la lección de pintura; tanto, que llegó a casa de Berklinger poco antes de anochecer. No halló a nadie en el aposento de fuera y oyó en el contiguo sonidos de laúd. Nunca había oído allí tal instrumento. Escuchó... Como un suspiro, acompañaba a los acordes un canto dulcísimo. Abrió la puerta y, ¡oh cielos!, con la espalda vuelta hacia él vió una figura de mujer vestida a la usanza antigua alemana, con un alto cuello de encaje exactamente igual al retrato. Al ruido que Traugott hizo, sin querer, abriendo la puerta, irguióse un poco, dejó el laúl sobre la mesa y volvió la cabeza. Era ella misma.

—¡Felicitas! — exclamó Traugott entu-

siasmado, tratando de arrodillarse ante la imagen divina; pero sintió que le cogían por detrás y que lo sacaban de allí a la fuerza.

—¡Traidor!... ¡Malvado! — exclamó el viejo Berklinger, tirando de él. — ¿Esta era tu afición al arte? ¿Quieres asesinarme?

Y lo echó violentamente. En su mano brillaba un cuchillo. Traugott salió huyendo escaleras abajo, y aturdido, medio loco de alegría y de susto, dirigióse apresurado a su casa.

Toda la noche estuvo dando vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño. "¡Felicitas!"... ¡Felicitas! — exclamaba una y otra vez, atormentado por el martirio del amor — Estás ahí..., estás ahí, y no puedo verte, no puedo estrecharte en mis brazos. Me amas, lo sé. En el dolor que martiriza mortalmente mi corazón siento que me amas".

El sol penetraba por las ventanas del cuarto de Traugott; se levantó presuroso y decidió descubrir el secreto de casa de Berklinger a toda costa. Dirigióse a la vivienda del anciano; pero quedóse parado al ver todas las ventanas abiertas y a las criadas que limpiaban las habitaciones. Se imaginó lo sucedido. Berklinger había abandonado la vivienda con su hijo a altas horas de la noche y nadie sabía dónde se había marchado. Un carro con dos caballos llevaba las cajas con los cuadros y los dos cofres pequeños, que constituían todo el ajuar de Berklinger. El y su hijo salieron media hora después. Todas las pesquisas para averiguar dónde se encontraban fueron inútiles; ningún alquilador había alquilado caballos ni coche a personas cuyas señas coincidiesen con las que daba Traugott; en las puertas de la ciudad tampoco obtuvo dato alguno; en una palabra, Berklinger había desaparecido como si lo hubiera cubierto el manto de Mefistófeles. Desesperado, retornó Traugott a su casa.

—¡Se ha marchado, se ha marchado... la amada de mi corazón!... ¡Todo, todo está perdido!

Así clamaba al pasar por delante de Elías Roos, que se encontraba en el portal de su casa, al dirigirse a su cuarto.

—¡Dios del cielo y de la tierra! — exclamó Elías, dándole vueltas a la peluca. — ¡Cristina..., Cristina!... — comenzó a gritar a fin, haciendo retumbar con su voz toda la casa. — ¡Cristina!!... ¡Infame! ¡Hija desnaturalizada!

Los empleados del escritorio salieron asustados; el tenedor de libros preguntó emocionadísimo:

—¿Pero qué pasa, señor Roos?

Este seguía gritando:

—¡Cristina! ¡Cristina!

La señorita Cristina apareció en la puerta de la calle, y mientras se quitaba el sombrero de paja preguntó por qué estaba su padre tan alborotado.

—No admito, de ninguna manera, tales paseos — dijo Elías Roos. — Mi futuro yerno es un hombre melancólico y los celos le hacen sentirse turco. Hay que estar en casa si no se quiere dar lugar a una desgracia. Ahí está mi socio llorando y gimiendo por la novia vagabunda.

Cristina miró asombrada al tenedor de libros, el cual indicó con una mirada al escritorio donde se hallaba el armario de cristal en que Roos guardaba el licor de canela.

—Vamos a consolar al novio, — continuó diciendo mientras se dirigía al cuarto de Traugott.

Cristina fué al suyo a cambiarse de vestido, a sacar la ropa y a dar órdenes a la cocinera para la comida del domingo, y al mismo tiempo oír alguna de las novedades de la ciudad, dejando para después el ir a ver qué le ocurría a su novio.

Ya sabes, querido lector, que todos, en la situación de Traugott, hubiéramos pasado por diferentes fases, como no podía menos de sucederle a él. A la desesperación siguió una especie de sopor, y pasada esta crisis convirtióse en el dolor agudo que la Naturaleza suele emplear como método curativo.

En este estado de dolor beneficioso estuvo Traugott durante varios días, en uno de los cuales dirigió sus pasos a Karlsberg, y de nuevo contempló las olas y las nubes grises que se cernían sobre Hela. Pero aquel día no se le ocurrió pensar en cuál sería su suerte futura; todo había desaparecido todo lo que soñara y lo que anhelara.

—¡Ay!—suspiró—¡Qué amargo engaño fué mi vocación artística! Felicitas era la idusión que me sedujo para creer en lo que no vivía, sino en la fantasía perturbada de un enfermo. Y ha desaparecido...Vuelta a la cárcel..., que se ha cerrado tras de mí.

Traugott volvió a trabajar en el escritorio, y la boda con Cristina fijóse para una época determinada. El día antes de llegar ésta hallábase Traugott en el salón de Artús, mirando con tristeza las figuras del viejo burgomaestre y su paje, cuando descubrió al agente que en una ocasión quería negociar el papel de Berklinger. Sin reflexionar sobre lo que hacía, casi inconscientemente, acercóse a él y le preguntó:

—¿Conocía usted a aquel viejo extraño de la barba rizada que hace algún tiempo solía andar por aquí acompañado de un bello joven?

—¡Cómo no había de conocerle! — respondió el agente. — Era el pintor loco Godofredo Berklinger.

—¿Sabe usted qué ha sido de él y dónde se encuentra? — preguntó de nuevo.

—Ya lo creo, — respondióle el agente. — Está tranquilo en Sorrento, con su hija, hace una temporada.

—¿Con su hija Felicitas? — exclamó Traugott, tan alto y con tanta viveza que todo el mundo se volvió hacia él.

—Claro está, — continuó el agente muy tranquilo; — el joven que le acompañaba aquí era ella. Media Danzitg sabía que era una muchacha, a pesar de que el pobre loco suponía que todos lo ignoraban. Le ha-

bían predicho que en cuanto su hija se enamorase de alguien moriría él de muerte trágica, y por esta causa trataba de que nadie supiese que tenía una hija y la hacía pasar por muchacho.

Asombrado quedóse Traugott, permaneciendo inmóvil durante un rato; luego echó a correr por las calles y salió al campo, repitiéndose en alta voz: "¡Desgraciado de mí! Era ella...; a su lado he pasado días enteros..., he comido miles de veces..., me he mirado en sus divinos ojos..., he respirado su aliento..., he escuchado sus palabras..., y todo lo he perdido... No, no lo quiero perder. Iré tras ella al país del arte...; me voy a Sorrento.

Volvió a casa. Elías Roos le salió al encuentro, y al verle le sujetó y le obligó a entrar en su cuarto.

—No quiero casarme con Cristina, — exclamó. — Se parece a las "Voluptas" y a las "Luxuries" y tiene los cabellos como las "Iras" de las pinturas del salón de Artús. ¡Oh Felicitas, Felicitas!... ¡Divina amada mía!... ¡Tú me tiendes los brazos amorosos!... Ya voy..., ya voy. Y ha de saber usted, Elías, — continuó, zarandeando al comerciante. — que no me volverá usted a ver en su maldito escritorio. Me revientan sus libros mayores y sus cuentas. Yo soy pintor de los mejores; Berklinger es mi maestro, mi padre, mi todo, y usted no es nada, nada.

Y sacudía a Elías Roos, quien gritaba con toda su alma:

—¡Auxilio ¡Auxilio!... ¡A mí, a mí; mi yerno se ha vuelto loco..., mi socio está loco!... ¡Auxilio... Auxilio!...

Todos los empleados acudieron a los gritos; Traugott había soltado a Elías Roos, y, agotado, cayó en una butaca. Todos le rodearon, y él se levantó de un salto, gritando:

—¿Qué queréis?

Entonces salieron todos en fila, llevando en medio a Roos. A poco oyóse rumor de seda un voz que preguntaba:

—¿Es verdad que se ha vuelto loco, querido señor Traugott, o es que está usted bromeando?

Era Cristina.

—No me he vuelto loco, ni mucho menos, ángel mío, — respondió Traugott; — pero tampoco estoy bromeando. Tranquilícese usted, querida: nuestra boda no se celebrará mañana ni nunca.

—No es necesario, — repuso Cristina, muy serena; — hace mucho tiempo que no me gusta usted nada, y hay personas que se han sabido hacer querer y pueden conducir al altar a la bella Cristina Roos... Adiós.

Y salió de la habitación.

"Se refiere al tenedor de libros", pensó Traugott

Más tranquilo, dirigióse al despacho de Roos avínose a todo, y en el escritorio asecon él ni para yerno ni para socio. Elías Roos avínose a todo, y en el escritorio aseguró más de una vez que daba gracias a Dios de verse libre del loco Traugott... cuando éste estaba lejos, muy lejos de Dantzig.

A Traugott parecióle la vida digna de vivirse cuando se halló en el país deseado. En Roma los artistas alemanes lo recibieron en su círculo, y resultó que pasó más tiempo allí del que podría suponerse, dado su anhelo de encontrar a Felicitas. Su afán, sin embargo, se había enfriado un poco le veía como un sueño delicioso que perfumaba toda su vida y creía que su manera de ser y el ejercicio de su arte estaban dirigidos a una región más alta y sobrenatural. Todas las figuras de mujer que creaba su mente de artista tenían los rasgos de la divina Felicitas. A los artistas jóvenes chocóles no poco aquel rostro admirable cuyo original no encontraban en Roma y abrumaban a preguntas a Traugott para que les dijese dónde había visto aquella hermosura.

Traugott tenía cierto temor de contarles su extraña historia de Dantzig, hasta que una vez, algunos meses más tarde, un amigo de Konigsberg llamado Matuszewski, que en Roma vivía en relación con los artistas, le aseguró que había visto en la misma ciudad a la muchacha que Traugott pintaba en todos sus cuadros.

Fácil de imaginar es el entusiasmo de Traugott; no tuvo oculto más tiempo el motivo de su afán por el arte y de su viaje a Italia, y todos encontraron la aventura de Dantzig tan rara y tan interesante, que le prometieron ayudarle a encontrar a la amada. Los esfuerzos de Matuszewski fueron los más fructuosos: dió con la vivenda de la muchacha y averiguó que era hija de un pintor viejo que precisamente estaba revocando la pared de la iglesia Trinitá del Monte. Traugott se dirigió con Matuszewski a la plaza donde se hallaba esta iglesia y creyó reconocer en Berklinger en el pintor que estaba encaramado en un alto andamio. Desde allí dirigiéronse apresurados los dos amigos a la casa del pintor, cuidando de no decirle una palabra.

—Ella es, — exclamó Traugott cuando distinguió a la hija del pintor, que ocupada en una labor de aguja, estaba en el balcón. — ¡Felicitas!... ¡Mi Felicitas! — gritó Traugott, penetrando en la casa como una tromba.

La muchacha le miró asustada. Tenía los mismos rasgos que Felictas, pero no era ella Traugott sintió un dolor como si le atravesaran el corazón con mil puñales. Matuszewski explicó en dos palabras el caso a la joven. Estaba admirable con sus mejillas cubiertas de un rubor divino y los ojos bajos, y Traugott, que en el primer momento trató de escapar, quedóse como sujeto por lazos fuertes cuando dirigió una mirada a la linda criatura. Dorina levantó las "oscuras cortinas" de sus ojos y miró al extranjero con sonrisa amable, diciendo que su padre volvería pronto del trabajo y se alegraría mucho de encontrar en su casa artistas alemanes, por los que tenía verdadera admiración.

Traugott hubo de confesarse que, fuera de Felicitas, ninguna mujer se había impresionado tanto como Dorina. Era, en realidad casi igual a Felicitas; pero sus rasgos parecían más acusados y el cabello más oscuro. Era el mismo retrato, pintado por Rafael y por Rubens. Al poco tiempo llegó el viejo, y Traugott vió que el alto andamio le había equivocado por completo. En vez de

un hombre fuerte, como era Berklinger, tenía delante un viejecillo delgado, tímido, agobiado por la pobreza.

Una sombra engañosa le hizo ver en su cara afeitada la barba negra de Berklinger. En cuestiones de arte mostró el viejo conocimientos verdaderamente prácticos y Traugott decidió cultivar una amistad que en el primer momento tan dolorosa le resultara, pero que luego le pareció muy agradable. Dorina, que era la bondad y la sencillez personificadas, dejó pronto traslucir su inclinación por el joven pintor. Traugott correspondió a ella encantado. Se habituó de tal modo a aquella muchacha de quince años, que se pasaba días enteros con la reducida familia; trasladó su estudio a una habitación espaciosa, que estaba vacía, junto a la casa, y concluyó por vivir con ellos. De este modo mejoró su situación económica con delicadeza, haciéndoles participar de su bienestar, y el viejo tuvo la seguridad de que Traugott pretendía casarse con su hija, dándoselo a entender lo más claro que pudo.

Traugott se asustó un poco, pues aquello le hizo pensar en el objeto de su viaje. Tenía siempre a Felicitas delante, y, sin embargo, parecíale que no podía separarse de Dorina. Lo más raro era que no pensaba en la desaparecida para su mujer. Felicitas se le presentaba como una imagen espiritual, que nunca perdería para siempre, pero que no lograría alcanzar. Eterna compañía espiritual de la amada... jamás posesión física. Dorina, en cambio, se le aparecía como su mujer.

Sentíase ante ella estremecido por sacudidas dulcísimas, su sangre corría más de prisa por sus venas, y, sin embargo, le parecía que era hacer traición a su antiguo amor el unirse a nadie con lazos indisolubles. Traugott luchaba con los más encontrados sentimientos: no podía decidirse; esquivó al viejo.

Este creyó que Traugott trataba de engañarle a él y a su hija querida. Habló del matrimonio de Traugott con su hija como de cosa convenida, y dejó traslucir que sólo en ese supuesto había permitido su relación con Dorina, que de otro modo sólo podía servir para hacerle perder la fama.

La sangre italiana del viejo se encendió al fin, declaró un día a Traugott que o se casaba con su hija, o se marchaba inmediatamente, pues no le consentiría que pasase una hora más a su lado.

Traugott quedóse confuso e irritado. Parecióle que el viejo era uno de tantos padres que quieren aprovechar de las circunstancias para colocar a sus hijas, y consideró su conducta como una traición grosera y repugnante hacia Felicitas. La despedida de Dorina le destrozó el corazón; pero se soltó valientemente de los lazos que él creía podían sujetarlo. Dirigióse apresurado a Nápoles y a Sorrento.

Transcurrió un año de minuciosas pesquisas tras las huellas de Berklinger y de su hija; pero todo en vano: nadie sabía nada de ellos. Todo lo que pudo sacar en limpio fué una ligera suposición basada en el dicho de que hacía varios visitó Sorrento un pintor alemán. Como las olas del mar, que van y vienen sin cesar, estuvo Traugott en algún tiempo, hasta que al fin se estableció en Nápoles, dedicándose al arte y consiguiendo al cabo que su pasión por Felicitas fuese cediendo en intensidad.

Ninguna muchacha le parecía semejante a Dorina, en figura ni en porte, y cuando contemplaba a alguna sentía hondamente la pérdida de aquella dulce niña. Cuando pintaba nunca pensaba en Dorina, sino en Felicitas; ésta continuaba siendo su ideal. Pasado bastante tiempo recibió cartas de su ciudad natal. Elías Roos, según le anunciaba el notario, había entregado su alma a Dios, y era necesaria la presencia de Traugott para entenderse y ponerse de acuerdo con el tenedor de libros, que, como marido de la señorita Cristina, se había puesto al frente del negocio. En el primer correo salió Traugott para Dantzig. Allí volvió a encontrarse en el salón de Artús; entre las columnas de granito y frente a las figuras del burgomaestre y de su paje recordó su aventura extraordinaria, y acometido de una profunda melancolía quedóse contemplando al bello joven, que parecía mirarle con ojos expresivos y decirle con una voz dulcísima: "No podías separarte de mí".

—¿No me extrañan mis ojos? ¿Está su excelencia ya de vuelta, sano y salvo y curado de su melancolía?

Así graznó junto a Traugott una voz ronca, que pertenecía a su amigo el conocido agente.

—No lo he encontrado, — dijo Traugott casi involuntariamente.

—¿A quiénes, a quiénes no ha encontrado su excelencia? — preguntó el agente.

—Al pintor Godofredo Berklinger y a su hija Felicitas, — repuso Traugott. — Los he buscado por toda Italia; en Sorrento nadie me dió razón de ellos.

El agente le miró asombrado y, con los ojos muy abiertos, murmuró al cabo de un rato:

—¿Dónde ha ido su excelencia a buscar al pintor y a su hija Felicitas? ¿A Italia? ¿A Nápoles? ¿A Sorrento?

—Naturalmente, — replicó Traugott, iracundo.

El agente cruzó varias veces las manos exclamando al tiempo:

—¡Gran Dios! ¡Gran Dios! ¡Pero señor Traugott, señor Traugott.

—¿Qué es lo que tanto le admira? — continuó éste. — No haga tanto aspaviento. No creo que tiene nada de particular ir a Sorrento detrás de la amada. Sí, yo estaba enamorado de Felicitas y me fuí a buscarla.

El agente seguía dando saltos en un pie y no cesaba de exclamar:

—¡Gran Dios! ¡Gran Dios!

Hasta que Traugott le tomó por el cuello, y mirándole indignado, le preguntó:

—¿Quiere usted decirme con mil diablos

qué es lo que encuentra de extraño en todo esto?

—Pero señor Traugott, — respondió al fin el agente, — no sabe que el señor Brandstetter, nuestro respetable consejero municipal y decano, llama Sorrento a la finca que posee al pie del Karlsberg, en el bosque de abetos, camino de Konradshammer? Este individuo compró sus cuadros a Berklinger y se le llevó con su hija a su casa, es decir, a Sorrento. Allí vivieron varios años, y allí habría usted podido contemplar a la bella Felicitas, paseándose por el jardín con su traje a usanza antigua alemana, como el retrato que tanto le encantó, sólo con que se hubiera molestado en subir a media ladera de Karlsberg y sin necesidad de ir a Italia. Luego, el viejo...; pero ésta es una triste historia.

—Cuente, cuente, — dijo Traugott con voz sorda.

—Pues verá, — continuó el agente: — volvió de Inglaterra el hijo de Brandstetter, vió a la señorita Felicitas y se enamoró de ella. La sorprendió en el jardín un día, cayó de rodillas a sus pies de la manera más romántica y juró que había de casarse con ella y libertarla de la tiranía de su padre. El anciano estaba detrás de los jóvenes, sin que ellos lo advirtieran, y en el momento en que Felicitas dijo: "Seré tuya", cayó al suelo, lanzando un grito espantoso, y quedó muerto. Debía de estar horrible..., morado y sanguinolento, pues no se sabe cómo le saltó una vena. Felicitas no quiso nada desde aquel momento con el joven Brandstetter, y transcurrido algún tiempo se casó con el magistrado Mathiesus de Marienwerder. Allí puede su excelencia visitar a la señora del magistrado como una relación antigua. Marienwerder no está tan lejos como el Sorrento de Italia. La amable señora debe estar muy bien y tener varios hijos.

Mudo y pensativo alejóse de allí Traugott. Aquel desenlace de su aventura le llenó de rabia y de tristeza. "No, no es ella, — decíase a sí mismo, — no es ella..., no es Felicitas, la criatura angelical, la que encendió en mi pecho una pasión inmensa, tras la que he recorrido países lejanos, viéndola siempre como la estrella luminosa de mi esperanza. ¡Felicitas... esposa del matrado Mathesius!... ¡Ja, ja, ja'" Traugott, riendo a carcajadas, salió corriendo, como en otro tiempo por la puerta Oliva, atravesando Laugfuhr el Karlsberg. Desde allí contempló Sorrento con lágrimas en los ojos.

—¡Ah! — exclamó. — ¡Cuán hondamente hiere el pobre pecho del hombre esa fuerza misteriosa que todo lo gobierna! Pero no, no, no se puede quejar de dolores incurables quien se arroja a las llamas en vez de mantenerse a cierta distancia del fuego, para gozar del calor y de la luz. La forma me atrajo con fuerza; pero mi mirada no supo distinguir el ser extraordinario, y, engañado, imaginé que lo creado por el maestro adquiría vida para rebajarse conmigo hasta las tristezas de la vida terrena. No, no, yo no te he perdido, Felicitas; vives en mi eteramente, pues eres la facultad creadora y artística que alienta en mí. Hasta ahora no te he reconocido. ¿Qué tienes tú que ver ni yo tampoco, con la esposa del magistrado Mathesius? Nada, absolutamente nada.

—No sabía que tuviera usted relación alguna con ellos, querido Traugott, — dijo una voz.

Traugott despertó de su sueño. Encontróse, sin saber cómo, en el salón de Artús, apoyado en una de las columnas de granito. El que le dirigía la palabra era el marido de Cristina, quien le entregó una carta recién llegada de Roma. Era de Matuszewski, que le escribía:

"Dorina está más guapa y más simpática que nunca, aunque un poco pálida y triste pensando en tí, querido amigo. Te espera a todas horas, pues tiene el convencimiento de que no has de abandonarla. Te quiere apasiondamente. ¿Cuándo te vemos por aquí otra vez?"

—Me alegro mucho, — dijo Traugott al marido de Cristina, — que hayamos terminado hoy nuestros asuntos, pues mañana me voy a Roma, donde me espera ansiosa una novia.

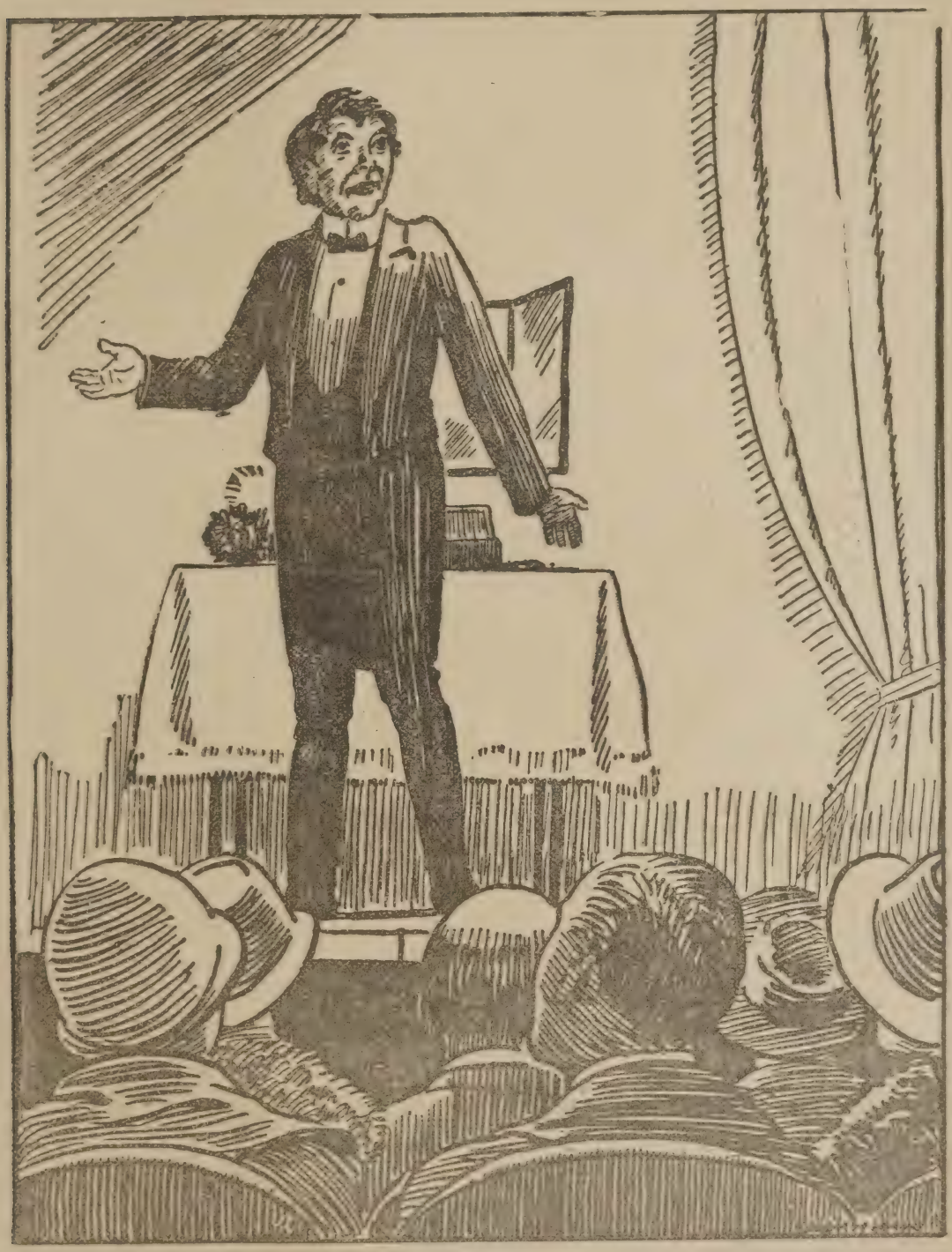
ERNST HOFFMANN

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

LA REALIZACION DE ALGO IMPOSIBLE



El aficionado (en la función de beneficencia): — Señoras y señores: Voy a permitirme ofrecer a ustedes ahora varios breves monólogos en los cuales imitaré a Florindo Palavecina, el actor inimitable.

Quereis la Salud?? . . . .

APERITIVO TONICO ESTOMACAL

UNICOS INTRODUCTORES:

JOSÉ PERETTI & Cia. - Buenos Aires

Sigue interesantísimo **SURCOUF**

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Marzo 5
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 127

Esta escena corresponde a la narración titulada:

LA NOCHE de la CARIDAD

del gran autor italo inglés RAFAEL SABATINI, que se publica completa en este número.

LA DAMA PEDIGÜEÑA

—Y crea, señor González, que este pedido que le hecho para los huerfanitos de Chacic-Chael, es el último que le hago.

—¡Oh! ¡Señora, no comprometa usted el porvenir!

La noche de la caridad

Otra narración interesantísima de la serie titulada "Las mil y una noches de la historia", por el gran autor Rafael Sabatini.

El dux y la dogaresa

Un cuento interesantísimo de Ernst Hoffmann el cuentista alemán de fama mundial.

Máximas y pensamientos

Frases célebres de hombres célebres de todos los tiempos y todos los países.

El hermano de Atahualpa

Una narración histórica americana original del gran escritor peruano Ricardo Palma.

Monarca de la selva

Interesantísimo relato de una extraña cacería por el famoso escritor inglés Harold de Polo, ilustrada en colores.

La cocina de "Pucky"

Recetas culinarias verdaderamente útiles para quienes deseen cocinar bien.

El palacio de los pies cortados

Narración emocionante que se desarrolla entre los misterios de la India y atrae y subyuga desde sus primeras líneas. Ilustrada en colores.

Fraseología epistolar veraniega

Nota humorística de actualidad, en colores.

La estupenda sorpresa

Modelo para armar, muy interesante para los chicos. En colores.

El rubí del Fakir

Un cuento maravilloso traducido del inglés especialmente para "Pucky".

Ermelinda

Delicada novela corta del famoso escritor y poeta francés Alfred de Musset.

Surcouf

Continuación de la gran novela histórica de piraterías y combates asombrosos en mares y tierras de la India.

"El rey, — respondió ella, — podrá daros autoridad para revisar mi casa, pero no para robar lo que hay en ella. Vuestra gente se ha entregado al robo." El militar se encogió de hombros. "Esta es la costumbre de los soldados", — dijo. ("La noche de Caridad", página 8.)

LAS MIL Y UNA NOCHES DE LA HISTORIA

LA NOCHE DE LA CARIDAD

Por RAFAEL SABATINI

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

DE todos los casos que fueron juzgados en el curso de aquel terrible circuito, justicieramente llamado los Assises Sangrientos, el único recuerdo que conserva la mente popular es el de lady Alicia Lisle. Su edad avanzada, el hecho de haber sido la primera mujer que sufrió en Inglaterra la pena de muerte, por el gran crimen de haber ejercido la prerrogativa femenina de la gracia, y el hecho de que este crimen nunca pudo serle probado por completo, dejaron un indelebre sello de horror en la mente del público. Además, existe la circunstancia de que su caso fué el primero que fué juzgado en el Oeste por el terrible juez que se llamó barón Jeffreys de Wem.

Pero la característica que hace a este caso particularmente interesante es que no se puede decir que la mujer sufrió el castigo por el crimen por el cual fué procesada. Ese delito fué el pretexto y no la causa. En realidad ella fué víctima inocente de un destino inexorable y fatal.

La batalla de Sedgmoor había sido perdida por el campeón de la religión protestante, Jaime, duque de Monmouth. En el Oeste, que había respondido unánimemente al llamado a las armas y a la rebelión lanzado por monseñor el duque, se estableció después de la victoria el más terrible reinado de terror. Faversham había dejado el mando en Bridgwater en manos del coronel Percy Kirke, que era un verdadero canalla. Cierta vez fué comandante de la guarnición de Tánger y sus hombres eran dignos subordinados de tal capitán. Los apodaban "los corderos de Kirke", con una ironía provocada por el cordero, emblema del Bajá de Tánger, que lucía el regimiento en su bandera. Ese regimiento se formó con el propósito de llevar la guerra a los infieles.

De Bridgwater, el coronel Kirke realizó un avance, horriblemente punitivo, hacia Tauton, donde se hospedó en la White Heart Inn. Frente a la puerta de la posada, sobre un cantero cubierto de verde hierba, se levantaba un sólido poste que sostenía la muestra de la posada. El coronel Kirke concibió la idea de convertir este poste en una horca. Inmediatamente procedió a colgar, uno por uno, en el poste, los prisioneros que había traído de Bridgwater, sin someterlos a ninguna clase de proceso. A medida que esos infelices eran elevados a aquella altura, el coronel y sus oficiales, asomados a la ventana, levantaban sus copas, deseando buen viaje a los ejecutados. Cuando los cuerpos comenzaban a moverse convulsivamente, el coronel de los Corderos ordenaba a sus tambores que tocaran, a fin de que los caballeros tuvieran música a cuyo son poder bailar.

Como se ve, el coronel era todo un humorista, según se entendía el buen humor en las costas del Norte de Africa, donde se había educado.

En cierta ocasión, el coronel fué llamado y reprendido, pero no por sus atrocidades, — muchas de las cuales pasan los límites de lo que decentemente puede ser impreso, — sino por la blandura que puso de manifiesto en la administración de los castigos en ciertas ocasiones, en que se enteró ese vanal militar que sus futuras víctimas podían pagar

SURCOUF

Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 73 de este número.

bien el perdón recibido. Mientras tanto, bajo este reinado de terror, que tenían algún motivo para temer la venganza del rey, se ocultaban por todas partes.

Entre los que huyeron internándose en la rebelión, se hallaban un sacerdote disidente, llamado Jorge Hicks, que había formado parte del ejército de monseñor el duque de Monmouth, y un abogado, de nombre Ricardo Nelthrop. Ambos fueron declarados fuera de la ley por haber figurado en el complot de la Rye House.

Buscando desesperado un asilo, Hicks pensó en la caritativa y disidente señora de Moyle Court, la viuda de John Lisle, el que había sido uno de los lord guarda sellos en tiempo de Cromwell, y uno de los más activos testigos del proceso contra el rey Carlos I.

John Lisle huyó a Suiza al producirse la restauración; pero la venganza de los Estuardos lo siguió. Pusieron a precio su cabeza, y luego lo asesinaron en Lausana. Eso había acontecido veinte años atrás. Desde entonces, a su esposa, como que había dado refugio a muchos realistas, y como tenía algunos buenos amigos "torys" que la protegían, se le había permitido gozar de sus tierras con toda tranquilidad. Allí lady Alicia Lisle, — así era llamada por cortesía, pues los títulos de la época de Cromwell no eran válidos durante la restauración, — hubiera podido finalizar sus días en paz; pero estaba escrito que los que la odiaban, — a pesar de ser ella una inocente anciana, — a causa del nombre que llebava y que la incluían en ella en el rencor que había asesinado a su esposo, no se sentían satisfechos. El instrumento del destino vino a ser el sacerdote Hicks. Convenció a Duaane, un panadero de Warminster, y disidente también, a que llevara a la señora Lisle su pedido de asilo. Portador de ese mensaje, Duanne partió para Ellingham, situado a unas veinte millas, el 25 de julio. Fué por el camino de Fovant y Chalk a Salisbury Plain. Pero de allí en adelante, como no conocía bien el camino, buscó a un correligionaria llamado Barter, y éste accedió a guiarlo y acompañarlo.

Ambos llegaron, un sábado por la tarde, a la hermosa casa llamada Moyle's Court. Los recibió el mayordomo de milady. Dunne, que parece haberse comportado en aquella ocasión tonta e imprudentemente, dice que envió a preguntar si la señora podría recibir a un sacerdote de nombre Hicks.

Carpenter, el mayordomo, hombre alto y delgado, de edad madura, se atemorizó de inmediato, asociando la idea del sacerdote presbiterino que buscaba refugio con la última rebelión. Pensó que se trataba de uno de los muchos contra los cuales existía orden de arresto por pronunciar sermones en reuniones prohibidas. Por lo tanto, además del mensaje llevó Carpenter a su señora, al piso superior, una advertencia. Pero ella, una señora de su hogar, bajita, delgada, bondadosa, de más de setenta años sonrió ante los temores de su servidor. Ya había dado asilo en su hogar a otros fugitivos, con anterioridad, durante los días del Conmonwealth, y durante los de Cromwell, sin que a ella le pasara nada. Recibiría, pues, al mensajero.

Mal de su agrado, Carpenter condujo a Duanne a presencia de la señora, dejándolos a ambos sólos. La impresión que Duanne dejó en el ánimo de milady fué que se trataba de uno de los sacerdotes perseguidos por hablar en reuniones disidentes. Pero cuando mencionó que Hicks tenía un compañero, milady quiso saber su nombre.

—No lo sé, milady, — respondió el panapero,—pero creo que tampoco estuvo en el ejército.

La anciana reflexionó durante un tiempo, pero al fin la piedad pudo más que la desconfianza en su corazón dulce y bondadoso.

—¡Muy bien! — dijo ella; — los protejeremos durante una semana. Tráelos el martes por la noche, y ven por el camino de los fondos, por el huerto, de manera que no os vean.

Dichas estas palabras la buena anciana se levantó, y, apoyándose en su bastón de ébano acompañó al panadero, con el fin de que le fueran hechos los honores de la casa.

Cuando llegaron a la cocina que milady se enteró que Duanne tenía un compañero. Al ver a Barter, que se puso de pie respetuosamente al verla entrar, se detuvo, volvióse a Duanne, y murmuró algo al oído de éste en voz baja; respondió el panadero y respondió el panadero y rió ella de su respuesta.

Intrigado, Barter, por aquel cuchicheo, preguntó a su compañero el motivo, cuando ya ambos habían emprendido el camino de regreso.

—Preguntóme ella si conocías tu el asunto que teníamos entre manos, y yo le respondí que no.

—¿Asunto has dicho? — dijo Barter. — ¿Qué asunto?

—Pues el que me trajo aquí, — respondió el otro, evadiendo una respuesta directa; y se rió.

Esta respuesta no satisfizo del todo a Barter. Tampoco lograron tranquilizarlo las palabras de despedida con las cuales acompagó Duanne la media corona que le entregó en pago de sus servicios.

—Esto sólo es parte miserable de lo que vendrá, si estás aquí el martes al anochecer, para guiarme de nuevo a Moyle's Court. Vendrán conmigo dos caballeros, ambos ricos, con rentas de una docena de miles de libras al año. Habrá una buena recompensa para mí por mis servicios; tan buena que ya no he de necesitar dinero durante el resto de mis días. Si tú nos encuentras aquí, también tendrás tu buena recompensa.

Después de consentir, Barter se dirigió a su casa. Pero mientras reflexionaba sobre las imprudentes palabras de Duanne, se maravilló de que unos honestos caballeros se hallaran dispuestos a pagar tan desproporcionadamente un honesto servicio; y de allí llegó a la conclusión de que todo eso tenía algo que ver con los rebeldes.

Sucedió, por una de esas inexcrutables coincidencias del destino, que el representante de la justicia a quien Barter buscó fué un coronel Penruddock, vengativo hijo de Penruddock, a quien el difunto John Lisle,

mientras era lord presidente de la Alta Corte, había sentenciado a muerte, treinta años antes, por participar en una fracasada rebelión contra el Commonwealth, en el Wilshire.

El coronel, un hombre alto, delgado, de cuarenta y cinco años de edad, escuchó con interés la narración de Barter.

—¡Eres un leal vasallo, hijo mío! — exclamó. — ¿Cómo se llaman esos dos canallas?

—No me han dicho los nombres.

—¡Muy bien! Ya lo descubriremos por nuestros propios medios, cuando vayamos a prenderlos en el lugar de la cita. ¿A dónde dices que tienes que guiarlos?

—A Moyle's Court. Allí milady Lisle les dará hospitalidad.

Durante un momento el coronel miró en silencio al delator; sus labios se entreabrieron en una sonrisa y un brillo perverso apareció en sus ojos, iluminando su maligno rostro coronado por pesado pelucón.

—Bueno, — dijo después el coronel. — Puedes irte. Ten la seguridad de que hemos de estar puntuales en el sitio de la cita para pescar a los pillastres.

Pero el coronel no cumplió su promesa. Barter vió, con sorpresa, que en el punto de cita, en Salisbury Plain, no había soldados ni nada parecido, el siguiente martes. Se vió pues, obligado a guiar a Duanne y a sus dos compañeros, el gordo Hicks y el alto y delgado Nelthorp, hasta Moyle's Court sin que aconteciera ni lo más mínimo durante el camino.

La generosa recompensa que Duanne le había prometido alcanzó tán sólo a la modestísima suma de cinco chelines, los que le fueron entregados por Nelthorp al despedirse. Intrigado por la ausencia del coronel Penruddock, Barter se fué de inmediato a casa del militar, para informarle de que ambos sospechosos se hallaban ya en casa de la señora Lisle.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Que no te preocupes, buen hombre!

Barter, instrumento voluntario del destino, no sabía que el arresto de dos presbiterianos fugitivos era asunto de poca importancia para el coronel, comparado con la posibilidad de satisfacer su odio sediento de sangre de la gente de la casa de Lisle.

En el ínterin, los fugitivos habían recibido la prometida hospitalidad en Moyle's Court. Mientras se hallaban cenando en una habitación del piso alto, junto con el panadero Duanne, entró milady Lisle a preguntarles si se les había provisto de todo lo necesario, y a conversar con ellos un momento. Se mencionó al duque de Monmouth y la batalla de Sedgmoor, lo que era muy natural, si se tiene en cuenta que eran esos temas de todas las conversaciones en aquellos días.

Milady Lisle no preguntó en aquellos momentos nada referente al alto y delgado compañero del señor Hicks. Pero, más tarde, se le ocurrió averiguar quién era. A la mañana siguiente, llamó al sacerdote, cuando éste se hallaba a punto de desayunarse. No fué pequeña la sorpresa de milady cuando supo que aquel hombre era Richar Nelthrop, el que se hallaba fuera de la ley por su participación en el complot de Rye House.

Está revelación no sólo alarmó a la señora de Lisle. La hizo opinar que no se la había tratado lealmente. Así se lo dijo a Hicks.

—Comprenderéis, señor, que no podéis permanecer aquí. Mientras supuse que vuestro delito era tan sólo el ser partidarios de la religión disidente, no me importaba arriesgarme al ocultaros. Pero siendo vuestro amigo lo que os, el riesgo es demasiado grande. No podéis esperar que yo lo comparta, tanto por mí misma como por mis hijas. Por otra parte, aborrecí siempre las conspiraciones y las guerras civiles, tanto antes como ahora. Soy una mujer leal y, como tal he de pediros que os retiréis tan pronto os hayáis desayunado.

El corpulento sacerdote no supo qué responder. Con la cabeza baja escuchó las palabras de milady. Podría haber suplicado pero en el mismo momento en que milady callaba, resonaron fuertes golpes en la puerta del piso bajo. Casi instantáneamente, apareció el mayordomo Carpenter en la habitación.

—¡Los soldados, milady! — exclamó. — ¡Nos han traicionado! ¡Se sabe que el señor Hicks está aquí! ¿Qué hacemos?

Milady no se movió ni su actitud experimentó el menor cambio. Recibió con una leve sonrisa las aterrorizadas palabras de Carpenter. La bondad de su naturaleza se sobrepuso instantáneamente a todo otro sentimiento.

—¡Trataremos de esconder a estos pobres hombres lo mejor que podamos! — dijo.

Hicks se dejó caer sobre una rodilla, tomando una de las manos de la anciana y besándola, protestando de que se dejaría ahorcar antes que causarle la menor molestia.

Pero la anciana insistió, completamente en calma y conservó toda su sangre fría. Carpenter condujo a Hicks y a Duanne a esconderlos en un agujero, en el granero donde se guardaba la cebada para hacer cerveza, debajo de una gran pila de bolsas. Nelthorp había desaparecido por iniciativa propia al llegar los soldados.

Mientras tanto, el insistente golpear en la puerta había continuado. Los soldados gritaban ordenando que abrieran la puerta en nombre del rey. Por fin, en una de las ventanas aparecieron las hijas de milady dispuestas a desafiar a los que llamaban.

El coronel Penruddock, que se proponía revisar con sus soldados la casa de sus hereditarios enemigos, retrocedió, mirando hacia arriba, gallardo y muy petulante, con su uniforme de casaca roja y sombrero con gran pluma negra.

—Tenéis a unos rebeldes escondidos en esta casa, — dijo, — y os ordeno, en nombre del rey, que me los entreguéis.

Pero antes de que se le hubiera podido responder, llegó Carpenter a descorrer las pesadas barras que protegían las pertas para permitir la entrada de los visitantes al patio.

Penruddock, plantándose frente al mayordomo, le dirigió un discurso al fin del cual advirtió:

—Amigo mío; es mejor que seas veraz y me digas quiénes son los que se hallan en

casa de milady. Sé que algunos desconocidos vinieron la noche pasada.

Carpenter, tembloroso y blanco como un papel, no sabía qué responder.

—¡Señor, yo señor!... — balbuceó.

Pero el coronel se impacientaba.

—¡Vamos, amigo mío, vamos! Sé que están aquí así que no hay que negarlo. Condúceme hasta donde estén escondidos, si quieres salvar tu cuello de la horca.

Esto decidió a Carpenter. Los dos refugiados en el granero de la cebada podrían haber desafiado todas las investigaciones, de no haber sido por el cobarde y pusilánime mayordomo que indicó el refugio.

—¡Pero, señor, por caridad, no le digáais a la señora que he sido yo quien os lo ha dicho! ¡Por favor, señor!

Pero el coronel, enterado ya de lo que deseaba saber, lo apartó como si hubiera sido un leproso; y llamando a sus hombres entró con ellos dirigiéndose hacia el lugar donde se hallaban escondidos Hicks y Duanne. Cuando los tuvo presos, se volvió hacia Carpenter, que lo había seguido.

—Hay aquí sólo dos, — dijo, — y son tres los inmundos rebeldes que vinieron anoche. ¡No trates de engañarme, canalla! ¿Dónde está el otro?

Penruddock se volvió hacia sus hombres.

—¡Revisad la casa! — ordenó. — Los soldados comenzaron a visitar a la manera acostumbrada entre tales gentes.

Pasaron los brutales soldados de una habitación a otra, abriendo los muebles, esparciendo su contenido por los suelos, dando tremendos golpes con la culata de sus mosquetes y los herrados extremos de sus picas. Algunos cofres cerrado fueron descerrajados, varias tablas del piso de una de las habitaciones levantadas. Al mismo tiempo los soldados se apoderaban de cuanto objeto se les ocurrían con cinismo verdadero.

Cuando el tumulto se hallaba en su apogeo apareció milady en la habitación.

—¡Señor! — exclamó ella, tratando de disimular su agitación bajo una ligera ironía. — ¿Habéis entregado mi casa al pillaje de vuestros soldados?

Saludó él, barriendo el suelo con la pluma de su sombrero, con una cortesía demasiado profunda para no ser irónica.

—No, señora, — corrigió. — Están revisando, en nombre del rey.

—El rey, — respondió ella, imperturbable, — podrá daros autoridad para revisar mi casa, pero no para robar lo que hay en ella. Vuestra gente no busca; se ha entregado al robo.

El se encogió de hombros.

—Esta es la costumbre de los soldados, — dijo, — no es de esperar cultura en esta clase de gentes.

Aprovechó la oportunidad para dirigirle un discurso sobre su falta de lealtad con el rey al dar hospitalidad y asilo a unos enemigos de su majestad.

—¡Eso no es verdad! — respondió la dama. — ¡Yo no conozco a ningún enemigo del rey!

Sonrió él despectivamente. Era ella tan diminuta de cuerpo y tan anciana que no valía la pena sacrificarla en el altar de la venganza. Pero el coronel Penruddock no pensó así. Por eso sonreía.

—Dos de ellos, un sucio presbiteriano llamado Hicks, y un pillastre que responde al nombre de Duanne, han sido presos ya. Os ruego, pues, milady, que seáis gentil conmigo, y si hay algún otro escondido en este lugar, que debe haber, pues sé que son tres los que han venido anoche, os ruego que me lo entreguéis y así os veréis libre de toda molestia.

Ella le miró un momento devolviéndolo sonrisa por sonrisa.

—Siento tener que deciros, señor militar, que no comprendo nada de lo que me decís ni de lo que pedís.

El coronel frunció el ceño.

—Entonces, señora, debe continuar el registro.

Pero unos gritos de triunfo que partieron de la habitación adyacente, anunciaron que el registro había llegado a su fin. Nethorp había sido hallado y sacado de una chimenea donde se había escondido.

* * * *

ASI exactamente un mes después, el 27 de agosto, lady Alicia Lisle fué conducida ante el tribunal de Winchester, acusada de alta traición. La acusación decía que, secreta, perversa y traidoramente había dado hospitalidad, asilo y refugio y había confortado, sostenido y ocultado a John Hicks, sabiendo que el tal era un falso y un traidor a sus deberes de lealtad con la paz y con "nuestro soberano el rey que ahora reina".

Vestida sencillamente de gris, la pequeña y anciana señora de cabello blanco se presentó con toda calma ante el lord magistrado Jeffreys y los cuatro jueces de su tribunal. Con entera confianza, respondió a la acusación, diciendo: "no culpable".

Era inconcebible que hombres que se preciaban de cristianos, la trataran tan rudamente por una ofensa que implicaba, en el fondo, un acto de caridad cristiana. El juez, sentado en el estrado más alto del tribunal, envuelto en su amplia toga de paño rojo, ribeteado con armiño, parecía un caballero bondadoso y gentil; sus facciones jóvenes y correctas, casi bellas, Jeffreys contaba entonces treinta y seis años, — se destacaban bajo la peluca negra, hallábanse tan pálidas que la línea de la boca de finos labios parecía un trozo de carmín. Sus ojos, grandes y serenos, la miraban, le pareció a ella, con compasión.

Pero ella ignoraba que la pidez de aquel rostro y la brillantez de aquellos ojos eran debidas a los excesos que lo habían tenido fuera del lecho hasta después de las tres de la mañana, la noche anterior, y también de la dolencia que, poco a poco, consumía su organismo y a veces lo llevaba al paroxismo de una rabia verdaderamente feroz.

La confianza que le inspiró el continente del juez pareció confirmarse con las primeras palabras que éste pronunció, dirigiéndose a ella. Ella había interrumpido al juez, cuando éste se dirigió primeramente a los jurados. — muchos de ellos caballeros de

calidad del Hampshire, — implicando que ella sentía cierta simpatía por la rebelión de monseñor el duque de Monmouth. Como no tenía defensor, tenía que preocuparse ella misma de su propia defensa.

—¡Milord! — gritó. — ¡Yo he aborrecido esta rebelión tanto como la que más!

Jeffreys se inclinó hacia adelante con un gesto que parecía querer tranquilizarla.

—Perdonad, señora, — dijo; — pero como debemos observar los métodos comunes y usuales de todo proceso en vuestro caso, me veo precisado a interrumpiros. — Y le prometió que sería oída, en su defensa, cuando el momento llegara, y que él mismo la instruiría sobre las formalidades que la ley establecía en su beneficio. La calmó con reverentes alusiones al Gran Juez de la tierra y el cielo que los contemplaba, asegurando que se le haría justicia. — En lo que decís concerniente a vos, — terminó, — pido al Cielo de todo corazón que séais inocente.

Era bondadoso y benigno el juez. Pero pronto había de tener milady la primera prueba de su verdadera condición, cuando interrogó el juez a Duanne, testigo de los más difíciles.

A regañadientes, cediendo sólo a la presión de que se le hacía objeto, Duanne relató cómo había conducido a los dos fugitivos a casa de milady con el consentimiento de ésta; y se trató de probar que ella conocía su calidad de rebeldes. El testarudo y evasivo Duanne fué preguntado, al fin:

—¿Creéis que ella conocía al señor Hicks con anterioridad?

Pero a esta pregunta Duane respondió en la misma forma que lo había hecho con otras muchas tendientes al mismo fin.

—No puedo, con certeza, decirlo.

Jeffreys se movió, incómodo, en su sillón y sus ojos despidieron llamas terribles, debajo de su entrecejo fruncido.

—¡Cómo! preguntó. —¿Crees tú por ventura, bellaco, que ella daría hospitalidad a una persona porque así se lo pidiera por intermedio tuyo? ¡Duanne, Duanne! ¡Tened cuidado! ¡Puede ser que yo sepa de este asunto más de lo que tú crees!

—¡Milord, yo no digo más que la verdad! — respondió Duanne, atemorizado.

—Sólo os aconsejo que tengáis cuidado, — respondió, sonriendo, Jeffreys.

Su sonrisa fué aún más terrible que el relampaguear de sus ojos.

—La verdad nunca requiere subterfugios; le agrada presentarse desnuda; no necesita que se lustre para brillar. Pero la mentira es la que no resiste a la luz, la que necesita ocultarse. Vamos, seguid vuestra declaración.

Pero Duanne no tenía ganas de seguir adelante. Su desgano por declarar lo hizo mentir tontamente. Declaró que tanto Hicks como Nelthorp le eran desconocidos. Cuando se vió acorralado, obligado a decir por qué había servido a hombres que le eran perfectamente desconocidos, respondió:

—Lo único que me impulsó a ayudarlos fué el que me dijeran que se hallaban en grandes deudas, y que, de no esconderse, irían a pagar con la cárcel lo que no podían pagar con dinero.

Entonces tronó fuerte la voz de Jeffreys.

—¿Pero es que crees tú que te cree alguno de los que aquí estamos? Vamos a ver: ¿cuál es tu oficio?

—Panadero, milord, — respondió Duanne.

—¡¿Y fías el pan con igual facilidad? Palabra de honor, eres un tonto. Vamos, dime: supongo que también amasas en domingos, ¿no es así?

—¡No, milord, no amaso en domingos!

—¡Magnífico! — replicó el juez, con sarcástica risa. — No amasas en domingo por no trabajar, pero trabajas en llevar a dos pillastres a un escondrijo.

Más tarde, a fin de complicar a la prisionera, se trató de arrancar a Duanne una declaración completa de la recepción que ella había hecho a los fugitivos. El terror de que era presa hizo que Duanne, en esta declaración, se contradijera más que nunca. Jeffreys se dirigió al jurado.

—Veis, pues, caballeros, qué precioso es este hombre. Una preciosa herramienta. Un bellaco al que fiaría media corona. Un turco tiene más títulos al paraíso que estos que pretenden de cristianos.

Pero como no se le pudiera sacar nada más a Duanne, se le hizo salir de la sala, tomándose la declaración sumamente comprometedora de Barter. Después de eso, fué llamado de nuevo el desdichado Duanne. Fué entonces interrogado por Jeffreys en términos tan blasfemos que me resisto a consignarlos aquí.

Barter acababa de declarar que milady había entrado en la cocina con Duanne; y que cuando él preguntó al panadero por qué había cuchicheado con ella, Duanne habíale respondido que milady le preguntó "si él (Barter), sabía algo del asunto". Jeffreys trató de hacer que Duanne dijera qué clase de asunto era ese al que tan misteriosamente había aludido. Trató de conseguir esto para así establecer que milady conocía la traición de Hicks.

Pero Duanne se resistió más obstinadamente que nunca. Jeffreys, exasperado, pues sin esta admisión del testigo no sería posible condenar a milady, invitó al jurado a tomar nota de la extraña y horrible conducta del testigo, que cubría de oprobio con sus palabras el asiento sagrado de juez en que se hallaba. Finalmente, el terrible juez recordó a Duanne su juramento de decir verdad, y se dirigió a él con una especie de alegría feroz.

—¿De qué le serviría a un hombre ganar el mundo entero si ha de perder su alma? — rugió el terrible juez. — ¿Acaso no lo dicen así las sagradas escrituras? ¿Vas a exponerte a perder cosa tan preciosa como el alma por una miserable mentira? ¡Condenado! Todas las montañas del mundo, colocadas una sobre otra, no evitarían que cayese sobre tí la ira de Dios por jurar en falso!

—¡No sé qué decir, milord, — respondió cada vez más aterrorizado, Duanne.

En su rabia al ver frustrados todos sus esfuerzos para conseguir del testigo lo que quería, el lenguaje del juez se hizo hasta casi obsceno. Reaccionando volvió a tratar de convencer al testigo por medio de la bondad

y le pidió que, en el propio interés de milady, a revelar qué clase de asunto era aquel a que había hecho referencia al hablar con Barter, después de salir ambos de casa de milady.

—Ella me preguntó si yo no sabía que Hicks era un disidente.

—Eso no puede ser todo. Debe haber algo más en eso.

—Sí, milord, eso es todo, — protestó Duanne. — Esa es la pura verdad.

—¿Habéis visto alguna vez un villano má imprudente? — rugió el juez. — Crees que después de todo lo que me has hecho pasar para obtener una respuesta, me vas a conformar con una estupidez de ese calibre? ¡Acércale la luz al rostro, para que pueda verla mejor!

Aterrorizado y tembloroso bajo la mirada de los terribles ojos del juez, Duanne gritó:

—¡Milord! ¡Estoy tan nervioso que no se lo que me digo!

Una vez más fué sacado de la sala, mientras el coronel Penruddock declaraba. Cuando hubo relatado cómo había hallado a los rebeldes, Hicks y Duanne escondidos en el granero, el juez hizo traer de nuevo a Duanne, a fin de que fuese interrogado de nuevo.

—Duanne, — preguntó el juez, — ¿cómo es que te escondiste en el granero?

—Milord, — respondió el interrogado, tontamente, — Me asusté del ruido y los gritos de los soldados.

—¡Oh! ¿De qué podías tener miedo, tú que no conocías ni a Hicks ni a Nelthorp, y milady sólo te había preguntado si Hicks era sacerdote disidente? De seguro, que un alma inocente como la tuya no tenía por qué asustarse de eso. Dudo de que no haya habido nada en el caso del "asunto" aquel de que hablábamos antes, si pudiéramos hacerte decir qué era.

Pero Duanne continuó evadiendo la respuesta.

—Milord, — respondió, — oí un gran ruido y grandes voces de los soldados, y, sabiendo cómo las gasta la soldadesca, sentí miedo y me escondí.

—Es extraño que te hayas ocultado al ruido de los soldados, cuando no conocías nada del "asunto" y, por lo tanto, no sabías que podían querer.

Otra vez el testigo, que tenía una bujía bastante cerca de las narices, se quejó de que esto lo enloquecía y no sabía lo que estaba diciendo.

—Pero decir la verdad no te robaría ninguno de los sentidos, en el caso de que alguna vez hayas tenido alguno, — replicó el juez. — Pero lo que parece es que ni tú ni tu señora, la acusada, habéis tenido sentido alguno, por que ela tampoco sabía nada de esto, a pesar de haberos enviado a buscar a los prisioneros.

Al oir esto, milady intervino.

—Milord, — exclamó. — Supongo que no se me condenará sin oirme.

—¡No, señora Lisle, Dios bendito, no! — respondió el juez. Y le lanzó un dardo que pudo darle a ella una idea de lo que en verdad se perseguía.—Esa era una práctica en los tiempos de vuestro esposo, pero, gracias al cielo, ya no sucede así.

Se tomó luego la declaración que hicieron de mala gana Carpenter y su esposa, después de lo cual se hizo una cuarta tentativa para arrancarle a Duanne la declaración de que milady conocía las actividades rebeldes de Hicks. Pero, si era estúpido, Duanne también era firme, y el juez volvió a dejarlo, después de haber agotado sobre él todos los insultos de su vastísimo repertorio, para dirigirse a la acusada e invitarla a hablar en su propia defensa

Levantóse ella para hacerlo así, sin temor y en calma.

—Milord, lo que tengo que decir es esto. Yo no sabía que iba a venir a mi casa nadie más que el señor Hicks. De él se me informó que se ocultaba en razón de la orden de arresto que sobre él pesaba por pronunciar sermones en reuniones prohibidas. Fué por eso por lo que le hice decir que viniera de noche. Pero no sabía yo que Nelthorp vendría con él, ni tampoco qué nombre tenía Nelthorp hasta después que se hubo hallado en mi casa. Puedo jurarlo. En cuanto al señor Hicks, no sabía yo que hubiera estado en el ejército. Sólo sabía que era un ministro del Señor que tenía por misión rezar y no pelear...

—Pues debo deciros, — interumpió el juez, — que no hay un solo de estos canallas, mentirosos y perjuros presbiterianos que, en una u otra forma, no haya tenido algo que ver con la rebelión.

—Milord, simpre he desaprobado tanto los métodos como las prácticas de la rebelión, — protestó ella, añadiendo que, si hubiera sido procesada en Londres, milady Abergavenny y muchas otras personas de calidad podían haber declarado ante el tribunal con cuánto calor había ella hablado contra la rebelión. Además, ella había estado en Londres hasta después de haber sido decapitado el duque de Monmouth.

"De haber sabido yo el día de mi proceso en este lugar, — añadió, — podía haberme procurado el testimonio de estas personas en mi favor. Pero, señor, se me ha garantizado que yo no iba a ser procesada, y así lo creí, como creí que el señor Hicks no era culpable de traición. He reprobado siempre la conducta de los que estuvieron en el complot contra el rey. Conozco muy bien cuál es mi deber para con mi rey y siempre lo he cumplido. Desafío a cualquiera que sepa algo en contrario a que venga lo declare".

Su voz se extinguió roncamente, al pausar.

—¿Tenéis algo más que decir?

—En cuanto a lo que se dice de haber negado yo que Nelthorp estuviera en mi casa, —continuó ella, — lo hice porque tuve miedo de los soldados, que fueron muy rudos y violentos conmigo, destrozando todo y robando mi casa. Pido a milord que así lo crea que no alimente mala opinión de mí por lo que de mí se dice por ahí, acusándome de haber aprobado la muerte del rey Carlos I;

porque eso es tan falso como verdadero es Dios.

"Yo no salí de mis habitaciones en todo el día en que el rey fué decapitado. Creo haber derramado más lágrimas por él que ninguna otra mujer. Vuelvo a repetir, milord, así quiera Dios tenerme en su santa guarda, que nunca supe palabra que venía a mi casa más persona que el señor Hicks, ni que este señor se hallaba en manera alguna relacionado con la rebelión. Nada supe del señor Nelthorp, hasta que éste estuvo en mi casa, ni conocí sus relaciones y actividades rebeldes; nada hasta que se hallaron amigos cenando allí. aSbía, sí, que el señor Hicks era un ministro de la Iglesia disidente, y sabiendo, como sabe todo el mundo, que hay orden de prisión contra todos los sacerdotes de la iglesia disidente, no tuve inconveniente en darle asilo, creyendo que esto era un acto de caridad cristiana, y no de traición a mi rey.

—¿Tenéis algo más que decir? — preguntó secamente Jeffreys.

—Milord, yo llegué al país sólo cinco días antes...

—¡No! —interrumpió el juez. — No se cuánto regresásteis ni me importa; pero me parece que habeis regresado a tiempo para dar asilo a rebeldes y traidores.

Respondió ella que de haber arriesgado su vida por algo, lo habría hecho por servir al rey.

—Pero si no he podido tomar las armas por el rey, durante esta rebelión pasada, mi hijo lo hizo por mi. El sirvió en el ejército, contra el duque de Manmouth, por que yo lo he educado siempre en el respeto y la lealtad debidos a su soberano.

—¡Bueno! ¿Hagéis terminado? — preguntó Jefferys, grutalmente.

—Sí, milord, — respondió ello, tomando asiento un tanto temblorosa por el esfuerzo realizado.

El juez comenzó su acusación ante el jurado. Fué sumamente larga, y la mitad de ella la pasó usando una ampulosa retórica en la cual el Todopoderoso aparecía a cada tres palabras. Degeneró en ciertos momentos en una diatriba contra la iglesia disidente, para seguir como sermón referente al texto de "dad al César...", etc. Las largas pausas que milord hacía en su peroración, unidas a su voz monótona, hicieron dormitar a milady. Despertó sobresaltada cuando el juez, dando un formidable puñetazo sobre la mesa, gritó con todas sus fuerzas que aborrecía a la última rebelión. Pero se hallaba de nuevo dormitando y cabeceando, tan confiada y tan sin culpa se sentía, cuando él comenzó a aplicar sus acusciones a los rebeldes, al propio caso de milady, a despecho de todas sus protestas contra la regelión.

Todo su discurso estaba calculado para infiltrar en los jurados el prejuicio, aun antes de presentar la az legal y los hechos concretos de la acusación. Su acusación, desde la primera hasta la última palabra, no fué el informe de un juez, sino una virulenta acusación de fiscal, así como su actitud al interrogar a los diversos testigos había sido más bien la de un acusador del ministerio público que la de un magistrado imparcial.

Las declaraciones que ella había hecho en su propia defensa, las pasó por alto, ignorándolas por completo, salvo en un particular, en el cual vió ocasión de acentuar el prejuicio del caso.

—Siento mucho, — murmuró casi con tristeza, — tener que recordar algo que aun a milady misma se le ha escapado. Se envanece con su religión y su lealtad; nos dice que lloró la muerte del rey Carlos el mártir; proclama su agradecimiento del último rey y su real hermano. Y tan pronto como aquel baja a la tumba, da hospitalidad y asilo a los que se regelaron contra su real sucesor.

"No voy a añadir, — continuó con deliberado énfasis, — qué participación tuvo su esposo en la muerte de aquel mártir que se llamó Carlos I; ya tiene ella demasiada culpa a qué responder. Espero que, lo que ella haya podido ser en aquella ocasión, no pese en el caso presente.

Pero, aún protestando de que eso no debía influenciar el caso, lo había citado precisamente con ese propósito. Era ella la esposa de un regicida, razón esta que justificaba, en su opinión y en la de su soberano, que se la condenara a muerte bajo cualquier pretexto y en cualquier forma.

Después citó las declaraciones de Duanne e hizo notar las contradicciones y las mentiras del panadero, las que, — dijo: — "Estaban sólo destinadas a ocultar la verdad; en una palabra, a ocultar que milady sabía cuáles eran las actividades que había desarrollado el sacerdote y las causas por las cuales se ocultaba. Después de lo cual Jeffreys solicitó del jurado "que pronunciara su veredicto, sin consideración para con persona alguna, tratando sólo de poner en claro la verdad".

No obstante, a pesar de que sus órdenes, si bien veladas, eran claras, algunos de los jurados parecían temer precisamente aquel mismo Dios que el juez tanto invocaba. Y uno de elos se levantó y le preguntó si, legalmente, podía considerarse traición el haber ocultado de la justicia a un hombre que no había sido aun hallado traidor.

Respondió el juez que, fuera de toda duda, era posible y, con tales seguridades, retiróse el jurado a deliberar. Cuando, al cabo de media hora, regresaron los jurados a la sala del tribunal, la mirada escrutadora del juez creyó encontrar sus rostros inusitadamente graves.

—Milord, — dijo el señor Whistler, presidente del jurado. — Necesitamos de vuestra señoría algunas direcciones antes de que podamos pronunciar nuestra veredicto. Dudamos de que haya suficientes pruebas de que ella sabía que Hicks había estado en el ejército, y era, por lo tanto, un rebelde.

Esta duda, era tanto más explicable, si se tiene en cuenta que no había la menor prueba de tal cosa. Sin embargo, el juez no vaciló en responder:

—Hay tantas pruebas como se pueda desear. Pero sois vosotros los que debis juz-

gar las pruebas. Por mi parte, sin embargo, suponía que no había la menor dificultad en tal sentido.

—Milord, — respondió el presidente, obstinado, — nos hallamos en duda sobre eso.

—No puedo yo evitar vuestras dudas, — respondió él, irritado. — ¿No está probado, acaso, que durante la cena se habló de la batalla y del ejército?

Durante un momento la mirada del juez se paseó por los miembros del jurado, relampagueante, amenazadora. Estos jurados se merecían bien que se les procesara por su lentitud en darse cuenta dónde estaba su deber para con el rey, se decía.

—No puedo decir qué es lo que os satisfará, — dijo. Y, sonriendo perversamente, agregó: — ¿Acaso no preguntó a Duanne si Hicks había estado en el ejército, y cuando Duanne respondió que no sabía, no dijo ella que no lo recibiría si había estado, pero indicó que le trajeran por la noche? ¿No pru prueba eso, acaso, que ella lo sospechaba?

Como podemos ver, él ignoraba por completo la declaración explicatoria que de tal circunstancia había hecho milady.

—Y cuando Hicks y Nelthorp vinieron, ¿no habló elal con ellos de la rebelión y el ejército? — (Como si hablara del asunto más sensacional del día, del asunto que era la conversación obligada, fuera un delito en este caso particular). — ¡Vomas, vamos, caballeros! — concluyó con asombrosa impudicia. — Es prueba más que suficiente.

Pero el presidente no estaba satisfecho

—No recordamos, milord, que se haya pro bado tal pregunta.

Tal testarudez, despertó la rabia del juez.

—¡Por vida mía, — aulló, gesticulando como un poseído, — que no recordais nada de lo que se ha probado! ¿No ha declarado Duanne que hubo tal conversación y que ella estaba presente? Pero, aun de no haberla habido, todas las circunstancias y la forma en que ella obró, son pruebas más que suficientes. ¡Me admira que dudéis, caballeros!

La señora Lisle se había puesto de pie. Sus ojillos brillaban con excitación y su rostro anciano se había coloreado.

—¡Milord, espero!... — comenzó a decir.

—¡No podéis hablar ahora! — tronó el terrible juez, silenciándola así.

La resistencia de los jurados a su formidable voluntad fué, empero, pronto acallada. Un cuarto de hora después, el jurado pronunciaba su veredicto de culpabilidad.

—Caballeros, — dijo su señoría satisfecho. — no suponía que tendría ocasión de hablar después de vuestro veredicto; pero observando cierta duda y vacilación entre vosotros, no puedo menos de decir que eso me maravilla. Creo, a conciencia, que las pruebas son tantas como fuera necesario; y, de hallarme yo entre vosotros, de ser ella mi propia madre, el veredicto no podría haber sido sino el mismo.

Al día siguiente fué llevada milady de nuevo al tribunal, juntamente con otros acusados, a fin de que se dictara sentencia. Se la condenó a morir por la hoguera, que era la pena legal para delitos de traición. Entre sermones contra la religión que ella profesaba, la condenó, ordenando al sheriff preparar todo lo necesario para la ejecución, esa misma tarde.

—Pero oid, milady, — añadió. — Nosotros, los jueces, estaremos en la ciudad aun una o dos horas. Se os dará tinta, papel y pluma. Y si empleáis esa tinta, papel y pluma y la hora o dos bien, ¿comprendeis lo que os quiero decir?, tal vez tengáis noticias de un aplazamiento de la sentencia.

¿Cuál era el sentido de sus palabras que él supuso ella entendía? La historia nos dice que el terrible juez tenía conocimiento del comercio ilícito que el coronel Kirke realizaba en el Oeste, y que el juez mismo no perdió ocasión de, por esos mismos medios, adquirir una fortuna que no poseía como patrimonio. En esa forma, cínicamente, indicaba que era accesible al soborno.

Es esta la única explicación del rencor del cual hizo luego objeto a la prisionera, provocado por la falta de milady de aprovecharse de tal indicación. ero la intersección de los predicadores de Winchester le ganó a milady una semana de retardo en la ejecución de la sentencia. Y durante esa semana los poderosos amigos que tenía en Londres milady, encabezados por el conde de Abervenny, presentaron un petitorio al rey en favor de milady Lisle. El mismo Faversham, el vencedor del rebelde duque de Monmouth en la batalla de Sedgmoor, pidió al rey el perdón de milady, según se dice tentado por una oferta de mil libras.

Pero el rey se negó a perdonarla pretextando que había dado palabra a lord Jeffrey de no suspender la sentencia. Toda la clemencia que la influencia de los poderosos pudo arrancar al rey fué la de modificar la sentencia en el sentido de que fuera la condenada decapitada en lugar de ser quemada.

El dos de setiembre fué ejecutada en la plaza del mercado, en Winchester. Caridad cristiana había sido todo su delito, y por éste le fué exigida su cabeza en pago. Con una resignación verdaderamente santa se sometió valerosamente a la sentencia. En lugar de hablar, dejó en manos del sheriff un documento en el cual protestaba una vez más de su inocencia, de su lealtad al rey; y perdona a sus enemigos, nombrándolos; al juez que prejuició su proceso, olvidando, dice, "que la Corte, según la ley, debe ser asesor del acusado y no abogado de la corona", y al coronel Penruddock, "por haber esperado a que los rebeldes se hallaran en mi casa, cuando pudo haberlos arrestado la noche antes, en el camino, según me lo dijo personalmente".

Entre estas líneas podemos leer la verdadera razón por la cual fué condenada lady Alicia Lisle. Murió para aplacar la sed de venganza del cruel Jaime II y del coronel Penrudodck, sed de venganza contra un hombre que había muerto hacía veinte años.

RAFAEL SABATINI.

UN CUENTO INTERESANTISIMO

EL DUX Y LA DOGARESA

POR ERNST HOFFMANN

(Traducción del alemán)

Figura en primera línea entre los más famosos cuentos de su famoso autor, el que "Pucky" ofrece hoy a sus lectores, en el convencimiento de que les será grato leer esta valiosísima joya de la literatura universal.

CON este título se designaba en el catálogo un cuadro de los que expuso la Academia de Artes de Berlín en septiembre de 1816, el cual llevaba la firma del afamado artista y miembro de dicha Academia, C. Kolbe, y tenía tal atractivo, que rara vez se hallaba sin público que lo contemplase. Representaba un dux en traje de ceremonia; a su lado, la dogaresa, ricamente ataviada también, y apoyados los dos en una balaustrada; él era un anciano de barba gris y rostro moreno en el que se veían mezclados rasgos de fuerza, de debilidad, de orgullo e insolencia y de bondad; ella, una jovencita de mirada soñadora y triste, con un aspecto marcado de indolencia en toda su actitud. Detrás de ellos, una vieja y un hombre que sostenía una sombrilla abierta. Junto a la balaustrada, un individuo que tocaba un cuerno en forma de caracol, y delante de él, en el mar, una góndola engalanada con la bandera veneciana; en esta góndola esperaban órdenes dos remeros. En el fondo extendíase la inmensidad azul, cubierta de cientos y cientos de velas, y se divisaban las torres y palacios de la bella Venecia, que emergían de las aguas. A la izquierda veíase San Marcos; a la derecha, más en primer término, San Giorgio Maggiore. En el marco dorado del cuadro aparecían grabadas las palabras siguientes: "Ah!, senza amare,—Andare sul mare—Col sposo del mare—Non può consolare". (Ah, sin amar, —andar por el mar—con el esposo del mar —no puede consolar.)

Ante este cuadro sosteníase un día una discusión sobre si el autor había querido pintar un cuadro únicamente, y con aquellos versos trató de representar la situación de un hombre que aún rodeado de todos los esplendores de la riqueza no logra apagar el ansia del corazón, o era verdaderamente un caso histórico. Cansados de la discusión, fueron abandonando el lugar, uno tras otro, los allí congregados, hasta que por fin sólo quedaron ante el cuadro dos pintores de los más distinguidos, y grandes amigos.

—Yo no sé, — comenzó a decir uno de ellos, — cómo nos las arreglamos para empequeñecer toda satisfacción con el afán de alambicar y analizarlo todo. Aparte de que yo tengo mis ideas respecto a la relación de este dux y esta dogaresa, me intriga sobremanera toda la historia de aquel reino, con su poderío y su fuerza. ¡Oh, hermosa Venecia!

Comenzó a recitar el enigma del Adriático de "Turandoto":

Dimmi'qual sia quella terribili fera,
etc., etc.

Apenas había terminado, cuando una voz masculina pronunció las primeras palabras de la solución de Kalaf: "Tu quadrupe fera", etc. etc. Sin que lo advirtieran los dos amigos, habíase colocado detrás de ellos un individuo de aspecto noble, con una capa echada sobre los hombros en actitud pintoresca, y que miraba el cuadro con ojos chispeantes. Entraron en conversación, y el desconocido exclamó con tono casi grave:

—Es un misterio extraño el que a veces produce en el artista un cuadro cuyo agra-

to, que vaga en la niebla de una manera incorpórea e invisible, toma forma y adquiere vida en la mente del pintor. Y aquel cuadro tiene una relación con el pasado o con el porvenir y representa algo que ha de ocurrir o que ha ocurrido ya. Quizá ni el mismo Golbe sepa que en ese cuadro ha retratado al dux Marino Faliero y a su esposa Annunziata.

El desconocido guardó silencio; pero los dos amigos le instaron a que les resolviera aquel enigma con el del león adriático. Entonces habló así:

—Tengan paciencia, curiosos señores, que yo les daré la explicación del cuadro al tiempo que les cuento la historia de Marino Faliero. Pero ¿tendrán ustedes paciencia? Les advierto que he de ser muy prolijo en detalles, pues no podría hablar de otro modo de cosas que tengo ante mis ojos como si las hubiese visto en realidad. Y quizá sea así, pues todo historiador, como lo soy, no es, en realidad, sino un espectro parlante del pasado.

Los dos amigos se metieron con el desconocido en un aposento retirado, donde éste comenzó del modo siguiente:

—Hace mucho tiempo, y si no estoy equivocado, en el mes de agosto de 1354, el valiente general genovés Paganino Doria derrotó por completo a los venecianos y tomó por asalto la ciudad de Parenzo. En el golfo, a poca distancia de Venecia, iban de un lado a otro sus galeras, abarrotadas de hombres como aves de presa hambrientas que, con avidez insaciable, acechan a su víctima para agarrarla con mayor seguridad, sembrando el terror en el pueblo y en la Señoría Todo aquel que podía manejarse estaba destinado a empuñar las armas o los remos. En los muelles de San Nicolo reuníanse las tropas. Barcos y árboles, sumergidos y sujetos con cadenas, servían de dique, para evitar que penetrase el enemigo. Mientras aquí sólo se oía el ruido de las armas, veíanse en el Rialto los agentes de la señoría que, secándose el frío sudor de la frente, con rostros descompuestos y voces roncas, ofrecían un tanto por ciento, cada vez más crecido, por el dinero, del cual se carecía en absoluto en la República. En los inescrutables designios de la Providencia estaba dispuesto que en aquella época de mayor dolor y angustia le fuera arrebatado al afligido rebaño su fiel pastor. Agobiado por el peso de la derrota, murió el dux Andrea Dandolo, a quien el pueblo llamaba "el querido conde", — "il caro contino", — porque siempre fué bueno y condescendiente y jamás atravesó la plaza de San Marcos sin llevar abierta y pródiga la bolsa para los necesitados que a él acudían y una palabra amable para todos. Como suele suceder al abatido por la desgracia, que un golpe que en otra ocasión aceptaría resignado le conmueve extraordinariamente, así el pueblo mostróse inconsolable cuando las campanas de San Marcos anunciaron la muerte de su amado dux. Con él perdían su apoyo, su esperanza; no átendrían más remedio que someterse al yugo genovés, y lo gritaban en alta voz, a pesar de que en lo concerniente a las operaciones militares no era tan importante la pérdida de Dadolo. El buen conde amaba la paz. Estudiaba con más gusto la marcha admirable de las estrellas que los intrincados laberintos de la política; agradábale más ir en la procesión pascual que guiar un ejército.

Pensóse luego en elegir un dux que sirviera para general al tiempo que para político y que pudiese salvar a Venecia, amenazada en su base, del poder amenazador de su enemigo. Reuniéronse los senadores; nadie vió más que rostros tristes, miradas inexpresivas inclinadas al suelo, cabezas apoyadas en la mano. ¿Dónde hallar un hombre que pudiese apoderarse del timón y dirigir la nave con pericia? El más viejo, llamado Marino Bodoeri, dejó por fin oír su voz:

—Aquí, entre nosotros, no lo encontraréis; pero dirigid vuestras miradas a Avignón, a Marino Faliero, enviado allá por nosotros para felicitar al Papa Inocencio por su nombramiento, y que seguramente serviría para el caso; elijámosle dux. Me objetaréis quizá que Marino Faliero tiene ochenta años, que su cabello y su barba son de plata, que su aspecto alegre, sus ojos vivos, el color de sus mejillas más se deben al vino de Chipre que a su vigor físico; pero no os fijéis en eso. Recordad el valor de que dió pruebas Marino Faliero como "proveditor" de la flota del Mar Negro; pensad en los servicios que prestaría para que los "procuratori" de San Marcos le concedieran el condado de Valdemarino.

Bodoeri siguió enumerando los méritos de Faliero, y tan bien lo supo hacer que todos concluyeron con estar conformes con su elección. Algunos hablaron del carácter iracundo de Faliero, de su ambición inmoderada, de su arbitrariedad; pero se convino en que a pesar de todo esto, se le debía elegir, porque se elegía al viejo, no al joven Faliero. Las voces contrarias se acallaron en el momento en que el pueblo supo la elección, que acogió con demostraciones de júbilo. Y es que, como se sabe por experiencia, en tales momentos de intranquilidad y de angustia, toda decisión, sea cual fuere, se acoge como una bendición del Cielo. Sucedió, pues, que el buen conde, con toda su caridad y su bondad, fué olvidado por completo, y que todo el mundo decía: "La verdad es que este Faliero ha debido ser dux hace mucho tiempo, y seguramente que Doria no nos habría dado tanto que hacer." Los soldados inválidos levantaban en alto las armas y gritaban: "Este es Faliero, el que batió a Morbassan; el valiente guerrero que hizo ondear las victoriosas banderas en el Mar Negro." Y dondequiera que se reunía el pueblo, se comentaban las heroicidades del viejo Faliero; y como si ya estuvese vencido Doria, resonaban en el espacio los gritos de júbilo. Y ocurrió que Nicolo Pifani que, Dios sabe por qué, en vez de salir al encuentro de Doria con la flota se había dirigido tranquilamente hacia Cerdeña, volvió al fin. Doria abandonó el golfo, y lo que realizó la proximidad de la flota de Pifani se consideró como obra de Marino

Faliero. El pueblo y la nobleza sintiéronse acometidos de una especie de fanático entusiasmo por la elección acertada, y se decidió considerar al nuevo dux como un enviado del Cielo que traía a la patria honor y gloria. La nobleza envió a Verona doce miembros de su clase, acompañados por numerosos mriados, porque los embajadores de la República habían de confirmar allí su nombramiento y recibir a Faliero como cabeza del Estado. Quince barcas, equipadas a costa del podestá de Chioggia y a las órdenes de su propio hijo, Tadeo Giustiniani, tomaron a bordo al dux y a su séquito en Chioggia, conduciéndole en triunfo, como a un monarca vencedor, a San Clemente, donde lo esperaba el bucentauro.

En el preciso momento en que Faliero se disponía a poner pie en el bucentauro, — era el día 3 de octubre por la tarde, al caer el sol, — ante las columnas de la "Dogana", echado en las lajas de mármol, yacía un pobre hombre. Cubrían su cuerpo enflaquecido unos cuantos andrajos, cuyo color era imposible determinar, y que debieron de ser algún día traje de marinero de los que suelen usar los remeros y cargadores. De camisa le vervirá su propia piel, tan blanca y suaae, que no se hubiera avergonzado de ella el más noble. La misma delgadez hacía resaltar más las proporciones hermosas de sus miembros, y si se miraban atentamente los bucles castaños que, encrespados y revueltos, le caían sobre la frente; los ojos azules, empañados por la miseria; la noble nariz; la boca bien dibujada del desgraciado, — que a lo sumo contaría veinte años, — se adquiría el convencimiento de que alguna desgracia había debajado a aquel individuo a las clases ínfimas de la sociedad, habiendo sido su nacimiento muy distinto.

Como he dicho, el infeliz estaba echado sobre las losas de la Aduana, con la cabeza apoyada en el brazo derecho, mirando indiferente y fijo al mar. Podía creerse que la vida había huído de él, convirtiéndolo en estatua, de no ser porque de vez en cuando suspiraba, como conmovido por un profundo dolor. Seguramente se lo produciría el brazo izquierda, que descansaba sobre las lajas de mármol y que, envuelto en trapos sanguinolentos, parecía estar muy malherido.

Cesaron los trabajos; calló el ruido del tráfico; todo Venecia acudió a recibir al dux Faliero. Y por esta causa el desgraciado joven encontrábase solo con su dolor. Una vez que su cabeza se inclinaba de nuevo, como si se fuera a desmayar, oyóse una voz ronca que decía a su lado:

—Antonio, mi querido Antonio.

Incorporóse Antonio y, mientras dirigía su mirada a las columnas de la Dogana, de donde parecía proceder la voz, dijo débilmente y en tono casi ininteligible:

—¿Quién me llama? ¿Quién viene a tirar al mar mi cadáver? Porque poco he de tardar en morir.

Cojeando p rengueando, acercóse al joven una viejecilla, la cual, al llegar junto a él, comenzó a reír y a decir en tono de broma:

—¡Qué tonto, qué tonto eres! ¿Quieres morir aquí de cualquier modo porque la fortuna te abandona? Levántate y mira las llamas que se agitan: allí hay cequíes para tí. Pero tienes que comer y beber, querido Antonio; el hambre es la que te tiene ahí tirado sobre las duras losas. El brazo ya lo tienes curado, y pronto lo tendrás bueno del todo.

Antonio reconoció en la viejecilla a la pobre que en el atrio de la iglesia de los franciscanos solía pedir limosna a los fieles, sonriéndoles la gotera, y a la cual alguna vez había dado un "quattrino", — ganado con mucho trabajo, — movido por una atracción inexplicable.

—Déjame en paz, — respondió el mozo, — déjame en paz, vieja loca; ya sé yo que el hambre me acaba más que la herida; como que hace tres días que no gano ni un "quattrino". Quería subir al monasterio a ver si alcanzaba un par de cucharadas de sopa, pero todos mis compañeros se han ido... No queda ninguno de los que me llevan en sus barcas por compasión, y aquí me he quedado, para no levantarme más probablemente.

—¡Ji, ji, ji! — rió la vieja. — ¿Por qué desesperar en seguida? ¿Por qué desanimarse? Tienes sed, tienes hambre, y yo te puedo ayudar. Aquí tienes unos pececillos secos, comprados hoy mismo; el jugo de un limón y un panecillo. Come, hijo mío, come y bebe; después veremos la herida del brazo.

La vieja sacó del fardel que llevaba colgado a la espalda, y que se quitó pasándolo por encima de la cabeza, pescado, pan y un limón. En cuanto Antonio se hubo humedecido los secos labios con el zumo refrescante, acucióle el hambre con doble fuerza y devoró el pan y el pescado. La vieja, entretanto, se ocupaba en quitarle los trapos del brazo herido, encontrándose con que, en efecto, a pesar de tenerlo mnuy magullado, las heridas estaban curadas por completo. Mientras que untaba las heridas con un ungüento que llevaba encerrado en una cajita, le preguntó:

—¿Pero quién te ha golpeado de este modo, pobre hijito mío?

Antonio, aliviado y sintiéndose con nueva vida, se había incorporado casi por completo, y, con mirada brillante, levantó la diestra y respondió:

—El pillete de Nicolo; quería dejarme cojo, porque me tiene envidia por cada miserable "quattrino" que me da una mano generosa. Ya sabes, buena anciana, que yo me gano la vida con trabajo ayudando a los alemanes a cargar y descargar los barcos y lanchas en la Casa le Comercio, en el llamado Fontego.

Apenas Antonio prounció la palabra Fontego la vieja comenzó a reír irónica y a repetir como inconscientemente:

—Fontego... Fontego... Fontego...

—Deja esa risa estúpida si quieres que te siga contando lo que me ha ocurrido, — exclamó Antonio, irritado.

La vieja se quedó tranquila, y Antonio continuó:

—Había ganado algunos "quattrini"; me compré una chaqueta nueva, con la que estaba muy bien, y pude figurar en el número de los gondoleros. Como siempre tenía buen humor, y trabajaba con afán, y cantaba lindas

canciones, ganaba más "quattrini" que los otros, lo cual hizo que mis compañeros me envidiasen. Me calumniaron ante mi jefe, el cual me echó, y dondequiera que iba me persguían, diciéndome: "Perro alemán, hereje maldito". Y hace tres días estaba ayudando a remolcar una barca,, cerca de San Sebastián, cuando cayeron sobre mí con piedras y palos. Con habilidad, pude esconder la cabeza; pero el pillo de Nicolo me alcanzó en el brazo con un remo y me hizo caer al suelo. Tú me has alimentado, y siento que tu ungüento me hace mucho bien. En cuanto pueda mover el brazo con soltura volveré a dedicarme a remar.

Antonio se puso en pie y comenzó a mover su brazo herido, para probar si tenía más flexibilidad; la vieja, mientras tanto, reía y reía, dando saltitos y diciendo al mismo tiempo:

—Hijo mío, hijo mío, hijo mío; remar;... ya viene...; el oro brilla cegador; remar..., remar...; otra vez sola y nunca más.

Antonio no hizo caso de aquella extravagancia de la vieja, pues ante su vista se desarrollaba el espectáculo más sorprendente y magnífico que viera en su vida. Desde San Clemente venía el bucentauro, con el león adriático en las desplegadas banderas, chapoteando con los remos como un cisne gigantesco. Rodeado de miles y miles de góndolas, con su cabeza erguida, parecía mandar un ejército jubiloso que emergiera del fondo del mar. El sol poniente derramaba sus últimos rayos sobre la superficie de las aguas, sobre Venecia, encendiéndolo todo con sus llamas; y para Antonio, que lo contemplaba olvidado de toda preocupación, era cada vez más fantástico el espectáculo. Un rugido sordo resonó en el aire, respercutiendo en el mar con un eco espantoso. La tormenta se echó encima, arrastrada por negros nubarrones, y en el mar se encresparon las olas, produciendo monstruos de espuma y amenazando con tragárselo todo. Como plumas dispersas, las barcas y las góndolas flotaban en las aguas. El bucentauro, que con su quilla plana no estaba en condiciones de resistir la tormenta, cabeceaba de un modo peligroso. En vez de los gritos de alegría y de las trompetas marciales, sólo se escuchaban, entre el fragor de los truenos, ayes espantosos de los amenazados.

Asombrado, contemplaba Antonio la escena; junto a él sonaba un ruido como de cadenas; miró hacia abajo: un pequeño esquife, sujeto al muro con una cadena, era sacudido por las olas; tuvo una inspiración: saltó al esquife, lo desamarró, tomó los remos que estaban dentro y remó animoso y valiente hacia el bocentauro. Conforme se acercaba oía más distintamente los gritos de auxilio lanzados por sus ocupantes: "¡Aquí! ¡Aquí! ¡Salvad al dux! ¡Salvar al dux!..." Ya se sabe que las pequeñas embarcaciones de los pescadores van más seguras por el golfo cuando hace tormenta que las grandes, y, por lo tanto, acudieron de todas partes con objeto de prestar ayuda al bucentauro y salvar la vida al caro Marino Faliero. Pero en la vida ocurre siempre que la divina Providencia tiene destinado a uno solo para que sea quien realice un hecho loable, siendo inútiles los esfuerzos de los demás. En esta ocasión fué el pobre Antonio el destinado para salvar la vida del recién elegido dux, y, por lo tanto, él solo llegó felizmente al bucentauro con su esquife. El viejo Faliero, familiarizado con tales peligros, salió, sin pensarlo ni un momento, del magnífico, pero traidor bucentauro, y se pasó a la barca del pobre Antonio, que lo llevó veloz, deslizándose como un delfín sobre las encrespadas olas, a la plaza de San Marcos. Con las vestiduras empapadas, la barba gris salpicada de gotas de agua de mar, dirigióse el anciano a la iglesia, donde los nobles, pálidos por el espanto, terminaban la ceremonia de la entrada. El pueblo, lo mismo que la nobleza, consternado por el desastre, que consideraba seguro, — por haber pasado el dux por entre las dos columnas en que son ajusticiados los criminales, — enmudeció de repente, y el día, comenzado con alegría inusitada, terminó en la mayor tristeza.

Nadie se acordó del salvador del dux. El mismo Antonio no pensaba en su acción, pues estaba en la galería del palacio ducal cansadísimo y medio desmayado por el dolor que le producían las heridas, que se le habían abierto con el esfuerzo. Mucho se sorprendió, por lo tanto, cuando, ya casi de noche, un guardia de los de palacio se acercó a él y le dijo:

—Venga conmigo, buen hombre, — conduciéndole al aposento del mismo dux.

El anciano acercóse a él amablemente y le dijo, señalando a un par de talegas que había sobre la mesa:

—Te has portado como un valiente, hijo mío; aquí tienes tres mil cequíes; si quieres más, dílo; pero hazme el favor de no volverte a poner delante de mi vista.

Al decir estas palabras, de los ojos del anciano salieron chispas y la punta de la nariz se le enrojeció más de lo acostumbrado. Antonio no supo lo que el anciano le quería decir con aquello, ni le importó mucho tampoco, limitándose a tomar, con algún trabajo, las talegas, que estaba seguro de haber merecido.

Deslumbrante con la pompa del nuevo cargo, el viejo Faliero miraba a la mañana siguiente por los altos ventanales de palacio al pueblo, que, reunido en la plaza, dedicábase a toda clase de ejercicios de armas. Bodoeri, que desde su infancia conservaba una estrecha amistad con el dux, entró en la estancia, y como Faliero, ensimismado en sus precocupaciones, no advirtiera la presencia del amigo, dió éste dos palmadas y exclamó riendo:

—¿Qué ideas tan elevadas bullen por tu cabeza desde que te has puesto la birreta de dux?

Faliero fué al encuentro del viejo amigo como quien despierta de un sueño; comprendía que á él le debía la birreta, y las palabras que acaba de pronunciar se lo demostraban. Como quiera que para su espíritu orgulloso y ambicioso era una carga pesada todo agradecimiento y no podía hacer con Bodoeri lo que había hecho con el pobre Antonio, decidió dirigirle algunas frases de gracias y lue-

go comenzó a hablar de las medidas que pensaba tomar para combatir a los enemigos.

—Eso, — díjole Bodoeri con sonrisa sarcástica, — eso y todo lo demás que el Estado desea de ti lo determinaremos dentro de un par de horas en el Gran Consejo. No he venido tan de mañana para hablar de los medios de batir a Doria ni para estudiar la manera de perder al húngaro Luis, que sigue molestándonos en las provincias de Dalmacia. No, Marino; me ha traído hacia ti tu propio interés y he venido a hablar de ti y de tu casamiento.

—¿Cómo puedes pensar en eso? — repuso Faliero levantándose y volviendo la espalda a su amigo, asomándose a la ventana. — Aun falta mucho para el día de la Ascensión, y espero para entonces haber vencido al enemigo y haber ganado para el león adriático honor y gloria y nuevos territorios. La novia casta debe hallar al novio digno de ella.

—¡Ah! — interrumpióle impaciente Bodoeri. — Tú hablas de la ceremonia extraña del día de la Ascensión, cuando has de arrojar desde el bucentauro al mar el anillo, significando con ello que te desposas con el Adriático. Tú, Marino, tú, que estás familiarizado con el mar, ¿puedes pensar como única novia en el traidor elemento que ayer mismo tan amenazador se insubordinó contra ti? ¿Cómo quieres ser estrechado por los brazos de tal novia, que, como una loca, cuando al descender del bucentauro tocaste sus frías mejillas comenzó a encresparse desatinadamente? ¿Basta un Vesubio con todo su fuego para dar calor al pecho helado de tal mujer, que en continua infidelidad, siempre contrayendo nuevas nupcias, no recibe el anillo como una dádiva de amor, sino como una muestra de esclavitud? No, Marino: yo quería decirte que te casarías con la criatura más hermosa de la tierra.

—Tú deliras, — murmuró Faliero sin apartarse de la ventana; — tú deliras, viejo amigo. ¡Yo, un ochentón, cargado de trabajo y de fatiga, que nunca se ha casado, que apenas es capaz de sentir amor!

—¡Alto ahí! — exclamó Badoeri. — No te denigres. Por muy frío y crudo que sea el invierno, ¿no alarga los brazos lleno de esperanza a la diosa que se acerca a él empujada por el viento Oeste? Y cuando lo estrecha contra su corazón, haciendo que su hálito tibio penetre en sus venas, ¿dónde van a parar el hielo y la nieve? Dices que eres un ochentón, y es cierto; pero ¿es que los años significan necesariamente vejez? ¿No llevas la cabeza erguida? ¿No es tu paso tan firme como cuando contabas cuarenta veranos? ¿O es que quizá sientes que tus fuerzas te abandonan? ¿Que no puedes sostener una espada? ¿Que una marcha rápida te rendiría? ¿Que no podrías subir las escaleras del palacio ducal?

—¡No, por Dios! — interrumpió Faliero, separándose de la ventana con un movimiento rápido y acercándose a su amigo. — ¡No, por Dios, no hay tal cosa!

—Entonces,—continuó Badoeri,—disfruta de viejo de todas las delicias terrenales que se te ofrecen. Eleva a dogaresa a la mujer que yo he elegido para ti, y las mujeres de Venecia reconocerán en ella su soberana en belleza y virtud, lo mismo que los venecianos te reconocerán a ti como s cabeza en valentía, espíritu y fuerza.

Bodoeri comenzó a trazar el retrato de una mujer, con colores tan vivos, que el viejo Faliero le brillaron los ojos; su rostro fuése enrojeciendo más y más, como si hubiese bebido varios vasos seguidos de vino de Siracusa.

—¡Ay! — exclamó al cabo. — ¿Qué maravilla es ésa de que me hablas?

—Me refiero a mi sobrina querida, — repuso Bodoeri.

—¿Cómo? — interrumpióle Faliero. —¿Tu sobrina? ¿No estaba casada con Bertuccio Menolo cuando yo era podestá de Treviso.

—No, — respondió Bodoeri, — tú te refieres a mi sobrina Francesca, y a la que yo digo es su hija. Ya sabes que el mar se tragó al salvaje Menolo. Francesca, llena de dolor y desesperada, se metió en un convento de Roma, y yo hube de educar a la pequeña Annunziata en el aislamiento de mi "villa" de Treviso.

—Pero, — interrumpióle de nuevo el dux, lleno de impaciencia, — ¿la hija de tu sobrina ha de ser mi esposa? ¿Cuánto tiempo hace que se casó Menolo? Annunnziata debe de ser una niña de diez años a lo sumo. Cuando yo era podestá de Treviso no pensaba Menolo en casarse, y hace de esto . . .

—Veinticinco años, — atajóle Bodoeri sonriendo. — ¿No sabes que el tiempo pasa sin sentir? Annunziata es una muchacha de diez y nueve años, linda como el sol, modesta, humilde, inexperta en cuestiones de amor, pues apenas ha visto hombres. Se unirá a ti con amor infantil y con absoluta sumisión.

—¡Quiero verla, quiero verla! — exclamó el dux, a quien el retrato hecho por Badoeri se le representaba de nuevo ante la vista.

Su deseo se vió cumplido el mismo día, pues apenas volvió a su aposento, después del Gran Consejo, se la llevó en el mayor secreto el astuto Badoeri, que indudablemente tenía razones especiales para desear que su sobrina llegase a dogaresa. Cuando el anciano Faliero vió aquella criatura angelical quedóse maravillado de tanta belleza, y apenas si pudo con palabras entrecortadas pedirla en matrimonio. Annunziata, que estaba bien aleccionada por Bodoeri, ruborizada, hasta los ojos, cayó a los pies del anciano, tomóle las manos y, llevándoselas a los labios, murmuró en voz baja:

—Señor, si me consideráis digna de sentarme en el trono a vuestro lado, yo os honraré toda mi vida y seré vuestra fiel servidora hasta la muerte.

El viejo Faliero estaba fuera de sí de alegría y entusiasmo. Cuando Annunziata tomó su mano sintió un estremecimiento en todo su ser y empezó a temblar, al punto de tener que sentarse en el gran sillón. Parecía como si quisiera rectificar la buena opinión que Bodoeri tenía de las fuerzas del octogenario. No pudo éste reprimir una sonrisa extraña; pero la inocente niña no advirtió nada y nada interrumpió tal felicidad. Quizá porque el anciano Faliero pensara que no era conveniente presentarse ante el pueblo como prometido de una muchacha de diez y nueve años, temiendo excitar las burlas de los vene-

cianos, convino con su amigo Bodoeri en tener oculta su condición de novio, y después de transcurridos algunos días presentar la dogaresa a la noble y al pueblo como casada tiempo atrás con Faliero y habiéndose quedado en Treviso mientras él cumplía su cometido en Avignón.

Ahora dirijamos la vista a aquel guapo y bien vestido mozo que, con un bolsillo repleto de cequíes en la mano, recorre el puente Rialto y habla con los judíos, los turcos, los griegos y los armenios, y luego, siempre pensativo, se queda parado, hasta que por fin se dirige en góndola a la plaza de San Marcos, donde, con paso incierto, con los brazos cruzados, los ojos bajos, pasea arriba y abajo y no nota ni sospecha que ciertas tosecillas, ciertas conversaciones en voz baja que salen de tal balcón engalanado o de aquella ventana se dirigen y se refieren a él. ¿Quién podría reconocer en este joven al Antonio que pocos días antes, harapiento y miserable, yacía en las losas de la Dogana?

—¡Hijito, hijito mío, buenos días..., buenos días!

Así gritó la mendiga, que estaba sentada en los escalones de San Marcos, por delante de los cuales pasaba Antonio sin verla. Apenas distinguió a la vieja, sacó un puñado de cequíes y se dispuso a dárselos.

—¡Guarda tu dinero! — exclamó la vieja gesticulando. — ¿Para qué me sirve a mí tu dinero? Tengo lo suficiente. Pero si quieres hacerme un favor, encárgame una capucha nueva, porque la que llevo no resiste el viento y el frío. Sí, hazlo, hijo mío; pero mantente alejado del Fontego..., muy lejos del Fontego.

Antonio quedóse mirando fijamente a la cara pálida de la vieja, en la que las profundas arrugas se contraían de una manera especial; y cuando, con voz chillona y una risa siniestra, cruzando las manos sarmentosas, repitió: "lejos del Fontego", Antonio, impaciente, exclamó:

—¿No te callarás con tu estúpida cantilena..., bruja?

Apenas pronunció aquella palabra Antonio, la anciana rodó como una pelota los escalones de la iglesia. Antonio acudió presuroso en su auxilio, y, tomándola con ambas manos, evitó que la caída fuese horrible.

—¡Hijito mío! — dijo la vieja con voz lastimera. — ¡Hijito mío! ¿Qué terrible palabra has pronunciado? Mátame antes de repetirla. No sabes el daño que me has hecho, a mí, que te quiero tanto...; no, no lo sabes.

La vieja se calló de pronto, metió la cabeza entre el pañuelo que le colgaba de los ombros a modo de capa y comenzó a sollozar con grandes muestras de sentimiento. Antonio sintióse conmovido profundamente, tomó a la vieja y la subió en bazos asta el atrio de San Marcos, donde la dejó sobre un banco de mármol.

—Has sido muy buena para mí, anciana; a ti te debo mi bienestar, pues de no haberme salvado tú de la muerte, haría mucho tiempo que estaría en el fondo del mar y no hubiera podido salvar al dux y recibir como recompensa el dinero que me dió. Y aunque no hubieras hecho nada de eso, siempre me he sentido atraído hacia ti por algo especial que me empujaba, a pesar de que con tu risa sardónica y con tus modales extraños me sacas de tino algunas veces. Si tuviera que seguir ganándome la vida a fuerza de trabajo, remando y descargando barcos, puedes estar segura de que trabajaría horas de más para poderte dar algunos "quattrini".

—¡Hijo de mi corazón! ¡Mi Tonino querido! — exclamó la anciana levantando en alto sus brazos y dejando caer su bastón sobre las losas de mármol. — ¡Tonino mío! Ya sé yo que tú me tienes que querer, aun sin darte cuenta de por qué, pues...; pero silencio.

La vieja se inclinó con trabajo para tomar el bastón; Antonio se lo alcanzó y se lo entregó. Con la puntiaguda barba apoyada en el palo, con la mirada fija en el suelo, dijo la anciana en tono sordo y contenido:

—Díme, hijo mío, ¿no te acuerdas de aquella época en que tú no eras un pobre desgraciado que apenas tiene qué comer?

Antonio lanzó un hondo suspiro, sentóse junto a la vieja y comenzó a decir:

—¡Ay abuela! Demasiado sé yo que nací de padres de buena posición; pero no tengo la menor idea de quiénes eran, ni de cómo salí yo de su lado, ni de nada de lo que se relaciona con ellos. Recuerdo perfectamente a un hombre corpulento y hermoso que me tenía en brazos muchas veces, que me acariciaba y me daba golosinas. Asimismo recuerdo una mujer bella y cariñosa que me vestía y me desnudada, me metía todas las noches en una camita blanda y, sobre todo, que me trataba con mucho mimo. Los dos me hablaban en un idioma extranjero muy fuerte y yo balbuceaba algunas palabras en ese mismo idioma. Cuando andaba entre los gondoleros, mis camaradas enemigos solían decirme por mis cabellos y mis ojos y la constitución de mi cuerpo debía de ser de origen alemán. Yo lo creo también. El idioma de mis protectores, — el hombre debía de ser mi padre, — era alemán. El recuerdo más vivo de aquella época es el terrible de una noche en que me sentí despierto de un profundo sueño por un grito de espanto. Por toda la casa oíanse carreras, las puertas se abrían y cerraban con estrépito a mí me dió un miedo atroz y comencé a llorar a gritos. Entonces la mujer entró en el cuarto, me sacó de la cama, me tapó la boca, me envolvió en un pañuelo y me sacó de allí corriendo.

Desde aquel momento desaparecen mis recuerdos. Luego me vuelvo a ver en una casa hermosa, situada en un país silencioso. Recuerdo la imagen de aquel a quien llamaba padre, y que era un hombre de aspecto noble y bondadoso. El y todos los de la casa hablaban italiano. Pasaron varias semanas sin ver al padre, cuando un día se presentaron unas personas extrañas, de aspecto antipático, que hicieron mucho ruido en la casa y lo revolvieron todo. Cuando me vieron a mi preguntaron quien era yo y qué hacía en la casa. "Soy Antonio, el hijo del dueño". Al oír mi respuesta se rieron de mí, me quitaron la ropa buena que llevaba puesta y me echaron a la calle, amenazándome con que si me volvían a ver por allí me echarían

a palos. Llorando a gritos me alejé de aquellos contornos. A unos cien pasos de la casa salióme al encuentro un individuo, en el que reconocí a un criado de mi padre putativo. "Ven, Antonio — exclamó cogiéndome de la mano —; ven, pobre niño; esa casa se ha cerrado definitivamente para nosotros; ya veremos cómo ganamos un pedazo de pan para los dos." El hombre me trajo con él aquí. No era tan pobre como parecía por su aspecto exterior. Apenas llegados, vi que sacaba algunos cequíes de su harapiento chaleco y que trataba y comerciaba en el Rialto. Yo tenía que estar siempre detrás de él, y en cuanto cerraba algún trato pedir algo para il figliuolo. A todo el que yo miraba fijamente a la cara sacaba algunos quattrini, que el hombre se embolsaba diciéndome que los guardaba para una chaqueta nueva. Yo me encontraba a gusto con el viejo, a quien la gente, no sé por qué, llamaba el abuelito Blaunas. Sin embargo, aquello no duró mucho. Tú te acordarás, abuela, de aquel día en que la tierra comenzó a moverse de un modo terrible, cuando temblaron los cimientos de las torres y de los palacios y las campanas sonaban como sacudidas por brazos de gigante. Apenas han transcurrido siete años. Por fortuna, pude salvarme, en unión del viejo, saliendo de la casa en el mismo momento en que se hundió. Los negocios se paralizaron, en el Rialto reinaba tranquilidad de muerte. Aquel triste acontecimiento sólo fué el anuncio de otro más terrible, que no tardó en presentarse en la ciudad y en el campo. Se supo que la peste, procedente de Levante, se enseñoreaba en Sicilia y a poco hacía su aparición en Toscara. Mi buen abuelo Blaunas trataba un día en el Rialto con un armenio. Cerraron el trato y se dieron la mano amistosamente. Mi abuelo había cedido al armenio una cantidad de género por poco precio y pedía la propina para il figliuolo. El armenio, un hombre corpulento, con una barba espesa y crespa, — parece que le estoy viendo, — me miró amablemente, luego me besó y me puso en la mano un par de cequíes, que yo me apresuré a guardar. Nos dirigimos hacia San Marcos. En el camino, el abuelo me mandó que le diera los cuartos, que yo sin saber por qué, me empeñé en guardar, pretendiendo que esa era la voluntad del armenio. El abuelo se puso de mal humor, y mientras discutíamos observé yo que se cubría su rostro de una palidez terrosa y que comenzaba a decir todo género de incoherencias. Llegados a la plaza, tambaleábase como un borracho, hasta que, al pie mismo del palacio, cayó muerto. Con un grito de espanto me precipité sobre el cadáver. La gente se arremolinó; pero en cuanto alguien pronunció la palabra fatídica "peste", todo el mundo echó a correr despavorido. En aquel momento sentíme acometido de una especie de letargo; las sienes me estallaban. Cuando volví en mi me encontré en un sala espaciosa sobre un colchón estrecho y cubierto con una manta. A mi alrededor, e instaladas en la misma forma, pude distinguir hasta veinte o treinta figuras pálidas. Según supe luego, unos frailes compasivos que acertaron a pasar por la plaza de San Marcos, advirtiendo en mí señales de vida, me trasladaron en una góndola a la Giudecca al monasterio de San Giorgio Maggiore, donde los benedictinos habían instalado un hospital. ¡Cómo te expresaría mis impresiones al volver a la vida, abuela! La violencia de la enfermedad me había hecho olvidar todo lo pasado. Lo mismo que si fuera una estatua que de repente se encontrase animada de vida, sólo sentía la impresión del momento, sin la más mínima relación con nada anterior. Puedes imaginarte, abuela, el dolor y el desconsuelo que aquella vida sin recuerdos me tenía que producir,

Los frailes sólo pudieron decirme que me habían recogido junto al cadáver del abuelo Blaunas, cuyo hijo me consideraban. Poco a poco se fueron aclarando mis ideas, y logré recordar mi vida anterior; pero todo lo que sé de ella es lo que te he contado, abuela, y en verdad que sólo son imágines sueltas sin ilación alguna. Esta soledad no me permitirá gozar de felicidad completa por bien que me vaya en el mundo.

—Tonino, mi querido Tonino, confórmate con lo que el presente te ofrece.

—Calla, anciana, — interrumpióle Antonio, — calla; aun hay algo en mi vida que me atormenta, que me persigue cruelmente y que a la corta o a la larga ha de ser mi perdición. Un ansia indescriptible, un anhelo interno que no tiene nombre, que no me atrevo a imaginar, se apoderó de mí desde el mismo momento en que salí del hospital. Cuando pobre y miserable, cansado por el rudo trabajo, me echaba a descansar en mi dura yacija, los sueños acudían a mi frente, y, rozándola con suavidad, me hacían entrever las delicias celestiales poniendo ante mis ojos algo que me hacía sentirme feliz por completo y que llevo dentro de mí oculto en lo más profundo de mi alma. Ahora duermo en blandos colchones y el trabajo no me destroza; perod espierto del sueño con la idea de aquel instante, siento que mi existencia es una carga pesada de la que quisiera verme libre. Por más que pienso y reflexiono no logro dar con lo que llenó mi vida un día de delicia y cuyo recuerdo confuso aun me llena de felicidad; y esta felicidad se ha de trocar en el dolor más agudo, que me conducirá a la muerte cuando me convenza de que he de perder toda esperanza de hallar aquel edén que ni aun puedo buscar. ¿Hay medio de dar con las huellas de lo que no tiene ninguna?

Antonio quedóse pensativo y suspiró hondamente. La anciana estuvo todo el tiempo que duró el relato de Antonio como quien se compenetrá con el dolor ajeno y refleja como un espejo todas las impresiones del otro

—Tonino, — comenzó a decir con voz lacrimosa, — mi querido Tonino, ¿quieres morir porque en la vida has tropezado con algo delicioso que no recuerdas? ¡Qué tonto eres, criatura, qué tonto!... Fíate. ¡Ji, ji, ji!

La vieja comenzó a reir a su modo y a saltar por los escalones de mármol. Llegó reente,

y la vieja, rengueando, bajó a pedir limosna.

—Antonio, Antonio, llévame de aquí..., llévame al mar.

Así comenzó a gritar la vieja. Antonio, sin saber cómo, casi inconscientemente, la cogió y la condujo a través de la plaza de San Marcos. Mientras marchaban, la anciana iba diciendo en voz baja y con gravedad:

—Antonio... ¿no ves esas manchas obscuras de sangre en el suelo?...Sí, sangre..., mucha sangre, por todas partes sangre...; pero, ¡ji, ji, ji!..., de la sangre brotan rosas, lindas rosas encarnadas, con las que ha de hacerse una corona para tí.. y para tu amada... ¡Oh! Tú, Señor de la vida, ¿qué angel divino de luz es ése que como una estrella sonríe bondadoso y avanza delante de tí? ...Extiende los brazos de azucena para abrazarte. ¡Oh Antonio!, criatura feliz..., sostente firme, sostente firme...y cogerás mirtos en la noche dulcísima, mirtos para la novia, para la viuda virginal..., ¡ji, ji, ji!, mirtos cogidos en el crepúsculo y que florecerán a media noche!... ¿Oyes el susurro del viento..., el rumor anhelosa del mar?... Rema con brío, barquero animoso, rema con brío.

Antonio sintióse acometido de miedo ante aquellas palabras misteriosas de la vieja, la cual, con una voz extraña, siguió masculfando algo entre risas ahogadas. Estaban al pie de la columna que sostiene el león adriático. La vieja, siempre murmurando entre dientes, quería seguir; Antonio, apenado por el proceder de la vieja y molesto por la admiración que su dama producía en los transeuntes, quedóse parado y dijo con tono áspero:

—Aquí, en estos escalones, te voy a dejar, abuela, para verme libre de tu charla estúpida. Es verdad que has visto mis cequíes en las llamas de las nubes; pero ¿qué demonios charlas de ángel de luz..., de novia..., de viuda virginal..., de rosas y mirtos?... ¿Quieres volverme loco, vieja horrible, apra que me arroje al abismo? Tendrás una capucha nueva, pan, cequíes..., todo lo que quieras; pero déjame en paz.

Antonio quiso escapar; pero la vieja le sujetó y, con voz cortante, exclamó:

—¡Tonino, mi Tonino, mírame fijamente una vez siquiera; si no, me llegaré al borde de la plaza y me arrojaré al mar!

Para no llamar más la atención, Antonio se detuvo.

—Tonino, — continuó la vieja — siéntate a mi lado; me destroza el corazón, pero te lo diré todo; siéntate a mi lado.

Antonio se sentó en los escalones, tan bajo, que daba la espalda completamente a la vieja, y sacó su libro de notas, en cuyas blancas hojas se advertía bien a las claras lo poco que prosperaban sus negocios.

—Tonino, murmuró la vieja en voz muy baja, — Tonino, cuando contemplas mi rostro arrugado ¿no sientes alguna impresión que te diga que me has conocido en otro tiempo y en otras circunstancias?

—Ya te he dicho, — respondió Antonio asimismo en voz baja y sin volverse, — ya te he dicho, abuela, que me siento atraído hacia tí por algo inexplicable; pero en ello no creo que tenga nada que ver tu rostro arrugado. Si me fijo en tus ojos extraños y chispeantes, en tu barba afiada, en tu cabello crespo y gris; si escucho tu risa penetrante, tu charla insubstancial... no tendría más remedio que alejarme de tí y suponer que te vales de algún medio maldito para interesarme.

—¡Dios de los cielos! — aulló la vieja, sobrecogida por un malestar indecible — ¡Dios de los cielos! ¿Qué mal espíritu te puede hacer tener tales pensamientos? Tonino, mi dulce Tonino, la mujer que cuando niño te cuidaba y acariciaba, la que te salvó de la muerte en aquella noche horrible, aquella mujer era yo.

Atónito y asombrado, volvióse de repente Antonio; pero cuando se fijó en el rostro espantoso de la vieja, exclamó con rabia:

—¿Crees que soy tonto, maldita vieja loca? Las pocas imágines que me restan de mi niñez son vivas y frescas, Aqcella bondadosa mujer que me cuidaba está ante mis ojos como si la estuviera viendo. Tenía la cara redonda, de buen color, la mirada dulce..., hermosos cabellos castaños..., manos suaves..., tendría a lo sumo treinta años..., y tú..., tú eres una abuela de lo menos noventa.

—¡Santos del cielo! — interrupióle la vieja sollozando. — ¿Qué haría yo para que mi querido Tonino creyese en su Margareta?

—¿Margareta? — murmuró Antonio. — ¿Margareta? Ese nombre me suena como algo muy oído, como música olvidada...Pero no es posible, no es posible.

—También era, — continuó la vieja, con la cabeza apoyada en el palo y la vista fija en el suelo, — también era tu padre el hombre hermoso que te tenía en sus brazos y te acariciaba y te daba golosinas, y efectivamente, alemán era el idioma que hablábamos. Tu padre era un comerciante bien acomodado de Augsburgo. Su bella mujer murió al nacer tú. Siéndole imposible soportar la vida donde estaba enterrada su querida esposa, se trasladó a Venecia, llevándome a mí, que era tu ama, en su compañía.

Aquella famosa noche que recuerdas le ocurrió a tu padre una gran desgracia, que te amenazó a tí también. Por fortuna, logré salvarte. Un noble veneciano se encargó de tí. Privada de medios de vida, yo me tuve que quedar en Venecia. Desde muy niña, mi padre, que era cirujano y, según la gente decía, ejercía al mismo tiempo las ciencias prohibidas, me familiarizó con los secretos de la Naturaleza. El me enseñó a conocer las propiedades curativas de ciertas plantas de los bosques y los valles, las de algunos musgos, la hora en que debían cogerse y las diversas mezclas de sus jugos. Esta ciencia necesita de un don eespecial que el cielo me concedió con intención inescrutable. Como en un espejo obscuro veía yo muchas veces los acontecimientos futuros, y casi involuntariamente, con palabras desconocidas para mí, predecía lo que viera, obligándome a ello una fuerza superior a la cuel no podía resistir. Cuando, abandonada

de todos, me quedé completamente sola en Venecia, se me ocurrió aprovechar mi arte para ganarme la vida. Yo curaba los males más complicados en poco tiempo. Como quiera que en ocasiones bastaba mi presencia a la cabecera del enfermo, o que le tocara suavemente con la mano, para que sintiera alivio inmediato, no pudo por menos de extenderse mi fama por toda la ciudad, y el dinero me entraba en grandes sumas. Entonces se despertó la envidia de los médicos, de los charlatanes de la plaza de San Marcos y del Rialto, que con sus píldoras y sus esencias envenenaban a los enfermos en lugar de curarlos. Decían que yo estaba de acuerdo con Satanás, y difundiendo esta especie, encontraron apoyo en los creyentes. No pasó mucho tiempo sin que fuese detenida y conducida a presencia del Tribunal eclesiástico. Con qué martirios trataron de arrancarme la confesión de mi pacto infernal. Persistí en mi negativa. Mis cabellos encanecieron, mi cuerpo se encorvó momificándose, los pies y las manos se me desformaron... Solo faltaba el tormento, el hallazgo terrible del espíritu infernal; él me arrancó una confesión cuyo recuerdo aun me hace estremecer. Fuí condenada al fuego; pero cuando el terremoto hizo estremecerse los cimientos de los palacios y de la gran prisión, las puertas saltaron por sí solas y yo me encontré fuera de ella, entre escombros y ruinas. ¡Ay Tonino! Tú me has dicho que soy una abuela de noventa años, cuando apenas si cuento cincuenta. Este cuerpo huesudo, este rostro seco y arrugado, estos pies desfigurados, este cabello de nieve... no son obra de los años, no; el martirio intolerable es el que me convirtió en pocos meses en un monstruo. Y esta sonrisa siniestra se la debo al último tormento, ante cuyo recuerdo aun se me eriza el cabello y todo mi ser arde como si estuviera encerrado en una armadura de fuego, dejándome impreso este gesto, que más bien es un calambre imposible de evitar. No te asustes de mí, querido Tonino; tu corazón te ha dicho que de niño te reclinaste en mi regazo.

—¡Mujer! — exclamó Antonio sordamente y ensimismado, — mujer, para que yo te crea me has de decir quién era mi padre, cómo se llamaba y cuál fué la desgracia que le ocurrió aquella terrible noche! Quién fué el que me recogió luego y qué es lo que ha sucedido en mi vida, que aun ahora mismo me siento sojuzgado por algo imposible de dominar y que hace que todos mis pensamientos y mis ideas floten como en un mar oscuro. Tienes que explicarme todo esto, mujer enigmática, y entonces te creeré.

—Tonino, — repuso la vieja suspirando, — en bien tuyo debo callar; pero pronto será hora... El Fontego, el Fontego; aléjate del Fontego...

—¡Oh! — exclamó Antonio, furioso. — Tus enigmáticas palabras no me harán caer en tus malditas artes. Me siento destrozado... Tienes que hablar, o sino...

—Detente, — interrumpióle la anciana, — nada de amenazas.. ¿No soy tu ama fiel, tu guardiana?

Sin esperar a que la vieja dijese otra cosa, corrió. Desde lejos le gritó a la mujer:

—Te daré la capucha y además todos los cequíes que quieras.

En realidad, era un espectáculo admirable el ver al viejo dux Marino Faliero con su lozana esposa: él, ciertamente fuerte y robusto, pero con la barba gris, mil arrugas en el rostro moreno, la espalda encorvada, andando con lentitud; ella, la misma gracia, la dulzura angelical pintada en el rostro celeste, con un encanto irresistible en la mirada soñadora, la altivez y la distinción en la frente, blanca como la azucena y coronada por obscuros rizos, con una sonrisa dulcísima en los labios, la cabecita inclinada humildemente, balanceando ligera el esbelto cuerpo... una figura de mujer perteneciente a otro mundo mejor. Si recordáis las imágenes de aquellos ángeles que solían pintar los antiguos, os podéis formar una idea de lo que era Annnunziata. ¿Es extraño, pues, que todo el que la veía la admirase entusiasmado y que todos los jóvenes de la nobleza se sintiesen abrasados por una llama inextinguible, y contemplando al anciano con sorna deseasen en el fondo de su corazón ser el Marte de aquel Vulcano, costase lo que costase? Anunnziata se vió rodeada de adoradores cuyas adulaciones y seducciones aceptó amable sin pensar en nada especial. Su alma cándida no comprendía la relación con el esposo más que honrándole como a su señor y siéndole fiel y adicta como una sierva sumisa. El era amable y dulce para ella, la estrechaba contra su pecho helado, la llamaba su querida esposa, la obsequiaba con toda clase de preciosidades. ¿Qué más podía pedir ni desear? La idea de que fuera posible dejar de ser fiel al anciano no se le ocurría jamás; todo lo que quedaba fuera del círculo limitado de aquella relación era algo extraño cuyos límites prohibidos prediánse en una niebla oscura, sin que la niña inocente ni los sospechaba siquiera. Y así ocurrió que todos los adoradores quedaron defraudados. De todos ellos, el más enardecido por el fuego del amor que le inspiraba la hermosa dogaresa era Miguel Steno. A pesar de su juventud formaba parte del Consejo de los Cuarenta. Por esta razón, y por su apostura y belleza, estaba seguro de la victoria. No temía al dux, que, por otra parte, desde su casamiento había amainado en sus ataque de furor y en sus demostraciones violentas. Sentado junto a la bella Annunziata, ataviado con las más ricas vestiduras, sonriendo complacido y con expresión dulce en sus ojos grises, en los que de cuando en cuando brillaba una lágrima, parecía como si preguntase a los demás si alguno podía presentar una mujer tan hermosa. En lugar del tono imperioso que solía emplear antes, hablaba en voz baja, sin apenas mover los labios; llamaba a todos sus favoritos y accedía a las proposiciones más absurdas. ¿Quien habría reconocido en aquel anciano débil y enamorado al Faliero que en Treviso abofeteó al obispo en plena fiesta del Corpus, y que venció a Morbassan? Esta debilidad aparente indujo a Steno a intentar las más arriesgadas empresas. Annunziata no se daba cuenta de lo que Steno pre-

tendía de ella, persiguiéndola con miradas y con palabras; continuaba tranquila y amable aquella misma inocencia desesperaba más y más al enamorado, el cual llegó a pensar conseguir su objeto por medios criminales. Entabló una intriga amorosa con la camarera de Annunziata, quien le proporcionó el medio de visitarla por la noche. De aquella manera creía tener expedito el camino para llegar a la cámara sin hollar de Annunziata; pero la Providencia quiso que no se consumara aquella traición y que cayese sobre la cabeza de su mismo autor.

Una noche en que el dux había recibido la mala noticia de la pérdida de la batalla de Portolongo, sostenida por Nicolo Pifani contra Doria, preocupado y sin poder conciliar el sueño, paseábase por las galerías del palacio. De pronto advirtió una sombra, procedente, al parecer, de las habitaciones de Annunziata, que se deslizaba sigilosa hacia la escalera. Abalanzóse con rapidez sobre ella y se encontró con Miguel Steno, que salía del cuarto de su amada. Una idea horrible cruzó por la mente de Faliero; lanzando un grito: "¡Annunziata!", precipitóse sobre Steno con un estilete en la mano. Pero Steno, más diestro y más fuerte que el anciano, esquivó el golpe, tiró al suelo a Faliero de un puñetazo y salió corriendo por la escalera abajo gritando entre risotadas:

—¡Annunziata! ¡Annunziata!

El dux levantóse, y, con un infierno en el corazón, se dirigió a la cámara de Annunziata. Todo estaba tranquilo... Un silencio de muerte reinaba en las habitaciones. Llamó; una camarera desconocida, no la que solía dormir junto a la cámara de Annunziata, le abrió la puerta.

—¿Qué quiere mi augusto esposo a esta hora tan avanzada y tan poco corriente? — así preguntó Annunziata con tono angelical mientras se ponía un ligero vestido de noche.

El anciano la miró fijamente; después, levantado los brazos alcielo, exclamó:

—¡No, no es posible, no es posible!

—¿El qué no es posible, señor? — inquirió la joven, confusa por el tono grave y sordo del anciano.

Pero Faliero, sin responder, volvióse hacia la camarera.

—¿Por qué duermes tú aquí y no Luisa, como de costumbre?

—Señor, esta noche quiso Luisa cambiar conmigo, que duermo en la primera habitación junto a la escalera.

—¿Junto a la escalera? — exclamó el anciano lleno de alegría, y se dirigió rápidamente a la primera habitación.

Después de llamar repetidas veces, abrió Luisa, y apenas vió el rostro encendido y los ojos chispeantes del augusto señor, cayó de rodillas y confesó su falta, de la cual no podía caber la menor duda, pues la denunciaba un par de guantes de hombre que estaban sobre un sillón y el perfume de ambar de que estaban impregnados. Muy encolerizado por la mala acción de Steno, el dux le escribió al día siguiente, comunicándole que, además de destarrarlo de la ciudad, le condenaba a permanecer alejado del palacio y de todo contacto con el dux y la dogaresa. Miguel Steno se irritó hasta la locura con el mal éxito de su bien trazado plan, por la vergüenza del destierro y la prohibición de acercarse a su ídolo. Cuando desde lejos contemplaba a la dogaresa, que, siguiendo su buen natural, conversaba amablemente con otros jóvenes de la nobleza, la envidia y la pasión sugiriéronle la mala idea de que la dogaresa le había desdeñado porque otros con más suerte lo habían precedido. Sea que a oídos del viejo Faliero llegase ecos de tales habladuría, o que el recuerdo de aquella noche se le apareciera como una advertencia de la suerte, o bien que a pesar de la tranquilidad y el reposo de que disfrutaba, no obstante la plena confienza que la virtud de su mujer le merecía, viera claramente el peligro de su desproporción antinatural con la esposa, el caso es que se volvió irritable y gruñón, sintióse atormentado por el demonio de los celos, encerró a Annunziata en un aposento recóndito del palacio y no le permitió que viese a ningún hombre. Bodoeri tomó el partido de su sobrina y echó en cara su proceder al viejo Faliero, que no quiso oírle en cuanto hizo alusión al cambio de actitud. Todo esto ocurría poco antes del jueves lardero. Es costumbre tradicional en las fiestas populares que se celebran en la plaza de San Marcos que la dogaresa tome asiento junto al dux bajo el baldaquino que se coloca en una de las galerías de frente a la placeta. Bodoeri recordóle la costumbre al viejo Faliero, advirtiéndole que sería ridículo y seguramente caería mal entre el pueblo y la nobleza, el que por sus celos sin fundamento privase a la dogaresa de tal honor.

—¿Crees tú, — repuso el viejo Faliero, cuyo orgullo sintióse herido, — crees tú que soy tan imbécil que tema mostrar mi joya por miedo a los ladrones y que no sería capaz de evitar su robo con mi espada? No, amigo mío, te equivocas; mañana por la mañana cruzaré la plaza de San Marcos con Annunziata, los dos vestidos de toda gala y acompañados por vistoso séquito, para que el pueblo vea a la dogaresa, y el jueves lardero recogerá el ramo de flores de manos del intrépido marinero que se lo entregue lanzándose en el aire.

El dux pensaba al decir estas palabras en una costumbre antigua. El jueves lardero, un individuo intrépido del pueblo, metido en nua especia de embarcación pequeña que se lanza por unas cuerdas, sujetas en la parte más alta de la plaza San Marcos y que salen del mar, al llegar a la torre se lanza como una flecha en el aire y va a caer a los pies del dux y la dogaresa, a la que entrega un ramo de flores.

Al día siguiente hizo el dux lo que anunciara. Annunziata vistióse las más suntosas galas, y rodeada de la nobleza y acompaada de pajes y guardias cruzó con Faliero la plaza de San Marcos, en la que se aglomeraba el pueblo. La gente se apretujaba para ver a la bella dogaresa, y los que lo conseguían creían haber contemplado el Paraíso y la más hermosa de las imágenes celestiales. Y, cosa corriente entre los venecianos, en medio de los más locos transportes de entusiasmo

burlanse de cuando en cuendo comentarios burlones y versos alusivos al viejo Fuliero y a su joven esposa. Faliero hacía como si no se enterara y seguía su camino, olvidado en aquel momento de sus celos, a pesar de que por todas partes observaba miradas codiciosas que se dirigían a su bella compañer, y, sonriendo, complacido, manteníase sereno junto a Annunziata. Delante de la puerta principal le palacio los guardias habían mantenido al pueblo a cierta distancia y a fuerza de trabajo; tanto que cuando el dux y su esposa pasaron sólo se veían algunos grupos le burgueses mejor vestidos, a los cuales no se les podía negar la entrada en el patio del palacio. En el mismo momento en que la dogaresa ponía el pie en el patio del palacio. un joven que estaba con otros junto a una de las columnas, exclamó en alta voz:

—¡Dios del Cielo! — y cayó exánime sobre las losas de mármol.

Todos rodearon al muerto para que la dogaresa no lo viese; pero apenas el joven cayó al suelo, Annunziata sintió como si le atravesaran el pecho con un puñal ardiendo; palideció, se tambaleó y no se desvaneció gracias a las sales que le dieron a oler sus doncellas. El viejo Faliero, asustado y confuso por la desgracia, dió a todos los diablos al joven y a su ataque repentino, y, lleno de dolor, llevó a sus habitaciones a su Annunziata, la cual continuaba con los ojos cerrados y la cabeza inclinada sobre el pecho, como una paloma herida.

Entre tanto, el pueblo, que se agolpaba más y más en el patio del palacio, disfrutaba de un espectáculo raro. Querían llevarse de allí al joven, al cual todos consideraban muerto, cuando abrióse paso a través de la multitud, lanzando gritos desesperados, una repugnante y lisiada mendiga, que a fuerza de codazos llegó hasta donde se hallaba el supuesto muerto.

—¡Dejadle... locos... dejadle!... No está muerto.

Agachóse, colocó sobre su regazo la cabeza del joven y comenzó a prodigarle los nombres más cariñosos. Contemplando el asqueroso rostro de la vieja inclinado sobre el verdaderamente bello del joven, cuyos finos rasgos tenían la palidez y la quietud de la muerte, mientras los de la anciana se contraían en una mueca horrible; viendo los harapos sucios que flotaban sobre los ricos vestidos del muchacho, los amarillos y secos brazos, las manos sarmentosas que acariciaban temblonas la frente y el pecho del muerto, no se podía por menos de experimentar un sentimiento de horror. ¿No era la misma Muerte, en cuyos brazos yacía aquel joven? Todos los presentes fueron desfilando poco a poco y era escaso el número de curiosos cuando el muchacho lanzó un profundo suspiro y abrió los ojos. A ruegos de la vieja, cogiéronle y le levaron al Gran Canal, dejándolos a los dos en una góndola, que los condujo a la casa que la anciana indicó como vivienda del joven. ¿Es necesario decir que el joven era Antonio y la vieja mendiga de la iglesia de los franciscanos, mendiga que pretendía ser su ama?

Cuando Antonio volvió en sí de su desvanecimiento y encontró a su lado a la vieja, que le daba una bebida reconfortante, exclamó, mirándola fijamente y con voz sorda:

—¿Estás a mi lado, Margareta?... Está bien. ¿Dónde puedo hallar mejor enfermera que tú?... Perdóname, abuela, el que, estúpido y sin sentido, haya dudado un momento de lo que me dijiste. Sí, tú eres Margareta, la que me crió, la que me cuidó, y yo lo sabía; pero el espíritu del mal embrolló mis recuerdos... La he visto..., es ella..., es ella... ¿No te he dicho que había algún encanto especial que me dominaba por completo? Ya ha salido de la oscuridad, llenándome de alegría indecible. Ahora ya lo sé todo..., todo... ¿No fué Bertuccio Menolo mi padre adoptivo, el que me educó en una casa de campo de Treviso?

—Sí, — repuso la vieja; — Bertuccio Menolo era, el gran héroe marino que se tragó el mar cuando pensaba coronar su frente con la corona de laurel.

—No me interrumpas, — dijo Antonio; — escúchame con paciencia... Muy bien me fué en casa de Bertuccio Menolo. Iba bien vestido..., siempre encontraba la mesa puesta cuando tenía hambre, y se me permitía si decía bien las tres oraciones, pasearme a mi gusto por el valle y el bosque. Junto a la casa de campo había un pinar lleno de aromas y de cánticos. En él estaba yo una tarde, cansado de saltar, a la hora de ponerse el sol, y me había tumbado bajo un árbol, contemplando el cielo azul. No sé si el olor de las aromáticas plantas que me rodeaban me mareó algo; el caso es que mis ojos se cerraron involuntariamente y caí en un profundo sopor, del que vino a sacarme un ruido como si diesen un golpe en la hierba. Me levanté de un salto; una criatura angelical, con un rostro celeste, estaba a mi lado, me miraba bandadosa y me dijo con voz dulce: "Hijo mío, tú dormías tan tranquilo y a tu lado estaba la muerte, la muerte horrible." Muy cerca de mí vi una víbora negruzca con la cabeza aplastada: la niña había matado al asperoso animalucho, dándole un golpe con una vara de nogal, en el mismo instante en que se disponía a acabar conmigo. Un estremecimiento dulcísimo me conmovió; yo sabía que algunas veces los ángeles descienden a la tierra para libertar a los hombres de los ataques de algún enemigo... Caí de hinojos y crucé las manos, exclamando: "¡Eres un ángel del cielo enviado por Dios para salvarme de la muerte" La divina criatura extendió sus brazos hacia mí, ruborizándose, y dijo: "Querido niño, no soy un ángel; soy una muchacha, una niña como tú". Mi temor convirtióse en entusiasmo, que hizo correr la sangre más de prisa en mis venas... Me levanté; nuestros brazo se estrecharon, nuestros labios se unieron sin decir una palabra, llorando, sollozando, acometidos de un dolor inenarrable. De pronto oyóse en el bosque una voz de plata: "¡Annunziata, Annunziata!" "Tengo que irme, amigo mío; mi madre me llama", murmuró la muchacha; sentíme acometido de un dolor profundo. "¡Te amo tanto!", sollocé. La niña derramó lagrimas ardientes, que humedecieron mis mejillas. "¡Eres muy bueno, querido niño!" ex-

clamó la joven, uniendo sus labio a los míos por última vez. "¡Annunziata!", volvió a oírse, y la muchacha desapareció en la espesura. Margareta, aquél fué el momento en que penetró en mi alma la chispa del amor que ha de encender para siempre la llama inextinguible. El abuelo Blaunas me decía, cuando no podía por menos de hablarle de la criatura angelical que se me apareció, y cuya voz celestial aún creía estar oyendo en el susurro de los árboles, en el murmullo de las fuentes, en el rugido incesante del mar, que aquella niña tenía que ser la hija de Menolo, Annunziata, que con su madre, Francesca, había llegado a la casa de campo, marchándose al día siguiente. ¡Oh Margareta! ¡Cielo santo! Esta Annunziata es... la dogaresa.

Y Antonio escondió la cabeza entre las almohadas, llorando y sollozando.

—Mi querido Tonino, — comenzó a decirle la vieja, — anímate, resiste valientemente el dolor .¿Por qué desesperar estando enamorado? ¿Para quién sino para los enamorados florece la flor de la esperanza? Por la noche no se sabe lo qu etraerá la mañana; lo que se ve en sueños adquiere vida a veces. El castillo que se cierne en las nubes aparece firme y magnífico sobre la tierra... Mira, Tonino, tú no des importancia a mis palabras; pero mi dedo meñique me dice, y también a alguien más, que el mar ondea, invitándote, la bandera del amor. Paciencia, hijo mío; Tonino, paciencia...

Así trataba la vieja de consolar a Antonio, para el cual, en verdad, aquellas palabras sonaban como música dulcísima. No la alejó de su lado. La mendiga de la iglesia de los franciscanos desapareció, dejando su puesto al ama de gobierno del señor Antonio, que, vestida con su traje de matrona, renqueaba por la plaza de San Marcos al hacer la compra.

Llegó el jueves lardero, que debía celebrarse con más pompa que de ordinario. En el centro de la plaza de San Marcos se había levantado un andamiaje para una rueda de fuegos artificiales nunca vista, que un griego, entendido en tales artes, había de prender. Al anochecer, el viejo Faliero con su bella esposa, resplandeciente con el brillo de su grandeza y de su felicidad y como ordenando a todos con la mirada el que lo admirasen, subió a la galería. Cuando se disponía a tomar asiento en el trono, advirtió a Miguel Steno, que estaba en la misma galería y en un sitio en el que había de ver necesariamente a la dogaresa y ser visto por ella. Encendido de ira y de celos, el viejo Faliero gritó con voz fuerte y autoritaria que se arorjase inmediatamente de la galería a Steno. Miguel Steno levantó el brazo contra Faliero; pero en el mismo instante entraron los guardias y le invitaron a abandonar la galería, haciéndole rechinar los dientes de coraje.

Entretanto, Antonio, a quien la vista de su amada Annunziata había descompuesto por completo, andaba mezclado con el pueblo, y, atormentado cruelmente y con el corazón deshecho, se paseaba a la orilla del mar. Pensaba si no sería preferible apagar el fuego de su amor en las frías ondas ue morir víctima del desconsuelo. Poco le faltó para arrojarse al mar; ya estaba en el último escalón que conduce a él, cuando oyó una voz que le gritaba desde una barca:

—¡Eh!, buenas noches, señor Antonio.

Al reflejo de las luces de la plaza reconoció Antonio al alegre Pietro, uno de sus antiguos camaradas, que estaba en su barca, con la montera adornada de plumas y de dardos, la chaquetilla nueva con muchas cintas de colorines y un ramo de flores en la mano.

—Buenas noches, Pietro, — respondióle Antonio. — ¿Qué potencia elevada vas a llevar en tu barca, que te has compuesto tanto?

—Vaya, — repuso Pietro dando un salto que hizo balancearse la barca, — vaya. Hoy pienso ganarme mis tres cequíes haciendo el viaje de ida y vuelta a la torre de San Marcos y entregando el ramo de flores a la bella dogaresa.

—¿Pero no te expones a romperte la cabeza en tal empresa, compañero? — preguntóle Antonio.

—¡Bah! — repuso Pietro. — La cabeza se la puede uno romper cualquier día, y hoy precisamente tenemos los fuegos artificiales. El griego dice que no es posible ocurra nada, pero...

Y Pietro sacudió la cabeza.

Antonio había saltado a la barca, y entonces vió que su amigo estaba junto a la máquina, sujeta a la cuerda que salía del mar. Otras cuerdas, con sus correspondientes máquinas, se perdían en la oscuridad de la noche.

—Escucha, Pietro, — expuso Antonio después de un silencio, — escucha: ¿no te agradaría más ganarte diez cequíes sin exposición alguna?

—¡Ya lo creo! — repuso Pietro riendo con toda su alma.

—Pues entonces, — continuó Antonio, — toma los cequíes, cambia conmigo de traje y déjame en tu lugar. Yo voy a subir en la máquina. Hazme ese favor, amigo mío.

Pietro movió la cabeza pensativo y dijo sopesando las monedas:

—Es usted muy bueno al llamarme compañero y amigo a mí, que soy un pobre diablo..., y además ¡tan generoso! Muy bien me viene el dinero; pero por entregar a la bella dogaresa el ramo y oir su dulce voz... vale la pena de exponer la vida. Por ser usted, señor Antonio, acepto el trato.

Cambiaron de traje, y apenas había terminado Antonio de vestirse, exclamó Pietro:

—¡Pronto, pronto, a la máquina! Ya han dado la señal.

En el mismo momento iluminóse el mar con el reflejo de miles de cohetes que resonaban en el aire y en la orilla. Entre las llamas culebreantes de los fuegos artificiales, lanzóse Antonio en la máquina con la rapidez del relámpago... Sano y salvo descendió a la galería y se balenceó delante de la dogaresa. Ella se había adelantado unos pasos; Antonio sintió su aliento, que le rozaba las mejillas... Le alargó el ramo, y en medio de la delicia inenarrable de aquel instante, el mozo

sintió como si le oprimieran los brazos abrasadores del amor sin esperanza. Sin saber lo qué hacía, frenético de pasión, de entusiasmo y de tormento, tomó la mano de la dogaresa y, apretándola contra sus labios, cubrióla de ardientes besos, mientras decía con voz desgarradora:

La máquina, instrumento ciego de la suerte, arrancóle del lado de su amada, conduciéndole al mar, donde, casi sin sentido, cayó en los brazos de Pietro, que le esperaba en su barca. Entretanto, en la galería de los dux se había armado un gran revuelo. En el asiento de Marino Faliero habían encontrado un papelito en el que, empleando el lenguaje de la gente vulgar de Venecia, se decía:

"Il dose Fallier della bella mujer;
I altri la gode e lui la mantien."

(Este es el dux Faliero, el de la bella esposa; — él la mantiene y los otros la gozan.)

El viejo Faliero, fuera de sí de indignación, juró que castigaría duramente al culpable de aquella infamia en cuanto lo descubriera. Dirigía sus miradas en derredor suyo, cuando divisó al pie de la galería a Miguel Steno, que a la luz de las luminarias permanecía impasible, e inmediatamente ordenó que lo detuviesen como autor de la felonía. Todos protestaron contra la orden del dux que, entregándose a su furor, ofendía a un tiempo a la nobleza y al pueblo hollando los derechos de la una e interrumpiendo la fiesta de que disfrutaba el segundo. La nobleza abandonó su puesto, y sólo se vió a Bodoeri, que, mezclándose con el pueblo, discutía la ofensa, disculpando a la cabeza del Estado y tratando de que recayera todo el peso sobre Steno. Faliero no se había equivocado: ciertamente fué Steno el autor de la villanía; cuando le echaron de la galería dirigióse a su casa, escribió aquellas palabras ofensivas, y aprovechando un momento en que todas las miradas se dirigían a los fuegos artificiales, colocó el cartelito en el sillón del dux, escapando después sin ser visto. El muy pérfido comprendía que con aquello hería a la vez en lo más vivo al dux y a la dogaresa. Steno confesó francamente el hecho, culpando de todo al dux, que le ofendiera primero. La nobleza molestóse mucho con el dux, que en vez de cumplir con la justicia demostraba a diario que en el corazón frío del anciano anidaba la ira, asemejándose a los fuegos artificiales, que se encienden con mucho aparato y luego a los pocos momentos caen en cenizas negruzcas. Y como consecuencia, ocurrió que la unión con la bella joven (que todo el mundo sabía databa de poco tiempo), sus celos, contribuyeron a considerar al viejo Faliero no como un héroe, sino como un "vecchio Pantolone" y la nobleza, enveneneda en el fondo, se inclinase más bien a dar la razón a Steno que al ofendido dux. Del Consejo de los Diez llevóse el asunto al Consejo de los Cuarenta, del cual formaba parte en primer término Miguel Steno. Consideró el Consejo que Steno estaba bastante castigado con un mes de encierro, y su decisión causó muy mal efecto en el viejo Faliero, que pensaba que la nobleza se ponía de parte de sus enemigos, castigando faltas graves cometidas contra él con una corrección insignificante.

Como suele ocurrir a los enamorados, que entrevén un rayo de felicidad y viven iluminados por él días, semanas y meses, soñando todas las delicias celestiales, Antonio no podía reponerse de la confusión que le produjera aquel momento de dicha, apenas enturbiado por un dulce dolor. La vieja le había reñido por su temeridad y le gruñó por su comportamiento. Un día volvió a casa apoyada en su bastón, saltando y brincando como solía cuando se encontraba conmovida por algo extraordinario. Reía y gesticulaba sin parar mientes en las preguntas y los dichos de Antonio; encendió un buen fuego en la chimenea, arrimó una sartencita, vertió en ella toda clase de ingredientes y fabricó un ungüento que encerró en un frasco; luego salió con él riendo y alborotando. Por la noche, muy tarde, retornó, sentóse en un sillón, anhelante y carraspeando, y transcurrido un rato, en el que parecía estar recobrándose, comenzó a decir:

—Tonino, hijo mío, ¿a qué no sabes de dónde vengo? A ver si lo aciertas... ¿De dónde vengo?... ¿De dónde vengo?...

Antonio quedóse parado mirándola fijamente, agitado por una vaga sospecha. La vieja chilló:

—Vengo de verla a la pobre palomita, a la divina Annunziata.

—¡No me vuelvas loco, abuela! — exclamó Antonio.

—¿Qué dices? — continuó la vieja. — Yo siempre estoy pensando en tí, Tonino mío. Esta mañana, cuando andaba yo por los alrededores del palacio regateando la fruta, oí que la gente hablaba de la desgracia ocurrida a la bella dogaresa. Pregunté a unos y a otros, y, al fin, un mozo colorado y brutote que apoyado en una columna bostezaba, comiendo limones, me explicó "Es que en el dedo meñique de la mano izquierda ha probado sus dientecillos un escorpión pequeño, haciendo brotar la sangre, y a estas horas, mi señor, el doctor Giovanni Basseggio, que está en la cámara de la dogaresa, le habrá cortado seguramente el dedo y la mano". En el momento de pronunciar las últimas palabras oyóse un griterío en la escalera grande, y arrojado a puntapiés por los guardias bajó rodando los escalones como una pelota un hombrecillo muy pequeño. La gente se arremolinó en torno suyo riendo a carcajadas; el hombrecillo se incorporó tratando de ponerse en pie, sin lograr sostenerse; entonces el mozo colorado se acercó al doctorcillo precipitadamente, lo tomó en brazos, y haciéndole gritar y aullar salió corriendo con él a todo orrer hasta el Gran Canal, donde lo metió en una góndola, poniéndose inmediatamente a remar a toda prisa. Yo me imaginé que lo ocurido fué que cuando el doctor Basseggio decidíase a cortar el dedito a la dogaresa el dux le había echado por la escalera. Quedéme un rato pensando en el suceso... eché a correr, me vine a casa, preparé el ungüen-

tó y volví presurosa al palacio. Subí la gran escalera con mi frasquito en la mano; el viejo Faliero salí en aquel momento, miróme ceñudo, y con malos modos me preguntó: "¿Qué buscas aquí, vieja?" Yo le ice una reverencia hasta el sulo lo más correctamente que pude y le respondí que tenía un remedio para curar a la bella dogaresa instantáneamente. Cuando el viejo oyó aquello miróme fijo con ojos severos y restregándose la barba gris; luego me tomó por los homoros y en vilo me condujo a la cámara, tan de prisa, que por poco me caigo al entrar. La divina criatura, Tonino, yacía en un diván, pálida como un cadáver, suspirando y quejándose en voz baja: "¿Estaré envenenada?" Yo me acerqué a ella, le quité en seguida el vendaje del estúpido doctor y pude ver su manecita roja..., hinchada..., monstruosa. Le puse mi ungüento, que la refrescó, la suavizó. "Qué bien me hace esto, cuánto me alivia", murmuró la paloma herida. Marino, entusiasmado ,exclamó: "¡Te daré cien cequíes si salvas a la dogaresa!", y salió del aposento. Tres horas he permanecido allí con la manecita entre las mías, curándola y untándola. Cuando la pobre volvió en sí del sopor en que cayera no sentía dolor alguno. Después que le hube puesto un vendaje nuevo, la joven me miró con ojos brillantes de alegría. Entonces le dije yo: "Señora dogaresa, una vez salvastéis a un niño matando a la víbora que le iba a picar mientras dormía." ¡Tonino!, debías haber visto cómo se iluminó su pálido rostro cual si penetrara en él un rayo del sol poniente..., cómo le brillaron los ojos... "¡Sí anciana, — exclamó, — sí, yo era una niña...; estaba en la casa de campo de mi padre!... El era un muchacho muy hermoso... ¡Cómo me acuerdo de él!... Me parece que desde aquel momento no he vuelto a tener otro feliz." Entonces le hablé de tí, le dije que estabas en Venecia, que conservabas en tu corazón el recuerdo de aquel día feliz, que sólo por mirarte en los ojos de aquel angel divino te habías expuesto a la carrera en el aire, que tú eras quien le entregó el ramo de flores el jueves lardero... Tonino, Tonino, ella me respondió: "Lo he sentido..., lo he sentido... Cuando se llevó mi mano a sus labios, cuando pronunció mi nombre sentí en mi interior una cosa rara, algo así como un gran placer mezclado al tiempo mismo de dolor. Tráele, tráele a mi presencia, tráeme al hermoso niño."

Cuando la vieja se calló, Antonio cayó de hinojos, exclamando como loco:

—¡Dios del cielo! Haz que no muera ahora, por lo menos sin haberla visto y estrechado contra mi corazón.

Quería que la vieja le llevara al día siguiente; pero ella se negó en redondo, pues el viejo Faliero estaba casi todo el día junto a su esposa.

Trancurieron varios días; la dogaresa estaba completamente curada gracias a la vieja; pero aun no le había sido posible llevar a Antonio. Como podía, consolaba al impaciente diciéndole la mucho que hablaba con Annunziata de Antonio, a quien ella salvara, y que la amaba tan apasionadamente. Antonio, atormentado por la ansiedad, iba constantemente en góndola a la plaza y se paseaba por ella. Sin poderlo remediar, sus pasos le llevaban siempre hacia el palacio del dux. En el puente de detrás del palacio, frente a la cárcel, estaba Pietro un día apoyado en un remo; en el canal balanceábase, amarrada a una columna una góndola pequeña con una cubierta coquetona, con tallas lindas, engalanada con la bandera veneciana y que se parecía mucho al bucentauro. En cuanto Pietro divisó a su antiguo camarada, le gritó:

—¡Eh!, señor Antonio, se le saluda con mucho gusto. Con sus cequíes me vino la suerte, ¿sabe?

Antonio le pregnutó muy satisfecho qué era lo que él consideraba como suerte, y supo nada menos que Pietro llevaba casi todos los días al caer de la tarde al dux y a la dogaresa en su góndola hasta Giudecca, donde, no lejos de San Giorgio Maggiore, el dux poseía una linda casa. Antonio miró fijamente a Pietro y luego le dijo:

—Compañero. te puedes ganar otros diez cequíes si quieres. Déjame ocupar tu puesto...; yo llevaré esta tarde a la pareja ducal.

Pietro repuso que aquello no le parecía bien, porque el dux le conocía y no se querría confiar a otro; pero al fin, al ver que Antonio, irritadísimo y como atormentado por todos los martirios del amor, insistiera hasta el punto de amenazarle con meterse en la góndola y tirarlo al mar, Pietro respondió riendo:

—¡Vaya, señor Antonio, qué enamorado está usted de la bella dogaresa!

Y accedió a llevar a Antonio como ayudante. Pretextaría sentirse débil para hacer solo el trabajo, pues sabía que al viejo Faliero le parecía siempre que la góndola iba demaisado despacio en tales paseos. Antonio desapareció rápido, y a los pocos minutos estaba de vuelta vestido con un traje malo de gondolero, el rostro teñido y un bigote a lo Enrique IV que le cubría los labios; apenas llegó, presentáronse el dux y la dogaresa, ataviados ricamente.

—¿Quién es ese desconocido? — preguntó el dux a Pietro, malhumorado, y sólo ante la seguridad que Pietro le diera de que aquel día necesitaba ayuda para remar se decidió a que Antonio los acompañara.

Ocurre frecuentemnte que en medio del mayor entusiasmo, cuando se siente uno en el séptimo cielo de la dicha, como fortalecido por la fuerza de las circunstancias, logra hacer un esfuerzo sobre sí mismo y dominar las llamas que amenazan con salir impetuosas, abrasándolo todo.

Antonio, al lado de la hermosa Annunziata, rozándole el borde de su vestido, logró dominar su pasión, remando vigoroso y, temiendo alguna indiscreción, sin dirigirle más que alguna mirada furtiva. El viejo Faliero charlaba y reía, acariciaba y besaba las divinas manos de la hermosa Annunziata, estrechábale el esbelto cuerpo. En medio del mar, cuando la plaza de San Marcos, la maravillosa Venecia, con todas sus esbeltas torres y sus palacios, se presentaban ante la vista de los paseantes, el viejo Faliero levantó la cabeza y dijo mi-

rando a todas partes con expresión orgullosa:

—¿Querida mía, no es ermoso ir paseando por el am rcon el señor, con el esposo del mar? Sí, querida, no tengas celos de la esposa que nos lleva amable en sus hombros. Escucha el dulce chapoteo de las olas: ¿no son palabras de amor que dirige al esposo que la domina? Sí, sí, querida, tú llevas en el dedo mi anillo; pero allá abajo, en su seno profundo, ella guarda la alianza que yo le arrojé.

—¡Ah, señor! ¿Cómo puede ser tu esposa la fría y traidora inmensidad? Me da miedo el pensar que te hayas desposado con el elemento dominador.

El viejo Faliero echóse a reir, temblándole la barba.

—No te asustes, palomita, — continuó;— desde luego es mejor sentirse acariciado por tus brazos suaves que no por los fríos de la esposa de allá abajo; pero también es hermoso pasear por el mar con el señor del mar.

En aquel momento, el pronunciar el dux las últimas palabras, oyóse a lo lejor una música. Resbalando por encima de las olas acercáronse las notas de voz masculina que cantaba:

"Ah!, senza amare
Andare sul mare
Col sposo del mare
Non puo consolare

Uniéronse otras voces a aquella y se repitieron las palabras hasta que la canción se perdió en el viento. El viejo Faliero no fijó su atención, al parecer en el cántico, y siguió contando a la dogaresa los detalles de la fiesta del día de la Ascensión, cuando el dux, desde el bucentauro, arroja al mar el anillo en señal de desposorios.

Hablóle de la victoria de la República, de cómo en tiempos fueron conquistadas Istria y Dalmacia bajo el reinado de Pedro II Orseolo, conquista que dió origen a esta costumbre. Si el viejo Faliero no dió importancia a la canción, en cambio la dogaresa no atendió nada al relato de su esposo. Estaba pendientes de las notas que se deslizaban sobre el mar; cuando acabó el canto quedóse mirando al vacío como alguien que, despierto de pronto de un sueño, aun se figura estar contemplando las figuras que en él ha visto.

—"Senza amare..., senza amare... non puó consolare", — murmuró en voz baja y en sus ojos de cielo asomaron lágrimas que parecían perlas, y un suspiro se escapó de su pecho, que se agitó emocionado.

Charlando entusiasmado, con la dogaresa a su diestra, desembarcó el dux en la escalinata de delante de su casa de cerca de San Giorgio Maggiore, sin advertir que, conmovida por algo interno, Annunziata, muda, con la mirada empañada por las lágrimas, fija en el vacío, como soñando, estaba a su lado. Un joven vestido de gondolero sopló u cuerno de forma de caracol, haciendo resonar en el mar sus notas. A esta señal, acercóse otra góndola. Mientras tanto se habían adelantado otro individuo y una mujer con una sombrilla abierta, y con este acompañamiento el dux y la dogaresa dirigiéronse al palacio. La otra góndola llevaba a Marino Bodoeri y varias personas, entre las cuales se hallaban comerciantes, artistas y gente del pueblo, los cuales también siguieron al dux.

Antonio apenas si podía esperar al día siguiente, pues suponía que habría de recibir noticias de su querida Annunziata. Por fin vino la vieja; cojeando llegóse hasta el sillón, cruzó varias veces las manos sarmentosas y exclamó:

—Tonino, ¿qué le ha pasado a la pobre palomita? Cuando hoy he entrado en su cámara, la encontré echada en el diván, con los ojos entreabiertos, la cabecita apoyada en el brazo, sin dormir ni estar despierta, sin estar enferma ni sana. Me acerco a ella y le digo: "Señora dogaresa, ¿qué os ocurre? ¿Os duele la herida aun mal curada?" Entonces me mira con unos ojos que yo no le había visto nunca, y apenas contemplo los rayos de luna húmedos, se vuelven a ocultar bajo las sedosas pestañas, como tras oscuras nubes. Luego lanza un profundo suspiro, vuelve el rostro pálido hacia la pared y murmura en voz muy baja, pero tan dolorida, que me parte el corazón: "Amare..., amare...; ah!, senza amare..." Cojo una silla baja, me siento a su lado y comienzo a hablarle de tí... Ella se acurruca en el diván... Su respiración, cada vez más rápida, se convierte al fin en sollozos. Le digo sin rodeos que ibas en la góndola disfrazado y que quería levarte a presencia suya porque desfallecías de amor y de ansiedad. De repente se levantó del diván y derramando lágrimas ardientes exclamó con calor: "¡Por Dios y por todo los santos, no, no, no puedo verle!... Anciana, te suplico que le digas que nunca más, nunca, se vuelva a acercar a mí... Dile que salga inmediatamente de Venecia". "Entonces, interrumpile yo, — entonces mi pobre Tonino morirá de pena". Cayó en el diván como agotada por un gran dolor, y con voz empañada por las lágrimas, dijo: "¿No tendré yo también que morir de una muerte horrible?" Presentóse el viejo Faliero y a una señal suya hube de retirarme.

—Me ha arrojado de su presencia, me ha enviado lejos de su lado! — exclamó Antonio, desesperado.

La vieja sonrió con sus gestos habituales, diciendo:

—Inocente..., inocente..., ¿no te ama la divina Annunziata con toda la pasión de que es capaz un corazón femenino? Inocente..., mañana por la noche te llevaré en secreto al palacio del dux. En la segunda galería, a la derecha de la gran escalera, me encontrarás... y ya veremos lo que ocurre después.

Cuando Antonio, temblando de emoción subía la gran escalera a la noche siguiente le parecía como si fuera a cometer un crimen nefando. En su confusión apenas si podía subir los escalones, tambaleándose como un borracho. Tuvo que apoyarse en una columna, al llegar a la galería indicada. De pronto vió resplandor de luchones y antes

de que pudiera abandonar su puesto estaba a su lado el viejo Bodoeri acompañado de algunos criados, que eran los que llevaban las hachas. Bodoeri miró fijamente al joven y exclamó:

—¡Ah, eres tú Antonio! Ya sé que te han citado aquí; sígueme.

Antonio, convencido de que se había descubierto su intriga con la dogaresa, le siguió sin vacilar. Mucho le sorprendió que, llegado que hubieron a una cámara apartada, Bodoeri le abrazó y le habló del puesto importante que le habían dado y que aquella misma noche tendría que portarse con decisión y valor. Su asombro se convirtió en temor cuendo supo que hacía mucho tiempo estaba fraguándose una conspiración contra la nobleza y que al frente de ella estaba el mismo Faliero; que conforme se había convenido en una reunión celebrada en la casa de Giudecca, aquella noche debía acabarse con la nobleza y nombrar a Faliero único señor de Venecia. Antonio quedóse mirando fijamente a Bodoeri sin decir una palabra; éste consideró el silencio del joven como una negativa a tomar parte en la conjuración y exclamó enfurecido:

—¡Loco cobarde! No saldrás más del palacio. O tomas las armas a nuestro lado o mueres; pero antes has de hablar con alguien.

Del fondo oscuro destacóse una figura esbelta y noble. En cuanto Antonio vió el rostro del individuo, que apenas pudo reconocer al principio a la luz de las bujías, cayó de rodillas y exclamó fuera de sí, ante la aparición inesperada:

—¡Oh, Dios de los cielos! ¡Mi padre, Bertuccio Menolo, mi padre adoptivo!

Menolo levantó al joven, estrechóle en sus brazos y dijo luego con voz dulce:

—Sí, yo soy Bertuccio Menolo, el que tal vez creías en el fondo del mar y que hasta hace poco no ha podido escapar del cautiverio en que lo tenía el salvaje Morbassan; Bertuccio Menolo, que te recogió y no podía imaginarse que los bárbaros criados que Bodoeri enviara cuando quiso tomar posesión de la casa por él comprada fueran a echarte de ella. Joven ciego, ¿te niegas a tomar las armas contra la casta despótica cuya crueldad te privó de padre? Sí, vete al Fontego; allí puedes ncontrar aún huellas de la sangre de tu padre. Cuando la nobleza entregó a los alomanes la casa que conoces con el nombre de Fontego, se prohibió a todos los que tenían habitantes en ella conservar las llaves, que habían de dejar en Fontegaro. Tu padre e rebeló contra aquella ley, y, por lo tanto, hubo de sufrir un duro castigo. Cuando al retorno de tu padre se abrieron sus habitaciones, encontróse entre sus géneros una caja de monedas falsas venecianas. Inútil fue que protestara de su inocencia; seguramente algún mal bicho, el mismo Fontegaro quizá, había llevado allí la caja para perder a tu padre. Los severos jueces, convencidos con la prueba de haber encontrado la caja en las habitaciones, lo condenaron a muerte. En el patio del Fontego fué ejecutado. Y tú no existirías si la fiel Margareta no te hubiera salvado. Yo, amigo íntimo de tu padre, te adopté, y para que no te traicionaras, oculte el nombre de tu padre. Pero ahora, ahora, Antonio Dahlbirger, ahora ya es tiempo: toma las armas y venga en la misma nobleza la muerte vergonzosa del que te dió el ser.

Antonio, animado por el veneno de la venganza, prometió solemnemente a los conjurados prestarles su apoyo y su brazo fuerte. Sabido es que la injuria hecha a Bertuccio Menolo por Dandolo, a propósito de los preparativos de la batalla naval, fué lo que indujo a aquel a unirse con su ambicioso yerno en una conjuración contra la nobleza. El mismo Bodoeri que Menolo deseaban que el viejo Faliero se cubriese con el manto principesco para subir ellos. Se quería (a lo menos ése era el plan de lo sconjurados) extender la noticia de que la flota genovesa estaba en las lagunas. Por la noche se tocaría la gran campana de la torre de San Marcos, llamando a la ciudad a la defensa. Esta señal aprovecharíanla los conjurados, que estaban repartidos por todo Venecia, para apoderarse de la plaza de San Marco, haciéndose fuertes en ella y asesinando a los principales de la nobleza, erigiendo al dux en soberano de Venecia. El cielo no permitió que se realizara aquel plan sangriento y que cayera la base fundamental del Estado en manos del orgulloso Faliero. Las reuniones en la casa de Faliero, en Giudecca, no escaparon al Consejo de los Diez; pero no les fué posible averiguar nada concreto. Uno de los conjurados, un peletero de Pisa llamado Bentian, concibió el proyecto de salvar a su amigo y compadre Nicolás Leoni, que formaba parte del Consejo del os Diez. Al anochecer llegóse a su casa y le suplicó que no saliera por la noche, ocurriera o que ocurriera. Leoni, sospechando lo peor, apretó al peletero, que acosado por su amigo, le confesó todo el plan. En unión de Giovanni Gradenigo y de Marco Cornaro, reunió el Consejo de los Diez en San Salvador, y en aquella reunión, que duró unas tres horas, se tomaron medidas que habían de ahogar en sus comienzos los planes de los conjurados.

Antonio había recibido el encargo de subir con una patrulla a la tore de San Marcos para voltear las campanas. Cuando llegó allá encontróse a torre tomada por las tropas del arsenal, que lo recibieron con las alabardas al querer acercarse. Acometidos de súbito terror sus secuaces se dispersaron y él mismo desapareció amparado por la oscuridad de la noche. Detrás de sí sintió los pasos de un hombre que le seguía; sintióse cogido y cuando trataba de matar a su perseguidor, reconoció en él, a la luz de una antorcha, a su amigo Pietro.

—¡Sálvate, — exclamó éste, — sálvate, Antonio; todo está perdido!... Bodoeri..., Menolo..., están en poder de la nobleza...; las puertas del palacio ducal están cerradas...; el dux, prisionero en sus habitaciones, como un criminal, vigilado por sus infieles guardianes... ¡Huye..., huye!

Casi sin sentido, precipitóse Antonio en la

góndola... Gritos sordos..., ruido de armas..., voces de auxilio; después, el silencio de la noche.

A la mañana siguiente, el pueblo, aterrorizado, contempló un espectáculo horrible que hacía helarse la sangre en las venas. El Consejo de los Diez había ejecutado aquella misma noche la sentencia recaída en los jefes de la conjuración. Ahorcados veíaselos en la "piazetta", al lado del palacio donde el dux solía asomarse a ver los festejos, donde Antonio se balanceó delante de la divina Annunziata para darle el ramo de flores. Entre los cadáveres estaban Marino Bodoeri y Bertuccio Menolo. Dos días más tarde, el viejo Marino Faliero fué juzgado por el Consejo de los Diez y ejecutado en la llamada Escalera de los Gigantes, del Palacio.

Como tanto andaba Antonio de un lado para otro; nadie le había cogido por que nadie sabía que su nombre figuraba entre los conjurados. Cuando vió caer la cabeza gris del viejo Faliero parecióle que despertaba de un sueño de muerte. Lanzando un grito salvaje, pronunciando el nombre de Annunziata, penetró en el palacio y a atravesó las galerías. Nadie le detuvo; los guardias le miraban como atontados por el terror pasado. La vieja le salió al encuentro chillando y lamentándose a gritos; le tomó de a mano y entró con él en la cámara de Annunziata. Allí estaba la infeliz, medio desvanecida, en el diván. Antonio se precipitó sobre ella, cubrió sus manos de besos ardientes, prodigándole los nombres más dulces y tiernos. La bella abrió lentamente los ojos y vió a Antonio... Al principio pareció no reconocerle; pero luego se levantó, le rodeó con ambos brazos, le estrechó contro su corazón..., le humedeció con sus lgrimas, le besó en las mejillas, en los labios.

—¡Antonio..., Antonio mío..., te amo con toda mi alma!... Aun hay cielo en la tierra. ¿Qué es la muerte del padre, del tío, del esposo, al lado de la dicha de tu amor? ¡Huyamos de este lugar de muerte!

Así habló Annunziata, abrasada por el dolor y por el amor. Entre besos y lágrimas juráronse los amantes fidelidad eterna, olvidaron los acontecimientos espantosos de aquel día y, apartando los ojos de la tierra, dirigiéronlos hacia el cielo, que les abría las puertas de la dicha. La vieja les aconsejó que huyeran a Chioggia; Antonio quería irse directamente a su patria.

Pietro les proporcionó una barca pequeña que estaba amarrada a las pilastras de detrás del palacio, debajo del puerte. Envuelta en un espeso velo, deslizóse Annunziata por la escalera, cuando ya era de noche, con su amado, y acompañados de la vieja Margareta, que llevaba escondidas en su capucha las joyas de más valor. Sin ser reconocidos llegaron al puente y se metieron en a barca. Antonio tomó los remos y emprendieron rápidamente el viaje. Como un mensajero de amor danzaba la luz de la Luna espejeando en las olas. Estaban en alta mar. De pronto comenzó a sonar algo en el aire...; sombras amenazadoras se echaron encima, obscureciendo la luz de la Luna. El mensajero de amor desapareció en la profundidad de las aguas, perdiéndose en los truenos sordos. Levantóse una tormenta espantosa. La barca subía y bajaba como una pluma.

—¡Ayúdanos, Dios de los cielos! — exclamó la vieja.

Antonio, sin poder dominar los remos, rodeó con sus brazos a la bella Annunziata, que, animada con sus besos ardientes, apoyóse en su amado, apretándose contra su pecho.

—¡Antonio mío!...

—¡Mi Annunziata!

Así exclamaban, sin prestar atención a la tormenta, que, cada vez más fuerte, retumbaba espantosa. La mar, la celosa viuda del decapitado Faliero, extendió sus olas espumosas como brazos de gigante, aprisionó a los amantes y los arrastró, juntamente con la vieja, al abismo sin fondo.

Cuando el hombre de la capa acabó su relato levantóse con rapidez y salió del cuarto precipitadamente. Los dos amigos se miraron en silencio y muy admirados; luego se colocaron de nuevo delante del cuadro. El viejo dux les pareció, como antes, lleno de orgullo en su magnificencia; pero al contemplar a la dogaresa advirtieron bien a las claras una especie de sombra que cubría su frente de azucena y cierta expresión de amor que brillaba en sus ojos, sombreados por obscuras pestañas, y en sus labios divinos. En el mar lejano, en las nubes cargadas que rodeaban la torre de San Marcos, parecía cernirse una amenaza de muerte y destrucción. El significado del cuadro les pareció completamente claro, y siempre que lo contemplaban y recordaban la historia de amor de Antonio y Annunziata sentíanse invadidos por una emoción inten-

ERNST HOFFMANN

Al lado del egoísmo, lo que hace a la vida ser poco satisfactoria es la falta de cultura intelectual. Un espíritu cultivado, y entiendo por tal no un filósofo, sino un hombre para quien están abiertas las fuentes del saber, y que puede servirse de sus facultades, halla manantiales de interés inagotable en todo lo que le rodea. Las cosas de la naturaleza, del arte, las invenciones de la poesía, los incidentes de la historia, el pasado y el porvenir de la humanidad, todo puede interesarle. — Stuart Mill.

El sentimiento patriótico, del cual se dice que es sublime, es simplemente estpido e inmoral. Es estúpido, porque si cada país se considera superior a sus vecinos, ninguno de éstos ha de conformarse ni asentir a la opinión de los demás. Y es inmoral el patriotismo, porque pone a cada patriota en el caso fatal y necesario de pedir para su nación ventajas sobre las otras, con lo que se contradice aquella máxima de la moral cristiana: "No quieras nunca para otros lo que no quieras para tí." — Tolstoi.

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

Donde está el espíritu del Señor, está la libertad. — San Pablo.

* * * *

Todo hombre sabio tiene el derecho de mandar. — San Juan Crisóstomo.

* * * *

Tanta crueldad es perdonar a todos como no perdonar a ninguno. — Séneca.

* * * *

La democracia corre como un río caudaoso. — Serre.

* * * *

El orden de la Providencia establece esta ley inevitable: "El más fuerte debe mandar al más débil". — Tucídides.

* * * *

La división en un paraíso e infierno inventada por la iglesia, es contraria al concepto de un Dios de amor. — Tolstoi.

* * * *

En todas partes los más fuertes han hecho las leyes y han oprimido a los débiles. — Turgot.

* * * *

El catolicismo ha muerto; no vive en las conciencias aunque subsista en los hábitos. — Vacherot.

* * * *

La libertad civil consiste en la facultad de ejecutar todos los actos y transacciones no contrarios a la moral. — Villaume.

* * * *

Si, aunque fuese un ángel, alguien os predicase lo que no os he predicado, no le creáis; es un impostor. — San Pablo.

* * * *

Cuando el homre ha tocado el fondo de la vida infeliz, vuelve a la divina ilusión. El origen de todas las religiones está ahí; en el hombre débil y desamparado que no tiene fuerza para vivir en la miseria terrestre sin la eterna mentira de un paraíso. — Zola.

La revolución es como Saturno, que devora a sus hijos. — Vergniaud.

* * * *

No debe buscarse nunca por fuerza lo que puede conseguirse por arte. — Vaubán.

* * * *

Sólo la verdad os hará libres. — San Pablo.

* * * *

Quien es amigo de sí mismo es amigo de los demás. — Séneca.

* * * *

La libertad, aplicada a los individuos, es una palabra vacía de sentido. — Schopenhauer.

* * * *

No hay entre todos los hombres a quien convenga la clemencia más que a los príncipes. — Séneca.

* * * *

La mayor parte del coste del establecimiento social se destina a defender a los ricos contra los pobres. — Sismondi.

* * * *

Lo único que sé es que no sé nada. Por esto sé más que otros que creen saber lo que en realidad ignoran. — Sócrates.

* * * *

Una tácita complicidad liga el mundo de la miseria con todos los que marchan criminalmente contra las causas de su dolor. Si se quiere suprimir esa complicidad, si se pretende sofocar esos hechos delictivos, debe emplearse un recurso ¡el único que hay!: la disminución del sufrimiento humano. — Séverine.

* * * *

Verdad es que todos los cristianos son hijos de Dios y libres como tales; pero ¿significa esto acaso que se deba emancipar a los siervos? No, pues Jesucristo no quiso hablar nunca más que de libertad espiritual y no de libertad carnal; y aún cuando pudiesen ser libres, deberían preferir la esclavitud, porque predispone mejor a la humildad. — Santo Tomás de Aquino.

UNA JOYA DE LA LITERATURA PERUANA

EL HERMANO DE ATAHUALPA

(NARRACION HISTORICA)

POR RICARDO PALMA

I

ALAIDE es la flor bella del verjel americano. ¡Blanco lirio perfumado con el hálito de de los serafines!

Su alma es un arpa eolia que el sentimiento del amor hace vibrar, y los sonidos que exhala son tiernos como queja de alondra.

Alaide tiene quince años y su corazón no puede dejar de latir ante la imagen del amado de su alma.

¿Quince años y no amar es posible? A esa edad, el amor es para el alma lo que el rayo del sol primaveral para los campos.

Sus labios tienen el rojo del coral y el aroma de la violeta. Son una línea encarnada sobre el terciopelo de una margarita.

Las leves tintas de la inocencia y el pudor, colorean su rostro, como el crepúsculo las nieves de nuestras cordilleras.

Las madejas de rubio pelo que caen en gracioso desorden sobre el armiño de su torneada espalda, imitan los hilos de oro que el padre de los Incas derrama por el espacio en una mañana de primavera.

Su acento es amoroso y sentido como el eco de la quena. Su sonrisa tiene toda la sencillez de una plegaria.

Esbelta como la caña de nuestros valles si puede conocerse el sitio por donde ha pasado, no es por la huella que su planta breve graba en la arena, sino por el perfume de angelical pureza que deja tras de sí.

II

LA América gime bajo las garras del león de Castilla.

Sus vestiduras de armiño se ha manchado con la sangre de los dos hijos del sol

Hernán Cortés elige a Motezuma por su víctima; pero más grande y caballero que Francisco Pizarro, se resiste a hacer el papel de verdugo.

¡Conquistadores! Vosotros que proclamáis el cristianismo y con él la fe, la paz y la libertad, necesitáis cadáveres para erigir sobre ellos el lábaro de redención.

Pero vuestra obra se ha desmoronado como las torres de Pentápolis ante la ira de Dios. El sol de la libertad debió radiar al través de las tinieblas de tres siglos y allí, como inmortales jeroglíficos de diamante, están los nombres de Junín y Ayacucho.

Los que hemos recibido ¡oh patria! un corazón para amarte con el afecto del hijo a la madre, lloramos con el recuerdo de tu pasado de esclavitud, nos lamentamos al ver tu presente en el que reina sólo el égoísmo, la adulación y la intriga.

Pero allí está tu mañana y el espíritu profetiza que será para tí una nueva y gloriosa era. ¡Ay de los que no creen! Ay de los que dudan!

¡La patria! ¡Cuánta magia se encierra en esta palabra! Es la estrella que guía al peregrino y lo liberta de caer en el abismo: es el ombú que lo cobija y ampara cuando imponente se desata el asolador pampero.

¡La patria! En esta voz está compendiada la historia del hombre. Su amor a la divinidad, a una madre, a la mujer de nuestros ensueños, al amigo que nos consoló en nuestros dolores.

III

ES una tarde de abril del año de 1834.

La luz crepuscular vierte su indeciso resplandor sobre la llanura. El sol, desciñéndose su corona de topacios, va a acostarse en el lecho de espumas que le brinda el Océano.

La creación es en ese instante una lira

que lanza débiles sonidos. El lascivo céfiro que pasa dando su beso al jazminero, la hoja que cae movida por las alas del pintado colibrí, el turpial que en la copa de un álamo entona un canto tal vez de agonía, el sol que se hunde inflamando como una hoguera el horizonte... todo es bello en la última hora de la tarde y todo eleva la criatura hacia el Hacedor.

Pero en la luz crepuscular la belleza es melancólica, como la virgen del sol precipitándose en las llamas: porque esa luz con la que formó Jehová esta gran máquina que llamamos el mundo, fué la que rompió las tinieblas del caos.

¡Cuán grato ese en ese instante platicar de amores! ¡Cuánta magia tienen para el corazón del hombre las palabras de la mujer querida! Oir en lontananza el murmurar blando del arroyuelo que se desliza, sentir que orea nuestras sienes el aura cuajada del perfume que exhalan la flor de los limoneros y juncares; y en medio de este concierto de la naturaleza beber el amor del alma, en los labios, en las pupilas, en el seno de la hermosura idolatrada, es gozar la dicha del Paraíso... es vivir.

Toparca estrecha entre sus manos las de Alaide. El tiene fijos en los de ella sus ojos; porque de los ojos de Alaide recibe vida su espíritu.

Se aman con profunda ternura: como dos flores nacidas de un tallo; como dos cisnes que juntos aprendieron a rizar el cristal del lago.

Alaide y Toparca sentados bajo la sombra de un palmero en el muelle asiento de grama que ofrece la campiña, hablan el lenguaje de la pasión. La naturaleza entera les sonríe y les habla de amor. El siempre hermoso cielo de la patria, cuanto su mirada alcanza, tiene para ellos una poesía indefinible. Sus pensamientos respiran una dulce vaguedad, como si sobre ellos batiera un querubín sus alas tornasoladas de zafiro y gualda.

IV

TOPARCA, a quien el padre Velazco de Quito llama Hualpa-Capac; es un mancebo de veinte y dos años, de apuesto talle y de gentil semblante. Es hijo de la Sciri de Quito y hermano de Atahualpa.

Muerto éste, los españoles ciñeron a Toparca la borla imperial proclamándolo Inca; pero en realidad no era más que un instrumento en sus manos para el logro de miras ambiciosas.

Hace nueve semanas que rige el imperio Es un garzón, se dicen los conquistadores. Pero bajo la corteza del niño se encierra un corazón de hombre y Toparca prepara con ese sigilo inherente a los indios de América los medios necesarios para destruir a sus opresores.

Calcuchima, el má valiente de los guerreros peruanos, y Quizquiz, el más sagaz y experimentado de los generales que tuvo Atahualpa en su guerra contra Huáscar, ayudan a Toparca en sus planes de libertad.

Pero ¡ay! afanes tantos deben ser burlados por la fortuna que se encapricha en proteger a un puñado de castellanos.

Y de entonces el indio, como la conciencia de su debilidad, es sombrío como el último rayo de luz. Por eso fué que gran parte del pueblo indiano prefirió sepultarse en las cuevas con sus ídolos, sus tesoros y sus recuerdos.

Pero la esperanza no abandona jamás a los débiles, y ¿quién sabe si esa raza oprimida lee algo de grande en el porvenir? Si los cantos del poeta bastan para expresar los sufrimientos de una generación; nada habla tanto al espíritu como un "yaravi", trova del indio henchida de sentimental perfume, gemido que al salir desgarra el pecho el himno que respira fe en la mañana. Todo esto es a la vez un "yaravi", poesía que se desprende del alma con tán íntima ternura acompañada por los acentos de la "quena" como las hondas lamentaciones al compás del salterio del Profeta.

V

EN el fondo aparece un anciano envuelto en una larga y blanca túnica de lino. Sus canosos cabellos caen sobre un rostro que respira bondad y sus miradas se detienen en los dos amantes con aire de cariñosa protección.

Este anciano es el gran sacerdote de Caranquiz.

—¡Padre mío, venid! — le grita el joven Inoa. — Bendecidme, como bendijistéis a Atahualpa el día en que se ciñó el "llautu" rojo... Bendecid también a la mujer que amo, dádmela por esposa.

Y los jóvenes se arrodillaron ante el gran sacerdote por cuyas rugosas mejillas rueda una transparente lágrima.

—¿Vosotros lo queréis? ¡Pues sea! Una misma estrella nos alumbra y yo bendigo vuestro amor, hiojs míos. ¡Ojalá que el destino os sonría! Pero el Dios de Tumbalá me inspira a profetizarte, infeliz monarca, que serás el ltimo de tu úsagrada estirpe. Tu reinado durará pocas lunas y acaso tus vestiduras se verán manchadas por tu propia sangre.

Y el anciano se aleja exclamando:

—¡Ay de tí, hijo del sol! ¡Ay de tu pueblo!

Repuesto de su turbación, Toparca se encuentra con la amorosa mirada de Alaide.

—Si tu me amas, tórtola mía, sabré conjurar el porvenir...El destino nos ofrecerá senda de flores y cuando haya devuelto su esplendor primero a nuestra patria ¿no es verdad, espíritu de amor, que estampando tus labios en mi frente dirás — Yo te quiero, Toparca, porque eres grande y valiente?

Y Toparca escondió su semblante entre las manos; porque así como las flores tienen necesidad del rocío, así el hombre tiene necesidad de verter lágrimas.

El llanto es el rocío o la hiel que rebosa del corazón.

AUNQUE don García de Peralta no formó parte de los catorce arrojados aventureros que siguieron a Pizarro, cuando éste en la isla de Gallo después de trazar una línea con su espada dijo: Síganme los que amen la gloria!" merecía la confianza y el cariño del capitán conquistador, que en los combates vió siempre a Peralta en los sitios donde más récio se batía el cobre.

Con una alma de hierro incrustada en una corteza de acero, las pasiones del soldado debían ser indomables y frenéticas como el torrente que se desborda. Hombres organizados así, no comprenden esos sentimientos dulces a la par que poéticos que forman para los otros mortales la epopeya de la felicidad sobre la tierra.

Don García vió a Alaide y la amó.

Diremos mejor, ansió hacerla suya.

Porque el amor no es el deseo de ser dueños de todo lo que Dios ha formado bello, sini el anhelo de confundir nuestro ser en otro ser que aliente en la misma atmósfera de misteriosa vaguedad que nosotros. Es una hoguera respecto de la cual cada palabra, cada sonrisa, cada mirada es como una arista o un esparto lanzado en ella.

El sentimiento de don García por Alaide en nada participa del amor que hemos pretendido pintar. La belleza de la joven ha hablado a sus sentidos y ha jurado gozar de sus encantos.

Disfrutando de la confianza de Pizarro le arrancó una órden de prisión contra Toparca de quien había motivos para recelar un alzamiento. Pizarro, esa figura colocal en la historia del Perú, se dejaba dominar muchas veces por los caprichos de sus compañeros y se prestó a ser juguete de don García.

VII

EL gran sacerdote acaba de bendecir el matrimonio de Alaide con el joven Inca. Van a ser felices. ¡Maldición!

Por la costa de un cerro aparece Peralta y seis soldados. Alaide palidece al ver su amenazador aire de triunfo.

El monarca separado violentamente de los brazos de su amada es cargado de hierros y conducido por los españoles.

Don García mira con sarcástica sonrisa a la americana, la toma bruscamente del brazo y obligándola a seguirlo dice:

—Ahora nodie puede salvarte. ¡De grado o fuerza serás mía!

VIII

TOPARCA está reclinado sobre el banco de piedra de su oscuro calabozo, Sus párpados caen con suavidad y una lágrima, transparente como una gota de rocío, se detiene en sus pestañas

¿Sueña o medita?

Su espíritu está entregado a esa vaga absorción que solemos experimentar en la vigilia. Su labios se mueven como el astro de la luz que disipa las tinieblas.

¡Quizás la casta flor de sus amores ha sido profanada por las caricias del extranjero!

Y tú, tierna Alaide, tu, cuya belleza es copia de la de un serafín, ¿sientes también que el llanto anubla la luz de tus pupilas?

¡Hay de la tórtola amorosa arrebatada del nido donde está su dueño! ¡Ay de la delicada sensitiva cortada del tallo que la vió nacer!

DE pronto se abre la puerta de la prisión y se precipita en ella una mujer.

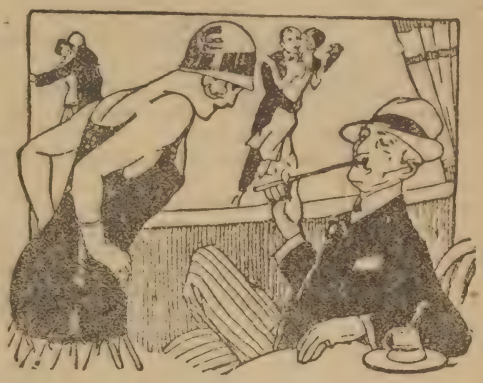
—¡Alaide! — exclama el prisionero, estrechándola contra sus brazos.

—¡Aparta tus labios porque mis besos dan la muerte! ¡Ya he jurado morir digna de tí y... moriré!

—¿Por qué hablas de morir, tortolilla de ojos dulces? Háblame de amor que anhelo oir tu acento más delicado y rico en armonía que la cántiga del tomequin... Tus flotantes ropas vierten un perfume más voluptuoso que el tilo y el tamarindo de nuestras montañas... Tu aliento quema mis sentidos...

—¡Oh mi bizarro rey! ¡esposo mío! He conseguido venir a expirar en tus brazos... Desfallecida iba a sucumbir siin vengarme, estrechada por el extranjero... Pero me acordé de que en un anillo llevaba el veneno con que inficionan sus armas los indios de Tumbalá y lo apliqué a mis labios...

LO QUE LE MOLESTABA



—¿Entonces no te importa que el maestro de baile me estruje con tanta fuerza?

—No. Lo que molesta es que encima haya que pagarle.

Soy tuya le dije al español; pero concédeme ir al calabozo de mi señor... El infome firmó una orden para que los carceleros no me estorbasen la entrada y se abalanzó hacia mí. Creyó que mis besos de fuego eran un arrebato de placer... Pero al separarse de mi seno... era un cadáver.

—No puede ser verdad cuanto me dices... Tu razón se estravía Alaide.

—Yo soy impura y tu me rechazas...Ya no puedo pertenecerte...La esclava debe morir. ¡Perdón, Toparca!

—Sin tí, azucena del valle ¿para qué anhelo la vida?

—Eres grande y generoso como tu padre Huaina-Capac...Vive porque la patria reclama los esfuerzos de tu juventud.

—¡La patria! A su nombre me siento reanimado; pero todo será inútil...¿Recuerdas la profecía del gran sacerdote de Caranquis? ¡Cuán presto se ha cumplido! Esclavo cargado de hierros, esposo ofendido... mira lo que soy ahora. En breve quizá seré el segundo de mi estirpe que muera en un cadalso...y ¿no es mejor luz de mis ojos, sentir que la vida se desprende en la agonía de la pasión?...Alaide, Alaide mia... Dame un beso...La muerte será dulce si la recibo de tus labios...Este calabozo sea nuestro lecho de bodas... ¿Que importa que tu cuerpo haya sido profanado si tu alma es tan pura como el más limpio firmamento? Alaide...yo te adoro!

Y los labios de los dos amantes se oprimieron con un frenético arrebato. La nube del amor veló sus pupilas, las fibras de sus pechos palpitaron con violencia y el eco sepulcral del calabozo repitió suave y fatigosamente estas paabras:

—¡Esposo!

—¡Alaide, Alaide mía!

DOS horas después los carceleros participaban a Hernando Soto que el regio preso y su esposa habían sido encontrados muertos en su calabozo.

Es fama que Pedro de Candia acusó a Callcuchima de haber "dado yerbas" a Toparca y a don García y que sin atender a sus protestas de inocencia fué descuartizado este valiente general.

RICARDO PALMA

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

8 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . „ 4.—
1 año . . . „ 9.—

Cubriéndose los ojos y el rostro con una mano hundió el puñal en el sitio donde suponía que estaba el pulmón de su enemigo. ("Monarca de la Selva").

MONARCA DE LA SELVA

Por HAROLD DE POLO

(Traducido del inglés especial para "Pucky")

I

IMPULSANDO su canoa a lo largo de la costa del lago Slueberry Jim Meadows la detuvo, colocándola de borda a la corriente. Contuvo con suma dificultad la exclamación de alegría y triunfo que le subió a los labios, y, con muda admiración, con los ojos brillantes, miró fijamente la huella de un casco hendido, en dos, que aparecía claramente impresa sobre la arenosa playa.

A pesar de lo difícil que se le hacía comprender que, al fin, había dado con lo que durante tanto tiempo buscó, el experto cazador de los bosques sabía que no se engañaba. Aquella primera mirada bastó para revelarle que la huella que veía no era sino la del alce más grande de las llanuras de las tierras del Norte habían conocido. Solamente una vez, tres estaciones atrás, había él visto la huella de aquella poderosa pezuña, y nunca la había olvidado, desde entonces. Por segunda vez se hallaba Jim Meadows en la pista de aquello que era lo que más codiciaba en el mundo.

Lanzando una rápida mirada al sol, que se aproximaba rápidamente a la línea del horizonte, decidió levantar allí su campamento sin llevar más adelante sus investigaciones.

De haber cabido alguna duda sobre la eficiencia y la rapidez con que acostumbraba Meadows a trabajar, las hubiera desvane-

cido el hecho de que, a pesar de lo mucho que deseaba examinar cuidadosamente la huella hallada, no lo hizo, tratando, por el contrario, de hallar el punto más conveniente para establecer en él su campamento. Descubrió ese lugar a una media milla del punto donde había puesto pie en tierra; un claro en el bosque, cubierto de alto y verde pasto, y rodeado de casi impenetrables alisos.

Diez minutos después había levantado su carpa, comenzando de inmediato a preparar la cena en la moderna y utilísima cocina portátil de gasolina que siempre llevaba consigo. Al caer el sol, Jim había terminado su comida y se hallaba fumando su pipa y esperando la llegada de la noche y la salida de la luna.

A pesar de que Jim Meadows era considerado como el mejor guía existente en las tierras del Norte, no estaba, ni con mucho, satisfecho. Amaba los bosques; amaba la vida que hacía; y amaba la victoria con la misma intensidad que odiaba la derrota. Y sentía íntimamente que, en el caso del alce del lago Blueberry, como se había dado en llamarle, era una derrota lo que hasta esa fecha había sufrido.

Cuanto guía, cazador y trampero vivía en aquellas regiones deseaba para sí aquel par de astas de tan enorme tamaño. Cientos de ricos sportsmen habían venido desde las ciudades vecinas, y aun de las lejanas provincias, se decía, con el sólo propósito de tentar su puntería en el gigantesco alce. Pero nadie, absolutamente nadie hasta la fecha, había logrado disparar sobre él.

Solamente ocho o diez hombres en toda la comarca habían tenido la fortuna de contemplar al poderoso monarca de la selva. Meadows lo había visto tal vez más de cerca que ningún otro, aquel día, pocos años antes. Desde entonces soñaba con apoderarse de aquellos magníficos mogotes que adornaban la cabeza del animal, para colgarlos luego sobre la chimenea, en su casa. Y entonces, por segunda vez, se halaba dentro de lo que él llamaba "distancia de brazo".

Todos los otoños, a pesar de ser Jim Meadows el guía cuyos servicios se solicitaban preferentemente, en aquella comarca, había rechazado sistemáticamente todas las ofertas por más que algunas hubieran significado lo que para él hubiera sido una magnífica suma de dinero, y, por lo contrarin, se había internado en los bosques, por s ucuenta, en busca del cornúpeto monarca. Una que otra vez había hallado las huellas de la preciada presa en su camino, pero siempre eran huellas de tiempo; nunca, hasta ahora, había hallado él huellas tan recientes. Y entre una y otra cosa, la caza del gigantesco alce había llegado a convertirse en una obsesión para él.

Meadows sentíase justamente orgulloso de sus hazañas. Creía que, a fin de retener su prestigio sin que éste sufriera menoscabo alguno, le era necesario capturar la ansiada cabeza del monarca de la selva. Los habitantes de las colonias y los de los lejanos puestos, sabiendo los esfuerzos que realizara por conseguirlo, habían comenzado ya a dirigirle puyas. Pero era cosa esa que á él no le importaba. Lo que en realidad tenía importancia era que su fracaso, pues por tal él lo tenía, le hacía perder fe en sí mismo. Y este deseo de vencer al animal rey de los de su especie, se había convertido en una verdadero obsesión para él. Podría decirse que lo impulsaba a avanzar y avanzar siempre.

Jim Meadows, con un gesto rápido de atención cesó en sus meditaciones. La luna se había levantado, brillando en un cielo completamente limpio, y la temperatura había bajado tanto que Jim comenzaba a sentir frío. Púsose, pues, Jim su pesado "mackinnaw" de lana, tomó el rifle, y se lanzó a través de los bosques

* * * *

II

EL cazador, marchando con el paso ágil y silencioso del hombre acostumbrado a vivir en medio de la naturaleza libre, se dirigió directamente hacia el sitio donde había visto por primera vez la huella de su presa. Sus largos dedos, bronceados y nudosos, acariciaron la huella; sus labios se abrieron y su respración se hizo más agitada, agitada como a compás de la nerviosidad que lo dominaba.

El alce, Jim lo sabía, había sin duda cruzado a nado el lago, porque la huella se hallaba muy cerca del agua, sin que hubiera en la vecindad otro signo alguno que indicara que el animal había vuelto de nuevo a tierra.

Era ésta la estación del celo, cuando todos los cornúpetos luchaban unos contra los otros, con el plausible fin de ganarse la admiración de las hembras de sus respectivas especies. Por lo general, estas verdaderas batallas no comenzaban hasta que la luna se hallaba alta, mucho más alta de lo que entonces estaba, razón por la cual Jim se dijo, juiciosamente, que sería mejor averiguar desde qué punto el animal había llegado a la orilla del lago. Como lo pensó lo hizo, poniéndose de inmediato a estudiar las huellas.

Le fueron necesarias, a aquel guía experimentado y conocedor de los bosques, más de dos horas para seguir las huellas durante menos de tres millas. Algunas veces, durante un trecho de cien yardas o más, aquéllo era la simplicidad misma; pero luego durante el doble o más, resultábale ser la huella más difícil que él había encontrado en su vida. Podría decirse que el monarca de las selvas había deliberadamente tratado de intrigar a sus posibles perseguidores.

Aquellas huellas lo llevaban a través del terreno pantanoso, estéril, cubierto sólo de vegetación dura y de pequeños arbustos destrozados, poco aparentes para alimento de un animal de la especie del alce. Más de una vez se detuvo Jim, preguntándose si no se habría equivocado.

Pero una vez se detuvo, examinando el suelo durante más de un cuarto de hora.

No cabía duda; estaba en lo cierto, sobre la buena pista. Aquellas huellas casi invisibles, casi imposibles de reconocer, eran las del poderoso soberano del bosque.

Unos momentos después un grito de alegría se escapó de sus labios. A unos treinta pasos más allá, después de un terreno cubierto de barro particularmente difícil de pasar, había llegado a un claro del bosque, irrefutablemente, era el sitio elegido por el alce. Rodeado de altos pastos, cubierto de espesa vejetación entre algunos viejos pinos, nadie hubiera sospechado que se hallaba allí.

Dejó Jim caer su rifle y se puso de rodillas para examinar el suelo. Le bastó tan solo un examen sumario para asegurarse de que el alce de ago Bueberry había estado allí aquella misma tarde.

* * * *

III

DURANTE varios minutos Jim permaneció allí, inmovil, soñando, despierto, con el triunfo que al fin se hallaba ya casi en sus manos. Luego, alerta una vez más comenzó a preguntarse cuál sería el mejor curso a seguir; llegando a la conclusión de que el mejor curso a seguir sería el de permanecer exactamente donde se hallaba hasta que el alce regresara. Comprendía que la espera podía ser larga y fatigosa, pues hallándose el rey de la selva en estado de ánimo belicoso bien podía permanecer fuera de su refugio durante largo tiempo, en busca de un posible adversario. También podía ser posible que se refugiara en algún otro lugar durante la noche. No obstante, Jim Meadows se decidió a permanecer de guardia allí, por lo menos durante tanto tiempo como le fuera humanamente posible. Quería a toda costa aquel par de astas como trofeo y las iba a conseguir.

Estaba ya a punto de recostarse a uno de los pinos, cuando llegó a sus oídos el rumor de un cuerpo al pasar entre los pastos. Instintivamente el guía se adelantó a recoger su rifle tratando, al mismo tiempo, de quitarse del camino.

Sus dedos, nada más que la punta de ellos sin embargo, tocaron el caño del arma. Justamente en el momento que se hallaba a punto de conseguir apoderarse de ella un cuerpo agil y musculoso, rugiendo y aullando, pasó como un relámpago por entre las ramas, cayendo sobre su espalda, arrojando a Jim al suelo y haciendo volar al rifle lejos de su alcance.

Jim Meadows comprendió que había sido atacado por una de las panteras negras, que tanto abundan en las salvajes regiones del lago Blueberry. El guía había llevado una vida activa, siempre en los bosques, y no perdió la serenidad; se hallaba en posesión de todas sus facultades.

Sintió una garra clavarse en su hombro derecho y la otra pasar arañando tan sólo su cuello reunió todas las fuerzas de que eran capaces sus músculos y, llevando los brazos hacia atrás aferró la cabeza del felino por la nuca de esta. Simultáneamente levantó los músculos de su hombro, se movió ágilmente hacia un lado y lanzó a la pantera por sobre su cabeza, rodando a lo lejos.

Aproximó la mano rápidamente a la cintura, armándose del cuchillo de caza que de ella pendía. En ese mismo momento la traidora fiera se hallaba de nuevo sobre él.

Meadows no trató de librarse de su adversario; por lo contrario. Le salió al encuentro. Escudando sus ojos y rostro con el brazo izquierdo, avanzó el cuerpo y extendió el brazo en dirección del cuerpo del animal, en dirección del sitio en que suponía se hallaban los pulmones de la fiera.

El acero penetró rápidamente. Un aullido terrible, de dolor y de rabia, se escapó de las fauces abiertas del felino... y en ese mismo momento la fortuna le volvió las espaldas a Jim Meadows.

El cuchillo chocó en una de las costillas del animal; y tan grande era la fuerza puesta detrás de aquel golpe que el cuchillo se escapó de las manos del guía. La pantera a pesar de hallarse herida de muerte, se lanzó de nuevo sobre su presa, y la arrojó al suelo.

Meadows, a pesar de luchar con todas las fuerzas astutamente se dijo que se hallaba cara a cara con la muerte.

* * * *

IV

LA lucha que siguió parecióle que duraba horas... una verdadera eternidad. Por suerte para él la pantera rabiosa por la herida recibida perdió toda su presencia de ánimo que es notable en ese animal, luchando ciegamente. Sus mandíbluas que se abrían y cerraban casi mecánicamente, sus garras de uñas de acero se clavaban una y otra vez mayormente, en tierra o en el aire. Fué precisamente gracias a esto que el guía no quedó deshecho instantáneamente. Pero con todo tenía Jim que hacer esfuerzos desesperados para poder defenderse.

De pronto parecióle a Jim Meadows que sus dedos tocaban el mango del cuchillo. Hizo un esfuerzo para extender aun más la mano pero en ese momento la pantera pareció llamar en su ayuda todos los restos de su energía. Jim para defenderse tuvo necesidad de usar ambos brazos; pero, aparentemente, sin el menor resultado, pues el animal consiguió clavar sus colmillos en la musculosa carne del hombro. El valiente guía de los bosques se dijo que su hora había llegado al fin.

Jim oyó, con su oído tan sensible, tan fino como siempre, un rumor de ramas rotas y arbustos pisoteados en la selva como si un animal de gran tamaño se abriera paso por la espesura. Y mirando hacia adelante por sobre la cabeza de la pantera negra, Jim vió el enorme busto de un gigantesco alce que avanzaba rápidamente, como disponiéndose a atacar.

Lo que aconteció durante los pocos segundos siguientes, es cosa que Meadows sólo ha podido recordar confusamente desde entonces. Tan rápido fué todo.

Dirigiendo una mirada por encima de la cabeza de la pantera vió que avanzaban la gigantesca figura... ("Monarca de la Selva").

Recuerda, vagamente, haber sentido que el cuerpo del felino se desprendía de su cuerpo, como si una mano poderosa lo hubiera tomado de la piel, levantándolo en vilo; recuerda haber visto pasar a pocos milímetros de su cabeza, velozmente, la aguda punta de una de las astas del gigantesco monarca de la selva; recuerda haber extendido ambos brazos en un esfuerzo desesperado para atajar el golpe que veía venir; recuerda haberse asido de aquella poderosa asta; recuerda haberse sentido levantado en alto, haberse hallado en el vacío como si la tierra hubiera desaparecido de golpe de debajo de sus pies.

Lo que no recuerda Jim es cómo sus manos se aferraron a una rama de pino, ni cómo se encaramó por allí.

A pesar de que se hallaba todo magullado, con un hombro completamente lacerado, jadeante, casi sin respiración, no había recibido el guía serias heridas. Al mirar hacía abajo, recuerda que lo primero que vieron sus ojos fué la inmóvil figura de la pantera, que yacía en el pasto, con la boca abierta, enseñando aún los agudos colmillos. Uno de sus flancos se hallaba completamente desgarrado, dejando ver por la espantosa herida las costillas rotas. Apartó su vista, buscando con ella al rey de los bosques.

Más allá, a unas cien yardas de distancia, el gigantesco alce se hallaba, rumiando tranquilamente el pasto. Laboriosamente descendió Meadows del árbol. Mordiéndose los labios hasta hacerse sangre en un esfuerzo supremo para contener el dolor de la carne desgarrada, recogió su rifle. Sus ojos comenzaron a brillar con la anticipación de la victoria tan ansiada. Lentamente bajó el caño del rifle, buscando con la mira un punto entre las dos astas del poderoso monarca, que, ajeno al peligro, no se movía.

Su dedo índice presionó el gatillo, poco a poco; y, al hacerlo, la brillantez de sus ojos desapareció y el rostro se le puso rojo. Con un suspiro, bajó el arma. Su cabeza se movió de lado a lado, lentamente en un silencioso gesto de negación.

—¡No puedo! — murmuró Jim Meadows, en voz baja. — ¡No puedo! ¡Me ha salvado la vida! ¡No puedo quitarte la tuya, amigo mío!...

El alce gigante del lago Blueberry, el poderoso monarca de la selva, desapareció, un momento después, en la espesura, tranquilo a salvo.

HAROLD DE POLO

PANQUEQUES

Lo que los franceses llaman "crêpes", los ingleses "pancakes", y nosotros sencillamente panqueques, utilizando el nombre inglés con pronunciación criolla, cuentan con muchos partidarios en todo el país. Como casi siempre los que saben hacerlos afirman que su preparación es muy difícil, "Pucky" dará a continuación la receta para que al menos se vea que en realidad "no es tan fiero el león como lo pintan", aun cuando se trate de una preparación que exige prolijidad y atención.

Se pasan por el tamiz 150 gramos de buena y blanca harina de trigo. Se pone en un recipiente y se le agregan 15 ó 20 gramos d azúcar en polvo, un poco de agua de azahar, una gota de cognac y un gramo de sal. Se ponen en medio de la harina dos huevos enteros y 2 yemas. Se trabaja la pasta en el recipiente con una espátula de madera, añadiendo de 500 a 600 gramos de leche y unos 20 gramos de manteca derretida y tibia. Se deja reposar la pasta, cuando ya está bien igual, durante un par de horas.

Se unta con manteca derretida y colada una sartén pequeña. Se calienta a fuego vivo y se echa en la sartén una cucharada de pasta. Se extiende la pasta inclinando la sartén en diversos sentidos sucesivamente. Se vuelve el panqueque y se hace cocer del otro lado.

A medida que se van haciendo los panqueques, se ponen uno sobre otro, espolvoreándolos con azúcar molida.

Se sirven solos o se les pone dulce, —mermelada, — de la clase que se desee o miel, envolviéndolos después como una "omelette" a la francesa.

* * * *

MODOS DE PREPARAR EL BESUGO

Besugo con cebolla. — Despusé de limpio, se pone entero o partido en rajas a freírse en una cazuela con cebolla picada; cuando esté ya ésta frita, se hace tostar un poco de pan, que se machaca con un grano de pimienta, se deslíe en caldo del puchero y se echa encima del besugo.

Escabeche de besugo. — Se limpia y prepara bien, se le echa un poco de sal molida y se deja un día colgado a la sombra en punto ventilado; después se parte a trozos y se fríe en aceite hasta que esté dorado, y este mismo aceite, con una cuarta parte de agua y tres de vinagre, unas rajas de limón y hojas de laurel, se echa en la olla misma en que se han arreglado los trozos del besugo, y se tapa muy bien; a los diez o doce días ya se podrá hervir.

* * * *

PARA PREPARAR LA TERNERA

Ternera a la casera. — Se pone en una cazuela manteca y harina, se remueve y enrojece si se prefiere una salsa morena; pero si, por el contrario, tiene que ser blanca y debe ligarse con yemas de huevo, no se la deja tomar color. Se echa la carne, se revuelve; y luego se humedece con agua caliente, añadiéndole sal, pimienta, tomillo, laurel; se deja hervir tres cuartos de hora, y se juntan a la salsa cebollitos, hongos, arvejas, etc.

Ternera mechada. — La mejor carne es la de la pierna, la cual se mecha con tiras de tocino que penetren bien; se rehoga en grasa de cerdo con sal; échase después un poco de harina, pimienta, ajo y perejil, y se deja cocer dos horas; también se le echan, si se quiere, espinacas, que deben ponerse aparte a cocer con sal y manteca, y un poco antes de hervirla se echan las espinacas.

Ternera guisada. — Póngase en una cazuela un poco de grasa de cerdo con agua o caldo, un poco de cebolla, hongos y laurel; se deja cocer una hora, y después se echa la carne con unas gotas de limón, dejándola cocer un rato a fuego lento. Algunas aves se cocinan de esta manera, y están muy sabrosas.

Ternera asada. — Se cortan pedazos de media libra y se disponen éstos en una cazuela, la cual se coloca entre dos fuegos; luego que esté a medio asar, se le echa un poco de tocino derretido, se van untando a menudo las tajadas con una salsa dispuesta al efecto, la cual se compone de perejil, pimiento, sal, zumo de limón, ajos machacados y un poco de agua. Si la carne es gorda, se pone al fuego con sal, y cuando esté a medio asar se le quita la humedad que pudiera tener, y se le añade un poco de manteca, vino blanco o aguardiente.

EL PALACIO DE LOS PIES CORTADOS

Por MARGERY LAWRENCE

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

EL viejo servidor oyó las palabras de su patrón y exclamó inmediatamente y como aterrorizado:

—¡Allí no, Huzur! ¡Tu servidor es tu esclavo, y te acompañará a donde quieres, Huzur, pero allí no!

Jack Hillyard lanzó a su fiel Faiz Ullah una mirada de no disimulada sorpresa y asombro. ¿Qué le había pasado a Faiz Ullah?

Se hallaban en medio de la espesura, en medio del juncal donde, a cada paso, debajo de cada mata, detrás de cada árbol, los esperaba un peligro; la noche caía rápidamente. Delante de ellos tenían la esperanza de hallar abrigo entre las paredes de mármol de aquel olvidado palacio. ¡Pero Faiz Ullah, a la vista del medio derruído edificio que había hecho lanzar a Hillyard un suspiro de alivio, lanzaba semejante grito de terror.

Derek, el joven primo hermano de Hillyard, se volvió, tambien sorprendido, al oir la exclamación lanzada por el fiel servidor. El grupo de los cargadores indígenas que habían acompañado a los dos primos a la espesura, en busca de caza mayor, dejaron caer los atados al suelo, lanzando en torno rápidas miradas de temor, y mirando con miedo hacia el grupo de edificios que, iluminados por la luz de un crepúsculo hindú, podían verse abajo, a lo lejos.

En las selvas de la India hay muchos de esos restos de un maravilloso pasado, — perdidos palacios y ciudades abandonadas, enormes templos de dioses olvidados, — y muchas eran las veces en que Falz Ullah había acampado durante la noche, entre sus murallas, con su amado patron su actitud extraña sorprendió mucho a Hillyard, que le preguntó en lengua hindostánica:

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No está cerca la noche, Faiz Ullah, y no tenemos necesidad de abrigo y descanso?

Inclinóse Faiz Ullah, en un profundo, agitado saludo.

—Verdad és, mi señor. Acampemos aquí. Yo cuidaré de que estés bien guardado, Huzur. Pero no descenderás al valle, ¿verdad?

La súplica que vibraba en su voz era más que desproporcionada al tema de la conversación; por otro lado le pareció a Hillyard que Faiz Ullah había evitado responderle directamente a su pregunta.

No se trata de esa. Con seguridad estaremos mucho mejor dentro de unas altas y fuertes paredes que en la selva; y ese lugar me parece ser bastante seguro. ¿Por qué no quieres ir hacia allá?

Durante unos minutos el alto y fornido sikha no respondió, pero cuando lo hizo, al cabo de unos momentos, lo hizo de mala gana, con su mirada fija en los brillantes edificios que se veían en el valle, semi ocultos entre los árboles.

—Te reirás de mi, Huzur, pero nosotros, tus pobres servidores, conocemos y tememos a esa lugar. No es conveniente trasponer los umbrales de lo que, antiguamente fue el palacio secreto del rajá de Bodalpor, Kuja Rao, el cruel.

Los ojos de Darek se iluminaron de interés y excitación.

—¡El rajá cruel! — exclamó. — ¡Oye, Jack! ¡Esto sí que es interesante! Yo he oído hablar varias veces del tipo ese, pero papá dice que no se conoce el sitio donde estaba su famoso palacio. ¡Vaya una suerte, ¿eh? ¡Vamos! Voy a verlo ahora, suceda lo que suceda.

Su tono denotaba intenso júbilo. Jack vacilaba entre su propio deseo y el recuerdo de varias ocasiones antes, cuando por no haber seguido el consejo de Faiz Ullah que

le había parecido había tenido más tarde, que arrepentirse.

El sikha, que observaba a su señor atentamente, intervino.

—Si mi señor desea, podemos ir mañana. Pero, ¿ves? ya está todo oscuro y el jóven sahib está cansado.

Las sensatas palabras del servidor solo sirvieron para matar más a Derek, a quien no le gustaba que le dijeran flojo. Mordiéndose los labios, se volvió, haciendo ademán de emprender el descenso hacía el valle.

—¡Voy a bajar ahora! — respondió. — Ven, Jack, a menos que tu quieras quedarte atrás.

Sin esperar respuesta echó a andar. Hillyard, alarmado ante la posibilidad de perder de vista a su primo, tomó de nuevo el rifle y lo siguió.

—¡Vamos, Faiz Ullah! ¡No seas tonto!

Con un fatalista encogimiento de hombros, el sikha, echándose la carga al hombro, lo siguió, haciendo, en silencio, señas a los demas cargadores. Un momento despues, la pequeña caravana se perdía en la oscuridad silenciosa de la selva.

El descenso fué facil; el terreno formaba una leve pendiente hacia el valle pero sin hallarse tupida por las hierbas primaverales, que distinguen a toda selva virgen de la India. A medida que se acercaban al valle, más evidente se hacía que allí la mano del hombre había tenido intervención, plantando árboles, formando canteros. Ni siquiera la cantidad de hierbas que cubrían lo que, en otros tiempos había sido los famosos jardines de un poderoso rey podían ocultarlo.

Faiz Ullah había tomado la delantera, marchando a la cabeza del grupo con la filosófica resignación, peculiar de su casta guiando a sus compañeros por canteros y avenidas, por entre flores exhuberantes, de exquisito perfume, por terrazas cuyas medio destruídas balaustradas pobre idea daban del esplendor de pasados días, hacía el enorme palacio de mármol que, a la distancia, brillaba opalescente, irreal, como una pompa de jabón pronta a estallar.

Una débil sospecha cruzó la mente de Jack Hillyard. La sospecha de que no era esta la primera vez que el sikha Faiz Ullat visitaba el palacio oculto del rajá de Bodalpor. Pero no tuvo oportunidad de formular pregunta alguna. Respirando fatigosamente seguía al hindú, que marchaba velozmente por entre matas y árboles, maleza y arbustos en flor, torciendo aquí, volviendo allá, como quien, sabiamente, sorteaba su camino en medio de un laberinto de pasajes y corredores. Jack rogaba secretamente qué sus altas botas fueran defensa suficiente contra las serpientes y contra los insectos venenosos; rogando que de entre las sombras de las árboles no se produjera, repentinamente, alguna de aquellas infinitas manitestaciones tan tristementes frecuentes en la vida salvaje. Pero todo marchaba bien, y la selva darmía tranquila, en el perfumado y fresco ambiente, como si tanto la garra poderosa y feroz del tigre como el traidor y ponzoñoso colmillo de la cobra le fueran en absoluto desconocids.

El jardín se elevaba formando una serie de ámplias terrazas. Los pavimentos de mármol blanco aún se podían ver, en ciertos sitios, intactos, bordeados por verdes hierbas que había crecido entre las junturas, y que el mármol no había podido detener. Pasaron frente a una fuente de ruínas, seca y derruída. En redor del brazo, levantando en alto, de una bailarina casi desnuda que la coronaba, una enorme cobra habíase enroscado a dormir, mientras su cuerpo oscuro y viscoso brillaba a la luz de la luna.

Al fin, casi sin respiración, fatigados, llegaron al palacio que parecía blanca avecilla echada en medio del nido verde. Faiz Ullad, cuyo rostro iluminado por la luna, revelaba la preocupación que sentía, se volvió hacía Jack.

—¿El Huzar está satisfecho?

Fué la voz jóven, inpaciente, de Derek la que respondió al hindú, mientras los ojos entusiastas, como ansiosos de belleza, recorrían las imponentes ruínas.

—¿Satisfecho? ¡No seas tonto, Faiz Ullah! Voy a pasar la noche dentro, ¡Mira tú! — dijo volviéndose a su primo Jock. — ¡Pasar la noche donde el viejo podenco del rajá o donde se hallaban los harenes! ¡No perdería esta oportunidad por todos los tesoros del mundo! ¡Ven!

Contra su voluntad, Jack Hillyard vaciló, impresionado por algo indefinible que veía brillar en los ojos del sikha, que se hallaban fijos, sin pestañear, en el rostro del muchacho.

—¡Vamos, Faiz Ullah! — dijo, con impaciencia. — si tienes una buena razón en contra de nuestra intención de pasar la noche aquí, díla de una vez, no continúes, por favor, rumiando como un viejo buho.

Con su acostumbrado movimiento de hombros, el sikha se volvió hacia donde una arcada de mármol estupendamente tallado figuraba una inmensa boca pronta a tragárselos.

—Nada más tengo que decir, Huzur. Yo he visto; pero puede ser que tú no veas, y te rías mañana de los temores de tu fiel servidor. Está bien. Estos tontos no querran entrar, por que son cobardes. Pero yo cuidaré de tí. Ordénales que se vayan al juncal que cuiden de los cobardes corazones lo mejor que puedan.

Era cierto que los cargadores no querían entrar en el palacio por nada del mundo. Se detuvieron frente a la entrada del enorme patio, formando un grupo tembloroso, que comentaba en voz baja, pero se negaron terminantemente a avanzar. Hillyard, perdiendo la calma, les endilgó una filípica formidable. Pero la actitud del grupo había convertido en irrevocable determinación su intención de pasar la noche allí, y con algunas palabras, duras y secas, los despidió, advirtiéndoles que los haría azotar de no hallarlos esperándolo al pie de la colina al despuntar la aurora del siguiente día.

Entrando en el patio, Hillyard halló a Derek perdido en la contemplación de las

El burlado magnate, sentado en su trono, cada vez que la danzarina dejaba de bailar por haber terminado su danza, indicaba que volviera a comenzar. ("El palacio de los pies cortados").

maravillosas esculturas de los mármoles de las paredes, de las maravillosas recortaduras de mármol negro, por entre las cuales, como por entre un encaje, se filtraba la luz de la luna, soportadas por columnas formando largos corredores que llevaban a los salones principales.

Abandonado a sí mismo, el joven no se habría decidido a dormir allí aquella noche; pero Jack Hillyard conocía los peligros de los viejos edificios abandonados de la India. Peligros que se traducían en serpientes, en paredes dispuestas a desplomarse al menor movimiento, en pisos prontos a hundirse

Consiguió, sin embargo, detener el entusiasmo del joven, concentrándolo en el centro del palacio, que era la parte más segura, pero que, para una ruina de muchos siglos de antigüedad, se hallaba en sorprendentes condiciones de conservación.

Cenaron en uno de los rincones del gran salón principal que, probablemente, debió de haber servido como sala de audiencias, cuyas maravillosas paredes de mármol esculpido y su piso de piedra de arco iris parecían burlarse, con su esplendor, de las ruinas que las circundaban, del pequeño grupo de hombres harapientos, sucios, fatigados, por la larga marcha entre la selva, y que se hallaba en una plataforma al fondo del salón.

Este último salón, ancho y alto, llevaba a un hueco semicircular que, al parecer, había sido así construído con el propósito de servir de sitio para un trono o un diván. Las esculturas de las paredes terminaban allí en forma de una piedra asombrosamente calada, cuyo diseño mezclaba hombres, bestias

La hermosa bailarina procuraba danzar con su mayor habilidad, tratando de reconquistar con su danza al príncipe a quien ya había conquistado así una vez. ("El palacio de los pies cortados").

y flores en un verdadero frenesí de dibujo, sorprendentemente hermoso.

Mientras comía lengua en conserva y algunas galletas, Hillyard observaba las abundante pruebas, visibles en todas partes, que tan numerosas se encuentran en las reliquias de la India, del completo desprecio en que se tenía la vida humana, como no fuera la de los individuos de la casta dirigente. "Esta prodigiosa manifestación de maravilloso arte, — pensaba Jack, — ¿a cuántos hombres habrá costado la vida? ¿Cuántos hombres, esclavizados en ese trabajo, habrán muerto, para ser reemplazados por otros, sin otra expresión de sentimiento por su desaparición que una mera exclamación de impaciencia de los labios del señor por la lentitud con que se completaba el trabajo?"

Hasta los cimientos de palacio habían sido amasados con lágrimas y sangre de los incontables hombres y mujeres que habían sido ocupados y luego olvidados como herramientas gastadas. Hombres y mujeres tan simples, que ni aún en sueños pensaban en alzarse contra el látigo del señor.

El silencio profundo de aquel lugar oprimía el corazón como un bloque de plomo. Hasta la misma charla incoherente de Derek se hizo menos intensa, disminuyendo poco a poco. Su nerviosidad subía de punto cada vez que, mirando por encima del hombro, fijaba la mirada sobre las sombras que la luna, filtrándose por las filigranas de piedra, extendía sobre el piso como enorme alfombra de negro encaje.

Mirando por entre los intersticios de la piedra, nuestros amigos podían observar del otro lado, un amplio salón, cuyas paredes se

hallaban cubiertas de hermosas pinturas y maravillosos relieves. Pero un derrumbamiento de parte de una pared interceptaba el paso, de manera que les fué necesario contentarse con mirar a través de aquella cortina de piedra. Faiz Ullah, mientras destapaba una lata de jalea de frutas, hizo una señal, con la cabeza, indicando la piedra calada, de la cual conversaban los dos primos.

—¿Tomarás un poco de este dulce, mi señor? — preguntó. — ¿Te admira la cortina de piedra, Huzur? Se dice que desde el otro lado de ella las hermosas mujeres del haren del rajá que construyó este palacio, este poema en mármol para una de ellas, la vieron morir.

—¡Uf! ¡Qué poco alegre estás, Faiz Ullah! — exclamó Derek, con la boca llena de jalea y galleta. — ¡Continúa! Veo en tus ojos que hay una leyenda sobre este antiguo palacio.

Faiz Ullah recogió los restos de la comida y los arrojó lejos, a un oscuro rincón del salón.

—Hay una leyenda, es cierto, Huzur; ¿pero qué ruina hindú no tiene su leyenda? Para una mujer, Shah Jehan construyó el Taj; para una mujer se construyó este palacio escondido, para que su enamorado, el rajá, la pudiera ocultar de todos menos de su amor. Njahal-al-Gulek se llamaba la bella. Njahal, la de los pies danzarines. ¿Desea mi señor recogerse? Todo está pronto.

Ni una sola palabra más pudieron Derek o Hillyard arrancar al viejo sikha. Riendo y charlando, después de un último cigarrillo, se envolvieron en sus frazadas y se dispusieron a dormir, reposando contra la pared de la plataforma desde la cual, si Derek no se equivocaba, el rajá cruel, Kuja Rao, dictaba, años atrás, sus terribles decretos.

Faiz Ullah debía montar el primer turno de guardia. Conociendo Hillyard la devoción que por él sentía su viejo servidor, se dispuso a dormir tranquilamente. Pero, devoto como era el viejo sikha, parecía que había algo, esa noche, que hacía vacilar hasta los cimientos de esa devoción.

Durante largo tiempo el hindú permaneció sentado, inmóvil, apoyando la espalda contra aquella aprensión. La luz de la luna, filtrándose por las esculturas de la altísima ventana, caía sobre su rostro pálido, manchándolo de sombras y luces. El silencio, completo oprimía; y en medio de él, sus plegarias, su respiración rápida y entrecortada, parecían llenar el antiguo salón de las audiencias de ruidos extraños y sobrenaturales. Nada se movía. Tan sólo el silencio; pero, al fin, temblando, sin poder dominar su temor, Faiz Ullah se levantó, tambaleándose, y abandonando su puesto junto a su dormido amo, se alejó.

* * * *

PARECIOLE a Jack Hillyard, cuando, después, reflexionaba sobre los sucesos de aquella noche, que había dormido durante largo tiempo. Por lo menos, la luna había recorrido largo trecho cuando se despertó, alarmado, sintiendo una extraña picazón en la cabeza, lo que le sorprendió desagradablemente.

No siendo nervioso, Jack paseó la mirada en redor suyo, perplejo. La blanca brillantez de la luna en el piso había dejado en su lugar a una luz indefinible, a la cual los detalles de las cosas aparecían extraños y sombreados. Despertando lentamente a la sorprendida consciencia del sitio en que se hallaba, observó otra cosa más.

Era el movimiento rápido de algo, junto a él, que le había despertado. Derek había abandonado en ese momento su sitio. La frazada aún conservaba el calor de su cuerpo, pero el sitio se hallaba vacío, tan vacío como el de Faiz Ullah. Esto último, sin embargo, era de importancia menor, y Jack sólo lo notó de paso.

Preguntándose qué habría impulsado a su primo a abandonar su sitio, se puso de pie, lanzando miradas a uno y otro lado, tratando de penetrar la semioscuridad en que todo se hallaba sumido.

Al principio, Jack no pudo ver nada, como no se hallara en su inmediata vecindad. Luego, a medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, le pareció ver del otro lado del salón, algo que se apoyaba contra la reja de piedra calada. Era Derek, cuya sombra se destacaba de entre las sombras, y que miraba a través de la reja de piedra, con las manos apoyadas en ella y la cabeza inclinada, como si tratara de murmurar algo al oído de una persona que se hallara del otro lado. Jack Hillyard abrió la boca para hablar, pero de ella no salió el menor sonido.

La cabeza parecía darle vueltas, su cerebro hallábase embotado por el asombro. Pero comprendió de dónde provenía su temor. Derek, aún a aquella débil luz, tenía un aspecto diferente. Siempre alto y delgado, parecía haber enflaquecido, haber perdido estatura; su cabello castaño había crecido, formando un verdadero bosque de cabello negro.

Al asombrado Jack Hillyard, que parecía hallarse entre un ensueño y una realidad, le pareció que del otro lado de la misteriosa reja de filigrana en piedra, venía el debilísimo rumor de ahogados sollozos y risas; el debilísimo resplandor de una velada luz.

Le pareció a' que observaba con creciente terror, que llegaba a sus oídos, desde lejos, el son de una música siniestra, rítmica, de un compás extraño, que llenaba el alma de un frío de hielo, en cada una de cuyas notas parecía vibrar el estallido de una macabra carcajada. Por el corredor, que se hallaba entonces escondido a la vista de Jack por el ángulo del salón, venía lo que la música anunciaba. Al llegar, la figura, que era, y no era, a la vez, Derek, se deslizó hasta el suelo, contra la pared. Con un parpadeo violento, la luz que brillaba detrás del enrejado de piedra se apagó al volverse el joven para dar la cara a lo que se aproximaba.

Nada se oía, más que la música, débil pero penetrante, como los ecos de una risa mezcla de gemido y de risa que se burlara del horrorizado rostro del joven, encuadrado en un marco de largos cabellos ne-

gros como la noche, surcado por amplias arrugas de dolor y de terror que la vida, hasta entonces feliz, del joven, no había conocido nunca.

La luna adquirió, de pronto, mayor brillantez, y Jack Hillyard retrocedió dos pasos horrorizado, al ver que el que debía ser Derek se dejaba caer de rodillas y así avanzaba por el piso del antiguo salón... hacia la nada. ¿Nada? ¿Es que no había nada allí? La luz de la luna parecía ondular sobre el piso. Las sombras corrían de un lado a otro, como otros tantos seres humanos acosados por el terror. A pesar de que sus ojos le decían a Jack que el gran salón estaba completamente vacío salvo ellos dos, cada una de las fibras de su ser parecía vibrar desmintiendo tal verdad.

Con la llegada de la música infernal llegó también la vida; la vida, invisible pero potente, que pobló el hall de una multitud invisible que se apretaba y codeaba, murmurando, cuchicheando, segundas partes de un drama cuyo último acto Jack sabía que se estaba desarrollando frente a él, en la nada.

De nuevo, detrás del enrejado de piedra, brilló la temblorosa luz. De nuevo los murmullos ahogados y los ahogados sollozos, sollozos y murmullos que esta vez parecían compuesto de varias voces femeninas y jóvenes. En el centro del salón, a los pies del Invisible, hallábase la figura de un ser humano, arrastrándose, implorando con voz quebrada de angustia, voz horriblemente distinta a la de Derek, cuya garganta pronunciaba las palabras.

Como en un ensueño, las palabras llegaron a los oídos de Jack, cortando todos los otros rumores indeterminados que llenaban el salón. Una voz que vibraba de angustia y de dolor.

—¡Déjala ir, Protector de los Fieles! ¡Déjala, Salvador de los Pobres, Todomisericordioso! ¡Yo sólo soy culpable! ¡Que sea mío el castigo!

Con un tirón repentino, las palabras fueron ahogadas en sus labios, y el cuerpo rodó, lanzando un gemido, sobre sí mismo. Hillyard recordó, por más que se dijo que estaba rematadamente loco, el movimiento que hubiera hecho un cuerpo que, en las mismas condiciones de aquél, hubiera recibido el rencoroso golpe de un iracundo pie. Luego, aterrorizado, Jack saltó de la plataforma, corriendo a ocultarse detrás de un pilar roto, impulsado por un repentino e incontenible miedo. Alguien, muy despacio, se aproximaba, acompañado por la terrible música, a la plataforma. Alguien cuya proximidad invisible, lo estremeció hasta los redaños del alma. Se cubrió el rostro con ambas manos, ocultándose detrás del pilar, completamente dominado por el más abyecto terror.

En redor suyo, el aire parecía estremecerse, saturado de murmullos, cuchicheos, suspiros, rumor de vestiduras de seda, de joyas, de metales, de armas y de cueros; el penetrante perfume de esencias asiáticas le saturó el olfato hasta hacerse irrespirable. Toda la agitación y el movimiento de una multitud lo envolvió. Sin embargo, por más que aguzó la vista, nada pudo ver en el inmenso salón; nada, que no fuera el brillo de la luna, las sombras sin fin y la figura horripilante que, en el suelo, lloraba en silencio. La vió moverse, avanzar arrastrándose hacia la plataforma, dolorosa y lentamente, como esforzándose por realizar un esfuerzo mortal. Pero, al moverse, la música, que llegó a un punto máximo de estridencia, cesó de improviso.

El repentino silencio fué para Jack Hillyard, como un latigazo repentino recibido en un cuerpo agotado; casi lanzó un grito, pero se detuvo. No oyó una sola palabra; pero, en medio del profundo silencio, adivinó que, fuese lo que fuese que se hubiera entronizado en el nicho, en el mismo sitio en el cual, hasta pocos momentos antes, había reposado con toda tranquilidad, hablaba; hablaba con una tranquilidad fría, terrible, que convertía en hielo la sangre de las venas. Cada vez más se acurrucaba en el suelo aquella figura que se arrastraba, al oir las palabras, como latigazos dados en su cuerpo, gimiendo, rogando, en la más abyecta desesperación. Era algo que ponía el pelo de punta, el observar una criatura humana presa de tal terror.

La voz pareció callar. Pero pareció cesar tan sólo para permitir la llegada de algo para lo cual había servido solo de presentación, de algo como un fantasma que se acercó insensiblemente. La música volvió a sonar. El hombre que era, pero que también no era Derek, habíase alejado hasta que no pudo más, hallando la pared en su camino. Allí levantó la cabeza, alerta al oir la música, que no era ya burlona, ni estridente, sino melodiosa. Cantaba un canto de amor, pero terribe a la vez. Era algo monstruoso, repelente; un sarcasmo brutal, sangriento; sarcasmo deliberado, por que Hillyard comprendió que la voz de aquello invisible que se hallaba sentado en el invisible trono, lo había preparado todo, deleitándose en cada uno de los detalles, hasta que llegara el ya cercano final.

La luz de la luna se hizo menor azulándose; las luces débiles que brillaban detrás del enrejado de piedra se movían constantemente, y el llanto lejano se hizo más fuerte. Aparecieron en el alón, en el centro de invisible multitud que murmuraba y cuchicheaba, dos pies pequeños.

Rodeados de una propia débil luz fosforecente, se movían silenciosamente, ágiles, jóvenes y delicados, danzando rápidamente, sobre el pálido mármol del piso, dirigiéndose al trono.

Jack Hillyard miraba, forzando la vista, cubierta la frente de sudor, frío su corazón latía apresuradamente, golpeándole el pecho como unaa fiera enfurecida se bate contra los hierros de la jaula. No; no era un ensueño, no estaba loco; dos pequeños pies morenos cargados de joyas bailaban ante él, a la luz de la luna, los delicados tobillos mostraban aún la delgada línea roja dejados por ellos en la cimitarra, al cercenarlos.

Jack Hillyard había llegado al límite de su resistencia. Perdió el conocimiento y se fué al suelo, rodando, conservando como

Se veían de noche, a la pálida luz de la luna; su febril hora de amor veíase rodeada de los mayores peligros. Si alguien llegaba a sorprenderlos y el magnate se enteraba, su castigo sería terrible. "El palacio de los pies cortados").

única expresión un grito aterrador que partió de los labios de Derek, al lanzarse el joven hacia el sitio donde los dos piececitos bailaban.

* * * *

CUANDO Hillyard recobró el conocimiento, encontró a Faiz Ullah, el curtido rostro del sikha, humedecido por lágrimas de remordimiento, sosteniendo una copita de cognac junto a sus labios. Contra la pared yacía al cuerpo insensible de Derek; y Hillyard, tomando el licor de un solo trago, se puso de pie, tambaleante, dirigiéndose a auxiliar a su primo. Pasó largo tiempo antes de que este diera señas de recobrar los sentidos. Pero al abrir los ojos, los dos hombres se hallaban inclinados hacia él, ansiosos observaron de que se hallaban desprovistos de expresión como si hubieran sido de vidrio. Volviendo la cabeza de un lado a otro, murmuraba con ronca voz, palabras ininteligibles, en una lengua desconocida. Con un dolor agudo como una puñalada, en su corazón, Jack Hillyard comprendió que Derek aún se hallaba viviendo el terrible so-

(Sigue en la pág. 48)

FRASEOLOGIA EPISTOLAR VERANIEGA

Sara: — Mi esposo me escribió ayer. Comenzaba la carta diciendo: "Mi precioso tesoro" y terminaba enviándome todo su amor.

Sofía: — ¡Qué amable y qué cortés! ¿Cómo le contestaste?

Sara: — Comencé la carta poniendo: "Mi preciado tesorero" y la terminé con: "Mándame quinientos pesos, porque la vida de hotel es carísima".

(De la página 46).

por del cual él había conseguido entrever solo una mínima parte.

Faiz Ullah miró a su amo.

Huzur está despierto. Pero su cerebro duerme aún. Debemos sacar de este lugar que se ha apoderado de él.

—Pero, ¿Por qué? ¿por qué? — preguntó Hillyard, con el rostro pálido a la claridad de la aurora que entraba por las altas ventanas.

El viejo Sikha vaciló un momento; luego respondió:

—No entenderías, mi señor. Pero nosotros, los de nuestra raza, diríamos que el Sahib Derek ha llegado en este lugar en el cual él vivió una vez, que las secretas influencias que aún viven en este lugar, han extendido sus descarnados dedos y tocado su memoria dormida. Así despertó y vivió y sufrió de nuevo la gran tragedia que una vez fué suya, y de alguien más.

—Quieres decir de otra, ¿de a que bailaba? — preguntó Hillyard.

El sikha le lanzó una rápida mirada.

—¿Entonces tu tambien vistes, Huzur? — preguntó. — Yo tambien he visto. dos veces he visto ya los pies que danzan solos a la luz de la luna. Dos veces con esta los he visto, y he oído también la agitación, el murmullo y el movimiento e aquella corte grande y cruel que vió morir a los dos amantes de antaño. Hace mucho tiempo, como ya he dicho, Protector de los Pobres, que ella vivió. Era una bailarina: Njahal -al-Gulek, Njahal, la de los pies danzarines, y se dice que fué más hermosa que todas las mujeres de las viejas leyendas. Con ojos de gacela de las montañas, labios como la granada. rojos y sensuales, piel de márfil. ¡Ah! Hermosa como un ensueño, joven, de solo trece años , cuando el rajá Kuja Rao, el cruel, la vió y la deseó. Deseándola, la compró a su amo, para que ella le sirviera de entretenimiento.

Hizo el sikha una pausa.

La compró para que le sirviera de juguete, de diversión; pero tales eran sus modales para los hombres, tales sus tretas de amor, tal su risa, como el correr sobre el oro de un cristalino arroyuelo, que el rajá, que nunca había amado, conoció el amor. Conoció el amor y la amó apasionado, celoso y terrible, con un amor que era casi tan amargo como el odio. Fueron tales sus celos que se le hizo insoportable hasta el pensamiento de que la fresca brisa, pasando por entre las puertas y las ventanas enrejadas de su palacio de Gundhal, pudiera haber pasado antes por los labios de otros hombres. Porque ella era joven, hermosa y sedienta de vida, mientras que él, a pesar ser Kuja Rado, el gran rajá, estaba haciéndose viejo . Ella era para él como el sol como la luna, como todo el mundo. Los hombres son ladrones, Huzur y que no respetan para robar ni el mismo palacio de un rajá.

Calló un momento el viejo sikha, para continuar, luego de lanzar un profundo suspiro.

—El rajá levantó para ella un palaico que fué el palacio más exquisito del mundo, pero estaba oculto en este valle de la vista de los hombres. En él podría guardar su perla en seguridad, sin que nadie, más que él, gozara de tan inestimable alhaja. Así lo hizo, Huzur. Reunió a los arquitectos más célebres, a los más famosos escultores; los mejores jardineros y los más inteligentes trabajadores del metal, de las maderas, los mármoles y las sedas. Poco tiempo después, se levantaba en medio de la selva, el poema en mármol que había de servir de santuario y prisión a la vez, a aquella mujer poema. Cuando ella llegó con su corte de alegres jovencitas, cuando ella vió la maravilla que el amor y el poder del monarca habían levantado para ella, cuando de su bella garganta, de su boca roja, escaparon los gritos de admiración, entonces se sintió, en verdad, Kuja Rao, rey de verdad, rey de la vida y de la felicidad; el gran rajá que aún no había sido apodado el cruel. Fué después, cuándo... pero la luz se hace más fuerte, y voy a apresurarme. ¡Duerme tranquilo, sahib Derek! Mejora, Huzur, Protector de los Pobres. Duerme, que el sueño cura muchos males. Durante un tiempo, el rajá se sintió feliz. Su amor por esta hermosa y exquisita criatura lo rejuveneció. Rejuveneció al rey cansado, envejecido, fatigado de la vida, y le hizo sentir nuevas ansias de vivir, nuevas ansias de gozar la alegría de la vida. Pero cuando el hombre ha levantado su castillo, los dioses extienden sus divinas manos y... ¡Y así fué!

"Pero algo tan importante como la construcción del más maravilloso de los palacios en el centro mismo de una selva virgen, tuvo que saberse, a pesar de lo espléndidamente que el rajá había recompensado a sus servidores para obligarlos a guardar silencio. Pero la sangre joven es sangre cálida, Huzur, y entre los jóvenes hubo muchos cuya curiosidad fué estimulada por las leyendas de la hermosa niña guardada más celosamente que la más hermosa y valiosa de las joyas. Muchos fueron los arrojados jóvenes aventureros que perdieron su vida en las ciénagas que rodean la entrada del valle secreto, o que encontraron rápido fin en manos de la guardia del real palacio. Pero uno de ellos consiguió llegar al amor y a la muerte. Su nombre no se ha sabido nunca; pero tú, nosotros, Huzur, lo hemos visto. Alentado por la juventud, audaz, habiendo oído hablar mucho de la hermosa Nahal, se ocultó por la noche entre las ramas de los bananos que colgaban sobre las paredes de los jardines de palacio, y allí esperó y observó.

"Era precisamente en aquel jardín, en el que a Njahal la Bella le gustaba pasear, al atardecer, sola, descubierta, pues en aquel secreto jardín nadie había que pudiera verla. Desde el árbol de bananas, él la vió; y olvidando toda prudencia y circunspección, pensando sólo en la belleza de la joven que despertó su amor, se dejó caer del árbol a sus pies. A la luz de la luna, ambos jóvenes se contemplaron durante largo rato, y el amor nació. Vió ella que él era alto y arrogante como una palmera, que su voz era

y sabía cantar como la avecilla al despuntar el sol. Tú has visto, Huzur, lo que era cuando el rájá terminó con él. Yo también lo sé, por que, para vergüenza mía, me arrastré hasta tu lado, sahib.

"Pero pronto terminó el idilio. Sólo duró un mes o dos. El, rondando las murallas del palacio, inflamado de pasión por ella, ella, dentro de las murallas del castillo, medio loca de amor y de miedo, haciéndole llegar alimentos lo mejor que podía, encontrándose con él a la luz de la luna, debajo de los árboles, pasando uno en brazos del otro horas locas de amor, medios muertos de terror de que uno de los infinitos espías de Kuja Rao los viera.

"Por fin los vió uno de los espías y corrió a su señor con la novedad. El rajá se puso como un tigre acorralado. Dice la leyenda que se encerró en sus habitaciones, sin probar bocado durante tres días. Los que se atrevieron a acercarse a sus habitaciones, oyeron el rumor incesante de sus pasos, parecidos a los de una fiera enjaulada. Caminando sin cesar, lanzando grandes gritos y gemidos inarticulados. Cuando salió, sus ojos tenían una expresión de extraordinaria dureza, brillaban como diamantes en su rostro adelgazado y lleno de arrugas.

"Nadie supo nunca lo que fué del joven audaz que le había robado su amor. Pero en el corazón de la tierra había una cámara oculta, — algunos dicen que debajo de este salón, — y allí fué llevado el audaz, encerrándolo con hombres que sabían cómo usar los instrumentos de hierro y de fuego, de horror indescriptible. Por lo menos, cuando fué llevado al salón de audiencias y presentado ante la corte entera para oír su sentencia, ya no era más que un pingajo.

"Pero era todo un hombre, el muchacho valiente y sin nombre. Aún cuando se hallase completamente destrozado, a pesar de hallarse moribundo, tuvo la audacia de pedir clemencia para ella, costárale a él lo que le costare. ¿Y ella? Durante los tres días pasados, días terribles, había permanecido encerrada tras ese enrejado de piedra, a través del cual había visto a la corte reunirse, los grandes señores resplandescientes de sedas y de piedras preciosas, las largas filas de esclavos; había oído el murmullo nervioso, el cuchicheo apresurado de los magnates, porque el rajá había llamado a todos los nobles de sus estados, y hasta de los más remotos confines de Boldalpor habían venido al Palacio Oculto.

"Imponente en sus ropajes imperiales, con el rostro como esculpido en roca, debajo del turbante cargado de joyas, el rajá escuchó la súplica del amante; y, con una sonrisa qe hizo estremecer a los nobles, ordenó que fuera traída a su presencia Njahal la hermosa, para bailar. Sólo los dioses saben qué palabras se cruzaron entre los dos infortunados, con el enrejado de piedra entre ellos; cómo se las arreglaron para cambiar un último beso temblroroso, una última promesa de fidelidad, sucediera lo que sucediera. Se dice que un guardia, emocionado, lo permitió antes de la reunión de la corte, antes de que Njahal-al-Gulek, bailarina, reina no coronada de Bodalpor, viniera, llamada por su señor, a intentar por última vez, torcer su destino.

"Era una última y fútil esperanza; pero, así y todo, a ella se aferró él como náufrago a la tabla de salvación. ¡Si pudiera conseguir que el rajá los dejara partir, torturados y andrajosos, pero juntos. Alentada por esta desesperada esperanza, se pintó ella los ojos con khol, envolvióse el cuerpo de maravillosa belleza en joyantes sedas, después de frotarlo con aceite de jazmín, para luego lanzarse a la danza loca, la misma danza que lo había enloquecido al rajá en el palacio de Gundhal, cuando por primera vez danzó ella ante su señor. No era más que una frágil niña, Huzur, pero valiente.

"Cuenta la leyenda cómo sonreían sus labios pintados, tratando de ocultar el terror que se asomaba a sus ojos; cuentan cómo el maravilloso cuerpo de la niña, que había sido la delicia del señor, se balanceaba en los vaivenes de su maravillosa danza; sus piececitos sonrosados que habían cabido juntos, como dos capullos de rosa, en la mano amplia y morena del rajá, movíanse velozmente por sobre el piso de mármol. El rajá inclinaba la cabeza con gesto de aprobación e indicaba que siguera bailando.

"Pero la danza era larga y pocas las fuerzas de la danzarina, por que la angustia consumía su corazón. Una y otra vez, el rajá ordenó que continuara la danza, hasta que los grandes señores de la corte, que conocían su infidelidad, volvieron la cabeza hacia otro lado, para que en sus ojos no se viera una expresión de piedad, para no contemplar aquel suplicio.

"Jadeante y sudorosa, Njahal la Bella perdía sus fuerzas; y el rajá inclinaba la cabeza sonriente, indicándole que continuara. Pero no podía continuar ya. Comprendió que le había llegado el momento, y se detuvo, tiesa, frente al trono, lanzando una carcajada de desesperación y de desafío. "¡No danzo más!" exclamó. "¡Haz conmigo lo que quieras, Kuja Rao, pero no danzo más para tí!" "¿No bailarás más para mí?" repitió el rajá de Bodalpor, sonriendo. "Al menos, entonces, tampoco danzarás para nadie más." Y antes de que alguno de sus cortesanos pudiera interponerse, antes de que nadie hubiera podido adivinar su pensamiento, se levantó del trono, descendió los escalones, tomó a Njahal-al-Gulek por la cintura, contemplándola un momento, con extraña sonrisa en los labios. Luego desenvainó su cimitarra, afilada como una navaja de afeitar y, con un rápido golpe de costado, cercenó ambos pies a la altura del tobillo.

"Njahal la hermosa rodó por el suelo, sin lanzar un solo gemido; y el joven sin nombre, alzando los brazos al cielo, lanzó un grito, y se acercó a ella, mientras los dos piececitos permanecían allí donde se habían detenido, en un lago de su propia sangre. La corte tembló, y comenzó a retirarse, murmurando. El rajá, con la punta de su bota, empujó ambos cuerpos. "¡Llevad a estos dos esclavos al sitio donde deben estar!

(Sigue en la pág. 51)

UNA ESTUPENDA SORPRESA

SE pegan los trozos, se dejan secar bien y se recortan. El punto 1 se une al 2 con un broche y el 3 al 4 con otro, pasando por la ranura que se ha hecho en la línea de puntos del canasto la tira que dice: "Empuje hacia arriba". Basta empujar para que gordito se lleve la gran sorpresa.

¡Y esto!..." Miró un momento los dos pies, con horrorosa sonrisa. "¡Y esto lo pondréis en un cofre de oro y lo llevaréis a mis mujeres, para que así tengan presente sus deberes para con su señor! ¡Ahora, amigos míos", agregó, volviéndose a los horrorizados caballeros, "la comedia ha terminado y comienza la fiesta! ¡Abridme camino!"

Jack Hillyard se estremeció. A despecho del sol que entraba por las ventanas, sentía frío y temor.

—¡Vaya un relato triste, Faiz Ullah! — exclamó, intentaando reir. — ¿Y dicen que eso es verdad?

Se encogió de hombros el sikha, mientras arreglaba las frazadas.

—Mi señor bien lo sabe, — dijo, volviendo la cabeza por encima del hombro. — ¿No ha visto mi señor lo mismo que yo? ¿Los piececitos que bailan a la luz de la luna, las luces detrás del enrejado de piedra, las voces de la corte y, sobre todo, al sahib Derek, cuya alma vió aún más lejos que nosotros, que volvió a vivir los días en que era el desconocido enamorado que murió el amor de la favorita de un rey?

—¡Oh, bueno! — respondió Jack Hillyard, sin saber qué responder pero que como buen inglés, se negaba a admitir nada que fuera sobrenatural. Dejó de nuevo en el piso el cuerpo de Derek, que dormía apaciblemente.

—Está durmiendo, — dijo. — Creo que pronto se ha de poner mejor. Pero dime. Faiz Ullah. ¿Qué sucedió después con esos dos?

—¡Ah! La leyenda se detiene allí, Huzur. Sin embargo, he oído decir que fueron encerrados juntos en la cueva que había debajo del piso del salón de audiencias. Como todos los que se interponen a los deseos de un rey, desaparecieron. El rajá pareció enloquecerse y se tornó cruel hasta un punto intolerable, espantoso. Se cubrió de sangre inocente de pies a cabeza, hasta que todos los hombres, nobles y de las castas humildes, murmuraban de su crueldad. Un día murió por su propia mano, soñando con dos pequeños piececitos, como gemelos capullos de rosa, que no lo dejaban dormir. Pero mucho antes de eso había ya abandonado el palacio secreto, puesto que la perla para la cual había servido de engarce se había perdido. Pronto comenzó a convertirse en ruinas, porque la gente lo ha tenido siempre con sus ecos de músicas extrañas, de collozos y carcajadas.

Un fuerte bostezo sonó durante la pausa que hizo el viejo sikha. Derek se movió y abrió los ojos.

—¡Hola, Jack! ¿Levantamos campamento, ya? ¡Dios mío! He tenido la pesadilla más espantosa que te puedas imaginar. No puedo recordarla con exactitud, sino a trozos, pero fué perfectamente espantosa. Vámonos de aquí. Este viejo palacio me da frío.

* * * *

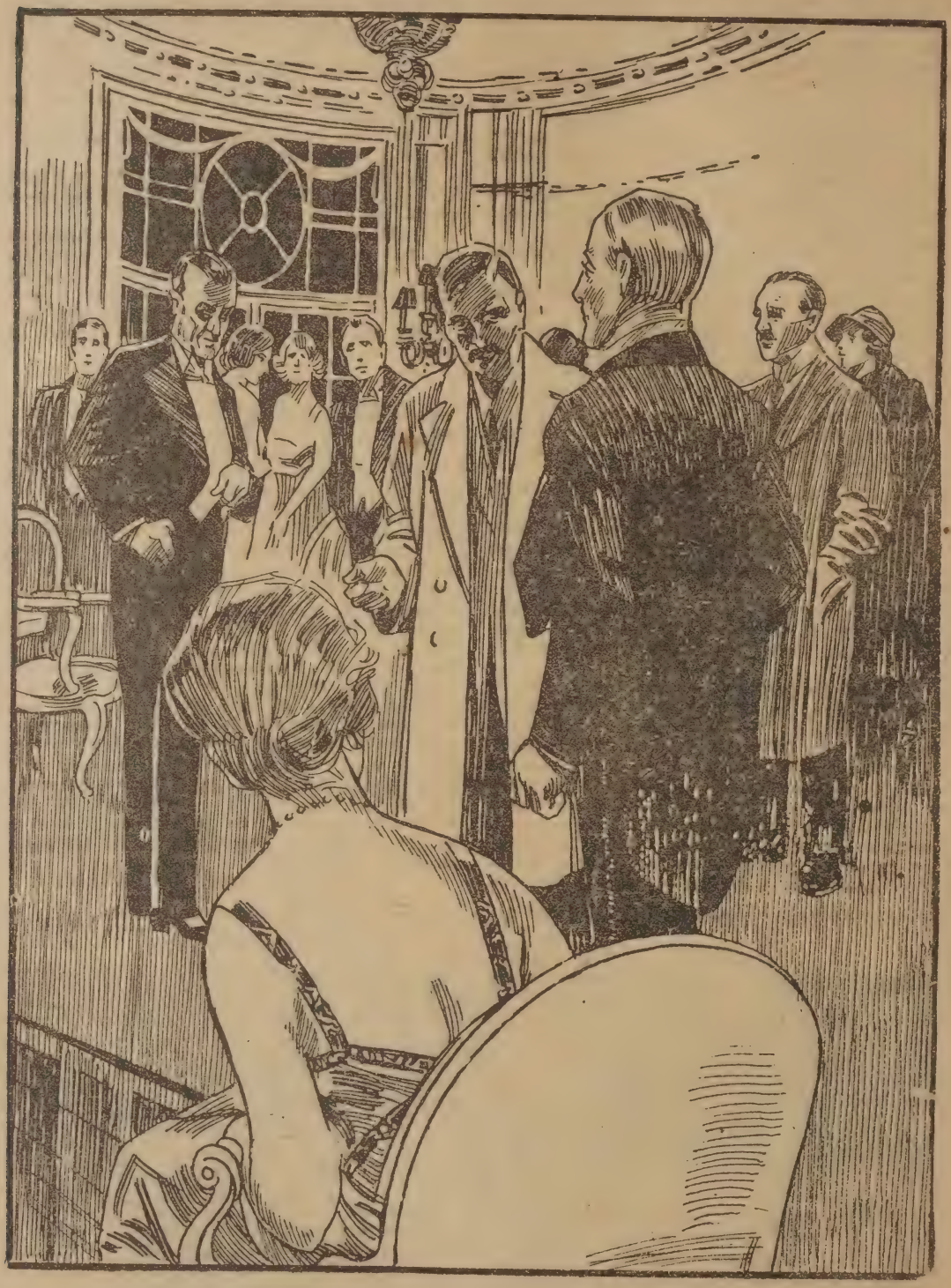
ES innecesario agregar que Jack Hillyard no hizo el menor esfuerzo para que su primo recordara su pesadilla. La extraña resurrección de recuerdo que se había, por un momento, manifestado en su cerebro, volvió a perderse en el olvido de las edades que fueron.

Tampoco dijo Jack a Derek que, algunas semanas después, acompañado tan solo de Faiz Ullah y algunos obreros a los que no asustaba el visitar el terrible palacio secreto, al menos de día, cavó el piso del salón de las audiencias, donde tan terrible y extraña noche habían pasado. Encontró allí, como había esperado, una cámara subterránea circular a la que se llegaba por una escalera de caracol. En aquella cámara no solo halló infinitos instrumentos de tortura de apariencia tan horripilante que sólo al verlos Hillyard se sintió físicamente enfermo, y también, el uno en brazos del otro, los esqueletos de un hombre y de una mujer. ¡Y el esqueleto de la mujer tenía los pies cortados!

MARGERY LAWRENCE.

UN RAYO QUE CAE MUY OPORTUNAMENTE

—¡Oh! ¡Qué suerte! ¡La celeste chispa eléctrica me ha encendido la pipa en el momento en que me daba cuenta de que no funcionaba mi encendedor.



A través de aquel salón las miradas de los dos hombres se cruzaron y sus ojos parecieron, durante un momento los ojos de los adversarios de un duelo. ("El rubí del fakir". Pág. 55.)

EL Rubí DEL Fakir

POR M. E. THONGER

(Traducción del inglés especial para "Pucky".)

1

"De modo que el moribundo fakir, por gratitud, regaló a Denbigh el rubí. Además de su valor intrínseco, se dice que la joya posee ciertas propiedades ocultas. Así por ejemplo, si un hombre regala ese rubí a su esposa la noche de bodas, se asegura su eterno amor."

Con estas palabras, por lo general, terminaba siempre el relato que se hacía del gran rubí de Bruce Denbigh. Un momento después entró Dick Lessing en la pequeña salita en que se hallaba Bruce Denbigh.

—Bruce, — dijo. — Les he prometido a las muchachas que tu rubí sería exhibido esta noche, y se están muriendo de ganas de verlo. ¿Me permites que se lo enseñe?

Bruce Denbingh se mordió los labios, molesto. ¡Siempre el mismo tonto, Dick Lessing! Bien es cierto que él, personalmente, había mostrado la joya más de una vez, pero siempre había sido en su casa, a uno que otro de sus amigos, privadamente. Pero en un gran salón en que había gran cantidad de personas, ya era otra cosa. Y, como si esto fuera poco, hacer saber de antemano que iba a ser exhibido. Pero Denbigh no podía rehusar esto a su huésped, mucho menos aún si se tiene en cuenta que el rubí se hallaba en aquellos momentos en la caja de caudales Lessing.

Asintió, pues, y cuando Lessing lo hubo traído, contempló, desde lejos, cómo pasaba la joya de mano en mano. Mauricio Eldon lo tenía ahora. ¿Por qué lo examinaba con tanto cuidado, con tanta atención? Ya lo había visto, antes, dos veces, ya que este rubí le interesaba mucho, como conocedor de piedras que era.

Lo vió levantar la vista de la mano que conservaba el rubí, y fijar la mirada de sus ojos en cierto bellísimo rostro con una expresión sobre cuyo significado no cabían dos interpretaciones.

Denbigh volvió el rostro, disgustado. Un recuerdo brilló en su mente un momento. Un año antes, cuando los negocios lo habían llevado a la India, Dorín Clare se había despedido de él rodeando con sus bellos brazos blandos su cuello robusto, descansando la hermosa cabecita rubia en un hombro. Pero algunas semanas después recibió él una carta, detestable en su vergüenza. Había cometido ella un error, decía; se había sentido atraída a él sin conocer exactamente sus sentimientos. Y ausente él, había descubierto su error. ¿Le devolvería él su ilbertad? ¿Podría él perdonarla?

Denbigh había, con el corazón como plancha de plomo, devuelto algunas cartas que guardaba como reliquia; pero no pudo avenirse a escribir palabras de perdón. Y hecho eso, Denbigh trató de acallar el dolor de su corazón, pero sin poder sobreponerse nunca a un cierto sentimiento de pérdida y soledad. Durante el resto de su permanencia en la India, no había vuelto a saber nada de ella. Pero, a su regreso, la había vuelto a hallar de nuevo, repentinamente, en casa de su amigo Lessing.

Naturalmente, Denbigh sabía que a una muchacha tan hermosa no habrían de faltarle pretendientes; pero que entre los más aceptados se hallara Eldon!... Eldon, buen mozo, inteligente, suave y astuto, simpatiquísimo a las mujeres, pero que, entre los hombres, poseía una reputación de hombre a quien los medios más sucios y las tretas más desleales no le eran desconocidas, si con ellas podía obtener lo que quería.

Denbigh fué acometido de un deseo verdaderamente insano de recobrar su joya. Conocía la naturaleza supersticiosa de Eldon, y había leído a las claras sus pensamientos, en sus ojos, al levantar la vista de la joya para clavarla en la muchacha.

—¡Dick! — dijo, tratando de dar a sus palabras un tono natural. — Desearía tener de nuevo el rubí.

Lessing se puso en pie y dirigióse a sus invitados, con una sonrisa.

—¿La habéis visto, señoras y caballeros? No tengo la menor duda de que cuanto hombre soltero está presente desea que tal tesoro fuera de su propiedad, pero el dueño, por el momento, no tiene la menor intención de quedarse sin él.

Algunos invitados rieron, otros respondieron:

—¡Yo no lo tengo ya! — unos. Y otros: — ¡Aún no lo he visto!

Pero las voces poco a poco murieron, su-

miendo al salón en un profundo silencio, extraño, pesado... Una larga pausa.

Dick Lessing, cazador de fieras en Africa, realizó entonces el acto más valeroso de su vida. Avanzó con paso firme hasta la puerta, la cerró y echó la llave, que se guardó en el bolsillo. Luego tomó el teléfono, llamando a su ayuda de cámara.

—¿Barnes? Llame por teléfono al detective Draycott. Dígale que le agradeceré si viene en seguida, y que traiga un par de agentes con él. Uno de ellos mujer. — Colgó el receptor y se volvió a sus invitados. — El rubí es sumamente pequeño, y puede muy bien haberse caído mientras pasaba de una a otra persona. Tengo al seguridad de que ustedes se hallan tan ansiosos como yo de que sea hallado. Mary, ¿quieres tocarnos algo en el piano?

Denbigh retiróse hasta uno de los extremos del salón, medio oculto detrás de unas enormes palmeras, su rostro rojo de ira y resentimiento. Sentía que todo el mundo se retiraba de él, que nadie le hablaba con naturalidad. Era una joya de su propiedad la que se había perdido, y era él el único que se libraba de las sospechas, en su carácter de propietario del objeto perdido. A través de las hojas observó los pequeños corrillos de invitados, que se formaban aquí y allá, hablando animadamente. Lessing trataba de hablar de asuntos indiferentes y su esposa tocaba en el piano un aire alegre. Pero nadie hacía siquiera ademán de escuchar, y poco a poco la conversación y la música cesaron.

Sonó un golpecito en la puerta, claro y distinto. Una mujer dejó escapar un chillido ahogado y otra un sollozo histérico. Lessing abrió la puerta, por la que entró un hombre alto, fornido, de ojos vivaces, seguido de otro hombre más y de una mujer. Una mano temblorosa se posó sobre el brazo de Denbigh.

—¡Bruce! ¡En nombre de... de lo que una vez existió tntre nosotros... ¿querrá usted hacerme gracia de la indignidad de ser revisada?

El corazón de Denbigh fué invadido de un repentino golpe de furia contra aquella muchacha que había recibido su amor, que había jugado con él y que lo había arrojado lejos de sí después; por un loco deseo de herir, él a su vez también.

Habló, y la cortesía exquisita de su tono, la caballerosidad impecable de sus modales, añadía, más bien que disminuía, a su desdén y desprecio.

—Me encuentro más que feliz por el hecho de que mi rubí se halle en posesión de la persona a quien le estaba destinado, si bien no niego que la forma de la entrega es un tanto inesperada para mí.

Retrocedió ella como si hubiera recibido una bofetada en pleno rostro. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, los miraban con incredulidad.

—¡Bruce! ¿Usted no quiere?... ¿Usted quiere decir qu cree que yo tengo el rubí?

—No veo que otra razón que esa pueda impulsarla a usted a preferir, antes que someterse a ser registrada, que... ¿podemos decir antigua amistad? pierda una joya de gran valor. — Interiormente, luchaba él consigo mismo, tratando de demostrar calma, de que sus frases tuvieran siquiera asomo de verdad. — No puedo hacer una excepción con usted. En todo caso, tendría que solicitar que no se registrara a las damas.

—No me había dado cuenta... de lo que mi pedido envolvía. Si... si es así, lo retiro.

La voz de la muchacha, temblorosa por la emoción, cesó. Cayó ella en una silla, como si sus piernas, demasiado fatigadas, se hubieran negado a sostenerla más. Parecía casi acurrucarse de vergüenza y humillación.

Levantó la cabeza, haciéndole al hombre imperiosa seña de que se sentara. Llevóse las temblorosas manos al cuello, oyóse el débil chasquido de una cadena que se rompe, y un momento después colocóle ella en la mano a Bruce un pequeño relicario.

Hablaba rápidamente, con frasese entrecortadas, deteniéndose a cada dos o tres palabras, como si le faltara la respiración. Sus ojos vueltos hacia él parecían, sin embargo, mirar a lo lejos, a algo que se hallaba detrás de él.

—Es que yo tengo la desgracia de... de ser fiel. Cuando el hombre con el cual yo estaba comprometida... me dejó, no pude yo recuperar mi corazón. He sido lo suficientemente... tonta, como para seguir usando su retrato en ese relicario... Y el mundo no tiene otro sentimiento que el ridículo para la mujer que... que continúa amando... cuando el hombre ha olvidado. Espero que me evite usted la... la vergüenza de que esto sea hallado en mi persona. Le ruego que... que me deje ahora.

Había él lanzado una mirada al relicario que tenía en la palma abierta, y contemplaba ahora, como estupefacto, a su propio retrato. El cerebro parecía darle vueltas. Con una de sus manos poderosas tomó una de las delicadas y pequeñas de la muchacha, apretándola salvajemente.

—¡Dorín! ¿Por qué me escribió usted diciéndome que ya no le importaba de mí?

—Yo no le escribí tal cosa. Todas las cartas que le escribí a usted me fueron devueltas, y alguien... me dijo que, en la India... había otra mujer por medio.

Apretó él a mano, más aún.

—¿Quién te mintió?

Había en su voz una cólera sorda, contenida, salvaje, mortal.

—¿Mintió? — Sólo la falta de fuerzas le impidió a ella que su propio apretón de manos fuera tan fuerte como el de Bruce. — ¡Mintió!

—¿Fué Eldon? — preguntó roncamente, pareciendo comprender.

No respondió ella; pero la hermosura de sus ojos, la deliciosa sonrisa de sus labios temblorosos, era algo que Bruce no había ni siquiera soñado nunca.

—¡Denbigh! ¿Dónde está usted, Denbigh?

Como aturdido, púsose Denbigh de pie, avanzando.

—¡Denbigh! — exclamó Lessing, un tanto incómodo. — Todos los hombres se han sometido a ser registrados.

—Todos, menos uno, — añadió otra voz, secamente.

Volvióse Lessing rápidamente.

—¿Uno? — preguntó con extrañeza.

—No sería la primera vez que el dueño de una joya "perdida", — respondió Eldon, en tono untuoso y suave, — podría haberla encontrado si hubiera querido.

Sin pronunciar una sola palabra, Denbigh se colocó delante del agente de policía que había tenido a su cargo la revisación de los invitados, y levantó los brazos, indicando así su complacencia en ser registrado. Comenzó el agente a hacerlo así, pasando sus manos rápida y diestramente por las ropas de Denbigh; repentinamente se detuvo, sorprendido. Luego se puso en pie, sosteniendo entre sus dedos algo que brillaba.

Con una exclamación, contempló Denbigh aquello; abrió su boca para decir algo, y la volvió a cerrar de nuevo.

A través de la habitación, los ojos de los hombres se encontraron y sus miradas eran como las de dos luchadores.

Pero a Eldon le correspondía el honor de haber arrancado sangre el primero.

II

DENBIGH contemplaba la solitaria casa, oscura toda ella, menos una de las habitaciones, que se abría sobre el jardín.

—Me pregunto, — se decía, — qué es lo que te ha impulsado a pasar la noche en Eldon Towers, sin considerar que la casa está habitada solamente por la sorda ama de llaves. Y me pregunto, todavía, por qué has tenido tanto cuidado en que yo supiera tus intenciones. ¡En fin; allá veremos!

Cruzó la puerta, retrocedió hacia la pared, a un lado del marco de aquella, y permaneció allí, recostado, con las manos en los bolsillos de smoking.

Tan rápida había sido su entrada, que el hombre que se hallaba en la habitación, aunque lo esperaba y vigilaba las entradas con mirada recelosa y perversa, sufrió una violenta sacudida de sorpresa y su mano se apoyó rápidamente sobre un trozo de tela arrugado, que se hallaba sobre la mesa. Pero pronto recobró la calma y rió.

—¿De manera que ha venido usted? Yo lo esperaba.

—¡Sí; he venido! Deseo mi rubí.

—¡Ah! ¿Descubrió usted la imitación, no es eso?

—En el mismo momento. Pero cuando tanto Lessing como sus invitados creían que yo los había insultado deliberadamente al hacerlos registrar, no era el momento más a propósito para anunciar que la piedra que se había hallado en mi persona era sólo una imitación. Reconozco que esa vez me venció usted. ¿Cómo lo hizo?

—¡Mi querido Denbigh! No tengo el menor inconveniente en decírselo a usted, en decirle a usted cualquier cosa, en las circunstancias presentes.

Era imposible dejar pasar desapercibido el siniestro tono de sus palabras. La actitud de Denbigh no se alteró en lo más mínimo, pero, durante una fracción de segundo, sus ojos se fijaron en el trozo de tela arrugada que se hallaba sobre la mesa. Eldon, con tono indiferente, continuó:

—Como usted sabe, yo había visto ya la piedra en otra oportunidad. Hice preparar la imitación, y esperaba mi oportunidad pacientemente. Cuando supe que iba a ser exhibida esta noche, vine temprano. Fué cosa fácil quedarme con la piedra genuina, pero no pude pasar la falsa; la rápida intervención de Lessing me lo impidió, tomándome de sorpresa. Durante un momento, pensé que había caído. Mi idea primitiva había sido simplemente efectuar el cambio cuando la piedra legítima se hallara en mis manos, dejándolo a usted que descubriera la sustitución cuando le viniera bien. Pero esto era imposible ahora. Entonces fué que se me ocurrió usar goma de mascar. ¡Son un tesoro, esas pequeñas tabletas de goma de mascar! Y yo soy muy aficionado a ellas. Así, pues, con un poco de ella, me desprendí de las dos piedras, temporalmente, guardándolas debajo de una hoja de palmera, mientras se me revisaba. Luego me apoderé de ellas de nuevo, y me fué sumamente fácil colocarle a usted la falsa en el bolsillo.

—¡Muy interesante! ¡Trabajo inteligente! — comentó Denbigh. — La goma de mascar y la hoja de palmera explican lo que yo no podía explicar. Pero usted ha sido siempre inteligente, Eldon.

—Siendo eso así, ¿no le parece a usted que ha sido usted un poco tonto en seguirme hasta aquí?

—Eso está por verse. Quería, además, oír eso que usted me ha dicho. Me ha interesado.

—Me pregunto yo, — sonrió el otro, — si se interesará usted tanto en oír lo que tendré que decir durante la investigación.

—¿La investigación? ¿Qué investigación? — preguntó Dengigh, y sus ojos se entrecerraron un tanto.

—¡La de usted! — explotó al fin el otro. Con un movimiento rápido, arrojó a un lado la tela, exponiendo un revólver. — ¡Imbécil! ¡Más que imbécil! ¡Bien sabía yo que usted iba a venir!

Denbigh no se movió. Pero sus músculos cobraron tensión y sus mandíbulas se apretaron.

—No creía yo que usted estuviera dispuesto a ir tan lejos, — dijo.

—¡Estoy pronto a ir hasta donde sea preciso!—gritó el otro, con furia.—¿Comprende ahora? Usted nunca saldrá de aquí vivo.

—¡Despacio, despacio! ¡No se ponga nervioso! Usted se halla a punto de contarme algo. — le recordó Denbigh, con toda calma. — A propósito: asesinato es una palabra un poco fea.

Durante unos segundos, su calma completa, su perfecta frialdad y dominio sobre sí mismo, desconsertaron al otro. Luego haciendo un visible esfuerzo, se dominó. Después de todo, era imposible que se le escapara.

—Tal vez. Pero yo me atendré al caso de "homicidio justificado". Y será mas o menos así: — comenzó a narrar en el tono de

quien narra un suceso. — Habaí ido yo a Eldon Towers por algunos negocios que tenía que arreglar. Siendo la noche un tanto calurosa, yo había dejado la ventana abierta. Me pareció oir un ligero rumor. Levanté la vista y ví un hombre que entraba por la ventana que dá al jardín, y me hizo fuego a quema ropa. Presa de repentino... — vaciló Eldon.

—Repentino pánico, — sugirió Denbigh, tranquilamente. — Ningún juez de instrucción pensará mal de usted por haber sentido un poco de pánico en esos momentos.

Eldon se mordió los labios. Luego continuó, apresuradamente.

—Tomando un revólver que tenía en el cajón, disparé yo tambien. El hombre cayó. Luego descubrí, con horror, que el muerto era un hombre al cual yo conocía. Un hombre a quien yo, desgraciadamente, había puesto de manifiesto esa misma noche, cuando cuando trató de cometer un fraude. Si bien yo no me encuentro muy culpable, no puedo menos que, considerando que aquel aquel hombre fué una vez mi amigo... Creo que en este punto, — añadió, cambiando de tono, — no estará del todo mal un poco de emoción, que probablemente arrancará un murmullo de simpatía a los jurados. ¿Qué le parece? ¿Cree que hay algún punto débil en todo esto?

—No... — respondió Denbigh con tono reflexivo. — Como es natural, usted no deberá olvidar el colcarme en la mano un revólver, y disparar una bala, que corresponda a este revolver, sobre la pared, detrás de su silla. Por otro lado, será inconveniente que su revólver tenga solo una cápsula vacía y que corresponda en calibre con la bala que la autopsia hallará en mi.

—He pensado ya en todo eso, — respondió Eldon. Pero su tono era nervioso. El tal Denbigh era tan frío, conservaba su calma tan perfecta... Pero, después de todo, siempre había sido así. Era necesario terminar cuanto antes. Levantó un tanto su revólver.

—¡Un momento! — ordenó Denbigh, con tono que no admitía réplica. — Hay dos cosas que usted no ha tenido en cuenta, Eldon. Una de ellas, hace su plan casi imposible; la otra lo hace por completo impracticable.

—¿Y son? — preguntó el otro, secamente apretando los labios.

—Una de ellas es que usted no supo nunca tirar, Eldon. No sería usted capáz de hacer blanco a un elefante a diez pasos. Y será necesario que usted mate con el primer disparo, pues ningún juez de instrucción tolerará un segundo sin hacer preguntas molestas para usted.

—De cualqquier modo, correré el riesgo, — gruñó Eldon. — Si su segunda razón no es mejor que esta...

—Es lo mejor. La segunda es que yo, al contrario de usted, tengo una excelente puntería. Eso lo sabe usted. Y los años que he vivido en la india la han hecho aún mejor. ¡Ah...!

Sonó un disparo, Eldon se reclinó en su sillón, tembloroso, su rostro color ceniza la boca abierta.

—¡Estúpido! — Denbigh no se había movido. — Ha estado usted bajo el cañon de mi revólver desde el momento en que entré aquí. Y yo puedo disparar desde adentro del bolsillo con tanta facilidad como si tose! No está usted herido! La bala solo le ha rozado el cabello. ¡Vamos a ver; mi rubí!

Avanzó, sacando las manos de los bolsillos del smoking. En una de ellas brillaba un revólver. Eldon retrocedió. El rápido cambio de posiciones había dado por los suelos con su valor. Sin retirar la mirada del armá amenazadora, sacó de su bolsillo una pequeña cajita, que entregó a Denbigh. Este la abrió, lanzó una mirada al contenido y luego se la guardó en el bolsillo.

—¡Ahora una confesión escrita!

—¡Eso nó! — humedecióse Eldon los labios resecos. — Usted no se atreverá a matarme!

—No hay necesidad, — respondió Denbigh. — Pero llamaré a la policía. Y me parece que sus asuntos personales están en un estado tal que ha usted no le agradará que al policía se ponga a examinarlos. Escriba y firme.

Lanzando una serie de juramentos en voz baja, Eldon obedeció.

—¡Gracias! — lanzó Denbigh una mirada en redor suyo. El trozo de jardín que habría de cruzar para retirarse se hallaba claramente iluminado por la luz de la luna. — Siéntese en el suelo; cruce las manos por detrás de la pata de la mesa.

Arrodillándose, tomó ambas manos, que ató. Eldon respiraba fatigsamente; sus ojos brillaban con furia, casi con locura. Repentinamente, volviendo la cabeza, clavó sus dientes en la mano de Denbigh con furia, pero Denbigh no hizo el menor esfuerzo para librar su mano; esperó tranquilamente hasta que el golpe de furia impotente hubiera pasado.

Levantóse, mirando durante un momento al hombre que, atado a la pata de la mesa rugía y gemía, con la boca tinta en sangre. Pero en sus ojos no podría haberse visto ni desprecio ni ira; sólo compasión.

—¡Pobre diablo! — murmuró para sí. — ¡Pobre diablo! ¡Yo también sentí algo parecido cuando llegó aquella carta!

Fueron las únicas palabrás pronunciadas que demostraban que ambos sabían el motivo oculto de los sucesos de aquella noche.

Avanzó Denbigh hacia la puerta, y desde allí se volvió, para hallarse con la mirada de Eldon mezcla de odio, de furia, de desesperación ante la derrota.

—Nadie ha de ver esta declaración escrita, salvo dos personas: Lessing y otra a quien debo una explicación. Nadie, a menos que usted mismo me fuerce a ello.

Cruzó apresuradamente el jardín y, al llegar al camino real, se detuvo. Sacó de su bolsillo algo que, a la luz de la luna lanzó mi rayos y chispas rojas, y murmuró muy despacio, para sí:

—¡El rubí del fakir será el regalo de bodas que he de hacerte, amada mía!...

M. E. THONGER

ERMELINDA

POR ALFRED DE MUSSET

(Traducción del francés)

En el presente relato el autor dice: "No estoy inventando una novela, señora, y vos lo sabéis muy bien." Se advierte, en efecto, que esta historia no tiene el carácter de una ficción corriente. Ermelinda no es un personaje imaginario, y Gilberto no es otro que el autor mismo. En la "Vida de Alfredo de Musset" se refiere esta aventura, y el recuerdo de ella ha dejado una huella considerable en sus poesías.

I

SIN duda recordaréis el casamiento de mademoiselle Duval. Aunque tan sólo un día se hablase de ello, como en París se habla de todo, para muchas gentes fué aquél un gran acontecimiento. Si no me engaña la memoria, mademoiselle Duval se casó en 1825. Al salir del convento tenía diez y ocho años y ochenta mil libras de renta. El Señor de Marsan, con quien se casó, no tenía mas que su título y ciertas esperanas de llegar a la dignidad de par cuando su tío muriese; esperanzas que la revolución de Julio desvaneció. Aparte de esto, carecía de fortuna y le sobraban compromisos de su juventud desordenada.

Se dice que dejó el piso tercero de una pensión para conducir a mademoiselle Duval a Saint Roch y ocupar con ella uno de los más bellos palacetes del "boulevard" de Sain-Honoré. Aquella extraña alianza, hecha, en apariencia a la ligera, dió lugar a mil interpretaciones, ninguna de las cuales fué acertada, porque ninguna era sencilla, ya que a toda costa se quería hallar una causa extraordinaria a tan inusitado suceso. Algunos detalles, necesários para explicar las cosas, os darán a la vez una idea de nuestra heroína.

Después de haber sido la niña más revoltosa, aplicada, enfermiza y caprichosa del mundo, Ermelinda se convirtió, al cumplir quince años, en una joven de blanco y rosado matiz, alta, impetuosa y de carácter independiente. Siempre alegre y a todo indiferente, no tenía voluntad mas que para aquello que tocaba a su corazón.

Sin conocer la menor contrariedad, siempre sola en su cuarto, apenas tuvo por norma para el trabajo mas que su propio recreo. Su madre, que la conocía y sabía quererla, había exigido para ella esta libertad, en la que podía hallar cierta compensación a la falta de autoridad, porque una inclinación natural al estudio y una inteligencia ardiente son los mejores maestros para los espíritus elegidos. Y en el de Ermelinda entraban por igual la seriedad y la alegría, pero acentuada esta última por la juventud.

Aunque muy dada a la reflexión, interrumpía de pronto sus más graves meditaciones con su burla, y desde aquel momento no veía mas que el aspecto cómico de las cosas. En el convento se la oía reír a carjadas cuando estaba sola, y hasta a media noche llegaba a despertar a su vecina con su escandalosa alegría.

Su flexible imaginación parecía susceptible a una escala de entusiasmos. Pasaba los días escribiendo o dibujando, pero, a lo mejor, antojábasele sentarse al piano, y, dejándolo todo, repetía cien veces, en diversos tonos, su canción favorita. Era discreta y poco confiada y sin efusiones de amistad, porque una especie de pudor se oponía en ella a la expresión hablada de sus sentimientos. Gustaba de resolver por sí misma los pequeños problemas que a cada paso se nos ofrecen en este mundo, proporcionándose así los más raros placeres, que, seguramente, no podían suponerse quienes la rodeaban. Pero esa curiosidad hallaba siempre un límite en el respecto a sí mis-

ma; he aquí una de sus muchas cosas ejemplares.

Durante el día estudiaba en una estancia donde había una gran biblioteca con vidrieras, que contenía cerca de tres mil volúmenes. La llave estaba puesta, pero Ermelinda había hecho la promesa de no tocarla; promesa que cumplía escrupulosamente, aunque su conducta significaba cierto mérito, por el vivo deseo que sentía de aprenderlo todo. Lo que no estaba prohibido era devorar los libros con los ojos, y así, se aprendió de memoria sus títulos, recorriendo sucesivamente los estantes y subiéndose a una silla sobre la mesa para alcanzar a los más altos: con los ojos cerrados hubiera puesto su mano en el tomo que se le pidiera. Simpatizaba con los autores según los títulos de sus obras, sufriendo así tremendos errores. Pero no era de esto de lo que iba a tratar.

En aquella estancia había una mesa pequeña cerca de una gran ventanal que daba a un patio muy sombrío. La exclamación de un amigo de su madre hizo reparar a Ermelinda en la tristeza de la estancia: ella no había sentido jamás sobre su espíritu la influencia de los objetos externos. Las gentes que conceden importancia a cuanto compone el bienestar material pertenecían, según ella, a la categoría de los maniáticos. Sin nada a la cabeza, el cabello en desorden, despreciando el aire y el Sol y nunca más contenta que cuando volvía empapada por la lluvia, dedicábase en el campo a todos los ejercicios violentos, como si en ellos estuviera su vida. Siete u ocho leguas corridas al galope de su caballo eran un juego para ella.

A pie desafíaba a todo el mundo; corría, trepaba a los árboles, y si no iba más tiempo sobre las tapias que por los paseos, si no bajaba las escaleras por el pasamanos, era por educación. Sobre todo en casa de su madre gustaba de escaparse sola a contemplar el campo, donde no hubiese nadie.

Esta infantil afición a la soledad y el placer que sentía en salir cuando hacía mal tiempo se debían, según ella, a la seguridad que le daban de que nadie iría a buscarla en su paseo. Arrastrada siempre por tan extraña inclinación a riesgos y peligros, se metía en una barca y salía del parque, que atravesaba el río, sin preguntarse en dónde atracaría. ¿Cómo la dejaban correr tantos peligros? No seré yo quien os lo explique.

Entre tantas locuras, Ermelinda se burlaba de todo. Tenía un tío, excelente persona, de vientre voluminoso y estrepitosa risa, al que había persuadido de que era su vivo retrato, tanto por el rostro como por el alma, con razonamientos capaces de hacer reír a un muerto. De aquí que el bondadoso tío hubiese concebido por su sobrina una ternura sin límites. Ermelinda jugaba con él como con un niño, colgándose al cuello en cuanto llegaba y encaramándosele a los hombros. Y así, ¿hasta qué edad? Tampoco puedo decíroslo. Lo que más divertía a la picaruela era obligar a leer en voz alta a tan ilustre y, por lo demás, respetable personaje; cosa difícil en verdad teniendo en cuenta que el lector no hallaba sentido a lo que leía, lo que se explicaba por su modo de puntuar, pues con un constante resoplido se detenía, para respirar, a la mitad de cada frase. Imaginaos qué galimatías y con qué ganas se reiría la chiquilla. Debo añadir también que lo mismo se reía en el teatro durante una tragedia, que solía encontrar motivo pamás divertida.

Perdonadme, señora, estos detalles pueriles, que, después de todo, no son sino el retrato de una criatura caprichosa. Habéis de comprender que semejante carácter, con el tiempo, tenía que proceder a su gusto y no al de los demás.

A los diez y seis años el tío en cuestión se la llevó con él a Suiza. A la vista de aquellas montañas hizo tan vivos transportes de alegría que parecía iba a perder la razón. Gritaba, saliéndose del coche; sentía la necesidad de chapuzarse el rostro en los arroyos que saltaban entre las peñas; quería escalar los picachos y descender, como el torrente, al fondo del abismusgo.

Si entraba en una cabaña, no quería salir de ella, siendo preciso arrancarla de allí casi a la fuerza, y ya de vuelta en el coche, decía entre sollozos a los campesinos: ¡"Ay!, amigos míos, ¿por qué me dejáis marchar?"

Cuando se presentó en sociedad aún no tenía el menor germen de coquetería. ¿Es conveniente lanzarse al mundo sin una buena reserva de malicia? No sé. Además, ¿no es frecuente caer en un peligro por querer evitarle? Testigos de ello son esas pobres criaturas a quienes han pintado el amor tan terrible que penetran en un salón con el corazón sobrecogido de miedo, que al más leve suspiro resuena como si fuese un arpa. Ermelinda, en cuanto al amor, se hallaba en la más absoluta ignorancia.

Había leído algunas novelas de las que entresacara una colección de lo que llamamuy divertidas y de su gusto. Pero se había prometido no ser mas que espectadora. Sin cuidarse para nada de sus maneras, de su belleza ni de su agrado, cuando se disponía a ir a un baile se colocaba una flor en el pelo sin reparar en el efecto del peinado, se ponía un vestido de tul como si fuera un traje de caza y sin mirarse apenas al espejo, partía gozosa.

Ya comprenderéis que con su gran fortuna, — pues aún viviendo su madre su dote era considerable, — constantemente se la ofrecía algún partido. A ninguno renunciaba sin examinarle, pero aquellos exámenes sucesivos no eran para ella sino un desfile de caricaturas.

Los medía de pies a cabeza, con una seguridad en ello que no suele tenerse a su edad, y después, reunida por la noche con sus íntimas amigas, reproducía la escena de por la mañana; su talento natural para imitar daba a la escena una gracia perfecta. El uno se había azorado por completo; el otro era un fatuo ridículo; éste hablaba con la nariz; aquél saludaba al revés. Entraba con el sombrero de su tío en la

mano, se sentaba, hablaba del tiempo como en una visita de cumplido, y poco a poco iba descubriendo su propósito matrimonial, hasta que, abandonado de pronto su papel, se echaba a reir; repuesta definitiva para sus pretendientes.

Sin embargo, día llegó en que ante el espejo se colocó las flores poniendo un poco más de cuidado. Se celebraba una comida de etiqueta, y la doncella le había puesto un traje nuevo que a ella no le pareció del mejor gusto. Se acordó de cierta canción de una antigua ópera con que la dormían de niña:

No hay que sofocarse demasiado
para agradar a los que nos cortejan.

Y al aplicarse estas palabras se sintió dominada por una extraña emoción. Permaneció abstraída durante toda la noche y por primera vez se la vió triste.

El señor de Marsan acababa de llegar de Estrasburgo, dondo estaba su regimiento. Con aquel tono de arrogancia un poco violenta que todos le conocíamos, era uno de los más guapos mozos. No sé si asistió a la comida en que Ermelinda lució su traje nuevo, pero fué invitado para una partida de caza organizada por mademoiselle Duval, que poseía una hermosa finca en Fontainebleau. Ermelinda formaba también parte de ella. Cuando se disponía a penetrar en el bosque, el sonido del cuerno asustó a su caballo.

Acostumbrada a los caprichos del animal, quiso castigarle con un fustazo que pudo costarle la vida; pues el caballo, espantado, salió al galope campo a través, y ya estaba a punto de precipitarse en un profundo abismo con su imprudente jinete, cuando el señor de Marsan, echando pie a tierra, corrió a detenerle; pero al choque salió despedido y se rompió un brazo.

El carácter de Ermelinda a partir de aquel día, pareció completamente cambiado. A su constante alegría sucedió una distracción extraña. Muerta su madre poco después la finca fué vendida, y, según dicen, la pequeña Duval, en su casa de Saint-Honoré esperaba todos los días con gran impaciencia el paso de un apuesto jinete que se dirigía a los Campos Elíseos.

Fuese lo que fuese, un año después Ermelinda participó a su familia sus propósitos de los que nadie pudo disuadirla. No necesito deciros cuánto se hizo para convencerla. Al cabo de seis meses de firme resistencia, y a pesar de todo, no hubo otro remedio que ceder a los deseos de la señorita y hacerla condesa de Marsan.

II

UNA vez casada, volvió su alegría. Fué muy curioso ver cómo después de su boda, la mujer se iba haciendo niña. Parecía que la vida de Ermelinda había estado adormecida por el amor, y que satisfecho éste, aquella seguía su curso, como un arroyo que se detiene un momento.

Ya no era en el cuarto oscuro, sino en la mansión de los condes da Marsan y, hasta en los salones más encopetados, donde cometía sus diarias travesuras, que podéis imaginaros el efecto que producían. El conde, serio y aun sombrío a veces, acaso un poco cohibido por su nueva posición, parecía demasiado triste junto a su mujercita, que se reía de todo sin precuparse de nada. Esto, que extrañó al pronto, dió luego que hablar, y en fin, sucedió como con todo. El señor de Marsan no tenía fama de buen casado, pero sí la tenía de buen marido; y aunque, además, hubiera querido ser más severo, no tenía carácter para desarmar la cariñosa alegría de Ermelinda. El señor Duval, tío, había tenido el cuidado de propalar que aquella boda, en lo relativo a intereses, no entregaba a su sobrina a la merced de un dueño y señor. Y satisfechas las gentes con aquella confidencia, por ella y por lo que precedió al matrimonio y de él se sabía, juzgaron éste como un capricho, que los habladores acabaron por hacer novelesco.

Así, pues, se preguntaban qué cualidades extraordinarias habían podido seducir a la rica heredera y determinarla a cometer semejante ligereza. Los de fortuna adversa no comprenden fácilmente que se pueda disponer así de dos millones sin alguna causa sobrenatural. Ignoran que si la mayor parte de los hombres estiman la riqueza sobre todas las cosas, una rica heredera casi nunca sabe el valor del linero, sobre todo si ha nacido en la abundancia y no ha visto ganarlo a su padre. Este era precisamente el caso de Ermelinda.

Se casó con el señor de Marsan únicamente porque le gusto y porque no tenía padre ni madre que la contrariasen; pero en cuanto a la diferencia de fortuna, ni siquiera había pensado en ella. El señor de Marsan la sedujo por las cualidades exteriores que caracterizan al hombre: la belleza y la fuerza. Ante ella y por ella realizó el único acto capaz de hacer latir su corazón de mujer, y como el carácter alegre suele ir unido a cierta predisposición novelesca, el inexperto corazón de Ermelinda se entregó a él. Y por esto la condesa amaba a su marido con tal exceso que nada le parecía tan bello como él, y cuando iba de su brazo, nada era capaz de hacerla volver la cabeza.

Durante los cuatro primeros años de matrimonio se los vió muy poco a los dos. Alquilaron una casa de campo a orillas del Sena, junto a Melun. Como en esta comarca existen dos o tres pueblos que se llaman Mayo, y como la casa parece construida sobre los cimientos de un molino antiguo, a la casa se le da el nombre de "El molino de Mayo". Es una morada encantadora, desde la que se divisa un panorama delicioso. Una gran terraza rodeada de tilos domina la orilla izquierda del río, y desde el parque se desciende hasta el borde mismo del agua por una rampa frondosa. Detrás de la casa hay un patio de proporción y elegancia perfectas, en cuyo centro los faisanes tienen su albergue.

Un parque inmenso rodea la casa hasta juntarse con los bosques de la Rochette. Ya conocéis, señora, dichos bosques. ¿Recor-

dáis el "Paseo de los suspiros"? Jamás he podido saber por qué se llama así, pero siempre me ha parecido que lo merece. Cuando en las horas de sol, que no atraviesa su ramaje espeso, se pasea por él a solas aspirando su frescura en pleno mediodía ardiente, a medida que se avanza se le ve alargarse como una inmensa galería, y el encanto de la soledad y un apacible ensueño se apoderan de nosotros aunque no queramos.

A Ermelinda no le gustaba este paseo. Le encontraba sentimental, y cuando le hablaban de él se burlaba como cuando estaba en el convento. En cambio, el patio constituía su delicia, y se pasaba en él dos o tres horas al día, con los hijos del colono. Temo que mi heroína os parezca demasiado simple si os cuento que algunas veces los que iban a verla la sorprendían encaramada en un montón de heno, que removía con su gran horquilla y con el cabello lleno de paja; pero pronto saltaba a tierra como un pajarillo y, sin dar tiempo a que reparasen en la chicuela traviesa, la condesa se ponía junto al visitante y le hacía los honores de la casa con tal gracia, que todo se le perdonaba.

Si no estaba en el corral, era preciso para encontrarla ganar un pequeño montículo cubierto de verde, que en el fondo del parque se alzaba entre las peñas, y que era un verdadero desierto en pequeño, como el de Rousseau en Ermenonville, formado por tres pedruscos y un matorral. Allí, sentada a la sombra, cantaba en alta voz leyendo las "Oraciones fúnebres", de Bossuet, o cualquier otro libro tan grave como aquel. Si tampoco estaba allí, andaría a caballo recorriendo las viñas, obligando a cualquier viejo rocín de labranza a saltar por surcos y barrancales y divirtiéndose a solas a costa de la pobre bestia con una imperturbable sangre fría. Y si no se hallaba en las viñas, ni en su desierto, ni en el corral, probablemente se hallaba ante el piano, repasando una pieza nueva, con los ojos encendidos y las manos temblorosas; la lectura de la música la abstraía por completo y palpitaba de emoción en espera de descubrir un motivo o una frase de su agrado. Pero si el piano enmudecía, la dueña de la casa seguramente estaría sentada, o, mejor dicho, acurrucada sobre un almohadón, al pie de la chimenea, atizando el fuego con las tenazas en la mano. Sus ojos distraídos se entretenían en imaginarse con las vetas del mármol figuras, animales, paisajes y mil fantasías quiméricas, y a veces, sumida en tan profunda contemplación, se quemaba la punta del pie con las tenazas enrojecidas en la lumbre.

—¡Bah, qué locuras! — me diréis. No estoy inventando una novela, señora, y vos lo sabéis muy bien.

Como a pesar de sus locuras tenía talento, pronto se vió que, sin que ella lo pensase, al cabo de poco tiempo tenía un círculo de amigos inteligentes que la rodeaban. El señor de Marsan, en 1829, se vió obligado a ir a Alemania requerido por una herencia que no le produjo nada. No quiso llevar a su mujer, y la confió a la marquesa de Ennery, su tía, que vino a instalarse en "El molino de Mayo". Madame de Ennery, tenía aficiones mundanas. Lució su hermosura en los días del imperio y andaba con una dignidad majestuosa, como arrastrando un manto real. Un antiguo abanico de lentejuelas, que nunca dejaba, servíale para ocultar su rostro cuando se permitía alguna frase maliciosa que dejaba escapar intencionadamente; pero el pudor quedaba siempre a salvo con el movimiento de su mano, y a medida que iba separando el abanico de su rostro bajaba los ojos vergonzosamente. Su modo de hablar y de ver las cosas causó a Ermelinda más extrañeza que la que puede imaginarse, pues a pesar de su poco juicio, madame de Marsan había conservado una rara inocencia. La agradable conversación de su tía, su manera de entender el matrimonio, sus significativas sonrisas cuando hablaba de alguien y sus exclamaciones al hablar de sí misma dejaban a Ermelinda mucho más seria y estupefacta y mucho más loca de contento que la lectura de un cuento de hadas.

No hay que decir que cuando la buena señora vió el "Paso de los suspiros" quedó encantada y que su sobrina la acompañaba a él por complacerla. Y allí fué donde, bajo un diluvio de ponderaciones, Ermelinda entrevió el fondo de las cosas; lo que en buen francés quiere decir el modo de vivir de los parisienses.

Una mañana, paseando las dos a solas en amena conversación, se dirigían hacia el bosque de la Rochette. Madame de Ennery intentaba en vano que la condesa le relatase sus amores; para ello le preguntaba qué había pasado en París durante aquel misterioso año en que el señor de Marsan hacía la corte a mademoiselle Duval; le preguntaba, riéndose, si se vieron alguna vez a solas; si la robó un beso antes de la boda, y, en fin, cómo había nacido aquel cariño. Esto se lo había callado siempre Ermelinda; y acaso no me equivoque: pero creo que la razón de su silencio no es otra sino que Ermelinda no puede hablar de nada sin burlarse de ello, y de esto no quiere burlarse. En fin, viendo que nada conseguía, cambió la tía de tema y acabó preguntándole si después de cuatro años de matrimonio, tan extraño amor se mantenía vivo.

—Lo mismo que el primer día, — respondió Ermelinda, — y como hasta el último instante de mi vida.

Al oir estas palabras madame de Ennery se detuvo y, besando majestuosamente a su sobrina, le dijo:

—Mereces ser feliz, hija mía, y seguramente la dicha es una realidad para el hombre a quien amas.

Después de pronunciar esta frase enfáticamente, se irguió de pronto y añadió con zalamería:

—Creí que el señor de Sorgues te miraba con buenos ojos.

El señor de Sorgues era un joven a la moda, gran aficionado a la equitación y a la caza, que frecuentaba "El molino de Mayo", más por el conde que por su mujer. No obstante, era muy cierto que miraba a la condesa con "buenos ojos", pues ¿qué hom-

bre desocupado, alejado de París doce leguas, cuando encuentra una mujer bonita no ha de mirarla? Ermelinda apenas se había ocupado de él sino para procurar hacerle agradable su casa, y le era indiferente; pero a la observación de su tía se le hizo antipático a pesar suyo. Esa casualidad quiso que al volver del bosque hallase precisamente en el patio el coche del señor de Sorgues.

Un instante después se presentó éste, expresando su disgusto por haber regresado de su veraneo tan tarde que no había podido hallar al señor de Marsan. Fuese sorpresa, fuese antipatía, Ermelinda no pudo ocultar cierta emoción al verle y enrojeció visiblemente.

Como el señor de Sorgues, abonado a la Opera, había sostenido a dos o tres figurantas con cien escudos al mes, se tenía por hombre de gran partido entre las mujeres y se creía obligado a mantener su papel. Al dirigirse a la mesa para comer, quiso convenerse hasta qué punto había impresionado a madame de Marsan y le estrechó la mano. Aquella impresión era tan nueva para ella que se estremeció de pies a cabeza; no era preciso tanto para que un fatuo como él se envaneciese.

Al cabo de un mes, la tía declaró que decididamente el señor de Sorgues era "el adorador" de su sobrina, el cual era un manantial inagotable de lugares comunes y de frases de doble sentido, que Ermelinda no podía soportar, pero a las que su natural bondad se sometía forzosamente.

Decir por cuáles motivos la rancia marquesa encontraba amable al adorador y por cuáles otros la disgustaba, es, desgraciada o afortunadamente, algo imposible de escribir y de adivinar.

Pero fácilmente puede suponerse el efecto que semejantes consejos producían a Ermelinda, acompañados, naturalmente, de ejemplos históricos de la historia moderna y de máximas corrientes entre las gentes bien educadas fáciles al amor. Me parece que en un libro tan peligroso como las relaciones amorosas a que alude su título hay este párrafo, cuya profunda verdad no se conoce bastante: "Nada corrompe tan pronto a una joven como que crea corrompidos a los que debía respetar". Las conversaciones de madame de Ennery despertaban en el alma de su sobrina un sentimiento de otra naturaleza.

—Entonces, ¿qué soy yo, — se decía, — si es así el mundo?

Le atormentaba la ausencia de su marido. Hubiera querido tenerle a su lado cuando, sentada junto al fuego, se entregaba a sus reflexiones. ¡Si al menos pudiera consultarle, preguntarle toda la verdad! El, como hombre, debía saberla, y estaba segura de que la verdad en su boca no podía causarle temor.

Tomó la resolución de escribir al señor de Marsan, quejándose de su tía. Ya había escrito y cerrado su carta y se disponía a enviarla, cuando, por una rareza de su carácter la arrojó, riéndose, al fuego.

—Soy tonta en inquietarme, — se dijo con su alegría habitual. — ¡Este hombre no es como para darme miedo, cuando me mira tiernamente!

En el mismo instante entraba el señor de Sorgues. Probablemente en el camino había tomado sus resoluciones extremas. El hecho es que cerró bruscamente la puerta, y acercándose a Ermelinda, sin pronunciar palabra, la estrechó entre sus brazos y le dió un beso.

Ella quedó muda de asombro, y por toda respuesta tiró de la campanilla. El señor de Sorgues, como hombre experimentado, comprendió inmediatamente y se puso en salvo. Aquella misma noche escribió una larga carta a la condesa y no volvió a vérsele más por "El molino de Mayo".

III

ERMELINDA no habló a nadie de aquella aventura. No vió en ella más que una lección y un motivo de reflexión, y su buen humor no se alteró lo más mínimo. Solamente cuando madame de Ennery, según costumbre, le dió un beso, un ligero escalofrío hizo palidecer a la condesa.

Lejos de quejarse de su tía, como resolvió ha poco, no hizo sino procurar intimar con ella y hacerle hablar más todavía. La idea del peligro desapareció con la marcha de su adorador, y en la condesa sólo quedó una insaciable curiosidad.

La marquesa había tenido, en la verdadera acepción de la palabra, una turbulenta juventud. Su conversación era divertida aunque sólo contase algo de cuanto sabía, y de sobremesa con su sobrina muchas veces decía más de lo debido.

Es verdad que todos los días se despertaba con el propósito de no volver a contar nada y de dar por no dicho lo ya dicho; pero sus anécdotas eran, por desgracia, como los carneros de Panurgo: a medida que avanzaba el día, las confidencias se multiplicaban de tal modo que algunas noches al sonar las doce, las manillas del reloj parecían marcar el número de historietas referidas por la buena señora.

Hundida en un gran sillón, Ermelinda escuchaba atentamente. No necesito añadir que su seriedad se interrumpía a cada momento por una carcajada o por una graciosa pregunta. A través de los escrúpulos y reticencias indispensables, madame de Marsan iba descifrando en su tía como en un manuscrito precioso al que faltasen algunas hojas que la fantasía del lector tuviera que suplir. Comprendió que para mover los muñecos era necesario conocer y manejar los hilos.

Y semejante idea le dió esa indulgencia para con los demás que ha conservado siempre. Parece, en efecto, que nada le extraña, y nadie es menos severa que ella con sus amigos; esto nace de que la experiencia le ha obligado a considerarse como un ser aparte y de que, divirtiéndose inocentemente con las flaquezas de los demás, ha renunciado a imitarlos.

Entonces fué cuando, de vuelta a París, se convirtió en esta condesa de Marsan de la que tanto se ha hablado y que tan pronto estuvo de moda. No era aquélla la pequeña Du-

val, ni la recién casada apasionada y desconfiada. Una sola prueba de su voluntad habíala súbitamente transformado. Era una mujer de corazón y de talento que no quería amores ni aventuras, y que, con una reconocida habilidad, sabía, sin embargo, gustar en todas partes. Parecía haberse dicho:

—¡Bah, puesto que el mundo es así, tomémosle tal como es!

Supo comprender la vida, y durante un año, vos lo recordaréis, no hubo diversión sin ella. Se ha creído y se ha dicho, ya lo sé, que un cambio tan extraordinario no podía deberse más que al amor, y se atribuyó a una nueva pasión el nuevo esplendor de la condesa. ¡Es tan fácil engañarse cuando se juzga de pronto! Lo que hizo encantadora a Ermelinda fué su firme decisión de no atacar a nadie y de hacerse ella misma inatacable. Si existe alguien a quien se pueda aplicar la deliciosa frase de Víctor Hugo en "Marion Delorme: "Vivo por curiosidad", a nadie mejor que a madame de Marsan; esta frase la retrata por entero.

El señor de Marsan volvió. El éxito escaso de su viaje no logró ponerle de buen humor. Todos sus proyectos habían fracasado. Con la revolución de julio, que fué por entonces, perdió sus charreteras. Fiel a su causa, no salía más que para hacer algunas visitas por el barrio de Saint-Germain.

En tan tristes circuntancias cayó enferma Ermelinda. Su delicada naturaleza fué castigada con largos sufrimientos y creyó morir. Un año después no parecía la misma. Su tío se la llevó a Italia y hasta 1832 no volvió con él de Niza.

Ya os he dicho que en torno de ella se había formado una piña de amigos, a los que halló a su vuelta. Pero de lo viva y pronta que era se había hecho ahora sedentaria. Parecía que la agilidad de su cuerpo la hubiese abandonado y que sólo le quedaba en el espíritu. Como su marido salía rara vez, y casi siempre que se pasaba de noche ante su ventana se veía en ella la lámpara encendida. Era que allí se reunían algunos amigos. Y como las gentes de buen gusto se buscan siempre, la morada de los Marsan fué pronto un punto de cita muy agradable, que no se abordaba con gran dificultad ni con facilidad extrema, y que tuvo el buen sentido de no convertirse en censura de ingenios.

El señor de Marsan, habituado a una vida más agitada, se aburría sin saber qué hacer. La conversación y la ociosidad nunca habían sido muy de su gusto. Poco a poco fué dejándose ver menos en la casa, hasta que desapareció. Se ha dicho también que, cansado de su mujer, tenía una querida. Como no está probado no hablaremos de ello.

A pesar de todo, Ermelinda no tenía aún más que veinticinco años, y, sin darse cuenta de lo que le sucedía, se iba sintiendo ganada por el tedio. Se acordaba del "Paseo de los Suspiros" y tenía miedo a la soledad. Parecíale experimentar algún deseo y no podía concretar qué era lo que le faltaba. No se le ocurría que se pudiera amar dos veces en la vida. Creía haber entregado para siempre su corazón y tenía al señor de Marsan por su único depositario. Oyendo cantar a la Malibran sentía una extraña emoción, y de vuelta a su casa se encerraba en su cuarto y se pasaba las noches enteras cantando a solas, y en sus labios tomaban las notas un temblor convulsivo.

Creía que su pasión por la música bastaba para hacerla feliz, y mandó tapizar en seda su palco de los Italianos, como si fuera su propio camarín. Aquel palco, decorado con cuidado escrupuloso, fué durante algún tiempo el constante objeto de sus pensamientos. ella misma eligió la tela y mandó llevar a él un espejo gótico, al que tenía gran cariño. No sabiendo cómo prolongar aquel infantil entretenimiento, cada día añadía una nueva cosa, y hasta bordó por sí misma para el palco un taburete que era una verdadera obra maestra. Y, en fin, cuando todo estuvo definitivamente acabado, cuando no halló la manera de inventar nada más, se vió sola una noche en su amable rincón frente al "Don Juan", de Mozart.

Presa de una irresistible impaciencia, no se fijaba en la escena ni en la sala. Rubini, Heinefetter y Sontag cantaban el terceto de los enmascarados, que el público les hacía repetir. Absorta en sí misma, Ermelinda escuchaba con toda su alma y al volver en sí se dió cuenta de que, alargando el brazo hasta un asiento vacío junto a ella, a falta de una mano amiga que estrechar, oprimía fuertemente el pañuelo con la suya.

No se le ocurrió pensar por qué no estaba allí el señor de Marsan, pero se preguntó por qué estaba tan sola, y aquella reflexión turbó su espíritu.

Al volver halló a su marido en el salón jugando al ajedrez con un amigo. Se sentó a distancia y, aunque a la fuerza, miró al conde siguiendo con los ojos los gestos de aquel noble rostro que tan hermoso le pareció a los diez y ocho años, cuando el conde se arrojó a contener su caballo. El señor de Marsan perdía, y un entrecejo de disgusto le daba cierta expresión poco agradable. De pronto sonrió y brillaron sus ojos. La fortuna se ponía de su parte.

—¿Os gusta mucho ese juego? — preguntó Ermelinda sonriendo.

—Como la música, para pasar el rato, — respondió el conde.

Y siguió el juego sin mirar a su mujer.

—¡Pasar el rato! se repetía en voz baja madame de Marsan al acostarse. Aquellas palabras le quitaban el sueño.

—¡Es hermoso, es bueno y me quiere! — se decía.

Y, sin embargo, su corazón palpitaba vivamente, y el ruido del reloj y la vibración monótona del péndulo le eran insoportables. Se levantó a pararle.

—Pero ¿qué voy a hacer? — se preguntó. — ¿Se detendrán las horas, dejará de correr el tiempo porque obligue a callarse a este pequeño reloj?

Fijos sus ojos en el péndulo, entregóse a mil pensamientos para ella desconocidos hasta entonces: el pasado, el porvenir, la brevedad de la vida; para qué hemos venido al mundo, qué hacemos en él y qué nos espera después.

En el fondo de su corazón no halló vivo más que el recuerdo del único día vivido intensamente: aquel en que se sintió que ama-

ba. Lo demás le parecía un sueño confuso, una sucesión de días monótonos y uniformes como el movimiento del péndulo.

Se pasó la mano por la frente y sintió una irresistible necesidad de vivir. ¿Diré de vivir o de sufrir? Acaso de lo último.

En aquel momento hubiese preferido el dolor a la tristeza. Se hizo el propósito de cambiar de existencia a toda costa. Se forjó mil proyectos de viaje y no encontró ningún país de su agrado. ¿Qué era lo que buscaba?

No podía concretar sus deseos. La incertidumbre la consumía. Se asustó de sí misma y creyó volverse loca. Corrió al piano. Quería tocar el terceto de los enmascarados. Pero a los primeros acordes se deshizo en lágrimas, y, en el mayor desaliento, quedóse pensativa.

IV

ENTRE los concurrentes a la morada de los Marsan había un joven llamado Gilberto. Comprendo señora, que al hablaros de él me expongo al peligro de tratar punto tan delicado y no sé cómo saldre de ello.

Desde hacía seis meses solía ir una o dos veces por semana a casa de la condesa, y junto a ella sentía algo que acaso no puede llamarse amor. El amor, según se dice, es esperanza, y los amigos de Ermelinda la conocían muy bien para no saber que si su hermosura inspiraba el deseo, su conducta y su carácter no eran lo más a propósito para alentarle.

En presencia de la madame de Marsan nunca se había atrevido Gilberto ni a pensar en cosa semejante. Le gustaba por su conversación, por su modo de ver las cosas, por sus aficiones, por su ingenio y por su discreta malicia, que es el acicate del ingenio. Lejos de ella, una mirada, una sonrisa, la iniciación de cualquier íntima belleza, entrevista apenas en un descuido; ¿qué se yo?, mil recuerdos, en fin, se apoderaban de él y le perseguían incesantemente como fragmentos de melodía que no podemos apartar de nuestra imaginación después de una audición musical. Pero en presencia de ella recobraba la calma, y la facilidad que tenía para verla frecuentemente evitaba que su deseo fuese a más, pues, muchas veces, sólo al perder lo que se ama sabemos cuánto lo amábamos.

Ermelinda tenía su tertulia casi siempre por la noche. Gilberto no iba jamás antes de las diez, que era la hora de más animación, y nunca se quedaba el último; se salía de allí cerca de media noche, y a veces más tarde, si la historia que se refería era entretenida. Así resultaba que al cabo de seis meses, a pesar de su asiduidad en casa de la condesa, Gilberto no había conseguido hablar a solas con ella.

Sin embargo, la conocía muy bien, y acaso mejor que sus íntimos, fuese por una penetración instintiva, fuese por otro motivo que será preciso deciros: amaba la música tanto como ella. Y como una afición dominante explica muchas cosas, he aquí por lo que la adivinaba más que la conocía.

Una frase de cualquier romanza o un pasaje de cualquier melodía italiana eran para él la llave de un tesoro, pues si al acabar la melodía o la romanza miraba a Ermelinda, raro era que sus ojos no se encontrasen. Si se trataba de un libro reciente o de una obra representada la víspera, bastaba que uno de los dos formulase su opinión para que el otro la aprobase con la cabeza.

Con frecuencia se echaban a rier al mismo tiempo oyendo una anécdota, y el relato emocionante de cualquier acción heroica les hacía mirar a la vez hacia otra parte para no descubrir su viva emoción. Para decirlo todo en una frase antigua y precisa: simpatizaban. Pero, me diréis, eso es amor. Paciencia, señora; todavía, no.

Gilberto que era asiduo concurrente a los Bufos, pasaba algunas noches un acto en el palco de la condesa. Quiso la casualidad que una de ellas diesen todavía Don Juan. El señor de Marsan estaba también en el palco. Al llegar al tercero, Ermelinda no pudo por menos de volverse a mirar, acordándose de lo sucedido con el pañuelo. Pero aquella vez se encontró con Gilberto, que, en actitud de un arrobo inefable, estaba absorto en tan melancólica armonía. Con el alma pendiente de los labios de la Sontag, quien no sintiera la música como él le hubiera podido creer locamente enamorado de la deliciosa cantante; tal brillaban sus ojos. En su pálido rostro, sombreado de hermosos cabellos negros, se leía el placer que experimentaba. Con los labios ligeramente entreabiertos seguía el compás de la música, que su mano temblorosa marcaba apenas sobre el terciopelo del antepecho. Ermelinda sonreía. Y en aquel momento, — forzado estoy a confesarlo, — en aquel momento, sentado en el fondo del palco, el conde dormía profundamente.

Tantos obstáculos se oponen en el mundo a ocasiones tan propicias como aquella, que cuando se presentan son verdaderas casualidades; pero por eso mismo causan más viva impresión y dejan un recuerdo más duradero.

A Gilberto no se le ocurrió siquiera lo que Ermelinda pensaba, ni la comparación que acababa de hacer. Sin embargo, algunos días se preguntaba a sí mismo si la condesa sera feliz. Al hacerse esta pregunta no lo creía; pero en cuanto se daba a pensar en ello, ya no sabía qué decirse. Tratando, poco más o menos, a la misma gente; viviendo en el mismo ambiente los dos, tenían necesariamente mil ocasiones de escribirse con cualquier motivo insignificante. Aquellas cartas indiferentes, sometidas a las más ceremoniosas fórmulas, hallaban siempre el modo de deslizar una palabra o una frase que daba qué pensar. Muchas veces, Gilberto se pasaba la mañana con una carta de madame de Marsan desdoblada sobre la mesa, y, a su pesar, de vez en cuando ponía los ojos en ella. Su excitada imaginación le hacía dar un sentido especial a lo más insignificante. Ermelinda firmaba algunas veces en italiano con un vostrísima, en el que

Gilberto gustaba ver algo más que una simple fórmula amistosa, repitiéndose que lo que en verdad quería decir era: toda para vos.

Sin ser un hombre afortunado como el señor de Sorgues, Gilberto haba tenido sus amantes. Estaba lejos de mostrar esa especie de prematuro desprecio a las mujeres, tan de moda en los jóvenes; pero tenía su modo de pensar acerca de ellas, y no os dire más sino que la condesa de Marsan le pareca una excepción.

Seguramente hay muchas mujeres con talento, — mejor dicho, señora, todas lo tienen, — pero cada una a su manera. Ermelinda, joven, rica, hermosa, un poco triste, apasionada por algunas cosas, demasiado indiferente para otras, rodeada de la mejor sociedad, llena de inteligentes cualidades y pronta al placer, parecíale a Gilberto rica en todos los dones del talento.

—¡Y, además, qué hermosa es! — se decía en sus paseos nocturnos por el boulevard de los Italianos, durante las noches cálidas de agosto. — Indudablemente, quiere a su marido, pero como a un amigo nada más. El amor ha pasado. ¿Vivirá sin amor? Pensando en todo esto, reflexionó que también él desde hacía seis meses estaba sin amante.

Un da salió de visitas. Al pasar ante la puerta de los Marsan llamó, a pesar de ser las tres de la tarde. Esperaba hallar sola a la condesa, y él mismo se quedó extrañado de que por primera vez se le hubiera ocurrido semejante idea. Le dijeron que la condesa había salido, y de nuevo emprendió el camino de su casa, malhumorado y hablando a solas entre dientes, como era su costumbre. No tengo a qué deciros lo que pensaba.

Poco a poco, llevado de su distracción, fué desviándose de su camino. Me parece que fué entonces cuando, al desembocar en la encrucijada de Buci, se tropezó con un transeunte violentamente, pero de un modo original, pues se vió de pronto frente a frente con una cara desconocida a la que acababa de decir en voz alta: "¿Y si os dijese que os amo?".

Huyendo avergonzado de su distracción, de la que no podía por menos de reirse, advirtió que su ridícula frase constituía un verso muy afortunado. Y como había hecho versos cuando estaba en el colegio, se le ocurrió la idea de improvisar la poesía que luego veréis.

Al día siguiente, como sábado, se recibía en casa de la condesa. El señor Marsan comenzaba a abandonar su soledad y había reunido una gran concurrencia.

Encendidas las arañas y abiertos los salones, las damas a un lado y los caballeros a otro, formaban un gran círculo en torno de la chimenea. No era el lugar más a propósito para cartas de amor. Gilberto, no sin trabajo, consiguió acercarse a la dueña de casa. Después de hablar con ella y con los que la rodeaban de cosas indiferentes durante un cuarto de hora, sacó de su pechera un papel cuidadosamente doblado, que comenzó a arrugar como al descuido. Como por arrugado que estuviera se veía que aquel papel era una carta, Gilberto esperaba que se fijasen en él y, en efecto, alguien se fijó, pero no Ermelinda. Volvió a guardárselo y a sacarlo, y así hasta que por fin la condesa lo vió y le preguntó lo que era.

—Son, — le dijo, — unos versos que he compuesto a una hermosa dama. Os los enseñaré si me prometéis que, en caso de adivinar quién es ella, no lo predispondréis mal hacia mí.

Ermelinda tomó el papel y leyó las siguientes estrofas:

A NINON

Si a decir me atreviese que os adoro, señora
de tez morena y ojos azules, ¿qué dirías?
Bien sabéis que el pesar del amor nos devora;
pero aun siendo cruel con vos misma, traidora,
mi osado atrevimiento quizá castigaríais.

Si a decir me atreviese que en silencio he escondido
seis meses el tormento de amor en que me abraso
—en vuestra indiferencia, Ninón, habéis sabido
adivinar, lo mismo que un hada, y comprendido,—
que "lo sabíais todo" me hubiérais dicho acaso.

Si a decir me atreviese que una dulce locura
igual que vuestra sombra me lleva tras de vos
—¿cómo ignorar que aumenta, Ninón, vuestra hermosura
ese aire melancólico y esa triste dulzura?—
acaso me dijerais que lo dudáis de nos.

Si a decir me atreviese que en mi alma clavadas
dejáis vuestras menores palabras al hablar
—bien sabéis que la ofensa que aviva las miradas
dos pupilas celestes convierte en llamaradas,—
quizá me prohibierais volveros a mirar.

Si a decir me atreviese que hasta el sueño se aleja
de mí, y que de hinojos me paso todo el día
—Ninón, cuando reís, bien sabéis que una abeja
por una flor tomara vuestra boca bermeja,—
si a decíroslo fuera, sólo risa os daría.

Pero nada sabréis, pues nada he de deciros.
Sentado junto a vos, a la lámpara amable,
os oigo hablar y aspiro vuestros propios suspiros,
podéis adivinar, dudar y sonreíros,
pero no deshacer el encanto inefable.

Yo recojo en secreto las flores misteriosas.
Puedo, en pie, junto a vos, la armonía escuchar
del teclado en que vuelan vuestras manos airosas,
y puedo, entre las vueltas del vals, vertiginosas,
sentirlos en mis brazos, como un lirio, temblar.

Y después, cuando el mundo de nuevo nos separa
y retorno a encerrarme a mis solas con Dios,
mil recuerdos se adueñan de mí, y en una rara
deleitación de avaro, que su arcón destapara,
abro mi corazón, que lo llenasteis vos.

Adoro y sé fingir que indiferencia siento:
amo y nada os he dicho; amo y no soy amante;
el secreto me es caro; codicio el sufrimiento,
y si a toda esperanza renuncio, ni un momento
renuncié a ser dichoso: con veros es bastante.

Y pues sé no nací, señora, en tan buen hora
que, amante, en vuestros brazos la muerte me daríais
—¡ay, lo prueba hasta el mismo pesar que me devora!—
si a decir me atreviese que os adoro, señora
de tez morena y ojos azules, ¿qué diríais?

Cuando Ermelinda acabó su lectura entregó los versos a Guillermo sin decir palabra. Al poco rato volvió a pedírselos, los leyó de nuevo y, como distraída, arrugán-

dolos indiferentemente, los escondió en la mano. Se acercó alguien a ella. Se levantó y se olvidó de devolver los versos a su dueño

V

¿COMO es posible, os pregunto yo, que seamos así para obrar tan de ligero? Gilberto, que salió muy contento al ir a la reunión, volvía temblando como la hoja de un árbol. Lo que en aquellos versos había de exagerado y falto de sinceridad fué sincero desde que la condesa los tocó. Y, sin embargo, nada había respondido, y ante tanto testigo fué imposible interrogarla. ¿Estaría ofendida? ¿Cómo interpretar su silencio? ¿Le hablaría cuando volvieran a verse? Y si le hablaba, ¿qué le diría?

Su imagen se le aparecía tan pronto fría y severa como dulce y sonriente. Gilberto no pudo soportar la incertidumbre, y tras de una noche de insomnio volvió a casa de la condesa. Allí supo que acababa de salir en posta hacia "El molino de Mayo".

Se acordó de que habiéndola preguntado pocos días antes, por casualidad, si pensaba pasar el verano en el campo le respondió que no, y al meditar sobre esto se le ocurrió en seguida:

—Se va por culpa mía. ¡Puesto que me teme, me ama! Al decir "Me ama" se detuvo. Sentía una viva opresión en el pecho, respiraba con dificultad, y no sé qué extraño temblor le estremecía. Sin poder dominarse, sentía una viva agitación ante la idea de haber conmovido tan pronto a un corazón tan noble. Las ventanas cerradas, el patio desierto, algunos criados que cargaban equipajes, aquella precipitada marcha, más bien una especie de fuga; todo esto, en fin, le turbó y le asombró.

Lentamente volvió a su casa. Al cuarto de hora era otro hombre. No preveía nada, no reflexionaba nada. No se daba cuenta de lo que había hecho la víspera, ni qué circunstancias le habían empujado a ello. No sentía el menor orgullo. Durante todo el día no pensó ni aun en el modo de sacar provecho a su nueva situación, ni en intentar ver a Ermelinda. Ya no se le aparecía dulce ni severa; sólo la veía sentada en su terraza releyendo las estrofas que guardó, y repitiéndose "¡Me ama!", se preguntaba si era digno de ello.

Gilberto aun no tenía veinticinco años. Aunque la reflexión hubiera hablado, su poca edad hubiera vencido a aquélla. Al día siguiente tomó la diligencia de Fontainebleau y por la noche llegó al "Molino de Mayo". Cuando le anunciaron, Ermelinda estaba sola. Le recibió con visible prevención. Al verle cerrar la puerta, el recuerdo del señor de Sorgues la hizo palidecer. Pero a las primeras palabras de Gilberto advirtió que estaba tan cohibido como ella. En vez de estrecharle la mano como siempre, lo hizo con más timidez y cortedad que nunca. Cerca de una hora estuvieron solos y nada se dijeron de los versos ni del amor que sentían. Cuando el señor de Marsan entró, de vuelta del paseo, se nubló la frente de Gilberto. Comprendió que había desaprovechado lamentablemente su primera entrevista a solas. Todo lo contrario sucedió a Ermelinda. El respeto de Gilberto la conmovió y se abismó en las más peligrosas quimeras. Acababa de comprender que le amaba, y en cuanto estuvo segura de ello correspondió.

Cuando a la mañana siguiente bajó a desayunar, en sus mejillas habían reaparecido los más vivos colores juveniles. Su rostro, como su corazón, se había rejuvenecido diez años. A pesar del mal tiempo que hacía, quiso dar un paseo a caballo. Montaba una soberbia yegua rebelde al freno, como si quisiera exponer su vida. Agitaba, riéndose, la fusta ante los ojos del inquieto animal, y no pudo resistirse al extraño capricho de pegarle sin que lo mereciera. El caballo relinchó de cólera, sacudiendo espuma de su boca. Ermelinda miró a Gilberto. Este, con un movimiento rápido, se acercó para tomarle por las bridas.

—Quitad, quitad, — le dijo ella riéndose; — hoy no me caigo.

Se hacía necesario hablar de los versos, y, en efecto, hablaron mucho de ellos los dos, pero sólo con los ojos. Este lenguaje dice más que ninguno.

Gilberto pasó tres días en "El Molino de Mayo" con peligro de caer de rodillas a cada momento. Al contemplar el talle de Ermelinda temblaba ante el temor de no poder resistir a la tentación de estrecharla en sus brazos; pero en cuanto ésta daba un paso se apartaba para dejarla pasar, como si temiera rozarse con ella.

Al tercer día anunció su partida para el siguiente. Por la tarde, a la hora del te, se habló del vals y de la oda que a este baile dedicó Byron. Ermelinda hizo notar que para hablar de él con tanta animosidad era necesario que aquel placer hubiese excitado vivamente la envidia del poeta que no podía disfrutarlo. En apoyo de sus palabras fué a buscar el libro, y para que Gilberto pudiese leer con ella, se colocó tan cerca de él que sus cabellos le rozaban la mejilla. Aquel leve contacto causó al joven un estremecimiento de placer al que no hubiera podido resistir si no hubiera estado allí el señor de Marsan. Ermelinda, al advertirlo, enrojeció y cerró el libro. Esto fué todo cuanto sucedió en aquel viaje.

He aquí un enamorado singular; ¿no es verdad, señora? Hay un refrán que dice que lo aplazado no está perdido. En general, desdeño los refranes, que a todo se aplican por igual. Pero confieso que éste en su aplicación me parece falso cien veces por cada una que resulte cierto, todo lo más, cuando se trate de gentes tan pacientes como resignadas y tan resignadas como indiferentes. Que se emplee este lenguaje en el cielo, donde los santos se dicen entre sí que lo que se aplaza no está perdido, me parece maravilloso; es muy propio de quienes tienen por delante una eternidad y pueden derrochar el tiempo a manos llenas. Pero nosotros, pobres mortales, no tenemos tan largo destino. Así, pues, os presento a mi hé-

-oe tal como es. Creo, sin embargo, que, le haber procedido de otro modo, hubiera sido tratado como el señor de Sorgues.

Madame de Marsan volvió a fines de semana. Gilberto se presentó en su casa una tarde al anochecer. Hacía un calor sofocante. La encontró sola en su gabinete tendida sobre un canapé.

Un ligero vestido de muselina mostraba al desnudo los brazos y el cuello. Dos maceteros rebosantes de flores embalsamaban la estancia. Una puerta, abierta al jardín, dejaba entrar un aire tibio y suave. Todo incitaba a la molicie, y, sin embargo, una extraña e insólita contradicción vino a perturbar su charla.

Ya os he dicho que con frecuencia les sucedía expresar al mismo tiempo y con los mismos términos sus pensamientos, sus sensaciones pero aquella; noche no estaban de acuerdo en nada, y, por consecuencia, los dos hablaban con mala intención.

Ermelinda pasaba revista a algunas amigas suyas. Gilberto las alababa con entusiasmo, y entonces ella las criticaba a propósito. Obscureció. Quedaron en silencio. Entró un criado con una luz. Madame de Marsan le dijo que no la quería y que la dejase en el salón. Apenas había dado esta orden pareció arrepentirse, y, levantándose perezosamente, se dirigió al piano.

—Venid a ver — dijo a Gilberto, — el taburete que tenía en el palco y que he hecho arreglar de otra manera para que me sirva de banqueta de piano. Acaban de traérmela ahora mismo y quiero haceros un poco de música para estrenarle con vos.

Preludió dulcemente unas vagas melodías en las que Gilberto reconoció bien pronto su pieza favorita "El deseo", de Beethoven. Olvidándose poco a poco, Ermelinda iba dando a la música la más apasionada expresión el ritmo más voluptuoso deteniéndose de pronto como si le faltase la respiración sosteniendo el sonido para dejarle vibrar y extenderse. Jamás palabra alguna igualará la ternura de semejante lenguaje. De tiempo en tiempo levantaba sus ojos hermosísimos para consultar con Gilberto, que permanecía en pie junto a ella. Este se apayó en el ángulo del piano, y los dos luchaban con su propia turbación, cuando un accidente casi ridículo vino a sacarles de su ensueño.

El taburete se rompió de pronto y Ermelinda cayó a los pies de Gilberto, que se apresuró a ofrecerle su mano. Ermelinda se agarró a ella y se levantó riendo. Gilberto, temiendo que se hubiese hecho daño, estaba pálido como un muerto.

—Está bien, — dijo ella; — dadme una silla. No se dirá que me he caído de un quinto piso.

Se puso a tocar una contradanza y a burlarse, sin perder el compás, del susto de Gilberto.

—¿No es una bobada, — dijo él — que me haya asustado al veros caer?

—¡Bah! — respondió ella. — Eso es un efecto nervioso. ¿Créeis que os lo agradezco? Confieso que mi caída ha sido ridícula, pero creo, — añadió secamente, — creo que vuestro susto lo es mucho más.

Gilberto dió algunas vueltas por la estancia y la contradanza de Ermelinda iba poco a poco siendo menos alegre. Comprendía Ermelinda que, queriendo burlarse de él, le había herido vivamente. Estaba demasiado emocionado para poder hablar. Volvió a apoyarse ante ella en el mismo sitio y sus ojos húmedos no pudieron contener algunas lágrimas.

Ermelinda se levantó de pronto y fué a sentarse en un rincón escuro, al otro extremo de la estancia. Gilberto se acercó a ella y le reprochó su dureza.

Entonces le tocó a la condesa no poder responder. Permanecía muda y presa de una agitación imposible de expresar. Gilberto tomó el sombrero para marcharse, pero, no pudiendo decidirse, se sentó junto a ella. Esta se volvió y extendió el brazo como para indicarle que se fuera, pero él la tomó y la estrechó contra su corazón. En el mismo instante llamaron a la puerta y Ermelinda se metió en su gabinete.

Al día siguiente el pobre muchacho no se dió cuenta de que iba a casa de madame de Marsan hasta el momento mismo en que llegaba a ella. Por experiencia temió encontrarla severa con él y ofendida de lo que había pasado; más se engañó. Le recibió tranquila e indulgente, y sus primeras palabras fueron para decirle que le esperaba. Pero luego le anunció firmemente que les era preciso dejar de verse.

—No me arrepiento, — le dijo ella, — de la falta que he cometido, y no pretendo disculparme de nada. Pero aunque ello os haga sufrir y yo también sufra el señor de Marsan se alza entre nosotros y yo no sé engañar. Olvidadme.

Gilberto quedó aterrado de aquella franqueza cuyo acento persuasivo no permitía ninguna duda. Desdeñaba las frase vulgares y las vanas amenazas de muerte que se dicen y hacen en casos semejantes, e intentó ser tan valiente como la condesa y probarle por lo menos así lo mucho que la quería. Les respondió que la obedecería y que abandonaría París por algún tiempo.

Ella le preguntó adónde pensaba irse y prometió escribirle, queriendo que la conociese por entero le contó en pocas palabras su historia, pintándole su situación y su sufrimiento sn que por ello se sintiese más dichosa. Le devolvió sus versos y le dió las gracias por haberla ofrecido un momento de felicidad.

Me he entregado a ella — le dijo — sin querer ni reflexionar. Estaba segura de que el imposible me detendría. Pero no he podido resistir a lo que era posible. Espero que no veréis en mi conducta una coqueteria que no he puesto en ella. He debido a tiempo guardarme de vos. Pero no os creo tan enamorado que no lo olvidéis todo muy pronto.

—Os seré franco — respondió Gilberto, — diciéndoos que no lo sé pero no lo sé, pero que no creo en ese olvido. Vuestra hermosura me ha impresionado menos que vuestro talento y vuestro carácter, y si la imagen de un bello rostro puede borrarse con la ausencia o con los años, la pérdida de una criatura como voz es irreparable. Sin

duda, en apariencia, olvidaré, y es casi seguro que dentro de poco recobre mi existencia habitual. Pero la razón me dirá siempre que vos hubierias hecho mi felicidad. Estos versos que me devolvéis fueron escritos como por casualidad; un instante de embriaguez y de ensueño los inspiraron; pero el sentimiento que expresan está vivo en mí después de conoceros y no he tenido fuerzas para ocultarle, por lo mismo que es sincero y constante. Ya no seremos felices uno ni otro, y nos sacrificaremos por los demás sin recompensa de nadie.

—No es por los demás, — dijo Ermelinda, — sino por nosotros mismos, o, aun mejor es por mi por quien os sacrificáis. La mentira me es insoportable, y anoche, después de iros, estuve a punto de decírselo todo al señor Marsan.

—Vamos, vamos, amigo mío, — añadió alegremente, — procuremos vivir.

Gilberto le besó la mano respetuosamente y se separaron.

VI

APENAS habían tomado aquella determinación cuando comprendieron que les sería imposible realizarla. No necesitaron grandes explicaciones para convenir mutuamente en ello. Gilberto estuvo dos meses sin ir a casa de madame de Marsan, durante los cuales uno y otro perdieron el apetito y el sueño.

Pasado este tiempo, Gilberto se halló una tarde tan desconsolado y triste que, sin saber lo que hacía, cogió el sombrero y se presentó en casa de la marquesa a la hora de costumbre, como si nada hubiera sucedido. Ermelinda no pensó reprocharle, lo que tampoco él aludió siquiera. En cuanto le vió comprendió lo que había sufrido. Y por su parte, él la encontró tan cambiada y tan pálida que se arrepintió de no haber venido antes.

Lo que Ermelinda sentía en su corazón no era una pasión ni un capricho; era la voz de la naturaleza misma que le pedía un nuevo amor. No se había detenido mucho a estudiar el carácter de Gilberto. Sabía que le gustaba, que estaba allí, que decía amarla y que le amaba de otro modo que el de Marsan la amó.

La delicadeza de Ermelinda su inteligencia su imaginación ardiente, todas las nobles cualidades que encerraba se entregaban y sufrían sin querer. Las lágrimas que creía derramar sin motivo corrían a pesar suyo, obligándola a buscar la causa. Entonces los libros, la música, las flores, sus aficiones y hasta su misma vida solitaria le hicieron comprender que era preciso amar y luchar o resignarse a morir.

Así fué cómo, con una valiente firmeza, la condesa de Marsan midió serenamente el abismo en que iba a caer, y cuando Gilberto la tuvo de nuevo en sus brazos levantó los ojos al cielo como para hacerle testigo de aquella falta y de cuanto pudiera costarle. Gilberto adivinó aquella melancólica mirada que le expresaba la grandeza de la culpa en corazón tan noble como el de su amiga. Comprendió que en sus manos estaba sacrificarle su existencia o degradarla para siempre. Tal pensamiento le produjo más alegría que orgullo, y jurando consagrarse a ella, dióle gracias a Dios del amor que le concedía.

La necesidad de engañar desconsolaba, no obstante, a Ermelinda, y aunque nunca se lo dijo a su amante, guardó siempre en secreto aquella pena. Aparte de esto, puesto que podría resistir toda la vida, nunca se le ocurrió la idea de resistirse a Gilberto más o menos tiempo. Calculó, por decirlo, así, las probabilidades de dicha posible y de posible dolor y se decidió a jugarse la existencia.

Cuando Gilberto volvió se veía obligada por fuerza a pasar tres días en el campo. El le pidió que le diese una cita antes de partir.

—Os la daré si queréis, — le respondió, — pero os suplico me dejéis algún tiempo.

Al cuarto día un joven entró a media noche en el café Inglés.

—¿Qué desea el señor? — le preguntó el camarero.

—Todo lo mejor que tengáis,—respondió el joven tan alegremente que la gente se volvió a mirarle.

A la misma hora, en el hotel de los Marsan, una persiana entreabierta dejaba escapar un tenue resplandor a través de una cortina. Encerrada en su habitación, madame de Marsan, ya ataviada para pasar la noche, se preguntaba:

—Mañana seré suya. Y él, ¿será mío?

Ermelinda no se detenía a comparar su conducta con la de otras mujeres. En aquellos instantes no había para ella dolores ni remordimientos: todo callaba ante la idea del mañana. ¿Me atreveré a deciros en lo que pensaba? ¿Me atreveré a escribir lo que en aquella hora terrible inquietaba a una hermosa y noble dama, la más sensible y honesta que he conocido, la víspera de la única falta que haya tenido jamás que reprocharse?

Pensaba en su hermosura. Amor, sacrificio, sinceridad de sentimientos, constancia, atracción; simpatía, temores, peligros, arrepentimientos, todo se desvanecía, todo lo vencía, la más viva inquietud por sus encantos, por su belleza corporal. El resplandor que se percibe es el de una luz que tiene en la mano. Se contempla ante un espejo. Se vuelve y escucha: no hay nadie, nada se oye. Entreabre la túnica que la cubre, y, como Venus ante el pastor de la leyenda, se muestra desnuda tímidamente.

Para hablaros del día siguiente, nada mejor, señora, que transcribir una carta de Ermelinda a su hermana en la que ella misma describe lo que sentía:

"Ya era suya. A mi viva ansiedad sucedió un gran abatimiento. Estaba rendida y gozaba con aquel cansancio. Pasé la noche soñando; veía unas formas vagas, e indecisas, oía una voz lejana que me decía: "¡Angel mío! ¡Vida mía!", y cada vez me sentía más aplanada. Ni una sola vez volvió mi pensamiento a las inquitudes del día anterior, en aquella especie de letargo que recuerdo como un estado paradisíaco. Me acosté y dormí como un recién nacido. Al despertame al otro día, el confuso recuerdo de cuanto ocurrió la víspera hizo acudir toda la sangre a mi corazón. Una gran palpitación me obligó a incorporarme

y, sentada en el lecho, exclamé: "¡Ya está hecho!" Escondía la cabeza entre las rodillas y me reconcentré en mí misma. Por primera vez me asaltó el temor de si Gilberto habría juzgado mal de mí. La naturalidad con que cedí podía hacerle formar esta opinión. A pesar de su delicadeza y de su tacto, ¿no podía temer de él la maliciosa experiencia del mundo? ¿Y si aquello no era para él más que un capricho o una dificultad que vencer? Sorprendida, sugestionada, trastornada por todos los sentimientos que me subyugaban, no había estudiado bastante los suyos. Sentí miedo. "¡Bah, — me dije resueltamente, — el día que me conozca bien me pagará con creces lo atrasado!". Todas aquellas sombras se iluminaron de pronto con dos suspiros. Me pareció que una sonrisa rondaba mis labios. Vi su rostro, como el día anterior, mostrando una expresión como jamás la ví en parte alguna, ni aun en las obras maestras de los grandes artistas: una expresión en la que se confunden el amor, el respeto, la idolatría y a la vez la duda y el temor de no conseguir lo que tan vivamente se desea.

¡He aquí el supremo instante de una mujer!

Y arrullada por tales pensamientos me vestí. Cuando se espera al amado el tocado es un verdadero placer."

VII

ERMELINDA había tardado cinco años en apercibirse de que su primera elección no podía hacerla dichosa; durante un año había sufrido en silencio; seis meses había estado luchando con una pasión que nacía, dos con un amor declarado, y al fin, cuando sucumbió, su felicidad no duró más que quince días .

Quince días son muy poco, ¿verdad? Empecé esta historia sin pensar en ella, y ahora veo que al llegar en su relato este momento no tengo nada más que decir sino que quince días son muy poco. ¿Cómo pretender describirlos? ¿Os contaré lo que no es posible expresar y que hasta los genios han dejado adivinar en sus obras a falta de palabras capaces para ello? Ni vos, seguramente, lo habéis pensado así, ni yo he de cometer tal sacrilegio. Lo que sale del corazón puede escribirse, pero no así lo que es el corazón mismo.

Además, cuando se es dichoso, ¿hay tiempo de advertirlo en quince días? Ermelinda y Gilberto aun estaban asombrados de su felicidad; no se atrevían a creer en ella, y se maravillaban de la viva ternura con que sentían llenar su corazón.

—¿Es posible? — se preguntaban, — que nuestros ojos se hayan mirado alguna vez con indiferencia y que nuestras manos se hayan estrechado fríamente?

—¡Cómo! ¿He podido mirar, — decía Ermelinda, — sin que las lágrimas hayan empañado mis ojos? ¿He podido escucharte sin besar tus labios? ¿Has podido hablarme como a todo el mundo y yo he podido responderte sin decirte que te amaba?

—¡No, — respondía Gilberto; — tu mirada y tu voz te traicionaban! ¡Oh, Dios mío, cómo se clavaban en mí! Yo he detenido por el miedo; la la causa de que hayamos tardado tanto en querernos!

Y se apretaban la mano como diciéndose tácitamente: "¡Calmémonos ¡Tanto cariño nos va a matar!"

Apenas se habituaron a verse en secreto y a gozar el placer misterioso del peligro; apenas conoció Gilberto cómo de pronto se anima extrañamente el semblante de la que cae en brazos de su amado; apenas si las primeras sonrisas de Ermelinda apuntaron entre las lágrimas; apenas se habían jurado amarse eternamente, cuando, — ¡pobres criaturas!, — su felicidad se desvaneció. Confiados en su suerte, se abandonaban a ella sin temor alguno, y saboreaban detenidamente el placer de reconocer que no se habían engañado en sus mutuas esperanzas. Aun se decían: "¡Qué felices seremos!" cuando dejaron de serlo.

El conde Marsan era un hombre de gran firmeza y nunca se engañaba sobre las cosas importantes. Había observado que su mujer estaba triste y había pensado que ya no le quería como antes; mas no se cuidó de ello. Pero al verla preocupada e inquieta resolvió no sufrirlo más. En cuanto se tomó el trabajo de buscar la causa, fácilmente la encontró. La primera vez Ermelinda se turbó a sus preguntas; la segunda estuvo a punto de confesárselo todo. Mas él no quiso de ningún modo confidencias de tal naturaleza, y, sin decir nada a nadie, se dirigió a la pensión en que vivían antes de casarse y se reservó un cuarto. Cuando su mujer fué a acostarse, el conde entró en su dormitorio y, sentado frente a ella, le habló poco más o menos de este modo:

—Demasiado me conocéis, querida, para saber que no soy celoso. Os he amado mucho, y siempre os tendré una gran estimación y una sincera amistad. Es cierto que a nuestra edad, y habiendo pasado juntos tantos años, no es necesaria una recíproca tolerancia para que podamos seguir viviendo en paz. Por mi parte, disfruto la libertad que debe disfrutar un hombre, y me parece bien que vos hagáis lo mismo. Si yo hubiese aportado al matrimonio una fortuna como la vuestra no os hablaría de esta manera. Pero soy pobre, y por mi propia voluntad, al hacer la escritura matrimonial, pobre quedé también. Lo que en otro caso no sería más que indulgencia o discreción, en mí sería bajeza. Por muchas precauciones que se tomen, una intriga amorosa nunca permanece secreta, y, tarde o temprano, necesamiamente da que hablar a las gentes. Tened presente que, llegado ese día, no seré incluído ni en la catería de los maridos complacientes, ni siquiera en la de los maridos ridículos, y nadie verá en mí más que un miserable al que el dinero hace pasar por todo. No entra en mi carácter dar un escándalo que deshonraría a dos familias a la vez, resulte lo que resulte. No os guardo rencor a vos ni a nadie, y por esto mismo he venido a anunciaros la resolución que he tomado a fin de prevenir las consecuencias que pueda causar cuando se sepa. A partir de la semana próxima me iré a vivir a la pensión que ocupaba cuando conocí a vuestra madre. Me disgusta quedarme en París, pero no tengo para viajar. Puesto que no

me queda otro recurso, me hospedaré donde más me agrade. Mirad bien lo que vais a hacer, y hasta donde me sea posible procederé conforme a ello.

Madame de Marsan había escuchado a su marido con un asombro que iba en aumento á cada instante. Se quedó como una estatua al ver que estaba decidido, y no podía creerlo. Casi involuntariamente se arrojó a su cuello exclamando que por nada del mundo consentiría en aquella separación. A todo cuanto dijo él no oponía más que el silencio. Ermelinda rompió en lágrimas, se echó a sus pies y quiso confesarle su falta; pero él la contuvo y se negó a oirla. Y esforzándose en tranquilizarla, repitiéndole que no le guardaba ningún resentimiento, se fué sin atender sus súplicas.

Al otro día no se vieron. Cuando Ermelinda preguntó si el conde estaba en sus habitaciones le respondieron que había salido muy temprano y que no volvería hasta la noche. Quiso esperarle, y desde las seis de la tarde estuvo encerrada en las habitaciones del conde; pero le faltó valor y tuvo que volverse a las suyas.

A la mañana siguiente el conde bajó a desayunar en traje de equitación. Los criados preparabn su equipaje, y el corredor estaba lleno de ropas en desorden.

Ermelinda, al verle entrar, se acercó a su marido, que le besó en la frente, y se sentaron en silencio. Desayunaban en la alcoba de la condesa. Frente a ella había un espejo. Ermelinda creyó ver en él su propia sombra. Sus cabellos en desorden y su rostro abatido parecían reprocharle su falta. Preguntó al conde con voz insegura si persistía en su propósito de irse de casa, y él le respondió que estaba dispuesto a ello y que había determinado irse el lunes siguiente.

—¿No hay algún modo de retardar vuestra marcha? — preguntó Ermelinda en tono suplicante.

—El que hay no es posible, — replicó el conde. — ¿Habéis reflexionado lo que vais a hacer?

—¿Y qué queréis que haga?

El señor de Marsan no respondió.

—¿Qué queréis? — repitió ella. — ¿Qué medio me queda para conmoveros? ¿Qué expiación, qué sacrificio puedo ofreceros que vos consiniáis aceptar?

—Vos lo sabréis, — dijo el conde. — Y levantándose salió sin decir nada. Pero aquela misma noche volvió a verla y su semblante parecía menos sévero.

Aquellos dos días fatigaron a Ermelinda de tal modo que tenía una palidez espantosa. M. de Marsan no pudo, al observarlo, contener un movimiento de compasión.

—¡Pero, vamos, querida mía! ¿Qué es lo que tienes?

—Que por más que pienso, — respondió, — veo que nada es posible.

—Entonces, ¿le quieres mucho? — preguntó el conde.

A pesar de su afectada frialdad, Ermelinda vió en aquella pregunta un rasgo de celos. Creyó que la marcha de su marido no podía ser más que una tentativa para aproximarse a ella, y semejante idea le dió pesar. "Todos los hombres son así, — pensó: — desprecian lo que poseen y vuelven con entusiasmo sobre lo que sólo por su culpa han perdido". Quiso saber hasta qué punto estaba en lo cierto, y respondió altivamente:

—Sí, señor, le quiero, y, en esto, al menos, nunca os engañaré.

—Lo comprendo, — replicó el señor de Marsan — y no me seduce luchar con nadie; no tengo deseos ni medios para ello.

Ermelinda comprendió que se había engañado. Quiso hablar y no supo qué decir. ¿Qué responder, en efcto, a la manera de proceder del conde? Había adivinado claramente lo sucedido, y el partido que había tomado, sin ser cruel, era el más justo. Ermelinda iba a decir algo y no podía concluir; al fin, rompió a llorar. El señor de Marsan le dijo dulcemente:

—Tranquilizáos. Pensad que habéis cometido una falta, pero que tenéis un amigo que la sabe y que os ayudará a repararla.

—¿Qué haría entonces ese amigo, — dijo Ermelinda, — si fuese rico cual yo, puesto que una miserable cuestión de intereses le decide a dejarme? ¿Qué haríais sino existiese la escritura matrimonial?

Ermelinda se levantó, fué a su secreter y, sacando la escritura, la quemó en una bujía que había encima de la mesa. El conde la estuvo contemplando hasta que acabó.

—Os he comprendido, — dijo al fin, — y aunque lo que acabáis de hacer sea una acción sin consecuencias, puesto que el notario tiene la copia, es una acción que os honra y que os agradezco. Pero considerad — añadió abrazando paternalmente a Ermelinda, — considerad que si no se tratase mas que de anular una formalidad, esto hubiera sido abusar de mis ventajas. Podéis, con una palmada, hacerme tan rico como voz, ya lo sé, pero no lo consentiría, y hoy menos que nunca.

—¡Sois orgulloso! — exclamó Ermelinda desesperada. ¿Y por qué lo rechazáis?

El señor de Marsan, que le tomó una mano, se la apretó ligeramente y respondió:

—Porque le amáis.

VIII

UNA de esas mañanas de otoño, de esas hermosas mañanas en que brilla el sol en todo su esplendor, como diciendo adiós a la naturaleza que muere, se acordaba Gilberto en el barcón de un piso segundo, en una calle apartada detrás de los Campos Elíseos. Canturrando una romanza de Norma, examinaba atentamente cada coche que cruzaba por la esquina.

Cuando el coche entraba en la calle, Gilberto dejaba de cantar; pero el coche pasaba de largo y él proseguía su espera. Aquel día desfilaron muchos por allí, pero el joven, impaciente, no vió en ninguno la capotita de paja ni la manteleta negra que esperaba.

Pasó una hora y otra hora. Ya era tarde. Después de mirar su reloj veinte veces, des-

pués de haber dado otras tantas vueltas por la habitación, después de impacientarse y calmarse alternativamente a cada instante, descendió a la calle y anduvo algún tiempo a la aventura. Al volver a su casa preguntó al portero so había alguna carta; la respuesta fué negativa. Todo el día tuvo el presentimiento de un augurio siniestro.

Por la noche, hacia las diez, subió no sin temor la gran escalera del hotel de los Marsan. La araña estaba sin encender. Esto le sorprendió y le inquietó. Llamó y nadie contestó. Empujó la puerta, que se abrió ante él, y se dirigió al comedor. Una mucama salió a su encuentro. Gilberto le preguntó si podía entrar.

—Voy a preguntarlo, — respondió la mucama.

Gilberto a través de la puerta, oyó en el salón inmediato una voz temblorosa, que reconoció y que decía en voz baja:

—Dile que no estoy.

El mismo me ha confesado que estas breves palabras, pronunciadas en la penumbra en el momento en que menos se lo esperaba, le hicieron más daño que una puñalada.

En el mayor asombro Gilberto abandonó la casa.

—"Ermelinda está, — se dijo, — y no hay duda de que me ha visto. ¿Qué sucede? ¿No ha podido decirme una sola palabra o escribirme al menos?"

Ocho días pasaron sin la menor noticia y sin poder ver a la condesa. Al fin recibió la siguiente carta:

"¡Adios Gilberto! Acordaos de nuestro " proyectado viaje y cumplid vuestra pala- " bra. ¡Ay! ¡En este instante hago un in- " menso sacrificio! Sólo me quedan unas " sentidas palabras que me dijistes con mo- " tivo de la funesta resolución que quería " tomar. Hay que vivir. Pero no es necesa- " rio arrancarse el único pensamiento que " puede darnos una tranquilidad aparente. " Permitid amigo mío, que solamente lo apla- " ce con ciertas condiciones; si, por ejem- " plo, una absoluta indiferencia hacia mi se " apodera de vos; si, ya de vuelta, sereno el " corazón, no volvéis a verme, y, en fin, si " jamás os acordáis de mi ni de mi amor " ..., entonces, imposible continuar esta " vida insufrible. El más desdichado es el " que se queda; por eso debéis ser vos el " que parta. ¿No os lo permiten vuestros " asuntos? ¿Adónde queréis que yo vaya? " ¿Qué se yo adónde? Contestadme, que no " os faltarán fuerzas para ello. Tened cari- " dad de mí. Decidme — ¡qué se yo lo que " quiero que me digáis! — que os olvida- " réis de mi. ¿Verdad que no me olvida- " réis? Pero si así es, no importa, decídme- " lo siempre. No intentéis verme antes de " partir. Necesitaría un valor del que no me " siento capaz. Desde hace ocho días no ha- " go más que llorar, escribiros y arrojar " mis cartas al fuego. Esta misma aun os " parecerá incoherente. M. de Marsan lo " sabe todo: me ha sido imposible mentir; " además ya lo sabía. A pesar de todo, es- " ta carta está bien lejos de expresar la " contradición que existe entre mi corazón " y mi cabeza. Estos días dejáos ver por " ahí, para que la gente no atribuya a des- " pecho vuestro viaje, pues de no hacerlo " me imposibilitaríais de ir a ningún sitio " y de recibir a nadie en una temporada. " Nunca falta la maledicencia. Me escri- " biréis, ¿verdad? Es imposible que os va- " yáis sin ponerme unas letras. ¡Viajar!... " ¡Vos sois quien viaja!".

Aquel golpe pareció a Gilberto un sueño. Pensó ir en busca del señor Marsan para desafiarle. Se dejó caer presa de la mayor desesperación y rompió en amargo llanto. Al fin, resolvió ver a la condesa por última vez y tener una explicación sobre lo sucedido, que en tan incompresible forma le había notificado.

Corrió a casa de los Marsan, y, sin hablar con ningún sirviente, entró en el salón. Ya en él, se detuvo ante la idea de comprometer a la amada y de perderla acaso por su culpa. Al oír pasos se escondió tras una cortina: era el conde que llegaba. Cuando volvió a quedarse solo, Gilberto avanzó y, entreabriendo una puerta, vió a Ermelinda acostada y su marido junto a ella. A los pies del lecho había un paño manchado de sangre. El médico se lavaba las manos. Aquel espectáculo le produjo horror. Tembló ante la idea de aumentar con su imprudencia los males de su amada, y, andando en puntillas, salió del hotel sin ser notado.

Pronto supo que la condesa había estado en peligro de muerte. Una nueva carta le dió detalles de lo sucedido.

" Renunciar a volvernos a ver, — decía " Ermelinda, — es imposible, y no hay que " pensar en ello. Si semejante idea os des- " espera, a mí no, porque no puedo admi- " tirla ni por un momento. Pero separar- " nos por seis meses, por un año, eso me " desgarra el alma y me hace llorar, porque " eso sí que entra en lo posible."

Y añadía que si antes de partir sentía un vivo deseo de volver a verla, consentiría en ello. Gilberto se negó a la entrevista. Necesitaba de todas sus fuerzas, y aunque de acuerdo en que era preciso alejarse, no sabía qué hacer. Vivir sin Ermelinda le parecía algo vacío de sentido, y, por decirlo así, una quimera. A pesar de todo, se juró obedecerla a toda costa y sacrificar su existencia, si era preciso, a la tranquilidad de madame de Marsam. Puso en orden sus asuntos, se despidió de sus amigos y anunció a todo el mundo su viaje a Italia.

Pero cuando todo se hallaba dispuesto y ya tenía su pasaporte, se encerró en su casa y se pasó días y días llorando y proponiéndose todas las noches partir a la mañana siguiente.

Ermelinda, por su parte, no se sentía, como podéis imaginaros, mucho más valiente que él. En cuanto fué posible se trasladó en coche al "Molino de Mayo". El señor de Marsan no se separaba de su lado. Durante la enfermedad tuvo para ella el cariño de un hermano y los cuidados de una madre. No necesito decir que le había per-

donado todo y que los sufrimientos de su mujer le hicieron renunciar a sus proyectos de separación.

No volvió a hablarle de Gilberto, y no creo que desde entonces haya pronunciado nunca este nombre estando a solas con su mujer. Fácilmente se adivinaba a su conducta que en el fondo se reconocía culpable de haber abandonado a su mujer y de haberse cuidado tan poco de hacerla feliz.

Cuando Ermelinda, apoyada en su brazo, se paseaba lentamente con él por el "Paseo de los Suspiros" el señor de Marsan parecía tan triste como ella. Ermelinda le agradecía que no intentase nunca reanudar su antiguo amor ni combatir su nueva pasión.

La condesa quemó las cartas de Gilberto, y de aquel doloroso sacrificio sólo guardó estas palabras escritas por su adorador: "¡Todo por tí!" Al leerlas no se sintió capaz de destruírlas. Eran el adiós del pobre enamorado. Las recortó con unas tijeras y las llevó mucho tiempo sobre el corazón. "Si alguna vez tuviera que deshacerme de ellas, — escribía a Gilberto, — me las tragaría. Mi vida hoy no es mas que un resto de ceniza, y ha de pasar largo tiempo para que yo pueda contemplar el lugar en donde ardiera, sin llorar."

—¿Era sincera? — me diréis acaso. — ¿No hizo alguna tentativa para ver de nuevo a su amante? ¿No se arrepintió de su sacrificio? ¿No procuró nunca volver sobre su propósito? Sí, señora, lo procuró; no quiero que pase por mejor ni por peor de lo que fué. Sí, volvió a fingir, volvió a engañar a su marido. A pesar de sus juramentos, de sus promesas, de sus penas y remordimientos, volvió a ver a Gilberto, y después de pasar con él dos horas de un delirante goce, al entrar de nuevo en su casa comprendió que no podía mentir ni engañar. Os diré más: os diré que el mismo Gilberto lo comprendió también y que no le pidió que le dejase volver otro día.

No se fué, sin embargo, ni volvió a hablar de su viaje. Al cabo de unos días quiso persuadirse de que su corazón ya estaba en calma y de que no había el menor peligro en quedarse. En sus cartas trató de que Ermelinda le consintiera pasar el invierno en París. Ella dudaba, y, renunciando al amor, comenzó a hablarle de amistad. Los dos buscaban toda clase de motivos para prolongar su tortura, o al menos para verse sufrir mutuamente. ¿Qué iba a pasar? No lo sé.

IX

CREO haberos dicho, señora, que Ermelinda tenía una hermana. Era una bellísima joven, de excelente corazón. Fuese por una excesiva timidez, fuese por cualquier otra causa, nunca había hablado a Gilberto sino con gran reserva, y casi con antipatía, cuando en alguna ocasión se encontró con él. Gilberto, algo atrevido en sus maneras y en su modo de hablar, aunque con naturalidad y sencillez, violentaba un poco al verdadero pudor y a la modestia.

Su misma franqueza y su exaltación entusiasta no eran muy simpáticas a la severa Sara (éste era el nombre de la hermana de Ermelinda). Por esto ,algunas frases de cortesía cruzadas por casualidad, algún cumplido elogioso cuando Sara cantaba y algún baile de vez en cuando, era todo cuanto existía entre los dos, sin que su amistad pasase a más.

En estas circunstancias, Gilberto recibió una invitación para un baile en casa de una amiga de madame de Marsan, al que creyó debía asistir para complacer a su amante. En aquel baile estaba Sara. Gilberto fué a sentarse junto a ella. Sabía el cariño que unía a las dos hermanas, y se le ofrecía una ocasión para hablar de la que amaba con alguien que le comprendiese.

La reciente enfermedad de Ermelinda era el pretexto. Informarse de su salud era informarse de su amor. Contra su costumbre, Sara le respondió con dulzura y confianza, y como en aquel momento la orquesta diese la señal para bailar, fingiendo sentirse cansada, se negó a hacerlo con la pareja que vino a sacarla.

La música y el tumulto del baile les dieron mayor libertad para hablar, y la joven fué dando a entender a Gilberto que sabía la causa de la enfermedad de Ermelinda. Le refirió el sufrimiento de su hermana y le contó cuanto había visto. Gilberto, con la cabeza baja, tristemente escuchaba el relato, y cuando la levantó, por sus mejillas se deslizó una lágrima. Entonces Sara no pudo contener su emoción, y sus ojos se empañaron.

—La queréis más que yo creía, — le dijo.

Desde aquel instante fué para él otra muy

PREFERENCIA

—¡A mí me gusta un hombre de pocas palabras y de constante movimiento!

—Pues yo conozco uno que te conviene. Es mudo y padece del baile de San Vito.

distinta, y le confesó que desde hacía mucho tiempo había advertido lo que pasaba entre él y su hermana, y que la antipatía que hasta entonces le había demostrado se debía a que nunca creyó ver en él más que la ligereza del hombre mundano que hace el amor a todas las mujeres sin preocuparse del daño que causa.

Hablaba con calor y franqueza, como hermana y como amiga. El acento de verdad que empleó para convencer a Gilberto de que era absolutamente necesario devolver el reposo a la condesa le conmovió más que nada, y en un cuarto de hora vió claro su destino.

Iba a empezar el cotillón.

—Sentémonos en el corro, — dijo Gilberto, — así nos evitaremos las figuras y podremos hablar sin que lo adviertan.

Sara consintió. Ocuparon su puesto y siguieron hablando de Ermelinda. Pero de vez en cuando los caballeros obligaban a Sara a tomar parte en las figuras y tenía que levantarse para tomar un ramilleto o un abanico, mientras Gilberto, en su silla, abismado en sus pensamientos, contemplaba a su linda pareja, que iba y venía sonriente con los ojos húmedos aun, hasta que volvía Sara y reanudaban su triste conversación. Y al acabar aquella contradanza, — la misma que arrulló los primeros días de su amor, — Gilberto juró partir y olvidar.

Cuando llegó la hora de retirarse se levantaron los dos con cierta solemnidad.

—Me habéis dado vuestra palabra, — dijo ella, — y cuento con vos para salvar a mi hermana. Si os vais, — añadió apretándole la mano sin fijarse en que la observaban, — si os vais, seremos dos a pensar en el pobre viajero.

Se despidieron con estas palabras y Gilberto partió al otro día.

ALFRED DE MUSSET.

Rufilanchas en un restaurante.

—Mozo. Este surubí no está fresco.

—Señor, si le acabo de sacar del hielo ahora mismo

—Pues entonces el hielo en que lo habían puesto es el que no estaba fresco.

* * * *

El doctor Tijereta, trabaja en su laboratorio. Entra un colega.

—¡Usted siempre en la brecha!

—No hay más remedio.

—¿Y qué hace ahora? ¿Buscar la fórmula de algún nuevo medicamento?

—Precisamente, acabo de descubrir un remedio infalible para una enfermedad muy grave.

—¿Y se disponte usted a lanzar el nuevo producto?

—No; antes es necesario hacer propaganda a fin de poner de moda la enfermedad.

El hijo de Rufilanchas no tiene nada de aplicado, cosa que causa la desesperación de su padre, que desearía verle llegar a ocupar un alto puesto.

Yendo por la calle ven pasar un entierro suntuoso.

—Mira ese magnífico entierro, — dice Rufilanchas. — ¡En toda tu vida te harán a tí un entierro parecido.

* * * *

En una reunión de etiqueta, un joven recién llegado de su provincia es presentado a la familia de la casa.

La señora que lo presentaba dijo:

—Tengo el gusto de presentar a ustedes a Felicianito Tatarrete, hijo del general de ese apellido.

—¡Es maravilloso! — exclama una señora. — ¡Tan joven y ya es hijo de un general tan famoso!

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

A lucha con arma blanca, apenas revistió importancia en esta segunda captura.

Brinville se vió obligado, por esta vez, a arriar el pabellón inglés sin poderlo substituir por el de Francia; pero muy pronto el ingenioso joven halló la manera de salir del conflicto con una bandera improvisada, y cuando el tercer navío inglés pudo convencerse de lo que había sucedido en sus otros dos compañeros, largó todas sus velas y huyó viento en popa. A la distancia que estaba y con las averías del velámen del Cocodrillo, hubiera sido locura tratar de darle alcance.

Empezó Surcouf por poner orden en sus presas. Hizo que todos los prisioneros firmasen un convenio, y confió los muchos heridos a los cuidados de los médicos ingleses, y hecho esto dió orden de poner las proas en dirección a la isla de Francia, para realizar el valor de sus presas.

Permaneció el capitán a bordo del mayor de los dos navíos capturados y dió a Brinville el mando del otro, y dejó como jefe de su barquito corsario a un veterano oficial. Hecho el recuento de las bajas de los franceses, vió que tuvierond iez muertos y unos veinte heridos graves.

Como viajaba en conserva con los otros barcos, podía Surcouf invitar a comer o almorzar a los oficiales ingleses prisioneros o a su teniente Brinville, y como eran los británicos marinos antes que todo, no podían menos de admirar y reconocer la extraordinaria superioridad de los que les habían vencido.

—Mire, capitán, — decía el oficial inglés de más alta graduación, cuando llegaron a los postres. — Es una vergüenza para nosotros habernos dejado vencer por ustedes. pero conste que por eso no se nos puede tachar de cobardes. Los hombres con los cuales hemos tenido que pelear eran como lobos rabiosos, y nos aplastaron antes de darnos tiempo para prepararnos a combatir.

—Querido capitán, — replicó Surcouf, — han cometido ustedes el error de querer aprovechar los efctos de su fusilería, la que les resultó inútil. Yo, en vuestro lugar, hubiera ordenado a toda la gente un impetuoso ataque contra nosotros, por constarme que el empuje sólo con otro empuje más brioso puede desbaratarse o detenerse.

Cambió Surcouf el giro de la conversación, y cuando seis meses más tarde censuraba la prensa inglesa el proceder del corsario para con sus prisioneros, varios de ellos protestaron y defendieron la reputación de su valiente y humanitario antagonista.

La Isla de Francia se llama hoy Mauricio y es posesión británica, y no se halla lejos de Madagascar sobre la costa de Africa, y es paraje que ofrece, golfos, ensenadas, caletas y abrigos, por lo que fué durante largo tiempo nido de piratas franceses que causaron grandes daños a la marina inglesa. Pertenecía aun a Francia en tiempos de Surcouf, y de aquella isla había salido el corsario cuando emprendió sus campañas en la India.

Volvía a su refugio para poner sus presos bajo la protección del os cañones de las fortalezas defensoras de Port-Louis, magnífico puerto y capital al propio tiempo de la isla

Anunció el vigía la presencia de un corsario francés y de dos navíos ingleses con la bandera de Francia en alto y el pabellón vencido, lo que era indicio seguro de dos presas, y se supo muy pronto que el vencedor, con lo cual todos los viejos lobos de mar reconocieron aquel navío que muy poco antes había salido de aquel mismo puerto.

Como la impaciencia era grande, se pre-

guntó á Surcouf por medio del semáforo para saber lo antes posible noticias.

—Ataqué a tres navíos ingleses y tomé dos, mientras escapaba el tercero.

Voló aquella nueva como si la hubiesen llevado los relámpagos, y corsarios y barcos mercantes, tan provistos de cañones uno como otros en aquellos tiempos, saludaron la llegada del vencedor con estruendosas salvas. Las baterías de tierra no quisieron permanecer silenciosas y estallaron los estampidos atronando el aire y casi apagados por los delirantes gritos del público.

Surcouf ordenó que se me contestara a todos los saludos, y en tanto que dirigían los pilotos las naves para enderezar el rumbo al lugar de amarre dentro del puerto, estallaban los atronadores estampidos de los cañones ingleses y franceses, unidos en aquella ocasión por la fuerza de la victoria.

La llegada fué realmente triunfal. La música de la guarnición se presentó en el desembarcadero acompañada de todos los oficiales. El público inundó muelles y playa, y empezó el desembarco de los ingleses, prisioneros bajo palabra, a los que escoltó un piquete de soldados hasta el gobierno militar donde debían renovar sus compromisos y donde se les designaría los sitios onde debieran alojarse.

El estupor fué enorme al ver cómo desfilaban tantos soldados rendidos y tantos marineros, pero no se escuchó un sólo insulto ni la broma más insignificante, y los oficiales ingleses se fijaron en esta correcta actitud de un pueblo caballeresco, como aseguraron después en varias y diversas ocasiones.

Bajó, por fin Surcouf a tierra con Brinville y sus más allegados oficiales, y se vieron envueltos por todos los capitanes, tanto de la marina militar como de la mercante o de los destinados al servicio del puerto. Todo eran abrazos y aclamaciones. Llegaron las señoras de la isla con ramos en las manos que ofrecían a los héroes, y todas se empeñaron en abrazar a Surcouf y a sus amigos, de modo que fué aquel un día de extraordinaria fiesta.

Los marineros corsarios, materialmente levados en andas por el público, empezaron no bien pusieron el pie en tierra, una de aquellas fiestas monumentales que se cuentan después durante meses y años en todos los castillos de proa. Son las bullangueras alegrías de cuyo recuerdo se alimentaban los marinos en los tristes días de las lentas navegaciones.

Para agasajar a los oficiales se dió un banquete a la plana mayor corsario y luego un baile de gran gala en los salones de la gobernación.

Perod esgraciadamente ninguno de los dos partidos políticos en que se dividían los isleños olvidó sus rencores, a pesar de los acordes de los violines y hasta en el baile se notaban dos corrientes que nunca se mezclaban. Los funcionarios, así como buena parte de los oficiales y el mismo gobernador, eran partidarios del viejo régimen, mientras los plantadores y la burguesía eran declaradamente republicanos. Los corsarios, conocedores de estas rivalidades aparentaban ignorarlas.

Surcouf, como quien no sabe nada de lo que sucedía en la isla, invitó a una dama de uno cualquiera de los dos bandos, para inseguidamente a invitar a otra perteneciente a la fracción contraria, y había dicho a todos los oficiales que imitaran su conducta, aunque Brinville fuese el primero en desobedecer a su capitán.

Desde hacía algún tiempo vivía en la isla de Francia una señorita, huérfana, nacida en reunión, isla vecina y hermana de la de Francia, y residía la aludida joven con una tía en casa de un pariente, antiguo oficial de marinera retirado, y era este señor hombre imbuído de toda clase de perjuicios, aunque excelente sujeto. Pertenecía a la intimidad del gobernador de la isla.

Tenía este gobernador un hijo que era un completo tonto, de veintidós años y bastante bien plantado y hasta hermoso tipo de hombre, pero fatuo y envanecido de los méritos de su persona. Había heredado una regular fortuna dejada por una de sus tías, y gracias a esta herencia podía figurar sin tener que dedicarse al trabajo. Se apellidaba Premartín, y pertenecía a la ínfima nobleza, pero no podía perdonar a la república por la supresión de la partícula y de los títulos nobiliarios.

El verdadero nombre del elegante mozo era Martín, y uno de sus antepasados poseyó unas tierras conocidas por los prados de Martín. Un hijo segundón de la familia emigró a las colonias y una vez allá empezó a firmarse Premartín. Pero hétenos ante los revolucionarios sistemas que suprimen títulos y partículas aristocráticas... León de Premartín se indignó ante tales atropellos.

Pero es el caso que el gobernador y su amigo habían determinado casar al joven Premartín con la huérfana, pero la señorita no parecía tener prisa alguna y empezó por rechazr todo proyecto de matrimonio.

No puede negarse que era una preciosa criatura aquella señorita Lymairac. Era pequeña, delicada, de elegantes y seductoras formas, espiritual, morena, viva de ingenio, pronta a la réplica, pero sin faltar nunca a la mesura, muy amable y muy inteligente, sin gazmoñería, sin prejuicios de casta ni de raza. Sabía apreciar a cada cual por su propio valor, sin hacer el menor caso de lo sonoro de los apellidos o del rango de las personas. Los azules ojos de la criolla, lo que constituía un notable contraste con su morena tez, tenían expresión de infinita dulzura.

Tan pronto como Brinville vió a la joven de que se trata se quedó admirado y vencido por los encantos de la criolla. Buscó quien lo presentara a la señorita y como lo acogiera ésta franca y lealmente, sin coqueterías ni remilgos, entraron en amena conversación cual si se conociesen de mucho tiempo antes.

Rogó la joven a su nuevo amigo que le contase los detalles del famoso combate con los tres navíos, como se llamaba a la gran batalla naval, y satisfizo Brinville rápida, sencilla y cumplidamente la curiosidad de su pareja, para dejar en el acto aquel tema y charlar de otros asuntos.

Se habló del casamiento de Surcouf y su-

po hacer Brinville un divertido bosquejo de las aventuras de los dos corsarios en Boroda. Cuando explicó la historia anecdótica de la esposa de Surcouf, logró el teniente un gran éxito y colocado el joven en el centro de apretado corro, cosechaba plácemes de cuantos se habían acercado para escucharle, pero el flamante señor de Premartin escuchaba hoscamente, muy disgustado ante la atención y el interés con que la señorita Lymairac se nteraba de lo dicho por el simpático corsario.

Cuando hubo terminado la historia tan discreta como alegremente hecha por Brinville, creyó el señor de Premartin que había llegado el caso de rebajar en lo posible los méritos de los corsarios, con sólo recordar que no pertenecían a la nobleza, y para llevar las cosas a su terreno empezó por decir muy cortés y solapadamente:

Seguramente, tanto el capitán Surcouf como el señor, — dijo el elegante mozo, — sentirán mucho que no ocupe un rey el trono de Francia.

—¿Y qué falta nos hace el rey? — preguntó sorprendido Brinville.

—Si tuviésemos rey aún concedería derechos de nobleza al capitán Surcouf y a su teniente, tal como hizo Luis XIV al ennoblecer a Juan Bart.

—Señor mío, — cantestó amostazado el teniente. — Mi capitán Surcouf no aceptaría tal cosa. Cuando por sus propios puños llega un hombre a llamarse Surcouf, puede reirse de todos los títulos nobiliarios habidos y por haber. E ncuanto a mí, puedo contestar a todos los nobles que nací gentilhombre, pues soy expósito.

Dicho esto, saludó galantemente Brinville a la señorita Lymairac, y se alejó de allí, para dar por terminado el incidente que arrancó carcajadas a los circunstantes, en tanto que Premartin rugía furioso, y hasta cometió la insigne torpeza de plantarse frente a frente de Brinville. Comprendía el joven con ínfulas aristocráticas que se había puesto en ridículo ante todos y lo que sentía más era que su amada fuese testigo de tanta humillación. Había tomado su rostro el rojo más subido, y martilleábanle las sienes y las orejas le zumbaban. Los ojos despedían chispas y la boca manaba bilis, y nadie dudaba de que se provocaría un conflicto.

Brinville, con su corriente indiferencia, sonreía burlonamente y parecía preguntarse a sí mismo qué diablos podía querer de él aquel mozo tan presumido.

—Debo advertir al señor que aquí presentes, — dijo el joven Premartin, — hay varios ex-nobles, de modo que no debe hablarse como acaba de hacerse.

—Pues me da el señor una noticia que realmente no tiene nada de fresca, y hasta no atrevo a decir que está algo marchito todo eso.

Estallaron carcajadas más estrepitosas aun.

—Si el señor sabía todo eso, — continuó seriosamente Premartin, — ¿cómo se atrevió a comparar a los nobles con los bastardos?

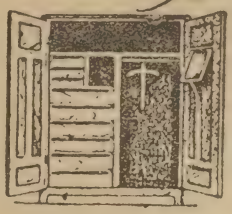
—Por la razón, señor mío, — contestó Brinville, — de que un rey de España, un tal don Pedro, declaró que cuando algún bastardo no era reconocido por su verdadero o conocido padre, debía considerársele como hijo de noble, pues lo más probable era que corriese sangre del gentilhombre por sus venas, y aun añadía aquel sabio monarca que era siempre preferible tratar al hijo de un pechero como noble que al de un noble como hijo de villano. Por lo demás, señor mío, como no pude entender lo que se quería decir al hablar el señor como habló, y suponiendo que era todo una broma, he tratado de contestar todo lo más en broma que me ha sido posible, pero ya que parece quererse formalizar esta discusión, diré que soy de Brinville, hijo legítimo del caballero de Brinville, gentilhombre muy pobre y muy honrado y muy considerado, y puedo probar todo esto hasta sobre el prado... sobre todos los prados...

Acercóse un oficial y dijo a Premartin:

—Caballero, encontramos todos que ha sido el señor bastante imprudente al provocar estas discusiones. Hemos venido a bailar. Estamos en la danza más interesante. Baile y no moleste a los demás.

Interrogaba Brinvilel con la mirada a la señorita de Lymairac, la que sonreía burlonamente. Era un asentimiento y se adelantó el corsario para invitarla a danzar, lo que causó la mayor desesperación del aristócrata.

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIAL



Precio reclame desde $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas

Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

Fué aquel un completo triunfo. Era Brinville maravilloso de gracia y de elegancia, y como su pie era tan espiritual como la lengua, logró arrancar ovaciones de todos los concurrentes, y como la pareja del joven teniente participó de tal triunfo, parece que desde aquella noche quedaron unidos por una amistad que se trocó en amor, mientras sentían los Premartin el odio que se hizo extensivo a Surcouf.

No podía el joven y elegante señor conformarse con la lección que le había dado el teniente, tanto más cuanto que al enterarse de que el corsario pertenecía a la nobleza, detalle que se había ignorado siempre, se hizo a Brinville una verdadera ovación en el palacio del gobernador, y todas estas consideraciones llevaron a su extremo la cólera de Premartin. No pudo dominarse ya. Era posible que los de su propio partido festejasen a su enemigo, al constante compañero de danzas de la que debía ser su esposa.

Es el caso que había llegado a imaginar el buen mozo que se había comprometido su casamiento con la señorita de Lymairac. A juicio suyo ni cabía la menor duda en que la joven debía dar su consentimiento para celebrar tan honrosa boda. Como nunca quiso apreciar en su valor la prudente reserva de la joven, ni pudo sospechar que tan linda muchacha discutiese siquiera si se casaría o no, llena del mayor orgullo, con el buen mozo que lucía el apellido de los Premartin.

Por torpe que un hombre sea, hay siempre en él un instinto que le indica dónde está el peligro para la realización de sus ilusiones, y vió Premartin que se le escapaba de las manos su novia imaginaria, y bastó esta consideración para encenderle el corazón y el rostro.

Partieron las damas, quedaron solos los hombres, llegó el momento de destapar algunas botellas, y acalorado por unas y otras cosas, el señor de Premartin se propuso buscar querella a Brinville, pero lo hizo con torpeza inaudita.

En el momento de retirarse Surcouf y su amigo, se plantó ante ellos el aristócrata, y con voz en falsete, tanto más falsa cuanto que procuraba hacerla más firme, dijo:

—¿No propuso el señor Brinville dar un paseo por no sé que prado?

—Poco a poco, — contestó muy seriamente el corsario. — Si nos dirigimos a ese prado para pastar, cedo al señor toda mi parte.

Tal fué la explosión de general hilaridad que Premartin se quedó confuso y vacilante.

Volvióse Brinville a los criollos y manifestó lo siguiente:

—Son testigos todos los señores de que este hombre ha buscado por dos veces que se suscite una cuestión entre nosotros...

—El señor acaba de manifestar que soy una bestia apta para pastar en algún prado, — interrumpió furioso Premartin.

—No hice sino contestar a un ataque. Pero ahora ha llegado el momento de ir a vernos cara a cara en ese prado de que el señor hablaba, y conste que sostengo todo lo dicho.

No era posible intentar el menor arreglo, y Surcouf y un oficial corsario se encargaron de establecer las condiciones, mientras dos de los oficiales de la guarnición eran los padrinos de Premartin.

Pocos momentos más tarde se dirigían todos al prado, seguidos de muchos amigos deseosos de presenciar el combate.

Se reconoció por todos que era Brinville el ofendido, y le correspondía la elección de armas. Surcouf designó el sable, pero el joniente cuidó bien de advertir a su adversario que no se trataba de un asalto teatral tal como los que se da en las salas de armas.

—Yo empuñaré mi sable y él el suyo. Que trate de defenderse como pueda, pues le atacaré según más me agrade. Me burlé siempre de todas las reglas de la esgrima, y no me arrepiento.

Premartin diseñó la más burlona sonrisa al enterarse de esta advertencia.

—Han de ver los señores, — dijo irónicamente, — molinetes como quien maneja un palo, o sablazos capaces de partir un buey en dos mitades. He tirado mucho con marinos traídos por mi maestro de armas a mi sala de esgrima, y puedo asegurar que se trata de gente poco temible. Basta saber ponerse en guardia y ser correcto en el modo de defenderse y de atacar, para derrotar muy pronto a todos esos principiantes.

Puestos los adversarios frente a frente y cruzados los sables, dijo Surcouf la tradicional palabra para autorizar el principio de la lucha:

—En guardia, caballeros.

Brinville se defendía con mucha maestría y se cubrió a la italiana y esperó tranquilamente, maniobra que no era, por cierto, la esperada por su adversario. Aquella retirada de la acerada hoja le extrañó, y tanta calma, en lugar de la impetuosidad prevista, empezó por desconcertarle.

Atacó el joven Premartin.

Brinville se defndía con mucha maestría y con el más correcto método, pero se notaba en favor del corsario la superioridad que presta el entrenamiento constante y personal, la energía de un cuerpo hecho a todos los trabajos y ejercicios. Era tal la incomparable elasticidad de sus miembros que parecían ser de acero. No daba tajos, pero amenazaba con la punta de su arma.

De pronto, con estocada recta, acometió a su adversario, pero chocando el acero en una costilla, resbaló, causando tan sólo una larga y poco profunda herida a Premartín. La hemorragia le imposibilitó para la continuación del lance. Acudieron amigos y médicos a sostener al herido que vacilaba y estaba a punto de desplomarse, y lo curaron.

Brinville decía a los presentes:

—¿A qué se debe todo esto? A un "de" nobiliario que la república ha suprimido. ¿Puede haber cosa más tonta?

Alejóse el teniente encogiéndose de hombros, y todos se quedaron comentando lo sucedido. El asunto logró enorme repercusión en la isla.

Al día siguiente fué Surcouf a visitar al gobernador, quien le recibió muy ceremoniosamente. Venía el corsario a enterarse del estado del herido, y preguntaba, en nombre propio y en el de su teniente, en lo

que demostraba la mayor corrección, conducta que obligó al gobernador a mostrarse cortés y amable con el marino, pero al terminar la entrevista dijo bruscamente:

—Olvidaba decir al señor capitán que me veré obligado a secuestrar las presas traídas a esta isla. El consejo especialmente destinado a estos asuntos debe fallar respecto a la propiedad de esos dos navíos.

—¿Qué motivo hay para ello?

—¿Tiene el capitán Surcouf en regla sus cartas patentes? Sin las indicadas cartas no puede nadie dedicarse al corso.

—Tengo y he tenido siempre la patente de corsario que me otorgaron en Francia.

—Perfectamente, pero era para el navío que naufragó sobre las costas de la India.

—No podían dármela para otro sino para aquél.

—Pues es el caso que la patente no autoriza otras expediciones sino las hechas a a bordo del navío especificado en la patente misma.

—Señor gobernador, no estamos de acuerdo. Desde el momento en que el Almirantazgo Francés me autoriza a hacer el corso por mi cuenta contra Inglaterra, es indudable que quedo en condiciones de poderlo hacer legalmente, sea el que fuere el barco en que luche en defensa de la patria.

—Está el señor capitán en un grave error He consultado a quienes entienden de derecho, y estos señores, que son los más notables de la colonia, aconsejan se secuestrar los dos navíos. Quedamos en que están secuestrados desde este mismo momento.

Saludó Surcouf al gobernador, se despidió de él, y sin pronunciar la menor protesta dió por terminada la entrevista. No era hombre el marino para limitarse a inútiles protestas. No cabía duda para él de que el gobernador estaba equivocado, pero era el gobernador y los mandatarios de aquellos tiempos tenían poderes discrecionales, de modo que en caso de abusos de las autoridades de las colonias, lo único que podía hacerse era quejarse ante el gobierno de París. El viaje, para estas reclamaciones resultaba, largo, caro y expuesto. Las investigaciones y aclaraciones eran cosa interminable, y pasaban siempre varios años antes de que se fallara estos asuntos.

Cuando contó Surcouf a Brinville lo sucedido, respondió el teniente.

—Es es un modo de contestar a una estocada que no tiene nada de caballeresco.

Con su habitual sonrisa, añadió el joven corsario:

—¿Y si nos marcháramos son nuestros navíos?

—He meditado en eso, pero supone la rebelión contra las ordenanzas y el desacato a las autoridades, lo que nos pondría fuera de la ley.

—Tienes razón, pero....

—Dejemos que duerman los navíos en este puerto, no sin presentar antes una formal protesta. Enviemos al ministerio de Marina una detallada relación del combate y de la conducta de nuestro gobernador. Enviemos a los periódicos de París copias de todo para que lo publiquen y se ponga de nuestra parte la opinión, y volvamos a emprender nuestras operaciones de corso.

—Sí, todo eso está muy bien, pero antes de salir de aquí me llevo a la señorita de Lymairac. Declaro que se acabó mi vida de soltero.

—¿Crees estar bastante maduro para ser un buen casado?

—Mira, amigo. Es enorme la diferencia entre los amoríos de ocasión y el amor verdadero.

—No veo dificultades en lo de llevártela, pero ya es otra cosa lo relativo al matrimonio. Hay un tutor sin cuyo consentimiento nada puede hacerse.

—Ese bueno de señor de Princeteau se ha nombrado por su propia voluntad como tutor de mi adorada, pero no hay tal tutoría. No podrá presentar los poderes de que hace mérito otorgados por ningún consejo de familia regularmente constituído.

—¿Esa señorita se conforma con que la raptes?

—¿No lo ha de consentir? ¡Pero si me quiere tanto como yo a ella!

—¿Lo dices por figurártelo, o por haberlo manifestado claramente la joven?

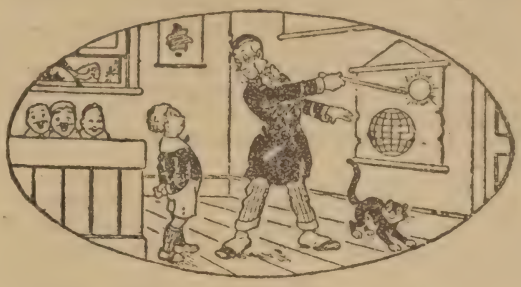
—¿Imaginas que en una primera entrevista se puede tener el atrevimiento de preguntar a una señorita bien educada si está o no dispuesta a ser mi mujer, si se dejará raptar o no? ¿Puedo preguntarle si a simple vista, por una sola sección se enamoró perdidamente del teniente Brinville? Pero amigo Surcouf, eso no se imagina siquiera.

—¿Quiere eso decir que todo lo que sabemos hoy por hoy es que estás medio loco por esa joven y que te propones hacerle la corte, tarea larga, muy larga? ¡Pobre mozo!

—¿Larga? Ni ocho días necesito para tenerlo todo pronto.

—Pero, inocente. ¿Supones que dentro de ocho días podrás contar con el consenti-

RAZON CONVINCENTE



El maestro: — ¿Sabe usted por qué razón da la Tierra vueltas en torno de su eje?

El alumno: — Sí, señor. Porque no quiere tostarse mucho de un lado y poco del otro; así se tuesta por igual.

miento de tu adorado tormento y que así, sin más ni más, estará ella conforme con prestarse a un rapto? Te concedo los ocho días, pues temí verme obligado a esperarte ocho meses.

—En ocho días bien aprovechados puede andarse mucho camino, máxime si se trata de rutas amorosas.

—¿Quedamos con que esperas que para dentro de ocho días contaremos con el consentimiento de la señorita Lymairac y con que, de acuerdo con ella, podremos llevárnosla?

—Sí; pero en el rapto debe incluirse a una tía vieja a quien adora mi adorada. Ya ves, querido compañero, que se trata de un rapto que sabe respetar las conveniencias sociales.

—Explícame cómo piensas operar.

—Empiezo por fletar una goleta.

—He visto en el puerto una magnífica.

—También la ví. ¿Hablas de la "Bella Amelia"?

—Sí. ¡Qué hermoso auxiliar o corsario de poco tonelaje sería esa goleta bien mandada!

—Escucha y calla. Me entiendo con el capitán de ese barquito...

—Un hijo de Saint Maló, un maluino muy amigo mío.

—Me ha contado todo eso nuestro hombre.

—¿Le explicaste tus proyectos?

—Mi capitán, cuando se adopta una resolución, nunca se la pone en planta demasiado pronto. Estamos completamente de acuerdo y el capitán de la goletita se hace a la vela para los mares de la China. Sale del puerto, ancla fuera de la inspección del semáforo, y me espera.

—¿Y le envías tú cincuenta de nuestros hombres?

—Exactamente cincuenta. ¿Pero cómo adivinastes hasta el número? Bueno, el asunto es que calto a bordo del barquito, llevando a mi adorada y a la vieja tía, y que hacemos vela para tu principado. Protegido por la escolta que me da tu barco, llegamos allá con toda felicidad para depositar a la señorita, que es o será mi futura, en manos de la princesa, tu mujer. Hecho esto esperaremos que un verdadero consejo de familia regularmente reunido disponga el nombramiento de un tutor que autorice el matrimonio.

—Como logres salir airoso se pondrá furioso el señor gobernador.

—Mejor para nosotros.

—Estamos conformes; esas rabietas de la autoridad serán el principio de nuestra venganza por el secuestro de los navíos.

—Respecto a la goleta, espera que se nos surta de algunos cañones para podernos defender contra piratas chinos y malayos.

—No son cañones lo que ha de regalarte nadie. Si el señor gobernador los proporciona debes darle un millón de gracias.

Apretándose la mano los dos valientes corsarios se separaron para dedicarse cada cual a sus asuntos.

Aquel mismo día recibió Surcouf la visita de una gentil mulata que deseaba hablar con el corsario.

—Señor capitán, — dijo la mulata, — mi señora, la señorita Lymairac me ordenó venir a saludar a usted.

Miró Surcouf a Brinville, presente en aquel momento, y dijo:

—¿Qué puede esa señorita querer de mí?

Leyó el marino:

"Capitán Surcouf: — Sois un héroe al " mismo tiempo que un hombre honrado y " pundonoroso, casado y leal, en el cual tengo absoluta confianza. Soy una desgraciada huérfana a quien no ampara nadie, " pues el señor de Princeteau que se titula " mi tutor no tiene ni el menor derecho a " serlo. Quiere casarme contra mi voluntad " con uno a quien no amo, y al que odio, y " en esta situación pido amparo y protección al caballeresco capitán Surcouf.

" El que pretende ser mi tutor me lleva al " campo al sitio donde tiene sus plantaciones, y para no despertar sospechas, he fingido quedarme encantada de salir de la " ciudad.

"Mi único deseo es que tenga el señor capitán la amabilidad de avisarme el día en " que se haga a la vela, para poder embarcarme en su navío y escapar así a mis " perseguidores en compañía de mi tía y de " mi mulata, las que me acompañarán a " Pondichery, donde esperaré cumplir los " veintún años, para que una vez mayor de " edad pueda casarme con algún hombre " honrado a quien guste y que me guste.

" Pongo mi persona y mi honor bajo la " egida del honor del capitán Surcouf, y " tengo la absoluta seguridad de no haberme equivocado en mis esperanzas. — Armanda de Lymairac."

Contestó en el acto Surcouf:

" Señorita: Mi teniente Brinville esta " enamorado de usted y a ruego suyo me " permito pedir vuestra mano para él. Quiere mi teniente fletar una goleta de excelentes condiciones marineras para conduciros hasta poderos entregar en brazos de " la princesa Meriem, que es mi esposa. " Respondo de que sabrá portarse el joven Brinville como un perfecto caballero, " y si agradara a tan distinguida señorita " este plan, me consideraría muy feliz. Ruego a la señorita Lymairac me permita " ofrecerle el testimonio de mi más respetuosa simpatía. — Surcouf".

No habían pasado dos horas cuando volvió la gentil mulata para entregar al corsario esta lacónica respuesta:

" Obligada por las circunstancias y antes " que doblegarme a lo que mi corazón rechaza, acepto lo ofrecido."

Brinville brincaba de alegría. Hizo en el acto todos sus preparativos. Trató con el patrón de la Bella Amelia, hijo de Saint Maló, lo mismo que Surcouf, y con el cual se entendieron inmediatamente. Se armó la goleta con dos cañones del tipo de la carronadas, o sea piezas cortas y de poco peso

Señora:

EL DIARIO

(Edición de los jueves)

le dará a Vd. la clave para vestir con elegancia.

Presenta, en colores, creaciones exclusivas de la moda y descripciones que le facilitarán su confección en el hogar.

Compre a su vendedor

EL DIARIO

(Edición de los jueves)

o pídalo con el cupón que aparece en la página 82.

que no agobian, pero que pueden lanzar torrentes de metralla. Embarcó más de trescientos fusiles y se montó sobre cubierta dos afiladas piraguas capaces de volar por la superficie de los mares.

Brinville tomó además otra clase de medidas. Hizo arreglar tres bonitas cámaras a bordo de la goleta y anunció que eran para tres pasajeros y amobló los camarotes todo lo mejor que pudo. Pero llevó a más sus cuidados y enroló un cocinero, caso inaudito en barcos de tal índole. El encargado de los fogones recibió orden de proveerse de cuanto pudiera necesitar para dar suculentas comidas a los viajeros.

Se hizo además el teniente un surtido completo de uniformes de gala, media gala y de diario en los que la fantasía entraba por mucho. Surcouf, modesto y sencillo en todo, gozaba al ver a su amigo luciendo los más vistosos atavíos ante los galoneados oficiales de la marina militar, los que miraron siempre de reojo a los corsarios.

Se había tomado ya todas las medidas necesarias para emprender el viaje y se esperaba solo recibir noticias de la plantación donde residía la adorada del teniente.

La ley había abolido la esclavitud. La revolución la suprimió, pero en la isla de Francia existía lo mismo que antes. Se ocultó a los negros lo nuevos decretos y se les engañó al decirles:

—Si queréis ser libres, es preciso que firméis todos vosotros un compromiso en virtud del cual os conformáis con servirnos durante cinco años en determinadas condiciones.

Firmaron todos los negros con la mayor alegría, pero no se dieron cuenta de que la obligación contraída estipulaba que quedarían libres a los cinco años, siempre en la indicada fecha no debieran nada a sus amos, y caso de deber se prolongaba el tiempo de servicio hasta saldar con los dueños, y gracias a esta superchería, tan pronto como se enteraron los esclavos de que, según la ley, eran completamente libres, trataron de entrar en el goce de sus derechos, pero se les atajó todas las veleidades de libertad con sólo presentarles los compromisos firmados.

Se promovió más de una revuelta, pero las tropas regulares apoyadas por las milicias se encargaron de reprimir duramente los movimientos de sublevación, y los pobres negros no se atrevieron a protestar, de modo que continuaban trabajando bajo el látigo de capataces y de patrones.

Los capataces eran todos bribones escapados de Francia por alguna fechoría, o bien algún marinero desertor, brutal y borracho, de modo que en todos los casos eran aventureros sanguinarios y sin sombra de delicadeza, y los plantadores, inconscientes, haraganes y vanidosos, se entregaban por completo en manos de sus capataces o administradores generales, con lo cual resultaba que el verdadero señor de cada plantación no era el propietario sino el capatáz principal.

El administrador o capatáz jefe de la plantación del señor Princeteau, era un canalla de la peor especie que había sido capitán de armas.

Era un provenzal, especie de siniestro cuervo del peor aspecto, casi tuerto y picado de viruela, muy flaco, de mirada aviesa y de nariz gruesa, peluda e inclinada sobre el labio. Era hipócrita pero muy audaz y muy atrevido cuando se consideraba como el más fuerte. Las negras a quienes se dignaba honrar con su preferencia temblaban cada vez que debían someterse a los caprichos de aquel hombre.

Cuando el señor de Princeteau llegó a su plantación experimentó un gran placer al ver como todos los negros se presentaban alistados en formación de batalla, mientras las negras gritaban desaforadamente como para apagar con sus voces las salvas de la mosquetería que saludaba la llegada del amo.

Se decidió un reparto de tafia entre los esclavos, y la alegría de aquel momento rayó en lo delirante o en lo borracho. El capatáz jefe, quien nunca había visto a la mulatilla servidora de la señorita Lymairac, fijó en ella su ojo medio velado y hasta aquel ojo brillo con libidinosos resplandores, pero no ocurrió nada notable, y transcurrieron algunas horas en la mayor alegría, cuando recibió el dueño de la plantación una carta del gobernador de la isla, en la que le decía:

" Mi querido amigo. — Duerme usted en
" la más ciega y loca confianza. Se sabe
" que la mulata al servicio de vuestra pupi-
" la ha visitado al corsario Surcouf, cuan-
" do el teniente Brinville estaba con su ca-
" pitán.
" Es preciso que se establezca en esa
" plantación la más estrecha vigilancia.
" Consta que el señor de Princeteau es hom-
" bre de gran energía, pero ha llegado el
" momento de olvidarla".

Continuaba la carta con muchos detalles y con largas recomendaciones, y bastó aquello para que el propietario entrase en un período de rabia que no podía ni quería dominar. Ordenó que llamasen a Raquel, y en presencia del capatáz la interrogó bruscamente:

—¿A qué fuiste a casa del corsario?

—Nunca he estado en semejante sitio,— contestó la joven.

—¡Mientes!

No confesó la moza.

—Mi comandante, — dijo tímidamente el capatáz, — si el señor lo desea pronto sabremos la verdad.

Y enseñaba el látigo.

La mulata salió velozmente, y entró en la habitación de la señorita Lymairac casi al mismo tiempo. Brillaban las pupilas de la joven con la luz deslumbradora de las heróicas resoluciones.

—Quisiera saber, señor, con qué derecho se permite alguien interrogar a mi sirvienta de confianza y amenazarla además con el látigo del canalla que ocupa en esta plantación el cargo de capatáz jefe.

—¿Un canalla mi capatáz?

—Sí; este hombre es un canalla y un ladrón. Roba a su amo, quien tiene la cobardía de aguantarlo y comete aquí mil y mil delitos e indignidades. ¡Salga de aquí en el acto!

El capatáz, acaso instintivamente, llevó la mano al mango de su látigo al sentirse insultar de tal manera, pero la señorita, ciega de furor al sólo ademán del marsellés, se abalanzó como una leona, y, agarrando de la cintura del capatáz el látigo que tenía colgado, lo agitó con inusitado brío en el aire, para dejarlo caer y cruzar con las cortadora tira de cuero el rosto del capatáz.

Brotó la sangre de las mejillas del administrador, pero no por ello cesó la rabiosa joven, la que repetía sus latigazos hasta que huyó el lastimado y furioso capatáz, mientras el dueño de la plantación permanecía estuperfacto y anonadado, sin haberse podido dar cuenta de lo que estaba sucediendo.

Dirigiéndose hacia él, la joven, dijo:

—Es una vergüenza dejarse explotar y dominar por un bandio como ese; es una vergüenza y un crimen empeñarse en forzar la voluntad de una joven sobre la cual no tiene el señor derecho alguno.

—¡Soy el tutor!

—Ningún consejo de familia ha nombrado tutor para mí, y por lo tanto nadie puede decir que tiene derecho sobre mí. He querido conocer la ley y se que legalmente no sólo no es el señor mi tutor sino que puedo también asegurar que no es nada ni nadie para mí y que únicamente mi tía, como la pariente más próxima, podría alegar algún derecho para influir en mis determinaciones.

—Sepa la señorita que el señor gobernador...

—Nada tiene que ver el señor gobernador en mis cuestiones de familia. Ese señor gobernador quiere casarme con su hijo, por que yo soy la propietaria de las mejores plantaciones de la Reunión, así que soy lo que se llama un buen partido. Me quieren muchos, pero por mi dinero.

—¿Recapacite la joven que el propuesto es uno de los más honrosos casamientos que pudieran presentarse?

—Puesto que se empeñan, hablemos de este divertido punto. Se trata de un Martín que se transforma en de Premartín por simple usurpación. Sabemos que esos señores son falsarios de padres a hijos, mientras quiero yo que mis descendientes sean simples ciudadanos, pero nunca falsarios y fátuos como lo son los Premartín de padres a hijos. Por nada del mundo quiero ser la madre de chiquillos Premartín. Terminemos de una vez. Me marcho con mi tía, y conste que es esta mi última palabra.

Mostraba al decir esto un par de pistolas de reducido calibre.

—En previsión de cuanto aquí pudiera suceder, — dijo — antes de venir quise armarme por lo que pudiera acontecer. Sea quien fuere el que se atreva a detenerme, lo mismo ese odioso capataz que el mismo dueño de esta finca, ha de saber que en legítima defensa sabré hacer uso de estas armas. Dispararé sin la menor vacilación contra todo aquel que trate de detenerme.

Oyéronse gritos en aquel momento, y asomóse la señorita Lymairac a la ventana para enterarse de lo que sucedía.

—¡Miserable! — exclamó. — Lo castigaré por mi propia mano!

Saltó con todas las energías heredadas en la sangre del progenitor aumentados sus furores por la escena acabada de presenciar, escena de las más innobles y degradantes.

Tan pronto como el capataz salió de la habitación donde se representó la escena antes relatada, se dedicó con el mayor empeño a buscar a la mulata y en cuanto la tuvo en su poder la arrastró al potro donde la amarró sólidamente, y con toda la fuerza de sus brazos estaba azotándola el infame capataz.

Llegó la señorita de Lymairac como un rayo, y tan pronto como se vió cerca del capataz le apuntó con las pistolas en el momento en que éste se volvía, y al resonar las dos detonaciones se vió caer al verdugo herido en la mitad del pecho.

Las mulatas que estaban presentes desarmaron a la señorita en el instante en que llegaba asustado el señor de Princeteau, quien apenas encontró ánimos para murmurar:

—¿Pero que habéis hecho, desgraciada joven?

—He defendido a una mujer cobardemente ultrajada por un canalla.

—¡Atréverse matar a un blanco para evitar que den algunos azotes a una mulata!

—El delito es siempre delito, sea el que fuere el color de las víctimas, y azotar y exponer desnuda a una mujer ante todos estos miserables, es un delito abominable. Desátenla, — ordenó a las mulatas.

Vacilaron las esclavas.

Callaba el dueño de la plantación.

—Señor de Princeteau, — dijo la joven con enérgico acento. — Como no ordene en el acto que todas estas mujeres me den sus excusas y pidan perdón, mi prometido, el teniente Brinville, se encargará de cruzar de un latigazo el rostro del que no sabe ser caballero, y ha de azotaros en la calle principal de Port-Louis.

El oficial retirado sintióse cobarde ante amenaza como aquella y dió orden de que sus esclavas soltaran a la joven a la que rodearon con sus negros cuerpos, pero aquellas mulatas, como hacen los perros de presa, soltaron la que tenían cercada, con gruñido de desagrado.

Con su pistola en la mano dijo la señorita:

—En mi derecha tengo la vida de dos personas, y exijo ahora que todas estas es-

clavas me pidan humildemente perdón de rodillas.

Despedían rayos las pupilas de la joven.

Brillaba la pistola y sus destellos parecían ser precursores del rayo.

Gritó enérgicamente la criolla:

—¡De rodillas todo el mundo!

Temblando de terror se arrodillaron todas las negras y mulatas.

Entonces dió orden de que desataran a Raquel, al mismo tiempo que se ocupaban del muerto, que no estaba muerto, aunque por difunto lo tomaran antes. Llevároнlo a la enfermería de la plantación.

Sondeó el doctor las heridas y vió que una de las balas había dado en una costilla sin profundizar, mientras el otro proyectil se desvió al chocar con la culata de una de las pistolas que nunca dejaba el capataz de llevar en su cinturón.

—Pronto curará este hombre, — dijo el cirujano.

Se enteró el propietario de que su querido administrador no corría verdadero peligro de muerte, y experimentó la mayor alegría al recibir esta noticia; pero supo al propio tiempo que la señorita Lymairac hacía sus preparativos de viaje, ya que había entregado tres baules y cajas a los mismos portadores que la condujeron a la plantación. La mulata no había recibido sino cinco latigazos. El propietario prohibió a sus negros que cargaran el equipaje de la viajera, pero la criolla, sin vacilar un momento, se puso en camino a pie, sin otra compañía sino la de su mulata, dejando a la tía en la finca.

El propietario se apresuró a dar cuenta al gobernador de lo que sucedía.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

DE REGRESO DE UN BAILE DE MÁSCARAS

—¡Qué fastidio! ¡Se me ha perdido sin duda alguna!
—¿Qué ha sido? ¿La llave de la puerta?
—¡No; la llave de la puerta la tengo en el bolsillo del chaleco; se me ha perdido la llave inglesa para desarmar la armadura y quitármela!

Para que su niño pase un momento de alegría, léale la graciosa historieta Barnigugli y su pingo Tragavientos

CORTE y REMITA el cupón que va al pie y recibirá por correo un ejemplar de EL DIARIO en que aparece LA HISTORIETA ya completa.

SEÑORA: Cada jueves encontrará en EL DIARIO figurines de las útimas modas iluminados a cuatro colores.

COMPRE

todos los días

EL DIARIO

a su vendedor de la tarde y si lo hubiera agotado pídale que le reserve diariamente un ejemplar para Vd.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos

Nombre y apellido .....

Localidad .....

C. .....

Se reciben suscripciones para los números de los jueves a razón de 0.10 ctvs., cada ejemplar.

Lea "SURCOUF"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Marzo 12
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 128

Las delicias del momento:

La radiotelefonía en la playa.

MATRIMONIO MUY A LA MODERNA

—Mi esposo y yo estamos seguros de vivir siempre de acuerdo. Nuestros gustos son tan parecidos... A él no le importa nada lo que yo hago, y a mí me tiene sin cuidado lo que hace él.

La momia que habla

Narración emocionante y subyugadora del gran novelista inglés Sax Rohmer.

Los dos amantes

Interesantísima novela corta del gran escritor y poeta francés Alfred de Musset.

Un rapto a la moderna

Nota cómica en colores.

Novedades de todas partes

Párrafos interesantes y atrayentes sobre diversidad de temas.

Ante el espejo

Interesante conversación sobre los depilatorios y el modo de usarlos.

La señorita del chalet

Divertido cuento de William Freeman, traducido del inglés. Con ilustraciones en colores.

Máximas y pensamientos

Frases célebres de hombres célebres de todos los tiempos y todos los países.

La cocina de "Pucky"

Recetas de cocina realmente útiles y prácticas.

Bonbons Fins

Chascarrillos y chistes de todas procedencias recogidos por "Pucky" para sus lectores.

Los hambrientos

Graciosísimo cuento humorístico por el gran autor Cami.

La bella y la bestia

Juguete de armar para niños, en colores.

Lázaro

La vida del bíblico resucitado narrada por un gran novelista.

Surcouf

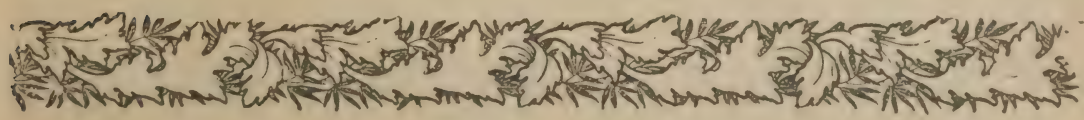
Continuación de la gran novela de piraterías en la India, de la que se ha tomado el argumento de una notable película.

El príncipe Danilo

Un cuento interesantísimo que divierte y hace pensar.

El consejero Krespel

Novelita corta original del gran autor alemán Ernst Hoffmann, el más famoso autor de cuentos del mundo.



Cómo evitó él aquel furioso ataque, — si es que lo evitó; — o si yo en la oscuridad calculé mal un salto, es cosa que aun hoy no sé todavía... ("La momia que habla". Pág. 11.)

LA MOMIA QUE HABLA

Por SAX ROHMER

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

Una narración que, como todas las de su autor, interesa desde el primer momento, emociona y subyuga por su asunto, su ambiente y sus personajes.

I

FELIX BRETON y yo éramos los únicos ocupantes de la plataforma que se elevaba al fondo del salón; el poco artístico número de la gorda bailarina que ocupaba el escenario parecía ser interminable. Sólo el más grande de los aburrimientos me impulsó a estudiar detenidamente los detalles de su vestido... un vestido blanco que se ajustaba al cuerpo desde el hombro hasta la cadera, y que tenía mangas anchas, cortas, debajo de las cuales hallábase una especie de tela azul. Sus cabellos, sus muñecas y sus tobillos relampagueaban de joyas bárbaras y sartas de diminutas monedas.

Una orquesta ensordecedora, compuesta de tamboriles, de chillonas violas árabes y las inevitables "darabuken" rodeaban a la bailarina en semicírculo; además, otras tres "ghawazi" de peso pesado mezclaban sus voces agudas y chillonas al bárbaro discorde causado por los músicos. Yo bostecé.

—Como caza de algo que nos permitiera echar un vistazo a la atmósfera local, Bréton, — observé, — nuestra expedición de esta noche a resultado un rótundo fracaso.

Félix Bréton se volvió hacia mí, sonriendo, apoyando sus codos sobre la pequeña mesa sucia de mármol. Tenía la suficiente apariencia de artista como para pasar por un simple pintor; sin embargo, su horrible cuadro, "Le roi s'amuse", o sea, "El rey se divierte", había sido la salvación, por sí solo, del Salón pasado.

—Tenga usted paciencia, — respondióme. — Recuerde que hemos venido a ver a Shejeret ed-Durr, y que ella aun no ha aparecido.

—A menos que ella aparezca pronto, — respondí, conteniendo otro bostezo, — desapareceré yo.

Pero apenas había terminado yo de pronunciar estas palabras, cuando un murmullo de nerviosidad corrió por el salón; la gorda bailarina, sin respiración después de sus antiestéticas piruetas, reasumió su asiento y todos los ejecutantes volvieron la vista hacia una pequeña puerta que hallábase a un lado del escenario.

Por ella entró una figura velada, con paso lento, elástico, que fué acogida con grandes aplausos. Llegando al centro del escenario, quitóse el velo con gesto rápido, contemplando la concurrencia. Una figura delgada, barbárica. Lancé una mirada á Félix Bréton. Sus ojos brillaban de entusiasmo. Al fin se hallaba ante nosotros la "ghaziyeh" del romance, la "ghaziyeh" de los monumentos egipcios, la verdadera hija de la misteriosa tribu que, en el remoto pasado de la tierra del Nilo, hechizaba con su magia de luz de luna a los dorados faraones.

Un monstruoso estruendo de los músicos dió comienzo a la música del baile, el famoso baile de la gacela, que comenzaba con largas, monótonas cadencias. Shejeret ed-Durr comenzó a mover lentamente sus brazos y su cuerpo en esa forma indescriptible que, como el ondular de los bosques de palmeras, habla el verdadero lenguaje del voluptuoso Oriente. Las bailarinas sentadas comenzaron a sonar sus címbalos y el compás se hizo más rápido; creciente pasión

SURCOUF

Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 59 de este número.

pareció apoderarse de la bailarina, la que se transformó, como por arte de magia en una mezcla de ninfa y bacante.

Al terminar el baile, Shejeret ed-Durr volvió a ponerse su velo y descendió hasta el hall, pasando de mesa a mesa, cambiando algunas palabras con aquellos de los concurrentes a quienes conocía.

—¿Cree usted que podría inducirla a venir aquí, Karnaby? — preguntóme Bréton. — Es ella el modelo ideal para mi "Danse fúnebre".

—No hay necesidad de otra cosa que nuestra presencia en esta parte selecta del establecimiento, — respondí, ofreciéndole un cigarrillo. Ya se presentará ella misma con razonable premura.

Es que yo había visto ya aquellos ojos negros mirar varias veces furtivamente hacia nosotros, hacia los dos hombres que se hallaban alejados, en distinguida soledad. No se hizo esperar mucho la confirmación de mis palabras. Un momento después, la muchacha comenzó a subir los escalones que llevaban a la plataforma en que nos hallábamos, sonriendo amistosamente. La sorpresa de Bréton resultó cómica, cuando ella se sentó a nuestra mesa, pidiendo algo al mozo tuerto que se hallaba a la espera. Como es natural, ella nos concedería el privilegio de pagar la cuenta. Nadie que hubiera podido dudar de que era, en verdad, un privilegio.

Como Bréton no hablaba el árabe, el papel de intérprete me tocaba desempeñarlo a mí; y me hallaba desempeñándolo mecánicamente, cuando mi mirada cayó, casualmente, sobre una persona de siniestra apariencia, que se hallaba sentado, solo, a una mesa colocada cerca de una de las esquinas del escenario. Recordé que ya había observado antes al mismo hombre, cuando éste dirigía algunas palabras a Shejeret ed-Durr; y también que había notado que ella parecía evitarlo. Ahora, nos miraba con una mirada tan de tristeza que, al encontrarme yo con ella, sufrí algo así como un ligero choque eléctrico. Se hallaba este hombre vestido en una foma un tanto curiosa; cubría su cabeza con un turbante negro y su cuerpo con una túnica bastante parecida a los "burnús" o albornoces, de los árabes del desierto. El resultado de mis observaciones fué convencerme de que pertenecía a alguna orden religiosa, y que alimentaba en su corazón un odio cangriento para nosotros; para Félix Bréton, para mí y la bailarina.

Traté, disimuladamente, sin llamar la atención de la muchacha, en poder dirigir la atención de Félix Bréton hacia el Hombre de la Mirada; pero el artitsa se hallaba tan ocupado en contemplar a Shejeret ed-Durr y me hacía tantas y tantas traducciones, que abandoné el intento.

Habiendo conseguido yo hacerle comprender a ella los deseos del pintor, claramente, consintió ella en posar para él. Y cuando volví a mirar hacia la mesa cerca de la esquina del escenario, el Hombre de la Mirada había desaparecido.

No sé que pueda haber sido lo que me haya hecho mirar hacia la parte de atrás de la plataforma sobre la cual nos hallábamos sentados, a no ser que yo lo haya hecho respondiendo a algo así como una sugestión hipnótica; pero el caso es que así lo hice, y que, por segunda vez, mi mirada se encontró con dos ojos misteriosos. Desde una pequeña ventana cuadrada, aquellos ojos me miraban fijamente; un momento después, distinguí una cabeza cubierta de un turbante blanco.

¡El segundo par de ojos misteriosos pertenecía a Abú Tabah!

Qué motivos podrían haber llevado al misterioso "imán" a aquel lugar, era un problema demasiado difícil para mí capacidad de conjeturar; pero no tardé en comprender que el "imán" quería indicarme que partiera de allí con toda velocidad que me fuera posible. Hice una imperceptible señal con la cabeza, significando así al "imán" que había comprendido su mensaje, y me volví hacia Bréton, que luchaba denodadamente por sostener una conversación con Shejeret ed-Durr en su lengua nativa, el francés.

Fué sólo con gran dificultad que conseguí inducir a mi amigo francés a abandonar aquel lugar. Pero mi argumentación prevaleció, finalmente, y un momento después nos hallábamos en el callejón, malamente iluminado. En redor nuestro, en las sombras, lloraban las flautas y se oía el eterno y débil palpitar de los "darabukkén".

Nos hallábamos en aquella parte de El-Wasr que se halla junto a la notoria Plaza de la Fuente. Discordantes voces de mujeres llenaban la noche; extrañas figuras humanas aparecían, repentinamente, saliendo de entre las sombras a los espacios iluminados por la luz de abiertas puertas, para desaparecer de inmediato, nuevamente. Nos hallábamos en el centro del Cairo secreto, la ciudad de la media noche. A tres pasos de la puerta del salón de baile una figura alta, envuelta en negro albornoz, se me acercó y con voz musical, la voz de Abú Tabah, dijo a mi oído:

—Dentro de media hora hállate en la terraza del hotel Shepheard's.

Y desapareció en la oscuridad.

II

EN la desierta terraza del hotel, el "imán" Abú Tabah me esperaba.

—Fué, en verdad, afortunado, Pachá Kernaby. — Abú Tabah se complació en darme ese título, — que yo te viera esta noche.

Sentía una cosa sorda por hallarme a mí mismo como un escolar que sufre una reprimenda.

—Un peligro verdaderamente real y positivo, — me aseguró el 'imán"; su voz musical expresaba verdadero cuidado. — Achmed er-Kebir es el enamorado de la bailarina a quien llaman "Arbol de Perlas", Shejeret ed-Durr, si bien ella, que es de las mujeres de Keneh, no le devuelve su afecto.

—¿Achmed er-Kebir? Te refieres a un hombre de malvada apariencia, que cubría su cabeza con negro turbante? — pregunté.

El "imán" inclinó gravemente su cabeza.

—Es él uno de los Rifa'iyeh, los derviches negros, que practican extraños ritos y quienes poseen, según algunos dicen, poder sobrenatural| Para tí, Pachá Kernaby, el peligro no es tan grande como para aquel amigo tuyo, que parecía verter palabras de amor en los oídos de la bailarina.

Reí.

—¡Te engañas, Abú Tabah, — contesté. — Su interés no tiene el carácter que tu crees. Mi amigo es un artista y solamente le interesa la muchacha como modelo para un cuadro.

Hizo él un movimiento de hombros.

—Es ella mujer de rostro descubierto, — dijo, despectivamente. — Pero el amor, en el corazón de un hombre como Achmed, es pasión terrible que lleva a aquel que la siente o al paraíso o al infierno.

—En el caso presente, — dijo yo, — parecería haber producido los segundos y más desagradables síntomas.

—Que tu amigo ande con cuidado, — aconsejóme Abú Tabah, — porque algunos de los que se han ganado la enemistad de los derviches negros han hallado extraño fin, sin que haya sido posible discernir responsabilidades dentro de los miembros de la orden.

—¿Crees que mi amigo Félix Bréton pueda ser hallado alguna mañana en poco elegantes y antiestéticas condiciones, Abú Tabah?

—Los derviches negros, — respondióme el "imán", no emplean el puñal. Sus armas son mucho más artificiosas.

Lo miré durante unos momentos, fijamente, en la oscuridad. Yo creía conocer mi Cairo, pero sus palabras sonaban desagradablemente misteriosas. Sin embargo:

—Te agradezco, Abú Tabah, por tu advertencia tan a tiempo, — dije. — Como usted sabe, yo siempre evito cualquier malentendido sobre mis relaciones con las mujeres egipcias.

—Con algunas raras excepciones, — respondió Abú Tabah, — los detalles de las cuales en estos momentos escapan a mi memoria, has sido siempre un modelo de discreción, Pachá Kernaby.

—Voy a poner sobre aviso a mi amigo, — añadí yo, — de la errónea opinión que se ha formado el caballero del turbante respecto a la conversación con la bailarina.

—Está bien, — respondióme el "imán". — Nos veremos antes que pase mucho tiempo.

La experiencia me había enseñado ya que las advertencias de Abú Tabah no eran para ser desdeñadas; además, conocía yo lo suficiente las diversas sectas de fanáticos, de las cuales la de los Rifa'iyeh o Derviches Negros era una, como para saber cualquier interferencia con sus asuntos domésticos prometía ser cosa singularmente peligrosa.

Félix Bréton, que poseía el raro don de llevar a la tela la atmósfera típica de Oriente con su opulencia de colores y vívidos contrastes, tenía sin embargo, muy poca experiencia práctica respecto a las costumbres y usos del país. Había alquilado un "estudio" situado en el techo de un viejo y hermoso palacio egipcio, escondido a lo lejos detrás de la calle de los Libreros, casi a la sombra de la mezquita de el-Azhar. Su espíritu romántico lo había impulsado a abandonar sus habitaciones del hotel Continental, después de algún tiempo, a fin de vivir en el departamento que se hallaba junto al estudio. Es decir, apartarse por completo de la vida europea de la ciudad para convertirse en un habitante de los barrios orientales. Con su poca experiencia del lado práctico de la vida nativa en aquellos barrios, no lo envidiaba yo; pero tenía plena consciencia de los peligros que corría, aislado como estaba, de la comunidad europea, de la vida moderna misma. Porque, entre los bulevares de El Cairo moderno y las antiguas callejuelas que parecen arrancadas de un cuento de "Las mil y una noches", hay solo un paso; sin embargo, este paso une ambas márgenes de un lago que abarca siglos y más siglos.

Al entrar en su estudio, a la mañana siguiente, lo hallé en pleno trabajo en su extraordinario cuadro "Danse Fúnebre". Shejeret ed-Durr posaba, como modelo, vistiendo los ropajes de una antigua sacerdotisa de Isis. Bréton me saludó, señalándome con el dedo un diván, junto al cual se hallaba una pequeña mesita en la que podía verse, además de todos los instrumentos indispensables para café, cigarrillos, una botella de whisky y soda. Arrellanándome allí todo lo más confortablemente que pude, me puse a estudiar tranquilamente la modelo.

El cuadro de Bréton "Danse Funebre" era una concepción verdaderamente extraordinaria. Representaba una habitación moderna cuidadosamente amueblada, aparentemente perteneciendo a un anticuario o a un egiptólogo, pues gran cantidad de curiosas reliquias adornaban las paredes, gabinetes y una mesa de regulares dimensiones a la cual se hallaba sentado un hombre. A la derecha del hombre se hallaba una momia dentro de un sarcófago delicadamente esculpido; y de la envoltura de la momia, en dirección a la luz que una pantalla arrojaba hacia abajo, sobre la mesa, parecía flotar un espíritu hermosísimo, el de una sacerdotisa de Isis. El rostro del espíritu expresaba intensa cólera y los dedos de sus manos se hallaban encorvados, como garras, en siniestra forma, sobre el hombre sentado a la mesa.

La momia y el sarcófago que Bréton había trasportado a la tela, se hallaban ante mí, contra la pared del salón; la tapa descansaba junto a la caja. Se hallaba modelada, como muchas veces sucede, siguiendo las líneas generales del rostro y del cuerpo de su ocupante, y era uno de los más hermosos ejemplos de su clase que he visto. La momia era la de una sacerdotisa y danzarina del Gran Templo, en Philae, y había sido facilitada a Bréton para su cuadro, por las autoridades del museo de El Cairo.

El entusiasmo que había demosttrado Bréton al ver por primera vez a la bailarina "Arbol de Perlas", se explicaba al observar el parecido verdaderamente extraño que

existía entre la muchacha y la figura modelada. Estudiándola, desde mi asiento en el diván, mientras posaba vestida con vestiduras que recordaban las representadas en la tapa del sarcófago, parecía en verdad que al antigua sacerdotisa hubiera reencarnado en Shejeret et-Durr, la bailarina. Bréton poseía los necesarios objetos sanos para el vestido de la modelo; y el rostro de ésta, visto ahora al natural, sin afeites, era indiscutiblemente bello.

Al cabo de un rato, mientras la modelo descansaba, puse a Bréton al corriente de mi conversación con Abú Tabah. Pero, como yo lo había previsto, se mostró escéptico hasta el desprecio casi.

—¡Mi querido Kernaby! — dijo. — ¿Es acaso posible que yo vaya a interrumpir mi trabajo en una cuadro de los mejores que yo haya hecho, ahora que he encontrado el único modelo, sólo porque unos estúpidos derviches desapiueben?

—¡Es perfectamente imposible! — respondí yo, siguiendo el mismo tono. — Pero no cometa usted el error de tratar este asunto con ligereza. Usted aquí, está fuera del mapa, y el barrio nativo del Cairo no es el barrio Latino de París.

—Es mucho más seguro, sin embargo, — respondióme riendo, — e infinitamente más interesante.

Pero yo me hallaba muy lejos de estar tranquilo. Porque en los negros ojos de la modelo, cuando su mirada se posaba en Bréton, había una expresión capaz de haber despertado los más feroces sentimientos del Hombre de la Mirada.

III

DURANTE el curso del siguiente mes ví a Félix Bréton dos o tres veces, que se hallaba sumamente smado de los progresos de su cuadro y la belleza de su modelo. La primer sospecha que tuve yo de la extraña idea, que iba a dar lugar a más extraños sucesos aún, la tuve una tarde que él vino a visitarme a mis habitaciones en el Shepheard's.

—¿Cree usted en la reencarnación, Kernaby? — preguntóme repentinamente.

Lo miré sorprendido.

—Sin parar mientes en mis opiniones personales sobre el asunto, — respondí, después de un momento, — ¿en qué forma le interesa a usted?

Vaciló un poco; luego:

—El parecido entre Yasmina, que es el verdadero nombre de Shejeret et-Durr, — dijo, — y la sacerdotisa de Isis, es demasiado profundo para ser mera coincidencia. Si la momia fuera de mi exclusiva propiedad, no vacilaría en desenvolverla.

—¿Usted seriamente quiere que yo crea que usted mira a Yasmina como una reencarnación de la antigua sacerdotisa?

—Eso, o una descendiente directa, — contestóme. — La tribu de los Ghawzi es de antigüedad desconocida, y puede muy bien descender de aquellas bailarinas de templos de los tiempos de los faraones. Si usted ha observado con atención las pinturas de las paredes, no puede menos que haber notado que las bailarinas allí representadas tienen formas completamente distintas de cualquier otra mujer de las allí representadas y de las mujeres egipcias de nuestros días.

Su entusiasmo era tremendo. Era Bréton uno de esos inconformables espíritus fanáticos que son capaces de seguir una teoría hasta la muerte.

—No puedo decir que lo haya notado, — respondí yo. — Sus conocimientos de las divinas formas femeninas son sin duda mucho más extensos que los míos.

—¡Mi querido Karnaby! — exclamó él, excitado. — Para aquellos que estamos acostumbrados a analizar las formas femeninas, la diferencia es notable. Hasta que ví a Yasmina, creía que ese tipo individual de formas al cual me he referido, habíase extinguido, lo mismo que el esmalte azul y el loto sagrado. Si no es reencarnación, entonces es herencia.

No pude menos de pensar, para mí, que esto se asemejaba más a locura que a reencarnación o herencia; pero desde que Bréton no había hecho la menor mención al caballero del turbante negro, experimenté yo menos ansiedad sobre su peligro físico que sobre el mental.

Pero tres días después ocurrió algo dramático. Llegando al estudio de Bréton una mañana en que no tenía nada que hacer, lo hallé paseándose nerviosamente de un lado para otro del estudio, lanzando miradas de desesperación al cuadro no terminado aún.

—¿Dónde stá Shejeret ed-Durr? — preguntó.

—¡Desaparecida! — respondióme. — Desapareció ayer y no puedo hallar la menor traza de ella.

—Pero con seguridad que el excelente Solimán, el propietario del salón de baile donde la conocimos, le podrá dar a usted noticias de ella.

—¡Le digo a usted, — gritó salvajemente, — que ha desaparecido! ¡Nadie sabe lo que ha sido de ella!

Lo miré con desmayo. En verdad, ofrecía un aspecto verdaderamente doloroso. No se había afeitado, y su hermoso cabello negro estaba en el más completo desorden. Su desesperación era más aguda de lo que yo hubiera sospechado posible en aquellas circunstancias; concluí por pensar que su interés en Yasmina era mucho más profundo de lo que yo había creído o que, de lo contrario, yo era incapaz de comprender el temperamento de un artista. Supongo que la sangre gala que corría por las venas de Bréton tenía algo que ver; pero me sentí verdaderamente conmovido al observar que mi amigo se hallaba realmente a punto de romper a llorar.

Los consuelos eran inútiles, y lo dejé paseándose por su estudio vacío. Aquella noche, a altas horas, mucho después que yo me hube retirado a mis habitaciones en Shepheard's, vino Bréton. Habiendo entrado, y una vez que el sirviente se hubo retirado:

—¡Yasmina ha muerto! — explotó, parado a un paso de la puerta

—¿Qué? — exclamé a mi vez, poniéndome rápidamente en pie de la mesa en que había estado escribiendo, y avanzando. — ¡Muerta!... ¿Quiere usted decir que?...

—¡El la ha asesinado! — me interrumpió. — ¡El demonio ese de quien usted me advirtió!

Me sentí verdaderamente estupefacto, porque éste era un aspecto de tragedia para el cual yo no estaba en forma alguna preparado.

—¿Quién la ha descubierto? — pregunté, después de unos momentos de silencio.

—¡Nadie la ha descubierto! ¡Nunca será descubierta! ¡Debe haber enterrado el cuerpo en algún lugar secreto, en el desierto!

Mi estupefacción crecía a cada palabra que pronunciaba. Pregunté:

—Entonces, ¿cómo, en el nombre del Cielo, sabe usted que ha sido asesinada?

Félix Bréton, que había comenzado a pasearse por mi habitación, presentaba en realidad un aspecto digno de piedad, se detuvo y me miró fijamente...

—Usted que creerá que yo estoy loco, Kernaby, — dijo; — pero yo debo decírselo... debo decirlo a alguien. Yo bien ví que usted no me creía cuando le hablé de reencarnación, pero yo estaba en lo cierto, Kernaby, ¡estaba en lo cierto! ¡O eso, o me está faltando la razón!

Mi opinión se inclinaba distintamente en dirección a la segunda teoría; pero permanecí en silencio, con los ojos fijos en el descompuesto semblante de Bréton.

—Esta noche, — me dijo, lentamente, — me hallaba sentado mirando a mi cuadro incompleto, tratando de imaginar qué había sucedido a Yasmina, cuando la momia... la momia de la sacerdotisa... ¡me habló!

Lentamente me dejé caer de nuevo en mi silla. Comprendí repentinamente que Bréton se había entontecido con Yasmina y que su desaparición había desnivelado la sensitiva mente de mi amigo. No encontré palabras que pronunciar; no hallaba nada que decir. Inclinando su descompuesto semblante hacia mí, dijo:

—Me murmuró muy bajo, — dijo, — en la propia voz de ella, en mi lengua, en francés, tal como yo se lo he enseñado. Pocas, imperfectas palabras, pero suficientes para hacerme comprender la historia de la tragedia. Kernaby, ¿qué quiere decir eso? ¿Será posible que su espíritu, libre del cuerpo de Yasmina ha regresado a aquél que yo estoy firmemente convencido habitó antiguamente?

He tenido la desgracia de presenciar varias escenas desafortunadas, pero ninguna de ellas me ha producido impresión igual a ésta. Que el pobre Félix Bréton estaba perdiendo la razón, no lo ponía yo en duda; pero, habiéndolo convencido de pasar la noche en el hotel de Shepheard, y habiéndolo visto ya metido en cama, regresé a mi propia habitación para pensar un poco y tratar de formar un plan respecto a los pasos que habría de dar al día siguiente en beneficio suyo.

A la mañana siguiente, sin embargo, pareció Bréton hallarse un tanto más compuesto, habiéndose afeitado y héchose algo más presentable; pero aún en sus ojos quedaba aquella mirada salvaje, lo que me hizo ver que la extraña obsesión se había apoderado de él firmemente. Discutió conmigo el asunto con entera calma, mientras nos desayunábamos, y me invitó a visitar la escena de aquel suceso sobrenatural. Asentí, y, tomando un "rabiyeh" nos fuimos ambos al estudio.

Nada anormal noté en el aspecto general del lugar aquel; examiné la momia y su sarcófago con renovado interés. Porque si Félix Bréton no estaba loco, (punto éste que yo me sentía incompetente para juzgar), entonces la voz espectral era, sin duda alguna, el producto de alguna treta. Sin embargo, me fué imposible descubrir nada que confirmara mis sospechas; el sarcófago se hallaba recostado contra la pared del estudio que daba a la calle, cerca de una ventana de persianas, sobre la cual caía una pesad cortina con el propósito de excluir de aquel lado toda luz innecesaria sobre el modelo. En la parte de fuera de la ventana, no había balcón alguno, hallándose el antepecho a más de treinta pies de la calle. Por lo tanto, a menos que alguien se hallara escondido detrás del tapiz, junto al sarcófago, toda treta parecía imposible.

Volviéndome hacia Bréton, que me miraba con atención, pregunté:

—¿Revisó usted la ventana anoche?

—¡De inmediato! No había nadie allí; y cuando miré abajo, a la calle, ésta se hallaba desierta de una punta a la otra.

Naturalmente, tomé por descontado que él evitaría hallarse allí, a lo menos, por la noche; y así lo dije, cuando pasábamos a lo largo del Muski. No podré nunca olvidar la mirada que me lanzó, al decirme, repentinamente:

—¡Debo regresar. Kednaby! ¡Parecería deserción, baja y cobarde!

IV

BRETON no se me unió aquella noche, para cenar juntos, como habíamos convenido. Hacia las diez de la noche, inquieto más y más a causa suya, me puse en camino para el estudio, con la esperanza de encontrarme con él. Sin embargo, no lo ví, al cruzar los jardines Ezbekiyeh y el Atabet el-Khadrá en dirección al Muski. Desde allí hasta el Rond Pint, las angostas yoscuras callejuelas se hallaban desiertas casi, y desde la esquina del Sharia el-Khordagiya hasta la calle de los Encuadernadores, no hallé alma viviente, salvo un ágil y furtivo gato negro.

Mis pasos resonaban a hueco, al aproximarme a la puerta que daba entrada al jardín, desde el cual partía la escalera que llevaba al estudio. La luna, cayendo oblicuamente sobre el antiguo edificio, dejaba parte de éste en la más completa oscuridad, tocando tan sólo la baranda del balcón y la parte baja de la cortina de "mushrabiyeh", ocultando lo que antiguamente habían sido los departamentos del harem, de la vista de los que entraban por el jardín. Muy alto, por sobre mi cabeza, a través de una abier-

la celosía, brillaba una luz débilmente, pues aquella parte del edificio se hallaba bañada en luz de la luna, que debilitaba la de la lámpara encendida; porque aquella ventana era la del estudio de Bréton.

La puerta de entrada a la escalera se hallaba semiabierta, y ascendí lentamente, ya que aquéllo estaba completamente a oscuras, viéndome obligado a tantear el camino con la mano, ya que aquella escalera llena de cuervas era evidentemente la obra de un arquitecto árabe, al cual la simplicidad debió serle cosa aborrecida.

A la entrada del estudio había sido colocada una puerta moderna y, a pesar de que la llave estaba descorrida, llamé a la puerta. No recibiendo respuesta, entré. Se hallaba vacío. La lámpara estaba encendida, como yo había observado desde abajo, y un débil perfume de tabaco turco flotaba allí dentro. Bréton debía haber salido sólo unos momentos antes. Supuse que regresaría de un momento a otro, porque de haber ido al hotel de Shephaerd, no habría dejado la puerta sin llave, y, por otro lado, lo hubiera hallado yo por el camino. Después de lanzar una mirada a la pieza interior, que Bréton había estado usando últimamente como dormitorio, me senté en el diván, a esperar su regreso.

La lámpara cuya luz yo había visto brillar desde abajo, era la que brillaba junto a la plataforma de la modelo y el tapiz que cubría la ventana había sido corrido parcialmente a un lado, de manera que, desde donde yo me hallaba, podía ver parte de las celocías centrales, que se hallaban abiertas. Mi mente se hallaba en esos momentos completamente ocupada con poco halagadores pensamientos sobre Bréton. Si bien más de una vez había yo mirado el gran cuadro sin terminar colocado sobre el atril, en el cual el rostro de Shejeret ed-Durr miraba por sobre el hombro del hombre sentado, y de ese rostro había vuelto los ojos al de la momia, estirada dentro de su sarcófago tallado, no había experimentado hasta entonces el menor sentimiento e lo sobrenatural, que me preparara para la asombrosa manifestación de la cual estaba yo a punto de ser testigo.

Cuanto tiempo estuve allí sentado, es algo que no podría decir; posiblemente fueron diez minutos o un cuarto de hora, cuando, repentinamente, un murmullo muy débil se dejó oir, rompiendo el silencio de la habitación.

Dado que más de una vez había sido yo temporalmente obligado a creer en lo sobrenatural, por medio de más o menos ingeniosas tretas, no caí esta vez víctima inmediata de la presente ocurrencia. Sin embargo, debo confesar que mi corazón dió un salto dentro del pecho y que me ví obligado a usar de toda mi fuerza de voluntad para controlar mis nervios. Permanecí sentado, inmóvil, esperando una repetición del fantástico murmullo. Luego, en el silencio, se dejó oir de nuevo.

—¡Félix! — murmuraba débilmente. — ¡Por tu causa, yazco sin vida en una tumba del desierto! ¡He muerto por tí, Félix, y ahora me siento tan sola...!

La voz no ofrecía el menor indicio que permitiera establecer la edad o el sexo de quien hablaba, por que el murmullo verdadero no tiene tono. Pero las palabras, como había dicho Bréton, eran francesas, incorrectas, y pronunciaas con extraño acento.

Cesó el murmullo espectral, y comprendí que mis nervios no aguantarían más. Porque era un hecho tan cierto como horrible que el murmullo venía de la momia de la antigua sacerdotisa de Isis.

Devueltos los movimientos a mi cuerpo, me puse de pie de un salto y corría hacia la ventana, tomando la cortina que se hallaba a la derecha del sarcófago, y corriéndola violentamente hacia una lado. El receso de la ventana estaba vacío. Las tres celosías se hallaban abiertas, a la derecha, a la izquierda y al frente de la ventana. Sacando la cabeza por la abertura de la última, miré hacia la calle, que se hallaba completamente desierta.

Entrando de nuevo en el estudio, aterrado, metafóricamente, a mi coraje con ambas manos, me acerqué al sarcófago, mirando primero detrás, luego en redor de él, y finalmente el rostro de la momia misma. Nada. El estudio de Bréton parecía haberse vuelto frío, helado. Sea como sea, me encontré que estaba temblando; caminando deliberadamente, si bien me costó un esfuerzo monstruoso el hacerlo así, bajé lentamente por la tortuosa escalera al jarín, salí a la calle y allí descubrí molesto, que mi frente se hallaba cubierta de frío sudor.

No había avanzado más de media docena de pasos en dirección al Suk es-Sudán cuando llegó a mis oídos el rumor de pasos que se aproximaban; y, quien sabe por qué razón, — sólo puedo suponer que debe haberse debido a mi condición sumamente nerviosa, — me oculté en un angosto zaguán, desde donde podía ver sin ser visto, esperando oculto allí la llegada de aquel que se aproximaba.

Era Félix Bréton, su rostro pálido como el de un espectro, a la luz de la luna. No puedo decir si un mero eco me engañó, pero me pareció que había oído, débilmente, los pasos de alguien que lo seguía con cautela.

Desde el punto donde yo me hallaba oculto tenía una vista ininterrumpida de la entrada de la casa que acababa de dejar, y, sin dejarme ver, observé a Breton mientras entraba. En el umbral ya, pareció dudar; y en ese cortísimo momento pudo apreciarse el conflicto de emociones que lo dominaba. Recordé, no sé por qué, las palabras que había pronunciado aquella mañana. "Debo regresar, Kernaby; parece deserción, baja y cobarde". Abrió la puerta y desapareció dentro.

Y al hacerlo así otra figura humana cruzó la calle, saliendo de entre las sombras las que envolvían, de la misma vereda en que yo me hallaba oculto, y, a su vez, avanzó hacia la puerta. Al pasar él por el lugar donde yo me hallaba oculto, obré. Sin vacilar un momento, me lancé contra él.

Como evitó él aquel furioso ataque, — si es que lo evitó, — o si yo, en la oscuridad, calculé mal mi salto, es cosa que aún hoy no sé. Solo sé que no dí en mi objetivo, que tropecé, vacilé, me volví y lancé de nueo contra él, con los puños cerrados, solo para hallarme frente a frente al "imán" Abú Tabah.

—¡El Pachá Kernaby! — exclamó él

—¡Abú Tabah! — murmuré yo, estupefacto.

—Veo que no estoy solo, — dijo, — en mi ansiedad por el bienestar del señor Bréton.

—Pero...¿por qué le seguías? Sólo por el grueso de un cabello no te he asaltado, "imán".

—Por el grueso de un cabello — asintió él, garemente. — Pero, ¿me preguntas por qué seguía al señor Bréton? Lo seguía porque ya he visto muchos de los que se han cruzado en el camino de los derviches negros tener mal fin

—¿Asesinados?

—No; no asesinatos. Suicidios. Por lo tanto, observando, como lo esperaba, algo extraño en la conducta de tu amigo, lo he vigilado.

—Esa extrañeza de su conducta es fácil de explicar, "imán", — respondí.

Y con voz nerviosa, porque aún me dominaba parte del horror con que había presenciado el espectral suceso de la momia que hablaba en el estudio, se lo narré.

—Son en verdad cosas horrorosas de las que hablas, Pachá Kernaby, — —me dijo el "imán", con su voz grave, musical, cuando hube concluído. Pero yo ya te había advertido que no era saludable incurrir en la enemistad de un miembro de la secta de lor derviches negros. Que existe un plan preconcebido, que se está poniendo en práctica, para impulsar a tu amigo al suicidio o a la locura, es evidente; y es él quien ha atraído esa calamidad sobre su cabeza. Porque las palabras que él cree le han sido murmuradas por el espíritu de Yasminá no lo habrían impresionado tanto de no haber sido su actitud para con ella algo más que aquella que las circunstancias hubieran indicado.

—Así es. Pero, aún cuando los derviches negros puedan ser a la vez astutos e inteligentes, ese murmullo se halla fuera de toda posibilidad lógica.

—No es esa mi opinión, Pachá, — respondió Abú Tabah, pensativo. Un espíritu no comete el error de tomar una persona por otra. Y la voz que murmuraba se dirigió a "Felix", según me has dicho, cuando Félix no estaba presente. Si mal no recuerdo, — agregó, con ligera ironía, que me recordó cierta aventura en la que no salí yo muy bien parado de las manos del "imán", — si mal no recuerdo, pachá Kernaby, posees un excelente anteojo de teatro, ¿verdad? ¿Sería mucho pedirte que regresaras al hotel para traerlos?

V

La plataforma del minarete era sumamente fría a mis pies resguardados solamente por finas medias. Había dejado yo mis zapatos a la entrada de la mezquita, como es costumbre; desde el balcón del minnarete podía ahora ver yo los techos vecinos de las casas de El Cairo. Abú Tabah, junto a mí, me señaló, con el brazo extendido, cierto sitio donde una débil luz rasgaba la obscuridad que se extendía por debajo de nosotros, hacia la derecha.

—La ventana del estudio de Félix Bréton, — murmuró Abú Tabah, a mi lado.

Levantando los anteojos, dirigió el foco hacia aquel lugar, mientras yo, forzando los ojos, conseguía delinear el algibe y los techos de las casas vecinas, a la izquierda y derecha. Yo no comprendía que buscaba Abú Tabah con los lentes y, cuando él los bajó, expresé mis dudas al respecto.

—Es evidente, — dije, hablando en inglés, como había tomado costumbre en hacerlo, ya que el "imán" dominaba mi lengua natal, — que tenemos poca probabilidad de descubrir algo desde aquí, desde que nada era visible desde la ventana del estudio. Además ¿quién otro que no fuera Yasmina podría haber hablado en la forma que he relatado, y en imperfecto francés?

—Puede haber habido alguien que escuchara las lecciones que de su lengua daba a Shejeret ed-Durr el señor Bréton, y ganado con ellas, — respondió el "imán" con tranquilidad. — No olvides, pachá, que todas las caracteristicas vocales se pierden en los murmullos. Además, Yasminan no está muerta.

—¿Qué...? — exclamé yo.

Si bien cuando Bréton me informó a mi de la muerte de su modela yo no le creí, el espectacular suceso me haba convencido, como lo había convencido a él.

—Se la ha mantenido sequestrada, durante toda la semana pasada, en una casa perteneciente a uno de los derviches negros, — me dijo el "imán". — Pero uno de mis agentes consiguió dar con una buena pista y descubrir donde se halla, está mañana. por orden mía, sin embargo, no se le ha permitido regresar a su casa.

—¿Y cual ha sido el objeto de tales órdenes, Abú Tabah?

—El de permitirme averiguar con que objeto se la había hecho desaparecer, — respondióme. — Y eso lo he averiguado esta noche.

—Entonces usted cree que la momia que habla...

Repentinamente el "imán" me apretó el brazo violentamente.

—¡Pronto! ¡Alza tus lentes! ¡En el techo de la casa a la derecha de la luz! ¡Allí está la momia que habla...!

Con mis manos temblorosas por la nerviosidad, levanté los lentes, mirando en la dirección que el "Imán" me indicaba. Sin dificultad alguna, pude discernir la figura

de un hombre, cuya cabeza ostentaba un turbante negro. Trepaba agilmente, como un gato, por el techo, llevando en una de sus manos algo que parecía, a lo lejos, una de esas cañas de azúcar que son golosina delicada de los nativos pero que, para el ojo práctico de un europeo parecen más bien barras para cortinas que golosinas.

Saltando ágilmente de un techo a otro, por sobre un peligroso precipicio formado por los dos techos, el hombre del turbante negro se halló sobre el estudio, avanzó cautelosamente algunos pasos más y luego, agachado, inmóvil, comenzó a ajar el tubo de bambú en dirección a la ventana abierta.

Descubrí que, en ese momento de intensa nerviosidad, haía, mecánicamente, contenido mi respiración. Casi sin aire, al comprender la verdad, me volví hacia el "imán".

—¡Habla por medio de un tubo! — exclamé — No lo puedo ver todo, pero sin duda es curvo, a fin de poder entrar por uno de los lados de la ventana. Mira tú, Abú Tabah, mientras yo voy a obrar.

Entreguéle los lentes de teatro al "imán", y saqué del bolsillo de mi pantalón mi pequeño Colt automático. Luego, después de haber acostumbrado la vista al apenas visible bulto del derviche negro, abrí fuego contra él.

Había disparado cinco tiros seguidos, en mi indignación, contra la figura del derviche agachado, antes de que Abú Tabah hubiera tenido tiempo de tomarme la muñeca.

—¡Detente, insensato! — gritó el "imán" — ¿Te olvidas del sagrado lugar en que te hallas?

En verdad que me había olvidado, pues de lo contrario no hubiera herido sus sentimientos, haciendo fuego desde el minarete de la casa del profeta. Pero, con todo, no pude contener un gesto de satisfacción al ver, en la obscuridad, al derviche alzando los brazos al cielo y desaparecer.

* * * *

HAY sangre en el jardín, — decía Abú Tabah. — Pero Achmed el-Kebir ha huído. Por lo tanto, eso indica que está aún vivo. Y su ira no habrá disminuído, sino que habrá aumentado, con el fracaso. Mi consejo, señor Bréton, — continuó, dirigiéndose en francés a mi amigo, — es que abandone usted El Cairo.

—¡Pero — gritó Bréton, lanzando una mirada de desesperación a la enorme tela en el caballete, — tengo que terminar mi cuadro...! ¡Ya que Yasmina est viva, debe regresar y yo terminar mi cuadro!

—Yasmina no puede regresar, — respondió el "imán", fijando sus serenos ojos en el pintor. — He hecho que desaparezca de El Cairo. — Levantó una mano, para contener la réplica de Bréton, antes que las palabras partieran de los labios del atribulado francés. — Las recriminaciones no vadrán de nada. La presencia de Shejeret ed-Durr altera la paz de la ciudad, y la paz de la ciudad es mi deber conservar.

SAX ROHMER

Lo que proclaman como útil y bueno todos los hombres ilustrados de un país, sin distinción y en épocas diferentes, debe tenerse por necesidad del tiempo. — Talleyrand.

* * * *

Cualquier cosa destinada a surtir el trabajo productivo con el abrigo, producción, herramientas y materiales que la obra requiere, y a nutrir, o de otro modo, a sostener al trabajador durante la faena, es capital. — Stuart Mill.

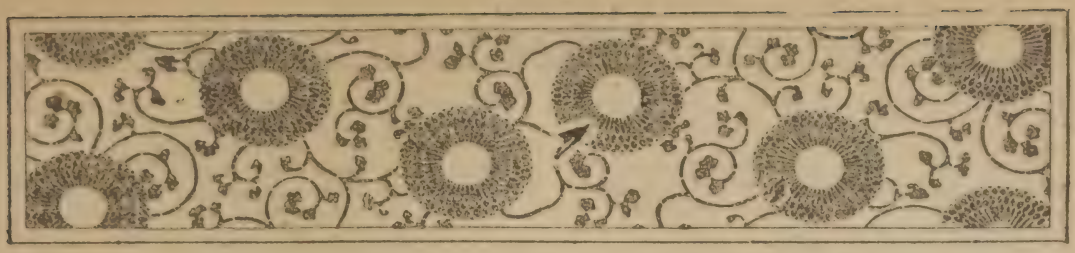
* * * *

El principio general, al que todas las reglas de la práctica deben conformarse, no es otro que la felicidad del género humano y de todos los seres sensibles. — Stuart Mill.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.



DE UN GRAN NOVELISTA Y POETA FRANCES

Los dos amantes

POR ALFRED DE MUSSET

(Traducción del francés)

No es necesario encomiar o elogiar lo que lleva la firma del gran autor y poeta francés. En ésta como en las demás novelitas ya publicadas puede apreciarse su delicado estilo y su admirable pintura de caracteres.

I

¿CREEIS, señora, que sea posible estar enamorado a la vez de dos personas? Si alguien me hubiera hecho esta pregunta, yo habría respondido que no. Y, sin embargo, así le ha sucedido a un amigo mío, cuya historia voy a contaros para convenceros.

Generalmente, cuando se trata de justificar dos amores simultáneos, se recurre a los contrastes. Una es alta, la otra es baja; una tiene quince abriles, la otra ha cumplido los treinta, y, en fin, se pretende probar que dos mujeres de edad, tipo y caracteres distintos pueden inspirar a la vez dos pasiones distintas también. Para justificar mi caso, ni siquiera tengo ese pretexto en mi favor, pues las dos mujeres a que me refiero hasta se parecían un poco. Verdad que la una era casada, y la otra viuda; la una rica y la otra pobre; pero contaban casi los mismos años y las dos eran menudas y morenas. Aunque ni hermanas ni primas, tenían cierto aire de familia: los mismos ojos negros y grandes, la misma gentileza. Eran dos hembras semejantes. No os asustéis de que las llame así. En esta historia no ha de haber ninguna mala interpretación.

Antes de seguir hablando de ellas, debemos hablar de nuestro héroe. Hacia el año 1825 vivía en París un joven al que llamaremos Valentín. Era tan extravagante, que su extraña vida habría servido de estudio a cuantos filósofos se dedican a observar el espíritu humano. Podemos decir que en él se daban dos personalidades diferentes. Al verle, un día le habríais tomado por petimetre de la regencia. Su tono banal, su chambergo ladeado y su apariencia de barbilindo pródigo y divertido os hubieran recordado los "tacones rojos" de otros tiempos. Pero al siguiente día no os habría parecido más que un modesto estudiante provinciano, paseando su libro bajo el brazo. Hoy iba en carroza y arrojaba el dinero a manos llenas, y mañana apenas tenía para mal comer, buscando así el modo de que cada instante fuera perfecto. En el placer todo había de ser placer, y procuraba no turbar su alegría con un momento de tedio. Si tenía un palco en la Opera, para que la noche fuera completa, quería que el coche que le llevase se deslizase suavemente, que le hubieran servido una buena cena y que no le disgustase nada antes de salir de casa. Pero con igual conformidad se bebía un vaso de peleón en cualquier mesón o ventorro y se confundía plebeyamente en el patio del teatro. Y aunque se adaptaba fácilmente al medio, en sus extravagancias siempre seguía cierta lógica, de manera que los dos hombres distintos que en él existían, jamás se confundieran.

Tan extraño carácter se debía a dos causas: poca fortuna y excesivo amor al placer. La familia de Valentín gozaba de cierto desahogo, mas sin pasar de una honrada mediocridad: unos doce mil francos al año, que, distribuidos con orden y economía, no son para morirse de ahmbre, pero tampoco para dar festines cuando toda una familia vive de ellos. A pesar de lo cual, por un capricho del destino, Valentín nació con los mismos gustos y aficiones que el hijo de un gran señor. A padre avaro, suele decirse hijo pródigo; a padres económicos, hijo gastador. Así lo quiere la tan por todos admirada Providencia.

Valentín había estudiado Derecho, y era un abogado sin pleitos, profesión muy corriente hoy día. Con el dinero que le daba su padre y lo que ganaba de vez en cuan-

do, hubiera podido vivir muy bien; pero prefería gastárselo de una vez y privarse de todo al día siguiente.

¿Recordáis, señora, esas margaritas que los niños desfloran hoja a hoja? "Mucho", dicen al arrancar la primera; "regular", a la segunda; y "nada" a la tercera. Así hacía Valentín con los días de su vida, aunque suprimendo el "regular", que no podía sufrir.

Para que lo conozcáis mejor, os contaré un rasgo de su infancia. A los diez u once años dormía en un cuarto pequeño y contiguo a la alcoba de su madre. En aquel cuarto, triste y oscuro, atestado de polvorientos armarios, trastos y ropas, había, entre otros, un antiguo retrato con hermoso marco dorado. Cuando por las mañanas entraba el sol hasta el retrato, Valentín, arrodillándose en el lecho, se acercaba a él con gran delicia. Y apoyando su frente en la esquian del marco, permanecía horas enteras mientras le creían dormido. Los rayos de luz, al reflejarse en los dorados, le envolvían en una especie de aureola que deslumbraba sus ojos. Un éxtasis extraño se apoderaba de él, y mil ensueños pasaban por su mente. Cuanto más viva era la claridad, su corazón se dilataba más. Y cuando, fatigados por el resplandor, apartaba sus ojos, cerraba los párpados, gozando en seguir curiosamente la degradación de tonos de esa mancha rojiza que se fija en nuestra retina tras haber mirado largo rato al sol; y volvía de nuevo a su contemplación, sumiéndose en un éxtasis cada vez más profundo. Esto fué, — me ha confesado él mismo, — lo que le hizo aficionarse apasionadamente por el oro y el sol, dos cosas divinas.

El instinto de su pasión nativa guió sus primeros pasos. En el colegio sólo trataba con los colegiales más ricos que él, no por orgullo, sino por afición. De precoz inteligencia, en sus estudios influyó menos el amor propio que un cierto deseo de distinción, y lloraba en clase ante todos cuando, llegado el sábado, perdía su puesto en el banco de honor. Ya iba a dar fin a las humanidades, que estudiaba con gran entusiasmo, cuando una dama, amiga de su madre, le regaló una hermos turquesa; desde entonces, en vez de escuchar la lección, se distraía contemplando la sortija que relucía en su dedo, con una prematura devoción por el oro, tal como puede presentirla un niño curioso. Llegado el niño a hombre, pronto dió sus frutos tan peligrosa inclinación.

Dueño de su libertad, se entregó, sin reflexión alguna, a la vida irregular de los ricos herederos. Alegre por naturaleza, y sin miedo al porvenir, nunca pensó en su pobreza. Pero el mundo se la hizo ver. Su nombre le autorizaba a tratar de igual a igual a otros jóvenes que no tenían sobre él más ventaja que su fortuna. Y admitido por ellos, ¿cómo imitarlos? Los padres de Valentín vivían en el campo, y él, con pretexto de sus estudios, permanecía en París sin hacer otra cosa que pasearse por las Tullerías y el bulevar, ocupación muy apropósito para él; pero cuando sus amigos le abandonaban para montar a caballo, le era forzoso quedarse a pie, desairado y solitario. El sastre le fiaba; más ¿para qué sirve el traje si la bolsa está vacía? Y su bolsa lo estaba las tres cuartas partes del año. Demasiado orgulloso para vivir a costa de nadie, tenía buen cuidado de disimular sus secretos motivos de abstinencia, y rechazaba desdeñosamente las fiestas y placeres a que no podía contribuir con su bolsillo, procurando no dejarse ver entre los ricos más que en sus días de abundancia.

Esta situación, conservada con gran dificultad, se vino abajo ante la voluntad paterna. Fué necesario elegir una ocupación, y Valentín entró en una casa de banca. Poco le agradó su empleo, y mucho menos el trabajo cotidiano, e iba cabizbajo a la oficina, porque habría necesitado renunciar a sus amigos al mismo tiempo que a su libertad. No se avergonzaba, pero se aburría. Cuando llegaba el día de la "vena dorada", que dice André Chénier, una fiebre especial le devoraba. Si tenía que hacer algún pago o alguna compra, la presencia del oro le perturbaba hasta tal punto, que perdía el juicio. Apenas veía brillar en sus manos el precioso metal, sentía palpitar su corazón, y sólo pensaba en correr a gastarlo. Correr está mal dicho: en días semejantes no corría, porque alquilaba el coche más lujoso, y haciéndose llevar a la Peña de Cancade, reclinado en el asiento, respirando el aire puro o fumando un cigarro, se dejaba balancear muellemente, sin cuidarse del mañana. Y sin embargo, al siguiente día, como todos, volvía a ser el empleado de siempre; más nada le importaba con tal de satisfacer su capricho a toda costa. De este modo, el sueldo del mes se evaporaba en un solo día. Decía que pasaba soñando sus horas adversas y sus horas propicias realizando sus sueños. Y tan pronto se le veía en París a lo gran señor, como derrotado y solitario por las afueras, lo que prueba que no era vanidoso. Hacía además sus extravagancias con la naturalidad de un gran señor que se permite un capricho.

¡He ahí un buen empleado!, me diréis; tanto, que le pusieron en la calle.

Con la libertad y el ocio renacieron las tentaciones de todas clases. Cuando se tienen muchos deseos, pocos años y poco dinero, se corre el peligro de hacer tonterías. Valentín las hizo muy grandes. Llevado siempre de la manía de realizar sus sueños, acabó por tener los sueños más disparatados. Se le ocurría, por ejemplo, experimentar las delicias de una vida de cien mil francos de renta, y he aquí a mi atolondrado amigo procediendo durante todo un día ni más ni menos que si realmente fuera el personaje en cuestión. Imagináos hasta dónde puede conducir esto con un poco de inteligencia y curiosidad. En cuanto a los razonamientos que hacía Valentín para justificar su vida, eran harto divertidos. Pretendía que a cada mortal le corresponde de derecho una determinada cantidad de alegría, y la comparaba con una copa llena que los avaros bebían gota a gota, y que él se bebía a grandes tragos.

—Yo no cuento los días. — decía. —

sino los placeres. Y el día en que me gasto veinticinco luises, me hago de cuenta que tengo ciento ochenta y dos mil quinientas libras de renta.

A pesar de semejantes locuras, el amor a su madre se conservaba puro en el corazón de Valentín. Verdad que su madre siempre le mimó, lo que se dice que es perjudicar a un hijo; pero en todo caso es el mejor y más natural de los perjuicios. La que dió el ser a Valentín hizo todo lo posible porque la vida le fuera agradable. No era rica, como sabéis, y si hubiera ido guardando cuantos escudos diera en secreto a su adorado hijo, habrían formado una bonita pila. El único freno que contuvo a Valentín entre tanto desorden fué el temor de disgustar a su madre, y esta idea le siguió siempre, siendo lo que abrió su corazón a todo pensamiento noble y a todo sentimiento honrado. Aquel amor dió a Valentín la clave de un mundo qeu acaso, sin él, jamás hubiera comprendido. No sé quién dijo que el que es querido por alguien nunca será desgraciado del todo; también hubiera podido decir: "El que ama a su madre, jamás puede ser malo del todo". Cuando Valentín se encerraba en su cuarto, después de haberle fracasado alguna empresa, alicaído y cabizbajo, su madre entraba a consolarle. ¿Quién puede contar la paciencia, los cuidados, las atenciones, en apariencia fáciles, y las pequeñas alegrías interiores, que son prueba silenciosa del cariño y que hacen la vida dulce y ligera? Ya, de pasada, os citaré un ejemplo:

Un día que Valentín vació su bolsa en el juego, volvió a su casa malhumorado. Con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos, se entregaba a sus ideas sombrías cuando entró su madre con un gran ramo de rosas en un vaso de agua, que colocó dulcemente junto a él.

Valentín levantó los ojos agradecido, y su madre le dijo sonriendo: "Todas me han costado unos ochavos; ya ves que no son caras." A pesar de lo cual, el ramo era magnífico. A solas Valentín, sintió un vivo perfume, que le pareció más vivo por la misma excitación que le dominaba. No sabría deciros qué impresión produjo en él una tan dulce sensación, un placer tan sencillo y tan inesperado. Pensó en lo que había perdido, y se dió a imaginar lo que con ello habría podido hacer la madre que le daba consuelo con tan poca cosa. Su amarga congoja se deshizo en lágrimas, y se acordó de los placeres del pobre, olvidados por él.

A medida que fué conociendo estos placeres, fué amándolos. Los amó porque amaba a su madre. Poco a poco fué viendo cuanto le rodeaba, y habiendo sufrido de todo un poco, se juzgó capaz de comprenderlo todo. ¿Es ello una ventaja? Nada puedo decir. A otras alegrías, otros dolores.

Parecerá que me burlo si os digo que a medida que pasaba el tiempo, Valentín se volvía a la vez más sensato y más insensato, y, sin embargo, es la pura verdad. Una doble existencia se desenvolvía en él. Si la avidez de su espíritu le arrastraba, su corazón le detenía. Si buscando la paz se encerraba en su cuarto, el vals de un organillo callejero, pasando frente a su ventana, lo trastornaba todo. Entonces salía, y, según su costumbre, corría en pos del placer; pero a su vez, un mendigo encontrado al paso, o una frase profunda cogida por casualidad entre la huera palabrería de un drama de moda, le dejaban pensativo y tornaba de nuevo a la casa paterna. Se sentaba a trabajar y cogía la pluma; pero su pluma, en vez de escribir, dibujaba distraída la silueta de alguna mujer cuya belleza le impresionó en el baile. Si la partida de amigos alegres, reunida en casa de uno de ellos, le invitaba a quedarse a cenar, alzaba su vaso riendo y bebía copiosamente; le había olvidado la llave y recordar que su madre le estaría esperando, se excusa-pirar el perfume de sus queridas rosas.

Tal era el mozo, inocente y sin seso, tímido y valiente, sensible y audaz. La naturaleza le hizo rico, y el destino le hizo pobre; en vez de elegir entre uno y otro, abrazó los dos estados y fué pobre y rico a la vez. Todo cuanto en él había de paciente, reflexivo y resignado, no podía triunfar de su amor al placer; y ni sus momentos de mayor insensatez eran bastante a mancillar su corazón. No luchaba contra su corazón ni contra el placer que le atraía. Así fué como hubo dos en él, y vivió en perpetua contradicción consigo mismo, lo que en seguida voy a demostraros. Pero eso es falta de voluntad, me diréis. ¡Ah, claro que sí! No era precisamente un espartano; pero tampoco estamos en Esparta.

Estamos en París, señora, y se trata de unos amores. Felizmente para vos, el retrato de mis heroínas será más breve que el de mi héroe. Van a entrar en escena. Volved la página.

I

De ellas, os he dicho, una era rica y otra era pobre. Ahora comprenderéis por qué razón a Valentín le bustaban las dos. También creo haberos dicho que una era casada y otra era viuda. La marquesa de Parnes (la casada) era hija de un marqués, y se había casado con otro marués, y, lo que es mejor, tenía una gran fortuna; y lo que aún es muchísimo mejor, gozaba de absoluta libertad, porque su marido se hallaba en Holanda retenido por sus asuntos. Aún no contaba veinticinco años, y se consideraba la reina de un pequeño reino al final de la calzada de Antín. El cual reino consistía en un palacete de gran elegancia, que se alzaba entre un patio señorial y un hermoso jardín, postrer capricho de su suegro, que fué, hasta morir, gran señor y distinguido libertino. A decir verdad, la casa denunciaba los gustos de su antiguo dueño, y más bien parecía propia para galantes aventuras y fiestas que para servir de retiro a una mujer casada y joven, apartada del mundo durante la ausencia de su marido. En medio del jardín había un pabellón redondo, independiente de la casa, con una pequeña escalinata y una sola y amplia estancia,

lujosamente dispuesta con femenil refinamiento. La marquesa de Parnes, tenida por virtuosa y discreta, moraba en la casa, y no iba jamás al pabellón. Sin embrgo, algunas veces se veía luz en él. Noble concurrencia, convites como a tal corresponde, pulidos pisaverdes y elegantes lechuguinos, numerosos criados y, en fin, un tren de lujo y opulencia, era lo que encerraba el palacio de la marquesa, la que, con una educación perfecta, había acrecentado sus dones. Poseyéndolo todo, de todo disfrutaba, sin aburrirse nunca. La indispensable tía de estos casos la acompañaba a todas partes. Cuando se hablaba de su marido, decía que estaba para volver, pero nadie lo creía.

Madame Delaunay (la viuda), siendo muy joven perdió a su marido, y vivía con su madre, de una pequeña pensión con grandes trabajos conseguida y apenas suficiente. Ocupaba un piso tercero en la calle del Plato de Estaño, y se pasaba el día bordando junto a la ventana, única cosa que sabía hacer. Como veis, su educación había sido muy descuidada. Una salita era todo su patrimonio. A las horas de comer sacaban una mesa de nogal, relegada al pasillo durante el resto del día, y por la noche extendían un armario-cama de dos lechos. Aparte de esto, todo el modesto mueblaje era objeto de una escrupulosa limpieza.

Madame Delauney gustaba, a pesar de lo dicho, hacer vida de sociedad. Algunas antiguas amistades de su marido daban pequeñas reuniones, a las que asistía ataviada con un traje de organdí muy transparente. Como los pobres no gozan del veraneo, aquellas reuniones íntimas duraban todo el año. Ser joven y guapa, pobre y honrada, no es un mérito tan grande como se cree, pero es un mérito.

Al deciros que Valentín amaba a dos mujeres a la vez, no he pretendido decir que amase a las dos por igual. Podría salir del paso argumentando que amaba a la una y deseaba a la otra; pero no quiero recurrir a estas sutilezas, que, después de todo, no significarían otra cosa sino que deseaba a las dos. Prefiero relatar sencillamente lo que pasaba en su corazón.

La causa de que comenzase a frecuentar estas dos casas fué únicamente la ausencia de los dos maridos. Nada tan cierto como que la apariencia de conseguir fácilmente una cosa, aunque realmente más que una apariencia, seduce a los pocos años. Valentín fué recibido en casa de la marquesa de Parnes nada más que porque ésta recibía a todo el mundo; para ello bastó que le presentase un amigo. En cuanto a su entrada en casa de Mme. Delaunay, también había sido cosa fácil, aunque no tan rápida. Como Valentín iba a todas partes, la encontró en una de esas pequeñas reuniones de que acabo de hablaros. La vió, se fijó en ella, la sacó a bailar y, en fin, un buen día encontró el modo de ir a su casa para llevarla un libro recién publicado que ella quería leer. Hecha la primera visita, no se necesita un pretexto para volver, y al cabo de tres meses ya se es de la casa; esto para siempre. Y quien se admire de la presencia de un joven en casa de una honrada familia que con nadie se trata, se admiraría mucho más si algunas veces llegase a saber con qué pueril pretexto había entrado en ella.

Acaso os sorprendáis, señora, de la facilidad con que se prendaba el corazón de Valentín. En este caso, todo fué, por decirlo así, capricho del destino. Durante el invierno había vivido, según su costumbre, tan desordenada como alegremente. Llegado el verano se halló sin provisiones, igual que la cigarra al llegar el invierno. Todos se iban: unos al campo, otros a Inglaterra y otros a los baños. Hay años de deserción general en que todos nuestros amigos desaparecen; una bocanada sofocante se los lleva, y de pronto nos encontramos solos. Si Valentín hubiera sido más previsor y hecho lo que todos, a su tiempo, también como todos, habría partido; pero los placeres invernales le costaban caros, y su bolsa, vacía, le retenía en París. Lamentando su imprevisión, tan triste como se puede estar a los veinticinco años, pensaba el modo de pasar en el verano, no en la abstinencia que debía, sino, a ser posible, en el placer que necesitaba.

Habiendo salido un día de esos que se ofrecen a la juventud propicios para todo, y sin saber adónde dirigirse, pensó que sólo podía ir a casa de la marquesa de Parnes o a la de Mme. Delaunay. Aquel mismo día visitó a las dos, y como procedió con hartura, hallóse sin ocupación al siguiente y algunos más, durante los cuales no pudo reanudar sus visitas.

Preguntábase cuándo le sería posible, y recordando sin querer lo que habló con las damas en aquellas dos horas tan deliciosas, la semejanza entre ambas, que ya os he dicho, y que él no había advertido hasta entonces, le hizo sonreir con sorpresa. Las comparó en su mente, detalle por detalle, y cada una a su vez le hizo acrecentar o disminuir el amor a la otra. La marquesa de Parnes era coqueta, viva, mimosa y divertida; madame Delaunay reunía también todo esto; mas no siempre, sino únicamente en el baile, y con menos ardor, debido, sin duda, a su pobreza. Pero los ojos de la viuda brillaban a veces con ardiente llama que parecía concentrarse cuando aquéllos se fijaban, mientras que la mirada de la marquesa era como una viva estrella fugitiva.

"Son la misma mujer, — se decía Valentín; — el mismo fuego, llameando en la una con un alegre fulgor, y cubierto en la otra de cenizas."

Poco a poco las fué comparando. Recordó las blancas manos de la una, deslizándose sobre el marfil de clavecino, y las de la otra, reposando fatigadas en el regazo. Pensó en los pies y observó extrañado que iba mejor calzada la más pobre, aunque se hacía por sí misma sus chapines. Vió a la dama de la Calzada de Antín, reclinada en un sofá, aspirando la fragancia matinal que del jardín llegaba, con los brazos desnudos. Se preguntó si Mme. Delauney también tendría unos brazos tan bellos bajo sus mangas de indiana, y no sé por qué se estremeció a la idea de ver desnudos los brazos de Mme. Delaunay. Pasó después al ca-

bello, y junto a los hermosos bucles negros de Mme. De Parnes se le aparecía la aguja de gancho que Mme. Delaunay se clavaba en el moño cuando hablaba. Cogió un lápiz y un papel e intentó dibujar la doble imagen que llenaba su imaginación. A fuerza de borra y tantear, consiguió una de esas semejanzas lejanas que a veces satisfacen a la fantasía más que un fiel retrato. Obtenido el bosquejo, se detuvo. ¿Con cual de las dos tenía más parecido? No pudo decidirlo por sí mismo. Según el capricho de su imaginación, tan pronto se parecía á la una como a la otra.

"¡Cuántos misterios encierra el destino! — se decía. — ¿Quién sabe, pese a las diferencias, cuál de las dos es más dichosa? ¿La más rica o la más hermosa? ¿Acaso la que sea más amada? No, sino la que ame más. ¿Qué harían si mañana se despertase cada una en el puesto de la otra?

Valentín soñaba despierto, y sin darse cuenta hacía mil castillos en el aire. Se prometió ir a verlas al siguiente día, y llevar su dibujo pra compararlo con ellas y ver los defectos, al mismo tiempo que añadía un trazo, un bucle más, un nuevo pliegue al vestido. Hizo los ojos más grandes, dió mayor gracia a la silueta y volvió a pensar en el pie, en la mano, en los brazos desnudos y en otras mil cosas. En fin, estaba enamorado.

III

No es difícil enamorarse, sino saber confesarlo a quien se ama. Al siguiente día, muy temprano, salió Valentín provisto de su dibujo, dispuesto a comenzar por la marquesa. Una ocasión providencial, tan inesperada como extraña, hizo que encontrase a la dama tal como se la imaginara la víspera. Mediaba el mes de judio. Junto al pabellón, con una hermosa madreselva en flor al fondo, sentada en un banco rústico sobre blandos cojines, estaba la marquesa. Vestida con un sencillo peinador, entre el que asomaba la blancura de sus brazos desnudos, los ojos de un pastor de Virgilio la tomaran por una ninfa; y ninfa pareció a nuestro amigo la blanca Isabel, marquesa de Parnes. Le saludó con una sonrisa, siempre a punto cuando se tienen los dientes lindos, y le mostró, con la mayor indiferecia, un taburete distante de su banco. Valentín, en vez de sentarse en él, intentó acercarlo, y como buscase un sitio para ponerlo, "¿Adónde vais?", le preguntó la dama.

Comprendió Valentín que se había precipitado demasiado, y que la realidad no le obedecía tan de prisa como deseaba. Se detuvo, y restituyendo el taburete a su primer lugar, o acaso un poco más lejos, sentóse sin saber qué decir. He de advertir que un lacayo imponente, de insolente y duro gesto, en pie ante la marquesa, ofrecíala una taza de humeante chocolate, que ella comenzó a saborear a pequeños sorbos. La presencia de aquel tercero, la exagerada atención que ponía la dama en no quemarse los labios y el poco caso que, por el contrario, hacía de su visitante, no eran muy a propósito para alentarle.

Valentín sacó solemnemente el dibujo, y, clavando sus ojos en Mme. De Parnes, examinó con atención, ya el origianl, ya la copia. Preguntóle la dama lo que hacía, y levantándose, la dió el dibujo, para volver a sentarse sin pronunciar palabra. Al pronto, la marquesa entornó los ojos como buscando el parecido, hizo después ademán de haberlo encontrado, apuró el chocolate de la taza, y cuando se fué el criado sonrió de nuevo, mostrando sus preciosos dientes.

—Estoy favorecida, — dijo por fin. — ¿Lo habéis dibujado de memoria? ¿Cómo os habéis valido para hacerlo?

Valentín respondió que una faz tan hermosa no precisaba posar para ser copiada, y que la había copiado de su propio corazón. Hizo la marquesa una ligera inclinación de agrado, y acercó Valentín su taburete.

Mientras hablaban de cosas indiferentes, madame de Parnes no dejaba de mirar el dibujo.

—Encuentro en él — decía — una cara que no es mi cara. Se diría que se parece a alguien que se parece a mí; pero no soy yo la que habéis querido retratar.

Valentín enrojeció a pesar suyo, y creyó descubrir que en el fondo era a Mme. Delaunay a la que amaba. La observación de la marquesa le parecía un testimonio. Miró de nuevo al dibujo y a la marquesa, y se puso a pensar en la viudita.

"La que amo — se dijo — es aquella á quien más se parece este retrato. Puesto que mi corazón ha guiado a mi mano, sea mi mano quien descubra mi corazón."

La conversación prosiguió (se trataba, creo, de una carrera de caballos, corrida el día antes en el Campo de Marte).

—Estáis a una legua — le dijo Mme. De Parnes.

Valentín se levantó y acercóse a ella.

—¡Qué hermosa madreselva! — dijo a pasar.

La marquesa tendió el brazo, cortó una ramita en flor y se la ofreció graciosamente.

—Tomad — le dijo —, guardadla, y decidme si verdaderamente soy yo la que quisisteis dibujar, o si dibujando a otra os resultó casualmente parecida a mí.

Valentín, un poco envanecido, en vez de coger la rama que le ofrecía la marquesa presentóla, riéndose, su solapa, para que por sí misma se la pusiera en el ojal. Mientras la marquesa lo hacía gustosa, aunque con algún trabajo, él, de pie ante ella, contemplaba el pabellón de que os he habado, una de cuyas persianas estaba entreabierta. Ya recordaréis que Mme. De Parnes pasaba por no ir a él jamás, y hasta afectaba cierto desprecio por aquel saloncillo galante y rebuscado, que juzgaba lugar pecaminoso. Valentín creyó ver, sin embargo, que nada en él, muebles ni damascos, ofrecía la menor huella de polvo, y que entre los muebles de estio griego, magníficos e incómodos, como todo lo de la época imperio, se destacaba

en la penumbra un canapé evidentemente moderno. No sé por qué le latió vivamente el corazón al sospechar que la bella marquesa utilizaba alguna vez el pabellón; pues ¿para qué había de estar allí aquel diván sino para sentarse en él? Cogió Valentín una de las blancas manos que le ponían la flor, y se la llevó dulcemente a los labios, sin que se sepa lo que pensó de ello la marquesa.

Valentín miraba el diván, y la marquesa miraba el dibujo de Valentín, sin retirar su mano, que él retenía entre las suyas. En la escalinata apareció un criado. Llegaba una visita. Valentín soltó la mano de la marquesa, y, cosa bien singular, ésta cerró bruscamente la persiana.

Cuando entró la visita, Valentín se turbó al ver que la marquesa escondía el dibujo disimuladamente, dejando caer su pañuelo. No podía admitir aquello. Tomó el partido más rápido, y, levantándola el pañuelo, recuperó el papel. Madame de Parnes hizo un lijero signo de extrañeza.

—Quiero retocarlo — dijo en voz alta —; permitid que me lo lleve.

No insistió la marquesa, y Valetín se fué con su dibujo a casa de Mme. Delaunay.

Madame Delaunay estaba bordando en cañamazo y por todo jardín tenía las flores que bordaba. Su traje, a falta de otro de mañana, era el mismo de siempre: oscuro y sencillo, sin los superfluos adornos de la riqueza. Mas, por un vano alarde de elegancia, lucía unos pendientes de mal gusto y una cadena de oropel. Añadid a esto el cabello en desorden y el cansancio de la labor constante, y convendréis en que, a primera impresión, no ofrecía la viuda nada en su favor.

En presencia de la madre, sentada junto a ella, no quiso Valentín enseñar el dibujo que traía. Pero como al dar las tres, la buena señora saliera para preparar la comida, Valentín halló el momento esperado. Sacó nuevamente el retrato e hizo la segunda prueba. La viuda, que no era un modelo de finura, no se reconoció, y Valentín, algo confuso, vióse obligado a explicarla que era ella la que había querido retratar. Al principio se extrañó; pero luego pareció encantada, y creyendo simplemente que se trataba de un regalo que Valentín le ofrecía, descolgó un pequeño marco de madera blanca que había sobre la chimenea, para quitar de él, un antiquísimo, espantoso y amarillento retrato de Napoleón, y poner el suyo en su lugar.

Valentín la dejaba hacer, sin resolverse a contener aquel impulso de satisfacción; pero la idea de que Mme. De Parnes volviera a pedirle el dibujo le producía tan visible contrariedad, que madame Delaunay lo apercibió, y creyendo haber cometido una indiscreción se detuvo confusa con el marco en la mano y sin saber qué hacer. Valentín, comprendiendo a la vez que había cometido una simpleza al enseñar un retrato que no podía dar, en vano buscaba el modo de salir de aquel trance. Pasando un momento de turbación y de duda, marco y papel quedaron sobre la mesa junto al Napoleón destronado, y Mme Delaunay reanudó su labor.

—Quisiera, — dijo al cabo Valentín, — que me permitiérais sacar una copia antes de quedaros con él.

—¡Soy demasiado impulsiva! Si tenéis el dibujo en algún aprecio, llevaoslo, que vuestro es; pero supongo que no pretenderéis tenerle en vuestro cuarto ni enseñárselo a los amigos.

—De ningún modo; más le hice para mí, y no quisiera perderle por completo.

—¿Y para qué ha de serviros si, como decís, no se lo enseñaréis a nadie?

—Me servirá para contemplaros, señora, y para hablar algunas veces a vuestra imagen de lo que no me atrevo a deciros a vos misma.

Aunque esta obligada frase no fuese más que una galanteríaí, el tono en que fué dicha hizo levantar los ojos a la viuda. Miró al joven sin severidad, pero seriamente; Valentín, ya temeroso de lo que había dicho, acabó de turbarse bajo aquella mirada, y doblando el dibujo se disponía a guardarlo en su bolsillo, cuando Mme. Delaunay se levantó y se lo quitó de las manos con un tímido y burlón arevimiento. El se rió, y arrebattándola a su vez el papel, exclamó:

—¿Y con qué derecho, sñora, me quitáis lo que es mío? ¿Es que no me pertenece?

—No, — dijo ella secamente; — nadie tiene derecho a hacer un retrato sin consentimiento del modelo.

Al decir esto volvió a sentarse, y como Valentín la viera un poco agitada, se acercó a ella más seguro de sí. Fuese contrariedad por haberla dejado ver la satisfacción que el dibujo la produjera, fuese disgusto o impaciencia, la mano de Mme. Delaunay estaba temblorosa. Valentín, que acababa de besar la de Mme. De Parnes, que no temblaba, cogió, sin reflexionar, la de la viuda, la cual, ante la primera familiaridad que Valentín se permitía con ella, se quedó asombrada. Pero al verle inclinarse y aproximar los labios a su mano, se levantó, permitióle sin la menor resistencia que pusiera un largo beso en su mitón, y le dijo con una gran dulzura:

—Siento mucho tener que dejaros; pero he de ayudar a mi madre.

Y sin darle tiempo a detenerla ni esperar respuesta, le dejó a solas. Valentín, lleno de inquietud, temía haberla ofendido, y no pudiendo decidirse a marcharse, esperó de pie a que volviese. Pero quien volvió fué la madre, y al verla Valentín temió que su imprudencia le costase cara. No sucedió así, pues la buena señora, sonriendo amablemente, venía a hacerle compañía mientras que su hija repasaba su ropa para ir por la noche al baile. Aún estuvo algún tiempo en espera de que la linda enojada le perdonase. Más, al parecer, la ropa debía ser mucha. Llegó la hora de retirarse y tuvo que hacerlo sin conocer su destino.

Ya en su casa, nuestro héroe no quedó muy descontento de la jornada. Como el cazador que, levantada la pieza, calcula la emboscada, los enamorados calculan sus pro-

habilidades y meditan su ataque. Así repasó Valentín en su imaginación, una por una, todas las circunstancias de sus dos visitas. La modestia, no era el defecto de Valentín. Empezó conviniendo consigo mismo que la marquesa era suya. En efecto; no hubo por parte de Mme. De Parnes la menor sombra de severidad ni de resistencia. Pensó, sin embargo, que por la misma razón pudo muy bien no haber tampoco más que una ligera sombra de coquetería. Hay damas muy hermosas del gran mundo que se dejan besar la mano como el Papa su anillo, ceremonia piadosa, tanto más qué conduce al paraíso. Valentín se dijo que acaso prometía más la timidez gazmoña de la viuda que cuanto la marquesa consentía. Después de todo, Mme. Delaunay no había estado muy severa, pues no hizo más que retirar dulcemente su mano e irse a repasar su ropa. Al pensar en la ropa, Valentín pensó tambien en el baile que aquella misma noche se celebraba, y se prometió ir a él.

Mientras se vestía, paseándose por la estancia, su imaginación se exaltaba. Iba a ver a la viuda, iba a verla a ella, con quien soñaba. Sobre la mesa había un carnet de bolsillo, bastante feo, que le tocara en una rifa, cuya cubierta tenía, muy bien guarnecido, bajo cristal, un mal paisaje a la acuarela. Valentín substituyó hábilmente aquel paisaje por el retrato de Mme. De Parnes; ¡oh, no; me equivoqué!; quise decir de Mme. Delaunay. Hecho lo cual, se guardó el carnet en el bolsillo, con el propósito de sacarlo oportunamente y hacérselo ver a su futura conquista.

"¿Qué dirá?" se preguntaba. "¿Y qué responderé?", volvía a preguntarse. Y rumiaba entre dientes algunas de esas frases preparadas de antemano que se saben por instinto y que jamás se dicen, cuando tuvo la idea mucho más sencilla de escribir una declaración en forma para dársela a la viuda.

Vedle ya escribiendo; ha llenado cuatro páginas. Todo el mundo sabe cómo palpita el corazón durante los instantes en que cedemos a la tentación de trasladar al papel un sentimiento acaso fugitivo. Es dulce y es peligroso, señora, atreverse a decir que se ama. La primera carilla que escribió Valentín era un poco fría y demasiado inteligible. Las comas estaban en su sitio y los párrafos bien determinados, cosas todas que prueban poco amor. La segunda carilla era ya menos correcta; en la tercera se apretaban las líneas, y hay que convenir que la cuarta estaba llena de faltas de ortografía.

¿Cómo deciros el extraño pensamiento que se apoderó de Valentín al cerrar la carta, era a ésta a la que hablaba de su amor, de su beso matinal, de sus temores y de sus deseos; pero al ir a poner la dirección, advirtió, releyendo lo escrito, que no se encontraba en ello ningún particular detalle, y no pudo por menos de sonreirse a la idea de enviar la carta a Mme. De Parnes.

Acaso sin darse cuenta, hubo un secreto motivo que le impulsó a ejecutar tan peregrina idea. Se sentía, en el fondo, incapaz de escribir a la marquesa otra carta como aquella, y en cambio le decía el corazón que, cundo quisiera, podría muy bien redactar otra para Mme. Delaunay, y, aprovechando la ocasión, sin más espera, envió la declarción, hecha para la viuda, al palacete de la Calzada de Antín.

IV

La reunión en que Valentín había de encontrar a Mme. Delaunay se celebraba en casa de un notario llamado M. Des Andelys. Allí la halló, como se esperaba, más bella y coqueta que nunca. A pesar de su cadena y sus pendientes, vestía con gran sencillez: un simple lazo de cinta tornasolada armonizaba con su hermosura, y otro del mismo matiz lucía en su flexible y gracioso talle.

Ya he dicho que era menuda, morena, de ojos grandes; era también un poco delgada, y diferente en esto de Mme. De Parnes, cuya morbidez redondeaba sus líneas con un bello cendal alabastrino. Sirviéndome de una expresión de modisto, que dará exacta idea de lo qeu quiero decir, el conjunto de Mme. Delaunay estaba "bien acabado"; es decir, que nada en ella resaltaba del resto: ni sus cabellos eran muy negros, ni su tez muy bianca; tenía, en fin, el aire de una criollita. Madame de Parnes, por el contrario, tenía sus mejillas con una ligera púrpura, que hacía más vivo el brillo de sus ojos, y nada tan admirable como sus espesos y negrísimos cabellos, contrastando con su hermoso descote.

Pero veo que, igual que mi héroe, pienso en una cuando he de hablar de la otra. Recordemos que la marquesa no iba a las reuniones del notario.

Cuando Valentín suplicó a la viuda que le concediese una contradanza, un "estoy comprometida", dicho secamente, fué toda la respuesta que obtuvo. Nuestro libertino, que se la esperaba, fingió no haber comprendiddo, respondió "Mil gracias", y dió algunos pasos. Madame Delaunay corrió tras él para advertirle su engaño.

—En ese caso, — preguntó el al punto, — ¿qué turno me reserváis?

Ella enrojeció, y sin atreverse a negarse, hojeó un cuaderniito de baile donde apuntaba sus parejas, y le respondió, vacilante:

—Este libro me equivoca; hay en él una porción de nombres sin borrar, y me confundo.

Era la mejor ocasión de sacar el carnet con el retrato, y Valentín la aprovechó.

—Tomad, — dijo, — escribid mi nombre en la primera página de este álbum. Así me será aún más querido.

Esta vez, Mme. Delaunay se reconoció. Tomó el carnet, escribió el nombre de Valentín en la primera página, y al devolvérselo le dijo muy tristemente:

—Es preciso que hablemos; necesito deciros dos palabras, pero no me es posible bailar con vos.

Y seguida de Valentín, entró en una es-

tancia inmediata, donde se jugaba. Parecía excesivamente turbada, y le dijo:

—Lo que voy a preguntaros acaso os parezca muy ridículo, y yo misma comprendo que tendréis razón para juzgarlo así. Esta mañana, cuando estuvísteis a verme, me habéis... tomado la mano, — añadió tímidamente. — No soy tan niña ni tan necia para ignorar que eso es cosa que no puede ofender a nadie ni significa nada. En el gran mundo, en ese gran mundo en que vos vivís, lo que digo no es más que una simple cortesía; pero nosotros estábamos solos, y vos ni llegabais ni os ibais. Convendréis, o mejor dicho, comprenderéis que por mi amistad hacia mí...

Se detuvo, mitad temerosa y mitad avergonzada.

Valentín, a quien este preámbulo causaba un mortal pavor, esperaba que siguiese, cuando una súbita idea le acometió. Sin reflexionar lo que hacía, y cediendo a su primera intención, exclamó:

—¿Lo ha visto vuestra madre?

—No, — respondió la viuda dignamente; — no, señor; mi madre no ha visto nada.

Al decir estas palabras comenzó la contradanza, su pareja vino a buscarla y la viuda desapareció entre la concurrencia.

Valentín esperó impacientemente, como supondréis, a que terminase la contradanza. Al fin llegó el instante deseado; pero Mme. Delaunay volvió a su sitio, y aunque él hizo por acercarse a ella, no pudo hablarla. Madame Delaunay no parecía dudar lo que la faltaba decirle, sino pensar cómo decírselo. Valentín se hacía mil preguntas, y todas le conducían a la misma consecuencia: "Quiere decirme que no vuelva más a su casa". Sin embargo, semejante determinación, por tan pequeño motivo, le indignaba. Veía en ello más que una ridiculez; veía en ello una severidad injustificada o una falsa virtud pronta a hacerse valer.

"O es una mogigata o es una coqueta", se dijo.

Ya veis, señora, cómo se piensa a los veinticinco años.

Madme Delaunay comprendía perfectamente lo que pasaba en Valentín. Hasta cierto punto lo había previsto; pero, al verle, le faltaba valor. No era su intención prohibirle por completo la entrada en su casa; pero como todo lo que le faltaba de inteligencia lo tenía de corazón, aquella mañana había comprendido claramente que no se trataba de una galantería pasajera, sino que la esperaba un serio ataque. Tienen las mujeres cierto instinto que las advierte la proximidad el combate. Las más se exponen a él porque se creen bien seguras o porque aman el peligro. Las escaramuzas amorosas son el pasatiempo de las bellas desocupadas .Saben defenderse, y cuando quieren, hallan ocasión de distraerse.

Pero Mme. Delaunay tenía mucho que hacer, y en su sedentaria vida frecuentaba muy poco el mundo, y trabajaba demasiado, siempre con el hilo y la aguja, que permiten y a veces hacen soñar; en una palabra, era muy pobre para dejarse besar la mano. No es que por el momento se creyese en peligro; pero ¿qué iba a suceder si mañana Valentín la hablaba de amor, y pasado mañana tenía que cerrarle la puerta, y al día siguiente se arrepentiría de habérsela cerrado? ¿Y si mientras descuidaba su labor? ¿Y si al llegar la noche no había dado las puntadas necesarias? (Más tarde os explicaré todo esto.) Pero, en todo caso, ¿qué decirle? Una mujer que vive casi sola está más expuesta que cualquier otra. ¿No debe ser más severa? Madame Delaunay se decía que: a riesgo de ser ridícula, era preciso alejar a Valentín antes de que turbase su reposo. Así, pues, quería hablar; pero ella era mujer, él estaba allí, y el "derecho de presencia" es el mayor de todos y el más difícil de combatir.

En un instante en que todos los motivos que brevemente acabo de indicaros se le presentaron con mayor viveza, se levantó. Valentín estaba frente a ella, y sus miradas se encontraron. Una hora hacía que el mozo, soliatrio y aparte, reflexionaba y leía a su vez en los hermosos ojos de la señora Delaunay todos sus pensamientos. A su impaciencia primera había sucedido la tristeza. Se preguntaba si, en efecto, era una gazmoña o una coqueta, y cuanto más repasaba lo sucedido, cuanto más examinaba el semblante pensativo y tímido que tenía frente a él, más se sentía poseído de un cierto respeto. Preguntábase si su atrevimiento habría sido más grave que lo que él creía. Cuando Mme. Delaunay se le acercó, ya sabía él lo que iba a preguntarle. Quiso evitarla tal violencia; pero la vió tan trémula y hermosa, que prefirió dejarla hablar.

Toda confusa, se decidió por fin a explicarse. El femenino orgullo tenía que sufrir, en aquella circunstancia, una ruda prueba. Había de demostrar que era sensible, pero sin dejarlo ver; había de decir que lo comprendió todo, pero como si nada hubiera comprendido, y había, en fin, de confesar lo último que confiesa una mujer: ¡que le temía! ¡Y era tan pueril la causa de aquel temor! Desde sus primeras palabras, Mme. Delaunay comprendió que no tenía otro medio de no parecer débil ni gazmoña, coqueta ni ridícula, sino siendo sincera. Habló, pues, y todo lo que dijo podía reducirse a esto: "Alejáos; tengo miedo de amaros."

Cuando calló, Valentín la miró con sorpresa, disgusto y placer indecible a la vez.

No sé por qué se llenó de orgullo. Siempre se apresura el corazón cuando llaman a él. Abría los labios para responder, y cien respuestas se le ocurrían a un tiempo. Ante la presencia de la mujer que así le hablaba, se embriagaba de emoción. Quería decirle que la amaba, quería prometerla obediencia, quería jurarla que jamás se separaría de ella, quería mostrarle su gratitud por la felicidad que le daba, quería hablarla de su dolor; en fin, mil ideas contradictorias, mil tormentos y mil delicias se agolpaban en su alma, y, sobre todo esto, se hallaba a punto de exclamar, muy a pesar suyo: "¡Pero me amáis!"

Mientras tanto, en el salón bailaban un galop, muy de moda en 1825; se habían lanzado algunas parejas, que iban dando

la vuelta al salón. La viuda, esperando aún la respuesta de Valentín, se levantó. Una extraña tentación se apoderó de éste al ver pasar la vertiginosa y alegre caravana.

—¡Pues bien, sí, — dijo, — o juro que ésta será la última vez que me veáis!

Y diciendo así, rodeó con su brazo el talle de Mme. Delaunay. Sus ojos parecían decir: "Por esta vez, seamos aún amigos, imitémosles."

Ella se dejó llevar sin decir palabra, y pronto, como dos pájaros, volaron al compás de la música.

Ya era tarde y estaba el salón casi vacío, aunque en las mesas de juego había gran animación, y es que como el comedor del notario comunicaba con el salón y a aqqellas horas se hallaba completamente desierto, las parejas llegaban hasta él y daban la vuelta a la mesa para volver de nuevo al salón. Y sucedió que cuando Valentín y la señora Delaunay pasaron a su vez al comedor, nadie los seguía, y de pronto, sin pensarlo, se encontraron bailando a solas. Una rápida mirada alrededor, convenció a Valentín de que ningún espejo ni puerta podía traicionarle, y estrechando a la viudita contra su corazón, sin decirle nada, puso los labios en sus hombros desnudos.

El menor grito escapado a madame Delaunay habría causado un escándalo afrentoso. Afortunadamente para el atrevido, su pareja se mostró prudente; pero no pudo mostrarse también con fortaleza, y falta de fuerzas se hubiera caído si él no la hubiera sostenido. Sostenida por él, se dirigió al salón, y al entrar se detuvo, pudiendo apenas respirar, apoyada en su brazo. ¡Qué no hubiera dado él por contar los latidos de aquel corazón trémulo! Pero la música cesaba, era preciso partir, y madame Delaunay no quiso responder a lo que Valentín pudo aún decirla.

V

No se engañaba nuestro héroe al sospechar si abría juzgado demasiado propicia la amabilidad de la marquesa. Estando aún, al día siguiente, a medio despertar, entregáronle una carta concebida así, poco más o menos:

"Señor: No sé con qué derecho os habéis permitido escribirme en términos semejantes. De todos modos, es una burla o una impertinencia. Y os devuelvo esa carta que nunca habéis debido dirigirme."

Entregado todavía por entero a un recuerdo más vivo, apenas se acordaba Valentín de la declaración que enviara a madame De Parnes. Dos o tres veces leyó la carta antes de lograr comprender claramente su sentido. Avergonzado al pronto de ella, buscaba en vano qué responder. Se levantó, y frotándose los ojos discurrió con mayor claridad. Parecióle que aquel lenguaje no era el de una dama ofendida. Madame Delaunay no se habría expresado así. Releyó la carta que le devolvía la marquesa, y no encontró en ella nada merecedor de tanta cólera. Era una carta apasionada, desatinada quizá, pero sincera y respetuosa. La dejó sobre la mesa y se prometió no volver a ocuparse de ella.

Semejantes promesas no se cumplen mucho tiempo. La velada de la víspera había dejado en el alma de Valentín profunda huella, y acaso no hubiera vuelto a pensar en la carta, si ésta, en vez de ser severa, hubiera sido tierna, o simplemente cortés. Pero la cólera es contagiosa: comenzó por limpiar su navaja de afeitar con la carta de la marquesa, la rompió después y la tiró al suelo; en seguida quemó su declaración; luego se vistió, se paseó a grandes pasos por la estancia, pidió el desayuno y, siéndole imposible tomar bocado, tomó, en fin, su chambergo y se fué a casa de madame De Parnes.

Le dijeron que había salido, y queriendo averiguar si era cierto, respondió: "Está bien, ya lo sé", y atravesó el patio con decisión. El portero iba tras él cuando Valentín se encontró a la doncella. La abordó, la llevó aparte, y sin más preámbulo púsola un luis en la mano. Madame de Parnes estaba en casa. Convino con la sirvienta aparentar que nadie le había visto y que entró en un descuido. Se internó en la casa, atravesó el salón y halló a la marquesa sola en su alcoba.

Le pareció, todo hay que decirlo, mucho más pacífica que se mostraba en su carta.

No obstante, como podéis imaginar, le reprochó su conducta y le preguntó secamente cómo había llegado hasta allí. El la respondió, con naturalidad, que no había encontrado ningún criado para hacerse anunciar, y que venía a ofrecerla, humildemente, las más humildes excusas por su conducta.

—¿Y qué excusas podéis darme? — preguntó madame De Parnes.

La palabra "burla", consignada en la carta de la marquesa vino casualmente a la memoria de Valentín, y se le ocurrió tomar este pretexto para decir la verdad. Respondió, pues, que la insolente carta de que estaba quejosa la marquesa no había sido escrita para ella, y que sólo por error se la entregaran. Como vos pensaréis muy bien, no era fácil persuadirla de tal error.

—¿Es posible, — decía él, — escribir un nombre y una dirección por burla?

No de he explicaros yo por qué razón madame De Parnes creyó, o fingió creer, lo que Valentín la decía. Después, con más sinceridad que ella esperaba, contóla que estaba enamorado de una viudita; que dicha viudita, por la más rara casualidad, se parecía a la marquesa, que la veía con frecuencia, que la había visto el día antes, y, en una palabra, todo cuanto podía decir de la viuda, menos el nombre y ciertos pequeños detalles que ya comprenderéis.

No es cosa rara que un enamorado novicio se sirva de fábulas de este género para desahogar su pasión. Decir a una mujer que amamos en ella a otra que la es semejante en absoluto, no es en verdad, sino un medio novelesco que puede autorizarnos a hablarla de amor; mas, yo creo, se precisa para ello que la persona con la cual se emplean estratagemas parecidas, ponga un poco de buena voluntad. ¿Lo comprendió el

la marquesa? Lo ignoro. Más que el amor, había guiado a Valentín la propia vanidad herida; más que el amor, la propia vanidad halagada apaciguó a madame De Parnes; por ella acabó la marquesa misma haciendo a Valentín algunas preguntas sobre la viuda, y extrañada por al gran semejanza de que él la hablaba, le dijo que sentía curiosidad por verla con sus propios ojos.

—¿Qué edad tiene? — le preguntaba. — ¿Es más bajita o más alta que yo? ¿Es distingida? ¿Dónde se la ve? ¿No la conozco?

A todas estas preguntas Valentín respondía con la verdad hasta donde le era posible. Y en cada palabra, su sinceridad tenía la apariencia de una indirecta lisonja.

—No es ni más alta ni más baja que vos, — la decía; como voz, tiene un pie incompagentileza; como vos, tiene un pie incomparable; como vos, tiene unos ojos hermosos y ardientes. La conversación, mantenida en este tono, no disgustaba a la marquesa. Escuchándole siempre atentamente, pero con cierto indiferente descuido, se miraba al espejo de reojo. A decir verdad, aquella insinuante táctica causaba gran extrañeza a Valentín; no podía comprender aquella medio virtud y aquella medio hipocresía de una mujer que se ofendía por una palabra franca y lo permitía todo veladamente. Al ver las miradas que a sí misma se echaba en el espejo, sintió deseo de decírselo todo, el nombre de la viuda, la calle en que vivía y el beso que le dió en el baile,tomándose así completa revancha de la carta que le escribió la marquesa.

Una pregunta de ésta despejó el malhumor de Valentín. Preguntóle, con tono burlón, si podía decirla cuando menos el nombre de pila de la viuda.

—Julia, — replicó él rápidamente.

Había en su respuesta tan poca vacilación y tanta espontaneidad, que convenció a madame De Parnes.

—Un nombre muy bonito, — dijo.

Desde aquel instante la conversación decayó.

Entonces sucedió una cosa que acaso sea difícil de explicar y fácil de comprender. Cuando la marquesa creyó seriamente que aquella declaración que la ofendiera no era en realidad para ella, pareció sorprendida y casi contrariada. Fuese que la ligereza de Valentín amando a otra en ella le pareciese demasiado, fuese que se arrepintiera de haberse ofendido a destiempo, ello es que mostróse pensativa y, lo más extraño, coqueta y furiosa a la vez. Quería no haberle perdonado, y buscando un modo de reñir con Valentín, se sentó al tocador. Desató la cinta que la ceñía el cuello y volvió a atarla; pareció descontenta de su peinado, y tomó un peine; se erreglaba un bucle y se desarreglaba otro; al retocarse el moño se le cayó el peine, y, por recogerle, soltó el pelo, cuya hermosa mata negra le cubrió los hombros.

—¿Queréis que llame? — preguntó Valentín. — ¿Necesitáis que venga vuestra doncella?

—No vale la pena, — respondió la marquesa, hundiendo el peine en sus cabellos impacientemente. — No sé qué hacen mis criados. Deben haber salido todos, pues les prohibí esta mañana que dejasen entrar a nadie.

—En ese caso, — dijo Valentín, — he cometido una incorrección y me retiro.

Dió algunos pasos hacia la puerta, e iba a salir en efecto, cuando la marquesa, que volvió la espalda aparentando no haberle oído, le dijo:

—Dadme esa caja que está en la chimenea.

Valentín obedeció. La marquesa tomó la de la caja unas horquillas y dió fin a su tocado.

—A propósito, — le dijo, — ¿y el retrato que hicistéis?

—No sé dónde le tengo, — respondió Valentín; — ya aparecerá, y si me lo permitís, cuando le haya retocado os le daré.

Entró un criado con una carta que esperaba contestación. La marquesa se puso a escribir. Valentín se levantó y salió al jardín. Al pasar junto al pabellón, vió que la la puerta estaba abierta y que la doncella, que encontró al llegar, limpiaba los muebles. Curioso de examinar de cerca aquel misterioso retiro que se decía abandonado, entró. Al verle, la criada se puso a reir con ese aire protector que toma todo lacayo después de una confidencia. Era una joven bastante bonita. Se acercó a ella deliberadamente, y se dejó caer en un sillón.

—¿No viene aquí vuestra señora alguna vez? — preguntó como distraído.

La confidente pareció dudar la respuesta y siguió su limpieza; pero al pasar ante el moderno canapé de que creo ya haberos hablado, dijo a media voz:

—Aquí se sienta la señora.

—¿Y por qué, — repuso Valentín, — la señora dice que no viene aquí nnca?

—Señor, — respondió la criada, — es que el antiguo marqués, — no os mováis. — hizo de las suyas en este pabellón, que tiene mala fama en el barrio. Cuando oyen algazara aquí, suelen decir: "Será en el pabellón de Parnes". Por eso se guarda la señora.

—¿Y qué viene a hacer aquí la señora? — preguntó de nuevo Valentín.

Por toda respuesta, la confidente se encogió ligeramente de hombros, como diciendo: Poca cosa.

Valentín miró por la ventana si la marquesa seguía escribiendo. Mientras hablaba se había llevado la mano al bolsillo del chaleco; la casualidad quiso que en aquel momento estuviese en plena "vena de oro", y una curiosidad caprichosa le pasó por la imaginación; sacó un doble luis, que relucía maravillosamente al sol, y dijo a su cómplice:

—Escóndeme aquí.

Después de lo sucedido, dedujo la doncella que Valentín no era mal visto por su ama. Para entrar autoritariamente en la casa de una dama hace falta cierta seguridad de ser bien recibido, y cundo después de haberse internado por fuerza en sus habitaciones íntimas se pasa en ellas media hora, ya saben los criados a qué atenerse. Sin embargo, la proposición era arriesgada: esconderse para sorprender es una idea de ena-

morado, pero no de amante; por tentador que fuera el doble luis, no podía vencer el temor de ser despedia.

"Pero, después de todo, — pensó la criada, — cuando se está tan enamorado, no se está lejos de acabar en amante. ¿Quién sabe? ¡Quién sabe si en vez de despedirme me lo agradecerán!"

Así, pues, aceptó suspirando el doble luis, y riéndose mostró una gran alacena, donde se metió Valentín.

—¿Pero dónde estáis? — preguntaba la marquesa, que acababa de bajar al jardín.

La criada respondió que ínclaVt shrdlnn

La criada respondió que Valentín había salido por el saloncillo. Madame de Parnes miró a todas partes como para asegurarse de que se fué. Entró luego en el pabellón, echó una mirada y salió tras de haber cerrado la puerta con llave.

Acaso penséis, señora, que os hago un relato inverosímil. Conozco gentes de talento que sostendrían muy seriamente que cosas así no son posibles en este prosaico siglo, y que desde la Revolución nadie ha vuelto a esconderse en un pabellón. Para estos incrédulos no hay más que una respuesta: indudablemente, han olvidado aquellos tiempos en que estaban enamorados.

Valentín, al verse solo, pensó, como es natural, si se pasaría allí hasta el día siguiente. Cuando, después de haberlo examinado todo, consolas y tapices, hasta sacarlo brillo, quedó satisfecha su curiosidad hallóse con gran apetito ante un azucarero y una garrafa.

Ya os he dicho que la matinal epístola impidióle probar bocado; pero en aquel momeno no había motivo para hacer lo mismo. Se comió dos o tres terrones de azúcar y se acordó de aquel viejo aldeano que al preguntarle si le gustaban las mujeres, respondió: "Mucho me gusta una buena mora, pero más me gusta una buena chuleta." Pensaba Valentín en los festines de que, al decir de su cómplice, fuera testigo el pabellón; y a la vista de una gran mesa redonda que ocupaba el centro de la estancia, de buen grado hubiera evocado los espíritus presentes a los pequeños festines del difunto marqués.

"¡Oh, qué bien se estaría aquí, — decíase, — de tertulia en una noche estival, con las ventanas abiertas, cerradas las persianas, encendidas las luces y la mesa cervida! Dichoso tiempo aquel en que nuestros antepasados no tenían más que golpear con el pie en el suelo para hacer que apareciese una suculenta mesa."

Y diciendo así, golpeó Valentín con el pie pero nada le respondió más que el eco de la bóveda y la vibración de un arpa.

El ruido de una llave en la cerradura hízole volverse precipitadamente a su alacena. ¿Sería la marquesa o su doncella? Esta podía ponerle en libertad, o darle, al menos, un poco de pan.

¿Me acusaréis de novelero si os digo que Valentín no sabía en tal momento cuál de las dos deseaba que entrase?

Quien apareció fué la marquesa. ¿A qué venía? La curiosidad fué tan grande, que todo lo demás se desvaneció. Madame de Parnes acababa de levantarse de la mesa. Había hecho precisamente lo que Valentín estaba soñando. Abrió las ventanas, cerró las persianas y encendió dos bujías. Comenzaba a oscurecer. Dejó caer sobre la mesa un libro que traía, dió algunos pasos tarareando una canción y se acomodó en el canapé.

"¿A qué vendrá?", — se repetía Valentín.

Pese a la opinión de la criada, no podía por menos de creer que iba a descubrir algún misterio.

"¡Quién sabe! — pensaba; — acaso espera a alguien. ¡Bonito papel haría yo si llegase a venir un tercero!"

La marquesa abrió el libro al azar, volvió a cerrarle y pareció reflexionar. Valentín creyó advertir que miraba hacia la alacena. Por la rendija de la puerta seguía todos sus movimientos, cuando tuvo una extraña idea. ¿Habría hablado la criada? ¿Sabría la marquesa que estaba allí?

Esa es, diréis vos, una idea disparatada, y sobre todo muy poco verosímil. ¿Cómo suponer que después de su carta, advertida la marquesa de la presencia de Valentín, no le hubiera hecho poner en la puerta, o no le hubiera puesto ella misma, cuando menos?

Empiezo por deciros, señora, que yo he hecho la misma reflexión que vos; pero debo añadir, para tranquilidad de mi conciencia, que bajo ningún pretexto he de intentar poner en claro estas cosas. Hay quienes siempre lo creen todo posible, y quienes jamás creen posible nada: el deber de un historiador es relatar, dejando que cada cual se divierta en pensar lo que quiera.

Todo cuanto puedo decir es que evidentemente la declaración de Valentín había disgustado a madame De Parnes; que, probablemente, no había vuelto a ocuparse de él; que, según toda apariencia, le creía ausente; que aún más probablemente habría comido bien, y que venía a echar la siesta al pabellón; pero es lo cierto que comenzó por extender una pierna sobre el canapé y luego la otra; que reclinó la cabeza en un almohadón, cerrando los ojos dulcemente, y que después de esto me parece difícil no creer que se durmiera.

Sintió deseos Valentín de probar a hacerse pasar por un sueño, como dice Valmont. Empujó la puerta de la alacena, y un chirrido le hizo estremecerse; la marquesa abrió los ojos, se incorporó y miró en derredor. Como supondréis, Valentín no se movió. Y no habiendo vuelto a oir ni a ver nada, madame De Parnes se durmió de nuevo. Valentín avanzó en puntillas, y palpitante el corazón, sin casi respirar, llegó como Roberto el Diablo hasta la adormecida Isabela.

No es corriente reflexionar en tales circunstancias. Jamás madame De Parnes estuvo tan bella; sus entreabiertos labios parecían más rojos; un más vivo color pintaba sus mejillas, y su respiración, dulce y pausada, movía suavemente su seno alabastrino, cubierto de una blonda rutil. No más bello, del mármol de Carrara, saliera el Angel de la Noche bajo el cincel de Miguel Angel. De cierto, aun ofendida, una mujer

tan bella, sorprendida así, debe perdonar el deseo que inspira. Sin embargo, un ligero movimiento de la marquesa detuvo a Valentín. ¿Dormía? A pesar suyo, esta duda le acobardaba.

"¿Qué importa? — se dijo. — ¿Y si es un ardid? ¡Qué caprichosa locura! ¿Por qué ha de apagarse el amor al advertir que le corresponden? ¿Hay algo más claro y menos comprometido para una mujer que dejar adivinar el engaño? Si duerme ¿hay algo más bello que su sueño? Y si no duerme, ¿hay algo más encantador que su ficción?"

Mientras hacía estas reflexiones permanecía inmóvil; mas no podía por menos de imaginar un modo de saber la verdad. Dominado por esta idea, tomó un terrocinto e azúcar que aún quedaba, y escondiéndose tras la marquesa, lo dejó caer en la mano, sin que la marquesa hiciera el menor movimiento. Acercó una silla, primero suavemente, después haciendo ruido; tampoco fué advertido por la dama. Extendió el brazo hasta el libro que madame Parnes había dejado sobre la mesa, y lo dejó caer al suelo. Creyó que esta vez la había despertado, y se agazapó detrás del canapé; mas tampoco notó el menor movimiento. Entonces se levantó y, como la persiana entreabierta exponía a la marquesa al relente, cerróla con precaución.

Comprenderéis, señora, que yo no estaba en el pabellón, y desde el momento en que la persiana se cerró, me fué imposible ver nada más.

VI

NO hacía quince días de esto, cuando Valentín, al salir de casa de madame Delaunay, se dejó olvidado su pañuelo en un sillón. Madame Delaunay recogió el pañuelo, y, habiéndose fijado casualmente en la marca, vió una I y una P bordadas con toda delicadeza. Aquéllas no eran las iniciales de Valentín. ¿A quién pertenecía el pañuelo? El nombre de Isabel de Parnes no había llegado hasta la calle el Plato de Estaño, y, por consiguiente, la viuda se perdía en vanas conjeturas. Examinaba el pañuelo en todos sentidos, y miraba una punta y luego la otra, como esperando descubrir en alguna parte el verdadero nombre de su propietario. ¿Y a qué, me preguntaréis, tanta curiosidad por tan poca cosa? Con frecuencia se presta un pañuelo a un amigo que después lo pierde. Esto no quiere decir nada. ¿Qué tiene de extraordinario? A pesar de todo, madame Delaunay examinaba de cerca la fina batista, y su aspecto femenino la hacía mover la cabeza. Ella era muy entendida en bordados, y el dibujo de aquél le parecía demasiado fino para pertenecer a un hombre. Un imprevisto indicio la descubrió la verdad. Por los pliegues del pañuelo conoció que una de las puntas había sido anudada para servir de bolsillo, y vos sabéis que este modo de guardar el dinero no es propio más que de mujeres. Ante aquel descubrimiento palideció, y después de haber estado algún tiempo pensativa, con los ojos fijos en el pañuelo, tuvo que utilizarle para enjugarse una lágrima que corría por su mejilla.

¡Una lágrima, diréis, una lágrima ya!

Sí, señora; estaba llorando. ¿Qué había pasado? Voy a decíroslo; más para ello es preciso retroceder un poco.

Ha de saberse que dos días después del baile se presentó Valentín en casa de madame Delaunay. La madre abrióle la puerta y le respondió que su hija había salido. En cuanto a ésta, le había escrito una larga carta recordándole lo convenido en su última entrevista y suplicándole que no volviese a verla. Apelaba a su palabra, a su caballerosidad y a su amistad; pero ni se mostraba ofendida ni hacía alusión alguna a lo sucedido durante el galop. En una palabra; Valentín leyó su carta e cabo a cabo y no halló en ella nada corto ni excesivo. Sintióse conmovido, y acaso obedeciera, a no ser por la última frase. Verdad que esta última frase había sido borrada, pero tan a la ligera, que se leía perfectamente: "Adiós, decía la viuda al acabar su carta; que seáis dichoso."

¿Qué significa, señora, decir a un amante desterrado "que seáis dichoso"? ¿No es tanto como decirle: "yo no lo soy"?

Llegado el viernes, dudó Valentín si ir o no ir a casa del notario. A pesar de su poca edad y su poco juicio, no podía soportar la idea de ser molesto a nadie. No sabía qué decidir, cuando se repitió de nuevo: "¡Que seáis dichoso!"; y corrió a casa e M. Des Andelys.

¿Por qué estaba allí madame Delaunay? Cuando entró en el salón, nuestro héroe la vió poner una expresión harto significativa. Para quien juzgase por el gesto, había en él cierta coquetería; pero, en el fondo, nadie tan inocente y tan inexperta como madame Delaunay. Al advertir el peligro, pudo atreverse a intentar su defensa; pero no tenía las armas necesarias para resistir una lucha empeñada. Desconocía los hábiles manejos y los recursos, siempre a punto, con que una mujer experta sabe, en cada momento, atraer, alejar o tener a raya al amor. Y cuando Valentín la dió el beso en la mano, ella se dijo: "He aquí un hombre peligroso, de quien puedo llegar a enamorarme; debo dejarle inmediatamente." Pero al verle en casa del notario, ceñida la corbata, la sonrisa en los labios, entrando gallardamente con leve paso y acercándose a saludarla con un gracioso respeto, a pesar de su prohibición, la viuda se dijo: "He aquí un hombre más obstinado y más astuto que yo. No me siento capaz de luchar contra él, y quien sabe si me ama de veras, puesto que ha vuelto."

Esta vez no le negó la contradanza que le pidió. Desde las primeras palabras, Valentín vió en ella una gran resignación y una gran inquietud. En el fondo de aquella alma recta y tímida había cierto hatía de la vida, y aunque anhelando siempre el reposo, sentía el cansancio de su constante soledad. Su marido, M. Delaunay, muerto muy joven, no la tuvo un gran amor; más la tomó por ama de gobierno que por espo-

sa, y aunque no aportó dote alguna, al casarse con ella, hizo lo que se llama un matrimonio de conveniencia. Y así fueron la economía, el orden, la vigilancia, la estimación pública, la amistad de su marido, y, en fin, las virtudes domésticas lo único que madame Delaunay conocía en este mundo. Tenía Valentín, entre los invitados de M. Des Andelys, la reputación que tiene todo joven cuyo sastre es capaz de deslumbrar en la casa de un notario. No se hablaba de él más que como de un "elegante" cliente de Tortoni, y las damiselas y madaminas cuchicheaban entre sí las historias del gran mundo que le atribuían. En casa de una baronesa había entrado por una chimenea; desde un piso quinto, donnde vivía una duquesa, se había descolgado a la calle, por una ventana, sin hacerse el menor daño, etc., etc., y todo por amor.

Madame Delaunay tenía muy buen sentido para no prestar oído a semejantes naderías; pero quizás hubiera hecho mejor escuchándolas, que suponiéndoselas por algunas palabras sueltas oídas al azar. En este mundo todo es según el color del cristal con que se mira. Valentín llevaba de ventaja a madame Delaunay el conducirse como un colegial. Madame Delaunay esperaba que la pidiese perdón para reprocharle su presencia allí. Pero, como podéis suponeros, Valentín se guardó muy bien. Si, como ella le creía, hubiera sido un galán afortunado y experto en amores, acaso no hubiera logrado lo que deseaba, porque entonces ella le habría encontrado muy hábil y muy seguro de sí; pero como al acercarse a ella temblaba, tal prueba de amor, unida a cierto temblor por parte de ella, turbó a su vez a la viuda y aceleró su corazón. A todo esto, no hicieron la menor referencia a lo sucedido en el comedor del notario, y los dos parecían haberlo olvidado; pero cuando, al comenzar el galop, vino Valentín a invitar a la viuda, hubieron de acordarse por fuerza.

Me ha asegurado Valentín que no vió en su vida un rostro más bello que el de madame Delaunay, cuando la hizo tal invitación. Su frente y sus mejillas cubriéronse de un intenso rubor, y toda la sangre de sus venas se agolpó en torno a sus grandes ojos negros, como para avivar su llama. Intentó levantarse, pronta a aceptar; pero no se atrevió a hacerlo del todo y un ligero escalofrío la recorrió la nuca, que no estaba descotada como la otra vez. Valentín la estrechaba la mano dulcemente, como diciéndola: "No temáis ya nada; he comprendido que me amáis."

¿Habéis pensado alguna vez en la situación de una mujer que perdona un beso que le robaron? Desde el momento en que se propone olvidarlo, es casi como si lo concediese. Valentín se atrevió a reprochar su cólera a madame Delaunay; se dolió de su severidad y del apartamiento en que le tenía, hasta que acabó, no sin titubeos, hablándola de un jardincito situado a espaldas de su casa, lugar retirado entre espeso follaje, donde no podían penetrar indiscretas miradas. El rumor y la frescura de una cascada transparente protegerían sus palabras, y la soledad del rincón protegería su amor. Ningún ruido, ningún testigo, ningún peligro. Hablar de un lugar semejante en la mundanal inquietud, al compás de la música, y entre el torbellino de una fiesta, a una mujer joven y hermosa que os escucha sin aceptar ni rechazar, pero sonriendo y dejándoos que habléis... ¡ah, señora! hablar, así, de un lugar semejante, es acaso más dulce que hallarse en él.

Mientras Valentín se entregaba sin reservas, la viuda escuchaba sin reflexionar. De vez en cuando le oponía una pequeña objeción a sus deseos; de vez en cuando fingía no escucharle; mas si se le escapaba una palabra, le pedía, enrojeciendo, que la repitiese. Su mano, presa entre las de él, quería estar fría e inmóvil, pero abrasaba y se estremecía. La casualidad, que protege a los amantes, quiso que al pasar por el comedor volvieran a encontrarse a solas como la vez pasada. Valentín no pensó siquiera turbar el ensueño de su pareja, y , en lugar del deseo, madame Delaunay vió en él el amor.

¿Qué más deciros? Aquel respeto, aquella audacia, la estancia solitaria, el baile, la ocasión, todo se reunía para seducirla. Entornó los ojos, suspiró.... y no prometió nada.

He aquí, señora, por qué razón, madame Delauny rompió a llorar cuando se encontró el pañuelo de la marquesa.

VII

NO porque Valentín hubiera olvidado su pañuelo ha de creerse que no tuviese otro en el bolsillo.

Mientras lloraba madame Delaunay, nuestro amigo, que lo ignoraba, hallábase muy lejos de llorar. En un salonciito, recargado de tallas y dorados como una bombonera, hundido en un gran sillón de damasco violeta, después de haber comido bien, escuchaba la "Invitación al vals", de Weber, y, saboreando un excelente café contemplaba de vez en cuando el blanco cuello de madame De Parnes. Esta, en toda su hermosura, y excitada, como dice Hoffmann, por una taza de te bien azucarado tenía puesta su atención en sus divinas manos.

Hay que decir, en justicia, que tocaba con gran perfección, e ignoro quién merecía más elogios, si el sentimental compositor alemán, la inteligente pianista o el admirable clavecino de Erard, que transmitía en sonoras vibraciones da loble inspiración que le animaba.

Con la última nota levantóse Valentín, y, sacando un pañuelo de bolsillo, dijo:

—Tomad el pañuelo que me prestasteis, y muchas gracias.

La marquesa hizo exactamente lo mismo que hiciera Mme. Delaunay: examinar la marca, advirtiendo al tacto que aquel pañuelo era muy áspero para ella.

Aunque el pañuelo apenas estaba bordado, era lo bastante para denunciar su dueña a la marquesa, que también era muy entenda. Dió algunas vueltas al pañuelo, se lo acercó tímidamente a la nariz, volvió a mirarlo y se lo arrojó a Valentín, diciéndole:

—Os habéis engañado; lo que me dais

aquí pertenece a alguna doncella de vuestra madre.

Valentín, que sin darse cuenta había cambiado el pañuelo de Mme. De Parnes con el de Mme. Delaunay, reconoció el de ésta, y se sintió ofendido por las palabras de la marquesa.

—¿Por qué pertenece a una doncella? — preguntó.

Pero la marquesa se había vuelto al piano. Poco la importaba una rival que se sonaba en tela tan ordinaria. Reanudó el "presto" de su vals e hizo como si nada hubiera oído.

Aquella indiferencia molestó a Valentín. Dió unos pasos y tomó su sombrero.

—¿Pero a dónde vais? — preguntó madame de Parnes.

—A casa de mi madre, a devolver a su doncella el pañuelo que me ha prestado.

—¿Os dejaréis ver mañana? Tendremos música, y espero me hagais el placer de venir a comer.

—No. Mañana tengo mucho que hacer.

Valentín seguía acercándose a la puerta, sin decidirse a salir. La marquesa se levantó y fué hacia él.

—¡Qué raro sois! — le dijo. — ¡Os gustaría verme celosa!

—¿A mí? De ningún modo. Detesto los celos.

—Entonces, ¿a qué enfadaros porque este pañuelo me parezca digno de una criada? ¿Tenéis vos la culpa?? ¿La tengo yo?

—No me he enfadado por eso, y me parece muy natural.

Y al decir esto volvió la espalda. Madame de Parnes se adelantó sigilosamente, se apoderó del pañuelo de Mme. Delaunay y, acercándose a un ventana que estaba abierta, le arrojó a la calle.

—¿Qué hacéis? — exclamó Valentín.

Y se abalanzó para detenerla, pero ya era tarde.

—Quiero saber, — dijo riéndose la marquesa, — hasta qué punto le estimáis y si sois capaz de bajar a recogerle.

Dudó Valentín un momento y enrojeció de despecho. Hubiera querido vengarse de la marquesa con alguna réplica mordaz; pero, como siempre sucede, le ofuscaba la cólera. Madame de Parnes se echó a reir graciosamente. Valentín se caló el chapeo y salió diciendo:

—Voy a buscarle.

En efecto, durante algún tiempo estuvo buscándole. Pero un pañuelo que se pierde es recoido en seguida, y en vano Valentín recorrió la acera de punta a punta. La marquesa, desde su ventana, seguía, riéndose, viéndole lo que hacía. Cansado, al fin, y un poco avergonzado, se alejó sin levantar la cabeza, fingiendo no apercibirse de que le observaban. Pero al llegar a la esquina se volvió y vió a Mme. De Parnes, que ya no se reía y le seguía con los ojos.

Anduvo sin saber dónde ir, y máquinalmente tomó el camino de la calle del Plato de Estaño. Hacía una hermosa noche y el cielo estaba raso. La viuda, también en la ventana, había pasado el día tristemente.

—Necesito que me tranquilicéis, — le dijo en cuanto entró. — ¿De quién es un pañuelo que os habéis dejado aquí?

Gentes hay que, sabiendo engañar, no saben mentir. Ante aquella pregunta, Valentín se turbó evidentemente, y sin esperar su respuesta, madame Delaunay le dijo:

—Escuchadme. Ahora ya sabéis que os amo. Vos conocéis mucha gente, y yo, en cambio, no me trato con nadie. Tan imposible es para mí saber lo que hacéis, como fácil para vos conocer al detalle mis menores acciones, si éstas llegasen a preocuparos. Podéis engañarme cómoda e impunemente, puesto que no puedo vigilaros ni dejar de amaros. Pero acordaos, os ruego, de lo que voy a deciros: tarde o temprano, todo se sabe, y creedme que cuando esto sucede es muy triste.

—Valentín quiso interrumpirla; más ella le tomó la mano y prosiguió:

—No os he dicho bastante; no es muy triste, sino lo más triste de este mundo. Así como nada más dulce que recordar la felicidad, nada tan horrible como apercibirse de que la dicha pasada fué un engaño. Habéis pensado alguna vez lo que debe ser llegar a odiar a los que se ha querido? ¿Concebís nada más cruel? Reflexionad en ello, os lo aconsejo. Los que gustan de engañar a los demás, y se envanecen de ello, creen tener cierta superioridad sobre sus víctimas, superioridad bien fugaz, que ¿a qué conduce? Nada ta fácil como el mal. Un hombre, a vuestros años, puede engañar a su amante solamente por pasar el rato; pero, con el tiempo, la verdad se descubre, ¿y qué queda? Una pobre criatura engañada se cree amada y es dichosa; de vos ha hecho su único bien. ¡Pensad lo que la espera si hacéis que llegue a aborreceros!

La inocencia de aquellas palabras habían conmovido a Valentín hasta el fondo de su alma.

—Os amo, — la lijo; — no lo dudeis. No quiero a nadie más que a voz,

—Necesito creeros, — respondió la viuda, — y si dices la verdad, jamás volveremos a hablar de lo que hoy he sufrido. Pero dejadme aún añadir algo que me es absolutamente preciso deciros. Yo ví a mi padre cuando tenía sesenta años, descubrir de pronto que un amigo le había engañado en un negocio; encontró una carta en la que el mismo contaba su perfidia, y se envanecía de la triste habilidad que le había proporcionado algunos billetes de Banco, con perjuicio nuestro. Yo vi a mi pobre leyendo esa carta con la cabeza baja, estupefecto y abismado de dolor. Parecía tan avergonzado como si el mismo hubiera sido el culpable. Se enjugó una lágrima, arrojó la carta al fuego y luego exclamó "¡Cuán poca cosa son la vanidad y el interés! ¡Y qué horrible es perder un amigo!" Si vos hubieras estado allí Valentín, habrías hecho juramento de no engañar a nadie nunca.

Madame Delaunay, al decir esto, dejó correr algunas lágrimas. Valentín, sentado junto a ella, por toda respuesta la trajo hacia sí; ella reclinó la cabeza en su hombro, y sacando del bolsillo del delantal el pañuelo de la marquesa dijo:

—Es muy bonito y está muy bien bordado. ¿Me dejais que me quede con él? Su dueña no se apercibirá de lo que ha perdido. Cuando se tiene un pañuelo así, quedan muchos más. Y sólo tengo una docena, y no son una maravilla. Me devolvereis el mío, que os habeis llevado, y que no os dará ninguna honra. Pero yo me quedaré con este.

—¿Para qué — respandió Valentín, — si no habéis de usarle?

—Sí, amigo mío, para consolarme de habérmelo encontrado en este sillón; quiero enjugar con él mis lágrimas hasta que deje de llorar.

—¡Este beso las enjugará! — exclamó Valentín. Y tomando el pañuelo de Mme. De Parnes, le arrojó por la ventana.

VIII

ES indudablemente muy difícil que el hombre se conozca a sí mismo. Seis semanas habían transcurrido, y Valentín seguía sin saber a cual de sus amantes amaba más. A pesar de sus momentos de sinceridad y de los impulsos de su corazón, que le llevaba a lado de Mme. Delaunay, no podía resolverse a olvidar el camino de la Calzada de Antín. A pesar de la hermosura de Mme. De Parnes, de su talento, de su gracia y de todos cuantos placeres hallaba en la casa de ella, no podía renunciar al cuartito de la calle del Plato de Estaño.

El jardinillo de Valentín veía, una tras otra, a la viuda y a la marquesa, paseando del brazo del joven; y el murmullo de la cascada apagaba con su monotonía los juramentos repetidas y traicionados siempre con el mismo ardor. ¿Preciso será creer que la inconstancia goza de los mismos placeres que la fidelidad? Muchas veces, aún se oía alejarse el coche sin lacayos en que Mme. Parnes venía de incógnito, cuando Mme. Delaunay aprecía en la esquina, cubierta de un velo, encaminándose con temeroso paso a la casa de Valentín, que, escondido tras de su reja, sonreía a tales encuentros, y sin el menor remordimiento se entregaba al peligroso atractivo de la aventura.

Es cosa infalible que acaben amando el peligro los que se familiarizan con él. Expuesto siempre a ver su doble intriga descubierta por un azar cualquiera, sometido a la difícil situación del que constantemente ha rario amigo sentíase orgulloso de aquella extraña posición, y, después de haber acostumde mentir sin traiciones nunca, nuestro temebrado a ello su corazón, acostumbró también su vanidad. Los temores que antes le acobardaban, los escrúpulos que le detenían, llegaron a serle queridos. Regaló a sus dos amigas dos sortijas semejantes. Consiguió de Mme. Delaunay que en vez de su collar de oropel llevase una cadenilla de oro elejida por él, y le pareció divertido que la marquesa se pusiera el collar de oropel, lo que logró un día en que aquella iba de baile. Esta fué la mayor prueba de cariño que le dió la marquesa.

Madame Delaunay, ciega de amor, no podía creer en la inconstancia de Valentín. Pero había días en los que de pronto se le aparecía la verdad clara e erricusable. Entonces clamaba en reproches, se deshacía en lágrimas y quería morirse; pero una palabra de su amante la engañaba de nuevo, un apretón de manos la consolaba, y, tranquila y feliz, tornaba a su casa. Madame De Parnes, ciega de orgullo, no quería descubrir ni saber nada, y se decía:

"Será alguna antigua amante que no se atreverá a dejar."

Y no se dignaba relajarse pidiéndole un sacrificio. Tenía el amor por un pasatiempo, y los celos por una ridiculez. Además contaba con su belleza como un talismán al que nada podía resistirse.

Si recordáis, señora, el carácter de nuestro héroe, tal como intenté pintárosle en la primera página de esta historia, comprenderéis y acaso disculparéis su conducta, a pesar de cuanto tiene de justamente vituperable. El doble amor que sentía, o creía sentir, era, por así decirlo, la imagen de su vida entera. Buscando siempre los extremos y gustando a la vez los placeres del rico y del pobre, hallaba en aquellas dos mujeres el contraste que quería, y en un mismo día era realmente pobre y rico a la vez.

Si a la caída de la tarde, entre siete y ocho, hubiráis ido a la Avenida de los Campos Elíseos, habríais visto dos hermosos caballos tordos arrastrando suavemente, a trote corto, un cupé enguantado de seda, en cuyo fondo, bajo una gran pamela, una hermosa dama sonreía a un guapo mozo, recostado indolentemente junto a ella: eran Valentín y madame De Parnes, que se daban su paseo después de comer. Si por la mañana, a la salida del sol, hubirais llegado casualmente hasta el precioso bosque de Romainville, acaso, bajo el verde emparrado de un ventorrillo, habríais visto a dos enamorados hablando en voz baja o leyendo juntos a La Fontaine: eran Valentín y madame Delaunay, que habían paseado sobre el rociado césped.

¿Estuvisteis la otra noche en el gran baile de la Embajada austriaca? ¿Visteis en medio de un lucido corro de damas y damiselas una de arrogante hermosura, más cortejada y desdeñosa que las otras? ¿Visteis su turbante de oro, cuyas plumas se balanceaban como rosas que el céfiro moviera? La por todos admirada, la embellecida por su triunfo, la que, a pesar de todo, parece entregada a un ensueño, es la marquesa de Parnes. No lejos de ella, apoyado en una columna, Valentín la mira. Nadie conoce su secreto, nadie puede interpretar su mirada ni adivinar el gozo del amante. El reflejo de las arañas, el ruido de la música, los murmullos de los invitados, el perfume de las flores, todo le penetra, todo le transporta, y la radiante imagen de su amada le embriaga y le deslumbra. Hasta él mismo duda de su dicha y de que tan raro tesoro le pertenezca. En torno suyo oye decir: "¡Qué mujer! ¡Qué sonrisa! ¡Qué elegancia!..." Y en voz baja se repite estas palabras. Ha llegado la hora de la comida. Un joven oficial enrojece de orgullo al ofrecer el brazo a la marquesa. La rodean, la siguen y solicitan una palabra de sus labios, y ha sido entonces cuando al pasar junto a Valentín le ha dicho al oído:

"Hasta mañana". ¡Qué inefable dicha en aquellas palabras!

Sin embargo, al día siguiente, al anochecer, Valentín sube a tientas una escalera sin luz. Con gran trabajo consigue llegar llegar tercero, y llama suavemente a una puertecita. La puerta está abierta, y Valentín entra. Madame Delaunay, sola ante una mesa, trabaja esperándole. Valentín se sienta junto a ella; ella le mira, le toma una mano y le expresa su gratitud porque aún la quiere. Sólo una lámpara alumbra débilmente la pequeña estancia; pero bajo ella sonríe un rostro amigo, tranquilo y cariñoso. No hay para él testigos solícitos, ni alabanzas de admiración. Mas Valentín, no sólo no echa de menos el gran mundo, sino que se ha olvidado de él. La madre entra, se sienta en su sillón, y hasta que den las diez han de escuchar sus relatos de otros tiempos, acariciar el gato y despabilar la lámpara que se extingue. Algunas veces no hay más remedio que leerla un nuevo folletín, y Valentín, al bajar el libro para cortar las hojas, con su pie busca el de su amante. Otras veces hay que jugar con la anciana un piqué de a ochavo la ficha, cuidando no hacer un juego demasiado bueno.

Al salir de allí, Valentín regresa a pie. La noche anterior bebió champagne en la cena, tarareando el soniquete del último minueto. Esta noche escribe versos a su amiga, y por toda cena se bebe un tazón de leche. La marquesa, en tanto, está furiosa porque Valentín ha faltado a su palabra, y uno de sus soberbios lacayos de peluca empolvada le lleva una carta que trasciende a almizcle y está llena de tiernos reproches. Valentín ha roto el sobre. Madame de Parnes dice que viene. La ventana está abierta. Hace una hermosa noche. He aquí de nuevo a nuestro banal amigo convertido en gran señor.

De este modo, siendo en cada instante otro diferente, sabía, sin ser jamás sincero, decir la verdad, y el amante de la marquesa no era nunca el de la viuda.

—¿Y por qué elegir? — me decía un día en que, paseándonos juntos, trataba de justificarse. — ¿Por qué ha de ser necesario amar de un modo exclusivo? ¿Puede censurarse que a mi edad me haya enamorado de madame De Parnes? ¿No la admiran? ¿No la envidian? ¿No alaban su talento y sus encantos? El más sensato se apasiona por ella. Y por otra parte, ¿qué pueden reprocharme porque me haya prendado de la bondad, la ternura y el candor de madame Delaunay? ¿No es digno de constituir la alegría y la felicidad de un hombre? Aunque menos bella, ¿no sería, por sus cualidades, una amiga inapreciable? Y siendo como es, ¿habrá en el mundo una amante más encantadora? Encantadora? Entonces, ¿de qué soy culpable, queriendo a las dos, si cada una por sí merece que la quiera? ¿Y por qué no he de hacer feliz a una más que causando la infelicidad de la otra? ¿Por qué la dulce sonrisa que a mi presencia brota en los labios de la linda viuda ha de brotar a costa de una lágrima derramada por la marquesa? ¿Tienen ellas la culpa de que el destino me haya puesto en su camino, de que yo las haya acercado y de que ellas me hayan permitido amarlas? ¿Y por qué ha de merecer la una más que la otra mi preferencia o mi abandono? ¿Qué queréis que responda cuando madame Delaunay me dice que su vida entera me pertenece? ¿He de rechazarla, desengañándola y dejándola descorazonada y triste? Cuando madame De Parnes se sienta al piano para entregarse a la noble inspiración de su alma, cuando siento elevarse mi espíritu exaltado por el suyo, haciéndome disfrutar con s uafinidad los más exquisitos goces de la inteligencia, ¿he de decirla que se engaña y que es culpable un tan dulce placer? ¿He de cambiar en odio o en desprecio el recuerdo de estos ratos deliciosos? No, amigo mío; mentiría si dijese a una de las dos que no la quiero o que no la he querido; antes preferiría perderlas a la vez que elegir entre ellas.

Ya veis, señora, cómo el insensato hacía lo que todos. No pudiendo corregirse de su locura, pretendía darla una sensata apariencia. Pero ciertos días, a pesar suyo, su corazón se negaba a seguir representando aquel doble papel. Procuraba turbar lo menos posible la tranquilidad de madame De Parnes, cuyo orgullo, a pesar de todo, le obligaba a soportar más de un capricho.

—Esta mujer no tiene más que inteligencia y vanidad, — me decía de ella alguna vez.

También solía sucederle que, al dejar a madame de Parnes, la ingenuidad de la viuda le hacía sonreir, pareciéndole que ésta, a su vez, tenía muy poco talento y muy poco orgullo. Se lamentaba de su falta de libertad, y tan pronto le daba por renunciar a visitarlas, yéndose a comer solo en el campo, con un libro bajo el brazo, como maldecía cualquier casual circunstancia que hacía imposible concederle la entrevista que las pedía. En el fondo, madame Delaunay era su preferida; pero ni él mismo lo sabía, y esta rara incertidumbre quizá habría durado largo tiempo si una circunstancia, insignificante al parecer, no le hubiera iluminado de pronto sobre sus sentimientos verdaderos.

Coría el estío y las noches en el jardín eran deliciosas. Un día, al sentarse la marquesa en un banco rústico cercano a la cascada, se la ocurrió hallarle demasiado duro.

—Yo os regalaré un cojín, — dijo a Valentín.

A la mañana siguiente recibió una elegante "causeuse" acompañada de un precioso almohadón bordado, de parte de Mme. De Parnes.

Quizá recordéis que Mme. Delaunay era bordadora. Un mes hacía que Valentín la veía trabajar constantemente en una labor como aquella, cuyo dibujo le causara admiración, no porque tuviese nada de notable, pues era, según creo, una guirnalda de flores como la de todos los bordados del mundo, sino por el encanto de sus colores. Además, ¿qué hará una mano dorada que no nos parezca una obra maestra? Cien veces, por la noche, a la luz de la lámpara, había seguido Valentín con sus ojos los hábiles dedos de la viuda corriendo sobre el cañamazo. Cien veces, en medio de una conversación animada, había detenido sus ojos, contem-

plando a la amada con un religioso silencio, mientras ella contaba los puntos; y cien veces había interrumpido su labor, y, estrechando la mano fatigada, habíala infundido fuerzas con un beso.

Valentín ordenó que dejasen la "causeuse" en una salita que daba al jardín. Bajó luego a ver el regalo y al fijarse en el almohadón creyó reconocerle. Le cogió, le dió la vuelta, le dejó en su sitio y se preguntó dónde le habría visto antes.

"Estoy trascordado, — se dijo; — todos los cojines se parecen, y este no tiene nada de extraordinario."

Pero de pronto, una manchita que había en el fondo blanco atrajo su atención. Ya no cabía engaño. El mismo Valentín había echado aquella mancha, dejando caer una gota de tinta en la labor de Mme. Delaunay, una noche que estaba escribiendo junto a ella.

Como podéis pensar, aquel descubrimiento le sumió en una gran extrañeza.

"¿Es posible,— se preguntaba, — que pueda enviarme la marquesa un almohadón bordado por Mme. Delaunay?

Le examinó de nuevo.

"No hay duda; son las mismas flores y los colores mismos".

Reconoció su brillo y su manera de estar bordado. Lo palpó como para asegurarse de que no era víctima de una ilusión, y se quedó perplejo sin saber cómo explicarse lo que veía.

No necesito decir que hizo mil conjeturas a cual más inverosímiles. Ya suponía si la casualidad habría hecho que se encontrasen la viuda y la marquesa, y que, puestas de acuerdo, le enviasen aquel cojín para mostrarle que habían desenmascarado su perfidia; ya se decía si Mme de Delaunay habría sorprendido su conversación con la marquesa, y para avergonzarle cumpliría ella la promesa que la otra hiciera. De todos modos ya se veía abandonado por alguna de sus dos amantes, cuando menos. Después de haberse pasado una hora haciendo suposiciones, resolvió salir de aquella incertidumbre, y se dirigió a casa de Mme. Delaunay, que le recibió como de costumbre, y cuyo semblante no expresaba más que cierta extrañeza al verle allí tan de mañana.

Tranquilizado al pronto por aquella acogida, Valentín habló algún tiempo de cosas indiferentes; pero, dominado luego por la inquietud, preguntó a la viuda si había concluído su labor.

—Sí, — respondió ella

—¿Y dónde está? — prosiguió él.

Ante aquella pregunta, Mme. Delaunay enrojeció turbada.

—En la tienda, — respondió vivamente.

Inmediatamente se repuso y añadió:

Lo he llevado a que lo armen. Ya me lo traerán.

Si mucho se había sorprendido Valentín al reconocer el almohadón, se sorprendió mucho más cuando vió que la viuda se turbaba al hablarle de aquel. Sin atreverse a hacer nuevas preguntas, temiendo descubrirse, salió en seguida y se fué a casa de la marquesa. Pero esta visita aún le aclaró menos sus dudas. Al hablarle de la "causeuse", Mme. de Parnes, por toda respuesta, sonrió e hizo un ligero movimiento de cabeza, como diciéndole: "Encantada de que os haya gustado".

Nuestro inconstante amigo entró, pues, en su casa, menos inquieto, es cierto, que cuando salió, pero creyendo que había soñado. ¿Qué misterio o qué capricho del destino ocultaba aquel envío singular?

"Una borda un cojín y otra me lo regala; una se pasa un mes trabajando en su labor, y al acabarla pasa la otra a ser su propietaria; no se han visto jamás y las dos están de acuerdo para jugarme una mala pasada de la que se creen bien seguras."

Indudablemente, la cosa era para dar que pensar, y así Valentín buscaba de mil modos la clave del enigma que le atormentaba.

Examinando el almohadón, encontró las señas de la tienda en que lo habían comprado. Pegada en una punta había una etiqueta que decía: "A "El Padre de Familia", calle del Delfín."

En cuanto Valentín hubo leído estas palabras se creyó seguro de dar con la verdad. Corrió al almacén de "El Padre de Familia". y preguntó si aquella misma mañana habían vendido a cierta dama un almohadón bordado. Dibujó el adorno y en seguida lo reconocieron. A las preguntas que siguió para saber quién le había bordado, y de dónde provenía, le respondieron con gran reserva; no recordaban la bordadora; en el almacén había muchos objetos parecidos; en fin, no quisieron decirle nada.

A pesar de las vaguedades con que le respondió el comerciante, Valentín comprendió muy pronto que en todo ello había un misterio que no sospechaba, y que muchos ignoraban. Y es que hay en París un gran número de señoritas pobres que, aun cuando en sociedad aparenten cierto rango y hasta cierta distinción a veces, tienen que trabajar en secreto para poder vivir. Los comerciantes, de este modo, tienen hábiles obreras a poco coste. Más de una familia en cuya casa, no obstante, se dan tés y reuniones, viven estrechamente del trabajo de las hijas, que constantemente están con la aguja en la mano; pero, como no son lo bastante ricas para poder llevar las prendas que cosen, han de vender sus labores en tul para comprarse un humilde percal. Aquella que desciende de nobles antepasados y tiene un nombre y una cuna ilustres, se dedica a marcar pañuelos; esa que se muestra en el baile tan jovial, tan ligera y coqueta, mantiene a su madre haciendo flores de tela, y esta otra, de mejor posición, procura el modo de ganarse algo para los caprichos de su toaleta. Y los sombreros de fantasía y los saquitos bordados puestos en los escaparates y comprados al pasar, son la labor secreta, y a veces santa, de una mano desconocida. Pocos hombres se prestarían a esto, y antes preferirían su orgullosa pobreza. Pocas mujeres se niegan a ello cuando lo necesitan, y ninguna se avergüenza de hacerlo. Sucede tam-

bién que una de estas laboriosas damitas se encuentra con una amiga de la infancia sumida en la pobreza; como no puede socorrerla por sí, le revela su modo de vivir, la alienta, la cita casos semejantes, la recomienda en su almacén y la procura una pequeña clientela. Tres meses dspués la amiga vive contenta y, a su vez, presta el mismo servicio a una tercera. Estas cosas pasan todos los días sin que lo sepa nadie, afortunadamente, pues los que se avergüenzan del trabajo hallarían pronto el modo de deshonrar lo que hay de más honroso en este mundo.

—¿Cuánto tiempo, — preguntó Valentín, — hace falta, aproximadamente, para hacer un almohadón como el que os digo, y cuánto cobra por él la bordadora?

—Señor, — respondió el comerciante, — para hacer un almohadón así hacen falta cerca de dos meses, seis semanas, por lo menos. La bordadora pone la lana, ya se sabe, y, como es consiguiente, tanto como valga la lana, es dinero menos para ella. La lana inglesa, siendo buena, cuesta á diez francos la libra; el cañamazo y los madroños cuestan quince francos. Para ese almohadón hace falta libra y media o algo más de lana, y habrán pagado por él de cuarenta a cincuenta francos.

IX

CUANDO Valentín volvió a su casa, al halarse ante el almohadón, o que acababa de saber le produjo un efecto inesperado. Pensando que Mme. Delaunay había empleado seis semanas en bordarle para ganar los luises, y que Mme. De Parnes lo había comprado caprichosamente durante un paseo, sintió una emoción conmovedora. La diferencia entre el destino de las dos mujeres se mostraba ante sus ojos en aquel momento tan palpablemente, que no pudo por menos de entristecerse.

La idea de que la marquesa, que estaba al llegar, se sentase apoyándose en el almohadón y profanase con su brazo desnudo las huellas del llanto de la viuda, se le hizo insoportable. Cogió el almohadón y lo guardó en un armario.

"Que piense lo que quiera, — se dijo; — este almohadón me da lástima, y no puedo verle aquí".

Bien pronto llegó Mme. De Parnes, extrañándose de no ver allí su regalo.

En vez de inventar una excusa, Valentín respondió que no quería tenerlo allí y que jamás lo usaría. Pronunció estas palabras bruscamente y sin reflexionar lo que hacía.

—¿Y por qué? — preguntó la marquesa.

—Porque no me gusta.

—¿Cómo no os gusta? Esta misma mañana me habéis dicho lo contrario.

—Es posible, pero ahora, no. ¿Cuánto os ha costado?

—¡Qué pregunta! — dijo Mme. De Pornes; — ¿qué es lo que estáis pensando?

Ha de saberse que hacía unos días Valentín se enteró por la madre de Mme. Delaunay de que ésta se hallaba muy apurada. Su casero era un avaro que amenazaba al primer retraso, y la había dado un último plazo para pagarle su alquiler.

Valentín, sin poder hacerle una oferta que ella no le habría dejado acabar, no le quedó otro partido que ocultar su inquietud. Por lo que había dicho el dependiente de "El Padre de Familia", era probable que el producto del almohadón no hubiese bastado para sacar a la viuda de su apuro. La marquesa no tenía culpa de ello; pero el espíritu humano es a veces tan absurdo, que Valentín llegó casi a creer que Mme. De Parnes había fijado el módico precio de su compra, y sin fijarse en la inconveniencia de su pregunta, dijo amargamente:

—Os ha costado cuarenta o cincuenta francos, y ¿sabéis cuánto tiempo han empleado en él?

—Lo sé y tanto más, — respondió la marquesa, — puesto que lo he hecho yo misma.

—¿Vos?

—Yo, y para vos. He tardado quince días. Ya véis si me la debéis agradecer.

—¿Quince días? ¡Se necesitan dos meses, y dos meses de trabajo asiduo, para una labor semejante! Si vos la emprendierais, lo menos tardaríais seis meses en acabrla.

—Me parece que estáis muy enterado de estas cosas. ¿A quién se debe vuestra experiencia?

—A una bordadora que conozco, y que, en verdad, no se equivoca.

—¡Pues bien, esa bordadora no os lo ha dicho todo! No sabéis que en estas labores lo más importante son las flores, y que venden cañamazos ya preparados con el fondo relleno; así queda por hacer lo más difícil; pero ya está hecho lo más pesado y aburridor. Comprando de este modo, mi cojín no me ha costado cuarenta francos ni mucho menos, pues el fondo no vale nada por ser labor mecánica para la que no hacen falta más que la lana y las manos.

Lo de "labor mecánica" desagradó a Valentín.

—Por eso no me gusta, — replicó; —pero ni el fondo ni las flores son obra vuestra.

—¿Pues de quién? ¿Acaso de la bordadora que conocéis?

—Acaso.

La marquesa pareció dudar un momento entre la cólera y la risa. Optó por la última y exclamó riéndose:

—Decidme, pues, os lo ruego; decidme, pues el nombre de la misteriosa amiga que os tiene tan bien informado.

—Julia, — respondió Valentín.

Su expresión y el tono de su voz, recordaron de pronto a Mme. De Parnes que aquel día en que la habló de una viuda a quien amaba, pronunció el mismo nombre. Y, como entonces, el acento de verdad con que la respondiera desconcertó a la marquesa. Vagamente recordaba la historia de aquella viuda, tomada entonces como pretexto para hablar; pero, así repetido, aquel nombre le pareció el de una seria rival.

—Si lo que me decís es una confidencia, — repuso, — no es galante ni correcta.

Valentín no respondió. Comprendía que su primer impulso le había llevado demasiado lejos, y empezaba a reflexionar. A su vez la marquesa guardó silencio durante algún tiempo. Esperaba una explicación; pero Valentín pensaba en el modo de eludirla. Al fin, cuando él, decidiéndose a hablar iba quizá a retractarse, la marquesa, agotada su paciencia, se levantó bruscamente.

—Esto, ¿es una querella o una ruptura? — le preguntó en tan violento tono, que Valentín no pudo conservar su sangre fría.

—Lo que queráis, — respondió.

—Muy bien, — dijo la marquesa, y salió.

Pero a los cinco minutos llamaron a la puerta.

Abrió Valentín, y hallóse a la marquesa, pálida y demudada bajo su mantilla, y apoyada en la pared con los brazos cruzados. Tenía una intensa palidez y parecía pronta a caer desvanecida. La tomó en sus brazos, la sentó y procuró tranquilizarla. Pidióla perdón por su mal humor, rogóla que olvidase aquella enojosa escena, y se acusó de un acceso de irritabilidad sin causa alguna.

—No sé qué me pasaba, — la dijo. —Una mala noticia que he tenido me ha irritado. Sin motivo ninguno os he buscado disputa. No penséis nunca en lo que os he dicho, sino como en un momento de locura por mi parte.

—No hablemos más, — dijo la marquesa vuelta en sí, — y traedme el almohadón.

Valentín obedeció de mala gana. Mme. De Parnes tiró el cojín al suelo y puso los pies encima. Aquello, como podéis suponer, no fué agradable a Valentín. Frunció el entrecejo, a su pesar, y se dijo que después de todo se había prestado por debilidad a una comedia de mujer.

No sé si tenía razón y tampoco sé por qué pueril obstinación quiso la marquesa obtener aquel pequeño triunfo a toda costa. No es la primera vez que una mujer, y una mujer espiritual, se ha negado a someterse en ocasión semejante; pero puede suceder que la salgan mal sus cálculos, y que el hombre, después de obedecer, se arrepienta de su complacencia, porque cuando el orgullo se interpone, lo pueril se convierte en grave, y surge la discordia por menos de un almohadón bordado.

Mientras Mme. De Parnes, recobrando su gracia, no trataba de disimular su alegría, Valentín no quitaba sus ojos del cojín que, a decir verdad, no se había hecho para servir de taburete. Contra su costumbre, la marquesa había venido a pie, y el almohadón, rechazado en seguida hasta el centro de la estancia, mostraba las huellas polvorientas del brodequín que las marcara. Valentín levantó el almohadón, lo sacudió y lo puso en un sillón.

—¿Volvemos a pelearnos? — dijo sonriendo la marquesa. — Creí que ya me dejabais hacer y que la paz estaba firmada.

—¿Por qué manchais ese almohadón, que es blanco?

—Por usarle, y cuando se ensucie, Mlle. Julia nos hará otros como él.

—Escuchad, señora marquesa, — dijo Valentín. — Comprenderéis muy bien que no soy tan tonto que conceda importancia a un capricho ni a una bagatela semejante. Si en verdad existe algún motivo que vos ignoráis, para que me disguste lo que acabáis de hacer, lo más prudente es que no pretendáis profundizar. Yo no quiero saber si vuestro repentino desvanecimiento ha sido real o fingido; pero ya que habéis conseguido lo que deseabais, no intentéis seguir adelante.

—Comprenderéis, — respondió Mme. De Parnes, — que tampoco yo soy tan tonta que conceda a esta bagatela más importancia que vos; y si he insistido, también comprenderéis que ha sido porque deseaba saber hasta qué punto es esto una bagatela.

—Sea; mas para responderos necesito saber si os impulsa el orgullo o el amor.

—Lo uno y lo otro. Aun no sabéis quién soy yo. La ligereza de mi conducta con vos os ha hecho formar de mí una opinión que no quiero quitaros, porque sé que a nadie se la diréis. Pensad de mí como queráis, y sedme infiel si ello os place, pero guardáos de ofenderme.

—Acaso sea el orgullo lo que ahora os hace hablar así, pero confesad que no es el amor.

—No lo sé. Es cierto que sólo por desdén no soy celosa. Como solamente reconozco en monsieur de Parnes el derecho a vigilarme, tampoco pretendo vigilar a nadie. Mas, ¿cómo os habéis atrevido a repetirme por dos veces un nombre que debisteis callar?

—¿Por qué callarle cuando me lo preguntastéis? Ese nombre no tiene por qué avergonzar a la persona a quien pertenece ni a la que lo pronuncia.

—¡Pues bien! Acabemos. Decídle de una vez.

Valentín dudó un momento.

—No, — respondió, — no lo diré, por respeto a quien lo lleva.

Al oir esto la marquesa se levantó, se arregló la mantilla, y dijo con un tono glacial:

—El coche debe estar esperándome. Acompañadme hasta él.

X

La marquesa de Parnes, más que orgullosa era altanera. Acostumbrada desde niña a ver satisfechos todos sus caprichos, abandonada por su marido, mimada por su tía y adulada por cuantos la rodeaban, su único consejero, en medio de una libertad tan peligrosa, era esta altivez nativa que triunfaba hasta de sus pasiones. Al llegar a su casa rompió a llorar amargamente. Prohibió que entrase nadie, y se puso a reflexionar lo que debía hacer, resuelta a no sufrir más.

Cuando al día siguiente fué Valentín a ver a Mme. Delaunay, le pareció notar que le seguían. Así era, en efecto, y bien pronto supo la marquesa quién era la viuda, cómo se llamaba, dónde vivía y las frecuentes visitas que le hacía Valentín. No le bastó saberlo y quiso verlo por sí misma, para lo que se sir-

vió de un medio que, aunque puede parecer un poco inverosímil, la dió el resultado que buscaba.

A las siete de la mañana llamó a su doncella y la hijo traer un traje de percal, un delantal, un pañuelo de algodón y un gorro blanco, cuyos anchos volantes ocultasen su rostro lo más posible. Así disfrazada, con un cestillo al brazo, dirigióse al Mercado de los Inocentes. Era la hora en que Mme. Delaunay solía ir a él, y la marquesa no tuvo que esperar mucho tiempo. Sabiendo que la viuda se parecía a ella, bien pronto apercibió comprando cerezas ante un puesto de frutas, una joven de su misma estatura, ojos negros y maneras humildes. Se acercó a ella.

—¿Es a Mme. Delaunay a quien tengo el honor de hablar?

—Sí, señorita. ¿Qué me queréis?

La marquesa no respondió. Satisfecha su curiosidad, poco la importaba dejar perpleja a la viuda. Echó a ésta una mirada rápida y curiosa, la examinó de pies a cabeza, dió media vuelta, y desapareció.

Valentín no había vuelto a casa de Mme. De Parnes, cuando recibió de ésta una invitación impresa para un baile, al que creyó debía ir por cortesía. Al entrar quedó sorprendido, viendo que no había más que una ventana iluminada. La marquesa estaba sola y le esperaba.

—Perdonadme, — le dijo, — la estratagema que he empleado para haceros venir. Crí que no me responderíois si os escribía pidiendoos un cuarto de hora para hablar, y necesito deciros algo, a lo que os ruego me respondáis sinceramente.

Valentín, incapaz de guardar rencor a nadie, y en el que todo resentimiento nacía y moría con igual facilidad, quiso dar a la conversación un tono jovial, y comenzó a bromear sobre el supuesto baile.

Ella le cortó la palabra, diciendo:

—He conocido a Mme. Delaunay. No os asustéis, — añadió viendo cambiar de cara a Valentín. — La he visto sin que sepa quién era yo, y de modo que no pueda reconocerme. Es guapa, y en verdad se parece un poco a mí. Habladme francamente: ¿la amabais ya cuando me enviastéis aquella carta que habíais escrito para ella?

Valentín dudaba.

—Hablad, hablad sin miedo, — dijo la marquesa. — Será el único modo de probarme que me estimáis en algo.

Pronunció estas palabras con tanta tristeza, que Valentín se conmovió. Se sentó junto a ella y la contó fielmente cuanto había pasado en su corazón.

—Ya la quería entonces, — dijo para acabar, — y todavía la quiero. Esta es la verdad.

—Todo ha terminado entre nosotros, — respondió la marquesa, levantándose.

Se acercó a un espejo, se miró satisfecha de sí misma, y continuó:

—Por vos he cometido la única culpa de mi vida en que no he pensado en nada. No me arrepiento; pero quisiera no ser yo la única para recordarlo.

Se quitó la sortija, con una gema engarzada en oro, y dándosela a Valentín le dijo:

—Tomad, llevadla en recuerdo de mi amor. Esta piedra parece una lágrima.

Y al ofrecerle su sortija, quiso Valentín besarla la mano.

—Cuidado, — dijo ella; — pensad que conozco a vuestra amante; no lo olvidemos tan pronto.

—¡Ah! — respondió Valentín. — A ella la amo todavía, pero sé que a vos os amaré siempre.

—Lo creo, — replicó la marquesa. — Y acaso por eso me voy mañana a Holanda para reunirme con mi marido.

—Os seguiré, — exclamó Valentín; — no lo dudéis. Si dejis Francia, saldré al mismo tiempo que vos.

—Os libraréis muy bien. Eso sería perderme. En vano intentaríais volver a verme.

—Nada me importa. Aunque hubiera de seguiros a diez leguas de distancia, así os probaré cuando menos la sinceridad de mi amor, y a pesar vuestro tendréis que creer en él.

—Pero si creo en él, os lo aseguro, —respondió Mme. De Parnes, con una maliciosa sonrisa. — Adios, pues, y no hagais locura tal.

Tendió la mano a Valentín y entreabrió, para retirarse, la puerta de su alcóba.

—No hagáis esa locura, — añadió en ligero tono; y si por casualidad lo hacéis, escribidme unas letras a Bruselas, porque desde allí se puede variar el rumbo.

La puerta se cerró tras de aquellas palabras, y Valentín, al verse solo, salió en la mayor turbación.

No pudo dormir en toda la noche, y al amanecer del día siguiente aun no había tomado partido alguno sobre la conducta que había de seguir. Una carta bastante triste de Mme. Delaunay, que recibió muy temprano, le conmovió sin decidirle. Ante la idea de dejar a la viuda, se le desgarraba el corazón; pero ante la de seguir en posta a la audaz y coqueta marquesa, se estremecía de deseo. Mirando el horizonte, le parecía oír el estrépito de las ruedas y cascabeles, y todas las locas aventuras del pasado acudían a su memoria. ¿Qué os diré yo? Pensaba en Italia, en el placer, en el escándalo de pasar el Lauzun disfrazado de postillón. Y, por otra parte, su imaginación inquieta recordaba los temores que una noche le confesara ingenuamente Mme. Delaunay. ¡Qu triste porvenir iba a dejarla. Y se repetía las palabras de la viuda: "¿Tendré que aborreceros algún día?"

Pasó todo el día encerrado y agotados todos los caprichos y fantásticos proyectos de su imaginación, se decía: "¿Pero qué es lo que quiero? Si he elegido voluntariamente entre estas dos mujeres, ¿a qué esta incertidumbre? Y si quiero igualmente a las dos, ¿por qué me he puesto voluntariamente también, en el caso de tener que renunciar a la una o a la otra? ¿Soy un loco? ¿Tengo mis razones? ¿Soy pérfido o sincero? ¿Me falta valor o me falta cariño?"

Sentóse a la mesa y cogiendo el dibujo que

en otra ocasión hiciera, consideró atentamente aquel retrato infiel que se parecía a sus dos amantes. Todo cuanto le había pasado en aquellos dos meses, acudió a su mente; el pabellón y el sotabanco, el traje de indiana y el blanco descote, las grandes cenas y los pequeños desayunos, el piano y la aguja de hacer punto, los dos pañuelos, el almohadón bordado, todo, en fin, lo recordó. Y cada instante de su vida, le daba un consejo diferente.

"No, — se dijo al fin, — no es entre dos mujeres donde tengo que escoger, sino entre dos caminos que he querido seguir a la vez que no podían conducir al mismo fin: la una es la alegría y el placer; la otra es el amor. ¿Cuál debo elegir? ¿Cuál conduce a la dicha?"

Ya os dije al comenzar mi relato que Valentín tenía una madre a la que amaba tiernamente. La madre entró en su cuarto estando él sumido en sus pensamientos.

—Hijo mío, — le dijo, — esta mañana te he visto triste. ¿Qué tienes? ¿Puedo servirte de algo? ¿Necesitas algún dinero? Si no me es posible hacer nada por tí, al menos debo saber tus penas y consolarte.

—Gracias, madre, — respondió Valentín. — Pensaba emprender un viaje y me preguntaba qué nos hace más felices, si el amor o el placer, y había olvidado la amistad. No saldré de mi patria y no quiero abrir mi corazón más que a la única mujer que merezca compartirle conmigo.

ALFRED DE MUSSET.

A LAS PUERTAS DEL CIELO

San Pedro: — ¿Donde colocaré a este bienaventurado? Es mujer, pero parece un hombre.

Todopoderoso: — ¡Al Purgatorio, que no es ni Paraíso ni Infierno.

Señora:

EL DIARIO

(Edición de los jueves)

le dará a Vd. la clave para vestir con elegancia.

Presenta, en colores, creaciones exclusivas de la moda y descripciones que le facilitarán su confección en el hogar.

Compre a su vendedor

EL DIARIO

(Edición de los jueves)

o pídalo con el cupón que aparece en la página 73.

UN RAPTO A LA MODERNA

El: -- Entonces queda convenido, adorada mía, que yo la raptaré este noche a las doce. ¿Podrá usted preparar su equipaje sin que la molesten?

Ella: -- ¡Sí, adorado mío.. mamá y papá han prometido ayudarme!

La primera de todas

SE considera que es Cristóbal Lathan Sholes el padre de la máquina de escribir. Había nacido en Milwaukee (Estados Unidos. En 1867 produjo el primer modelo. Sholes era un hombre muy hábil. Tenía ya cierta fama como inventor antes de inventar la máquina de escribir. Había sido impresor, editor, director de diarios, administrador de Correos y hasta diputado.

Entonces publicaba Sholes un diario cuyas oficinas estaban encima de la oficina de telégrafos de la población. Un día bajó Sholes al telégrafo y pidió al oficial de guardia una hoja de papel carbónico.

En aquellos días, el papel carbónico era algo extraordinario, por lo que el oficial le preguntó para qué la quería.

Sholes contestó en tono misterioso:

—Suba mañana a mi oficina y entonces lo sabrá usted.

Al día siguiente subió al diario el oficial de telégrafos. Sholes le mostró un extraño aparato con un tablero de madera, un viejo teclado telegráfico, una lámina de cristal y otras varias piezas.

Tomó Sholes la hoja de papel carbónico y una hoja de las otras y las deslizó dentro de la máquina contra la pieza de cristal. Al tiempo que movía muy despacio la hoja de papel con una mano, con la otra tecleaba en el teclado telegráfico.

En la primera máquina, el teclado parecía el de un piano. Por lo demás, era bastante parecida a las máquinas modernas.

* * * *

Los que nacen en Italia

ES Italia uno de los países más fecundos de Europa, habiendo disminuído muy poco su coeficiente de natalidad, cuando en algunas potencias se presenta con síntomas alarmantes. Según las recientes estadísticas, en 1922 existía una proporción de 30,2 por cada 1.000 habitantes, aunque dicha proporción resulta muy diferente de una región a otra.

La parte que da una cifra más elevada es la meridional: Basilicato, 39; Ponille, 37,4; Calabria, 36,6; Abruzzos, 35,2; Camponia, 34,1; Venecia, 34,7. Después viene Cerdeña, 32,2 por 1.000, y las provincias centrales: Ombría, 32,5 por 1.000; Lacicun, 30,8; Toscana, 29,9; Emilia, 29,0; Sicilia, 28,8; Lombardía, 25,2. El menor corresponde al Piamonte, con 28,8, y a la Liguria, con 19,9, natalidad que iguala a la de los estados vecinos, Francia y Suiza

* * * *

El caballo de vapor

ANTES de que fuera inventado el motor a vapor, todas las máquinas de las fábricas inglesas eran movidas mediante unas grandes norias a las que hacían dar vueltas los caballos.

Conocidas las ventajas del vapor, éste llegó a ser el único motor empleado allí donde no podía disponerse de una corriente de agua bastante poderosa y los industriales que lo adoptaron impusieron a los mecánicos la condición expresa de que las nuevas máquinas produjesen el mismo trabajo que el número de caballos enganchados a las norias que se trataba de reemplazar.

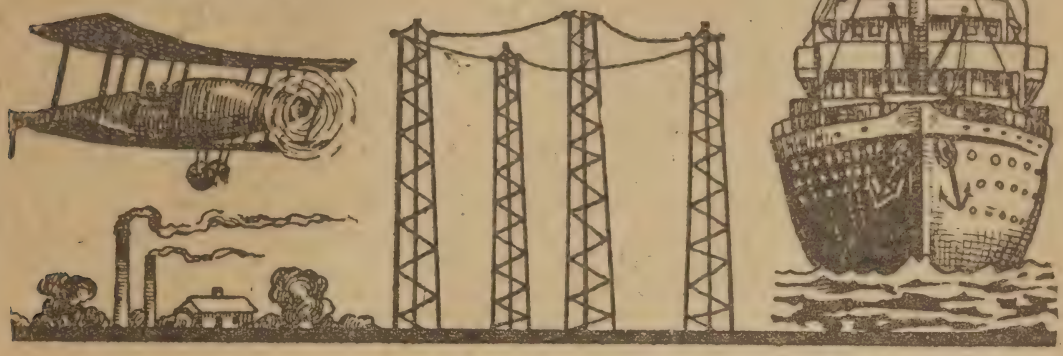
La fuerza del caballo fué así tomada como cantidad de base y comparación, y sirvió de unidad en la valuación de la fuerza de las máquinas de vapor.

Esta unidad, este "caballo de vapor", como se le llamaba, parece que fué creado, en el siglo XVII, por el capitán Tomás Savery, y su uso se introdujo en toda Europa a medida que fueron extendiéndose los motores de vapor.

Pero hay que hacer notar que esta unidad no constituye más que una simple cantidad convencional muy superior a su valor nominal.

TODAS PARTES

POR:



En los boletos de tranvía

EN Marsella se ha verificado, en los tranvías, una innovación, que no consiste en la subida de precio de ningún trayecto, novedad esta que ha casi ha dejado de serlo, a fuerza de repetirse, desde la época de la guerra mundial.

La modificación de que se trata ofrece más originalidad, y no resulta desventajosa para el público, por extraño que parezca. Consiste en haber suprimido los avisos comerciales al dorso de los boletos, para sustituirlos con la reproducción de pensamientos de Pascal, de Montaigne, de Tartempion y de otros grandes hombres.

El pasajero que mira el reverso del boleto con ánimo de leer algún aviso de productos alimenticios o alcohólicos, se encuentra con algún aforismo como éste: "Los muertos se burlan de la calumnia; pero ésta puede matar a los vivos".

La idea de utilizar de ese modo la pequeña superficie de los boletos no es mala pero aún queda la cara en que van estampados el precio, la numeración y otros detalles y tal vez algunas empresas de transporte de viajeros la utilicen para la impresión de un interesante y breve cuento en una serie de boletos. Entonces podría darse el caso de que cualquier viajero adquiriese, además del boleto para efectuar el recorrido que se propusiera, los siguientes, en que estuviese contenido el resto de la narración que le hubiera gustado.

Además, surgiría de fijo la industria de los coleccionistas de boletos.

* * * *

Altos empleados negros

HA publicado un diario de Chicago una estadística de cómo viven y se desarrollan los negros de la América del Norte, denotando cuán rápidamente van adueñándose de todos los empleos importantes, porque logran imponerse con su actividad y su inteligencia en los sitios más significativos y remuneradores.

Véase, pues, la estadística siguiente: Hay, directores de empresas diversas, 20.000 negros; artistas dramáticos de ambos sexos, 2.000; arquitectos, 50, entre los que figuran tres mujeres; pintores, escultores y profesores de bellas artes, 259 (108 mujeres); escritores y periodistas, 315 (44 mujeres); sacerdotes de distintos cultos, 19.671 (288 mujeres; farmacéuticos, 207 (con ocho mujeres); profesores de Universidades, 1.063 (496 mujeres); dentistas, 1.109 (con 35 mujeres); dibujantes, 145 (35 mujeres); abogados y jueces, 945; músicos y profesores de orquesta, 3.752; fotógrafos, 507; médicos y cirujanos, 3.430; ingenieros, 184; enfermeros, 3.199 y 142 enfermeras.

* * * *

Los primeros órganos

EL primer órgano de que hablan los escritores de la antigñedad es el que Ctesibius de Alejandría inventó ciento treinta años antes de la Era Cristiana, y que recibió el nombre de "hidraulis" porque su fuelle era movido por la presión del agua.

Tenía ese instrumento un teclado, lengüetas para abrir y cerrar los tubos y varios registros para diferentes juegos musicales.

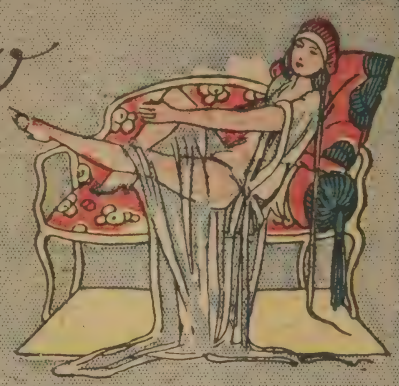
Gozó este órgano de gran fama, y fué introducido por los romanos en las fiestas del circo y en los teatros.

A partir del siglo VI lo introdujeron los cristianos en las ceremonias de su culto.

En cuanto al órgano actual, el órgano neumático, se ignora en qué época fué inventado; pero ya era conocido en Africa en tiempos de San Agustín. Hasta el siglo XII no sustituyó al hidráulico.

Los órganos primitivos eran muy imperfectos. En 1740, el alemán Bernard inventó los pedales, y Juan Lobsinger, compatriota suyo, imaginó los fuelles de tablitas.

Ante el Espejo



Recetas sencillas para preparar en casa aguas, lociones y pomadas para el tocador femenino.

Un momento de conversación sobre depilatorios, cómo hacerlo y cómo usarlo.

DICEN que el primero que tuvo la idea, — y esto fué en Francia, — de aplicar y vender un depilatorio, reunió una fortuna muy importante en muy pocos años. Aseguraba aquel hombre habilísimo que su depilatorio era de origen asiático, recordando al efecto que lo usaban las odaliscas de todos los harenes porque a sultanes, rajás y otros magnates de por aquellos sitios no sólo les gustaban las mujeres muy gordas sino también libres, — en su cuerpo, — de toda clase de vello.

Fué aquel "Epilatoire d'Orient" vendido bajo el lema pronto popularizado: "Polus de cheveux mal placés", el primero que vino en auxilio de las mujeres velludas y, por alguna razón, desesperadas de serlo. En realidad algunas mujeres, — sin llegar al extremo de "la mujer de barba", — tienen bigotes y patillas que con su desesperación porque alejan de ellas, sin duda, al otro sexo. Con algún motivo dice el refrán español aquello de "a la mujer bigotuda de lejos se le saluda". No siente, por cierto, el hombre muchos deseos de aproximarse a la mujer que tiene bozo cuando no unos bigotes como los de un barrendero municipal oriundo de la Italia meridional.

* * * *

Para uso de las lectoras de "Pucky", a las que la naturaleza haya dotado de un exceso de vello, voy a traducir, del libro de Madeleine Leroy "Toujours jeune, toujours belle", las recetas y los consejos que da respecto a los depilatorios y al modo de emplearlos del modo más práctico y más fácil.

Cita en primer término, tan acreditada autora, el "depilatorio de Plenck" y dice que se compone de:

Cal viva en polvo.	60 grs.
Almidón en polvo.	40 "
Sulfuro de arsénico en polvo	4 "

Se le agrega, cuando va a usarse, la cantidad de agua necesaria para hacer una pasta blanda, que se revuelve en un platito con algo de marfil y con esto mismo, — puede ser un corta papel chico o cosa así, — se aplica sobre la parte vellosa que antes se ha lavado con agua tibia y jabón para desengrasarla.

La pasta se deja secar sobre la piel durante un rato y luego se desprende con la espátula de marfil como si se afeitara y el vello se desprende con ella. Después se frota la piel con un poco de vaselina por si se ha irritado algo.

La "susma", — así se llama el depilatorio turco en uso, según se afirma, en todos los harenes, — se compone de:

Cal viva.	40 grs.
Oropimiento.	5 "

Una vez bien pulverizado ambos ingredientes, se disuelven en la cantidad suficiente de un líquido compuesto de una clara de huevo y la misma cantidad, en peso, de lejía de los jaboneros.

* * * *

La aplicación se hace del mismo modo que en el caso anterior.

Las aplicaciones de agua oxigenada a 1[illegible] volúmenes descoloran y queman, con el tiempo, el vello.

Pero, — manifiesta Madeleine Leroy, — el único tratamiento infalible es el eléctrico. Con una aguja se pincha la raíz de cada pelo. En el momento en que la aguja está pinchada una corriente eléctrica la pone candente y quema la raíz. El procedimiento es doloroso, lento y caro, pero es el único eficaz.

Los demás depilatorios, digan lo que digan sus inventores o vendedores, son de resultado transitorio. El vello es tenaz y reaparece siempre.

MAM'ZELLE NITOUCHE

La señorita del chalet

por WILLIAM FREEMAN

Traducción del inglés para "Fuche"

EL padre del joven Pedro Stannard, que había sido coleccionador de libros, murió y le dejó como herencia unos siete mil volúmenes no muy valiosos, por cierto, y poca cosa más. En vista de eso, Pedro resolvió establecer una casa de negocio. Había un local desocupado en la esquina de la calle principal del pueblo y la plaza de San Cristóbal y Sam Levi dueño del edifico, se lo ofreció a Pedro por cincuenta libras anuales y contrato por tres años.

—El sitio para el negocio es reducido, — dijo el viejo Levi, — pero tiene dos piezas en los altos y ústed podrá vivir en ellas hasta que mejore su situación y pueda buscar mejor alojamiento en otra parte.

Pedro se pasó una quincena instalándose y haciendo amistades con sus colegas del comercio: Burrell, dueño del restaurante que le quedaba a la izquierda y donde comía generalmente, y la señorita Lawrence, instalada á su derecha como modista de sombreros bajo el nombre de "Madame Celestine et Compagnie". Al cabo de la quincena, Pedro se había gastado en ele establecimiento de la izquierda cuatro libras quince chelines y diez peniques, y estaba a punto de enamorarse.

Se llamaba ella Camila Lovell, y fuera de que era encantadora y más exquisitamente femenina que cuantos seres humanos había visto o soñando hasta entonces, Pedro no tenía excusa alguna para haberse enamorado. Porque la joven estuvo en el establecimiento nada más que por cuestión de negocios. Fué a pedirle que recogiera algunos libros que su padre, sir Charles Lovell, había descubierto en un desván de su chalet llamado "Torres Blancas", la casa de la época del rey Jorge que había comprado últimamente para vivir fuera del bullicio de la ciudad.

—Mi padre no quiere que le pague usted nada por ellos, — explicó la señorita. — Son libros viejos, están cubiertos de polvo, y a él le gustan los libros limpios y nuevos.

—Iré esta tarde, — dijo Pedro.

Camila se retiró y en el mismo instante el establecimiento le pareció a Pedro oscuro, mísero y poco atrayente. Por primera vez desde que había abierto sus puertas, pensó Pedro que aquello carecía de los necesarios ingredientes para hacerlo simpático y agradable.

Fué a "Torres Blancas". Había visitado la casa cuando aún vivía s upadre, y en esta ocasión se dirigió, — sin comprender que no le correspondía, — a la puerta principal.

Un sirviente muy estirado y muy serio le indicó que se dirigiera a la puerta del fondo. La sirvienta que le recibió le indicó un montón de libros sucios y le preguntó si había traído un carrito para llevárselos. Pedro contestó que no, dirigió una mirada a los libros y preguntó por sir Charles.

—Sir Charles está comiendo, — dijo la sirvienta.

—Querría verle unos pocos minutos. — dijo Pedro.

La sirvienta fué de mala gana a cumplir el encargo, y después de un momento apareció sir Charles. Era corpulento, de cara colorada, de cabello rubio claro, y parecía aún más voluminoso vestido como estaba de etiqueta.

—¿Qué le pasa? — preguntó. — ¿A qué diablos viene esto de molestarme cuando estoy comiendo tranquilamente? Yo me tomé la molestia de decirle que viniera...

—Ya lo sé, señor... Pero...

—Quiere que le pague algo por llevarse los libros, ¿no es eso? En estos tiempos hay que esperar cosas así! Bueno. Ahí tiene usted media corona. Y no me moleste más. — Arrojó casi despectivamente la moneda sobre una mesita, se volvió y se retiró.

—¿No se los va a llevar? — preguntó la sirvienta, interrumpiendo el silencio que siguió a la partida de sir Charles y al rumor de sus pesados pasos en retirada.

—Sí. Pero yo no necesito la media corona. Tal vez quiera usted aceptarla y ayudar a llevar los libros al carrito. Voy a mandar a un changador de los de la estación por ellos, — dijo Pedro.

* * * *

DOS días después de eso, Camila Lovell estuvo de nuevo en el establecimiento de Pedro. El joven estaba solo en el negocio y esto le fué, al parecer, muy agradable a la señorita.

—Creo, — comenzó a decir con nerviosi-

dad, — que he venido a pedirle disculpa... Esos libros...

—Precisamente yo deseaba hablarle a su respecto.

—No. De ninguna manera. Ya sé que mi padre se condujo groseramente con usted. No quiere volver a oir hablar de esos malditos libros nunca más. Mi padre no quiere ni mencionarlos, y me ha prohibido que le hable de ellos. Ya sé que se puso enojado de un modo...

—Es verdad. Se enojó, sin duda.

—Bueno; yo he vedido a pedirle a usted disculpa por eso. Y ahora me retiraré.

Pero Camila no se retiró. Le llamó la atención una pila de libros que estaba junto a la puerta. y se quedó eligiendo veinte minutos más, se gastó ocho chelines y seis peniques, y dejó a Pedro más desesperadamente enamorado que nunca.

Pasaron las semanas. La librería perdió su novedad y se transformó en algo que Pedro jamás había considerado concebible: en una cárcel. Una cárcel porque lo separaba de Camila Ella iba y venía, alegre y bella, descuidada como una mariposa, haciendo de la librería un paraíso cada vez que pisaba en ella, y dejando a Pedro al ausentarse, en un ambiente de fúnebre desolación.

Pero los miércoles, cuando cerraba temprano, volvía la llave de la puerta y se dirigía cruzando los prados que rodeaban la población hasta la altura donde estaba "Torres Blancas" con sus cinco acres de parque y jardín, sus pérgolas, su terraza, sus altivos y tiesos sirvientes, su detestable propietario y... Camila.

Pedro pasaba varias veces por delante de los portones de hierro forjado y miraba hacia las ventanas que parecían pestañear a la luz del ocaso. preguntándose cuál era la del cuarto de Camila.

En esto se hallaba ocupado una hermosa tarde, cuando con una rapidez que le dejó sin aliento, se le apareció Camila.

La joven sonreía, muy contenta.

—No... no la había visto, — dijo Pedro, sin que hiciera falta que lo dijese.

—Es que salí por la puertecita del costado, — explicó Camila, sin dejar de sonreir.

Máquinalmente se pusieron a pasear juntos. En el punto en que el sendero conducía por un lado a la calle principal y por otro al prado de los ruiseñores, se detuvieron. Después, máquinalmente, siguieron por el sendero del prado.

La conversación entre ambos era generalmente rápida. Pero aquella tarde parecía que no tuvieran nada que decirse.

Después de haber avanzado veinte yardas por el sendero, la rama de una zarza espinosa enganchó, y no quiso soltarla, la manga derecha del vestido de Camila. Pedro, muy torpe y tembloroso, la desenganchó. Un poco más adelante había un tronco caído. Estaba en un sitio desde el cual se distinguía una magnífica vista de la ciudad, con el mar brillante más allá. La señorita Lovell se detuvo para admirarla. Después de un momento se sentó Pedro, después de un momento un poquito más largo, se sentó también.

La pequeña mano de Camila se apoyó en la corteza del árbol a su lado. Pedro miró durante un momento a la joven, fijamente, y después, con un repentino y apasionado movimiento tomó la manita y la alzó hasta sus labios.

—¡Oh! — exclamó Camila, retirando la mano, tal vez con asombro e indignación. Pero no se puso de pie.

Pedro, dominado aun por la excitación de una extraña demencia, le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia él. Se oyó a sí mismo hablando con un timbre de voz distinto al de costumbre. Se dió cuenta de que había hecho una pregunta: de que después de un momento de duración terrorífica ella contestaba a la pregunta con una voz que casi no se le oía. El se percató de que estaba besándola, y, ¡oh el más estupendo milagro de todos los milagros! ella lo besaba en respuesta. Bajó ella la cabeza, después y la apoyó sobre el agitadísimo corazón de Pedro.

Transcurrió una hora, y después volvieron ambos por el sendero del prado de los ruiseñores.

—¿Qué dirá papá? — dijo, en voz muy baja, Camila.

Pedro, en lo profundo de su regocijada imaginación, pudo suponer muchísimas cosas que podía decir el papá.

—Yo iré mañana a verle y me enteraré de lo que dice, — manifestó Pedro valerosamente.

Camila levantó la cabeza y le miró a la cara durante un momento. Fué la suya una mirada de admiración que hizo vibrar a Pedro de pies a cabeza.

—No creo que sea posible que haya muchos hombres tan valientes como usted, — dijo ella.

—Todo hombre encuentra el modo de ser valiente cuando pelea por...

—¡No piense usted en tal cosa, querido Pedro! — (Sí; ella le llamó "querido Pedro". Y una hora antes le había llamado secamente "señor Stannard").—Sí,—prosiguió ella,— usted piensa realmente en ir a casa, mejor será que vaya después de la comida. Pero ahora tengo que irme.

Se separó y se arregló el sombrero. Necesitaba ser arreglado en verdad. Pedro la miró como un hombre puede mirar a un diamante de trescientos quilates que, de improviso, ha venido a ser de su propiedad.

Regresaron a "Torres Blancas" y se separaron junto a la puertita. Cuando Pedro hubo llegado a su establecimiento subió a sus dos piecitas y se paseó de la una a la otra con febril intranquilidad procurando realmente entender lo que había acontecido. Pero no le fué posible: era demasiado portentoso. Aquella noche se acostó temprano pero sus horas de sueño no fueron más que tres, llenas de constantes ensueños que tenían a Camila como personaje principal.

La mañana siguiente, Camila le envió un mensaje escrito con nerviosidad y apresuradamente. No tenía comienzo; le advertía tan sólo que no fuera a llegar a la casa antes de las ocho y media y no tenía más firma que una "C". El besó apasionadamente el papel y lo llevó durante todo el día sobre el corazón a manera de mascota. Cerró la libre-

ría a las ocho, — hubo, naturalmente, un comprador que llegó en el último minuto y al que tuvo que echar, materialmente, del negocio, — y partió camino de su entrevista con sir Charles.

Llegó a la casa y tocó denodadamente la campanilla de la puerta principal.

El imponente criado hizo su aparición.

—Si usted viene a hablar nuevamente de los libros, joven...

—No vengo a eso, — replicó Pedro sacando una tarjeta. — Tenga la bondad de entregar esto a sir Carles y de decirle que deseo hablarle por un asunto de suma importancia.

El sirviente tomó la tarjeta aun cuando no de muy buena gana, pero obligado por un repentino relampaguear de los ojos de Pedro. Regresó poco después diciendo que sir Charles concedería al señor Stannard, cinco minutos de entrevista, pero nada más.

* * * *

PEDRO entró, guiado por el sirviente, en la habitación a que su dueño daba el nombre de "librioteca"; una habitación de aspecto imponente cuyas estanterías de roble flamantes, estilo "jacobean" estaban repletas de colecciones de autores clásicos lujosa y relucientemente encuadernadas. Como bibliófilo, Pedro se estremeció, como comerciante envidió al librero a quien se le había encargado de proporcionar todos aquellos volúmenes.

Contemplaba una colección de tomos encuadernados en marroquí y titulados "Familias antiguas de Inglaterra", cuando entró sir Charles. Había comido bien y Camila se había mostrado excepcionalmente jovial y cariñosa; le había dejado convencido de que como padre había sabido desarrollar su actividad con el mismo éxito favorable que como hombre de negocios.

—Buenas noches. Usted es el librero de la plaza San Cristóbal ¿no es así, joven? ¿Viene a ofrecerme algo especial? Me parece que no es posible hacer negocio alguno, joven. Yo no leo mucho y no compro más que libros enteramente nuevos. Los que están en estas estantes tienen buen aspecto, no es verdad?

—Muy bien aspecto, sí, señor. Pero no he venido a hablarle de libros, sir Charles.

—¿No? ¿De qué, entonces?

Pedro respiró con fuerza. Apoyó ambas manos en el respaldo de una silla.

—He venido a hablarle su hija, señor.

Sir Charles, que tenía la cara bastante sonrosada, se puso más rojo todavía.

—¡Muchísimas gracias! — dijo. — ¿Qué accidente se ha producido para?...

—Accidente ninguno, señor. Sólo que nosotros...

—¿"Nosotros"?

—Ella y yo...

—No le entiendo, joven. Diga de una vez lo que quiere decirme y no se olvide de que dispongo de poco tiempo.

—Así lo haré. Nosotros, Camila y yo, hemos simpatizado mucho. — Pedro luchaba valerosamente por no perder su serenidad, pero ante la mirada que le dirigió sir Charles tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano.

—"Han simpatizado mucho"... Prosiga, joven. ¡Adelante!

Pedro prosiguió.

—Nos hemos comprometido...

—¿Comprometido? ¿Desde cuándo?

—Desde el miércoles. Ayer por la tarde. Y deseamos... es decir,... he venido a pedirle a usted... su aprobación y su consentimiento.

Ya lo había dicho todo.

Había manifestado casi de un tirón cuanto tenía que decir. Esperaba en aquel instante que el cielo se derrumbase sobre su cabeza.

Y se derrumbó. Sir Charles tenía a sus órdenes más de dos mil obreros que durante treinta y siete años de trato constante le habían hecho conocer un vocabulario extraordinariamente expresivo y punzante. En aquel momento comenzó a utilizarlo dirigiéndose a Pedro.

Pedro se puso muy rojo y cerró los puños con fuerza; se puso pálido y abrió las manos, recordó la importancia del paso que daba y contuvo sus ímpetus. Avanzó algo hacia sir Carles, recordó nuevamente a Camila y volvió a contenerse.

—¡Un insignificante y mohoso librero, — terminó sir Charles, — un pobretón que se pasa la vida sin energías más que para sonreir a los clientes detrás de un mostrador! ¡Espera que yo le dé la mano de mi hija que heredará más de setenta mil libras cuando yo me muera! ¡De una joven que puede aspirar a casarse con duques, condes y baronets el día que le dé la gana! ¡Es una verdadera locura! Pero vamos a ver qué dice ella. — Se dirigió a una mesa y oprimió el botón de un timbre eléctrico.

—Ruegue a la señorita Camila que tenga la bondad de venir.

—Muy bien, sir Charles.

La señorita Camila llegó, — tan rápidamente que con seguridad estaba esperando el llamado, — sin que su rostro expresara sorpresa alguna.

—¿Es cierto, — le preguntó su padre, — que este miserable loco quiere casarse contigo?

—Si usted se refiere en esa forma al señor Stannard, sí, — dijo Camila valientemente aun cuando temblando. Cruzó la habitación y fué a situarse al lado de Pedro.

—¿Quieres tú casarte con él?

—Sí... papá... No ponga esa cara, papá... Realmente nos amamos...

—¡Casándote con él desdeñarías a la mitad de los pares de Inglaterra!

—La verdad es que hasta ahora esos pares no parecen haberlo notado, — dijo Camila. — ¿A cuántos personajes con título de nobleza conocemos nosotros? A cinco. ¡Unicamente dos de ellos visitan nuestra casa y uno de ellos acaba de ser puesto en libertad después de estar preso bastante tiempo por quiebra fraudulenta!

Sir Charles gruñó entre dientes pero no se atrevió a negarlo.

—Además, — intervino Pedro valerosamente, — yo tengo varios amigos de la nobleza. ¡Que digo varios! ¡Muchos!

—¿De veras? Pues no he tenido ocasión de verlos en su librería

"Si usted se refiere al señor Stannard, sí", dijo Camila que cruzó valerosamente la habitación y se puso al lado de Pedro. ("La señorita del chalet").

—Estoy esperando su visita para la semana próxima.

—¡Embustero!

—¡Papá!

—¿Qué es sino un embustero? ¿Desde cuándo visitan los duques y los condes a un pobre librero? ¡Claro que ha mentido!

Camila volvióse tristemente hacia Pedro.

—Tal vez, — dijo Pedro, — a usted le gustaría que se los presentara y...

Sir Charles dió un fuerte golpe con el puño cerrado en la mesa que estaba a su lado.

—Si usted pudiera presentarme a media docena de aristócratas, yo... yo...

—¿Dejaría usted de oponerse a nuestro casamiento?

—¡Tiene miedo! — dijo Camila en voz muy baja pero suficientemente fuerte para que su padre la oyera. La terrible mirada se fijó entonces en ella.

—Sí, joven pobretón, dejaría de oponerme a su compromiso.

—¡Convenido! — dijo Pedro. — Muchas gracias Y ahora, señor, supongo que puedo retirarme.

—¡Lo que lamento es que haya usted venido! — dijo sir Charles Lovell.

—Yo voy a indicarle el camino, — dijo Camila, como si la casa fuese un laberinto.

Salieron los dos juntos de la biblioteca.

* * * * *

CON el propósito de que no hubiese confusión posible, Pedro envió a sir Charles una formal invitación que decía que lo esperaba con el objeto de presentarle "al duque de Newington, sir Vivian Eridge, el vizconde Bewle, el honorable Spencer Thadde, el conde de Cressigton y lord Algernon Uffage". Sir Charles

"¿Así que es un hecho, — preguntó sir Charles, — que este joven loco desea casarse contigo?" ("La señorita del chalet").

rasgó la tarjeta una y otra vez y arrojó los pedazos al canasto de los papeles inútiles. Pero poco después recogió los pedazos y tomó nota de los nombres. Camila estaba incluída en la invitación. Camila sonrió intencionadamente y decidió dejarla que fuera. De ese modo, lo que se propnía resultaría más eficaz.

Estaban invitados para las tres de la tarde, la hora a que el señor Lovell dormía la siesta, después de almorzar. Debido a esto sir Charles salió de su casa de mal humor. Un jovencito, — el hijo de Burrel, solicitado para aquella ocasión, — recibió a los visitantes cuando se presentaron en la librería.

—Los caballeros están en las habitaciones de arriba, señor, — anunció el muchacho que les guió escaleras arriba a la salita de Pedro. Camila, ruborizada y tímida seguía a su padre, enteramente decidida "a poner en evidencia, costara lo que costara, al grandíimo pícaro de papá".

Los caballeros estaban sentados en torno de la mesa. Levantaron la cabeza cuando vieron a sir Charles y se pusieron de pie al ver a Camila. Sus edades variaban de treinta a setenta años y tres de ellos tenían barba hirsuta. Todos ellos usaban antejos.

—¡Una tripulación de deshecho! — dípose sir charles.—Era precisamente lo que había esperado encontrar.

Pedro hizo las presentacions.

—Sir Charles Lovell... el duque de Newington. Sir Charles que posee una notable biblioteca, desea conocer al señor duque.

—¡No he podido dormir ni un momento la noche pasada pensando en que iba a conocer al señor duque! — agregó sir Charles con inoportuno humorismo.

—Lord Chessington... sir Vivian Erigge..., el señor Thadde..., lord Aligernon Uffage,... lord Beivle.

—Celebro mucho conocer a ustedes, caballeros.

Hubo un breve momento de silencio.

—Hemos examinado varios de estos libros... — comenzó lord Algernon.

—Muy bien, — le interrumpió sir Charles. — Pero antes de que discutamos sobre "leteraturería", yo quisiera hacer algunas preguntas. De carácter algo personal tal vez, pero no creo que por eso sean inoportunas ¿eh?

—Supongo que no, — dijo lord Algernon.

—Bueno, ahí va. Me interesa en todo lo que se refiere a propiedades, casas, tierras... especialmente tierras. Y me gustaría que milord me dijera cuantas acres de terreno tiene en el condado de Essex.

—En total puedo decir, que poseo allí cerca de cinco mil acres, — contestó lord Algernon, secamente.

—¡Diablos! ¡La erró! — díjose sir Charles que se volvió hacia el duque. — ¿Cómo se llaman las aldeas que están en sus tierras de Nothumberland? — le preguntó.

—Siento no poder decírselas. ¡Son tantas! Pero si le interesara a usted mucho mi administrador...

—Muy bien. Se lo agradeceré. Y dígame, sir Vivian, ¿cómo se llama la propiedad que tiene usted en el condado de Cork?

—Actualmente no tengo propiedad alguna en Irlanda, sir Charles, pero...

—La erró otra vez, — díjose sir Charles que se volvió hacia Pedro. — No necesito continuar, ¿no le parece? — le dijo.

—No, no siga... al menos en ese tono,— dijo Pedro.

—Entonces me parece que podemos retirarnos. Camila, hija mía, cuanto antes salgamos de aquí mejor será. ¡Buenas tardes, caballeros!

Muy colorado y muy sofocado, se dirigió hacia la puerta. Camila le siguió con paso vacilante. Tenía las mejillas como amapolas.

—Una verdadera farsa, sin duda, — dijo sir Charles cuando estuvieron de regreso en su magnífica "librioteca".

Camila se había desplomado en una silla y sollozaba histéricamente.

—Una verdadera farsa y nada más. El más tonto podía darse cuenta de que se trataba de un grupo de negociantes en libros viejos, amigos del joven que los citó para representar la comedia. Yo estaba preparado desde el primer momento a presenciar algo por el estilo y por eso miré antes los nombres en la guía de la nobleza. ¡Los únicos dos que contestaron algo, contestaron erróneamente! ¡Está bien! ¡Adelante!

El sirviente de aspecto imponente entró, portador de un sobre en una bandejita.

—Un muchacho, sir Charles, con una carta de la librería de la plaza de San Cristóbal.

—¿Está esperando la respuesta?

—Sí, sir Charles.

Rasgó sir Chales el sobre. Seis tarjetas de visita cayeron de él revoloteando. Camila, que seguía sollozando, se inclinó en seguida y las cogió.

Pero la atención del padre estaba fija en la carta. Camila lo miró en el momento en que estrujaba el papel haciendo con él una bola que arrojó violentamente. Con un leve gemido la joven la recogió, desplegó el papel y leyó lo siguiente:

" Querido sir Charles: Me parece que usted salió de mi librería esta tarde equivocadamente impresionado. Los caballeros a quienes usted vió eran efectivamente lo que pretendían ser, en confirmación de lo cual adjunto sus tarjetas de visita. Todos ellos son ardientes coleccionistas de libros y habían acudido, invitados por mí, para examinar algunos volúmenes muy raros que usted desdeñó y me dió como si fueran basura que molestaba en un desván de su casa. Yo se lo hubiese dicho pero usted no me dió oportunidad de hablarle. Antes de retirarse, mis visitantes me compraron de cuarenta a cincuenta volúmenes por una suma total de ocho mil libras esterlinas.

" Cuando usted buscó en la guía de la nobleza los datos sobre el señor duque y los demás, — como supongo que los buscó, — le hubiera convenido consultar un libro de edición más reciente. He notado que el ejemplar que tiene usted en su biblioteca es del año 1916 y de entonces a nuestros días han cambiado mucho muchas cosas.

" Confío, pues en la formal promesa que hizo usted en lo que se refiere a mi compromiso matrimonial con su hija. — Quedo, sinceramente de usted, A y S. S. — Pedro Stannard".

* * * *

La carta volvió a caer al suelo cuando Camila cruzó la habitación acercándose a su padre cuyo rostro estaba apoplético.

—Papá, es un caballero además de ser un joven encantador, — dijo ella apoyando una mano en el tembloroso hombro de sir Charles.—Tiene buenas relaciones y ahora tiene algún dinero. Va a cerrar la librería. Usted debe pedirle que vuelva a visitarnos y rogarle que le perdone, tratándole algo más para conocerle y apreciarle mejor. ¡Es necesario que usted haga eso, papá!

Sus miradas tropezaron.

Casi siempre era Camila la que primero bajaba la vista. Pero esta vez no se rindió y siguió mirando fijamente. Sir Charles miró por encima del hombro hacia el sitio donde estaba aún esperando el sirviente.

—Salude en mi nombre al señor Stannard, — dijo con voz ronca, — y dígale que tendré sumo placer si accede a honrarnos con su grata presencia mañana, a la hora del almuerzo.

Cuando el sirviente se hubo retirado, sir Charles volvió a mirar a su hija.

—¡Me han vencido entre ustedes dos, Camila! ¡Me han vencido! — dijo.

WILLIAM FREEMAN

El ingenio de los hombres sabios

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

"Pucky" publica en esta sección escogidas y muy interesantes máximas de los grandes hombres de todos los países, sin distinción de nacionalidades, escuelas o religiones y sin que las ideas vertidas por los autores deban ser consideradas como opiniones de este magazine que se limita a presentar estas frases como material puramente informativo.

Las leyes son numerosas en los estados corrompidos. — Tácito.

* * * *

El espíritu de una revolución se compone de pasión por el objeto, y de odio a los que sirven de obstáculo. — Thiers.

* * * *

La palabra se ha dado al hombre para que pueda disfrazar o encubrir su pensamiento. — Talleyrand.

* * * *

El hombre de poca cultura y clase inferior es sensible siempre a las amistosas demostraciones del que es superior a él en traje, producción y maneras. — Thiers.

* * * *

Engañar por largo espacio no es fácil en nuestros días; entrar en una lucha en que se tiene contra sí a todo un pueblo, es una locura, y toda imprudencia política es peligrosa. — Talleyrand.

* * * *

Hay algunos ricos, pero en cierto número; algunas personas más opulentas, pero pocas también; un número infinito que sólo posee lo estrictamente necesario, y muchas que ni aún eso tienen. — Thiers.

* * * *

La religión católica, antiguamente en armonía con la sociedad, está hoy en abierta contradicción con todas las necesidades de la época. Que se pregunte a la ciencia, y la ciencia responderá por la voz de los filósofos y de los historiadores y de los médicos; todos dirán que la "Summa" de Santo Tomás y el catecismo del Concilio de Trento se han agotado y no ofrecen ya alimento alguno a la inteligencia de las generaciones actuales. Dirán también que para conocer a Dios y la creación, el mundo y la humanidad, la tierra y los astros, se debe consultar a la razón y no seguir las revelaciones de Moisés y de los evangelistas. — Tiberghien.

Todo llega. — Taine.

* * * *

Hasta hoy las máquinas no han abreviado una hora el trabajo de un solo ser humano. — Stuart Mill.

* * * *

El que me enseñase a olvidar todo cuanto quisiera, me haría más obsequio que si me enseñase a recordarlo. — Temístocles.

* * * *

Hay que abstenerse de los actos que si fuesen practicados generalmente, serían generalmente dañosos. — Stuart Mill.

* * * *

Los pensamientos son tapicerías enrolladas; la reflexión las desenvelve y expone al público. — Temístocles.

* * * *

Los que no tienen más méritos que los de sus antepasados, se parecen a las patatas, que todo lo tienen debajo de tierra. — Swift.

* * * *

Si se da el nombre de "materialismo" a todas las investigaciones que tienen por objeto determinar las condiciones materiales de las operaciones del espíritu, toda teoría que tenga algún derecho al nombre de racional debe ser materialista. — Stuart Mill

* * * *

Anarquistas son los que quieren perpetuar el estado en que nos hallamos, estado que es la verdadera anarquía enemigos del reposo público son los que defienden una contitución social en la cual el pobre, no pudiendo siempre "vivir trabajando", se ve frecuentemente obligado a "morir combatiendo" .Los partidarios del desórden, en fin, son los que favorecen o explotan las ilegalidades, los monopolios y los privilegios, casos que no pueden existir sino violando los principios eternos de orden, es decir, de la equidad. — Thibaud.

POLLOS A LA CUBANA

Practicadas las operaciones de limpieza que se han dicho para los anteriores, se parten en cuartos; échanse en una cazuela con bastante grasa de cerdo, y en ella tres cebollas partidas en cuatro pedazos, seis dientes de ajo enteros, un poco de orégano, especias finas, un poco de vinagre, medio vaso de vino seco; sazónese con sal; póngase al fuego; y cuando se crea están medio cocidos, añádanse tres ajíes encurtidos, dejándolo cocer todo a fuego lento hasta que se considere que pueden servirse.

* * * *

"ALIOLI"

Se machacan en un mortero dos o tres dientes de ajo pelados, con un poco de sal, y cuando están hechos pasta, se va dejando caer, gota a gota, aceite fino con la mano izquierda, y con la derecha se irá agitando en redor con la mano del mortero; cuando se ve que ha tomado consistencia, se le podrán poner unas gotas de agua caliente y un poco de zumo de limón, y se continuará dejando caer aceite y removiendo.

A veces, cuando más seguro se está del buen resultado, y aun próximo a servirse, se le ve desunirse y cortarse. Entonces no queda más recurso que sacar todo el líquido del mortero sobre un plato, picar dos o tres ajos más y cuando están hechos pasta mezclar una yema de huevo y poner poco a poco siempre revolviendo lo cortado, y de este modo puede volverse a unir; tampoco es malo, y el resultado más seguro, si se pone la yema o yemas al principio, después de reducidos a pasta los ajos.

También puede hacerse con un poco de papa cocida y bien deshecha, en vez de huevo, o bien con una miga de pan mojada en agua, bien machacada con una yema de huevo. Algunos, para que no tenga tanta fortaleza el ajo crudo, acostumbran a asarlo antes en las ascuas

ENSALADA MARINA

Escarola, lechuga o lo que se quiera, bien lavada y bien enjuta, removida una hora antes de comer con tres cucharadas de aceite fino.

En el momento de servir se incorpora una cucharada de vinagre fuerte y una docena de anchoas en aceite, de las que se venden en frascos de cristal.

Se remueve todo bien, y se sirve.

* * * *

COLES CON TOCINO

Lávense coles cortadas en cuartos; después se cuecen un cuarto de hora en agua; se corta en pedacitos tocino de corteza y se une con las coles, que se sacan un momento después y se echan en agua fresca; se prensan y se ponen a cocer juntas con el tocino y la carne que se quiera, añadiendo sal, pimienta, perejil, cebollas y clavo; después de cocida la carne y las coles, se sacan de la salsa, se coloca la carne en una fuente, se cubre con las coles y se adorna con los pedacitos de tocino.

* * * *

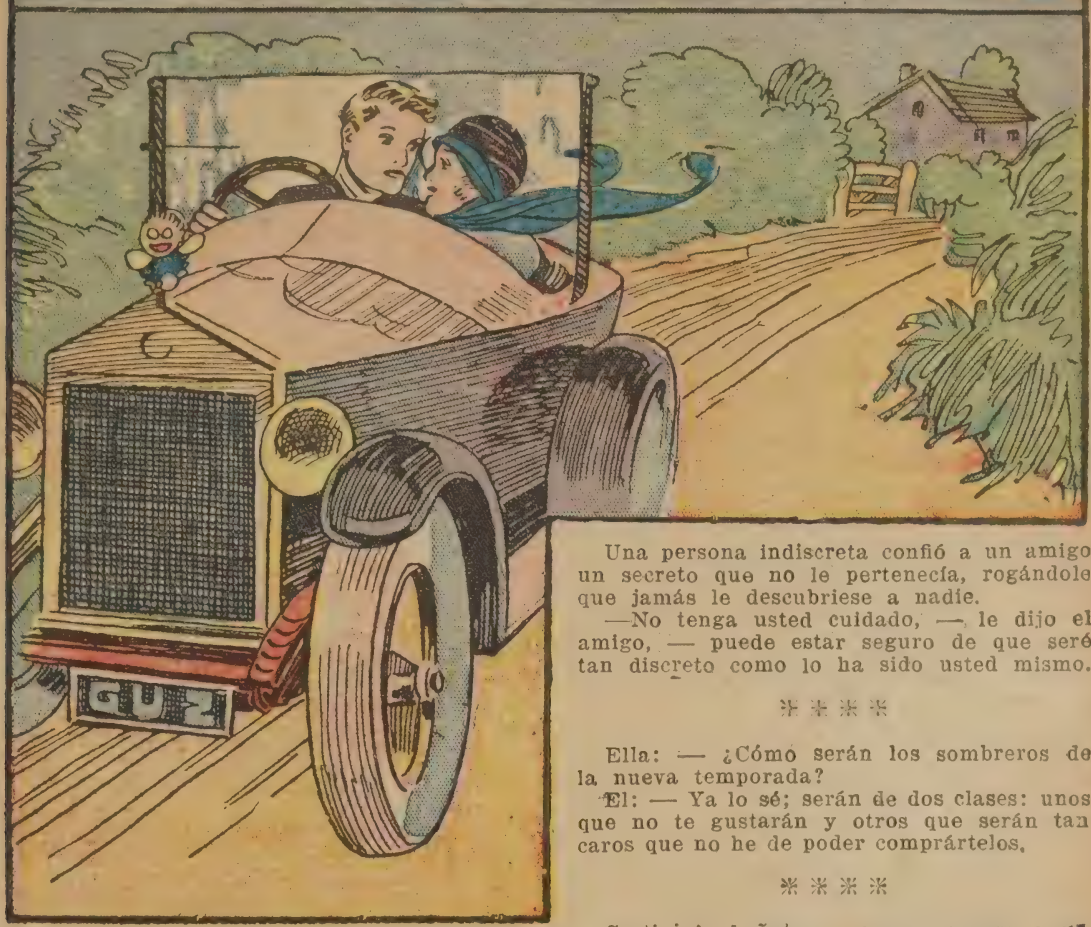
BESUGO ESCABECHADO

Se preparan y limpian los besugos, quitándoles después las cabezas y se fríen. Cuando estén fritos se separan del fuego y se dejan enfriar, y se mezcla, para seis besugos, un cuarto de litro de vinagre y el zumo de tres limones, medio litro de agua, unos granos de pimienta, sal en proporción, un poco de azafrán y un poco, muy poco, de clavo.

Póngase esta mezcla al fuego, y sin dejar que rompa el hervor, se retira; se ponen dentro del adobo los besugos, procurando que la cantidad de éstos esté tan al justo, que ni sobre ni falte vasija al encerrarlo. Deben ponerse en madera, o de no tener barril, en barro no vidriado, sino crudo, para evitar el daño que a la salud resultaría si se dejase el ácido en el vidriado durante algún tiempo. También pueden ponerse en cristal o

CORDON BLEU.

"Bombón Fino"



—¿A qué familia pertenece el salmón?

—Debe pertenecer a una familia bien acomodada por lo caro que cuesta.

* * * *

—¡Sí, señor, no es posible negarlo, amigo mío, estamos en el siglo de los adelantos.

—¿Le parece? Pues yo no puedo encontrar quien me adelante cien pesos.

* * * *

El novio va por primera vez a casa de su futura, la cual le dice:

—Papá no ha venido todavía, pero me ha dicho que le esperes para tener el gusto de conocerte.

—Sí, — exclamá la hermanita menor, — ayer le dijo a Teresita: — "Tengo deseos de conocer a ese estúpido que quiere hacer la pavada de casarse conmigo.'

Una persona indiscreta confió a un amigo un secreto que no le pertenecía, rogándole que jamás le descubriese a nadie.

—No tenga usted cuidado, — le dijo el amigo, — puede estar seguro de que seré tan discreto como lo ha sido usted mismo.

* * * *

Ella: — ¿Cómo serán los sombreros de la nueva temporada?

El: — Ya lo sé; serán de dos clases: unos que no te gustarán y otros que serán tan caros que no he de poder comprártelos.

* * * *

Cretinini el ñato se acerca gozoso a un amigo y le dice:

—¿Sabes que he ganado el primer premio de bull-dogs de la Exposición Canina?

—¿Tú?

—¡Yo!... ¡Felicítame!

—Con mucho gusto: te han hecho justicia.

* * * *

Preguntaba un juez a un detenido por robo, cuál era su oficio, y éste le contestó serenamente:

—Ladrón.

—No es eso, — repuso el juez, creyendo que no había comprendido la pregunta; — digo que cuál es la profesión con la que usted se gana la vida.

—Pues contesto que mi profesión es la de ladrón.

—¡Mal oficio! — exclamó el juez con severidad.

—¿Malo?... ¡No! Si la policía y ustedes nos dejaran trabajar, no lo cambiaría por ningún otro.

PARA PASAR UN RATO AGRADABLE

LOS HAMBRIENTOS

Por CAMI

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Los lectores de este magazine han tenido repetidas ocasiones de apreciar divertidos cuentos del gran humorista francés que escribió el que va a contiuación y que, como todos los anteriores, es de una gracia dislocada y clownesca, pero que, indudablemente, hace sonreir y aun reir al lector más apático.

ACTO PRIMERO

La acción, en una desmantelada bohardilla donde viven el poeta de altos vuelos y el novelista psicológico.

EL POETA DE ALTOS VUELOS

Tengo hambre, novelista psicológico.

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

Yo también, poeta de altos vuelos.

EL POETA DE ALTOS VUELOS

Los dos tenemos hambre. ¿Desde cuándo lo hemos comido?

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

No lo sé. Tengo mala memoria.

EL POETA DE ALTOS VUELOS

(Improvisando una cuarteta):

Tenemos hambre; no hemos comido.
¡Oh, qué espantosa necesidad!
A nuestras súplicas nadie ha acudido.

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

Bien. ¿Pero y el último verso?
Me lo he comido

EL POETA DE ALTOS VUELOS

(Volviéndose al público). — Se ha comido un verso. Esto es lo que hacen todos los poetas de altos vuelos cuando tienen hambre. Por desgracia yo sólo soy un novelista psicológico y no puedo limitar a mi compañero. **(Volviéndose hacia el poeta.)** ¿Estaba sabroso el verso?

EL POETA DE ALTOS VUELOS

Lo he encontrado un poco duro.

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

He aquí lo que se llama tener mala suerte.

ACTO SEGUNDO

El mismo lugar de acción. Han pasado seis horas y el poeta de altos vuelos y el novelista psicológico son presa de la desesperación más implacable.

EL POETA DE ALTOS VUELOS

Yo soy presa de la desesperación más implacable. Seis horas han pasado desde que me comí el verso, y el hambre vuelve a mí con mayor furia que antes.

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

Mi estómago se doblega ante el dolor y me duele tanto ya que me obliga a retorcerme, aullando lúgubremente. **(Se arroja al suelo, se retuerce y aulla lúgubremente.)**

EL POETA DE ALTOS VUELOS

¡Pobre amigo! Se ve que ya no puede más.

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

¡Aaaú! ¡Aaaú! (Aulla lúgubremente durante tres horas.)

EL POETA DE ALTOS VUELOS

Noto que mi resistencia se agota ante el implacable furor del sufrimiento. Me veo obligado a gruñir como un perro hidrófobo.

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

(Aullando lúgubremente). — ¡Aaaaaú! ¡Aaaaú!

EL POETA DE ALTOS VUELOS

(Gruñendo como un perro hidrófobo). — ¡Grúm! ¡Gruúm! ¡Gruuúm!

EL REPUGNANTE RENTISTA

(Que vive en el piso de abajo y se detiene ante la puerta de la bohardilla, atraído por el ruido.) — ¿Qué será? (Escuchando por el ojo de la cerradura.) ¡Ah, sí! Son los hambrientos que dejan escapar sus quejas. Debía auxiliarles. Pero, no. Yo soy el rentista repugnante y mi papel consiste en encojerme hombros ante la desgracia ajena. (Se encoje de hombros considerablemente y se retira en esta postura, que le da el aspecto de un lisiado.)

ACTO TERCERO

El mismo lugar de acción. El poeta de altos vuelos y el novelista psicológico van a morir dentro de poco.

EL POETA DE ALTOS VUELOS

Siento que la muerte se aproxima.

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

Y yo también siento que se acerca.

EL POETA DE ALTOS VUELOS

¡Ah al menos tuviésemos, de improviso, una idea genial!...

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

¡Ah!

EL POETA DE ALTOS VUELOS

¿Qué

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

Tengo una idea genial. ¿Hay necesidad de comer, no es cierto?

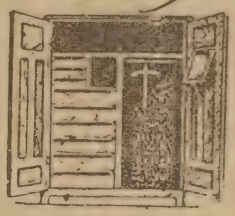
EL POETA DE ALTOS VUELOS

Sí. Me está pareciendo que es eso lo que necesitamos.

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

Pues bien. Lloremos.

Práctico
Bueno
Elegante
es el
Ropero ESSENTIAL



Precio desde
reclame $ 125,-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo
Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

EL POETA DE ALTOS VUELOS

¿Para qué?

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

Obedéceme. Es una idea genial que de improviso ha brotado en mi fecunda mente. ¡Lloremos! (Llorando.) ¡Ji, ji, ji!

EL POETA DE ALTOS VUELOS

¡Ji, ji, ji!

(Lloran abundantemente; cuando la habitación está inundada por las lágrimas y convertida en un hermoso estanque, el novelista psicológico alza una mano.)

EL NOVELISTA PSICOLÓGICO

¡Basta de lágrimas, compañero! Ahora esperemos que docenas de gruesos peces surquen las aguas del estanque.

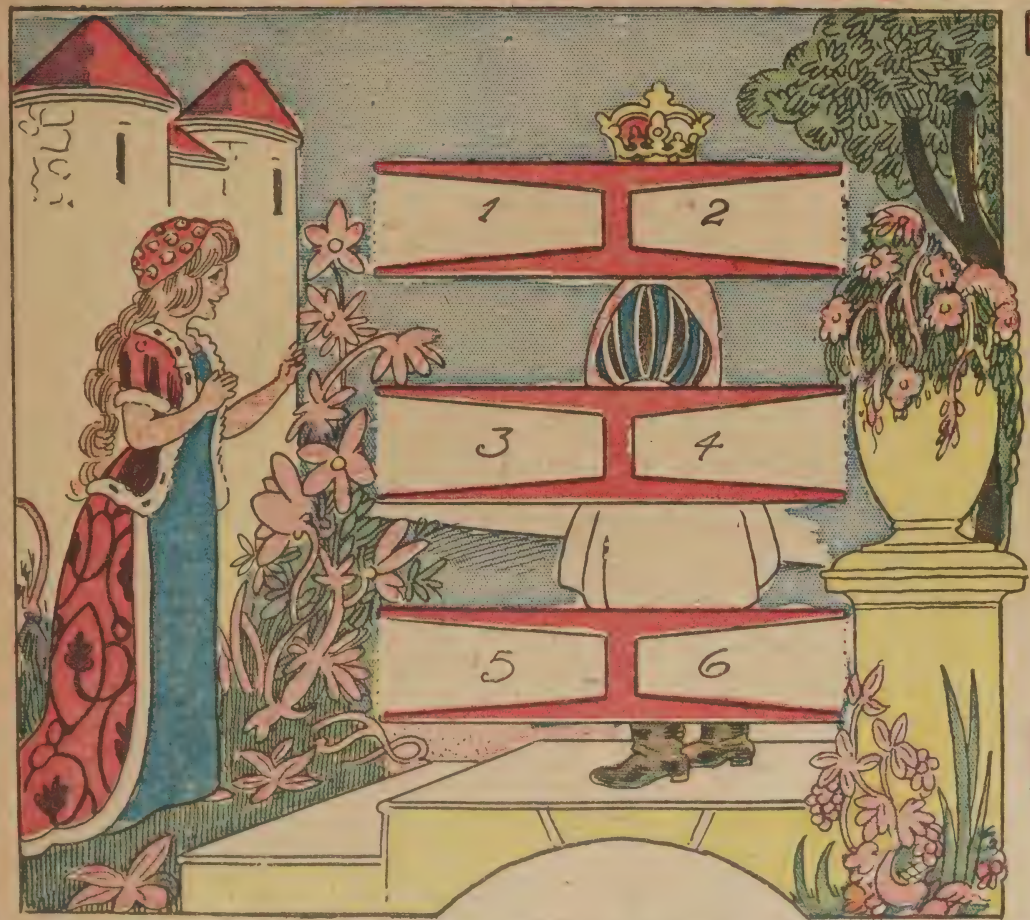
(No tardan en surcar las aguas del estanque docenas de peces.) ¡A ellos, poeta de altos vuelos!

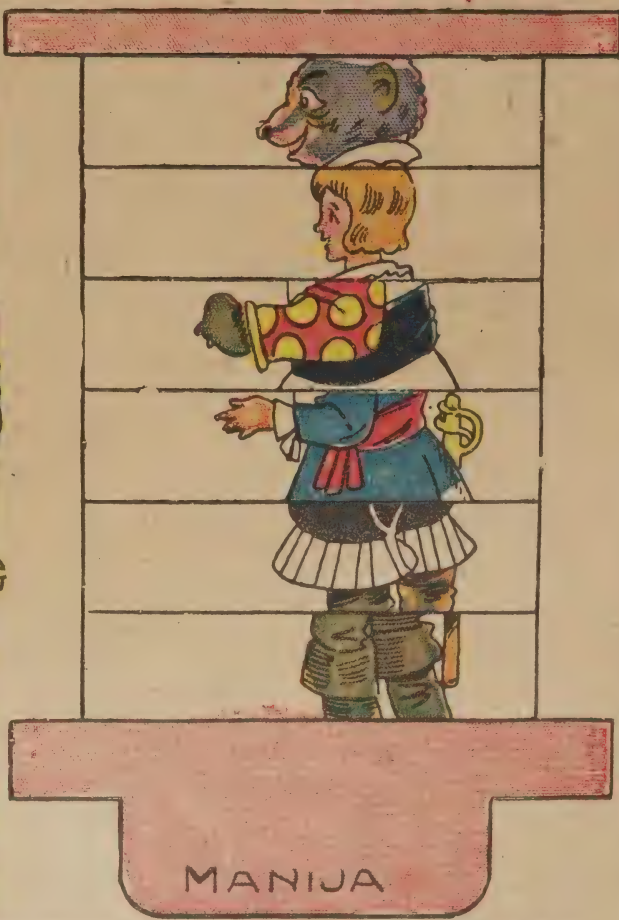
(Los dos se precipitan sobre los peces, los pescan y se los comen. Luego, encienden una pipa y fuman.)

TELON

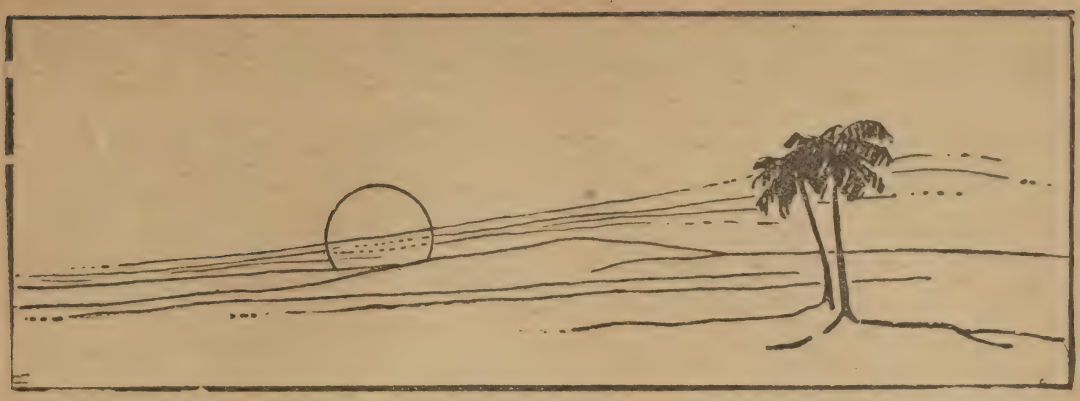
CAMI.

LA BELLA Y LA BESTIA. -- Un juguete de transformación rápida





CONSEJOS PARA ARMARLO. -- Primero se pegán las dos figuras en cartón. Cuando estén bien secas se cortan con cuidado. Después se recortan los espacios rojos del dibujo grande dejando los trozos numerados que se doblarán un poco hacia atrás. Entonces se colocará entre ellos el otro dibujo y según se empuje para arriba o para abajo se verá a la bestia o al príncipe.



LA VIDA DE UN RESUCITADO

LÁZARO

POR LEONIDAS ANDREIEFF

(TRADUCCION DEL ORIGINAL RUSO)

Después de haber sido arrancado del sepulcro y vuelto a la vida por Jesucristo, ¿qué fué de Lázaro? El gran nevelista ruso lo supone y lo describe en una forma que interesa y emociona a la vez que hace reflexionar sobre el destino de los seres humanos en medio de los encontrados intereses de la vida de sociedad.

I

CUANDO Lázaro salió de la tumba, donde la muerte, por espacio de tres días y tres noches, le había tenido bajo su enigmático poder; cuando volvió, vivo, a su casa, pasaron durante algún tiempo inadvertidas las singularidades siniestras que habían de hacer más adelante, terrible hasta su nombre. Radiantes de júbilo porque había vuelto a la vida, sus amigos y su familia le mimaban como a un niño, saciaban su ávida ternura cuidando, solícitos, de tod cuanto le concernía: su comida, su bebida, sus ropas. Le vistieron con suntuosidad: un traje color de esperanza y de risa le envolvió, como a un novio, y cuando se sentó de nuevo a la mesa, en medio de los convidados, cuando bebió y comió de nuevo, los circunstantes lloraron de alegría e invitaron a los vecinos a ir a ver al resucitado. Los vecinos acudieron y se regocijaron, enternecidos también, hasta derramar lágrimas; numerosos desconocidos llegaron de ciudades y aldeas lejanas, y su asombro y su entusiasmo ante el milagro se manifestaron en ruidosas exclamaciones. Se hubiera dicho que un enjambre de abejas zumbaba en torno de la casa de Marta y María.

Lo que había de extraño en el rostro y en la actitud de Lázaro se achacaba a la grave dolencia que le había matado y a las emociones que habían sacudido su alma. El trabajo destructor de la muerte sobre los cadáveres había sido detenido por un poder maravilloso, pero no anulado, y la obra de la muerte permanecía en el rostro y en el cuerpo de Lázaro, como un dibujo inacabado en una delgada lámina de vidrio. En las sienes del resucitado, en torno de sus ojos y bajo sus pómulos se extendían azuladas y terrosas manchas Sus largos dedos también habían tomado un color azulado de tierra, y sus uñas, que habían crecido en la tumba, se habían tornado casi rojas. Por distintos sitios, en el labio, en el cuerpo, la piel había estallado, al henchirse, y se veían en ella finas grietas rojizas y brillantes, como cubiertas de mica transparente. Además, Lázaro ahora estaba grueso hasta la obesidad. Su cuerpo, hinchado en el sepulcro, había conservado sus horrible convexidades. Sin embargo, el olor nauseabundo a muerto que impregnaba su sudario y sus miembros no había tardado en disiparse por completo. Al cabo de algún tiempo, la coloración azulada de las manos y el rostro se atenuó, pero nunca desapareció del todo. Y aunque las grietas rojizas se cerraron, sus cicatrices no se borraron nunca.

No sólo el aspecto de Lázaro había cambiado, sino también su carácter; en lo que nadie paró mientes tampoco. Antes de su

muerte, Lázaro era despreocupado y alegre; placíanle la risa y las bromas inocentes. Su alegría amable e igual, limpia de toda malevolencia, le había conquistado el amor del Maestro. Ahora Lázaro era grave y taciturno. No bromeaba ni se sonreía al oír bromear a los otros. Las escasas palabras que de tarde en tarde pronunciaba eran tan sencillas y tan desprovistas de sentido profundo como los gritos con que expresan los animales el dolor y el placer, el hambre y la sed; eran de esas palabras a las que puede un hombre limitar su vocabulario, seguro de que nadie podrá deducir nunca de ellas lo que alegra o tortura su alma.

El rostro de Lázaro, sentado a la mesa del festín entre sus parientes y amigos, era, pues, el de un cadáver sobre el que las tinieblas de la muerte han reinado tres días; envuelto en sus vestiduras de fiesta, fulgurantes de amarillo oro y de sangrienta púrpura, el resucitado, inerte y mudo, era ya un hombre espantosamente distinto de los demás; pero nadie lo había notado aún. Amplias ondas de alegría, ora acariciante, ora ruidosa, le circundaban; cálidas miradas de amor se posaban en su faz, aun helada por el frío de la tumba; la mano ardiente de un amigo acariciaba su mano azulada y plúmblea. Músicos llamados para la fiesta tocaban el caramillo y el címbalo, la cítara y el salterio. Diríase que en torno de la feliz morada de Marta y María zumbaba un enjambre de abejas, cantaban los grillos, gorjeaban los pájaros.

II

UN imprudente levantó el velo. Con una palabra inoportuna, un imprudente rompió el dulce encanto y descubrió la verdad desnuda. Aun no se habría acabado de formular su pensamiento en su cerebro, cuando, sonriente, preguntaron sus labios:

—Lázaro: ¿por qué no nos cuentas algo del otro mundo?

Todos, al oír la pregunta, enmudecieron de estupor, como si no se hubieran dado cuenta hasta entonces de que Lázaro había estado muerto tres días; le miraron con ansiedad, esperando su respuesta. Pero Lázaro guardó silencio.

—¿No quieres contarnos nada? ¿Tan terribles son tus recuerdos? — insistió, asombrado, el imprudente.

Sus palabras seguían adelantándose a su pensamiento; de lo contrario, no hubieran hecho esta pregunta, que llenó su propio corazón, escapada apenas de su boca, de un terror espantoso. Honda inquietud se apoderó de todos los convidados, y se esperó angustiosamente la respuesta de Lázaro; pero él siguió guardando un silencio frío y tétrico. Y entonces, — sí, entonces, — advirtieron sus deudos y amigos el color azulado de su rostro y la repugnante obesidad de su cuerpo; su mano violácea yacía sobre la mesa, como olvidada; de un modo instintivo, todas las miradas convergieron en ella, como si de ella hubiera de brotar la respuesta.

Los músicos seguían tocando; pero el silencio no tardó en llegar hasta ellos y, cual una pleamar que se adentra en la playa, apagó los alegres acordes. Uno tras otro, enmudecieron el dulce caramillo, el címbalo sonoro y el salterio murmurante; la cítara lanzó un sonido trémulo y cascado, como si se hubiera roto una cuerda o la música, de improviso, se hubiera muerto.

—¿No quieres contarnos nada? — repitió el curioso, no pudiendo tener a raya su parlanchina lengua.

El silencio se hizo aún más profundo. La mano hasta aquel instante inmóvil, se movió un poco. Los circunstantes exhalaron un suspiro de alivio y alzaron los ojos: Lázaro, resucitado, los miraba con una mirada posada y horrible, que abarcaba toda la sala.

Hacía tres días que Lázaro había salido de la tumba. Desde aquel día mucha gente sintió el influjo destructor de su mirada; pero ni los que fueron mortalmente heridos por ella ni los que encontraron en las fuentes misteriosas de la vida, tan misteriosa como la muerte, energía para resistirla, pudieron explicar nunca el no sé qué terrible inmovilizado en el fondo de sus negras pupilas. En los ojos de Lázaro no se pintaba la intención de ocultar nada ni de decir nada tampoco, sino la frialdad de un alma en absoluto indiferente. Los que no lo conocían pasaban por su lado sin notar nada de anormal, y se enteraban luego, con asombro y espanto, de que era Lázaro aquel hombre grueso y tranquilo cuyas vestiduras suntuosas les había rozado. El sol no cesaba de brillar ante la mirada de Lázaro, ni el arroyo de murmurar, ni el cielo de ser azul y puro; pero aquel sobre quien caía aquella mirada enigmática no sentía ya la dulzura del brillo del sol, ni del murmurar del arroyo, ni de la pureza azul del cielo patrio. A veces, el hombre que había visto a Lázaro empezaba a llorar a lágrima viva, a mesarse los cabellos, a pedir socorro como si se hubiera vuelto loco. Pero eso era lo menos frecuente; casi siempre, el que había visto a Lázaro empezaba a morir tranquilo y silencioso, agonizaba años y años, y declinaba, iba aniquilándose, secándose, descolorándose, semejante a un árbol que, trasplantado a un terreno pedregoso, va perdiendo la savia. Los primeros, los que gritaban y se retorcían como poseídos, sanaban a veces; los segundos, nunca.

Pero ahora su voz era apagada y lúgubre, y de sus ojos emanaba un tedio mortal, cuyo polvo gris cubría todos los rostros. Los invitados se miraban unos a otros con un asombro estúpido, como preguntándose por qué se habían congregado en torno de aquella mesa suntuosa. La conversación se extinguió. "Ya es hora de retirarse", decían; pero no lograban vencer la apatía, el embotamiento que paralizaba su voluntad y debilitaba sus músculos; permanecían en sus asientos, apartados unos de otros, cual dispersas lucecillas nocturnas en la soledad campesina.

No obstante, los músicos, — como se les había pagado para que tocasen, — empezaron de nuevo a tocar, y de nuevo los dulces

acordes, ya melancólicos, ya alegres, resonaron. La música seguía siendo tan armoniosa como antes; pero los invitados la escuchaban con extrañeza: no comprendían ya la necesidad de que unos cuantos hombres hubieran ido allí a rascar unas cuerdas o a soplar, inflando los carrillos, unos tubitos, para producir un ruido absurdo y complicado. ¿Qué tenía aquello de bonito?

—¡Tocan muy mal! — exclamó alguien.

Los músicos, ofendidos, se retiraron. Los invitados les imitaron y se fueron uno tras uno, pues era ya de noche. Y cuando, envueltos en las silenciosas tinieblas, empezaban a respirar con más facilidad, cada uno de ellos vió aparecer ante sus ojos la imagen de Lázaro aureolada de un fulgor siniestro, con el rostro azul de cadáver, el esplendoroso traje de boda y las frías pupilas en cuyo fondo se había coagulado el horror. Quedáronse, — ante la espantosa y sobrenatural visión, tan clara en las tinieblas, del que había estado tres días bajo el dominio de la muerte, — inmóviles, como petrificados. Durante tres días Lázaro había estado muerto; tres veces el sol había salido y se había puesto, y él entre tanto estaba muerto; los niños jugaban; cantaba sobre las guijas el agua, y él estaba muerto; el polvo del camino real se levantaba en grises nubes, y él estaba muerto. Y ahora Lázaro estaba de nuevo entre los vivos. Se codeaba con ellos; y desde el fondo de sus negras pupilas el insondable Más Allá miraba a los humanos.

II

NADIE se cuidaba ya de Lázaro; ya no tenía ni amigos ni parientes. El gran desierto que rodeaba a la ciudad santa llegaba hasta su puerta, y no tardó en atravesar el umbral de la casa del resucitado, en cuyo lecho se tendió cual una esposa. Nadie se preocupaba de Lázaro. Marta y María, sus hermanas, le habían abandonado. Marta vaciló largo tiempo antes de marcharse, preguntándose quién le mantendría y le consolaría; lloró y rezó mucho. Pero al fin, una noche, una noche en que el viento mugía en el desierto y los cipreses se inclinaban, sibilantes, sobre el tejado de la casa, se vistió sin ruido y se fué. Lázaro oyó el golpeteo de la puerta, — que Marta había dejado mal cerrada y el viento movía con violencia; — pero no se levantó, no salió, no fué a ver lo que sucedía. Y toda la noche los cipreses silbaron y la puerta giró sobre sus goznes, quejumbrosa, dejando penetrar en la casa al desierto glacial e insaciable.

Todo el mundo huía de Lázaro como de un leproso, y como a un leproso se le hubiera colgado al cuello una campanilla, a fin de evitar todo contacto con él. Pero alguien objetó, palideciendo, que sería terrible oír de noche aquella campanilla, y sus interlocutores, palideciendo también, asintieron.

Como Lázaro no se cuidaba tampoco de sí mismo, se hubiera muerto de hambre, a no ser porque los vecinos, temerosos no se sabe de qué, se encargaron de mantenerle. Le llevaban la comida los niños, que ni le tenían miedo ni se burlaban de él, a pesar de su ingenua crueldad con los desgraciados. Le manifestaban una fría indiferencia. El se conducía con ellos de la misma manera: nunca sentía impulsos de acariciar una morena cabecita rizada, ni ansias de mirarse en unos cándidos y luminosos ojos infantiles.

La casa del resucitado, en la que eran amos y señores el desierto y el tiempo, se iba desmoronando, y las taladoras cabras habían huído del corral, hambrientas a las casas vecinas. El traje de fiesta de Lázaro estaba deterioradísimo. Desde el día feliz del festín, no se lo había quitado, como si lo nuevo y lo viejo, los andrajos y las galas, fueran lo mismo para él. Los vivos colores habían palidecido o se habían borrado; los perros y las zorzas habían destrozado el precioso tejido.

De día, mientras reinaba el sol implacable, verdugo de todo ser viviente, y hasta los alacranes se escondían bajo las piedras y se retorcían locamente, ansiosos de picar, Lázaro permanecía sentado, inmóvil, bajo los abrasadores rayos, levantadas al cielo la azulada faz, la barba inculta.

Cuando todavía la gente le hablaba, alguien le preguntó:

—¿Te gusta estar sentado al sol, pobre Lázaro?

Y él contestó:

"El frío de la tumba es, sin duda, tan intenso, y su oscuridad tan profunda, que no hay nada sobre la tierra calor ni luz capaces de confortar al resucitado y disipar las tinieblas de sus ojos", se dijo el que le había interrogado, y se alejó suspirando.

Al acercarse al horizonte el aplastado y rojo globo, Lázaro se iba al desierto y se alejaba de la ciudad en derechura al astro escarlata. Los que se aventuraron a seguirle para saber qué hacía de noche en el desierto conservaron siempre en la memoria, como grabada en una placa inalterable, la silueta de un hombre alto y grueso destacándose en relieve sobre el fondo púrpura de un disco enorme. Los terrores de la noche les ahuyentaron, y los espías del resucitado no supieron nunca qué iba a hacer al decierto; pero la negra silueta sobre el fondo rojo se incrustó para siempre en su cerebro. Como fieras cegadas por el polvo, se frotaban los ojos; pero la sensación que habían experimentado era imborrable y no debía desaparecer sino con la vida.

Había gente que vivía lejos y no había visto nunca a Lázaro, aunque había oído hablar de él. A impulsos de una curiosidad osada, más fuerte que el miedo y alimentado por el miedo, se acercaba, disimulando la angustia de su corazón, al hombre sentado al sol y le hablaba. Por entonces el aspecto de Lázaro había cambiado un poco y no era ya tan terrible; en los primeros momentos, los forasteros se sonreían, juzgando unos estúpidos a los hijos de la ciudad santa. Pero cuando, acabada la entrevista, se encaminaban a su casa, su gesto y su actitud eran tan singulares, que los hijos de la ciudad santa los reconocían al punto y exclamaban, compasivamente:

—¡A ese loco le ha mirado Lázaro!

Y, llenos de lástima, callaban y alzaban los brazos al cielo.

Valientes guerreros, que no sabían lo que era el miedo, acudían con ruido de armas; jóvenes dichosos llegaban cantando y riendo; opulentos hombres de negocios detenían-se ante Lázaro, haciendo tintinear su oro; altivos sacerdotes dejaban su báculo a la puerta del resucitado. Pero nadie se iba como había venido. Una sombra terrible descendía sobre las almas y le daba un aspecto nuevo al viejo mundo.

Y he aquí cómo traducían sus sentimientos los que, después de la fatal visita, tenían aún ganas de hablar:

"Cuantos objetos ven los ojos y tocan las manos parecen vacíos, ligeros, transparentes, a manera de sombras claras en las tinieblas de la noche; pues las grandes tinieblas que envuelven la Creación no las disipa el sol ni la luna ni las estrellas: cubren la tierra con un velo negro sin límites, la abrazan, cual brazos maternos.

"Penetran todos los cuerpos, el hierro y la piedra y las partículas de los cuerpos pierden toda cohesión; las tinieblas penetran en el fondo de las partículas, y las partículas se disocian; pues el gran vacío que envuelve la Creación no lo llenan lo visible ni lo invisible, ni el sol ni la luna ni las estrellas; reina en todas partes, penetrándolo todo, separándolo todo, los cuerlos de los cuerpos, las moléculas de las moléculas.

"Los árboles clavan sus raíces en el vacío. y ellos a su vez están vacíos; los templos, las casas, los palacios, vacíos también, se alzan sobre el vacío y diríase que van a hundirse. Y en el vacío se agita el ser humano, y vacío como una sombra:

"Pues el tiempo no existe, y el principio y el fin de todo se juntan: resuenan aún los martillazos de la construcción de una casa cuando se ven las ruinas, y al punto, ni las ruinas se ven; apenas nace el hombre, se encienden a su cabecera los cirios funerarios, no tardando el vacío en suceder al hombre y a los cirios;

"y, rodeado de vacío y tinieblas, el hombre, desesperado, tiembla ante el horror del Infinito..."

Así hablaban los que aun tenían ganas de hablar. Pero los que no querían hablar y morían en silencio hubieran podido, sin duda, decir mucho más.

IV

POR entonces vivía en Roma un escultor famoso. Con la arcilla, el mármol y el bronce creaba cuerpos de dioses y de hombres, cuya belleza era tal, que la gente la calificaba de inmortal. Pero él no estaba satisfecho y aseguraba que había algo infinitamente más bello, que no podía fijar en el mármol ni el bronce. "No he tomado aún decía, — la luz de la Luna ni el fulgor del Sol, y no hay vida en mi bronce ni hay alma en mi mármol." Y cuando, las noches de estío, se paseaba por entre las negras sombras de los cipreses y la luz de la Luna se reflejaba en su blanca túnica, los transeuntes le decían, riéndose:

—¿Has salido a atrapar la luz de la luna, Aurelio? ¿No has traído cesta?

Y él, riéndose también y señalándose a los ojos, contstaba:

—He aquí las cestas donde me llevo la luz de la Luna y la del Sol.

Y era verdad: en sus ojos brillaba la Luna y rutilaba el Sol. Pero él no podía transportar su luz al mármol ni al bronce, y ese era el dolor de su vida.

Descendía de una antigua familia patricia. Tenía una mujer excelente y unos hijos encantadores. Su dicha parecía completa.

Cuando el ruido de la sombría gloria de Lázaro llegó hasta él, se aconsejó de su mujer y sus amigos y emprendió el largo viaje a Judea, para ver al que había milagrosamente resucitado. Se aburría, y esperaba que nuevos avivarían su atención cansada. Lo que se contaba del resucitado no le asustaba; había meditado mucho sobre la muerte, y había llegado a la conclusión de que no debía mezclarse su idea con la de la vida. "Al lado de acá está la vida, y al de allá, la muerte misteriosa, — decíase. — Y mientras viva el hombre, lo más acertado que puede hacer es deleitarse en la belleza de lo viviente". Y hasta acariciaba la esperanza, un tanto ambiciosa, de transmitirle a Lázaro tal convicción y volver a la vida de su alma, como lo había sido su cuerpo. Aquello parecía tanto más fácil, cuanto que los extraños rumores que circulaban respecto a Lázaro no eran sino una expresión lejana y apagada de la verdad, una advertencia vaga contra algo horrible.

Lázaro se levantaba de su piedra para seguir al Sol a través del desierto cuando el rico otomano, acompañado de un esclavo armado, se acercó a él y gritó:

—¡Lázaro!

Y Lázaro vió el bello y orgulloso rostro aureolado de gloria, las vestiduras claras y las piedras preciosas, que rutilaban al sol. Los rojizos rayos ponían en la cabeza y el rostro de Aurelio la belleza del bronce mate. Dócilmente, Lázaro volvió a sentarse y bajó, con expresión cansada, los ojos.

—No eres guapo, en efecto, pobre Lázaro. — continuó tranquilo el romano, jugando con su cadena de oro. — Eres horrible, amigo mío; la muerte no estaba emperezada cuando caíste imprudentemente bajo sus garras. Pero estás gordo como un tonel, y la gente gorda no es mala, que dijo el gran César; no comprendo por qué tienen miedo. ¿Me permites pasar la noche contigo? Es ya tarde y no he buscado posada.

Nadie le había hecho nunca semejante petición a Lázaro, que contestó:

—No tengo cama.

—He sido soldado y sé dormir sentado. Encenderemos fuego.

—No tengo leña.

—Entonces charlaremos, como dos viejos camaradas, en la oscuridad. Supongo que tendrás un poco de vino...

—No tengo vino.

El romano se echó a reír.

—Ahora me explico por qué estás tan tétrico, por qué no amas tu segunda vida. ¡No

tienes vino! ¿Qué vamos a hacerle? Nos pasaremos sin él; hay palabras que achispan tanto como el falerno.

Aurelio despidió al esclavo con un gesto y, solos ya él y Lázaro, siguió charlando; pero diríase que, a medida que el Sol declinaba, la vida se retiraba de las palabras del escultor; resonaban vacías e incoloras; se tambaleaban como borrachos; resbalaban y caían cual entorpecidas por la angustia y la desesperación. Y negros precipicios se abrían entre ellas, como lejanos precursores del gran vacío y las grandes tinieblas.

—Soy tu huésped y no me ofenderás, Lázaro. La hospitalidad es un deber hasta para los que han estado tres días muertos, pues duró tres días, según me han contado, tu estancia en la tumba. Debe de hacer frío allí... y a eso se debe, sin duda, tu mala costumbre de privarte de fuego y vino. A mí me gusta la luz, y en esta tierra oscurece tan de prisa... La línea de tu frente y de tus cejas es muy curiosa: produce la impresión de un palacio destruído por un terremoto y cubierto de ceniza. ¿Pero por qué llevas ese traje tan feo y tan extraño? Según he visto en esta tierra, los novios se visten así. ¿Acaso es hoy el día de tu boda?

El Sol se hundía en el horizonte; una gigantesca sombra negra llegaba de Oriente; parecían oirse en la arena pisadas de enormes pies descalzos; el viento frío azotaba la espalda del escultor.

—Pareces aún más grande en la oscuridad, Lázaro; se diría que has engordado en algunos minutos. ¿Te nutres, quizá, de tinieblas?... Me gustaría tener fuego, aunque fuera una hoguera muy pequeñita. Tengo un poco de frío... Las noches son en esta tierra demasiado frescas. Aunque no se ve, yo juraría que estás mirándome, Lázaro. Sí, estás mirándome; lo siento, y en este instante estás sonriéndote...

Cerró la noche; el aire pareció impregnarse de su pesada oscuridad.

—¡Qué agradable será ver mañana salir de nuevo el Sol!... Soy escultor, ¿sabes? un gran escultor... según aseguran mis amigos. Creo, si eso se llama crear; pero para crear se necesita luz. Le doy vida al mármol inerte, fundo el bronce sonoro en la llama, en la ardiente llama... ¿Por qué me roza tu mano, Lázaro?

—Ven, — dijo el resucitado; — eres mi huésped.

Y entraron en la casa. La larga noche cubrió la tierra.

Ya bastante alto el Sol, el esclavo, que llevaba esperando a su amo largo rato, decidió ir en su busca. Y he aquí lo que vió: bajo los ardientes rayos, Aurelio, sentado junto a Lázaro, miraba silencioso, como Lázaro, al cielo. El esclavo se echó a llorar y gritó:

—¿Qué te pasa, amo?

El mismo día, el escultor se puso en camino de Roma. Y durante todo el viaje permaneció pensativo y mudo; miraba, atento, cuanto le rodeaba, el barco, el mar, los seres humanos, como si tratase de recordar algo. Se desencadenó una violenta tempestad, y mientras duró, Aurelio no se retiró de la cubierta, desde donde contemplaba el recio batallar de las olas. A su llegada, el terrible cambio que se había operado en él asustó a su familia; pero él, para tranquilizarla, dijo en tono significativo:

—He resuelto el problema.

Y sin quitarse el traje, lleno de manchas, que no se había cambiado en todo el viaje, se puso a trabajar. El mármol, sumiso, rechinó bajo los golpes del martillo. Aurelio trabajó largo tiempo y con furia, sin dejar entrar a nadie en su taller. Al fin, una mañana declaró que la obra estaba terminada e hizo llamar a sus amigos, expertos y severos jueces en materia artística. Les recibió suntuosamente ataviado. En sus vestiduras fulguraban el vivo amarillo del oro y el rojo sangriento de la púrpura.

—He aquí lo que he creado.

En el rostro de los invitados se pintó un profundo dolor. El escultor, al pronunciar, frío y pensativo, aquellas palabras, había señalado con la mano y los ojos a un mármol monstruoso, en cuyas formas no había nada familiar a la vista, y, sin embargo, había arte, — un arte nuevo, desconocido aún. — Sobre una delgada rama, caricaturescamente retorcida, yacían unos despojos informes y dispersos, extraños, inquietantes. Y, como por acaso, sobre uno de aquellos fragmentos, una mariposa, cincelada de un modo admirable, abría sus alas transparentes, trémulas de sed de volar.

—¿Que significa esa divina mariposa, Aurelio? — preguntó alguien, desconcertado.

—No se.

Debía decírsele la verdad al artista. Y uno de sus amigos, el más íntimo, declaró en tono firme, resuelto:

—Eso es horrible, pobre amigo mío. Hay que destruirlo. Dame el martillo.

E hizo añicos la monstruosa obra, dejando sólo intacta la mariposa.

Desde entonces, Aurelio no volvió a crear nada. Miraba con una profunda indiferencia el mármol y el bronce, los obras espléndidas que había esculpido en otro tiempo y en los que vivía la belleza inmortal. Tratando de despertar su alma embotada, de reanimar en él el antiguo amor al trabajo, sus amigos le llevaban a ver las obras de otros artistas; pero él permanecía indiferente a todo y la sonrisa no se dibujaba nunca en sus labios. Cuando se le hablaba de la belleza, contestaba con voz cansada, opaca:

—¡Todo eso es mentira!

En cuanto el Sol empezaba a elevarse sobre el horizonte, se iba a su magnífico jardín, buscaba un sitio no sombreado y entregaba sus ojos sin brillo y su cabeza descubierta al ardor implacable y al fulgor deslumbrante del astro. Mariposas blancas y rojas revoloteaban sobre su frente; el agua manaba, reidora, de los labios burlones de un fauno. Aurelio, sentado e inmovil, era como un pálido reflejo de aquel que a la entrada del desierto estaba también sentado, inmóvil, bajo el fuego del Sol.

V

HE aquí que el grande, el divino Augusto quiso también ver a Lázaro.

Se engalanó al resucitado con suntuosas vestiduras de boda, como si el tiempo las hubiera legitimado y hubiera ser hasta su muerte el novio de una virgen desconocida. Fué como si se hubiera dorado un viejo ataúd podrido, a punto de pulverizarse, y se le hubieran añadido ornamentos nuevos y espléndidos. La conducción de Lázaro a Roma fué solemne; la caravana parecía, en verdad, un cortejo nupcial; todos llevaban claras y bellas túnicas, y sonaban delante las trompetas de los heraldos, para abrirles paso a los enviados del emperador. Pero los caminos estaban desiertos; en el país natal del resucitado por milagro se maldecía su nombre odiado, y las gentes huían al solo anuncio de su terrible acercamiento. Las trompetas de cobre sonaban en el vacío, y sólo el desierto contestaba con un eco prolongado.

Se hizo después subir a Lázaro a bordo de un barco. Y fué aquella la nave más fastuosa y más lúgubre que surcara nunca las olas de azur del Mediterráneo. Aunque iba en ella mucha gente, reinaban a bordo un silencio y una tristeza sepulcrales, y el agua parecía llorar, desesperada, al rozar la curva armoniosa de la proa. Lázaro, solo, aislado en el extremo delantero del barco, escuchaba; expuesta al sol la cabeza destocada, el ruido de las olas. Lejos de él, los marineros y los enviados yacían sentados o tendidos, masa confusa de sombras angustiadas, taciturnas e inertes. Si en aquel momento se hubiera desencadenado una tempestad, el viento hubiera arrancado las velas escarlata y el barco hubiera zozobrado, ninguno de ellos hubiera tenido valor ni voluntad para luchar contra los elementos. Algunos, en un último esfuerzo, se acercaban a la borda y escrutaban con ojos de esperanza el fondo del abismo transparente y azul: acaso una náyade asomara su hombro sonrosado; acaso un tritón, ebrio de alegría y de locura, pasara azotando con su cola la espuma deslumbrante. Pero el mar estaba desierto y el abismo marino estaba también desierto y mudo.

Lázaro pisó indiferente el suelo de la Ciudad Eterna.

Diríase que para él toda la grandeza de los monumentos alzados por gigantes, todo el esplendor, toda la belleza, toda la armonía de una civilización refinada, no eran sino el eco del viento en el desierto, el reflejo de las arenas abrasadoras. Desfilaban rápidos los carros; pululaba la multitud; hombres hermosos y robustos llevaban pintado en el rostro el orgullo de haber contribuído a la magnificencia de la Ciudad Eterna y de participar de su vida. Sonaban canciones; se oía la risa perlina de las fuentes y de las mujeres; los borrachos filosofaban y los transeuntes sobrios les escuchaban sonriendo; los cascos de los caballos martillaban las losas. En medio de esta risueña batahola, el hombre obeso y plúmbeo atravesaba la ciudad, semejante a una mancha fría de silencio, y sembraba a su paso el fastidio, la cólera y una angustia vaga y corrosiva: "¿Quién se atreve a estar triste en Roma?", protestaban los transeúntes, frunciendo el entrecejo. Dos días después toda la ciudad estaba al tanto de la historia del resucitado, y se evitaba medrosamente su encuentro.

Pero había también en la capital ciudadanos audaces, confiados más de lo debido en su energía, y Lázaro obedeció sumiso a su temeraria llamada. Los negocios de Estado obligaron al emperador a retardar la audiencia, y el resucitado frecuentó durante siete días la sociedad romana.

Un día estuvo en casa de un alegre gozador de la vida, que le acogió con la risa en los labios.

—¡Bebe, Lázaro, bebe! — le gritó — ¡A Augusto le hará mucha gracia verte borracho!

Mujeres ebrias y desnudas se reían también, y pétalos de rosa caían sobre las manos azuladas de Lázaro. Pero el libertino le miró a los ojos, y su alegría se extinguió para siempre; su embriaguez duró toda su vida, aunque ya no volvió a beber. Y en vez de los sueños agradables que inspira el vino, terribles pesadillas abrumaron su pobre cerebro. Los sueños espantosos fueron desde entonces el único alimento de su espíritu trastornado y le tuvieron día y noche bajo el yugo de monstruosas quimeras, y la misma muerte no fué más horrible que sus feroces precursores.

Estuvo también Lázaro en casa de un joven y una joven que se amaban y eran felicísimos. Lleno de dulce compasión, el joven, rodeando con su fuerte y orgulloso brazo el talle de su amada, le dijo a su visitante:

—¡Míranos, Lázaro, y regocíjate con nosotrs! ¿Hay algo más poderoso que el amor?

Lázaro los miró. Y siguieron amándose; pero su amor se tornó triste y sombrío como los cipreses de los cementerios, cuyas raíces se nutren de la podredumbre de las tumbas y cuyas copas negras buscan en vano el cielo en la paz del atardecer. Lanzados el uno en los brazos del otro por la ignota fuerza de a vida, mezclaban las lágrimas con los besos, el placer con el dolor, y se sentían doblemente esclavos; esclavos sumisos de la vida despótica, esclavos inermes de la Nada amenazadora y silenciosa. Siempre unidos, siempre separados, brillaban como dos estrellas, para apagarse en la obscuridad de la noche.

Lázaro visitó luego a un sabio, orgulloso de su ciencia, que le declaró:

—Ya sé todas las cosas horribles que me puedes decir, ¡oh, Lázaro! ¿Con qué cosa que yo no sepa puedes asustarme?

Pero pasó un tiempo, y el sabió comprendió que el conocimiento de lo espantoso no es el espanto, que la visión de la muerte no es tampoco la muerte, que la sabiduría y la estupidez son iguales ante el Infinito, pues

el Infinito las ignora. Y toda barrera desaparecido. Se afilaban ya los aceros, y ciudaverdad y la mentira, lo bajo y lo alto. Y el pensamiento informe del sabio se bamboleó en el vacío.

—¡No puedo ya pensar! — gritó el sabio horrorizado, con la encanecida cabeza entre las manos, — ¡No puedo ya pensar!

Y bajo la mirada indiferente del resucitado, la vida perdía su sentido y sus alegrías se evaporaban. Se empezó a decir que era peligroso enseñarle un hombre así al emperador; que lo mejor sería matarle, enterrarle a escondidas y hacer cree que había desapaecido. Se afilaban ya los aceros, y ciudadanos jóvenes y patriotas se disponían abnegadamente a ser ellos los matadores, cuando Augusto ordenó que a la mañana siguiente le llevasen a Lázaro y dió al traste con tan crueles proyectos.

Ya que no era posible deshacerse de él, se quiso, al menos, atenuar la deprimente impresión que producía su rostro. A ese fin se recurrió a los servicios de hábiles peluqueros, que invirtieron toda la noche en la tarea. Le cortaron la barba y se la rizaron; el tinte azulado de la cara — así como el de las manos — lo ocultaron bajo una capa de pintura blanca y roja; los surcos dolorosos que afeaban la vieja faz se disimularon con aceites, y en la falsa tersura de las sienes y las mejillas se dibujaron, con un fino pincel, arruguitas de vejez jovial y bonachona.

Lázaro se sometió a todo, indiferente. Y cuando se dirigió al palacio del emperador tenía el aspecto de un hermoso anciano, de un abuelo plácido y patriarcal. Diríase que aun conservaba en los labios la sonrisa con que en otro tiempo contaba chascarrillos; el rabillo del ojo le prolongaba en un ligero fruce de indulgente ironía. Pero las vestiduras de boda no se habían atrevido a quitárselas, y no se habían podido transformar sus pupilas, aquellos vidrios negros y aterradores a través de los cuales el misterioso Más Allá miraba a los humanos.

VI

LAZARO no se deslumbró ante los esplendores del palacio imperial. Parecía no encontrar diferencia alguna entre su casa en ruinas, en cuyo umbral comenzaba el desierto, y aquel palacio de mármol, magnífico y sólido. Bajo sus pies el mosaico ricamente trabajado no difería nada de la movediza arena del desierto, y la multitud de dignatarios, pomposamente vestidos, era a su vista como el vacío del aire. Los palaciegos bajaban los ojos a su paso, temerosos del terrible efecto de su mirada; pero cuando el ruido de sus pisadas graves y lentas, se apagaba, levantaban la cabeza y miraban con una curiosidad medrosa la silueta maciza del corpulento anciano, un poco encorvado, que se alejaba en dirección de las habitaciones de Augusto. Si se hubiera tratado de muerte en persona, el espanto de los palaciegos no hubiera sido mayor, pues hasta entonces sólo los muertos habían conocido la muerte y los vivos sólo habían conocido la vida, y no había habido puente entre los vivos y los muertos. Pero aquel ser extraordinario conocía la muerte y su ciencia maldita era misteriosa y terrible.

"¡Va a matar a nuestro divino Augusto!", pensaban asustados, y le lanzaban vanas maldiciones al resucitado, que avanzaba impasible hacia el corazón del palacio.

El César sabía quien era Lázaro y se disponía a la entrevista. Alma viril, tenía conciencia de su energía enorme, invencible, y había rehusado toda compañía en su duelo fatídico con el resucitado por milagro. Lo recibió a solas.

—No me mires, Lázaro, — ordenó cuando le vió entrar. — He oído decir que, como Medusa, conviertes en piedra a cuantos miras. Yo quiero contemplarte y hablar contigo un poco antes de ser petrificado.

Había en su acento una imperial jovialidad no exenta de temor.

Se acercó a Lázaro y contempló en silencio su rostro y su extraño traje nupcial. A pesar de su vista penetrante, los afeites y los artificios peluqueriles le engañaron.

—¡Tu aspecto no es nada terrible, respetable anciano! Cuanto más lo horrible ofrece un aspecto agradable y digno, tanto más temible resulta para el pueblo. Hablemos un poco.

Augusto se sentó y, preguntando con los ojos tanto como con la palabra, inquirió:

—¿Por qué no me has saludado al entrar?

Lázaro contestó, en tono indiferente:

—No sabía que debía hacerlo.

—¿Eres cristiano?

—No.

Augusto movió aprobativamente la cabeza.

—Lo celebro. No me son simpáticos los cristianos. Sacuden el árbol de la vida sin dejarle cubrirse de frutos, y mustian sus flores fragantes. ¿Qué eres, pues?

Con un ligero esfuerzo, Lázaro contestó:

—Yo era un muerto.

—Ya lo sé. ¿Pero qué eres ahora?

Lázaro repitió, tras unos instantes de silencio, con voz sombría y helada:

—Yo era un muerto.

—¡Oye, desconocido!

El emperador, escanciando sus palabras, expresó, severos el gesto y el acento, las ideas que el siniestro prestigio del resucitado habían despertado en su cerebro:

—Mi imperio es un imperio de vivos; mi pueblo es un pueblo de vivos, no de muertos. Y tú estás de más aquí. No sé lo que eres, no sé lo que has visto en el otro mundo; pero si mientes, odio tu mentira, y si dices la verdad, odio tu verdad. Siento en mi pecho la palpitación de la vida; siento en mis manos el vigor; mis orgullosos pensamientos recorren, como águilas el espacio. Bajo la protección de mi poder, de mi autoridad, al abrigo de mis leyes, la gente vive, trabaja, canta y ríe... ¿No oyes la

maravillosa armonía de la vida? ¿No oyes los clamores guerreros que los hombres lanban, encarados con el porvenir, desafiándolo?

Augusto abrió los brazos en un ademán de plegaria, y gritó solemnemente:

—¡Que la vida, la vida maravilla y divina, sea glorificada!

Pero Lázaro callaba, y el emperador prosiguió, acentuando la severidad de su gesto y su acento:

—Tú estás de más aquí. Lamentable despojo, que la muerte ha despreciado, les inspiras a los hombres la angustia y la desgana de vivir. Como una oruga en un trigal, roes la sabrosa espiga de la alegría y segregas el veneno del dolor y la desesperación. Tu verdad es como un acero enmohecido en manos de un asesino nocturno, y te haré matar como a un criminal. Pero antes quiero ver lo que hay en tus ojos. Acaso sólo atemoricen a los cobardes y despierten en los bravos la sed de lucha y de victoria. En tal caso no merecerías un castigo, sino un premio. ¡Mírame, Lázaro!

En los primeros momentos le pareció al divino Augusto que era un amigo quien le miraba: tan dulce, seductora, atractiva, hechizante, era la expresión de los ojos del resucitado. No era el espanto, sino la paz, lo que prometía, y el Infinito parecía en ella una tierna amante, una hermana compasiva, una madre. Pero poco a poco el suave abrazo se hacía más fuerte; a la boca, ávida de besos, le faltaba el aire; un aro de hierro se hundía en la carne y se ceñía a la armazón ósea; unas uñas frías y afiladas se clavaban, acariciadoras, en el corazón.

—Tu mirada me hace daño. — dijo el divino Augusto, palideciendo. — Pero mírame, Lázaro; sigeu mirándome.

Diríase que unas pesadas puertas, cerradas para siempre, se abrían lentamente y que por la creciente rendija el horror amenazador del Infinito penetraba, lento y glacial. Como dos sombras, el vacío inmenso y las tinieblas sin límites avanzaban, apagando el Sol, retirando de debajo los pies el suelo firme y el techo de sobre la cabeza. Y el corazón, helado, cesaba de sufrir.

—¡Mírame, Lázaro, mírame! — repitió Augusto, tambaleándose.

El tiempo se detuvo, y el principio y el fin de todas las cosas se acercaron terriblemente. A los ojos del emperador, su trono, apenas alzado, se derrumbaba y lo reemplazaba el vacío; Roma se desmoronaba sin ruido; una nueva ciudad se alzaba sobre sus ruinas, y el vacío absorbía al punto la nueva ciudad; cual enormes fantasmas, urbes, estados y países se disipaban rápidos y desaparecían en el vacío como si el seno oscuro del Infinito, impasible e insaciable, se los tragara...

—¡Basta! — ordenó Augusto.

Ya la apatía apagaba su voz; sus brazos caían, laxos, a lo largo de su cuerpo varon. Se acordó del pueblo, del que él debía ser el amparo, y un dolor agudo y saludable traspasó su corazón embotado.

"Están destinados a la muerte", pensaba con angustia.

"Son como sombras luminosas en las tinieblas del Infinito", se decía con horror.

"Son frágiles vasos llenos de sangre hirviente, corazones que conocen la alegría y el dolor", añadía con ternura.

La meditación del soberano duró largo rato, y la cruz de la balanza ora se inclinaba hacia la muerte, ora hacia la vida; por fin, Augusto logró sacudir el anonadamiento que le impedía hallar en los dolores y las alegrías de la existencia una fuente de energía defensiva contra el horror del Infinito y las tinieblas de la Nada.

—No, no me has matado, Lázaro, — profirió con firmeza. — Soy yo quien te matará a tí. ¡Vete!

Aquel día, el divino Augusto saboreó los manjares y las bebidas con un placer insólito. Pero a veces su mano levantada se detenía en el aire y el fulgor de sus ojos de águila se apagaba: la helada sombra del terror había cruzado ante ellos. Vencido pero no aniquilado, el Espanto esperaba, severo, su hora; mientras vivió el emperador, permaneció a su cabecera; señor de sus noches, no osaba disputarles sus días a las alegrías y los dolores de la vida.

Al día siguiente, por orden del emperador, se le quemaron a Lázaro los ojos con un hierro candente y se le envió a su patria. El divino Augusto no se atrevió a condenarle a muerte.

VII

LAZARO tornó al desierto, y el desierto lo acogió con el silbo del viento y el calor abrasador del Sol. De nuevo se sentó en una piedra; de nuevo levantó la azulada faz la barba inculta. Y los dos agujeros negros, terribles, en que el hierro candente había trocado sus ojos, miraron al cielo. A lo lejos, la ciudad santa se agitaba, ruidosa; pero en torno de Lázaro todo estaba solitario y mudo; nadie se acercaba al lugar donde el resucitado por milagro acababa sus días; los vecinos habían abandonado hacía mucho tiempo sus casas. La ciencia maldita que Lázaro había adquirido en la tumba había sido hundida por el hierro candente en las profundidades del cráneo, desde donde, como emboscada, clavaba en el corazón de los hombres miles de miradas invisibles. De suerte que ya nadie osaba contemplar a Lázaro.

Por la tarde, a la hora en que el Sol crecía y se empurpuraba, cercano al horizonte, Lázaro, ciego, echaba a andar, despacioso, en su seguimiento. Obeso y débil, se levantaba trabajosamente cuando se caía al tropezar con una piedra, y seguía andando, andando... Sobre el fondo escarlata del crepúsculo, sus brazos semejaban los de una gigantesca cruz negra.

Una tarde se fué como de costumbre, y no volvió. Así acabó, a lo que parece, la segunda vida de Lázaro, que había pasado tres días bajo el misterioso poder de la muerte y había resucitado por milagro.

FIN.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

EL gobernador comprendió en el acto el enorme partido que podía nacer de estos incidentes, y envió en el acto al jefe de la gendarmería con un coche provisto de una orden de arresto contra la señorita acusada de tentativa de homicidio. Encontraron los gendarmes a las dos mujeres a mitad de camino, y contra la fuerza armada y legalmente dispuesta nada podía oponerse, pero por la ventanilla vió la señorita a un corsario, cuando entraba en la ciudad, y lo llamó.

—Vaya, amigo, y dígale al capitán Surcouf que el gobernador acaba de meter presa a la señorita de Lymairac.

Emprendió el marinero la más precipitada carrera, y media hora más tarde estaba toda la ciudad en la mayor confusión.

Tan pronto como se enteró Surcouf de lo que sucedía, dió orden a sus subordinados de provocar un tumulto entre toda la gente de mar. Había dado la consigna de no marchar en son de guerra contra el palacio del gobernador, pero si de estar todos prontos a hacerlo al primer aviso, y hecho esto se dirigió al palacio del gobierno cono todos sus oficiales, aunque había dejado a Brinville con los marineros y corsarios.

Brinville ordenó a "Bella Amelia" que se hiciese a la mar con solo cinco tripulantes, mientras todos los demás permanecían en tierra con las dos chalupas de la expresada nave.

Se presentó Surcouf en el palacio del gobernador, pero este señor no quiso recibirle. Entonces dijo el corsario al oficial de guardia:

—Ruego al señor que tenga la bondad de advertir que como dentro de cinco minutos no me haya recibido, sabré obligarle a hacerlo. Y adviértale que será él el responsable de cuento pudiera suceder.

Anunciaban los empleados de la policía que la ciudad se hallaba llena de tripulantes armados hasta los dientes pertenecientes a todos los barcos anclados en el puerto. Lo peor era que más de la mitad de los soldados de la guarnición fraternizaban en las tabernas con los marinos y no ocultaban sus propósitos de armar un gran motín y tirar al agua lo menos a la mitad de sus oficiales, por ser realistas declarados, y traidores, por lo mismo, a la causa de la república.

En atención a todo esto, determinó el gobernador recibir a Surcouf. El corsario quedó en pié calmosamente plantado ante la autoridad y dijo como si se hablara del asunto más indiferente.

—Señor gobernador, antes de pronunciar la menor palabra necesitar celebrar una entrevista con la señorita Lymairac.

—Eso es imposible, señor mío. La ley no permite que un particular dicte órdenes a las autoridades constituídas.

—La ley, señor gobernador, no se hizo para que la autoridad abuse de su poder. Veo que es indispensable concluír con todo lo que al señor gobernador se relacione, asunto que nada tiene ni de difícil ni de largo. El señor es realista y por lo tanto enemigo de la nación. Sé respecto al señor muchas cosas muy interesantes, y guardo pruebas irrebatibles.

Detúvose Surcouf por un momento, en tanto que palidecía el señor gobernador solo ante el pensamiento de que acaso la Convención aprobase el modo de proceder del corsario, y ya la imagen de la guillotina se alzaba ante los ojos del pobre gobernante.

Despiadamente continuaba el marino:

—Sepa este señor gobernador que así invoca la ley, esa misma ley que pisotea apoyado por una camarilla realista, sepa, repito,

que como en este mismo instante no ordene que se traiga aquí a la señorita Lymairac agarro al señor gobernador, le pongo una pistola al pecho y sin dejar el dedo del gatillo llevo a vuestra excelencia a mi barco y salgo en el acto para Francia, donde en París, y ante el tribunal revolucionario, nos veremos cara a cara. Y recomiendo al señor mandatario que no fíe mucho en la guarnición de esta isla. Más de la mitad de los oficiales y la totalidad de los soldados piensan lo mismo que pienso yo.

—Cedo a la violencia, caballero.

—No me importan los motivos. El caso es que el señor gobernador obedezca.

Firmó el gobernador la orden para que se presentára la señorita, y vino esta en el acto, acompañado de su mulata, y tan pronto como vió a Surcouf saltó al cuello del corsario y le abrazó como a su salvador. Contó luego con toda sencillez lo sucedido, mientras el gobernador trataba de justificar su proceder.

—Se trata de una tentativa de homicidio, heridas mortales, derramamiento de sangre...

—Señor gobernador, — dijo Surcouf, — la ley autoriza la legítima defensa, y este es un caso de legítima defensa. Pero hay algo más grave aun. Por cobardes celos, por vergonzosos odios, ha confiscado el señor mis navíos gloriosamente conquistados y hizo toto esto muestra justa autoridad apoyándos en un pretexto futil. Como no se trababa sino de intereses míos, he dejado hacer al señor gobernador y me consideraba muy feliz en tener una prueba más de lo traidoramente que el señor procede, ya que al inmovilizar esos navíos favorece abiertamente la causa de los ingleses. Se me impide armar y tripular mis navíos para lanzarnos bravamente contra los contrarios, y no dudo de que el señor gobernador ha de pagar muy caro semejante modo tan poco republicano de proceder.

Sin decir una palabra más, dejando al aterrado gobernador, ofreció el corsario su brazo a la señorita de Lymairac, y salió orgullosamente del palacio, entre los aplausos de la multitud frenética, al ver libres a los prisioneros.

Una hora más tarde estaban las mujeres a bordo de la "Bella Amelia", y la tía de la criolla se reunía con su sobrina.

Tan pronto como llegó a bordo la tía de la joven ordenó Brinville, quien había dispuesto que permaneciera al paíro su barco, que se pusiera rumbo al Este, y la fina y elegante goleta se inclinó bajo el peso de las velas, para tomar el directo camino de la India.

La entrevista amorosa celebrada entre Brinville y la señorita Lymairac fué bastante sencilla.

—Señorita, — dijo eu joven corsario, — me felicito por el honor de haber merecido que se me acpetara como futuro esposo, y me felicito por segunda vez al enterarme de que será mi compañera en esta vida una mujer valiente como pocas.

—Caballero, — contestó la joven sin desconcertarse por tan extrañas declaraciones amorosas. — Cuando se une una joven con un hombre como el señor, es indispensable que se ponga a la altura de su futuro.

Pero Brinville confesó a uno de los veteranos oficiales de marina, lobo de mar de largas barbas blancas, que era un suplicio eso de tener que esperar la mayor edad de su adorada para la celebración del matrimonio.

—¡Pero no seas tonto! — dijo el viejo — ¿No eres noble?

—Así parece.

—Pues haz lo mismo que hacen todos los tuyos. No se casan sino por la iglesia. Te advierto que eso es lo de buen tono y lo único que luce en la isla de Francia. En la Reunión sucede lo propio, y los curas que se han negado a jurar la constitución no desean sino tener que casar a alguien y muy principalmente a los que no se consideran como casados si es el alcalde quien los une. Verás como encontramos algún buen cura realista en la Reunión y os echará una bendición tan amplia como la deseas.

—Pues nunca podrás imaginar veterano amigo mío, — dijo Brinville saltando de gozo, — nunca sabrás el gran servicio qpe acabas de prestarme.

Dió un grito y ordenó que se pusiera la proa sobre la Reunión y luego bajó al camarote de su amada, la que estaba enterada de que se había celebrado muchó matrimonios tal como lo expresaba el marino.

—Nos bendecirá el padre Lanternier, — dijo.

—¿Quién es ese padre? — preguntó el teniente.

—Un curioso antiguo cura de la armada; es hombre que jura y bebe y se bate al lado de los marinos. Puede decirse que es el cura más listo del mundo entero. Ha declarado que es partidario de la república, de los derechos del hombre y que no conoció desde que el mundo es mundo un desamisado más sin camisa que el mismo. Pero como sacerdote es un modelo. Sólo habla de Dios; y no quiere saber nada sino del Padre Eterno, y como nunca predicó ni del rey ni contra nadie, todos le dejan tranquilo.

—Confiemos en que ese padre cura no se negará a echarnos su bendición. Corre de mi cuenta, — dijo Brinville, — el conquistarlo.

—Pues para que sea secreto, nada mejor que realizar una idea que se me ocurre en este instante. Nos casaremos en alta mar, de modo que nadie puede sabeerlo en la isla edla Reunión.

Sin pérdida de momento se enteró a la tía de la joven de los proyectos de matrimonio.

Cuando llegaron a la Reunión fondeó lejos de la costa sin enviar a tierra más que una canoa con lo que se evitaba toda clase de comentarios y de sospechas.

Brinville, tan pronto como pisó tierra, no encontró la menor dificultad en dar con el padre Lanternier, conocidísimo de todos. Era un viejo capellán de marina a quien encontró comiendo mariscos y bebiendo buen vino del

Cabo en una de las tabernas frecuentadas por marineros.

—Con permiso, señor, — dijo Brinville, — interrumpiendo el coloquio del sacerdote con la mulatita que le servía.

—¡Todo un señor corsario ante mí! — exclamó radiante de alegría el viejo. — Supongo que en lo que menos piensa el joven capitán, será confesarse.

—Se equivoca uste, padre, — contestó el marino. — Quiero casarme, y creo que se confiesa la gente antes de dar este paso. Vengo a buscar al padre Lanternier, para que sea él quien me case.

—¡Con el mayor gusto! Pero dígame buen mozo. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Al teniente Brinville, segundo de Surcouf.

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Esto es lo que se llama ser un viejo con suerte! ¡Jamás creyera recibir alegría como esta! ¡Yo casarlo, amigo, lo caso con un placer indefinible! ¿Tenemos en regla toda la documentación? ¿Contamos con el consentimiento de los padres de los contrayentes?

—Mi novia es hurfana y no cuenta sino con una tía que es su única tutora, que aprueba el matrimonio y está loca de alegría al saber que se realizará muy pronto.

—Todo eso está bien. ¿Dónde están esas señoras?

—A bordo de mi barco, — dijo Brinville, y luego en baja voz y con todo misterio agregó al oído del sacerdote: — Se trata de señores nobles, que no quieren matrimonios hechos en la alcaldía. Para ellas un cura vale más que un alcalde. El matrimonio ha de ser secreto, y hemos decidido celebrarlo a bordo de mi goleta. Todo depende de la voluntad del padre Lanternier.

—¿Cómo? ¿Que dice? ¿Que si me presto a todo ese asunto? Pero no sabe, hijo mío, que mi mayor deseo durante toda mi vida ha sido casar a alguien sobre la cubierta de un navío?

—Perfectamente, querido padre. Almorcemos ahora y a las dos de la tarde me casará usted con mi adorada.

Media hora después estaban de codos ante la mesa el padre cura. Era un hercúleo personaje, colorado y recio, tipo perfecto del fraile alegre y que se trata bien. Era muy capaz de tenérselas tiesas vaso en mano al marinero más bebedor, y después de hacer honor al almuerzo y a los abundante y capitosos vinos y licores, se puso en pie para embarcar, sin que vacilaran sus pasos.

Saltaron a la canoa que esperaba en los muelles, no sólo el gigantesco cura sino también un sacristán, digno compañero del sacerdote, y remaron los marineros con su mejor voluntad, pero tenían que apretar los puños por calar el bote triple más de lo ordinario, dado el enorme peso que lo agobiaba.

Tocaron la borda de la goleta y subió listo y como un mozo el cura, pero fué preciso izar al sacristán, poco marino y no acostumbrado a semejantes aventuras.

Presentóse a las damas y el sacerdote hizo sus cumplidos de modo algo estrambótico, pero no descortés, y se entretuvo en la más amena charla mientras improvisaba el cacristán un altar que se cubrió con la tricolor bandera de Francia.

Los marineros empavesaron todo el barco para darle aspecto de fiesta completa y los corsarios se alinearon en formación de batalla ante el altar, mientras resonaban estruendosas salvas de la artillería. La ceremonia adquiría aires de una gran solemnidad.

Una vez revestido de sus hábitos sacerdotales, la elevada estatura y el grave aspecto que adquirió el cura dió nuevo prestigio al acto a celebrarse. Su voz adquirió tonos magistrales, y los ademanes dejaron de ser del castillo de proa para tornarse en los de un ministro de Dios, grave y sereno.

Pronunció un sermón muy corto, pero cumamente expresivo y respiraban las palabras de aquel hombre una amplitud de miras y una virtud tan profunda que nadie hubiese podido sospechar salían de los mismos labios tan acostumbrados a las frecuente libaciones. Supo tocar la cuerda sensible de toda aquella gente tan poco dada a filosofías y a escuchar máximas de moral universal, y caundo terminó su discurso, podía notarse cómo hasta los más feroces corsarios estaban enternecidos.

Estaba aún arrodillado Brinville cuando cuando anunció el vigía que se aproximaba una fragata inglesa.

Estaba aun arrodillado Brinville cuando resonó la voz del centinela, pero se enderezó y dijo:

—Estaba seguro y hubiera apostado cualquier cosa a que los ingleses vendrían a inrrumpir mi boda. — Añadió luego dirigiéndose a la que era ya su esposa: — Señora Brinville, hará usted el favor de pasar a tierra acompañada del padre Lanternier, y desde los muelles podrá contemplar cómo nos batimos.

—Soy esposa de un corsario y mi obligación es permanecer a bordo, — contestó resueltamente la joven.

—Pues por mi parte, — agregó el cura, — en lo que menos pienso es en ir a tierra en el mismo momento de empezar tan divertida función.

—Debo declarar, — dijo con su eterna sonrisa el teninte, — que me llenan de satisfacción todas esas declaraciones. Empezaremos la danza sin pérdida de momento. El cañón será quien marque el compás de nuestro baile de bodas.

Sin perder su aplomo dió Brinville las órdenes oportunas.

Se había dispuesto con el mayor esmero la "Bella Amelia" para que no faltase en ella ninguna de las comodidades posibles, pero también debemos advertir que se había tratado de que pudiera costener los más rudos combates. Para un barco tan pequeño como aquel se contaba con cincuenta corsarios destinados sólo a los abordajes, y el resto de la tripulación se componía de lascaros, a cuyo cargo quedaba la maniobra de la goleta así como la de las dos chalupas de que disponía, y dicho esto se comprende que el plan de Brinville no podía ser el de abordar al gran navío, pero había adoptado todas las medidas encaminadas a poderse defender cuando el puente de su barco se

viera dominado por algún contrario poderoso.

Tenía ocultos sus dos cañones y los círvientes de las piezas estaban bien disimulado y protegidos. La tripulación queda cubierta por un piso movible, impenetrable a las balas, y en el que se había abierto numerosas troneras, y todo aquel piso, en caso de combate, se colocaba verticalmente, gracias a un sistema de cadenas y poleas, de modo que quedaba como una muralla que cerraba la parte de popa de la embarcación. Las cuarenta aspilleras abiertas en aquel improvisado parapeto, bastaban para establecer la más enérgica defensa.

En diez minutos se hizo todo el zafarrancho de combate, se levantó el falso piso y se preparó todas las armas de reserva, y se emplazó los cañones tras las aberturas dejadas en la plataforma. Se dejó a remolque las dos canoas con diez remeros cada una, pero podía verse en cada una de las citadas embarcaciones un extraño ingenio, era un tonel forrado de plomo y unido a un arpón muy afilado que por efecto de un recio choque debía empotrarse en la tablazón del caco de un barco. Tonel arpón quedaban unidos por una cadena muy corta, y se podía ver una mecha que entraba en el tonel. En la proa de las dos barcas, estaban sentados dos corsarios de los más determinados.

Tan pronto como quedaron hechos los indicados preparativos, puso Brinville la proa de su goleta sobre la fragata británica como si su plan fuera atacarla al abordaje. La fragata contaba con cuatrocientos tripulantes, y tan pronto como notó la embestida del corsario, rompió el fuego de los cañones. Los proyectiles pasaron entre la arboladura. Brinville, a cuyo lado se hallaba su esposa, vió cómo palidecía ésta por un momento con nerviosa contracción, pero notó también cómo se reponía en el acto y cómo dominaba su espíritu para afrontar los peligros que pudieran ofrecerse.

Corto fué el cañoneo por llegarse muy pronto al abordaje, aunque fué el inglés quien arrojó sobre el puente del barquito, los que armados de hachas y de toda clase de herramientas se lanzaron contra la movible muralla que dividía el puente de la "Bella Amalia".

Dominada la goleta por los oficiales ingleses, pudieron comprender contra qué clase de obstáculos debían tropezar y habían lanzado al asalto a muchos provistos de instrumentos para destruir la barrera, apoyados por un centenar de fusileros.

Resonaron de pronto las dos carronadas de Brinville y fueron espantosos los efectos de aquella metralla, y rompióse en el mismo instante un violento fuego de fusilería que vomitaba la muerte por las cuarenta aspilleras a razón de diez tiros por minuto. Balas de fusil y metralla era como ráfaga a quemarropa, y no había manera de sostenerse bajo semejante infierno. Los ingleses se vieron obligados a volver a trepar a su fragata, y cortaron las cuerdas que sujetaban los garfios. Habían cambiado de plan y se proponían hundir la goleta a cañonazos. Su superioridad era indiscutible, ya que contaban con treinta y seis piezas.

Pero sonaron casi simultáneamente dos sordas detonaciones junto al casco de la fragata, mientras enormes olas saltaban hasta cubierta y otras empujaban desde la quilla, como si el océano empujara la gran nave hasta levantarle a las alturas. Danzó el enorme navío, cual si ejecutase el más activo baile, pero empezó a hundirse inmediatamente, por efecto de las dos enormes vías de agua abiertas en los costados. Ni dos minutos tardó la majestuosa nave en zozobrar para acabar de hundirse entre las ondas mientras decía Brinville con muy modesto tono:

—Conste que es esto invención mía. Surcouf no puede reclamar nada como suyo en este asunto.

No puede negarse que los modernos torpedos germinaban ya entonces en la cabeza de un joven marino bretón.

La destrucción de la fragata se debió a los esfuerzos de las canoas de la "Bella Amelia". En el consejo de guerra formado en Inglaterra al comandante del barco, hundido, dijo textualmente, al hablar de aquel verdadero torpedo:

"El capitán Brinville ha imaginado un misterio que debo recomendar a la consideración del Almirantazgo. Se trata de la invención de una serie de máquinas infernales, que puede llevar cómodamente cualquier canoa ligera y de dimensiones reducidas. Se coloca en la proa y está unida por medio de una corta cadena a una especie de arpón que se clava a martillazos en el casco atacado. Se da fuego a la mecha previamente preparada, y algunos minutos después estalla la máquina infernal y abre una gran vía de agua bajo el navío enemigo. La fragata "Princesa Alicia", de la Compañía de la India, se hundió en pocos minutos como consecuencia de dos explosiones de esos toneles tan diestramente colocados y de que acabo de ocuparme.

Estos, según parece, fueron los primeros torpedos empleados en un combate naval."

CAPITULO VII

El fin de un bandido

ECHARON al agua todas las embarcaciones de los dos buques y se logró salvar la vida a unos cincuenta ingleses, y tal era el gusto que aquel combate causó al padre Lanternier, que rogó se le conservara a bordo en calidad de cura, idea aceptada con satisfacción por todos, y en vista de ello fué a tierra con la promesa de volver al siguiente día. No bien amaneció pudo verse al sacerdote cómo regresaba a bordo, provisto de un gran fardo.

Como había dispuesto Brinville, puso la "Bella Amalia" la proa en dirección a la India tan pronto como volvieron los botes enviados a tierra con los prisioneros británicos, y en cuanto el padre regresó entre sus amigos.

Brillaban de alegría los ojos del sacerdote.

—¡Eureka! — dijo al oficial a cuyo cargo estaba la guardia.

—¿Qué gran hallazgo hizo nuestro capellán?

—¡No he hecho sino encontrar una idea que es esta: yo, y nadie más que yo hará saltar el primer navío inglés con que tropecemos.

—¿Que el padre Lanternier hará volar un navío? Pero ¿cómo será eso?

—Con una máquina infernal. Metido en un bote me dirigiré muy visiblemente al buque enemigo en tanto que la "Bella Amelia", com indefensa y honrada goleta mercante, se pondrá al pairo con toda el aspecto de nave que se conforma con arriar su pabellón y entregarse al extranjero| Cuando menos lo imaginen los ingleses estarán dando volteretas/por el aire.

—Pero como no entretengamos a los enemigos con nuestras maniobras o nuestro fuego de cañón, os destrozarán con su metralla.

—Está muy equivocado mi buen amigo.

—Apuesto todo lo que se quiera a que sucede lo que acabo de indicar.

—¿Cuánto apuesta en favor de su idea?

—Como tenemos en juego la valiosa piel de nuestro reverendo padre, — contestó muy respetuosamente el marino, — no puedo apostar menos de cien luises.

—Se acepta la apuesta y pondré otros cien luises.

—¿Pero espera hacer saltar el barco enemigo?

—¡No ha de volar! ¡Clavaré el arpón con está mano! — y mostraba el cura un puño que parecía una maza. — Me bastará pegar tres puñetazos para que quede clavada la espina en las tablas del inglés.

—Pero ¿y si os matan?

—¡Laus Deo; bendito sea Dios!

—No faltarán motivos para cantar victoria si se logra realizar eso sin que perezca nuestro predicador; pero quisiera saber cómo espera componérselas para que no tiren los británicos.

—Mi querido teniente, permítame que le reserve la más divertida sorpresa. Además, estoy seguro de que si conociese mi idea, no apostaría.

Brinville apareció en aquel momento sobre cubierta.

—Comandante, — dijo el reverendo padre. — Acercaos, os lo ruego.

—Me honra el padre Lanternier con su ruego de que me acerque.

—Llamo en calidad de testigo al comandante de este barco.

El cura enteró a Brinville de lo que se trataba.

—Pues mi querido padre, — observó el joven, — también yo apuesto otros cien luises contra la piel de nuestro confesor.

—¡Otros cien luises perdidos! Ahora necesito conocer la tripulación de la mayor de las chalupas. Quiero predicarles un sermoncito a esos buenos muchachos.

Como un cuarto de hora más tarde hallábanse reunidos todos los destinados al servicio de la barca más grande. Eran antes piratas que verdaderos corsarios; eran gente de la peor calaña, pero qué tipos de hombres decididos y aptos para cualquier clase de aventuras.

—Como estos mozos no empiecen por bajar mucho el ala de sus sombreros para que los ingleses no se espanten antes de tiempo ante estos feroces rostros de caimán, — dijo el clérigo a Brinville, — fracasará todo mi proyecto. Pero ruego al señor comandante que me de a reconocer por estos bravos marinos como jefe único de esta chalupa.

Brinville se plantó ante los marineros y les dijo:

—Camaradas, el padre Lanternier pretende hacer volar por su propia mano el primer navío inglés algo fuerte con que tropecemos.

—¡Viva el padre Lanternier! — gritaron los tripulantes del bote.

—En atención a lo indicado, — continuó Brinville, — lo nombro vuestro jefe y jefe de la chalupa.

Estallaron nuevas aclamaciones.

Colocóse entonces el padre Lantérnier frente a frente de sus subordinados.

—Queridos hijos míos, — empezó el sacerdote, — sé que sois los más canallas de toda la tripulación, lo que, dicho sea de paso, no os honra mucho. Para empezar a conoceros, debo deciros que al primero que me desobedezca lo aplasto de un puñetazo. Por brutos que seais, no podéis pretender tener el testuz más fuerte que el de un toro, y apuesto cuanto se quiere a que no necesito pegar dos golpes para abatir un novillo. Mirad mis puños, y no digo más.

Blandía sus descomunales manos sobre las cabezas de los marineros.

—Pero por lo dicho no os figuréis tratar con una bestia... también tengo ideas amén de tener buenos puños. Olvidaba advertiros que no conozco el miedo a nada. Ni el mismo diablo me asusta. Si se atreviera el demonio a presentarse ante mí, no vayais a imaginar que tomaría el hisopo para hacer gestos en el aire. Mal andaría el mismo Lucifer si nos trenzamos. Lo agarro por los mismos cuernos y le pego la más fenomenal paliza de que se conserve memoria.

Aquel era el lenguaje que todos los corsarios entendían perfectamente. El cura resultaba un buen compañero y no sería mal jefe. Reían todos y batían las mandíbulas en sonoras carcajadas.

—¡Silencio! Basta de bromas. ¿Os he dicho que también sé tener ideas? Pues es la pura verdad, aunque os parezca a todos que miento. No me es posible vender mi secreto, ni os hace maldita la falta conocerlo. Basta que responda de que no ha de disparar un solo tiro el enemigo hasta que nuestra máquina quede clavada en su costado. Tampoco creo que tenga humor después de tirar contra nosotros. Y además, si tira, creo que apuntará mal. Todos sabemos que no se apunta bien cuando nos sorprende lo imprevisto. Y en eso de sorpresas, vaya amigos, os juro por el rabo de Lucifer que ha de sorprenderse el inglés por muy flemático que sea. — Añadió luego con aire paternal. — He apostado doscientos luises, pero la apuesta es por cuenta vuestra. A ganaros esos luises, buenos muchachos, y con la parte de los muer-

tos podrán beber más y mejor los que queden vivos.

Logró el padre Lanternier un loco éxito. Pero podía notarse cómo ocurrían cosas muy extrañas.

Se encerró el padre Lanternier con los tripulantes de su chalupa, y les sermoneaba, los amonestaba continuamente y llegó a realizar el milagro de convertir a toda aquella gente. Fué la admiración de todos verlos cargados de medallitas y leyendo libros de devoción. A tal punto llegó la extrañeza, que se determinó Brinville a interrogar a uno de los corsarios convertidos. Pero no averiguó el menor detalle, y así estaba todo y así continuó durante ocho días, hasta que señaló el vigía un navío de gran porte.

—Ya tiene su ocasión nuestro padre Lanternier, — decía Brinville. — Un gran navío de la Compañía de la India está a la vista. Se trata de nave de dos puentes, lo que equivale a decir que monta ochenta cañones. Es un magnífico bocado para el mar, si logramos que se lo trague.

Se acercó el padre Lanternier, y dijo después de estudiar largo rato el barco enemigo por el tubo del anteojo:

—Se nos ofrece la mejor ocasión que pudiera desearse. — Luego, volviéndose a sus marineros, los que instintivamente se habían agrupado en torno de su jefe, dijo:

—Vaya, vaya, hijos míos, ha llegado el momento de vestir vuestros trajes de ceremonia.

Diez minutos después se veía toda una caterva de frailes, de curas, de hermanas de caridad y de alguno que otro burgués, saltar ligeramente a la chalupa y, con gran extrañeza de los tripulantes de la goleta, vieron cómo se alejaba la barca a fuerza de remos y cómo se acercaba al navío contrario. El padre Lanternier había dicho a Brinville al separarse:

—Póngase al pairo y arbole el pabellón blanco con su correspondiente flor de lis.

—¡Por vida de todos los diablos! — dijo el joven marino. — Comprendo todo el plan. — Seguidamente dió orden de izar la bandera de la monarquía.

La señora Brinville subió entonces a cubierta, y al ver la chalupa llena de sacerdotes, monjas y señores y señoras cuyos trajes los denunciaban como burgueses, preguntó a su esposo qué significaba todo aquello.

—Querida mía, esa es la famosa idea del padre Lanternier. Ha empezado por disfrazar a los tripulantes de su canoa, y ven los ingleses cómo se acercan, bajo la bandera realista, un cargamento de frailes y monjas, y no puede dudar de que sea la "Bella Amelia" un barco a devoción de la monarquía que tiene a bordo curas y religiosas y muchos realistas comprometidos. Han de creer que toda esa gente busca protección bajo la bandera británica, y que guiados por tal idea se dirigen a suplicar se les admita a bordo del navío inglés.

—Nunca hubiera podido sospechar que un hombre tan gordo pensara con tanta finura, — dijo sonriendo la señora Brinville.

Los tripulantes de la goleta, quienes habían empezado a enterarse de lo que se trataba, tomaban el más vivo interés en el asunto, y fué enorme la emoción de todos cuando se vió cómo abordaba la canoa al gran barco, para alejarse un momento más tarde a gran fuerza de remos.

Brinville puso en el acto el timón sobre la chalupa y ordenó largar todo el trapo. Veía al padre Lanternier de pie en la pequeña embarcación y enseñando a los sorprendidos ingleses su escapulario y su libro de rezo.

De pronto enviaron los británicos, con uno de sus cañones de caza, una bala a la chalupa, la cual se mantenía en la línea muerta del buque para evitar el fuego de la artillería, pero estalló en aquel instante la máquina infernal, y el desfondado navío se hundió rápidamente, no sin que tuviera tiempo de echar al agua todos los botes.

Brinville estaba radiante y muy lejos de sentir la pérdida de sus cien luises, gritaba para felicitar al ingenioso padre cura.

—Los dejaremos escapar, amiga mía — decía a su esposa — No quiero abarrotarme de prisioneros y tampoco tengo valor para hundirlos a cañonazos.

Ordenó que se izara otra vez el pabellón tricolor, y volvió la canoa sin otras averías sino un muerto y dos o tres heridos. Era casi una victoria gratis, según decían los valientes tripulantes. Estaban todos encantados de aquella hazaña.

—Capitán, — dijo uno de ellos — Se realizó el milagro. Saltó el inglés y ahora solo le quedan sus botes.

Contaba otro de los héroes de la aventura lo sucedido:

—¡Si nos hubiérais visto, amigos! Aquello era digno de pintarse. Nos miraban todos los ingleses desde la borda. Habíamos bajado mucho las alas de los sombreros y las monjas ocultaban púdicamente rostros y ojos bajo lo blanco de las almidonadas tocas. Lo más célebre eran nuestros burgueses de ocasión: Imitaban muy bien el modo de portarse de los terrestres cuando están en un bote, y abarrotaban sus narices de rapé. En la proa teníamos al padre confesor haciéndonos ademanes de beatífica paz, pero de un significado oculto muy poco cristiano. Empezamos a deslizarnos bajo la proa de la fragata, la que estaba al pairo, maniobra que empezó a despertar la desconfianza de los enemigos. Bastaron tres martillazos de los puños del padre Lanternier para clavar arpón y la máquina contra el costado del barco. Le pegó fuego a la mecha con un grueso cigarro que aun le dura, y hecho esto, viramos de bordo con toda la velocidad posible.

Pregutábanse los británicos qué demonios hacíamos bajo su proa, pero todos sabemos que el muy difícil enterarse y poder ver en estos casos. Sería preciso colocarse en el extremo del bauprés, lo que requiere algún tiempo, y a todo esto nos hallábamos ya como a veinte brazas de ellos, cuando oyó el padre como decía un inglés que había

logrado ver nuestro bruiote que iban a volar todos.

Entonces se puso de pie en la proa y gritó como una bocina.

—¡Saltaréis, volaréis todos, malditos ingleses herejes, y es este cura, el padre Lanternier, el que confiesa a los corsarios de Brinville, quien os envía a los infiernos!

—Esto es lo que ha sucedido, — terminaba el marino. — —¡Viva la república y nuestro padre Lanternier!

Repitió toda la tripulación a voz en cuello el grito en honor a la república francesa, en tanto que desaparecía el padre cura por la escotilla, pero se le vió reaparecer muy pronto, revestido ahora con la sobrepelliz.

—Por muy bandidos que séais — decía el padre dirigiéndose a los marineros — no me negaréis que os bautizaron cuando el cura de vuestro pueblo no podía sospechar qué granuja era el que remojaba con las puras aguas del bautismo, y como debo rezar el oficio de difuntos por este, nuestro camarada que no cometerá ya más fechorías, espero que forméis todos silenciosos y muy respetuosamente, y ordeno que rece si alguno de vosotros recuerda la menor oración.

Cantó el padre su De Profundis con tonante voz, bendijo luego el ensangrentado cadáver y dió orden de que lo tirasen al mar. Abrióse el portalón, y arrastrado por una bala de cañón de a ocho, rodó el muerto, para caer luego en las azules ondas, que se abrieron con lúgubre zumbido para dar sepultura al veterano de todos los océanos. Pero en el mismo momento, como si quisiera ahuyentar todas las ideas fúnebres, exclamó el fogoso padre Lanternier:

—¡Por todos los cañones de los infiernos! Vengan y acérquensece los reverendos frailes, las modestísimas y pudibundas mongitas, los elegantes señores aristócratas así como las relamidas damiselas que tan admirablemente supieron engañar a los inocentes británicos. Garamos nuestros doscientos luises en buena ley y hemos de celebrarlos como Dios manda. Pero no olvidemos que somos cristianos de nacimiento y empecemos por entonar un tedeum con voz tan recia que se pueda escuchar desde París.

Con su potente vozarrona entonó el himno triunfal, para que se sintiera conmovido el aire por sonoros ecos que hacían gemir los cordajes del navío. Cuando se llegó al segundo versículo, ya todos los marineros habían tomado la tonada, y un concierto bélico, feroz ,terible rasgó los aires para saludar el triunfo de los corsarios.

. . . . . .

Era el señor gobernador de la isla de Fraucia demasiado vanidoso y rencoroso para no tratar de vengarse de las ofensas recibidas. Llamó a los más fieles de los oficiales y les preguntó hasta qué punto podía confiarse en las tropas de la guarnición.

—Señor gobernador, — contestó el mayor, que era quien ostentaba el grado más elevado, — el espíritu revoluiconario lo ha desquiciado todo, y los oficiales que pertenecemos a la nobleza no podemos contar con nuestra gente. Pero no faltan medios de imponerse a los soldados, si empezazon por aterrorizarlos.

—¿Qué entiende el señor por eso?

—Del modo más sencillo. Supongamos que se empieza por reunir un consejo de guerra para juzgar a tres o cuatro soldados conocidos por borrachos inveterados, por hombres sin la menor disciplina y de esos a quienes sus mismos camaradas detestan por mil y mil motivos, pero supongamos que se les prende ahora por estar comprometidos en esa conspiración y que se les juzga y sentencia sumariamente, para fusilarlos en el acto. Como hemos partido de la base de que ninguno de los sentenciados merece estimación a sus propios compañeros, nadie ha de tratar de defenderlos, pero no por ello ha de producir menos saludables efectos la triple ejecución indicada.

—Me parece muy acertado ese plan.

—Pero para lograr nuestros propósitos necesitaríamos empezar por atraer el afecto de los soldados. La república es muy pobre y paga mal o no paga a las tropas y todos sabemos que se debe mucho a esta guarnición. Sería indispensable abonar regularmente el prest de la fuerza, ya que en cada soldado hay algo del perro que quiere mucho a su amo que le da de comer y no le pega demasiado fuerte. — Volvióse entonces el orador al grupo de oficiales, y continuó de esta manera: — Reconozcamos, señores, que hemos apaleado sin consideración alguna a nuestros soldados, y debemos admitir que cada palo se convierte en marcada falta de afecto a oficiales y a bandera. En atención a todo esto aconsejo dar hoy mismo a la tropa el cuarto de todo lo que se le adeuda, lo que daría ocasión a que se advirtieran y no pensasen en lo dura que es la disciplina cuando tanto se habla de libertad. Hasta este momento no han recibido obsequios y vasos de vino sino de los corsarios y de los republicanos, y es justo que les demos ocasión de que retribuyan a corsarios y amigos de la república las atenciones recibidas.

—¿Y si con el vino se hacen aún más amigos que antes?

—El vino los volverá enemigos para siempre. No ha de costar nada a la policía encontrar un pretexto para que se suscite una pendencia entre algunos marineros y unos cuantos de nuestros muchachos, y conozco bastante bien a los soldados para responder de que una vez interesado el espíritu de cuerpo no habrá modo de detenerlos y han de ir hasta el final de la aventura.

Calló por unos instantes para esperar a ver el efecto de sus palabras, y luego prosiguió:

—En el momento oportuno me presentaré con mis granaderos y sabremos dar a los orgullosos corsarios la merecida lección.

—Muy bien, mayor. Perfectamente. Es un hermoso plan de operaciones.

Inclinóse ceremoniosamente el mayor. Era lo que se dice un verdadero militar, rígido, entusiasta de la disciplina y hombre que

odiaba una revolución destinada a revolver el mundo entero.

Añadió como epílogo de lo expuesto:

—Empezar por pagar el prest del soldado. Anunciar que se dará luego el cuarto de todo lo debido y que se regularizará muy luego la situación. Prender a los tres o cuatro más odiados por los soldados mismos, y sipe el humo de la pólvora de la ejecución, fusilarios en el acto. Pagar, no bien se diuna buena parte de lo que se debe, lo que encantará a toda nuestra gente. Ordenar a los señores oficiales que sean buenos muchachos y no verdugos de sus respectivas compañías y secciones. Recomendar que no tengan para nuestros subordinados sino palabras de afecto. Hacer comprender a todos que gracias a las gestiones de la oficialidad se logra que la república pague lo que debe. Si todo esto se cumple tal como se ha expuesto como programa, habremos, señores, reconquistado el cariño de los soldados y podremos dar la batalla a los corsarios.

Retiráronse los oficiales, y media hora más tarde se daba a los soldados una buena suma a cuenta de las pagas atrasadas, lo que causó el mejor efecto y fué la admiración y el encanto del cuartel. No podían dar fe los pobres muchachos a lo que veían, y la satisfacción se retrataba en todos los semblantes.

Apenas si se sintió conmoción alguna cuando muy poco después se supo que se había prendido y encerrado en el calabozo a tres soldados muy borrachos y levantiscos. Corrió la voz de que se les sentenció por un tribunal o consejo de guerra en juicio sumarísimo, y se supo luego que se los iba a fusilar aquella misma tarde. Llegó luego la noticia de que los habían fusilado por estar comprometidos en una insurrección, y estas noticias apenas si causaron el menor alboroto en los cuarteles.

La calma del elemento militar no se alteró por nada de esto.

Se anunció al siguiente día que después de la comida de la tarde se repartiría otra cantidad de importancia a cuenta de lo adeudado, y que luego quedaba franca la puerta para todos, con permiso hasta la siguiente mañana, noticia que provocó un volcán de entusiasmo, de gritos y de expansiones de alegría, y apenas recibido el dinero, desfilaron todos sin siquiera comer los ranchos. Unicamente los granaderos permanecieron en los cuarteles, por especiales órdenes y convenios con sus jefes.

Por otra parte iban metiéndose en el fuerte dos compañías de la guardia nacional, uniformadas y bien armadas, formadas por los jóvenes ricos de la ciudad. Ocuparon las fortificaciones silenciosamente, prontos a restablecer el orden que muy pronto debía alterarse.

Aquellas dos compañías de guardia nacional, formadas por los ricos, tenían tendencias muy especiales. Eran girondinos con vistas a la monarquía antes que a la república, pero eran moderados y no retrógrados, aunque antes hubiesen defendido las causas más retrógradas que unirse a los jacobinos. Representaban la burguesía acomodada y rica, y entre aquellas filas podía contarse a muchos decididos realistas.

El gobernador se había alojado en el fuerte, a donde hizo llamar al jefe de policía de la ciudad, hombre muy poco recomendable a quien explicó el mandatario la situación a que quería llegarse.

—No hay cosa más fácil, señor gobernador, — dijo el comisario tan pronto como se enteró del asunto, — que provocar una pelea entre soldados y marineros. Disponemos de las pobres mujeres que son sólo para marineros y soldados, y que no pueden hacer otra cosa sino lo que la policía les ordene. Basta con decirles cómo han de proceder, y podemos estar seguros de que se sucederán las peleas más feroces unas a continuación de otras.

—Se aprovechará ese momento para que los granaderos y dos compañías de milicias intervengan en las calles, y tan pronto como hayan recibido los corsarios una buena paliza, procederá el señor jefe de policía a la prisión de Surcouf y a la de todos sus oficiales. Aquí está la orden de arresto, y el mayor dará el apoyo de la fuerza armada para proceder a las detenciones.

Frotándose las manos muy satisfecho el señor gobernador, despidió al jefe de policía, quien, por su parte, lo veía todo muy sencillo.

Aquella misma tarde, como a las tres de la tarde y en el momento de despertar de la siesta, entró el marinero de Surcouf para decir a su capitán que acababa de llegar Adela la Grande, con muchos deseos de hablar con el corsario.

—Pero ¿quién es esa señora?

—Es una pobre mujer muy buena. Corre todas las bordadas con nosotros desde que desembarcamos. Tiene tantos amigos como marineros tocan en la isla.

—¿Qué demonios quiere de mí esa buena pieza?

—Dice que la policía está preparando un gran golpe contra nosotros.

—Era indispensable, — murmuraba Surcouf, — que llegáramos a eso. Trae a esa Adela, que por grande que sea no me asusta.

Introdujo el marinero a la moza, tipo bravío, morena, no desprovista de alguna belleza, pero mujer de avería, de las que lo mismo empuñan y manejan el cuchillo que saben batirse a puñetazos.

No bien entró dijo a Surcouf, como si le conociera toda su vida:

—El capitán sabe que yo, lo mismo que todas las mujeres de mi oficio estamos sometidas en absoluto a lo que ordena la policía. Vengo a advertir que se ha fraguado un complot contra vosotros y que se cuenta con provocar pendencias entre los soldados, a los que se da dinero hoy sólo para que puedan emborracharse, y los marineros de vuestros barcos.

—¿Y como consecuencia de una pelea insignificante vendrá una batalla general entre marineros y soldados y lógicamente me prenderán con todos mis oficiales, no es eso de lo que se trata?

—No lo sé, pero sospecho que es por ese camino por donde se dirigen.

—Muchas gracias, buena moza, y dime qué

puedo darte para recompensar tu oportunísimo aviso. Pide lo que quieras.

—¿Qué pida lo que quiera? Pues pido que me dé un abrazo el capitán Surcouf. Ni rey ni emperador ni sultán vale para mí tanto como el gran capitán corsario, y un abrazo del héroe de los mares será para Adela la Grande como el bastón de mariscal de Francia, dentro de mi oficio.

Abrazó riéndose el corsario a la pobre mujer, que estaba emocionada y casi a punto de llorar. Limpió con su delantal los húmedos párpados, y salió luego orgullosa como si acabara de merecer la mayor distinción del mayor potentado de la tierra.

No bien salió Adela la Grande cuando entró a visitar a Surcouf el capitán de la compañía de la guardia nacional, formada por los vecinos más pobres de la ciudad. Era un buen hombre, marino de alta mar retirado de la vida marítima y muy buena persona, de reconocida energía, reconocida por todos sus convecinos.

Los informes que aquel señor dió a Surcouf confirmaron todo lo dicho por la meretriz.

—¿Capitán, — preguntó Surcouf, — está usted bien convencido de que el gobernador de esta isla es traidor a la causa de la república?

—Es traidor a la república y a Francia, lo que es aún peor.

—Lo que se propone es prenderme y fusilarme, manera muy cómoda de ganar la prima ofrecida por Inglaterra, ha puesto a precio mi cabeza.

Abrió Surcouf un cofrecito que ordenó le trajesen, y sacó unas cartas que entrgó al capitán de guardias nacionales para que se enterase.

—Cayeron en mi poder cartas tan comprometedoras para el gobernador de la isla, porque yo apresé al navío inglés que las llevaba.

—Está probada aquí la culpabilidad del gobernador y es indispensable quitarle el cargo en nombre de la seguridad pública. Si mi compañía puede ser útil en esta oportunidad, puede el señor contar con ella.

—Deben estar prontos ustedes para esta noche a las nueve, pero les advierto que no se les encargará nada peligroso ni grave. Les daré una sección de mis corsarios, a los que se debe incluir en sus filas como si fuesen guardias nacionales.

Apretáronse las diestras los dos republicanos, mientras decía Surcouf:

—Creo, por lo que he visto, que andan bastante mal los asuntos del señor gobernador.

—Cuando las mujeres se mezclan en algo... —murmuró el veterano marino, retirándose.

Los soldados, con dinero en el bolsillo y alegres como nunca lo habían estado, corrieron a los muelles a buscar a sus amigos los corsarios, para retribuirles sus anteriores atenciones y para empezar sus francachelas, y no hace faltad ecir que muchas mujeres de vida airada intervenían en los regocijos. Pero notábase que los corsarios presentaban un aspecto extraño en ellos, ya que se les veía muy serios y hasta sombríos.

Como desde más de quince días antes era sólo los marinos los que disponían de dinero para convidar a los soladdos, se había formado cada uno de los hombres de mar una especie de clientela o grupo de amigos según las simpatías y los orígenes de todos, y en cada uno de los indicados grupos se podía notar conciliábulos y preocupaciones. Las mujeres que se sentaban en éstas y aquéllas mesas supieron cumplir con las órdenes recibida, ya que la policía estaba al acecho, pero a pesar de todo tocaron las ocho de la noche sin que se produjera incidente alguno.

Pero a las ocho estalló una primera riña a la que siguió luego otra, para escucharse poco después un descomunal estrépito por todas partes. La policía corrió al fuerte, y, como estaba todo bien preparado, se puso el mayor al frente de sus granaderos y con la compañía de guardia nacional bajó apresuradamente a la ciudad.

Al llegar a los muelles vieron que todo estaba bien preparado, se puso el mayor al frente de sus granaderos y con la compañía de guardia nacional bajó apresuradamente a la ciudad.

Al llegar a los muelles vieron que todo el barullo se había apaciguado como por arte de encantamiento. Los soldados habían vuelto a sus cuarteles y los corsarios o los piratas habían desaparecido también. No se podía prender a nadie y nadie se explicaba lo sucedido.

Al frente de sus granaderos y de la compañía de la guardia nacional se dirigió el mayor a los cuarteles, donde pudo enterarse de que se habían provocado varios pendencias, pero los marineros, no queriendo por motivo alguno reñir con sus buenos amigos los soldados, habían empezado por retirarse, no sin rogar a las tropas que evitaran alborotos y disturbios.

Admirado ante aquella prudencia que nadie podía sospechar en gente tan levantisca, volvió el mayor al fuerte, a dar cuenta de lo que ocurría.

Cuando se dirigía al fuerte encontró a una compañía de guardia nacional que bajaba humillado y triste, pero sin armas. El capitán de aquella desmoralizada fuerza dijo al mayor:

—El fuerte está en manos de los corsarios.

—¿Cómo lo dejaron ustedes en poder de nuestros enemigos?

—Entraron a traición. Subió a la fortaleza una compañía de guardia nacional gritando a voz en cuello: — ¡Muera Surcouf! ¡Mueran todos los corsarios y viva nuestra gobernador!" Imaginamos que era la primera compañía, compuesta como todos saben de gente muy bien ispirada en favor nuestro y que, enterada de los disturbios, venía en socorro nuestro. Pero de pronto los vemos apoderados de la puerta y abriendo el camino a los corsarios, los que adelantan a la carrera. En menos del tiempo empleado para referirlo nos vemos presos y desarmados. Después nos expularon del castillo.

Recorrió el mayor la ciudad mandando tocar asamblea ante todos los cuarteles, pero no se movió nadie ni acudió un sólo soldado al llamamiento del tambor, y pudo enterarse, porque no faltó quien le informara, de que los soldados, prevenidos por los marineros, habían fingido pelearse unos con otros solo

para provocar la salida de los granaderos y de la confianza del fuerte. La partida estaba ganada por los insurrectos.

Pasó la noche sin que se produjera incidente alguno, y tan pronto como amaneció recibieron orden todos los oficiales de presentarse en el fuerte donde les esperaba el gobernador de la isla. Aquella orden estaba firmada por Surcouf, como garantía de que no se atentaría contra los oficiales que la obedeciesen, y cuando llegaron los oficiales al fuerte pudieron ver tres compañías de guardia nacional y nutridos pelotones de corsarios sobre las armas.

Apareció Surcouf rodeado de sus oficiales y se veía al gobernador sentado en nsu sillón. Se había preparado mesas y bancos, y ordenó el corsario a los invitados que se sentaran y escuchasen. Permanecieron sólo en pie Surcouf y el gobernador.

—Señores, — dijo el marino. — Sé que hay entre los presentes muchos realistas y conste que no por ello dejo de estimarles y reconocer sus méritos y su honorabilidad, pero quiero que me respondan honradamente y qué pensarían los aquí presentes de los republicanos, aunque volviera el rey a ocupar el trono, si pactasen hoy con el enemigo de todos los franceses, olvidando lo que debemos a nuestra patria para servir nuestros odios a la monarquía.

Surcouf hizo breve pausa y prosiguió, dirigiéndose al mayor.

—El señor es el que ha tramado todo esto con la única intención de prenderme y hacerme fusilar, pero no obstante apelo a su honor de militar francés para que sea juez en este asunto. ¿Puede admitir el señor mayor que pueda un caballero hacer traición a su patria?

—¡Eso nunca! — contestó el mayor con caballeresca franqueza y energía.

—Muy bien, señor mayor. Ya que tanta confianza tiene el señor en nuestro gobernante, háganos el favor de servir de secretario de nuestra primera autoridad, y sírvase leer en alta voz estos papeles.

Empezó a leer el mayor sumamente conmovido, pero se vió muy pronto dominado por un sentimiento de despecho y de asco, y ese mismo modo de pensar se reflejaba en la fisonomía de todos los realistas a compás del adelanto en la lectura de aquellos comprometedores documentos.

Los republicanos se mostraban exasperados y los girondinos pedían pronta y severa justicia.

—Señores, — continuó Surcouf, — me apoderé de estos papeles después del combate con los tres navíos ingleses, y los pude conquistar a bordo de un aviso. Ni soy juez ni quiero juzgar a nadie, pero en nombre de la salud pública o de la patria empiezo por destituir al gobernador, a quien llevaré preso a Pondichery para que desde allí lo remitan a París para comparecer ante los tribunales correspondientes.

"Usted, señor mayor, — continuó el corsario, — es el oficial de más alta graduación en esta isla, y nada tenemos que decir respecto a las convicciones políticas de cada cual, por ser asunto del fuero interno. Pero sabemos todos que el señor es un buen francés y lo considero como el más indicado para gobernador interino. Conserve el señor esta isla de Francia para nuestra querida Francia, y sólo he de solicitar de nuestro nuevo gobernante que dé orden de amnistía general, exceptuando al gobernador depuesto. ¿Podemos contar con la buena voluntad del que reconocemos ya como el representante de la patria en esta isla?

—¡Con toda mi alma! ¡Con la mayor alegría! — gritó el mayor.

Entre los entusiastas gritos de todos, empezando por los de los realistas, se puso Surcouf a la cabeza de sus corsarios, no sin que cuatro de lo más decididos se encargaran de la custodia del ex gobernador. Retumbó el tambor y la guardia nacional revolucionaria, así como los marineros asaltantes, salieron del fuerte en cuya posesión quedó la fuerza vencida y desarmada.

De tan pacífico modo terminó el famoso motín o conato revolucionario de la isla de Francia que tanto ruido hizo en la metrópoli.

Al día siguiente ofreció el mayor levantar el embargo que pesaba sobre los navíos apresados.

—Señor mayor, — dijo el marino, — si he defendido los intereses de Francia al desenmascarar una mala autoridad, y si hice lo que pude para colocar a otro en el sillón del destituído, ha sido solo por puro patriotismo, pero si bien aceptara ahora lo que se me ofrece podía interpretarse todo lo hecho como operaciones encaminadas a lograr ventajas materiales. Por lo expuesto, ruego al señor gobernador que no levante el embargo sobre mis navíos.

Pos días después se hacía a la vela el corsario, y cuando perdió de vista el pico último de la isla dijo al gobernador:

—Es para mí muy penoso entregar al señor a los tribunales revolucionarios y he decidido abandonarlo en el primer establecimiento portugués donde toquemos, y libre ha de quedar el señor de ir a donde quiera.

Vencido el gobernador por tan generoso modo de proceder, se inclinó profundamente ante el marino, sin atreverse a pronunciar la menor palabra, y Surcouf enderezó el rumbo a Quilimane, a donde se llevó al preso gobernador y al que dejaron en tierra, pero a vista de la ciudad portuguesa. Estaba salvado aquel mi francés, pero no por ello dejó de ser cérrimo enemigo de su salvador.

El que desee crearse un enemigo mortal, no tiene sino que hacer un gran servicio a cualquier espíritu bajo y rastrero.

Había acariciado Mario con su natural rudeza a un gran señor, viejo y cercano pariente del guicovar. El soberano había ordenado que se le presntara su tambor mayor para reprenderle por acariciar a sus parientes con la famosa porra.

—Me pones en situación muy poco divertida, — decía el guicovar. — Para quedar bien con el honor de la familia, me veo obligado a quedar bien con mi primo, pero si atendemos a la justicia, lo cierto es que debería castigarlo. Para salir del apurado tran-

ce he pensado lo siguiente: Te irás a prestar servicio con la princesa Meriem, sin por ello perder ninguno de tus honores y privilegios y rentas de mi reino. Te estás allí hasta que te avise, que dentro de algunos meses pienso enviar a mi primo con su vieja esposa como gobernador de cualquier distrito alejado de esta ciudad, y entonces volverás a mi lado.

—Eso es lo que se dice pensar con la cabeza, y mil gracias, rajá rey, — contestó el marsellés. — Ahora mismo empezaré mis preparativos de viaje, y he de salir de Baroda agobiado por el peso de haber caído en desgracia ante nuestro soberano aunque la amargura de esta comedia queda dulcificada por la inapreciable prueba de amistad que mi señor me dá al explicarme lo que me acaba de decir.

Encantado el rajá de que se le entendiera y evitase cuestiones, aún sin acabar de explicar cuáles eran sus deseos, puso el más rico de los anillos, que despedían rayos en las manos del soberano hindú, en el dedo del tambor mayor, y se retiró éste feliz por haecr un inesperado viaje en el que no pensaba media hora antes, dichoso por acercarse a Surcouf, y guiñando un ojo para apreciar las aguas y los cambiantes del precioso diamante engarzado en el anillo regalado por el guicovar.

A todas estas circunstancias se debe como Mario pasó a depender de la corte de la princesa Meriem, la que guardó para el tambor mayor sus más amables palabras y sonrisas.

En aquella corte principesca vestía Mario el uniforme de la infantería maharatá, pero lo había cubierto de rutilantes destellos de oro. Era el sable del tambor una cimitarra árabe de primoroso damasquinado, y por puño ostentaba la más regia pedrería, como que era un regalo del guicovar. La carabina de dos cañones usada por Mario, era otra maravilla de arte y buen gusto, por haberse suprimido toda la caja auropea para sustituirla por una verdadera obra de arte oriental.

Los hindúes que por primera vez tropezaban con Mario imaginaban estar ante la personificación del antiguo Hércules, de tal modo lo majestuoso y magnífico del marsellés imponía a los indígenas. Prosternábanse ante Mario y durante los primeros tiempos de su permanencia en el principado, se vió agobiado de trabajo, ya que todas las mujeres se arrodillaban ante él y le presentaban los chiquillos para que soplándoles en las orejas, les inspirase valor.

Reíase como un bendito el marsellés y decía:

—¡Si en la Cannebiere se enterasen de lo que hago aquí!

Pero irguió el cuerpo no bien pronunció estas palabras.

Mario era vanidoso, y no podía dejar de serlo teniendo la gloria de ser marsellés, pero es preciso reconocer que sobraban motivos para que se sintiera orgulloso aquel valiente y sonoro tambor mayor de los ejércitos del guicovar.

Con todo su aspecto y exterioridad infantil y puramente aparatósa, había mucha miga encerrada en el cerebro de aquel alocado marsellés, y podía ser un loco pero nunca un idiota.

No tardó en ofrecérsele oprtunidad de demostrar que era hombre de ingenio.

Entre los muchos que trabaron amistad con el gran tambor mayor se contaba Mansour, el rey de los ladrones de la India, o sea el mismo que estaba preparando su gran golpe contra los diamantes de la princesa. Este potentado Mansour solicitó una audiencia de Mario, por haber alcanzado el marsellés una categoría tan elevada, que dentro de las prácticas del gran mundo hindú pertenecía a la clase a cuya casa no puede ir nadie sin solicitar antes el honor de que se le abra la puerta.

Mario se dignó contestar al heraldo enviado que se dignaría recibir la visita del gran señor musulmán de Calcuta que se dirigía a las montañas del Himalaya. El motivo de aquella entrevista, según declaró el rey de los ladrones, no era otro sino tener el gusto de intimar, en aquel viaje por todo el mundo, para conocer y estudiar cuanto de más notable hubiera, con el más famoso y célebre tambor mayor de cuantos existían en toda la esfera terrestre. Como además de gran tamborillero era Mario un guerrero de reconocido valor, el rico mercader de Calcuta quiso que su nuevo amigo conservara de aquella entrevista algún grato ercuerdo, y este recuerdo consistía en un magnífico regalo que aceptó Mario, sin por ello cambiar de modo de pensar de ese señor Monsour.

—No sé cómo se explicará eso, — decía Mario a su limpiabotas, — pero ese Monsour se me atragantó y no puedo pasarlo.

El limpiabotas de Mario era un curioso tipo. Era un negro, pero negro marsellés, hijo de padre y madre negros y vecinos de la ciudad del Mediterráneo. Aquel negrito natural de Marsella se había criado en los muelles y entre los marineros.

Los autores de los días del negrillo eran sirvientes de un rico armador, quien murió sin haber asegurado el porvenir de los morenos, y ante la necesidad de ganarse la comida de otro modo, embarcó el padre como ayudante de cocina de un barco, y el niño quedó a bordo con el padre. No era aquel oficio de limpiaplatos el que más agradaba al mozo, quien tenía dieciseis años cuando desertó del barco y se alistó entre las tropas de Tipo-Sahib, pero como había conocido en Marsella al gran tambor mayor Mario, se encontró con una relación que fué utilísima para el negrito, ya que Mario lo tomó como su ordenanza. El mozo se sentía orgulloso de ser el asistente de Mario.

Tenía por nombre de guerra el negro el apelativo de Sapajou, nombre dado por los marineros al verlo trepar como un mono por las escalas del barco, y podemos asegurar que el señor Sapajou no era tampoco muy amigo del magnífico Mansour.

—¿No le parece, señor Mario, — decía Sapayou, — que es una rara clase de indio ese señor?

—¡Pues tienes mucha razón! — murmuró Mario pensativo. — Ese hombre ofrece

dos aspectos diferentes. Parece hindú, pero también parece no haberlo sido toda su vida.

—Vea, mi amo, — interrumpió el negro, — es un hindú como lo somos nosotros dos. Apuesto cualquier cosa a que aprendió a hablar en la Camnebiere.

—¿Pero de dónde sacas esas suposiciones?

—¿No notó mi amo que tiene acento marsellés?

—Acaso tengas razón. Tal vez por ese motivo he notado siempre en él un extraño modo de hablar.

—¿Y ese señor hindú de nuestra Camnebiere se permite viajar por puro placer por estas regiones?... Mire, mi amo, ese señor me parece un ladrón y un bandido de la peor especie.

—Escúchame, Sapajóu, — exclamó solemnemente el tambor mayor. — Hemos de poner en claro este punto. Devolveremos su visita a ese personaje, y queda a cargo tuyo descifrar ese misterio del acento marsellés.

—Respondo de que lo tiene, mi señor Mario. A fe de Sapajóu que hemos de descubrir el indio de carnaval.

Meditaba Mario, y dijo luego:

—¿Y los comerciantes que se preparan a hacer en compañía de ese señor tan largo viaje formando una numerosa caravana?

—Todos esos ricos mercaderes, todos esos engalanados personajes me han parecido dacoits y nada más.

—¿Sabes lo que dices? ¿Cómo han de ser dacoits?

Pegó amigable manotón en el cogote de su ordenanza, y dijo al tambor mayor.

—¿Te atreves a sospechar que esos grandes señores tienen cara de bandidos?

—Sí, mi señor Mario. La pinta de todos ellos es la de los más acabados salteadores de caminos. Si recuerda el señor cómo son los que están en los presidios, muy pronto reconocerá que tienen todos caras idénticas a las de estos comerciantes.

—Por los cordeles de mi tambor, amigo Sapajou que voy creyendo que te sobra la razón al explicarte de ese modo! Creo que es gente toda esa a la que conviene vigilar. ¿Habremos venido aquí para algo, sin darnos cuenta de ello?

Salió inmediatamente Mario para dar un paseo por el campamento de los mercaderes, para regresar de su paseo con la más penosa impresión..., y tan ocupado quedó ante lo visto que al siguiente día devolvió su visita a Mansour, quien se mostró más amable aun que la ispera, mientras se esforzaba Mario de exteriorizar una simpatía que estaba lejos de sentir. Pero resultaban muy difíciles los empeños del tambor, ya que era imposible negar el acento marsellés en el rico Mansour. No cabía duda de que aquel hindú era un francés, y en ese caso...

Opinó Mario que no debía alarmar a la princesa con la relación de lo que había descubierto, además de no tener ninguna prueba aplastadora contra Mansour, y en vista de todo ello decidió entenderse con el jefe de policía, hombre que tenía reputación de hábil y enérgico.

El jefe de policía del principado tenía cargo y rango de subsecretario o de subministro, y no daba cuentas a nadie sino al ministro y a la soberana.

Era, por lo indicado, una importante personalidad, pero a pesar de ello recibió con la mayor deferencia al militar. Sentían todos cariño hacia el tambor, por constarles que era un buen guerero, adicto por completo a la princesa Meriem.

Tan pronto como se secó un poco Mario de los chorros de agua de rosas con que le rociaron las esclavas del jefe de policía, entró en materia y dijo con su habitual franqueza y buen humor:

—No me gusta meterme en asuntos ajenos, pero Surcouf es un buen amigo y soy y seré fiel a esta amistad, de modo que me interesa cuanto pueda interesarle a él. Se trata, sencillamente de sospechas que tengo y me permitiré hacer una pregunta. ¿Qué opina el señor de todos esos mercaderes prontos a unirse en nutrida y bien armada caravana con la gente de ese señor de Calcuta que se llama Mansour? ¿No le parece extraño al señor que vaya tanta gente al Himalaya sin otra razón de tal viaje sino el gusto de ver cómo es la punta de la nariz de tan altas montañas?

Sonrió el jefe de policía.

—Creo, sahib, que no hubiese sabido cumplir yo con mi deber a no investigar lo relacionado con los mercaderes y el musulmán gran personaje. Puedo asegurar al señor que esos pretendidos grandes comerciantes no son sino dacoits.

¿De manera que son fundadas mis sospechas?

Lo que se proponen todos ellos es pegar fuego a esta ciudad por todo los barrios y extremos al mismo tiempo, para aprovechar del desorden y saquearla. Luego se proponen robar el campamento de Mansour, quien ha descubierto estos proyectos.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

OTRO CURIOSO CUENTO

EL PRINCIPE DANILO

POR L. AFANASIEFF

(Traducción del ruso)

Cada vez mas curiosos, amenos y entretenidos resultan los cuentos de esta serie del gran autor ruso que "Pucky" ofrece a sus lectores, con el convencimiento de que les proporciona gratos momentos de solaz y, a la vez, tema para jocosas reflexiones.

RASE una princesa que tenía un hijo y una hija. Los dos eran guapísimos. Un día vino a visitarla una vieja bruja, que se puso a alabar a los niños, y al despedirse, dijo:

—Querida amiga mía: he aquí un anillo; ponlo en el dedo de tu hijo, porque le traerá suerte y siempre será rico y feliz; pero que tenga cuidado de no perderlo y de no casarse más que con la joven a la que el anillo se le ajuste exactamente.

La princesa agradeció mucho el regalo, no sospechando la mala intención de la bruja, y al llegar la hora de su muerte legó a su hijo el anillo, obligándose a casarse con la joven a la cuál éste se le ajustase exactamente.

Así transcurrieron unos cuantos años, y el príncipe cada día era más fuerte y guapo. Al fin llegó a la edad de casarse; púsose en busca de novia. Primero le gustó una, luego se enamoró de otra; pero a ninguna le venía bien el anillo: o era demasiado grande o demasiado pequeño.

Viajó de una ciudad a otra, de un pueblo a otro de su reino e hizo ensayar el anillo a todas las jóvenes; pero no logró encontrar a su prometida, y volvió a su casa triste y pensativo.

—¿En qué estás pensando, hermanito? ¿Por qué estás tan triste? — le preguntó su hermana.

Este le contó su desgracia.

—Pero ¿cómo es ese anillo maravilloso, que no hay joven a quien le sirva? — exclamó la hermana. — Déjame ensayarlo.

Se lo puso, y le entró tan justamente como si hubiese sido hecho de propósito para su manita.

El príncipe, viendo brillar el anillo en el dedo de su hermana, exclamó con júbilo:

—¡Oh, hermanita! ¡Tú eres mi prometida! Me casaré contigo.

—¿Has perdido el juicio? ¿Quién sería capaz de casarse con su propia hermana? Dios te castigaría.

Pero el príncipe no hacía caso de estas palabras y, saltando de alegría, le ordenó que se preparase para la boda.

La pobre joven salió de la habitación llorndo desconsoladamente, se sentó en el umbral de la puerta y sus lágrimas corrieron en abundancia. Pasaban por allí dos ancianos, y la joven los invitó a entrar al palacio para darles de comer. Ellos le preguntaron la causa de su desconsuelo y la joven les contó la desgracia que le ocurría.

—No llores ni te entristezcas, hijita, — le dijeron los ancianos. — Vé a tu habitación, haz cuatro muñecas, ponlas en los cuatro rincones del cuarto, y cuando tu hermano te llame para que vayas con él a la iglesia, contéstale así: "Voy en seguida; pero no te muevas".

Los ancianos se marcharon y el príncipe, poniéndose su traje de gala, llamó a su hermana que fuese con él a casarse. Ella le contestó:

—¡Voy en seguida, hermanito! ¡Tengo que ponerme los zapatitos!

Y las muñecas, sentadas en los cuatro rincones de la habitación, contestaron a coro:

—¡Cucú, príncipe Danilo! ¡Cucú, hermoso! El hermano quiere casarse con la hermana. ¡Que se abra la tierra y se hunda la hermana!

La tierra empezó a abrirse y la joven empezó a hundirse poco a poco. El príncipe llamó por segunda vez:

—¡Hermana, vamos a casarnos!

—¡En seguida, hermanito! Estoy atándome la faja.

—¡Cucú, príncipe Danilo! ¡Cucú, hermoso! El hermano quiere casarse con la hermana. ¡Que se abra la tierra y se hunda la hermana!

La joven seguía hundiéndose, y ya sólo se le veía la cabeza. El príncipe llamó por tercera vez:

—¡Hermana, vamos a casarnos!

—En seguida, hermanito. Estoy poniéndome los pendientes.

Las muñecas siguieron cantando hasta que la joven desapareció en las profundidades de la tierra.

El príncipe llamó aún con más insistencia; pero viendo que no le contestaban se enfadó, dió un empujón a la puerta, que se abrió con estrépito, y entrando en la habitación vió que su hermana había desaparecido. En los cuatro rincones del cuarto estaban sentadas las cuatro muñecas, que seguían cantando:

—¡Que se abra la tierra y se hunda la hermana!

Entonces Danilo, tomando un hacha, les cortó las cabezas y las echó al horno.

Entretanto, la joven princesa se encontró en un país subterráneo; siguió un camino, y después de andar un largo rato llegó frente a una cabaña, puesta sobre patas de gallina, que giraba continuamente.

—¡Cabaña, cabañita! ¡Ponte con la espalda hacia el bosque y con la entrada hacia mí! — exclamó la joven.

La cabaña se paró y la puerta se abrió. En el interior estaba sentada una joven hermosísima que bordaba, con oro y plata, unos dibujos admirables en una preciosa toalla. Al ver a la inesperada visitante la acogió cariñosamente, y luego le dijo suspirando:

—¿Por qué has venido aquí, corazoncito mío? Aquí vive la bruja Baba-Yaga, que tiene las piernas de madera; en este momento no está en casa, pero cuando venga ¡pobre de tí!

La joven princesa se asustó mucho al oir tales palabras; pero como no sabía dónde ir, se sentaron las dos a bordar en la toalla, hablando entre sí mientras trabajaban.

De repente oyeron un tremendo ruido, y comprendiendo que era Baba-Yaga que volvía a casa, la hermosa bordadora transformó a la joven princesa en una aguja, la escondió en la escoba y puso ésta en un rincón. Apenas había tenido tiempo de acabar estas operaciones, cuando la bruja apareció en la puerta.

—¡Qué asco! — exclamó humeando el aire. — ¡Aquí huele a carne humana!

—Nada de extraño tiene, abuelita, — le contestó la joven bordadora. — Hace poco pasaron por aquí unos transeuntes y entraron a beber agua.

—¿Por qué no los has invitado a quedarse aquí?

—Es que eran ya viejos, abuela; no estaban para tus dientes.

—Bueno; pero en adelante no te olvides de invitar a todos a entrar en casa y no dejar que ninguno se marche, — dijo Baba-Yaga, y se marchó al bosque.

Las jóvenes se volvieron a sentar a bordar en la toalla, charlando y riendo. De pronto la bruja apareció otra vez, y fué tan rápida su llegada, que la joven princesa apenas tuvo tiempo de esconderse en la escoba. Baba-Yaga husmeó el aire de la cabaña y exclamó:

—Me parece percibir olor de carne humana.

—Sí, abuela. Han entrado aquí unos ancianos para calentarse un ratito; les supliqué que se quedasen más tiempo, pero no quisieron.

La bruja, que tenía mucha hambre, se enfadó, regañó a la joven y se fué gruñendo. La princesa salió de la escoba y ambas se pusieron a bordar la toalla, y mientras trabajaban buscaban un medio de libarrse de la bruja, huyendo de la cabaña. No tuvieron tiempo de decidir nada porque, de repente, Baba-Yaga apareció delante de ellas, sorprendiéndolas de improviso.

—¡Qué asco! Huele a carne humana, — exclamó furiosa.

—Pues, abuelita, aquí te están esperando.

La joven princesa levantó los ojos, y al ver a la espantosa Baba-Yaga, con sus piernas de madera y su nariz que más bien parecía una trompa, se quedó como petrificada.

—¿Por qué no trabajáis? — gritó a las jóvenes, y les ordenó traer leña y encender el horno.

Ellas trajeron leña de roble y de arce y encendieron el horno, que pronto estuvo ardiendo.

Entonces la bruja, tomando una gran pala, dijo a la joven princesa:

—Siéntate, hermosa, en la pala.

La joven se sentó, y la bruja intentó meterla en el horno; pero la princesa puso un pie en la boca y el otro en la estufa.

—¿Cómo es eso, joven? ¿No sabes cómo debes estar sentada? ¡Siéntate como es menester!

La princesa se sentó bien, y la bruja quiso meterla en el horno; pero ella volvió a poner un pie en la boca y el otro en la estufa. La bruja se enfadó, le hizo bajar de la pala, gritándole:

—¿Estás divirtiéndote, hermosa? Hay que estarse quieta; mira como me siento yo.

Se sentó en la paleta, estrechó sus piernas, y las jóvenes, tomando la pala, la metieron rápidamente en el horno, cerraron la puerta atrancándola con unos troncos, taparon bien todas las junturas, y hecho esto huyeron de la maldita cabaña, llevándose consigo la toalla bordada, un cepillo y un peine.

Corrieron, corrieron; pero cuando miraron atrás vieron que la bruja las perseguía silbando:

—¡Hola! ¡Ahora no os escaparéis!

Tiraron el cepillo y creció un juncal tan espesísimo que ni a una culebra le hubiese sido posible atrevesarlo. La bruja, sin embargo, cavó con sus uñas, hizo una veredita y echó a correr tras las fugitivas.

¿Dónde esconderse? Tiraronn el peine y creció un bosque frondoso y espesísimo; ni

siquiera una mosca hubiera podido atravesarlo. La bruja afiló sus dientes y se puso a arrancar de la tierra los árboles con sus raíces, lanzándolos por todas partes; pronto se abrió un camino y continuó la persecución.

Ya estaba cerca, muy cerca; a las pobres muchachas, de tanto correr, les faltaba el aliento. Entonces tiraron la toalla bordada de oro y se formó un mar de fuego ancho y profundo. La bruja subió por el aire intentando volar por encima; pero cayó en el fuego y pereció.

Las dos jóvenes, viéndose fuera de peligro, como estaban cansadas, se sentaron en un jardín. Este pertenecía al príncipe Danilo. Un servidor del príncipe las vió y anunció a su señor que en su jardín había dos jóvenes de belleza incomparable.

—Una de ellas, — le dijo, — debe ser tu hermana; pero son tan parecidas que es imposible saber cuál de las dos es.

El príncipe las invitó a entrar en su palacio, y en seguida comprendió que una de las dos era su hermana; pero ¿cómo saber cuál de las dos si ella misma no lo decía?

—Escúchame, — dijo el servidor al príncipe. — Toma la vejiga de un cordero, llénala de sangre y átatela debajo del brazo; yo, fingiendo ser un malhechor, simularé que te doy una puñalada. Cuando tu hermana te vea derramando sangre, en seguida se dará a conocer. Danilo aceptó este recurso y así lo hicieron.

Cuando el criado dió una puñalada al príncipe y éste cayó al suelo bañado en sangre, la hermana se lanzó sobre él para socorrerlo, llorando y exclamando:

—¡Oh hermano mío querido!

Danilo se puso en pie, abrazó a su hermana y el mismo día la casó con un noble honrado y bueno; luego probó el anillo a la amiguita de su hermana, y viendo que le servía perfectamente se casó con ella y todos vivieron felices y contentos.

L. AFANASIEFF.

El catolicismo oscila incesantemente entre la superstición y la incredulidad. — Strauss.

* * * *

Los hombres más grandes de una época son los que se anticipan a la siguiente. — Strauss.

Los artículos del código van enteros, con todo el rosario de circunstancias agravantes, a la cabeza del ladrón de un sueldo, pero se suavizan cuando el robo sube a las cimas doradas del millón. El tanto de pena está en razón inversa de la suma del delito. — Séverine.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido : . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

DE UN AUTOR DE FAMA UNIVERSAL

EL CONSEJERO KRESPEL

POR ERNST HOFFMANN

Este nuevo cuento del famoso autor alemán es uno de los que con suma delicadeza describen un ambiente curiosísimo en el que se mueven personajes aún más curiosos, cuyas pasiones son todavía más dignas de curiosidad.

EL consejero Krespel era uno de los hombres más extraordinarios con que he tropezado en mi vida. Cuando fuí a H..., para pasar una temporada, toda la ciudad hablaba de él, pues acababa de realizar una de sus excentricidades. Krespel era famoso como hábil jurista y como diplomático. Un príncipe reinante de Alemania, de segunda categoría, habíase dirigido a él para que redactase una Memoria en la que quería hacer constar sus bien fundados derechos a cierto territorio y que pensaba dirigir al emperador. Consiguió su objeto, y recordando que Krespel se había lamentado una vez de no encontrar casa a su gusto, se le ocurrió al príncipe, para recompensarle por su obra, comprar la casa que eligiera Krespel; éste no aceptó el regalo en esta forma, sino que insistió en que se le hiciera la casa en el hermoso jardín que había a las puertas de la ciudad. Compró toda clase de materiales y los llevó allí; luego se le vió, durante días enteros, en su vestimenta extraordinaria — que se mandaba hacer según modelos especiales, — matar la cal, cribar la arena, amontonar ladrillos, etc., etc. No trató con ningún maestro de obras ni pensó siquiera en un plano. Un buen día se fué a ver a un maestro de obras de H..., y le rogó que a la mañana siguiente al amanecer, estuviera en el jardín con oficiales, peones y ayudantes para edificar la casa. El maestro de obras preguntóle, como era natural, por el proyecto, y se asombró no poco cuando Krespel le respondió que no lo necesitaba y que todo saldría bien sin él. Cuando al día siguiente el maestro y sus obreros estuvieron en el sitio indicado, encontróse con una hondonada cuadrada, y Krespel le dijo:

—Aquí hay que fundar los cimientos de mi casa, y luego las cuatro paredes, que subirán a la altura que yo diga.

—¿Sin puertas ni ventanas? ¿Sin muros de través? — preguntó el maestro, asustado de la locura de Krespel.

—Ni más ni menos que como lo digo buen hombre, — repuso Krespel tranquilamente. — Lo demás ya irá saliendo.

Sólo la promesa de una recompensa crecida pudo convencer al maestro para edificar tan extraño edificio; pero jamás se ha hecho nada con más alegría, pues los obreros, que no abandonaban la obra porque allí se les daba de comer y de beber espléndidamente, levantaban las paredes con gran rapidez, hasta que un día Krespel dijo:

—Basta ya.

Pararon los martillos y las llamas; los obreros se bajaron de los andamios y rodearon a Krespel preguntándole muy sonrientes:

—¿Qué hacemos ahora?

—¡Dejadme pensarlo! — exclamó.

Y se marchó corriendo al extremo del jardín, desde donde volvió despacio hasta el cuadrado construído; al llegar al otro extremo del jardín, volvió a la edificación y repitió los mismos gestos que antes. Varias veces realizó la operación, hasta que al fin, corriendo, con la cabeza lenvantada hacia el muro, exclamó:

—Aquí, aquí me tenéis que abrir la puerta.

Dió las medidas en pie y pulgadas y se hizo como él quiso. Penetró en la casa sonriendo satisfecho cuando el maestro le hizo observar que las paredes tenían la altura de

una casa de dos pisos corrientes. Krespel recorrió el recinto muy preocupado, llevando detrás a los obreros con los picos y los martillos, y de repente gritó:

—Aquí una ventana de seis pies de altura y cuatro de ancho... Allí una ventanita de tres pies de alto y dos de ancho.

E inmediatamente quedaron abiertas.

Precisamente en esta ocasión fué cuando yo llegué a H..., y era muy divertido ver cientos de personas que rodeaban el jardín lanzando gritos de júbilos cada vez que caían las piedras dando forma a una ventana donde menos se lo podía figurar nadie. El resto de la casa y todos los trabajos necesarios para ella los hizo Krespel del mismo modo, colocando todas las cosas según se le ocurría en el momento. Lo cómico del caso, el convencimiento cada vez más cierto de que al cabo todo se acomodaría mejor de lo que era de esperar, y sobre todo la liberalidad de Krespel, completamente natural en él, tenía a todos muy contentos. Las dificultades que surgieron con aquella manera absurda de edificar se fueron venciendo poco a poco y no mucho tiempo después se veía una hermosa casa que por fuera tenía un aspecto extraño, puesto que ninguna de las ventanas eran iguales, pero en el interior tenía todas las comodidades posibles. Todos los que la veían lo aseguraban así, y yo mismo pude convencerme de ello cuando me la enseñó Krespel luego de conocerme. Hasta aquel momento yo no había hablado con este hombre extravagante, pues la obra le tenía tan ocupado que no acudió ni un solo día, como era costumbre suya, a las comidas de los martes en casa del profesor M..., y le contestó, a una invitación especial, que mientras no inaugurase su casa no saldría a la puerta de la calle. Todos los amigos y conocidos esperaban una gran comida con tal motivo; pero Krespel no invitó más que al maestro, con los oficiales, los peones y los ayudantes que edificaron su casa. Los obsequió con los más exquisitos manjares; los albañiles devoraron sin tino pasteles de perdiz; los carpinteros de armar se atracaron de faisanes asados, y los peones, hambrientos, se hartaron por aquella ver de "fricasse" de trufas. Por la noche acudieron sus mujeres y sus hijas y se organizó un gran baile. Krespel bailó un poco con la mujer del maestro; luego se colocó junto a los músicos y, tomando un violín, dirigió la música hasta el amanecer. El martes siguiente a esta fiesta que el consejero Krespel dió en honor del pueblo lo encontré al fin, con gran alegría por mi parte, en casa del profesor M... Cosa más extraña que la manera de presentarse de Krespel no se puede dar. Tieso y desgarbado, a cada momento se figuraba uno que iba a tropezar con algo y hacer una tontería; no ocurrió así, sin embargo, a pesar de que más de una vez la dueña de la casa palideció al verlo moverse alrededor de la mesa donde estaban las preciosas tazas, o cuando maniobraba delante del espejo magnífico que llegaba al suelo, o cuando cogía el jarrón de porcelana y lo alzaba en el aire para contemplar sus colores. En el despacho del profesor fué donde Krespel hizo más cosas raras por curiosearlo todo, llegando hasta subirse en una butaca tapizada para alcanzar un cuadro y volverlo luego a colgar. Habló mucho y con vehemencia, saltando de un asunto a otro, — sobre todo en la mesa, — e insistiendo en una idea como si no pudiera apartarse de ella y metiéndose en un laberito en el que no se lograba entenderle, hasta que por fin dejaba el tema y la emprendía con otro. Su voz era unas veces alta y chillona, otras apenas perceptible, otras cantarina, y nunca estaba de acuerdo con lo que Krespel decía. Se hablaba de música, encomiando a cierto compositor, y Krespel se echó a reir, diciendo con voz cantarina:

—Yo quisiera que el demonio, con su negro plumaje, metiera en el infierno, a diez millones de toesas, al maldito retorcedor de notas.

Y luego, alto y con vehemencia:

—Es un ángel del cielo, que dedica a Dios sus notas. Su canto es todo luz.

Y se le saltaban las lágrimas.

Hubo que hacer un esfuerzo para recordar que una hora antes habíamos estado hablando de una cantante. Se sirvió asado de liebre, y yo observé que Krespel limpiaba con mucho cuidado los huesos que le tocaron y trató de obtener informaciones precisas de las patas de la liebre, las cuales le dió, sonriendo amablemente, la hija del profesor, muchacha de cinco años. Los niños miraron al consejero con mucha amabilidad durante la comida, y al terminar se levantaron y se acercaron a él, pero con cierto respeto y manteniéndose a tres pasos de distancia.

—"¿Qué va a ocurrir aquí?—me pregunté a mí mismo.

Alzáronse los manteles; el consejero sacó del bolsillo una cajita, en la cual tenía un torno de acero, lo sujetó a la mesa y empezó a tornear con gran habilidad y rapidez con los huesos de la liebre toda clase de cajitas y libritos y bolitas que los chicos acogieron con gran algazara.

En el momento de levantarnos de la mesa, la sobrina del profesor preguntó:

—¿Qué hace nuestra querida Antonieta, querido consejero?

Krespel puso una cara como la del que muerde una naranja agria y quiere demostrar que le ha salido dulce, convirtiéndose esta expresión en otra completamente hosca y en la que se podía vislumbrar, a mi parecer, mucho de ironía infernal.

—¿Nuestra? ¿Nuestra querida Antonieta? — preguntó con voz arrastrada y desagradable.

El profesor acudió en seguida. En la mirada amenazadora que dirigió a su sobrina comprendí que había tocado una cuerda sensible en Krespel.

—¿Cómo va con el violín? — preguntóle el profesor, cogiendo al consejero las dos manos.

El rostro de Krespel se alegró, y con su tono de voz fuerte respondió:

—Perfectamente, querido profesor. Hoy mismo he abierto el magnífico violín de Amati, del que ya le conté por qué casuali-

dad vino a parar a mis manos. Espero que Antonieta habrá desmontado lo restante.

—Antonieta es una buena chica, — continuó el profesor.

—Así es, en efecto, — repuso el consejero.

Y cogiendo su sombrero y su bastón salió precipitadamente del cuarto.

En el espejo ví sus ojos húmedos de lágrimas.

En cuanto se hubo marchado insté al profesor para que me dijera qué tenía que ver con el violín y sobre todo con Antonieta.

—¡Ah! — exclamó el profesor. — Así como el consejero es en todo un hombre extraño, del mismo modo resulta en la construcción de violines.

—¿En la construcción de violines? — pregunté asombrado.

—Sí — prosiguió el profesor. — Krespel construye los violines mejores que se pueden hallar en nuestra época, según la opinión de los entendidos; antes solía permitir algunas veces que alguien tocase en ellos, pero hace mucho tiempo que no ocurre. En cuanto construye un violín toca con él una o dos horas, con gran fuerza y expresión, y luego lo cuelga junto a los otros que posee, sin volver a tocarlo ni permitir que nadie lo toque. Cuando se encuentra en cualquier parte un violín de un maestro famoso, lo compra al precio que sea, toca en él una vez, lo deshace para ver cómo está construído y si no encuentra lo que busca lo tira a una gran caja de violines deshechos.

—¿Y quién es Antonieta? — pregunté con vehemencia.

—Esa sería una cosa — repuso el profesor, — que me induciría a despreciar al consejero si no estuviera convencido de que en el fondo hay algo que está unido al carácter bondadoso de Krespel. Cuando, hace muchos años, el consejero Krespel llegó a H... vivía como un anacoreta, con un ama de gobierno, en una casa obscura de la calle de... Sus excentricidades despertaron la curiosidad de los vecinos, y en cuanto él lo advirtió buscó y encontró amistades. Lo mismo que en mi casa se habituaron a él en todas partes, al punto de resultar indispensable. No obstante su exterior áspero, los niños le tomaban cariño en seguida, sin llegar nunca a molestarle, pues a pesar de sus familiaridades siempre le conservaban cierto respeto que le ponía a cubierto de los abusos. Ya ha visto usted cómo sabe ganarse el afecto de los niños. Todos le teníamos por solterón y nunca protestó por ello. Luego de llevar aquí algún tiempo hizo un viaje, nadie supo a dónde, y regresó a los pocos meses. A la noche siguiente del regreso de Krespel viéronse las ventanas de su casa iluminadas de un modo inusitado, lo cual llamó la atención de los vecinos, y mucho más al oír una voz de mujer que cantaba acompañada por un piano. Luego sonaron las cuerdas de un violín, haciendo la competencia a la voz. Se supo que quien tocaba era el consejero. Yo mismo figuraba entre la multitud que el extraordinario concierto reunió delante de su casa, y puedo asegurarle a usted que en mi vida he oído nada parecido y que el arte de las más famosas cantantes me resultó en aquel momento soso y sin atractivos. No tenía la menor idea de aquellas notas sostenidas, de aquellos arpegios, de aquel subir hasta lo más alto del órgano y descender hasta lo más bajo. No hubo una sola persona que no se sintiera invadida por el encanto dulcísimo, y cuando la cantante calló sólo se oyeron suspiros. Sería ya media noche cuando oímos hablar al consejero; al parecer y por el tono otra voz masculina le hacía reproches, y una voz de mujer que se quejaba. Cada vez con más vehemencia gritaba el consejero, hasta que al fin habló en el tono bajo qeu usted conoce. Un grito más alto de la mujer le interrumpió; luego todo quedó en silencio de muerte. De súbito se abrió la puerta y apareció en ella un joven sollozando se metió en una silla de posta que estaba parada allí cerca y que desapareció inmediatamente. Pocos días después presentóse el consejero muy satisfecho y nadie tuvo valor para preguntarle nada sobre aquella famosa noche. El ama de gobierno contó a los que le preguntaron que su amo había traído una joven lindísima que se llamaba Antonieta y que era la que cantaba tan primorosamente. También los acompañó un joven que se mostraba muy obsequioso con Antonieta y que debía de ser su novio; pero por voluntad de Krespel se había marchado en seguida. Las relaciones de Antonieta con el consejero son hasta ahora un secreto; pero lo cierto parece que tiraniza de un modo cruel a la pobre muchacha. La guarda como el doctor Bartolo de "El barbero de Sevilla" a su pupila, al punto que apenas si la permite asomarse a la ventana. Si alguna vez, y a fuerza de muchos ruegos, la lleva a alguna reunión, la persigue con mirada de Argos y no permite que cante ni que toque siquiera una nota, cosa que, por lo demás, tampoco hace dentro de casa. El canto de Antonieta en aquella famosa noche ha llegado a ser para la ciudad como una fantasía o una leyenda maravillosa, y hasta los que la oyeron suelen decir cuando oyen a alguna cantante que viene: "Valiente flauta. La única que sabe cantar es Antonieta"..

Usted sabe que soy muy aficionado a estas cosas fantásticas y, por lo tanto, comprenderá que fué para mí una necesidad el conocer a Antonieta. Había oído muchas veces la opinión del público sobre el canto de Antonieta; pero no sospechaba yo que la maravilla estuviese en este mismo pueblo y encerrada y tiranizada por Krespel. Consecuencia natural de mi fantasía fué oir a la noche siguiente el canto de Antonieta, y como quiera que en un adagio — que me resultó tan risible como si lo hubiera compuesto yo — me conjuró del modo más conmovedor a que la salvase, decidí penetrar en casa de Krespel como Astolfo en el castillo encantado de Alcineo y salvar a la reina del canto.

Pero ocurrió precisamente lo contrario de lo que yo pensaba, pues apenas ví dos veces al consejero y hablé con él sobre la es-

tructura de los violines me invitó a visitar su casa. Así lo hice y me enseñó todo el tesoro que poseía en violines. En una habitación había colgados unos treinta, entre ellos una que tenía todas las trazas de una respetable antigüedad, — con cabezas de león talladas, etc., etc., — y que, colgado un poco más alto que los demás y con una corona de flores, parecía reinar sobre los otros.

—Este violín, — dijo Krespel, respondiendo a mis preguntas, — este violín es muy notable; es una pieza admirable de un maestro desconocido; a mi parecer, de tiempos de Tartini. Estoy convencido de que en el fondo de su estructura descubriré el secreto tras el cual ando hace mucho tiempo; pero... ríase de mí si quiere... esta cosa muerta, que sólo vive mediante mi mano me habla a veces de un modo extraño, y el día que toque este violín por primera vez me pareció que yo no era sino el magnetizador que despertaba a la sonámbula que me anunciaba su presencia con palabras armonosas. No crea usted que soy tan tonto que dé importancia a tales fantasías; pero lo que sí puedo asegurarle es que no me he atrevido a deshacer este instrumento. Y ahora me alegro de no haberlo hecho, pues desde que Antonieta está aquí toco en él y a la muchacha le gusta mucho oírlo.

Estas palabras las pronunció el consejero muy conmovido, lo cual me animó a preguntarle:

—Mi querido amigo, ¿no querría usted hacerlo en mi presencia?

Krespel puso un gesto agridulce y me respondió con su voz arrastrada y cantarina:

—No, querido compañero.

Con aquella respuesta quedaba la cosa indefinidamente aplazada. Luego me entretuvo enseñándome toda clase de rarezas, y al fin cogió una cajita y sacando de ella un papel me lo puso en la mano diciéndome:

—Usted es un aficionado al arte; acepte este obsequio como un recuerdo que le ha de ser caro sobre todas las cosas.

Y con estas palabras me empujó suavemente hacia la puerta y me abrazó en el umbral. En realidad, me había puesto de patitas en la calle. Cuando desdoblé el papel encontréme con un trocito como de una octava de pulgada de una prima y un letrerito que rezaba: "De la prima que tenía el violín de Stamitz cuando dió su último concierto".

El modo con que me echó de su casa Krespel cuando hice mención de Antonieta pareció demostrarme que nunca llegaría a verla; pero no fué así, pues el día que fuí a visitar por segunda vez al consejero la encontré en el cuarto de éste, ayudándole a armar un violín. El aspecto exterior de Antonieta no era nada notable a primera vista; pero fijándose en ella quedaba uno suspenso de sus ojos azules y de sus hermosos labios rojos y de su aire dulce y amable. Estaba pálida; pero apenas se decía algo espiritual o alegre sonreía dulcemente, arrebolándose sus mejillas, que luego quedaban cubiertas de un ligero rubor. Sin encogimiento alguno hablé con Antonieta, sin advertir durante la conversación la mirada de Argos del consejero que le atribuyera el profesor; antes al contrario, continuó en su actitud sonriente y hasta me pareció que aprobaba mi conversación con la joven. Repetí con alguna frecuencia las visitas a casa del consejero, y ocurrió que los tres nos habituamos a vernos y formamos un círculo muy agradable. Krespel me resultaba sumamente divertido con sus bromas; pero lo que me producía un verdadero encanto y me hacía soportar toda clase de cosas que en cualquier ocasión me habrían hecho impacientar, era Antonieta. En las rarezas y excentricidades propias del consejero mezclábase mucho de soso y aburrido. Sobre todo observé que en cuanto hablábamos de música, particularmente de canto, sonreía con su expresión diabólica y decía alguna cosa incongruente y vulgar con la voz cantarina. En la profunda turbación que en tales momentos se leía en las miradas de Antonieta advertí claramente que aquello tenía por objeto evitar que yo le pidiera que cantase. No me dí por vencido. Con los obstáculos que Krespel me ponía creció mi deseo de vencerlos y de oír canta a Antonieta para no ahogarme en sueños y ansias. Una noche estaba Krespel de extraordinario buen humor; había desarmado un violín antiguo de Cremona, encontrándose con que el alma estaba colocada media línea más inclinada de lo usual. ¡Oh admirable experiencia!

Conseguí que se entusiasmase hablando del arte de tocar el violín. La manera de interpretar los grandes maestros, los verdaderos cantantes de que hablaba Krespel, trajo sin buscarla la observación de que ahora se volvía sin poderlo remediar a la afectación instrumentalista que tanto dañaba al canto.

—¿Hay nada más insensato, — exclamé yo, levantándome presuroso y dirigiéndome al piano, que abrí sin más rodeos, — hay nada más insensato que esa manera retorcida que en vez de música parece como si las notas fuesen guisantes vertidos en el suelo?

Canté algunas de las fermatas modernas, que sonaban a ratos como un peón suelto, desafinando en algún momento a sabiendas. Krespel se reía con toda su alma.

—¡Ja, ja! Me parece que estoy oyendo a uno de nuestros maestros italianos-alemanes o alemanes-italianos atreverse con un aria de Pucita o de Portogallo o de cualquier otro "maestro di capella o schiavo d'un primo uomo".

Creí que había llegado el momento.

—¿No es verdad, — dije, dirigiéndome a Antonieta, — no es verdad que Antonieta no sabe nada de estos canturreos?

E inmediatamente entoné una deliciosa canción del viejo Leonardo Leo. Arreboláronse las mejillas de Antonieta, sus ojos brillaron con brillo inusitado, acercóse al piano... abrió los labios... pero en el mismo instante la separó Krespel; cogiéndome por los hombros y exclamó en voz chillona de tenor:

—Hijito... Hijito... Hijito...

Y luego continuó, murmurando a media voz y cogiéndome de la mano:

—En realidad, faltaría a todas las leyes de la urbanidad y a todas las buenas costumbres, mi querido señor estudiante, si expresase en alta voz mi deseo vivo y ferviente de que el mismísimo demonio le agarrase en este momento por el pescuezo y le llevase a sus dominios; sin llegar a eso, puede usted comprender, querido, que como está muy oscuro y no hay faroles encendidos, si yo le echara por la escalera abajo es posible que se hiciera usted daño en algún miembro de importancia. Lárguese de mi casa, pues, sin dilación y recuerde con todo el cariño que quiera a su buen amigo, a cuya casa... entiéndalo bien... a cuya casa no debe volver nunca.

Con estas palabras abrazóme y se volvió, sujetándome bien, dirigiéndose hacia la puerta de modo que no me fué posible mirar a Antonieta. Comprenderá usted que en mi situación no era posible que yo pegase al consejero, que era lo único que se me ocurría. El profesor se rió mucho de mí y me aseguró que el consejero había acabado para él. Hacer el amor al pie de la ventana y rondar la casa no entraba en mis cálculos, pues para ello estimaba demasiado a Antonieta, mejor dicho, la consideraba como sagrada. Dolorido profundamente, abandoné H..., pero, como suele suceder, los vivos colores de aquel cuadro fantástico fueron palideciendo, y Antonieta y su voz que nunca había oído, se me representaron al cabo del tiempo como una luz rosada.

A los dos años estaba yo en B..., y emprendí un viaje por el sur de Alemania. En el crepúsculo rojizo aparecieron ante mi vista las torres de H... Conforme me iba acercando, a la ciudad sentíame invadido de un sentimiento de angustia inexplicable; parecía como si me hubieran puesto en el pecho un peso enorme; no podía respirar; tuvo que salirme del coche. Aquella opresión llegóa producirme hasta dolor físico. A poco creí oír los acordes de un coro que flotaba en el aire... hiciéronse más precisas las notas, distintguí notas masculinas que cantaban un himno religioso.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? — pregunté sintiendo como si me atravesasen el pecho con un puñal.

—¿No lo ve usted? — respondió el postillón, que iba sentado junto a mí. — ¿No ve usted que están enterrando a una persona en el cementerio?

La verdad era que estábamos junto al cementerio, y advertí un círculo de personas vestidas de negro que se mantenían alrededor de una fosa que estaban cubriendo. Saltáronme las lágrimas y me pareció como si allí estuviesen enterrando toda la alegría de la vida. Bajamos rápidamente la colina y desapareció el cementerio; el coro se calló y no lejos de la puerta ví a unos cuantos señores en traje de luto que retornaban del entierro. El profesor y su sobrina iban cogidos del brazo, muy enlutados y pasaron junto a mí sin conocerme. La sobrina se tapaba los ojos con el pañuelo y sollozaba violentamente. No me fué posible penetrar en la ciudad; envié a mi criado con el equipaje a la fonda en que había de alojarme y me dediqué a correr por aquellos contornos, tan conocidos para mí con objeto de librarme de una sensación que quizá no tuviera por causa más que el efecto físico del calor del viaje, etc., etc. Cuando penetré en la avenida que conduce a un sitio de recreo, presentóse ante mi vista el espectáculo más extraño que pueda darse. El consejor Krespel iba conducido por dos hombres, de los cuales quería a todo trance escapar con los saltos más extraordinarios. Como de costumbre, iba vestido con una levita gris cortada por él mismo, y en el sombrero de tres picos, echado materialmente sobre una oreja, llevaba un crespón que ondeaba al aire. Pendía en su cintura un tahalí negro, pero en lugar de espada llevaba metido en él un arco de violín. Quedéme helado. "Está loco", pensé, siguiéndole despacito. Aquellos hombres condujeron a Krespel hasta su casa y él los abrazó con grandes risas. Lo dejaron allí, y entonces dirigió la vista hacia donde yo me encontraba, casi a su lado. Miróme fijamente un rato y luego dijo con voz sorda:

—¡Bien venido, señor estudiante... Ya comprende usted.

Y tomándome por el brazo me arrastró a la casa... me hizo subir la escalera y me metió en el aposento donde estaban colgados los violines. Todos ellos tenían una cubierta de crespón. Faltaba el violín del maestro antiguo y en su sitio había colgado una corona de hojas de ciprés... Comprendí lo que había sucedido.

—¡Antonieta! ¡Ay, Antonieta! — exclamé sin consuelo.

Krespel estaba junto a mí como petrificado, con los brazos cruzados. Yo le señalé a la corona de ciprés.

—Cuando murió ella, — comenzó a decir el consejero con voz cavernosa, — cuando murió rompióse el alma de aquel violín y la caja se hizo mil pedazos. No podía vivir más que con ella y dentro de ella; en la caja se puso: enterróse con ella.

Conmovido a más no poder caí en una butaca. El consejero comenzó a cantar con voz ronca una canción alegre. Era un espectáculo tristísimo el verle saltar de un lado para otro y el crespón flotando por el cuarto, — tenía el sombrero puesto, — enganchándose en los violines. No pude contener un grito una vez que me rozó el crespón; parecióme como si me arastrara a los profundos abismos de la locura.

De repente quedóse Krespel tranquilo y en su tono cantarín comenzó a decir:

—Hijito... hijito... ¿por qué gritas de ese modo? ¿Has visto al ángel de la muerte? Eso sucede siempre antes de la ceremonia.

Colocóse en medio del aposento, sacó de la vaina el arco de violín, lo levantó por encima de su cabeza y lo partió en pedazos. Y riendo a carcajadas exclamó:

—Crees que se ha roto, hijito, ¿no es verdad? Pues no lo creas... no es así... ¡Ahora estoy libre... libre... libre! ¡Ya no cons-

trutré ningún violín... ninguno... ninguno!

Y empezó a entonar una dulce melodía y a bailar a sus acordes en un pie. Lleno de espanto quise ganar la salida, pero el me sostuvo y muy tranquilo comenzó a decir:

—Quédese, querido amigo; no considere locura la expresión del dolor que me martiriza mortalmente, y crea que todo ha sucedido por haberme hecho una bata con la que quería teier el aspecto de la suerte o de Dios.

El consejero siguió diciendo todo género de incoherencias hasta que se quedó completamente agotado. A mi llamamiento acudió el ama de llaves y consideréme muy feliz cuando me ví libre de aquella especie de pesadilla. No dudé un momento de que Krespel se había vuelto loco, pero el profesor creía lo contrario.

—Hay hombres, — decía, — a los que la naturaleza o una fatalidad cualquiera les arranca la cubierta con que los demás ocultamos las tonterías. Lo que para nosotros queda en pensamiento, Krespel lo pone en acción. Arrastrado por la amarga ironía espiritual, Krespel hace y dice tonterías. Pero esto es sólo su pararrayos. Devuelve a la tierra lo que es de la tierra y sabe conservar lo divino, continuando en perfecto estado en su interior, a pesar de las locuras que hace. La muerte repentina de Antonieta le ha sido muy dolorosa, pero pondría algo bueno a que mañana mismo el consejero continúa dando sus coces habituales.

Y verdaderamente ocurrió una cosa parecida a lo predicho por el profesor. Al día siguiente Krespel estaba poco más o menos como antes; pero sí declaró que nunca más volvería a construír un violín ni a tocarlo. Según he sabido después cumplió su palabra.

Las indicaciones del profesor fortalecieron mi íntimo convencimiento de que la relación, oculta tan cuidadosamente, de Antonieta con el consejero y su misma muerte eran un remordimiento para él que, con seguridad, llevaba aparejada cierta culpa. No quería abandonar H... sin reprocharle el crimen que yo presentía; deseaba llegar hasta su alma para provocar la completa confesión del horrible hecho. Cuanto más pensaba en ello más claro veía que Krespel era un malvado y más firmemente me aferraba a la idea de espetarle un discurso que, desde luego, pensaba yo que habría de ser una obra maestra de retórica. Así dispuesto y muy sofocado acudí a casa del consejero. Lo encontré torneando juguetes, con su sonrisa tranquila.

—¿Cómo es posible — comencé a decirle sin preparación alguna, — cómo es posible que pueda usted disfrutar de un instante de paz sin sentirse atormentado por el recuerdo del horrible hecho cometido por usted y que debiera producirle siempre el efecto de la picadura de una víbora?

Krespel me miró sorprendido, dejando el cincel a un lado.

—¿Qué quiere usted decir, amigo mío? — preguntóme. — Siéntese en esa silla.

Muy excitado continué mi perorata, entusiasmándome más y más, acusándole de haber asesinado a Antonieta y amenazándole con la vengaza eterna. Más celoso que ningún abogado, llegué hasta asegurarle que procuraría averiguar todos los detalles de la cosa hasta conducirle ante el juez. Desconcertóme un tanto el ver que cuando terminé mi pomposo discurso el consejero me miró muy tranquilo sin responder una palabra, como si esperase a que siguiera hablando. Intentélo, con efecto, pero me salió tan torpe y tan estúpido todo lo que dije, que me callé en seguida. Krespel gozóse en mi confusión y su cara se iluminó con una sonrisa irónica. Luego recobró su seriedad y comenzó con tono grave:

—Joven, puede considerarme loco o tonto; te lo perdono, pues los dos estamos encerrado en el mismo manicomio y te parece mal que yo me tenga por el Dios padre sólo porque tú te tienes por el Dios hijo; pero ¿cómo te atreves a querer meterte en una vida y a atar sus hilos, que son y serán siempre extraños para tí? Ella se ha ido y el secreto ha [illegible] oculto.

[illegible] quedóse pensativo; levantóse y dió [illegible] o tres paseos por la habitación. Yo me atreví a rogarle que me aclarase el misterio; él me miró fijamente, me tomó de la mano y me llevó a la ventana, abriendo las dos hojas. Asomóse a ella, y con los brazos apoyados en el alféizar contóme la historia de su vida. Cuando terminó me separé de él confuso y avergonzado.

Explicóme de la siguiente manera sus relaciones con Antonieta:

A los veinte años, su pasión favorita llevó a Krespel a Italia en busca de los violines de los mejores maestros. Entonces aún no los construía él y no se atrevía, por tanto, a desarmar los que caían en sus manos. En Venecia oyó a la famosa cantante Angela... que figuraba como primera parte en el teatro de San Benedetto. Su entusiasmo no se limitó a la parte artística, sino que se extendió a su belleza angelical. Krespel trabó amistad con Angela, y a pesar de su carácter áspero logró conquistarla, particularmente por su pericia en tocar el violín. Las relaciones lleváronlos en poco tiempo al matrimonio, que convinieron en mantener secreto, pues Angela no quería retirarse del teatro ni cambiar el nombre que tantos triunfos le proporcionara por el poco armonioso de Krespel.

Con ironía mezclada de rabia pintóme Krespel el martirio que hubo de sufrir una vez casado con Angela. Toda la terquedad y la mala educación de todas las cantantes de primera fila juntas se encerraba en la figurita de Angela. Si alguna vez trataba de hacerse el fuerte, Angela le ponía delante todo un ejército de abates, maestros y académicos que, ignorantes de sus relaciones verdaderas, le consideraban como el adorador impertinente, sólo consentido por la bondad excesiva de la dama. Después de una escena de esta clase, bastante borrascosa, Krespel huyó a la casa de campo de Angela y procuraba olvidar las tristezas del día fantaseando en su violín de Cremona.

No llevaba mucho tiempo tranquilo cuando su mujer, que salió casi inmediatamente detrás de él, apareció en el salón. Llegaba del mejor humor, y dispuesta a mostrarse amable abrazó a su marido, mirándole con dulzura y apoyó la cabeza en su hombro. Pero Krespel, ensimismado en el mundo de la música, continuó tocando el violín, haciendo repercutir sus ecos, y sin querer rozó a Angela con el brazo y el arco. Ella se retiró furiosa. "¡Bestia tedesca!", exclamó con ira; y arrancando a su marido el arco de la mano lo partió en mil pedazos contra la mesa de mármol. El consejero quedóse como petrificado ante aquella explosión de furor, y luego, como despertando de un sueño, tomó a su mujer con fuerzas hercúleas, la arrojó por la ventana de su casa y, sin preocuparse de más, huyó a Venecia y después a Alemania. Algún tiempo más tarde comprendió lo que había hecho. Aunque sabía que la ventana sólo estaba a unos cinco pies del suelo y que en aquellas circunstancias no hubiera podido hacer otra cosa que lo que hizo, sentíase atormentado por cierta inquietud, tanto más cuanto que su mujer le había dado a entender que se hallaba en estado de buena esperanza. No se atrevía a hacer indagaciones, y le sorprendió sobremanera el que al cabo de ocho meses recibió una carta amabilísima de su adorada esposa, en la que no hacía la menor alusión al suceso de la casa de campo y le daba la noticia de que tenía una linda hijita, manifestándole al tiempo sus esperanzas de que el "marito amato e padre felicissimo" no tardaría en ir a Venecia. Krespel no fué allá; valiéndose de un amigo se enteró de todo lo currido desde el día de su precipitada fuga, y supo que su mujer cayó sobre la hierba como un pajarillo ligero, sin sufrir el más mínimo daño. El acto heroico de Krespel hizo en su mujer una impresión extraordinaria, produciendo un verdadero cambio; no volvió a dar muestras de mal humor ni de caprichos estúpidos, y el maestro que trabajaba con ella sentíase el hombre más feliz del mundo porque la "signora" cantaba sus arias sin obligarle a hacer las mil variaciones que solía. El amigo le aconsejaba, sin embargo, que mantuviese en el secreto el método de curación empleado con Angela, pues, de divulgarse, se vería a diario salir por las ventanas a las cantantes. Krespel emocionóse mucho; mandó enganchar; se metió en el coche; pero de repente exclamó: "Alto. ¿No es posible, — díjose a sí mismo, — que en cuanto me vuelva a ver se sienta otra vez acometida por el mal espíritu y volvamos a las mismas de antes? Una vez la tiré por la ventana; ¿qué habría de hacer en otro caso semejante? ¿Qué me queda?" Apeóse del coche, escribió una cariñosa carta a su mujer, expresándole lo mucho que agradecía su amabilidad al decirle que la hijita tenía como él una pequeña marca detrás de la oreja, y... se quedó en Alemania.

La respuesta fué muy expresiva. Protestas de amor... invitaciones... quejas por la ausencia del amado... esperanzas, etcétera, etc., etc., recorrieron constantemente el camino de Venecia a H... y de H... a Venecia. Angela fué por fin a Alemania y deslumbró como "prima donna" en el teatro de F... A pesar de no ser ya joven, deslumbró a todos con el encanto de su voz, que no había perdido nada. Entretanto, Antonieta había crecido y la madre se deshacía en elogios de la manera de cantar de la niña. Los amigos que Krespel tenía en F... se lo confirmaron, instándole a ir a F... para admirar a las dos sublimes cantantes. Pocos sospechaban el parentesco tan cercano que le unía a ellas. Krespel hubiese visto de muy buena gana a su hija, a la que quería de verdad y con la cual soñaba con frecuencia; pero en cuanto pensaba en su mujer ponías de mal humor y se quedaba en su casa, entre sus violines desarmados.

Habrá usted oído hablar del compositor B..., de F..., que desapareció de repente sin saber cómo, o quizá le haya conocido. Este individuo se enamoró de Antonieta locamente, y como quiera que ella le correspondiera rogó a su madre que consintiera en una unión que había de ser beneficiosa para el arte. Angela no se opuso, y el consejero accedió también, con tanto más gusto cuanto que las composiciones del joven maestro habían encontrado favor en su severo juicio. Krespel esperaba recibir noticias de haberse consumado el matrimonio, pero en vez de esto llegó un sobre de luto escrito por mano desconocida. El doctor B... anunciaba a Krespel que Angela enfermó de un grave enfriamiento a la salida del teatro y que precisamente la noche antes de ser pedida Antonieta había muerto. Angela le había confesado que era mujer de Krespel, y Antonieta, por lo tanto, hija suya; y le rogaba que se apresurase a ir a recoger a la huérfana. Aunque la repentina desaparición de Angela no dejó de impresionar al consejero, en el fondo vióse libre de un gran peso y sintió que al fin podía respirar con libertad. El mismo día en que recibió la noticia púsose en camino hacia F... No puede usted figurarse la emoción con que el consejero me pintó su encuentro con Antonieta. En la misma forma extraña de su expresión había algo tan fuerte que no podría nunca repetirlo con exactitud. Antonieta tenía todas las condiciones buenas de su madre, y, en cambio, ninguna de las malas. No albergaba ningún demonio que pudiera asomar la cabeza cuando menos se esperase. El novio estaba también allí. Antonieta conmovió a su padre hasta lo más íntimo cantando uno de los motetes del viejo padre Martini que sabía le cantara su madre en los tiempos de sus amores. Krespel vertió un torrente de lágrimas; nunca oyó cantar a Angela de aquella manera. El tono de voz de Antonieta era especial y raro: unas veces semejaba el hálito del arpa de Eolo; otras, el trino del ruiseñor. Parecía como si las notas no tuviesen sitio suficiente en el pecho humano. Antonieta, sofocada de alegría y de amor, cantó y cantó todas sus canciones más lindas y B... tocó y tocó entretanto, haciendo aún mayor la inspiración. Krespel oyó primero entusiasmado; luego

quedóse pensativo.. silencioso... ensimismado. Al fin se levantó, estrechó a Antonieta contra su pecho y le rogó en voz baja y sorda:

—No cantes más, si me quieres...me oprime el corazón...me da miedo...miedo ...no cantes más.

—No, — díjole al doctor R... el consejero al día siguiente, — no era simple semejanza de familia el que su color se convirtiese, mientras cantaba, en dos manchas rojas sobre las pálidas mejillas; era lo que yo temía.

El doctor, que al comienzo de esta conversación mostróse muy preocupado, respondió:

—Quizá consista en haber hecho esfuerzos para cantar en edad demasiado temprana o un defecto de su constitución; pero el caso es que Antonieta padece de una afección de pecho que precisamente es lo que da ese encanto especial y extraño a su voz y la hace colocarse por encima de todas las voces humanas. Pero ello mismo puede ser causa de su muerte prematura, pues si continúa cantando no creo que tenga vida para más de seis meses.

A Krespel le pareció que le atravesaban el pecho con cien puñaladas. Sentía algo así como si en un árbol hermoso brotasen por vez primera las hojas y los capullos y tuviese que arrancarlo de raíz para que no pudiese florecer más. Tomó una decisión. Explicó el caso a Antonieta y le dió a elegir entre seguir a su novio y las seducciones del mundo y morir en la flor de la juventud o proporcionar a su padre la tranquilidad de su vejez y vivir largos años. Antonieta abrazó a su padre, llorando; no quería comprender toda la verdad del caso temiendo el momento desgarrador de la decisión. Habló con su novio; pero a pesar de que éste prometió que nunca saldría de la garganta de Antonieta una sola nota, el consejero sabía de sobra que el mismo B... no resistiría a la tentación de oir cantar a Antonieta, aunque no fuese más que las composiciones suyas. El mundo, los aficionados a la música, aunque supiesen el padecimiento de Antonieta, no se resignarían a no escucharla, pues la gente es egoista y cruel cuando se trata de sus placeres. El consejero desapareció con Antonieta de F... y se trasladó a H... Desesperado, supo B... la partida. Siguió las huellas de los fugitivos, alcanzó al consejero y llegó tras él a H...

—¿Morir? ¿Morir? — exclamó el padre, iracundo y sintiendo que un escalofrío le estremecía.

La hija, el único ser en el mundo que poda proporcionarle una alegría jamas sentida, lo único que le ligaba a la vida, imploraba y él no quera ser cruel para ella; así que decidió que se cumpliese el hado.

B... se puso al piano. Antonieta cantó. Krespel tocó el violín satisfecho, hasta que en las mejillas de la joven aparecieron aquellas dos manchas rojas fatídicas. Entonces mandó callar. Pero cuando Antonieta se despidió de B... cayó al suelo lanzando un grito.

—Yo creí, — así dijo Krespel, — creí que la predicción se cumplía y que estaba muerta; y como no era para mí una novedad, pues me había colocado en lo peor desde el principio, tuve cierta serenidad. Cogí a B... — que con el sombrero tenía el aspecto más ridículo del mundo, — por los hombros, y le dije, — el consejero adoptó su voz cantarina: — "Ya que usted, señor pianista, como se había propuesto, ha asesinado a su querida novia, puede usted marcharse tranquilamente, pues si permanece aquí mucho tiempo es posible que le clave en el corazón un cuchillo de monte, para que su sangre dé color a las mejillas de mi hija, que, como usted ve, están muy pálidas. Huyo pronto de aquí si no quiere que le persiga o arroje sobre usted un arma." Indudablemente, estas palabras las debí pronunciar en un tono terrible, pues, lanzando un grito de espanto, el bueno de B... se separó de mí y salió precipitado de la casa.

Cuando se marchó B... el consejero volvió al aposento donde se hallaba Antonieta tendida en el suelo, sin conocimiento. Vió que trataba de incorporarse, que abría un poco los ojos, pero que volvía a cerrarlos como si se hubiera muerto. Krespel comenzó a gritar inconsolable. El médico que acudió al llamamiento del ama de llaves, declaró que Antonieta padecía de un ataque grave, pero que no era de peligro; y, con efecto, restablecióse rápidamente, mucho antes de lo que su padre se podía imaginar. La joven se unió a Krespel íntimamente, demostrándole un cariño sin límites; se compenetró con sus caprichos, con sus rarezas y sus extravagancias. Le ayudaba a desarmar violines antiguos y a armar los modernos.

—No quiero cantar más, sino vivir para tí, — decía muchas veces, sonriendo, a su padre, cuando se había negado a acceder al ruego de alguien que le había pedido que cantase.

Krespel, sin embargo, procuraba evitar estos momentos, y por eso iba muy poco a sociedad y evitaba sobre todo que se encontrase donde hubiese música. Sabía muy bien lo duro que era para Antonieta el renunciar al arte en que se había distinguido tanto. Cuando Krespel compró el admirable violín que enterrara con Antonieta y lo iba a desarmar, miróle su hija con mimo y le preguntó:

—¿También éste?

El consejero no sabía qué fuerza superior le impulsó a dejar intacto el violín y a tocar en él. Apenas comenzó a tocar las primeras notas, cuando Antonieta exclamó:

—Ahí estoy yo... Ese es mi canto.

En verdad, los sonidos argentinos de aquel instrumento tenían algo maravilloso, parecían salir del pecho humano. Krespel sintióse profundamente conmovido; tocó con más gusto que nunca, y conforme atacaba las escalas, dándoles toda la expresión de que era capaz, Antonieta palmoteaba y exclamaba encantada:

—¡Qué bien lo he hecho! ¡Qué bien lo he hecho!

Desde aquella época, su vida fué mucho más tranquila y alegre. Muchas veces le decía a su padre.

—Quisiera cantar un poco, padre.

Krespel descolgaba el violín y tocaba las más lindas canciones de Antonieta, lo cual le producía inmensa alegría. Poco antes de llegar yo, el consejro creyó oir en el cuarto de junto al suyo que tocaban el piano; escuchó atento y distinguió claramente que B... preludiaba una pieza con su estilo acostumbrado. Quiso levantarse, pero sintióse como preso por fuertes ligaduras que no le permitieron moverse. Antonieta comenzó a entonar en voz baja una canción, llegado poco a poco a subir, hasta el "fortíssimo", y bajado de nuevo al tono profundo en que B... escribiera para ella una de sus canciones amorosas conforme al estilo del antiguo maestro. Krespel me decía que se encontraba en una situación incomprensible, pues sentía una satisfacción inmensa, al mismo tiempo que una profunda angustia. De repente le rodeó una gran claridad y vió a Antonieta y a B... abrazados y contemplándose con arrobo. Las notas de la canción y las del acompañamiento seguían sonando sin que Antonieta cantase ni B... pusiese las manos en el instrumento. El consejero cayó en una especie de desmayo, en el cual siguió oyendo la música y viendo la imagen. Cuando volvió en sí parecióle que había tenido una pesadilla horrible. Precipitadamente penetró en el cuarto de Antonieta. Con los ojos cerrados, iluminado su rostro por una sonrisa celstial, con las manos cruzadas, yacía sobre el sofá, como si estuviese dormida y soñase con todas las delicias del cielo. Estaba muerta.

ERNST HOFFMANN

Dos se baten a pistola a treinta pasos, y después de medido el terreno dice Cretinoski, que s uno de los padrinos:

—Alto, señores; hemos medido los treinta, pero falta verificar ahora si un adversario está a la misma distancia del otro que el otro de él.

Dos recién casados en la estación del ferrocarril.

El. — Vida mía, estaremos en el campo mientras dure nuestro amor.

Ella: — ¡Con mucho gusto! ¿Has tomado boleto de ida y vuelta?

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

EL PORQUÉ DE UNA MELENA

—¡Cómo, abuelita! ¿Usted también se ha cortado el cabello y se riza la melenita? ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—Verás, hjia mía; tu abuelo me dijo tan tas veces que no me la cortara, que me fastidió tanto que resolví cortarme la cabellera.

En el rigor de los grandes calores cometemos el error de ingerir considerables cantidades de líquidos con el deseo de apagar la sed insaciable que nos causa la sofocación atmosférica. Mediante tales abusos nos acarreamos grandes perjuicios a la salud. Tomando el

Granulado Efervescente "Brera"

se suprimen todos aquellos inconvenientes. Disuelto en agua constituye la bebida más higiénica y apropiada para apagar la sed, y a la vez tiene cualidades digestivas.

EN VENTA:

Droguería de la Estrella Ltda.
Defensa 215, sus Secciones
y toda farmacia.

Lea "SURCOUF"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Marzo 19
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 129

En este número: un sensacional relato del gran autor inglés Sax Rohner, titulado:

LA MOMIA QUE HABLA

EXIGENCIA DESMEDIDA

—¿Por qué salió usted de la casa donde estaba antes?
—Porque un día se empeñó en que le hiciera pasados por agua unos huevos fritos.

Cuando el desierto ríe

Una narración de grandísimo interés e intensa emoción.

Surcouf

Continuación de la gran novela de piraterías en los mares de la India.

El gaucho argentino

Una opinión de valía sobre el personaje más popular del país.

Yo fumo

Gracioso artículo de costumbres escrito por un famoso autor sudamericano.

Una indirecta

Nota cómica en colores.

Ana la víbora

Interesantísimo relato descriptivo de un carácter femenino. (Con ilustraciones en colores).

La mujer-marido

Relato muy curioso de un caso histórico. (Ilustrado en colores).

Ante el espejo

Algunos consejos para cuidar la cabellera.

En el polo

Juguete para armar. En colores.

El robo de la Moneda

Crónica policial de un suceso antiguo.

Las tinieblas

Novela corta naturalista de un gran escritor ruso.

El artista indio

Curioso relato sobre la cultura de otros tiempos.

El infortunio

Interesante cuento atrayente para todos.

Sugestionador hábil

Divertido cuento del gran humorista francés.

Los dos duraznos

Un caso curioso y gracioso que parece tomado del natural.

"¡Oro! ¡Mire usted, Reeves! ¡Es oro! ¡Oro oculto hace miles de años, y que ahora es nuestro!" — exclamó Shelton. ("Cuando el desierto ríe.")

UNA NARRACION DE INTERES Y EMOCION

CUANDO EL DESIERTO RIE

Por F. DUDLEY HOYS

El desierto de la India, donde están escondidos los restos de las civilizaciones de otras epocas, tiene su espíritu y hasta parece que tuviera su voluntad.

LA pequeña cabalgata estaba pronta. Media docena de "sowares" bengalís se hallaban junto a sus caballos, detrás de los cuales esperaban los destinados a la carga. El "naik" en comando saludó, anunciando que todo se encontraba en perfecto orden.

—¡Bahut acha!

Shelton le dió algunas instrucciones finales; señaló una cincha que estaba floja, la grupa lastimada de un caballo. Luego vió cómo el pequeño grupo avanzaba cruzando la aldea. Con el resonar de los frenos y el rumor acompasado de los cascos de las cabalgaduras, avanzaron por entre el polvo, dejaron atrás las últimas cabañas de la aldea, rodeadas de palmeras, y continuaron avanzando hacia el Sur, hacia el Tigris.

El Sol descendía por detrás del horizonte, y el borde del mundo se teñía de un maravilloso color anaranjado. Pocos minutos más y las sombras se harían más densas, más pesadas, heraldos de una oscuridad impenetrable.

Shelton encendió un cigarrillo y avanzó lentamente hacia una pared medio derruída que se erguía frente a él. Detrás de esa pared se levantaba un hospital modernísimo, donde Reeves atendía a los nativos que se atrevían a confiarle la curación de sus dolencias.

Constituía una buena política, su sistema de justicia y medicina combinados. Atraía a los burdos y, al mismo tiempo, ensanchaba el radio de la administración.

—¿Muchos pacientes? — inquirió Shelton.

El médico terminó de vendar el brazo de un enfermo y miró en redor suyo. Era un hombre de estatura mediana, delgado, que parecía enano junto al paciente, un árabe impasible que se hallaba a su lado. Poseía unos hermosos ojos castaño claro.

—Solo dos, — respondió. — Antes de media hora estaré pronto.

—¡Oh! ¡No hay prisa! He enviado el convoy por la ruta del río. No hay necesidad de que salgamos antes de media noche. Voy a examinar el automóvil.

Asintió el médico y sonrió. Le agradaban infinitamente los viajes aquellos, veloces, a través de la oscuridad, por ser ésta, cuando menos, un antídoto contra el calor de los días terribles. Por otro lado, el silencio claro, frío, era reconfortante, después de las olorosas aldeas y aquella humanidad apestada de moscas. No era que a él le disgustara su trabajo; tres meses recorriendo incesantemente el circuito que comprendía las inmensas regiones salvajes situadas más arriba de Bagdad, habían despertado su piedad para con los miembros de una raza oprimida por la ignorancia y el ambiente en que vivía. A cualquier lado que se dirigiera, veía siempre las mismas escenas: pobreza y enfermedad. Y las curas que efectuaba hacían algo más que ayudar a Shelton en su trabajo político. A decir verdad, más de un "sheik", más que un jeque jefe de tribu sanguinario y bandolero, habíase sometido a efectos de una mezcla de sales de Epsom, iodo y un paseo en el automóvil de Shelton.

—¡Pobres diablos! — solía decir el médico. — Podrán ser sanguinarios, pero en muchos respectos son verdaderos niños. Me agradaría poder construir hospitales todo a lo largo del río y limpiar el país.

Si sentía repulsión muchas vecs, era lógico que así fuera. Aquella noche, por ejemplo, lanzó un suspiro de alivio cuando el último paciente retiró su persona, que no había lavado quién sabe en cuántos años. El médico, empaquetando todo en su caja de primeros auxilios, compartió con Shelton unas conservas, arrellanándose después en el automóvil.

Tenía merecido un buen descanso, se lo

SURCOUF Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 11 de este número.

había ganado durante las últimas veinticuatro horas. Al día siguiente se hallarían en Samrrah, la ciudad en ruinas, la cúpula de oro de cuya mezquita parecía sonreír irónicamente de la pobreza y suciedad de debajo.

Allí lo esperaba otra vez un trabajo abrumador entre enfermedades y suciedad.

Dormido a medias, observaba cómo la noche se deslizaba por ambos lados del automóvil, cual unas olas negras y silenciosas. El automóvil corría serenamente. No había caminos en aquella región, pero la llanura arcillosa era mucho mejor que cualquier macadam.

Desde las edades pasadas, cuando la lava se había extendido primero y solidificado después, sólo habían pasado por allí uno que otro camello, uno que otro viajero errante.

Las estrellas titilaban fríamente. Un chacal aulló, tristemente, como asustado de su propia soledad. El silencio que siguió pareció encantado. El médico dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Vamos, Reeves! ¡Son ya las tres y media! ¡Es hora de tomar una taza de te!

El médico se irguió de golpe, parpadeando.

—¡Me había dormido como un lirón!

Bajó del automóvil, desperezándose. Shelton sacó una botella "thermo". Se sentaron para tomar el desayuno, mientras una leve brisa movía las ramas de los árboles haciéndolas gemir, llamando a los fantasmas grises a asistir a la fiesta.

Fué Reeves quien hizo el descubrimiento. Con la mano derecha había estado escribiendo distraídamente en el polvo del camino; su palma tropezó con algo duro y frío.

—¡Hola! — exclamó. — ¿Roca en estas tierras?

Y comenzó a cavar con los dedos. Shelton se inclinó, encendiendo un fósforo.

—No puede ser roca. No hay un solo guijarro en todo este país, una vez pasado Amerah. — dijo. Luego añadió con voz más excitada. — ¡Oh! ¡Esto es parte de una losa! ¡Mire usted! Hay una inscripción en esta esquina.

Eso fué suficiente. Velozmente, ambos compañeros comenzaron a cavar, hasta poner al descubierto una loza de más o menos un metro caudrado. Aparentemente era algo así como una trampa de entrada a un agujero vertical. Se hallaba orillada de una sustancia oscura que parecía bronce.

—¿Qué saca usted en limpio de esto? — preguntó Reeves, levantándose, fatigado.

—Sólo puedo conjeturar, — respondió con los ojos brillantes de entusiasmo. — Tal vez usted ignora que la ciudad de Samarrah, de la actualidad, sólo existe desde el año 1409 después de Cristo. Antes de ella existieron seis o siete ciudades, cada una de las cuales florecía al arruinarse la otra. Se dice que debajo de este desierto hay una verdadera red de construcciones en piedra y ladrillo. Pero ¿dónde se hallan y a qué profundidad? Eso no se ha podido descubrir aún.

—He oído decir algo de eso. ¿No vino una expedición científica hace algunos años para iniciar algunas excavaciones y tuvo que cesar los trabajos por falta de fondos?

—Así es. Esos trabajos requieren mucho tiempo y consumen una cantidad enorme de dinero.

El médico hizo un gesto de cómica desesperación.

—En tal caso, mejor será que no nos metamos en camisa de once varas.

Shelton se rió.

—Espere un poco. Soy algo entendido en esto de antigüedades, y creo que esto debe tener algún significado definitivo. — Golpeó en la losa, con una mano que temblaba ligeramente. — En los tiempos antiguos, — agregó, — los tesoros de las ciudades se ocultaban muy astutamente. Los guardias que había dentro no podían salir, y los de fuera no podían entrar, a menos que conocieran el secreto. He visto una vez una ilustración de una de esas puertas. Era una losa de piedra con los bordes de bronce.

Reeves lanzó un silbido.

—¿Quiere usted decir que?...

—¡Eso mismo! A menos que me equivoque, esta piedra se mueve sobre un pivote. Apriete usted en cierto punto, y retrocederá. Las orillas de bronce son un agregado que tiene por objeto evitar la entrada por el día, porque durante el día el metal se dilata con el calor y hace inviolable la cerradura.

La nerviosidad de Shelton influyó en Reeves. Ambos se arrodillaron, comenzando a golpear y apretar en diversos sitios de la losa. Antes de que hubieran pasado cinco minutos, Shelton dejó escapar una exclamación ahogada. La losa chilló y se movió.

—¡Ah! — exclamó, echándose atrás. — ¡Como una tumba! Necesitaremos una azada y un pico para poder trabajar ahí dentro.

Alzó la mirada, contemplando durante unos momentos el cielo amarillento y la franja púrpura que se extendía a lo largo del horizonte.

—¡Pronto, Reeves! — urgió. — Vamos a llenar este agujero. Marcaremos el sitio y yo trataré de tomar la posición exacta con mi brújula. No dejemos indicio alguno que pueda revelar algo a los nómadas. Si llegaran a tener aunque sólo sea la sombra de una sospecha, vendrían como moscas a un pastel.

—¿Qué vamos a hacer? — preguntó Reeves.

—Callarnos y hacerlo todo nosotros mismos. Si hay algo dentro, cuantos menos seamos para repartírnoslo, mejor será.

El médico se detuvo un momento en su trabajo, y miró a su compañero.

—¡Oiga, Shelton! — dijo. — Eso no puede ser, ¿sabe usted? Las antigüedades pertenecen al pueblo que habita el país en que han sido descubiertas. Además, la administración tiene que recibir parte de esto.

—¡Claro! — rió Shelton, nerviosamente. — Lo dije bromeando. Pero lo que quise decir fué que no conviene hacer saber nada aún; es mejor que vengamos aquí esta noche, solos, para investigar. Después de todo, esto puede resultar sólo una ilusión; unas cuantas botellas viejas, algún utensilio de cobre y nada más. No podemos aún decir lo que hay dentro. Será mejor, pues, que averigüemos bien antes de hacer algún informe oficial. No se olvide, Reeves, de que el menor

rumor atraería una enorme nube de nativos.

Reeves recobró su expresión habitual.

—Comprendo lo que usted quiere decir, Shelton, — dijo. — Estoy pronto a trabajar toda la noche si es necesario.

—¡Magnífico! — exclamó Sheldon, que añadió por lo bajo: — Pertenecen a los sucios nativos, ¿eh?

Mientras trataba de poner en marcha el motor del automóvil, se hubiera podido observar una sonrisa sarcástica en sus labios. La codicia, la fiebre de la caza de tesoros, se había apoderado de él.

* * * *

—¡En marcha! — dijo Shelton. Se arremangó la camisa y tomó las azadas. — Supongo que usted tiene buenos brazos para cavar, doctor, ¿no?

—No son del todo malos, — respondió Reeves, con tranquilidad.

Se sentía algo preocupado al pensar en su compañero. Durante todo el día no hizo más que hablar del descubrimiento que habían hecho. Esto era natural; pero la intensa sobreexcitación de que daba muestras bien podía afectar a su cerebro, lo que no era difícil en un país donde el fuerte calor del sol es causa tan frecuente de la locura.

Habían dejado la ciudad de Samarrah a las diez de la noche, para estar seguros de no ser descubiertos.

—El automóvil podría llamar la atención, — había dicho Shelton. — De manera que iremos a pie. Son nueve millas, pero podremos hacerlas en unas tres horas.

La noche era sumamente oscura, y una o dos veces se desviaron del camino que les señalaba la brújula. Eran ya más de las dos cuando llegaron a su destino.

Reeves se sentía más tentado de dormir que de cavar. Pero nada podría haber detenido a Shelton. Una verdadera fiebre de impaciencia se había apoderado de él. Sin detenerse a tomar un trago de agua que le ofreció Reeves, comenzó a dar tremendos golpes.

—¡Ya estamos! ¡Ya está en descubierto! — Comenzó a pasar el dedo por la losa, buscando el resorte que la abriría de nuevo. — Yo... ¿Qué es eso? — se interrumpió bruscamente.

Reeves se volvió. Una sombra, ágil y veloz, desapareció entre las sombras.

—¡Nada! Un chacal, eso es todo. Serénese, Shelton. Está usted poniéndose muy nervioso.

—¿Un chacal? — repitió Shelton. — ¿Un chacal? ¡Malditos animales!

Apretó el dedo; la losa se abrió.

—¿Tiene ahí la linterna eléctrica? Bien; enciéndala usted y alumbre mientras yo desciendo.

Obedeció Reeves. Shelton se metió, no sin dificultad, y el médico lo siguió un momento después. Se encontraron dentro de una cámara de piedra, pequeña, polvorienta y falta de aire. La luz de la linterna reveló lo que habría podido parecer todo el polvo acumulado durante una eternidad. A despecho del sudor que le bañaba la frente, Reeves sintió que un escalofrío le corría por el cuerpo.

—¡Brrrr! Pone los pelos de punta, ¿verdad? — dijo. — Me hace sentir como si nos hubiéramos separado del mundo, entrando en los dominios de la historia milenaria.

Shelton no respondió; se hallaba demasiado ocupado con su azada. El polvo volaba, llenando la atmósfera, pero él continuaba su trabajo, cavando frenéticamente.

Reeves se sintió invadido de la misma fiebre al ponerse en descubierto una urna de piedra.

—¡No la rompa! — exclamó con voz chillona, al ver que Shelton levantaba la azada. Pero ya era tarde; la pesada herrmienta cayó, dando un formidable golpe sobre el cuello de la urna, que se rompió con ruido seco. De allí cayó una verdadera cascada de monedas.

Shelton enterró allí sus manos hasta el codo, sacando sus manos llenas.

—¡Oro! ¡Mire usted, Reeves! ¡Es oro! ¡Escondido durante dos mil años... y ahora es nuestro!

El médico respiró profundamente; el aire, al pasar por entre sus dientes apretados silbó. Era aquello algo para poner nervioso al más apático.

—¡Póngalo aparte! — dijo, nerviosamente. — Después lo examinaremos todo. Lo que importa ahora es cavar y seguir cavando!

Siguieron cavando; a pocos pies más de profundidad dieron con la esquina de un arca de bronce. Cubiertos de polvo, completamente empapados de sudor, desgarraban la tierra. Tiempo y fatiga habían sido olvidados. En aquel pozo, oscuro como la boca abierta de un animal fabuloso, continuaban cavando como mineros enloquecidos. La ciega codicia de tesoros los había aprisionado a ambos entre sus garras.

Como enfurecido al ser molestado en su secular descanso, el arca ofreció obstinada resistencia en abandonar su lecho. Una vez otra vez, abandonando las azadas, ambos compañeros tiraron del arca con todas sus fuerzas; pero tanto les hubiera valido intentar mover de su sitio las pirámides de Egipto.

Mientras trabajaba, una idea vaga comenzaba a tomar forma y contornos, lentamente, en el cerebro deslumbrado de Shelton. El veneno de la codicia se le había infiltrado en la sangre, afectando un cerebro ya influenciado por años y años de sol de desierto.

Todo aquello había sido descubierto por él; ¿por qué razón, pues, tenía que repartirlo con una pandilla de sucios nativos codiciosos y con una administración que nada había hecho para ganárselo? Era injusto; más que injusto. El hubiera mantenido todo en secreto; pero, ¿cómo hacerlo, cuando Reeves se hallaba dispuesto a lanzar a los cuatro vientos la historia del suceso? ¡Maldito Reeves! Aún suponiendo que él lo convenciera y se callara, exigiría la mitad de lo que se hallara.

Una voz extraña, desconocida, comenzó a murmurar a su oído:

"¡Es tuyo! ¡Todo tuyo! ¡No permitas que

te lo roben! ¡Encuentra un pretexto, sal fuera y cierra la losa! Un solo día, y estarás libre de él. Luego puedes venir en el automóvil y llevarte todo lo que quieras."

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Shelton; la tentación comenzaba a apoderarse de él.

"¿Tienes miedo? — inquirió la voz, con desprecio. — ¡Imbécil! ¿Cómo podría saberse? Los hombres desaparecen muy fácilmente en el desierto; una insolación, la sed, los bandidos árabes.... ¡Docenas de razones! ¡Los chacales y los buitres no dejan casi nada!

En los ojos enrojecidos de Shelton apareció una extraña expresión. Sonrióse para sí y lanzó una mirada furtiva a Reeves. El médico cavaba furiosamente. El, también, tenía sus propios pensamientos. ¿Quién podía saber cuánto dinero había allí? Probablemente miles y miles. Con seguridad se le concedería una buena parte. Así podría abandonar su servicio, se quedaría como médico particular, construiría un hospital, allá, a la orilla del río. Con fondos abundantes, podría tratar y curar a cuanto vagabundo infesta el desierto, al Norte de Bagdad. Tendría, además, un edificio especial para los niños. ¡Ah, los niños! Eran los niños los que más compasión merecían, porque si sufrían no era por culpa propia. El haría...

Un grito de triunfo cortó el hilo de sus reflexiones de sus sueños. Shelton había conseguido insertar su azada por debajo del arca y, con un esfuerzo gigantesco, la había arrancado de su lecho.

—¡Vamos, Reeves! Meta la azada debajo de la tapa. ¡Así! Ahora, juntos los dos. Ponga la espalda. ¡Levante, por Dios! ¡Levante!

La pesada tapa había crugido, cediendo y briéndose. Dentro del arca había una veintena de sacos de cuero, resquebrajados y secos. Algunos de ellos se habían abierto, revelando pequeñas piedritas de colores.... piedras preciosas sin tallar. Ambos, fascinados, miraban el interior del arca, inmóviles; con ojos muy abiertos. Fué el médico el primero en hablar. Sus palabras sonaron extrañamente inesperadas.

—Son ya las nueve y media de la mañana.

Shelton se volvió, mirándolo fijamente.

—¿Las nueve y media? ¿Las nueve y media de la mañana? — Su expresión cambió. Miró hacia arriba. Por la abertura que había dejado la losa al correrse se podía ver la intensa luz del sol del desierto. — ¿Quiere usted decir que tendremos que regresar a pie, bajo el sol? No importa.

Reeves movió negativamente la cabeza. Terminada la caza del tesoro, la fiebre lo había abandonado. Había recobrado por completo la calma.

—Es algo arriesgado, — respondió.

—¡Tonterías! — Shelton se pasó una mano por la frente. Los dedos que le ocultaban los ojos ocultaron, también, un relámpago de locura. — ¡Oh! — exclamó. — Me siento sin fuerzas. Supongo que será la reacción.

El médico se inclinó, arrodillándose junto al arca abierta.

—Hay aquí dentro una fortuna capaz de hacer perder la cabeza a cualquiera. — observó, tomando en sus manos una cantidad de gemas y examinándolas con una mirada como de temor. No alcanzó a ver la contracción despectiva de los labios de Shelton.

—A mí me han vuelto la cabeza del revés. — respondió Shelton. — Subiré un momento a respirar un poco de aire puro. Estoy casi ahogado.

—Yo lo acompaño, — dijo Reeves, poniéndose de pie y sacudiéndose el polvo. — ¡Estoy lleno de tierra!

—¡Un momento! — Shelton miró hacia abajo. Su mirada despertó la extrañeza y desconfianza del médico.

—¿Qué sucede? — preguntó. — Espere. También voy yo.

Reeves levantó una mano, buscando un apoyo para elevarse. Al hacerlo, algo cayó viciosamente sobre sus dedos.

—¡No! — chilló Shelton. — ¡Usted no va a tener un penique de ésto!

Antes de que el médico hubiera podido hacer el menor movimiento, la losa se había cerrado bajo la presión formidable de los músculos de Shelton y se halló encerrado en la cámara del tesoro en la más completa oscuridad.

* * * *

—¡Loco! — murmuró el médico. — ¡Loco de remate!

Su voz temblaba. Aquella súbita y completa oscuridad, el calor sofocante, parecían ser una espantosa pesadilla. Tanteando el camino, se sentó sobre el arca de bronce. Necesitaba tiempo para permitir a sus pensamientos libertarse del caos de la impresión. En aquellos momentos se sentía más bien asombrado que atemorizado. El pesadísimo silencio lo envolvía como una nube impenetrable. Era difícil recobrar el control.

Con el tiempo, sin embargo, su respiración se hizo más regular. El asombro de los primeros momentos cedió. Su cerebro comenzó a pensar con regularidad.

—No tendré más remedio que quedarme aquí hasta la media noche, — se dijo. — Sólo dinamita podría arrancar la losa de su sitio durante el día.

Hablaba en alta voz, como si se dirigiera a otra persona. El sonido de su propia voz le era reconfortante. Hasta la noche. Once horas de creciente calor en aquel limitado espacio. Cada bocanada de aire que aspiraba disminuiría la cantidad de aire respirable que había allí dentro. ¿Cuánto tiempo duraría eso?

La losa aquella se abría desde fuera. De vivir hasta la noche, ¿Podría hacerla abrirse desde adentro?.

La duda aquella le produjo pánico. Se puso de rodillas y, tanteando el piso con las manos, buscó uno de los picos; y con él comenzó a dar fuertes golpes contra la oscuridad, sobre su cabeza. Una loca esperanza de poder hacer saltar el reborde de bronce le daba fuerzas. Nada le anunciaba el éxito o el fracaso de su tentativa. Golpeaba en la oscuridad con todas sus fuerzas; sus pulmones silbando con el esfuerzo realizado. Pero, sin la linterna de Shelton para alumbrarse, solo

podía golpear a ciegas, esperando tener suerte.

El ruido tremendo de sus golpes, retumbando en la oscuridad, lo dejaban sordo. Una o dos veces le pareció sentir otros ruidos, como si alguien martillara sobre la losa de la parte de fuera. Tal vez fuera Shelton que, recobrando la razón, trataba de salvarlo. O, tal vez... solo ecos de sus propios golpes. Entre la oscuridad, el polvo que lo ahogaba y el eco de sus propios golpes era imposible juzgar.

Sus hombros y sus brazos le dolían horriblemente; su respiración agitada parecía más bién un gemido entrecortado. Al fin dejó caer el pico, subió, tanteando con las manos en busca de la losa. En uno y otro lado, aquí y allá, empujó con sus brazos y sus hombros, con todas sus fuerzas. Inútilmente. Tal fué la impresión de su impotencia, que le entró un peligroso y loco deseo de reir.

Pero el frenesí pasó. Se sentía débil y sin fuerzas, si bien sentía perfecta claridad del cerebro. La paciencia había ganado la batalla.

Se dejó caer en el suelo, junto al arca, acostado para descansar. El aire, allí, era algo más frío.

De nuevo volvió a sonar aquel débil martilleo sobre la losa.

—No es imaginación,—se dijo Reeves, hablando solo — ¿Cómo cree que puede romper la losa con sus manos solamente?

Y esa pregunta se le formuló lo llevó a reflexionar sobre la traición de Shelton. Al principio sintió un loco deseo de poder verse cara a cara con él y vengarse. Pero luego, su cerebro científico halló excusas.

—Un loco es irresponsable. No puede contenerse. Shelton estaba obsesionado; eso y el calor han sido demasiado para él. Es un asesino en verdad, pero un asesino inconsciente.

¿Se curaría? Y, en tan caso, ¿qué actitud adoptaría? ¿Habría sido locura o solamente intencional?

Una y otra pregunta Reeves se formuló, con deliberada calma. Esa calma, ese razonamiento que trataba de mantener dentro de los límites de la lógica. Se olvidó de la atmósfera cargada hasta que comenzó a toser por el aire.

Una banda parecía apretarse poco a poco a su pecho. Aspiró profundamente una gran bocanada de aire viciado, se levantó, y tomó el pico de nuevo. Sería mejor hacer una nueva tentativa, aún cuando en ellas perdiera las fuerzas.

Unos pocos golpes locos lo dejaron sin fuerzas. Se dejó caer de nuevo al suelo, permaneció allí inmóvil. Un algo parecido al coma comenzó a apoderarse de él lentamente. Los pensamientos ordenados y lógicos dejaron su lugar a una serie de sueños fantásticos en su mente. Le parecía oír el repiquetear de tambores en lontananza, monótonamente.

El tiempo había cesado de ser. Los minutos y las horas habían desaparecido, perdiéndose en el silencio, en la negrura. Era por eso que su cerebro negábase a trabajar; porque sin tiempo uno no puede pensar, se decía Reeves. Ni tampoco sentir.

De nuevo aquel martillero. ¡Pobre Shelton...! Loco de remate. ¡Figuraos...! Tratar de romper una losa con las manos... ¡Caramba! ¿Porqué no podía arrancarse aquella banda que le oprimía el pecho? Le molestaba. Incómoda; pero, en realidad, no le dolía. No le impedía dormitar. Y quería dormir, dormir...

✣ ✣ ✣ ✣

Un chirrido. Una bocanada de aire fresco. La oscuridad repentinamente dejó paso al reflejo púrpura oscuro de la noche del desierto. De la riente noche del desierto. Algo cayó desde arriba, chocando pesadamente con el arca de bronce.

Reeves se movió. Pestañeó. Gustó del éxtasis de respirar aire puro. El estímulo era más fuerte que ninguna droga, respiraba a plenos pulmones en una gloria de alivio, se puso en pié, mirando asombrado la abertura por sobre su cabeza.

Algo había caído, recordó, recobrando los sentidos. Se inclinó; tocó ropas; sintió algo largo y duro debajo. El instinto le reveló la verdad. Sacó la linterna eléctrica del bolsillo de Shelton y la encendió, iluminando un rostro muerto.

No era aquello nada agradable. Había visto aquella expresión antes, en los rostros de personas que habían muerto de golpe de sol. Sorpresa y gratitud llenaban por igual su mente. Trepó, saliéndo por el agujero, mirando en redor suyo confusamente. La luz de la linterna revelaba huellas sobre el desierto; unas en dirección Samarrah, las otras regresando.

Entonces, Shelton había partido, regresando después. ¿Porqué? Y había muerto antes de que la losa se abriera. Debía haber muerto allí, arrodillado, su peso contra la losa de piedra, muriendo en esa posición.

Reeves se pasó una mano por la frente, tratando de pensar con claridad. Una cosa, por lo menos, parecía clara. Después de la caída de la noche, cuando el bronce se contraía con el frío nocturno, la losa debía haberse abierto, bajo el peso del cuerpo de Shelton, dejándolo caer dentro. Pero, ¿porqué había regresado allí, en lugar de seguir a Samarrah? ¿Y porqué se había encogido en esa forma?

Un hombre puede recogerse así buscando sombra; aunque muy poca podía haber dejado de la losa. Shelton podía, sin embargo, haber recorrido las nueve millas que lo separaban de Samarrah, sin gran peligro de un golpe de sol, a menos que... a menos...

Agachóse Reeves, lanzándo la luz por la abertura, dentro de la cámara del tesoro. En un rincón, alcanzó a ver algo blancuzco cubierto de polvo. Entonces comprendió. Cuando Shelton cerró la losa, había sellado su propia suerte. Había dejado dentro su casco protector

F. DUDLEY HOYS.

EL DIARIO

Fundado por Manuel Lainez en 1881, se distingue por su información seria y veraz, así como por sus comentarios bien intencionados.

EL DIARIO

cuenta con talleres m'nidos de los últimos adelantos en materia de impresión y por ello, suministra a sus lectores la información gráfica en forma nítida.

Todos los jueves aparece con páginas impresas a cuatro colores.

Compre todas las tardes

EL DIARIO

o suscríbase.

Av. de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

CIUDAD	INTERIOR
por mes . . . . $ 2.00	3 meses . . . . $ 7.50
	6 „ . . . . „ 14.50
	1 año . . . . „ 28.00

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

¿HA sido Mansour quien los ha denunciado a la autoridad?

—Sí.

—¿Se ha fijado el día del incendio,

—Debe darse fuego a esta

—Debe darse fuego a esta ciudad esta misma noche, pero de acuerdo con el ministro hemos adoptado todas las precauciones convenientes y estamos seguros de que no podrán escapar los bandidos. Tenemos preparados retenes de socorro para apagar todos los principios de incendio; nuestra policía está vigilante y destacamentos de soldados están ya prontos para caer donde los dacoits se presenten. Tanto en la ciudadela como en los cuarteles están todos sobre las armas y puedo asegurar al señor que la represión será pronta, dura y ejemplar por lo terrible.

—En ese caso, — dijo Mario al retirarse, — quedo tranquilo. Que la suerte favorezca a las autoridades de esta ciudad.

Salió de casa.

Serían como las once de la noche y dormitaba toda pobación en las elevadas terrazas, cuando de pronto se vió brillar chispas y llamas en el rico barrio habitado por los mercaderes. Muy pronto resonaron gritos y lamentos y se escuchó, seguidamente el estrépito producido uor encarnizadas luchas.

Tronó muy pronto la voz del cañón en la ciudadela, para despertar a los vecinos y temblaba la población entera a cada estampido, mientras empezaba a darse por las calles el más emocionate espectáculo.

Nutridos destacamentos jaloneaban todas las calles y se les veía pasar conduciendo entre bayonetas largas filas de presos de patibulario aspecto, y tan pronto como llegaban se los agarrotaba y etxendía en el suelo, en los glasis de la ciudadela, mientras toda la guarnición formaba frente a los amarrados.

Salió por la puerta del bastión central un imponente cortejo a la cabeza del cual marchaban los guardias de corps mandadas por Mario, quien dirigía la banda de tambores del expresado cuerpo, y seguía a la banda un destacamento de la guardia de corps montados en sus elefantes, y rodeado cada elefante de esclavos con antorchas encendidas. Seguía la música de la corte y el elefante que conducía al ministro, para que tras él se viese un largo desfile de los sacerdotes principales a los que seguía el grueso de la guardia de corps y toda aquella interminable procesión de elefantes se alineó para presentar un golpe de vista imponente.

Apareció en aquel momento el principal actor; el elefante verdugo, majestuosa y lentamente conducido por su cornac. Conducía el elefante sobre su lomo un estrado en el cual se veía de pie al verdugo, impasible y con el sable en la mano.

Reinaba el más sepulcral silencio en todo el numerosísimo público, y sentíanse todos como agobiados bajo la más penosa impresión.

Destacóse uno de los elefantes sobre el cual cabalgaba un gran magistrado o juez, y en voz alta leyó un relato del complot formado para incendiar y saquear la ciudad, y terminó su lectura con la de las sentencias de los culpables. Eran estos trescientos quince, y se descargó en el acto, del lomo del elefante que conducía el juez, un enorme pilón al mismo tiempo que se acercaba al lugar del suplicio a uno de prisioneros y sentenciados.

Colocóse la cabeza del preso sobre el pilón

y el elefante a una indicación de su cornac, levantó uno de sus pies y lo colocó sobre la cabeza del condenado. Apoyóse luego con todo el peso de su enorme mole sobre el pie puesto encima de la testa del infeliz, y se vió cómo quedaba el cráneo reducido al grosor de una oblea sanguinolenta y repugnante.

Las vivas y estrepitosas aclamaciones del vecindario atestiguaron la cruel satisfacción de todo un pueblo que respira tranquilo tras horas de angustia y de desesperación. La sensación de haberse librado la ciudad en pleno de un estantable peligro mataba todo otro sentimiento.

Hasta que estaba alto el sol continuaron de la misma manera los suplicios. Frecuentemente era preciso recoger, barrer, retirar la enorme pasta formada po las aplastadas cabezas de los ajusticiados, y aquel asqueroso trofeo se conducía en carretillas hasta el sitio donde se quemaba los cadáveres. El olor de carne humana chamuscada invadía el espacio, llevado por el viento propagador del horror de aquellos castigos.

Los condenados, conformados con lo que el destino dispone, se dejaban arrastrar sin oponer la menor resistencia, y morían todos sin proferir el menor grito, bajo la presión espantosa del pie del elefante verdugo. Aparecía el alba por oriente cuando terminaron los suplicios.

En la tienda de Mansour, quien había enviado a uno de su servidores a enterarse de la marcha de los acontecimientos, se recibió la noticia de la muerte del último de los dacoits, y dijo Mansour por todo comentario:

—¡Los vengaremos! — y le preguntó su secretario: — ¿Cómo se explica que nuestros amigos no hayan siquiera hecho el simulacro de atacar y saquear a nuetro campamento?

—Porque para la ejecución de mi plan era indispensable que no se me pudiera sospechar como hombre que está de acuerdo con los dacoits, para el plan ese que no me inspiraba gran confianza. Y ahora queda a mi cargo ejecutar mi propio y exclusivo plan, y se verá si soy o no digno de ser el verdadero rey de los dacoits.

Despidió con un gesto a su interlocutor, y tan pronto como se retiró el visitante, dijo a su secretario:

—No me molesta sino un hombre y es ese maldito Mario.

—Será preciso quitarle de enmedio.

—Pienso en eso. — y agregó luego con siniestra sonrisa. — Empezamos a estar bien en la corte.

—No puede negarse que eres fuerte y que sabes encamitar tus asuntos.

—Antes de un año estaremos en París con los tesoros del rajá y allí podremos vivir seguros y muy tranquilos.

Se alejó el secretario, no sin despedirse a la europea con apretado manotón, pero pensaba en tanto que se dirigía a sus habitaciones:

—Lograste ponerte bien con la corte de la princesa mediante la denuncia de los planes de tus aliados a los que has entregado para que los ajusticiaran, y si realizaste todo eso fué para no verte obligado a dividir el producto del robo. Pero amigo, ¿o eres tonto o me supones tonto a mí? Me has prometido partir el robo y como te desembarazaste de los otros me entregarás a la primera oportunidad...

Sonreía siniestramente el secretario.

—Veremos, veremos quién da el primer golpe.

. . . . . .

Recibió la princesa a Mansour en solemne audiencia, pero no se hizo mención de nada que se relacionara con los dacoits, y en el momento de retirarse el renegado marsellés recibió de manos del primer ministro un soberbio regalo como obsequio de la princesa. En aquella entrevista, como en las anteriores, se había encerrado la princesa en la natural reserva en que debe estar una dama que tiene ausente a su marido, pero no por eso dejó de recibir en el palacio el renegado atenciones y muestras de que se le tenía en el mayor aprecio en la regia residencia.

Mario, enterado de todas estas cosas rugía de rabia y su asistente rechinaba los dientes cada vez que se pronunciaba ante él el nombre del marsellés.

—¿Qué quieres que te diga, mi querido Sapajou? — decía tristemente Mario al negro paisano suyo, — si nos atrevemos a predicar desconfianzas, se nos acusará de envidiosos, y el único recurso que nos queda es tragar mucha saliva y poner buena cara a los acontecimientos. Démonos por muy satisfechos con ocultar nuestras sospechas y no perdamos de vista a nuestro paisano.

Espiaban con el más celoso cuidado todos los pasos del renegado, quien de momento en momento adquiría mayor importancia ante los personajes de la corte. Había logrado tener puerta franca en el palacio donde el primer ministro se apresuraba a agasajarle y a mimarlo, mientras la princesa no aparecía para nada, por ser el primer ministro el encargado de todos los asuntos en ausencia de Surcouf.

Tan afectuoso era el modo como el primer ministro recibía y atendía y agasajaba a Mansour que Mario estaba a punto de estallar de rabia, con lo que el odio contra el intruso aumentaba por instantes.

Un día, como fuera imposible dominarse por más tiempo, fué el tambor a ver al jefe de policía.

—Escúcheme, señor, — dijo el militar. — Quiero abrirle mi pecho porque tengo algo muy serio que decirle. Pero hablaré mediante la solemne promesa de que cuanto aquí se diga ha de permanecer en el más absoluto secreto.

—La discreción es la primera virtud de un jefe de policía.

—Partiendo de esa base, empiezo por declarar que hoy más que nunca desconfío de ese sahib Mansour.

—Me sucede a mí exactamente lo mismo. ¿Pero qué razón hay para eso?

—Desconfío lo bastante para imponerme la obligación de estudiarlo y observarlo más y mejor.

Desaparecieron las arrugas de la frente del tambor mayor.

—Gracias a Dios empezamos a ver claro.

—Ruego al señor, — dijo tranquilamente el jefe de policía, — que haga como hacemos nosotros y que ponga a Mansour la mejor cara posible. Estamos ante este dilema: O no se propone nada malo, y merece, por lo mismo, que le tratemos con toda deferencia, o abriga malas intenciones, y en este último supuesto sólo demostrándole la mayor confianza lograremos que ponga en juego sus medios de acción.

—¡Por el tambor del Padre Eterno! — exclamó Mario pegando un alegre brinco. — Si hubiera sabido qué ideas germinaban en vuestras cabezas como pensamiento escondido, no me hubiera dado los pésimos ratos de rabia con que me obsequio a contar de varios días. Desde el momento que no os dejáis engañar por él, y en vista de que la policía no duerme en ciega confianza, me siento completamente tranquilo.

Salió Mario del despacho del funcionario con la alegría de saber que no se fiaba nadie de Mansour, y tan pronto como se vió en su casa contó lo charlado en la entrevista a su asistente el negro marsellés Sapajou.

—No cabe duda, — decía el moreno, — de que han de descubrir pronto que es un perfecto canalla.

—Así lo espero. ¡Y conste que deseo que todo esto se aclare! Pero mientras cantamos victoria, es tal la satisfacción que me produce la sola noticia de que se vigila a ese pillastre, que me parece lo más oportuno celebrar este fausto acontecimiento. Si, mañana emprenderemos una partida de caza y si llevamos lo necesario para poder pasar una noche en los matorrales, acaso tengamos la suerte de matar algún tigre. Y mira, aunque sólo matásemos una pantera, creo que valdría la pena de pasar una noche al acecho.

—Perfectamente, — contestó el negro.

—Pues no perdamos tiempo. Limpia y prepara mi carabina y la tuya y que estén prontas mis pistolas de grueso calibre. ¡Mucho ojo con olvidar mi cachiporra de combate!

—Pierda cuidado, señor Mario, que todo ha de estar reluciente como el oro, y puede el tigre empezar a llorar su propia muerte. La piel la regalaremos a la princesa. ¿No es cierto?

Aquella misma tarde anunció a Mansour, su secretario, que al amenecer del siguiente día saldrían para una partida de caza el negro Sapajou y su amo.

—Ya tenemos la ocasión que se buscaba.

—Eso mismo es lo que pensé, — observó el secretario.

—Que se avise en el acto a Dogoi. Si mueren esos dos cazadores daremos una prima de mil rupias, de las que quinientas corresponderán a Dogoi.

—¿Pero no se sospechará de nosotros?

—¿Qué relación puede haber entre un sahib de mi importancia y una banda de dacoit que asesina a dos imprudentes cazadores, para adueñarse de sus caballos, su dinero, sus ropas y sus armas?

—¿Continuamos en favor de la corte?

—Estamos mejor que nunca. Para mañana estoy invitado por el primer ministro para regocijarnos con una danza de almeas.

—Veo que todo marcha bien.

Diez minutos más tarde salían dos jinetes para llevar a los bosques la orden de asesinar a Mario y a su asistente.

. . . . . .

Mario se entretenía cazando, en compañía de Sapajou. Había llegado la noche del segundo día de la excursión, y en las brasas de la fogata encendida se asaba un pavo salvaje cuyas magníficas plumas brillaban a la luz de la hoguera. Unas bananas se calentaban lentamente, mientras en una marmita hervía un trozo de venado salado y preparado desde aquella misma mañana. Había algunas frutas silvestres colocadas sobre hojas de bananero, y hervía el agua para el te. Veíanse en correcta formación tres barrilitos, uno para vino, para agua otro y para rom el tercero, y charlaban Sapajou y su amo sobre las proyectos para el siguiente día.

—Vea, señor Mario, — decía el negro. — Creo que no tardará en salir el tigre de su cueva.

—No creo que tardemos diez minutos, amigo Sapajou, en oirle gruñir y maullar cerca del fuego.

—Pues me parece que empezó ya la función, amigo Mario. No lo percibe aún el señor por acercarse a contraviento. Prometió el señor que esta noche arreglaríamos las cuentas a ese señor tigre real.

—Basta ver las huellas dejadas por sus garras para comprender que es un macho y de los más peligrosos. No creo se los vea de mayor tamaño.

—Pienso lo mismo, y como debe ser un animal de gran talla, me felicito de antemano al pensar en la magnífica piel que podrá ofrecer el señor a la princesa. Pero lo que aún no sé es cómo vamos a matar a ese tigre.

—De la manera más sencilla. Habiendo descubierto la gruta que le sirve de guarida, no necesitamos más que ir a buscar a la más próxima aldea una cabrita que sirva de cebo. Encuentro más sencillo esperar el regreso de la fiera para atacarla y cerrarle el paso de su casa.

—¿Esperaremos dentro o fuera de la cueva?

—Fuera. Imagina que me viera obligado a luchar con mi cachiporra. ¿Qué haríamos en un recinto estrecho y sumidos en la oscuridad?

—También está eso muy bien pensado, amo Mario.

—Por lo mismo, — continuó el tambor mayor, — vamos a cenar y luego iremos a apostarnos cerca de la entrada de la gruta, donde dormiremos por turno una vez elegido el lugar de la emboscada. Cuando venga la fiera, tirarás tú primero.

—¡No sé cómo agradecer al señor tanto honor!

—Apuntarás a la paletilla derecha, mientras yo tiro apuntando a la izquierda.

—¡Pobre bestia! ¡Por muerta la doy ya!

—Te acompaño en el sentimiento por el feroz tigre.

—Pues empecemos por comer bien, mi

amo, — dijo el negro, acercando los manjares. — Comamos ahora y luego beberemos en señal de duelo por la defunción del señor tigre real.

Con la tranquilidad de conciencia que da la convicción del propio mérito, con la seguridad de lo que cada uno de ellos valía como cazador sereno, aquellos dos marseleses, uno de los cuales era negro, cenaron alegre y abundantemente, y terminada la comida encendieron magníficos cigarros que fumaron con deleite, y luego se dejaron llevar de las dulzuras de una buena digestión, aunque no por ello olvidaron que debían estar muy atentos a todos los ruidos de la selva.

Mientras todo esto sucedía en el campamento de los cazadores, como a cien pasos de la hoguera podía verse cuatro hombres armados y tendidos sobre los bambús. Transcurrió como media hora, y los marseleses sacudieron su sopor y reforzaron sus espíritus con senda copa de rom, y una vez escuchada la dirección en que resonaban los rugidos del tigre, se alejaron de la fogata y con resuelto paso se internaron en la espesura.

Los cuatro espías que los vigilaban desde largo tiempo antes, se pusieron a seguir a los cazadores, y se deslizaban entre árboles y matas sin producir el menor ruido.

Aquellos cuatro desconocidos eran dacoits y tenían como profesión especial esta clase de asechanzas, de modo que habían adquirido una habilidad asombrosa y eran y como los gatos de nictálope pupila, fenómeno no tan raro como se supone, y que con mucha frecuencia se encuentra entre los acostumbrados a las excursiones nocturnas, ya que se nota entre los cazadores furtivos así como en los guardamontes y hasta en los soldados veteranos de los ejércitos coloniales. Pero los dacoits aún poseían la preciosa condición de saber mover los pies en plena oscuridad de modo tal que ni una hoja ni una piedra se mueve al paso de tan misteriosos personajes.

Con las precauciones que sólo los bandidos de la India son capaces de adoptar, siguieron los cuatro desconocidos a los cazadores hasta verlos apostados en las rocas próximas a la entrada de la caverna.

Habían llegado a la morada de la fiera. Era una gruta bastante grande pero de muy estrecha entrada. Olía a carne muerta y podrida por todas partes, y se veían huesos esparcidos ante la boca de la cueva.

Dijo Sapajou tan pronto como se vieron ante la gruta:

—Aquí se huele a tigre en todos los rincones.

Escudriñando el horizonte descubrió unas rocas próximas.

—Embosquémonos en la cúspide de esos pedruscos. Desde ese scondite podemos acechar al tigre y matarlo sin correr peligro alguno.

Subieron a la cima de las rocas y se metieron en aquel seguro abrigo, lo que observado por los espías, determinó la celebración de un consejo, y como consecuencia de aquel conciliábulo determinaron que fuesen dos de los bandidos a dar cuenta de lo que ocurría al resto de la banda, en tanto que quedaban allí los otros dos para vigilar lo que pudiera acontecer.

En ausencia de los dos que fueron a pedir refuerzos, los que allí permanecían pudieron ser testigos de escenas interesantes.

Hacía como media hora que no se oían los rugidos del tigre, lo que inspiró a Mario estas palabras:

—Tengo la convicción de que nuestro animal está satisfecho, y deduzco de ello que no le ha ido mal en su expedición de caza. Cuando un tigre no ruge es por tener lleno el buque y muy ocupada la boca en algo más interesante que lanzar rugidos. Apuesto lo que quieras que pronto veremos regresar a nuestro amigo con un antílope o algún becerro salvaje entre los dientes.

Pasaron unos minutos, y agregó el tambor mayor en voz muy baja:

—No te muevas y escucha.

Oíase un pesado trote en lo espeso de los matorrales y como a cien pasos de la gruta, y se notaba cómo iba aproximándose rápidamente el ruido.

—Míralo, ya está a tiro...

Apareció el tigre, soberbio, magnífico, feroz, despidiendo en torno soyo apestantes emanaciones que aumentaban el horror de su presencia, y entre las quijadas de marfilíneos y enormes colmillos tenía agarrado el cuello de un toro salvaje, mientras el cuerpo del cornudo animal colgaba sobre el arqueado lomo del felino.

—Mucha atención, — dijo Mario al oído de su asistente. — Voy a obligarle a soltar el pesado fardo que conduce, y tú debes tirar después que lo haya soltado, pero de ningún modo antes de que esto suceda. No olvides meterle la bala en el ojo.

Avanzaba el tigre más despacio, por haber olfateado al enemigo y estar receloso ante algún desconocido peligro. Mario imitó en aquel momento el rugido del tigre, y supo hacerlo con admirable perfección. El mismo Sapajou, sorprendido por tal actitud del temible grito, se estremeció de miedo, mientras el tigre dejaba su carga en el suelo, ponía una de las patas sobre ella y en la más soberbia actitud de desafío respondió con rugidos de orgullosa rabia al desconocido rival que se atrevía a insultarle.

Resonó en aquel instante el tiro de Sapajou y dió el tigre un extraordinario salto, para caer muerto junto a su presa, tal como si un rayo lo hubiese fulminado.

—¡Bravo, amigo Sapajou! — gritó el tambor mayor.

Corrieron a reconocer la fiera, Mario empuñaba su terrible cachiporra por lo que pudiera suceder, y decía al propio tiempo que adelantaban hasta llegar junto al tigre:

—Carga de nuevo tu fusil, amigo, que nunca sabe uno lo que puede acontecer.

Cargó el negro su fusil con toda tranquilidad, cebó la cazoleta con el mayor esmero, y dijo a su superior y amigo:

—Lo que va a suceder, mejor dicho lo que sucede, mi amo Mario, es que estamos rodeados por una banda de dacoits.

No podía dudarse. De todos los rumbos llegaban los ruidos producidos por escuadrones de caballería lanzados a todo galope.

Pero era Mario hombre de rápidas deci-

siones y tenía un espíritu muy despierto.

—Metámonos en la caverna del tigre.

Corrieron y pudieron disponer del tiempo necesario para meterse en la cueva y para parpetarse tras las rocas que amontonaron en la entrada. En aquel momento llegaba el tropel de los enemigos.

Los dacoits dejados en observación de los cazadores gritaron a los acabados de llegar:

—Se han escondido en la cueva donde habitaba ese tigre.

A la voz del jefe de aquella banda de asesinos, y como no podían temer que escaparan los sitiados por ningún sitio, se rompió el círculo formado antes y se agolparon todo ante la boca de la gruta, y como no estaban sino a unos cien pasos del parapeto formado por los cazadores, quiso Sapajou iniciar la defensa.

—A ver si permanecemos tan tranquilos como si nos paseáramos por la Cannabiere, — murmuró el tambor mayor.

Los jinetes echaron pie a tierra y, distribuidos en una apretada guerrilla, rompieron el fuego. Ante la lluvia de balas que chocaban en las rocas, se echó Sapajou el rifle a la cara. Pero lo atajó su superior.

—¡Maldito negro! ¿No comprendes, imbécil, que lo que quieren es que gastemos nuestra pólvora?

—Cuánta razón ha tenido el amo Mario al lamarme imbécil. Tiene mucha razón.

Tiraban rabiosamente los dacois, sin que un sólo disparo respondiera a la agresión, y en vista de qua nadie les hacía frente, empezó a avanzar el pelotón atacante, disparando cada hombre y adelantando luego algunos pasos. Todos volvían a cargar sus fusiles antes de iniciar el segundo avance.

—Mira, Sapajou, — decía Mario como si dispusiera el modo de tocar cualquier marcha. — Empezarás a tirar cuando te lo diga. Contamos con mi escopeta de caza de dos cañones así como con la tuya, con nuestras dos carabinas de un sólo cañón, lo que nos da ya seis tiros y aún tenemos mis dos pistolas y las dos tuyas de dos cañones todas ellas, lo que nos coloca en situación de poder matar a diez en menos de medio redoble. Cuando todas las armas estn descargadas, corre de tu cuenta volverlas a cargar, mientras me encargo de hacer frente a todos los enemigos y una vez cargadas de nuevo las pistolas, empiezas a tirar y a cargar sin apresurarte y sin preocuparte por nada.

—Cumpliré lo que se me ordene.

Acercábase el enemigo con excesiva confianza pero cuando llegaron a unos treinta pasos de la boca de la cueva, hicieron fuego Mario y el asistente y se vió rodar a dos de los dacoits. Resonaron seguidamente cuatro tiros de escopeta de caza, cargadas de gruesos perdigones, y como uan docena de asaltantes quedaron heridos y sin poder continuar la lucha, y las pistolas, a las que se llenó hasta la boca de perdigones sobre la bala con que estaban cargadas, hicieron verdaderos estragos entre los bandidos. Pero como gente desciplinada, valiente y bien mandada, no por ello retrocedió el resta de los asesinos.

Al producirse el silencio que siguió a la carnicería, creyeron los dacoits que los cazadores se encontraban con todas sus armas descargadas y que se dedicaban a volverlas a cargar, y se lanzaron al asalto dando aullidos de rabia que resonaban en las selvas. Pero Mario había ordenado a Sapajou que se metiese algo más adentro de la gruta para dejarle libre el campo, y con su famosa cachiporra aplastaba a los bandidos a medida que saltaban sobre el parapeto improvisado. Caían todos los cadáveres con los cráneos abiertos y aplastados, y se amontonaron de tal modo que llegaron a obstruir la estrecha entrada de la gruta.

Sapajou, quien había cargado ya las armas, dijo a su superior:

—¿Puedo empezar a matar algunos de esos señores?

—Tira, muchacho, tira y diviértete.

Registraba Mario los cadáveres y encontró pistolas con las que hizo fuego contra los asaltantes, y al ver reanudada la defensa en esa forma, huyó toda la banda.

Después de recoger todas las armas abandonadas por el enemigo o encontradas sobre los cadáveres, entre Mario y su asistente fueron sacando los muertos. Cargaron luego unas cuantas armas propias y ajenas que tenían a su disposición, y dijo después el tambor mayor:

—No creo que tengamos motivos para quejarnos, ni pueden quejarse de nosotros los señores dacoits. Les hicimos catorce muertos, y ellos sólo podrán contar los heridos que han retirado del combate. Reconocerás, amigo Sapajou, que aún admitiendo que los bandidos nos hubiesen arrancado la piel la habrían pagado a muy buen precio.

—Mire, amo Mario, — decía el negro, — tengo la seguridad de que nos bloquearán esos bandidos.

—También lo sospecho, pero si la cosa dura, haremos una salida, amigo Sapajou. Pero eso no será hasta la próxima noche, ya que es lo más probable que vengan en socorro nuestro antes de oscurecer.

—No confío mucho en esos auxilios, amo Mario, y por negro que uno sea, puede tener ideas claras.

—Explica esas ideas.

—Si desnudamos a dos de estos rígidos dacoits, nos vestimos como ellos y somos, de lejos por supuesto, tan dacoits como el primer, fácil es imaginar lo que podríamos hacer.

—¡Diablos! ¡Demonios! — murmuraba Mario. — Este Sapajou vale más de lo que parece. Supongamos que nos disfrazamos, que llegamos junto a esos buenos hombres como heridos y rezagados que penosamente se arrastran, y que con las armas de que disponemos hacemos fuego por las cuatro cars, como en los cuadros del primer cónsul.

—Podríamos, mi amo, hacer una matanza muy regular, — decía el negro mostrando las blancas fichas formadas por sus dientes.

—Claro que sí, y cuando tratasen de arrojarse sobre nostros, — añadía el famoso tambor, — qué mejor oportunidad para aplastarlos con mi cachiporra.

Comentaron unos instantes la idea y su

desarrollo, y media hora más tarde, disfrados de dacoits, se encaminaban como arrastrándose los dos sitiados en dirección al campamento de los sitadores, los que celebraban un consejo como a doscientos pasos de los parapetos hechos por los cazadores. El jefe de la banda, parecía desesperado por la suspensión del ataque, pero protestaban los dacoits cuando uno de ellos dijo:

—Allí se acercan dos heridos de los que dejamos junto a la caverna.

—Es cierto, — decían otros, — se aproximan dos de nuestros hermanos.

—Pero el mero hecho de no haber disparado sus fusiles contra éstos, es prueba de que han muerto los franceses o de que no les queda una carga de pólvora.

Como se cree siempre todo lo que se dedesa, la banda en pleno se adhirió al convencimiento de que los sitiados se hallaban sin medios de resistir, y corrieron todos en dirección a los heridos que adelantaban tan penosamente, sin que un sólo dacoit desconfiara de la superchería preparada. De pronto hizo Mario alguno de los terribles molinetes de su porra, y rompió piernas, cabezas y brazos, mientras huía toda la banda perseguida en su fuga por un fuego endemoniado que hacía Sapajou. También Mario dejó la porra y empuñó las pistolas contra los bandidos distantes, y los contados de éstos que escaparon con vida de aquella aventura, se apresuraron a saltar las grupas de los potros y a huir a galope de tan desgraciados lugares como aquellos.

Sapajou, como hombre que sabe con los bueyes que ara, se dedicó largo rato a ir matando a todos los heridos, temeroso de alguna ofensiva de los que huían. y mientras el negros e dedicaba a la piadosa tarea de rematar moribundos, se adueñaba su amo de varios caballos que quedaron sin jinete. Con algunos de los mejores potros requisados, volvió el tambor mayor y dijo a sus asistente:

—Mira, Sapajou, córtales la cabeza a estos pillos para conservarlas como recuerdo.

—Está bien, mi amo.

Con su sable corvo de dacoit empezó con la mayor tranquilidad el horrible trabajo, mientras se dedicaba Mario a despojar al tigre de su hermosa y pintada piel. Con tal arte trabaja el marsellés que patas y cabeza quedaron limpias y adheridas al resto de la soberbia vestidura del felino, y cuando hubo terminado su difícil tarea extendió la soberbia piel ante el negro, su asistente, y le dijo:

—Tuya es ya que tú mataste a esta fiera.

. . . . . .

Hacía como dos horas que se había levantado el sol y era día de mercado en la puerta Norte de la capital, donde se veía una enorme multiud abigarrada y bulliciosa, pero llegaron a galope algunos aldeanos de las cercanías y dieron noticias tan sensacionales que bastaron para que se suspendiesen todas las transacciones. La multitud se apiñó en torno de los narradores, y salieron muy pronto de los apretados grupos gritos de júbilo y exclamaciones en honor de Sapajou y de Mario.

Un tigre, ni se sabía cuántas cabezas de bandidos... dos solos hombres vencedores de tan gran número de dacoits. Subían las exclamaciones de asombro hasta los cielos y salían todos los pobladores de la ciudad para ver a los nuevos héroes, y seguidos de la más entusiasta manifestación es como llegaron al palacio real Mario y su negro asistente.

Estaba la princesa en el balcón de honor en compañía de sus ministros y de las principales damas de la Corte. Mario detuvo arrogantemente su caballo cuando se vió bajo la soberana y arrojó orgullosamente al suelo las cabezas de los vencidos, en tanto ordenaba a su asistente que hiciese lo propio.

Dijo luego en muy alto y sonara voz.

—Perezcan así todos los dacoits de éste y otros reinos, y perezca su jefe antes que ninguno de los que le obedecen...

Entró Mario en su casa, pero le seguía innumerable cortejo, y aunque se cerró las puertas, no fué posible evitar que las turbas permanecieran en torno del edificio, y tal era su insistencia por volver a ver al tambor mayor que salió Mario al balcón o gran terraza, acompañado de su negro y de sus muchos amigos, y con ademanes de los más ampulosos extendió la piel del tigre, y designó en el acto a Sapajou, quien casi se puso blanco de puro orgulloso, mientras decía:

—Este, éste que véis aquí tan moreno, — gritaba el marsellés, — éste es el que ha matado este tigre y once dacoits de los más temibles. Mi cachiporra se encargó de todos los otros muertos.

Al resonar estas palabras de prosternó la multitud dominada por una admiración llevada hasta el extremo, y después de tomar un baño, de afeitarse y vestirse con el mayor esmero, se dirigió a ver al jefe de policía acompañada también de su fiel Sapajou.

Recibió aquel hombrecito de aspecto de zorro a los héroes del día con el mayor respeto, pero le interrumpió Mario en todas las demostraciones del magistrado, para entrar de lleno en el relato de lo sucedido, concluyendo con deducir de los hechos que era aquello una tentativa de asesinano.

Llamó el jefe de policía a su secretario, y le preguntó sonriendo picarescamente:

—¿Qué órdenes hay relacionadas con este asunto del sahib Mario?

—Ante la seguridad de tratarse de una tentativa no de robo sino de homicidio se ha dispuesto abrir una información sobre este punto con objeto de descubrir el instigador del crimen en proyecto, sea quien sea el que ha pagado a los asesinos.

—Está esa muy bien, — observó Mario. — ¿Pero no sospecha el señor de dónde puede haber partido el tiro?

—Lo sospecho, sahib Mario, — contestó sin reticencias el hindú.

—¿Qué piensa hacer la autoridad?

—Nos faltan pruebas.

—Es muy cierto, — murmuró el tambor.

—Estamos un hombre que abriga los más grandes y locos deseos.

—¿Qué deseos pueden ser?

Sonrió el ministro y jefe de policía como

para decir que aquel era su secreto, y comprendió Mario que no debía hacer preguntas indiscretas.

Continuó el ministro tras un largo silencio.

—He dicho ya que velamos y hasta he dicho lo bastante para demostrar que no dormimos. Me propongo hacer fracasar todos los planes del sahib Mansour, sean los que pudieran ser, y espero que caiga por sí mismo en la trampa y que nos podamos vengar ya que será el elefante real quien se encargue de aplastar a ese inmundo chacal.

—Pero la princesa... — murmuró Mario.

—La princesa está perfectamente advertida de todo y sabe representar su papel con toda calma. Puedo asegurar a sahib Mario que el concurso de la princesa ha de sernos precioso en esta ocasión.

—Me ha dicho Surcouf que su esposa es muy valiente, muy viva y de gran espíritu, de modo que nada hay que temer si esta advertida de nuestras sospechas.

Dijo el ministro, mirando a Sapajou.

—No conviene pronunciar el nombre de Mansour, para evitar se divulgue y llegue a oídos de ese hombre la noticia de que sospechamos de él. En todo la relacionado con este asunto de la aventura de caza no debe decir nadie que los asesinos deben ser pagados por ese rico personaje de Calcuta.

Comprendió el negro que la recomendación iba directamente a él, y dijo:

—Pregunto el señor ministro a mi amo Mario si yo sé cumplir cualquier consigna.

—Respondo de mi querido Sapajou, — manifestó solemnemente Mario.

—¿Pero a quién acusaremos? — preguntó el ministro. — Es preciso desviar la opinión.

—Ofendí a un imbécil en la corte del guicovar y a esta causa se debe mi destierro de la corte. Con manifestar que ese enemigo mío ha querido asesinarme, estamos listos.

—Muy bien pensado, y puede el señor empezar a gritar bien recio esa denuncia.

Salió Mario cotnetísimo después de celebrar aquella conferencia, por haberse convencido de que pronto quedaría plenamente vengado.

Pocos momentos más tarde salía el jefe de policía disfrazado como si fuese un empleado de cualquier gran casa de comercio, y le seguían dos atletas, lo que producía la impresión de tratarse de un comisionado para retirar algún pesado y delicado bulto que sólo a lomo de hombres podía atransportarse.

Dirigióse al magistrado al barrio donde habitaban los artistas en hierro y entró en casa de un hábil obrero que fabricaba sólidos cofres reforzados como los que usaban los fuertes comerciantes. Debía estar acostumbrado el herrero a las visitas del jefe de policía, ya que le recibió como si solo fuese lo que aparentaba ser.

Ante los dos mozos de recia musculatura preguntó el herrero al magistra:

—¿Viene el señor a ver cómo está el cofre que encargó su amo?

—A eso mismo vengo.

Indicó el herrero que pasara adentro el visitante, pero tan pronto como se vieron solos, dijo con todas las muestras del mayor respeto:

—Sahib, — dipo. — Está terminada la obra y es una de las más perfectas que he visto.

—¿Estás seguro de que una vez fijo al piso, al muro y al techo no será posible arrancarlo de su sitio?

—Calcule el señor. Sóla para levantar la caja se necesitan ocho hombres por lo menos, y una vez fijo en la forma como su señoría ha dispuesto, se necesitará un trabajo enorme para moverlo. Sólo en el caso de que los enemigos sean dueños de esta ciudad, todos los documentos que desea el señor guardar dentro de este cofre están absolutamente seguros. No puede haber ladrón que s e acapaz ni de abrir esta caja ni mucho menos de llevársela.

—Se trata de documentos de la mayor importancia.

—Puede dormir bien tranquilo su señoría, con tal de que no deje ni entregue a nadie la llavecita de cierre.

—¿Y si la pierdo?

—Entregaré a su señoría siete llaves, y todo queda reducido a no perder una o a saber dónde están las otras seis. Aún en el caso de que su señoría perdiera una llave, ¿cómo ha de saber el que la encuentre que corresponde a la caja de los preciosos documentos, y aún sabiéndolo, ¿cómo podría abrir sin conocer el secreto de las combinaciones?

—Es cierto. Sin conocer la combinación de mis signos...

—Como adopte el señor una de las treinta mil combinaciones que pueden formarse con los cinco signos de la llave, nadie podría abrir la caja en el supuesto de que se olvidase la cifra de la combinación y ni yo mismo la podré abrir como se pierda el número adoptado como clave.

—Lleva mañana la caja a palacio lo antes posible, pero no emplees en los trabajos de instalación sino obreros de toda confianza.

—No me ayudarán sino mis propios hijos, mis sobrinos y mis hermanos.

—Así me gusta, y mañana mismo cobrarás tu trabajo.

Arrodillóse el herrero y besó la mano del magistrado.

Al día siguiente se presentaba a la puerta de palacio una carreta tirada por cuatro bueyes, y momentos después apareció un paje, quien indicó al cerrajero la habitación a la que debía conducirse la grande y pesada caja.

Era una habitación muy pequeña cuyas paredes y techo se veían blindados de hierro, y todas las recias chapas del expresado metal se unían por otras más gruesas aún, remachadas sobre las primeras. Piso y techo ofrecían las mismas garantías de seguridad contra el fuego o los ladrones, y el todo constituía una gran caja sin abertura alguna sino la puerta y unos pequeños respiraderos.

Entre el cerrajero y todos sus auxiliares

llevaron la caja a la pieza descrita, y empezaron su trabajo, que fué muy largo y que exigió tres días de labores, pero al anochecer del tercer día quedó todo listo, y el magistrado se declaró muy satisfecho.

Aquella misma noche aprendió la princesa, gracias a las lecciones prácticas de su primer ministro, todo el secreto del funcionamiento de abrir y cerrar la caja. Duró tres largas horas la serie de experiencias y de instrucción, y cuando se retiró la princesa a sus habitaciones estaba encantada de haber aprendido a maniobrar con el enorme cofre. Consideraba como extraordinaria la invención. Acompañaba el primer ministro a la princesa, y cuando llegó éste a donde se hallaba la esclava favorita de la soberana, dijo el magistrado:

—Confío, señora, en que, tan pronto como lo que la princesa mi ama sabe este encerrado dentro de esa gran caja de hierro, no ha de descubrir a nadie el secreto de cómo puede abrirse.

Dicho esto retiróse el ministro no sin hacer la más profunda reverencia.

La princesa dijo seguidamente a su sirvienta más querida:

—Te enteraste, mi buena Bartha, de lo dicho por el primer ministro, y no necesito recomendarte el mayor secreto.

Era Bartha una preciosa muchacha de mezclada sangre árabe y mulata, y por parte del padre tenía una buena dósis de sangre circasiana en las rojas venas.

Desde que ocupó su trono la princesa Meriem, era Bartha su favorita, por la amable y lo cariñosa y con la amabilidad del trato de la esclava había sabido conquistar el cariño de su ama.

Quería la princesa a Bartha por ser la única mujer con quien podía hablar, y como además de esto tocaba la favorita muy bien la guitarra y cantaba admirablemente y conocía las maravillosas leyendas árabes y era amable y viva y despierta, supo ganar la voluntad de su señora a la que logró tener como encantada.

Había alimentado la esclava la ilusión de casarse con alguno de los franceses que formaban parte de las tripulaciones de Surcouf. Pensaba que unida a un corsario, gracias al valor que la esclava lograse infundir en su esposo y a las ambiciones que haría nacer en su alma, podrían llegar ambos a los primeros puestos de la sociedad hindú, pero luego fué modificando sus pensamientos hasta haber olvidado casi por completo semejantes imaginaciones.

Estaban así las cosas cuando le manifestó la princesa que era preciso guardar un secreto muy importante.

—¿De qué secreto se trata?

—He de confiártelo como te lo digo todo, ya que no tengo secretos para tí. Se trata del secreto de la gran caja de hierro que nadie puede llevarse pero que puede abrirse con toda facilidad con sólo poseer esta llavecita, que como ves, tengo colgada al cuello.

—Pero señora ¿cómo se atreve a decir que sea eso un secreto?

—El secreto no consiste en lo que he dicho sino que ni aún teniendo la llave pueda abrirse la caja como no se conozca el oculto medio de que la llave funcione. Sígueme y comprenderás muy pronto todo este asunto.

Condujo Meriem a su favorita a la llamada Cámara del Tesoro, y pudo notar la princesa cómo experimentaba su esclava una gran emoción aunque trataba de disimularla con apariencias de alegría. Por su parte la esposa de Surcouf parecía estar radiante y cometía tan inaudita imprudencia como si no expusiese con ella todos sus tesoros.

Para poder entrar en aquella habitación, que estaba toda blindada de recias chapas de hierro, fué preciso empezar por hacer jugar un resorte sumamente disimulado, y cuando ante la débil presión de los dedos de la dama giró sobre sus goznes la pesada y metálica puerta, dijo Meriem a su amiga y sirvienta:

—No dirás que no empiezo por enseñarte un secreto de verdadera importancia.

Tan pronto como se vió dentro de la habitación de hierro, y solo con su favorita, volvió a cerrar las puertas y dijo alegremente:

—Ahora, querida Bartha, estamos en nuestra casa.

Explicó entonces toda la combinación que consistía en el orden de cinco letras de un alfabeto sánscrito, y hecho esto abrió el gran cofre.

—Has de ver ahora cosas hermosísimas.

Ante los deslumbrados ojos de la favorita fué extendiendo montones de diamantes de perlas y de la más preciada pedrería. Asombrada la muchacha no consideró que la ceremoniosa etiqueta de la corte le obligara a ocultar sus sentimientos, y se extasió ante riqueza semejante. La princesa, como si desease interesar más y más a su esclava, le refirió la historia de la gruta de los tesoros y la puso al corriente de todo lo sucedido.

—Tanto mi marido, el capitán Surcouf, como yo, — dijo la princesa, — hemos querido convertir las bolsas de rupias en montones de rica pedrería, de más fácil transporte y del mismo o mayor valor. Tu, yo hasta un niño puede llevarse toda esta incalculable fortuna sin llamar la atención de nadie. No negarás que hemos tenido una excelente ocurrencia.

Jugaba la princesa con las más hermosas piedras, las que arrojaban sus destellos sobre las ardientes pupilas de la joven esclava. Cerraba la favorita los párpados de tiempo en tiempo, sin poder resistir la fascinación de que se sentía, dominada, hasta que pareció haberse cansado su señora de aquel juego y volvió a dejar las joyas en la caja. Cerró luego el gran cofre y aún volvió a explicar la combinación de las letras sin la cual no podía jugar la llave.

—Fíjate bien y comprende este mecanismo. Si no se coloca cada signo según lo hago yo no es posible tocar a los tesoros.

Entregó una tarjeta de marfil a la esclava y le dijo:

—Aquí tienes la explicación, pero no lo digas a nadie y si te pregunta alguien que es esto, ya que desde ahora debes llevar col-

gado del cuello este trozo de artístico marfil, debes contestar invariablemente que es un amuleto.

—¿Pero he de ser yo quien lleve esa lámina en la que está el secreto?

—Desde luego, pues yo no puedo llevarla, aunque la llave estará siempre en mi poder. Como tengo tan poca memoria, tengo guardadas otras seis llaves más por si perdiera ésta.

Meditaba la favorita que toda la prudencia de la princesa no pasaba de ser una imprudencia vista y manifiesta.

—Comprendes tu, — dijo la señora, — que no es posible que olvidemos la combinación siendo tu y yo quien la sabe. Por mi parte he escrito los signos y el modo de proceder en distintos sitios. La tarjeta con todas las explicaciones estará siempre en tu poder y guardadas donde no las pueda tocar nadie tenemos las otras seis llaves de reserva.

Como arrebatada de satisfacción, terminó la dama.

—Nadie sino tú y yo puede desde ahora en adelante abrir esta capa. Hemos terminado aquí. Toma la lámpara y vamos a nuestras habitaciones.

Pero antes de dejar este sitio veamos si entendistes o no el modo de abrir y cerrar la caja.

La favorita supo ejecutar todo lo que se le había explicado y demostró a su señora, al mostrarle el cofre abierto, que había aprovechado la lección.

Volvió a cerrar, desbarataron la combinación de las cifras que permitía el juego de la llave, y dijo la princesa.

Ahora vámonos a descansar.

—Soñaremos con tesoros, señora, — dijo la esclava.

Al salir de la pieza blindada aun exigió de su favorita que hiciera jugar el resorte destinado a abrir y cerrar la gran pueta de hierro, y una vez terminada aquella prueba de las más ciega e imprudente confianza, se entregó la joven soberana a las esclavas destinadas a desnudarla y a vestirla para las horas de sueño.

Era muy temprano el siguiente día cuando salió una vieja de su casa y se dirigió al palacio o tienda magnífica donde paraba Mansour. Condujo una esclava a presencia del rico mercader, y tan pronto como se retiró la sirvienta, arrancóse la vieja una peluco, tiró el velo que la ocultaba por completo y se mostró tal como era, o sea como una preciosa joven.

—¿Tu aquí ya, querida Bartha? — preguntó medio dormido Mansour.

—Sí, el tesoro es nuestro.

—¿Estás segura de lo que dices? — exclamó Mansour cuyos ojos resplandecían de codicia.

Contó Bartha lo que había sucedido la noche anterior, y seguía con perspicaces ojos el efecto que producía su relato en su amigo. Cuando terminó la joven despedían chispas las pupilas del falso mercader.

—Creo como tu, — dijo, — que te sobra la razón y que es nuestro el tesoro. Empezaré a prepararlo todo para una rápida fuga tan pronto como tengamos las más preciosas joyas.

—¿Huiremos a Francia? — pregunta Bartha.

—Iremos a Francia donde has de ser una de las primeras damas de aquel país. Terminemos nuestro plan. Podré permanecer hasta muy tarde en palacio. ¿Encontrarás manera de esconderme?

—Sin la menor duda, — respondió la joven temblando de satisfacción a la sola idea de hallarse tan cerca del éxito.

—Perfectamente. Ahora sólo me resta arreglar con mi secretario los pormenores más indispensables. Vuelve mañana que habremos resuelto ya los problemas en vista, y mañana por la noche nos apoderaremos de las joyas. ¿Pero has pensado en la manera de poder salir de palacio?

—Eso no ofrece la menor dificultad. ¿No me conocen todos? ¿No tengo el santo y seña de las guardias y centinelas que cada noche de la princesa en mi presencia momentos antes de acostarse?

—Veo que no se presenta dificultad alguna, — dijo alegremente Mansour.

Despidió muy amablemente a la favorita y tan pronto como se separaron los dos cómplices, alimentando las más risueñas esperanzas, llamó el falso mercader a su secretario.

Cuando estuvo el indicado personaje ante su amo, le puso al corriente Mansour del estado de los asuntos, y escuchaba el dependiente sin que uno solo de los trazos de las horribles facciones experimentase la menor contracción.

Llmó tanto la atención de Mansour la impasibilidad de su secretario, que le dijo burlonamente en provenzal:

—Ya ves, viejo zorro, escapado de presidio y salvado de la horca, ya ves buen amigo lo muy equivocado que estabas al oponerte a que trabara amores con la favorita de la princesa. Gracias a este cariño de la pobre moza, no solo estamos enterados hoy de dónde se guarda los tesoros sino que esta noche serán nuestros a favor de la confianza de mi buena amiga.

—Pero, ¿quien era capaz de suponer que esa princesa que pasa por ser modelo de cordura, haya podido cometer la imprudencia de entregarse de pies y manos a disposición de tu Bartha?

—No olvides que se trata de la favorita ni que las mujeres de talento son lo mismo que las otras y que todas ellas necesitan contar con algún confidente.

Entraron a estudiar el asunto, y una hora después estaba todo resuelto, sin quedar ya otro trabajo sino el de activar los preparativos, y serían las cuatro de la tarde cuando declaró a Mansour que estaba todo listo y a punto de funcionar.

—Todos los relevos de caballos, — decía el secretario, — están puestos y podemos llegar hasta la orilla del mar pronto y seguros. El navío que debe llevarnos a Francia

está esperando órdenes de levar anclas y la escolta que nos acompañará la conoces perfectamente.

—Está bien, — dijo Mansour. — Ahora me toca a mí entrar en funciones.

Fué a palacio donde tenía ya la entrada oficial: ya otras puertas medio ocultas que se abrían solo para él.

Comió Mansour con un oficial de quien se había hecho invitar, y dejó a su huesped antes de las nueve de la noche, con el pretexto de que antes de tocar retreta quería hacer una visita, y una vez solo siguió por los largos corredores como quien se dirige a ver a algún conocido dentro de la casa.

Cuando dió vuelta a una de las largas galerías, moderó mucho su paso por constarle que Bartha estaría esperándole. La vió en efecto delante de él, y la siguió silenciosamente, y la vió meterse en un oscuro rincón destinado a trastos.

Dijo la joven que no había encontrado otro sitio donde esconderle, y que era aquel el rincón único donde podría esperar, a lo que contestó Mansour que un par de horas se pasan de cualquier modo.

—Puedes estar tranquila que se conformarme con la situación. Anda y vuelve cuando duerme tolo el mundo.

Salió la joven y dejó encerrado a su amigo.

Estaba solo Mansour y reflexionaba en que pocas horas más tarde sería lueño le instimable tesoro y le una fortuna inmensa. Veía como en sueños lo rápido de la fuga y lo pronto del regreso a Francia, londe podría darse vida de gran señor. Tendría a su lado como juguete femenino a aquella seductra Bartha que era muy capaz de fascinar a todo París, y aquel testumbrador sueño iluminaba las oscuridades del rincón donde se escondía, y pareciéronle cortas las horas cuando notó como se abría la puerta.

Estaban los dos frente a la caja de hierro y se iluminaban con una linterna sorda. Era Mansour hombre de extraordinaria bravura, audaz, sereno y acostumbrado a las más locas empresas. No era su valor ese valor caballeresco que va en busca del peligro por el honor o por la gloria, sino el coraje del bandido que no vacila en exponer la cabeza si ve la esperanza de un gran beneficio.

Alumbraba Bartha mientras Mansour, con la tarjeta de marfil en la mano, iba colocando los siguos según lo escrito. Tan pronto como terminó tomó la llave que había colgado de su cuello, y que era una de las seis escondidas en distintos sitios y de modo tan imprudente mostradas por la princesa a su esclava. Abrió Mansour y alargó el brazo para oprimir un botoncito, sin lo cual no se abrían los cajones interiores.

Repentinamente se dejó oir un chirrido metálico, y, como si las garras de un tigre hubieran prendido en Mansour, sintió como aceradas garras se clavaban hasta el hueso. Comprendió en el acto de lo que se trataba, y dijo en provenzal:

—Me pescaron. Se acabó la función.

Abrióse en aquel momento la puerta y la habitación quedó inundada de luz y entró el capitán de guardia seguido de varios soldados con armas y luces.

Uno de los soldados puso unas cadenillas en las muñecas de Bartha, sin que opusiera la joven la menor resistencia.

—Así lo quiso Dios, — murmuró la esclava mientras la encadenaban.

Entró el primer ministro en el aposento y la princesa llegó seguidamente, y pudo darse cuenta Monsour de cómo se había aprovechado de Bertha para hacerle caer en la trampa donde debía quedar sujeto el gran jefe de los dacoits.

Comprendieron tanto el príncipe de los ladrones como la desventurada esclava que todas las aparentes imprudencias de la esposa de Surcouf no fueron sino lazos muy diestramente tendidos para engañar a Bartha y a su amigo. La joven experimentaba un doble dolor al comprender que otra mujer se había sabido burlar de ella.

—¡Que se juzgue a estos criminales según nuestras leyes! — ordenó la princesa.

Retiróse, pero no olvidó ser mujer hasta en el menor de los detalles, y volviéndose hacia Bartha, dijo:

—Todo lo hecho era inútil. Ni siquiera están en esa caja los diamantes tan deseados.

Bajó la frente la tan querida favorita y rompió en amargo llanto. Se hizo jugar un oculto resorte y se soltaron las mandíbulas de acero que como las de colosal tigre sujetan el brazo del jefe de los bandidos. Se curó de primera intención aquel brazo que era una carnicería, y Mansour permaneció impasible, como si otro y no él fuese el tan fieramente magullado. Empuñó su espada el capitán de guardia y salió de la habitación de hierro, seguido de dos soldados. Salieron Bartha y Mansour y tras ellos dos soldados más con el arma al brazo. El primer ministro fué el último y se puso en marcha la triste comitiva hasta llegar a un recinto iluminado por las perfumadas antorchas y entre los aromas desprendidos de grandes pebeteros.

En aquel amplio local veíase a la corte colocada según la categoría de cada persona en torno de la princesa, la que apareció gravemente sentada en su trono, y el elefante verdugo se hallaba cerca como a la espera de sus víctimas.

Empujaron a Mansour hasta llegar ante la princesa, y una vez allí el criminal, empezó el primer ministro a hacer la relación de los antecedentes del asunto. Explicó todo lo relacionado con el complot y no dejó de detenerse en los detalles de la tentativa de asesinato a Mario. Terminada la rápida y contundente requisitoria, pronunció el primer ministro la sentencia de muerte.

Mansour escuchó con la mayor tranquilidad cuanto dijo el mandatario, y cuando hubo terminado éste, dijo:

—Morirá hoy uno de los mayores reyes de la tierra, pues se ajusticiará ahora al rey de los dacoits.

Inclinóse luego ante la princesa con la más reverenciosa cortesía, y dijo en francés:

—Señora, si hubiera logrado hacerme dueño de todos esos tesoros, hubiese vuelto después para adueñarme de tan hermosa mujer.

Dicho esto se alejó con firme y seguro paso, seguido del verdugo, para dirigirse adonde estaba el elefante. Tendióse en el suelo y colocó la cabeza sobre el pilón o tronco de madera, y el elefante apoyó en la frente de Mansour su pie derecho, para que se viese cómo se trazaba en una especie de sanguinolenta torta la cabeza del rey de los dacoits.

Aclamó la multitud a la princesa y quedaron todos esperando a ver que castigo se imponía a la hermosa Bartha.

Acercábase la joven esclava entre sus guardianes y habíai ya pronunciado el primer ministro sentencia de muerte contra ella, cuando hizo ademán la princesa para que no continuase el ministro su discurso. Inmediatamente hizo llamar a su enano bufón, especie de Quasimodo de una fealdad extraordinaria. Desde su nacimiento, tenía cerrado uno de sus párpados y el otro tampoco le permitía ver mucho. Tenía, por lo mismo, un solo ojo, y éste parecía colocado en la mitad de la frente, con lo que venía a ser aquel monstruo una especie de cíclope mitológico.

Aquel enano tuerto tenía una fuerza extraordinaria y era de una malignidad temible. Como objeto de las burlas de toda la corte, vivía en constante estado de desesperación, y se vengaba de cuantos le martirizaban con sus sarcasmos con prontas y rápidas contestaciones procaces y agresivas.

Aquel escarabajo humano se había enamorado de una estrella, como diría Víctor Hugo, y era público en palacio que sentía la más viva pasión por la preciosa Bartha, y este amor rabioso del monstruoso personaje era la burla de toda la corte. Compréndese así que tan pronto como ordenó la princesa que se presentara su bufón Baloutan, corriera un estremecimiento de júbilo entre los concurrentes.

—¿No es cierto que quieres mucho a Bartha? — preguntó la princesa al enano.

Tan emocionado que ni responder supo, limitóse al monstruo a contestar con un afirmativo ademán.

—Mi esclava Bartha ha querido ser reina de los Dacoits, y no la quiero más a mi servicio. Tuya es, y puedes llevártela.

Alargó el enano sus brazos para apoderarse de la joven, pero rechazó ésta a su nuevo dueño.

Sin desconcertarse, el monstruo sujetó a la esclava por las muñecas, de un rápido movimiento la arrojó sobre su hombro, y huyó con ella como un tigre que se lleva alguna tierna cervatilla de los bosques.

Resonaron los aplausos de todos los concurrentes, mientras desaparecía el enano con su preciosa carga, para llevarla a un rincón del palacio, donde tenía el bufón su aposento y donde vivía asistido por una desdentada vieja de tan perversos sentimientos como los del mismo monstruoso sátiro.

Terminada la solemne ejecución de aquellos actos de justicia, dispersáronse los concurrentes.

CAPITULO VIII

La muerte de Meriem y el fin de los thugs

La derrota última de los thugs había sido espantosa y todo hacía suponer que vastaría aquel fracaso para que se disolviese la asociación, pero las fuerzas del fanatismo son incalculables, y no hay acontecimiento que logre desanimar a determinados espíritus.

Vivía aún Saldanazar y por lo mismo la secta permanecía en pie, ya que aquel jefe supremo había hecho circular la orden de que estuviera pronto todo el mundo para ejecutar las disposiciones del gran director.

La secta entera se sentía conmovida por sordos rumores y por descontentos y desconfianzas, pero logró Saldanazar reanimar a unos y alentar a otros para que nadie desmayara. Ahora había dado con un argumento que pudiera servir como punto de apoyo para apoderarse del principado de Meriem, y cuando volvemos a encontrarnos con este siniestro personaje, le sorprendemos en consulta con su secretario, relativa a los medios para el logro de sus planes.

—Cyavó, — decía el rico mercader; — sabes perfectamente que este principado musulman donde impera esa señora Meriem, la que acaba de ordenar a su elefante verdugo que aplaste la cabeza del rey de los dacoits te consta, como nos consta a todos, que en este mismo territorio habita numerosa población escondida en lo espeso de los montes y a la que no ha logrado reducir ningún soberano regular.

—Nadie ignora, — contestó el secretario, — quiénes son y lo que podrían hacer los bihils.

—No lo ignora nadie, pero si se contara cuánto suma esa nación, podría verse cómo es mucho más numerosa de lo que se imaginan todos.

—¿Se ha calculado el número de guerreros que podrían suministrar?

—Sé que pueden poner sobre las armas más de cincuenta mil hombres, ansiosos todos ellos de rapiñas, sufridos, dada su extrema miseria, y gente brava por lo msimo que no tiene la existencia el menor encanto para ellos. Debemos agregar a todo esto, el odio que sienten contra una civilización que sólo sirve para irlos arrinconando en sus bosques y quitándoles sus territorios de caza.

—El inconveniente que veo es que se trata de combatientes que sólo cuentan con arcos y flechas y con muy pocos y malos fusiles.

—A esas razones se deben todas las victorias que logran sobre esos semisalvajes soldados del principado, cada vez que se aventuran los pobladores de la selva a invadir el territorio dominado por las fuerzas regulares.

Meditó un momento Saldanazar.

—A pesar de su falta de buenas armas, — continuó, — son invencibles cuando luchan

en sus montañas y entre sus matorrales, y lo mismo harían en el llano.

—¿Lo que proyecta ahora el señor es lanzarlos contra las ciudades de la princesa?

—Eso mismo. Pero no sin empezar por unir a todos los jefes de tribus, de constituir una entidad sólidamente formada, y de organizarlos como ejército provisto de fusiles y cañones, y dirigido por hábiles oficiales y por expertos artilleros.

—¿Era a estos grandes proyectos a los que habéis dedicado tantos viajes?

—Sí, y puedo asegurar que triunfé por completo. Asombrados al ver cómo corrían en los míseros desfiladeros de sus montañas los ríos de rupias que he hecho circular entre los aludidos montañeses, y vencidos por el irresistible poder del dinero, empezaron por preguntar y preguntarse quién era el que así les favorecía, quién era el que regalaba a cuantos se atrevieran a pedirlas, armas primorosas que fueron durante toda su vida el sueño de estos infelices, demasiado pobres para verse propietarios de un buen fusil. Entre las tradiciones locales y lo que puse de cosecha propia, se resucitó la leyenda del libertador. No olvides que todo pueblo oprimido sueña con quién le devuelve su libertad y que como los judíos crearon su Mesías, supieron los musulmanes tener su Mahadi, y el Jesús o redentor de los bihils es el llamado Dhaunah.

—¿Se hizo reconocer el señor como ese Dhaunah, redentor de los salvajes?

—Sí, y gracias a esta superchería he logrado que me crean y me obedezcan con la misma fe de los thugs.

—¿Están ya todos armados?

—Sabía que podíamos disponer en Estados Unidos de un gran surtido de armas, procedentes del licenciamiento de las tropas de los indicados Estados al terminar su guerra con la metrópoli, y se contaba entre esas armas muchas carabinas de precisión que alcanzan lejos y con muy buena puntería, y como se valuó aquellas armas a cuatro rupias, ordené la compra de cincuenta mil por la miseria de sólo doscientas mil rupias. Añadí a mi compra la de cincuenta cañones que haremos arrastrar por caballos, y ya verás el resultado de esas compras.

—Aunque dispongamos de buenos cañones ¿de qué pueden servir sin buenos artilleros?

—He contratado diez y siete, europeos todos ellos, que se comprometen a servir de instructores con tal que se les prometa poder embarcar pronto para su país con una pequeña fortuna, pero se comprometen a su vez a instruir a los bihils de modo que sepan manejar piezas y armones, y poner las bocas de fuego en batería y de hacer buenos blancos y puedo asegurarte que cuando en mi segundo viaje pude por mi mismo estudiar este punto, me asombré ante los excelentes resultados logrados por los instructores europeos. A ochocientos pasos saben los artilleros bihil cortar un árbol en dos de un solo cañonazo y los montañeses han resultado los mejores carreros y conductores del mundo, lo que era muy de esperar, dada la costumbre de esta gente de luchar con pésimos caminos. Hemos empezado a vencer todo lo considerado como más difícil.

—¿Podrá llegarse a un servicio pasable?

—Así lo creo. Por lo demás, cuento con un gran artillero que ha de quedar a nuestro servicio. Se trata de un aventurero norteamericano que fué oficial de artillería durante la guerra de independencia, y que ha servido a las órdenes de Lafayette, ese francés que tanto ayudó a los americanos a arrojar a los ingleses de tierras que no les pertenecían.

—¿Será ese americano quien mande a los artilleros indios durante la próxima campaña?

—Sí; se trata de un hombre audaz que prefiere exponer su vida en los combates a seguir viviendo por el metódico trabajo. Lo considero como elemnto precioso por el momento y le pago mil rupias mensuales.

—¿Obedecen los jefes de los salvajes montañeses?

—Obedecen y dan pruebas del mayor acatamiento.

Permaneció meditando por algunos instantes el jefe supremo de los thugs, y dijo luego:

—Se empezó la lucha y he de aventurar en ella mi última bolsa de rupias y mi último hombre.

Saludó el secretario, admirado de tantas energías.

—¿Cuándo piensa romper mi amo las hostilidades?

—Romperemos el fuego dentro de un mes. He distribuido el ejército de los mihils en cinco cuerpos de diez mil hombres cada uno, pero dos mil thugs debn formar las cabezas de coluna de cada uno de dichos cuerpos. Comunica las correspondientes órdenes, que mis navíos están prontos para el transporte de todos los ejércitos.

Y aquellos dos potentes cerebros, dotado uno de ellos del don de las rápidas concepciones y el otro del talento de la disposición de detalle, arreglaron todo el plan de la futura campaña.

Un mes más tarde, veíase a aSldanazar a la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres, dotado de poderosa artillería, y cuando estuvo todo listo, acabó de explicar el mercader a su secretario cuál era su plan de operaciones.

Empezaría por enviar un cuerpo armado sólo con sus arcos y flechas tradicionalmente empleadas por los montañeses a realizar incursiones por las llanuras y los más poblados distritos del principado, lo que obligaría que saliera para reprimir a los revoltosos un gran cuerpo de tropas enemigas.

—Ese primer cuerpo expedicionario se verá envuelto por nuestros hombres en lo espeso de los montes y los destrozaremos por completo gracias a las armas de fuego de que estarán dotados los que deben destruirlos.

—Comprendo, — dijo el secretario. — Derrotados los que se enfen para castigar, tendrá que ponerse en campaña todo el ejército de la princesa, y se le hará caer en una emboscada.

—Pero la emboscada será un lazo enorme por lo extenso y por lo recio. Envuelto el ejército del principado, con las salidas para poderse retirar cerradas por todas partes, ha de sucumbir a los golpes de nuestra potente artillería perfectamente emplazada, dirigida y disimulada.

—¿El tesoro famoso, el que guarda ahora la acerada garra del tigre metido en la gran caja de hierro?

—Dispondremos en la capital de algunos centenares de hombres determinados, quienes esperarán tranquilamente que llegue el momento decisivo del asalto a la ciudad, para lanzarse sobre el palacio y para apoderarse de la caja, la que conservarán sin abrirla hasta que llegue la columna de asalto, columna que desde la misma brecha se dirigirá a palacio. Ya ves que tenemos muchas probabilidades de apoderarnos del gran tesoro.

—Pero, ¿y si la princesa, a la que no puede negar nadie decisión y valor, se arriesga a ponerse al frente de sus tropas y lleva en sus elefantes toda esa pedrería?

—Si tal cosa llega a suceder, no hay duda de que la veríamos caer en el campo de batalla y de que se correría directamente sobre ella. Tampoco creo posible que dentro de esa hipótesis se escape el tesoro.

—¡Que Siva escuche tus palabras, maestro!

Terminada esta digresión en su tareas, pusiéronse de nuevo al trabajo, y cinco horas más tarde empezaron a salir órdenes en todas direcciones. Se acababa de decretar una nueva movilización de los estranguladores de la India.

. . . . . .

Muy pobres y acostumbrados una vida de miserias, los bihils, aúnque mal armados, hacían constantes entradas en los distritos poblados y ricos donde robaban y destruían cuanto hallaban al paso, y mucho antes de que los animara, instruyera y armase Saldanazar eran un peligro y un mal vecino de los tranquilos pobladores del principado, pero desde el momento en que se vieron con fusiles y cañones a su disposición, sentían los más vivos deseos de medirse con sus constantes enemigos.

Pero no quería Saldanazar que los habitantes de las llanuras supieran que poseían excelente armamento, y ordenó que las bandas que bajaban de los montes para sus piráticas correrías no llevasen sino un fusil para cada cinco hombres. Obedecieron al gran jefe, pero bastaron aquellos contados fusiles para dar mayores proporciones a las correrías, ya que se envalentonaron los atacantes y se sintieron los atacados ante un nuevo elemento.

Como consecuencia de lo indicado, las invasiones o correrías de los montañeses resultaron mucho más temibles que todas las anteriores, y los gobernadores de los distritos más perjudicados reunieron todas sus fuerzas disponibles y las lanzaron sobre las bandas de merodeadores.

Los bihils salieron vencedores en la mayor parte de las escaramuzas, cosa nunca vista si se combatía en la llanura, lo que obligó al gobernante de la provincia lindando con los revoltosos a poner en pie de guera un cuerpo de dos mil hombres, con el cual se propuso dar una severa lección a los bihils. Para ello se internó en territorio enemigo con la idea de incendiar algunos de los pueblos donde se refugiaban los ladrones del territorio llano y rico.

Pero muy lejos de ganar laureles sufrió muy serio contraste, y obligado a declararse en retirada, se vió obligado sin tregua ni descanso, perseguido y fusilado o acuchillado en cada desfiladero.

Como aquel asunto tomaba proporciones realmente alarmantes, organizó el gobierno un cuerpo de seis mil hombres y añadió a estas fuerzas una batería de seis cañones de montaña, y con todos estos elementos se internaron los regimientos princesa por las tierras de los bihils.

Retrocedieron sistemáticamente éstos ante un ataque tan potente, y lograron llegar así los vencedores, en un simple paseo militar, hasta los mismos contrafuertes de la cordillera, pero una vez allí se riñó una verdadera batalla y se pudieron convencer los invasores de que disponían los montañeses de muchos fusiles. El general que mandaba las fuerzas cayó a los tiros enemigos, y sólo gracias a vergonzosa fuga lograron salcarse como mil quinientos soldados.

Tras los derrotados defensores de la princesa se precipitó el torrente de los vencedores hijos de los bosques y las montañas, y la provincia que se propuso conquistar y destruir a los bihils se vió incendiada, saqueada y asesinada en su mayor parte.

Lo que más asombró a todos fué ver las montañeses obedecían a una disciplina jamás soñada en tales gentes. No bien llegaban a un punto empezaban por fortificarlo, y era evidente que alguien los había armado y los dirigía con inteligencia muy superior a la de aquellos hombres primitivos. Atribuían todos a los ingleses tan rápida como extraña transformación, y mientras los correos trasmitían a la corte de la princesa las más alarmantes noticias, continuaba Saldanazar realizando sus proyectos.

Celebraron un consejo los grandes dignatarios de la corte bajo la presidencia de la prinesa, y manifestó el primer ministro que era indudable que los ingleses habían provisto de armas a los bihils. Sólo dirigidos en el fuego por oficiales británicos podía admitirse tal cambio en su manera de combatir.

Propuso seguidamente el ministro reconcentrar todo el ejército, y ponerse en marcha para luchar contra los bihils, a los que se encerraría en sus montañas, no sin reconquistar todos los sitios ocupados por los montaraces y de fortificar cuantos puntos estratégicos pudieran servir de apoyo para las futuras operaciones. Hecho esto se enviaría mensaje a Surcouf para enterarle de lo que ocurría y cuando estuviese el marino en el principado y pudiera ponerse al frente de las tropas, se emprenderían las operaciones definitivas.

Adoptóse tan prudente plan, y en menos de quince días se puso a las órdenes de un

veterano general, sumamente experimentado en los lances de la guerra, un brillante cuerpo de tropas que pasaba de treinta mil hombres. Pero debe advertirse que el sabio general era muy ducho en la guerra tal como la hacen y la entienden los hindús.

A pesar de la oposición de los ministros y no obstante la oposición corriente de opinión en contra, se empeñó la princesa en ponerse personalmente en campaña para no abandoar a sus soldados y defensores en los momentos de peligro. Resuelta como era, empezó por hacerse un cinturón donde pudiera llevar las más ricas piedras de su tesoro, y hecho esto se dirigió al campamento y se estableció definitivamente entre los sostenedores de su causa.

La presencia de la princesa en aquella ciudad de tiendas de campaña excitó el más loco entusiasmo entre las tropas, pero el veterano general y el primer ministro protestaban continuamente.

—Según las órdenes del sahib Surcouf, si estallara una guerra debería la señora encerrarse en la capital del principado.

Respondía la joven esposa del corsario:

—Mi marido ha de ser el primero en aprobar mi modo de proceder. Estamos ante circunstancias bastante graves para que me vea obligada a dar el buen ejemplo. Estoy segura de que se batirán mejor nuestros soldados si me ven marchar junto a ellos.

Preciso fué ceder ante la firme resolución de la soberana.

La princesa Meriem es aun popular en toda la India, y su nombre vive en todos los labios. No pretendió dirigir las operaciones militares ni fué estorbo para generales o gobierno, pero supo mostrar en todas las ocasiones un valor que causaba la admiración de ambos ejércitos.

Se atacó a los bihils, pero éstos supieron defenderse furiosamente, aunque se vieron obligados a ceder terreno y a retirarse muy contra su voluntad. Bastó algunas semanas de activas operaciones para que regresaran los montañeses a lo espeso de sus montuosos matorrales, pero muy lejos de declararse vencidos, permanecieron con las armas en la mano, sin cesar de causar molestias a los ejércitos del principado, ya con inesperadas incursiones, ya con sorpresas y con ataquese nocturnos. Las guarniciones de las ciudades reconquistadas y los que defendían los puntos fortificados por los soldados de la princesa, no gozaban de un minuto de tranquilidad.

Supo el general en jefe de los ejércitos de la princesa que un cuerpo de cinco mil bihils ocupaba una posición muy ventajosa aunque algo avanzada, y calculó que sería ventajoso no desalojarlos de ella, pero aquella división tan comprometida aparentemente no era sino el cebo puesto por Saldanazar para que, engolosinados los adversarios, cayesen en las redes previamente tendidas.

El viejo Sarapouli, o sea el general en jefe de las tropas de la princesa, era un prudente veterano, pero era también demasiado ñna la trampa preparada por Saldanazar para que fuese posible no caer en ella.

Envió Sarapouli muchos espías y volvieron con idénticos informes. En un campamento muy avanzado dentro de las llanuras, sobre un largo contrafuerte de las estribaciones últimas de las montañas, muy alejados del resto de sus grandes núcleos, había como cuatro o cinco mil bihils, sin otro apoyo que el que pudiera prestarles el grueso de su ejército, cómodamente acampado a dos jornadas de distancia.

Resolvió el general destruir aquella vanguardia enemiga qeu tan expuesta parecía, y adoptó las medidas encaminadas al logro de sus planes. Se levantó tiendas a las dos de la madrugada y se marchó directamente en dirección al enemigo, el que contaba sorprender con las claridades primeras de la aurora.

Pero estaban prevenidos los bihils. También ellos abatieron tiendas a las dos de la madrugada y se extendieron formando tres esalones por las pendientes muy ásperas que descendían entre dos escarpados montes, y cuando Sarapouli dió orden de avanzar y de atacar a los contrarios, el primer escalón de los montañeses hizo una descarga y se retiró al abrigo del segundo. Este segundo escalón repitió la misma maniobra, es decir disparó casi a boca de jarro contra los soldados de la princesa, y se retiró a la carrera; y por una larga serie de retiradas parciales, y lo que se llama por escalones, lograron los bihils llevar a los atacantes hasta la cima del cerro, donde se abría una esplanada en forma de anfiteatro, sin otra salida practicable sino el estrecho desfiladero.

Aparentaron los montañeses querer sostenerse en la parte llana, y lograron detener a los invasores como una media hora, pero era tal la desproporción de fuerzas que la resistencia era imposible, y vencidos en toda la línea se declararon en precipitada fuga.

No era está maniobra sino un modo de ocultar el verdadero plan de batalla de Saldanazar.

Continuó su victoriosa marcha el ejército de la princesa y se metió velozmente en lo interior del cerrado circo, pero al llegar a las primeras ondulaciones donde terminaba la llanura, cieron cómo plantaban cara los bihils, sostenidos los que antes huían por fuertes contingentes de refuerzo ocultos entre lo espeso de los bosques, y protegidos contra el fuego enemigo por largos y bien estudiados atrincheramientos.

No se arredró Sarapouli y dió orden de que su artillería cañoneara las trincheras y reductos, y una vez preparado por el fuego de las piezas el asalto, lanzóse a él una nutrida y valiente tropa.

La princesa, visible ya que montaba su elefante real, animaba los soldados y colocó su palanquín en la misma línea de fuego. Tremolando la bandera del principado, dió orden a su cornac de estar siempre en el centro del combate. La lucha fué larga y ruda, pero todos los esfuerzos de los bihils resultaron inútiles, y se vieron obligados a abandonar sus parapetos y se les vió trepar ágilmente hasta lo más empinado de las cimas.

De pronto oyóse un estrépito extraño Des-

de lo alto de todas las montañas circundantes bajaban rodando, saltando, destrozando cuanto encontraban a su paso, enormes rocas amontonadas previamente para aplastar a los soldados de Sarapouli. Los batallones desplegados en línea recibían aquellas andanadas de nuevo género que hacían estragos en los apretados grupos.

Cuando ya la situación se había vuelto extraordinariamente crítica, resonó una salva de veinte cañonazos y cayó sobre los cerrados batallones una lluvia de proyectiles de cañón. Eran los obuses acabados de poner en batería, y cuyas granadas causaron enorme daño en las filas de los soldados de la princesa.

Ordenó Sarapouli poner en batería todas las piezas de que podía disponer, pero estaban muy bajas, y su fuego era poco menos que inofensivo para los montañeses. Las grandes piedras que bajaban con ímpetu avasallador, destrozaban los cañones emplazados en lo llano, y la artillería enemiga apagó los fuegos de la dirigida por el general de las tropas del principado por la invencible superioridad de la posición donde estaban emplazadas las baterías. Durante más de una hora trató Sarapouli de que avanzara su ejército, pero tan pronto como se llegaba a tiro de fusil de los matorrales, estallaba espantosa mosquetería. Eran treinta mil bihls perfectamente ocultos, atrincherados y proegidos por las sueltas rocas, que fusilaban casi a boca de jarro a los asaltantes de los alturas.

En menos de veinte minutos de un último y desesperado esfuerzo para vencer, quedó tendido por tierra todo el brillante ejército que trataba de dominar a los hijos de la montaña.

No quedaba a Sarapouli otro recurso sino una inmediata retirada, y la ordenó en el acto, pero los bihls tenían la superioridad del número, ya que apenas si contaban bajas en sus filas, y se lanzaron cuesta abajo para luchar con los que buscaban la salvación en el metódico retroceso, y cuando llegaron los que trataban de retirarse ordenadamente a la garganta que cerraba aquella especie de circo, se vieron detenidos por otros veinte cañones situados en el punto único por donde se confiaba salir de tan crítico terreno y de situación tan desesperanda. Veinte mil bihls apostados en los lados del desfiladero por donde debía pasar el ejército de la princesa, bastaron para convencer a los más bravos que no había salvación posible.

Comprendió Sarapouli que sólo un esfuerzo desesperado podría restablecer el equilibrio entre las fuerzas. Formó los restos de su ejército de modo que formase un apretado sólido, y mostrando a sus guerreros los cañones enemigos que cerraban el paso o salida por la estrecha garganta, dijo con voz de trueno:

—¡A tomar esas baterías o morir!

Pero Mario tuvo en aquel momento una inspiración. Había reunido como unos sesenta tambores y los colocó detrás de tres filas de soldados, y batieron marcha aquellos sesenta tamborileros con tal bravura y tal empuje, que el macizo cuadro formado por Sarapouli se sintió electrizado, y rompió la marcha de frente con extraordinario ardimiento.

Animada toda aquella masa humana del más negro sentimiento de desesperación sangrienta, rota y desesperada, marcaba el paso al ritmo de los tambores y se precipitó inconsciente, bravía, temeraria, sobre las baterías enemigas, las desbarató, mató a los sirvientes y continuó su lastimoso camino por lo estrecho de la garganta, y rota la disciplina por efecto del mismo triunfo momentáneo, se lanzaron todos en la más furiosa fuga; una de esas fugas inverosimiles, como aquela de Waterloo en la que se vió fugitivos que hicieron treinta leguas en solo quince horas.

La avalancha humana corrió sin detenerse ni poderse detener, y así llegó al llano donde pudo extender su columna para poder correr todos con mayor libertad que antes, pero los que aún estaban en los estrechos de la garganta se apretaban de tal modo que hasta era difícil dar un paso, mientras los millares de bihls, desde las laderas y desde lo alto de los riscos, fusilaban sin piedad a los fugitivos.

El desorden era indescriptible, la lluvia de proyectiles no cejaba ni por un momento, y el elefante que conducía a la princesa, herido en cien partes acabó por desplomarse cuando se hallaba en mitad del desfiladero. Aquel obstáculo, que parecía destinado a cortar la corriente humana, no logró servir de dique sino por muy cortos instantes, hasta que la marea de locos y desesperados fugitivos saltó sobre animal y princesa, para buscar salida a aquella formidable inundación de hombres vomitados continuamente por el circo donde creyera Sarapouli encontrar el campo de su victoria.

Pisoteado elefante, princesa y estandarte real, sólo de todo ello quedaba sanguinolenta mancha. Los vencedores no parecían menos locos que los vencidos, si ofuscados unos por salvar la vida, no menos empeñados los montañeses en matar a todos sus enemigos, y entre una y otra avalancha, quedó convertido en mísero despojo lo que fué la hermosa princesa Meriem.

Pero tras aquellos tropeles insensatos que corrían para evitar la muerte o para darla, llegaba un sesado escuadrón, a cuyo frente podía verse a Saldanazar, quien avanzaba soberbiamente montado y rodeado de centenares de estranguladores, y todo aquel lujoso pelotón se encaminaba, pisando muertos y heridos con la más completa indiferencia, al sitio donde se había visto desaparecer a la princesa y desplomarse su elefante real. Los enormes caparazones dorados con que se engalanaba al animal, sirvieron de jalones indicadores.

Dió mucho trabajo la tarea de limpiar el terreno de los muertos amontonados sobre elefante y princesa, y se logró descubrir a Meriem desvanecida, pero con un resto de vida aún.

Saltó Saldanazar a tierra rápidamente, mientras retrataba su rostro la alegría más extraordinaria, y tan pronto como se vió junto a al moribunda dama, se apresuró a rodear al cuello de Meriem la corbata de los estranguladores y notábase cómo relucían las

pupilas del jefe de los thugs a medida que notaba los movimientos convulsivos producidos por el apretado corbatín en el delicado cuello de la joven.

No bien hubo expirado la princesa, desgarró Saldanzar todos los vestidos que cubrían el gentil cuerpo de la dama, y registró impúdicamente hasta dar con el cinturón donde estaban todas las piedras preciosas del tesoro. Tomó el cinturón y lo colgó de su cuello, y hecho esto volvió a montar a caballo; y adelantó hasta llegar a una colina desde donde podía ver la marcha del combate.

—Hemos triunfado. — decía Saldanazar. — Queda fundado el imperio de los thugs, y antes de quince días he de ser el príncipe de este principado para ser antes de seis meses rajah de Baroda, y antes de diez años el único señor de toda la India.

Contempló luego muy sosegadamente el extenso campo de batalla.

Los estranguladores iban reconociendo uno por uno cada cuerpo tendido, no para socorrer heridos, sino para poner el fatídico corbatín a todos, fueran amigos o enemigos.

Decía Saldanazar a su secretario:

—Siva, dios de la muerte, ha tenido hoy soberbia cosecha en estos que fueron campos de la vida.

Dictó luego muchas órdenes para los jefes de cuerpo con su ejército, y dispuso que los vencedores no disfrutasen sino de una sola noche de descanso, y al siguiente día a contar del del combate y la victoria, se emprendió la marcha hacia la capital, despreciando todas las otras ciudades intermedias. Sitió la capital, empleó ante la ciudad todas las baterías de bihils ms las tomadas a los soldados del a princesa, y bombardeó murallas y edificios. Ofreció luego una capitulación, que se aceptó por parte de los sitiados, y cobró enorme rescate de los vecinos, rescate que distribuyó entre sus aliados acampados bajo los muros de la ciudad, y entró por fin en el poblado, para instalarse como soberano en el palacio de la princesa. Era el nuevo rajah, y podía decirse qeu había empezado el reinado de Saldanazar I.

Cuando murió la princesa había logrado Mario reunir otra vez sus sesenta tambores y los colocó como cabeza de columna, no sin poner delante algunas hileras de soldados, y arrastrando los restos del deshecho ejército, logró meterse en la estrecha garganta y salir del Circo de la Muerte, como aún se le conoce. Marchaba Sapajou junto a su amo, y una vez fuera de peligro, o al menos cuando se vieron libres de las apremiantes preocupaciones, empezaron a pensar en cosas más alegres que las que les habían preocupado hasta aquel instante.

Lo primero que debía hacerse era procurarse buenos caballos, lo que en realidad no era muy difícil, y como por todas partes corrían potros sin jinete, ni Mario ni su negro asistente tuvieron otro trabajo sino el de tomar las riendas de los primeros vistos y montar sobre la silla. Para mayor seguridad se apoderaron de otros dos caballos más, que llevaron como relevo.

Llegaron así a la cúspide de un montículo, desde donde pudieron ver dos escuadrones que se batían furiosamente como a dos kilómetros de donde estaban los marselleses, en las primeras extensiones de la llanura.

—¿Pero qué diablos de gente es esa? — preguntábase a sí propio Mario.

—No son los regulares ni siquiera los irregulares de los ejércitos de la princesa, — contestaba Sapajou. — Por lo visto, se trata de simples bandidos que pelean por el botín conquistado.

—Eres un verdadero adivino, blanquísimo Sapajou.

Complacíanse en observar la lucha, la que resultaba incalificable y espantable. Los dacoits se cortaban en dos con sus terribles sables y se saltaban los sesos a quemarropa a tiro de pistola. Por todas partes se veían hombres y caballos pataleando en la agonía... A medida que se diezmaban mutuamente los dos bandos, aumentaba el furor de los qeu podían aún combatir, pero disminuía el número de los que sableaban o fusilaban por segundos, y en menos de veinte minutos no se pudo ver ya sino unos treinta, para ser muy luego sólo tres, uno de los cuales huyó rápidamente, perseguido por los otros dos, los que lograron alcanzarlo y lo mataron con sus cuchilladas. Y entonces se trabó un duelo formidable entre los dos únicos sobrevivientes.

—¡A ellos! — exclamó Mario. — ¡Carguemos, amigo Sapajou! Todo el botín tan disputado por todos esos bandidos es nuestro.

Cortando las riendas de los caballos que conducían como reserva, lanzaron los suyos a galope, cuando acababa de caer uno de los bandidos, mientras huía el otro al darse cuenta de la llegada de los exrtanjeros.

Pero no pudo correr mucho, y luego se le vió rodar por tierra. De un par de pistoletazos remataron los marselleses al que daba los últimos ronquidos, ya que nunca se hace gracia de la vida a ningún dacoit, y hecho esto buscó Mario el botín, hasta encontrarlo sobre uno de los últimos sobrevivientes que combatiera con los otros dos. Era un espléndido Buda de oro rodeado de riquísimos brillantes. Ya figura del dios aparecía de pie sobre zócalo de oro.

—Estos canilas, — decía Mario, — se vé que han pegado fuego a un templo, asesinado a los talapoins o sacerdotes y robado el Buda.

—Algo más habrán robado, — agregó Sapajou.

Empezó el negro a registrar a todos los muertos, y como Mario imitara el ejemplo dado por su asistente, fueron reuniendo muchos objetos de precio.

Pero el tambor mayor tenía prisa por continuar su viaje y deseaba dejar en sitio seguro el botín reunido, y para ello se cargó todo lo encontrado en los lomos de los dos caballos de repuesto, y se continuó la marcha. Distinguíase a lo lejos una gran humareda y llamaradas que subían a las nubes. Era la pagoda robada y a la que habían pegado fuego los dacoits una vez saqueado cuanto valía la pena de robarse.

—Amo Mario, ¿en cuánto avalúa el señor lo reunido hoy?

—Eso es muy difícil de decir así sin bajarse de la silla ni interrumpir esta galopada. He visto diamantes muy hermosos, y sólo

puedo decir que valdrá lo acabado de conquistar entre tres mil y quinientos mil francos, así, groso modo, como tú mismo puedes comprender por el modo de decir lo que digo, pero de tdas maneras creo que no perdimos nuestros jornal y que salimos bien indemnizados por haber perdido nuestros equipajes en la vergonzosa derrota sufrida.

No bien acabaron estas conversaciones, cuando vieron cómo avanzaba a trote largo una patrulla de caballería. Era una descubierta de una de las plazas fortificadas que reconocía el terreno. Salían a tomar informes, por no saber nada de lo ocurrido al ejército.

Guardóse bien Mario de poner de relieve la verdadera situación. Dijo que le enviaba la princesa par que diera determinada instrucción al primer ministro, y que cuando dejó él el campamento tod marchaba normalmente.

Entró en la ciudad, descansó, comió y pidió buenos caballos, y volvió a salir con su fiel Sapajou, a quien decía, una vez fuera de poblado y otra vez en la soledad de los montes:

—Estamos en buen camino.

—¿Cómo explica el amo Mario eso de no haber advertido a los soldados y gobernador de la ciudad el verdadero estado de los asuntos?

—Pero, querido moreno, ¿qué íbamos a ganar con que se enterasen de noticias tan desagradable como saber que habían derrotado al ejército? ¿Quién sabe si en el acto de enterarse de tales pormenores se traban en pelea musulmanes e hindús? ¿Reflexionaste en cuál seá nuestra situación en este supuesto?

—La verdad es, amo Mario, que no sé lo que hubiera sido de nosotros.

—Ni lo puedo yo imaginar. Y como no sabía qué marcha tocar en mi tambor, recordé aquello de que en la duda debe cada cual abstenerse, razón por la cual he sido mudo como un sepulcro.

—¿Pero podríamos saber a dónde nos dirigimos ahora?

—Vamos directamente a la capital del principado.

—Supongo que no será para quedarnos allí.

—De ninguna manera, ya que el ejército vencedor marchará sobre aquella ciudad en la que ha de verse un degüello poco menos que genral. Lo único que quiero es reunir nuestros equipajes y sacar todos los objetos preciosos que allí tenemos, sin olvidar a nuestras familias. Necesitamos, además, desmontar toda la pedrería de este Buda, así como cortar las piezas de oro y fundirlas para transformar joyas muy conocidas en simples lingotes. Hecho todo esto, tendremos buen cuidado de desfilar y eliminarnos en dirección a Baroda, donde el guicovar ha de sentirse muy satisfecho de nuestra llegada por ser muy probable que quiera Surcouf vengar la muerte de su esposa, en cuyo caso tendrá el guicovar que poner un ejército a las órdenes de nuestro paisano, y ya nos tieres otra vez en campaña bajo tan valiente general.

Terminó felizmente el viaje, y el corto tiempo que estuvo Mario en la capital le permitió contar al primer ministro así como al jefe de policía ya varios amigos más, la verdad de los terribles acontecimentos desarrollados, y gracias a estos oportunos avisos logró salvarse mucha gente.

Tan pronto como se vió Mario en Baroda se presentó ante el guicovar a quien dió cuenta de todo lo que sucedía, y el soberano juró barrer hasta el último bihil y de matar a su jefe, y empezó por restablecer a su tambor mayor en el importantísimo puesto que antes ocupaba. Dió al mismo tiempo órdenes para que el ejército se aprontara sin pérdida de moento, y todo hacía presumir que se iniciaría muy en breve una serie campaña de reconquista.

Aquel tan repentino derrumbe del principado adquirió enorme resonancia, por lo fulminante que había sido la destrucción de poder de la princesa, y se enteró de todo ello Brinville antes que Surcouf, por relatos de los patrones de las barcas árabes encontradas en su ruta.

Atribuía el teniente todas aquellas maquinaciones a los ingleses, y se dedicó con el myor empeño a buscar a Surcouf de quien había recibido noticias. Encontró a su capitán, quien navegaba con rumbo a la península índica, y le hizo señas para que se detuviera, para pasar a bordo del barco del gran corsario.

—Querido amigo, — dijo el teniente, — con hombres como tú no es cosa de decir medias palabras. Tengo que darte noticia de una gran desgracia.

—¿Murió la princesa?

—Sí.

Palideció ligeramente el marino.

—Soñamos cosas muy agradables, pero se despierta demasiado pronto.

Contó Brinville la insurrección de los bihils, las victorias de los montañeses, la salida del ejército, con la princesa al frente de sus tropas, la derrota y la muerte de la joven soberana. Luego dió noticias de la total conquista del principado y de la instalación del nuevo rajah.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

UNA OPINION DE VALIA

EL GAUCHO ARGENTINO

Por MIGUEL CANÉ

Hoy, en que se ensalza todo lo gauchesco y todo lo criollo de café concert, es oportuno recordar la sincera opinión que sobre el gaucho argentino, endiosado por unas novelas de folletín y una poesía populachera, expresaba un espíritu tan culto, sensato y equilibrado como el del autor de este artículo.

DON Quijote de la Mancha dió el golpe mortal a la caballería andante, a ese espíritu aventurero y poético que entonces dominaba en el mundo.

Sin embargo, Ivanhoé, el Talismán, han hecho de Ricardo "Corazón de León", un héroe que atravesará las edades y los varios gustos de la civilización.

Los tipos tan profundamente esculpidos, no serán carcomidos ni desfigurados por la influencia de ese espíritu del "mercantilismo" que marcha con el vapor, atravesando y conquistando desiertos y mares, y que amenaza la existencia del sentido precioso de la belleza infinita, de la poesía que se vierte y no se canta, de esa existencia que ha diseñado Péllico, Lamartine, Shakespeare, Manzoni. Siempre mandarán, a la manera del eco del Panteón, una impresión simpática y poderosa al corazón que siente y al alma que tiene "numeradas" sus sensaciones.

Hay en la poesía de la vida de los pueblos y del hombre, un encanto poderoso; el materialismo, la prosa del cálculo le oponen barreras que se diría impenetrables; pero la hija mimada de los aires cariñosos se introduce como la mirada simpática, os arroba y concluye por apoderarse de vuestro ser hasta constituiros en su esclavo.

Así, el tipo del gaucho se ofrece a nuestro espíritu, como originalidad local, y como reflejo de épocas, de hábitos y de gusto que pasaron.

Bosquejemos ese carácter, esa individualidad, y procuremos demostrar qué elemento representa en el desarrollo social de la República Argentina.

El gaucho, á la manera del cóndor de los Andes, es el rey de las praderas, el trovador de las cabañas pajizas, como el Folihetto de la edad media y tantos otros, lo fueron de los castillos erizados de torreones.

Piloto y caballero consumado, las desiertas campañas, las distancias que pondrían miedo al hombre de las ciudades, él las recorre solitario en las tinieblas de la noche, en medio del huracán y de la lluvia; todos los caminos le son buenos; su caballo es su amigo y compañero, y el puñal que jamás abandona su cintura, el pasaporte que le hace respetar.

Nacido en esos campos que no tienen límites, lleva en su alma la idea exagerada de su poder y libertad; su vida, sus deseos, sus planes participan de ese sentimiento del infinito que encuentra en la naturaleza, que le empuja a todo lo nuevo, extraordinario, sin curarse de las causas que lo arrastran. A manera del toro salvaje que a fuer de fuerte y esforzado recorre las praderas que no son de su propietario, él roba o seduce las mujeres ajenas, se bate con cien enemigos hasta quedar dueño y señor de los campos ajenos.

El gaucho es la criatura satánica al mismo tiempo que el dulce y tierno enamorado, que pasa sus noches rondando el hogar de su amada, o meditando en la venganza de uno de esos agravios que acaso hoy no son tales ante los ojos del hombre civilizado.

Criatura de instintos, como sus maestros los habitantes de los campos, el gaucho cree que la Creación es suya, que los placeres todos son su propiedad, y que lo que otros le

ocultan o le mezquinan, es una usurpación y un robo que es necesario arrebatarles.

Va, se bate, triunfa o es desgraciado, y el éxito nada influye en la clasificación de sus ideas: si es feliz en su empresa, es porque la justacia estaba de su parte, y si es desgraciado, es porque la desventura es casi siempre compañera de las causas sagradas.

Habitante de los campos, como el Delfín de los mares, las ideas de orden, de respeto y de la propiedad, no han penetrado bien en su cerebro; si su caballo se cansa, tiene las "bolas" que lo constituyen señor del potro salvaje y no le importa quién sea el propietario; toma donde encuentra; su necesidad es el título y su destreza el modo legítimo de adquirir.

Las autoridades que el orden social ha creado para su gobierno, son otros tantos enemigos que el gaucho desprecia y burla, ya que no las puede combatir abiertamente: en sus gustos de caballero trovador, en su dignidad de hombre "guapo", no hay alcalde, comisario ni esbirro que le merezcan siquiera las consieraciones que se merecen entre sí las criaturas de una misma especie.

Siempre en lucha con sus rivales, siempre huyendo o perseguido, el gaucho vive como el paria en las oledades protectoras o en las tierras escabrosas; allí los alcaldes, los esbirros, los empleados del brazo ejecutivo son impotentes a ejercer la venganza legal, porque el gaucho tiene el ojo del águida y las garras del alcón.

Naturaleza modificada como la del perro de los pastores, su ser no siente las necesidades punzantes del hombre, y puede en los casos extremos nutrirse con la yerba de los campos y aplacar su sed con el agua del rocío de la noche.

Agil y suspicaz como el indio mohicano; táctico y atrevido en extremo, no libra sus combates, que son siempre mortales, sino cuando su ciencia le demuestra que el éxito es seguro; cae como el torrente sobre sus enemigos descuidados, hiere, mata y desaparece. El día llega, y entonces recién, en medio de los quejidos del moribundo, del estupor de la sorpresa, se descubre por las huellas, que ha sido la mano vengativa del gaucho la autora de tan bárbaros atentados.

Para su conciencia de hombre no ha habido infracción de la ley evangélica ni de la ley civil, porque él no tiene en su alma sino los impulsos de su naturaleza primitiva y ella le impele a hacer de su individualidad el ser supremo de la creación, el centro y fin de todo lo que le rodea.

Pero el gaucho es leal, generoso y caballero: una vez que ha estrechado como amigo la mano de otro hombre, no hay sacrificio ni abnegación de que no sea capaz, y en los peligros, en la miseria, en los combates, se puede contar con él. Su querida, su amigo y su caballo, forman la trinidad de su culto profundo. ¡Qué importa que todos os persigan y abandonen, que la fortuna os castigue por todas partes! Allí en ese hombre, tendréis un protector, un amigo sincero que os dará su vida, su dinero y lo que es más, su caballo predilecto. Reservado, taciturno, se conoce en él al hombre acostumbrado a los soliloquios silenciosos del deseo con el alma; fuerte físicamente y acostumbrado a vencer las intemperies, las distaicias en todas direcciones, su individualidad constituye un elemento poderoso de es espíritu guerrero que por tantos años ha dominado a la República Argentina.

El gaucho como individuo es un ser que no pertenece a la civilización, porque vive para sí y en perfecto desacuerdo con todas las leyes y reglas de la sociabilidad; el individualismo absoluto, el "yo" en las aplicaciones más completas, es su culto soberano.

Si es dulce, dócil y aún útil muchas veces, es por afección individual; los respetos y consideraciones sociales no entran por nada en su modo de ser, ni en su manera de ver.

Tomado como queda bosquejado, no se puede desconocer que su influencia en la organización social de la República ha debido ser perjuidical, funesta en extremo, y no sería injusto atribuir a ese espíritu rebelde, a esos instintos salvajes y excesivos, la mayor parte de los escándalos que ha ofrecido la patria en sus luchas civiles, en las que, la ambición personal y también los principios han tenido su parte. Para esos hombres que viven con el día, sin vínculos, sin otros intereses positivos que la satisfacción de sus deseos individuales, la invitación a una sublevación, a un "motín", es como la invitación a una baile o a un banquete; se reunen, se agrupan al rededor del jefe que les place y se lanzan a la lucha y a la muerte con la misma indiferencia con que vivieron siempre. La causa por que se baten, sea justa o injusta, no tiene influencia alguna en sus decisiones; le basta que el general o la cabeza directoria les merezca cariño para serle fieles y seguirle sin recompensa de de ninguna clase.

Esa familia parásita ha sido por desgracia demasiado numerosa en la República Argentina, y los horribles hechos, los períodos sangrientos, escandalosos en nuestro siglo, no han debido su origen y persistencia sino a ese elemento funestamente poderoso y desorganizador.

Beduinos de las campañas abundantes donde la naturaleza ha tirado a manos llenas todo lo necesario a la vida animal, el gaucho es perezoso, inhábil para los trabajos de la industria; nace, se cría y vive bajo ese cielo azul, recibiendo de la tierra, a manera del as plantas tropicales, la cera que lo nutre.

¿Qué le importan los desquicios sociales ni el porvenir general? Su amada, su caballo y su individuo constituyen para él la creación entera.

Hace diez años que ese elemento de atraso y de desorden revestía aún su corteza salvaje, virginal: el frote de otras necesidades, de otro orden de cosas, va poco a poco gastano ese tipo que parecía perpetuarse por desgracia, en las generaciones venideras: la industria importada por la inmigración europea, los hábitos de orden, de respeto social, los vínculos de la familia, los goces domésticos, la eficacia en la aplicación de las leyes, y la ambición por todo lo que constituye el bienestar de los ciudadanos, han ejercido ya una influencia en el espíritu

nómada y caballeresco del gaucho, que hoy no aparece ya sino como el pálido destello de una individualidad degenerada y carcomida.

Pronto se llenarán de poblaciones esas praderas preciosas; el vapor con sus brazos infatigables encerrará las distancias, hará brotar la vida donde hoy reina el silencio, la soledad, y esos ríos que no han soportado nunca el peso de una nave, vendrán a ser otros tantos canales de civilización, de progreso y de poder para la República Argentina.

Entonces, nuestros poetas que hoy sueñan y adivinan la civilización, irán a buscar en las tradiciones de Santos Vega y de tantos otros trovadores de las Pampas, el corolorido de las épocas primitivas y el tipo que habrá desaparecido bajo la máscara lustrosa del hombre modificado por los usos de la vida civil.

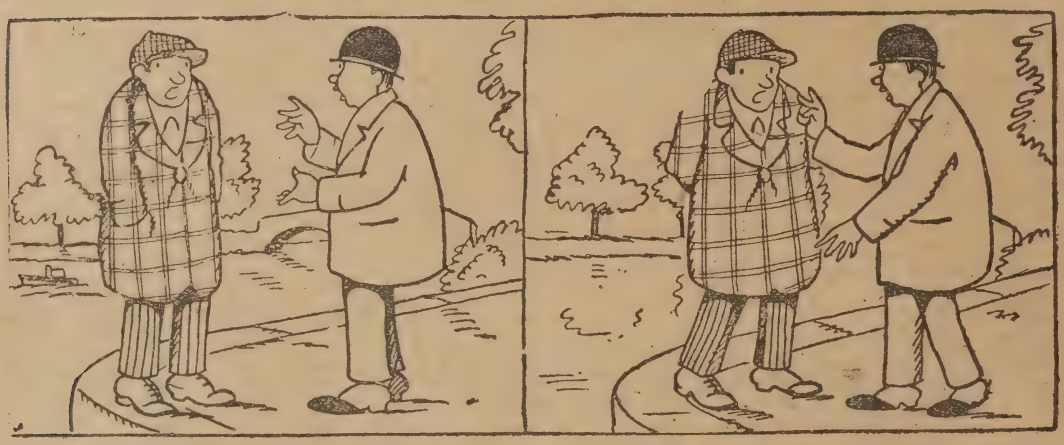
La novela y la poesía habrán perdido un bello campo, pero la patria, la civilización y el progreso positivo habrán ganado inmensamente.

¡Feliz el día en que los pueblos del Plata vean brillar esa aurora!

Miguel Cané

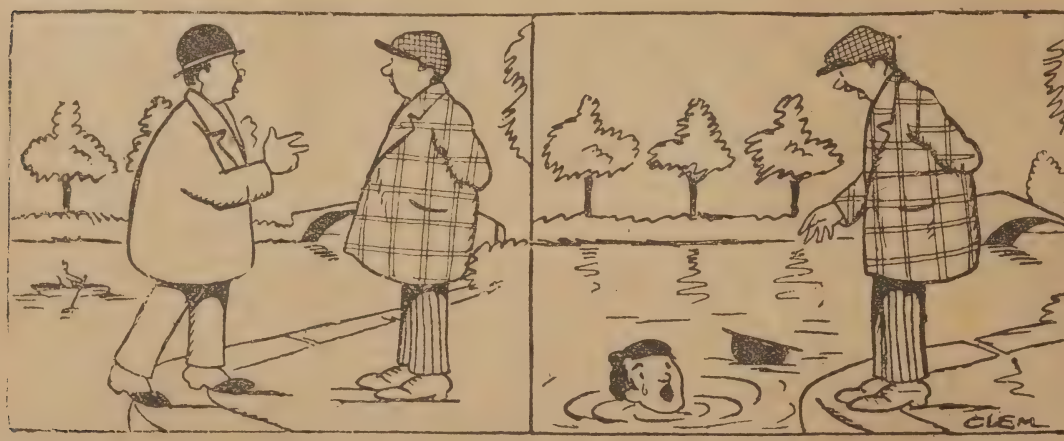
París, Febrero 1856.

LA CIENCIA Y LA VIDA



—Dime, ¿sabes escribir?
—No, viejo querido.
—¡Cómo! ¡Pero entonces, amigo mío, es como si hubieses perdido la cuarta parte de tu vida!

—Pero ¿sabes leer siquiera, mi distinguido amigo?
—¡Tampoco!
—¡Desdichado! Es lo mismo que si hubieses perdido la mitad de tu vida!



—¿Sabes aritmética?
—Tampoco, amigo mío. ¡Ni sumar!
—Entonces es como si hubieses perdido tres cuartas partes de tu vida.

—Y tú, ahora, ¿sabes nadar?
—¡No! ¡No!
—Pues entonces vas a perder tu vida entera porque yo tampoco sé.

UN GRACIOSO ARTICULO DE COSTUMBRES

YO FUMO

POR SIMON CAMACHO

El autor del encantador artículo que se publica a continuacion, don Simón Camacho, fué hijo de Venezuela, y conocido en el mundo literario americano por el pseudónimo de "El Nazareno". En Nueva York publicó sus "Nazarenadas". Fué colaborador de "La Revista de Lima, y autor de varias obras de diversos géneros.

TU fumas, él fuma, y "ella" también; nosotros fumamos, vosotros fumais, ellos fuman, y "ellas" también.

No hay verbo más regular que este verbo, porque todos echamos humo cuando menos lo esperamos y como es cosa que no cuesta, nos damos muchos humos cuando menos motivos tenemos para hacerlo.

Dicen que el humo ensucia; pero no es verdad, porque de serlo, pocos andarían limpios de tejas abajo, como son también pocos los que no se dan humos.

Pero volviendo al verbo fumar, y a su regularidad uniforme, digo que no hay ninguno como él, pues aunque la gramática enseña que "amar" es el tipo de la regularidad, con perdón del maestro Araujo, nada me parece más sujeto que eso a irregularidades en esta vida y tanto que se me figura que por tales engañifas de la gramática con el verbo "amar" han dado en titularla con el nombre de "parda", nombre azaroso en todos tiempos y más en estos en que por materia de colores más o menos pronunciados anda la raza anglosajona por esta América rompiéndose la crisma y desfigurándose el bautismo.

¡Amar es "regular"! Bien puede que así sea; pero venga Dios y diga si es regular que estos yanquis, o como se llamen, se estén amando como lo están haciendo, y venga y diga el mismo Divino Maestro si este es el modo que él nos enseñó de conjugar el verbo susodicho. Pues si no puede ser regular ni cosa que se le parezca, renunciemos a todos los Araujos conocidos y por conocer, y renunciemos a todas las regularidades de amar hasta que un censor bien intencionado las haga entrar en molde.

Yo estoy por el fumar, y por esto fumo, sobre todo cuando tengo qué, el cual que para mi gusto debe ser o un cigarrillo de "Susini" o un puro de la "Honradez"; me parece que es más fácil siempre fumar que amar con honradez. Fumo y bendigo al veguero que sembró la hoja tanto como al empresario que me la envía envuelta en una forma que alegra la vista y deleita el paladar. Fumo, pero lo que se llama fumar.

No en pipa, porque la detesto: la pipa se hizo para el jerez, y para los bajos profundos. Los zuavos usan cachimba, y aquí tenemos unas cuantas compañías de anglo-americanos azuavados que han entrado por aquella moda. Sólo les falta para ser perfectos zuavos el francés que se encuentra de balde en el diccionario, y el gato sobre la mochila, que no lo llevan por no buscarle los tres pies. Pero la pipa es su compañera inseparable. Yo no quiero la pipa, porque soy adorador de las formas, y las de tal engorro no tienen ni pizca de tentación. Además fumar en pipa requiere indispensablemente gorro como el de los alemanes, u odalisca como la de los turcos, y ya que no siempre se puede tener lo último es preferible no dejarse poner lo otro sin motivo justificado.

El cigarrillo es mono, un abalorio necesario del estudiante de buena ley y de ningunas leyes, un entretenimiento honesto de las mejicanas que lo usan envuelto en capa (de maíz) como si fuese niño recién nacido, y una diversión inocente de las loretas y grisetas de París y de otras partes.

A mi, cubana lectora, me han solido decir lenguas habladoras que a ti también, hija de Eva, te suele distraer el cigarrillo en las horas de siestas, o de "dolce far niente". Pero por mi nombre te juro que siempre he asegurado que no lo he visto, tan positivamente como que jamás en mi vida he visto tampoco a Cuba. No lo he hecho por creer que tenga algo de malo (hablo del cigarrillo) sino porque hay cosas que son para vistas, y no encuentro la necesidad de asegurar lo que no sé en asuntos de todos los días. Yo fumo cigarrillos y declaro que un "Susini" me entretiene tan deliciosamente como una cantarina alemana cantando en alemán, idioma que no entiendo ni por asomos.

El cigarrillo es una necesidad para mí como para todo el que fuma y ha fumado, y soy tan regular en eso que si la Vuelta Abajo dejase de producir picadura, no lo sentirían las cubanas y cubanos más que yo.

Pero al fin y al cabo ¿por qué fumo? Yo no fumaba cuando nací, por más que mi aya me asegure que desde entonces soy chico que me chupo el dedo. ¿Por qué fumo, por qué chupo? Registrando archivos de la memoria no he encontrado la fecha exacta del advenimiento del cigarrillo a mi boca para desalojar al dedo que la afeaba. Creo que muchos empezaron a fumar mucho antes que yo, y que el desalojado no fué ningún pulgar, sino otra cosa de menos hueso. ¿Pero, en fin, repito, por qué fumamos?

He hecho la pregunta a más de mil (número de cuya exactitud no respondo) y todos me han dado una razón, excusa o pretexto, diferentes de los pretextos, excusas y razones de los demás.

—Mi mamá me enseñó a fumar por el ahogo.

—A mí se me picaban los dientes.

—Yo tenía escorbuto.

—Yo para echarla de hombre, — me contestó un muchacho decidor de verdades.

—A mi porque me gustó, — dijo otro con énfasis. Como si todos no supiésemos que el principio del aprendizaje es duro, terrible, con sus ansias y mareos.

Nadie me ha dicho aún que fuma por imitación, como si el mundo temiese confundirse y transformarse en un país de monos. ¡Como si fuese necesaria la transfiguración! ¡Vaya, vaya! ¿No hay espejos en el mundo?

No recuerdo, ya dije, la fecha precisa desde la cual fumo; pero jamás olvidaré que me enseñó a fumar una vieja de las que llevan el fuego por dentro. Aludo al fuego del cigarro, porque sobre el otro ya dije que era vieja. Me enseñó a fumar "por cariño", y cada vez que a manos le venía me introducía el cañón por la boca, diciéndome: "fuma pobrecito", y cuando el entonces para mi nauseabundo sabor producía su efecto, la vieja me consolaba asegurándome que después aprendería. Y aprendí, pero tan bien que puedo poner cátedra.

He fumado como mi portero, diría un francés, pero como yo no tengo ese apéndice, diré que he fumado como yo mismo. Verdad es que esos señores no han dejado tampoco de emplear diversos procedimientos químicos para evaporar la otra cuarta. Fumo con desespración, o más bien con resignación cristiana, diciendo en mi interior "fama fumus", o "recuerda, hombre, que eres polvo", y entonces precisamente cae la ceniza de mi cigarrillo sobre la mesa en que estoy escribiendo o sobre un papelón que tengo entre manos. Digo, pues, que fumo mucho y bien sin que me pare en consideraciones de las varias que son familiares a los que se dan a este placer, que los no fumadores han calificado de vicio.

Si yo fuese cubano fumaría por patriotismo como los ingleses beben "pórter" y los franceses se matan con cañones a la Plaisance. Todo estudiante fuma por distraerse, y está probado que fuma más en la última parte del mes, cuando se le ha acabado la pensión. De donde infiero lógicamente que el fumar distrae la pobreza, aunque otros digan que la causa.

Si yo fuese sultán, zar, u otro soberano así, de esos que no se han convencido todavía de que los hombres necesitan constitución (como si no les bastase a los muy zopencos la que Dios les dió); si fuese, digo, un mandón de los que saben y pueden hacerlo, ordenaría en mi pueblo que todos fumasen, y nadie sería desgraciado.

Conozco por el contrario una república, con su constitución y todo, donde no se vé por todas partes más ley escrita a la vista general del pueblo sino la ley de "No smoking allowed", lo cual dice en romance: "No se permite fumar", como si el humo de un habano produjese el cólera u otra enfermedad contagiosa.

En cambio los ciudadanos del susodicho país mascan. ¡Qué horror! No solamente mascan el agua los viejos, y las muchachas el palillo de dientes, sino que los hombres más formales y mejor puestos mascan tabaco! Tabaco de Virginia, tabaco de un lugar que aunque tenga nombre muy dulce, y casi tentador, produce una hoja de sabor muy acre y nada halagüeño. Mascan tabaco de Maryland, otro pueblo con nombre engañoso, pues dice "tierra de María" y es tierra hoy de revolucionarios, y de cierto tabaco que no le oliera ninguna doncella por fregona y de albor que se la suponga, sin renegar de la tierra su tocaya. Y sin embargo, de esos tabacos mascan como si fuese melcocha, señores de frac y guante con tratamiento y título de "gentlemen" o gentiles hombres, que se decía antes, como ahora caballeros.

La polea anda rodando por todos los senos de esas bocas, que no sé como hay quien las bese con todo el amor matrimonial o filial. Y si quedase el asunto en casa ya se podría tolerar, porque de puertas adentro no tiene vara la justicia de la crítica; pero todos los vecinos sufrimos por igual, sin que nadie se libre de ver la polea proyectando en uno y otro de los carrillos, como si la lengua hubiese errado el ordinario camino y quisiese salir por vías no naturales; o bien sufrimos la llovizna de una incesante escupitina que si no hace mal al estómago del

actor, mortifica al de los espectadores; y sufrimos en nuestros vestidos, sobre todo cuando son faldas y más cuando las faldas son de las llamadas sobretodos, que sobre todo pasan como escoba de criada nueva, o de contratista de limpieza el día que presenta su cuenta para el cobro.

¡Mascar! ¿Quién masca cuando se puede fumar, y fumar de lo bueno, de lo mejor, de la misma "Honradez", cuya valía nadie ha puesto en duda?

Mi aya sostiene hoy que mejor que todo eso es sorber rapé. Pero yo tengo mis dudas, porque de sorber nadie salió librado sino Jonás, a quien una ballena tuvo la galantería de desorber.

Recuerdo haber leído en las obras de Lord Stanhope ciertos cálculos que afligirían a un hombre menos despreocupado que yo.

Dice el noble lord que todo sorbedor de profesión se echa en las ventanas por lo menos un polvazo cada diez minutos. Cada polvazo con la agradable ceremonia de sonarse las narices y demás lleva un minuto y medio. minuto y medio en cada diez minutos, contando diez y seis horas por día natural del sorbedor, hacen dos horas y veinticuatro minutos por día, o un día cada diez. Un día en cada diez, asciende al fin del año a treinta y seis días y medio. Eche usted la cuenta en cuarenta años, termino medio de la vida del sorbedor, y hallará que ha pasado dos años enteros rellenándose las narices y otros dos más desrellenándoselas. Lo dice lord Stanhope, que era un inglés muy sabio, y debe ser verdad. Dos años de marea alta y otros dos de marea baja, afligen al más valiente.

A esto se agrega el sucidio de la nariz, y que hay narices de narices, narices que exigirían para ser terraplenadas completamente, más hombres que los que llevó Jerjes a la zollería de los Termópilas; narices que si no fuesen mías se las desearía al peor de mis enemigos para regalo de pascuas.

Está visto que no sorbo, que no sorberé en mi vida, mientras no cambien los detalles de la operación y los entorpecimientos adicionales que interpuso la naturaleza entre los respectivos picos de mi nariz y la botella. Hay además razones de decencia y de aseo que deben quedar en el tintero, no sea que le den al lector en las narices por más que no sea sorbedor.

Digo pues que no sorbo, que no masco, que aborrezco ambas cosas como gusto de fumar, y que, por más que el mundo censure la cosa es buena cuando tiene tantos adoradores. Quemen otros incienso al poderoso: yo quemaré siempre habanos que tienen su propio incienso, y que son tan fieles y agradecidos como para consumirse en el mismo fuego de quien bien los quiere, y perecen por servir a su Señor. Los cigarros y los budas pertenecen a la inmortalidad por la abnegación con que se sacrifican.

Dicen que un gabacho llamado Nicot introdujo el tabaco en Europa donde no era conocido hasta el año de mil y tantos. La fecha no hace al caso; pero sí, conviene reformar el error histórico, porque muchos años antes de esta fecha, había ido a España un tal Colón que si no era gabacho valía por media docena de ellos, y unos cuantos indios de la Española que llevaban hojas fragantes que usaban quemándolas y poniéndoselas en la boca.

Nicot lo que hizo fué imponer al mundo de las flaquezas del tabaco, descubriendo que en su seno encierra cierto veneno llamado en honor de su inhumanidad "nicotina", el cual, si se halla en la hoja perfumada, no es sino cuando degenera y se bastardea porque en la legitimidad de su origen no cabe nicotina; ni cupiera el mismo Nicot, si su mal corazón y sus calumnias lo dejasen volver a juntarse con la víctima inocente de cuya simplicidad abusó.

¡El tabaco es veneno! Sí que lo es, y mortal en los estancos, en las vegas de Marilandia y en los aguazales de Virginia, donde no es tabaco, creación de Dios, planta pura sin mala intención ni resentimientos, sinó un desterrado de por vida a quien la injusticia agrió el caracter, vició la naturaleza. Hizo rebosar la cólera y convirtió en renegado misántropo que vive de odiar a la humanidad por los atropellos que con él se han cometido.

Buscad el tabaco en la Vuelta Abajo, en la vega nativa, donde crece al amor de una atmósfera tibia y embalsamada con las flores de los naranjos, la miel de las colmenas zumbadoras. Buscad el tabaco en la cueva del guacharo, allá en Venezuela, a la sombra de una bóveda de estalacticas de cristal, en un cielo, que llevan allí la semilla recojida en rido y cultivado por los pájaros del mismo cielo, que llevan allí la semilla recojida ne lejanas y desconocidas regiones. Buscad allí el tabaco, y merecereis la marca del hierro candente si os atreveis, profanos, a llamarle veneno.

Veneno es el tabaco de Alemania, que jamás produjo esa "hoja bienhechora, sinó que le robó el apellido porque lo importa de América desde hace siglos y la beneficia, o la maléfica, entre el humo letal de tabernas, de "lager bier".

Veneno es el tabaco que se educa oyendo habar inglés y adquiere toda la asperesa y el mal paladar del idioma con que el monarca sin sombra de sol quería que se hablase a los perros.

Veneno es el tabaco desterrado que destila bilis por todos sus poros, y de cólera hace espuma la boca.

Veneno es todo lo que no se toma en sazón y tiempo oportuno, como es veneno la manzana no madura, y como lo fué, aunque se desgajaba de puro hecha, la que fuera de tiempo sirvió de hartazgo e indigestión a los vecinos del paraiso terrenal.

Pero déseme el tabaco que elogio, y si no muero de otra muerte que la de su veneno, prometo solemnemente que seré un segundo Elías, aunque no sea profeta. Digo:

"Yo aquel que he visto tanto
Que sólo el recordarlo causa espanto,"

digo que en toda la redondez de la tierra sobre la cual se achataron mis plantas observé siempre el mismo amor y la misma veneración por el tabaco, y de donde he venido en consecuencia a deducir que el tabaco es como el aire, una necesidad atmosférica.

Fume en buena hora puros inmaculados el magnate a quien el dinero se los proporciona en todas tierras. No será causa para que el gibazo de Puerto Rico no tenga un jumazo, el chino su calilla y el turco su pipa de tubo largo y el indio piel roja su calumet.

A orillas del Apure, en una mañana húmeda, cuando el sol tropical está provisionalmente vencido por un pronunciamiento de la neblina espesa de la noche, se suele ver a dos ombres en cuclillas que parecen uno frente al otro dos momias egipcias olvidadas en el camino, por donde no volverán a pasar los autores. ¿Están conversando aquellos hombres? No; están fumando a duo: el uno tiene el cigarro en la boca y echar la tumada la dirije a la boca del otro, la absorbe y la paladea en el acto, y así fuman dos en un mismo cigarro. El método es económico; pero aun pasa ignorado para los estudiantes de filosofía. El día que lo conozcan disminuirá la mitad del consumo del tabaco.

Cuba posee el privilegio exclusivo (sans garantie du governament) de producir el mejor tabaco del mundo, y sus fabricantes de encontrarle los nombres más singulares despues que lo han torcido.

Recuerdo los trabucos, bayonetas, cañones, panetelas, etc. que alarmarían a la Sociedad de la Paz. He fumado conchas, que no se cómo arden, imperiales que no tienen corona, Londres que fueron devorados por el fuego a pesar del Támesis y de todas las compañías de bomberos, prensados de mala figura y buenas obras etc etc.

Pero en ninguna parte había fumado primores sino en esta barullópolis de Nueva York. Los primores son cigarros con capa de papel remedando tan al natural la del tabaco mismo, que no las distinguiría el ojo más experto.

He fumado cigarrillos hechos en Brooklyn con picadura de Virginia, puros de la Vuelta Abajo de Marilandia y cigarrillos importados de Kentucky.

El tabaco alemán compite en el mercado con cualquiera por el rótulo de las cajas y la desvergüenza de sus expendedores. En Nueva York hay 20:000 casas que importan tabaco de la "Habana and Principe" y se ocupan en la importación como 16.000 muchachas torcedoras, de la hoja y de la verdad. Hay además máquinas de hacer cigarrillos importados y tabacos "recibidos por el último vapor".

Por eso no los fumo, y me atengo a los que importo yo mismo, y los cuales suelen importarme a mi... no se que sumas. Fumo con toda conciencia y buena fé, sin temor a veneno ni otras supercherías, y gozo con satisfacción, por que me complace la idea de que en la boca no me ha entrado harina de otro costal, porque ha habido honradez de transacción.

El cigarro de la Habana no tiene para mi sinó un defecto, uno y único, y es... que se acaba.

"Dicen que todo al fin se desvanece", y el tabaco lo mismo que todo. Desearía, al terminar esta prueba de ociosidad mal farfullada, indicar el remedio para ese mal; pero lo dejaremos para cuando lo encuentre.

SIMON CAMACHO.

Nueva York, 1863.

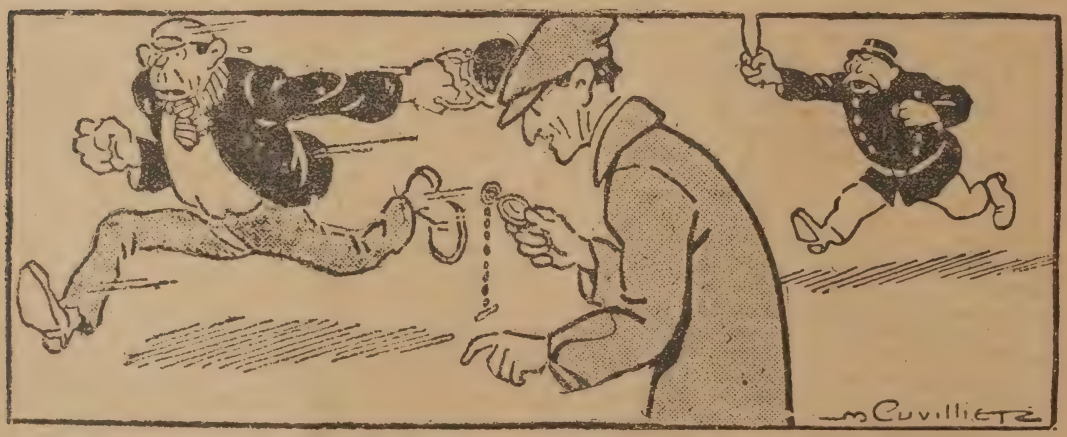
Decía un abogado a cierto ladrón, a quien acababan de poner en libertad por su magnífica defensa:

—Bien puedes estarme agradecido. Logré salvarte, lo cual fué un milagro.

El cliente le respondió casi llorando:

—Sí, señor, sí. Y siento no tener ahora dinero para pagarle... Pero le juro que lo primero que robe será para hacerle a usted un espléndido regalo.

EL TRANSEUNTE ERA SPORTSMAN DE CORAZÓN



El agente: — ¡Al ladrón! ¡Préndanlo! ¿Qué hace que no lo detiene, señor?
El traunseunte sportsman: —¿Yo? ¡Jamás! ¡Si está por batir todos los records de velocidad en carreras a pie!

UNA PEQUEÑA INDICACION

Jorge: -- En estos momentos puedo leer en sus ojos como en un libro abierto.

Mecha: -- ¡Qué habil es usted! Pero... ¿no es cierto que hay quien, para leer con comodidad se pone el libro en las rodillas?

Ana, "la Víbora"

por David MacLean

(Traducción del inglés para "Pucky")

"Aquella mujer poseía la maravillosa facultad, el terrible instinto que hace tan mortífera a la víbora por la agilidad, la rapidez, lo silencioso y seguro de todos sus golpes"...

ESTABA "el duque", cuando recibió las buenas noticias, en el hall del Grand Hotel, en Roma, durante la Semana Santa. Se le apodaba "el duque" porque su figura tenía algo del contorno y del perfil que entre criminales se considera como el "sine qua non" de todo el que por su linaje tiene derecho a ostentar un título así. Su verdadero nombre, nombre qne usaba en tan pocas ocasiones que casi lo había olvidado, no podía ser ni más prosaico ni más vulgar; se llamaba John Smith, que entre ingleses es como quien dice: Juan Pérez entre españoles.

Al verlo indolente arrellanado en un gran sillón, vistiendo un traje de la costosa tela llamada "tweed", con zapatos del mismo color, polainas monóculo, nadie hubiera creído que su nombre pudiera ser distinto al que él a sí mismo se daba; es decir, el de sir Courtenay Graham.

El duque no era conocido en Scotland Yard... al menos hasta entonces. Había sido tan astuto e inteligente que lo había evitado. Harry "Relámpago", el ayuda de cámara de sir Courtenay era, por lo contrario, bien conocido en muchos de los alojamientos de propiedad de su majestad británica; y en cuanto a Ana, "Ana la Víbora", que en ese momento se dirigía tranquilamente a tomar el excelente te con sir Courtenay, había sido fotografiada tan sólo una vez, contra su voluntad, de frente y de perfil.

El duque la vió aproximarse antes de que ella lo viese a él y, en consecuencia, tuvo tiempo para guardarse la carta que estaba leyendo, antes de que ella la viera. Porque el Duque no tenía intención de mostrar aquella carta a la que, por el momento, era lady Courtenay Graham.

* * * *

LA carta citada contenía una asombrosa noticia. Procedía de unos abogados y escribanos de Londres, y estaba dirigida al señor John Smith. En ella se le decía que un tío del señor Smith a quien éste no había visto desde la tierna e inocente edad de nueve años, había tenido la desgracia de pasar a mejor vida en Estados Unidos, en el estado de Montana, dejándole heredero, porque era su único pariente vivo, de una fortuna tal que en el futuro, lo pondría en situación de despreciar los negocios que hacía y contra los cuales tienen tanta inquina los empleados de Scotland Yard.

El duque poseía todas las cualidades que se requieren para ser un "multitudista" de éxito. Su aspecto personal era tan irreprochable como su vestimenta y como el acento de Oxford con que hablaba. La piel de su rostro estaba suficientemente tostada para hacer pensar que había estado en el ejército, o que se había dedicado a la caza, al polo o a otros sports y a Monte Carlo. Poseía la soltura de modales que en toda circunstancia distingue a los caballeros ingleses y a los grooms de los hoteles norteamericanos. Como es natural, era poseedor de suficiente inteligencia para no destruir tan favorable impresión mediante una revelación repentina de sus profundos conocimientos y excelentes habilidades. Podía, por ejemplo, hablar a la perfección, además del inglés, el francés, el español, el italiano y el alemán y era capaz de hacerse comprender en varias otras lenguas. Pero tenía sumo cuidado en ocultar estos conocimientos, de manera que, cualquiera que lo viera y hablara con él lo tomaría tan sólo por un caballero, inglés de nacimiento y educado en Eton y Oxford.

Un conocimiento tal de las lenguas modernas era, antes de la guerra, patrimonio tan exclusivo del mozo de café alemán como los trajes viejos de los huéspedes.

* * * *

ANA "la Víbora" era una excelente lady Graham. El título sentaba muy bien a su porte aristocrático. Si no parecía un viviente "sketch" de Drian no era por culpa de la rue de La Paix, sino por culpa suya, pura y exclusivamente. Sus vestidos tenían esa limpieza de líneas cambiada con una elegancia im-

pecable que sólo se halla en las mujeres norteamericanas que se visten en París.

Al dirijirse Ana hacia el duque, todos los ojos se fijaron en ella. Estaba magnífica, debido a su completa falta de relumbron a lo ondulante de su andar, y a la perfección de su traje y sombrero. No abía en el hall una sola mujer que no supiera que las ropas de Ana la Víbora debían haber cosado un dineral; no había ni un solo hombre que no la mirara extasiado, como si viese un ideal vivificado. Para las mujeres, era ella un simple cuerpo vestido cuya perfección ellas envidiaban; para los hombres, esas ropas eran la conveniente cubierta para la maravilla que debajo se ocultaba dejándola adivinar. No la ocultaban; la intensificaban.

Ella por su parte, poseía el don de darse aire aristocrático a pesar de que jamás lo había respirado.

Ana había cultivado el don de la completa indiferencia que sólo poseen los niños y los monos. Mientras cruzaba el hall, volvió la cabeza y un rayo de sol se posó sobre su cabeza haciendo brillar sus magníficos cabellos de oro y fuego, tal como ella había querido que sucediera. Sus profundos ojos azulles, grandes, límpidos y expresivos parecieron buscar a alguien, aun despues de haber visto al duque. Sabía que haciéndolo así, le sería dado a muchos más hombres apreciar la magnífica combinación de su cabellera y de sus ojos. Su rostro era de una blancura marmórea pero con detalles que exteriorizaban buena salud.

Cuando Ana se sentó en la silla que el duque le había reservado para ella, algo que pareció inmovilizarse mientras ella cruzó el hall recobró su actividad. Un turista en una mesa cercana y posiblemente oriundo de Estados Unidos, observó en un tono que él creyó un murmullo:

—No siempre se vé a Apolo y a Venus abandonar el Vaticano para tomar el té en el Grand Hotel.

El duque dirigió una mirada de admiración a su compañera.

—Querida mía, — dijo, — hoy estás maravillosa.

—Gracias, Courtenay, — respondió ella con una graciosa inclinación de cabeza, mientras dejaba caer un terrón de azúcar en la taza de té. — Me siento felíz al comprobar que aún te enorgulleces de mí. Pero, — suspiró, — me siento algo cansada. Me fatiga hacer de santa tanto tiempo seguido. ¿Habrá todavía muchas funciones santas?

—No, faltan pocas. Todo está por terminar. Mañana habrá un bautizo de judíos y otros herejes convertidos, en el baptisterio de San Juan de Letrán. Pero creo que podemos pasarnos sin asistir, a menos que las ceremonias de los últimos días te hayan convertido a la fé católica. Por otro lado, — agregó, después de un momento — no hay nada más que hacer.

—¡Gracias a Dios! Y la misa mayor de San Pedro, mañana, ¿será beneficiosa el alma?

—Po para la nuestra, respondió el duque, sonriendo. — Nosotros no ganamos nada... en medio de multitudes de esa naturaleza. Harry irá, como es natural. Le he dado permiso. Asistirá como buen católico.

Ana la Víbora le dirigió una mirada.

—¡Eres maravilloso, Courtenay! — exclamó con admiración. — Temo notar que me estoy enamorando de tí.

—¡Dios no lo quiera!

El duque, en verdad, era un tipo maravilloso. De haber sabido ella que él, mientras se hallaba tomando el té con ella, jugueteando indolentemente con la cucharita, había realizado, en un abrir y cerrar de ojos, todos sus ensueños; de haber sabido que él intentaba desaparecer de Roma alejándose de ella tan pronto como se le presentara la oportunidad; que él, el amo y el cerebro de la organización, planeaba huir y desaparecer, lo habría considerado mucho más maravilloso aún.

Sentado junto a aquella mesa, parecía tan poco preocupado como un "squire" soltero genuinamente británico, después de su tercera copa de oporto. No parecía tener la más mínima prisa por nada, se diría que sólo quería quedarse allí sentado, lanzando al aire anillos de azulado humo de tabaco y observando a los huéspedes del hotel o a su compañera.

—Pues sí, ya me siento verdaderamente cansada, querido, — dijo ella. — Creo que voy a recostarme hasta el momento de vestirme para la cena. ¿Quieres acompañarme al piso de arriba?

En el desempeño de su papel de esposa amante, fiel y hermosa, Ana la Víbora podía tener pocas rivales. Cuando los dos se hallaron en el saloncito del departamento que ocupaban en el hotel, "Flash" Harry se les unió. El duque, por costumbre, había cerrado la puerta con llave.

—¿Viste la gorda norteamericana que estaba dos mesas a tu derecha?

—¡Claro! — respondió el duque.

—¿Viste el collar de perlas que tenía puesto?

—¡Claro! De buen tamaño, muy bien escogidas las perlas y de excelente oriente.

—Está sola en el número 365 del tercer piso. Una camarera del hotel la ayuda a vestirse. Esta noche no saldrá; se meterá en la cama temprano. Ronca como un porcino. Guarda las joyas debajo de la alfombra, cerca de la cama. Cierra la puerta con llave. Le ha dicho a la camarera que esté pronta para ir a desnudarla a las diez de la noche.

—¡Vaya unos informes completos! — dijo Harry, admirativamente.

—¡Calla! — replicó Ana, secamente. — Tú, — señaló a Harry, — vas a ponerte fuera de su cuarto, en el balcón, tan pronto como la camarera haya arreglado la habitación para la noche. La gorda no cierra el balcón, de manera que si el collar de perlas y algo más no se hallan aquí a las dos de la mañana, podrás buscarte acomodo en otra compañía.

—¡Bien!

El Duque botezó.

—Convenido, — dijo. — Voy a estirar las piernas un poco. Iré hasta lo de Peronis, donde tomaré el vermouth. ¡Hasta luego, Ana!

Sentado, solo, junto a una mesa del bar de Paronis, el duque miraba fijamente el ambarino líquido. Ni una sola de las escenas que aparecían para volver a desaparecer ante su vista, incluían la figura de Ana.

Una vez más sacó del bolsillo la carta de los abogados y volvió a leer, saboreando el párrafo que decía: "Un rápido cálculo de las posesiones, permite avaluar la fortuna de su señor tío en unos seiscientos mil dólares, o sea unas ciento veinte mil libras esterlinas".

¡Mas de de medio millón de dólares! Los gustos del duque eran caros. Pero ciento veinte mil libras podría durarle unos años, sin el incesante pensar y estrujar el cerebro inventando tretas nuevas, planes originales y astutos como en su existencia presente. ¡Y podría aprovechar de ese dinero hasta lo último! No necesitaba tener ya su mente y su cuerpo en perfecto entrenamiento, en perfectas condiciones de atletismo.

Bebió el vermouth y pidió una botella de vino de Asti. Después de presentarse de nuevo ante él el cuadro de su fortuna. Volvió a mirar ante sí la multitud apiñada del corso; pero esta vez la vió con ojos muy diferentes.

* * * *

QUERIA dejar la ruidosa Roma por la tranquila y romántica Venecia. Allí alquilaría un palacio sobre el Gran Canal; un palacio gótico, no uno de los pesados edificios de la época del Renacimiento.

En sus pisos de marmol y en las balaustradas, colocaría tapices y alfombras de Kermanshah y de Feraghan; de Konieh y de Ghiordes; de Mesehed y de Daghestan; de Shiraz y de Kayak; tapices y alfombras que había visto más de un vez y deseado, pero de cuya posesión había tenido que privarse por la incertidumbre de su residencia. Cenaría en mesa de nogal español cubierta de encaje italiano; bebería en altas copas de límpido cristal veneciano, llenándolas con vino de Falerno que vetería de jarrones de plata cincelados y florentinos. Para equipar su palacio vaciaría las tiendas de la vía de Babuino, de la vía Condotti y del palacio Borghese; Sangiorgi tendría que darle lo mejor que tuviera. ¡Lo que haría con su fortuna!

En aquel momento, mirándolo por sobre el anillo de la copa, su fantasía vió a Ana. Ana la Víbora, cuya fría ferocidad podía en ciertas ocasiones, hacer temblar al más valiente. Ana la Víbora que, él lo sabía bien, en un caso dado podía dejar reducida a Lucrecia Borgia a una inocente y pura vestal. ¡Y Ana la Víbora lo amaba! De eso no tenía la menor duda. Toda su alegría indiferente no había sido suficiente para engañar a su instinto masculino.

Bueno: le era necesario separarse de ella. Escapar, esconderse en Londres, el mejor escondrijo del mundo entero, recojer su fortuna y luego volver a Roma y a Venecia. Ella lo buscaría en París, en Monte Carlo, en Dauville, en las playas de moda francesas, pero nunca en Roma, de donde él había escapado, y menos en Venecia. Las gentes de su clase no visitaban la calma impasible de la ciudad eternamente dormida.

Lentamente regresó caminando al Hotel.

En el teatro, Ana se entregó por completo a saborear la delicada música, emocionándose con las desdichas de la pobre Madame Butterfly. "¿Será posible que esta mujer tenga corazón?" díjose el duque.

Ana estaba vestida. El había permanecido ausente del hotel más del tiempo que creía. Poco o nada conocía él de vestidos femeninos; pero conocía lo suficiente para saber cuando una mujer se hallaba vestida a la perfección.

"¡Busque inmediatamente una guía de ferrocarriles, averigüe cuando sale el primer tren para París y arregle su pasaporte, Harry!" ordenó rápidamente Ana.

Y como él la conocía bien no pudo contener un grito de admiración.

—¡Ana! ¡Esta noche estás sencillamente admirable!

* * * *

DEBAJO del fulgor de las luces eléctricas, Ana aparecía en toda su belleza, que las luces no eran suficientes para aminorar. El único color en su persona, era su cabello, rojo fuego; sus ojos, azules, sus labios, rojos; el resto era todo negro, negro brillante, profundo, y blanco el mármol de sus hombros, de su cuello, de su rostro. Como únicos adornos, un collar de diamantes con engarce de platino, y un solitario que brillaba y relampagueaba sobre el anillo de oro liso, que era parte de su papel de lady Courtenay Graham. Se inclinó, ante él, con una profunda cortesía.

—¡Vuestra humilde servidora, sir Courtenay!

—¡Con el acento en "humilde"! — rió él apartándose. No le agradaba mirarse en la profundidad de aquellos ojos azules. El amor era una tontería; podía echar por tierra todos sus planes.

—Esta noche cantan "Butterfly" en el Constanzi. Me agradaría oirla, porque me siento romántica hoy. ¿Iremos?

—¡Naturalmente, si quieres! Nos divertiremos, mientras Harry trabaja, ¿eh?. Telefoneré al teatro para que nos reserven un palco.

En el teatro, durante la función, la observaba él cuidadosa y disimuladamente. Y ella, el blanco de todos los ojos del teatro, permanecía tan indiferente a todo como si se hallara en su propia habitación, escuchando la música.

—¡Dios mía — murmuró el duque, para sí, al observar dos lágrimas escaparse furtivas de los ojos de Ana. — ¿Si tendrá, después de todo, corazón?

El duque encontraba grandes dificultades en convencerse de que aquella exquisita, bellísima, magnífica mujer que se hallaba junto a él, escuchando, con la mente somnolienta, la música, era aquella misma Ana la Víbora, la velocidad y ponzoña de cuyo ataque le habían valido el sobrenombre que llevaba; Ana, la Víbora, cuyo amor por las joyas y el placer, combinados con una audacia sólo comparable con su belleza, habíanle valido la alianza de algunos de los más inteligentes y peligrosos criminales de Europa y él después de todos. Detrás de su serena

frente, de sus ojos límpidos, pasó un relámpago de miedo. Una mujer como aquella, despreciada, significaba peligro, en verdad. Ella lo había elegido a él.

Juntos, les era posible satisfacer su ansia de lujo, sus deseos de placeres, de aventuras. Y la vida que llevaban, aliados, durante los pocos meses que hacía que estaban juntos, había sido una serie de magníficos éxitos.

Habían recorrido casi toda Europa, hospedándose en las mejores habitaciones de los mejores hoteles, robando a diestra y siniestra sin el menor contratiempo, a los ricos turistas. Habían enviado a cierto refugio seguro sobre el cual se habían puesto de acuerdo, joyas que valían, ya, una fortuna bastante regular. Pero el duque no se hacía grandes ilusiones. Sabía que aquello tocaba a su fin. Presentía que los sabuesos estaban ya en posesión de muchos hilos de aquella enredada madeja. Sus medios de vida se habían hecho, día a día, más peligrosos. Y en tal momento había llegado a sus manos la carta salvadora, la carta que le proporcionaba un medio de escapar de la red.

Pero por otro lado, el duque temía a aquelal mujer hermosa, audaz, sin miedo ni vacilaciones. Sin embargo, el duque no tenía la menor intención de permitir que nadie lo atara, por más sedosas y por más dulces que las ligaduras fueran. Era el momento de poner punto final. Y podía hacerlo sobre seguro. Ella y Harry Relámpago, podrían disponer de las joyas puestas en depósito en la forma que les pareciera; él había terminado. No intentaría reclamar su parte de la fortuna oculta, pues podía permitirse un gesto de generosidad.

De regreso en el hotel, haciendo honor a la cena que él había ordenado le fuera servida en el salón de su departamento, mientras bebía un exquisito vino, le había parecido que la rápida intuición de Ana había sospechado algo, que había penetrado su coraza de indiferencia. Le había parecido ver en los profundos ojos azules de ella, que tan dulcemente miraban al mirarlo a él, una rápida expresión de duda, de recelo. Pocos minutos después de la una, sin embargo, había sonado en la puerta la conocida llamada de Harry, y el botín que éste traía pronto había reclamado toda la atención de Ana.

Durante unos momentos, Ana examinó con gran atención el largo collar de bellísimas perlas. Rápidamente había calculado el valor de cada anillo. De haber ellos podido vender las joyas en mercado abierto, fácilmente habrían podido obtener por ellas diez mil libras. Eso significaba que probablemente, con un poco de suerte, podrían recibir por ellas tres mil, por los tortuosos caminos que las joyas deberían seguir.

—¡Buen trabajo, Harry! — sonrió ella.

—Toma una copa, y luego vete y depositalas, — añadió el duque. — Pero regresa antes de las cuatro.

—Bien. Pero dos copas, — se sentó a la mesa y comenzó a probar algunas de las viandas.

Regresó algo después de las tres, habiendo depositado las joyas en el escondrijo de ellos solo conocido.

—¡Buenas noches y buenos ensueños, sir Courtenay! — exclamó Ana, haciendo al duque una profunda cortesía.

* * * *

El duque sufrió algo así como un ataque de locura. Se abalanzó hacia ella, la tomó entre sus brazos, alzándola, y la besó repentinamente. Hasta el mismo Harry que saboreaba lentamente una copa de vino, lo miró sonriendo. Ella se separó del duque y corriendo hacia la puerta que separaba su dormitorio del saloncito, la abrió, y desde allí se volvió, tirándole un beso al duque.

—¡Alborotándose con ella! — murmuró Harry — ¡Mal negocio!

El duque encendió un cigarrillo, mirando en silencio a Relámpago, al instrumento que usaban por su habilidad y larga experiencia. No entendía nada este hombre, de los sentimientos subconcientes, exquisitos. Era capaz de abrir cualquier cerradura y caminar más silenciosamente que un gato, pero eso era todo. Pero, aún cuando lo hubiera sabido, no habría sabido apreciar aquellos besos que el duque había dado a Ana, besos destinados a conservarla como amodorrada mientras él fugaba.

Cuando Harry hubo salido para dirigirse hacia una de las habitaciones del piso alto del hotel, donde los sirvientes dormían, el duque cerró con llave la puerta del saloncito y pasó a su habitación. Una puerta se abría de esta al salón, frente exactamente a aquella que daba al dormitorio de Ana la Víbora.

Cerró esta puerta, así como la que daba de su dormitorio al corredor. Eran casi las cuatro de la mañana. Con rapidez que revelaba costumbre comenzó a preparar sus maletas. Había un tren que salía de Roma para Milán, a las ocho de la mañana. Pensaba tomarlo, quedarse en Milán el tiempo suficiente para hacer visar su pasaporte, dejando que Ana pasara en persecución suya en el rápido París-Roma, como con seguridad lo haría; luego él se dirigiría a Londres sin detenerse en París.

Ana no se haba retirado sino a las tres de la mañana pasadas. En tales ocasiones el desayuno no le era llevado hasta las diez. Esto significaba que él tenía el campo libre.

En el escritorio, abonó la cuenta del hotel explicando que había sido llamado de Milán con urgencia, y que lady Courtenay y su ayuda de cámara seguirían por el tren de la noche. No ocultó su destino pues sabía que el último lugar donde iría Ana sería Milán, sabiendo que él había mencionado que se dirigía allí.

Mientras tanto, Ana dormía. Dormía con el sueño plácido y tranquilo que da la salud perfecta, el éxito en los negocios, con los labios entreabiertos por una lijera sonrisa de felicidad. Soñaba en las caricias recién recibidas, las primeras, del hombre a quien amaba.

LOS rayos del sol primaveral, filtrándose por los encajes que adornaban la parte baja de las cortinas de la ventana, despertaron a Ana poco después de las diez. Sonrió, estiró los brazos desperezándose, y luego llamó, pidiendo el desayuno, que sería el preludio de otro día perfecto. Mientras bebía el café, esperaba oir de un momento a otro el llamado del duque a su puerta. Y se preguntaba si esa mañana de primavera el duque se le presentaría de nuevo bajo el aspecto usual de cinismo indiferente, o si, por el contrario, representaría ante ella el papel de enamorado ardiente tan a la perfección como había representado el de fiel esposo.

Hasta ella subían, de la Piazza delle Terme, aquellos ruidos y rumores típicos de una ciudad italiana; el chasquido de los látigos de los cocheros, urgiendo sus caballos; los ruidos de los vehículos sobre los adoquines de las calles, las campanas de los tranvías eléctricos, los gritos de los vendedores ambulantes pregonando sus mercancías. Sonrió Ana. No pudo menos que sonreir, con piedad, al pensar en las mujeres inglesas que veía en los comedores y salones del hotel, sólo pulidas a medias, esclavas de los convencionalismos y de los códigos sociales. ¿Qué placer tenía para ellas la vida? Las había visto pasar apresuradamente por las salas del Vaticano, lanzando miradas de soslayo a las estatuas de hombres desnudos. Rió ante este recuerdo.

¿Qué era la vida sin peligro? ¿Qué sabían ella del supremo deleite del peligro supremo? Los jóvenes aquellos, llenos de vida, pletóricos de fuerzas y entusiasmo, que en la guerra se habían lanzado al asalto de las líneas enemigas, esos sí que habían descubierto lo que significa la vida. La vida nunca se vive hasta que se siente en la boca el amargor de la muerte.

Un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo, al pensar en sus días de pobreza, largas horas pasadas en la lobreguez de un taller; en los hombres imposibles, en los sátiros, barbudos y babosos y en los jóvenes tontos que la habían querido conquistar. Siempre había deseado ella dinero y joyas; mucho dinero y muchas joyas. Recordaba momentos de su vida en que hubiera querido estrangular a matronas grasosas y elefantinas que paseaban con aire de aburridas en coches de dos mil libras y que llevaban fortunas en collares de perlas en torno de sus cuellos de grasa. Hasta que le llegó la ocasión.

Una tarde, casi entrada la noche ya, una jamona aristocrática se "había probado" casi a la hora de cerrar. Su collar cayósele, sin que lo notara. En un abrir y cerrar de ojos, Ana lo había ocultado en redor de su muslo, allí donde la media se arrolla en torno de la liga. Pocos minutos después de cerrar, la jamona había regresado en busca de su collar. Ana se mostró sumamente nerviosa durante la busca, las lágrimas casi se le saltaban de los ojos. Tenía miedo, — había dicho, — que se fuera a sospechar de ella: que se fuese a suponer que ella lo había robado. Lagrimeó un poco. La jamona, sin sospechar, bondadosa, no se retiró sin insistir en que estaba absolutamente segura de que Ana no tenía nada que ver en el asunto. Fué más lejos; exigió al propietario del taller que no despidiera a Ana.

Ana empeñó el collar en 500 libras, dando dirección y nombre falsos. Una semana después, abandonaba el taller.

Luego siguió su primer mes de absoluta libertad, de ocio, cuando le fué posible adquirir los trajes que siempre había deseado; cuando decidióse a vivir a expensas de la sociedad y hacerla pagar la satisfacción de sus gustos y placeres. Poseedora de un ojo clínico para los vestidos, de una gran belleza, de gran audacia e inteligencia, había subido, — o caído, — rápidamente. Comprendió que le era necesario hospedarse en hoteles de lujo, visitar los lugares de placer y de moda. Fué en Ostende cuando, luciendo un traje de baño audaz, que fué tan admirado como su impecable cuerpo, cuando había "zambullido", — literalmente, — en "Slim Jim", en Jim el Astuto. Salió luego a la superficie admirada, pidiendo disculpa, y él resoplando.

Habían almorzado juntos, y luego Jim había bailado con ella en el Casino, después de abandonar la "miseria que aquí llaman juego". No había, decía él, juego en donde hay la certeza de perder, si uno no pierde la cabeza. Tal vez el instinto le dijo a Jim el Astuto que aquella mujer era de su propia clase. Y con admirable inteligencia le había arrancado una confesión a medias de sus medios de vida. Luego, quitándose la careta, le había propuesto a Ana una sociedad.

Fué la primera vez que ella no trabajó sola; y esa sociedad resultó ser sumamente remunerativa para ambos. Jim el Astuto la había presentado en su círculo de aristocráticos canallas, inteligentes y expertos, cada uno de ellos especialista en su ramo; pero al cabo de dos meses, Jim había justificado su sobrenombre, jugándole sucio.

Fué entonces cuando sus amigos quedáronse estupefactos ante la rapidez del golpe de Ana. Veinticuatro horas después, Jim el Astuto fué hallado muerto, con la base del cráneo fracturada, junto a unos riscos en Dieppe. Sólo Ana sabía, si bien muchos lo sospechaban, cómo él había hallado allí la muerte.

Pocos meses después, un nuevo socio, "Wise Bertie", Albertito el Sabio, en nuestra lengua, se había aliado con ella. Como su antecesor, no pasó mucho antes de que mostrara las uñas. Y a la mañana siguiente, fué hallado muerto en su cama del hotel de Monte Carlo, mordido por una víbora Russell, y Ana, en el suelo, junto a su cama, desmayada, después de haber destrozado la cabeza del reptil con un hierro de al estufa. ¿Cómo se introdujo la víbora? Nadie lo supo. Pero este incidente le valió a Ana su sobrenombre de Víbora.

* * * *

ocupaba con el duque, sino en la que de su dormitorio daba al corredor. Se puso un peinador, abrió la puerta y vió a Harry.

—¿Qué le sucede al señor?—preguntó él.

— No puedo conseguir que me conteste, y todas las puertas están cerradas con llave.

Como un relámpago, Ana pasó al saloncito y trató de habrir la puerta de la habitación del duque, cerrada opr dentro.

—¡Ve al escritorio y trae la llave! — ordenó. — Tú eres su ayuda de cámara, ¿no es cierto?

Cuando Harry regresó, la halló en el saloncito, de pie, inmóvil. Sus ojos azules, brillaban con aquella misma expresión de injuria recibida y deseo de venganza, que había precedido a la desaparición de Jim el Astuto primero y de Bertie el Sabio después. No pronunció una sola palabra; se sentó en la silla más cercana, pensando rápidamente. Ni se le pasó por la imaginación el consultar a Harry; la comedia había llegado a un punto demasiado complicado para que él pudiera comprenderlo. Si acaso él podía ser útil, lo sería más tarde. Lanzó una rápida mirada a su reloj de pulsera... las 10.30.

—Consigue una guía de ferrocarriles, — ordenó, — y tu pasaporte. Ven dentro de media hora.

Rápidamente se vistió y preparó las maletas. Media hora después estaba pronta.

Aquella noche tomaron el expreso de lujo para París, tal como lo había previsto el duque.

* * * *

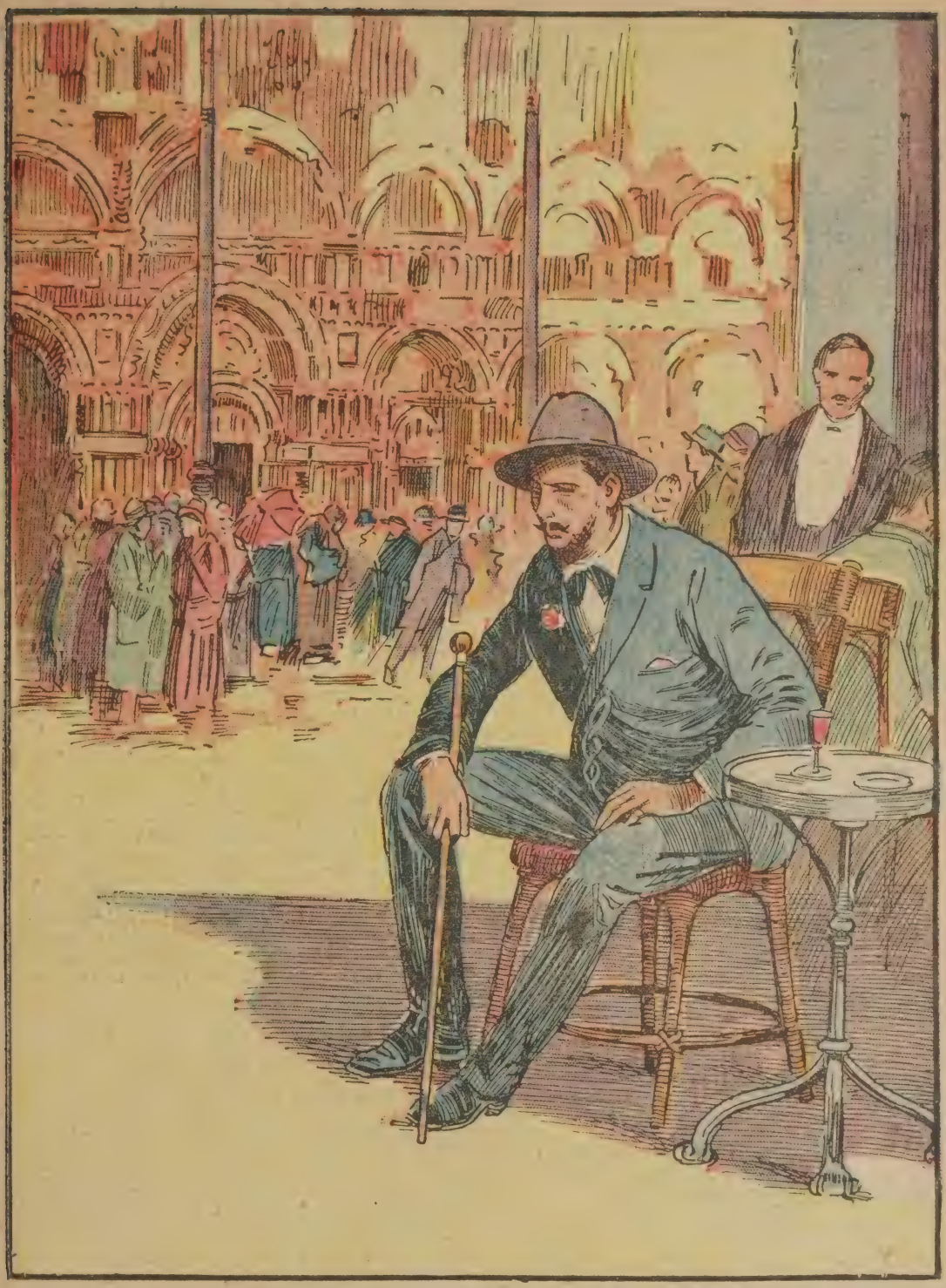
UN año después, cuando el sol primaveral llenaba de luz y color la Piazza, poniendo de relieve los magníficos coloridos de la fachada Oeste de San Marcos, hacienda a los caballos de bronce de Nerón relucir como oro pulido, mientras las palomas luchaban entre sí por las migajas de pan lan-

Veinticuatro horas después Jim el Astuto fué hallado muerto, con la base del cráneo fracturada, junto a unos riscos, en la costa de Dieppe. Sólo Ana sabía cómo había hallado la muerte.

HABIENDO terminado su café, Ana se disponía a saltar del lecho, cuando oyó en la puerta la conocida llamada de Harry Relámpago; pero no en aquella puerta que daba al saloncito del departamento que ella

zadas por alegres turistas, el duque, sentado a una mesa del café Florian, fuera, bebía tranquilamente su vermouth con soda.

Antes completamente afeitado, entonces usaba el duque bigote y una barbita cor-



El duque, sentado junto a una mesita del café Florian, en la plaza de San Marcos, en Venecia, tomaba tranquilamente su vermouth. Se había dejado crecer el bigote y la barba y vestía de modo distinto al do antes.

tada casi cuadrada. Su bigote tenía las puntas enceradas, vueltas hacia arriba. Su traje, tan irreprochable como siempre, era negro; no del "tweed" de un turista inglés. Llevaba un sombrero blando, con el cual ningún inglés hubiera sido visto, fuera del reino de la ópera cómica. Su cuello, bajo y ancho, lucía una amplia corbata, la cual hubiera sido para él tan imposible como tirarse al río de cabeza, un año antes. Su rostro había perdido su color curtido, y mostraba una expresión de cansan-

cio. Y se hallaba cansado, aún cuando recién eran las cuatro de una de esas tardes que hacen soñar a la juventud. Parecía preocupado; y lo estaba. La vida había perdido, para él, su sabor.

De haber podido, lo hubiera hecho de mil amores. Hallarse de nuevo embarcado en una de esas empresas de peligro y ganancia en compañía de Ana. Ya no tenía necesidad de robar. El riesgo que corría, grande como era, sólo le causaba ansiedad y no placer. Conocía perfectamente todo lo referente a las súbitas muertes de Jim el Astuto y Bertie el Sabio. Ana nunca le había confesado, ni a él ni a nadie, la parte que había tenido en ellas; pero el duque no tenía la menor duda, de que Ana la Víbora había mordido, con rapidez y astucia. Pero, hasta la fecha por lo menos, él había sido demasiado vivo para ella. No tenía ninguna noticia de su exaliada; el peligro que corría de ser mordido a su vez por la víbora, hubiera sido mayor con cualquier pregunta que él hubiera hecho. Había permanecido oculto en Londres, hasta que el tiempo y su apariencia completamente cambiada, le habían permitido volver a Italia. Luego había pasado un tiempo que recordaba con placer.

En Venecia, el duque había alquilado un palacio de estilo gótico en el Gran Canal a una familia muy noble, pero muy pobre. A los muebles del palacio, había agregado otros muy pocos, pero muy exquisitos, tal como una vez había soñado en hacerlo. Porque el duque poseía una verdadera pasión por los muebles antiguos, la antigua porcelana, la cristalería de antaño, y, más que nada, por las antiquísimas alfombras de Persia.

Mientras se hospedaba en un modesto y tranquilo hotel, sólo frecuentado por italianos, en Roma, el duque, día a día, había salido de expedición de caza de todos los artículos capaces de satisfacer su pasión. Así, poco a poco, había hecho de su palacio algo que deleitaba su corazón.

Solía recorrer la vía del Babuino y la vía Candoti, en busca de los bronces y los cristales, las porcelanas y las alfombras que su su corazón deseaba. Los remates en el Palacio Borghese lo hallaron siempre presente y alerta. Sagirgi le ofreció antigüedades que él podía muy bien adquirir sin miedo, pues no pensaba en exportarlas de Italia. Nazini, Boscheti y Clerici, le vendían bronces; Berardi y Sastieri, muebles; Eroli, tapices; y Fratelli, mármoles.

* * * *

PERO sus momentos de placer como coleccionista se habían terminado. Y esperaba sólo que cayera la noche; porque había vivido días tan llenos de intensa alegría y excitación, que no podía pasar uno sólo desprovisto de ella. Al principio, para llenar el tiempo, luego para robustecer su cuenta en el banco que diminuía rápidamente, había organizado, con ayuda de algunos pocos de esa población flotante del continente, que vive quién sabe cómo, un salón de juego en su propio palacio. Esta especie de club había aumentado sus miembros rápidamente, hasta hacerle soñar al duque con revivir las pasadas glorias del Ridotto. Y a fin de añadir algo de misterio a su experimento, había exigido que los miembros del club se presentaran todos enmascarados; y como en los días de la antigua Venecia, sólo los banqueros permanecían con el rostro descubierto. Había llamado a su club "el Ridotto", y la tarjeta de admisión era una tarjeta roja en cuyo centro había un antifaz negro impreso. El duque mismo presidía, actuando como banquero en la mesa central.

Era, en verdad, aquello, un espectáculo extraño para ojos modernos. Los hombres, en su mayoría co ntrajes de frac o smoking; las mujeres, audazmente descotadas, de negro y de rosa, de azúl y brillante plata, todos silenciosos, todos enmascarados, absortos en las cartas o en la bolilla. El magnífico salón, cargado de colgaduras antiguas, con sus pisos de mármol cubiertos de todos los colores de Ardelan y Daghestan, de Azerbijan y Mosul, iuminado por luces eléctricas inteligentemente dispuestas en candelabros de antiguo cristal de Venecia, miraba por las ventanas góticas, hacia afuera, a la solenciosa noche veneciana.

Ni el más pequeño rumor de tráfico rompía el silencio solemne. De vez en cuando, sólo uno que otro grito de los gondoleros.

—"¡A-o'el!"

—"¡Sia stali!"

Criados de librea negra y plata, pasaban de un lado a otro llevando bandejas con vinos y cigarrillos. Partiendo de las mesas de ruleta el sacramental:

—¡Rien ne va plus! — hallaba a los rostros de los jugadores inmóviles detrás de las negras máscaras, sin que expresaran ni nerviosidad, ni ansiedad; ni deseo, ni interés, tan inmóviles como si la muerte misma hubiera visitado, repentinamente, aquel lugar.

Luego, el correr de la bolilla; el rumor de la raqueta del croupier, y la repetición del ritual.

Muchas veces acontecía que era ya día claro cuando la última de las figuras enmascaradas entraba en su góndola, retirándose tan silenciosamente como había venido. El duque muchas veces permanecía, con las manos apoyadas en la balaustrada de mármol blanco, mirando, a través de las góticas arcadas, el despertar del canal. Detrás de él, las mesas verdes, las cartas desparramadas, los vasos con restos de vinos que retrataban, burlonamente, la gloria del sol. Su rostro pálido, cansado, encuadrado en su barbita, preguntándose cuándo y cómo el golpe de ella lo alcanzaría.

* * * *

DURANTE toda la noche la nerviosidad del juego lo mantuvo prisionero, hasta que al fin cayó exhausto en el lecho de su dormitorio, todo blanco, todo rosa, todo plata, cuyas cortinas negras lo protegían efectivamente de los rayos del sol. Pero durante algunas pocas horas precedentes al juego y a la cena, el terror se volvió a apoderar de nuevo de él, un te-

rror que nunca ni el mismo Scotland Yard pudo inculcarle. No podía apartar de sí el el recuerdo de Ana. No podía olvidar la mirada de amor de aquellos magníficos ojos; no podía olvidar ni a Jim el Astuto ni a Bertie el Sabio, cuya sabiduría y cuya astucia de nada les había servido.

Mientras sus dedos inconscientes jugaban con el vaso, sus ojos examinaban, por fuerza de hábito, cada mujer que cruzaba la Piazza. Venecia había sido invadida. Verdaderos ejércitos de turistas ingleses y americanos pasaban de un lado a otro, guía en mano. Un día había creído que, al fin, ello lo había encontrado. Había visto una figura de mujer, hermosa, elegante, sinuosa y esbelta dirigirse hacia él; pero había sido sólo una falsa alarma. Sin embargo, desde ese día dió en usar lentes ahumados.

Aquella noche había sido más nerviosa que las anteriores; las apuestas más fuertes; los riesgos de fortuna o ruína, más grandes. Sus mesas estaban llenas. Pero, al distribuir él las cartas, parecía un sonámbulo, sin el más mínimo interés en el resultado del juego; con su mente fija en algo muy distante, muy lejano. Sus ojos se volvían siempre a la entrada, examinando a cada visitante. Una opresión de peligro le apretaba el corazón, para convertirse en un silencioso suspiro de alivio. Era como si hubiera visto una mano cuajada de joyas cortando el hilo de aquella espada de Damocles que pendía, desde tanto tiempo, sobre su cabeza.

Su mirada paseaba rápidamente por los cuerpos de aquellas mujeres, las gruesas, grasosas, repelentes, cargadas de joyas; las marchitas, esqueletos sólo cubiertos de piel; las jóvenes, conquistadoras y triunfantes; las feas, con sus dedos como garras de brujas.

Siempre buscando el cuerpo hermoso y divino, esbelto y sinuoso que no venía. ¿Qué encanto tenía ella sobre él? ¿Qué magia era aquella que infiltraba en su cerebro el pensamiento y en su corazón el deseo de aquella mujer a la que él había dejado y despreciado, y cuya presencia bien sabía que significaba muerte? Junto a él, en medio del rumor de las bolillas, de la voz baja de los coupiers cantando las apuestas, de los distribuidores de cartas, sentía la voz de ella, tan suave como el rocío sobre violetas; sentía su respiración, junto a él, como aliento de flores; entre sus brazos estrechaba de nuevo aquel cuerpo divino, vibrante de amor por él. ¡Había estado loco! ¡Rehusar aquel presente divino! Ella debía saber bien, con su infinita inteligencia y su propia organización en servicio de ella, donde se hallaba él. Y, sin embargo, lo había dejado allí, solo, lo había desdeñado, no considerándolo ni aún merecedor de su venganza. El silencio se le hizo intolerable. No lo podía soportar más.

Hizo señas a su substituto y, abandonando el salón dirigióse a los balcones, descansando su frente afiebrada en el mármol frío. Debajo de él, la negrura impentrable del canal; frente, de vez en cuando una luz brillaba. Arriba, las estrellas en el terciopelo de la noche. ¿Cuándo acabaría esto?

Se volvió a mirar el salón de juego; su obra. Esa reconstrucción moderna de todas las pasiones del Ridotto. Ella hubiera glorificado la aventura; prestándole justamente la pincelada que le faltaba para borrar su sordidez; empujándolo a aventuras aún más altas cada vez. Sin ella, era aquello una tela diabólica, pintada por un demonio, la quintaesencia del mal. Aquellas mujeres y ayuellos hombres, corroídos por la misma enfermedad de ambición... Ni uno solo en un ciento sentía en su alma la exquisitez del ambiente en que jugaban, ese ambiente que tanto había significado para él; ¡que tanto hubiera significado para ella! Sin percatarse de ello, lanzó un gemido, mirando a la noche. Desde lejos, en el canal, vió llegar una góndola, silenciosamente; oyó el ritmo regular de los remos. Cuando se halló frente a él, abajo, se detuvo.

—¡Aún más jugadores! ¡Cielos! ¡Aún más! — gimió.

Pero la góndola permaneció inmóvil, debajo del balcón. Oyó una voz que cantaba:

—¡Te envío mi corazón, todo mi corazón, con esta canción mía!

Ritmo exquisito, melodioso, sublime, de la canción de amor... de amor delirante, de amor imposible, que escuchó sobrecogido; melodía divina, de incomparables cadencias, que duró un momento, para luego volver a reinar el silencio más profundo.

—¡Ana! ¡Ana! — gritó el duque, tendiendo sus brazos.

La podía ver, desde el balcón, de pie en el centro de la góndola.

* * * *

LO hallaron la mañana siguiente caído en el mismo sitio donde había estado. Sobre su corazón, se encontró una tarjeta roja, con su antifaz negro atravesado por un estileto que partía el corazón, Ana, la Víbora, había asestado de nuevo el golpe; golpe de respuesta tan mortal como el que él le había asestado a ella en Roma y que, también, le había partido a ella el corazón.

DAVID McLEAN.

El enfermo está agonizando, y el médico dice:

—No sale de hoy.

—Está usted equivocado.

—¿En qué se funda usted para contradecirme?

—En que le conozco y sé que todo lo deja para mañana.

—¿Se ha casado Ricardo?

—Sí, anteayer.

—¿Con la hija de Ruiz?

—No, cuando ya estaba para casarse sorprendió en casa de su novia una factura de la modista de 8000 pesos y rompió con ella.

—¿Pues con quién se ha casado entonces?

—Con la modista.

ANTE EL ESPEJO

Un momento de conversación sobre cosas interesantes relacionadas con el cuidado del cabello, corto o largo.

LA mayor parte de las dolencias del cuero cabelludo y por lo tanto del cabello, su caída inesperada, su encanecimiento prematuro, la abundancia de caspa, etc., se deben a la presencia de alguna infección microbiana que se combate mediante una buena desinfección.

Para eso lo mejor que se conoce es un buen lavado con jabón de alquitrán y agua tibia. Una vez bien enjuagada y seca la cabellera se dá en el cuero cabelludo una fricción que dure algunos minutos con una solución de bicloruro de mercurio hecha con tres gramos de bicloruro, trescientos de alcohol rectificado y trescientos de glicerina.

Con el jabón de alquitrán y la frotación indicada, el cabello y el cuero cabelludo quedan enteramente libres de microbios infecciosos. La desaparición de la enfermedad no tarda en notarse.

Si después de ese lavado queda demasiado seco y quebradizo el cabello, se puede aplicar un poco de buen aceite para el pelo o de vaselina blanca.

* * * *

Según las personas que lo entienden, los productos que realmente favorecen el crecimiento del cabello son la tintura de cantáridas y el jaborandi así como la pilocarpina, su derivado.

Las preparaciones que contienen esos dos remedios son generalmente buenas.

La tintura de cantáridas al diez por ciento se emplea mezclándola con un linimento jabonoso compuesto de:

Tintura de jabón	50	gramos
Aceite de almendras dulces	5	"
Alcohol puro	45	"

A cuarenta gramos de ese linimento se agregan 10 gramos de la tintura de cantáridas. Con la mezcla se restriega bien el cuero cabelludo y se deja así unos diez minutos o un cuarto de hora; después se enjuaga con mucha agua.

La pilocarpina sirve para preparar una loción que se empleará a diario como otra loción cualquiera y se compone de:

Agua de Colonia	100	gramos
Glicerina	10	"
Tintura de cantáridas . . .	5	"
Nitrato de policarpina . .	25	"

El jaborandi se emplea también en forma de una loción que se prepara con:

Tintura de árnica	200	gramos
Extracto flúido de quinina.	200	"
Hojas secas de jaborandi .	100	"

Se deja macerar durante quince días en frasco tapado y sacudiéndolo todos los días. Después se filtra.

El doctor Bernier, famoso médico francés, indica como eficaz para curar la alopecia o calvicie, el uso de la siguiente loción:

Tintura de cantáridas . . .	10	gramos
Acido salicílico	1	"
Alcoholato de romero . . .	100	"

Se frota todas las noches el cuero cabelludo con un cepillo suave embebido en esa mezcla.

Goza de mucha fama como eficaz para curar la calvicie en hombres y mujeres la pomada del doctor Dupuytren, que se compone de lo siguiente:

Acetato de plomo . .	4	gramos	
Bálsamo del Perú . .	8	"	
Alcohol	30	"	
Tintura de canela . .	1	gramo	25
Tintura de clavo . .	0	"	25
Tintura de canela . .	0	"	75
Tuétano de vaca . .	125	gramos	
Pomada de rosas . . .	125	"	

Aceite de oliva en cantidad suficiente para que la pomada quede fácil de manejar y no demasiado dura.

Se da una frotación en el cuero cabelludo todas las noches.

* * * *

Se asegura que las mujeres cubanas conservan la cabellera en excelentes condiciones usando para humedecerse el cabello al peinarse, diariamente, una decocción de un puñado de cascarilla de cacao en un litro de agua. En el agua hirviendo se echa la cascarilla, se la deja dar un hervor y se retira del fuego. Se deja enfriar tapada y una vez fría se filtra por una tela fina.

Aseguran las cubanas que a quien usa este líquido asiduamente no se le cae el cabello.

Mam'zelle. NITOUCHE.

EL NEGRITO VA DE PESCA. -- Un lindo juguete de movimiento

CONSEJOS PARA ARMARLO. -- Primero se pega todo en cartón, se deja secar bien, se recorta y se hace la hendija y los agujeros marcados. Después se pega el punto a en B, como lo indica el dibujo chico. El 1 se une al 2 con un brochecito y moviendo la manija, el negrito pesca.

INTERESANTE NARRACION HISTORICA

LA MUJER MARIDO

Por WILLIAM BARTON

(Traducido del inglés para "Pucky")

Es este un episodio verídico y extraño acaecido en Inglaterra hace ya algún tiempo y que ha sido recrdado presentándolo, en forma de amena narración, por un autor cuya especialidad es escudriñar las cosas antiguas en busca de sucesos raros y curiosos.

ALLA por el año 1736, una muchacha llamada Mary East, bella, gentil y culta, fué cortejada por cierto joven de la vecindad. Requerida de amores por primera vez, ella amó a su cortejante con todas las fuerzas de su corazón soñador. El joven, deseando tal vez reunir suficientes fondos para el matrimonio, por más que esto no lo dice la historia, se lanzó, como otros muchos de su tiempo, a los caminos reales, al "caballeresco y noble arte de ¡la bolsa o la vida!". Pero las autoridades le echaron el guante, fué acusado, juzgado por robo y condenado a la exportación a Botany Bay.

De tal manera afectó esto a la heroína de esta verídica historia, que allí mismo hizo voto de castida, decidiéndose a no casarse nunca.

En aquella vecindad vivía otra joven que, como Mary, también había sido desgraciada en su amor. Siendo ambas amigas, conversaron de sus respectivas desgracias, y entre ellas nació una idea que poco a poco fué tomando cuerpo hasta convertirse en resolución; decidieron vivir unidas.

Después de pensar y cambiar ideas sobre el método que debían seguir, resolvieron hacer vida en común pasando una de ellas por el marido de la otra, vistiendo una ropas de hombre, y viviendo en un lugar apartado del país. La única dificultad residía en cuál de las dos había de ser el "hombre", cosa que se resolvió tirando una moneda a cara o cruz. La suerte favoreció a Mary East que tenía entonces diez y seis años, mientras su compañera contaba diez y siete.

Entre ambas dos poseían en total unas treinta libras esterlinas, suma con la cual Mary adquirió ropa masculina, asumiendo al mismo tiempo el nombre masculino de James How. Hecho esto, "marido y mujer" emprendieron el viaje que proyectaban.

En el curso de este viaje, quiso la suerte que llegaran a una casa que se hallaba desocupada en la ciudad de Epping. La alquilaron, viviendo en ella durante algún tiempo.

Sucedió en esta ciudad que un día James How tuvo un altercado con un joven vecino, el cual agredió al supuesto joven. Este se presentó lastimado bastante gravemente, a la justicia, la cual le concedió una indemnización de quinientas libras, que el agresor tuvo que pagar.

Poseedor el "matrimonio" de esta suma buscaron un lugar más apropiado para vivir, adquiriendo una hostería en Limehouse, Londres, donde vivieron durante largos años como marido y mujer, granjeándose la amistad y la estimación del vecindario.

De allí pasaron a la hostería del "Caballo Blanco", situada en Poplar, que compraron. Durante algunos años más vivieron en esa forma, trabajando las dos solas en su hostería.

Allá por el año 1750, una mujer de apellido Bentley, que vivía en Garlick Hill, reconoció en James How a Mary East, y esto parecióle un buen medio para ganar algún dinero. En consecuencia envió a pedir diez libras a James How, amenazando con denunciar que era una mujer si no las en-

viaba. James asustada, envió el dinero pedido.

Durante largo tiempo las cosas permanecieron en ese estado. James había vivido ya algún tiempo en Poplar, y era estimado por todos. Había ocupado varios cargos públicos en la parroquia, excepto el de polizonte, del cual fué exceptuado debido a una herida que sufrió en una mano, por el cual, había conseguido, años antes, la indemnización a que se ha hecho antes mención, y el de sacristán de la parroquia. Este último lo habría desempeñado al año siguiente, de no haber sido descubierta la falsedad en que vivía.

Esta Navidad del año 1765, la señora Bentley mandó pedir nuevamente diez libras y las obtuvo bajo la misma amenaza. Envalentonada por el éxito, a los quince días envió por una cantidad igual, la que, esta vez, James no tenía a mano. Sin embargo, aún cautelosa y temiendo ser descubierta, envióle cinco libras. Pocos días después, la supuesta esposa de James How murió, y la hopócrita señora Bentley penso burcar un medio que le permitiera obtener aún más fondos.

Con tal propósito, formó un plan en colaboración con dos amigotes poco escrupulosos.

Uno de ellos, que era un mulato, debía hacerse pagar por uno de los hombres del juez Fielding y el otro, que llevaría un palo grueso y corto, se haría pasar por "constable", o polizonte.

En tal carácter, pues, llegaron ambos al "Caballo Blanco", preguntando por el señor How, el que respondió. Anunciaron, entonces, que les enviaba el juez Fielding a detenerla por un robo cometido treinta y cuatro años antes, y, además, por que era mujer.

Atemorizada, por la ocultación que había hecho de su sexo, durante tantos años, pero consciente de su inocencia respecto a lo del robo, llamó a un conocido que pasaba, y que resultó ser el prestamista Williams. Le confió el propósito que traían aquellos dos hombres, añadiendno:

—Soy en realidad una mujer, señor Williams, pero no tengo culpablidad alguna en el robo de que me acusan.

Al escuchar tan sincera confesión, el prestamista se aseguró que no sería llevada a Fielding, sino que lo sería ante sus propios jueces. Que tenía necesidad de ir a su casa

UNA ESCENA EN OTOÑO

¡Cazado! ¡Y bien cazado!

Los dos pícaros insistieron en llevarla a la prisión, manifestando, sin embargo, que si les daba cien libras la dejarían en libertad y no sería ahorcada. ("La mujer-marido").

por un asunto urgente, pero que volvería en cinco minutos.

Partido que hubo el señor Williams, los dos pillastres amenazaron a la pobre mujer, pero al mismo tiempo le aseguraron que, de entregarles cien libras, no la molestarían para nada. De lo contrario, le aseguraron que sería ahorcada antes de quince días, y cada uno de ellos recibiría cuarenta libras por colgarla.

A despecho de todas estas amenazas, James How no quiso entregar las cien libras pedidas, esperando con impaciencia el retorno del señor Williams.

Pero ellos, al ver que nada conseguían, la arrancaron a viva fuerza de su morada, llevándola al campo, siempre amenazándola con lo mismo.

—¿No sería mejor, — repetían una y otra vez, — que nos dieras las cien libras en lugar de ser ahorcada?

Pero como ella continuara negándose, la obligaron a que los acompañara a Garlick Hill, a casa de la Bentley, alma de toda aquella trama. Allí la obligaron a que les entregara un pagaré firmado por ella contra el señor Williams y pagadero al cabo de pocos días, a favor de la Bentley. Obtenido esto, la dejaron en libertad.

Williams el prestamista volvió puntualmente al cabo de cinco minutos; y no hallándola, se fué a buscarla al estrado de la justicia; no hallándola tampoco allí, dirigióse a casa del juez sir John Fielding, con el mismo resultado. En vista de lo cual regresó a la hostería. Pocos momentos después, aparecía el supuesto James.

El secreto era ya del dominio público. El

lunes 14 de julio de 1766, se presentó en casa del prestamista Williams, la Bentley, para preguntarle si le abonaría un pagaré firmado por James How, que vencía el viernes siguiente.

Williams respondió que regresara el día del vencimiento y que entonces podría contestarle.

Mientras llegaba el viernes, enviaron un presentó a los estrados de la justicia, pidiendo consejo. Llegado el miércoles enviaron un polizonte a su casa.

La señora Bentley se presentó a cobrar acompañada del mulato. Ambos fueron arrestados y conducidos al estrado de justicia del "Angel" en Whitechapel, al cual concurrió también Williams, acompañado de James How, que ostentaba los vestidos de su sexo, reasumiendo de nuevo su nombre de Mary East.

La alteración de sus ropas, sus ademanes torpes, que en el curso de los años se habían masculinizado, dábale una apariencia de marimacho que causó no poco regocijo entre los asistentes.

En el curso del interrogatorio la señora Bentley negó haber enviado a pedir las cien libras.

Pero por otro lado, el mulato declaró que, de no haberle ofrecido ella una parte de esa suma, él no hubiese ido.

De manera, pues, que tanto se contradijeron los dos acusados que se puso de manifiesto toda su villanía.

La Bentley aseguró que las diez primeras libras las había recibido por que Mary East se las había enviado por voluntad propia.

Pero los jueces vieron bien claro todo el embrollo; se les rehusó la libertad bajo fianza, y se les envió a la prisión de Clerkenwell situada en Bridewell.

El compañero del mulato, cuando se presentaron en el "Caballo Blanco", no pudo ser habido por la justicia.

En última instancia, la Bentley y William Barwick, — que este era el nombre del mulato, — fueron hallados culpables de "chantage" y agresión contra la mujer-marido, y condenados a cuatro años de prisión, debiendo ser exhibidos al público cuatro veces, puestos en la picota.

Durante todo el tiempo que Mary East y su compañera vivieron juntas, — que fué treinta y cuatro años, — supieron ganarse el más alto respeto y aprecio de la sociedad en que vivieron; comerciando honradamente reunieron una pequeña fortuna que se calculaba entre 4.000 y 5.000 libras esterlinas, habiendo sido siempre muy puntuales en sus pagos y compromisos.

Es de notar que durante todo ese tiempo nunca ofrecieron ni asistieron a fiestas. Nunca tuvieron sirvientes.

El falso James How, en su hostería servía a las mesas y las bebidas y hacía ella sola todo el trabajo

WILLIAM BARTON

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

COSAS DE OTROS TIEMPOS

EL ROBO DE LA MONEDA

POR J. V. CAMACHO

Este relato policial, crónica de un delito cometido en viejos tiempos, presenta un cuadro muy curioso de las costumbres de otrora y de los procedimientos judiciales de la época de la conquista, en nuestra América.

I

ASI se llama comúnmente al famoso hobo que sufrió la Casa de Moneda de Lima por los años de 1747. Es un hecho tan curioso y raro en la historia de los robos célebres, que no dudamos sea bien recibida su narración por mis lectores.

El 22 de febreo del año mancionado, primer día de Carnaval, los empleados de la Real Casa de Moneda tomaron como de costumbre un coche, y se marcharon al Callao a pasar allí los tres días de huelga del Carnaval. Antes de su partida al puerto, habían dejado en la grande y pesada arca de roble de la tesorería cinco mil onzas de oro, acabadas de sellar con la imagen del rey y el famoso lema "in utroque felix" que con tanto donaire ponen los españoles en sus medallas .

Como el edificio tuviese una guardia fuerte de infantería que la ponía a cubierto de cualquier ataque, los empleados se fueron a su solaz y diversión con la ciega confianza que da la seguridad. El miércoles de ceniza cuando volvieron a sus diarias labores se encontraron quemada el arca real y sustraído el tesoro que contenía.

Júzguese cuál sería el espanto de aquellos pobres empleados, y cuál el asombro de los oficiales que habían montado la guardia el Carnaval.

Hubo arrestos, sumarios, vista ocular, etcétera, pero todo fué inútil. Se pasó la noticia a todos los plateros, joyeros y prestamistas, de la ley y peso del oro, y parte de liga que tenía, pero sin resultado alguno.

Dos años después se supo lo cierto por una notable casualidad, y he aquí cómo aconteció el suceso.

II

ERA costumbre admitida generalmente que todo el vecindario de gente pobre se surtiese de la fuente de agua, que aún corre en el patio de la Casa de Moneda; de manera que todas pasaban con su cantarilla, sin que la guardia opusiese el menor estorbo.

Frente a la casa y en una cochera que aún existe, y que todos podemos ver al pasar por ese establecimiento, vivía un pobre zapatero viejo, indio de origen, sin más muebles que su mesa coja, dos velas de sebo adheridas a esta, un tirapie, cuatro instrumentos de su oficio, una botella rota; y detrás de la colcha colgada a la pared por medio de una cuerda, un roñoso catre de tijera, poblado de antropófagos, como los bosques de la India.

Era el viejo Domingo, conocido personalmente de todos los oficiales de guardia, los cuales solían ir a su tenducho para hacerse lustrar las botas. Además el viejo zapatero tenía la sostumbre de llevar el agua a algunas casas del vecindario, por cuya razón entraba con más frecuencia a la Casa de Moneda, que los demás vecinos.

Supo el taita que se habían acuñado las cinco mil medallas, y a pesar de no ser muy fuerte en materias de cálculo, imaginó el buen cholo, que si Dios fuese servido de prolongar sus años por un siglo, no podía reunir ochenta y cinco mil pesos en ese tiempo, llevando agua a los vecinos y remendando los zapatos de la parroquia.

Después de haber formado este raciocinio, concluyó pensando que sería mejor llevarse

el oro de las arcas reales que al cabo más falta le hacía a él que a su majestad, y en consecuencia dispuso las cosas de manera que el martes de Carnaval ya estaba el dinero enterrado en la cochera a cinco pies de profundidad.

III

NO bien dejaron los empleados la Casa de Moneda, entró el taita Domingo con su cántara, llevando en ella oculto un afilado cuchillo de zapatero, y una larga cuerda con nudos de distancia en distancia.

Trepó al techo y rompiendo con su cuchillo un balaustre de la ventana teatina de la tesorería, ató su cuerda en otro, y se dejó descolgar bonitamente hasta tropezar con el arca que era para el cholo la caverna de Alí-Baba.

Pero así como el moro no tenía más que pronunciar las palabras "Abrete Sésamo" para descubrir su tesoro, así el cholo creyó más prudente aplicar el fuego al arca de roble, y dejar que este elemento destructor hiciese su oficio. Cuando vió que el arca empezaba á carbonizarse, trepó como un mono por su cuerda y salió muy espetado por la puerta conduciendo su cántara de agua al hombro.

Como la guardia vivía confiada en la seguridad de ledificio, y en que ningún individuo sospechoso entraba por sus puertas, ni siquiera notaba los frecuentes viajes del taita Domingo que ese día estaba muy ocupado en llevar agua a las casas, para que los buenos vecinos de Lima tuviesen el placer de mojarse:

El indio en cada uno de sus viajes bajaba a la tesorería, y se llevaba en su cántaro el número de onzas que podía cargar; de esta manera el marte sde Carnaval el arca de su majestad estaba completamente vacía.

IV

GRANDE fué como hemos dicho, la sensación que produjo en Lima este inusitado robo. Durante mucho tiempo fué el pasto de la crónica y muchísimos inocentes sufrieron por esa causa languideciendo en prisiones por la lentitud de los procedimientos judiciales, pues la justicia, a quien siempre pintan ciega, es coja además, como dijo un espiritual autor francés.

Al cabo de dos años, tiempo que el cholo creyó suficiente para que se olvidasen del robo, sacó una de sus barras y se dirigió a la calle de Hoyos, donde vivía en aquel tiempo un platero italiano, el más acaudalado de su profesión.

Apenas hubo sacada la barra que le ofrecía en venta, comprendió el avisado genovés que no era posible que tal tesoro fuese propio de su conductor, cuya traza probaba todo lo contrario. Comprendiendo que no podía venir la barra por línea recta al taita Domingo, empezó a interrogarlo con maña, probando el metal y examinándola con esmero.

El cholo procuró convencer al platero de que la barra había sido extraida de una mina que poseía en su tierra, diciendo otras veces que era producto de una huaca de sus antepasados. El platero que sin cesar de interrogar al cholo, seguía examinando con proligidad la barra, dió al fin por un rincón con la leyenda borrada a medias por la acción del fuego: "Hispaniarum et Index rex".

—¡Tate, tate! — eclamó el bachicha. — ¡Ya dió el niño con el trompo! ¡Tu eres el ladrón de la Casa Real de Moneda!

El pobre cholo no pudo resistir este golpe y cantó de plano. Aquí empezó el platero a hacerle protestas de todo género, agregándole que debía agradecer la felíz casualidad lo había llevado a su casa, pues a dar con otros plateros españoles ya podía recomendar su alma a Dios.

Díjole además que él tenía en casa los elementos necesarios para fundir el oro, y que desaparecería hasta la más remota sospecha de su origen.

El cholo se dejó prender en la red, y recibiendo doscientos cincuenta pesos a buena cuenta, fué trayendo día por día al platero todo su tesoro.

Regresando a su casa Domingo, empezó a darse buena vida y gastó en breve espacio sus doscientos cincuenta pesos; pero él se hacía la cuenta de que su riqueza era inagotable, pués allí estaba el platero que le había de dar la mitad del robo.

En efecto, a los pocos días fué de nuevo a la calle de Hoyos, en pos de la casa de su cómplice, y ello es cierto, que lo que es la casa y la calle allí estaban en su sitio, pero en cuanto al platero no dába señal de su persona.

Inquirió, busco y tomó datos Domingo en el vecindario y supo por lo pronto, del pulpero de la esquina, honrado y grasiento catalán, cómo "il signore" había liado sus balurdos y hechádose al mar a bordo de un navío que tres días antes había zarpado para Cádiz, agregando que el platero había asegurado a sus vecinos que los aires de Lima no le hecían maldito el provecho.

V

SI el pobre Domingo hubiese sido una dama del gran tono, se habría desmayado incontinente; pero como era un pobre cholo remendón, se echó a llorar renegando del bellaco del platero y de toda su casta; con el último real que le quedaba se echó al coleto una botella de lo puro y de allí en adelante se entregó a la embriaguez para olvidar las penas.

Acertó a pasar por aquel sitio, que era la Alameda de los Descalzos, una ronda que hacía el primer cuarto de la noche.

Al ver el cuerpo le tomaron por un cadaver, pero cuando el oficial hubo acercado la linterna se convenció de que era un simple devoto del jugo que dió en tierra con el mismo padre Noé.

—Que lleven a este borracho a la cárcel, —dijo a uno de los suyos y se dispuso a continuar el camino.

Domingo que despertó al sacudón de

aguacil, se encontró rodeado de fusiles cuando exclamó fuera de sí:

—¿Por qué me llevan, si yo no aproveché el robo de la moneda?

No echó el oficial en saco roto estas palabras, y quiso hacérselas repetir a Domingo, pero éste reconociendo su imprudencia, guardó silencio, sin embargo del cual fué puesto a buen recaudo esa noche, y a la mañana siguiente recibió el alcalde de la corte el parte en que se hacía mérito a las imprudentes palabras de Domingo.

Interrogado el cholo, se guardó muy bien de repetirlas, pero como nuestros abuelos se las gobernaban en materias de interrogatorios de un modo muy expeditivo, pusieron al cholo en el tormento, y el infeliz antes de dejarse descoyuntar por la rueda contó toda la historia que acabamos de referir.

A los pocos días el pobre Domingo se columpiaba en una horca frente al callejón de Plateros en el sitio en que hoy se vé una cruz tallada en la pared; en lo cual se gozó mucho un inmenso gentío que esistió a la ejecución del autor del robo, que tanto había dado que decir durante dos años.

Después se dieron a buscar al italiano, pero échale un galgo.

El bueno del platero hacía tiempo que vivía en Génova, haciendo a sus paisanos pinturas maravillosas de las riquezas de Lima, lo que dió margen al deseo que aún dura en esos honrados hijos de Andrea Doria, de ejercer en Lima sus vanas industrias.

El genovés se haría el cargo de que no en valde dice la gente popular: el que roba a otro ladrón tiene cien años de perdón.

Lima, Julio de 1860

JUAN V. CAMACHO.

Un amigo va a visitar a un médico, y en la conversación se habla de cierto colega cuyo charlatanismo es muy conocido.

—Se me ha asegurado, — decía el amigo, — que no era médico.

—¿Cómo? ¿No es médico? Pues él mata mucha gente.

Examen de zoología:

—¿Qué clase de animal es el mono?

—Un animal cuadrumano.

—Dígame usted alguna de sus especialidades.

—Que si fuese pianista podría tocar él solo piezas a cuatro manos

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$	0.20
„ atrasado	„	0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„	2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„	4.80
„ „ 1 año (52 „)	„	9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

Una serie de emocionantes escenas

LAS TINIEBLAS

Por LEONIDAS ANDREIEFF

(Traducción del ruso)

Tiene todos los atrevimientos propios de lo que escribe el autor, que no le tiene miedo a la verdad, esta notable producción del gran novelista ruso cuyo naturalismo, crudo a veces, tanto ha contribuido a hacer que se conozca y corija lo que él tan magistralmente describe.

I

HASTA entonces, había tenido suerte en todo lo que había hecho; pero aquellos últimos días le habían sido, más que desfavorables, hostiles. Como hombre cuya vida entera parecía un juego de azar muy peligroso, conocía bien a estos bruscos cambios de la fortuna, y sabía aceptarlos con calma: la puesta, en este juego, era la vida, su propia vida y la de los demás, y gracias a esto había aprendido a estar siempre alertar, a darse cuenta rápidamente de la situación y a calcular con sangre fría.

Esta vez tenía también que proceder con astucia. Un azar cualquiera, una de esas pequeñas casualidades que no se pueden preveer siempre, había puesto a la policía sobre su pista. Hacía dos días que él, terrorista y lanzador de bombas tan conocido se veía perseguido incensantemente por espías que le encerraban en un cerco estrecho y apretado. No podía hallar un asilo en los círculos donde se conspiraba, porque serían descubiertos por los espías. No podía andar más que por determinadas calles y avenidas; pero las cuarenta y ocho horas que llevaba sin dormir, constantemente en guardia le habían fatigado de tal modo que temía otro peligro: podía quedarse dormido en cualquier parte, sobre un banco, en una calle, hasta en un coche, y ser conducido a un puesto de policía de la manera más estúpida, como un simple borracho. Era martes. A los dos días, el jueves, tenía que realizar un acto terrorista muy importante. Todo el comité venía haciendo desde largo tiempo preparativos para el asesinato, y se le había conferido precisamente a él el "honor" de arrojar aquella última bomba. Así, pues, era preciso, costara lo que costara, no dejarse detener hasta aquel día.

En estas circunstancias, una noche de Octubre, en el cruce de dos calles, tomó la decisión de entrar en una casa de lenocinio. Hacía mucho tiempo que hubiera recurrido a este medio, — que, por otra parte, no era tampoco muy seguro, — pero le había faltado valor. A los veintiséis años era virgen aún, no conocía a las mujeres como tales y jamás había penetrado en un lupanar. En otros tiempos había tenido que sostener una larga y penosa lucha contra su carne, que se rebelaba; pero se había ido acostumbrando poco a poco a dominar sus deseos sexuales, y había aprendido a mirar a las mujeres con calma e indiferencia.

Ahora, puesto en la necesidad de tener estrecho contacto con una de esas mujeres que vende amor como una mercancía, quizá hasta en la de verla desnuda, presentía toda una serie de pequeños inconvenientes muy desagradables. En rigor, estaba dispuesto, si era absolutamente necesario, a aceptar el amor carnal de una prostituta que iba a encontrar en la casa de lenocinio; actualmente, cuando no sentía ya ningún deseo de poseer una mujer, y sobre todo la víspera de un acto tan grave y decisivo, su virginidad no tenía ya importancia, si él se la concedía. Pero aun así, era desagradable, como un pequeño detalle repugnante por el que había que pasar absolutamente. Una vez, durante un acto terrorista, al que había asistido como lanzador de bombas en reserva, vió un caballo, muerto por la explosión, con la grupa desgarrada y los intestinos al aire; y este pequeño detalle terrible y repugnante, y al mismo tiempo in-

útil e inevitable, le causó una impresión aun más penosa que la muerte de su camarada, al que la misma bomba mató allí. Y en tanto que pensaba serenamente, sin miedo alguno, hasta con alegría, en lo que de allí a dos día iba a suceder, y en que, muy probablemente, habría de morir, la noche que tenía que pasar con una prostituta, con una mujer que hace del amor una profesión le parecía absurda, estúpida, algo impropio y caótico.

Pero no había más remedio. Estaba ya tan extenuado que no se podía tener en pie.

II

Llegaba demasiado temprano, las diez de la noche; pero la gran sala blanca con sillas doradas y espejos a lo largo de las paredes, estaba ya dispuesta a recibir a los visitantes. Todas las luces estaban encendidas. La casa era de las de primera clase. Ante el piano, cuya tapa fué levantada, estaba sentado el músico, un joven muy correcto, vestido con una levita negra. Estaba fumando, poniendo gran atención en que la ceniza del cigarro no le cayera en la ropa, y hojeaba los cuadernos de música. En un rincón, cerca de un salón casi a obscuras, estaban sentadas, unas junto a otras, tres muchachas que hablaban en voz baja... Cuando entró, acompañado por la dueña de la casa, se levantaron dos de las muchachas; la tercera siguió sentada. Las dos primeras, que estaban muy descotadas, le miraron a los ojos con una mirada provocativa; la tercera, que llevaba un vestido negro muy ajustado al cuerpo, había vuelto la cabeza, y su perfil era sencillo y sereno, como si fuera una joven honrada sumida en sus reflexiones. Ella era, probablemente, la que estaba contando alguna cosa a las otras dos cuando él entró en la sala, y ahora seguía pensando en lo que acababa de contar. Y a ésta es a la que eligió, precisamente porque reflexionaba en silencio, porque no le miraba y porque era la única que parecía una mujer honrada. No había estado nunca en las casas de lenocinio, y no sabía que en todas estas casas, cuando están bien dirigidas, hay una o dos mujeres de ese género; van siempre vestidas de negro, como monjas o viudas jóvenes, sus rostros están pálidos y sin coloretes, severa la expresión; procuran dar a los hombres la impresión de la honradez. Pero cuando se van con los hombres a la alcoba y comienzan a beber, son como todas las demás mujeres de su especie, y a veces peores; promueven escándalos frecuentemente, rompen la vajilla, danzan en cueros y así, desnudas completamente, se muestran a veces en el salón; otras veces, llegan aun a pegar a los huéspedes demasiado impertinentes. Estas son, precisamente, las mujeres de que se enamoran los estudiantes borrachos que empiezan a predicarlas una nueva vida de honradez.

Pero él no lo sabía. Cuando ella se levantó, con un aire disgustado y severo; cuando le miró con los ojos pintados de negro, mostrándole un rostro pálido y mate, se dijo: "¡Si todo su aspecto es honrado!". Este pensamiento le consoló. Pero habituado, gracias a la duplicidad de su vida, a ocultar sus verdaderos sentimientos, como si fuera un actor en el escenario de un teatro, saludó como un experimentado hombre de mundo, castañeando los dedos y dijo a la muchacha con el tono de quien está habituado de antiguo a las mancebías:

—¡Vamos a ver, chatita mía! Llévame a tu cuarto. ¿Dónde está tu nido?

Ella manifestó su extrañeza frunciendo las cejas.

—¿Ya?

El enrojeció, y enseñado sus hermosos y fuertes dientes, respondió:

—¡Pues naturalmente! ¿A qué perder un tiempo preciosos?

—Va a haber música. Vamos a bailar.

—Sí; pero... ¿qué es eso de los bailes, mi niña? Una diversión estúpida; la caza de su propia cola... En cuanto a la música, la oiremos desde tu cuarto.

Ella le miró y sonrió.

—¡Ya, ya! No será mucho lo que oigamos de allí.

Le empezaba a gustar. Tenía una ancha cara rasurada, de pómulos salientes; sus mejillas y su labio superior tenían un color ligeramente azulado, como en todos los morenos recién afeitados.

Sus ojos, negros, eran bellos, si bien había algo de inmóvil en su mirada, y se revolvían pesada y lentamente en sus órbitas como si tuvieran que recorrer cada vez una distancia muy larga. A pesar de estar todo afeitado y ser desenvueltos sus ademanes, no parecía un actor, sino más bien un extrajero rusificado, o quizá un inglés.

—¿No eres alemán? — preguntó la muchacha.

—Un poco. Acaso inglés. ¿Es que te gustan los ingleses?

—¡Pero si hablas el ruso perfectamente! No se diría que eras extranjero.

Entonces recordó que tenía un pasaporte inglés y que en aquellos últimos días había estado procurando hablar un ruso chapurrado, para que se le tuviera por un extranjero; esta vez se distrajo, y hablaba un ruso correcto. Esto le hizo enrojecer. Sombrío, descontento de sí mismo, cansado ya de aquella nueva comedia, cogió a la joven por el brazo.

—Soy ruso, ruso. Y bien; ¿dónde está tu cuarto? ¿Es por aquí?

En aquel gran espejo, que llegaba hasta el suelo, se reflejaban claramente las dos imágines a cierta distancia: ella, vestida de negro, muy pálida y muy linda, y él, alto de anchas espaldas, igualmente vestido de negro e igualmente pálido. A la luz de la araña eléctrica aparecían especialmente pálidos, su frente abombada y sus pómulos salientes; en el sitio de los ojos, tanto de él como de ella, no se veía en el espejo sino dos agujeros misteriosos, pero bellos. Y ambos parecían tan poco banales entre aquellas paredes blancas, dentro del amplio marco dorado del espejo, que el se detuvo un instante, sorprendido, y pensó que semejaban dos novios. Estaba tan abrumado

por el insomnio, que sus pensamientos eran desordenados, a veces estúpidos; pasado un minuto, al mirar en el espejo aquella pareja negra, severa, diríase que más bien parecían personas que acompañan un ataúd. Las dos comparaciones le fueron desagradables.

Parecía como si la muchacha experimentara el mismo sentimiento: también miró con extrañeza, en el espejo, su propia figura y la de su compañero. Cerró a medias los ojos; pero el espejo no recogió el movimiento, y continuó reflejando impasible sus contornos negros e inmóviles. Esto recordó probablemente alguna cosa a la muchacha; sonrió y apretó ligeramente el brazo de su compañero.

—¡Vaya una pareja! — dijo pensativa, haciendo más visible sus grandes párpados negros.

Pero él no respondió, y con paso decidido echó a andar, llevando consigo a la muchacha, cuyos altos tacones franceses golpeaban el suelo. Como en todas estas casas, había un pasillo, a lo largo del cual se veían pequeños cuartos obscuros, con las puertas abiertas. Sobre una de estas puertas vió una inscripción: "Luba", nombre de la mujer. Entraron.

—Oye, Luba, — dijo él, mirando en su redor y frotándose las manos, según su costumbre, como si se las lavara con agua fría. — Necesitamos vino y... ¿qué más es lo que hay? ¿Fruta, quizás?

—La fruta es cara aquí.

—Eso no importa. Y el vino, ¿es que no lo bebe usted?

Esta vez, por olvido no la tuteó. Se dió cuenta de ello en seguida, pero no quiso corregir el error; en la forma con que ella le había apretado últimamente el brazo con su codo había algo que le impedía tutearla, decirle sandeces y representar la comedia. También ella sintió algo semejante. Después de mirarle fijamente, dijo, con un tono indeciso:

—Sí, bebo vino. Espere usted; voy a pedirlo. En cuanto a la fruta, diré que no traigan más que dos manzanas y dos peras. ¿Tendrá usted bastante?

Le trataba también de usted; pero en la manera de pronunciar aquel "usted" había algo de confuso, una ligera vacilación. El no puso atención en ello; y una vez solo, comenzó a examinar rápidamente la habitación. Primeramente es cercioró de que la puerta cerraba bien, y quedó satisfecho: la puerta se cerraba con llave. Luego se acercó a la ventana, la abrió y miró hacia afuera: estaba demasiado alta, en un tercer piso, y daba al patio. Hizo una mueca de descontento. Después dió vuelta a las dos llaves de luz eléctrica: cuando una luz, que estaba en el techo, se apagaba, la otra, colocada cerca de la cama, se encendía como en los hoteles "comm'il faut".

¡Pero en cuanto al lecho!...

Alzó los hombros y puso cara de risa, pero no rió; no fué más que un juego de músculos familiar a todas las personas habituadas a esconder algo, cuando se quedan solas.

¡Ah, aquel lecho!...

Le examinó por todos los lados, palpó la espesa manta, y, de pronto, acometido de un repentino deseo de hacer locuras, comenzó a hacer gestos de sorpresa, con los ojos y con los labios. Pero un instante después, volvió a ponerse serio, se sentó, y fatigado, esperó la vuelta de Luba. Intentó pensar en lo que le esperaba detro de dos días, en aquella estancia suya dentro de una casa de lenocinio... pero los pensamientos no le obedecían. Le encrespaban y se peleaban. Era el sueño, contenido cuarenta y ocho horas que se empezaba a rebelar: allá, en la calle el sueño se estuvo tranquilo; ahora se enfurecía, atormentaba brazos y piernas, martirizaba todo el cuerpo. El joven comenzó a bostezar hasta saltársele las lágrimas. Para espantar el sueño, tomó su browning, tres paquetes de balas, sopló el cañón del revólver... todo se hallaba en buen estado. Y bostezó de nuevo.

Cuando trajeron el vino y la fruta, y cuando, finalmente, llegó la Luba, él cerró la puerta y dijo:

—Bien, Luba; beba usted, se lo ruego.

—¿Y usted? — preguntó ésta extrañada, y mirándolo de reojo.

—Beberé después. Mire usted, he estado corriéndola dos noches seguidas y no he dormido ni un minuto. Y así es que ahora...

Bostezó terriblemente.

—¿Entonces? — preguntó ella.

—Entonces... yo quisiera dormir un poco. Nada más que una horita... Pasará en seguida. Beba usted, se lo ruego; no se preocupe.... Y cómase esa fruta. ¿Por qué toma usted tan poco?

—Si usted lo permite me podría volver al salón — dijo ella. — Van a tocar el piano ahora...

Esto no le convenía nada. Allí, en el salón, se hablaría de aquel visitante extraño que no había ido allí más que a dormir... Se sospecharía... No; eso era peligroso. Y conteniendo a duras penas sus bostezos, dijo en tono serio:

—No, Luba; le suplico que se quede conmigo. Mire usted, no me gusta quedarme solo en el domitorio... Es un capricho; pero... Se lo ruego a usted...

—Sí, sí... Desde el momento que usted ha pagado...

—No es eso, — él enrojeció nuevamente. —No se trata del dinero que he pagado... Si usted quiere, puede muy bien acostarse también. Le dejaré sitio. Pero si le da lo mismo, acuéstese del lado de la pared; ¿tiene usted algo que oponer?

—No; pero... no tengo ninguna gana de dormir. Me quedaré sentada.

—Puede usted leer algo.

—Aquí no hay libros.

—Quiere usted el periódico de hoy? Yo lo tengo... Aquí está. Trae algunas cosas interesantes.

—Gracias, no lo quiero.

—Como uted guste. En cuanto a mí, con su permiso...

Cerró la puerta con dos vueltas y se metió la llave en el bolsillo. No se fijó en la mirada llena de extrañeza, con que la jóven seguía todos sus movimientos. Aquella conversación cortés, tán fuera de lugar en aquel

sitio miserable, donde hasta la atmósfera estaba impregnada de vapores de alcohol y de blasfemias, le parecía muy simple, natural y convincente. Siempre con la misma cortesía, como si se encontrara con una señorita en una canoa, preguntó:

—¿Permite usted que me quite la levita?

—Quítesela usted. Puesto que ha...

Pero no terminó lo que iba a decir.

—¿Y el chaleco? — preguntó él. — Me aprieta un poco...

Esta no respondió y, sin que él la viera, se encogió de hombros.

—Aquí está mi cartera. Hoy dinero en ella. Tenga la bondad de guardármela.

—Hubiera sido mejor dejarla en el despacho. Todo el mundo hace eso aquí.

—¡Oh no vale la pena! — protestó. Y encontrándose con la mirada de asombro de Luba, añadió confuso: — La comprendo a usted, pero dejemos eso.

—¿Sabe usted, al menos, qué dinero hay dentro? Hay señores que no lo saben y después son los líos...

—Lo sé; pero, verdaderamente, no vale la pena...

Se acostó, dejando un sitio libre del lado de la pared. El sueño encantado le acarició en la mejilla, sonriéndole, con su pata de terciopelo, le besó dulcemente, le cosquilleó en las rodillas y posó la cabeza sobre su pecho. Tuvo una sonrisa de felicidad.

—¿De qué se ríe usted? — preguntó la muchacha, sonriéndose también, contrariada.

—De nada. Estoy contento. Son muy suaves sus almohadas. Ahora podemos hablar un poco. ¿Por qué no bebe usted?

—Yo también quisiera desnudarme algo. ¿Me lo permite usted? Tendré que estar muchísimo tiempo sentada.

Había en su voz notas burlonas.

—Se lo ruego a usted, — se apresuró a responder él.

Miró ella sus ojos, llenos de confianza, y añadió más seriamente:

—Mire usted, el corsé me aprieta demasiado. Casi me martiriza.

—Sí, ya comprendo. No tiene más que quitárselo.

Volvió la cabeza y enrojeció de nuevo. El largo insomnio había embrollado demasiado sus ideas; por otra parte, a pesar de sus veintiseis años, era de tal modo ingenuo, que este diálogo tan chusco en una casa donde todo está permitido y donde no hay costumbre de ofenderse, le parecía muy natural.

—¿No es usted escritor? — preguntó ella, desnudándose.

—¿Yo? No. ¿Por qué me lo pregunta usted? ¿Es que le gustan los escritores?

—No, no los quiero.

—¿Y por qué? No son malas personas, — dijo él, bostezando largamente.

—¿Cómo se llama usted?

Reflexionó un momento y dijo:

—Llámeme usted Juan... No, Pedro.

—¿Quién es usted? ¿Que hace usted? — continuó ella.

Le interrogaba dulcemente, pero con insistencia, como si le arropara con sus preguntas. Pero, dominado por el sueño, no la oyó. En su cerebro, que se apagaba, se iluminó por un solo instante el cuadro de todo lo que había vivido durante aquellos días y aquellas noches de persecuciones policíacas, los hombres y las cosas, el tiempo y el espacio, la luz y las tinieblas. Y de repente, todo ello quedó envuelto en una nube espesa, cayó en un abismo y perdió sus colores. Como un relámpago se dibujó en su imaginación la vasta sala de un museo, sumida en una tranquilidad absoluta y debilmente alumbrada, donde pasó el día anterior dos horas, ocultándose de los espías. Y soñó que estaba sentado en un canapé de terciopelo muy confortable y miraba un gran cuadro negro. Era tan dulce mirar aquel cuadro antiguo, sobre el que reposaban los ojos; evocaba pensamientos tan agradables, que el hombre, casi completamente dormido, tuvo una sonrisa de felicidad.

En este momento se oyó la música, que tocaban en la sala. Millares de sonidos, breves y dulces, llenaron el aire. "Ahora ya me puedo dormir", se dijo. Y un instante después el sueño, le abrazó con fuerza y le arrebató a regiones desconocidas.

Una hora, dos horas pasaron. Dormía siempre, en la misma posición en que se había colocado al acostarse. Tenía la mano derecha en el bolsillo, donde había metido la llave y el revolver. La muchacha, desnudos los brazos y el cuello, estaba sentada frente a él. Fumaba lentamente, bebía cognac y le miraba. A veces para mirar, alargaba su cuello, y entonces se dibujaban dos pequeños pliegues en la comisura de sus finos labios. Se había él olvidado de apagar la lámpara eléctrica suspendida en el techo, y a su luz tenía un aspecto algo fantástico: ni joven ni viejo, ni guapo ni feo, desconocido, lleno de misterio; sus mejillas, su nariz, semejaban a las de un pájaro; su respiración fuerte y metódica... Todo el él era misterioso y desconocido para Luba. Sus cabellos negros eran cortados al rapé, como los de los soldados; bajo la sien izquierda, muy cerca del ojo, se veía una pequeña cicatríz. No llevaba cruz en el cuello.

En la sala, la música, tan pronto se extinguía como llenaba de nuevo toda la casa de sonidos caprichosos. A veces se oían gentes que cantaban y que danzaban. Luba permaneció siempre inmóvil, fumaba cigarrillos y examinaba al hombre. Con mucha atención, alargando el cuello miró su mano izquierda, posada sobre el pecho: era ancha, de dedos fuertes. Le pareció a Luba que esta mano pesaba demasiado sobre el pecho, y dulcemente, para no despertarle, se la quitó de donde estaba, y se la puso a lo largo del cuerpo. Luego se levantó bruscamente, apagó la lámpara eléctrica de arriba y encendió la de abajo, cubierta por una pequeña pantalla roja.

El no se movió. Los tonos rosas de la lámpara iluminaron su faz inmóvil, y tan misteriosa para Luba. Esta volvió la cabeza, y abrazó las rodillas con sus brazos ro-

sados y alzó los ojos al techo. Permaneció así mucho tiempo, con el cigarrillo apagado en la boca

III

Algo inesperado y grave había pasado mientras dormía. Lo comprendió inmediatamente, anque no se había despertado por completo aún, al oír una voz desconocida y bronca; lo comprendió por ese olfato agudizado que siente el peligro, y que era como un sexto sentido en él y sus camaradas.

Se sentó en el lecho rápidamente, y escrutando la semioscuridad rosa de la habitación, su mano apretó el revolver en el bolsillo. Al ver a Luba, sentada en la misma posición, con sus hombros rosado y su pecho descubierto, y con sus ojos misteriosos e inmóviles, se dijo: "¡Me ha traicionado!" Después, habiéndola mirado más fijamente, lanzó un suspiro y rectificó: ¡No, no me ha traicionado aún; pero me traicionará"!

¡Estaba perdido!

Y dirigiéndose a la muchacha le preguntó brevemente:

—¿Y bien? ¿Qué?

Pero ella no respondió. Sonrió triunfante, y sus ojos se fijaron en él con malignidad y siguió guardando silencio; se diría de que estaba seguro que era ya suyo, que no se la escaparía y sin apresurarse, quería gozar de su poder.

—Y bien; ¿qué es lo que díces? — preguntó él otra vez frunciendo las cejas.

—¿Yo? Lo que te digo es que ya es hora de que te levantes. ¡Basta ya! No hay que abusar. Esto no es un asilo de noche, querido.

—Enciende la otra lámpara, — ordenó él.

—No quiero.

La encendió él mismo. A esta nueva luz los ojos negros de Luba, extremadamente malvados , su boca contraída de odio, sus brazos desnudos. Parecía ahora amenazadora, decidida a algo muy malo, decidida a una mala acción. El se estremeció. Había ahora algo repugnante en aquella prostituta.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Estás borracha? — preguntó con tono serio y lleno de inquietud.

Quiso coger su cuello postizo; pero ella se le adelantó y se apoderó del cuello y, sin mirar, lo tiró detrás de la cómoda.

—¡No lo tendrás!

—¿Qués es eso? — gritó él con voz ahogada; y cogiendo el brazo de la muchacha, le apretó como con un círculo de hierro. Los dedos de Luba se crisparon.

—¡Déjame! ¡Me haces daño! — protestó.

Apretó menos fuertemente pero sin soltar el brazo.

—¡Ten cuidado! — la dijo con tono amenazador.

¿—Qué? ¿Me vas a matar, querido? ¿Sí? ¿Qué es lo que tienes en el bolsilo? ¿Un revólver? Pues bien; puedes disparar. Quisiera verlo... ¡Sí que se necesitaría cuajo!; Viene a casa de un mujer, y se duerme como un animal! ¿Está permitido? "¡Tú puedes beber — va y me dice, — yo, voy a dormir!". ¡Ah, eso no, qué diablos! Se corta el pelo, se afeita y se cree que no le van a reconocer. ¡No, querido! ¡Tenemos policía! ¿Quiéres, rico mío, que te eche la mano la policía?....

Tuvo una risa alegre y triunfal. El vió, con terror, la malvada alegría que hizo presa en ella, una alegría salvaje dispuesta a todo. Se diría que aquella mujer se había vuelto loca. La idea de que todo estaba perdido, y de una manera tan estúpida, que habría quizá que cometer aquel asesinato cruel, insesato e inútil, y perecer, a pesar de ello, le llenó de horror. Pálido como la nieve, pero dominándose, decidido ya, miró a la mujer, siguió todos sus movimientos y reflexionó.

—Y bien; ¿no díces nada? — insistió ella burlándose. — ¿Te ha cortado la palabra el miedo?

Podría apretar aquel cuello de serpiente y estrangularlo allí mismo. Ni siquiera tendría tiempo de gritar. No sentía ninguna piedad por aquella muchacha, que, retenida por su presión, volvía la cabeza como una serpiente a la que se estrangula. Sí; sería fácil acabar así con ella. Pero ¿y después?

—Luba, ¿sabes quien soy yo?

—Sí que lo sé. Eres un revolucionario. Eso es lo que tú eres.

Pronunció estas palabras con firmeza solemne, escaldando cada palabra.

—¿Cómo lo sabes tú?

Se sonrió burlonamente.

—No estamos en una selva. Sabemos algunas cosas...

—Pero, admitamos que eso es verdad...

—¡Y tanto que es verdad! ¡Suéltame la mano! ¡Vosotros no sois capaces más que de martirizar a mujeres! ¡Déjame!

Le soltó la mano y se sentó contemplándola con una mirada insistente y pensativa. Su rostro estaba contraído; pero conservaba su expresión serena, un poco triste. Y así, con aquella expresión de tristeza, ella vió de nuevo en él algo misterioso, lleno de sorpresas.

—¿Qué es lo que miras en mí? ¡Tú no has visto nunca una mujer! — gritó groseramente, y añadió de una manera inesperada para ella misma, un juramento cínico.

El se sorprendió, pero siguió con los ojos fijos en ella, y empezó a hablar con calma, con una voz sorda, como si estuviera muy lejos:

—¡Escúchame, Luba! Naturalmente, tú puedes perderme, como podría hacerlo cualquiera en esta casa, y aun cualquiera que pasara por la calle. Bastaría dar un grito para que docenas centenares de hombres corrieran inmediatamente a detenerme, y quizá a matarme. ¿Y por qué? Nada más que porque no he hecho daño nunca a nadie, porque he consagrado toda mi vida al bien de los demás. ¿Comprendes tú lo que quiero decir "consagrar uno toda la vida"?

—No, no lo comprendo, — respondió con firmeza la muchacha; pero le escuchaba muy atentamente.

—Los unos, — continuó él, — lo hacen

por bestialidad; los otros, por maldad. Porque los malvados no quieren a las personas de buen corazón.

—¿Y por qué quererlas?

—No creas que me vanaglorio, Luba. Reflexiona un poco; eso ha sido mi vida, toda mi vida. Desde la edad de catorce años se me ha arastrado por las cárceles. Se me ha expulsado de los colegios; mis padres me echaron de casa. Una vez se me quiso fusilar, y me salvé por milagro. Y así toda mi vida... siempre para los demás; nada para mí mismo. ¡Nada!

—Pero ¿por qué eres tan bueno? — preguntó la muchacha con un tono irónico.

Pero él, sin comprender la ironía, respondió seriamente:

—No sé. Probablemente es que he nacido así.

—Pues bien, yo he nacido mala. Y, sin embargo, los dos hemos venido al mundo de la misma manera, con la cabeza para adelante. ¿Qué tienes que decir a eso?

Sumido en sus reflexiones él no prestó atención a aquellas palabras. Examinado el fondo de su alma, todo su pasado, que veía ahora con tanta claridad, en toda su simplicidad y en todo su heroísmo, continuó:

—Ya ves, tengo veintiséis años, mis cabellos empiezan a encanecer, y, sin embargo, hasta aquí...

Buscaba palabras; pero acabó su pensamiento con firmeza, aun con orgullo:

—Hasta aquí no he conocido mujeres. Pero que en absoluto, ¿entiendes? Tú, tú eres la primera mujer que he visto de esa manera. Y para decirte la verdad, me da un poco de vergüenza mirar tus brazos desnudos...

La música llenó de nuevo toda la casa y el suelo temblaba bajo los pies de los que danzaban. En el salón, alguien, probablemente borracho, gritaba muy fuerte, como si condujera un tropel de caballos furiosos. Pero en el cuarto de Luba reinaba un silencio melancólico; en la nebulosidad rosácea se percibían pequeñas volutas de humo de cigarrillo.

—Y bien, Luba, esa es mi vida.

Permaneció silencioso, con los ojos bajos, como si pensara en su vida, tan pura, tan dolorosamente bella.

Ella guardaba también silencio. Después se levantó y cubrió sus hombros desnudos con una toquilla. Pero, al encontrarse con la mirada extraña y agradecida de él, se quitó la toquilla con una sonrisa maligna, de suerte que ahora se veía uno de sus pechos, opaco, de un rosa tierno.

El volvió la cabeza y alzó ligeramente los hombros.

—Bebe coñac, — dijo ella. — ¡Basta de comedia!

—No bebo jamás.

—¿Jamás? ¡Anda! Pues yo sí bebo.

Tuvo de nuevo una sonrisa malvada.

—¿Tienes cigarrillos? — le preguntó. — Dame uno.

—No son buenos.

—Me es igual.

Cuando le dió el cigarrillo, notó con gozo que Luba había subido su camisa más arriba; esto le inspiró confianza y la esperanza de que todo se areglaría. El mismo sacó un cigarrillo y lo encendió. Pero fumaba muy mal, sin tragar el humo, y tenía el cigarrillo como una mujer, entre los dedos extendidos.

—¡Ni siquera sabes fumar! — dijo la muchacha encolerizada.

Y arrancándole el cigarrillo, lo tiró al suelo.

—¿Empiezas a enfadarte otra vez?

—Sí, estoy enfadada.

—Pero, ¿por qué? Piensa, Luba, que hacía cuarenta y ocho horas que no dormía, y no hacía más que correr a través de las calles como una fiera acosada. ¿De qué te serviría tfraicionarme? Me detendrían; pero no creo que eso te hiciera ningún bien. Además, yo vendería cara mi vida.

Calló.

—¿Vas a disparar? — preguntó ella después de una corta pausa.

—Sí, voy a disparar.

La música ha cesado; pero del lado del salón se sigue oyendo gritar al borracho; se diría que alguien le tapaba la boca con la mano y los gritos salían ahogados y más inquietantes aún.

En el cuerto de Luba se percibía un olor de perfumes y de jabon de tocador; este olor era espeso, húmedo e impuro. Sobre una de las paredes había colgadas, en desórden, faldas y blusas. Todo esto le parecía repugnante, y pensaba con tristeza que esto era la vida y que había gentes que vivían entre esas cosas años y años.

Miró con disgusto a su alrededor y dijo a Luba melancólicamente:

—¡Como es todo entre nosotros en esta casa!...

—¿Y qué quieres decir con eso?

Pero él estaba lleno de compasión hacia aquella muchacha que permanecía en pie ante él, y no acabó su pensamiento.

—¡Pobre Luba! — dijo simplemente.

—Pero, ¿qué? ¡Vamos!

—Dame tu mano.

Y subrayando con su actitud que era para él un ser humano y no una mujer que se vende, tomó su mano y apoyó respetuosamente sus labios en ella.

—¿Pero es a mí a quien besas la mano?

—Sí, Luba, a tí.

Y muy dulcemente, como si le diera las gracias, la muchacha dijo:

—¡Vete de aquí! ¡Vete, idiota!

Al principio él no comprendió.

—¿Qué?

—¡Que te vayas te digo!

Y silenciosa, con paso decidido, atravesó la habitación, recogió del rincón el cuello postizo blanco y se lo tiró, con una mueca de disgusto, como si fuera una rodilla sucia y repugnante. Entonces él, también silencioso, con aire altanero, sin dignarse siquiera mirarla, comenzó a ponerse lentamente el cuello. Pero en este momento, Luba lanzó un grito penetrante y le golpeó con toda su fuerza en la afeitada mejilla. El cuello postizo cayó por tierra; el hombre se tambaleó, pero siguió en pie. Terriblemente pálido, casi azul, pero siempre silencioso y altane-

ro, fijó en Luba sus densas miradas inmóviles. Toda anhelante, Luba le miró, llena de horror.

—Y bien, ¿qué? — gritó desesperadamente.

Él callaba siempre. Entonces, enloquecida por su pasividad altanera, presa del terror, no comprendiendo ya nada, como si se encontrara ante un muro de piedra, le cogió por los hombros, le sacudió y le hizo sentarse sobre la cama. Inclinándose hasta poner su cara junto a la de él y mirándole a los ojos, gritó:

—Pero, ¿por qué te callas? ¿Qué es lo que haces de mí? ¡Cobarde, cobarde! Eres un cobarde. Me besa la mano... ¡Has venido aquí para burlarte de mí, para hacer alarde de tu bondad, de tu noble corazón! ¡Dime qué es lo que vas a hacer de mí! ¡Oh, que desgraciada soy!

Le sacudía los hombros, y sus finos dedos, abriéndose y cerrándose como las uñas de un gato, le arañaban el cuerpo, a través de la camisa.

—¡No has conocido nunca mujeres, cobarde!... ¡Y te atreves a decírmelo a mí, que he poseído a todos los hombres, a todos!... ¿Y no te da vergüenza humillar a una pobre mujer?... Te vanaglorias de que la policía no te cogerá vivo; pero yo, yo, estoy ya como muerta. Y, sin embargo, te voy a escupir a la cara. ¡Toma, cobarde! ¡Y ahora, vete!...

No pudiendo contener más su cólera, la arrojó lejos de sí. Cayó, golpeándose la cazeba contra la pared. El no razonaba ya no sabía ya lo que hacía; en aquel mismo instante sacó su revolver. Luba no vió ni aquel rostro furioso que había manchado con su saliva, ni el revólver negro. Tapándose los ojos con las manos, como si los quisiera hundir en las profundidades del cráneo, avanzó hacia el lecho, se echó en él, con el rostro hacia abajo, y se puso a sollozar.

Todo le desconcertó completamente. No sabía ya qué hacer. Aquello era estúpido, imprevisto, caótico. Encogiéndose de hombros, volvió a guardar en el bolsillo el revólver inútil y empezó a recorrer el cuarto a grandes pasos. Dió varias vueltas, Luba seguía llorando. De pronto se detuvo ante ella, con las manos en los bolsillos, y la miró. Ella lloraba frenéticamente, desesperadamente, con sollozos en que había unos sufrimientos inhumanos, como se llora una vida perdida o bien algo más importante que la vida. Todo su cuerpo tenía pequeños estremecimientos, como si a quemara lentamente.

La música empezó a oírse de nuevo. Se oía el ruido de los que danzaban y el sonar de las espuelas. Probablemente había oficiales en el salón.

No había oído jamás sollozos tan desesperados. Sacó las manos de los bolsillos y le dijo dulcemente:

—¡Luba!

Ella seguía llorando.

—¡Luba! ¿Por qué lloras?

Ella respondió algo, pero tan bajo, que no lo entendió. Se sentó a su lado, en el lecho, inclinó su cabeza de cabellos rapados hacia ella y le puso su mano sobre los hombros. Los sollozos seguían estremeciendo el cuerpo de Luba, y el hombre era presa de un temblor nervioso.

—No te oigo, Luba. Más alto.

Ella habló de nuevo, con una voz anegada en lágrimas, sorda, como muy lejana:

—No te vayas aún... Están allí los oficiales... Pueden detenerte... ¡Dios mío, Dios mío!

En el mismo instante, sobresaltada, se sentó juntando dolorosamente las manos, mirando ante sí con sus grandes ojos, desmesuradamente abiertos. Era una mirada terrible. No duró más que un segundo. Después, se volvió a echar sobre la cama y se puso a llorar de nuevo. Allá, en el salón, seguía oyéndose el ruido de las espuelas y las notas agudas del piano, que, agitado o espantado, golpeaba furiosamente el músico.

—¡Toma un poco de agua, Luba mía! Te lo ruego... eso te hará bien... — balbuceó, inclinado sobre ella.

La oreja de la mujer estaba cubierta por los cabellos y temió que no le pudiera oír; dulcemente separó de la oreja los cabellos, negros, con huellas de los "papillots", poniéndolos a un lado.

—Un poco de agua, te lo ruego...

—No, no quiero... No vale la pena... Ya pasará...

En efecto, se tranquilizó un poco. Tras un último sollozo, profundo y sordo, su cuerpo quedó inmóvil. El la acarició dulcemente, desde el cuello hasta la puntillas de la camisa.

—Estás mejor, ¿no es verdad, Luba, niña mía?...

Ella no respondió, lanzó un largo suspiro y, volviéndose hacia él, le envolvió en una mirada rápida. Después se sentó a su lado, le miró otra vez, y con sus largos cabellos le enjugó el rostro y los ojos. Dando un nuevo suspiro, en un movimiento simple y dulce, puso la cabeza sobre su hombre; él, con un movimiento simple también, la besó la estrechó contra su pecho. No le parecía una cosa extraña que sus dedos tocaran el hombro desnudo de la mujer.

Permanecieron largo tiempo de este modo, guardando silencio y mirando de frente.

De pronto se oyeron voces y pasos en el corredor. Las espuelas resonaban suavemente sobre el suelo. Todos estos ruidos se detuvieron ante la puerta de la habitación donde se hallaban él y Luba. El se levantó rápidamente. Alguien llamaba ya a la puerta; primero, con los dedos; después, con el puño. Una voz femenina dijo bordamente:

—¡Luba, abre la puerta!

IV

El miró y escuchó.

—Dame tu pañuelo. — le dijo ella, deteniéndole la mano, sin mirarle.

Se enjugó el rostro, se sonó ruidosamente, le tiró el pañuelo sobre las rodillas, y se dirigió hacia la puerta.

El seguía mirando y escuchando. Luba apagó la luz y la habitación quedó sumida en las tinieblas.

—Y bien, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué queréis? — preguntó Luba sin abrir la puerta, con una voz un poco airada, pero serena.

La respondieron a la vez varias voces femeninas; pero se callaron de pronto, como cortadas y se oyó una voz de hombre, respetuosa, pero insistente.

—¡No, no iré! — declaró Luba decididamente.

De nuevo resonaron las voces femeninas, y de nuevo, cortándolas como las tijeras cortan un hilo de seda, se hizo oír una voz de hombre, una voz de joven, convincente, detrás de la cual se adivinaban unos fuertes dientes blancos y unos bigotes. Se oía también el ruido de la espuelas, como si el hombre hiciera una reverencia. Luba rió, con una risa que parecía extraña en aquel cuadro.

—¡No, no! ¡No iré! Ah, sí! Muy bien... ¡Cómo!, ¿que yo soy su amor? Y, sin embargo, no iré...

Llamaron de nuevo a la puerta; alguien rió, alguien gruñó, y luego, se alejó todo y todos los sonidos se extinguieron al extremo del corredor. Luba volvió donde él estaba, y no viéndole en las tinieblas, pero habiendo encontrado sus rodillas, a tientas, se sentó a su lado. Esta vez no le puso la cabeza sobre el hombro.

—Los oficiales dan un baile, — dijo. — Invitan a todo el mundo. Van a bailar el cotillón...

—Luba, haz el favor de encender la luz, — suplicó él dulcemente. — Y no te enfades.

Sin decir nada, ella se levantó y volvió la llave de la luz eléctrica. La habitación se iluminó. Luba se sentó, no ya sobre el lecho, sino en la silla, frente al lecho. Su rostro era severo, triste; pero había en él una expresión de reserva cortés, como la de una dueña de casa que espera el fin de una visita demasiado larga y poco agradable

—¿No está usted enfadada contra mí, Luba?

—No; ¿por qué?

—Me ha sorprendido, hace un momento, oirla reir tan alegremente.

Sonrió sin mirarle.

—Todo esto es divertido, y me río... Ahora no podrá marcharse usted; espere a que se vayan los oficiales. No tardarán mucho...

—Bien, esperaré. Muchas gracias, Luba.

Ella sonrió de nuevo.

—No hay de qué... ¡Qué fino es usted!

—¿Le gusta a usted eso?

—No mucho. ¿Cuál es su origen de usted?

—Mi padre es doctor... Médico militar. Mi abuelo fué un "mujik". Somos de una familia de viejos sectarios.

Luba le miró con curiosidad

—¡Toma, toma!... ¿Y por qué no lleva usted cruz al cuello?

—¿Cruz? — dijo él sonriendo. — Nosotros no nos ponemos cruces sobre los hombros, como Cristo.

Ella frunció las cejas.

—Tiene usted sueño, ¿por qué no se acuesta? Será mejor que pasar el tiempo así.

—No, no me acostaré; ya no tengo sueño.

—Como usted quiera.

Hubo un largo silencio molesto. Luba bajó los ojos, y se puso a dar vueltas, metódicamente, a su sortija en redor del dedo. El miraba en torno suyo, procurando no ver a la muchacha. Su mirada se detuvo sobre una copa llena de cognac hasta la mitad. Y de repente, se figuró, con una clarida sorprendente, casi palpitante, que todo aquello lo había visto ya, lo había vivido; y aquella copa de cognac, y la muchacha que daba vueltas a la sortija lentamente, y él mismo, — no este él, sino otro algo distinto, — y la música, que cesaba precisamente en aquel momento y aquel momento y aquel chocar de espuelas... Todo, todo... Como si ya otra vez hubiera vivido en esta casa, o en otra casa que se le parecía mucho; como si él fuera allí algo grave, un personaje importante, en redor del cual se desarrollaran los acontecimientos. Este sentimiento extraño era tan fuerte que le produjo un pequeño escalofrío. Pero este sentimiento desapareció en seguida, casi de repente; quedó como una huella ligera, imborrable, de reminiscencias de algo que no ha existido jamás.

Durante aquella noche agitada, se sorprendió algunas veces de que los hombres y las cosas evocaran en él vagas reminiscencias, como si llegaran de las lejanas tinieblas del pasado, o acaso de la nada. Le parecía que había estado ya otra vez aquí: talmente le era conocido y familiar cuanto la rodeaba. Este sentimiento le era desagradable; le alejaba de sí mismo y de sus camaradas de combate y le aproximaba a aquella casa de lenocinio, con toda su porquería y su vida sucia, repugnante.

El silencio le pesaba demasiado.

—¿Por qué no bebe usted? — preguntó.

Ella se estremeció.

—¿Qué?

—Beba un poco. ¿Por qué no bebe usted?

—Sola, no quiero.

—Yo, desgraciadamente, no bebo jamás.

—Pues bien; no he de beber sola.

—Yo, tomaré una manzana.

—Tómela usted, puesto que las ha comprado.

—Y usted, ¿no quiere una manzana?

Volvió la cabeza sin responderle. Habiendo notado la mirada del hombre sobre sus hombros desnudos, de un rosa opaco los cubrió con su toquilla gris.

—Hace frío, — dijo.

—Sí, un poco, — contestó él, no obstante que en el pequeño cuarto hacía calor.

De nuevo se estabieció un largo y penoso silencio. Se oían los sones de la música ruidosa que venían de la sala.

—Están bailando, — dijo él.

—Sí, están bailando.

—Luba, ¿por qué se ha enfadado usted contra mi de ese modo... y me ha pegado?

—Hacía falta; sino, no le hubiera pegado a usted. Puesto que no le he matado, no vale la pena que hablemos de ello.

Tuvo una risa maligna, le miró fijamente con sus ojos negros, que parecían ahora muy

profundos, y, con una pálida sonrisa, repitió:

—Hacía falta.

Su cabeza era de un aspecto malvado. El pensó con extrañeza que aquella cabeza, hacía algunos minutos, había estado reposando sobre su hombro, y él la acariciaba con su mano.

—Eso no es una razón, — dijo malhumorado.

Dió varios pasos por la habitación tratando de acercarse demasiado a Luba. Cuando se sentó de nuevo la expresión de su rostro era severa y aun altiva. Se puso a examinar un puntito negro en el techo, probablemente una mosca de otoño despertada por la luz. Se habría despertado en medio de la noche, no comprendía nada y moriría en seguida.

Suspiró.

Luba respondió con una risa.

—Me parece que no hay motivo para reir, — dijo él friamente y, disgustado, volvió la cabeza.

—Vale más que no busquemos razones,— respondió ella. — Parece usted, efectivamente, un escritor. ¿No le contraría esto? Los escritores son como usted. Primero, la manifiestan compasión a una, y después, se enfadan porque una no se arrodilla ante ellos como ante un icono. ¡Qué exigentes son! Si fueran dioses, no perdonarían nada.

Y rió de nuevo.

—Pero, ¿cómo puede usted conocer a los escritores? Usted no lee nada.

—Viene aquí uno.

Reflexionó, examinando a Luba con calma. Como hombre que pasó toda su vida rebelándose contra la vida, presentía vagamente un espíritu de rebeldía en aquella muchacha. Esto le turbaba. Procuraba comprender por qué había caído precisamente sobre él la cólera de Lua. Ella conocía escritores, conversaba con ellos, tenía, á veces, actitudes llenas de una tranquila dignidad y encontraba palabras de una maldad inquietante. Esto no era banal y lo reflejaba en sus ojos. Cierto es que le había pegado; pero aquel acto no era el de una prostituta vulgar e histérica: había en él algo más profundo y grave. Antes se indignó, pero ahora se sentía más bien ultrajado que indignado.

—¿Por qué me ha pegado usted, Luba? Cuando se pega a un hombre, por lo menos hay que decirle la razón.

Había en sus palabras una severa insistencia, una obstinación; se leía esta obstinación en sus pómulos salientes, en su frente abombada, en sus ojos.

—No lo sé, — respondió ella, evitando sus mirada.

No quería dar razones. ¡Tanto peor! El se encogió de hombros y sin dejar de examinar a Luba, se puso a reflexionar de nuevo. Habitualmente, su pensamiento era pesado y lento; pero, una vez preocupado, empezaba a trabajar febrilmente, con una fuerza y una inflexibilidad casi mecánicas; se convertía en algo así como una prensa hidráulica que, cayendo lentamente, rompe las piedras, dobla las barras de hierro, aplasta a los hombres, si están allí, y todo ello con impasibilidad, lenta e inexorablemente. Sin mirar ni a derechi ni a izquierda, indiferente a los sofismas, a las alusiones y a las respuestas a medias, manejaba su pensamiento pesadamente, aun cruelmente, hasta asequir el límite extremo de la lógica, detrás del cual no hay ya más que el vacía y el misterio. No separaba jamás su pensamiento de su persona, todo su cuerpo estaba penetrado en él, y cuando llegaba a una conclusión lógica cualquiera, la adoptaba inmediatamente, como todas las gentes de su temperamento, para las cuales el pensar no es un juego, una diversión, sino el fondo mismo de la vida.

Ahora agitado, desconcertado, semejante a una gran locomotora que, en medio de la noche negra, ha descarrilado, pero continúa moviéndose pesadamente, buscaba el camino, se empeñaba absolutamente en encontrarlo. Pero Luba se callaba, y de ningún modo estaba dispuesta a hablar.

—Luba, hablemos tranquilamente.

—No quiero.

¡Todavía!

—Escuche usted, Luba. Me ha pegado usted, y yo no puedo estar ya tranquilo.

Ella se echó a reir.

—Bien, ¿y qué? ¿Qué le va usted a hacer? ¿Acaso a presentar una queja a los tribunales?

—No; pero vendré todos los días a su casa, hasta que me dé usted razones.

—Todo lo que usted quiera; la dueña se alegrará.

—Vendré mañana, y pasado mañana, y...

De pronto, se dijo que ni mañana ni pasade mañana podra venir. Al mismo tiempo le pareció que comprendía por qué Luba le había pegado. Esto le reanimó.

—¡Ahora comprendo! Me ha pegado usted porque la había insultado con mi piedad. Sí; eso fué una estupidez. Se lo aseguro a usted, fué sin querer; pero quizás hay en ello algo de insultante. Puesto que usted es un ser humano como yo...

— Como usted? — dijo ella con malignidad, sonriendo.

—Basta, Luba, no se enfade usted. Hagamos las paces. Deme usted la mano.

Luba palideció ligeramente.

—¿Quiere usted que le sacuda otra boletada?

—¡Pero vamos a ver, Luba! La ruego que me dé la mano... como camarada, — exclamó él, con un tono sincero y grave.

Pero Luba se levantó, y después de retroceder algunos pasos, dijo:

—¿Quiere usted que se lo diga? Una de las dos cosas: o usted es idiota... o no le he pegado a usted bastante.

Y mirándolo, se echó a reir a carcajadas.

—¡Se diría que es mi escritor! ¡Pero que lo mismo! ¿Cómo queréis que no se os pegue?

Probablemente, la palabra escritor era para ella un insulto; le daba una significación especial. Y llena de desprecio, no preocupándose ya del hombre que se encontraba frente a ella, como si se tratara de un idiota o de

un borracho, dió algunas vueltas por la habitación, con aire independiente.

—A lo que parece, te había sacudido una buena bofetada, — dijo riendo. — Probablemente te está doliendo todavía, y no haces más que quejarte.

El no respondió.

—Mi escritor dice que yo sé sacudir bofetadas muy bien. Es quizá más sensible que tú: su rostro es fino, de gentilhombre, mientras que a tí, que eres "mujik" de origen, se te puede pegar todo lo que se quiera, sin que lo sientas gran cosa. Y has de saber que he abofeteado ya a algunos hombres; pero ninguno me había inspirado tanta piedad como ese escritorzuelo. Cuando le abofeteo, grita siempre: "Más fuerte, que me lo tengo bien merecido!" Y a todo esto, borracho, repugnante... ¡un canalla!

Hizo como que miraba con mucha atención su mano derecha.

—¡Anda! Te he zurrado tan fuerte, que me he hecho daño. ¡Pon aquí un beso!

Le tendió groseramente la mano a la boca y se puso de nuevo a pasear. Su excitación aumentaba. Se creería, por momento, que la ahigaba el calor; respiraba con dificultad y llevándose la mano al corazón frecuentemente. Por dos veces había llenado la copa de coñac y la había vaciado.

—Pero me había dicho usted que no quería beber sola, — le dijo él severamente.

—Es la falta de voluntad, querido, —respondió friamente. — Además, ya hace mucho tiempo que estoy envenenada por el alcohol, y si no bebo me ahogo. De esto es de lo que tengo que morir.

Y de pronto, como si le acabara de ver en aquel momento, se puso a mirarle con extrañeza.

—¡Toma; si eres tú! ¿no te has ido todavía? Pues bueno; ya que estás aquí...

Se quitó el chal, enseñando sus brazos desnudos.

—¿A qué diablos taparme? ¡Hace tanto calor!... Era por consideración a tí, a tu pudor... ¡Imbécil! Oiga; puede usted quitarse los pantalones... Si tiene usted calzoncillos sucios, le prestaré los míos. ¡Sería tan pintoresco! Póngaselos, se lo suplico. ¿Se los va usted a poner, no, querido, rico mío?

Se ahogaba de risa y le tendía las manos, en ademán de súplica. Luego se arrodilló ante él, e intentando apoderarse de sus manos, continuó:

—¡Deme ese gusto! ¡Se lo ruego, lobito mío! En agradecimiento, le besaré las manos....

Se desembarazó de ella y la dijo con una tristeza infinita:

—¡Basta, Luba! ¿Qué es lo que le he hecho a usted? Me parece que no tiene usted queja de mí, y, sin embargo, si la he ultrajado a usted, la pido perdón: soy tan torpe... No sé conducirme con las mujeres...

Ella encogió los hombros desnudos con desprecio, se levantó y se sentó. Respiraba fatigosamente.

—Vamos, ¿no quiere usted? ¡Qué coraje! Querría haber visto si le entraban bien.

El vaciló y, encontrando difícilmente las palabras, la dijo:

—Escuche usted, Luba... si usted insiste... accederé... Podríamos apagar la luz. ¡Apague usted la luz, Luba!

—¿Qué? — dijo ella, asombrada, muy abiertos los ojos.

—Quiero decir que usted... usted es una mujer, y yo... Naturalmente, yo no he hecho bien... No crea usted, Luba, que esto es por piedad... nada de eso... Al contrario, yo mismo... Apague la luz, Luba.

Con una sonrisa confusa, tendió las manos hacia ella; era una caricia torpe, de hombre que jamás había tenido nada con mujeres. Ella apoyó su mentón sobre sus dedos cruzados; sus ojos se habían hecho enormes y miraban con un horror indescriptible, una tristeza y un desprecio sin límites.

—¿Qué tiene usted, Luba? — dijo él asustado.

Y llena de un horror frío, en voz muy baja, le dijo ella:

—¡Ah, canalla! ¡Dios mío, qué canalla!

Rojo de vergüenza, rechazado, ultrajado por la que él mismo había querido ultrajar, dió un golpe en el suelo con el pie y lanzó palabras groseras a los ojos, ampliamente abiertos, de la mujer.

—¡Cochina prostituta! ¡Puerca! ¡Cállate!

Ella balanceó suavemente la cabeza y repitió:

—¡Dios mío, qué canalla!

—¡Cállate, criatura vendida! ¡Estás borracha! ¡Estás loca! Si crees que necesito tu sucio cuerpo... ¡Oh, no! No es para una criatura como tú para quien yo he guardado celosamente mi virginidad. En cuanto a tí, no mereces más que golpes...

Levantó la mano para pegar, pero no pegó.

—¡Dios mío, Dios mío! — seguía repitiendo la mujer.

—¡Y decir que hay personas que tienen piedad de estas mujeres! ¡Habría que exterminar esta porquería y lo mismo a los bribones que están con vosotras... a toda esta banda! ¿Tú osabas creer que yo... yo...

La cogió con fuerza por las manos y la tiró contra la silla. A ella le acometió de pronto una alegría loca.

—¡Ahora veo que eres bueno, honrado!

—¡Sí, bueno, honrado, toda mi vida! Yo soy puro, mientras que tú... ¿quién eres tú, desgraciada?

—Sí, tú eres bueno, — decía ella, ebria de alegría, triunfante.

—¡Naturalmente! No como tú... Pasado mañana sacrificaré mi vida por los demás, mientras que tú... te acostarás con mis verdugos. Llama aquí a tus oficiales. ¡Te los arrojaré a los pies, como se arroja el alimento a las fieras hambrientas: tómalos!...

Luba se levantó lentamente. Y cuando la miró, agitado por la cólera, fiero, altivo, se encontró con su mirada, igualmente fiera y aun más despectiva. Se diría que había piedad en los ojos de la prostituta, que, de re-

pente se alzaba sobre un pedestal muy elevado y desde lo alto, con una severa y fría atención, miraba algo pequeño y miserable que había a sus pies. Ya no reía; estaba serena. Los ojos buscaban, inconscientemente, las gradas del trono sobre el que se había elevado.

—Y bien, ¿qué? — preguntó él retrocediendo, siempre colérico, pero dominado poco a poco por la mirada serena y altiva de la mujer.

Entonces ella, con una voz severa y cortante, tras de la cual se oía a millones de seres aplastados, mares de lágrimas, una rebeldía contra la injusticia secular, preguntó:

—¿Qué derecho tienes tú a ser bueno, mientras que yo soy mala?

—¿Qué? — exclamó él, horrorizado de pronto ante el abismo que se abría a sus pies.

—Hace mucho tiempo que te esperaba.

—¿Que me esperabas? ¿Tú?

—Sí, esperaba al bueno. Lo he esperado cinco años, o quizá aun más. Todos los que venían aquí se calificaban ellos mismos de cobardes, de canallas. Y eran verdaderamente canallas. Mi escritor me aseguró primero que era bueno; luego me confesó que era también un canalla. No tengo necesidad de esas gentes.

—¿Qué es lo que necesitas, entonces?

—Tú, eres tú lo que necesito, querido. ¡Sí, tú! Tú eres precisamente lo que me tiene cuenta.

Le examinó atentamente de arriba a abajo, e hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Sí, es justamente esto lo que me hacía falta. ¡Gracias por haber venido!

El, que jamás temió nada, fué presa del pánico.

—Pero, ¿qué es lo que quieres? — preguntó retrocediendo.

—Me hacía falta abofetear a un bueno, querido; a un verdadero bueno. Los otros, toda esa canalla, no vale la pena de que se la abofetee. Eso es ensuciarse las manos. Pero cuando te he abofeteado a tí he sentido mucho placer. Voy hasta a besar la mano que te ha pegado. ¡Manita querida, bien has trabajado hoy!

Con una risa de contento, acarició su mano derecha y la besó tres veses seguidas. El miró a la mujer con un aire salvaje. Sus pensamientos, tan lentos de costumbre, se precipitaban ahora en una danza vertigiosa. Sentía la aproximación de algo terrible como la muerte.

¿Qué es lo que has dicho?

—He dicho: es vergonzoso ser bueno. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía, — balbuceó.

Sitiado por todo un mundo de pensamientos inesperados, cayó sobre la silla, olvidándose casi de la mujer.

—Bien; puesto qué no lo sabían, es preciso que lo sepas.

Hablaba tranquilamente; pero su pecho, levantado por la respiración agitada, revelaba la profunda turbación de su alma, el grito de rebeldía largo tiempo ahogado y dispuesto a hacerse oír.

—En fin, ¿lo has aprendido ahora?

—¿Qué? — preguntó él, como si acabara de despertarse.

—¿Lo sabes ahora? — repitió ella.

—¡Espera un poco!

—Bueno, esperaré. Cinco años hace que espero; puedo esperar aún cinco minutos.

Se sentó, y como si presintiera una gran alegría, juntó sus manos sobre la nuca y cerró los ojos, con una sonrisa de felicidad.

—Esperaré, querido! ¡Todo lo que quieras, rico mío!

—¿Has dicho que es vergonzoso ser puro?

—Sí, mi lobito, es vergonzoso.

—Entonces...

Se detuvo asustado.

—Sí, querido, eso es. ¿Te da miedo- Eso no es nada. No es más que el principio lo que da miedo...

—¿Y después?

—Te quedarás conmigo, y sabrás lo que pasa después.

No comprendió.

—¿Cómo, quedarme cantigo?

Ella, a su vez, se manifestó sorprendida.

—Pero, después de eso, ¿adónde podrás ir ya? Ten cuidado, querido; no valen trampas. Tú no eres un canalla, como los otros. Si eres puro, honrado, te quedarás aquí, y no irás a ninguna parte. No ha sido en vano el estarte esperando.

—¡Pero tú estás loca! — gritó con cólera.

Ella le miró fijamente, con severidad, y le amenazó con el dedo.

—Eso está mal. No se dice eso. Puesto que la verdad viene a tí, salúdala muy humildemente; pero no digas: "¡Tú estás loca!" Mi escritor es el que tiene la costumbre de decir eso; pero ese es un canalla; mientras que tú, tú, debes ser honrado.

—¿Y si no me quedo? — dijo él con una pálida sonrisa en sus labios contraídos.

—¡Te quedarás! — afirmó con certidumbre. — ¿Dónde vas a ir? No tienes ya donde ir Eres honrado. Un canalla tiene ante sí muchos caminos; un hombre honrado no tiene más que uno solo. Lo comprendí cuando me besaste la mano. "Es estúpido, pero es honrado", me dije en aquel momento, No hay que reprocharme el haberte llamado estúpido; la culpa fué tuya. ¿Por qué me has querido hacer el regalo de tu inocencia? Probablemnte, te dijiste: "La haré ese regalo, y me dejará tranquilo". ¡Dios mío, qué ingenuo eres! En en el primer momento hasta llegué a sentirme insultada; me parecía que hacías eso porque me despreciabas demasiado. Luego, he comprendido que lo hacías porque eres demasiado bueno. Tu cálculo era bien sencillo: "Voy a sacrificarla mi pureza, — te dijiste, — y con ello aún me haré más puro todavía. De se modo, tendré algo así como una moneda de oro incambiable y eterna. Se la puedo dar a los mendigos; pero vuelve siempre mi bolsillo. No, querido, no te valdrá eso.

—¿No?

—No, querido, no soy tan estúpida como tod eso. He visto ya mercaderes así: amontonan millones con todas las injusticias, y luego dan diez céntimos para la iglesia, y creen que han salvado su alma. No, No, querido; construye tú mismo la iglesia, da todo lo que es amado por ti. Tu inocencia no es gran cosa; quizá me la ofreces porque no tienes necesidad de ella; está ya caduca, llena de polvo... ¿Tienes novia?

—No.

—Pero si la tuvieras, si te esperara mañana con flores, besos y palabras de amor, ¿me hubieras ofrecido tu inocencia?

—No sé.

—¿Lo ves? Tenía yo razón. Me hubieras dicho: "Toma mi vida, pero no toques a mi honor". Das lo más barato. No, rico; dame lo más caro, sin lo que no puedas vivir.

—Pero, ¿por qué razón?

—¿Cómo por qué razón? Pues muy sencillamente: para no tener vergüenza.

—Luba, — exclamó él extrañado, — pero es que tú mismas eres...

—¿Quires decir que si yo misma soy buena? ¿Sí? Pues bien; ya lo había oído. Pero eso no es verdad. Yo estoy prostituída; eso es todo. Pronto lo aprenderás, cuando te quedes conmigo.

—Pero no me quedaré, — gritó él, apretando los dientes.

—No vale la pena de gritar, rico. La verdad no teme los gritos. Es como la muerte: cuando viene, hay que recibirla tal como es. La verdad es a veces penosa, bien lo sé yo.

Bajó la voz, y añadió mirándole fijamente a los ojos:

—Dios también es bueno, ¿no es eso?

—¿Y bien?

—Nada más. Reflexiona; ya no te diré nada más... hace cinco años que no he estado en la iglesia... Sí, es muy complicada la verdad...

¡La verdad! Un nuevo horror que no había conocido de cerca, ni frente a la vida, ni frente a la muerte.

Con sus concepciones simplistas, no sabiendo resolver todos los problemas más que por un "sí" o un "no", pasaba ahora una revista rápida a su vida de punta a cabo. Se descomponía como una barraca mal hecha bajo las intemperies de otoño, y entre sus escombros era muy difícil reconocer todo lo bello, que hubo en el interior. Los hombres que había amado, y con los que había laborado mano a mano, unido a ellos en las alegrías y en los sufrimientos, casi le parecían ahora desconocidos. Su vida, incomprensible; su obra, inútil, privada de sentido. Era como si alguien, con manos de hierro, hubiera quebrado su alma, como se quiebra un palo contra la rodilla. No hacía mucho tiempo que estaba aquí, unas horas apenas que había llegado de allá, de su mundo; pero le parecía que había pasado aquí toda su vida, al lado de esta mujer medio desnuda, oyendo la música y el ruido de las espuelas; que no había salido jamás de aquella casa. No sabía si se encontraba en la cúspide de la vida o en un abismo; lo único que sabía era que estaba contra todo aquello que, hoy aún, era su vida. su alma.

"¡Es vergonzoso ser puro!"

Se acordó de sus libros, los que le enseñaron la vida, y una sonrisa amarga contrajo sus labios. ¡Los libros! He aquí el libro: aquella mujer con los ojos cerrados, los brazos desnudos, fatigado el semblante, que esperaba con impaciencia. "¡Es vergonzoso ser puro!"

De pronto, comprendió con horror que la otra vida había acabado por siempre para él, ya que no podía seguir siendo puro. Y, sin embargo, esta pureza era toda la alegría de su vida, todo su orgullo. Ahora, se acabó. Es el reino de las tinieblas que llega. Que se quede allí, que vuelva donde los suyos, todo se acabó: ha roto con su mundo. ¿Por qué vino a aquella casa maldita? Hubiera valido más seguir en la calle, a merced de los espías, dejarse prender y conducir a la prisión. La prisión no le asustaba ya: allí podía seguir siendo puro. Ahora, ya era demasiado tarde: ni la prisión le salvaría ya.

—¿Lloras? — preguntó Luba

—¡No! — respondió con firmeza. — Yo no lloro jamás

—Eso está bien. Nosotras, las mujeres, podemos permitirnos llorar; vosotros, los hombres, no. Si vosotros llorais también, ¿quién respondería de esas lágrimas ante Dios?

—Pero, ¿qué hacer, Luba, qué hacer? — exclamó con la muerte en el alma.

—Quédate conmigo. Ahora eres mío, para toda la vida.

—¿Y los otros?

Ella frunció las cejas.

—¿Quiénes?

—¡Los hombres! ¡Los hombres por quienes he trabajado! ¡No era por mi gusto por lo que llevaba esta pesada cruz... por lo que yo estaba dispuesto a matar!

—No me hables de los hombres, — dijo severamente Luba, temblándole los labios. —Vale más no hablarme de eso. Te voy a dar de bofetadas. ¿Lo oyes?

—Pero vamos a ver, Luba...

—Ten cuidado, rico. Basta de esconderse ya detrás de los hombres; no podrás jamás esconderte ante la verdad. Si verdaderamente amas a los hombres, a los que sufren, heme aquí, tómame a mí. O yo te tomaré a ti. ¡Sí, querido!...

V

Permanecía siempre sentada, los brazos enlazados alrededor del cuello, feliz, sonriente, como loca. Sin abrir los ojos, para gozar mejor de sus pensamientos, hablaba lentamentamente, casi cantando.

—Sí, rico mío. Vamos a embrigarnos; vamos a llorar juntos lágrimas dulces, llenas de felicidad. ¡Te quedas conmigo para toda la vida! Cuando entraste hoy en el salón y vi tu imagen en el espejo, me dije: "¡Aquí está mi amado!" No sé si eres mi hermano o mi amnte, pero eres para mí.

El recordó la pareja negra, como de duelo, que había visto en el espejo del salón, y ante este recuerdo sintió un dolor tan agudo que sus dientes rechinaron. Se acordó también de su revólver, que llevaba en el

bolsillo, de los dos días y dos noches de persecuciones policíacas, de su llegada a aquella casa, del sucio lacayo que le abrió la puerta, de la dueña de la casa que le introdujo en el salón, de las tres mujeres desconocidas...

Y su dolor se apaciguaba poco a poco. Comprendió, al fin, claramente, que era el mismo de antes, que estaba completamente libre y que podía ir adonde quisiera.

Recorrió la habitación, severamente, con su mirada, com el que despierta de una pesadilla y se encuentra en un lugar desconocido.

—¿Qué es esto? ¡Qué insensatez! ¡Qué pesadilla!

. . . . . .

Pero la música seguía sonando. Pero Luba seguía siempre en la misma posoción, los brazos alrededor del cuello, lleno de una felicidad desconocida, inaudita. Pero esto era la realidad, y no un sueño.

. . . . . .

—Entonces, ¡qué! ¿Es verdad todo esto?

—Sí, querido. Ahora estamos unidos para siempre.

—Entonces, ¿todo esto es verdad? Aquellas faldas colgadas en la pared, aquel lecho sobre el cual millares de hombres gozaron delirios sexuales, aquel olor a pecado llenaba toda la habitación, aquella música y aquel chocar de espuelas, finalmente, aquella mujer de rostro esmirriado y de sonrisa de bestia feliz... ¡Todo aquello era la verdad!

Tomó entre sus manos su cabeza pesada, y mirando alrededor como un lobo perseguido por los perros, pensaba:

"¡Sí, hela aquí, la verdad! Ni mañana ni pasado mañana saldré de aquí, y todo el mundo sabrá por qué me he quedado aquí con una prostituta, pecando y bebiendo. Se me va a calificar de cobarde, de traidor, de canalla. Algunos comprenderán, quizá, y me defenderán... No, vale más no esperar. Lo mejor es no esperar ya nada. Esto se acabó ¡Vivan las tinieblas! ¿Y después? No sé. Un horror cualquiera. ¡Conozco tan poco esta nueva vida! Tendré que aprender a ser canalla, como todos en esta casa. ¿Quién me enseñará? ¿Luba? No; ella misma no sabe. Pero encontraré un medio. Me haré un canalla cumplido, lo romperé todo... ¿Y después? Después, un buen día, en casa de Luba o en cualquier otra casa sospechosa, o en presidio, diré: "Ahora, ya no tengo vergüenza; ahora, ya no tengo nada que reprocharme respecto a vosotros, porque me he convertido en sucio, en desgraciado y en miserable como vosotros". O bien me plantaré en medio de una plaza cualesquiera y diré: "¡Miradme, ved lo miserable que soy! Yo tenía todo: espíritu, honor, dignidad y hasta la inmortalidad, y todo eso lo he arrojado a los pies de una prostituta, solamente porque es impura!... ¿Qué es lo que dirán aquellas gentes? Se quedarán sorprendidas y me llamarán idiota. Y tendrán razón. Sí, soy idiota. Pero no era mía la culpa, si yo era puro Luba y todo el mundo debe ser puro. Cristo mandó que cada uno distribuyera sus bienes entre los pobres, y dijo que hay que dar no solamente la vida, sino también el alma, que es más. Pero, ¿es que Cristo pecó con las mujeres perdidas y se emborrachó? No; las perdonaba solamente y aun las amaba. Y bien, yo también perdono a Luba, la compadezco, la amo. ¿Es que se necesitaría que yo mismo pecara también?..."

—¡Esto es terrible, Luba!

—Sí, querido; siempre es terrible mirar a la verdad cara a cara.

"Ella habla aún de la verdad. Pero ¿por qué tengo miedo? Puesto que lo quiero, no hay nada que temer. Allá, en la plaza, delante de aquella muchedumbre extrañada, yo sería superior a todos. Sucio, miserable, harapiento, sería, con todo el profeta el heraldo de la verdad eterna ante la cual Dios mismo se debe inclinar."

—¡No, Luba, esto no es terrible!

—Sí, querido, es terrible. Tanto mejor si no tienes miedo.

"He aquí, pues, como he acabado. No es esto lo que yo esperaba de mi joven y bella vida... ¡Dios mío, esto es la locura! Desvarío. No es tarde aún. Todavía puedo irme..."

—¡Querido mío, mi bien amado! — murmuraba la mujer.

La miró. En los ojos medio cerrados de Luba, en su sonrisa, leía un hambre atroz, una sed insaciable; como si hubiera devorado ya algo enorme, pero que no hubiera matado su hambre.

Lentamente, sin darse prisa, se levantó. Quiso hacer el último esfuerzo para salvar su razón, su vida, su vieja verdad. Y siempre sin apresurarse, comenzó a hacer su "toilette".

—Oye, ¿no has visto mi corbata?

Ella abrió las ojos.

—¿Dónde quieres ir?

Dejó caer sus manos y se volvió bruscamente hacia él.

—¡Me voy!

—¿Tú? ¿Qué te vas? ¿Adónde?

El sonrió amargamente.

—¿Crees que no tengo dónde ir? Voy donde mis camaradas.

—¿Dónde los buenos, pues? ¿Dónde los puros? Entonces, ¿me has engañado?

—Sí, donde los buenos, donde los puros, — y sonrió de nuevo.

Su "toilette" estaba ya hecha. Se miró los bolsillos.

—Dame mi cartera

Se la dió.

—¿Y mi reloj?

—Ahí está, en la mesa de noche.

—¡Aidós, Luba!

—¿Tienes miedo, pues? — preguntó con voz tranquila, simple.

La miró. Estaba en pie, de brazos finos, casi infantiles, co nuna sonrisa en sus labios pálidos.

—¿No tienes valor?

¡Cómo había cambiado! Hacía algunos minutos estaba altiva, casi terrible; ahora está triste, abatida...es más bien una jovencilla tímida que una mujer. Pero es igual; se irá.

Dió un paso hacia la puerta.

—¡Y yo que creía que ibas a quedarte!...

—¿Qué?

—Creía que te ibas a quedar...conmigo...

—¿Para qué?

—Contigo, sería mejor...La llave la tienes en el bolsillo.

El metió la llave en la cerradura.

—Bien, vete, puesto que quieres irte... Vete donde los buenos, donde los puros... En cuanto a mí...

...Y entonces, en este último minuto, cuando no tenía más que abrir la puerta para volver a encontrar a sus camaradas, cometió algo incomprensible y absurdo, que le perdió. ¿Era que la locura se apoderaba a veces, de repente, de los espíritus más robustos y serenos? ¿O quizá había descubierto verdaderamente, en aquella mancebía, bajo la impresión de aquella música desordenada y de los ojos de aquella prostituta, la verdadera, la terrible verdad de la vida, incomprensible para todos los demás? Adoptó aquella verdad sin vacilaciones, como si fuera algo inexorable.

Se pasó la mano lentamente por los cortos cabellos, y, sin volver siquiera a cerrar la puerta, retrocedió y se sentó sobre la cama.

—¿Qué pasa? ¿Has olvidado algo? —preguntó sorprendida Luba, que de ningún modo esperaba que volviera.

—Entonces, ¿por qué no te vas?

Y él, tranquilo, como una piedra en la que la vida acabara de esculpir un nuevo mandamiento terrible, respondió:

—No quiero ser puro.

Ella no se atrevía a creer, y, al mismo tiempo, estaba asustada por la realización de lo que había deseado tan ardientemente. Se arrodilló ante él. Y con la sonrisa de un hombre que ha encontrado lo que buscaba, él puso su mano sobre la cabeza de la mujer y repitió:

—No quiero ser puro.

Arrebatada de alegría, empezó a agitarse en torno de él, a desnudarle como a un niño pequeño, a desabrocharle los botines; le acariciaba los cabellos, las rodillas. De pronto mirándole a los ojos, exclamó llena de angustia:

—¡Qué pálido estás? ¡Toma en seguida una copita; ¿Te sientes mal, Pedrito mío?

—Me llamo Alejo.

—Es igual. Si quieres, voy a echarte coñac. Pero ten cuidado, es muy fuerte...Y para ti, que no tienes costumbre...

Y le miró cómo bebía, a pequeños tragos. No sabía beber y empezó a toser.

—Eso no es nada. Veo bien que aprenderás pronto a beber. ¡Bravo! Estoy muy contenta de ti.

Lanzando breves chillidos de alegría, saltó sobre sus rodillas y le cubrió de besos, a los que él no tenía tiempo de responder. Aquello le parecía chusco: apenas si le conocía ella, y sin embargo, sus besos, ¡eran tan fuertes! La besó, la apretó contra sí de manera que no se podía mover, como si quisiera experimentar sus fuerzas. Dócil y alegre, ella le dejó hacer.

—¡Está bien, está bien! —repetía él con un ligero suspiro.

Luba parecía loca de felicidad. Se diría que la pequeña habitación estaba llena de mujeres alegres, agitadas, que hablaban sin cesar, besaban, acariciaban. Le servía de beber y bebía ella misma. De pronto se sobresaltó.

—¿Y tu revólver? Le habíamos olvidado. Dámele, voy a llevarlo al escritorio.

—¿Para qué?

—Me da miedo. Puede escaparse la bala.

El se sonrió.

—¿Crees tú? ¿Se puede escapar la bala?

Tomó el revólver, y como si le pesara en la mano, se lo devolvió a Luba, así como los cartuchos.

—Llévalo al escritorio.

Cuando se quedó solo, sin su revólver, de que no se había separado dhacía largos años; cuando por la puerta, que Luba había dejado entreabierta, oyó más distintamente la música y el ruido de las espuelas, sintió toda la inmensidad del fardo que se había echado sobre los hombros. Dió algunos pasos por la habitación, y volviéndose hacía la puerta hacia el salón, pronunció:

—¿Y bien?

Se detuvo, con los brazos cruzados, los ojos fijos en la puerta.

—¿Y bien?

Había en esta pregunta un desafío, un adiós a todo su pasado, una declaración de guerra a todos, incluso a los suyos, y una queja dulce.

Luba volvió, siempre agitada, sobreexcitada.

—¿No vas a enfadarte, querido? He invitado a las demás mujeres... O a todas; a algunas. Quiero presentarte como mi bien amado. Son buenas muchachas. Nadie las ha elegido esta noche y están solas en el salón. Los oficiales están todos en los cuartos, con las otras muchachas. Uno de los oficiales ha visto tu revólver y le ha gustado mucho... ¿No te enfadarás porque las haya llamado? ¿Verdad que no, querido?

Le cubrió de besos, muy fuertes.

Las otras mujeres estaban ya en la habitación haciendo mohines y risitas. Se sentaron unas al lado de otras. Eran cinco o seis, feas, mucahchas aviejadas casi todas, blanqueadas, los labios teñidos de rojo. Unas, ponían cara de molestia; otras, miraban al hombre con aire tranquilo, le saludaban, le daban la mano y esperaban a que se las diera de beber. Probablemente, se iban ya a acostar, pues estaban vestidas con ligeros peinadores de noche; una de ellas, gorda, perezosa y flemática, venía aún en enaguas, mostrando sus gruesos brazos desnudos y su grueso pecho. Esta, así como otra que parecía un ave de rapiña, con abundante cosmético en las mejillas, estaban ya completamente ebrias; las demás, un poco. La pequeña habitación se llenó de voces, de risas, de malos olores corporales, de vino, de perfume barato.

Un criado sucio, vestido con un frac de-

masiado corto, trajo coñac, y todas las mujeres le saludaron a coro:

—¡Markuscha, mi querido Markuscha!

Probablemente, era costumbre de la casa saludarle de este modo, pues hasta la mujer gruesa, completamente borracha, le gritó:

—¡Markuscha!

Todo esto era nuevo, extraño. Se empezó a beber; todas las mujeres hablaran a la vez, gritaban. La que parecía un ave de rapiña, hablaba con rabia de un visitante que la había hecho no sé qué porquería. Se oían juramentos, que las mujeres no pronunciaban con el tono indiferente de los hombres, sino subrayándolos, como un desafío, cínicamente.

Al principio, casi no ponían atención en el hombre. El mismo callaba y las miraba severamente. Luba, feliz, estaba sentada a su lado, sobre la cama, abrazada a su cuello. Bebía muy poco; pero llenaba sin cesar la copa de él. De vez en cuando le susurraba al oído:

—¡Querido mío!

El bebía mucho pero no se emborrachaba. El alcohol, en vez de embriagarle, transformaba poco a poco todos sus sentimientos. Todo lo que había amado en la vida, todo lo que había conocido, sus libros, sus camaradasc, su trabajo, se eclipsaba, se derrumbaba; pero, a pesar de todo esto, él mismo se sentía más fuerte. Se diría que a cada nueva copa se iba acercando más y más a sus antepasados, a aquellos hombres primitivos cuya religión fué la rebeldía, y en los que la rebeldía se convertía en religión. La sabiduría que había sacado de los libros se evaporaba, y desde el fondo de su alma se alzaba algo de otro, salvaje y oscuro como la voz de la tiera. Esto recordaba el espacio infinito, los bosques vírgenes, los campos vastos como el océano. Se oía en ello el grito de angustia de las campanas, el ruido de las cadenas de hierro, la plegaria desesperada, la risa diabólica de seres misteriosos.

Permaneció así con su rostro ancho y pálido tan próximo a aquellas desgraciadas criaturas que aullaban en su redor. Su voluntad se afirmaba en su alma devastada, y se eentía capaz de demolerlo todo, como de crearlo todo.

Golpeó la mesa con el puño.

—¡Luba, hay que beber!

Y cuando ella, dócil y sonriente, llenó todas las copas, levantó la suya y proclamó:

—¡A la salud de los nuestros!

—Es decir, ¿de tus camaradas? — preguntó ella muy bajo.

—¡No; bebo a la salud de estos, de los nuestros! ¡A la salud de todos los canallas, de los bribones, de los cobardes, de todos los que están aplastados por la vida, que mueren de sífilis!...

Las mujeres rieron, pero la gorda le dijo con tono de reproche:

—¡Eso es ya demasiado, querido!

—¡Calla tú! — gritó Luba. — Es mi bien amado.

—Bebo a la salud de los ciegos de nacimiento. Saquémonos los ojos, porque da vergüenza mirar a aquellos que no ven. Si nuestros ojos no pueden servirnos de linternas para iluminar las tinieblas de la vida, arranquémosles, y ¡viva la noche! Si todo el mundo no puede entrar en el paraíso, no lo quiero para mí. ¡Abajo la luz, vivan las tinieblas!

Se tambaleó un poco y vació su copa. Su voz era lenta; pero firme, clara y neta. Nadie comprendió su discurso; pero las mujeres estaban encantadas con aquel hombre pálido, que decía cosas chuscas.

—Es mi bien amado, — decía Luba con orgullo. — Se quedará aquí conmigo. Era honrado, tiene camaradas; pero se quedará conmigo.

—¡Puede reemplazar aquí a nuestro criado Markuscha! — dijo la gorda borracha.

—¡Cállate, Manka, o te sacudo una bofetada! — gritó Luba. — Se quedará conmigo. Y, sin embargo, era honrado.

—Todas fuimos honradas una vez, — dijo la vieja de perfil de pájaro.

Y las otras se pusieron a gritar:

—¡Y yo fuí honrada hasta los cuatro años!

—¡Y yo he sido honrada hasta ahora!

Luba lloraba casi de rabia.

—¡Callaos, montón de canallas! A vosotras se os ha tomado vuestro honor, mientras que él lo ha sacrificado él mismo, de buen grado. Sí, ha renunciado voluntariamente a su honor: no ha querido más ser honrado. Vosotras sois unas sucias prostitutas, y él, él es todavía inocente como un bebé...

Luba se echó a llorar; las otras, borrachas, rieron a carcajadas hasta llenárseles los ojos de lágrimas; al reír se caían unas contra otras, se retorcían, no podían sostenerse en las sillas. Era una risa loca, como si todos los diablos del infierno se hubieran reunido en aquella pequeña habitación para asistir a los funerales de aquel pobre honor que el hombre acababa de sacrificar. Al fin, él mismo se echó a reír.

Solamente Luba no reía. Temblando de indignación, se retorcía las manos, y acabó por arrojarse, cerrados los puños, sobre una de las mujeres.

—¡Basta! — gritó él. Pero nadie le escuchaba.

Por fin, se restableció la calma.

—¡Esperad! — dijo. — Os voy a hacer reír todavía.

—¡Déjalas! — protestó Luba, enjugándose las lágrimas. — Hay que echarlas a todas.

—¿Tienes miedo? — preguntó él. — ¿Quieres la honradez? ¡No piensas más que en eso, bestia!

Y sin ocuparse ya de Luba, se volvió hacia las otras mujeres, alzando las manos en alto.

—¡Oidme bien! Os lo voy a mostrar. Mirad mis manos.

Las mujeres, alegres y fatigadas, miraron las manos y esperaron con curiosidad alguna sorpresa.

—He aquí, — continuó, — que tengo en mis manos mi vida. ¿Lo veis?

—¡Sí! ¿Y bien?

—Era bella mi vida. Era pura y seducto-

ra mi vida. Era como un hermoso vaso. Y, sin embargo, mirad: ¡la tiro al suelo!

Hizo un brusco movimiento, y todos los ojos se volvieron al suelo, como si buscaran en él los pedazos de un hermoso vaso, de una bella vida humana.

—¡Pisoteadla con vuestros pies! — gritó él. — Más fuerte, hasta que no quede intacto ni un solo pedazo.

Y como niños contentos de haber encontrado un nuevo juego, todas las mujeres gritando y riendo se pusieron a pisotear el sitio donde debían encontrarse los pedazos del vaso. Poco a poco, se enfurecían. No gritaban, no reían ya. No se oía más que el ruido de los pies y la respiración pesada.

Luba, como una reina ultrajada, observaba esta escena. De pronto, como si lo hubiera comprendido todo, se arrojó como loca en medio de las mujeres y se puso ella también a pisotear el suelo ferozmente. Se pudiera creer que era una danza cualquiera, de un género especial, sin música ni ritmo.

El la miraba tranquilo y severo.

* * * *

En la oscuridad se oyeron dos voces.

La de Luba, fina, sutil, manifestando un poco de miedo, como la voz de toda mujer en la oscuridad, y la voz del hombre, firme, tranquila, como lejana.

—¿Tienes los ojos abiertos? — preguntó la muer.

—Sí.

—¿Piensas en algo?

—Sí, pienso.

Una pausa; después, otra vez la voz de la muer:

—Cuéntame algo de tus camaradas... si quieres...

—¿Por qué no? Eran...

Hablaba de ellos en pasado, como si se tratara de muertos, o como un muerto pudiera hablar de los vivos. Hablaba tranquilamente, con indiferencia, como un viejo que contara a los niños un cuento heroico de los tiempos antiguos. Y en las tinieblas de la pequeña hobitación, que parecía agrandarse desmesuradamente, ante los ojos encantados de Luba, pasaba un puñado de hombres muy jóvenes, que no tenían ni padre ni madre, hostiles al mundo, contra el que luchaban, como a aqeul por el que luchaban. Soñando en el porvenir lejano, en los hombres-hermanos que no han nacido aún, pasan por la vida como sombras pálidas, cubiertas de sangre. Su vida es terriblemente corta; todos perecn en el patíbulo, en el presidio, o se vuelven locos. Hay, entre ellos, mujeres...

Luba lanzó un grito de dolor.

—¿Mujeres? ¡Pero qué es lo que dices!

—Sí; muchachas jóvenes, cariñosas. Valientes, desafiando todos los peligros, siguen a los hombres, y perecen.

—¿Perecen? ¡Oh, Dios mío!

Y Luba, sollozando, se apoyó en su hombro.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Eso te conmueve?

—Esto no es nada, querido. Sigue contando.

El continuó. Y cosa extraña; a medida que hablaba, el hielo se transformaba en fuego, y los tonos fúnebres de su canción de despedida sonaban para Luba como el "hosanna" de una vida nueva, bella y seductora. Lo escuchaba ávidamente, con los ojos muy abiertos; sus lágrimas se secaban en seguida, como devoradas por el fuego. Cada palabra del hombre era para ella un martillazo que forjaba un alma.

De repente, exclamó con una voz nueva, desconocida:

—¡Pero, querido, también yo soy mujer!

—¿Y qué?

—Pues que puedo vivir como ellas... como las mujeres de que me hablas.

El no dijo nada. Aquel hombre, que vivía junto a todos aquellos mártires, que era su camarada, inspiró a Luba tanto respeto, que le dió vergüenza de estar acostada así con él, en el mismo lecho, y de besarle. Se apartó un poco y quitó la mano de su hombro. Y olvidándose de su odio a los puros y a los honrados, de todas sus maldiciones, de los largos años de su vida en aquella casa, se sintió tan conmovida por la belleza de la vida de que él la hablaba, que ahora sólo un temor la martirizaba: que aquellos hombres no la quisieran.

—Di, querido ¿me aceptarán? ¿O quizá no me querrán? Quizá me digan que no tienen necesidad de mí, de una muchacha perdida.

—Sí, te recibirán, — respondió él, tras una pequeña pausa. — ¿Por qué no?

—¡Oh, qué buenos son!

—Sí, son buenos, — afirmó.

—¡Sí, sí! ¡Y cuánto!

Tuvo ella una sonrisa tan feliz, que se diría que las tinieblas se habían iluminado de repente. Luba veía ahora otra verdad que la llenaba de alegría.

—¡Vamos, pues, donde esos hombres! — dijo. — Tú me llevarás allá, ¿no es cierto, querido? ¿No te dará vergüenza llevarme desde una casa de lenocinio? Comprenderán cómo tuviste que venir aquí, y no te lo reprocharán. Cuando a un hombre le persigue la policía se oculta donde puede... En cuanto a mí, haré todo lo posible por que no sientan el haberme aceptado... Pero ¿no dices nada?

El seguía callando.

—¿Te da vergüenza llevarme donde esos hombres?

—No iré. No quiero ser bueno.

Un nuevo silencio, como si un gran pájaro negro desplegara sus alas sobre el lecho. Luba se levantó con precaución y descendió al suelo.

—¿Qué haces? — preguntó él.

—Voy a vestirme.

Se vistió y se sentó en la silla. El silencio se hizo tan profundo, que parecía que en la habitación no había nadie.

—Creo que todavía queda un poco de coñac, — dijo él. — Toma una copita y vuélvete a la cama...

VI

Era de día ya cuando la señora entró en la casa dormida. Después de largas vacilaciones, causadas por el temor a un escánda-

lo y a la responsabilidad, la dueña de la casa envió a Markruscha al puesto de policía con una relación detallada sobre el extraño visitante, y hasta con su revólver. Allí comprendieron en seguida que era él el hombre a quien se buscaba desde hacía tres días; sus últimas huellas se perdían precisamente en en aquella callejuela. La policía incluso tenía intención de hacer un registro en todas las casas de lenocinio de aquella calle, pero alguien la había puesto sobre otra pista.

Se previno por teléfono al jefe de policía y media hora más tarde, un gran destacamento de policías y de espías se dirigían hacia aquella casa, en una madrugada fría de octubre. A la cabeza, lleno de angustia y de temor iba un oficial de policía, hombre de alta talla, ya de edad, cubierto con un abrigo demasiado ancho. Bostezaba nerviosamente y pensaba, de mal humor, que valdría más llamar en su auxilio a los soldados; que, sin soldados, era demasiado peligroso atacar al terrorista célebre, solamente con sus torpes policías, que ni siquiera sabían tirar. Se figuraba ya que muy pronto iba a convertirse en una "víctima del deber", muerta por el terrible terrorista, y este pensamiento le daba escalofríos.

Conocía bien aquellas casas de lenocinio, que le pagaban grandes sumas por ocultar sus pequeños escándalos. No tenía ninguna gana de morir. Cuando se le despertó aquella noche, examinó detenidamente su revólver e hizo que le limpiaran su uniforme, como si se preparara para alguna solemnidad. La víspera, cuando en el puesto de policía se habló de aquel terrorista, que despistaba a los espías tan hábilmente, aquel oficial había declarado francamente que era un héroe, mientras que él mismo, el viejo policía, no era más que un crapuloso que no valía nada. Cuando los demás policías se echaron a reir, añadió que, sin aquellos héroes, la vida sería demasiada monótona, y que eran buenos, por lo menos para que les ahorcara.

Los otros no tomaban en serio estos sofismas, y seguían riendo. Acabó por reirse él también, pues en su borrachera eterna ya no sabía diferenciar la verdad de la mentira. Pero ahora, en la madrugada fría de otoño, sentía que sus ideas habían cambiado, que aquel terrorista no era ya un héroe para él, sino, simplemente, una fiera peligrosa.

—¡Estúpido de mí, llamarle héroe! — pensaba. — ¡Dios mío, si ese canalla se mueve, le mato como a un perro!

Y reflexionaba por qué era tan apegado a la vida, él, tan viejo, enfermo de gota. Se volvió a los hombres que iban tras él, y gritó con cólera:

—¡No os disperséis! ¡Marchad en orden, y no como carneros!

El viento se le metía por debajo del abrigo y del uniforme, tan anchos, que parecía había adelgazado de repente. A pesar del frío, le sudaban las manos.

Se rodeó la casa de tal forma, que dijérase que no había dentro un enemigo solo, sino toda una compañía. Y sin hacer ruido, de puntillas, se metieron por el corredor, hasta la puerta terrible. Se oyeron gritos, amenazas, puñetazos. Cuando los policía, haciendo caer a Luba, medio desnuda, llenaron la habitación con sus fusiles, sus uniformes y sus botas, vieron al terrorista, en camisa, con los pies desnudos, sentado sobre la cama. No decía nada. No había allí bombas ni nada terrible. No veían más que la sucia alcoba de una prostituta, aún más repugnante a la luz delalba; una ancha cama en desorden, las ropas tiradas aquí y allá, una mesa llena de manchas de vino y el hombre afeitado, medio dormido, sin vestirse, sobre el lecho.

—¡Las manos arriba! — gritó el oficial, empuñando su revólver.

Pero el terrorista no le hizo caso, y seguía callado.

—¡Registradle! — ordenó el oficial.

—¡Pero si no tiene nada! — exclamó Luba. — El revólver está en el escritorio. ¡Dios mío, Dios mío!

También ella estaba sólo con la camisa, y los dos, casi desnudos, daban una triste impresión entre aquellos hombres vestidos con uniformes y capotes. Registraron sus ropas, el lecho, la cómoda, todos los rincones; pero no hallaron nada.

—¡Pero si yo misma llevé el revólver al escritorio — repetía Luba automáticamente.

—¡Cállate, Luba! — ordenó el oficial.

La conocía bien, y hasta había pasado con ella dos o tres noches. Estaba seguro que decía la verdad; pero le alegraba tanto que el asunto tomara un cariz tan afortunado, que tenía necesidad de gritar, de mandar.

—¿Cuál es su nombre?

—No lo diré. No responderé a ninguna pregunta.

—¡Naturalmente! — arguyó con ironía el oficial.

Pero se apoderó de él la angustia. Examinó durante algunos instantes a aquel hombre casi desnudo, a Luba, que temblaba con todo su cuerpo, la habitación toda, y comenzó a dudar.

—¡Quizá no sea él! — dijo al oído de uno de los espías. — ¡Es tan extraño esto!...

Pero el otro hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—No; es él; sólo que se ha quitado la barba. Le he conocido por los pómulos.

—Sí, es verdad; tiene pómulos de bandido.

—Y miré usted sus ojos; por esos ojos le hubiera reconocido entre mil personas.

—Sí, tiene unos ojos... Enséñame la fotografía.

El oficial examinó la fotografía largo tiempo. Representaba un joven muy hermoso y elegante, con una larga barba y una mirada tranquila y clara. En cuanto a los pómulos, no se le veían.

—¡Mira, aquí no hay pómulos!

—Porque están escondidos bajo la barba.

—Sí, pero... Mira esa cara... ¿Bebe él quizá?

—No, esos no beben nunca, — dijo con una sonrisa irónica el espía, un hombre delgado, co nuna pequeña perilla, que abusaba demasiado del alcohol.

—Sé que no beben, pero aún así...

El oficial se acercó al terrorista.

—Escuche usted: ¿era usted el que tomó parte en el acesinato de...?

Pronunció respetuosamente el nombre de un alto dignatario muy conocido.

Pero el otro no respondió. Se sonreía y balanceaba uno de sus pies desnudos, cubiertos de pelos.

—¡Hay que responder cuando se pregunta!

—Déjele, no responderá. Esperemos al oficial de gendarmes y al procurador. Ellos sabrán hacerle hablar.

El oficial rió, pero estaba visiblemente de mal humor.

—Y tú, Luba, ¡nombre de Dios! ¿Por qué no le denunciaste inmediatamente?

—Pero, puesto que yo...

El oficial la dió dos bofetadas.

—¡Atrapa eso! ¡Yo te enseñaré a esconder gentes peligrosas!

El terrorista hizo un movimiento.

—¿No le gusta esto, joven? — dijo el oficial, que le menospreciaba cada vez más. — ¡Tanto peor! Habrá usted cubierto de besos a esta puerca, y nosotros....

Y añadió un juarmento cínico. Los agentes de policía tuvieron una sonrisa de confusión. Pero lo geu era extraño, Luba sonrió también. Miraba benévolamente al viejo oficial, como si admirara su buen humor y su alegría. Desde la entrada de la policí, no había mirado al terrorista ni una sola vez, traicionándole ingenua y francamente. El lo comprendía y guardaba silencio, sonriendo con la sonrisa extraña de una piedra.

A la puerta se veían mujeres medio desnudas. Entre ellas estaban las que pocas horas antes habían estado en la habitación. Le mirban indiferentes, co una curiosidad estúpida, como si le viera por primera vez. Lo habían olvidado todo.

Se las echó pronto de allí.

Ahora el día había avanzado, y en la claridad de la mañana, la hbitción era todavía más repugnante. Dos oficiales que habían pasado la noche en la casa, entraron, vestidos y lavados ya.

—No, señores, no puedo permitirlo, — protestó débilmente el viejo oficial de policía.

Pero los otros no le hicieron caso, se acercaron y se pusieron a examinar al terrorista y a Luba, cambiando sus observaciones despreocupadamente.

—¡Es hermoso! — dijo uno de ellos, el más joven, el que había invitado a Luba a bailar. Tenía hermosos dientes blancos, bigote cuidado y ojos tiernos de jovencita. El terrorista le inspiraba un profundo disgusto y hacía muecas como si fuera a romper a llorar.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! — repetía.

—¡He aquí un anarquista! — dijo el otro oficial, de más edad. — Os gustan las muchachas, lo mismo que a nosotros, viejos pecadores...

—Pero, ¿por qué diablos ha entregado usted el revólver en el escritorio? — decía el joven. — Al menos, se podía usted haber defendido. Todavía comprendo que haya usted venido a esta casa... Eso le puede suceder a cualquiera... Pero, ¿por qué no se guardó usted el revólver? ¿Qué dirán sus camaradas? Figúrese usted, — añadió volviéndose a su colega: — tenía una browning y una veintena de balas. ¡Es verdaderamente estúpido!

El terrorista, con una sonrisa burlona, miraba, desde lo alto de su nueva y terrible verdad, al joven oficial, y balanceaba con indiferencia su pie desnudo. No tenía la menor vergüenza de su desnudez, de sus pies sucios. Aunque se le hubiera llevado a una gran plaza, en medio de una multitud de hombres, mujeres y iños, hubiera permanecido con la misma tranquilidad, balanceando su pie y sonriendo.

—¡Estas gentes no tiene vergüenza! — dijo el viejo oficial de policía, mirando con severidad al terrorista. — Les ruego, señores, que no le hablen. Tenemos instrucciones formales...

Pero en el cuarto han entrado otros oficiales, mirando, cambiando observaciones. Uno de ellos, que conocía al ofical de policía, le tendió la mano. Luba coqueteaba con los recién venidos.

—Figúrense ustedes, — refirió el joven, — que tenía una browning con una veintena de balas... ¡Es idiota! Yo no lo entiendo.

—¡Tú no lo comprenderás jamás!

—¡Y sin embargo, no son cobardes!....

—¡Tú eres un idealista!....

El viejo oficial de policía, que les escuchaba sonriéndose, se aproximó de pronto al terrorista, se plantó ante él y gritó, poniendo los ojos muy furiosos:

—¿No le da a usted vergüenza? ¡Póngase, al menos, los pantalones. Le están mirando unos señores oficiales.... ¡Esto es un héroe! ¡Con una prostituta! ¿Qué dirán tus camaradas? ¡Canalla!...

Luba escuchaba con el cuello extendido. Había allí tres verdades diferentes: el viejo policía borracho y deshonesto, una mujer perdida, turbada por los relatos de otra vida llena de heroísmos y de sacrificios, y él. Las palabras insultantes del viejo policía le turbaron visiblemente; se diría que hasta había querido responder, pero acabó por conservar su sonrisa enigmática.

Peco a poco, los oficiales fueron saliendo; los agentes de policía se habían acstumbrado a aquella habitación y a aquellos dos seres humanos medios desnudos, y permanecían tranquilos y flemáticos. Su jefe pensaba tristemente en que no se podría acostar, pues se tendría que pasar el día entero en el puesto de policía.

—¿Puedo vestirme? — preguntó Luba.

—No.

—Es igual; puedes seguir así.

El viejo oficial no la miraba. Ella se volvió hacia el terrorista, y susurró algo al oído. El alzó los ojos hacia ella. Entonces ella repitió:

—¡Amado mío! ¡Amado mío!

El la sonrió con benevolencia. Y esta sonrisa, que le decía que no había olvidado nada y que seguía tan bueno y tan bravo, y que estaba casi desnudo y despreciado de todos, inspiró repentinamente a Luba un amor sin límites y una cólera loca, ciega. Se puso de rodillas dando un grito, y besó sus pies desnudos.

—¡Vístete, amado mío! ¡Pronto, vístete!

—¡Déjalo, Luba! — le gritó el viejo policía. — No lo merece.

Pero Luba se levantó bruscamente.

—¡Cállate, viejo crápula! ¡Es mejor que todos vosotros!

—¡Es un canalla!

—¡No, el canalla eres tú!

—¡Cómo! — gritó fuera de sí el viejo policía. — ¡Prendedla!

Luba lloraba de rabia.

—¡Amado mío! ¿Por qué entregaste tu revólver? ¿Por qué no has traído una bomba? Les hubiéramos a todos... a todos...

—¡Apretadla el gaznate!

Ahogada, sofocada, en silencio, luchaba la mujer contra el policía, intentando morderle los dedos. El policía, torpe, que no tenía costumbre de luchar con mujeres, trataba de tirarla al suelo. En el corredor se oían ya voces numerosas, chocar de espuelas de los gendarmes. Se oía también la voz de barítono seductora, dulce, del oficial de gendarmes. Se diría que era un cantante que hacía su entrada en escena, y que ahora ib a empezar la verdadera representación.

El viejo oficial de policía se disponía a recibir a sus jefes.

LEONIDAS ANDREIEV.

En un tribunal:

El reo es sentenciado por séptima vez como reincidente del mismo delito.

—Aquí se trata de una monomanía, señores. Después de siete condenas, mi defendido no puede ser calificado de culpable; es simplemente un coleccionador.

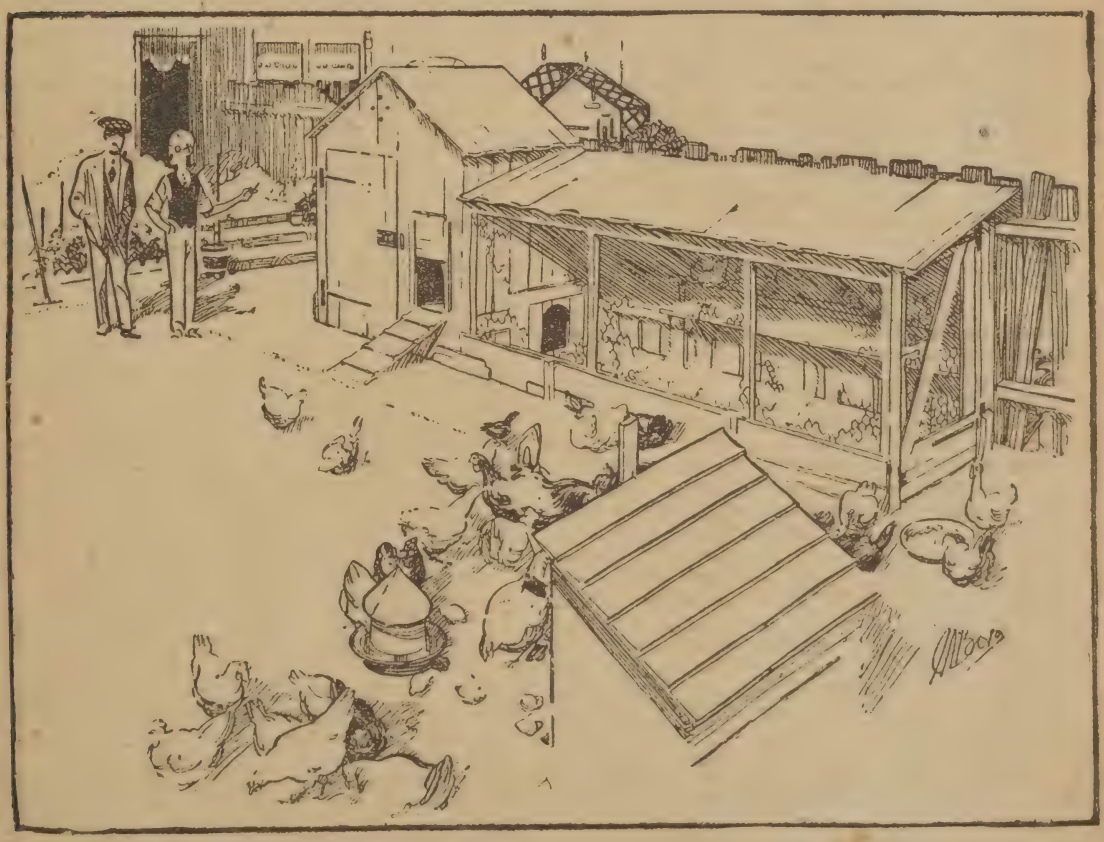
A un confeccionador de almanaques le dijo su editor:

—Veo que no ha puesto usted para el próximo año ningún eclipse visible.

—Es verdad.

—Bueno; pues el otro año me pondrá usted dos.

INTERCAMBIO SUBURBANO



—¡Linda colección de gallinas tiene usted!
—No son mías. Son de Pateta, mi vecino.
—¿Pero usted no cría gallinas?
—Sí, pero las mías han saltado al jardín de mi vecino Pateta.

LA CULTURA DE OTROS TIEMPOS

El artista indio

Por VICENTE G. QUESADA

Esta tradición popular relacionada con una imagen que se venera en una de las iglesias de Buenos Aires, permite apreciar a qué altura había llegado la cultura artística de los indios educados, en aquellas épocas, por los sacerdotes.

PASEABASE cierto día del año de 1780, un buen fraile del hábito de la Merced, acompañado de un indio misionero, excelente y hábil escultor educado en las misiones jesuíticas del Paraná. La brisa de la tarde y la apacible tranquilidad de la vida colonial, daban a los moradores de la ciudad y sus alrededores un aspecto familiar y sencillo. El reverendo padre se dirigía a las quintas que en aquella época no distaban muchas cuadras de su convento, y caminaba por la calle de la Florida en alegre charla con el indio, cuyas chuscadas hacían reir sin embozo al bien mantenido fraile.

En aquellos buenos tiempos de holganza se dormía la siesta patriarcal, y luego se descansaba todavía de la pereza del sueño bebiendo el sabroso "mate" de la celebrada "yerba" del Paraguay. El fraile, que no carecía de chispa y buen humor, decía sus agudezas a las lindas muchachas que a las puertas de sus casas se divertían en mirar la soledad de las calles llenas de polvo a la sazón, si la lluvia no lo aplacaba, pues de cierto no era el tráfico que lo levantaba, sino el viento juguetón o el temido huracán.

El reverendo padre y el indio continuaban su camino, no sin pensar este último en sus adoradas libaciones, porque amaba sobre todas las cosas el zumo fermentado de la uva y tributaba ferviente culto al mitológico Baco, a pesar de su origen pagano. y de ser él oriundo de las jesuíticas misiones. Era aquella una flaqueza que no pudo nunca dominar, y no cuenta la crónica tampoco que lo intentase con firme voluntad y empeño. Desgraciadamente las divinidades paganas no carecen de adoradores, al menos cuando su culto es placentero y halaga la pasión del individuo.

De repente el indio detuvo su paso y se quedó extasiado contemplando un frondoso árbol a cuya sombra tomaba el mate una familia del pueblo pobre. Crecían en aquel sitio las yerbas olorosas, los arbustos y los árboles silvestres: la mano de hombre había aún desdeñado derribar esas galanuras de la naturaleza. La heredad estaba situada según la tradición, entre las calles que hoy llamamos Paraguay y Charcas, dando frente a la calle de la Florida. Todos aquellos lugares se disputaban la virgen poesía de la selva primitiva, y las habitaciones estaban sombreadas por añosos árboles o rodeadas de altas yerbas, menos el limpio patio que sin enladrillar era sin embargo el sitio de la charla y del mate de la tarde.

—¿Qué miras? — le dijo el reverendo.

—Ese árbol, padre.

—¡Y bien! ¿No habeis visto más hermosos que éste en los magníficos y seculares de tu país?

—Sí, padre, los he visto más elevados, mejores y más frondosos, pero ese árbol es excelente para tallar una estatua. ¡Qué hermosa efigie haría de su tronco!

El indio contemplaba con creciente interés el árbol que le había sugerido aquella idea, y en su mirada ardiente creyó vislumbrar el fraile la inspiración del artista. Volviéndose entonces hacia el indio, le dijo:

—Lo compraré, si quieres trabajar una efigie para el convento.

—De su tronco puedo tallar una estatua

sentada. La naturaleza parece ha imitado en su forma un hombre en esa posición, — balbuceaba en voz baja el indio preocupado, y dirigiéndose con resolución al padre, le contestó: — ¡Haré la efigie del Señor de la Humildad y paciencia!

La inspiración del genio había iluminado el alma del artista; y las facciones del indio misionero se revistieron del aspecto imponente de la verdad, bajo la certidumbre de realizar la creación de su imaginación.

El reverendo enmudeció, se dirigió resueltamente hacia el sitio donde aquella familia estaba, la cual se puso toda de pie al ver entrar en el hogar la visita inesperada de un mercedario, cuyas blancas vestiduras daban a aquel hombre un aspecto venerable.

—Buenas tardes os de Dios, hijos míos, — les dijo.

—Buenas tardes, padre, — contestaron en coro, menos los chiquillos que se detuvieron en sus juegos para arrodillarse, tal era el tradicional respeto que entonces se tributaba a los miembros de las comunidades religiosas de la colonia.

—¿Queréis venderme ese árbol? — dijo el fraile con resuelto acento.

—Reverendo padre, — contestóle el jefe de aquella honrada familia, — a su sombra juegan nuestros hijos, yo jugaba también siendo niño cuando mi madre se sentaba a tejer. Quiero a ese árbol como a un compañero de la infancia, como a un viejo amigo del hogar. ¡Entrad y cortad todos los otros árboles y arbustos; todos, padre, pero no me pidais ese!

Había en la franca palabra de aquel hombre sencillo una expresión tan pura y una ternura tan natural y respetuosa al santo recuerdo de su infancia y de su madre, que a su pesar el fraile se acordó también de la suya. ¡Quién no se enternece al recordar la madre, si ésta duerme a la "sombra de los muertos!" Hay seres empero que no los conmueve ni el amor de madre, y son aquellos cuyo corazón ha helado la avaricia. ¡Malvados! vivirán acumulando oro sin quedar nunca hartos, pero la feilcidad huirá de su hogar espantada por su egoísmo y aterrada por su impiedad!

¡El dedo de Dios marcárales la frente como a los réprobos!

El reverendo sacerdote sentóse sin ceremonia en medio de aquella familia modesta, pero honrada, aspirando con avidez el suave aroma de las flores y gozando del espectáculo de la tranquilidad, de la dicha, si en el mundo es posible encontrarla. El padre, la madre, los hijos, estaban allí reunidos bajo el árbol secular de hogar; en su semblante se sembraba la bondad de sus corazones y en sus miradas se veían la limpia pureza de sus sentimientos. ¡Benditos sean los que inspiran a sus hijos la virtud por medio del ejemplo!

El mercedario explicó entonces que deseaba comprar ese árbol para que de su tronco hiciese el tallista misionero José, una efigie para su convento. Cuando supieron el propósito se prestaron deferentes a que había derribase a aquel compañero de la familia que iba a transformarse en la imagen de la paciencia y de la humildad, bajo la figura del Cristo resignado a la maldad de los hombres y a la injusticia de su tiempo.

Al siguiente día el árbol fué despojado de sus rams frondosas, y luego el tronco se inclinó al golpe del hacha que lo derribó al fin.

El indio José dirigía el trabajo y eligió él trozo del cual iba a tallar la efigie que había concebida en el paseo de aquella tarde.

Dominado por la inspiración, olvidose de las libaciones y trabajó con empeño, con entusiasmo y con amor, en dar a aquella maderas la forma y la expresión humanizada de la resignación y de la humildad.

Concebido su plan con acierto y verdad, los instrumentos del hábil tallista iban mostrando a los ojos benévolos del reverendo padre, la realización de su promesa y de su idea.

Al fin de un trabajo asíduo, vió toda la comunidad la obra del indio terminada. Era en realidad una obra de mérito artístico, una preciosa adquisición para el convento.

Esa efigie se encuentra hoy en la iglesia parroquial de la Merced, dentro de un nicho de cristal, colocado a la derecha de la entrada, debajo del arco del coro. Representa al Cristo desnudo, sentado en una actitud que actitud que revela la más profunda resignación, la humildad más tierna y la más conmovedora mansedumbre. Su cabeza descansa en la mano derecha, que se apoya subre pierna: el cuerpo está inclinado, y las facciones tristes y doloridas revelan con naturalidad, la calma y la paciencia. Hay en aquella cara enflaquecida por la amargura, una ternura que oprime el corazón: el cabello suelto cae por la espalda, y de la boca entreabierta parece escucharse un quejido de dolor, de pena, mientras sus ojos hundidos expresan la conformidad más edificante. Las formas de la esfigie son de una verdad artística notable y prueban un conocimiento muy concienzudo del arte y de las condiciones que constituyen el mérito en una obra de esta naturaleza. La pintura que cubre el trabajo del artista misionero, le ha quitado, en nuestra opinión, parte de su mérito. Mejor estaría la madera natural que retocada con una pintura de mala escuela.

La tradición popular nos refiere que si la familia dueña de aquel árbol pudo más tarde arrodillarse ante la imagen del Cristo. De cierto si tuvieron el gusto de contemplar la obra del indio José, debieron celebrar que árbol a cuya sombra habían jugado los niños y los viejos hubiere inspirado aquella obra le arte.

Tal es la leyenda popular sobre la efigie que se vé en el templo parroquial de la Merced.

El artista indio, desgraciado como los de su raza, sólo ha legado su nombre, — José, — como único recuerdo; hasta la gloria ha querido ser injusta con el humilde indígena cuyo apellido ha quedado perdido en el misterio insondoble del pasado.

José, el indio misionero, el compañero de paseo del fraile mercedario, murió probablemente en algún rincón del convento, desconociendo él mismo su propio mérito.

Vicente G. Quesada

UN POPULAR CUENTO RUSO

EL INFORTUNIO

POR L. AFANASIEFF

Igual que los anteriores cuentos de este gran autor ruso publicados con anterioridad, el que va a continuacinó es digno de estas páginas or su estilo. Su chispeante originalidad y su asunto novedoso.

EN una aldea vivían dos campesinos hermanos; uno pobre y el otro rico.

El rico se trasladó a una gran ciudad, se hizo construir una gran casa, se estableció en ella y se inscribió en el gremio de comerciantes. Entre tanto, al pobre le faltaba muchas veces hasta pan para sus hijos, que lloraban y le pedían de comer.

El desgraciado padre trabajaba como un negro de la mañana a la noche, sin lograr ganar lo suficiente para sustentar a su familia.

Un día dijo a su mujer:

—Iré a la ciudad y pediré a mi hermano que me preste ayuda.

Fué a casa del hermano rico y le habló así:

—¡Oh hermano mío! Ayúdame en mi desgracia: mi mujer y mis hijos están sin comer y se mueren de hambre.

—Si trabajas en mi casa durante esta semana, te ayudaré — respondió el rico.

El pobre se puso a trabajar con ardor: limpiaba el patio, cuidaba los caballos, traía agua y partía la leña. Transcurrida la semana, el rico le dió tan sólo un pan, diciéndole:

—He aqu eíl pago de tu trabajo.

—Gracias — le dijo el pobre, e hizo ademán de marcharse; pero el hermano le detuvo, diciéndole:

—Espera. Ven mañana a visitarme y trae contigo a tu mujer, porque mañana es el día de mi santo.

—¿Cómo quieres que venga? Vendrán a verte ricos comerciantes que visten abrigos forrados de pieles y botas grandes de cuero, mientras que yo llevo calzado de líber y un viejo caftán gris.

—¡No importa! Ven; eres mi hermano y habrá sitio también para ti.

—Bueno, hermanito mío, gracias.

El pobre volvió a su casa, entregó el pan y le dijo:

—Oye, mujer: nos han convidado para mañana.

—¿Quién nos ha convidado?

—Mi hermano, porque es el día de su santo.

—Muy bien, iremos.

Por la mañana se levantaron y se marcharon a la ciudad. Llegaron a casa del rico, le felicitaron y se sentaron en un banco. Había mucha gente notable sentada a la mesa, y el dueño atendía a todos con amabilidad; pero de su hermano y de su cuñada no hacía caso ninguno ni les ofrecía nada de comer. Los dos permanecieron sentados en un rincón viendo cómo comían y bebían los demás.

Al fin terminó el festín; los convidados se levantaron de la mesa y dieron las gracias a los dueños de la casa. Entonces el pobre se levantó también del banco e hizo a su hermano una respetuosa reverencia.

Todos se dirigieron a sus casas haciendo un gran ruido y cantando con la alegría del que ha comido bien y bebido mejor. El pobre se fué también, y mientras caminaba dijo a su mujer:

—Vamos a cantar tamién nosotros.

—¡Qué estúpido eres! La gente canta porque ha comido bien y bebido mucho. ¿Por qué vas a cantar tú?

—De todos modos cantaré, porque hemos presenciado el festín de mi hermano y me da vergüenza por él el ir callado. Si voy cantando, los que me vean creerán que yo también he comido y bebido.

—Pues canta tú si quieres, que por lo que

a mí hace, no cantaré — dijo la mujer con malos modos.

El campesino se puso a cantar una canción, y le pareció oír que otra voz acompañaba a la suya; en seguida dejó de cantar y preguntó a su mujer:

—¿Eres tú la que me acompañaba cantando con una vocesita aguda?

—Ni siquiera he pensado en hacerlo.

—Pues ¿quién podrá ser?

—No se — contestó la mujer — Empieza otra vez, yo escucharé.

Se puso a cantar otra vez, y aunque cantaba él sólo, se oían dos voces; entonces se paró y exclamó:

—¿Quien es el que me acompaña en mi canto?

La voz contestó:

—Soy yo: el Infortunio.

—Pues bien, Infortunio, vente con nosotros.

—Vamos, mi amo; ya no me separaré de ti nunca.

Llegaron a casa y el Infortunio le propuso irse los dos a la taberna. El campesino le contestó:

—No tengo dinero, amigo.

—¡Oh tonto! ¿Para qué necesitas dinero? ¿No llevas una pelliza? ¿Para qué te sirve? Pronto vendrá el verano y no la necesitarsá. Vamos a la taberna y allí la venderemos.

El campesino con el Infortunio se fueron a la taberna y se dejaron allí la pelliza.

Al día siguiente el Infortunio tenía dolor de cabeza; se puso a gemir, y otra vez pidió al campesino que le llevase a la tarberna para beber un vaso de vino.

—No tengo dinero — le contestó el pobre hombre.

—Pero ¿para qué necesitamos dinero? Lleva el trineo y el carro y será bastante.

El campesino no tuvo más remedio que obedecer al infortunio. Cogió el trineo y el carro, los llevó a la taberna, allí lo vendieron, y se gastaron todo el dinero y emborracháronse ambos.

A la mañana siguiente el Infortunio se quejó aún más, pidiendo al que laimaba su amo, una copita de aguardiente; el desgraciado campesino tuvo que vender su arado.

Aun no había pasado un mes cuando se encontró sin muebles, sin sus aperos de labranza y hasta sin su propia cabaña: todo lo había vendido y el dinero había tomado el camino de la taberna.

Pero el insaciable Infortunio se pegó a él otra vez, diciéndole:

—Vámonos a la taberna.

—¡Oh no, Infortunio! ¿No ves que ya no me queda nada que vender?

—¿Cómo que no tienes nada? Tu mujer tiene aún dos "sarafanes"; con uno tiene bastante para vestirse y podemos vender el otro.

El pobre agarró el vestido de su mujer, lo vendió, gastándose el dinero en la taberra, y después pensó así:

"Ahora sí que no tengo nada: ni muebles, ni casa, ni vestidos."

Por la mañana, el Infortunio despertó, y viendo su amo no tenía nada que vender, le dijo:

—Escucha, amo.

—¿Qu équieres, Infortunio?

—Vé a casa de tu vecino y pídele un carro con un par de bueyes.

El campesino se dirigió a casa de su vecino y le dijo:

—Préstame tu carro y un par de bueyes por hoy; trabajaré después para tí una semana.

—¿Y para qué lo necesitas?

—Tengo que ir al bosque a recoger leña.

—Bien, llévatelos; pero no los cargues demasiado.

—¡Dios me guarde de hacerlo!

Condujo los bueyes, se sentó en el carro con el Infortunio y se dirigó al campo.

—Oye, amo, — le preguntó el Infortunio: — ¿conoces un sitio donde hay una gran piedra?

—Ya lo creo que lo conozco.

—Pues si lo conoces lleva el carro directamente allí.

Llegado al sitio indicado se pararon y bajaron a tierra. El Infortunio indicó al campesino que levantase la piedra; éste lo hizo y así vieron que debajo de ella había una cavidad llena de monedas de oro.

—¿Qué es lo que miras ahí parado? — le gritó el Infortunio. — Cárgalo pronto en el carro.

El campesino se puso a trabajar y llenó el carro de oro, sacando del hoyo hasta la última moneda.

Viendo que la cavidad quedaba vacía, dijo al Infortunio:

—Mira, Infortunio, me parece que allí ha quedado aún dinero.

El Infortunio se inclinó para ver mejor, y dijo:

—¿Dónde? Yo no lo veo.

—Allí en un rincón brilla algo.

—Pues yo no veo nada.

—Baja al fondo y verás.

El Infortunio bajó al hoyo, y apenas estuvo allí, el campezino dejó caer la piedra, exclamando:

—¡Ahí estarás mejor, porque si te llevo conmigo me harás gastar todo el dinero!

El campesino, una vez llegado a su casa, llenó la cueva con el dinero, devolvió el carro y los bueyes a su vecino y empezó a meditar sobre el modo de arreglar su vida.

Compró madera, se construyó una magnífica casa y se estableció en ella, llevando una vida mucho mejor que la de su hermano el rico.

Pasado algún tiempo, un día fué a la ciudad a convidar a su hermano y a su cuñada para el día de su santo.

—¿Qué tontería se te ha ocurrido? — le contestó su hermano. — No tienes qué comer y quieres celebrar el día de tu santo.

—Verdad es que en otros tiempos no tenía qué comer; pero ahora, gracias a Dios, no tengo menos que tú. Ven a casa y verás.

Al día siguiente el rico se fué con su mujer a casa de su hermano; al llegar vió con asombro que la cabaña del pobre se había convertido en una magnífica casa; ningún comerciante de la ciudad tenía una parecida.

El campesino los convidó con ricos manjares y vinos finos. Después de acabada la comida, el rico preguntó a su hermano:

—Díme, por favor, ¿qué has hecho para enriquecerte de ese modo?

El hermano le contó todo. Cómo se había pegado a él el Infortunio; cómo le había hecho gastar en la taberna todo lo que tenía, hasta el último vestido de su mujer, y cuando ya no le quedaba nada le había enseñado el sitio donde se hallaba escondido un inmenso tesoro que había recogido, librándose al mismo tiempo de su mal acompañante.

El rico, envidioso de una suerte tan grande, pensó para sus adentros:

"Me iré al campo, levantaré la piedra y devolveré la libertad al Infortunio para que arruine por completo a mi hermano y no se vanagloríe delante de mí de sus riquezas."

Envió a casa a su mujer y lé se dirigió al campo. Llegó a la gran piedra, la levantó y se inclinó para verlo que había escondido debajo. No tuvo tiempo de observar la profundidad del hoyo, porque Infortunio saltó fuera y se colocó a caballo sobre su cuello, gritándole:

—¡Quisiste hacerme morir aquí, pero ahora por nada del mundo nos separaremos!

—Escucha, Infortunio. No soy yo, — repuso el comerciante, — quien te había encerrado en este calabozo.

—Pues si no fuiste tú, ¿quién ha sido?

—Ha sido mi hermano y yo he venido expresamente para libertarte.

—¡Eso son mentiras! Me has engañado ya una vez, pero no me engañarás la segunda.

El Infortunio se agarró al cuello del rico comerciante y éste se lo llevó a su casa. Desde entonces, todo empezó a salirle mal. Todas las mañanas el Infortunio empezaba pidendo una copita de aguardiente, y a fuerza de beber le hizo gastar mucho dinero en la taberna.

—Esto no puede durar más, — decidió el comerciante. — Bastante he divertido al Infortunio; ya es tiempo de que me separe de él; pero ¿cómo?

Pensó en ello mucho tiempo, y al fin se le ocurrió una idea. Fué al patio, hizo dos tapones de madera de encina, tomó una rueda de un carro y metió sólidamente uno de los tapones en el cubo de ella; después se fué a buscar al Infortunio y le dijo:

—Oye, Infortunio, ¿por qué estás siempre acostado?

—¿Y qué quieres que haga?

—Podíamos ir al patio a jugar al escondite

El Infortunio se puso muy contento, y ambos salieron al patio; el comerciante se escondió; pero el Infortunio lo encontró en seguida. Cuando le llegó el turno de esconderse, dijo a su amo:

—A mí no me encontrarás tan pronto, porque yo puedo esconderme en cualquier rendija.

—¡A que no! — le contestó el comerciante. — ¿No eres capaz de esconderte en el cubo de esta rueda y crees que vas a poder esconderte en una rendija?

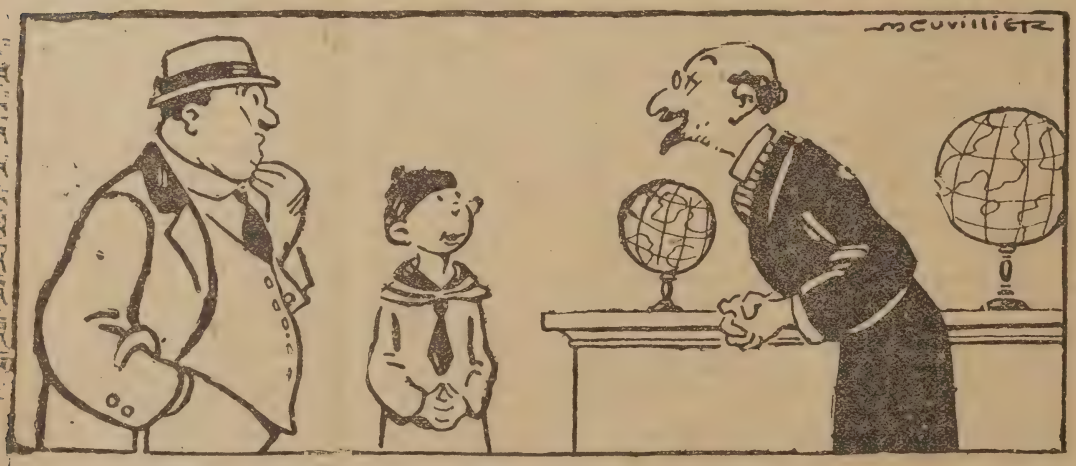
—¿Cómo que no puedo entrar en el cubo de la rueda? Verás cómo me escondo.

El Infortunio se introdujo en el cubo de la rueda, y el comerciante, tomando el otro tapón de encina, tapó bien con una mazo el lado abierto; luego tomó la rueda y la tiró al río.

El Infortunio se ahogó y el comerciante se volvió a su casa y siguió viviendo como en sus mejores tiempos, estrechando la amistad con su hermano.

AFANASIEFF

IBA A SER UN POCO GRANDE



—Quisiera un globo terrestre para que estudiara mi chico.
—Bien, señor. ¿De qué tamaño lo quiere?
—¿De qué tamaño? Démelo no más de tamaño natural

UNA NOTA DE HUMORISMO

SUGESTIONADOR HABIL

Por CAMI

(Traducción del francés)

No puede concebirse nada más original y disparatado que estos cuentos humorísticos del gran escritor francés, cuyo concepto de lo gracioso raya en lo clownesco, pero se hace disculpar todas sus exageraciones porque es realmente gracioso.

ACTO PRIMERO

Plaza pública, en el centro de la cual se halla el hábil y marsellés sugestionador

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Voy a tener el gusto, señores, de efectuar delante de tan selecta concurrencia varios ejercicios de sugestión.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES

Muy bien. Observemos a este hábil y marsellés sugestionador.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Empezaré por un juego muy curioso que consiste en hacer creer al espectador que su reloj marca una hora distinta de la que realmente es. Ruego a los espectadores que saquen sus relojes.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES

No tenemos reloj.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Entonces sacaré el mío. **(El hábil y marsellés sugestionador busca el reloj en sus bolsillos y no lo encuentra.)** Señores: tampoco yo tengo aquí mi reloj; ahora recuerdo que no lo he tenido nunca. Siempre he mirado la hora en el reloj de la torre del Asilo de Jóvenes Variolosos de Methant-Sur-seine.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES

Lo que ha dicho el hábil y marsellés sugestionador, tiene gracia. Riámonos espontáneamente.

ESPECTADOR SUGESTIONABLE 1.º

¡Ja, ja, ja!

ESPECTADOR SUGESTIONABLE 2.º

¡Ja, ja, ja!

ESPECTADOR SUGESTIONABLE 3.º

[illegible]

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES

No ríamos más. Ya estamos cansados.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Aprovecharé el silencio para continuar los ejercicios de sugestión que vengo ejecutando con tanto éxito. Ruego a la concurrencia que permita acercarse a un espectador para que me sirva de sujeto.

EL ESPECTADOR DECIDIDO

Yo. **(Se acerca al hábil y marsellés sugestionador y se quita el saco para ser sugestionado más fácilmente.)**

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Míreme a los ojos. La fuerza de sugestión de todos los hábiles sugestionadores reside en los ojos. ¡Míreme!

EL ESPECTADOR DECIDIDO

Señores, en este momento, miro al hábil sugestionador. **(Le mira fijamente.)**

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Observen cómo el espectador decidido va cambiando de color. Pueden fijarse en el gesto de asombro que se pinta en su rostro.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES

Efectivamente. Todos vemos su gesto de asombro. **(El espectador decidido retrocede asombrado, tropieza con una piedra y cae al suelo.)**

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

He aquí mi obra. El espectador decidido acaba de dormirse y para hacerlo más cómodamente se ha tumbado.

EL ESPECTADOR DECIDIDO

¡Diablos! No estoy dormido.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

¿Usted qué sabe? En su rostro se ha pintado antes un gesto de asombro producido por mis excepcionales condiciones de sugestionador.

EL ESPECTADOR DECIDIDO

(Al público). — El hábil sugestionador se equivoca. Lo que me ha producido asombro es el ver que él es tuerto.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES

¡El sugestionador es tuerto! Podemos estallar en grandes risas. **(Todos estallan en grandes risas.)**

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

No hay razón para eso. Es verdad que soy tuerto. Pero me queda el ojo izquiredo, con el cual he sugestionado en Berlín y en Escocia.

ACTO SEGUNDO

La misma plaza pública

(El hábil y marsellés sugestionador intenta sugestionar a diecisiete espectadores decididos, pero no lo consigue.)

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES

¡Fuera! ¡Fuera! ¡Muy mal! ¡Qué facha de sugestionador!

EL ESPECTADOR AFICIONADO A LAS FINANZAS

¡Que nos devuelvan el dinero!

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONADOS POR EL ESPECTADOR AFICIONADO A LAS FINANZAS

¡Sí, sí! ¡Que nos devuelvan el dinero! ¡Que nos lo devuelvan!

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Eso no les conviene a ustedes. Tengan en cuenta que han pagado su billete de un franco cincuenta hace justamente una hora. En ese tiempo el franco ha bajado de valor y yo no podía devolverles más que treinta céntimos de franco. Todo el mundo se reiría de ustedes por haber hecho un mal negocio.

CORO DE ESPECTADORES SUGESTIONABLES

Es verdad. Es una triste verdad.
(Se retiran).

ACTO TERCERO

La misma plaza

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Me extraña. ¿Cómo no habré sido capaz de sugestionar a ningún espectador decidido? Porque soy tuerto, pero el ojo que me queda tiene un gran poder de sugestión.

EL CARNICERO ROUX, GRAN AMIGO DEL HÁBIL SUGESTIONADOR

Ten en cuenta que ayer por la tarde perdiste tu único ojo en un accidente de automóvil y ahora llevas los dos de cristal.

EL HÁBIL Y MARSELLÉS SUGESTIONADOR

Es cierto. Gracias, amigo Roux. Estás en todo.

TELON

CAMI.

Práctico
Bueno
Elegante
es el
ROPERO ESSENTIAL

Precio desde
reclame $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo

Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FABRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

PARA PASAR UN BUEN RATO

LOS DOS DURAZNOS

POR GEORGES DOLLEY

(Traducción del francés)

Hay escenas caseras que son trágicas dentro de su comicidad, como la que con tanto acierto como gracia describe en la narración que "Pucky" publica en estas páginas un gran humorista francés cuyo estilo es tan jovial como el tema que ha escogido para su relato.

DURANTE el verano, el matrimonio Leroy iba a pasar la temporada en las afueras de París, cerca del Hipódromo de Maisons-Laffitte.

Tenía alquilado un lindo chalet situado en el fondo de un parque.

El señor Leroy adoraba el campo.

Bien temprano abandonaba su casita estival, pasaba el día en París y regresaba a la noche completamente fatigado; se acostaba en seguida y venía a despertarse al día siguiente con el tiempo preciso para correr al tren, de modo que sólo podía admirar los árboles y el campo el domingo.

Su señora, que no gustaba nada del campo, pasaba en él su existencia en una continuada lamentación por vivir en aquel ostracismo, en donde no había grandes tiendas y en el que los más soberbios panoramas no valían lo que los salones de las Galerías Lafayette o del Bon Marché un día de "liquidación" o de "grandes ocasiones".

Había, sin embargo, otro miembro de la familia Leroy, que estaba encantado de vivir en el campo y éste era el pequeño Marcos.

Pero como tenía nueve años se aprovechaba de la situación y podía jugar todo el día en el parque, contemplando los caballos de carreras del hipódromo, que se paseaban a largos pasos, lentamente, como maniquíes de casa de modas.

Aquella mañana, la señora de Leroy, iba a llamar a su hijo para sentarse a la mesa cuando se quedó estupefacta.

Su marido llegaba con un paquetito en la mano.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—El hijo del jefe se casaba hoy y nos han dado permiso y una gratificacióncita...

—¡Ah!

—... y vengo a pasar el día contigo, yo que tanto amo el campo.

—¡Qué felicidad! Puesto que estás aquí, podremos ir juntos a París.

—¡Pero mujer!...

—¿Y qué es lo que traes en ese paquetito?

El señor Leroy lo abrió y sacó dos soberbios duraznos.

—Son selectos, verdaderas "primicias"; nos los comeremos de postre.

—¿Y Marcos?

—¿Qué dices?

—Marcos, nuestro hijo... ¿y su durazno?

—¡Demonio, es verdad! Pero mira, los duraznos eran carísimos, así que no he traído para él.

—¡Bonita la hemos hecho! Con lo goloso que es y con lo que le gustan los duraznos, va a poner el grito en el cielo al llegar a los postres.

—Pues es bien sencillo, — arguyó el señor Leroy, — con dejarlo sin postre estamos despachados.

—Verdaderamente.

—Durante la comida nos da siempre mil motivos para castigarlo; así que nos comeremos tú y yo los duraznos con toda tranquilidad.

—Sí, en efecto, tienes razón. Dame los duraznos y los pondré en la despensa.

La comida del matrimonio Leroy empezó.

Nunca el pequeño Marcos fué tan bueno: se colocó la servilleta como un ángel, no se manchó nada ni dejó nada en el plato.

Sus padres se miraban con aire consternado.

El señor Leroy intentó hacer rabiar a su hijo.

El chico, aceptó las bromas sin incomodarse.

—¿Has trabajado bien esta semana? — dijo el padre asiéndose a esta rama, de duraznero.

Marcos había traído del colegio excelentes notas.

La comida tocaba a su fin.

Ni el padre ni la madre habían podido hacer a su hijo la menor observación.

Realmente, era como para desesperarse.

—¡Es inaudito! Es demasiado bueno y demasiado bien educado, — dijo el padre.

—No podemos hacer nada, — dijo la madre.

—¡No hay más remedio que darle su postre!

—Me quedaré yo sin él para dárselo

—No; me privaré yo, — dijo el padre.

—¡Como si no hubieras podido traer más duraznos!

—No se me ha ocurrido.

—¡Tonto!

—¡Derrochadora!

Y ante los ojos del niño que les miraba con aire divertido, los padres se pusieron a reñir.

—Bueno, — dijo el señor Leroy, — ¿a qué más? Le daremos cada uno la mitad del nuestro.

—De acuerdo.

Y llamaron a la sirvienta.

—Tráiganos usted los duraznos.

—¿Qué duraznos?

—Los que yo misma he puesto en la despensa.

—Yo no he visto nada.

—Pues ha tenido usted que verlos..

—¡Ah, señora, espere un momento! Marcos, no sé qué comía antes de sentarse a la mesa.

Y los padres pudieron ver al bueno de su hijo que, acabada la comida, jugaba con dos carozos de durazno.

GEORGES DOLLEY.

Los tribunales no deben ser, por un celo mal entendido, resorte del gobierno ni auxiliadores de una política dada, sino espejo de la conciencia nacional y brazo impasible y firme de justicia. — Tácito.

O el catolicismo o el progreso: estos dos términos se excluyen. El molde de los concilios es estrecho; hay que buscar un nuevo ideal ignorado de los padres y de los doctores de la iglesia. — Tiberghien.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 „	4.—
1 año	9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

ERA PEOR LA ENMIENDA QUE EL SONETO

—Fíjese un poco en esto, mozo. Este ginger-ale está terriblemente turbio.
—No puede ser, señor. Con seguridad es el vaso que está sucio.

AMARO MONTE CUDINE

EL MEJOR DE LOS APERITIVOS

FABRICANTES

Gerónimo Bonomi e hijos

BELGRANO 2280

BUENOS AIRES